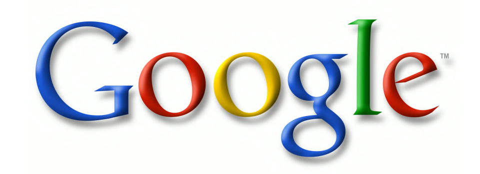
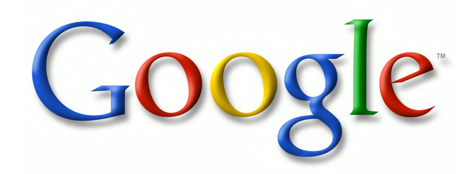







Taylor
Institution Library
OXFORD
PRESENTED BY
The Estate of Miss K. Pond
Vet. Span. III c. 51



BIBLIOTECA ILUSTRADA.

With Grahamslay's kind regards.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

LA COMPUESTA, ENMENDADA Y AÑADIDA

POR EL PADRE MARIANA,

CON LA CONTINUACION DE MINIANA;

COMPLETADA

CON TODOS LOS SUCESOS QUE COMPRENDEN

EL ESCRITO CLÁSICO SOBRE EL REINADO DE CARLOS III, POR EL CONDE DE FLORIDABLANCA, LA HISTORIA DE SU LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION, POR EL CONDE DE TORENO, Y LA CONTEMPORANEA

HASTA NUESTROS DIAS.

Adornada con 250 láminas.



MARIANA.

MADRID:

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

Calle del Príncipe, núm. 4.

1855.



PROLOGO DEL AUTOR

DIRIGIDO

AL REY CATÓLICO DE LAS ESPAÑAS

DON FELIPE TERCERO DESTE NOMBRE.

NUESTRO SEÑOR.

Los años pasados (muy poderoso señor), publiqué la HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA que compuse en latin, debajo del real nombre y amparo de vuestro padre el rey nuestro señor, de gloriosa memoria. Al presente me atrevò á ofrecer la misma, puesta en lenguaje castellano. Como una joya podrá ser de alguna estima para el reinado dichoso y para la corona de Vuestra Magestad, servicio, segun yo pienso, agradable, á vuestra benignidad por la grandeza de la empresa y por el deseo que tengo de aprovechar y servir. Lo que me movió á escribir la historia latina, fue la falta que della tenia nuestra España (mengua sin duda notable), mas abundante en hazañas que en escritores, en especial deste jaez. Juntamente me convidó á tomar la pluma el deseo que conocí los años que peregriné fuera de España, en las naciones estrañas, de entender las cosas de la nuestra: los principios y medios por donde se encaminó á la grandeza que hoy tiene. Volvíla en romance, muy fuera de lo que al principio pensé, por la instancia contínua que de diversas partes me hicieron sobre ello, y por el poco conocimiento que de ordinario hoy tienen en España de la lengua latina, aun los que en otras ciencias y profesiones se aventajan. Mas qué maravilla, pues ninguno por este camino se adelanta, ningun premio hay en el reino para estas letras, ninguna honra, que es la madre de las artes? que pocos estudian solamente por saber; ademas del recelo que tenia no la tradujese alguno poco acertadamente, cosa que me lastimara forzosamente, y de que muchos me amenazaban. En todo el discurso se tuvo gran cuenta con la verdad, que es la primera ley de la historia. Los tiempos van averiguados con mucho cuidado y puntualidad. Los años de los moros ajustados con los de Cristo, en que nuestros coronistas todos faltaron. A las ciudades, montes, rios y otros lugares señalamos los nombres que tuvieron antiguamente en tiempo de romanos. Finalmente, no nos contentamos con relatar los hechos de un reino solo, sino los de todas las partes de España, mas largo ó mas breve, segun las memorias hallamos, ni solo referimos las cosas seglares de los reyes, sino que tocamos asimismo las eclesiásticas que pertenecen á la religion: todo con mucha precision, para que la balumba de historia tan larga y tan varia, á ejemplo de las otras naciones, saliese tolerable. Si bien en los hechos mas señalados y batallas nos estendemos á las veces algo mas, no de otra manera que los grandes rios por las hoces van cogidos y por las vegas salen, cuando se hinchan con sus crecientes, de madre. En la traduccion no procedí como intérprete, sino como autor, hasta trocar algun apellido, y tal vez mudar opinion: que se tendrá por la nuestra la que en esta quinta impresion se hallare: ni me até á las palabras ni á las cláusulas; quité y puse con libertad, segun me pareció mas acertado, que unas cosas son á propósito

para gente docta, y otras para la vulgar. Darán gusto á los de nuestra nacion á veces las de que los extranjeros harian poco caso. Cada ralea de gente tiene sus gustos, sus aficiones y sus juicios. En dar el Don á particulares voy considerado y escaso, como lo fueron nuestros antepasados. Quien hallare alguno que le toque, ó se le deba, sin él, póngasele en su libro, que nadie le irá á la mano. Algunos vocablos antiguos se pagaron de las corónicas de España, de que usamos por ser mas significativos y propios, por variar el lenlenguaje, y por lo que en razon de estilo escriben Ciceron y Quintiliano. Esto por los romancistas. El principio desta historia se toma desde la poblacion de España: continúase hasta la muerte del rey don Fernando el Católico, tercero abuelo de Vuestra Magestad. No me atreví á pasar mas adelante, y relatar las cosas mas modernas, por no lastimar á algunos si se decia la verdad, ni faltar al deber, si la disimulaba. Del fruto desta obra depondrán otros mas avisados. Por lo menos el tiempo, como juez y testigo abonado y sin tacha aclarará la verdad, pasada la aficion de unos, la envidia de otros, y sus calumnias sin propósito y su ignorancia. El trabajo puedo yo testificar, ha sido grande, la empresa sobre mis fuerzas: bien lo entiendo; mas ¿quién las tiene bastantes para salir con esta demanda? Muchos siglos por ventura se pasasen como antes, si todo se cautelara. Confio que, si bien hay faltas, y yo lo confieso, la grandeza de España conservará esta obra; que á las veces hace estimar y durable la escritura el sugeto de que trata. La historia en particular suele triunfar del tiempo, que acaba todas las demás memorias y grandezas. De los edificios soberbios, de las estátuas y trofeos, de Ciro, de Alejandro, de César, de sus riquezas y poder, ¿qué ha quedado? ¿Qué rastro del templo de Salomon, de Jerusalen, de sus torres y baluartes? la vejez lo consumió, y el que hace las cosas las deshace. El sol que produce á la mañana las flores de campo, el mismo las marchita á la tarde. Las historias solas se conservan, y por ellas la memoria de personajes y de cosas tan grandes. Lo mismo quiero pensar será desta historia. ¿Quién quita que yo no favorezca mi esperanza? si ya no se despierta por nuestro ejemplo alguno que con pluma mas delgada se nos adelante en escribir las grandezas de España, y con la luz de su estilo y erudicion escurezcan nuestro trabajo. Daño que por el bien comun llevaremos con facilidad, y mas aina lo deseamos que muchos entren en la liza, y hagan en ella prueba de sus ingenios y de su erudicion. Que con algunos de nuestros coronistas ni en la traza, ni en el lenguaje no deseo me compare nadie, bien que de sus trabajos nos hemos aprovechado, y aun por seguillos habremos alguna vez tropezado: yerro digno de perdon, por hollar en las pisadas de los que nos iban delante. No quiero alabar mi mercaduría, ni pretendo galardon alguno de los hombres, que no se podrá igualar al trabajo, como quier que la empresa suceda: dado que los gastos han sido grandes, y la hacienda ninguna por la vida que profesamos, y que las corónicas de los reinos están por cuenta de los reyes y á su cargo. Solo suplico humildemente reciba Vuestra Magestad este trabajo en agradable servicio; que será remuneracion muy colmada, si Vuestra Magestad ha ocupado algunos ratos en la leccion de mi historia latina, ahora que el lenguaje es mas llano y la traza mas apacible, la leyere mas de ordinario. Ninguno se atreve á decir á los reyes la verdad: todos ponen la mira en sus particulares: miseria grande, y que de ninguna cosa se padece mayor mengua en las casas reales. Aquí la hallará Vuestra Magestad por sí mismo: reprehendidas en otros las tachas que todos los hombres las tienen: alabadas las virtudes en los antepasados: avisos y ejemplos para los casos particulares que se pueden ofrecer; que los tiempos pasados y los presentes semejables son; y como dice la Escritura: Lo que fue, eso será. Por las mismas pisadas y huellas se encaminan ya los alegres, ya los tristes remates; y no hay cosa mas segura que poner los ojos en Dios y en lo bueno, recatarse de los inconvenientes en que los antiguos tropezaron, y á guisa de buen piloto tener todas las rocas ciegas y los bajíos peligrosos de un piélago tan grande como es el gobierno, y mas de tantos reinos, en la carta de marear bien marcados. El año pasado presenté á Vuestra Magestad un libro que compuse, de las virtudes que debe tener un rey, que deseo lean y entiendan los príncipes con cuidado. Lo que en él se trata especulativamente, los preceptos, avisos y las reglas de la vida real aquí se ven puestas en práctica, y con sus vivos colores esmaltada. No me quiero alargar mas. Dios nuestro Señor dé su luz á Vuestra Magestad para que, conforme á los principios de su bienaventurado reinado, se adelante en todo género de virtudes y felicidad, como todos esperamos; y para alcanzallo, no cesamos de ofrecer á su Magestad y á sus santos contiuuamente nuestros votos y plegarias.



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

De la venida de Tubal y de la fertilidad de España.

Tubal, hijo de Japhet, fue el primer hombre que vino á España (1). Así lo sienten y testifican autores muy graves, que en esta parte del mundo pobló en diversos lugares, poseyó y gobernó á España con imperio templado y justo. La ocasion de su venida fue en esta manera. El año que despues del diluvio general de la tierra, conforme á la razon de los tiempos mas acertada, se contaba ciento treinta y uno, los descendientes de Adan, nuestro primer padre, se esparcieron y derramaron por toda la redondez de la tierra y por todas las provincias: merced del atrevimiento con que por consejos y mandado del valiente caudillo Nembrot acometieron á levantar la famosa torre de Babilonia, y castigo muy justo del desprecio de Dios. Confundióse el lenguaje comun de que antes todos usaban, de manera tal que no podian contratar unos con otros, ni entenderse lo que hablaban. Por donde fue cosa forzosa que se apartasen y se derramasen por diversas partes. Repartióse pues el mundo (2) entre los tres hijos de Noé desta suerte. A Sem cupo toda la Asia allende el rio Eufrates hácia el Oriente, con la Suria donde está la Tierra Santa. Los descendientes de Cham poseyeron á Babilonia, las Arabias, y á Egipto con toda la Africa. A la familia y descendientes de Japhet, hijo tercero del Gran Noé, dieron la parte del Asia que mira al Septentrion, desde los famosos montes Tauro y Amano: demas desto, toda Europa.

Hecha la particion en esta forma, los demas hijos de Jahpet asentaron en otras provincias y partes del mundo; pero Tubal, que fue su quinto hijo, enviado á lo postrero de las tierras donde el sol se pone, conviene á saber á España, fundó en ella dichosamente y para siempre en aquel principio del mundo, grosero y sin policía, no sin providencia y favor del cielo, la gente española y su valeroso imperio. De donde en todos los tiempos y siglos han salido varones escelentes y famosos en guerra y en paz: y ella ha siempre gozado de abundancia de todos los bienes, sin faltar copiosa materia para despertar á los buenos ingenios, y por la grandeza y diversidad de las cosas que en España han sucedido, convidalles á tomar la pluma, emplear y ejercitar en este campo su elocuencia. Verdad es que siempre ha tenido falta de escritores, los cuales con su estilo ilustrasen la grandeza de sus hechos y proezas. Esta falta á algunos dió atrevimiento de escribir y publicar patrañas en esta parte, y fábulas de poetas mas que verdaderas historias; y á mí despertó para que con el pequeño ingenio y erudicion que alcanzo, acometiese á escribir esta historia, mas aina con intento de volver por la verdad y defendella, que con pretension de honra y esperanza de algun premio: el cual ni le

(1) Cuéntase que, habiéndose multiplicado estraordinariamente la familia de Noé, despues del diluvio 150 años acordó para su sustento dispersarse por la tierra. Pero como lo natural es que se fijasen en los campos inmediatos á los de Senaar, no es muy probable que ninguno de sus moradores viniese á poblar nuestra peninsula, que tan apartada está de aquellos paises. A quién se deba su poblacion no es fácil averiguarlo, porque no nos han quedado documentos auténticos de aquellos tiempos por dónde podamos determinarlo con alguna probabilidad. La venida de Tubal á España no está fundada sino sobre la autoridad de Flavio Josefo, historiador judío, que es el primero que lo aseveraba á fines del primer siglo de la Iglesia, mas de 2000 años despues del suceso, sin decirnos en qué apoya su asersion. Ademas las palabras de Josefo en sus *Antigüedades judáicas* son estas: *Thobel señalo asiento á los Thobelianos, que al presente son Iberos*: los cuales mas bien dicen que envió á poblarla ó que destinó algunas gentes á este efecto. No tiene mejores fundamentos la venida de Tarsis, nieto de Jafet.

(2) De esta particion de la tierra entre los hijos de Noé, la Escritura nada dice, ni tampoco Josefo, á pesar de que en sus *Antigüedades* conservó algunas tradiciones de los Hebreos.

pretendo de los hombres, ni se puede igualar al trabajo de esta empresa, de cualquiera manera que ella suceda.

Conforme á esta traza, será bien que emprimer lugar se pongan y relaten algunas cosas, así de la naturaleza y propiedades desta tierra de España y de su asiento, como de las lenguas antiguas y costumbre de los moradores della. La tierra y provincia de España, como quier que se pueda comparar con las mejores del mundo universo, á ninguna reconoce ventaja ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimientos que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda ella está llena. No es como Africa que se abrasa con la violencia del sol, ni á la manera de Francia es trabajada de vientos, heladas, humedad del aire y de la tierra: antes, por estar asentada en medio de las dos dichas provincias, goza de mucha templanza; y así bien el calor del verano, como las lluvias y heladas del invierno muchas veces la sazonan y engrasan, en tanto grado que de España no solo los naturales se proveen de las cosas necesarias á la vida, sino que aun á las naciones estranjeras y distantes, y á la misma Italia, cabe parte de sus bienes, y las provee de abundancia de muchas cosas; porque á la verdad produce todas aquellas á las cuales se estima ó la necesidad de la vida, ó la ambicion, pompa y vanidad del ingenio humano. Los frutos de los árboles son grandemente suaves. la nobleza de las viñas y del vino escelentes: hay abundancia de pan, miel, aceite, ganados, azúcares, seda, lanas sin número y sin cuento.

Tiene minas de oro y de plata, hay venas de hierro donde quiera, piedras trasparentes, y á manera de espejos: y no faltan canteras de marmol de todas suertes con maravillosa variedad de colores, con que parece quiso jugar y aun deleitarse los ojos la naturaleza. No hay tierra mas abundante de bermellon, en paticular en el Almaden se saca mucho y muy bueno: pueblo al cual los antiguos llamaron Sisapone, y le pusieron en los pueblos que llamáron oretanos. El terreno tiene varias propiedades y naturaleza diferente. En partes se dan los árboles, en partes hay campos y montes pelados: por lo mas ordinario, pocas fuentes y rios: el suelo es recio, y que suele dar veinte y treinta por uno, cuando los años acuden; algunas veces pasa de ochenta, pero esto es cosa muy rara. En grande parte de España se ven lugares y montes pelados, secos y sin fruto, peñascos escabrosos y riscos, lo que es alguna fealdad. Principalmente la parte que de ella cae hácia el Septentrion tiene esta falta: que las tierras que miran al Mediodía son dotadas de escelente fertilidad y hermosura. Los lugares marítimos tienen abundancia de pesca, de que padecen falta los que están la tierra mas adentro, por caerles el mar lejos, tener España pocos rios, y lagos no muchos. Sin embargo, ninguna parte hay en ella ociosa ni estéril de todo. Donde no se coge pan ni otros frutos, allí nace yerba para el ganado, y copia de esparto á propósito para hacer sogas, gomenas y maromas para los navíos, pleita para esteras y para otros muchos servicios y husos de la vida humana.

La ligereza de los caballos es tal, que por esta causa las naciones estranjeras creyeron, y los escritores antiguos dijeron, que se engendraban del viento: que fue mentir con alguna probabilidad y apariencia de verdad. En conclusion, aun el mismo Plinio al fin de la historia natural testifica que por todas partes cercanas del mar de España es la mejor y mas fértil de todas las tierras, sacada Italia. A la cual misma hace ventaja en la alegría del cielo y en el aire que goza de ordinario templado y muy saludable. Y si de verano no padeciese algunas veces falta de agua y sequedad, haria sin duda ventaja á todas las provincias de Europa y de Africa en todas las cosas necesarias al sustento y arreo de la vida. Demas que en este tiempo, por el trato y navegacion de las Indias, donde han á Levante y á Poniente en nuestra edad y en la de nuestros abuelos penetrado las armas españolas con virtud invencible, es nuestra España en toda suerte de riquezas y mercaderías dichosa y abundante, y tiene sin falta el primer lugar y el principado entre todas las provincias. De allí con las flotas que cada año van y vienen, y con el favor del cielo, se han traido tanto oro y plata, y piedras preciosas, y otras riquezas para particulares y para los reyes, que si se dijese y sumase lo que ha sido, se tendria por mentira. Lo cual todo demas del interés redunda en grande honra y gloria de nuestra nacion, y dél resulta no menos provecho á las estranjeras, á las cuales cabe buena parte de nuestras riquezas, de nuestra abundancia y bienes.

CAPITULO II.

Del asiento y circunferencia de España.

La postrera de las tierras hácia donde el sol se pone en nuestra España. Parte término con Francia por los montes Pirineos, y con Africa por el angosto estrecho de Gibraltar. Tiene figura y semejanza de un cuero de buey tendido (que asi lo comparan los geógrafos) y está rodeada por todas partes y ceñida del mar, sino es por la que tiene por aledaño á los Pirineos, cuyas cordilleras corren del uno al otro mar, y se rematan en dos cabos ó promontorios, el uno sobre el Océano, que se llama Olarso, cerca de Fuente-Rabia, y el otro cae hácia el mediterráneo, y antiguamente se llamó promontorio de Venus de un templo que allí á esta diosa dedicaron: ahora, mudada la religon gentílica y dejada, se llama cabo de Cruces. Desde este cabo, donde se remata la Gallia que antiguamente se decia Narbonense, hasta lo postrero del estrecho de Gibraltar se estiende y corre con riberas muy largas entre Mediodía y Poniente el uno de los cuatro lados de España, el cual va bañado con las aguas del mar Mediterráneo. Su lonjitud es de doscientas y setenta leguas, lo cual se estiende discurriendo por la costa, porque, si nos apartamos hácia la tierra ó hácia la mar, de las riberas y promontorios y ensanadas que hace, menor será la distancia: y advierto que cada legua española tiene como cuatro millas de las de Italia. En este lado de España está Colibre, ciudad antigua de la Gallia, al presente mas conocida por su antigüedad y comodidad del puerto que tiene, que por la muchedumbre de vinos, que son pocos, ni arreo de sus moradores, que todo es pobreza.

Pasado el cabo de Vénus ó de Cruces, que está cerca de Colibre, síguense dos promontorios ó cabos dichos antiguamente el uno Lunario, el otro Ferraria ó Tenebrio (1), que están distantes casi igualmente de la una y de la otra parte de la boca del rio Ebro. En el cual espacio y distancia se ve la boca del rio Lobregat, por donde descarga sus aguas, que siempre lleva rojas, en la mar; y así los antiguos le llamaron Rubricato, que es lo mismo que rojo. Están tambien en aquel lado las ciudades de Barcelona, Tarragona, Tortosa, Monviedro, que fue antiguamente la famosa ciudad de Sangunto (los Godos por sus ruinas la llamaron Murvetrum, muro viejo) bien conocida por su lealtad, que guardó con los Romanos,

(1) El *Lunario*, segun Ptolomeo, estaba entre Retulon, que hoy es Badalona, pueblo cerca de Barcelona, y Blanda, que era del pais de los Laletanos, y hoy se llama Blanes.—El *Ferraria* que formaba la ensenada Suecconense, estaba situado enfrente de la isla Ebusa, que hoy es Ibiza, segun Pomponio Mela.—El *Tenebrio*, segun Ptolomeo, estaba situado en medio de los dos, cerca de la boca del Ebro á la parte citerior, en el país que Libio llama de los Ilercanes, Plinio Ilergaones y Julio César Ilurgauonenses.

y por su destruccion y ruina. Despues de Sagunto, se siguen Valencia, la boca del rio Júcar y Denia, el cabo de Gatas (1), dicho así por las muchas piedras ágatas que allí se hallan. Los Griegos antiguamente se llamaron Charidemo, que es tanto como gracioso, por tener entendido que las dichas piedras tenian virtud para ganar la gracia de los hombres y hacer amigos. Mas adelante en el mismo lado se ve Almería, la cual se fundó, segun algunos lo creen, de las ruinas de Abdera; otros sienten ser la antigua Urci situada en los Bastetanos, que es la comarca de Baza.

Despues está Málaga, y finalmente á la boca del estrecho Heraclea ó Calpe, dicha así antiguamente del monte Calpe, donde está asentada (2) y puesta: la cual hoy se dice Gibraltar. Luego se sigue Tarteso, ó como vulgarmente la llamamos Tarifa, de donde todo el estrecho antiguamente se llamó Tartessiaco: si ya los nombres de Tartessio y Tartessiaco no se derivan y tomaron de Tarsis, que así se dijo antiguamente Carthago ó Túnez; y pudo ser que se mudasen los nombres á estos lugares por el mucho trato que aquella gente de Africa tuvo en aquellas partes. El mismo estrecho se llamó Hercúleo á causa de Hércules, el cual venido en España, y hechos á manos con grandes materiales y muelles los montes dichos Calpe y Abyla de la una y otra parte del estrecho (que son las columnas de Hércules) (3) se dice quiso cerrar y cegar aquellas estrechuras, cuya longitud es de quince millas, la anchura por donde mas se estrecha el mar apenas es de siete, conforme á lo que Solino escribe: dado que hoy mas de doce millas tiene de anchura por la parte mas estrecha; la longitud pasa de treinta. El mismo estrecho se llamó Gaditano en Cádiz, en latin Gadeis, que es una isla á la salida del estrecho, que está y se ve á la mano derecha en el Océano. Tomó aquel nombre de una diccion carthaginés que significa vallado (como tambien en hebreo lo significa esta palabra Gheder), por ser Cádiz como valladar de España contrapuesto, y que hace rostro á las hinchadas olas del mar Océano. Estaba esta isla antiguamente apartada setecientos pasos de las riberas de España, y bajaba doscientas millas en circuito, al presente apenas tiene tres leguas de largo, que son doce millas, y della por una puente se pasa á la tierra firme: tan cerca le cae. Así se mudan y se truecan las cosas con el tiempo, que todo lo altera.

Desde lo postrero del estrecho hasta el promontorio Nerio, hoy llamado cabo de Finis-terræ, cuentan los que navegan doscientas veinte y seis leguas, porque el cabo de San Vicente que se decia promontorio Sagrado, el cual está contrapuesto y enfrente de los Pirineos, que es la mayor distancia y longitud que hay en España, y que corre y se mete muy adentro en el mar, hace las vueltas de las riberas algo mas largas que si por camino derecho se anduviese. En estas riberas del Océano están asentadas primero Sevilla junto á Guadalquivir, y despues por la parte que el rio Tajo se descarga y entra en el mar, la ciudad de Lisboa: las cuales en grandeza, número de moradores y contratacion compiten con las primeras y mas principales de Europa. Está cerca de Lisboa el promotorio Artabro: desde donde el Océano, que á mano siniestra se llamaba Atlántico, comienza á la derecha á llamarse Gallico ó Gallego, como (segun yo creo) en el mar Mediterráneo los nombres de Valeárico y Ibérico, que tienen, se distinguen por el rio Ebro eledaño del un mar y del otro.

El lado tercero de España, que corre entre los vientos Cierzo y Cauro ó Gallego, estiende por espacio de ciento treinta y cuatro leguas sus riberas, no iguales ó derechas como lo sintió Pomponio Mela, antes hacen no menos senos y Calas, ni son menos desiguales que los demas costados desta provincia. Los puertos mas principales, que en aquela parte caen, son el de la coruña; que se decia Brigantino, el de Laredo y el de Santander.

Por ventura se podria decir que la forma antigua de las marinas de España, asi bien como en las demas provincias, se ha mudado, en parte por comer el mar las riberas, y en parte por diversas ocasiones y montes que se han levantado de nuevo donde no los habia, que desacreditan las antiguas descripciones de la tierra, y no dan poco en qué entender á los que de nuevo estriben: que tal es la inconstancia de la natmraleza y de las cosas que en la tierra hay.

La longitud de los Pirineos, que es el cuarto lado de España, doblando algun tanto hácia ella, se estiende con sus cordilleras muy altas, y corre entre Septentrion y Levante desde el mar Océano hasta el Mediterráneo por espacio de ochenta leguas. Justino pone seiscientas millas, en que sin duda los números por la injuria del tiempo en esta parte están mudados, Desde el muy alto monte de Cantabria, llamado de San Adrian, los que por allí pasan dicen se ve el uno y el otro mar: si ya el engaño y apariencia no hace tomar lo que parece, por verdadero; y afirmar por cierto lo que á los ojos se les antoja de los que por allí pasan.

CAPITTLO III.

De los montes y rios principales de España.

Entre Vizcaya y Navarra, desde Roncesvalles (lugar bien conocido por la matanza y destrozo que allí se hizo de la nobleza de Francia cuando Carlo Magno quiso por fuerza de armas entrar en España) cierto ramo de montes que nace y se desgaja de los Pirineos, y se endereza al Poniente, deja á la diestra los Cántabros y las Asturias, y mas adelante corta y parte por medio de la provincia de Galicia, donde hace el cabo de Finis-terræ en lo último de España, que corre y se mete mucho en la mar. Distínguense por este monte en España los Ultramontanos de los Citramontanos, ó como el vulgo habla, los montañeses de aquende y de allende. Destos montes hácia la parte

(1) En esta descripcion de la costa se omite el cabo de Palos, conocido antiguamente con el nombre de *Scombraria*, por los muchos escombros ó alaches que criaba, de los cuales se hacia una salsa que en Roma se vendia á un precio muy subido. Strabon habla de una pequeña isla que se llama Hércules y Escombria, y hoy conserva el mismo nombre, en la misma boca de su puerto, situada á veinte y cuatro estadios de Cartagena, en la cual se pescaban muchos escombros ó alaches.

(2) Pilinio, Ptolmeo y Pomponio Mela solo hablan de la ciudad de Carteya sobre el monte Calpe; pero en una medalla del monetario de la reina Cristina de Suecia se ve la inscripcion. *C. I., Calpe*, que quiere decir *Colonia Julia Calpe*; y en el libro de Nicolás Damasceno de *Institutione Augusti* se lee tambien: *Adsecutus tamden est octavius Cæsarem circa urben Calpiam*. Puede ser, por lo tanto, que la ciudad tuviera los dos nombres de *Calpe y Carteya*, ó acaso serian dos ciudades distintas puestas á la falda ó al pie del mismo monte, aunque nos parece menos probable.

(3) Se dice que los primeros fenicios que llegaron al estrecho de Gibraltar, para perpetuar la memoria de una navegacion tan feliz, levantaron dos columnas con la inscripcion de su propio idioma: «*Non plus ultra*» «no se pasa de aquí;» las cuales, por una traduccion antiquísima, se han llamado siempre las columnas de Hércules, quizás porque asi se llamase el gefe mercader fenicio. Se dice tambien que con el tiempo se arruinaron estas columnas, y que los antiguos dieron esta denominacion á los montes Abyla y Calpe, donde estaban puestas, situado el primero en la costa de Africa, donde hoy está Ceuta, y el segundo en la de España, donde está Cibraltar. Nosotros nos inclinamos á creer que las dos columnas fueron siempre estos dos montes, que quizás en los tiempos mas antiguos estaban mas unidos, y despues por algun terremoto, ó porque las mareas fuesen socavándolos, el estrecho canal poco á poco se ha ido ensanchando, pues consta por el testimonio de los antiguos que ha ido creciendo en latitud y longitud.

de Mediodia el monte Idubeda (llamado así de los antiguos) se desgaja. Tiene su principio cerca de las fuentes de Ebro, que están sobre los Pelendones, pueblos antiguos de España: por mejor decir nace en las vertientes de Asturias; donde está un pueblo por nombre Fontibre, que es lo mismo que Fuentes de Ebro (1). Al presente este monte Idubeda se llama montes de Oca, del nombre de una ciudad antigua llemada Auca, cuyos rastros se muestran cerca de Villafranca cinco leguas sobre Burgos. Y pasando el dicho monte por Bribiesca y por los Arevacos, donde se empinan las cumbres del monte Orbion, no lejos de Moncayo, discurre entre Calatayud y Daroca hasta tanto que se remata en el mar Mediterráneo cerca de Tortosa: de la cual ciudad toman hoy apellido las postreras partes de este monte, que son y se llaman los montes de Tortosa.

Este monte Idubeda hace que el rio Ebro no corra hácia Poniente, como los otros rios mas nombrados y mas famosos de España; antes á la parte del Mediodia por dos bocas entra y se descarga en el Mediterráneo. Del monte Idubeda toma principio el monte Orospeda, que al principio se alza tan poco á poco, que apenas se echa de ver; pero, empinándose despues y discurriendo mas adelante, hace y deja formados, primero los montes de Molina, despues los de Cuenca, donde á mano izquierda nace y tiene sus fuentes Júcar, y á la derecha Tajo: rios bien conocidos. Desde allí forman los montes de Consuegra, cerca de la cual, en los campos Laminitanos (hoy campo de Montiel) brotan las fuentes y los ojos de Guadiana. Pasa desde allí á Alcazar y Segura: donde hácia partes diferentes y hácia diversos mares nacen dél y corren los dos rios, el de Segura, que se dijo antiguamente Tader, y el de Guadalquivir en el bosque Tigense no lejos del lugar de Cazorla, distante de las fuentes de Guadiana por mas de veinte y cinco leguas.

Desde Cazorla este monte Orospela se parte en dos brazos, de los cuales el uno enfrente de Murcia se remata en el mar cabe Muxacra y Murgis, á mandrecha del cual caen los Bastetanos, dichos así de la ciudad de Basta, que es hoy Baza, y á la siniestra los Contestanos, pueblos y gentes antiguas de España, cuya cabecera hoy es Murcia. La otra parte se estiende hácia Málaga, y juntándose con los montes de Granada, pasa mas adelante de Gibraltar y de Tarifa con tanto denuedo, que parece (pasado el mar y cegado el estrecho) pretende diversas veces y por diferentes partes abrazarse y juntarse con Africa. De Orospeda, cerca de Alcaraz, proceden los montes Marianos, vulgarmente dichos Sierramorena, cuyas raices casi siempre hasta el mar Océano baña el rio Gualdalquivir, el cual desde Andujar parte por medio de Andalucía, pasa por Córdoba, Itálica y Sevilla, y últimamente se envuelve en el mar Océano cerca del lugar que antiguamente llamaron templo del Lucero, y hoy se dice Sanlúcar. Entra en el mar este rio al presente por una boca: antiguamente entraba por dos, pues Nebrija y Asta, que ponian los antiguos en el estero de Guadalquivir, ahora distan dél y de su boca por espacio de dos leguas.

Volvamos atrás. No lejos del principio de Orospeda y cerca de Moncayo, en medio de las llanuras y la campiña muy tendida, se levantan otros montes, los cuales no hay duda sino que son brazos de los Pirineos, como los demas montes de España, con los cuales toda ella está entretejida y enlazada: bien que al principio apenas se echaria de ver que se levanten sino fuese por las vertientes, y porque el rio Duero, que como nazca en los Pelendones y hasta Soria corra claramente hacia la parte del Mediodia, le hacen desde allí dar vuelta y seguir la derrota del Poniente derechamente. Destos montes ácerca de los antiguos escritores ni hallo nombre ni mencion alguna: al presente tienen muchos apellidos, y siempre diferente y nuevos, que toman por la mayor parte de las ciudades que les caen cerca, como de Soria, Segovia y Avila; en particular Castilla, la mayor de las provincias de España, se divide por estos montes en Castilla la Nueva y la Vieja. Los mismos mas adelante pasan cerca de Coria y Plasencia, bañados á la siniestra del rio Tajo, y siguiendo aquella derrota, parten á Portugal en dos partes casi iguales. Ultimamente se rematan en el lugar llamado Sintra, que está puesto sobre el monte Tagro, siete leguas de Lisboa hácia Setentrion, donde dejan formado en el mar Océano el promontorio ó cabo que, por lo menos Solino, le llamó Artabro.

(1) A tres cuartos de legua de Reynosa, donde se cree que estuvo la Juliobrica ó Juliobriga antigua, que Augusto fundó despues que subyugó á los Cántabros para conservar y honrar la memoria de su tio Julio César.

CAPITULO IV.

De dos divisiones de España, la antigua y la moderna.

La antigua España se dividió en tiempo de los Romanos en tres partes, que conviene á saber: en la Lusitania, la Bética, y lo que llamaban Hispania Tarraconense. Los Lusitanos poseian lo postrero de España hácia el Océano occidental, tenian por linderos el rio Duero al Septentrion, y á la parte de Mediodia al rio Guadiana; y desde el rio Duero, que cae enfrente de Simancas, una línea que se tira hasta la Puente del Arzobispo, y desde allí pasa á los Oretanos, que era donde está ahora Almagro hasta la ribera de Guadiana, terminaba aquella provincia y la dividia de la provincia Tarraconense. De tal suerte, que comprendia la Lusitania en su distrito á Avila, Salamanca, Coria, tierra de Plasencia y Trujillo, y otras ciudades y lugares que de presente pertenecen y son de Castilla.

Seguíase la Bética ó Andalucía, la cual está rodeada por tres lados del rio Guadiana; y del uno y del otro mar hasta Murgis ó Muxacra, pueblo que estaba asentado cerca del promontorio Charidemo ó cabo de Gatas, desde donde, tirada una línea hasta los términos de Castulon y hasta los Oretanos, donde está la rica villa de Almagro; resulta el otro lado de la Bética á la banda de Levante donde sale el sol.

Todas las demas tierras de España se llamaron y tomaron el apellido que tenia de España Tarraconense, del nombre de Tarragona, novilísima poblacion y colonia de los Scipiones; y que fue por largo tiempo la silla del imperio romano, donde los pueblos trataban sus pleitos y de donde procedian las leyes con que los vasallos se gobernaban, y los consejos de la paz y de la guerra. La cual San Isidoro, conforme á la division del gran Constantino que se hallla en el Sexto Rufo, dividió en la Tarraconense, en la Cartaginense y en la Galicia, sin señalar los linderos que cada una de estas tres provincias tenian; y no es maravilla, por haberse mudado muchas veces, ya estrechando estas provincias, ya alargándolas, por voluntad de los que mandaban ó conforme las diferentes ocasiones sucedian. Toda la España Tarraconense comprenden los mas debajo del nombre de España Citerior, que es lo mismo que de aquende, así como la Lusitania y la Bética entienden debajo del nombre Ulterior: ca los que ponen por términos de estas dos Españas Citerior y Ulterior al rio Ebro, á los tales y á su opinion resisten Plinio y los mas eruditos; bien que sin duda en algun tiempo fue así que se dividian las dos Españas sobredichas con aquel rio: de suerte que todo lo que está de esta parte de Ebro hácia Poniente, se llamó algun tiempo España Ulterior, y Citerior lo que cae de la otra parte. La una y la otra España sin duda en este tiempo tienen nuevos y mu-

chos nombres, los cuales reducir á cierto número es dificultoso: si bien se pueden todos comprender debajo de cinco nombres de reinos que resultaron, y se levantaron como echaban de España los Moros.

El reino de Portugal y su gente tiene por fundadores á los Franceses con su caudillo don Enrique, que fue del linaje de los príncipes de Lorena, dado que nació en Besanzon, ciudad de Borgoña. Su suegro don Alfonso el VI, rey de Castilla, le dió con su hija doña Teresa la ciudad de Portu, asentada á la boca del rio Duero, y otros pueblos comarcanos. De Portu y de Gallia, que es la Francia, se forjó el nombre de Portugal; la cual opinion siguen algunos autores. Lo mas cierto es lo que sienten otras personas mas eruditas y cuerdas: que de un lugar que estaba en aquel puerto, que se dijo Cale y al presente Caya, y de Portu se compuso este nombre de Portugal. Estiéndese Portugal por la longitud algo mas que la antigua Lusitania, pues pasado el rio Duero, llega con campos muy fértiles hasta el rio Miño; y sus riberas sobre el mar Océano contienen y se estienden no menos de ciento y diez y siete leguas. Pero la misma provincia es mas angosta que la Lusitania, y su anchura es casi igual hácia el Oriente; porque, comenzando un poco sobre Berganza, y pasando por los rios Duero y Tajo, llega á Beja, ciudad puesta en la ribera de Guadiana, rio con que se termina hácia Mediodía el sobredicho reino de Portugal. Por el Septentrion y á la parte de Levante alinda y está pegado con el reino de Leon, que es la segunda provincia de las cinco ya dichas.

Toma este reino su apellido de la ciudad de Leon, que fue y es hoy real y metrópoli de aquella provincia. Contiene en sí la Galicia toda, y las Asturias de Oviedo, las cuales desde el rio Mearo y desde el lugar de Ribadeo llegan con sus riberas estendidas hasta el puerto de Llanes. Ultra desto de Castilla la Vieja, pertenece al reino de Leon todo lo que está comprehendido entre el bosque de Pernia y el rio Carrion hasta que llega á Pisuerga y entra en Duero; y pasado el rio Duero, otro rio llamado Heva, y Reganon que con él se junta, son los aledaños de este reino: finalmente una línea tirada entre Salamanca y Avila, que toca las cumbres de aquellos montes, llega á la raya de Portugal.

Este fue antiguamente el distrito del reino de Leon. Juntósele adelante, sacada Plasencia y su diócesis, toda la Estremadura: asi dicha por haber (despues que se comenzó á recobrar España de los Moros con varios sucesos de las guerras) sido mucho tiempo frontera, y lo estremo y postrero que por aquella parte poseian los Cristianos. Otros traen diferente derivacion y causa de este nombre de Estremadura: cuya opinion se relatará en otro lugar, y en este ni la reprobamos, ni la recibimos. Estendiéronse otrosí algun tiempo los términos de este reino hasta Mérida, ciudad de la Lusitania, y Badajoz, ciudad de la Bética (1) como en sus lugares irá declarando la historia. El reino de Navarra, que contamos en tercer lugar entre los reinos de España, está sentado en tierra de los Vascones, pueblos antiguos de España. Tiene por las espaldas por linderos y raya á los Pirineos, y parte del monte que digimos se remata en el cabo de Finis-terræ: por las demas partes le ciñen el rio Aragon ó Arga á Mediodía, y por la banda de Poniente otro pequeño rio que entra en Ebro bajo de Calahorra, y una parte del mismo Ebro son sus términos y mojones.

(1) Colonia romana que fundó Julio César, y se llamó *Pax Julia*; despues César Augusto la renovó y enriqueció con nuevos privilegios, y tomó el nombre de *Pax Augusta*; Plinio, el Itinerario de Antonino y algunas inscripciones que han recogido Grutero y Rosendo ponen á *Pax Julia* en Lusitania: de lo que se deduce que la *Pax Augusta* no es Badajoz de la Bética, sino Beja ó algun otro pueblo de Portugal.

Esto es lo que contiene de allá de Ebro, porque tambien desta parte del mismo rio los reyes de Navarra por via de dote poseyeron á Tudela de Navarra con otros lugares comarcanos á esta provincia. Dado que es estrechada de términos, y no muy llena de gente, tanto que en este tiempo solamente hace cuarenta mil fuegos ó vecinos, pareció ponella entre las principales partes de España; porque los Vascones, antiguos moradores della, fueron de tanto valor, que por sí sin ayuda de los demás españoles ganaron de Moros muy á los principios aquellas tierras, y con nombre y corona real las poseyeron y conservaron hasta la edad y memoria de nuestros padres constantemente, estendiendo muchas veces por varios sucesos de la guerra y ampliando su señorío de manera, que en la ciudad de Nájara se ven sepulcros de aquellos reyes, y en lugares bien distantes de lo que hoy es Navarra se hallan rastros manifiestos de haber tenido mayor distrito que hoy les pertenece.

Quien deduce esta palabra de Navarra de otra á ella semejable, es á saber navaerría, que compuesta de las lenguas vizcaina y castellana, es lo mismo que tierra llana. Los castellanos llaman navas á las llanuras, los cántabros á la tierra llaman erria, todo junto querrá decir tierra llana: imaginacion aguda, y no muy fuera de propósito, ni del todo ridícula. Nos en estos nuestros comentarios y en esta historia llamamos en latin Vascones á aquella provincia y á los moradores della; que es lo mismo que Navarra y navarros. Está este reino dividido en seis partes ó merindades, que son la de Pamplona, la de Estella, la de Tudela, la de Olite y la de Sangüesa. La sesta llamada Ultrapuertos, cuya cabeza es San Juan de Pie de Puerto, está y ha quedado sola en poder de los señores de Bearne.

El reino de Aragon se divide en Cataluña, Valencia y la parte que propiamente se llama Aragon. Está ceñida por las tres partes de Mediodía, Levante y Septentrion con el mar Mediterráneo, y con aquella parte de los Pirineos donde estaban los Ceretanos y hoy Cerdanía, y con la raya de Navarra. Por el Poniente tiene por término el rio Ebro por la parte que toca á Navarra. Desde allí se tira una línea con muchas y grandes vueltas que hace por Tarazona, Daroca, Hariza, Tiruel, Játiva, Origüela hasta la boca del rio Segura, que está entre Alicante y Cartagena, donde la dicha línea toca en nuestro mar, y divide las tierras de la corona de Aragon de lo restante de España. Tienen los de Aragon y usan leyes y fueros muy diferentes de los demás pueblos de España, los mas á propósito de conservar la libertad contra el demasiado poder de los reyes; para que con la lozanía no degenere y se mude en tiranía: por tener entendido (como es la verdad) que de pequeños principios se suele perder el derecho de la libertad. El nombre de Aragon se deriva de Tarraco, que quiere decir Tarragona; ó lo que es mas probable, del rio Aragon, hoy Arga, el cual corre por donde al principio se comenzaron á ganar de los Moros y estender los términos y distrito de aquel reino.

En Castilla (la cual creen llamarse asi de la muchedumbre de castillos que en ella habia; y la cual sola en anchura de términos, templanza del cielo, fertilidad de la tierra, agudeza de los ingenios, ricos arreos, y particular y fértil hermosura sobrepuja todas las demás provincias de España, y no da ventaja á ninguna de las estranjeras) comprehendemos parte de las Asturias, es á saber las de Santillana, y toda la Cantabria, antiguamente pequeña region y que no tocaba á los Pirineos, despues mas ancha, de que es argumento la ciudad que antiguamente se llamó Cantabria (2), y estaba puesta, como se cree, entre Lo-

(2) Ningun geógrafo ni griego, ni latino hace mencion de ella; en tiempos muy posteriores es cuando aparece un pue-

groño y Viana á las riberas de Ebro en un collado empinado, que hasta hoy se llama Cantabria vulgarmente; y en San Eulogio mártir se halla el rio Cantaber, que se entiende es Ega ó Ebro, con el cual se junta el rio Aragon: todo lo cual muestra fue la Cantabria algun tiempo mayor de lo que Ptolomeo, señala, y aun de lo que hoy llamamos Vizcaya. Está el señorío y distrito de Vizcaya partido en Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y las Montañas. En Vizcaya, que por la mar se tiende desde Portugalete hasta Hondarroa, están las villas de Bilbao y Bermeo. Las marinas de Guipúzcoa, desde las de Vizcaya, llegan á Fuente-Rabía: caen en su distrito, demás de San Sebastian y el puerto de Guetaria, Salinas, Tolosa; la ciudad de Victoria y Mondragon son pueblos de Alava. Verdad es que en Castilla todos los de aquel señorío y lengua los llamamos vizcainos, no de otra manera que á los de la Gallia Bélgica, sujeta á la casa de Austria, llamamos generalmente Flamencos, si bien el condado de Flandes es una pequeña parte de aquellos Estados. Contiene demás desto el reino de Castilla no pocas ciudades de Castilla la Vieja, y entre ellas las de Burgos, Segovia, Avila, Soria y Osma.

El reino de Toledo es asimismo parte de Castilla, el cual hoy se llama Castilla la Nueva, y antiguamente la Carpetania. Corre por medio del el rio Tajo, por sus arenas doradas, suavidad del agua, fertilidad y hermosura de los campos que riega, el mas celebrado de España; corre hácia la parte de Poniente, mas revuelve algun tanto hácia el Mediodía; como tambien hacen esta vuelta los rios Duero, Guadiana y Guadalquivir. Pasa Tajo en particular por Toledo, ciudad situada en medio de España, luz y fortaleza de toda ella, fuerte por la naturaleza del sitio, escelente por la hermosura y ingenios de sus moradores, señalada por el culto de la religion y estudio de las ciencias, bienaventurada por el saludable cielo de que goza. Y dado que su suelo es estéril y en gran parte lleno de peñas, mas por la bondad de los campos comarcanos es abundante de todo género de mantenimientos y de arreos. Cíñela el rio casi toda alrededor, que pasa acanalado por entre dos montes ásperos y altos, no sin grande maravilla de la naturaleza. Queda solamente de la ciudad por ceñir hácia el Septentrion una pequeña entrada de áspera subida y ágria. Pasado Toledo, á la ribera del mismo rio está asentada Talavera, que Ptolomeo llama Libora: villa grande en número de gente, y de tierra fértil y abundosa. Desde allí el dicho Tajo corta por medio la Lusitania (cuyos términos caian allí cerca) y aumentado de muchos rios que en él entran, se mete en el Océano junto á la ciudad de Lisboa.

En la misma parte de España se comprehende la provincia Cartaginense, donde están Cartago, Spartaria (hoy dicha Cartagena) Murcia y Cuenca, y los Celtíberos, cuya cabeza fue Numancia (1): demás desto la Mancha de Aragon en los Contestanos. Pertenece otrosí al reino de Castilla la Bética, que es casi lo que hoy se dice Andalucía, donde están Sevilla, Córdoba y Granada, ciudad que antiguamente se llamó Illiberris, por lo menos estuvo la dicha Illiberris cerca de donde hoy está Granada: de lo cual, demás de otros rastros que desto quedan, es argumento muy claro la puerta de Granada, llamada de Elvira, y un monte que allí hay, que se llama del mismo apellido.

CAPITULO V.

De las lenguas de España.

Todos los Españoles tienen en este tiempo, y usan de una lengua comun que llamamos castellana, compuesta de avenida de muchas lenguas, en particular de la latina corrupta: de que es argumento el nombre que tiene, porque tambien se llama romance, y la afinidad con ella tan grande, que lo que no es dado aun á la lengua italiana, juntamente y con las mismas palabras y contesto se puede hablar latin y castellano, asi en prosa como en verso. Los Portugueses tienen su particular lengua mezclada de la francesa y castellana, gustosa para el oido y elegante. Los valencianos otrosí y catalanes usan de su lengua que es muy semejante á la de Languedoc en Francia, ó lengua narbonense, de donde aquella nacion y gente tuvo su orígen: y es asi que ordinariamente de los lugares comarcanos, y de los con quien se tiene comercio se pegan algunos vocablos y algunas costumbres.

Solo los vizcainos conservan hasta hoy su lenguaje grosero y bárbaro, y que no recibe elegancia, y es muy diferente de los demás y el mas antiguo de España, y comun antiguamente á toda ella, segun algunos lo sienten, y se dice que toda España usó de la lengua vizcaina antes que en estas provincias entrasen las armas de los Romanos, y con ellas se les pegase su lengua. Añaden que como era aquella gente de suyo grosera, feroz y agreste, la cual trasplantada á manera de árboles con la bondad de la tierra se ablanda y mejora, y por ser innaccesibles los montes donde mora, ó nunca recibió del todo el yugo del imperio estranjero, ó le sacudió muy presto. Ni carece de probabilidad, que con la antigua libertad se haya allí conservado la lengua antigua y comun de toda la provincia de España.

Otros sienten de otra manera, y al contrario dicen que la lengua vizcaina siempre fue particular de aquella parte, y no comun de toda España. Muévense á decir esto por testimonio de autores antiguos, que dicen los vocablos vizcainos, especialmente de los lugares y pueblos, eran mas duros y bárbaros que los demás de España, y que no se podian reducir á declinacion latina. En particular Estrabon testifica que no un género de letras ni una lengua era comun á toda España. Confirman esto mismo los nombres *briga*, que es pueblo, *cetra* escudo, *falarica* lanza, *gurdus* gordo, *cusculia* coscoja, *lancia* lanza, *vipio* zaida, *buteo* cierta ave de rapiña, *necy* por el dios Marte, con otras muchas dicciones que fueron antiguamente propias de la lengua de los Españoles, segun que se prueba por la autoridad y testimonio de autores gravísimos, y aun algunas de ellas pasaron sin duda de la lengua española á la lengua latina; de las cuales dicciones todas no se halla rastro alguno en la lengua vizcaina: lo cual muestra que la lengua vizcaina no fue la que usaba comunmente España. No negamos empero haya sido una de las muchas lenguas que en España se usaban antiguamente y tenian: solo pretendemos que no era comun á toda ella. La cual opinion no queremos ni confirmarla mas á la larga, ni seria á propósito del intento que llevamos de detenernos mas en esto (2).

blo llamado *Cantabria* ó *Cantabrience*. San Isidoro en el libro de las *Etimologías*, dice: «Los Cántabros llamados asi del nombre de una ciudad y del rio Ibero, sobre el cual están situados:» pero no dice dónde estaba situada, ni cómo se llamaba, ni se halla de ella mencion alguna.

(1) Segun todos los escritores antiguos, la capital de la Celtiberia era Segobriga: Numancia era la ciudad mas famosa de los Arebacos, una de las cuatro naciones que componian aquella provincia. Se ignora absolutamente el lugar donde estaba situada *Segobriga*, y no tenemos ni medallas ni inscripciones para poderlo determinar: Ptolomeo y Strabon dicen que entre Bilbilis y Numancia, mas cerca de esta última.

(2) Cuatro eran las lenguas principales de los antiguos pobladores de España: el vascon, la celtibérica, el bástulo y el turdetano. De sus alfabetos solo diremos que el bástulo era casi enteramente fenicio, de líneas sinuosas y formas redondas; el celtíbero, griego primitivo con ligeras alteraciones y algunos caracteres pelásgicos, como se deja conocer en las líneas rectas y angulosas de sus letras; el turdetano, que

CAPITULO VI.

De las costumbres de los Españoles.

Groseras, sin policía ni crianza, fueron antiguamente las costumbres de los Españoles. Sus ingenios mas de fieras que de hombres. En guardar secreto se señalaron estraordinariamente: no eran parte los tormentos, por rigurosos que fuesen, para habérsele quebrantar. Sus ánimos inquietos y bulliciosos: la ligereza y soltura de los cuerpos estraordinaria: dados á las religiones falsas y culto de los dioses: aborrecedores del estudio de las ciencias, bien que de grandes ingenios. Lo cual trasferidos en otras provincias, mostraron bastantemente que ni en la claridad de entendimiento, ni en escelencia de memoria, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja á ninguna otra nacion. En la guerra fueron mas valientes contra los enemigos, que astutos y sagaces: el arreo de que usaban, simple y grosero: el mantenimiento mas en cantidad, que esquisito ni regalado: bebian de ordinario agua, vino muy poco: contra los malhechores eran rigurosos, con los estranjeros benignos y amorosos (1). Esto fue antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado así los vicios como las virtudes. Los estudios de la sabiduría florecen cuanto en cualquiera parte del mundo: en ninguna provincia hay mayores ni mas ciertos premios para la virtud: en ninguna nacion tiene la carrera mas abierta y patente el valor y doctrina para adelantarse. Deséase el ornato de las letras humanas, á tal empero que sea sin daño de las otras ciencias.

Son muy amigos los Españoles de justicia: los magistrados, armados de leyes y autoridad, tienen trabados los mas altos con los mas bajos, y con estos los medianos con cierta igualdad y justicia; por cuya industria se han quitado los robos y salteadores, y se guardan todos de matar ó hacer agravio, porque á ninguno es permitido ó quebrantar las sagradas leyes, ó agraviar á cualquiera del pueblo, por bajo que sea. En lo que mas se señalan es en la constancia de la religion y creencia antigua: con tanta mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y estravagantes. Dentro de España florece el consejo, fuera las armas: sosegadas las guerras domésticas, y echados los moros de España, han peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increible.

Los cuerpos son por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre: virtudes con que han sufrido todas las dificultades, que han sido en ocasiones muy grandes por mar y por tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con la abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida y vestido y en todo lo al. El trato y comunicacion de las otras naciones que acuden á la fama de nuestras riquezas, y traen mercaderías que son á propósito para enflaquecer los naturales con su regalo y blandura, son ocasion deste daño. Con esto debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres estranjeras, demas desto por la disimulacion de los príncipes, y por la licencia y libertad del vulgo, muchos viven desenfrenados sin poner fin ni tasa ni á la lujuria, ni á los gastos, ni á los arreos y galas. Por donde, como dando vuelta á la fortuna desde el lugar mas alto do estaba, parece á los prudentes y avisados que (mal pecado) nos amenazan graves daños y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demas naciones: cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros, de la severidad y arrogancia de algunos de los que mandan y gobiernan.

se acerca al celtibérico mas que al bástulo, está formado casi del todo de caracteres griegos y algunos fenicios.

(1) Primeros pobladores de España..

CAPITULO VII.

De los reyes fabulosos de España.

Averiguada cosa y cierta es, conforme á lo que de suso queda dicho, que Tubal vino á España, mas en qué lugares hiciese su asiento, y qué parte de España primeramente comenzase á probar y cultivalla, no lo podemos averiguar, ni hay para qué adivinallo: dado que algunos piensan que en la Lusitania, otros que en aquella parte de los vascones que se llama hoy Navarra. Toman para decir esto argumento los Portugueses de Setubal, pueblo de Portugal, los navarros de Tafalla y Tudela, los cuales lugares, mas por la semejanza de los nombres, que por prueba bastante sengan para decillo, sospechan fueron poblaciones de Tubal. Que pensar y decir que toda la provincia se llamó Setubalia del nombre de su fundador (lo que algunos afirman sin probabilidad ni apariencia, ni á propósito aun para entremés de farsa) las orejas eruditas lo rehuyen oir; porque ¿qué otra cosa es sino desvarío y desatinar reducir tan grande antigüedad como la de los principios de España á derivacion latina, y juntamente afear la venerable antigüedad con mentiras y sueños desvariados como estos hacen? pues dicen que Setubalia es lo mismo que compañía de Tubal, como si se compusiese este nombre de cœtus, en latin que quiere decir compañía, y de Tubal.

Otros cuentan entre las poblaciones de Tubal á Tarragona y Sagunto, que hoy es Monviedro: cosa que en este lugar no queremos refutar ni aprobarla. Lo que acontece sin duda muchas veces á los que describen regiones no conocidas y apartadas de nuestro comercio, que pintan en ellas montes inaccesíbles, lagos sin término, lugares ó por el hielo ó por el gran calor desiertos ó despoblados: demas desto ponen y pintan en aquellas sus cartas ó mapas, para deleite de los que los miran, varias figuras de peces, fieras y aves, hábitos estraños de hombres, rostros y visajes estravagantes, lo cual hacen con tanta mayor seguridad que saben no hay quien pueda convencerlos de mentira; lo mismo me parece ha acontecido á muchos historiadores así de los nuestros como de los estraños, que donde faltaba la luz de la historia, y la ignorancia de la antigüedad ponia uno como velo á los ojos para no saber cosas tan viejas y olvidadas, ellos con deseo de ilustrar y ennoblecer las gentes cuyos hechos escribian, y para mayor gracia de su escritura, y mas en particular por no dejar interpolado como con lagunas el cuento de los tiempos, antes esmaltallos con la luz y lustre de grandes cosas y hazañas, por sí mismos inventaron muchas hablillas y fábulas.

Dirás: concedido es á todos y por todos consagrar los orígenes y principio de su gente, y hacellos muy mas ilustres de lo que son, mezclando cosas falsas con las verdaderas: que si á alguna gente se puede permitir esta libertad, la española por su nobleza puede tanto como otra usar della por la grandeza y antigüedad de sus cosas. Sea así, y yo lo confieso, con tal que no se inventen, ni se escriban para memoria de los venideros, fundaciones de cuidades mal concertadas, progenies de reyes nunca oidas, nombres mal forjados, con otros mónstruos sin número deste género, tomados de las consejas de las viejas ó de las hablillas del vulgo: ni por esta manera se afee con infinitas mentiras la sencilla hermosura de la verdad, y en lugar de luz se presenten á los ojos tinieblas y falsedades: yerro que estamos resueltos de no imitar, dado que pudiéramos dél esperar algun perdon por

seguir en ello las pisadas de los que nos fueron delante; y mucho menos pretendemos poner en venta las opiniones y sueños del libro que poco há salió á luz con nombre de Beroso (1), y fue ocasion de hacer tropezar y errar á muchos; libro, digo, compuesto de fábulas y mentiras por aquel que quiso con divisa y marca agena, como el que desconfiaba de su ingenio, dar autoridad á sus pensamientos (á ejemplo y imitacion de los mercaderes no tales, que para acreditar su mercadería usan de marcas y sellos agenos) sin saber bastantemente disimular el engaño; pues ni habla seguidamente, ni están por tal manera trabadas y atadas las cosas unas con otras, las primeras con las de en medio, y estas con las postreras, que no se eche de ver la huella de la invencion y mentira: mayormente si de la luz de los antiguos escritores que nos ha quedado (pequeña cierto y escasa, pero en fin alguna luz) nos queremos aprovechar. Así que lo que nació de la oficina y fragua del nuevo Beroso, que Noé, despues de largos caminos venido á España, fue el primero que fundó á Noela en Galicia y á Noega en las Asturias, es una mentira hermosa y aparente por su antigüedad, y hacer Plinio, Strabon y Ptolomeo mencion destos pueblos, y como tal invencion, la desechamos.

Ni queremos recibir lo que añade el dicho libro que el rio Ebro se llamó Ibero en latin, y toda España se dijo Iberia de Ibero, hijo de Noé: como quier que sea



Primeros pobladores de España.

antes verisímil que los Iberos, que moraban al Ponto Euxino entre Colchós y las Armenias, cercados de los montes Cáucasos, vinieron en gran número en España, y fundado que hobieron la ciudad de Iberia cerca de donde hoy está Tortosa, comunicaron su nombre y le pusieron primero al rio Ebro, despues á toda la provincia de España: de la manera que algunos piensan del rio Arga ó Aragon que tomó este nombre de otro del mismo apellido que hay en aquella Iberia. El nombre de Celtiberia, con que tambien se llamó España, de los Iberos y de los Celtas se derivó y se compone; porque los Celtas pasados los Pirineos, y venidos en España de la Gallia comarcana (y tambien Apiano pone los Celtas en la España Citerior) mezclando la sangre y emparentando con los Iberos, hicieron y fueron causa que de las dos naciones se forjarse el nombre de Celtiberia.

Ni es de mayor crédito lo que dicen que Idubeda hijo de Ibero dió su nombre al monte Idubeda, de cuyos principios y progresos arriba se dijo lo que basta. Añaden que Brigo, hijo deste Idubeda, por ver multiplicada mucho la gente de España en número, riquezas y autoridad, envió colonias y poblaciones á diversas partes del mundo, y entre estas una fue Briga, dicha así de su nombre, que despues se llamó Frigia en Asia, adonde estaba situada la ciudad famosa de Troya; y que en los montes Alpes uno de los capitanes de Brigo fundó á Varobriga, otro en la Galia á Latobriga. Para perpetuar, es á saber, ellos

(1) Fr. Juan Antonio de Viterbo, publicó su Nuevo Beroso como desenterrado del polvo de alguna biblioteca; y en él se pone una larga série de los reyes antiguos de España. Este libro, así como los Cronicones atribuidos á Auberto, monge de Sevilla, Julian, diácono, de nacion griego, y á Dextro, ó son apócrifos ó de pura invencion, como lo han demostrado don Nicolás Antonio en su *Biblioteca antigua*, don José Pellicer y don Pedro Fernandez del Pulgar.

su memoria, y ganar de camino la gracia de su señor fundaron nuevas poblaciones de su nombre.

Dióse crédito á esta mentira aparente, porque Plinio refiere pasaron de Europa los Brigas, y dellos cierta provincia del Asia se llamó Frigia; y como en España muchas ciudades se llamasen Brigas, como Mirobriga, Segobriga, Flaviobriga, imaginaron que en ella habia vivido y reinado algun rey autor de los Brigas, y fundador de Troya y de muchas ciudades que tenian aquel nombre de Brigas en España: como quiera que no fuese necesario creer que los Brigas que pasaron en Asia hobiesen salido de España. Ademas que Conon en la Biblioteca de Focion dice que Mida fue rey de los Brigas cerca del monte Brimio, los cuales pasados en Asia se llamaron friges. Esto para lo que toca á los Brigas, que pasaron á Frigia. De los pueblos que tenian el apellido de Brigas en España era fácil entender que en la antigua lengua de



Hércules

España las ciudades se llamaron Brigas comunmente. ó lo que tengo por mas verosímil, que las naciones septentrionales muy abundantes de gente, y en generacion muy fecundas, en aquellos primeros tiempos habiéndose derramado en España, de Burgo, que en lengua alemana quiere decir pueblo, hicieron que las ciudades con poca mudanza de letras se llamasen acá Brigas, ó si hay alguna otra razon de su nombre, que no sabemos: solo se pretende que en la historia no tengan lugar las fábulas.

Haber despues de Brigo reinado Tago (como lo dicen los mismos) es á propósito de dar razon porque el rio Tajo se llamó así; y en universal pretenden que ninguna cosa haya de algun momento en España, de cuyo nombre luego no se halle algun rey, y esto es para que se dé orígen cierto de todo y se señale la derivacion y causa de los nombres y apellidos particulares: como si no fuese lícito parar en las mismas cosas sin buscar otra razon de sus apellidos, ó fuese vedado pasar adelante, y inquirir la causa y derivacion de los sagrados nombres que ponen á los reyes; y aun es mas probable que aquel rio por nacer

en la provincia cartaginense haya tomado su nombre de Cartago, hoy Cartagena, como lo siente Isidoro al fin del libro trece de sus Etimologías.

De la misma forma y jaez es lo que añaden, que Beto, sucesor de Tago dió nombre á la Bética, que hoy es Andalucía, dividida antiguamente en Turdetanos, Túrdulus y Bástulos y por la grande abundancia y riquezas que tiene, celebrada grandemente de los poetas en tanto grado, que (como dice Strabon) ponia en ella los campos Elíseos morada de los bienaventurados. El cual testifica otrosí que usaban en su tiempo de leyes hechas en verso, y promulgadas mas de seis mil años antes, segun que ellos mismos lo decian: por ventura su año era mas breve que el romano, y constaba solo de cuatro meses. Lo que es mas probable, y dijeron historiadores mas en número y en autoridad mas graves, es que la Bética se dijo del rio que pasa por medio de toda ella y la baña; al cual los naturales llamaron Cirito, los estranjeros Bétis, puede ser en hebráico, por las muchas caserías, villas y lugares que al uno y otro lado resplandecen á causa de la bondad de los campos que tiene; porque Bétis y Beth en hebreo es lo mismo que casa. Esto baste de los reyes fingidos y fabulosos de España: de quien me atrevo á afirmar no hallarse mencion alguna en los escritores aprobados, ni de sus nombres ni de su reinado. Pero como es muy ageno (segun yo pienso) de la gravedad de la historia contar y relatar consejas de viejas, y con ficciones querer deleitar al lector, así no me atreveré á reprobar lo que graves autores testificaron y dijeron.

CAPITULO VIII.

De los Geriones.

El primero que podemos contar entre los reyes de España, por ser muy celebrado en los libros de Griegos y Latinos, es Gerion, el cual vino de otra parte á España, lo que da á entender el nombre de Gerion, que en lengua cáldea significa peregrino y estranjero. Este, venido que fue en España, gustó de la tierra y riquezas que en ella vió. Enriqueciose con los montes de oro, cuyo uso no era conocido, y por esta causa granos y terrones deste metál se hallaban por los campos, no afinados con el crisol y con el fuego, sino como nacian: por donde de los Griegos fue llamada Chrisea, que es tanto como de oro. Demas desto poseia muchos ganados, por la grande comodidad y aparejo de los pastos y dehesas, y industria que tenian en criarlos.

Con ocasion de riquezas tan grandes se entiende fue el primero que ejercitó la tiranía sobre los naturales desta provincia, que eran de ingenios groseros, á manera de fieras vivian apartados y derramados por los campos en aldeas sin tener alguno por gobernador cuyo imperio reconociesen, y por cuyo esfuerzo se defendiesen de la voluntad de los mas poderosos. Hecho tirano y apoderado de todo, se entiende que edificó un castillo y fortaleza de su apellido enfrente de Cádiz, por nombre Geronda, con cuya ayuda pensaba mantenerse en el imperio que habia tomado sobre la tierra. Edificó asimismo otra ciudad deste apellido de Gerunda (si no engaña la conjetura del nombre) á las faldas de los Pirineos en los Ausetanos, que hoy es la ciudad de Girona.

Pretendia, es á saber, abrazar con estas dos fuerzas las marinas todas de España, y fortificarse para todo lo que sucediese. Mas la seguridad y bonanza que con estas mañas se prometia, le duró hasta tanto que Osiris, al cual los Egipcios tambien ponen por el primero de sus reyes, como lo siente Diodoro Sículo, y por otros nombres le llamaron Bacchá y Dionisio, no el hijo de Senele, criado en la ciudad de Mero (de donde tuvo origen la fábula que decia le crió Júpiter su padre en su muslo, porque Meron en griego significa el muslo) sino el egipcio, turbó la paz que tenia España. Emprendió Osiris al principio una grandísima peregrinacion con que paseó y ennobleció con sus hechos casi toda la redondez de la tierra: comenzó desde la Etiopía, y pasó hasta la India, Asia y Europa. En todos los lugares por do pasaba enseñó la manera de plantar las viñas, y de la sementera y uso del pan: beneficio tan grande, que por esta causa le tuvieron y canonizaron por dios.

Ultimamente llegado á España, lo que en las demas partes ejecutara no por particular provecho suyo, sino encendido del odio que á la tiranía tenia, y á las demasías, que fue quitar los tiranos y restituir la libertad á las gentes, determinó hacer lo mismo en España: ca se decia que se hallaba reducida en una miserable servidumbre, y sufrian con ella toda suerte de afrentas y indignidades. No tenia esperanza que el tirano, por estar confiado en sus riquezas y fuerzas, hobiese por voluntad de tomar el mas saludable partido: vino con él á las armas y trance de guerra: juntaron sus huestes de entrambas partes, y ordenadas sus haces, dióse (segun dicen) la batalla, que fue muy herida, en los campos de Tarifa junto al estrecho de Gibraltar, con grande coraje y no menos peligro de cada cual de las partes. La victoria y el campo, muertos y destruidos los Españoles, quedó por los Egipcios: el mismo Gerion murió en la batalla, su cuerpo por mandado del vencedor sepultaron en lo postrero de la boca del estrecho en el lugar donde al presente se ve el pueblo dicho Barbete, allí se le hizo el túmulo. Fue Gerion tenido y consagrado por Dios como lo da bastantemente á entender el templo que Hércules edificó á Gerion en las riberas de Sicilia, y tambien el oráculo de Gerion que estaba en Pádua famosísimo: al cual los príncipes tenian costumbre por devocion de ir á visitar muchas veces, como lo testifica Suetonio Tranquilo.

Restituida pues y fundada la paz desta manera por beneficio de Osiris, y quitada la tiranía, el vencedor todavía tuvo por cosa áspera y de mal ejemplo castigar en los hijos los pecados de los padres, parecióle cosa grave desposeer, poner en perpétua servidumbre ó destierro tres hijos que de Gerion quedaban en edad niños y de grande hermosura, y que habian sido criados con esperanza de suceder en el reino de su padre: demas que ordinariamente en los generosos ánimos de la victoria se sigue la benignidad para con los caidos. Creyendo pues que no serian tanta parte los vicios y malos ejemplos de su padre para hacerlos crueles, como su triste fin para hacerlos avisados, escogió personas de gran prudencia que rigiesen así la edad tierna de aquellos mozos, como el reino por algun tiempo; y habiendo él avisado á los mozos de lo que debian hacer y huir, púsoles en la silla y en el reino de su padre. Acabado esto, por gozar del fruto de tantos trabajos y tan larga peregrinacion, y deseoso de sosegar en su casa, volvióse á Egipto.

Los hermanos Geriones venidos á mayor edad y acrecentadas las riquezas, luego se encargaron del gobierno del reino de su padre, olvidados del beneficio recibibido, y no de la injuria que se les hizo, como es ordinario que dura mas la memoria del agravio que de las mercedes, tomaron resolucion de vengar la muerte de su padre, y hacerle las honras con la sangre del enemigo; cosa muy agradable á los que tratan de satisfacerse; y los hijos tienen por grande hazaña proseguir la enemiga de sus padres. Esto daban á entender; pero de secreto otro mayor cuidado les aquejaba, es á saber el deseo que tenian á ejemplo de su padre de restituirse en la tiranía y absoluto señorío de España, cosa que en vida de Osiris no creian poder alcanzar. Pensaban esto, y no hallaban camino para poner en ejecucion negocio tan grave: parecióles seria bien conquistar para este efecto á Trifon, hermano de Osiris, y concertarse con él: de quien se entendia y tenian aviso ardia en deseo de reinar y

quitar á su hermano el reino: ambicion que pervierte todas las leyes de la naturaleza. Despacharon sus embajadores para este efecto; los cuales fácilmente, con presentes que dieron de parte de sus señores, hallaron la entrada que pretendian: pusieron con él su amistad, prometiéronle toda ayuda para salir con sus intentos, concertaron que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos. Asentado esto, le persuaden que habiendo muerto su hermano, acometiese por fuerza de armas y se apoderarse del reino de Egipto.

Concertóse todo esto, y ejecutóse la cruel muerte muy de secreto. El cuerpo del muerto fue buscado con mucha diligencia, y Isis la reina viuda le sepultó en Abato, que es una isla de una laguna cercana á Menfis, que por esta causa vulgarmente llamaron Stigia, que quiere decir tristeza. Pero tan grande traicion no podia estar encubierta, ni hay secreto en las discordias domésticas que entre parientes resultan: asi Oro, que en aquel tiempo gobernaba la Scythia, vuelto con presteza en Egipto, vengó la muerte de su padre con darla á Trifon su tio. Descubrió juntamente y supo que los Geriones fueron participantes de la impía conspiracion, y principales movedores de aquella maldad. Por esto encendido en deseo asi de imitar la gloria de su padre, como de vengar del todo su muerte con otra menor empresa que tomó, ni menor conquista que su padre, confirmó diversas naciones por todo el mundo en su obediencia, y ganó de nuevo la amistad de otras muchas. Demas de esto por el arte de la medicina, que le enseñara su madre vino á ser tenido por Dios. Unos le llamaron Apolo, otros por la valentía y destreza en el pelear le pusieron nombre de Marte, y todos le llamaron Hércules. No fue este Hércules el hijo de Anfitrion, sino el Lybio, de quien se dice que domó los mónstruos armado de una porra ó maza y vestido de una piel de leon: que en aquel tiempo aun no usaban, ni habian inventado para destruccion del género humano las armas de acero.

Juntado pues un grande ejército y llegadas ayudas de todas partes, espantoso entró en España contra los Geriones, y llegó finalmente á Cádiz, donde ellos dias antes se retiraran y fortificaran, juntadas en uno las riquezas del reino, alzados los mantenimientos, y proveidos los vastimentos, si por ventura durase la guerra muchos dias: demas desto para valerse en aquel trance llamaron socorros de todas partes. La conciencia de la maldad cometida los acobardaba y espantaba; y por estar la provincia y la gente dividida en parcialidades, unos por ellos, otros contra ellos, y los ánimos de muchos despertados á la esperanza de recobrar la libertad, era dificultoso resolverse si de los estraños les convenia mas recatarse. El tener perdida la esperanza de la vida, si los Egipcios venciesen, los encendia mas, y les hacia furiosos y atrevidos: pero el temor que tenian era mayor: por esta causa determinaron fortificarse en lugares seguros y escusar el trance de la batalla. Al contrario Hércules ordenadas sus haces se presentó delante de sus enemigos. Temia no durase mucho la guerra, y no tenia confianza que los enemigos viniesen en alguna honesta condicion de paz; y cuando la quisiesen, juzgaba no seria decente dejar las armas antes de vengar á su padre con la sangre de los Geriones.

Combatido pues destos pensamientos, consideraba otrosí que, por ser tan grandes los ejércitos como juntaron de ambas partes, seria grande la matanza, si de poder á poder se diese la batalla. Por huir estos inconvenientes, acordó con un rey de armas avisar á los Geriones, que si confiaban en la valentía de sus cuerpos (la cual era muy grande) si en la justicia de la causa que defendia, en que publicaban y se quejaban fueron de Osiris acometidos injustamente y agraviados primero del mismo; qué les ofrecia de su voluntad un partido para concertar las diferencias, tan aventajado para ellos, que ni aun por pensamiento les pasaria desealle tal y tan bueno. Este era, que lastasen solamente aquellos que erraron y fueron causa de los daños pasados, perdonasen á la sangre inocente, y no fuese ocasion de la carnicería que resultara forzosamente de ciudadanos y parientes, si la batalla se diese: que él estaba determinado por la salud comun de aquellos ejércitos y pobre gente de hacer campo él solo contra todos tres, y con su riesgo comprar la seguridad de muchos; pero con tal condicion que habia de pelear aparte con cada uno de ellos. Decia que se ponia á esto confiado en la justicia de su querella, y por esta causa de la ayuda de Dios, por cuya providencia todas las cosas humanas se gobiernan, y mas principalmente los sucesos de la guerra.

Los Geriones aceptaron de buena gana este partido, que por ser tan aventajado no dudaban de la victoria; pero salióles al revés, porque el dia señalado como entrasen en el palenque, y viniesen á las manos, los tres Geriones fueron vencidos y degollados por Hércules. Dióse á los cuerpos sepultura en la misma isla de Cádiz, donde se hizo el campo; y desde aquel tiempo se entiende que se llamó Erithrea, no solo la isla de Cádiz, sino otra isla que estaba á ella cercana, y aun la parte de tierra firme que le cae enfrente. La causa de este apellido fueron ciertas gentes del mar Erythreo, conviene á saber del mar Rojo, que venidas á la conquista, y sosegada la provincia con voluntad de Oro asentaron en aquellos lugares, poblaron y hicieron por allí sus moradas. En conclusion, en la boca del estrecho de Cádiz, Hércules, despues de esta victoria, hizo echar en el mar grandes piedras y materiales con que levantó de la una parte y de la otra dos montes; de los cuales el de la parte de España se llama Calpe, y el otro que está en África, Abyla: estos montes se dijeron las columnas de Hércules, tan nombradas. Hecho esto, y dado órden y asiento en las demás cosas de España, nombró Hércules á Oro por gobernador della uno de sus compañeros por nombre Hispalo, de cuya lealtad y prudencia en paz y en guerra estaba pagado y tenia mucha satisfaccion; y con tanto concluidas todas estas cosas dió vuelta y pasó por mar á Italia.

CAPITULO IX.

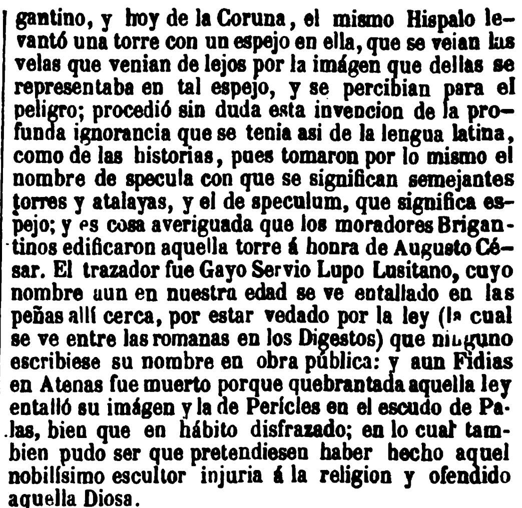
Del rey Hispalo y de la muerte de Hércules.

Por cierta cosa se tiene haber Hispalo reinado en España despues de los Geriones, y Justino afirma que de Hispalo se dijo España, en latin Hispania, trocada solamente una letra. Añaden otros que por su industria y de su apellido se fundó Sevilla, que en latin se dice Hispalis: ciudad que en riqueza, grandeza, concurso de mercaderes, por la comodidad del rio Guadalquivir, y por la fertilidad de la campiña no da ventaja á ninguna otra de España. Dicen mas, que por discurso de tiempo del nombre de Sevilla ó Hispalis se llamó toda la provincia Hispania. San Isidoro atribuye la fundacion de esta ciudad á Julio César, en el tiempo á saber que gobernó á España: y dice que la llamó Julio Rómula juntando en otro apellido su nombre y el de la ciudad de Roma, y que el nombre de Hispalis se tomó de los palos en que estribaban sus fundamentos, que hincaban para levantar sobre ellos las casas por estar asentada esta ciudad en un lugar cenagoso y lleno de pantanos. Por ventura entonces la ensancharon y adornaron de edificios nuevos y grandes; diéronle otrosí nombre y privilegios de colonia romana; pues es cierto que Plinio la llama colonia romulense. Mas decir que entonces se fundó la primera vez, carece de crédito, y no hay argumentos ni autores que tal cosa confirmen.

Plutarco escribe, que venido que hobo el otro Dionysio ó Baco, es á saber el hijo de Semele á España,

despues que sujetó toda la provincia con armas victoriosas, uno de los compañeros que él mismo puso por gobernador de todo, por nombre Pan, fue causa que toda la provincia primeramente se llamase Pania, despues Spania, añadida una letra. Pero destas cosas cada cual podrá libremente juzgar y sentir lo que le pareciere. Lo que algunos dicen, que Hispalo dejó un hijo por nombre Hispano, el cual haya reinado muerto su padre, no lo recibimos ni tiene probabilidad alguna antes entendemos que á un mismo hombre diversos escritos llaman con ambos nombres unos Hspalo, otros Hispano; pues el nombre de Hispania y su derivacion se atribuye á entrambos, y los que ponen el uno ninguna mencion hacen del otro, fuera de solo Beroso, cuyas fábulas poco antes desechamos no solo como tales, sino tambien como mal forjadas y compuestas.

Las cosas que hizo este rey, como quier que por la antigüedad del tiempo se ignorasen, nuestros historiadores para enriquecer y hacer mas apacible y deleitosa la flaca historia de este tiempo (á la manera que con las aguas traidas de lejos se suelen fertilizar los campos secos) y porque no hobiese rey á quien luego no atribuyan algun hecho ó edificio para mas ennoblecerse, dado que no trabase muy bien ni cuadrase lo que decian, escribieron que Hispalo fundó la ciudad de Segovia, y el acueducto que hay en ella, maravilloso asi por su obra, como por su altura: como quier que sea averiguado que el acueducto fue obra del emperador Trajano, á lo menos hecha por aquellos tiempos que él imperó. Demas desto decir como firman, que en el puerto dicho antiguamente Bri-



gantino, y hoy de la Coruna, el mismo Hispalo levantó una torre con un espejo en ella, que se veian las velas que venian de lejos por la imágen que dellas se representaba en tal espejo, y se percibian para el peligro; procedió sin duda esta invencion de la profunda ignorancia que se tenia asi de la lengua latina, como de las historias, pues tomaron por lo mismo el nombre de specula con que se significan semejantes torres y atalayas, y el de speculum, que significa espejo; y es cosa averiguada que los moradores Brigantinos edificaron aquella torre á honra de Augusto César. El trazador fue Gayo Servio Lupo Lusitano, cuyo nombre aun en nuestra edad se ve entallado en las peñas allí cerca, por estar vedado por la ley (la cual se ve entre las romanas en los Digestos) que ninguno escribiese su nombre en obra pública: y aun Fidias en Atenas fue muerto porque quebrantada aquella ley entalló su imágen y la de Perícles en el escudo de Palas, bien que en hábito disfrazado; en lo cual tambien pudo ser que pretendiesen haber hecho aquel nobilísimo escultor injuria á la religion y ofendido aquella Diosa.

Muerto Hispalo, en qué tiempo no concuerdan los autores; pero muerto que fue, Hércules desde Italia, donde hasta entonces se detuvo, dejando allí por gobernador á Atlante, de cuya grandeza de ánimo estaba muy satisfecho: por miedo de algun alboroto volvió á España, y en ella, despues que gobernó la república bien y prudentemente y fundó nuevas ciudades, entre las cuales cuentan Julia Libyca y Urgel en las aldeas de los montes Pirineos, Barcelona y Tarragona en la España Citerior (como algunos sien-





ten fueron poblaciones de Hércules), ya de grande edad pasó desta vida. Los Españoles con grande voluntad le consagraron por dios (1), y determinaron se le hiciesen honras divinas; dedicáronle sacerdotes y templo donde el cuerpo de Hércules comenzó á ser honrado con solenmes sacrificios no solo de los naturales, sino tambien de las naciones extranjeras que por devocion concurrian, de que recogian grande ganancia los ministros, y el dicho templo se ennoblecia de cada dia mas. En qué parte de España aquel templo y sepulcro de Hércules haya estado, no concuerdan los autores; y en cosas tan antiguas mas fácil cosa es adivinar por conjeturas, que dar sentencia por la una ó por la otra parte. Unos dicen que en Barcelona, do junto á la Iglesia Mayor se ven rastros de una antigualla, y de un soberbio sepulcro de que se habla adelante (y se tiene que Ataulfo rey godo, está allí sepultado), otros sienten que en Cádiz. Mas las personas de mayor autoridad y erudicion piensan estuvo en Tarifa cerca del estrecho, ca es averiguado que aquella supersticion se conservó allí por largo tiempo, y que un soberbio templo de Hércules se levantó antiguamente en aquella parte de Andalucía (2).

CAPITULO X.

De Hespero y Atlas reyes de España.

Murieron en España Hispalo y Hércules sin dejar sucesion: por esta causa Hespero hermano de Atlante nacido en Africa, y uno de los compañeros de Hércules, fue por el mismo, al tiempo de su muerte, nombrado para que le sucediese en lo de España. Su gobierno fue tan agradable á los naturales como el de cualquiera otro. La fama de sus proezas y el crédito de su virtud le abonaban para con la gente de tal suerte, que, como lo sienten algunos escritores griegos y latinos, España del nombre de Hespero desde aquel tiempo se comenzó á llamar Hesperia. Verdad es que.

(1) En la isla de Sancti Petri, donde primero se establecieron los Fenicios, como lo demuestran varios fragmentos de columnas y de estátuas que se descubrieron en los años 1730 y 1748 que se retiró la mar, y en nuestro siglo aun mas. Llevaba el nombre de templo de Cádiz, porque la isla estaba á muy poca distancia desta ciudad que se habia hecho la metrópoli de todas las colonias fenicias de aquella costa.

(2) Los Fenicios que vinieron á España trajeron el culto de Hércules, que en Tyro, en Egipto, y otras partes del Oriente era adorado como Dios. Su culto se estendió por muchas partes de España, como lo manifiestan los monumentos que aun hoy se conservan en algunas medallas de Cádiz, en las cuales se ve en la parte anterior la cabeza de Hércules, y en la posterior un vaso llamado *Símpulo*, del que usaban en los sacrificios, con la inscripcion: *Ti Claudius Nero*; lo que quizás manifiesta que Tiberio antes de ser emperador sacrificó á aquella divinidad en el templo de Cádiz, pues por una inscripcion hallada en Martos consta que tenia devocion á Hércules, en cuyo honor le levantó una estátua.

otros, y entre ellos Macrobio y Isidoro, pretende que se tomó este nombre de Hesperia del lucero de la tarde, que en latin se llama Hespero y se pone en España, y al cual miran los que navegan á estas partes. Cada cual podrá seguir la opinion en esto que mas le contentare. Lo cierto es que la buena andanza que tuvo al principio este rey, en breve se trocó y se fue todo en flor: porque Atlante, Hermano de Hespero, desde Italia, donde Hércules le dejó, codicioso de las riquezas y anchura de España, y agraviado de que su hermano le hobiese sido antepuesto en el señorío de España, acudió sin dilacion; y ganadas las voluntades de los soldados por la gran fama que corria de su valor y hazañas, fácilmente se apoderó del reino.

Hespero desamparado de los suyos, fue forzado á recojerse á Italia, donde los de Toscana movidos de compasion de su desastre y desman, en que cayera no por culpa suya, sino por la ambicion y deslealtad de su hermano: primeramente le acogieron y hospedaron muy bien, despues por la esperiencia de su bondad, y por la fama que corria de su virtud, le entregaron á su rey Corito (á quien otros tambien llaman Jano Júpiter), que era de muy tierna edad, para que fuese su ayo, y como tal le amaestrase en lo que saber le convenia: que fue una resolucion muy acertada y muy agradable para toda aquella provincia. No les salió vana su esperanza ni se engañaron en lo que se prometian de su bondad, como lo da á entender el nombre de Italia, mudado asimismo desde aquel tiempo á ejemplo de España en el de Hesperia que tambien tiene: que fue prueba bastante de la aprobacion de Hespero. Llegaron las nuevas de todo esto á España. Atlas con recelo que si este aplauso no se atajaba al principio, cundiria el mal, y podria ser que fortificado su hermano y pujante con el favor de la gente, primero le despojase del reino de Italia, y despues le pusiese en condicion lo de España; consultado el negocio con los suyos, acordó de hacer grandes levas de gente, y con todo su poder pasar en Italia. Llevó de España grande número de soldados, y entre ellos muchos de los principales Españoles con voz y muestra de honrallos y ayudarse de sus fuerzas en aquella jornada; mas á la verdad pretendia tenellos consigo como en rehenes, y asegurar que en su ausencia no se levantasen algunos movimientos en la tierra, con deseo de cosas nuevas, y de sacudir de sí el yugo del imperio y señorío estraño.

Hízose, pues, á la vela; pero como se levantasen recios temporales, corrió fortuna, derrotóse toda su armada, y en lugar de tomar á Italia, que era lo que pretendia, fue arrebatado y llevado por los vientos á la isla de Sicilia. Eran grandes las riquezas de aquella tierra, su fertilidad y hermosura; por lo cual dicen dejó allí para que poblasen una buena parte de los Españoles que llevó consigo. Hecho esto, con lo demas de su ejército últimamente dió la vuelta y aportó á Italia, donde halló que ya su hermano Hespero era fallecido: con que le fue cosa fácil apoderarse de Corito rey de Toscana, y hacerse señor de todo. De dos hijas que tenia, la una llamada Electra, casó con Corito, cuyos hijos fueron Jasio y Dárdano: de quien se tornará á hablar luego. La otra no se sabe con quien casase, solo dicen que se llamó Rome, y que su padre la heredó en aquella parte de Italia, por donde corre el rio Tibre, que á la sazon se llamaba Albula, donde tambien dió asiento á parte de los Españoles ya dichos. Añaden demas desto, que esta Rome en el monte Palatino puso los cimientos de la inclita ciudad de Roma: la cual, de pequeños principios, con el tiempo se hizo señora del mundo. Alegan para esto por testigo á Fabio Pictor, autor muy antiguo y muy grave de las cosas romanas; dado que á Rome, fundadora de aquella nobilísima ciudad, otros la hacen nieta de Eneas, hija de Ascanio. Otros son de parecer que despues de la destruccion de Troya, una mujer nobilísima entre las cautivas, que se decia Rome, venido que hobo con Eneas en Italia, quemó los navíos de su gente, que estaban surgidos á la ribera del Tibre, y les persuadió edificasen de nuevo un pueblo que del nombre de aquella cautiva, llamaron Roma.

No hay duda sino que, por testimonio de graves autores, se muestra que Roma estaba fundada antes de Rómulo; y es averiguado que antiguamente tuvo aquella ciudad otro nombre, el cual los secretos de la religion y ceremonias no permitian se divulgase entre todos, y aun se sabe que Valerio Sorano por quebrantar este secreto, pagó aquel desacato con la vida. Verdad es que no se tiene noticia de tal nombre, como asimismo es incierto lo que nuestros historiadores afirman, que Roma fue fundacion de Españoles, si bien les concediésemos que la gente de Atlante por mandado de Rome su hija, lo fundó por este tiempo. Y parece mas invencion, y hablilla inventada á propósito de dar gusto á los españoles, que cosa examinada con diligencia por la regla de la verdad y antigüedad. Yo estoy determinado de mirar mas aina lo que es justo se ponga por escrito, y lo que va conforme á las leyes de la historia, que lo que haya de agradar á nuestra gente; pues no es justo que con flores de semejantes mentiras, fuera de tiempo y sazon, se atavie y hermosee la narracion desta historia, ni el lustre y grandeza de las cosas de España, tiene necesidad de semejantes arreos. Asi que, desechamos como cosa dudosa, por no decir mas adelante lo que inventaron nuestros historiadores, que Roma fue poblacion de Españoles.

De la misma manera no queremos recibir los que nuestras historias modernas cuentan entre los reyes de España; es á saber Sicoro, Sicano, Siceleo y Luso pues en las antiguas historias ningun rastro de ellos se halla de sus hechos ni de sus nombres. Tampoco aprobamos lo que en esta parte añaden, que un hijo de Atlante, llamado Vorgete, despues de la muerte de su padre reinó en Italia; de cuyo nombre los Españoles que siguieron á Atlante y asentaron en Italia, dice se llamaron Morgetes, ca todo esto no estriba en mejor fundamento que lo de mas arriba dicho. Yo creeria mas aina, que aquella gente tomó el apellido de Morgetes de las ciudades donde moraban en España, y de donde la sacaron para llevarla en Italia; pues consta que en la Bética, hoy Andalucía, hobo dos pueblos llamados Murgis, el uno á la ribera del mar, que hoy se llama Muxacra, y el otro mas adentro en la tierra, al cual hoy llaman Murga: el uno y el otro situados no lejos de la ciudad muy nombrada de Murcia, la cual asimismo algunos quieren fuese asiento de los Morgotes. De donde se puede entender que en Sicilia procedieron y se fundaron así bien la ciudad de Murgancio, muy nombrada entre los antiguos, como los pueblos Murgentinos, sea en este mismo tiempo, sea en otro diferente; que tampoco esto no se puede averiguar, por estribar solamente y apoyarse todo en la semejanza de los nombres que los unos y los otros tuvieron: congetura las mas veces engañosa, incierta y flaca.

CAPITULO XI.

De Sículo rey de España.

Por autoridad de Filistio Siracusano, sin embargo de todo lo dicho, se puede recibir como cosa verdadera, que Sículo (1), hijo de Atlante, despues que su padre partió de España, como lugarteniente suyo y por su órden gobernó esta provincia por algun tiempo, y despues de muerto le sucedió en todos sus

(1) Téngase presente que este Sículo es uno de los reyes fabulosos del Bero de Annio Viterbiense.

reinos. Este príncipe por el deseo que tenia de tomar la posesion del reino de Italia, y con intento de amparar lo que restaba en aquellas partes del ejército de su padre, con muy escogida gente se hizo á la vela y pasó en Italia. Principalmente que entre Jasio y Dárdano, sobrinos suyos, habian resucitado debates y diferencias, las cuales pretendia apaciguar. Fue así; que estos dos hermanos, despues de la muerte de su padre Gorito, se hacian entre sí cruel guerra sobre la posesion de Toscana. Deseaba, pues, concertar los que de tan cerca le tocaban en parentesco, ademas que Jasio por sus cartas le importunaba por favor y ayuda; cuya justicia era mas fundada pero menores las fuerzas.

Con este intento partió de España, y de camino, sea por su voluntad, sea arrebatado por la fuerza de los vientos y tormenta, llegó á Sicilia, donde fortificó y aumentó el poder de los amigos antiguos, hizo otrosí guerra á los Cíclopes y á los Lestrigones, gentes fieras y bárbaras. Esta guerra que hizo, y la victoria que ganó muy señalada de estas gentes (como algunos sospechan, Tucydides lo apunta al principio del libro sesto) fue causa que aquella isla llamada antes Trinacria de tres promontorios que tiene, tomase nuevos apellidos, el del Sicila del rey Sículo, y el de Sicania de los Españoles que levantó en aquella parte de España por donde pasa el rio Sicoris ó Segre: ca no hay duda sino que antiguamente moró por allí cierta gente llamada Sicana, los cuales dicen quedaron de guarnicion en aquella isla. Otros dicen y añaden que aquella isla se llamó tambien Sicaria, de cierta gente que moraba á las riberas de aquel rio Sicoris, que eran los mismos, ó diferentes de los Sicanos. Sea lícito en cosas tan antiguas y oscuras ir á las veces á tiento, sin poder tomar entera resolucion.

Volviendo á Sículo, los mismos autores refieren que pasado en Italia ayudó á su hermana Rome, y la proveyó de nuevos socorros contra los Aborígenes, gente natural de la tierra, que ordinariamente le daban guerra, y la traian desasosegada. Esto dicen por causa que en buenos escritores y antiguos se hace mencion que en aquellos lugares de Italia moraban pueblos llamados Sículos y Sicanos, que sospechan por este tiempo hicieron allí su asiento: argumento poco bastante para asegurar sea verdad lo que con tanta resolucion ellos afirman. Lo que se tiene por mas probable, es que, ordenadas las cosas á su voluntad, primero en Sicilia y despues en Italia, movió con sus gentes la vuelta de Toscana con intento de hacer rostro y allanar á Dárdano su sobrino, que en la guerra que traia contra su hermano, se hallaba acompañado de un poderoso ejército de Aborígenes. Pero él visto que no podia resistir al poder de Sículo, de corazon ó fingidamente dejadas las armas, se puso en sus manos, confiado segun él decia y daba á entender en la justicia de su querella, y persuadido no permitiria su mismo tio lo quitasen por fuerza lo que demas de ser herencia de su padre, habia adquirido por su valentía y por las armas. Sin embargo, se tomó asiento entre los dos hermanos, cual á Sículo pareció mas conveniente para sosegar aquellos bullicios: con que las cosas parecia comenzaban á tomar mejor camino.

Aseguróse con esto Sículo, y descuidóse Jasio, entendiendo habia llaneza en aquel trato; pero Dárdano luego que halló ocasion para ejecutar su mal propósito, dió la muerte á su hermano, que confiado en el concierto estaba seguro, y en ninguna cosa menos pensaba que en semejante traicion. Sículo como era razon tomó esta injuria por suya, acudió á las armas y en una batalla famosa que se dió, venció á Dárdano, y le puso en necesidad de desamparar á Italia. Pasó con grande acompañamiento de Aborígenes á Samothracia, de donde pasado que hobo el Helesponto, que hoy es el estrecho de Gallípoli, fue el primero que en la provincia de Asia la Menor y en la Frigia fundó la muy nombrada ciudad de Troya. Quedó de Jasio un hijo por nombre Goribanto, al cual en lugar de su padre hizo Sículo rey de Italia.

Compuestas las cosas desta manera, dió Sículo la vuelta para España, donde no se sabe ni el tiempo que adelante vió, ni otra cosa ni hazaña suya de que se pueda hacer memoria; si ya no queremos en lugar de historia publicar los sueños y desvaríos de algunos escritores modernos, que de nuevo tornan á forjar otros nuevos nombres de reyes de España sin mejor fundamento que los de arriba. Estos son Testa, que le hacen fundador de cierta poblacion llamada ansimismo Testa, autor y principio de los Contestanos, gente muy conocida en España: dicen otros si fue natural de Africa, y llegó no sé por qué caminos á ser rey y señor de España. Otro es Romo, al cual hacen fundador de Valencia, nombre que en latin significa lo mismo que en griego Roma: el cual nombre de Roma dicen tambien tuvo aquella ciudad antiguamente, á la manera que la ciudad de Roma, segun que lo dice Solino, se llamó antiguamente Valencia, y Evandro le mudó el nombre y apellido en el que al presente tiene de Roma.

El tercero rey que nombran es Palatuo, de quien dicen se llamaron los pueblos Palatuos, y tambien la ciudad de Palencia tomó este nombre del suyo, dado que muy distante de donde era el asiento de aquella gente dicha Palatuos antiguamente, que caia cerca de Valencia. Añaden que este Palatuo echó á Caco de la posesion y reino de España: al mismo en el monte Aventino, que es uno de los siete que en sí contiene Roma, por la huella de las vacas que hurtó, le halló y dió muerte Hércules el Thebano. Deste jaez es el rey Erithro, que fingen vino de allende el mar Bermejo, que se llama tambien el mar Erithreo, y aun quieren que de su nombre se le pegó á la isla de Cádiz el nombre que antiguamente tuvo de Erythrea. El postrero en el cuento destos reyes es Melicola, que por otro nombre se llamó Gargoris (1); mas deste en particular hace mencion el historiador Justino. Todo esto y los nombres destos reyes, tales cuales ellos se sean, ni se debian pasar en silencio, como quien rodea algun foso ó pantano que no se atreve á pasar, donde no solo gente ordinaria, sino personas muy doctas han tropezado y caido: ni tampoco era justo aprobar lo que siempre hemos puesto en cuentos de hablillas y consejas. A Sículo entiendo yo que llama Justino, Sicoro. Esto se avisa, porque á ninguno engañe la diferencia del nombre para pensar que Sículo y Sicoro sean dos reyes diversos y distintos.

CAPITULO XII.

De las diversas gentes que vinieron á España.

Dificultosa cosa seria querer puntualmente ajustar los tiempos en que florecieron los reyes de España que de su uso quedan nombrados, los años que reinaron y vivieron, y en particular señalar el año de la creacion del mundo en que sucedió cada cual de las cosas ya dichas, no faltaria diligencia y cuidado para rastrear y averiguar la verdad, si se descubriese algun camino seguro para hacello. Contentarnos hemos con conjeturas, por las cuales sin mas particularizarlas sospecho que los Geriones poseyeron á España, y en ella reinaron la cuarta ó quinta edad despues del diluvio. Sículo floreció mas de doscientos años antes de la guerra de Troya. En cuyo tiempo, ó no muchos años despues, una gruesa flota partió de Zazyntho,

(1) Justino, que es el único historiador que nos habla de Gargoris, rey de los Curetos, que se establecieron en Tartéso, y civilizaron nuestros pueblos, no dice dónde ha tomado esta fábula, que tal vez no tenga de realidad sino que el conductor de la colonia fenicia establecida en aquellas costas se llamase Gargoris.

isla puesta en el mar Jonio al Poniente del Peloponeso y de la Morea; y tomado que hobo tierra en aquella parte de España donde al presente está asentada la ciudad de Valencia, los que en aquella armada venian tres millas de la mar levantaron un pueblo, que del nombre de su tierra llamaron Zazyntho, y adelante mudado el apellido algun tanto se llamó Sagunto, hoy Murviedro (1). Pretendian que aquel castillo principalmente les sirviese de fortaleza para contrarestar á los naturales, si se alborotasen contra ellos, y recoger en él la gran suma de oro y de plata que por brujerías de poco precio y quinquillerías rescataban de los españoles, gente simple é ignorante de las grandes riquezas que en aquel tiempo poseia.

Confiados en la seguridad que aquella fuerza les daba, se atrevieron á entrar mas adelante en la tierra y calarla y á descubrir las riberas y marinas comarcanas, donde algunos años despues se dice, que sesenta millas hácia el Poniente, en un sitio muy á propósito, se determinaron á levantar un templo á la diosa Diana; el mas famoso que hobo en España, del cual el promontorio Diano, que es donde al presente está la villa de Denia, tomó aquel nombre. Este templo, conforme á la costumbre y supersticion de los Griegos, adornaron ellos con ídolos, derramaron en él mucha sangre de sacrificios que allí hacian ordinariamente. Con esto los naturales, maravillados de tantas y tan nuevas ceremonias y de la magestad de todo el edificio, comenzaron á tener á esta gente por hombres venidos del cielo y por superiores á las demas naciones. Y es averiguado que ninguna cosa hay mas poderosa para mover al pueblo que el culto de la religion, quier verdadero, quier fingido, por el natural conocimiento que los hombres tienen de Dios, y la reverencia que tienen á su divinidad. El enmaderamiento deste templo era de enebro, madera no menos olorosa que incorruptible, tanto que Plinio testifica (2) se conservaba hasta su tiempo sin alguna corrupcion ni carcoma.

Despues de la venida de los de Zazyntho, refieren que el otro Dionisio ó Bacchó hijo de Semeles, como ciento y cincuenta años antes de la guerra de Troya, llegó á lo postrero de España, y en las albuferas ó esteros de Guadalquivir, entre las dos bocas por donde en aquel tiempo se metia y descargaba en el mar, fundó á Nebrija, dicha así de los Nebridas, que en griego significa pieles de ciervo, de que Dionisio y sus compañeros se vestian comunmente, y mas en particular cuando querian ofrecer sacrificios. El sobrenombre de Veneria que tuvo Nebrija, los tiempos adelante se dieron. Diodoro Sículo escribe que antiguamente hobo tres Dionisios ó Bacchós. El primero fué hijo de Deucalion, que es lo mismo que Noé, el cual entiendo yo fue el mismo que arriba llamamos Osiris Egipcio, de cuya venida á España se trató en su lugar. El segundo fue hijo de Proserpina ó Ceres, al cual acostumbraban pintar con cuernos para dar á entender fue el primero que unció los bueyes, y enseñó por este modo arar y sembrar la tierra.

El tercero fue hijo de Semeles, nació de adulterio, crióse en la ciudad de Mero; nombre que significa el muslo, de donde tomaron los poetas ocasion para fingir que su mismo padre Júpiter le encerró y crió dentro de su muslo. Deste postrero se dice, que á imitacion del primer Dionysio, emprendió de discurrir y conquistar muchas y diversas provincias: ennobleciólas con las victorias que ganó, en particular venido á España la limpió de las maldades y tiranías que de todas maneras en ella prevalecian. En el mismo tiempo Milico, hijo de Mirica, (por ventura uno de los descendientes de Sículo), dicen tenia gran poder, riquezas y autoridad entre los Españoles: y que los descendientes deste Milica, no lejos donde al presente está Baeza, fundaron á Castulon en los Oretanos, ciudad que antiguamente se contó entre las mas nobles de España, asentada y puesta donde al presente quedan como rastros de la antigüedad los cortijos de Cazlona.

Al tiempo que Dionysio partió de España, dejó en ella dos de sus compañeros, que fueron el uno por nombre Luso, de quien procedieron los Lusitanos que son los Portugueses: el otro Pan, al cual aquellos hombres groseros y dados á supersticion de gentiles pusieron en el número de los dioses, y dél y de su nombre (como testifican Varron y Plutarchó) toda esta provincia se llamó primero Pania, y despues añadida una letra, Spania, que es lo mismo que España. Jason Thessalo otrosí, encendido en deseo de adquirir honra y riquezas, poco adelante se hizo corsario en el mar: ejercicio á la sazon de mucho interés por estar las marinas sin guarnicion, y los hombres á manera de pastores en chozas y cabañas derramados por los campos. Edificó para este efecto una nave de forma muy prima y capaz. El trazador y carpintero que la hizo se llamó Argos. Hecha y aprestada la nave, tomó en su compañía á Hércules el Thebano, á Orfeo y á Lino, á Castor y Polux con otro buen golpe de gente.

Con este acompañamiento partió de Thessalia: en el discurso de su viaje, que fue muy grande, acabó cosas muy estraordinarias. En particular junto al promontorio de Troya, llamado Sigeo, libró de la muerte á Hisione, hija del rey Laomedonte. En Colchos, por industria de Medea, hurtó la riqueza de oro que su padre tenia muy grande; y porque acostumbraban con pieles de carnero coger y sacar el oro de los arroyos que se derribaban del monte Cáucaso, tomaron los poetas ocasion de decir que habia hurtado el vellocino de oro tan famoso y nombrado acerca de los antiguos. Fué en su compañía la dicha Medea: desde allí pasaron el estrecho Cymmerio, llegaron á la laguna Meotis y por el rio Tanais arriba, por donde las dos partes del mundo Asia y Europa parten término, llevaron á jorro la dicha nave todo lo mas que pudieron. Despues la desenclavaron, y la madera llevaron en hombros hasta dar en la ribera del mar Sarmático, donde se dice que de nuevo la juntaron y clavaron, de suerte que por las riberas de Alemania, Francia y España no pararon hasta dar en la boca del estrecho de Cádiz (3). Allí sobre el monte Calpe, que es en lo postrero del estrecho hácia el mar Mediterráneo, afirman que Hércules levantó un cas-

(1) Aqui se supone la fundacion de Sagunto anterior doscientos años á la guerra de Troya, lo que es del todo inverosímil, porque no consta que los griegos europeos en aquel tiempo hubiesen hecho alguna larga espedicion, la cual no hubiera dejado de celebrarse como la de los Argonautas. Sabau piensa que los de la isla de Zazyntho vinieron á nuestras costas despues de los Fenicios, y hácia el siglo séptimo ú octavo, antes de Jesucristo. Los Fenicios antes de este tiempo ya ocupaban las costas de la Bética; y aun no se habla nada por los historiadores de la espedicion de los de Zante. De los Focenses consta que en el siglo sesto ocuparon la costa de Valencia desde la embocadura del Júcar hasta Cartagena, estando ya los de Zante establecidos en Sagunto: es evidente, pues, que debieron establecerse en el siglo séptimo ú octavo.

(2) Este antiguo naturalista solo habla del templo de Diana que los de Zazyntho construyeron fuera de Sagunto, en el cual pusieron la estátua que trajeron de su patria, y que Annibal por el respeto que tenia á esta falsa deidad la mandó conservar cuando se destruyó la ciudad. El culto de Diana se estendió por una gran parte de la España, pues en Alcalá de Henares habia un monumento consagrado á Diana y en el Naya que pertenece á la España Tarraconense, tambien se encontraron inscripciones que pueden verse en la *Coleccion de Lap. y Medallas*; del sabio y erudito Masdeu.

(3) ¿Y quién cree que de tal manera y con un barco tan frágil navegasen por el mar Negro, y pasado el Bósforo Cimerio y la lengua Meotida se entrasen en el Tanais, y por él en el Océano septentrional, y se viniesen costeando la Europa hasta las columnas de Hércules? Esta narracion solo es buena para el poema de los Argonautas.

tillo, que de su mismo nombre se llamó Heraclea y hoy es Gibraltar. Desde aquel castillo salieron diversas veces por la tierra á robar, y pelearon con los Españoles que les salieron al encuentro, cuándo próspera cuándo adversamente.

Pasado en esto algun tiempo, y puesta en el castillo buena guarnicion y los despojos en las naves, partieron primero para Sagunto, donde benignamente los recibieron por ser todos de nacion griega y usar de una misma lengua. Desde Sagunto pasaron á la isla de Mallorca: allí prendieron al rey de aquellas islas por nombre Bocoris; pero, por entender que en ellas no se hallaba oro, hecho su matalotaje y puestos en las naves muy hermosos bueyes, cuales son los de aquellas islas, se encaminaron la vuelta de Italia. Allí Hércules dió la muerte en la cueva del monte Aventino á Caco gran salteador, y que le habia hurtado los bueyes que llevaba: quitó asimismo la costumbre que tenian los de aquella tierra de echar cada un año para aplacar á Saturno en el Tibre desde el puente Molle un hombre vivo, y hizo que en su lugar echasen ciertas estátuas de pajas y de juncos. Acabadas estas cosas, por la Liguria, que hoy es el Genovés, se dice que, deshecha otra vez la nave, la pasaron en hombros primero al rio Po, y por él al mar Adriático ó golfo de Venecia. Por este mar á cabo de tan largos caminos, y de tantas vueltas como hicieron Jason y Hércules y sus compañeros, sanos y salvos volvieron á su tierra. Pero no es de nuestro intento tratar de cosas extranjeras: pues hay harto que hacer en declarar las que propiamente á España tocan.

Un autor por nombre Hecateo niega esta venida en España de Hércules el Thebano hijo de Anfitrion, que por otro nombre llamaron Alceo; mas Diodoro y todos los demas autores testifican lo contrario, demas de los rastros del camino que en España y en los montes Pirineos y en la Gallia Narbonense quedaron deste viaje; y se conservaron por largos tiempos, y aun en la misma entrada de Italia los Alpes Leponcias y Euganeas tomaron estos apellidos de dos compañeros de Hércules: con que se muestra no solo que Hércules vino á España, sino que parte de su gente pasó en Italia por tierra, y dejaron en algunos lugares por donde pasaron nombres y apellidos griegos. Virgilio atribuye á este Hércules la muerte de los Geriones, de que se trató arriba, con la libertad que suelen los poetas; y por la semejanza de los nombres entiendo se trocaron los tiempos.

Despues de la venida de Hércules, y despues de la muerte de Milico, reinó en España Gargoris, famoso por la invencion que halló de coger la miel, por donde asimismo le llamaron Melicola. En tiempo deste rey concurrió la guerra muy famosa de Troya, la cual concluida, las reliquias de los ejércitos griego y troyano se derramaron y hicieron asiento en diversas partes del mundo, en particular vinieron á España, y poblaron en ella no pocos capitanes de los Griegos (1). Tal es la comun opinion de nuestros historiadores y gente, que muchas naciones antiguamente trasladadas á esta region, por la comodidad que hallaron, asentaron y poblaron en diversas partes de España.

En este cuento tiene el primer lugar Teucro, el cual despues de la muerte desgraciada de su hermano Ayax, porque su padre Telamon no le permitió volver á su tierra solo, aportó primero á la isla de Chipre, y en ella edificó la ciudad de Salamina, hoy Famagosta, que llamó asi del nombre de su patria. De Chipre pasó en España, y en ella donde al presente está Cartagena dicen edificó otra ciudad que de su nombre llamó Teucría. No hay duda sino que Justino y San Isidoro hacen mencion desta venida de Teucro á España; y aun Justino en particular dice que se apoderó de aquella parte donde está situada Cartagena; pero que allí haya fundado, y que la haya llamado Teucría, puede ser verdad, mas ellos no lo dicen, ni se hallan algunos rastros de poblacion semejante. Verdad es otrosí que todos concuerdan en que Teucro pasó el estrecho de Gibraltar, y vueltas las proas á manderecha mas adelante del cabo de San Vicente y de las marinas de toda la Lusitania, pasó en las del Galiciá, y en ellas fundó la ciudad de Hellene, que es la que al presente se llama Pontevedra: y aun quieren que del nombre de uno de sus compañeros fundó otra ciudad llamada Anfilolia, que los Romanos llamaron Aguas-calientes, y los Suevos que asentaron adelante por aquellas partes, la llamaron Auria, nosotros la llamamos Orense.

Dicen otrosí que Diomedes, hijo de Tideo aportó á las riberas de España; pero como en todas las partes los naturales le hiciesen resistencia, rodeadas todas las riberas del mar Mediterráneo y gran parte del Océano, pasó de la otra parte de la Lusitania, y allí fundó del nombre de su padre la ciudad de Tuy, que en latin se llama Tude ó Tyde, entre las bocas de los rios Miño y Limia á la ribera del mar. Strabon asimismo en el libro tercero refiere que Mnesteo Ateniense con su flota vino á Cádiz, y en frente de aquella isla á la boca del rio Belon, que hoy es Guadalete, por donde desemboca en el mar, se dice edificó una ciudad de su mismo apellido y nombre, donde al presente está y se ve el puerto de Santa María. Demás que, entre los dos brazos de Guadalquivir edificó un templo que se llamó antiguamente Oráculo de Mnesteo, sobre el mismo mar, que fue de grande momento para acrecentar en España la supersticion de los Griegos.

Por conclusion Strabon y Solino testifican que Ulises entre los demás vino á España, y que en la Lusitania ó Portugal fundó la ciudad de Lisboa: cosa de que el mismo nombre de aquella ciúdad da testimonio, que, segun algunos, en latin se escribe Ulissipo; si bien otros son de diferente parecer, movidos asi del mismo nombre de aquella ciudad, del cual por antiguallas se muestra se debe escribir Olisipo, y no Ulissipo, como tambien porque en las marinas de Flandes en diversos lugares se halla mencion de las aras ó altares de Ulises, dado que no pasó en aquellas partes. Por estos argumentos pretenden que conforme á la vanidad de los Griegos pusieron a Ulises antiguamente en el número de sus dioses, y para honralle en diversas partes le edificaron memorias, lo cual dicen puede ser sucediese en España, y que Lisboa por esta causa tomase el nombre de Ulises sin que él ni su gente aportasen á estas partes.

CAPITULO XIII.

De las cosas de Abides, y de la general sequedad de España.

Por este mismo tiempo el rey Gargoris tenia su reino de los Curetes, como lo dice Justino, en el bosque de los Tartessios, desde donde los antiguos fingieron que los Titanes hicieron guerra á los dioses. Este rey las demas virtudes que se entiende tuvo muy grandes, afeó con la crueldad y fiereza de que usó con un su nieto llamado Abides. Nació este mozo de su hija fuera de matrimonio: el abuelo con intento de encubrir aquella mengua de su casa mandó que le echasen á un monte á las fieras para que allí muriese. Ellas mudada su naturaleza trataron al infante con la humanidad que el fiero ánimo de su abuelo le negaba, ca le criaron con su leche, y le sustentaron

(1) No es menos fabuloso. Homero, que tenia noticia de las navegaciones de los Fenicios á nuestras costas, tejió la fábula de los viajes de Ulises y lo hizo venir á nuestros mares; de él la copiaron los escritores griegos y latinos añadiendo algunas circunstancias, como la fundacion de varias ciudades.

con ella algun tiempo. No bastó esto para amansalle, antes por su mandado de nuevo le pusieron en una estrecha senda para que el ganado que por allí pasaba le hollase. Gardábale el cielo para cosas mayores: escapó deste peligro así bien como del pasado. Usaron de otra invencion, y fue que por muchos dias tuvieron sin comer perros y puercos para que hiciesen presa en aquellas tiernas carnes: libróle Dios deste peligro como de los dos ya referidos; las mismas perras con cierto sentimiento de misericordia dieron al infante leche. Por conclusion el mismo mar donde le arrojaron le sustentó con sus olas, y echado á la ribera, una cierva le crió con su regalo y con su leche.

Hace mucho al caso para mudar las costumbres del ánimo y del cuerpo la calidad del mantenimiento con que cada uno se sustenta, y mas en la primera edad: así fue cosa maravillosa por causa de aquella leche y sustento cuán suelto salió de miembros. Igualaba en correr los años adelante, y alcanzaba las fieras, y confiado de su ligereza, y por ser naturalmente atrevido y de ingenio muy vivo, hacia robos y presas por todas partes sin que nadie se atreviese á hacelle resistencia. Todavia molestados los comarcanos con sus insultos se concertaron de armalle un lazo en que cayó, y preso le llevaron á su abuelo. El cual, luego que vió aquel mancebo, por cierto sentimiento oculto de la naturaleza (de que muchas veces sin entendello somos tocados, y no sé qué cosa mayor de lo que se veia resplandecia en su rostro) mirándole atentamente y las señales que siendo niño le imprimieron en su cuerpo, entendió lo que era verdad que aquel mozo era su nieto, y que no sin providencia mas alta habia escapado de peligros tan graves. Con esto trocó el odio en benignidad, púsole por nombre Abides, túvole consigo en tanto que vivió, con el tratamiento y regalo que era razon, y á su muerte le nombró por sucesor y heredero de su reino y de sus bienes (1).

Suele ser ocasion de vencer grandes dificultades cuando el cuerpo se acostumbra á trabajos desde la mocedad; ademas que era de grande ingenio, por donde en industria y autoridad se aventajó á los demas reyes sus antepasados. Persuadió á sus vasallos, gente bárbara, y que vivian derramados por los campos, se juntasen en forma de ciudades y aldeas, con mostrarles cuánto importa para la seguridad y buena andanza la compañía entre los hombres, y el estar trabados entre sí con leyes y estatutos. Con la comodidad de la vida política y sociable ayuntó el ejercicio de las artes y de la industria: con esto las costumbres fieras de aquellas gentes se trocaron y ablandaron. Restituyó el uso del vino, y la manera de labrar los campos olvidada y dejada de muchos años atrás: ca la gente se sustentaba solo con las yerbas y con la fruta que de suyo por los compos nacia sin labrallos ni cultivallos. Ordenó leyes, estableció tribunales, nombró jueces y magistrados para tener trabados los mayores con los menores, y que todos viviesen en paz. Por esta forma y con esta industria ganó las voluntades de los suyos, y entre los estraños gran renombre.

Vivió hasta la postrera edad, en que muy viejo trocó la vida con la muerte. Falleció el cuerpo; pero su fama ha durado y durará por todos los años y siglos. Dícese que sus sucesores por largos tiempos poseyeron su reino, sin señalar ni los nombres que tuvieron, ni los años que reinaron. Solo se entiende que Abides y sus hazañas concurrieron con el tiempo de David rey del pueblo judáico. Justino parece le hace del mismo tiempo de los Geriones, y que reinó no en toda sino en cierta parte de España. Esto es lo que toca á Abides. El tiempo adelante no tiene cosa que de contar sea, y que haya quedado por escrito, fuera de su señalada sequedad de la tierra y del aire (2), que se continuó por espacio de veinte y seis años, comenzó no mucho despues de lo que queda contado. Muchos historiadores de comun consentimiento testifican y afirman fue esta sequedad tan grande, que se secaron todas las fuentes y rios de Ebro y Guadalquivir, y que, consumida del todo la humedad, con que el polvo se junta y se pega, la misma tierra se abrió, y resultaron grandes grietas y aberturas por donde no podian escapar ni librarse los que querian para sustentar la vida irse á otras tierras.

Por esta manera España principalmente en los lugares mediterráneos quedó desnuda de la hermosura de árboles y de yerbas, fuera de algunos árboles á la ribera del Guadalquivir, yerma junto con esto de bestias y de hombres, y se redujo á la soledad, y fue puesta en miserable destruccion. El linaje de los reyes y de los grandes faltó de todo punto: que la gente menuda con la pobreza, y por no tener provision para muchos dias, se recogieron con tiempo á las provincias comarcanas y á los lugares marítimos. Añaden en conclusion, que despues de grandes vientos que se siguieron á esta seca y arrancaron todos los árboles de raiz, las muchas lluvias que sucedieron sazonaron la tierra de tal suerte que los huidos mezclados con otras naciones (como luego diremos) volvieron á España á sus antiguos asientos, y tornaron á restituir el linaje de los Españoles, que casi faltara de todo punto. Esto dicen los mas.

Otros autores de grande erudicion é ingenio han procurado quitar el crédito á esta narracion, que estriba en testimonio de nuestras historias y de nuestra gente, con estos argumentos. Dicen que ningun escritor griego ni latino, ni aun todas nuestras historias hacen mencion de cosa tan grande y tan señalada, como quier que declaren y cuenten muchas veces cosas muy menudas. Preguntan si han quedado rastros algunos ó de la ida de los Españoles, ó de su vuelta, si letreros, si antiguallas: cosas todas que por menores ocasiones se suelen levantar y conservar para perpétua memoria. Añaden ser imposible que con tan grande sequedad, y de tantos años como dicen que fue esta, se haya conservado alguna parte de humor en los rios del Guadalquivir y Ebro, si se considera cuán gran parte de humedad y de agua en el discurso del verano por la falta de las lluvias consume el calor del sol. En el cual tiempo muchas veces rios muy caudalosos se secan, mayormente si la sequedad y el calor son estraordinarios por la fuerza de alguna maligna constelacion y estrella. Dicen mas, que con sequedad tan grande, y de tanto tiempo, no se abriera la tierra, antes se desmenuzara en polvo, pues con la humedad se cuajan los cuerpos, y con la sequedad se deshacen y resuelven; de que da bastante muestra el suelo de Africa y de Libia, donde consumida la humedad de la tierra con el ardor del cielo hay arenales tan grandes que con los vientos á la manera del mar se levantan olas y montes de polvo.

Esto es lo que dicen ellos: á nos no pareció dejar la opinion recibida, la fama comun y tradicion de nuestra gente, y el testimonio conforme de nuestras historias sin razon que fuere para ello. Puédese entender y sospechar, para escusar á los antiguos, que la fama solamente declara la suma de las cosas sin

(1) Justino, que escribia tantos siglos despues de este suceso, no cita ningun escritor antiguo, que tal refiera.

(2) Ferreras supone que esto sucedió 1800 años antes de Jesucristo en tiempo del hambre de Egipto; pero en tal caso era necesario decir que el mundo, fuera del Egipto donde habia graneros bien provistos, hubiese quedado enteramente despoblado en tan largo espacio de tiempo. Por otra parte sabemos que el hambre de que se habla en el Génesis no duró sino siete años, y la de España el que menos lo hace durar diez y siete. Mariana la fija en una época muy posterior pero sin ningun fundamento.

guardar el órden y razon de ellas, trastrueca las personas, lugares y tiempos, y por lo menos aumenta todas las cosas, y las hace mayores de lo que á la verdad fueron, ca es semejante á los grandes rios, los cuales mudadas las aguas, tanto cuanto mas se alejan de su nacimiento y primeras fuentes, y mudado todo lo al, solo conservan el apellido y nombre primero; y es cosa averiguada, que no solo el intervalo del tiempo, sino á distancia de los lugares no muy grande altera á las veces la memoria. Todo esto entendemos sucedió en el negocio presente: que ni la seca de aquel tiempo fue tan grande, ni tan larga como refieren, antes que llovió algunas, aunque pocas veces y escasamente, de suerte que bastase para que la tierra no se resolviese en polvo, y no faltasen de todo punto y se consumiesen los rios; pero no para que la tierra pudiese producir y sazonar los frutos y mieses, ni para cerrar las aberturas y grietas que al principio se hicieron. Puédese demás desto creer, que lo que sucedió en tiempo de Faeton en las otras provincias, esto es, que por el ardor del sol y la seca estraordinaria las tierras se abrasaron (que fue el fundamento de la ficcion y fábula de Faeton y del sol) la misma afliccion padeció España en el mismo tiempo, y aun mayor por ser mas sujeta que las otras tierras á la sequedad del aire y falta de lluvias.

CAPITULO XIV.

Cómo los Celtas y los de Rhodas vinieron á España.

La fama desta desolacion de España movió á misericordia y á compasion á las gentes comarcanas, que consideraban la mudanza y vuelta de las cosas humanas. Junto con esto, pasado el trabajo, fue ocasion que gran muchedumbre de gente estranjera viniese á poblar en esta provincia: parte de los que con sus ojos en tiempo de su prosperidad vieron los campos, policía y riquezas de los Españoles; parte los que por dicho de otros habian comenzado á estimar y desear esta tierra. Así venida la ocasion, con mujeres, hijos y hacienda vinieron los pueblos enteros á morar en ella, y de la provincia yerma cada cual ocupó aquella parte que entendia ser mas á su propósito sea para los ganados que traia, ó por ser aficionado á la labor de la tierra. Por la industria destos y por la mucha y abundante generacion que tuvieron no en mucho tiempo se restituyó la antigua hermosura, policía y frecuencia de las ciudades, y con un nuevo lustre que volvió, cesó la avenida de tantos males.

Desde la Galia comarcana, pasados los Pirineos, los Celtas se apoderaron (1) para habitacion suya de todo aquel pedazo de España que se estiende hasta la ribera del Ebro; y por la parte oriental del monte Idubeda, que goza de un cielo muy apacible y alegre, la ciudad de Tarazona, que hoy se ve, Nertobriga y Arcobriga que han faltado, estaban en aquella parte. Destos Celtas y de los Españoles que se llamaban Iberos, habiéndose entre sí emparentado, resultó el nombre de Celtiberia con que se llamó gran parte de España. Multiplicó mucho esta gente, que fue la causa de dilatar grandemente sus términos hácia Mediodía, de que dan bastante prueba Segobriga, Belsino, Urcesia y otros lugares distantes entre sí, que de graves autores son contados entre los Celtíberos. Lo mismo acaeció á muchas partes y pueblos de España, que con el tiempo tuvieron sus distritos ya mas estrechos, ya mas anchos, segun y como sucedian las cosas.

A la parte del Septentrion á los confines de los Celtiberos caian los Arevacos, que eran donde al presente están asentadas Osma y Agreda, y con ellos los Duracos, los Pelendones, los Neritas, los Presamarcos, los Cilenos, todos pueblos comprendidos en el distrito de los Celtiberos, y emparentados con ellos. Y aun se entiende que todos estos pueblos á un mismo tiempo vinieron de la Galia y se derramaron por España, por conjeturas probables que hay para creello, pero ningun argumento que concluya. Lo que tiene mas probabilidad, es que los de Rhodas por la grande esperiencia que tenian en el marear, con que se hicieron y fueron señores del mar por espacio de veinte y tres años, así en las otras provincias, como tambien en España para su fortificacion, y para tener donde se recogiesen las flotas cuando la mar se alterase, demas desto para la comodidad de la contratacion con los naturales edificaron castillos en muchos lugares. Particularmente á las haldas de los Pirineos fundaron á Rhodope ó Rhoda, que hoy es Roses, junto á un buen seno de mar, ciudad que antiguamente creció tanto, que en tiempo de los Godos fue catedral y tuvo obispo propio; mas al presente es muy pequeña, y que fuera de las ruinas y rastros de su antigua nobleza, pocas cosas tiene que sean de ver.

Los Rhodios, asimismo refieren, fueron los primeros que enseñaron á los Españoles hacer gomenas y sogas de esparto, y tejer la pleita para diversas comodidades y servicios de las casas. Refieren otrosí que enseñaron á hacer las atahonas para moler el trigo con mayor facilidad que antes: cosa que por ser la gente tan ruda y por su poca maña costaba mucho trabajo. Dicen demas desto, que fueron los primeros que trajeron á España el uso de la moneda de cobre, con gran maravilla y risa al principio de los naturales que con un poco de metal de poco ó ningun provecho se proveyesen y comprasen mantenimientos, vestidos y otras cosas necesarias. Fue sin duda grande invencion la del dinero, y semejante á encantamiento, como lo toca Luciano en la vida de Demonacte. Finalmente, á propósito de dilatar el culto de sus dioses, y á imitacion de los saguntinos edificaron un templo á la diosa Diana, en que usaban de estraordinarias ceremonias y sacrificios, sin declarar qué manera de sacrificios y ceremonias eran estas. Puédese creer que conforme á la costumbre de los tauros sacrificaban á aquella diosa los huéspedes y gente estranjera.

En particular dicen que edificaron á Hércules un oráculo, y ordenaron se le hiciesen sacrificios, los cuales no se celebraban con palabras alegres, ni rogativas blandas de los sacerdotes, sino con maldiciones y denuestos: tanto que tenian por cierto que con ninguna cosa mas se profanaban, que con decir (aunque fuese acaso) entre las ceremonias solemnes y sacrificios alguna buena palabra. De que daban esta razon: Hércules llegado á Lindo, que es un pueblo de Rhodas, pidió á un labrador que le vendiese uno de los bueyes con que araba, y como no quisiese venir en ello, tomóselos por fuerza entrambos: el labrador, por no poder mas, vengó la injuria con echarle maldiciones y decirle mil oprobios, los cuales por entonces Hércules estando comiendo oyó con alegría y grandes risadas: despues de ser consagrado por Dios, pareció á los ciudadanos de Lindo de conservar la memoria de este hecho con perpétuos sacrificios. Para esto edificaron un altar que llamaron Buzigo, que es lo mismo que yugo de bueyes; criaron junto con esto al mismo labrador en sacerdote, y ordenaron que en ciertos tiempos sacrificase un par de bueyes, renovando juntamente los denuestos que

(1) Masdeu y Sabau prueban que los Céltas son mas antiguos en España que en Francia, pues los escritores griegos hablan de nuestros celtas mas de doscientos años antes que se haga mencion de los celtas franceses. ¿Pero de dónde vinieron á España estos celtas? ¿Vinieron de la Scitia? Ningun autor antiguo ha puesto jamas allá los Celtas. Por eso, Sabau piensa que sin duda alguna fueron originarios de España descendientes de los primeros pobladores, pues su orígen está envuelto en las tinieblas de la antigüedad mas remota.

que contra Hérçules dijo. Esta costumbre y ceremonia, conservada por los descendientes destos, se puede entender vino en este tiempo á España tomada de la vanidad de los griegos, y que la trajeron los de Rhodas con su venida.

Está Roses asentada enfrente de Empurias, y apartada della por la mar espacio de doce millas á las postreras haldas de los Pirineos. Del cual monte se dice que por el mismo tiempo se encendió todo con fuego del cielo: ó por inadvertencia y descuido de los pastores, ó por ventura de propósito quemaron los árboles y los matorrales con intento de desmontar y romper los campos para que se pudiesen cultivar y habitar, y apacentar en ellos los ganados. Lo cierto es que este monte por los griegos fue llamado Pirineo, del fuego que en griego se llama Pir, sea por el suceso ya dicho, sea como otros quieren, por causa de los rayos que por su altura muchas veces le combaten y abrasan; por lo que algunos fingen que vino este nombre y se tomó de Pisine, mujer amiga de Hércules, y falleció en estos lugares, ó de un Pirro rey antiguo de España, los mas inteligentes lo reprueban como cosa fabulosa y sin fundamento.

Lo que se tiene por mas cierto es que con la fuerza del fuego las venas de oro y de plata, de que así aquellos montes como todo lo de España estaba lleno tanto que decian que Pluton, dios de las riquezas, moraba en sus entrañas, se derritieron de suerte que salieron arroyos de aquellos metales, y corrieron por diversas partes. Los cuales apagado el fuego se cuajaron, y por su natural resplandor pusieron maravilla á los naturales; si bien los menospreciaron por entonces por no tener noticia de su valor; mas las otras naciones, entendido lo que pasaba, se encendieron en deseo de venir á España con esperanza que los de la tierra, como ignorantes que eran de tan grandes bienes, les permitirian de muy buena gana recoger todo aquel oro y plata, por lo menos les seria cosa muy fácil rescatadlo por dijes y mercaderías de muy poco valor.

CAPITULO XV.

De la venida de los de Fenicia á España.

De los de Fenicia se dice fueron los primeros hombres que con armadas gruesas se atrevieron al mar, y para enderezar sus navegaciones tomaron las estrellas por guia, el carro mayor y menor, en especial el Norte, que es como el quicio ó eje sobre que se menea el cielo. Estos despues que quitaron el señorío del mar á los de Rhodas y á los de Frigia, partiendo de Tiro, plaza nobilísima del Oriente, se dice que navegaron y vinieron en busca de las riquezas de España. Pero á qué parte de España primeramente llegaron, no concuerdan los autores. Aristóteles dice que los de Fenicia fueron los primeros que llegados al estrecho de Cádiz rescataron á precio del aceite que traian, tanta copia de plata de los de Tartesso, que hoy son los de Tarifa, cuanta ni cabia en las naves, ni la podian llevar: de suerte que fueron forzados á hacer de plata todos los instrumentos de las naves y las mismas áncoras. Pudo ser que el fuego de los montes Pirineos se derramó por las demas partes de España, ó de las minas de que la Bética era abundante, se sacó tanta copia de oro y plata. Lo que lleva mas camino, es que los de Fenicia en esta su empresa, tocaron primero y acometieron las primeras partes de España, y que aquella muchedumbre de plata la tomaron de los Pirineos, que los naturales les dieron por las cosas que traian de rescate.

Puédese tambien creer que Sichêo, hombre principal entre aquella gente, vino (como lo dicen nuestros historiadores) en España por capitan desta armada, ó no mucho despues por continuar y hacerse siempre nuevas navegaciones y armadas, y que della llevó las riquezas que primeramente le fueron ocasion de casar con la hermana del rey de Tiro llamada Dido, y despues le acarrearon la muerte por el deseo y codicia que en Pigmaleon su cuñado entró del oro de España. Mas quedó en su intento burlado á causa que Dido, muerto su marido, puestas las riquezas que ya el tirano pensaba ser suyas, en las naves, se huyó y fué á parar á Tarsis, que hoy se llama Túnez, ciudad con quien tenian los de Tiro grande amistad y contratacion. Siguiéronla muchos, que por la compasion de Sichêo, y por el odio del tirano mudaron de buena gana la patria en destierro. Para proveerse de mujeres de quien tuviesen sucesion, en Chipre donde desembarcaron, robaron bastante número de doncellas, y con ellas fueron á Charchêdon, lugar antiguamente edificado por Charchêrdon vecino de Tiro, y que estaba asentado doce millas de Túnez.

Allí concertaron con los naturales les vendiesen tanta tierra cuanta pudiesen cercar con un cuero de buey (1): vinieron los africanos en lo que aquella gente les pedia, sin entender lo que pretendian. Mas ellos cortada la piel en correas muy delgadas, con ellas cercaron y rodearon tanta tierra, que pudieron en aquel sitio hacer y levantar una fortaleza, de donde la dicha fuerza se llamó Birsa, que significa cuero de buey. Esto escribe Justino en el libro décimo octavo, dado que nos parece mas probable que Birsa en la lengua de los fenices, que era semejante á la hebrea, es lo mismo que Borsa, que en lengua hebrea significa fortaleza ó castillo, y que esta fue la verdadera causa de llamarse aquella fortaleza Birsa; para juntar la fortaleza con el lugar de Charchêdon tiraron una muralla bien larga, y toda así junta se llamó Cartago. Sucedió esto setenta y dos años antes de la fundacion de Roma. Concertaron de pagar á los africanos comarcanos ciertas parias y tributo, con que les ganaron las voluntades.

Pero dejemos las cosas de fuera porque la historia no se alargue sin propósito, y volvamos á Pigmaleon, de quien se dice que habiéndose por la muerte de Sicheo dejado algunos años la navegacion susodicha, con nueve flotas partió de Tiro la vuelta de España (2), surgió y desembarcó en aquella parte de los Turdulos y de la Andalucía, donde hoy se ve la villa de Almuñecar. Allí edificó una ciudad por nombre Axis ó Exis para desde ella contratar con los naturales. Cargó con tanto la flota de las riquezas de España, volvió á su tierra, tornó segunda y tercera vez á continuar la navegacion sin parar hasta tanto que llegó á Cádiz: la cual isla como antes se llamase Erythrea de los compañeros de Oro, segun que de suso queda apuntado, desde este tiempo la llamaron Gadira, esto es vallado sea por ser como valladar de España contrapuesto á las hinchadas olas del mar Océano, ó porque el pueblo primero que los de Fenicia en ella fundaron, en lugar de muros le fortificaron de seto y vallado. Levantaron otrosí un templo en el dicho pueblo á honra de Hércules enfrente de tierra firme, por la parte que aquella isla adelgazaba hasta terminarse en una punta ó promontorio, que se dijo Hercúleo del mismo nombre del templo.

Cosas muy estraordinarias se refieren de la naturaleza de esta isla: en particular tenia dos pozos de maravillosa propiedad, y muy á propósito para acreditar entre la gente simple la supersticion de los griegos, el uno de agua dulce y el otro de agua salada: el de la dulce crecia y menguaba cada dia dos veces al mismo tiempo que el mar: el de agua salada tenia las mismas mudanzas al contrario, que bajaba cuando

(1) Esta época de la fundacion de Cartago está equivocada, segun el parecer de los críticos, con su conquista por Dido con los tirios y su ensanche y fortificacion por el mismo, que se puede poner en el año 74; antes de Roma.

(2) Ni la venida de Sicheo ni la de Pigmaleon está acreditada por historiadores antiguos dignos de fé.

el mar subia, y subia cuando él bajaba. Tenia otrosí un árbol llamado de Gerion, por causa que cortado algun ramo destilaba como sangre cierto licor tanto mas rojo cuanto mas cerca de la raiz cortaban el ramo: su corteza era como de pino, los ramos encorvados hácia la tierra, las hojas largas un codo y anchas cuatro dedos, y no habia mas de uno destos árboles, y otro que brotó adelante cuando el primero se secó. Volvamos á los de Fenicia, los cuales fundaron otros pueblos y entre ellos á Málaga y Abdera: con que se apoderaron de parte de la Bética, y ricos con la contratacion de España comenzaron claramente á pretender enseñorearse de toda ella. Platon en el Timeo dice que los Atlantides, entre los cuales se puede contar Cádiz por estar en el mar Atlántico, partidos de la isla Erithrea, aportaron por mar á Achâya, donde por fuerza se apoderaron de la ciudad de Athenas; mas despues se trocó la fortuna de la guerra de suerte que todos sin faltar uno perecieron. Algunos atribuyen este caso á los de Fenicia por ser muy poderosos en las partes de Levante y de Poniente que tendrian fuerzas y ánimos para acometer empresa tan grande.

En este mismo tiempo se abrian las zanjas y se ponian los cimientos de la ciudad de Roma (1): juntamente reinaba entre los Judios el rey Ezechias despues que el reino de Israel, que contenia las diez tribus de aquel pueblo, destruyó Salmansar, gran rey de los asirios. Hijo deste grande emperador fue Senacherid. Este juntó un grueso ejército con pensa-



Guerrero fenicio.

miento que llevaba de apoderarse de todo el mundo, destruyó la provincia de Judea, metió á fuego y á sangre toda la tierra, finalmente se puso sobre Jerusalen. Dábale pena entretenerse en aquel cerco, porque conforme á su soberbia aspiraba á cosas mayores. Dejó al capitan Rabsace con parte de su ejército para que apretase el cerco, que fue el año décimo cuarto del reino de Ecechías. Hecho esto, pasó en Egipto con la fuerza del ejército. Cercó la ciudad de Pelusio, que antiguamente fue Heliópolis y al presente es Damiata. Allí le sobrevino un grande revés, y fue que Tarachon, el cual, con el reino de Etiopía juntara el de Egipto, le salió al encuentro, y en una famosa batalla que le dió, le desbarató y puso en huida.

Herodoto dijo que la causa deste desman fueron los ratones, que en aquel cerco le royeron todos los instrumentos de guerra. Sospéchase que lo que le sucedió en Jerusalen, donde, como dice la Escritura, el ángel en una noche le mató ciento y ochenta mil combatientes, lo atribuyó este autor a Egipto; puede ser tambien que en entrambos lugares le persiguió la divina justicia, y quiso contra él manifestar en dos lugares su fuerza. Sosegada aquella tempestad de los asirios, luego que Tarachon se vió libre de aquel torbellino refieren que se revolvió sobre otras provincias y reinos, y en particular pasó en España. Estrabon por lo menos testifica haber pasado en Europa: nuestros historiadores añaden que no lejos del rio Ebro en un ribazo y collado fundó de su nombre la ciudad de Tarragona, y que los Scipiones mucho tiempo adelante la reedificaron y hicieron asiento del imperio romano en España, y que esta fue la causa de atribuilles la fundacion de aquella ciudad no solo la gente vulgar, sino tambien autores muy graves, entre ellos Plinio y Solino: si bien el que la fundó primero fue el ya dicho Tarachon, rey de Etiopía y de Egipto (2).

(1) Por Rómulo y Remo el año 753 antes de la era vulgar.

(2) Mariana confunde en estos dos capítulos el tiempo de la venida de diferentes naciones á España. Los fenicios fueron los primeros que llegaron á nuestra Península 1600 años antes de la era vulgar, y sucesivamente las demas naciones en el órden y en las épocas que demuestra con toda la luz histórica el sabio Masdeu en su España Fenicia y Griega.

CAPITULO XVI.

Cómo los cartagineses tomaron á Ibiza y acometieron á los mallorquines.

Despues destas cosas, y despues que la reina Dido pasó desta vida, los cartagineses se apercibieron de armadas muy fuertes con que se hicieron poderosos por mar y por tierra. Deseaban pasar en Europa y en ella estender su imperio. Acordaron para esto en primer lugar acometer las islas que le caian cerca del mar Mediterráneo, para que sirviesen de escala para lo demás. Acometieron á Sicilia la primera, despues á Cerdeña y á Córcega, donde tuvieron varios encuentros con los naturales, y finalmente, en todas estas partes llevaron lo peor. Pareciéles de nuevo emprender primero las islas menores, porque tendrian menor resistencia. Con este nuevo acuerdo, pasadas las riberas de Liguria, que es el Genovés, y las de la Galia, tomaron la derrota de España, donde se apoderaron de Ibiza (1), que es una isla rodeada de peñascos, de entrada dificultosa, sino es por la parte de Mediodia en que se forma y estiende un buen puerto y capaz. Está opuesta al cabo de Denia, apartada de la tierra firme de España por espacio no mas de cien millas: es estrecha y pequeña, y que apenas en circuito baja veinte millas, á la sazon por la mayor parte fragosa y llena de bosques de pino, por donde los griegos la llamaron Pithyusa.



Hondero mallorquin.

En todo tiempo ha sido rica de salinas, y dotada de un cielo muy benigno y de estraordinaria propiedad; pues ni la tierra cria animales ponzoñosos ni sabandijas, y si los traen de fuera luego perecen. Es tanto mas de estimar esta virtud maravillosa, cuanto tiene por vecina otra isla por nombre Ofyusa (que es tanto como isla de culebras), llena de animales ponzoñosos, y por esta causa inhabitable, segun que lo testifican los cosmógrafos antiguos: juego muy de considerar y milagro de la naturaleza. Verdad es que en este tiempo no se puede con certidumbre señalar qué isla sea esta, ni en qué parte caya. Unos dicen que es la Formentera, á la cual opinion ayuda la distancia por estar no mas de dos mil pasos de Ibiza: otros quieren sea la Dragonera, movidos de la semejanza del nombre, si bien está distante de Ibiza, y casi pegada con la isla de Mallorca. Los mas doctos son de parecer que un monte llamado Colubrer, pegado á la tierra firme, y contrapuesto al lugar de Peñíscola, se llamó antiguamente en griego Ofyusa, y en latin Colubraria, sin embargo, que los antiguos geógrafos situaron á Ofyusa cerca de Ibiza; pues en esto como en otras cosas pudieron recibir engaño por caerles lo de España tan lejos.

Apoderado que se hobieron los cartagineses de la isla de Ibiza, y que fundaron en ella una ciudad del mismo nombre de la isla para mantenerse en su señorío, se determinaron de acometer las islas de Mallorca y Menorca distantes entre sí por espacio de treinta millas, y de las riberas de España sesenta. Los griegos las llamaron ya Ginesias, por andar en ellas á la sazon la gente desnuda, que esto significa aquel nombre, ya Baleares, de las hondas de que usaban para tirar con gran destreza. En particular la mayor de las dos se llamó Clumba, y la menor Nura, segun lo testifica Antonino en su itinerario, y del lo tomó y lo puso Florian en su historia. Antes de desembarcar rodearon los cartagineses con sus naves estas islas, sus entradas, y sus riberas y calas; mas no se atrevieron á echar gente en tierra espantados de la fiereza de aquellos isleños, mayormente que algunos mozos briosos, que se atrevieron á hacer prueba de su valentía, quedaron los mas en el campo tendidos, y los que escaparon mas que de paso se volvieron á embarcar.

Perdida la esperanza de apoderarse por entonces destas islas, acudieron á las riberas de España por ver si podrian con la contratacion calar los secretos de la tierra, ó por fuerza apoderarse de alguna parte de ella, de sus riquezas y bienes. No salieron con su intento, ni les aprovechó esta diligencia por dos causas: la primera fue que los saguntinos, para donde de aquellas islas muy en breve se pasa, como hombres de policía y de prudencia, avisados de lo que los cartagineses pretendian, que era quitarles la libertad, los echaron de sus riberas con maña persuadiendo á los naturales no tuviesen contratacion con los cartagineses. Demás de esto las necesidades y apretura de Cartago forzaron á la armada dar la vuelta, y favorecer á su ciudad que ardia en disensiones civiles, y juntamente los de Africa comarcanos le hacian guerra, fuera de una cruel peste, con que pereció gran parte de los moradores de aquella muy noble ciudad.

Para remedio de estos males se dice que usaron de diligencias estraordinarias, en particular hicieron para aplacar á sus dioses sacrificios sangrientos é inhumanos: maldad increible. Ca vueltas las armadas por respuesta de un oráculo, se resolvieron de sacrificar todos los años algunos mozos de los mas escogidos: rito traido de Siria, donde Melchón, que es lo mismo que Saturno, por los mohabitas y fenicios era aplacado con sangre humana. Haciase el sacrificio desta manera: tenian una estátua muy grande de aquel dios con las manos cóncovas y juntas, en que puestos los mozos, con cierto artificio caian en un hoyo que debajo estaba lleno de fuego. Era grande el alarido de los que allí estaban, el ruido de los tamboriles y sonajas, en razon que los ahullidos de los miserables mozos que se abrasaban en el fuego, no moviesen á compasion los ánimos de la gente y que pe-

(1) 160 años despues que Dido fundó á Cartago y cerca de 800 antes de la era vulgar: le dieron el nombre de Ereso que quiere decir colonia de marineros ó navegantes, y á la isla llamaron Ebusa; y quizás ya antes de los cartagineses los fenicios jebuseos habian llegado á ella y dado este nombre para conservar la memoria de su descubrimiento.

reciesen sin remedio. Fue cosa maravillosa lo que añaden, que luego que la ciudad se obligó y enredó con esta supersticion, cesaron los trabajos y plagas, con que quedaron mas engañados : que asi suele castigar muchas veces Dios con nuevo y mayor error el desprecio de la luz y de la verdad, y vengar un yerro con otro mayor.

Esta ceremonia no muy adelante, ni mucho tiempo despues deste, pasó primero á Sicilia y á España con tanta fuerza, que en los mayores peligros no entendian se podia bastantemente aplacar aquel dios si no era con sacrificar al hijo mayor del mismo rey. Y aun las divinas letras atestiguan que el rey de los mohabitas hizo esto mismo para librarse del cerco que le tenian puesto los judíos. Por ventura tenian memoria que Abraham, príncipe de la gente hebrea, por mandado de Dios quiso degollar sobre el altar á su hijo muy querido Isaac : que los malos ejemplos nacen de buenos principios. Y Filon en la historia de los de Fenicia dice hobo costumbre que en los muy graves y estremos peligros el príncipe de la ciudad ofreciose al demonio vengador el hijo que mas queria, en precio y para librar á los suyos de aquel peligro: á ejemplo é imitacion de Saturno (al cual los fenices llaman Israél) que ofreció un hijo que tenia de Anobret Nymfa, para librar la ciudad que estaba oprimida de guerra, y le degolló sobre el altar vestido de vestiduras reales. Esto dice Filon. Yo entiendo que trastocadas las cosas, como acontece, este autor por Abraham puso Israél, y mudó lo demás de aquella hazaña y obediencia tan notable en la forma que queda dicha.

CAPITULO XVII.

De la edad de Argantonio.

En este mismo tiempo, que fue seiscientos y veinte años antes del nacimiento de Cristo Nuestro Señor, y de la fundacion de Roma, corria el año de ciento treinta y dos, concurrió la edad de Argantonio rey de los Tartessos (1), de quien Silio Itálico dice vivió no menos de trescientos años. Plinio por testimonio de Anacreonte le da ciento y cincuenta. A este como tuviese gran destreza en la guerra, y por la larga esperiencia de cosas fuese de singular prudencia, le encomendaron la república y el gobierno. Tenian los naturales confianza que con el esfuerzo y buena maña de Argantonio podrian rebatir los intentos de los fenicios, los cuales no ya por rodeos y engaños, sino claramente se enderezaban á enseñorearse de España, y con este propósito de Cádiz habian pasado á tierra firme. Valíanse de sus mañas : sembraban entre los naturales discordias y riñas, con que se apoderaron de diversos lugares. Los naturales al llamamiento del nuevo rey se juntaron en son de guerra, y castigado el atrevimiento de los fenicios, mantuvieron la libertad que de sus mayores tenian recibida, y no falta quien diga que Argantonio se apoderó de toda la Andalucía ó Bética y de la misma isla de Cádiz : cosa hacedera y creible por haberse muchos de los fenicios á la sazon partido de España en socorro de la ciudad de Tiro su tierra y patria natural contra Nabucodonosor emperador de Babilonia, que con un grueso ejército bajó á la Suria, y con gran espanto que puso, se apoderó de Jerusalen, ciudad en riquezas, muchedumbre de moradores y en santidad la mas principal entre las ciudades de Levante. Prendió demas desto al rey Sedechías, el cual junto con la demas gente y pueblo de los judíos envió cautivo á Babilonia.

Combatió otrosí por mar y por tierra la ciudad de Tiro, que era el mas noble mercado y plaza de aquellas partes. Los de Tiro como se vieron apretados despacharon sus mensageros para hacer saber á los de Cartago y á los de Cádiz cuan gran riesgo corrian sus cosas, si con presteza no les acudian. Decian que fuese por el comun respeto de la naturaleza, se debian mover á compasion de la miseria en que se hallaba una ciudad poco antes tan poderosa, fuese por ser madre y patria comun de donde todos ellos tenian su orígen : fuese por consideracion de su mismo interes, pues por medio de aquella contratacion poseian sus riquezas, y ella destruida, se perderia aquel comercio y ganancia. No dilatasen el socorro de dia en dia, pues la ocasion de obrar bien, como sea muy presurosa, por demas despues de perdida se busca. No les espantasen los gastos que harian en aquel socorro : que ganada la victoria los recobrarian muy aventajados. Por conclusion no les retragese el trabajo ni el peligro, pues á la que debian todas las cosas y la vida, era razon aventurarlo todo por ella. Oida esta embajada, no se sabe lo que los cartagineses hicieron. Los de Cádiz hechas grandes levas de gentes, y de españoles que llevaron de socorro, con una gruesa armada se partieron la vuelta de Levante. Llegaron en breve á vista de Tiro y de los enemigos. Ayudóles el viento, con que se atrevieron á pasar por medio de la armada de los babilonios y entrar en la ciudad.

Con este nuevo socorro alentados los de Tiro : que se hallaban en estremo peligro y casi sin esperanza, cobraron un tal esfuerzo, que casi por espacio de cuatro años enteros entretuvieron el cerco con encuentros y rebates ordinarios que se daban de una y de otra parte. Quebrantaron por esta manera el coraje de los babilonios, los cuales por esto, y porque de Egipto, donde les avisaban se hacian grandes juntas de gentes, les amenazaban nuevas tempestades y asonadas de guerra, acordaron de levantar el cerco. Parecióle á Nabucodonosor debia acudir á lo de Egipto con presteza antes que por su tardanza cobrasen mas fuerza. Esta nueva guerra fue al principio variable y dudosa, mas al fin Egipto y Africa quedaron vencidas y sujetas al rey de Babilonia : de donde compuestas las cosas pasó en España (2) con intencion de apoderarse de sus riquezas, y de vengarse juntamente del socorro que los de Cádiz enviaron á Tiro. Desembarcó con su gente en lo postrero de España á las vertientes de los Pirineos : desde allí sin contraste discurrió por las demas riberas y puertos sin parar hasta llegar á Cádiz. Josefo en las Antigüedades dice que Nabucodonosor se apoderó de España. Apellidáronse los naturales, y apercibíanse para hacer resistencia. El babilonio por medio de algun revés que escureciese todas las demás victorias y la gloria ganada, y contento con las muchas riquezas que juntara, y haber ensanchado su imperio hasta los últimos términos de la tierra, acordó dar la vuelta; y así lo hizo el año que corria de la fundacion de Roma de ciento y setenta y uno.

Esta venida de Nabucodonosor en España es muy célebre en los libros de los hebreos, y por causa que en su compañía trajo muchos judíos, algunos tomaron ocasion para pensar, y aun decir que muchos nombres hebreos en el Andalucía, y asímismo en el reino de Toledo que fue la antigua Carpetania, quedaron en diversos pueblos que se fundaron en aquella sazon por aquella misma gente. Entre estos cuentan á Toledo, Escalona, Noves, Maqueda, Yepes, y otros

(1) A pesar de que de este rey y de sus virtudes, de su larga vida y de la felicidad de su reinado hablan con admiracion Ciceron, Appiano, Plinio y otros, se puede tener por muy sospechosa toda esta narracion, porque estos escritores se fundan solo sobre la autoridad de Herodoto y la de Anacreonte, el uno inclinado á contar todo lo maravilloso que oia, y el otro, dado á las fábulas como poeta,

(2) Tambien es Megastenes el autor de esta fábula, de quien la toma Mariana; Josefo atribuye su invencion á los caldeos para hacer su héroe superior al Hércules de los griegos.

pueblos de menor cuenta, que dicen tomaron estos apellidos de los de Ascalon, Nobe, Magedon, Ioppe, ciudades de Palestina. El de Toledo quieren que venga de Toledoth, diccion que en hebreo significa linajes y familias, cuales fueron las que dicen se juntaron en gran número para abrir las zanjas y fundar aquella ciudad: imaginacion aguda sin duda, pero que en este lugar ni las pretendemos aprobar ni reprobar de todo punto. Basta advertir que el fundamento es de poco momento por no estribar en testimonio y autoridad de algun escritor antiguo.

Dejado esto, añaden nuestros escritores á todo lo susodicho, que despues de reprimido el atrevimiento de los fenicios como queda dicho, y vueltos de España los babilonios, los focenses, así dichos de una ciudad de la Jonia en la Asia menor llamada Focea, en una armada de galeras (de las cuales los focenses fueron los primeros maestros) navegaron la vuelta de Italia, Francia y España, forzados segun se entiende de la crueldad de Harpalo (1), capitan del gran emperador Ciro, y que en su lugar tenia el gobierno de aquellas partes. Esta gente en lo postrero de la Lucania, que hoy es por la mayor parte la Basilicata, y enfrente de Sicilia edificaron una ciudad por nombre Velia, donde pensaban hacer su asiento. Pero á causa de ser la tierra mal sana y estéril, y que los naturales los recibieron muy mal, parte dellos se volvieron á embarcar con intento de buscar asiento mas á propósito. Tocaron de camino á Córcega: desde allí pasaron á Francia, en cuyas riberas hallaron un buen puerto; sobre el cual fundaron la ciudad de Marsella en un altozano que está por tres partes cercado de mar, y por la cuarta tiene la subida muy agria á causa de un valle muy hondo que está de por medio.

Otra parte de aquella gente siguió la derrota de España, y pasando á Tarifa, que fue antiguamente Tartesso, en tiempo del rey Argantonio, avecindados en aquella ciudad (2), se dice que cultivaron, labraron y adornaron de edificios hermosos á la manera griega ciertas islas que caian enfrente de aquellas riberas, y se llamaban Afrodisias (3). Valió esta diligencia para que las que antes no se estimaban, sirviesen en lo adelante á aquellos ciudadanos de recreacion y deleite; mas todos han perecido con el tiempo, fuera de una que se llamaba Junonia. Siguióse tras esto la muerte de Argantonio el año poco mas ó menos doscientos de la fundacion de Roma. Para honrarle dicen le levantaron un solemne sepulcro, y alrededor dél tantas agujas y pirámides de piedra cuantos enemigos él mismo por su mano mató en la guerra. Esto se dice por lo que Aristóteles refiere de la costumbre de los españoles, que sepultaban á sus muertos en esta guisa con esta solemnidad y manera de sepulcros.

CAPITULO XVIII.

Como los fenicios trataron de apoderarse de España.

Grandes movimientos se siguieron despues de la muerte de Argantonio, y España á guisa de nave sin gobernalle y sin piloto padeció graves tormentas. La fortuna de la guerra al principio variable, y al fin contraria a los españoles, les quitó la libertad. La venida de los cartagineses á España fue causa destos daños con la ocasion que se dirá. Los fenicios por este tiempo aumentados en número, fuerzas y riquezas, sacudieron el yugo de los españoles y recobraron el señorío de la isla de Cádiz, asiento antiguo de sus riquezas y de su contratacion, fortaleza de su imperio, desde donde pensaban pasar á tierra firme con la primera ocasion que para ello se les presentase. Pensaban esto pero no hallaban camino ni traza, ni ocasion bastante para emprender cosa tan grande. Pareciéles que seria lo mejor cubrirse y valerse de la capa de la religion, velo que muchas veces engaña. Pidieron á los naturales licencia y lugar para edificar á Hércules un templo. Decian haberles aparecido en sueños, y mandado hiciesen aquella obra.

Con este embuste alcanzando lo que pretendian, con grandes pertrechos y materiales le levantaron muy en breve á manera de fortaleza (4). Muchos movidos por la santidad y por la devocion de aquel templo, y del aparato de las ceremonias que en él usaban, se fueron á morar en aquel lugar, por donde vino en poco tiempo á tener grandeza de ciudad, la cual estuvo segun se entiende donde ahora se ve Medina Sidonia, que el nombre de Sidon lo comprueba, y el asiento, que está en frente de Cádiz diez y seis millas apartada de las marinas. Poseian demas de esto otras ciudades y menores lugares, parte fundados y habitados de los suyos, parte quitados por fuerza á los comarcanos.

Desde estos pueblos que poseian, y principalmente desde el templo hacian correrias, robaban hombres y ganados. Pasaron adelante, apoderándose de la ciudad de Turdeto, que antiguamente estaba puesta entre Jerez y Arcos, no con mayor derecho del que consiste en la fuerza de armas. De esta ciudad de Turdeto se dijeron los turdetanos, nacion muy ancha en la Bética, y que llegaba hasta las riberas del Océano, y hasta el rio Guadiana. Los bástulos que eran otra nacion, corria desde Tarifa por las marinas del mar Mediterráneo hasta un pueblo, que antiguamente se llamó Barea, y hoy se cree que sea Vera.

Los turdulos desde el puerto de Mnestéo, que hoy se llama de Santa María, se estendian hácia el oriente septentrion, y poco abajo de Córdoba, pasado el rio Guadalquivir, tocaban á Sierramorena y ocupaban lo mediterráneo hasta lo postrero de la Bética. Tito Libio y Polibio hacen los mismos á los turdulos y los turdetanos, y los mas confunden los términos destas gentes: por esto no será necesario trabajar en señalar mas en particular los linderos y mojones de cada cual destos pueblos, como tampoco los de otros que en ellos se comprendian, es á saber los massienos, selbisios, curenses, lignios y los demas, cuyos nombres se hallan en aprobados autores, y sus asientos en particular no se pueden señalar. Lo que hace á nuestro propósito, es que con tan grandes injurias se acabó la paciencia á los naturales, que tenian por sospechoso el grande aumento de la nueva ciudad.

Trataron desto entre sí: determinaron de hacer guerra á los de Cádiz: tuvieron sobre ello y tomaron su acuerdo en una junta que en dia señalado hicieron, donde se quejaron de las injurias de los fenicios. Despues que les permitieran edificar el templo que se dijo estar en Medina Sidonia, haber hecho grillos á la libertad, y puesto un yugo gravísimo sobre las cervices de la provincia, como hombres que eran de avaricia insaciable, de grande crueldad y fiereza, compuestos de embustes y de arrogancia, gente impía y maldita, pues con capa de religion pretendian encubrir tan grandes engaños y maldades: que no se podian sufrir mas sus agravios: si en aquella junta no habia algun remedio y socorro, que serian todos forzados dejadas sus casas, buscar otras moradas y asiento apartado de aquella gente, pues mas tolerable seria padecer cualquier otra cosa, que tantas indignidades y afrentas como sufrian ellos, sus mujeres, hijos y parientes.

Estas y semejantes razones en muchos fueron causa de gemidos y lágrimas; mas sosegado el sentimien-

(1) Harpago por los escritores antiguos.
(2) Los focenses no se establecieron en España, segun Sabau, hasta mucho despues que aquí supone Mariana.
(3) Aunque algunos sábios pretenden que es la isla de Leon, es mas probable que sea la de Sancti Petri por circunstancias que refiere Plinio y que solo convienen á ella, donde se han descubierto vestigios del antiguo templo, como hemos dicho en otra parte.

(4) Ya en la isleta de Sancti Petri y en otras ciudades, cómo dijimos en otra nota, se tributaba culto á Hércules.

to, y hecho silencio, Baucio Capeto, príncipe que era de los turdetanos: «De ánimo (dice) cobarde y sin »brio es llorar las desgracias y miserias, y fuera de las »lágrimas no poner algun remedio á la desventura y »trabajos. Por ventura no nos acordaremos que somos »varones, y tomadas luego las armas vengaremos las »injurias recibidas? No será dificultoso echar de toda »la provincia unos pocos de ladrones, si los que en »número, esfuerzo y causa les hacemos ventaja, jun»tamos con esto la concordia de los ánimos. Para esto »hagamos presente y gracia de las quejas particulares »que unos contra otros tenemos, á la patria comun, »porque las enemistades particulares no sean parte »para impedirnos el camino de la verdadera gloria. »Demas desto no debeis pensar que en vengar nues»tros agravios no se ofende Dios ni la religion, que es »el velo de que ellos se cubren. Ca el cielo ni suele fa»vorecer á la maldad, y es mas justo persuadirse acu»dir á los que padecen injustamente: ni hay para que »temer la felicidad y buena andanza de que tanto »tiempo gozan nuestros enemigos, antes debeis pen»sar que Dios acostumbra á dar mayor felicidad y su»frir mas largo tiempo sin castigo aquellos de quien »pretende tomar mas entera venganza, y en quien »quiere hacer mayor castigo, para que sientan mas la »mudanza y miseria en que caen.»

Encendiéronse con este razonamiento los corazones de los que presentes estaban, y de comun consentimiento se decretó la guerra contra los fenicios. Nombráronse capitanes, mandáronles hiciesen las mayores juntas de soldados y lo mas secretamente que pudiesen, para que tomasen al enemigo desapercibido, y la victoria fuese mas fácil. A Baucio encomendaron el principal cuidado de la guerra por su mucha prudencia y edad á propósito para mandar, y por ser muy amado del pueblo. Con esta resolucion juntaron un grueso ejército: dieron sobre los fenicios que estaban descuidados: venciéronlos, sus bienes y sus mercaderías dieron á saco, tomáronles las ciudades y lugares por fuerza en muy breve tiempo así los conquistados por ellos y usurpados, como los que habian fundado y poblado de su gente y nacion. La ciudad de Medina Sidonia, donde se recogió lo restante de los fenicios confiados en la fortificacion del templo con el mismo ímpetu fue cercada y se apoderaron della sin escapar uno de todos los que en ella estaban que no le pasasen á cuchillo: tan grande era el deseo de venganza que tenian. Pusiéronle asimismo fuego, y echáronla por tierra sin perdonar al mismo templo, porque los corazones irritados ni daban lugar á compasion, ni la santidad de la religion y el escrúpulo era parte para enfrenallos. En esta manera se perdieron las riquezas ganadas en tantos años y con tanta diligencia, y los edificios soberbios en poco tiempo con la llamada del furor enemigo fueron consumidos: en tanto grado, que á los fenicios en tierra firme solo quedaron algunos pocos y pequeños pueblos, mas por no ser combatidos que por otra causa.

Reducidos con esto los vencidos en la isla de Cádiz, trataron de desamparar á España, donde entendian ser tan grande el odio y malquerencia que les tenian. Por lo menos no teniendo esperanza de algun buen partido de paz, se determinaron de enviar por socorros de fuera. Esperar que viniesen desde Tiro en tan grande apretura, era cosa muy larga. Resolviéronse de llamar en su ayuda los de Cartago, con quien tenian parentesco por ser la orígen comun, y por la contratacion amistad muy trabada. Los embajadores que enviaron, luego que les dieron entrada y señalaron audiencia en el senado, declararon á los padres y senadores como las cosas de Cádiz se hallaban es estremo peligro sin quedar esperanza alguna sino era en su solo amparo: que no trataban ya de recobrar las riquezas que en un punto se perdieron sino de conservar la libertad y la vida: la ocasion que tantas veces habian deseado de entrar en España, ser venida muy honesta por la defensa de sus parientes y aliados, y para vengar las injurias de los dioses inmortales, y de la santísima religion profanada, derribado el templo de Hércules y quitados sus sacrificios: al cual dios ellos honraban principalmente. Añadian que ellos contentos con la libertad y con lo que antes poseian, los demas premios de la victoria, que serian mayores que nadie pensaba ni ellos decian, de buena gana se los dejarian.

El senado de Cartago, oida la embajada de los de Cádiz, respondieron que tuviesen buen ánimo, y prometieron tener cuidado de sus cosas: que tenian grande esperanza que los españoles en breve por el sentimiento y esperiencia de sus trabajos pondrian fin á las injurias: sufriesen solamente un poco de tiempo, y se entretuviesen en tanto que una armada apercibida de todo lo necesario se enviase á España, como en breve se haria. Eran en aquel tiempo señores del mar los cartagineses: tenian en él gruesas armadas quier por la contratacion, que es título con que por estos tiempos las naves de Tarsis ó Cartago se celebran en los divinos libros, quier para estender el imperio y dilatalle, pues se sabe que poseian todas las marinas de Africa, y estaban apoderados en el mar Mediterráneo de no pocas islas. Hasta ahora la entrada en España les era vedada por las razones que arriba se apuntaron: por esto tanto con mayor voluntad la armada cartagines cuyo capitan se decia Maharbal, partida de Cartago por las islas Baleares y por la de Ibiza, donde hizo escala, con buenos temporales, llegó á Cádiz año de la fundacion de Roma doscientos y treinta y seis. Otros señalan que fue esto no mucho antes de la primera guerra de los romanos con los cartagineses. En cualquier tiempo que esto haya sucedido, lo cierto es que abierta que tuvieron la entrada para el señorío de España, luego corrieron las marinas comarcanas, y robaron las naves que pudieron de los españoles. Hicieron correrías muchas y muy grandes por sus campos; y no contentos con esto, levantaron fortalezas en lugares á propósito, desde donde pudiesen con mas comodidad correr la tierra, y talar los campos comarcanos.

Movidos por estos males los españoles, juntáronse en gran número en la ciudad de Turdeto, señalaron de nuevo á Baucio por general de aquella guerra. Él con gentes que luego levantó, tomó de noche á deshora un fuerte de los enemigos de muchos que tenian el que estaba mas cerca de Turdeto, donde pasó á cuchillo la guarnicion fuera de pocos y del mismo capitan Maharbal que por una puerta falsa escapó á uña de caballo. En prosecucion de esta victoria pasó adelante y hizo mayores daños á los enemigos, venciéndolos y matándolos en muchos lugares. Estas cosas acabadas, Baucio tornó con su gente cargada de despojos á la ciudad. Los cartagineses, visto que no podian vencer por fuerza á los españoles, usaron de engaño, propia arte de aquella gente: mostraron gana de partidos y de concertarse, ca decian no ser venidos á España para hacer y dar guerra á los naturales, sino para vengar las injurias de sus parientes y castigar los que profanaron el templo sacrosanto de Hércules. Que sabian y eran informados los ciudadanos de Turdeto no haber cometido cosa alguna ni en desacato de los dioses, ni en daño de los de Cádiz: por tanto no les pretendian ofender, antes maravillados de su valentía deseaban su amistad, lo cual no seria de poco provecho á la una nacion y á la otra: que dejasen las armas y se diesen las manos, y respondiesen en amor á los que á él les convidaban; y para que entendiesen que el trato era llano, sin engaño ni ficcion alguna, quitarian de sus fuerzas y castillos todas las guarniciones: y no permitirian que los soldados hiciesen algun daño ú agravio en su tierra.

A esta embajada los turdetanos respondieron que

entonces les seria agradable lo que les ofrecian cuando las obras se conformasen con las palabras: la guerra, que ni la temian ni la deseaban: la amistad de los cartagineses ni la estimaban en mucho, ni ofrecida la desecharian: aseguraban que los turdetados eran de tal condicion, que las malas obras acostumbraban á vencer con buenas, y las ofensas con hacer lo que debian: que los desmanes pasados no sucedieron por su voluntad, sino la necesidad de defenderse les forzó á tomar las armas. En esta guisa los cartagineses con cierto género de treguas se entretuvieron y repararon cerca de las marinas. Sin embargo, desde allí puestas guarniciones en los lugares y castillos, hacian guerra y correrías á los comarcanos. Si se juntaba algun grueso ejército de españoles con deseo de venganza, echaban la culpa á la insolencia de los soldados, y con muestra de querer nuevos conciertos engañaban á aquellos hombres simples y amigos de sosiego, y se pasaban á acometer otros, haciendo mal y daño en otras partes. Era esto muy agradable á los de Cádiz que llamaron aquella gente. A los españoles por la mayor parte no parecia muy grave de sufrir, como quier que no hagan caso ordinariamente los hombres de los daños públicos, cuando no se mezclan con sus particulares intereses. Con esto el poder de los cartagineses crecia de cada dia por la negligencia y descuido de los nuestros, bien asi como por la astucia de ellos. Lo cual fue menos dificultoso por la muerte de Baucio que le sobrevino por aquel tiempo, sin que se sepa que haya tenido sucesor alguno heredero de su casa.

CAPITULO XIX.

Como los cartagineses se levantaron contra los de Cádiz.

No se harta el corazon humano con lo que le concede la fortuna ó el cielo: parecen soeces y bajas las cosas que primero poseemos, cuando esperamos otras mayores y mas altas, grande polilla de nuestra felicidad; y no menos nos inquieta la ambicion y naturaleza del poder y mando, que no puede sufrir compañía. Muerto Baucío, los cartagineses, codiciosos del señorío de toda España, acometieron á echar de la isla de Cádiz á los fenicios, sin mirar que eran sus parientes y aliados, y que ellos los llamaron y trajeron á España: que la codicia del mandar no tiene respeto á ley alguna; y ganada Cádiz, entendian les seria fácil enseñorearse de todo lo demas. Tenian necesidad para salir con su intento de valerse de artificio y embustes. Comenzaron á sembrar discordias entre los antiguos isleños y los fenicios. Decian que gobernaban con avaricia y soberbia, que tomaban para si todo el mando sin dar parte ni cargo alguno á los naturales; antes usurpadas las públicas y particulares riquezas, los tenian puestos en miserable servidumbre y esclavonia. Por esta forma y con estas murmuraciones, como ambiciosos que eran y de malas mañas, hombres de ingenios astutos y malos, ganaban la voluntad de los isleños, y hacian odiosos á los fenicios. Entendido el artificio, quejábanse los fenicios de los cartagineses y de su deslealtad, que ni el parentesco, ni la memoria de los beneficios recibidos, ni la obligacion que les tenian, los enfrenaban y detenian para que no urdiesen aquella maldad y la llevasen adelante.

No aprovecharon las palabras por estar los corazones dañados, los unos llenos de ira, y los otros de ambicion. Fue forzoso venir á las armas y encomendarse á las manos. Los de Fenicia acometieron primero á los cartagineses, que descuidados estaban y no temian lo que bien merecian: á unos mataron sin hallar resistencia, otros se recogieron á una fuerza que para semejantes ocasiones habian levantado y fortificado en lo postrero de la isla, enfrente del promotorio llamado Cronio antiguamente. Hecho esto, volvieron la rabia contra las casas y los campos de los cartagineses, que por todas partes les pusieron fuego, y saquearon sus riquezas. Ellos, aunque alterados con trabajo tan improviso, alegrábanse empero entre aquellos males de tener bastante ocasion y buen color para tomar las armas en su defensa, y echar los fenicios de la ciudad como en breve sucedió, que recogidos los soldados que tenian en las guarniciones, y juntadas ayudas de sus aliados, se resolvieron de presentar la batalla y acometer á aquellos, de los cuales poco antes fueron agraviados, destrozados y puestos en huida. No se atrevia el enemigo á venir á las manos, ni dar la batalla: ni se podia esperar que por su voluntad vendrian en algun partido por estar tan fresco el agravio que hicieron á los de Cartago. Pusiéronse los cartagineses sobre la ciudad, y con sitio que duró por algunos meses, al fin la entraron por fuerza. En este cerco pretenden algunos que Pelasmeno, un artífice natural de Tiro, inventó de nuevo para batir los muros el ingenio que llamaron *ariete*. Colgaban una viga de otra viga atravesada, para que puesta como en balanzas se moviesen con mayor facilidad y hiciese mayor golpe en la muralla. Esta desgracia y daño que se hizo á los fenicios, dió ocasion á los comarcanos de concebir en sus pechos gran odio contra los cartagineses. Reprendian su deslealtad y felonia, pues quitaban la libertad y los bienes á los que demas de otros beneficios que les tenian hechos, los llamaron y dieron parte en el señorío de España: que eran impios é ingratos, pues sin bastante causa habian quebrantado el derecho del hospedaje, del parentesco, de la amistad y de la humanidad. Los que mas en esto se señalaron, fueron los moradores del puerto de Mnesteo por la grande y antigua amistad que tenian con los fenicios. Echaban maldiciones á los Cartagineses, amenazaban que tal maldad no pasaria sin venganza. De las palabras y de los denuestos pasaron á las armas. Juntáronse grandes gentes de una y de otra parte; pero antes de venir á las manos intentaron algun camino de concierto. Temian los cartagineses de poner el resto del imperio y de sus cosas en el trance de una batalla, y asi fueron los primeros que trataron de paz.

El concierto se hizo sin dificultad. Capitularon desta manera: que de la una y de la otra parte volviesen á la contratacion: que los cautivos fuesen puestos en libertad, y de ambas partes satisfaciesen los daños en la forma que los jueces árbitros que señalaron, determinasen. Para que todo esto fuese mas firme, pareció á la manera de los atenienses decretar un perpétuo olvido de las injurias pasadas: por donde se cree que el rio Guadalete, que se mete en el mar por el puerto de Mnesteo, se llamó en griego Lethes, que quiere decir olvido. Mas cosas traslado que creo, por no ser fácil ni refutar lo que otros escriben, ni tener voluntad de confirmar con argumento lo que dicen sin mucha probabilidad. Añaden que sabidas estas cosas en Cartago por cartas de Maharbal, dieron inmortales gracias á los dioses, y que fue tanto mayor la alegría de toda la ciudad, que á causa de tener revueltas sus cosas no podian enviar armada que ayudase á los suyos y les asistiese para conservar el imperio de Cádiz. Fue así que los de Cartago llevaron lo peor primero en una guerra que en Sicilia, despues en otra que en Cerdeña hizo Macheo capitan de sus gentes. Siguióse un nuevo temor de una nueva guerra con los de Africa (de que se hablará luego) que hizo quitar el pensamiento del todo al senado cartagines de las cosas de España.

Por esta causa los cartagineses que residian en Cádiz, perdida la esperanza de poder ser socorridos de su ciudad, con astucia y fingidos beneficios y caricias trataron de ganar las voluntades de los españoles. Los que quedaron de las fenicios, contentos con la contratacion para que se les dió libertad (con lo cual se adquieren grandes riquezas) no trataron mas de recobrar el señorío de Cádiz. En este tiempo que corria de la fundacion de Roma el año doscientos y cincuen-

ta y dos, España fue afligida de sequedad y de hambre, falta de mantenimientos, y de muchos temblores de tierra, con que grandes tesoros de plata y oro, que con el fuego de los Pirineos estaban en las cenizas y en la tierra sepultados, salieron á luz por causa de las grandes aberturas de la tierra, que fueron ocasion de venir nuevas gentes á España, las cuales no hay para qué relatallas en este lugar.

Lo que hace al propósito es que desde Cártago pasado algun tiempo se envió nueva armada, y por capitanes Asdrubal y Amilcar, hijos que eran del Magon de suso nombrado y ya difunto. Estos de camino desembarcaron en Cerdeña, donde fue Asdrubal muerto de los isleños en una batalla: hijos deste fueron Anibal, Asdrubal y Safon. Amilcar dejó la empresa de España á causa que los sicilianos; sabida la muerte de Asdrubal, y habiendo Leonidas lacedemonio llegado con armada en Sicilia, se determinaron á mover con mayor fuerza la guerra contra los cartagineses. A esta guerra acudió y en ella murió Amilcar, que dejó tres hijos, es á saber: Himilcon, Hannon y Gisgon. Demás desto Darío, hijo de Histaspe por el mismo tiempo tenia puestos en gran cuidado los cartagineses con embajadores que les envió para que les declarasen las leyes que debian guardar si querian su amistad, y juntamente les pidiesen ayuda para la guerra que pensaba hacer en Grecia. Los cartagineses no se atrevian, estando sus cosas en aquel peligro y balance, á enojalle con alguna respuesta desabrida, si bien no pensaban envialle socorro alguno, ni obedecer á sus mandatos.

Deste Dario fue hijo Jerjes, el cual el año tercero de su imperio, y de la fundacion de Roma docientos y sesenta y uno, á ejemplo de su podre trató de hacer guerra en Grecia; y por esta causa los griegos que con Leonidas vinieron á Sicilia, fueron para resistirle llamados á su tierra. Con esto el senado cartaginés comenzó á cobrar aliento despues de tan larga tormenta, y cuidando de las cosas de España, se resolvió de enviar en ayuda de los suyos á aquella provincia en cuatro naves novecientos soldados sacados de las guarniciones de Sicilia, con esperanza que daban de enviar en breve mayores socorros. Estos de camino echaron anclas y desembarcaron en las islas de Mallorca y Menorca: acometieron á los isleños, pero fueron por ellos maltratados. Ca tomando ellos sus ondas, arma de que entonces usaban solamente, con un granizo de piedras maltrataron á los enemigos, tanto que les forzaron á retirarse á la marina, y aun á desancorar y sacar las naves á alta mar; de adonde arrebatados con la fuerza de los vientos llegaron últimamente á Cádiz.

Con la venida deste socorro se disminuyó la fama del daño recebido en Sicilia y de la muerte del capitan Amilcar, y se quitó el poder de alterarse á los discordes contra los cartagineses. En el mismo tiempo dicen que desde Tartesso, que es Tarifa, se envió cierta poblacion ó colonia, y por su capitan Capion á aquella isla que hacia Guadalquivir con sus dos brazos y bocas. Lo cierto es que donde estaba el oráculo de Mnesteo los de Tartesso edificaron una nueva ciudad llamada Ebora de los Cartessios á distincion de otras muchas ciudades que hobo en España de aquel nombre, y Tartesso antiguamente se llamó tambien Carteia. Demás desto en la una boca de Guadalquivir se edificó una torre dicha Capion: en qué tiempo no consta, pero los moradores de aquella tierra se sabe que se llamaron cartessios ó tartessios, que dió ocasion á ingenios demasiadamente agudos de pensar y aun decir que desde Tartesso se envió aquella poblacion ó colonia, hasta señalar tambien el tiempo y capitan que llaman asimismo Capion, como si todo lo tuvieran averiguado muy en particular.

CAPITULO XX.

Como Safon vino en España.

Corria por este mismo tiempo fama que toda Africa se conjuraba contra Cártago: que hacian levas y juntas de gentes cada cual de las ciudades conforme á sus fuerzas: y que unas á otras para mayor seguridad se daban rehenes de no faltar en lo concertado. El demasiado poder de aquella ciudad les hacia entrar en sospecha: demas que no querian pagar el tributo que por asiento y voluntad de la reina Dido tenian costumbre de pagar. Dábales otrosí atrevimiento lo que se decia de las adversidades y desventuras que en Sicilia y en Cerdeña padecieran. Los de Mauritania, si bien no se podian quejar de algun agravio recebido por los de aquella ciudad, se concertaron con los demas, con tanto furor y rabia, que trataban de tirar á su partido á los españoles (que están divididos de aquella tierra por el angosto estrecho de Gibraltar) y apartallos de la amistad de los cartagineses. Movido por estas cosas, el senado cartaginés determino aparejarse á la resistencia, y juntamente enviar al gobierno de lo que en España tenian, á Safon hijo de Asdrubal para que con su presencia fortificase y animase á los suyos, y sosegase con buenas obras y con prudencia las voluntades de los españoles para que no se alterasen. Lo cual, llegado que fue á España, hizo él con gran cuidado y maña: que llamados los principales de los españoles, les declaró lo que en Africa se trataba, y lo que los mauritanos pretendian. Pidióles por el derecho de la amistad antigua que tenian, no permitesen que ellos ó alguno de los suyos fuesen atraidos con aquel engaño á dar socorro á sus enemigos; antes con consejo y con fuerzas ayudasen á Cartago.

Movidos los españoles con estas razones consintieron que pudiese levantar tres mil españoles, no para hacer guerra ni acometer á los mauritanos, con quien tenia España grandes alianzas y prendas, sino para resistir á los contrarios de Cartago, si de alguna parte se les moviese guerra. Tuvo Safon puestas al estrecho las compañías y escuadrones asi de su gente como de los españoles para ver si por miedo mudarian parecer los mauritanos, y dejarian de seguir los intentos de los demas africanos. Pero como no desistiesen, pasado el estrecho puso á fuego y á sangre los campos y las poblaciones, robando, saqueando y poniendo en servidumbre todos los que por el trance de la guerra venian en su poder. Movidos de sus males los mauritanos hicieron junta en Tanger, que está en las riberas de Africa enfrente de Tartesso ó Tarifa, para determinar lo que debian hacer. En primer lugar pareció enviar embajadores en España á quejarse de los agravios que recebian de los suyos (de aquellos que á Safon seguian) y alegar que los que les debian ayudar, esos les hacian contradiccion y perjuicio: mirasen á los que dejaban, y con quienes tomaban compañía: que los cartagineses ponian asechanzas á la libertad de todos, y por tanto era mas justo que juntando las fuerzas con ellos, vengasen las injurias comunes, y no tomasen á parte consejo de que les hobiese luego de pesar, quier fuesen los cartagineses vencidos, por el odio en que incurrian de toda Africa, quier fuesen vencedores, pues ponian á riesgo su libertad: que los cartagineses por su soberbia y arrogancia pensaban de muy atras enseñorearse de todo el mundo.

A esto los españoles se escusaron de aquel desórden, que sucedió sin que lo supiesen: que á Safon se le dió gente de España no para hacer guerra, sino para su defensa: que enviaran embajadores á Africa, por cuya autoridad y diligéncia, si no se concertasen y hiciesen paces, volverian los suyos de Africa. Como lo prometieron así lo cumplieron. Con la ida de los embajadores se dejaron las armas, y se tomó asiento con tal condicion que el capitan cartaginés sacasa sus gentes de la Mauritania: los mauritanos llamasen los

suyos de la guerra que se hacia contra Cartago, pues de aquella ciudad no tenian queja alguna particular. Esto se concertó; pero como vuelto Safon en España, todavía los mauritanos perseverasen en los reales de los africanos, tornó á movelles guerra, y les hizo mayores daños, y apenas se pudo alcanzar por los españoles que entraron de por medio, que fortificado de nuevas compañías de España que le ofrecian de su voluntad, dejada la Mauritania entrase mas adentro en Africa. En fin se tomó este acuerdo, con que los ejércitos enemigos de Cartago fueron vencidos, ca los tomaron en medio por frente y por las espaldas las gentes que salieron de Cartago por una parte, y por otra las que partieron de España. Saruco Barchino, así dicho de Barce ciudad puesta á la parte oriental de Cartago (dado que Silio Italico dice que de Barce compañero de Dido) se señaló en servir en esta guerra á los cartagineses. Así le hicieron ciudadano de aquella ciudad, y dió por este tiempo principio á la familia y parcialidad muy nombrada en Cartago de los Barchinos.



Guerrero cartagines.

Dióse fin á esta guerra año de la fundacion de Roma de docientos y ochenta y tres. Safon vuelto en España, y ordenadas las cosas de la provincia, siete años despues fue removido del cargo, y llamado á Cartago con color de dalle el gobierno de la ciudad, y el cargo y magistrado mas principal, el cual, como dice Festo Pompeyo se llamaba Soffetes. La verdad era que les daba pena que un ciudadano con las riquezas de aquella riquísima provincia creciese mas de lo que podia sufrir una ciudad libre, dado que por hacerle mas honra enviaron en su lugar tres primos suyos, Himilcon, Hannon y Gisgon, y á él vuelto á su tierra le hicieron grandes honras, con que se ensoberbeció tanto que, teniendo en poco la tiranía y señorío de su ciudad, trató de hacerse dios en esta forma. Juntó muchas avecillas de las que suelen hablar, y enseñóles á pronunciar y decir muchas veces tres palabras; Gran dios Safon. Dejólas ir libremente, y como repitiesen aquellas palabras por los campos, fue tan grande la fama de Safon por toda aquella tierra, que espantados con aquel milagro los naturales, en vida le consagraron por dios y le edificaron templos, lo que antes de aquel tiempo no aconteciera á persona alguna. Plinio atribuye este hecho á Hannon: la fama á Safon, confirmada y consagrada por el antiguo proverbio latino y griego; es á saber: Gran dios Safon.

CAPITULO XXI.

Como Himilcon y Hannon descubrieron nuevas navegaciones.

Himilcon y Hannon tomado el cargo de España (1) luego que pudieron, se hicieron á la vela con su armada para ir á su gobierno. Acometieron de camino á los de Mallorca, si por ventura con maña y dádivas de poco precio pudiesen alcanzar de aquellos hombres groseros, y que no sabian semejantes artificios, que les diesen lugar y permitiesen levantar en aquella isla un fuerte, que fuese como escalon para quitalles la libertad. Dióseles esta licencia, y aun dícese que en Menorca, entre Septentrion y Poniente, edificaron un pueblo que se llamó Jama, y otro al Levante por nombre Magon. Algunos añaden el tercero lugar de aquella isla llamado Labon, y piensan que la causa destos nombres fueron tres gobernadores de aquella isla enviados de Cartago sucesivamente. Lo cierto es que Hannon llegado á Cádiz; con deseo de gloria y de saber nuevas cosas discurrió por las riberas del mar Océano hasta el promontorio Sacro, que hoy es cabo de San Vicente en Portugal, y todo lo que vió y notó en particular lo escribió al senado. Decia que tenia grande esperanza se podian descubrir con grande aprovechamiento de la ciudad las riberas de los mares Atlántico y Gállico, inaccesibles hasta entonces (2) que corrian por grande distancia. Que le diesen licencia para aderezar dos armadas, y apercebillas de todo lo necesario para tan largas navegaciones y de tanto tiempo. Lo cual el año siguiente por permision del senado se hizo: mandaron á Himilcon que descubriese las riberas de Europa, y los mares lo mas adelante que pudiese. Hannon tomó cuidado de descubrir lo de Africa. Gisgon por acuerdo de los hermanos y con órden del senado quedó en el gobierno de España (3).

Acordado esto, y apercebido todo lo necesario, al principio del año que se contaba de la fundacion de Roma trecientos y siete, Hannon y Himilcon con sus

(1) Ningun historiador antiguo dice que estos dos cartagineses hayan sido gobernadores de España, ni que hayan levantado un fuerte en Mallorca para reducirla á obediencia de Cartago. Lo que Livio dice es que Magon, general cartaginés hizo vela desde Cádiz á Ibiza en el otoño del año 149, y habiendo pasado á invernar en Mallorca, halló tanta resistencia que le fue preciso pasar á Menorca, donde desembarcó sin oposicion y levantó un fuerte en la parte superior de cierto puerto que habia en la isla: quizás de este general tomó nombre el puerto de Mahon.

(2) Ya los españoles, instruidos por los fenicios en la náutica mucho antes de llegar los cartagineses á las costas del estrecho, habian surcado los mares y hecho viajes largos por las costas septentrionales del Océano hasta las Sorlingas á buscar el estaño que trasportaban á nuestros puertos, adonde lo venian á buscar los comerciantes griegos y asiáticos, como lo dicen Strabon, Cornelio Tácito y Diodoro Siculo. Se presume que hayan podido llegar á la América antes de la sumersion de la Atlantida que alejó á los navegantes y sumergió á la vez á aquella en oscuridad.

(3) Cuando los cartagineses salieron á ejecutar las dos espediciones famosas al Norte de la Europa y al Sud del Africa, encargada la primera á Himilcon, y la segunda á Hannon, unas naves salieron de Cartago, otras de las columnas de Hércules, aunque Plinio las hace salir de Gades, esto es, de la isla de Sancti Petri, puertos que eran del dominio de los cartagineses, donde se equiparon de todo lo necesario para espediciones tan largas, y es muy verosimil que tomarian marineros y pilotos españoles, que estaban prácticos en semejantes navegaciones. Los dos generales escribieron el diario de sus viajes, pero el de Himilcon se perdió y solo nos ha quedado el de Hannon, que estractó Rufo Festo Avieno en su obra de *Oris Maritimis*.

armadas se partieron para diversas partes. Himilcon partió de Gibraltar, que antiguamente se dijo Heraclea: pasó por los mesenios, y por los selbisios que estaban en los Bástulos: dobló el cabo postrero del estrecho, que se dijo Herma ó promontorio de Junon; y vueltas las proas á manderecha, llegó á la boca de Cilbo, rio que entra en el mar entre los lugares Begel y Barbate, como tambien en el rio que luego se sigue llamado Besilio descarga junto al cabo de San Pedro enfrente de Cádiz, y entra en el mar: quedaba entre estos dos rios en una punta de tierra que allí se hace, el famoso sepulcro de Gerion. Síguese luego la isla Erythrea, que era la misma de Cádiz segun algunos lo entienden: otros la ponen por diferente, cinco estadios apartada de tierra firme, al presente comida del mar en tanto grado que ningun rastro della se ve.

Mas adelante vieron un monte lleno de bosques y espesura: informáronse y hallaron que se llamaba Tartessio del nombre comun de aquellas marinas: y que de la cumbre de aquel monte salia y bajaba un rio, el cual arriba se dijo que se llamaba Lethes, y ahora es Guadalete. Seguíanse ciertos pueblos de los turdetanos, llamados los cibicenos, que se estendian hasta la primera boca de Guadalquivir. En medio de aquellas sus riberas estaba edificada la torre Gerunda, obra de Gerion. Mas adentro en la tierra los lleates el rio Guadalquivir arriba, los cempsios, los manios, todos gente de la Turdetania. Entendióse tambien que aquel rio que de otros era llamado Tartessio, nacia de la fuente llamada Ligóstica, que manaba y se hacia de una laguna puesta á las aldas del monte Argentario: hoy se llama monte de Segura. Decian asímismo que dividido en cuatro brazos regaba los campos de la Bética, mentira que tenia apariencia, y por eso fue creida: ca por ventura tenian entendido que tres rios los cuales se juntan con Guadalquivir, eran los tres brazos del mismo, ó sea que por ventura le sangraban y hacian acequias en diversas partes para riego de los campos, lo que apenas se puede creer de ingenios tan groseros como eran los de aquel tiempo.

Rufo Festo, que escribió estas navegaciones, dice que Guadalquivir entraba en la mar por cuatro bocas: los antiguos geógrafos hallaban dos tan solamente; nosotros mudadas con el tiempo las cosas, y alteradas las marinas, no hallamos mas de una. Partido de allí, y pasadas las bocas de Guadalquivir, vieron las cumbres del monte Cassio, rico de venas de estaño como lo da á entender el nombre; y aun quieren decir que del nombre de aquel monte el estaño por los griegos fue llamado cassiteron. La llanura bajo de aquel monte poseian los albicenos, contados entre los tartessios. Seguíase el rio Ibero, que antiguamente fue término postrero de los tartessios, y al presente entra en el mar entre Palos y Huelma. De este rio quieren algunos que España haya tomado el nombre de Iberia, y no del otro del mismo apellido que en la España Citerior hoy se llama Ebro, y con su nobleza ha escurecido la fama deste otro: llámase hoy rio de la Acige por la muchedumbre desta tierra que en aquellos lugares se saca á propósito de teñir lanas y paños de negro. En la misma ribera ácia el Poniente vieron la ciudad de Iberia, de la cual hizo mencion Tito Livio, y era del mismo nombre de otra que estuvo asentada en la ribera del rio Ebro no lejos de Tortosa. Seguíanse luego los esteros del mar por aquella parte que el promontorio dicho de Proserpina (por un templo desta diosa que allí se vía) se metia el mar adentro.

Doblada esta punta, vieron lo postrero de los montes Marianos por donde en el mar se terminan, y encima la cumbre del monte Zefirio que parecia llegar al cielo, cubierto de nubes y de niebla, aunque el mar sosegado á causa de los pocos vientos que en aquella parte soplan. Mas adelante unas riberas llenas de pedregales y matorrales se tendian hasta el monte de Saturno. Luego despues los cenitas, por medio de los cuales corria Guadiana con dos islas opuestas, que la mayor llamaban Agonida. Despues doblado el promontorio Sacro (hoy cabo de San Vicente) por riberas que hacen muchas vueltas, llegaron al puerto Cenis no lejos de la isla dicha entonces Petanio y hoy Perseguero. Caian cerca de los Draganos pueblos de la Lusitania, incluidos entre dos montes Sefis y Cemfis, y que al Norte tenian por término un seno de mar puesto enfrente de las islas dichas Strinias puestas en alta mar. Tenian los draganos otra isla cerca llamada Acale, cuyas aguas eran azules estraordinariamente y de mal olor. Esta forma tenian entonces aquellas marinas: al presente habiéndose el mar retirado, todo está diferente de lo antiguo.

Sobre la isla Acale en tierra firme se empinaba el monte Cepriliano, y muy adelante por aquellas riberas hallaron entre Levante y Septentrion á la isla Pelagia de mucha verdura y arboledas; pero no osaron saltar en ella por entender de muchos que era consagrada al dios Saturno, y que á los que á ella abordaban se les alteraba el mar: tal era la vanidad y superstición de aquella gente. Seguíanse en tierra firme los sarios, gente inhumana y enemiga de estranjeros por donde el cabo que en aquella parte hoy se dice Espichel, antiguamente por la fiereza desta gente se llamó Barbario.

Desde allí en dos dias de navegacion llegaron á la isla Strinia, deshabitada y llena de malezas á causa que los moradores, forzados de las serpientes y otras sabandijas, la desampararon y buscaron otro asiento: por esto los griegos la llamaron Ofiusa, que es tanto como de culebras. Ofrecióse luego la boca de Tajo, donde los sarios se terminaban con una poblacion de griegos que se entiende no sin probabilidad que fuese Lisboa, ciudad en el tiempo adelante nobilísima.

Hiciéronse desde allí á la vela, y tocaron en las islas Albiano y Lacia: hoy se cree que son las islas puestas enfrente de Bayona en Galicia. Llegaron á las riberas de los neiros ó lernos, que se estendian hasta el promontorio Nerio que llamamos el cabo de Finisterræ: junto á él están muchas islas llamadas antiguamente Strenides porque los moradores de la isla Strenia, huidos de allí á causa de las serpientes como se ha dicho, hicieron su asiento en aquellas islas. Decíanse tambien Cassiterides por el mucho plomo y estaño que en ellas se sacaba. Pasado el promontorio Nerio, Himilcon y sus compañeros vueltas las proas al Oriente, por falta de los vientos en aquellas riberas, y por los muchos bajíos y con las muchas ovas embarazados, padecieron grandes trabajos; mas prosiguieron en correr los puertos, ciudades y promontorios de los ligores, asturianos y siloros que por órden se seguian en aquellas marinas. De las cuales cosas no se escribe nada, ni se halla memoria alguna de lo que pasaron en el mar de Bretaña y en el Báltico, donde es verisímil que llegaron guiados del deseo de descubrir, calar y considerar las riberas de la Francia y de Alemaña. Ni aun (que se sepa) hay memoria del camino que para volver á España hicieron despues que gastaron dos años enteros en ida y vuelta de navegacion tan larga y dificultosa.

CAPITULO XXII.

De la navegacion de Hannon.

La navegacion de Hannon fue mas larga, y la mas famosa que sucedió y se hizo en los tiempos antiguos, y que se puede igualar con las navegaciones modernas de nuestro tiempo, cuando la nacion española con esfuerzo invencible ha penetrado las partes de Levante y de Poniente, y aun aventajarse á ellas por no tener noticia entonces de la piedra imán y aguja, ni saber el uso así della como del cuadrante: por donde no se atrevian á meter y alargarse muy adentro en el mar. Juntada pues y apercibida una armada de sesen-

ta galeras grandes en que llevaban treinta mil personas, hombres y mujeres, para hacer poblaciones de su gente por aquellas riberas donde pareciese á propósito, se hicieron á la vela desde Cádiz. Pasadas las columnas de Hércules, en dos dias de navegacion llegados que fueron á una grande llanura, edificaron una gran ciudad que dijeron Thimiaterion: Vueltas luego las proas al Poniente, seguíase el promontorio Ampelusio, que nosotros comunmente llamamos cabo de Espartel; y aun sospecho es el que Arriano llamó Soloen, de mucha espesura de árboles y de muy grande frescura. Síguese el rio Zilia, que sospecho Polibio llamó Anatis; y en este tiempo junto á él está asentado un lugar por nombre Arcilla.

Los Lixios, gentes que moraban y tomaban el nombre del rio Lixio, el cual corre de la Libia y descarga por aquella parte en el Océano, estaban tendidos setecientas y treinta y cinco millas, conforme á la medida romana, mas adelante del promontorio Ampelusio. Allí fingieron antiguamente que Hércules luchó con el gigante Anteo, y que en el mismo lugar eran los jardines de las Hespérides y el espantoso dragon que las guardaba. Seguíanse á igual distancia en espacio de cien millas (ó veinte y cinco leguas) otros dos rios: el uno se llamó Subur, donde se veia una poblacion por nombre Bonosa, el otro Sala con otra poblacion del mismo nombre que hoy se llama Salen, en un buen asiento y fresco; pero molestado de las fieras por caelle cerca los desiertos de Africa. Partidos desde aquellos lugares, llegaron al monte Atlante que se termina en el mar en el cabo que los antiguos llamaron la postrera Chaunaria: despues por los marineros fue comunmente llamado al cabo Non por estar persuadidos que el que con loco atrevimiento le pasaba, para siempre no volvia: hoy le llamamos cabo del Boyador, si bien algunos ponen por diferentes el cabo Non y el cabo del Boyador: lo mas cierto es que tiene enfrente la isla de Palma puesta hácia el poniente, una de las Canarias, de la equinoccial distante veinte y ocho grados que tiene de altura.

Pasado este promontorio, ofreciéseles una ribera muy tendida hasta una pequeña isla de cinco estadios en circuito: la cual ellos, dejando allí una poblacion, llamaron Cerne. Yo entiendo que en nuestro tiempo se llama Argin, y está pasado el cabo Blanco asentado veinte y un grados mas acá de la equinoccial, y della todo aquel golfo se llama el golfo de Argin, que va tendido hasta el cabo Verde y las diez islas que tiene enfrente antiguamente dichas Hespérides: entre las demás la principal hoy se llama de Santiago, y todas ellas se dicen las islas de cabo Verde. Este cabo ó promontorio sospecho que Arriano le llama Cuerno Hesperio, y que el rio muy ancho que antes dél entra en el mar, es el que Festo llama Asama, porque tambien en este tiempo con nombre no muy diferente de lo antiguo se llama Sanaga. Cria Crocodilos y caballos marinos; crece otrosí y mengua en el estío á la manera del Nilo: por donde se entiende que tienen una misma orígen estos dos rios y nacen de unas mismas fuentes. Los antiguos y en particular Plinio le llamaron Nigir. Entra en el mar por dos bocas, la que hemos dicho, y otra que está pasado cabo Verde, y por su gran anchura vulgarmente se llama el rio Grande.

Seguíanse las islas Gorgonides: así las llamó Hannon de unas mujeres monstruosas que allí vieron, las cuales los antiguos llamaron Gorgonas. Cerca de aquellas islas vieron un monte muy empinado, que llamaron Carro de los dioses, por resplandecer con fuegos y porque tenia grande ruido de truenos: los nuestros le llaman Sierra Leona, puesta ocho grados antes de la equinoccial. En Ptolomeo está demarcado el Carro de los dioses en cinco grados de altura y no mas, sea que los números por descuido de los escribientes estén estragados, ó que él mismo se engañó. Este monte por su altura ordinariamente resplandece con relámpagos, demas que los moradores por causa del calor que por allí es muy escesivo, de dia están encerrados en cuevas debajo de tierra, y las noches salen á trabajar y procurar su sustento con hachos encendidos, por donde los campos cercanos á aquel monte resplandecen de noche, y parece que arden en vivas llamas y en fuego: cosa que dió ocasion á Hannon y á sus compañeros á que pensasen de veras, ó que de propósito fingiesen (como suele acontecer cuando se habla de cosas y lugares tan apartados) que de aquellas partes y campiñas corrian en el mar rios de fuego, y que todas aquellas tierras comarcanas estaban yermas á causa de aquellas perpétuas llamas.

Pasado aquel monte descubrieron una isla habitada de hombres cubiertos de vello (así lo entendieron ellos) y para memoria de cosa tan señalada de dos hembras que prendieron, porque á los machos no pudieron alcanzar por su gran ligereza, como no se amansasen, las mataron y enviaron á Cartago las pieles llenas de paja, donde estuvieron mucho tiempo colgadas en el templo de Vénus para memoria de tan grande maravilla. Los doctos ordinariamente no sin razon creen que esta isla es una que está debajo del equinoccial frontero de un cabo de Africa, llamada de Lope Gonzalez, sujeta en este tiempo á los portugueses y que se llama la isla de Santo Thomé: tan rica de azúcares que se dan muy bien en ella, como mal sana principalmente á los nuestros, como quier que los etiopes se hallen allí muy bien de salud. Los hombres cubiertos de vello entendemos que fueron cierto género de monas grandes, cuales en Africa hay muchas y de diversas raleas, del todo en la figura semejantes á hombres, y de ingenios y astucias maravillosas.

Arriano escribe que Hannon y sus compañeros desde aquellos lugares y desde aquella isla dieron la vuelta á España forzados de la falta de mantenimientos. Plinio dice que Hannon llegó hasta el mar Rojo, pasado es á saber el cabo de Buena Esperanza: en el cual adelgazadas de entrambas partes las riberas, la Africa interior á manera de pirámide se termina. Dice mas, que desde allí envió embajadores á Cartago (por tierra sin duda) con informacion de todo lo sucedido. En esto concuerdan, que volvió al quinto año de la partida de España, que de la fundacion de Roma se contaba trecientos y doce. Los que con él fueron, vueltos, á porfia contaban milagros que les aconteciera en navegacion tan larga, tormentas, figuras de aves nunca oidas, cuerpos monstruosos de fieras y peces, varias formas de hombres y de animales, vistas y creidas por el miedo, ó fingidas de propósito para deleitar al pueblo, que abobado oia cosas tan estrañas y nuevas.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Que Hannon y sus hermanos volvieron á su tierra.

Hannon y Himilcon despues de tan dificultosos viajes y tan largas navegaciones vueltos en España, con deseo de descansar y de ver á su patria, sin dilacion se partieron á Cartago, donde fueron con grande acompañamiento de los que salieron á recibillos, con aplauso de todo el pueblo y solemnidad semejante á triunfo metidos en la ciudad. Todos alababan y engrandecian el vigor de sus ánimos, sus famosos acometimientos, y el alegre remate de sus empresas. Quedó Gisgon en el gobierno de España, el cual se le dió tambien licencia que dejado el cargo se volviese á Cartago. Lo que mucho importaba para continuar en su poder y autoridad, hicieron que Anibal su primo, que era hermano de Safon, junto con Magon, pariente y amigo de los mismos, fuesen nombrados para suceder en el gobierno de España.

Desde Magon se dice que en las islas Baleares, donde se detuvo algunos años, edificó en Menorca una ciudad de su nombre. No hay duda sino que en aquella isla hobo antiguamente una ciudad que se llamó Magon; pero la semejanza del nombre no es conjetura bastante para asegurar que haya en particular sido fundada por este Magon, como quier que no haya para comprobarlo otro testimonio de escritores antiguos. Lo que se tiene por averiguado es, que llegado que fue Anibal á Cádiz, Gisgon, cargada la flota de las riquezas que él y sus hermanos juntaran muy grandes, se hizo á la vela; pero no llegó á Cartago, porque corrió fortuna y se perdió con todas las naves por la violencia de ciertas tormentas, muchas y muy bravas, que por aquellos dias trajeron muy alterado el mar, que fue año de la fundacion de Roma de trescientos y quince. Dícese tambien que Anibal en las riberas del mar Océano antes de llegar al cabo de San Vicente en un buen puerto fundó una ciudad que antiguamente se llamó puerto de Anibal (ahora se llema Albor) cerca de Lagos, pueblo antiguamente dicho Lacobriga.

Por otra parte los tartessios á la postrera boca del rio Guadalquivir edificaron un castillo con un templo consagrado á Venus; la cual estrella porque se llama tambien Lucífero ó Lucero, el templo se dijo Lucifero, y hoy corrompida la voz se llama Sanlucar: pueblo en este tiempo por la contratacion de las Indias, y por ser esta escala de aquella navegacion, entre los mas nombrados de España. Asi cuentan esta fundacion nuestras historias, que afirman tambien que por el mismo tiempo se encendió una guerra muy cruel entre los béticos que son los andaluces, y lusitanos, gentes que moraban de la una y de la otra parte de Guadiana. Dicen que comenzó de diferencias y riñas entre los pastores, que á los lusitanos favorecieron los cartagineses, á los béticos una ciudad principal por aquellas partes, la cual algunos sospechan que fuese la Iberia de quien arriba se hizo mencion, y que las mismas mujeres tomaron las armas: tan grande eran la rabia y furia que tenian. La batalla fue muy herida: pelearon por espacio de un dia entero sin declararse ni conocerse la victoria por ninguna de las partes: despartióles la noche: fueron pasados á cuchillo ochenta mil hombres, y entre ellos el principal caudillo de los cartagineses: que (si esto es verdad) se puede con razon pensar fuese el mismo Anibal. Añaden que Magnon, movido de la fama de aquella batalla, partió luego de las Baleares Mallorca y Menorca en ayuda de los suyos y en busca de los enemigos: los cuales, por haber recibido en aquella batalla no menor daño que hecho, fueron forzados, quemada la ciudad, á buscar otros asientos por miedo de mayor mal (1).

Corría ya el año de la fundacion de Roma de trescientos y veinte y uno. En el cual año sucedió en Cartago grande mudanza: ca muertos en aquella ciudad casi en un tiempo Asdrubal y Safon hermanos de Anibal, el crédito y autoridad de Hannon que ya flaqueaba, con la nueva del daño recibido en España se perdió de todo punto: por brotar como acontece en las adversidades el odio de muchos, que llevaban de mala gana se gobernase y se trastornase toda la ciudad á voluntad y antojo de un ciudadano; y que un particular pudiese mas que los que tenian á cargo el gobierno. Acordaron criar un magistrado de cien hombres con cargo y autoridad de tomar cuenta á los capitanes que volviesen de la guerra. Forzaron pues á Hannon á pasar por la tela deste juicio. Ventilóse su negocio, condenáronle en destierro: que fue no menor envidia que ingratitud especial, que ninguna causa alegaban mas principal para lo que hicieron, sino que era de ingenio é industria mayor que pudiese seguramente sufrille una ciudad libre, pues habia sido el primero de los hombres que se atrevió á amansar un leon y hacelle tratable: que no se debia fiar la libertad de quien domaba la fiereza de las bestias. La verdad es que las ciudades libres suelen concebir odio y siniestra opinion contra los ciudadanos que entre los demas se señalan, y con envidia maltratar á los príncipes de la república, á quien muchas veces fue cosa perjudicial y acarreó notable daño aventajarse en valor industria y virtudes á los demas.

(1) Mariana dice prudentemente «(si esto es verdad)» porque de esta guerra no habla ningun escritor antiguo.

CAPITULO II.

De las cosas por los españoles hechas en Sicila.

Algunos años se pasaron despues desto sin que sucediese en España cosa digna de memoria, hasta el año de la fundacion de Roma de trecientos y veinte y siete: en el cual tiempo partida toda la Grecia en dos partes, se hacia la guerra Penoponesiaca. Juntamente el segundo año desta guerra una cruel peste se derramó casi por toda la redondez de la tierra; la cual como tuviese su principio en la Etiopia, de allí pasó á las demas provincias, y por remate en España asimismo mató y consumió hombres y ganados sin numero y sin cuento (2). Hicieron mencion desta plaga Thucídides, Tito Livio y Dionisio Halicarnasio, y aun nuestras historias atribuyen la causa desta mortandad á la sequedad del aire. Pero Hippócrates que vivió por el mismo tiempo, afirma que para librar á Thesalia desta peste hizo él quemar los montes y bosques de aquella tierra.

Lo que á nuestro propósito hace es que para la guerra que en Sicila traian los de Lentino y los catanenses contra los siracusanos, ciudad entonces la mas populosa y poderosa de aquellas islas Nicias, y Alcibiades, aunque era de poca edad, fueron de Atenas enviados con una armada de cien galeras en socorro de los Lentinos. Esta era la voz, pero de secreto llevaban esperanza de apoderarse de toda la isla. Sucedíérales como lo pensaban, si Alcibíades, que se habia al principio gobernado bien y quebrantado las fuerzas y orgullo de los siracusanos, no fuera acusado á la misma sazon en Atenas al pueblo de haber descubierto los misterios de Ceres, en ninguna cosa mas solemnes y sagrados que en el silencio. Citáronle para que pareciese en juicio y se descargase: él por la conciencia del delito, ó por miedo de los contrarios se fué á Lacedemonia, donde como fuese recibido benignamente por su escelente ingenio, y por la fama de lo que habia hecho, les persuadió por vengarse que enviasen en socorro de los siracusanos un valeroso capitan llamado Gilippo. Con cuya llegada se trocaron las cosas de tal suerte que fueron vencidos los atenienses por mar y por tierra, y el mismo Nicias con otros muchos vino en poder de sus enemigos los de Lacedemonia.

Poseian los cartagineses por aquel tiempo junto al promontorio Lilibeo, que ahora es cerca de Trapana y distaba de Cartago ciento y ochenta millas, algunos pueblos de aquella isla. Los agrigentinos, que ahora se llaman de Gergunto y eran comarcanos, llevaban mal que el poder de los cartagineses se continuase y envejeciese tanto tiempo en aquella isla, fuera de agravios particulares que les tenian hechos. Sucedió que los cartagineses salieron á un bosque no lejos de la ciudad de Minoa para hacer cierto sacrificio; acudieron los de Gergento, y pasaron á cuchillo los contrarios por haberse salido sin armas y sin recelo, todos los que no escaparon por los piés y se salvaron por aquellos bosques y montes.

Sabido esto en Cartago, todo el pueblo se alteró, y se movió á vengar aquel insulto. Con este acuerdo en-

(2) Esta peste horrible que desoló el Atica y se estendió hasta la Italia, ningun escritor antiguo dice que llegase á España.

viaron á Sicilia dos mil cartagineses y otros tantos soldados españoles. Juntaron con ellos quinientos mallorquines honderos, nuevo y estraordinario género de milicia, los cuales puesto que al principio fueron menospreciados del enemigo porque iban desnudos, venidos á las manos dieron á los suyos la victoria, ca con una perpetua lluvia de piedras maltrataron y destrozaron el cuerno y costado izquierdo de los enemigos. Muchos fueron en la pelea muertos, y mayor número en el alcance: algunos se escaparon ayudados de la oscuridad de la noche, y se recogieron á la ciudad; pero con cerco que le tuvieron de dos años, vino asimismo á poder de los cartagineses año de la fundacion de Roma de trescientos y cuarenta y seis.

El fin desta guerra fue principio de otra mas grave. Dionisio el mas viejo estaba apoderado tiránicamente de Siracusa: era grande su poder, y sus fuerzas muy temidas. Acudieron á él los de Gergento secretamente. Pidiéronle los recibiese en su proteccion, y librase aquella ciudad del poder y mando muy pesado de los cartagineses. Prometióles lo que pedian, por tener entendido que sus intentos de hacerse rey de toda aquella isla no podrian ir delante en tanto que los cartagineses en ella tuviesen autoridad y mando. Dióles por consejo que en el entretanto que él se aprestaba, saliesen todos muy secretamente de Gergento, y al improviso se apoderasen de Camarina y de Gela, pueblos comarcanos, desde donde podrian correr los campos de los enemigos: que lo demas él lo tomaba á su cargo. Ejecutóse luego esto, hiciéronse y recibiéronse daños de una y de otra parte.

Entonces Dionisio interpuso su autoridad: requirió á los cartagineses por sus embajadores que se hiciese satisfaccion, y se restituyesen los daños los unos á los otros como era justo. Principalmente hacia instancia que á los de Gergento se restituye su ciudad, por lo menos que los desterrados y ahuyentados pudiesen volver á ella, y gozar de las mismas libertades y franquezas que los de Cartago. Concluia que de otra manera no sufriria que sus parientes y aliados fuesen tratados como esclavos. A esto los cartagineses respondieron ser derecho de las gentes que los vencedores mandasen á su voluntad á los vencidos: que ellos no comenzaron la guerra, sino al contrario los de Gergento los habian á ellos acometido y agraviado, junto con el desacato que hicieron á la deidad de los dioses: que no haria bien ni debidamente si se metiese á la parte, y amparase aquella gente malvada y sin Dios: en lo que decia que no pasaria por alto ni disimularia las injurias de los de Gergento, y cuando quisiese tomase la demanda y las armas, que entenderia lo que el poder invencible de los cartagineses y sus soldados envejecidos en las armas harian.

Con este principio, con estas demanda y respuesta se rompió claramente la guerra. Dionisio recogia las fuerzas de toda aquella isla, y incitaba contra los de Cartago así á las ciudades griegas, como á Dario Notho, rey de Persia, con embajadas que le envió en esta razon. Ellos por el contrario levantaron quince mil infantes, parte de Cartago, parte de Africa, y cinco mil caballos. Asimismo juntaron diez mil españoles, y para mas ganalles las voluntades y asegurarse mas dellos, restituyeron á Cádiz en su antigua libertad, en sus leyes y sus fueros. Solamente les vedaron el hacer y tener galeras: quitaron las guarniciones de donde las tenian puestas: solo conservaron el famoso templo de Hércules con algunas pocas atalayas por aquellas marinas. Hízose la masa de todas estas gentes en Cartago, de donde Himilcon Cipo nombrado por general se partió con una armada muy gruesa que al principio tuvo vientos frescos: despues arreció el tiempo de manera que derrotó las naves, y surgieron en diversos pueblos de Sicilia. Eran las naves españolas mas fuertes, y los pilotos mas diestros, y así sufrieron la tempestad en alta mar; y luego que aflojó el viento, se juntaron y tomaron el puerto de Camarina. Combatieron aquella ciudad por espacio de cuatro dias: al cabo dellos la tomaron, y pasados á cuchillo todos los moradores, la pusieron á fuego: grande crueldad; pero que atemorizó á los de Gela en tanto grado, que sin hacer resistencia desampararon la ciudad.

Acudieron las demas naves á aquellos lugares, donde, refrescado el ejército y los soldados con reposo de algunos dias, se determinaron de presentar la batalla á Dionisio, de quien tenian aviso que traia grandes fuerzas por mar y por tierra. Escusaron la batalla naval á causa que muchos de sus bajeles se volvieran á Cartago y á Cádiz. Acordaron seria mas espediente pelear con los enemigos en tierra. Estaba el cartagines con esta resolucion cuando Dionisio se les presentó delante. Juntáronse reales con reales á pequeña distancia. Ordenaron sus escuadrones y huestes para dar la batalla, primero Dionisio en esta manera: puso en igual distancia y á ciertos trechos los socorros que tenia de diversas ciudades, por frente y á entrambos lados la caballeria: los de Siracusa quedaron en la retaguardia. Himilcon al contrario, hechos tres escuadrones de su gente, salió al encuentro al enemigo: en medio y por frente los españoles: en el un lado y en el otro los cartagineses con cada setecientos honderos; y los caballos que fortalecian los dos cuernos y costados: dos mil infantes escogidos de todo el ejército quedaron de respeto y de socorro para las necesidades.

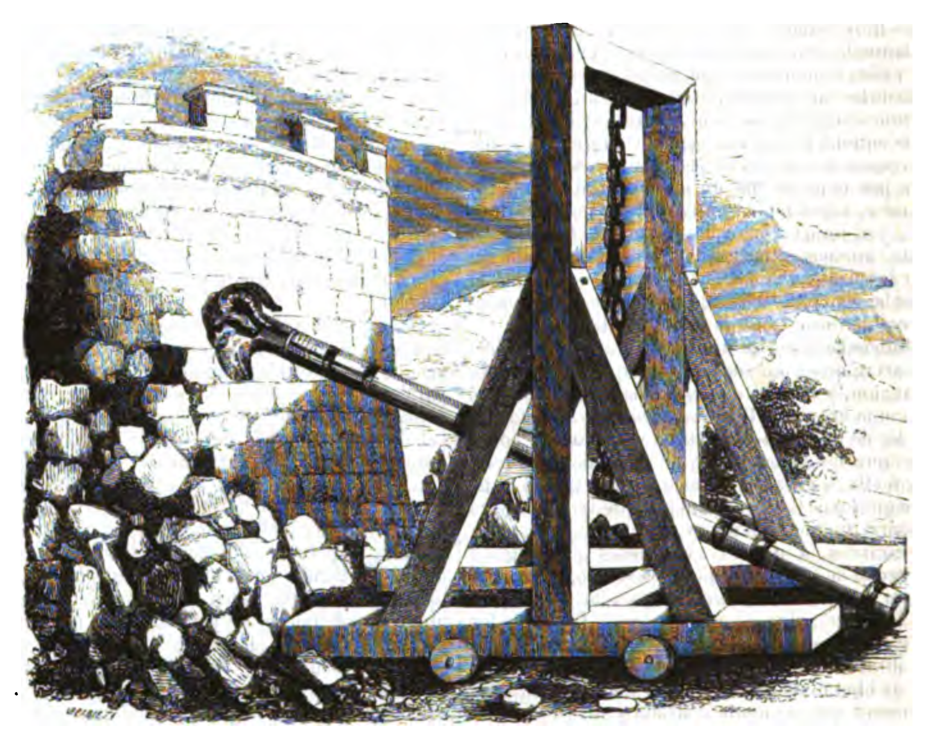
Dada que fue la señal de pelear, arremetieron todos con grande denuedo, y cerraron. Fue la batalla por grande espacio dudosa sin declararse la victoria: reparaban, y mezclábanse los escuadrones: muchos de ambas partes caian sin reconocerse ventaja: solo la caballería de Dionisio comenzaba á llevar lo mejor y apretar los caballos cartagineses. Y hobieran salido con la victoria y retirado los contrarios, si Himilcon no se adelantara con las compañías que tenia de respeto, contra la caballería enemiga, que no pudo sufrir el nuevo ímpetu de aquellos soldados, y apretada á un mismo tiempo por frente y por las espaldas, muertos muchos dellos, todos los demas se pusieron en huida. Los honderos en particular con un granizo de piedras herian en el enemigo, que quedó con los costados descubiertos. Puestos en huida los caballos sicilianos, revolvió Himilcon con su gente y con su caballería sobre la infantería siciliana, que todavía estaba trabada y peleaba valientemente, y con su llegada desbarató los escuadrones sicilianos.

Dionisio, que no solo se habia mostrado prudente capitan, sino hecho oficio de esforzado soldado, y puesta en huida su caballería, apeado con un escudo de hombre de á pié, sustentó por largo espacio la pelea (ca acudia á todas partes, y donde quiera que veia trabados á los suyos, allí hacia volver las banderas y acudir los escuadrones) á lo último perdida la esperanza se retiró con los suyos cogidos y poco á poco hácia sus reales, que por ser ya noche no fueron tomados por el enemigo. Hizo aquella misma noche junta de capitanes; animó á los suyos, díjolos que no perdiesen el ánimo: que los cartagineses no habian vencido por fuerza, sino con artificio y maña; que si por algun tiempo se entretenian, la caballería que quedaba entera, y grandes gentes de toda la isla en breve les acudirian. Hecho esto, mandó á los soldados que quedaron sanos, se fuesen á reposar, y á los heridos hizo curar con grande cuidado. Juntamente se aparejó para defender los reales; pero toda aquella diligencia fue sin provecho, ca luego al dia siguiente como concurriesen los enemigos, cegasen la cava, y combatiesen y pasasen las albarradas, entre los carros y el bagaje se renovó la pelea. En fin Dionisio perdida toda esperanza, con algunas heridas que llevaba, se puso en huida. Grande fue el número de los sici-

lianos, que pareció en estas dos peleas; y aun en los cartagineses se dice que les costó harta sangre la victoria, de los cuales fueron muertos tres mil, y de los españoles dos mil.

Con la nueva desta jornada muchas ciudades de Silicia se entregaron á los vencedores; pero ya que estaban apoderados de casi toda la isla, para muestra de la inconstancia de las cosas humanas les sobrevino tal peste, que los ejércitos fueron destrozados y menguados con tanto dolor y pena de la ciudad de Cartago cuando les llegó esta nueva, que no de otra manera que si la misma ciudad fuera tomada, se entristecieron los ciudadanos y se cubrieron de luto. Volvió con pocos el general con una esclavina suelta sin ceñidor á manera de siervo, y acompañado de los sollozos del pueblo que le seguia, entrado en su casa, sin admitir á persona alguna que le hablase, ni aun á sus propios hijos, él mismo se dió la muerte.

Despues desto quieren decir que Dionisio procuró por sus embajadores apartar á los españoles de la amistad de los de Cartago, y que al contrario los cartagineses con todo buen tratamiento y blandura los entretuvieron. Lo que consta es que por diligencia y buena maña de Dion Siracusano se asentó paz por treinta años entre los sicilianos y cartagineses el año tercero de la Olimpiade noventa y cinco, que fue de la fundacion de Roma de trecientos y cincuenta y seis: paz que no duró mucho. No falta quien diga que despues de la pelea famosa llamada Leutrica, Dionisio envió socorros á los de Lacedemonia entre los demas se



Ariete.

cuentan celtas y españoles, quier fuesen de las reliquias de Himilcon, quier llevados desde España para este efecto; y que con estos socorros Archidamo, hijo de Agesilao, cerca de la ciudad de Matinea venció y mató á Epaminonda, señalado capitan de los tebanos: con lo cual libró la antigua ciudad de Lacedemonia de la destruccion que la amenazaba, y del riesgo que corria.

Por el mismo tiempo como algunos cartagineses partiesen de España por mar, sea arrebatados contra su voluntad de algun recio temporal, sea con deseo de imitar á Hannon, tomando la derrota entre Poniente y Mediodia y vencidas las bravas olas del gran mar Océano, con navegacion de muchos dias descubrieron y llegaron á una isla muy ancha, abundante de pastos, de mucha frescura y arboledas, y muy rica, regada de rios que de montes muy empinados se derribaban, tan anchos y hondables que se podian navegar. Por esto y por estar yerma de moradores muchos de aquella gente se quedaron allí de asiento: los demás con su flota dieron la vuelta, y llegados á Cartago, dieron aviso al senado de todo.

Aristóteles dice que tratado el negocio en el senado, acordaron de encubrir esta nueva, y para este efecto hace morir á los que la trajeron. Temian es á saber que el pueblo, como amigo de novedades, y cansado con la guerra de tantos años, no dejasen la ciudad yerma, y de comun acuerdo se fuesen á poblar á tierra tan buena: que era mejor carecer de aquellas riquezas y abundancia, que enflaquecer las fuerzas de su ciudad con estenderse mucho. Esta isla creyeron algunos fuese alguna de las Canarias; pero ni la grandeza, en particular de los rios, ni la frescura concuerdan. Así los mas eruditos están persuadidos es la que hoy llamamos de Santo Domingo ó Española, ó alguna parte de la tierra firme que cae en aquella derrota; y mas cuidaron ser isla por no haberla costeado y rodeado por todas partes, ni considerado atentamente sus riberas.

CAPITULO III.

Como la guerra de Sicilia se movió de nuevo.

Ardian los cartagineses en deseo de tornar á la guerra de Sicilia, y para esto levantaban de nuevo soldados en Africa y en España. Los españoles no gustaban de esta guerra por caer tan lejos; y por haberles sucedi-

do por dos veces tan mal, tenian la pérdida por mal agüero. Representábanse los desastres y reveses pasados, y decian no ser cosa justa hacer á los sicilianos guerra, de los cuales ningun agravio recibieran. Viendo esto los cartagineses, determinan de disimular hasta tanto que con el tiempo hobiesen puesto en olvido los males pasados, ó alguna ocasion se presentase que les pusiese en necesidad de abrazar la guerra que por entonces tanto aborrecian. Esto trataban los cartagineses sin descuidarse en juntar una gruesa flota, cuando muy á propósito en España por falta de agua sobrevino una grande hambre, y tras ella como es ordinario una peste y mortandad no menor. De Sicilia otrosí certificaban que Dionisio despues de estar apoderado en gran parte de aquella isla, pasado con sus armadas en Italia y tomado Regio, ciudad puesta en lo mas angosto del estrecho ó faro de Mecina, tenia puesto sitio sobre Cotron, ciudad griega y marítima, por estar persuadido se aumentarian mucho sus fuerzas, si se hacia señor de aquella plaza tan principal por su fortaleza y puerto y que está puesta en lo último de Italia.

Estas cosas movieron al senado cartaginés á volver á la guerra de Sicilia. A los españoles á tomar las armas convidaron los trabajos que padecian: alistáronse en número de veinte mil peones y mil caballos; y aun de camino en las naves de Mallorca á Cartago llevaron trecientos honderos. Estaba nombrado por general desta empresa un hombre principal llamado Hannon, el cual con esta gente y otros diez mil africanos que tenian á punto, pasó luego á Sicilia. Tuvo Dionisio aviso de lo que pasaba y de la trama que se le urdia, por lo cual fue forzado á dejar á Italia y acudir á lo que mas le importaba. La flota con que desde Regio pasaban los soldados en Sicilia, fue desbaratada y vencida por la cartaginesa, y muchas naves tomadas que llevaban la ropa y recámara del mismo Dionisio. Allí entre los demas papeles se hallaron cartas de un cartaginés llamado Sunniato, escritas en griego en que avisaba á Dionisio del intento y aparato de aquella guerra: traicion y felonía cometida contra su patria solo por envidia y rabia de que no le hobiesen encomendado á él aquella guerra: delito que á él costó la vida, y en general fue ocasion de que se promulgase un decreto en que se proveyó que ningun cartaginés en lo de adelante pudiese estudiar las letras y lengua griega, con intento que no se pudiesen sin intérprete comunicar con el enemigo ni de palabra ni por escrito.

Despues desta victoria naval muchos pueblos y ciudades de Sicilia se entregaron á Hannon: la guerra se proseguia con varios trances y sucesos hasta tanto que últimamente el año diez y seis despues que se comenzó, que á la cuenta de Eusebio de la fundacion de Roma fue el de trecientos y ochenta y seis, ó como otros mejor dicen de la Olimpiade noventa y nueve, año segundo, de Roma trecientos y setenta y uno, Dionisio fue muerto por conjuracion de los suyos. Sucedióle un su hijo de pequeña edad, llamado Dionisio, de cuya enseñanza y del gobierno de la república se encargó su cuñado Dion, casado con una su hermana. Eran perversas las inclinaciones que en aquel mozo se descubrian: para criarle y amaestrarle hizo venir desde Atenas el famoso filósofo Platon. Con los de Cartago asentó treguas y hizo capitulaciones; pero toda esta diligencia y la prudencia deste insigne varon no fue bastante para que no se alterase aquella isla. Ca entre Dionisio (que con la edad se hacia mas feroz y mas bravo) y Dion su cuñado resultaron sospechas y desabrimientos por donde Dion fue forzado á desamparar la tierra: dado que en breve se trocaron las cosas, y Dion hecho mas fuerte por algun tiempo despojó á Dionisio del reino, y le forzó á dejar á Sicilia y andar desterrado, sin amigos, sin hacienda ni reposo. Esto fue lo que sucedió en Sicilia: volvamos á contar las cosas de España.

CAPITULO IV.

De lo que hizo Hannon.

Ya se dijo como al principio de la guerra de Sicilia los cartagineses restituyeron á los de Cádiz en gran parte su libertad. Concluida aquella guerra, enviaron dos gobernadores desde Cartago á España, es á saber Bostar (1) para el gobierno de las islas Mallorca y Menorca con órden que procurase ganar la voluntad de los saguntinos, y conquistalla con toda muestra de amistad y buenas obras, lo cual él hizo como le era mandado; pero ellos con deseo de la libertad tuvieron todas aquellas caricias por sospechas, y las desecharon constantemente sin dalle lugar de entrar en su ciudad con diversas escusas que alegaron para ello. A Hannon fue dado cuidado de gobernar á los de Cádiz; pero como en el Andalucía apretase á los naturales, y con grande codicia metiese la mano en las riquezas, así de particulares, como del comun (cosa que le fue mal contada) puso á los españoles en necesidad, comunicado el negocio entre sí, de levantarse contra los cartagineses. Tomaron súbitamente las armas, mataron muchos de los enemigos en los pueblos donde los hallaron derramados, y metieron á saco sus bienes. Hannon, perdida gran parte de los suyos, y desamparado de los españoles sus aliados, llamó en su socorro gente de Africa: estos con correrías que hacian por aquella parte de España que hoy se llama Andalucía, trabajaron grandemente la tierra con estragos y crueldades. Mas sabido que fue en Cartago, enviaron luego sucesor en lugar de Hannon año de la fundacion de Roma de trecientos y noventa y ocho, sin declarar cómo se llamase el sucesor, ni qué cosas hiciese en España; por ventura se conformó con el tiempo, y quien quiera que fuese, regalando los naturales, les ganó las voluntades, y amansó el odio que tenian contra los de Cartago, sin usar de otras armas ni violencia.

En Sicilia allende de lo dicho, muerto Dion y vuelto Dionisio del destierro, se tornó á alterar la paz: ca los siracusanos hicieron rostro al tirano, y desde Corinto les enviaron socorro y Timoleon por su capitan. Los cartagineses, vueltas sus fuerzas á aquella guerra, es cosa virisimil que dejaron reposar á España, por donde gozó algun tiempo de grande sosiego y paz. Pero toda aquella alegría y buena andanza en breve se deshizo y trocó á causa de las grandes crecientes con que los rios salieron de madre, y hicieron increibles daños en los ganados, campos y edificios. Luego el año siguiente hobo grandes temblores de tierra, con que muchas ciudades á las riberas del mar Mediterráneo quedaron por esta causa maltratadas, y entre las demas Sagunto recibió tanto mayor daño, cuanto ella sobrepujaba en grandeza, hermosura y riquezas á las demas ciudades de España. El año tercero con bravas tormentas del mar y recios temporales sucedieron grandes naufragios en diferentes lugares, que se contaba de la fundacion de Roma cuatrocientos y cinco. Asimismo Hannon confiado en las grandes riquezas que juntaron en Sicilia y España, y indignado por la afrenta de habelle quitado el gobierno (como se ha dicho) trató y acometió por este tiempo de hacerse tirano en Cartago: para esto se determinó de dar yerbas á todo el senado, al pueblo y á los principales en un convite general que pensaba hacer en las bodas de una hija suya.

Tuvieron los cartagineses aviso de lo que pasaba y se tramaba; pero sin pasar á mayor averiguacion se contentaron de acudir al peligro con hacer una prag-

(1) Ni del gobierno de Bostar ni del de Hannon, ni de este levantamiento de los españoles contra los cartagineses escitado por la avaricia y estorsiones de Hannon, habla ningun historiador antiguo.

mática en que se ponia tasa al gasto de los convites. Con esta disimulacion quedó Hannon mas orgulloso: resolvióse de tomar las armas al descubierto, y para matar los principales y apoderarse de la ciudad armó sus esclavos, que eran valientes y en gran número. Fue al tanto descubierta esta práctica: acudieron contra él los ciudadanos, y en un castillo do se habia recogido con veinte mil de los suyos, fue preso: sacáronle los ojos, quebráronle los brazos y las piernas; y despues de bien azotado, le pusieron en una cruz. Sus hijos y parientes, así los que tenian parte en la conjuracion, como los que estaban sin culpa, fueron por sentencia condenados á muerte, para que no quedase ninguno de aquella familia y ralea que pudiese imitar aquella maldad, ni vengar los justiciados: cosa que parece grande crueldad, si la gravedad del delito y el amor de la patria no la escusaren en gran parte.

CAPITULO V.

De una embajada que se envió á Alejandro rey de Macedonia.

A un mesmo tiempo por muerte del gobernador que enviado en lugar de Hannon sucedió en Cádiz, Boedes desde Cartago vino al gobierno de España (1) y de Sicilia: certificaban que Dionisio forzado por los suyos que se conjuraron contra él, y por Timoleon el de Corinto, desamparada la tierra, con sus tesoros particulares se habia retirado y huido á la misma ciudad de Corinto, donde, teniendo por mas seguras las cosas y ejercicios mas bajos, pasó la vida torpemente en los bodegones y casas públicas, y la acabó ocupado en enseñar á los niños de aquella tierra las primeras letras como maestro de escuela: que fue notable mudanza y señalado castigo de su vida desordenada. Echado Dionisio de Sicilia, Timoleon se ensoberbió de tal suerte, que pretendió echar á los cartagineses de toda aquella isla: con este intento revolvió sobre ellos, dióles la batalla junto al rio llamado Crinisio. Venciólos, y mató diez mil dellos: tomóles asimismo los reales. La victoria no costó á Timoleon poca sangre; antes por quedar muy maltratado su ejército, ni pudo salir con su pretension de echar los cartagineses de la isla, ni aun tomalles ciudad alguna. En este medio por muerte de Boedes, ó por habelle absuelto del gobierno, Maharbal vino por gobernador de España, del cual no se sabe alguna cosa que en ella hiciese, ni aun tampoco qué gobernadores cartagineses vinieron despues dél en España.

Lo que se dice por cierto, es que los de Marsella, por haberse multiplicado en gran número, y por causa de la contratacion, enviaron en muchas naves una poblacion á España año de la ciudad de Roma de cuatrocientos y diez y nueve, y que parte desta flota surgió y hizo asiento en las haldas de los Pirineos en frente de Rosas, y allí poblaron aquella parte de la ciudad de Empurias (en latin se llamó Emporia por ser como mercado de muchas partes) que estaba ácia la mar, la cual parte, aunque era de pequeño espacio pero estaba dividida de lo restante de aquella ciudad con una muralla que para esto se tiró de una parte á otra: por donde la dicha ciudad antiguamente en griego se llamó Palæopolis, que quiere decir ciudad vieja, por lo mas antiguo de ella, y tambien Diospolis, que significa ciudad doblada ó dos ciudades. La otra parte de la armada de Marsella dicen que pasó adelante al cabo de Denia, y allí edificó un pueblo junto al templo de Diana que allí se veia, como arriba queda dicho.

Con la venida desta flota tres cosas se supieron en España memorables, es á saber que los romanos alcanzaban gran poder, y con grande lealtad sustentaban y ayudaban á sus amigos: que los siracusanos, despues de haber vuelto en su libertad, y despues de la muerte de Timoleon, capitan muy famoso, trataban de echar de aquella isla á los cartagineses: demás desto que Alejandro rey de Macedonia, el que por sus grandes hazañas tuvo el nombre de Magno, y al principio de su reynado antes de tener veinte años cumplidos venciera los esclavones, los triballos y los de Thracia, y sujetara las ciudades de Grecia que poco antes eran libres, domadas despues la Asia, la Suria todo el Egipto, por conclusion vencido y hecho huir y despues muerto el gran monarca Dario, se habia apoderado del imperio de los persas sin parar hasta abrir con el hierro y con las armas camino, y á la manera de un rayo llegar hasta la India, donde tenia tomadas gentes y reinos nunca oidos: todo en menos tiempo que otro lo pudiera pasar de camino.

Con esta nueva movidos los españoles que moraban á las riberas del mar Mediterráneo, acordaron ganarle la voluntad con una embajada que le enviaron hasta Babilonia: ca pretendian ayudarse dél y valerse de sus fuerzas contra los cartagineses, que abiertamente trataban de oprimir la libertad de aquella provincia. El principal de la embajada se llamó Maurino, segun se lee en Paulo Orosio, el cual de camino juntándose con los embajadores de la Gallia que hacian el mismo viaje, últimamente llegó á Babilonia, donde los embajadores de Sicilia, de Cerdeña, de las ciudades de toda Italia y de Africa, y hasta de la misma ciudad de Cartago estaban por su mando aguardando á Alejandro. Él, luego que llegó, señaló audiencia á los embajadores.

Los de España le declararon la causa de su venida, y lo que les era mandado. Fue la fama de su esfuerzo y valor esparcida por todo el mundo era llegada á lo postrero de la tierra, que es España, y por ella su nacion se movió para con aquella embajada, y por su medio saludarle y pedirle su amistad: cosa que no le seria de poco provecho, si despues de tomado el Oriente tratase, como era razon, de volver con sus armas y banderas á las partes de Poniente, pues podria á su voluntad servirse de las riquezas de aquella muy rica provincia: que los españoles, trabajados no menos con disensiones de dentro, que con guerras de fuera, y muy cercanos al peligro, tenian necesidad de no menor reparo que el suyo: que jamás pondrian en olvido la merced que les hiciese, ni cometerian por donde en algun tiempo se desease en ellos lealtad y toda buena correspondencia: la costumbre de los españoles ser tal, que ni trataban ligeramente amistad con alguno, y despues de trabada la conservaban constantemente.

Esta embajada fue muy agradable á Alejandro, de tal manera que entonces le pareció haberse hecho señor de todo, como lo dice Arriano, pues desde lo postrero del mundo venian á poner en sus manos sus diferencias. Preguntóles muchas cosas del estado de su república, de las riquezas de la provincia, de la fertilidad de la tierra, de las costumbres y manera de los naturales, y de la contratacion que tenian con los estranjeros. Demás desto prometió que por cuanto, ordenadas las cosas de Asia, en breve pensaba mover con sus gentes la vuelta de Africa y del Occidente, que en tal ocasion tendria memoria y cuidado de lo que le suplicaban. Con esto y con muchos dones que les dió, los envió contentos á su tierra.

Ardia Alejandro en deseo de imitar la gloria de los romanos, y estaba enojado contra los cartagineses, de quien tenia aviso que despues que Tiro fue por Alejandro destruida, y despues que edificó en la misma raya de Africa la ciudad de Alejandría, el miedo que dél cobraron fue tan grande, que le enviaron á Amilcar, por sobrenombre Rhodano, para que, fingiendo que huia, les sirviese de espía, y con todo se-

(1) Tampoco del gobierno de Boodes y su sucesor Maharbal en España hace mencion ningun autor antiguo.

creto avisase delos sucesos y intentos que Alejandro tuviese; pero todos estos pensamientos y trazas atajó la muerte, que le sobrevino cuando menos pensaba, ca falleció en Babilonia á los veinte y ocho de junio el año primero de la Olimpiade ciento y catorce: el cual año de la fundacion de Roma se contaba cuatrocientos y treinta. Algunos quitan dos años deste número, y es forzoso que la historia en la cuenta y razon destos tiempos á las veces vaya con poca luz y casi á tiento.

Esta embajada de los españoles es verisimil que desagradó á los cartagineses, contra quien principalmente se enderezaba. Mas no les pudieron dar guerra por las alteraciones de Sicilia y por el miedo de Agathocles, el cual, sin embargo que era hijo de un ollero y nacido en Sicila, y que habia pasado la mocedad torpísimamente, por ser diestro en las armas y de mucha prudencia, fue por los siracusanos nombrado por su capitan para que los acaudillase en la guerra que traian contra los eneos, la cual concluida, como se sospechase que pretendia tiranizar aquella ciudad de Siracusa, fue enviado en destierro. Recibiéronle los murgantinos por la enemiga que con los siracusanos tenian: hiciéronle gobernador primeramente de su ciudad, y despues su capitan: con que tuvo manera para apoderarse de Lentini, y tambien tomó á Siracusa por traicion de Amilcar cartagines, al cual ella llamara en su ayuda contra el poder de Agathocles: deslealtad y traicion de que fuera castigado y pagara con la cabeza, que así estaba decretado y acordado por voto de todo el senado de Cartago, si antes de volver á su tierra no falleciera en la misma Sicilia.

Sucedióle otro del mismo nombre, es á saber Amilcar hijo de Gisgon. Pasó en Sicilia con nuevo ejército de Africa, y nuevos socorros que de España le acudieron (1). Llegado á la isla, fue en busca de Agathocles: dióle al principio una rota, con que le encerró y cercó dentro de Siracusa. El peligro y el daño derriba á los cobardes y anima á los valientes: fue así que Agathocles en aquella estrechura usó de una osadía maravillosa, ca despues que persuadió á los suyos á sufrir el cerco animosamente, él con su flota pasó en Africa: notable resolucion, pues el que no tenia fuerzas para una guerra, ayudado del consejo, salió vencedor en dos. Venció en batalla á Hannon, capitan de los cartagineses que le saliera al encuentro, y le mató. Despues, destruidos los campos, las villas, y los pueblos abrasados, y robado gran número de hombres y de ganados, puso en gran temor y cuita á los de Cartago, en cuyos ojos las alquerias de la ciudad, sus labranzas y sus campos, todo el regalo y riqueza de los ciudadanos con el fuego humeaban.

Demas desto de Sicilia, se supo que Artandro, hermano del tirano, que quedara en el cerco, con una salida que hizo, dió una arma tan brava sobre los enemigos, que descuidados estaban, que mató á su capitan y puso á los demás en huida. Con esta nueva luego Agathocles dió vuelta á Sicilia, y allí por todas partes apretó á los cartagineses de suerte que, con muerte de muchos dellos, echó á los demás de toda aquella isla (2), y él quedó en todo sosiego. Fue esta paz de poca dura á causa que Pirro rey de Epiro, que hoy es Albania, llamado por los de Taranto pasó en Italia, y en ella afligió y trabajó el poder de los romanos con dos rotas que les dió una tras otra. De Italia Pasó á Sicilia año de la fundacion de Roma de cuatrocientos y setenta y seis con esta ocasion. Falleció Agathocles en Siracusa rico y dichoso: su mujer y hijos (como él solo dejó mandado) recogidos sus tesoros y preseas, se fueron á Egipto. Los de Cartago sabido lo que pasaba, entraron en pensamiento de apoderarse de nuevo de toda aquella isla: para lo cual se apercibieron de un grueso ejército, y en particular nuestros historiadores afirman que de España llevaron en una flota para este efecto cinco mil peones y ciento y cincuenta caballos todos españoles, con mas setecientos honderos mallorquines; y que sacaron otrosí de sus fortalezas los soldados que tenian de guarnicion, para llevarlos á esta empresa, y pusieron en su lugar soldados españoles que guardasen aquellas plazas.

Los siracusanos al contrario para contrastar á las fuerzas y intentos de Cartago llamaron en su ayuda á Pirro, que por esta causa se nombró rey de Epiro y de Sicilia, llegado, rompió en una batalla de tierra á los cartagineses que aun no tenian juntas todas sus fuerzas; pero llegados los socorros de España, ya que Pirro trataba de volverse á Italia fue desbaratado en una batalla de mar, y forzado á desamparar á Sicilia, y aun poco despues de Italia pasó á su tierra, perdido el señorío de Sicilia tan presto como le habia adquirido: así lo refiere Justino. Con la ida de Pirro los de Siracusa encargaron el gobierno de su ciudad á Hieron: despues le hicieron su capitan contra los cartagineses, y finalmente rey. Fue hijo de Hieroclito que descendia del linaje de Gelon andiguo tirano de aquella isla: su madre fue mujer baja, y una esclava. Era grande el esfuerzo y las partes de Hieron, y no era menester menos reparo contra los cartagineses, que fortalecian con muy gruesas guarniciones muchas ciudades de que estaban apoderados, y aspiraban al señorio de toda la isla.

CAPITULO VI.

De la primera guerra púnica contra Cartago.

Estando las cosas en este estado, se encendió de repente una nueva guerra con que el poder y buena andanza de los cartagineses fue abatido por los romanos, los cuales entraron en Sicilia con esta ocasion. Los mamertinos (que así se llamaban del nombre del Dios Marte por atribuirse á sí la gloria de las armas y tenerse por mas valientes que los demas) moraban en aquella parte de Italia que se llama campania ó tierra de labor, desde donde fueron llamados por los ciudadanos de Mecina, cuidad puesta sobre el estrecho de Sicilia con un muy bueno y seguro puerto, contra el poder de Agatocles que con los demas pretendia enseñorearse de aquella plaza.

Los mamertinos llegados á Sicilia hicieron muy bien su deber; pero en premio de su trabajo quitaron la libertad á los ciudadanos antiguos de aquella ciudad y se hicieron señores de todo: demás desto dilataron su señorío por aquella isla: crecieron en tanta manera en riquezas y orgullo, que se atrevieron á tomar las armas primero contra Pirro rey de Epiro, y despues de acometer y hacer agravios á los de Siracusa; pero como fuesen vencidos en una batalla que se dió junto al rio dicho Longano por Hieron capitan de los contrarios, fue tan grande la rota y matanza que en aquellos se hizo, que los mamertinos, reducidos dentro de la ciudad, apenas se podian defender con las murallas sin confiarse de sus fuerzas, por donde determinaron buscar socorro de otra parte. No fueron todos de un parecer, ca parte de aquellos ciudadanos llamó en su socorro á los cartagineses, los cuales porque estaban cerca acudieron presto, y fueron recibidos en la ciudad y pueblos comarcanos. Otros enviaron embajadores á Roma por ser grande

(1) Diodoro Sículo dice que fueron á esta espedicion, verificada el año 443 de Roma, 310 antes de J. C. mil honderos de las islas Baleares muy diestros en tirar las piedras, y con tanta violencia, que ni los escudos ni las cotas podian defenderlos de sus terribles tiros.

(2) Justino dice, que, despues de una guerra muy sangrienta, Agathocles hizo la paz con los cartagineses, y estos se retiraron de la isla.

la fama que corria de su esfuerzo, justicia y buena andanza.

Los que fueron enviados, señalada que les fue audiencia, declararon en el senado á lo que eran venidos. Tratado el negocio, muchos fueron de parecer que no era lícito hacer guerra á los cartagineses, que ninguna causa ni disgusto les habian dado. Los demás decian que no era bien esperar hasta tanto que apoderados de Sicilia pasasen en Italia: pues nadie se contenta con lo que tiene, y todos cuanto son mas poderosos, tanto quieren pasar mas adelante. Resolviéronse que debian acudir á los mamertinos, principalmente que en cierto asiento antiguo tomado con Cartago en el consulado de Publícola y renovado ya por tres veces, se habia puesto por condicion que ni los unos ni los otros se entremetiesen en las cosas de Sicilia, lo que decian haber quebrantado los de Cartago. El cónsul Appio Claudio fue enviado en socorro con algunas compañias el año primero de la Olimpiade ciento y veinte y nueve, que de la fundacion de Roma se contaba cuatrocientos y noventa.

Sabido esto en Mecina, parte de los ciudadanos tomaron las armas con que echaron de su ciudad la guarnicion de los cartagineses. Por este agravio, que fue muy notable, irritados los cartagineses se concertaron con Hieron, y juntadas con él sus fuerzas, pusieron por mar y por tierra cerco á los de Mecina con intento así de apoderarse de la ciudad, como para impedir el paso del estrecho á los romanos; pero ellos luego que llegaron, cubiertos de la escuridad de la noche pasaron el estrecho, y recibidos que fueron dentro de la ciudad, salieron á dar la batalla al enemigo, en que vencieron á Hieron y tomaron los reales de los cartagineses. Siguieron el alcance y la victoria hasta la misma ciudad de Siracusa, donde tuvieron algun tiempo cercados á los sicilianos que de la matanza escaparon: asimismo á los cartagineses quitaron no pocas ciudades y pueblos. Trocadas las cosas desta suerte, Hieron tambien se apartó dellos y tomó asiento con los romanos.

No desmayaron por esto los cartagineses, antes tanto con mayor diligencia y brio juntaran una nueva y gruesa armada, y levantaron nuevas compañías en España y por las marinas de la Gallia, y por la Liguria (que hoy es lo de Génova) segun que Polibio lo testifica. Con este aparato tornaron á la guerra contra los romanos, que fue larga y dificultosa; pero no hace á nuestro propósito declarar todo lo que en ella sucedió, pues es bastante carga la que tomamos de relatar las cosas de España: de la cual refieren nuestros escritores sin señalar ni lugares ni nombres, que por este tiempo era trabajada de una guerra cruel y civil, sin perdonar ni escusar muertes, robos y quemas que de todas maneras sucedian. En Sicilia la guerra entre romanos y cartagineses se proseguia: los trances y sucesos fueron varios, ya los vencidos vencian, ya eran vencidos los vencedores, hasta tanto que se dió una batalla naval año de la fundacion de Roma de quinientos y dos, en que las fuerzas de los romanos fueron trabajadas, ca el general romano Cecilio Metello fue vencido y puesto en huida con pérdida, si creemos á Eusebio, de noventa naves.

Al contrario los mallorquines se rebelaron contra los gobernadores de Cartago, y muerta la guarnicion de cartagineses, con un granizo de piedras forzaron á la armada que estaba surta en el puerto á salirse dél y echar áncoras en alta mar; y como la furia de aquellos hombres salvages no se amansase, les fue



Juramento de Annibal.

necesario hacerse á la vela la vuelta de Cartago. Para sosegar aquella revuelta y ganar aquellos isleños era menester esfuerzo, autoridad y maña: por donde acordaron en Cartago de enviar para este efecto un varon de conocida prudencia y de gran fama en las armas por nombre Amilcar Barchino. Este con la autoridad

y destreza que tenia, juntó y se ayudó de grande afabilidad en su trato: asi sin usar de rigor ni de fuerza redujo toda la isla al reposo y obediencia de antes.

En este tiempo en una isla llamada Ticuadra cercana á Mallorca nació á Amilcar un hijo por nombre Aníbal, aquel que con la grandeza de sus hazañas y con la fama de su valor hinchó la redondez de la tierra. Plinio sin duda, si la letra no está errada, hace á Ticuadra patria de Aníbal. Nuestros coronistas añaden que nació de madre española (1) y que el gran Amilcar su padre, nombrado que fue por general para continuar la guerra contra los romanos año de la fundacion de Roma de quinientos y siete, llevó á Sicilia en su armada dos mil españoles y trescientos honderos con intento de recobrar el señorío de aquella isla, que los suyos habian perdido. Con estas gentes costeó y aun acometió las riberas de Italia, y últimamente surgió con su flota en aquella parte de Sicilia donde está puesta la ciudad de Palermo con una ensenada y cala que allí tenia no mala para las naves.

Está allí cerca un monte empinado, que por todas las partes tiene áspera la subida: debajo del se estendia y estiende una llanura de doce millas en circuito, muy fresca, hermosa y fértil á maravilla. En aquel monte se fortificó Amilcar, y en él puso sus gentes con intento que no le forzasen á venir á las manos y dar la batalla de poder á poder: ca no queria aventurar el resto de una pelea, y solo pretendia trabajar al enemigo con escaramuzas y rebates, convidar á los pueblos y ciudades comarcanas á tomar otro partido, y junto con esto hacerse señor de la mar. Contra estos intentos el cónsul Cayo Luctacio, enviado que fue de Roma con una gruesa armada, llegó y dió fondo junto al promontorio Lilibeo, donde está sentada la ciudad de Trapana. Asímismo á instancia de Amilcar partió de Cartago una nueva armada, y por general della un hombre principal que se llamaba Hannon.

Vinieron á las manos las dos armadas cerca del dicho promontorio Lilibeo ó cabo de Trapana: la batalla fue brava y de las mas famosas del mundo. La victoria quedó por los romanos: la armada cartaginesa destrozada, ca sesenta naves fueron tomadas por los romanos, y otras cincuenta echadas á fondo: el número de los muertos y prisioneros fue conforme al número de las naves y grandeza de la victoria. El temor de la ciudad de Cartago cuando se supo la rota fue tan grande, que se determinaron y trataron de tomar asiento con los romanos. Dióse el cuidado y comision de hacer los conciertos y capitular á Amilcar, capitan de no menor valor para sufrir los reveses de la fortuna, que de esfuerzo para hacer la guerra. Hobo vistas de los dos generales, en que se trató de las condiciones, y últimamente se concluyó la paz en esta forma y con estas capitulaciones: los cartagineses saquen sus huestes y soldados de Sicilia y de las islas comarcanas; no hagan algun agravio ó molestia á Hieron, ni á los demás confederados de los romanos; paguen á ciertos tiempos y plazos dos mil y doscientos talentos Euboicos; y esto por castigo y por los gastos hechos en la guerra, suelten los cautivos que tuvieren sin rescate.

Estas condiciones no agradaron al pueblo romano: por lo cual diez varones enviados con autoridad de corregir y concluir este tratado, añadieron mil talentos á la suma que estaba concertada: demás desto mandaron que los cartagineses no solo saliesen de Sicilia, sino tambien de las otras islas que caen entre Sicilia y Italia. Con tanto se dejaron las armas, y se concluyeron las paces el año veinte y dos despues que la guerra se comenzó; pero de tal manera, que todos entendian no faltaba voluntad á los cartagineses de volver á la guerra y á las armas, y que lo harian luego que tuviesen fuerzas bastantes, con mayor brio y porfía que antes. Las condiciones que les pusieron eran muy pesadas; y por tanto se persuadian no las guardarian mas de cuanto les fuese forzoso. Fue este año desgraciado para España por la seca que padeció y falta de agua, y por los ordinarios temblores de tierra, con que una parte de la isla de Cádiz dicen se abrió y se hundió en el mar.

CAPITULO VII.

Como Amilcar vino otra vez á España.

Nunca las adversidades paran en poco, antes vienen de ordinario enlazadas unas de otras, como se vió en la ciudad de Cartago que le sobrevinieron nuevos desastres y daños, y fue que á un mismo tiempo en Africa y en Cerdeña se amotinaron los soldados cartagineses porque no se les daban las pagas que de mucho tiempo se les debian. En Africa los soldados que salieron de Sicilia, luego que se amotinaron, nombraron por sus capitanes á Coto Africano, y á Spendio italiano (2) de nacion: eran como sesenta mil hombres: la ciudad no les podia satisfacer por estar sus tesoros acabados con los gastos de aquella desastrada guerra. Volvieron su rabia contra los pueblos y los campos comarcanos, con que pusieron en gran cuidado y cuita á los de Cartago. Los de Cerdeña además de amotinarse pasaron tan adelante, que sus mismos soldados se conjuraron contra su capitan Hannon sin parar hasta ponerle en una cruz por haberse con ellos ásperamente. Fuera enviado este capitan para apaciguar el montin que allí se habia levantado: con su muerte se juntaron los soldados de Hannon con los amotinados de antes, y por algun tiempo tuvieron el señorío y mando de la isla, hasta tanto que echados por los naturales de ella, se huyeron y pasaron á los romanos: de los cuales de tal manera fueron recibidos y amparados, que no los tornaron á enviar á Cerdeña, mas por otra parte ellos armaron muchas naves para quitar á los cartagineses, como lo hicieron, la posesion de aquella isla.

Fue este grave sentimiento para los de Cartago, que consideraban cuantas fuerzas perdian con haberles quitado á Sicilia y al presente despojado de Cerdeña. Los romanos se escusaban con el concierto y capitulaciones pasadas, por donde pretendian que los de Cartago debian partir mano y salirse de la una y de la otra isla. Para mitigar esta pena usaron de blandura y de maña, y fue que sin ser requeridos enviaron trigo á Cartago para remedio de la hambre que se padecia gravísima en aquella ciudad, causada de la falta de labor por los alborotos que no dieron lugar á sembrar los campos: dado que Amilcar Barchino, nombrado de los suyos por capitan contra los amotinados de Africa, los habia quebrantado y cansado con paciencia de tres años, y vencido despues en una señalada batalla que les dió. Reparadas las cosas con esta victoria, y disimulado el dolor de habelles quitado á Cerdeña, tornaron á tratar de lo de España: donde por caer tan lejos de Roma pensaban podrian estender su señorío, y con mayores ventajas recompensar los daños pasados. Nombraron á Amilcar para aquel cargo con autoridad suprema de hacer y deshacer; el cual al partirse de Cartago, segun la costumbre, hizo primero sus votos y ofreció sus sacrificios: hallóse presente su hijo Aníbal niño de nueve años porque le queria llevar consigo á España. Hízole tocar al altar, y que jurase por espresas palabras

(1) Florian de Ocampo es sin duda de quien Mariana toma estas noticias de la rebelion de los mallorquines, sumision á Amilcar Barchino y nacimiento de Aníbal de madre española en la isla de Ticuadra, de que no habla ningun autor antiguo.

(2) Mathon y Spendio, segun Polybio.

que en siendo de edad vengaria su patria contra los romanos, y tomaria contra ellos las armas. Tenia Amilcar otros tres hijos menores que Anibal, es á saber Asdrubal, Magon y Hannon.

Hízose Amilcar á la vela, y luego que llegó á Cádiz, los turdetanos, que sin hacer mudanza se habian conservado en la amistad de Cartago, enviaron embajadores (1) á dalle la bienvenida y ofrecelle sus gentes y fuerzas, si las hobiese menester. Con esta ayuda Amilcar no solo recobró lo que antiguamente los suyos poseian en tierra firme, pero aun se apoderó de toda la Bética parte por fuerza, y parte por voluntad de los naturales; que fue el año de la fundacion de Roma de quinientos y diez y seis. Era esta gente por aquel tiempo tan rica, que como dice Strabon usaban de pesebres y de tinajas de plata. Añaden que, costeando con su armada las riberas del mar Mediterráneo, se metió por Ebro arriba, donde fundó un pueblo que antiguamente llamaron Cartago la vieja, y hoy se entiende que sea Cantavecha, pueblo pequeño de los caballeros y órden de San Juan, distante de la ciudad de Tortosa entre Poniente y Septentrion por espacio de diez leguas, en los pueblos dichos antiguamente ilercaones, donde sin duda la puso Ptolomeo: por donde claramente se entiende como se engañan los que sienten que Cartago la vieja fuese ó la misma ciudad de Tortosa, ó tres leguas hácia el Levante donde sale el sol una aldea llamada Perelló por ciertos paredones que allí hay, rastros manifiestos de edificio antiguo.

El año siguiente se apoderó de todas las marinas, donde los bastetanos y contestanos se estendian hasta el mar: comarcas do hoy están las ciudades de Baza y Murcia; y no dista mucho de allí la de Sagunto, de donde vinieron embajadores á Amilcar para darle el parabien de las victorias y traerles presentes, si bien los de aquella ciudad estaban muy lejos de entregársele, aunque fuese con muy honestos y aventajados partidos. Despidióles pues benignamente y con buenas palabras; pero el deseo que tenia de apoderarse de aquella ciudad era muy grande. Era menester buscar algun color para hacello, y para cubrir su mal ánimo con capa de honestidad. Acordó de persuadir á los turdetanos que en los términos de Sagunto edificasen una ciudad: la cual consta se llamó Turdeto, y algunos quieren que sea Tiruel, apartada veinte leguas de Sagunto: esto sienten movidos solo por la semejanza del nombre, conjetura las mas veces engañosa y flaca.

Resultó de aquel principio y por aquella causa diferencia entre aquellas dos naciones ó ciudades: ocasion á propósito para lo que pretendia Amilcar, que era apoderarse de los saguntinos y quitalles la libertad: ellos, por sospechar lo que era, se resolvieron de no alborotarse, ni tomar las armas contra los turdetanos. A la boca del rio Ebro hicieron los cartagineses fiestas y alegrías por todas las victorias pasadas, junto con celebrarse las bodas de Himilce hija de Amilcar, con Asdrubal deudo del mismo, el año que se contaba de la ciudad de Roma quinientos y veinte y uno. Hacianse estos regocijos, y no por eso el capitan cartagines se descuidaba de lo que á la guerra tocaba, antes desde allí envió embajadores á los principales de la Gallia para ganarles las voluntades, por tener entendido que su amistad podria ser muy á propósito para la guerra, que en teniendo á España sujeta, pensaba hacer contra los romanos. Grangeólos con dádivas y con oro, de que ellos eran muy codiciosos y España muy abundante.

Luego el año siguiente movió con su gente y armada ácia los Pirineos: corrio y sujetó todas aquellas riberas desde Tortosa hasta el rio que hoy llamamos Lobregat, y antiguamente se llamó Rubricato. Poco adelante dél fundó la nobilísima ciudad cabeza de Cataluña, con nombre de Barcelona por los Barchinos, del cual linage él era. Otros atribuyen la fundacion de Barcilona á Hércules el Libio, otros á la ciudad Barcelona que estaba en Asia en la provincia de Caria; pero autores mas en número y de mayor antigüedad cuentan á nuestra Barcelona entre las poblaciones cartaginesas, con que se refutan las dos opiniones postreras, y la primera se comprueba. Trataba destas cosas Amilcar, y juntamente pretendia apoderarse de Roses y de Ampurias, ciudades cercanas, y que resistian á sus intentos por estar aliadas con los saguntinos, cuando muy fuera de su pensamiento le sobrevino la muerte en los pueblos edetanos, donde era vuelto por causa de acudir á las alteraciones que en la Bética estaban levantadas. Fue muerto en una batalla que dió á los naturales que le salieron en gran número al encuentro, el noveno año poco mas á menos despues que vino esta segunda vez á España. La pelea fue tan brava y sangrienta, que de pasados cuarenta mil hombres que llevaba consigo, mas de las dos tercias partes murieron á cuchillo. Los demas muertos su general se salvaron por los pies, y con la oscuridad de la noche se pudieron recoger á las ciudades comarcanas de su devocion. Tito Livio dice que esta batalla se dió junto á un lugar y pueblo que se llamaba Castro alto.

CAPITULO VIII.

De lo que Asdrubal hizo.

Las fuerzas y armas de los cartagineses despues desta rota tan memorable refieren que revolvieron sobre la Bética ó Andalucía, donde echaron por el suelo una poblacion de los focenses, sin declarar qué nombre tenia: solo dicen que fue la primera que se alborotára en aquellas partes; así la que fue primera ocasion del daño, fue primeramente castigada. Esto en España. En Cartago, sabida la muerte de Amilcar, se trató en aquel senado de enviar sucesor en su lugar para el gobierno de España. Hobo grande debate sobre el caso, y no se conformaban los pareceres. La ciudad estaba toda dividida en dos bandos, los Edos y los Barchinos, dos parcialidades y familias que en poder, riquezas y autoridad sobrepujaban á las demas. Los Barchinos querian que Asdrubal fuese elejido para aquel cargo: los Edos otrosí por envidia que les tenian, pretendian enviar de su linage gobernador á España, do donde se recogian grandes riquezas. En tanto que por estos debates la resolucion se dilataba y estas diferencias andaban, llegó Anibal desde España muy á propósito á Cartago. Con su llegada confirmó las voluntades y fuerzas de su bando, y se enflaquecieron los intentos del contrario. En fin con sus amigos, y por su autoridad y negociacion hizo tanto, que el cargo de España se encomendó á Asdrubal su cuñado.

Entró en el senado, hizo un largo y estudiado razonamiento: relató los trabajos de su padre, las cosas que gloriosamente habia acabado: como por su esfuerzo quedaba domada España: su desgraciada muerte, que resultó no por alguna culpa suya, sino por la adversidad de la fortuna: que dejaba fundadas nuevas ciudades, y en las antiguas puestas buenas guar-

(1) Segun los historiadores antiguos, Amilcar vino á España con el famoso Anibal y con Asdrubal, empezando inmediatamente las hostilidades, en las que venció á los tartessios y á los iberos, á los celtas, los vetones, y derrotó á Istolacio que mandaba un ejército de cincuenta mil celtas; cogió prisionero á su general Indortes y lo mandó ahorcar; fundó la ciudad de Castra-Leuca que es Castel-blanco, y sitió la de Helice. Pero el ejército de los españoles, mandado por Orison, socorre la plaza, pone en vergonzosa fuga al cartagines orgulloso con las victorias pasadas, le persigue, le obliga á repasar el Guadiana, y Amilcar, que habia sido herido gravemente en un combate, pasando este rio, cayó y se ahogó en él.

niciones: que la esperanza de sujetar todo lo demas de aquella provincia era grande, si por el mismo camino y traza se continuaba el gobierno: erraban si creian que los ánimos feroces de los españoles se podian domar por sola fuerza: que Asdrubal era de edad á propósito, grande su autoridad, su esfuerzo y valentía, y no solo en las armas era ejercitado, sino tambien en la elocuencia; y en particular tenia grande destreza y maña para tratar los ánimos de los naturales: que en él solo las voluntades así de los ejércitos como de los confederados, se conformaban. En señal de lo que decia, sacó un envoltorio de cartas que á su partida le dieron españoles y capitanes. Mirasen una y otra vez que con la mudanza del gobierno y con nuevas trazas no se enagenasen las voluntades de aquella nobilísima provincia, la cual ganada quedarian acrecentados con sus riquezas y fuerzas, y no tenian que temer adelante algun reves ni desastre.

Con aquel razonamiento y con las cartas quedó convencido el senado para que el cuidado y gobierno de España se encomendase á Asdrubal, como se hizo año de la fundacion de Roma de quinientos y veinte y cuatro. El cual pasado, dado que hobo órden en las cosas de España, el mismo Asdrubal acompañado de los principales de su gobierno, se partió para Cartago; que pensaba y aun pretendia gobernar á su voluntad toda la república, y que él solo tendria mas mano y poder que todos los demas magistrados. Esto pensaba él: las cosas sucedieron muy al revés, ca por maña y artificio de la parcialidad contraria el pueblo y el senado se persuadió que con ayuda de su cuñado Anibal pretendia hacerse rey y señor de aquella ciudad libre. Pasó la alteracion por esta causa y las sospechas tan adelante, que fue forzado á dar la vuelta y embarcarse para España. Halló la provincia sosegada: por esto se determinó edificar en aquella parte por donde los contestanos se tendian á la ribera del mar una ciudad que llamarón Cartago la nueva, á distincion de la otra que (como dijimos) Amilcar fundó cerca del rio Ebro. Llamóse asimismo esta nueva ciudad Cartago Spartaria, por el mucho esparto que hay por aquellas comarcas. Tiene otrosí un buen puerto, seguro de cualquier tormenta de vientos por los collados con que en rededor, como un compas, está cerrado; una estrecha entrada, y para mayor seguridad una isleta que le está puesta por frente como baluarte: los mas antiguos la llamaron Hercúlea, los latinos Scombraria, de cierto género de pescado de que hay en aquellos lugares grande abundancia. Púdose esta poblacion comparar antiguamente con cualquier grande ciudad en la anchura de los muros, hermosura de los edificios, arreo, nobleza y número de ciudadanos. Al presente, aunque reducida á pequeño número de moradores, todavia conserva claros rastros de su antigua nobleza.

Los romanos avisados de todo lo que en España pasaba, magüer que ardian en deseo de contrastar á los intentos de los cartagineses y desbaratalles sus trazas; pero porque no pareciese eran ellos los primeros á quebrantar el concierto y asiento que tomaron poco antes, acordaron de disimular por entonces, principalmente que eran avisados de la Gallia Ulterior, cómo aquella gente se conjuraba con los de la Gallia Cisalpina, que hoy es Lombardía, en daño del pueblo romano. Contentáronse pues con enviar una embajada á Marsella con voz y son de desbaratar lo que pretendian los gallos, mas en hecho de verdad con intento de concertarse por medio de los de Marsella con los pueblos que tenian los de aquella ciudad por amigos en las marinas de España; lo que fácilmente alcanzaron, y se efectuó en odio de los cartagineses, de quien mucho todos se recelaban. Los que primero hicieron alianza con los romanos, fueron los de Ampurias, ciudad contada entre los pueblos que antiguamente se llamaron Indigentes, que partian término con los laletanos por una parte, y por otra con los ceretanos, y se estendian desde el rio dicho Sameroca, hoy Sanbuchá, hasta lo postrero de los Pirineos. Por medio de los de Ampurias y á su instancia, se concertaron tambien los de Sagunto y los de Denia; que fue el principio y la ocasion de la nueva y gravísima guerra que no mucho despues desto se encendió entre los cartagineses y los romanos.

No se podian encubrir tan grandes prácticas y negociaciones que no las entendiese Asdrubal, ni tampoco lo que los romanos pretendian; mas parecióle disimular hasta tanto que todo estuviese á punto para la guerra que queria darles. Trató de asegurar las ciudades de su devocion: procuró por sus cartas que Anibal volviese en España desde Cartago, donde hasta entonces le entretenian como por rehenes y seguridad de que Asdrubal haria lo que era razon. Hobo grande dificultad en alcanzar del senado la licencia para volver á España, á causa que Hannon, cabeza del bando contrario, hacia grande resistencia diciendo convenia que le acostumbrasen á vivir en igualdad con los demas ciudadanos, y como particular obedecer á las leyes; recato muy á propósito para conservar su libertad. Llegado á España, los soldados y los amigos le recibieron con grande muestra de alegría: Asdrubal le nombró luego por su lugarteniente, que fue año de la fundacion de Roma de quinientos y veinte y ocho: en el cual tiempo vinieron á España embajadores enviados de Roma, y luego que les fue dada audiencia, declararon la causa de su venida, es á saber que los de Cartago de tiempo atras eran confederados y amigos del pueblo romano: que con el mismo de nuevo los españoles de la España Citerior, se habian concertado y hecho paz. Por donde para que el un concierto no perjudicase al otro, pedian (lo que era muy justo) que los cartagineses en España tuviesen por término de su conquista y jurisdiccion al rio Ebro, y sin embargo no tocasen los términos de los saguntinos, si bien caian de la otra parte del rio: en conclusion, que los unos no hiciesen daño ni agravio á los amigos y aliados de los otros; quien esto quebrantase, fuese visto contravenir á las leyes del concierto y alianza que tenian hecha.

Esta embajada, como era razon, dió gran pesadumbre á los cartagineses por adelantarse tanto los romanos que en provincia agena pusiesen leyes á los vencedores. Con todo esto por dar tiempo al tiempo, entre tanto que se apercibian de lo necesario para la guerra, consintieron y vinieron en todo lo que los embajadores pidieron en nombre de su ciudad. Tanto mas que desde Italia avisaban como los gallos transalpinos, aunque iban juntos con los de la Cisalpina, y por el mismo caso mas espantables, fueron desbaratados por los romanos en una gran batalla en que quedaron muertos cuarenta mil dellos, diez mil presos. Asdrubal gastó tres años enteros en aparejar lo que para la guerra que pensaba hacer entendia ser necesario, como dineros, pertrechos y soldados con todo lo demas. Pero sus pensamientos é intentos atajó la muerte cuando menos lo pensaba, que le sobrevino el año segundo de la Olimpiade ciento treinta y nueve, de la fundacion de Roma quinientos y treinta y dos. Matóle un esclavo en venganza de su señor que le llamaba Tago, y aunque era de los mas principales de España, Asdrubal le habia hecho morir. Fue tan grande el gusto que el esclavo recibió con haber vengado á su señor, y dado la muerte al dicho Asdrubal junto al altar donde estaba sacrificando, que si bien fue luego preso y le desmembraron y despedazaron con diversos tormentos, nunca dijo ni hizo cosa que mostrase tristeza, antes lo sufrió todo con rostro muy alegre y regocijado.

CAPITULO IX.

De la guerra saguntina.

Muerto que fue Asdrubal de la manera que queda dicho, todo el gobierno de España se dió á su cuñado Anibal: la voluntad y juicio de los soldados que lo pedian, confirmó el favor del pueblo y aprobó el senado cartagines. Hallábase en lo mejor de su edad, que era de veinte y seis años poco mas ó menos: era mozo de grande espíritu y corazon: tenia naturalmente muy aventajadas partes, dado que los vicios y malas inclinaciones no eran menores: el cuerpo endurecido con el trabajo, el ánimo generoso, mas codicioso de honra que de deleites: su atrevimiento era grande, su prudencia y recato notables. Estas virtudes afeaba y escurecia con la deslealtad, crueldad y menosprecio de toda religion; verdad es que era agradable y amado de todos así de los menudos como de los principales. Encargado del gobierno, y avisado por el desastre de Asdrubal, temia que la muerte no le cortase los pasos: por donde desde luego comenzó á revolver en su pensamiento la forma que tendria para hacer guerra á los romanos. Era necesario buscar alguna causa y color honesto para romper con ellos. Parecióle seria mejor acometer á los saguntinos, y vengar las injurias que habia hecho con sus aliados y amigos. Antes que al descubrimiento pusiese la mano en cosa tan grande, celebró con estraordinarios regocijos en Cartagena sus bodas con Himilce vecina de Castulon, ciudad nobilísima, puesta donde hoy se ven los cortijos de Cazlona no lejos de la ciudad de Baeza, rastros que quedan de su grandeza antigua.

Era esta señora del linaje de Milico antiguo rey de España: demas desto se decia que Cyrrheo Focense, de cuyo linage asímismo venia Himilce, habia fundado aquella ciudad del nombre y apellido de su madre Castulona. El dote fue muy grande y conforme á su nobleza, por donde el poder de Anibal se aumentó mucho en España, y no menos el favor y aplauso de los naturales, que le miraban ya como á ciudadano suyo y natural. Demas desto en el tiempo de su gobierno y por su mando se buscaron y hallaron mineros de oro y de plata, los cuales todos comunmente se llamaron los pozos de Anibal. La riqueza que destos pozos salia, se puede entender por lo que de uno dellos se escribe, llamado Bebelo, del cual cada dia se sacaban trescientas libras de plata pura y acendrada, que era valor de dos mil y seiscientos y cuarenta ducados. Al principio movió guerra contra los carpetanos, que es el reino de Toledo, gente feroz y brava, que en muchedumbre sobrepujaba los demas pueblos de España. Los olcades, donde agora está Ocaña (Estefano pone los olcades cerca del rio Ebro) fueron los primeros sujetados. Luego despues se dió cerca de Tajo una brava batalla, en que asímismo perdieron la victoria que los cartagineses ganaron.

Por el mismo tiempo comenzaron disensiones y alteraciones entre los saguntinos, que era abrir la puerta y allanar el camino al enemigo, que no se descuidaba. Los mas cuerdos para remediar este daño acudieron á Roma, y por sus ruegos vinieron dende embajadores, los cuales con amonestar á los unos de los saguntinos y amenazar á los otros, y castigar á algunos de los culpados, sosegaron aquellas alteraciones, de que se temia si pasaban adelante, que venidos que fuesen á las manos, la parte mas flaca daria á Anibal entrada en la ciudad; el cual ensoberbecido por lo que habia hecho, por tener allanada toda la provincia de aquella parte del rio Ebro sin quedar quien le hiciese rostro, revolvió su pensamiento á la guerra de Sagunto, que era donde se encaminaban sus intentos. Para dar color á esta empresa persuadió á los turdetanos que sobre los mojones moviesen pleito á los de Sagunto y les hiciesen guerra, ca tenia por cierto que de aquellas diferencias resultaria ocasion bastante para acometer lo que dias atras tanto deseaba, y asímismo que de allí tendria principio la guerra contra los romanos.

Los saguntinos al contrario, viéndose mas flacos que el enemigo, y por estar confiados mas en la amistad de los romanos que en sus fuerzas ni justicia, aunque era muy clara, luego despacharon á toda priesa embajadores á Roma, que declararon en el senado la causa de su venida: que Anibal les armaba asechanzas como enemigo suyo muy declarado, y que muy en breve con todas sus fuerzas se pondria sobre aquella ciudad; que ningun reparo les quedaba para no perecer ellos y sus haciendas, si el arrimo y esperanza que tenian en el senado les faltase. Decian estar aparejados á sufrir cualquier daño antes que faltar en la fe puesta con aquella ciudad: que el senado debia advertir cuánto importaba la presteza, pues solo el detenerse y la tardanza seria causa de su perdicion, y ocasion para que todos entendiesen los desamparaban, y entregaban sus aliados á los enemigos, y por el contrario que su constancia sola y su lealtad les acarreaba tanto daño.

Tratóse el negocio en el senado: los pareceres fueron diferentes, y dado que algunos juzgaban se debia luego romper la guerra, siguióse empero y prevaleció el parecer mas recatado y mas blando, que fue enviar primero embajadores á Anibal, los cuales llegados que fueron á Cartagena en sazon que el verano estaba bien adelante, le avisaron de la voluntad del senado, y le requirieron de paz no hiciese molestia y agravio á los saguntinos, ni á los otros sus aliados, y como estaba asentado en el concierto pasado, no pasase el rio Ebro: donde no, que el pueblo romano miraria por sus aliados y amigos que nadie los agraviase. A todo esto respondió Anibal que los romanos no guardaban justicia ni la hacian, así en la muerte que poco antes en Sagunto dieron á sus amigos, varones principales, como en querer al presente se disimulasen los agravios que los de Sagunto habian hecho á los turdetanos: que como era justo defendiesen los romanos con justicia á sus aliados, así no parecia contra razon tuviese él tambien libertad de mirar por sus amigos, y defendellos de toda demasía y agravio.

Despedidos los embajadores con esta respuesta, luego por el mes de setiembre, con intento de prevenir á los romanos y ganar por la mano, marchó y se puso sobre Sagunto con un campo de ciento y cincuenta mil hombres, que fue el año primero de la Olimpiade ciento y cuarenta, como lo dice Polibio. Corrió los campos, tomó y saqueó muchos pueblos comarcanos; solo perdonó á Denia por dar muestra de lo que ningun cuidado tenia, que era de la devocion y reverencia del templo de Diana muy famoso que allí estaba. En los pueblos llamados antiguamente edetanos estaba Sagunto asentada cuatro millas del mar: sus campos eran muy fértiles y abundantes, y ella asaz rica por el gran trato que alcanzaba por mar y por tierra, fuerte por su sitio y por sus murallas y baluartes. Luego que Anibal asentó y fortificó sus reales, hizo apercibir los ingenios. Comenzaron con cierta máquina que llamaban *ariete*, á batir la muralla por la parte mas baja que se remataba en un valle, y por tanto parecia mas flaca. Engañólos su pensamiento, ca la batería salió mas dificultosa de lo que pensaba, y los moradores se defendian con grande brio y coraje, tanto que al mismo Anibal como quier que un dia se llegase cerca del muro, pasaron el muslo con una lanza que le arrojaron desde el adarve. Fue el espanto, que por este caso los suyos recibieron, tan grande, que estuvieron á pique de desamparar todos los ingenios que tenian hechos, la herida tan grave, que en tanto que se curaba, se dejó la batería por algunos dias.

En esta sazon los saguntinos despacharon nuevos embajadores á Roma para protestar en el senado y re-

querilles no desamparasen la ciudad amiga para ser asolada por sus enemigos mortales: que si un poco se detenian, sin falta pereceria, y el remedio despues vendria tarde. Hecha cala y cata, hallaban que tenian trigo para pocos meses; pero que con el buen órden y repartimiento podrian entretenerse algo mas. Despachados los embajadores, repararon y fortificaron con gran cuidado los lugares, que ó por el daño recebido, ó de suyo eran mas flacos. Anibal luego que sanó de la herida, arrimó sus ingenios á la ciudad, con cuyos golpes derribó por el suelo tres torres con todo el lienzo de la muralla que entre ellas estaba. Dióse el asalto: los enemigos por la batería pugnaban de entrar en la ciudad y aquejaban á los de adentro: los ciudadanos al contrario animados con el peligro ordenaron sus haces y gentes delante de la muralla, con que primero sufrieron el ímpetu de sus contrarios, luego porque fuera de su esperanza no eran vencidos, hirieron en ellos con tal denuedo, que los hicieron ciar y los arredraron de la ciudad: finalmente los pusieron en huida, y los siguieron hasta los reales; en que apenas con el foso y trincheras se pudieron defender: tal y tan grande era el espanto que cobraban.

Este atrevimiento y esta victoria fue muy perjudicial á los saguntinos, porque Anibal se embraveció mas, y determinado de no reposar antes de apoderarse de la ciudad, no quiso dar audiencia á nuevos embajadores que de Roma le vinieron sobre el caso, ca los romanos estaban resueltos de intentar cualquier cosa antes de venir á las armas y llegar á rompimiento. Los embajadores, segun que les fuera mandado, pasaron de España en Africa, y en el senado de Cartago se quejaron de los agravios y de todo lo que sus gentes intentaban en España. Pidieron que Anibal les fuese entregado para ser castigado como era razon: que solo aquella satisfaccion quedaba para que se conservase la paz. Oidos que fueron los embajadores, Hannon dijo que los romanos pedian justicia: que Anibal sin que nadie lo pretendiese, debia ser desterrado á lo postrero del mundo, porque no perturbase el estado apacible y quieto de su ciudad. Pero la parcialidad de los Barchinos, que estaba prevenida por mensageros y cartas del mismo Anibal, y por este medio corrompido el senado, desechado el consejo mas saludable, dió respuesta en esta forma: que las cosas se hallaban reducidas á aquel estado no por culpa de Anibal, sino que de los saguntinos nació el agravio, que no hacian el deber los romanos en preferir nuevas amistades á la antigua.

En el entre tanto Anibal daba por algunos dias reposo á sus soldados, cansados con las peleas y baterias que se daban, cuando á la sazon le nació un hijo de Himilce su mujer, llamado Aspar: causó esto grande alegría á su padre y á todo el ejército. Hiciéronse en los reales por su nacimiento grandes juegos y regocijos de todas maneras. Los saguntinos por tanto no reposaban, antes apercibian todo lo necesario en su defensa, y asimismo repararon los muros por la parte que el enemigo abriera entrada. Por demas fue esta diligencia, ca los enemigos, con una torre de madera que levantaron, se arrimaron á la muralla, y desde allí con lanzas y flechas forzaban á desampararla los que defendian la ciudad. Demas desto quinientos africanos con picos y con palancas echaron por tierra una buena parte de dicha muralla por no estar edificada con cal sino con barro, y por tanto tener menos resistencia. Esto hecho, los soldados con esperanza del saco, que á voz de pregonero les fue prometido, entraron la ciudad por fuerza de armas. Los saguntinos por no ser bastantes para defender la entrada se retiraron mas adentro, y con un nuevo muro que de repente á toda priesa levantaron, juntaron la parte de la ciudad que les quedaba con el castillo. Todo esto era poca defensa, y solamente estribaban en la vana esperanza del socorro que de Roma se prometian.

Dióseles algun espacio para respirar con la partida de Anibal, que acudió á los pueblos llamados carpetanos y oretanos que tomaron las armas por el rigor que en levantar gente los cartagineses usaban: quedó en el cercó Maharbal hijo de Himilcon como lugarteniente de Anibal; el cual apretaba los saguntinos con reprimir sus correrías y salidas, y ganar como ganó otra parte de la ciudad: con que los cercados se hallaban reducidos á estremo peligro. Sosegó Anibal las alteraciones de aquellos pueblos: esto hecho, dió vuelta á Sagunto, y con su llegada se apoderó de una parte del mismo castillo, con que los miserables ciudadanos perdieron de todo punto la esperanza de poderse defender. La obstinacion sola los sustentaba: mal que en los mayores peligros no recibe consejo, y cuando es sin fuerzas acarrea la perdicion. Un ciudadano de Sagunto, por nombre Halcon, se salió escondidamente de la ciudad, y por compasion que tenia á sus ciudadanos (que con el peso de los males via estar fuera de juicio) comenzó en particular á tratar de conciertos. Y como no alcanzase otra respuesta sino que los cercados solo con sus vestidos desamparada la ciudad fundasen un nuevo pueblo en aquella parte y campos que el vencedor les señalaria, se quedó en los reales por no tener esperanza que sus ciudadanos se querrian entregar con aquel partido: que era un miserable estado, ni tener ni saber aceptar remedio. Viendo esto un español llamado Alorco, sin embargo que era soldado de Anibal, por ser aficionado á los saguntinos así por su naturaleza, como por acordarse del buen hospedage que en otro tiempo le habian hecho, se metió en la ciudad por la batería, y lo primero hizo echar fuera y apartar la gente popular, despues avisó en pública audiencia á los principales de aquellas condiciones, injustas por cierto (dijo) y graves, pero para el estrecho en que se veian, necesarias: que considerasen no lo que perdian, ni lo que les quitaban, sino que tuviesen por ganancia todo lo que les dejaban, pues la vida, la libertad y las riquezas todo estaba en poder del vencedor.

El razonamiento de Alorco fue oido con grande indignacion y bramido del pueblo, que poco á poco se llegó con deseo de saber lo que pasaba. Muchos, juntando el oro, plata y alhajas en la plaza, les pusieron fuego, y en la misma hoguera se echaron ellos, sus mujeres y hijos, determinados obstinadamente de morir, antes que entregarse. En el mismo punto cayó en tierra una torre despues de muy batida, que dió libre entrada á los soldados en la ciudad, que ardia toda en vivas llamas y en fuego encendido por sus mismos ciudadanos, y que el enemigo procuraba de apagar; que era igual desventura por el un respeto y por el otro: de tal manera la guerra muda las leyes de la naturaleza en contrario. Los moradores fueron pasados á cuchillo sin hacer diferencia de sexo, estado, ni edad. Muchos por no verse esclavos se metian por las espadas enemigas: otros pegaban fuego á sus casas, con que perecian dentro dellas quemados con la misma llama. Pocos fueron presos; y este fue casi solo el saco de los soldados, dado que muchas preseas se enviaron á Cartago, muchas fueron robadas por los mismos, ca no pudieron los moradores quemallo todo. Duró este cerco por espacio de ocho meses, y en el de mayo fue destruida aquella nobilísima ciudad (1) año que se contaba de la fundacion de Roma quinientos y treinta y seis; del cual número hay quien quite

(1) Habiendo Anibal ido al sitio de Sagunto despues de haber recibido á los embajadores Romanos en el invierno, segun dice Polibio, si el sitio duró ocho meses, la ciudad fue tomada en el mes de octubre, el primer año de la Olimpiade de 140 que corresponde segun nuestro cómputo el 537 de la fundacion de Roma y 216 antes de la era cristiana, siendo cónsules M. Livio Salinator y L. Emilio Paulo, que lo fueron el primero y segundo año de la misma Olimpiade.

dos años, pero concuerdan todos que fue en el consulado de Publio Cornelio y de Tito Sempronio.

CAPITULO X.

Del principio de la segunda guerra púnica contra Cartago.

A un mismo tiempo llegó á Roma la fama de la destruicion y ruina de Sagunto, y los embajadores enviados á Aníbal volvieron de Cartago: con cuánto dolor y pena del senado y del pueblo no hay para qué decillo, la misma cosa lo da á entender: quejábanse de sí mismos, reprendian su tardanza y sus recatos, confesaban haber desamparado á sus amigos y entregádolos en las manos de sus contrarios. Vanas quejas eran estas, arrepentimiento fuera de sazon, por estar ya asolada aquella nobilísima ciudad y sus ciudadanos degollados. Lo que solo restaba, determinar de tomar venganza, dado que si la saña que tenia era grande, no era menor el miedo de venir á rompimiento y á las manos; ca el enemigo era poderoso y valiente, y que tenia á su obediencia ejércitos diestros, endurecidos con guerras de tantos años. Era esto en tanto grado verdad, que ya les parecia que Aníbal pasadas las Alpes rompia por Italia, y que ya le tenian á las puertas de la ciudad de Roma. Con esto se declaró luego la guerra contra Cartago. Sortearon los cónsules, las provincias: á Cornelio cupo España, á Sempronio Africa con Sicilia. En Roma y en toda Italia, se hicieron á toda priesa levas de soldados: los mozos y de edad competente, eran forzados á tomar las armas, alistarse y acudir á las banderas: los de mas edad, y las mujeres, que no podian ayudar de otra suerte, discurrian por todos los templos de su ciudad, y con oraciones y rogativas, con votos y con plegarias, cansaban á los dioses.

Hechos estos aparejos, y armada una gruesa flota, enviaron primeramente cinco embajadores á Cartago para mas justificarse, y para preguntar si la ciudad de Sagunto fuera destruida por autoridad y mandado público del senado. Llegaron los embajadores adonde iban: el principal dellos propuso en el senado cartagines lo que les fuera mandado. Respondieron que no habia de tratar de la manera de proceder, y por cuya autoridad la guerra se hizo, sino solo si fue justa, si contra justicia y razon: que en el asiento antiguo que con Luctacio se puso, ninguna mencion se hizo de los saguntinos: que si Asdrubal admitió algunas otras condiciones, no debian ligar mas á su senado y al pueblo, que el concierto de Luctacio al senado romano, las condiciones del cual mudaron á su voluntad, y con aquel color las hicieron mas pesadas y ásperas. Gastábase tiempo en aquellas reyertas sin llegar al punto, ni responder á la pregunta. El romano recogida su ropa delante del pecho á la manera de quien en la halda trae algo: Paz (dice) y guerra traemos, escoged lo que quisiéredes; y como respondiesen que él diese lo que su voluntad fuese, soltando la ropa dijo les daba la guerra.

Con esto los romanos conforme al órden que llevaban, pasaron á España: en ella fácilmente trajeron á su devocion á los bargusios, pueblos asentados en lo postrero de España, do se tendian los ceretanos. Mas los volcianos á quien asimismo acudieron, los despidieron con palabras afrentosas y con desden, ca les dijeron que la buena cuenta sin duda que habian dado de los saguntinos, convidaba á todos á aliarse con ellos: que ayudaban á sus compañeros solo con el nombre, y en el mayor riesgo los desamparaban. Tenian los volcianos su asiento como se entiende por allí cerca, dado que algunos los ponen donde está Villadolce no lejos de las fuentes del rio Güerva: el cual pueblo dicen que en memorias antiguas hallan que se llamó Volce. Lo que hace al caso es que, divulgada que fue esta respuesta, todas las demas ciudades por aquella parte los despidieron con la misma libertad y befa. Asi se partieron para la Gallia Narbonense, donde en una junta que se hizo de aquella gente, pidieron en nombre del senado romano no diesen á Aníbal paso por sus tierras para Italia como lo pretendia hacer. Oyeron los congregados esta demanda con risa y mofa, teniendo por desatino hacer á voluntad y en pro de los romanos por donde en su perjuicio la guerra se encendiese en su tierra. Estaban prevenidos con dones de los cartagineses: de los romanos no habian recebido ni esperaban cosa alguna. Con este ruin despacho, sin efectuar cosa alguna de momento, se volvieron por Marsella á Roma. En este medio Aníbal no dormia, antes con todo cuidado se apercebia para la guerra. Con esta resolucion, envió á invernar los soldados con licencia de visitar á los suyos los que quisiesen, con tal que al abrir la primavera todos acudiesen á Cartagena. El se partió para Cádiz á hacer sus votos, y ofrecer sus sacrificios en el famoso templo de Hércules. Hecho esto, y enviados su mujer y hijo ó á Africa ó á Castulon, recogió trece mil y ochocientos peones españoles llamados cetratos, por los broqueles de que usaban, ca cetra es lo mismo que broquel. Estos envió á Cartago con ochocientos mallorquines y mil y quinientos de á caballo, para que allí estuviesen como en rehenes: que por estar lejos de sus tierras entendia con mayor esfuerzo y lealtad servirian en lo que se ofreciese. En la misma flota en que fueron estas gentes, por retorno vinieron á España once mil africanos: con la cual ayuda, y con ochocientos otros soldados de la Liguria donde está Génova, encargó á su hermano Asdrubal la defensa de España. Dejóle otrosí una armada bastante de naves, para conservar el señorío del mar. Demas desto los rehenes que habia mandado dar á las ciudades, que eran hijos de los mas principales ciudadanos, dejó en el castillo de Sagunto, encomendados á un cartagines principal llamado Bostar.

Ordenado esto y hecho, él se puso en camino con la fuerza del ejército y campo compuesto de diversas naciones, en el cual los mas cuentan noventa mil peones y doce mil caballos. Polibio pone muy menor el número: lo mas cierto, que llegado que hobo con sus gentes á la ribera del rio Ebro, con el gran cuidado que tenia del suceso de aquella empresa, una noche le pareció que veia entre sueños un mancebo muy apuesto y de grande gentileza, que le decia ser enviado de los dioses para que le guiase á Italia: por tanto que le siguiese sin volver atrás los ojos; pero que el, sin embargo, vuelto el rostro, vió una serpiente que derribaba todo lo que delante se le ponia con un grande torbellino de agua que se seguia. Preguntado el mancebo que era lo que aquellas cosas significaban, le respondió se dejase de escudriñar los secretos de los hados, y siguiese por donde los dioses le abrian camino. Pasado el rio Ebro, ganó la voluntad y atrajo su devocion á Andubal, un señor el mas principal de los españoles de aquellas comarcas, en cuyo poder dejó el bagaje y ropa de todo el ejército, por marchar mas á la ligera, y Hannon con buen golpe de soldados, encomendó la defensa de aquellas tierras.

Con esto pasó adelante en su camino; y entrado en los bosques y aspereza de los Pirineos, como tres mil de los carpetanos (es á saber del reino de Toledo) arrepentidos de aquella milicia y guerra que caia tan lejos, hobiesen desamparado las banderas, recelándose que si los castigaba, los demas se azorarian, de su voluntad despidió otros siete mil españoles que le pareció iban tambien á aquella empresa de mala gana: con esta maña hizo que se entendiese habia tambien dado licencia á los primeros, y los ánimos de los demas soldados se apaciguaron por tener confianza que la milicia que seguian por su voluntad, la podrian dejar cada y cuando que quisiesen. Pasados los Pirineos, con ayuda de Civismaro y Menicato, hombres poderosos, en la entrada de Francia hizo confederacion con

aquella gente, que se habian puesto en armas. Pasando el rio Ródano y vencidos los volcas, que moraban y poseian las riberas de la una y de la otra parte de aquel rio, pasó con sus gentes hasta asentar los reales á las haldas de los montes Alpes. Fue este año en España abundante de mantenimientos, pero falto de salud. Hobo enfermedades y peste, temblores de tierra, ordinarias tormentas en la mar, en el cielo apariencia de ejércitos que se encontraban con grande ruido de las nubes: pronóstico de los males que desta guerra resultaron por toda la redondez de la tierra.

CAPITULO XI.

Como Anibal pasó en Italia.

Muchas cosas de las que se siguen son por la mayor parte estranjeras; pero si no las tocamos, no se pueden entender las que en España sucedieron. Dará perdon el lector, como es razon, á los que seguimos pisadas agenas, y aun con mayor brevedad apuntamos lo que otros relatan á la larga. El cónsul pues Publio Cornelio, al cual por suerte cupo España como queda dicho, se embarcó y hizo á la vela para impedir el camino que los enemigos hacian. Asentó sus reales á la ribera del rio Ródano, con atencion que tenia de hallar alguna ocasion para hacer algun buen efecto. Sucedió que trescientos caballos romanos que salieron á descubrir el campo y tomar lengua de los enemigos, se encontraron y vencieron en cierto encuentro, á quinientos ginetes alárabes, que con el mismo intento habian salido de sus reales. Alegróse el cónsul con esta victoria, ca por este principio pronosticaba que lo demas de la guerra sucederia bien; y con deseo de dar al enemigo la batalla de poder á poder, se adelantó hasta donde se juntan los dos rios el Ródano con la Sona, al cual los latinos llamaron Araris; pero halló que ya el enemigo era partido, y sin embargo llegó hasta los reales de los cartagineses, que halló vacíos. No tenia esperanza de alcanzar al enemigo: por esto vuelto al lugar de do partió, luego que despachó á su hermano Gneio Scipion con la fuerza del ejército y con una armada de galeras para acometer á España, y defender en ella á los aliados del pueblo romano, él con pocos volvió por mar á Génova, con intencion que en Italia no le faltarian soldados ni ejército para ir contra Anibal. El cual, por lo que hoy llamamos Saboya, y antiguamente fueron los Allobroges, pasó aunque con grande dificultad en espacio de quince dias, las Alpes de Turin. Desde allí rompió por Italia con su ejército de veinte mil peones y seis mil caballos como cuentan algunos: otros dicen que llevaba cien mil peones y veinte mil caballos.

Lo que consta es que los romanos no tenian fuerzas bastantes para resistir, por ser sus soldados nuevos y bisoños como levantados de priesa. Por donde cerca del rio Ticino, dicho al presente Tesino, el cónsul en cierto encuentro que tuvo con el enemigo; á manera de vencido y aun gravemente herido, se retiró á sus reales: de donde la noche siguiente se partió como huyendo, y se metió en Plasencia con mayor confianza que tenia en los muros que en sus fuerzas. Verdad es que al otro cónsul llamado Sempronio sucedian mejor las cosas en Sicilia, ca venció por mar dos armadas cartaginesas, que fue causa de mandalle volver contra Anibal y acudir al mayor peligro; pero con su venida no se mejoró nada el partido de Roma. Antes en una batalla, que el mismo dió al enemigo junto al rio Trebia, se hizo mayor estrago en los romanos, porque gran número dellos pereció en la pelea y en el alcance. Invernó en aquellos lugares Anibal, y el cónsul Sempronio se partió á Roma para hallarse á la eleccion de los nuevos cónsules. Pasados los frios, antes que llegase el verano del año que se contó quinientos y treinta y siete de la fundacion de Roma, Anibal movió con sus gentes y pasó adelante la vuelta de Roma. Pero al pasar del monte Apenino y á la entrada de la Toscana con una grande tempestad que se levantó, y por la fuerza del frio, murieron muchos del ejército cartagines. Volvió por esta causa Anibal atrás, y siendo asimismo de vuelta el cónsul Sempronio, que dejaba en Roma elegidos nuevos cónsules, es á saber Gneio Servilio y Caio Flaminio, junto á Plasencia se dió una muy herida y muy dudosa batalla: pelearon hasta que sobrevino la noche, y casi con igual daño de entrambas partes. El cónsul se quedó en aquella ciudad, y el cartagines se recogió á la Liguria, que hoy es lo de Génova, para rehacerse por haber perdido grande parte de su ejército.

CAPITULO XII.

De lo que sucedió por el mismo tiempo en España.

Llegado que fue Gneio Scipion á España, sujetó al nombre y imperio romano toda aquella parte de aquella provincia que corria hácia el mar desde los pueblos que llamaban lacetanos y el cabo de Creus hasta el rio Ebro, ca por el aborrecimiento que tenian á los cartagineses, de buena gana mudaban partido y alianza. La armada romana iuvernó cerca de Tarragona: debió ser en el puerto de Salu, el cual parece que Rufo Festo llamó Solorio, distante de aquella ciudad cuatro millas á la parte de Poniente. Despues desto, el capitan romano trabó pelea con Hannon, al cual como queda dicho Anibal dejó para guarda de aquellas partes. La batalla fue junto á un pueblo llamado Cysso (1), que entienden hoy es Sisso ó Saide, lugares conocidos por aquellas comarcas. El campo y la victoria quedó por los romanos, murieron seis mil de los enemigos, los presos llegaron á dos mil, y entre ellos fueron el mismo Hannon, y Andubal, que como se dijo seguia la parte de Cartago; pero diéronle en la pelea tales heridas, que dentro de pocos dias murió dellas.

Asdrubal, que avisado venia á socorrer á Hannon, como pasado el rio Ebro tuviese noticia de la rota, doblando el camino hácia la mar, mató á muchos marineros y gente naval de los romanos que halló descuidados y sin recelo de su venida; y con la misma presteza por medio del capitan romano, que movido de la fama de aquel hecho se apresuraba para revolver sobre él, tornó á pasar el rio Ebro, y llevó sus gentes que eran ocho mil infantes y mil caballos, á lugares seguros. Gneio, del Ampurdan, donde despues de la huida de los cartagineses era ido, fue forzado á dar la vuelta y acudir á los pueblos llamados ilergetes donde está Lérida, á causa de que despues de su partida, desamparada la amistad romana, se habian pasado á la de Cartago. Llegado que fue perdonó á los demas, y contentóse con castigar en dineros á los de un pueblo llamado Atanagia (2), y mandarles dar mayor número de rehenes como á ciudad que tenia mas culpa, ca fuera la primera en alborotarse.

Desde allí movió la vuelta de los pueblos accitanos, que moraban cerca del rio Ebro, y se mantenian en la amistad de los cartagineses. Otros dicen que fueron los ausetanos, pueblos á las haldas de los Pirineos, donde hoy están las ciudades de Vique y de Girona. Lo que consta es que, puesto que tuvo sitio sobre Acete, cabecera que era de aquellos pueblos (3), los lacetanos (donde está Jaca) que venian en su socorro, y de noche pretendian entrar dentro de aquella ciudad, cayeron en una celada que les pusieron, don-

(1) Tito Livio le llama Stisso; en algunos manuscritos antiguos se lee Sciso; Polibio le llama Cissa, que acaso hoy es Jijona.

(2) Tal vez es la ciudad que despues se llamó Ilerda, y en nuestros tiempos Lérida.

(3) Ausa, hoy Vich, que no Acete, era la capital de los ausetanos á los que no llegó Anibal: los lacetanos no eran los de Jaca, sino los de Cervera en Cataluña: los amigos de los cartagineses eran los ilergetas.

do fueron muertos hasta doce mil dellos, y los demás para salvarse se pusieron en huida. Los cercados, perdida toda esperanza de tenerse, principalmente que Amusito el principal dellos secretamente se huyó á Asdrubal, forzosamente se hobieron de entregar el dia trigésimo del cerco. Penáronlos en veinte talentos de plata; y con esto el ejército romano fue enviado á invernar á Tarragona, y á los españoles que le seguian asímismo enviaron á sus casas.



Soldado español.

Grandes prodigios cuentan se vieron en España, Italia y Africa: por la cual causa para aplacar la ira del cielo se ofrecieron y renovaron los mayores y mas estraordinarios sacrificios que de costumbre tenian. En especial en Cartago de tal manera y de tanto grado, que acudieron á la costumbre de los de Fenicia que dejaran por largo tiempo; y conforme á ella acordaron de aplacar la deidad de Saturno con la sangre de los hijos de los mas principales, ca consideraban que en el suceso de aquella guerra, bueno ó malo, estaban en balanzas las haciendas y vidas de todos. Dicen asimismo que entre los demas mozos que se debian sacrificar, fue por el senado señalado Aspar hijo de Anibal, como el mas principal ciudadano de su ciudad: tal era el pago que daban á los trabajos de su padre, ó por mejor decir todo esto es fábula compuesta para entretener al lector con la diversidad y estrañeza de estas patrañas inventadas por nuestros historiadores, que añade el niño fue librado de la muerte por los ruegos de su padre, que decia tenia por mejor aventurar su vida en aquella guerra, que por obedecer á aquella religion ó supersticion de su patria derramar (en duda de ser oido) la sangre de su hijo que mucho amaba.

CAPITULO III.

De la batalla que se dió junto al lago Trasimeno.

Pasado el invierno, y con levas que el cartagines hizo de gente en lo de Génova, reparado el ejército que quedó mal parado de las refriegas ya dichas, Anibal pasó las cumbres del monte Apenino con mayor facilidad y prosperidad que antes. Dado que en aquel viaje al pasar las lagunas que de las crecientes del rio Arno quedaban, por causa de la mucha humedad y frio perdió uno de los ojos, con que quedó mas feo y por el mismo caso mas fiero y espantable. Muchos hombres y bestias perecieron, y casi todos los elefantes que en su hueste llevaba. Con todas estas incomodidades pasó adelante y llegó al lago Trasimeno, que está en aquella parte de Toscana donde la ciudad de Cortona, y no lejos de la ciudad Perosa de la cual hoy tiene el apellido, ca se llama el lago de Perosa. Corrió y taló los campos de aquella comarca con intento de irritar al cónsul Caio Flaminio que era salido contra él, y temerariamente se iba á despeñar en su perdicion. Asentó sus reales en la campaña rasa detrás de un ribazo que cerca estaba: armó otrosí una celada en que puso á los mallorquines y soldados ligeros: asímesmo en la angostura que hay entre los montes y el lago, puso la caballería.

Acudió el cónsul con sus gentes con resolucion de dar la batalla; pero, con la astucia de Anibal rodeados por frente y por las espaldas y como metidos en una red, fueron sin dificultad vencidos y desbaratados. Perecieron quince mil hombres del ejército romano, y otros tantos fueron presos, y el mismo cónsul pasado con una lanza. Poco despues en la Umbría, donde ahora está Espoleto, cuatro mil caballos (que enviados por el cónsul Servilio de socorro por no saber lo que pasaba, iban sin recelo á juntarse con los demas del ejército romano) fueron muertos y destrozados por Anibal. Y en prosecucion de la victoria se puso sobre Espoleto, colonia y poblacion de romanos pero, como no la pudiese entrar, dió vuelta hácia los Picenos, que hoy es la marca de Ancona, cuyos campos, que son muy buenos, corrió y taló sin piedad ninguna. Despues por los marsos y marrucinos rompió por la Pulla, donde se detuvo cerca de dos pueblos llamados el uno Arpos, el otro Luceria.

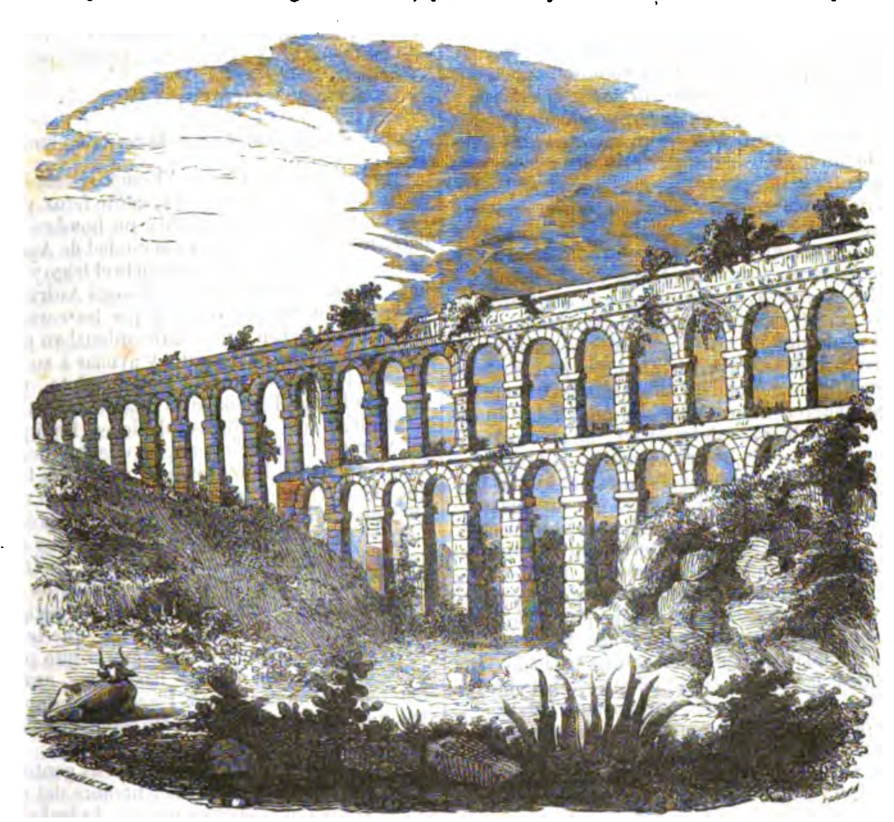
En el entre tanto los ciudadanos de Roma, atemorizados con pérdidas y rotas tan grandes, acudieron al postrer remedio, que fue nombrar un dictador con autoridad suprema y estraordinaria de mandar y vedar á su voluntad. Este fue Quinto Fabio Máximo: él nombró por maestro de la caballería, que era la segunda persona en autoridad, á Quinto Rufo Minucio. Miraron los libros de las sibilas, y por su mandado votaron un verano sagrado. Demas desto de cada una de las monedas que llamaban asses, y tenian peso de una libra de á doce onzas, batieron seis asses cada cual del mismo valor que los antiguos, que era como de cuatro maravedís de los nuestros: estos asses menores por esta causa de ser la sesta parte de los antiguos y de á cada dos onzas no mas, se llamaron *sextentarios*. Enviaron asímismo naves en España cargadas de vituallas, mas, como cerca del puerto Cossano; que hoy se entiende es Orbitello, cayesen en las manos y poder de la armada cartaginesa, se vieron en necesidad de armar de nuevo, y juntar bajeles de todas partes para la defensa de las marinas de Italia.

Grandes apreturas eran estas; pero sin embargo el dictador, luego que tuvo junto un buen campo, partió la vuelta de la Pulla con intento y resolucion de entretenerse y nunca dar al enemigo lugar de venir á batalla: ardid muy saludable, con que la ferocidad y orgullo del cartagines comenzó á enflaquecer, y juntamente á sanarse las heridas recebidas por poca consideracion y demasiado brio de los caudillos pasados. Dado que no le dió mas en que entender el enemigo, que la temeridad de Minucio contra quien le era menester contrastar, y juntamente contra el atrevimiento de los soldados y la mala voz que dél andaba, cosa que muchas veces hizo despeñar á grandes capitanes: ca todos murmuraban del recato del dictador, y

solo atribuian á cobardía, y le ponian (como aconteco) otros nombres de afrenta.

En España Asdrubal envió con una gruesa armada Himilcon (1) para correr las marinas que en aquella provincia estaban á devocion de los romanos, y luego que lo hobo despachado, él mismo acudió por tierra con un ejército de veinte mil hombres. El capitan romano Gneio Scipion, por no tener fuerzas bastantes para ambas partes, acordó de conservar el señorío de la mar; y para esto con treinta naves que armó en Tarragona, se apoderó de la flota cartaginesa que halló en la boca del rio Ebro vacía de soldados por haberse desembarcado sin algun recelo de lo que sucedió. Tomó veinte y cinco naves á la vista del mismo capitan cartagines: las demas, parte echó á fondo, parte por escapar encallaron en la ribera. Fue esta victoria tanto mayor que con la misma presteza tomaron en alta mar catorce naves gruesas, las cuales por calmarles el viento no pudieran atener con las demas. Asimismo una ciudad por aquellas partes llamada Honosca (2) fue entrada por fuerza y puesta á saco. Los campos cercanos á Cartagena talados, y quemados los arrabales de aquella ciudad. Acudia Asdrubal á todas partes, y hasta Cádiz siguió por tierra los rastros de la armada romana (3), como testigo solamente de los fuegos y daños que en todas las partes hacia.

Despues de esta victoria la armada romana acometió á la isla de Ibiza; y mas de ciento veinte pueblos en España se pasaron á los romanos, y entre ellos los celtíberos, gente muy poderosa y ancha, pues en su distrito abrazaban las ciudades y pueblos que hoy se llaman Segorve, Calatayud y Medinaceli: demas desto Ucles, comarca de Cuenca, Huete, Agreda con la antigua Numancia hasta las cumbres de Moncayo entraban en esta cuenta. Con la junta destas gentes quedó el capitan romano mas terrible y poderoso. Juntó un ejército por tierra, y con él rompió por aquellas tierras adentro hasta los bosques de Castulon; pero sin hacer grande efecto dió la vuelta hasta pasar de la otra parte del rio Ebro, por aviso que tenia de las alteraciones que levantaba Mandonio, hombre muy poderoso entre los ilergetes, y que entre los suyos habia antes tenido el Principado. Resul-



Acueducto de Tarragona.

tó estas alteraciones una guerra muy formada. Asdrubal fue llamado por los bulliciosos contra un escuadron de romanos, que enviado á sosegar aquellas revueltas, habia pasado á cuchillo muchos de los que estaban levantados. Demas desto los celtíberos movidos por cartas del general romano acudieron contra los cartagineses, y les tomaron tres ciudades que tenian en otra parte: por esto Asdrubal fue forzado á desamparar á los ilergetes con intento de acudir al nuevo peligro. Vinieron á las manos, y en dos batallas degollaron los celtíberos quince mil hombres del ejército cartagines á tiempo que iba muy adelante el otoño, de aquel año que fue muy señalado en España por la fertilidad de los campos y por la abundancia de todos los bienes.

CAPITULO XIV.

Como Publio Scipion vino á España.

En estos términos se hallaban las cosas de España cuando Gneio Scipion por cartas que escribió al se-

(1) Polibio le llama Amilcar.
(2) Se cree sea Valencia: pero ningun historiador antiguo refiere la toma de las catorce naves.
(3) Segun Livio no llegó sino hasta Loguntica, que estaba situada no muy lejos de Orihuela, y de allí se fue á atacar la isla de Ibiza.

nado pidió dos cosas: que le enviasen soldados para rehacer su ejército, y las mas vituallas y municiones que ser pudiese. Juzgaron los padres que pedia razon; y por esta causa Publio Cornelio Scipion, habiéndole prorogado el imperio despues del consulado, partió en socorro de su hermano. Tomó puerto cerca de Tarragona (1) al principio del año luego siguiente, que se contaba de la fundacion de Roma quinientos y treinta y ocho: llevó treinta galeras, ocho mil soldados y grandes vituallas, y órden de hacer la guerra con igual poder y autoridad que su hermano. Despues de llegado; tomado que hobieron su acuerdo, á ruego de los saguntinos, que andaban desterrados y deseaban volver á su tierra, y para vengar los agravios pasados, fueron con sus ejércitos sobre Sagunto. En esta ciudad Bostar su gobernador tenia á su cargo y en su guarda los rehenes de los españoles con una pequeña guarnicion: que era lo que detenia muchas ciudades de España para no darse á los romanos, por miedo no pagasen los suyos con las vidas la culpa de haberse ellos rebelado. Acedux, hombre noble entre los saguntinos, y aficionado á los romanos, deseaba ganar su gracia con algun servicio señalado: habló en secreto al gobernador, y con razones bien coloradas le persuadió enviase los rehenes á sus casas: que este era el camino para ganar las voluntades de todos los de España, pues de la confianza nace la lealtad.

Como el gobernador se dejase persuadir por ser hombre llano y sin doblez, el mismo Acedux se encargó de llevar los rehenes y restituirlos á los suyos. Para ejecutar lo que pensaba, avisó primero á los romanos de todo lo que pensaba hacer, y partiéndose á media noche los llevó á sus mismos reales. Por esta manera los romanos con restituir ellos de su mano los rehenes ganaron grandemente las voluntades de los naturales. Verdad es que la alegría que recibieron de sucesos tan prósperos se enturbió grandemente con la nueva que vino de una rota muy señalada que se dió á los romanos en un lugar de la Pulla llamado Cannas. Fue así que, acabado el consulado de Gneio Servilio, sucedieron nuevos cónsules, es á saber Lucio Emilio de la nobleza, y del pueblo (cosa no usada antes) Terencio Varron, por cuya imprudencia les vino aquella desgracia, ca los dos cónsules por evitar diferencias se concertaron de manera que mandasen á dias. Eran los pareceres y condiciones diferentes: Emilio rehusaba la pelea, Varron un dia que tocó á él el mando, y halló oportunidad, no dudó de ponerse al trance de la batalla. Siguióle su compañero mas por no parecer que le desamparaba, que porque le pareciese bien aquel acuerdo. Junto al mar Adriático demarcan la ciudad de Cannas en aquella parte de Italia que se llama la Pulla. A la vista desta ciudad y en sus campos se dió aquella cruel y sangrienta batalla (2), en que perecieron de los romanos cuarenta y dos mil peones y tres mil de á caballo con el cónsul Emilio, indigno por cierto deste desastre. Mas él visto tan grande destrozo y daño, no se quiso salvar en un caballo que para ello le ofrecian. Los cautivos fueron doce mil, y el número de los nobles que murieron en aquella jornada, tan grande que de sus anillos hincheron tres modios y medio, que son mas de media hanega de las nuestras, que hizo juntar Magon hermano de Anibal, y los llevó consigo á Cartago por muestra de la matanza.

El temor y espanto que por causa de esta rota cayó sobre los romanos, fue tan grande, que los mancebos mas principales de Roma trataban entre sí de desamparar á Italia. El haber interpuesto algun tiempo, y no seguir luego el enemigo la victoria fue causa que no cayese de todo punto el imperio romano. Porque no pocas ciudades de Italia con la nueva de aquella pérdida se apartaron de su amistad: muchas en España se estuvieron á la mira sin declararse por los romanos, dado que por el buen órden de los Scipiones ningunas alteraciones se levantaron en aquellas partes, antes por el mismo tiempo Tarragona fue con nuevos edificios arreada y con nueva muralla ensanchada, y juntamente le dieron nombre y autoridad de colonia romana. En Cartago, dado que Hannon hacia instancia que pusiesen confederacion con los romanos, que aquella era buena ocasion para mejorar su partido, mirasen no se trocase en breve aquel regocijo en llanto; todavía se resolvieron en el senado que Anibal y Asdrubal fuesen ayudados como lo pedian con dineros, soldados y armada. Hicieron gente de africanos y de alárabes, con que llegaron hasta cuarenta mil hombres. Destos enviaron primeramente á España, donde Asdrubal estaba, y donde corria mayor necesidad, cuatro mil de á pié y quinientos de á caballo. Dióse cuidado á Magon que iba por capitan deste socorro, de juntar en España y levantar de nuevo mas gente así de á pie como de á caballo á propósito de mantener y estender en aquella provincia su señorío.

CAPITULO XV.

Como Asdrubal no pudo entrar en Italia.

Alterábanse por el mismo tiempo hácia el estrecho de Gibraltar los tartesios (3), gente feroz y denodada. Tomaron por su caudillo á un hombre principal llamado Galbo: acudieron á la ciudad de Asena, donde los cartagineses tenian recojido el trigo y las vituallas, y apoderáronse de todo. Sosegó Asdrubal estos movimientos con presteza, y por las cartas que de Cartago le vinieron, entendió le ordenaban pasase sin dilacion en Italia para asistir y ayudar á su hermano Anibal. Fuéle muy pesado este mandato, y ocasion que muchos en España se inclinasen al partido de los romanos, pero érale forzoso obedecer. Dejó por sucesor y en su lugar á Himilcon, hijo de Bomilcar: enseñóle los secretos de la provincia, avisóle de la manera que debia tener en hacer la guerra; y con tanto hechas nuevas levas de gente, y juntando mucho dinero de toda la provincia para el sueldo de sus soldados, movió con sus ejércitos y fardage la vuelta del rio Ebro, año de la ciudad de Roma quinientos y treinta y nueve. Los Scipiones aquejados por el peligro de su patria, si Asdrubal pasase en Italia (que temian no fuese oprimida con dos ejércitos, la que para deshacer uno no tenia fuerzas bastantes, antes habia sido vencida muchas veces) acordaron de divertillo de aquel viaje, ó á lo menos entretenelle con acometer los pueblos de la devocion de Cartago.

Con este intento encaminaron sus gentes contra una ciudad llamada Iberia del nombre del rio Ibero que es Ebro, del cual estaba cerca. Asdrubal que tuvo aviso de este deseño, se anticipó á fortificar aquella ciudad; y hecho esto, se puso con gran presteza sobre otra ciudad que por allí estaba aliada con los romanos: con que los contrarios asímismo se divirtieron, ca alzado el cerco de Iberia, acudieron á la defensa. Acercáronse los ejércitos, trabaron primero escaramuzas, y últimamente ordenadas sus haces y dada señal de pelear, arremetieron los unos y los otros con grande denuedo. Pelearon no de otra manera que si en el suceso de aquella batalla estuviera puesto no solo el señorío de Italia y de España, sino el imperio del mundo. En especial los romanos se señalaban ni mas ni menos que si estuviesen á las murallas y puertas de Roma: con que apretaron á los

(1) Segun Livio, en el puerto mismo de Tarragona.

(2) En estas famosas batallas y en las anteriores, la caballeria y la infantería españolas, que era el nervio principal del ejército cartaginés, hicieron prodigios de valor, y las victorias se debieron principalmente á ellas.

(3) Livio los llama cartesios, y Masdeu cree que se nombrasen calpesios los moradores del monte Calpe.

contrarios y salieron con la victoria. Los primeros á volver las espaldas fueron los españoles, que por el aborrecimiento que tenian á los cartagineses, y por llevallos por fuerza á empresa tan lejos, se aficionaban á los romanos. Los cartagineses y africanos, desamparados de tal ayuda, fueron muertos y puestos en huida : la caballería y elefantes escaparon por los pies : el mismo Asdrubal con pocos se recogió á Cartagena.

La nueva y aviso desta noble victoria, luego que se supo en Roma por cartas de los Scipiones, fue ocasion de grande alegría no tanto por ganar la jornada, cuanto por haberse impedido la pasada de Asdrubal en Italia. Fue este año trabajoso para España así por falta de mantenimientos, como por la peste que se emprendió, con que murió mucha gente, y entre los demas la mujer y el hijo de Anibal : así lo cuentan. Por esta causa los padres romanos enviaron vituallas para los ejércitos que tenian en España : para proveer esto tomaron dineros prestados de los mercaderes á causa de estar sus tesoros de todo punto gastados. Ademas que les era forzoso armar por la mar contra Filipo rey de Macedonia, de quien se decia que puesta confederacion con Anibal, trataba de pasar en Italia, que era otro nuevo peligro. Sabida en Cartago la rota de Asdrubal, y el riesgo que corrian las cosas de España, dieron órden que Magon hermano de Anibal, con la armada que tenia á punto para pasar en Italia, tomase la derrota de España. Hízolo así, y en breve surgió en el puerto de Cartagena con sesenta galeras y doce mil hombres en ellas : donde se hallaba asímismo Himilcon, que poco antes viniera en España con las naves y gente de socorro que tambien él trajera de Cartago.

Con la venida de Magon hobo grande mudanza en España; y los que despues de vencidos apenas tenian donde poner el pie, se atrevieron á salir de nuevo en campaña. La ciudad de Illiturgo fuera antes de su jurisdiccion, y porque se habia pasado al enemigo, le acometieron primeramente : pusiéronse sobre ella con sesenta mil hombres, y cercáronla por tres partes. Deseaban los Scipiones socorrella : acudieron con carros y bestias á meter trigo á los cercados, y con diez y seis mil hombres que llevaba de guarda. Salieron los cartagineses á atajarles el paso. Dióse la batalla, que fue muy reñida, en que fueron vencidos no solo Asdrubal, sino tambien Magon y Himilcon, que de sus propios reales acudieron á la pelea. El estrago fue mayor y mas el número de los muertos que el de los vencedores : prendieron tres mil hombres de á caballo, tomaron mil caballos (1) que hallaron en los reales : demas desto mataron cinco elefantes. Rehiciéronse despues desto los cartagineses de soldados y de fuerzas : acometieron un pueblo llamado Incibile, siete millas al Poniente de Tortosa : acudieron asímismo los romanos, con que de nuevo en un encuentro y batalla mataron tres mil cartagineses y prendieron otros tantos. Quedó otrosí muerto Himilcon capitan de grande esfuerzo y nombradía. Algunos dicen que Incibile es la que hoy se llama Chelva en el reino de Valencia. Illiturgo tienen que es Andújar en el Andalucía, ó Lietor, pueblo que no cae lejos de la ciudad de Alcaráz. Averiguar la historia de los lugares no es de menor dificultad que la de los hechos por ser tan ciega la antigüedad, principalmente de España.

Esto sucedió en el otoño, en el cual una nueva que vino de Italia aumentó mucho la alegría de los romanos, es á saber que despues que Anibal hobo enflaquecido y mancado su ejército con los deleites y regalos de Cápua, teniendo cercado á Nola, fue vencido en batalla por el pretor Marco Marcello y forzado de retirarse á la Pulla. Item que dos mil españoles, desamparados los reales cartagineses, se pasaron á los romanos movidos de las grandes promesas que les hicieron. Demas desto se contaba que Asdrubal, por sobrenombre Calvo, partido de Italia para Africa con una gruesa armada, de camino probó de apoderarse de Cerdeña á persuasion del mas principal de aquella isla, llamada Arsicora; pero que fue desbaratado y preso cerca de Calari por Nito Manlio Torcuato, con gran matanza así de los cartagineses, como de los sardos, que seguian su partido. Tambien se supo de Sicilia que por la muerte de Hieron sucediera en su lugar un su nieto llamado Ierónimo; y que habia sido coronado por rey de Siracusa, si bien era mozo de quince años, y de costumbres muy diferentes de su abuelo. Los Scipiones con aquellas nuevas llenos de buena esperanza, y determinados de volver á las armas luego que el tiempo diese lugar, acordaron de enviar los soldados á invernar, y pasar ellos el invierno en Tarragona; en el cual tiempo se acabó la muralla de aquella ciudad, como se entiende por el letrero de una piedra antigua que se conservaba en tiempo de D. Alonso el XI rey de Castilla, segun que se refiere en su historia.

Está la ciudad de Tarragona asentada en un llano pequeño que se hace en lo mas alto de un collado redondo, que tiene la subida no agria y debajo á tiro de piedra la mar, cuyo lado hácia donde sale el sol por las muchas peñas es áspero y fragoso. Al Poniente se estiende una llanura de mucha frescura y fertilidad por mas de cuarenta millas, plantada de olivares, viñas y membrillares, abundante en ganado, de buena cosecha de pan, tanto que basta para el sustento de los moradores. A una milla de la ciudad por medio de aquellos campos pasa un rio que hoy se dice Francolin y antiguamente Thulcis, cuyas aguas son mas á propósito para cocer el lino y el cáñamo de que hay por allí abundancia, que para beber. Y como quier que aquella ciudad antiguamente padeciese falta de agua dulce, grande incomodidad, despues de los Scipiones los romanos labraron á su manera ciertos acueductos muy altos, con que guiaron á la ciudad una parte del rio Gaya, si bien dista della por espacio de diez y seis millas. Estos caños fueron desbaratados á causa de las guerras que gentes de Alemaña hicieron en España, como lo refiere Florian, el año de Cristo de docientos y setenta y seis, y se volvió á la misma incomodidad (2) hasta tanto que en tiempo de nuestros abuelos abrieron un pozo muy hondo, de dónde bastantemente se proveen de agua dulce los moradores, que en nuestro tiempo llegan hasta número de setecientos vecinos poco mas ó menos, como el circuito de los muros tenga (á lo que parece) capacidad de hasta dos mil casas y no mas.

CAPITULO XVI.

Como los cartagineses fueron maltratados en muchas partes de España.

Apenas era pasado el invierno del año que se contaba de la fundacion de Roma 540., cuando los dos hermanos Magon y Asdrubal, juntado que tuvieron un grueso ejército de los suyos y de españoles, salieron con él en campaña resueltos de echar con las armas de toda la España dicha Ulterior, que es lo mismo que de allende, á los romanos que en gran parte estaban della enseñoreados. Publio Scipion, para oponerse y contrastar á estos intentos, pasado el rio Ebro rompió por cierta parte donde caian los pueblos llamados vectones. Asentó sus reales junto á un lugar principal llamado Castro alto, que era de mal aguero para los cartagineses por haber sido allí muerto Amil-

(1) Livio dice que hicieron mas de tres mil prisioneros de infantería, y de caballería poco menos de mil.

(2) Volvieron á reedificarse por el Ilustrísimo señor don Joaquin de Santiyan arzobispo de aquella ciudad.

nado pidió dos cosas: que le enviasen soldados para rehacer su ejército, y las mas vituallas y municiones que ser pudiese. Juzgaron los padres que pedia razon; y por esta causa Publio Cornelio Scipion, habiéndole prorogado el imperio despues del consulado, partió en socorro de su hermano. Tomó puerto cerca de Tarragona (1) al principio del año luego siguiente, que se contaba de la fundacion de Roma quinientos y treinta y ocho: llevó treinta galeras, ocho mil soldados y grandes vituallas, y órden de hacer la guerra con igual poder y autoridad que su hermano. Despues de llegado; tomado que hobieron su acuerdo, á ruego de los saguntinos, que andaban desterrados y deseaban volver á su tierra, y para vengar los agravios pasados, fueron con sus ejércitos sobre Sagunto. En esta ciudad Bostar su gobernador tenia á su cargo y en su guarda los rehenes de los españoles con una pequeña guarnicion: que era lo que detenia muchas ciudades de España para no darse á los romanos, por miedo no pagasen los suyos con las vidas la culpa de haberse ellos rebelado. Acedux, hombre noble entre los saguntinos, y aficionado á los romanos, deseaba ganar su gracia con algun servicio señalado: habló en secreto al gobernador, y con razones bien coloradas le persuadió enviase los rehenes á sus casas: que este era el camino para ganar las voluntades de todos los de España, pues de la confianza nace la lealtad.

Como el gobernador se dejase persuadir por ser hombre llano y sin doblez, el mismo Acedux se encargó de llevar los rehenes y restituirlos á los suyos. Para ejecutar lo que pensaba, avisó primero á los romanos de todo lo que pensaba hacer, y partiéndose á media noche los llevó á sus mismos reales. Por esta manera los romanos con restituir ellos de su mano los rehenes ganaron grandemente las voluntades de los naturales. Verdad es que la alegría que recibieron de sucesos tan prósperos se enturbió grandemente con la nueva que vino de una rota muy señalada que se dió á los romanos en un lugar de la Pulla llamado Cannas. Fue así que, acabado el consulado de Gneio Servilio, sucedieron nuevos cónsules, es á saber Lucio Emilio de la nobleza, y del pueblo (cosa no usada antes) Terencio Varron, por cuya imprudencia les vino aquella desgracia, ca los dos cónsules por evitar diferencias se concertaron de manera que mandasen á dias. Eran los pareceres y condiciones diferentes: Emilio rehusaba la pelea, Varron un dia que tocó á él el mando, y halló oportunidad, no dudó de ponerse al trance de la batalla. Siguióle su compañero mas por no parecer que le desamparaba, que porque le pareciese bien aquel acuerdo. Junto al mar Adriático demarcan la ciudad de Cannas en aquella parte de Italia que se llama la Pulla. A la vista desta ciudad y en sus campos se dió aquella cruel y sangrienta batalla (2), en que perecieron de los romanos cuarenta y dos mil peones y tres mil de á caballo con el cónsul Emilio, indigno por cierto deste desastre. Mas él visto tan grande destrozo y daño, no se quiso salvar en un caballo que para ello le ofrecian. Los cautivos fueron doce mil, y el número de los nobles que murieron en aquella jornada, tan grande que de sus anillos hincheron tres modios y medio, que son mas de media hanega de las nuestras, que hizo juntar Magon hermano de Anibal, y los llevó consigo á Cartago por muestra de la matanza.

El temor y espanto que por causa de esta rota cayó sobre los romanos, fue tan grande, que los mancebos mas principales de Roma trataban entre sí de desamparar á Italia. El haber interpuesto algun tiempo, y no seguir luego el enemigo la victoria fue causa que no cayese de todo punto el imperio romano. Porque no pocas ciudades de Italia con la nueva de aquella pérdida se apartaron de su amistad: muchas en España se estuvieron á la mira sin declararse por los romanos, dado que por el buen órden de los Scipiones ningunas alteraciones se levantaron en aquellas partes, antes por el mismo tiempo Tarragona fue con nuevos edificios arreada y con nueva muralla ensanchada, y juntamente le dieron nombre y autoridad de colonia romana. En Cartago, dado que Hannon hacia instancia que pusiesen confederacion con los romanos, que aquella era buena ocasion para mejorar su partido, mirasen no se trocase en breve aquel regocijo en llanto; todavía se resolvieron en el senado que Anibal y Asdrubal fuesen ayudados como lo pedian con dineros, soldados y armada. Hicieron gente de africanos y de alárabes, con que llegaron hasta cuarenta mil hombres. Destos enviaron primeramente á España, donde Asdrubal estaba, y donde corria mayor necesidad, cuatro mil de á pié y quinientos de á caballo. Dióse cuidado á Magon que iba por capitan deste socorro, de juntar en España y levantar de nuevo mas gente así de á pie como de á caballo á propósito de mantener y estender en aquella provincia su señorío.

CAPITULO XV.

Como Asdrubal no pudo entrar en Italia.

Alterábanse por el mismo tiempo hácia el estrecho de Gibraltar los tartesios (3), gente feroz y denodada. Tomaron por su caudillo á un hombre principal llamado Galbo: acudieron á la ciudad de Asena, donde los cartagineses tenian recojido el trigo y las vituallas, y apoderáronse de todo. Sosegó Asdrubal estos movimientos con presteza, y por las cartas que de Cartago le vinieron, entendió le ordenaban pasase sin dilacion en Italia para asistir y ayudar á su hermano Anibal. Fuéle muy pesado este mandato, y ocasion que muchos en España se inclinasen al partido de los romanos, pero érale forzoso obedecer. Dejó por sucesor y en su lugar á Himilcon, hijo de Bomilcar: enseñóle los secretos de la provincia, avisóle de la manera que debia tener en hacer la guerra; y con tanto hechas nuevas levas de gente, y juntando mucho dinero de toda la provincia para el sueldo de sus soldados, movió con sus ejércitos y fardage la vuelta del rio Ebro, año de la ciudad de Roma quinientos y treinta y nueve. Los Scipiones aquejados por el peligro de su patria, si Asdrubal pasase en Italia (que temian no fuese oprimida con dos ejércitos, la que para deshacer uno no tenia fuerzas bastantes, antes habia sido vencida muchas veces) acordaron de divertille de aquel viaje, ó á lo menos entretenelle con acometer los pueblos de la devocion de Cartago.

Con este intento encaminaron sus gentes contra una ciudad llamada Iberia del nombre del rio Ibero que es Ebro, del cual estaba cerca. Asdrubal que tuvo aviso de este deseño, se anticipó á fortificar aquella ciudad; y hecho esto, se puso con gran presteza sobre otra ciudad que por allí estaba aliada con los romanos: con que los contrarios asímismo se divirtieron, ca alzado el cerco de Iberia, acudieron á la defensa. Acercáronse los ejércitos, trabaron primero escaramuzas, y últimamente ordenadas sus haces y dada señal de pelear, arremetieron los unos y los otros con grande denuedo. Pelearon no de otra manera que si en el suceso de aquella batalla estuviera puesto no solo el señorío de Italia y de España, sino el imperio del mundo. En especial los romanos se señalaban ni mas ni menos que si estuviesen á las murallas y puertas de Roma: con que apretaron á los

(1) Segun Livio, en el puerto mismo de Tarragona.

(2) En estas famosas batallas y en las anteriores, la caballería y la infantería españolas, que era el nervio principal del ejército cartaginés, hicieron prodigios de valor, y las victorias se debieron principalmente á ellas.

(3) Livio los llama cartesios, y Masdeu cree que se nombrasen calpesios los moradores del monte Calpe.

las cosas de los cartagineses en España en términos que no parece podian estar peores, Magon fue enviado a la Galia para tratar con Menicato y Civismaro, señores con quien hiciera Anibal confederacion, como arriba se dijo, para que pasasen en España con sus gentes y les ayudasen. Lo cual sin mas dilacion ellos hicieron, ca por mar llevaron á Cartagena nueve mil hombres de su nacion, donde Asdrubal se apercebia para la guerra. Gneio, alegre con las victorias pasadas, no con menor cuidado pasó el invierno en la Bética, que hoy es Andalucía. Con tanto al principio del año que se contaba de Roma 541, los unos y los otros salieron en campaña. Vinieron á las manos en aquellas comarcas de Andalucía con el mismo coraje y denuedo que antes: el suceso fue el mismo, la matanza algun tanto mayor, ca ocho mil hombres del ejército cartagines y casi todos del número de los galos quedaron en el campo tendidos con sus capitanes Civismaro y Menicato, que con deseo de mostrar su valentia con gran denuedo y alegría, como suele aquella gente, se metieron muy adelante en la pelea.

Despues desta victoria los romanos revolvieron sobre Sagunto y la tomaron al fin por fuerza, pasados seis años despues que fue ganada y arruinada por los cartagineses. Vivian todavía algunos de los foragidos de aquella su patria, que fueron en ella restituidos, y la ciudad de Turdeto (la principal causa de aquellos daños) echada por el suelo y allanada. Sus campos entregaron á los de Sagunto, y á los turdetanos vendieron en pública almoneda: que fue por la venganza alguna consolacion del dolor, y recompensa de las injurias que los de Sagunto por su ocasion recibieran. Por el cual tiempo de Italia vinieron nuevas que Arpos, ciudad de la Pulla, la cual despues de la rota de Cannas faltó y se pasó á Anibal, fue tomada por el esfuerzo del cónsul Quinto Fabio: y juntamente mil españoles que tenia de guarnicion, por grandes promesas que les hicieron, mudaron partido (1) y siguieron el de Roma: principio, aunque pequeño, que dió esperanza á los romanos de deshacer por aquel camino al orgulloso enemigo, y les puso en pensamiento como lo hicieron de escribir á los Scipiones que lo mas en breve que ser pudiese enviasen á Italia algunos señores españoles para por su medio granjear los demas españoles que andaban en el campo de Anibal; en cuyo valor entendian consistia la mayor fuerza y esperanza de los cartagineses sus enemigos.

CAPITULO XVII.

De una nueva guerra que se emprendió en Africa.

Por el mismo tiempo en Africa se encendió una nueva y larga guerra con esta ocasion. Asdrubal hijo de Gisgon dejó en Cartago una hija llamada Sofonisba en edad de casarse. Sus partes y prendas muy aventajadas movieron á Sifaz, rey que era de los numidas, á pedilla por mujer. Y como el senado se escusase con la ausencia de su padre, entendió el bárbaro, y no se engañaba, que aquella respuesta era despidiente, y que no se la querian dar. Es el amor muy sentido: túvose por agraviado, y determinó vengarse con las armas. La silla de su imperio y señorío era la ciudad de Siga puesta en las marinas de Africa, enfrente de nuestra Málaga: sus tierras á la parte del Poniente se estendian hasta Tánger y el mismo mar Océano, y por la parte que sale el sol, tenia por aledaños las tierras de Cartago: solo quedaba en medio del reino de Gala. Con él de ordinario tenia Sifaz guerra sobre los confines y fronteras con sucesos diversos y diferentes trances. Tenia Gala un hijo por nombre Masinissa, mozo de grandes esperanzas, en fuerzas, valor y ingenio aventajado. Pretendia Sifaz hacer primero la guerra y cargar sobre Gala que tenia pocas tierras, y mas se sustentaba con la sombra de Cartago, que con sus propias fuerzas. Pareciale buena coyuntura para su empresa por estar los de Cartago embarazados á un tiempo con dos guerras muy pesadas, la de Italia y la de España. Estaba con esta resolucion, cuando le llegaron tres embajadores que los Scipiones desde España le despacharon para decirle de su parte que haria una cosa muy agradable al senado romano, si se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas diese á Cartago una nueva guerra en Africa para dividille las fuerzas en muchas partes, y que no fuese bastante para acudir á todo.

Con esta embajada se encendió Sifaz mas en el propósito que tenia: razonó con los embajadores, y trató muy á la larga de diversas cosas: con tanto quedó aficionado á la amistad de los romanos: y por entender cuán rudos eran los de Africa en las cosas de la guerra comparados con la milicia romana, pidió por lo que debian á la amistad comenzada, que volviendo los dos con la respuesta, el tercero quedase en su compañía para instruir y ejercitar la infantería de aquel reino, parte de milicia de que los numidas de todo tiempo carecian, que solo usaban de gente á caballo. Otorgóse al rey lo que pedia, que Quinto Sertorio quedase con él; pero con tal condicion que los Scipiones lo tuviesen por bien y lo aprobasen. Súpose en Cartago el intento de los Scipiones; y para acudir á su pretension y á la de Sifaz acordaron de servirse del rey Gala, su aliado. Fue nombrado por capitan de aquella guerra Masinissa, mozo como queda dicho de grandes prendas, y adelante muy famoso por la amistad que tuvo hasta la muerte con los romanos, el cual sin dilacion, juntado que hobo así sus gentes, como las que los cartagineses le enviaron, salió á verse con el enemigo. Dióle la batalla en que le mató treinta mil hombres, y á él forzó á huirse á los maurusion, que era una ciudad ó comarca en lo postrero de su reino, por ventura donde ahora está Marruecos. Y como juntadas nuevas gentes pretendiese pasar en España, con otra batalla que le dió, le quebrantó de todo punto las alas. Hay quien diga, que sin embargo Sifaz pasó en España para tratar en presencia con los Scipiones la manera que se debia tener en hacer la guerra, y que dejaron de contar este viaje Tito Livio y Plutarcho, como no es maravilla que en tan grande muchedumbre de cosas se olvide algo.

Estas cosas sabidas en España; como congojaron á los romanos, así bien por el contrario acarrearon gran alegría al general cartagines. Parecióle buena ocasion de apretar á los romanos, cuyo partido que se iba antes mejorando, tornaba de nuevo á empeorarse. Estaba ya cercano el invierno; por esto determinaron los cartagineses de concertarse para el año siguiente en los celtíberos, gente feroz y brava, y convidallos con grande sueldo para que los ayudasen. Fueron los Scipiones avisados destas pláticas: ganaron por la mano, y con ofrecerles mayores premios, como gente que se vendia por dineros, los mantuvieron en su devocion, principalmente que los honraron en que no anduviesen en escuadrones aparte, ni en los reales como antes era de costumbre tuviesen sus alojamientos distintos, sino que anduviesen mezclados con los romanos debajo de las mismas banderas. Todo se enderezaba so color de honra á asegurarse mas dellos.

En particular para que hiciesen que los demas españoles desamparasen á Anibal, enviaron trescientos dellos á Roma, que llegaron allá por el mar, principio del año siguiente, que se contó 542 de la fundacion de Roma. En este tiempo cuatro naves enviadas de Roma con vituallas y dinero suplieron la falta que sus

(1) Livio no dice sino que: Los Españoles tambien, que eran poco menos de mil hombres, despues de haber pactado únicamente que la guarnicion cartaginesa saldria libre de la plaza sin que en esto interviniera engaño alguno, se pasaron al partido del cónsul.

ejércitos en España tenian. Pero lo que mas los animó y alegró, fue entender que Hannon (el cual fuera enviado desde Cartago á Italia, y hechas nuevas levas de gente en la Liguria y en la Galia, rompia por Italia para juntarse con Anibal, que se hallaba ufano por haberse apoderado al mismo tiempo de la ciudad de Taranto) fue en la Marca de Ancona con todas sus gentes vencido y desbaratado. En Sicilia la ciudad de Siracusa despues de la muerte de Hieron, y de la que dieron á su nieto Ierónimo sus mismos vasallos, como quier que estuviese dividida en bandos y últimamente hobiese venido á poder de los cartagineses, Marco Marcello con un cerco que sobre ella tuvo de tres años, la redujo y puso en la obediencia de los romanos; ayudóle Merico español, que con quinientos soldados de guarnicion la defendió todo aquel tiempo por Cartago, y entonces se determinó de entregalla al capitan romano, que la entró por fuerza, y puesta á saco, se hizo gran matanza de los ciudadanos.

CAPITULO XVIII.

Como los Scipiones fueron muertos en España.

El premio que se dió á Masinissa por la victoria que ganó contra Sifaz, su competidor, fue dalle por mujer á Sofonisba. El movido por el nuevo parentesco, y con deseo de ayudar á su suegro, el mismo verano desembarcó en el puerto de Cartagena con siete mil africanos, y setecientos caballos numidas ó alárabes. Asimismo Indibil, hermano de Mandonio, tenia para el mismo efecto levantados cinco mil hombres en los pueblos que llamaron suessetanos, aparejado y presto para mover en ayuda de los mismos luego que le fuese avisado. Algunos entienden que estos pueblos eran en aquella parte de Navarra donde hoy está Sangüesa á la ribera del rio Aragon, villa que como se muestra por los privilegios de los reyes antiguos se llamaba Suessa; y sospechan que tomó este nombre de los puercos, que en latin se llaman Sues: ca no hay duda sino que en los pueblos comarcanos que se llamaban lacetanos, donde hoy está Jaca, hobo de todo tiempo muy buena cecina desta carne, y aun en el nuestro tienen mucha fama los perniles de aquella comarca.

Pues como los cartagineses se hallasen apercebidos de tantas ayudas, fueron los primeros que partidos de Cartagena salieron en campaña la vuelta del Andalucía con su campo dividido en dos partes. La una dellas guiaba Asdrubal el Barchino: de los demás iban por capitanes Magon, Masinissa y el otro Asdrubal su suegro. Los Scipiones asimismo con muchos socorros que les vinieran de Italia, y en parricular confiados en treinta mil celtíberos que tenian á su sueldo, partieron de sus alojamientos con resolucion de pelear con el enemigo ya tantas veces por ellos vencido. Gneio con los celtíberos y la tercera parte de los soldados romanos se encargó de combatir á Asdrubal, y con este intento asentó sus reales cerca de los del enemi go, y no lejos de la ciudad Anatorgis y de un rio que pasaba por medio y dividia los dos campos. Publio mo vió contra los demas caudillos cartagineses, para que vencido Asdrubal (como lo tenian por hecho) no huyesen ellos y se salvasen por los bosques cercanos y por las selvas, antes como cercados con redes todos pereciesen juntamente: tanta confianza engendra muchas veces la prosperidad continuada; pero sucedió todo muy al revés, ca por astucia de Asdrubal y con el conocimiento y trato que tenia con aquella gente, los celtíberos fácilmente se dejaron persuadir que desamparasen al capitan romano, y levantadas de repente sus banderas se volviesen á sus casas.

Para hacello, demas desto hobo ocasion de una nueva que se divulgó, y fue que la parte de aquellos que favorecia á los cartagineses, tomadas las armas, saqueaban las haciendas de los que seguian á los romanos. Gneio, despojado de aquella parte de sus fuerzas, por quedar menos poderoso que el enemigo determinó retirarse: ¿porque á qué propósito con temeridad despeñarse en su perdicion manifiesta? ni es muchas veces de menor ánimo escusar la pelea, que aceptalla. Lo que sabiamente tenia acordado, desbarató otra fuerza mas alta: porque Publio, acosado de la caballería de Masinissa, que no cesaba de escaramuzar delante sus reales, y por recelarse que si Indibil, de quien se decia que venia, se juntaba con los demas, no seria bastante para contrastar á tantas fuerzas, tomó un consejo peligroso, y fue que se determinó de salir al encuentro á Indibil, y atajalle el camino, dado que en lo demas era hombre no menos recatado que valiente; pero la fortuna ó fuerza mas alta ciega á los que quiere despeñar. Dejó pues en los reales una pequeña guarnicion, y él de noche salió con sus gentes á hacer lo que pensaba.

No ignoraron este intento los enemigos. Habian ya llegado los romanos á vista de los suessetanos, y ya tarde se comenzaron á trabar con ellos, cuando Masinissa con su venida turbó á los romanos que llevaban lo mejor, y finalmente los venció. Muchos fueron muertos por la caballería, y el mismo general Publio; los demas se pusieron en huida: en el alcance fue aun mayor la matanza. Algunos pocos cubiertos de la oscuridad de la noche, parte se recogieron á las guarniciones cercanas de los romanos y á la ciudad de Illiturgo, parte á los reales donde salieron. Los cartagineses, alegres con esta victoria, á gran priesa se fueron á juntar con Asdrubal el Barchino. Por esta ocasion Gneio comenzó á sospechar que su hermano Publio debia ser muerto: ca tenia por cosa cierta que si él fuera vivo y quedara salvo, no se hobieran juntado todos los cartagineses. Sentia otrosí en su corazon una estraordinaria tristeza, bien así como suele acontecer á los que ha de suceder algun mal, como pronóstico de su daño: tanto mas se confirmó en la resolucion que tenia de retirarse, y así de noche sin ruido salió de sus reales. Al alba conocieron los cartagineses que los romanos eran partidos. Enviaron delante los caballos alárabes para que picasen la retaguardia, y con tanto entretuviesen al enemigo hasta tanto que los capitanes cartagineses llegasen con el cuerpo del ejército.

Gneio, viendo que los suyos, por el gran miedo que les entrara, ni se movian á pelear por ruegos ni por amonestaciones, ni por su autoridad, determinó aventajarse en el lugar, y tomar un altozano que cerca se empinaba. La subida fue fácil, mas no tenian aparejo, ni materia alguna para hacer foso ni otros reparos por ser el suelo duro á manera de piedra. Hizo pues poner los bastos y el bagaje como por valladar y trinchera, reparo lijero para tan grave peligro, pero que detuvo algun tiempo al enemigo, maravillado de los romanos, cuyo esfuerzo é industria aun en tan grave trance no desfallecia. Acudieron los capitanes, y reprendida la cobardia de sus soldados, entraron por fuerza los reales. Allí los pocos rodeados de muchos, y mas vencidos del temor, fácilmente fueron destrozados. El mismo Gneio dado que en aquel trance hizo oficio de gran capitan y de valiente soldado, pereció con los demas: varon singular y que gobernó á España muchos años, y fue el primero de los romanos que con su buena traza y afabilidad ganó el favor y voluntad de los naturales.

Algunos pocos por los montes y espesuras por donde á cada cual guió el miedo ó la esperanza, fueron á parar á los reales de Publio Scipion, que por ventura sospechaban estaba salvo; pero hallaron que Tito Fonteio, su lugarteniente, quedaba en ellos con una pequeña guarnicion. Dióse esta batalla cerca del rio Segura y de un pueblo llamado Ilorcis, que hoy se entiende sea Lorquin en el reino de Murcia. Los de Tarragona tienen por averiguado que un torrejon que

está puesto enfrente de aquella ciudad, es el sepulcro de los Scipiones, donde se ven dos estátuas de marmol mal entalladas, puestas como dicen en memoria de los Scipiones. Pudo ser que pasasen allí sus cenizas, ó por ventura los naturales y los soldados para muestra del mucho amor que les tenian, dado que los cuerpos no estuviesen allí, levantaron aquella memoria cerca de la ciudad principal donde era el asiento del gobierno romano, á manera de cenotafio, que es lo mismo que sepulcro vacío, como se ven en otras partes muchas memorias semejantes.

CAPITULO XIX.

Como Lucio Marcio reprimió el atrevimiento de los cartagineses.

El desastre de los Scipiones fue ocasion de gran mudanza en las cosas, y cayera de todo punto en España el partido de los romanos, si no le sustentara el principio la osadía de Ludecio Marcio, y despues le adelantara el valor grande de Publio Cornelio Scipion, que fueron el todo para que no se perdiese el resto segun que amenazaban los grandes torbellinos que se levantaron. Falta comunmente la lealtad, y desamparan los hombres á los que ven ser de adversidad trabajados, como sucedió en esta ocasion en España: ca los castulonenses fueron los primeros que cerraron las puertas á los romanos que despues de aquel desastre se recogieron á su ciudad. Los de Illiturgo pasaron adelante, porque despues de recibidos los mataron. Con el ejemplo destas ciudades no hay duda sino que otros muchos pueblos mudaron partido: hallábanse rodeados de tantos daños en un tiempo, así los que con Tito Fonteio quedaron en guardia de los reales, como los demas que se acogieron á ellos; por esto á grandes jornadas se volvieron de la otra parte del rio Ebro. Acorrióles en este aprieto Lucio Marcio, hijo de Septimio, caballero romano, mozo de mucho valor, y que en el ejército de Gneio Scipion fuera capitan de una de las principales compañías, y tambien tribuno: juntó un grueso escuadron así de las guarniciones romanas, como de los que á él se recogieron despues de las rotas ya dichas, y con él fué á dar socorro á los demas.

La alegría que con su venida recibieron los soldados fue tan grande que, tratando de nombrar capitan general en lugar de los muertos, por voto de todos le eligieron para el tal cargo. Pudiera pretenderle el mismo Fonteio y agraviarse de los soldados; pero la borrasca reprime la ambicion, y el miedo no da lugar á los demas afectos desordenados cuando es grande, antes los enfrena. Verdad es que toda aquella alegría en breve se enturbió y trocó en mayor tristeza con el aviso que les vino, es á saber que Asdrubal pasado el rio Ebro se apresuraba para cargar sobre ellos, y que ya llegaba muy cerca y tras él Magon que por las mismas pisadas le seguia. Fue esta nueva para ellos muy triste: teníanse por perdidos, parecíales que la fortuna aun no estaba harta de la sangre romana. Con esto unos encomendaban sus deudos á sus amigos, y hacian testamentos de palabra, apropósito que, si alguno escapase, llevase á sus casas las nuevas, y avisase de su última voluntad, otros lloraban su mala suerte y triste hado, todos renegaban y se maldecian. No habia quien diese oidos á las amonestaciones de Marcio, antes como atónitos estaban suspensos, los ojos puestos en tierra, y aun los mas encerrados en sus tiendas.

En el entre tanto el enemigo llegaba á vista de los reales, y se acercaba á los reparos y al foso. Con la vista de los estandartes cartagineses, mudado el miedo en coraje, bravos como unos leones acuden los romanos todos con sus armas á la defensa y á las trincheras: rebaten los enemigos, y no contentos con esto, salen con gran rabia y furor contra ellos. El descuido de los cartagineses, y la confianza, hija de la prosperidad y á las veces causa y madre del desastre, dió la vida á los romanos: ca el atrevimiento no pensado hizo maravillar y amedrentó á los vencedores de tal suerte, que sin tardanza volvieron las espaldas. Marcio no quiso seguir el alcance por miedo de alguna celada; antes contento con haber muerto algunos en la huida y confirmado el ánimo de los suyos, dió señal de recogerse, y se volvió á sus estancias con los suyos, dado que mal enojados, y que amenazaban claramente, pues dejaba tal ocasion de vengarse, cuando Marcio quisiese ellos no le acudirian.

Los cartagineses otrosí no poco se maravillaron de ver recogerse los romanos, pero como lo echasen á temor, no hicieron caso de barrear sus estancias: este descuido convidó á Marcio para probar otra vez ventura, y con alguna encamisada dalles una mala trasnochada. Además que era forzoso aventurarse antes que Magon llegase á juntarse con Asdrubal: que juntados los dos, no les quedara á los romanos esperanza de poderse salvar. Era menester usar de presteza: avisó pues Marció á los soldados en pocas palabras de lo que pretendia hacer; con tanto mandóles que fuesen á reposar, y á la cuarta vela los sacó animados y alegres, porque de la cabeza de Marcio, cuando les razonaba, vieron resplandecer una llama, cosa que ellos tomaron á buen agüero. Estaba el campo de Asdrubal, distante de los reales de Magon, solas seis millas, que hacen como seis leguas y media, y en medio un valle de mucha arboleda, donde Marcio puso tres compañías de respeto para todo lo que sucediese, con algunos caballos. Marchaban los demás soldados sin hacer ruido y á la sorda: por esto y por estar los contrarios descuidados, sin velas, sin cuerpo de guarda, entran en los reales de Asdrubal sin alguna resistencia: la matanza que hicieron fue grande en los que estaban desarmados, descuidados y durmiendo: pocos se salvaron por los pies, muchos mas pretendieron acogerse á los otros reales que cerca estaban; pero dieron en la celada, donde fueron los dos muertos; en fin, el menosprecio del enemigo fue causa, como suele, de su perdicion.

Entrados los reales de Asdrubal, con el mismo valor y ánimo se dieron priesa para desbaratar á Magon, que no sabia nada del daño de los suyos ni de la matanza. El sol era ya salido cuando llegaron á las estancias de Magon: arremetieron denodados, y con la misma felicidad en un punto de tiempo, antes que los enemigos se pudiesen apercebir á la defensa, los entraron. Peleóse fuertemente dentro de los reparos hasta tanto que vistas en los paveses y en las espadas de los romanos las señales de la matanza pasada, los de Magon se desanimaron, y perdida toda esperanza de la victoria, se pusieron en huida. Degollaron en los dos rebates treinta y siete mil enemigos (1), prendieron casi dos mil: el botin y despojo fue muy grande. Los capitanes cartagineses escaparon á uña de caballo, que fue lo que solamente faltó para que esta victoria no se igualase con la pérdida y daño pasado. La nueva deste suceso tan alegre llegó á Roma por principios del año que se contaba de su fundacion 543 con cartas de Marcio: dondo porque sin órden del senado se llamaba teniente de pretor ó gobernador muchos se ofendieron; pero respondieron en lo que pedia en sus cartas del trigo y vestidos, que el senado

(1) Los historiadores antiguos no convienen ni en el número de muertos ni de los prisioneros. Mariana parece que sigue la de Claudio, que tradujo del griego al latin los anales Acilianos. En el campo cartagines se encontró un escudo de plata con la imágen de Asdrubal Barchino que pesaba ciento treinta y ocho libras, el cual se colgó en el Capitolio como un monumento de la victoria que Marcio habia conseguido de los cartagineses, por cuya razon se llamó escudo Marcio, y se conservó hasta la quema de aquel templo.

tendria cuidado, sin dalle título en las cartas, y ni llamalle teniente de gobernador. Con lo cual y con nombrar á Cláudio Neron para que, acabada la guerra de Capua en que estaba ocupado, pasase en España con once mil peones y mil y cien caballos de socorro; de callada reprendieron lo que de Marcio y los soldados hicieran en dalle y aceptar aquel nombre; que vicio es propio de nuestra naturaleza ser benignos en el temor, y despues de la victoria olvidarse.

Anibal sin duda por aquel suceso, y por la resolucion que tomaron los romanos, comenzó á perder la esperanza de salir con su intento: pues veia que tenian tan grande ánimo, que se determinaban de enviar ayuda en España sin embargo que llegó el enemigo tan poderoso á las puertas de su ciudad. Porque Anibal, despues que tomó á Taranto, acudió para hacer alzar el cerco que los romanos tenian sobre Cápua; y echado de allí, pasó tan adelante, que asentó sus reales á tres millas de Roma, que fue una grande resolucion. Hízose Neron á la vela en Puzol, surgió con su armada junto á Tarragona: de allí con sus gentes y las de Marcio y de Fonteio sin tardanza movió la vuelta de Andalucía en busca de Asdrubal, que en los pueblos ausetanos (1) tenia sus alojamientos á las Piedras Negras, nombre de un bosque que habia entre Illiturgo y Mentisa: entiéndese que Mentisa es Montizon ó Cazorla. Púsose Neron en las estrechuras por donde el enemigo forzosamente habia de pasar. Acudió Asdrubal á sus mañas, y con mostrar que queria concierto, gastó tanto tiempo en asentar las condiciones, que venida la noche sus soldados pudieron escapar por la fragura de aquellos montes: con que el general romano aunque tarde conoció su engaño y la astucia cartaginesa, y deseaba la batalla, cuyo trance los cartagineses hechos mas recatados huian con todo cuidado.

CAPITULO XX.

Como Publio Scipion tomó á Cartagena.

En este medio en Roma se trataba de acrecentar el ejército de España y de enviarle un nuevo general. Juntóse el pueblo para la eleccion, como era de costumbre. Los padres se hallaban en gran cuidado por no salir alguno á dar su nombre y á pretender aquel cargo á causa de ser el peligro tan grande. Pero al fin Publio Cornelio Scipion hijo de Lucio Scipion, mozo de veinte y cuatro años, salió á la demanda, y por voto de todos fue nombrado para ser procónsul de España, porque Neron no era mas que teniente de pretor, y solo hasta tanto que se proveyese otro para el gobierno. Tenia grande valor, y mayor que su edad pedia, lo cual mostró bastantemente cuando los mancebos de Roma trataban despues de la rota de Cannas de desamparar á Italia: porque con la espada desnuda amenazó en la junta de dar la muerte al que no desistiese de aquel propósito, con que del todo se trocaron y mudaron de parecer. Era tenido por hombre recto: crédito que él conservó diligentemente con la devocion que mostraba y aficion al culto de los dioses. Ca despues que tomó la toga, que era vestidura de varon, acudia muy de ordinario al templo de Júpiter que estaba en el Capitolio, y en él hacia sus rogativas y ofrecia sus sacrificios todas las veces que queria comenzar algun negocio público ó particular.

Diéronle de socorro diez mil infantes y mil caballos. Silano fué nombrado para suceder á Neron con nombre de propretor. Nombró Scipion por sus legados ó tenientes á su hermano Lucio Scipion y á Cayo Lelio, aquel de cuyos consejos se entendió procedian todas las hazañas que Scipion acabó en toda su vida; y vulgarmente se decia que Lelio componia la comedia que Scipion representaba. Con estas ayudas y con estas gentes en una armada que se juntó en Ostia, se hizo á la vela. Llegado á España al fin del año, dió gracias á los soldados por lo hecho con palabras muy corteses, en particular á Marcio hizo mucha honra como la razon lo pedia, y le tuvo siempre á su lado en su compañía. En el mismo año Marco Marcello entró en Roma con una fiesta que llamaban *ovacion*, honra que le concedieron porque ganó la ciudad de Siracusa. Llevaba delante de sí á Merico Español con una corona de oro en premio de que le entregó la ciudad y la guarnicion. A sus soldados dieron los campos de Murgancio en Sicilia, que era como dicen nuestros escritores poblacion antigua de los españoles.

El año siguiente, que se contaba de la ciudad de Roma 544, Scipion al principio de la primavera sacó sus huestes y las de sus aliados con resolucion de pasar el rio Ebro y apoderarse de Cartagena, ciudad la mas fuerte de todas las enemigas, puesta en frente de Africa, con un muy buen puerto, donde los cartagineses tenian los rehenes de España, el bagage de los soldados, las vituallas, municiones y almacen. Acometia esta empresa con tanto mayor deseo, que si salia con ella, pensaba echar á los enemigos de toda España. No era su pretension sin fundamento por tener aquella ciudad pequeña guarnicion, y los capitanes cartagineses estar con sus gentes muy lejos, es á saber, Magon cerca de Cádiz, Asdrubal hijo de Gisgon á la boca de Guadiana: el otro Asdrubal se hallaba en la Carpentania, que hoy es el reino de Toledo. Dióse el cargo de la armada romana á Lelio con órden que á pequeñas jornadas fuese en seguimiento del ejército de tierra, en que entre romanos y españoles se hallaban alistados veinte y cinco mil infantes y dos mil y quinientos caballos.

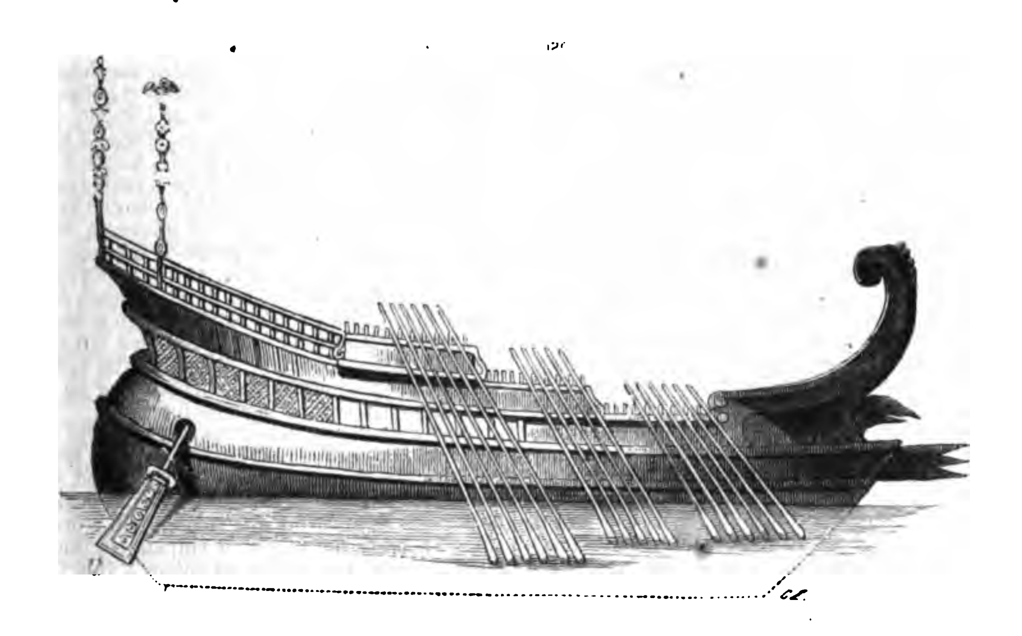
Llegó Scipion por tierra á Cartagena en siete dias, y luego el dia siguiente determinó de combatir la ciudad á un mismo tiempo por mar y por tierra. El que tenia la ciudad por los cartagineses, llamado Magon, no se descuidaba en armar los ciudadanos, repartir los soldados por todas partes, poner á punto los trabucos y ingenios, sin olvidarse de cosa alguna que se pudiese desear en un diestro capitan. Está aquella ciudad asentada en un ribazo sobre el puerto, con una isleta que tiene por frente y le hace seguro de todos los vientos. Rodéala el mar por tres partes, y la que mira al Septentrion y hácia la tierra, tiene la entrada empinada, demas que á la sazon la tenian fortificada de una buena muralla. Los soldados de Scipion pretendieron por allí escalar la ciudad; pero los españoles que estaban en aquel cuartel, con grande esfuerzo, no solo les defendieron la entrada, sino con una salida que hicieron, los forzaron á retirarse mas que de paso. Cargaron nuevas compañías que Scipion enviaba de refresco, con que los españoles fueron forzados á meterse en la ciudad. El alboroto y espanto de los de dentro por esta causa era tan grande, que en muchas partes dejaron la muralla sin defensa. Con esta buena ocasion los soldados por mar y por tierra se arrimaron como les era mandado, con sus escalas al muro. Advertidos de este peligro los cercados, acuden á la defensa con gran denuedo, y con lanzar sobre los enemigos piedras y todo género de armas ofensivas los forzaron á arredrarse sin hacer efecto.

Por la parte de Poniente estaba pegado con el muro un estero: avisaron los pescadores que cuando bajaba el mar, le podia pasar un hombre á pié. El

(1) Consta que los Ausetanos eran pueblos de la España Citerior que habitaban en el pais de Vich y Gerona: en esta situacion los ponen Cesar, Ptolomeo, Plinio, y aun el mismo Livio en el primer libro de esta guerra. Creemos que es preciso corregir la palabra ausetanos y poner en su lugar oretanos ó bastetanos; porque habia dos Mentisas: la una en los Oretanos, que hoy es Montiel, y otras mas cerca de Illiturgis en los Bastetanos. Piedras Negras estaba entre Illiturgis y estas dos Mentisas.

general romano manda que los soldados, si bien aun no habian descansado del todo, ni estaban alentados de la pelea pasada, acometan por dos partes la muralla para que estando los de la ciudad ocupados en defender la una parte, escalen la ciudad por la otra, que á causa de tener aquel estero, estaba por allí mas flaca y sin guarda. Como lo mandó, así se hizo, y sucedió puntualmente como lo tenia trazado. Entrada por aquella parte la ciudad, apoderáronse los soldados de la puerta mas cercana, y por ella dieron entrada á la demas gente. Por donde en un momento fue la ciudad puesta en poder de los romanos, y quedaron señores de todo, porque tambien Magon entregó la fortaleza por no tener esperanza ni órden de poderse en ella tener. El despojo fue muy rico, los ingenios de guerra muchos, las banderas que tomaron sesenta y cuatro, naves gruesas que se hallaban en el puerto cargados de vituallas y municiones, sesenta y tres (1), los presos hasta diez mil fuera de los esclavos, de los cuales pusieron en libertad á los ciudadanos de Cartagena; y para que el beneficio fuese mas colmado, les volvieron todos sus bienes, á propósito y con intento todo de ganar las voluntades de los naturales. Los rehenes otrosí parte entregaron á los embajadores de sus ciudades, los demas fueron entretenidos muy honradamente, y entre estos la muger de Mandonio y los hijos de su hermano Indibil. Asimismo una doncella muy hermosa, como quier que fuese entregada á Scipion y presentada por los soldados, apenas la quiso ver y hablar por quitar la ocasion y sospecha, y por tener entendido que ninguna cosa podia acarrear á su edad mayor peligro que los deleites deshonestos; antes la mandó guardar y restituir á un principal de los Celtíberos llamado Luceyo, con quien estaba desposada (2). No paró en esto, sino que le dió para aumento del dote el oro que los padres de aquella moza ofrecian para su rescate. Con esta benignidad y liberalidad de tal manera quedó prendado aquel mancebo, que dentro de pocos dias vino á servir á los romanos con mil y cuatrocientos caballos, y en ello continuó con mucho esfuerzo y lealtad.

A los soldados que entraron en la ciudad se dieron premios conforme al valor que cada uno mostrára. Y porque entre dos dellos, es á saber Sexto Digicio y Quinto Tiberilio (3) habia diferencia sobre quién



dellos merecia la corona mural, que se daba al que primero subia en el muro, por estar todo el ejército dividido sobre el caso en dos partes, sentenció que se debia á entrambos, y asi dió á cada uno la suya, de que todos quedaron muy pagados. A Lelio en particular dió una corona de oro, y treinta bueyes para que los sacrificase. Con esto, y para que llevase la nueva de que Cartagena era tomada, le envió luego á Roma en una galera de cinco remeros por barco (4), en que iba otrosí Mahon y quince senadores de Cartago la de Africa. Rehicieron despues y repararon los muros de aquella ciudad por las partes que quedaban maltratados. Todo lo cual concluido, y puesta allí una buena guarnicion de soldados, Scipion con mayor fama y reputacion que antes tenia, dió la vuelta á Tarragona al fin de aquel año para tener córtes á los naturales y ciudades de su devocion.

Lelio llegado que fue á Roma, luego que le dieron audiencia en el senado, con un grande y elegante ra-

(1) Segun críticos de nota eran 113 las naves cogidas. Acerca de la toma de Cartagena, entre los mismos escritores antiguos, unos dicen que fue á los cuatro dias de haber llegado Scipion, otros á los dos, y no falta quien asiente que el mismo dia que llegó la asaltó y la tomó, lo que no es verosímil siendo una plaza tan importante, fuerte y bien defendida.

(2) Livio le llama Alucio y dice que era príncipe de los celtíberos: se volvió á su pais admirado de la benignidad y liberalidad que Scipion habia usado con él, y para perpetuar la memoria de esta accion, la hizo grabar en un escudo de plata del peso de veinte y una libras y se lo regaló á Scipion, quien llevándolo á Roma, lo perdió en el Rhódano con parte de su equipage. En el año 1665 unos pescadores lo sacaron, y presentado al rey lo mandó poner en su gabinete. Nosotros hemos querido presentar la parte importante de esta pieza tan nombrada por los anticuarios, que es el grabado que se ve en su centro.

(3) Libio dice Trebelio.

(4) Las naves trirremes, cuadrirremes etc., se llamaban así porque tenian tres, cuatro ó mas órdenes de remos unos sobre otros. La que presentamos es trirreme, y está sacada del dibujo esculpido en la columna de Trajano.

zonamiento que hizo, declaró cuan grandes fuerzas se les juntaran con la toma de aquella ciudad, ademas desto, examinados los cautivos, se supo ser verdad lo que M. Valerio Messala desde Sicilia por sus cartas avisaba; es á saber que Masinissa tenia en Africa levantados cinco mil caballos numidas y que hacia junta de otras gentes africanas con pensamiento de volver á la guerra de España. Junto con esto, que Asdrubal Barchino estaba otra vez señalado para pasar en Italia con aquellas gentes de Africa y grandes socorros de España: nueva que en aquel pueblo causó grande espanto, y puso á todo el senado en grande cuidado, en especial que por aquellos dias en los Samnites, parte de lo que hoy llaman Abruzo, cerca de la ciudad de Herdonia, Anibal les dió una grande rota: ca el pretor Gneio Fulvio con doce tribunos (1) fueron muertos, y un grueso ejército destrozado: unos dicen que los muertos llegaran á trece mil, otros que fueron siete mil.

CAPITULO XXI.

Como Asdrubal Barchino fue vencido por Scipion

Con la toma de Cartagena el estado de las cosas se mudó en España, muchos se inclinaron al partido de los romanos: que tal es la costumbre de la gente seguir al que mas puede. Entre los demas Edesco, hombre de muy alto lugar entre los españoles, se pasó á los romanos por haberle restituido mujer y hijos que estaban entre los rehenes ya dichos. Mandonio y Indibil príncipes de los celtíberos (2) alcanzaron perdon de la falta pasada, y con tanto fueron recibidos en gracia. Tenia Asdrubal Barchino sus alojamientos cerca de Betulon (3), ciudad segun se entiende puesta en lo que es hoy Andalucía, donde están Ubeda y Baeza. Scipion, luego que el tiempo dió lugar para ello, año de la fundacion de Roma 545, movió de Tarragona en su busca, y en su compañía Lelio que era ya vuelto de Roma. Asdrubal avisado del intento de Scipion, y desconfiando asi del esfuerzo de los suyos, como de la voluntad de los españoles que tenia consigo, de noche pasó sus alolamientos á un ribazo, cuyas raices y halda por la mayor parte bañaba y rodeaba un rio, que se cree era Guadalquivir. Tenia en la cumbre dos llanos: en el mas bajo puso á los numidas ó alárabes, y á los africanos y á los mallorquines; en el mas alto se alojó el mismo general con la fuerza del ejército. Ni la aspereza de aquel sitio, ni el peligro de la subida espantó á Scipion para que no pretendiese venir á las manos con el enemigo, que atemorizado confiaba mas en la fortaleza del lugar, que en sus gentes.

La dificultad de la subida fue grande: ninguna cosa tiraban los enemigos que cayese en vano; pero luego que con grande trabajo subieron al llano y llegaron á las espadas, los enemigos volvieron las espaldas para recojerse en la parte mas alta de aquel ribazo. Era mas fragosa aquella subida, y asi fué necesario ir ladeando el monte, repartidas las gentes en dos partes, Scipion á la mano izquierda y Lelio á la derecha: subido que hobieron, acometieron por ambos lados á los enemigos, los cuales en un punto se pusieron en huida, porque ni podian bien revolver sus haces, ni tuvieron tiempo para poner los elefantes por frente. Murieron como ocho mil hombres: fueron presos diez mil infantes y dos mil de á caballo, y entre estos un mozo de poca edad llamado Massiva sobrino de Masinissa, hijo de una su hermana, que poco antes era vuelto de Africa. Dióle Scipion un caballo, vistióle ricamente, y envióle graciosamente á su tio. Asdrubal, enviado delante el dinero y los elefantes, con parte de sus gentes no paró hasta llegar cerca de los Pirineos, donde acudieron tambien Asdrudal hijo de Gisgon, y Magon. Allí tomado consejo, acordaron que Asdrubal hijo de Gisgon fuese á la Lusitania, y que Masinissa con tres mil caballos corriese las tierras de la España Citerior: con órden empero que el uno y el otro en todas maneras escusasen el trance de la batalla. Magon fue enviado á Mallorca á recojer honderos de aquellas islas. Finalmente pareció cosa forzosa que Asdrubal el Barchino pasase en Italia, así por obedecer al senado que lo mandaba como para que los soldados españoles que se inclinaban á Scipion, con llevallos tan lejos sosegasen. Esto los cartagineses.

Scipion por causa que el estío estaba muy adelante, por los bosques de Castulon parte de Sierramorena dió la vuelta á Tarragona, donde por todo el año siguiente, que fue de Roma 546, por tener quebrantadas los fuerzas cartaginesas se entretuvo ocupado en el gobierno sin acometer cosa alguna que sea digna de memoria, sino que de Italia vinieron nuevas que cerca de Taranto en cierta batalla el cónsul Marcello fué muerto por Anibal, y el otro cónsul Crispino salió mal herido, de que murió tambien adelante. Desde Cartago en lugar de Asdrubal Barchino vino Hannon enviado para que le sucediese el gobierno de España: él de camino trajo consigo á Magon que se habia detenido en Mallorca; y con él llegó á España año de la fundacion de Roma de 547. Acudió luego á hacer gente en los Celtíberos. Scipion envió contra él á Sillano con buen golpe de gente. Vino con los contrarios á la batalla, y desbarató primero á Magon, despues prendió á Hannon que desde sus reales vino en socorro de su compañero. Con la nueva de esta victoria Scipion se determinó de ir en busca de Asdrubal hijo de Gisgon, que estaba con su gente alojado cerca de Cádiz. Pero él avisado por tan graves pérdidas, antes que Scipion llegase repartió sus gentes por aquellas ciudades y guarniciones por no tener confianza en las armas ni en las fuerzas.

Supo Scipion esta determinacion: así dejó aquel viaje y se volvió atras, solo envió á Lucio su hermano, para que se apoderase de Oringe ciudad de los melessos. Plinio pone á Oringe en la Bética ácia donde hoy está Jaen. No fue esta empresa sin provecho, antes en breve fué la ciudad entrada por fuerza y puesta á saco. Todos los cartagineses y trescientos ciudadanos que fueron en cerrar las puertas á los romanos, quedaron dados por esclavos; á los demas se dió libertad con todo lo que antes tenian. Acercábase el invierno: así los soldados fueron enviados á invernar, y el mismo Lucio por mandado de su hermano se partió para Roma, y en su compañía Hannon con los demas cautivos nobles; donde llegado dió cuenta de todo lo que se habia hecho. Por el mismo tiempo vinieron de Italia avisos que Asdrubal Barchino despues que en la pasada de la Gallia y de los Alpes halló mas felicidad que pensaba, como pretendiese juntarse con Anibal su hermano, fue en la marca de Ancona á la pasada del rio Metauro en una batalla muy herida roto y desbaratado (4) por los cónsules Claudio Neron y Mar. Livio Salinator: victoria muy famosa, y que se igualó con la pérdida de Cannas asi por la muerte del general cartaginés, como por el número de los enemigos que perecieron, que

(1) No era pretor sino procónsul, segun Tito Livio.

(2) No eran, segun Livio y Polibio, sino regulos de los ilergetes y de los lacetanos, pueblos que no estaban comprendidos en la Celtiberia.

(3) Para conocer la situacion de los pueblos antiguos, remitiremos al lector al vocabulario que ponemos al fin, por no interrumpir á cada momento con notas la lectura.

(4) Los españoles y los romanos, peleando con una obstinacion invencible, tuvieron por mucho tiempo indecisa la victoria. El campo estaba ya cubierto de muertos, se habia cesado de pelear por todas partes; y los españoles hacian aun los mayores esfuerzos para arrancar la victoria á los romanos, hasta que rodeados por todas partes, y abandonados de los gallos, fueron hechos pedazos con su general.

llegaron á cincuenta y seis mil hombres, y fue causa al pueblo romano de una alegria estraordinaria, por considerar que en el trance de aquella batalla se echó el resto y se aventuró todo el imperio romano.

CAPITULO XXII.

Como echaron á los cartagineses de España.

El año siguiente, que se contó 548 de la fundacion de Roma, el otro Asdrubal con toda la diligencia posible formó un ejército, compuesto de las gentes que antes tenia, y de nuevas compañías que de españoles levantaron. Con todas estas gentes que llegaban á cincuenta mil infantes y cuatro mil y quinientos caballos, asentó sus reales en la Bética ó Andalucía cerca de la ciudad de Silpia. Persuadíase que Scipion no se le podria igualar en número de gente; mas á la verdad no vencen los muchos sino los valientes. Y el general romano, avisado de lo que pasaba, tomó de un señor de Andalucía llamado Colca, que era de su parcialidad, tres mil peones y quinientos caballos. Temia juntar mayor número de españoles por lo que sucediera á su padre y á su tio: aviso para que de tal manera estribase en los socorros estraños, que se asegurase mas de sus propias fuerzas. Con este socorro y con las legiones romanas partió en busca del enemigo. Trabaron por algunos dias escaramuzas: despues los unos y los otros ordenaron sus haces para dar la batalla, pero sin efecto alguno por no haber quien la comenzase. Estaba entre las dos huestes un valle aunque fácil de pasar, mas cada parte esperaba que los contrarios se adelantasen á subille con intento de pelear con mas ventaja. Mas como quier que ni los unos ni los otros se atreviesen, á puesta de sol se retiraron á sus reales, primero los cartagineses despues los romanos.

Con este órden y traza se pasaron algunos dias hasta tanto que Scipion se aventuró un dia muy de mañana de acometer, como lo hizo, las estancias de los enemigos. Asdrubal alterado con aquel rebate tan fuera de lo que pensaba, echó delante la caballería para que hiriesen en los caballos contrarios que fueron los primeros á acometer los reales, y él salió con las demas gentes á la batalla. Los caballos se trabaron de tal suerte, que por largo espacio la pelea fue muy dudosa. Scipion recogió los suyos en el cuerpo de la batalla, y estendió y adelantó los dos cuernos, donde puso las legiones romanas. Con esto, antes que los escuadrones de en medio se juntasen, hizo volver las espaldas á los dos cuernos contrarios por estar compuestos de mallorquines y de soldados nuevos de España, gente de poco valor y destreza, y tambien porque salieron á la pelea en ayunas; la cual los romanos que venian bien comidos, de propósito entretuvieron hasta muy tarde. Con tanto quedó el campo por los romanos; y dado que siguieron al alcance, no pudieron luego entrar los reales contrarios á causa de una lluvia que de repente sobrevino, adonde los vencidos se retiraron primero en ordenanza, y despues huyendo cuanto mas podian.

Asdrubal, atemorizado de lo que pasó, y poco confiado de sus aliados, por sospecha que lo que algunos hicieron, todos no se le pasaran á los romanos, la noche siguiente movió á sordas con su campo con intento de volver atras á las mayores jornadas que pudiese. Scipion luego á la mañana avisado de lo que pasaba, que los enemigos huian, despachó la caballería para que picasen en los postreros, y por este medio detuviesen al enemigo hasta tanto que llegadas las legiones, todo lo pusieron en confusion y rota. Grande fue la matanza de este dia, pues de un campo tan grande apenas se escaparon y se salvaron siete mil hombres con su general, que se subieron en un serrejon muy agro, sitio por su naturaleza muy fuerte: donde, partidos Asdrubal secretamente á Cádiz, y Scipion con parte de su gente á Tarragona, Syllano los tuvo cercados. Quedó allí entre los demas cartagineses Masinissa, el cual, viendo las cosas de Cartago puestas en estremo peligro y caidas casi del todo, acordó de moverse al movimiento de la fortuna y bailar al son que ella le hacia. Habló secretamente con Syllano, y con él trató de pasarse á los romanos, sin que, á lo que parece, sucediese en aquel cerco alguna otra cosa de mayor importancia. Hízose esta guerra al principio del verano, con que se acabó en España el señorío de los cartagineses, y pasó al poder y jurisdiccion de los romanos, que fue el año décimo cuarto (1) despues que Aníbal sujetó á los saguntinos, y el quinto despues que á Scipion se encargó el gobierno y la guerra de España.

CAPITULO XXIII.

De otras cosas que Scipion hizo en España.

Concluida en gran parte la guerra larga y dudosa de España, Scipion comenzó á revolver en su pensamiento de apoderarse de Africa y de la misma ciudad de Cartago. Para poner en esto la mano concertóse primero con Masinissa: recibióle en su gracia, y con tanto le envió á Africa á negociar sus naturales, y apartarlos de la amistad de Cartago. Por otra parte trató de concertarse de nuevo con Sifaz rey de los masessulos, y hacelle amigo del pueblo romano. Para concluir esto despachó á Lelio por su embajador, y le hizo pasar en Africa. Respondió el bárbaro á esta demanda que él no vendria en ningun concierto, si el mismo general romano no se hallaba presente. Scipion, avisado de esta respuesta, pasó en Africa, y llegó á Siga, que era el asiento y residencia de aquellos reyes, y hoy se entiende que es Aresgol, por causa que Plinio testifica que Siga estaba enfrente de Málaga. Acudió á la misma ciudad y en la misma sazon Asdrubal para prevenir aquel rey y desbaratar aquellas prácticas: gran gloria de aquel bárbaro, que dos poderosísimos pueblos y dos escelentísimos capitanes pretendiesen á un tiempo grangear á cualquier precio su amistad. Tanto mas que los dos cenaron á una mesa, y lo que es mayor maravilla, reposaron en un mismo lecho, á propósito cada cual de condescender con la voluntad del rey que así lo quiso, y por este camino grangearle.

Quiso él interponerse para que se asentasen paces entre aquellas ciudades: Scipion se escusó con que sin comision del senado romano no se podia tratar aquel punto, y mucho menos tomar resolucion en negocio tan grave. Y sin embargo concluido á lo que era venido, que era atraer aquel rey á la amistad romana, dió la vuelta Scipion á España, donde Illiturgo y Castulon en breve vinieron á su poder (2): ciudades que mas por miedo de lo que merecian por su deslealtad, que de voluntad se mantenian en la amistad de los cartagineses. Illiturgo fue destruida: á

(1) Segun Livio fue doce años despues que se empezó la guerra, y cinco de que Scipion tomase el mando del ejército y de la provincia.

(2) Castulon fue pronto, si, á su poder por una traicion pero los de Illiturgo pelearon antes con tanto ardor que, segun el historiador romano Livio, « el ejército domador de toda la España fue muchas veces rechazado por los jóvenes de una sola ciudad, y tembló con poco honor combatiendo al pie de sus muros. » Por esta resistencia desesperada; por su deslealtad y por la inhumanidad con que habia degollado á los romanos que se habian refugiado en ella despues de su derrota, Scipion al apoderarse de ella, hizo degollar bárbaramente á todos los que encontraron, hasta los niños de pecho; y despues pusieron fuego á los edificios para que la llama lo acabase de devorar todo, y no quedase rastro de una ciudad para ellos tan execrable.

Castulon perdonó, que era menor su culpa, y por entregarse de voluntad amansó la saña de los vencedores. Despues desto dió á Marcio órden de sujetar otras algunas ciudades, y él determinó de celebrar en Cartagena las exequias de su padre y de su tio. Plinio dice que la hoguera donde fueron quemados los huesos de los Scipiones estaba en Ilorci (quién dice que hoy Ilorci es Lorquin, quién que Lorca) de la cual hoguera dice huye el rio Tader, que es el rio de Segura. Lo cierto, que en aquellas exequias hobo juegos de diversas maneras, y en particular de gladiatores ó esgremidores, que de su voluntad se ofrecieron á la pelea: entre los demas hicieron campo dos primos hermanos, llamado el uno Corbis y el otro Orsua por cierta diferencia que tenian sobre el señorío de la ciudad llamada Iba. Valerio Máximo dice que eran hermanos: concuerdan que Orsua el menor de los dos pagó con la vida su obstinacion, con tanto menor compasion, que confiado en sus fuerzas nunca se dejó persuadir que su negocio se determinase por tela de juicio y no por las armas.

En este medio muchas ciudades se entregaban á Marcio: solo Astapa, porque muchas veces con correrías maltratara á los aliados de los romanos, perdida la esperanza de perdon, sufrió por largo tiempo con grande obstinacion el cerco. Muchos murieron de aquella ciudad en diversos encuentros, muchos en una batalla que se dió, sin que por estos daños aflojasen en su propósito. Antes conocida su perdicion y resueltos de morir antes que rendirse, acordaron de degollar mujeres y niños, y quemar sus preseas y ropa públicamente en la plaza. Esto hecho, con sus espadas se quitaron las vidas: obstinacion digamos ó constancia no menor que la de los saguntinos, pero escurecida y casi puesta en olvido á causa de no ser aquella ciudad tan principal y famosa como Sagunto: tanto importa la nobleza del que hace alguna gran hazaña. Las ruinas desta ciudad se ven á la ribera del rio Jenil no lejos de Ecija y de Antequera: de Astapa se cree haberse fundado Estepa, pueblo conforme en el apellido, y distante de aquellas ruinas dos leguas solamente.

Concluidas estas cosas, Lelio y Marcio fueron á Cádiz con esperanza de apoderarse por inteligencia y trato de ciertos foragidos, de aquella isla y echar della á los cartagineses. Engañóles su pensamiento, ca sus trazas y inteligencias fueron descubiertas: con que Magon á cuyo cargo estaba la isla, las desbarató fácilmente. Además que Scipion adoleció de una enfermedad muy grave y muy fuera de sazon, cuya fama (como acontece) con el decir de las gentes se aumentó de suerte, que muchos tomaban ocasion de pensar en novedades, en particular Mandonio y Indibil al descubierto mudaron de partido. Dolíanse que les habia engañado su esperanza, ca, echando los cartagineses, se prometian el señorío y reino de España: que tal es la comun condicion ó falta de los hombres de creer fácilmente lo que desean. Demas desto ocho mil romanos que alojaban por las comarcas que baña el rio Júcar con sus aguas, pidieron fuera de tiempo sus pagas, y porque no les acudieron se amotinaron.

Era grande la alteracion de las cosas: en la cual ocasion confiado Magon que se podria mejorar el partido de Cartago, por cartas que escribió á aquel senado, pedia le enviasen muchas gentes de socorro; pero todos aquellos intentos y práticas salieron vanas con la mejoría de Scipion: con que todo aquel alboroto y motin se apagó en breve, y se quitó la ocasion de mayores alteraciones. Los soldados amotinados con intencion que les dieron que alcanzarian perdon y les darian sus pagas, vinieron á Cartagena, donde todos fueron por Scipion asperamente reprehendidos, y castigadas solamente las cabezas del motin como causas principales de aquella alteracion. Mandonio y Indibil en los ilergetes, do andaban alborotados, en una batalla que duró dos dias, quedaron vencidos y despojados de sus reales; y sin embargo de lo cometido con rendirse á la voluntad del vencedor alcanzaron perdon y paz; solo fueron castigados en dineros con que pagar á los soldados. Masinissa era vuelto de Africa á Cádiz con buen golpe de caballos numidas en socorro de los suyos; que aun no se declaraban por los romanos, ni se entendia su voluntad. Scipion enviado que hobo delante á Marcio con parte de su gente, se determinó ir el mismo en persona; cuya venida y llegada, luego que Masinissa la supo, con voz de correr los campos comarcanos pasó á tierra firme, donde procuró tener habla secreta con Scipion. Resultó destas vistas que puso con él aquella amistad que conservó toda la vida, y aun fue de gran momento para derribar el poder de Cartago: á él acarreó gran gloria y no menores riquezas.

Magon, perdida la esperanza de las cosas de España, por órden del senado se partió para Cartago en sus naves, en que embarcó todo el oro y la plata así del público, como de particulares (1). De camino acometió á los mallorquines porque se pasaran á los romanos. Apoderóse sin dificultad de Menorca: dende envió á Cartago dos mil honderos, y él por estar el otoño adelane se quedó allí á invernar; y por no estar ocioso fundó en aquella isla una ciudad de su nombre, como sospechan algunos: otros dicen fue mas antigua, como queda apuntado en otro lugar, que no es maravilla vamos á tiento en cosas tan antiguas. Lo que se averigua es que Cádiz se entregó á Scipion, y que por este tiempo cerca de Sevilla fundó á Itálica, municipio romano, en un lugar que antes se llamaba Sancios, patria que fue de tres emperadores, Trajano, Adriano y del gran Teodosio. Con esto el quinto año despues que vino á España, dió la vuelta á Roma en una armada de diez naves. Juntóse el senado fuera de la ciudad en el templo de la diosa Bellona. Allí relató por menudo todo lo que en España quedaba hecho (2) con grande alegría de los padres y del pueblo, que consideraban (como era la verdad) el gran riesgo de que escaparon, cuanto su partido quedaba adelantado y mejorado con tener sujeta á España. Y sin embargo no se le dió el triunfo, porque hasta entonces ningun procónsul, por grandes cosas que hiciese, le habia alcanzdo.

CAPITULO XXIV.

Como Scipion venció á Cartago en Africa.

En la primera eleccion que despues desto se hizo en Roma salieron por cónsules el mismo Publio Cornelio Scipion y P. Licinio Crasso, que era pontífice Maximo. Dióse el cuidado de Scilia á Scipion con voluntad de su compañero, y junto con esto á su instancia le concedieron que, si juzgase ser así conveniente pudiese pasar con sus huestes en Africa; sin embargo que Q. Fabio Máximo hizo gran resistencia, y con un largo razonamiento pretendió probar ser aquella empresa temeraria. Corría el año de la ciudad de Roma quinien-

(1) Retirándose, se acercó á Cartagena para ver si podria sorprenderla; pero los romanos salieron y hicieron en ellos una horrible matanza. Magon volvió á Cádiz de la cual fue despedido, obligándole á pasar al puerto de Cymbis que estaba á poca distancia. Desde allí llamó á los primeros magistrados de Cádiz, y luego que los tuvo en su poder los hizo azotar y poner en cruz. Despues pasó á la isla de Pithyusa donde fue muy bien recibido, proveyéndole de víveres, armas y hombres. No así en la mayor de las Baleares, donde pretendia invernar, pues los mallorquines le saludaron con una lluvia de piedras que, mal de su grado, le obligaron á retirarse á Mahon.

(2) Consta de Livio que Scipion al entrar en la ciudad, llevaba delante de sí la plata cogida en España para ponerla en el tesoro público, que consistia en catorce mil trescientas cuarenta y dos libras de plata en barras, y una gran cantidad en moneda.

tos y cuarenta y nueve, en el cual Magon partido de Menorca, donde invernó, destruyó en la Liguria la noble ciudad de Génova. Por otra parte Lelio desde Sicilia por mandado de Scipion pasó á Africa para correr los campos de Cartago, ponellos á fuego y á sangre, matar y robar todo lo que hallase. En España Mandonio y Indibil volvieron á sus mañas; y con intento de recobrar la libertad, ó fuese por ambicion de hacerse reyes, se levantaron. Hízose la guerra al principio no solo en los ilergetes, donde ellos tenian el principado, sino tambien en los ausetanos, que estaban donde ahora la ciudad de Vique; y en otros lugares comarcanos se encendió tambien la llama, que pasó en breve á los sedetanos como dice Livio; yo mas quisiera que dijera ceretanos los cuales adelante de los ilergetes y de los ausetones se estendian hasta los Pirineos (1).

Eran los que habian tomado las armas en número treinta mil peones y cuatro mil de á caballo. Saliéronles al encuentro Lucio Lentulo y Lucio Manlio Acidino procónsules, á los cuales como á sus sucesores Scipion entregó la provincia. Dióse la batalla, murieron hasta trece mil hombres de los levantados: los demas se metieron y escaparon por los bosques y espesuras que cerca caian. Indibil murió en la pelea: á Mandonio entregaron sus mismos soldados para con su muerte alcanzar ellos perdon, principalmente que los procónsules romanos hicieron publicar que no se harian las paces, si no les entregaban en su poder los movedores de aquel alboroto. El año siguiente, que fue de Roma quinientos y cincuenta, pasaron los Españoles en reposo por hallarse cansados y gastados con guerras de tantos años. Para la ciudad de Cartago fue año muy aciago, ca Scipion con una poderosa armada y un grueso ejército, pasó en Africa, y en su compañia por su qüestor Marco Caton, llamado el Censorino. Entonces Massinisa sin dilacion y al descubierto se pasó á los romanos con un grande escuadron de numidas, y desamparó á los cartagineses con tanto mayor coraje, que el rey Sifaz estaba declarado por ellos por haberle concedido lo que tanto deseaba, y por tanto tiempo pretendió, que era casarse con Sofonisba. La guerra al principio fue dudosa. Hannon hijo de Amilcar fue vencido por los romanos y muerto en una batalla. Por el contrario Asdrubal y Sifaz forzaron á Scipion á alzar el cerco que tenia sobre Utica, sin que aquel año se hiciese alguna otra cosa de momento.

Al principio del año siguiente, en que fueron cónsules Gneio Servilio Cepion y Gneio Servilio Gemino, Scipion con nuevos socorros que le vinieron de Italia hecho mas fuerte, salió en busca de Asdrubal y de Sifaz, á los cuales venció en algunos encuentros que con ellos tuvo, y despojó de sus reales por dos veces. En estas peleas perecieron cuarenta mil hombres del ejército cartagines, y en este número cuatro mil celtiberos que traia Sifaz á su sueldo. Con esto el reino de los masessulos, que caia en las Mauritanias ó cerca dellas, y dél Sifaz se apoderara por fuerza, volvió á poder de Masinissa.

No paró en esto la desgracia, antes el mismo Sifaz en el reino de sus padres y abuelos, do se habia retirado y hacia gente con intento de volver á la guerra, fue en una batalla que Lelio y Masinissa le dieron, de nuevo vencido y preso. En la ciudad principal y silla de aquel reino, que despues desta victoria vino tambien en poder de los romanos, hallaron á Sofonisba. Masinissa sin dilacion y sin otras ceremonias se casó y celebró con ella su matrimonio, como sean los Moros muy desordenados en la lujuria. Reprehendióle Scipion por esta razon con palabras muy graves, que fue ocasion para que el mismo Masinissa la hiciese morir con yerbas: así suelen los hombres enmendar un hierro con otro mayor.

(1) Todas las ediciones de Livio dicen sedetanos, y ellos pudieron ser muy bien por estar bastante cercanos á los ilergetes, de quienes era gefe Indibil que solo Scipion tributaba admiracion y respetos de todos los romanos.

Los cartagineses viéndose en esta estrechura, acordaron de llamar á Anibal para que dejada Italia, acudiese á la defensa de su patria. Porque Magon que con su armada venia la vuelta de Cartago, tenian aviso que muriera en Cerdeña de una herida vieja que le dieron en los Insubres, que era una provincia de Italia donde hoy está Milan. Con la venida de Anibal se movieron tratos de paz, porque las cosas de Cartago iban muy de caida. Habláronse los dos generales, y como quier que no se concertasen, volvieron de nuevo á las armas y á la guerra. Los cartagineses fueron vencidos en batalla, y el mismo Anibal forzado á desamparar á Africa, y por salvar la vida huirse ácia Levante á tierras muy lejos y apartadas. Despues desta victoria, y de la huida de Anibal, ó antes, se hicieron las paces con Cartago con estas condiciones: que Cartago se gobernase por sus leyes: los aledaños de su señorío y jurisdiccion fuesen los mismos que antes de la guerra: que entregasen asi los traidores fugitivos, como los que tenian cautivos: no tuviesen naves con espolon fuera de galeras, ni elefantes domados: pagasen diez mil talentos de plata en cincuenta pagas. Para seguridad y firmeza de todo esto se obligaron á dar cincuenta rehenes escogidos á voluntad de Scipion, es á saber de los principales de la ciudad.

Graves condiciones eran estas, pero forzoso que las aceptasen, por estar apretados á un mismo tiempo con tantos desastres. Ademas que ciertos cartagineses presos por los saguntinos fueron llevados á Roma con el oro y la plata que traian para mover á los españoles á que se levantasen. El senado alabó la lealtad de los sagunatinos: en premio les volvieron el dinero que tomaron á los cartagineses, y solo detuvieron los cautivos. Todo esto sucedió el año que se contaba quinientos y cincuenta y dos de la fundacion de Roma. Este año pasado, y venido el siguiente, Cornelio Scipion de Africa volvió á Roma con renombre del mas famoso capitan que se conociese en el mundo. Otorgáronle que triunfase de Cartago. Eran á la sazon cónsules, Gneio Cornelio Lentulo y P. Elio Peto. El triunfo fue en todo de los mas señalados del mundo: solo faltó el rey Sifaz para ennoblecelle mas para llevar en la pompa encadenado un rey tan poderoso, ca falleció cerca de Roma. Dieron á Scipion sobrenombre de Africano, gloria debida á sus trabajos y hazañas. Por esta manera se puso fin á la segunda guerra púnica ó cartaginesa el año diez y siete despues que se comenzó, la mas grave y mas peligrosa que jamas hizo ni padeció Roma: tanto fue mayor el alegria de verla acabada por el valor y esfuerzo de Scipion.

CAPITULO XXV.

Como M. Porcio Caton, siendo cónsul, vino á España.

Dicho se há como en lugar de Scipion vinieron á España dos procónsules. Destos L. Cornelio Lentulo el año sesto despues de su llegada volvió á Roma para pretender el triunfo por haber sujetado á los españoles alborotados. Sucedió en su lugar C. Cornelio Cetego, el cual vino á España por compañero y con igual poder de L. Manlio Acidino el año quinientos y cincuenta y cuatro de la fundacion de Roma. En el cual tiempo los españoles, congojados del estado y términos á que estaban reducidos, cayeron aunque tarde en la cuenta que las guerras que los romanos emprendieran no se encaminaban á restituillos en su libertad, sino á ensanchar su señorío y á su provecho. Conjuráronse pues entre sí, y tomaron las armas en los pueblos ceretanos (2). Reprimió Cetego con presteza es-

(2) Segun Livio fue en el pais de los sedetanos donde en pocos dias se juntaron treinta mil infantes y cerca de cuatro mil caballos.

tos movimientos con una batalla en que mató quince mil de aquella gente. El año siguiente en lugar de Cetego y Acidinio fueron enviados al gobierno de España Cornelio Lentulo y L. Stertinio. En este año, y en el que se siguió luego despues dél, ninguna cosa sucedió en España que de contar sea, sino que por mandado del senado de un gobierno de España se hicieron dos gobiernos (1): que fueron el de la España Ulterior, en que se comprehendian la Bética y la Lusitania, que hoy son Andalucia y Portugal; y el de la Citerior, que abrazaba las demas partes de España. Mudáronse diversas veces y por diversas ocasiones los términos destas prefecturas ó gobiernos: cosa que es ocasion de dificultad para entender las antigüedades de España. Por el mismo tiempo se hacia en la Grecia la guerra contra Filipo rey de Macedonia, y M. Porcio Caton gobernaba por los romanos la isla de Cerdeña.

El año adelante de la fundacion de Roma quinientos y cincuenta y siete, sorteadas como era de costumbre las provincias en Roma, á Gneio Sempronio Tuditano cupo el gobierno de la España Citerior, y el de la Ulterior á M. Helvio. Contra estos gobernadores se levantaron los españoles en diversas partes. Los principales caudillos de los alborotados fueron Colca y Luscinon: la ocasion fue que se dió licencia á los soldados viejos para dejar la milicia, por donde parecia que no quedaban á los romanos fuerzas bastantes para resistir. Acudió Tuditano para apagar este fuego: atrevióse á pelear con una parte de los levantados; pero fuéle mal ca recibió grande rota, su gente fue destrozada y él mismo herido, y muerto despues de las heridas, que, con la pena que recibió de la pérdida se le enconaron. Esta pérdida, luego que se supo en Roma, puso en grande cuidado al senado. Temian no se levantase guerra en España mas grave y dificultosa que nunca, por estar los naturales no divididos como antes por los romanos, y contra ellos, ni pugnar solamente por echar de su tierra los cartagineses, sino toda la nacion unida con intento de recobrar la antigua gloria de las armas y la libertad que solian tener. Enviaron pues el año de Roma quinientos y cincuenta y ocho á la España Ulterior á Q. Fabio Buteon, á lo demas á Q. Minucio Termo. Estos dos partieron de España pasado el año de su gobierno sin hacer cosa que de contar sea, salvo que doce mil hombres españoles fueron cerca de la ciudad de Turba pasados á cuchillo por el gobernador Termo.

Con todo esto el cuidado que el senado tenia y el recelo no aflojaba: por esto se dió órden que los cónsules del año adelante, que fueron Lucio Valerio Flaco y M. Porcio Caton, sorteasen sobre cuál dellos iria á la España Citerior: cosa hasta entonces no usada, que cónsul viniese á España. Echadas las suertes, cupo á Caton lo de España, para donde se partió el año de quinientos y cincuenta y nueve con dos legiones de socorro y veinte y cinco galeras; y sin embargo se ordenó que con nombre de pretores gobernasen la España Citerior Publio Manlio, y la Ulterior Appio Claudio Neron. Hizose Caton á la vela en el puerto de la Luna, que hoy es Lerice ó Porto Venere, y pasado el golfo de Leon, llegó á vista de España. Surgió con su armada junto á Roses, de donde echó la guarnicion de españoles que allí tenian. Desde allí pasó á Ampurias. La parte de aquella ciudad que moraban los griegos venidos de Focea, y á ejemplo de Marsella se mantenian en la devocion de los romanos, le recibió muy alegremente. Estaba aquella ciudad dividida en dos partes con un muro tirado, y que pasaba por medio de entrambas. La parte que caia ácia el mar, que era mas angosta y apenas tenia en circuito cuatrocientos pasos, moraban los griegos como arriba queda dicho. En la parte mas ancha y que de ruedo tenia tres millas, moraban los españoles. El muro con que dividian, tenia una sola puerta para pasar de los unos á los otros, con bastante guarda puesta entre dia: de noche no menos que la tercera parte de los griegos hacian la centinela, á las cuales solamente era licito aquel dia salir á negociar á la marina. Con este cuidado y con esta vigilancia, dado que estos griegos eran tan pocos, se mantuvieron en libertad hasta la venida de Caton. Los españoles aborrecian el imperio de los romanos, y pretendian hacerles rostro confiados en su muchedumbre y en el socorro que tenian cerca.

Caton, luego que asentó sus reales cerca de aquella ciudad, despidió los obligados á proveer de mantenimientos, y envió las naves á Marsella: los obligados porque pretendian que los soldados se sustentasen de lo que robasen por estar ya las mieses sazonadas; la armada, para que los soldados, perdida la esperanza de volver á sus casas sino fuesen vencedores, hiciesen mejor el deber; resolucion notable, muestra de pecho asaz confiado, ejemplo imitado de algunos (aunque pocos) caudillos animosos y grandes. Por el mismo tiempo Helvio desde la España Ulterior vino á verse con el cónsul, y de camino se apoderó de Illiturgo, que de nuevo se habia rebelado; y dió la muerte á gran número de celtíberos que le salieron al encuentro. Lo uno y lo otro hizo con solos los soldados que para su guarda y seguridad Neron su sucesor le dió. Demas desto Belistages, hombre principal entre los ilergetes, envió sus embajadores al cónsul para pedirle socorro contra los españoles que andaban alborotados. Decia, que apenas talados los campos, se podian defender dentro de las murallas: que si no los favorecia con presteza, todos perecerian no por otra culpa, sino por mantenerse lealmente en la devocion de los romanos: que cinco mil soldados de socorro serian bastantes para librarlos de aquel peligro.

A esto respondió Caton que deseaba ayudar á los confederados del pueblo romano, y sentia mucho les quitase el enemigo lo que trajeron á su amistad; pero que el pequeño número de soldados le detenia para que no les acudiese luego: que temia; si dividia sus fuerzas, no quedaria igual á las de los enemigos, ca tenia aviso que un gran número se apresuraban, y que llegaban ya cerca para dar socorro á los de Ampurias, sobre los cuales él tenia puesto cerco: el premio de su lealtad era justo le esperasen acabada la guerra: que les rogaba se sufriesen por un poco de tiempo, y los agravios de los enemigos ó los impidiesen ó los disimulasen, pues ganada la victoria se podrian recompensar con mayor ganancia. Los embajadores, oida aquella respuesta, hacen mayor instancia: echados á los pies del cónsul piden con lágrimas no desampare en aquel trance á sus amigos y confederados. Entonces Caton dudoso de lo que debia hacer, y entendiendo que muchas veces en las guerras tiene mas fuerza la maña que la verdad, usó de tal astucia: el dia siguiente prometió á los embajadores el socorro que pedian, y para muestra que lo queria poner en ejecucion, hizo luego embarcar la tercera parte de sus soldados y á los embajadores mandó fuesen delante y animasen á los suyos con la nueva del socorro que les enviaba; pero luego que partieron los embajadores, hizo desembarcar los soldados á causa que el ejército de los españoles llegaba ya á vista de la ciudad, y el cónsul pretendia darles la batalla lo mas presto que pudiese. Con este intento á la tercera muda ó vigilia de la noche sacó todas sus gentes de sus reales, y pasado que las hubo á sordas de la otra parte de donde los enemigos tenian sus reales, mandó que entre dos luces tres compañías llamadas cohortes se arrimasen á

(1) Se ignora el año y los límites de esta division, que segun dice Livio en el libro 32, el senado en el consulado de Gneio Cornelio y Q. Minucio mandó á los procónsules Tuditano y Helvio hiciesen fijando los términos de sus jurisdicciones.

las trincheras de los contrarios y las combatiesen.

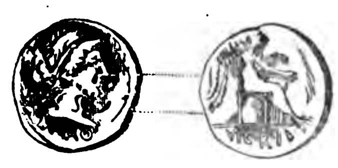
Los bárbaros, dado que alterados de cosa tan repentina, y maravillados que los romanos se mostrasen por las espaldas á quien el dia antes habian tenido por frente, mas porque el enemigo los acometia y desafiaba á la pelea, sin órden y sin concierto con el furor que la saña les daba, salen por todas las puertas, y de tropel siguen á los romanos que se retiraban segun les era mandado. Fue la carga que los españoles les dieron tan grande, que sin embargo del poco órden que llevaban, rompieron la caballería romana y la pusieron en huida. Alteróse otrosí la gente de á pie; pero como luego volviesen á ponerse en órden, y se mejorasen de lugar, rompieron el ímpetu y furia de los enemigos. La pelea fue por algun espacio dudosa hasta tanto que ciertas compañías sobresalientes de una legion que tenian de respeto, entraron de refresco: con esto el enemigo que á mano izquierda y en el cuerpo de la batalla llevaba lo peor, comenzó á ciar, y despues puesto en huida se retiró á sus estancias. En la pelea y en el alcance dicen fueron muertos cuarenta mil españoles (1).

La noche siguiente, despues que los soldados romanos reposaron algun tanto, salieron á correr los campos y heredades de Ampuria: daño que movió á los ciudadanos, principalmente por no tener esperanza, de poderse defender, á rendirse aparejados á hacer lo que el vencedor les mandase, y ayudalle con todas sus fuerzas. Recibiólos Caton y tratólos con mucha humanidad, tanto que á la guarnicion de los soldados comarcanos que allí halló, dejó ir libremente sin algun castigo ni rescate.

Con esta victoria como quedase apaciguado todo lo que hay de España desde allí hasta el rio Ebro, el cónsul se partió para Tarragona. De cuya ausencia tomaron los bergistanos ocasion de levantarse, pero con la misma presteza fueron apaciguados. Tornaron segunda vez á alborotarse: sujetáronlos de nuevo, y vendiéronlos á todos por esclavos: hecho cruel, mas necesario castigo para que los demas quedasen avisados de no alborotarse tantas veces. El asiento de los bergistanos, quién le pone donde esta la ciudad de Tiruel, quién sospecha estaba cerca de la ciudad de Huesca, do al presente hay un pueblo llamado Bergua.

Pretendia Caton pasar con su campo á los turdetanos, pueblos (como se ha dicho) de la Bética ó Andalucía, de quien tenia aviso que despues que fueran vencidos por el pretor Manlio con sus gentes y las de Neron, llamaban en su ayuda á los celtíberos para volver á la guerra y á las armas. Antes que partiese, por tener seguras las espaldas se determinó de quitar las armas á todos los pueblos que caian antes de pasar el rio Ebro: notable resolucion, á própósito de sosegar aquella gente, pero que las alteró de tal manera, que algunos tomaron la muerte por sus manos por no verse despojados de lo que tenian mas caro que las mismas vidas. Por esta causa el cónsul, mudado de parecer, despachó embajadores á todas partes con órden que en un mismo dia las murallas de todas aquellas ciudades fuesen abatidas por tierra. Hízose así: y juntamente llegó aviso que el pretor Manlio con no menor presteza apaciguara las alteraciones de los turdetanos. Por donde dejada aquella empresa, el cónsul Caton entró por la tierra adentro, y pasado el rio Ebro, no paró hasta Segoncia, que hoy es Sigüenza, en que por la fortaleza de aquella plaza los celtíberos tenian recojidas sus riquezas (2).

Era grande el despojo: la dificultad de apoderarse de aquella ciudad tanta, que perdida la esperanza de salir con ello, pasó á Numancia, como se entiende de Aulio Gellio. No se hizo cosa de mayor momento por aquellas partes. Acia los Pirineos se le rindieron los ceretanos, los ausetanos y los suessetanos. Sujetó asimismo los lacetanos, que por caer algo mas lejos andaban alterados. Por esta manera apaciguada España, y aumentadas las rentas de Roma por causa de las minas de oro y de plata que hizo beneficiar con mas cuidado que antes, y por venir nuevos pretores de Roma para el gobierno de España, Caton dió la vuelta y fué á Roma. Allí fue recibido con un solemne triunfo, en que llevaba (3) de plata acuñada y en barras ciento y cuarenta y ocho mil libras, y del oro que llamaban oscense, quinientas y cuarenta. Hizo á sus soldados un donativo, en que á cada hombre de á pie dieron siete asses, y al de á caballo tres tanto. Despues desto por toda la vida tomó y tuvo á España debajo de su proteccion y amparó, y la defendió de todo agravio: que propio es de grandes varones, cual fue Caton, vengar las injurias con buenas obras, y pasada la contienda usar de benignidad para con los caidos. En Roma, por voto que hizo en Ampurias, dedicó dos años adelante una capilla con advocacion de Victoria vírgen, como se lee en Livio y lo refiere Victor en un librito de las legiones de la ciudad de Roma. Las monedas, que se hallan muchas en España acuñadas con el nombre de Caton, tienen grabadas estas palabras VICTORIÆ VIC-



TRICI (4), á la victoria vencedora; por donde se sospecha que la letra en aquellos dos autores está errada.

CAPITULO XXVI.

De diferentes pretores que vinieron á España.

MUCHOS pretores despues desto vinieron de Roma al gobierno de España, cuyos nombres pondremos aquí sin señalar con mucho cuidado los tiempos, ni de todo punto dejarlos (5). Los primeros en este

(1) En esta batalla muchas veces los españoles hicieron retirar á los romanos, hasta el punto de que Caton, viendo batido el centro de su ejército, se arrojase él mismo en medio de la pelea como desesperado para animar á los suyos. La pérdida de los españoles sin duda debió ser grande; pero Caton, que tenia tanto interes en esta victoria, no decia en la relacion que hizo el senado sino que habian quedado muertos en el campo muchos enemigos, sin decir el número. Valerio Antio, historiador de poca fé para el mismo Livio, es quien dice que perdieron 40,0C0 hombres aunque el arma blanca produce mas mortandad, estos detalles enormes merecen ser mirados con prevencion.

(2) Aunque Ferreras y el P. Florez siguen esta opinion de Mariana, otros creen, que donde los celttíberos dejaron su equipaje no seria Sigüenza sino otra plaza que estaba en Andalucía, en la Turdetania, cerca de Medina Sidonia donde hoy está Gijona, porque no es verosimil que quisieran dejarlo á mas de cien leguas de distancia y porque no es probable que desde la Bética dejase allá el cónsul á los celtíberos, y se viniese con todas las tropas, como dice Livio, á sitiar á Sigüenza.

(3) Atendiendo á Livio, fueron mil cuatrocientas libras del oro y quinientas cuarenta de la plata, y á cada uno de los infantes dió doscientos setenta asses.

(4) No es estraño que Mariana haya padecido algunos errores en la parte numismática, por el atraso en que estaba la ciencia en el tiempo en que escribió, que á su vez lo debia á la escasez de datos. En esta de Caton, por el anverso no hay la inscripcion que dice, sino una representacion de la victoria, y debajo VICTRICI. Esta es la única que con tal inscripcion se ve en el rico monetario de nuestra Academia de la Historia.

(5) Con efecto, así el órden de sucesion de los pretores como sus hechos están algo confusos. Nosotros, en las tablas cronológicas de los diferentes señores que dominaron en Es-

cuento serán Lucio Digicio pretor de la Citerior, famoso por la corona mural que ganó cuando Cartagena fue entrada; y con él vino tambien á la Ulterior Publio Scipion Nasica, hijo que fue de Gneio Scipion, y por decreto del senado de Roma juzgado por el mas santo de toda la ciudad. Sucediéron á estos y gobernaron en un tiempo las Españas Marco Fulvio Nobilior sucesor de Digicio: este puso á Toledo, ciudad entonces pequeña pero fuerte por su sitio, en poder de los romanos, y con él vino Caio Flaminio en lugar de Scipion. A este prorogaron el tiempo del gobierno. En lugar de Fulvio vino Lucio Emilio Paulo, el que adelante ganó renombre de Macedonio por haber vencido al rey de Macedonia llamado Perseo. Despues destos vino por pretor de la España Citerior Lucio Plaucio Hipseo; y para la Ulterior señalaron á Lucio Bebio Divite, en cuyo lugar, porque le mataron en la Liguria que es el Ginoves, vino Publio Junio Bruto.

Por espacio de dos años enteros adelante tuvo el gobierno de la España Citerior Lucio Manlio Acidino, y de la Ulterior Caio Catinio, sin que sucediese cosa que de contar sea. Por sucesores de Acidinio y Catinio señalaron á Caio Calfurnio Pison y Lucio Quincio Crispino el año de la fundacion de Roma de quinientos y sesenta y ocho, en el cual año antes que llegase el nuevo gobernador murió Catinio en la Lusitania en una batalla que trabó con los naturales cerca de un pueblo llamado Asta. Pasados dos años tomó el gobierno de la Citerior Aulo Terencio Varron, y de la Ulterior se encargó Paulo Sempronio Longo. A estos sucedieron Publio Manlio en la España Ulterior, aquel que siendo cónsul Marco Caton, tuvo el gobierno y fue pretor de la misma provincia; y á la Citerior vino Quinto Fulvio Flacco, el que en los Carpetanos, que es el reino de Toledo, venció gran número de celtiberos en una batalla muy brava que les dió junto á un pueblo llamado Ebura, el cual entiendo que Ptolomeo llama Libora, y hoy es Talavera, como se probará en otra parte. Tuvieron estos pretores el gobierno de España dos años, y de Roma fueron enviados otros nuevos, es á saber á la Ulterior Lucio Postumio Albino, y á la Citerior Tiberio Sempronio Gracchó, el que fue padre de los Gracchós, y tuvo por mujer á Cornelia hija de Scipion el mayor, de quien arriba se trató en la segunda guerra púnica. Scipion el menor, dicho tambien Africano, casó otrosí con Cornelia hija de Cornelia y de Gracchó, y nieta de Scipion el mayor.

Por el esfuerzo y buena maña deste pretor Gracchó se ganaron muchas victorias, y Numancia por su industria hizo la primera vez confederacion con los romanos, como lo dice Plutarchó. Demas desto donde hoy está Ágreda sobre Numancia la ciudad de Gracchurris tomó su apellido deste Gracchó quier por haberla él edificado, quier sea porque la ensanchó y ennobleció con nuevos edificios. Hállanse monedas en España con el nombre de Gracchurris y el de Albino juntamente (1). Año de la fundacion de Roma de quinientos y setenta y seis Marco Titinio Curvo fue elegido en pretor de la España Citerior: de la Ulterior Quinto Fonteio. Estos tuvieron el cargo por espacio de tres años, los cuales pasados, no se sabe qué pretores viniesen á España: dado que hay memoria que al año quinientos y setenta y nueve Appio Claudio Centon por la victoria que ganó de los celtíberos, entró en Roma con ovacion. Tambien se sabe que al año siguiente vinieron por pretores de la Ulterior Servilio Cepion, de la Citerior Furio Filon. Sucediéronles Marco Mancieno y Gneio Fabio Buteon; pero á causa que Buteon falleció en Marsella del mal que la mar le hizo, por mandado del senado, Furio continuó su gobierno de la España Citerior hasta tanto que al año siguiente de quinientos y ochenta y dos á Marco Junio cupo por suerte lo de la Citerior, y lo Ulterior al pretor Spurio Lucrecio.



Pasado este año sucedió una cosa muy notable, y fue que juntaron las dos Españas debajo de un gobierno, y las encargaron al pretor Lucio Canuleio. Este en Roma, antes que se partiese, fue nombrado por juez sobre cierta acusacion que embajadores de España pusieron contra algunos de los pretores pasados, que decian haber robado y coechado la provincia; pero fueron dados por libres por acostumbrar los senadores romanos de usar de severidad con los demas, y disimular unos con otros con grande sentimiento y envidia del pueblo, y en gran perjuicio de su buena fama. Verdad es que para apaciguar las quejas de los naturales se les otorgó que los gobernadores romanos no vendiesen el trigo á la postura y tasa que ellos mismos hacian, como lo tenian de costumbre, y que los españoles no fuesen forzados á encabezarse y arrendar el alcabala (que llamaban vicésima porque se pagaba uno por veinte) á voluntad del pretor: que no hobiese arrendadores de los tributos, sino que el cuidado de cobrar y beneficiar aquellas rentas se encomendase á los pueblos.

Otra embajada se envió de España á Roma para saber qué se debia hacer de los bastardos, que llamaban comunmente *híbridas*, y eran hijos de soldados romanos y madres españolas, y pedian campos donde morasen y labrasen. Respondió el senado que se les diesen como lo pedian á los que el pretor Canuleio de aquella muchedumbre de hombres que pasaban de cuatro mil, juzgase se debia dar libertad, ca eran tenidos por esclavos; y que los llevase á Carteia con nombre y privilegio de colonia, que fue la primera que hobo de romanos en España, y por esta causa Carteia se llamó colonia de los libertinos: entiéndese que esta poblacion es la que hoy se llama

paña que ponemos al fin de la obra, rectificaremos estos errores de descuido ó negligencia de Mariana.

(1) El Postumio Albino de quien aquí habla Mariana, debió de ser Aulo y no Lucio: del primero es de quien únicamente se encuentran las medallas que cita y que nosotros presentamos con otra de Gracchurris. Debemos advertir que el *juntamente* con que se espresa el autor, no quiere decir que sean una misma moneda.

Tarifa. Canuleio, pasados dos años de su gobierno, tuvo por sucesor á Marco Marcello año de la fundacion de Roma, quinientos y ochenta y cinco. Este fundó á Córdoba, ciudad principal en la Bética ó Andalucía, madre de grandes ingenios: á lo menos Strabon así lo dice, que Córdoba fue fundada por Marco Marcello: á algunos parece que sucedió en este tiempo cuando fue pretor, y no adelante cuando hecho cónsul volvió á España y á su gobierno. Las conjeturas que para decir esto tienen, ni son concluyentes, ni del todo vanas, ni hay para qué se relaten. Lo cierto es que Silio Itálico hace mencion de Córdoba en tiempo de Aníbal, y puédese entender que su fundacion fue antes deste tiempo, y que atribuyeron á Marco Marcello la gloria de ser fundador de Córdoba porque la ennobleció con edificios, y con darle como le dió título y derecho de municipio romano.

Sucedió á Marcello Fonteio Balbo. Despues deste tornaron á dividir á España en dos gobiernos, y así la gobernaron Gneio Fulvio y Caio Licinio Nerva en el tiempo que Judas Machábeo, capitan nobilísimo de los judíos, hizo confederacion con los romanos: de quien sabia estendian sus victorias y sus armas no solo hasta la Asia, sino que tenian asimismo sujeta á España, y con las minas de oro y plata que en ella poseian, crecian de cada dia mas en poder y en grandeza. Con esto se acabará la cuenta de los pretores, porque, si pasase adelante, daria mas fastidio que gusto ni tampoco es cosa fácil recogellos todos, y continuar siempre la historia sin quiebra por la falta que tenemos de las memorias antiguas. Demas que no conviene ni es razon embutir los anales de la España con la grosura de las cosas romanas, como si de suyo fuesen faltos, y con ripia y materiales juntados de otra parte tapar las hendeduras que tienen nuestras historias en muchos lugares.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Del principio de la guerra de Numancia.

Una guerra muy larga y muy brava se emprendió en España el año que se contaba seiscientos y uno de la fundacion de Roma, dudosa por los varios trances de las batallas que se dieron, y cuyo remate últimamente fue muy perjudicial para España. Los primeros movedores destas alteraciones fueron los numantinos, gente asaz, feroz y brava, por estar cansados del señorío de Roma, irritados con los agravios que los romanos les hacian. La ciudad de Numancia, temblor que fue y espanto del pueblo romano, gloria y honra de España, estuvo antiguamente asentada en la postrera punta de la Celtiberia que miraba hácia Septentrion entre los pueblos llamados arevacos. Mas de una legua sobre la ciudad de Soria, donde al presente está la puente de Garay, no lejos del nacimiento del rio Duero se muestran los rastros de aquella noble ciudad. Era mas fuerte por el sitio que por otros pertrechos hechos á mano. Su asiento en un collado de subida no muy agria, pero de dificultosa entrada á causa de los montes que la rodeaban por tres partes. Por un solo lado tenia una llanura de mucha frescura y fertilidad, que se tiende por la ribera del rio Tera espacio de tres leguas hasta que mezcla sus aguas con las del rio Duero. A la costumbre de los Lacedemonios, ni estaba rodeada de murallas, ni fortificada de torres ni baluartes, antes á propósito de apacentar los ganados se estendia algo mas de lo que fuera posible cercarla de muros por todas partes. Bien que tenia un alcázar de donde podian hacer resistencia á los enemigos y en las asonadas de guerras solian encerrar en él todo lo que tenian, sus preseas y sus alhajas. El número de los ciudadanos era mediano, hasta cuatro mil hombres de armas tomar, dado que otros doblan este número, y dicen que podian tener en campo ocho mil soldados. Por la manera de vida que tenian, y por los muchos trabajos á que se acostumbraban, endurecian los cuerpos y aun fortalecian los ánimos. Grande era la osadía que tenian para acometer la guerra, y mucha la prudencia para continualla.

Sempronio Gracchó, en el tiempo que tuvo el gobierno de la España Citerior, hizo con los numantinos y con otros pueblos comarcanos asiento y confederacion con estas condiciones: que no edificasen pueblos ni fortalezas, ni las fortificasen sin avisar dello al senado romano: pagasen el tributo cuanto y en los pueblos que les fuese ordenado: siguiesen los reales de los romanos cada y cuando que para ello fuesen llamados. Estaba otrosí, y se contaba entre los pueblos arevacos otra ciudad llamada Segeda de cuarenta estadíos en circuito. Appiano la pone en lo postrero de la Celtiberia entre los pueblos llamados Belos, por ventura donde al presente está la ciudad de Osma. Esta ciudad y á su ejemplo los pueblos que llamaban Tithios á ella comarcanos, encendidos en deseo de cosas nuevas comenzaron en puridad á confederarse con otros pueblos sus vecinos, y junto con esto á fortificar sus murallas, sin dejar cosa alguna que fuese á propósito para defenderse y ofender, si alguno les diese guerra. Como por el senado romano les fuese vedado pasar adelante en aquellas fortificaciones, les mandasen pagar el tributo que conforme á lo asentado eran obligados, demas desto que los que tuviesen edad de tomar armas acudiesen al campo de los romanos; con diversas escusas que alegaban se entretenian y escusaban de hacer lo que les era mandado. De aquí nació la primera ocasion de aquella guerra, en que se envolvió tambien Numancia por estar á ellos cercana, y tener otrosí con los Belos hecho asiento de juntar con ellos las armas y fuerzas contra los romanos. Ellos con recelo que, si al principio no hacian caso, podria cundir aquel mal, determinaron de tomar luego las armas.

Por aquel mismo tiempo se hacia la guerra en la Lusitania entre los romanos y un capitan de la tierra llamado Cessaron (1), el cual con grande voluntad de toda la provincia tomó á su cargo de restituirla en su antigua libertad. Fue primero lugar-teniente, y despues sucesor de otro caudillo de aquella gente llamado Africano, que no mucho antes se levantara tambien contra los romanos; pero fue muerto de una pedrada que le dieron desde una ciudad que batia y pretendia forzar. Estas alteraciones, luego que en Roma se supieron, pusieron en gran cuidado á los del senado en tanto grado que, despues que Lucio Mummio fue señalado por pretor de la España Ulterior, acordaron para domar los celtíberos, gente indómita y feroz, que partiese para la España Citerior uno de los cónsules con ejército consular. Esto acordado, con una priesa no acostumbrada hicieron que los cónsules que solian ser nombrados por el fin de diciembre, y comenzar el oficio adelante mediado el mes de marzo, aquel año se anticipasen y diesen principio á su gobierno desde el primero dia del mes de enero: acuerdo que deste principio se continuó adelante. Fue pues enviado á España el cónsul Quinto Fulvio Nobilior con muchas compañías de socorro.

No ignoraban los segedanos que todo aquel aparato de guerra se endereza á su daño y á su perdicion. No tenian acabadas las fortificaciones de su ciudad;

(1) Appiano en la edicion greco-latina de Amsterdan, 1670, que es la mas correcta, le llama Cesaras, y dice que, habiendo atacado á Mummio que acababa de llegar de Roma con su ejército, fue derrotado y se salvó huyendo.

así enviaron sus mujeres y hijos á los arevacos para mayor seguridad; y ellos para apercibirse de lo necesario nombraron por su capitan á un hombre llamado Caro, que tenia grande esperiencia en las armas. Este con intento de hacer algun efecto, y con algun buen principio ganar mayor reputacion, armó una celada contra el campo del cónsul que era llegado, y traia consigo hasta treinta mil hombres. Sucedióle bien su pensamiento, ca mató seis mil de los contrarios, y puso en huida á los demas. Pero, como siguiese desapoderadamente el alcance, la caballería romana que venia en la retaguardia, revolvió sobre él y le quitó la victoria de las manos y la vida; destrozó otrosí gran número de los suyos. Dióse esta batalla á veinte y nueve de agosto, dia en que Roma celebraba las fiestas de Vulcano, que llamaban Vulcanalia. El espanto y daño de ambas partes fue tan grande, que los unos y los otros, si no eran forzados, rehusaban por algunos dias de encontrarse. La misma noche los arevacos se juntaron en Numancia, que la batalla se dió por allí cerca, y en lugar de Caro nombraron por sus capitanes á Haraco (1) y á Leucon, y aparte por capitan de los mumantinos fue nombrado otro hombre llamado Lintevon.

El tercero dia despues de aquella pelea asentó el cónsul sus reales á cuatro millas de Numancia: fuera de las demas gentes tenia diez elefantes y quinientos caballos numidas que Masinissa poco antes desde Africa le enviara de socorro. Desafió el cónsul á los enemigos, que asimismo determinaron de probar ventura y encomendarse á sus manos. Dióse otra batalla en la cual ya que estaba trabada, alargadas las hileras de los romanos, se hicieron adelante los elefantes, con cuya vista los celtíberos por no estar acostumbrados se espantaron asi hombres como caballos, y vueltas las espaldas se metieron en la ciudad. Iban los romanos en pos de ellos, y por amonestacion del cónsul pretendian á vueltas de los que huian entrar en la ciudad; hiciéranlo así, si no fuera por un elefante que, herido en la cabeza con una gran piedra, con la furia del dolor, como acontece, se embraveció de tal suerte, que así él como á su ejemplo los demas elefantes, bestias peligrosas en la guerra, vueltos contra los suyos pusieron en desórden y confusion á los romanos, y dieron la muerte á todos los que se les ponian delante. Los numantinos, visto lo que pasaba y la buena ocasion que se les presentaba, hicieron una salida, con que hirieron en los romanos y los forzaron á recojerse á sus reales. Dellos en dos encuentros perecieron cuatro mil hombres, y de los celtíberos dos mil. Estaba por aquellas partes una ciudad llamada Axenia, plaza y mercado donde acudian los mercaderes de la comarca á sus tratos. Desta ciudad, despues de la batalla susodicha, pretendió el cónsul apoderarse, mas fue rechazado con afrenta y pérdida de soldados.

Divulgadas que fueron estas cosas, la ciudad de Ocile, donde los romanos tenian recojido su bagaje y su almacen, se pasó á los celtíberos: que muchas veces la fe y lealtad andan al paso de la fortuna, y la blanda y muchas veces engañosa esperanza de libertad hace despeñar á muchos. Con esto espantado el cónsul, y temiendo que las otras ciudades no imitasen este ejemplo, barreado que hobo los reales que tenia cerca de Numancia, invernó allí con su campo, donde por falta de vituallas y fuerza del frio pereció gran parte de los soldados. Esto sucedió en la España Citerior: en la Ulterior por el mismo tiempo Mummio hacia guerra á los lusitanos con varios sucesos, pero cuyo remate últimamente le fue muy favorable. Fue así que en la primera pelea los romanos siguieron con grande ímpetu y sin órden á los lusitanos que habian desbaratado y puesto en huida: cosa que dió ocasion á Cesaron, caudillo de los contrarios, para revolver contra los enemigos y quitalles de las manos la victoria. Diez mil de los romanos fueron muertos, y entrados ambos los reales, así los que habian perdido los lusitanos, como adonde alojaban los romanos. Desta manera pasó esta pelea. Los despojos que de los romanos ganaron traian los lusitanos casi por toda España á manera de triunfo, y para muestra de su valentía. Descuidáronse con la prosperidad: que dió ocasion á Lucio Mummio poco adelante para que con los suyos (que eran en número hasta cinco mil, y con ellos se habia entretenido en lugares fuertes) cargase sobre los contrarios de improviso en cierta fiesta que hacian para celebrar la victoria que ganaron. Desbaratóles fácilmente, y con la victoria recobró muchas banderas de las que perdiera antes.

En lugar de Cessaron, que parece murió en aquel rebate, sucedió otro que se llamaba Canteno (2). Este en los pueblos llamados ounios, en aquella parte de Andalucía donde hoy está Niebla, se apoderó de Cunistorgis, ciudad que era de los romanos, de donde pasó al estrecho de Cádiz, y desde allí una parte del ejército se fué á Africa por miedo de los romanos ó por ser de aquella tierra, ó por ventura era su orgullo tan grande, que les parecia para su valor ser estrecha toda España. Los demas de aquel ejército por el pretor Mummio, que se rehizo de soldados y tenia hasta nueve mil hombres, fueron trabajados y deshechos en algunas batallas que les dió. Por conclusion pasó á cuchillo otro escuadron de aquella gente, sin dejar ni uno solo que pudiese llevar á su patria las tristes nuevas: con que en fin los de Lusitania se sosegaron y redujeron á lo que era razon. Por estas cosas se determinó el año siguiente que se contó seiscientos y dos de la fundacion de Roma, que Mummio en Roma triunfase. En lugar de Fulvio, sabido su desastre y la apretura en que se hallaba, enviaron al cónsul M. Claudio Marcello con ocho mil peones y quinientos caballos de socorro. El gobierno de la España Ulterior se encargó á Marco Atilio. El cónsul Marcello, luego que con toda su gente aportó á España, procuró lo mas presto que pudo de apoderarse de la ciudad de Ocile, para que la que fue principal en la culpa fuese la primera en el castigo; pero dado que la tomó y que su culpa era grande, no la quiso asolar: solamente la mandó dar rehenes y acudille con treinta talentos de oro para los gastos.

Caia cerca de allí la ciudad de Nertobriga, y como se puede sospechar por las tablas de Ptolomeo no lejos de Tarazona y de donde hoy está Calatayud. De allí vinieron embajadores al cónsul para ofrecer la ciudad. Mandóles al principio solamente que le acudiesen con cien hombres de á caballo: despues porque algunos de aquella ciudad á manera de salteadores acometieron el postrer escuadron de los romanos y el carruaje, sin admitilles la escusa que daban, es á saber que aquel desacato fue de pocos, y que el pueblo no tenia parte, los cien caballos fueron vendidos (3) en pública almoneda, y puesto cerco sobre la ciudad, la comenzaron á batir. Enviaron de nuevo embajadores de paz con una piel de lobo delante como por pendon (4) en una lanza, que tal era la costumbre de la nacion, los cuales en presencia del cónsul dijeron que hora el delito pasado fuese público, hora particular, se debia dar por contento con lo hecho, pues era bastante castigo ver sus campos talados, quemadas sus casas, y sus ciudadanos hechos esclavos y vendidos por tales: que los corazones de los miserables se sue-

(1) Appiano llama Ambon al compañero de Leucon.

(2) De Appiano solo consta que los Lusitanos que habitaban en la otra ribera del Tajo tenian por general á Caucaeno; pero no que sucediese á Cessaron ni que hubiese muerto.

(3) Presos los caballeros y vendidos los caballos debe decir.

(4) El mismo Appiano dice: «enviaron el trompeta, que en lugar del caduceo está vestido de una piel de lobo.»

len mas enconar con quitarles del todo la esperanza de perdon, que suele dar fuerzas y ánimo á los flacos, pues ni aun los animalillos y sabandijas perecen sin que se pretendan vengar. Respondió el cónsul que era por demás tratar ellos en particular de concierto y de paz, si no entrasen en la misma confederacion y liga los arevacos, los belos y los thitios, que fueron los primeros á levantarse.

No rehusaban aquellos pueblos de concertarse, pero con tal que fuese el asiento conforme á las condiciones que se asentaron con Grachó. Inclinábase el cónsul á esto y no le parecia mal partido; mas los amigos y confederados le fueron á la mano, ca decian no era justo recibir á la confederacion y condiciones antiguas á los que tantas veces habian faltado y hecho tantos daños así á los romanos como á los comarcanos, no por otra causa sino por mantenerse en la amistad y devocion del pueblo romano. El cónsul dudoso sin saber qué resolucion tomase, acordó se enviasen por ambas partes embajadores á Roma para que allá, oido lo que los unós y los otros alegaban, se determinase lo que pareciese al senado, y en el entre tanto otorgó á los contrarios cierta manera de treguas. Fulvio Nobilior, que en este medio era llegado á Roma, se opuso á aquellos tratos, y con encarecer en el senado la deslealtad y agravios de aquella gente hizo tanto que sin concluir cosa alguna despidieron los embajadores con órden que acudiesen al cónsul Marcello, y que él les daria la respuesta de lo que pedian: resolucion que quitaba del todo la esperanza de la paz, y que ponia en necesidad de volver á las armas. Así se trató en Roma de enviar á los suyos nuevas ayudas con intento de no parar hasta tener sujetos á los contrarios. El miedo que los soldados tenian era tan grande, y la guerra tan peligrosa, que no se hallaba de todas las legiones quien se ofreciese á emprender aquella jornada. Ordenaron pues que por una nueva manera se sorteasen los que hobiesen de ir á España.

CAPITULO II.

Como Publio Cornelio Scipion vino por legado ó lugarteniente á España.

En el mismo tiempo Marco Atilio en la España Ulterior maltrataba á los lusitanos, y se apoderaba por concierto de muchas ciudades que se le entregaban á partido ya que se llegaba el año siguiente en el cual cupo por suerte la España Citerior al cónsul Lucio Licinio Lucullo, y al gobierno de la Ulterior vino el pretor Sergio Galba, y por legado ó lugarteniente del cónsul vino Publio Cornelio Scipion llamado el Menor, á quien el cielo reservaba la gloria de sujetar y destruir á la gran Cartago. Era de edad de veinte y cuatro años, y con deseo que tenia de hacer algun servicio señalado á su república, vino á aquella guerra que los demas soldados tanto aborrecian y temian. Hay quien diga que venido que fue Lucullo á España, Scipion pasó en Africa enviado á Masinissa en embajada para que por respeto de la amistad que con aquel rey tenia su casa, alcanzase dél les enviase elefantes de socorro; pero yo por mas cierto tengo lo que afirma Marco Ciceron, que esto sucedió adelante en el consulado de Manlio. Fue este Scipion casado con hermana de los Grachós, nieta del otro Scipion Africano, hija de Cornelia que fue hija de Scipion. Fue otrosí este Scipion nieto por adopcion de Scipion el Mayor, hijo adoptivo de su hijo, ca el padre natural deste Scipion fue Paulo Emilio hermano de la mujer del otro Scipion; por donde se llamó por sobrenombre Emiliano así por causa de su padre, como para diferencialle del ya dichó Scipion el Mayor, el que como queda dicho venció al gran Anibal y sujetó á la ciudad de Cartago.

Volviendo al propósito, en tanto qué se esperaba la venida de Lucullo, Marcello con deseo que tenia de ganar el prez de haber acabado aquella guerra, sacó lo mas presto que pudo sus gentes de los invernaderos. Anticipóse Nertobriga, que juntó para su defensa y metió dentro los muros cinco mil arevacos. Numancia asimismo no se descuidó en armar su gente, contra la cual por ser cabeza de las demas Marcello enderezaba en primer lugar su pensamiento, y así se adelantó y puso á cinco millas de aquella ciudad (1), que hacen poco mas de una legua. Pero á instancia de Lintheron caudillo de los numantinos se concluyeron últimamente las paces con condicion que los de Numancia desamparasen á los belos, á los thitios, y á los arevacos. Pretendian en esto el cónsul y confiaba que aquellos pueblos desamparados de la ayuda de Numancia no se le podrian defender, como sucedió en hecho de verdad, que sin dilacion aquellos pueblos se rindieron á los romanos, y fueron por ellos recibidos en gracia con tal que entregasen rehenes y pagasen seiscientos talentos, como lo dice Estrabon.

Llegó Lucullo á su provincia deseoso y determinado de hacer mal y daño: por esto como quier que la guerra de los celtíberos estuviese apaciguada, enderezóse con sus gentes á los carpetanos. De allí pasó el rio Tajo y los puertos hasta llegar á los vaceos, que eran gran parte de lo que hoy es Castilla la Vieja. En aquella comarca se determinó acometer la ciudad de Caucia, asentada donde al presente vemos la villa de Coca. El color que dió para esta guerra, fue vengar los carpetanos, á los cuales los de aquella ciudad decia él haber hecho mal y daño; mas á la verdad la hambre del oro le despertaba por ser hombre de poca hacienda entre los romanos: grave enfermedad para gobernadores y capitanes. Salieron los de aquella ciudad á pelear con el cónsul, pero fueron vencidos y rechazados. Acordaron de rendirse á partido que diesen rehenes, y de socorro cierto número de hombres á caballo: demas desto los penaron en cien talentos de plata: Asegurados con este concierto los ciudadanos se allanaron para que entrase en su ciudad la guarnicion de soldados que el cónsul quiso. Ellos hecha señal con una trompeta, como lo tenian concertado, pasaron á cuchillo aquella miserable gente que estaba descuidada, sin perdonar á mujeres ni hombres de ninguna edad: deslealtad y fiereza mas que de bárbaros. Por esto atemorizados los pueblos comarcanos sin confiarse en la fortaleza de sus murallas, ni asegurarse de la fé y palabra de los romanos, se retiraron con los suyos y con sus haciendas á los bosques y montes ásperos y enriscados, puesto primero fuego á lo que consigo no pudieron llevar.

Lucullo, á quien la pobreza hacia avariento y la avaricia cruel, perdida la esperanza de gozar de aquellos despojos, pasó con sus gentes para sitiar una ciudad llamada Intercacia, que estaba antiguamente asentada casi á la mitad del camino que hay desde Valladolid á Astorga. Asentados sus reales, requirió á los moradores de paz y que se rindiesen: ellos respondieron que si lo hacian, les guardaria la fe y palabra que guardó á los de Caucia. Alteróse el cónsul con esta respuesta: ordenó sus haces delante de sus reales para presentar la batalla á los cercados, que ellos escusaron con todo cuidado resueltos de defender su libertad con las murallas y guarnicion, y con las vituallas que tenian recogidas para mucho tiempo, sin embargo que los moradores eran muchos, y asaz gran número de gente de á pie y de á caballo de los pueblos comarcanos se habian acogido á aquella ciudad. Solo hicieron algunas salidas y trabaron algunas escaramuzas, en que no sucedió cosa que sea de contar, sino fue que Scipion venció en desafío cierto español principal, robusto y de grandes fuerzas, con

(1) Fortificó su campo á cinco estadios de la ciudad que son seiscientos veinte y cinco pasos.

quien, dado que ordinariamente delante los reales desafiaba á los romanos, ninguno dellos se atrevió hacer armas.

Padecia el cónsul grande falta de vituallas: el sustento ordinario de sus soldados era trigo cocido y cebada, ademas de alguna caza, la falta de la sal era la que mas los trabajaba. Por estas incomodidades y por las aguas que como de sierra eran muy delicadas, muchos soldados comenzaron á enfermar de cámaras: entreteníalos empero la esperanza de apoderarse de aquella ciudad. Para batirla juntaron madera, hicieron ingenios á propósito, con que gran parte de la muralla echaron por tierra (1). Los soldados por las ruinas y por la bateria pretendian entrar en la ciudad, y aun Scipion fue el primero que subió á lo mas alto; por lo cual despues fue públicamente alabado, y le fue dada la corona mural. Mas acudieron los de dentro con tanto esfuerzo, que rebatieron á los romanos sin que pudiesen pasar adelante; y la carga que les dieron fue tan grande, que por la priesa del retirarse no pocos se ahogaron en una laguna que por allí estaba. La noche siguiente los cercados repararon la parte del muro derribado con grande diligencia y cuidado. Vióse el cónsul á pique de alzar el cerco sin hacer efecto, si la hambre no forzara á los de dentro á entregarse. Tratóse pues de concierto, y por medio de Scipion de quien se fiaban mas que del cónsul, hicieron sus asientos. Las condiciones fueron tolerables, ca solamente se mandó á los ciudadanos que diesen diez mil sayos, y cierto número de jumentos, y rehenes para la seguridad. Dinero ni le tenian ni le deseaban, por ser hombres montañeses que vivian de la labranza y de la cria de sus ganados.

Movió el cónsul con sus gentes de aquella ciudad, revolvió sobre Palencia, pero no pudo sujetarla ni rendirla. Algunos sospechan que desde Castilla la Vieja dió la vuelta ácia el Andalucía, y no paró hasta el estrecho de Cádiz, donde como dice Plinio presentaron á Lucullo la cabeza de un pulpo de grandeza increible. Añaden que desde allí corrió toda aquella tierra hasta la Lusitania. Sergio Galba, á quien como se dijo encargaron el gobierno de la España Ulterior, no estaba ocioso, antes en el Andalucía hacia rostro á los lusitanos, que hacian correrias y entradas por aquellas partes, con que trabajaban á los confederados del pueblo romano. Pero como se atreviese en cierta ocasion á pelear con los enemigos en sazon que sus soldados se hallaban cansados del camino, fue desbaratado, y muertos siete mil de los suyos, forzado con los demas á huir y meterse en Carmena, como lo dice Appiano, entiendo que á de decir Carmona, ciudad en aquel tiempo la mas fuerte de aquellas partes, y que estaba asentada cerca de los pueblos llamados Cuneos, donde se refiere que el pretor pasó el invierno sin descuidarse punto en rehacerse de fuerzas y juntar gentes: con que luego que abrió el tiempo deseoso de satisfacerse rompió por la Lusitania ó Portugal, corrió los campos, mató, quemó y robó todo lo que topaba.

Acudieron embajadores de aquella gente movidos destos daños. Hízolos el pretor un razonamiento muy cuerdo y muy elegante, como persona que era de los mas señalados oradores de Roma, y como tal entre los demas le cuenta Ciceron. Escusó lo que habian hecho por ser forzados de la necesidad. Díjoles que pues la falta y esterilidad de la tierra los ponia en semejantes ocasiones, avisasen á los suyos de su voluntad, que era darles muy mejores campos donde morasen y tuviesen sus labranzas para que sin agravio de los comarcanos se pudiesen sustentar. Señalóles dia en que viniesen para él repartidos en tres escuadras. Ellos persuadidos que les venia bien aquel partido sin sospechar mal ni engaño obedecieron y cumplieron lo que les era mandado. Engañóles su pensamiento, y el pretor no solo no les guardó su palabra, antes como venian descuidados fueron todos despojados de sus armas y muertos: brava carnicería y deslealtad. Parte de los despojos se dió á los soldados: con lo demás se quedó el mismo Galba, con que se entiende vino á ser adelante el mas rico de los ciudadanos romanos.

CAPITULO III.

De la guerra de Viriato.

Esta crueldad de Galba dió ocasion para que los naturales mas alterados que espantados, emprendiesen de nuevo otra guerra muy famosa llamada de Viriato; y es así comunmente que unos males vienen asidos de otros, y el fin de un desastre y daño suele ser muchas veces principio de otra mayor desgracia, y el remedio convertirse en mayor daño. No hay duda sino que la guerra de Viriato por espacio de catorce años enteros que duró (2); con diferentes trances que tuvo, trabajó grandemente el poder de los romanos. Fue Viriato de nacion Lusitano, hombre de bajo suelo y linaje, y que en su mocedad se ejercitó en ser pastor de ganados. En la guerra fue diestro: dió principio y muestra siendo salteador de caminos con un escuadron de gente de su mismo talle. Eran muchos los que le acudian y se le llevaban, unos por no poder pagar lo que debian, otros por ser gente de mal vivir y malas mañas; los mas por verse consumidos y gastados con guerras tan largas deseaban meter la tierra á barato. Con esta gente que ya llegaba á campo formado, comenzó á trabajar los comarcanos, en especial los que estaban á devocion de los romanos, por aquella parte por donde Guadiana desboca en el mar.

A la sazon que las cosas se hallaban en estos términos, Galba se partió de España acabado su gobierno y vino en su lugar Marco Vitilio año de la fundacion de Roma de seiscientos y cuatro, el cual puso todo cuidado en deshacer á Viriato y apagar aquella llama; pero él dejada la Lusitania, se pasó al estrecho de Cádiz, y con resolucion de escusar la batalla se entretenia en lugares fuertes y ásperos. Acudió el pretor, y con un cerco que tuvo sobre aquella gente muy apretado, redujo á aquellos soldados que ya comenzaban á sentir la hambre, á probar secretamente si habria esperanza de concertarse. Pedian campos donde morasen, y prometian de mantenerse en la amistad y fé del pueblo romano. Daba de buena gana el pretor oidos á estas prácticas. Supo Viriato lo que pasaba, y con un razonamiento que hizo á sus soldados, mudaron de parecer. Púsoles delante con cuanto peligro pondrian en manos de los romanos sus vidas y libertad, en quien ninguna cosa se conocia de hombres fuera de la apariencia y el sonido de la lengua humana: que sin ningun ejemplo hobiera para muestra desto (como quier que eran muchos y sin número) por lo que hizo Galba podian entender que no les era seguro dejarse engañar de buenas palabras: que les estaria mejor seguirle á él que era su caudillo, y por sus consejos y mandado llevar adelante la comenzado, como gente esforzada no rendirse por verse á la sazon apretados, que los tiempos se mudan.

Aprobaron todos este parecer, y para engañar á

(1) Introducidos en esta torre, se acercaban los sitiadores á las murallas de las plazas para espugnar á los defensores. Así debió de ser la que usaron los romanos contra Sagunto y contra muchas otras poblaciones. Está copiada del modelo que ofrece el Museo de Artillería.

(2) Es así, si se cuenta desde los primeros movimientos de los Lusitanos, pero solo duró ocho años contando desde que Viriato fue elegido general hasta su muerte. Consiguió lo que es muy difícil, que sin embargo de que se componia su ejército de tantas naciones diferentes jamás hubo en su tropa ninguna sedicion.

los romanos sacaron sus gentes con muestra de querer pelear. Pusieron la caballería por frente, y los peones entretanto se pusieron en salvo en los bosques que cerca estaban. Despues todos juntos se fueron á una ciudad llamada Tribola, donde pensaba Viriato entretenerse y continuar la guerra. Acudieron los romanos : armóles cerca de aquella ciudad una celada, en que mató mas de cuatro mil dellos, y con ellos al mismo pretor. Los demas se salvaron por los pies y se recogieron á Tarifa : allí como los romanos ayudados de nuevos socorros de los celtíberos tornasen á probar ventura, todos perecieron en la pelea. En el lugar de Vitilio vino al gobierno de la España Ulterior el pretor Caio Plaucio año de la fundacion de Roma seiscientos y cinco. Llegó á sazon en España que Viriato corria los campos primero de los turdetanos, y despues de los carpetanos.

Llegados los romanos á vista, dió muestras de huir : siguiéronle los contrarios desapoderadamente, revuelve sobre ellos, y pasa á cuchillo cuatro mil que se habian adelantado mucho. El pretor con deseo de librarse desta infamia mas que por esperanza que tuviese de la victoria, pasó adelante en seguimiento del enemigo hasta llegar al monte de Venus, donde pasado el rio Tajo Viriato se hizo fuerte. Allí vinieron de nuevo á las manos en una batalla en que fue destrozado no menor número de romanos que antes. De lo cual quedó el pretor tan escarmentado y medroso, que en medio del estío como si fuera en invierno se estuvo encerrado en las ciudades con mayor confianza que tenia en las murallas que en sus fuerzas. Esta batalla creen algunos que se dió en la Lusitania, y cerca de la ciudad de Ebora por causa de un sepulcro que se ve hoy en aquella ciudad con una letra en latin que en romance quiere decir :

LUCIO SILON SABINO EN LA GUERRA CONRRA VIRIATO, EN EL DISTRITO DE EBORA DE LA PROVINCIA LUSITANA, PASADO CON MUCHAS SAETAS Y DARDOS, Y LLEVADO EN HOMBROS DE LOS SOLDADOS Á CAIO PLAUCIO PRETOR, MANDÉ QUE DE MI DINERO SE ME HICIESE AQUI ESTE SEPULCRO : EN EL CUAL NO QUERIA QUE ALGUNO FUESE PUESTO NI ESCLAVO, NI LIBRE. SI DE OTRA MANERA SE HICIESE, QUERRIA QUE LOS HUESOS DE CUALQUIERA SE SAQUEN DE MÍ SEPULCRO, SI LA PATRIA SERÁ LIBRE.

Este letrero es el mas antiguo de todos los que en España de romanos se hallan.

En el entretanto que estas cosas en España pasaban, Galba fue en Roma acusado de haber quebrantado la fé y palabra á los lusitanos, y por el mismo caso dado causa á los males y daños que resultaron en aquella tierra. Valióle para que le diesen por libre, el mucho dinero que llevó de España, sin embargo que Lucio Scribonio Libon tribuno del pueblo y Marco Caton le apretaron con todas sus fuerzas. Despues desto Claudio Unimano (1) con nombre de pretor vino de Roma el año de seiscientos y seis contra Viriato; mas fue por él vencido y muerto con gran parte de su ejército que pereció en aquella batalla. Los haces de varas y alabardas que eran insignias del magistrado, fueron puestas por memoria de aquella victoria y á manera de trofeo en los montes de la Lusitania, con tanto espanto de los romanos en adelante, y tanto atrevimiento de los españoles, que trescientos lusitanos no dudaron de trabar pelea con mil soldados romanos, y en ella mataron mas en número que ellos eran. Aconteció otrosí que un peon español puso en huida á muchos hombres de á caballo de los romanos, que espantados y atónitos quedaban de ver que aquel hombre de un golpe mató á un caballo y cortó á cercen la cabeza del que en él iba.

La batalla en que Claudo Unimano quedó desbaratado, muestra se dió en el campo y comarca de Urique en Portugal una piedra que allí está de las mas notables que hay en España de romanos, y la pone Andres Resendio en las antigüedades de Portugal cuyas palabras vueltas en castellano y suplidas algunas letras que faltan, son :

CAIO MINUCIO HIJO DE CAIO LEMONIA LUBATO TRIBUNO DE LA LEGION DÉCIMA GEMINA : AL CUAL EN LA BATALLA CONTRA VIRIATO ADORMECIDO DE LAS HERIDAS EL EMPERADOR CLADIO UNIMANO DESAMPARÓ POR MUERTO, GUARDADO POR DILIGENCIA DE ECUCIO SOLDADO LUSITANO, Y MANDADO CURAR SOBREVIVÍ POR ALGUNOS DIAS : MORÍ TRISTE POR NO GRATIFICAR Á MANERA DE ROMANOS Á QUIEN BIEN LO MERECIA.

El año siguiente que se contaba de Roma seiscientos y siete, Caio Nigido enviado en lugar del pretor muerto peleó con no mejor suceso contra Viriato cerca de la ciudad de Viseo en la Lusitania ó Portugal, do escriben está un sepulcro de Lucio Emilio que murió en aquella pelea. Fue este año memorable y señalado no tanto por las cosas de España, como por el consulado de Publio Cornelio Scipion, de quien arriba hablamos, y al cual el cielo guardaba la gloria de destruir á Cartago la grande, como lo hizo por este mismo tiempo, de donde fue llamado africano, sobrenombre que pudo heredar de su abuelo. Consta asímismo que C. Lelio, aquel que en Roma tuvo sobrenombre de sabio como lo testificó Ciceron, vino por este mismo tiempo á España, y fue el primero que comenzó á quebrantar las fuerzas y ferocidad de Viriato, por persona que ayudaba el esfuerzo y destreza con la prudencia, esperiencia y uso que tenia de muchas cosas; y con esta empresa se hizo mas esclarecido y nombrado que antes.

Tambien es cosa averiguada que el año que se contó seiscientos y nueve de la fundacion de Roma, Q. Fabio Máximo Emiliano hermano de Scipion, hecho cónsul vino á España contra Viriato por órden del senado, que cuidadoso de aquella guerra mandó que el uno de los cónsules partiese para España; y para suplir la falta que tenian de soldados viejos hicieron de nuevo gente en Roma y por Italia, con que se juntaron quince mil infantes y dos mil caballos. Estos se embarcaron para España, y llegaron á una ciudad llamada Orsuna, la cual se entiende sea la que hoy se llama Osuna en el Andalucia. Detúvose allí el consul algun tiempo hasta tanto que con el ejercicio se hiciesen diestros los soldados, y en el entretanto fué á Cádiz que cae no lejos de allí, y en el templo de Hércules ofreció sacrificios y hizo sus votos por la victoria. Al contrario Viriato avisado de los apercibimientos que hacian los romanos para su daño, se determinó ir á verse con ellos. Fue al improviso su llegada, y así mató los leñadores y forrajeros del ejército romano, y asímismo los soldados que llevaban de guarda. El cónsul despues desto vuelto á Cádiz á sus reales, sin embargo que Viriato le presentaba la batalla, acordó de trabar primero escaramuzas, y con ellas hacer prueba así de los suyos, como de los contrarios, escusando con todo cuidado la batalla hasta tanto que los suyos cobrasen ánimo, y quitado el espanto entendiesen que el enemigo podia ser vencido y desbaratado.

Continuó esto por algunos dias, al fin dellos se vino á batalla, en que Viriato fue vencido y puesto en huida. El ejército romano, por estar ya el otoño adelante, y llegarse el invierno, fué á Córdoba para pasar allí los frios. Viriato reparó en lugares fuertes y ásperos, que por tener los soldados curtidos con los trabajos llevaban mejor la destemplanza del tiempo,

(1) El órden en que vinieron á España los pretores para esta y las demas guerras que está confuso en Mariana, mas claramente se ve en las tablas cronológicas de nuestro Apéndice.

sin descuidarse de solicitar socorros de todas partes, en particular envió mensajeros con sus cartas á los arevacos, á los belos y á los thithios pueblos arriba nombrados, en que les hacia instancia que tomasen las armas por la salud comun y por la libertad de la patria que por su esfuerzo el tiempo pasado habia comenzado á revivir, y al presente corria gran riesgo, si ellos con tiempo no le ayudaban. Daban aquellos pueblos de buena gana oidos á esta reqüesta, que fue el principio y la ocasion con que otra vez se despertó la guera de Numancia, como se dirá en su lugar luego que se hobieren relatado las cosas de Viriato. Tuvo el consulado junto con Fabio Emiliano (por cuyo órden y valor se acabaron las cosas ya dichas en España) otro hombre principal llamado Lucio Hostilio Mancino, del cual se podria creer que vino tambien á España y en ella venció á los gallegos, si las inscripciones de Anconitano tuviesen bastante autoridad para fiarse de lo que relatan en este caso. Otros podrán juzgar el crédito que se debe dar á este autor: á la verdad por algunos hombres doctos es tenido por escelente maestro de fábulas, y por inventor de mentiras mal forjadas.

CAPITULO IV.

De lo que Q. Cecilio Metello hizo en España.

El año siguiente que se contó de la fundacion de Roma seiscientos y diez, salieron por cónsules Servilio Sulpicio Galva y Lucio Aurelio Cotta, entre los cuales se levantó gran contienda sobre cual dellos se debia encargar de lo de España, porque cada cual pretendia aquel cargo por lo que en él se interesaba, y como el senado no se conformase en un parecer, Scipion preguntado lo que le parecia sobre el caso, respondió que ni el uno ni el otro le contentaba: «El uno (dice) no tiene nada, al otro nada le harta:» teniendo por cosa de no menor inconveniente para gobernar la pobreza que la avaricia; ca la pobreza casi pone en necesidad de hacer agravios, la codicia trae consigo voluntad determinada de hacer mal. Con esto enviaron al pretor Popilio: dél refiere Plinio que Viriato le entregó las ciudades que en su poder tenia; que si fue verdad, debió maltratalle en alguna batalla y ponelle en grande aprieto. Despues de Popilio el año seiscientos y once vino al gobierno de la España Citerior el cónsul Q. Cecilio Metello, el que por haber sujetado la Macedonia ganó renombre de Macedónico. Su venida fue para sosegar las alteraciones de los celtíberos que por diligencia de Viriato y á sus ruegos se comenzaban á levantar.

De un cierto Quincio se sabe que prosiguió la guerra contra Viriato, sin que se entienda si como pretor ó por mandado y comision del cónsul; lo mas cierto es que á las haldas del monte de Vénus cerca de Ebora de Portugal este Quincio venció en batalla á Viriato, pero como vencido se rehiciese de fuerzas, revolvió sobre los vencedores con tal brio, que hecho en ellos gran daño, los forzó á retirarse tan desconfiados y medrosos, que en lo mejor del otoño, como si fuera en invierno, se barrearon dentro de Córdoba sin hacer caso ni de los españoles sus confederados, ni aun de los romanos, que por estar de guarnicion en lugares y plazas no tan fuertes corrian riesgo de ser dañados.

Metello hacia la guerra en su provincia, y sosegó los celtíberos, por lo menos Plinio dice que venció á los arevacos; y sin embargo el año siguiente que fue el de seiscientos y doce, le prorrogaron á él el cargo y gobierno de la España citerior, y para la guerra de Viriato vino el cónsul Quinto Fabio Servilio hermano que era adoptivo de Fabio Emiliano: trajo en su compañía diez y ocho mil infantes y quinientos caballos de socorro. Demas desto el rey Micipsa hijo de Masinissa le envió desde Africa diez elefantes y trecientos hombres de á caballo.

Todo este ejército con los demas que antes estaban al sueldo de Roma, no fueron parte para que Viriato en el Andalucía do andaba, no los maltratase con salidas que hacia de los bosques en que estaba escondido, con tanto esfuerzo que forzaba á los contrarios á retirarse á sus reales, sin dejalles reposar de dia ni de noche con correrías que hacia, y rebates y alarmas que de ordinario les daba, hasta tanto que mudadas sus estancias llegaron á Útica ciudad antiguamente del Andalucía. Desde allí Viriato por la falta de vituallas se retiró con los suyos á la Lusitania. El cónsul, libre de aquella molestia y sobresaltos, acudió á los pueblos llamados cuneos, donde venció dos capitanes de salteadores llamados Curion y el otro Apuleyo, y tomó por fuerza algunas plazas que se tenian por Viriato con gruesas guarniciones de soldados que en ellas tenia puestas. Los despojos que ganó fueron ricos, los cautivos en gran número, de quien hizo morir quinientos que eran los mas culpados, los demas en número de diez mil hizo vender en pública almoneda por esclavos.

Entre tanto que todas estas cosas pasaban en la España Ulterior aquel verano, Metello ganó grande honra por sujetar de todo punto los celtíberos, y haberse apoderado por aquellas partes de las ciudades llamadas en aquel tiempo Contrebia, Versobriga y Centobriga. De Metello es aquel dicho muy celebrado á esta sazon, porque como por engañar y deslumbrar al enemigo mudase y trajese el ejército por diversos lugares sin órden á lo que parecia y sin concierto, preguntado cerca la ciudad de Contrebia por un centurion, que era capitan de una compañía de soldados, cuál era su pretension en lo que hacia, respondió aquellas palabras memorables. «Quemaria »yo mi camisa, si entendiese que en mis secretos te»nia parte.» Varon por cierto hasta aquí de prudencia y valor aventajado, dado que por lo que se sigue ninguna las merece; pero ¿quién hay que no falte? ¿quién hay que tenga todas sus pasiones arrendadas? Fue así que le vino aviso como en Roma tenia nombrado para sucedelle en aquel cargo Quinto Pompeio, de que recibió tanta pena, que se determinó para enflaquecelle las fuerzas despedir á los soldados y hacer que dejasen las armas, descuidarse en la provision de los graneros públicos, quitar el sustento á los elefantes, con que unos murieron, otros quedaron muy flacos y sin ser de provecho: tanto puede muchas veces en los grandes ingenios la envidia y la indignacion. Este desórden fue causa que vuelto á Roma no le otorgaron el triunfo, por lo demas muy debido á su valor y á cosas que hizo.

Vino pues el cónsul Quinto Pompeyo á la España Citerior el año seiscientos y trece de la ciudad de Roma. Serviliano por órden del senado continuó su gobierno en la España Ulterior, donde recibió en su gracia á Canoba capitan de salteadores que se le entrego, y á Viriato que estaba sobre la ciudad de Vacia, forzó á alzar el cerco y á huir: ocasion para que muchos pueblos por aquella comarca se le rindiesen. Juntaba Serviliano con la diligencia, que era muy grande, la severidad y el rigor del castigo, en que era demasiado; porque cortó las manos á todos los compañeros de Canoba, y fuera dellos á otros quinientos cautivos que faltaran en la fé y desampararán sus reales. Lo mismo con que pensó amedrentar y poner espanto, alteró grandemente á los naturales, y causó notable mudanza en las cosas: que todos naturalmente aborrecen la fiereza y la crueldad. Manteníase en la devocion de Viriato una ciudad por nombre Erisana: pusiéronse sobre ella los romanos. De noche el mismo Viriato sin ser descubierto ni sentido se metió dentro; y luego la mañana siguiente dió tal rebate sobre los enemigos que halló descuidados, que

con muerte de muchos puso á los demas en huida. Repararon en un lugar no muy fuerte, y estaban todos para perecer.

Parecióle á Viriato buena coyuntura aquella para concertarse con el enemigo á su ventaja, movió tratos de paz: resultó que se hizo confederacion, en virtud de la cual los romanos escaparon con las vidas, y él fue llamado amigo del pueblo romano, á sus soldados y confederados dado todo lo que tenian y habian robado: grande ultraje y afrenta de la magestad romana, la cual aun encareció mas y subió de punto en Roma Quinto Servilio Cepion enviado desde España por embajador de su hermano Serviliano: maña con que granjeó las voluntades para que le diesen el consulado como lo hicieron, ca fue cónsul el año siguiente de la ciudad de Roma seiscientos y catorce, con órden que se le dió se encargase de la España Ulterior, y lo mas presto que pudiese, rompiese y quebrantase aquel concierto que se hizo con Viriato, como indigno y vergonzoso y hecho sin pública y bastante autoridad. Por donde no parece llegado á razon ni cosa probable lo que refiere Appiano, que el dicho concierto fue en Roma aprobado por el senado y pueblo romano.

CAPITULO V.

Como Viriato fue muerto.

Tuvo Quinto Pompeyo el gobierno de la España Citerior por espacio de dos años; pero por el mal recaudo que halló, causado de la envidia de Metello, ni el año pasado, ni en gran parte del presente pudo hacer cosa alguna de momento, ademas que por estar su provincia sosegada ni se ofrecia ocasion de alteraciones, ni de emprender grandes hechos. Por el contrario el cónsul Servilio en el Andalucía puso cerca de la ciudad de Arsa á Viriato en huida. Siguióle hasta la Carpetania que es el reino de Toledo, donde con cierto ardid de guerra se le escapó de las manos. Dió muestra que queria la batalla, y puestas sus gentes en ordenanza y por frente la caballería, entre tanto que los romanos se aparejaban para la pelea, hizo que su infantería se retirase á los bosques que por allí cerca caian: esto hecho, con la misma presteza se retiró la caballería, de suerte que el cónsul perdida la esperanza de haber á las manos por entonces enemigo tan astuto y tan recatado, se encaminó con sus gentes la vuelta de los Vectones, donde hoy está Estremadura. Desde allí resolvió sin parar hasta Galicia, donde habia grande soltura y todo estaba lleno de muertes y robos. Viriato cansado de guerra tan larga, y poco confiado en la lealtad de los compañeros, ca se recelaba no quisiesen algun dia con su cabeza comprar ellos para sí la libertad y el perdon, acordó de enviar al cónsul tres embajadores de paz: muchas veces se pierden los hombres por el mismo camino que se pensaban remediar. Recibióles el cónsul con mucha cortesía y humanidad: regalólos de presente con dones que les dió, y para adelante les cargó de grandes promesas que les hizo, y con tal que matasen á su capitan estando descuidado, y por este medio librasen á sí mismos de tantos trabajos y de una vida tan miserable, y á su tierra de tantos males y daños. Guárdanse los malos entre sí poco la lealtad: así fácilmente se persuadieron de poner en ejecucion lo que el cónsul les rogaba.

Concertada la traicion, se despidieron con buena respuesta que en público les dió, y con muestra de querer efectuar las paces. Descuidóse con esta esperanza Viriato, con que ellos hallaron comodidad para cumplir lo que prometieran: entraron do estaba durmiendo: y en su mismo lecho le dieron de puñaladas. Varon digno de mejor fortuna y fin, y que de bajo lugar y humilde, con la grandeza de su corazon, con su valor y industria trabajó con guerra de tantos años la grandeza de Roma: no le quebrantaron las cosas adversas ni las prósperas le ensoberbecieron. En la guerra tuvo altos y bajos como acontece: pereció por engaño y maldad de los suyos el libertador se puede decir casi de España, y que no acometió los principios del poder del pueblo romano como otros, sino la grandeza y la magestad de su imperio, cuando mas florecian sus armas, y aun no reinaban del todo los vicios que al fin los derribaron. Hiciéronle el dia siguiente las exequias y enterramiento, mas solemne por el amor y lágrimas de los suyos que por el aparato y ceremonias, dado que entre los soldados se hicieron fiestas y torneos y se sacrificaron muchas reses.

Los matadores idos á Roma dieron peticion en el senado, en que pedian recompensa y remuneracion por tan señalado servicio. Fuéles respondido que al senado y pueblo romano nunca agradaba que los soldados matasen á su caudillo: así los traidores son aborrecidos por los mismos á quien sirven, y muchas veces son castigados en lugar de las mercedes que pretendian. Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo, menos aventajado que él en autoridad, esfuerzo y prudencia. Este capitan en breve se entregó al cónsul con todos los suyos, y fue recibido en su gracia y amistad. A estos y a los demás lusitanos quitaron las armas, y dieron tierras á propósito que ocupados en la labranza, y entretenidos con el trabajo y con la pobreza perdiesen la lozanía y la voluntad de alborotarse, y no tuviesen fuerzas aunque quisiesen hacello.

CAPITULO VI.

Como revolvió la guerra de Numancia.

El año mismo que por alevosía de los suyos fue muerto el famoso capitan Viriato, que se contaba de la fundacion de Roma seiscientos y catorce, los numantinos se alborotaron de nuevo, y se encendió una nueva y mas cruel guerra que antes con esta ocasion. Habia Metello con su esfuerzo y buena maña sujetado los celtíberos (1) al imperio romano: solo los numanti-

(1) Sobre la etimologia de la palabra *Celtíberos* hay dos opiniones: unos quieren que signifique la mezcla de los celtas (supuesta su invasion) con los iberos; y otros pretenden que los celtas tenian la costumbre de juntar á su nombre la designacion del lugar que habitaban: así, por ejemplo, se conocian los *Ceilt-For (Celtorii)* ó celtas de la montaña; *Ceiltac'h*, los celtas del llano; *Ceilt-Aber*, los celtas del rio. Como quiera que sea, pertenezcan los celtíberos al tronco ó algunos de los celtas, sus costumbres debian ser semejantes.

La Galicia es sin duda de toda la costa de Cantabria la provincia que mas vestigios presenta en sus costumbres, en nombres de pueblos, de otros objetos y en monumentos materiales, de la antigua existencia de los celtas en nuestra península: las aldeas de céltigos y céitegos que todavía se conservan, lo atestiguan evidentemente. Los que deseen detalles sobre este punto importante y difícil, deben leer las investigaciones acerca de la historia de Galicia que ha hecho don José Verea y Aguiar con tanta erudicion y sútil crítica: nosotros solo hablaremos aquí de los monumentos.

Las *piedras victoriales*, que eran tal vez los túmulos erigidos á los guerreros mas ilustres, consistian en piedras de veinte pies de alto y una filada sobre otra fila para hacer pirámide. Así es el monumento Salisburiense á seis millas de Ultonia, así es el que se vé en el primer escalon del monte Barbanza, cerca de Noya.

En toda la Galicia se ven otro género de sepulcros que se llaman vulgarmente *mamoas* y *modorras*, donde tal vez se depositaban los restos de personajes menos elevados ó célebres. Su aspecto esterior es de un montecito hemisférico; pero interiormente tienen un espacio formado por un órden circular de grandes piedras cubiertas por otras donde encerraban con la alta cineraria del difunto, los objetos de su mayor estimacion, como urnas de metal, armas, monedas y hasta los caballos, á que eran muy apasionados los celtas. En Escocia se han descubierto algunos en muy buen estado: de los de Galicia muchos han desaparecido por la agricultura; los mas de los que existen están abiertos por la codicia

nos y los termestinos conforme á las capitulaciones y confederacion que antes tenian asentada fueron declarados por amigos del pueblo romano, que era lo mismo que conservallos en su libertad. Entiéndese que los termestinos estaban distantes de Numancia por espacio de nueve leguas, do al presente está una ermita que se llama de Nuestra Señora de Tiermes. Quinto Pompeio por no estar ocioso, y por parecer que hacia algo, pensaba cómo quitaria la libertad á estas ciudades. Era menester buscar algun buen color. pareció el mas á propósito achacarles que recibieran en su ciudad á los segedanos, los cuales por cierta ayuda que enviaron á Viriato, incurrieron en mal caso: que fue la causa (si otra no hobo) de temer el castigo, y por no tenerse por seguros en su ciudad recogerse á los numantinos como amigos y comarcanos, ca Segeda se cuenta entre los belos, y hoy entre las ciudades de Soria y Osma hay un pueblo llamado Seges, rastro como algunos piensan de aquella ciudad. El delito de que acusaban á los numantinos, no era cosa tan grave, que á todos es lícito usar de benignidad y humanidad para con sus



Muerte de Viriato.

aliados; pero sin embargo enviaron sus embajadores á Pompeio para disculparse, que despidió él con afrenta y ultraje.

Los numantinos conocido el yerro pasado y el riesgo que corrian, acordaron de alzar la mano de la defensa de los segedanos y renunciar su amistad, todo á propósito de aplacar á los romanos. Avisaron desto á Pompeio, y con nueva embajada que le enviaron, le suplicaron renovase el concierto que tenian hecho con Gracchó. Pompeio dió por respuesta que no habia que tratar de paz ni de confederacion, si primero no dejasen las armas. Con esto fue forzoso tornar á la guerra para con las armas defender las armas que el enemigo junto con la libertad les pretendia quitar. Tocaron atambor, hicieron levas de gente, con que juntaron ocho mil peones y dos mil caballos: peque-

de secretos tesoros; pero aun hay algunos intactos, segun Verea y Aguiar en su *Historia de Galicia*, trabajo lleno de ereducion y de crítica, en la jurisdiccion de Montes, que seria muy conveniente examinar. Don Domingo Fontan, director que fue del Observatorio astronómico, y autor de la gran [illegible] carta de Galicia, posee una especie de puñal de bronce que llamaban *macara*, palabra céltico-griega, encontrado en una de estas mamoas, y otro poseia el señor don José Lareo, maestro que fue de labores de la fábrica de papel sellado

Hay ademas en toda la Galicia actual y en la provincia portuguesa de Tras-os-montes, multitud de otros monumentos del todo desconocidos en Francia que eran evidentemente los lugares destinados al culto de su religion. Consisten en un circulo de tierra y césped formando un pequeño vallado con entrada: unos son enteramente planos interiormente; pero en otros desde el cordon ó vallado se eleva mas ó menos á manera de montecito el área, como sucede en el de Figueiras cerca de Santiago: todos están construidos, no en los lugares mas encumbrados sino en collados accesibles, y alguno hay como el de Abuin, jurisdiccion de Villasante, en un perfecto llano. Estos monumentos antiquísimos que llevan todavía el nombre de *castro*, cosa elevada, y ademas cada uno su apellido particular, como el citado de Figueiras, que se llama *de Mormancon*, son iguales á los *carn* de Escocia. Su grande número, su forma general y rigorosamente circular, su espacio esactamente igual, así como el del patio del palacio real de Madrid; su situacion cerca de las poblaciones, y muchos al pie de alturas superiores y en toda la estension del pais hacen desechar la idea de que hayan sido fortalezas ó castillos para preferir la de que usan los lugares destinados al culto. Esta suposicion queda plenamente comprobada por la inscripcion *Endo castrorum* (al dios de los Castros) que encontró esculpida, el P. Contador de Argote en una piedra bien conservada del monte Gerez. Muchos de estos monumentos han desaparecido tambien por cuanto los concilios de Arlés, Tours y Toledo autorizaron á los obispos para destruir en sus respectivas diócesis todos los templos de la idolatría.

En Portugal entre Pegóes y Ventas Vava, hay varios monumentos célticos que son doce grandes piedras colocadas circularmente y alrededor de otra, siendo por lo tanto iguales á los *cromlch*: el R. Kinsey hace la descripcion de como que está cerca de Arroyolos. En el pais se llaman *antas*, y Martin de Mendoza escribió acerca de ellos una memoria que es poco conocida.

ño número, pero grande en esfuerzo, y no muy desigual á la muchedumbre de los romanos. La conducta desta gente se encomendó á un capitan muy esperimentado por nombre Megara. No se descuidó Pompeio en lo que á él tocaba, antes en breve adelantó sus reales y los asentó cerca de Numancia, en que tenia treinta mil infantes y dos mil de acaballo. Dábanles en que entender los numantinos, y con correrías que hacian desde los collados, y con los ordinarios rebates mataban y prendian á los que se desmandaban. Solo escusaban el riesgo de la batalla; y todas las veces que los romanos movian contra ellos sus estandartes, se retiraban y ponian en salvo por la noticia que tenian de aquellos lugares, que era consejo muy acertado.

Pompeio viendo que no hacia efecto contra los numantinos, acordó de ponerse sobre la ciudad de Termancia, de donde asimismo fue rechazado no con menor afrenta que antes, y con algo mayor pérdida de gente. Porque con tres salidas que un dia hicieron los de Termancia, le forzaron á retirarse á ciertas barrancas, lugares ásperos y fuertes, de donde muchos de los suyos se despeñaron: tan grande era el miedo que cobraron, que toda la noche pasaron en vela sin dejar las armas. El dia siguiente volvieron á la pelea que fue muy dudosa sin declarar la victoria por ninguna de las partes hasta tanto que sobrevino la noche, en que Pompeio se fue á la ciudad de Manlia con resolucion de escusar otra batalla, que fue señal de llevar lo peor, y que pretendia rehacerse de fuerzas, y hacer que con el tiempo su gente cobrase ánimo. Tenia la ciudad de Manlia guarnicion de numantinos, y sin embargo se entregó á los romanos por no poderse tener. Al presente hay un pueblo en aquella comarca por nombre Mallen, por ventura asiento de aquella ciudad. Apoderóse otrosí de los termestinos que tornó á combatir, y no se hallaban con fuerzas bastantes para defenderse por quedar cansados y gastados de los encuentros pasados.

Restaban los numantinos: antes que moviese Pompeio contra ellos, deshizo á Tangino capitan de salteadores, y le mató con toda su gente en aquella parte donde se tendian los edetanos y hoy está la ciudad de Zaragoza. Hecho esto, revolvió sobre Numancia, y porque el cerco iba á la larga, procuró sacar de madre al rio Duero para que no entrasen bastimentos á los cercados: fue forzado á desistir desta empresa por causa de los numantinos con una salida que hicieron, maltrataron á los soldados contrarios y á los que andaban en la obra. Demás desto le degollaron un tribuno de soldados con toda su gente, que iba en guarda de los que traian vituallas y de los forrageros. Espantado Pompeio por estos daños detuvo los soldados dentro de sus estancias sin dejallos salir en el tiempo mas áspero del año, que fue causa de que muchos pereciesen de enfermedad por no estar acostumbrados á aquella destemplanza de aire: otros morian á manos de los numantinos, que con sus salidas y rebates continuamente los trabajaban. Por esta causa fue forzado Pompeio á mudar de parecer, y dado que el invierno estaba muy adelante, desistir del cerco y repartir sus gentes por las ciudades comarcanas de su devocion.

Corria ya el año de Roma de seiscientos y quince: en él el cónsul Marco Popilio Lenate fue señalado para el gobierno de aquella provincia en lugar de Pompeio, pero mientras su venida se esperaba al principio del verano se asentaron las paces de los numantinos. Procurólo Pompeio, sea por miedo de que en Roma le achacasen de haber sido con su mal gobierno causa de aquella guerra, sea por no querer que con su trabajo y riesgo su sucesor llevase el prez y la honra de acabarla. Los numantinos otrosí cansados de guerra tan larga, y por tener falta de mantenimientos á causa de haber dejado la labranza de los campos, dieron de buena gana oidos á aquellos tratos. Conviniéronse en que las condiciones de la paz, por ser desaventajadas para los romanos, se tratasen en secreto, tanto que el mismo Pompeio por no firmallas se hizo malo. En lo público la escritura del concierto rezaba que los numantinos eran condenados en treinta talentos: los mas inteligentes sospechaban era ficcion inventada á propósito de conservar el crédito y autoridad del imperio romano. Lo cierto es que con la venida del cónsul Popilio se trató de aquella confederacion y de aquellas paces: Pompeio negaba habellas hecho, los numantinos probaban lo contrario por testimonio de los principales del ejército romano. En fin los unos y los otros fueron por el nuevo cónsul remitidos al senado de Roma, donde por tener mas fuerza el antojo y la pasion que la justicia, entre diversos pareceres prevaleció el que mandaba hacer de nuevo la guerra contra Numancia.

CAPITULO VII.

De la confederacion que el cónsul Mancino hizo con los numantinos.

Entre tanto que esto pasaba en Roma y con los numantinos, el cónsul Popilio acometió á hacer guerra á los lusones, gente que caia cerca de los numantinos, pero fue en vano su acometimiento; antes el año siguiente, que de la ciudad de Roma se contó seiscientos y diez y seis, como le hobiesen alargado el tiempo de su gobierno, fue en cierto encuentro que tuvo con los numantinos, vencido y puesto en huida. En la España Ulterior, para cuyo gobierno señalaron el uno de los nuevos cónsules por nombre Decio Bruto, los soldados viejos de Viriato, á los cuales dieron perdon y campos donde morasen, edificaron y poblaron la ciudad de Valencia. Hay grande duda sobre qué Valencia fue esta: quién dice que fue la que hoy se llama Valencia de Alcántara por estar en la comarca donde estos soldados andaban: quién entiende, y es lo que parece mas probable, que sea la que hoy se llama Valencia de Miño, puesta sobre la antigua Lusitania enfrente de la ciudad de Tuy; y no falta quien piense que sea Valencia la del Cid, ciudad poderosa en gente y en armas. Pero hace contra esto que está asentada en la España Citerior, provincia que era de gobierno diferente.

Dejadas estas opiniones, lo que hace mas á nuestro propósito es que el año siguiente de la fundacion de Roma seiscientos diez y siete, á Bruto alargaron el tiempo del gobierno de la España Ulterior, y para lo de la Citerior señalaron el uno de los nuevos cónsules por nombre Caio Hostilio Mancino. Este luego que llegó, asentado su campo cerca de Numancia, fue diversas veces vencido en batalla; y de tal manera se desaminó con estas desgracias, que avisado como los vaceos, que caian en Castilla la Vieja, y los cántabros venian en ayuda de los numantinos, no se atrevió ni á atajarles el paso, ni á esperar que llegasen; antes de noche á sordas se retiró y apartó á otros lugares que estaban sosegados: en qué parte de España no se dice, solo señalan que fue donde los años pasados Fulvio Novilior tuvo mas alojamientos. En la ciudad de Numancia no se supo esta partida de los enemigos hasta pasados dos dias por estar los ciudadanos ocupados en fiestas y regocijos sin cuidado alguno de la guerra. La manera como se supo fue que dos mancebos pretendian casar con una doncella: para escusar debates acordaron que saliesen á los reales de los enemigos, y el que primero de los dos trajese la mano derecha de alguno dellos, ese alcanzase por premio el casamiento que deseaba. Hiciéronlo así, y como hallasen los reales vacios, á mas correr vuelven á la ciudad para dar aviso de lo que pasaba, que los enemigos eran idos, y que dejaban desampa-

ardos sus reales. Los ciudadanos alegres con esta nueva siguieron la huella y rastro de los romanos, y antes de tener barreadas sus estancias bastantemente pusieron sitio á los que poco antes los tenian cercados; que fue un trueque y mudanza notable. El cónsul perdida la esperanza de poder escapar, se inclinó á tratar de concierto, en que los numantinos quedaron con su antigua libertad, y en él fueron llamados compañeros y amigos del pueblo romano: grande ultraje, y que despues de tantas injurias parecia oscurecer la gloria romana, pues se rendia al esfuerzo de una ciudad.

Ayudó para hacer esta confederacion, mas necesaria que honesta, Tiberio Gracchô que se hallaba entre los demás romanos, y por la memoria que en España se tenia de Sempronio su padre, era bien quisto, y fue parte para inclinar á misericordia los ánimos de los numantinos. En Roma luego que recibieron aviso de lo que pasaba, y de asiento tan feo, citaron á Mancino para que compareciese á hacer sus descargos, y en su lugar nombraron por general de aquella guerra al otro cónsul llamado Emilio Lépido para que vengase aquella afrenta. Enviaron asimismo los numantinos sus embajadores con las escrituras del concierto, y con órden que si el senado no le aprobase, en tal caso pidiesen les fuese entregado el ejército, pues con color de paz y de confederacion escapó de sus manos; Tratóse el negocio en el senado, y como quier que ni por una parte quisiesen pasar por concierto tan afrentoso, y por otra juzgasen que los numantinos pedian razon, dieron traza que Mancino les fuese entregado, con que les parecia quedaban libres del escrúpulo que tenian en quebrantar lo asentado. A Tiberio Gracchô magüer que fue el que intervino en aquella confederacion y la concluyó, absolvieron porque lo hizo mandado. El vulgo, como de ordinario se inclina á pensar y creer la peor parte, decia que esto se hizo por respeto de Scipion su cuñado, que como ya se dijo casó con cornelia hermana de los Gracchôs.

CAPITULO VIII.

Como Caio Mancino fue entregado á los numantinos.

Esto era lo que pasaba en Roma. En España el cónsul Marco Lépido antes de tener aviso de lo que el senado determinaba, acometió á los vaceos (que eran gran parte de lo que hoy es Castilla la Vieja) con achaque que en la guerra pasada enviaron socorro á los numantinos y los ayudaron con vituallas. Corrió sus muy fértiles campos; y despues que lo puso todo á fuego y á sangre, probó tambien de apoderarse de la ciudad de Palencia, sin embargo que de Roma le tenian avisado no hiciese guerra á los españoles, hombres que eran feroces y denodados, y de enojarlos muchas veces resultará daño. La afrenta y mal órden de Mancino tenia puesto al senado en cuidado, y á los españoles daba ánimo para que no dudasen ponerse en defensa contra cualquiera que les pretendiese agraviar. Fue así que por el esfuerzo de los palentinos como los romanos fuesen maltratados, y asimismo tuviesen falta de vituallas, de noche á sordas sin dar la señal acostumbrada para alzar el bagaje, se partieron con tanto temor suyo y tan grande osadía de los palentinos, que luego al dia siguiente, sabida la partida, salieron en pos dellos y los picaron y dieron carga, de suerte que degollaron no menos de seis mil romanos. De lo cual luego que en Roma se supo, recibió tan grande enojo el senado, que citaron á Lépido á Roma, donde vestido como particular fue acusado en juicio y condenado de haberse gobernado mal.

Estos daños y afrentas en parte se recompensaban en la España Ulterior por el esfuerzo y prudencia de Decio Bruto, que sosegó las alteraciones de los gallegos y lusitanos, y forzó á que se le rindiesen los labricanos (1), pueblos que por aquellas partes se alborotaban muy de ordinario. Púsoles por condicion que le entregasen los fugitivos, y ellos dejadas las armas se viniesen para él. Lo cual como ellos cumpliesen, rodeados del ejército, los reprendió con palabras tan graves que tuvieron por cierto los queria matar; pero él se contentó con penarlos en dinero, quitarles las armas y las demás municiones que tanto daño á ellos mismos acarreaban. Por estas cosas Decio Bruto ganó sobrenombre de Galaico ó Gallego. Esto sucedió en el consulado de Mancino y Lépido.

El año siguiente seiscientos y diez y ocho, alargaron á Bruto el tiempo de su cargo, y al nuevo cónsul Publio Furio Filon se le dió cuidado de entregar á Mancino á los numantinos, y se le encomendó el gobierno de la España Citerior. Y porque Q. Metello y Q. Pompeio, como personas las mas principales en riquezas y autoridad, pretendian impedir que Furio no fuese á esta empresa de donde tanta gloria y ganancia se esperaba, él con una maravillosa osadía como cónsul que era, les mandó que le siguiesen y fuesen con él á España por legados ó tenientes suyos. Luego que llegó, puestos sus reales cerca de Numancia, hizo que Mancino desnudo de cuerpo y atadas atrás las manos (como se acostumbraba cuando entregaban algun capitan romano á los contrarios) fuese puesto muy de mañana á las puertas de Numancia; pero como quier que ni los enemigos le quisiesen, y los amigos le desamparasen, pasado todo el dia y venida la noche, guardadas las ceremonias que en tal caso se requerian, fue vuelto á los reales. Con esto daban á entender los romanos que cumplian con lo que debian. A los numantinos no parecia bastante satisfaccion de la fe que quebrantaban, entregar al capitan y guardar el ejército que libraron de ser degollado debajo de pleytesía. Y es cosa averiguada que los romanos en este negocio miraron mas por su provecho, que por las leyes de la honestidad y de la razon.

Qué otra cosa Furio hiciese en España, no se sabe; sino que el año adelante, que se contó seiscientos y diez y nueve de la fundacion de Roma, á Bruto alargaron otra vez el tiempo de su gobierno por otro año que fue el tercero, y el consul Q. Calpurnio Pison por el cargo que le dieron de la España Citerior, peleó con los numantinos mal, ca perdió en la pelea parte de su ejército, y los demás se vieron en grandes apreturas. Era el miedo que los romanos cobraron tan grande, que con solo la vista de los españoles se espantaban: no de otra guisa qué los ciervos, cuando ven los perros ó los cazadores, movidos de una fuerza secreta luego se ponian en huida. Muchos entendian que la causa de aquel espanto era el grân tuerto que les hacian, y la fe quebrantada; mas á la verdad los españoles en aquel tiempo ninguna ventaja reconocian á los romanos en esfuerzo y atrevimiento: no peleaban como de antes de tropel y derramados, sino por el largo uso que tenian de las armas, á imitacion de la disciplina romana formaban sus escuadrones, ponian sus uestes en ordenanza, seguian sus banderas y obedecian á sus capitanes. Con esto tenian reducida la manera grosera de que antes usaban, á preceptos y arte con que siempre en las guerras y con prudencia se gobernasen.

CAPITULO IX.

Como Scipion hecho cónsul vino á España.

Estas cosas luego que se supieron en Roma, pusieron en grande cuidado al senado y pueblo romano,

(1) Siendo, segun las mejores ediciones de Appiano su ciudad Talabriga y no Labrica, debe decir los talabrigenses en el caso que los demás pueblos fuesen del distrito de Talabriga, porque aquel historiador no lo dice.

como era razon. Acudieron al postrer remedio, que fue sacar por cónsul á Publio Scipion (el cual por haber destruido á Cartago tenia ya sobrenombre de Africano) con resolucion de envialle á España. Para hacer esto dispensaron con él en una ley que mandaba á ninguno antes de pasados diez años se diese segunda vez consulado. Sucedió esto el año que se contó seiscientos y veinte de la fundacion de Roma, en que como creemos prorogaron de nuevo á Decio Bruto, y le alargaron el tiempo del gobierno que tenia sobre la España Ulterior. Siguieron á Scipion en aquella jornada cuatro mil mancebos de la nobleza romana, y de los que por diversos reyes habian sido enviados para entretenerse en la ciudad de Roma; y si no les fuera vedado por decreto del senado, lo mismo hicieran todos los demás. Tan grande era el deseo en que todos se veian de tenelle por su capitan y aprender dél el ejército de las armas, que á porfía daban sus nombres y con grande voluntad se alistaban.

Destos mozos ordenó Scipion un escuadron que llamó Filonida, que era nombre de benevolencia y amistad: atadura muy fuerte y ayuda entre los soldados para acometer y salir con cualquier grande empresa. El ejército de España por estar falto de gobierno se hallaba flaco, sin nervios y sin vigor: efecto propio del ocio y de la lujuria. Para remediar este daño dejó Scipion en Italia á Marco Buteon su legado, que guiase la gente que de socorro llevaba, y él lo mas presto que se pudo aprestar, partió para España, y en ella con rigor, cuidado y diligencia, en breve redujo el ejército á mejores términos. Porque lo primero despidió dos mil rameras que halló en el campo: asimismo despidió de regatones, mercaderes y mochilleros otro no menor número, ni menos dado á torpezas y deleites. Por esta manera limpiado el ejército de aquel vergonzoso muladar, los soldados volvieron en sí y cobraron nuevo aliento; y los que antes eran tenidos en poco, comenzaron á poner á sus enemigos espanto.

Demás desto ordenó que cada soldado llevase sobre sus hombros trigo para treinta dias, y cada siete estacas para las trincheras con que cercaban y barreaban los reales, que de propósito hacia mudar y fortificar á menudo para que desta manera los soldados con el trabajo tornasen á cobrar las fuerzas que les habia quitado el regalo. Lo que hizo mas al caso para reprimir los vicios y insolencias de los soldados, fue el ejemplo del general, por ser cosa cierta que todos aborrecen ser mandados, y que el ejemplo del superior hace que se obedezca sin dificultad. Era Scipion el primero al trabajo, y el postrero á retirarse dél. Ayudó otrosí para renovar la disciplina la diligencia de Caio Mario, aquel que desta escuela y destos principios se hizo con el tiempo, y salió uno de los mas famosos capitanes del mundo.

Pasada en estas cosas gran parte del año y llegado el estío, movió Scipion con todas sus gentes la vuelta de Numancia. No se atrevió por entonces de ponerse al riesgo de la batalla, porque todavía sus soldados estaban medrosos por la memoria que tenian fresca de las cosas pasadas. Contentóse con correr los campos enemigos por muchas partes, y hacer en ellos todo mal y daño. Desde allí pasó haciendo asimismo correrías hasta los vaceos, enojado principalmente contra los palentinos por la rota con que maltrataron y el daño que hicieron al cónsul Lépido. Allí Scipion se vió puesto casi en necesidad de venir á batalla por la temeridad de Rutilio Rufo, el cual con intento de reprimir á los palentinos, que por todas partes se mostraban y con ordinarios rebates daban pesadumbre, salió contra ellos, y con poco recato se adelantó tanto, que se iba á meter en una emboscada que los enemigos le tenian puesta: cuando Scipion advertido el peligro desde un alto donde estaba, mandó que las demás gentes se adelantasen, y que la caballería cercase por todas partes el lugar donde la celada estaba, y escaramuzando con el enemigo, diese lugar á los soldados que se metian en el peligro para que se pusiesen en marcha.

En este camino y entrada que Scipion hizo, vió por sus ojos la ciudad de Caucia destruida por engaño de Lucullo; y movido con aquella vista á compasion, á voz de pregonero prometió franqueza de tributos y alcabalas á todos los que quisiesen reedificarla y hacer en ella su asiento y morada. Esto fue lo que sucedió aquel verano que estaba ya bien adelante, y casi comenzaba el invierno, cuando vuelto el ejército á Numancia, cerca de aquella ciudad se asentaron los reales de los romanos. Dende no dejaron por todo el invierno de salir diferentes cuadrillas á robar y talar los campos que por allí caian. Entre estos un escuadron, de cierto peligro en que se hallaba de perecer, fue librado por la buena maña y vigilancia de Scipion en esta manera. Estaba allí cerca una aldea rodeada en gran parte de ciertos pantanos que sospechan sea la que se llama al presente Henar por estar junto á una laguna. Cerca de aquel lugar se alzaban unos peñascos á propósito de armar allí alguna celada. Escondióse allí cierto número de numantinos, y sin falta maltrataran y degollaran los soldados romanos, que derramados y ocupados en robar andaban por aquella parte, si Scipion desde sus reales, conocido el peligro, no diera luego señal de recogerse para que los soldados dejado el robar acudiesen á sus banderas, y para mayor seguridad tres mil caballos que envió delante, él mismo se apresuró para cargar sobre los contrarios con lo demás del ejército.

Los numantinos entre tanto que con iguales fuerzas y número se peleaba, resistieron é hicieron reparar á un gran número de contrarios; pero luego que vieron acercarse los estandartes de las legiones, se pusieron en huida con grande maravilla de los romanos, porque de largo tiempo no habian visto las espaldas de los numantinos. Estas cosas acontecieron en el consulado de Scipion en el tiempo que Iugartha desde Africa vino á juntarse con los romanos, nieto que era de Masinissa, nacido fuera de matrimonio de un hijo suyo por nombre Manastabal. Envióle el rey Micipsa su tio con diez elefantes y un grueso escuadron de caballos y de peones con deseo que tenia de ayudar á los romanos, y juntamente con deseño de poner á peligro aquel mozo brioso, por entender el que corrian sus hijos si la vida le duraba: consejo sagaz y prudente que no tuvo efectos, antes Iugurtha ganada mucha honra en aquella guerra, luego que se concluyó, dió vuelta á Africa con mayor crédito y pujanza que antes.

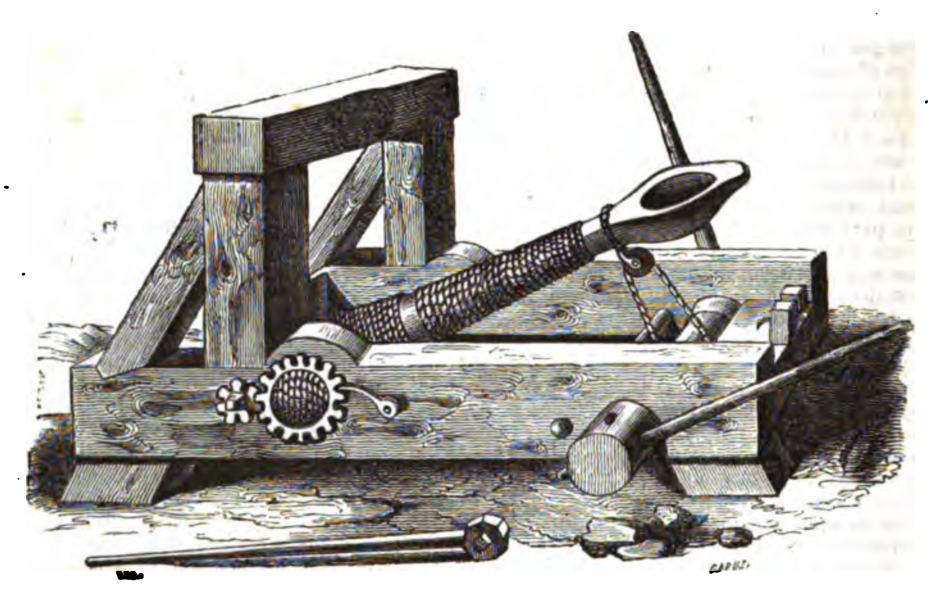
CAPITULO X.

Cómo Numancia fue destruida.

El año luego adelante que se contó de la fundacion de Roma seiscientos y veinte y uno, siendo cónsules Publio Mucio Scevola y Lucio Calpurnio Pison, á Scipion alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenia: traza con que Numancia fue de todo punto asolada, ya pasado el invierno, y con varias escaramuzas, quitado ya el miedo que los soldados tenian cobrado, con intencion de apretar el cerco de Numancia de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos partes. El regimiento de los unos encomendó á Q. Fabio Máximo, su hermano, los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenia. Quién dice que eran sesenta mil hombres, quién que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos orgullosos por tantas victorias como antes ganaran aunque eran mucho menos en número (porque los

que mas ponen, dicen que eran ocho mil combatientes; y otros deste número quitan la mitad) sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo.

Scipion tenia propósito de escusar por cuanto pudiese el trance de la batalla como prudente capitan, y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento, que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecia conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimiento de los cercados. Demás desto mandó á las ciudades confederadas enviasen nuevos socorros de gente municiones y vituallas para la guerra. Hizose un foso alrededor de la ciudad, y levantóse un valladar de nueva manera, que tenia diez piés en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saetías á ciertos trechos, de suer-



La Catapulta.

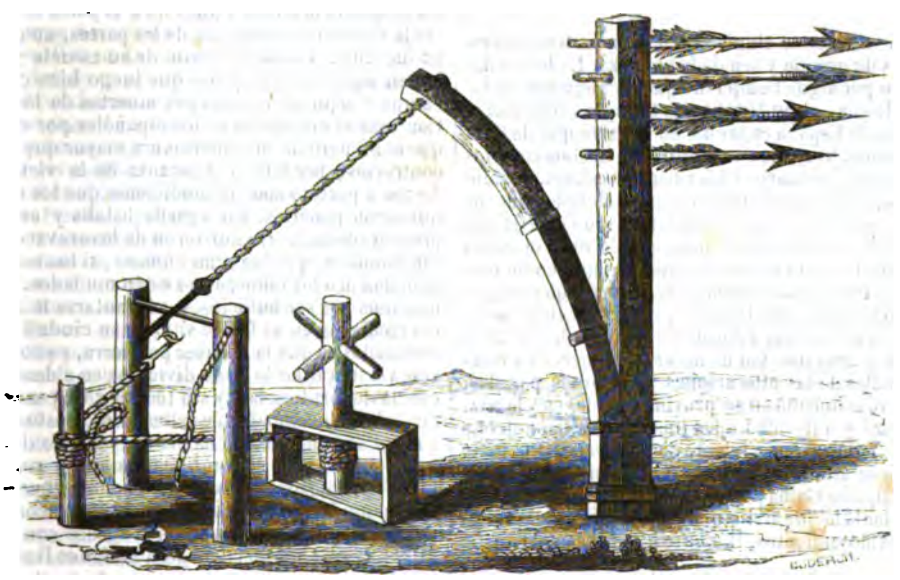
te, que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el rio Duero se podia entrar en la ciudad y salir; pero tambien esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenian puestos de guarda. Para remedio desto los buzanos zabulléndose en el agua, debajo de ella sin ser sentidos pasaban cuando era necesario de la una parte á la otra: Otros con barcas por la ligereza de los remeros, ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados les tiraban y por esta manera se podia meter alguna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolacion tal cual era, porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del rio con vigas que le atravesaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase.

Los numantinos sin perder por esto ánimo no dejaban de acometer los centinelas y cuerpos de guarda de los romanos; mas sobreviviendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad: que á sabiendas no los querian matar para que gastasen mas presto cuantos mas fuesen las vituallas, y forzados de la hambre y estrema necesidad se entregasen. En esta coyuntura un hombre de grande ánimo y osadía llamado Retogenes Caravino con otros cuatro (1) por aquella parte que los reparos de los romanos eran mas flacos y tenian menos guarda, escalando el velladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados arevacos: donde en una junta de los principales que para esto se convocó, les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo; que encendido en coraje y en deseo de vengarse no tenia olvidadas las injurias que ellos le habian hecho. Considerasen que aquella ciudad solia ser el refugio y reparo comun de todos, y al presente por la adversidad de la fortuna, y por la astucia de los que la cercaban, mas que por valor y esfuerzo, se hallaba puesto en estremo riesgo y cuita. «Por qué (dice) en tanto que las fuerzas es»tan enteras, y los romanos por tantas pérdidas rehu»san la pelea, y por malas mañas y astucias preten»den apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos »juntadas las fuerzas no quitaréis el yugo desta ser»vidumbre, y echaréis de vuestra tierra esta peste co»mun? ¿Aguardais por ventura hasta tanto que cunda »este mal, y de unos á otros pase y llegue á vuestra »ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo »que se le pone delante, sera forzoso que todo lo »asuele. Por ventura ¿no conoceis la ambicion de los »romanos, sus robos y sus crueldades? los cuales »muchas veces habeis visto y oido que sin causa al»guna, solo con deseo de estender su señorío ponen »asechanzas á la libertad y riquezas de toda España. »Direis que teneis hecho concierto con ellos, y con »esto os asegurais. En que si no hubiera muchos »ejemplos frescos y puestos delante los ojos de la des»lealtad, codicia y fiereza de los romanos, la destruc»cion poco ha de Caucia, y ahora la confederacion de »los numantinos con Mancino quebrantada injusta»mente, son bastante muestra como ninguna cosa »tienen por santa por el deseo de enseñorearse de to-

(1) Caraunio era su nombre, segun Appiano, quien dice que fue á esta atrevida empresa con cinco hijos suyos y otros cinco compañeros á quienes habia inflamado en defensa de su patria.

»do. Mirad que si anteponeis ahora vuestro reposo »particular á la salud comun, la cual en gran parte »dependen del valor y esfuerzo de Numancia, no seais »en algun tiempo forzados á quejaros por demás (ojalá »yo me engañe) de haber perdido y desamparado lo »uno y lo otro. Afuera pues toda tardanza y cobardía: »en tanto que hay tiempo, y que las cosas están en »término que se pueden remediar, volved vuestros »ánimos y pensamiento á procurar la salud de la pa»tria. Juntad armas y fuerzas y cargad sobre el ene»migo que está descuidado; cercándole los vuestros »por una parte y los nuestros por la otra, por frente »y por las espaldas. Considerad que en nuestro peli»gro corre riesgo la salud, la libertad y las riquezas »de toda España.»

Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los pies de cada uno, tenia ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caidos todos les falten, prevaleció el voto de los que sentian que no convenia enojar á los romanos, antes decian que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen y hiciesen cargo de haber oido en su junta aquella embajada. Lo que despues desto hizo Retogenes, no se sabe: solo consta que la gente moza de Lucia, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados; pero fue rebatida su osadía por la diligencia de Scipion, y cortar las manos derechas por mandado del mismo á cuatrocientos dellos, los demás quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos, y por el largo cerco quebrantados de la hambre movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipion una embajada: el principal por nombre Aluro dada que le fue audiencia, se dice habló en esta manera: «Quiénes sean los ciudadanos de Numancia, »de qué lealtad, de qué constancia, no hay para que »traello á la memoria, pues tú con la larga esperien»cia lo puedes tener entendido, y no está bien á los »miserables hacer alarde de sus alabanzas. Solo te »diré que te será muy honroso haber quebrantado los »ánimos de los numantinos, y á nos no será del todo »afrentoso, ya que así habia de ser, ser vencidos de »tan gran capitan. Lo que la presente fortuna pide, »y á lo que nos fuerzan los males deste cerco, confe»sámonos por vencidos; pero con tal que te conten»tes con nuestra penitencia y enmienda, y no pre»tendas destruirnos. No pedimos del todo perdon, »dado que en ninguna parte pudieras mejor emplear»le: contentámonos con que el castigo sea templado. »Que si nos niegas las vidas y no das lugar á la pelea



La ballista.

»determinados estamos de probar cualquier cosa has»ta morir por nuestras manos, si fuere necesario an»tes que por las ajenas: que será el postrer oficio de »varones esforzados. Tú debes considerar una y otra »vez lo que la fama y el mundo dirá de ti así de pre»sente como en el tiempo adelante.»

Maravillóse Scipion por este razonamiento que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados, y que perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto respondió á los embajadores que no habia de tratar de concierto, sino fuese entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta los numantinos como fuera de sí matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenian? pero cuando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad. Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla, acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse con cierto brebaje que hacian de trigo, y le llamaban celia: con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se les ponen delante hasta que sobreviniendo mayor número de soldados, y sosegada algun tanto la borrachez, les fue forzoso, retirarse á la ciudad. Despues desta pelea dicen que por algunos dias se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demás desto probaron á huir y salvarse: como tampoco esto les sucediese, por conclusion perdida del todo la esperanza de remedio se determinaron á acometer una memorable hazaña, esto es que se mataron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoñas, otros metiéndose las espadas por el cuerpo: algunos pelearon en desafío unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una

misma hoguera que para esto tenian encendida, echaban al que era muerto, y luego tras él le seguia el que le quitaba la vida.

Por esta manera fue destruida Numancia pasados un año y tres meses despues que Scipion vino á España. Grande fue su obstinacion, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Appiano dice que entrada la ciudad hallaron algunos vivos: contradicen á esto los demás autores, y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, que tenian entre sí y con sus comarcanos, y pereció por la discordia de los mismos, demás desto que vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, que no les pusieron fuego, fueron por mandado de Scipion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos. Hechas todas estas cosas, y fundada la paz de España, se volvió Scipion á Roma á gozar el triunfo que le era muy debido por hazañas tan señaladas; por las cuales demás de los otros títulos y blasones le fue dado y tuvo adelante el renombre de Numantino. Triunfó otrosí Decio Bruto poco antes en Roma por dejar vencidos y sujetos los gallegos, con que ganó asimismo sobrenombre de Galaico como se dijo poco antes deste lugar.

CAPITULO XI.

De lo que sucedió en España despues de la guerra de Numancia.

Despues desto se siguieron en España temporales pacíficos de grande y señalada bonanza. La forma del gobierno por algun tiempo fue que diez legados enviados de Roma, y mudados á sus tiempos, tuvieron el gobierno de España cada cual en la parte que de toda ella le señalaban. Los mallorquines hechos cosarios corrian aquellos mares y las riberas cercanas. Acudió contra ellos el cónsul Quinto Cecilio Metello, que los sujetó y puso en sosiego el año de la ciudad de Roma de seiscientos y treinta y uno, por lo cual el dicho cónsul fue llamado balearico, que es tanto como mallorquin. Por el mismo tiempo Caio Mario que era gobernador de la España Ulterior, abrió y aseguró los caminos, quitados los salteadores, de que habia gran número y gran libertad de hacer mal, merced y reliquias malas de las alteraciones y revueltas pasadas. Restituyó asimismo en su provincia las leyes y la paz, dió fuerza y autoridad á los jueces, que todo en ella faltaba. Y doce años adelante como aquella provincia se hobiese alterado, primero Calpurnio Pison, despues Sulpicio Galba, hijo del otro Galba que hizo en la Lusitania lo que arriba queda contado, apaciguaron aquellos movimientos. Hállanse á cada paso en España



muchas monedas acuñadas con el nombre de Pison.

Fundada pues la paz por la buena maña y valor de Pison y de Galba, otra vez se encargó el gobierno de España á diez legados en el tiempo que los cimbros, gente septentrional, en gran número á manera de un raudal arrebatado se derramaron y metieron por las provincias del imperio romano, y con el gran curso de victorias que en diversas partes ganaron, no pararon hasta España. Mas por el esfuerzo de los romanos y de los naturales fueron forzados á dar la vuelta á la Gallia y á Italia año de la fundacion de Roma de seiscientos y cuarenta y cinco. En este año Quinto Servilio Cepion venció en una batalla á los lusitanos, sin que se entienda qué cargo ó magistrado tuviese. Verdad es que pasados tres años, siendo cónsul el mismo Cepion, los lusitanos se vengaron de los romanos, ca les hicieron mayor daño del que antes dellos recibieron. Fue aquel año, el que se contó de la fundacion de Roma seiscientos y cuarenta y ocho, señalado mas que por otra cosa alguna, por el nacimiento de Marco Tulio Ciceron que nació este año en Arpino, pueblo de Italia. Su madre se llamó Helvia, su padre fue del órden ecuestre y de la real sangre de los Volscos. Ennobleció Ciceron las cosas de Roma no menos en paz y desarmado con su prudencia, erudicion, y elocuencia maravillosa, y ganó no menor nombradía, que los otros escelentes caudillos de aquella república con las armas.

Pasados otros dos años, que fue el año de seiscientos y cincuenta, los cimbros mezclados con los alemanes rompieron segunda vez por España (1); pero fueron de nuevo rebatidos por los celtíberos, y forzados á volverse á la Gallia. Las alteraciones de los lusitanos sosegó Lucio Cornelio Dolabella, que con nombre de procónsul tenia el gobierno de aquella provincia el año de la ciudad de Roma de seiscientos y cincuenta y cinco. Apaciguadas estas alteraciones, luego el año siguiente se emprendió otra guerra con los celtíberos, para la cual vino en España el cónsul Tito Didio. Acercáronse los dos campos, ordenáronse las haces y adelantáronse: dióse la batalla con igual esperanza y denuedo de ambas partes. El suceso fue que los despartió la noche y puso fin á la pelea sin declarar la victoria por ninguna de las partes, antes el daño fue igual. Valióse el cónsul de su astucia y de maña en aquel trance, y fue que luego hizo correr el campo y sepultar los cuerpos muertos de los suyos. Con esto el dia siguiente los españoles por entender que el número de sus muertos era mayor que el de los contrarios, perdida la esperanza de la victoria, se dieron á partido con las condiciones que los romanos quisieron ponerles. En aquella batalla y en todo el progreso de la guerra murieron de los arevacos veinte mil hombres, que fue gran número, si los autores no se engañan ó los números no están mudados. Los termestinos por ser bulliciosos, y levantarse muchas veces confiados en el fuerte sitio de su ciudad, fueron castigados en que la echasen por tierra, y ellos se pasasen á morar en lo llano divididos en aldeas sin licencia de fortificarlas, y sin tener forma y manera de ciudad. Una compañía de salteadores acostumbrados á robar se concertó con el cónsul, y debajo de su palabra se vino para él con hijos, mujeres y ropa; pero todos fueron pasados á cuchillo, por no tener confianza que mudarian la vida y trato hombres acostumbrados á sustentarse de los sudores agenos con robos y saltos. Hecho que de tal manera no fue en Roma aprobado que sin embargo otorgaron á Didio que por las demás cosas que hizo triunfase.

En esta guerra fue Quinto Sertorio tribuno de soldados, que era como al presente coronel ó maestre de campo, en que ganó gran prez y loa por haber salvado la guarnicion de romanos que estaban en Castulon, de la muerte que los de aquella ciudad concertados con los girisenos (que se entiende eran los de Jaen) por el deseo que siempre tenian de la libertad, les pretendian dar cierta noche: cosa que les parecia fácil de ejecutar por ser el tiempo de invierno, y estar los soldados descuidados, muy dados á los convites y al vino. Sintió Sertorio el alboroto de los castulonenses que daban principio á la matanza: arrojóse fuera del lecho, de su posada y de la ciudad: recogió los

(1) Plutarco, Floro y Livio, hablan de la irrupcion de los cimbros en tiempo del pretor Fulvio que gobernaba la España Citerior, y que los celtíberos los derrotaron y los echaron de España; pero ningun historiador antiguo hace mencion de esta segunda tentativa, que ignoramos de dónde la haya tomado Mariana.

que por los piés escaparon, y con ellos cargó sobre los contrarios, y vengó los que de sus soldados fueron muertos en aquel rebate. Informóse, y supo lo que pasaba, y la conjuracion que tenian tramada. Pasó con presteza á los girisenos, que engañados por los vestidos que los sodados llevaban de los castulonenses muertos, los salian á recebir y dar la enhorabuena de la matanza que pensaban quedar hecha de los romanos; mas engañóles su imaginacion, ca fueron pasados á cuchillo en gran número y los demás vendidos por esclavos. Estas cosas sucedieron en la España Citerior el año presente y los cuatro luego siguientes, que fue todo el tiempo que Didio tuvo el gobierno de aquella provincia: porque á la España Ulterior vino el procónsul Publio Lucinio Crasso el año de la fundacion de Roma de seiscientos y cincuenta y siete; y por lo que en aquella su provincia hizo, triunfó en Roma al fin del año sesto de su gobierno: donde se cree, y non sin causa, que juntó aquellas riquezas con que Marco Crasso su hijo llegó á ser uno de los mas señalados de los romanos, y por un tiempo el mas rico de todos ellos.

Antonio de Nebrija dice como cosa averiguada que este Crasso fue el que abrió y empedró el camino y calzada mas famosa de España llamada vulgarmente el camino de la plata, que va desde Salamanca hasta Mérida; y esto por las columnas en que dice vió por todo aquel camino entallado el nombre de Crasso; argumento bastante para probar lo que pretende, si en este tiempo se hallara en aquellas columnas y leyera tal nombre. Por ventura soñó lo que se le antojó, y pensó ver lo que imaginaba: engaño que suele suceder muy de ordinario á los anticuarios. En el tiempo que Crasso estuvo en España, Fluvio Flacco por su industria y buena maña sosegó ciertas alteraciones nuevas de los celtíberos el año de seiscientos y sesenta, en el cual Italia comenzó á abrasarse en guerras civiles. Fue así, que Caio Mario y Cinna se apoderaron por las armas de la república romana; y para establecer mas su poder condenaban á muerte á la nobleza que habia seguido la parcialidad de Silla su contrario. Entre los demas mataron al padre y hermano de Marco Crasso, y él fue forzado para salvarse de huir á lo postrero de España do tenia muchos aliados, y los naturales muy aficionados por las buenas obras que así de su padre, como del mismo recibieran ca acompañó á su padre cuando se encargó del gobierno de España. Con todo esto porque la lealtad de los hombres muchas veces cuelga de la fortuna, y porque muchas ciudades de España estaban declaradas y á devocion de Mario, no se atrevió á parecer en público; antes se encerró en una cueva que estaba cerca del mar en cierta heredad de un hombre principal grande amigo suyo llamado Vivio Pacieco. Para avisarle de su llegada le envió un esclavo de los pocos que tenia consigo, el cual le dijo el estado en que estaban las cosas de su señor; y por el derecho de amistad le pidió no le desamparase en aquel peligro y aprieto.

Sabido él lo que pasaba, se alegró de tener ocasion para dar muestra del amor que le tenia; y para que el negocio fuese mas secreto, no quiso él mismo ir á verse con Crasso porque así lo pedia el tiempo, solo mandó á un esclavo suyo que en un peñasco cerca de la cueva pusiese todos los dias la provision que le darian en la ciudad, con órden que so pena de muerte no pasase adelante, ni quisiere saber para quién llevaba lo que le mandaba, que si lo ejecutaba con fidelidad, le prometió ahorrarle. Con esta diligencia y cuidado Crasso se entretuvo algun tiempo hasta tanto que llegó nueva como Mario y Cinna fueron desbaratados y muertos por Silla su contrario. Con este aviso salido de la cueva en que estaba, fácilmente atrajo á su devocion y parcialidad muchas ciudades de España que se le entregaron con mucha voluntad: entre las otras la de Málaga fue saqueada por los soldados contra voluntad del mismo, á lo menos así quiso que se entendiese por toda la vida, si ya no fue que usó de disimulacion, y quiso con daño ajeno y con dalles aquel saco, como acontece, granjear la voluntad de sus soldados. De España pasó en Africa, donde el bando de Silla andaba mas valido y tenia mas fuerzas. La cueva en que Crasso estuvo escondido, se muestra entre Ronda y Gibraltar cerca de un lugar llamado Jimena, en la cual dicen cuadrar todas las señales que de lo que Plutarchó dice en este propósito, se coligen. Tambien es cosa averiguada, por lo que autores antiguos escriben, que en aquel tiempo hobo en España linaje de Paciecos; pero los que quieren sacar destos principios y fuente el que en nuestra edad tiene el mismo apellido, en autoridad y riquezas de los mas principales que hay en el reino de Toledo, fundan su opinion solamente en la semejanza del nombre, argumento que ni siempre se debe desechar, ni tenelle tampoco por concluyente, dado que muchos acostumbran á engerir como árboles unos linajes en otros del mismo nombre mas antiguos, no sin perjuicio de la verdad y daño de la historia.

CAPITULO XII.

Como se comenzó la guerra de Sertorio.

De las guerras civiles que tuvieron los romanos, resultó en España otra nueva guerra de pequeños principios, y que por espacio de nueve años puso en cuentos el poder de Roma por los varios trances que en ella intervinieron: el fin y remate fue próspero para los mismos romanos. El que la movió, fue Quinto Sertorio, italiano de nacion, y nacido de bajo suelo en Narsio, pueblo cerca de Roma; pero que fue hombre de valor, de que antes en España dió bastante muestra, como queda arriba apuntado. Despues en las guerras civiles de Italia en que siguió las partes de Mario, perdió el uno de los ojos; y por el vencedor Silla fue proscripto Sertorio con otros muchos, que es lo mismo que condenado á muerte en ausencia y rebeldía. El por deseo de salvarse, y tambien porque en tiempos tan revueltos entendia que cada uno se quedaria con lo que primero apañase; además que tenia granjeadas las voluntades de los soldados y de los naturales, acordó de venirse á España y hacerse en ella fuerte. Tomó los puertos y entradas de España: dejó en los Pirineos un capitan llamado Salinator con buena guarnicion de soldados: él entrando mas adelante en la provincia, levantó pendon, tocó atambores para hacer gente, juntó todas las municiones, y ayudas que le parecieron á propósito para enseñorearse de todo; pero sus trazas atajó la venida y presteza de Caio Annio, ca desbarató la guarnicion que quedó en guarda de los Pirineos, y dió la muerte á su capitan Salinator por medio de Calpurnio Lanario su grande amigo, que le mató alevosamente.

Con esto Sertorio desmayó de manera, que por no fiarse en sus fuerzas, ni arriscarse á venir á las manos con el enemigo, desde Cartagena se pasó á Africa, donde fue asimismo trabajado con diversas olas y tempestades de la fortuna que le era contraria. Sin embargo se apoderó de la isla de Ibiza con una armada particular que él tenia, y con ayuda de ciertas galeotas de cosarios asianos que acaso andaban por el mar. De allí tambien fue echado; y pensando pasar á las Canarias (hay quien diga que de hecho pasó allá por huir de la crueldad de que sus enemigos usaban) fue llamado por los lusitanos ó portugueses, que cansados del imperio de Roma, les parecia buena ocasion para recobrar por medio de Sertorio la libertad que tanto deseaban, y tantas veces en balde procuraron. Sertorio asimismo por entender era buena ocasion esta para echar sus enemigos de España, acordó de acudirles sin dilacion. Entendia las cosas del gobierno y

de la paz no menos que las de la guerra, por donde con su afabilidad y trato amigable y con abajar los tributos granjeaba grandemente las voluntades de todos. Demás desto para representacion de magestad ordenó un senado de los españoles mas principales á la manera de Roma con los mismos nombres de magistrados y cargos que allá se usaban. A todos honraba, y todavía hacia mas confianza de los que eran de nacion romanos, así por ser de su tierra, como porque no le podian faltar tan fácilmente, ni reconciliarse con sus contrarios.

Derramóse la fama de todo esto, por donde no solo se hizo señor de la España Ulterior donde andaba, sino granjeó tambien las voluntades de la Citerior: ca todos se daban á entender que el poder de los españoles por medio de Sertorio podria oscurecer la gloria de los romanos, abajar sus brios y quitar su tiranía. Para que esta aficion fuese mas fundada usó de otro nuevo artificio, y fue que hizo venir desde Italia profesores y maestros de las ciencias, y fundada una universidad en cierta ciudad, que antiguamente se llamó Osca, procuraba que los hijos de los principales españoles fuesen allí á estudiar, diciendo que todas las naciones no menos se ennoblecian por estudios de la sabiduría, que por las armas: que no era razon los que en todo lo demás se igualaban á los romanos, les reconociesen ventaja en esta parte. Esto decia en público, mas de secreto con esta maña pretendia tener aquellos mozos como rehenes y asegurar su partido sin ofension alguna de los naturales. Allegábase á todo esto el culto de la religion, que es el mas eficaz medio para prender los corazones del pueblo. Fingia y publicaba que Diana le habia dado una cierva que le decia á la oreja todo lo que debia hacer; y era así que todas las veces que le venian cartas, ó en el senado se trataba algun negocio grave, la cierva se le llegaba á la oreja por estar acostumbrada á hallar allí cosa alguna de comer. El pueblo entendia que por voluntad divina le daba aviso de los secretos ó de lo que estaba por venir, y aun tambien que le enderezaba en lo que debia hacer. Hállanse en España monedas con el nombre de Sertorio por una parte, y por reverso una cierva (1). Asimismo dos piedras que están en Ebora en Portugal con sus letras, muestran como Sertorio residió mucho tiempo en aquella ciudad, y hizo muchos y grandes beneficios y honras á sus moradores.

Fuera desto de Plinio y de Ptolomeo se entiende claramente que en España hobo dos pueblos ambos llamados Osca: el uno en los ilergetes, que es parte en Aragon, parte en el principado de Cataluña, el otro en lo que hoy es Andalucía. En cuál destas dos ciudades haya Sertorio fundado la universidad y puesto los estudios, no se sabe con certidumbre: los mas dan esta honra á la de Aragon, que antiguamente se llamó Osca y al presente Huesca; á nosotros todavía nos parece mejor fuese la que estaba en los bastetanos, y hoy se dice tambien Huescar, por estar mas cerca de donde él á la sazon andaba. Cuando primeramente vino de Africa á Lusitania, trajo consigo dos mil y seiscientos hombres de nacion romanos, además de setecientos africanos: fuera destos en España se le llegaron cuatro mil peones y setecientos caballos. Con estas gentes y no mas venció primeramente en una batalla naval á Cota, capitan de los contrarios á la entrada del estrecho de Gibraltar, y á vista de un pueblo llamado Melaria. Despues á las riberas del rio Guadalquivir desbarató otrosí al pretor Didio, y mató de sus gentes dos mil hombres. Con esto ganó mucha reputacion y autoridad entre los suyos, y á los enemigos puso espanto: consideraban que el poder de España ayudado de la prudencia de tal caudillo, de que careciera hasta entonces, podria acarrear á os romanos grandes dificultades, y ser causa de grandes pérdidas antes que de todo punto se apaciguase.

(1) No hemos encontrado esta medalla en ningun gabinete numismático, y personas tan doctas como el Señor don Antonio Delgado, anticuario de la Academia de la Historia, nos aseguran que no existen.

CAPITULO XIII.

Como Metello y Pompeio vinieron á España.

Todo esto movió á Silla para que el año de la fundacion de Roma de seiscientos y setenta y cuatro en su segundo consulado enviase á España contra Sertorio á Q. Metello su compañero, aquel que tuvo sobrenombre de Piadoso por las lágrimas con que alcanzó que á su padre fuese alzado el destierro en que le condenaran. Envió con él al pretor Lucio Domicio: Plutarco le llamó Toranio, que era sobrenombre muy ordinario de los Domicios. Este á la entrada de España y á las mismas haldas de los Pirineos fue muerto por Hirtuleio capitan de Sertorio, y sus gentes destrozadas: desman que movió á Manilio, procónsul de la Gallia Narbonense, á pasar en España; pero no le fue mucho mejor, porque el mismo capitan de Sertorio le desbarató en una batalla, si bien él escapó con la vida dentro de Lérida donde se retiró mas que de paso. Metello con su campo rompió la tierra adentro y llegó hasta el Andalucía, do muchas veces fue vencido por Sertorio, y forzado por no fiarse en sus fuerzas á barrearse en los pueblos á propósito de entretener un enemigo tan feroz, con mayor confianza que hacia de las murallas, que del valor de sus soldados. Solo se atrevió á acometer la ciudad de Lacobriga hoy Lagos, cerca del cabo de San Vicente, y ponerse al improviso sobre ella y esto por estar las gentes de Sertorio repartidas en diversas partes. Fue este acometimiento en vano, porque así los españoles como los soldados de Africa, movidos del premio que Sertorio les propuso, sin ser sentidos de las centinelas enemigas metieron dos mil cueros de agua dentro de la ciudad, de que los cercados padecian grande falta á causa de haberles cortado los caños por donde venia encaminada, y un pozo que dentro tenian no daba agua bastante para todos.

Con esta provision y tambien porque los romanos no hicieron mochila mas de para cinco dias, fueron forzados á alzar el cerco. Demás desto Sertorio con alguna gente que juntó, les iba á la cola, y les picaba de suerte que los soldados españoles no mostraban menos valor que los romanos, por estar enseñados á guardar sus ordenanzas, obedecer al que regia, seguir los estandartes, los que antes tenian costumbre de pelear cada cual ó pocos aparte con grande tropel al principio, mas si los apretaban, no tenian por cosa fea el retirarse y volver las espaldas; mucho ayudaron para esto las armas de los romanos muertos, de que los españoles se armaron. Con esto la fama de Sertorio volaba no solo por toda España, sino que llegada tambien á Asia, fue ocasion para que el gran rey Mithridates en la segunda guerra que tuvo con los romanos, convídase á Sertorio con su amistad, y le enviase embajadores que de su parte le ofreciesen socorro de dineros y armada: en lo cual pretendia hacer que las fuerzas de los romanos se dividiesen. Dió Sertorio á estos embajadores audiencia, y para mas autorizarse la dió en presencia del senado; otorgóles lo que pedian, es á saber que llevasen en su compañía á Marco Mario con algun número de soldados; y esto á fin que las gentes de aquel reino fuesen por este medio enseñadas y ejercitadas en la forma de la milicia roman: cosa que á aquel rey le parecia muy á propósito y de mucha importancia para la guerra que tenia entre manos.

En aquella guerra de Asia Aulo Mevio Lacetano, que quiere decir natural de Jaca, debajo de la conducta de Luculo hizo grandes proezas en servicio del

pueblo romano, como se entiende por una piedra y letrero que está á media legua de la ciudad de Vique puesta por su mandado despues que volvió en España. Volvamos á Sertorio, cuyo partido comenzó á empeorarse con la venida de Lucio Lolio gobernador de la Gallia, que acudió á Metello y acrecentó sus fuerzas de tal suerte que Sertorio escusaba el trance de la batalla que antes deseaba; y se contentaba de trabajar á los enemigos con correrías y con rebates ordinarios: órden y traza con que se entretuvo hasta tanto que, pasados dos años, Gneio Pompeio á instancia de Metello vino por su compañero con igual poder á España. El sobrenombre de grande ó ya le tenia ganado por causa (como lo dice Cassiodoro y lo apunta Tertuliano) de un teatro que para deleitar el pueblo levantó á su costa en Roma, que fue el primero que de piedra se edificó en aquella ciudad; ó como otros dicen le fue dado por las victorias que ganó de Sertorio. Diéronle por su qüestor, que era como pagador, á Lucio Cassio Longino: del cual hacemos aquí memoria por la que del mismo se tornará á hacer adelante.

Grandes fueron las dificultades que Pompeio pasó en este viaje al pasar por la Gallia. Llegado á España, sin reparar en ninguna parte se fué á juntar con Metello, resuelto de no pelear con el enemigo hasta tanto que todas las fuerzas estuviesen juntas. Estaba por el mismo tiempo Sertorio sobre la ciudad de Laurona con sus gentes y las que Marco Perpenna de Cerdeña le trajo despues de la muerte del cónsul Emilio Lépido; el cual como por haberse apartado de la autoridad del senado fuese echado de Italia, se apoderó de aquella isla, donde falleció de enfermedad, y por su muerte la gente que le seguia, pasó en España. Pretendia Perpenna su caudillo hacer la guerra por sí, y apoderarse de lo que en aquella provincia pudiese: pero ó porque los soldados se le amotinaron, ó por mirarlo mejor, de su voluntad (que lo uno y lo otro dicen los autores) en fin se fue á juntar con Sertorio. Algunos curiosos en rastrear las antigüedades sienten que Laurona es la que hoy se llama Liria, pueblo en tierra de Valencia y á cuatro leguas de aquella ciudad, asentado cerca de las corrientes del rio Júcar.

Metello y Pompeio luego que tuvieron llegadas sus fuerzas, partieron en busca del enemigo con intento de hacelle levantar el cerco. No salieron con ello, antes en una escaramuza y encuentro diez mil romanos que se adelantaron para favorecer á los que iban por forraje, cayeron en una celada y fueron degollados, y entre ellos el legado ó teniente de Pompeio llamado Decio Lelio. Apretóse con esto mas el cerco de manera que los cercados, perdida toda esperanza de tenerse, se rindieron á condicion que les dejasen las vidas y sacasen sus alhajas y ropa. Hízose así, y luego á vista de los dos generales romanos, y delante sus ojos pusieron fuego á la ciudad; que fue una grande befa, y mas muestra de valentía que deseo de ejecutar aquella crueldad. Orosio dice que Pompeio era partido antes que Laurona se entregase, y que los moradores parte fueron pasados á cuchillo, parte vendidos por esclavos, y la ciudad dada á saco. Añaden demás desto que en el campo romano se contaban treinta mil infantes y mil caballos, y en el de Sertorio el número de los peones era doblado, y ocho mil hombres de á caballo. Pasóse este año sin hacer otro efecto. Metello y Pompeio se fueron á tener el invierno á la España Citerior y á las haldas de los montes Pirineos; Sertorio se recogió á la Lusitania, donde estaba mas apoderado.

Pasados los frios, luego que abrió el tiempo del año siguiente, que fue de Roma el de seiscientos y setenta y siete, salieron los unos y los otros de sus alojamientos. Dividieron los romanos sus fuerzas, y Pompeio se apoderó por fuerza de la ciudad de Segeda. Metello, cerca de Itálica, se encontró con Hirtuleio capitan de Sertorio: vino con él á las manos, degolló veinte mil de los enemigos, el capitan se salvó por los piés. El alegría y orgullo que por esta victoria cobró Metello, fue grande en demasía, tanto que en los convites usaba de vestidura recamada, y cuando entraba en las ciudades le ofrecian inciensо como á Dios, hacíanse juegos y pompas muy semejantes á triunfo, y es así que el pueblo adula á los que pueden, y con semejantes cebos aumentan su hinchazon y vanidad. Algunos sienten que el uno de los toros de Guisando (1), entallados de piedra, se puso para memoria desta victoria por tener esta letra en latin:

(1) Entre Toledo y Avila, á la izquierda del camino real y no lejos del rio Alberche, se encuentran los cuatro famosos toros de Guisando que tantas cavilaciones han costado á los anticuarios. El tiempo ha gastado sus formas hasta el punto de que algunos, como Ambrosio de Morales, contradigesen á la tradicion que les daba ese nombre y los creyesen elefantes; pero la hendidura que manifiestan en las pezuñas y que le falta á este hipopotámo, rechaza esta opinion, y la cabeza y la cola del cuarto, que es el mejor conservado, así como los dos agujeros que en ella tienen, destinados sin duda á recibir los cuernos, y la póstura de la cola sobre el lomo tan propia de aquel animal, no dejan duda alguna acerca del objeto que se quiso representar en aquellas piedras berroqueñas de vara y media de altura desde el plinto, que hoy solo se ve en dos, pues el uno se asienta en sus cuatro sustentáculos y al otro ya le faltan enteramente, estando además en dos partes hendido.

La opinion mas generalmente admitida acerca de su orígen es que son romanos; pero hay una grave consideracion que oponer. Estos conquistadores no se establecieron en la Carpetania, á cuyo distrito pertenecen, hasta sigl oy medio antes de la era cristiana, cuando Roma se enriquecia con las maravillas de la escultura griega tras las victorias de Paulo Emilio en la Persia: á ningun artista romano de aquella época y menos á una posterior, puede, pues, atribuirse un trabajo tan grosero. Las inscripciones romanas que se dicen tenian grabadas todos ellos, son invencion de Ciriaco Anconitano, segun el sabio anticuario don Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona: hoy solo una se conserva en el costado, derecho del segundo toro y tan profundamente grabada que á haber existido en los demás tambien se verian hoy. Es esta:

LONG INVS
PRISCO CALA
ETIM PATRIEC

La cual traducen unos: «Longino á Prisco Cesenio prixumo: se elevase,» y otros. «Longino lo dedica á Prisco Galecio y á la patria.»

Pero si son romanas ¿cuál fue el objeto de su ereccion? Pretenden unos que el de perpetuar la memoria de la célebre batalla de Munda; pero está probado que este triunfo trascendental de César sobre los hijos de Pompeyo, tuvo lugar en la Manda Celtibera Bastitana, que se cree estaba hácia Montiel. Pretenden otros que representarian la agricultura, que tanto honraban los romanos, ó serian términos de la division territorial; mas, habiendo hecho ver la imposibilidad de tal orígen con relacion á la época, solo diremos, refutando la segunda hipótesis, que en la misma provincia y otros puntos de España, se encuentran monumentos semejantes ya de toros, ya de jabalíes. No hace mucho, en 1834, que un gobernador civil de la provincia de Salamanca hizo mutilar los que en ella habia, tal vez atribuyéndoles diferente orígen.

¿Podria presumirse, destruidas estas opiniones, que son de orígen fenicio estos monumentos, cuya antigüedad atestiguan su grosera fábrica y el musgo y el liquen que los cubren, y que representaban alguna divinidad? Los fenicios como los egipcios adoraban algunas veces al sol bajo la figura de un toro, y segun Macrobio así representaban al dios Neton, cuyo culto estaba esparcido en España. Pero entiéndase que no pensamos fuesen obra de los mismos fenicios, tambien adelantados en las artes y que nunca penetra al interés del país, sino á los naturales que debieron de tomar de ellos su mitología. Acaso la inscripcion en carácteres desconocidos que dicen se veia en uno de ellos, seria fenicia ó de alguna de la lengua que sobre esta se formó al relacionarse con los naturales aquellos conquistadores comerciantes.

Á QUINTO CECILIO METELLO,
CÓNSUL II. VENCEDOR.

Y entienden que el número de dos no se ha de referir al consulado, porque no viene bien, sino á las victorias que ganó, Pompeio despues que tomó á Segeda, cerca del rio Júcar se vió con el enemigo. Atrevióse á darle la batalla que fue muy herida y muy dudosa: y sin duda se perdiera, si no sobreviniera Metello que andaba por allí cerca; y Pompeio comenzó sin él la pelea de propósito porque no tuviese parte en la honra de la victoria. Departiéronse los ejércitos sin aventajarse el uno al otro, antes con igual daño y pérdida de ambas las partes.

CAPITULO XIV.

Cómo Sertorio fue vencido y muerto.

Despues desta batalla Sertorio anduvo un tiempo muy triste sin salir en público porque la cierva de que mucho se ayudaba, no parecia. Sospechaba que los enemigos se la habian robado: cosa que tenia por triste agüero y pronóstico de que algun gran mal le estaba aparejado; pero como despues de repente pareciese, recobró su acostumbrada alegría; y puesto fin al lloro volvió su pensamiento á la guerra. Dióse otra nueva batalla por aquella misma comarca cerca del rio Turia, que corre por los campos de Valencia y riega con sus aguas aquellas hermosas llanuras: llámase al presente Guadalaviar. Pelearon de poder á poder con grande coraje y fuerza: la victoria quedó por Pompeio, destrozado el ejército de Sertorio. Hirtuleio con un su hermano del mismo nombre murieron como buenos en la pelea: asimismo Caio Herencio que seguia las partes de Sertorio. La mayor desgracia fue que en el mayor calor de la pelea un soldado de Pompeio mató un hermano suyo: que tan desastradas son aun en la misma victoria las guerras civiles; y los casos que en ellas suceden tan malos. Llegó á despojarle, y quitándole la celada, conoció su yerro y desventura: puso el cuerpo en una hoguera que era la manera de enterrar los muertos, pedíale con sollozos y gemidos le perdonase aquella muerte que por ignorancia le diera, no eran bastantes las lágrimas para mudar lo que estaba hecho, resolvióse de vengar aquella desgracia con meterse por el cuerpo la misma espada con que dió muerte á su hermano: hízolo así, y cayó sobre el cuerpo del difunto.

Divulgóse este desastrado caso por todo el ejército: indignáronse todos y maldijeron aquella cruel y desgraciada guerra que tales mónstruos paria. Sertorio, perdido el ejército, se entretuvo en Calahorra entre tanto que con nuevas diligencias se rehacia de otro ejército. Acudió Pompeio á cercarle dentro de aquella ciudad: Sertorio con una salida que hizo, escapó aunque con pérdida de tres mil de los suyos. No paró hasta llegar do los suyos tenian llegado un ejército muy grande, tanto que se atrevió á ir en busca de sus enemigos; y con presentarles la batalla les hizo que se retirasen con sus ejércitos á invernar, Metello pasados los Pirineos, Pompeio en los vaceos, pueblos de Castilla la Vieja. Era Sertorio de condicion mansa y tratable, si las sospechas no le trocaran; que fue causa de perder por una parte la aficion de los romanos, que se le desabrieron porque tomó para guarda de su persona á los celtíberos. Es el temor fuente de la crueldad, y así dió tambien la muerte á algunos de los suyos, en que pasó tan adelante, que los hijos de los españoles que dijimos fueron enviados á estudiar á Huescar, unos mató, otros vendió por esclavos: crueldad grande, pero que debió tener alguna causa para ella. Lo que resultó, fue que por otra parte perdió la aficion y voluntad de los naturales, que era la sola esperanza y ayuda que le quedaba. Es así, que la fortuna ó fuerza mas alta ciega á los que quiere derribar: y es cosa cierta que Sertorio, que estribaba en la benevolencia de los suyos, destos principios se fue despeñando en su perdicion.

Metello al principio del verano se apoderó de muchas ciudades; al contrario Pompeio fue forzado por Sertorio, que sobrevino con su gente, á alzar el cerco que sobre Palencia tenia, despues con nuevas fuerzas que recogió, forzó al enemigo á que se retirase. Siguióle hasta lo postrero de España y hasta el cabo de San Martin que cae no lejos de Denia, y antiguamente se llamó el promontorio Homeroscopeo, donde tuvieron cierta escaramuza, sin que sucediese cosa de mayor momento á causa que ambas partes escusaban la batalla por las pocas fuerzas que tenian: en conclusion las cosas de Sertorio iban de caida mas por la malquerencia de los suyos, que por el esfuerzo de los romanos. Acabaron de perderse con su muerte, como acontece á los que tropiezan en semejantes desgracias, que nunca paran en poco. En Huesca fue muerto á puñaladas, que le dió Antonio, hombre principal en un convite en que estaba asentado á su lado. El que tramó aquella conjuracion fue Perpenna, si bien poco antes en parte fue descubierta y algunos de los conjurados pagaron con la vida: otros huyeron: los demás que no fueron descubiertos, porque nó se supiese toda la trama, se apresuraron á ejecutar aquel hecho.

Por esta manera pereció Sertorio, llamado por los españoles Anibal romano. No dejó hijo ninguno, dado que un mancebo adelante publicó que lo era, ayudado de la semejanza del rostro para urdir un tal embuste. Su muerte fue á lo que se entiende, el año de seiscientos y ochenta y uno de la fundacion de Roma. Podíase comparar con los capitanes mas escelentes así por sus raras virtudes, como por la destreza en las armas y prudencia en el gobierno, si los remates fueran conforme á los principios, y no afeara su escelente natural con la crueldad y fiereza. Dicho de Sertorio fue: «Mas querria un ejército »de ciervos, y por capitan un leon, que de leones, si »tuviesen un ciervo por caudillo.» Tambien aquel: «Propio es de capitan prudente antes de entrar en el »peligro poner los ojos en la salida.» Dícese que declaró á los suyos la fuerza que tiene la concordia, por semejanza de la cola de un caballo, cuyas cerdas una á una arrancó fácilmente un soldado por su mandado; mas para arrancarlas todas juntas no bastan fuerzas humanas. Era inclinado al sosiego: la necesidad y el peligro le forzaron á tomar las armas. Decía que quisiera mas tener el postrer lugar en Roma, que en el destierro el primero. Su cuerpo se entiende sepultaron en Ebora, por un sepulcro que dicen se halló en aquella ciudad abriendo los cimientos de la iglesia de San Luis, con una letra en latin muy elegante: que claramente lo afirma; pero como no se halle autor ni testigo de crédito que tal diga, ni aun rastro ni memoria de tal piedra, no lo tenemos por cierto, dado que en nuestra historia latina pusimos aquel letrero, tomado con otros algunos de Ambrosio de Morales, á su riesgo y por su cuenta: persona en lo demás docta y diligente en rastrear las antigüedades de España (1).

CAPITULO XV.

Como Pompeio apaciguó á España.

Sabida la muerte de Sertorio y los causadores della, grandes fueron los sollozos de su gente, grande la indignacion que se levantó contra Perpenna, en especial despues que leido el testamento del muerto, se

(1) Los sucesos de esta guerra de Sertorio, que duró ocho años, están un poco confundidos en Mariana. Véase la *Tabla segunda*.

entendió que le señalaba en él por uno de sus herederos, y en particular le nombraba por su sucesor en el gobierno y en el mando. Decian con dolor y gemidos que habia pagado mal el amor con deslealtad, y con malas obras las buenas. Apaciguólos él con muchos halagos y dones que les dió de presente, y mayores promesas que les hizo para adelante. El miedo, principalmente de los romanos, que suele ser grande atadura entre los que están desconformes, enfrenó á los que estaban encendidos en un vivo deseo de vengar la sangre de su caudillo: tanto mas, que para hacer resistencia á Pompeio, el cual partido Metello para Roma se apercibia para concluir con lo que quedaba de aquella guerra y parcialidad, tenia necesidad de cabeza, y no se les ofrecia otro mas á propósito que Perpenna por parecer y voto del mismo Sertorio. Encargado pues de los negocios, por no confiarse ni del valor ni de la voluntad de los suyos, rehusaba de venir á las manos con Pompeio que pretendia con todo cuidado deshacerle. Pero la astucia de los enemigos le forzaron á hacer lo que no queria, con una celada que le pusieron, en que fácilmente sus gentes fueron parte muertas, parte puestas en huida: él fue hallado entre ciertos matorrales, donde despues de vencido se escondió: hizo instancia que le llevasen á Pompeio con esperanza que tenia de la clemencia romana. Sucedióle al reves de su pensamiento, ca le mandó luego que se le trageron matar, sea por estar arrebatado del enojo, sea por escusar que no descubriese los cómplices y compañeros de aquella parcialidad, y así le fuese forzoso continuar aquella carnicería y usar de mayor rigor; porque con este mismo intento echó en el fuego las cartas de los romanos, en que llamaban á Sertorio para que volviese á Italia: cosas hay que es mejor no sabellas, y no todo se debe apurar.

Lo que importa es que muerto Sertorio y Perpenna, en breve se sosegó toda España. Los de Huesca, los de Valencia y los termestinos despues desta victoria se dieron y entregaron al vencedor. A Osma, porque no queria obedecer, el mismo Pompeio la tomó por fuerza y la echó por tierra. Afranio tuvo mucho tiempo sobre Calahorra un cerco tan apretado, que los moradores, gastadas las vituallas todas, por algun tiempo se sustentaron con las carnes de sus mujeres y hijos: de donde en latin comunmente comenzaron á llamar hambre calagurritana á la estrema falta de mantenimientos. Finalmente la ciudad se entró por fuerza, ella quedó asolada y sus moradores pasados á cuchillo. Las demás ciudades y pueblos avisados por este daño y ejemplo todos se redujeron á la obediencia del pueblo romano. Acabada la guerra Pompeio levantó en las cumbres de los montes Pirineos muchos trofeos en memoria de las ciudades y pueblos que sujetó en el discurso de aquella guerra, que pasaron de ochocientos en sola la España Ulterior y la parte de la Gallia por do hizo su camino cuando vino.

En los valles de Andorra y Altavaca, que están en los Pirineos hacia lo de Sobrarve, están y se ven ciertas argollas de hierro fijadas con plomo en aquellas peñas, cada una de mas de diez pies de ruedo. Tiénese comunmente que estas argollas son rastros de los trofeos de Pompeio á causa que las solian poner en los arcos triunfales para sustentar los trofeos, como en particular se ve hasta hoy en la ciudad de Mérida. En los pueblos llamados vascones, donde hoy es el reino de Navarra, fundó el mismo Pompeio de su nombre la ciudad de Pamplona: por esto algunos en latin la llaman Pompeiópolis, que es lo mismo que ciudad de Pompeio. Strabon á lo menos dice que se llamó Pompeieon del nombre de Pompeio; ciudad que hoy es cabeza de aquel reino. En conclusion vuelto á Roma triunfó juntamente con Metello de España año de la fundacion de Roma de seiscientos y ochenta y tres. En el cual tiempo hobo en Roma algunos poetas cordobeses, de quien dice Ciceron que eran groseros y toscos, no tanto á lo que se entiende, por falta de su nacion y de los ingenios, como por el lenguaje que en aquel tiempo se usaba. Consta que tenian grande familiaridad con Metello, por donde sospechan que á su partida los debió de llevar en su compañía desde España.

CAPITULO XVI.

Como Caio Julio César vino en España.

El año poco mas ó menos de la fundacion de Roma de seiscientos y ochenta y cinco, Julio César vino la primera vez á España con cargo y nombre de qüestor, que era como pagador, en compañía del pretor Antistio, al cual Plutarchó da sobrenombre de Tuberon, en que está mentida la letra y ha decir Turpion apellido muy comun de los Antístios. Traia César órden de visitar las audiencias de España (1) que eran muchas, y avisar de lo que pasaba: en prosecucion llegó á Cádiz, donde se dice que viendo la estátua de Alejandro Magno, suspiró por considerar que en la edad en que Alejandro sujetó al mundo, él aun no tenia hecha cosa alguna digna de memoria. Despertado con este deseo, y amonestado por un sueño que en Roma tuvo (en que le parecia que husaba deshonestamente con su misma madre, y los adevinos por él le prometian el imperio de Roma y del mundo) se determinó de alcanzar licencia antes que se cumpliese el tiempo de aquel cargo, para volver á Roma como lo hizo con intento de acometer nuevas esperanzas y mayores empresas. Partido César de España, Gneio Calpurnio Pison, que con cargo estraordinario gobernaba en la España Citerior, fue por algunos caballeros españoles muerto el año de la fundacion de Roma de seiscientos y ochenta y nueve, quier fuese en venganza de sus maldades, quier por respeto de Pompeio, que buscaba toda ocasion y manera para hacello, y por su órden con color de honralle fue enviado á aquel gobierno. Muchas cosas se dijeron sobre el caso, la verdad nunca se averiguó.

Pasados cuatro años despues desto, que fue el año seiscientos y noventa y tres, siendo cónsules Marco Pupio Pison y Marco Valerio Messala, César vino la segunda vez á España con cargo de pretor. Llegado á ella, lo primero que hizo fue forzar á los moradores de los montes Herminios que están entre Miño y Duero, á mudar su vivienda y sus casas á lugares llanos, á causa que muchas compañías de salteadores, confiados en la aspereza y noticia de aquellos lugares, desde allí se derramaban á hacer robos y daño en las tierras de la Lusitania y de la Bética: por esto fue forzoso quitarles aquellos nidos y guaridas. Movidos por este rigor ciertos pueblos comarcanos pretendian pasado el rio Duero buscar nuevos asientos: previnolos el César, dió sobre ellos y rompiólos, con que se sujetaron y apaciguaron. Muchas ciudades y pueblos de los lusitanos que andaban levantados, fueron saqueados, muchos se dieron á partido. Los herminios volvieron de nuevo á alterarse: hízoles nueva guerra, y vencidos en batalla, los que quedaron, por salvarse y escapar de las manos de los contrarios, se recogieron á una isla que estaba cercana de aquellas marinas. Por ventura era esta isla una de aquellas que por estar en frente de Bayona vulgarmente toman de aquel pueblo su apellido, ca se llaman las islas de Bayona:

(1) Suetonio dice que trajo del pretor la comision de que administrase justicia por los conventos de la España Ulterior, y con esta ocasion fue á visitar el templo de Hércules en Cádiz donde vió la estátua de Alejandro que le inspiró la grandeza de su ambicion, para satisfacerla determinó volver á Roma; pero el sueño lo tuvo la noche siguiente de la visita, cosa muy natural, no en Roma, como dice nuestro autor.

antiguamente se llamaban Cincias (1), nombre que tambien retiene hasta hoy dia; y sin embargo, como se tocó arriba, la una de ellas se llamaba Albiano, la otra Lacia, que el otro era nombre comun, y estos los propios y particulares.

Para deshacer aquella gente envió César un capitan, cuyo nombre no se refiere: el hecho cuenta Dion. Este por la creciente y menguante del mar no pudo desembarcar toda su gente y así algunos soldados que fueron los primeros á saltar en tierra, fácilmente fueron por los herminios vencidos y muertos. Señalóse en este peligro un soldado llamado Publio Sceva, el cual magüer que perdió el paves le dieron muchas heridas, escapó á nado hasta donde las naves estaban. César con deseo de vengar aquella afrenta con una mayor armada que juntó, él mismo en persona pasó en aquella isla y en breve se apoderó della: dió la muerte á los enemigos que ya tenian menores brios, y por la falta de mantenimientos estaban trabajados. Desde allí pasó adelante, y en las riberas de Galicia se apoderó del puerto Brigantino, que hoy se llama la Coruña. Rindiéronse los ciudadanos sin dilacion, espantados de la grandeza de las naves romanas, las velas hinchadas con el viento, la altura de los mástiles y de las gavias: cosa de grande maravilla para aquella gente por estar acostumbrada á navegar con barcas pequeñas, cuya parte inferior armaban de madera ligera, lo mas alto tejido de mimbres y cubierto de cueros para que no lo pasase el agua.

Hechas estas cosas, y dado que hobo asiento en la provincia y leyes que ordenó muy á propósito (y en particular dió á los de Cádiz las que ellos mismos pidieron) finalmente puso tasa á las usuras de tal manera que al deudor quedase la tercera parte de los frutos de su hacienda, de los demás sé hiciese pagado el acreedor y lo descontase del capital. Con tanto dió vuelta á Roma para hallarse al tiempo de las elecciones, sin esperar sucesor ni querer aceptar la honra del triunfo que de su voluntad le ofrecia el senado romano, tan grande era la esperanza y el deseo que tenia de alcanzar el consulado. Llevó consigo de España un potro que tenia las uñas hendidas, pronóstico segun los adevinos afirmaban que le prometia el imperio del mundo. Deste potro se sirvió él solamente por no sufrir que otro ninguno subiese sobre él, y aun despues de muerto le mandó poner una estátua en Roma en el templo de Vénus conforme á la vanidad de que entonces usaban.

CAPITULO XVII.

Del principio de la guerra civil en España.

Hizo despues desto César la guerra muy nombrada de Gallia, con que allanó en gran parte aquella anchísima provincia; y para sujetar los pueblos llamados entonces voconcios y tharusates (que estaban en aquella parte de la Guiena donde hoy está el arzobispado de Aux, y aun al presente por allí hay un pueblo llamado Tursa) envió á Crasso con buen golpe de gente. Caian estos pueblos cerca de España, por donde llamaron en su favor á los españoles, que pasaron en gran número los Pirineos como gente codiciosa de honra y presta á tomar las armas. Orosio dice que cincuenta mil cántabros que moraban donde hoy está Vizcaya y por allí cerca, pasaron en la Gallia. Lo que consta es que fueron los principales que hicieron aquella guerra, y de entre ellos mismos nombraron y señalaron sus capitanes, hombres valerosos y amaestrados en la escuela de Sertorio. Con todo esto no salieron con lo que pretendian, antes refieren que en esta demanda murieron treinta y ocho mil españoles. Strabon añade que Crasso pasó por mar á las islas Cassitérides puestas enfrente del promontorio Cronio, que hoy se llama cabo de Finisterræ, y que sin dificultad se apoderó dellas por ser aquella gente muy amiga de sosiego, enemiga de la guerra, y dada á las artes de la paz.

Sucedió el año de Roma de seiscientos y noventa y nueve que el procónsul Quinto Cecilio vino al gobierno de España, donde estuvo por espacio de dos años, y cerca de Clunia que era una de las audiencias de los romanos, cuyas ruinas hoy se muestran cerca de Osma, trabó una grande batalla con los vaceos, en que fue desbaratado: cosa que dió tan grande cuidado y miedo al senado romano, que acordaron de encargar á Pompeio, como lo hicieron año de setecientos y uno, el gobierno de España para que le tuviese por espacio de cinco años, por ser muy bien quisto; y por lo que hizo antes, tenia grande reputacion entre los naturales. No vino él mismo al gobierno por la aficion y regalo de Julia hija de César, con quien nuevamente se casó; pero envió tres tenientes ó legados suyos para que en su lugar administrasen aquel cargo: estos fueron Petreio, Afranio y Marco Varron. A Afranio encargó el gobierno de la España Citerior con tres legiones de soldados, á Varron aquella parte que está entre Sierramorena y Guadiana, y hoy se llama Estremadura; Petreio se encargó de todo lo demás de la Bética y de la Lusitania, y de los vectones con dos legiones que para ello le dieron. Por causa destas guarniciones y gente se enfrenó la ferocidad de los naturales, y las cosas de España estuvieron en sosiego, por lo menos no hobo alteraciones de importancia; mas que en Italia se encendió una nueva y cruel guerra, cuya llama cundió hasta España. La ocasion fue que por muerte de Julia, que era la atadura entre su marido y padre, resultó entre ellos grande enemistad y contienda: con que todo el imperio romano se dividió en dos partes, conforme á la aficion ó obligacion que cada uno tenia de acudir á las cabezas destos dos bandos.

El deseo insaciable de reinar, y ser el poder y mando por su naturaleza incomunicable, acarreó este mal y desastre. César no sufria que ninguno se le adelantase. Pompeio llevaba mal que alguno se le quisiese igualar. Parecíale á César que con tener sujeta á la Gallia, y haber por dos veces acometido á Inglaterra, que es lo postrero de las tierras, estaba puesto en razon que en ausencia pudiese pretender el consulado sin embargo de la ley que disponia lo contrario. El senado juzgaba ser cosa grave que un hombre que tenia las armas, pretendiese un cargo tan principal: recelábase no les fuese escalon para quitarles á todos la libertad; muchos senadores parciales se inclinaban al partido de Pompeio. Estos hicieron tanto, que se recurrió al postrer remedio, y fue hacer un decreto desta sustancia. «Que los cónsules, los pretores, los »tribunos del pueblo y los cónsules que estuviesen »en la ciudad, pusiesen cuidado, y procurasen que la »república no recibiese algun daño.» Palabras todas muy graves, de que nunca se usaba sino cuando las cosas llegaban al postrer aprieto y tenian casi perdida la esperanza de mejorar. Con este decreto se rompia la guerra, si César, que por espacio de diez años habia gobernado la Gallia, hasta un dia que le señalaron, no dejase el ejercito: él avisado de lo que pasaba, con su gente pasó el rio Rubicon, término y lindero que era de su provincia, resuelto de no parar hasta Roma.

Pompeio sabida la voluntad de su enemigo, y con él los cónsules Claudio Marcello y Cornelio Léntullo por no hallarse con fuerzas bastantes para hacerle rostro se huyeron de la ciudad el año de Roma de setecientos y cinco sin reparar hasta Brindez, ciudad puesta en la postrera punta de Italia; y perdida la esperanza de conservar lo de Italia y lo del Occidente, desde allí pasaron á Macedonia con intento de defender la comun libertad con las fuerzas de Levante. Hacian diversos apercebimientos, despachaban mensa-

(1) Plinio las llama Cicas ó Siccas.

jeros á todas partes: entre los demás Bibulio Rufo enviado por Pompeio vino á España para que de su parte hiciese que Afranio y Petreio juntadas sus fuerzas procurasen con toda diligencia que César no entrase en ella. Obedecieron ellos á este mandato, y dejando á Varron encargada toda la España Ulterior, Afranio y Petreio con sus gentes y ochenta compañías que levantaron de nuevo en la Celtiberia, escogieron por asiento para hacer la guerra la ciudad de Lérida, junto de la cual desta parte del rio Segre hicieron sus alojamientos. Está Lérida puesta en un collado empinado con un padrastro que tiene hácia el Septentrion y la hace menos fuerte: por el lado oriental la baña el rio Segre que poco mas abajo se mezcla con el rio Cinga, y entrambos mas adelante con Ebro.

César avisado de la partida de Pompeio de Italia, acudió á Roma, y dado órden en las cosas de aquella ciudad á su voluntad, acordó lo primero de partir para España. Entretúvose en un cerco que puso sobre Marsella porque no le quisieron recibir de paz; y en el entretanto envió delante á Caio Fabio con tres legiones que serian mas de doce mil hombres. Este vencidas las gentes de Pompeio, que tenia tomados los pasos de los Pirineos, rompió por España hasta poner sus reales á vista de los enemigos pasados el rio Segre. Lucano dijo que el dicho rio estaba en medio. Viniéronle despues otras legiones además de seis mil peones y tres mil caballos que de la Galia acudieron. Hacíanse todos estos apercebimientos porque corria fama que Pompeio por la parte de Africa pretendia pasar á España, y que su venida seria muy en breve. Decian lo que sospechaban, y lo que el negocio pedia para que conservada aquella nobilísima provincia, lo demás de la guerra procederia con mayores fuerzas y esperanza mas cierta y mayor seguridad.

CAPITULO XVIII.

Como los pompeiaños fueron en España vencidos.

No pudo César concluir con lo de Marsella tan presto como quisiera: así antes de rendir aquella ciudad se encaminó para España y llegó á Lérida. La guerra fue varia y dudosa: al principio hobo muchas escaramuzas y encuentros con ventaja de los del César. Despues por las muchas lluvias, y por derretirse las nieves con la templanza de la primavera, la creciente se llevó dos puentes que tenian los de César en el Segre sobre Lérida por donde salian al forrage. No se podian remediar por el otro lado á causa del rio Cinga, que llevaba no menor acogida. Halláronse en grande apretura, y trocadas las cosas comenzaron á padecer grande falta de mantenimiento. Publicóse este aprieto por la fama que siempre vuela y aun se adelanta, y los de Pompeio con sus cartas le encarecian demasiadamente: que fue ocasion para que en Roma y otras partes se hiciesen alegrías, como si el enemigo fuera vencido, y muchos que estaban á la mira, se acabasen de declarar y se fuesen para Pompeio porque no pareciese que iban los postreros; pero toda esta alegría de los pompeianos y todas sus esperanzas mal fundadas se fueron en humo, porque César hizo una puente con estrema diligencia veinte millas sobre Lérida (1), por donde se proveyó de mantenimientos: y nuevos socorros que le vinieron de Francia, fueron por este medio librados del peligro que corrian por tener el rio en medio.

Demás desto muchas ciudades de la España Citerior se declararon por el César, y entre ellas Calahorra por sobrenombre Nasica (2), Huesca, Tarragona, los ausetanos donde está Vique, los lacetanos donde Jaca, y los ilurgavonenses. Por todo esto, y por haber sangrado por diversas partes y dividido en muchos brazos el rio Segre para pasallo por el vado sin tanto rodeo como era menester para ir á la puente, los pompeianos se recelaron de la caballería del César que era mayor que la suya y mas fuerte, no les atajase los bastimentos. Acordaron por estos inconvenientes de desalojar y retirarse la tierra adentro. Pasaron el rio Segre por la puente de la ciudad, y mas abajo con una puente que echaron sobre el rio Ebro, le pasaron tambien cerca de un pueblo que entonces se llamaba Octogesa, y hoy á lo que se entiende Mequinenza, cinco leguas mas abajo de Lérida. Era grande el rodeo que llevaban, acudió César con presteza, atajóles el paso, y tomóles las estrechuras de los montes por do les era forzoso pasar: con esto sin venir á las manos y sin sangre redujo los enemigos á términos que necesariamente se rindieron. Dió perdon á los soldados y licencia para dejar las armas y irse á sus casas, por ser cosa averiguada que aquellas legiones en provincia tan sosegada, como á la sazon era España, solo se sustentaban y entretenian contra él y en su perjuicio.

Demás desto para que la gracia fuese mas colmada, cualquier cosa que de los vencidos se halló en poder de sus soldados, mandó se restituyese, pagando él de su dinero lo que valia. No faltó (conforme á la costumbre de los hombres, que es creer siempre lo peor) quien dijese que los de Pompeio vendieron por dineros á España, en tanta manera que Caton, por sobrenombre Faonio, en lo de Farsalia motejó desto á Afranio que sin dilacion pasó por mar donde Pompeio estaba, ca le dijo si rehusaba de pelear contra el mercader que le comprara las provincias. De Petreio no se dice nada. Varron, el que quedó en el gobierno de la España Ulterior, al principio sin declararse del todo se mostraba amigo del César: despues cuando se dijo la estrechura en que estaba cerca de Lérida, quitada la máscara comenzó á aparejarse para ir contra él, levantar gentes, juntar galeras en Cádiz y en Sevilla, y para todo allegar gran dinero de los naturales, sin perdonar al templo de Hércules que estaba en Cádiz, al cual despojó de sus tesoros, dado que era uno de los famosos santuarios de aquellos tiempos; pero despues de vencidos Afranio y Petreio, César con su ordinaria presteza atajó sus intentos. Demás desto la mayor parte de sus soldados le desampararon cerca de Sevilla y se pasaron á César: por donde le fue tambien á él forzoso rendirse, y con otorgalle la vida, entregó al vencedor las naves, dinero y trigo que tenia, y todos sus almacenes.

Tuvo César córtes de todas las ciudades en Córdova. Hizo restituir al templo de Cádiz todos los despojos y tesoros que Varron le tomó: y á los moradores de aquella isla dió privilegios de ciudadanos romanos en remuneracion de la mucha voluntad con que declarados por él echaron de su ciudad la guarnicion de soldados que el mismo Varron les puso. Concluidas estas cosas, y encargado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Cassi Longino con cuatro legiones, el cual este mismo año era tributo del pueblo, y los pasados fuera questor en aquella misma provincia siendo en ella procónsul Gneio Pompeio; con esto César por mar pasó á Tarragona, y de allí por tierra á Francia y á Roma. Desde allí luego que llegó, envió á Marco Lepido al gobierno de la España Citerior: teníale obligacion y aficion á causa que como pretor que era en Roma Lépido, habia nombrado á César por dictador. Siguióse el año que se contó setecientos y seis de la fundacion de Roma, muy señalado por las victorias que César en él ganó, primero en los campos de Farsalia contra Pompeio, despues en Egipto contra el rey Ptolomeo, aquel que mató alevosamente al mismo Pompeio, que confiado en la

(1) Solo distaba de Lérida veinte y dos mil pasos, segun César.

(2) Entiéndase la Calahorra llamada Fibularia que estaba cerca de Huesca.

amistad que tenia con aquel rey, despues de vencido y de perdida aquella famosa jornada, se acogió á aquel reino y se metió por sus puertas. Dió el César la vuelta á Roma. Desde allí pasó en Africa para allanar á muchos nobles romanos, que á la sombra de Juba rey de Mauritania, vencido Pompeio se recogieron á aquellas partes. Vencíólos en batalla: los principales caudillos Caton, Scipion, el rey de Juba y Petreio por no venir á sus manos se dieron la muerte; á Afranio y un hijo de Petreio del mismo nombre con otros prendió y hizo degollar. Con que todo lo de Africa quedó llano: y el César volvió de nuevo á Roma.

CAPITULO XIX.

De lo que Longino hizo en España.

Por el mismo tiempo la España Ulterior andaba alterada por la avaricia y crueldad del gobernador Longino, el cual continuaba sus vicios que ya otra vez cuando gobernaba Pompeio le pusieron en peligro de la vida, tanto que en cierto alboroto salió herido. Ordenóle César que pasase en Africa contra el rey Juba gran favorecedor de sus enemigos los pompeianos. Con ocasion desta jornada juntó gran dinero así de las nuevas imposiciones y sacaliñas que inventó, como de las licencias que vendia á los que querian quedarse en España y no ir á la guerra donde les mandaban ir: robo desvergonzado y manifiesto. Alterados por ello los naturales, se conjuraron de darle la muerte: las cabezas de la conjuracion fueron Lucio Recillo y Annio Scapula. Uno que se llamaba Minucio Silon, con muestra de presentalle una peticion fue el primero á herirle: cargaron los demás, y caido en tierra, le acudieron con otras heridas. Socorriéndole los de su guarda, prendieron á Silon y llevaron en brazos á Longino á su lecho. Las heridas eran ligeras, y en fin escapó con la vida. Silon puesto á cuestion de tormento, vencido del dolor, descubrió muchos compañeros de aquella conjuracion: dellos unos fueron muertos, otros se huyeron; no pocos de la prision en que los tenian, fueron por dineros dados por libres, ca en el ánimo de Longino á todos los demás vicios, aunque muy grandes y malos, sobrepujaba la codicia.

En este medio por cartas de César se supo la victoria que ganó contra Pompeio; y sin embargo, con color de la jornada de Africa, enviado delante el ejército al estrecho de Cádiz, ya sano de las heridas, se partió para ver la armada que tenia junta. Pero llegado á Sevilla, tuvo aviso que gran parte del ejército de tierra, se habia alborotado y tomado por cabeza á Tito Thorio natural de Italia, del cual porque se entendia que pretendió ir luego á Córdoba, envió á Marco Marcello, su qüestor, para sosegar las voluntades y defender aquella ciudad. Mas él tambien en breve le faltó (que á los malos ninguno guarda lealtad) y con toda la ciudad se juntó con Thorio, el cual vino de buena gana en que Marcello, como persona de mayor autoridad, tomase el principal cuidado de aquella guerra. Longino, visto que todos le eran contrarios, despues de asentar sus reales á la vista de sus enemigos cerca de Córdoba, y del rio Guadalquivir, desconfiado de la voluntad de los suyos, se retiró á un pueblo que entonces se llamaba Ulia y ahora es Montemayor, situado en un collado y ribazo á cinco leguas de Córdoba. Al pié de aquel collado tenia puestas sus estancias. Sobrevinieron los enemigos, y como rehusase la pelea, le cercaron dentro dellas de foso y valladar por todas partes.

Habia Longino avisado al rey de la Mauritania llamado Bogud, y á Marco Lépido, para que desde la España Citerior le socorriese con presteza, si queria que el partido de César no cayese de todo punto. Bogud fue el primero que acudió, y con sus gentes y las que de España se llegaron, peleó algunas veces con Marcello. Los trances fueron varios, pero no fue bastante para librar á Longino del cerco hasta que venido Lepido todo lo allanó sin dificultad, porque Marcello puso en sus manos todas las diferencias, y á Longino, que rehusaba de hacer lo mismo, ó por su mala conciencia ó por entender que Lépido se inclinaba á favorecer á Marcello, se le dió licencia para irse donde quisiese. Con esto Marcello y Lépido se encaminaron á Córdoba. Longino, avisado que Trebonio era venido para sucederle en el cargo, desde Málaga se partió para Italia, y se hizo á la vela. Fuele el tiempo contrario, y así corrió fortuna, y pereció ahogado en la mar, no lejos de las bocas del rio Ebro, con todo el dinero que llevaba robado y cohechado. El año siguiente, que fue de Roma setecientos y ocho, Lépido triunfó en Roma por dejar sosegados los movimientos de España y los alborotos que se levantaron contra Longino. Marcello fue desterrado por haberse levantado como queda dicho, pero en breve le alzaron el destierro por gracia y merced de César. Fue este Marco Marcello diferente de otro del mismo nombre, en cuyo favor anda una oracion de Ciceron entre las demás muy elegante. De la mesma manera Longino, de quien hemos tratado, fue diferente de otro que así se llamó, cuyo nombre hasta hoy se ve cortado en uno de los toros de piedra de Guisando con estas palabras en latin,

LONGINO Á PRISCO CESONIO
PROCURÓ SE HICIESE.

CAPITULO XX.

Como en España se hizo la guerra contra los hijos de Pompeio.

Estaba todavía España dividida en bandos, unos tomaban la voz del César, otros la de Pompeio: muchas ciudades despacharon embajadores á Scipion, que en Africa, despues de la muerte de Pompeio, era el mas principal y cabeza de aquella parcialidad, para requerirle que las recibiesen debajo de su amparo. Vino desde Africa Gneio Pompeio el mayor de los hijos del gran Pompeio, y de camino se apoderó de las islas de Mallorca y Menorca; pero la enfermedad que le sobrevino en Ibiza, le forzó á detenerse por algun tiempo. En el entre tanto Annio Scapala, es á saber aquel que se conjuró contra Longino, y Quinto Aponio, con las armas echaron de toda la provincia al procónsul Aulio Trebonio, y mantuvieron el partido de los pompeianos hasta la venida de Pompeio, ca no mucho despues, convalecido de su enfermedad, no solo él pasó en España, sino tambien dado fin á la guerra de Africa por el esfuerzo de César, Sexto Pompeio el otro hijo del gran Pompeio, Accio Varo y Tito Lavieno con lo que les quedó del ejército y de la armada, se recogieron á España. Gneio discurriendo por la provincia, se apoderó de muchas ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado, y entre ellas de Córdoba en que dejó á Sexto su hermano, y él pasó á poner cerco sobre Ulia que se tenia por el César.

Acudieron Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo tenientes de César; pero rehusaban la pelea y entreteníanse hasta su venida. El ocupado en cuatro triunfos que celebró en Roma, y en asentar las cosas de aquella república alteradas, dilató su venida hasta el principio del año siguiente, que se contó de la fundacion de Roma setecientos y nueve: en el cual tiempo partido de Roma, con deseo de recompensar la tardanza se apresuró de manera, que en diez y siete dias llegó á Sagunto que hoy es Monviedro, y en otros diez pasó hasta Obulco, pueblo que hoy se llama Porcune, situado entre Córdoba y Jaen, á la sazon que cerca del estrecho se dió una batalla naval entre Didio general de la armada de César, y Varo cabeza de la contraria armada. El daño y peligro de

ambas partes fue igual sin reconocerse ventaja, salvo Varo se metió en el puerto de Tarifa (1), y cerró la boca del dicho puerto con una cadena, que fue señal de flaqueza y de que su daño fue algo mayor. Los de Córdova con la antigua aficion que tenian á César, y por mas asegurarse, de secreto con embajadores que le enviaron, se escusaron de lo que forzados de la necesidad habian hecho, que era seguir el partido contrario: juntamente le declararon, que podia tomar la ciudad de noche sin que las centinelas de los enemigos lo sintiesen. Los de Ulia otrosí le enviaron embajadores para avisarle de la estrechura en que se hallaban, y el peligro si no eran socorridos con presteza.

César combatido de diversos pensamientos, en fin se resolvió de enviar á Lucio Junio Pacieco con seis cohortes en socorro de Ulia: él ayudado de una noche tempestuosa, y con decir que Pompeio le enviaba, por medio de los enemigos se metió en el pueblo, con cuya entrada y con la esperanza de poderse defender, se encendieron y animaron á la defensa de los cercados. Algunos sospechan que este capitan fue aquel Junio de cuya lealtad y valentía se ayudó César en lo de la Gallia enviándole algunas veces por su embajador para tratar de paz con Ambiorige. Lo mas cierto es que César dado que hobo órden á sus tenientes Pedio y Fabio para que á cierto dia le acudiesen con sus gentes, él con intento de divertir los que estaban sobre Ulia, puso sus reales cerca de Córdova. El espanto de Sexto fue tan grande, que determinó avisar á su hermano que alzado el cerco de Ulia (de que ya estaba casi apoderado) viniese en su socorro. Asentó Gneio sus reales cerca de los de César, pero como rehusase la pelea, y en esto se pasase algun tiempo, tal enfermedad sobrevino á César, que de noche á sordas y sin hacer ruido movió con sus gentes camino de Attegua. Plucharcó dice que César en Córdova primeramente sintió el mal caduco de que era tocado; y es cosa averiguada que en aquella ciudad plantó un plátano muy celebrado por los antiguos, si ya por ventura lo uno y lo otro no sucedió los años pasados cuando otra vez estuvo en el gobierno de España, como queda dicho.

Attegua estaba asentada cuatro leguas de Córdova, donde al presente hay rastros de edificios antiguos con nombre de Teba la vieja. Tenian los pompeianos en aquel pueblo juntado el dinero y gran parte de las municiones para la guerra. César por el mismo caso pensaba que con ponerse sobre aquel lugar, ó pondria á los pompeianos para defendelle en necesidad de venir á las manos y á la batalla, ó si le desamparasen, perderian gran parte de sus fuerzas y reputacion. Gneio al contrario por las mismas razones, avisado del camino que llevaba César, y determinado de escusar la pelea, pasó con sus gentes á dos pueblos que hoy se llaman Castroelrio y Espegio, y antiguamente se llamaron Castra Postumiana, lugares fuertes en que pensaba entretenerse. Despues desto asentó sus reales de la otra parte del rio Guadajoz, que antiguamente se llamó el rio Salado y pasaba cerca de Attegua. Desde allí como en algunas escaramuzas hubiese recibido daño, perdida la esperanza de poder socorrer á los cercados, se volvió á Córdova. Los de Attegua con esto enviaron á César embajadores para entregársele; pero con tales condiciones que eran mas para vencedores que para vencidos: así fueron despedidos sin alcanzar cosa alguna. Los soldados que tenian de guarnicion, con esta respuesta, se embravecieron contra los ciudadanos que se mostraban inclinados á la parte del César.

Ni es de pasar en silencio lo que Numacio Flacco, á cuyo cargo estaba la defensa de aquel pueblo, hizo en esta coyuntura, por ser un hecho de grande crueldad, esto es que degolló á todos los moradores de aquel pueblo que eran aficionados á César, y muertos los echó de los adarves abajo: lo mismo hizo con las mujeres de los que estaban en el campo de César, y aun llegó á tanto su inhumanidad, que hasta los mismos niños hizo matar; unos en los brazos de sus madres, otros á la vista de sus padres los mandó enterrar vivos ó echar sobre lanzas de los soldados, fiereza que apenas se puede oir por ser de bestia salvaje. No le valió cosa alguna aquella crueldad, ca sin embargo, los moradores se rindieron á voluntad del César andados diez y ocho dias del mes de febrero. Bien se deja entender que los ciudadanos fueron perdonados, y la crueldad de Numacio castigada, dado que los historiadores no lo refieran. Despues desto César puso fuego á un pueblo llamado Attubi, sin otros muchos lugares de que por fuerza ó de grado se apoderó. Pasó otrosí con sus gentes y se puso sobre la ciudad de Munda que seguia el bando de Pompeio, que está puesta en un ribazo cinco leguas de Málaga, tiene un rio pequeño que poco adelante de la ciudad se derrama por una llanura muy fresca y abundante. Era á la sazon pueblo principal, ahora lugar pequeño; pero que conserva el nombre y apellido antiguo. Cerca de aquella ciudad se vino finalmente á batalla. César sobrepujaba en número y valentía de los suyos, Gneio se aventajaba en el sitio de sus reales que tenia asentados en otro lugar mas alto.

Ordenaron entre ambas partes sus haces, dióse la batalla con la mayor fuerza y porfía que se podia pensar: grande fue el denuedo, grande el peligro de los unos y los otros. Los cuernos izquierdos de ambas partes fueron vencidos y puestos en huida: el resto de la pelea estuvo suspensa por grande espacio sin declarar la victoria por ninguna de las partes, mucha sangre derramada, el campo cubierto de cuerpos muertos. En conclusion, César con su valor y esfuerzo mejoró el partido de los suyos, porque apeado, con un escudo de hombre de á pié que arrebató, comenzó á pelear entre los primeros y á muchos de los suyos con su misma mano detuvo para que no huyesen. Murieron de la parte de Pompeio treinta mil infantes y tres mil hombres de á caballo, entre los demás perecieron Varo y Labieno: trece águilas de las legiones fueron tomadas, que eran los estandartes principales. De la parte de César murieron mil soldados de los mas valientes y esforzados, y quinientos quedaron heridos. Seguian la parte de César dos reyes africanos el uno por nombre Bochío, y el otro Bogud. Este en gran parte ganó el prez de la victoria, porque al tiempo que los demás estaban trabados y la pelea en lo mas recio, se apoderó de los reales enemigos que quedaran con pequeña guarda, á cuya defensa como Labieno arrebatadamente acudiese, pensando los demás que huia, perdida la esperanza de la victoria volvieron las espaldas (2). Dióse

(1) Se colige de Appiano, que fue á Carteya, donde tenia su armada.

(2) De la derrota que los pompeianos sufrieron en la famosa batalla de Munda, 40 años antes de J. C., se conserva testimonio en la inscripcion siguiente, que es una de las cinco que dicen que habia en los toros de Guisando:

BELLVM
CAESARIS. ET. PATRIÆ
EX. MAGNA. PARTE
CONFECTVM. FVIT
S. ET. CN.
M. POMPEII. FILIIS
HIC. IN. BASTETANO
PROFVGATIS.

«Vencidos aquí en el campo Bastetano Sexto y Gneio, hijos del Gran Pompeio, se ha acabado en gran parte la guerra del César y de la patria.» Siguen otras tres líneas que, sin separacion alguna pertenecen á otra inscripcion.
La medalla de Córdova que en el anverso tiene CN. IVLI.

la batalla á los diez y siete de marzo, dia en que Roma celebraba las fiestas del dios Bacchó. Notaban los curiosos que cuatro años antes en tal dia como aquel Pompeio, desamparada Italia, se pasó en Grecia. Cuando César hablaba desta jornada, solia decir que muchas veces peleó por la honra y gloria, pero que aquel dia peleó por la vida.

CAPITULO XXI.

Como César volvió á Roma.

Despues que Gneio Pompeio perdió la jornada de Munda, herido como salió en un hombro, se recogió á Tarifa. Dende por la poca confianza que tenia en los de aquel pueblo, y con deseño de pasar á la España Citerior, do tenia aliados asaz y ganadas las voluntades de aquella gente, se embarcó en una armada que tenia presta para todo lo que sucediese. Enconósele la herida con el mar, tanto que al cuatro dia le fue forzoso saltar en tierra. Llevábanle los suyos en una litera con intento de buscar donde esconderse. Seguíanle por el rastro y por la huella por órden de César, Didio por mar y Cesonio por tierra. Dieron con él en una cueva donde estaba escondido, y allí le prendieron y le dieron la muerte. Floro dice que peleó, y que le mataron cerca de Laurona, pueblo que hoy se llama Liria, ó Daurigi, como otros creen. Lo que se averigua es que su armada parte fue presa, parte quemada por Didio. Sexto Pompeio, hermano del muerto, con tan tristes nuevas, perdida la esperanza de poder tenerse en Córdova, y por ver que en aquella comarca no podia estar seguro, y que comunmente todos, como suele acontecer, se inclinaban á la parte mas valida y fuerte, acordó de partirse á la España Citerior y dar tiempo al tiempo. Scapula, despues de la rota de Munda, vuelto á Córdova, despues de un convite que hizo, en que se bebió largamente, mandó y hizo que sus mismos esclavos le diesen la muerte, que tales eran las valentías de aquel tiempo.

César en el cerco de Munda, que todavía se tenia, dejó á Quinto Fabio con parte del ejército y él acudió á Córdova, y tomada por fuerza, pasó á cuchillo veinte mil de aquellos ciudadanos que seguian el partido contrario. Luego, asentadas las cosas de aquella ciudad, partió para Sevilla: en este camino le presentaron la cabeza de Gneio, y él con la misma felicidad se apoderó de aquella ciudad; y porque se tornó de nuevo á alborotar, la sosegó segunda vez á diez del mes de agosto, como se señala en los calendarios romanos. A ejemplo de Sevilla se le entregaron otros pueblos por aquella comarca, en particular la ciudad de Asta, antiguamente situada á dos leguas de Jerez á la ribera del rio Guadalete, al presente es lugar desierto, pero que todavía conserva el apellido antiguo. Por otra parte Quinto Fabio, que quedó sobre Munda, al cabo de algunos meses causó á los cercados de manera que se dieron. Demás desto sujetó á Osuna, si por fuerza ó á partido, no se sabe ni se declara por faltar las memorias de aquellos tiempos, y los libros que hay, están corrompidos. Concluidas cosas tan grandes con una presteza increible, cosa que en las guerras civiles es muy saludable, donde hay mas necesidad de ejecucion que de consultas, sosegadas las alteraciones de España y dado asiento en el gobierno, juntó asimismo gran dinero de los tributos que en público á todos, y en particular puso á los que eran ricos, y de los cargos y oficios que vendió, hasta no perdonar al templo de Hércules que estaba en Cádiz, al cual antes de ahora tuviera respeto. La prosperidad continuada y la necesidad, le hicieron atrevido para que tomase por fuerza las ofrendas de oro y la plata que allí tenian muchas y muy ricas.

Con esto pasado el estío, ya que el otoño estaba adelante, partió de España y llegó á Roma por el mes de octubre. Por gobernadores de España, quedaron en la Ulterior Asinio Pollion, muy conocido por una egloga de Virgilio en que con versos de la Sibilla, que hablaban de la venida de Cristo Hijo de Dios, celebró el insigne poeta el nacimiento de Salomino hijo deste Pollion. Del gobierno de la España Citerior se encargó Marco Lépido, que le tuvo juntamente con el gobierno de la Gallia Narbonense. Por este mismo tiempo, como algunos sospechan, mas por conjeturas que por razon que haya concluyente, á Córdova se dió título de colonia Patricia, ca es averiguado, como se muestra




por las monedas de aquel tiempo, que el imperio de Augusto ya tenia este apellido. Tambien es cosa cierta que en gracia del vencedor y por adularle muchos pueblos dejaron sus nombres antiguos, en particular Attubis que se llamó Claritas Iulia, Ebora en Portugal Liberalitis Iulia, Calahorra por sobrenombre Nasica tomó tambien el nombre de Iulia, Sesi asimismo se llamó Firmiun Ilium, Illiturgi que es Andújar, Forum Iulium: en conclusion los de Ampurias quitada la diferencia que tenian de griegos y de españoles, recibieron las costumbres, lengua y leyes romanas con título que se les dió de colonia. Hay en España memoria desta guerra en muchos lugares, y en Talavera, pueblo conocido del reino de Toledo, en la parte del muro que está enfrente de la iglesia de San Pedro, se ven cortadas estas palabras:

Á GNEIO POMPEIO HIJO DEL GRAN POMPEIO.

Lo demás por la antigüedad no se lee, pero entiéndese que por algun hecho notable se le puso aquel letrero.

CAPITULO XXII.

Cómo despues de la muerte del César se levantaron nuevas alteraciones en España.

El poder de Julio César estaba en la cumbre, y todo lo mandaba y trocaba, cuando en Roma ciertos ciudadanos se conjuraron contra él con color que era tirano y por fuerza se apoderara de aquella ciudad. Matáronle con veinte y tres heridas que en el senado le dieron á los quince de marzo del año siguiente de setecientos y diez, desde donde algunos toman la cuenta de los años del imperio de Octaviano Augusto que le sucedió y fue su heredero, dado que los mas le

L. F. Q. y en el reverso CORDVBA; que quieren decir: *Gneo Julio Qüestor*, *hijo de Lucio*, y *Córdova*, tal vez fue batida en este tiempo siendo qüestor del ejército de César este Gneio Julio. La medalla con el nombre de Carteya, que hoy es torre de Cartagena, en el reverso, y en la parte inversa P. Iulio. Q., que quiere decir, *Publio Julio Qüestor*, acaso es tambien de este mismo tiempo. Los qüestores en tiempo de la república hacian batir moneda para la manutencion de los ejércitos en las provincias, y ponian en ella el nombre de la ciudad, donde se acuñaba y el suyo con el dictado de qüestor.

comienzan del año siguiente, cuando á veinte y dos de setiembre, segun que lo refiere Dion, le nombraron por cónsul en lugar de Caio Vivio Pansa que murió junto á Módena, si bien no tenia edad bastante para administrar aquel cargo; pero dispensaron con él en la ley que en Roma en este caso se guardaba. En España Pollion atendia á seguir los salteadores, que por la revuelta de los tiempos andaban en gran número por lo de Sierramorena. Este cuando llegó la nueva de la muerte de César, hizo una junta de los mas principales en Córdova, en que protestó que seguiria por su parte la autoridad y voluntad del senado de Roma. Con esto parece se habia mostrado alguna luz y cobrado esperanza de mayor reposo; pero fue muy al reves, porque Sexto Pompeio salió de la comarca de Jaca, que eran antiguamente los Iacetanos, con intento de aprovecharse de lo que el tiempo le prometia y fortificar su partido. Levantó estandarte, tocó atambores, acudíale gente de cada dia, con que pudo formar una legion, y con ella en la comarca de Cartagena tomó por fuerza un pueblo entonces llamado Vergi, y hoy Vera, ó como otros sienten Verja.

Con este tan pequeño principio hobo gran mudanza en las cosas; y el bando de Pompeio que parecia estar olvidado, comenzó á levantarse y tomar mayores fuerzas, principalmente que con la misma felicidad se apoderó de toda la Bética ó Andalucía despues que en una gran batalla rompió á Pollion que pretendia desbaratar sus intentos. Ayudó mucho para ganar la victoria la sobreveste de Pollion, que acaso se le cayó en la pelea, ó él mismo la arrojó á propósito de no ser conocido: muy pequeñas cosas hacen camino para mayores, principalmente en la guerra: como los soldados le viesen, que todavía sufrian la carga de los Pompeianos, y corriese la voz por los escuadrones que su general era muerto, al punto desmayaron y se dieron por vencidos. Verdad es que todas estas alteraciones, y las voluntades de la provincia que se inclinaban á Pompeio, sosegó Marco Lépido con su venida, y con persuadir á Sexto que con el dinero que tenia recogido en España se fuese á Roma, donde por la ocasion de quedar libre Roma podria pretender y alcanzar la herencia, autoridad y grandeza de su padre. Para esto ayudaba que las cosas de Italia andaban no menos revueltas que las de acá, porque Marco Antonio que el año pasado fuera cónsul, pretendia quitar á los romanos la libertad: contra sus deseños el senado opuso á Octaviano sobrino de César, nieto de su hermana Julia: resolucion perjudicial y dañosa.

Habia Octaviano en la guerra postrera que hizo contra los hijos de Pompeio, venido á España en compañía de su tio; y en ella dió las primeras muestras de su valor sin embargo de su tierna edad, que apenas tenia diez y ocho años. Acabada aquella guerra, se fue á Atenas á los estudios de las letras: de allí sabida la muerte de César volvió á Roma, y ayudado de muchos que por la memoria de César le siguieron, venció en una batalla á Marco Antonio, que tenia dentro de Módena cercado á Decio Bruto que estaba señalado por cónsul para el año siguiente. Huyó Marco Antonio despues de vencido á la Gallia, donde se concertó con Lépido, y los dos poco adelante con Octaviano. Resultó deste concierto el triunvirado, que fue repartirse entre los tres las provincias del imperio romano. A Lépido cupo la Gallia Narbonense con toda España: á Antonio lo demás de la Gallia; la Italia, Africa, Sicilia y Cerdeña dieron á Octaviano. No entraron en este repartimiento las provincias del Oriente porque las tenian en su poder Cassio y Bruto, las cabezas que fueron y principales en la conjuracion y muerte de César. Siguióse tras esto una grande carnicería de gente principal, y fue que los tres prescribieron, que era condenar á muerte en ausencia, muchos ciudadanos y senadores romanos: entre los demás murió Marco Tulio Ciceron, gran gloria de Roma, en edad de sesenta y tres años á manos de Popilio tribuno de soldados, al cual él mismo habia antes librado de la muerte en un juicio en que le achacaban cierto parricidio.

CAPITULO XXIII.

De la cuenta llamada Era.

Por esta manera perdió de nuevo su libertad la ciudad de Roma: siguiéronse alteraciones y guerras, una contra los matadores de César, que fueron vencidos y muertos cerca de Filippos, ciudad de Macedonia, otra contra Lucio Antonio hermano de Marco Antonio en Perusa, ciudad de Toscana. La cual acabada por la buena maña y valor de Octaviano, se hizo otro nuevo repartimiento de las provincias entre los triunviros el año de la fundacion de Roma de setecientos y catorce, en que fueron cónsules en Roma Gneio Domicio Calvino y Caio Asinio Pollion el que fue gobernador en España. Y porque en este nuevo repartimiento Octaviano quedó por señor de toda España, tomaron desto ocasion los españoles para comenzar desde este principio el cuento de sus años, que acostumbran y acostumbramos llamar era del Señor ó era de César así en las historias, escrituras públicas, y en los actos antiguos de los concilios eclesiásticos, como en particular en las pláticas y conversaciones ordinarias. Otros siguen la razon de los años y la comienzan del nacimiento de Cristo: cuenta en que se quitan de la primera manera de contar treinta y ocho años justamente, de suerte que el año primero de Cristo fue y se contó treinta y nueve de la era de César. Porque lo que dice don Juan Margarite, obispo de Girona, que la era de César comienza solamente veinte y seis años antes del nacimiento de Cristo, mas fácilmente podriamos adivinar por conjeturas, que afirmar con certidumbre que fue lo que le movió á sentir esto, pues todos los demás lo contradicen. Por ventura confundió la cuenta de los egipcios, de que se hablará luego, con la nuestra engañado por la semejanza del contar, ca tambien aquella gente comenzó á contar sus años desde que Augusto Octaviano se enseñoreó de aquella tierra.

Todo esto es así; y todavía no es cosa fácil declarar en particular la causa desta nuestra cuenta de España, y juntamente dar razon del nombre que tiene de era, por ser varios los juicios y pareceres. Los mas autores y de mayor autoridad concuerdan por testimonio de Dion, que en este mismo año, concluida la guerra de Perusa, se hizo el nuevo repartimiento de las provincias: y oprimida de todo punto y derribada la libertad de la república romana, como poco antes se dijo, el señorío de España quedó por Octaviano; y en trueque á Marco Lépido, cuya antes era se dió la provincia de Africa. De aquí vino que á imitacion de los antiochenos que habian ya comenzado esta manera de cuenta (y lo mismo hicieron los egipcios once años adelante, que quitado el reino á Cleopatra, desde que Augusto se apoderó de aquella provincia dieron principio al cuento de sus años) lo mismo se determinaron á hacer los españoles con intento de ganar por esta forma la voluntad y adular al nuevo príncipe: vicio muy ordinario entre los hombres. Esto cuanto al principio de nuestra cuenta española. De la palabra era será razon decir algo mas. En Lucillio y en Ciceron se halla que las partidas del libro de cuentas por donde se da y toma razon de la hacienda, del gasto y del recibo se llaman eras. De allí se tomó ocasion para significar con esta misma palabra los capítulos de los libros y el número ó párrafos de las leyes, como se puede ver en muchos lugares así de las obras de San Isidoro, como de las leyes góticas.

Deste principio se estendió mas la palabra era hasta significar por ella cualquiera razon ó cuenta de tiempo, y universalmente todo tiempo y número cualquiera que fuese. En especial lo usaron los españoles

así en la lengua latina, como en la vulgar, la cual sin duda se deriva de la romana, como se entiende por el nombre de Romance con que la llamamos, y por las palabras y dicciones castellanas, que son en gran parte las mismas que las latinas. Tambien hallamos que Hilderico, de nacion francés, y del mismo tiempo de San Isidoro, por decir número de dias dice eras de dias; y aun entre los astrólogos algunos llaman eras á los tiempos ó á los fundamentos y aspectos de las estrellas, de que depende la cuenta de los tiempos, y á los cuales se reducen y enderezan los movimientos de los cuerpos celestes. Segun todo este año de la era de César será lo mismo que año de la cuenta de César ó del tiempo de César, cuyo principio como se dijo se toma desde que España comenzó el imperio de César Augusto.

De aquí se saca que se engañan todos aquellos que por autoridad de San Isidoro (que engañó á los demás) pensaron que esta palabra era viene de otra latina que significa el metal, conviene á saber æs, por entender que aquel año de donde toma principio esta cuenta, fue cuando la primera vez Augusto César impuso un nuevo tributo sobre todo el imperio romano, y hizo que todos fuesen erarios y pecheros: lo que es claramente falso, pues ni la ortografía desta palabra que se escribe sin diptongo concuerda con la tal derivacion, ni hallamos que en el año que da principio á esta cuenta, se impusiese algun nuevo tributo sobre las provincias. Lo cierto es lo que está dicho, y asimismo que esta manera de contar los años se mandó dejar y trocar con la que usamos de los años de Cristo, en tiempo del rey de Castilla don Juan el Primero, en las córtes que se tuvieron en la ciudad de Segovia año de mil y trescientos y ochenta y tres: lo cual se hizo á ejemplo de las demás provincias de la cristiandad, y conforme á lo que en tiempo del emperador Justiniano inventó Dionisio, abad romano, que quitadas las demás maneras de contar que por aquel tiempo se usaban, introdujo esta cuenta de los años de Cristo. Lo que se hizo en las córtes de Segovia, que fue dejar la cuenta de la era y tomar la de los años de Cristo, imitaron poco despues los portugueses, y poco antes los de Valencia habian hecho lo mismo, como se irá notando en sus lugares y tiempos.

Dejado esto, volvamos al consulado de Domicio Calvino y de Asinio Pollion. En el cual año nombraron en Roma por cónsul suffecto, que quiere decir puesto en lugar de otro, y por faltar el que lo era, á Cornelio Balbo Gaditano, que es tanto como de Cádiz; cosa que hasta entonces á ningun extranjero se concedió, que fuese cónsul en Roma. Era esto Cornelio Balbo deudo de otro del mismo nombre que acabada la guerra de Sertorio, llevó á Roma en su compañía Gneio Pompeio. Tambien Domicio Calvino cinco años adelante, que fue el año treinta y tres antes de la venida de Cristo Nuestro Señor, con cargo de procónsul gobernó á España, y porque venció á las haldas de los Pirineos á los caretanos donde hoy está Cerdania, triunfó dellos en Roma. Resultaron despues desto nuevas diferencias y alteraciones entre los triunviros, con que asimismo se enredó España y entró á la parte del daño con esta ocasion. Por la muerte de Julio César parecia que tornaba á nacer la libertad de la república, esperanza con que Sexto Pompeio, vuelto á cabo de tanto tiempo á Roma, fue nombrado por general de la armada y naves romanas. Por esta ocasion luego que los triunviros de nuevo quitaron la libertad á la república y se apoderaron de todo, él se apoderó asimismo por su parte de Sicilia. Acudieron Octaviano y Lépido, y por fuerza le despojaron, y echaron de aquella isla: con que se quedó Octaviano y aun se enseñoreó de Africa por cierta diferencia que tuvo con Lépido, al cual desamparado de los suyos le despojó de todo el poder que tenia. Sintió esto como era razon Marco Antonio, el otro compañero que tenia las provincias de Oriente, que Octaviano sin darle parte se apoderase de todo lo demás.

Destos principios y con esta ocasion se encendió finalmente la guerra entre los dos, en que despues de muchos trances, vencido en una batalla naval junto á la Prevesa y muerto Antonio, se quedó Octaviano solo con todo el imperio el año veinte y ocho antes del nacimiento de Cristo. Llamóse Octavio, del nombre de su padre, y del nombre de su tio, César. El senado le dió renombre de Augusto como á hombre venido del cielo y mayor que los demás hombres por haber restituido la paz al mundo despues de tantas revueltas. Sexto Pacuvio, tribuno del pueblo, consagró su nombre, que es lo mismo que hacelle en vida honrar como á Dios: costumbre y vanidad tomada de España, como lo dice Dion. En el progreso desta última guerra, entre Octavio y Antonio, Bogud rey de la Mauritania pasó en España en favor de Antonio y para ayudar á su partido; pero fue por los contrarios rechazado con daño. No mucho despues en el octavo consulado de Augusto, veinte y cinco años antes de Cristo, abrieron y empedraron en el Andalucía el camino real que desde Córdova iba hasta Ecija, y desde allí hasta el mar Océano, como se entiende por la letra de una columna de mármol cárdeno que está en el cláustro del monasterio de San Francisco de Córdova, do se dice que aquella columna (que debia ser una de las con que señalaban la millas) se levantó en el octavo consulado de Augusto, y que desde Guadalquivir y el templo Augusto de Jano hasta el mar Océano se contaban ciento y veinte y una millas. Este templo de Jano se entiende estaba en Córdova ó cerca della, y aun se sospecha que le edificaron para eterna memoria de la paz que fundara Augusto; pero estas son conjeturas.

Siguiéronse alteraciones de los cántabros, asturianos y de los vaceos, pueblos de Castilla la Vieja. Apaciguólas con su buena maña Statilio Tauro, por ventura por comision y como lugarteniente de Caio Norbano, de quien se sabe que por estos tiempos triunfó de España: desde donde toman el principio de la guerra de Cantabria los que por autoridad de Paulo Osorio sienten que duró por espacio de cinco años enteros. Asimismo es cosa cierta que en esta sazon se mudó la manera y forma del gobierno de España, porque en lugar de pretores y procónsules enviaron para gobernalla legados consulares á la manera que en las demás provincias se comenzó tambien á usar. Muestras son desto las piedras antiguas donde se ve por estos tiempos puesta esta palabra consularis. Repartiéronse otrosí las provincias del imperio y gobierno dellas entre Augusto y el senado, por el cual repartimiento en España sola la Bética, que es Andalucía, quedó á cargo y gobierno del senado: de que resultó otrosí que la España Ulterior tuvo dos gobernadores, el uno de la Bética á provision del senado, y el otro de la Lusitania que nombraba Augusto. En conclusion sosegada por la mayor parte España, con la paz que se siguió, por toda ella se fundaron muchas colonias de romanos, con cuya comunicacion y trato los naturales mudaron sus costumbres antiguas y su lengua y la trocaron con las de los romanos, segun que Strabon lo testifica.

CAPITULO XXIV.

De la guerra de Cantabria.

Tal era el curso y estado de las cosas, tales los vaivenes que el imperio romano daba. En particular España reposaba, cansada de tantas y tan continuadas guerras, y juntamente florecia en gente, riquezas y fama cuando se despertó una guerra mas cruel y brava de lo que nadie pensara. Tuvo esta guerra principio de los cántabros, gente feroz y hasta esta sazon

no del todo sujeta á los romanos ni á su imperio por el vigor de sus ánimos mas propio á aquellos hombres y mas natural que á las demás naciones de España; y por morar en lugares fragosos y enriscados, y carecer del regalo y comodidades que tienen los demás pueblos de España, son grandemente sufridores de trabajos. Ptolomeo señala por aledaños de los cántabros á los autrigones por la parte de Levante, y por la de Poniente, á los luogones, hácia el Mediodia las fuentes del rio Ebro, y hácia el Septentrion el Océano cantábrico, pequeña region, y que no se estendia hasta las cumbres y vertiente de los montes Pirineos. Los pueblos principales que tenia, eran Iulobriga y Vellica, sin que se averigüe qué nombres en este tiempo les respondan. Otros estendiendo mas, como suele acontecer, el nombre de Cantabria, comprenden en su distrito todos los pueblos comarcanos á la Cantabria de Ptolomeo hasta dar en los montes Pirineos y en la Guiena, de que hay grandes argumentos que todo aquello algun tiempo se llamó Cantabria, como queda mostrado en otra parte; y es bastante indicio para que así se entienda, ver que todos los nombres de los pueblos donde esta Guerra de Cantabria se hizo, no se hallan en tan estrecho distrito como arriba queda señalado, como se irá notando en sus lugares.



Julio César.

Eran en aquel tiempo los cántabros de ingenio feroz, de costumbres poco cultivadas: ningun uso de dinero tenian, el oro y la plata si fue merced de Dios, ó castigo y disfavor negárselo, no se sabe. Así bien las mujeres como los hombres eran de cuerpos robustos, los tocados de las cabezas á manera de turbantes, formados diversamente, y no diferentes de los que hoy usan las mujeres vizcainas: ellas labraban los campos, despues de haber parido se levantaban para servir á sus maridos que en lugar dellas hacian cama: costumbre que hasta el dia de hoy se conserva en el Brasil, segun se entiende por la fama, y por lo que testifican los que en aquellas partes han estado: en los bailes se ayudaban del son de los dedos y de las castañetas: dotaban á las doncellas los que con ellas se desposaban: tenian apercibida ponzoña para darse la muerte antes que sufrir se les hiciese fuerza, como hombres de ingenio constante, y obstinados contra los males, de que dieron bastantes muestras en el tiempo desta guerra.

Lo primero que los cántabros hicieron para dar principio á su levantamiento, fue persuadir á los asturianos y gallegos á tomar las armas. Luego despues hicieron entrada en los pueblos comarcanos de los vaceos, que estaban á devocion del pueblo romano. Pusieron con esto grande espanto no solo á los naturales, sino tambien en cuidado al mismo emperador Augusto, que temia destos principios no se emprendiese mayor guerra, y de mayor dificultad de lo que nadie cuidaba. Por esta causa sin hacer caso de la Esclavonia ni de la Hungria, donde las gentes tambien estaban alteradas, se resolvió de venir en persona á España. Abrió primeramente las puertas de Jano que poco antes mandara cerrar, y fue la tercera vez que se cerraron: ca la primera vez se hizo en tiempo del rey Numma, la segunda concluida la primera guerra púnica ó cartaginesa, la última despues que el mismo Augusto venció á Marco Antonio en la batalla naval; y esto porque otras tantas veces se hallaron los romanos en paz sin tener guerra en parte alguna. Venido Augusto en España, de todas partes le acudieron gentes con que se formó un grueso campo. Marcharon los soldados la vuelta de Vizcaya: asentaron sus reales cerca de Segisama, pueblo que se sospecha hoy sea Beisama, puesto en Guipúzcoa entre Azpeitia y Tolosa. Dividióse el campo en tres partes, con que toda aquella comarca en breve quedó sujetada por ser pequeña.

Los cántabros desconfiados de sus fuerzas para contra aquella tempestad que sobre ellos venia, alzadas sus haciendas y repilla, con sus mujeres y hijos, se recogieron á lugares ásperos y fragosos, sin querer con los contrarios venir á las manos. Con esto la guerra se prolongaba, y parecia que duraria mucho tiempo. Augusto con la pesadumbre que recibia por aquella tardanza, y por ser los lugares ásperos y aquel aire destemplado, enfermo de la melancolía se volvió á Tarragona. Dejó el cargo de la guerra á sus capitanes Caio Antistio y Publio Firmio (1) tomaron cuidado de sujetar los gallegos: á Publio Carisio se dió el cargo de hacer la guerra contra los asturianos, gente no menos brava que los cántabros. Por general de todo quedó Marco Agrippa (2), que entonces tenia grande cabida con el emperador, y despues le dió por mujer á Julia su hija. Para proveerse de mantenimientos de que padecian grande falta por la esterilidad de la tierra, juntó el dicho Agrippa naves de Inglaterra y de Bretaña, con que se proveyó la necesidad: Juntamente puso cerco con aquella armada por la parte de la mar á los cántabros, gente miserable pues ni podian huir, ni proveerse de bastimentos de fuera. Forzados con estos males los cántabros y afligidos con la hambre, se determinaron de presentar la batalla que se dió cerca de Vellica: algunos creen sea Vitoria ciudad de Alava, contradice el sitio y distancia de los lugares marcados en Ptolomeo. Vinieron pues á las manos, pero á los primeros encuentros fueron desbaratados y muertos como gente juntada sin órden, que no conocia banderas ni capitan, y que ni por vencer esperaba loa, ni tenia vituperio si era vencida: cada cual era para sí capitan y caudillo, y mas por desesperacion y despecho, que con esperanza de la victoria se movian á entrar en la batalla.

Desde la ribera del mar Océano se levanta un monte llamado Hirmio, los latinos le llaman Viunio, de subida áspera, cercano á Sigisama, de tan grande altura, que desde su cumbre se descubren las riberas de Cantábria y de Francia. En este monte por estar cercano y por su aspereza muchos de los vencidos se salvaron. Los romanos desconfiados de poder subir, y por tener que era cosa peligrosa contrastar juntamente con la aspereza del lugar y con gente desesperada, acordaron de cercarle con guarniciones, con fosos y con vallado. Con esto aquella miserable gente

(1) Floro le llama Caio Firmio.

(2) Solo quedó de general de las espediciones marítimas, como se ve por una medalla que en el anverso tiene la inscripcion *M. Agrippa L. Fil. Præf. oræ maritimæ et classis*, y en el reverso á Neptuno con un delfin, y debajo las letras *ex S. C.*

se redujo á tal estado, que como ni ellos por estar mas embravecidos con los males quisiesen sujetarse á ningun partido, y los romanos se avergonzasen de que aquella gente desarmada se burlase de la magestad del imperio romano, los mas perecieron de hambre, algunos tambien se mataron con sus mismas manos, que quisieron mas la muerte que la vida deshonrada. Un pueblo cerca de Beisama, entonces llamado Aracil y ahora Araxil, despues de largo cerco fue tomado y asolado por los romanos.

Entretanto que esto pasaba en Cantabria, Antistio y Firmio apretaban la guerra en Galicia, en particular cercaron de un grande foso de quince millas la cumbre del monte Medulia, donde gran número de gallegos estaba recogido. Estos, perdida del todo la esperanza de la victoria y de la vida, con no menor obstinacion que los de Cantabria unos se mataron á hierro, otros perecieron con una bebida hecha del árbol llamado Tejo. No falta quien piense que este monte Medulia es el que hoy en Vizcaya se llama Menduria, muy conocido por su aspereza y altura, si se puede creer que los gallegos dejada su propia tierra hicieron la guerra contra los romanos en la ajena, además que Osorio dice que el monte Medulio donde los gallegos se hicieron fuertes, se levantaba sobre el rio Miño. Los asturianos hacian la guerra contra Carisio no con mas ventaja que los otros, ca puestos sus reales á la ribera del rio Astura, del cual tomaron nombre los asturianos, como dividido su ejército en tres partes pensasen tomar de sobresalto á los romanos, siendo descubiertos por los tregecinos sus compañeros y confederados, trocada la suerte fueron cuando menos lo pensaban oprimidos por Carisio que los cogió descuidados. Los que pudieron escapar de la matanza, se recogieron á la ciudad de Lancia que estaba donde ahora la de Oviedo, con intento de defenderse dentro de las murallas, pues las armas les habian sido contrarias. Duró el cerco muchos dias: á los nuestros hacia fuertes y atrevidos la desesperacion, arma poderosa en los peligros. Los romanos se avergonzaban de alzar la mano de la guerra antes de dejar sujeta aquella gente bárbara. En conclusion vencida la constancia de aquella gente, rendida la ciudad, recibieron las leyes y gobierno que les fue dado. Con esto quedaron reducidos en forma de provincia del pueblo romano así los asturianos, como los cántabros y los gallegos.

Augusto acabada la guerra volvió á Cantábria donde dió perdon á la muchedumbre, pero porque de allí adelante no se alterasen confiados en la aspereza de los lugares fragosos donde moraban, les mandó pasasen á lo llano sus moradas, y diesen cierto número de rehenes. Muchos por ser mas culpados y tener los ánimos mas endurecidos fueron vendidos por esclavos. Sabidas estas cosas en Roma se hicieron procesiones, y se ordenó que Augusto triunfase por dejar á España de todo punto sujeta, el año ciento y noventa y ocho despues que las armas de los romanos, debajo de la conducta de Gneio Cepion Calvo, vinieron la primera vez á estas partes, que fue el mas largo tiempo que se gastó en sujetar á ninguna otra provincia. No quiso Augusto aceptar el triunfo que el senado le ofrecia de su voluntad, solo en los reales se hicieron juegos, cuyos mantenedores fueron Marco Marcello y Tiberio Neron, el que adelante tuvo el imperio, y en esta guerra de los cántabros tuvo cargo de tribuno de soldados. En Roma se cerró la cuarta vez el templo de Jano con esperanza que tenia Augusto y se prometia de un largo reposo, pues de todo punto quedaba sujeta España. A los soldados que habian cumplido con la milicia y traido las armas los años que eran obligados conforme á sus leyes, mandó se les diesen campos donde morasen en lo que hoy llamamos Estremadura, parte de la antigua Lusitania: en que fundaron á la ribera de Guadiana, rio muy caudaloso, una colonia, que por esta causa se llamó Emerita Augusta (1), y hoy es Mérida, ciudad que en riquezas, vecindad y autoridad así civil como eclesiástica competia antiguamente con las mas principales de España, y era cabeza de la Lusitania, por donde la llamaban Mérida la Grande: Rasis, árabe, encarece mucho la grandeza y hermosura de aquella ciudad hasta decir cosas della casi increibles, afirma empero que fue destruida por los moros cuando se apoderaron de España. El cuidado de guiar aquellos soldados y de fundar aquella ciudad se encomendó á Carisio, de que dan muestra las monedas de aquel tiempo que se hallan con el nombre de Augusto de una parte, y por la otra los de Carisio y de Mérida. Dion siempre le llama Tito Carisio, que debió ser descuido de pluma, porque en las monedas no se llama sino Publio Carisio, que en España se hallan muy de ordinario.





Estas fueron las memorias mas notables que quedaron de la venida de Augusto y de la guerra que en España hizo. Añádense otras. A la ribera de Ebro, donde antiguamente estuvo situado un pueblo llamado Salduba, se fundó una colonia que llamaron César Augusta (2) del nombre de César Augusto, y hoy se llama Zaragoza, ciudad muy conocida y cabeza de Aragon. Demás desto á los linderos de la Lusitania fundaron otra ciudad que se llamó Pax Augusta, y hoy corrompido el nombre se llama Badajoz, puesta en la frontera de Portugal de la parte de Estremadura, bien conocida por su antigüedad y por ser cabeza de obispado. A Braga que antiguamente se dijo Bracara, le arrimaron el sobrenombre de Augusta. Otra ciudad se fundó á esta misma sazon en los celtiberos por nombre Augustobriga, donde ahora está una aldea llamada Muro á una legua de la villa de Agreda. Demás desto otra del mismo nombre se edificó no lejos de Guadalupe: hoy se ve allí el Villar del Pedroso con claros rastros de la antigüedad. Por

(1) Se conservan con el nombre de Augusto, el de la ciudad, y el de la legion, quinta y décima de donde eran los soldados veteranos eméritos ó retirados que la fundaron, medallas con las inscripciones siguientes:

AVGVSTVS PON. MAX. IMP.
COL. AVGVSTA EMERITA.

En el anverso está la cabeza del emperador, y en el reverso las puertas de la ciudad.

PERM. CAES. AVG.
C. A. E. LE. V. X.

Que quiere decir: con permiso de Augusto César, Colonia Augusta Emérita. Establecimiento de las legiones quinta y décima.

(2) Entre los muchos monumentos antiguos, especialmente medallas que conservan la memoria de haber sido fundacion del emperador Augusto, haremos mencion de la siguiente:

IMP. AVG. L. CAESAR. C. CAES. COS. DES.
CAESAR. AVGVSTA.

Lucio César y Caio eran hijos adoptivos del emperador Augusto, y cuando los designaron cónsules, la ciudad de Zaragoza les dedicó esta medalla.

conclusion las Aras Sextianas de las cuales Mela, Plinio y Ptolomeo hicieron notable mencion, á manera de pirámides, cada una con su caracol de abajo arriba, puestas en las Asturias en una peninsula ó peñon, algunos sienten que fueron edificadas por memoria desta guerra, por decir Mela que estaban dedicadas á Augusto César, y aun entienden estuvieron cerca de Gijon y á cinco leguas de Oviedo: conjeturas que ni del todo son vanas, ni tampoco de mucha fuerza, pues otros son de opinion que las Aras Sextianas levantó Sexto Apuleio, de quien se refiere en las tablas Capitolinas que por este tiempo entró en Roma con triunfo de España.

Volvió Augusto á Tarragona, y allí le dieron los consulados octavo y nono. Demás desto le vinieron embajadores de las Indias y de los Scitas á pedir paz al que por la fama de sus hazañas habian comenzado á amar y acatar, que fue para él muy grande gloria. Desde aquella ciudad partió para Roma: llegó á ella el quinto año despues que aquella guerra se comenzara. Para su guarda llevó soldados españoles de la cohorte calagurritana, de cuya lealtad se mostraba muy satisfecho y pagado. Con su partida los cántabros y los asturianos como gentes bulliciosas, y que aun no quedaban escarmentados por los males pasados, concertados entre sí, de nuevo tornaron á las armas con no menor porfía que antes. Vano es el atrevimiento sin fuerzas, así fue, que primeramente L. Emilio y Publio Carisio, despues Caio Furnio, mataron á muchos de los alborotados, con que sosegaron á los demás. Muchos por no sujetarse y por miedo de la crueldad de los romanos se dieron á sí mismos la muerte con tan grande rabia que hasta las madres mataron á sus hijos, y un mozo por mandado de su padre dió la muerte á él y á su madre y á sus hermanos, que presos y atados en poder de los enemigos estaban. Otros alegres y cantando como si escaparan de un grande mal iban á la horca, ca tenian por cosa honrosa darla vida por la libertad: Parte asimismo de los que hicieron esclavos, se concertaron entre sí, y muertos sus amos se acogieron á los montes, de donde á manera de salteadores corrian la tierra, y no cesaban de mover á los pueblos comarcanos á tomar las armas. Para sosegar estas alteraciones fue necesario que Marco Agrippa ya yerno de Augusto, desde Francia, donde tenia el gobierno de aquella tierra pasase en España: peleó algunas veces con aquella gente obstinada llevando los suyos lo peor; por esto afrentó una legion entera que tenia la mayor culpa del daño con quitalle el sobrenombre de Augusta que antes le daban: con este castigo despertaron los demás soldados y se hicieron mas recatados y valientes; por conclusion todas aquellas alteraciones se sosegaron de todo punto, y Agrippa quedó por vencedor. Todos los que podian traer armas fueron muertos: á la demas muchedumbre, quitadas asimismo las armas, hicieron que pasasen a morar á lo llano, remedio con que cesó la ocasion de alborotarse; y finalmente aunque con dificultad se apaciguaron. La honra del triunfo que por estas cosas ofreció á Agrippa el senado, á ejemplo de su suegro, no quiso aceptar; solo, vuelto á Roma, en un portal ó lonja del campo Marcio mandó pintar una descripcion de España, bien que las medidas de la Bética o Andalucía no estaban de todo punto ajustadas, como lo testifica Plinio. Esto en España.

En Roma Cornelio Balbo natural de Cádiz, de quien se dijo fue cónsul, triunfó de los garamantas el año 16 antes de la venida de Cristo; y fue el primero de los extranjeros á quien se hizo aquella honra, y juntamente el postrero de los particulares; ca despues que Roma vino en poder de un señor, solo los emperadores y sus parientes triunfaron en lo de adelante de las gentes que vencian; y á la verdad el aparato de los triunfos de buenos y honestos principios era ya llegado á tanta locura y gasto que apenas lo podian llevar los grandes imperios. A los demás en lugar de aquella honra daban los ornamentos triunfales, que eran una vestidura rozagante, una guirnalda de laurel, una silla que llamaban cural, un báculo de márfil. Hay quien diga que despues de todo esto hobo nuevos movimientos entre los cántabros, y que los embajadores que enviaron á Roma á dar razon de sí y de la causa de aquellas alteraciones, repartidos por diversas ciudades de Italia, perdida que vieron la esperanza de volver á su tierra, todos tomaron la muerte con sus manos. Entre ingenios tan groseros y gente tan fiera algunos españoles se señalaron por este tiempo, y fueron famosos en los estudios y letras de humanidad. Caio Julio Higino, liberto de Augusto, y Porcio Latron, grande hombre en la profesion de retórica, y amigo de Séneca el padre del otro Séneca que llamaron el Filósofo, fueron ilustres en Roma, y honraron á España, cuyos naturales eran, con la fama de su erudicion. Los libros que andan en nombre de Higino, los mas los atribuyen á otro del mismo nombre alejandrino de nacion, pero Suetonio parece sentir lo contrario, porque dice que á un mismo, unos le hacian alejandrino, otros español, á los cuales él sigue; y añade que tuvo cuidado de la biblioteca ó librería de Augusto, y fue muy familiar del poeta Ovidio Nason, demás desto que Julio Modesto su liberto en los estudios y en la doctrina siguió las pisadas de su patron.

LIBRO IV.

CAPITULO I.

De la venida del Hijo de Dios al mundo.

Llegamos á los felicísimos tiempos en que el Hijo de Dios, como era necesario en cumplimiento de lo que habian prometido los santos profetas, se mostró á los hombres en la carne hecho hombre, y con una nueva luz que trajo á la tierra, enseñó al género humano descarriado y perdido, y se allanó el camino de la salud. Restituyó la justicia que andaba desterrada del mundo, y alcanzado con su muerte el perdon de



Augusto.

los pecados, edificó á Dios Padre un templo santo á la traza del celestial, y le fundó para siempre en la tierra, el cual se llama la Iglesia, cuyos ciudadanos y partes somos todos aquellos que por beneficio del mismo Dios hemos recibido por todo el mundo la Religion Cristiana, y con fe pura y firme la conservamos. Y por cuanto de las primeras provincias del

mundo que abrazaron este culto y religion, y de las que mas recio en ella tuvieron, fue una España; será necesario relatar lo mucho que hizo y padeció en aquellos primeros tiempos de la Iglesia por esta causa: juntamente será bien poner por escrito la nueva forma y traza que se dió en el gobierno seglar: las vidas y hechos de los emperadores romanos como de señores que eran de España, las peleas y luchas de los primeros cristianos, triunfos y coronas de los santos mártires: aquellos que por la verdad perdieron las vidas y derramaron su sangre: dichosas y nobles almas. La brevedad que seguiremos, será muy grande: tocar es á saber mas que poner á la larga cada cual de estas cosas, porque no crezca esta obra mas de lo que seria razon. Ayuda y acude desde el cielo divina luz, encamina y endereza nuestros intentos y pluma, trueca nuestra ignorancia con sabiduría mas alta, haz que nuestras palabras sean iguales á la grandeza del sujeto: todo por tu bondad y por la intercesion de tu santísima Madre.

El nacimiento de Cristo, Hijo de Dios, en el mundo fue á 25 de diciembre del año que se contó de la fundacion de Roma setecientos cincuenta y dos, cuarenta y dos del imperio de Augusto, en que fueron cónsules Octaviano Augusto la trecena vez y Marco Plaucio Silvano. Deste número de años algunos quitan un año, otros dos, y aun no concuerdan todos en los nombres de los cónsules que fueron á la sazon: variedad que asimismo en tiempo de San Agustin sucedió, como él mismo lo refiere. Nosotros consideradas todas las opiniones y las razones que hacen por cada una dellas, seguimos lo que nos parecia mas probable, y á lo que autores mas graves se arriman. El lector podrá por lo que otros escriben, escoger lo que juzgare ser mas conforme á la verdad. Dejadas pues aparte esta y semejantes cuestiones, vendremos á las cosas de España, dado que por este tiempo apenas se ofrece cosa que de contar sea sino lo que es mas principal, que reducidas todas las provincias debajo del imperio y gobierno de un monarca, los españoles así bien que todos los demás gozaban del sosiego y de los bienes de una bienaventurada paz, cansados de guerras tan largas, que encadenadas unas de otras se continuaron por tantos años. A la verdad era razon que el autor de la paz eterna Cristo Hijo de Dios, ó la hallase en el mundo, ó le trajese la paz. Por esta causa pocas cosas memorables sucedieron en España en tiempo de los emperadores Augusto y Tiberio: sin embargo se relatarán algunas; mas por continuar la historia, que por ser ellas muy notables.

Entre los historiadores solo Dion, sin señalar tiempo ni lugar, en particular cuenta que un capitan de salteadores llamado Corocota (de los muchos que quedaron por toda España á causa de las guerras pasadas, y por la libertad y fuerzas que habian tomado, hacian mal y daño por todas partes) dice pues que como le buscasen con diligencia para darle la muerte, él mismo de su voluntad se presentó delante el emperador: con lo cual no solo le perdonó sino le dió tambien el dinero y la talla que estaba prometida al que le prendiese ó matase. Falleció de su enfermedad Augusto en Nola de Campaña á 19 de agosto el año de Cristo 15, en edad de setenta y seis años menos treinta y cinco dias. Fue el primero de los emperadores romanos; y si miramos las cosas humanas, el mas dichoso de todos, ca vengó la muerte de César su padre adoptivo y tio natural, venció á Sexto Pompeio en Sicilia, á Marco Lépido su compañero redujo á vida particular, y no mucho despues desbarató á Marco Antonio junto á la Prevesa en una batalla naval que le dió: quedó solo con el imperio por espacio de cuarenta y cuatro años Mereció nombre de padre de la patria por las escelentes cosas que hizo en guerra y paz. Levantó muchos edificios, por donde solia decir que la ciudad de Roma era antes de ladrillo, y él la habia hecho de mármol. Dejó por su sucesor á Tiberio Neron su entenado, vencido de los halagos de Livia su mujer, dado que Germánico y sus hijos tenian mejor derecho á heredarle.



Tiberio.

Gobernó Tiberio Neron el imperio de Roma veinte y dos años, seis meses y algunos dias. Fue hombre vario, y de ingenio que tenia de bien y de mal. Al principio se gobernó bien, adelante se dió á la lujuria de todas maneras, á la crueldad y avaricia, con que afeó la buena fama que tenia ganada. El vulgo le llamaba Callipedes, que es un animal el cual se mueve muy depriesa, y nunca se mueve un codo adelante. Diéronle este nombre porque todos los años hacia aprestar todo lo necesario para visitar las provincias, por otra parte resuelto de no dejar á Roma ni ausentarse. En tiempo de este emperador Germánico hacia la guerra en lo postrero de Francia, y sabida en España la falta que padecia de cosas necesarias, le enviaron armas y caballos junto con cantidad de dineros que él no quiso aceptar, aunque recibió lo demás, y dió gracias á los españoles por la mucha voluntad que á la república de Roma mostraban. Esto avino el año segundo del imperio de Tiberio, en que se dió licencia á los embajadores de la España Citerior para que en ella edificasen un templo en memoria de Augusto. En competencia de esta adulacion la España Ulterior hizo por sus embajadores instancia con el emperador para que á ejemplo de Asia les fuese lícito hacer lo mismo en memoria del mismo Tiberio y de Livia su madre: cosa que no se usaba, dedicar á ningun príncipe templo antes de su muerte. Oyó el emperador esta embajada, pero no quiso venir en lo que le pedian; antes mostró pesarle de la licencia dada á los asianos: todo era en él modestia afectada.

Por el mismo tiempo se alteraron de nuevo los cántabros, y con robos y correrías que hacian de ordinario, daban pesadumbre á los comarcanos. Por esta causa los romanos fueron forzados á repartir guarniciones por aquella tierra; prevencion con que por una parte se enfrenó este atrevimiento, y por otra con la comunicacion de aquellos soldados romanos los naturales dejaron su fiereza acostumbrada y se hicieron mas humanos. Demás desto Gneio Pison gobernador poco antes de España, ó por mejor decir robador, por sospecharse que dió la muerte á Germánico César con yerbas en Antiochia la del rio Orontes, vuelto á Roma, se dió á sí mismo la muerte sea porque su conciencia le acusaba, sea por no poder

contrastar á la rabia del pueblo; el cual por el amor que tenia á Germánico, estaba furioso, y se inclinaba á creer de Pison lo que se sospechaba. Otra cosa sucedió muy nueva y estraordinaria, y fue que á Vivio Sereno procónsul que fue de la España Ulterior, acusó su mismo hijo de haber cohechado aquella provincia: fue convencido en juicio: y por ello desterrado á Amorga, que es una de las islas del mar Egéo, y se cuenta entre las Cicladas. Asimismo Lucio Pison, pretor que era de la España Citerior, con imposiciones nuevas y muy graves que inventó, alborotó los ánimos de los naturales de suerte que se conjuraron y hermanaron contra él. Llegó el negocio á que un labrador termestino en aquellos campos le dió la muerte. Quiso salvarse despues de tan gran hazaña, pero fue descubierto por el caballo que dejó cansado: hallado y puesto á cuestion de tormento no pudieron hacer que descubriese los compañeros de aquella conjuracion, dado que no negaba tenerlos. Y sin embargo por recelarse que la fuerza del dolor no le hiciese blandear, el dia siguiente sacado para de nuevo atormentarle, se escapó de entre las manos á los que le llevaban, y con la cabeza dió en una peña tan gran golpe que rindió el alma: tanto pudo en un rústico la fe del secreto y la amistad. Esto sucedió en España el año 26 de Cristo.

En Roma seis años adelante Junio Gallion, hermano de Séneca el Filósofo, por mandado del emperador Tiberio fue desterrado de Roma no por otra culpa, sino porque sin su licencia propuso en el senado que á los soldados pretorianos, cumplido el tiempo de su milicia, para ver los juegos públicos y para honrarlos diesen en el teatro asiento mas alto de lo que acostumbraba. Sexto Mario otrosí hombre de nacion español, y tan rico que en espacio de dos dias hizo derribar en Roma cierta casa de un su vecino que vivia junto á las suyas, y despues mudado parecer la tornó á reedificar; este fue acusado de haberse aprovechado de una hija suya que tenia de gentil parecer: convencido del delito, le despeñaron del monte Tarpeio (1), la hija al tanto fue muerta. Díjose que sus riquezas le acarrearon aquel daño por hacer el pueblo juicio de lo que á otros habia pasado, en especial que luego el emperador se apoderó de todas ellas. Mostrábase con la edad mas inclinado á la codicia, y de peores mañas y mas dañadas costumbres. Justo castigo del cielo, que se despeñase en tantos males el que no castigó como fuera razon la muerte que dieron contra justicia á Cristo Nuestro Señor, cuya vida fue santísima cual convenia al que era hijo de Dios. Murió puesto en una cruz el año 34 de su edad a 25 de marzo: los que sienten de otra manera, reciben engaño, como en particular tratado lo averiguamos; tal fue la paga que los hombres dieron á su inocencia, á su doctrina y á tantos beneficios como les hizo. Las mismas piedras como con un callado dolor se quebrantaron, la tierra padeció un temblor estraordinario, el mismo sol se obscureció y encogió sus rayos; bastantes testimonios y muestras de cuan grave era esta maldad. Pero sin tardanza como él mismo lo tenia dicho, y como era necesario, abierto al tercero dia el sepulcro en que le pusieron, y espantadas con el gran ruido que resultó, las guardas, salió sano, vivo y salvo: milagro nunca oido, manifiesta prueba de su santa divinidad. Algunos entendieron que la ave Fénix, la cual fue vista como lo refieren Dion, Tácito y Plinio antes del postrer año del imperio de Tiberio, dió indicio y fue pronóstico y muestra de la resurreccion de Cristo Hijo de Dios, por suceder en aquel tiempo, y ser ella de tal naturaleza que de sus cenizas despues de muerta torna á revivir.

(1) El delito de Sexto Mario no era sino el ser muy rico y desear Tiberio apoderarse de sus riquezas; por esta causa le acusó de incesto con su hija y fue precipitado de la roca Tarpeia. Así lo piensa Tácito.

CAPITULO II.

De los emperadores Caio y Claudio.

Falleció el emperador Tiberio á 16 de marzo el año 78 de su edad, que era el 38 del nacimiento de Cristo, y á la sazon eran cónsules Gneio Acerronio Próculo y Caio Potio Nigro. Sucedió en el imperio Caio hijo de Germánico, el cual de cierto género de calzado de que usaban los soldados, y en latin se llamaba calligæ, tuvo sobrenombre de Calígula. Señalóse solo en la locura que le duró toda la vida, y en la fea muerte con que acabó; porque pasados tres años diez meses y ocho dias que gastó en maldades y deshonestidades estraordinarias, fue muerto por Chérea tribuno de una cohorte pretoria, que es lo mismo que capitan de una compañía de su guarda. Emilio Régulo, cordovés, intentó antes lo mismo: el ánimo fue grande, y no menor que el de Chérea; la fortuna le fue contraria, porque fue descubierto y pagó con la vida.

Al tiempo que murió Tiberio, Agrippa (San Lucas en los actos de los apóstoles le llama Herodes) se hallaba por su mandado en prision en Roma á causa que en cierto convite mostró deseo que Caio sucediese en el imperio. Recompensóle él este amor no solo con sacalle de la prision, sino con hacerle rey de Iturea en lugar de Filipo su tio que falleció poco antes, y era tetrarchá de aquella provincia. Fue grande la envidia que á esta causa concibió contra él otro tio suyo llamado Herodes, tetrarchá de Galilea, el que mató á San Juan Bautista y se halló en Jerusalén á la muerte de Cristo: tanto que con intento de hacerle mal y daño se partió para Roma. Pero Agrippa su sobrino se dió tal maña, que le acusó por sus cartas de cierta traicion que tramaba, y hizo tanto que le desterraron á Leon de Francia como lo sienten los mas autores por testimonio de Josefo en las antiguedades judáicas, dado que en otra parte dice que huyó por la crueldad del emperador á España. Averiguase que le hizo compañía la famosa Herodiade, y que en el destierro dió fin á sus dias con muerte semejante á la vida, que fue torpe y sin concierto.

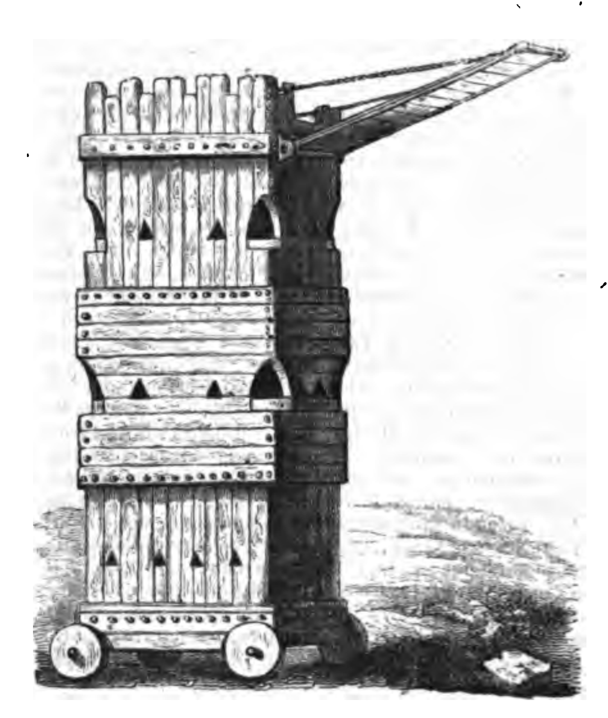
Despues de la muerte del emperador Caio, Claudio su tio hermano de su padre, el cual por miedo no le matasen estaba escondido, fue de allí sacado para ser emperador el año del nacimiento de Cristo de cuarenta y dos (42). Deseó el senado romano y aun acometió á cobrar la libertad, mas no pudo salir con su intento; principalmente que el rey Agrippa, á la sazon de su reino vuelto á Roma, hizo grande negociacion y fue mucha parte para que Claudio saliese con el imperio. El én renumeracion de este servicio le acrecentó el señorío con nuevas tierras que le dió. Muchos vicios reinaron en este emperador, y sobre todos el descuido fue tan grande, que Messalina su mujer se le atrevió casi á vista de sus ojos de casarse públicamente con un mancebo principal llamado Sillo verdad es que aunque con dificultad en fin fue ejecutada y muerta por ello: con que el emperador hizo otro nuevo desórden, que se casó con Agrippina sobrina suya, hija de su hermano Germánico, y de Agrippina bisnieta del emperador Augusto. Estaban tales matrimonios por derecho romano prohibidos; para dar color á su torpeza hizo primero una ley en que se daba licencia que los tios libremente pudiesen casarse con sus sobrinas.

Al principio de su imperio envió desterrado á Séneca á la isla de Córcega: despues le llamó á Roma para hacerle maestro de su entenado Domicio Neron que á la sazon era de cinco años, y á persuasion de su mujer pretendia nombrarle por su sucesor, y anteponelle á su mismo hijo llamado Británico que le

quedó de Messalina. Tuvo el imperio casi catorce años. En este tiempo Turanio Gracula español floreció en Roma con fama de hombre erudito: asimismo Lucio Moderato Columela, natural de Cádiz, cuyos libros de agricultura andan comunmente (1). Séneca en sus declamaciones hace mencion de otros dos oradores españoles que vivieron por este tiempo en Roma: el uno se llamó Cornelio, el otro Clodio Turino: el mas famoso fue Porcio Latron, de quien se habló poco antes, y dél dice Quintiliano que al principio de sus razonamientos y oraciones solia alterarse y temblar mas de lo que su edad pedia y el grán ejercicio que tenia en orar. Eusebio dice que murió de cuartanas. Anda una declamacion suya contra Lucio Catilina. Algo mas viejo que todos estos era y vivia en Roma Sextilio Hena natural de Córdova, mas conocido por la desigualdad de su estilo y rudeza de sus versos, que por su erudicion y poesía.

Gobernaba por estos tiempos con nombre de despensero la España Citerior Drusilano Rotundo liberto del emperador Claudio, la Bética un hombre principal llamado Umbonio Silio. Junto con esto se habrian en España las zanjas y se echaban los cimientos de la Religion Cristiana; porque Jacobo hijo del Zebedeo por sobrenombre el Mayor, despues que predicó en Judea y en Samaria como lo testificaba Isidoro, vino en España. Publicó la nueva luz del Evangelio primero en Zaragoza, donde por su amonestacion se edificó un templo con advocacion de la Vírgen sagrada, que hoy se dice del Pilar: así lo tiene comunmente aquella gente como cosa recebida de sus antepasados y venida de unos á otros de mano en mano. Nosotros no teníamos propósito de alterar opiniones semejantes. Concuerdan en que vuelto de España á Jerusalén, la causa no se sabe; pero que en aquella santa ciudad fue martirizado en los dias de los Azimos á veinte y cinco de marzo por Herodes Agrippa, que pretendia por esta manera dar un principio agradable al reino que Claudio le habia dado de los Judíos.

Sobre el año en que padeció hay alguna diversidad mas del ciclo hebreo se saca que el año cuarenta y dos de Cristo los Judíos celebraron su Pascua sábado á veinte y cuatro de marzo, y comenzaron los dias de los Azimos ó pan cenceño, en los cuales dice San Lucas en los Actos que le dieron la muerte. Su cuerpo fue tomado por sus discípulos; y puesto en una nave,



Torre de madera. *

costearon la mayor parte de España: finalmente á veinte y cinco de julio aportó á la ciudad de Iria Flavia, que en lo postrero de Galicia hoy se llama el Padron: de donde á treinta dias de diciembre, aunque el año no se sabe, le trasladaron á Compostella, lugar consagrado y venerado de todo el mundo por estar allí aquel sagrado sepulcro. En toda España se hace fiesta y memoria deste santo apóstol el dia que llegó á España, y el en que fue trasladado; pero en el mes de marzo cuando fue muerto, no se le hace fiesta por estar la Iglesia ocupada con el ayuno de la cuaresma, y con las lágrimas de la penitencia: costumbre muy guardada antiguamente de no celebrar en aquel tiempo fiesta de ningun santo.

Estuvo el cuerpo deste apóstol olvidado por largos tiempos hasta tanto que en tiempo del rey D. Alonso el Casto por los años del Señor de ochocientos fue descubierto por amonestacion divinal, y en el mismo lugar edificaron en su nombre un muy famoso templo donde ha sido siempre muy reverenciado. Acrecentóse esta devocion cuando el rey don Ramiro, que reinó poco

(1) Sus doce libros de agricultura y un tratado sobre los árboles están escritos con el estilo elegante y puro del tiempo de Augusto. Están llenos de preceptos escelentes, y aun hoy merecen la estimacion de los sabios.

* Introducidos en esta torre, se acercaban los sitiadores á las murallas de las plazas para espugnar á los defensores. Así debió de ser la que usaron los romanos contra Sagunto y contra muchas otras poblaciones. Está copiada del modelo que ofrece el Museo de Artillería.

despues de don Alonso, en la famosa batalla de Clavijo con la ayuda deste glorioso santo venció una innumerable morisma, y por medio desta victoria libró á los cristianos de un gravísimo tributo; que cada un año entregaban á los moros por parias cien doncellas escogidas, que era una servidumbre miserable. Por esta causa desde entonces se dió principio á la costumbre que tienen los soldados españoles de apellidar el nombre de Santiago y invocar su ayuda al tiempo del pelear. Asimismo en memoria de este beneficio por voto se obligaron de pagar cada un año al templo de Santiago de cada yugada de tierra cierta medida de trigo: costumbre, que por haberse alterado muchas veces los pontífices romanos con diversas bulas expedidas á este propósito la han renovado, y hoy dia en gran parte de España se guarda.



Soldado español en tiempo de la dominacion romana.

Tiénese por cierto que el tiempo que estuvo Santiago en España, se el llegaron muy pocos discípulos: los que mas dicen, cuentan nueve escogidos entre los demas; es á saber Pedro obispo de Ebora en Portugal, en cuyo lugar otros ponen á Thesiphonte obispo Bergitano, que fue una ciudad no lejos de la que hoy llamamos Almería: Cecilio Eliberritano, que era una ciudad cerca de donde hoy está Granada: Eufrasio Illiturgitano, secundo obispo de Avila, Indalecio Urcitano (Urci se entiende era un pueblo que hoy se llama Verga en los confines de Navarra) Torcuato Accitano, que es lo mismo que obispo de Guadix: Hesichio Carthesano no lejos de Astorga: por conclusion Athanasio y Teodoro, guardas que fueron del sepulcro sagrado como se tiene por fama, y aun sus sepulcros se muestran del uno y del otro lado del en que está el apóstol. Algunos escritores piensan que todos estos que llaman discípulos de Santiago, fueron enviados en España por los sagrados apóstoles San Pedro y San Pablo para predicar en ella el Evangelio de Cristo. Pelagio obispo de Oviedo, que escribió su historia habrá quinientos años, cuenta por discípulos de Santiago á los siguientes: Calocero, Basilio, Pio, Grisogono, Teodoro, Athanasio y Máximo. La antigüedad destas cosas y de otras semejantes, junto con la falta de libros hace que no nos podamos allegar con seguridad á ninguna de estas opiniones, ni averiguar con certidumbre la verdad. Quedará el lector libre del juicio en esta parte.

CAPITULO III.

Del emperador Domicio Neron.

A Claudio mató con yerbas que le dió, un eunucchó que le servia de maestresala y le hacia la salva: otros dicen que Agrippina su mujer por ver emperador á su hijo Domicio Neron: deseo muy perjudicial para ella misma. Lo que consta es que pasó desta vida el año cincuenta y cinco (55) de Cristo (1). Domicio su entenado y sucesor gobernó el imperio catorce años, los cinco primeros muy bien, como lo testificaba el mismo Trajano: despues con la edad se despeñó en todo género de torpezas y crueldades (no de otra manera que cuando una bestia fiera se suelta de donde está encerrada, que todo lo asuela) en tanto grado que dió la muerte á su misma madre, con la cual primero habia pretendido usar deshonestamente: lo mismo hizo con una su tia y dos mujeres que tuvo; Octavia y Popea, sin perdonar á Séneca su maestro (2), ni al ínclito Poeta Lucano (3), hijo que fue de Mella

(1) En este tiempo floreció Pomponio Mela, natural de Melaria en el reino de Granada, autor de la obra geográfica *De Situ Orbis*, escrita con método y amenizada con muchos sucesos de historia, para hacer mas agradable la lectura. Hoy es muy estimada por su esactitud, y algunos críticos la han ilustrado con notas eruditas como Vosio, Gronovio y otros.

(2) Nació en Córdoba el año 13 de J. C. Estudió la elocuencia, y aprendió la filosofía estóica en la escuela de Alejandría. Abandonó el foro y por no causar celos al emperador Calígula que se preciaba de ser el primer orador de Roma, y obtuvo el cargo de qüestor. Desterrado á Córcega por la amistad que tuvo con la viuda de Domicio, uno de sus bienhechores, escribió los libros de *Consolatione* que dedicó á su madre. Casada Agrippina con el emperador Claudio, le llamó para encargarle de la educacion de Neron su hijo que queria hacer elevar al imperio. Mientras el discípulo imperial se gobernó por los consejos de Séneca fue estimado del pueblo; pero luego que Tigelino y Popea se apoderaron de él fue el oprobio del género humano. No pudiendo sufrir la presencia de su maestro trató inutilmente de envenenarlo y luego lo envolvió en la conjuracion de Pison por la que fue condenado á muerte con la merced de que se le quitase la vida del modo que quisiese. Se abrió las venas para morir desangrado; pero como salió muy poca sangre, tomó veneno que tampoco le produjo efecto. Entonces se entró en un baño caliente donde murió ahogado del humo y del vapor de los licores, habiendo esperado la muerte con mucha tranquilidad hablando con sus amigos. Fue uno de los hombres mas sábios de su tiempo; pero su estilo se apartó de la noble sencillez de los antiguos: es cortado, sentencioso, lleno de antithesis, y de figuras brillantes aunque tal vez peca de adornos escesivos.

(3) Nació en Córdoba el año treinta y nueve de J. C. y era hijo de Anneo Mela hermano de Séneca. Luego que llegó á Roma, todavía jóven, se hizo célebre por sus oraciones griegas y latinas. Neron lo elevó á los cargos de augur y de qüestor hasta que habiendo disputado la preferencia sobre la poesía con él y vencídole en el teatro de Pompeio, esperó ocasion de perderle. Lucano deseoso de vengarse de tal envidia entró en la conjuracion de Pison, y fue condenado á muerte. Se hizo abrir las venas en un baño caliente, y murió con la firmeza de un filósofo á los veinte y seis años de edad. Su poema de *La Pharsalia* es inchado en el estilo; pero tiene pensamientos escelentes, muchas máximas de politica y bastante magestad.

hermano de Séneca, ni á otro gran número de gente principal: cruel carnicería y fea. Pero en lo que mas se señaló su torpeza, fue que á manera de mujer tomó el velo y se casó públicamente con un mozo, como si fuera su marido, y al contrario hizo abrir un muchacho á manera de mujer para casarse con él: tanto puede un apetito desenfrenado. En el teatro á manera de representante cantaba y tañia delante de todo el pueblo muchas veces.

Pasó tan adelante su locura, que para holgarse y como por burla puso fuego á la ciudad de Roma, con que se quemó casi toda. Fue grande la indignacion del pueblo por sospechar lo que era: para remedio impuso á los cristianos haber causado aquel daño, y así fue el primero de los emperadores romanos que los persiguió y afligió con todo género de tormentos. Derramaba por una parte las riquezas, que decia solo debian servir de dallas, por otra codiciaba y tomaba contra razon las agenas, como mónstruo compuesto de vicios contrarios. De la hacienda pública era pródigo, codicioso de los bienes particulares. Por este tiempo el famoso encantador Apollonio Thyaneo entre otras provincias por donde discurrió vino tambien á España. Lo mismo hizo el apóstol San Pablo despues que se libró en Roma de la cárcel, segun que en la epístola á los romanos mostró desearlo y pretenderlo. Así lo dicen graves autores, y aun se tiene por cierto que en este viaje puso de su mano por obispo de Tortosa á Rufo hijo de Simon el Cireneo aquel que ayudó á llevar la cruz á Cristo) y hermano de Alejandro. Asimismo Beda y Usuardo testifican que dejó por obispo de Narbona á Sergio Paulo, al cual de procónsul que era en la isla de Chipre, convirtió en siervo de Cristo, segun que en los Actos de los apóstoles se refiere. Y aun no falta quien diga que llevó consigo á Ierotheo por sobrenombre el Divino, maestro de Dionysio Areopagita, de España, donde era natural y tenia cargo del gobierno, como persona que era de grande autoridad y prudencia. Otros contradicen todo esto por razones que aquí no se refieren.

Porque lo que el Metafraste afirma, que el apóstol San Pedro asimismo vino á España, los mas eruditos lo tienen por engaño y cosa sin fundamento: verdad es que desde Roma envió á San Saturnino por primer obispo de Tolosa la de Francia, al cual sucedió Honorato, cántabro de nacion, que envió á Firmino hijo de Firmo á predicar el Evangelio en lo mas adentro de Francia. Obedeció él y predicó primero en Angers despues en Beoves, y últimamente en Amiens; y fue el primer obispo de aquella ciudad y en ella derramó su sangre, y como á tal le hacen fiesta y tienen templo consagrado en su nombre. Honesto sacerdote de Saturnino, enviado por él á Pamplona para enseñar en aquella ciudad y su comarca el Evangelio, fue maestro de Firmino y le enseñó en su tierna edad, ca era natural de Pamplona: pero esto sucedió algo adelante.

Habia Servio Sulpicio Galba gobernado la España Citerior por espacio de ocho años. Era ya muy viejo y de mas de setenta años cuando le nombraron por emperador con esta ocasion: Julio Vindice, á cuyo cargo estaba la Gallia Narbonense, alterado por las crueldades de Neron y por las demás torpezas suyas convidó á Galba como persona de grande autoridad, y le requirió por sus cartas que acudiese al remedio de tanto mal con aceptar el imperio. Escusóse Galba de hacer esto por su mucha edad y por la grandeza del peligro: por esto el mismo Vindice se declaró y tomó las armos contra Neron. Sabido lo que pasaba en la Gallia, Galba asimismo en una junta de personas principales que toda España tuvo en Cartagena con un razonamiento muy cuerdo relató las causas por donde le parecia no solo lícito, sino necesario acudir á las armas en aquella demanda y socorrer á la república. Dijo que Neron era un cruel mónstruo y fiero, cuyos vicios con [illegible] sacrificio se podian mejor atajar que con su misma sangre: que todos ayudasen á la madre comun afligida y echada por tierra, antes que con el fuego se abrasasen todas las provincias, con el cual casi toda la nobleza romana y muchas otras familias estaban acabadas: tan grande era la crueldad y fiereza de aquel hombre, si se debia llamar hombre y no antes bestia fiera. Lo que por los otros pasaba, podia tambien avenir á los demas, y á cada cual de los que allí presentes se hallaban; pues ni la inocencia de la vida ni la honestidad de las costumbres eran parte para librar á ninguno de aquel tirano, que se gobernaba no por razon, sino por fuerza y antojo. Si su propio peligro no bastaba para despertarlos, mirasen á lo menos por sus hijos, por salvar á los cuales las mismas bestias se meten por el hierro y por las llamas, forzadas del amor natural que tienen á los que engendraron.

Acaso se hallaba presente un niño que sin respeto de su tierna edad habia sido desterrado á Mallorca por Neron. Encendidos pues los que presentes estaban, con tal espectáculo y con el razonamiento que les hizo Galba, con grande alarido que todos levantaron, le apellidaron Augusto y Emperador, mas él no quiso aceptar el tal nombre, antes protestó que seria capitan del pueblo romano y lugarteniente del senado contra Neron, que fue una modestia notable. Mucho ayudó para llevar adelante estos intentos Othon Silvio, gobernador que á la sazon era de Lusitania, y los años pasados tuvo grande cabida con Neron; que aprobó el consejo de Galba, y resuelto de correr la misma fortuna con él, acuñó todo el oro y plata que tenia en gran cantidad, para los gastos de la guerra y pagas de los soldados, por todo lo cual fuera digno de inmortal renombre, si acometiera esta empresa en odio del tirano y no pretendiera vengar sus disgustos particulares y la afrenta que le hizo Neron en tomarle por su combleza á Popea Sabina su mujer; para gozar de la cual mas á su voluntad con muestra de honrar á Othon le alejó de Roma, y le hizo gobernador de la Lusitania, que era lo postrero de España y del mundo.

Hecho esto, y despues de la muerte que dió Neron á Octavia su mujer hija del emperador Claudio, se casó con Popea, que fue nuevo dolor para el otro marido y nueva afrenta. Tuvo Othon así por esta ayuda, como por ser persona de ingenio, el primer lugar acerca del nuevo emperador, aunque en competencia de Tito Junio su lugar teniente: bien que se le adelantaba en ser mas amado del pueblo, porque sin mirar á interes daba la mano á los necesitados, y Junio acostumbraba á vender los favores del nuevo príncipe, por donde tenia ofendida gran parte de la gente y de los soldados. Julio Vindice en la Gallia donde se declaró contra Neron, vencido en batalla, se dió á sí mismo la muerte. Virginio Rufo, que fue el que le desbarató no quiso tomar el imperio para sí como pudiera, antes lo remitió todo á la voluntad del senado, que fue una señalada templanza y modestia. Este mandó que despues de su muerte se declarase en un dístichó cortado en su sepultura y lucido en latin, que hace este sentido:

QUIEN YACE AQUI? RUFO.
EL QUE AL TIRANO
VINDICE VENCISTE? SI;
MAS NO ES EL SCEPTRO
TOME, PUES QUIEN?
MI PATRIA DE MI MANO.

Mucho se alteró Galba con las nuevas del desastre de Vindice: parecia que la fortuna ó fuerza mas alta era contraria á sus intentos: recogióse casi perdida la esperanza á la ciudad de Clunia (esté nombre está corrompido en Plutarchó que pone Colonia por Clunia, como se entiende por las monedas que se hallan en España de Galba; por las cuales se ve que en aquella ciudad le dieron el imperio) pero no tardó de llegar otra nueva de la muerte de Neron, con que volvió so-

bre sí y cobró ánimo. El caso pasó desta manera. Luego que el senado tuvo aviso de lo que Julio Vindice en la Gallia y despues Galba en España hicieron, que fue levantarse contra Neron y tomar las armas, entraron en pensamiento que podrian derribar al tirano. Con este intento hicieron un decreto en que declararon á Neron por enemigo de la patria. Llegó el negocio á que sus mismas gentes y criados le desampararon, como suelen todos aborrecer á los malos. Huyó él, y escondióse cerca de Roma en una heredad de un su liberto llamado Phaonte: allí, perdida la esperanza de salvarse, por no venir á las manos de sus enemigos se dió á sí mismo la muerte en edad que tenia de treinta y dos años. Desta manera acabaron las maldades deste príncipe, y en él la alcuña de los Césares y Claudios que tantos años tuvieron el imperio de Roma. Túvose por entendido, principalmente entre los cristianos, que sanó de la herida, y que á su tiempo se mostraría al mundo con oficio de Ante-Cristo.

Lo cierto es que Galba avisado de lo que pasaba, acordó de partir sin dilacion para Roma: llevó en su compañía para guarda de su persona y para todo lo que sucediese, una legion de soldados escogidos de todas las partes de España. Llevó otrosí á Fabio Quintiliano natural de Calahorra (1), que fue aventajado en la profesion de la retórica. Sus instituciones oratorias estuvieren perdidas por mas de seiscientos años. Hallólas y sacólas á luz Pogio Florentin en tiempo del concilio de Constancia en cierto monasterio de aquella ciudad. Las declamaciones que andan al fin de aquella obra en su nombre, por el mismo estilo se entiende fueron de otro autor. A la sazon que acabó Neron, era cónsul en Roma Silio Itálico (2), que fue el año de Cristo de sesenta y nueve (69). Los mas sienten que este cónsul fue español; Crinito dice que nació en Roma, pero que su descendencia era de España: Gregorio Giraldo afirma que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que fue natural de los Pelignos, pueblos del reino de Nápoles, y nació en un lugar de aquella comarca llamado Itálica, de que procedió el engaño de los que le hicieron de España por haber en ella otra ciudad del mismo nombre. La verdad es que con la edad; dejado el gobierno de la república, se retiró en cierta heredad que tenia camino de Nápoles, en que pasaba la vida y se entretenia en los estudios de poesía; y en particular escribió en verso heróico la segunda guerra Púnica que hicieron los romanos contra los cartagineses.

Por el mismo tiempo floreció en Roma Séneca llamado el Trágico de las tragedias que compuso muy elegantes, á diferencia de Séneca el Filósofo con quien no se sabe si tuvo algun deudo, bien que muchos lo sospechan por convenir en el nombre y ser casi del mismo tiempo. Quintiliano hace mencion de una sola tragedia que andaba en nombre de Séneca el Filósofo, que debió perderse con el tiempo. Volvamos á Galba, que llegado á Roma gobernó el imperio por espacio de siete meses: al cabo dellos los soldados de su guarda que llamaban pretorianos, en un motin que levantaron, le dieron la muerte. Estaban irritados por no darles el donativo de que les dieran intencion y que ellos esperaban. Principalmente se ofendian de la severidad de Galba, cosa que costumbres tan estragadas no llevaban bien; y en particular los alteró cierta palabra que se dejó decir, es á saber que él no compraba, sino que escogia los soldados. El que los alborotó últimamente, fue Othon por ver que Galba adoptó poco antes por su sucesor en el imperio á Pison, mancebo de grandes prendas y partes. Doliase que lo que á él se debia por lo mucho que lo ayudaria y sirviera, se hobiese dado á otro que no lo merecia. Concertóse con algunos de aquellos soldados, y á cierto dia señalado se hizo llevar en una silla á los alojamientos de los pretorianos, donde sin tardanza fue saludado por emperador; desde allí revolvió contra Galba, y le dió la muerte juntamente con Piso y Tito Junio; pero el poder adquirido por maldad no le duró mucho, ca solamente tuvo el imperio por espacio de noventa y cinco dias. Fue así que las legiones de Alemaña á ejemplo de lo que hiciera el ejército de España, pretendieron que tambien podian ellos dar emperador á la república, y en efecto nombraron por tal á su general Aulo Vitellio. Juntósele la Gallia sin dificultad: España andaba en balanzas: acudió primero Othon, y por tenella de su parte le otorgó que tuviese jurisdiccion sobre la Mauritania Tingitana; de que resultó por largos tiempos que los de aquella tierra acudian con pleitos á la audiencia ó convento que los romanos tenian en Cádiz, y aun quedó sujeta á los godos el tiempo que fueron señores de España. Sin embargo Lucio Albino gobernador de la Mauritania para asegurar mas el partido de Othon pasó en España; pero fue rechazado y forzado á dar la vuelta por Cluvio Rufo, al cual Galba dejó en el gobierno de España, y despues de su muerte estaba declarado por Vitellio.

La conclusion y el remate destas diferencias fue que Othon rodeado de grandes dificultades salió al encuentro á los enemigos hasta Lombardía, do los suyos fueron vencidos cerca de un pueblo llamado Bebriaco situado entre Verona y Cremona; y él luego que llegó la nueva deste desastre, en Brixelo donde se habia quedado, se dió la muerte con sus mismas manos en edad que era á la sazon de treinta y ocho años. Parecióle que con esto se escusaba que no fuese delante, aquella guerra cruel y perjudicial para ambas las partes y para todo el imperio. Con el aviso desta victoria Vitellio desde la Gallia en que se entretenia, pasó los montes y se metió por Italia: llegó, por sus jornadas á la ciudad de Roma, en que hizo su entrada armado y rodeado de soldados no de otra manera que si triunfara de su patria. Esto y ser el progreso de su gobierno semejante á estos principios le hizo muy odioso. Habia pasado su edad en torpezas y con el poder continuaba la libertad de los vicios y mayores maldades: por esta causa comenzó á ser tenido en poco, y las legiones del Oriente tomaron ocasion para probar tambien ellas ventura y nombrar emperador, como lo hicieron con mayor acierto y prudencia que las demas.

CAPITULO IV.

De los emperadores Flavio Vespasiano y sus hijos.

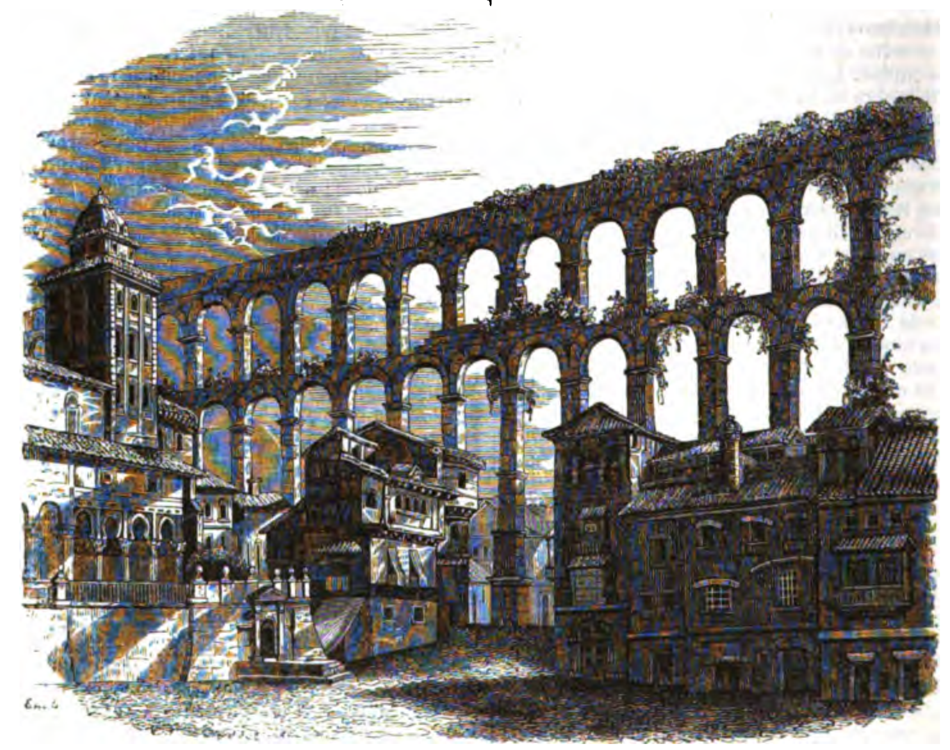
Flavio Vespasiano, cabeza que fue y fundador del linaje nobilísimo de los Flavios, en tiempo del emperador Claudio y por su mandado hizo la guerra en Inglaterra, y en una isla llamada Vecta, puesta entre Francia y la misma Inglaterra, que dejó del todo sujeta. Con esto y con las muchas victorias que ganó en esta empresa, se hizo muy conocido: pero por correr adelante los temporales muy turbios se retiró,

(1) Se cree que nació en Calahorra el año 42 de la era vulgar. Estudió la elocuencia y luego enseñó la retórica en Roma, nombrado por el gobierno. Tuvo la cátedra veinte años con el mayor aplauso, y cuando la renunció se aplicó á componer algunas obras. La primera que publicó fue un tratado *Sobre las causas de la corrupcion de la elocuencia* que se ha perdido y luego en el espacio de dos años acabó sus célebres *Instituciones oratorias* que son la obra mas completa de retórica que tenemos de los antiguos, pues ha reunido en ella lo mejor que habia en los autores griegos y latinos que habian escrito sobre la materia. Está escrita con mucho método, con elegancia y pureza, aunque con poca precision y profundidad.

(2) Se cree fue natural de nuestra Itálica. Escribió su poema latino sobre la segunda guerra púnica: es muy exacto y está escrito con mucha pureza, aunque con poco fuego. Se suicidó á la edad de setenta y cinco años al principio del reinado de Trajano.

y se fué á vivir á cierto lugar apartado, de do el año penúltimo de Neron le llamaron para encargarle la guerra contra los judíos, gente porfiada, y que con grande obstinacion andaban alborotados. Grandes dificultades tuvo en esta empresa, mas al fin salió con lo que pretendia. Tenia sujetada casi toda aquella provincia cuando sus mismos soldados le nombraron y hicieron emperador. Muciano, gobernador que era de la Suria, por una parte, y por otra Tiberio Alejandro á cuyo cargo estaba lo de Egipto, le convidaron y exhortaron á tomar el imperio; y tomada resolucion, hicieron cada cual á sus legiones que le jurasen por tal: que fue abrir camino á las otras provincias para que con grande voluntad se declarasen. Era necesario lo primero acudir á Italia, donde Vitellio estaba apoderado. Tomó este cuidado Muciano, mas anticipóse Antonio Primo que estaba en Pannonia ó Hungría, y fue el primero que por parte de Vespasiano principió por Italia, y cerca de Verona desbarató un ejército de Vitellio. Sucedieron otros muchos trances que se dejan: en conclusion el mismo Vitellio el nono mes de su imperio fue en Roma muerto en edad de cincuenta y siete años.

Con esto Vespasiano dejando á su hijo Tito para dar fin á la guerra judáica, pasó á Egipto, y desde Alejandría se hizo á la vela con buenos temporales: aportó á Italia y llegó el año setenta y dos de Cristo (72). En Roma con gran voluntad del Senado y del pueblo entró en posesion del imperio, que estaba para perderse por la revuelta de los tiempos y por la mala traza de los emperadores pasados. Gobernó la república por espacio de diez años enteros con tanta prudencia y virtud, que fuera del conocimiento de Cristo casi ninguna cosa le faltaba. Algunos le tachan de codicioso; pero escúsale en gran parte la grande falta de los tesoros públicos y los temporales tan revueltos, demas de grandes edificios que levantó en Roma, entre los demas el templo de la Paz y el anfiteatro, dos obras de las mas soberbias del mundo. Fue el primero de los emperadores romanos que señaló salarios cada un año á retóricos latinos y griegos para que enseñasen aquel arte en Roma. Acabó su hijo de sujetar la provincia de Judea, entró por fuerza y asoló la santa ciudad de Jerusalem: triunfó en Roma juntamente con su padre. La pompa y aparato fue muy grande: llevaban delante entre otras cosas el candelero de oro y los demas vasos y ornamentos muy ricos y muy preciosos del templo de Jerusalem. Grande fue el número de los judíos cautivos: parte dellos enviados á España hicieron su asiento en la ciudad de Mérida. Así lo testifican sus libros, si fue así ó de otra manera, no lo determinamos en este lugar. Lo que consta es que les vedó morar de allí adelante ni reedificar la ciudad de Jerusalem: demas esto que al principio de su imperio con intento de grangear á España y sosegarla, que estaba inclinada y aun declarada por Vitellio, otorgó á todos los españoles que gozasen de los privilegios de Latio ó Italia, para que fuesen tratados como si hobieran nacido en aquellas partes.



Acueducto de Segovia.

Por este tiempo Licinio Larcio era pretor de la España Citerior. Deste se refiere que fue tan aficionado á las letras, y en particular por esta misma razon hacia tanto caso del Plinio (que al tanto vino á la sazon con cargo de qüestor á España) que deseaba comprar algunos de sus libros, como su historia natural y otros algunos por gran suma de dinero. Deste Licinio se entiende que edificó la puente de Segovia, obra de maravillosa traza y altura tanto que el vulgo piensa que fue edificio del demonio. Otros atribuyen esta puente al emperador Trajano, pero ni los unos ni los otros alegan razon concluyente (1). Lo mas cierto es

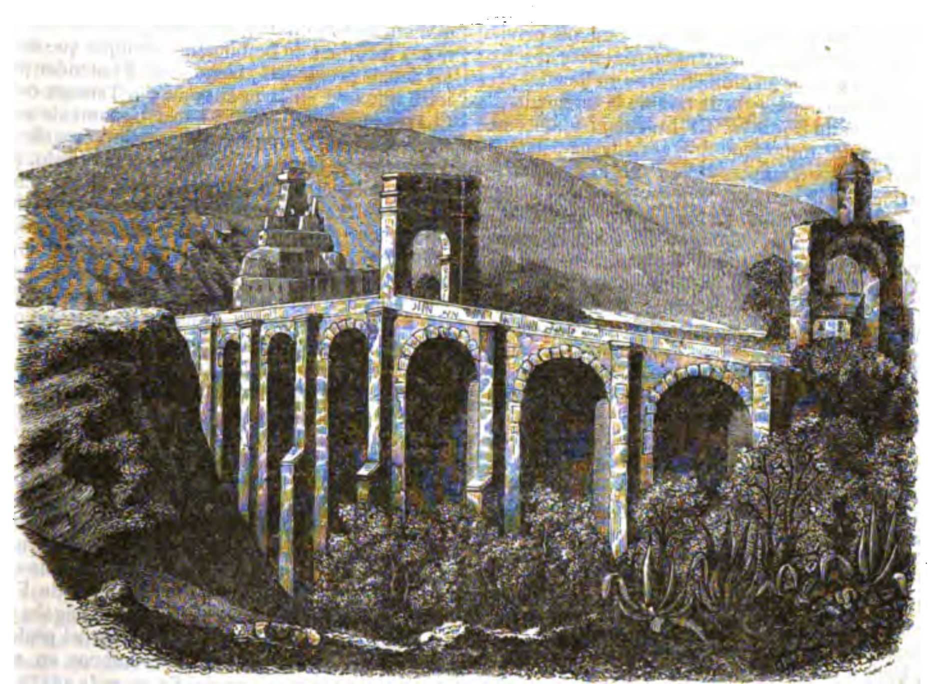
(1) Esta grandiosa obra del acueducto de Segovia que se atribuye al emperador Trajano, tiene ciento sesenta y un arcos; pero treinta y cinco son obra moderna que en la apariencia se diferencia muy poco de la antigua: su longitud es de dos mil quinientos cuarenta pies. En su mayor altura

que un pueblo de Galicia, que hoy se llama Betanzos y antiguamente Flavio Briguncio, y otro que se llama el Padron y antes se llamó Iria Flavia, demás desto el municipio llamado Flavio Axâtitano hoy Lora, con otros pueblos de semejantes apellidos fueron fundados por persouas del linaje de Vespasiano, que todos se llamaban Flavios, por lo menos en gracia deste emperador ó de alguno de sus hijos tomaron los apellidos sobredichos que antiguamente tuvieron.

Pocos años ha que en los montes de Vizcaya se halló una piedra con esta letra:

HIC IACET CORPUS BILELAE
SERVAE IESU CHRISTI

que quiere decir: aquí yace el cuerpo de Bilela sierva de Jesu-Cristo. Y porque tiene notada la era ciento y cinco, algunos entienden que falleció por este tiempo, y aun quieren ponerla en el número de los santos sin bastante fundamento, antes en perjuicio de la autoridad de la Iglesia, que no permite se forjen libremente nuevos nombres de santos, ni es razon que así se haga. Yo tengo por mas probable que aquella



Puente de Alcántara.

piedra no es tan antigua, antes que le falte el número milenario, como se acostumbra á callarle, y que solo señalaron los demás años; y es cierto que en tiempo de Vespasiano no estaba introducida la costumbre de contar los años por eras: fuera de que la llaneza de aquel letrero no da muestras de tanta antigüedad, ni tiene la elegancia y primor que entonces se usaba, como se pudiera mostrar por una epístola de Vespasiano que pocos años ha se halló en Cañete, pueblo que antiguamente se llamó Sabora, cuyas palabras cortadas en una plancha de cobre no me pareció poner aquí ni en latin porque no las entenderian todos, ni en romance porque perderian mucho de su gracia. En nuestra historia latina la hallará quien gustare destas antiguallas.

Llegó el emperador Vespasiano á edad de setenta años: falleció en Roma de sù enfermedad á veinte y cuatro dias del mes de junio año de nuestra salvacion de ochenta (80). Fue dichoso así bien en la muerte que en la vida, por dejar en su lugar un tal emperador como fue Tito su hijo, ca en todas las virtudes se igualó á su padre, y se le aventajó mucho en la afabilidad y blandura de condicion, y en la liberalidad de que siempre usaba, tanto que decia no era razon que ninguno de la presencia del príncipe se partiese descontento. Acordóse cierta noche que ninguna merced habia hecho aquel dia: dijo á los suyos: amigos, perdido hemos este dia; y es así que los príncipes han de ser como Dios, que ni se cansa de que le pidan, ni sin pedille de hacer á todos bien. Con estas virtudes granjeó tanto las voluntades que comunmente le llamaban regalo y deleite del género

tiene noventa y cinco hasta las paredillas de mampostería, tambien obra moderna. En las partes bajas, como cañadas y valles, para nivelar el curso del agua, hay dos órdenes de arcos unos sobre otros. Los pilares que sostienen el primer órden, unos tienen once piés y medio de grueso, y otros doce con siete piés y medio de frente; y otros solo tienen siete pies y medio de grueso por cuatro y medio de frente; y van disminuyendo unos y otros á la altura de diez y seis piés hasta que llegan á servir de apoyo al segundo órden de arcos, cuyos pilares todos son iguales del grueso de seis piés y medio por cuatro y medio de frente. Los arcos mas bajos son de cinco piés, y los mas altos no pasan de treinta y nueve. Esta obra es de piedra berroqueña de grano gordo, color cárdeno, con pintas blancas, sin que se sepa en el dia la cantera de donde se sacó. Los sillares no se juntaron con argamasa alguna, ni se observa plomo ó hierro en lo interior de esta obra que reune la sencillez con la elegancia y la grandiosidad. Las piedras están tan bien unidas, que no puede entrar entre piedra y piedra la punta de un alfiler. En la parte mas alta hay dos nichos, que se cree estarian destinados á algunas estátuas. La obra nueva añadida á la antigua de los romanos que amenazaba ruina ó estaba ya caida por incuria, se hizo en tiempo de doña Isabel la Católica, que la encargó á Fr. Pedro de Mesa, prior del monasterio de Ntra. Sra. del Parral de Segovia, el cual se sirvió de Fray Juan Escobedo, del mismo monasterio y arquitecto escelente; pero donde hay dos órdenes de arcos toda es obra romana. En este acueducto no hay inscripcion que nos descubra el arquitecto, ni el tiempo, ni bajo qué emperador se fabricó, de suerte que hasta el dia cuanto sobre de esto se dice no son mas que conjeturas mas ó menos probables.

humano. Cortóle la muerte los pasos muy fuera de sazon, ca no pasaba de cuarenta y dos años (1). Tuvo el imperio solo dos años, dos meses y veinte dias. Falleció á trece del mes de setiembre año de Cristo de ochenta y dos (82).

No se averigua que haya por este tiempo sucedido en España cosa alguna notable: parece estaba sosegada, y con la paz reparaba y recompensaba los daños del tiempo pasado. Tenia tres gobernadores, como se dijo arriba, el de la Bética, el de la Lusitania y el de la España Tarraconense: todos se llamaban pretores, que ya se habia tornado á usar este nombre. En la Bética se contaban ocho colonias romanas, y otros tantos municipios, que eran menos privilegiados que las colonias á la manera que entre nosotros las villas respecto de las ciudades. Las audiencias para los pleitos eran cuatro, la de Cádiz, la de Sevilla, la de Ecija y la de Córdova. La Lusitania tenia cinco colonias, y un municipio que era Lisboa, llamado por otro nombre Felicitas Julia: tres audiencias, la de Mérida, la de Badajoz, la de Santaren que entonces se llamaba Scalabis. La España Citerior ó Tarraconense tenia catorce colonias, y aun algunas señalan mas; trece municipios, siete audiencias, es á saber la de Cartagena, la de Tarragona, la de Zaragoza, la de Clunia que es Coruña, la de Astorga, la de Lugo, la de Braga. Acostumbraban asimismo los pretores, acabado el tiempo de su gobierno, entretanto que aguardaban el sucesor, á llamarse legados, ó tenientes, y no propretores como se usaba antiguamente.

Echóse de ver y campeó mas la bondad del emperador Tito con el sucesor que tuvo y sus desórdenes, que fue su hermano Domiciano, persona desordenada y que degeneró mucho de sus antepasados y fue mas semejable á los Nerones que á los Flavios. Sus vicios y torpezas fueron de todas suertes: su locura tan grande, que lo que ninguno de sus predecesores hiciera, mandó que á su mujer diesen nombre de Augusta, y á él mismo de Señor y de Dios. Publicó un edicto, por el cual desterró de Roma y de toda Italia á todos los filósofos como lo dice Suetonio. Yo por filósofos entiendo los que abrazaban la filosofía cristiana, por señalarse en costumbres y bondad á la manera que los filósofos se aventajaban en esto á los demás del pueblo; por lo menos es cosa averiguada que Domiciano persiguió á los cristianos de muchas maneras. A San Juan Evangelista envió desterrado á la isla de Pathmos. Dió la muerte á Marco Acilio Glabrion cuatro años despues que fuera cónsul. Asimismo quitó la vida por la misma causa á Flavio Clemente persona otrosí consular, y á su mujer Flavia Domicila envió desterrada á la isla de Ponza sin respeto del deudo que tenia con entrambos. Deste destierro fue adelante esta señora traida á Terracina, y por mandado del emperador Trajano dentro de su aposento la quemaron con todas las criadas que le hacian compañía.

Esta carniceria que hacia Domiciano de cristianos, se entiende le aceleró la muerte, que pronosticaron muchos rayos que cayeron por espacio de ocho meses continuos. Su codicia al tanto le hizo muy odioso, porque luego se apoderó de las riquezas de los mártires. Algunos para ganalle la voluntad acusaron al mayordomo de Domicila por nombre Estefano de tener encubierta y usurpada la hacienda de su señora. Fue avisado del peligro, acudió al remedio con ponerse á otra mayor; y fue que se conjuró con ciertas personas de dar la muerte al que se la tramaba, como lo puso por obra dentro de su mismo palacio á 18 de setiembre año de nuestra salvacion de 97. Era á la sazon Domiciano de cuarenta y cinco años: tuvo el imperio quince años y cinco meses. Su muerte dió mucha pena á los soldados, porque para asegurarse les daba y permitia cuanto querian: á todos los demás fue tan agradable, que entre los denuestos que le decia el pueblo, los sepultureros le llevaron á sepultar en unas andas comunes sin pompa ni honras algunas.

En el senado que se juntó luego sabida su muerte, muchos fueron los baldones que se dijeron contra él; y porque no quedase memoria de cosa tan mala, y otros escarmentasen de seguir sus pisadas mandaron que en toda la ciudad borrasen y derribasen las armas y insignias de Domiciano: ejemplo que imitaron las demás provincias, como se da á entender por una letra que está en la puente del rio Tamaga cerca de Chaves pueblo de Galicia, que antiguamente se llamó Aquæ Flaviæ, donde los nombres de Vespasiano y de Tito están enteros y el de Domiciano picado. Parece por aquella letra que aquella puente se hizo en tiempo destos tres emperadores. Por lo que toca á España, Domiciano publicó un edicto muy estraordinario: mandó que en ella no se plantasen algunas viñas de nuevo: debia pretender que no se dejase por esta causa la labor de los campos y la sementera: decreto por ventura digno que en nuestro tiempo se renovase.

Por estos mismos tiempos Eugenio primer arzobispo de Toledo (2) derramó su sangre por la fe de Jesu-Cristo: su martirio pasó desta manera. San Dionisio Areopagita, desde la Gallia donde predicaba el Evangelio, envió á San Eugenio, como se tiene por cierto, para que hiciese lo mismo en España. Obedeció el santo discipulo á su maestro: echó la primera semilla del Evangelio por aquella provincia muy ancha, y particularmente en la ciudad de Toledo hizo mayor diligencia y fruto. Despues ya que quedaba la obra bien encaminada con intento de visitar á su maestro: que estaba muy adentro de Francia, partió para ella. Prendiéronle ya que llegaba al fin de su viaje, y conocido por los soldados del prefecto Sisinio, gran perseguidor de cristianos en aquellas partes, le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo echaron en un lago llamado Marcasio, de donde con el tiempo ya que la Francia era cristiana, Hercoldo, hombre principal por divina revelacion le hizo sacar y llevar á Diolo que era una aldea por allí cerca, y en ella edificaron un templo de su nombre para mas honrarle. Desde allí con ocasion de cierto milagro fue trasladado y puesto en el famoso templo de San Dionisio, que está á dos leguas pequeñas de Paris. Pasaron adelante muchos años hasta que en tiempo del rey de Castilla don Alonso el emperador, y por su intercesion y la mucha instancia que sobre ello hizo, Ludovido Seteno rey de Francia su yerno le dió un brazo de San Eugenio para que se trajese á Toledo. Fué gran parte para todo don Ramon arzobispo de Toledo, ca en tiempo del papa Eugenio Tercio y por su mandado yendo al concilio que se celebraba en Rems de Francia, de camino en Paris tuvo noticia de aquel cuerpo santo, y acabado el concilio la dió en España, que de todo punto estaba puesta en olvido cosa tan grande.

Esta fue la primera ocasion de traer aquella santa reliquia á Toledo. Lo demás de aquel sagrado cuerpo

(1) Hay de Vespasiano una medalla que España mandaria acuñar en Roma. En el anverso tiene una figura de un hombre con dos espigas en la mano derecha, y en la siniestra un escudo y una lanza que representa á la nacion española, y en el reverso la inscripcion ordinaria de Vespasiano y de Hispania.

(2) Aunque Mariana con casi todos nuestros historiadores dicen que San Eugenio, enviado por San Dionisio Areopagita á predicar el Evangelio á nuestra España, fue el primer obispo de Toledo, no hay fundamentos bastantes para asegurar este hecho. Tillemont, muy al contrario, en sus *Mem. para servir á la hist. de la Igles.* Ferreras en las *Reflexiones sobre algunas cosas del siglo primero.* Nicolás Antonio en la *Censura de hist. fabulos.* y el mismo P. Florez en su *Españ. Sag.*, esponen razones muy fuertes que hacen dudar de él.

á instancia del rey de España don Felipe el Segundo dió su cuñado Cárlos Nono rey de Francia para que asimismo se trajese á la dicha ciudad, donde entró con grande aparato y magestad el año de 1565, y en la iglesia metropolitana fue puesto en propia capilla debajo del altar mayor. No falta quien sospeche que un cierto Filipo enviado por San Clemente por obispo en España, ó un Marcello que San Dionisio en Francia le dió por compañeros, como se ve en la vida de San Clemente escrita por Michael Sincello, fue el que nosotros llamamos Eugenio; y que este nombre de Eugenio, que es lo mismo que bien nacido, le dieron por la nobleza de su linaje, y el otro cualquiera que fuese de las dos, era su nombre propio que recibió de sus padres. Muévense á sospechar esto por no hallarse mencion de San Eugenio en algun autor grave y antiguo, y asimismo porque no hay alguna otra memoria de los sobredichos Filipo y Marcello. Pero estas conjeturas ni son bastantes del todo, ni del todo se deben menospreciar: podrá cada cual sentir como le agradare. Cosa mas cierta es que en tiempo deste emperador florecieron en Roma tres poetas españoles muy conocidos por sus versos agudos y elegantes: el primero fue Marco Valerio Marcial (1) vecino de Bilbili, pueblo situado cerca de donde hoy está Calatayud; el segundo Caio Canio natural de Cádiz, el postrero Deciano nacido en Mérida la Grande.

CAPITULO V.

De los emperadores Nerva, Trajano y Adriano.

Por muerte de Domiciano el senado nombró por emperador á Caio Nerva, viejo de grande autoridad; pero ocasionado á que por el mismo caso le menospreciasen. Conoció este peligro y en parte le esperimentó. Acordó para asegurarse de adoptar por hijo y nombrar por compañero suyo y sucesor á Mr. Ulpio Trajano hombre principal, y muy esclarecido en guerra y en paz: era español, natural de Itálica, ciudad puesta muy cerca de Sevilla. Dió asimismo por ningunos los decretos y edictos de Domiciano: con que muchos volvieron del destierro, y en particular San Juan Evangelista de la isla de Pathmos á su iglesia de Epheso. Algunas otras cosas se ordenaron á propósito de concertar la república y reparar los daños pasados.

Imperó Nerva solos diez y seis meses, y por su muerte Marco Ulpio Trajano su hijo adoptivo se encargó del imperio por el mes de febrero del año de nuestra salvacion de noventa y nueve (99). Igualaron sus muchas virtudes á la esperanza que dél se tenia. Ayudó á su buen natural la escelencia del maestro, que el gran filósofo Plutarchó (2), cuya anda una epístola escrita al mismo Trajano al principio de su imperio no menos elegante que grave en sentencias. La suma es avisarle como se debia gobernar, que si enderezase sus acciones conforme á la regla de virtud, y enfrenasen sus antojos, fácilmente gobernaria á sus súbditos sin reprehension: que el desórden de los príncipes no solo acarrea daño para ellos mismos sino tambien infamia para sus maestros, á los cuales fue á veces perjudicial la soltura de sus inobedientes discípulos: que con amonestacion pretendia acudir á todo, porque si siguiese su consejo, alcanzaria lo que deseaba: donde no, protestaba delante de todo el mundo que no tenia parte en sus desórdenes, si algunos hiciese.

Dos puentes levantó Trajano de obra maravillosa, la una en Alemaña sobre el Danubio, rio el mas caudaloso de toda Europa, la otra en aquella parte de España que llamamos Estremadura, y se llama la puente de Alcántara (3) puesta sobre el rio Tajo, y parece por un letrero antiguo que allí está, que se hizo repartimiento para el gasto entre muchos pueblos de aquella comarca. Es esta obra una de las principales antiguallas de España. En el Andalucía en un pueblo llamado Azagua de la órden de Santiago hay dos piedras en aquel Alcazar, basas que fueron de dos estátuas puestas en memoria de Matidia y de Marcia hermanas de Trajano, como se entiende por sus letras. Por este mismo tiempo los soldados de la séptima legion que se llamaba Gemina, desamparada la ciudad de Sublancia por estar puesta en un ribazo en las Asturias, dos leguas mas abajo fundaron un pueblo que de los fundadores se llamó Legio (4) y hoy es la ciudad de Leon, de poca vecindad, pero muy antigua, y que en un tiempo fue asiento de los reyes de Leon, cuando despues de la destruccion de España las cosas de los cristianos comenzaron á levantar cabeza.

Gobernó Trajano la república por espacio de diez y nueve años y medio. Levantó contra los cristianos el año tercero de su imperio una persecucion la mas brava que se pudiera pensar, tanto mas que todos le tenian por príncipe templado y prudente en lo que hacia. Aplacóse algun tanto cinco años adelante á causa que Plinio el mas mozo procónsul á la sazon de Bithynia le avisó por una carta suya que la supersticion cristiana (asi la llamaba) se debia reprimir mas con maña que con fuerza, por estar derramada no solo por las ciudades, sino tambien por las aldeas, y no probarse á los cristianos delito alguno, fuera de cier-

(1) Era natural de Bilbilis, cerca de Calatayud en Aragon: fue á Roma muy jóven y por su talento se granjeó la estimacion de los literatos y el favor de los emperadores, llegando Domiciano á hacerle tribuno. Tal vez agradecido, cantó sus alabanzas mientras vivió; pero despues de su muerte le trató como un mónstruo. Trajano hizo, acaso por esto, poca estimacion de él, y entonces retirado de la córte, murió á fines del siglo primero de la era cristiana ó principios del segundo. Es célebre de este poeta una coleccion de epígramas, género á que tenia natural inclinacion, y que tan bien manejaba para las alabanzas como para la sátira. De ellos, decia él mismo: ***Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.*** Se dice que escribió otras obras, que no han llegado hasta nosotros.

(2) Como ningun escritor antiguo dice que Plutarcho haya sido maestro de Trajano y la carta que se supone haberle escrito no se halla entre sus obras ni se hace mencion de ella hasta el siglo doce, se debe dudar de este hecho.

(3) Es una de las obras mas magníficas que nos han quedado de los romanos. Tiene de largo seiscientos setenta pies, y de ancho, comprendidos los parapetos, veinte y ocho, en cuyo espacio solo hay seis arcos: los dos de en medio son maravillosos, pues cada uno de ellos tiene de ancho ciento y veinte pies castellanos, y las pilastras donde estriban treinta de circunferencia. La altura es de doscientos cuatro pies y medio: desde el fondo del rio hasta la superficie del agua treinta y siete, hasta los arcos ochenta y seis, hasta el piso setenta y siete, y los parapetos cuatro y medio. Hay en medio del puente un arco de once pies de ancho: de alto sobre el piso cuarenta y siete, y en él se levanta una torrecilla con dos inscripciones; y por la primera se ve que el puente se acabó de construir en el quinto consulado de Trajano y el año nueve de su potestad tribunicia, es decir á los 106 de la era cristiana: En la segunda están puestos los nombres de las ciudades que contribuyeron para su construccion. En un estremo del puente hay un pequeño templo cuadrilongo cuyos muros laterales y el trasero son de un solo peñasco: tiene veinte pies de largo y diez de ancho. En la piedra trasversal del frente se ven dos inscripciones por las cuales consta que estaba dedicado á todos los dioses de Roma y á Trajano: hoy lo está á San Julian.

Este magnífico puente, que desafiara tantos siglos y resistiera á las invasiones de los bárbaros, habia sido destruido por los ingleses en mayo de 1809 para cortar el paso á los ejércitos franceses que les perseguian. Afortunadamente en nuestros dias un ex-jesuita, aunque su reconstruccion se creia difícil y costosa, sino imposible, lo ha logrado con muy escasos medios.

(4) La ciudad de Leon estaba ya desde mucho antes fundada, y la legion séptima Gemina felix se hallaba en ella desde el año setenta y nueve de la era cristiana en tiempo de Vespasiano, como se vé por una inscripcion hallada en el puente de Chaves.

tas juntas que hacian antes del dia para cantar himnos en alabanza de Cristo. Respondió Trajano que no se hiciese pesquisa contra los cristianos, pero que si fuesen denunciados, los castigasen. Murieron en esta persecucion cristianos sin número y sin cuento. Ni aun España quedó libre y limpia desta sangre: entre los demás fue martirizado Mancio primer obispo de Ebora, italiano de nacion y nacido en la via Emilia, como algunos sienten, hasta decir que fue uno de los setenta discípulos de Cristo. Su cuerpo al tiempo que los moros se apoderaron de España, de Ebora donde padeció, fue llevado á diversas partes, y últimamente reparó en las Asturias. Tiene un rico ministerio con su advocacion á una legua de Medina de Rioseco en un lugar llamado por esta causa Villanueva de San Mancio. Padecieron asimismo Macario Justo y Rufino, no en Roma como algunos dicen, sino en Sevilla, como Dextro lo testifica: ciudad que antiguamente se llamó tambien Rómula, como se halla en algunas piedras que allí se conservan, y debió ser la ocasion deste tropiezo.

Falleció Trajano en Cilicia en una ciudad llamada entonces Selinunte, y adelante Traianópolis, que es lo mismo que ciudad de Trajano en sazon que volvia de la guerra de los darthos á Roma, en que sin embargo de su muerte metieron sus cenizas en un solemne triunfo que le concedieron por dejar vencidos y allanados á los enemigos: cosa que no se otorgó á otro ninguno antes ni adelante, que despues de muerto triunfase. Tuvo con este emperador gran cabida Celio Taciano procurador del Fisco. Este se dió tan buena maña, que fue buena parte para que Trajano señalase por sucesor á Elio Adriano, cuyo ayo era tambien Taciano; pero mas hizo al caso para esto el amor que la emperatriz le tenia, y sobre todo que estaba casado con Sabina hija de hermana del mismo Trajano y aun tambien era deudo suyo, y natural de Itálica patria del mismo Trajano. Elio Sparciano le hace natural de Roma, y dice que su padre tuvo el mismo nombre que él, y su madre fue Domicia Paulina matrona principal nacida en Cádiz. Sus virtudes y prendas muy aventajadas, y el conocimiento que tenia de muchas cosas, le ayudaron mas que otra cosa ninguna.

Luego que se encargó del imperio, con intento de visitar todas las provincias partió de Roma y por Alemaña pasó á Inglaterra: de allí revolvió hácia España, despues á Africa y al Oriente. Siempre con la cabeza descubierta y las mas veces á pie. En este largo viaje se dice que en Tarragona corrió gran peligro de la vida á causa que cierto esclavo, estando descuidado, arremetió á él con la espada desnuda: entendióse que estaba fuera de sí, y sin otro castigo le entregó á los médicos para que cuidasen de él. Dividió á España, como lo testifica Sexto Aurelio Victor, en seis provincias, la Bética, la Lusitania, la Cartaginense, la Tarraconense, la Galicia y la Mauritania Tingitana. Y segun se entiende por algunos letreros deste tiempo, y algunas leyes del Código de Justiniano, los gobernadores de la Bética y de la Lusitania á esta sazon tenian nombre de legados consulares, y de presidentes los que tenian cargo de las otras cuatro provincias.

No tuvo este emperador sucesion: por esta causa adoptó por hijo y nombró por emperador despues de su muerte á Ceionio Commodo Vero, que imperó adelante junto con Marco Antonio el Filósofo. Dióle luego nombre de César con retencion para sí del de Augusto. Deste principio se tomó la costumbre que se guardó adelante, que los hijos ó sucesores de los emperadores antes de heredar se llamasen Césares. A instancia de los judíos revocó la ley de Vespasiano en que les vedaba el poblar la ciudad de Jerusalém, mandó que se llamase Elia. Con esta ocasion y alas que les dió, y principalmente por quitarles la circuncision, y por un templo de Júpiter que hizo edificar junto á la ciudad, tomaron de nuevo las armas y se rebelaron; pero en breve fueron sujetados y pereció gran número dellos en Bethera ó Bethoron, en que se hicieron fuertes con su caudillo, que llamaron adelante avisados por su daño Barcosban, que es tanto como hijo de mentira, ca los sacó de juicio con decir que él era el Mesías prometido, como le testifican los libros de los Hebéos.

Ordenó otrosí el onceno año de su imperio que ninguno fuese castigado por ser cristiano, si no le averiguaban algun otro delito. Tomó este acuerdo movido por las apologías que en favor de los cristianos le presentaron en Atenas Arístides y Quadrato personas de gran nombre. Asimismo Sereno Granio, procónsul de Asia le escribió una carta en el mismo proposito. Por todo lo cual se aficionó tanto á los cristianos. que trató de poner á Cristo en el número de los dióses, y en las ciudades hizo edificar templos sin imágenes, es á saber de las que los gentiles usaban.

Demás desto por entender que el imperio romano era tan grande que con su mismo peso se iba á tierra, determinó ponerle aleñados. Hizo para esto derribar la puente que Trajano levantó sobre el Danubio, y á la parte de Oriente quiso que el rio Eufrates fuese el postrer lindero del imperio hasta desamparar lo que de la otra parte de aquel rio tenian conquistado.

Grande fue la gloria que ganó por todas estas cosas: tuvo falta de salud, tanto que en Baias por huir de las manos de los médicos con no comer se mató. Gobernó el imperio veinte y un años (1). Hizo dos cosas muy feas, la primera que quitó los cargos y redujo á vida particular á su ayo Taciano, sin embargo de lo mucho que le habia servido, y no contento con esto, despues le hizo morir: para aviso de cuán presto el favor de los príncipes se muda y se trueca, y á las veces grandes servicios se pagan con estrema ingratitud. Fue Taciano español y natural de Itálica, patria destos dos emperadores. La otra fue peor: es á saber que por el contrario le cayó tan en gracia Antinoo mozo con quien usaba torpemente, que de la suciedad del retrete lo sacó y puso en el número de los dioses; ca le edificó templo y una ciudad en Egipto de su nombre para eterna memoria de su deshonestidad y soltura: mancha muy fea de las virtudes que tuvo.

En este tiempo Basílides en Egipto y Saturnino en la Suria despertaron la secta de los gnósticos, que confundia las personas divinas y sujetaba el libre albedrío y sus acciones á la fuerza del hado y de las estrellas, ademas que decian que la justicia cristiana depende solamente de la fé. Un discípulo de Basilides llamado Marco vino á España, y en ella sembró esta mala semilla. Allegáronsele entre otros una cierta mujer llamada Agape, y un retórico por nombre Helpidió. Destas cenizas y rescoldo Prisciliano los años

(1) De este emperador tenemos muchos monumentos públicos en España: consta por varias inscripciones que restableció el camino de Certima, ciudad que estaba en el reino de Toledo cerca de las fuentes del Júcar y hoy se llama Cortama; el de Mérida hasta Caparra situada donde hoy están las ventas de Caparra en Estremadura. El de Braga á Astorga pasando por *Acude Flaviæ* ó Chaves, y una medalla de Roma le da el nombre de Hércules Gaditano.

Hay de él varias monedas de oro, plata y cobre acuñadas en Roma con órden y á costa de la España, para demostrarle cuánto se complacia en sus humildes espediciones. En el anverso está la cabeza del emperador con la inscripcion ordinaria, y en el reverso de algunas hay una mujer con un ramo de oliva en la derecha, un conejo á los pies, y la palabra *Hispania*.

La república de Aratispi, ciudad que estuvo situada en lo que hoy se llama Cauche el Viejo, á ocho millas de Antequera, le dedicaron un monumento.

Tambien ensanchó y adornó la ciudad de Civilita que estaba situada en la Lusitania, y le dió el título de Municipio con los privilegios de ciudad romana, dándole el nombre de Elio Adriano Augusto.

adelante encendió un grande fuego, como se tornará á decir en su tiempo y lugar.

CAPITULO VI.

De los tres emperadores Antoninos.

Falleció Cómmodo Vero poco despues que fue adoptado y nombrado por César. Tenia poca salud, y no parece hizo cosa alguna memorable. Entró en su lugar y cargo Tito Elio Antonino, y así despues de la muerte de Adriano sin contradiccion sucedió en el imperio el año de Cristo de ciento y treinta y nueve (139). En veinte y dos años y siete meses que imperó, mantuvo todas sus provincias en tanta paz, que fue tenido por muy semejante á Numa, entre los reyes de Roma amicísimo de la paz. Todos holgaban de obedecer á príncipe tan bueno, y él no se descuidaba en granjear á todos con buenas obras. En lo que mas se señaló, fue en la clemencia y mansedumbre: virtudes que le dieron renombre de Pio y de Padre de la patria. No persiguió á los cristianos, como lo hicieron los emperadores pasados. Quitó y reformó los salarios públicos á los que no servian sus oficios, como á gente que era carga pesada de la república y de ningun provecho. Suya fue aquella sentencia dicha antes por Scipion. «Mas quiero salvar un ciudadano que matar cien enemigos.» No se sabe cosa alguna que hiciese en España; su nombre empero se halla en algunos letreros romanos de aquel tiempo (1) que no se ponen aqui. Murió Antonino Pio cerca de Roma de su enfermedad, el año ciento y sesenta y dos (162). Dejó por sucesores suyos á su yerno Marco Aurelio Antonino por sobrenombre el Filósofo, y Antonino Vero, hijo del otro Cómmodo Vero que adoptó Adriano.

Fue esta la primera vez que se vieron en Roma dos emperadores con igual poder y mando. Falleció Vero nueve años adelante de su enfermedad. Señalóse en que renovó la persecucion de los cristianos. Sosegó en Oriente los movimientos que los persas habian levantado. Fue el primero, segun se entiende, que dió á los gobernadores de las provincias título de condes. Por su muerte quedó Marco Aurelio Antonino con todo el cuidado del imperio, príncipe aventajado en bondad y virtudes: de sus estudios y doctrina el nombre de filósofo dá bastante testimonio. Hizo en persona guerra á los marcomanos, gente septentrional, que hoy son los moravos. Padecia grande falta de agua al tiempo de encontrarse con los enemigos, y la gente toda para perecer de sed. Iban en su compañía muchos cristianos alistados en la duodécima legion, por cuyas oraciones cayó tanta agua que se remedió la necesidad: la tempestad y torbellino fue tal que con los rayos y relámpagos que daban de cara á los enemigos, quedó la victoria por los romanos. Muchos hacen mencion deste suceso tan notable. Julio Capitolino dice que por las oraciones del emperador se aplacaron los dioses y cayó la lluvia. A nuestros escritores, muchos y muy antiguos, que refieren la cosa como está dicho, favorece Dion y una carta del emperador que anda en griego y en latin sobre el caso, además del nombre de Fulminatrix que se dió á aquella legion, y quiere decir echadora de rayos: cuyo rastro del sobredicho nombre queda en Tarragona en un huerto de Juan de Meigosa, donde hay un epitafio con estas palabras vueltas del latin en romance:

A LOS DIOSES DE LOS DEFUNTOS.
A IULIO SEGUNDO QUE VIVIÓ TREINTA Y NUEVE AÑOS DOS MESES Y DIEZ DIAS IULIO IOSCHO DE LA DUODECIMA LEGION LANZADORA DE RAYOS A SU LIBERTO BUENO Y LEAL LO HIZO.

(1) Por algunas inscripciones consta que en Tarrasa, villa famosa de Cataluña, se le erigió una estátua y otra en Alcalá.

Fuera desa inscripcion que es harto notable, hay en Barcelona en las casas de los requesens delante la iglesia de los Santos Justo y Pastor un testamento deste tiempo cortado en muchas piedras, la mas señalada antigualla que deste género se conserva en España. Por él se entiende que la usura centísima de tiempo de los romanos era cuando se acudia cada un año al acreedor con la octava parte del principal, que es lo mismo que á razon de doce por ciento: de manera que en espacio de cien meses se doblaba el caudal de donde se llamó usura centísima, ó sea porque al principio de cada mes, cuando acostumbraban á hacer las pagas, daban al logrero la centésima parte del dinero que prestó. Las palabras del testamento no pongo aquí por ser largo; la suma de lo que contiene es: «Que Lucio Cecilio Centurion de la legion »séptima Gemina y dichosa, y de la legion décima»quinta Apollinar, que sirvió á los emperadores Mar»co Aurelio Antonino y Aurelio Vero y tuvo otros »diferentes cargos, manda á la república de Barcelona »siete mil y quinientos denarios con cargo que de »las usuras semises (que era la mitad de la centési»ma), es á saber seis por ciento del dicho dinero, hi»ciesen espectáculos de luchadores todos los años á »diez de junio en que se gastasen doscientos y cin»cuenta denarios; y el mismo dia se diesen doscien»tos denarios para aceite á los luchadores. La cual »manda hace debajo de ciertas condiciones: si no las »cumpliesen, sustituye en la dicha manda con las mis»mas cargas á la república de Tarragona para que »haya y lleve el dicho dinero.»

Tuvo Marco Aurelio Antonino el imperio diez y nueve años y un mes. Falleció á diez y siete de marzo (2) el año de Cristo ciento y ochenta y uno (181). Grande fue la fama de sus virtudes, y no menor la afrenta de su casa á causa de la mucha soltura de la emperatriz Faustina su mujer; la cual como quier que ni la pudiese remediar, ni se resolviese de apartalla de sí, pareció amancillar la magestad del imperio. Por lo demás su memoria y la de Antonino Pio su suegro fue en Roma tan agradable, que el emperador Séptimo Severo que tuvo el imperio poco adelante, hizo una ley en que ordenó que todos los emperadores despues dél se llamasen Antoninos, no de otra manera que antes se llamaban Augustos. Verdad es que Elio Aurelio Cómmodo Antonino luego que sucedió á su padre, con la torpeza de sus costumbres escureció en alguna manera el lustre de aquel nombre y alcuña. Fue Augusto de título, al ánimo esclavo y sujeto á todos los vicios. Entendióse que una concubina suya llamada Marcia le dió bebedizos con que le trastornó el seso; por lo menos la misma fue causa de su muerte por haber hallado en cierto memorial su nombre entre el de otros muchos que Cómmodo pretendia matar. Comunicó el caso con un eunucho por nombre Narciso: concertaron los dos de darle la muerte, ejecutáronlo primero con yerbas que le dieron, y despues porque la fuerza de la ponzoña se tardaba, le ahogaron. Vivió treinta y dos años solamente: dellos imperó los doce, y mas ocho meses y quince dias.

Dicese que tuvo trescientas concubinas, y otros tantos mozuelos escogidos para sus deshonestidades entre todos los que se aventajaban en hermosura. Fue el primero de los emperadores romanos que vendió los oficios y gobiernos, cosa muy perjudicial y dañosa. Julio Capitolino dice que el tercer abuelo de Cómmodo se llamó Annio Vero, y que fue espa-

(2) En su tiempo y por los años 170 ó 71 los moros hicieron una irrupcion en la Bética, cometiendo mil desórdenes; pero su gobernador Gallo Maximiano, les hizo levantar el sitio de la ciudad de Singilia que hoy es Antequera la Vieja; y Tito Vario Clemente, que habia sido antes procurador de la Lusitania, los arrojó de España persiguiéndolos hasta las costas de Tanger. La Lusitania se alborotó con esta ocasion; pero luego fue reducida.

ñol, natural del municipio Succubinato que estaba en la Bética hoy Andalucía. No falta quien diga que por este tiempo padecieron los santos mártires Facundo y Primitivo á la ribera del Cea, rio que de los montes de Asturias discurre por lo interior de Castilla. Attico, presidente de Galicia, convidó á todos los soldados de aquella provincia para que se hallasen á cierto sacrificio: los dos santos no quisieron obedecer á este mandato, por lo cual los borró de las listas de los soldados, y atormentados en diversas maneras, al fin con una segur les cortó las cabezas. Honraron los cristianos sus sagrados cuerpos: edificaron en aquel mismo lugar un templo de su nombre. De allí cuando los moros estuvieron apoderados de España, diversas veces llevados para mayor seguridad á las Asturias. Finalmente, en tiempo de don Alonso el Magno, y despues por mandado del rey de Castilla don Fernando Primero los volvieron al mismo lugar y reedificaron el sagrado templo con un monasterio de monges Benitos junto á él, que hoy se llama Sahagun, y es uno de los principales santuarios de España.

CAPITULO VII.

De los emperadores Severo y Caracalla.

El emperador Cómmodo fue muerto año del Señor de ciento y noventa y tres (193). Sucedió en el imperio Helvio Pertinaz, nacido de padre libertino, que era tanto como de casta de esclavos. Era muy viejo, de edad de setenta años. Tuvo el imperio solos dos meses y veinte y ocho dias. Los mismos que mataron á Cómmodo, por ser su bondad tan conocida dieron órden para que le diesen el sceptro, que los soldados pretorianos le quitaron juntamente con la vida dentro de su mismo palacio. La libertad y soltura del tiempo pasado hacia que llevasen mal la disciplina militar, que Pertinaz pretendia poner en su punto: que la reformacion de las costumbres es á los malos á par de muerte. Fue docto en las lenguas latina y griega: estudió en su menor edad derechos y tuvo en ellos por maestro á Sulpicio Apollinar, aquel cuyas periochâs ó argumentos andan al principio de las comedias de Terencio.

Luego que Pertinaz fue muerto, Sulpiciano y Didio Juliano acudieron á los reales de los pretorianos para á fuer de mercaderes comprar el imperio como si estuviera puesto en almoneda. Salió Juliano con su pretension con promesa que hizo de dar á cada uno de los soldados veinte y cinco sestercios, que montan seiscientas y veinte y cinco coronas: suma que venia á ser exorbitante y que en fin no la pudo pagar; por donde desamparado de los soldados y aborrecido del pueblo, el sesto mes adelante le dieron la mueste por órden y traza de Septimio Severo, al cual en premio desta hazaña hicieron emperador las legiones de Illirico ó Esclavonia.

Nació en Leptis ciudad de Africa, por otro nombre Trípoli de Berbería, que está asentada de la otra parte de la Sirte menor. Recompensó la fiereza de su natural con la valentía que tuvo muy grande, con que hizo grandes efectos; por donde vulgarmente se dijo que ó no debiera nacer, ó no debiera morir. Mostró su severidad en el castigo que dió á los pretorianos que tuvieron parte en la muerte de Pertinaz, ca despojados de las armas y de los vestidos los desterró de Roma y de cien millas alrededor. En muchas guerras salió vencedor: en el Oriente sujetó á Pescenio Nigro que se llamaba emperador; y de camino destruyó la ciudad de Byzancio porque le cerró las puertas. En Francia venció á Albino que estaba levantado, aquel de quien se tuvo por cierto que á ejemplo de Arístides compuso las patrañas Milesias, libro lleno de toda deshonestidad y torpeza. Asimismo desbarató por tres veces á los partos. Restituyó el gobierno de Roma en su antiguo lustre y magestad.

Revolvió sobre Ingalaterra, y despues que sosegó á los ingleses; para impedir las entradas que hacian los escoceses sobre ellos, por la parte que las riberas de aquella isla se estrechan mas (que es por donde Escocia parte término con la Ingalaterra) acordó tirar un vallodar ó albarradada de mar á mar. Atajóle la muerte los pasos, que le tomó en aquella isla en la ciudad de Eboraco. Tuvo el imperio diez y siete años, ocho meses y tres dias. Las postreras palabras que dijo fueron muy notables, es á saber: «El imperio »que recibí alborotado, dejo á mis hijos sosegado: »firme si fueren buenos, si malos poco durable.» Suya fue tambien aquella sentencia: «Todo lo fuí y »no presta nada.» Movió persecucion contra los cristianos el noveno año de su imperio. La carnicería fue muy grande. En España en la ciudad de Valencia padecieron Feliz presbítero, Fortunato y Archiloco diácanos: dado que algunos en lugar de Archiloco leen Archileo, y aun pretenden que padecieron en Valencia la del delfinado de Francia por estar cerca de Leon de Francia, de donde es averiguado que San Ireneo obispo de aquella ciudad los envió á predicar el Evangelio.

Dejó Severo dos hijos de dos mujeres diferentes: el mayor que se llamó Aurelio Antonio Bassiano, y que tuvo por sobrenombre Caracalla (de cierto género de vestidura francesa así dicha, que dió al pueblo luego al principio de su imperio), mató á su hermano menor llamado Geta, que su padre señaló en su testamento por emperador y compañero de su hermano. Este hecho tan atroz le fue asaz mal contado, y le hizo muy aborrecible al pueblo; y mucho mas otra nueva maldad, que fue casarse con Julia, madre del mismo Geta, y su madrastra. Pasó en esta locura tan adelante, que dió la muerte á todos los que eran aficionados á su hermano; destos fue uno Sammonico Sereno, médico muy famoso, y que escribió muy aventajadamente en aquella facultad. Otro fue el gran jurisconsulto Papiniano no por otra culpa mas de porque no quiso defender en el senado y abonar la muerte de Geta, ca decia: «Mas fácil cosa es cometer el parricidio, que escusarle.» Fue demás desto femen tido, en particular con muestra que dió de querer casarse con una hija de Artapanu rey de los parthos, los cogió descuidados y hizo en ellos gran matanza, No le duró mucho esta alegría, porque como era aborrecido de todos, á tiempo que se estaba proveyendo, un soldado llamado Marcial arremetió á él y le dió de puñaladas.

Era á la sazon de edad de cuarenta y tres años: tuvo el imperio seis años, dos meses y cinco dias. Su cuerpo llevaron á Antiochia, do estaba Julia su madrastra y mujer, la cual por el gran sentimiento con un puñal que se metió por los pechos, cayó muerta sobre su triste marido y entenado. Tragedias parecen estas. Entre las otras locuras de Caracalla se refiere que se dió á contrahacer las cosas de Alejandro Magno, bien que mas imitaba las faltas que las virtudes: en particular para remedalle traia la cabeza inclinada hácia el lado izquierdo. Opelio Macrino prefecto del Pretorio, que es lo mismo que capitan de la guarda, á cuya persuasion fue muerto Caracalla, le sucedió en el imperio con voluntad de Audencio hombre principal, á quienes los soldados querian por emperador. No hizo cosa alguna señalada ni antes ni despues deste tiempo: por esto y por el poco tiempo que gozó del imperio, apenas se puede contar en el número de los emperadores. Mesa hermana de Julia dió órden que los soldados le matasen en Chalcedonia juntamente con un hijo suyo llamado Diadumeno; lo cual sucedió á siete de junio el año doscientos y diez y nueve. Imperó solos trece meses y veinte y ocho dias.

CAPITULO VIII.

De los emperadores Heliogábalo y Alejandro.

AURELIO Antonio Vario, sacerdote del Sol en Fenicia, que es lo que significa el nombre de Heliogábalo, fue hijo del emperador Caracalla. Hóbole en Soemis hija de Mesa y sobrina de Julia. La hermosura de su rostro y gentil parecer, muestra muchas veces engañosa de ánimo compuesto, fueron grande parte para que los soldados se le aficionasen. Ayudó otrosí la memoria de su padre, porque para asegurarse en sus maldades tenia granjeada la gente de guerra con darles y permitirles cuanto querian. Sobre todo su abuela Mesa con su buena maña y dádivas, que no debieron faltar, atrajo á su parecer las legiones, y acabó con ellas que saludasen á su nieto por emperador. Su vida y costumbres fueron muy torpes á maravilla: dado á toda suerte de deshonestidad, hacia y padecia lo que no se puede escribir sin vergüenza: llegó su locura á tanto que acometió y intentó con artificio á mudar el sexo de varon: grande afrenta y ultraje del imperio romano y de todo el género humano. No pudo el mundo sufrir monstruosidad tan grande: los mismos soldados de su guarda le mataron á diez de marzo el año de Cristo de docientos y veinte y tres (223). Era de edad de diez y oche años: tuvo el imperio tres años, nueve meses y cuatro dias. Fue el primero de los emperadores romanos que usó de vestidura de seda; que antes dél solo aforraban de seda los vestidos, que en aquel tiempo se compraban á peso de oro. Tambien se dice que desde el tiempo de Heliogábalo y por su órden se introdujo la costumbre que los esclavos en las vendimias echasen pullas á sus amos, se burlasen, con ellos de palabra (1).

El sucesor de Heliogábalo fue su primo hermano Severo Alejandro que ya era César, cuyas virtudes igualaron á los vicios de su antecesor: grande y señalado emperador, si la muerte no le atajara. Lo primero conforme á la costumbre de los cristianos á ninguno encargó gobierno alguno antes que le publicasen, para si le tachaba alguno. No quiso vender los oficios y gobiernos ca decia: «El que compra, forzosamente ha de »vender.» Mostróse favorable á los cristianos en tanto grado que en su oratorio principal tenia puesta la imágen de Cristo entre las de los dioses de la gentilidad. Jamás quiso recibir en su casa ni á su familiaridad, ni aun para que le saludase y visitase á persona alguna que no fuese de muy buena fama; aviso para princípes singular. Para recoger dinero de que tenia falta, inventó cierto genero de imposiciones y tributos que se cogian de las artes curiosas y vanas: invencion con que se remediaba la necesidad y se enfrenaban los vicios. Hizo la guerra contra los parthos prósperamente, y contra Artajerjes su rey, que á cabo de tantos años comenzó á levantar el poder de los persas, que antes estaban sujetos á los parthos.

Concluida esta guerra, revolvió con sus gentes contra Alemania, do fue muerto por traicion de Maximino muy fuera de sazon, porque no pasaba de veinte y nueve años: dellos los trece y nueve dias gobernó el imperio sin par por su grande rectitud, prudencia, mansedumbre y clemencia, dado que el castigo que dió á Turino Vetronio parece algo áspero. Porque vendia humos, es á saber favores y provisiones fingidas en nombre del emperador, le hizo ahogar con humo. El gran jurisconsulto Ulpiniano, natural de Tyro, tuvo tanta cabida con el emperador Alejandro, que le hizo su canciller, y en público y en particular se gobernaba por sus consejos. de mas desto en cierto alboroto porque no le matasen le cubrió con su púrpura. No se sabe de cosa alguna memorable que haya sucedido en España en tiempo destos emperadores.

(1) El nombre de Heliogábalo se borró de todos los monumentos públicos despues de su muerte.

En Guadix hay una basa de estátua puesta en memoria de Mammea; madre del emperador Alejandro, cuyas palabras vueltas en castellano son las siguientes:

A JULIA MAMMEA AUGUSTA MADRE DEL EMPERADOR CESAR
MARCO AURELIO SEVERO ALEJANDRO, PIO, FELIZ, AUGUSTO,
MADRE DE LOS REALES, LA COLONIA JULIA GEMINA ACCITANA
DEVOTA Á SU DEIDAD Y MAGESTAD.

Fue esta señora, como se entiende, cristiana, por lo menos tuvo particular familiaridad y trato con el famoso Orígenes. Era hermana de Soemis, y entrambas hijas de Mesa y sobrinas de la emperatriz Julia. De Soemis y el emperador Caracalla nació fuera de matrimonio como queda dicho, el emperador Heliogábalo. Mammea casó con Vario Marcello, y deste matrimonio procedió el emperador Severo Alejandro. Todas estas señoras eran naturales de la Suria, de donde vinieron á Roma. Por este tiempo el papa Antero que gobernó la iglesia Romana, escribió una carta á los obispos del Andalucía y reino de Toledo, en que entre otras cosas dice que los obispos no pueden lícitamente ser promovidos de una iglesia á otra por su particular interés y comodidad.

CAPITULO IX.

De los emperadores Maximino, Gordiano, y Filippo.

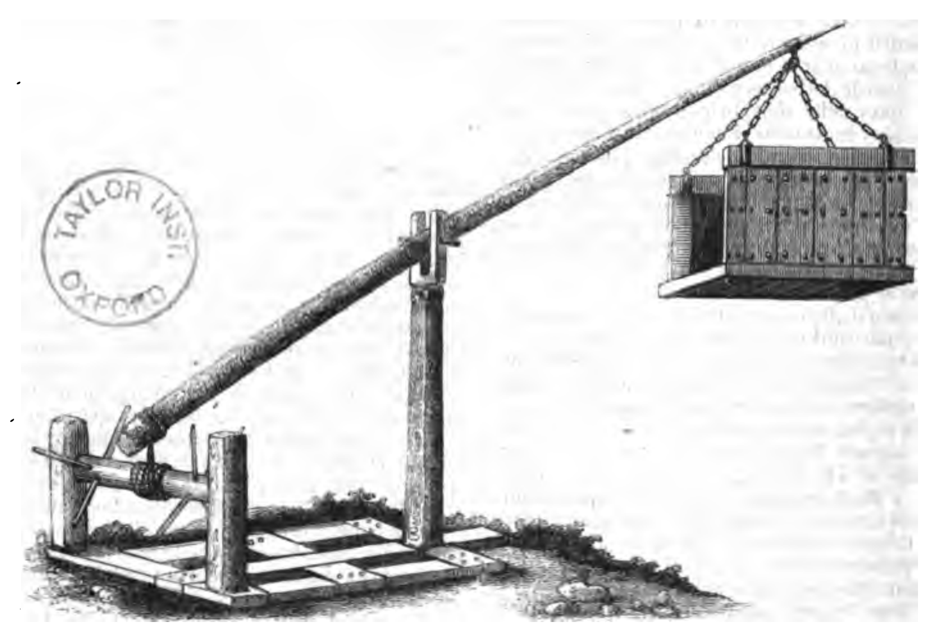
Julio Maximino natural que fue de Thracia, de muy bajo suelo, su padre Mecca godo de nacion, y su madre Ababa que fue de los alanos, como lo dice Symmacho, en ninguna cosa se señaló fuera de la estatura del cuerpo, que la tuvo muy grande, y las fuerzas, y ligereza tan aventajada, que atenia en correr con un caballo. Por esto pasó por todos los grados y cargos de la milicia, y por la muerte del emperador Alejandro Severo se apoderó por fuerza del imperio el año de Cristo de 239. Conservóse en él por espacio de dos años y algunos meses. Sosegó al principio las alteraciones de Alemaña; y de nuevo se apercebia para hacer la guerra contra los sármatas, que hoy son los polonos, cuando en la ciudad de Sirmio donde á la sazon se hallaba, le llegó nueva como los soldados de Africa habian alzado por emperador á Gordiano presidente de aquella provincia, y que el senado aprobara aquella eleccion. Acordó pues de mudar propósito, y encendido en deseo de vengarse revolvió contra Roma. Detúvose algun tiempo sobre Aquileya, ciudad que á la entrada de Italia le cerró las puertas. Estando allí, vino otra nueva que el sobredicho Gordiano con un hijo suyo del mismo nombre fueron muertos en Africa, pero que el senado en su lugar nombró por emperadores á Balbino y Pupieno mas por tener perdida la esperanza que los perdonaria Maximino, que por hallarse con fuerzas bastantes para resistille.

Hallábase todo en grande peligro, y sucediera sin duda algun grande estrago, sino fuera que los soldados por odio que tenian al tirano, de repente le acometieron y dentro de su alojamiento le degollaron. Con esto la ciudad de Roma quedó puesta en libertad y los cristianos libres asimismo del miedo que les amenazaba por la persecucion que les movió de nuevo este emperador. Principalmente se empleaba su rabia contra los que presidian en las iglesias, como eran los obispos y sacerdotes. En particular en España seis leguas de Tarragona de una cueva del monte Bufragano, donde estaban escondidos San Máximo y sus compañeros, de allí fueron sacados para darles la muerte. Adelante se edificó en su nombre un templo en el mismo lugar para que fuesen mas honrados. Algunos sospechan que este San Máximo es el que en Tarragona vulgar y comunmente llaman San Magí. Dejado esto, los emperadores Balbino y Pupieno en cierto alboroto que levantaron los soldados de la guarda, fueron muertos dentro del primer año de su im-

perio. Estaba nombrado junto con ellos por César y señalado en el senado por senador Gordiano, mozo de tan pequeña edad, que apenas tenia quince años; y sin embargo por muerte de los emperadores sobredichos fue recebido sin contradiccion por emperador. Para el gobierno de la república le ayudó mucho su suegro Misitheo, persona que era muy prudente. Partió de Roma para hacer la guerra contra los persas: concluida como se pudiera desear, al tiempo que daba de sí grandes esperanzas, le dió la muerte á traicion Filippo capitan de su guarda el sesto año de su imperio.

Escribió Gordiano una carta á su suegro, que se conserva hasta el dia de hoy, en que se duele que los príncipes estén sujetos á los engaños y embustes de sus mismos criados que ponen asechanzas á sus orejas, y por este medio arman celadas á los que pretenden derribar y levantan á los que no lo merecen, sin que él mismo pueda por vista de ojos averiguar la verdad de lo que pasa. No hay duda sino que de ninguna cosa los príncipes padecen mayor mengua que de la verdad; la cual qué lugar puede tener entre las contínuas adulaciones de palacio, entre los embustes y mañas, y redes que tienden los privados por todas partes? Sin su ayuda, ó por mejor decir con semejante falta, qué maravilla es que los príncipes á cada paso tropiecen, pues andan en tinieblas y por la ignorancia son ciegos? ¿Quién no sentirá grandemente que falte luz á los que Dios puso en la cumbre para que fuesen guias de los hombres, y los sacasen de sus yerros con obras, consejos y autoridad?

Un solo camino se ofrece para reparar este daño, enseñado de hombres muy graves, mas seguido de pocos; esto es que demás de los otros ministros, como mayordomos, caballerizos, maestresalas con todo el otro atuendo de palacio procuren aunque sea á costa grande, tener cerca de sí alguna persona de conocida prudencia y bondad, que tenga licencia y



Tolenon.

órden de referir al príncipe y avisarle todo lo que dél se dijere y sintiere, sea verdad ó mentira, hasta los mismos rumores vanos y sin fundamento del vulgo. Los cuales avisos á las veces sin duda serán pesados, mas débelos sufrir porque el provecho grande que de ellos resultará, recompensará bastantemente cualquier modestia; y es cosa averiguada que la verdad tiene las raices amargas, pero sus frutos son muy suaves, muy dulces sus dejos.

No podremos alcanzar esto, bien lo veo: los regalos y delicadezas de los príncipes cuán grandes sean, quién no lo sabe? los que tienen por el principal fruto de su grandeza, la libertad de hacer lo que se le antoja sin que nadie les vaya á la mano. Por el contrario las palabras de los que les hablan á su gusto, les dan gran contento: la verdad es de un aspecto áspero y grave, de suerte que es maravilla cuando les queda un pequeño resquicio por donde les entre algun rayo de luz: tan cercados están por todas partes de dificultades, de lisonjeros, finalmente de hombres que no buscan otra cosa sino su comodidad. No se debe empero desistir desta empresa, ni perder de todo punto la esperanza. Por ventura no cantamos á los sordos: habrá algunos, á quien contente este aviso, que vean y sigan el camino que se les muestra muy saludable así para ellos, como para sus vasallos; y entiendan que no los que tachan las costumbres y vida de los que rigen, son perjudiciales, sino los que hablan al sabor del paladar, muchos y sin número, mayormente en los palacios reales; peste tanto mas peligrosa, cuanto mas halagüeña y blanda.

Pero hagamos aquí punto, y volvamos á los emperadores. El premio que se dió por la muerte de Gordiano, fue que Marco Julio Filippo su matador se quedó con el imperio: hombre árabe de nacion, de bajo suelo y linaje, pero muy señalado en las cosas de la guerra. Por donde despues de diversos cargos que tuvo, se apoderó últimamente de la república y del imperio el año de Cristo de 241 y le tuvo por espacio de mas de cinco años. Al principio tomó asiento con los persas, por el cual les dejó la Mesopotamia, en que pareció escurecer la magestad del imperio romano. Vuelto á Roma, celebró el año secular, que era el año centésimo de la fundacion de Roma, con mayores regocijos y juegos mas suntuosos que jamás se habia celebrado, por ser el año milésimo de su fundacion. Andaban los godos alborotados, y corrian la provincia de Thracia. Envió contra ellos á Marino:

las legiones en premio de su trabajo le saludaron por emperador, pero sucedióle mal, ca Decio fue contra él por mandado de Filippo, y le oió la batalla y venció y mató en la provincia de Mesia. El premio desta victoria fue que el ejército le nombró asimismo por emperador. Aceptó él aquel título contra su voluntad: pero aceptado, le mantuvo con grande valor.

El emperador Filippo á la sazon que se encaminaba contra él, fue muerto en Verona en cierto alboroto que levantaron sus soldados. Dejó en Roma un hijo de su mismo nombre, en edad de siete años que tenia y no mas, declarado por su compañero en el imperio, y era de un natural tan estraño, que nadie jamás le vió reir. A este luego que la nueva llegó, mataron tambien porque no quedase rastro de raza tan mala. En tiempo de San Gerónimo se leia una carta de orígenes para el emperador Filippo: autores antiguos y graves sienten que fue cristiano, y añaden que el pontífice Fabiano no le quiso recibir á los misterios sin que primero hiciese penitencia y satisfaccion de cierto pecado. Algunos asimismo sospechan que la iglesia Romana se enriqueció con los tesoros de Filippo; pero sus malas costumbres dan muestra que mas fingió que cumplió el oficio de hombre cristiano. Otros reservan del todo esta loa á Constantino Magno, que fuese el primer emperador romano que conoció la magestad de Cristo Hijo de Dios.

Decio luego que se apoderó del imperio, que fue el año de nuestra salvacion de 250 persiguió cruelísimamente la Religion Cristiana por el odio que tenia, á lo que se entendió contra Filippo. La verdad fue que Dios por aquel camino pretendia reformar las costumbres y vida de los cristianos, y en particular de los eclesiásticos de muchas maneras estragadas. En aquella persecucion padeció el mártir San Cristóbal segun que lo refiere Nicéforo. Destruian los getas ó godos (que algunos entienden ser lo mismo) las provincias de Mesia y de Thracia. Peleó Decio con ellos: vencióles en la primera batalla, mas en la segunda por traicion de Treboniano Gallo fue vencido y muerto junto con un hijo que tenia de su mismo nombre, despues que gobernó el imperio por espacio de dos años. El traidor conforme á lo que entonces se acostumbraba, se quedó con el imperio y le tuvo por espacio de diez y ocho meses. Hizo asiento con los godos, en que se obligó de pagarles parias cada un año: cosa muy fea, y que dió ocasion á los soldados para que le despreciasen; y á Emiliano su capitan hombre de nacion africano, nacido en la Mauritania Tingitana, para que despues de vencidos los godos en una grande batalla que les dió en la Mesia, se apoderase del imperio y revolviese contra Gallo su señor; por cuya muerte, que fue en cierto encuentro, se quedó Emiliano por señor de todo. Duróle poco el mando y la vida, solo por espacio de cuatro meses, sin hacer cosa que de contar sea, tanto que muchos no le ponen en el número y cuento de los emperadores romanos. Matáronle sus soldados luego que se supo la eleccion de Valeriano.

CAPITULO X.

De los emperadores Valeriano, Gallieno Claudio y Aureliano.

Lucinio Valeriano era de edad de setenta años cuando en la Gallia las legiones y soldados le apellidaron por emperador contra Emiliano el año de Cristo de 254. Subió á la cumbre y magestad no por otra causa á lo que parece, sino para que la caida como de lugar mas alto fuese mas peligrosa y pesada. La vida larga es á las veces sujeta á desastres, y trueca la prosperidad del tiempo pasado en la adversidad y desgracias. Tal fue el emperador Valeriano, ca el año seteno de su imperio en la guerra que emprendió contra los persas, vino en poder de sus enemigos. Vivió en aquella miserable servidumbre por espacio de mas de un año. Su hijo Gallieno, y compañero ya nombrado en el imperio, de ninguna cosa menos cuidaba que de librar á su padre, y volver por la magestad del imperio. Y á la verdad él se hallaba por una parte apretado de los persas, de los godos y de los alemanes, que andaban alterados y con las armas; y mucho mas por otra parte de treinta capitanes romanos, que con la revuelta de los tiempos en diversas partes se llamaban emperadores: miserable avenida de males. Relatar los nombres y hechos de todos estos seria cuento muy largo; pero entre los demás Posthumo se apoderó de la Gallia, y para asegurarse llamó en su socorro á los francos, gente alemana, que es la primera mencion que dellos se halla en la historia romana. Acudió Lolliano por mandado de Gallieno al remedio, venció y mató al tirano; pero en premio de la victoria entró en su lugar, y se llamó emperador junto con un su hijo del mismo nombre, por cuyas se tienen las declamaciones que andan impresas al fin de las instituciones de Quintiliano (1).

Otro por nombre Tetrico se apoderó de España que asimismo acudió al favor de los alemanes. Entraron ellos en España por la Gallia, y como gente feroz por espacio de doce años como con fuego lo asolaron todo: en los campos y en los poblados hicieron estragos estraordinarios. En las provincias de Oriente se alzó Ordenato Palmerino capitan muy esforzado; y muerto él en la demanda, Zenobia su mujer con mas valor que de hembra, y no menor prudencia llevó adelante lo comenzado por su marido, y se mantuvo hasta el tiempo del emperador Aureliano. Grande era el aprieto en que todo se hallaba. Por diversas piedras que en España se han hallado, se entiende que la mujer del emperador Gallieno se llamó Cornelia Salonina, y la del emperador Decio Herennia. Gobernó por estos tiempos la Iglesia el pontífice Lucio, cuya epístola (2) dirigida á los obispos de España y de la Gallia los exhorta que junten los concilios muchas veces: declara la jurisdiccion que tienen los metropolitanos sobre las iglesias sufragáneas: veda la conversacion y trato con los herejes, y anima á sufrir las calamidades de los tiempos, graves y largas. A Lucio sucedió Stefano, en cuyo tiempo los obispos de España en un concilio que juntaron, privaron de sus iglesias á Marcial obispo de Mérida y á Basilides obispo de Astorga como á libelláticos que fueron, y en lugar de los dos eligieron á Feliz y Sabino. Llamaban libelláticos á los que daban firmado de sus nombres que desamparaban la Religion Cristiana; ca á los que pasando adelante, se ensuciaban con adorar y sacrificar á los ídolos, llamaban sacrificatos, segun que se saca de las epístolas de San Cipriano.

Hizo Basilides recurso á Roma como á cabeza de la

(1) Los francos y suevos hicieron una irrupcion en Italia y España el año 262, y los tiranos Posthumo y Téthrico los arrojaron de ella el 68 y 69, despues de haberla desolado y arruinado algunos pueblos y ciudades, especialmente la de Tarragona.

(2) Isidoro Mercator ó Pecator, es quien primeramente ha publicado en el siglo IX esta carta y las demás que se atribuyen á los papas de los tres primeros siglos de la Iglesia, desde Clemente hasta Siricio, y son evidentemente supuestas. Establecen los diversos grados de jurisdiccion de los arzobispos primados y patriarcas, como si hubieran estado en uso desde el segundo siglo, y permiten á todos que se dirijan inmediatamente al papa con perjuicio de la jurisdiccion de los obispos. En el año 500 publicó Dionisio el Pequeño, su coleccion de los decretos de los pontífices romanos, recogida con la mayor diligencia, y empieza por la decretal que Siricio envió al obispo de Tarragona Himerio con fecha 11 de febrero de 385, sin hablar una palabra de estas decretales que se atribuyen á los papas anteriores. Sin embargo, se admitieron ciegamente luego que se publicaron y se insertaron en las colecciones posteriores, sirviéndose de ellas los teólogos, las escuelas, y los intérpretes del derecho, para establecer la nueva disciplina, y confirmar los dogmas.

Iglesia de donde proceden las leyes sagradas, y con cuya autoridad se revocan las sentencias dadas por los otros obispos contra razon. Absolvió'e el papa Stefano, y mandó fuese restituido á su iglesia y dignidad. Ofendiéronse desto los obispos de España. Avisaron á San Cipriano obispo de Cartago de todo lo que pasaba, con dos obispos Feliz y Sabino que para esto le enviaron. Comunicó él este negocio con otros obispos de Africa, y tomada la resolucion, respendió que los que desamparaban la fe, no podian ser restituidos al grado que antes en la Iglesia tenian: que impuéstales la penitencia, y hecha la satisfaccion conforme á sus deméritos, podrian empero ser recibidos, mas sin volverles la honra y el oficio sacerdotal, segun que lo dejó establecido por decreto el papa Cornelio: que si el pontífice Stefano determinó otra cosa, seria por haberle engañado como estaba tan lejos. Por esta causa Sixto Segundo sucesor de Stefano parece que en una epístola enderezada á los obispos de España se amonesta que los decretos de los padres no se deben alterar, ni antes del entero conocimiento de la causa deponer á los obispos, principalmente sin dar parte al romano pontífice que con razon reponia lo atentado contra ella. Esta fue la diferencia que sucedió sobre este caso: el remate no se sabe, mas de que todos estos tres pontífices fueron martirizados en la persecucion que comenzó Valeriano antes de su prision, dado que al principio se mostró bien afecto á la Religion Cristiana.

Padeció otrosí en Roma el valeroso diácono San Laurencio gloria de España. Fue natural de Huesca: sus padres Orencio y Paciencia, que son al tanto tenidos por santos en aquella ciudad. Sixto Segundo antes de ser papa vino en España á predicar el Evangelio, y á la vuelta llevó en su compañía á los dos diáconos Laurencio y Vincencio (1). Era Laurencio muy noble, pero mas señalado por la grande constancia de su ánimo; de que dió bastante muestra en los tormentos gravísimos que sufrió por no obedecer al tirano, y hacer en todo lo que debia: en fin dió la vida en la demanda el año de Cristo de 259 así él como el papa Sixto. Los que dicen que esto sucedió en el imperio de Decio, van fuera de camino: y no menos los que por autoridad de Trebellio Pollion para concordar las opiniones sueñan no sé que Decio César nieto del emperador Valeriano, por cuya autoridad se hicieron estos martirios, van errados como gente menuda, y que sin examinar bien lo que dicen, escriben lo que les parece. En el mismo año padecieron en Tarragona por la verdad Fructuoso primer obispo de aquella ciudad. Augurio y Eulogio diáconos. Eran cónsules en Roma Fusco y Baso, presidente en España Emilieno; cuya hija advertida y avisada por un soldado vió juntamente con él las ánimas destos santos que volaban al cielo, segun que lo testifica Prudencio. Las reliquias destos mártires no se sabe por qué causa ni en qué tiempo, pero es cierto que fueron llevadas á Italia, y cerca de la ciudad de Génova son veneradas con gran devocion en un monasterio de Benitos. En lugar del papa Sixto fue puesto el pontífice Dionisio el año luego siguiente.

Algunos años adelante el emperador Gallieno tenia cercado dentro de Milan á Aureolo, que se habia alzado con la Esclavonia, y rompiendo por Italia estaba apoderado de aquella ciudad. Duró el cerco algun tiempo; los soldados cansados de tantas guerras, y con deseo de cosas nuevas, se conjuraron y dieron la muerte á su emperador Gallieno el año que se contaba de nuestra salvacion doscientos y sesenta y nueve (269). Imperó por espacio de quince años: mataron otrosí un su hermano menor por nombre Valeriano, compañero suyo en el imperio. Estaba la república en esta vacante sin cabeza, cuando Flavio Claudio, hombre principal y valeroso caudillo, se llamó emperador, que fue el año luego siguiente, en que siendo cónsules el dicho emperador y Paterno, el pontífice Dionisio escribió una epístola á Severo obispo de Córdova: en ella le manda que á ejemplo de Roma reparta el pueblo por parroquias. Los principios del emperador Claudio fueron muy aventajados, ca deshizo y mató al tirano Aureolo, sujetó con las armas á los godos y á los alemanes. Pero atajóle la muerte en sazon que trataba de ir en persona contra Tetrico, que poseia lo de España y lo de la Gallia, ó contra Zenobia, la valerosa mujer de Odenato. Falleció sin determinarse ni resolverse en esto en Sirmio, ciudad de Hungría, de enfermedad que le sobrevino: tuvo el imperio un año, diez meses y quince dias. Fue tio mayor de Constancio, padre del gran Constantino, que es lo mismo que hermano de abuelo; porque el emperador Constancio fue hijo de Eutropio de la noble alcuña de los Dárdanos, y de una sobrina de Claudio hija de Crispo su hermano.

Sabida la muerte de Claudio, el senado nombró en su lugar á Quintiliano su hermano, hombre de tan pequeño corazon, que tomó la muerte por sus manos diez y siete dias despues de su eleccion, parte por no sentirse con fuerzas para llevar tan gran carga, parte principalmente por la nueva que vino que las legiones de Claudio nombraron por emperador á Lucio Domicio Aureliano, persona de señaladas prendas y autoridad. Pudiera ser contado entre los mejores príncipes si no afeara sus proezas que hizo en la guerra, con la aspereza de su condicion y con el aborrecimiento que tuvo á la Religion Cristiana. Domó los de Dacia, á los cuales dió las dos Mesias para que poblasen; y todos los tiranos que estaban alzados en las provincias, sujetó parte por fuerza, parte por concierto. En particular hizo la guerra valerosamente contra la famosa Zenobia, y la prendió cerca de la ciudad de Palmira, que se le iba huyendo á los persas en camellos de posta que llamaban dromedarios: cuya persona y presencia por su grande valor hizo que el triunfo con que entró en Roma, fuese mas agradable y mas solemne; porque todos los que la miraban, se maravillaban que en el pecho de una mujer cupiese tan grande esfuerzo y valor nunca vencido por los males.

Este triunfo con que el emperador Aureliano entró en Roma, fue el postrero que á la manera antigua se vió en aquella ciudad. Poco tiempo reparó en Roma, ca resuelto de dar guerra á los persas, volvió al Oriente, donde en la Thracia entre Heraclea y Bizancio fue muerto por traicion de un su privado llamado Mnesteo. Tuvo el imperio cuatro años, once meses y siete dias. Hay quien diga que este emperador fundó en la Francia á Orliens, ciudad puesta sobre el rio Loire, y á Génova ó Ginebra á la ribera del lago Lemano. Mas cierto es que en Girona, ciudad puesta á los confines de España y de Francia, martirizaron á Narciso despues que predicó á las gentes de los Alpes; y con él un diácono llamado Félix. Pero no es este mártir el con quien aquella ciudad tiene particular devocion, sino otro del mismo nombre muerto en otro tiempo: esto se advierte para que nadie se engañe por la semejanza del nombre. El año antes deste en que vamos, fue en Roma martirizado el santo papa Félix. Sucedióle Eutichiano, cuya carta á Juan y á los demás obispos de la Bética ó Andalucía tiene por data el consulado de Aureliano y Marcelino, es á saber el año de Cristo de doscientos y setenta y seis (276). Trata de propósito en ella de la Santa Encarnacion del Hijo de Dios contra ciertos herejes, que con nuevas opiniones en España pretendian manchar y ponerdolo en la sinceridad de la Religion Católica y Cristiana.

(1) Ni la venida de Sixto á España, ni que se llevase á los dos santos tiene fundamento verídico: basta para convencerse, atender á las fechas y puntos de sus martirios.

CAPITULO XI.

De algunos otros emperadores

Una contienda muy nueva se siguió despues de la muerte de Aureliano, y un estraordinario comedimiento. El ejército pretendia que el senado nombrase ducesor y emperador, los padres remitian este cuidado á los soldados: en demandas y respuestas se pasaron seis meses, al cabo dellos el senado vencido de la modestia del ejército nombró por emperador á Claudio Tácito, hombre de muchas partes, pero muy viejo, ca era de sesenta y ocho años. Así le duró poco la vida y el mando: solo seis meses y veinte dias. Falleció en Tharso, ciudad de Cilicia. Por su muerte Floriano su hermano que allí se hallaba, se llamó emperador, de que se arrepintió muy presto, porque á cabo de tres meses, de su voluntad se hizo romper las venas y se desangró y murió. Parecióle que sus fuerzas eran muy flacas para contrastar á las legiones de Oriente, que habian nombrado por emperador á Marco Aurelio Probo, aunque esclavon de nacion, persona aventajada en las cosas del gobierno y de las armas: de virtud tan conocida, que cuando el nombre de Probo que es lo mismo que bueno, no tuviera de sus padres, le pudiera ganar por sus costumbres y vida.

Encargado del imperio, domó los alemanes, que corrian y asolaban la Gallia. Lo mismo hizo con los sármatas ó polonos, que habian rompido por lo de Esclavonia. A Narseo rey de los persas puso condiciones aventajadas para sí y de mucha reputacion. A los vándalos y á los godos, de los cuales grandes enjambres andaban haciendo mal y daño por las provincias del imperio, señaló para sosegallos campos en la Thracia en que poblasen. Tuvo dos competidores en el imperio, el uno llamado Saturnino, que mataron en Egipto sus mismos soldados por miedo, ó en gracia del verdadero emperador; al otro que se llamaba Bonoso, venció él mismo en batalla cerca del rio Rhin, y vencido, le puso en tanto aprieto, que él mismo se ahorcó. Para ganar las voluntades de las provincias entre otras cosas que hizo, revocó y dió por ninguno el edicto de Domiciano en que vedaba á los de la Gallia y de España el plantar viñas de nuevo.

Grandes eran las muestras que en todo daba de buen emperador, cuando en la Esclavionia fue muerto por sus mismos soldados en un motin que levantaron en sazon que se apercibia para revolver contra los persas que de nuevo andaban alborotados. Tuvo el imperio cinco años y cuatro meses. La severidad que guardaba en la disciplina militar, le hizo odioso, y porque se dejó decir que sosegados los enemigos en adelante no tendria necesidad de soldados. Entró en su lugar por voluntad y voto del mismo ejército Marco Aurelio Caro el año del Señor de docientos y ochenta y dos (282): unos le hacen esclavon, otros natural de la Gallia; sus cartas muestran que fue romano. Dos hijos que tenia, es á saber Carino y Numeriano, nombró luego por sus compañeros en el imperio. Al primero dejó encargado el gobierno de la Gallia y de la España: para hacer guerra á los persas llevó consigo á Numeriano. Este en Antiochia la de Orontes, como pretendiese entrar en la iglesia de los cristianos ó por curiosidad ca era dado á todas las artes liberales, ó con propósito de burlarse de nuestras cosas, y el obispo por nombre Babilas no se le consintiese (que fue hazaña sin duda heróica) por el mismo caso le mandó matar y martirizar (1).

Hecho esto, pasaron adelante, concluyeron la guerra de los persas á su voluntad; la cual acabada, el emperador Caro fue muerto de un rayo á la ribera del rio Tigris al principio del segundo año de su imperio. No le fue mejor á Numeriano su hijo, antes Arrio Apro, su suegro, sin consideracion del deudo por el deseo insaciable que tenia de hacerse emperador, le hizo matar dentro de una litera en que iba por tener los ojos malos. Alteróse el ejército con aquella traicion tan fea: nombraron por emperador á Diocleciano, persona de grandes partes: él sin dilacion tomó venganza de Apro, metióle por el cuerpo la espada, díjole al tiempo que le heria: «Alégrate Apro, la diestra del grande Eneas te mata.» Carino, sin embargo de lo que hicieron los soldados, pretendia apoderarse por derecho de herencia de todo el imperio; pero vencióle en batalla y dióle la muerte Diocleciano.

Por este tiempo gobernaba la España Citerior un prefecto llamado Marco Aurelio, como se entiende por las letras de algunas piedras que se conservan en España, de donde asimismo se saca que los emperadores no solo usaban de los títulos de tribunos, pontífices, cónsules, sino que tambien se llamaban procónsules. En comprobacion desto se pondrá aquí una letra de una piedra que hasta hoy dia está en la plaza pública y mercado de Monviedro, con estas palabras vueltas en castellano:

AL EMPERADOR MARCO AURELIO CARINO
NOBILÍSIMO, CÉSAR, PIADOSO, DICHOSO, INVICTO,
AUGUSTO, PONTÍFICE MAX. TRIBUNO,
PADRE DE LA PATRIA, CÓNSUL,
PROCÓNSUL.

Y aun esta costumbre se entiende que se usaba los tiempos pasados, de que es bastante prueba el letrero de la Rotunda de Roma, que da el mismo título á los emperadores Septimio Severo y Antonino Pio. Demás desto los gobernadores romanos, como se comenzó á hacer desde el tiempo del emperador Antonino el Filósofo, se continuaron á llamar comites ó condes así bien en España, como en las demás provincias. A los mismos acabado el tiempo de su gobierno, en tanto que llegaba el sucesor, los llamaban legados cesáreos; y en el uno y en el otro tiempo se halla que usaban de título y nombre de presides ó presidentes.

CAPITULO XII.

De los emperadores Diocleciano y Maximiano.

La provincia de Esclavonia engendró á Diocleciano de padres libertinos, que es lo mismo que de casta de esclavos; y sin embargo le dió por emperador á Roma, señora del mundo, el año de nuestra salvacion de docientos y ochenta y cuatro (284). Púdose por su valor y hazañas comparar con los príncipes mas aventajados del mundo, si no afeara su imperio y ensuciará sus manos con tanta sangre como derramó de cristianos, con que quedó su nombre odioso perpétuamente. El año segundo de su imperio declaró por su compañero á Maximiano Hercúleo; y para acudir á todas partes poco despues nombró por Césares á Galerio Maximino y á Constancio Chloro. A Galerio dieron por mujer una hija de Diocleciano llamada Valeria: Constancio por su mandado repudió á Helena hija de un rey de Bretaña ó Inglaterra, madre del gran Constantino, para casar como lo hizo con Teodora antenada de Maximiano. Repertieron las provincias de tal manera, que Diocleciano en Egipto, Maximiano en Africa, Constancio en Bretaña apaciguaron los movimientos y alteraciones de aquellas gentes: los sucesos y trances fueron varios, los remates prósperos. A Galerio enviaron contra los persas, donde porque no se gobernó bien, Diocleciano en Mesopotamia, do le vino á ver, le hizo ir corriendo delante de su coche por espacio de una milla, que fue afrenta y

(1) Aunque no sea trascendental este error, debemos decir que S. Babilas habia sido martirizado el año 251 en la persecucion de Decio; y en tiempo de este emperador gobernaba aquella iglesia uno llamado Cirilo que murió el año 303, segun el *Cronicon* de Eusebio.

castigo notable; pero como despues volvióse con la victoria, le salió á recebir con acompañamiento y pompa muy semejante á triunfo. Es así que el castigo y el premio, el miedo y la esperanza son las dos pesas con que se gobierna el reloj de la vida humana: el miedo no da lugar á la cobardía, la industria y la diligencia son hijas de la esperanza.

El año doceno de su imperio movió guerra muy cruel contra los cristianos, y vuelto á Roma despues de las empresas sobredichas, ocho años adelante apretó grandemente y embraveció con nuevos y muy crueles edictos, que fue el año de Cristo de trecientos y tres (303), en que fueron cónsules Diocleciano la octava vez y Maximiano la setena, segun que lo refiere San Agustin. En aquellos edictos se mandaba echar por tierra los templos de los cristianos, quemar los libros sagrados, que los cristianos fuesen tenidos por infames y incapaces de las honras y oficios públicos; añadióse despues desto que diesen la muerte á los presidentes de las iglesias. Grande fue este aprieto: cruelísima carnicería, en que murieron en Roma el pontífice Caio y su hermano Gabino con una su hija por nombre Susanna. En Sevilla fueron acusadas y muertas las santas vírgenes Justa y Rufina como quebrantadoras de la Religion, por haber derribado por tierra la estátua de la diosa Salambona, que era lo mismo que Venus.

En Tanger de la Mauritania martirizaron á Marcello Centurion, natural de Leon de España: lo que le achacaron fue que por amor de la Religion Cristiana renunciára el cíngulo, que era la insignia de soldado. Agricolao, prefecto del Pretorio, fue el que le sentenció á muerte, cuyo nombre se lee no solo en nuestras historias, sino tambien en los códices de Theodosio y Justiniano. Grande y señalado fue este santo mártir, así por lo que él padeció, como por doce hijos que tuvo, de quien se dice padecieron muerte todos por la verdad, bien que no en un mismo tiempo ni lugar. Quién pone en este cuento de los hijos del mártir Marcello á Claudio, á Lupercio, á Victoriano, á Emiterio, á Celedonio, á Servando, á Germano, á Ascisclo y tambien á Victoria, todos mártires bienaventurados: quien añade á los santos Fausto, Ianuario, Marcial. Demás desto se entiende que Santa Marina padeció por este tiempo en Galicia no lejos de la ciudad de Orense, donde está su santo cuerpo en un templo de su nombre ocho millas de aquella ciudad. Todos estos y otros muchos santos padecieron en España por estos tiempos antes que el impío y cruel Daciano viniese á ella enviado por Diocleciano su señor á derramar tanta sangre como derramó de cristianos: este con gran furor y rabia, comenzando de los Pirineos, atravesó toda esta provincia por lo ancho y por lo largo de Levante á Poniente, y de Mediodia á Septentrion. Parece que Daciano fue presidente de toda España por un mojon de términos que está entre las ciudades Beja y Ebora cerca de una aldea llamada Oreola con estas palabras en latin:

Á NUESTROS SEÑORES, ETERNOS, EMPERADORES CAIO AURELIO VALERIO IOVIO DIOCLECIANO Y MARCO AURELIO VALERIO ERCULEO PIADOSOS FELICES Y SIEMPRE AUGUSTOS, TÉRMINO ENTRE LOS PACENSES Y LOS EBORENSES, POR MANDADO DE PUBLIO DACIANO V. P. PRESIDENTE DE LAS ESPAÑAS DE SU DEIDAD Y MAGESNAD DEVOTÍSIMO.

En el cuento de los santos mártires que hizo morir Daciano, los primeros fueron Feliz y Cucufato, nacidos en Africa, pero que con deseo de adelantar las cosas del Cristianismo eran venidos á España. Feliz fue martirizado en Girona, Cucefato en Barcelona: donde padeció tambien Santa Eulalia vírgen, diferente de otra que del mismo nombre fue muerta en Mérida. En Zaragoza dió la muerte á Santa Engracia, Prudencio la llama Encratis: desde lo postrero de la Lusitania pasaba á Ruisellon á verse con su esposo, pero antes que allí llegase le halló mejor y mas aventajado. Padecieron con ella diez y ocho personas que la acompañaban fuera de otra muchedumbre innumerable de aquellos ciudadanos que por la misma causa dieron las vidas, y por el cuchillo pasaron á las coronas y gloria. Sus cuerpos porque no viniesen á poder de los cristianos, y no los honrasen, quemaron junto con los de otros facinerosos. Pero las cenizas de los santos se apartaron de las otras por virtud de Dios, y juntadas entre sí, las llamaron masa cándida ó masa blanca. Prudencio refiere que sucedió lo mismo á las cenizas de trecientos mártires, que fueron muertos en Africa, y echados en cal viva el mismo dia que padeció San Cipriano, y que los llamaron masa cándida.

Echaron otrosí mano y prendieron al santo viejo Valerio obispo de Zaragoza; y al valeroso diácono Vincencio; y presos los enviaron á Valencia para que allí se conociese de su causa. Pensaban que los trabajos del camino ó el tiempo serian parte para que mudasen parecer. Pasaron grandes trances: últimamente Valerio fue condenado en destierro, en que pasó lo demás de la vida en los montes cercanos á las corrientes del rio Cinga. Por ventura tuvieron respeto á su larga edad para no ponelle en mayores tormentos. Con Vincencio procuraron que mudase parecer, y entregase los libros sagrados, que era ser traidor; que así llamaban los cristianos á los que los entregaban, de la palabra latina traditor que significa traidor y entregador. Pero como no se doblegase ni viniese en hacer lo uno ni lo otro, emplearon en él todos los tormentos de hierro y de fuego que supieron inventar, con que al fin le quitaron la vida. Su sagrado cuerpo por miedo de los moros, que todo lo asolaban y profanaban, fue los años adelante llevado al promontorio sagrado, que por esta causa se llama hoy cabo de San Vicente: de donde últimamente en tiempo del rey don Alonso Primero deste nombre, y primer rey de Portugal, por su mandado lo trasladaron á Lisbona, ciudad la mas principal de aquel reino, segun que en su lugar se relatará mas por menudo.

En Alcalá de Henares padecieron los santos Justo y Pastor tan pequeños que apenas habian salido de la edad de la infancia. Matáronlos en el campo Loable, en que el tiempo adelante en su nombre edificaron un suntuoso templo, ilustre al presente por los muchos y muy doctos ministros y prebendados que tiene. Sus cuerpos en el tiempo que las armas de los moros volaban por toda España, se llevaron á diversos lugares hasta que últimamente el año de nuestra salvacion de 1568 el rey don Felipe Segundo de las Españas, de Huesca, do estaban, los hizo volver á Alcalá, y poner en el mismo lugar en que derramaron su bendita sangre.

Pasó la crueldad adelante, porque llegado Daciano á Toledo prendió á la vírgen Leocadia, la cual por miedo de los tormentos y el mal olor de la cárcel, junto con la pena que recibió con la nueva que vino poco despues del martirio de Santa Olalla la de Mérida y de Julia su compañera, rindió su pura alma á Dios. El oficio mozárabe la llama confesora, el romano mártir: en que no hay mucho que reparar, porque antiguamente lo mismo significaban y eran confesores que mártires. Los monges Benitos de San Gislen cerca de Mons á Henao mostraban el sagrado cuerpo de Santa Leocadia: si de la española, ó de otra del mismo nombre, algunos los años pasados lo pusieron en disputa; pero ya no hay que tratar desto, porque se hallaron muy claros argumentos y muy antiguos de la verdad cuando al mismo tiempo que escribíamos esta historia, de aquel destierro con increible concurso y aplauso de gentes que acudieron de todas

partes á la fiesta, á 26 de abril el año de 1587 fue restituida á su patria por diligencia y autoridad del rey don Felipe Segundo de España: clara muestra de su grande piedad y religion.

CAPITULO XIII.

En qué parte de España está Elbora.

Partió Daciano de Toledo, y en un pueblo llamado Elbora hizo sus diligencias y pesquisa para si en él se hallaba algun cristiano: presentaron delante dél un mancebo llamado Vincencio; reprehendióle ásperamente el presidente, pero como tuviese recio en su creencia y no aflojase punto en su constancia; le hizo poner en la cárcel, de do se huyó á la ciudad de Avila, y allí derramó la sangre junto con dos hermanas suyas Sabina y Christeta que le persuadieron que huyese, y en la huida le acompañaron. Hasta aquí todos concuerdan. Lo que tiene dificultad es qué pueblo fuese Elbora, en qué parte de España, qué nombre al presente tiene: si destruido, si en pié, si lejos de Toledo, si cerca: que son todas cuestiones tratadas con grande porfía y contienda entre personas muy eruditas y diligentes. Los portugueses hacen á San Vicente su natural, nacido en Elbora, ciudad en aquel reino muy conocida por su antigüedad, lustre y nobleza. Otros van por diferente camino, ca ponen á Elbora en los pueblos carpetanos que al presente son el reino de Toledo; y aun en particular señalan que es la villa de Talavera, pueblo no menos conocido y muy principal en aquellas partes. Por los portugueses hace la semejanza de los nombres Elbora y Ebora, la tradicion de padres á hijos que así lo publica, los rastros de la antigüedad es es á saber la piedra en que San Vicente puso sus pies, con la huella que á la manera que si fuera de cera, dejó en ella impresa: las casas de sus padres que en aquella ciudad se muestran y tienen en gran reverencia. Que si estos son flacos argumentos, neguémoslo todo, quememos las historias, alteremos las devociones de los pueblos, y atropellemos todo lo al antes que trocar el parecer que tenemos.

Estas son las razones que hay por esta parte, muy claras y de grande fuerza; ¿quién lo negará? ¿quién no lo echará de ver? pero por la parte contraria hace la vecindad que hay entre Toledo de donde partió el presidente, y Talavera donde los mártires fueron hallados y Avila hasta donde él mismo los siguió y les hizo dar la muerte. Porque ¿quién podrá pensar que el presidente de España desde Ebora la de Portugal viniese en persona en seguimiento de un mozo y de dos doncellas? ¿ó cómo se puede entender; que para ir á Mérida, cabeza entonces de la Lusitania, primero pasase á Ebora que está tan fuera de camino, y mas de cien millas adelante? Pero todo el progreso del camino que hizo Daciano y los lugares porque anduvo, se entienden mejor por la historia de la vida y muerte de Santa Leocadia como está en los libros eclesiásticos muy antiguos escrita por Braulio obispo de Zaragoza, segun que muchos lo sienten; la cual no ponemos aquí á larga por evitar prolijidad. Basta decir en breve lo que en ella se relata á la larga, que Daciano de la Gallia por Cataluña y Zaragoza llegó á Alcalá y á Toledo, desde allí pasó á Elbora y á Avila, do el dicho San Vicente fue martirizado.

Dirá alguno que está bien; pero que ¿cómo se podrá fundar que Talavera se llamó en otro tiempo Elbora? Respondo que muchas leyendas de Breviarios lo dicen así: el antiguo de Avila, el de la órden de Santiago, el de Plasencia, y entre nuestros historiadores don Lucas de Tuy atestigua lo mismo. Dirás que no hay que hacer caso dél por su poca diligencia y juicio: no quiero detenerme en esto, los libros que escribió no dan muestra de ingenio grosero, ni de falta de entendimiento. Por lo menos Ptolomeo le da nombre de Líbora, y cerca della pone á Ilurbida, que se puede entender estuvo donde al presente una dehesa llamada Lorviga, una legua de Talavera, de la otra parte de Tajo, y enfrente de do se le junta el rio Alverche, que se derriba de los montes de Avila; demas desto Tito Livio en los carpetanos que es del reino de Toledo, pone un pueblo que él llama Ebura, muy notable por la batalla muy memorable que cerca déi Quinto Fulvio Flacco pretor de la España Citerior dió á los celtíberos, y por la victoria que dellos ganó. En el libro cuarenta de su Historia cuenta con la elegancia que suele, lo que pasó, con tales particularidades y circunstancias, que todos lo que algo entienden y lo consideran atentamente, se persuaden concurren en los campos del dicho pueblo que tiene por la parte de Poniente. Las palabras no quise poner aquí: para nuestro propósito basta saber que el pueblo de que se trata en Ptolomeo, por la demarcacion y distancia de los lugares es Líbora, y que en tiempo de los romanos en el reino de Toledo estuvo un pueblo llamado Ebura. Que estos nombres se hayan trocado en el de Elbora, qué maravilla es? ¿quién dudará en ello? ¿quién no sabe la fuerza que el tiempo y la antigüedad tienen en trocar y alterar los nombres y en cuantas maneras se revuelve todo con el tiempo?

De lo que en contrario se alega, no hay que hacer mucho caso. Cuanta vanidad hay en cosas deste jaez, cuantas sean las invenciones del vulgo, con muchos ejemplos se pudiera mostrar. Demás que Elbora la de los carpetanos contrapone otros rastros y memorias no menos en número, ni menos claras que destos santos tiene. Lo primero las casas destos santos, donde hoy está el hospital de San Juan y Santa Lucía: la plaza de San Esteban así dicha de un templo desta advocacion que allí estaba, en que se tiene por cierto que San Vicente fue presentado delante del presidente. Demás desto á cuatro leguas de Talevera en el Piélago, monte muy empinado entre los montes de Avila, hay una cueva enriscada y espantosa, con la cual todos los pueblos comarcanos tienen grande devocion por tener por averiguado y firme que los santos cuando huyeron de Elbora, estuvieron allí escondidos; y en memoria desto allí junto edificaron un templo y un castillo con nombre de San Vicente, señalado antiguamente por la devocion del lugar y las muchas posesiones que tenia. Todo el monte es muy fresco, de un aire templado en verano, y puro, asimismo de mucha arboleda. Dícese comunmente que aquel templo fue de los Templarios: al presente no quedan sino unos paredones viejos, y una abadía que se cuenta entre las dignidades de Toledo sin embargo que el castillo está puesto en la diócesi de Avila.

Estas son las razones que militan por la parte de Talavera: largas en palabras, si concluyentes, el lector con sosiego y sin pasion lo juzgue y sentencie. Si nuestro parecer vale algo, así lo creemos. Y así lo dice Dextro el año de Cristo de 300 por estas palabras: «S. Cristi Mártires Vincentius, Sabina etc- »Cristeta ejus sorores, qui nati in Eborensi oppido »Carpetaniæ.» De los obispos de Elbora hay mucha mencion en los concilios Toledanos, y monedas de los godos se hallan acuñadas con el nombre de Elbora, de oro muy bajo como son casi todas las de aquel tiempo. A cuál de las dos ciudades se haya de atribuir lo uno y lo otro no nos pone en cuidado, ni queremos sin argumentos muy claros sentenciar por ninguna de las partes; antes de buena gana dejaremos á los portugueses la silla obispal de Elbora como sufragánea á la de Mérida, segun que se halla por las divisiones de las diócesis que hicieron en España primero el emperador Constantino Magno, y despues el rey Wamba. Ni pretendemos que la ciudad de Ebora

en tiempo de los godos no se llamase tambien Elbora, conforme á la libertad con que se mudó el nombre de Talavéra, y con la que el tiempo suele trocar los nombres y apellidos de los pueblos y lugares. Puédese dudar como se mudaron los nombres antiguos deste pueblo en el que hoy tiene de Talavera: sospecho que Tala en la lengua antigua de España es lo mismo que pueblo como Talavan, Talarruvia, Talamanca, lo dan á entender; y que de Tala y Ebura primero este pueblo se llamó Talebura ó Talabura, y de aquí con pequeña mudanza se forjó el nombre de Talavera.

CAPITULO XIV.

La descripcion de Elbora.

De lo que se ha dicho se entiende claramente que el pueblo de que tratamos, hoy llamado Talavera, muy abundante en todo género de regalos y mantenimientos, y de campiña muy apacible, fresca y fértil, antiguamente tuvo muchos apellidos. Ptolomeo le llamó Libora, Tito Livio Ebura, en tiempo de los godos se llamó Elbora, y aun algunos en latin le dan nombre de Talabrica, engañados sin duda por la semejanza que tiene este nombre con el de Talavera. Nos en estos comentarios, como viniere mas á cuento, le daremos ora uno, ora otro destos apellidos: esto se avisa para que ninguno se engañe, ni tropiece en la diversidad y diferencia de los nombres. Está asentada esta villa en los confines de los vectones. de los carpetanos y de la antigua Lusitania, en llano, y en un valle que por aquella parte tiene una legua de anchura, pero mas arriba hácia Levante se ensancha mas. Córtanle y bañan muchos rios, el mas principal y que recoge todos los otros, el rio Tajo, muy famoso por sus aguas muy suaves y blandas, y por las arenas doradas que lleva, con muy ancha y tendida corriente pasa por la parte de Mediodia, y baña las mismas murallas de Talavera, que son muy antiguas y de muy buena estofa, de ruedo pequeño, pero erizadas y fuertes con diez y siete torres albarranas puestas á trechos á manera de baluartes muy fuertes. Las torres menores y cubos son en mayor número, con su barbacanta que cerca el muro mas alto por todas partes. En fin ningunas de las murallas antiguas de España se igualan con estas.

Dúdase en qué tiempo se levantaron. Comunmente se tiene por obra de los romanos; y así da muestra lo mas antiguo de las murallas, con que no hacen trabazon las torres albarranas: otros las tienen por mas modernas á causa que por la mayor parte son de mampostería, y algunas letras romanas que se ven en ellas, están puestas sin órden y traza. Por tanto es forzoso confesar que es obra de los godos ó de los moros en el tiempo que fueron señores de España; y dado que algunos las atribuyen á los godos, parece que dan muestra de edificio mas nuevo, si se cotejan aquellas murallas, mayormente las dichas torres, con la parte de los muros de Toledo que edificó el rey Wamba. Esto testifica el moro Rasis, que levantaron los moros aquella fuerza á propósito de impedir las correrías que hacian los cristianos por aquella parte. el año de los árabes 325, que concurrió con el 937 del nacimiento de Cristo. Sus palabras son estas: «En tierra de Toledo, que es de las mas anchas de »España; hay muchos pueblos y castillos: entre los »cuales castillos es uno Talavera, que edificaron los »griegos sobre el rio Tajo, y despues ha sido fuerte »y frontera, segun que las cosas de los moros y cris»tianos variaban. El muro es alto y fuerte, las torres »empinadas. El año de los moros de 325 el mira»mamolin hijo de Mahomad, cortado el pueblo en dos »partes, mandó edificar un castillo do estuviesen los »capitanes.»

Este castillo entendemos es todo aquel circuito de la muralla sobredicha; y dado que parezca grande, en Italia y en Francia hay otros no mucho menores: porque el alcázar menor que está dentro de estos muros á la parte del rio, de obra mas grosera, y que por la mayor parte está arruinado, se edificó adelante en tiempo de don Alonso el emperador, como consta de una escritura que tiene el monasterio de monjas de S. Clemente de Toledo, en que se les hace recompensa por ciertas casas que para el sitio de aquel alcázar les tomaron. Desde este alcázar sale y se continúa otro muro menos fuerte, ca por la mayor parte es de tapiería, y con grandes vueltas abraza el primer muro casi todo sino es por do le baña el rio Tajo. Con este está pegado otro tercer muro que ciñe un grande arrabal por la parte de Poniente con un arroyo por nombre la Portina, que le divide de lo demás del pueblo; arroyo que suele á las veces hincharse con las lluvias y grandes avenidas y salir de madre. Este muro se debió edificar depriesa en algun aprieto, pues con ser el mas moderno, está caido de manera que quedan pocos rastros dél.

Dentro deste muro habitan los labradores, dentro del segundo los oficiales, mercaderes y la mayor parte de la gente mas granada, y la plaza y mercado lleno de toda suerte dè regalos y abundancia. Dentro del muro menor y mas fuerte viven los caballeros, que son en mayor número y de mas renta que en otro cualquiera pueblo de su tamaño. Los demás vecinos tienen pobre pasada por ser enemigos del trabajo y de los negocios, y no quererse aprovechar del suelo fértil que tienen. En aquella parte está una iglesia colegial de canónigos, y con ella pegado un monasterio de Gerónimos, edificio de don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo á propósito de recoger en él los canónigos para que viviesen regularmente. Pero como esto no tuviese efecto por la contradicion de la clerecia y del pueblo, llamó y puso monges de San Gerónimo en aquella parte, á los cuales dió grandes heredamientos y renta: otras cosas hay en este pueblo dignas de consideracion que se dejan por brevedad. Volvamos al cuento de los sagrados mártires.

En esta persecucion padecieron en Lisbona los mártires y hermanos Verísimo, Máximo y Julia: en Braga San Victor, en Córdova San Zoylo con otros diez y nueve; cerca de Burgos la Santas Centolla y Elena, en Sigüenza Santa Liberata, en Melgeriza pueblo de los montes de Toledo Santa Quiteria, donde dicen que el rey Wamba edificó un templo en su nombre. Fuera destos, otros muchos, cuyos nombres y martirios si por menudo se hobiesen de contar, no hallaríamos fin ni suelo. Tampoco se puede averiguar donde estén los sagrados cuerpos de todos estos santos, dado que de algunos se tenia noticia bastante. Las diversas opiniones que hay en esta parte, escurecen la verdad, que procedieron á lo que sospecho, de que las sagradas reliquias de algunos santos se repartieron en muchas partes, y con el tiempo cada cual de los lugares que entraron en el repartimiento, pensaron que tenia el cuerpo todo: engaño que ha en parte disminuido la devocion para con algunos santuarios.

Eusebio refiere que vió por este tiempo á las bestias fieras ni por hambre, ni de otra manera poder irritarlas para que acometiesen á los mártires; y que la ocasion para que se levantase tan brava tempestad, fue la corrupcion de la disciplina eclesiástica relajada. Tambien es cosa cierta que destas olas y destos principios se despertó en Africa la herejia de Donato. Fue así que Donato, numida ó alarbe de nacion, ayudado de una mujer llamada Lucilla que vivia en Africa, y era española y muy rica, acusó falsamente á Ceciliano obispo de Cartago, que entregara á los gentiles los libros sagrados: delito muy grave si fuera verdad. En esta acusacion pasó tan adelante, que no paró hasta hacelle deponer de su dignidad. Del mis-

mo delito acusaron en España al gran Osio obispo de Córdova. En lugar de Ceciliano fue primero puesto Mayorino, despues otro Donato, hereje y natural de Cartago. Grandes fueron estas revueltas, y que se continuaron por muchos años, como se irá notando adelante en sus lugares.

CAPITULO XV.

De los emperadores Constancio y Galerio.

Cansado Diocleciano del gobierno, y perdida la esperanza de salir con lo que tanto deseaba, que era deshacer el nombre y religion de los cristianos, á cabo de veinte años que tenia y gobernaba el imperio le renunció en Milan y se redujo á vida de particular: lo mismo á su persuasion hizo su compañero Maximiano en Nicomedia, do estaba, que fue uno de los raros ejemplos que en el mundo se han visto. Con esto quedaron por emperadores y señores de todo Constancio y Galerio el año de Cristo de trescientos y cuatro (304). Constancio se encargó de la Gallia, Bretaña y España. Príncipe de singular modestia, tanto que á su mesa se servia de bajilla de barro. Fue otrosí muy amigo de cristianos, de que dió muestras harto notables. Galerio quedó con las demás provincias del imperio. Este para mas asegurarse nombró por Césares á Severo y Maximino, sobrinos suyos, hijos de una su hermana. A Maximino encargó lo de Levante, á Severo lo de Italia y lo de Africa, y él se quedó con la Esclavonia y la Grecia.

Atajó la muerte los pasos á Constancio, que falleció en Eboraco, ciudad de la Bretaña ó Ingalaterra el año de Cristo de trescientos y seis (306). Imperó un año, diez meses y ocho dias. Dichoso por el hijo y sucesor que dejó, que fué el gran Constantino, fuera del cual de Teodora su segunda mujer, antenada de Maximiano, dejó á Constancia y á Annibaliano padre de Dalmacio César, y á otro Constantino, cuyos hijos fueron Gallo y Juliano, que asimismo fueron Césares como se verá adelante. Vivió por este tiempo Prudencio, obispo de Tarazona, natural de Armencia, pueblo de Vizcaya que fue antiguamente obispal, y al presente le vemos reducido á caserias despues que una iglesia colegial de canónigos que allí quedaba, por bula del papa Alejandro VI, se trasladó á la ciudad de Victoria. Fue otrosí deste tiempo Rufo Festo Avieno (1), noble escritor de las cosas y historia de Roma, y aun poeta señalado : así lo dice Crinito.

El año siguiente despues que el emperador Constancio murió. Maxencio hijo de Maximiano se apoderó de Roma y se llamó emperador. Acudió contra él Severo, pero fue roto por el tirano, y muerto en una batalla que se dieron. Maximiano sabido lo que pasaba, vino á Roma sea con intento de ayudar á su hijo, sea con deseo de recobrar el imperio que habia dejado. No hay lealtad ni respeto entre los que pretenden mandar. Echóle su hijo de Roma: acudió al amparo de su yerno el emperador Constantino que residia en Francia; pero como se entendiese que sin respeto del deudo y del hospedaje trataba de dar la muerte al que le recibió en su casa y trató con todo regalo, acordó Constantino de ganar por la mano y hacerle matar en Marsella do estaba.

Galerio nombrado que hobo en lugar de Severo á Licinio por César, él mismo pasó en Italia con deseo y intento de deshacer al tirano, mas por miedo que el ejército no se le amotinase, sin hacer cosa alguna dió la vuelta á Esclavonia. Allí comenzó á emplear su rabia contra los cristianos : atajó la muerte sus trazas, que le avino por ocasion de una postema y llaga que se le hizo en una ingle cinco años enteros despues que tomó el imperio en compañía de Constancio. Era á la sazon pontífice de Roma Melchiades, el cual en una epístola que enderezó á Marino, Leoncio, Benedicto y á los demás obispos de España, les amonesta que con el ejemplo de la vida, que es un atajo muy corto y muy llano para hacerse obedecer, gobiernen á sus súbditos; que entre los santos apóstoles dado que fueron iguales en la eleccion, hobo diferencia en el poder que tuvo San Pedro sobre los demás : trata otrosí del sacramento de la confirmacion : tiene por data los cónsules Rubrio y Volusiano, que lo fueron el año de nuestra salvacion de trescientos y catorce (314).

CAPITULO XVI.

Del emperador Constantino Magno.

Cansados los romanos de la tiranía de Maxencio, de su soltura y desórdenes, y desconfiados de los Césares Maximino y Licinio, acordaron llamar en su ayuda al emperador Constantino que á la sazon residia en la Gallia. Acudió él sin dilacion á tan justa demanda: marchó con sus gentes la vuelta de Milan. En aquella ciudad para asegurarse de Licinio le casó con su hermana Constancia. Hecho esto, pasó adelante en su camino y en busca del tirano : llegaba cerca de Roma cuando con el cuidado que le aquejaba mucho por la dificultad de aquella empresa, un dia sereno y claro vió en el cielo la señal de la cruz con esta letra :

EN ESTA SEÑAL VENCERÁS.

Fue grande el ánimo que cobró con este milagro. Mandó que el estandarte real que llamaban lábaro, y



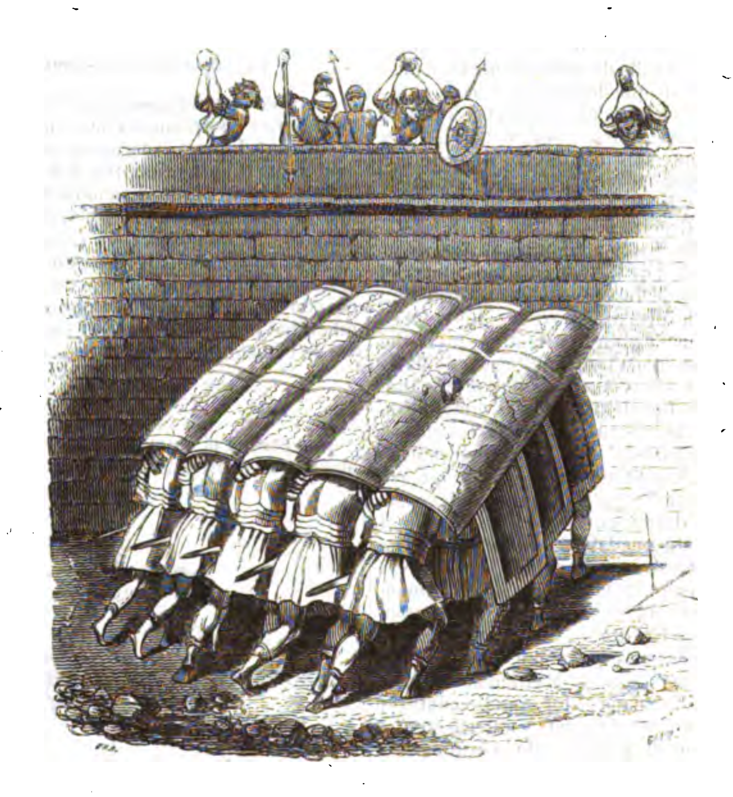
los soldados le adoraban cada dia, se hiciese en forma de cruz de la traza que aquí se pone. Desta ocasion y principio como algunos sospechan vino la costumbre de los españoles, que escriben el santo nombre de Cristo con X y con P griega, que era la misma forma del lábaro. Compruébase esto por una piedra que en Oreto cerca de Almagro se halló de tiempo del emperador Valentiniano el segundo, donde se ve manifiestamente cómo el nombre de Cristo se escribia con aquellas letras y abreviatura.

Pasó pues Constantino adelante, y por virtud de la cruz junto á Puente Molle á vista de Roma venció á su contrario en batalla, ca en cierta puente que sobre el rio Tibre tenia hecha de barcas, á la retirada cayó en el rio y se ahogó. Con tanto la ciudad de Roma quedó libre de aquella tirania tan pesada, y en ella entró Constantino en triunfo por la parte donde hoy está un arco el mas hermoso que hay en Roma, levantado en memoria desta victoria. Juntamente se aplacó la carniceria cruel que por mandado de Maxencio se ha-

(1) Este poeta, que Masdeu cuenta entre los españoles, floreció en tiempo de Teodosio el Grande: publicó algunas obras traducidas del griego, como la de los *Fenómenos de Arato*, *la descripcion de la tierra*, *de Dionysio*, *la traduccion de algunas fábulas de Esopo*, *y la descripcion de las costas marítimas*, que acaso será original suya. Estas son las únicas que tenemos en el dia de este poeta, pues se dice que puso en versos yambos la historia del Livio, que hubiera sido muy útil para suplir lo que se ha perdido de aquel elegante historiador.

cia en los cristianos. Entre las demás las Santas Dorotea y Sofronia, por guardar su castidad, y no consentir con la voluntad del tirano, la primera fue degollada, la segunda por divina inspiracion se mató á sí misma: ejemplo singular que en tiempo de Diocleciano siguió otra mujer Antiochêna, que por la misma causa con no menor fortaleza al pasar de una puente se echó con dos hijas suyas en el rio que por debajo pasaba.

En el mismo tiempo Maximino en las partes de Levante derramaba mucha sangre de cristianos en la persecucion que fue muerta Catherina vírgen Alejandrina, y con ella Porfirio general de la caballería, y San Pedro obispo de aquella ciudad. Era tan grande el deseo que Maximino tenia de deshacer el nombre cristiano, que por todo el Imperio mandó enseñasen en las escuelas á leer á los niños, y les hiciesen aprender de memoria cierto libro en que estaba puesto lo que pasó entre Pilato y Cristo, lleno todo de mentiras y falsedad á propósito de hacer odioso aquel santo nombre. Verdad es que poco antes de su muerte revocó todos estos edictos no tanto de su voluntad, como por miedo de Constantino, cuyo poder de cada dia se adelantaba mas, y asimismo de Licinio que poco antes le venciera en cierta batalla. Falleció pues este emperador: Licinio, dudó el propósito que antes tenia, comenzó á declararse contra la Religion Cristiana. Tomó la mano Constantino: vinieron á batalla en Hungria primero, y despues en Bithynia: entrambas veces fue vencido Licinio, y en la primera á ruegos de su mujer Constancia no solo le perdonó, sino que le conservó en la autoridad que tenía; mas la segunda vez que le venció, por la misma causa de su hermana le dejó la vida, pero redújole á estado de hombre particular, y sin embargo porque trataba de rebelarse el tiempo adelante se la hizo quitar. Fue de juicio tan estravagante que decia que las letras eran veneno público; y no era maravilla, pues las ignoraba de tal



La testudo ó tortuga militar de los romanos.

suerte que aun no sabia firmar su nombre. En la persecucion que levantó contra la Iglesia, entre otros padecieron en Sebastia los Santos cuarenta mártires muy conocidos por su valor, y por una homilía que hizo San Basilio en su festividad.

Por esta manera los movimientos así bien los de dentro, como los de fuera del Imperio, se sosegaron y todo el mundo se redujo á una cabeza, tan favorable á nuestras cosas, que la Religion Cristiana de cada dia florecia mas y se adelantaba. Bautizóse el emperador Constantino en Roma juntamente con su hijo Crispo, y por virtud del santo bautismo fue librado de la lepra que padecia, segun que muy graves autores testifican lo uno y lo otro. En particular de haberse Constantino bautizado en Roma da muestra un hermoso baptisterio que está en San Juan de Letrau de obra muy prima, adornado y rodeado de columnas de pórfido asaz grandes. Luego que se bautizó, comenzó con mayor fervor á ennoblecer la religion que tomara, edificar templos por todas partes, hacer leyes muy santas, convidar á todos para que siguiesen su ejemplo.

Grande fue el aumento que con estas cosas recibia la Iglesia cristiana; pero esta luz poco despues se anubló en gran parte con una porfía muy fuera de sazon, con que Arrio, presbítero alejandrino, pretendia persuadir que el Hijo de Dios, el Verbo eterno, no eran igual á su Padre. Este fue el principio y la cabeza de la herejía y secta muy famosa de los arrianos. Tuvo Arrio por maestro, aunque no en este disparate, al santo mártir Luciano, y fue condiscípulo de los dos Eusebios Nicomediense y Cesariense sus grandes allegados y defensores. La ocasion principal de despeñarse fue la ambicion, mal casi incurable, y sentir mucho que despues de la muerte de San Pedro obispo de Alejandría pusiesen en su lugar á Alejandro

sin hacer caso dél. Deste principio casi por todo el mundo se dividieron los cristianos en dos parcialidades, y con la discordia parecia estaba todo á punto de perderse, ca la nueva opinion agradaba á muchos varones claros por erudicion, así obispos como particulares, que no daban orejas ni recibian las amonestaciones de los que mejor sentian.

Estas diferencias pusieron en grande cuidado al emperador, como era razon. Acordó para concertar aquellos debates enviar á Alejandría á Osio obispo de Córdoba, varon de los mas señalados en letras, prudencia y autoridad de aquellos tiempos, y aun en el código de Theodosio hay una ley de Constantino enderezada á Osio sobre estas diferencias. Trató él con mucha diligencia lo que le era encomendado, y para componer aquellas alteraciones se dice fue el primero que inventó los nombres de Ousia, que quiere decir esencia, y de Hipostasis, que quiere decir supuesto ó persona. No bastó ningun medio para doblegar al pérfido Arrio, por donde fue echado de Alejandría y condenado al destierro en que brevemente falleció. Quedó otro de su mismo nombre como heredero de su impiedad, y cabeza de aquella secta malvada. Cundia el mal de cada dia mas, por donde se resolvió el emperador de acudir al postrer remedio que era juntar un concilio general. Señaló el emperador para tener el concilio á Nicea, ciudad de Bithynia; y por su mandado concurrieron trescientos y diez y ocho obispos de todas las partes del mundo, dado que en este número no todos concuerdan. Acudieron asimismo el segundo Arrio y sus secuaces para dar razon de sí. Todos estos y sus errores fueron por el concilio reprobados.

Depusieron otrosí de su obispado á Melecio, porque con demasiado celo reprehendia la facilidad de que Pedro obispo de Alejandría usaba en reconciliar y recibir á penitencia á los que se habian apartado de la fé; y con este su celo tenia alteradas las iglesias de Egipto y puesta division entre los cristianos. Andaban grandes diferencias sobre el dia en que se debia celebrar la Pascua de Resurreccion: dióse en esto el órden conveniente y traza que se guardase en todo el mundo. Estaba en el Oriente relajada la disciplina eclesiástica, en particular acerca de la castidad de las personas eclesiásticas. Era dificultoso reducillas á lo que antiguamente se guardaba. Por esta causa los padres conforme al consejo de Pafnucio vinieron en permitirles que no dejasen á sus mujeres. Demas desto se mandó, so pena de muerte, que ninguno tuviese los libros de Arrio, sino que todos los quemasen. Hay quien diga que la manera de contar por indicciones se inventó en este concilio, y que se tomó principio del año que se contaba trescientos y trece de nuestra salvacion, á causa que en aquel año fue al emperador Constantino mostrada en el cielo la señal de la cruz. Hallóse presente en este concilio el gran Osio, quien dicen que tambien presidió en él en lugar de Silvestro papa, y en compañía de los presbíteros Vito y Vincencio, que para este efecto fueron desde Roma enviados.

Al mismo tiempo que esto pasaba en el Oriente ó poco despues, en España se celebró el concilio Illiberritano (1) así dicho de la ciudad de Illeberris, que estuvo en otro tiempo asentada en aquella parte de la Bética donde hoy está Granada, como se entiende por una puerta de aquella ciudad que se llama la puerta

(1) No se sabe fijamente el año en que se celebró este famoso concilio nacional de España, que las diversas opiniones vienen á colocar entre el 256 y el 330. Asistieron á él San Valerio, obispo de Zaragoza, y el famoso Osio de Córdoba, con otros de la provincia Cartaginense y de la Lusitania. El primero que firma es Felix, obispo de Acci, que quizás presidia por ser el mas antiguo, el segundo Osio, Sabino obispo de Sevilla, Melantho de Toledo, San Valerio de Zaragoza, y Liberio de Mérida ademas otros veinte y cuatro, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. En un manuscrito muy antiguo se lee que asistieron cuarenta y tres obispos, veinte y seis presbíteros que se sentaron con los obispos, y los diáconos y el pueblo estuvieron de pie. Este concilio, que ha sido tan célebre por la severidad de la disciplina, hizo ochenta y un cánones contra la relajacion de los cristianos y su caida en la idolatría. Pondremos aquí los mas notables para que pueda formarse juicio de la época:

Priva de la comunion á los sacerdotes de los falsos dioses que convertidos á la fé y recibido el bautismo, sacrifican por sí ó por otros á los ídolos, ó cometen homicidio y adulterio.

Impone siete años de penitencia á la mujer que ha castigado á su sierva con tanto rigor que muere á los tres dias si lo ha hecho con ánimo de matarla, y si no ha sido con esta intencion, le impone solo cinco años de penitencia; pero si la sierva muere pasados tres dias de haber recibido los golpes, se le descarga de esta penitencia.

Ordena que no se conceda la absolucion, aun en el artículo de la muerte, al que, habiendo estado puesto en penitencia por el crímen de adulterio, recae en él.

Condena á la misma pena á las mujeres que, habiendo dejado á sus maridos sin causa, se casan con otros.

Declara que la mujer que ha dejado á su marido por causa de adulterio no puede casarse con otro, y que si lo hace no debe ser admitida á la comunion hasta la muerte de su primer marido, á no ser que el peligro de la enfermedad obligue á concederle la absolucion.

Permite bautizar á los maridos que han dejado á sus mujeres, y á las mujeres que han dejado á sus maridos el tiempo del catecumenado, aunque se hayan vuelto á casar con otros; mas si una mujer fiel se casa con un hombre que ha dejado á su mujer sin causa, ordena que no se le dé la comunion aun en el artículo de la muerte.

Priva de la comunion aun en el artículo de la muerte á las que prostituyen sus hijas.

Condena á la misma pena á las vírgenes que, despues de haberse consagrado á Dios, pasan su vida en el libertinage; pero las que hacen penitencia de su pecado, como manifiestan por su arrepentimiento que han caido en el pecado por flaqueza, les concede la absolucion en el artículo de la muerte.

Ordena que las doncellas que han perdido la virginidad, si se casan con el que las ha desflorado, sean admitidas á la comunion al cabo de un año, sin obligarlas á hacer penitencia, *es á saber pública;* mas si cometen el pecado con otros hombres, se les impondrá cinco años de penitencia.

Prohibe á los fieles casar sus hijas con los paganos, y priva de la comunion por cinco años á los que lo hicieren, lo mismo que respecto de los judíos y herejes.

Prohibe á los sacerdotes, diáconos y obispos que vayan á las ferias para comerciar abandonando sus iglesias, pero se les permite que comercien en su provincia y que envien sus hijos, sus amigos ó sus criados para negociar fuera del pais.

Priva de la comunion aun en el artículo de la muerte á los presbíteros, diáconos y á los obispos que caen en el adulterio.

Ordena que, si se descubre que algun eclesiástico comete la usura, sea degradado y separado del oficio; mas que, si un lego cae en este pecado, y promete corregirse, se le perdone; pero que, si recae, sea arrojado de la Iglesia.

Permite á los obispos y eclesiásticos tener en su compañía sus hermanas ó vírgenes consagradas á Dios, con prohibicion espresa de tener mujeres estrañas.

Prohibe á los obispos recibir regalos de los que no están en la comunion de la Iglesia.

Prohibe dar el subdiaconado á los que en su juventud han cometido adulterio para que no lleguen á un grado mas elevado, y manda degradar á los que así hubieron sido ordenados.

Manda á los obispos, presbíteros, diáconos y á todos los clérigos que están en el servicio, que se abstengan de sus mujeres so pena de ser privados del honor de la clericatura.

Es notable el 36 que dice así: «No queremos que se pongan pinturas en las iglesias, porque no se pinte sobre los muros el objeto de nuestro culto y de nuestras adoraciones.»

Ordena que si un fiel que teniendo una mujer legítima ha cometido muchos adulterios, cae enfermo, y promete de no caer mas en este pecado, no se le niegue la comunion; mas que si despues de haber curado vuelve á caer en su pecado no se le conceda jamas.

Ordena que los que reciban el bautismo no pongan dinero en los platos como se tenia de costumbre, para que no parezca que el sacerdote da por dinero lo que ha recibido gra-

de Elvira, y un recuesto por allí cerca del mismo nombre; porque los que sienten que este concilio se juntó á las haldas de los Pirineos en Colibre, pueblo que antiguamente se llamó Eliberis, no van atinados, como se entiende por los nombres destas ciudades que todavía son diferentes, y porque ningun obispo de la Gallia y de las ciudades á la tal ciudad comarcanas de España se halló en aquel concilio. Solo se nombran los prelados que caian cerca de Andalucía, fuera de Valerio obispo de Zaragoza que firma en el sesto lugar, y en el seteno Melancio obispo de Toledo.

Es este concilio uno de los mas antiguos, y en que se contienen cosas muy notables. Lo primero se hace mencion de vírgenes consagradas á Dios. Dispensan en los ayunos de los meses julio y agosto: costumbre recibida en Francia, pero no en España en que los grandes calores parecia mas necesaria. Vedan á las mujeres casadas escribir ó recibir cartas sin que sus maridos lo sepan. Mandan no se pinten imágenes en las paredes de los templos; y esto á causa que no quedasen feas cuando se descostrase la pared. Hay tambien en este concilio mencion de metropolitanos, que antes se llamaban obispos de la primera silla. Ultimamente, segun que algunos se persuaden, en este concilio y por mandado de Constantino se señalaron los aledaños á cada uno de los obispados, y por metropolitanos á los prelados de Toledo, Tarragona, Braga, Merida y Sevilla. Pero desto no hay bastante certidumbre; y sin embargo, la division de las diócesis que dicen hizo el emperador Constantino, se pondrá en otro lugar mas á propósito, por las mismas palabras del moro Rasis historiador antiguo y grave. Lo mas cierto es que en tiempo del rey Wamba y por su mandado se hizo la distribucion de los arzobispados y á cada uno se señalaron sus obispos sufragáneos.

Fuera de todo esto es cosa averiguada que, como en las demas provincias, así bien en España se trocó grandemente la manera del gobierno. Fue así que Constantino en la Thracia reedificó á Byzancio, ciudad que los años pasados destruyó el emperador Septimio Severo, como queda en su lugar apuntado. Llamóla de su nombre Constantinopla, y para mas autorizarla, trasladó á ella la silla del imperio romano: yerro gravísimo, como con el tiempo se entendió claramente; que con la abundancia de los regalos, y conforme á la calidad de aquel cielo y aires, los emperadores adelante se afeminaron, y se enflaqueció el vigor velicoso de los romanos, y al fin se vinieron á perder. Para escusar los escesivos gastos que se hacian y aliviar las inmensas cargas de los vasallos, reformó quince legiones que tenian repartidas por las riberas del Rhin y del Danubio, para enfrenar las entradas de aquellas gentes bárbaras y fieras. Junto con esto; en lugar de un prefecto, del Pretorio hizo que de allí adelante hobiese cuatro con suprema autoridad y mando en guerra y en paz: á los dos encargó las provincias de Levante, los otros dos gobernaban las del Poniente: de tal manera que lo de Italia estaba á cargo del uno, el otro gobernaba la Gallia y la España; pero de tal forma, que él hacia su residencia en la Gallia, y en España tenia puesto un vicario suyo. Todos los que tenian pleitos, podian de los presidentes y gobernadores de las provincias, hacer recurso y apelar á los prefectos. Demas destos habia condes que tenian autoridad sobre los soldados, maestro de escuela, á cuyo cargo estaba la provision de los mantenimientos, sin otros nombres de oficios y magistrados que se introdujeron de nuevo y no se refieren en este lugar: basta avisar que la forma del gobierno se trocó en grande manera.

Concluidas, pues, estas y otras muchas cosas, falleció el gran emperador Constantino el año de nuestra salvacion de 337. Gobernó la república por espacio de treinta años, nueve meses y veinte y siete dias. Tuvo dos mujeres, la primera se llamó Minervina, madre que fue de Crispo, al cual y á Fausta su

tuitamente; y manda que los sacerdotes y eclesiásticos no laven los pies de los bautizados.

Pronuncia anatema contra los que publican libelos infamatorios.

Quiere que una persona escomulgada, no pueda ser recibida sino por el obispo que la ha escomulgado, y prohibe á todos los otros de recibirla á la comunion sin su consentimiento.

Manda separar de la comunion de la Iglesia á los padres que han violado la fé de los espunsales, á menos que alguno de los esposos ó los dos juntos sean culpables de algunos crímenes, porque en este caso los padres están libres.

Prohibe honrar como mártires los que han sido muertos abatiendo públicamente los ídolos, porque el Evangelio no manda que esto se haga, y no se lee que haya sido practicado por los Apóstoles.

Impone cinco años de penitencia al que, muerta su mujer, se case con alguna hermana de ella, á menos que la estremidad de la enfermedad obligue antes á darle la paz.

Ordena que si un carretero, *es á saber de los que corren con los carros en el circo*, ó un cómico, quieren hacerse cristianos, no se les reciba sin que primero renuncien á su oficio.

Priva de la comunion aun en el artículo de la muerte á las mujeres que en ausencia de sus maridos han cometido adulterio y han quitado la vida al fruto de su crimen.

Impone la misma pena á las que han pasado toda la vida en el crimen de adulterio; mas concede la comunion despues de diez años de penitencia á las que antes de caer enfermas dejan aquel con quien pecaban.

Priva de la comunion aun en el artículo de la muerte al clérigo que, sabiendo que su mujer comete adulterio, no se separa de ella, porque no parezca que los que deben dar ejemplo de una vida honesta y arreglada enseñen á los otros el libertinage.

Ordena que no se reciba á la comunion aun en el artículo de la muerte al que se habrá casado con su entenada por el incesto que ha cometido.

Prohibe, so pena de ser separadas de la comunion de la Iglesia, á las mujeres fieles ó catecúmenas de tener en su servicio farsantes ó cómicos.

Prescribe que se dilate el bautismo hasta el artículo de la muerte á una catecúmena que despues de haber tenido un hijo de su pecado le ha dado la muerte.

Impone cinco años de penitencia á los que solo han caido una vez en el pecado de adulterio, permitiendo reconciliarles antes si se ponen en peligro de muerte por el rigor de la enfermedad.

Ordena que si una mujer comete adulterio de consentimiento de su marido, debe ser este privado de la comunion aun en el artículo de la muerte; mas si le repudia, se le recibirá despues de diez años de penitencia.

Manda que no se dé la comunion aun en el artículo de la muerte á los que han cometido el crimen infame, *es á saber de Sodomía*.

Prescribe que si una viuda cae en el pecado, y despues se casa con aquel con quien cometió el crimen, será admitida á la comunion despues de cinco años de penitencia: mas si lo deja para casarse con otro, no tendrá la reconciliacion aun en la muerte; y si aquel con quien se casa es fiel, será puesto diez años en penitencia.

Prescribe que si un fiel es delator y hace proscribir ó quitar la vida á alguno, no recibirá la comunion aun en el artículo de la muerte; pero si la delacion es de poca consecuencia hará cinco años de penitencia.

Ordena que se castigue al testigo falso á proporcion de la gravedad del delito sobre el cual ha dado testimonio: si el crimen no es digno de muerte, y prueba que ha dado aquel testimonio con repugnancia y que ha estado mucho tiempo sin querer decir nada, hará dos años de penitencia; pero si no prueba que ha sido precisado á dar este falso testimonio, no será recibido á la comunion sino despues de cinco años de penitencia.

Manda que se separe de la comunion á los fieles que hacen profesion de jugar á los juegos de azar; pero que si dejan esta costumbre, se les podrá admitir al cabo de un año.

Prohibe á las mujeres fieles escribir á los laicos en nombre suyo, ni recibir cartas de ellos aunque sean cristianos. Véanse en la *Coleccion general de los Concilios de España* del cardenal Aguirre los demas cánones del celebre concilio Illiberritano, mirados con el mayor respeto en la antigüedad.

segunda mujer, que fue hija del emperador Maximiano, dió la muerte, al hijo porque le achacó su madrastra que intentó de forzalla, á ella porque se descubrió que aquella acusacion y calumnia fue falsa. Estas dos muertes dieron ocasion á muchos para reprehender y calumniar la vida y costumbres deste gran monarca. Demas que entre los cristianos se tuvo por entendido, que por haber al fin de su vida favorecido á Arrio y perseguido al gran Athanasio se apartó de la fé católica, tanto, que no falta quien diga que en lo postrero de su edad se dejó bautizar en Nicomedia por Eusebio, obispo de aquella ciudad, gran favorecedor de los arrianos, y que dilató tanto tiempo el bautizarse por deseo que tenia, á ejemplo de Cristo de hacello en el rio Jordan: todo lo cual es falso, y la verdad que la semejanza de los nombres Constancio y Constantino engañó á muchos para que atribuyesen al padre lo que sucedió al hijo, el emperador Constancio; principalmente hizo errar á muchos el testimonio de Eusebio Cesariense, porque con deseo de ennoblecer la secta de Arrio con estas fábulas dió ocasion á los demas de engañarse. En fin, por esta causa la Iglesia latina nunca ha querido poner á Constantino en el número de los santos, ni hacelle fiesta como sus grandes virtudes y méritos lo pedian, y aun el ejemplo de la Iglesia griega convidaba á ello, que le tiene puesto en su calendario á veinte dias del mes de abril y su imágen en los altares.

CAPITULO XVII.

De los hijos del Gran Constantino.

Dejó Constantino de Fausta, su segunda mujer, tres hijos, es á saber Constantino, Constancio y Constante: á todos tres en su vida nombró en diversos tiempos por Césares, y á la muerte repartió entre los mismos el imperio en esta manera. A Constantino, que era el mayor, encargó lo de Poniente pasadas las Alpes: lo de Levante á Constancio, el hijo mediano: al mas pequeño, que era Constante, mandó las provincias de Italia, de Africa y de la Esclavonia. Así lo dejó dispuesto en su testamento y postrimera voluntad: señaló otrosí por césar en el Oriente á Dalmacio primo hermano de los emperadores: pero en breve en cierto alboroto de soldados, le hizo matar Constancio dentro del primer año de su imperio: Parecia mas altivo de lo que era razon, y al fin perro muerto no muerde. Constantino el mayor de los tres hermanos, el tercer año despues de la muerte de su padre, fue muerto cerca de Aquileya por engaño de sus enemigos, hasta do llegó en busca de Constante su hermano con intento de despojarle del imperio por pretender que todo era suyo, y que en la particion de las provincias le hicieron agravio. Hay quien diga que Constantino siguió la parte de Arrio; pero hace en contrario que á su persuasion principalmente Constancio su hermano, alzó á Athanasio el destierro á que le tenia condenado, y enviado á la Gallia su padre. Verdad es que poco adelante por la muerte del emperador Constantino y por miedo de Constancio, de nuevo se ausentó de su Iglesia. Pero el concilio Sardicense y el papa Julio Primero y el emperador Constante hicieron tanto, que Athanasio fue restituido á Alejandria, y Paulo á su iglesiá de Constantinopla, de donde por la misma causa andaba desterrado. Muchos prelados de España se hallaron en aquel concilio Sardicense; y el principal de todos Osio, obispo de Córdoba, y con él Aniano Castulonense, Costo César Augustano, Domicio Pacense ó de Beja, Florentino Emeritense, Pretextato Barcinonense.

Grande ayuda era para los católicos el emperador Constante, y grande falta les hizo con su muerte, que le avino yendo á España en la ciudad de Elna, que está en el condado de Ruysellon. Dióle la muerte Magnencio, que estaba alzado con la Gallia y con la España. Determinó Constancio de vengar la muerte de su hermano: señaló antes del partir por César en el Oriente á Gallo su primo. Marchaban los unos y los otros con intento de venir á las manos: juntáronse en Esclavonia; vinieron á batalla cerca de la ciudad de Murcio, que fue muy porfiada y dudosa; ca murieron de los enemigos veinte y cuatro mil hombres, y de los de Constancio treinta mil; y sin embargo, ganó la jornada, si bien las fuerzas del imperio con esta carnicería quedaron muy flacas. El tirano, perdida la batalla, se huyó á Leon de Francia. Allí él y Decencio su hermano, que habia nombrado por César, por no tener esperanza de defenderse, se mataron con sus manos. Con esta victoria todas las provincias del imperio se redujeron á la obediencia de un monarca, á la sazon que en Sirmio, ciudad de la Esclavonia, se celebró un concilio contra Photino, obispo de aquella ciudad, que negaba la divinidad de Cristo, Hijo de Dios. En este concilio se escribieron dos confesiones de la fé: entrambas con intento de sosegar las diferencias, mandaron que no se usase la palabra Homousion ó consubstancial. La tercera que anda vulgarmente, compuso un Marco, obispo de Arethusa, hombre arriano.

Hallóse en este concilio, como en los pasados, Osio, obispo de Córdoba. Dícese que aprobó aquellas fórmulas de fé, y por esta causa puso mácula en su fama y en sus venerables canas. Parece le doblegó el miedo de los tormentos con que le amenazaban los arrianos, y que estimó en mas de lo que fuera justo, los pocos años de vida que por ser muy viejo le quedaban. Demas desto por mandado de Constancio, que iba de camino para Roma, se juntó un concilio en Milan: en él pretendian que Athanasio, que andaba desterrado de nuevo despues de la muerte de Constante, fuese por los obispos condenado. Sintieron esto Paulino obispo de Tréveris, Dionisio obispo de Milan, Eusebio obispo de Vercellis, Lucífero obispo de Caller en Cerdeña. Concertáronse entre sí, y como eran tan católicos, desbarataron aquel conciliábulo: mas fueron ellos entonces desterrados de sus iglesias, y poco despues en Roma el mismo Constancio echó de aquella ciudad al santo papa Liberio, y puso en su lugar otro por nombre Feliz. Demas desto, á instancia del mismo emperador, se juntaron en Arimino, ciudad de la Romaña, sobre cuatrocientos prelados. Fue este concilio muy infame, porque en él engañados los obispos católicos por dos obispos arrianos Valente y Ursacio, hombres astutos, de malas mañas, y que tenian gran cabida con Constancio, decretaron á ejemplo del concilio Sirmiense, que en adelante nadie usase de aquella palabra Homousion, ni dijese que el Hijo es consubstancial al Padre. El color que se tomó fue que con esto se acabarian y sosegarian, las diferencias que ocasionaba aquella palabra, sin que por esto se apartasen del sentido y doctrina de la verdad. Descubrióse luego la trama, porque los arrianos no quisieron venir en que aquella su secta fuese anatematizada. Sintieron los católicos el engaño, y todo el mundo gimió de verse de repente hecho arriano, que son las mismas palabras de San Gerónimo: juntárónse poco despues ciento y sesenta y seis obispos en Seleucia, ciudad de Isauria, y quitada solamente la palabra Homousion, decretaron que todo lo demas del concilio Niceno se guardase y estuviese en pie. Todos eran medios para contentar á los herejes, traza que nunca sale bien.

Volvamos á nuestro Osio, del cual escriben que, vuelto á España despues de tantos trabajos, supo que Potamio obispo de Lisboa, era arriano: dió en perseguirle. Mandóle el emperador por esta causa ir á Italia á dar razon de sí al mismo tiempo que los engaños del concilio Ariminense, se tramaban, á los cuales dicen dió consentimiento ó de miedo, ó por estar caduco. Tornó á España, donde porque Gregorio obispo de Illeberris le descomulgó, le denunció y hizo perecer

en Córdoba delante Clementino Vicario. Tratábase el pleito y Osio apretaba á su contrario, cuando en presencia del juez de repente se le torció la boca y sin sentido cayó en tierra. Tomáronle los suyos en brazos, y llevado á su casa, en breve rindió el alma sin arrepentimiento de su pecado: miserable ejemplo de la flaqueza humana, de los truecos y mudanzas del mundo. Bien sé que algunos modernos tienen este cuento por falso, y tachan el testimonio de Marcellino Presbítero, de quien San Isidoro en varones ilustres tomó lo que queda dicho; pero á mí mucha fuerza me hace lo que dice San Hilario de Osio, que amó demasiadamente su sepulcro, esto es su vida, para entender que al fin della se mostró flaco; y sin embargo, cada uno podrá sentir lo que le pareciere en esta parte, y escusar si quisiere á este gran varon.

Grandes eran los trabajos en esta sazon, grande la turbacion de la Iglesia. Las cosas del imperio no estaban en mucho mejor estado: en particular los alemanes habian rompido por Francia, y con las armas traian muy alterada aquella provincia. Era el emperador, de mas de otras faltas que tenia, naturalmente sospechoso: daba orejas y entrada á malsines, grande peste de las casas reales: por esta causa los años pasados en el Oriente diera la muerte á su primo Gallo; y sin embargo, para acudir á la guerra de los persas y para sosegar lo de la Gallia, sacó á Juliano hermano de Gallo de un monasterio en que estaba (1): nombróle por César, y para mas asegurarse dél casóle con su hermana Elena. Despachóle para la Gallia, y él se apercibió para hacer la guerra á los persas. En este tiempo Athanasio por miedo que no le matasen, se ausentó de nuevo y estuvo escondido hasta la muerte del emperador Constancio, que sucedió en esta manera. Fue la guerra de los persas desgraciada, y tuvo algunos reveses con que el emperador quedó disgustado. A la misma sazon los soldados de la Gallia, muy pagados del ingenio de Juliano, le saludaron dentro de París por emperador: sintió esto mucho Constancio, determinó ir contra él; pero atajóle la muerte, que le sobrevino en Antiochía, donde se hizo bautizar á la manera de los arrianos por haber hasta entonces dilatado el bautismo ó por ventura se rebaptizó, cosa que tambien acostumbraban los arrianos. Hecho esto, falleció á tres de noviembre año del Señor de 361. Tuvo el imperio veinte y cinco años, cinco meses y cinco dias.

En España por este tiempo ciertos pajes al anochecer metieron lumbre diciendo: venzamos, venzamos; de donde se puede sospechar ha quedado en España la costumbre de saludarse cuando de noche traen luz. Hallóse allí un romano; entendió que aquellas palabras de los pajes querian decir otra cosa, puso mano á la espada, degolló al huésped y á toda su familia: que fue cosa notable, referido por Amiano Marcellino, sin señalar otras circunstancias.

Fue deste tiempo Clemente Prudencio, natural de Calahorra: de la milicia y del oficio de abogado en que se ejercitó mas mozo; con la edad poeta muy señalado, y famoso por los sagrados versos en que cantó con mucha elegancia los loores de los santos mártires (2) Hay quien diga, es á saber, Máximo, que el padre de Prudencio fue de Zaragoza, y su madre de Calahorra; que pudo ser la causa porque en sus himnos á la una ciudad y á la otra la llama nostra, si bien era natural de Zaragoza, como este mismo autor y otros mas modernos así lo sienten, y debe ser lo mas cierto. Juvenco, presbítero español y mas viejo que Prudencio, escribia en versos heróicos la vida y obras de Cristo, Paciano óbispo de Barcelona, ejercitaba el estilo contra los novacianos; cuyo hijo fue Dextro, aquel á quien San Gerónimo dedicó el libro de los escritores eclesiásticos. Un cronicon anda en nombre de Dextro, no se sabe si verdadero, si impuesto. Buenas cosas tiene; otras desdicen (3).

CAPITULO XVIII.

De los emperadores Juliano y Joviano.

No dejó el emperador Constancio hijo alguno: por esto al que perseguia en vida, nombró en su testamento por su sucesor, que fue á Juliano su primo, varon de aventajadas partes y erudicion, y que se pudiera comparar con los mejores emperadores, si hasta el fin de la vida se mantuviera en la verdadera religion, y no se dejara pervertir de Libanio su maestro; de que vino á tanto daño, que desamparó la Religion Cristiana, y comunmente le llamaron Apóstata. Luego que se encargó del imperio, para grangear las voluntades de todos les dió libertad de vivir como quisiesen y seguir la religion que á cada cual mas agradase. Alzó el destierro á los católicos, escepto Athanasio, al cual: porque despues de la muerte de Constancio volvió á su iglesia, mandó prender, y para escapar le forzó á esconderse de nuevo. A los judios dió licencia para reedificar el templo de Jerusalen: comenzóse la obra con grande fervor; pero al abrir de las zanjas salió tal fuego, que los forzó á desistir y alzar mano de aquella empresa. A los gentiles permitió acudir á los templos de los dioses que estaban cerrados desde el tiempo del gran Constantino, y hacer en ellos sus sacrificios y ceremonias.

Aborrecia de corazon á los cristianos; pero acordó de hacelles la guerra mas con maña que con fuerza, ca mandó no fuesen admitidos á las honras y magistrados: que sus hijos no pudiesen aprender, ni fuesen enseñados en las escuelas de los griegos; que fue ocasion para despertar los ingenios de muchos cristianos á escribir obras muy elegantes en prosa y en verso, en especial á los dos Apollinarios padre y hijo, personas muy eruditas.

Conforme á estos principios fue el fin deste emperador. Emprendió la guerra contra los persas: sucedióle bien al principio, mas pasó tan adelante, que todo su ejército estuvo á punto de perderse, y él mismo fue muerto: quién dice con una saeta arrojada, acaso por los suyos ó por los contrarios, quién que el mártir Mercurio le hirió con una lanza, que decian á la sazon se halló en su sepulcro bañada en sangre. Lo cierto es que murió por voluntad de Dios, que quiso desta manera vengar, librar y alegrar á los cristianos. Vivió treinta y dos años: imperó un año, siete meses y veinte y siete dias.

Con la muerte de Juliano todo el ejército acudió con el imperio á Flavio Joviano, hombre de aventajadas partes en todo: no quiso aceptar al principio, decia que era cristiano, y por tanto no le era lícito ser emperador de los que no lo eran; pero como quier que todos á una voz confesasen ser cristianos, condescendió con ellos. Recibido el imperio, hizo asiento con los persas, si no aventajado, á lo menos necesario para librar á sí y á su ejército, que se hallaba en grande apretura por la locura de Juliano. Restituyó á los cristianos las honras y dignidades que solian tener, á las iglesias sus rentas; alzó el destierro á Athanasio y á los demas católicos que andaban fuera de sus casas. Con esto una nueva luz resplandecia en el mundo sosegadas las tempestades, y todo se encaminaba á mucho bien: felicidad de que no merecie-

(1) De donde lo sacó fue de Atenas, donde estaba desterrado, llevándole á Milan para hacerle César.

(2) En los poemas de este aragonés hay algunos himnos de mucho gusto y delicadeza, como es el de los Santos Inocentes que empiezan: *Salvete flores Martyrum.*

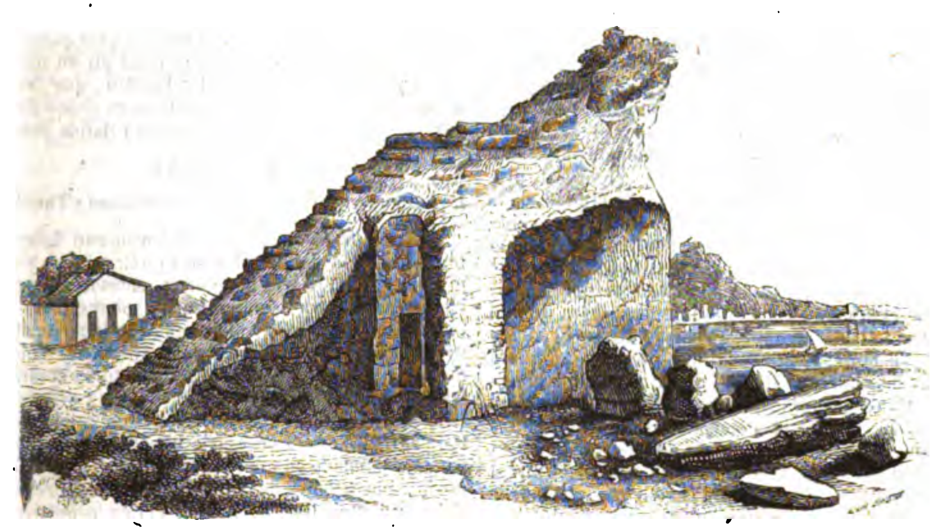
(3) Julio Flavio Dextro fue prefecto del pretorio en tiempo de Theodosio el Grande, y tan ilustre por sus virtudes como por las letras. El cronicon que se le atribuye es supuesto, segun lo han probado el marqués de Mondejar, Nicolás Antonio, el cardenal Aguirre, y otros muchos eruditos.

ron los hombres por sus pecados gozar mucho tiempo, porque yendo á Roma, en los confines de Galacia y de Bithinia, murió ahogado: la ocasion fue un brasero que le dejaron encendido donde dormia, y el aposento que estaba blanqueado de nuevo, que fueron dos daños. Tenia edad de cuarenta años: imperó siete meses y veinte y dos dias. Hizo una ley en que puso pena de muerte al que intentase agraviar á alguna vírgen consagrada á Dios, aunque fuese con color de matrimonio y de casarse con ella.

CAPITULO XIX.

De los emperadores Valentiniano y Valente.

En lugar de Joviano sucedió Flavio Valentiniano, húngaro de nacion: su padre se llamó Graciano. Ejercitóse en oficio de cabestrero; pero por sus fuerzas y prudencia pasó por todos los grados de la milicia á ser prefecto del pretorio. Eligiéronle los soldados por emperador: fue muy aficionado á la Religion Cristiana, como lo mostró en tiempo del emperador Juliano, cuando por no consentir en dejar la ley de Cristo, y haber dado en su presencia una bofetada á un sacristan gentil porque le roció con el agua lustral de los ídolos, dejó el cíngulo, que era tanto como renunciar el oficio y honra de soldado. Nombró luego que le eligieron por su compañero en el Oriente á Valente su hermano, y él se partió para Italia, donde con celo de la religion sosegó la ciudad de Roma que estaba alborotada sobre la eleccion del pontífice. Fue así que muerto el papa Liberio, los votos de los electores no se concertaron: algunos arrebatadamente y con pasion nombraron en lugar del difunto á Ursino; pero la mayor parte y mas sana eligió á Dámaso, español de nacion (1): quién dice fue natural de Egita, que hoy se llama Guimaranes en Portugal, puesta



Ruinas del anfiteatro romano de Tarragona.

entre Duero y Miño, quién de Tarragona, quién de Madrid. Lo cierto es que fue español, y persona de grandes partes. Con esta division se encendió tan grande alboroto, que como lo cuenta Amiano Marcellino historiador gentil y de aquel tiempo, en solo un dia dentro de la iglesia de Siciuio fueron muertos ciento y treinta y siete hombres; y aun el mismo autor reprehende á los pontífices romanos de que andaban en coches, y sus convites sobrepujaban á los de los reyes.

Sosegóse, pues, esta tempestad con que el emperador envió á Ursino á Nápoles para ser allá obispo. Pero no desistió de su mal intento la parcialidad contraria, antes acusaron á Dámaso de adulterio, y le forzaron á juntar concilio de obispos para descargarse y defender su inocencia. Dió otrosi por ninguno el concilio Ariminense como juntado sin voluntad y aprobacion del pontífice romano. Depuso á Auxencio, obispo de Milan, por ser arriano. Ordenó que en los templos se cantasen los Salmos de David á coros, y por remate el verso *Gloria Patri*. Demás desto que al principio de la misa se dijese la confesion. Edificó en Roma dos templos, el uno de San Lorenzo, el otro de los apóstoles San Pedro y San Pablo á las Catacumbas en la via Ardentina, en que hizo sepultar á su madre y hermana. Tuvo mucha amistad con San Gerónimo, á quien semejaba mucho en los estudios y erudicion. Escribió una obra copiosa y elegante de las vidas de los pontífices romanos hasta su tiempo. Las vidas que hoy andan de los pontífices en nombre de Damaso son una recopilacion de aquella obra, por lo demás indignas de varon tan erudito y grave. Las provincias no estaban sosegadas, ca en el Oriente un deudo de Juliano llamado Procopio tomó nombre de emperador, y con esto alteró las voluntades de muchos. Acudió Valente contra él, vencióle en batalla en lo de Phrigia, y como al caido todos le faltan, su misma gente le entregó al vencedor.

Al mismo tiempo Valentiniano hacia prósperamen-

(1) Se cree comunmente que nació en España, aunque se ignora en qué pueblo. Gobernó la Iglesia con mucho celo: condenó á los arrianos, luciferianos, apolinaristas y melecianos; celebró varios concilios, y murió el año 384 á los 80 de su edad. Escribió varios opúsculos en verso, de los cuales se han observado algunos hasta nuestros dias. Otras obras se dan por suyas, que no lo son: las que se tienen por auténticas son sus dos cartas á San Gerónimo, que se hallan entre las de este doctor, otras dos á San Ascolo Thesalónica, que se hallan en la coleccion de Holstenio, una muy larga á Paulino de Antiochía, y otra á los orientales sobre Timotheo, discípulo de Apolinario, de las cuales Theodoreto copia unos trozos en su historia. Las de los concilios de Roma que se tuvieron en su tiempo tambien pueden reputarse suyas y algunas otras de que hablan los antiguos. Su estilo es vivo, puro y elegante. Aunque Dámaso era muy hábil en la Escritura y en las ciencias profanas, consultaba frecuentemente á San Gerónimo y le miraba como su maestro. La Iglesia de Oriente le reputaba como una de las principales lumbreras de la Iglesia de Occidente.

te la guerra á los alemanes y á los sajones, que es la primera vez que dellos se halla mencion en la historia romana. Demás desto adelante revolvió contra los godos y los echó de la Tracia, á los persas de la Suria: enfrenó á los escoceses, que hacian entradas por la isla de Bretaña, y á los sármatas, que corrian las Panonias. Hizo todas estas guerras parte por sí mismo, parte por sus capitanes. Fue notable emperador, si no ensuciara su fama con casarse en vida de Severa su primera mujer, con una doncella suya llamada Justina; y lo que fue peor, que una ley que permitia á todos casar con dos mujeres y tenellas. Demás desto dió libertad, segun lo refiere Marcellino, para que cada cual siguiese la religion que quisiese. Falleció en Bregecion, pueblo de Alemaña, do estaba ocupado en hacer guerra á los quados. Tuvo el imperio once años, ocho meses y veinte y dos dias. Cayó su muerte á diez y siete de noviembre año de 375. Dejó dos hijos, á Graciano de Severa, y á Valentiniano de Justina.

En esta sazon Valente en el Oriente trabajaba á los católicos de todas maneras. Dominica su mujer, y Eudoxo obispo de Constantinopla, que le bautizó á la manera de los arrianos, le sacaban de seso en tanto grado, que en la ciudad de Edessa estuvo determinado de hacer entrar los soldados en el templo de los católicos para desbaratar las juntas que allí hacian á celebrar los oficios divinos; pero apartóle deste propósito Modesto, gobernador de aquella ciudad, ca le avisó que á la fama de lo que se decia, mas gente que de ordinario estaba junta en el templo con tanta resolucion de padecer la muerte en la demanda, que hasta una mujer, aun no bien vestida por priesa, llevaba de la mano a un niño hijo suyo para que ni ella ni él faltasen en aquella ocasion de dar la vida y la sangre por la religion católica. Desistió con esto Valente de aquel su intento: desterró muchos sacerdotes, y entre los demás á Eusebio, obispo de Cesárea la de Capadocia, tan conocido por su valor y constancia, como el de Cesárea de Palestina por su erudicion y escritos. Al de Capadocia sucedió en aquel obispado el gran Basilio, que tuvo harto que hacer con Valente. Todo esto sucedió los años pasados.

Iamblico, maestro que fue de Proclo, tenia cabida con el emperador Valente. Este le enseñó cierta manera para escudriñar y saber el nombre del que le habia de suceder en el imperio, cosa que el emperador mucho deseaba. La traza era que escribian en el suelo todas las letras del alfabeto y abecé y en cada letra ponian un grano de trigo: soltaban un gallo, y mientras que el adivino barbotaba no sé qué palabras, las letras primeras de que el gallo tomaba los granos, entendian que significaban lo que pretendian saber. Llamábase esta adevinacion por el gallo. Usaban otrosí en lugar del gallo que uno, tapados los ojos con un puntero tocase las letras para el mismo efecto; que era todo vanidad y locura. Salieron, pues, con aquella traza estas letras THEOD: de que tomó ocasion el emperador Valente de perseguir y matar á todos aquellos cuyos nombres comenzaban por aquellas letras, como á los Theodatos, Theodoros y Theodulos. Entre los demás fue muerto Honorio Theodosio, español y natural de Itálica, del linaje del emperador Trajano. Habia sosegado este caballero ciertos movimientos de Africa, y por esto mereció ser maestro de caballería: recibió el santo bautismo al fin de su vida. No bastan las fuerzas humanas para contrastar á la voluntad de Dios: fue así que este notable varon de su mujer Termancia dejó dos hijos, al gran Theodosio y Honorio.

A la misma sazon rompieron por las provincias del imperio grandes gentes de godos, y por caudillos suyos Fridiegerno y Athanarico. Nació discordia entre los dos, como suele acontecer entre los que tienen igual mando: con esto Valente se pudo aprovechar de la una parte, y romperlos en una batalla que les dió. A los demás que seguian á Athanarico, tomado asiento con ellos, dió la Mesia en que poblasen, con condicion que se bautizasen: hiciéronlo, mas conforme á la manera de los arrianos, por el mismo tiempo que Ulfila obispo de aquellas gentes, inventó la letra gótica diferente de la latina, y tradujo en lengua de los godos los libros de la divina Escritura. No bastó esta confederacion ni la victoria ya dicha para que no se alterasen de nuevo, como gente brava y acostumbrada á las armas: metiéronse por la Thracia adelante; acudió contra ellos Valente, vinieron á batalla cerca de la ciudad de Adrianópoli: en ellas los romanos fueron vencidos, y el emperador muerto dentro de una choza donde se retiró: no se quiso rendir, pusiéronle fuego con que le quemaron vivo; que fue manera y género de muerte mas grave que la misma muerte. Sucedió esto cuatro años despues que falleció su hermano el emperador Valentiniano. No dejó Valente hijo alguno que le sucediese. Tenia bien merecido este desastre por lo mucho que persiguió á los católicos, y porque con loco atrevimiento no quiso esperar á su sobrino Graciano, que venia en su socorro. El caudillo destos godos era Fridigerno, que despues de vencido se rehiciera de gentes con deseo de vengar á sí y á los suyos de las injurias y daños pasados.

CAPITULO XX.

De los emperadores Graciano, Valentiniano y Theodosio.

Antes que el emperador Valentiniano falleciese, tenia señalado por César á su hijo Graciano, y en su muerte le dejó por su heredero y sucesor, lo cual se efectuó sin contradiccion alguna: solamente el ejército quiso que Flavio Valentiniano su hermano fuese su compañero en el imperio, y así se hizo, sin embargo que era de muy poca edad. Con la victoria contra Valente quedaron los godos tan insolentes y altivos, que todo el Oriente estaba en condicion de perderse. Para enfrenallos era necesario buscar algun caudillo, persona señalada en valor y prudencia. Tal era Theodosio, que despues de la muerte de su padre, retirado residia en Itálica su patria (1) en lo postrero de España. De allí, luego que fue llamado y se encargó de aquella empresa, reprimió la avilanteza de los godos y abajó su orgullo, que habia pasado tan adelante, que pusieron cerco á la misma ciudad de Constantinopla, cabeza entonces del mundo: en fin los acosó de manera, que á instancia de los mismos, tomó con ellos asiento y les dió tierras en que morasen. Para seguridad de lo concertado le entregaron á Athanarico, hijo y adelante sucesor de Fridigerno, para que estuviese en rehenes. Grande fue la honra que con esto ganó Theodosio, grande el contento del emperador Graciano: parecióle que en premio de aquel trabajo y para mas asegurar las cosas de Levante debia nombrar á Theodosio (2) como lo hizo por tercer emperador: persona además por su valor y prendas en que no tuvo par, muy religiosa, como se ve por la ley que estableció siendo Graciano la quinta vez, y Theodosio la primera cónsules; por la cual mandó que todos siguiesen la fe de Dámaso, pontífice romano, y de Pedro, obispo de Alejandría.

Tres años adelante, que fue el año de Cristo de 383, en que fueron cónsules Merobaude la segunda vez y Saturnino la primera, nombró Theodosio á diez y seis de enero por su compañero en el imperio á Arcadio, su hijo mayor. Avino que Amphilochio, obispo de Iconio en Licaonia, entró á visitar al empe-

(1) Otros, como Zosimo é Idacio, dicen que nació en la ciudad de Cauca en Galicia.

(2) Estos sucesos están dislocados en la narracion. Graciano nombró emperador á Theodosio el año 379 de la era cristiana, el cuarto de su imperio, y Theodosio derrotó á los godos el 380, el segundo de su imperio.

rador Theodosio: tenia á su lado asentado á su hijo y compañero en el imperio, el obispo de propósito hizo la mesura y reverencia debida á Theodosio, y no hizo caso de Arcadio. Preguntado la causa de aquel desacato ó descuido, respondió: «No te maravilles, oh »emperador, pues tu haces lo mismo con Dios: que »permites á los arrianos menosprecien á su hijo.» Celebróse otrosí á la misma sazon un concilio en Constantinopla, que entre los generales es el segundo: en él Theodosio por las facciones del rostro conoció á Melecio, obispo de Antiochía sin haberle jamás visto, solo porque en sueños le vió como le ponía la corona, en la cabeza. Estaba la ciudad de Constantinopla alterada y sin obispo á causa que Gregorio Nazianzeno, por la mala voluntad que algunos le tenian, dejara de su voluntad aquella iglesia. Dió el emperador órden que Nectario, que era senador y aun no bautizado, fuese elegido en obispo de aquella ciudad. Demás de esto condenaron en aquel concilio todas las herejías y en particular la de Macedonio, que fue obispo de Constantinopla, y sentia mal del Espíritu Santo diciendo que era criatura. El pontífice Dámaso aprobó todas las acciones y decretos deste concilio, en especial el Símbolo de la Fe, en que espresamente, segun que lo halló testificado en el concilio Forojuliense declararon que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Este Símbolo mandó Dámaso que en la misa se cantase en lugar del Niceno; que falleció el año siguiente despues que se celebró el dicho concilio. Pusieron en su lugar á Siricio: Próspero le llama Ursino, ca debió entender que el que pretendió el pontificado en competencia de Dámaso los años pasados, le sucedió despues de muerto.

Estaban levantadas la Gallia y la España á causa que Clemente Máximo, español de nacion, despues de haberse llamado emperador en Bretaña se apoderó de aquellas provincias. Partió contra él el emperador Graciano: vinieron á las manos cerca de París, quedó la victoria por el tirano, y Graciano cerca de Leon, donde se retiró despues de la rota, fue muerto por engaño de Andragacio. Imperó siete años, nueve meses y nueve dias despues de la muerte de su padre. No dejó hijo alguno, y fue el primero de los emperadores romanos que no quiso aceptar la estola pontifical, que como á pontífice de la superstición romana le ofrecian conforme á lo que entonces se usaba. Leta, mujer de Graciano, y Pisamena, su suegra vivieron en Roma, hasta que aquella ciudad fue destruida, en estado de reinas, que sustentaban con las rentas que el emperador Theodosio como hombre agradecido les señaló del público.

Por el mismo tiempo España se alteraba en lo que tocaba á la religion, á causa que Prisciliano avivaba las centellas que quedaron de los gnósticos desde el tiempo que Marco, discípulo de Basilides, como se tocó en su lugar, sembró en ella aquella mala semilla. Era Prisciliano hombre poderoso y noble, gallego de nacion: tenia muy buenas partes, velaba, sufria hambre y sed; pero tenia otros vicios con que todo lo afeaba: era soberbio y inquieto, y las letras humanas que tenia le hacian atrevido. Con estas y con otras mañas atrajo á su partido á dos obispos, cuyos nombres eran Instancio y Salviano. Hízoles rostro Idacio, obispo de Mérida á persuasion de Agidino, obispo asimismo de Córdoba. Con la esperanza destos y de otros semejantes se encanceró la llaga, que si se tratara con mas blandura, por ventura se pudiera sanar. Procedióse al último remedio, que fue citar á los herejes para que en una junta de obispos, que se tuvo en Zaragoza, fuesen oidos y diesen razon de sí. No comparecieron el dia señalado: por esta rebeldía los obispos Instancio y Salviano, y mas Elpidio y Prisciliano que eran seglares, fueron descomulgados, y con ellos Agidino obispo de Córdoba, que de enemigo de repente se pasara á su parte.

Dieron cuidado de notificar esta sentencia á Itacio, obispo sossubense, como se lee en Severo Sulpicio; pero ha de decir ossonobense, que es de Estombar en Portugal. San Isidoro solo dice que era obispo de las Españas, y Sigiberto que de Lamego. Lo que hace el caso que era hombre colérico y hablador: reprendia á los que ayunaban y se daban á la leccion de la Sagrada Escritura. Este Itacio y el sobredicho Idacio alcanzaron del emperador Graciano, que á la sazon era vivo, un edicto y provision en que mandaba que aquellos herejes fuesen echados de los templos y de las ciudades. Instancio y Salviano, y con ellos Prisciliano, que ya con el favor de sus parciales era obispo de Avila, acudieron á Roma á dar razon de sí; pero llegados allá no pudieron alcanzar audiencia del pontífice Dámaso. Dieron vuelta á Milan, do hallaron al emperador Graciano. No los quiso tampoco oir Ambrosio, que todos se ofendian y espantaban con la novedad de aquella doctrina. Con todo esto no desmayaron, antes sobornaron con dineros á Macedonio, maestro de oficios, y con su favor alcanzaron de Graciano revocacion de la primera provision, y que las iglesias fuesen vueltas á Prisciliano y á Instancio; que Salviano era muerto en Roma.

Con esto volvieron á España tan arrogantes, que pusieron demanda á Itacio y le acusaron de sedicioso. Mandóle prender el vicario Volvencio; pero él hizo recurso á Francia, dende, como Gregorio prefecto del Pretorio no le hiciese buena acogida, pasó á Tréveris para valerse de Clemente Máximo, que se nombraba emperador: con que hizo tanto, que el negocio de nuevo se cometió á un concilio de obispos que por su mandado se juntaron en Burdeos. Parecieron Prisciliano y Instancio: por sentencia de los obispos fue Instancio depuesto, Prisciliano apeló á Máximo; fuele otorgada la apelacion, por donde la causa de los herejes se devolvió á juicio de seglares que fue cosa muy nueva. Tratóse el pleito en Tréveris, y á instancia de Itacio, Prisciliano fue convencido de hechicero, y que con color de religion de noche hacia juntas torpes de hombres y mujeres; por donde fue condenado y muerto, y juntamente con el Felicísimo y Armenio; y tambien Latroniano, el cual se cuenta entre los poetas de aquel tiempo. Instancio que consintió la sentencia de los obispos, fue desterrado á una isla mas arriba de Ingalaterra. Reclamaba á todo esto San Martin, obispo Turonense, que acudió en persona á estos daños: decia que los herejes no debian ser muertos principalmente á instancia de los obispos: benignidad que debia ser á propósito de aquel tiempo; pero que la esperiencia y mayor conocimiento de las cosas ha declarado seria perjudicial para el nuestro.

Muerto Prisciliano no se sosegó aquel mal: trajeron los cuerpos de los justiciados á España, y aun sus discípulos los honraban como si fueran mártires: tenian por el juramento mas grave el que hacian por el nombre de Priscilinno. Por el contrario, Itacio y Idacio (Isidoro dice Usarcio en lugar de Idacio) fueron acusados por lo que habian hecho, y condenados en destierro. Los herejes, demás de la torpeza de su vida, confundian las personas divinas, apartaban los matrimonios, tenian por ilícito el comer carne, decian que las almas procedian de la divina esencia, y por siete cielos y ciertos ángeles bajaban como por gradas á la pelea desta vida, y daban en poder del príncipe de las tinieblas fabricador del mundo. Sujetaban los hombres al hado y á las estrellas, y enseñaban que sobre los miembros del cuerpo tienen dominio los doce signos del zodiaco, Aries sobre la cabeza, Taurus sobre la cerviz, Géminis sobre el pecho, y así de los demás.

Gobernaba la Iglesia despues de Dámaso el papa Siricio: escribió una epístola á Himerio obispo de Tarragona, en razon y respuesta de muchas cosas que

le habian preguntado (1) acerca del bautismo, del matrimonio, de las vírgenes y varones consagrados á Dios, de las sagradas órdenes. Manda la comunique con los obispos de la provincia Cartaginense, de la Bética y de Galicia. Tiene por data los cónsules Arcadio y Bauton, que fue el año de 385. Debió esta carta de ser estimada en mucho, pues en el concilio Toledano primero, sin nombrarla usan de sus mismas palabras; y Isidoro espresamente hace dellas mencion en los varones ilustres en Siricio. El año quinto despues de la eleccion del papa Siricio, Theodosio y Máximo cerca de Aquileya vinieron á las manos. Perdió el tirano la jornada, y poco despues fue preso y muerto. Con esto Valentiniano el menor, que de miedo habia huido á Levante, volvió á restituirse en el imperio de Occidente. El principio desta guerra fue muy bueno, y asi les ayudó Dios, porque siendo cónsules Theodosio la segunda vez y Cynegio la primera, á catorce de junio en Stobis, ciudad de Macedonia, establecieron por ley que los herejes no pudiesen hacer juntas, ni celebrar los misterios y la comunion fuera de la iglesia; y á veinte y siete de agosto el mismo año puntualmente, que fue el de 388, se ganó aquella tan señalada y tan importante victoria.

En todo esto el emperador Theodosio se mostró muy religioso; pero usó de grande crueldad con la ciudad de Thesalónica, donde porque en cierto alboroto los del pueblo mataron á Buterico, caudillo de gentes de guerra, y otros criados del emperador, en castigo hizo matar seis mil hombres de aquella gente. Supo esto Ambrosio obispo de Milan, do á la sazon se hallaba Theodosio: cerróle las puertas de la iglesia, descomulgóle, y reprehendiole severamente de lo hecho: mostróle el camino de aplacar á Dios, que era la penitencia: sufriólo todo Theodosio no con menor animo que con el que Ambrosio lo hizo. Volvióse á su casa, y al cabo de algunos meses, á persuasion de su privado Rufino, determinó de tornar á probar si le recibirian en la iglesia por ser á la sazon la fiesta de Navidad. Acudió Ambrosio á las puertas: recibióle con palabras no menos ásperas que antes; sin embargo, vista su humildad, sus lágrimas y paciencia, en fin, le dejó entrar con sacarle por condicion que ordenase una ley, en que estableciese que ninguna sentencia de muerte se ejecutase antes de pasados treinta dias despues que fuese pronunciada: ordenóle asimismo, que cuando se sintiese sañudo, no hablase palabra alguna antes de pronunciar por su órden todas las letras del alfabeto ó abecé griego, todo á propósito que la ira con la tardanza perdiese sus aceros, y prevaleciese la razon.

Fueron de grande momento estos avisos por lo que poco adelante sucedió en Antiochia. Impusieron los del emperador ciertos tributos en aquella ciudad estraordinarios y graves. Alteróse el pueblo grandemente: emplearon su rabia contra una estátua de la emperatriz Placilla, que arrastraron por las calles. Sintió este desacato Theodosio, como era razon, así por ser muerta aquella señora su mujer, como por haber sido tan buena y tan santa, que en los hospitales daba por sus manos á comer á los enfermos, y solia traer á la memoria á su marido lo que habia sido y lo que era, para que no se ensoberbeciese, ni se descuidase. Por todas estas causas castigara aquella insolencia gravísimamente, si no ayudara para amansar el pecho del emperador la prevencion de Ambrosio junto con los embajadores que vinieron de parte de aquella ciudad, y al tiempo que el emperador comia, hicieron que ciertos niños cantasen una cancion á propósito en tono lloroso, con que le saltaron las lágrimas y se movió á compasion. Despues desto, el emperador Theodosio dió de Italia la vuelta á Levante: con su asistencia Arbogastes tuvo comodidad de hacer ahogar en Viena la de Francia al mozo emperador Valentiniano. No paró en esto el daño; Eugenio de maestro de gramática que habia sido, con ayuda de dicho Arbogastes, se llamó emperador el año 392: burla grande y escarnio; pero que puso en balanzas el imperio y magestad, y aun en tanto cuidado á Theodosio, que hizo recurso á los varones santos del yermo para que le encomendasen á Dios. Juan, que era uno de ellos, le prometió por sus cartas la victoria, y juntamente le avisó que no volveria de Italia.

Partióse, pues con sus gentes en busca del enemigo, que no se descuidaba. A las haldas de los Alpes se juntaron los ejércitos contrarios: dióse la batalla, que fue muy herida y señalada. Levantóse de repente un torbellino de vientos y lluvia, truenos y relámpagos que daban á los enemigos de cara, de guisa que no podian pelear, como lo cantó Claudiano, poeta de aquel tiempo muy famoso, si pagano, si fiel no se sabe, lo mas cierto es que no fue cristiano. Mucho tambien ayudaron veinte mil godos; que despues de la muerte de Athanarico su caudillo, que falleció en Constantinopla, por no tener cabeza ganaban sueldo del imperio. Quedó con esto el campo por Theodosio con grande estrago de los contrarios. A Eugenio despues de la batalla mataron los suyos; que al traidor todos le faltan. Aborgastes tomó la muerte por sus manos. Dióse esta batalla á diez y siete de setiembre el año de 394. En este mismo año Theodosio nombró á su segundo hijo Honorio por su compa-

(1) Este papa leyó en junta de obispos la carta de Himerio, y despues de una madura deliberacion, respondió á todos los artículos por una decretal famosa, de la cual estractaremos los capítulos mas notables.

Declara que debe impedirse cuanto se pueda que una doncella que ha recibido la bendicion del sacerdote para desposarse con una persona, se despose con otra, reputándose por los fieles la violacion de esta bendicion como un sacrilegio.

Condena á penitencias rigorosas á los religiosos y religiosas que habiendo cometido en secreto impurezas en los monasterios, despues tienen la insolencia de vivir como si estuvieran casados despreciando las leyes públicas y los juicios eclesiásticos; y manda que se les haga hacer penitencia toda la vida, no restableciéndoles en la comunion de la Iglesia sino en la hora de la muerte.

Manda que los diáconos y presbíteros guarden la continencia, y que si en adelante algun obispo, presbitero ó diácono no guarda el celibato, sea depuesto de su dignidad, porque debe aplicarse el hierro á las llagas que no pueden curarse con remedios suaves. (Esta es la primera ley general de la Iglesia que prescribe y manda el celibato á los obispos, presbíteros y diáconos. Antes de esta ley se observaba generalmente en algunas provincias: los padres y los obispos celosos hablan del celibato de las personas que estaban en las órdenes sagradas como de una obligacion; y si se apartaban de ella algunas de estas personas, las reprendian como de un esceso contrario á su estado.)

Prescribe la vida inocente que deben llevar los que desde su infancia se consagran al servicio de la Iglesia, ó despues son elegidos por el clero y el pueblo para este ministerio; escluye los que han sido casados dos veces, ó que se habrán casado con viuda, y quiere que aun los lectores estén sujetos á esta ley, so pena de deposicion.

Renueva el cánon del concilio de Nicea, sobre la cualidad de las mujeres que pueden vivir con los eclesiásticos.

Prescribe el tiempo necesario para elevar los monges á las órdenes menores, al diaconado, presbiterado y episcopado, mandando que haya entre cada una de ellas bastante distancia ó intervalo.

Declara que el que una vez ha sido puesto en penitencia, debe ser escluido de la clericatura para siempre; mandando que las reglas contenidas en esta decretal sean una ley general para todas las iglesias del mundo, y los que no obedezcan sean separados de la comunion de la Iglesia por sentencia del Sínodo; y que si los prelados superiores de las provincias no las observan, la Santa Silla pronunciará contra ellos la sentencia que merecen.—Esta famosa decretal es del 11 de febrero de 385 del consulado de Arcadio y de Bauton: es la primera que se encuentra en las colecciones antiguas de la Iglesia latina, y la primera que los sábios reconocen por verdadera; pues las que se hallan en las colecciones modernas de los papas anteriores se tienen por supuestas y falsas.

lleró en el imperio. Tras esto en breve se siguió la muerte del mismo emperador Theodosio, que falleció de hidropesía en Milan á los diez y siete de enero del año luego siguiente. Vivió cincuenta años, imperó los diez y seis y dos dias, fue casado dos veces: de Placilla su primera mujer, dejó á los emperadores Arcadio y Honorio, de Galla hija de Valentiniano y de Justina, tuvo una hija por nombre Galla Placidia. Los santos Ambrosio y Agustino, en particulares sermones que hicieron, declararon al mundo las virtudes y loores de este escelente príncipe.

El nombre de Theodosio, que quiere decir *dado de Dios*, cuando no le tuviera de su padre que se le puso por divina revelacion, como lo dice Aurelio Victor, por sus grandes hazañas y virtudes le merecia. Del celo que tuvo de la religion fue bastante muestra que los templos de los dioses que hizo cerrar el gran Constantino, él los mandó echar por tierra; en que se hallaron grandes engaños, en particular estátuas por detras huecas para responder á los que preguntaban y consultaban á los ídolos: que tales eran los oráculos de los gentiles. Lo que causó mas maravilla, fue que Alejandría en el templo de Serapis se halló en muchos lugares la señal de la cruz, puesta como letra hieroglífica en significacion de inmortalidad.

Entre los varones señalados que tuvo España por estos tiempos, se puede contar Poncio Paulino, aunque natural de Burdeos, pero que con su mujer Tarasia vivió mucho tiempo en Barcelona, donde sin título de algun beneficio, cosa poco usada en aquella edad, se ordenó de presbítero, desde allí pasó á Italia, y murió obispo de Nola. Abundio Avito, natural de Tarragona, tradujo en lengua latina un librito de Luciano sobre la invencion del cuerpo del protomártir Stefano. Licinio Bético tuvo mucha amistad con San Gerónimo, y con los pobres de Jerusalém repartió liberalmente parte de su hacienda. Demás desto Desiderio y Ripario, presbíteros españoles ejercitaron la pluma contra Vigilancio, natural de Pamplona (1) y presbítero de Barcelona, que ponia lengua en la costumbre que tiene la Iglesia de reverenciar á los santos que reinan con Cristo en el cielo, segun que lo testifica en el libro que escribió contra él San Gerónimo, insigne varon destos tiempos, claro por sus grandes letras y santidad de su vida muy señalada.

CAPITULO XXI.

De los emperadores Arcadio y Honorio.

Los hijos del gran Theodosio despues de la muerte de su padre, se encargaron del imperio el año trecientos y noventa y cinco (395.) Arcadio de lo de Oriente, y Honorio de las provincias de Occidente. Fueron mas religiosos y reformados en sus costumbres, que dichosos; pues en su tiempo la magestad del imperio romano, que de pequeños principios era llegado á la cumbre y su misma grandeza con su peso la trabajaba, comenzó á despeñarse sin volver mas en sí: que fue clara muestra de la flaqueza humana. Y es cosa averiguada que ninguna cosa hay debajo del cielo que el tiempo con sus mudanzas no lo consuma y deshaga; y es forzoso que los edificios muy altos se vayan al suelo; y las caidas debajo de alguna gran carga son mas pesadas y peligrosas, segun que lo testifica un poeta. Ningun imperio puede permanecer largo tiempo: si le falta enemigo de fuera, dentro de su casa le nace, no de otra manera que los hombres gruesos y de muchas carnes y sain, aunque no sean alterados de cosa alguna, su misma gordura y peso los atierra y mata.

(1) Era francés, natural de Calagoris, pueblo situado segun el itinerario de Antonino entre *Lugdunum* y *Aguas Siccas*. San Gerónimo así lo declara, y sin duda alguna la semejanza del nombre ha hecho creer á algunos que era de Calahorra de España.

Pasó desta vida el papa Siricio el año del Señor de trecientos y noventa y ocho (398): gobernó la Iglesia al pié de catorce años, sucedióle Anastasio, en cuyo tiempo en España se tuvo el primer concilio Toledano (2). Comenzóse á primero de setiembre del año de Cristo de cuatrocientos (400): concurrieron diez y nueve obispos de diversas ciudades de España.

(2) Se celebró el 7 de setiembre del año 400. Asistieron á él diez y nueve obispos, y despues de mandar que se observasen los cánones del concilio de Nicea, so pena de escomunion, hicieron otros veinte que vamos á estractar en parte. Permite dar el diáconado á las personas casadas con tal que guarden la continencia, y prohibe que se eleven al presbiterio los diáconos, y al obispado los presbíteros que no lo hayan guardado.

Que si un subdiácono se vuelve á casar, será puesto en la clase de los porteros ó lectores sin que se le permita leer los evangelios ni las epístolas, y que el que se case tercera vez, dicen los padres (cosa que no deberia nombrarse), será separado de la Iglesia dos años, y despues de su reconciliacion, estará siempre en la clase de los legos.

Los presbíteros ó los demás clérigos que, estando destinados al servicio de alguna iglesia de la ciudad ó del campo no asistan al sacrificio que se hace todos los dias, serán privados de la dignidad eclesiástica. (Se ve por este cánon que antes del siglo v se ofrecia todos los dias el sacrificio de la misa.)

Prohibe á las vírgenes, que se han consagrado á Dios tener familiaridad con los clérigos jóvenes que el concilio llama confesores, ni aun con los legos que no son sus parientes inmediatos ó próximos: igualmente les prohibe asistir á los convites sin estar acompañadas, á menos que no sea en un lugar donde haya viejos virtuosos ú honestos, ó viudas conocidas por su virtud.

Permite á los clérigos que tienen mujeres, cuya conducta no es arreglada, encerrarlas en sus casas, atarlas, y hacerlas ayunar, y les prohibe comer con ellas hasta que hayan hecho penitencia.

Prohibe elevar al diaconado á los que se han hallado en la guerra despues de haber recibido el bautismo aunque no hayan matado á nadie.

Prohibe á las vírgenes consagradas á Dios y á las viudas hacer oraciones de una manera solemne con un clérigo ó con su criado en ausencia del obispo ó del presbítero: además les prohibe cantar el oficio de la tarde, si no es hallándose presentes el obispo, un presbítero ó algun diácono. (Los padres determinan esto, porque en aquel tiempo, concluidas las vísperas, se esplicaba algun trozo de la Escritura Santa.)

Manda que si algun poderoso ha quitado los bienes á un clérigo, á un pobre, ó á algun religioso, se presente para justificarse delante del obispo; y no haciéndolo, que sea escomulgado hasta que haya restituido los bienes que no la pertenecen.

Que se escomulgue al que haya conversado ó comido con un lego ó un clérigo escomulgado.

Impone una penitencia de diez años á las vírgenes consagradas á Dios que han caido en el pecado de impureza: y prohibe sopena de escomunion á todas las otras mujeres cristianas recibirlas en la mesa en el tiempo de la penitencia, si se casan con el que las ha corrompido; prohibe recibirlas en el número de los penitentes, si viviendo su marido ó despues de su muerte, no han vivido honestamente algun tiempo considerable.

Ordena que el que está casado y además tiene una concubina sea escomulgado; pero que debe no escomulgarse al que no tiene sino una concubina; de manera que para ser de la Iglesia deben contentarse con tener una mujer ó una concubina. (En tiempo de este concilio y algunos siglos despues el nombre de concubina se entendia una mujer legítima con quien se habia contraido un verdadero matrimonio; pero sin observar algunas solemnidades de la Iglesia, sin dotarla, y con la condicion espresa de no tener derecho á los bienes.)

Prohibe comunicar con la viuda de un obispo, de un presbítero, ó de un diácono, que se ha vuelto á casar; y manda que no sea reconciliada sino en la hora de la muerte.

Ordena que se escomulgue á la hija de un obispo, de un presbítero, ó de un diácono, que se casa despues de haberse consagrado á Dios, y que no se las reciba á la comunion sino despues de la muerte de su marido, cuando hayan cumplido el tiempo de su penitencia. Si se separan de él en vida, se les concederá la gracia de la reconciliacion al fin de ella.

Presidió Patruino, obispo segun algunos piensan de Toledo, movidos del catálogo antiguo de aquella iglesia en que este nombre se pone entre los primeros obispos de Toledo. Quién dice que fue obispo de Braga, por hacerse mencion en las acciones del concilio de Paterno Bracarense, y tienen por mas probable que Asturio, el cual firmó en el sesto lugar era á la sazon obispo de Toledo, y que es aquel de quien testifica San Ildefonso en sus Claros Varones que halló los cuerpos de los santos mártires Justo y Pástor en Alcalá de Henares do padecieron. Cuya devocion fue tan grande que para honrarlos erigió aquel pueblo en catedral, y de Toledo se pasó á ser el primer obispo de Alcalá el que entre los de Toledo se contaba por noveno. Verdad es que por todo el tiempo que vivió los de Toledo por su respeto no quisieron proveer otro en su lugar. De lo que escribe el abad Biclarense, se entiende que en tiempo de Leuvigildo, rey de los godos, Novello fue obispo de Alcalá; pero no sucedió luego despues de Asturio sino adelante, como es necesario confesarlo por la razon de los tiempos, si decimos que Asturio prelado de Toledo vivió en esta era; y aun en San Eulogio se halla otro obispo de Alcalá; que vivió mas adelante despues de la destruccion de España, por nombre Venerio. Volvamos á nuestro propósito. Reprobaron los padres deste concilio la herejía de Prisciliano. Reconciliaron con la Iglesia á dos obispos, Simphosio y Dictinio, y un presbítero por nombre Comasio, que la abjuraron. El pontífice Inocencio, que el año luego siguiente sucedió á Anastasio, escribió una carta muy señalada á los padres deste concilio.

Estaba el gobierno del imperio dividido en esta manera: á Gildo se encargó lo de Africa; á Rufino las provincias de Oriente; lo de Occidente quedó á cargo de Stilicon, persona de mas autoridad que los otros dos, por estar emparentado con los emperadores, ca Serena su mujer era hija de Honorio hermano del gran Theodosio, además que él mismo era suegro del emperador Honorio. Hizo este repartimiento el mismo Theodosio, y dejólo así ordenado con intento que estos tres personajes fuesen como tutores de sus hijos, y les ayudasen á llevar la carga. Ellos olvidados de la lealtad que debian, por la grande ambicion de sus corazones, acometieron á hacerse señores de todo: con que destruyeron de todo punto el imperio. Gildo se levantó en Africa el primero: enviaron contra él á su mismo hermano llamado Mazecel, el cual le deshizo y mató; mas en premio de su trabajo y sin escarmentar en cabeza ajena se llamó á sí mismo emperador, y al fin paró en lo mismo que su hermano. Rufino dió traza para que los godos y otras naciones bárbaras se alterasen, que era el camino que entonces tomaban para medrar y salir con su intento, bien que áspero, engañoso y malo. Fue Rufino de nacion britano ó franco, capitan de los mas señalados de aquel tiempo. Descubrióse la traicion, y pagó con la cabeza.

No paró en esto la deslealtad, antes parece que alguna fuerza secreta se derramaba por todas las provincias, pues por el mismo camino y por las mismas pisadas, como se dirá mas largamente adelante, Stilicon, el suegro de Honorio, intentó hacer emperador á su hijo Euchêrio y quitar el mando á los hijos de Theodosio. Dió órden para salir con esto como diversas naciones se metiesen por las provincias del imperio, en particular se concertó de secreto con los alanos, gente fiera, y con los vándalos, de cuya nacion él era. Los primeros á tomar las armas fueron los godos, alterados de que con el intento ya dicho les quitaron el sueldo que les solian pagar: corrieron toda la Tracia y las provincias comarcanas; despues desto, divididos en dos partes, rompieron por Italia. Radagasio, el uno de los caudillos, que poco antes bajara con gran número de gente de la Gothia antigua; sin hallar resistencia pasó por Italia hasta llegar á la Toscana. Allí, cerca de Fiesole y de Florencia, por el esfuerzo de Stilicon fue desbaratado y muerto con todos los suyos. Pudo otrosí deshacer cerca de Rávena al otro capitan de los godos llamado Alarico; mas por tener al emperador en aprieto se contentó de vencerle en cierta batalla que le dió. Vinieron á concierto con aquellos bárbaros, en que les dieron donde morasen en lo postrero de Francia. Pesábale á Stilicon que dejasen á Italia: envió un su capitan llamado Saulo, judío de nacion, para que diese sobre ellos de repente. Estaban alojados á las haldas de los Alpes junto á Polencia, que hoy se llama Pelenzara, pueblo pequeño cerca de la ciudad de Asta. Dió pues sobre ellos de repente el mismo dia de pascua de Resurreccion, que fue á seis de abril del año puntualmente de cuatrocientos y dos (402), segun que va todo sacado de buenos autores.

Quisieran los godos por reverencia de aquella festividad escusar la pelea; pero como el judío los apretase, revolvieron sobre él con tal denuedo que le hicieron retirar y le mataron con otros muchos; y ellos, como gente feroz irritados por esta injuria, volvieron sobre Italia, do se detuvieron algunos años. No parece que se entendieron luego estas mañas de Stilicon; pero al fin fue descubierta su maldad, y pagó con la cabeza por mandado del emperador Honorio el año que se contaba cuatrocientos y ocho (408) de nuestra salvacion á veinte y tres de agosto, y poco adelante fueron tambien justiciados Serena su mujer y Euchêrio su hijo; y aun el mismo Honorio repudió á su mujer, hija que era del mismo Stilicon, en odio de su padre. Grande fue el daño que los godos hicieron en Italia, grandes los estragos, sin parar hasta ponerse sobre la ciudad de Roma, cabeza y señora del mundo, y della despues de un largo y apretado cerco al fin se apoderaron con tanta fiereza que todo lo pusieron á fuego y á sangre: tanto que parece pretendian de una vez tomar enmienda de las injurias que aquella ciudad tenia hechas á todo el mundo. Entróse Roma (1) el año de cuatrocientos y diez (410) conforme á la cuenta mas aceptada, dado que Paulo Osorio y Próspero Aquitánico á este número parece añaden dos años. En aquella ciudad prendieron á Placidia, hermana de los emperadores Honorio y Arcadio. Casó con ella Athaulfo, cuñado de Alarico y que le sucedió en el reino poco despues á causa que

(1) Alarico volvió á la Italia el año 408 desde la Pannonia, donde se había retirado con su ejército despues de las derrotas que en 402 habia sufrido en Pollenza. Se cree que fue llamado por Stilicon, deseoso de poner en el trono á su hijo; mas, conociendo que podia aun ejecutar sus designios, lo hizo detener en el Norico con varias promesas. Asesinado entretanto Stilicon, el bárbaro envió diputados á Honorio ofreciéndole la paz, y que se retiraria á la Pannonia si se le cumplia lo que se le habia prometido. No quiso aceptar, y no tardó Roma en verse sitiada teniendo que sufrir los habitantes infinitas calamidades por el hambre y la peste hasta que el senado pidió la paz dando rehenes y con gran suma de dinero.

El año 409 Alarico, reforzado su ejército, sitió otra vez á Roma, y la hambre fue tan cruel que llegaron á alimentarse con carne humana los defensores, hasta que Alarico al fin tomó la ciudad el 24 de agosto ayudado de los traidores. Esta soberbia ciudad, que habia estendido su imperio sobre toda la tierra, sujetando las naciones mas belicosas, venciendo á los generales mas ilustres, al cabo de 1163 años de glorias, cae en manos de la nacion mas feroz y mas cruel que se ha conocido. Los soldados se derraman por la ciudad saqueando, robando y matando á cuantos encuentran: soberbios palacios, edificios magníficos que habian llenado de admiracion al mundo fueron devorados por las llamas, y casi no quedó de Roma sino un monton de ruinas. No se perdonó ni el pudor de las doncellas, ni de casadas, ni de vírgenes consagradas á Jesucristo: solo se salvó la vida por órden espresa de Alarico á las que se refugiaron á las iglesias de San Pedro y de San Pablo, los objetos del culto, que respetaron religiosamente.

Alarico murió en Cosencia, ciudad de los brucios que hoy es Calabria: con que Placidia fue parte para que su marido Athaulfo y su hermano Honorio se concertasen; y conforme el asiento que se tomó, partieron los godos de Italia para morar en la parte de la Gallia y España que están de la una y de la otra parte de los Pirineos: principio para apoderarse y hacerse señores de lo demás de España, y aun de buena parte de Francia, segun que en el libro siguiente se irá declarando.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Como diversas naciones vinieron á España.

Una grande avenida de diversas naciones fieras y bárbaras, que por estos tiempos vinieron y se derramaron por diversas partes de España, declarará la siguiente narracion. Los vándalos, los alanos, los suevos y los silingos, mayormente los godos, los cuales dejados sus antiguos asientos y moradas, despues que Levante á Poniente hincheron todas las tierras del miedo de su nombre, de sus proezas y de su fama, y con las armas vencedoras pasearon toda la Italia, finalmente pararon en España, y en ella echadas en parte, y en parte sujetas las otras naciones, pusieron y tuvieron por espacio de mas de trescientos años la silla de su imperio. No hay duda sino que todas estas naciones y otras semejantes en diversos tiempos bajaron del Septentrion, y se derramaron por las provincias del imperio romano por dos causas. La una fue la gran fecundidad que tenian aquellas gentes en multiplicarse por el gran calor de los cuerpos; que, además de ser los septentrionales mas largos en la comida y en la bebida, se encienden con el estremo frio de aquellas regiones y aire: en especial antes que recibiesen la Religion Cristiana, y por ella enfrenasen sus apetitos con la ley de un matrimonio, la gente en gran manera se aumentaba. Allegábase á esto la esterilidad de la tierra (que era la segunda causa) por la mayor parte erizada con nieves y con heladas, y falta de muchas cosas necesarias al sustento de la vida. Por donde la necesidad de sustentarse forzaba á innumerables enjambres de hombres á pasarse y buscar asiento en tierras templadas y mas abundantes. Para salir con su intento hacian guerra á los romanos, señores del mundo, destruian y talaban las tierras y campos, si prestamente no se les hacia resistencia.

Como esto sea cosa averiguada, así bien no es fácil declarar de qué partes del Septentrion y de qué provincias cada una de estas naciones haya venido, qué costumbres, qué ingenios tenian, de qué lengua y leyes usaban: ni faltaria por diligencia, si entre tantas tinieblas de opiniones como hay, se descubriese algun camino para dar en el blanco. Será forzoso contentarnos con congeturas, pues la antigüedad de las cosas y el descuido de aquellos tiempos no da lugar á mayor claridad. Plinio pone á los vándalos en aquella parte de Alemaña casi do al presente están los melburgenses y pomeranos: dado que Dion las fuentes de que nace el rio Albis, y de donde comienza á regar los campos de Alemaña, las pone en los montes vandálicos. Los burgundiones se han de contar entre los vándalos como parte suya: tomaron este nombre de burgos, que quiere decir aldeas, en que estaban divididos y derramados: y como hiciesen asiento en los Heduos, pueblos antiguos fueron causa que aquella parte de la Gallia se llamase Burgundia ó Borgoña. Dionisio, el que en elegante verso escribió en griego el asiento de las tierras, en particular pone los alanos cerca de los de Dacia y de los getas. Marcelino los puso en la Scythia, y se dice tenian por bienaventurados á los que morian en la guerra: á los que la vejez consumia, ó morian de otra suerte los denostaban y decian mal dellos, como hombres que eran de ingenio feroz é inclinados á crueldad por caer su tierra muy apartada de las comodidades y humanidad de las otras provincias, y ninguna cosa casi allí aportar de las que suelen ablandar la ferocidad de los corazones y amansarlos.

Los silingos es cosa averiguada que vinieron á España, y que mezclados con los vándalos asentaron en la Bética ó Andalucía, sin que tuviesen rey particular de su nacion; pero de qué parte del Septentrion hayan venido, no se averigua con claridad. Algunos ponen á los silingos en Baviera, donde antiguamente hobo una ciudad llamada Salingostiado (á lo que parece del nombre desta gente) á la ribera del Danubio tres millas distantes de Ingolstadio. No hay duda sino que los francos, que por este tiempo se apoderaron de la Gallia, se llamaban asimismo salios del rio Sala que riega su tierra como lo dice Marcellino. Destos salios se dijo la muy famosa ley Sálica, que veda á las mujeres suceder en las herencias de los francos. Así se puede entender que los silingos eran los mismos que los sálicos, francos ó franceses que todo es uno. Esto cuanto á los silingos. Los suevos, segun que lo testifican autores muy graves, antiguamente tuvieron sus asientos cerca del rio Alvis, si bien Estrabon pone tambien los suevos á las fuentes y nacimiento del Danubio en la comarca donde al presente se ve la ciudad de Augusta. Resta decir de los godos; cuya orígen porque reinaron en España mas tiempo que las demás naciones, y se les aventajaron en mas nombre y fama, queremos sacar mas de raiz tomando el principio algo de mas arriba.

Algunos pensaron y dijeron que los godos eran los mismos que los getas, los cuales en Plinio y en Herodoto vemos demarcados no lejos de las riberas y de las bocas por donde el Danubio descarga en el mar. No falta otrosí quien diga que los getas y massagetas son los mismos que los divinos libros llaman Gog y Magog: opiniones que ni hay para que aproballas en este lugar, ni seria dificultoso refutallas por la autoridad de Plinio, que entre las ciudades de Celesiria cuenta á Magog, y aun dice que por otro nombre se llama Bambice y Hierapolis. Los mas en número y de mayor diligencia en rastrear la antigüedad son de parecer que los godos bajaron de una provincia por nombre Scandia, que los antiguos llamaron Basilia ó Baltia, tierra muy estendida y muy ancha, y que está sobre Alemaña y sobre Sarmatia ó Polonia, pegada por la parte de Levante con otra provincia llamada Fimmarchia, rodeada por las otras partes del mar Báltico y Glacial.

Tiene Scandia forma de península muy mas larga que ancha: divídese en la Gothia, la Suecia y la Norvegia, y con esta está pegada otra provincia llamada Lapia. Es así que por la parte de Poniente, por donde se estiende el golfo Codano, que los naturales llaman Suconico, y por la parte de Scandia, por donde mas brevemente se pasa á la Cimbrica Chersoneso y al reino de Dinamarca, se forma otra península menor pegada con la otra mayor que llaman Gothia, y divídese en dos partes: es á saber en los ostrogodos, que en nuestra lengua es lo mismo que godos orientales, y en los visigodos que quiere decir godos occidentales. Entre los visigodos los Baltos, que en aquella lengua quiere decir atrevidos, y era apellido de cierto linaje, y entre los ostrogodos los Amalos, llamados así de un gran rey y capitan por nombre Amalo, se señalaban entre los demás, y eran las familias mas ilustres y reales. Lo demás de Scandia cortan unos montes con sus cordilleras continuadas, que dejan al Mediodia la Suecia, provincia de un cielo mas benigno, y hácia el Septentrion la Norvegia, en que se padecen cruelísimos frios, tanto que el vino que de otras partes allí se lleva, con la fuerza del frio se aceda luego: cosa que

algun tiempo puso á los pontífices romanos en gran cuidado para que se pudiese en los pueblos de aquella tierra conservar la integridad del sacrificio divino de la misa.

Son los godos ordinariamente de cabello y barba roja, el color blanco como los demás pueblos de Alemaña, con quienes tienen su lengua semejante, y no muy diferente de las demás gentes que por este tiempo se ha dicho por fuerza de armas entraron en España. Solo de los alanos se puede y suele afirmar que usaron de la lengua de los scythas, y esto mas por conjetura probable que por razones que á ello convenzan. Lo cierto es que en la lengua castellana, de que al presente usa España, compuesta de una avenida de muchas lenguas, quedan vocablos tomados de la lengua de los godos. Entre estos podemos contar los siguientes: tripas, caza, robar, yelmo, moza, bandera, harpa, juglar, albergar, escanciar, esgrimidor, cangilon, camisa, sábana. De los bándalos otrosí se tomaron otras dicciones y vocablos, como cámara, gozque, azafran. Lo que toca á la religion todas estas naciones ó en este tiempo ó poco despues recibieron y abrazaron la cristiana: que antiguamente eran dados á diversas supersticiones, mayormente los godos por persuadirse que no les sucediera prósperamente en la guerra, si no ofrecian por el ejército sangre humana: sacrificaban los que prendian en la guerra al Dios Marte, al cual principalmente eran devotos; y asimismo acostumbraban á le ofrecer las primicias de los despojos, y colgar de los troncos de los árboles las pieles de los que mataban. Tenian otra devocion para el mismo efecto de sacrificar antes de la batalla con solemne aparato caballos, y llevar delante sus cabezas abiertas las bocas, y puestas en unas lanzas.

Entre estos devaneos acertaban en tener por cierto (opinion recibida de sus mayores) que las ánimas humanas eran perpétuas, y que despues de la muerte habia premios y castigos. Cuando tronaba, tiraban saetas en alto para con esto ayudar á Dios por pensar se le hacia fuerza y que le echaban del reino. Celebraban á la vihuela con cantos y tonadas los hechos de sus mayores y sus proezas, como al presente se hace en España. Algunos afirman que las armas de los godos eran un leon levantado y vuelta la cabeza en un escudo ondeado y de azul la mitad: otros que tres leones puestos uno sobre otro á la manera que los tienen los reyes de Dacia: mas en esto no hay para que detenernos, mayormente que nuestro principal intento es declarar mas copiosamente (como arriba se dijo) la ocasion que á tantas gentes y tan bárbaras abrió la puerta para entrar en España.

En aquella confusion de cosas y caida del imperio romano de que se á hecho mencion, un cierto Marco en Bretaña, hoy Inglaterra, fue por las legiones saludado y alzado por emperador, y poco despues no con menor liviandad ellas mismas le mataron. Pusieron en su lugar á Graciano que tambien con la misma inconstancia fue muerto dentro de cuatro meses. Sucedióle Constantino no por señalarse en valor y hazañas entre los demás, sino solo le dieron el imperio movidos del nombre de Constantino que aquellas gentes tenian por bien afortunado. Sucedió esto, como se puede conjeturar de Paulo Orosio, el año de nuestra salvacion de 411, en que fue cónsul Theodosio el Menor la cuarta vez, emperador del Oriente en lugar de su padre Arcadio que falleció tres años antes deste. Siguieron á Constantino gran parte de la Gallia y de España por estar los ánimos de todos irritados con las demasías de los romanos, y con los gravísimos tributos que de cada dia les ponian, mayores y mas graves; sin embargo algunos se conservaban en la obediencia de los emperadores verdaderos.

Entre estos Dídimo y Veriniano, parientes de Honorio, como quier que perseverasen en España en su devocion, con un ejército que arrebatadamente juntaron, pretendieron con mayor ánimo que fuerzas impedir á Constantino que de la Gallia se decia aparejarse para pasar en España la entrada de los Pirineos; pero fueron vencidos en batalla, y muertos así ellos como sus mujeres por Constante, hijo del tirano, al cual, sacado por su padre de un monasterio y nombrado por César, envió delante á España. Theodocillo y Lagodio, hermanos de estos muertos, desconfiados de sus fuerzas, huyeron del peligro, y se fueron á los emperadores Honorio y Theodosio. El ejército de Constante por la mayor parte era compuesto de aquellas naciones que bajaron de Alemaña en Francia, y por cierto concierto que con Honorio hicieron, los llamaron Honoriacos. Estos por permision de Constante, talaban á España y todos los campos hasta Palencia, ca pretendia él con la miseria ajena ganar las voluntades del ejército bárbaro. A estos mismos, queriéndose él volver á Francia, dió el cuidado de guardar las estrechuras y entradas de los Pirineos.

Llevaron mal esto los españoles, que los soldados extranjeros y mercenarios, y por consiguiente poco seguros, fuesen preferidos á su conocida lealtad, por donde de tiempo muy antiguo les confiaban la guarda de aquellas entradas de toda la provincia. Sentian mucho esta afrenta: quejábanse de agravio y amenazaban que muy en breve resultarian alteraciones en España, y tendria otros señores que la mandasen, con lo demás que suelen decir los hombres cuando el dolor y saña les suelta la lengua. No salieron vanas estas amenazas, segun que el suceso de las cosas lo mostró y declaró en breve, porque los Honoriacos, conforme á su natural inclinacion, llamaron y trajeron á España á los vándalos, alanos, suevos y silingos, con quien se concertaron secretamente de dalles la entrada (1) que hasta entonces tuvieron cerrada, y poco antes Stilicon los habia hecho entrar en Francia. La causa que se piensa los movió á desamparar la Gallia, fue el miedo de los godos, contra cuyo valor, y por estar concertados con Honorio, temian no tendrian fuerzas iguales. Poníales junto con esto en cuidado y aquejábalos el poder de Constantino, que estaba apoderado de la mayor parte de la Gallia y aspiraba á lo demás. Era rey de los suevos Hermenerico, de los alanos Atace, de los vándalos y silingos Gunderico.

La entrada de estas naciones bárbaras fue causa de grandísimas desventuras, porque con fiereza bárbara, sin hacer diferencia, ni tener cuenta con nadie, se apoderaron de las haciendas de los españoles y de los romanos. Destruian los campos y los pueblos, por donde luego la hambre se embraveció de tal guisa, que eran forzados los naturales á sustentar la vida con carne humana: no solamente los hombres; sino tambien las bestias con aquella carnicería se hacian mas fieras, y á cada paso acometian á los hombres por sustentarse. Despues de la hambre (como acontece) se siguió una peste gravísima con que murió gente innumerable en toda la provincia. Eran los males tan grandes, que los que escapaban tenian envidia á los que morian, por sufrir ellos mas graves cuitas que la misma muerte. Pasó el mal tan adelante que la provincia quedó en gran parte yerma de moradores, y con tanto los bárbaros hicieron su asiento en diversas partes della. A los suevos y á parte de los vándalos cupo Galicia, á la sazon mas ancha de términos de lo que era en nuestra edad, porque comprehendia en su distrito todo lo que es Castilla la Vieja. Los alanos poblaron en la Lusitania y en la provincia cartaginesa, fuera de los carpetanos que es el reino de Toledo, y los celtíberos, que se mantuvieron en la sujecion de

(1) Segun Idacio, que vivia en este tiempo, el 13 de octubre de 409, y segun otros el 28 de setiembre derrotando á los romanos y desolando todo el pais hasta 411, que sortearon entre sí las provincias.

los romanos. La Bética tomaron para sí los vándalos y los silingos.

Hecha esta distribucion, pusieron concierto con los romanos, con que se tornó á labrar y morar la tierra y las ciudades en gran parte. Los españoles tenian por mejor esta nueva servidumbre que el imperio de los romanos y su severidad, dado que algunos conservándose obstinadamente en la libertad antigua, no querian sufrir el yugo de los bárbaros, principalmente en Galicia donde los suevos imperaban. Entretanto que esto pasaba en España, Honorio desde Italia envió en la Gallia contra el tirano un grueso ejército debajo la conducta de un su capitan llamado Constancio. En España se levantaron nuevas alteraciones á causa que un cierto Máximo en la España Citerior fue saludado y alzado por emperador. Un conde llamado Geroncio fue el autor de esta nueva traina, por odio que tenia al primer tirano Constantino, sin embargo que habia seguido antes sus partes. Lo que en esto pretendia, era en nombre de otro reinar él y mandarlo todo. Con este intento dejando á Máximo en Tarragona, él con ejército pasó en la Gallia, y apoderado de la ciudad de Viena, mató en ella á Constante el césar que le vino á las manos. No pasó adelante por entender que venia contra él Constancio y por miedo suyo.

Vuelto en España, ó por desprecio que tuvieron dél, ó con deseo de agradar á Honorio, los españoles de noche acometieron su casa, y dado que se defendió valientemente, con fuego que pegaron á la casa pereció dentro della. Máximo, desamparado de la ayuda de Geroncio, que era el que le conservaba, dejadas las insignias imperiales, huido pasó miserablemente lo que le duró la vida, que fue hasta el tiempo de Paulo Orosio, como él mismo lo testifica. En este medio al tiempo que estas cosas se hacian en España, Constantino el tirano y Juliano su hijo fueron por esfuerzo de Constancio muertos en Arlés, y no mucho despues Jovio y Sebastiano tuvieron el mismo fin, los cuales sucesivamente se rebelaron en la Gallia contra el imperio. Con esto toda la Gallia volvió á la sujecion de Honorio, que fue el año de nuestra salvacion de 413. Los godos para defensa de la una y de la otra provincia, es á saber de Francia y de España, con voluntad de Honorio y conforme al asiento que con él tomaron, se apoderaron dos años despues de las haldas de los Pirineos. Gente que muchas veces antes destos tiempos derramada de sus antiguos asientos, y acometiendo las provincias del imperio romano, habian ganado gran crédito por su valentia, en tanto grado que se tuvo por cierto que Alejandro Magno rey de Macedonia, huyó de encontrarse con ellos, Pirro, rey de Epiro, los temió, Julio César rehusó la pelea con ellos, segun que lo dice Orosio.

No es de nuestro propósito contar todas las entradas y guerras desta gente, ni relatar por menudo sus hazañas, que seria mas largo cuento de lo que sufre esta obra. Lo que hace al propósito es que el emperador Valente (como de suso se dijo) dió á los visogodos, que salidos de sus antiguos asientos y tierra maltrataban las gentes del imperio, la provincia de Mesia donde morasen, con tal condicion que estuviesen á sueldo del imperio romano, y recibiesen la creencia de Cristo nuestro Señor, por donde algo despues la secta de Arrio con que los inficionaron y á que Valente era dado, fue causa de grandes desventuras y alteraciones en España. Las tierras que les entregaron, sustentaron ellos hasta el imperio de Arcadio y Honorio, y ensancharon sus términos hasta Panonia hoy Hungría, que sucedió poco antes que rompiesen por Italia, despues de haber destruido la Tracia.

Fue la ocasion desta entrada que Stilicon, suegro de Honorio, con intento de hacer emperador á su hijo Euchêrio, movió aquella gente de suyo inquieta y bulliciosa á tomar las armas. Estaba casado Stilicon con Serena, sobrina de Theodosio y hija de Honorio su hermano: della tuvo por hijos á Euchêrio, María y Termancia. Casó con Euchêrio Galla Plácida (1) hermana de los emperadores Honorio y Arcadio. Demas desto Honorio emperador casó sucesivamente con María, y despues con Termancia. No ha mucho que en tiempo del pontífice Paulo III se halló en Roma el sepulcro de María en la iglesia de San Pedro en el Vaticano, y en él piedras de gran valor, mucho oro y plata con los nombres de Honorio y de María esculpidos en un joyel, segun que en la descripcion de la ciudad de Roma lo relata Marliano mas en particular.

Muertas pues la una y la otra mujer de Honorio (dado que no falta quien diga que repudió á Termancia luego que la traicion de Stilicon se descubrió) como quitadas las prendas y ataduras de la lealtad, Stilicon se determinó de poner en ejecucion la maldad que mucho antes en su corazon tenia forjada. Con esta determinacion hizo que los vándalos, de cuyo linaje él venia, y los alanos con promesa que les hizo de grandes premios, hiciesen entrada en la Gallia. A los godos negó el sueldo que les daban con la misma astucia: traza con que ellos tomaron las armas, y en lugar de Athanarico, saludado que hubieron por rey á Alarico, talaron la Thracia y la Italia: finalmente despues de largo cerco se apoderaron de la misma cabeza del mundo, Roma, á dos de agosto. Eran cónsules Flavio Vararo la primera, y Tertulio la cuarta vez. El descuido de Honorio, cuyo oficio era acudir á la necesidad, fue tal que, diciéndole como Roma era perdida, pensó que hablaban de un gallo que él llamaba Roma, y poco antes como solia de ordinario se habia deleitado en verle pelear con otro. Muerto poco despues Alarico caudillo de los godos en lo postrero de Italia, Athaulfo que le sucedió ablandado con los regalos de Galla Plácida su mujer, la cual en Roma fuera presa, se inclinó á la paz, y tomó asiento con Honorio: con que el ejército de los godos sacado de Italia hizo su asiento en los confines de la Galia y de España. La silla del reino puso esta gente en Narbona año de nuestra salvacion de 415. De aquí vino y procedió que aquella parte se llamó Gallia Góthica, dado que no siempre tuvo los mismos términos, antes se variaban muchas veces conforme al vario suceso de las guerras que con los francos comarcanos y con los romanos tuvieron los godos. Esta fue la ocasion que trajo así las demas gentes ya dichas como los godos á España.

CAPITULO II.

Cómo los godos vencieron á las demás naciones bárbaras en España.

Estaba España dividida en muchos reinos diferentes entre sí en leyes, costumbres y religion. Los romanos y los españoles abrazaban la religion católica; á los godos tenian inficionados la peste de los arrianos. Las demas naciones bárbaras no habian aun recibido la Religion Cristiana, antes seguian las supersticiones de sus antepasados. Todos con deseo de conservarse en la parte de que se apoderaran en aquella turbacion y revueltas, cada cual por su parte pretendian hacer paces y concertarse con los romanos. Godigisco, rey de los vándalos (al cual algunos llaman Gunderico, y Jornandes Giseriso, lo que sin duda es falso), fue el primero á concertarse con estas condiciones: que viviesen en España sin hacer mal y daño á los antiguos moradores, y no pudiesen por título de prescripcion de treinta años valerse en al-

(1) Ningun escritor antiguo habla de este casamiento.

gua tiempo contra los romanos para efecto de retener lo que violenta é injustamente hubiesen usurpado. Palabras con que se daba á entender que aquella paz no era tanto por voluntad como por fuerza, y que no duraria mas de cuanto tuviesen posibilidad para volver á la guerra y á las manos. De aquel concierto sin duda procedieron entre aquellas gentes nuevas sospechas, y por ellas luego se encendió nueva guerra. Los alanos como mas feroces acometieron á los vándalos y á los silingos, y los pusieron en necesidad de desamparar la Bética y hacer recurso á Galicia para que, juntando sus fuerzas con las de los suevos, reprimiesen el atrevimiento de los alanos, y recobrasen sus asientos de que los habian echado. Dieron los alanos la vuelta contra los celtiberos y la Carpetania: ganaron de los romanos muchos pueblos y ciudades.

Los godos eso mismo el año siguiente, despues que asentaron en Francia, pasaron en España, donde con su llegada y ayuda Attalo usurpó el nombre de emperador: título vano y dañoso, pues poco despues falto de consejo y fuerzas, como procurase huir por la mar, fue preso por Constancio, que con gruesas armadas poseia aquellas riberas. Envióle á Honorio: por su mandado le cortaron el pulgar y el dedo segundo, y fue llevado en destierro á la isla de Lipara, Athaulfo rey de los godos, ó por su natural condicion cansado de tantas guerras, ó por el nuevo parentesco que con el emperador tenia, aficionado á los romanos, se inclinaba á dejar las armas y concertarse. Llevaba su gente esto mal por ser feroces y bravos. Acordaron de conjurarse contra él y darle la muerte, como lo hicieron en Barcelona, do tenia hecho su asiento. Ejecutó este caso tan atroz un hombrecillo llamado Vernulfo, de pequeña estatura, pero muy atrevido y muy privado del rey. Este, como hallase buena ocasion, con la espada desnuda le atravesó por el costado. Olympiodoro, uno de los autores de la biblioteca de Phecio, le llama Dobbio, y dice que dió la muerte á Athaulfo en venganza de la que él antes habia dado á su amo. El letrero de la sepultura deste rey, cuya parte hoy se ve en Barcelona, da á entender que seis hijos de Athaulfo perecieron juntamente con él: al cual letrero cuánta fé se haya de dar otros lo podrán juzgar, á nos parece mas moderno que conforme á la antigüedad de aquellos tiempos. Añade Olympiodoro que un niño llamado Theodosio, que tuvo Athaulfo en Placidia y murió en su primera edad, estaba sepultado en un oratorio cerca de Barcelona en una caja de plata: demas desto que á otros hijos de Ataulfo habidos del primer matrimonio mató Sigerio sucesor suyo, sacándolos de las faldas y regazo del obispo Sigesaro: últimamente que Placidia con otros cautivos fue forzada á ir corriendo por largo espacio: que tales son las mudanzas de las cosas y los reveses del mundo.

En lugar pues de Athaulfo pusieron á Sigerico por voto de la nacion por ser persona de industria y de esfuerzo conocido en guerra y en paz. Fuera desto era alto de cuerpo y de buena apariencia, dado que de una caida de un caballo renqueaba de la una pierna. Este, como quier que siguiese las pisadas de Athaulfo en lo que era inclinarse á la paz, dentro del primer año de su reinado murió tambien á manos y por conjuracion de los suyos. Sucedióle Walia hombre inquieto y belicoso. Deste escriben que al principio de su reinado con una armada que juntó quiso pasar en Africa, sea perdida la esperanza de sustentarse en España por el espanto que Constancio de una parte y las naciones bárbaras de otra le acosaban, sea por el deseo que él mismo tenia de apoderarse de la Mauritania, provincia en aquellos tiempos sujeta y moviente de España, sea por cualquier otra ocasion. Lo que sucedió es, que con la fuerza de una tempestad deshecha que le sobrevino en lo mas angosto del estrecho, se derrotó toda la armada de tal suerte que le fue forzoso dar la vuelta á España y en ella tomar asiento con Constancio.

Las condiciones del concierto (1) fueron que entregase á Placidia, mujer que fue de Athaulfo, que por voluntad del emperador su hermano estaba prometida al dicho Constancio; y que los godos hiciesen la guerra en España á las otras naciones bárbaras en pro del imperio romano para que todo lo que se ganase, quedase por suyo, y ellos se contentasen con lo que en las haldas de la Gallia y de la España antes poseian. Hízose esta paz el año de 418, segun que lo refiere Paulo Orosio, presbítero Tarraconense (2), muy conocido por su erudicion y por la amistad que tuvo con los santos Agustino y Gerónimo. Prosiguió este autor la historia de las cosas romanas, y hizo fin en el año luego siguiente despues deste, en que fueron cónsules Flavio Monaxio y Flavio Plintha. A Constancio, demás de casalle con Placidia, hizo Honorio su compañero en el imperio. A Wallia dió graciosamente y añadió el señorío de la Guiena en premio de la guerra que hizo, y de haber sujetado, como se concertó, las gentes bárbaras. Es la Guiena un pedazo principal de la Gallia, que tiene por aledaños por la una parte los montes Pirineos, y por la otra el rio Garona. Las ciudades mas principales son Tolosa dentro en la tierra, y junto al mar Océano la ciudad de Burdeos.

La guerra entre los godos y las otras naciones se hizo y pasó en esta manera. Desde la Celtiberia hasta do llegó Constancio con cuidado de acudir á las cosas de España, los godos tomado que hobieron el encargo de la nueva guerra, acometieron á los alanos, feroces por el buen suceso que tuvieron poco antes, tanto que no contentos con las primeras tierras y términos aspiraban al imperio de toda España. Mataron en una batalla á su rey Atace con otros muchos, y forzaron á los demás que escaparon, que dejada la Lusitania se pasasen á Galicia, do mezclados con los suevos perdieron el nombre de su gente y reino. Algunos sospechan que Alanquer, pueblo en tierra de Lisboa, y otro que se llama Alanis en los montes de Sevilla, tomaron estos nombres de los alanos, porque Alanquer antiguamente se dijo Ierabrica. La conjetura que hay para decir esto es sola la semejanza de los nombres, ni cierta ni del todo vana. Con el mismo ímpetu desta guerra fueron maltratados los silingos y domados en una batalla que se dió cerca de Tarifa. Quedaron con esto tan oprimidos que les pusieron por gobernadores personas de la nacion de los godos. Escarmentados con esto los vándalos y los suevos, con retencion de lo que tenian, se sujetaron á los romanos en cuyo nombre se hacia la guerra, aunque con las armas, trabajo y peligro de los godos. Pretendian los suevos otrosí ganar sueldo de los romanos: ellos no quisieron venir en ello porque

(1) Además, segun Casiodoro, el emperador ofreció á Walia que le daria seiscientas mil medidas de trigo: esta paz se hizo por medio de Euplucio, embajador de Honorio, el año 416, segun Próspero é Idacio, y no el año 418 como dice Mariana.

(2) Fue natural de España, aunque no se sabe de dónde. Estuvo un año con San Agustin, quien el año 415 lo envió á Jerusalem á consultar á San Gerónimo sobre la cuestion del origen de las almas y despues le persuadió á que escribiese la historia de los principales sucesos desde el principio del mundo hasta su tiempo en defensa de la religion y los cristianos. Es esta obra la que con frecuencia se cita, escrita con buen estilo, pero poca crítica, en siete libros, y alcanza hasta 416.

Tambien escribió una apología del libre albedrío contra Pelagio, y una carta á San Agustin sobre los errores de los Priscilianistas y los Origenistas. San Agustin en la carta de 106 hace su elogio diciendo que «Orosio tenia mucha viveza, un espíritu perspicaz, mucha facilidad para hablar y escribir, y un celo ardiente.»

no les quedase con las armas poder de alborotarse. Walia habiendo en breve concluido tan grande guerra, y dejando á España sujeta y sosegada, como volviese á la Galia, falleció de su enfermedad año de 419. Reinó solo tres años: en el cual tiempo acabó cosas tales y tan grandes, que ilustró grandemente su nombre y el de su nacion, ademas de la Guiena que como queda dicho le dieron de nuevo en premio de sus hazañas.

CAPITULO III.

Del reino de Theodoredo.

Despues de la muerte de Walia sucedieron dos cosas de mucha incomodidad. La primera que el emperador Constancio sosegadas la España y la Galia y vuelto á Italia, murió en Rávena año de nuestra salvacion de 421. Dejó de su mujer Placidia un hijo de pequeña edad llamado Valentiniano: su tio el emperador procuró se criase como quien le habia de suceder en el imperio. La otra cosa fue que las naciones bárbaras comenzaron á levantarse en España, y á recobrar la jurisdiccion y autoridad que antes tenian: principalmente los vándalos, cuyo esfuerzo entre las demás naciones era muy conocido y singular con su rey Gunderico pensaba apoderarse de toda España. Con este intento acometieron á los suevos: las causas no se saben, solo consta que los forzaron á recogerse a los montes Ervasos, confiados mas en la fortaleza de los lugares que en su valentía. Algunos piensan que estos montes son los que en este tiempo se llaman Arvas, puestos entre Leon y Oviedo; conocidos por un antiguo monasterio que allí hay, y aun dicen que son los mismos que Ptolomeo llama Narbasos.

Retirados en estos montes (cualesquiera que hayan sido) los suevos, como nunca quisiesen pelear con el enemigo, los vándalos perdida la esperanza de alcanzar victoria, en una armada que juntaron, pasaron á las islas Mallorca y Menorca, y las pusieron á fuego y sangre. Desde allí dieron la vuelta á tierra firme: echaron por tierra á Cartagena, que poco antes habia sido quitada á los alanos, y volviera al señorío de los romanos. Sucedió esto seiscientos años despues que los cartagineses la fundaron para que fuese en España asiento y fortaleza del imperio cartagines. Despues de esta destruicion se redujo á caserías; mas en el tiempo adelante, por la comodidad del buen puerto de que goza, se tornó á habitar. En nuestra era apenas hay en ella seiscientos vecinos. Lo que mas hace al caso es entender que desde aquel tiempo los privilegios de la ciudad de Cartagena que llamaban Carthago la nueva, se pasaron á Toledo, como lo testifica un antiguo escritor de las cosas de España; y algunos lo entendian de la dignidad del metropolitano cartaginés, otros de la audiencia en que se administraba á los pueblos la justicia, que dicen antes estaba en Cartagena y desde allí se pasó á Toledo. Las razones por una y otra parte no son concluyentes. Quedará el juicio libre al lector para resolverse por lo que en otros hallare. A mí mas me parece que lo que se trasladó fue la autoridad eclesiástica y la dignidad de metropolitano.

Gunderico rey de los vándalos, destruida Cartagena, acometió á los silingos, que seguian el partido de los romanos. Dió la tala á los campos; y apoderándose por fuerza de Sevilla que estaba en poder desta gente, puéstola á saco, como pretendiese con sobrado atrevimiento saquear el templo de San Vicente, que en aquella ciudad en riquezas y religion era muy notable, fue muerto en la misma puerta del templo: castigo muy justo de Dios en venganza de aquel desacato cometido contra la religion. Sucedióle Genserico su hermano bastardo, otros le llaman Guntharis. Todas estas cosas (1) acontecieron dentro del mismo año que murió el emperador Constancio. En el mismo tiempo Jovino y Máximo se llamaron emperadores en España (2). Estas nuevas alteraciones forzaron al emperador Honorio á hacer nuevas levas de gentes, y con ellas enviar á Castino un escelente capitan, así contra los tiranos que se intitulaban emperadores, como contra los vándalos. Jovino y Máximo porque tenian pocas fuerzas, y se confiaban mas en la revuelta de los tiempos que en otra cosa, en breve fueron presos y muertos.

La empresa contra los vándalos era mas dudosa. Así Castino desconfiado de sus fuerzas llamó á España al conde Bonifacio, persona por lo mucho que sabia de la guerra y de la paz no menos conocida, que por la amistad que tuvo con San Agustin. Hizo pues que viniese desde Africa, donde era gobernador; llegado, nació entre los dos discordia (como es ordinario entre los que son iguales en poder) con estremo peligro y daño así de España, cómo de las cosas romanas. Volvióse Bonifacio á Africa. Castino privado de aquella ayuda, sin hacer cosa que de contar sea contra los vándalos (3) fue forzado á volverse á Italia el año de 423, en que el emperador Honorio pasó desta vida á quince dias del mes de agosto. Tuvo el imperio veinte y ocho años, once meses y diez dias. Señalóse así en la constancia de la religion, como por la caida é infelicidad del imperio, que sucedió en su tiempo. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Pedro en el Vaticano. En su lugar sucedió Valentiniano el tercero, hijo que era de Constancio, y á la sazon niño de pequeña edad y de fuerzas no bastantes para llevar tan grave carga. Con esta ocasion Flavio Joan intentó de apoderarse del imperio y despojar dél á Valentiano. Sucedieron diferentes trances, y por conclusion pasados dos años le vencieron los leales y mataron en batalla.

Gobernaba la república en nombre de su hijo la emperatriz Placida. Tenia con ella grande autoridad y cabida Aecio capitan de mucho nombre. Bonifacio, el que gobernaba á Africa, envidioso y celoso desta privanza (4), y con deseo parte de satisfacerse, parte de mirar por sí concertó con Herserico rey de los vándalos que de España pasase en Africa. Pretendia de mantenerse en el gobierno de Africa con las fuerzas de estos bárbaros, y entregalles en recompensa del trabajo una parte de aquella provincia, segun que de comun acuerdo la señalaron. En tanta manera la peste de la ambicion ciega á los hombres, que ni el amor de la república, ni la lealtad que debia, ni el celo de la religion á que singularmente era aficionado, fueron parte para enfrenar á un hombre, por lo demás tan señalado en bondad para que no ejecutase su mal propósito y saña. Genserico con acuerdo de los suyos resuelto en no dejar la ocasion de apoderarse del imperio de Africa, partió mano de la esperanza que se le presentaba de apoderarse de toda España, y desamparando la Bética ó Andalucía, pasó allende el mar con ochenta mil combatientes, que fue el año de 427 (5), en que, fueron cónsules en Roma Hierio y Ardaburio. Los silingos se quedaron en España, en especial en aquella parte de la Bética donde está Se-

(1) El error que aquí comete el autor en el órden de los tiempos se rectifica en nuestra tabla cronológica.

(2) Jovino tomó la diadema el año 411 en la primera Germania, en la ciudad de Mundiac, que acaso es Maguncia, y no en España.

(3) Despues que se retiró el conde Bonifacio, Castino en 422 dió la batalla á los vándalos, y fue derrotado tan completamente que se fue huyendo á Tarragona con muy pocas tropas.

(4) La privanza, segun Procopio, era de Bonifacio, y la envidia de Aecio, que procuró con malas artes derribarle.

(5) El 429 segun Idacio, y segun Procopio el 428 estaban ya los vándalos en Africa.

villa; que fue el principio (por contarse ellos entre los vándalos y estar mezclados con ellos) que en el tiempo adelante el nombre antiguo de la Bética se mudase en el de Vandalosia, y al presente de Andalucía (1), si bien los aledaños destas provincias Bética y Andalucía no se corresponden puntualmente.

Los vándalos en Africa al principio juntaron sus fuerzas con Bonifacio, con que sujetaron gran parte de aquella provincia: despues por discordias que resultaron (que tal es la naturaleza del mandar, no sufre compañía) por no contentarse los vándalos con la parte de Africa que les señalaron, y anhelar á cosas mayores conforme á la condicion de los hombres, llegaron á rompimiento. Pusieron cerco sobre Bona, do Bonifacio estaba y tambien San Agustin, obispo de aquella ciudad, bien conocido por su doctrina y santidad, que murió en aquel cerco. Hobo diversos encuentros, y finalmente los bárbaros forzaron aquella ciudad: mataron á Bonifacio, y con tanto se apoderaron de casi todo lo demás de Africa. Iban inficionados de la herejía arriana; puede ser que á causa de la comunicacion que en España tuvieron con los godos, de donde las iglesias africanas por esta ocasion padecieron grandes y largas miserias. Hombres sin número fueron muertos por la constancia y defensa de la verdadera y católica religion. Entre estos Arcadio, Probo Paschásio y Eutychio, que seguian la casa y córte de Genserico. Demás destos á un mozo llamado Paulillo hermano de Paschásio y Eutychio vendieron por esclavo, con intento que la molestia del servicio bajo, en que se empleaba, le haria mudar de parecer. Fueron estos mártires de nacion españoles, y por cuanto se puede entender de Próspero sufrieron la muerte el año de 437.

Con la partida de los vándalos el poder de los suevos comenzó á poner espanto á toda España. Tenian por rey á Hermenerico, y este muerto de una larga enfermedad año 440, y de su reinado treinta y dos, Rechila su hijo, mozo de ingenio encendido y bravo, siguiendo las pisadas de su padre, cerca del rio Genil se encontró con Ardebote enviado por el emperador á España, vencióle en batalla y le mató. De la presa



Trajes de los godos de la plebe.

quedó rico de oro y plata, y proveido para sufrir los gastos de la guerra. Despues desta victoria se enseñoreó de la Bética, en que domó los silingos y se apoderó de Sevilla, ciudad en aquel tiempo ni de la anchura ni hermosura que antiguamente tenia y ahora tiene, por causa de los daños que las guerras suelen acarrear. Tras esto dió la vuelta hácia la Lusitania, tomó á Mérida, con que lo restante de los alanos quedó del todo oprimido y llano. Para que los suevos se animasen y aventajasen en tanto grado, ayudó mucho hallarse á la sazon la tierra sin defensa á causa que Sebastian, general que era de los romanos, se habia partido de España para acudir á las cosas de Africa, do murió á manos de los vándalos segun que lo refiere Paulo Diácono. Con esto los suevos pasaron adelante: sujetaron la Carpetania que es el reino de Toledo, y la provincia cartaginense, sí bien en breve se concertaron con los romanos y les tornaron estas dos provincias. Falleció Rechila el año de nuestra salvacion 448. Dejó por sucesor á su hijo Recciario: este fue el primero de los reyes suevos que recibió la fe de Cristo, y fundó en España entre los suyos la verdadera religion.

Esto cuanto á los suevos. Los godos con su rey Theodoredo, que fue pariente de Walia y su sucesor

(1) *Andalos* en árabe significa occidental, y como la Bética era la provincia mas occidental de su imperio, parece mas probable que el nombre de Andalucía tenga este origen.

poseian en España muy poca tierra, solamente lo que al presente es Cataluña : en la Gallia florecia en riquezas y gloria militar. Por esto quebrada la confederacion que tenian puesta con los romanos, y por estar acostumbrados á sembrar y trabar unas guerras de otras, comenzaron á poner espanto á todos. Los muchos hijos de Theodoredo aumentaron su poder, que eran seis, es á saber : Turismundo, Theodorico, Eurico, Friderico, Ricciinero, Himerico, y dos hijas: la una casó con Hunerico, vándalo hijo de Genserico, hombre impío y cruel, que maltrató de muchas maneras á los católicos en Africa, y á su mujer cortadas las narices envió á su padre sin ocasion bastante, solo por una sospecha liviana y falsa que le dió, que intentaba de darle veneno y yerbas; la otra casó con Recciario, rey de los suevos en España. Habian por este tiempo entrado en la Gallia los hunnos con su caudillo Attila que vulgarmente llamaron *Azote de Dios*; y esto movidos con el deseo de ensanchar el señorío, ó inducidos por los romanos para enfrenar el poder y atrevimiento de los godos, ó lo que es mas verosímil, á persuasion de Genserico vándalo, que temia las armas de los godos y la venganza de la maldad cometida contra su mujer, como está dicho.

La gente de los hunnos dicen algunos que tenia su asiento dentro de los montes Ripheos. Marcelino los pone cerca del Océano, y sobre la laguna Meotide. Eran hombres de aspecto feroz, en trato y comida groseros, tanto que ni de fuego ni de guisados solian usar, si no de raices y de carnes calentadas entre sus muslos : algunas veces sustentaban la vida con la sangre de sus caballos, ca les abrian para esto las venas y los sangraban. Dicese que en tiempo de Valente lo primero echaron los godos de sus antiguos asientos: despues destruida la Armenia y otras provincias del Oriente, se apoderaron de la una y de la otra Panonia y las quitaron á los godos; y como hicieron entradas en la Gallia y otros lugares comarcanos, dejaron por todas partes rastros de su natural fiereza. Al presente con intento que llevaban de apoderarse de toda la Gallia, destruyeron, quemaron y asolaron la ciudad novilísima de Rems, en que degollaron entre otros á Nicasio obispo de aquella ciudad, varon tan santo que cantaba con las postreras voces y medio muerto los himnos sagrados. Despues desto pusieron cerco sobre Orliens: cosa que forzó á los godos, á los francos y á los romanos á tratar de hacelles rostro. Para esto hicieron liga entre sí, y juntadas sus fuerzas, acudieron contra el comun enemigo. Theodoredo, rey de los godos, por miedo que aquel fuego no prendiese en la Guiena, fue el primero que con las armas acometió el peligro, y forzó al enemigo que alzado el cerco se retirase á los campos catalaunicos, que otros llamaban marochios ó mauricios, y están cercanos á Tolosa. Acudió Aecio por Valentiniano hecho maestro de la milicia, que era tanto como general. Los francos asimismo acudieron con su rey y caudillo Meroveo.

Luego que las unas y las otras gentes estuvieron juntas, ordenaron sus haces á guisa de pelear. Dióse á Theodoredo el gobierno de la mano derecha, Aecio estuvo á la izquierda junto con los francos. Sanguibano, rey de los alanos, de aquellos que tenian su asiento en aquella parte de la Gallia do está Orliens,



Muerte del rey Theodoredo.

fueron puestos en medio por no fiarse dellos, y para que no pudiesen hacer traicion. Por el contrario Attila repartió sus huestes en esta forma. Puso á los reyes y á las demás naciones á los dos lados con gran número de gente estendida por aquellos anchísimos campos. Los ostrogodos, como los que entre los demás se señalaban en esfuerzo y valentia, se pusieron en el ladó izquierdo contra los visogodos. El mismo Attila y los hunnos estuvieron en el escuadron de en medio y cuerpo de la batalla. Eran hombres de vista espantosa, y mas morenos y tostados que los demás. El lugar era cuesta abajo : parecia que los que primero se apoderasen de un collado, que se empinaba allí cerca, mejorarian mucho su partido. Los unos y los otros fueron allá con el mismo intento; pero previnieron los romanos.

Attila, visto que por este inconveniente sus soldados se turbaron y temian de entrar en la pelea, les

habló segun se dice de esta manera : «A los vencedores del mundo, domadores de las gentes no »conviene encender y animar con palabras, ni aun »á los cobardes dará esfuerzo este mi razonamiento. »Los valientes soldados, cuales vos sois, se recrean »y deleitan en la pelea, y el salir con la victoria les »es cosa muy ordinaria y familiar. ¿Estais por ventura »olvidados de las Panonias, Mesias, Germanias, Ga»llias sujetas y vencidas por vuestro esfuerzo, y los »escondrijos de la laguna Meotis, en que entraron »vuestras armas? Armaos pues del ánimo que á ven»cedores conviene. Pudisteis sin poneros á traba»jo gozar del fruto de las victorias ganadas, mas »por no poder vuestros animosos corazones sufrir la »ociosidad fuisteis los primeros á mover la guerra. »Esta muestra de mayor esfuerzo sirva al presente de »estímulo y aguijon. En este dia por vuestra valentia »se conquistará el imperio del mundo. ¿Podrá por ven»tura, oh ínclitos soldados, aquel ejército juntado con »toda diligencia de la avenida de varias gentes, y »aquella canalla sufrir vuestra vista, ojos y manos? »Por la poca confianza que de su esfuerzo hacian, »intentaron mejorarse de lugar. Direis que tienen en »su ayuda á los visogodos, gente brava. Poco les im»porta ese socorro, si vienen á vuestras manos. Que »los romanos delicados y afeminados con los deleites, »como cortados los nervios, sin que ninguno les »haga fuerza, volverán las espaldas. Acordaos pues »de vuestra valentia, vestios del coraje acostumbra»do, mostrad vuestro esfuerzo; y si no pudiéredes »salir con la victoria (lo que los dioses no permitan) »con la muerte dad muestra del amor y lealtad que »nos teneis. Los magnánimos en la muerte ganan »honra, la victoria les acarrea contento y con él abun»dancia de todos los bienes. De mi no espereis sola»mente el gobierno sino el ejemplo en el pelear. ¿Que »otro emperador os recibirá si no salis victoriosos? »¿qué reales? ¿qué provincias? Principalmente que



Soldado de los primitivos godos.

»vuestra felicidad tiene irritadas todas las naciones »por la envidia que os tienen muy grande.»

Dicho, esto dióse la señal de pelear : acometieron los hunnos con grande ímpetu : recibiéronlos los contrarios no con menor esfuerzo, encendidos tambien ellos con las amonestaciones de sus capitanes. Júntanse los escuadrones, encruelécese la batalla : mueren ahora destos, ahora de aquellos; todos pelean, como el interés lo pedia, con singular denuedo y esfuerzo por el imperio del mundo. Era tanta la sangre de los muertos que segun se dice, un arroyo que allí corria salió por esta causa de madre. Perecieron en aquella sangrienta batalla ciento y ochenta mil hombres: muchedumbre que dió ocacion á forjar estas y otras mentiras. Al principio de la pelea murió el rey Theodoredo, por su mucha edad pisado y hollado de los suyos; dado que con grande ánimo peleó y acometió lo mas fuerte y apretado de los enemigos. Algunos dicen que le mató un ostrógodo llamado Andage. Lo que á otros pusiera temor, á los suyos dió mayor corage : ca Turismundo y Theodorico, hijos del muerto, con un escuadron cerrado turbaron los enemigos y con la ferocidad y cólera que les causaba el dolor, rompieron y desbarataron los escuadrones

contrarios. En conclusion pusieron en huida al capitan enemigo, dado que ninguna cosa dejó él por hacer que perteneciese ó á buen capitan, ó á valeroso soldado. Los hermanos pasaron hiriendo y matando muy adelante, tanto que con la oscuridad de la noche llegaron á la vuelta muy cerca de los reales de los enemigos y corrieron grande peligro: el mismo Turismundo fue derribado del caballo y herido en la cabeza; pero escapó por la ayuda y valentia de sus soldados.

El enemigo que en su pensamiento tenia tragada la redondez de la tierra, y pensaba hacerse señor de todo, por no haber ganado la batalla, como vencido se retiró á sus reales, determinado, si el peligro pasaba adelante, de tomar la muerte por sus manos, y echarse en una hoguera que para este efecto mandó encender. Los carros con que estaban rodeados los reales le dieron la vida y las tinieblas de la noche: cosa que él tenia considerada, y por esto comenzó la pelea despues de medio dia. Aecio no con menor miedo, hecho un valladar de caballos muertos y paveses, pasó toda la noche sin dejar las armas. Pero el siguiente dia visto que el enemigo rehusaba la pelea le cercó primero dentro de sus reales: despues como pudiese deshacerle sin dificultad, le dejó salir de la Gallia y volverse á las Panonias. Muy gran parte de la alegría de la victoria y del regocijo se disminuyó así con la huida de Attila, como por el desastre y muerte del rey Theodoredo: dado que así á los romanos como á los francos se entendia era agradable que un rey tan poderoso faltase. Dicen que un adevino, consultado por Attila le dijo que muerto el capitan de los enemigos, alcanzaria la victoria. Así pensaban los hunnos que por una parte saldrian victoriosos, y Aecio seria muerto en la batalla. Tales son los adevinos gente engañosa y vana, tales sus pronósticos: nunca aciertan, ó por maravilla; fuera de que en casos semejantes muchas cosas se fingen que nunca pasaron.

En la vida escrita en griego de Isidoro, filósofo, se dice que por espacio de tres dias despues de la batalla se oyó estruendo de armas en el mismo lugar, y grande alarido de los que peleaban como si las almas despues de apartadas de sus cuerpos con gran pertinacia perseveraran en la pelea. La grandeza desta batalla dió ocasion á estas y semejantes fábulas. Verdad es que cosa semejante á esta cuenta Maffeo al fin de su historia en el naufrágio de Manuel de Sosa cerca del cabo de Buena-Esperanza: que de noche se oian cantos de los que en aquella tormenta finaron. Dióse esta batalla segun Casiodoro siendo cónsules Marciano Augusto y Clodio Adephio el año que corria de Cristo de 451, y del reino de Theodoredo treinta y uno. (1) Algunos sospechan que Recciario rey de los suevos se halló en esta jornada, por el deudo que tenia con el rey godo. Lo mas cierto es que acometido que hobo á los vascones, que perseveraban en la obediciencia de los romanos, y moraban en aquella parte de España que al presente se llama Navarra, desde allí pasó á la Gallia con deseo de visitar á su suegro, y que ayudado del socorro de los godos, dió la tala por todas partes á la provincia cartaginense y á los carpetanos. Ultimamente hecho que hobo paz y tomado asiento con los romanos, se volvió á su tierra y señorío que tenia en la Bética, la Lusitania y Galicia: y aspiraba á hacerse señor de lo demás de España.

CAPITULO IV.

De Turismundo y Theodorico.

Hechas las exéquias de Theodoredo en los reales de los godos, Turismundo, luego que fue puesto en lugar de su padre, por consejo de Aecio y á su persuasion dejó de seguir á Attila y vengar aquella muerte; por parecer debia primero dar órden en las cosas del nuevo reino, y no dar lugar á sus hermanos (si por ventura lo pretendian) de innovar alguna cosa. Lo que de secreto con esto pretendió Aecio era que el poder de los godos, á la sazon muy grande, no destruyese el de los romanos. Verdad es que Turismundo, si bien siguió el consejo de Aecio, en breve, luego que dió asiento en las cosas de su reino, revolvió en busca de Attila, y antes que saliese de Francia le venció en una batalla muy herida que se dieron cerca del rio Loire, donde el bárbaro pretendia sujetar cierta parte de los alanos que hicieran asiento por aquellas comarcas. Esta nueva victoria fue muy señalada, y tanto que el Hunno fue forzado de desembarazar toda la Francia. Esta misma huida de Attila fue causa que Aecio perdiese la vida (2) porque como viniese nueva que reforzado de nuevas gentes revolvia sobre Dalmacia, Illiria, y parte de Italia, el emperador Valentiniano por entender que le pudieron deshacer del todo en los campos Catalaunicos, y que de industria le dejaron escapar por sus particulares, dió la muerte á Aecio que le tenia por culpado en aquel caso; que fue año de nuestra salvacion de 454. En el mismo tiempo despues de Celestino y de Sixto Tercero, de este nombre gobernaba la iglesia Romana San Leon, verdaderamente grande por la escelencia de su sabiduría y de su elocuencia. Juntó con las demas escelentes virtudes de su ánimo una singular destreza en tratar con los príncipes, con que persuadió primero á Attila Hunno, que entrado en Italia iba sobre Roma, que volviese atras, ca le salió al encuentro y le habló sobre el caso á los vados del rio Mincio. No mucho despues acabó con Genserico Vándalo que no pusiese fuego á la ciudad de Roma, de que estaba para apoderarse como lo hizo: obedecieron los bárbaros á la virtud celestial; pero dejemos las cosas estranjeras.

Toribio, obispo de Astorga, tuvo otro tiempo familiaridad con San Leon en Italia, do habia pasado, y peregrinado por otras muchas provincias con deseo de saber ó por devocion que tenia. Por cartas de Toribio, ya que San Leon era pontífice, fue avisado que la secta de Prisciliano tantas veces abatida tornaba de nuevo á brotar, principalmente en Galicia, do esta peste se habia mas apoderado. Respondióle en una carta, en que le ordenó que para remediar este daño tuviese cuidado de juntar concilio de los obispos tarraconenses, cartaginenses, lusitanos y gallegos. Juntáronse los obispos como les era mandado en Celenis pueblo de Galicia. Juntos que fueron por sus votos condenaron la doctrina de Prisciliano, y puesta por escrito una fórmula de la verdadera fe, la enviaron á Baleonio prelado de Braga, que era superior de todas las iglesias por aquella comarca con derecho de metropolitano ó sea de primado. De esta fórmula se hace mencion en el primer concilio Bracarense, y anda despues del primer concilio Toledano como parte suya y remiendo mal pegado, por yerro sin duda del que primero juntó los volúmenes de los concilios.

Anda tambien un pedazo de una epístola de Toribio contra la secta Prisciliana, dirigida á dos obispos de España. En ella despues de saludarlos dice dolerse que la concordia de la religion que tenian las demás iglesias, se pervierta en su patria por culpa de los obispos que no consideraban bastantemente, cómo aquel mal tantas veces reprimido tornaba de nuevo á brotar. La vida que profesaba, y el haberle sido encomendado este cargo, le ponia en necesidad de ha-

(1) El 453 de la era cristiana, el 29 de Valentiniano Tercero, el 4 de Marciano, siendo cónsules Opilio y Vincomalo, en los llanos de Chalons, segun Próspero y Casiodoro.

(2) Parece que la causa de la muerte de este grande hombre fueron los celos y la envidia del eunuco Heracio y de Petronio Máximo, porque estaba en tan gran favor con el emperador, que este le habia prometido casar su hija mayor Eudoxia con su hijo Gaudencio.

blar dado que en todo era el mas bajo. Los libros apócrifos, que los herejes publicaban por divinos, debian ser desechados, en particular los actos del apóstol Santo Tomás, en que se afirmaba que el dicho santo acostumbraba á bautizar no con agua, sino con aceite: sacramento que por autoridad de aquel libro recibian los manicheos, y le reprobaba Prisciliano. Decia tambien que debian poner en la misma cuenta los actos de San Andres, fingidos ó corrompidos por los manicheos: los hechos otrosí y vida de San Juan compuestos por Luceyo, hombre perverso: la memoria de los apóstoles, en que la ley vieja de todo punto se reprobaba; del cual libro constaba haberse aprobechado los manicheos y priscilianistas para defensa de sus errores. Dice mas haber en particular peleado por escrito contra las locuras de aquel libro; pero esta disputa con el largo tiempo se ha perdido. El cuerpo de Santo Toribio está enterrado en las Asturias en San Martin de Lievana. En algunos pueblos asimismo se celebra su memoria como de santo á diez y seis del mes de abril con fiesta propia que le hacen.

Volvamos á Turismundo, al cual, por imperar mas soberbia y cruelmente que hombres libres y feroces podian sufrir, hicieron dar la muerte sus dos hermanos Theodorico y Federico. Ejecutóla Ascalerno muy privado suyo: en la cama en que estaba á causa de una enfermedad, le mató á hierro, pasado un año del principio de su reinado. El año luego adelante que fue de Cristo 455, á diez y ocho de marzo, mató en Roma al emperador Valentiniano Thrasila, soldado de Aecio, en venganza de la muerte que aquel emperador diera á su capitan. Así se dijo; mas en hecho de verdad Maximo le sobornó y persuadió tan grave maldad y traicion con intento que tenia de levantarse con el imperio como lo hizo, y para conservalle con la magestad conveniente procuró casarse y casó con Eudoxia, mujer de Valentiniano. Con la muerte de Valentiniano el imperio de Occidente de todo punto cayó en tierra, porque nueve tiranos ó emperadores desgraciados que por órden se siguieron adelante en ninguna manera son tenidos por dignos de tal nombre. Por el mismo tiempo por muerte de Theodosio el menor gobernaba las provincias de Oriente el emperador Marciano, por cuya diligencia se juntó un concilio de obispos en Chalcedonia, doblado el número de padres que hobo en el concilio Niceno. Este concilio reprobó las locas opiniones que de Cristo, Dioscoro y Eutychete enseñaban.

Habia comenzado á gobernar la gente y reino de los godos Theodorico, con prudencia y modestia singular: escogido príncipe, si no afeara la religion con las opiniones de Arrio, y la bondad de la vida con la sangre que derramó (como queda dicho) de su hermano. Sidonio Apollinar, á quien Theodorico hizo conde, y despues en la Gallia fue obispo de Averno, hoy Claramonte, en una carta que dirije á Agricola, declara por menudo las virtudes de Theodorico, la gravedad y mesura de su rostro, sus fuerzas corporales que no era dado á regalos, sino de todo punto varonil y soldado; la destreza en tirar el arco, la templanza en la comida y bebida, la costumbre que tenia despues de comer de aflojar con honestos juegos el ánimo apesgado y flechado con los cuidados del reino, y lo que es muy propio de los reyes daba audiencia á los miserables con una paciencia singular. Añade que se deleitaba cenando con las burlas de los truhanes, pero sin que mordiesen á nadie.

Estaba Avito cerca del por embajador de Máximo Augusto, dice Gregorio Turonense, que era natural de Claramonte. A este Avito, sabida la muerte de su señor, persuadió al rey que se apoderase del imperio de Occidente, y para esto le ayudó con su autoridad y fuerzas. Concertaron los dos que en recompensa destas ayudas quedase por los godos todo lo que en España quitasen á los suevos, que se iban apoderando de las tierras de los romanos, y aspiraban al imperio de toda España. Era menester buscar algun color honesto para hacerles guerra, y para quebrantar los vínculos del deudo que tenian entre sí: parecióles ser lo mejor con una embajada amonestar á Recciario no se olvidase de la modestia: que acometer sin alguna causa á los comarcanos, y sin haber recibido injuria de ellos, seria despertar contra sí el odio público y envidia de las otras naciones: que los reinos con justicia se fundan, y por ambicion y crueldad se pierden: amenazaba que si no desistia, no podia faltar al imperio romano, que le habia obligado su fé, y del que tenia recibidos muchos beneficios. A esto Recciario como hombre de soberbio corazon, á quien las victorias pasadas hinchaban y henchian de vanas esperanzas, respondió que en breve seria en Tolosa para probar de cuánta valentia era la una y la otra gente, y determinar aquel pleito por el trance de las armas.

Con esta respuesta Theodorico para prevenir, y para todo lo que pudiese suceder, hizo juntas de los suyos, y llamó tambien socorro de los borgoñones y de los francos: pasó los montes Pirineos, y cerca del rio Urbico, que corre entre Iberia y Astorga en Galicia, en una batalla muy trabada venció y puso en huida á su enemigo. Grande fue la matanza que de suevos se hizo en aquella batalla. El mismo Recciario salió herido, y no teniéndose por seguro en parte alguna de España, quiso en una nave pasar en Africa; pero la fuerza de la tormenta le echó á la ciudad de Portu do por aquella parte el rio Duero se mete en el mar. Allí por mandado del vencedor le mataron el año de 456, como lo dice Adon Viennense. Braga fue puesta á saco pero sin sangre de los ciudadanos. La presa fue rica por estar á lo que parece en aquella ciudad la silla de los reyes suevos. Despues de esta batalla puso Theodorico por gobernador de Galicia que dejó sujeta, á Acliulpho del linaje de los barues, no de la nobleza de los godos, y hombre de poca lealtad. Revolvió la guerra contra la Lusitania, donde por amonestacion de santa Olalla debajo de cuyo amparo estaban Mérida y sus cosas por ser ella su protectora, desistieron de saquear aquella ciudad. Hecho esto, Ceurila con parte del ejército fue enviado contra la Bética, Nepociano y Nerico á Galicia contra Acliulpho, que olvidado de la fe y de su deber se habia apoderado de aquella provincia y hecho tirano.

Theodorico vuelto á Francia, ó con deseo de descansar, ó por acudir á otras alteraciones, tomó las armas contra los romanos y contra Maioriano por ventura porque habian forzado á Avito que renunciase el imperio, como se dirá luego, y ya se dijo que el emperador Avito y el rey Theodorico eran amigos. Taló pues los campos de Francia y saqueó los pueblos, y pasó armado hasta el rio Rhódano; y como se apoderase de Leon, la puso á fuego y á sangre y la saqueó. Esto en Francia. En España el capitan Ceurila como hobiese al improviso y antes que nadie imaginara, llegado á la Bética, los naturales con embajadores que le enviaron, le hicieron saber que ellos ponian á sí y á todas sus cosas en el poder de los godos: que no habian consentido con los demás suevos, ni conspirado contra los romanos, que estaban aparejados á dar rehenes y hacer lo que les fuese mandado: recibirlos en los pueblos, ayudarlos con trigo y con todas las demas cosas. Por esta manera sin sangre la Bética quedó sujeta al señorío de los godos.

En Galicia se hacia la guerra con mayor porfía, y últimamente en una batalla que se dió cerca de Lugo, Acliulpho que se nombraba rey, á lo menos se habia apartado de la obediencia de los godos, fue preso y pagó con la cabeza. Los suevos enviaron á Theodorico hombres santos con los ornamentos de la iglesia y cosas sagradas para moverle mas, por cuya industria

alcanzaron perdon para toda la provincia de Galicia, y no solamente el perdon que pedian, sino con increible grandeza de ánimo les otorgó que recogiendo las reliquias del naufragio pasado, nombrasen de entre sí rey. Vínose á la eleccion, no se conformaron las voluntades, unos nombraron á Franta por rey, otros á Masdra; este por los suyos fue muerto á hierro dentro de dos años: Remismundo su hijo y sucesor año de nuestra salvacion de 460 conforme á la cuenta de Isidoro, corregidos los números conforme á la verdad, se concertó con Franta y juntadas con él sus fuerzas, entró por la Lusitania metiéndola toda á fuego y á sangre; provincia que en aquella sazon habia vuelto al señorío de los romanos, si bien no se entiende la manera, el tiempo, ni la causa en que esto se hizo; lo que se sabe es que Remismundo no la pudo del todo sujetar á su señorío.

En Roma y en Italia Ricimer, nieto que era de Walia rey de los godos, nacido de una su hija y de padre suevo de nacion, era en este tiempo maestro de la milicia romana, que era el mayor poder y cargo despues del emperador. Este hacia y deshacia emperadores en aquellos miserables tiempos, y con esto traia al retortero la república romana, porque Mecilio Avito sucesor de Máximo, renunció el imperio y fue hecho obispo de Plasencia en Italia. El que le forzó á hacer esto, que fue Julio Valerio Maioriano sucesor suyo pasó en España, y sosegadas las alteraciones de aquella provincia, aprestó una armada en Cartagena con deseo de deshacer á los vándalos en Africa. Pero todo este aparato se desvaneció como humo, porque parte de la armada quemaron los enemigos parte tomaron por haber ellos tenido noticia de lo que el emperador pretendia y tiempo para hacerle resistencia y daño. El mismo Maioriano afeado con la afrenta del mal suceso, si bien en la Gallia restituyó al imperio todo lo que los godos usurparan, dado asientos en las cosas de aquella provincia, y vuelto en Italia, perdió la libertad y la vida en Dertona cerca del rio Hira, á los siete de agosto año de 461, todo por engaño y órden de Ricimer. Por su muete Vivio Severo, partícipe de esta conjuracion, fue puesto en su lugar ayudado por el mismo Ricimer.

En aquella revuelta y confusion de cosas el rey Theodorico se tornó á apoderar de Narbona por entrega que de ella hizo Rabenio (1), á quien con grandes promesas él persuadió se apartase de la obediencia del emperador Severo. Hay en Nebrija un letrero deste tiempo en la misma delantera del templo sobre la puerta con estas palabras vueltas en romance.

> ALEXANDRÍA CLARÍSIMA HEMBRA VIVIÓ AÑOS VEINTE Y CINCO POCO MAS Ó MENOS: MURIÓ EN PAZ Á DIEZ DE LAS KALENDAS DE ENERO ERA QUINIENTAS Y TRES. PROBO SU HIJO VIVIÓ DOS AÑOS Y UN MES.

Por las palabras latinas deste letrero que es muy llano, se ve que la elegancia de la lengua latina habia ya en este tiempo degenerado mucho de lo antiguo. La Alpha y la Omega con la señal de la Cruz (en aquella forma que se dijo arriba hizo Constantino Magno la bandera real) están puestas debajo deste letrero, conforme á la costumbre de aquel tiempo en razon de diferenciar los sepulcros de los cristianos de los demás.

Gobernaba por el mismo tiempo la iglesia romana Hilario, natural de Calari en Cerdeña, sucesor de Leon el Magno. Hay una carta de Ascanio obispo de Tarragona para Hilario, con ocasion de la cual y de un concilio de obispos que se juntaron para celebrar el dia en que nació el dicho pontífice, se trató en Roma cómo Nundinario obispo de Barcelona nombró por heredero de sus bienes y señaló por sucesor á Ireneo coadjutor suyo. Dicen que la voluntad y juicio del obispo fue aprobada por los votos de los principales y de los demás del pueblo. Movido de este ejemplo ó de su voluntad hizo lo mismo Silvano obispo de Calahorra, señalando sucesor; pero sin la voluntad del pueblo y consentimiento del metropolitano. Por tanto pedian que aprobada la primera eleccion por autoridad de Hilario, la segunda se diese por ninguna. Respondió Hilario que, por no poderse en manera alguna distinguir la causa de Barcelona de la de Calahorra, y porque no pareciese se heredaba lo que por benignidad de Cristo se da conforme á los merecimientos de la vida de cada uno, que la una y la otra eleccion se tuviesen por de ningun efecto, y se tornasen á hacer conforme á las costumbres y leyes legalmente. La data de esta carta fue á treinta de diciembre siendo cónsules Basilisco, y Hermenerico, que fue año de nuestra salvacion de 465. En esta carta Ascanio se llama metropolitano de la provincia Tarraconense. Tenia Tarragona por sufragáneas á Calahorra, Leon, Barcelona, Ciudad-Rodrigo, que antiguamente se llamó Mirobriga, dado que entre sí estaban muy apartadas: argumento claro, que era superior de todas las iglesias que en España obedecian al imperio romano, y reconocian á la iglesia romana por madre y cabeza de la Religion Cristiana, como lo es. Por ventura en España no se usaba en aquel tiempo el nombre de primado, sino que donde tenia el gobierno y la silla del imperio, aquella ciudad reconocian las demás ciudades é iglesias que pertenecian á aquel gobierno: punto de que tenemos muchas conjeturas y razones, si no concluyentes, á lo menos probables; pero volvamos á lo de Galicia.

CAPITULO V.

De la muerte del rey Theodorico y del rey Eurico.

Los suevos en esta misma sazon andaban alterados á causa de nuevas guerras que entre ellos se levantaron. Fue así que por votos de la una parcialidad de las dos que andaban entre aquella gente, en lugar de Franta difunto (como queda dicho) fue puesto Frumario. Su competidor Remismundo, antes que el nuevo rey cobrase fuerzas y se arraigase en el reino, pretendió apoderarse por fuerza de armas de todo el señorío y nacion de los suevos, y salió con ello por causa que al mismo tiempo falleció acaso de su enfermedad Frumario su contrario. Dado que Iria Flavia, ciudad sujeta á Remismundo, fue destruida por los contrarios, ca no quedaban del todo sosegados con la muerte de Frumario su rey. Reducida con tanto la gente de los suevos debajo del imperio de uno, grandes levas de gente se hicieron en toda aquella provincia, con que juntado un grueso ejército, Remismundo acometió la Lusitania, y despues de haberse por engaño apoderado de Coimbra, hizo lo mismo de la ciudad de Lisbona por entrega que de ella le hizo Lucidio ciudadano y gobernador de aquella ciudad.

El poder de los romanos era menospreciado, temíanse las armas de los godos, por esto pareció á los suevos conveniente aplacar á Theodorico con una embajada con que le prometian de mantenerse en su fe, y estar prestos para hacer lo que les fuese mandado.

Dió orejas el Godo á esta embajada, y para mayor firmeza de la amistad tratóse que los reyes se confederasen con nuevo parentesco; y así Remismundo casó con una hija de Theodorico, que con voluntad de su padre fue enviada á España, y en su compañía Salano hombre principal, que tomó cuidado de llevarla. Iba tambien entre los demás Aiace hombre

(1) Fue el conde Agrippino quien entregó á los visigodos á Narbona.

francés, y que por ganar la gracia de su rey dias antes se hiciera arriano. Todo esto iba enderezado á que por diligencia deste hombre los suevos se pervirtiesen y hiciesen arrianos: con que se prometian quitada la diferencia de la religion seria mas firme el asiento que tomaron. Hizo aquel hombre astuto lo que se pretendia. En efecto, la reina procuró introducille en la gracia de Remismundo; y por aquel medio inficionar la gente de aquella mortal ponzoña.

Salano como celebradas las bodas se volviese á Francia, halló que Theodorico era muerto por engaño de Eurico su hermano que fue año de nuestra salvacion de 467, el año trece despues que él con semejante alevosía dió la muerte á Turismundo su hermano. El reino de los godos sin contradiccion quedó por Eurico en premio de aquella maldad. Era grande su ferocidad y brio, solo le ponia en cuidado el poder de los suevos: temia que Remismundo vengaria por las armas la muerte del rey su suegro: deseaba juntamente quitar la Lusitania á los suevos, y echados los romanos de toda España, hacerse universal señor de ella, porque en aquella era estaba dividida en tres partes. La Galicia con parte de la Lusitania obedecia á los suevos, la Bética y Cataluña á los godos: debajo del imperio de los romanos permanecia la provincia cartaginense, los carpetanos reino de Toledo, y casi todas las demás provincias de España. Eurico pues, lo primero se concertó por medio de sus embajadores con el emperador Leon, que regia las provincias del Oriente: hecho esto entró con un grueso ejército, y discurrió hasta lo postrero de España, donde sin hallar contradiccion por muchas partes maltrató y sujetó la provincia de Lusitania. Desde allí antes de dar la vuelta envió delante parte de su ejército para apoderarse de Pamplona y de Zaragoza, que perseveraban en la obediencia de los romanos. Él tambien con lo mas fuerte del ejército movió la vuelta de la España Citerior, y en ella despues de largo cerco se apoderó de Tarragona, ciudad que en España tenia muy grande autoridad, y la derribó por el suelo (1), enojado de que se pusieron en defensa y que el cerco hobiese durado mucho tiempo. Con esto despojó á los romanos de todo el señorío que tenian en España, y del imperio que duró en ella casi setecientos años; y aun fuera de Galicia que quedó por los suevos, todo lo demás de España por fuerza de armas se rindió á los godos. Esto en España.

En la Gallia se ensancharon los términos del señorío de los godos con esta ocasion. Las cosas de Italia iban de caida á causa de las guerras civiles que andaban muy encendidas con grande y vergonzosa flaqueza del imperio romano, de manera que apenas ya ni por sus fuerzas, ni con socorros de fuera se podian entretener; porque muerto el emperador Vibio Severo, Flavio Antemio tuvo por algun tiempo el imperio de Occidente, sustentando con las fuerzas y mañas de Ricimer Patricio, que sacó del barato para sí por mujer una hija del nuevo emperador, bien que la amistad no duró mucho, ni podia ser seguro tan gran poder de hombre particular: y es cosa forzosa que perezca, ó que haga perecer, el que pone miedo al príncipe, como acaeció entonces. Resultaron diferencias entre el suegro y el yerno, vinieron á las armas, y Ricimer se apoderó de la ciudad de Roma y la saqueó, dió otrosí la muerte al emperador Antemio. Con esto un senador llamado Olibrio sucedió en el imperio. El mismo Ricimer pocos dias despues murió atormentado de gravísimos dolores. El vulgo entendia que era venganza del cielo por haber menospreciado poco antes el derecho de la afinidad tan estrecha, y haber maltratado aquella ciudad.

Muerto poco despues Olibrio, siguióle Glicerio en ninguna cosa mas afortunado que su predecesor, porque Julio Nepote, á quien Leon emperador de Oriente diera el imperio de Occidente, le forzó á renunciarle, y le envió á Salona, ciudad de Esclavonia, para que allí fuese obispo de aquella ciudad á propósito que no le escarneciesen y maltratasen, si quedase en Italia despojado del mando como hombre particular, y para que con aquella dignidad se sustentase y pasase por el agravio que le hacian: dado que parece vino de su voluntad en ello, pues poco despues fue aquella ciudad acogida del mismo Nepote, cuando asimismo le echó de la silla imperial Momillo Augusto. Orestes, maestro que era de la milicia romana despues de Ricimer, y padre deste Momillo, quitó el imperio á Nepote, y en él puso á este su hijo, lo cual sucedió á treinta y uno de octubre año de 475. Vulgarmente á este nuevo emperador llamaron Augustulo por via de escarnio (2), y porque en él se acabó de todo punto el imperio de Occidente, que otro del mismo nombre, es á saber Octavio Augusto, habia fundado á lo que parecia para siempre y para que fuese perpétuo.

Desta manera trueca y revuelve la fortuna ó fuerza mas alta las cosas humanas. Caen las ciudades y los imperios, yérmanse los pueblos, y las provincias se asuelan, y es todo consideracion muy á propósito para confortarse cada cual, y llevar en paciencia sus trabajos. Ciudades y reinos muy nobles yacen por tierra caidos como cuerpos muertos; y nos, cuyas vidas estrechó la naturaleza dentro de pequeños términos, si alguno de los nuestros muere haremos estremos sentimientos. Razon es sin duda y muy justo nos acordemos que somos hombres, y no nos queramos atribuir la inmortalidad de los que están en el cielo. Imperó Augusto nueve meses y veinte y cuatro dias. Odoacre, hombre bárbaro, rey de los herulos, habiéndole quitado el imperio, se apoderó de Italia y de Roma, y tuvo aquel imperio por mas de diez y seis años. Este fue el fin del imperio de Occidente, estos los emperadores postreros y desgraciados, que aquí habemos juntado como las heces que fueron del imperio romano y de su magestad. Volvamos atrás, y contemos algunas cosas que en su tiempo acontecieron.

Eurico rey de los visigodos, despues de haber domado á España, acometió las tierras de la Gallia. Añadióse este nuevo mal á los demás con que las provincias todas eran trabajadas. La deslealtad que en aquel tiempo mas que en otro se usaba fue la principal causa destos daños. Fue así que Arvando primero, y despues Seronato, que eran en la Gallia gobernadores por los romanos, persuadieron á este rey que se apoderase de las provincias del imperio. pues le seria cosa fácil en tiempos tan revueltos. Juntóse con esto que á Genserico vándalo venció en una batalla naval cerca de Sicilia Basilisco capitan famoso del emperador Leon. Con esta pérdida maltratado el vándalo se volvió en Africa, y por miedo que tenia de mayor daño dende movió por sus embajadores á la una y á la otra gente de los godos, ostrogodos y visigodos contra los romanos con grandes esperanzas que les puso delante, y partidos aventajados. Estas fueron las causas de la guerra que se hizo en Francia, Arvando y Seronato descubierta la traicion, y convencidos en juicio pagaron con las cabezas.

El intento de Genserico tuvo mejor suceso, porque Theodomiro rey de los ostrogodos en Panonia recobrado que hobo su hijo Theodorico, que largo tiempo estuvo en Constantinopla en rehenes, y el cielo le tenia aparejado el imperio de Italia, dió cuidado á Vindemiro su hermano para que hiciese guerra á Italia, que de sí misma iba á caerse y estaba para

(1) Debe tenerse por supuesto este hecho, porque ningun historiador fidedigno lo acredita.

(2) Por las medallas consta que era nombre propio. Tambien se llamaba Rómulo, y algunos le llamaban Augusto.

perderse. Pero este vencido por los dones que Glicerio Augusto le dió en el tiempo que tuvo el imperio, dejada Italia se pasó en la Gallia, y juntó sus fuerzas con Eurico, que con gran espanto y daño de aquella provincia comenzaba á talar los campos y meter á fuego y á sangre las villas y lugares. Fue esta junta de grande efecto, y dado que Epifanio obispo de Pavía, varon en aquel tiempo de grande autoridad, enviado por Nepote Augusto trató de sosegar estas gentes, no hizo algun efecto; antes partió él, los de Rodes, de Cahors, de Limoges, los gabalitanos quedaron sujetos por las armas de los godos. Arverno otrosí ciudad de la primera Aquitania, que hoy llaman Claramonte, no lejos de aquel collado donde la antigua Gergovia de Cesar estuvo situada, forzosamente se hobo de entregar por estar cansados los ciudadanos de un cerco que sobre ella tuvieron muy largo.

Hacian resistencia á los godos y á sus intentos por una parte el obispo de aquella ciudad llamado Sidonio con sus fervientes oraciones y vida muy santa, por otra el conde Ecdicio con su valor y con las armas, hijo que era de Avito uno de los emperadores ya contados. Pero las orejas de los santos y del cielo estaban sordas para oir las plegarias de aquel pueblo, y los muros de la ciudad por la mayor parte echados por tierra y allanados. Por esta causa Ecdicio se resolvió de huir. Llamóle el emperador Nepote é hízole patricio; que á la sazon era nombre de gran dignidad: premio debido á su virtud si bien tuvo poca dicha en defender la ciudad. En lo que mas se señaló este novilísimo varon fue en la liberalidad con los pobres en un tiempo que corrió de una hambre y carestía muy grande mayormete en la Borgoña. Acudió á tan grave necesidad Ecdicio con sus tesoros y con sus riquezas. Envió su gente con jumentos y carros para que le trajesen todos los pobres que hallasen. Juntaron como cuatro mil dellos, hombres y mujeres y niños: á estos todos dió en su casa el sustento necesario por todo el tiempo que duró aquel azote y trabajo; y despues por el mismo órden los hizo volver á sus casas y á sus tierras. Partidos los pobres, dice Gregorio Turonense, que se oyó una voz del cielo que dijo «Ecdicio, Ecdicio, porque hiciste esto, y »obedeciste á mi voz, y sustentando á los pobres, »hartaste mi hambre, ni á tí ni á tus descendientes »para siempre faltará pan.»

Para hacer rostro á los godos, que se iban apoderando de gran parte de la Gallia, el emperador Nepote despachó á Orestes maestro de su milicia con bastante número de gente. Era este capitan godo de nacion (1), y conforme á la poca lealtad que en aquel tiempo se usaba, dejada aquella empresa, revolvió con sus fuerzas contra su mismo señor y emperador sin parar hasta despojarle del imperio y poner en su lugar á su hijo, que como queda dicho se llamó Augustulo. Con la vuelta de Orestes no quedó en la Gallia quien hiciese resistencia á los godos: así estendian sin contradiccion en aquella provincia los términos de su imperio. Apoderáronse de Marsella y de otras ciudades por toda aquella comarca, cuyos campos riega el caudaloso rio Rhódano con sus aguas. Finalmente Eurico puso la silla de su reino en Arlés, y soberbio y arrogante con tantas victorias, como si le faltaran de todo punto los enemigos, revolvió su furia contra la religion católica, como príncipe arriano que era muy aficionado á aquella mala secta. Para mejor salir con lo que pretendia, que era deshacer los católicos, echaba los obispos de sus iglesias sin poner otros en su lugar. Los demás sacerdotes y clero por no tener quien los acaudillase se derramaban por diversas partes, y se reducian á muy pequeño número. Desamparaban los templos, que en parte se caian, en otros nacian yerbas y matas y todo género de maleza, en tanto grado que las mismas bestias y ganados se entraban dentro á pacer, sin que la santidad de aquellos lugares fuese parte para reparar este daño por estar las puertas caidas y la entrada libre para todos así hombres como brutos, si ya no era que los matorrales y zarzales en algunos templos eran tan grandes que no dejaban entrar á nadie. Sidonio Apollinar en muchas cartas lloraba la calamidad de tiempos tan miserables: dél se ha de tomar la razon destas cosas por haberlas dejado los historiadores de contar. Reinó Eurico por espacio de diez y siete años (2). Falleció en Arlés de su enfermedad el año de nuestra salvacion de 483.

En este mismo año Simplicio, pontífice romano y sucesor de Hilario, pasó desta vida á otra mejor. Hállase una carta de Simplicio para Zenon obispo de Sevilla, do se ponen estas palabras: «Por relacion de »muchos hemos sabido que tu caridad con el favor »del Espíritu Santo así gobiernas tu iglesia, que con »la ayuda de Dios no siente los daños del naufragio. »Por tanto gloriándonos con tales nuevas, nos pareció »conveniente de hacerte vicario de nuestra silla, con »cuya autoridad y vigor esforzado no permitas en »alguna manera que se traspasen los decretos del »amaestramiento apostólico, ni los términos de los »Santos Padres. Porque justa cosa es que sea remu»nerado con honra aquel por cuyo medio en esas re»giones se sabe crece el culto divino.» Destos principios como quier que los romanos pontífices en adelante acostumbrasen á hacer sus vicarios á los obispos de Sevilla, les nació aquella autoridad que algunas veces tuvieron sobre las demás iglesias de España, junto con que aun por este tiempo la iglesia de Toledo no tenia el derecho y autoridad de primado. A Simplicio sucedió Felix, cuya carta asimismo se ve para el mismo Zenon, en que no hay cosa alguna que digna de memoria sea.

CAPITULO VI.

Del reino de Alarico.

Hechas las exequias de Eurico, los principales, á los cuales el padre estando á la muerte mucho les encomendó á Alarico su hijo, y á él dió muy buenos consejos, le declararon por sucesor de su padre. En tiempo de este rey las cosas de los visigodos estuvieron pacíficas en España. La Gallia por estar dividida en muchos señoríos de godos, francos y borgoñones no podia sosegar largo tiempo. Theodorico en Italia con consentimiento del emperador Zenon, que sucedió á Leon, fundó el reino de los ostrogodos, ca venció y mató al rey Odoacre año de nuestra salvacion de 493. El orígen de los ostrogodos y su principio se ha de tomar del tiempo de Radagasio el cual como fuese desecho en Fiesoli por las gentes de Honorio y por el esfuerzo de Stilicon, los que quedaron de aquel ejército destrozado de ostrogodos, pasados varios trances, juntaron sus fuerzas con los hunnos, y en la batalla Catalaunica estuvieron de parte de Attila, como queda arriba dicho. Despues como tuviesen por mejor asentar á sueldo del imperio romano, que servir á los otros bárbaros, el emperador Marciano les dió tierras en Panonia donde morasen.

Poco despues vino á ser rey de aquella gente Theodomiro, cuyo hijo fuera de matrimonio habido en una mujer llamada Eurelieva, por nombre Theodorico, de edad de siete años envió su padre por rehenes al emperador de Leon. Era mucha su gracia: por esto y con la buena crianza y su ingenio se hizo muy ama-

(1) Era originario de la Panonia, pero romano de nacimiento.

(2) Empezó á reinar segun Idacio en los primeros meses del año 466; murió despues del consulado de Theoderico, que fue en 484; por consiguiente reinó diez y nueve años.

ble al emperabor, tanto que llegado á mayor edad, le dió licencia para volverse á su patria. Despues de la muerte del padre como hecho rey volviese á visitar al emperador Zenon, en el mismo tiempo que Odoacre Herulo acometió el imperio de Italia, alcanzó dél fácilmente licencia de pasar contra aquel rey, y vencidos y destruidos los enemigos, se llamó rey de Italia. Sujetó otrosí á Roma como manifiestamente se entiende por las cartas que Casiodoro, su secretario, escribió en nombre del mismo rey. Para cobrar fuerzas y arraigarse muy de propósito en el nuevo reino que conquistara, acordó ayudarse de todas partes, y en particular emparentar con los francos, borgoñones y visigodos, príncipes y naciones en aquel tiempo de grande poder y fama. Con este intento el mismo casó con Audefleda, hermana de Clodoveo rey de los francos, que ya en aquella sazon era cristiano. De dos hijas suyas, habidas de una mujer soitera, la una llamada Ostrogoda, dió por mujer á Alarico rey de los visigodos, la otra llamada Theudicoda, á Gundibaldo rey de los borgoñones.

Por esta forma y por estos casamientos, se hizo como juez y cabeza de todo el Occidente; y como tal procuró concertar cierta diferencia que resultó entre los visigodos y los francos, con cartas y mensajeros que despachó á los unos y á los otros, en que con los ruegos mezclaba amenazas si no venian en lo que era razon. Los francos por el amor que tenian á la religion católica que poco antes abrazaran, aborrecian á los visigodos como gente inficionada de la secta arriana. Demás desto llevaban mal que todos los desterrados y enemigos de los francos hallasen segura acogida en el reino de Alarico. Quejábase otrosí Clodoveo que Alarico en cierta habla que tuvieron concertada, trató de armarle cierta zalagarda para quitalle la vida, lo cual decia saber muy cierto. La verdad era que dos reinos comarcanos como estos no podian estar mucho tiempo sosegados, ni faltar ocasiones de desabrimientos. Destos principios se temia alguna grave guerra, y que encenderia algun gran fuego entre aquellas dos gentes ferocísimas.

El rey ostrogodo avisado de lo que pasaba, primero por la fama y despues por diversos mensajeros que le vinieron, y receládose de los daños que podrian resultar, despachó á cada uno de los dos su embajada con sendas cartas que les escribió muy prudentes y graves para sosegarlos y concertar aquellas diferencias. Avisóles que recibia el mayor pesar que podia ser, viendo que dos tan amigos suyos se armaban el uno contra el otro, y aun se despeñaban en su perdicion: desórden de que sus enemigos se alegraban por verlos encendidos en odios tan grandes: que por el mismo caso que cada uno buscaba la destruccion del otro, resultaba el peligro no solo de su vida, sino tambien de sus súbditos, que ordinariamente lastan los desatinos de sus reyes: los reinos se fundan con prudencia y modestia, la desenfrenada locura los deshace y consume: las guerras que fácilmente se emprenden, muchas veces se rematan en triste y miserable fin: que le parecia cosa justa antes de venir á las manos intentasen algun camino y manera de concertarse, pues los ánimos que hasta entonces por cosas de poco momento estaban entre sí irritados, con facilidad se apaciguarian y tendrian concordia; pero si el odio pasaba adelante y con muestras mas graves perdian del todo la amistad, no quedaria esperanza de concordarlos, hasta tanto que consumidas y deshechas la riquezas y fuerzas, el uno de los dos reinos que en gran manera florecian de todo punto, quedase asolado: que temia á causa del parentesco que con ambos tenia, resultaria en él la afrenta é infamia de entrambas partes de cualquier manera que el negocio sucediese: que si Alarico no enfrenaba el respeto de su padre, ni á Clodoveo reprimia el amor de hermano, él como á hijo amenazaba al uno, y al otro apercibia que tendria por enemigo á aquel que mostrase mayor odio y aversion á la paz, no obedeciendo á los consejos y amonestaciones de un pecho amicísimo y de un tan cercano pariente.

Alarico mas fácilmente daba oidos á estas amonestaciones. Clodoveo por ser hombre mas feroz deshechaba cualquier condicion de paz. Dió pues esta soberbia respuesta: que él no tenia otro ánimo con Alarico del que era justo y él gustaba: que él fue el primer agraviado y ofendido, junto con que demás de dar acogida á sus enemigos en sus tierras le habia denunciado la guerra: que el derecho de naturaleza y la magestad real pedian no diese lugar á estas demasías, sino que se defendiese y desagraviase: concluia con decir que convidando él con la paz, y el enemigo presentando la guerra, deseaba le hobiera dado la naturaleza dos manos derechas, la una para contraponerla á Alarico, y dar la otra desarmada al mismo Theodorico. Esta respuesta de tanta resolucion hizo que el Ostrogodo quedase mas inclinado á Alarico. Escribió cartas á todos los demás reyes, cuyas copias hoy andan, en que reprehende la soberbia y orgullo del Francés, cárgale que confiaba en sus fuerzas y en su fiereza, que era la causa de tener las orejas cerradas á la razon y justicia: amonesta que todos acudan á aquel peligro, y atajar aquel daño que podria resultar en perjuicio de todos: despachasen sus embajadas á amenazar á Clodoveo y apartalle de aquel mal propósito: que la conservacion del estado de cada uno en particular dependia de la comun providencia y amistad que todos entre sí debian tener, y de contrapesar las fuerzas de los príncipes por esta forma.

No aprovechó ni la diligencia del rey Theodorico, ni su autoridad para que la guerra no pasase adelante y viniesen á las manos. Marcharon el uno contra el otro. Juntáronse las dos huestes enemigas en los campos Vogladenses, tierra de Potiers. No se reconocian ventajas los unos á los otros ni en los ánimos ni en las armas, ni en el arte militar, ni en el vigor y fuerza de los cuerpos. Luego pues que llegaron los unos y los otros á vista, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Fue la batalla muy reñida y dudosa, igual el peligro y no menor la esperanza. Alarico no dejó por intentar cosa alguna de las que se podian esperar de un valeroso capitan; porque como cargasen los enemigos con grande ímpetu, y los godos por todas partes fuesen destrozados y muertos, y los demás por salvar las vidas volviesen las espaldas; él con ánimo muy grande acudia á todas partes, á los temerosos esforzaba, levantaba los caidos, do era la mayor carga, y do quiera que se mostraba alguna esperanza, allí ayudaba con obras y con palabras. Señalábase entre todos los suyos por el caballo en que iba, y sus armas resplandecientes y sobrevestas reales. Decia á sus soldados que no en la ligereza de los piés, sino en las manos y su valor debian poner la esperanza: que en aquel trance lo mas peligroso era lo mas seguro, y la firme resolucion muy poderosa arma en la necesidad: grande afrenta que los vencedores de tantas naciones se dejasen vencer de aquella gente.

Suele el temor ser mas poderoso que la vergüenza: así los soldados no recibian las palabras ni daban oidos á las amonestaciones de Alarico. Vuelven todos las espaldas. Quedaba de los postreros Alarico, y visto que no podia mas, pretendia tambien salvarse. Cuando Clodoveo, que peleaba en el primer escuadron, se fue para él, y de un encuentro y bote de lanza le arrancó del caballo. Procuraba Alarico levantarse, pero acudió un peon francés que le quitó la vida. Por el contrario dos caballeros godos movidos del deseo de vengar á su rey, por el un lado y por el otro, puestas en el ristre sus lanzas, se fueron para el rey francés. Valióle una buena lóriga que llevaba,

y un valiente mancebo llamado Clodorico que acudió á favorecerle. Muerto Alarico, los godos que escaparon de la matanza se derramaron por las ciudades comarcanas sin que quedase escuadron alguno de consideracion para hacer rostro á los francos. Con esto la ciudad de Angulema que se tenia antes por los godos, despues desta rota tan grande vino en poder de los francos, mayormente que una parte de los muros por su vejez de repente se cayó y allanó por tierra. Los godos que no se hallaron en esta batalla, se apellidaron de nuevo, y se atrevieron á probar ventura en la comarca de Burdeos: el suceso fue el que antes, la matanza que dellos se hizo tan grande, que desde aquel tiempo el lugar en que se dió la batalla tomó nuevo apellido, ca vulgarmente se llamó el *Campo Arriano* por causa de la religion que los godos seguian. En prosecucion destas dos victorias tan señaladas se rindieron á los vencedores muchos pueblos de la Francia como Burdeos; los Vesates, los de Cahors, los Rodes; por conclusion los de Alvernia, cuyo capitan y caudillo llamado Apollinar, deudo que era de Sidonio, obispo de Alvernia, murió en la batalla (1) por donde quedaron alterados y amedrentados. Hasta la misma ciudad de Tolosa se rindió, do estaba la casa real y silla de los godos, de suerte que apenas en toda Francia les quedó cosa alguna que no viniese en poder de los francos.

Halláronse en los tesoros y recamara de los reyes godos los vasos y los demas instrumentos de los sacrificios del templo de Jerusalem; de que Alarico, primero de aquel nombre y rey de aquella nacion, se apoderó cuando entró y saqueó á Roma, y dél vinieron á poder de sus sucesores, y al presente al de Clodoveo: fueron tomados en los reales Vogladenses ó en Tolosa, que en esto los autores son varios; y aun no falta quien diga que estos vasos estaban en Carcasona, y como quier que por este respeto la tuviesen cercada los francos, sobrevinieron en su ayuda los ostrogodos que la libraron. Murió Alarico año de nuestra salvacion de 506. El imperio y señorío que su padre le dejó asaz próspero, él le continuó con engaños y crueldad por espacio de veinte y tres años, que fue el tiempo que reinó: por esta causa se compadeció poco la gente de su desastre, antes pensaban y decian que le tenia merecido. Si bien fue el primero de los reyes godos que estableció y promulgó leyes por escrito, recopiló en suma y publicó el código de Theodosio (2) á tres de febrero del mismo año que fue muerto. Porque antes dél en paz y en guerra acostumbraban á gobernarse los godos á fuer de otras naciones bárbaras por las costumbres y usanzas de sus mayores y antepasados. A las leyes de Alarico los reyes siguientes añadieron otras muchas; y de todas se forjó el volúmen que vulgarmente los españoles llamamos el Fuero Juzgo, de que tornaremos á hablar otra vez en lugar mas á propósito.

CAPITULO VII.

De los reyes Gesaleyco Theodorico y Amalarico.

TENIA Alarico en su mujer Theudicoda, que poco antes falleció, á Amalarico, y en una mujer soltera á Gesaleyco. Los principales de los godos, por la poca edad de Amalarico, que era de cinco años solamente, dieron sus votos y hicieron rey á Gesaleyco. Llevó mal el ostrogodo que por respeto ninguno dejasen á su nieto, y le despojasen del reino de su padre. Era señor de Italia, de Sicilia, de las islas vecinas á Italia, del Illirico y Dalmacia, y juntamente entretenia á su sueldo ejércitos muy ejercitados en las armas. Envió ochenta mil combatientes á la Gallia debajo la conducta de Ibba, conde de los Cepidas, con intento asi bien de reprimir el orgullo de los francos, soberbios por la victoria ganada, y con esto sustentar el reino de los visogodos que estaba á punto de perderse; como de restituir á su nieto en el reino de aquella gente que injustamente le quitaron. Gesaleyco, medroso de tan grande aparato, y porque Gundebaldo rey de Borgoña, que, como suele acontecer acudió á la presa, estaba apoderado de la ciudad de Narbona, como quier que no se tuviese por seguro en alguna parte de Francia, se recogió á Barcelona. Era hombre cobarde y inclinado á crueldad, pues con sus manos dentro de la casa real en aquella ciudad dió la muerte á Goerico hombre principal: pasion ordinaria de los hombres cobardes y medrosos, que pongan toda su esperanza y seguridad en la muerte de los hombres escelentes y poderosos y en la maldad.

Ibba llegado en la Gallia, y ayudado por los que quedaban de los visogodos, ganó la victoria del enemigo, ca venció á los franceses. Murieron en la batalla veinte mil francos: con esto los ostrogodos se apoderaron de la Provenza como en premio de su trabajo. La Aquitania, que es Guiena; tornó á poder de los visogodos. Los ostrogodos demás de lo dicho, se apoderaron de Narbona que quitaron al de Borgoña; y aun trataban de pasar los montes Pirineos. Gesaleyco, por esta causa, perdida la esperanza de sus cosas, y desconfiado de las voluntades de los soldados por saber muy bien el odio que muchos le tenian por su cobardia y crueldad, pasó en Africa. Trasimundo rey de los vándalos, dado que estaba casado con la hermana de Theodorico, quier por pasion de aquel hombre ahuyentado, quier por llevar mal que el poder de Theodorico (que de tiempo atrás se hacia temer) se aumentase con la junta de aquel nuevo reino, le recibió benignamente y ayudó con dinero, como se entiende por las cartas de Theodorico, en que se queja de la injuria que en esto el vándalo le hacia. Con esta ayuda le tornó á enviar á la Gallia, donde despues de estar escondido un año, juntado con el dinero africano un ejército, se atrevió á probar el trance de la batalla, que se dió á doce millas de Barcelona. Quedó vencido en ella por Ibba: volvió en la Gallia huyendo, y en breve murió de enfermedad causada por la pesadumbre que recibió de sucederle las cosas tan mal, que fue el cuarto año de su reinado y de nuestra salvacion de 510. Con la muerte de Gesaleyco se escusaron grandes alteraciones, y comenzó el antiguo resplandor á renovarse en el reino de los godos. En Talavera en tiempo de nuestros padres se halló un sepulcro de mármol blanco con este letrero vuelto de latin en romance:

LITORIO SIERVO DE DIOS VIVIÓ AÑOS SETENTA Y CINCO POCO MAS Ó MENOS: REPOSÓ EN PAZ Á VEINTE Y TRES DE JUNIO ERA QUINIENTAS Y CUARENTA Y OCHO.

Debajo del letrero estaba y está hoy una cruz con Alpha y Omega para muestra de que el enterrado allí seguia la Religion Cristiana. Deste Litorio hacé mencion Máximo Cesaraugustano: dice que murió en Ebura de los Carpetanos año quinientos y nueve. Ebura es Talavera.

(1) Es inexacto por cuanto despues de la muerte de Clodoveo fue hecho obispo de Alvernia.

(2) Se sirvió para este importante trabajo de Leon su primer ministro, político profundo y el mayor jurisconsulto de su tiempo. Despues Alarico Segundo, su hijo, encargó á su ministro Aniano, tambien célebre jurisconsulto, que redujese á compendio el código Theodosiano para el uso de sus súbditos, que habiendo vivido la mayor parte bajo la dominacion romana, miraban con el mayor respeto estas leyes. No debe confundirse este código con el libro de las leyes de los godos, ó de los jueces llamado comunmente Fuero Juzgo, que se publicó mucho despues y contiene leyes muy diferentes.

Muerto Gesaleyco, quien haya sido puesto en su lugar no concuerdan los autores; los mas afirman que el mismo Theodorico, ostrogodo, se llamó de allí adelante rey de los visogodos. Conforma con esto que los concilios de los obispos, que por este tiempo se tuvieron en España, ponen al principio el nombre de Theodorico y tambien el año de su reinado. Otros son de parecer que á Gesaleyco sucedió Amalarico, y que Theodorico solamente fue tutor y gobernador en lugar de su nieto. Desto por gobernar el reino á su voluntad, y estar apoderado de todas las rentas reales de España para mantener las compañías de guarnicion así de visogodos como de ostrogodos que tenia, procedió la opinion que hace rey á Theodorico. Nosotros no queremos interponer nuestro parecer en este caso: el lector por sí lo podrá determinar, consideradas las razones que por la una y por la otra parte militan. Lo que escritores españoles afirman sin testimonio de algun escritor forastero no nos contenta, es á saber que Theodorico vino en España; porque ¿cómo se puede creer que Casiodoro y otros que escribieron por menudo las cosas de Theodorico, hayan pasado en silencio jornada tan memorable? Mucho mas se debe contar entre las consejas de las viejas, dado que don Lucas de Tuy lo atestigua, haberse casado en Toledo con mujer de la antigua sangre de los españoles, y que vencido por sus ruegos los restituyó en su antigua libertad. Demás desto añaden que deste casamiento nació Severiano, padre de San Leandro y San Isidoro: dichos que ni concuerdan con la verdad, ni vienen bien con la razon de los tiempos.

Lo que se averigua es que Theudio, ó como otros dicen Theudis, que fue antes paje de lanza de Theodorico, al presente por beneficio del mismo se encargó de gobernar la tierna edad de aquel mozo, y sostener el peso del reino y de todo el gobierno: escalon por donde vino despues á ser rey. Fuera desto Eutarico, mozo de la real sangre de los Amalos fue desde España llamado por Thodorico con esperanza de heredar el reino de Italia, por casarle como le casó con su hija Amalasuinta. Era Eutarico, ostrogodo de nacion, y hallóse en la batalla Catalaunica (1); su abuelo fue Veremundo, hijo de Turismundo, de la sangre y alcuña de los Amalos: Turismundo desde Scithia vino á España, siendo rey Theodorico, sucesor de Wallia: deste fue hijo Witerico y nieto Eutarico. Luego que llegó á Italia, Theodorico demás de su nobleza agradóse de su ingenio y condicion, y así le escogió por yerno. Las bodas se celebraron con aderezos y fiestas reales el año de 515, el cual año pasado, siendo cónsules Theodorico y Pedro, en España se tuvo un concilio en Tarragona á seis de noviembre (2). En este concilio se halla la primera vez hecha mencion de monges entre las memorias de España. Mandóse que la fiesta del domingo (á fuer y á la manera de los hebreos), se comenzase desde el sábado en la tarde. De aquí procedió la costumbre de los españoles que comunmente tienen la noche del sábado por parte de fiesta, y la huelgan. Firmaron en el concilio Hector; metropolitano cartaginense, que aunque trasladada aquella dignidad á Toledo, como de suso se dijo; todavía aquellos obispos continuaban aquel título, y antes dél firmó Juan Tarraconense y Paulo Empuritano.

El año que se siguió luego despues, que fue el de 517 del nacimiento de Cristo, se celebró el concilio Gerundense (3) en Girona. En él conforme á la costumbre de Francia, donde Mamerco obispo de Viena porque rabiaban los lobos para aplacar á Dios, inventó las letanías, ordenaron los padres que en España se hiciese lo mismo despues de Pentecostés, pascua de Espíritu Santo, y tambien el mes de noviembre. Asimismo Ormisa pontífice por estos tiempos gobernaba la Iglesia romana: escribió así en particular á Juan obispo, conviene á saber Tarraconense, presidente en estos dos concilios, como tambien en comun á todos los obispos de España una carta en que manda que en la metrópoli por lo menos cada año se hagan concilios de obispos: ca los antiguos estaban muy persuadidos que consistia la salud de las iglesias en esto, por ser muy á propósito para apretar la severidad de la disciplina, que por culpa de los hombres se suele muchas veces aflojar. Hay además desto carta de Hormisda para Salustio, obispo de Sevilla, en que le hace su vicario para concertar las diferencias que resultaban entre los obispos de la España citerior, sin perjudicar por tanto á los privilegios y derechos de los metropolitanos. Por esta causa, y porque Amalarico puso la silla real (4) y por la mayor parte residió en Sevilla, los obispos de aquella ciudad alcanzaron autoridad que competia con la de los primados, como queda ya apuntado.

Muerto Hormisda, en tiempo de su sucesor que fue Juan el primero de aquel nombre, que eligieron á doce de agosto del año de 523, se tuvieron en España dos concilios de obispos, el uno en Lérida y el otro en Valencia (5), en que no hay otra cosa digna

(1) No es verosimil, porque, segun Casiodoro, Eutarico se casó con la hija de Theodorico en el consulado de Antonio y Florencio que corresponde al año 515, y la batalla se dió en 451: aun suponiendo que tuviera entonces catorce ó diez y seis años, resulta que deberia haberse casado á los setenta ú ochenta.

(2) Se celebró el año 516 y asistieron á él diez obispos, que hicieron entre otros cánones los siguientes:

Que se arroje de la clerecia al que se ocupa en comprar barato y vender caro.

Que se arroje de la Iglesia á los lectores y porteros que vivan con su mujer siendo adúltera.

Que se deponga á los clérigos que siendo jueces reciban regalos por las sentencias que dieren, como suelen hacer los seculares.

(3) A él asistieron el metropolitano de Tarragona y otros seis obispos de la provincia, que, ademas de otras disposiciones, acordaron:

Que los eclesiásticos desde el obispo hasta los subdiáconos no habiten con sus mujeres, y si quieren vivir con ellas tendrán en su compañía uno de sus hermanos que pueda dar testimonio de su conducta.

Que los clérigos que no están casados no tengan mujer estraña para cuidar de su casa, á no ser que sea su madre ó su hermana.

Que no se eleve á la clericatura al que ha tenido comercio carnal con alguna mujer, aunque se haya casado con ella despues de muerta su mujer.

(4) Ningun escritor de aquel tiempo trae este hecho que, siendo de tanta consideracion, no hubieran callado seguramente.

(5) El cardenal Aguirre dice que se celebraron en 546: de sus cánones trasladaremos algunos, como lo hemos hecho ya, que dan á conocer suficientemente el estado moral de aquella sociedad y en particular de la clerecia.

Los que cometen adulterio hagan siete años penitencia, y si son clérigos sean privados de las funciones de su órden para siempre, y despues de siete años podrán solamente cantar en el coro. Los que hacen perecer los niños concebidos ó nacidos de adulterio, y los que dan drogas ó pociones para cometer estos crímenes detestables, no reciban la comunion si no en la muerte.

Los que viven en el incesto no estén en la Iglesia si no el tiempo que están los catecúmenos, y que ningun cristiano coma con ellos.

Si los que sirven al altar caen con fragilidad en el pecado de incontinencia, y despues dan señales de arrepentimiento, el obispo podrá restablecerlos en su oficio, pero no promoverlos á las órdenes superiores; y si recaen, que sean separados de la comunion hasta la muerte.

Que sean escomulgados los que violan una viuda que ha hecho voto de continencia ó una religiosa; y si la religiosa no se separa del que la ha violado que sea escomulgada.

Los clérigos que maltratan á sus esclavos ó los sacan de las iglesias, sean privados de su dignidad hasta que hayan hecho penitencia.

Que los clérigos que tienen familiaridad con mujeres es-

de memoria sino que en el de Lérida se hace mencion de Abad y de Arcediano. Algunos piensan se celebró en este tiempo el concilio de Zaragoza que anda vulgarmente en los libros de los concilios, sin que haya para ello ni argumento que convenza, ni conjetura bastante por no tener señalado ni tiempo cuando se celebró, ni cónsules. Vedóse, empero en él que ninguno tomase nombre de doctor sino conforme al órden de derecho: asimismo se mandó que no se diese el velo á las vírgenes antes de ser de cuarenta años, renovando en esto los decretos de Leon Magno y de otros pontífices y concilios.

Murió el pontífice Juan á veinte y siete de mayo año de nuestra salvacion de 526 en Rávena del mal olor de la cárcel, en que Theodorico le puso; ca ensoberbecido por haber sujetado tantas naciones, volvió la guerra y amenazas contra la Religion Cristiana y contra Dios. Justino Augusto sucesor de Anastasio, con celo de la católica religion en que maravillosamente se señalaba, mandó desterrar los arrianos de todo el Oriente. Este decreto de Justino dió tantas pesadumbres á Theodorico (ca entrambas naciones de los godos seguian la secta arriana) que envió por sus embajadores á Juan pontífice romano y al obispo de Rávena y á algunos principales del senado para amenazar al emperador, que si no le revocaba, él derribaria los templos de los cristianos en Italia, y asolaria la ciudad de Roma y á todos los católicos. Hízo su embajada el pontífice. Festejóle mucho el emperador, y honróle magníficamente conforme á lo que pedia la razon. Coronó al emperador de su mano; y dado que le persuadió revocase el edicto, vuelto despues de la embajada, fue por Theodorico encarcelado por sospechar que la honra que le hicieron, se endereza á entregar á Italia á los griegos, y que era aficionado á la parte de los emperadores. Murió el santo pontífice en la prision. La Iglesia le tiene en el número de los santos mártires, y le hace particular fiesta todos los años el mismo dia que murió. Fueron comprendidos en esta misma causa Simacho y Boecio hombres principales, que habian antes ido á Constantinopla con embajada. Túvolos hasta este tiempo presos, en que les mandó dar la muerte.

Siguióse en breve la venganza de Dios, porque al principio del mes de setiembre próximo el mismo Theodorico murió por juicio divino y en venganza de aquellas injustas muertes. Dejó por sucesor en el reino de Italia á su nieto Athalarico nacido de su hija Amalasiunta; de cuya flaca edad y del peso de las cosas por ser muerto ya su padre, la madre, mujer de ánimo varonil, se encargó. Por la muerte de Theodorico el otro su nieto Amalarico comenzó libremente á gobernar el reino de los visogodos; desde el cual tiempo algunos cuentan los años de su reinado (1) ni hay mucho que hacer caso, ni mucha diferencia en lo uno y en lo otro; pues consta que Theodorico en tanto que él vivió, reinó en España sea en su nombre, sea en el de su nieto, y en todo se hacia su voluntad. Luego que Amalarico se encargó del reino lo primero de todo asentó paz con los reyes de Francia, casándose él con una hermana dellos hija de Clodoveo ya difunto, que se llamaba Crotilde. Dióselc en dote el estado de Tolosa, que fue restituirle á los godos cuyo antes era. La paz asentada desta manera alteró la locura de Amalarico por esta ocasion. Era Crotilde dotada de una virtud singular: su madre que el mismo nombre tenia, la amaestrara en el culto de la verdadera religion. Esto fue ocasion de exasperar en gran manera el ánimo de su marido por ser de secta arriano. El vulgo cuando iba á los templos de los católicos la decian afrentas, la ultrajaban, y le tiraban cosas sucias: disimulaba el rey en esto, y aun cuando volvia la recebia con gesto torcido y airado: á los denuestos y soltura de la lengua añadia golpes y cardenales, tanto que le hacia muchas veces saltar la sangre.

Sufrió ella esta vida tan áspera por mucho tiempo con grande constancia. Confiaba con su paciencia y ejercicios de piedad ablandar algun tiempo y ganar el cruel ánimo de su marido. Mas últimamente perdida la esperanza y quebrantado su ánimo con los malos tratamientos que la hacia, esbribió una carta á su hermano el rey Childeberto, y con ella le envió juntamente un lienzo bañado en su misma sangre. Avisábale de las desventuras que dias y noches pasaba: pedíale que favoreciese á su hermana que mucho amaba, antes que de todo punto le consumiesen el lloro y lágrimas que vida tan amarga le causaba; con el largo silencio hasta entonces habia disimulado tantas injurias, esperando que la muerte daria fin á tantos trabajos (lo que ojalá sucediera antes que verse puesta en aquella necesidad de revolver sus hermanos con su marido) á lo menos esperaba que mudaria aquel hombre la condicion y se trocaria; pero que todo sucedia al revés, ca unas injurias se trababan de otras, y de cada dia le daba mas triste y desventurada vida: los regalos y caricias recompensaba con crueldad: las buenas obras con que muchas veces se amansan las fieras, trocaba en fiereza: que todo esto le venia no por otra causa, sino por perseverar constantemente y tener firme en la religion de sus mayores y que su madre dulcísima le enseñara: sacudiesen aquel yugo tan grave y tiránico que con voz de casamiento pusieron sobre sus espaldas, pusiesen los ojos en Dios, que esperaba no faltaria á tan justa querella y tan buena demanda: que Amalarico no era hombre, sino debajo de figura humana una bestia fiera, compuesto de crueldad y soberbia y de todos los males: sino creian á sus palabras, por lo menos les moviese la vista de su sangre, que suele embravecer los toros y leones: si por el deudo no se movian, el respeto de la humanidad los despertase, pues en ninguna cosa los reyes mas semejan á Dios que en levantar á los caidos y injustamente maltratados, mayormente si son mujeres nacidas de sangre real, y desde su primera edad criadas con mejores esperanzas.

El reino de los francos estaba en esta sazon dividido entre los hijos del rey Clodoveo en esta forma: Childeberto era señor de París, Clotario de Soessons, Clodomiro de Orliens, á Theodorico obedecian los de Metz de Lorena: todos se llamaban reyes. Estos como tuviesen compasion de la desventura de Crotilde su hermana, y encendidos por esta causa en furor contra el Visogodo y contra la injusticia que le hacia, juntaron sus fuerzas y movieron en busca del enemigo. Hallábase Amalarico desapercibido, y en el negocio culpado: la conciencia de sus maldades le atemorizaba: determinó ponerse en huida. Pudiera escapar y salvarse, sino que ciego por castigo de Dios con la codicia de las piedras preciosas que dejaba en sus tesoros, volvió de priesa á la ciudad, que se entiende fue Barcelona. Quita la divina venganza el seso á los que quiere derribar; y así fue que como la ciudad fuese ya entrada, y estuviese en poder de los francos, Amalarico sin saber qué hacerse, quiso retirarse á sagrado y valerse de un templo de la religion católica que él habia violado con tantas injurias. No le valió, ca en el mismo camino pereció pasado de un bote de la lanza de un soldado. San Isidoro escribe que Amalarico fue muerto en Narbona, y que se dió allí la batalla. Nosotros tenemos por mas cierta la opinion y autoridad de Gregorio Turonense, que

trañas, sean privados de las funciones de su ministerio si no se abstienen despues de haber sido amonestados una ó dos veces.

(1) Suelen contarse ó desde que Theodorico, rey de los ostrogodos le entregó el reino, que fue el año 522, ó desde que, muerto Theodorico, quedó dueño absoluto, que fue el 526.

fue algun tanto mas antiguo, y refiere el caso como queda puesto.

Adon Vienense dice que los francos discurrieron por toda España en prosecucion de la victoria, y que echaron por el suelo despues de largo cerco á Toledo, ciudad puesta en medio de España, y de asiento muy fuerte. Añade que ganaron muchos otros pueblos y ciudades con el mismo curso de la victoria. Procopio dice que quitaron toda la Gallia Gótica á los godos: el silencio en esta parte de los otros escritores hace que no se pueda poner esto por cierto, y porque consta que los reyes siguientes de los visogodos estendian su imperio y jurisdiccion en la Gallia hasta el rio Rhódano. Consta otrosí que Amalasiunta despues de la muerte de Theodorico su padre dió la Proenza á Theodoberto hijo de Theodorico, rey de Lorena ya difunto, y esto porque los francos no llevasen mal el poseer los ostrogodos alguna parte en la Gallia; lo demás dejó á los visegodos contenta con el imperio de Italia. Lo mas cierto que Childeberto se apoderó de los tesoros de Amalarico, entre los cuales halló ornamentos de la Iglesia, que eran de oro, y que recobrada su hermana, se volvió á su tierra. Murió Amalarico año del Señor de 531: reinó cinco años, bien que si queremos tomar el principio de su reinado desde la muerte de Gesalico, habremos de confesar que tuvo el imperio veinte años. Crotilde su mujer murió en el mismo viaje. Un cierto autor dice que la antigua Abdera fue reedificada por Amalarico con nombre de Almería (1), que es apellido algo semejante así al del rey, como al antiguo que tenia.

Tambien es averiguado que el año quinto del reino de Amalarico se celebró el concilio Toledano segundo por siete obispos: entre los demás fueron Nebridio Bigerrense y Justo Urgelitano. Mandóse en aquel concilio que los mozos que por voluntad y voto de sus padres se recibian y entraban en los colegios eclesiásticos, y los ordenaban de la primera tonsura de clérigos, cuando viniesen á la edad de diez



Procer y optimate godo.

y ocho años, en público les preguntasen si querian guardar castidad: si consintiesen y viniesen en ello, que de allí adelante no pudiesen dejada su profesion enlazarse en las ataduras del matrimonio; si no consintiesen, tuviesen libertad de casarse; mas si los tales venidos á mayor edad, con voluntad de sus mujeres quisiesen apartarse todavía de su comunicacion, pudiesen ser ordenados de órden sacro. Yerran los que por ocasion deste decreto piensan lo que no fue, que los sacerdotes españoles por este tiempo se casaban. Presidió en este concilio Montano prelado de Toledo, y metropolitano de la primera silla de la provincia Cartaginense. Hállanse dos cartas de Montano, la una á los ciudadanos de Palencia, la otra á Toribio monge, en que como metropolitano dice le incumbia el cuidado de la ciudad de Palencia, y que por ciertas razones queria que al obispo de aquella ciudad estuviesen sujetas Coca y Britalvo.

San Ildefonso en el libro que escribió de los claros varones de España, hace mencion de estas cartas, y dice corria muy gran fama que Montano siendo acusado de deshonestidad, para muestra de su inocencia tuvo en el seno ascuas vivas en tanto que decia la misa, sin que las vestiduras se quemasen, ni sin que se apagase el fuego. Deste principio parece que tuvo origen en España aquella costumbre gene-

(1) Si el nuevo nombre se dió con tal motivo, debemos rechazar que hubiese sido destruida la antigua Abdera por cuanto en el concilio Hispalense celebrado en el año 590 asistió y firmó el obispo abderitano, es á saber, setenta y tres años despues de la muerte de Amalarico.

ralmente recebida en otros tiempos, y della diversas veces se trata en las leyes de los godos, pero contraria á las divinas, de la compurgacion vulgar para descargarse de hurtos, adulterios y otros delitos cuando á algunos se les imponian. Hacíase desta manera y por este órden. El reo primeramente se confesaba de sus pecados: encendian un hierro ó traian un vaso de agua hirviendo: bendecia el hierro ó agua un sacerdote despues de dicha su misa: el que tocado el hierro ó bebida el agua, escapaba del peligro, era dado por libre de la sospecha ó infamia que le cargaban. Usóse esta costumbre no solo entre los godos, sino tambien fue establecida por leyes de los otros reyes de España y de las demás naciones que tenian el nombre cristiano, hasta tanto que Honorico III pontífice romano, trescientos y cincuenta años há, con una ley que hizo en este propósito, revocó de todo punto este género de compurgacion vulgar.

Florecieron por estos tiempos en España cuatro hermanos, claros por los estudios de la sabiduria y por la dignidad episcopal que todos tuvieron. Estos fueron Justo Urgelitano, cuya declaracion y esposicion sobre los cánticos anda: Justiniano obispo Valentino, este compuso un libro en que declara cinco cuestiones á él propuestas por un cierto llamado Rustico, es á saber del Espíritu Santo, de los bonosiacos, que por otro nombre eran photinianos, de la Trinidad, y que el bautismo cristiano no se ha de iterar, y que difiere del bautismo de San Juan: el tercero fue Nebridio obispo Agatense, vivió en la Gallia Góthica: el cuarto fue Elpidio, del cual no se sabe donde fue obispo. Fuera destos vivió en esta era Aprigio obispo de Beja en Portugal, famoso por los comentarios que escribió sobre el Apocalipsi (que hemos visto) y claro por el testimonio del mismo San Isidoro.

CAPITULO VIII.

De los reyes Theudis y Theudiselo

Por la muerte de Amalarico, como quier que no tuviese hijos, faltó de todo punto la alcuña de los reyes visigodos, y el reino vino á parar en Theudis de nacion ostrogodo. Los principales de los visigodos



Muerte de Theudis.

procuraron que fuese su rey por ser escelente en las artes de la guerra y de la paz, y por la esperiencia de cosas que tenía y su singular prudencia; demás que habia ganado la voluntad de muchos en el tiempo de su gobierno que tuvo en la menor edad de Amalarico, y mandó sobre la república á su voluntad. Su mujer por ser persona muy poderosa, y de lo mas noble de España, le trajo en dote un estado de que se podian armar dos mil combatientes. Todo esto fue como escalon para que en este tiempo alcanzase el reino. El rey Theodorico ostrogodo con el cuidado en que le ponian las cosas de su nieto, trató los años pasados de hacer que Theudis volviese á Italia con muestras de querer honrarle; pero él entendido este artificio, procuró con todo cuidado divertirlo. En el tiempo que reinó Theudis en España, se mudó en Roma la forma de gobernar la república, porque se quitó el nombre y poder de los cónsules el año de 541, en que Basilio llamado Iunior sin compañero fue el postrero que tuvo el consulado (1).

(1) Algunos cónsules que despues de él se encuentran no se creaban anualmente sino por alguna ocasion estraordinaria.

El año siguiente Childeberto rey de los francos y Clotario su hermano por no estar del todo satisfechos con la venganza pasada tornaron á hacer guerra á España; y despues que por todas partes talaron la provincia Tarraconense, pusieron cerco sobre Zaragoza. Los ciudadanos en aquel peligro hicieron recurso á San Vicente mártir, á quien tenian por patron: los varones enlutados, las mujeres sueltos los cabellos, y cubiertas con ceniza andaban en procesion todos los dias alrededor de los muros de la ciudad, en que llevaban la túnica de San Vicente, con la cual y con lágrimas imploraban la ayuda del cielo. Childeberto pensó al principio que aquel lloro femenil era á propósito de algunas encantaciones y hechicerías que hacian: despues sabida la verdad de uno que prendieron, y con recelo de algun castigo del cielo por este respeto si pasaba adelante, templó su saña y cesó de hacerles mas agravio. Diéronle los ciudadanos á su instancia la vestidura ó orario de San Vicente: él como si fueran grandes despojos de los enemigos la llevó á Paris, donde edificó un templo en el arrabal en nombre de este Santo, que al presente se llama de San German, y es á manera de alcázar con foso y con adarves, sus troneras y traviesas, apartado de los demás edificios. Fuéle esta rica joya agradable, así por la devocion que él tenia al mártir, como por la venganza que con esto parecia tomar de las injurias pasadas, y porque serviria esta prenda en adelante como de memoria de la victoria que ganaron. Si bien, como Isidoro escribe, los francos á la vuelta se vieron en estremo peligro por estar apoderado Theudiselo con parte de los godos de las hoces, estrechuras y pasos de los Pirineos.

El rey Theudis á causa de tener menos fuerzas, y por estar desapercibido de todas las cosas, temia en lugar abierto presentar la batalla, y pretendia con aquella ventaja de lugar por medio de Theudiselo aprovecharse de sus contrarios. Sucedió como pensaba, que los francos fueron en aquellas estrechuras cercados por todas partes, maltratados y destrozados en tanto grado, que compradas las treguas á dinero, apenas últimamente con voluntad de Theudiselo pudieron encumbrar aquellos montes y salir á campo raso. A esta guerra se siguió una peste con que innumerables hombres en espacio de dos años, que fue el tiempo que duró este mal, perecieron en España. Theudis con deseo de satisfacerse de la afrenta recebida ó por pretender con alguna notable empresa estender la fama de su nombre, ó lo que mas creo, por ayudar á los vándalos, que ya de tiempo atras corrian peligro de perder el imperio de Africa, pasado el estrecho puso cerco á Ceuta, ciudad que está en frente de España á la entrada del estrecho, donde como por guardar el dia del domingo cesase el combate, con una repentina salida que los cercados hicieron, recibió muy grande daño. Los que estaban en los reales, sin faltar uno fueron muertos: el rey con parte del ejército se salvó en la armada que tenia en el mar, y le fue forzoso volver á España. Esto sucedió en el mismo tiempo que Belisario por mandado de Justiniano, emperador que era de las provincias de Oriente, quitó Africa á los vándalos (1), cuyos señores fueran por espacio de cien años.

En la prosecucion desta guerra sucedió un caso notable. Fuscia y Gothio fueron por Gilimer, rey de los vándalos, enviados con embajada á Theudis para pedirle socorro. Tardaron mucho en la navegacion, tanto que llegó antes que ellos la nueva de lo que pasaba, y los que venian en una nave de Africa, como testigos de vista avisaron de un gran lloro y trabajo de Africa, que Cartago era tomada, el rey de los vándalos Gilimer preso, y el reino de los vándalos acabado. Los embajadores no sabian desto nada: preguntados por el rey Theudis en qué estado quedaban las cosas de Gilimer, respondieron que en muy bueno. Fuéles mandado que sin tardanza volviesen á Africa, y que allí esperasen la respuesta de todo lo que pedian. Ellos sospechosos que el rey estaba tomado del vino por haberlos festejado con un gran convite en que largamente se bebió, el dia siguiente tornaron á referir su embajada. Como les fuese respondido lo mismo, cayeron en la cuenta del mal y daño sucedido; y tuvieron por cierto que (mal pecado) el reino de los vándalos era destruido, y Africa reducida al poderío del imperio romano. Volvieron á Africa, y presos no lejos de Cartago por los soldados romanos, dieron noticia á Belisario de todo lo que pasáran.

Despues desto vinieron nuevas de Italia que por el esfuerzo primeramente de Belisario, despues de Narsete, que le sucedió en el cargo de general por el imperio, el reino de los godos quedaba deshecho, vencidos en batalla y muertos Theodato, Vitiges, Ildebaldo, Ardarico, Totila y Teya, todos por órden reyes de Italia despues de Theodorico. Con esto la república romana, como juntados en un cuerpo todos sus miembros antes destrozados, despues de largo tiempo comenzaba á reducirse en su antigua dignidad y resplandor en tiempo y por el valor del emperador Justiniano; en cuyo imperio tuvieron fuerzas las armas contra los estraños, bien así como el consejo y prudencia en su casa. En lo que mas se señaló fue que con ayuda principalmente del jureconsulto Treboniano hizo reducir la muchedumbre de leyes, que andaban derramadas casi en dos mil libros, con buen órden á pocos volúmenes. Lo primero que se compuso, fue el código á ejemplo del de Theodosio: despues la Instituta y Digestos: diligencia que le acarreó así bien como cualquiera otra cosa que hiciese, gran renombre y fama.

Por el mismo tiempo los arrianos dieron la muerte en Marsella á San Laureano, varon admirable, húngaro de nacion, y que en Milan se ordenó de sacerdote. Perseguia en aquella ciudad la secta arriana con grande libertad. Pretendió darle la muerte el rey Totila que á la sazon era rey de Italia: huyó por escapar de aquel peligro sin parar hasta llegar á Sevilla: allí dió tales muestras de su virtud, que despues de la muerte de Máximo le eligieron en obispo de aquella ciudad. Hacia grandes diligencias Totila para darle la muerte. Amonestóle en sueños Dios del peligro que corria: embarcóse en una nave para ir á Roma. Refieren que en aquel camino dió la vista á un ciego, y que llegado á Roma, el pontífice le hizo mucha honra. Desde á poco dió la vuelta á Marsella, ciudad que en este tiempo estaba en poder de los romanos: allí finalmente los arrianos le dieron la muerte. El obispo de Arlés procuró que su cuerpo fuese sepultado en Besiers de Francia. La cabeza llevaron á Sevilla, y con su llegada aquella ciudad quedó luego libre de la hambre y de la peste que padecia, segun que él mismo á su partida profetizó que sucederia.

Siguióse tras esto en breve la muerte de Theudis, que fue el año de Cristo de 548: tuvo el reino por espacio de diez y siete años y cinco meses. Un cierto hombre, no se sabe por qué causa, se resolvió de matar al rey ó morir en la demanda. Para salir con esto fingió y daba muestras de estar loco. Dejáronle entrar do estaba el rey: embistió con él y metióle una espada por el cuerpo. En este postrer trance conoció el rey y confesó ser aquella justa venganza de Dios por cierta muerte que él en otro tiempo dió á un su capitan, debajo cuya bandera en su mocedad militaba y le tenia jurada fidelidad. Llegó á tanto su contricion que mandó á los que presentes estaban no hiciesen

(1) Mariana confunde el tiempo de los sucesos, porque Theudis fue á sitiar á Ceuta el año 548 segun San Isidoro, y poco despues murió; y Belisario se apoderó del Africa y destruyó el imperio de los vándalos en 534.

algun mal á su matador. Este ejemplo de benignidad entre los otros males que tuvo, se puede alabar en la vida y muerte deste príncipe, junto con que permitió á los obispos católicos, si bien era de diversa secta, que se juntasen en Toledo y hiciesen concilio para determinar lo que les pareciese acerca de la fe y de lo tocante á la religion.

Gobernaba la iglesia Romana despues de Juan el Segundo y de Agapito y de Silberio el pontífice Vigilio, en cuyo tiempo muerto Theudis, Theudiselo por su valentía (de que dió muestra en la guerra de los francos) y por la nobleza de su linaje, que era hijo de una hermana de Totila rey de los ostrogodos, por voto de los principales sucedió y fue hecho rey de los visigodos. Los principios de su reinado, y las esperanzas que dél tenian por su valentía en las armas, en breve se escurecieron y trocaron por derramarse en deshonestidad. Muchos de los suyos, procurándolo él fueron muertos de secreto, á otros levantaron falsos testimonios y condenaron en juicio; todo á propósito de tomalles sus mujeres para hartar su lujuria. Por esta causa fue de tal manera aborrecido, y incurrió en desgracia del pueblo y de los principales, que se conjuraron contra él y le mataron. En tiempo de Theudiselo se decia comunmente que en un lugar cerca de Sevilla, que hoy se llama Osseto, y Plinio le llama Osset, en un templo de los romanos y católicos (así hasta los mismos arrianos para hacer diferencia los llamaban) las fuentes del bautismo, aunque cerradas por el obispo en presencia del pueblo y selladas con diligencia, el jueves de la semana santa (que por traer á la memoria los tormentos que padeció Cristo, se llama tambien la semana grande) luego el sábado siguiente cada un año acostumbraban á henchirse de agua sin que nadie supiese de donde aquel agua procedia ó manaba.

El rey Theudiselo, movido por la fama de este milagro, y por sospecha que era engaño, ca era él de secta arriano, como una y otra vez pusiese guardas, y sin embargo las fuentes se hinchesen, mandó que al derredor del templo, porque no viniese el agua ocultamente encañada, se tirase un foso de veinte y cinco pies en ancho y otros tantos en alto. En esta obra estaba ocupado cuando los suyos se hermanaron contra él y le dieron la muerte. Este milagro de las fuentes, como lo refiere San Isidoro Paschásio, obispo, en una carta que escribió á San Leon el Magno, dice que acontecia en Sicilia. Puede ser que como es ordinario, trastrocadas las cosas por la fama, lo que sucedia en una provincia, se atribuyese á otra. Lo que en este caso es mas de maravillar que San Isidoro no haya hecho mencion alguna de milagro tan ilustre, y que conforme á lo dicho sucedió en España casi en su mismo tiempo, mayormente que refiere lo que hemos dicho del milagro de Sicilia. La muerte deste rey pasó en esta manera: en Sevilla acometieron los conjurados la casa real, y al tiempo que yantaba, le dieron la muerte. Reinó diez y ocho meses y trece dias. El reino de los francos, que por muerte de los otros reyes de Francia se juntara en Clotario, muerto él, se dividió en esta misma sazon en cuatro partes entre cuatro hijos que dejó: lo de Paris se dió á Chereberto, lo de Metz y Lorena á Sigiberto, lo de Soessons á Chilperico, lo de Orliens tuvo Guntrano: todas estas fueron ciudades reales, y ellos se llamaron reyes.

CAPITULO IX.

De los reyes Agila y Athanagildo.

En lugar de Theudiselo por eleccion de los principales sucedió en el reino Agila. Gobernó los godos cinco años y tres meses: fue trabajado de adversos sucesos, que se continuaron hasta el fin de su vida. A los principios puso un cerco muy apretado y de mucho tiempo sobre la ciudad de Córdoba que no le queria obedecer. Los cercados al improviso hicieron una salida, en que le desbarataron con muerte de su hijo y pérdida de otros muchos de los suyos y del bagaje. Con esto alzó el cerco y no paró hasta Mérida. Conocióse en este desastre el poderío del mártir Asciscio, cuyo templo que estaba cerca de Córdoba, él habia profanado, ca metió en él sus caballos: así se persuadia el pueblo que era castigo del cielo y pena de aquel desacato por la devocion que al mártir tenian. Y San Isidoro escribe que como por aquella afrenta y reves comenzase á ser despreciado, no paró el daño en esto; y es ordinario que en pos de la fortuna va el favor y disfavor de los hombres. Alzóse pues contra él Athanagildo, y para mas fortificarse con una embajada que envió al emperador Justiniano, prometió que si le acudiese y socorriese, en pago de la ayuda le entregaria no pequeña parte de España para que volviese á la obediencia del imperio romano.

Fue enviado de la Gallia Liberio Patricio, título y nombre que antes era de nobleza, ya en este tiempo lo era de dignidad, inventada por Constantino Magno con muchos privilegios que le dió. Entre los demás uno en particular era muy notable, que tenia mejor asiento que los prefectos del pretorio. Con la venida de Liberio se dió la batalla cerca de Sevilla, do entendemos fue el principio de aquella rebelion. Quedó la victoria por Athanagildo, y con esto Agila fue muerto en Mérida por los mismos principales que le seguian, año del Señor de 554. Pesábales, es á saber, que con las guerras civiles se quebrantasen las fuerzas y perdiesen las riquezas de los godos que en tantos años se juntaran. Temian juntamente á ejemplo y imitacion de Italia y Africa, que por aquel camino los romanos no recobrasen á España de todo punto.

El mismo año en Constantinopla por diligencia del emperador Justiniano se tuvo un concilio general de ciento y setenta y cinco obispos contra muchos que seguian las opiniones de Orígenes, ajenas de la verdadera piedad. En aquel concilio (que entre los generales es el quinto) se determinó que los muertos podian ser descomulgados; y al contrario de lo que Orígenes enseñó, que ni el sol, ni las estrellas, ni las aguas que están sobre los cielos, son ciertas virtudes animadas y racionales. Fue tambien reprobado lo que Theodoro Mopsuesteno habia dicho, y las respuestas de Theodorito, y una epístola de Iba Edosseno, que fueron los tres capítulos sobre que despues resultaron grandes debates, tanto que por esta causa muchos no recebian este concilio. Presidieron en este concilio Mena, obispo de Constantinopla, y muerto él, el que le sucedió que fue Eutychio; que Vigilio pontífice romano, el cual preso que fue en Roma, por mandado del emperador le llevaron y á la sazon se hallaba en Constantinopla, nunca se quiso hallar presente á las acciones del concilio; pero confirmó por sus cartas lo que los padres determinaron y decretaron, y en particular se dice que el dicho pontífice condenó á Orígenes. Jornandes, obispo de los godos, continuó la historia de aquella nacion hasta estos tiempos, en que Athanagildo por la muerte de su contrario quedó sin contradiccion por el rey de los godos.

Tuvo este rey mucho que hacer por toda la vida, y emprendió guerras muy trabadas, en que á las veces le sucedió prósperamente, á las veces al contrario; porque, olvidado de lo que prometiera, procuró luego echar á los romanos de toda España, los cuales así por el asiento que poco antes se tomara, como por fuerza de armas estaban apoderados de una parte no pequeña della, tanto que su imperio se estendia del un mar al otro. Tuvo de Gosuinda su mujer dos hijas, la una se llamó Galsuinda, que casó con Chilperico rey de Soessons en Francia, la otra Brunechilde

que era la menor, casó con Sigiberto rey de Metz en Lorena, hermano de Chilperico. Estas dos señoras por diligencia de los obispos de Francia, y por medio de su doctrina, dejada la secta arriana que profesaran desde su tierna edad, fueron instruidas en la religion católica; y aun no falta quien diga que Athanagildo de secreto seguia la religion católica, dado que por respeto del tiempo en público profesó la secta arriana, por miedo (á lo que se entiende) de no alterar los ánimos de su gente. Reinó quince años y seis meses: murió en Toledo de su enfermedad año de 567. Máximo Cesaraugustano dice que este rey fundó en aquella ciudad el monasterio Agaliense, así dicho de una alquería que se llamaba Agalia, distante de San Pedro y San Pablo Pretoriense docientos y cincuenta pasos entre Occidente y Septentrion. Yo creo se debe leer entre Oriente y Septentrion, por lo que adelante se dirá. En Portugal cuatro leguas de Guimaranes, pueblo que los antiguos llaman Idania, á la ribera del rio Vicela hay una aldea con nombre de Athanagildo, por ventura fundada por este tiempo: en ella se ven cimientos y ruinas de edificios que muestran fue obra de godos, muy diferente de la fábrica romana y de la manera y primor que tenian los romanos en edificar.

Despues de la muerte de Athanagildo se siguió una vacante de cinco meses; don Lucas de Tuy dice de cinco años y cinco meses. La causa fue que los principales de los godos, divididos en parcialidades y pasiones, no venian de conformidad en nombrar algun particular que con fuerzas y ingenio sustentase la república que se iba á caer. Poco caso hacian de los daños públicos por cumplir con sus pasiones particulares. Gobernaba la iglesia Romana despues de Vigilio y de Pelagio Juan III deste nombre. Los suevos á la misma razon, señores que eran de Galicia, volvieron á la católica religion que antes dejaran, renunciada la secta arriana que habian mucho favorecido, y trabajado de todas maneras á los católicos en aquella tierra por espacio de casi cien años. Ayudó mucho para reducillos la diligencia de Martino Dumiense: era húngaro de nacion, y con grandes peregrinaciones que hizo, anduvo las provincias de Oriente, y se hizo muy docto y muy aventajado en el estudio de las divinas letras. Este insigne varon venido en España, dió gran muestra en Galicia de su bondad y sabiduría; de su erudicion la dan bastante los libros que escribió, su mucho lustre y elegancia de palabras, las hermosas sentencias de que están esmaltados. Anda un tratado suyo de ira, otro de humildad cristiana, otro de móribus; y últimamente de la diferencia de las cuatro virtudes cardinales: en los cuales porque con las muchas sentencias y agudeza del estilo se llega mucho á la semejanza del de Séneca, los dos postreros libros andan en algunas impresiones en nombre de aquel filósofo puestos entre sus obras. Edificó desde sus cimientos el monasterio Dumiense; y mudado despues en obispado, de abad Dumiense se llamó obispo del mismo título, y mas adelante fue prelado de Braga con retencion de la iglesia Dumiense, que unieron con el nuevo obispado que le dieron. Despues de muerto por la mucha fama de su santidad en Galicia y en parte de la Lusitania, le tuvieron y tienen por santo hasta hacerle fiesta á veinte de marzo.

Cuando los suevos abrazaron la religion católica, tenian por rey á Theodomiro. Qué reyes despues de Remismundo (de quien se habló de suso) antes de este tiempo hayan tenido los suevos no se sabe, ca las antiguas memorias y historias de aquellos tiempos han faltado. La ocasion de reducirse fue esta: acaeció muy á propósito que el hijo mayor de Theodomiro que le habia de suceder en el reino; estaba doliente de una grave enfermedad. Volaba por el mundo la fama de los milagros de San Martin Turonense. Envió el rey á su sepulcro embajadores en romería para alcanzar salud para su hijo, que llevaron tanto peso de oro y plata cuanto era el del cuerpo de aquel mozo. Como ninguna cosa se alcanzase por este medio, entendió su padre que diferenciarse en la religion y seguir la secta de Arrio era la verdadera causa de no alcanzar de Dios lo que tanto deseaba por las oraciones de San Martin. Envió nuevos embajadores, que le trajeron parte del manto de que San Martin usaba en vida: en el entretanto el hijo alcanzó la salud deseada; y sin embargo por voto que habia hecho su padre, y con que se obligara si alcanzase lo que deseaba y pedia á Dios, mandó luego edificar en nombre de San Martin un templo. Algunos piensan que este templo se hizo en Orense á causa que la iglesia Mayor de aquella ciudad se llama del nombre de San Martin.

No paró en esto la devocion del rey, antes por su diligencia los suevos se redujeron públicamente á la religion católica; y para mas confirmarlos en aquella religion por amonestacion de San Martin Dumiense se juntó un concilio de Braga (1) de los obispos de Galicia el año tercero del reino de Theodomiro. En los actos de este concilio, que fué el primero entre los Bracarenses, se lee el nombre del rey Ariamiro; pero está la letra errada. Fue esto el año de Cristo de 563. Lucrecio, obispo de Braga sucesor de Profuturo, tuvo el primer lugar entre ocho obispos que allí se hallaron. Despues dél Andrés obispo de Padron; Martin Dumiense, Lucencio Comimbricense: demás destos Coto, Hilderico, Timotheo y Malioto sin declarar en qué iglesias eran obispos. En aquel concilio confirmaron la religion católica, y reprobaron la secta de Prisciliano. Vedóse conforme á la costumbre antigua que los cuerpos de los difuntos no se enterrasen dentro de los templos. Señaláronse los términos á cada una de las diócesis de Galicia hasta donde cada cual se estendia, como lo dice Itbaci en la crónica de los suevos, vándalos y godos.

No hay duda sino que por estos tiempos hobo diversos escritores llamados ithacios ó idacios; y entre otros uno que cien años antes del en que vamos, escribió una historia de las cosas de España (2). Algunos entienden que la distincion de los términos ya dicha se hizo en el concilio Lucense ó de Lugo, que dicen se tuvo luego el siguiente año, movidos por memorias que hay desto en los archivos de la iglesia de Lugo. Esto sigue don Lucas de Tuy en particular: otros se persuaden por razones que para ello alegan, que entre estos dos concilios hobo espacio de seis años; mas todas estas opiniones son inciertas, ni hay para que aproballas ni reproballas, cada uno conforme á su juicio les dará el crédito que le pareciere; yo me

(1) En este concilio, que se tuvo el año 565 en el reinado de Theodomiro, se dispuso:

Que se hagan tres partes de los bienes de la Iglesia, una para el obispo, otra para el clero, y otra para la fábrica de la iglesia, que estará á cargo del arcediano con obligacion de dar cuenta al obispo.

Que no se haga memoria en las obligaciones de los que se han quitado á sí mismos la vida, y que no se lleven á enterrar sus cuerpos cantando Salmos; y que observen lo mismo con los que son condenados á muerte por sus crímenes.

Que no se entierren los muertos dentro de las iglesias, sino fuera de ellas alrededor de sus muros, pues si las ciudades tienen el privilegio de que no se puedan enterrar los muertos en el recinto de sus murallas, con mayor razon debe observarse lo mismo en las iglesias por el respeto que se debe á los cuerpos de los santos mártires que están en ellas encerrados.

(2) Este Idacio, natural de Lamego, pasó al Oriente al año 406 siendo muy jóven; vuelto á España, fue hecho obispo de la ciudad que entonces se llamaba *Aquæ Flaviæ*, que se cree que hoy es Chaves, el año 427. Continuó la crónica de San Gerónimo desde el fin del reinado de Valente hasta el año 3 de Anthemio, que fue el 469 de la era cristiana y el 41 de su episcopado. Escribe con la mayor exactitud las cosas de su tiempo, aunque no deja de estar confuso en los años, lo que tal vez debe atribuirse á los copistas.

allego á los que sospechan, y es muy probable, que este decreto se hizo primero en el concilio de Braga, y despues confirmó en el de Lugo. Averiguase que Martino ya que era prelado de Braga, envió ciertos capítulos que él mismo juntó de los concilios griegos, para que los viesen los padres del concilio de Lugo. Tambien es averiguado que aquella iglesia de Lugo por permision del rey y á su instancia se hizo metropolitana, que es tanto como hacella arzobispal y á su prelado arzobispo; si bien se ordenó que la tal concesion no parase perjuicio á la iglesia de Braga, antes por esta razon alcanzó autoridad de primado, pues por el mismo caso le quedaba por súbdito el arzobispo de Lugo, bien que en aquel tiempo la dicha iglesia no usó deste nombre de primado.

En este mismo tiempo volaba por todas partes la fama de San Millan de la Cogulla por su grande santidad. Siendo mozo se ejercitó en oficio de pastor, dende se pasó á la profesion de la vida monástica. A los principios tuvo por maestro un monge llamado Felix: despues con deseo de vida mas perfecta se apartó del trato de la gente, y en la soledad del monte Desterclo pasó cuarenta años de su vida. De allí Didymio obispo de Tarazona, movido de su grande fama, le sacó para ordenarle de presbítero, y darle como le dió el cuidado de la iglesia Birgegiense. Impusiéronle sus compañeros muchas calumnias por no llevar bien la severidad de la disciplina, y de la vida que hacia y ejemplo que daba: por esta causa renunciando aquel cargo, en una capilla ó ermita que levantó cerca de aquel pueblo, pasó lo demás de su edad (que vivió hasta ser de cien años) ocupado en la contemplacion de las cosas divinas. En aquel lugar pasó de esta vida y sepultaron su cuerpo; y en el mismo, pasados mas de otros cincuenta años, por su devocion y respeto se levantó un monasterio de su mismo nombre en riquezas, autoridad y magestad, y en anchura de todo el edificio uno de los mas principales y mas nombrados de toda España.

CAPITULO X.

De las dos hermanas Galsuinda y Brunechilde.

Dos hijas del rey Athanagildo, Galsuinda y Brunechilde (como poco antes queda dicho) casaron en Francia con dos reyes de aquella gente, casamientos que fueron desastrados: así lo mostró el suceso de las cosas. El contento de la una fue breve, ca apenas era casada cuando desastradamente murió: la vida de la otra fue larga, mas sujeta á muchas calamidades. El vulgó á estos trabajos le añadió la infamia y mal nombre de que queremos descargar con argumentos y testimonios concluyentes á esta nobilísima hembra. Tuvo Clotario, primero de aquel nombre, rey de los francos cuatro hijos todos reyes: repartieron entre sí el imperio de su padre en esta forma: Chêreberto fue rey de Paris, Chilperico de Soessons, que por quedar apoderado de los tesoros del padre era mas poderoso que los otros: Guntrano tuvo á Orliens, Sigiberto lo de Metz de Lorena. Con este casó primero Brunechilde, la menor de las dos hermanas con el menor de los hermanos, moza elegante en denuedo, de buen parecer, de honestas costumbres, prudente en el consejo y en las palabras blanda. Sea lícito usar de las mismas palabras de Gregorio Turonense prelado del mismo tiempo. Dirás que puede mucho el tiempo para mudar las costumbres, y mas de los príncipes: sea así, pasemos adelante.

Chilperico de su primera mujer Audovera tuvo á Meroveo y Sigiberto sus hijos: despues casó con Galsuinda hermana mayor de Brunechilde. Fredegunda, amiga deste rey, y que tenia con él gran cabida, demás de atreverse á la nueva casada y tener con ella reyertas, decirle baldones y ultrajes, fue causa de su muerte, porque en el lecho de su marido la hallaron muerta sin que dejase algun hijo. Entró en su lugar la misma Fredegunda, y llamóse reina. Esta, dado que cometió muchos delitos y maldades, vivió mucho. Fue en aquel tiempo conocida por su desvergüenza, deshonestidad, lujuria y crueldad; porque habiendo, por la muerte de Chêreberto rey de Paris, heredado aquel reino Sigiberto su hermano, le hizo matar por medio de dos homicianos, estando descuidado en la dicha ciudad. Brunechilde espantada por el desastre y muerte de su marido, y cuidadosa de su hijo Childeberto, envióle á aquellas partes de Metz, donde tenia favor en la gente y ganadas las voluntades de la provincia; mas ella vino á poder de Chilperico, y por él fue enviada presa á Ruan: lector, atencion que son muchos los personajes de que en este capítulo se trata.

Movido de su hermosura Meroveo, hijo mayor de Chilperico, se casó con ella. Era aquel casamiento ninguno por estar vedado por derecho el casarse con la que fue mujer de su tio. Sin embargo, pudiera alcanzar perdon de su padre por haber errado como mozo, si su madrastra Fredegunda no lo impidiera: así fue primero hecho fraile, y despues tambien muerto. El mismo fin tuvo Clodoveo su hermano menor. Pretextato obispo de Ruan, fue enviado en destierro, el cargo fue hallarse al casamiento de Meroveo y Brunechilde. A estas crueldades y impiedades se allegó la deshonestidad desta mujer: sin tener respeto al rey su marido, como deshonesta, puso los ojos en Landrico su condestable. Vino esto á noticia de su marido, y por sospechar castigaria estas deshonestidades mal encubiertas y locos amores, ellos se anticiparon (que fue otra nueva maldad) y como volviese de caza, le procuraren matar junto á un pueblo llamado Cala: hízose así, con que despues fue la vida mas suelta.

Hizo Fredegunda guerra en favor de Clotario su hijo contra Childeberto primo del niño, el cual por testamento de Guntrano su tio era rey de Borgoña, demás del reino de su padre que ya de antes tenia. Llevaba Fredegunda por general de su gente al mismo Landrico, que salió con la victoria por permision de Dios. Siguióse tras esto la muerte de Childeberto y de su mujer: hobo sospecha que con ponzoña que les dieron, no se dice quién: solo consta que de dos hijos que dejó el muerto Theodoberto, el mayor quedó por rey de Metz, y Theodorico el menor de Borgoña debajo la tutela de Brunechilde su abuela. Estos siendo de edad, hicieron guerra á Clotario (causas de guerra nunca pueden faltar entre los comarcanos), las historias de Francia dicen, que á persuasion de Brunechilde con intento que tenia de acrecentar con nuevas honras á Protadio un italiano amigo suyo, si con verdad ó por odio que la tenian por ser española, aun no lo determinamos. Añaden que pasó tan adelante en esto, que revolvió á Theodorico contra Theodoberto su hermano, con decir que el dicho Theodoberto era hijo de un hortelano, y que se habia apoderado de los tesoros de su padre.

No pararon estas alteraciones y odios hasta tanto que los dos hermanos se hicieron guerra, y Theodoberto fue en Colonia muerto á traicion: otros dicen que su hermano, despues de vencido, le dejó con la vida y envió preso á Challon. El vencedor, repudiada antes de esto Hermemberga hija de Witerico (como se dirá en otro lugar), hobo en su poder á una hija de su hermano muerto y dos hermanos suyos. A los infantes mató Brunechilde: así lo dicen. La doncella era de escelente hermosura; y como quier que su tio la quisiese tomar por mujer y la abuela no viniese en esta maldad, dicen que con la espada desnuda la quiso matar, y lo hiciera, si no acudieran los criados de su casa y la libraran del peligro. Dicen mas, que ella en venganza de esta injuria mató al dicho Theodorico su nieto con una bebida mortal que le dió al salir del baño;

pero autores muy graves testifican que murió de cámaras.

Con su muerte, tal cual fue, recayó el reino en Clotario hijo de Fredegunda, que á esta sazon ya era muerta de enfermedad. Este se disgustó con Brunechilde porque, con nueva injuria, trataba de dar el reino de Theodorico á un hijo que el difunto dejó por nombre Sigiberto, si bien era bastardo. Pasó el negocio á las armas, y siendo Sigiberto desamparado de los suyos y puesto en huida, dos hermanos suyos llamados Corbo y Meroveo, y la misma Brunechilde vinieron á poder de Clotario, lo que dicen sucedió el año de 616. Corbo fue luego muerto, á Meroveo quiso dar el vencedor la vida por haberle en el bautismo sacado de pila. Contra Brunechilde (dicen) usó de mayor severidad, porque cuatro veces la hizo azotar; despues de esto, atada por los cabellos á la cola de un caballo por domar, la hicieron pedazos, sin embargo que era mujer de grande edad. Poco se movió el pueblo á compasion, á causa que dicen por sus engaños y embustes perecieron diez reyes y grande muchedumbre del pueblo. En particular escriben que á Desiderio obispo de Viena, y á Columbano varon santo, á este desterró, y al otro dió la muerte, que son todas fábulas mal forjadas. En tanta manera los escritores franceses se descuidaron á divulgar patrañas y el vulgo á recibillas: vergonzoso descuido, si no entendieron que la mentira se podia descubrir; y si lo entendieron, fue desvergüenza notable. Buenos autores afirman que todo esto es una pura tragedia tomada sin juicio de los rumores y hablillas del pueblo. Yo entiendo que las maldades de Fredegunda y el castigo que le dieran, si los austrasianos fueran vencedores, mintiendo como suele la fama y trocando los nombres, se han atribuido á Brunechilde princesa religiosa y buena, como lo muestran dos cartas de San Gregorio papa, para ella llenas de verdaderas alabanzas, además de muchos templos magníficos edificados y adornados en Francia á su costa, y gran número de cautivos rescatados con su dinero. ¿Por ventura negarás que esto sea así? Mostraremos memorias ciertas de todo ello. ¿Por ventura creerá alguno que tales cosas hayan sido hechas por mujer impía y cruel? No lo parece.

Allégase á este otro argumento mas fuerte, y es no hacer en su historia de Francia Gregorio Turonense, que vivió en aquel tiempo, mencion alguna destas maldades. ¿Podráse pensar que hizo esto por respeto de Bruechilde un escritor frances y varon de grande autoridad? ¿Por ventura el que declaró todas las maldades y engaños de Fredegunda, y las puso por escrito, perdonará á una mujer extranjera? No lo creo yo. Dirás que el rey godo por nombre Sisebuto en la vida de San Desiderio obispo de Viena cuenta muchas maldades de Brunechilde, testifica que hizo morir á aquel mártir, y que últimamente por venganza de Dios pereció arrastrada de caballos. Fuerte argumento es este, si se probase bastantemente que el autor de aquella vida fue el rey Sisebuto, y no mas aina otro del mismo nombre mas moderno, que afirma recogió aquellos rumores del vulgo con menor autoridad y diligencia que si fuera rey. Quede pues por cosa cierta que Brunechilde fue buena princesa, y que sin embargo en aquellos tiempos muy perdidos la cargaron de pecados ajenos; segun el Boccio lo consideró primero que nos, escritor de ingenio poético, pero de grande diligencia y cuidado en rastrear la antigüedad: y despues de Paulo Emilio en su historia de Francia. Esto baste en este propósito: volvamos con nuestro cuento á las cosas de España.

CAPITULO XI.

De los reyes Liuva y Leuvigildo.

Despues de la muerte de Athanagildo rey de los visigodos que falleció en Toledo como queda dicho, Liuva (así se hallaba escrito el nombre de este rey en las monedas antiguas) hombre muy poderoso y de grande esperiencia de cosas, fue declarado por rey en Narbona, do hasta entonces tuvo el gobierno como virey que era de la Gallia Góthica. Sucedió esto el año segundo del emperador Justino el mas mozo, que tenia el imperio romano, y fue el primero que envió á Longino con nombre de exarchó para que en lugar de Narsete gobernase la Italia. Comenzó Liuva á reinar el año de Cristo de 567. No hay cosa que de contar sea deste rey, salvo que el segundo año de su reinado declaró á Leuvigildo su hermano, por compañero del reino con igual poder. Tomó para sí el señorío de la Gallia Góthica por haber allí vivido mas de ordinario, y aun don Lucas de Tuy dice, tuvo el imperio de la Gallia por espacio de siete años antes que fuese rey de España. Las demás provincias sujetas á los godos encomendó á su hermano, por cuyo medio esperaba que la república en muchas partes caida volveria en su antiguo lustre. Si bien tenian entre las manos grande guerra contra los romanos, que estaban apoderados de gran parte de aquella anchísima provincia, y la defendian no solo con sus armas, sino eso mismo con el esfuerzo y ayuda de algunos de los godos, los cuales, por las parcialidades que entre sí tenian, se recogian á los romanos como á refugio comun.

Tenia Leuvigildo dos hijos de su mujer Theodosia, hija que fue de Severiano duque y gobernador de la provincia Cartaginense, hermana de Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. Los hijos de Leuvigildo eran Ermenegildo y Recaredo. Muerta Theodosia, Leuvigildo casó con Gosuinda que estaba viuda del rey Athanagildo, en el mismo tiempo que por su hermano fue llamado á la compañía del reino. Hecho rey, como quier que fuese de grande esfuerzo, y señalado por la prudencia así en guerra como en paz, sin alguna dilacion movió guerra á los romanos. Juntáronse las huestes de la una parte y de la otra. Dióse la batalla en los pueblos Bastetanos, que era donde hoy está Baza. Perdieron la jornada vencidos los romanos, con que fueron echados de toda aquella region. Demás desto la comarca de Málaga fue puesta á fuego y á sangre: Medina Sidonia cerca del estrecho, tomada de noche por entrega que hizo de aquella ciudad un hombre llamado Framidanco. La ciudad de Córdoba estaba levantada, y no queria reconocer vasallaje despues que venció al rey Agila, como queda dicho: acudió allá, púsola debajo de su obediencia, y con ella muchos pueblos y ciudades al derredor y aldeas con gran daño de la gente; mayormente del campo que son los que mas padecen en el tiempo de las guerras. La comarca de Sabaria, que no se sabe en qué parte de España cayese, fue asimismo maltratada con robos y talas y puesta en sujecion.

Estaba ocupado Leuvigildo en estas cosas, cuando falleció en la Gallia Liuva su hermano el año de 572 (1):

(1) En este tiempo se verificó el segundo concilio de Braga, en el cual se dispuso:

Que los obispos no pidan mas de dos sueldos por su derecho honorario, y no exijan la tercera parte de las oblaciones, que debe emplearse en las luces y reparaciones de las iglesias.

Que no reciban regalos por las ordenaciones.

Que no se den mas de tres sueldos por el valor del Crisma.

Que no se exija ningun presente por la consagracion de las iglesias; pero se les permite que puedan recibir las ofrendas que les hagan voluntariamente; advirtiéndoles al mismo tiempo, que no consagren las iglesias si no tienen rentas suficientes para la manutencion de los ministros y de las luces.

Que no se admita la fundacion de una iglesia con la condicion que el fundador parta las oblaciones con los ministros que la sirven, antes bien se opongan los obispos por ser una cosa muy detestable.

Que no se exija nada por el bautismo de los niños; pero permite recibir lo que voluntariamente se ofrezca.

reinó solos cinco años, y aun algunos deste número quitan dos años. Leuvigildo, sosegadas las cosas de la Bética, y echados los romanos de todas aquellas provincias, dió vuelta hácia la Cantabria ó Vizcaya, en que tomó por fuerza á Amaya, otros la llaman Aregia, y otros Varegia, ciudad sin duda situada entre Burgos y Leon. Lo demás de la Cantabria que se estendia hasta Amaya, fue destrozado y maltratado con robos y talas, muchos revoltosos muertos, y en este número un sacerdote, á quien San Millan de la Cogulla antes habia denunciado la muerte, porque en una junta de los principales de Cantabria no quiso dar fe á su profecía, en que les avisaba de la destruccion que se aparejaba á toda aquella provincia. Desde Cantabria pasó con las armas en Aquitania, do Aspidio que en la ciudad Agerense, que hoy es Aagen, no queria obedecer, aprendió mal su grado cuan peligroso sea probar la fuerza de los reyes, ca vinieron á poder del rey así él como su mujer y hijos despues de haber perdido sus bienes. El abad Biclarense dice que Aspidio era en aquella comarca senior, que es lo mismo que el mas viejo, dado que aquella palabra la toma en significacion de señorío y principado; y es cosa averiguada que los mas viejos deben imperar: de donde en lo de adelante, así en las memorias de España, como en las acciones de los concilios, principalmente los que en tiempo de Carlo Magno se tuvieron en Francia, los señores y príncipes se comenzaron á llamar seniores: costumbre que desde aquel tiempo pasó á las lenguas vulgares de España, Italia, y de Francia, que esto quiere decir señor.

En el mismo año que murió Liuva; Myron como otros escriben Ariamiro, gobernaba la nacion de los suevos, y era rey por muerte de su padre que sucedió dos años antes. En este mismo tiempo se tuvo el segundo concilio Bracarense en Braga: halláronse en él doce prelados de Galicia. Tuvo el primer lugar y mayor autoridad entre los demás Martino Dumiense, ya metropolitano de Braga. Con los decretos deste concilio se confirmaron los suevos en la religion recibida. Ayudó otrosí un milagro que sucedió por aquellos tiempos en esta manera. Salió el rey de un templo que con advocacion de San Martin, obispo de Turs, dijimos edificó su padre; un truhan contra la voluntad del rey estendió la mano para coger uvas de una parra muy hermosa que tenian delante la puerta del templo; secósele súbitamente la mano, enojado el rey mandó se la cortasen, rogóle el pueblo por él, y al fin alcanzó le perdonase. Hizo otrosí oracion al santo, que, sin embargo de la ofensa, le tornó la mano al ser de antes: milagro y merced por la cual todos glorificaron á Dios y á su santo. En este mismo concilio de Braga, ó como algunos sienten en el que poco despues se juntó en Lugo, dividieron los obispados de Galicia, sus aledaños y distritos. Division muy famosa, y que la confirió el rey Wamba en la que él adelante hizo de todos los obispados de su reino. Nótase en la division de los obispados de Galicia, reino de los suevos, que al obispo Dumiense, que por estar aquella iglesia junto á la ciudad de Braga no tenia distrito alguno, señalan por filigreses solo la familia del rey. Que debia tener la córte y casa real su obispo particular: costumbre que pasó así mesmo al reino de los godos, y algunos pretenden se deberia renovar en nuestro tiempo por razones que para ello alegan, ni frívolas, ni de todo punto concluyentes: así nos parece. Las palabras del concilio repetidas en la division de Wamba son estas: á la sede Dumiense pertenezca la familia real.

El año siguiente segun que lo pone Sigiberto, los españoles celebraron la fiesta de la Pascua á los doce de las kalendas de abril, que es á veinte y uno de marzo: los franceses á los catorce de las kalendas de mayo, es á saber á diez y ocho de abril: en el cual dia dice que las fuentes del lugar Osseto, que se solian por sí mismas todos los años henchir, manaron como era de costumbre; señal que los franceses acertaron, y se engañaron los de España: milagro con que muchas veces por estos tiempos, como lo dice Gregorio Turonense escritor de esta era, se mostró y entendió la verdad sobre este punto, ca gran diversidad de opiniones sobre el dia en que se debia celebrar la Pascua, hobo entre estas dos naciones por no estar asentada del todo la razon del cómputo eclesiástico. Y aun por las tablas de Dionysio abad, que son las mismas de Juan Lucido, se ve que los franceses acertaron. Contemporáneo de Gregorio fue Donato un monge, el que con otros setenta compañeros de Africa pasó en España, y con la ayuda y riquezas de una mujer poderosa y rica llamada Minicia, edificó en Ativa (segun que muchos entienden) el monasterio servitano. Fue el primero como dice San Ildefonso, que introdujo en España la forma de la vida monástica: háse de entender la que milita debajo de cierta regla en conventos y en comunidad, porque de monges en las acciones de los concilios de España se halla hecha mencion antes destos tiempos, mas ó no estaban atados con alguna obligacion de votos, ó esparcidos por los bosques hacian vida solitaria.

Volvamos con nuestro cuento á Leuvigildo, el cual sosegadas las alteraciones de Aquitania, hoy Guiena, dió la vuelta á España con determinacion de echar por tierra el imperio de los suevos que en ella durara tanto tiempo. El rey Myro temiéndose del poder de los godos, que ya se metian haciendo daño por Galicia, con embajada que les envió para pedir paz, alcanzó solamente treguas por cierto tiempo. Otorgólas el Godo lo uno porque no tenia bastante causa para hacer guerra á los suevos, ni otra ocasion mas de la mudanza de la religion en mejor; lo otro porque Leuvigildo estaba encendido en deseo de hacer la guerra y destruir un ejército de los romanos, al cual Justino emperador encomendara la guerra de las fronteras de España. Lo primero que hizo Leuvigildo fue entrar por los montes de Orospeda, que á las haldas de Moncayo se comienzan á empinar, y pasando por Molina, Cuenca y Segura y por la comarca de Granada, se terminan en el estrecho de Cádiz. Ciertos montañeses, confiados en la esperanza de los lugares y de los montes, no le querian obedecer; mas él con las armas y guerra los sujetó. Con esto se hizo mayor el poder de los godos, y el de los romanos se disminuyó, porque poseian solamente y conservaban (con poca esperanza de se sustentar y prevalecer) un pequeño pedazo de tierra hácia el mar, como yo pienso Mediterráneo.

Antes que Leuvigildo comenzase esta guerra, dió primero órden en las cosas de su reino y de su casa; y con intento de quitar á los grandes la costumbre muy recebida de elegir por sus votos los reyes, juntamente con deseo que tenia de que el reino se continuase en su familia y descendientes, declaró por sus compañeros en el reino á sus hijos Ermenegildo y Recaredo. Para esto dividió la provincia y señorío en tres partes: á Ermenegildo encomendó el gobierno de Sevilla, si bien Gregorio Turonense dice que de Mérida. Del nombre de Recaredo fundó la ciudad llamada Reccopolis, que es tanto como ciudad de Recaredo, en aquella parte donde Guadiela se junta con el rio Tajo, no lejos de la villa de Pastrana, como lo atestigua el moro Rasis. Esta fundacion fue el año de 577. Sin embargo otros muchos pretenden que aquella ciudad de Reccopolis se fundó en la Celtiberia, do al presente está Almonacir, vulgarmente llamado de Zorita, de sitio por su naturaleza muy fuerte y agrio. Lo mas cierto que Leuvigildo puso la silla de su reino en Toledo, por donde desde aquel tiempo se comenzó á llamar ciudad régia, y en el de adelante fue cabeza y asiento del reino de los godos, como hasta esta sazon hobiese estado en Sevilla. Destos principios se abrió puerta para que aquella ciudad alcanzase la dignidad de primacía sobre las demás iglesias y ciudades de Es-

paña, segun que en sus lugares se declarará mas ampliamente.

Gobernaba la iglesia de Roma por estos tiempos el pontífice Benedicto sucesor de Juan el Tercero: el imperio romano poseía Tiberio Segundo deste nombre, sucesor de Justino llamado el mas mozo: por este mismo tiempo Myro rey de los suevos hizo guerra á los de la Rioja: no se sabe por qué causa, solo se refiere los venció y despojó de sus bienes, y por conclusion los sujetó á su señorío. Llamábase antiguamente aquel pedazo de tierra Ruccones, por lo menos así la llama el arzobispo don Rodrigo: es grande su fertilidad y frescura, los campos tan á propósito para sembrarlo de trigo, que muchas veces acuden veinte por uno.

CAPITULO XII.

De la guerra de Ermenegildo.

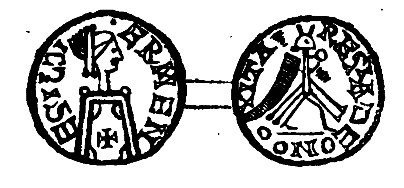
Ingunde, hija de Sigiberto rey de Lorena y de Brunechilde, casó con Ermenegildo año de nuestra salvacion de 579. Era esta señora nieta de la reina Gosuinda y de Athanagildo, por donde con este casamiento emparentaban entre sí aquellas dos familias reales: traza con que el rey Leuvigildo pretendia asegurar su reino y el de sus hijos, mayormente que á este nuevo parentesco se allegaba juntamente el de los reyes francos, con quien asimismo emparentaba. Vino Ingunde de Francia con grande acompañamiento. Su abuela Gosuinda la tuvo consigo algun tiempo con muestras de amor y de alegría muy grande: hacíale todas las caricias que podia á propósito de ganarle la voluntad y obligarla con estos halagos á que dejada la religion católica abrazase la secta de Arrio y de nuevo se bautizase como lo tenian de costumbre los arrianos. Ingunde no daba orejas á esto, ni quiso venir en manera alguna en lo que su abuela pretendia: decia que conforme á la costumbre cristiana habia recebido el santo bautismo debajo la invocacion de la Santa Trinidad, y que en esta fe y creencia pretendia mantenerse hasta lo postrero de su vida. La abuela, como mujer que era soberbia y cruel, y no menos fea en las costumbres que en el cuerpo, ca le faltaba el uno de los ojos, no pudo sufrir que aquella moza hiciese poco caso de sus amonestaciones: embravecióse en gran manera: pasó tan adelante que le dijo muchos baldones, ultrajes y denuestos; y aun cierto dia puso en ella las manos, y asiéndola por los cabellos, la arrastró por el suelo hasta hacerla reventar la sangre: otra vez la hizo caer en una piscina ó estanque á grande riesgo de la vida. Ingunde no se movia por estos malos tratamientos, ni aflojó por ellos en lo que debia, antes se entiende que por su diligencia mas que por otra causa Ermenegildo su marido comenzó á tratar de hacerse católico. Allegáronse á esto las amonestaciones de San Leandro obispo de Sevilla, que como le sintiese inclinado á lo mejor, le animó y enseñó todo lo que á la verdadera religion pertenecía. Tuvieron comodidad para comunicarse de espacio á causa que el rey Leuvigildo se era ido á lo mas interior de España, que es el reino de Toledo.

Estaba por este tiempo desposada con Recaredo una hija del rey Chilperico de Francia y de Fredegunde, llamada Ringunde: venia á verse con su esposo, segun lo tenian concertado; llegó hasta Tolosa, donde por un aviso que vino de la muerte de su padre, que le mató Landrico su condestable como arriba queda dicho, de repente se volvió á su tierra sin pasar adelante. Perdida pues la esperanza de que aquel casamiento se hobiese de efectuar, Recaredo casó adelante con una señora por nombre Badá, cuyo linaje y nacion no se sabe: quién dice que fue de la nobilísima sangre de los godos, su padre Fonto, conde de los Patrimonios. Solo consta que á la misma sazon que el rey Leuvigildo se ocupaba en dar órden en estos casamientos, Ermenegildo su hijo de todo punto se pasó á la parte de los católicos. La mudanza deste príncipe en la religion dió ocasion á una guerra muy pesada y muy larga entre padre y hijo. Gosuinda, que debiera terciar bien y aplacar el ánimo de su marido, parte por la braveza de su corazon, parte por ser como era madrastra, encendia mas el fuego y irritaba el corazon del rey, que de suyo estaba muy apasionado por aquella causa. Antes que viniesen á las manos, y que los desabrimientos llegasen á rompimiento, intentó el padre de reducir su hijo por buenos medios á su voluntad. Despachóle embajadores, y escribióle una carta desta sustancia: «Mas quisiera, si tu vinieras en ello, tratar de nuestras haciendas y diferencias en presencia que por »carta porque qué cosa no alcanzára de tí si estuvieras delante, quier te mandara como rey, quier te »castigára como padre? Trajérate á la memoria los beneficios y regalos pasados, de que parece con tu inconstancia te burlas y haces escarnio. Desde tu niñez (puede ser con demasiada blandura) te crié y »amaestré con cuidado, como quien esperaba serías »rey de los godos en mi lugar. En tu edad mas crecida antes que lo pidieses, y aun lo pensases, te dí »mas de lo que pudieras esperar, pues te hice compañero de mi reinado, y te puse en las manos el »sceptro para que me ayudases á llevar la carga, no »para que armases contra mí las gentes estrañas, con »quien le pretendes ligar. Fuera de lo que se acostumbraba te dí nombre de rey, para que contento de «ser mi compañero en el poder me dejases en el primer lugar, y en esta misma edad cargada me sirvieses de arrimo y me aliviases el peso. Si demás de »todo esto deseas alguna otra cosa, decláralo á tu padre; pero si sobre tu edad contra la costumbre allende tus méritos te he dado todo lo que podias imaginar, por qué causa como ingrato impiamente, ó »como malvado fuera de razon, engañas mis esperanzas y las truecas en dolor? Que si te era cosa pesada esperar la muerte deste viejo y los pocos años »que naturalmente me pueden quedar, ó si por ventura llevaste mal que se diese parte del reino á tu »hermano, fuera razon que me declararas su sentimiento primero, y finalmente te remitieras á mi voluntad. La ambicion sin duda y deseo de reinar, te »despeña, que suele quebrantar las leyes de naturaleza, y desatar las cosas que entre sí estaban con »perpétuos ñudos atadas. Escúsaste con tu conciencia, y cúbreste con el velo de la religion, bien lo veo, »en lo cual advierto que no solamente quebrantas las »leyes humanas, sino que provocas sobre tu cabeza »la ira de Dios. De aquella religion te apartas, guiado solo por tu parecer, con cuyo favor y amparo el »nombre de los godos se ha aumentado en riquezas »y ensanchado en poderío. ¿Por ventura menospreciarás la autoridad de tus antepasados, que debias »tener por sacrosanta, y por dechado sus obras? Esto solo pudiera bastar para que considerases la vanidad de esa nueva religion, pues aparta el hijo del »padre, y los nombres de mayor amor muda en odio »mas que mortal. A mi, hijo, por la mayor edad toca »el aconsejarte que vuelvas en tí, y como padre, mandarte que dejado el deseo de cosas dañosas, sosiegues tu corazon. Si lo haces así, fácilmente alcanzarás perdon de las culpas hasta aquí cometidas, si »acaso no condesciendes con mi voluntad y me fuerzas á tomar las armas, será por demás en lo de adelante esperar ni implorar la misericordia de tu padre.»

Dió esta carta mucha pesadumbre á Ermenegildo como era razon; pero determinado de no mudar parecer, respondió á su padre, y le escribió una deste tenor: «Con paciencia y con igual ánimo, rey y señor, he sufrido las amenazas y baldones de tu carta, »dado que pudieras templar la libertad de la lengua »y la cólera, pues en ninguna cosa te he errado. A

»tus beneficios que yo tambien confieso son mayo»res que mis merecimientos, deseo en algun tiempo »corresponder con el servicio que es razon, y perma»necer por toda la vida en la reverencia que yo estoy »obligado á tener á mi padre. Mas en abrazar la reli»gion mas segura, que tú para hacerla odiosa llamas »nueva, nos conformábamos con el juicio de todo el »mundo, además de otras muchas razones que hay »para abonalla. No trato cual sea mas verdadera: cada »cual siga lo que en esta parte le pareciere, á tal que »se nos conceda la misma libertad. Atribuyes la bue»na andanza de nuestra nacion á la secta arriana que »siguen por no advertir la costumbre que tiene Dios de »dar prosperidad, y permitir por algun tiempo que »pasen sin castigo los que pretende de todo punto »derribar; y esto para que sientan mas los reveses y »el trocarse su buena andanza en contrario. Y que la »tal prosperidad no sea constante ni perpétua, lo de»clara bastantemente el fin en que por semejante ca»mino han parado los vándalos y los ostrogodos. Que »si te ofendes de haber yo mudado partido sin con»sultar el primero, séame lícito que yo tambien sienta »que no me des lugar y licencia para que estime en »mas mi conciencia que todas las cosas, por lo cual si »necesario fuere, estoy presto de derramar la sangre »y perder la vida; ni es justo que el padre pueda con »su hijo mas que las leyes divinas y la verdad. Supli»co á nuestro Señor que tus consejos sean saludables »á la república, y no perjudiciales á nos que somos »tus hijos; y que te abra los ojos para que no des ore»jas á chismerías y reportes con que tú tengas que »llorar toda la vida, y á nuestra casa resulte infamia »y daño irreparable por cualquiera de las dos partes »que la victoria quedare.»

Estaba el pueblo dividido en dos parcialidades: los católicos, que eran en gran número y tenian menos fuerzas, seguian el partido de Ermenegildo, quién en público, quién de callada. Los arrianos eran mas poderosos, y tomaron la voz de Leuvigildo. Gregorio Turonense dice que Ermenegildo cuando le ungieron en la frente y le confirmaron (que era la manera como recebian en la iglesia á los arrianos) mudó el nombre antiguo que tenia en el de Juan. Contra esto hacen las monedas de oro batidas como parece en lo mas recio de la guerra para que sirviesen, á lo que se entiende, como de insignias y divisas á los soldados; que son de buen oro, y tienen de una parte el nombre y rostro de Ermenegildo, y por reverso una imágen de la victoria, con estas palabras (1): HOMBRE HU-



TE DEL REY: aludiendo á la sentencia de San Pablo, en que manda que el hereje despues de una segunda monicion sea evitado.

Buscaron los católicos socorros de lejas tierras y para esto Leandro fué por mar á Constantinopla do estaba Tiberio Augusto. Leandro de monge benito fue promovido en prelado de Sevilla: era persona de singular erudicion y aprobacion de costumbres y no menor suavidad en su trato, la elegancia en el estilo y en las palabras era muy grande: cosa que en aquel tiempo se podia tener por milagro. Poco efecto y provecho hizo á lo que parécela ida de Leandro en lo que se pretendia; pero hallóse en un concilio de obispos en aquella ciudad, y trabó familiaridad grande con San Gregorio que tuvo despues renombre de Magno, y entonces era legado en Constantinopla del papa Pelagio Segundo. La semejanza de la vida y de los estudios fue causa de que trabasen la amistad, de que dan muestra los libros de los Morales que á persuasion de San Leandro y en su nombre San Gregorio publicó.

Los principios de esta guerra concurren con el año 580: año que fue desgraciado al pueblo cristiano y aciago porque en él nació en Arabia el falso profeta Mahoma, caudillo adelante y cabeza de una nueva y perversa secta, de quien se hablará otra vez en su lugar. Fortificó Ermenegildo á Sevilla y á Córdoba: proveyólas de trigo, de almacen y de todo lo necesario para todo lo que sucediese, ora la guerra se prolongase, ora las apretasen con cercarlas. Hizo alianza con los capitanes romanos. Entrególes para seguridad á su mujer, y un hijo que poco antes le habia nacido; fuera de que, si sucediese algun desastre, queria estuviesen lejos del peligro de la guerra las dos cabezas que él mas amaba. Por el contrario Leuvigildo, visto que no podia ganar á su hijo ni por miedos que le ponia, ni por promesas que le hizo, acordó de acudir á las armas y á la fuerza. Para salir mas fácilmente con su intento, lo primero que hizo fue por medio de mucho oro que dió á los romanos, atraellos á su partido como hombres que se vendian á quien mas pujaba, sin tener cuenta con la fe, y sin mirar lo que tenian concertado con su hijo. Inclináronse pues y abrazaron aquella parte do esperaban seria mas cierta la ganancia y el interés mas colmado.

Tomado este asiento, trató juntamente aquel rey de concertar en cierta forma los católicos con los arrianos, por constarle que la diferencia de la religion era causa de aquellas revueltas y daños. Para esto juntó en la ciudad de Toledo un concilio de los obispos arrianos, en que se decretó lo primero, que se quitase la costumbre de rebaptizar, como lo tenian antes en uso, á los que de la religion católica se pasaban á la secta arriana. Decretaron otrosí sobre la cuestion tan reñida entre católicos y arrianos, que entre las personas divinas el Hijo era igual al Padre: pero esto fue solo de palabra, que la ponzoña y perversidad de antes se les quedaba en sus corazones muy arraigada. Todavía esta ficcion y engaño fue parte para que mucha gente simple, como quitada la causa de la discordia, unos claramente se apartaron de Ermenegildo, otros defendian en lo de adelante su partido mas tibiamente. La mayor parte de la gente, movida del peligro que amenazaba, y por acomodarse con el tiempo, quisieron mas estar á la mira que entrar á la parte, y por la defension de la religion católica poner á riesgo sus vidas y sus haciendas.

Pasáronse en estas cosas tres años. En este tiempo muerto el emperador Tiberio, otro que se llamó Mauricio le sucedió en el imperio romano. El rey Leuvigildo no se descuidaba, antes en todos sus estados hizo grandes levas de gentes con que movió contra su hijo. Marchó con su ejército hasta lo postrero de Andalucía, y puso sitio sobre Sevilla, ciudad famosa, grande y rica. Tenia poca esperanza que los cercados se rindiesen por su voluntad por estar aficionados á su hijo y prevenidos de su prelado Leandro. Acordó usar de fuerza, y juntamente valerse de sus mañas. Pasa por aquella ciudad Guadalquivir, tan caudaloso y de tan grandes acogidas de agua, que tiene fondo bastante para gruesas naves. Parecióle seria bien impedirles la navegacion, y que por el rio no pudiesen entrar provisiones, y para esto sacalle de madre y echallo por otra parte. Era esta empresa de grande trabajo y obra de muchos dias. Por esto una legua mas arriba de Sevilla para hacer sus

(1) Las palabras que se leen en las que están bien conservadas son: *Regí á Deo vita*, que quierea decir: Dios dé vida al rey, ó Dios conserve la vida al rey.

estancias reedificaron los muros de la antigua Itálica, cuya magnificencia en tiempo de los romanos fue grande, y della dan bastante muestra las ruinas que allí se ven, donde en nuestro tiempo está el monasterio famoso de San Isidro (1).

Myro, rey de los suevos, si bien era católico, acudió con su gente en favor de Leuvigildo; mas pagó tan grande maldad segun se entendió con la muerte, ca falleció durante el cerco de Sevilla. Sucedióle Eborico su hijo, Gregorio Turonense dice al contrario desto, es á saber que Myro siguió el partido de Ermenegildo, y que concluida la guerra, se concertó con Leuvigildo, y vuelto á su tierra falleció pocodespues de enfermedad que le sobrevino en aquel cerco por ser el aire mal sano y las aguas no buenas. Echaron pues el rio por otra parte: con que los cercados comenzaron á padecer grande falta. Ermenegildo ya que era pasado un año del cerco, perdida la esperanza de poderse defender, de secreto se recogió á los romanos como ignorante que estaba de que habian mudado partido y pasádose á sus contrarios. Luego que partió Ermenegildo, la ciudad se entregó á su padre, que fue el año del Señor de 586.

No se contentó con esto Leuvigildo, ni paró antes de haber á las manos á su hijo. En la manera como le prendió no concuerdan los autores: quién dice que, vista la mala acogida que le hacian los romanos y su deslealtad, dió la vuelta á Córdoba, y que aquellos ciudadanos por alcanzar perdon de su padre se lo entregaron, que á los caidos todos les faltan, Turonense va por otro camino, y afirma que le prendieron en el lugar de Osseto, donde conforme á lo que de suso queda dicho, la pila del bautismo todos los años de suyo se henchia de agua.

Recogióse Ermenegildo en aquel lugar por ser muy fuerte plaza, y sus moradores á él muy aficionados: metió consigo hasta trescientos soldados escogidos, y las demás gentes dejó en sus reales que tenia por allí cerca. Pensaba, si su padre usaba de fuerza, acometerle por frente y por las espaldas. Hacia la cuenta sin parte, y así sucedió todo al contrario; por que Leuvigildo avisado del intento de su hijo, como es cosa ordinaria que en discordias civiles nunca faltan espías secretas, con presteza ganó por la mano y deshizo aquellas trazas. Acudió pues con diligencia sobre aquel lugar, y apoderado del pueblo, le puso fuego por todas partes. Ermenegildo, perdida la esperanza de poderse defender; se recogió al templo, si por ventura con entretenerse algun tanto se aplacase la saña de su padre. Iba en compañía de Leuvigildo el otro hijo Recaredo, que si bien era menor en la edad en la nobleza de corazon y en la prudencia igualaba á su hermano. Pidió licencia á su padre y lugar á su hermano para verse con él. Concertada la habla, y entrado que hubo en el templo, por algun espacio de tiempo se detuvo sin poder decir palabra, como suele acontecer cuando el dolor, la ira y el miedo son muy grandes (2).



La abundancia de las lágrimas y el sentimiento le quitaban la habla; mas despues que sosegó algun tanto: «De corazon, dice, flaco es dolerse por el des»man de los suyos, y no poner otro remedio sino las »lágrimas. Tu desventura no es solo tuya, sino nues»tra, á todos nos toca el daño, pues entre padre y »hermanos no puede haber cosa alguna apartada. No »quiero reprehender tus intentos, ni el celo de la re»ligion, aunque qué razon pudo ser tan bastante pa»ra tomar las armas contra tu padre? Tampoco me »quejo de los que con sus consejos te engañaron. Las »cosas pasadas mas facilmente se pueden llorar que »trocar. Esta es (mal pecado) la desgracia destos »tiempos, que por estar dividida la gente y reinar »entre todos una pestilencial discordia la una parcia-

(1) El anfiteatro es una de las ruinas mas admirables que ofrece este antiguo emporio de la dominacion cartaginesa y de la romana, que obtuvo en tiempo de Adriano el título de colonia. Saliendo del portazgo de Santiponce, camino de Estremadura, se encuentra la gradería perfectamente conservada de esta magnífica obra y los subterráneos de ladrillo abovedados, llamados hoy leoneras, que tal vez sirvieron para encierro de las fieras que se lidiaban. Desgraciadamente la ignorancia de una autoridad política en nuestros dias ha hecho volar parte de estas ruinas tan dignas de respeto por seguir la traza de un camino que podia muy bien ladearse veinte varas: aquel resto quedó volado como lo demuestra el dibujo que acompañamos; y el camino no se hizo. Muchos de estos actos de barbarie tiene que deplorar la arqueología en España.

Habia tambien anfiteatros en Cádiz, cuyos restos se descubren cerca de la puerta del Muro, en Cartagena, del cual se reconoce perfectamente el área, donde se verificó el desafío de Corbia y Orsua; y en Jerez de la Frontera, Chaves, Barcelona, y otras muchas ciudades notables en aquellos tiempos los habia de lucha y esgrima.

Notoria es la esplendidez y magnificencia de los romanos en punto á diversiones públicas; y de ello son buen testimonio así los anfiteatros que acabamos de mencionar, como los teatros de Tarragona, Mérida, Murviedro, Coruña del Conde, Cazlona, Ecija, Sevilla y otros de que nos quedan algunos vestigios ó mencion en las historias y las lápidas. El mas notable de todos era el de una ciudad llamada Riga segun nuestro poeta Marcial. Además habia los *circos* y *naumaquias*, aquellos principalmente para las corridas y juegos gimnásticos y estas para los simulacros de combates navales. Los circos tenian forma oval por un lado y los cerraba por otro una pared horizontal: en el centro se levantaba la *espina*, alrededor de la cual se hacian las corridas á pié, á caballo y en carro que se concertaban, y en ambos estremos del *estadio* estaban las *metas* ó términos de la carrera. Los principales eran los de Murviedro, Tarragona y Mérida que tenian desde 1,200 á 2,000 piés de largo: del primero se conservan en bastante buen estado las paredes esteriores.— Las naumaquias tenian próximamente la misma estension y forma de los circos, pues se sabe que la de Mérida en sus 1,400 piés de largo, conservaba la misma figura oval y estaba rodeada de arcos y graderías: en Calahorra se reconocen todavía su área y los conductos para el agua.

(2) La anterior inscripcion, copiada literalmente de la piedra en que existe, trasladada de una posesion de los cartujos en Alcalá de Guadaira al monasterio de los mismos de Sevilla, donde se conserva empotrada en la pared posterior del sagrario de la iglesia, prueba la persecucion que sufrió San Ermenegildo por la profesion de la fe religiosa que abrazara. La Academia de Sevilla publicó exactamente conforme esta inscripcion; pero no la presentó, como nosotros lo hacemos, con la misma forma de su letra.

»lidad y la otra ha pretendido tener arrimo en nuestra »casa, que es la causa de todos estos daños. Resta »volver los ojos á la paz para que nuestros enemigos »no se alegren mas con nuestros desastres. Lo que »ójala se hobiera hecho antes de venir á rompimien»to; pero todavia queda el recurso á la misericordia »paterna: si de corazon pides perdon de lo hecho, »que será mejor acuerdo que llevar adelante la perti»nacia y arrogancia pasada. Por lo de presente y por »lo que ha sucedido, debes entender cuanto mejor »será seguir la razon con seguridad, que peservernr »con peligro en los desconciertos pasados. Acuérdate »que en la adversidad suele ser muy necesaria la pru»dencia, y que el ímpetu y la aceleracion te será muy »perjudicial. De mi parte te puedo prometer que si »de voluntad haces lo que pide la necesidad, nuestro »padre se aplacará, y contento con un pequeño cas»tigo te dejará las insignias y apellidos del rey.»

Confirmó estas promesas con juramento, hizo llamar á su padre, y venido que fue, Ermenegildo con un semblante muy triste se arrojó á sus piés. Recibióle con muestras de alegría: dióle paz en el rostro que fue indicio de quererle perdonar; mas otro tenia en el corazon: hablóle algunas palabras blandas, y con tanto le mandó llevar á los reales; poco despues quitadas las insignias reales, le envió preso á Sevilla. El abad Biclarense dice que le desterró á Valencia, y que murió en Tarragona. La verdad es que en Sevilla á la puerta que llaman de Córdoba, se muestra una torre muy conocida por la prision que en ella tuvo Ermenegildo, espantosa por su altura y por ser muy angosta y escura. Dícese comunmente que en ella estuvo con un pié de amigo atadas las manos al cuello, y que el santo mozo no contento con el trabajo de la cárcel usaba de grande aspereza en la comida y vestido: su cama una manta de cilicio, y él mismo ocupado en la contemplacion de las cosas divinas sospiraba por verse con Dios en el cielo, donde esperaba ir muy en breve.

En esta forma de vida perseveró hasta tanto que llegó la fiesta de Pascua de Resurreccion que aquel año cayó á catorce de abril, y fue puntualmente el de Cristo de 586, segun que se entiende por la razon del cómputo eclesiástico, si bien algunos de este número quitan dos años. El arcipreste Juliano quita uno, mas el abad Biclarense señala que Ermenegildo murió el tercer año del emperador Mauricio, lo cual concuerda con lo que queda dicho. El caso sucedió de esta manera: Leuvigildo con el deseo que tenia de reducir á su hijo, pasada la media noche le envió un obispo arriano para que conforme á la costumbre que tenian los cristianos, le comulgase aquel dia á fuer de los arrianos. El preso visto quien era, le echó de sí con palabras afrentosas. Tomó el padre aquel ultraje por suyo, y de tal suerte se alteró que sin dilacion envió un verdugo llamado Sisberto para que le cortase la cabeza: bárbara crueldad y fiereza que pone espanto y grima. Era Ermenegildo de condicion simple y llana, cosas que si no se templan, suelen acarrear daños y aun la muerte. La memoria deste santo mártir se celebra en España de ordinario á catorce de abril, dado que en algunas iglesias se hace un dia antes. El lugar de la prision adelante se mudó en una capilla con advocacion del santo.

La devocion que con él antiguamente se tuvo fue muy grande, como se entiende así por lo dicho, como de que muchos, así varones como hembras, se llamaron de su nombre Ermenegildos, Ermesindas, Ermenesindas; y aun los sobrenombres de Armengol Ermengaudo de que usaron los españoles, entienden algunos se tomaron del nombre de este santo. Lo mismo se dice de Ermegildez y Ermildez, que tienen terminacion aun mas bárbara. No se sabe donde esté al presente su cuerpo, ni aun se averigua bastantemente el lugar en que á la sazon le sepultaron. Un hueso suyo dentro de una estátua de plata muestran en capilla particular de la iglesia Mayor de Zaragoza. Gobernaba por estos tiempos la iglesia Romana Pelagio Segundo. Gregorio el Magno sucesor de Pelagio relató como cosa fresca la muerte de Ermenegildo. Allí dice que junto al cuerpo del mártir se oyó música celestial, cierto de los ángeles, que celebraron su entierro y sus honras de que el cruel ánimo de su padre le privó. Añade que corria fama y se decia que en el mismo lugar de noche se vieron luces á semejanza de antorchas. Estas cosas, y la muerte del verdugo Sisberto muy fea que le avino muy en breve, aumentó en gran manera la devocion del mártir. Al presente se ha acrecentado notablemente despues que el papa Sixto Quinto puso el nombre de Ermenegildo en el calendario romano con órden y mandato que en toda España se le haga fiesta á los catorce dias del mes de abril.

CAPITULO XIII.

De la muerte del rey Leuvigildo.

LUEGO que Ingundis tuvo aviso de la prision y muerte de su marido, pasó en Africa llena de amargura y de lágrimas. Los capitanes romanos que la tenian en su poder, acordaron enviarla juntamente con su hijo por nombre Theodorico, y hacer della presente al emperador Mauricio. Por el contrario los reyes de Francia Childeberto hermano de Ingundis, y Guntrando su tio, príncipes valerosos y bravos se aparejaban para vengar con sus armas aquella injuria y la muerte de Ermenegildo. Recaredo, avisado destos apercebimientos, para ganar por la mano rompió con sus gentes por la Francia y por las tierras de los enemigos: apoderóse por fuerza de un castillo muy fuerte en el territorio de Arlés, que se llamaba Ugerno. Taló demás desto y dió el gasto á todos los campos comarcanos. Fue grande el daño que hizo, y mayor el espanto que puso en toda aquella gente: por esto se trató de hacer paces, y para efectuarlas despachó Leuvigildo sus embajadores; pero no acabaron cosa alguna á causa que demás de los agravios pasados las gentes y armadas de los godos de nuevo tomaron ciertas naves francesas en las marinas de Galicia con los hombres y todo el haber que traian y con que venian á sus contrataciones. Esto irritó tanto á los franceses, que si bien se despachó otra nueva embajada sobre el caso, aquellos reyes, mayormente Guntrando, no quisieron dar oidos á lo que los godos pedian.

Quien dice que Recaredo desde Narbona rompió segunda vez por las tierras de los francos, y de nuevo dió la tala á los campos muy fértiles de la Francia. Childeberto como al que tocaba de mas cerca este dolor, y por el deseo que tenia de vengar á su hermana y á su cuñado, y tomar la enmienda debida de tantos desaguisados, convidó al emperador Mauricio (cuya amistad poco antes habia él menospreciado) para juntar sus fuerzas y armas contra los longobardos y contra los godos, que estaban apoderados los unos de Italia y los otros de España. Tomado este asiento, un gran ejército de franceses pasó en Italia. Mostróse el enemigo al principio temeroso, no queria venir al trance de la batalla: por esto los francos, y por ser de su natural muy confiados, se descuidaron de tal suerte, que los contrarios dieron sobre ellos á deshora con tal órden que al punto los vencieron y desbarataron; no refieren el número de los muertos, solo consta que fue la mayor matanza que en aquel tiempo se hizo de los francos. Este revés sin duda hizo que Childeberto se humanase para con los godos, mayormente que el emperador ocupado en otras cosas ayudaba mas á sus compañeros con el nombre que con las fuerzas, además de la muerte de Ingundis hermana de Childeberto, que se supo en esta sa-

zon, y era la causa destos bullicios y guerra: quién dice que falleció en Africa, quien en Sicilia, ca no concuerdan los autores, como tampoco no se sabe lo que se hizo de su hijo. Solo refieren que le llevaron al emperador: debió fallecer poco despues de la madre, mas dichoso en esto que si huérfano, desterrado y pobre y cautivo viviera mucho tiempo. Máximo dice que murió en Palermo la madre, y el hijo poco despues en Constantinopla.

En este medio en España el rey Leuvigildo por el deseo que tenia de apagar la católica religion, causa como él entendia de tantos daños y males, desterraba los varones mas santos (1) de todo su reino, como los que conservaban y mantenian el culto de la verdadera religion. En particular desterró los dos hermanos y prelados Leandro de Sevilla y Fulgencio de Ecija: estaba contra ellos irritado principalmente por el favor que dieron á Ermenegildo su hijo. Lo mismo hizo con Mausona metropolitano de Mérida, uno de los varones mas señalados de aquel tiempo. Hízole venir á Toledo, y desde allí despues de muchas afrentas que le hizo, le envió al destierro, solo por mostrarse constante en la religion católica, y porque no quiso manifestar al rey y entregalle la vestidura de Santa Olalla por miedo de los arrianos. Pusieron en lugar de Mausona y nombraron por arzobis-



Muerte de San Ermenegildo.

po un grande arriano llamado Sunna. Sucedió un milagro al partir de Mausona para muestra de su inocencia, y fue que el caballo en que le pusieron para llevarle al destierro, sin embargo que era por domar y muy feroz, recibió sin dificultad sobre sí el santo varon. Muchos otros obispos fueron al destierro, y pusieron otros en su lugar: de que se entiende procedió que sosegada la Iglesia acaecía (contra lo que disponen las leyes eclesiásticas) haber dos obispos de una ciudad, como se ve por las memorias públicas de aquel tiempo. Parece que adelante con deseo de la paz, cuando se convirtió España, se introdujo esta novedad que los unos obispos y los otros quedasen con sus oficios.

(1) La causa de la irritacion de Leuvigildo contra los católicos fue que se declararon por su hijo Ermenegildo, á quien se vió en la precision de reducir á la obediencia por las armas hácia los años 580 y 81.

De las rentas de las iglesias se apoderó el avariento rey sin alguna resistencia: derogó los privilegios de los eclesiásticos: dió la muerte á muchos hombres principales parte por causas verdaderas, á otros por testimonios que les levantaban y calumnias que les arrimaban, de cuyos bienes enriqueció el patrimonio real. Lo que con esta carnicería principalmente pretendia era que ninguno de otro linaje pudiese aspirar al reino. Muchos quebrantados con estos males, no solo del pueblo sino de los principales en riquezas y nobleza, se sujetaron á la voluntad del rey y pasaron á la secta de los arrianos. Entre estos Vicencio obispo de Zaragoza, como se hiciese arriano, con el ejemplo de su inconstancia trajo otros muchos al despeñadero, si bien Severo obispo de Málaga y Liciniano obispo de Cartagena sus contemporáneos escribieron contra lo que hizo. Dura hasta nuestra edad el libro de Liciniano, de quien atestigua Isidoro que escribió muchas epístolas á Eutropio obispo de Valencia, y

que falleció en Constantinopla, á lo que se entiende, huido de la rabia del rey.

En aquella ciudad Juan abad Biclarense natural de Santaren en Portugal, gastó por causa de los estudios en su menor edad diez y siete años, con que alcanzó conocimiento de la una y de la otra lengua latina y griega, y se aventajó en las otras artes y ciencias. Despues desto, vuelto á la patria de su larga peregrinacion, sufrió muchos trabajos como los demás católicos. Desterráronle á Barcelona, en el destierro á las vertientes de los Pirineos edificó un monasterio que se llamó Biclarense, y hoy se llama de Valclara, apellido conforme al antiguo. Ordenó que los monges siguiesen la regla de San Benito, y él mismo les añadió otras constituciones y estatutos á propósito de la vida religiosa. Deste monasterio, donde fue abad algun tiempo, le sacaron en el reinado de Recaredo para hacerle obispo de Girona, y en tiempo del rey Suintila pasó por la muerte al cielo y á gozar el premio de sus trabajos. Tuvo por sucesor á Nonito; de quien y de Juan presbítero de Mérida y Novello obispo de Alcalá sucesor de Asturio despues de otros algunos, todos personas señaladas, no se sabe si con la tempestad que en estos tiempos corria, y con las olas de persecuciones fueron trabajados. A San Isidoro hermano de Leandro y Fulgencio, para que no le maltratasen, valió su pequeña edad, sus buenas inclinaciones y su grande ingenio que le hacia de presente ser amado de todos, y para adelante con sus grandes letras y santidad alumbró toda la Iglesia. Allegábase á lo demás su nobleza, la modestia de su rostro y su mesura, la suavidad de su condicion, si bien no dejaba de hacer rostro á los arrianos, ni temia irritallos con sus disputas: animábase á hacello parte por ser



Traje militar de los godos.

muy católico, parte por las cartas que Leandro su hermano desde el destierro le enviaba, en que le animaba á derramar la sangre, si fuese necesario, por la defensa de la verdad.

El reino de los godos, que por los caminos ya dichos, parecia ir en aumento y cobrar de cada dia mayores fuerzas, por el mismo tiempo se acrecentó con apoderarse de todo lo que los suevos en España poseian, lo cual avino en esta manera y con esta ocasion. El rey Eborico, hijo de Myro, fue despojado de aquel reino por Andeca hombre principal, y que estaba casado con la madrastra de Eborico llamada Sisegunda. No se contentó con despojalle del reino, sino que por asegurarse le forzó á meterse fraile y trocar las insignias reales y cetro con la cogulla. Era Eborico amigo de los godos y su confederado: por esto Leuvigildo tomó las armas contra el tirano. Vencióle y prendióle en batalla, y despojado del reino, le cortó el cabello, que conforme á la costumbre de aquellos tiempos era privalle de la nobleza y hacelle inhábil para ser rey; finalmente, le desterró á Beja ciudad de la Lusitania. Con la ocasion destas revueltas se levantó otro por nombre Malarico, y con el favor que tenia entre aquella gente, se llamó rey. Acudió Leuvigildo tambien á esto, sosegó estas nuevas alteraciones, con que toda la Galicia quedó sin contradiccion por suya, ca Eborico se debió quedar como particular en el monasterio, ni el rey godo debió tener mucha voluntad de restituirle. Por esta manera el reino de los suevos, que en algun tiempo floreció mucho, y poseyó una buena parte de España por espacio de ciento y setenta y cuatro años, cayó de todo punto,

que fue el año de Cristo 586. En el mismo año Leuvigildo falleció en Toledo el diez y ocho despues que con su hermano comenzara á reinar.

Hay fama y muchos autores lo atestiguan que al fin de la vida estando en la cama enfermo sin esperanza de salud, abjuró la impiedad arriana, y volvió su ánimo á lo mejor y á la verdad, y que en particular con Recaredo su hijo trató cosas en favor de la religion católica. Díjole que el reino que adquiridas y ganadas muchas ciudades, le dejaba muy grande, seria muy mas afortunado, si toda España y todos los godos recibiesen despues de tanto tiempo la antigua y verdadera religion. Encargóle tuviese en lugar de padres á Leandro y á Fulgencio, á quien mandó en su testamento alzar el destierro. Avisóle que así en las cosas de su casa en particular, como en el gobierno del reino se aprovechase de sus consejos. Y aun Gregorio Magno refiere que antes que muriese de aquella enfermedad, encargó mucho á Leandro, que debió venir á la sazon, cuidase mucho de Recaredo su hijo, que por sus amonestaciones esperaba y aun deseaba en las costumbres, humanidad y todo lo demás semejase á Ermenegildo su hermano, á quien él sin bastante causa dió la muerte. Puédese creer que las oraciones del santo mártir fueron mas dichosas y eficaces despues de muerto, que en la vida para alcanzar de Dios que su padre se redujese á buen estado. Nuestros historiadores refieren que Leuvigildo, dado que de corazon era católico, no abjuró públicamente, como era necesario, la herejía por acomodarse con el tiempo y por miedo de sus vasallos. Máximo dice se halló presente á la muerte deste rey, y vió las señales de su arrepentimiento y sus lagrimas. Pone su muerte año de quinientos ochenta y siete, dos de abril, miércoles al amanecer.

Este su desengaño se debió encaminar entre otras



Príncipe godo.

cosas por muchos milagros que se hicieron en favor de la religion católica. Entre los demás se cuentan los siguientes: en el tiempo que perseguia con las armas á su hijo inocente, un monasterio que estaba en la comarca y riberas de Cartagena con advocacion de San Martin, huido que se hobieron los monges á una isla que por allí caia, fue saqueado por los soldados del rey: uno dellos desnuda la espada como acometiese al abad que solo quedaba, en castigo de su sacrilegio cayó muerto en tierra; el rey sabido el suceso, mandó que toda la presa se restituyese al monasterio. Sucedió otrosí en una disputa que hobo sobre la religion, que un católico en testimonio de la verdad que profesaba, tomó en la mano sin recibir alguna lesion ni daño un anillo del fuego que estaba ardiendo, sin que el hereje se atreviese á hacer otro tanto en defensa de su secta. Con estos y otros milagros comenzaba el ánimo del rey á moverse y vacilar. Préguntó á cierto obispo arriano por qué causa los arrianos no ilustraban su secta y la acreditaban con semejantes obras, ni hacian milagros como los católicos, tales y tan grandes? A esta pregunta el obispo: «A muchos dice, oh rey (si es lícito decir verdad y »blasonar á la manera de los contrarios de nuestras »cosas) que eran sordos, hice que oyesen, y aun »abrí los ojos de los ciegos para que pudiesen ver. »Pero las cosas que hasta aquí por huir ostentacion »se han hecho sin testigos, quiero hacellas publica»mente y probar con las obras la verdad de todo lo »que digo.»

No paró en palabras, sino que se vino á la prueba. Pasaba el rey poco despues desto por una calle: cierto arriano, que á persuasion del obispo fingió estar ciego, á grandes voces pedia que le fuese por él restituida la vista: representaba la comedia delante del mismo que la inventara; tendia las manos, hacia otros ademanes en que mostraba esperaba con humildad la sanidad por los ruegos y santidad del obispo. Estaban todos suspensos, y esperaban ver alguna maravilla; y fue así, pero al reves de lo que cuidaban, porque el engañador malvado luego que el obispo le tocó los ojos con sus manos, quedó de todo punto ciego y perdió la vista que antes tenia. Conoció el miserable su daño, y vencido del dolor, que pudo mas que la vergüenza, confesó luego la verdad, y descubrió á la hora el engaño y toda la trama. Por estos caminos la secta arriana (como era razon) comenzó en grande manera á ir de caida, y el ánimo del rey á enojarse poco á poco, mayormente que por espacio de cuatro años gran muchedumbre de langosta talaba de todo punto los campos de España, y mas del reino de Toledo en que la templanza del aire suele tener mas fuerza esta plaga. El pueblo como acostumbra decia ser castigo de Dios en venganza de la muerte de Ermenegildo, y de la persecucion que hacian contra la verdadera religion.

Esta loa á lo menos se debe á Leuvigildo por testimonio del mismo San Isidoro, que despues del rey Alarico reformó las leyes de los godos que con el tiempo andaban estragadas; añadió unas y quitó otras. Paulo diácono de Mérida refiere otrosí lo que vió, es á saber que el abad Nuncto varon de grande santidad como quier que de Africa pasase á Mérida con deseo de visitar el sepulcro de Santa Olalla desde aquella ciudad por huir la vista de mujeres, poco despues se apartó al yermo donde dado que era católico, el rey le sustentó á su costa hasta tanto que los rústicos comarcanos se conjuraron contra él y le dieron la muerte: la causa no se sabe, por ventura no podian sufrir las reprensiones libres de aquel varon santo por ser hombres feroces y de rudo ingenio. No castigó el rey este caso: castigóle Dios con que los demonios se apoderaron de los matadores sacrílegos. Por conclusion Leuvigildo fue el primero de los reyes godos que usó de vestidura diferente de la del pueblo, y el primero que trajo insignias reales, y usó de aparato y atuendo de príncipe, cetro, y corona y vestidos estraordinarios: cosas que cada uno conforme á su ingenio podrá reprender ó alabar por razones que para lo uno y para lo otro se podrian representar.

CAPITULO XIV.

De los principios del rey Recaredo.

Hiciéronse las exequias del rey Leuvigildo con la solemnidad que era razon. Concluidas Recaredo su hijo y sucesor volvió su pensamiento á dar órden en las cosas de su casa, y consiguientemente en el estado de la república. Pretendia ante todas cosas aplacar y ganar á los reyes de Francia, y aun el tiempo adelante para que la paz fuese mas firme, muerta Bada su primera mujer, trató de emparentar con Childeberto rey de Lorena casando con Clodosinda otra su hermana. Para alcanzar esto con mayor facilidad envió á escusarse que no tuvo parte en la muerte de Ermenegildo, antes le dolió en el alma aquel desastre de su hermano. No era aun llegada la sazon de efectuar cosa tan grande, si bien estaba ya cerca. Lo que sobre todo importaba fue, que por consejo de los dos hermanos Leandro y Fulgencio, como católico que ya era de secreto, comenzó muy de veras á tratar de restituir en España la religion católica; bien que por entonces le pareció disimular algun tanto, y no forzar el tiempo, sino acomodarse con él. Consideraba la condicion del pueblo, que se deja mas fácilmente doblegar con maña que quebrantar por fuerza, especial en materia de mudar la religion en que desde su primera edad se criaron. Acordó pues para salir con su intento usar de artificio y de industria, halagar á unos, sobrellevar á otros, y con mercedes que les hacia, ganallos á todos.

Sucedió todo como se podia desear, ca sabida la voluntad del rey, bien así los grandes que los menudos se rindieron á ella, y vinieron de buena gana en lo que al principio pareció tan dificultoso. Así que los godos todos, y entre los suevos los que perseveraban en la locura del error antiguo, de comun acuerdo, le dejaron y abrazaron el partido de la Iglesia católica, y juntamente con esto pretendian ganar la gracia de su señor; al cual demás de su buena condicion y sus costumbres muy suaves ayudaba mucho su gentil disposicion y rostro para ganar las voluntades de todos; con que por toda la vida fue muy amado de sus vasallos, y despues de muerto su memoria muy agradable á los que le sucedieron adelante. Cosa forzosa es que en la mudanza de la religion resulten en el pueblo alteraciones y alborotos: la buena traza de Recaredo hizo que en su tiempo y por esta causa ni durasen mucho, ni fuesen muy señalados, y la severidad que usó en castigar, no fue solamente odiosa para ser necesaria, sino tambien popular y á todos así grandes como pequeños agradable.

El primero que hizo rostro á la pretension del rey fue el obispo Athaloco en la Gallia Narbonense por ser tan aficionado á la secta arriana, y en tanto grado que vulgarmente le llamaban Arria. Allegáronsele en la misma provincia los condes Granista y Bildigerno sea movidos de sí mismos, sea á persuasion del obispo. La verdad es que tomaron las armas contra el rey, y alteraron el pueblo para que se rebelase; pero este torbellino que amenazaba mayor tempestad y daño, tuvo breve y fácil fin á causa que Athaloco falleció de puro pesar por ver que los suyos llevaban lo peor, y que por estar los del pueblo inclinados á la religion católica no les podia persuadir que no hiciesen mudanza. A los condes vencieron en batalla las gentes de Recaredo, y con esto vengaron los malos tratamientos que de todas maneras habian hecho á los católicos. Es asi que toda herejía es cruel y fiera, y ningunas enemistades hay mayores que las que se forjan con voz y capa de religion, ca los hombres se hacen crueles y semejables á las bestias fieras.

Estas alteraciones de la Gallia Narbonense se levantaron y sosegaron al principio del reinado deste príncipe en tiempo que el décimo mes despues que se encargó del gobierno, renunció él públicamente la secta arriana, y abrazó la antigua y católica religion. Restituyó otrosí á las iglesias los derechos y posesiones que su padre les quitara, además de nuevos templos y monasterios de monges que con real magnificencia á su costa levantaba. A muchos de sus vasallos volvió las haciendas y honras de que sus padres los despojara, cuya acedía sobrepujaba él con su benignidad, y sus malas obras con beneficios que á todos hacia. Ocupábase el rey en estas obras, y la divina providencia cuidaba de sus cosas. El rey Guntrando habia enviado un su capitan por nombre Desiderio con un grueso ejército para que en venganza de los daños pasados rompiese por las tierras que los godos poseian en la Gallia. Acudieron las gentes de Recaredo: vinieron con el Francés á batalla junto á la ciudad de Carcasona en que al principio los godos llevaron lo peor y volvieron las espaldas. Recogiéronse dentro de la ciudad y desde allí puestos de nuevo en ordenanza salieron contra los franceses que sin concierto seguian la victoria. Cargaron con tal denuedo sobre ellos y con tal esfuerzo, que con la ayuda de Dios se trocó el suceso de la pelea, y los godos olvidados de las heridas y del trabajo vencieron y des-

barataron á los enemigos y los pusieron en huida; que estaban atónitos por la osadía y denuedo de los godos que tenian por vencidos y la victoria por suya. Murió el general francés, y de sus gentes pocos se salvaron por los piés, los mas quedaron tendidos en el campo.

Todo esto sucedió dentro del primer año del reinado de Recaredo, que fue el de Cristo de 587, segun que se entiende por un letrero de aquel tiempo que halló estos años en una piedra en Toledo, y le puso en el claustro de la iglesia Mayor el maestro Juan Bautista Perez canónigo á la sazon y obrero de aquella iglesia, y despues por sus buenas partes de erudicion y virtud dado que de gente humilde, murió obispo de Segorbe. Las letras dicen:

IN NOMINE DOMINI CONSECRATA ECLE-
SIA SANTÆ MARIÆ IN CATHÓLICO DIE
PRIMO IDUS APRILIS, ANNO FELICITER
PRIMO REGNI DOMINI NOSTRI GLORIOSIS-
SIMI FL. RECCAREDI REGIS, ERA DCXXV.

Quiere decir: «en nombre del Señor consagróse la »iglesia de Santa María en el barrio de los católicos »(ó á la manera de los católicos) á trece de abril en »el año dichosamente primero del reinado de nuestro »señor el gloriosísimo rey Flavio Recaredo, era seis»cientos y veinte y cinco» es á saber el año de Cristo de 587 puntualmente. Máximo hace mencion desta consagracion, que él llama reconciliacion por estar aquella iglesia profana por los arrianos.

En el año siguiente se descubrió una conjuracion que se tramaba contra el rey por la misma causa de la mudanza en la religion. Fue así que Mausona mudadas las cosas volvió á su arzobispado de Mérida. Sunna arriano, que estaba puesto en su lugar, y su competidor, llevó mal esta vuelta y restitucion por ver era necesario caer él de un lugar tan alto y preeminente como tenia. Comunicó su sentimiento con algunos de su parcialidad, y concertó de quitar la vida á Mansona: empresa atrevida y loca, mayormente que residia en aquella ciudad el duque Claudio con cargo del gobierno de toda la Lusitania, y tenia puesto en aquella ciudad guarnicion de soldados: persona esclarecida por la constancia de la religion católica, segun que se entiende por las cartas que le escribieron los Santos Gregorio el Magno y Isidoro. Advertidos los conjurados del peligro que corrian por esta causa, acordaron de dar la muerte juntamente á Mausona y á Claudio. La ejecucion de hecho tan grande encomendaron á Witerico mozo de grande ánimo y osadía, y que se criaba en la misma casa de Claudio, y aun con el tiempo vino á ser rey de los godos y de España: en tales tratos se ejercitaba el que se criaba para reinar.

Para ejecutar este caso es necesario buscar alguna ocasion. Sunna mostró querer visitar á Mausona, y pidió para ello le señalase lugar y tiempo. Sospechó el santo prelado lo que era, y que en muestra de amor le podrian armar alguna celada. Avisó á Claudio para que se hallase presente, y para que con su valor y autoridad reprimiese la malicia de su competidor, si alguna tenia tramada. Pareció á los conjurados buena ocasion esta para de una vez ejecutar sus malos intentos. Llegado el tiempo de la visita, saludáronse los unos y los otros como es de costumbre: despues de las primeras razones los conjurados hicieron señal á Witerico, que como lo tenia de costumbre estaba á las espaldas de Claudio. No pudo en manera alguna arrancar la espada, dado que acometió á hacerlo, quier fuese por cortarse con el miedo como mozo, quier por favorecer Dios á los inocentes, que debió ser lo mas cierto, y comunmente se tuvo por milagro, si bien los conjurados no por eso se apartaron de su mal propósito; antes acordaron en una pública procesion que hacian á la iglesia de Santa Olalla, que estaban en el arrabal de aquella ciudad, matar sin distincion alguna al prelado y á todos los que en ella iban.

Para obrar esta crueldad metieron gran número de espadas en ciertos carros que traian cargados de trigo. Acudió nuestro Señor á este peligro, porque Witerico, sea por causa del milagro pasado, sea por aborrecimiento de aquella maldad mudado de propósito, dió aviso de aquella trama. Adelantóse Claudio y ganó por la mano: acometió con su gente á Sunna y á sus parciales que eran muchos, degolló á todos los que se pusieron en defensa y prendió á los demás. Dió aviso al rey de todo lo que pasaba; y por su mandado aplicó al fisco todos los bienes de los principales, y á ellos despojó de los oficios y acostamiento que tenian, juntamente con desterrarlos á diversas partes. A Sunna, cabeza de la conjuracion, dieron á escoger que dejase á España, ó renunciase la herejía, que fue un partido mejor y de mayor clemencia que él merecia; él por estar obstinado en su mal propósito escogió de pasarse en Africa. A Witerico por el aviso que dió otorgaron enteramente perdon. El castigo de Vacrila uno de los conjurados fue señalado entre los demás: acogióse al templo de Santa Olalla como á sagrado: no le quisieron hacer fuerza, solo le condenaron en que perpétuamente sirviese de esclavo en aquel templo y hiciese todo lo que en él le mandasen. Al conde Paulo Sega otra cabeza de la conjuracion (segun que lo refiere el abad Biclarense), condenaron en que le cortasen las manos y fuese desterrado á Galicia.

Con estos castigos se desbarató aquella tempestad que amenazaba mayores daños; pero sin embargo que todos los demás debieran quedar avisados y escusar semejantes pretensiones impías y malas, otra mayor borrasca se levantó luego. La reina Gosuinda al principio por respeto del rey su antenado fingió de abrazar la religion católica: el embuste pasó tan adelante, que acostumbraba (cosa que pone horror) en la iglesia de los católicos escupir secretamente la hostia que le daba el sacerdote, por parecerle seria gran sacrilegio y en grande ofensa de su secta, si la pasase al estómago. Lo mismo hacia un obispo por nombre Uldida; que tenia gran cabida con ella y la gobernaba con sus consejos. Esta ficcion no podia ir á la larga sin que se descubriese: trató con el dicho obispo de matar al rey, y pudiera salir con ello, si la divina providencia no le amparara para que se asentase mejor en el estado de la religion católica. Sabido lo que se tramaba, el rey desterró á Uldida el obispo: de Gosuinda era dificultoso determinar lo que se debia hacer; acudió nuestro Señor ca á la sazon la sacó desta vida, y con la muerte pagó aquella impiedad, como mujer desasosegada que era, y toda la vida enemiga de los católicos.

Por el mismo tiempo el año que se contaba de nuestra salvacion de 588, los franceses se apercibian para hacer entrada en las tierras de los godos. El rey Guntrando ardia en deseo de satisfacerse de la afrenta que se hizo á su general Desiderio el año pasado. Juntó de todo su señorío un grueso ejército que llegaba á número de sesenta mil combatientes de pié y de caballo. Nombró por general destas gentes á Boso: él por mandado de su rey rompió por las tierras de la Gallia Góthica. Para acudir á esta entrada de los francos despachó Recaredo al duque Claudio, de la antigua sangre de los romanos, para que desde la Lusitania donde residia, acudiese al gobierno y cosas de Francia, y con su destreza reprimiese el orgullo de los contrarios. Movió con sus gentes, y pasados los Pirineos, halló á los enemigos cerca de Carcasona. Allí alegre por la memoria de la rota poco antes dada á los franceses, determinó presentalles la batalla, que fue muy herida; pero en fin, la victoria quedó por él. Gran número de los franceses pereció en la pelea, y otros muchos mataron en el alcance: no pararon hasta

forzar los reales de los vencidos y gozar de todos los despojos, que eran grandes. Esta victoria fue la mas ilustre y señalada que los godos por estos tiempos ganaron, segun que lo testifica San Isidoro, y parece cosa semejante á milagro lo que refieren, es á saber que Claudio con una compañía de trescientos soldados los mas escogidos entre todos los suyos se atrevió á encontrarse con un enemigo tan poderoso, y fue bastante para desbaratar al que venia cercado de tan grandes huestes.

El año luego adelante se urdió otra nueva conjuracion contra el rey Recaredo, de que Dios le libró no con menor maravilla que de las pasadas. Argimundo su camarero pretendía quitarle la vida, y por este camino apoderarse del reino: cosa tan grande que no se podia efectuar sin ayuda de otros, ni comunicada con muchos, estar secreta. Echaron mano de los conjurados, pusieron los compañeros á cuestion de tormento, que confesaron llanamente toda la trama y pagaron con las vidas. Al movedor principal y caudillo para que la afrenta fuese mayor, y el castigo mas riguroso, lo primero le cortaron el cabello, que era tanto como quitarle la nobleza (1) y hacerle pechero; ca los nobles se diferenciaban del pueblo en la cabellera que criaban, segun que se entiende por las leyes de los francos, que tratan en esta razon de los que podian criar garceta. Demás desto cortada la mano, le sacaron en un asno á la vergüenza por las calles de Toledo, que fue un espectáculo muy agradable á los buenos por el amor que á su rey tenian. El remate destas afrentas y denuestos fue cortarle la cabeza, para que pagase su locura y fuese escarmiento á otros; pero esto sucedió algun tiempo adelante. Volvamos con la pluma á lo que se nos queda rezagado.

CAPITULO XV.

Del concilio Toledano tercero.

Gobernaba por estos tiempos la iglesia de Toledo despues de Montano, Juliano, Bacauda y Pedro, que todos cuatro por este órden fueron prelados de aquella iglesia y ciudad, Euphimio sucesor de Pedro, varon señalado en virtud y erudicion. Deseaba el rey así por ser ya católico, segun está dicho, como por mostrarse agradecido á Dios de las mercedes recibidas en librarle tantas veces de los lazos que los suyos le armaban, y de las guerras que de fuera se levantaban, confirmar con público consentimiento de sus vasallos, y con aprobacion de toda la Iglesia, la religion católica que abrazaba. Procuraba otrosí que la disciplina eclesiástica relajada, como era forzoso, por la revuelta de los tiempos se reformase y restituyese en su vigor. Comunicóse con Leandro arzobispo de Sevilla, por cuya direccion como era justo se gobernaba en sus cosas particulares y en las públicas. Pareció sería muy á propósito convocar de todo el señorío de los godos los obispos para que se tuviese concilio nacional de toda España en Toledo ciudad régia: que así de allí adelante se comenzó á llamar á causa que los reyes godos, segun que se ha dicho, pusieron en ella la silla de su imperio.

Señalóse dia á los obispos para juntarse: acudieron como setenta, y entre ellos cinco metropolitanos, que es lo mismo que arzobispos. Abrióse el concilio, y túvose la primera junta al principio del mes de mayo año del Señor de 589. En aquella junta hizo el rey á los padres congregados un breve razonamiento deste tenor y por estas palabras: «No creo ignoreis, sacer»dotes reverendísimos, que para reformar la disci»plina eclesiástica á la presencia de nuestra sereni»dad os he llamado; y porque en los tiempos pasados »la herejía presente no permitia en toda la Iglesia »católica se tratasen los negocios de los concilios. Dios »(al cual plugo por nuestro medio quitar el impedi»mento de la dicha herejía) nos amonestó pusiése»mos en su punto la costumbre y los institutos ecle»siásticos. Alegraos, pues, y gozaos que la costumbre »canónica por providencia de Dios, y por el medio »de nuestra gloria, se reduce á los términos antiguos. »Lo primero que os amonesto y juntamente exhorto, »es que os ocupeis en vigilias y en oraciones para que »el órden canónico, que de las mientes saderdotales »habia quitado el largo y profundo olvido, y que nues»tra edad confiesa no saberle, por ayuda de Dios nos »sea de nuevo manifestado.»

Los padres movidos con este razonamiento del rey, cada cual conforme al lugar y autoridad que tenia, alabaron á la divina beniguidad. Al rey dieron las gracias por la mucha aficion que mostraba á la religion católica. Junto con esto mandaron se ayunase tres dias para disponer los ánimos y conciencias. Túvose despues la segunda junta: en ella el rey ofreció á los padres por escrito en nombre suyo y de la reina Bada una profesion que hacia de la fe católica y adjuracion de la perfidia arriana. Recibiéronla los padres con grande aplauso y satisfaccion por resplandecer en ella la piedad del rey, y estar en ella comprehendida la suma de la verdadera religion. En particular en el símbolo Constantinopolitano que allí se pone, por espresas palabras se dice que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. A los demás así obispos como grandes que se hallaban presentes, y dejada la secta arriana, querian abrazar la verdad y imitar el ejemplo de su rey, les preguntaron si en aquella profesion y abjuracion les descontentaba alguna cosa. Dieron por respuesta que aprobaban y abrazaban todo lo que la Iglesia católica profesaba. Ocho obispos y cinco grandes fueron los que renunciadas las malas opiniones, públicamente despues de los reyes dieron de su mano firmada otra profesion de fe semejable á la primera.

Concluido esto, que fue la primera parte del santo concilio, en segundo lugar se promulgaron veinte y tres cánones (2) á propósito de reformar las costumbres y la disciplina eclesiástica. En ellos es de considerar lo que en particular se manda acerca de la comunion, es á saber que ninguno del pueblo pudiese comulgar sin que públicamente él y todos los que presentes estaban, en tanto que se decia la misa, pronunciasen el símbolo de la fe que habian recebido, de la forma que en el concilio Constantinopolitano se promulgó. Puédese entender que deste principio se tomó la costumbre guardada comunmente en España hasta nuestro tiempo, que ninguno comulgue antes que en compañía del sacerdote haya pronunciado todos los artículos de la fe y del símbolo cristiano. El rey por un su edicto confirmó todas las

(1) Además de esta pena, que se imponia por los delitos mas graves habia otra, y consistia en que se les desollaba la frente y se les marcaba con una señal que les llenaba de infamia.

(2) La Iglesia de España habia relajado mucho su disciplina y entre los cánones destinados á restablecerla se leen estos otros:

Que los judios no tengan concubinas ni esclavas cristianas, ni ejerzan cargos públicos.

Que si los esclavos del Fisco construyen y dotan iglesias, los obispos pidan al príncipe que autorice estas donaciones.

Que los jueces seculares presten auxilio á los eclesiásticos para impedir y desarraigar las prácticas idólatras.

Que hagan lo mismo para que se castigue á los padres y madres que matan á sus hijos.

Que se celebre todos los años el concilio provincial, y que conforme á la órden del rey los jueces de los pueblos y los cobradores de los tributos asistan á él, para que los obispos examinen su conducta y vean si gravan demasiado á los pueblos.

Que el obispo determine la renta que se debe dar á la iglesia que se funda.

Priva de la comunion á los jueces y recaudadores de las rentas públicas que imponen nuevas cargas á los esclavos de los obispos y de los eclesiásticos.

acciones del concilio, mandando que se guardase todo lo en él decretado.

Por remate y conclusion hizo Leandro á los padres y al pueblo un razonamiento muy elegante desta sustancia: «La celebridad deste dia y la presente »alegría es tan grande y tan colmada, cuanta de »ninguna fiesta que por todo el discurso del año ce»lebramos, lo que ninguno de vos podrá dejar de »confesarlo. En las demás festividades renovamos la »memoria de algun antiguo misterio y beneficio que »se nos hizo; el dia de hoy se nos presenta materia »de nueva y mayor alegría, cuando (gracias al Salva»dor del género humano, Cristo) la gente nobilísima »de los godos, que hasta aquí descarriada se hallaba »en medio de unas tinieblas muy espesas, alumbrada »de la luz celestial ha entrado por el camino de la »inmortalidad, y ha sido recebida dentro del divino »y eterno templo, que es la Iglesia. Si las cosas que»bradizas y terrenas, y que solo pertenecen al arreo »del cuerpo y á su regalo, cuando suceden próspe»ramente, de tal suerte aficionan los corazones que »á las veces la mucha alegría saca algunos de juicio, »en cuánto grado debemos alegrarnos por ser llama»dos y admitidos á la herencia del reino celestial? »Cuanto por mas largo tiempo hemos llorado la ce»guedad y miseria en que nuestros hermanos esta»ban, cuanto menor era la esperanza que nos que»daba de su remedio; tanto es mas razon que en este »dia nos alegremos y regocijemos. A mí por cierto »el mismo sol me parece que ha salido hoy mas res»plandeciente que lo que suele: la misma tierra se »me figura muy mas alegre que antes. Gózase el cie»lo por la entrada que se ha abierto á tantas gentes »para aquellas sillas bienaventuradas, y por la ve»cindad que tantos hombres han tomado de nuevo »en aquella santa ciudad, que señalados con el »nombre cristiano habian caido en los lazos de la »muerte. La tierra se alegra porque estando antes »de ahora sembrada de espinas, al presente la vemos »pintada y hermoseada de flores, de las cuales, pa»dres, que hasta aquí sufristeis grandes molestias, »podeis tejer y poner en vuestras cabezas muy her»mosas guirnaldas: sembrásteis con lágrimas, ahora »alegres coged las flores, y segad los campos que ya »están sazonados: llevad á los graneros de la Iglesia »manojos de espigas granadas. La grandeza de vues»tra alegría no se encierra dentro de los términos de »España: forzosa cosa es que pase y se comunique »con lo demás de la Iglesia universal, que abraza y »tiene en su seno toda la redondez de la tierra, y »acrecentada al presente con añadírsele esta provin»cia nobilísima, inspirada del Espíritu Santo engran»dece la divina benignidad por tan señalado benefi»cio. Porque la que por su esterilidad era despreciada »en el tiempo pasado, al presente por el don celes»tial de un parto ha producido muchos hijos. Con »que las demás naciones, si algunas todavía perse»veran en los errores pasados, á ejemplo de nuestra »España podrán esperar su remedio; y que se hayan »de juntar en breve dentro de las cabañas de la Igle»sia y debajo de un pastor Cristo, aquel lo podrá »poner en duda que no tiene bien conocida la fe de »las divinas promesas. Y está muy puesto en razon, »que los que tenemos un Dios y un mismo orígen y »padre de quien procedemos todos, quitada la diver»sidad de las lenguas con que entró en el mundo »gran muchedumbre de errores, tengamos un mismo »corazon, y estemos entre nos atados con el vínculo »de la caridad, que es la cosa que entre los hombres »hay mas suave, mas saludable y mas honesta para »quien pretende honra y dignidad. Reviente de en»vidia y de dolor el enemigo del género humano, que »solia gozarse particularmente en nuestras miserias »y males: duélase y llore que tantas almas y tan no»bles en un punto se hayan librado de los lazos de la »muerte. Nos por el contrario á ejemplo de los ánge»les cantemos gloria á Dios en las alturas y en la »tierra paz. Que pues la tierra se ha reconciliado con »el cielo podremos tener esperanza no solo de alcan»zar el reino celestial, sino eso mismo cuidado de »invocar de dia y de noche la divina benignidad por »el reino terrenal y por la salud de nuestro rey, au»tor principal y causa desta grande felicidad.»

El Biclarense, que continuó el Cronicon de sus tiempos hasta este año, y en él puso fin á su escritura, testifica que Leandro prelado de Sevilla y Eutropio abad Servitano fueron los que tuvieron la mayor mano en el concilio, gobernaron y enderezaron todo lo que en él se estableció. Don Lucas de Tuy añade que Leandro fue primado de España, y que en este concilio tuvo poder de legado apostólico; pero esto no viene bien con las acciones del concilio, pues por ellas se entiende tuvo el tercer asiento y lugar entre los padres, y el segundo Euphimio prelado de Toledo, y en el primer lugar se sentó Mausona el de Mérida tan nombrado. En todo esto y en distribuir los asientos se tuvo al cierto consideracion al tiempo en que cada cual destos prelados se consagró; y así Mausona por ser el mas antiguo tuvo el primer lugar. Una sola cosa puede causar admiracion, y es que el rey por una manera nueva y extraordinaria confirmó los decretos deste concilio por estas palabras: «Flavio Recaredo rey esta delibera»cion que determinamos con el santo concilio, con»firmándola, firmo.» Y es cosa averiguada que en los concilios generales los emperadores romanos cuando en ellos se hallaron, como lo muestran sus firmas, consentian en los decretos de los padres; mas nunca los confirmaron, ni determinaron cosa alguna por no pasar, es á saber, los términos de su autoridad, que no se estiende á las cosas eclesiásticas, y mucho menos á juntar ó confirmar los concilios y lo por ellos decretado.

LIBRO SESTO.

CAPITULO PRIMERO.

De la muerte del rey Recaredo.

Una nueva y clara luz amanecia sobre España despues de tantas tinieblas, felicidad colmada y bienandanza, sosegados los torbellinos y diferencias pasadas: fiestas, regocijos, alegrías se hacian por todas partes. Gozábase que sus miembros divididos, destrozados y que parecia estar mas muertos que vivos por la diversidad de la creencia y religion, y que solo conformaban en el lenguaje comun de que todos usaban, se hobiesen unido entre sí y como hermanado un cuerpo; y juntado en un aprisco y en una majada que es la Iglesia, sus ovejas descarriadas: merced de Dios y gracia singular, gran contento de presente y mayores esperanzas para adelante. Los príncipes extranjeros con sus embajadas daban el parabien al rey por beneficio tan señalado: ofrecíanle á porfía sus fuerzas y ayuda para llevar adelante tan gloriosos intentos y continuar tan buenos principios. En particular el sumo pontífice Gregorio Magno, que por muerte de Pelagio II sucediera en aquella dignidad á tres de setiembre del año del Señor de 590 al fin de la indiccion octava, como del registro de sus epístolas se saca (en la historia latina pusimos un año mas) luego al principio de su pontificado escribió á Leandro una carta, en que le da el parabien y se alegra por la reduccion del rey Recaredo á la verdadera religion. Dice que será bienaventurado si perseverase en aquel propósito, y los fines fueron conformes á los principios sin dejarse engañar de las astucias del enemigo.

Asimismo el rey Recaredo, sabida la eleccion de

Gregorio, acordó envialle, como es de costumbre, su embajada para visitarle y ofrecerle la debida y necesaria obediencia. Escogió para esto personas principales, en particular á Probino presbítero, y en su compañía algunos otros abades. Dióles para este efecto sus cartas, y juntamente algunos presentes de oro, demás de trescientas vestiduras que envió para los pobres de San Pedro de Roma: que segun parece en aquel tiempo de las rentas eclesiásticas se sustentaban los pobres y los hospitales. Todo, como yo entiendo, por consejo y á persuasion del arzobispo Leandro, ca desde los años pasados tenia trabada una estrecha amistad con Gregorio Magno causada de la semejanza de los estudios, y de la santidad de las costumbres y vida que resplandecia en entrambos igualmente. Demás desto otra causa particular se ofrecia para enviar esta embajada, aunque no se declara; es á saber para procurar que el concilio Toledano celebrado poco antes, sus acciones y decretos fuesen aprobados por la iglesia Romana, á quien es necesario hacer recurso en las cosas eclesiásticas, y de donde los estatutos de los concilios toman su vigor y fuerza.

Tres cartas se leen de Gregorio Magno, su data el noveno año de su pontificado, es á saber la indiccion segunda, por donde se sospecha que los embajadores susodichos trabajados con la navegacion que les debió salir larga y dificultosa, y forzados por los temporales contrarios á volver en España, gastaron mucho tiempo en el camino y en Roma. La primera destas tres cartas se endereza á Claudio duque de Mérida, persona la mas principal despues del rey que se conocia en España: en ella le encomienda al abad Ciriaco que se partia para España. La segunda carta era para Leandro, en que se duele que el mal de la gota le tuviese tan trabajado. La postrera es para el rey para animalle como le anima á llevar adelante la religion recebida, juntamente alaba que las obras y frutos fuesen conformes á la profesion que hacia; porque como los judíos le hobiesen acometido con gran dinero para que revocase cierta ley que contra ellos se promulgara, no quise venir en ello. Envióle juntamente con la carta una cruz, en que estaba engastada parte del madero de la vera cruz, y junto con ella de los cabellos de San Juan Bautista: envióle eso mismo dos llaves la una tocada en el cuerpo del apóstol San Pedro y que por el mismo caso tenia virtud contra las enfermedades, en la otra iban ciertas limaduras de las cadenas con que el mismo apóstol estuvo aprisionado: estos presentes eran para el rey. Para el arzobispo Leandro en premio de sus grandes méritos envió el pálio, ornamento que se suele de Roma enviar á los arzobispos.

Hay otra carta del mismo pontífice Gregorio para Leandro, en que le dice que el presbítero Probino con su consentimiento llevara á España parte de los libros que el mismo Gregorio habia escrito á instancia y por respeto del mismo Leandro. Dícese vulgarmente entre los españoles, sin que haya autor que lo atestigüe y asegure, que los embajadores del rey trajeron una imágen de nuestra Señora entallada en madera, presentada por el mismo Gregorio á Leandro, y que es la misma que gran tiempo adelante se halló en cierta cueva junto con los cuerpos de San Fulgencio, obispo de Ecija y Santa Florentina su hermana, y con suma devocion es reverenciada en Guadalupe, monasterio de gerónimos de los mas principales de España. Los cuerpos de los santos están hoy dia en Berzocana, aldea no lejos de Guadalupe, do fueron hallados. Dícese demás desto que Santa Florentina pasó su vida en Ecija, do se muestran rastros así de sus casas, como de uno y el mas principal de cuarenta monasterios de monjas que estaban á su cargo y debajo de su gobierno, en el mismo sitio en que al presente está otro monasterio de gerónimos á la ribera del rio Jenil. Escribió Fulgencio de la fe de la Encarnacion y de algunas otras cuestiones un libro que se conserva hasta nuestro tiempo. Máximo Cesaraugustano le atribuye los tres libros de las mitologias: obra erudita, que otros quieren sea de Fulgencio obispo ó Ruspense ó Cartaginense en Africa.

Los embajadores del rey se entretenian en Roma en sazon que muchos concilios de obispos se tenian en España por decreto, á lo que se entiende, y autoridad del concilio Toledano pasado, en que se estableció un decreto de los padres que los concilios provinciales en los cuales se entendió siempre consistia la reformacion y bien de la iglesia, se juntasen cada un año. Conforme á esto primero en Sevilla se juntaron con Leandro siete obispos de las iglesias sufragáneas. Lo que se trató principalmente en este concilio fue un pleito sobre los esclavos de la iglesia de Ecija, ca Pegasio obispo de aquella ciudad pretendia que Gaudencio su predecesor contra derecho los habia aherrado y puesto en libertad. Otros tantos obispos se juntaron por el mismo tiempo en Narbona ciudad de la Gallia Góthica, y de comun acuerdo establecieron quince cánones á propósito de reformar las costumbres de la gente eclesiástica que estaban estragadas. Demás desto el metropolitano de Tarragona, bien que no se halló en el concilio Toledano próximo pasado, juntó en Zaragoza sus obispos sufragáneos. En este concilio se declaró en tres capítulos la manera con que se debian recibir en la iglesia católica los que se quisiesen apartar de la secta arriana. En Toledo asimismo, en Huesca, y en Barcelona se tuvieron otros concilios particulares, cuyas acciones no pareció referir aquí en particular por ser fuera de nuestro propósito, y porque se pueden leer en el libro muy antiguo de concilios de San Millan de la Cogulla.

Volvamos á las cosas del rey, el cual despues de fallecida la reina Bada, con deseo que tenia de hacer las paces con los reyes de Francia, puestas en olvido las injurias y desabrimientos pasados, por sus embajadores pidió por mujer á Clodosinda la otra hermana de Chlideberto rey de Lorena, segun que arriba queda tocado: matrimonio que últimamente alcanzó con protestar y certificar á aquellos reyes que no tuvo parte en la muerte de Ermenegildo, antes le cupo gran parte del dolor y del revés de su hermano. Estaba Clodosinda prometida á Anthari rey de los longobardos; pero fue antepuesto Recaredo así por la instancia que hizo sobre ello, como porque los reyes de Francia cuidaban, lo que era verdad, que los casamientos entre los que son de diferente religion y creencia, ni son legítimos, ni suceden bien. El Longobardo todavía era gentil; Recaredo demás que toda la vida confesó á Cristo, como lo hacen todos los que se llaman cristianos, últimamente por diligencia de Leandro y de Fulgencio se convirtiera á la religion católica con todos sus estados y señoríos. No concuerdan los autores en el tiempo que estas bodas se celebraron: la verdad es que en lo postrero de la edad de Recaredo se hizo alianza con los de Francia, juntamente lo que de los romanos quedaba en España, fue trabajado y ellos vencidos por las armas de los godos en algunos encuentros y batallas que se dieron de ambas partes: demás desto que los vascones, que hoy son los navarros, y con deseo de novedades andaban alterados, fueron por la misma manera sujetados, y sosegaron. Con estas cosas el rey ganó renombre inmortal, y por todo lo demás que gloriosamente hizo en tiempo de paz y de guerra despues que comenzó á reinar.

Tuvo una grandeza singular de ánimo, grande ingenio y prudencia, condicion y presencia muy agradable: lo que sobre todo le ennobleció fue el celo que mostró á la verdadera y católica religion. Pasó de esta vida año de nuestra salvacion de 601. Reinó quince

años, un mes y diez dias San Isidoro dice que en Toledo, estando á la muerte, hizo pública penitencia de sus pecados á la manera que entonces se acostumbraba. San Gregorio escribe que los merecimientos de San Ermenegildo fueron causa de la reduccion que España hizo de la secta arriana á la religion católica. Dejó Recaredo tres hijos, el mayor se llamó Liuva, los otros Suinthila y Geila. Entiéndese que á Liuva hobo en su primera mujer, pues tenia edad conveniente para suceder á su padre como le sucedió, y para encargarse del gobierno. Los dos postreros no se sabe qué madre tuvieron, si nacieron del primer matrimonio, si del segundo. Lo que consta es que destos príncipes y en particular de su padre Recaredo sin jamás faltar la línea descienden los reyes de España, como se entiende por memorias antiguas, y lo testifican los historiadores, en particular se saca del rey don Alonso el Magno y Isidoro Pacense por sobrenombre el mas mozo. Por lo cual pareció se procederia en todo con mas luz, si se ponia aquí el árbol de este linaje. Gosuinda mujer que fue del rey Athanagildo tuvo dos hijos de aquel matrimonio, es á saber Galsuinda y Brunechilde. Clodoveo otrosí rey de los francos tuvo tres nietos, que se llamaron Guntrando, Chilperico y Sigiberto, hijos todos de Clotario que fue hijo de Clodoveo. Galsuinda casó con Chilperico que pereció por astucia y engaño de Fredegunde, como arriba queda dicho. Sigiberto casó con Brunechilde, y en ella tuvo á Childeberto y á Ingunde y á Clodosinda. Leuvigildo sucesor de Athanagildo de su primera mujer Theodosia antes que fuese rey, hobo á Ermenegildo y á Recaredo sus hijos: hecho rey casó con Gosuinda la reina viuda. Demás desto hizo que Ermenegildo casase con Ingunde, y Recaredo casó con Clodosinda, las dos nietas de su segunda mujer. Débese tambien considerar en la historia de Recaredo y de los reyes que adelante le sucedieron, que de ordinario se hace mencion de condes y duques, nombres que significan los gobernadores y magistrados, ó otros oficios y dignidades seglares. Condes eran los que gobernaban alguna provincia, duques los que en alguna ciudad ó comarca eran capitanes generales; y porque en particular podian batir moneda (1) para el sueldo de sus gentes, de aquí procedió que el escudo vulgarmente se llamó en España y se llama ducado.

Y no solo los que tenian los gobiernos se llamaban condes, sino asímismo los que en la guerra ó en la casa real tenian algun cargo ó oficio principal, ca hallamos en la guerra condes cataphractarios, clibanarios, sagitarios, tiuphados. En la casa real se halla conde del establo, que hoy se llama condestable, conde de la cámara, del patrimonio, de los notarios, todo (á lo que se entiende) á imitacion de lo que usaban los emperadores romanos, que como en este tiempo los godos no daban mucha ventaja en poder y valor á los romanos, así de buena gana los imitaban en las ceremonias y nombres de oficios que ellos modernamente inventaran. De la misma ocasion y imitacion, como algunos sospechan y no mal, procedió el pronombre de Flavio, de que usó el primero entre los godos Recaredo, y en lo de adelante le usaron los demás reyes muy de ordinario. Por conclusion á Toledo dieron título de ciudad real, que era el mismo con que los griegos honraban la ciudad de Constantinopla, silla y asiento de aquel imperio. De lo dicho se saca y consta que los condes y duques en esta era fueron nombres de gobierno y no de estado; pero despues por merced de los reyes se dieron los dichos títulos por juro de heredad con jurisdiccion y estado limitado ordinariamente de ciertos pueblos y lugares, que para ellos y para sus hijos los reyes les daban.

(1) No consta que en tiempo de los godos los condes y duques pudieran acuñar moneda.

CAPITULO II.

De los reyes Liuva y Witerico y Gundemaro.

Era Liuva de edad apenas de veinte años cuando falleció el rey Recaredo su padre. Por su muerte luego que le hizo sepultar y las exequias con la solemnidad que era razon; sin contradiccion le sucedió en el reino y en la corona. Su pequeña edad daba ocasion para que se le atreviesen, y las discordias pasadas aun no bien sosegadas á conjuraciones y engaños. Por esta causa, bien que daba muestras de grandes virtudes y de partes á propósito para reinar, y que por las pisadas de su padre se encaminaba para gobernar muy bien su estado y ganar renombre inmortal; fue muerto á traicion por Witerico persona acostumbrada á semejantes mañas. Tuvo el reino solos dos años, en que no obró cosa que de contar sea, salvo que con la hermosura de su rostro y con su gentileza tenia granjeadas las voluntades de todos, y por ser muerto en la flor de su edad, dejó un increible deseo de sí, y una lástima estraordinaria en los ánimos de sus vasallos. Hallánse en España monedas de oro acuñadas con su nombre,



y en el reverso estas palabras: HISPALI PIUS, que es lo mismo que EN SEVILLA PIADOSO: cosa que da alguna muestra de su piedad. Las tales monedas no se pueden atribuir al otro Liuva tio mayor que fue deste príncipe, por tener puesta la corona en la cabeza, de que antes del tiempo del rey Leuvigildo no usaron los reyes godos, como arriba queda mostrado.

Lo que resultó de esta traicion fue que el parricida con ayuda de su parcialidad se apoderó del reino de los godos, y le tuvo por espacio de seis años y diez meses. Fue en las cosas de la guerra señalado, bien que en algunos encuentros que tuvo con los romanos que en España quedaban, llevó lo peor; pero por remate cerca de Sigüenza en aquella parte de España que se llamaba Celtiberia, parte de la Hispania Tarraconense, las gentes de Witerico vencieron á los contrarios en una batalla que les dieron de poder á poder. Habia á la sazon fallecido en Francia Childeberto rey que era de Lorena: sucediéronle dos hijos suyos en sus estados y señoríos. Theodoberto quedó por rey de Lorena y Theodorico fue rey de Borgoña. Con este Theodorico casó Hermemberga hija del rey Witerico, que envió él á Francia con grande acompañamiento; pero en breve dió la vuelta á España doncella: la causa no se sabe, dado que corrió fama que el rey Theodorico fue ligado para que no pudiese tener ayuntamiento con aquella doncella por arte y hechicerías de sus concubinas á las cuales era dado demasiadamente. Otros dicen fue astucia de Brunechilde, que por mandarlo ella sola todo dió traza para que la nuera sin alguna culpa suya fuese enviada á su padre.

Despachó Witerico embajadores á Francia sobre el caso con órden que si aquel rey no se descargase bastantemente, acudiesen á las provincias comarcanas, y procurasen en venganza de aquella afrenta que aquellos príncipes hiciesen liga entre sí y tomasen las armas en daño del de Borgoña contra quien estaban irritados el rey Clotario su antiguo enemigo, y el rey de Lorena Theodoberto á causa que le solia denostar y decir que era hijo bastardo de su padre y nacido de adulterio. Concertáronse pues estos dos reyes con Aguilupho rey de los longobardos, y juntadas sus

fuerzas, se aparejaban para hacer guerra al comun enemigo. No podia Theodorico resistir á poderes tan grandes; por donde conocido el riesgo que corria, y quebrantada su ferocidad, acudió á lo que era mas fácil, que fue concertarse con su mismo hermano Theodoberto con dalle alguna parte de su mismo estado. Vino Theodoberto de buena gana en este concierto así por su interés, como por ser cosa natural querer componerse con su hermano antes de vengar las injurias de los que no le tocaban. Sucedió como los dos deseaban, porque hecha esta alianza, los otros príncipes desistieron de aquella empresa, partieron mano de aquella guerra que cuidaban seria muy brava. Con esto el rey Witerico comenzó á ser menospreciado de los suyos, y á brotar el odio que en sus corazones largo tiempo tenian encerrado, en especial que se decia trataba de restituir en España la secta arriana, con cuyas fuerzas y ayuda como yo pienso alcanzó el reino.

Esta voz y fama alteró el pueblo en tanto grado, que tomadas las armas entraron con grande furia en la casa real, y mataron al rey que hallaron descuidado y asentado á ayantar. No paró en esto la rabia, porque arrastraron el cuerpo por las calles, y con grandes baldones y denuestos que todo el pueblo le echaba, sucio y afeado de todas maneras le enterraron en cierto lugar muy bajo. Con este desastre tuvieron todos por entendido pagó la muerte que él mismo diera á tuerto á su predecesor el rey Liuva como queda dicho, y claramente se mostró que la divina justicia, dado que algunas veces se tarda, á la larga ó á la corta nunca deja de ejecutarse. Por la muerte de Witerico alcanzó el cetro de los godos Gundemaro, persona muy señalada en aquella sazon, sea por ser cabeza de aquel motin y autor de la muerte que se dió al tirano, sea por voto de los principales de aquel reino, ca estaban muy satisfechos de su prudencia y partes aventajadas así para las cosas de la guerra, como para las de la paz. Lo que consta es que comenzó á reinar el año del Señor de 610; y si es lícito en cosas tan antiguas ayudarse de conjeturas, entiendo que los franceses con sus fuerzas por estar ofendidos contra Witerico le ayudaron no poco para subir á aquel grado.

Consta por lo menos que acostumbró Gundemaro pagar á los franceses parias, como se ve de las cartas del conde Bulgarano, gobernador á la sazon por el rey de la Gallia Góthica, cartas que hasta hoy se conservan y hallan entre los papeles antiguos y libros de la universidad de Alcalá de Henares y de la iglesia de Oviedo. De donde asimismo se entiende que los embajadores de Gundemaro que envió á Francia, fueron contra el derecho de las gentes, que los tienen por cosa sagrada, maltratados una vez por aquellos reyes, y sin embargo para mas justificar la queja despachó nuevos embajadores, á los cuales tampoco se dió lugar para hablar á aquellos reyes. Por esto alterado Bulgarano, no permitió que los embajadores del rey Theodorico pasasen á España; y llegado el negocio á rompimiento, abrió la guerra contra Francia, y con las armas que tomó, de repente se apoderó de dos fuerzas, es á saber Jubiniano y Corneliaco, y echó dellas las guarniciones de franceses que allí estaban. Acometió el conde Bulgarano en particular estos dos pueblos de la Galia Narbonense, á causa que en el asiento que el rey Recaredo tomó con los franceses, los entregara á Brunechilde, por cuya muerte que se siguió poco adelante sin dejar alguna sucesion por ser ya muertos sus hijos y sus nietos, se puede presumir que los reyes de Francia no acudieron á recobrar con las armas aquellas dos plazas. Esto en Francia.

En España el rey Gundemaro hizo guerra prósperamente á los de Navarra que de nuevo se alteraban, y asimismo tuvo contiendas con los capitanes y gentes romanas que mantenian en aquella parte de España que todavía se tenia por el imperio; lo cual y su muerte, que fue en Toledo de enfermedad, sucedieron el año del Señor de 612; reinó un año, diez meses y trece dias. La reina su mujer se llamó Hilduara; mas no se sabe haya dejado alguna sucesion. Era á la sazon en el Oriente emperador de Roma Heraclío sucesor de Phocas, y en la iglesia Romana despues de Gregorio el Magno y de Sabiniano y Bonifacio III que consecutivamente le sucedieron, presidia Bonifacio IV: en la iglesia toledana Aurasio sucesor de Euphimio, de Fonancio y Adelphio, que por este órden le precedieron. Fue Aurasio persona así en las letras y erudicion, como en el valor y virtudes tan señalada, que se puede comparar con cualquiera de los pasados.

En tiempo deste prelado, es á saber el primer año del reinado de Gundemaro, veinte y cinco obispos de diversas partes de España se juntaron en Toledo para determinar en presencia del rey y por su mandado cierta diferencia que resultara entre el arzobispo de Toledo y los obispos de la provincia cartaginense por esta razon. Euphimio en las acciones del concilio de Toledo próximo pasado por descuido se firmó y llamó metropolitano de la provincia de Carpetania; y porque la provincia cartaginense se estendia mucho mas que los carpetanos, que eran lo que hoy es reino de Toledo, los demás obispos apellidaban libertad y no querian reconocer sujecion á la iglesia de Toledo. Este pleito se debió comenzar desque los derechos de Cartagena y su autoridad se trasladaron á Toledo, y continuarse algunos años adelante. Fueron pues citados para dar razon de sí; y oidas las partes, así el rey como los obispos pronunciaron sentencia en favor del arzobispo Aurasio. Entre los obispos que asistieron se cuenta Isidoro arzobispo de Sevilla, que lo era por muerte de San Leandro su hermano, Inocencio arzobispo de Mérida, y Eusebio de Tarragona; y demás destos, si las firmas deste concilio no nos engañan, se halló tambien presente Benjamin obispo Dumiense.

Quince obispos de la provincia cartaginense (por tocarles á éllos en particular este negocio) en un papel á parte firmaron la dicha sentencia: sus nombres fueron estos: Protogenes, que se llama prelado de la santa iglesia de Sigüenza, Theodoro Castulonense, Miniciano Segobiense, Stephano Oretano, Jacobo Mentesano, Magnencio Valeriense, Theodosio Ercabicense, Martino Valentino, Tonancio Palentino, Portario Segobriense, Vincencio Bigastriense, Eterio Bastitano, Gregorio Oxömense, Presidio Complutense, Sanabilis Elotano. De donde se entiende que en la provincia de Toledo antiguamente se comprehendian mas iglesias sufragáneas de las que tiene al presente, y que el distrito que tenian los prelados de Toledo como metropolitanos, era mas ancho que hoy; porque del primado que tenia sobre las demás iglesias de España, al presente no tratamos, ni entonces se trataba. La verdad es que desde el tiempo de Montano, prelado que fue antiguamente de Toledo, en un concilio que se tuvo en la misma ciudad, dieron á aquella iglesia autoridad sobre todas las iglesias de la provincia cartaginense, como los mismos que eran interesados en la diferencia susodicha lo confesaron; y se ve manifiestamente por el proceso deste concilio, y por la determinacion y sentencia que dieron los obispos que en él se hallaron. Floreció por este tiempo el insigne poeta Draconcio: puso en verso el principio del Génesis.

CAPITULO III.

Del reinado de Sisebuto.

Hiciéronse el enterramiento y exequias del rey Gundemaro con la solemnidad que era justo: las lágrimas que se derramaron fueron muchas por haber tan en breve faltado un príncipe tan escelente, de costumbres y vida muy aprobada, y que con la grandeza del

ánimo juntaba mucha afabilidad y blandura; cosa con que grandemente se granjean las voluntades del pueblo. Concluido esto, los grandes del reino se juntaron á elegir sucesor: por su voto salió nombrado Sisebuto, persona de no menores partes que su antecesor, señalado en prudencia en las cosas de la paz y de la guerra, ferviente en el celo de la religion católica, y lo que en aquellos tiempos se tenia por milagro, enseñado en los estudios de las letras, y que tenia conocimiento de la lengua latina: con que el dolor que todos recibieran con la pérdida pasada, se templó en gran parte. Consérvanse hasta el dia de hoy para muestra de su ingenio y erudicion algunas epístolas suyas, y la vida que compuso de San Desiderio obispo de Viena, á quien el rey Theodorico de Borgoña, exasperado con la libertad y reprehensiones de aquel santo varon; hizo morir apedreado; si ya aquella vida se ha de tener por del rey Sisebuto, y no mas aina por de otro del mismo nombre, á que yo mas me inclino por las razones que quedan puestas en otro lugar.

En una aldea llamada Granátula en tierra de Almagro se ve una letra en una piedra berroqueña, en que se dice que el obispo Amador falleció el año seiscientos y catorce, y que es el segundo año del reinado de Sisebuto; punto fijo y muy á propósito para averiguar el tiempo en que este rey comenzó á reinar. Entiéndese que aquella piedra se trajo de las ruinas del antiguo Oreto, que estaba de allí distante solo por espacio de media legua. No salieron vanas las esperanzas que comunmente tenian concebidas de las virtudes de Sisebuto, porque en breve sosegó y sujetó los asturianos y los de la Rioja, ca por estar tan lejos y por la aspereza y fortaleza de aquellos lugares andaban alborotados sin querer reconocer obediencia al nuevo rey. Para la una guerra y para la otra se sirvió de Flavio Suinthila hijo del buen rey Recaredo, y mozo de mucho valor: escalon para poco despues subir al reino de los godos.

Concluido esto, el mismo rey con nuevas levas de gente que hizo por todo su estado, engrosó el ejército de Suinthila con intento de ir en persona contra los romanos, que todavía en España conservaban alguna parte, como se entiende, hácia el estrecho de Cádiz, y á las riberas del mar Océano parte de la Andalucía, y de lo que hoy se llama Portugal. Entró pues por aquellas tierras, venció y desbarató en batalla dos veces á los contrarios: con que les quitó no pocas ciudades y las redujo á su obediencia, de guisa que apenas quedó á los romanos palmo de tierra en España. Lo que mas es de loar, fue que usó de la victoria con clemencia, porque dió libertad á gran número de cautivos que prendieron los soldados, teniendo respeto á que eran católicos; y para que su gente no quedase desabrida, mandó que de sus tesoros se pagase á sus dueños el rescate.

Cesario Patricio por el imperio puesto en el gobierno de España, movido de la benignidad del rey Sisebuto, y perdida la esperanza de poder resistir á sus fuerzas por estar tan lejos del emperador Heraclio que á la sazon imperaba, acometió á mover tratos de paz con los godos: ofrecióse para esto una buena aunque ligera ocasion, y fue que Cécilio obispo Mentesano con deseo de vida mas sosegada, desamparada la administracion de su iglesia, se retiró en cierto monasterio que debia estar en el distrito de los romanos. Citóle el rey para que diese razon de lo que habia hecho, y estuviese á juicio. Cesario sin embargo que los suyos se lo contradecian y afeaban, dió órden que fuese llevado al rey por Ansemundo su embajador, al cual demás desto encargó, si hallase coyuntura, que moviese tratos de paz.

Escribió con él sus cartas en este propósito, en que despues de saludar al rey pretende inclinarle á concierto, y á tener compasion de la sangre inocente de los cristianos derramada en tanta abundancia que los campos de España como con lluvias estaban della cubiertos y empantanados. Dice que le envia el obispo Cecilio con deseo de hacerle en esto servicio agradable; y en señal de amor un arco, dádiva pequeña si se mirase por sí misma, pero grande si consideraba la voluntad con que le enviaba. Fue esta embajada agradable á Sisebuto, ca tambien de su parte se inclinaba á la paz; y con este intento despachó un embajador suyo llamado Theodorico con cartas para Cesario: él junto con otros embajadores suyos le envió al emperador Heraclio para que confirmase las condiciones que entre los dos capitularon. Era este emperador muy dado á la vanidad de la astrología judiciaria. Abisábanle que su imperio y los cristianos corrian gran peligro de parte de la gente circuncidada. Lo que debiera entender de los sarracenos y moros, lo entendian de los judíos: así dió en perseguir aquella nacion por todas las vias y maneras á él posibles. Lo primero echó á todos los judíos de las provincias del imperio: despues con la ocasion desta embajada que le enviaron de España, desque fácilmente vino en todo lo que tenia concertado, trató muy de veras con el embajador Theodorico hiciese con su señor que desterrase á todos los judíos de España como gente perjudicial á todos los estados, que él mismo los alanzara de sus tierras, y que con ninguna cosa le podrian mas ganar la voluntad.

Aceptó este consejo Sisebuto, y aun pasó mas adelante, porque no solamente los judíos fueron echados de España y de todo el señorío de los godos, que era lo que pedia el emperador, sino tambien con amenazas y por fuerza los apremiaron para que se bautizasen: cosa ilícita y vedada entre los cristianos, que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad; y aun entonces esta determinacion de Sisebuto tan arrojada no contentó á los mas prudentes, como lo testifica San Isidoro. Entre las leyes de los godos que llaman el Fuero Juzgo, se leen dos en este propósito que promulgó Sisebuto el cuarto año de su reinado. Andaban las cosas revueltas, y así no era maravilla se errase, porque el rey se hizo juez de lo que se debiera determinar por parecer de los prelados, como sea así que á los reyes incumba el cuidado de las leyes y gobierno seglar, lo que toca á la religion y el gobierno espiritual á los eclesiásticos; mas á la verdad los ímpetus y antojos de los príncipes son grandes, y muchas veces los obispos disimulan en lo que no pueden remediar.

Publicado este decreto, gran número de judíos se bautizó algunos de corazon, los mas fingidamente y por acomodarse al tiempo: no pocos se salieron de España y se pasaron á aquella parte de la Galia que estaba en poder de los francos, de do no mucho despues fueron tambien echados con los demas judíos naturales de Francia por edicto del rey Dagoberto, y á persuasion del mismo emperador Heraclio. Fue así que de Francia fueron á Constantinopla dos embajadores llamados Servacio y Paterno, con quien el emperador tuvo la misma plática que tuviera con Theodorico, y les persuadió se hiciese en Francia lo que en las demás provincias ejecutaban. Publicóse pues un edicto en Francia, en que so pena de la vida se mandaba que dentro de cierto tiempo ninguno estuviese en ella que no fuese cristiano. Muchos quisieron mas ir desterrados, los otros ó fingidamente por acomodarse al tiempo, ó de verdad profesaron la Religion Cristiana. Por esta manera la divina justicia con nuevos castigos por estos tiempos trabajaba y afligia aquella nacion malvada en pena de la sangre de Cristo Hijo de Dios que tan sin culpa derramaron. Pero dejemos lo de fuera.

En España el rey, usando de la libertad ya dicha, depuso á Eusebio obispo de Barcelona (1), y hizo po-

(1) Segun la carta del rey publicada por el P. Florez, resulta que informado Sisebuto de que el obispo de Barcelona habia sido acusado injustamente de algunos crímenes ex-

ner otro en su lugar como se entiende por las mismas cartas suyas. La causa que se alegaba fue que en el teatro los farsantes representaron algunas cosas tomadas de la vana supersticion de los dioses, que ofendian las orejas cristianas. Esta pareció por entonces culpa bastante, por haberlo el obispo permitido, para despojarle de su iglesia. El desórden fue que el rey por su autoridad pasase tan adelante; por cuya diligencia demás desto en Sevilla el año seteno de su reinado se juntaron ocho obispos. Presidió en este concilio San Isidoro. Los padres en esta junta reprobaron la secta de los acephalos, herejia condenada al tiempo pasado en el Oriente, pero que comenzaba á brotar en España por los embustes y engaños de cierto obispo venido de la Suria, que fue convencido de su error y forzado á hacer dél pública abjuracion. Demás desto en el mismo concilio señalaron los términos y aledaños á las diócesis de los obispados particulares sobre que tenian diferencia. A las monjas fue vedado hablar con hombres sin esceptuar á la misma abadesa, á la cual mandaron no hablase con alguno de los monges fuera del abad y del monge que tenia cuidado de las religiosas, y aun con estos no sin testigos, y solamente de cosas santas y espirituales. Hallóse en este concilio junto con los obispos el rector de las cosas públicas por nombre Sisiselo, que así se han de emendar los libros ordinarios, donde se lee Sisibuto, diferentemente de como está en los códices mas antiguos de mano.

Estaba el rey ocupado en estos y semejantes negocios, cuando le sobrevino la muerte año de nuestra salvacion de 621: reinó ocho años, seis meses y diez y seis dias. Muchas cosas se dijeron de la ocasion de su muerte, unos que los médicos le dieron una purga aunque buena, pero en mayor cantidad de lo que debieron; otros que en lugar de purga le dieron de propósito yerbas; las verdades que en las muertes de grandes príncipes de ordinario se suelen levantar y creer muchas mentiras con pequeño fundamento, principalmente de los que por su buen gobierno y aventajadas partes fueron muy amados de sus súbditos. Hízose el enterramiento y honras como convenia á príncipe tan grande: muchas lágrimas se derramaron, muestra de la mucha voluntad que todos comunmente le tenian. En la vega de Toledo junto á la ribera del Tajo hay un templo de Santa Leocadia, muy viejo y que amenaza ruina: dicese vulgarmente, y así se entiende que le edificó Sisebuto de labor muy prima y muy costosa. El arzobispo don Rodrigo testifica que Sisebuto edificó en Toledo un templo con advocacion de Santa Leocadia, la fábrica que hoy se ve, no es la que hizo Sisebuto, sino el arzobispo de Toledo don Juan el III: despues que aquella ciudad se tornó á recobrar de moros levantó aquel edificio.

Demás desto testifican que por órden deste rey los godos usaron de armadas por la mar, y esto para que pues hasta entonces ganaran gran honra por tierra, se enseñoreasen del mar: ca es cosa cierta que la tierra se rinde al que señorea el mar, que fue parecer de Themistocles. Por ventura tambien pretendian pasar con sus conquistas en Africa por hallarse señores casi de toda la España. Algunos historiadores nuestros dicen que Mahoma fundador de aquella nueva y perjudicial secta, despues que tuvo sujetas la Asia y la Africa, pasó últimamente en España, y que por autoridad y temor de San Isidoro se huyó de Córdoba: cuento mal forjado, que ni se debe creer, ni concierta con la razon de los tiempos, ni viene bien con lo que las historias extranjeras afirman, y así se debe desechar como cosa vana y fabulosa. Lo cierto es que por la muerte de Sisebuto sucedió en el reino su hijo Recaredo, mozo de poca edad y de fuerzas no bastantes para peso tan grande. Reinó solos tres meses, y pasados, falleció sin que dél se sepa otra cosa.

hortó á los obispos de la provincia, por medio del metropolitano de Tarragona, para que lo colocasen en su silla; y no habiendo estos hecho caso hizo que lo ejecutasen inmediatamente.

CAPITULO IV.

De los reyes Suinthila y Rechimiro.

Por la muerte destos dos reyes padre y hijo los grandes del reino nombraron por sucesor á Suinthila, persona que en las guerras pasadas habia dado muestra de valer y partes bastantes para el gobierno, ademas que la memoria de su padre le hacia bien quisto con todos, y hizo mucho al caso para que le tuviesen por digno de aquella dignidad y grandeza. Era persona de mucho ánimo y no de menor prudencia: ni con los trabajos se cansaba el cuerpo, ni con los cuidados su corazon se enflaquecia. Su liberalidad fue tan grande para con los necesitados, que vulgarmente le llamaban padre de los pobres. Los de Navarra, gente feroz y bárbara, con ocasion de la mudanza en el gobierno de nuevo se alborotaron, y tomadas las armas ponian á fuego y á sangre las tierras de la provincia Tarraconense: acudió el nuevo rey con presteza, y con sola su presencia, por la memoria de las victorias pasadas, hizo que se le sujetasen y rindiesen. Perdonólos; pero con condicion qne á su costa edificasen una ciudad llamada Ologito, como baluarte y fuerza que los enfrenase y tuviese á raya para que no acometiesen novedades tantas veces, pues les estaba mejor carecer de la libertad de que usaban mal. Esta ciudad piensan algunos sea la villa que hoy en aquel reino se llama Olite, mas por la semejanza del nombre que por otra razon que haya para decillo: conjetura que suele engañar á las veces.

Concluida esta guerra, los romanos que en España quedaban, y mas confiaban en el asiento que tenian puesto con los godos, que en sus fuerzas, últimamente fueron constreñidos á salirse de toda España, donde por mas de setenta años á las riberas del uno y del otro mar habian poseido parte de lo que hoy es Portugal y de la Andalucía, bien que muchas veces se estendian ó estrechaban sus términos conforme á como las cosas sucedian. Algunos entienden que por esta causa los godos fortificaron la ciudad de Ebora para que sirviese de frontera contra los romanos. Dan desto muestra dos torres fuertes y de buena estofa, que comunmente dicen por tradicion las edificó el rey Sisebuto, es á saber para reprimir las entradas que los romanos por aquella parte hacian en las tierras de los godos. (1) Conserváronse los romanos por tan largo tiempo en aquellas partes tan estrechas de España, á lo que se entiende, por estar Africa tan cerca para fácilmente ser socorridos: y al presente por faltarles esta ayuda á causa de la cruel guerra que el falso profeta Mahoma y los que le seguian, hacian por aquellas partes, fueron vencidos y echados de España. Tenian los romanos dividido aquel gobierno en dos partes, y puestos en España dos patricios. Destos al uno con buena industria y maña, granjeó el rey, al otro venció con las armas, y á entrambos los redujo en su poder.

A todas estas cosas tan señaladas dió fin el rey Suinthila dentro del quinto año de su reinado, que se contaba del nacimiento de Cristo 626. En el cual año con intento de asegurar la sucesion del reino y hacer que quedase en su casa, declaró por su compañero

(1) La ciudad de Evora, capital de la provincia de Alentejo en Portugal, es una de las mas ricas de la península en memorias vivas é históricas de los tiempos antiguos. Todos los pueblos que dominaron á España han dejado en ella las huellas de su existencia, pues aunque muchos monumentos hayan desaparecido, quedan todavia para atraer la admiracion del anticuario y del filósofo preciosos restos de una civilizacion que ya no existe.

á Rechimiro su hijo, mozo que aunque era de pequeña y tierna edad, con su buen natural daba muestras que imitaria las virtudes de su padre y de su abuelo. Todo esto no fue bastante para que los godos no se desabriesen, ca llevaban muy mal que con este artificio se heredase la magestad real que antes se acostumbraba dar por voto á los grandes del reino; y es cosa averiguada que desde este tiempo el que poco antes era acatado de todos y temido, vino á ser tenido en poco, de tal suerte que no sosegaron hasta tanto que derribaron de la cumbre del reino á Suinthila y á su hijo; que debió de ser la causa porque San Isidoro en la historia de los godos con que llegó hasta este año, no pasase adelante con su cuento, por hacérsele (como yo pienso) de mal de poner por escrito las afrentas y desastres de aquel rey poco antes muy señalado y deudo suyo, y por no dejar memoria de las alteraciones, traiciones y malos tratos que en este caso sucedieron:

Lo que principalmente en Suinthila se reprehende fue que despues de tantas victorias y de estar España toda sosegada y en paz se dió á vicios y deleites, en que se muestra claramente cuánto es mas dificultoso al que tiene mando y libertad para hacer lo que quiere, vencerse á sí mismo y á sus pasiones en tiempo de paz, que en el de la guerra con las armas sujetar á sus enemigos. Theodora su mujer que algunos sospechan fue hija del rey Sisebuto, y Geyla ó Agilano su hermano á quien habia entregado el gobierno así de su persona como del reino, con sus malos términos fueron ocasion en gran parte del odio que contra él se levantó, y despertaron contra él gran parte de los enemigos que al fin le echaron por tierra y prevalecieron.

Presidia á la sazon en la iglesia de Toledo Helladio sucesor de Aurasio, varon de señalada prudencia, modestia y erudicion, muy libre de toda avaricia, constante y para mucho trabajo. Fue los años pasados



Ruinas del anfiteatro de Itálica.

rector de las cosas públicas, que era en lo seglar el mayor cargo de los godos. Dejó el oficio con deseo de seguir vida mas perfecta, y tomó en Toledo el hábito de monge en el monasterio Agaliense, y en él en breve llegó á ser abad; dende por órden del rey Sisebuto pasó á ser arzobispo de Toledo. Tuvo por discípulo al glorioso San Ildefonso, cosa que le dió no menos renombre que sus mismas virtudes, aunque fueron grandes. El mismo le ordenó de diácono, y adelante le sucedió así en la abadía, como en el arzobispado. Parece que la alteracion de los tiempos y pena que Helladio recibió por las revueltas que resultaron, fueron ocasion de su muerte, porque al mismo tiempo que Suinthila por traicion de Sisenando fue despojado del reino, pasó desta vida. En cuyo lugar sucedió Justo, y por algun tiempo presidió en aquella iglesia.

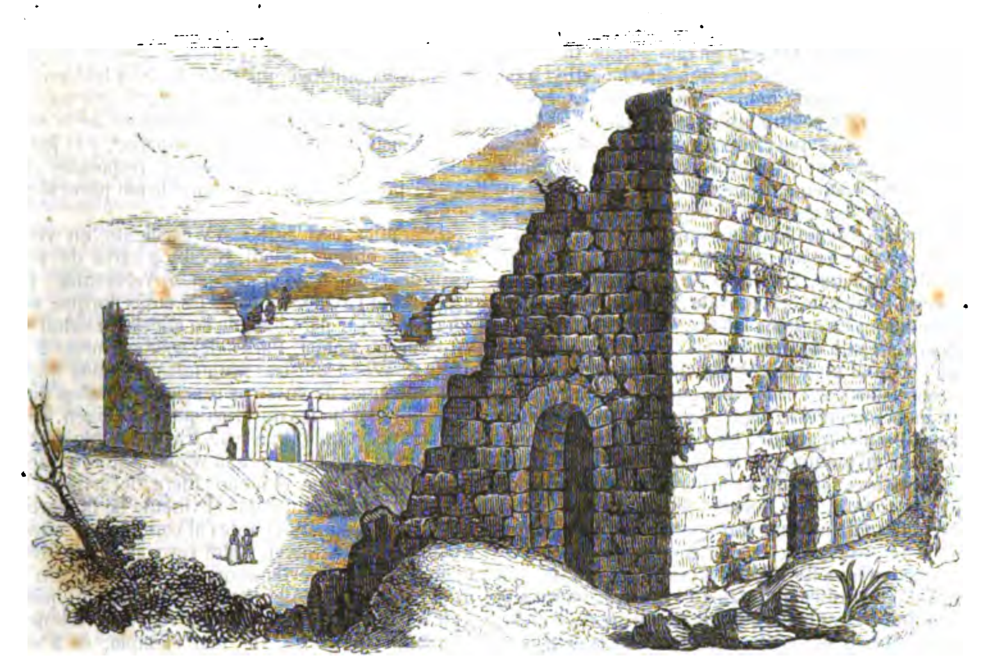
La caida del rey Suinthila fue desta manera. Era Sisenando hombre de gran corazon, muy poderoso por las riquezas que tenia, diestro y ejercitado en las cosas de la guerra. Parecióle que el aborrecimiento que comunmente tenian al rey Suinthila, le presentaba buena ocasion, y le abria camino para quitarle la corona. Las fuerzas que tenia, no eran bastantes para cosa tan grande. Acudió al rey Dagoberto de Francia. Persuadióle le ayudase con sus fuerzas, avisóle que las voluntades de los naturales estaban de su parte, solo recelaban comenzar cosa tan grande sin tener socorros de otra parte: que Suinthila debajo de nombre de rey era muy cruel tirano, ejecutivo, sujeto á todos los vicios y fealdades, mónstruo compuesto de aficiones y codicias entre sí contrarias y repugnantes. Tomado asiento con el Francés, Abundancio y Venerando capitanes franceses con gente de Borgoña se metieron por España y llegaron á Zaragoza. Los grandes que hasta entonces se recelaban y temian, se declararon, y tomadas las armas no pararon hasta echar del reino á Suinthila con su mujer y hijo Rechimiro: esto se tiene por mas cierto que lo que otros dicen, es á saber que el rey Suinthila y su hijo fallecieron de enfermedad en Toledo, porque del concilio IV Toletano, y de lo que en él se refiere, parece lo contrario; y aun dél se entiende tambien que Agilano hermano del rey Suinthila entre los demás se arrimó á Sisenando y siguió su partido, si bien la amistad no le duró mucho.

De las historias francesas se ve que al rey Dagoberto dieron los nuestros (por ventura á cuenta de los gastos de la guerra) diez libras de oro, que él aplicó para acabar la fábrica de San Dionysio, templo muy suntuoso y grande junto á París, y obra del rey Dagoberto. Floreció por este tiempo Juan obispo de Zaragoza sucesor de Máximo. Fue muy señalado así bien en la bondad de su vida y liberalidad con los pobres; como en la erudicion y letras, de que da testimonio un libro que dejó escrito en razon de cómo se debia celebrar la Pascua. Por el mismo tiempo fueron en España personas de cuenta Vincencio y Ramiro: Vincencio fue abad en San Claudio de Leon, do por defender la religion católica fue muerto por los arrianos, secta que parecia estar ya acabada. Su cuerpo en la destruicion de España llevaron á la ciudad de Oviedo. Ramiro fue monge en el mismo monasterio de Leon, y al lado del altar mayor en propia y particular capilla están sus huesos guardados y reverenciados del pueblo. Reinó Suinthila diez años: despojáronle del reino año del Señor 631.

CAPITULO V.

Del rey Sisenando.

Luego que Sisenando salió con lo que pretendia, y se vió hecho rey de los godos, como persona discreta advirtió que por estar los naturales divididos en parcialidades, y quedar todavía muchos aficionados al partido contrario, corria peligro de perder en breve lo ganado, si no buscaba alguna traza para acudir á este peligro. Parecióle que el mejor camino seria ayudarse de la religion y del brazo eclesiástico, capa con que muchas veces se suelen cubrir los príncipes, y aun solaparse grandes engaños. Juntó de todo su señorío como setenta obispos en Toledo con voz de reformar las costumbres de los eclesiásticos por las revueltas de los tiempos muy estragadas; mas su principal intento era procurar que el rey Suinthíla fuese condenado por los padres como indigno de la corona, para que los que les seguian y de secreto le eran aficionados, mudado parecer sosegasen. Túvose la primera junta en la iglesia de Santa Leocadia á cinco de diciembre año de 634, es á saber el tercero del reinado del mismo Sisenando. Hallóse el rey en la junta, y puesto de rodillas con muestras de mucha humildad, con sollozos y lágrimas que de su pecho y sus ojos despedia en abundancia, pidió á los padres le encomendasen á la Divina Magestad para que ayudase sus intentos: que el fin para que se juntaran era la reformacion de la disciplina eclesiástica y de las costumbres: que era justo acudiesen á negocio tan importante.



Ruinas del anfiteatro de Mérida.

Animáronse los obispos con las buenas palabras del rey, publicaron decretos muy importantes, y en particular señalaron la forma y ceremonias con que se deben celebrar los concilios provinciales, que mandaban se juntasen cada un año. Las cabezas principales de los decretos son estas. Los padres en los asientos y en el votar guarden la antigüedad de su consagracion. Con su voluntad sean admitidos al concilio los grandes que pareciere se deben en él hallar. Muy de mañana se cierren las puertas del templo en que se tiene la junta, fuera de una por donde entren los padres, con su guarda de porteros. El metropolitano proponga los puntos de que en el concilio se ha de tratar. Las causas particulares proponga el arcediano. Haya en España un Missal y un Breviario. (El cuidado de hacer esto se encomendó á San Isidoro, que tuvo el primer lugar en este concilio. De aquí resultó que comunmente el Missal y Breviario de los mozárabes se atribuyen á San Isidoro, dado que San Leandro compuso muchas cosas dello, y con el tiempo se añadieron muchas mas). Antes de la Epiphanía resuelvan los sacerdotes entre si en qué dia de aquel año se ha de celebrar la Pascua, y dello los metropolitanos por sus cartas den aviso á las iglesias de su provincia. El Apocalipsi de San Juan Evangelista se cuente entre los libros canónicos. Las iglesias de Galicia en la bendi-

cion del cirio Pascual, en las ceremonias y oraciones se conformen con las demás de España. Ninguno se ordene de obispo ni de presbítero que no sea de treinta años, y tenga aprobacion del pueblo. Los judíos en adelante no sean forzados á bautizarse. Los que forzados del rey Sisebuto se bautizaron, perseveren en la fe que profesaron. Los judíos y los que de ellos decienden, no puedan tener públicos oficios y magistrados. Los clérigos no corten el cabello, solo en lo mas alto de la cabeza que deben afeitarla toda, pero de guisa que los cabellos queden en forma de corona. Ninguno se apodere del reino, si no fuere por voto de los grandes y prelados. El juramento hecho al rey no sea quebrantado. Los reyes del poder que les ha sido dado para el bien comun no abusen para hacerse tiranos. Suinthila, su mujer y hijos y su hermano sean descomulgados por los males que cometieron en el tiempo que tuvieron el mando.

Lo que se pretendia con este decreto, y á que todo lo demás se enderezaba, era asegurar en el reino á Sisenando, y junto con esto para lo de adelante dar aviso que ninguno imitase, ni se atreviese á hacer locuras semejantes. Decreto en que parece tener alguna muestra de aspereza estender el castigo á los hijos del rey, á quien debia escusar la inocencia de su edad. Pero fue costumbre de los antiguos usada de todas las naciones que á veces los hijos sean castigados por los padres; y esto á propósito que el mucho amor que les tienen enfrene á los que de su particular interés no harian caso. Firmaron las acciones y decretos del concilio todos los obispos. Los metropolitanos por este órden: Isidoro arzobispo de Sevilla, Selva de Narbona, Stéphano de Mérida sucesor de Mausona, Inocencio y Renovato, que por este órden le precedieron en aquella iglesia. En cuarto lugar firmó Justo prelado de Toledo, en el quinto Juliano de Braga, y en el postrero Audax de Tarragona. De los demás prelados y del órden que guardaron no hay que hacer mencion en este lugar. Solo de Justo arzobispo de Toledo quieren añadir, que segun parece era persona suelta de lengua y maldiciente, tanto que en todas sus pláticas acostumbraba á reprehender y murmurar de todo lo que Helladio su predecesor habia hecho: la condicion tuvo tan áspera, que sus mismos clérigos por esta causa le ahogaron en su lecho despues que en aquella iglesia presidió por espacio de tres años. Quien dice que el Justo á quien mataron sus clérigos fue diferente del que fue arzobispo de Toledo. Entre las firmas de los otros obispos está la de Pimenio obispo que se llama de Assidonia, cuyo nombre hasta el dia de hoy se lee en Medina Sidonia en la iglesia de Santiago grabado en una piedra, y en otra iglesia de San Ambrosio, que está á la ribera del mar como media legua de Bejer de la miel; por dònde se entiende que debió consagrar aquellas dos iglesias.

Demás de lo dicho personas eruditas y diligentes son de parecer que el libro de las leyes góticas, llamado vulgarmente el Fuero Juzgo, se publicó en este concilio de Toledo, y que su autor principal fue San Isidoro: concuerdan muchos códices antiguos destas leyes, que tienen al principio escrito como en el concilio Toledano IV que fue este, se ordenaron y publicaron aquellas leyes. Otros pretenden que Egica, uno de los postreros reyes godos, hizo esta diligencia: muévense á sentir esto por las muchas leyes que hay en aquel volúmen de los reyes que adelante vivieron y reinaron. Puede ser y es muy probable que al principio aquel libro fue pequeño, despues con el tiempo se le añadieron las leyes de los otros reyes, como se iban haciendo. Por conclusion una fórmula que anda impresa de cómo se han de celebrar los concilios, ordinariamente se atribuye á San Isidoro; mas algunos entienden que adelante alguna persona la forjó de lo que en esta razon se determinó en este concilio, y de otras muchas cosas que juntó, tomadas de otros concilios; y que para darle mayor autoridad y crédito la publicó en nombre de San Isidoro, como autor tan grave, y que en particular tuvo el primer lugar en este concilio de Toledo. Todo pudo ser: el juicio desto quedará libre al lector; el nuestro es que las razones que se alegan por la una y por la otra parte, ni concluyen que la dicha fórmula sea de San Isidoro, ni tampoco lo contrario.

CAPITULO VI.

Del rey Chintila.

Casi por el mismo tiempo que Justo, arzobispo de Toledo, falleció de la manera que ello haya sido, el rey Sisenando pasó desta vida: murió de su enfermedad en Toledo veinte dias despues del año del Señor de 635: reinó tres años, once meses y diez y seis dias (1). Acudieron los grandes y prelados conforme á la órden que se dió en el concilio pasado, para elegir sucesor. Regularon los votos, salió nombrado Chintila y elegido por rey. En lugar del arzobispo Justo sucedió Eugenio, Segundo deste nombre, varon esclarecido así por sus virtudes, como conocido por la estrecha amistad que tuvo con San Isidoro, arzobispo de Sevilla. Al cual como Eugenio por sus cartas preguntase si el inferior puede absolver de la sentencia y censura fulminada por el superior, y si los apóstoles todos fueron de igual poder, respondió en una carta, que por ser muy memorable me pareció poner aquí.

Dice pues: «Al carísimo y escelente en virtudes »Eugenio obispo Isidoro. Recibí la carta de vuestra »santidad, que trajo el mensajero Verecundo. Dimos »gracias al Criador de todas las cosas porque se digna conservar para bien de su iglesia en salud vuestro cuerpo y alma. Para satisfacer conforme á nuestras fuerzas á vuestras preguntas pedimos que por »los sufragios de vuestras oraciones seamos del Señor librados de las miserias que nos afligen. Cuanto »á las preguntas que vuestra venerable paternidad dado que no ignora la verdad, quiere que responda, digo que el menor fuera del artículo de la »muerte no puede desatar el vínculo de la sentencia »dada por el superior; antes al contrario el superior »conforme á derecho podrá revocar la del inferior, »como los padres orthodoxos por autoridad sin duda »del Espíritu Santo lo tienen determinado: que decir ó hacer al contrario, como vuestra prudencia lo »entiende, seria cosa del mal ejemplo, es á saber, »gloriarse la segur contra el que corta con ella. En »lo de la igualdad de los apóstoles, Pedro se aventajó »á los demás, que mereció oir del Señor: *Tu eres Pedro, etc.* y no de otro alguno sino del mismo hijo de »Dios y de la Vírgen recibió el primero la honra del »pontificado. A él tambien despues de la resurreccion del hijo de Dios fue dicho por él mismo: *Apacienta mis corderos*: entendiendo por nombre de »corderos los prelados de las iglesias: cuya dignidad »y poderío dado que pasó á todos los obispos católicos, »especialmente reside para siempre por singular privilegio en el de Roma como cabeza mas alta que »los otros miembros. Cualquiera pues que no le prestare con reverencia la debida obediencia, apartado »de la cabeza, se muestra ser caido en el acefalismo. »Doctrina que la Santa Iglesia aprueba y guarda como artículo de fé, lo cual quien no creyere fiel y »firmemente, no podrá ser salvo, como lo dice San »Atanasio hablando de la fé de la Santa Trinidad. »Estas cosas brevemente he respondido á vuestra »dulcísima caridad sin ser mas largo; pues (como

(1) Suinthila fue destronado en 631 y subió tras él Sisenando, por donde se vé que reinó muy poco menos de cinco años, ó los cinco enteros, pues consta que Chintila empezó á reinar en mayo de 636.

»dice el filósofo), al sabio poco le basta. Dios os »guarde:

Un pedazo de esta carta engirió D. Lucas de Tuy poco menos há de cuatrocientos años en una disputa docta y elegante que hizo contra la secta de los albigenses que se derramaba y cundia por España.

Volvamos al rey Chintila, de quien algunos sienten fue hermano carnal del rey Sisenando, y padre de ambos Suinthila. En contrario desto hace que en el cuarto concilio Toledano se dicen muchos baldones contra Suinthila, que no parece sufriera ninguno de sus hijos que en su presencia maltrataran de aquella suerte á su padre: conjetura á mi ver bastante. La verdad es que luego que el rey Chintila se encargó del gobierno, sea por miedo de alguna revuelta, sea por imitar el ejemplo de su predecesor, hizo que se juntase un nuevo concilio de obispos en Toledo á propósito que por su voto los padres confirmasen su eleccion. Es cosa muy larga esperar que todos los prelados de aquel reino se juntasen. Acudieron sin dilacion veinte y dos obispos casi todos de la provincia Cartaginense, que fue el primer año del reinado de Chintila, y del nacimiento de Cristo se contaban 636. Hízose la junta en la iglesia de Santa Leocadia, en que se ordenaron algunas leyes (1). La primera contiene que cada un año á trece de diciembre por espacio de tres dias se hagan las letanías. Habia costumbre de muy antiguo que antes de la Ascension se hiciesen estas procesiones por los frutos de la tierra. Mamerco, obispo de Viena en cierta plaga, es á saber que los lobos en aquella tierra rabiaban y hacian mucho daño, por estar olvidada la renovó como doscientos años antes deste tiempo, y aun añadió de nuevo el ayuno y nuevas rogativas; todo lo cual se introdujo en las demás partes de la Iglesia. Gregorio Magno asimismo los años pasados por causa de cierta peste que anduvo en Roma muy grave, ordenó que el dia de San Marcos se hiciesen las letanías: lo uno y lo otro se guarda do quiera todos los años. En España en particular en el concilio Gerundense se aprobó y recibió todo lo que está dicho; mas en este concilio fue tan grande la devocion y celo de los padres, que con un nuevo decreto mandaron se hiciesen las dichas letanías el mes de diciembre no con intento de alcanzar alguna merced, ni de librarse de algun mal temporal, sino para aplacar á Dios, y alcanzar perdon de los pecados que eran muchos y muy graves. Verdad es que estas letanías se han dejado, y ya en ninguna parte se hacen.

Los demás decretos deste concilio son de poca consideracion. Enderézanse á confirmar la eleccion del rey Chintila y amparar á sus hijos, que aun despues de la muerte de su padre mandan ninguno se atreva á hacerles agravio y demasía. En particular para reprimir la ambicion se ordena sopena de excomunion que ninguno se apodere del reino, si no fuere elegido por votos libres; y que se dé solamente á los que decendian de la antigua nobleza y alcuña de los godos. Que ninguno se atreva á negociar los votos antes de la muerte del rey, por ser lo contrario ocasion de alteraciones y aleves. En este concilio que entre los Toledanos es el quinto, tuvo el primer lugar Eugenio, arzobispo de Toledo, que firmó los decretos del concilio por estas palabras: Yo Eugenio, por la misericordia de Dios, obispo metropolitano de la iglesia de Toledo de la provincia Cartaginense, consintiendo firmé estos comunes decretos. Despues dél se sigue Tonancio, obispo de Palencia, como se lee en los códices muy antiguos, y por su órden los demás obispos.

(1) En este concilio se prohibió bajo pena de anathema el trono contra el consentimiento del pueblo, y sin ser elegido por los grandes. Tambien se ordenó que los beneficios que los príncipes hagan á los ministros subsistan despues de su muerte.

Para que estos decretos tuviesen mas fuerza y fuesen recebidos de todo el reino, el año luego siguientes á instancia del rey se juntaron en Toledo pasados de cincuenta obispos, todos del señorio de los godos. Celebróse el concilio que fue el sesto entre los de Toledo, en Santa Leocadia la pretoriense, que algunos entienden fue la iglesia desta santa que está junto al alcázar, llamado en latin preterio, y en su vejez muestra rastros de su antiguo esplendor y grandeza. Otros quieren que la iglesia de Santa Leocadia la pretoriense fuese la que está fuera de la ciudad, porque tambien las casas de campo se llaman pretorios: demás que el alcázar entonces no estaba donde hoy. La verdad es que la junta se tuvo á nueve de enero año del Señor de 637; en ella se ordenaron y publicaron diez y nueve decretos que se enderezan parte á reformar la disciplina eclesiástica, parte á confirmar lo que acerca del rey y de sus hijos se decretó en el concilio pasado. Demás desto ordenaron por decreto particular que no se diese la posesion del reino á ninguno antes que espresamente jurase que no daria favor en manera alguna á los judíos, ni aun permitiria que alguno que no fuese cristiano, pudiese vivir en el reino libremente. Halláronse en este concilio los prelados Selva de Narbona, Juliano de Braga, Eugenio de Toledo, Honorato de Sevilla, sucesor de San Isidoro, que ya por estos tiempos era fallecido. Allende destos Protasio, obispo de Valencia, y los demás prelados que firmaron por su órden.

El que tuvo mas mano en la direccion de los negocios y se entiende formó los decretos que en este concilio se hicieron, fue Braulio, obispo de Zaragoza, que en aquella iglesia sucedió á su hermano Juan, como persona que se aventajaba á los demás en el ingenio, erudicion y letras. Demás desto en nombre del concilio escribió una carta Honorio, á la sazon pontífice romano, para pedirle que con su autoridad aprobase lo que en el concilio se decretara. Desta carta dice el arzobispo don Rodrigo era tan elegante en las palabras, tan llena de graves sentencias, el estilo tan concertado, que causó grande admiracion en Roma. La celebracion destos concilios fue la cosa mas memorable que se cuenta del rey Chintila: debió ser que por haber echado los enemigos de todo su señorío, y estar el reino reposado y en paz, no se ofrecieron guerras de consideracion, mayormente que la buena diligencia del rey y la autoridad de los obispos tenian los naturales reprimidos para no mover alteraciones y alborotos. Falleció el rey Chintila año de nuestra salvacion de 639. Poseyó el reino tres años, ocho meses y nueve dias.

CAPITULO VII.

De la vida y muerte del bienaventurado San Isidoro.

Por el concilio Toledano VI y por los obispos que en él se hallaron, como queda apuntado, se entiende que el bienaventurado San Isidoro á la sazon era pasado desta presente vida; y por lo que del escribió San Ildefonso en los Varones ilustres, parece fue su muerte el año postrero del rey Sisenando, que se contaban del nacimiento de Cristo seiscientos y treinta y cinco. Otros son de opinion que tuvo vida mas larga y llegó al tiempo del rey Chinthila, cuyo reinado acabamos de tratar. Fue este insigne varon hermano de padre y madre de San Leandro, San Fulgencio y Santa Florentina: otros tambien le señalan por hermana á Theodosia, madre de los reyes Ermenegildo y Recaredo. En los años y en la edad fue el menor entre todos sus hermanos; en la elocuencia, ingenio y doctrina se les aventajó grandemente; y en la grandeza del ánimo y de sus virtudes igualó á su padre Severiano, de quien algunos dicen fue duque de la provincia Cartaginense. Dejó muchos libros escritos que dán

bastante muestra de lo que queda dicho, cuya lista y catálogo San Ildefonso y Braulio pusieron en la vida que deste Santo escribieron. Indicio y presagio de su grande elocuencia fue lo que escriben de un ejambre de abejas que volaba alrededor de la cuna y de la boca de San Isidoro siendo niño: cosa que ni se cree ni se dice sino de personas de gran cuenta.

Verdad es que tambien refieren que en sus primeros años se mostró de ingenio rudo, lo cual y juntamente el miedo del soberbio maestro que le enseñaba, fue ocasion que se salió y huyó de la casa de su padre. Andaba descarriado por los campos, cuando á la sazon advirtió en un pozo un brocal acanalado por el largo uso y por el ludir de la soga. Consideró, aunque pequeño, con aquella vista cuan grandes sean las fuerzas de la costumbre, y como el arte, perseverancia y trabajo pueden mas que la naturaleza: con esta consideracion dió la vuelta. Parte deste brocal que es de mármol, se muestra en San Isidoro de Sevilla, y se tiene ordinariamente fue el mismo de que se ha dicho. Destos principios subió la cumbre de doctrina y erudiccion con que alumbró y ennobleció toda España; y al tiempo que sus hermanos andaban desterrados por el rey Leuvigildo, sirvió mucho con su celo y osadia á la iglesia católica. Ayudóle mucho para que se hiciese tan docto San Leandro su hermano, ca vuelto del destierro, y conocidas sus aventajadas partes y las grandes esperanzas que de sí daba, ó fuese por otra causa, le encerró en un aposento sin dejalle libertad para ir donde quisiese. Aprovechóse él de aquella clausura, de la edad y ingenio, que todo era á propósito, para revolver gran número de libros: de que resultó el de las Etimologías de erudicion tan varia, que parece cosa de milagro para aquellos tiempos: obra que últimamente perfeccionó y publicó adelante, á persuasion de Braulio su grande amigo.

Duró este recogimiento tan estrecho todo el tiempo que vivió San Leandro su hermano, que por su muerte fue puesto en su lugar y en su silla. Gobernó aquella iglesia con gran prudencia: hizo leyes y constituciones muy á apropósito. Mas como quier que entendiese que todo lo demás es de poco momento, si los mozos desde su primera edad á manera de cera no son amaestrados y enderezados en toda virtud, fundó en Sevilla un colegio para enseñar la juventud y ejercitarla en virtud y letras. Deste colegio á guisa de un castillo roquero salieron grandes soldados, varones señalados y excelentes, entre los demás los Santos Ildefonso y Braulio. Algunos afirman que en tiempo de Gregorio Magno fue Isidoro á Roma; que debió ser con deseo que tenia de renovar, y continuar la amistad que entre aquel santo pontífice y su hermano desde los años pasados estaba trabada. Lo que añaden, que en brevísimo espacio, antes la misma noche de Navidad hizo aquella jornada y dió la vuelta: demás desto que dos candelas que él mismo con cierto artificio hizo, se hallaron en su sepulcro encendidas en tiempo del rey don Fernando el Primero: item que el falso profeta Mahoma fue por este santo echado de Córdoba.

Todas estas cosas las desechamos como frívolas y hablillas sin fundamento, pues ni son á propósito para aumentar su grandeza, y quitan el crédito á las demás que dél con verdad se cuentan. Por la verdad y templanza se camina mejor: mas ¿qué cosa puede ser mas vana que pretender con fábulas honrar la vida y hechos de los santos de Dios? ó qué cosa puede ser mas perjudicial ni mas contraria á la religion y honra de los santos que la mentira? La verdad es que la prudencia de San Isidoro ayudó mucho para que todo el reino se gobernase con muy buenas leyes y estatutos que por su órden se hicieron, y que para reformar las costumbres á instancia suya y por su órden se tuvieron en Sevilla y en Toledo algunos concilios. Fue arzobispo de Sevilla como cuarenta años. Llegado á lo postrero de su edad, que fue muy larga, le sobrevino una muy grave y mortal fiebre. Visto que se moria, hízose llevar en hombros por sus discípulos á la iglesia de San Vicente de la misma ciudad de Sevilla: hiciéronle compañía hasta tanto que rindió el alma un obispo llamado Juan y Uparcio, sus muy especiales amigos. En aquella iglesia hizo pública confesion de sus pecados, y recibió el santísimo sacramento de la Eucaristía, con que por espacio de tres dias se aparejó, como era razon para partir desta vida. En aquel tiempo dió lugar á todos para que le viesen y hablasen. Consólolos con palabras muy amorosas; pidió perdon así como estaba á todo el pueblo en comun y misericordia á Dios con oracion muy ferviente y grande humildad interior y esterior. Por conclusion entre los sollozos de los suyos, y lágrimas muy abundantes que toda la ciudad despedia por su muerte, en el mismo templo rindió el espíritu á cuatro de abril, que es el mismo dia en que en España se le hace fiesta particular.

El año en que murió no está puntualmente averiguado. No hizo testamento, parte por la pobreza que profesaba, parte porque todos los bienes que le quedaban se dieron por su mandado aquellos dias a pobres. Reconoció por toda la vida el primado de la Iglesia romana, ca decia era la fuente de las leyes y decretos, á que se debe acudir en todo lo que concierne á las cosas sagradas, ritos y ceremonias. Esto solia decir en toda la vida; pero al tiempo de su muerte mas en particular protestó á aquella nacion que si se apartaban de los divinos mandamientos y doctrina á ellos enseñada, serian castigados de todas maneras, derribados de la cumbre en que estaban, y oprimidos con muy grandes trabajos; mas que todavia si avisados con los males se redujesen á mejor partido, con mayor gloria que antes se adelantarian á las demás naciones. No se engañó en lo uno ni en lo otro, ni salió falsa su profecia, como se entiende así por las tempestades antiguas que padeció España, como por la grandeza de que al presente goza, cuando vemos que su imperio derribado antiguamente por las maldades y desobediencia del rey Witiza, y despues levantados de pequeños principios ha venido á tanta grandeza, que casi se estiende hasta los últimos fines de la tierra.

Por la muerte de San Isidoro sucedió en aquella silla Theodiselo griego de nacion (1): deste refieren algunos corrompió las obras de San Isidoro, y las entregó á Avicena árabe para que traducidas en lengua arábiga las publicase en su nombre y por suyas. Lo que toca á Vicena (si ya no fue otro del mismo nombre) es falso, pues por testimonio de Sorsano contemporáneo del mismo Avicena y que escribió su vida, se sabe que mas de trecientos años adelante pasó toda la vida en la casa y palacio real de los persas sin venir jamás á España. Martino Polono en su cronicon dice que como el papa Bonifacio Octavo tratase de nombrar y señalar los cuatro doctores de la Iglesia para que se les hiciese fiesta particular, no faltaron personas que juzgaron debía San Isidoro ser antepuesto á San Ambrosio, á lo menos era razon que con los cuatro le contasen por el quinto. Hace para que esto se crea la erudicion deste santo varon en todo género de letras, y que en el número de los cuatro doctores se cuentan y ponen dos de Italia, y ninguno del Poniente, ni de los tramontanos. Tambien es cosa cierta que en España, bien que en diferentes tiempos, florecieron tres personas muy aventajadas deste mismo nombre: Isidoro obispo de Córdoba, al que por su antigüedad llaman el mas viejo: el segundo Isidoro Hispalense, cuya vida acabamos de escri-

(1) En el concilio sesto de Toledo, asistió y firmó como metropolitano de Sevilla Honorato, no Theodiselo.

oir: el postrero Isidoro Pacense, que fue adelante, y por esto se llama comunmente el mas mozo; dado que á las veces suelen dar este mismo apellido á Isidoro el Hispalense cuando le comparan con el Cordobés. Esto se advierte para que este sobrenombre de Iunior ó mas mozo no engañe á ninguno ni le deslumbre.

CAPÍTULO VIII.

De los reyes Tulga, Chindasuintho y Recesuintho.

En lugar del rey Chintila por voto de los grandes del reino fue puesto Tulga mozo en la edad, pero en las virtudes viejo: en particular se señalaba en la justicia, celo de la religion, en la prudencia, en el gobierno y destreza en las cosas de la guerra. Fue muy liberal para con los necesitados, virtud muy propia de los reyes, que es justo entiendan que la abundancia de bienes y sus riquezas no deben servir para su particular provecho y para sus deleites, sino para ayudar á los flacos y para remedio de todo el pueblo. Iba destos principios en aumento, y parecia habia de subir á la cumbre de toda virtud y valor, cuando la muerte le atajó los pasos, que de enfermedad le sobrevino en la ciudad de Toledo año de nuestra salvacion de 641. Tuvo el reino solo dos años y cuatro meses. Sigiberto Gemblacense dice que el rey Tulga fue mozo liviano, y con su libertad y soltura dió ocasion á los suyos para que se levantasen contra él y le echasen del reino. La razon pide hacer mas caso en esta parte de lo que San Ildefonso depone como testigo de vista, que de lo que escribió un extranjero ó por odio de nuestra nacion, ó lo que es mas probable, por engaño á causa de la distancia del lugar y en tiempo en que y cuando escribió, con que fácilmente se suelen trocar las cosas.

La verdad es que por la muerte de Tulga, como quier que el reino de los godos quedase sin gobernalle y sujeto á ser combatido de los vientos, Flavio Chindasuintho por tener á su cargo la gente de guerra, con cuyas fuerzas se habia rebelado contra el rey Tulga (que parece le despreciaba por su edad) luego que falleció, con las mismas armas y con el favor de los godos se apoderó de todo, y se quedó con el reino; que los demás grandes del reino no se atrevieron á hacerle contradiccion, ni contrastar con el que tenia en su poder los soldados viejos y las huestes del reino. Verdad es que aunque se apoderó del reino tiránicamente, en lo de adelante se gobernó bien; que parece pretendia con la bondad de sus costumbres, prudencia y valor suplir la falta pasada. Lo primero que hizo fue poner en órden las cosas de la república con buenas leyes y estatutos que ordenó; y para que con mayor acuerdo se tratase de todo lo que era conveniente, el sesto año de su reinado hizo juntar en Toledo los obispos de todo su señorío. Concurrieron treinta obispos de diversas partes. La primera junta se tuvo á veinte y ocho de octubre, dia de los apóstoles San Simon y Judas. Es este concilio entre los Toledanos el seteno: en él se publicaron seis decretos (1), y entre ellos conforme á lo que estaba ordenado en el concilio Valentino, que se tuvo en tiempo del rey Theodorico y del papa Symmacho, de nuevo se mandó que á la muerte de cualquier obispo se hallase el que de los obispos comarcanos fuese para ello avisado para asistir en el enterramiento y honras del difunto, y acudir á lo que ocurriese. Ponen pena de descomunion por espacio de un año y suspension de su oficio y dignidad al que no obedeciese, y avisado no quisiese acudir.

No falta quien diga que en este concilio por autoridad de los padres se compuso la diferencia que entre los arzobispos de Sevilla y Toledo andaba sobre el primado. La verdad es que en el postrer capítulo se mandó que los obispos comarcanos por su turno cada cual su mes acudiese á la ciudad de Toledo, y con su presencia la honrase: decreto que dicen ordenan teniendo consideracion á la dignidad del rey y á honrar al metropolitano. Por lo demás las firmas de los obispos muestran claramente que no pretendieron por este privilegio dar al arzobispo de Toledo la autoridad de primado, pues despues de los arzobispos Oroncio de Mérida, y Antonio de Sevilla en tercero y cuarto lugar firmaron Eugenio prelado de Toledo y Protasio de Tarragona. Siguiéronse los otros obispos por el órden de su antigüedad y consagracion: despues dellos los vicarios ó procuradores de los obispos ausentes; en cuyas firmas se debe advertir que no dicen consentir solamente, sino determinar las acciones del concilio: cosa estraordinaria, y que en nuestra edad no usaron de semejante autoridad y palabras los vicarios de los obispos ausentes en el concilio de Trento.

Era por este tiempo arzobispo de Sevilla Antonio, como queda tocado, que sucedió en lugar de Theodiselo depuesto poco antes, y echado de toda España por mandado del rey Chindasuintho á causa que con su natural liviandad sembraba mala doctrina, y aun le convencieron que para dar mayor autoridad á lo que enseñaba, corrompió las obras de San Isidoro que le vinieron á las manos, como al que le sucedió en su iglesia y dignidad. Depuesto pasó en Africa, y allí se hizo moro; que tan grande es la fuerza de la obstinacion, y en tanto grado se ciegan los hombres que una vez se apartan del verdadero camino. Desta caida de Theodiselo refieren los que pretenden favorecer el primado de Toledo, y en particular el arzobispo don Rodrigo, que el rey Chindasuintho tomó ocasion para pasar á aquella ciudad real la dignidad de primado, y quitarla á la ciudad de Sevilla en que hasta entonces estuviera, y que lo uno y lo otro se hizo por voluntad y privilegio del pontífice romano. Lo cual dicen sin argumento bastante, ni testimonio de algun escritor antiguo que tal diga: así lo dejamos como cosa sin fundamento. Gobernaban por estos tiempos la Iglesia de Roma Theodoro, y el que le sucedió, que fue Martino el primero.

Tiénese por cierto y hay memorias antiguas, que Chindasuintho con deseo que tenia de enriquecer á España con libros y letras, envió á Roma el obispo de Zaragoza llamado Tajo para que con voluntad del papa Theodoro buscase en particular los libros de San Gregorio sobre Job, llenos de alegorías y moralidades escelentes, para que los trajese consigo á España, ca los que el dicho Gregorio envió á Leandro, á quien los dedicó (si los envió empero) no parecian por la injuria de los tiempos. Decia tener gran deseo por medio de aquellos libros de renovar en España la memoria del uno y del otro santo, aumentar la religion católica y confirmarla, y enriquecer la libreria eclesiástica: que tenia por cierto con ninguna cosa podria dar mas lústre á su reino (que se hallaba por medio de la paz y por haber alanzado de sí la impiedad arriana colmado de bienes) que con los estudios de la sabiduría, y con procurar que la religion se conservase en su puridad, que para todo eran muy á propósito los libros de los padres antiguos.

Llegó Tajo á Roma, propuso su embajada: deseaba el papa darle contento y complacer al rey; pero habia sucedido en Roma lo mismo que en España, que casi no quedaba memoria de aquellos libros. Era cosa larga revolver todos los papeles y archivos: dilatábase el negocio de dia en dia, hora alegaban una

(1) En este concilio, que se juntó el año 646 se mandó que los obispos no puedan tomar mas que dos sueldos por año de cada iglesia de su diócesi, esceptuados los monasterios; y cuando hacen la visita que no lleven en su compañía mas de cinco personas, ni se detengan en cada iglesia sino un dia.

ocasion de la tardanza, hora otra. Visto el obispo que todo era palabras, y que no se descubria camino para alcanzar lo que pretendia, acudió á Dios con muy ferviente oracion: suplicóle no permitiese que tan grandes trabajos fuesen en vano, que ayudase benignamente los piadosos intentos de su rey: pasó toda la noche en estas plegarias. Acudió Nuestro Señor á su demanda, señalóle el lugar en que tenian guardados los escritos de San Gregorio, con que se efectuó todo lo que deseaba. Hobo fama, y el mismo Tajo lo testifica en una carta que escribió en esta razon, que el mismo San Gregorio le apareció y reveló lo que tanto deseaba saber.

Por el mismo tiempo comenzó á correr en España la fama de Fructuoso. Trocó la vida de señor (que las historias de aquel tiempo llaman senior) por ser de la real sangre de los godos, y su padre duque, en la flor de su edad con la vida de particular y de monge. Tuvo por maestro al principio á Tonancio obispo de Palencia. Llegado á mayor edad con deseo de mas perfeccion se fue á vivir al desierto en aquella parte que hoy llaman el Vierzo, donde de su mismo patrimonio adelante edificó un monasterio de monges con advocacion de los mártires Justo y Pastor. Cerca de Complutica á las faldas del monte Irago se ven los rastros deste monasterio, y en la iglesia catedral de Astorga, de do cae no lejos aquel sitio, entre las demás dignidades se cuenta el abad Complutense ca despues que aquel monasterio fue en el tiempo adelante destruido, se ordenó que aquella abadía fuese dignidad de Astorga. De un privilegio que dió el rey Ramiro el Tercero (1) á la dicha iglesia de Astorga, se entiende que el rey Chindasuintho ayudó con muchas posesiones y preseas que dió á Fructuoso, para la fundacion y dotacion de aquel monasterio.

Demás desto porque en el primer monasterio no cabia tanta muchedumbre de religiosos como cada dia acudian á la fama de Fructuoso y de su santidad, fundó él mismo allí cerca otro monasterio con advocacion de San Pedro en un sitio rodeado por todas partes de montes y arboledas muy frescas. Deste convento en tiempo del rey Wamba fue prelado el abad Valerio, cuyo libro se conserva hasta hoy con título de la Vana sabiduría del siglo, sin otras algunas obras suyas en prosa y en verso que dan muestra de su ingenio, piedad y doctrina. Este monasterio reedificó adelante y le ensanchó Genadio obispo de Astorga año del Señor de novecientos y seis, como se entiende por la letra de una piedra que está en la misma puerta del claustro, por donde de la iglesia se pasa al monasterio. Otro tercero monasterio edificó Fructuoso en la isla de Cádiz, y el cuarto en Tierra Firme nueve leguas de aquellas riberas, sin otros que en diversos lugares fundó así de varones como de mujeres. Entre las vírgenes, Benedicta tuvo el primer lugar, y fue muy señalada, porque dejado el esposo á quien estaba prometida, persona rica y muy noble, con deseo de conservar la virginidad acudió al amparo de Fructuoso.

Esto pasaba en España en lo postrero de la edad del rey Chindasuintho, cuando él con intento de asegurar y continuar el reino en su familia, de que se apoderara por fuerza, nombró por su compañero en él á su hijo Flavio Recesuintho el año de Cristo de 648 despues de haber reinado solo y sin compañero por espacio de seis años, ocho meses y veinte dias. Despues desto, aunque vivió tres años, cuatro meses y once dias; pero este tiempo se cuenta en el reinado de su hijo á causa que por su mucha edad le dejaba todo el gobierno. Falleció Chindasuintho en Toledo de enfermedad, ó como otros dicen con yerbas que le dieron. Su cuerpo y el de la reina Riciberga su mujer (2) sepultaron en el monasterio de San Roman, que hoy se llama de Hormisga, y está á la ribera del rio Duero entre Toro y Tordesillas: fundóle este mismo rey para su entierro, y sepultarse en él como se hizo.

CAPITULO IX.

De tres concilios de Toledo.

Era por estos tiempos arzobispo de Toledo Eugenio Tercero sucesor del otro Eugenio. Fue discípulo de Helladio, como lo fueron los otros tres arzobispos que le precedieron. Siendo mas mozo con deseo de darse á las letras dejó en la iglesia de Toledo un lugar principal que tenia entre los demás ministros de aquel templo, y tomó el hábito de monge en Santa Eugracia de Zaragoza. Por muerte de Eugenio Segundo le sacaron de aquel monasterio casi por fuerza para que tomase el gobierno de la iglesia de Toledo. Corrigió el canto eclesiástico y le redujo á mejor forma, ca estaba estragado con el tiempo y mudado de lo que solia ser antiguamente. Compuso un libro de trinitate, y á la obra de Draconcio, que en verso heróico á manera de paráfrasi declara el principio del Génesis y la creacion del mundo, añadió Eugenio la declaracion del dia seteno que faltaba. Destos versos y de otras epígramas suyas que hasta nuestra era se han conservado, se entiende que tuvo letras y ingenio y erudicion no pequeña para aquellos tiempos. Entre aquellas epígramas están los epitafios de los rey y reina Chindasuintho y Riciberga, si bien son algo groseros mas á causa de lo poco que en aquella edad se sabia, que por falta del mismo Eugenio. Algunos dicen que fue tio de San Ildefonso, hermano de su madre: otros lo tienen por falso, paréceles que si esto fuera así, ó el mismo San Ildefonso, ó San Julian en lo que añadieron á los claros varones de San Isidoro, hicieran mencion de cosa tan señalada.

Algunos martirologios ponen á este prelado en el número de los demás santos, y señalan su dia á trece de noviembre, por el cual camino van tambien algunas personas eruditas. Hace contra esto que en el martirologio de Toledo, en que parece se debia principalmente poner no está: en fin este punto ni por la una parte ni por la otra está averiguado bastantemente. Demás desto sospecho yo que Eugenio Tercero fue el que se halló y firmó en el concilio próximo pasado de Toledo. Muéveme á pensar esto ver que Antonio arzobispo de Sevilla, que poco antes fue elegido, en las firmas le precedia para muestra de que era mas antiguo prelado. En tiempo de este prelado sin duda á instancia del rey Recesuintho se juntó en Toledo otro nuevo concilio, que entre los de aquella ciudad se cuenta por el octavo. Era grande el celo que este rey tenia, y la aficion á las cosas eclesiásticas: ocupábase en revolver los libros sagrados, hallábase en las disputas que en materia de religion se hacian: para adornar los templos y aumentar el culto divino no cesaba de darles oro, piedras preciosas, brocados y sedas; en que parece pretendia imitar el ejemplo de su padre.

Acudieron cincuenta y dos obispos: juntáronse en la basílica de San Pedro y San Pablo á diez y seis de diciembre año de 653. Hallóse el rey aquel dia pre-

(1) Como su estilo no es del tiempo en que se supone dado; como lo firman la reina Riciberga, no constando por ningun otro documento que en tiempo de los reyes godos firmasen las reinas semejantes privilegios; el obispo de Astorga Candidato, que consta no estaba en Toledo cuando se supone espedido, y otros se duda de su autenticidad.

(2) Habiendo muerto esta señora á los veinte y dos años y ocho meses de su edad, despues de haber estado casada siete no es probable que Chindasuintho se casase á los ochenta y seis años de su edad con una muchacha de catorce ó quince. Mas verosimil es que estuvo casada con Recesuintho su hijo, como se lee en unos versos del Códice de las obras de Eugenio Tercero, que se conserva en la biblioteca de la iglesia de Toledo.

sente en la junta y despues de haber delante de los padres dicho algunas palabras, presentó un memorial. En él estaba en primer lugar la profesion de la fe católica: despues desto amonestaba y rogaba á los prelados que no solo determinasen lo que concernia á las cosas sagradas, sino tambien diesen órden en el estado del reino, quier fuese con reformar las leyes antiguas, quier con añadir ó quitar las que les pareciese; lo mismo pide tambien á los grandes del reino, aquellos que por la costumbre recebida se debian hallar en los concilios. En particular pide determinen qué se debe hacer de los judíos, que recebida la Religion Cristiana por la fuerza que los reyes pasados los hicièron, todavía perseveraban en sus antiguos ritos y ceremonias. Fue así que los judios presentaron una peticion, que hasta hoy dia está en el Fuero Juzgo entre las demás leyes de los godos y contenia en sustancia que dado que el rey Chintila los forzó á hacerse cristianos, querian renunciar el sábado y de las demás ceremonias de la ley vieja: solamente se les hacia de mal el comer carne de puerco, y esto mas porque su estómago no lo llevaba por no estar acostumbrados á tal vianda, que por escrúpulo de conciencia; y todavía para muestra de su intencion se ofrecian de comer otros manjares guisados con ella.

Este memorial del rey que tenia inserta la dicha peticion, se leyó en el concilio. Fue grande la alegría de los obispos por ver el buen celo del rey. Trataron entre sí lo que debian hacer, y por comun acuerdo ordenaron doce cánones en que satisfacieron bastantemente á todo lo que el rey pretendia. Demás desto declararon que los votos y juramentos ilícitos no obligan. En el tiempo de la cuaresma, cuando por antigua costumbre todos ayunan, mandaron que nadie comiese carne sin evidente necesidad. Por la revuelta de los tiempos (cuando se apoderaba del reino no el que tenia mejor derecho, sino el que era mas poderoso) los reyes pasados habian impuesto sobre el pueblo grandes y pesados tributos. Interpusieron los padres su autoridad conforme á lo que el rey les concediera, y reformaron todas estas imposiciones y redujéronlas á menor cuantía y mas tolerable. Consideraban que nunca es seguro el poder cuando es demasiado; que las cosas moderadas duran y son perpétuas, y que los príncipes no son bastantes para contrastar con el aborrecimiento del pueblo, si se enciende mucho contra ellos.

Por conclusion comoquier que muchos estuviesen quejosos del padre deste rey, y pretendiesen les habia hecho agravio y quitado injustamente sus haciendas, ordenóse que el rey Recesuintho tomase posesion de la herencia y bienes paternos, con tal condicion que estuviese á justicia con los que pretendian estar agraviados y despojados injustamente, y oidas las partes, se les diese la satisfaccion conveniente. En este concilio se asentaron y firmaron en primer lugar cuatro arzobispos por este órden: Oroncio de Mérida, Antonio de Sevilla, Eugenio de Toledo, Potamio de Braga. Despues desto los demás obispos por su órden; entre los demás fue uno Bacauda obispo de Egabro, es á saber de Cabra, lugar en que en el cementerio de San Juan se lee hasta hoy su nombre grabado en un mármol blanco: que debió hallarse este prelado á la consagracion de aquel templo ó de otro alguno en que se halló aquella piedra; cuya consagracion fue el año de seiscientos y cincuenta por el mes de mayo. Es tambien de considerar que en el concilio firmaron los abades, cosa estraordinaria, y no muy conforme á derecho: y en este número fue uno San Ildefonso á la sazon abad Agaliense. Firmaron asimismo los grandes así duques como condes, y personas que tenian algun cargo en el reino, cosa aun menos usada y contra el derecho comun; pero no hay que maravillarse porque estos concilios de Toledo fueron como córtes generales del reino, en que se trataba no solo de las cosas eclesiásticas, sino tambien del gobierno seglar (1).

Pasados otros dos años, el de nuestra salvacion de 635 por órden del mismo rey se juntaron en la misma ciudad de Toledo diez y seis obispos para celebrar el noveno concilio de Toledo. Fue la junta á primero de noviembre en la basílica de Santa María virgen: publicaron en ella diez y siete decretos sobre materias diferentes. No se hallaron los demás arzobispos y metropolitanos: por su ausencia tuvo el primer lugar Eugenio arzobispo de Toledo. No paró en esto el cuidado del rey, porque luego el año siguiente á primero de diciembre se juntaron en la dicha ciudad veinte obispos para celebrar otro concilio, que fue el deceno entre los de Toledo (2). La cosa de mayor consideracion que decretaron, fue que la fiesta de la Anunciacion cuando el hijo de Dios se vistió de nuestra carne para nuestro remedio, y se celebraba á veinte y cinco de marzo, por ser ordinariamente tiempo de cuaresma en que se hace memoria de la muerte y pasion de Cristo, se trasladase á diez y ocho de diciembre, lo cual desde entonces se guarda en toda España, sin embargo que tambien se celebra la otra fiesta de marzo al uso romano. La fiesta de diciembre llama comunmente el vulgo Nuestra Señora de la O, y los libros eclesiásticos le ponen nombre de la Expectacion. Lo que se ha contado es la verdad puntualmente.

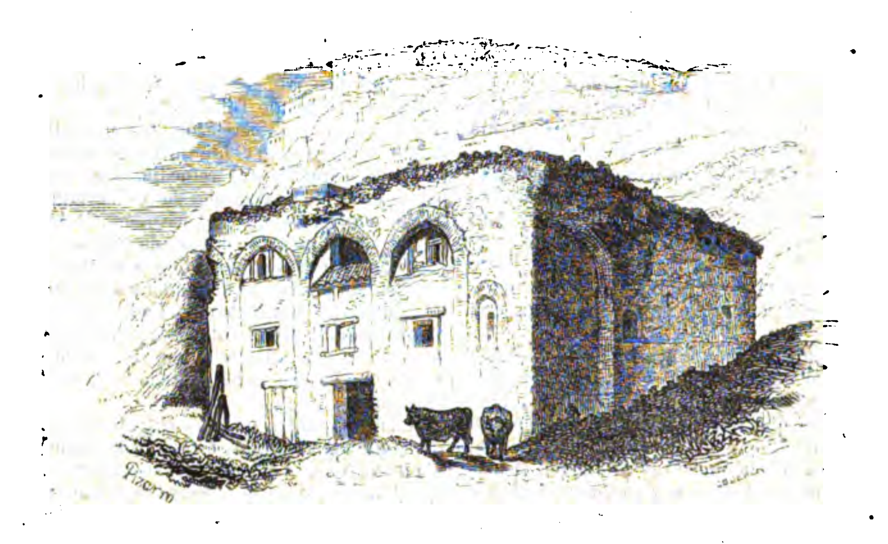
Mandaron otrosí que las vírgenes consagradas á Dios, que llaman beatas en el mismo concilio trajesen un velo negro ó rojo como señal para ser conocidas. Tratóse asimismo la causa de Potamio obispo de Braga, que por haber caido en flaqueza de la carne fue depuesto, dejándole solamente el nombre de obispo: que fue despojarle del lugar y no de la dignidad. Templaron desta manera el castigo por confesar él mismo de su voluntad su delito, y por la penitencia que hiciera por espacio de nueve meses en el vestido y en la comida con deseo de alcanzar misericordia de Dios. En su lugar fue puesto Fructuoso, de abad de Compluto el tiempo pasado electo obispo Dumiense, y al presente como arzobispo de Braga firma despues de los arzobispos Eugenio de Toledo y Fugitivo de Sevilla en tercer lugar y el postrero. Tratóse del testamento de San Martin obispo en otro tiempo Dumiense, en que nombró por albaceas á los reyes de los suevos; y porque los reyes godos se apoderaron de aquel reino, esta y las demás cargas y derechos de aquellos príncipes les incumbian. Hallábase el rey perplejo sobre este caso: consultó con los prelados del concilio lo que se debia hacer; ellos remitieron la determinacion de todo esto á Fructuoso el nuevo obispo de Braga, cuya santidad y virtudes fueron tan señaladas en aquel tiempo, que en España le tienen por santo, y en particular las diócesis de Braga, de Ebora y de Santiago celebran su fiesta á diez y seis dias del mes de abril. Su cuerpo fue sepultado en un monasterio que él mismo edificó entre Dumio y Braga, ciudades cuyo prelado fue. Dende como quinientos años adelante por órden de don Diego Gelmirez primer arzobispo de Santiago le trasladaron á aquella iglesia. Muchos fueron los milagros que nuestro Señor hizo por su medio despues de su muerte: dellos en gran parte hizo memoria y historia particular Paulo

(1) Que muerto el rey, los prelados y los grandes de palacio elijan su sucesor en el mismo lugar donde hubiese muerto: prescribe las cualidades que debe tener la persona que debe ser elegida, especialmente la de conservar la fe católica en el reino, y defenderlo de la perfidia de los judios y de todas las heregías.

(2) En él se priva de su dignidad á los clérigos y monges que han violado el juramento de fidelidad prestado al rey y al Estado.

diácono emeritense (1), que en este lugar no seria á propósito relatarlos.

Por este mismo tiempo floreció Santa Irene vírgen de Portugal: dióle la muerte un hombre llamado Britaldo porque nunca quiso casarse con él, ni consentir con sus locos amores, y porque el caso no se descubriese la echó en el rio Nabanis, que pasa por Nabancia patria de esta santa vírgen. Buscaron su cuerpo con diligencia: halláronle junto á la ciudad que entonces se llamaba Scalabis. Dícese que por milagro se apartaron las aguas del rio Tajo en aquella parte por donde el rio Nabanis se junta con él, y que los que buscaban á la vírgen á pié enjuto, la hallaron en medio de aquel rio en un sepulcro fabricado por mano de los ángeles; que fue causa que la devocion desta vírgen se estendió muy en breve por toda aquella comarca de tal suerte que por este respeto aquel pueblo mudó el nombre que antes tenia de Scalabis, y del nombre de aquella vírgen se llamó Santaren. Nabancia quieren los doctos que sea la vi-



Restos del templo de San Pedro y San Pablo.

a de Tomar, muy conocida en Portugal por ser asiento de la caballería de Christus la mas principal de aquel reino.

CAPITULO X.

De la vida de San Ildefonso.

El año noveno del reinado de Recesuintho, en que del nacimiento de Cristo se contaban 657, Eugenio Tercero arzobispo de Toledo pasó desta vida. Por su muerte pusieron en su lugar á Ildefonso á la sazon abad Agaliense, persona de muy santa vida; lo cual y sus muchas letras y doctrina, y la grande prudencía de que era dotado, fueron parte para que fuese estimado del clero, de los principales y del pueblo, y le tuviesen por digno para encomendalle el gobierno espiritual de su ciudad. Fue natural de Toledo, nacido de noble linaje: su padre se llamó Esteban, su madre Lucía. Tiénese ordinariamente por tradicion que vivian en lo mas alto de la ciudad en unas casas principales, que de lance en lance vinieron con el tiempo á poder de los condes de Orgaz, y dellos los años pasados las compraron los religiosos de la Compañía de Jesus, y por devocion de San Ildefonso dieron á ellas, y en particular á la iglesia la advocacion deste santo: en que los antepasados parece faltaron, pues era razon hobiese en aquella ciudad algun templo con nombre de San Ildefonso su ciudadano y natural.

En las letras tuvo por maestro á Eugenio Tercero por ser como era persona docta, y aun algunos sospechan (y arriba se tocó) deudo suyo. La fama de San Isidoro arzobispo de Sevilla volaba por todas partes, y el cuidado que tenia en enseñar la juventud era muy señalado. Por esta causa San Ildefonso fué á Sevilla para estar en el colegio fundado para este efecto por aquel santo. Allí se entretuvo en el estudio de las letras hasta tanto que fue bastantemente instruido en las artes liberales: de cuya erudicion y doctrina dan muestra los muchos libros que adelante escribió. Juliano su sucesor dice que el mismo San Ildefonso los juntó y puso en tres cuerpos. Son ellos de mucha doctrina y llenos de sentencias muy graves; mas el estilo, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, es mas redundante que preciso y elegante.

Acabados sus estudios y vuelto á Toledo, sin embargo que eran grandes las esperanzas que todos tenian dél, y lo mucho que se prometian de su nobleza, de su doctrina y virtudes, pospuesto todo lo al, con deseo de mas perfeccion y de seguir vida mas segura se determinó dejar el regalo de su casa, y tomar el hábito de monge en el monasterio Agaliense. No se pudo esto negociar tan secretamente que su padre no lo entendiese: procuró apartarle de aquel propósito, y aun el mismo dia que iba á tomar el hábito, fué en pos dél y entró en el monasterio en busca de su hijo; andúvole todo, mas no pudo encontrar con él, porque el santo como viese á su padre de lejos y sospechase lo que era y su saña, torció el camino y se metió y estuvo detrás de un vallado hasta tanto que su padre dió la vuelta á su casa sin efectuar lo que pretendia.

El monasterio Agaliense estuvo asentado no lejos de la ciudad de Toledo á la parte de Septentrion. Tenia nombre de San Julian, como todo se entiende de Máximo, obispo de Zaragoza que fue por este tiempo. En el concilio Toledano undécimo firma Gratino abad de San Cosme y San Damian, y poco despues Avila

(1) Se tienen por apócrifas las vidas de los padres de Mérida de Paulo diácono.

abad Agaliense de San Julian. Dúdase en qué sitio estuvo este monasterio Agaliense. Los pareceres son varios. La resolucion en este punto, y lo cierto, que hubo dos monasterios en Toledo, ambos de Benitos, y ambos á la ribera de Tajo y á la parte de Septentrion, por donde el dicho rio corre, como se ve en la caida que hace del aserradero por la puente de Alcántara de Septentrion, á Mediodia. Demás que la puente por do se iba á la huerta del rey estaba mas abajo de la que hoy se ve, y por consiguiente la dicha huerta con el rio le caia á la parte del Septentrion. El uno destos dos monasterios se llamaba de San Julian que era su advocacion, y por otro nombre se llamó Agaliense, de un arrabal, donde estaba, llamado Agalia. Caia muy cerca de Toledo, solo docientos y cincuenta pasos, que hacen mil y docientos cincuenta piés, distante de la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. (1) El otro monasterio se intitulaba de San Cosme y San Damian, distante de Toledo dos millas, que hacen media legua. Todo esto dice Máximo, obispo de Zaragoza, en las adiciones á Dextro. San Ildefonso fue abad primero en San Cosme y San Damian siendo diácono, y desta eleccion habla Cixila, y aun dice pasó mucho tiempo hasta que adelante fue arzobispo. En este medio fue asimismo abad Agaliense. Y desta eleccion y cargo habla Juliano en la vida deste santo: con que quedan concertados Máximo, Cixila y Juliano. En la huerta de los Chapiteles, parte de la huerta del rey, hay claros rastros de que fue monasterio, que debió ser la parte mas principal del Agaliense, y pasados los tejares hay una dehesa, y en ella una casa grande y antigua, que sospecho yo por la distancia fue el otro monasterio, y aun dello hay buenas señales. La pretoriense de San Pedro y San Pablo creo yo fue San Pablo á la caida de la alóndiga, donde estuvieron los padres dominicos por casi docientos años. La palabra pretoriense quiere decir iglesia del campo, y San Pablo está fuera de los dos muros de Toledo. Ayuda el nombre de San Pablo, que el de San Pedro se debió con el tiempo dejar por abreviar. Desta iglesia que en un tiempo fue muy principal y las ruinas lo muestran, y en ella se celebró el concilio décimotercio de Toledo, hasta la huerta del rey, que debió ser toda del monasterio Agaliense por donacion del rey Athanagildo su fundador, hay los docientos cincuenta pasos que dice Máximo, si bien los monges tenian otra huerta particular cercada de piedra, con sus estribos contra las crecientes del rio, la cual se ve hoy pegada con la casa que llaman de los Chapiteles. Del nombre del monasterio ó del arrabal donde estuvo, quedó el que hoy tienen los palacios de Galiana, á lo que parece; que lo que el vulgo dice de la Mora Galiana, son consejas y patrañas. Tomó pues San Ildefonso como deseaba el hábito de monge: cuyo intento últimamente aunque con dificultad aprobó su padre, en especial por las amonestaciones de su mujer que afirmaba haber por oraciones alcanzado de Dios despues de larga esterilidad aquel hijo, y que para alcanzarle hizo voto de dedicarle á nuestro Señor: que volviesen á Dios lo que de su magestad recibieran: que era mas sano consejo carecer del hijo por un poco de tiempo, que con hacerle volver atrás de su intento incurrir en ofensa de Dios, y ser atormentados con perpétuos escrúpulos de la conciencia.

Fue tanto lo que en aquel monasterio se adelantó San Ildefonso en todo género de virtud, que dentro de pocos años le encomendaron el gobierno de aquellos monges por muerte de Adeodato, despues de Helladio, Justo y Richila abad de aquel monasterio.

(1) En Toledo se manifiestan todavía, tales como los presentamos, los restos del templo de San Pedro y San Pablo, que hoy ha convertido en su vivienda un hortelano.

En el tiempo que fue abad, ya muertos sus padres, fundó de su patrimonio en una heredad suya llamada Debiense un monasterio de monjas. Este monasterio dice Juliano el arcipreste estaba veinte y cuatro millas de Toledo, cerca de Illescas. Poco adelante por muerte de Eugenio Tercero, como queda dicho, fue elegido en arzobispo de Toledo; dignidad y oficio en que se señaló grandemente, y parecia aventajarse asimismo, y ser mas que hombre mortal. ¿Quién será tan elocuente y de ingenio tan grande, que pueda dignamente poner por escrito las cosas deste Santo, y de tal manera contar sus obras y grandezas, que parezcan no cosas fingidas, si no como lo fueron verdaderas? ¿Quién de ánimo tan sencillo, que se persuada á dar crédito á cosas tan estraordinarias y maravillosas? Fue así que dos hombres llamados Pelagio y Helvidio, por la parte de la Gallia Góthica venidos en España, decian y enseñaban que la Madre de Dios no fue perpétuamente virgen. San Ildefonso porque esta locura y atrevimiento no fuese en aumento, acudió á hacerlos resistencia y disputar con ellos parte con un libro que compuso en que defiende lo contrario, parte con diversas disputas que con ellos tuvo. Con esta diligencia se reprimió la mala semilla de aquel error, y se desbarataron los intentos de aquellos dos hombres malvados.

El premio deste trabajo fue una vestidura traida del cielo. La misma noche antes de la fiesta de la Anunciacion, que poco antes ordenaron los obispos se celebrase en el mes de diciembre, como fuese á maitines y en su compañía muchos clérigos, al entrar de la iglesia vieron todos un resplandor muy grande y maravilloso. Los que acompañaban al Santo vencidos del grande espanto huyeron todos: solo él pasó adelante, y púsose de rodillas delante del altar mayor. Allí vió con sus ojos en la cátedra en que solia él enseñar al pueblo, á la Madre de Dios, con representacion de magestad mas que humana. La cual le habló de esta manera: «El premio de la virginidad que has conservado en tu cuerpo, junto con la puridad de la mente y el ardor de la fe, y de haber defendido nuestra virginidad, será este don traido del tesoro del cielo.» Esto dijo, y juntamente con sus sagradas manos le vistió una vestidura con que le mandó celebrase las fiestas de su hijo y suyas. Los que le acompañaban, sosegado algun tanto el miedo, vueltos en sí y animados llegaron do su prelado estaba á tiempo que ya toda aquella vision era pasada y desaparecida: halláronle casi sin sentido que el miedo y la admiracion le quitaron con la habla, solos sus ojos eran como fuentes, y se derretian en lágrimas por no poder hablar á la Vírgen, y dalle las gracias de tan señalado beneficio. Cixila, sucesor de Ildefonso, refiere todo esto como oido de Urbano que fue tambien arzobispo de Toledo, y de Evancio que fue arcediano de la misma iglesia: personas que conforme á la razon de los tiempos y de su edad se pudieron hallar presentes al milagro. Las palabras de la Vírgen que refiere Cixila, son estas: «Apresúrate y acércate carísimo siervo de Dios, recibe este pequeño don de mi mano, que te traigo del tesoro de mi hijo.» La piedra en que la gloriosa Vírgen puso los piés está hoy dia en la misma entrada de aquel templo con una reja de hierro para memoria de cosa tan grande.

Demás desto el mismo año como parece lo siente Cixila, ó como otros sospechan el luego siguiente, á nueve dias de diciembre dia de Santa Leocadia, sucedió otro milagro no menos señalado que el pasado. Acudió el pueblo á la iglesia de Santa Leocadia, do estaba el sepulcro de aquella virgen: halláronse presentes el rey y el arzobispo. Alzóse de repente la piedra del sepulcro, tan grande que apenas treinta hombres muy valientes la pudieran mover: salió fuera la santa vírgen, tocó la mano de San Ildefonso, díjole estas palabras: «Ildefonso, por tí vive mi señora.»

El pueblo con este espectáculo estaba atónito y como fuera de sí. Ildefonso no cesaba de decir alabanzas de la vírgen Leocadia. Encomendóle eso mismo la guarda de la ciudad y del rey y porque la vírgen se retiraba hácia el sepulcro, con deseo que quedase para adelante memoria de hecho tan grande, con un cuchillo que para este efecto le dió el mismo rey, le cortó una parte del velo que llevaba sobre la cabeza: el velo juntamente con el cuchillo hasta el dia de hoy se conserva en el sagrario de la iglesia Mayor entre las demás reliquias. Desde este tiempo y por ocasion destos milagros dicen que el padre santo quiso ser canónigo de Toledo. En señal desto hasta hoy dia la noche de Navidad le penan como á los otros prebendados ausentes.

Grande fue la autoridad y crédito que por medio destos milagros ganó este santo; que aumentaba él perpétuamente con aventajarse cada dia mas en el ejercicio de todas las virtudes. Principalmente se señalaba en la caridad con los pobres, y en remediar sus necesidades tanto que se tiene por cierto dió principio á la costumbre que hasta el dia de hoy se guarda en aquella iglesia, es á saber que á costa del arzobispo en cierta parte de las casas arzobispales cada dia se da de comer á treinta pobres: destos treinta los diez son mujeres y los demás varones: el canónigo semanero despues de dicha la misa en el altar mayor acude á echar la bendicion á la mesa de los pobres, y mirar que no les falte cosa alguna. Esto es lo que en Toledo se acostumbra, y á lo que dicen dió principio San Ildefonso. Lo que yo sospecho es que esta costumbre tuvo orígen de otra mas antigua, y era que los patriarcas, que son lo mismo que primados, en memoria de Cristo y de sus apóstoles cada dia convidaban á su mesa doce pobres, como lo refiere Phocio, patriarca de Constantinopla, en su biblioteca en la vida de San Gregorio el Magno, y se puede comprobar con algunos ejemplos antiguos. El número de treinta pobres señaló adelante el arzobispo don Juan, infante que fue de Aragon.

Mucho se pudiera decir de las virtudes y alabanzas de San Ildefonso, y en particular como la suavidad de su condicion era grande la gravedad y mesura no menor: virtudes que aunque entre sí parecen contrarias, de tal guisa las templaba, que ni la severidad impedía á la suavidad, ni la facilidad era ocasion que alguna persona le despreciase. Gobernó aquella iglesia por espacio de nueve años y casi dos meses: trocó esta vida mortal con la eterna al principio del año décimo nono del reinado de Recesuintho: su cuerpo lo sepultaron en la iglesia de Santa Leocadia á los piés de Eugenio su predecesor. En la destruccion de España fue dende llevado á la ciudad de Zamora, y allí en propio sepulcro y capilla es acatado en la iglesia de San Pedro de aquella ciudad. La vestidura sagrada que le dió la Vírgen, por el mismo tiempo llevaron á las Asturias, y está en la ciudad de Oviedo en una arca cerrada que nunca se ha abierto, ni persona alguna ha visto la dicha vestidura que dentro está.

CAPITULO XI.

De la muerte del rey Recesuintho.

En tiempo de San Ildefonso se juntó en Mérida un concilio á seis de noviembre año de 666. Halláronse en él doce obispos de la Lusitania que hoy es Portugal: ordenaron y publicaron veinte y tres decretos que no pareció referir aquí, casi todos enderezados á reformar y dar órden en el oficio canónico, en que tenian gran debate y grande variedad en la manera del rezado (1). Por el mismo tiempo en Africa iba en grande aumento el poder de los mahometanos á causa que Abdalla, duque de Moabia, que fue el cuarto sucesor del falso profeta Mahoma, venció en una gran batalla á Gregorio, capitan y gobernador de Africa por los romanos, con que se hizo señor de aquella muy ancha provincia. El estrago del ejército romano fue muy grande, y casi ninguno mayor en aquella era. Poseian los godos de tiempo muy antiguo en Africa parte de la Mauritania Tingitana, y en particular á Ceuta con el territorio comarcano. De todo lo demás fuera desto quedaron apoderados los mahometanos despues de aquella victoria; y desde aquel tiempo muy ufanos y orgullosos fundaron en Africa un nuevo imperio, cuyos reyes que conforme á la costumbre de aquella gente tenian poder no solo sobre el gobierno seglar, sino tambien sobre las cosas pertenecientes á la religion, se llamaron miramamolines, que es lo mismo que príncipes de los creyentes, á la manera que en Asia los príncipes supremos y emperadores de aquella nacion se llamaban caliphas.

Está Africa dividida de lo de España, y parte con ella términos por el angosto estrecho de Gibraltar. A muchos parecia que destos principios amenazaba algun grande mál á España por aquella parte, y en particular se aumentó el miedo por un eclipse estraordinario del sol, que trocó el dia en oscurísima noche en tiempo del rey Recesuintho, como lo refiere el arzobispo don Rodrigo, pronóstico á lo que entendian de sobrados males. Verdad es que por el esfuerzo deste rey los navarros, que andaban alborotados y no cesaban de hacer cabalgadas en las tierras comarcanas, se reportaron y sosegaron. Demás desto hizo reformar las leyes de los godos, que estaban muy estragadas: quitó muchas de las antiguas y añadió otras de nuevo, cuyo número, como se ve en el Fuero Juzgo, no es menor que todas juntas las de los otros reyes. Hallábase con esto este rey nobilísimo, y de los mas señalados en guerra y en paz que tuvo en España, muy próspero y bien quisto de los suyos, cuando le sobrevino la muerte, que fue á primero de setiembre por la mañana año del Señor de 672. Reinó despues que su padre le declaró por su compañero, veinte y tres años, seis meses y once dias: y despues de la muerte de su padre veinte y un años y once meses. Dos leguas de Valladolid (que algunos piensan se llamó antiguamente Pincia), hay un pueblo llamado Wamba, que antes se llamó Gerticos; en él se hallaba este rey cuando le sobrevino la muerte, porque desde Toledo habia allí ido por ver si con la mudanza del cielo y con los aires naturales (que se entiende, y así parece que lo dice el arzobispo don Rodrigo, era aquel pueblo del patrimonio de sus antepasados), pudiese mejorar y recobrar la salud; pero la enfermedad tuvo mas fuerza que todas estas prevenciones.

Su cuerpo sepultaron en la iglesia de aquel lugar, y allí se muestra su sepulcro; de allí por órden del rey don Alonso el Sábio le trasladaron á Toledo y pusieron en la iglesia de Santa Leocadia, que está á las espaldas del alcázar junto al altar mayor á la parte del Evangelio, segun ordinariamente se tiene entendido en aquella ciudad como cosa que ha venido de mano en mano. En tiempo que don Felipe II, rey de España, el año de mil y quinientos y setenta y cinco hizo abrir en su presencia el dicho sepulcro y otro que está á la parte de la Epístola, ningunas letras se hallaron, solo los huesos envueltos en telas de algodon y metidos en cajas de madera; mas las personas eruditas que presentes se hallaron, sospechaban que el sepulcro de Recesuintho, como de rey mas antiguo, era el que está á manderecha, y el otro es del rey Wamba, que se sabe tambien le hizo trasladar á Toledo el mismo rey don Alonso. Cerca de Dueñas, que está mas adelante de Valladolid á la ribera de Pisuerga, hay un templo de San Juan Bautista de obra

(1) Tambien en este se ordenó que se celebre todos los años un concilio en el lugar que el rey señale, y que los obispos que no asistan queden suspensos del ejercicio de sus órdenes hasta el sínodo siguiente.

antigua y al parecer de godos: está adornado de jaspes y de mármoles, y en él una letra de seis renglones, por la cual se entiende fue edificado por mandado y á costa del rey Recesuintho, y que se acabó la fábrica el año de seiscientos sesenta y uno. Por todo esto personas de doctrina y erudicion conjeturan que estos dos reyes por aquella comarca tenian el estado propio y particular de su linaje.

CAPITULO XII.

De la guerra narbonense que se hizo en tiempo del rey Wamba.

Imperaba por estos tiempos en el Oriente Constantino llamado Pogonato. La Iglesia de Roma gobernaba el papa Adeodato, que escribió una epístola á Graciano, arzobispo en España, como se lee en los libros ordinarios de los concilios, dado que el Gótico de San Millan de la Cogulla dice : A Gordiano obispo de la Iglesia de España. Es esta epístola muy señalada, porque en ella deshace y aparta los matrimonios de los que sacaron de pila á sus propios hijos, aunque fuese por ignorancia (1). A esta sazon se emprendió una nueva y muy brava guerra en aquella parte del señorío de los godos que estaba en la Gallia Narbonense. La ambicion, mal incurable, fue causa deste daño, y alteró grandemente el reino de los godos, que vencidos los enemigos de fuera gozaba de una grande paz y prosperidad. Fue así que el rey Recesuintho no dejó hijos que le sucediesen : sus hermanos ó por su edad ó por otros respetos no fueron tenidos por suficientes para suceder en la corona. Por donde los grandes se ayuntaron, y por sus votos nombraron por sucesor en el reino á Wamba hombre principal, y que tenia el primer lugar en autoridad y privanza con los reyes pasados, demás que era diestro en las armas y juicio muy acertado; y tan considerado en sus cosas y modesto, que en ninguna manera queria aceptar aquel cargo. Escusábase con su edad que era muy adelante: pedia con lágrimas no le cargasen sobre sus hombros peso tan grave. Consideraba con su gran prudencia que las aficiones del pueblo como quier que son vehementes, así bien son inconstantes y entre sí á las veces contrarias. Como no desistiese ni se allanase, cierto capitan principal, hombre denodado, con la espada desnuda le amenazó de muerte si no aceptaba, por estas palabras : «¿Por ventura será justo que resistas á lo que »toda la nacion ha determinado, y antepongas tu re»poso á la salud y contento de todos? En mucho tie»nes esos pocos años que te pueden quedar de vida, »que con esta espada, si á la hora no te allanas, te »quitaré yo y haré que pierdas la vida, por cuyo »respeto rehuyes de tomar esta carga, y con tu »muerte mostraré al mundo que ninguno debe con »color de modestia tener en mas su reposo particular »que el pro comun de todos.»

Doblegóse Wamba con estas amenazas; pero de tal manera aceptó la eleccion, que no quiso dejarse ungir como era de costumbre antes de ir á Toledo. Pretendia reservar aquella honra para aquella ciudad, y con aquel espacio de tiempo entendia ó que se mudarian las voluntades de los que le eligieron, ó se ganarian las de todos los demás de guisa que no sucediese algun alboroto por la diversidad de pareceres. Con esto partió para Toledo, donde á veinte y nueve de setiembre fué ungido y coronado en la iglesia de San Pedro y San Pablo que estaba cerca de la casa real. Juró ante todas cosas por espresas palabras de guardar las leyes del reino y mirar por el bien comun. Quirico arzobispo de Toledo sucesor de San Ildefonso hizo la ceremonia de la uncion. Juliano asímismo arzobispo de Toledo en la historia que compuso de la guerra Narbonense refiere, que de la cabeza del rey Wamba cuando le coronaron se levantó un vapor en forma de columna, y que vieron una abeja de la misma cabeza volar á lo alto. Dirá alguno que muchas veces al pueblo se la antojan estas y semejantes cosas: verdad es; pero la autoridad del que esto escribe, sin duda es muy grande. Hicieron los grandes sus homenages al nuevo rey, y entre los demás Paulo, deudo segun algunos piensan del rey pasado, bien que el nombre de Paulo no usado entre los godos, y la poca lealtad de que usó poco adelante, dan muestra (como otros sienten) que fue griego y no godo de nacion.

Nació Wamba en aquella parte de la Lusitania que los antiguos llamaron Igeditania, do hoy dia hay un pueblo por nombre Idania la vieja, y cerca dél una heredad con una fuente cercada de sillares, que tiene el nombre de Wamba. Los de aquella comarca, como cosa recebida de sus antepasados, están persuadidos que aquella heredad fue una de las muchas que este rey tuvo antes de su reinado. Sucedieron al principio alteraciones, en particular en aquella parte de España que hoy se llama Navarra. No estaba bastantemente asegurado en el reino, y á esta causa muchos le menospreciaban; en particular los navarros con deseo de novedades diversas veces por este tiempo se alborotaron. Acudió el rey á las partes de Cantábria hoy Vizcaya á hacer levas de gentes, y como de cerca atajar aquel alboroto al principio antes que pasase adelante, cuando otro nuevo alboroto le puso en mayor cuidado, que sucedió en la Gallia Góthica con esta ocasion. Muchos andaban descontentos del estado y gobierno y de aquella eleccion; y como gente parcial no querian obedecer á Wamba, ni recebille por rey. Comunicaron el negocio entre sí, y acomodaron de rebelarse y tomar las armas. Hilperico conde de Nimes en Francia fue el primero á declararse confiado en la distancia de los lugares, y por ser hombre poderoso en riquezas y aliados. Allegáronsele Gumildo obispo de Magalona ciudad comarcana, y un abad llamado Remigio. Procuraron atraer á su parcialidad al obispo de Nimes llamado Aregio, y como en ninguna manera se dejase persuadir, le despojaron de su dignidad y enviaron en destierro á lo mas adentro de Francia, y pusieron en su lugar al abad Remigio. Procedíase en todo arrebatadamente, sin órden de derecho, y sin tener cuenta con las leyes : en tanto grado que á los mismos judíos que de tiempo atrás echaran de toda la jurisdiccion y señorío de los godos, llamaron de Francia en su socorro.

Para sosegar estas alteraciones Paulo fue sin dilacion nombrado por capitan por su grande prudencía y destreza que tenia en las armas. Diéronle la gente que pareció seria bastante para aquella empresa y para sosegar los alborotados. Sucedió todo al revés de lo que pensaban, ca Paulo con aquella ocasion se determinó de descubrir la ponzoña y deslealtad que tenia encubierta en su pecho. Hizo marchar la gente muy de espacio, con que se dió lugar al enemigo para apercebirse y fortificarse. El mismo tambien de secreto comunicaba con los godos principales en qué manera se podria levantar. Para lo uno y para lo otro era muy á propósito la tardanza y el entretenerse. Así de camino ganó las voluntades de Ranosindo duque Tarraconense y de Hildigiso, gardingo, que era nombre de autoridad y de magistrado, y dignidad semejable á la de los duques y condes, como si dijésemos adelantado ó merino. El uno y el otro eran personas muy principales, con cuya ayuda y por su consejo se apoderó de Barcelona, de Girona y de Vique, ciudades puestas en la entrada de España por la parte de Cataluña. Acrecentáronse con esto las fuerzas desta parcialidad de levantados. Trataron de pasar á Francia con intento de juntar sus fuerzas con las de Hilperico, con que confiaban serian bastantes para

(1) La carta que cita Mariana dirigida á estos obispos la tiene por apócrifa el padre Labé.

resistir a rey. Argebaudo arzobispo de Narbona al principio pretendió cerrar las puertas de su ciudad á los conjurados. Anticipáronse ellos tanto, que el arzobispo fue forzado á acomodarse al tiempo, y dar muestra de juntarse con ellos mas por falta de ánimo que por aprobar lo que los alevosos trataban.

Entrado Paulo en aquella ciudad, hizo junta de ciudadanos y soldados, y en ella reprendió primeramente al arzobispo que temerariamente pretendió cerrar las puertas á los que habian servido mucho á la república, y no trataban de hacerle algun mal y daño. Despues desto declaró las causas por donde entendia que con buen título podia tomar las armas contra Wamba, que fuera hecho rey no conforme á las leyes, ni con buen órden y traza, sino al antojo de algunos pocos, al cual cuando se da lugar, no el consentimiento comun prevalece, sino la fuerza y atrevimiento. Concluyó con decir seria conveniente y cumplidero proceder á nueva eleccion, y conforme á las leyes nombrar un nuevo rey á quien todos obedeciesen, y con cuyo amparo, fuerzas y consejos hiciesen rostro á los que á Wamba favoreciesen. Ranosindo á voces para que todos le oyesen, dijo que él no conocia persona mas á propósito, ni mas digno del



Nombramiento del rey Wamba.

nombre de rey que el mismo Paulo; que fue representar en público la farsa que entre los dos de secreto tenian compuesta y trovada. Muchos de los parciales de propósito estaban derramados y mezclados entre la muchedumbre: estos con grande griteria acudieron luego á aquel parecer; los cuerdos y que mejor sentian, callaron y disimularon, ca no les cumplia el hacer en tan gran revuelta y alteracion: con tanto Paulo fue declarado y elegido por rey: pusiéronle en la cabeza una corona que el rey Recaredo ofreció á San Félix, mártir de Girona.

Era tanto el calor de aquella rebelion y tan encendido el deseo de llevar adelante lo comenzado, que todo lo atropellaban; y no solo se apoderaban de las riquezas profanas, oro y plata del público y de particulares, sino tambien estendian sus manos sacrílegas á los tesoros sagrados, y á despojar los templos de Dios de sus vasos y preseas. Allegóse á este parecer fácilmente Hilperico, conde de Nimes, el primero que fue á levantarse, y con él se le juntaron todas las ciudades de la Gallia Góthica. Demás desto no pequeña parte de la España Tarraconense siguió á Ranosindo, su duque. Puestas las cosas en este término, Paulo se ensoberbeció de tal manera que se resolvió de desafiar al rey Wamba. Envióle una carta afrentosa: era de suyo hombre deslenguado, demás que pretendia acreditarse con el vulgo y con la muchedumbre, que suele á las veces cebarse y hacer caso de semejantes fieros y amenazas. Destos baldones y destas parcialidades, segun yo entiendo, procedió la fama del vulgo que hace á Wamba villano, y que subió al cetro y corona del arado y de la azada: mas sin falta es manifiesto yerro, que á la verdad fue y nació de la mas principal nobleza de los godos, y en la corte y casa de los reyes pasados tuvo el primer lugar en privanza y autoridad.

Luego que el rey Wamba fue avisado de la traicion y tramas de Paulo, llamó á consejo los grandes: preguntóles su parecer, si seria mas á propósito sin dilacion marchar con la gente la vuelta de Francia para apagar en sus principios aquel fuego antes que pasase adelante, ó si seria mas espediente rehacerse en Toledo de nuevas fuerzas y socorros para asegurar mas su partido. Los pareceres fuéron diferentes: los mas atrevidos tenian y juzgaban por perjudicial cualquiera tardanza: decian que se daria lugar á los traidores para fortificarse y cobrar mas ánimo, y los soldados reales que deseaban venir á las manos se resfriarian en gran parte. «¿Qué otra cosa dará á entender el retirarse, y volver atrás, sino que con color de »recato huimos torpemente, como sea averiguado »que ninguna cosa hay de tanto momento en las »guerras como la fama? Los varios y maravillosos »trances y los tiempos pasados testifican de cuánta »importancia para alcanzar la victoria sea el crédito »acerca de los hombres y la reputacion.» Otros tenian por mas acertado proceder de espacio, y dar lugar á que el nuevo rey se arraigase mas. Temian que desamparada España, no se les levantase mayor guerra por las espaldas. Que la traicion de Paulo daba bastante muestra de no estar llanas las voluntades de todos. Demás desto que el ejército que tenian, era flaco, pues aun no habia sido bastante para sujetar del todo los de Navarra, y que era forzoso rehacelle. A los grandes emperadores y capitanes muchas veces acarreó gran daño hacer caso del pueblo y de sus dichos y volver las espaldas al que dirán.

Oidos por Wamba los pareceres, y pesadas las razones por la una y otra parte: «Por mejor (dice) tengo prevenir los intentos de los contrarios, y acudir »con el remedio antes que el mal pase adelante, y »que se nos pase la ocasion que en un momento se »suele resbalar de la mano; cosa que nos daria pena »doblada. La victoria que tengo por cierto ganare»mos, dará reputacion á nuestro imperio: confio en »la ayuda de Dios que mirará por nuestra justicia, y »en vuestro esfuerzo al cual ninguna cosa podrá ha»cer contraste. Y es justo que encendamos mas aina »con la presteza la indignacion concebida contra los »traidores, y el fervor de los soldados que con la tar»danza entibialle; ca la ira es de tal condicion, que »con la priesa se aviva, y con el tiempo se apaga. El »trabajo de las ciudades, los campos talados, los bie»nes de nuestros vasallos robados, ¿á quién no mo»verán el corazon? males que forzosamente se au»mentarán de cada dia, si esta empresa se dilata, »¿Quién de vos (si ya el ardor de la noble sangre no »está resfriado y acabado el valor antiguo de los go»dos), no tendrá por cosa mas grave que la misma »muerte, dejar los amigos y deudos á la discrecion y »crueldad de los enemigos, y con la tardanza dar »ánimo á los que asombrados de su misma concien»cia y de sus maldades no podrán sufrir vuestra vis»ta? Apresuremos pues la partida, y con la ayuda de »Dios, cuya causa principalmente se trata, casti»guemos esta gente malvada, y no permitamos se »persuadan que tenemos miedo de sus fuerzas. »Nuestro ejército ni es tan flaco como algunos han »apuntado, y la loa y prez de la victoria tanto será »mayor, cuanto con menor aparato y mas en breve »se ganare.»

Este razonamiento del rey avivó de tal guisa los corazones de todos, y fue tan grande el ardor que se despertó, que dentro de siete dias pusieron fin á la guerra de Navarra, que fue buen pronóstico para la empresa, que quedaba, y buen principio. Ninguna cosa mas deseaban los soldados que verse con el enemigo: cualquier tardanza les parecia mil años; tan grande era la confianza que tenian y el ánimo que habian cobrado. Tomaron luego el camino de Calahorra y de Huesca. Llegaron á las fronteras de Cataluña con una priesa estraordinaria. Allí repartieron el ejército en tres partes ó escuadrones, el uno fué á Castrolibya, cabeza que era de Cerdania, el segundo tomó el camino de la ciudad de Vique, el tercero como le fue mandado marchó hácia la marina para dar la tala á los campos y pueblos de aquella comarca. El rey con la fuerza del ejército seguia las pisadas de los que le iban delante. Hizo justicia de algunos soldados por malos tratamientos que hicieron á la gente menuda y fuerzas á doncellas: mandó les cortasen los prepucios, que fue castigar á los culpados y escarmentar á los demás. Persuadíase el buen rey que no hay cosa mas eficaz para aplacar á Dios que el castigo de las maldades, y que ninguna cosa enoja mas á su magestad que disimular los agravios hechos á la gente miserable. Llegó por sus jornadas á Barcelona: apoderóse de aquella ciudad fácilmente, que es cabecera de Cataluña. Los principales de entre los rebeldes que le vinieron á las manos, fueron puestos á recado para ser castigados conforme contra cada cual se hallase.

Pasó mas adelante y apoderóse de Girona: rindióla su obispo por nombre Amador, á quien poco antes Paulo pretendió asegurar con una carta que le escribió, en que le amonestaba entregase la ciudad al que primero de los dos con gente se presentase delante. Leyó aquella carta el rey Wamba, y burlándose de Paulo dijo: en nuestro favor se escribió esto como profecía de nuestra llegada. Detúvose en aquella comarca dos dias para repararse: desque el ejército hobo descansado, pasaron las cumbres y estrechuras de los Pirineos sin hallar alguna resistencia. Ganáronse en aquella comarca por fuerza tres pueblos, es á saber: Caucoliberis que hoy es Colibre, Vulturaria y Castrolibya que saquearon los soldados. Demás desto otro pueblo asentado en las estrechuras de aquellos montes, por lo cual se llamaba Clausura, que es lo mismo que cerradura, fue tambien ganado por los capitanes. Allí prendieron á Ranosindo y Hilgidiso, y otras cabezas de los conjurados. Witimiro estaba con guarnicion de soldados en otro pueblo llamado Sordonia, no le pareció seria bastante para defenderse: resolvióse de huir y llevar la nueva de lo que pasaba á Paulo, que todavía se estaba en Narbona con intento de entretener á Wamba y impedille la entrada de Francia. No tenia fuerzas bastantes, ni se le abria camino para salir con su intento: dejó en aquella ciudad al dicho Witimiro, y él se retiró á Nimes do en breve esperaba le vendrian socorros de Francia y de Alemaña.

Pasó el rey los Pirineos, asentó en lo llano sus reales; entretúvose dos dias hasta tanto que le acudiesen las demás gentes que por diversos caminos enviara: desde allí envió cuatro capitanes con buen número de soldados para rendir á Narbona por fuerza ó de grado, ciudad nobilísima puesta á la entrada de Francia. Junto con esto para el mismo efecto envió gente y armada por mar: llegaron primero las gentes que iban por tierra, convidaron á los de la ciudad con la paz y á entregarse: la respuesta fue arrogante y afrentosa, con que irritados los soldados acometieron con grande ánimo los adarves: el combate fue muy bravo, pelearon los unos y los otros valientemente por espacio de tres horas, los del rey por vencer, los otros como gente desesperada, y que no esperaba perdon. Ultimamente los de dentro se retiraron de los muros, forzados de las piedras y saetas que de fuera como lluvia les tiraban. Con tanto los leales por una parte pusieron fuego á las puertas de la ciudad, y por otra enderezaron escalas y las arrimaron para subir en el muro y escalarle. Entróse la ciudad por ambas partes. Witimiro como vió tomada la ciudad, retiróse á un templo como á sagrado, en que los vencedores le hallaron y prendieron junto al altar de Nuestra Señora. Fueron asimismos presos el arzo-

bispo Argebaudo y el dean Galtricia, y aun heridos y maltratados con el furor de los soldados.

Tomada Narbona, los rebeldes comenzaron á ir de caida, ser menospreciados y aborrecidos como gente que seguia empresa y partido condenado por los hombres y por la fortuna de la guerra: al contrario favorecian comunmente el partido de Wamba y su justicia por ser príncipe muy humano y benigno, y porque tomó las armas forzado de los que sin razon le pretendian quitar la corona. Siguieron los leales la victoria, y con la misma facilidad entraron por fuerza las ciudades de Magalona, Agatha y Besiers, en que fueron presos algunos de los principales rebeldes, y en particular Remigio obispo de Nimes. El obispo de Magalona por nombre Gumildo, perdida toda esperanza de poderse tener contra pujanza tan grande, se huyó y retiró á Nimes do estaba Paulo: ciudad en aquella sazon por los muchos moradores que tenia, hermosura de edificios, pertrechos y murallas muy firmes, nobilísima, y de las mas fuertes de la Gallia Narbonense. Quedan en nuestro tiempo claros rastros de su antigua nobleza, en especial un teatro muy capaz, obra hermosísima, que por estar pegado al adarve servia de castillo y fortaleza. Envió el rey contra esta ciudad cuatro capitanes muy esforzados y famosos, pero poco inteligentes y proveidos de los ingénios y máquinas que son á propósito para batir las murallas. Llevaron treinta mil hombres de pelea: dieron vista á la ciudad, rompieron con grande ánimo por los que le salieron al encuentro, llegaron á los reparos, do fue muy herida la pelea: ca los del rey peleaban con indignacion por ver la porfía de los desleales tantas veces abatidos; á los contrarios hacia fuertes la rábia y desesperacion, si eran vencidos: arma muy poderosa en la necesidad. Duró la pelea hasta que cerró la noche que los despartió sin declararse la victoria, dado que cada cual de las partes se la atribuia, y en particular los cercados así por no quedar vencidos, como porque los del rey fueron los primeros que tocaron á retirarse.

Sucedió que en lo mas recio de la pelea un soldado dijo á los del rey por manera de amenaza: «gruesas «compañías de alemanes y franceses serán con nos »muy en breve, cuya muchedumbre y esfuerzo á to»dos os hará caer en las redes y en el lazo.» Pequeñas ocasiones á las veces suelen en la guerra hacer grandes mudanzas: ninguna cosa se debe menospreciar que pueda acarrear perjuicio: los mas saludables consejos son los mas recatados. Alojaba el rey con lo demás del ejército no muy lejos de allí: diéronle aviso de lo que el soldado dijo, pidiéronle enviase soldados de refresco para apretar y concluir con el cerco; que la presteza seria la seguridad: envió hasta diez mil debajo de la conducta de Wandemiro. Era tanto el deseo que llevaban de salir con la empresa que caminaron toda la noche y llegaron á los reales el siguiente dia con el sol antes que se comenzase la batería. Con la vista de tanta gente desmayó Paulo, y por lo que el dia antes pasó, advirtió el grande riesgo en que estaban sus cosas, si volvian á la pelea y al combate. Disimuló empero cuanto pudo, sacó fuerzas de flaqueza, hizo un razonamiento á su gente, en que les amonestó «no desmayasen por el gran número de »los contrarios, ca no el número pelea, sino el es»fuerzo: no vencen los muchos, sino los valientes: »esta es toda la gente que Wamba tiene: vencida no »le quedará mas reparo, á nos muy en breve vendrán »socorros muy grandes; y cuando otra cosa no ho»biere, con la fortaleza de los muros os podreis en»tretener largamente y abatir el orgullo del enemigo »y de su ejército compuesto de canalla y de pueblo, »muy ageno del valor antiguo de los godos y de su »sangre invencible.»

Dicho esto, comenzó la batería: pelearon de todas partes con gran coraje; duró el combate hasta gran parte del dia, cuando cansados y enflaquecidos los cercados con la gran carga y priesa que de fuera les daban, dieron lugar á los del rey para arrimarse á las murallas. Entonces unos pusieron fuego á las puertas, otros con picos y palancas arrancaban las piedras de los adarves. Hecha bastante entrada, rompen con grande ímpetu por la ciudad matando y destrozando cuanto topaban. Persuadiéronse los ciudadanos y los demás franceses que los españoles que dentro estaban, con intento de alcanzar perdon dieran entrada á los enemigos. Encendidos por esto en gran rábia, pasaron á cuchillo gran número de aques llos soldados que tenian de guarnicion, y entre lo demás dieron la muerte á un criado del mismo Paulo en su presencia y aun estando á su lado. Era miserable espectáculo ver la gente de Paulo acometida y apretada por frente y por las espaldas de los suyos y de los contrarios con tanto estrago y matanza que las plazas y calles se cubrian de cuerpos muertos y estaban alagadas de sangre. Los gemidos de los que morian revolcados en su misma sangre, los ahullidos de las mujeres y niños, la gritería y estruendo de los que peleaban, resonaban por todas partes.

El mismo Paulo causa de tantos males, vista su perdicion y de los suyos: «Confesamos (dice), haber »errado; ¿mas por ventura una vez ó en una cosa so»la? antes en todo cuanto hemos puesto mano nos »hemos gobernado sin prudencia ni cordura.» Junto con estas palabras se quitó la sobrevistas, y acompañado con los de su casa y de su guarda se retiró al teatro, confiado que era muy fuerte, y que sino se pudiese tener, se rendiria con algun partido tolerable. Notaron algunos que el mismo dia, que fue primero de setiembre puntualmente, Paulo se despojó de las insignias reales, en que el año antes Wamba fuera puesto en la silla real. Quedaron pues los del rey apoderados de la ciudad, fuera del teatro y alguna otra pequeña parte. Reposaron aquel dia y el siguiente con intento de aguardar al rey, y que se le atribuyese la gloria de poner fin á aquella guerra, ademas que por ventura los vencedores pretendian alcanzar perdon para los culpados; y es cosa natural tener compasion de los caidos, principalmente cuando son deudos y de una misma nacion como eran los vencidos en gran parte. Acordaron para este efecto enviar persona á propósito al rey: escogieron de entre los cautivos al arzobispo de Narbona Argebaudo. Él llegado á la presencia del rey como á cuatro millas de la ciudad, apeóse del caballo en que iba, hízole una gran mesura, y puesto de rodillas, con sollozos y lágrimas que despedia de su pecho y de sus ojos en abundancia, le habló en esta sustancia: «Tus »vasallos, rey clementísimo, si cabe este nombre en »los que se desnudaron del amor de la patria, y con »apartarse della y su mudanza han perdido el dere»cho y privilegio de ciudadanos; estos, digo, tienen »puesta la esperanza de su remedio y reparo en sola »tu clemencia. No piden perdon de sus yerros, dado »esta peticion solo para contigo que eres tan benigno, »no pareciera del todo desvergonzada: solo te supli»can uses en el castigo que merecen de alguna tem»planza. Cosa de mayor dificultad es vencerse á sí »mismo en la victoria, que sujetaron los enemigos »con las armas en la mano; pero á otros. La grandeza »del corazon y el valor en ninguna cosa mas se de»clara que en levantar los caidos, ca del prez de la »victoria participan los soldados, la templanza y cle»mencia para con los vencidos es propia alabanza de »grandes reyes. No puedes ver con los ojos esta mise»rable gente por estar ausentes; pero debes conside»rar que llenos de lágrimas y tristeza, demás desto »arrojados á tus pies, se encomiendan á tu gracia y »á tu misericordia, como hombres por ceguera de »sus entendimientos ó por la comun desgracia de los »tiempos, ó por fuerza mas alta del cielo caidos en

»estas maldades. Cuanto son mas graves sus culpas, »tanto Señor seria mayor tu alabanza en darles la »mano, y volver á la vida los que por su locura están »enredados en los lazos de la muerte. Vinieran aquí »sin armas, con dogales á los cuellos, para moverte »á misericordia con vista tan miserable, ó poner con »la muerte fin á tan triste vida y tan desgraciada; so»lo se recelaron si usaban de semejantes estremos, »no pareciese te tenian por tan implacable que fuese »necesario hacer tales demostraciones. Pocos queda»mos y todos tuyos: no permitas perezcan por tu ma»no aquellos á quien la crueldad de la guerra hasta »ahora ha perdonado. Finalmente quiero advertir que »con el deseo de venganza no hagas por donde esta »nobilísima ciudad, fuerte y baluarte de tu imperio, »muertos sus ciudadanos, quede destruida y aso»lada.

Era Wamba muy señalado y diestro en las armas y negocios de la guerra, sobretodo se aventajaba en la benignidad, clemencia y mansedumbre: respondió en pocas palabras. «Aplacado por tus ruegos, soy »contento de perdonar la vida á los culpados; mas »porque la falta de castigo no haga á otros atrevidos »y sea ocasion de menosprecio, solas las cabezas pa»garán por los demás.» Importunaba el obispo que el perdon fuese general. El rey con el rostro algo mas airado: «¿Por ventura (dice), no te basta alcanzar »la vida para los culpados? A tí Argebaudo obispo »ayude, para que el perdon te sea dado enteramen»te, haberte apartado de nos contra tu voluntad, de »que estamos bastantemente informados: los demás »todo lo que fuere menos de una muerte afrentosa, »lo deben contar y poner á cuenta de ganancia, y »atribuillo no á sus méritos, sino á nuestra benig»nidad.»

CAPITULO XIII.

Del castigo de los conjurados.

Acabadas estas razones, pasó el rey adelante su camino: llegó á la ciudad, y en su compañía la fuerza del ejército y los soldados puestos en ordenanza y á manera de triunfo, que hacian una vista muy hermosa. Con su llegada se puso fin á la guerra, y rindióse todo lo que quedaba de la ciudad, en cuya parte mas alta, que caia hácia el reino de Francia, puso guarnicion de soldados, ca se decia que grandes gentes de Alemaña y de Francia venian en socorro de los cercados, y que ya llegaban cerca. Paulo con mas deseo de la vida que cuidado del honor, á la hora rindió el teatro, donde estaban en su compañía el obispo Gumildo, Witimiro y mas de otros veinte principales cabezas de aquella conjuracion. A todos fueron puestas prisiones, en particular dos capitanes á caballo llevaron enmedio y á pié á Paulo á vista de todo el ejército, asidos de sendas guedejas de sus cabellos por la una y la otra parte. Con esta representacion y disfraze llegaron á la presencia del rey. Paulo soltó luego el ceñidor, que era á fuer de soldados y segun la costumbre antigua despojarse de la honra y grado militar: púsole como dogal al cuello para muestra de lo que merecia y del miserable estado en que se hallaba: estaban él y los demás cautivos postrados por tierra, dió el rey gracias á Dios por tan grande merced, reprendió en público la locura de los conjurados; y de tal manera les hizo gracia de las vidas, que mandó ponerlos á buen recaudo y guardar hasta tanto que con mas maduro consejo se determinase su causa. Algunos franceses y sajones, parte que estaban por rehenes en aquella ciudad, parte que al principio juntaron con los traidores sus fuerzas, sin embargo libremente fueron enviados á sus tierras con dádivas que les dieron.

Por esta forma principios de cosas muy grandes que amenazaban mayores males, y con el levantamiento de Paulo y de toda la Gallia Góthica tenian el reino puesto en cuidado, fácilmente se atajaron. Muchos tuvieron á juicio de Dios lo que sucedió á esta gente, por los tesoros sagrados que robaron y por los templos que despojaron, á los cuales Wamba, hecha pesquisa, mandó restituir todo lo que se halló. Las murallas de la ciudad que á causa de los combates quedaban maltratadas, hizo reparar. Los cuerpos muertos fueron sepultados para que con el mal olor no infeccionasen el aire. Pasáronse tres dias en estas cosas: luego en presencia del rey que estaba sentado en su trono, fueron presentados los rebeldes y se pronunció sentencia contra ellos. Cuanto á lo primero el rey puso sus piés sobre los cuellos de los miserables. Despues preguntaron á Paulo si queria alegar algun agravio porque se hobiese apartado del deber: respondió que no, antes que recibiera muchas mercedes y honras del rey, y sin propósito se despeñó en aquellos males. Despues desto leyeron el pleito homenaje que hizo Wamba con los demás grandes, y juntamente fueron referidas las palabras con que Paulo se hizo jurar por rey. Finalmente leyeron las leyes de los concilios en razon del castigo que merecen los que se levantan, y conforme á ellas se pronunció contra Paulo y sus consortes sentencia de muerte afrentosa y confiscacion de bienes; añadieron empero que si el rey por su clemencia les perdonase las vidas, que por lo menos fuesen privados de la vista. Era la cabellera señal de nobleza antiguamente: el rey con deseo de ser tenido por clemente, y por esta forma ganar las voluntades de todos, contentóse con que los motilasen.

Vino á la sazon aviso que Chilperico, rey de Francia Segundo deste nombre, venia con sus huestes muy á punto. Salió Wamba á la campaña, donde esperó por demás cuatro dias á los contrarios. Parecióle con esto daba bastante muestra de su valor y ganaba reputacion: no quiso romper por las tierras de Francia porque no pareciese el primero á quebrantar las paces que de antes tenia sentadas. Con tanto dado órden en las cosas de Francia, se resolvió de dar la vuelta á España. Sobrevino nueva que un capitan francés llamado Lope corria los campos de Besiers, talaba, quemaba, robaba todo lo que se le ponia delante. Salióle el rey con su gente al encuentro: el enemigo desconfiado de sus fuerzas se retiró á lo mas alto de las montañas vecinas. Dejó con la priesa parte del bagaje, y por el camino otras muchas cosas los soldados, con que dieron muestras mas de huir que de retirarse. Con estos despojos y las riquezas de Francia quedaron los soldados del rey muy alegres y contentos. Dieron vuelta á Narbona: gran parte de los soldados y del ejército se repartió por las guarniciones de Francia. Hiciéronse nuevos edictos contra los judíos, con que fueron echados de toda la Gallia Gothica. A otra parte del ejército se dió licencia, en un pueblo en tierra de Narbona llamado Canaba, para que volviesen á sus casas, y con el reposo gozasen el fruto de sus trabajos.

No pocos quedaron en compañia del rey, que dió dende la vuelta hácia España. Llegó por sus jornadas á la ciudad de Toledo: hizo en ella una hermosa entrada, y fue recibido á manera de triunfo: honra debida á su dignidad, y á cosas tan grandes como dejaba acabadas en solos seis meses, que se contaban despues que últimamente salió de aquella ciudad. Concertáronse los escuadrones en esta forma: en primer lugar iban los rebeldes en camellos, rapadas las barbas y el cabello, descalzos y mal vestidos: Paulo por burla llevaba en la cabeza una corona de cuero negro, seguíanse los soldados muy arreados con penachos y libreas. Cerraba los escuadrones el rey, cuyas venerables canas y la memoria de sus hazañas acrecentaba la magestad de su rostro y presencia. Salióle al encuentro toda la ciudad, que alegre con aquel espectáculo, apellidaba á su rey salud, victoria y bienaventuranza,

Duró grande espacio la entrada : los culpados fueron puestos en cárcel perpetua por fin y remate de cosas tan grandes.

CAPITULO XIV.

De las demás cosas del rey Wamba.

Con esto comenzó España con el esfuerzo de Wamba y su mucha prudencia á florecer dentro con los bienes de una larga paz, de fuera recobraba su lustre antiguo y su dignidad. Puso el rey cuidado en hermosear su reino de todas maneras, y en particular ensanchó la ciudad real de Toledo, y para su fortificacion levantó una nueva muralla con sus torres, almenas y petriles continuada por el arrebal de San Isidoro, y que llega de la una puente á la otra. Está Toledo de cuatro partes por mas de las tres ceñidas del rio Tajo, que acalanado por entre barrancas muy altas, corre por peñas y estrechuras muy grandes. La cuarta parte tiene la subida áspera y empinada, por donde la cercaba un muro de fábrica romana mas angosto que el que hizo Wamba, cuyos rastros se ven á la plaza de Zocodover y á la puerta del Hierro. Wamba con intento de meter dentro de la ciudad los arrabales, y para mayor fortaleza añadió la otra muralla mas abajo. Trajéronse para la obra piedras de todas partes, en particular á lo que se entiende, de una fábrica romana á manera de circo, que antiguamente levantaron allí, y tenia mármoles con figuras entelladas en ellos de rosa ó de rueda. El vulgo se persuade ser aquellas armas de Wamba : las mesmas piedras muestran lo contrario, ca están sin órden ni traza, si no como las traian así las asentaban los oficiales. Graves autores testifican que para memoria desto hizo grabar dos versos en las torres principales de esta muralla en latin grosero y como de aquella era, pero que traducidos en un terceto castellano hacen este sentido:

CON AYUDA DE DIOS EL PODEROSO
REY WAMBA EN SU CIUDAD LEVANTÓ EL MURO:
HONRA DE SU NACION, MURO HERMOSO

Demás desto en lo mas alto de las torres puso estátuas de mármol blanco á los santos patrones y principales abogados de la ciudad. Grabó otrosí al pié de las estátuas otros dos versos, que hacen este sentido:

SANTOS, RELUCE AQUI CUYA PRESENCIA,
GUARDAD ESTA CIUDAD Y PUEBLO TODO:
TIRAD, COMO PODEIS, TODA DOLENCIA.

Habian con el tiempo caídose las estátuas, borrádose y gastádose las letras, que el rey don Felipe Segundo deste nombre con su acostumbrada piedad y devocion pocos años ha mandó restituir y hacer de nuevo. Fortificábase pues la ciudad por mandado del rey Wamba : y juntamente por su providencia se tornaba á poner en práctica la costumbre de celebrar concilios en aquella ciudad. Así en el año cuarto de su reinado, que se contaba del Señor 675, á siete de noviembre se juntaron en la iglesia de Santa María de la ciudad de Toledo á celebrar concilio diez y siete obispos y casi todos de la provincia cartaginense, demás de siete abades, entre los cuales se cuenta uno llamado Avila abad del monasterio Agaliense de San Julian, si la letra no está mentirosa, como algunos lo sospechan por conjeturas que hay. Hallóse otrosí entre los padres, aunque en el postrer lugar, Gudila arcediano de Santa María de la Sede ó Silla, por donde se entiende que el templo en que este concilio se celebró, era el mayor y mas principal. Dudan los curiosos si estuvo entonces asentado do hoy está la iglesia catedral. Sospéchase que sí, por razon de la piedra que en ella se ve, en que la Vírgen gloriosa puso sus sagrados piés para honrar á su devoto San Ildefonso, dado que la fábrica y forma y traza es muy diferente de la de entonces. Este concilio se cuenta por el onceno entre los de Toledo. En él se dieron al rey las gracias por haber renovado la costumbre de celebrar los concilios interrumpida por espacio de diez y ocho años. Para adelante mandan los padres que los concilios provinciales cada un año se juntasen en la iglesia metropolitana, sin que haya en él otra cosa digna de memoria. Los cánones que promulgaron fueron en número diez y seis.

Por el mismo tiempo en Braga se juntó el concilio tercero de los Bracarenses. Quitóse en él la costumbre de llevar los obispos colgadas al cuello las reliquias de los mártires, y á ellos en andas los diáconos; y ordenóse para adelante que las santas reliquias fuesen por los diáconos llevadas en andas. Ponen pena de escomunion al sacerdote que para decir misa no se pusiese la estola, que llaman orario, sobre entrambos los hombros y cruzada sobre el pecho : costumbre que en algunas partes se ha dejado, en las mas se guarda. Hallóse en este concilio Isidoro obispo de Astorga. Floreció asimismo por este tiempo Valerio abad de San Pedro de los Montes, claro por el menosprecio del mundo y por su erudicion, de que dan testimonio sus obras, y en especial un libro que intituló de la Vana sabiduría del siglo.

No se hallan otros concilios del tiempo del rey Wamba en los tomos que andan ordinariamente de los concilios; pero no se duda sino que se celebraron otros, como lo da á entender la ley de que se hizo mencion, en que mandaron juntarlos en cada un año; en especial que graves autores afirman que en tiempo de Wamba en un concilio toledano se señalaron los aledaños y distritos de cada cual de los obispados de España : negocio en que por ser tan grave, y tocar á todos, no se puede creer se procediese por el voto y parecer de pocos, sino de todos los prelados. Dicen mas, que en aquel concilio se estableció que todos los sacerdotes viviesen conforme á la regla de San Isidoro. Hiciéronse fuera de esto en gracia del rey Wamba y á su contemplacion nuevos obispados en pueblos pequeños y aldeas, y aun en iglesias particulares como fue en un pequeño lugar en que estaba la sepultura y cuerpo de San Pimenio, y en la iglesia de San Pedro y San Pablo Pretoriense puesta en los arrabales de la ciudad de Toledo : que fue todo un celo piadoso pero indiscreto en el rey, y en los obispos una disimulacion y deseo demasiado de agradalle, sin tener respeto á las leyes eclesiásticas que vedan así bien hacer dos obispos en una misma ciudad, como poner obispados en lugares pequeños. Desórdenes que en breve se reformaron en el concilio próximo de Toledo, que fue el doceno de los de aquella ciudad, hasta motejar al rey Wamba de liviano en esta parte : así van los temporales, y se truecan los favores de la gente y el aplauso.

Ordenó Wamba algunas leyes á propósito de reformar el gobierno, que andaba de muchas maneras estrañado, en particular puso cuidado en lo que tocaba á la disciplina militar. Ordenó que cuando se hiciese gente, todos acudiesen á las banderas, fuera de viejos, enfermos y mozos de poca edad. Item que todos enviasen á la guerra por lo menos la docena parte de sus esclavos con las armas que allí se señalan, diferentes de las demás. A los mismos obispos y sacerdotes para reprimir las entradas y rebatos de los enemigos manda les saliesen con los suyos al encuentro por espacio de cien millas. Con esta diligencia y por buena maña del rey Wamba ganaron los godos una victoria naval muy señalada. Estaban los sarracenos enseñoreados de toda la Africa por todo lo que se tienden las marinas de nuestro mar Mediterráneo, desde las bócas del rio Nilo hasta el estrecho de Gibraltar. Tenian deseo de pasar en Europa; con este intento armaron una flota de ciento y setenta velas con que ponian á

fuego y á sangre las riberas de España. Juntaron los godos otra gruesa armada: vinieron á las manos con los contrarios con tanto valor y denuedo, que alcanzaron victoria de los enemigos, y parte tomaron, parte quemaron su armada. Velaba el rey, acudia á todas las partes con presteza sin descuidarse, ni escusar gasto, trabajo ni diligencia alguna. No falta quien diga que la armada de Africa vino á persuasion de Ervigio, ca por ser hijo de Ardebasto pariente de Recesuintho pretendia hacerse rey. Tenia mucho poder, y su autoridad era grande, sus mañas y artificios estraordinarios. El corazon humano es insaciable, nunca se contenta con lo que posee, aunque sea muy aventajado; antes con el deseo siempre pasa adelante y pretende cosas mayores.

No tenia Ervigio esperanza de salir con su intento ni en vida de Wamba, ni despues de su muerte, á causa de Theodofredo, hermano de Recesuintho, del cual en la eleccion pasada no se hizo cuenta, como allí se dijo, ca era de pocos años. Resolvióse de valerse de cautelas y mañas, pues cualquier otro camino le hallaba cerrado. Con esta traza hizo como se cree venir la armada de los sarracenos contra España. Y como esto no sucediese conforme á su deseo, tuvo forma de hacer que diesen al rey á beber cierta agua en que habia estado esparto en remojo, que es bebida ponzoñosa y mala. Adolesció luego el rey, y quedó privado de su sentido súbitamente, tanto que á la primera hora de la noche juzgaban queria rendir el alma. Cortáronle el cabello, hiciéronle la barba y la corona á manera de sacerdote: vistiéronle un hábito de monge, ceremonia que se usaba con los que morian, á propósito de alcanzar perdon de sus pecados. Todo esto se entiende tramó Ervigio con intento que aunque mejorase, no pudiese mas ser rey conforme á lo que en el concilio toledano sexto quedó determinado. Demás desto, como estuviese para espirar, sin embargo que por la fuerza del veneno estaba fuera de sí, trazaron que nombrase por sucesor en el reino al mismo Ervigio. Ordenaron de presto la escritura de nombramiento y renunciacion, y hicieron que Wamba la firmase de su mano.



Pasó todo esto á los catorce del mes de octubre un dia de domingo que era la décimaquinta luna. Por todo esto se entiende que Wamba fue despojado del reino el año de 680, en que concurren estos particulares; ca sin embargo que luego el dia siguiente mejoró y volvió en sí, no quiso revocar lo hecho. Hallábase de rey poderoso súbitamente hecho monge. Determinó despreciar lo que otros tanto desean, ó por grandeza de ánimo, ó por no tener esperanza de recobrar en paz lo que le quitaran; mayormente que Ervigio estaba apoderado de todo, que el mismo dia se hizo coronar por rey, dado que el ungirse, ceremonia entonces usada, se dilató hasta el domingo siguiente. Wamba sin dilacion se fue al monasterio de Pampliega asentado segun algunos sospechan en el valle de Muñon. Allí por espacio de siete años y tres meses (ó como otros sienten por mas largo tiempo) pasó lo que le quedaba de vida en servicio de Dios. Reinó ocho años, un mes y catorce dias. Su cuerpo sepultaron en aquel monasterio, y desde allí por mandado del rey don Alonso el Sabio le trasladaron á Toledo. Acompañó sus huesos Juan Martinez obispo de Guadix fraile francisco. Pusiéronle en la iglesia de Santa Leocadia, la de junto al alcázar, en que estaba sepultado el rey Recesuintho. Juliano arzobispo de Toledo fue el que ungió al nuevo rey, por donde se

entiende que Quirico su predecesor falleció por el mismo tiempo cargado de años, si ya por ventura no renunció la dignidad por ver lo que pasaba, y la sinrazon que se hizo al buen rey Wamba.

CAPITULO XV

De los nombres de los obispados que habia en tiempo de Wamba.

No será fuera de propósito ni del intento que llevamos poner en este lugar la division que el rey Wamba hizo de los obispados (1) de su reino, y por ella declarar los nombres antiguos que muchas ciudades y pueblos tuvieron, si bien los mas dellos por varios accidentes y sucesos fueron asolados, y despues de su destruicion reedificados á las veces con nombres que les pusieron diferentes de los que antes tenian. Junto con esto será bien que se entiendan y sepan los sufragáneos que cada cual de los arzobispados antiguos tenia; que señalar á cada diócesis sus aledaños y distrito no pareció conveniente, ni aun hacedero por estar todo tan mudado y trastrocado con el tiempo, que apenas se entenderia lo que en este propósito se dijese. Al arzobispo de Toledo estaban sujetos los obispos siguientes: el de Oreto, ciudad que antiguamente estuvo puesta no lejos de donde al presente está la villa de Almagro, ca dos leguas de aquella villa hay una ermita llamada de Nuestra Señora de Oreto, do se han hallado piedras y llevádolas á Almagro, grabado en ellas el nombre de Oreto. El segundo sufragáneo de Toledo era el obispo de Biacia, que hoy es Baeza. El tercero el de Menteza: esta ciudad hoy se llama Montizon, pueblo situado en la comarca de Cazorla, y que en la destruccion de España fue asolado por un capitan moro, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo.

Demás destos el de Acci, ciudad que hoy se llama Guadix. El de Basti que es Baza. El de Urci, ciudad, que unos dicen es la misma Almería, otros que Murcia. El de Bagasta: desta ciudad no queda rastro ninguno, solo se entiende que estaba no lejos de Origüela, así por el órden que estos obispados llevan entre sí, como por una puerta que hay en aquella ciudad llamada de Magastro. Máximo Cesaraugustano dice que los godos á Murcia la llamaron Bigastro. Illici es Elche ó Alicante, Setabis Játiva. Demás desto Denia y Valencia, ciudades que caen entre sí cerca y conservan los nombres antiguos, ca Denia se llamó Dianium. Síguese el obispado de Valeria: hoy se llama Valera quemada. El de Segobriga, ciudad puesta donde al presente está la cabeza del Griego, pueblo así llamado, á dos leguas de Uclés. Algunos entendieron que Segobriga era Segorbe; pero engañóles la semejanza de nombre. Tambien era sufragáneo de Toledo el obispo de Arcabica, que estuvo antiguamente asentada entre Segobriga y Compluto, y por ventura es la misma que Ptolomeo llamó Percabica. Demás desto Compluto que es Alcalá, Sigüenza, Osma. Segovia y Palencia estaban sujetas por la misma forma al dicho arzobispo. Por donde se ve que la provincia de Toledo, aun en tiempo de los godos, se estendia mas que la provincia Cartaginense (cuya cabeza á la sazon era Toledo) pues todas las ciudades que hemos contado hasta aquí, le estaban sujetas y se encerraban en su distrito.

Las ciudades sufragáneas del arzobispado de Sevilla eran: la primera Itálica, que hoy es Sevilla la vieja, legua y media de aquella nobilísima ciudad cabeza de Andalucía: la segunda Asidonia, que fue ó Medina Sidonia como lo da á entender la semejanza del nombre, ó como otros piensan Jeréz de la Frontera por un templo que tiene de Nuestra Señora de Sidueña, y el moro Rasis llama aquella ciudad Jerez de Sidueña. Síguese Elepla ora sea Niebla, ora Lepe. Malaca hoy Málaga. Illiberris, ciudad puesta antiguamente dos leguas sobre Granada en un recuestro que hoy se llama monte de Elvira. Astigi, hoy Ecija. Córdoba conserva su nombre antiguo, Egabro, hoy es Cabra cerca de Vaena. La última ciudad era Tucci, que hoy se llama Martos. Este era el distrito del arzobispado de Sevilla, y las ciudades que dél dependian.

El metropolitano ó arzobispo de Mérida comprehendía debajo de su jurisdiccion las ciudades siguientes: Beja que se llama Pax Iulia, ciudad de la Lusitania. Lisboa, ciudad en que se ferian las riquezas de la India Oriental en nuestro tiempo, y que á ninguna de Europa reconoce ventaja en trato, riqnezas y grandeza. Ebora, á la cual los godos llamaron Elbora. Don Lucas de Tuy sintió que esta ciudad era la misma que en el reino de Toledo llamamos Talavera. Ossonoba, que se entiende se llama al presente Estombar, pueblo de Portugal cerca de Silves, do al presente está aquella cátedra y silla, que se trasladó á ella cuando se ganó de moros aquella ciudad, en que tambien hay un pueblo llamado Idania la vieja antiguamente Igeditania, ciudad asimismo contada entre las sufragáneas de Mérida. Conimbrica, hoy Coimbra: dos leguas della está Coimbra la vieja. Demás destas Viseo y Lameco, ciudades que conservan sus nombres antiguos. Caliabria, que pereció del todo, dado que Tudense y Marineo sospechan fue la que hoy se llama Montanges, por conjeturas á nuestro parecer no concluyentes. Salmántica, que por los godos fue llamada Salamántica, hoy Salamanca. La famosa Numancia, al presente Garay. Ultimamente Avila y Coria, que eran los postreros linderos de la provincia de Mérida.

Las ciudades sufragáneas de Braga eran estas: Dumio fue antiguamente un monasterio, que todavía hoy se conserva cerca de Braga. Portucale es la ciudad de Portu, por la parte que el rio Duero descarga en el mar, y deja formado un buen puerto: del puerto y de un pueblo que está allí cerca, llamado antiguamente Calè y hoy Caya, se compuso y derivó el nombre de Portugal. En el mismo distrito estaban la ciudad de Tuy y Orense, y el Padron que antiguamente se llamó Iria Flavia. Lucus hoy Lugo. Británica ó Bretonia, puesta entre Lugo y Astorga; hoy dos leguas de Mondoñedo hay un pueblo llamado Bretania, que por ventura es la misma Bretonia ó Británica. Fuera de estas ciudades Astorga y Leon eran sujetas al arzobispo de Braga. Con el arzobispo de Tarragona iban las ciudades siguientes: Barcino, hoy Barcelona, y en tiempo de los godos Barcinona. Egara puesta antiguamente entre Barcelona y Girona ciudad tambien sufragánea al mismo arzobispo. Allende desto Empurias, y Ausona que hoy se llama Vique de Osona, Urgel y Lérida, ciudades bien conocidas. Hictosa, cuyo asiento de todo punto se ignora. Tortosa, que llamaban Dertusa; Zaragoza, y tambien Pampilona que en latin se llama Pompelo, y por los godos fue llamada Pampilona: como tambien Calahorra era una de las dichas ciudades, en latin Calagurris, y que en tiempo de los godos la llamaron Calaforra. Tarazona eso mismo, fue uno destos obispados, en latin se dijo Turiasso, y por los godos Tirasona. Demás destas Auca era sujeta á Tarragona; cuyos rastros se ven mas allá de Burgos, y de su nombre tomaron los montes de Oca este apellido.

Esto cuanto á la provincia Tarraconense. Resta el arzobispo de Narbona en la Gallia Góthica, cuyas sufragáneas fueron las ciudades siguientes: Beterri que hoy se llama Besiers, y Plinio la llamó Biterræ Septumanorum, Agatha al presente ó es Agpe, ó Mompeller: Magalona una casa de recreacion del obispo de Mompeller, ó sea una isleta del mar allí cerca, tiene

(1) El documento en que se funda Mariana acerca de esta division se atribuia al obispo Itacio, y está demostrado que es obra de Pelagio obispo de Oviedo que vivia en el siglo doce, autor fabuloso y de ningun crédito.

segun dicen hoy este nombre. Nemauso es Nimes. Lateba, hoy Lodeve. Carcasona, Helena, hoy Enna en el condado de Ruisellon. Algunos autores dicen que los obispos de Tuy, de Lugo y de Leon ó por privilegio de Wamba, ó por costumbre antigua eran exentos, y no reconocian á ninguno de los metropolitanos ó arzobispos susodichos por superior: opinion que para seguilla no tiene bastantes fundamentos, en especial que arriba quedaron puestos entre los sufragáneos de Braga. En los concilios antiguos de España se hallan otrosí muchos nombres de obispados que no están en esta division de Wamba, si por haberse mudado las cosas con el tiempo, ó por estar las memorias y libros antiguos estragados, no lo sabria decir, mas de que los obispados son estos: el Cartaginense, el Epagrense, el Castulonense, el Fiblariense, el Eliocrocense, el Eminiense, el Iumonticiense, el Lamibrense, el Elotano, el Maguetense, el Laberricense; los cuales nombres casi todos no se conocen, ni aun de todas las ciudades arriba puestas se atinan los asientos en que estaban, ni faltaria por diligencia, si en cosas tan escuras hobiese algun camino para las averiguar de todo punto.

CAPITULO XVI.

De otra division de obispados que hizo Constancio Magno.

Lo que antes de ahora prometimos, y hasta aquí no lo hemos cumplido, quiero poner aquí despues de la division de Wamba la que antes dél hizo de los obispados en España el emperador Constantino, tomada puntualmente del moro Rasis (1), que dice desta manera: «Constantino puso obispos en muchas ciudades que no los tenian; y informado que »en España no los habia, dado que era de campiña »muy fértil, hermosa y arreada en todas maneras y »muy llena de moradores, hobo su acuerdo sobre »lo que debia hacer. Resolvióse seria espediente »criar en España obispos, que sin temor alguno li»bremente predicasen la fe cristiana. Para esto hizo »venir á su presencia personas á propósito: repartió »entre ellas las ciudades en esta guisa. Al primero »señaló por obispo de Narbona y otras siete ciuda»des, con poder de gobernar los pueblos en lo espi»ritual, y reformar las costumbres. Los nombres de »aquellas ciudades son estos: Besiers, Tolosa, Bagulo»na, Nimes, Carcasona. En esta ciudad hay una igle»sia con advocacion de Santa María gloriosa, escelente »por siete altares de plata que tiene, y por la mucha »gente que á ella acude, en especial una vez en el »año es mas señalado el concurso; tambien en los »demás tiempos es de gran fama y devocion: dista »de Barcelona diez jornadas. Demás estas ciudades »dieron al obispo narbonense á Luteba, y á Enna, ó »Helena que es lo mismo. Al segundo obispo fue en»comendada la ciudad de Braga, y con ella Dumio, »Portu, Orense, Oviedo, Astorga, Britonia, Iria ó »Compostella, Aliubra, Iria, Tuy. Despues destos dos »fue nombrado el obispo de Tarragona, al cual otrosí »quedaron sujetas las ciudades siguientes: Barcelo»na, Oca, Morada, (por ventura Girona) Baria (por »ventura Empurias) Oriola, Ilerda que es Lérida, »Tortosa, Zaragoza, Huesca, Pamplona, Calahorra. »El cuarto obispo fue de Cartagena: añadiéronle »otrosí á Toledo, Oreto, Játiva, Segobriga, Complu»to, Caraca, que es Guadalajara, Valencia, Murcia, »Baeza, Castulo, Montojia, Baza, Begena, por ven»tura se ha de leer Bigastra. Al quinto dió á Mérida »ciudad principal, y con ella le consiguió Pax Iulia »que es Beja, Lisbona, Egitania, Coimbra, Lamego, »Ebora, Coria, Lampa, que ó es Salamanca, ó un »pueblo llamada Lamaso en tierra de Ciudad-Rodri»go. El postrer obispo tuvo á Sevilla, y con ella Itáli»ca, Sericio de Sidueña, que es Jerez, Niebla en la»tin Elepla, Málaga, Illiberris, Astigi que es Ecija, »Egabro que es Cabra. Desta manera toda España »fue por el emperador Constantino dividida en seis »obispados. Y para mayor autoridad, y que la religion »tuviese su cabeza para gobernar y mandar, él se pasó »á Constantinopla, y se llamó rey de aquella ciudad, »como quier que los de antes de Roma. Ordenó y »mandó demás desto, que todo el resto de los cris»tianos obedeciese al señor de Roma, que acostum»braban llamar señor de aquellos que eran del ór»den sagrado. Llamábanle otrosí santo por el poder »que recibiera de Pedro apóstol, que Cristo le habia »dado.»

Esto dice de la manera susodicha aquel moro. Concuerda la general de don Alonso el Sabio, rey de Castilla, en que la division de los obispados en España fue hecha por Constantino Magno, y sigue el órden puesto de suso, mudados solamente algunos nombres de ciudades. De donde, y de la division de Wamba, y por conjeturas emendamos algunos nombres, que sin duda en el moro andan estragados; y sin embargo no nos atrevimos á llamar arzobispos á los que el moro da nombre de obispos como ignorante que era de las cosas de nuestra religion, de los grados y policía que en ella hay. Quedará el lector con lo dicho avisado.

CAPITULO XVII.

Del rey Ervigio.

Flavio Ervigio adquirió el reino malamente, como queda dicho; gobernóle empero bien y prudentemente. Cuanto á lo primero como considerase la inconstancia de las cosas humanas, que no perseveran largo tiempo en un mismo ser, y en particular que el poder adquirido por malas mañas muchas veces por el aborrecimiento que resulta en el pueblo, es abatido: que su predecesor era rey muy esclarecido y amado, y fuera por engaño despojado de su grandeza, y que esto la gente de los godos no lo ignoraba: por todas estas razones se recelaba de algun reves y trabajo. Parecióle para asegurar sus cosas tomar el camino que á otros reyes sus predecesores no salió mal, que fue cubrirse de la capa de religion. Con este intento convocó los prelados de todo el reino. Acudieron á Toledo treinta y cinco obispos. Túvose la primera junta á nueve dias de enero año del Señor de 681. Cuéntase este concilio por doceno entre los Toledanos. En él se establecieron muchas cosas, pero dos fueron las principales. La primera aprobar la eleccion de Ergivio; mas ¿cómo se atrevieran á negar lo que pedia, al que tenia las armas en la mano? Temeridad fuera, y no prudencia contrastar á su voluntad. Para este propósito absolvieron á los grandes del pleito homenaje que hicieron á Wamba. Alegaban que por la renunciacion que él mismo hizo, y por la nueva eleccion tenia perdida su fuerza el juramento y no obligaba.

La segunda cosa fue dar al arzobispo de Toledo autoridad para criar y elegir obispos en todo el reino, cuando el rey á cuyo cargo por antigua costumbre esto pertenecia, se hallase muy lejos; y que cuando estuviese presente, sin embargo confirmase los que por el rey fuesen nombrados: que fue una prerogativa y privilegio de grande importancia, y como

(1) Tanto esta division como la obra que corre con el nombre del moro Rasis, son sin duda producto de algun impostor ignorante, que para darle mayor autoridad la publicó con el nombre de aquel escritor que tenia alguna celebridad.

La division que Constantino hizo de la España fue, segun Sesto Rufo, en seis provincias, incluyendo la Transfretana de Africa, y estableció cinco metropolitanos en España en las capitales destas provincias, es á saber, Tarragona, Mérida, Sevilla, Braga y Cartagena, que lo eran de la Tarraconense, Cartaginense, Lusitana, Bética y Gallega.

abrir las zanjas y echar los cimientos de la primacía que esta iglesia tiene sobre las demás iglesias de España. Las palabras del decreto, que aunque oscuras, son muy notables, se pueden ver en el concilio (1). Firmaron las acciones deste concilio cuatro arzobispos, Juliano de Sevilla, Juliano de Toledo, Liuva de Braga, Stéphano de Mérida, ca parece que no obstante el privilegio concedido á la iglesia de Toledo, el de Sevilla no quiso dar al de Toledo el primer lugar, sino guardar su antigüedad, comoquier que en los concilios adelante siempre el de Toledo preceda en el asiento y firma á los demás metropolitanos. Despues desto, pasados dos años enteros, de nuevo por mandado del mismo rey Ervigio se juntaron en la misma ciudad treinta y ocho obispos y veinte y seis vicarios de obispos ausentes, y nueve abades, que con muchos señores y grandes que presentes se hallaron, celebraron en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo el concilio treceno de Toledo (2) á los cuatro del mes de noviembre año de nuestra salvacion de 683 : y del reinado de Ervigio el cuarto. Esta iglesia se entiende estuvo donde al presente la de San Pablo, do los padres dominicos estuvieron largo tiempo. Llámase pretoriense porque está fuera de los muros, de prætorium que es casa de campo.

En este concilio por voluntad del rey y decreto que hicieron los prelados, se dió perdon general á los que siguieron á Paulo. Las imposiciones y tributos se moderaron; y por escusar alborotos y por la gran falta de dinero soltaron á los particulares todo lo que por esta causa debian á las rentas reales. Todo esto se enderezaba á ganar las voluntades con muestra de clemencia y liberalidad: virtudes que en los príncipes cubren otros muchos males. Pretendia otrosí borrar la mancha de haberse apoderado del reino por malas mañas. Demás desto por cuanto muchos que no eran nobles, con diversos colores y trazas se apoderaban de las honras y oficios públicos, y por emparentar los godos nobles con los del pueblo su antigua nobleza en gran parte se estragaba y escurecia : se proveyó de remedio para este daño. Ultimamente en gracia del rey los obispos hicieron una ley del amparo para la reina Liubigotona y sus hijos, dado que el rey les faltase : en que se muestra lo mucho que temian al pueblo, que por el aborrecimiento del padre no se vengasen en los hijos y en su madre. Tambien se mandó á los obispos, que avisados, acudiesen á la córte para tener y celebrar la Pascua juntamente con el rey. Por una carta de Juliano arzobispo de Toledo á Idalio obispo de Barcelona se entiende como se trabó amistad entre los dos por venir el dicho obispo á la córte á celebrar la Pascua, como dejaron ordenado. Firman en este concilio los arzobispos Juliano de Toledo. Liuva de Braga, Stéphano de Mérida y Floresindo arzobispo de Sevilla.

Parece que este rey se pretendió señalar en juntar muchos concilios, porque el año luego siguiente por su diligencia y por mandado del papa, Leon Segundo deste nombre en Toledo á catorce de noviembre se dió principio al concilio decimocuarto Toledano que se juntó con intento que los obispos de España aprobasen y recibiesen un concilio que poco antes se celebrara en Constantinopla con asistencia de docientos y noventa prelados, y entre los concilios generales se cuenta por sexto. No pudieron acudir todos los obispos de España á causa de los frios del invierno, y por quedar muy gastados de los concilios pasados. Concurrieron diez y siete obispos casi todos de la provincia Cartaginense, y fuera dellos los procuradores de los arzobispos de Tarragona, Narbona, Mérida, Braga y Sevilla y de otros obispos ausentes hasta número de diez. Estos de comun acuerdo recibieron y aprobaron el susodicho concilio Constantinopolitano, que ellos contaban por quinto, y le pusieron luego despues del concilio Chálcedonense, ca fue comun engaño de aquel siglo en España, Africa y en Ilyrico no recibir el quinto concilio general que se tuvo en tiempo del emperador Justiniano : yerro en que tropezó tambien San Isidoro, como se entiende por diversos lugares de sus libros. Alegaban para esto que en aquel concilio quinto se reprobaron los escritos de Iba Edesseno y de Theodoro Mopsuesteno y de Theodorito obispo de Cyro, que son los tres capítulos tan nombrados en aquella era. Decian que el concilio Chálcedonense aprobó y recibió los dichos autores, y que no era lícito condenarlos. Todo esto procedia de no entender que puedan las personas ser aprobadas dado que sus opiniones se reprueben, como en efecto fue así que el concilio Chálcedonense aprobó las personas, el quinto concilio condenó sus escritos.

Finalmente los prelados de España condenaron los Menothelitas, y Apollinaristas, que ponian en Cristo solo una voluntad, conforme á lo decretado en el dicho concilio general. Demás desto una apología compuesta por Juliano arzobispo de Toledo, muy erudita, en nombre del concilio enviaron á Roma por medio de Pedro, regionario de la iglesia Romana, en que se contenian los principales capítulos y cabezas de nuestra fe. Cuando llegó á Roma por muerte del papa Leon presidia en su silla Benedicto, el cual juzgó que en aquella apología se decian algunas cosas no bien. Entre ellas una era que en la Santísima Trinidad la sapiencia procede de la sapiencia, y la voluntad de la voluntad : manera de hablar conforme á lo que en el símbolo confesamos. Dios de Dios y lumbre de lumbre. El pontífice juzgaba que semejantes maneras de hablar no se debian usar, ni estender mas de aquello que la Iglesia usaba. Ofendíale asimismo lo que Juliano decia de Cristo, es á saber que constaba de tres sustancias. Andaban estas demandas y respuestas entre Roma y España al mismo tiempo que Ervigio, sin embargo de las diligencias hechas para asegurarse en el reino, se hallaba en gran cuidado por parecerle que el aborrecimiento del pueblo todavía se continuaba; y que muerto él, sus hijos no serian bastantes para reparar este daño. Resolvióse de emparentar con el linaje de Wamba, y para esto casar á su hija Cixilona con un hombre principal de aquel linaje llamado Egica. Hízose así y juntamente le hizo jurar miraria con todo cuidado por el bien de la reina su suegra y de sus cuñados.

Hecho esto, y quitadas algunas leyes de Wamba algo rigurosas para tiempos y costumbres tan estragadas, y en particular templada la ley que trataba en razon de las levas de soldados, falleció de su enfermedad en Toledo á quince dias del mes de noviembre dia viernes año de 687. Reinó siete años y veinte y cinco dias. Su memoria y fama fue grande aunque ni agradable ni honrosa. Hobo en tiempo deste rey en España grande hambre : la puente y muros de Mérida fueron reparados con grande representacion de magestad. El sobrestante desta obra y trazador se llamó Sala, como se entiende por unos versos antiguos que andan entre las epigramas de Eugenio Tercero arzobispo de Toledo.

(1) En uno de sus cánones es donde se concede con permiso del rey el derecho de asilo á los que se refugian á las iglesias, y á treinta pasos alrededor de ellas; y se entreguen á los que los pidan prestando antes juramento que no se les hará ningun mal.

(2) Entre sus cánones se prescribe el modo de proceder contra los señores de la córte acusados de algun crímen.

Prohibe casarse con las viudas de los reyes.

Prohibe conferir los cargos de la córte á los esclavos y libertos, para que la sangre de la nobleza no se confunda con la de estas personas viles.

Que los obispos acudan al llamamiento del rey ó del metropolitano para celebrar alguna fiesta, consagrar alguna iglesia, ó para cualquiera cosa so pena de escomunion.

CAPITULO XVIII.

Del rey Egica.

El dia antes que muriese Ervigio, nombró por su sucesor en el reino á su yerno Egica. Y para que los grandes sin escrúpulo de conciencia le pudiesen jurar por rey, alzóles el pleito homenage que á él le tenian hecho. La uncion conforme á la costumbre de aquellos tiempos se hizo nueve dias adelante en Toledo un dia de domingo á veinte y cuatro de noviembre, luna decimaquinta, en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. Vióse en este rey como la memoria del agravio dura mas y es mas poderosa que la del beneficio, ca luego á los principios de su reinado dió muestra el rey Egica del odio que tenia concebido en su pecho contra su suegro, repudiando á su mujer Cixilona en venganza de su padre, dado que tenia della un hijo llamado Witiza. No falta quien diga que lo hizo á persuasion de Wamba (1), el cual asimismo debajo de muestra de piedad tenia encubierto el deseo de venganza y el aborrecimiento contra Ervigio hasta lo postrero de su edad. Demás desto castigó á algunos grandes del reino que tuvieron parte en el engaño y privacion del rey Wamba. Estas cosas se reprehenden especialmente en este rey, que por lo demás en virtudes, justicia y piedad se puede comparar con cualquiera de los reyes pasados. Señalóse igualmente en las artes de la paz y de la guerra: fue colmado y alabado de prudencia y de mansedumbre.

Allende desto movido de su devocion por no dar ventaja á los reyes sus predecesores en el deseo de aumentar la religion, dió órden que se juntase el décimoquinto concilio Toledano. Concurrieron de todas partes sesenta y seis obispos año del Señor de 688. Juntáronse á quince de mayo en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo. Lo que principalmente se trató, fue averiguar la fuerza que tenia el juramento que por respeto del rey Ervigio y por su mandado algunos años antes hicieron Egica y los grandes de amparar á la reina viuda y á sus hijos. La causa de dudar era que con la revuelta de los tiempos muchos fueron despojados de sus bienes, de que quedaban apoderados y los poseian la mujer é hijos de Ervigio. Preguntóse si por razon del juramento era prohibido así á los agraviados de ponelles demanda, como al rey de dar sentencia en su favor. Fue respondido de comun consentimiento de los prelados y del concilio que la santidad del juramento no debe favorecer á la maldad, y que antes se cumple con él en deshacer los agravios y volver por la justicia. Tratóse otrosí de responder á las tachas, que el pontífice Benedicto puso en el Apología que le envió el concilio pasado; y para este efecto Juliano con aprobacion de los demás prelados compuso un nuevo Apologético, en que pretende probar que en Dios procede voluntad de voluntad y sabiduría de sabiduría, y que Cristo nuestro Señor consta de tres sustancias, que era en lo que reparaba Benedicto, ca la palabra sustancia se puede tomar en significacion de naturaleza y de esencia; y no hay duda sino que en Cristo hay tres naturalezas, es á saber divinidad, cuerpo y alma. Demás desto las dicciones abstractas con que se significan las formas, á veces se toman por las concretas que significan los supuestos: de suerte que tanto es decir que sabiduría procede de sabiduría, como si dijera el hijo sabio procede del padre sabio.

(1) Atendida la virtud y religion de Wamba, y constando que murió cuando aun no hacia dos meses que reinaba Egica, no es verosímil que le aconsejase el repudio de su mujer, ni que lo hiciera el rey por no atraerse el odio del pueblo y de los grandes. La prueba de que no se divorció de Cixilona es que en el cánon siete del concilio diez y siete de Toledo, que se celebró el año siete de su reinado, se mandó que si la reina Cixilona llega á enviudar, nadie se atreva á molestarla pena de escomunion.

Cuando llegó esta disputa á Roma era difunto el papa Benedicto y puesto Segrio en su lugar, el cual segun que lo testifica el arzobispo don Rodrigo la alabó en grande manera. A nos parece algo mas libre de lo que sufria la modestia de Juliano, y la magestad del pontífice romano supremo pastor de la Iglesia; pero pocos en el ingenio y erudicion reconocen á nadie ventaja, y es dificultoso templar el fervor de la disputa, principalmente los que se sienten irritados. Era Juliano en aquel tiempo muy aventajado en érudicion, de que dan bastante muestra sus obras, en especial la que intituló Pronóstico del siglo venidero, y otra de las seis edades; libros que duran hasta hoy, las demás con el tiempo perecieron. Nació de padres judíos, fue dicípulo de Eugenio III su predecesor, muy amigo de Gudila arcediano de Toledo, sucedió á Quirico arzobispo de aquella ciudad, tuvo ingénio fácil, copioso y suave, en bondad y virtud fue muy señalado. Pasó desta vida en tiempo del rey Egica á ocho de marzo año de 690: su cuerpo fue sepultado en Santa Leocadia. Es contado en el número de los santos, como se ve por los martirologios y calendarios. Las faltas de su sucesor le hicieron mas señalado, ca le sucedió Sisberto hombre arrojado y malo, pues se atrevió á vestirse la casulla que del cielo se trajo á San Ildefonso, la cual hasta entonces sus predecesores por reverencia nunca habian tocado.

Deste principio se despeñó en mayores males; y es así de ordinario que se ciegan los hombres cuando la divina venganza los sigue y no quiere se emboten los filos de su espada. Olvidado pues de la dignidad que tenia, con corazon altivo y revoltoso se rebeló contra el rey. Era hombre astuto, y no le faltaba maña ni palabras para granjear las voluntades; y como el reino estuviese dividido en bandos, muchos así de los nobles como del pueblo se le arrimaron: de donde resultaron alborotos civiles y guerras con los de fuera, todo como se puede sospechar á persuasion de Sisberto. Tres veces se vino á las manos con los franceses, y otras tantas fueron desbaratados los godos, dado que ni el número de los que pelearon, ni de los muertos, ni los lugares donde las batallas se dieron se puede averiguar, que fue un notable descuido de aquellos tiempos; solo consta que el rey con su prudencia atajó los principios de la guerra civil que amenazaba mayores males. El arzobispo Sisberto causa principal de todos ellos fue condenado á destierro, primero por sentencia del rey, y despues de los prelados, que junto con esto le descomulgaron y despojaron del arzobispado. Para efectuar esto y otras cosas se juntaron en Toledo por mandado del rey en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo á dos de mayo año de 693 en número sesenta y seis obispos que se hallaron en este concilio, décimosesto entre los Toledanos. Pónese en él una confesion de la fe, y en ella en confirmacion de lo que antes determinaron, dicen por espresas palabras que en Dios procede voluntad de voluntad, sapiencia de sapiencia, esencia de esencia; y que Cristo nuestro Señor abajó á los infiernos. Dan por nobles y horros de tributos á todos los judíos que de corazon abrazasen la Religion Cristiana. Reformáronse las leyes de los godos. Mandóse que por la salud del rey, de sus hijos y nietos se hiciese oracion cada dia en todas las iglesias con rogativa que para esto ordenaron: deste principio entendemos se tomó la rogativa que hasta hoy en la misa se hace en España mudadas pocas palabras. Firmaron en este concilio en primer lugar Feliz, que de arzobispo de Sevilla en lugar de Sisberto pasó á la iglesia de Toledo, y con él firmaron Faustino, que de Braga pasara á Sevilla: Máximo de Mérida, Vera de Tarragona, Feliz arzobispo de Braga y obispo de Portu.

Estos mismos arzobispos con otros muchos prelados, aunque el número no se sabe, se juntaron el año luego siguiente en Toledo en la iglesia de Santa

Leocadia del arrabal. Allí á siete dias de noviembre celebraron el postrer concilio de los toledanos. No pudieron acudir sino muy pocos obispos de la Gallia Góthica á causa de cierta peste que heria por este tiempo en la tierra; y de la guerra que les daban los franceses comarcanos. Tratóse á instancia del rey de desarraigar de todo punto del reino los judíos, porque como el rey testificaba en un memorial que presentó al concilio, se habian comunicado con los judíos de Africa de levantarse y entregar á España á los moros. Que el mal cundiera mas de lo que se podia creer, y secretamente estaba derramado por todas las partes de España, si bien no habia pasado los Pirineos, ni entrado en la Francia. Que no era justo disimular y sufrir tan grave traicion: por tanto que confiriesen entre sí, y determinasen lo que se debia hacer. Esto propuso el rey: los prelados acordaron que todos los judíos se diesen por esclavos, y para que con la pobreza sintiesen mas el trabajo, que todos sus bienes fuesen confiscados: demás desto, que les quitasen los hijos luego que llegasen á la edad de siete años: y los entregasen á cristianos que los criasen y amaestrasen. Hicieron asimismo ley de amparo para la reina Cixilona y para sus hijos, caso que el rey muriese, aunque desde los años pasados como se dijo estaba repudiada: como tambien en un concilio de Zaragoza que se tuvo tres años antes deste, en general se hizo una ley en que se mandó que despues de la muerte del rey cualquiera reina para que nadie se le atreviese entrase en religion y se hiciese monja. Estas cosas fueron las que principalmente se decretaron en este concilio.

Tenia el rey en su mujer Cixilona un hijo llamado Witiza: determinóse su padre de hacelle compañero de su reino. Esto sucedió despues de haber él solo reinado por espacio de diez años. Dan desto muestra algunas monedas que se hallan acuñadas con los nom-



bres destos dos príncipes por reinar ambos juntamente. Cerca de la ciudad de Tuy en un valle muy deleitoso, de muchas fuentes y arboleda, hasta hoy se ven algunos paredones, rastros de un edificio real que levantó Witiza para su recreacion en el tiempo que hizo residencia en aquella ciudad, ca su padre por evitar alborotos y desabrimientos le envió al gobierno de Galicia donde fue el reino de los suevos. Falleció el rey Egica en Toledo de su enfermedad el año quinto adelante, que se contaba del Señor 701 (1) por el mes de noviembre. Acudió su hijo desde Galicia, y sin contradiccion fue recibido por rey, y ungido á fuer de los reyes godos á los quince del dicho mes de noviembre.

CAPITULO XIX.

Del rey Witiza.

El reinado de Witiza fue desbaratado y torpe de todas maneras, señalado principalmente en crueldad, impiedad y menosprecio de las leyes eclesiásticas. Los grandes pecados y desórdenes de España la llevaban de caida, y á grandes jornadas la encaminaban al despeñadero. Y es cosa natural y muy usada que cuando los reinos y provincias se hallan mas encumbrados en toda prosperidad, entonces perezcan y se deshagan: todo lo de acá abajo á la manera del tiempo, y conforme al movimiento de los cielos tiene su período y fin, y al cabo se trueca y trastorna, ciudades, leyes, costumbres. Verdad es que al principio Witiza dió muestra de buen príncipe, de querer volver por la inocencia y reprimir la maldad. Alzó el destierro á los que su padre tenia fuera de sus casas; y para que el beneficio fuese mas colmado los restituyó en todas sus haciendas, honras y cargos. Demás desto hizo quemar los papeles y procesos para que no quedase memoria de los delitos y infamias que les achacaron, y por los cuales fueron condenados en aquella revuelta de tiempos. Buenos principios eran estos, si continuara, y adelante no se trocara del todo y mudara. Es muy dificultoso enfrenar la edad deleznable y el poder con la razon, virtud y templanza. El primer escalon para desbaratarse fue entregarse á los aduladores, que los hay de ordinario y de muchas maneras en las casas de los príncipes: ralea perjudicial y abominable. Por este camino se despeñó en todo género de deshonestidades: enfermedad antigua suya, pero reprimida en alguna manera los años pasados por respeto de su padre. Tuvo gran número de concubinas con el tratamiento y estado como si fueran reinas y sus mujeres legítimas.

Para dar algun color y escusa á este desórden hizo otra mayor maldad: ordenó una ley en que concedió á todos que hiciesen lo mismo, y en particular dió licencia á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios para que se casasen. Ley abominable y fea; pero que á muchos y á los mas dió gusto. Hacian de buena gana lo que les permitian, así por cumplir con sus apetitos como por agradar á su rey: que es cierto género de servicio y adulacion imitar los vicios del príncipe; y los mas ponen su felicidad y contento en la libertad de sus sentidos y gustos. Hízose otrosí una ley en que negaron la obediencia al padre santo que fue quitar el freno del todo y la máscara, y el camino derecho para que todo se acabase y se destruyese el reino hasta entonces de bienes colmado por obedecer á Roma, y de toda prosperidad y buena andanza. Para que estas leyes tuviesen mas fuerza, se juntaron en Toledo los obispos á concilio, que fue el décimo octavo de los Toledanos. La junta fue en la iglesia de San Pedro y San Pablo del arrabal, donde á la sazon estaba un monasterio de monjas de San Benito. Era Gunderico arzobispo de Toledo. Los decretos deste concilio no se ponen ni andan entre los demás concilios, ni era razon por ser del todo contrarios á las leyes y cánones eclesiásticos. En particular contra lo que por leyes antiguas estaba dispuesto, se dió libertad á los judíos para que volviesen y morasen en España.

Desde entonces se comenzó á revolver todo y á despeñarse; porque dado á que muchos daba gusto el vicio, casi todos juzgaban mal dél, y en particular se desabrieron todos aquellos que eran aficionados á las leyes y costumbres antiguas, y muchos volvieron los ojos al linaje y sucesion del rey Chindasuintho para les volver la corona y poner remedio por este camino á tantos males. No se le encubrió esto á Witiza, que fue ocasion de embravecerse contra los de aquella casa, y lo que comenzó en vida de su padre que fue ensangrentar sus manos en aquel linaje, continuarlo como podia y llevarlo á cabo. Vivian dos hijos de Chindasuintho hermanos del rey Recesuintho, que se llamaban el uno Theodefredo, y el otro Favila. Theodefredo era duque de Cordoba, do para su entretenimiento edificó un palacio, á la sazon y aun despues muy nombrado. Estaba determinado de no ir á la córte por no asegurarse del rey, y pasar su vida en sus tierras y estado. Favila era duque de Cantábria

(1) Por los años de reinado que el mismo Mariana le señala, parece mas probable que su muerte fuese el año de 702.

ó Vizcaya, y en el tiempo que Witiza en vida de su padre residia en Galicia, anduvo en su compañía con cargo de capitan de la guarda, al cual los godos en aquel tiempo llamaban Protospatario. Matóle á tuerto Witiza con un golpe que le dió de un baston, y aun algunos sospechan para gozar mas libremente de su mujer en quien tenia puestos los ojos. Quedó de Favila un hijo llamado don Pelayo, el que adelante comenzó á reparar los daños y caida de España, y entonces acerca de Witiza hacia como teniente el oficio de su padre. Mas por su muerte se retiró á su estado de Cantábria, y el conde don Julian casado con hermana de Witiza fue puesto en el cargo de Protospatario.

Estas fueron las primeras muestras que Witiza en vida de su padre dió de su fiereza, y de la enemiga que tenia contra aquel nobilísimo linaje. Hecho rey, pasó adelante, y volvió su rábia contra don Pelayo y su tio Theodefredo: el tio magüer que retirado en su casa, privó de la vista, y le cegó: á don Pelayo no pudo haber á las manos, dado que lo procuró con todo cuidado, como tambien se le escapó don Rodrigo hijo de Theodefredo, que despues vino á ser rey. Don Pelayo por no asegurarse en España dicen se ausentó, y con muestra de devocion pasó á Jerusalen en romería. En confirmacion desto por largo tiempo mostraban en Arratia pueblo de Vizcaya los bordones de don Pelayo y su compañero, de que usaron en aquella larga peregrinacion. Resultó destas crueldades y de las demás torpezas y desórdenes deste rey que se hizo muy odioso á sus vasallos. Él perdida la esperanza de apaciguarlos por buenos medios, acordó de enfrenarlos con temor, y quitarles la manera de poderse levantar y hacer fuertes. Para esto mandó abatir las fortalezas y las murallas de casi todas las ciudades de España: digo casi todas, porque algunas fueron exentas deste mandato, como Toledo, Leon y Astorga, sea por no querer aceptalle, ó porque el rey se fiaba mas dellas que de las demás. Ultra desto por las mismas causas deshizo las armas del reino, en que consiste la salud pública y la libertad. El color que daba á mandatos tan exorbitantes, era el sosiego del reino y deseo que se conservase la paz, como quier que los tiranos luego que dellos se apodera la maldad, temen sus mismos reparos y ayudas, y los que ni la vergüenza retira de la torpeza, ni el temor de la crueldad, ni de la locura la prudencia, estos por asegurarse se suelen enredar y caer en mayores daños.

Era por este tiempo arzobispo de Toledo Gunderico sucesor de Feliz, persona de grandes prendas y partes, si tuviera valor y ánimo para contrastar á males tan grandes; que hay personas á quien aunque desplace la maldad, no tienen bastante ánimo para hacer rostro al que la comete. Quedaban otrosí algunos sacerdotes, que como por la memoria del tiempo pasado se mantuviesen en su puridad, no aprobaban los desórdenes de Witiza: á estos él persiguió y afligió de todas maneras hasta rendillos á su voluntad, como lo hizo Sinderedo sucesor de Gunderico, que se acomodó con los tiempos y se sujetó al rey en tanto grado que vino en que Oppas hermano de Witiza, ó como otros dicen hijo, de la iglesia de Sevilla cuyo arzobispo era, fuese trasladado á Toledo. De que resultó otro nuevo desórden, encadenado de los demás, que hobiese juntamente dos prelados de aquella ciudad contra lo que disponen las leyes eclesiásticas.

La muerte de Witiza fue conforme á la vida si bien los autores en la manera della se diferencian. El arzobispo don Rodrigo dice que fue muerto por conjuracion de don Rodrigo, que se ayudó para esto así de los de su valía como de los romanos, á los cuales se recogió cuando cegaron á su padre. El deseo de venganza y el miedo del peligro en que andaba, le dieron ánimo pára quitar la vida al que así le trataba. Su padre lo que le quedó de la vida, pasó en Córdova condenado á perpétuas tinieblas y cárcel. Otros autores muy diligentes afirman que Witiza murió de enfermedad en Toledo el año doceno de su reinado que se contaba de Cristo 711. Dejó dos hijos llamados el uno Eba y el otro Sisebuto: á estos como quier que unos los favoreciesen y otros al contrario, se levantaran en el reino recios temporales y torbellinos, cuyo remate fue la mas miserable desventura de cuantas se pudieran pensar.

CAPITULO XX.

De la genealogía destos reyes.

La misma cosa pide que pues por la disension de los godos y por estar divididas las voluntades entre dos linajes el uno de Chindasuintho, y el otro de Wamba, que pretendian ambos tener derecho á la corona, las cosas de España se despeñaron por este tiempo en su total perdicion; declaremos en breve la genealogía de la una familia y de la otra. Dejó Chindasuintho de su mujer Riciberga estos hijos: Recesuintho el mayorazgo qne le sucedió en el reino, Theodefredo y Favila, y una hija cuyo nombre no se sabe. Recesuintho falleció sin dejar sucesion. Así los grandes del reino pusieron en su lugar á Wamba. La hija de Chindasuintho casó con un conde llamado Ardebasto griego de nacion, el cual aunque desterrado de Constantinopla, por su valor y nobleza emparentó con el rey y tuvo por hijo á Hervigio, el que dió principio y fue causa de grandes males por apoderarse del reino, y quitarle como le quitó á Wamba, con malas mañas y engaño.

El rey Ervigio de su mujer Liubigotona tuvo una hija por nombre Cixilona, que casó con el rey Egica deudo que era del rey Wamba, casamiento que se enderezaba á quitar enemistades y soldar la quiebra de disensiones entre aquellas dos casas. Deste matrimonio nació Witiza el mayorazgo, y Oppas, prelado de Sevilla, y una hija que, (como dicen autores graves) casó con el conde don Julian. Hijos de Witiza fueron, como poco antes se dijo, Eba y Sisebuto. Theodefredo el segundo hijo de Chindasuintho hobo en su mujer Ricilona señora nobilísima á don Rodrigo, peste, tizon, y fuego de España. De Favila hijo tambien de Chindasuintho nació don Pelayo, bien diferente en costumbres de su primo, pues por su esfuerzo y valor comenzaron adelante á alzar cabeza las cosas de los cristianos en España, abatidas de todo punto, y destruidas por la locura de don Rodrigo. De don Pelayo traen su descendencia los reyes de España sin jamas cortarse la linea de su alcuña real hasta nuestro tiempo, antes siempre los hijos han heredado la corona de sus padres, ó los hermanos de sus hermanos, que es cosa muy de notar.

CAPITULO XXI.

De los principios del rey don Rodrigo.

Tal era el estado de las cosas de España á la sazon que don Rodrigo, escluidos los hijos de Witiza, se encargó del reino de los godos, por voto, como muchos sienten, de los grandes; que ni las voluntades de la gente se podian soldar por estar entre sí diferentes con las parcialidades y bandos, ni tenian fuerzas bastantes para contrastar á los enemigos de fuera. Hallábanse faltos de amigos que los socorriesen, y ellos por sí mismos tenian los cuerpos flacos y los ánimos afeminados á causa de la soltura de su vida y costumbres. Todo era convites, manjares delicados y vino; con que tenian estragadas las fuerzas, y con las deshonestidades de todo punto perdidas, y á ejemplo de los principales los mas del pueblo hacian una vida torpe y infame. Eran muy á propósito para levantar bullicios, para hacer fieros y desgarros; pero muy inhábiles para acudir á las armas y venir á las puña-

das con los enemigos. Finalmente el imperio y señorío ganado por valor y esfuerzo se perdió por la abundancia y deleites que de ordinario le acompañan. Todo aquel vigor y esfuerzo con que tan grandes cosas en guerra y en paz acabaron, los vicios le apagaron, y juntamente desbarataron toda la disciplina militar, de suerte que no se pudiera hallar cosa en aquel tiempo mas estragada que las costumbres de España, ni gente mas curiosa en buscar todo género de regalo.

Paréceme á mí que por estos tiempos el reino y nacion de los godos era grandemente miserable, pues como quier que por su esfuerzo hobiesen paseado gran parte de la redondez del mundo, y ganado grandes victorias y con ellas gran renombre y riquezas; con todo esto no faltaron quien por satisfacer á sus antojos y pasiones con corazones endurecidos pretendiesen destruirlo todo: tan grande era la dolencia y peste que estaba apoderada de los godos. Tenia el nuevo rey partes aventajadas, y prendas de cuerpo y alma que daban claras muestras de señaladas virtudes. El cuerpo endurecido con los trabajos, acostumbrado á la hambre, frio y calor y falta de sueño. Era de corazon osado para acometer cualquiera hazaña: grande su liberalidad, y estraordinaria la destreza para grangear las voluntades, tratar y llevar al cabo negocios dificultosos. Tal era antes que le entregasen el gobernalle; mas luego que le hicieron rey, se trocó, y afeó todas las sobredichas virtudes con no menores vicios. En lo que mas se señaló, fue en la memoria de las injurias, la soltura en las deshonestidades, y la imprudencia en todo lo que emprendia. Finalmente fue mas semejable á Witiza, que á su padre ni á sus abuelos. Hállanse monedas de oro acuñadas con el nombre de don Rodrigo: su rostro como de hombre armado y feroz, y por reverso estas palabras:



IGEDITANIA PIUS, mote puesto como se entiende mas por adulacion, que por él merecerlo, esto en general.

Las cosas particulares que hizo fueron estas: lo primero con nuevos pertrechos y fábricas ensanchó y hermoseó el palacio que su padre edificara cerca de Córdova, segun que ya se dijo; por donde los moros adelante le llamaron comunmente el palacio de don Rodrigo: así lo testifica Isidoro Pacense, historiador de mucha autoridad en lo que toca á las cosas deste tiempo. Demás desto llamó del destierro y tuvo cerca de sí á su primo don Pelayo con cargo de capitan de su guarda, que era el mas principal en la córte y casa real. Amábale mucho así por el deudo, como por haber los años pasados corrido la misma fortuna que él. Por el contrario el ódio que tenia contra Witiza comenzó á mostrar en el mal tratamiento que hacia á sus hijos en tanto grado que así por esto, como por el miedo que tenian de mayor daño, se resolvieron de ausentarse de la córte y aun de toda España, y pasar en aquella parte de Berbería que estaba sujeta á los godos, y se llamaba Mauritania Tingitana. Tenia el gobierno á la sazon de aquella tierra un conde por



Puerta de don Rodrigo en Toledo.

hombre Requilá lugarteniente, como yo entiendo, del conde don Julian, persona tan poderosa que demás desto tenia á su cargo el gobierno de la parte de España cercana al estrecho de Gibraltar, paso muy corto para Africa. Asimismo en la comarca de Consuegra poseia un gran estado suyo y muchos pueblos, riquezas y poder tan grande como de cualquiera otro del reino, y de que el mismo rey se pudiera recelar.

Estos fueron los primeros principios y como semilla de lo que avino adelante, ca los hijos de Witiza antes de pasar en Africa trataron con otras personas principales de tomar las armas. Pretendian estar malamente agraviados. Asistíales y estaba de su parte el arzobispo don Oppas, persona de sangre real y de muchos aliados. Otros asimismo lesacudian quién con deseo de vengarse, quién con esperanza de mejorar su partido, si la feria se revolvia: que tal es la costumbre de la guerra, unos bajan y otros suben. Fuera justo acudir á estos principios y desbaratar la semilla de tanto mal, pero antes en lugar desto de nuevo se enconaron las voluntades con un nuevo desórden y caso que sucedió y dió ocasion á los bulliciosos de cubrir y colorear la maldad (que hasta entonces temerian de comenzar) con muestra de justa venganza. Era costumbre en España que los hijos de los nobles se criasen en la casa real. Los varones acompañaban y guardaban la persona del rey, servian en casa y á la mesa; los que tenian edad iban en su compañía cuando salia á caza, y seguíanle á la guerra con sus armas: escuela de que salian gobernadores prudentes, esforzados y valerosos capitanes. Las hijas servian á la reina en su aposento: allí les amaestraban en toda crianza, hacer labor, cantar y danzar cuanto á mujeres pertenecia. Llegadas á edad, las casaban conforme á la calidad de cada cual. Entre estas una hija del conde don Julian llamada Cava, moza de estremada hermosura, se criaba en servicio de la reina Egilona. Avino que jugando con sus iguales descubrió gran parte de su cuerpo. Acechábalas el rey de cierta ventana, que con aquella vista fue de tal manera herido y prendado, que ninguna otra cosa podia de ordinario pensar. Avivábase en sus entrañas aquella deshonesta llama, y cebábase con la vista ordinaria de aquella doncella, que era la parte por do le entró el mal. Buscó tiempo y lugar á propósito, mas como ella no se dejase vencer con halagos, ni con amenazas y miedos, llegó su desatino á tanto que le hizo fuerza, con que se despeñó á sí y á su reino en su perdicion como persona estragada con los vicios, y desemparada de Dios.

Hallábase á la sazon el conde don Julian ausente en Africa, ca el rey le enviara en embajada sobre negocios muy importantes. Apretaba á su hija el dolor; y la afrenta recebida la tenia como fuera de sí: no sabia qué partido se tomase, si disimular, si dar cuenta de su daño. Determinóse de escribir una carta á su padre deste tenor: «Ojalá, padre y señor, ojalá »la tierra se me abriera antes que me viera puesta en »condicion de escribiros estos renglones, y con tan »triste nueva poneros en ocasion de un dolor y que»branto perpétuo. Con cuantas lágrimas escribo esto, »estas manchas y borrones lo declaran; pero si no »lo hago luego, daré sospecha que no solo el cuerpo »ha sido ensuciado, sino tambien amancillada el alma »con mancha é infamia perpétua. ¿Qué salida ten»drán nuestros males? ¿quién sin vos pondrá reparo »á nuestra cuita? Esperaremos hasta tanto que el »tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de »nuestra afrenta haga infamia mas pesada que la »misma muerte? ¡Avergüenzome de escribir lo que »no me os lícito callar, oh triste y miserable suerte! »En una palabra: vuestra hija, vuestra sangre, y de »la alcuña real de los godos, por el rey don Rodrigo, »al que estaba (mal pecado) encomendada como la »oveja al lobo, con una maldad increible ha sido afren»tada. Vos si sois varones hareis que el gusto que »tomó de nuestro daño, se le vuelva en ponzoña, y »no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nues»tro linaje y á nuestra casa.»

Grande fue la cuita con que esta carta cayó en el conde y con estas nuevas: no hay para qué encarecello, pues cada cual lo podrá juzgar por sí mismo: revolvió en su pensamiento diversas trazas, resolvióse de apresurar la traicion que poco antes tenian tramada, dió órden en las cosas de Africa, y con tanto sin dilacion pasó á España; que el dolor de la afrenta le aguijaba y espoleaba. Era hombre mañoso, atrevido, sabia muy bien fingir y disimular. Así llegado á la córte, con relatar lo que habia hecho y con acomodarse con el tiempo, crecia en gracia y privanza de suerte que le comunicaban todos los secretos, y se hallaba á los consejos de los negocios mas graves del reino, lo cual todo no se hacia solo por sus servicios y partes, sino mas aina por amor de su hija. Para encaminar sus negocios al fin que deseaba, persuadió al rey que pues España estaba en paz, y los moros y franceses por diversas partes corrian las tierras de Africa y de Francia, que enviase contra ellos á aquellas fronteras todo lo que restaba de armas y caballos; que era desnudar el reino de fuerzas para que no pudiese resistir.

Concluido esto como deseaba, dió á entender que su mujer estaba en Africa doliente de una grave y larga enfermedad: que ninguna cosa la podria tanto alentar, como la vista de su hija muy amada; que esto lo avisaban y certificaban por sus cartas asíella como los de su casa. Fue la diligencia que en esto puso tan grande, que el rey dió licencia sea forzado de la necesidad, mayormente que prometia seria la vuelta en breve, sea por estar ya cansado y enfadado como suele acontecer de aquella conversacion. En la ciudad de Málaga, que está á las riberas del mar Mediterráneo, hay una puerta llamada de la Cava, por donde sé dice como cosa recebida de padres á hijos, que salió esta señora para embarcarse. A la misma sazon el rey, que por tantos desórdenes era aborrecido de Dios y de las gentes, cometió un nuevo desconcierto con que dió muestra de faltarle la razon y prudencia.

Habia en Toledo un palacio encantado, como lo cuenta el arzobispo don Rodrigo, cerrado con gruesos cerrojos y fuertes candados para que nadie pudiese en él entrar, ca estaban persuadidos así el pueblo como los principales que á la hora que fuese abierto, seria destruida España. Sospechó el rey que esta voz era falsa para efecto de encubrir los grandes tesoros que pusieron allí los reyes pasados. Demás desto movido por curiosidad, sin embargo que le ponian grandes temores, como sean las voluntades de los reyes tan determinadas en lo que una vez proponen, hizo quebrantar las cerraduras. Entró dentro: no halló algunos tesoros, solo un arca, y en ella un lienzo y en él pintados hombres de rostros y hábitos extraordinarios con un letrero en latin que decia: POR ESTA GENTE SERA EN BREVE DESTRUIDA ESPAÑA. Los trajes y gestos parecian de moros: así los que presentes se hallaron, quedaron persuadidos que aquel mal y daño vendria de Africa; y no menos arrepentido el rey aunque tarde de haber sin propósito y á grande riesgo escudriñado y sacado á luz misterios encubiertos hasta entonces con tanto cuidado. Algunos tienen todo esto por fábula, por invencion y patraña: nos ni la aprobamos por verdadera, ni la desechamos como falsa: el lector podrá juzgar libremente, y seguir lo que le pareciere probable: no pareció pasalla en silencio por los muchos y muy graves autores que la relatan, bien que no todos de una manera (1).

(1) Los Cronicones de Isidoro, de Dulcidio, El Emiliense, y el del rey don Alonso, que son los mas antiguos, no hablan una palabra ni de la Cava ni del conde don Julian.

CAPITULO XXII.

De la primera venida de los moros en España (1).

Las armas de los sarracenos por estos tiempos volaban por todo el mundo con grande valor y fama. Tuvo esta canalla su orígen y principio en Arabia, y á Mahoma por caudillo, el cual primeramente engañó mucha gente con color de religion. Despues se apoderó de las partes y provincias de Levante: desde allí se estendió hácia Mediodia, y en breve espacio de tiempo llegó hasta las postreras tierras de Occidente. Consideró el emperador Heraclio el peligro que amenazaba; y así despues que venció á Cosroes rey de Persia y se apoderó de la Asia, procuró con maña atajar en sus principios esta peste: dió sueldo á cuatro mil sarracenos de los mas nobles y valientes. Mostró con esto querer honrallos y hacer dellos confianza, como quier que á la verdad pretendiese tenerlos cerca de sí para seguridad que no levantasen segun que habian comenzado, nuevas alteraciones y guerras. Sucedió que pidieron cierto vestido debido á los soldados por una ley de Justiniano que hasta hoy se conserva. Nególes su peticion el prefecto del fisco, que en tiempo tan estragado era un eunuco: díjoles palabras afrentosas, es á saber: «¿qué sobra á los soldados romanos que se pueda dar á estos canes?» Irritáronse ellos con aquella respuesta y palabra de aquel hombre afeminado. Levantaron sin dilacion sus banderas y vueltos á su tierra, se apoderaron de muchas ciudades comarcanas del imperio romano. Sujetaron á Egipto y á los persas, flacos á la sazon y sin fuerzas, por las victorias que poco antes sobre ellos ganaron los romanos; y no solo los sujetaron como vencedores, sino tambien los compelieron á que profesasen la ley y tomasen el nombre de sarracenos. Con el mismo ímpetu tomaron toda la Suria, y diversas veces acometieron la Africa, en que los trances fueron diferentes, en á veces vencian, y á veces al contrario; mas últimamente salieron con la empresa.

Fue así que el rey desta gente por nombre Abimelech con un grueso ejército se metió por Africa y se puso sobre Cartago: tomóla y echóla por tierra, pero sin embargo fueron vencidos y echados de toda la Africa por Juan prefecto del pretorio, gobernador á la sazon de aquellas partes. Tornábanse á rehacer para entrar de nuevo con mas fuerzas y mas bravos, por este respeto Juan se embarcó y pasó á Constantinopla para pedir gente de socorro al emperador Leoncio, que fue el año del Señor de setecientos poco mas ó menos. Las legiones romanas que en Africa y en Cartago quedaban, cansadas de esperar ó con deseo de novedades, alzaron por emperador á un Tiberio Apsimaro, y para apoderalle del imperio pasaron con él á la misma ciudad de Constantinopla. Con esto quedó Africa desapercibida y flaca: acometiéronla de nuevo y sujetáronla los sarracenos. Pasaron adelante, y hicieron lo mismo en la Numidia y en las Mauritanias sin parar hasta el mar Océano y Atlántico, fin y remate del mundo. Era señor de toda aquella gente y de aquel imperio Ulit: llamábase miramamolin, que era apellido de supremo emperador. Gobernaba en su nombre lo de Africa Muza hombre feroz, en sus consejos prudente, y en la ejecucion presto. El conde don Julian luego que alcanzó licencia del rey para pasar en Africa, de camino se vió con las cabezas de la conjuracion para mas prendallos, hablóles conforme al apetito de cada cual: prometia á unos riquezas, á otros gobiernos, con todos blasonaba de sus fuerzas, y encarecia la falta que dellas el rey tenia. No lejos de la villa de Consuegra está un monte llamado Calderino, y porque este nombre en arábigo quiere decir monte de traicion, los de aquella comarca se persuaden, como cosa recebida de sus antepasados, que en aquel monte se juntaron el conde y los demás para acordar, como acordaron, de llamar los moros á España.

Llegado en Africa, lo primero que hizo fue irse á ver con Muza: declaróle el estado en que las cosas de España se hallaban: quejóse de los agravios que el rey tenia hechos sin causa así á él como á los hijos del rey Witiza, que demás de despojarlos de la herencia de su padre, los forzaba á andar desterrados, pobres y miserables, y sin refugio alguno; dado que no los faltaban las aficiones de muchos, que llegada la ocasion se declararian. Que en buena sazon para acometer á España, y por este camino apoderarse de toda la Europa en que hasta entonces no habian podido entrar; solo era necesario usar de presteza para que los contrarios no tuviesen tiempo de aprestarse. Encarecíale la facilidad de la empresa, á que se ofrecia salir él mismo con pequeña ayuda que de Africa le diesen, confiado en sus aliados. Que por tener en su poder (de la una y de la otra parte del estrecho) las entradas de Africa y de España, no dudaria de quitar la corona á su contrario.

No le parecia al bárbaro mala ocasion esta; solo dudaba de la lealtad del conde si por ser cristiano guardaria lo que pusiese. Parecióle comunicar el negocio con el miramamolin (2). Salió acordado que con poca gente se hiciese primero prueba de las fuerzas de España, y si las obras del conde eran conforme á sus palabras. Era Muza hombre recatado: hallábase ocupado en el gobierno de Africa, empeñado en muchos y graves negocios. Envió al principio solos ciento de á caballo y cuatrocientos de á pié repartidos en cuatro naves. Estos acometieron las islas y marinas cercanas al estrecho (3). Sucedieron las cosas á su propósito, que muchos españoles se les pasaron. Con esto de nuevo envió doce mil soldados, y por su capitan Tarif por sobrenombre Abenzarca, persona de gran cuenta, dado que le faltaba un ojo. Para que fuese el negocio mas secreto, y no se entendiese donde se encaminaban estas tramas, no se apercibió armada en el mar, sino pasaron en naves de mercaderes. Surgieron cerca de España y lo primero se apoderaron del monte Calpe y de la ciudad de Haraclea que en él estaba, y en lo de adelante se llamó Gibraltar, de Gebal que en arábigo quiere decir monte, y de Tarif el general; de cuyo nombre tambien, como muchos piensan, otra ciudad allí cerca llamada antiguamente Tartesso tomó nombre de Tarifa.

Tuvo el rey don Rodrigo aviso de lo que pasaba, de los intentos del conde, y de las fuerzas de los moros. Despachó con presteza un su primo llamado Sancho (4) (hay quien se llama Iñigo) para que le saliese al encuentro. Fué muy desgraciado este principio, y como pronóstico y mal agüero de lo de adelante. El ejército era compuesto de toda broza, y como gente allegadiza, poco ejercitada; ni tenian fuerza en los cuerpos, ni valor en sus ánimos: los escuadrones mal formados, las armas tomadas de orin, los caballos ó flacos ó regalados, no acostumbrados á sufrir el polvo, el calor, las tempestades. Asentaron su real cerca de Tarifa: tuvieron encuentros y escaramuzas, en que los nuestros llevaron siempre lo peor, últimamente ordenadas las haces,

(1) Mucho antes habian intentado invasiones que fueron rechazadas. quizá por esta razon nuestro autor llama primera esta venida.

(2) Fue con el califa Ulit que tenia su córte en Damasco de Siria, en cuyo nombre Muza hacia la guerra.

(3) Ningun escritor habla de tales islas cercanas al estrecho. Apoderado Tarif del monte Calpe, porque su tropa estaba descontenta de la empresa y queria retirarse, quemó las naves para que no pudieran pasar el estrecho.

(4) Tampoco escritor antiguo que merezca fe hace mencion de esta primera accion entre godos y árabes que cuenta Mariana.

se dió la batalla, que estuvo por algun espacio en pero sin declarar la victoria por ninguna de las partes, pero al fin quedó por los moros el campo. Sancho, el general muerto, y con él parte del ejército, los demás se salvaron por los piés. Pasaron los bárbaros adelante engreidos con la victoria: talaron los campos del Andalucía y de la Lusitania; tomaron muchos pueblos por aquellas partes, en particular la ciudad de Sevilla por estar desmantelada y sin fuerzas.

Sucedió esta primera desgracia el año 713, en el cual Sinderedo arzobispo de Toledo por la revuelta de los tiempos ó por la insolencia del rey se ausentó de España. Pasó á Roma, do los años adelante se halló en un concilio lateranense que se celebró por mandado del papa Gregorio III. Por su ausencia los canónigos de Toledo trataron de elegir nuevo prelado por no carecer de pastor en tiempo tan desgraciado. No hicieron caso de don Oppas como de intruso y entronizado contra derecho. Dieron sus votos á Urbano que era primicierio de aquella iglesia, que era lo mismo que chantre, persona de conocidas partes y virtud; pero porque su eleccion fue en vida de Sinderedo, y parece no fue confirmada por quien de derecho lo debia ser, los antiguos no lo contaron en el número de los prelados de Toledo, como se saca de algunos libros antiguos en que se pone la lista y catálogo de los arzobispos de aquella ciudad.

CAPITULO XXIII.

De la muerte del rey don Rodrigo.

Cosas grandes eran estas y principios de mayores males; las cuales acabadas en breve, los caudillos Tarif y el conde don Julian dieron vuelta á Africa para hacer instancia, como lo hicieron, á Muza que les acudiese con nuevas gentes para llevar adelante lo comenzado. Quedó en rehenes y para seguridad de todo el conde Requila: con que mayor número de gente á pié y de á caballo vino á la misma conquista. Era tan grande el brio que con las victorias pasadas y con estos nuevos sócorros cobraron los enemigos, que se determinaron á presentar la batalla, al mismo rey don Rodrigo, y venir con él á las manos. El movido del peligro y daño, y encendido en deseo de tomar enmienda de lo pasado y de vengarse, apellidó todo el reino. Mandó que todos los que fuesen de edad, acudiesen á las banderas. Amenazó con graves castigos á los que lo contrario hiciesen. Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que menos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y aun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y aun sin fuerzas para sufrir los trabajos y incomodidades de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones.

Este fue el ejército con que el rey marchó la vuelta del Andalucía. Llegó por sus jornadas cerca de Jerez, donde el enemigo estaba alojado. Asentó sus reales y fortificólos en un llano por la parte que pasa el rio Guadalete. Los unos y los otros deseaban grandemente venir á las manos los moros orgullosos con la victoria, los godos por vengarse, por su patria, hijos, mujeres y libertad no dudaban poner á riesgo las vidas, sin embargo que gran parte dellos sentian en sus corazones una tristeza estraordinaria, y un silencio cual suele caer á las veces como presagio del mal que ha de venir sobre algunos. Al mismo rey, congojado de cuidados entre dia, de noche le espantaban sueños y representaciones muy tristes. Pelearon ocho dias continuos en un mismo lugar: los siete escaramuzaron, como yo lo entiendo, á propósito de hacer prueba cada cual de las partes de las fuerzas suyas y de los contrarios. Del suceso no se escribe: debió ser vario; pues el octavo dia se resolvieron de dar la batalla campal, que fue domingo á nueve del mes que los moros llaman xavel ó schaval, así lo dice don Rodrigo, que vendria á ser por el mes de junio conforme á la cuenta de los árabes; pero yo mas creo fue á once de noviembre (1) dia de San Martin, segun se entiende del cronicon Alvendense año de nuestra salvacion de 714.

Estaban las haces ordenadas en guisa de pelear. El rey desde un carro de marfil, vestido de tela de oro y recamados, conforme á la costumbre que los reyes godos tenian cuando entraban en las batallas; habló á los suyos en esta manera: «Mucho me alegro, soldados, que haya llegado el tiempo de vengar las injurias hechas á nosotros y á nuestra santa »fe por esta canalla aborrecible á Dios y á los hombres. ¿Qué otra causa tienen de movernos guerra, »si no pretender de quitar la libertad á vos, á vuestros hijos, mujeres y patria: saquear y echar por »tierra los templos de Dios: hollar y profanar los altares, sacramentos y todas las cosas sagradas, como »lo han hecho en otras partes? Y casi vereis con los »ojos y con las orejas ois el destrozo y ruido de los »que han abatido en buena parte de España. Hasta »ahora han hecho guerra contra eunucos: sientan »qué cosa es acometer á la invencible sangre de los »godos. El año pasado desbarataron un pequeño número de los nuestros: engreidos con aquella victoria, y por haberlos Dios cegado han pasado tan »adelante que no podrán volver atrás sin pagar los »insultos cometidos. El tiempo pasado dábamos guerra »á los moros en su tierra, corriamos las tierras de »Francia; al presente (oh grande mengua, y digna que »con la misma muerte si fuere menester se repare) »somos acometidos en nuestra tierra: tal es la condicion de las cosas humanas, tales los reveses y »mudanzas. El juego está entablado de manera que »no se podrá perder; pero cuando la esperanza de »vencer no fuese tan cierta, debe aguijonarnos y »encendernos el deseo de la venganza. Los campos »están bañados de la sangre de los vuestros, los »pueblos quemados y saqueados, la tierra toda asolada: ¿quién podrá sufrir tal estrago? Lo que ha »sido de mi parte, ya veis cuan grande ejército tengo »juntando, apenas cabe en estos campos, las vituallas »y almacen en abundancia, el lugar es á propósito, »á los capitanes tengo avisado lo que han de hacer, »proveido de número de soldados de respeto para »acudir á todas partes. Demás desto hay otras cosas »que ahora se callan, y al tiempo del pelear vereis »cuan apercibido está todo. En vuestras manos solo »dados consiste lo demás: tomad ánimo y coraje, y »llenos de confianza acometed los enemigos, acordaos de vuestros antepasados, del valor de los godos; »acordaos de la Religion Cristiana debajo de cuyo »amparo y por cuya defensa peleamos.» Al contrario Tarif, resuelto asimismo de pelear; sacó sus gentes, y ordenados sus escuadrones, les hizo el siguiente razonamiento: «Por esta parte se estiende el Océano, »fin último y remate de las tierras, por aquella parte »nos cerca del mar Mediterráneo; nadie podrá escapar con la vida, sino fuere peleando: no hay lugar »de huir, en las manos y en el esfuerzo está puesta »toda la esperanza. Este dia ó nos dará el imperio de »Europa ó quitará á todos la vida. La muerte es fin »de los males, la victoria causa de alegría: no hay cosa »mas torpe que vivir vencidos y afrentados: los que »habeis domado la Asia y la Africa, y al presente no »tanto por mi respeto, cuanto de vuestra voluntad »acometeis á haceros señores de España, debeis os »membrar de vuestro antiguo esfuerzo y valor, de »los premios, riquezas y renombre inmortal que ga-

(1) La famosa batalla en que fue derrotado don Rodrigo se dió el dia 5 de octubre del año 711, segun el marqués de Mondejar.

»nareis. No os ofrecemos por premio los desiertos de »Africa, sino los gruesos despojos de toda Europa: »cá vencidos los godos, demás de las victorias grandes »el tiempo pasado, ¿quién os podrá contrastar? ¿Te»mereis por ventura este ejército sin armas, juntado »de las heces del vulgo, sin órden y sin valor? Que »no es el número el que pelea, sino el esfuerzo: »ni vencen los muchos, sino los denodados: con su »muchedumbre se embarazarán, y sin armas, con »las manos desnudas los vencereis. Cuando tenian »las fuerzas enteras, los desbaratasteis; por ventura »ahora perdida gran parte de sus gentes, acobarda»dos con el miedo alcanzarán victoria? La alegria »pues y el denuedo que en vos véo, cierto presagio »de lo que será, esa llevad á la pelea confiados en »vuestro esfuerzo y felicidad, en vuestra fortuna y »en vuestros hados. Arremeted con el ayuda de Dios »y de nuestro profeta Mahoma, venced los enemigos »que traen despojos, no armas. Trocad los ásperos »montes, los collados pelados por el gran calor, las »pobres chozas, de África con los ricos campos y »ciudades de España. En vuestras diestras consiste »y llevais el imperio, la salud, el alegria del tiempo »presente, y del venidero la esperanza.»

Encendidos los soldados con las razones de sus capitanes, no esperaban otra cosa que la señal de acometer. Los godos al son de sus trompetas y cajas se adelantaron, los moros al son de los atabales de metal á su manera encendian la pelea: fue grande la griteria de una parte y de la otra, parecia undirse montes y valles. Primero con hondas, dardos y todo género de saetas y lanzas se comenzó la pelea, despues vinieron á las espadas. La pelea fue muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, y los otros por vencer. La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse: solos los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y aun volver las espaldas, cuando don Oppas (oh increible maldad!) disimulada hasta entonces la traicion, en lo mas recio de la pelea según que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos. Juntóse con don Julian que tenia consigo gran número de los godos, y de través por el costado mas flaco acometió á los nuestros. Ellos atónitos con traicion tan grande, y por estar cansados de pelear no pudieron sufrir aquel nuevo ímpetu, y sin dificultad fueron rotos y puestos en huida, no obstante que el rey con los mas esforzados peleaba entre los primeros y acudia á todas partes, socorria á los que veia en peligro, en lugar de los heridos y muertos ponia otros sanos, detenia á los que huian á veces con su misma mano, de suerte que no solo hacia las partes de buen capitan, sino tambien de valeroso soldado. Pero al último perdida la esperanza de vencer, y por no venir vivo en póder de los enemigos saltó del carro y subió en un caballo llamado Orelia que llevaba de respeto para lo que pudiese suceder: con tanto él se salió de la batalla.

Los godos que todavía continuaban la pelea, quitada esta ayuda, se desanimaron, parte quedaron en el campo muertos, los demás se pusieron en huida, los reales y el bagaje en un momento fueron tomados. El número de los muertos no se dice, entiendo yo que por ser tantos no se pudieron contar; que á la verdad esta sola batalla despojó á España de todo su arreo y valor. Dia aciago, jornada triste y llorosa. Allí pereció el nombre ínclito de los godos: allí el esfuerzo militar, allí la fama del tiempo pasado, allí la esperanza del venidero se acabaron; y el imperio que mas de trescientos años habia durado, quedó abatido por esta gente feroz y cruel. El caballo del rey don Rodrigo, su sobrevesta, corona y calzado sembrado de perlas y pedreria fueron hallados á la ribera del rio Guadalete: y como quier que no se hallasen algunos otros rastros dél, se entendió que en la huida murió ó se ahogó á la pasada del rio. Verdad es que como docientos años adelante en cierto templo de Portugal en la ciudad de Viseo se halló una piedra con un letrero en latin, que vuelto en romance dice:

AQUI REPOSA RODRIGO ÚLTIMO
REY DE LOS GODOS.

Por donde se entiende que salido de la batalla, huyó á las partes de Portugal. Los soldados que escaparon como testigos de tanta desventura tristes y afrentados se derramaron por las ciudades comarcanas. Don Pelayo de quien algunos sospechan se halló en la batalla, perdida toda esperanza, parece se retiró á lo postrero de Cantabria ó Vizcaya que era de su estado: otros dicen que se fue á Toledo. Los moros no ganaron la victoria sin sangre, que dellos perecieron casi diez y seis mil. Fueron los años pasados muy estériles, y dejada la labranza de los campos á causa de las guerras, España padeció trabajos de hambre y peste. Los naturales enflaquecidos con estos males tomaron las armas con poco brio; los vicios principalmente y la deshonestidad los tenia de todo punto estragados, y el castigo de Dios los hizo despeñar en desgracias tan grandes.

CAPITULO XXIV.

Que los cristianos se fueron á las Asturias.

Gobernaba la iglesia de Roma el papa Constantino, el imperio de Oriente Anastasio por sobrenombre Artemio, rey de Francia era Childeberto Tercero de aquel nombre á la sazon que España estaba toda llena de alboroto y de llanto no solo por la pena y cuita del mal presente, sino tambien por el miedo de lo que para adelante se aparejaba: no faltaba algun género de desventura, pues el vencedor con la licencia y libertad que suele, afligia todos los vencidos de cualquier edad ó condicion que fuesen. Un buen golpe de los que escaparon de aquella desastrada batalla se recogieron á Ecija ciudad que no caia lejos, y en aquel tiempo bien fortificada de muros. Con esto se juntaron los ciudadanos; y animados á tratar del remedio, aunque fuese con riesgo de sus vidas, salvar lo que quedaba, y vengar si pudiesen las injurias, no dudaron de salir al campo y pelear de nuevo con el vencedor, que ejecutaba el alcance y perseguia lo que restaba de los godos. El suceso de esta batalla fue el mismo que el pasado, de nuevo fueron los nuestros desbaratados y puestos en huida; los que escaparon de la matanza, se fueron por diversos lugares: la ciudad por estar desnuda de gente de guerra quedó en poder del vencedor, y por su mandado la echaron por tierra.

Despues desto por consejo y á persuasion del conde don Julian se dividieron los moros en dos partes: los unos debajo de la conducta de Magued, renegado de la Religion Cristiana, se encaminaron á Córdoba, que por estar desamparada de sus moradores que por miedo del peligro se fueron á Toledo, fácilmente fue puesta en sujecion y tomada por aviso de un pastor, que en los muros cerca de la puente les mostró cierta parte por donde entraron, ayudados asimismo del silencio de la noche y muertas las centinelas. El gobernador de la ciudad se hizo fuerte en un templo que se llamaba San Jorge, en que se mantuvo por espacio de tres meses; pero á cabo deste tiempo como huyese, fue preso y vino en poder de los moros: el templo entraron por fuerza, y pasaron á cuchillo todos los que en él estaban. Con la otra parte del ejército Tarif saqueaba y talaba, y metia á fuego y á sangre lo restante de Andalucía, y corria los vencidos por todas partes. Montesa fue tomada por fuer-

za y destruida, de la cual dice el arzobispo don Rodrigo caia cerca de Jaen; pero á la verdad algo mas apartada estaba. En Málaga, en Illiberris y en Granada pusieron guarnicion de soldados. Murcia se rindió á partido, que sacó el gobernador aventajado, como buen soldado y sagaz que era, ca despues que en un encuentro fue vencido por los moros: puso las mujeres vestidas como hombres en la muralla: los moros con aquella maña persuadidos que habia dentro gran número de soldados, le otorgaron lo que pidió. De Murcia dice el mismo don Rodrigo que en aquel tiempo se llamaba Oreola. Demás desto los judíos mezclados con los moros fueron puestos por moradores en Córdoba y en Granada á causa que los cristianos se habian ido á diversas partes, y dejádolas vacías.

Restaba Toledo ciudad puesta en el riñon de España, de asiento inespugnable. El arzobispo Urbano, sin embargo de su fortaleza, se habia retirado á las Asturias, y llevado consigo las sagradas reliquias porque no fuesen profanadas por los enemigos del nombre cristiano, en particular llevó la vestidura traida á San Ildefonso del cielo, y un arca llena de reliquias, que por diversos casos fuera llevada á Jerusalén, y despues parara en Toledo. Llevó asimismo los libros sagrados de la Biblia, y las obras de los



Batalla de Guadalete.

santos varones Isidoro, Ildefonso, Juliano (muestras de su erudicion y santidad, tesoros mas preciosos que el oro y las perlas) porque no fuesen abrasados con el fuego que destruia todo lo demás. En compañía de Urbano para mayor seguridad fue don Pelayo, como se halla escrito en graves autores. Y para que estos tesoros celestiales estuviesen mas libres de peligro, en lo postrero de España los pusieron en una cueva debajo de tierra, distante dos leguas de donde despues se edificó la ciudad de Oviedo. Desde el cual tiempo se llamó aquel lugar el Monte Santo, y de muy antiguo es tenido en gran devocion por los pueblos comarcanos de donde todos los años acude allí gran muchedumbre, principalmente la fiesta de la Magdalena. Hicieron asimismo compañía á Urbano y á don Pelayo los mas nobles y ricos ciudadanos de Toledo por estar mas lejos del peligro, seguir el ejemplo de su prelado, y conservarse para mejor tiempo.

Juntáronse los moros de diversas partes, en que todo les sucedia prósperamente, para poner cerco á Toledo. Llevaron por su caudillo á Tarif, y por las causas ya dichas fácilmente se apoderaron de toda aquella ciudad, silla de los reyes godos y lumbre de toda España. En la manera cómo se tomó hay opiniones diferentes. El arzobispo don Rodrigo dice que los judíos que quedaron en la ciudad, y estaban á la mira sin poner á riesgo sus cosas ora venciesen, ora fuesen vencidos los españoles, y tambien por el odio del nombre cristiano sin dilacion abrieron las puertas á los vencedores, y á ejemplo de lo que se hizo en Córdoba y en Granada, los judíos y moros fueron en ella puestos por moradores. Don Lucas de Tuy al contrario afirma que los cristianos de Toledo confiados en la fortaleza del sitio, magüer que eran en pequeño número, sin fuerzas y sin esfuerzo, sufrieron el cerco algunos meses hasta tanto que últimamente el domingo de Ramos, dia en que se celebra la pa-

sion del Señor, como era de costumbre salieron los cristianos en procesion á Santa Leocadia la del arrabal: entre tanto los enemigos fueron por los judíos recebidos dentro de la ciudad, y por ellos los ciudadanos todos muertos ó presos. En cosas tan inciertas sería atrevimiento sentenciar por la una ó por la otra parte; todavía yo mas me allego á los que dijeron que la ciudad despues de un largo cerco entregaron á partido sus mismos ciudadanos. Las condiciones que se asentaron, dicen fueron estas: los que quisiesen partirse de la ciudad, sacasen libremente sus haciendas; los que quedar, pudiesen seguir la religion de sus padres, para cuyo ejercicio les señalaron siete templos, es á saber de los santos Justa, Torcuato, Lúcas, Marco, Eulalia, Sebastian y el de Nuestra Señora del Arrabal. Los tributos fuesen los mismos que acostumbraban pagar á los reyes godos, sin que les pudiesen poner otros de nuevo. Que los gobernasen por sus leyes, y para este efecto se nombrasen jueces de entre ellos que les hiciesen justicia. Por esta manera fue Toledo puesta en poder de los moros.

Las demás ciudades de España unas se rendian de voluntad, otras tomaban por fuerza; que la llama de la guerra se emprendia por todas partes. Los moradores se derramaban por diversos lugares, como á cada uno guiaba el miedo ó la esperanza. Leon forzada del hambre y por falta de mantenimiento se rindió. Guadalajara en los carpetanos fue tomada. En los celtíberos en un pueblo que en nuestro tiempo se llama Medinaceli, y antiguamente dice don Rodrigo se llamó Segoncia, hallaron una mesa de esmeralda (1), como yo lo entiendo de mármol verde, de grandor, estima y precio estraordinario: de donde los moros llamaron aquel pueblo Medina Talmeyda, que significa ciudad de mesa. En Castilla la Vieja se entregó Amaya forzada de la hambre que cada dia se embravecia mas, cuyos despojos sobrepujaron las riquezas de las demás á causa que muchos confiados en su fortaleza se recogieron á ella con todo lo mejor de sus casas. Llamábase aquella parte de Castilla en aquel tiempo Campos de los godos: de allí quedó que hasta hoy se llama tierra de Campos. En Galicia quemaron á Astorga; los muros por ser de buena estofa quedaron en pié. En las Asturias Gijon, pueblo por la parte de tierra y de la mar muy fuerte, vino asimismo en poder de los moros. Pusieron guarniciones de soldados en lugares á propósito para que los naturales no pudiesen rebullirse, ni sacudir aquel yugo tan pesado de sus cervices.

El ejército de los moros rico con los despojos de España, y su general Tarif debajo cuya conducta ganaron tantas victorias, dieron vuelta á Toledo para con el reposo gozar el fruto de tantos trabajos, y desde allí como desde una atalaya muy alta á proveer y acudir á las demás partes. Todo esto pasó el año de 715, en que hallo tambien se apoderaron de Narbona (2), ca diversos ejércitos de África á la fama de victoria tan señalada como enjambres se derramaban por todo el señorío de los godos. Los naturales parte huidos; parte amedrentados no hallaban traza para ayudar á su patria, ningun ejército en número y en fuerzas bastante se juntaba, solo cada cual de las ciudades proveia en particular lo que le tocaba; así nombraron diversos gobernadores, y porque en guerra y en paz eran soberanos, sin reconocer superior, algunos historiadores les dan nombres de reyes.

(1) De las mismas palabras de don Rodrigo, que la pone «junto al monte que aun hasta hoy se llama Gibel Zulema ó la cuesta de la Zulema, á cuya falda está el Burgo de San Justo,» se deduce que esta ciudad llamada de la Mesa, por este motivo, fue la antigua Compluto ó Alcalá la Vieja.

(2) No entraron en la Gallia Góthica hasta el año 721 ó 24

CAPITULO XXV.

Como Muza vino á España (3).

En tanto que esto pasaba en España, de Africa se sonaba que Muza era combatido de diversas olas de pensamientos. Por una parte se holgaba que aquella nobilísima provincia fuese vencida, y el señorío de los moros hobiese pasado á Europa; por otra le escocia que por su descuido hobiese Tarif ganado no solo los despojos de España, sino tambien la honra de todo. Aguijoneábanle igualmente la avaricia y la envidia, malos consejeros en guerra y paz. Acordó de pasar en España, como lo hizo, con un nuevo ejército en que dicen se contaban doce mil soldados: pequeño número para empresas tan grandes, si los españoles no estuvieran de todo punto apretados y caidos, porque lo que suele acontecer cuando los negocios están perdidos, todos daban buen consejo que se acudiese á las armas y á la defensa, pero cada uno rehusaba de acometer el peligro.

Venido el nuevo caudillo de los moros, se mudó la manera de hacer la guerra: que si bien algunos le aconsejaban juntase las fuerzas con Tarif, y de consuno acometiesen las demás ciudades que aun no estaban rendidas; prevaleció empero el parecer de aquellos que aunque eran cristianos, teniendo mas cuenta con el tiempo que con la conciencia, prometian su ayuda á Muza para acabar lo que restaba, con la cual y con sus fuerzas podria sujetar las ciudades comarcanas: cosa que al bárbaro parecia ser de mayor reputacion. Acudió tambien el conde don Julian sea con deseo de ganar la gracia del nuevo capitan y esperar dél mayores mercedes, sea por odio de Tarif y disension que resultó entre los dos: que suelen los traidores como son bulliciosos y inconstantes, despues de haber servido perder primero la gracia, y adelante ser aborrecidos así por la memoria de la maldad, como porque los miran como acreedores.

De Algecira, do desembarcaron estos bárbaros, fueron primeramente á ponerse sobre Medina Sidonia, sitio que los moradores sufrieron por algun tiempo, y aun fiados de su valentia diversas veces hicieron salidas sobre los enemigos, mas fueron rebatidos y al fin tomados por fuerza. Pusieron con el mismo ímpetu sitio sobre Carmona, ciudad antiguamente la mas fuerte del Andalucía. Gastáronse algunos dias en el cerco, porque los moradores se defendian valientemente. Usó el conde don Julian de cierto engaño: fingió en cierta cuestion que se huia de los moros, los ciudadanos engañados recibiéronle dentro de los muros por la puerta que entonces se llamaba de Córdoba, y con este embuste se tomó. Esto dice el arzobispo don Rodrigo. El moro Rasis discrepa en el tiempo y en la manera, ca dice fue tomada despues que Muza y Tarif se vieron en Toledo, y que los soldados de don Julian no con muestra de huir, sino en traje de mercaderes metieron en ella las armas con que la ganaron por fuerza. Acudió á Sevilla como á ciudad tan principal gran muchedumbre de godos; pero como la morisma que iba sobre ella fuese grande, perdida la esperanza de poderse tener los de dentro, secretamente se huyeron, y los moros apoderados della la entregaron á los judíos para que junto con los moros morasen en ella. Beja la de Lusitania ó Portugal, que se decia Pax Iulia, do se recogieron los ciudadanos de Sevilla: corrió la misma fortuna, dado que no se sabe si la entraron por fuerza, si se rindió á partido; solo consta que adelante vivió en ella gran número de cristianos. No lejos della cae Mérida colonia antiguamente de romanos, y entonces la mas principal ciudad de Lusitania; y que conservaba to-

(3) No se sabe de donde tomó Mariana la mayor parte de las noticias de este capítulo, que no se hallan en ningun *Cronicon* antiguo.

davía claros rastros de su antigua magestad, si bien de las muchas guerras pasadas quedó maltratada; y últimamente en la batalla que se perdió el rey don Rodrigo y con él España, muchos de sus ciudadanos perecieron como buenos.

Todo esto no fue parte para que perdiesen el ánimo, antes salieron contra el enemigo que sobre ellos venia. La pelea fue sin órden, muchos de ambas partes perecieron: los moros eran mas en número, y así los cristianos fueron forzados á retirarse dentro de los muros. A la hora Muza acompañado de cuatro personas solamente, mirado el sitio y magestad de la ciudad, dijo: parece que de todo el mundo se juntaron gentes á fundar este pueblo: dichoso quien fuese señor dél. Encendido en este deseo buscaba traza para salir con su intento. Estaba cerca de la ciudad una cantera antigua la cual por ser honda pareció á propósito para armar una celada: puso pues en aquellas barrancas de parte de noche buen número de caballos. Dió vista á la ciudad: los cercados salieron á la pelea, adelantáronse sin órden, tanto que cayeron en la celada: con que por frente y por las espaldas fueron apretados de tal suerte que, con pérdida de muchos, pocos cerrado su escuadron y apretados pudieron volver á la ciudad. Con este daño reprimieron su atrevimieto, acordaron de no hacer salidas, sino defender solamente sus murallas. El cerco iba adelante, dilacion que daba mucha pena á Muza; apercibió todas las suertes de ingenios que en aquel tiempo se usaban; levantó torres de madera, hizo trabucos y mantas con que los soldados arrimados al muro procuraban con picos abrir entrada. Acudian los cercados á todas partes, y con esfuerzo y diligencia rebatian estos intentos; pero eran pocos en número y comenzaban á sentir falta de vituallas y municiones: trataron de rendirse, mas con tales condiciones que Muza las rechazó con desden y saña: volvieron los medianeros sin hacer algun efecto, solo con esperanza que aquel general les pareció tan viejo y flaco que apenas podria vivir hasta que la ciudad fuese tomada: no se le encubrió esto al bárbaro: usó de astucia, que á las veces mas vale maña que fuerza: tornaron los embajadores á tratar del mismo negocio, maravilláronse de hallarle sin canas, que se habia teñido la barba y cabello; mas como quier que no entendiesen el artificio, juzgaron que era milagro, persuadieron á los suyos se rindiesen al que juzgaban vencia las mismas leyes de la naturaleza. Los partidos fueron: que los bienes de los ciudadanos muertos en las peleas y en el cerco fuesen confiscados: lo mismo las rentas de las iglesias, sus preseas, vasos y ornamentos de oro y de plata: los que quisiesen quedar en la ciudad, retuviesen sus haciendas: los que irse, lo pudiesen hacer libremente adonde quisiesen. No se averigua bastantemente el tiempo en que Mérida se rindió: el arzobispo don Rodrigo dice fue en el mismo mes que Muza vino á España, pero no declara si el mismo año, ó el siguiente. Concuerdan que los de Beja y los de Ilipula con intento de hacer rostro á los moros antes que del todo se arraigasen en la tierra con las armas se apoderaron de Sevilla, y pasaron á cuchillo gran parte de la guarnicion que allí quedó por los moros. Poco aprovechó este esfuerzo, ca los moros revolvieron sobre ellos, y con su daño los forzaron á sujetarse como de antes por esta órden.

Vino á España con Muza un su hijo llamado Abdalasis. Este en cierta ocasion se quejó á su padre de no haberle puesto en cosa en que pudiese mostrar esfuerzo. Parecióle al padre tenia razon: dióle un grueso escuadron de moros con que entró por tierra de Valencia, peleó diversas veces con la gente de aquella tierra: rindiósele aquella ciudad, las de Denia, Alicante y Huerta á partido que no violase los templos, que pudiesen vivir como cristianos, que á cada uno quedase su hacienda con pagar cierto tributo que se les ponia asaz tolerable. Acabadas estas cosas por todo el año de setecientos y diez y seis, revolvió con sus gentes hácia Sevilla que estaba levantada, como queda dicho; sujetóla con facilidad, dió la muerte á los que fueron causa del alboroto y de la matanza que se hizo de los soldados moros. Pasó adelante: tomó á Ilipula, en que hizo grande estrago, y aun se puede entender que la hizo abatir por tierra, pues de ciudad muy fuerte que era entonces, hoy es un pueblo pequeño llamado Peñaflor, puesto entre Córdoba y Sevilla. El moro Rasis dice que la guarnicion de Mérida fue la que mataron los nuestros; y que para hacer esto los de Sevilla se juntaron con los de Beja y con los de Ilipula: cosa bien diferente de lo que queda dicho.

Lo cierto es que de Mérida se partió Muza para Toledo. Salióle al encuentro Tarif, y para mas honrarle pasó adelante de Talavera. Juntáronse cerca del rio Tietar que riega los campos do Arañuelo. Las muestras de amor y contento fueron grandes, los corazones no estaban conformes, la envidia aquejaba á Muza, á Tarif el miedo; que tal es la fruta del mundo. Recelábase Tarif no le descompusiesen, porque le achacaba Muza que no habia obedecido á sus mandatos ni seguido su órden, que la victoria fue acaso, y no conforme á buen gobierno la guerra: achaques y cargos que al vulgo y gente de guerra no parecia bien, por estar acostumbrado á juzgar de los consejos de sus capitanes no tanto por lo que son, como por el fin que tienen y por lo que sucede, demás que todos sabian el mal talante y ánimo de Muza. Continuáronse los desabrimientos hasta que llegaron á Toledo. Allí tomaron cuentas á Tarif así de lo que gastara en la guerra, como de los despojos y tesoros ganados en ella. Disimulaba él toda esta acedía y mal tratamiento, y con servir y regalar á su contrario procuraba aplacar el ánimo y la saña de aquel viejo.

En fin, reconciliados entre sí, caminaron hácia Zaragoza con intento de apoderarse, como lo hicieron, de aquella ciudad poderosa en armas y en gente. Por abreviar, lo mismo hicieron de otras muchas ciudades de la Celtiberia y de la Carpetania, que hoy es el reino de Toledo; que se apoderaron dellas y de las demás sin sangre, ca se dieron á partido. Con esto parecia que toda España quedaba sujeta y llana, que fue en menos de tres años despues que vino la primera vez el ejército de moros de Africa á estas partes. Verdad es que lo de mas adentro no se podia allanar sin grande dificultad por estar España por muchas partes rodeada de riscos y montes y espesuras muy bravas. Supo el miramamolin Ulit así las victorias como las diferencias que andaban entre sus capitanes; y porque no parasen perjuicio les mandó á entrambos ir á su presencia. Muza resuelto de partirse, porque no sucediesen en lo ganado algunas alteraciones, nombró en su lugar por gobernador á su hijo Abdalasis, de cuyo esfuerzo y valor habia muestras frescas y bastantes. Juraron todos de obedecello, y con tanto Muza y Tarif antes grandes y famosos caudillos, y en lo de adelante mas esclarecidos por cosas tan grandes como acabaron, se aprestaron para embarcarse, y consigo los tesoros, preseas, riquezas, oro y plata que los godos en tantos años con todo su poder pudieron juntar.

CAPITULO XXVI.

De los años de los árabes.

Con la mudanza del gobierno y señorío, las costumbres, ritos y leyes de España se trocaron y alteraron grandemente. Relatallo todo seria largo cuento: lo que al presente hace al propósito, y servirá para entender la historia de los tiempos adelante, dejada la cuenta de los años de que ordinariamente los españoles usaban en los contratos, pleitos y en las histo-

rias, cuyo principio se tomaba del nacimiento de Cristo (1) ó era de César, se introdujo casi por toda ella otra nueva manera de contar los tiempos; de que los moros usan en todas las provincias en que se han estendido largamente. Fundador de aquella malvada supersticion fue Mahoma árabe de nacion, el cual por la mucha prosperidad que tuvo en las guerras y por descuido del emperador Heraclio se llamó y coronó rey de su nacion en Damasco (2), nobilísima ciudad de la Siria. Demás desto para que su autoridad fuese mayor, promulgó á sus gentes leyes como dadas del cielo por divina revelacion. No hay cosa mas engañosa que la máscara de la mala y perversa religion, cuando se toma para cubrir con ella como con velo las maldades y libertad, no hay cosa mas poderosa para trastornar los ánimos del pueblo y llevalle donde quiera.

Desde este tiempo cuando Mahoma se llamó rey, comienzan los árabes á contar los años de la Egira, que es tanto como jornada ó espedicion. Esto como quier que sea cierto, es muy dificultoso averiguar con que año de nuestra salvacion concurrió. Los autores andan varios, y no concuerdan en el cuento de los años adelante: vergonzosa ignorancia de historia y de antigüedad: grandes tinieblas de donde será dificultoso sacar á luz la verdad; procurarémoslo empero por cuanto las fuerzas y diligencia alcanzare. El principio desta disputa se tomará un poco mas arriba en esta manera. El año resulta del movimiento del sol que corre por los signos del zodiaco en trescientos y sesenta y cinco dias y un cuarto de dia. Del movimiento de la luna y de sus variedades resultan los meses, ca discurre por el mismo círculo en dias veinte y nueve y doce horas. Todo el tiempo se divide en años y el año en meses: costumbre universal de todas las naciones, de que procede toda la dificultad por no ser cosa fácil igualar y ajustar en número de dias los movimientos del sol y de la luna tan diferentes entre sí, dado que por muchas veces grandes ingenios se han en esto desvelado.

Los mas antiguos romanos gobernaron el año por el movimiento del sol, que dividieron en solos diez meses: cuenta varia é inconstante. Destos meses los seis eran de á treinta dias, los cuatro de á treinta y uno, es á saber marzo, mayo, julio, octubre. Todo el año tenia trescientos y cuatro dias: comenzábase por el mes de marzo, como los nombres de setiembre, que es el séptimo mes, de octubre y de noviembre lo declaran. En tiempo tan grosero falto de erudicion y doctrina no advertian los inconvenientes, que las fiestas del estío venian á caer en invierno, las del verano en el otoño: grande desórden y desconcierto. Los árabes de quien tomaron los moros, para formar el año solo miraron al movimiento de la luna, componiéndolo de doce vueltas que da por el zodiaco, que son doce meses, los seis de á veinte y nueve dias, y los otros seis de treinta; todo su año tenia dias trescientos y cincuenta y cuatro: manera que entre los romanos imitó Numa Pompilio, ca añadió á la cuenta antigua del año cincuenta dias repartidos en los meses de enero y de febrero, que tambien añadió á los demás; pero sucedia sin duda, aunque en mas largo tiempo, que el frio venia en los meses del verano, y el calor al contrario: inconveniente en que forzosamente incurren los moros por mantenerse obstinadamente hasta el dia de hoy en la costumbre que antiguamente tenian, que las demás naciones tuvieron cuidado y pusieron toda diligencia en ajustar los movimientos de la luna y del sol para corregir toda la variedad é inconstancia que entre ellos hay. Grande fue el trabajo que en esto pasaron, y los caminos que tomaron diferentes.

Los griegos cada ocho años intercalaban noventa dias repartidos en tres meses: lo mismo hicieron los romanos mas modernos por su ejemplo, mudadas solamente algunas pocas cosas. Los hebreos y los egipcios, como gentes mas entendidas de los movimientos del cielo, hallaron mas prudentemente esta manera de enmienda, que los latinos llamaron intercalacion. Porque en diez y nueve años, espacio en que se acaba toda la variedad del movimiento de la luna, intercalaron siete meses á ciertas distancias. Lo mismo hizo Julio César despues que se apoderó de Roma, por entender pertenecia á su providencia y gobierno enmendar la razon de los tiempos, que entre los romanos andaba revuelta y confusa. Ayudóse del consejo de Sosigenes grande matemático y astrólogo, y de Marco Favio escribano de Roma, con cuya ayuda redujo el año solar á trescientos y sesenta y cinco dias, y un cuarto de dia; por donde cada cuatro años se intercala un dia á veinte y cuatro de febrero que es sesto de las kalendas de marzo, y el dia intercalado se llama tambien sesto de las mismas kalendas; por donde el año se llama bisesto, que es lo mismo que dos veces sesto.

La razon de la luna, y de toda su inconstancia y cuenta del año lunar comprendieron con el Aureo número, que procede de uno hasta diez y nueve, y fue puesto en el calendario romano. Intercalaban en diez y nueve años siete lunas: manera que por entonces pareció muy á propósito para que la cuenta de los tiempos fuese ordenada, y ajustados los años solar y lunar; pero con el progreso del tiempo por ciertas menudencias que no se consideraron en la cuenta de año, se halló que ni la una ni la otra cuenta concordaban con los movimientos de aquellos planetas, ni entre sí. Por donde los cristianos, que á imitacion de César cuanto á las fiestas inmovibles siguen el ayo solar, y cuanto á las movibles el lunar, hallaron haberse alejado mucho de lo que se pretendió que ni el principio del año caia en el mismo dia que en tiempo de César, ni con el Aureo número como se pretendia, se mostraban las conjunciones de la luna.

Por lo uno y por lo otro el papa Gregorio XIII el año de mil y quinientos y ochenta y dos, cuando esto escribimos, enmendó todo esto: quitó del calendario el Aureo número; en cuyo lugar puso otro mayor que llamaron Epactas. Demás desto en el principio de octubre de aquel año se dejaron de contar diez dias para efecto que el principio del año solar volviese el asiento conveniente señalado por los antiguos. Y para que no hiciese dende mudanza en lo de adelante, proveyó que á ciertas distancias no se intercalase el bisesto, con que se acudió á todos los inconvenientes. Disputar de todo esto mas á la larga y mas sutilmente pertenece á los astrólogos; lo que es deste lugar y aprovecha para la historia es que los moros, como poco antes se ha dicho, hacen el año menor que el nuestro once dias y un cuarto. Lo cual por no considerar muchos autores señalaron en diversos lugares el principio de aquella cuenta de los moros y de aquellos años de la Egira con tan estraña variedad; que desde el año de quinientos y noventa y dos hasta el de seiscientos y veinte y siete casi no hay año ninguno, en que alguno ó algunos autores no pongan el principio de la dicha cuenta: variedad y discordancia vergonzosa. Discordancia, de que pienso fue la causa que diversos escritores en diversos tiempos como se informasen cuantos años corrian en aquella sazon de los árabes, por no saber que eran menores que los nuestros, volviendo á contar hácia atrás y á restar aquel número de años de los de Cristo, señalaron di-

(1) Entre nosotros no se empezaron á contar los años desde el nacimiento de Cristo hasta el siglo trece, como hemos dicho en otra nota. Antes de este tiempo siempre se usó de la era llamada de España, que empezó 38 años antes de la vulgar.

(2) Ni Mahoma tomó jamás el título de rey sino de profeta de Dios, ni conquistó á Damasco donde sus sectarios no entraron sino cuatro años despues de su muerte.

versos principios, los postreros, como contaban mas años, mas arriba.

En tanta variedad mucho tiempo nos hallamos suspensos y dudosos en lo que debíamos seguir. Lo que mas verisimil nos parece es que la computacion de los árabes, de los moros y de la Egira, que todo es uno, se debe comenzar el año de Cristo seiscientos y veinte y dos á quince de julio, segun que lo testifican los anales toledanos que se escribieron pasados trecientos años ha. Lo mismo comprueban los letreros de las piedras y las memorias antiguas: concuerdan los judíos y moros, con quien para mayor seguridad lo comunicamos, segun que en un librito á parte bastantemente lo tenemos todo deducido. Sin embargo el arzobispo don Rodrigo y Isidoro Pacense se apartan desto, porque señalan el principio desta cuenta el año de Cristo de seiscientos y diez y ocho, es á saber el año seteno dal imperio de Heraclio. Otros muchos y casi los mas, en que hay mayor daño, igualaron los años de los moros con los nuestros: cosa que no debieran hacer, como queda bastantemente advertido.

CAPITULO XXVII.

De lo que hizo Abdalasis.

Gobernó algun tiempo Abdalasis la provincia que su padre le encomendó, sabia y prudentemente. De África vinieron á España grandes gentíos para arraigarse mas los moros en ella para cultivar y poblar aquella anchísima tierra, á causa de las guerras pasadas falta de moradores y yerma. Diéronles campos y asientos: señalaron á Sevilla por cabeza, en que estuviese la silla del nuevo imperio, como ciudad grande y fuerte, ó cómoda para dende acudir á lo demás. Egilona mujer del rey don Rodrigo estaba cautiva con otros muchos. El moro gobernador con son que por derecho de la guerra le tocaba aquella presa, la hizo traer ante sí. Era de buena edad, su hermosura y apostura muy grande. Así á la primera vista el bárbaro quedó herido y preso. Preguntóle con blandas palabras como estaba. Ella lastimada de la memoria de su prosperidad antigua, y renovada con esta su pena, comenzó á derramar lágrimas, despedir sollozos y gemidos: «Que quieres (dijo con voz flaca) »saber de mí, cuya desventura ha sonado y se sabe »por todo el mundo, tanto mas grave cuanto de todos »es mas conocida? La que poco antes era reina di»chosa, cuyo señorío se estendia fuera de España, al »presente (ó triste fortuna) despojada de todo, me »halló en el número de los esclavos y cautivos. La »caida tanto es mas dolorosa cuanto el lugar de que »se cae es mas alto: lo que es de tal suerte, que los »españoles, olvidados de su afan, lloran mi desastre »y les es ocasion de mayor pena. Tú si como es justo »lo hagan los ánimos generosos, te mueves por el de»sastre de los reyes, gózate en esta bienandanza te»ner ocasion de hacer bien á la sangre real. Ningun »mayor favor me puedes hacer que volver por mi ho»nestidad como de reina y de matrona, y no permitir »que ninguno de mí se burle. Por lo demás tuya soy: »de mí como de tu esclava haz lo que por bien tuvie»res. Con las obras, por hallarme en este estado, no »te podré gratificar lo que hicieres: la memoria y »reconocimiento serán perpétuos, y la voluntad de »agradarte y obedecerte muy grande.»

Con este razonamiento y palabras quedó aquel bárbaro mas prendado. Usó con ella de halagos y de blandura, resuelto de tomarla por mujer, como lo hizo, sin quitalle la libertad de ser cristiana. Túvola en su compañía con grande honra toda la vida, ca demás de su hermosura y de su edad que era muy florida, fue dotada de singular prudencia, tanto que por sus consejos principalmente enderezaba su gobierno, y á su persuasion por tener mas autoridad, y que nadie le menospreciase, usó de repuesto, aparato y córte real, y se puso corona en la cabeza. En tierra de Antequera por la parte que toca los mojones y los alcdaños de Málaga, hay un monte llamado Abdalasis, por ventura del nombre deste príncipe; como tambien algunos sospechan que Almaguer pueblo de la órden de Santiago se llamó así de Magued capitan moro, de quien dicen solia beber del agua de una fuente que está allí cerca; y porque el agua en lengua árabiga se dice Alma, pretenden que de Alma y Magued se compuso el nombre de Almagued. Hoy en aquel pueblo no hay fuentes, todos beben de pozos. No hay duda sino que con la mudanza que hobo en las demás cosas, se mudaron los apellidos á muchos pueblos, montes, rios, fuentes: de que resulta grande confusion en la memoria y nombres antiguos, ca los capitanes bárbaros parece pretendieron para perpetuar su memoria y para mayor honra suya fundar nuevos pueblos, ó mudar á otros sus apellidos que tenian de tiempo antiguo.

Qué se haya hecho del conde don Julian no se sabe, ni se averigua: la grandeza de su maldad hace se entienda que vivo y muerto fue condenado á eternos tormentos. Es opinion, empero sin autor que la compruebe bastantemente, que la mujer del conde murió apedreada, y un hijo suyo despeñado de una torre de Ceuta; y que á él mismo condenaron á cárcel perpétua por mandado y sentencia de los moros á quien tanto quiso agradar. En un castillo llamado Loarri, distrito de la ciudad de Huesca, se muestra un sepulcro de piedra fuera de la iglesia del castillo, do dicen comunmente estuvo sepultado. Don Rodrigo y don Lucas de Tuy testifican haber sido muerto y despojado de todos sus bienes así él como los hijos del rey Witiza. Lo que se puede asegurar, es que el estado de las cosas era de todo punto miserable. Casi toda España estaba á los moros sujeta á esta sazon: no se puede pensar género de mal que los cristianos no padeciesen, quitaban las mujeres á sus maridos, sacaban los hijos del regazo de sus madres, robaban los paños y ricas preseas libremente y sin castigo. Las heredades y los campos no rendian los frutos que solian, por estar airado el cielo y por la falta de labranza. Profanaban las casas y templos consagrados, y aun los abrasaban y abatian: los cuerpos muertos á cada paso se hallaban tendidos por las calles y caminos: no se oia por todas partes sino llantos y gemidos. Finalmente no se puede pensar género de mal con que España no fuese afligida: claro castigo de Dios, que por tal manera tomaba venganza no solo de los malos, sino tambien de los inocentes por el menosprecio de la religion y de sus leyes. Todavía en lo de Vizcaya y en parte de los Pirineos hácia lo de Navarra y Aragon, en lo de Asturias y parte de Galicia se entretenian los cristianos, confiados mas en la aspereza de los lugares y por no acudir contra ellos los moros, que en fuerzas ó ánimo que tuviesen para hacer resistencia. Los que estaban sujetos á los moros y mezclados con ellos, entonces se comenzaron á llamar Mixti-Arabes, es á saber mezclados árabes, despues mudada algun tanto la palabra, los mismos se llamaron mozárabes. Dábanles libertad de profesar su religion, tenian templos á fuer de cristianos, monasterios de hombres y mujeres como antes. Los obispos por miedo que su dignidad no fuese escarnecida entre aquellos bárbaros, se recogieron á Galicia junto con gran parte la clerería: y aun el obispo don Iria Flavia que es el padron á muchos prelados que acudieron á su obispado, señaló rentas y diezmos con que se sustentasen en aquel destierro, como se entiende por la narrativa de un privilegio que el rey don Ordoño el Segundo dió á la iglesia de Santiago de Galicia año dé Cristo de novecientos y trece.

Desta manera cayó España; tal fue el fin del nobilísimo reino de los godos. Con el cielo sin duda se revuelven las cosas de acá: lo que tuvo principio, es necesario se acabe; lo que nace muere, y lo que crece se envejece. Cayó pues el reino y gente de los godos no sin providencia y consejo del cielo, como á mí me parece, para que despues de tal castigo de las cenizas y de la sepultura de aquella gente naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que antes era: refugio en este tiempo, amparo y columna de la religion católica, que compuesta de todas sus partes y como de sus miembros termina su muy ancho imperio, y le estiende como hoy lo vemos hasta los últimos fines de Levante y Poniente. Por que en el mismo tiempo que esto se escribia en latin, don Felipe II rey católico de España, vencidos por dos y mas veces en batalla los rebeldes, juntó con los demás estados el reino de Portugal con atadura como lo esperamos dichosa y perpetua: con que esta anchísima provincia de España reducida despues de tanto tiempo debajo de un sceptro y señorío, comienza á poner muy mayor espanto que solia á los malos y á los enemigos de Cristo.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO I.

Cómo el infante don Pelayo se levantó contra los moros.

No pasaron dos años enteros (1) despues que el furor africano hizo á España aquella guerra cruel y desgraciada, cuando un gran campo de moros pasó las cumbres de los Pirineos por donde parten término España y Francia, y por fuerza de armas rompió por aquella provincia con intento de rendir con las armas vencedoras aquella parte de Francia que solia ser de los godos. Además que se les presentaba buena ocasion conforme al deseño que llevaban, de acometer y apoderarse de toda aquella provincia por estar alterada con discordias civiles, y muy cerca de caer por el suelo á causa de la ociosidad y descuido muy grande de aquellos reyes, con que las fuerzas se enflaquecian y marchitaban, no de otra guisa que poco antes aconteciera en España. Pipino el mas viejo, y Carlos su hijo bien que habido fuera de matrimonio, por su valor y esfuerzo en las armas llamado por sobrenombre Martello, señores de lo que entonces Austrasia y al presente se dice Lorena, eran mayordomos de la casa real de Francia, y como tales gobernaban en paz y en guerra la república á su voluntad: camino que claramente se hacian y escalon para apoderarse del reino y de la corona, cuyo nombre quedaba solamente á los que eran verdaderos reyes y naturales por ser del linaje y alcuña de Pharamundo primero rey de los francos. Grande era el odio que resultaba y el disgusto que por esta causa muchos recebian: llevaban mal que una casa en Francia y un linaje estuviese tan apoderado de todo lo que pudiese mas que las leyes y que los reyes y toda la demás nobleza. Eudon duque de Aquitania, hoy Guiena, era el principal que hacia rostro y contrastaba á los intentos de los austrasianos. Cada parte tenia sus valedores y allegados, con que toda aquella nacion y provincia estaba dividida en parcialidades y bandos.

Lo que hace á nuestro propósito es que con la ocasion de estar los bárbaros ocupados en la guerra de Francia, las reliquias de los godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos á las Asturias, Galicia y Vizcaya tenian mas confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí cómo podrian recobrar su antigua libertad. Quejábanse en secreto que sus hijos y mujeres hechos esclavos servian á la deshonestidad de sus señores. Que ellos mismos llegados á lo último de la desventura, no solo padecian el público vasallaje, sino cada cual una miserable servidumbre. Todos los santuarios de España profanados: los templos de los santos unos con el furor de la guerra quemados y abatidos, otros despues de la victoria servian á la torpeza de la supersticion mahometana, saqueados los ornamentos y preseas de las iglesias: rastros do quiera de una bárbara crueldad y fiereza. En Munuza que era gobernador de Gijon (2) aunque puesto por los moros, de profesion cristiano en quien fuera justo hallar algun reparo, no se veia cosa de hombre fuera de la figura y apariencia, ni de cristiano mas del nombre y hábito esterior: que los seria mejor partido morir de una vez, que sufrir cosas tan indignas y vida tan desgraciada. Ya no trataban de recobrar la antigua gloria en un punto escurecida, ni el imperio de su gente que por permision de Dios era acabado; solo deseaban alguna manera de servidumbre tolerable, y de vida no tan amarga como era la que padecian.

Los que desto trataban tenian mas falta de caudillo que de fuerzas, el cual con el riesgo de su vida y con su ejemplo despertase á los demás cristianos de España, y los animase para acometer cosa tan grande, porque como suele el pueblo todos blasonaban y hablaban atrevidamente, pero todos tambien rehusaban de entrar en el peligro y en la liza: el vigor y valor de los ánimos caido, la nobleza de los godos con las guerras por la mayor parte acabada. Solo el infante don Pelayo como el que venia de la alcuña y sangre real de los godos, sin embargo de los trabajos que habia padecido, resplandecia y se señalaba en valor y grandeza de ánimo, cosa que sabian muy bien los naturales; y aun los mismos que no le conocian, por la fama de sus proezas y de su esfuerzo, como suele acontecer, le imaginaban hombre de grande cuerpo y gentil presencia. Sucedió muy á propósito que desde Vizcaya do estaba recogido despues del desastre de España, viniese á las Asturias, no se sabe si llamado, si de su voluntad por no faltar á la ocasion si alguna se presentase de ayudar á la patria comun. Por ventura tenian diferencias sobre el señorío de Vizcaya, ca tres duques de Vizcaya, hallo en las memorias de aquel tiempo, Eudon, Pedro, y don Pelayo (3).

A la verdad luego que llegó á las Asturias todos pusieron en él los ojos y la esperanza que se podria dar algun corte en tantos males y hallar algun remedio, si le pudiesen persuadir que se hiciese cabeza, y como tal se encargase del amparo y proteccion de los demás. A muchos atemorizaba la grandeza del peligro y hazaña que acometian con fuerzas tan flacas: parecia desatino sin mayor seguridad aventurarse de nuevo, y exasperar las armas y los ánimos de los bárbaros; pero lo que rehusaban de hacer por miedo, cierto accidente lo trocó en necesidad. Tenia don Pelayo una hermana en edad muy florida, de hermosura estraordinaria. Deseaba grandemente Munuza gobernador de Gijon casar con aquella doncella, por-

(1) La primera entrada de los mahometanos en Francia, segun sus historiadores, fue el año 721; en España hemos dicho que entraron el 711 ó 712: por consiguiente tardaron nueve ó diez años en invadir la Francia.

(2) Cuanto aquí refiere Mariana de Munuza es apócrifo, porque los *Cronicones* mas antiguos no hablan una palabra sobre el particular; por el contrario se ve que en este tiempo los moros aun no habian penetrado tan adelante.

(3) Lo probable es que don Pelayo, si se halló en la batalla de Guadalete, despues se retiraria á su gobierno de la Cantabria que comprendia las montañas de Burgos, las Asturias de Santillana, y parte de las de Oviedo, pero no la Guipuzcoa ni la Vizcaya. Don Pelayo no fue duque de Vizcaya, ni tampoco Eudon, porque los historiadores antiguos solo le nombran duque de Aquitania.

que como suelen los hombres bajos y que de presto suben, no sabia vencerse en la prosperidad, ni enfrenar el deseo deshonesto con la razon y virtud. No tenia alguna esperanza que don Pelayo vendria en lo que él tanto deseaba. Acordó con muestra de amistad enviarle á Córdoba sobre ciertos negocios al capitan Tarif que aun no era pasado en Africa. Con la ausencia de don Pelayo fácilmente salió con su intento.

Vuelto el hermano de la embajada, y sabida la afrenta de su casa, cuán grave dolor recibiese, y con cuantas llamas de ira se abrasase dentro de sí, cualquiera lo podrá entender por sí mismo. Dábale pena así la afrenta de su hermana, como lo deshonra de su casa, mas lo que sobre todo se sentia era ver que en tiempo tan revuelto no podia satisfacerse de hombre tan poderoso, á cuyo cargo estaban las armas y soldados. Revolvia en su pensamiento diversas trazas. parecióle que seria lo mejor en tanto que se ofrecia alguna buena ocasion de vengarse, callar y disimular el dolor, y con mostrar que holgaba de lo hecho, burlar un engaño con otro engaño. Con esta traza halló ocasion de recobrar su hermana, con que se huyó á los pueblos de Asturias comarcanos; en que tenia gentes aficionadas y ganadas las voluntades de toda aquella comarca. Espantóse Munuza con la novedad de aquel caso, recelábase que de pequeños principios se podria encender grande llama; acordó de avisar á Tarif lo que pasaba. Despachó él sin dilacion desde Córdoba soldados que fácilmente hobieran á las manos á don Pelayo por no estar bien apercebido de fuerzas, si avisado del peligro no escapara con presteza, y puestas las espuelas al caballo le hiciera pasar un rio que por allí pasaba llamado Piona, á la sazon muy crecido y arrebatado, cosa que le dió la vida, porque los contrarios que le seguian por la huella, se quedaron burlados por no atreverse á hacer lo mismo, ni estimar en tanto el prendelle, como el poner á riesgo tan manifiesto sus vidas.

En el valle que hoy se llama Cangas y entonces Canica, tocó tambor y levantó estandarte. Acudió de todas partes gente pobre y desterrada con esperanza de cobrar la libertad: tenian entendido que en breve vendria mayor golpe de soldados para atajar aquella rebelion. Muchos de su voluntad tomaron las armas por el gran deseo que tenian de hacer la guerra debajo de la conducta de don Pelayo por la salud de la patria y por el remedio de tantos males: algunos por miedo que tenian á los enemigos, y por otra parte movidos de las amenazas de los suyos; y por el peligro que corrian de ambas partes (hora venciesen los cristianos, hora fuesen vencidos) de ser saqueados y maltratados por los que quedasen con la victoria, forzados acudieron á don Pelayo, en particular los asturianos casi todos siguieron este partido. Juntó los principales de aquella nacion: amonestóles que con grande ánimo entrasen en aquella demanda antes que el señorio de los moros con la tardanza de todo punto se arraigase, que con la novedad andaba en balanzas. «Conviene (dice) usar de presteza y de valor para »que los que tenemos la justicia de nuestra parte, »sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada »cual de las ciudades tiene una pequeña guarnicion »de moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, »y todos los hombres valientes de España desean »emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que »merezca nombre de cristiano, que no se venga luego á nuestro campo. Solo entretengamos á los ene»migos un poco. y con corazones atrevidos avivemos »la esperanza de recobrar la libertad, y la engendre»mos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército »de los enemigos derramado por muchas partes, y la »fuerza de su campo está embarazada en Francia. »Acudamos pues con esfuerzo y corazon, que esta es »buena ocasion para pelear por la antigua gloria de »la guerra, por los altares y religion, por los hijos, »mujeres, parientes y amados que están puestos en »una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa »es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros; »y cosa muy vana encarecellas con palabras, derra»mar lágrimas, despedir sospiros. Lo que hace al caso »es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar mues»tra de vuestra nobleza, y acordaos que sois nacidos »de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad »y regalos nos enflaquecieron y hicieron caer en tan»tos males; las adversidades y trabajos nos aviven y »nos despierten. Direis que es cosa pesada acometer »los peligros de la guerra: ¿cuánto mas pesado es »que los hijos y mujeres hechos esclavos sirvan á »la deshonestidad de los enemigos? ¡Oh grande y en»trañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que »vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas »y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan »los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares, »y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. En»gañais os ó si pensais que los particulares se pueden »conservar destruida y asolada la república: la fuerza »desta llama á la manera que el fuego de unas casas »pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa algu»na en pié. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y as»pereza desta comarca? A los cobardes y ociosos »ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemi»gos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra »estéril y menguada de todo sustentar tanta gente »como se ha recogido á estas montañas? El pequeño »número de nuestros soldados os hace dudar; pero »debeis os acordar de los tiempos pasados y de los »trances variables de las guerras, por donde podeis »entender que no vencen los muchos, sino los esfor»zados. A Dios al cual tenemos irritado antes de ahora, »y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y »aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las »armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con »el estado presente, y por acertado servir al enemigo »con condiciones tolerables? como si esta canalla in»fiel y desleal hiciese caso de conciertos, ó de gente »bárbara se pueda esperar que será constante en sus »promesas. ¿Pensais por ventura que tratamos con »hombres crueles, y no antes con bestias fieras y sal»vajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con »vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro »bien que muy grande por el bien comun muy de »buena gana; y en tanto que yo viviere, mostrarme »enemigo no mas á estos bárbaros, que á cualquiera »de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayu»darnos en esta guerra sagrada, y no se determinare »de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida »tan miserable, tan estrema afrenta y desventura. La »grandeza de los castigos para entender á los cobar»des que no son los enemigos los que mas deben »temer.»

Entre tanto que don Pelayo decia estas palabras, los sollozos y gemidos de los que allí estaban, eran tan grandes que á las veces no le dejaban pasar adelante. Poníansele delante los ojos las imágenes de los males presentes y de los que les amenazaban: el miedo era igual al dolor. Pero despues que algun tanto respiraron y concibieron dentro de sí alguna esperanza de mejor partido, todos se juramentaron y con grandes fuerzas se obligaron de hacer guerra á los moros, y sin escusar algun peligro ó trabajo ser los primeros á tomar las armas. Tratóse de nombrar cabeza (1), y por voto de todos señalaron al mismo don

(1) El Pacense es el escritor mas antiguo que nos ha quedado de aquellos infelices tiempos, pues acaba su crónica el año 753 ó 754 de la era cristiana, y no habla nada de don Pelayo ni de su ereccion al reino, aunque hace mencion de los príncipes godos Theudimero y Athanagildo, que fueron los dos primeros caudillos de los cristianos. Eso no obstante, todos tienen por cierto este hecho, del que todos los *Crónicones* posteriores hablan como cosa cierta y sabida.

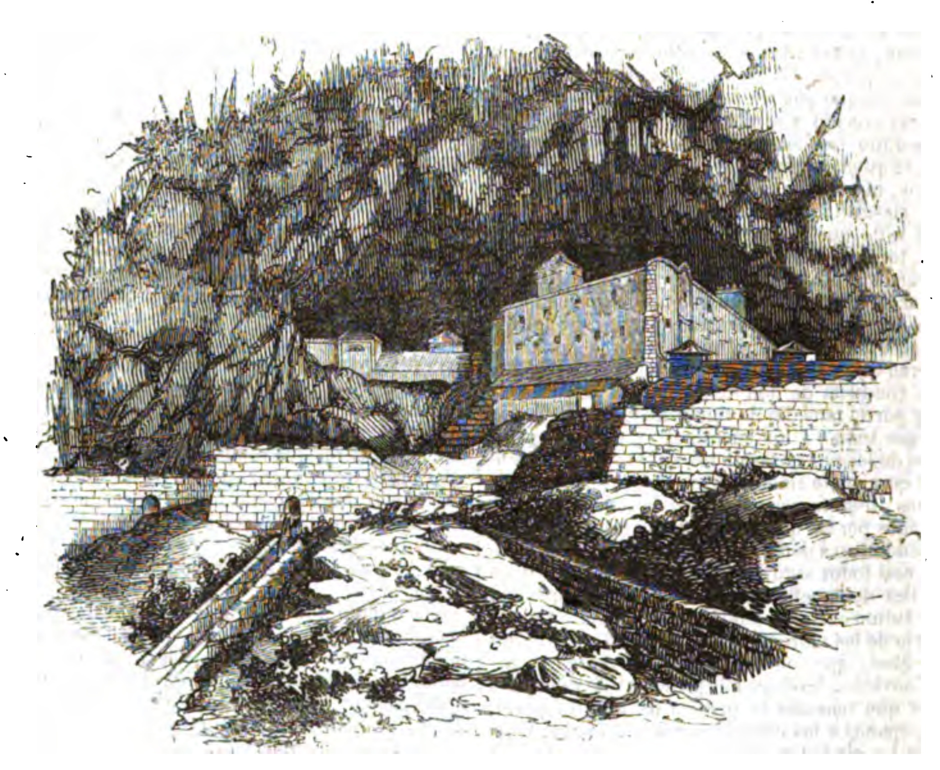
Pelayo por su capitan, y le alzaron por rey de España el año que se contaba de nuestra salvacion de 716: algunos á este número añaden dos años. Deste principio al mismo tiempo que la impiedad armada andaba suelta por toda España, y el furor y atrevimiento por todas partes volaban casi sin alguna esperanza de remedio, un nuevo reino dichosamente y para siempre se fundó en España, y se levantó bandera para que los naturales afligidos y miserables tuviesen alguna esperanza de remedio: tanto importa á las veces no faltar á la ocasion y aprovecharse con prudencia de lo que sucede acaso.

Los gallegos y los vizcainos, cuyas tierras baña el mar Océano por la parte del septentrion, y á ejemplo de los asturianos en gran parte conservaban la libertad, fueron convidados á entrar en esta demanda. Lo mismo se hizo de secreto con las ciudades que estaban en poder de moros, que enviaron á requerillas y conjurallas no faltasen á la causa comun, antes con obras y con consejo ayudasen á sus intentos. Algunos de los lugares comarcanos acudieron al campo de don Pelayo, determinados de aventurarse de nuevo, y ponerse al riesgo y al trabajo; pero los mas por menosprecio del nuevo rey, y por miedo de mayor mal se quedaron en sus casas: querian mas estar á la mira y aconsejarse con el tiempo, que hacerse parte en negocio tan dudoso. Bien entendía don Pelayo de cuánta importancia para todo serian los principios de su reinado. Así con deseo de acreditarse corria las fronteras de los moros, acudia á todas partes, robaba, cautivaba y mataba: por otra parte visitaba los pueblos de las Asturias; y con su presencia y palabras levantaba á los dudosos, animaba á los esforzados. Demás desto con grande diligencia se apercebia de todo lo necesario, y lo juntaba de todas partes sin perdonar á trabajo alguno á trueque de autorizar su nuevo reino entre los suyos, y atemorizar á los bárbaros, ca sabia acudirian luego á apagar aquel fuego. Tenia vigor y valor, la edad era á propósito para sufrir trabajos, la presencia y traza del cuerpo no por el arreo vistosa, sino por si misma varonil verdaderamente y de soldado.

CAPITULO II.

Como los moros fueron por don Pelayo vencidos.

Entre los demás capitanes que vinieron con Tarif á la conquista de España, uno de los mas señalados fue Alcama maestro de la milicia morisca, que era como al presente coronel ó maestre de campo. Este sabidas las alteraciones de las Asturias, acudió prestamente desde Córdoba para reprimir los principios



Cueva de Santa María de Covadonga.

de aquel levantamiento, con recelo que con la tardanza no tomase fuerza aquel atrevimiento, y el remedio se hiciese mas dificultoso. Seguia á Alcama un grueso ejército compuesto de moros y de cristianos: llevó en su compañía á don Oppas prelado de Sevilla para ayudarse de su autoridad, y de la amistad y deudo que tenia con don Pelayo, para reducirle á mejor partido; y para que con su prudencia y buena maña diese á entender á los que locamente andaban alterados, que todo atrevimiento es vano cuando le faltan las fuerzas: que los desvaríos en materia semejante son perjudiciales; y los varones prudentes cuando acometen alguna empresa deben poner primero los ojos en la salida y en el remate: si Munuza ó algun otro gobernador los tenia agraviados, mas acertado era alegar de su justicia delante de los moros, que nunca dejaban de hacer razon á quien la pedia: tomar las armas, y fuera de propósito usar de fuerza, el intentarlo era locura, y el remate seria sin duda para todos miserable.

Con el aviso de que venia Alcama, los soldados cristianos se atemorizaron grandemente y como suele acontecer, los que mas blasonan antes del peligro, y mas desgarros decian, al tiempo del menester se mostraban mas cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpétua felicidad de los bárbaros los amedrentaban, y á manera de esclavos parecia que apenas podrian sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas las cosas se hallaban. El socorro de Dios y de los santos abogados de España, el esfuerzo y prudencia de don Pelayo ampararon á los que estaban faltos de ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro y contrastar con aquella gente desarmada y ciscada de miedo al enemigo feroz y espantable por tantas victorias como tenia ganadas. Para esto don Pelayo repartió los demás soldados por los lugares comarcanos, y él con mil que escogió de toda la masa, se encerró en una cueva



Don Pelayo.

ancha y espaciosa del monte Auseva, que hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga (1). Apercibióse de provision para muchos dias: proveyóse de armas ofensivas y defensivas con intento de defen-

(1) Este monasterio de Santa María de Covadonga se halla edificado al pié de la famosa cueva. El antiguo templo estaba construido de una manera estraña con maderas encajonadas en peña tan escarpada que solo permitia el acceso por su escalera. Un incendio fortuito lo destruyó en 1775, y la reconstruccion emprendida por Carlos III en 1781, bajo los planos de Ventura Rodriguez, no está concluida. A través de una reja se lee esta inscripcion relativa á dos trozos pira-

derse si le cercasen, y aun si se ofreciese ocasion, hacer alguna salida contra los enemigos. Los moros informados de lo que pretendia don Pelayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron á la puerta y entrada de la cueva. Deseaban escusar la pelea y el combate; que no podia ser sin recibir daño en aquellas estrechuras: por esto acordaron de intentar si con buenas razones podrian rendir aquella gente desesperada.

Encargóse desto don Oppas; pidió habla á don Pelayo, y alcanzada, desde un mucho en que iba, como se llegase cerca de la cueva le habló desta manera: «Cuánta haya sido la gloria de nuestra nacion ni tú lo »ignoras, ni hay para que relatarlo al presente. Por »grande parte del mundo estendimos nuestras armas. »A los romanos señores del mundo quitamos á Espa- »ña: sujetamos y vencimos con nuestro esfuerzo »naciones fieras y bárbaras; pero últimamente he- »mos sido vencidos por los moros, y para ejemplo de »la inconstancia de la felicidad humana de la cum- »bre de la bienandanza, donde poco antes nos hallá- »bamos, hemos caido en grandes y estremos trabajos. »Si cuando nuestras fuerzas las teníamos enteras, no »fuimos bastantes á resistir, por ventura ahora que »están por el suelo, pensamos prevalecer? por ven- »tura esa cueva en que pocos á manera de ladrones »estais encerrados, y como fieras cercados de redes, »será parte para libraros de un grueso ejército, que »es de no menos que de sesenta mil hombres? Los »pecados sin duda de España, con que tenemos irri- »tados á Dios, que aun no parece está harto de nues- »tra sangre, os ciegan los ojos para que no veais lo »que os conviene. Lo que si por el suceso de las »guerras á ellos próspero, á nosotros contrario, no se »entendiera bastantemente, estos intentos tan des- »variados lo mostrarán. Porqué no os apartais de ese »propósito, y en tanto que hay esperanza de pérdon »y de clemencia, dejadas luego las armas y rendi- »das, no trocais las afrentas, ultrajes, servidumbre »y muerte (que será el pago muy cierto desta locura, »si la llevais adelante) con las honras y premios que »os puedo prometer muy grandes, y seguis el juicio »y ejemplo de toda España mas aina que el ímpetu »desenfrenado de vuestro corazon y el desatino co- »menzado?»

A estas palabras don Pelayo: «Tú (dice) y Witiza »tu hermano y sus hijos debeis temer la divina ven- »ganza, dado que por breve espacio de tiempo las »cosas se encaminen conforme á vuestra voluntad. »Vuestras maldades son las que tienen á Dios airado: »todos los lugares sagrados están por vuestra causa »profanados en toda la provincia: las leyes por su »antigüedad sacrosantas abrogadas. Por estos escalo- »nes pasastes á tanta locura, que metistes los moros »en España, gente fiera y cruel, de que han resulta- »do tantos daños y tanta sangre cristiana se ha der- »ramado. Por las cuales maldades, si entendemos que »Dios cuida de las cosas humanas, vivos y muertos »sereis gravísimamente atormentados. Tú mas que »todos, pues olvidado del oficio y dignidad que tenias, »has sido el principal atizador destos males; y ahora »con palabras desvergonzadas te has atrevido á amo- »nestarnos que de nuevo bajemos las cervices al »yugo de la servidumbre mas duro que la misma »muerte: esto es, como yo lo entiendo, que de nuevo »padezcamos los males y desventuras pasadas, con »que hemos sido hasta aquí trabajados. Estos, estos »son aquellos premios magníficos, estas las honras »con que convidas á nuestros soldados? Nos don Op- »pas ni entendemos que las orejas de Dios nos están »tan cerradas, ni el corazon tan apartado de ayudar- »nos, que hayamos de confiar en tus promesas; an- »tes tenemos por cierto que su Magestad sin tardanza »trocará la grandeza del castigo pasado en benigni- »dad. Que si no estamos bastantemente castigados, y »aunque afligidos y faltos, no nos quisiere acorrer, »determinados estamos con la muerte de poner fin á »tantos males, y trocar como esperamos esta vida »desgraciada con la eterna felicidad.»

Por la respuesta y palabras de don Pelayo se entendió la resolucion que todos tenian de vencer ó morir en la demanda, pues apretados de tantas maneras, demás desto convidados con el perdon no se querian entregar ni daban oido á ningun partido. Fue pues forzoso venir á las manos y hacer fuerza á los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un granizo de piedras la entrada de la cueva; en que se descubrió el poder de Dios favorable á los nuestros y á los moros contrario, ca las piedras, saetas y dardos que tiraban, revolvian contra los que los arrojaban, con grande estrago que hacian en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos con tan gran milagro: los cristianos animados y encendidos con la esperanza de la victoria salen de su escondrijo á pelear, pocos en número, sucios y de mal talle: la pelea fue de tropel y sin órden, cargaron sobre los enemigos con gran denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenian cobrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil dellos en la batalla y en el alcance: los demás des de la cumbre del monte Auseva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo Libanense por do corre el rio Deva. Allí sucedió otro milagro, y fue que cerca de una heredad, que déste suceso (como yo pienso) se llamó Causegadia, una parte de un monte cercano con todos los que en él estaban, de sí mismo se cayó en el rio y fue causa que gran número de aquellos bárbaros pereciesen. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrian en aquellos lugares pedazos de armas y huesos (en especial cuando con las crecientes del invierno las aguas comen las riberas) para muestra de aquella grande matanza. Pocos escaparon. Alcama pereció en la pelea, el obispo don Oppas fue preso; entiéndese, aunque los historiadores lo callan, que conforme á las leyes de la guerra pagó con la vida: cosa muy verisímil por la grandeza de sus maldades, y por no hallarse mas mencion del en la historia adelante.

Munuza atónito con la nueva de lo que pasaba, y no teniéndose por seguro dentro de Gijon por el odio que les tenian los naturales, acometió á salvarse por los piés; pero cerca de una aldea llamada Olalie la gente de aquella comarca le dió la muerte, con que no solo quedaron vengadas las injurias públicas, sino tambien aplacado el particular dolor que tenia don Pelayo, por la afrenta de su casa; y con tanto ninguna cosa faltó para que la alegría de la victoria no fuese colmada como fuera necesario si se les escapara aquel hombre por cuya crueldad y demasías, forzados tomaron las armas. Sucedió esta pelea el año de nuestra salvacion de 718 al mismo tiempo que en Africa Muza fue acusado delante del miramamolin por Tarif su contrario. Tomáronle cuentas del gasto y recibo en la guerra de España: no se descargó bien, y así fue condenado en grande suma de dineros, y él de pesar de la afrenta falleció poco despues. Su hijo Abdalasis despues que gobernó á España por espacio de tres años, incurrió en odio de los naturales y de los de su nacion á causa que forzó muchas hijas de los principales: por esto en la misma mezquita en que conforme á la costumbre de aquella gente hacia oracion,

midales que allí se ven y que son á decir del vulgo las cajas cinerarias de don Pelayo y Hormesinda:

AQUI YACE EL S. REY D. PELAYO
ELLETO EL ANO DE 716 QUE EN
ESTA MILAGROSA CUEBA COME
NZO LA RESTAURACION DE ESPA
NA BENZIDOS LOS MOROS FALLECIO
ANNO 737 Y ACOPAÑA SS MVSER Y EYMANA.

fue muerto á manos de los suyos el año 719. Dijese que su misma mujer Egilona le procuró la muerte por verse despreciada de su marido por otras que él mas amaba. Quien dice que su soberbia y altivez le fue ocasion deste desastre, y el usar de insignias reales á persuasion asimismo y por consejo de su misma mujer. El principal en matarle fue un deudo suyo por nombre Aiub, que se encargó y tuvo el gobierno de España por espacio de un mes; y dél dice el arzobispo don Rodrigo que fundó á Calatayud, pueblo principal poco adelante de la raya de Aragon.

En el imperio de los moros por muerte de Ulit habia sucedido su hermano Zuleyman, por el cual en lugar de Abdalasis fue proveido del gobierno de España Alahor, hombre fiero y cruel no menos contra los moros, que contra los cristianos, porque despojó de sus bienes á los moradores de Córdoba sin otra causa bastante mas del deseo que tenia de robar: hizo pesquisa y proceso contra los moros que fueron los primeros en venir á España, ca pretendia tenian usurpados los despojos de los vencidos y de toda España. Deste dicen que desde Sevilla trasladó la silla del imperio de los moros á Córdoba, y por entender que el daño recebido en las Asturias fue por engaño del conde don Julian y de los hijos de Witiza los despojó de todos sus bienes y les dió la muerte: justo castigo de Dios que los traidores á su patria fuesen tratados desta manera por los mismos á quien sirvieron y llamaron en su ayuda desde Africa.

CAPITULO III.

Lo demás que hizo don Pelayo.

TAL era el estado de la cristiandad en España, para bueno no tal, para tantas tinieblas y tempestades no del todo malo. Luego que don Pelayo ganó aquella gloriosa victoria, no solo se arraigó y fortificó en las Asturias, do dió principio á su reinado, sino que tambien bajó con su gente á lo llano; y allí trabajaba á los pueblos sujetos á los moros, talaba los campos, robaba y ponia á fuego y á sangre todo lo que se le ponia delante. Acudíanle á la fama de sus hazañas de cada dia nuevas fuerzas y gentes: con que tomó por fuerza á la ciudad de Leon, puesta á las haldas de los montes con que Galicia y las Asturias parten término, lo cual sucedió el año de 722. Algunos piensan que desde este tiempo don Pelayo se llamó rey de Leon: otros lo contradicen (personas de mayor conocimiento de la antigüedad) movidos por los privilegios y memorias de los reyes antiguos, de donde se saca claramente que los sucesores de don Pelayo no les llamaron reyes de Leon, sino de Oviedo solamente. A este mismo propósito hacen los sepulcros de aquellos primeros reyes, que se sepultaron en Oviedo y otros pueblos de las Asturias hasta el tiempo del rey don Ordoño el Segundo, que como fue el primero que se llamó rey de Leon, así bien se mandó enterrar en la iglesia de Santa María la Mayor que él mismo desde los cimientos levantó en aquella ciudad. Y sin embargo se puede creer que luego que la ciudad de Leon fue conquistada, mudaron las armas antiguas de los reyes godos en un leon rojo rapante en campo plateado: insignias que sin duda, cualquier principio que ellas hayan tenido, se han conservado y continuado hasta nuestra edad. La ocasion de tomar estas armas fue que en lengua española con la misma palabra se significa el leon y se llama aquella ciudad; por donde como los de aquel tiempo, gente mas dada á las armas que ejercitada en las letras, no advirtiesen la causa porque aquella ciudad se llamó Leon (que se derivó de Legio palabra latina que significa cierta compañia de soldados), por esta ignorancia inventaron aquella manera de divisa y de armas.

Ayudó mucho para llevar adelante las cosas de los cristianos el esfuerzo de don Alonso, el que despues que alcanzó el reino, se llamó el Católico. Era hijo de don Pedro duque de Vizcaya. Decendia de la nobilísima sangre del rey Recaredo, y siendo mas mozo, en tiempo de los reyes Egica y Witiza tuvo principales cargos en la guerra, y al presente por el deseo que tenia de ayudar á la república, dejó su patria y su padre. Traia en su compañía un buen número de vizcainos, con que los cristianos se animaron grandemente, y sus fuerzas se aumentaron. Para obligalle, mas y tenelle mas prendado, le casaron con Ormisinda hija de don Pelayo. Los reyes que sucedieron en España, destos príncipes tienen el orígen de su linaje y su continua propagacion. Con la venida de don Alonso y con su ayuda Gijon lugar muy fuerte por su asiento y fortificacion, Astorga, Mansilla, Tineo y otros pueblos de las Asturias y en Galicia fueron tomados á los moros. Puédese sospechar que don Pelayo y los que le sucedieron, ganados estos pueblos se intitularon reyes de Gijon (1) y que esto dió ocasion á algunos para pensar que se llamaron reyes de Leon por ser los nombres latinos destos dos pueblos, es á saber Gegio y Legio, muy semejantes. Era fácil echar los moros de los pueblos á causa que los moradores como eran cristianos, mataban las guarniciones de los moros, y con esperanza de recobrar la libertad con gran voluntad rendian á don Pelayo las ciudades y plazas. Además que los moros se hallaban en las otras partes de España embarazados con grandes alteraciones de guerras enlazadas unas de otras, de tal suerte que no podian juntar ejército, ni resistir á los intentos de los cristianos.

Fue así que por muerte de Zuleyman miramamolin de Asia, Africa y España sucedieron en aquel imperio muy ancho dos hijos de Ulit, Homar y Izit (2), por adopcion de su tio; cosa nueva entre los moros, y no sé cuán acertada, que dos con igual poder juntamente reinasen. Homar falleció de su enfermedad dentro del primer año de su imperio. Con esto Izit quedó solo por señor de todo. Este probeyó por gobernador de España á Zama hombre de grande ingénio, y de grande ejercicio en las armas, y no de menor codicia que los pasados, ca inventó nuevos tributos y los impuso sobre las ciudades que le eran sujetas. En Narbona puso guarnicion de soldados, y cerco sobre Tolosa, silla y asiento antiguamente en aquella provincia del imperio de los reyes godos. Sobrevino Eudon duque de Aquitania en socorro de los cercados. Vino á las manos con el bárbaro en que le venció y mató con la mayor parte de su ejército en la pelea y en el alcance. Los que escaparon de la matanza, en tanto que de Africa se proveia nuevo gobernador, eligieron en lugar del capitan muerto Abderrahman, hombre señalado en paz y en guerra, para que con su esfuerzo y prudencia entretuviese las cosas de los moros que estaban á punto de perderse.

Con el aviso de aquella desgracia fue de Africa enviado Aza, á quien otros llaman Adham, para que gobernase en España lo que quedaba de los moros, en lugar y en nombre del miramamolin Izit. Este fue ocasion que la provincia cansada con tantos males padeciese nuevos trabajos, por inventar como inventó tributos muy mayores que antes, con intento de empobrecer los pueblos para que no tuviesen brio ni fuerzas los que tenian ánimo y deseo de levantarse. Pasó en esto tan adelante que mandó á los pueblos y ciudades que se tomaron por fuerza, pagasen al fisco y tesoro real la quinta parte de todas sus rentas y

(1) Este error proviene de que en un privilegio antiguo Morales leyó en lugar de *Regis Silonis* Regis Gijonis.

(2) No eran sino primo el primero y sobrino el segundo, y reinaron no juntos, sino uno despues de otro.

proventos, y á los pueblos que se rindieron á partido, ordenó pagasen la décima parte. Con esta condicion se permitió á los cristianos que poseyesen sus heredades y haciendas como por via de feudo ó arrendamiento. El moro Rasis dice que hizo pagar á los moros la quinta parte de todos sus bienes con voz y color de ayudar á los pobres que eran sin número en toda la provincia, como á la verdad fuese su intento que enflaquecidos no tuviesen fuerzas ni brio para alborotarse. Procuró se edificase la puente de Córdoba sobre el rio Guadalquivir. Sujetó algunas ciudades y pueblos á las haldas de Moncayo, que todavía se mantenian en libertad, y entre ellas tomó por fuerza á Tarazona y la echó por tierra. Concluidas cosas tan grandes dentro de dos años y medio que duró su gobierno, los suyos que le aborrecian grandemente, se conjuraron contra él y le mataron dentro de Tortosa. Sucediéronle Ambiza, Odra y Jahea, como lo dice el arzobispo don Rodrigo: yo entiendo que gobernaron por algun tiempo á España, dividida en tres partes por no concertar las voluntades de todos, ni venir en uno; ó por ventura el gobierno de cada cual destos tres fue de pocos meses.

En Asia, sin duda por muerte del emperador Izit, sucedió en aquel imperio su hermano Iscam, que así lo dejó dispuesto el dicho Izit con condicion que adoptase por hijo y sucesor como lo hizo á su hijo Alulit. Encargóse Iscam de aquel imperio el año que se contó 724 de nuestra salvacion, y de los moros ciento y siete, como lo dice el arzobispo don Rodrigo en la historia de los árabes, que iguala los unos años á los otros; cosa que no debiera hacer, como en otro lugar se ha mostrado. Tuvo aquel imperio por espacio de diez y nueve años. Fue muy esclarecido príncipe por las cosas que hizo y su perpétua prosperidad, si no amancillara las demás virtudes con una insaciable codicia de juntar de todas partes tesoros, por donde si bien en riquezas sobrepujó á sus antepasados, incurrió en grande aborrecimiento de sus vasallos. En tiempo deste emperador gobernaron por órden á España (1) los siguientes: Odayfa, Himen, Autuma, Albaytan, Mahomad. La aprobacion y aplauso de todos no fue el mismo; el gobierno de cada cual apenas duró un año entero, y en particular Mahomad tuvo el cargo por espacio de solo dos meses, porque se halla que el año de Cristo de 731 despues de todos estos fue proveido en el gobierno de España Adderrahman, que debió ser el mismo que nombramos arriba. Las cosas deste gobernador fueron muy famosas, y el remate que tuvieron, muy alegre para los cristianos. Esto pide que se haga relacion y memoria por menudo de todas ellas.

Aventajóse grandemente en la guerra, demás de las otras partes en que ninguno de los de su nacion se le adelantó en aquel tiempo. Solo fue cruel de su condicion y áspero no mas con los españoles que con los moros, que por la libertad del tiempo estaban estragados en muchas maneras. De aquí muchos tomaron ocasion de aborrecerle, en particular Muñiz hombre principal, poderoso y animoso entre los moros, determinó de declararse contra él y alborotar la Gallia Góthica, que con ocasion de estar lejos y por el mal tratamiento de los que la gobernaban, le siguió con facilidad. En España otrosí se le juntó lo de Cerdania, que está puesto entre los montes Pirineos. Eudon duque de Aquitania por valerse dél contra los franceses y moros que le molestaban, hizo con él liga. Fue Eudon en aquellos tiempos hombre grave, diestro y sabio, como se saca de las memorias antiguas; pero todo lo afeó con casar á este Muñiz con una hija suya con intento de obligalle mas con aquel parentesco. Era aquel casamiento ilícito, y siempre fue vedado en las leyes de los cristianos; así no solo le fue mal contado, sino tambien le salió desgraciado, porque Abderrahman avisado de lo que Muñiz pretendia, y de las alteraciones de aquellas gentes, marchó con su campo á lo postrero de España. Puso cerco sobre la ciudad de Cerdania; Muñiz perdida la esperanza de defenderse contra enemigo tan poderoso y de huir si lo intentaba y mas de perdon si se entregaba, acordó de despeñarse. Su mujer que dejó en edad florida, y era de notable hermosura, junto con la cabeza de su marido fue enviada á Africa en presente muy agradable al supremo emperador de los moros. Muchos presumian que el desastre de Muñiz fue en venganza de las injurias que él habia hecho á la Religion Cristiana, y de la mucha sangre de cristianos que con fiereza de bárbaro derramara. En particular hizo morir á fuego al obispo Anabado varon muy santo, y que en la edad de mozo que tenia, representaba costumbres de viejo.

Ensoberbecido Abderrahman con esta victoria, rompió por la Francia con gran espanto de los franceses y godos que por aquella provincia moraban. Pasó por donde se tienden las riberas del mar Mediterráneo hasta el rio Ródano sin hallar quien le hiciese resistencia. Puso cerco sobre Arlés ciudad principal en aquella comarca. Allí acudió Eudon con su gente y vino á las manos con los bárbaros, pero perdió la jornada con tan grande estrago de los suyos cuanto ninguno en aquella edad fue mayor, de que por largo tiempo dieron bastante muestra los montones de huesos que quedaron cerca de aquella ciudad en el sitio do se dió la batalla. Revolvió despues desto á mano izquierda, y paseada con sus armas vencedoras gran parte de lo mas adentro de Francia, cargó sobre la Aquitania y pasado el rio Garona, á las riberas del mar Océano asoló la ínclita ciudad de Burdeos, y talóle los campos, allanóle los templos sin otros infinitos daños que hizo. En aquella parte con gente que de nuevo recogió Eudon, tornó á probar ventura, y presentó la batalla al comun enemigo del nombre cristiano. El suceso fue el mismo que antes, contrario á los nuestros, próspero á los moros. Los de Angulema, los de Perigueux, los de Xantoñe y los de Poitiers fueron asimismo trabajados con la llama desta guerra. En grande aprieto se hallaban las cosas de los cristianos, porque ¿quién pudiera hacer rostro á los vencedores de Asia y de Africa, y que poco antes habian deshecho el imperio de los godos? ¿quién se atreviera á ponerse al riesgo de la batalla? ¿pelear con las invencibles fuerzas de aquellos paganos? La misma fama y la nombradía tenia puesto espanto á las demás naciones, y las tenia acobardadas y casi vencidas.

Era á la sazon mayordomo mayor de la casa real de Francia, Carlos Martello, el cual movido del peligro comun con grandes levas de gente que hizo de Francia, Alemaña y Austrasia, que es hoy Lorena, formó un grueso ejército. Muchos le acudieron de su voluntad y como aventureros por el deseo que tenian de apagar aquel fuego perjudicial. Con estas gentes partió en busca del enemigo determinado de darle la batalla. Llegó por sus jornadas á Tours, ciudad muy conocida por el templo y sepulcro de San Martin obispo de aquella ciudad, de asiento muy apacible, campo fértil, cielo saludable, do soplan ordinariamente los vientos de Poniente y Mediodía, y entonces estaba sujeta y pertenecia á la Aquitania. Fortificó sus estancias de la parte otra del rio Loire, sobre que está edificada aquella ciudad, y esto para tener seguras las espaldas, que los enemigos por ser casi innumerables no los pudiesen cercar. Eudon olvidado de la enemistad y diferencias que con Martello tenia, por el peligro comun que todos corrian, juntó con

(1) Hay que acudir á la tabla cronológica para saber el órden de los vireyes árabes que gobernaron la España por este tiempo, pues Mariana omite algunos y sustituye otros desconocidos.

él sus fuerzas: cosa que fue de grande importancia para la victoria. Los historiadores franceses dicen que los moros entraron y pasaron tan adelante en la Francia llamados de Eudon, que pretendia con el daño comun satisfacerse de sus particulares agravios; que tal es la costumbre de los hombres mal considerados. Dicen mas que al presente mudó de parecer á causa que los moros sin tenerle algun respeto corrieron los campos de la Aquitania ó Guiena. Los historiadores españoles callan esto, y es forzoso que lo uno y lo otro se haya hecho en gracia ó por odio de la nacion española, ca Eudon era señor de Vizcaya (1), y lo de Aquitania le dieron en dote con su mujer. En negocio dudoso parece lo mas cierto que los moros no fueron llamados por Eudon, y que la fama en contrario no es verdadera, pues peleó antes desto por dos veces con ellos á gran riesgo de su vida y estado.

Iban los bárbaros en busca de los nuestros con tanto orgullo que les parecia nadie se les pondria delante: llegaron donde los nuestros alojaban. Dióse la batalla de poder á poder, que fue de las mas dudosas y señaladas del mundo. Eran los moros cuatrocientos mil, que convidados de la fertilidad de Francia y por ser gente vagamunda, con sus hijos, mujeres y ropa habian pasado la mar para hacer en ella su asiento. El número de los cristianos era muy menor, pero aventajábanse en el esfuerzo y destreza del pelear y lo que era mas principal, tenian á Dios y la justicia de su parte. La esperanza por ambas partes era grande, y el miedo no menor. Acométense entre sí las haces, cierran y trábanse los escuadrones, embravécese la batalla por todas partes, que por gran espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria por los moros ni por los cristianos; pero en fin la valentía y valor prevaleció contra aquella gran canalla. Grande y casi increible fue la matanza: murieron trescientos y setenta mil moros, y lo que hizo mucho al caso para que la victoria fuese mas alegre, el mismo Abderrahman quedó tendido entre los demás cuerpos muertos. De los vencedores faltaron hasta mil y quinientos, pequeño número para victoria tan grande, si bien eran de los mas señalados, unos en valor y hazañas, otros en la nobleza de sus linajes.

La alegría por causa desta victoria fue colmada para todo el Cristianismo no solo por sí misma que fue muy señalada, sino por la muestra que se dió, y esperanza que todos cobraron de que aquella gente hasta entonces invencible podria por el esfuerzo de los cristianos ser vencida. Entre todos se señaló en esta batalla á dicho del mismo Martello el duque de Eudon, que en lo mas recio de la pelea, como lo tenian antes concertado, con los caballos ligeros y gente mas suelta rodeó los escuadrones con tanta presteza, que antes que mirasen en ello, cargó sobre los enemigos por las espaldas y los puso en confusion. Dióse esta dichosa batalla el año de nuestra salvacion de 734 (2), que era el veinte y uno despues de la pérdida de España. En este tiempo tenia el imperio de Oriente Constantino llamado Copronymo, de las cartas de Eudon al pontífice romano Gregorio se supo en Roma y se tuvo aviso de la victoria y del número de los muertos: de que se entiendo asimismo que el papa les envió tres esponjas benditas, es á saber á la manera que se bendicen los Agnus Dei, y que todos los que alcanzaron alguna partecica dellas, salieron de la batalla sin lesion alguna; cosa maravillosa, como verdadera. Los mas cuentan á este pontífice Gregorio por el Segundo de aquel nombre, la razon de los tiempos convence que no fue sino el Tercero.

(1) Ya hemos dicho que Eudon no era señor de Vizcaya: segun el *Cronicon Magno Bélgico* fue hijo de Bertrando duque de Aquitania y tenia en propiedad el ducado, no por beneficio del príncipe Hilderico.

(2) Todos los historiadores la ponen el 721, diez años despues que los moros entraron en España.

Abdelmelich sucedió en el lugar de Abderrahman, y tuvo el gobierno de los moros en España y en todo lo que della dependia, por espacio de cuatro años siguientes sin señalarse en cosa alguna, sino en crueldad y en cohechar la gente que volvia en sí despues de tantos trabajos: tacha que no solo afea á los príncipes y amancilla á los que gobiernan el pueblo, sino es muy grave delito. Como él era, así le sucedieron las empresas. Tuvo comision y órden de acometer la Francia; pero perdida mucha de su gente á la pasada de los montes Pirineos, fue forzado de volver atrás. En el mismo tiempo es á saber en el año 737 don Pelayo primero rey de España cargado de años y esclarecido por sus proezas pasó desta vida en Cangas. Su cuerpo sepultaron en santa Olalla Valaniense, iglesia que él mismo habia fundado en tierra de Cangas. Allí tambien sepultaron su mujer la reina Gaudiosa. Sucedió en el reino sin contradiccion don Favila su hijo, y le gobernó por espacio de dos años príncipe mas conocido por su desastrada muerte y por la liviandad de sus costumbres, que por otra cosa alguna; pues sin embargo de las muchas guerras que tenia entre las manos, y que su nuevo reino estaba en balanzas, y mas se conservaba por la flaqueza de los moros y revuelta de los tiempos que por las fuerzas de los cristianos, mostraba cuidar poco del gobierno, y tener mas cuenta con sus particulares gustos que con el bien comun, en especial era demasiadamente aficionado á la caza, y en ella un oso que seguia desapoderadamente, le mató sin que dejase ninguna loa ni en vida ni en muerte. Fue sepultado en la iglesia de Santa Cruz, que él mismo edificó en tierra de Cangas, en que se veia otrosí antiguamente el sepulcro y lucillo de Froleva su mujer.

Un cierto diácono llamado Juliano, griego de nacion (3), docto en las dos lenguas griega y latina, por estos tiempos escribia en Toledo las antigüedades de España y las cosas que hizo don Pelayo. Dícelo cierto autor. Hay quien diga que fue thesalonicense y arcediano de Toledo: item que se llamaba Juliano Lucas: item que comenzó su historia desde el año cuatrocientos y cincuenta y cinco. Urbano prelado de Toledo en lo postrero de su edad, Evancio arcediano de aquella iglesia, Fredoario obispo de Guadix, varones escelentes por la santidad de sus costumbres y por su doctrina, resplandecia en aquella escuridad de todas las cosas de la manera que las estrellas entre las tinieblas de la noche. Contemporáneo dellos fue Juan prelado de Sevilla, que tradujo la Biblia en lengua arábiga con intento de ayudar á los cristianos y á los moros á causa que la lengua arábiga se usaba mucho y comunmente entre todos, la latina ordinariamente ni se usaba ni se sabía. Hay algunos traslados desta traduccion, que se han conservado hasta nuestra edad y se ven en algunos lugares de España,

CAPITULO IV.

Del rey don Alonso llamado el Católico.

Falleció don Favila sin sucesion: don Alonso por tanto y Ormisinda su mujer, segun que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo (4), fueron recebidos y declarado por reyes con grande alegría del pueblo, y en gran pró de todo el reino. Corrian en don Alonso á las parejas las artes de la guerra y de la paz, maravilloso por la constancia que mostró en las adversidades, señalado por la felicidad que tuvo en

(3) Ambrosio de Morales duda mucho de que hubiese habido tal escritor ni tal libro.

(4) Ningun escritor antiguo hace mencion del testamento de don Pelayo, y Ambrosio de Morales ha demostrado que la corona no era entonces hereditaria sino electiva. A la muerte de don Favila los cristianos eligieron á don Alonso, como capitan esperimentado y de mucho valor.

dinariamente en sus empresas, tan dado al culto de la religion, que por esta causa le dieron renombre de Católico: apellido que antiguamente en el concilio Toledano tercero, en el tiempo que se redujo á la Iglesia católica toda la nacion de los godos deshechadas las heregías de Arrio, con mucha raza se dió al rey Recaredo. Desusóse despues por muchos siglos hasta que Alejandro VI sumo pontífice le renovó en don Fernando de Aragon rey católico de España, y hizo que se perpetuase en los reyes sus sucesores. Florecia en aquel tiempo España con los bienes de una muy larga paz, Africa y Francia ardian en guerras civiles. Carlos Martello por la muerte de Eudon su competidor se apoderó del grande estado que tenia en Francia.

Tres hijos que quedaron del difunto, Aznar, Hunnoldo y Vayfero, como herederos de la enemistad de su padre, y con intento de satisfacerse de su contrario acudieron á las armas. Aznar en aquella parte de España que cae cerca de Navarra, tomó á los moros la ciudad de Jaca con otros muchos castillos y plazas, por donde fue tronco y fundador del reino y gente de Aragon: nombre que se tomó del rio Aragon, que pasa por aquella comarca, y junto con el rio Ega mezcla sus aguas con las de Ebro, como en otro lugar se declara. Hunnoldo y Vayfero acudieron á lo de Francia: rompieron con su gente por toda aquella provincia, que corrieron hasta pasar el rio Ródano. En todas partes pusieron grande espanto: no perdonaron á varones ni á mujeres, á niños ni á viejos, como acontece que las pasiones de los príncipes descargan de ordinario sobre la gente menuda. Cargó principalmente este daño sobre los Allobroges, que son las partes de Saboya y del Delfinado. Viena con grande dificultad se pudo defender. Dende revolvieron contra lo de mas adentro de Francia que cae desta parte del Ródano. Los moros movidos del deseo que tenian de satisfacerse de la afrenta pasada, demás desto llamados por Mauricio conde de Marsella y de Hunnoldo y Vayfero, que pretendian por este camino apretar á Martello y á los franceses, tornaron á hacer guerra en la Francia.

Gobernaba por este tiempo los moros de España Aucupa: este tomó á su llegada residencia á Abdelmelich, y con color que no descargaba bastantemente de lo que le achacaban, le puso en prisiones. Fue Aucupa muy noble entre los suyos, gran celador de su supersticion, de tal guisa que ningunos delitos castigaban con tanta severidad como los cometidos contra ella. Concertóse pues con Mauricio conde de Marsella y con los hijos de Eudon, y con su ayuda y las gentes que metió en Francia, pasó tan adelante que se apoderó de Aviñon, ciudad puesta sobre el rio Ródano, muy ancha y muy noble. Los pueblos comarcanos padecieron quemas, talas y robos. Todo esto sucedió cinco años despues que se dió la batalla muy famosa de Tours, es á saber el año de 739, que fue el primero del reinado de don Alonso. Miserable el estado en que los cosas estaban, grande la avenida de males; pero el valor de Martello sustentó lo de Francia, porque echó los enemigos de aquella provincia, y los arredró desta parte de los Pirineos. Apoderóse de Aviñon y de Narbona, de suerte que casi no quedó por los godos ni por los moros cosa alguna en toda la Francia.

La guerra de Africa se hacia y continuaba con mayor calor y pertinacia. Fue así que Belgio Abenxio, capitan de gran nombre entre los moros, levantó los del pueblo contra su señor y miramamolin Iscam, no se declara la causa: á muchos les parece bastante para acometer cualquier maldad el deseo de reinar. Diéronse muchas batallas en Africa, los trances fueron variables, la victoria de ordinario quedó por los levantados: con que finalmente Belgio se determinó de pasar en España. Abdelmelich á la sazon era vuelto al gobierno que antes tuvo, por órden de Aucupa que falleció, y por su muerte dejó dispuesto le sacasen de la prision do él le tenia, y le restituyesen el cargo. Lo cual fue para su mal á causa que Abderrahman enviado delante por Belgio con un grueso ejército para que le allanase la tierra, le prendió dentro de Córdoba, y le hizo morir con todo género de tormentos el año 743, en que murió eso mismo el miramamolin Iscam. Sucedió en aquel grande imperio Alulit hijo de Izit, segun que lo tenian antes asentado. Tuvo sobrenombre de Hermoso: las esperanzas que al principio dió, fueron grandes, el suceso diferente. Poníale en cuidado la guerra que Belgio hacia en Africa, ca volvió segun parece de España, y las alteraciones que doran por parte de los levantados continuaba en España.

Los movimientos de Africa no hacen á nuestro propósito, ni hay para que relatallos: basta saber que el emperador Alulit al principio de su imperio proveyó para el gobierno de España un hombre principal y prudente llamado Albulcatar, que con su buena maña, y con enviar los reboltosos á Africa para que ayudasen en la guerra que allá se hacia, sosegó las alteraciones de España; pero poco despues fue muerto por conjuracion de Zimael: con que Roba compañero de Zimael, y el principal atizador de aquella conjuracion, se apoderó del gobierno y aun del reino de España sin que nadie lo pudiese ir á la mano, porque el emperador Alulit falleció el segundo año de su imperio, que fue el de 744. Quedó por sucesor suyo Ibrahem su hermano, que no tuvo mejor suceso, ni le duró el señorío mas tiempo que á su predecesor. Fue así que Maruan sin embargo que era de su misma parentela, y de la nobilísima alcuña entre los moros de los Humeyas, con el ayuda de aquella parcialidad degolló á Ibraem dentro de su palacio el año segundo de su imperio; y con tanto quedó por señor de todo. En tiempo deste emperador por muerte de Roba, que le mataron en cierta batalla, tuvo el gobierno de España Tova, y muerto este dentro de un año, Juzeph hombre de grandes partes fue proveido y enviado de Africa en lugar de los dos. Era de grande edad y sin embargo muy dado á mujeres; pero recompensaba en parte esta falta la destreza que tenia en las armas y la fama de sus proezas. En tiempo deste gobernador de España en Asia Abdalla que era de los Alvecinos, casa y linaje nobilísimo entre los moros, se conjuró con los desta parcialidad, y dió la muerte á Maroan el año del Señor de 750. Pareció justa su pretension para la venganza que tomó de la muerte que dieron á su señor; pero en premio de su trabajo se quedó con el imperio, y con intento de asegurarse en él procuró destruir de todo punto y acabar la parcialidad de los Humeyas, linaje y casta de los emperadores pasados. Como lo intentó, así en gran parte lo puso en efecto.

En España el año de 753 en Córdoba se vieron tres soles (1), cosa que causó grande espanto por ser la gente tan grosera y ruda, que no alcanzaba cómo en una nube de igual grosura y densidad, á la manera que en espejo, se pueden representar muchos soles sin algun otro misterio. Como estaban azorados con el miedo, les parecian y se les representaban otras visiones diferentes como de hombres que iban en procesion con autorchas de fuego. Aumentóse la maravilla y el espanto por causa de una muy grande hambre que por el mismo tiempo se siguió en España por la sequedad que á veces padece y falta de agua. En el entretanto el rey don Alonso con intento de aprovecharse de la buena ocasion que se le representaba para ensanchar los términos de su reino, que eran muy angostos, por la discordia de los moros y sus re-

(1) Apareció este fenómeno celeste como refiere Isidoro obispo de Beja, la era 784, que corresponde al año 746.

vueltas tan grandes, además que los cristianos estaban cansados de su señorío, juntó las mas gentes que pudo para hacer entrada en las tierras comarcanas. Sucedióle muy bien su pretension y la jornada porque en Galicia recobró á Lugo, Tuy, Astorga; en la Lusitania la ciudad de Portu, asentada sobre un puerto por la parte que el rio Duero desagua en el mar, y las de Beja, Braga, Viseo, Flavia, y mas adentro á Bretisa y Sentica, pueblos que hoy se llaman Ledesma y Zamora. Tomó otrosí por aquella comarca á Simancas, Dueñes, Miranda y las ciudades de Segovia y Avila, y á Sepúlveda puesta á las haldas del monte Orospeda á la ribera del rio Duraton, asentada en un sitio muy fuerte, y que antiguamente se llamó Segobriga y mas adelante Sepúlveda, como consta de sus mismos fueros de que antiguamente usaba, y que era pueblo muy grande y de muy grande autoridad.

Demás deste con las armas vencedoras, y en prosecucion de victorias tan nobles, revolvió sobre las comarcas de Briviesca y de la Rioja, pueblos que antiguamente se contaban entre los várdulos, y se apoderó de aquellos distritos. La Rioja está en un lado del monte Idubeda por la parte que el rio Ogia que se derriba de aquel monte, pasa y se mezcla con el rio Ebro: es tierra muy apacible y muy fértil. Lo mismo hizo de Pamplona en Navarra, y de lo que hoy se llama Alava, parte de Vizcaya. Verdad es que muchos destos pueblos por el vario suceso de las guerras tornaron ó perderse á causa que el poder de los reyes moros de Córdoba en gran perjuicio de los cristianos comenzó á levantarse por este tiempo, segun que poco despues se dirá, y creció adelante mucho en autoridad y fuerzas. Procuró el rey don Alonso, y hizo que en las ciudades catedrales que se ganaron, fuesen puestos obispos, que reformaban las costumbres de aquellos cristianos, y las limpiaban de la maleza que de la conversacion de los moros se les habia pegado. Cultivaban los pueblos con el buen ejemplo, con nuevas leyes que hacian, con declaralles y predicalles la palabra de Dios. Reedificábanse los templos do estaban caidos, y los profanados con la superstición de los moros los reconciliaban ó consagraban de nuevo. Reparaban los ornamentos de las iglesias por cuanto lo sufria la pobreza de la gente y las rentas reales que eran muy ténues. Finalmente una nueva luz se mostraba por todas partes, muy gran materia al presente de alegría, y de mayor esperanza para lo de adelante.

Los antiguos geógrafos situaron los várdulos en la Cantabria por aquella parte que es bañada del mar Océano: los antiguos historiadores de España, como hombres de corto ingenio y pequeña erudicion, los pusieron en aquella parte de Castilla la Vieja que antiguamente llamaron los vaceos. Desta opinion procedió otro nuevo engaño, y fue que como don Alonso ganase gran parte de Castilla la Vieja, la cual nuestros historiadores llamaron várdulos, otros se persuadieron que desta hecha quitó á los moros toda la Cantabria o Vizcaya; pero por bastantes testimonios se puede mostrar que los moros en ningun tiempo pasaron de un lugar que en Vizcaya vulgarmente se llama la Peña Horadada. El rey despues que concluyó cosas tan grandes, falleció en Cangas de edad de sesenta y cuatro años el año que se contaba 757 de nuestra salvacion. Fue príncipe esclarecido y señalado entre todos. Reinó por espacio de diez y nueve años, quien dice de diez y ocho. Dejó cinco hijos, los cuatro de Ormisinda su mujer, que fueron Froyla, Bimarano, Aurelio (1) y Usenda; de otra mujer baja, y aun esclava, tuvo fuera de matrimonio á Mauregato. Hiciéronle exequias y enterramiento muy solemne no tanto por el aparato y gasto, cuanto por las verdaderas lágrimas y sentimiento de todos sus vasallos, y por las voces del cielo que dicen se oyeron en el enterramiento, de ángeles que cantaban aquellas palabras de la divina Escritura: «El justo es »quitado, y nadie pone mientes en ello: es quitado »por causa de la maldad, y será en paz su memoria.» Sepultaron estos rey y reina en Cangas en el monasterio de Santa María. Tuvo don Alonso un hermano por nombre Froyla, mas conocido por dos hijos suyos Aurelio y Veremundo, ó Bermudo, que por otra causa que dél se sepa. Volvamos á las cosas de los moros, que por estar mezcladas con las nuestras no se pueden olvidar del todo. En particular será bien declarar la ocasion, los principios y aumento de la discordia muy grande que entre aquella gente se encendió por este tiempo, y los cimientos que con esto se echaron de un nuevo y muy poderoso reino de moros que se levantó en España.

CAPITULO V.

De dos linajes los mas principales entre los moros.

POR las armas de los sarracenos y por el vergonzoso descuido de los nuestros la mayor y mas noble parte de la redondez de la tierra quedó vencida y sujeta á los enemigos del nombre cristiano crueles y fieros, los cuales tienen por abominable y por ilícito todo lo que nosotros tenemos por santo. Al principio obedecian todos á una cabeza y á un príncipe que cuidaba de todo, de la guerra y del gobierno, hacia y deshacia leyes, administraba justicia, hasta las mismas cosas sagradas y pertenecientes al culto de Dios estaban á su cargo. En las historias de los árabes á veces le llaman califa, que en romance quiere decir sucesor (2) á veces miramamolin, que es lo mismo que príncipe de los que creen. En amor de la nueva superstición hizo que al principio las cosas estuviesen quietas: adelante con el grande aumento que tuvieron, y por sus muchas riquezas resultaron alborotos, y de unos se hicieron muchos imperios. Las causas destas discordias y los sucesos no hacen á nuestro propósito, solo por lo que toca á nuestro cuento, me pareció necesario declarar el orígen y progreso de dos familias y casas las mas nobles que hubo entre los moros, y por cuyas diferencias resultaron en este tiempo grandes alteraciones. Mahoma fundador de aquella secta y maestro de la nueva superstición dió á muchas provincias guerras, en que siempre le sucedió prósperamente. Fue hombre de ingénio despierto, astuto y malo: usaba de una profunda ficcion y apariencia de santidad, cosa muy á propósito para engañar á la gente; y no hay cosa mas poderosa para ganar las voluntades de la muchedumbre, que la máscara de la religion: así fueron innumerables los que engañó en toda su vida. A la muerte de muchas mujeres con quien ilícita y torpemente se casó, dejó solamente tres hijas (3) y ningun hijo varon, ca uno que tuvo se le murió de doce años. La mayor de las hijas se llamó Fátima: las otras Zeynebis y Imicultis quedaron casadas con hombres principales y todavía por la muerte de Mahoma los suegros dél se encargaron del gobierno, primero Abubacar y despues Homar en lugar de sus hijas y nietos.

Despues destos Atuman marido de Fátima tuvo el imperio; que por ser la mayor tenia mejor derecho

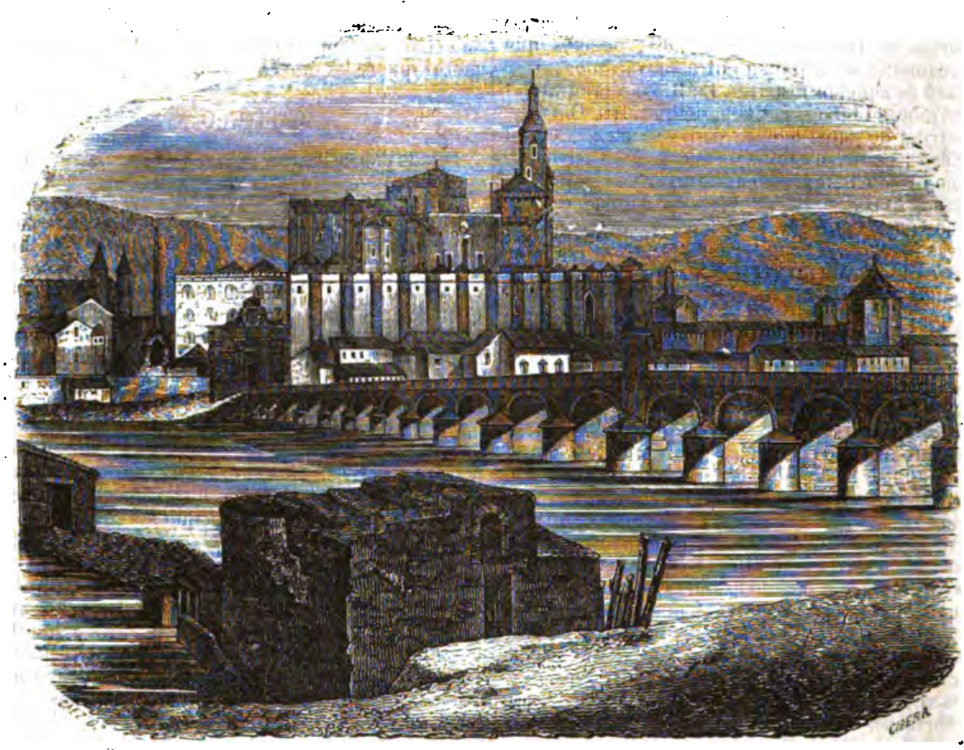
(1) El *Cronicon* de don Alonso el Magno dice así: «despues de la muerte de Froyla, Aurelio su primo en primer grado, hijo de Froyla y hermano de Alfonso el Grande, le sucedió en el reino.» El mismo Mariana poco despues dice esto mismo: por consiguiente debe tenerse por descuido de Mariana ó del amanuense el llamar aquí hijo á Aurelio.

(2) Segun los árabes quiere decir *vicario ó lugarteniente* de su profeta Mahoma.

(3) En general los escritores árabes dicen que Mahoma tuvo siete hijos, tres varones y cuatro hembras: otros dicen que fueron ocho, cuatro varones y cuatro hembras.

para suceder á su padre (1). Deste tuvo orígen el linaje de los Alavecinos, gente muy poderosa en riquezas y en señorío (2). A Atuman no sin contradiccion de muchos, y grande alteracion del pueblo, sucedió Moabia marido de la segunda hija de Mahoma llamada Ceynebis, fundador que fue del otro linaje muy valido de los Benhumeyas. La causa destos nombres y apellidos no se sabe, ni lo que significan. Lo cierto es que Moabia sucedieron por órden su hijo Izit y Maula su nieto, que perdonó á sus vasallos y les descargó de la tercera parte de los tributos con que acostumbraban á servir. Muerto Maula, los moros divididos en dós parcialidades, los unos siguieron á Maroan y los otros á Abdalla, que era segun yo pienso del linaje ó alcuña de los Alavecinos. Sea lícito usar de conjeturas en cosas tan escuras como son las de aquella nacion. Por lo menos en tiempo del rey Moabia fue maestro de la milicia, que es como entre nosotros condestable: con que tuvo ocasion de granjear muchas riquezas y aliados, y de presente tuvo manera para echar al contrario del reino y quedar solo por señor de todo. Mas con su muerte la corona y cetro volvieron á Abdelmelich hijo de Maula, que ganó gran renombre por conquistar como conquistó toda la Africa, con que él y sus sucesores se hicieron mas poderosos que antes. Las discordias de los emperadores romanos dieron lugar á este daño, que fue una miserable ceguera y una locura de los hombres muy grande; pero mejor será apartar el pensamiento destas cosas, cuya memoria á manera de cierto aguijon punza y duele.

Falleció Abdelmelich de su enfermedad, y en su



Puente de Córdoba.

lugar sucedió su hijo Ulit, aquel por cuyo mandado Tarif pasó en España, y vencido ó muerto el rey don Rodrigo, se apoderó del reino de los godos. En lugar de Ulit sucedió primero su hermano Zuleyman: despues Homar y Izit hijos de Ulit por adopcion de su tio para que juntamente y con igual poder gobernasen aquel imperio. A estos dos sucedió otro hermano tercero llamado Iscam. A Iscam, Alulit hijo de Izit. Despues de Alulit con gran voluntad de toda aquella nacion Ibrahem su hermano tomó el gobierno. A este dió la muerte Maroan, dado que era del mismo linaje de los Humeyas, y por fuerza de armas como queda dicho se apoderó de todo. Las discordias destos príncipes dieron ocasion á los Alavecinos que eran del linaje de Fátima, para levantar cabeza y prevalecer como los que tenian sus fuerzas enteras y unidas, y los contrarios al revés divididas y flacas.

Abdalla pues hombre de grande industria y no menor corazon, muerto que hobo á Maroan, que á causa de aquellas revueltas se hallaba con pocas fuerzas, restituyó últimamente á los que descendian de Fátima, el imperio de los moros, como queda ya tocado, y para aseguralle mas y perpetualle en sus descendientes hizo gran carnicería en el linaje de los Humeyas por ningun otro delito sino por sospechar pretendian el imperio que ya tuvieron: camino por donde de presente se hizo odioso, y para adelante su nombre fue tenido por infame como de cruel y tirano. Fuera desto Abderrahman que era de los Benhumeyas, fue puesto en necesidad por escapar de aquella carnicería, de pasar á España para intentar

(1) A la muerte de Mahoma fue electo califa Abu-Becro, á quien sucedió Homar, todos por eleccion y no por sucesion ni otro título alguno.

(2) El linaje de los Ommiadas, que tuvo principio de Moaviah, sesto califa, y el de los Abbasidas que reconocieron por su cabeza á Abul-Abbasaffah califa, y conservaron el trono hasta el año 655 de la Egira que empezó el 18 de enero de 1257, en que los tártaros destruyeron su imperio, y se apoderaron de Bagdad, su córte, son los dos que tuvieron casi seis siglos el imperio árabe. Mariana siguiendo al arzobispo don Rodrigo llama á los Ommiadas Benhumeyas, y á los Abbasidas, Benalabasis, y se equivoca en el orígen que atribuye á esta segunda familia.

cosas nuevas, por entender que los moros comunmente que aquella provincia eran aficionados á los emperadores pasados, y al linaje de los Benhumeyas á causa de las muchas mercedes que de ellos tenian recebidas; con la ayuda de los cuales y el esfuerzo y buena maña de Abderrahman se fundó un nuevo reino de moros en aquella provincia, exento y libre del señorío de los miramamolines de Africa y de los califes de Asia, su asiento en la ciudad de Córdoba, do las demás ciudades acudian como á su cabeza y metrópoli, segun que adelante se entenderá mejor.

CAPITULO VI.

De los reyes Froyla, Aurelio y Silon.

Por la muerte de don Alonso el Católico su hijo mayor llamado Froyla ó Freula se encargó del gobierno y del reino de los cristianos en España, como era razon y derecho, el año de 757. Tuvo el reino once años y tres meses: su gobierno y fama tuvo mezcla de malo y de bueno. Fue áspero de condicion, inclinando á severidad, y aun mas aficionado á crueldad que á misericordia. Los príncipes con la grande libertad que tienen, pocas veces se van á la mano, y de ordinario siguen sus inclinaciones y pasiones: los aduladores, de que hay gran número en las casas de los reyes, hacen que el mal pase adelante; que no hay quien se atreva á decir la verdad: á los vicios dan nombres de las virtudes á ellos semejantes, y hacen creer que la crueldad es justicia, y que la malicia es prudencia, y así de lo demás, con que todo se pervierte. Verdad es que tuvo algunas cosas de buen príncipe, porque lo primero fundó y edificó á Oviedo ciudad principal y noble en las Asturias, si bien algunos atribuyen esta fundacion á su padre el rey don Alonso, pero sin bastantes fundamentos. Dió á la nueva ciudad derecho y honra de obispado: demás desto apartó los casamientos de los sacerdotes, costumbre antiguamente recebida por ley de Witiza, y despues muy arraigada por el ejemplo de los griegos, con que se encendió la ira de Dios contra España y incurrió en tan graves desastres y castigos, como lo entendia la gente mas cuerda.

Con esta resolucion cuanto fue el amor y benevolencia que ganó con los buenos, tanto se desabrió gran parte del pueblo y de los sacerdotes, porque los hombres ordinariamente quieren que lo antiguo y lo usado vaya adelante; y la libertad de pecar es muy agradable á la muchedumbre. Desta severidad procedió gran parte del odio que en su vida muchos le tuvieron, y despues de su muerte su nombre quedó acerca de los descendientes amancillado y afrentado mas de lo que merecia. Así se puede sospechar, pues fuera de las demás virtudes en lo que toca á la guerra, procuró seguir las pisadas de su padre. En particular el segundo año de su reinado en una gran batalla desbarató á Juzeph gobernador de España por los moros, viejo capitan, y que con un grueso ejército talaba y destruia las tierras de Galicia. Ninguna victoria hubo en aquella era ni mas esclarecida, ni de mayor provecho para los cristianos, ca quedaron muertos cincuenta y cuatro mil moros Esta pérdida fue causa que Juzeph, que por espacio de cuatro años hacia resistencia á Abderrahman para que no se apoderase de España como pretendia, se acabase de perder; porque como se viese trabajado por el linaje de los Humeyas, huyó de Córdoba; mas por diligencia de sus enemigos fue preso en Granada, de donde escapó y se huyó á Toledo confiado en la fortaleza de aquella ciudad, y con esperanza que aquellos ciudadanos le acudirian. Sucedióle al reves, que como á caido todos le faltaron, y los mismos en quienes mas confiaba, le dieron la muerte con intento de ganar á su costa la gracia del vencedor. Desde este tiempo que fue el año de nuestra salvacion 759, y conforme á la cuenta de los árabes ciento y cuarenta y dos, todos los moros de España se tornaron á unir debajo de una cabeza y gobierno; y Abderrahman Abenhumeya que tuvo adelante sobrenombre de Adahil, fundó un nuevo reino de su nacion mas poderoso que antes, exento de la jurisprudencia de los moros de Africa y de Asia como poco antes queda apuntado.

Sola Valencia, ciudad de los edetanos parte de la España tarraconense, se mantuvo por algun tiempo en la devocion antigua; pero últimamente Abderrahman con un largo y apretado sitio que sobre ella puso, la forzó por las armas á seguir el partido de las demás. Era grande el odio que este príncipe mostraba contra nuestra religion, tanto que los cristianos de aquella ciudad se salieron della y llevaron consigo á lo postrero de la Lusitania por la parte que el promontorio Sacro se alarga mucho en el mar, los sagrados huesos del mártir San Vicente, que en tiempos pasados, como queda dicho, padeció en aquella ciudad, al cual ellos adoraban como á Dios, y era célebre por la fama de los milagros: tales son las palabras del moro Rasis, que me pareció poner aquí. Sucedió adelante que un moro natural de Fez llamado Alliboliaces andando por allí á caza, halló estos hombres, y como los matase, llevó consigo á Africa por esclavos sus hijos, niños de pequeña edad; por cuya informacion adelante se supo el lugar en que quedaron escondidos los sagrados huesos, que fue ocasion de mudar el nombre á aquel promontorio, y llamarse adelante el cabo de San Vicente: pero desto se tornará á hablar en otro lugar.

El rey bárbaro ensoberbecido con tantas victorias, y por sucederle todo á su voluntad acometió á hacer guerra á los gallegos. Por otra parte puso cerco sobre Beja ciudad de Portugal, que antiguamente era Pax Iulia. De la una y de la otra parte fue rechazado por el esfuerzo y armas del rey don Fruela, el cual con su buena dicha y diligencia no solo defendió las tierras de los cristianos de las insolencias de los bárbaros, sino tambien acudió á sosegar las alteraciones de los naturales; en especial de los gallegos, que sospechó andaban alterados por haber quitado las mujeres á los sacerdotes. Asimismo los de Navarra que andaban levantados, se redujeron á obediencia el año de 761. En esta jornada se casó el rey don Fruela con Menina, otros la llaman Momerana, hija de Eudon (1) duque de Guiena, y hermana de Aznar que de buena gana vino en este casamiento por estarles á todos muy á cuento. Desta señora nacieron don Alonso, que adelante tuvo el reino, y renombre de Casto, y doña Jimena, muy conocida por ser madre de Bernardo del Carpio y por su poca honestidad (2).

Pudiera el rey don Fruela ser contado entre los grandes príncipes si no amancillara su fama y sus virtudes con la muerte que dió por sus propias manos á su hermano Bimarano: hecho grandemente inhumano, y que le hizo muy odioso. Era Bimarano de gentil disposicion, y con su mucha afabilidad ganaba las voluntades del pueblo: sospechó su hermano que procuraba hacerse rey; y por ventura como

(1) Don Alonso el Magno en su *Cronicon* la llama Munia y dice que era muy jóven: la Cronica general Munina, y dice que era del linaje de los reyes de Navarra. De todos modos se ve que no podia ser hija de Eudon que hacia 26 años que habia muerto el 735.

(2) Los eruditos desechan como fábulas los amores de doña Jimena con el conde de Saldaña, el haber sido madre de Bernardo del Carpio, y las proezas que á este se le atribuyen, porque *Cronicones* de Dulcidio, el Emilianense ó de Albelda, y el de don Alonso el Magno que son los mas inmediatos á este tiempo, no hacen mencion de nada de esto.

suele acontecer, los que estaban descontentos de la severidad del rey, pretendian tomarle que su cabeza y debajo de su sombra alterar á los demás, porque no se puede entender por don Fruela sin propósito, y sin tener alguna causa para ello hiciese cosa tan fea, dado que ninguna pudo ser bastante para escusar esceso tan grave; y él mismo para aplacar el odio que de aquella muerte resultó, prohijó y nombró por su sucesor en el reino á don Bermudo (1) hijo del muerto; pero no sirvió de nada porque los suyos y en particular don Aurelio su hermano se conjuraron contra él y le dieron la muerte en Cangas. Sepultaron al rey don Fruela y su mujer Menina en la iglesia Mayor de Oviedo. En este tiempo Vero arzobispo de Sevilla resplandecia por su santa vida, erudicion y libros que escribió. Asimismo Pedro prelado de Toledo sucesor de Urbano, por sobrenombre el Hermoso, compuso un libro de cómo se debia celebrar la Pascua, muy alabado en aquel tiempo, enderezado á los de Sevilla que en esta cuenta andaban errados.

A Pedro sucedió Cixila, que escribió la vida de San Ildefonso. Adriano pontífice romano enderezó una carta á este prelado (dado que le llama Egila) en que reprehende la costumbre que tenian en España, creo tomada de Grecia, de comer carne los sábados. Yo entiendo que de aquella costumbre por cierta manera de concordia se tomó la que al presente se guarda, de comer aquellos dias los menudos y estremidad de los animales: quién dice que esto se introdujo el año de Cristo de mil y docientos y doce, cuando los nuestros en el puerto del Muladar ganaron aquella batalla contra los moros tan señalada y famosa, pero no hay para asegurar esto autor ni argumento bastante. Todavía el despensero de la reina doña Leonor mujer del rey don Juan el Primero así lo dice, y la Valeriana como se refiere adelante en el lib. XI cap. XXIV. Las listas antiguas de los arzobispos de Toledo no solo no ponen á Urbano en aquel número sino tampoco á Pedro, en lugar de los cuales cuentan por predecesores de Cixila á Suniéredo y Concordio. La oscuridad de aquellos tiempos es tan grande, que á las veces nos fuerza á reparar, no de otra manera que quien no sabe el camino, llegado á alguna encrucijada do se divide en muchas partes, como ninguno de aquellos caminos le descontente, ninguno le agrada.

El matador del rey don Fruela, vengador de Bimarano y hermano de entrambos, dado que otros le hacen primo, hijo de don Fruela que fue hermano del rey don Alonso, entró en el reino y tomó la corona el año de 768. No hicieron caso de don Alonso hijo del rey don Fruela para que heredase á su padre, así por su pequeña edad como por el odio que todos á su padre tenian. Reinó don Aurelio seis años y medio no hizo cosa en paz y en guerra que sea digna de memoria por lo menos que por ella merezca ser alabado. Verdad es que apaciguó una guerra civil que encendieron los esclavos, ca con deseo de libertad y con la ocasion que le daba la revuelta de los tiempos, se apellidaron en gran número y tomaron las armas; pero la loa que por esta causa ganó, la oscureció del todo y amancilló con un asiento muy feo que hizo con los moros, en que se obligó de darles cada un año cierto número de doncellas nobles como por parias (2). La prosperidad de Abderrahman ponia á los nuestros espanto. Temian con razon que las armas de aquel nuevo reino y sus fuerzas muy grandes no oprimiesen las de los cristianos, que de suyo eran flacas, y por la discordia de los parciales á punto de perderse.

Procuró el rey don Aurelio de prevenirse de fuerzas contra aquella tempestad que amenazaba, y por esta causa casó su hermana Adosinda con Silon hombre poderoso y principal con esperanza y deseño que en vida le ayudaria, si fuese necesario, y despues de muerto le sucederia, en el reino por no tener él hijos, ni aun se sabe bastantemente que haya sido casado. El cronicon del rey don Alonso el Magno dice que el rey don Aurelio fue sepultado en el valle de Iagueya en la iglesia de San Martin: don Lucas de Tuy dice que le enterraron en Cangas. Dificultoso es concordar estas opiniones, ni como juez sentenciar por la verdad. Quién dice que Iagueya y Cangas es lo mismo, quien que Iagueya es la villa de Yanguas: por esta opinion hace la semejanza de los nombres moderno y antiguo, y que en aquella villa en la iglesia de San Miguel hay una cueva con advocacion de San Andrés, y en ella dos sepulcros ó lucillos juntos el uno del otro, los cuales el pueblo como cosa recebida de sus antepasados. tiene por de los dos reyes don Favila y don Aurelio; que si esto se recibe será necesario confesar que el nombre de aquella iglesia con el tiempo se ha mudado, por lo menos que los huesos de aquellos reyes de do primero estaban enterrados se trasladaron á aquel lugar: cosa que en el rey don Favila no tiene duda haber primero sido sepultado en otro lugar como queda arriba señalado, es á saber en tierra de Cangas.

Por la muerte pues de don Aurelio, Silon su cuñado fue alzado por rey en Pravia juntamente con Odosinda su mujer. Reinó por espacio de nueve años, un mes y un dia. Enfrenó al principio de su reinado y sosegó los gallegos que andaban alborotados cerca del monte Ciperio, que hoy se llama Cebreros. Los motivos y ocasiones desta guerra no se escriben: solo refieren que por ser Silon de grande edad; ó porque naturalmente era enemigo de cuidados, y no se hallaba con fuerzas para llevar aquel peso, se resolvió de partir mano no solo del cuidado de la guerra, sino tambien del gobierno; y para esto por amonestacion de su mujer nombró por su compañero en el reino con plena autoridad en guerra y en paz á don Alonso hijo del rey don Fruela. La miseria y mengua destos tiempos fue tal, que cuando la república estaba mas revuelta con las olas de una cruel tempestad, y tenia necesidad de un gobernador varonil, entonces por la mayor parte le cabian en suerte reyes sin provecho y cobardes.

Desde este tiempo parece que don Alonso tuvo nombre de rey, como se puede mostrar por un privilegio el mas antiguo de cuantos en España se hallan en los archivos, dado á Santa María de Valpuesta, que hoy es iglesia colegial y antiguamente era monasterio de monjas: en él por la liberalidad del rey don Alonso se hace donacion á aquel templo de muchas heredades era de ochocientos y doce, que concurre con el año de Cristo de 774, que fue el primero del reinado de Silon, si ya por ventura los números no están errados. Porque la opinion de los que atribuyen este privilegio á don Alonso el Católico, no viene bien por la razon de los tiempos. Y sea lo que fuere en esta parte, la maldicion que en aquellas letras se contiene, es muy digna de ser considerada. Dice que el que quebrantare aquella donacion, sea anatema, marrano (3) y descomulgado; de las cuales palabras se entiende que esta palabra marrano no se deriba de la palabra moro, como si dijésemos Maurano, como algunos sospechan que resultó en

(1) Queda dicho que don Aurelio no era hermano del rey don Fruela, sino primo, hijo de don Fruela hermano de don Alonso, y aquel no Bimarano, fue quien le sucedió por eleccion pues no hablan nada de adopcion los *Cronicones* citados.

(2) A ser cierto creemos que no se hubiera pasado por alto á los autores de los Cronicones este hecho, que no empieza á mentarse hasta el siglo XIII.

(3) Voz de desprecio con que habian aclamado á Abderrahman por miramamolin ó califa de España denostaban á los que seguian el partido de las Abbasidas Maruanitas.

Italia en tiempo del emperador Federico Barbarroja por ocasion que muchos moros que estaban á su sueldo despues de convertidos á la ley de Cristo la renegaron: sino que antes viene de la palabra siriaca Maranata, con que en las divinas letras se significa la descomunion y maldicion, como tambien significan lo mismo las otras dos palabras griega y latina anatema y excomunicatus, de que usa aquel privilegio escrito en lengua latina.

Por este tiempo Carlo Magno deshizo el reino de los longobardos, que duró en Italia pasados doscientos años, con prender en Pavía á Desiderio su rey. Confirmó otrosí á instancia del papa Adriano la donacion que Pipino su padre hiciera á aquella iglesia del Exarchádo y otras ciudades de Italia, en que entraban Boloña, Rábena, Ferrara y la Emilia que era la Lombardía allende el Po, Parma y Plasencia sin otras muchas ciudades y tierras. Do la sepultura del rey Silon hay diferentes opiniones: quién dice que le enterraron en Oviedo, por un letrero muy largo que está á la entrada de la iglesia de San Salvador, donde en cierta manera de cifra se lee su nombre, y se dice y repite doscientas y setenta veces que hizo aquella iglesia: demás que debajo de aquel letrero hay ocho letras que significan:

AQUÍ YACE SILON, SÉALE LA TIERRA LIVIANA.

Otros dicen que le sepultaron en Pravia en la iglesia de San Juan Evangelista que él levantó desde los cimientos, do sin duda fue puesto el cuerpo de su mujer la reina Adosinda.

CAPITULO VII.

De los reyes don Alonso, Mauregato y don Bermudo.

Hechas las honras y enterramiento del rey Silon, don Alonso su compañero con gran voluntad de la nobleza quedó solo con el reino el año 783. El odio que tenian á su padre, estaba olvidado, y con la muestra que habia dado de sus virtudes, tenia granjeadas las voluntades de todos sus vasallos. Solo Mauregato su tio, aunque no era legítimo pretendia se le hizo agravio en anteponerle á don Alonso. Alegaba que tenia mas estrecho parentesco con los reyes pasados, y que todos sus hermanos sucesivamente fueron reyes. No faltaban hombres bulliciosos, que con deseo de cosas nuevas daban oidos y favor á sus intentos, personas de malos pensamientos y costumbres, cuales son por la mayor parte los que siguen la córte y casas reales. A persuasion destos por hallar poco arrimo en los cristianos hizo recurso á los moros: pidióles les ayudasen, y alcanzólo con asentar de dalles cada un año por parias cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo: infame concierto: pero tanto puede el desenfrenado deseo de reinar. Son los moros mas que ninguna otra nacion inclinados á deshonestidad. Con el cebo pues destos deleites y por mandado de su rey Abderrahman buen número de aquella gente siguió á Mauregato. Allegábase para inclinarlos mas la honra que les resultaba de tener á los cristianos por tributarios, y á su rey por sujeto y obligado.

No se hallaba don Alonso apercibido de fuerzas bastantes para hacer resistencia y contrastar á tanto poder. Acordó de dar tiempo al tiempo, y mientras duraban aquellos recios temporales se retiró á la Cantabria ó Vizcaya, donde tenia muchos aliados, y parientes y amigos de Eudon, de quien venía por parte de madre. Era de veinte y cinco años cuando al principio de su reinado fue despojado. Reinó Mauregato por espacio de cinco años y seis meses sin señalarse en cosa alguna sino en cobardía, torpeza, y en la grave maldad que cometió por la traicion que hizo á su patria. Sepultáronle en Pravia en la iglesia de San Juan, como lo dice el cronicon que anda en nombre del rey don Alonso el Magno, por lo menos en el ejemplar de Oviedo. Murió en el año del Señor de 788. En el mismo año Abderrahman rey de los moros despues que reinara por espacio de veinte y nueve años, pasó desta vida en Córdoba do hacia su residencia; y la cual ciudad adornó con diversas obras magníficas y reales, como fue un castillo que levantó en ella, y unos jardines que plantó muy deleitosos, que entonces se llamaban de Rizapha, y al presente se llamaban de Arrizafa.

Demás destos dos años antes que muriese, de lo que ganó en la guerra, comenzó á fabricar la mezquita mayor, que hoy es la iglesia catedral de Córdoba (1), por la manera del edificio, gran número y hermosura de columnas sobre que carga la bóveda, una de las obras mas señaladas de España. Dejó nueve hijas y once hijos: nombró en su testamento por sucesor á Zuleman el mayor de todos, que tenia puesto en el gobierno de Toledo. Esta su ausencia dió ocasion á Issem que era el hijo segundo, de apoderarse del reino sin embargo de lo que su padre dejó dispuesto. Tenia muy de su parte las voluntades del pueblo, con cuya ayuda venció en batalla á su hermano y le hizo retirar al reino de Murcia, desde donde por sesenta mil escudos que le dió, renunciado su derecho, pasó en Africa. Despues desto Abdalla que era otro hermano, con deseo de cosas nuevas andaba alborotado; mas hizo asiento con él, con que asimismo desamparó á España. Tuvo Issem el reino siete años, siete meses y siete dias.

A Mauregato sucedió don Bermudo llamado el Diácono, porque en su menor edad recibiera aquel órden de la manera que se usa entre los cristianos. Cuyo hijo fuese don Bermudo no concuerdan los historiadores, ni será fácil preferir la una opinion á la otra, ni los que dicen lo uno á los que sienten lo contrario. Entiendo que por la semejanza de los nombres las memorias de aquel tiempo están varias. Quién dice que fue hijo de Bimarano, á quien el rey don Fruela su hermano mató por sus manos: quién que fue hijo del otro don Fruela hermano del rey don Alonso el Católico: opinion que la siguen autores de crédito y antiguos, en particular el cronicon del rey don Alonso el Magno. Reinó tres años y medio: tuvo dos hijos, don Ramiro y don García, en su mujer Nunilon ó Ursenda con quien se casó ilícitamente, pero despues con mejor consejo se apartó della y perseveró en castidad toda la vida. En lo demás fue hombre templado y modesto; mas amigo del sosiego que sufria el estado de las cosas. Locamente se encarga en semejante tiempo del gobierno quien no tiene bastante ánimo, destreza en las armas, esfuerzo y valor, y aun fuerzas corporales. Verdad es que hizo una cosa muy loable, y que dió mucho contento, es á saber que en gran pro de la república tornó á hacer compañero de su reino á don Alonso hijo de su primo hermano el rey don Fruela, al que despojó Mauregato y le forzó recogerse á Vizcaya.

Esto fue el año de 791 á veinte y uno de julio, como lo dice Isidoro Pacense escritor deste mismo tiempo. Reinó desde aquí adelante por espacio de

(1) Nada mas asombroso que el interior de esta mezquita segun las descripciones de los árabes. Tenia 19 naves á lo largo, 38 á lo ancho, estaban sostenidas por 1093 columnas de mármoles diversos, muchas de ellas romanas. Daban entrada á su alquibla 19 puertas chapeadas de planchas de cobre de maravillosa labor siendo la principal de oro. Del culto que se tributaba en este templo para hacerse idea diciendo que en las plegarias de la noche lo alumbraban 4700 lámparas que gastaban al año 24,000 libras de aceite y 120 de ambar y aloe. —Esta magnífica mezquita convertida hoy en catedral conserva todavía en buen estado su parte principal, en especial el *mihrab* ó lugar de meditacion y las fuentes de ablucion.

cincuenta y dos años cinco meses y trece dias. Fue príncipe muy señalado en la prosperidad continua que tuvo en sus cosas, diestro en las armas, clemente, liberal, amable á los suyos, y espantoso á los estraños: en la piedad y religion ninguno se la ganara. Con su esfuerzo principalmente se mantuvieron las cosas de España que estaban para caerse. Ganó grande reputacion y autoridad, y no menos granjeó las voluntades de sus vasallos con una victoria muy señalada que tuvo el tercer año de su reinado de un capitan moro llamado Mugayo. Tenia por cosa afrentosa al nombre cristiano entregar aquellos bárbaros las doncellas que torpemente concertó Mauregato. No quiso acudilles con aquel tributo: por esta causa un grueso ejército de enemigos rompió y corrió por todas partes sin parar hasta llegar á las Asturias. Recogió don Alonso sus gentes: salió en busca del enemigo, dióse la batalla cerca de un pueblo llamado Ledos, quedó la victoria por los nuestros, que fue de las mas señaladas que jamás hobo en España, ca murieron setenta mil moros: con que los cristianos comenzaron á respirar y alzar cabeza por verse libres de una servidumbre tan grave y los moros enflaquecidas sus fuerzas y embarazados en otras guerras no pudieron satisfacerse de aquella mengua y daño; y es cosa averiguada que en aquel tiempo en lo postrero de España por la parte que los montes Pirineos se estienden de mar á mar, muchas ciudades y pueblos se ganaron de los moros por las armas de los reyes de Navarra y por el esfuerzo de Carlo Magno rey de Francia, príncipe de autoridad aventajada entre los reyes cristianos y por sus grandes proezas muy conocido por la fama. Esto puso en necesidad á Issem rey de Córdoba de enviar un capitan de gran nombre llamado Abdelmelich con ejército bastante para reprimir las entradas por aquella parte y intentos de los cristianos.

Lo que resultó, fue que los moros tornaron á apoderarse de Girona en lo postrero de España, y de Narbona en la entrada de Francia. De allí dice el arzobispo don Rodrigo que para acabar el edificio de la mezquita de Córdoba hicieron traer la tierra en hombros cristianos, que fue insolencia de bárbaros, olvidados de la modestia y templanza con la prosperidad. Esta tierra entiendo yo debió ser alguna suerte de arena con que hace mayor presa la cal. Edificó asimismo este rey otra puente en Córdoba cerca del alcázar, y fue el primero entre los reyes moros que para su guarda tomó soldados estraños, es á saber tres mil cristianos renegados. Fuera destos para los oficios y servicio de la casa real tenia dos mil eunucos. Falleció el año de 795: reinó por espacio de veinte y seis años diez meses y quince dias. Dejó fama de príncipe prudente, justo y liberal como entre aquella gente, y por sucesor á su hijo Alhaca.

CAPITULO VIII.

De Elipando arzobispo de Toledo.

A los trabajos de la cautividad, que cuando fueran solos eran muy graves, se allegó una grande discordia en materia de religion. Los principales movedores y cabezas deste mal fueron Felix obispo de Urgel en lo postrero de España, y su discípulo Elipando arzobispo de Toledo, hombres de ingenios no groseros, ni faltos de erudicion para las tinieblas y grandes revueltas y males de aquel tiempo, entre los cuales no tropezar ni ensuciarse fuera cosa semejable á milagro. Porque qué lugar podian tener las letras en medio de servidumbre tan grave, cuando cargados de tributos, y trabajados de todas maneras eran forzados á buscar con el sudor de su rostro el sustento cotidiano? ¿cómo se podian juntar los concilios eclesiásticos, medicina con que de muy antiguo se solian sanar las heridas en la doctrina y reformar las costumbres de los eclesiásticos y seglares? Los nobles y el pueblo como á cada uno se le antojaba así ordenaban sus vidas, y de las cosas divinas sin que nadie les fuese á la mano, cada cual sentia y hablaba lo que le parecia: cosa muy perjudicial. Demás desto del trato y conversacion con los moros era forzoso se pegasen á los cristianos malas opiniones y dañadas; en particular estos dos prelados despertaron y publicaron los errores de Nestorio, que en el tiempo pasado por diligencia del concilio Ephesino fueron sepultados, como quien aviva las centellas de fuego y quema pasada. Decian de Cristo que en cuanto hombre era hijo adoptivo de Dios: doctrina falsa y contra razon, contra todas las divinas y humanas letras y religiones. Porque cómo puede uno mismo ser hijo natural y adoptivo? pues consta que el hijo adoptivo graciosamente por sola benignidad de su padre, sin que haya cosa alguna que obligue y fuerce, es admitido á la herencia y derechos ajenos; lo que quien dijese de Cristo, sería forzado á reconocer en él y confesar dos hipostasis ó supuestos, que seria otro desatino mas grave.

Feliz por estar su obispado cerca de Francia, y porque los años pasados los franceses hicieron diversas entradas por aquellas comarcas, sospechan algunos que fue de aquella nacion; Elipando como el nombre lo muestra venia de la antigua sangre de los godos. Hacia por ellos su dignidad y autoridad obispal, la fama de sus nombres y letras: alegaban otrosí en favor de su error á los Santos Eugenio, Ildefonso, Juliano. Ayudábanse, aunque mal, de algunos lugares de las divinas letras, en que Cristo por la parte que es hombre, se dice ser menor que su padre. Eran de ingenios bulliciosos y ardientes: así con cartas y libros que enviaban á todas partes, pretendian con palabras afeitadas persuadir á los demás lo que ellos sentian. En particular Elipando por la autoridad que tenia muy grande sobre las demás iglesias, escribió á los obispos de Asturias y Galicia, en especial pretendió enlazar en aquel error á la reina Adosinda mujer que fuera del rey Silon. Ella como prudentísima y muy santa respondió que no le tocaba juzgar de aquella diferencia, y que se remitia en todo á lo que los obispos y sacerdotes determinasen. En el número de los cuales que se señalaron principalmente Beato presbítero y Heterio obispo de Osma, cuya disputa contra Elipando erudita y grave se conserva hasta el dia de hoy: obra larga y de mucho trabajo, pero que el lector tendrá por bien empleado el tiempo que gastare en leerla, por convencer la mentira con fuertes argumentos.

Pasaba la revuelta adelante, y porque las cosas no sucedian como los noveleros pensaban, Elipando se partió de Toledo para las Asturias y Galicia, provincias en que inficionó á muchos con aquella mala ponzoña, malo y pestilencial olor de su boca. Feliz acometió primero á los de Castilla la Vieja, despues en la entrada de Francia á la Septimania que es la Gascuña, desde allí corrió lo demás de Francia y Alemaña sin hacer algun efecto á causa que toda suerte de gentes, los grandes, los medianos y los pequeños, se espantaban con la nueva manera de hablar, y en público y en secreto condenaban aquella opinion y los que la enseñaban. En aquellas partes se podian juntar concilios de obispos; y así halló que en Regino ciudad de Baviera, que hoy dice es Ratisbona, en presencia de Carlo Magno rey de Francia por un concilio de obispos que allí se juntó sobre el caso, fue condenado Feliz el año de Cristo de 792. De donde enviado á Roma se retrató delante del papa Adriano fingidamente por lo que adelante se vió, pues fue necesario que se juntase de nuevo concilio en Francfordia ciudad de Alemaña el año 794, en que se halló presente Carlo Magno y dos obispos Theophilacto y Stéphano enviados de Roma por legados, y de España

Por los católicos Beato presbítero y el obispo Heterio (1).

No perdieron por ende el ánimo los noveleros, antes presentaron un memorial á Carlo Magno en que le suplicaban se hallase presente en aquel juicio, y quisiese seguir antes el parecer de muchos que dejarse engañar de pocos. Tratóse el negocio, y ventilóse aquella mala opinion. Condenáronla, y juntamente á los que la seguian, sino desistiesen della; en particular á Feliz y Elipando pusieron pena de descomunion. Feliz, como lo dice Adon Vienense, fue por los obispos condenado y enviado en destierro y en Leon de Francia falleció sin desistir jamás de su error: en tanto grado es dificultóso mudar de opinion, y mas en materia de religion, y reportar un entendimiento pervertido para que vuelva al camino de la verdad. Qué se haya hecho de Elipando no se sabe, y creo mas aina, antes es cierto, que se reconoció, y que obedeció á la sentencia de los obispos, y se apartó de su primer parecer. Tengo asimismo por cierto que no salió de España ni compareció en Regino, ni en Roma, ni en Francfordia. A los antiguos santos que alegaban por sí errados, y de cuyos dichos se valian, Eugenio, Ildefonso, y Juliano carga Carlo Magno en la carta que escribió á Elipando y á los demás sacerdotes de España: dice que no es maravilla los hijos se



Famoso paso de Roncesvalles.

parezcan á los padres. Heterio niega que cosa semejante se hallase en los escritos de aquellos santos. Consta otrosí que de la escuela de Feliz pasados algunos años salió Claudio de nacion español, obispo de Turin, persona que con opinion de erudito anduvo algun tiempo y conversó en la casa y córte del emperador Ludovico Pio. Este á las mentiras de los pasados demás de otras cosas añadió un nuevo dislate, que las imágenes sagradas se debian quitar de los templos; escribió empero contra él aguda y doctamente Jonas Aurelianense su contemporáneo.

(1) En las actas de aquel concilio no se hace mencion de estos obispos españoles.

CAPITULO IX.

De los principios de don Alonso el Casto.

Falleció por este tiempo el rey don Bermudo: sepultóse en Oviedo (1), do antiguamente se veian los lucillos suyo y de su mujer; con tanto quedó solo don Alonso (2) en el gobierno. Tiénese por cierto que con deseo de vida mas pura y santa por todo el tiempo de su vida no tocó á la reina Berta su mujer, que fue la causa de ponelle el sobrenombre de Casto. Para aumento del culto divino levantó desde los cimientos la iglesia Mayor de Oviedo que se llama de San Salvador (3). Quién dice que el rey don Bermudo fue el que dió principio á esta noble fábrica; y aun el letrero que está á la entrada de aquel templo, como queda arriba apuntado atribuye aquella obra al rey Silon. Pudo ser que todos tres entendieron en ella; y que el que la acabó, se llevó como acontece toda la fama. Lo que consta es que el rey don Alonso fue el que le adornó de muchas preseas, y en particular refieren que dos ángeles en figura de plateros le hicieron una cruz de oro sembrada de pedrería de obra muy prima, vaciaba y cincelada. Persuadióse el pueblo que eran ángeles, porque acabada la cruz, no se vieron más. El arzobispo don Rodrigo dice que el rey alcanzó del papa (que por la razon de los tiempos fue Leon el Tercero) que aquel su templo se hiciese arzobispal; pero engañóse, porque esto sucedió en tiempo del rey don Alonso el Magno.

Los gloriosos principios del reinado deste príncipe tan señalado se amancillaron y escurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en su casa real; y fue que su hermana la infanta doña Jimena olvidada del respeto que debia á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandia ó Sancho conde de Saldaña (4) sin reparar hasta casarse con él. Fue el matrimonio clandestino, y dél nació el infante Bernardo Carpense ó del Carpio, muy famoso y esclarecido por sus proezas y hazañas en las armas, segun que le alaban y engrandecen las historias de España. El rey sabido lo que pasaba, puso en prisiones al conde que vino para hallarse en las córtes. Acusáronle de traicion, y de haber cometido ofensa contra la magestad: convencido, fue privado de la vista y condenado á cárcel perpétua; señalaron para su guarda el castillo de Luna, en que pasó lo demás de la vida en tinieblas y miseria; que tal es la paga de la maldad y su dejo. La hermana del rey fue puesta en un monasterio de monjas. Sin embargo el rey hizo criar el infante como si él mismo le hobiera engendrado y hobiera salido de sus entrañas; verdad es que no se crió en la córte, sino en las Asturias. La buena crianza fue parte para que su buen natural se aumentase y aun mejorase.

Las armas de los moros por estos tiempos no sosegaban; antes Zulema y Abdalla tios del nuevo rey moro, que hasta aquí se entretuvieran en Africa para prevenir que el rey Alhaca su sobrino no se fortificase en el reino, pasaron en España con presteza. Abdalla como hombre mas atrevido fue el primero que se apoderó de Valencia ca los ciudadanos le rindieron la ciudad. Zulema despues acudió al llamado de su hermano para socorrelle y ayudalle en sus intentos. Hicieron entradas por los pueblos y ciudades comarcanas, corrieron los campos por muchas partes, pasaron tan adelante que se atrevieron á presentar la batalla al rey Alhaca, la cual fue muy herida y dudosa: derramóse en ella mucha sangre, pero en fin Zulema con otros muchos fue muerto. Abdalla se huyó á Valencia; y como viese que tantas veces la fortuna le era contraria, acordó seguir otro partido y tomar asiento con el rey á condicion que le señalase rentas en cada un año conque sustentase en aquella ciudad la vida y estado de hombre principal. Para seguridad que cumpliriá lo asentado y sosegaria, dió en rehenes á sus mismos hijos, que el rey moro recibió y tuvo cerca de sí con aquel tratamiento que convenia tuviesen sus primos hermanos, tanto que á uno de ellos dió por mujer una hermana suya. Todo esto sucedió el año de los árabes ciento y ochenta y cuatro conforme á la cuenta del arzobispo don Rodrigo, que era el año quinto despues que Alhaca comenzó á reinar.

Las discordias que los moros tenian entre sí, parece dieron buena ocasion al rey don Alonso para adelantar su partido, pues muchos autores extranjeros (que los nuestros no dicen palabra) atestiguan que por el esfuerzo del rey don Alonso se ganó de los moros la ciudad de Lisbona cabeza de Portugal, y que envió á Carlo Magno una solemne embajada, en que los principales Fruela y Basilico de los despojos de aquella ciudad le llevaron por mandado de su rey un rico presente de caballos, armas y cautivos, demás desto una tienda morisca de obra y grandeza maravillosa. Siguiéronse despues desto algunos alborotos en el reino y alteraciones civiles tan graves, que pusieron al rey en necesidad de retirarse al monasterio Abeliense muy conocido á la sazon, y asentado en ciertos lugares ásperos y breñas de Galicia. Dende con el ayuda de Theudio hombre principal y poderoso se restituyó en su reino con mayor honra despues de aquel trabajo. Pero á mi ver en ninguna cosa se señaló mas el reinado de don Alonso ni fue mas dichoso que por hallarse en su tiempo en Compostella como se halló el sagrado cuerpo del apostol Santiago: pronóstico y anuncio de la prosperidad que tendrian mayor que nunca los cristianos. Lo cual será bien declarar cómo sucedió, y tomar el agua y corrida de algo mas arriba.

CAPITULO X.

Cómo se halló el cuerpo del apostol Santiago.

Floreció el culto de la Religion Cristiana antiguamente en lo postrero de Galicia y en aquella parte do está situada Iria Flavia, que es el Padron, cuanto en cualquier otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Cristo en el tiempo que prevalecia la vanidad de los muchos dioses, y por mandado de los emperadores romanos todo género de tormentos se empleaba en los cuerpos de los que á Cristo reverenciaban, hizo que de todo punto se acabase en aquellos lugares la cristiandad. Por donde ni en lo restante del imperio romano, ni en el tiempo que los godos fueron señores de España, se tenia noticia del sepulcro sagrado del apóstol Santiago. Con el largo tiempo y con este olvido tan grande el lugar en que estaba se hinchó de maleza, espinas y matorrales sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro hasta el tiempo de Theodomiro obispo iriense. Myro rey de los suevos, de quien arriba se hizo mencion, conforme á la costumbre y observancia de Roma dejó señalados los términos por todo su reino á cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó Andrés: sucediéronle por órden Dominico, Samuel Gothomaro, Vincibil, Feliz, Hindulpho,

(1) No consta donde se sepultó por ninguno de los escritores anteriores al siglo XIII. Solo hay un epitáfio de un rey Bermudo enterrado en Ciella de Asturias, á dos leguas de Tineo, y despues trasladado al monasterio de San Juan de Corias; pero no tiene fecha y no se puede saber de qué Bermudo habla.

(2) De un privilegio original que se conserva en el monasterio de San Vicente de Oviedo, consta que don Alonso fue ungido rey la era 829, el 18 de las kalendas de octubre, que corresponde al 14 de setiembre de 791.

(3) Lo habia hecho construir don Fruela; destruido por los moros, fue fundado de nuevo por don Alonso, el que puso allí su córte y tomó el título de rey de Oviedo.

(4) Ya hemos dicho en qué concepto tienen estas cosas los eruditos.

Selva, Leosindo ó Theosindo, Enula, Romano, Augustino, Honorato, Hindulpho. De los cuales todos fuera de los nombres no ha quedado noticia alguna; y con la misma escuridad de ignorancia y olvido quedáran sepultados todos los demás que les sucedieron, si la luz del apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor que en breve pasó por todo el mundo, no los esclareciera.

Fue aquel sagrado tesoro hallado por diligencia de Thodomiro sucesor de Hindulpho, y por voluntad de Dios en esta manera. Personas de grande autoridad y crédito afirmaban que en un bosque cercano se veian y resplandecian muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo prelado no fuesen trampantojos; mas con deseo de averiguar la verdad fue allá en persona, y con sus mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecia con lumbres que se veian por todas partes. Hace desmontar el bosque, y cavando en un monton de tierra, hallaron debajo una casita de mármol, y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo el del sagrado Apóstol, no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. Buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad, memorias, letreros y rastros, y aun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el Apóstol, allí dijo misa, acullá se escondió de los que para darle la muerte le buscaban. Los ángeles que á cada paso, dicen, se aparecian, dieron testimonio de la verdad como testigos abonados y sin tacha.

El obispo con deseo de avisar al rey de lo que pasaba, sin dilacion se partió para la córte. Era el rey muy pio y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, demás de las otras virtudes en que era muy acabado. Acudió en persona, y con sus mismos ojos vió todo lo que le decian: la alegría que recibió fue estraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte por ser de tapiería. Ordenó beneficios y señaló rentas de que los ministros se sustentasen, conforme á la posibilidad de los tesoros reales. Derramóse esta fama primero por España, despues por todo el orbe cristiano: con que la devocion del apóstol Santiago se aumentó y dilató en grande manera. Concurrió gente innumerable de todas partes, tanto que en ningun tiempo se vió acudir á España, aun cuando gozaba de su prosperidad, tantos extranjeros. De Italia, Francia y Alemaña venian los de lejos y los de cerca movidos de la fama que volaba. Aumentábase la devocion con los muchos y grandes milagros que cada dia se hacian al sepulcro del santo Apóstol, que daban testimonio bastante de que no era sin propósito lo que se habia creido y se divulgaba.

Gobernaba á esta sazon la iglesia Romana el pontífice Leon III deste nombre: hicieron recurso á él el rey don Alonso y á su instancia y en su favor Carlo Magno, que á este entiendo yo se enderezaba principalmente la embajada que dijimos. Pidieron que el obispo Iriense sin mudar por entonces el nombre que antes tenia, trasladase su silla á Compostella para mas autorizar aquel santo lugar. Venian en ello los grandes y prelados de España. Condecendió el pontífice a tan justa demanda con tal que el arzobispo de Braga, cuyo sufragáneo era aquel obispado, no fuese perjudicado en alguna manera; dado que Braga por aquel tiempo no se habitaba, ca la destruyeron los moros. De la una y de la otra condicion la iglesia de Compostella quedó exenta docientos y setenta y cinco años adelante, cuando por concesion de los pontífices romanos y á instancia de los reyes de España se trasladaron á Santiago los privilegios y autoridad de Mérida, iglesia en otro tiempo metropolitana, como se declara en otro lugar.

En los archivos y Becerro de Compostella se halla un privilegio deste rey don Alonso, en que hace donacion á aquella iglesia de aquella nueva poblacion con tres millas de tierra por todas partes en derredor que le señaló de territorio: en él en particular se hace mencion de la invencion que sucedió en aquel tiempo del sepulcro y cuerpo del Apóstol sagrado. No dejaré de avisar antes de pasar adelante que algunas personas doctas y graves estos años han puesto dificultad en la venida del apóstol Santiago á España: otros, si no los mismos, en la invencion de su sagrado cuerpo por razones y textos que á ello les mueven. Sería largo cuento tratar esto de propósito; y no entiendo sea espediente con semejantes disputas y pleitos alterar las devociones del pueblo, en especial tan asentadas y firmes como esta es. Ni las razones de que se valen nos parecian tan concluyentes, que por la verdad no militen mas en número y mas fuertes testimonios de papas, reyes y autores antiguos y santos sin escepcion y sin tacha. Finalmente visto lo que hace por la una y por la otra parte, aseguro que hay pocos santuarios en Europa que tengan mas certidumbre ni mas abonos en todo que el nuestro de Compostella. Tal era y es nuestro juicio en este caso y en estas dificultades.

CAPITULO XI.

Cómo Carlo Magno vino en España.

Que Carlo Magno rey poderoso de Francia haya venido, y aun mas de una vez á España, la fama general que dello hay, lo muestra, fundada en lo que los escritores antiguos dejaron escrito con mucha conformidad. Primeramente al principio de su reinado despues de la muerte de su padre vino á España con esperanza de echar los moros de toda ella. Ibnabala moro le hizo instancia que emprendiese este viaje en su favor. Pasó los montes Pirineos por la parte de Navarra. Púsose sobre Pamplona, que se le rindió fácilmente. Dejó á Ibnabala por rey de Zaragoza con órden que aquella ciudad le acudiese á él con cierto tributo y parias cada un año. Hecho esto, dió la vuelta y de camino hizo desmantelar la ciudad de Pamplona á causa que no se podia mantener, y con las guerras ordinarias muchas veces mudaba señorío, ya era de moros, ya de cristianos. Tenian los navarros tomados los puertos y estrechuras de los Pirineos. Dieron sobre el fardaje y sobre los tesoros de Francia: saqueáronlo todo, con que Carlo Magno sin poder tomar enmienda del daño, fue forzado de volver á Alemaña con poco contento y honra. Pocos años adelante en la parte de Cataluña se le entregaron las ciudades de Girona y de Barcelona. De donde conviene tomar principios de los condes de Barcelona y de los catalanes, nombrados así de los pueblos Catalaunos puestos en la Gallia Narbonense cerca de la ciudad de Tolosa, que contra los moros hicieron entrada y asiento por aquella parte de España. Esta derivacion es mas á propósito que la que compone esta palabra de gotos y alanos, y la que otros siguen dó cierto catalan gobernador de Aquitania en el tiempo que Carlos Martello, como queda arriba tocado, se apoderó por fuerza de aquel ducado y le quitó á los hijos de Eudon.

Tomich historiador catalan dice que Carlo Magno despues de algun tiempo, ganado que hobo de los moros á Narbona, rompió de nuevo por aquella parte en España, y con las armas sujetó á su corona á Cataluña la vieja, que estaba asimismo en poder de moros, en la parte en que antiguamente estuvieron los ceretanos y por allí: demás desto que peleó con los moros, y los venció en el valle que desta batalla tomó el nombre de Carlos. Otros añaden á lo dicho que con la ocasion de haberse hallado el cuerpo de Santiago volvió á España de nuevo para certificarse y

ver con sus ojos lo que publicaba la fama, y aumentar con su autoridad y presencia la devocion de aquel santuario. Dicen mas que á instancia suya luego que se enteró de la verdad, se dió al prelado de Compostella derecho y autoridad de primado sobre todas las iglesias de España. Pero lo desta venida se debe tener por falso y por invencion mal compuesta por muchas razones que no es necesario poner aquí, pues la mentira por sí misma se muestra. Lo que se averigua es que vuelto de España Carlo Magno, se partió para Roma con intento de amparar y restituir en su silla al sumo pontífice Leon III el cual como él sospechaba, y era la verdad, á tuerto habian depuesto sus enemigos. Llegado á aquella ciudad, se ausentó para conocer de aquel pleito, cuando gran número de obispos que allí se hallaban presentes por su llamado, dijeron á voces no ser lícito que alguno juzgase al sumo pontífice. Con esto el mismo acusado desde un púlpito con juramento se purgó de los cargos que le hacian; y sus acusadores fueron primero condenados á muerte, despues á ruego del pontífice se trocó aquella sentencia en destierro. En ningun tiempo la iglesia de Roma se vió mas autorizada, ni la persona del pontífice mas acatada.

Habian los ciudadanos de Roma y el papa enviado á Carlo Magno antes que allá llegase, las llaves de la confesion de San Pedro, y el estandarte de la ciudad de Roma en señal que se ponian en sus manos, y debajo de sus alas se amparaban, á causa que por la revuelta de los tiempos los emperadores griegos poco les podian ayudar, el poder de los franceses se aumentaba y se fortificaba mas de cada dia. Hicieron pues en presencia lo que en su ausencia tenian acordado, que fue entregalle el imperio de la ciudad de Roma. Corria el año de nuestra salvacion de 801, cuando el papa Leon celebrado que hobo la misa en la iglesia de San Pedro víspera de Navidad, dió á Carlo Magno el nombre de Augusto, y le adornó de las insignias imperiales. El pueblo romano en señal de mucha alegría aclamó: Á CARLOS AUGUSTO, GRANDE Y PACIFICO VIDA Y VICTORIA. Despues que fue emperador, desde Alemaña, do estaba retirado en lo postrero de su edad, vino á España segun que lo afirman casi todos los historiadores, con esta ocasion: el rey don Alonso cansado (1) por sus muchos años, y con las guerras que de ordinario traia con los moros con mayor esfuerzo y valor que prosperidad, pensó seria bien valerse de Carlo Magno para echar con sus armas los moros de toda España. No tenia hijos: ofrecióle en premio de su trabajo la sucesion en el reino por via de adopcion. No menospreció este partido el buen emperador; pero por ser de larga edad y no menos viejo que el rey don Alonso, y por tener debajo de su señorío muchas provincias, le pareció que aquel reino seria bueno para Bernardo su nieto de parte de su hijo Pipino ya muerto, que él habia hecho rey de Italia.

Con esta resolucion emprendió el viaje de España: seguíale un ejército invencible. Estaba todo para concluirse cuando se supieron estas prácticas; porque las cosas de los grandes príncipes y sus confederaciones por intervenir otros en ellas no pueden estar mucho tiempo secretas. Llevaba de mala gana la nobleza de España quedar sujeta al imperio de los franceses, gente insolente, como ellos decian; y fiera: que no era esto librallos de los moros, sino trocar aquella servidumbre en otra mas grave. Desto se quejaba cada cual en particular y todos en público los menores, medianos y mas grandes. Todavía ninguno en particular se atrevia á resistir á la voluntad del rey y desbaratar aquellos intentos. Solo Bernardo del Carpio, feroz por la juventud y por la esperanza que tenia de la corona, soplaba este fuego y se ofrecia por caudillo á los que le quisiesen seguir. El mismo rey don Alonso estaba arrepentido de lo que tenia tratado: tan inciertas son las voluntades de los príncipes. Allegóse á lo demás Marsilio rey moro de Zaragoza, con quien el emperador estaba enojado por haber despojado de aquel estado á Ibnabala su confederado.

De los unos y de los otros se formó un buen ejército, aunque no bastante para resistir en campo llano. La caballería de Francia es aventajada: acordaron tomar los pasos de los Pirineos, y impedir á los franceses la entrada en España. Los escritores extranjeros dicen que Carlos pasó adelante, y que antes que diese la vuelta, venció en batalla á los enemigos y les corrió los campos y la provincia por todas partes, y que finalmente cuando se volvia peleó en las estrechuras de los Pirineos. A otros parece mas verdadero lo que nuestros escritores afirman que Carlo Magno no entró desta vez en España, sino que á la misma entrada en Roncesvalles que es parte de Navarra, se dió aquella famosa batalla. Venian en la vanguardia Roldan conde de Bretaña, Anselmo y Eginardo hombres principales: el lugar no era á propósito para ponerse en ordenanza, acometieron los nuestros desde lo alto á los enemigos, dieron la muerte á muchos antes que se pudiesen aparejar para la pelea y ordenar sus haces; fue muerto el mismo Roldan, de cuyo esfuerzo y proezas se cuentan vulgarmente en ambas las naciones de Francia y de España muchas fábulas y patrañas.

Carlo Magno visto el temor de los suyos y la matanza que en ellos se ejecutaba, con deseo de reparar y animar su gente que desmayaba en aquel aprieto, dijo á sus soldados estas palabras: «Cuán fea cosa sea »que las armas francesas muy señaladas por sus triun»fos y trofeos sean vencidas por los pueblos mendigos »de España, envilecidos por larga servidumbre, aun»que yo lo calle, la misma cosa lo declara. El nom»bre de nuestro imperio, la fuerza de vuestros pechos »os debe animar. Acordaos de vuestras grandes haza»ñas, de vuestra nobleza, de la honra de nuestros »antepasados; y los que vencidas tantas provincias »disteis leyes á gran parte del mundo, tened por cosa »mas grave que la misma muerte dejaros vencer de »gente desarmada y vil que á manera de ladrones no »se atrevieron á pelear en campo raso. La estrechura »de los lugares en que estamos, no da lugar para »huir: ni seria justo poner la esperanza en los piés »los que teneis las armas en las manos. No permita »Dios tan grande afrenta: no sufrais soldados que »tan grande baldon se dé al nombre francés, con es»fuerzo y ánimo habeis de salir destos lugares; en »fuerzas, armas, nobleza en ánimo, número y todo »lo demás os aventajais. Los enemigos por la pobre»za, miseria y mal tratamiento están flacos y sin »fuerzas: el ejército se ha juntado de moros y cris»tianos que no concuerdan en nada, antes se dife»rencian en costumbres, leyes, estatutos y religion. »Vos teneis un mismo corazon, una misma voluntad »necesidad de pelear por la vida, por la patria, por »nuestra gloria. Con el mismo ánimo pues con que »tantas veces sobrepujasteis innumerables huestes de »enemigos, y salisteis con victoria de semejantes »aprietos (si ya soldados mios no estais olvidados de »vuestro antiguo esfuerzo) venced ahora las dificul»tades menores que se os ponen delante.»

Dicho esto, con la bocina hizo señal como lo acostumbraba. Renuévase la pelea con grande coraje: derrámase mucha sangre, mueren los mas valientes y atrevidos de los franceses, los españoles por los muchos trabajos endurecidos peleaban como leones;

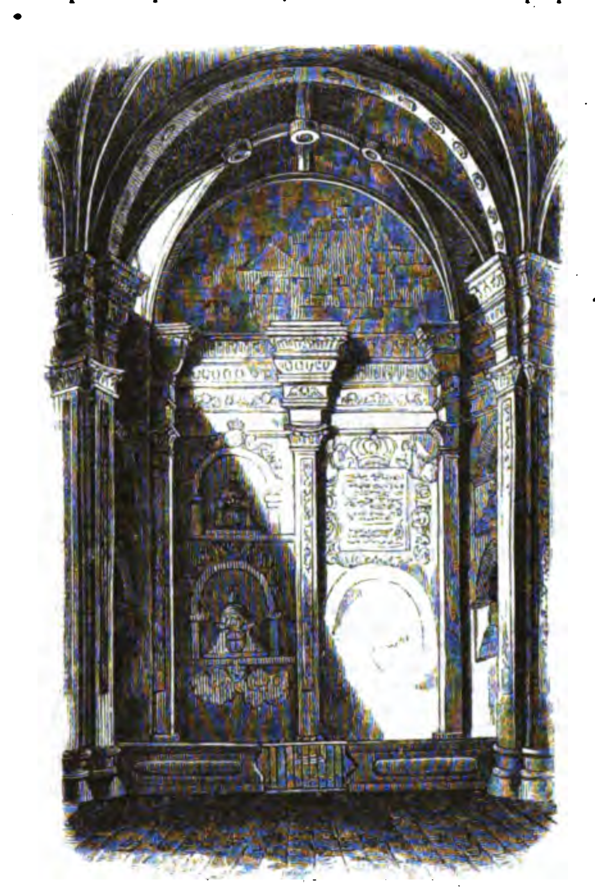
(1) Don Alonso el Católico habia muerto en 757; el Casto no subió al trono hasta el 791 y murió en 842, y Carlo Magno habia muerto el 814: por lo tanto debe tenerse por fabulosa toda esta narracion, que además no se apoya en ninguno de los Cronicones antiguos.

y la opinion que en la guerra puede mucho, quebrantó los ánimos de los contrarios, ca en lo mas recio de la pelea se divulgó por los escuadrones que los moros como gente que tenia noticia de los pasos, se apresuraban para dar sobre ellos por las espaldas. Ningun lugar hobo ni mas señalado por el destrozo de los franceces, ni mas conocido por la fama. Los muertos fueron sepultados en la capilla del Espíritu Santo de Roncesvalles. Siguióse poco despues la muerte de Carlo Magno, que falleció y fue sepultado en Aquisgran el año de Cristo de 814, que fue la causa como yo entiendo de no vengar aquella injuria. Don Rodrigo dice que el rey don Alonso se halló en la batalla, los de Navarra que Fortun García rey de Sobrarve tuvo gran parte en aquella victoria, las historias de Francia que no por el esfuerzo de los nuestros fueron los franceses vencidos, sino por traicion de un cierto Galalon. Entiendo que la memoria destas cosas está confusa por la aficion y fábulas que suelen resultar en casos semejantes, en tanto grado que algunos escritores franceses no hacen mencion desta pelea tan señalada; silencio que se pudiera atribuir á malicia, si no considerara que lo mismo hizo don Alonso el Magno rey de Leon en el Cronicon que dedicó á Sebastian obispo de Salamanca poco despues de este tiempo, donde no se halla mencion alguna desta tan noble jornada. Esto baste de la empresa y desastre del emperador Carlo Magno. El lector por lo que otros escribieron, podrá hacer libremente juicio de la verdad. Volvamos á lo que nos queda atrás (1).

CAPITULO XII.

De lo demás que hizo el rey don Alonso.

Prósperamente y casi sin ningun tropiezo procedian en tiempo del rey don Alonso las cosas de los cristianos con una perpétua, constante, igual y maravillosa bonanza. No solo cuidaba el buen rey de la guerra sino eso mismo de las artes de la paz, y en particular procuraba que el culto divino en tódas maneras se aumentase. Luego que se acabó de todo punto el templo, que con nombre del Salvador se comenzó los años pasados en Oviedo, el mayor y mas principal de aquella ciudad para que la devocion fuese mayor hizo que siete obispos le consagrasen con las ceremonias acostumbradas el año de ochocientos y dos. Sin esto en la misma ciudad levantó otra iglesia con advocacion de Nuestra Señora, y junto con ella un cláustro ó casa á propósito de enterrar en ella



los cuerpos de los reyes (2), ca dentro de la iglesia no se acostumbraba: otra tercera iglesia edificó San Tirso mártir muy hermosa, la cuarta de San Julian demás desto un palacio real con todos los ornamen-

(1) Los escritores franceses ponen en duda generalmente la jornada de Roncesvalles, quesegun todos los Cronicones, sucedió el año 778 Consta que Carlo Magno vino á España á proteger á los rebeldes que se habian apoderado de Zaragoza y de algunas otras ciudades; desmanteló á Pamplona que no era de los moros, saqueó todos los pueblos sin distinguir si eran de cristianos ó de moros, volviéndose por Roncesvalles donde fueron enteramente derrotados por los navarros. Escarmentados y cubiertos de oprobio por esta derrota, no se atrevieron á volver mas á España.

(2) Fundada por Alonso el Casto la capilla de Santa María, hizo construir en ella un panteon para sí y sus sucesores. Tanto este como aquella fueron reparados en tiempo de Felipe V: y en la actualidad se conserva el panteon cual se

tos, apartamientos y requisitos necesarios. Tal era la grandeza de ánimo en el rey don Alonso, que contentándose él en particular con regalo y vestido ordinario, empleaba todas sus fuerzas en procurar el arreo y hermosura de la república, ennoblecer y adornar aquella ciudad, que él primero de los reyes hizo asiento y cabecera de su reino, como lo refiere don Alonso el Magno.

A la misma sazon los moros andaban alborotados, en particular los de Toledo se alzaron contra su rey. Las riquezas y el ócio fuente de todos los males eran la causa, y ninguna ciudad puede tener sosiego largo tiempo: si fuera le faltan enemigos, le nacen en casa. El rey Alhaca como astuto que era, acostumbrado á callar, disimular, fingir y engañar, llamó á Ambroz gobernador de Huesca, hombre á propósito para el embuste que tramaba, por ser amigo de los de Toledo. Envióle con cartas halagüeñas en que echaba la culpa del alboroto á los que tenian el gobierno y rogaba á los ciudadanos se sosegasen. Es la gente de Toledo de su natural sencilla y no nada maliciosa: sin recelarse de la celada, abiertas las puertas, le recibieron en la ciudad. Pasado algun tiempo finge estar agraviado del rey, persuádeles pasen adelante en sus primeros intentos, y para mayor seguridad hace edificar un castillo do al presente está la iglesia de San Cristóbal; y para que estuviesen en guarnicion, puso en él buen golpe de soldados.

Para sosegar estas alteraciones acudió Abderrahman hijo del rey moro, mozo de veinte y cuatro años, el cual con semejante engaño al primero hizo asiento con los de dentro, y le dejaron entrar. Para ejecutar lo que tenian tramado, convidaron los ciudadanos principales á cierto convite que ordenaron dentro del castillo, en que sobre seguro fueron alevosamente muertos por los soldados los del pueblo hasta número de cinco mil, que fue el año de nuestra salvacion de ochocientos y cinco. Este castigo tan grande hizo que el pueblo de Toledo se allanase, pero no bastó para que los que moraban en el arrabal de Córdoba, no se levantasen: la crueldad antes altera que sana. Fue enviado contra ellos Abdelcarin capitan de gran nombre que ganó en el cerco que poco antes tuvo sobre Calahorra, y por los grandes daños que hizo en aquella comarca. Este lo sosegó todo: el castigo de los culpados fue menor que el de Toledo: ahorcó trecientos dellos á la ribera del rio.

Esto pasaba en tierra de moros; en la de cristianos dos ejércitos de moros que hicieron entrada en Galicia y pusieron grande espanto en la tierra, fueron destrozados y forzados con daño á retirarse el año de ochocientos y diez. Ores gobernador de Mérida puso sitio sobre la villa de Benavente, pero con la venida del rey don Alonso fue forzado á alzarle y retirarse. De la misma manera Alcama moro gobernador de Badajoz fue rechazado de la ciudad de Mérida sobre la cual estaba, y de toda aquella comarca. No mucho despues uno llamado Mahomad hombre noble entre los moros, ciudadano antiguamente de Mérida por miedo que tenia de Abderrahman no le hiciese alguna fuerza y agravio (bien que lo particular no se sabe), con número de gente se retiró al amparo del rey don Alonso. Dióle el rey en Galicia lugar en que morase: pretendia el moro volver en gracia con los de su nacion y tomar por medio alguna empresa contra los cristianos; así ocho años despues de su venida con las armas se apoderó de un pueblo llamado Santa Cristina: este castillo se ve hoy dos leguas de Lugo. Acudió prestamente el rey para cortalle los pasos: vinieron á las manos, y pelearon con una porfía estraordinaria, pero al fin el campo quedó por los nuestros con muerte de cincuenta mil moros, y entre ellos el mismo Mahomad; que fue un notable aviso para no fiarse de traidores, en especial de diversa creencia y religion. En tanto que esto pasaba falleció Alhaca rey de Córdoba el año de Cristo de 821, de los árabes docientos y seis, de su reino veinte y siete. Dejó diez y nueve hijos, y veinte y una hijas. Sucedióle en el reino Abderrahman su hijo en edad de cuarenta y un años, reinó treinta y uno. Por este tiempo los moros de España pasaron á la isla de Candia, y hicieron en ella su asiento. Dícelo Zonaras.

El esfuerzo de Bernardo del Carpio se mostró mucho en todas las guerras que por este tiempo se hicieron: él grandemente se agraviaba que ni sus servicios, ni los ruegos de la reina fuesen parte para que el rey su tio se doliese de su padre y le librase de aquella larga y dura prision. Pidió claramente licencia, y retiróse á Saldaña que era de su patrimonio, con intento de satisfacerse de aquel agravio en las ocasiones que se ofreciesen. Dende hacia robos y entradas en las tierras del rey sin que nadie le fuese á la mano. El rey no era bastante por su larga edad, los nobles favorecian la pretension de Bernardo y su demanda tan justa. Ofendido el rey por este levantamiento, y llegado el fin de su vida, de vejez y de una enfermedad mortal que le sobrevino, señaló por sucesor suyo á don Ramiro hijo de don Bermudo. Hecho esto, acabó el curso de su vida en edad de ochenta y cinco años. Reinó los cincuenta y dos, cinco meses y trece dias. Otros á este número de años añaden los que reinaron Mauregato y don Bermudo por no haber sido verdaderos reyes. Falleció en Oviedo, y fue sepultado en la iglesia de Santa María de aquella ciudad. Sucedió su muerte el año de nuestra salvacion de 843, cuenta en que nos apartamos algun tanto de la que lleva el catálogo Compostellano, pero arrimados al Cronicon del rey don Alonso el Magno, muy conforme en esto á las demás memorias que quedan y tenemos de la antigüedad.

CAPITULO XIII.

Del rey don Ramiro.

El reinado del rey don Ramiro en tiempo fue breve, en gloria y hazañas muy señalado por quitar como quitó de las cervices de los cristianos el yugo gravísimo que les tenian puesto los moros, y reprimir las insolencias y demasías de aquella gente bárbara. A la verdad, el haber España levantado cabeza, y vuelto á su antigua dignidad, despues de Dios se debe al esfuerzo y perpétua felicidad de este gran príncipe. En los negocios que tuvo con los de fuera, fue escelente, en los de dentro de su reino admirable; y aun

vé por el adjunto diseño en el que se distingue confusamente la siguiente inscripcion esculpida en una piedra de mármol con letras mayúsculas de uso corriente. Dice así:

«En este real panteon yacen los cuerpos de los señores reyes y reinas siguientes: El señor rey don Fruela I de este nombre, hijo del señor rey don Alonso el Católico I de este nombre, quien pobló esta ciudad y trasladó esta santa Iglesia al sitio que hoy tiene.

El señor rey don Bermudo, llamado el Diácono, sobrino del señor rey don Fruela.

El señor rey don Alonso el Casto, hijo del dicho señor rey don Fruela que fundó esta real capilla para su real sepulcro y de sus progenitores.

El señor rey don Ramiro I, de èste nombre, hijo del señor rey don Bermudo.

El señor rey don Ordoño I, de este nombre, hijo del señor rey don Ramiro.

El señor rey don Alfonso el Magno I, de esté nombre, hijo del señor rey don Ordoño.

El señor rey don García I, hijo del señor rey don Alfonso el Magno.

La señora reina doña Gilvira, mujer del señor rey don Bermudo.

La señora reina doña Urraca, mujer del señor rey don Ramiro I y otros muchos cuerpos de señores príncipes, infantes é infantas. Reedificóse en el año de 1712 reinando la magestad católica del señor rey don Felipe V de este nombre.

que se señaló mucho en las cosas de la paz, pero en la gloria militar fue mas aventajado. A los nigrománticos y hechiceros castigó con pena de fuego: á los ladrones, en que andaba gran desórden, hacia sacar los ojos: pena cortada á la medida de su delito, quitarles la ocasion de codiciar lo ajeno, y hacerles que no pudiesen mas pecar. A la sazon que falleció el rey don Alonso, don Ramiro se hallaba ocupado en los várdulos, que eran parte de Castilla la Vieja ó de Vizcaya. La distancia de los lugares y la mudanza del príncipe dieron ocasion al conde Nepociano para apoderarse por fuerza de armas de las Asturias y llamarse rey. Era hombre muy poderoso: los que le seguian muchos, su autoridad y riquezas muy grandes. Las voluntades y pareceres de los naturales no se conformaban, ca los malos y revoltosos le favorecian, los mas cuerdos que sentian diversamente, callaban y no se atrevian á declararse por miedo del tirano y por estar las cosas tan alteradas.

Acudió el rey don Ramiro á sosegar estos movimientos. Juntáronse de una parte y de otra muchas gentes: dióse la batalla en Galicia á la ribera del rio Narcoya: en ella Nepociano fue desamparado de los suyos, vencido y puesto en huida. Es muy justa recompensa de la deslealtad que sea reprimida con otra alevosía: demás que ordinariamente á quien la fortuna se muestra contraria, en el tiempo de la adversidad le desamparan tambien los hombres. Fue así que dos hombres principales de los que seguian al tirano, llamados el uno Somna y el otro Scipion, con intento de alcanzar perdon del vencedor le prendieron en la comarca premariense, y se le entregaron. En la prision por mandado del rey le fueron sacados los ojos, y encerrado en cierto monasterio pasó en miseria y tinieblas lo que de la vida le quedaba. Despues destos movimientos y alteraciones se siguió la guerra contra los moros que al principio fue espantosa, mas su remate y conclusion fue muy alegre para los cristianos, y ella de las mas señaladas que se hicieron en España.

Tenia el imperio de los moros Abderrahman Segundo deste nombre, príncipe de suyo feroz, y que la prosperidad le hacia aun mas bravo; porque al principio de su reinado, como queda arriba apuntado, hizo huir á Abdalla su tio, que con esperanza de reinar tomó las armas y se apoderara de la ciudad de Valencia. Demás desto se apoderó de la ciudad de Barcelona por medio de un capitan suyo de gran nombre llamado Abdelcarin. Con esto quedó tan orgulloso, que resuelto de revolver contra el rey don Ramiro, le envió una embajada para requerirle le pagase las cien doncellas que conforme al asiento hecho con Mauregato se le debian en nombre de parias; que era llanamente amenazalle con la guerra y declararse por enemigo, si no le obedecia en lo que demandaba. Grande era el espanto de la gente, mayor el afrenta que desta embajada resultaba; así los embajadores fueron luego despedidos: valióles el derecho de las gentes para que no fuesen castigados como merecia su loco atrevimiento y demanda tan indigna é intolerable. Tras esto todos los que eran de edad á propósito en todo el reino, fueron forzados á alistarse y tomar las armas, fuera de algunos pocos que quedaron para labor de los campos por miedo que si la dejaban, serian afligidos no menos de la hambre, que de la guerra. Los mismos obispos y varones consagrados á Dios siguieron el campo de los cristianos. Grande era el celo de todos, si bien la querella era tan justa, que tenian alguna esperanza de salir con la victoria.

Para ganar reputacion, y mostrar que hacian de voluntad lo que les era forzoso, acordaron de romper primero y correr las tierras de los enemigos, en particular se metieron por la Rioja que á la sazon estaba en poder de moros. Al contrario Abderrahman juntaba grandes gentes de sus estados, aparejaba armas, caballos y provisiones con todo lo demás que entendia ser necesario para la guerra y para salir al encuentro á los nuestros. Juntáronse los dos campos de moros y de cristianos, cerca de Alvelda ó Alveida pueblo en aquel tiempo fuerte, y despues muy conocido por un monasterio que edificó allí don Sancho rey de Navarra con advocacion de San Martin: al presente está casi despoblado. La renta del monasterio y la libreria que tenia muy famosa, trasladaron el tiempo adelante á la iglesia de Santa María la Redonda de la ciudad de Logroño, de la cual Alvelda dista por espacio de dos leguas. En aquella comarca se dió la batalla de poder á poder, que fue de las mas sangrientas y señaladas que se dieron en aquel tiempo. Nuestro ejército como juntado de priesa no era igual en fuerzas y destreza á los soldados viejos y ejercitados que traian los enemigos. Perdiérase de todo punto la jornada, si no fuera por diligencia de los capitanes, que acudian á todas partes y animaban á sus soldados con palabras y con ejemplo. Cerró la noche, y con las tinieblas y escuridad se puso fin al combate. No hay cosa tan pequeña en la guerra que á las veces no sea ocasion de grandes bienes ó males; y así fue que en aquella noche estuvo el remedio de los cristianos.

Retiróse el rey don Ramiro á un recuesto que allí cerca está, con sus gentes destrozadas y grandemente enflaquecidas por el daño presente y mayor mal que esperaban. El mejorarse en el lugar dió muestra que quedaba vencido, pero sin embargo se fortificó lo mejor que segun el tiempo pudo; hizo curar los heridos, los cuales y la demás gente, perdida casi toda esperanza de salvarse, con lágrimas y suspiros hacian votos y plegarias para aplacar la ira de Dios. El rey oprimido de tristeza y de cuidados por el aprieto en que se hallaba, se quedó adormecido. Entre sueños le apareció el apóstol Santiago con representacion de magestad grandeza mayor que humana. Mándale que tenga buen ánimo, que con la ayuda de Dios no dude de la victoria, que el dia siguiente la tuviese por cierta. Despertó el rey con esta vision, y regocijado con nueva tan alegre saltó luego de la cama. Mandó juntar los prelados y grandes, y como los tuvo juntos les hizo un razonamiento desta sustancia: «Bien sé, »varones escelentes, que todos conoceis tan bien »como yo en qué término y apretura están nuestras »cosas. En la pelea de ayer llevamos lo peor, y si no »quedamos del todo vencidos mas fue por beneficio »de la noche que por nuestro esfuerzo. Muchos de los »nuestros quedaron en el campo, los demás están »desanimados y amedrentados. El ejército enemigo »que era antes fuerte, con nuestro daño queda con »mayor osadía. Bien veis que no hay fuerzas para tor»nar á la pelea, ni lugar para huir. Estar en estos lu»garés mas tiempo, aunque lo pretendiésemos, la »falta de pan y otras cosas necesarias no lo permiti»rian. La dura y peligrosa necesidad de nuestra »suerte, el desamparo de la ayuda y fuerzas humanas »suplirá el socorro del cielo, y aliviará sin ninguna »duda el peso de tantos males, lo que os puedo con »seguridad prometer. Afuera el cobarde miedo, no »tape las orejas de vuestro entendimiento la descon»fianza y falta de fe. Arrojarse en afirmar y creer es »cosa perjudicial, mayormente cuando se trata de las »cosas divinas y de la religion, porque si las menos»preciamos, hay peligro de caer en impiedad, y si »las recebimos ligeramente, en superstícion. El após»tol Santiago me apareció entre sueños y me certificó »de la victoria. Levantad vuestros corazones, y de»sechad dellos toda tristeza y desconfianza. El suceso »de la pelea os dará á entender la verdad de lo que »tratamos. Ea pues, amigos mios, llenos de esperan»za arremeted á los enemigos, pelead por la patria y »por la comun salud. Bien pudiérades con estrema »afrenta y mengua servir á los moros: por pareceros »esto intolerable tomásteis las armas. Rechazad con

»el favor de Dios y del apóstol Santiago la afrenta de »la Religion Cristiana, la deshonra de vuestra nacion: »abatid el orgullo desta gente pagana. Acordáos de lo »que pretendísteis cuando tomásteis las armas, de »vuestro antiguo válor, y de las empresas que habeis »acabado.»

Dicho esto, mandó ordenar las haces y dar señal de pelear. Los nuestros con gran denuedo acometen á los enemigos, y cierran apellidando á grandes voces el nombre de Santiago: principio de la costumbre que hasta hoy tienen los soldados españoles, de invocar su ayuda al tiempo que quieren acometer. Los bárbaros alterados por el atrevimiento de los nuestros, cosa muy fuera de su pensamiento por tenerlos ya por vencidos, y con el espanto que de repente les sobrevino del cielo, no pudieron sufrir aquel ímpetu y carga que les dieron. El apóstol Santiago, segun que lo prometiera al rey, fue visto en un caballo blanco, y con una bandera blanca y en medio della una cruz roja, que capitaneaba nuestra gente. Con su vista crecieron á los nuestros las fuerzas; los bárbaros de todo punto desmayados se pusieron en huida, ejecutaron los cristianos el alcance, degollaron sesenta mil moros. Apoderáronse despues de la victoria de muchos lugares, en particular de Clavijo, do se dió esta famosa batalla (1), de que dan muestras los pedazos de las armas que hasta hoy por allí se hallan. Asímismo Alvelda y Calahorra volvieron á poder de cristianos. Sucedió esta memorable jornada el año de Cristo de 844, que fue el segundo del reinado de don Ramiro.

El ejército vencedor, despues de dar gracias á Dios por tan grande merced, por voto que hicieron obligaron á toda España sin embargo que la mayor parte della estaba en poder de moros, á pagar desde entonces para siempre jamás de cada yugada de tierras ó de viñas cierta medida de trigo ó de vino en cada un año á la iglesia del apóstol Santiago, con cuyo favor alcanzaron la victoria: voto que algunos romanos pontífices aprobaron adelante, como se ve por sus letras apostólicas. Asímismo el rey don Ramiro espidió sobre el mismo caso su privilegio, su data en Calahorra á veinte y cinco de mayo era ochocientos setenta y dos: yo mas quisiera que dijera ochocientos y ochenta y dos para que concertara con la razon del tiempo que llevamos muy puntual y ajustada. Puédese sospechar que en el copiar el privilegio se quedó un diez en el tintero; que el original no parece. Añadieron otrosí en este voto que para siempre cuando los despojos de los enemigos se repartiesen, Santiago se contase por un soldado á caballo y llevase su parte; pero esto con el tiempo se ha desusado; lo que toca al vino, y trigo algunos pueblos lo pagan. De los despojos desta guerra hizo el rey edificar á media legua de Oviedo una iglesia de obra maravillosa con advocacion de Nuestra Señora, que hasta hoy se ve puesta á las haldas del monte Naurancio, y allí cerca se edificó otra iglesia con nombre de San Miguel. La reina que unos llaman Urraca, otros Paterna, madre de don Ordoño y de don García proveyó las dichas iglesias y las adornó de todo lo necesario, ca tenia por costumbre de emplear todo lo que podia ahorrar del gasto de su casa y del arreo de su persona, en ornamentos para las iglesias y en particular de la del apóstol Santiago. El fruto desta victoria no fue tan grande como se pensaba y fuera razon á causa de otra guerra que al improviso se levantó contra España.

CAPITULO XIV.

Cómo los normandos vinieron á España.

Aun no estaba quitado el yugo de la servidumbre que los moros, gente venida de la parte del Mediodia tenia puesto sobre nuestra nacion, cuando una nueva peste por la parte de Septentrion comenzó á trabajarla grandemente. Fue así que los normandos, gente fiera y bárbara, y por no haber aun recebido la fe de Cristo impía y infiel, salidos de Dacia y de Norvegia, como el mismo nombre lo declara que fueron gentes septentrionales (ca normando quiere decir hombre del norte) forzados de la necesidad, ó lo que es mas cierto, con deseo de hacer mal, se hicieron cosarios por el mar debajo la conducta de su capitan Rholon. Lo primero acometieron las marinas de Frisia: despues corrieron las de Francia, en particular por la parte que el rio Secuana desagua en el mar Oceano, hicieron mas graves y mas ordinarios daños que de ningun otro enemigo se pudiera temer. Despues desto talaron las tierras de Nantes por do el rio Loire descarga en el mar, las comarcas de Turs y de Poitiers, en que vencido que hobieron en batalla á Roberto conde de Anjou, pusieron espanto en todas aquellas tierras: últimamente hicieron su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, y hoy del nombre desta gente se llama Normandía; y esto por concesion de los emperadores Ludovico el Segundo y Carolo Crasso, que les dieron aquellas tierras á condicion que pues no se querian del todo sujetar á su señorío, fuesen para siempre feudatarios y movientes de la corona de Francia.

Los mismos por este tiempo con gruesas flotas que juntaron en Francia, dieron mucho trabajo á los cristianos de España. Primeramente apretaron y talaron todas las marinas de Galicia; pero llegados á la Coruña, como acudiese contra ellos el rey don Ramiro, los que dellos saltaron en tierra, quedaron vencidos en batalla y forzados á embarcarse: demás desto les dieron una batalla naval en que setenta de sus naves parte fueron tomadas por los nuestros, parte echadas á fondo. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo, dado que el número de las naves parece muy grande, principalmente que los que escaparon de la rota, doblado el cabo de Finis-terræ, llegaron á la boca del rio Tajo, y pusieron en mucho afan á Lisbona que habia por este tiempo vuelto á poder de moros; y el año luego siguiente que se contaba de Cristo ochocientos y cuarenta y siete, con gentes y naves que de nuevo recogieron, pusieron cerco sobre Sevilla, y talaron los campos de Cádiz y de Medina Sidonia, en que hicieron presas de hombres y ganados, y pasaron á cuchillo gran número de moros: al fin despues que se detuvieron mucho tiempo en aquellas comarcas, por un aviso que les vino que el rey Abderrahman armaba contra ellos y aprestaba una gruesa armada, se partieron de España con mucha honra y despojos que consigo llevaron.

Siguiéronse otras alteraciones civiles entre los cristianos. El conde Alderedo y Piniolo, hombres en riquezas y aliados poderosos, uno en pos de otro se alborotaron y tomaron las armas contra el rey don Ramiro. Las causas destas alteraciones no se refieren; nunca faltan disgustos y desabrimientos, solo se dice que en breve y fácilmente se apaciguaron. Alderedo fue privado de la vista: Piniolo y siete hijos suyos muertos por mandado del rey don Ramiro el

(1) De esta batalla que Mariana cuenta tan detalladamente ningun escritor hace mencion hasta don Rodrigo Jimenez, que vivió cuatro siglos despues. A ser verdadera ¿la hubieran callado los que escribieron con tanta particularidad el reinado de don Ramiro, como don Alonso el Magno, que era su nieto, y cuenta muy por menor los levantamientos y guerras civiles que hubo, los autores y cabezas destas sediciones, y las dos victorias que consiguió contra los moros? El diploma de don Ramiro que refiere este suceso con la mayor individualidad es evidentemente falso, y probablemente obra de algun impostor ignorante del siglo XIII: en los cuatro siglos anteriores nadie lo conoció. El que desee adquirir evidencia completa acerca de la falsedad de este hecho debe leer las discuciones de las córtes de Cádiz sobre el *voto de Santiago*, que ellas anularon por vez primera.

año quinto de su reinado. Falleció poco adelante el mismo en Oviedo despues que reinó siete años enteros; fueron sepultados él y Paterna su mujer en la iglesia de Santa María de aquella ciudad, en que se ve un lucillo deste rey con una letra que vuelta en romance dice así:

MURIÓ LA BUENA MEMORIA DEL REY RAMIRO Á PRIMERO DE FEBRERO: RUEGO Á TODOS LOS QUE ESTO LEYÉREDES, NO DEJEIS DE ROGAR POR SU REPOSO.

Entiéndese que fue allí tambien sepultado don García hermano del rey, sin que haya memoria de alguna otra cosa que hiciese en vida ni en muerte, salvo que se halló en la batalla de Clavijo, y que el rey le trataba como si saliera de sus entrañas. En tiempo del rey don Ramiro falleció Theodomiro obispo de Iria, en cuyo lugar sucedió Athaulfo. Algunos toman deste tiempo el principio de la caballería y órden de Santiago, muy famosa por sus hazañas; pero sin autor alguno ni argumento bastante, porque los privilegios antiguos, què con deseo de honrar esta religion algunos sin propósito inventaron, ningun hombre de letras los aprueba ni tiene por ciertos. A don Ramiro sucedió su hijo don Ordoño en el año del Señor de 850.

CAPITULO XV.

De muchos mártires que padecieron en Córdoba.

Cruel carnicería, y una de las mas bravas y sangrientas que jamás hubo, se ejercitaba en Córdoba por estos tiempos y se embravecia contra los siervos de Cristo. Fuegos, planchas ardiendo con todos los demás tormentos se empleaban en atormentar sus cuerpos. El mayor delito que en ellos se hallaba, era la perseverancia en la fe de Cristo, y mantenerse en el culto de la Religion Cristiana, dado que se buscaban y alegaban otros achaques y colores á propósito de no dar muestra que los pretendian quitar la libertad de ser cristianos contra lo que tenian concertado. Abderrahman Segundo deste nombre y Mahomad su hijo reyes de Córdoba, como hombres astutos y sagaces, pensaban que harian cosa agradable á Dios y á sus vasallos si de todo punto desarraigasen el nombre cristiano; además que para seguridad de su estado les parecía conveniente que quitada la diferencia de la religion, todos sus súbditos estuviesen entre sí ligados con una misma creencia. Al tiempo que se perdió España, los vencedores otorgaron á los nuestros libertad de mantenerse en la religion de sus antepasados: con esto, sacerdotes, monjas y monges con su vestido diferente de los demás, rapadas las barbas, con sus coronas y tonsuras á la manera antigua se veian en público así en otras partes como principalmente en Córdoba, donde por la grandeza de aquella ciudad, y por estar allí la silla de los reyes moros concurria mayor número de cristianos.

Habia muchos así monasterios como templos consagrados á fuer de cristianos: uno de San Acisclo mártir, otro de San Zoilo; el tercero de los santos Fausto, Ianuario y Marcial: demás desto otras tres iglesias de San Cipriano, San Ginés y Santa Olalla, sendas de cada uno: estas dentro de la ciudad. Fuera de los muros se contaban ocho monasterios, uno de San Cristóbal de la otra parte del rio: el segundo en los montes comarcanos con advocacion de Nuestra Señora, y llamado vulgarmente Cuteclarense: el tercero Tabanense: el cuarto Pilemelariense con advocacion de San Salvador: el quinto Armilatense de San Zoilo; demás desto otros tres de San Feliz, de San Martin, y de los santos Justo y Pástor. En todos estos lugares tocaban sus campanas para convocar al pueblo, que acudia públicamente á los oficios divinos sin que persona alguna les fuese á la mano: solamente tenian puesta pena de muerte á cualquier cristiano que en público ó en particular se atreviese á decir mal de Mahoma fundador de aquella secta; vedábanles otrosí la entrada en las mezquitas de los moros. Como esto guardasen los nuestros, en lo demás les era permitido vivir conforme á sus leyes, y casi conservarse en su antigua libertad.

Tolerable manera de servidumbre era esta, pues aun se halla que entre los cristianos habia dignidad de condes, si por el contrario no se aumentaran de cada dia y crecieran las miserias y agravios. Cuanto á lo primero los pechos y tributos que al principio eran templados, de cada dia se acrecentaban y hacian mas graves. Los nuestros apretados con estos gravámenes pretendian se debian quitar las nuevas imposiciones y derramas; y como no lo alcanzasen, pasaban una vida mas dura que la misma muerte. Destos principios las semillas de los odios antiguos vinieron á madurarse, y á reventar la postema. Los fieles trataban de sacudir de sí aquel yugo muy pesado. Los moros abominaban del nombre cristiano, y con solo tocar la vestidura de los nuestros se tenian por contaminados y sucios: miraban sus palabras, notaban sus rostros y sus meneos; con afrentas y denuestos que les decian, buscaban ocasion de reñir y venir á las manos. Los cristianos irritados con tantas injurias no dudaban en público de blasfemar de la ley y costumbres de los moros.

De aquí tomaron ocasion aquellos reyes y sus gobernadores de perseguir la nacion de los cristianos con tanta mayor crueldad, que no pocos de los nuestros estaban de parte de los moros, y reprehendian el atrevimiento de los cristianos hasta decir claramente que los que muriesen en la demanda no debian en manera alguna ser tenidos por mártires, ni como tales honrados, pues no hacian algunos milagros; y sin ser necesario para defender su religion, sino temerariamente y sin propósito, se ofrecian al peligro y decian denuestos á los contrarios que no les hacian alguna fuerza, antes les dejaban libertad de mantenerse en la religion de sus padres. Ultimamente alegaban que los cuerpos de los que morian no se conservaban incorruptos, como se solian conservar antiguamente los de los verdaderos mártires para muestra muy clara de la virtud divinal que en ellos moraba. Así decian ellos: cuan á propósito, no hay para qué tratarlo. El obispo Recaphredo y el conde Servando eran los principales capitanes, y que mas se señalaban en perseguir á los mártires y reprimir sus santos intentos. Personas muy honradas, sin hacer diferencia de edad ni de sexo, eran puestos en hierros y aprisionados en muy duras cárceles.

Procuró Abderrahman y hizo que en Córdoba se juntase un concilio de obispos sobre el caso: en él fueron por sentencia condenados como malhechores todos los que quebrantasen las condiciones de la confederacion puesta antiguamente con los moros. Estado miserable, triste espectáculo y feo, burlarse por una parte del nombre cristiano, y por otra los que acudian á la defensa, ser en un mismo tiempo combatidos por frente de los bárbaros, y por las espaldas de aquellos que estaban obligados á favorecerlos y animarlos. Cosa intolerable que fuesen trabajados con calumnias y denuestos no menos de los de su nacion, que de los contrarios. ¿Qué debian pues hacer? ¿adónde se podian volver? muchos sin duda era necesario se enflaqueciesen en sus ánimos y cayesen: otros llenos de Dios y de su fortaleza perseveraron en la demanda. Muchos por espacio de diez años, que fue el tiempo que duró esta persecucion, perdieron sus vidas y derramaron su sangre por la Religion Cristiana. El primer año padecieron Prefecto presbítero de Córdoba, y del pueblo uno llamado Juan. El segundo año Isaac monge, Sancho de nacion francés

Pedro presbítero de Ecija. Walafonso diácono Ilipulense; los monges Sabiniano, Wistremundo, Habencio, Jeremías, Sisenando diácono Pacense ó de Beja, Paulo cordobés, y María Ilipulense hermana que era del mártir Walabonso. En este año principalmente se embraveció contra los mártires el obispo Recaphredo y á muchos puso en prisiones: entre ellos fue uno Eulogio abad de San Zoilo que escribió todas estas cosas, varon en aquella edad claro por su erudicion, y por la santidad de su vida muy estimado. El año tercero murieron Gumesindo presbítero de Toledo, y Deiservo monge, asimismo Aurelio y Feliz con sus mujeres Sabigotona y Liliosa: Jorge monge siro de nacion: Emilia y Jeremías ciudadanos de Córdoba: tres monges Cristóbal cordobés, Leuvigildo y Rogelo de Granada, fuera destos Serviodeo monge de Siria.

En este mismo año, es á saber de 852 falleció de repente Abderrahman. Los cristianos decian que era venganza del cielo por la mucha sangre que derramó de los mártires. Confirmóse esta opinion y fama por cuanto en el mismo punto que desde una galería de su palacio, de donde miraba los cuerpos de los mártires que estaban en las horcas podridos, como los mandase quemar, cayó de repente de su estado y sin poder hablar palabra espiró aquella misma noche al principio del año treinta y dos de su reinado. Dejó cuarenta y cuatro hijos y cuarenta y dos hijas. En tiempo deste rey se empedraron las calles de Córdoba, y por caños de plomo se trajo mucha agua de los montes á la ciudad. Fue el primero de aquellos reyes que hizo ley que sin tener cuenta con los demás parientes, los hijos sucediesen y heredasen á sus padres: cosa que hasta entonces no la tenian bien asentada. Así en su lugar sucedió su hijo Mahomad: tuvo aquel reino por espacio de treinta y cinco años y medio. Este al principio de su gobierno echó á todos los cristianos de su palacio; y como quier que por esto no aflojasen en su intento, el año siguiente tornó á embravecerse la crueldad y renovarse las muertes. Martirizaron á Fandila presbítero y monge de Guadix, Anastasio monge y presbítero, Feliz monge de Alcalá, Digna virgen consagrada, Benilde matrona, Columba y Pomposa vírgenes. El año adelante tuvo un solo mártir, que fue Abundio presbítero. El siguiente estos cuatro: Amador mancebo natural de Martos, Pedro monge cordobés, Luis ciudadano de Córdoba, Witesindo natural de Cabra. En el año seteno desta persecucion fueron muertos Elías presbítero portugués, tres monges Paulo, Isidoro, Argemiro, Aurea virgen dedicada á Dios, hermana de los mártires Adulfo y Juan. En el año octavo padecieron Rodrigo y Salomon. El noveno pasó sin sangre.

En el año postrero y doceno de la persecucion padeció muerte el mismo Eulogio que animaba á los demás con palabras y con su ejemplo. Su muerte fue en sábado á once dias del mes de marzo; y cuatro dias adelante derramó su sangre Leocricia, doncella de Córdoba. Escribió la vida de Eulogio Alvaro cordobés su familiar y conocido. Allí dice que poco antes de su muerte fue elegido en arzobispo de Toledo con gran voluntad del clero y del pueblo de aquella ciudad por muerte de Westremiro. Hay una epístola del mismo Eulogio escrita el año ochocientos y cincuenta y uno á Welesindo obispo de Pamplona y en ella un elogio muy hermoso de Westremiro por estas palabras: «Despues, dice, del quinto dia volví á Toledo »do hallé todavía vivo á nuestro viejo santísimo, antor»cha del Espíritu Santo y lumbrera de toda España el »obispo Westremiro, cuya santidad de vida alumbra »todo el mundo hasta ahora: con honestidad de cos»tumbres y subidos merecimientos refocila el rebaño »católico. Vivimos con él muchos dias, y nos detuvi»mos en su angélica compañía.» Este hospedaje fue ocasion que los ciudadanos de Toledo al que por la fama de sus virtudes deseaban conocer, visto le comenzaron á estimar y amarle mas, y señalarle por sucesor en lugar de Westremiro, si le venciese de dias. En Córdoba en lugar de Eulogio pusieron los años siguientes á Sanson y le hicieron abad de San Zoilo, hombre docto y de ingenio agudo, como lo muestra el Apologético que hizo contra Hostigesio obispo de Málaga por ocasion que en un concilio de Córdoba le ultrajó y llamó hereje.

CAPITULO XVI.

Del rey don Ordoño.

Hechas que fueron las exequias con grande solemnidad del rey don Ramiro, su hijo don Ordoño tomó las insignias reales y con ellas el nombre, poder y pensamientos de rey. Fue de condicion manso y tratable, sus costumbres muy suaves, y por toda la vida en todas sus acciones usó de singular modestia, con que ganó las voluntades de la nobleza, del pueblo, y los ánimos de todos se los aficionó de manera que ninguno de los reyes fue mas agradable en aquella edad y en los años siguientes. Gran celador de la justicia: virtud necesaria, pero sujeta á engaño en los grandes príncipes, si no rigen con prudencia el ímpetu del ánimo, y procuran no ser engañados por las astucias de hombres malos, de que hay gran muchedumbre en las casas y palacios reales, que suelen armar lazos á sus orejas, y dar traspié á la inocencia de los buenos; ca para engordar á sí y á los suyos con la sangre de los otros se aprovechan de lo que ven que con el príncipe tiene mas fuerza, para daño de muchos, como sucedió en el rey don Ordoño.

Cuatro esclavos de la iglesia Compostelana acusaron delante del rey de un caso muy feo á su obispo Athaulfo, persona de grande y conocida santidad. La historia Compostelana dice que le acusaron del pecado nefando. Fue citado y hecho venir á la córte para responder por sí. Antes que fuese al palacio real, dijo misa, y vestido de pontifical como estaba se fué á ver con el rey. Lo que le debiera reprimir y ponelle temor, le alteró mas ó por haber dado crédito á los acusadores, ó por estar disgustado por no venir luego el obispo á su presencia, y por el hábito y traje que traia: mandó soltar un toro bravo, azorado con perros y con garrochas contra el dicho prelado; lo cual era injusto, condenar á ninguno sin oir primero sus descargos. En tan gran peligro Athaulfo armóse de la señal de la cruz: cosa maravillosa, el toro dejada la braveza, allegóse á él con la cabeza baja, dejóse tocar los cuernos, que con grande espanto de los que lo vèian, se le quedaron en las manos. El rey y nobles desengañados por aquel milagro, y enterados de su inocencia, echáronsele á los piés para pedirle perdon: dióle él de buena gana, diciendo que nunca Dios quisiese que pues habia recobrado su dignidad, y librádose de la afrenta, y pues el buen nombre que injustamente le habian quitado, le era restituido, que él hiciese en algun tiempo por donde se mostrase olvidado del oficio de cristiano y de la virtud del ánimo y de la paciencia que nunca perdiera. Quién dice que descomulgó á los que le acusaron: lo que se averigua es que librado de aquel peligro, renunció el obispado y se retiró á las Asturias, en que vivió en soledad largo tiempo santísimamente. Los cuernos del toro colgaron del techo de la iglesia de Oviedo, do estuvieron muchos años para memoria y testimonio de aquel caso tan señalado. Esto sucedió al principio del reinado de don Ordoño (1).

(1) El arzobispo don Rodrigo y algunos otros historiadores colocan esta anécdota en tiempo del rey don Bermudo.

El año segundo uno llamado Muza, que era del linaje de los godos, pero de profesion moro, persona muy ejercitada en las cosas de la guerra, despertó contra sí las armas de cristianos y moros á causa que públicamente se levantó contra el rey de Córdoba su señor, y con una presteza increible se apoderó de Toledo, Zaragoza, Huesca, Valencia y Tudela. Tras esto corrió las tierras de Francia, en que cautivó dos capitanes franceses que le salieron al encuentro. Con esto puso tan grande espanto en aquella tierra, que el rey de Francia Carlos Calvo acordó de granjearle con presentes que le envió. Ensorberbecido él con esta prosperidad, y olvidado de la inconstancia de las cosas humanas, revolvió contra el rey don Ordoño, con quien y con el de Córdoba se contaba y publicaba por el tercero rey de España. Rompió por la Rioja, donde quitó á los cristianos á Avelda, y la fortificó muy bien. El Cronicon del rey don Alonso dice que la edificó y la llamó Albayda. Don Ordoño movido por este atrevimiento juntó sus huestes: una parte puso sobre aquella plaza, con los demás fué en busca del enemigo, de quien tenia aviso que estaba alojado en el monte Laturso. Llegados que fueron á verse, arremetieron los unos y los otros con gran denuedo y gritería. Tirados los dardos y saetas, vinieron á las espadas. Los fieles con su acostumbrado esfuerzo pelearon valientemente por la patria y por la religion. Duró mucho el combate, pero al fin quedó el campo por los cristianos: murieron diez mil moros, y entre ellos los mas señalados por sus hazañas y nobleza, en particular un yerno del mismo tirano llamado García. Muza apenas se escapó con muchas heridas, de las cuales entiendo murió. Los despojos muy ricos de los moros y sus reales vinieron en poder de los nuestros.

En el mismo tiempo Mahomad rey de Córdoba asimismo se apercibia contra el enemigo comun. Parecióle acometer en primer lugar la ciudad de Toledo por ser su sitio muy fuerte, y porque con ser la primera al levantarse dió ejemplo y ocasion á las otras ciudades para que hiciesen lo mismo. Hallábase en aquella ciudad Lobo hijo de Muza por mandado de su padre, el cual avisado del estrago que los suyos recibieron cerca de Alvelda, y con miedo de mayor daño hizo confederacion con el rey don Ordoño para valerse de sus fuerzas. Envióle el rey muchos asturianos y navarros en socorro, y por caudillo á don García su hermano. Mahomad desconfiado de las fuerzas acordó usar de maña. Tenia sus reales no lejos de la ciudad: paró una celada en Guadalete, que es un arroyo cerca de Villaminaya, y era á propósito para su intento. Hecho esto, él mismo con pequeño número de soldados dió vista á la ciudad de Toledo. Los de dentro engañados por el pequeño número de los contrarios, salieron contra ellos á gran priesa sin órden y sin recato, como si fueran á la presa y no á polear. Con aquel ímpetu cayeron en la celada, con que apretados por frente y por las espaldas, con pérdida de mucha gente, los demás cerrados abrieron camino para la ciudad por medio de los enemigos. Doce mil moros y ocho mil cristianos perecieron en aquel encuentro. La fortaleza del sitio valió para que la ciudad atemorizada por aquella desgracia no viniese en poder del vencedor.

El año siguiente y el tercero talaron los campos de Toledo con entradas que los enemigos hicieron, quemaron las mieses y frutos todos. Los de Toledo con deseo de vengarse pasaron hasta Talavera; pero fueron maltratados por el que tenia el gobierno de aquel pueblo, y forzados con daño á dar la vuelta. En fin, cansados con tantas desgracias se rindieron á Mahomad el año de nuestra salvacion de 857. En el cual año los normandos conforme á su costumbre con una armada de sesenta naves corrieron todas las marinas de España, por cuanto se estienden al uno y al otro mar (1). En particular pusieron á fuego y á sangre las islas de Mallorca y Menorca enojados principalmente contra los moros, porque con el trato que ellos tenian con los cristianos, estaban aficionados á nuestra religion. Las casas, templos, campos fueron con ordinarios robos saqueados: pasaron asimismo á Africa, en que hicieron no menores daños. En España Mahomad hizo entrada contra los navarros por la parte do está situada Pamplona, y contra aquella provincia de Vizcaya que se llama Alava: no sucedió cosa que de contar sea. En Estremadura Mérida se rebeló contra el mismo rey de Córdoba, y en castigo fue por su mandado desmantelada.

Entretanto que esto pasaba, don Ordoño, vuelto su ánimo á las artes de la paz, reedificaba las ciudades por la injuria de los tiempos pasados y de las guerras desiertas y asoladas, sin perdonar á ningun gasto ni cuidado. Estas fueron Tuy, Astorga, Leon, Amaya, que el Cronicon del rey don Alonso llama Amagia Patricia. La gente de los moros, despues de las alteraciones pasadas y guerras civiles, comenzaba á estar dividida en bandos, tanto que algunos gobernadores de las ciudades queriendo mas gobernar en su nombre como señores, que en el ajeno como vireyes, tomaban ocasion de rebelarse, y á cada paso se llamaban reyes (2). Era esto muy á propósito para los cristianos, porque los contrarios enflaquecidas sus fuerzas y divididos entre sí, por partes se podian sobrepujar: que si estuvieran unidos, se defendieran de cualquier agravio. Reith estaba apoderado de Coria; de Talamanca (otros dicen Salamanca) Mozaro: ambos fueron vencidos por don Ordoño y sus ciudades ganadas, los soldados que dentro hallaron, todos muertos; los demás, varones, mujeres y mozos vendidos por esclavos.

Estos principios y medios de cosas tan grandes desbarató la muerte del rey, que le sobrevino el año onceno de su reinado (3): quien añade á este número seis años. Falleció en Oviedo de gota, mal á que era sujeto. Fue allí sepultado en la iglesia de Santa María, enterramiento en aquel tiempo de los reyes. Grande prosperidad tuvo este rey en sus cosas; solo se le aguó con la rota que los suyos recibieron en Toledo, que parece fue en castigo del pecado que cometió en perseguir sin propósito al santo varon Athaulfo. De su mujer Munia, hembra de alto linaje, dejó á don Alonso, que fue su hijo mayor, y á don Bermudo,

(1) Hicieron su desembarco en Galicia; pero como fueron derrotados por el conde Pedro, continuaron infestando las demás costas de España, y otras por espacio de tres años, segun refiere el rey don Alonso.

(2) Fenecida la dinastía de los Benhumeyas en Córdoba el año 335 de la Egira, 1046 de la era cristiana, empezaron á reinar los Almoravides á quienes no quisieron sujetarse los que gobernaban en nombre de los Benhumeyas, dando lugar á la division y á que los gobernadores se trasformasen en otros tantos reyes. Desde principios hasta cerca de la mitad del siglo XI, tomaron el título de reyes los gobernadores de Balaguer, Monzon, Fraga, Balbastro, Zaragoza, Albarracin, Mallorca, Tudela, Denia, Murcia, Huesca, Toledo, Badajoz, Almería, Granada, Sevilla, Portugal, Lérida y Valencia: los mas poderosos fueron Granada, Sevilla, Córduba, Toledo y Zaragoza. Mariana, pues, se equivoca poniendo este acontecimiento de los moros 150 años antes.

(3) Por las inscripciones de los sepulcros de don Ramiro y de don Ordoño en la iglesia de Oviedo, se vé que murió don Ramiro el dia de las kalendas de febrero la era 888, que es el primero de febrero de 850, y su hijo don Ordoño a 6 de las kalendas de junio era 904: por consiguiente reinó 16 años, tres meses y veinte y seis dias, pues sucedió á su padre inmediatamente en el trono. Mariana y otros escritores han trastornado la cronologia de los reinados de don Ordoño I, y don Alonso su hijo por no atender á que el rey don Alonso, contaba los años de su reinado en los privilegios y monumentos públicos desde el tiempo en que fue asociado al imperio en vida de su padre, y tomó el título de rey, que fu año 862.

don Nuño, don Odoario y don Fruela. Algunos dicen que falleció á veinte y siete de mayo; en el año no hay duda sino que fue el de 862, como se muestra por el letrero de una cruz que presentó el rey don Alonso su hijo de grande primor y hermosura al templo de Oviedo, que vuelto de latin en romance dice así:

RECEBIDO SEA ESTE DON CON AGRADO EN HONRA DE DIOS, QUE HICIERON EL PRÍNCIPE ALONSO SIERVO DE CHRISTO Y SU MUJER XIMENA. QUALQUIERA QUE PRESUMIERE QUITAR ESTOS NUESTROS DONES, PEREZCA CON EL RAYO DE DIOS. CON ESTA SEÑAL ES DEFENDIDO EL PIADOSO, CON ESTA SEÑAL SE VENCE EL ENEMIGO. ESTA OBRA SE ACABÓ Y ENTREGÓ Á SAN SALVADOR DE LA CATHEDRAL DE OVIEDO. HÍZOSE EN EL CASTILLO GAUZON. EL AÑO DE NUESTRO REINO DIEZ Y SIETE, CORRIENDO LA ERA NOVECIENTOS Y DIEZ Y SEIS.

Desto se ve que el año ochocientos y setenta y ocho era el diez y siete despues de la muerte del rey don Ordoño. El mismo don Alonso estando en Compostella confirmó un privilegio de su padre con otro en que estiende el territorio de Santiago que antes era de tres millas en ruedo, á seis. Su data en la era de novecientos; que fue el año de Cristo de ochocientos y sesenta y dos; pero pasemos á las cosas del rey don Alonso.

CAPITULO XVII.

De los principios del rey don Alonso el Magno.

Don Alonso, á quien por las grandes partes y prendas que tenia de cuerpo y de ánima, y los esclarecidos triunfos que ganó de sus enmigos, dieron sobrenombre de Magno, luego que tuvo aviso de la muerte de su padre, ca no se halló á ella presente, sin poner dilacion se partió para Oviedo, ciudad real en aquel tiempo, con intento de hacer las honras al difunto, y tomar la posesion del reino, que demás de pertenecerle por derecho por ser el mayor de sus hermanos (1), todos los estados y brazos se le ofrecian con gran voluntad sin embargo de su pequeña edad, que apenas tenia catorce años, número de que otros quitan no menos que cuatro años. Yo sospechaba, por lo que sucedió adelante, que en lo uno y en lo otro hay engaño, y que era de mayor edad cuando entró en el reino. En el buen natural que tuvo, se igualó á sus antepasados, y aun se la ganó á los mas: era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura, la suavidad de sus costumbres muy grande. Su clemencia, su valor, su mansedumbre sin par. Señalóse en las cosas de la guerra, y no menos fue liberal con los pobres, y que estaban apretados de alguna necesidad. Ca los tesoros así los que él ganó, como los que le dejó su padre, no los empleaba en sus gustos, sino en ayudar las necesidades: virtud que hace á los príncipes muy amables, y su fama vuela por todas partes. Aumentó otrosí el culto divino, en particular la iglesia de Santiago que era de tapiería, la edificó desde los cimientos de sillares con columnas de mármol: cosa en aquellos tiempos rara y maravillosa, por su poco primor y mucha grosería y por la falta de dineros. Reinó cuarenta y ocho años, como lo dice Sampiro Asturicense.

(1) La corona fue electiva hasta el tiempo de don Ramiro el Primero, quien para hacerla hereditaria discurrió el medio de hacer elegir y proclamar al primogénito viviendo el padre, como lo siguieron haciendo sus sucesores. De esta manera, sin consentimiento de los pueblos, se estableció entre nosotros la monarquía hereditaria.

En el principio padeció algunas tormentas. Don Fruela hijo del rey don Bermudo (2) era conde de Galicia, poderoso en riquezas y aliados: y como persona de sangre real por ventura pretendia pertenecerle la corona, ó por menosprecio que tenia del nuevo rey, se llamó rey en Galicia. Don Alonso, por hallarse flaco de fuerzas y desapercibido, acordó de dar lugar al tiempo, y retirarse á aquella parte de Vizcaya que así ahora como entonces se llamaba Alava, dado que era mas ancha que al presente. Pero como el tirano no enderezase el poder que tomara, al pro y bien comun, sino pretendiese oprimir á sus vasallos, fue muerto por conjuracion de los ciudadanos de Oviedo. Acudió luego don Alonso á las Asturias, donde fue recebido con gran voluntad de los naturales. Sosegó y ordenó las cosas del reino, y castigó á los culpados. La parte de Vizcaya, que en aquel tiempo se llamaba Alava, estaba sujeta á los reyes de Oviedo, lo demás tenia por señor á Zenon, príncipe (3) del linaje de Eudon duque que fue de Aquitania. Eylon pariente de Zenon, tenia por el rey el gobierno de Alava: este confiado en la revuelta del reino, ó en la ayuda de Zenon, se levantó contra el rey, que en persona acudió á sosegar aquellas alteraciones desde Leon. Apaciguó en breve y sin sangre aquella provincia: prendió al mismo Eylon, y le envió á Oviedo y le tuvo hasta que falleció en la cárcel. No mucho despues venció en batalla al mismo Zenon señor de Vizcaya, y preso le puso en la misma cárcel, porque con deseo de novedades tambien se alterara. De este Zenon refieren que quedaron dos hijas, la una se llamó Toda, que fue mujer de Iñigo Arista rey de Navarra; la otra Iñiga, dicen que casó con Zuria que adelante fue señor de Vizcaya, de cuya sangre algunos pretenden que decendian los señores de aquella tierra antes que Vizcaya se incorporase en la corona real de Castilla. Con el castigo destos dos, los demás tomaron aviso que no debian menospreciar al rey ni su saña, y que la traicion es dañosa á los mismos que la hacen. Despues desto Alava fue dada á un hombre principal llamado el conde Vigila ó Vela. El señorío de Castilla poseia el conde don Diego Porcellos. Todo esto sucedió el primer año del reinado de don Alonso.

En el siguiente cargó mas el temporal, porque Imundaro y Alcama capitanes moros (4) se pusieron sobre la ciudad de Leon, pero el rey les forzó á alzar el cerco y dar la vuelta con grande estrago que en sus gentes hizo. Juntamente con deseo de fortificarse y de vengarse de los moros hizo liga con los navarros y franceses (5) y para que el asiento fuese mas firme,

(2) Los historiadores antiguos, cuando hablan de los hijos de don Bermudo, nombran solo á don Ramiro y don García habidos antes que renunciase la corona á favor de don Alonso II el Casto: es evidente que el rebelde don Fruela no fue hijo del rey don Bermudo, ni de sangre real.

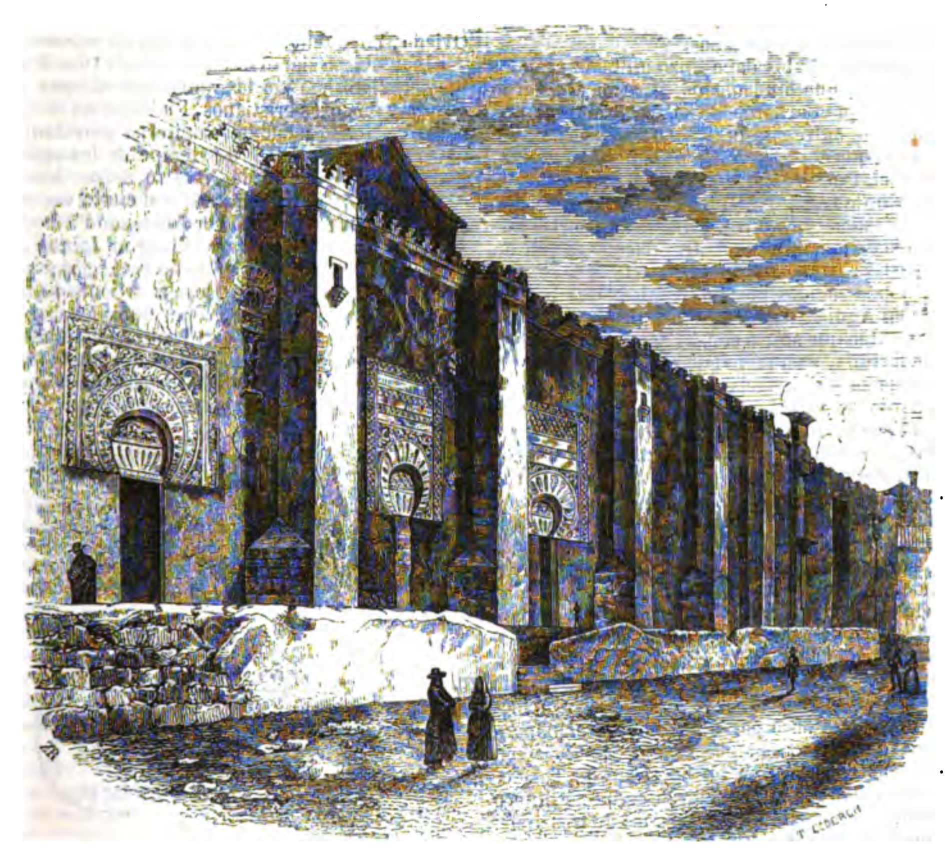
(3) Ningun escritor de aquellos tiempos habla de este Zenon. Los reyes de Asturias dominaban la Vizcaya, Navarra, y la parte de Aragon que no ocupaban los moros, y enviaban condes para su gobierno. La batalla, pues, que dice Mariana le dió el rey don Alonso para sujetarle, es fabulosa, y lo mismo debe decirse de Zuria, que supone sucesor de Zenon.

(4) Se llamaban Albucancen y Almandarí; y la batalla se dió el año 872, el quinto ó sesto del reinado de don Alonso, y no el segundo como dice nuestro autor.

(5) Como los navarros, que estaban sujetos á los reyes de Asturias, causaban cuidados al rey don Alonso con sus rebeliones y le apartaban de la guerra de los moros, le pareció conveniente acabar estas disensiones cediendo este país en título de feudo al conde de Bigorra don Sancho Iñigo, que era pariente de los reyes de Francia, con la condicion de que le habian de dar en matrimonio á doña Sumeña ó Jimena que era de la misma familia real. Llevaba en ello por mira que el tratado fuera mas firme, y con la ayuda de los franceses y navarros resistir mejor, y vengarse de los moros. Muerto el conde, los navarros, con la ayuda de los france-

casó con una señora del linaje de los reyes de Francia llamada entonces Amelina, y despues doña Jimena. Deste matrimonio nacieron don García, don Ordoño y don Fruela que fueron consecutivamente reyes; y tambien don Gonzalo que al tanto fue arcediano de Oviedo. Las alteraciones que entre sí los moros tenian, daban buena ocasion á los nuestros para mejorar su partido. Los de Toledo confiados en la fortaleza de su ciudad, y irritados por la severidad y crueldad de los reyes de Córdoba, de nuevo tomaron las armas. Las pretensiones del pueblo son vanas cuando no son enderezadas por la prudencia y valor de algun buen capitan. Por esto Mahomad Abenlope, que debió ser nieto de Muza, con nombre de rey se encargó del gobierno. La guerra fue de mayor ruido que importancia, á causa que los de Toledo en breve fueron sujetados por el rey de Córdoba. Abenlope y sus hermanos escaparon y acudieron al amparo del rey don Alonso: él por entender serian de provecho para la guerra de los moros los amparó y les hizo muchas caricias. Luego despues desto ayudado así destos como de franceses, navarros y vizcainos entró por las tierras de los moros, corrió los campos, destruyó los pueblos, hizo presas por todas partes: con que sin hacer otro efecto, despidió y deshizo el ejército, rico y cargado de los despojos moriscos.

El año siguiente que se contaba 874, los de Toledo con deseo á lo que se puede creer, de agradar á los reyes de Córdoba, entraron por tierra de cristianos sin parar hasta el rio Duero. Sobrevino el rey al improviso cerca de un pueblo llamado Pulveraria, por do pasa el rio Urvico, ahora Orvigo. En aquella parte dió tal carga sobre los enemigos, que degolló hasta doce mil dellos; y poco despues desbarató otro ejér-



Vista exterior de la catedral de Córdoba.

cito de cordobeses que venia en pos de los primeros. La matanza que hizo fue mayor, ca parecieron todos fuera de diez que hallaron vivos entre los cuerpos muertos. Seguíanse con la fuerza del ejército morisco Almundar hijo del rey de Córdoba, y con él Ibengunimo capitan de gran nombre. Estos avisados de la matanza de los suyos se recelaron de llegar á Sublancia, pueblo en que el rey estaba, y de noche mas que de paso dieron la vuelta á grandes jornadas. Sin embargo se trató de concierto por medio de Abuhalit, que en las guerras pasadas fue preso por los nuestros en Galicia, y con rehenes que dió le soltaron; por donde tenia aficion á los cristianos. Negoció tan bien, que por su medio se concertaron treguas de tres años, en el cual tiempo hobo sosiego; y despues de pasado don Alonso con sus gentes que juntó, entró por tierra de moros, y pasado Tajo, llegó hasta Mérida con grandes muertes y robos que hizo por todas partes. Desde allí sin que ningun ejército de moros saliese contra él, dió vuelta, alegre por los muchos despojos que llevaba.

En todas estas guerras se señaló sobre todos el esfuerzo y valor de Bernardo del Carpio, que fue causa que la cristiandad en la edad del rey que no era mucha, no recibiese algun daño. Concluidas pues tantas cosas, como hubiese acompañado al rey hasta Oviedo, tornó de nuevo á hacer instancias sobre la libertad de su padre: que debia bastar prision de tantos años, y era justo que el rey se inclinase á su

ses proclamaron rey á su hijo don García Sanchez Iñiguez el año 885, primer rey de Navarra.

peticion, sino por la miseria tan larga y mal tratamiento de aquel desventurado viejo, á lo menos perdonase la culpa del padre por los servicios del hijo: que si ni el respeto del deudo, ni sus leales servicios le movian, por demás esperaria mayores mercedes de quien no hacia caso de sus ruegos y lágrimas en demanda tan justificada. Parecia á los mas que Bernardo tenia razon; pero prevaleció, segun yo pienso, el parecer de los contrarios, que decian ser conveniente á la dignidad del rey vengar la afrenta hecha contra la magestad, y no mudar la sentencia de los antecesores por respeto de ningun particular. Alteróse con esta respuesta Bernardo, salióse de la córte con grande acompañamiento de muchos que se le arrimaron. Edificó cuatro leguas de Salamanca, donde ahora está la villa de Alba, el castillo del Carpio, del cual él mismo tomó el apellido: desde este castillo de ordinario hacia cabalgadas en las tierras del rey, robaba, saqueaba, y talaba ganados y campos. Por otra parte los moros á su instancia trabajaban grandemente la tierras de cristianos.

El rey movido destos daños hizo junta de grandes en Salamanca, que mudados de parecer acordaron se hiciese lo que Bernardo pedia, á tal empero que primeramente entregase el castillo: no se sabia á lo que parece, que el padre de Bernardo era ya muerto en la cárcel. Pues como le hobiesen despojado del castillo, y no le restituyesen á su padre, despechado se pasó á Francia y Navarra. En aquellas partes peregrinando de unas tierras ó otras, acabó la vida en lloro y tristeza, como dicen muchos. Otros lo contradicen, y persuadidos por un sepulcro que hoy se muestra en Aguilar del Campo con nombre de Bernardo, sienten que sufrió con grande ánimo los reveses de la fortuna, y en tanto que vivió, sirvió á su rey con el esfuerzo y diligencia que solia. A la desgracia de Bernardo se siguió otro nuevo desastre, y fue que don Fruela, no se sabe por qué causa ni por qué agravios, se conjuró de dar la muerte al rey su hermano (1). Descubrióse el trato; y preso, le privaron de la vista y condenaron á cárcel perpétua. La misma sentencia por mandado del rey se ejecutó en don Nuño, don Bernardo y don Odoario; tambien hermanos suyos, porque se juntaron con don Fruela: castigo cruel, de que resultaron nuevas alteraciones, ca don Bermudo escapó de la cárcel, y con ayuda de su parcialidad se apoderó de Astorga, y en ella se fortificó por algun tiempo, sin reparar hasta venir á las manos con el mismo rey que iba en su busca; pero fue vencido, y despues de la rota se huyó á tierra de moros. El rey don Alonso por esto tomó ocasion para hacer mayores estragos en las tierras enemigas, en especial fue tan molesto á los de tierra de Toledo, que pasados algunos años por gran suma de dinero que dieron, compraron del rey treguas de tres años: cosa muy honrosa para los fieles, y afrentosa para los bárbaros.

CAPITULO XVIII.

De un concilio que se celebró en Santiago y en Oviedo.

Por este tiempo Athaulfo obispo de Compostella dió fin á su muy larga vida en la soledad donde se retiró. Sucedióle Sisenando, hombre de grandes partes, esclarecido por sus muchas virtudes, en particular persuadió al rey que los deudos de los que acusaron á Athaulfo, fuesen á manera de esclavos entregados al templo de Santiago; que fue un ejemplo muy nuevo, y aun cruel, castigar á unos por los pecados de otros. si la grandeza de la maldad no escusase en parte la acedia que con ellos usaron. Trasladó el cuerpo del difunto á Compostella, y con nuevas obras y fábricas aumentó aquel edificio de la iglesia de Santiago: demás desto á su costa fundó en aquella ciudad un monasterio de benitos con advocacion de San Martin, y un colegio que llamó de San Felix que en los sacerdotes y ministros de Santiago por su larga vejez exentos y juvilados, habida licencia, fuesen proveidos y sustentados de todo lo necesario. En tiempo deste prelado la iglesia de Oviedo fue hecha arzobispal. Asimismo el templo de Santiago, que con grandes pertrechos y gastos estaba acabado, consagraron ciertos obispos que se juntaron en un concilio, con grande solemnidad. No era licito conforme á las leyes eclesiásticas convocar los obispos á concilio sino fuese con licencia del papa(2). Por esta causa Severo y Desiderio presbíteros despachados sobre el caso á Roma ganaron del papa Juan VIII un brebe, en que hace metropolitana la iglesia de Oviedo, cuyo tenor y palabras son las siguientes:

«Juan obispo siervo de los siervos de Dios á Alonso »rey cristianísimo y á los venerables obispos y abades y orthodoxos cristianos. Pues que en el cuidado »de toda la cristiandad la sempiterna providencia nos »hizo sucesores de Pedro príncipe de los apóstoles, »por la amonestacion de Nuestro Señor Jesucristo »somos apretados, con la cual con cierta voz de pri»vilegio amonestó á San Pedro diciendo: Tú eres Pe»dro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y á ti »te dejaré las llaves del reino de los cielos, etc. Al »mesmo otra vez, acercándose al artículo de la glo»riosa pasion de Nuestro Señor, dijo: Yo rogué por »tí para que no falte tu fe y tú convertido alguna vez »confirma tus hermanos. Por tanto pues la fama de »vuestra noticia por estos hermanos que vinieron á »visitar los umbrales de los apóstoles, por Severo y

(1) De esta rebelion no da la menor noticia el Cronicon de Albeida, que escribió entonces, y Sampyro, de quien se ha tomado, lo da como habillas del pueblo. Además se dice que los rebeldes eran hermanos de don Alonso que se sabe fue hijo único de don Ordoño.

(2) Ya hemos visto que en los ocho primeros siglos de la Iglesia se celebraron concilios nacionales, provinciales y diócesanos, por la sola autoridad de los primados, metropolitanos y obispos. Despues de la conversion de los godos á la fe, intervenia la órden y aprobacion de los soberanos; no así la licencia del papa que no se vé por ningun documento se pidiera para esto, ni que ningun canon lo proscribiese hasta entonces.



De las dos monedas árabes que aquí presentamos, la primera es de cobre é inedita, y la mas antigua que se encuentra en España, pues está acuñada en Andalucía, el año de 108 de la Egira, que corresponde al 727 de J. C., siendo gobernador Abderrahman por el califa Hescham.—La segunda es de plata y fue acuñada tambien en Andalucía por el califa de Córdoba Abderrahman I, el 160 de la Egira (776 de J. C.) Entre la una y la otra, en el periodo de 49 años, no se ha encontrado hasta el dia ninguna otra.

»Desiderio presbíteros, á nosotros con maravilloso »olor de bondad nos es manifestada; con amonesta»cion fraterna os exhorto que con la gracia de Dios por »guia persevereis en buenas obras para que la abun»dante bendicion de S. Pedro nuestro protector y la »nuestra os ampare. Y todas las veces hijos carísi»mos, que quisiere alguno de vos venir ó enviar á nos »con toda alegría de corazon y gozo espiritual de las »últimas partes de Galicia; de la cual Dios fuera de »mí os hizo rectores, como legítimos hijos nuestros »os recibiremos, y á la iglesia de Oviedo, que con »vuestro consentimiento y á vuestra instancia hace»mos metropolitana, mandamos y concedemos que »todos vosotros seais sujetos. Asimismo mandamos »que todo lo que á la dicha silla los reyes ó otros cua»lesquier fieles justamente han ofrecido, ó para ade»lante con el ayuda de Dios le dieren, sea estable y »valedero perpétuamente. Exhorto otrosí á todos que »tengais por encomendados los portadores destas »nuestras letras. Dios os guarde.»

Con los dos embajadores del rey envió juntamente el pontífice á España un tercero por nombre Reinaldo, al cual dió otra carta para el rey fecha por julio con palabras muy regaladas y blandas del tenor siguiente: «Juan obispo siervo de los siervos de Dios »al amado hijo Alonso glorioso rey de las Galicias. »Habiendo recebido vuestras cartas, porque conoci»mos que sois devoto para con nuestra Santa Iglesia, »os damos muchas gracias, rogando á Dios que crezca »el vigor de vuestro reino, y os conceda victoria de »vuestros enemigos. Porque como vos hijo carísimo »pedistes, rogamos á Dios ordinariamente y con ins»tancia que gobierne vuestro reino, y os salve, guar»de y ampare, y levante sobre todos vuestros enemi»gos. Haced que la iglesia de Santiago apóstol sea »consagrada por los obispos españoles, y con ellos »celebrar concilio. Nos asimismo glorioso rey como »vos somos apretados por los paganos, pero el omni»potente Dios nos concede dellos triunfo. Por tanto »rogamos á vuestra caridad no dejeis de inviarnos al»gunos provechosos y buenos moriscos con sus ar»mas y caballos, á los cuales los españoles llaman »caballos alfareces, para que recebidos, alabemos á »Dios y os demos las gracias, y por el que los tru»jere, os remuneraremos de las bendiciones de San »Pedro. Dios os guarde carísimo hijo y esclarecido »rey.» Dada el mes de julio año del Señor de 874 (1).

Leidas las cartas del papa, los obispos de todo el reino fueron convocados para que á dia señalado acudiesen en cumplimiento de lo que se les mandaba. Juntáronse primeramente en Compostella buen número de obispos, no menos que catorce, parte de las ciudades que estaban en poder del rey, los demás de las que tenian los moros como obispos de anillo, y poco mas que de solo nombre. La costumbre de aquel tiempo era tal que las unas ciudades y las otras tenian obispos, principalmente las que habian ganado de los moros y poco despues eran vueltas á su poder, y aun de las que pretendian ganar en breve y reducillas al señorío de cristianos. Con esta traza y confianza en lugar de los que morian, señalaban y consagraban otros que les sucediesen. El templo pues de Compostella ó de Santiago fue por aquellos obispos con grande solemnidad consagrado á siete de mayo dia lunes, luna undécima, y tres de aureo número, como lo dice Sampiro Asturicense (2): puntos y señales que todas concurren en el año 876, y no antes ni despues por largo tiempo. El altar mayor dedicaron al Salvador, dos colaterales, el uno en nombre de San Pedro y San Pablo, el otro de San Juan Evangelista: el que cubria los huesos del apóstol Santiago, no pareció consagrar de nuevo por tener entendido que sus siete discípulos le consagraron: solo se dijo misa sobre él. En un monte allí cerca consagraron asimismo un templo en nombre del mártir San Sebastian: con que la devocion de la iglesia de Santiago, que de antes era muy grande, se aumentó mucho mas.

Once meses adelante por mandado del rey los mismos obispos se juntaron en Oviedo: allí en cumplimiento de lo que el papa concedia, resolvieron que el obispo de Oviedo fuese arzobispo, y para aquella dignidad por voto de todos nombraron á Ermenegildo. Pareció otrosí nombrar arcedianos, personas de buena vida, que dos veces cada un año juntasen sínodos y diesen órden en todo, como quien habia de dar cuenta á Dios de su cargo, y juntamente visitasen las diócesis, los monasterios y parroquias. Añadieron demás desto que los obispos que no tenian diócesis sirviesen al de Oviedo de vicarios para que se repartiesen la carga entre muchos, y él de su renta los sustentase; y que así estos, como á los demás obispos, señalasen sendas iglesias en la ciudad y diócesi de Oviedo, con cuya renta se entretuviesen cuando se celebrasen concilios, y tuviesen donde acogerse á causa de las ordinarias entradas que los moros hacian. En cumplimiento deste decreto á diez y seis obispos, unos que tenian diócesi y otros que careian della, señalaron doce templos, al de Leon, de Astorga, de Iria, al Ulcense, al Britoniense, al de Orense, al de Braga (este era arzobispo) al Dumiense, al Tudense, al Columbriense, al Portucalense, al Salmaticense, al Cauriense, al Cesar-augustano, al Calagurritano, al Turiassonense, al Oscense. Todos estos nombres y el número se sacaron de los mismos actos del concilio en gracia de los que son aficionados á la antigüedad, que los coronistas no escriben palabra. De aquí sin duda procedió que Oviedo en aquel tiempo se llamó ciudad de obispos, como lo refieren autores muy graves. Los aledaños de aquella diócesi de Oviedo señalaron los mismos obispos y el rey la acrecentó en rentas y posesiones segun lo que se podia llevar, conforme á la apretura en que estaban las cosas y los tiempos. Halláronse presentes en la una ciudad y en la otra el rey y la reina doña Jimena, los hijos del rey y los grandes; y dada conclusion á todas estas cosas, despidieron el concilio.

CAPITULO XIX.

De lo demás que sucedió en el reinado de don Alonso.

En tanto que estas cosas pasaban los moros estaban sosegados: el largo ocio y la abundancia de España tenia apagado el brio con que vinieron, y ablandado su natural belicoso; que fue causa de pasarse algunos años sin que sucediese cosa alguna digna de memoria. Solo el año de 881 en toda España hobo temblores de tierra con daño y destrozo de muchos edificios. El rey Mahomad asistia á los oficios á su modo, cuando un rayo que cayó de repente en la misma mezquita, mató á dos que estaban, cerca dél, con grande espanto de todos los demás. El año siguiente Abdalla hijo de Lope, aquel que huyó de Toledo, olvidado de las mercedes que del rey tenia recebidas, como hombre desleal y fementido comenzó á tratar de hacerle guerra. Para esto se reconcilió y hizo su asiento con el rey de Córdoba. La envidia que tenia á sus tios, le llevaba al despeñadero: de quien

(1) No se hallan en los *Cronicones* antiguos tales cartas, y en el Sampyro, único que las tiene, están sin fecha. Una circunstancia prueba su falsedad. En algunos códices de este se dice que de este *Cronicon* antes de las cartas se lee la nota siguiente: «la carta fue traida de la ciudad de Roma por los presbiteros Severo y Desiderio el mes de julio de la era 909.» que corresponde al 871, en cuyo tiempo aun no era papa Juan VIII, pues fue elegido el 15 de diciembre de 872.

(2) Consta por el privilegio que concedió á esta misma iglesia, que la consagracion se hizo el año 899 que fue el 36 del reinado de Alonso el Magno.

hacia tanta confianza el rey don Alonso, que les entregó á su hijo don Ordoño como por prendas de la amistad para que le criasen y amaestrasen. Gran mengua de su padre, pero en tanto se estimaba en aquel tiempo la amistad de los moros.

Deste principio aunque pequeño se siguieron cosas mas graves, por que Abdalla recogidas sus gentes rompió por las tierras de cristianos: las talas fueron muy grandes, los temores y esperanzas no menores. Acudió el rey y venció al moro cerca de Cillorico en una batalla que le dió, asimismo le rechazó con daño de Pancorvo, de que pretendia el moro apoderarse. No acometieron la ciudad de Leon, dado que revolvieron contra ella, á causa de una gruesa guarnicion de soldados que dentro estaba. Desta manera sin hacer otro efecto que de contar sea, pasado el rio Astura (hoy Estola) que riega aquellas campiñas y pasa por la misma ciudad de Leon, el ejército enemigo por las tierras de la Lusitania volvió á Córdoba. Iba entre los demás moros Abuhalit: hizo instancia con el rey don Alonso para que le restituyese su hijo Abúlcen, que dejara como en rehenes cuando (como se dijo) le dieron libertad. La negociacion fue tan grande, que al fin alcanzó lo que pretendia. Esto sucedió al fin del otoño, el cual pasado, y entrado el invierno, Abdalla venció en cierta pelea ó encuentro á los dos Zimaeles tio y hermano suyos, en ciertos lugares ásperos y fragosos: no se dice en qué parte de España, sospecho fue en el reino de Toledo; lo que consta es que los prendió, y aherrojados los envió al castillo de Becaria. Revolvió sobre Zaragoza y con el mismo ímpetu la sujetó. Esto fue ocasion que las fuerzas de moros y de cristianos se volviesen contra él dado que con una embajada envió á escusarse de lo hecho con el rey de Córdoba: y porque no recebia sus escusas, con trato doble y embajadores que de ordinario despachaba al rey don Alonso para asegurarse, procuraba su amistad.

En el mismo tiempo los condes don Vela y don Diego hicieron liga contra él como contra enemigo comun. Por otra parte Almundar hijo del rey de Córdoba y Abuhalit fueron enviados de Córdoba para cercar á Zaragoza: acometimiento que fue por demás á causa de la fortaleza de aquella ciudad y la mucha gente que en ella hallaron, además que Abdalla por las cosas que habia cometido y acabado, se hallaba muy fuerte, rico y feroz. Dieron los de Córdoba vuelta sobre las tierras de Vizcaya y de Castilla, hicieron talas y daños: acudieron los dos condes sobredichos, y forzaron á los moros á salir de toda la tierra. No se descuidaba el rey de Leon, antes tenia juntas sus gentes en Sublancia con intento de no faltar á cualquiera ocasion que se le presentase de dar á los moros si menester fuese la batalla, pero ellos la escusaron y se volvieron á su tierra; solo destruyeron el monesterio de Sahagun, que en Castilla la Vieja era y es muy célebre. Y sin embargo Abuhalit envió algunos moros de secreto al rey don Alonso para tratar de hacer paces; y sobre lo mismo Dulcidio presbítero de Toledo fue por el rey enviado á Córdoba en fin del año 883.

En tanto que estos tratos andaban, una armada de moros que se juntó en Córdoba y en Sevilla, por mar acometió las riberas de Galicia por estar muchos pueblos sin murallas, y que podian fácilmente ser saqueados. No hizo algun efecto la dicha armada á causa de los recios temporales que la desbarataron y echaron á fondo: pocos con el general Abdelhamit escaparon del naufragio y de la tormenta. Al mismo tiempo por diligencia de Dulcidio se asentaron treguas de seis años con los moros, y los cuerpos de los mártires Eulogio y Leocricia con voluntad de los cristianos en cuyo poder estaban, de Córdoba los trasladaron á Oviedo. Siguióse la muerte de Mahomad año de los árabes doscientos y setenta y tres, de nuestra salvacion 886: dejó treinta hijos y veinte hijas. Fue hombre de ingenio no grosero; para muestra se refiere que un dia como se pasease en sus jardines, y cierto soldado le dijese: ¡Qué hermoso jardin, qué dia tan claro, qué siglo tan alegre, si todo esto fuese perpétuo! respondió: Antes sino hobiera muerte, yo no fuera rey. Sucedióle Almundar su hijo, príncipe manso de condicion y liberal ca al principio de su reinado perdonó á los de Córdoba cierta imposicion en que acostumbraban pagar de diez uno. Ellos olvidados deste beneficio se alborotaron contra él. Aparejábase para sosegar estas alteraciones, cuando le sobrevino la muerte antes de haber reinado dos años enteros. Dejó seis hijos y siete hijas. Sucedióle por voto de los soldados Abdalla su hermano el año 888: reinó por espacio de veinte y cinco años. Los principios fueron revueltos á causa que Homar principal entre los moros y de ingenio bullicioso se levantó contra él. Lisbona, Astapa ó Estepona, Sevilla y otros pueblos se le allegaron. Estas grandes alteraciones tuvieron fácil salida, porque Homar, mudado propósito, alcanzó perdon y se reconcilió con el rey. Esta facilidad del perdon le fue ocasion y le dió ánimo para tornar en breve á alborotarse.

Andaban los moros de muy antiguo divididos en dos parcialidades de Humeyas y Alavecinos, como queda arriba dicho. Con esta division no podia faltar á los amigos de novedades gente y pueblo que los siguiese. Abdalla siguió por todas partes á Homar y le redujo á tal apretura, que se huyó á tierra de cristianos, donde dejada la supersticion de sus padres, se bautizó no con sinceridad y de veras, sino con engaño, como se entendió con el tiempo, que todo lo declara. Contra don Alonso se alteraron los vizcainos: la cabeza y caudillo fue Zuria, yerno de Zenon, hombre principal entre aquella gente. Acudió don Ordoño enviado por el rey su padre para sosegar aquella gente; pero fue vencido por los contrarios en una batalla que se dió cerca de Arriogorriaga, y della aquel pueblo tomó este nombre que significa (como lo dicen los que saben la lengua vizcaina) piedras sangrientas, como quier que antes se llamase Padura. En premio desta victoria hicieron á Zuria señor de Vizcaya que dicen era de la sangre de los reyes de Escocia. ¿Quién podrá bastantemente averiguar la verdad en esta parte? La aspereza de aquellos lugares, segun yo entiendo, fue causa que el rey no vengase aquella afrenta, demás de su edad que estaba adelante, y por el mismo tiempo, vuelto el pensamiento á las artes de la paz, se ocupaba en edificar iglesias en nombre de los santos, y castillos y pueblos para seguridad y comodidad de sus vasallos.

En el principio de su reinado reedificó á Sublancia y á Cea cerca de Leon, el castillo de Gauzon á la orilla del mar, puesto sobre un peñol entre Oviedo y Gijon despues las ciudades de Braga, Portu y Viseo, Chaves que se llamaba antiguamente Aquæ Flaviæ, y tambien la ciudad de Oca: todos pueblos que habian estado largo tiempo destruidos y deshabitados. El mismo año padeció Sentica, y con la misma liberalidad y cuidado fue reparada con nombre de Zamora por las muchas piedras turquesas que por allí se hallan que se llaman así en lengua morisca. A don García su hijo dió el rey cuidado de edificar á Toro, que los antiguos llamaron Sarabis. Asimismo ganaron de los moros á Coimbra en Lusitania, en Castilla la Vieja Simancas y Dueñas con toda la tierra de Campos: comarca que á ejemplo de Italia y de Francia se puede en latin llamar compañía. El grande y real monasterio de Sahagun que los moros asolaron, fue de nuevo reparado y vuelto á los monges de San Benito; al cual ninguno en grandeza, magestad y riqueza se aventajó antiguamente en España, y aun hoy es de los mas nombrados que en ella se hallan.

Para tan grandes y tantas obras no bastaban los

tesoros reales ni sus haberes; impuso nuevos pechos y derramas: cosa que se debe siempre escusar, sino es cuando la república se halla en tal aprieto que todos entienden es forzoso sujetarse á la necesidad, si se quieren salvar. Esta verdad se entiende mejor por lo que resultó. Estaban los vasallos por esta causa desgraciados: la reina doña Jimena, que tambien andaba desgustada con su marido, persuadió á don García su hijo (1) que se aprovechase de aquella ocasion y tomase las armas contra su padre. No se descuidó el rey aunque viejo y flaco: acudió luego á Zamora, prendió á su hijo, y mandóle guardar en el castillo Gauzon. No pararon en esto los desabrimientos y males. Era suegro de don García Nuño Hernandez conde de Castilla, príncipe poderoso en riquezas y en vasallos. Este con la ayuda de la reina y de los hermanos del preso hizo brava guerra al rey que duró dos años. Al cabo dellos los conjurados salieron con su intento, y el pobre rey cansado del trabajo, ó con deseo de vida mas reposada, renunció el reino, y le dió á su hijo don García. A don Ordoño el otro hijo dió el señorio de Galicia (2). Lo uno y lo otro sucedió el año 910. El cual año pasado como don Alonso hobiese ido en Romería á Santiago por su devocion; con voluntad de su hijo hecho de nuevo una buena entrada en tierra de moros falleció en la ciudad de Zamora. Su cuerpo y el de su mujer sepultaron primero en Astorga, despues fueron trasladados á Oviedo.

En el mismo tiempo Abdalla rey de Córdoba, en edad de setenta y dos años murió en Córdoba, dejó doce hijos y trece hijas. De Abdalla hijo de Lope no se sabe lo que se hizo: no faltara la diligencia si se descubriera camino para averiguar esta y semejantes faltas. Habremos de usar de conjeturas. Entiendo que con ayuda de los reyes de Oviedo se mantuvo en el señorio de Zaragoza, y que dél descendieron los reyes que fueron adelante de aquella noble ciudad. El reino de Córdoba hobo Abderrahman nieto de Abdalla, hijo de Mahomad: cosa nueva entre los moros, que fuese el nieto antepuesto á los hijos del difunto, tios que eran del nuevo rey. Tenia veinte y tres años cuando tomó la corona, y gozóla por espacio de cincuenta años. Llamáronle por sobrenombre Almanzor Ledin Alla, es á saber defensor de la ley de Dios; y tambien miramamunin, que quiere decir príncipe de los que creen. Tal es la costumbre que cuando los imperios se van á caer, entonces los que los tienen, para disimular su cobardía y flaqueza se arman y afeitan con apellidos magníficos. Verdad es que Abderrahman se puede contar entre los grandes reyes así en el gobierno, como en las cosas de la guerra por todo el tiempo de su vida tuvo atencion á componer las discordias de su nacion, y sosegar las parcialidades que amenazaban mayores daños: administraba justicia con mucha rectitud, edificó un castillo junto á Córdoba, en Africa tomó la ciudad de Ceuta: demás desto con real magnificencia aumentó y mejoró las ciudades y pueblos de todo su reino: comenzó á reinar el año trecientos de los árabes, conforme á la cuenta del arzobispo don Rodrigo que en este lugar no se aparta de la verdadera.

CAPITULO XX.

De los reyes don García y don Ordoño el Segundo.

El poder adquirido malamente no suele ser duradero. Así don García el reino que tomó por fuerza á su padre, tuvo solo tres años. En este tiempo hizo de nuevo guerra á los moros: entró por sus tierras, talóle los campos, saqueóles los lugares, y á un señor moro llamado Ayola que le salió al encuentro, venció en batalla y le cautivó; pero á la vuelta por culpa de los guardas se les escapó cerca de un lugar llamado Tremulo. El rey falleció en Zamora año de nuestra salvacion de 913. No dejó sucesion: por esto don Ordoño su hermano, sabida su muerte, de Galicia donde tenia el señorío, sin dilacion vino á tomar la corona. Fue buen príncipe y templado, si lo postrero fuera conforme á los principios, y no ensuciará sus manos con la sangre inocente de los condes de Castilla. Reinó por espacio de nueve años y medio. Lo primero para ganar reputacion y quebrantar la soberbia de los moros, con gente de los suyos que juntó, rompió por el reino de Toledo. Puso sitio sobre Talavera villa principal y de muy alegre suelo y cielo, noble por los muchos moradores, y fuerte por sus muros en gran parte de sillería. Envió el rey de Córdoba buen golpe de gente para socorrer los cercados; mas fue vencida en batalla y el pueblo entrado por fuerza: puesto á saco, le quemaron á causa que no se podia conservar por estar de todas partes rodeado de moros. El gobernador del pueblo con otros muchos fue preso: el ejército cargado de despojos moriscos y alegre volvió á su tierra.

El rey de Córdoba dudoso por aquel principio de lo que podria suceder, y temiendo las fuerzas de aquel rey brioso, envió á rogar con humildad al rey de la Mauritania que de Africa le proveyese de socorros y de gentes. Vino el Africano en ello, movido por el peligro de su nacion, con deseo de rebatir el orgullo de los cristianos que de cada dia mas y mas mejoraban su partido. Despachó buen número de gente africana y por su capitan á Almotaraf. Juntóse con estos el ejército de los moros de España, y por general de todos un moro llamado Avolalpaz. Entraron por tierra de cristianos hasta llegar á la ribera de Duero. Salióles el rey al encuentro: dióse la batalla cerca de Santisteban de Gormaz, que fue muy reñida y por grande espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria: últimamente muertos los dos capitanes moros y gran número de su gente, los demás se pusieron en huida. Con esto los cristianos quedaron libres de un gran cuidado y congoja, por considerar el peligro en que las gentes de Africa pondrian á los que apenas podrian contrastar al poder de los moros de Córdoba. Para que el fruto de la victoria fuese mayor, pareció apretar á los moros que vencidos y medrosos estaban, y en seguimiento de la victoria dar el gasto á los campos y pueblos de la Lusitania hasta llegar á Guadiana; en particular las tierras de Mérida y de Badajoz padecieron mayores daños. El espanto de los naturales fue tan grande, que procuraron tomar algun asiento con el vencedor hasta comprar por gran dinero la paz. Esto sucedió el año quinto del reinado de don Ordoño, que se contaba de 918 de nuestra salvacion.

El rey concluidas tan grandes cosas, dió la vuelta, y con recibimiento á manera de triunfo entró en la ciudad de Leon, que por la comodidad de su tio pensaba hacella real y asiento de aquellos reyes. Con este intento procuró ensanchalla y adornalla de nuevos edificios. En primer lugar trasladó á su real palacio el templo de San Pedro y San Pablo en que estaba la silla del obispo, por estar fuera de los muros y correr peligro: palacio que los moros antiguamente edificaron para que sirviese de baños, obra de grande anchura y magestad. Puso nombre al dicho templo de Santa María Vírgen, dado que otras dos partes del mismo fueron consagradas, la una en nombre del Salvador, y la otra de San Juan Bautista. Despues desto para acrecentar la magestad del nuevo templo se hizo el rey coronar en él por mano del mismo obis-

(1) Los escritores contemporáneos que refieren esta conjuracion de los hijos contra su padre no acusan de este delito á la esposa, ni hacen mencion de ella.

(2) Don Alonso no hizo mas que abdicar, y las córtes que se tuvieron en Leon eligieron por sucesor á don García, que puso allí su córte. Hizo gobernador de Galicia á su hermano don Ordoño, y de Asturias á don Fruela: pero sujetos á sus órdenes como súbditos.

po: cosa no usada antes deste tiempo, y principio de donde los reyes que antes se decian de Oviedo, se comenzaron á intitular reyes de Leon (1).

Desta ocasion la ciudad de Oviedo vino poco á poco en tan grande diminucion, que con el progreso del tiempo perdió el nombre de arzobispado, y aun en nuestra era no tiene voto en las córtes del reino: daño que entiendo ha sucedido por descuido de sus ciudadanos mas que por mala voluntad de los reyes. Conforme á esto entre las memorias y privilegios deste tiempo advierten los aficionados á la antigüedad, que en algunos don Ordoño se intitula rey de Oviedo, y en uno dellos dice que reina en Leon. Demás desto añaden que este rey trasladó la dignidad de obispado á la ciudad de Mondoñedo, que antes estaba en Ribadeo, dado que á otros les parece que los obispos de Mondoñedo antiguamente se llamaron Valibrienses.

Entre tanto el rey de Córdoba Abderrahman Almanzor encendido en deseo de satisfacerse de los daños pasados, y volver por su honra, con las fuerzas y gentes de su reino por la parte de Lusitania entró en Galicia hasta llegar á un pueblo llamado Rondonia; Sampiro le llama Mindonia. En aquel lugar se juntaron los reales de los moros y de cristianos: pelearon con grande denuedo y porfía, cayeron muchos de ambas partes, duró la batalla hasta que cerró la noche sin quedar la victoria declarada, bien que cada cual de las partes se la atribuia, los nuestros por haber forzado al enemigo á salir de Galicia, los bárbaros porque vencidos tantas veces, continuaron la pelea hasta que faltó la luz. Dióse esta batalla año de 919. No mucho despues el rey de Córdoba con nuevas levas de gente que hizo y nuevos socorros que le vinieron de Africa, corrió las tierras de cristianos, y en particular las de Navarra y Vizcaya. El rey don Ordoño movido por el peligro que corria don Sancho García por sobrenombre Abarca rey de Navarra, y á sus ruegos marchó con su campo contra los moros. Dióse la batalla en el valle de Juncaria, que hoy se dice Junquera, el año 921, que fue no menos herida y porfiada que la que poco antes se diera en Galicia. Los de Leon y de Navarra peleaban con grande ánimo como vencedores por la patria y por la religion; los moros no les reconocian en nada ventaja, antes llevaron lo mejor, porque el conde de Aragon, que llaman García Aznar (mejor viniera Fortun Jimeno su hijo) murió en aquella pelea; y despues della aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, quedó por los moros (2).

(1) Si atendemos al monge de Silos luego que murió el rey don García su hermano, que fue el año 914, mandó juntar córtes de los mismos prelados, y que en ellas fuese proclamado y coronado.

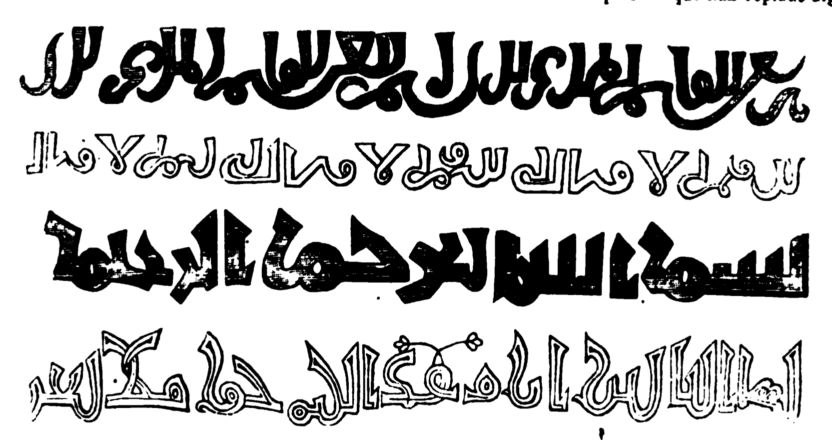
(2) Despues desta batalla los moros pasaron los Pirineos y llegaron hasta Tolosa haciendo muchos estragos; pero á su vuelta sufrieron una derrota, con que el rey de Navarra recobró lo que antes habia perdido, y de los despojos y el botin de los enemigos hizo construir el monasterio de Albelda el año 924.

Esta moneda *es* de Abderrahman III, acuñada en Zahara, junto á Córdoba, año de la Egira 336, (941 de J. C.)





Estas monedas árabes nos conducen á hablar de la paleografía *cúphica* ó africana que introdujo en España su invasion. Las cuatro líneas que trascribiremos á continuacion son fracmentos de varias inscripciones que han copiado algunos autores.



La primera fue tomada de unas fajas de yesería que adornan la cornisa ó cenefa del patio principal del colegio, antes Casa Profesa de la compañía de Jesús de Toledo, que dice:

Alcaiem	Almalek	Aldaien
Constans	*Dominator*	*Perpetuus.*

La segunda es otro género de escritura pero tambien cúphica: fue tomado de la misma cenefa y dice:

Besm	Alahena	Allah.
In nomine	*Dei nostri*	*Deus.*

Las líneas tercera y cuarta son de dos inscripciones sepulcrales en piedra, de letra realzada; una grosera y tosca, y otra

Quedaron otrosi presos en la batalla dos obispos Dulcidio de Salamanca y Hermogio de Tuy, que concertaron su rescate, y en tanto que le pagaban, dieron rehenes en su lugar, en particular por Hermogio entregaron un sobrino suyo hijo de su hermana, doncel en la flor de su edad por nombre Pelayo. Su hermosura y modestia corrian á las parejas. Por lo uno y por lo otro el rey bárbaro de suyo inclinado á deshonestidad se encendió grandemente en su amor. Aumentábase con la vista ordinaria la llama del amor torpe y nefando. El mozo de su natural muy modesto, y criado en casa llena de sabiduria y santidad, resuelto de defender el homenaje de su limpieza, dado que diversas veces fue requerido, resistió constantemente. Despues como el rey le hiciese fuerza, dióle con los puños en la cara. Esta constancia y celo de la castidad le acarreó la muerte : por mandado de aquel bárbaro impío y cruel fue atenazado y hecho pedazos, los miembros echaron en Guadalquivir : el amor cuanto es mayor, tanto se suele mudar en mayor rabia. Sucedió esto domingo á veinte y seis de junio del año 925. Dósele honra como á mártir y fue puesto en el número de los santos. Recogieron las partes de su cuerpo y sepultáronlas en San Ginés de Córdoba, la cabeza en el cimenterio de San Cipriano. Débese tanto mas estimar la gloria desta hazaña, que no tenia mas de trece años y medio cuando dió tal muestra de su virtud. Rosvitha, doncella de Sajonia, por este mismo tiempo cantó en verso heróico, aunque algo diferentemente, la muerte del mártir Pelagio.

Siendo rey de Leon don Ordoño y de Francia Carlos el Simple, un presbítero llamado Zanelo vino á España enviado por el papa Juan Décimo deste nombre con esta ocasion. Volaba la fama de la devocion y milagros del apóstol Santiago por todas partes. Era muy célebre el nombre de Sisnando obispo de Compostella. El pontífice por cierto hombre que le envió con sus cartas, pidió le hiciese participante de sus oraciones para que por medio y intercesion del apóstol Santiago en vida y en muerte fuese ayudado. Sisnando despachó á Zanelo para dar la obediencia al pontífice : dióle otrosí el rey cartas para el mismo con sus presentes. Zanelo cumplido lo que le mandaron, pasado un año entero, volvió á España cargado de muchos libros, demás desto con autoridad de nuncio del papa (quién dice fue cardenal) y comision de informarse de todo lo que pertenecia á la religion. Estaban los romanos de muy antiguo persuadidos que el oficio divino góthico tenia muchas cosas erradas, que usaban de ceremonias en la misa estraordinarias, y enseñaban opiniones contrarias á la verdadera religion. Zanelo en cumplimiento de lo que le era ordenado, revolvió con diligencia los libros eclesiásticos que pudo haber, y aunque las ceremonias eran diferentes, halló al revés de lo que se sospechaba, que todas las cosas concordaban con la verdad. Vuelto á Roma, en una gran junta de padres relató al pontífice lo que llevaba averiguado. Ellos dieron gracias á Dios por aquella merced, y juntamente aprobaron aquellos libros. Solamente mandaron que la secreta de la misa usasen de las palabras que usaba el oficio romano. Porque á la verdad las palabras de la consagracion, aunque la sustancia era una, las tenia mudadas en esta forma : Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Este es el cáliz del nuevo testamento en mi sangre, que por vos y por muchos será derramado en remision de los pecados.» Palabras de que aun en nuestra era no usan los que con beneplácito de los pontífices dicen misa mozárabe este fin tuvo entonces aquella controversia, á que empero otras muchas veces se volvió hasta tanto que vencida la constancia ó porfia de los españoles, trocaron el oficio mozárabe con el romano, como se dirá en su lugar.

Volviendo á las cosas del rey, desde el tiempo que se dió la batalla en Junquera, pareció haberse mudado la fortuna de la guerra. Todavia el rey don Ordoño con deseo de honra y en su compañia el mismo rey de Navarra entraron por tierra de moros, y en particular trabajaron los campos y pueblos de la Rioja : con esto el rey don Ordoño dió vuelta á Zamora. No hay en las cosas humanas entero gozo y contento: toda aquella alegría se trocó en tristeza con la muerte de la reina Munina Elvira señora de grandes prendas : dejó estos hijos, don Sancho, don Alonso, don Ramiro, don García, y doña Jimena. Casó el rey segunda vez con Argonta hembra de alto linaje en Galicia, y no mucho despues por sospechas la repudió á tuerto y sin razon, como se entendió por el suceso de las cosas y arrepentimiento del rey. En su lugar puso á Sanctiva hija de don Garci Iñiguez rey de Navarra, con voluntad del rey don Sancho su hermano. Juntaron los dos sus fuerzas, y en una entrada que hicieron de nuevo en la Rioja se apoderaron por fuerza de Nájara que los antiguos llamaron Tricio, y de otro pueblo llamado Vicaria, en donde en tiempo de los godos se entiende hobo una chancillería, como lo dice don Rodrigo, y por esta causa le dieron este nombre. Hasta aqui las cosas del rey don Ordoño procedian de manera que muchas dellas se podian alabar y pocas reprender cuales se disimulan con los reyes. Es muy dificultoso enfrenarse con la templanza los que tienen suprema potestad y nunca tropezar en tanta diversidad de cosas casi imposibles. La muerte que este rey dió muy fuera de sazon y sin propósito á los condes de Castilla, pareció afear toda la gloria pasada. Este desórden en qué manera haya sucedido, y por qué causas el rey estuviese dellos ofendido, se dirá tomando el negocio un poco de mas arriba con una nueva narracion que declare los principios y progresos que algunos señoríos los mas principales tuvieron antiguamente en España.

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO I.

De los principios del reino de Navarra.

DESPUES de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada y sujeta por los moros, gente feroz y desapiadada, de las ruinas del imperio gótico no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algun grande edificio cuando cae, muchos señoríos se levantaron, pequeños al principio, de estrechos términos y flacas fuerzas, mas el tiempo adelante reparadores de la libertad de la patria, y escelentes restauradores de la república trabajada y caida. Poner por escrito el orígen y progreso de todos estos estados y señoríos seria cosa dificultosa, y mas largo cuento de lo que sufre la medida y

primorosamente labrada. La tercera se halla en una piedra llana, embutida en las paredes del pórtico de Santa Leocadia, estramuros de Toledo y dice:

Befm	Allah	Alrahman	Alrahim.
In nomine	*Dei*	*Misericordis*	*miserentis.*

La cuarta está esculpida en una columna grande de mármol de la puerta del convento de S. Francisco de Paula, fuera de la misma ciudad. Se copió la segunda línea de la inscripcion que dice :

Jaaiha	Alnas	An	Vaad
¡Oh! vos	*Hortales* (Scitote)	*quòd*	*promissa.*
Allah	Hac	Fala	Joaad.
Dei	*vera* (sunt)	*non enim*	*Promittitur, etc.*

traza de la presente obra. Declarar en breve los principios, aumentos y sucesos que tuvieron los mas principales y mas señalados entre los demás, téngolo por cosa necesaria por andar de aquí adelante mezcladas sus cosas con las de los reyes de Leon. En particular será necesario tratar de los principados de Navarra, de Aragon, de Barcelona y de los condes de Castilla.

Las reliquias de los españoles que escaparon de aquel fuego y de aquel naufragio comun y miserable, echadas de sus moradas antiguas parte se recogieron á las Asturias, de que resultó el reino de Leon de que hasta aquí se ha hablado. Otra parte se encerró en los montes Pirineos en sus cumbres y aspereza, do moran y tienen su asiento los vizcainos y navarros, los lacetanos, urgelitanos y los ceretanos, que son al presente Ribagorza, Sobrarve, Urgel y Cerdania. Estos confiados en la fortaleza y fragura de aquellos lugares no solo defendieron su libertad, sino trataron y acometieron tambien de ayudar á lo demás de España: varones sin duda escelentes y de mayor ánimo que fuerzas. Los tales creo yo pusieron su confianza en la ayuda de Dios, pues contra tantas dificultades ninguna prudencia era bastante. La ocasion para intentarlo no fue muy grande. Un cierto hombre religioso y ermitaño, por nombre Juan, con deseo de vida mas sosegada hizo su morada en el monte de Uruelano lejos de la ciudad de Jaca, y para los oficios divinos levantó en un peñol una capilla con advocacion de San Juan Bautista. La fama de la santidad deste hombre comenzó á volar por todas partes. Juntáronsele cuatro compañeros deseosos de imitar y seguir la vida que hacia. Asimismo muchas gentes de los lugares comarcanos acudian á visitarle con intento de aplacar á Dios por medio de las oraciones deste santo varon; al cual mientras que vivió ayudaron con muchas buenas obras y limosnas que le hacian, y despues de muerto se juntaron los de aquella comarca á hacerle las honras. Acudió gran número de gente: entre estos seiscientos hombres nobles de propósito se juntaron, ó convidados de la soledad del lugar comenzaron á tratar y consultar entre sí del remedio de la república y de sacudir la pesada servidumbre de los moros. La fortaleza de los lugares y sitio les ponia ánimo, y confiaban que si intentaban cosa tan gloriosa, no les faltaria socorros de Francia: convidábales el ejemplo de los astuarianos, que con tomar al infante don Pelayo por rey y por caudillo no dudaron de tratar cómo ayudarian á la patria, ni de irritar las armas de los moros: cosa que aunque al principio pareció temeridad, el efecto y remate fue muy saludable.

Habiendo tratado mucho y consultado sobre esto, pareció seria lo mas acertado escoger de entre sí alguna cabeza, con cuya obediencia y autoridad atados mejor pudiesen acometer empresa tan grande. Con esta resolucion nombraron á Garci Jimenez por acuerdo comun de todos para esto; porque si bien no era de la sangre de los godos, lo que se entiende por el nombre que parece mas de españoles que de godos, pero sin duda fue muy noble; de grande y antiguo solar y linaje, señor de Amescua y Abarsusa. Su mujer era doña Iñiga de igual nobleza. En el tiempo que sucedió esto, no concuerdan los autores, ni aun consta qué nombre tuviese el reino para que le nombraron, ni qué apellido le dieron. Algunos dicen que se llamó rey de Sobrarve otros que de Navarra, los unos y los otros sin argumentos bastantes; y es toda antigüedad escura, principalmente la de España, á la manera que las corrientes de los rios son conocidas, los nacimientos y las fuentes de que proceden y salen, no tanto. Las armas y insignias del nuevo rey un escudo rojo sin alguna otra pintura. Ganó algunos pueblos de los moros, y entre ellos á Insa principal villa de Sobrarve.

La capilla del hermitaño Juan aumentada y ensanchada con nuevos edificios que le arrimaron, poco á poco vino á ser semejable á un edificio real: señalada y noble por los sepulcros de los reyes antiguos que allí se enterraron. Por los milagros y antigüedad y mucha devocion de aquella casa de San Juan de la Peña el rey Garci Jimenez y sus sucesores la escogieron para su sepultura. Murió este rey el año de 758. Sucedióle Garci Iñiguez, dicho así de los nombres de su padre y de su madre, príncipe verdaderamente grande y de felicidad señalada, pues por el esfuerzo deste rey, Navarra que entre las armas y imperio de los franceses y moros andaba en balanzas, fue sujetada y quedó en perpétua posesion destos reyes. Pasó con las armas hasta aquella parte de Vizcaya que se llama Alava. En tiempo deste rey otrosí tuvieron principio los condados de Aragon y Barcelona. El de Aragon con esta ocasion. Aznar hijo de Eudon el Grande, venido que fue á aquellos lugares que bañan los rios Aragon ó Arga, y Subordan, y ganado que hobo algunos pueblos de los moros con voluntad del rey don García se llamó conde de Aragon, comarca por entonces sujeta á los reyes de Navarra, despues exenta como en su lugar se declarará. Su hijo se dijo tambien Aznar, su nieto Galindo, de cuyos hechos no hay cosa que de contar sea. Muerto Galindo, sucedió en aquel condado Jimeno Aznar.

Lo de Barcelona sucedió desta manera. Ganóse Barcelona por las armas de Ludovico Pio que adelante fué emperador, y á la sazon era vivo Carlo Magno su padre. Dejó por gobernador de aquella ciudad á Bernardo de nacion francés el año de 801. De aquí tuvo principio el señorío de Barcelona y los condes, que en aquella parte de España alcanzaron gran poder. Este año pasado, y venido el siguiente, falleció el rey de Navarra Garci Iñiguez. Sucedióle Fortun García su hijo, de cuyas hazañas los historiadores navarros cuentan grandes cosas y casi increibles. Lo que se tiene por cierto, es que se halló en aquella batalla memorable de Roncesvalles, do la noblesa de Francia pereció á manos de los nuestros, y quedó vencido en la pelea Carlo Magno emperador y general en aquella jornada. De la alegría de aquella victoria no poco se quitó por la muerte de Jimeno Aznar conde de Aragon, que en aquella batalla pereció por haberse adelantado, y con deseo de mostrar su esfuerzo metídose muy adelante entre los enemigos sin hacer caso de la muerte. Fue tanto mayor el lloro que su hermana Teuda estaba casada con el rey Fortun.

Al conde Jimeno Aznar sucedió Jimeno García ó Garcés su tio sin hacer cuenta de Endregoto hermano del difunto, que parece tenia mejor derecho que el tio para heredar aquel estado: la causa no se sabe por ventura la edad no era á propósito para encargarle el gobierno. Murió el rey Fortun el año 815: dejó por sucesor suyo á Sancho García su hijo que tenia en su mujer. En tiempo deste rey los de Valderroncal por lo mucho que trabajaron en la guerra de los moros, fueron libertados de tributos, como se ve por un privilegio que muestran deste tiempo y deste rey. Bernardo conde de Barcelona, á quien algunos llaman marqués, como fuese acusado por aquellos que eran tutores de Bernardo nieto de Carlo Magno, hijo de su hijo Pipino, de cometer adulterio con la emperatriz mujer del emperador Ludovico, y por tanto haber caido en alevosía, movido del dolor desta calumnia, de Francia, do era ido, se volvió en España do tenia grande autoridad y muchos aliados que en el tiempo pasado ganára. Falleció el año 839; y por su muerte Wifredo, primero deste nombre entre los condes de Barcelona, hobo aquel principado por merced de Ludovico Pio, no por juro de heredad por entonces, sino á voluntad del emperador y por tiempo determinado, ó mientras que viviese, como se usaba en los demás gobiernos.

Era señor de Aragon por el mismo tiempo García Aznar sucesor de su padre Jimeno García ó Garcés que por este tiempo habia fallecido en la misma sazon que con las armas del rey Sancho García los navarros que de la otra parte de los Pirineos estaban sujetos al imperio francés, fueron trabajados, y no los dejó antes sosegar que jurasen de guardar y tener perpétua amistad con los reyes de Sobrarve. Dícese que le mataron en la guerra de Muza, aquel de quien arriba se dijo haberse rebelado contra Mahomad rey de Córdoba, que fue por los años del Señor de 853.

Despues del rey don Sancho cierto autor nombra á don Jimeno García su hijo. En los archivos del monasterio de San Salvador de Leyre, que está en Navarra metido y situado dentro en los montes Pirineos, se dice que está allí sepultado con su mujer Munia, sin decir otra cosa. A estos papeles como quier que carezcan de mayor luz de historia y seguridad, cuánta fé se haya de dar cada uno por sí mismo lo juzgue; que no nos pareció determinarnos por la una ni por la otra parte.

Muertos estos reyes, faltó la línea de la familia real, por donde se siguió una vacante de cuatro años; en el cual tiempo antes que las voluntades de los naturales viniesen y se conformasen en uno á quién nombrasen por rey y le pusiesen por gobernador de la república, los mas escritores navarros dicen que comunicado el negocio con el pontífice romano, que parece fue Leon IV deste nombre, con los franceses y los lombardos, por su consejo tomaron de las leyes de aquellas naciones lo que juzgaron ser á propósito para mantenerse en libertad. El mayor cuidado era que en ningun tiempo los reyes pudiesen usar mal del poder que les daban, para oprimir los vasallos. Escribiéronse las leyes que vulgarmente se llaman los fueros de Sobrarve, cuya fuerza principalmente está y se endereza á que pues ellos pensaban dar al nuevo rey lo que de moros se ganara, que tomado el poder y mando ninguna cosa de mayor momento pensase que la era lícito determinar sin consejo y voluntad de doce hombres nobles que para este propósito se nombraron, ni disminuyese el derecho de la libertad y que lo que se ganase de los moros, fielmente lo dividiese con la nobleza. Para que todo esto fuese mas firme pareció criar un magistrado á la manera de los tribunos de Roma, que en este tiempo se llama vulgarmente el justicia de Aragon: cargo que armado de las leyes, autoridad y aficion del pueblo hasta ahora ha tenido el poder del rey cerrado dentro de ciertos límites para que no viniese en demasía; y á los nobles principalmente se dió por entonces que no les fuese imputado á mal si alguna vez hiciesen entre sí juntas para defender su libertad sin que el rey lo supiese. Mas este y otros privilegios del rey don Alonso el III en este propósito fueron por córtes generales revocados en tiempo del rey don Pedro el postrero de Aragon.

Ordenadas las cosas en esta forma, Iñigo Sanchez conde de Bigorra, señorío que está en la Aquitania ó Guiena, llamado por su ligereza por sobrenombre Arista, fue nombrado por rey por voto de trescientos nobles que se juntaron; y como hobiese en Pamplona en la iglesia de San Victorian jurado los derechos, leyes y libertad de sus vasallos le fue dado el gobierno y el mando. Añaden que dió poder á sus vasallos que si quebrantase lo que tenia prometido, pudiesen llamar y llamasen en defensa de su libertad al rey que quisiesen, moro ó cristiano: pero que el pueblo lo que tocaba llamar á los moros, por ser cosa torpe no lo aceptó. Todas estas cosas que no solo el vulgo, sino algunos hombres eruditos las tienen por averiguadas, otros las tienen por fábulas, y piensan antes que el rey Arista sucedió á su padre el rey pasado. Porque ¿qué causa bastante hobo para hacer nuevas leyes y establecer aquel nuevo magistrado? ¿ó cómo pudieron comunicar esto con los lombardos, cuya nacion años antes sujetó y oprimió el póder de Carlo Magno? No hay para que adivinar en cosa tan dudosa: por ventura lo que sucedió en la eleccion de don Garci Jimenez primer rey de Sobrarve, el vulgo de los historiadores por ignorancia de los tiempos lo aplicó al rey Iñigo Arista, que pensaban ser el primero de aquellos reyes.

Esto consta que el rey don Iñigo Arista por este tiempo tuvo el reino en los montes Pirineos, y por mujer á doña Iñiga hija del conde Gonsalo de la sangre de los reyes de Oviedo. Tambien se casó con Teuda hija de Zenon duque de Vizcaya como se tocó en otro lugar. Tuvo un solo hijo (no se sabe de qué matrimonio) pero llamóse Garci Iñiguez, y sucedióle en el reino.

El monasterio de San Salvador de Leyre asentado entre los montes Pirineos, y que por su devocion, magestad de edificio, y por sus gruesas rentas es muy principal, se tiene por obra y fundacion del rey Arista. En aquel monasterio están los cuerpos de las vírgines Nunilon y Alodia que no muchos años despues deste tiempo fueron muertas por la fe en un lugar llamado Bosca cerca de Nájara; otros dicen en Huescar, la que está cerca de Baza. Verdad es que la ciudad de Boloña en la Lombardía se atribuye la posesion de estas santas reliquias, pero hace contra esto un privilegio que se guarda en los archivos de aquel monasterio; y la vecindad de los lugares donde fueron muertas ayuda á esta opinion, y á creer que sus reliquias están en aquel convento, á lo menos grande parte.

Estendió el rey Arista los términos de su reino: añadió á lo que antes tenia y ganó lo llano de Navarra, como quier que los reyes pasados se hobiesen estado hasta este tiempo dentro los montes. Pamplona y Alava que con la revuelta de los tiempos volvieran á poder de los moros, por sus armas se recobraron. Así se llamó rey de Pamplona, como se muestra por los privilegios destos reyes. En el mismo tiempo Wifredo llamado el Velloso, hijo del otro Wifredo, alcanzó el condado de Barcelona por juro de heredad por merced de Carlos emperador llamado el Crasso con retencion solemnemente para sí del derecho de las apelaciones, que fue el año de 884, despues que por mandado del emperador Ludovico II á causa de la tierna edad deste Wifredo Salomon conde de Cerdania gobernó aquella ciudad y estado por espacio de diez y nueve años. Hijos deste Wifredo (1) fueron Myro conde de Barcelona, Seniofredo conde de Urgel, que adelante en estos estados sucedieron á su padre. Por el mismo tiempo falleció García Aznar conde de Aragon. Sucedióle su hijo Jimeno García. Del año en que murió el rey Iñigo Arista, hay diferencia entre los autores, sin que se pueda averiguar la verdad con seguridad. Sospechamos empero lo que parece pedir la razon de los tiempos, que falleció en el que reinó en las Asturias don Alonso rey de Oviedo llamado el Magno, cerca de los años del Señor de 888.

Sucedióle su hijo don Garci Jimenez que era menor de edad, y tenia á la sazon solos diez y siete años pero en grandeza de ánimo y en las cosas que hizo el tiempo de paz y de guerra, no reconoció ventaja á ninguno de los reyes sus antepasados; porque llegado á mayor edad ganó grande reputacion, y la conservó con muchas victorias que ganó de los enemigos del nombre cristiano, y batallas que dió, que la brevedad que llevamos no sufre que se relaten por menudo. Su mujer se llamó Urraca, hija ó hermana de Fortun Jimenez conde de Aragon. Digo esto porque los autores asimismo no van conformes en esto, en tanto grado que algunos la hacen solo pa-

(1) Este carácter de letra pertenece al año 875: está to-

rienta de Fortun, nieta de Galindo y hija de Endregoto, aquel de quien se dijo que su tio Jimeno García le usurpó el señorío de Aragon. Lo que sé averigua es que este rey de Navarra tuvo en su mujer dos hijos, que se llamaron el uno Fortun, y el otro Sancho por sobrenombre Abarca, y una hija llamada Sanctiva, que casó con don Ordoño rey de Leon siendo ya viejo, y que estuvo antes casado otras dos veces, como queda dicho en el libro pasado.

Este rey de Navarra murió á manos de los moros en un encuentro que con ellos tuvo en el valle de Ayvar (el arzobispo don Rodrigo le llama Larumbe) ca hizo muchas veces entradas en tierra de moros con intento de ensanchar su reino, y deseo muy encendido que tenia de estirpar toda la morisma de España. Fue su muerte el año de 905, como se entiende del Cronicon Alveldense. Sucediéronle en el reino sus dos hijos, primero Fortun y despues don Sancho, en cuyo tiempo, segun que se dijo al fin del libro pasado, los nuestros perdieron aquella famosa jornada del valle de Junquera. El monasterio de San Salvador de Leyre pretende que el rey don Garci Iñiguez está allí sepultado: contradicen los de San Juan de la Peña por causa de un sepulcro ó lucillo que allí se ve entre los otros sepulcros de los reyes pasados con nombre del rey Garci Iñiguez. Para determinar este pleito ni tenemos tiempo ni lugar, ni creo yo que nadie podria averiguar la verdad. Sospecho que la ocasion desta y semejantes diversidades se tomó de diferentes sepulcros que pusieron á estos reyes por memoria en diversos lugares, sin tener allí sus cuerpos, aquellos que á hacello se tenian por obligados por alguna merced dellos recebida, como se acostumbra tambien en nuestro tiempo. Esto baste por el presente de los principios del reino de Navarra.

CAPITULO II.

De los condes de Castilla.

Los romanos antiguamente llamaban vaceos por la mayor parte á aquella comarca de España, que llamamos Castilla la Vieja, y parte términos con el reino de Leon por los rios Carrion, Pisuerga, Heva y Regamon, por otra parte toca las tierras de Asturias, Vizcaya y Rioja, hácia mediodia tiene por aledaños los montes de Segovia y Avila do casi por estos tiempos se remataba el señorío de los moros por una parte y por la otra el de los cristianos. Los campos son fértiles de pan llevar, producen vino muy bueno, son á propósito para los ganados; pero por la mayor parte tienen falta de aceite, alguna mas abundancia de agua que en lo demás de España, así de lluvias, como de fuentes y rios. La gente de mansos y grandes ingenios, buenos y sin doblez, de cuerpos sanos, de rostros hermosos: demás desto son sufrideros de trabajo. En aquella provincia (dado que al principio no la poseyeron toda) algunos señores poderosos en riquezas y vasallos comenzaron á defender sus fronteras de los moros con esfuerzo y con las armas, y de cada dia ensanchar mas su señorío. Llamábanse condes por permision, á lo que se entiende, de los reyes de Oviedo; verdad es que no se sabe si el tal apellido era nombre de principado, ó solamente significaba gobierno. Por lo menos tenian obligacion de acudir á los dichos reyes, si se levantaba alguna guerra, con sus armas y vasallos; y si se juntaban córtes del reino, de hallarse en ellas presentes.

En los tiempos antiguos se acostumbró llamar condes á los gobernadores de las provincias, y aun les señalaban al número de los años que les habia de durar el mando. El tiempo adelante por merced ó franqueza de los reyes comenzó aquella honra y mandó á continuarse por toda la vida del que gobernaba, y últimamente á pasar á sus descendientes por juro de heredad. Algun rastro desta antigüedad queda en España en que los señores titulados despues de la muerte de sus padres no toman los apellidos de sus casas, ni se firman duques, marqueses ó condes antes que el rey se lo llame y venga en ello, fuera de pocas casas que por especial privilegio hacen lo contrario desto. Como quier que todo esto sea averiguado, así bien no se sabe en qué forma ni por cuánto tiempo los condes de Castilla al principio tuviesen el señorío; mas es verosímil que su principado tuvo los mismos principios, progresos y aumentos que los demás sus semejantes tuvieron por todas las provincias de cristianos, á los cuales no reconocia ventaja ni en grandeza, ni aun casi en antigüedad, porque hay muy antigua mencion de condes de Castilla; y en este número por los privilegios de los reyes antiguos se puede contar por primero el conde don Rodrigo que floreció en el tiempo del rey don Alonso el Casto. En el número de los años y de las datas no hay para qué cansarse, porque tengo por averiguado está estragado en los mas de los privilegios antiguos.

Despues de don Rodrigo las personas mas diligentes en rastrear las antigüedades de España ponen á don Diego Porcellos hijo que fue del pasado, como lo señala en particular el Cronicon Alveldense. Este vivió en tiempo de don Alonso el Magno rey de Oviedo, por cuanto se puede conjeturar de memorias antiguas. Dió por mujer una hija suya llamada Sulla Bella á Nuño Belchides que era de nacion aleman; y por su devocion era venido en romería á España y á Santiago. Este caballero con deseo de adelantar las cosas de los cristianos, habiéndose emparentado con el conde don Diego, junto con él fundó la nobilísima ciudad de Burgos para que la gente que estaba esparcida y derramada por aldeas, hiciese un cuerpo y forma de ciudad, de que tomó el nombre de Burgos, porque los alemanes llaman Burgos á las aldeas.

Habia demás de don Diego Porcellos en el mismo tiempo otros condes de Castilla por estar, á lo que parece, aquella provincia dividida en muchos señores, como fueron Fernando Anzules, Almondar llamado el Blanco, y su hijo deste llamado don Diego. Mas entre todos el de mayor autoridad y poder era Nuño Fernandez, en tanto grado que vino á tener

mado de una escritura de donacion hecha por el conde Wifredo al monasterio de San Juan Bautista en el mes de julio del primer año de reinado del emperador Carlos del condado de Ausona.

Anno I Regnante Karoli imperatori. Wifredus comes ppp. Signum

por yerno al hermano de don Ordoño el Segundo rey de Leon, por nombre don García, que fue tambien rey. Por esto y porque por las armas forzó á don Alonso el Magno su consuegro á renunciar el reino, tenia mas presuncion que don Ordoño pudiese sufrir, como enemigo que era de toda insolencia y altivez. Fuera desto malsines atizaban el fuego y avivaban el disgusto, cuales hay muchos en las casas de los príncipes, que tienen costumbre de subir á los mas altos grados no por alguna virtud suya, sino derribando los que les están delante: maña muy mala, pero hollada y seguida por los prósperos sucesos que por este camino muchos han tenido. Con los aguijones deste odio movido el rey llamó los condes á su córte. Fingió que queria con ellos comunicar los negocios mas graves del reyno. Señalóse para la junta un pueblo llamado Regular, situado en medio del camino y á los confines de los señorios de Castilla y de Leon. Acudieron el dia señalado los condes sin guarda bastante de soldados por venir sobre seguro y confiados en la buena conciencia que tenian. Echáronles deslealmente mano por mandado del rey y fueron enviados en prisiones á la ciudad de Leon. El dolor que las ciudades y lugares de Castilla concibieron gravísimo por esta causa, se acrecentó grandemente con el aviso que dentro de pocos dias sobrevino de la muerte impía y cruel dada á los condes.

Temia el rey don Ordoño nuevas alteraciones, y que aquellas gentes se resolverian de acudir á las armas para tomar enmienda de aquel agravio: apercebíase para la guerra, juntaba soldados, armas y caballos cuando sobrevino su fin. Falleció en Zamora de su enfermedad año de nuestra salvacion de 923; fue sepultado en Leon en la iglesia de nuestra Señora que él mismo hiciera consagrar, como queda arriba apuntado. Hiciéronle las exequias como á rey con grande solemnidad y aparato. En este tiempo por muerte de Sisenando obispo de Compostella sucedió en aquella iglesia Gundesindo, hombre principal hijo de cierto conde, pero que escurecia con sus malas costumbres y afeaba la nobleza de su linaje. Muerto este, fue puesto en su lugar Ermigildo igual en la nobleza al pasado, y muy semejable en las costumbres y vida: De Nuño Belchides y de Sulla Bella su mujer nacieron dos hijos Nuño Rasura y Gustio Gonzalez. Nuño Rasura fue abuelo del conde Fernan Gonzalez, á quien nuestras historias suben hasta las nubes por sus muchas hazañas y valor muy conocido: de Gustio fueron nietos los infantes de Lara; con que la sangre de don Diego Porcellos mezclada con la real, como se dirá en su lugar, anda asimismo engerida en muchas casas y linajes principales de España y de fuera della, sin que haya faltado sucesion y línea de sus nietos y decendientes hasta nuestra era.

CAPITULO III.

De don Fruela el Segundo rey de Leon.

Muerto que fue el rey don Ordoño, su hermano don Fruela, Segundo deste nombre, sucedió en el reino de Leon no por alguna virtud que en él hobiese, ni por voluntad de los grandes, ó conforme á las leyes, sino por las armas en que muchos ponen el derecho de reinar. Conforme á los principios fueron los medios y los acabos: no le duró mucho el poder, reinó solos catorce meses. Señalóse solamente en afrentas, torpeza y crueldad, por lo cual le pusieron nombre de Cruel. Forzosa cosa es tema á muchos á quien muchos temen. La seguridad de los reyes está en el amor de sus vasallos, y en el odio su perdicion. Dió la muerte á los hijos de un hombre principal llamado Olmundo, cuyo hermano llamado Fruminio obispo de Leon fue forzado á salir en destierro; que por ser persona eclesiástica no quiso el rey poner en él las manos, dado que no era nada escrupuloso ni templado. Tuvo en su mujer Munia á don Alonso, don Ordoño, don Ramiro; y fuera de matrimonio á don Fruela, padre de don Pelayo llamado el Diácono, con quien casó el tiempo adelante doña Aldonza ó Alfonsa nieta del rey don Bermudo llamado el Gotoso. Sepultóse don Fruela en Leon. Su memoria y fama quedó afeada no mas por la enfermedad de lepra de que murió, que por la cobardia de toda su vida, y por la rebelion y enajenamiento de Castilla que en su tiempo sucedió.

Habia alterado las voluntades de los naturales la muerte indigna de los condes que el rey don Ordoño mandó hacer. Esta pena se acrecentaba de cada dia con nuevos agravios que les hacian, ca les forzaban á ir á pedir justicia y seguir sus pleitos delante los jueces de Leon, y cuando se tenian córtes generales acudir á ellas. Así lo que trataban en sus ánimos y no era fácil ponello en ejecucion, que era levantarse, tuvieron buena ocasion de apresurarlo por la poquedad del rey don Fruela: quitáronle públicamente la obediencia y se le rebelaron. Para dar órden en las cosas y para el gobierno escogieron dos personas de entre toda la nobleza que tuviesen cargo de todo con suprema autoridad. Diéronles nombre de jueces, y no título de otros principados mas grandes, porque no tomasen ocasion del apellido para oprimir la libertad. Fueron nombrados para esto Nuño Rasura y Lain Calvo, dos varones en aquel tiempo muy nobles y poderosos. Lain era de menos edad, y casado con Nuña Bella hija de su compañero. A este se dió cuidado de la guerra por su mucho esfuerzo. A Nuño Rasura, que era persona de grande esperiencia y de prudencia aventajada, encargaron principalmente las cosas del gobierno y de la justicia, que administraba estando en Burgos ciudad principal, las mas veces solo, y tambien en otros pueblos de la provincia. Dos leguas de Medina de Pomar hay un pueblo llamado Bijudico, y en él un tribunal de obra muy vieja en que los naturales por tradicion antigua dicen que estos jueces acostumbraban á publicar sus leyes y determinar sus pleitos. Gobernábanse, es á saber, por un antiguo libro y fuero que contenia las antiguas leyes de Castilla (1) cuya mencion se halla muy ordinaria en los papeles y memorias deste tiempo; y que tuvo fuerza hasta el tiempo del rey don Alonso el Sabio que le derogó, y en su lugar ordenó las leyes de las Partidas.

Cuánto tiempo hayan vivido estos jueces no se sabe, ni aun se tiene bastante noticia de sus hechos. Del linaje destos dos jueces sin duda sucedieron hombres muy nobles, muy valientes y señalados, porque Lain Calvo fue quinto abuelo del Cid Ruy Diaz; hijo de Nuño Rasura fue Gonzalo Nuño, que tuvo el cargo de su padre no con menor gloria que él, por ser de ingenio fácil, de suavidad de costumbres y afabilidad singular, en todas sus cosas muy curioso. Demás desto acordó y hizo qué los hijos de los nobles se criasen y amaestrasen en su palacio, que era como un seminario y plantel de varones señalados en paz y en guerra; por la cual liberalidad ganó grandemente las voluntades de toda la provincia. Su mujer se llamó doña Jimena hija del conde Nuño Fernandez, que fue con los demás condes de Castilla muerto por el rey don Ordoño. Deste matrimonio nació el conde Fernan Gonzalez por la gloria de sus virtudes y proezas, y en particular por la grande constancia que mostró en tanta variedad de cosas como por él pasaron, igual á cualquiera de los antiguos caudillos y príncipes. Pero del conde Fernan Gonzalez se tratará luego en su lugar. Volvamos al cuento de los reyes.

(1) Era el *Fuero Juzgo* de los visigodos, por el cual se gobernaban todos los estados de los reyes de Leon, entre los que estaba en este tiempo Castilla.

CAPITULO IV.

De don Sancho Abarca rey de Navarra.

Cosa averiguada y cierta es que las historias de Navarra están llenas de muchas fábulas y consejas, en tanto grado que ninguna persona lo podrá negar que tenga alguna noticia de la antigüedad. Paréceme á mí que los historiadores de aquella nacion siguieron el afecto y inclinacion vulgar que muchos tienen de hermosear su narracion con monstruosas mentiras de cosas increibles y con patrañas. Por donde la historia, cuya principal virtud consiste en la verdad viene á hacerse y ser semejante á los libros de caballerías compuestos de fábulas y mentiras, en que hombres ociosos y vanos se entretienen y en ellos gastan su tiempo: falta que en todo lo demás de la historia se echa de ver mas en lo que toca á este tiempo, son las invenciones mas evidentes y claras, cuando muerto por los moros en un rebate el rey Garci Iñiguez, fingen que sucedió lo mismo á su mujer doña Urraca que estaba preñada, y dicen quedó en el campo muerta, ó en el mismo, ó en diferente trance y tiempo; que es cosa mas fácil maravillarse que los autores se diferencien en la mentira, que entender y averiguar la verdad. Concuerdan empero en que un caballero por nombre Sancho de Guevara como sobreviniese y mirase lo que pasara, vió al infante que sacaba el brazo por una de las heridas de la madre que muerta quedó: acordó de abrir el vientre de la madre y sacar dél al niño: crióle secretamente en su casa hasta tanto que tuvo buena edad. No sé que espantajos se temia, pues para mayor secreto dicen que le traia vestido de aldeano y por calzado unas abarcas, de donde le dieron el sobrenombre de Abarca.

Añaden últimamente que pasados diez y nueve años de vacante, como la gente tratase de nombrar rey le trajo á las córtes. Allí averiguado el caso y sabida la verdad, con grande voluntad de todos le fue dado el reino y la corona, teniendo todos por muy alegre agüero y pronóstico para adelante que Dios le hobiese guardado de tantos peligros, y persuadiéndose que conforme á tan maravillosos principios serian los medios y fines. Pero esto que muy hermosamente se dice, muchos lo tienen por falso, personas de mayor prudencia y erudicion, y no concuerdan las memorias y privilegios antiguos; ni aun la razon de los tiempos da lugar á que don Sancho Abarca naciese despues de la muerte de su padre, pues tuvo por yernos á don Alonso y don Ramiro reyes de Leon que vivieron y reinaron poco adelante, antes entiendo que era ya de buena edad cuando murió su padre, y que tomó luego la corona; dado que de los archivos y papeles del monasterio de San Salvador de Leyre aquellos monges sacan que Fortun hermano mayor deste rey don Sancho, tuvo primero que él aquel reino por algun poco de tiempo. Si es verdad ó mentira, no lo sabria decir; pero afirman que dejado el reino creo por estar cansado de las cosas del mundo, tomó el hábito de monge en aquel monasterio. La verdad es que este don Sancho tuvo en su mujer Teuda á Garci Sanchez el mayorazgo y despues dél á Ramiro y á Gonzalo y á Fernando: demás desto cinco hijas, que fueron sus nombres Urraca, Teresa, María, Sancha y Blanca. Esta postrera dicen algunos que casó con don Nuño señor de Vizcaya: otros lo contradicen movidos de que por aquel tiempo no se halla que ninguno de aquel nombre haya tenido aquel señorío y estado.

Fue este príncipe dichoso no solo por los muchos hijos que tuvo, sino esclarecido por las armas porque con su valor y esfuerzo todo lo que por la revuelta de los tiempos se perdió en Sobrarve y Ribagorza, se recobró de los moros; y no solo hizo esto, mas ensanchó mucho los antiguos términos de aquel señorío hasta ganar y sujetar á su corona la Vizcaya ó Cantabria y todo lo que se estiende por las riberas del rio Duero hasta su nacimiento y los montes Doca, y hácia Mediodia hasta Tudela y Huesca. Demás desto da muestras que llegó con el discurso de sus victorias á Zaragoza, un castillo que está situado cerca de aquella ciudad con nombre de Sancho Abarca; y aun no



Batalla de Gollanda.

contento con los términos de España, pasados los Pirineos, en Francia sujetó aquella parte de los vascones y Navarra que largo tiempo poseyeron aquellos reyes, y hoy es la tierra de vascos. Estaba el rey embarazado en esta guerra de la otra parte de los montes: los moros por pensar que por los frios del invierno no podria venir el socorro, se pusieron sobre Pamplona. Don Sancho avisado del peligro hizo pasar los montes á los soldados con abarcas por causa del frio; y esta fue la verdadera causa de haberle llamado Abarca, y la manera que sucedió en los nombres de Calígula á Caracalla enperadores romanos por semejante ocasion. Fue cosa fácil al que venció la naturaleza y el tiempo, vencer tambien en batalla á los enemigos, y forzallos á que alzasen el cerco, como lo hizo. En todas estas guerras se alaba sobre todos la valentía de un capitan llamado Centullo, hombre sagaz, animoso y denodado. Habia con esto el rey don Sancho gana-

do gran gloria, sino afeara en gran parte su nombre con volver las armas contra Castilla: cosa que demás de la nota á él acarreó mal y daño, como se verá poco adelante.

CAPITULO V.

De don Alonso el Cuarto y don Ramiro el Segundo reyes de Leon.

Don Alonso Cuarto desde nombre, llamado el Monge, el reino que don Fruela á tuerto le quitara, despues de su muerte le recobró año de 924. Don Lucas de Tuy dice que don Alonso fue hijo del mismo rey don Fruela, contra lo que sienten otras personas de mayor diligencia y autoridad que dicen fue hijo del rey don Ordoño el Segundo. En tiempo deste rey partió desta vida Juan prelado de Toledo año del Señor de 926, sucesor que fue de Wistremiro y de Bonito, y él por sí ilustre ejemplo de la santidad antigua. En su lugar no sucedió algun otro por vedar, como se entiende, los bárbaros que alguno en aquellas revueltas fuese elegido y puesto en lugar que pudiese gobernar y ayudar las cosas de los cristianos. Solo los demás sacerdotes con deseo de tener paz entre sí por una manera de concordia daban el primer lugar al cura de Santa Justa, y obedecian á sus mandatos: estado en que se conservaron hasta tanto que Toledo volvió á poder de cristianos.


Espada de Fernan Gonzalez

En el mismo tiempo volaba por el mundo la fama de Fernan Gonzalez conde de Castilla. El nombre y título de conde (porque su padre solamente tuvo el nombre de juez) no se sabe si lo tomó con consentimiento de los reyes de Leon, ó lo que parece mas verosímil, por voluntad de sus vasallos, que le quisieron honrar por esta manera maravillados de las escelentes virtudes de tan gran varon. Señalóse en la justicia y mansedumbre, celo de la religion, y en el gran ejercicio que tuvo y larga esperiencia en las cosas de la guerra: virtudes con que no solo defendió los antiguos términos de su señorio sino demás desto hizo que los del reino de Leon se estrechasen y retirasen de la otra parte del rio de Pisuerga. Ganó de los moros ciudades y pueblos, castigó la insolencia de los navarros con la muerte de su rey don Sancho Abarca. Tenian los navarros costumbre de hacer mal y daño en las tierras de Castilla: no contentos con esto maltrataron de palabra con amenazas y denuestos á los embajadores que les envió á pedir enmienda de lo hecho. Pasaron en esto tan adelante, y las demasías fueron tales que se tuvo por abierta la guerra.

El conde que no sufria insolencias ni demasías, hizo con sus gentes entrada, y rompió por las tierras del Navarro: las talas y presas eran grandes. Acudió el enemigo á la defensa: juntáronse las fuerzas y gentes de ambas partes cerca de un lugar llamado Gollanda. Dióse la batalla de poder á poder, en que perecieron muchos de los unos y de los otros sin declararse la victoria por gran espacio. Finalmente en lo mas recio de la pelea los generales se desafiaron y combatieron entre sí. Encontráronse con las lanzas: los golpes fueron tan grandes que ambos cayeron en tierra, el rey con una mortal herida, el conde aunque gravemente herido, pero sin peligro de la vida. Animáronse con esto los soldados de Castilla, y con tal denuedo cargaron sobre los enemigos, que en breve quedó por ellos el campo. Sobrevino á la sazon el conde de Tolosa con sus gentes en socorro de los navarros. Recogió á los que huian, y vueltos á las puñadas, tornóse á encender la batalla (1). Sucedió lo mismo que antes que los condes se encontraron entre sí de persona á persona: cayó de un bote de lanza en aquel combate muerto el de Tolosa, conque los navarros quedaron de todo punto vencidos y puestos en huida. Los cuerpos del rey y del conde con licencia del vencedor fueron llevados á sus tierras y honradamente sepultados. Sobre la sepultura de don Sancho Abarca hay pleito entre los monges de San Juan de la Peña y los de San Salvador de Leyre, que cada cual de las dos partes pretende le sepultaron en su monasterio; el cual no hay para que determinar en este lugar. Solo entiendo que don Sancho Abarca murió al principio del reinado del rey don Alonso el Magno (2) año de nuestra salvacion de 926 despues que reinó por espacio de veinte años enteros. Sucedió en el reino don Garci Sanchez su hijo de quien hallo que se llamaba rey de Pamplona y de Nájara. Reinó cuarenta años: su mujer se llamó doña Teresa. Esto en Navarra.

El rey don Alonso de Leon fue en sus costumbres mas semejante á don Fruela que á su padre. Ninguna virtud se cuenta del, ninguna empresa, ninguna provincia sujetada por guerra y allegada á su señorío. El odio de los suyos por esta misma causa se encendió contra él de tal suerte, que cansado con el peso del gobierno se determinó de renunciar el reino á su hermano don Ramiro. Llamóle con este intento á Zamora el año del Señor de 931, y de su reinado seis y medio. Dióle el cetro de su mano resuelto de descargarse de cuidados, y de mudar la vida de príncipe con la de particular y de monge. En el monasterio de Sahagun puesto á la ribera del rio Cea tomó el hábito sin cuidar ni de lo que las gentes podian pensar de aquel hecho, ni de su hijo don Ordoño habido en doña Urraca Jimenez (3) hija de don Sancho Abarca rey de Navarra, que quedaba en su tierna edad desamparado de ayuda y á propósito para que le hiciesen cualquier agravio. El principio bueno fue: el tiempo que aclara los intentos, dió á entender que mas se movió por liviandad que por otro buen respeto. Doña Teresa, hermana de la reina doña Urraca, casó con el nuevo rey don Ramiro: della nacieron don Bermudo, don Ordoño, don Sancho y doña Elvira.

Don Ramiro encargado que se hobo del reino, luego tornó á renovar la guerra de los moros. Entendia como varon prudente que con ninguna cosa mas podia ganar las voluntades de los suyos, ni hacer mayor servicio á Dios; que en perseguir á los enemigos del nombre cristiano pero la inconstancia de don

(1) Se tiene por fabulosa esta batalla.
(2) Sin duda por equivocacion dice el Magno en vez del Monge, pues aquel queda dicho que murió en novecientos y diez.
(3) En dos escrituras firmadas de su propia mano se llama doña Oneca ó doña Iñiga.

Alonso puso impedimento á tan santos intentos: porque con la misma ligereza con que la habia tomado, dejó aquella manera de vida y se comenzó á llamar rey. Para atajar los males que podian resultar destos principios, don Ramiro á la hora revolvió contra Leon do su hermano estaba. Allí le cercó, y vencido de la hambre y de la falta de todas las cosas, le forzó á rendirse. En aquella ciudad fue puesto en prision sin por entonces hacer en él mayor castigo á causa que los hijos del rey don Fruela Segundo deste nombre andaban alterados en las Asturias, y forzaban á don Ramiro á ir allá. La ocasion de alterarse no era la misma á los capitanes y al pueblo. Los hijos de don Fruela se quejaban de haber sido despreciados por el rey, pues no los llamó á las córtes en que don Alonso renunció el reino. Los asturianos se alteraron por aficion que tenian á don Alonso, y llevar mal que tratase de dejar el gobierno.

Eran muchos los levantados; y mas por miedo del castigo que por voluntad ó esperanza de salir con la victoria, tomaron por cabezas á los hijos de don Fruela; pero conocido el peligro que corrian, acordaron de enviar embajadores á don Ramiro para avisalle que estaban aparejados á hacer lo que les fuese mandado, recebirle en las ciudades y pueblos, servillo con todas sus fuerzas con tal que se determinase de venir sin ejército, de paz y sin hacer mal á nadie; que esto tomarian por señal que su ánimo estaba aplacado. El sospechando algun engaño, ó teniendo por cosa indigna que sus vasallos para obedecelle le pusiesen condiciones, entró con grueso ejército y domó á sus enemigos. Perdonó á la muchedumbre, tomó castigo de los mas culpados. A los hijos de don Fruela luego que los tuvo en su poder, los privó de la vista. El mismo castigo se dió á don Alonso hermano del rey. No lejos de la ciudad de Leon estaba un monasterio con nombre de San Julian edificado á costa deste rey don Ramiro: en él fueron guardados por toda la vida, y despues de muertos sepultados así todos estos como doña Urraca mujer de don Alonso. Con esto aquellas grandes alteraciones que tenian suspensos los ánimos de los naturales, hubieron mas fácil salida que se pensaba.

Concluidas estas revueltas, el rey como antes lo pretendió volvió las armas contra los moros. Entró por el reino de Toledo, tomó por fuerza en aquella comarca, saqueó y quemó á Madrid (1), pueblo principal, derribóle los muros. En el entre tanto los moros encendidos en deseo de vengarse juntas sus gentes entraron por tierra de cristianos. Lo primero se metieron por los campos de Castilla. El conde como quier que por la guerra pasada de Navarra se hallase flaco de fuerzas movido por el peligro que las cosas corrian, envió embajadores al rey don Ramiro para rogarle no permitiese que el nombre cristiano recibiese afrenta, ni que los bárbaros se fuesen sin castigo: que él forzado tomó las armas contra el rey su suegro, y que el suceso de las guerras no está en manos de los hombres: si algun agravio ó enojo recibió por lo hecho, que era justo perdonarle por respeto de la patria: que le aseguraba no pondria en olvido el beneficio y cortesia que le hiciese en este trance. El peligro comun ablandó el ánimo del rey. Acudió luego con sus gentes deseoso de ayudar al conde. Juntáronse las huestes y los campos. Dióse la batalla cerca de la ciudad de Osma, en que gran número de los bárbaros fueron muertos, los demás puestos en huida. Los soldados cristianos cargados de oro y de preseas volvieron á sus casas. Algunos sospechan que desde este tiempo volvieron los condes de Castilla á estar á devocion y ser feudatarios y vasallos de los reyes de Leon, porque les parece que un rey tan amigo de honra como don Ramiro no juntara de otra manera sus fuerzas, ni perdonara las injurias y desacatos que le habian hecho, sin que primero se le allanasen.

Siguióse una nueva guerra contra los moros. El rey don Ramiro encendido en deseo de oprimirlos con sus gentes movió la vuelta de Zaragoza. Tenia el principado de aquella ciudad Abenaya señor de pocas fuerzas, feudatario de Abderrahman rey de Córdoba. Acompañó á don Ramiro en esta jornada el conde Fernan Gonzalez. El moro pareciéndole que no podria resistir á dos enemigos tan fuertes, tomó por partido sujetarse al rey don Ramiro y pagalle parias. Con este concierto se hicieron paces y cesó la guerra. No guardan los moros la fe mas de cuanto les es forzoso. Así partidos los nuestros, y tambien por medio de Abderrahman que tenia aviso se aprestaba contra él, mudado partido, y tomado nuevo asiento, de consuno acometieron los dos las tierras de los cristianos. Llegaron á Simancas: llevaban los moros mal que los cristianos les pusiesen leyes y forzasen á pagar parias los á quien tenian antes por sus tributarios. Acudió luego el rey y salió al encuentro á los enemigos. Dióse la batalla, que fue muy brava y de las mas señaladas y reñidas de aquel tiempo: murieron treinta mil moros, otros dicen setenta mil. Los despojos fueron muchos y ricos, grande el número de los cautivos. El mismo Abenaya tambien fue preso: Abderrahman con veinte de á caballo escapó por los piés.

El conde Fernan Gonzalez por no haberse hallado en la batalla (el por qué no se sabe) pero habiéndose encontrado con los que huian, hizo en ellos no menor matanza. Da muestra desto un privilegio del monasterio de San Millan de la Cogulla puesto en los montes de Oca (que se llamó antiguamente de San Feliz) que concedió el conde por memoria del beneficio recebido y desta victoria que ganó de los moros. En aquel privilegio se manda que muchas villas y pueblos de Castilla contribuyan por casas cada uno para los gastos y servicios de aquel monasterio, bueyes, carneros, trigo, vino, lienzo, conforme á lo que en cada tierra se daba, por voto que el conde hizo cuando iba á esta guerra: de donde tambien se entiende que de aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, fueron gentes de socorro al rey; y que todos estuvieron persuadidos que dos ángeles en dos caballos blancos pelearon en la vanguardia, y que por su ayuda se ganó la victoria, cosa que no suele acontecer, ni aun inventarse sino en victorias muy señaladas cual fue esta. El alfaqui mayor de los moros, que es como obispo entre ellos, vino en poder del conde. Con esto la provincia y la gente pareció alentarse del grande espanto causado del aparato que los contrarios hicieron para aquella guerra, además de muchas señales que en el cielo se vieron y muchos prodigios; porque en el mismo año que fue la pelea, es á saber el de 934 (otros á este número añaden cuatro años) siendo reyes don Ramiro en Leon y don Garci Sanchez en Pamplona, hobo un eclipse del sol á los diez y nueve de julio (mas quisiera á los diez y ocho porque dicen fue viernes) por espacio de una hora entera á las dos de la tarde, tan grande y cerrado, que se mudó el dia en muy espesas tinieblas. Segunda vez á quince de octubre, que fue miércoles, la luz del sol se volvió amarilla: en el cielo apareció una abertura, cometas de estraordinaria forma, que caian á la parte del mediodia, las tierras fueron abrasadas por oculta fuerza de las estrellas, sin otras cosas que daban a entender la ira de Dios y su saña. Todo esto se contiene en el privilegio del conde Fernan Gonzalez: otros dicen que en el mismo dia de la batalla se eclipsó el sol á seis de agosto dia de los Santos Justo y Pastor, que fue lunes. Estas señales tenian á todos muy congojados; pero ganada la victoria, se trocó el temor en alegria, y se entendió que no amenazaban

(1) Primera vez que se hace mencion de Madrid en la historia con este nombre: en las escrituras de Toledo se llama *Maioritum* y *Magaritum*.

á los fieles sino á sus enemigos. Falleció por este tiempo Miron (1) conde de Barcelona, dejó tres hijos menores de edad: estos fueron Seniofredo, que le sucedió en el estado: Oliva por sobrenombre Cabreta, al cual mandó el señorío de Besalú y de Cerdania; y Miron que en los años adelante fue obispo y conde de Girona.

El gobierno por la tierna edad del nuevo príncipe estuvo mucho tiempo en poder de Seniofredo su tio conde de Urgel, que fue escalon para que sus descendientes poco adelante se apoderasen de todo. A la sazon que gobernaba este Seniofredo aquel estado, se tuvo un concilio de obispos en un pueblo llamado Fuentecubierta tierra de Narbona. En este concilio se determinó un pleito que andaba entre los obispos Antigiso de Urgel y Adulfo Paralliense sobre los términos y mojones de los obispados; ó por mejor decir sobre toda la diócesi del Paralliense que el de Urgel pretendia ser toda suya. Así fue determinado por los obispos que en pasando de esta vida Adulfo, la ciudad de Pallás quedase sujeta al obispo de Urgel, porque se probaba por instrumentos muy ciertos que antiguamente lo fue. Presidió en el concilio Arnusto prelado Narbonense, por estar á la sazon Tarragona en poder de moros, á cuyo obispo pertenecia concertar los pleitos entre los obispos comarcanos y sufragáneos suyos.

Por muerte de Seniofredo conde de Barcelona, que falleció adelante sin dejar hijos, bien que estuvo casado con doña María hija del rey don Sancho Abarca, Borello conde de Urgel y hijo del otro Seniofredo se apoderó del señorío de Barcelona. La fuerza prevaleció contra la razon; que de otra suerte ¿qué derecho podia tener ni alegar para escluir á Oliva hermano del difunto? Tuvo Borello un hermano llamado Armengaudo ó Armengol. de grande santidad de vida, y por esto puesto en el número de los santos y en los calendarios: pero esto fue algun tiempo adelante. El rey don Ramiro llegado á mayor edad, y vuelto su pensamiento á las artes de la paz y al culto de la religion, de los despojos de los moros edificó en Leon un monasterio de monjas con advocacion de San Salvador, do hizo que doña Elvira su hija única tomase el hábito y el velo como se acostumbra: otro monasterio hizo con nombre de San Andrés: el tercero de San Cristóbal á la ribera del rio Cea cerca de Duero: el cuarto con nombre de Santa María Vírgen; en conclusion en el valle Ornense levantó otro monasterio con advocacion del arcángel San Miguel.

Estaba el rey ocupado en estas cosas cuando nuevas y domésticas alteraciones le hicieron volver á las armas. Fernan Gonzalez y Diego Nuñez hombres principales con deseo de novedades, ó por alguna causa agraviados del rey, se rebelaron contra él. No tenian bastantes fuerzas: llamaron á los moros y á su capitan Accipha. Destruyeron el territorio de Salamanca que baña el rio Tormes. En otra parte por las armas de don Rodrigo, que entiendo era uno de los conjurados ó aliado con ellos, las tierras de Amaya y parte de las Asturias eran maltratadas. No era fácil determinarse á qué parte primeramente se hobiese de acudir. En igual peligro pareció que debian de hacer guerra á los moros por ser enemigos públicos: así se hizo, y los echaron de toda la tierra con gran estrago que en ellos se hizo. Demás desto los autores y movedores del alboroto vinieron en poder del rey; pero no mucho despues fueron sin otro castigo sueltos de la prision en que los tenian en Leon encerrados, solamente les hicieron jurar de nuevo la obediencia al rey y prestalle sus homenajes: muestra que el delito no fue tan grave, ó que el rey usó de la victoria con mucha templanza. Concluida esta guerra, entiendo que de suyo se sosegaron las alteraciones de las Asturias, en especial que la clemencia del rey les convidó á que se redujesen. El conde de Castilla Fernan Gonzalez tenia en doña Urraca su mujer una hija del mismo nombre. Importaba mucho para el buen suceso de las cosas que entre las dos provincias y señoríos de Castilla y de Leon hobiese confederacion y avenencia, lo cual don Ramiro no ignoraba. Con deseo pues que la paz se asegurase, trató con el conde, y hizo que su hijo don Ordoño que le debia suceder en el reino, casase con la dicha doña Urraca.

Concluido todo esto, el rey como enemigo que era de la ociosidad, á lo postrero de su edad hizo una nueva entrada en tierra de moros: metióse por el reino de Toledo y llegó hasta Talavera. Venció en batalla á los que venian á socorrer á los suyos, en que murieron doce mil moros, los presos llegaron á siete mil: con esta victoria hizo que su autoridad y reputacion se mantuviese, que junto con la edad se suele envejecer y menguar. Vuelto á sus tierras, envió á sus casas el ejército cargado de despojos de moros, y él se fue en romería á Oviedo á honrar los cuerpos de los muchos santos que allí estaban, y dar á Dios gracias por tantas mercedes. En aquella ciudad por ser la tierra mal sana adoleció de una enfermedad mortal. Sin embargo dió vuelta á Leon, y ordenadas las cosas de su casa, renunció el reino y le dió de su mano á su hijo. Hecho esto, tomados los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía de mano de los obispos y abades que á su muerte se hallaron, falleció en el año de nuestra salvacion de 950 á cinco dias del mes de enero. Sepultáronle en el monasterio de San Salvador, edificio y fundacion suya. Fue este año muy señalado por muchos pueblos que en él ó se edificaron de nuevo, ó se repararon, conviene á saber Osma, Roa, Risza, Clunia en los arevacos, que hoy es Coruña. A Sepúlveda tambien en un sitio fuerte edificó por este tiempo el conde Fernan Gonzalez, por cuyo esfuerzo en particular el partido de los fieles en aquel tiempo se conservaba y aun mejoraba.

CAPITULO VI.

De don Ordoño Tercero deste nombre rey de Leon.

Muerto el rey don Ramiro, don Ordoño su hijo heredó el reino de Leon. Era hombre de gran corazon, tenia gran ejercicio en las armas, prudencia singular en el gobierno. La brevedad de la vida, ca solamente reinó cinco años y siete meses, hizo que no pudiese ejercitar por largo tiempo las virtudes de que su buen natural daba muestras. Al principio don Sancho su hermano (2) ó por deseo de reinar ó irritado por algun agravio como es mas verosímil, fue causa que las armas de Garci Sanchez rey de Navarra su tio y las del conde Fernan Gonzalez á su persuasion se moviese en daño de don Ordoño, sin tener ninguna cuenta con el amor que á su hermano debia. El deseo de reinar y el dolor del agravio, ambos males tienen gran fuerza. Juntas las gentes de Navarra y de Castilla entraron por las tierras del rey de Leon, que por estar desapercebido y poco confiado de la voluntad de los suyos en aquella discordia civil, determinó de fortificarse en algunas plazas fuertes por su sitio ó por las murallas, sin venir á la batalla. Los enemigos, sosegado el furor con que entraron, y juzgando que era sin propósito hacer la guerra tanto

(1) La cronología de los condes de Barcelona está tambien trastornada por Mariana, y no es estraño por cuanto esta parte de nuestra historia lo ha sido generalmente hasta que el señor Bofarull dió á luz su obra de *Los condes de Barcelona vindicados*.

(2) Este don Sancho no era hermano de don Ordoño, sino de don Alonso el Monge y de don Ramiro II, y hijo del rey don Ordoño II, que por esta razon se llamaba don Sancho Ordoñez.

tiempo en provecho ajeno y con su peligro, sin hacer efecto de momento se volvieron á sus tierras. Don Ordoño con deseo de satisfacerse del conde, que sin tener respeto al deudo habia juntado sus fuerzas con su hermano y tio para su daño, sin dilacion repudió á doña Urraca hija del conde, y casó con doña Elvira; que tales eran las costumbres de aquella era. Deste nuevo matrimonio nació don Bermudo, el que algunos años antes adelante mudadas las cosas y trocadas, finalmente alcanzó el reino de su padre.

Las alteraciones de los gallegos, movidos á lo que se entiende por aficion que tenian á don Sancho (1), fueron en breve por las armas y diligencia de don Ordoño sosegadas. Y para que el provecho fuese mayor, con sus gentes entró dando por todas partes el gasto á los campos en aquella parte de la Lusitania que estaba sujeta á los moros : llegó hasta Lisboa, donde se volvió á su tierra. Por el mismo tiempo Fernan Gonzalez conde de Castilla con una entrada que hizo por tierra de moros, se apoderó del castillo de Carranzo, echada de allí la guarnicion morisca que tenia. No con menor diligencia Abderrahman rey de Córdoba aunque de grande edad, enemigo de toda insolencia, juntado un grueso ejército en que se contaban ochenta mil combatientes, mandó á Almanzor Alagib (que es tanto como virey) capitan de gran nombre acometiese con gran furia las tierras de cristianos. Recelóse el conde de aparejos tan grandes: llamó la gente de todo su estado á la guerra, y alistó todos los que tenian edad á propósito para tomar armas ; y como quier que todavía el ejército fuese menor que el peligro que amenazaba, cuidadoso del suceso de la guerra en una junta de capitanes que tuvo en el pueblo de Muñon, consultó lo que se debia hacer. Los pareceres fueron varios, como acontece que en grande peligro y miedo ordinariamente cada uno habla conforme á quien es. Los mas atrevidos querian que se hiciese la guerra, otros que recogidas las provisiones y alzadas en lugares seguros se entretuviesen hasta tanto que las fuerzas de los bárbaros, que tienen grande ímpetu, con la tardanza se enflaqueciesen.

Gonzalo Diaz hombre principal pretendia que aun seria bien comprar de los moros las treguas por dinero sin cuidar de la honra como suele acontecer cuando prevalece el miedo, que la sabia cobardía puede mas que la honrada vergüenza : «Por ventura (dice) »á tan grande ejército y tan esperimentado opondremos el pequeño número de los nuestros, y locamente nos despeñaremos en tan grande perdicion? »No miras que en el suceso y trance de una batalla »consiste el peligro de toda la cristiandad, pues en »tu tierra se hace la guerra? Si venciéramos, el provecho será poco; si fuéremos vencidos, será forzoso »que la provincia desnuda de fuerzas y vencida del »miedo venga (lo que Dios no quiera) en poder de »los enemigos. Mira no sea perder en un punto y en »un momento las ciudades y pueblos ganados en »tantos siglos, y con tanta sangre de cristianos; lo »que los venideros digan no fue esfuerzo, sino locu»ra : como ordinariamente los consejos atrevidos tie»nen la fama segun lo que dellos resulta, y conforme »á sus remates se juzga dellos. Considera otrosí que »muchas veces es de mayor esfuerzo refrenar el áni»mo con la razon, que con las armas vencer á los »enemigos. En esto tiene gran parte la fortuna, el »recato es oficio muy propio de grandes varones. Y »qué cosa puede ser mas temeraria, que por un vano »deseo de alabanza y honra poner en cierto y grave »peligro las cosas sagradas, la patria, las mujeres y »hijos, y toda la religion? Tú haz lo que juzgares ser »mejor, que tambien yo no rehusaré de ponerme á »cualquier trance por tu mandado; pero de mi pare»cer nunca con tan grande peligro y riesgo de todo »te pondrás, Señor, al trance de la batalla.»

El conde no ignoraba que el parecer de Gonzalo Diaz era de otros muchos que hablaban por la boca de uno; pero prevaleció el deseo de la honra y reputacion. Así, como razonase largamente de las fuerzas de los suyos, de la ayuda divina, de la gloria ganada, que tenia por mas grave que la muerte, amancillarla con alguna muestra de cobardía, y los demás quién de verdad, quién fingidamente alabasen su parecer y se conformasen con él, hechos sus votos y plegarias, movieron contra el enemigo, que tenia sus reales cerca de la villa de Lara. No vinieron luego á las manos : el conde cierto dia salió por su recreacion á caza, y en seguimiento de un javalí se apartó de la gente que le acompañaba. En el monte cerca de allí una ermita de obra antigua se veia cubierta de yedra, y un altar con nombre del apóstol San Pedro. Un hombre santo llamado Pelagio ó Pelayo con dos compañeros, deseoso de vida sosegada, habia escogido aquel lugar para su morada. La subida era ágria, el camino estrecho, la fiera acosada como á sagrado se recogió á la ermita. El conde movido de la devocion del lugar no la quiso herir, y puesto de rodillas pedia con grande humildad el ayuda de Dios. Vino luego Pelayo, hizo su mesura al conde, él por ser ya tarde hizo allí noche, y cenado que hobo lo poco que le dieron, la pasó en oracion y lágrimas. Con el sol le avisó Pelayo su huesped del suceso de la guerra : que saldria con la victoria, y en señal desto antes de la pelea se veria un estraño caso. Volvió con tanto alegre á los suyos que estaban cuidadosos de su salud : declaró todo lo que pasaba. Encendiéronse los ánimos de los soldados á la pelea que estaban atemorizados. Ordenaron sus haces para pelear: al punto querian acometer, un caballero, que algunos llaman Pero Gonzalez de la Puente de Fitero, dió de espuelas al caballo para adelantarse. Abrióse la tierra y tragóle sin que pareciese mas. Alborotóse la gente espantada de aquel milagro. Avisóles el conde que aquella era la señal de la victoria que le diera el ermitaño, que si la tierra no los sufria, menos lo sufririan los contrarios.

Con estas palabras volvieron todos en sí. Dióse luego la batalla de poder á poder, en que por pequeño número de cristianos fue destrozada aquella gran muchedumbre de enemigos. El general con los que pudieron escapar, salió huyendo de la matanza. Con esta victoria las cosas de los cristianos que estaban para caer, se repararon. Los nuestros alegres y cargados de despojos de moros se volvieron á sus casas. Dióse parte de la presa al santo varon Pelayo, y con el tiempo á costa del conde se edificó de los despojos de la guerra un magnífico monasterio á la ribera del rio Arlanza con advocacion de San Pedro (2), en que fueron puestos los huesos de don Gonzalo padre del conde. En nuestra edad se muestra la ermita de Pelayo en una peña que está cerca de aquel monasterio. El cuerpo de San Vicente mártir, menos solamente la cabeza, y los de las santas Sabina y Cristeta sus hermanas dicen los monges de San Benito de aquel monasterio de San Pedro de Arlanza que los tienen allí, otros que están en otras partes. Un sepulcro sin duda se muestra en aquel lugar de Garcia abad que fue antiguamente de aquel convento, que ponen en el número de los santos.

Los moros sin perder en alguna manera el ánimo por aquel destrozo y desmán trataban de acometer á

(1) El levantamiento de Galicia sucedió despues de la muerte de don Sancho y ningun autor manifiesta por qué causa.

(2) Su fundacion, segun la escritura publicada por el M. Yepes es muy anterior á este suceso, y se atribuye á otro conde del mismo nombre que vivia en 912. La batalla la pone Ferreras en el año 934.

Castilla, y por otra parte el rey don Ordoño despues de la entrada que hizo en la Lusitania, encendido todavía en deseo de vengarse del conde se aparejaba para le hacer cruel guerra. Hallábanse las cosas en gran peligro: el ánimo del rey don Ordoño como de príncipe modesto fácilmente se amansó con una embajada del conde en que le pedia perdon con toda humildad, que no por su voluntad le habia errado, sino antes por engaño de aquellos que usaron mal de su facilidad: que estaba aparejado por hacer lo que le mandase y recompensar con nuevos servicios la ofensa pasada. Avisóle otrosí que grandes gentes de moros se aparejaban para daño de cristianos: no era justo antepusiese sus particulares afectos y dolor á la causa comun del nombre y Religion Cristiana. Con esta embajada no solo el rey se aplacó, sino le envió tanta gente de socorro cuanta era menester para rebatir la furia de los moros, que eran llegados á Santistevan de Gormaz haciendo mal y daño. Diéronse vista los campos, y tras esto la batalla que fue herida y brava. La victoria quedó por los nuestros: el estrago de los bárbaros fue grande. El rey don Ordoño con la nueva alegre de tan grande victoria, y lleno de nuevas esperanzas se aparejaba para hacer otra vez guerra á los moros, cuando en Zamora murió de su enfermedad el año de 955. Su cuerpo fue sepultado con reales exequias y aparato en Leon en San Salvador do estaba enterrado su padre.

CAPITULO VII.

De don Sancho el Gordo rey de Leon.

En vida del rey don Ordoño no se sabe en qué parte haya estado don Sancho su hermano, y si tuviese alguna mano en el gobierno del reino; ni aun hay noticia si los dos hermanos hicieron amistad entre sí, ó si duró siempre la enemiga que al principio tuvieron. El vergonzoso descuido de los cronistas destos tiempos fuerza á que la historia muchas veces vaya sin claridad; concuerdan empero que despues de la muerte de don Ordoño, don Sancho sin contradiccion fue hecho rey de Leon. Tuvo sobrenombre de Gordo porque lo era en demasía, y por la misma razon de cuerpo inútil para el trabajo. Verdad es qué tuvo muy buen natural y admirable constancia en las adversidades, no nada malicioso, antes muy noble en sus cosas y condicion. El segundo año de su reinado que se contó de Cristo 956, por alterarse el ejército á causa de las parcialidades que aun no sosegaban de todo punto, fue forzado á recogerse y hacer recurso á su tio el rey de Navarra y desamparar el reino por dudar de las voluntades de los amigos, y estar contra él declarados muchos enemigos, que se inclinaban en favor de don Ordoño hijo del rey don Alonso llamado el Monge; el cual con la idea de don Sancho su competidor se apoderó fácilmente de todo, y para tener mas autoridad casó con doña Urraca repudiada del rey don Ordoño su primo: casamiento en



Prision del conde Fernan Gonzalez.

que vino el conde padre della. Era este don Ordoño de malo y perverso natural, tanto que le llamaron el Malo, y como soltase las riendas á sus inclinaciones malas (cosa siempre muy perjudicial á los que tienen gran poder y mando) cayó en odio de la gente y por el odio en menosprecio.

No dejaba don Sancho de advertir la ocasion que se presentaba por este respeto para recobrar el reino, sino que primero para adelgazar el cuerpo por consejo del rey de Navarra su tio fue á Córdoba, do se decia por la fama habia grandes médicos, en particular á propósito para curar aquella enfermedad. Abderrahman le recibió benignamente, púsose en cura y por virtud de cierta yerba cuyo nombre no se refiere, deshecha la gordura, quedó el cuerpo en un medio conveniente. Para que el beneficio fuese mas colmado, le dió á la partida buenas ayudas de moros, para que recobrase su reino. Era al rey bárbaro cosa muy hermosa que se entendiese tenia en su mano la paz y la guerra, hacer y deshacer reyes. Venido don Sancho, su contrario don Ordoño sin tratar de defenderse se fué á las Asturias: tan grande era el temor que le vino repentinamente. De allí con la misma desconfianza pasó á las tierras del conde su suegro. A los miserables todos los desamparan, y las piedras se levantan contra el que huye. Donde pensaba hallar refugio, allí quitándole la mujer por su cobardía, fue deshechado. Recogióse á los moros, en cuya tierra pasó su triste vida pobre y desterrado, y últimamente falleció cerca de Córdoba.

En el mismo tiempo las armas de Castilla se alteraron con guerras domésticas. Don Vela, uno de los nietos y descendientes del otro Vela que dijimos tuvo el señorío de Alava, allí y en la parte comarcana de Castilla tenia grande juridiccion. Este feroz por la edad, y confiado por los parientes, riquezas y aliados que tenia muchos, tomó las armas contra el conde Fernan Gonzalez. El conde no sufria ninguna demasía, acudió asimismo á las armas. Venció á Vela y á sus aliados y consortes, y siguiólos por todas partes sin dejallos reposar en ninguna hasta tanto que los puso en necesidad de hacer recurso á los moros, dejada la patria; que fue ocasion de grandes movimientos y desgracias. El Alhagib Almanzor ó á ruegos y persuasion destos forajidos; ó con deseo de satisfacerse de la afrenta pasada, juntado que tuvo un grueso ejército, entró por tierras de Castilla (1), espantoso y airado contra los nuestros. El conde con los suyos le salió al encuentro; pero primero que se viese con los enemigos, con deseo de visitar á Pelayo su huesped de camino pasó por su ermita: halló que era ya muerto. Aquejado con el cuidado de lo que le sucederia, entre sueños le apareció Pelayo, y le certificó que seria vencedor confiado por ende en la ayuda de Dios fuese á la guerra sin recelo, y en pudiendo diese á los moros la batalla.

La pelea se trabó cerca de Piedrahita con tan grande denuedo y porfía de las partes cuando nunca antes mayor: los bárbaros confiaban en su muchedumbre, los nuestros en la justicia, esfuerzo y buen talante de la gente, sobre todo en la ayuda de Dios, dado que erán pocas para tan grande morisma, conviene á saber cuatrocientos y cincuenta de á caballo, quince mil infantes, pero muy valientes en el pelear y arriscados. Dicen que duró la pelea por espacio de tres dias sin cesar hasta que cerraba la noche, lo que era menester para reposar. El dia postrero el apóstol Santiago fue visto entre las haces dar la victoria á los fieles. De los enemigos en la pelea y huida perecieron mayor número que jamás: por espacio de dos dias siguieron los nuestros el alcance y ejecutaron la victoria en los que huian. Acabada esta guerra, vinieron de toda Castilla embajadores los principales de las ciudades, eso mismo de las otras naciones á dar el parabien al conde por beneficio tan señalado, confesando que por su esfuerzo los cristianos eran librados de presente de un grave peligro y para adelante de no menos miedo. En particular don Sancho rey de Leon con una muy noble embajada que le envió: despues de alegrarse con él le pedia que por cuanto trataba de juntar córtes de todo su reino para consultar cosas muy graves no se escusase de venir á Leon y hallarse en ellas. Fue esta demanda pesada al conde por temer asechanzas en aquella muestra de amistad, y que con color de las córtes no fuese engañado de aquel rey astuto, que sospechaba no debia estar olvidado de las diferencias pasadas; mas no se ofrecia alguna bastante causa para rehusar lo que le era mandado. Prometió de ir allá, y cumpliólo el dia señalado acompañado de gran número de sus grandes. Supo el rey su venida, y para mas honralle le salió á recibir.

Tuviéronse estas córtes el año 958, en las cuales no se sabe qué cosas se tratasen. Solo refieren que el conde vendió al rey por gran precio un caballo y un azor de grande escelencia, por no querer recebillos de gracia como se los ofrecia; y que se puso una condicion en la venta que caso que no se pagase el dinero el dia señalado, por cada dia que pasase, se doblase la paga. Demás desto por astucia de la reina viuda doña Teresa que deseaba vengar la muerte de su padre, se concertó que doña Sancha su hermana casase con el conde; la cual estaba en poder de don García hermano de las dos, rey de Navarra; era ya doña Urraca muerta, la primera mujer del conde. Entendia que por fuerza no aprovecharia nada, y el rey don Sancho no queria abiertamente faltar en su fe: determinaron de poner asechanzas al conde y usar en lugar de armas de la deslealtad de los navarros. No sabia estos meneos y tramas el rey Garci Sanchez; y así con deseo de vengar las injurias pasadas no cesaba de hacer cabalgadas, talar y maltratar las tierras de Castilla. El conde vuelto á su tierra, le amonestó por sus embajadores hiciese emienda de los daños hechos; que de otra guisa no podria escusarse de mirar por los suyos y satisfacelles sus agravios.

Con esta embajada parece se abria la guerra: de lance en lance vinieron á las armas: juntaron sus huestes: dióse en breve la batalla, en que el conde salio vencedor. En esta guerra Lope Diaz señor de Vizcaya, como cuentan las historias de aquella gente, ayudó al conde en esta jornada. Dicen fue hijo de Iñigo Ezquerra, biznieto de Zuría que fue antiguamente señor de Vizcaya. Despues desta victoria hechas las paces, el conde Fernan Gonzalez conforme á lo que capituló, fue á Navarra con acompañamiento de gente desarmada como para bodas y fiestas. La cosa daba muestras de alegría y seguridad mas que de miedo: con todo eso fue preso por el rey desleal, que se halló en el lugar aplazado con gente y con armas. Desta prision fue librado por astucia de doña Sancha por cuyo amor cayera en aquel trabajo, y con ella huyó á su tierra. Encontraron con él los soldados castellanos en la frontera de Castilla y en aquella parte de la Rioja do despues se edificó el pueblo de Villorado, que iban juramentados de no volver á sus casas antes que el conde recobrase su libertad. Fueron grandes las muestras de alegría y regocijo de ambas las partes, del conde y de sus buenos vasallos.

Llegados á Burgos, se celebraron las bodas. El rey de Navarra, engañado por la astucia de su hermana, se apercibia para la guerra. El conde no rehusó la batalla, que se dió á las fronteras de Castilla y de Navarra. Fue el rey vencido, y vino en poder de su enemigo el año 959. El mismo año que fue el de los árabes trescientos y cincuenta. Abderrahman rey de

(1) Los historiadores contemporáneos no hablan de ninguna batalla habida con los moros en este tiempo.

Córdoba murió siendo muy viejo: poco antes que muriese le envió una magnífica embajada el rey don Sancho de Leon. El principal de los embajadores, que era Velasco obispo de Leon, le pidió por el derecho de la amistad que antes tenia asentada entre los dos, le enviase el cuerpo del mártir Pelagio, que lo tendria por singular beneficio, Abderrahman no quiso venir en lo que se le pedia, pero no mucho despues lo concedió Alhaca su hijo sucesor, el cual por la muerte de su padre reinó diez y siete años y dos meses, y con deseo de la paz á que era inclinado, pretendia hacer placer y cortesía á los príncipes comarcanos.

Don García rey de Navarra despues que estuvo preso en Burgos trece meses, fue restituido en su libertad. Las lágrimas de doña Sancha, y los ruegos de los otros príncipes aplacaron el ánimo airado del conde. La reina doña Teresa, mujer de ánimo feroz, por no habelle sucedido como pretendia el engaño que tenia urdido contra el conde de Castilla, se determinó armalle nuevos lazos. Persuadió á don Sancho su hijo rey de Leon llamase al conde á las córtes generales del reino con voz que queria en ellas tratar de los negocios mas graves de su Estado. Fue él contra su voluntad porque sospechaba engaño: el rey no le salió á recebir como antes, y puesto de rodillas para besar como era de costumbre su real mano, con palabras afrentosas desechándole de sí, mando ponerle en prision. Por esta causa gran tristeza y lloro entró en los ánimos de los buenos vasallos del conde, Doña Sancha hembra varonil, y de genio astuto, con deseo de librar á su marido se aprovechó desta maña. Finge que quiere ir en romería á Santiago; era el camino por Leon donde tenian el conde preso: el rey avisado de su venida, como á tan noble dueña y tia suya, la salió á recebir y la hospedó amorosamente. Ella con grandes ruegos pidió licencia para visitar á su marido: no podia ser cosa mas honesta ni mas justa que el deseo que mostraba de consolarle. Permitió el rey que aquella noche se quedase con él: á la mañana antes que fuese bien claro, el conde vestido de las ropas de su mujer como si ella fuera salió de la cárcel, y en un caballo que para esto tenian aprestado, se fue á su tierra. Doña Sancha desde la cárcel en que se quedó en vez de su marido, avisó al rey como el conde era huido: que perdonase á ella como á persona de sangre real y deuda suya: que no era justo rehusar algun peligro por causa de su marido y por salvalle: lo que por esta causa habia hecho, era digno sino de loa, á lo menos de perdon: que la principal virtud de los reyes consiste en levantar á los miserables y caidos. El rey dolióse al principio del engaño, despues sosegada la saña con la razon, alabó la piedad y el valor de aquella señora, su astucia y la constancia de su ánimo: en conclusion honrándola con muchas palabras, mandó fuese llevada á su marido con grande acompañamiento.

El conde alegre por lo sucedido, dado que pudiera romper la guerra contra aquel rey como contra enemigo, contentóse con pedirle lo que por el caballo y el azor se le debia. Habia crecido grandemente la deuda por la dilacion. Como no le pagasen, talaba los campos de los leoneses sin desistir de hacer mal y daño hasta tanto que el rey envió sus contadores para hacer la paga enteramente. Llegados á cuenta, hallaron que no bastaban los tesoros reales para pagar. Concertóse que en recompensa de la deuda, Castilla quedase libre sin reconocer adelante vasallaje á los reyes de Leon. Este asiento dicen que se tomó año de nuestra salvacion de 965. En el mismo año un grueso ejército de moros rompió por el reino y puso cerco á Leon; mas fueron por el esfuerzo de la guarnicion y ciudadanos rechazados con grave daño. Del Océano grandes llamas, causadas á lo que se entiende de algun aspecto maligno de las estrellas, se derramaron sobre las tierras cercanas, y hasta Zamora (tanto cundieron) abrasaron muchos pueblos y campos: anuncios de mayores males, segun que el pueblo lo pronosticaba. Don Garci Sanchez rey de Navarra falleció el año siguiente 966: dejó de su mujer doña Teresa á don Sancho y don Ramiro, asimismo tres hijas á doña Urraca, doña Ermenesilda y doña Teresa. En qué parte haya sido enterrado, no se sabe: algunos sospechan que en el monasterio de San Salvador de Leyre. El Cronicon Alveldense dice que en el castillo de Santistevan; lo cual tengo por mas cierto.

El reino se dió á don Sancho García hijo del difunto, y junto con él á don Ramiro su hermano; si dividido, ó como á compañeros y de igual poder, no se declara: lo que se averigua por el dicho Cronicon Albeldense (que se escribió por este mismo tiempo) es que reinó don Ramiro mas de diez años: no parece fue casado, por lo menos que murió sin sucesion hay grandes conjeturas, certidumbre ninguna. Don Sancho que se intitulaba, como se vé por los privilegios antiguos, rey de Pamplona, Nájara y Alava, tuvo el reino veinte y siete años, sin saberse dél otra cosa digna de memoria por descuido de los escritores de aquel tiempo solo consta que añadió á su reino el señorio de Vizcaya y á Nájara que en aquel tiempo era la ciudad principal y silla de aquel estado. Dá muestra que fue amigo de aumentar el culto divino, la grande liberalidad con que dió diversos campos y pueblos al monasterio de San Salvador de Leyre, al de San Millan en Nájara, y al de San Juan de la Peña. Su mujer se llamó doña Urraca de quien tuvo á don Garci Sanchez su hijo llamado Trémulo, porque solia al principio de la pelea temblar mas que parece sufria el grande ejercicio que tenia de las armas y la dignidad real, vicio y falta de su natural que solia recompensar con notables hazañas: luego que entraba en la pelea y en calor, cumplia con lo que debia á buen soldado y prudente capitan.

En Galicia hobo nuevos bullicios por estar aquella provincia dividida en parcialidades muy fuera de sazon pues tenia tanto que hacer en la guerra de los moros. La causa destos alborotos no se refiere, solo dicen que por diligencia del rey fueron en breve sosegados estos movimientos: castigó alguno de los alborotados, otros fueron echados y desterrados á aquella parte de la Lusitania que estaba en poder del rey, como á frontera. Tenia el gobierno de aquella tierra un cierto conde llamado Gonzalo, hombre mal intencionado. Este en defensa de los desterrados, por ser de su parcialidad, tomó las armas contra el rey y llegó con ellas hasta la ribera de Duero: allí desconfiado de las fuerzas acordó valerse de engaño; alcanzó perdon de lo hecho por ruegos muy grandes. Habia sido muy familiar del rey en otro tiempo: recivióle en el mismo lugar y grado que antes; con que tuvo comodidad de dar al rey una manzana emponzoñada con yerbas mortales: la fuerza del veneno luego que la comió, se derramó por las venas y comenzó á apoderarse de las partes vitales. Mandóse llevar á Leon, pero desauciado de los médicos rindió el alma antes de llegar, cerca de aquella ciudad, tres dias despues que le emponzoñaron, el año de 967. Su cuerpo enterraron en la iglesia de San Salvador de Leon. Reinó por espacio de doce años.

CAPITULO VIII.

De don Ramiro Tercero, rey de Leon.

Averiguado es que el rey don Sancho casó con doña Teresa: asimismo que don Ramiro era de cinco años cuando su padre murió. Tuvo el reino por espacio de quince años, pero por su tierna edad el gobierno estuvo en poder de la reina su madre y de doña Elvira su tia que otros llaman Geloyra, hembras muy señaladas y de singular prudencia, si bien por

ser el rey pequeño y ellas mujeres se levantaron grandes alteraciones. El sucesor de Ermigildo prelado de Compostella, que se llamaba Sisnando, y era hijo del conde Menendo, porque confiado en su nobleza gastaba torpemente las rentas eclesiásticas y la hacienda, el rey don Sancho le removió y puso en prision, eligiendo en su lugar á Rodesindo, que fue primero obispo Dumiense, y despues monge de San Benito en el monasterio de Celanova. Era de sangre real, y hijo del conde Gutierre Arias y de Aldara su mujer. Sisnando por la muerte del rey don Sancho fue puesto en libertad, y salido que hobo de la cárcel, se apoderó por este tiempo de la iglesia Compostellana, y forzó á su sucesor por miedo de la muerte á que renunciase y se volviese á su monasterio, en que pasó lo mas de su edad muy contento de verse libre. Allí acabó santísimamente; y en diversas partes celebran su fiesta á primero de marzo, que es el dia que falleció año de novecientos y setenta y seis.

Tenian los de Leon puesta amistad con el rey de Córdoba, y de nuevo se confirmó, por causa que el rey de Córdoba Alhaca en gracia del nuevo rey don Ramiro le concedió el cuerpo del mártir Pelagio. Pusiéronle en el monasterio que á sus espensas en Leon edificara el rey don Sancho, y deseaba aumentar la devocion de aquella iglesia con las sagradas reliquias deste mártir. Este monasterio se llamó antiguamente de San Juan Bautista, despues de San Pelagio ó Pelayo, al presente tiene la advocacion de San Isidoro. La causa de mudar los apellidos fue la traslacion que á él en diversos tiempos se hizo de los cuerpos de aquellos dos santos. Alteróse la paz y avenencia con esta ocasion: á persuasion de don Vela el cual dijimos haber huido á Córdoba y por su importunidad los moros deseaban hacer guerra contra el conde de Castilla, y satisfacerse de tantos agravios como dél tenian recibidos. El rey Alhaca dado que ora mas inclinado á la paz que á la guerra, movido por la instancia que en esta razon le hicieron los suyos con un grueso ejército que juntó, rompió por las tierras de Castilla; apoderóse de Sepúlveda, Gormaz, Simancas y Dueñas; y animado con el buen suceso menospreciada la confederacion que tenia con el rey de Leon, se metió y rompió por su reino: tomó en aquellas partes por fuerza á Zamora y la echó por tierra.

La molestia que el conde Fernan Gonzalez recibió destas cosas, le acarreó su fin el año siguiente que se contó de nuestra salvacion 968 (1). Falleció en Burgos, fue sepultado á la ribera de Arlanza. En aquel monasterio de San Pedro junto al altar mayor se ven las sepulturas dél y de su mujer doña Sancha con sus letreros que declaran suyos son. Las exequias fueron célebres no mas por el aparato, quebranto y lutos de los suyos, que por las lágrimas de toda la provincia que lloraba la muerte de tan bueno y tan fuerte príncipe, por cuyo esfuerzo las cosas de los cristianos se conservaron por tanto tiempo. Tuvo de dos mujeres estos hijos: Gonzalo, Sancho, Garci Fernandez, otros añaden á Pedro y á Balduino. Lo que consta es que Garci Fernandez sucedió á su padre por ser los demás muertos en tierna edad, ó si eran vivos, le antepusieron en la sucesion á causa de su buen natural y principios que mostraba de grandes virtudes, que en breve se aumentaron y dieron colmado fruto. Dejó asimismo una hija llamada doña Urraca, de quien poco antes diversas veces se ha hecho mencion.

Por el mismo tiempo los normandos, que tenian hecho su asiento en aquella parte de Francia que antiguamente se llamó Neustria, ahora Normandía, y por diligencia de Herveo obispo de Rems algunos años antes deste se hicieron cristianos, como estuviesen acostumbrados á robar las riberas de España, juntaron este año una gruesa armada con que maltrataron las tierras de Galicia, quemaron aldeas, castillos y lugares, cautivaron muchos hombres, robaron asimismo todo lo que hallaban: duró dos años esta plaga. El rey por su tierna edad no podia acudir á la defensa. Sisnando prelado de Compostella, hombre mas para soldado que para obispo, juntado que hubo en número de los naturales, en un rebate que dió al enemigo cerca de un pueblo llamado Fornellos fue muerto con una saeta que le tiraron: sucedió esto á veinte y nueve de marzo año 979: el fin fue conforme á la vida. Lo que con razon se puede en él alabar, es que procuró diligentemente de cercar á Santiago de murallas á propósito de poner en defensa aquel tan santo lugar, que no le pudiesen forzar los enemigos. El conde Gonzalo Sanchez nombrado por capitan para aquella guerra se gobernó mejor. Acometió de sobresalto cerca de la mar á los normandos, que cargados de despojos marchaban sin órden y sin recelo, y hizo en ellos gran matanza. Pereció en la refriega el mismo general de aquella gente llamado Gunderedo: quitóles la presa y los cautivos, las naves otrosí sin faltar una les fueron unas tomadas, quemadas otras, con que quedó libre España de gran peligro y cuidado.

En Córdoba por el mismo tiempo falleció el rey Alhaca el año de novecientos y setenta y seis, de los árabes trescientos y sesenta y seis. Este año el moro Rasis envió sus Comentarios que escribió en arábigo de las cosas de España, á Balharab miramamolin de Africa á cuya persuasion y por cuyo mandado los compuso. Dejó Alhaca ocho hijos, todos de pequeña edad y muy niños. Los moros no se concertaban en el que debia suceder: remitiéronse al miramamolin de Africa por cuyo órden Hissem fue antepuesto á sus hermanos, aunque no tenia mas que diez años y cuatro meses. Reinó treinta años y cuatro meses solo de nombre, porque el gobierno y poder tenia Mahomad hombre sagaz que se llamó Alhagib, que quiere decir virey, por voluntad de los grandes, y tenia mano en todo. El mismo despues se llamó Almanzor que quiere decir vencedor, por las muchas victorias que ganó de los enemigos. De aquí nacieron entre aquella gente alteraciones civiles, como es ordinario cuando el rey pasa la vida en ociosidad, y en deleites y deportes, y reinan otros en su nombre: además que con la abundancia de España, templanza del cielo, blandura de los naturales ya la ferocidad de los ánimos con que aquella gente vino á España, se habia menguado y quitado mucho de las fuerzas del cuerpo. No pararon estas discordias hasta que Hissem fue despojado del reino paterno.

El estado de nuestras cosas no mejor á causa que por haberse el rey criado en regalo y entre mujeres tenia las costumbres estregadas, y en el ánimo poco valor. Demás desto la reina doña Urraca, con quien el rey don Ramiro casó el año 981 estaba apoderada de su marido. Menospreciaba los consejos de su madre, y de su tia doña Elvira, vírgen consagrada á Dios, por cuyo respeto algun tanto al principio se solia enfrenar. Daba audiencia de mala gana, las respuestas ásperas: con esto irritó los nobles de Galicia, hombres de feroz natural. Destos principios cayó en menosprecio de los suyos, y se dió ocasion á los revoltosos de alterar el reino. Los primeros que se alteraron fueron los gallegos como los mas desabridos. Don Bermudo primo del rey, y hijo del rey don Ordoño Tercero deste nombre, se hizo capitan y cabeza de los alterados con esperanza de recobrar por las armas el reino de su padre, que pretendia le quitaran á gran tuerto. El rey don Ramiro por este peligro al cabo despierto del sueño acudió á la necesidad. Hízose la guerra dos años con diferentes sucesos y trances. Estaban divididas las voluntades del reino entre los

(1) Debió de suceder, segun los mejores datos, ó á fines de 970 ó principios del siguiente año.

dos. Ultimamente se dió la batalla cerca de un lugar llamado Portela Arenaria no lejos de Monterroso: murieron muchos de ambas partes sin que la victoria se declarase. Despues desta batalla de tal manera se dejaron las armas, que Galicia quedó por don Bermudo, que puso en Compostella el asiento y silla de su nuevo reino. Fue hecho obispo de aquella ciudad por voluntad de don Bermudo Pelayo obispo que era de Lugo, hijo del conde Rodrigo, hombre de malas costumbres, por donde adelante le quitaron el obispado y pusieron en su lugar á Pedro Munsorio monge y abad de conocida virtud. En tiempo deste buen prelado volvieron á la iglesia Compostellana todas las cosas y heredades que por las revueltas de los tiempos pasados le quitaron.

El conde don Rodrigo con deseo de restituir á su hijo en aquella dignidad llamó los moros en su ayuda. Miserable era el estado de las cosas; y grande la afrenta de la Religion Cristiana. Con el ímpetu y armas de los bárbaros fue Galicia muy maltratada: la misma ciudad de Compostella fue tomada y una pared del templo de Santiago echada por tierra. No tocaron en el sepulcro del Apóstol: no se sabe la causa: solo consta que Santiago volvió por su silla y su templo, y castigó gravemente aquel desacato, porque con una enfermedad de cámaras que anduvo por todo el ejército, pereció con muchos dolores gran parte de aquella morisma. El mismo Almanzor (1) como preguntase la causa de tan grande estrago, y cierto hombre le respondiese que uno de los discípulos del hijo de María tenian allí sepultado, determinó dejar aquella empresa. No pudo llegar á su tierra, ca murió de la misma enfermedad en Medinaceli, pueblo conocido en los celtíberos á la raya de Aragon. Por otra parte con nuevas entradas que hicieron los moros, ganaron muchos lugares de los nuestros, esto es á Gormaz cerca de Osma y á Atienza: en Castilla la Vieja Simancas despues de un largo cerco fue tomada, vencido el rey don Ramiro que vino á socorrer los cercados. Nunca se vió España en mayor peligro despues que comenzó á levantar cabeza: los nuestros divididos entre sí, grave daño; el Alhagib capitan de gran nombre, y que lo gobernaba todo por los reyes de Córdoba, ardia en odio implacable del nombre cristiano. Partidos los moros, la pared de la iglesia de Santiago se reedificó por diligencia del rey don Bermudo y de su prelado Pedro Mansorio; y fue el templo reconciliado con solemne ceremonia, como se acostumbra, por quedar profanado con la suciedad de la supersticion morisca.

A Pedro sucedió en aquella iglesia Pelayo Diaz, de juez seglar repentinamente mudado en obispo por malas mañas y fuerza de que usó. Fue pues depuesto este prelado, porque era de costumbres insolentes y no daba orejas á nadie. En su lugar sucedió su hermano Vimara de vida semejante, que ó acaso, ó por traicion de alguno murió ahogado en el rio Miño. Eran aquellos tiempos muy estragados: las costumbres de los sacerdotes muy livianas no solo en España, sino al tanto en las otras partes del orbe cristiano; la misma Roma cabeza de la Iglesia y albergue de la santidad padecia un grave scisma. Bonifacio y Bendicto y Juan pleiteaban sobre el pontificado: cada cual tenia sus valederos y razones que en su favor alegaba. Cuánta fuese la corrupcion de las costumbres de Luithprando diácono Ticinense, que escribió como testigo lo que veia y pasaba, se puede entender. A Vimara sucedió otro del mismo linaje, cuyo nombre no se refiere: algunos códices le llaman Isquaria; sospecho que la letra está errada. Este como no fuese nada mejor que sus dos parientes, por mandado del rey fue preso.

Volvamos á don Ramiro que pasaba en ociosidad y descuido toda la vida: gran perjuicio en los príncipes, cuyo oficio principal es por sí mismo acudir á las armas; en este estado le tomó la muerte; falleció en Leon el año 982. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de Destriana, que (como se dijo arriba) le edificó el rey don Ramiro su abuelo en el valle Ornense con advocacion y en nombre de San Miguel. De allí por mandado del rey don Fernando Segundo deste nombre, como doscientos años adelante, le trasladaron á la iglesia Mayor de Astorga, Sampiro obispo de Astorga, de quien hemos tomado muchas cosas en lo pasado, hizo fin á su escritura y historia en este lugar. Pasa adelante Pelagio obispo de Oviedo, que vivió en tiempo de don Alonso el emperador. El crédito de entrambos por haberse hallado en muchas de las cosas que cuentan, es grande, aunque el de Sampiro se tiene por mayor, y él mismo por autor mas grave.

CAPÍTULO IX.

De don Bermudo el Gotoso, rey de Leon.

Por la muerte de don Ramiro la sucesion tornó y recayó en don Bermudo Segundo deste nombre, así por derecho de consanguinidad, que era primo hermano del rey muerto, como por estar por fuerza apoderado de parte del reino. Tuvo el reino diez y siete años, fue enfermo y sujeto á la gota, por la cual causa fue llamado el Gotoso. Confirmó con nuevo edicto que publicó, las leyes antiguas de los godos, y mandó que los cánones de los pontífices romanos tuviesen vigor (2) y fuerza en los juicios y pleitos seglares; que fue una ordenacion santísima. Pero antes de comenzar las cosas deste rey conviene tratar de Garci Fernandez conde de Castilla, del cual consta que al principio que tomó el gobierno, peleó con los moros cerca de Santistevan de Gormaz á la ribera del rio Duero murió gran número de moros, los demás se salvaron por los piés. Aconteció en aquella batalla una cosa digna de memoria. Fernan Antolinez, hombre noble y muy devoto, oia misa al tiempo que se dió señal de acometer, costumbre ordinaria suya antes de la pelea: por no dejarla comenzada se quedó en el templo cuando se tocó al arma; esta piedad cuán agradable fuese á Dios, se entendió por un milagro. Estábase primero en la iglesia, despues escondido en su casa temia no le afrentasen como á cobarde. En tanto otro á él semejante, es á saber su ángel bueno, peleaba entre los primeros tan valientemente, que la victoria de aquel dia se atribuyó en gran parte el valor del dicho Antolinez. Confirmaron el milagro las señales de los golpes y las manchas de la sangre que se hallaron frescas en sus armas y caballo: así publicado el caso, y sabido lo que pasaba, quedó mas conocida la inocencia y esfuerzo de Antolinez.

El conde Garci Fernandez despues desta guerra y jornada se dice casó con dos mujeres: la una se llamó Argentina, de cuya apostura se enamoró al tiempo que su padre, hombre noble y francés de nacion, la traia en romería juntamente con su madre á Santiago. Seis años despues estando el conde su marido enfermo en la cama, ó por aborrecimiento que le tenia, ó con deseo de la patria se volvió á Francia con cierto francés que tornaba de la misma romería: así lo dicen nuestras historias. El conde recobraba la salud, y dejando en el gobierno de su estado á Egidio y á Fernando hombres principales, en traje disfrazado se fué á aquella parte de Francia donde entendia que

(1) Esta guerra de los moros y demás sucesos que aqui refiere Mariana, son del tiempo de don Bermudo y no de don Ramiro.

(2) Consta de los mejores testimonios que no fueron estos cánones sino los de la Iglesia antigua de España los que mandó observar.

Argentina moraba. Tenia Argentina una antenada llamada Sancha, que como suele acontecer estaba mal con su madrastra, esta con esperanza que le dieron de casar con el conde, ó por liviandad como mujer, le dió entrada en la casa. Mató el conde en la cama á Argentina y al adúltero, y con tanto llevó á la dicha Sancha consigo á España : hiciéronse las bodas de los dos con grande aparato y regocijo en Burgos. Muchos tienen todo esto por falso, y afirman que la mujer deste conde se llamó Oña, movidos por el monasterio de San Salvador de Oña, que dicen el conde Garci Fernandez edificó en Castilla del nombre de su mujer : otros afirman que se llamó Alba, como lo muestran los letreros antiguos de los sepulcros destos condes que hay en Arlanza y en Cardeña : ¿la verdad quién la averiguará? mas podemos sin duda maravillarnos de tanta variedad que determinar lo que se debe seguir.

No tiene mejor fundamento lo que se dice, que en una entrada que hicieron los moros en el tiempo que el conde se ausentó, llegaron hasta Burgos y destruyeron el monasterio de San Pedro de Cardeña con muerte de los monges : otros dicen que esto sucedió cien años antes deste tiempo, si por ventura no se padeció este daño dos veces. En la Rioja, y en un pueblo llamado Bosca, Nunilon y Alodia hermanas fueron muertas por la fe. Sus cuerpos dicen algunos que fueron llevados á Boloña ciudad de Lombardía; otros lo contradicen, como queda arriba dicho. Demás desto Victor natural del lugar del Cereso tierra de Burgos, y Eurosia vírgen padecieron por la misma causa. El cuerpo de Eurosia está en la ciudad de Jaca : el sepulcro de San Victor en el lugar de Vilorado es honrado con fiesta que cada año le hacen. Los bárbaros en este tiempo no solo con los hombres parecia que traian guerra, sino que peleaban asimismo con el cielo y con la santidad cristiana no faltaron hombres y mujeres de ánimos escelentes y grandes que se ofreciesen á la pelea por la religion de sus padres, y con su sangre diesen escelente testimonio de la verdad de la fe de Cristo. Dios asimismo á veces castigaba severísimamente la crueldad y arrogancia de aquella gente fiera : ordinariamente con la impiedad se acompañaba la severidad en la venganza para espantar á los malos y animar á los buenos, como por el mismo tiempo aconteció á Alcorregi rey de Sevilla. En tiempo del rey don Bermudo con una entrada que hizo por la parte de Lusitania en Galicia, forzó y destruyó la ciudad de Compostella, que es la mas principal de aquella tierra, venerable por la santidad del lugar y su devocion. Este impío atrevimiento fue luego castigado por Dios, porque una peste repentinamente se levantó y estendió por los moros de manera tal que consumió todo el ejército : muy pocos volvieron salvos á sus tierras para ser pregoneros de la divina venganza y verdaderos testigos del estrago miserable.

Pasado este peligro, hobo en España nuevos trabajos, tanto que ningunos mayores despues que ella comenzó á volver en sí. La causa destos males fue la discordia obstinada de los dos príncipes, el rey don Bermudo y el conde don García, que fuera mas justo se acordaran en ayudar á la república. Gobernaba en Córdoba las cosas de los moros á su voluntad en nombre del rey Hissem, el Alhagib Mahomad, capitan de gran nombre, de singular prudencia en guerra y en paz. Tenia este moro gran deseo de destruir los cristianos : llevaba muy mal que su imperio en España se dilatase, y que se envejeciesen las fuerzas de los moros, y su nacion se menoscabase, su crédito y sus fuerzas. Ponia leña al fuego y atizábale don Vela, aquel de quien se dijo que en tiempo del conde Fernan Gonzalez se huyó á tierra de moros. No tenia algun respeto á la religion de sus padres por deseo de su provecho particular y de vengarse. Juntadas pues las gentes de los moros, con un escuadron de cristianos que acompañaban á don Vela, acometió las tierras de cristianos, y pasado el rio Duero, que por largo tiempo fue frontera entre las dos naciones (de que se dijo aquella parte Estremadura, apellido que adelante se trasladó y transfirió á otra comarca, si bien está lejos del rio Duero, del cual al principio se forjó el nombre de Estremadura) asentó sus reales á la ribera del rio Astura ó Estola que pasa por Leon.

El rey don Bermudo dado que en fuerzas era mas flaco, juntado arrebatadamente su ejército, acometió de sobresalto á los enemigos que estaban sin centinelas, y de ninguna cosa menos cuidaban que de la venida de los nuestros, que entraron los reales enemigos. La pelea fue sin órden ni concierto á manera de rebato : muchos por estar sin armas fueron muertos; los demás moros, como acaso cada uno se juntaba, peleaban ó delante de los reales ó entre el mismo bagaje : unos huian, otros tomaban las armas, gran parte fueron heridos y muertos. En este estado y en este peligro el capitan moro reparó el daño con su prudencia : recogió los que pudo, púsolos en otra parte en ordenanza, y con ellos cargó contra los cristianos, que no fueron bastantes á resistir en aquel trance por ser pocos en número, estar desparcidos por todos los reales, y cansados con el largo trabajo de la pelea. Finalmente en un instante se trocó la fortuna de la batalla : los que parecia haber vencido, se pusieron en huida : siguiéronlos los bárbaros y ejecutaron el alcance de guisa que pocos de los nuestros sanos, gran parte mal heridos volvieron á Leon. Fuera aquella ciudad tomada por los enemigos, si no les forzara el invierno y el trabajo del frio y de las lluvias á partirse del cerco con gran honra que ganaron en esta jornada, y cargado de despojos y presa, determinados otrosí de volver á la guerra luego que el tiempo abriese y les diese lugar.

El rey don Bermudo por el peligro que amenazaba y por la poca fortaleza de la ciudad hizo trasladar á Oviedo las reliquias de los santos y los cuerpos de los reyes que allí yacian, porque no fuesen escarnecidos de los enemigos si la tomaban. El mismo se fue á aquella ciudad : el cuidado de fortificar y defender á Leon dejó encargado al conde Guillen Gonzalez. Concurrió esta batalla de Asturias con el año 984, en el cual Miron obispo de Girona, hijo de Miron conde de Barcelona, falleció. Demás desto un grueso ejército de moros que andaba por aquella comarca (tan grande era el coraje que tenian) vencieron en batalla cerca del castillo de Moncada ó Borello primo del obispo Miron : mas de quinientos de los fieles perecieron, los demás con el conde Borello se retiraron huyendo á Barcelona.

El año siguiente de 985 fue señalado por el desastre que avino á dos principales ciudades, Leon y Barcelona. A Barcelona sitiaron los moros primero dia de julio que fue miércoles, indiccion tercera, aquellos mismos que en batalla vencieron á Borello : tomáronla á seis de aquel mes, muchos de los ciudadanos fueron llevados á Córdoba por esclavos; mas en breve la ciudad volvió al señorío de los cristianos. Salióse Borello antes que la tomasen, para juntar gente de socorro; levantó gentes en Manresa y en los lugares comarcanos, con que formó un buen ejército y con él recobró la ciudad. Murió el buen conde Borello ocho años adelante : dejó de dos mujeres llamadas Ledgardi y Aymerudi dos hijos, que fueron Raimundo y Armengaudo; el mayor quedó con el principado de Barcelona, Armengaudo nombró y hizo por su testamento conde de Urgel, y fue principio de la familia nobilísima en Cataluña de los Armengaudos ó Armengoles que el tiempo adelante dió muchos y escelentes capitanes para la guerra.

Por otra parte el Alhagib Mahomad juntado que

hubo un grueso ejército de nuevo, hecho mas insolente y feroz por lo que sucedió en la guerra pasada, volvió sobre Leon con voluntad determinada de tomarla. Casi un año estuvo aquella ciudad cercada: batian ordinariamente los muros con las máquinas y ingenios; hicieron entradas por la parte de Peniente y Mediodía. De cuánto momento sea el esfuerzo de un valeroso caudillo se echó bien de ver por lo que el conde Guillen Gonzalez que era el capitan, hizo. Por el contínuo trabajo de tantos meses quebrantadas las fuerzas, yacia en su lecho enfermo: avisáronle del peligro en que en cierto aprieto se hallaban: hízose llevar en una silla á aquella parte del muro donde era mayor el trabajo y el combate mas recio: amonesta á los suyos que resistan con grande ánimo, que lugar de huir no quedaba, ni aun para los cobardes; por tanto con las armas defendiesen las vidas, patria, religion, libertad, mujeres y hijos: que de otra suerte ninguna esperanza les restaba por estar los enemigos irritados con tan largo trabajo, y ellos sin acogida ninguna: muchas veces gran muchedumbre de moros en batalla quedaron vencidos por pocos cristianos; llamasen el ayuda de los santos, que á su tiempo sin duda no faltaria.

Con estas palabras animados los soldados tres dias impidieron la entrada á los enemigos: estos pasados, como el capitan viese entrada la ciudad y que él con pocos no podia resistir, no olvidado de su esfuerzo pasado y de lo que debia á buen cristiano, se metió en lo mas recio de la pelea y murió con las armas en la mano. Los bárbaros irritados por la muerte de los suyos, y largura de aquel cerco, sin tener cuenta ni hacer diferencia entre hombres, niños y mujeres, todos los pasaron á cuchillo; la ciudad fue saqueada, abatidas las murallas, y todas las fortificaciones y baluartes echados por tierra. El mismo desastre padecieron Astorga, Valencia del Campo, el monasterio de Sahagun, Gordon, Alba, Luna, y otros lugares y aldeas que fueron unos quemados y destruidos, parte tomados por fuerza y saqueados. Revolvieron contra Castilla, y en ella asimismo tomaron, quemaron y saquearon á Osma, Berlanga, Atienza: no se podia resistir en parte alguna. Sin embargo era tan grande el furor y locura que se apoderara de los ánimos de los cristianos, que sin respeto de tan gran guerra como tenian de fuera, vueltas contra sí las armas como locos y sandíos no miraban el peligro que todo corria por causa de sus desgustos y diferencias.

Fue así que luego el siguiente año siete nobilísimos hermanos, que vulgarmente llaman los infantes de Lara, fueron muertos por alevosía de Ruy Velazquez su tio sin tener cuenta con el parentesto; que eran hijos de su hermana doña Sancha, y de parte de padre venian de los condes de Castilla y del conde don Diego Porcellos, de cuya hija como de suso queda dicho, y de Nuño Belchides nacieron Nuño Rasura bisabuelo del conde Garci Fernandez, y otro hijo llamado Gustio Gonzalez. Este caballero fue padre de Gonzalo Gustio señor de Salas de Lara, y sus hijos estos siete hermanos conocidos en la historia de España no mas por la fama de sus proezas, que por la desastrada muerte que tuvieron. En un mismo dia los armó caballeros el conde don Garcia conforme á la costumbre en aquellos tiempos recebida, en particular en España. Aconteció que Ruy Velazquez señor de Villaren celebraba sus bodas en Burgos con doña Lambra natural de tierra de Briviesca, mujer principal, y aun prima carnal del conde Garci Fernandez. Las fiestas fueron grandes y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci Fernandez y los siete hermanos con su padre Gonzalo Gustio; encendióse una cuestion por pequeña ocasion entre Gonzalo el menor de los siete hermanos y un pariente de doña Lambra que se decia Albar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvó que Lambra como la que se tenia por agraviada con aquella riña para vengar su saña en el lugar de Barbadillo, hasta donde los hermanos por honralla la acompañaron, mandó á un esclavo que tirase á Gonzalo un cohombro mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España: el esclavo se quiso valer de su señora doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida.

Ruy Velazquez que á la sazon se hallaba ausente ocupado en cosas de importancia, luego que volvió, alterado por aquella injuria, y agraviado por la afrenta de su mujer, comenzó á tratar de vengarse de los hermanos. Parecióle conveniente con muestra de paz y benevolencia (cosa la mas perjudicial) armar sus lazos á los que pretendia matar. Primeramente dió órden que Gonzalo Gustio fuese á Córdoba; la voz era para cobrar ciertos dineros que el rey bárbaro habia prometido, la verdad para que fuese muerto lejos de su patria como Ruy Velazquez rogaba al rey que hiciese, con cartas que le escribió en esta razon en arábigo. El moro ó por compasion que tuvo á las canas de hombre tan principal, ó por dar muestra de su benignidad no le quiso matar, contentóse con ponerle en la cárcel. Era la prision algo libre con que cierta hermana del rey tuvo entrada para comunicalle. Desta conversacion dicen que nació Mudarra Gonzalez, principio y fundador del linaje nobilísimo en España de los Manriques.

No se contentó el feroz ánimo de Ruy Velazquez con el trabajo de Gonzalo Gustio: llevó adelante su rabia. Cerca de Almenara en los campos de Araviana á las haldas de Moncayo metió con muestra de hacer entrada en la tierra de los moros en una celada á los siete hermanos, bien descuidados de semejante traicion. Bien que Nuño Salido su ayo por sospechar el engaño procuró apartallos para que no corriesen á su perdicion, pero fue en vano, porque así lo quiso ó lo permitió Dios. Iban con ellos doscientos de á caballo, pocos para el gran número de los moros que cargaron. Descubierta la celada, los siete hermanos pelearon como buenos, dieron la muerte á muchos, pretendian vencer si pudiesen, ó por lo menos vender sus vidas muy caro y dejar á los enemigos la victoria á costa de mucha sangre, resueltos de no dejarse prender, ni afear con el cautiverio la gloria y nobleza de su linaje y sus hazañas pasadas. Murieron todos siete y juntamente Salido su ayo. Las cabezas enviaron á Córdoba en presente agradable para aquel rey, pero muy triste para su padre viejo, ca se las hicieron mirar y reconocer sin embargo que llegaron podridas y desfiguradas. Verdad es que sucedió en provecho suyo en alguna manera, ca el rey por compasion que le tuvo, le dejó ir libre á su tierra.

Mudarra habido en la hermana del rey fuera de matrimonio, ya que era de catorce años, por persuasion de su madre se fue para su padre, y adelante vengó las muertes de sus hermanos con dalla á Ruy Velazquez causa de aquel daño. Doña Lambra su mujer, ocasion de todos estos males, fue apedreada y quemada. Con esta venganza que tomó de las muertes de sus hermanos, ganó las voluntades de su madrastra doña Sancha y de todo su linaje de tal guisa que heredó el señorío de su padre. Prohijóle otrosí doña Sancha su madrastra la adopcion se hizo en esta manera, aunque grosera, pero memorable. El mismo dia que se bautizó y fue armado caballero por el conde de Castilla Garci Fernandez, su madrastra resuelta de tomalle por hijo usó desta ceremonia: metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el rostro; con que le pasó á su familia y recibió por su hijo. Desta costumbre salió el refran vulgar: Entra por la manga y sale por el cabezon; dícese dél que siendo recebido á trato familiar, cada dia se ensancha mas.

Hijo de Mudarra fue Ordoño, y nieto Diego Ordoñez de Lara, aquel con quien los hijos de Arias Gonzalo para librar á su patria de la infamia de traicion que le cargaban por la muerte del rey don Sancho, que le mató con un venablo Vellido Dolfo, pelearon en desafío y hicieron con él campo. Deste Diego Ordoñez fue hijo el conde don Pedro, conocido por los amores y aficion que la reina doña Urraca le mostró. Su nieto fue Amalarico de Lara, señor de Molina, de quien procedió el linaje de los Manriques, y aun de los reyes de Portugal de parte de madre, por haber casado Malfada, hija de Amalarico con don Alonso Primero deste nombre y primer rey de Portugal, si bien hay quien diga que Malfada fue de la casa de Saboya; pero destas cosas se tornará á hablar adelante. En el claustro del monasterio de San Pedro de Arlanza se muestra el sepulcro de Mudarra. Sobre el lugar en que los siete hermanos fueron sepultados, hay contienda entre los monges de aquel momasterio y de San Millan de la Cogulla: ¿qué juez los podrá poner en paz?

Estaba sosegada España cansada de tantos males, y mas faltaban fuerzas que voluntad de alterarse. Duró este sosiego hasta tanto que el séptimo año despues que fueron muertos los infantes de Lara, que fue el año 993 de nuestra salvacion, los moros, tomadas de nuevo las armas, destruyeron las tierras de la Lusitania, y por aquella comarca entrados en Galicia, tomaron de nuevo por fuerza y pusieron fuego á la ciudad de Compostela. Grande era la enemiga que tenian con aquel santo lugar. No perdonara aquella malvada gente al sepulcro del apostol Santiago, si un resplandor que de repente fue visto no reprimiera por voluntad de Dios sus dañados intentos. Verdad es que las campanas para que fuesen como trofeo y memoria de aquella victoria, fueron en hombros de cristianos llevadas á Córdoba, do por largo tiempo sirvieron de lámparas en la mezquita mayor de los moros. Siguióse luego la divina venganza: muchos perecieron, parte por enfermedad de cámaras, parte con peste que les sobrevino, parte tambien porque el rey don Bermudo tomadas las armas les iba picando



Presentan á Gonzalo Gustio las cabezas de sus siete hijos, los infantes de Lara.

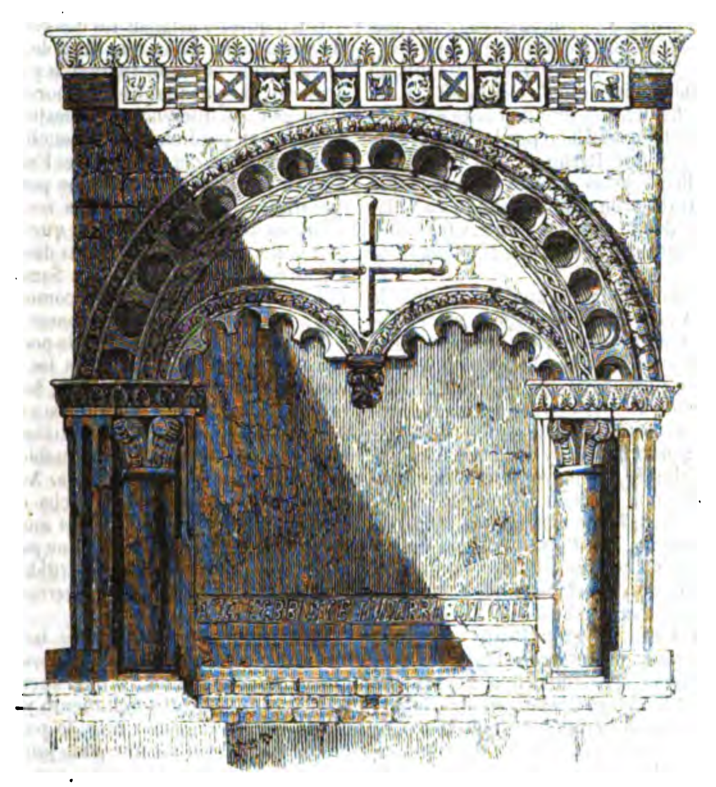
por las espaldas, y por todas partes los trabajaba: los daños fueron de suerte que pocos volvieron salvos á su tierra. El capitan de toda esta jornada Mahomad Alhagib, que tantas veces libremente acometió las tierras de los cristianos, fue uno de los que escaparon.

El mismo año falleció el rey de Navarra don García. Sucedió en su lugar su hijo Garcí Sanchez, llamado el Trémulo, cómo y por la causa que arriba queda tocado. Reinó por espacio de siete años, muy esclarecido por las victorias que ganó en las guerras: fue liberal ó por mejor decir pródigo en dar, en que si no hay templanza, suele acarrear daño, por agotar la fuente de la misma liberalidad que son los tesoros públicos, como sucedió á este rey, y entrar en necesidad de inventar nuevas imposiciones para suplir esta falta. En los archivos de San Millan hay privilegios deste rey; mas cuánto crédito se les haya de dar cada uno por sí mismo lo podrá juzgar. Allí se dice que tuvo un hermano llamado Gonzalo, y que junto con su madre doña Urraca tuvo el reino de Aragon; lo que si fue verdad, ó aquel estado y principado duró poco tiempo, ó por morir él sin hijos recayó el señorío en su hermano y descendientes.

Alegre don Bermudo, rey de Leon, y ufano por el destrozo que hizo de los moros, entró en pensamiento que si los cristianos, de cuyas discordias tantos males resultaban, se confederasen y juntasen en uno

sus fuerzas, podrian aprovecharse de los moros y deshacer su poder. Despachó en este propósito sus embajadores al rey de Navarra y al conde de Castilla don García para amonestalles hiciesen liga con él. Decíales que debian moverse por el comun peligro de los cristianos, y si en particular tenian algunos disgustos, perdonallos por el bien de la patria; que con las armas comunes juntos todos vengasen y enfrenasen los intentos impíos de aquella bárbara gente. A estos embajadas y justísimas demandas fácilmente se acordaron aquellos príncipes. Con esto de todas las tres naciones formaron un ejército muy grueso. El rey de Navarra no se halló presente por estar ocupado, á lo que se entiende, en concertar las cosas de su nuevo reino. El rey don Bermudo, dado que enfermó de gota, en una litera y con él el conde don García movieron contra los moros; de quien tenian aviso que con deseo de rehacerse del daño pasado levantaban nuevas gentes y eran salidos de Córdoba, y que talado que hobieron los campos de Galicia y saqueados los pueblos, revolvian hácia Castilla. Cerca de un pueblo llamado Calacanazor, situado en la frontera de Castilla y de Leon, se dieron vista y juntaron las huestes. Dióse la batalla, que fue muy reñida, hasta que cerró la noche: cayeron muchos de la una parte y de la otra sin quedar declarada la victoria; solo por partirse los moros aquella noche á cencerros atapados dieron muestra que llevaron lo peor, y que fueron vencidos por el esfuerzo de los nuestros, especial que la partida fue á manera de huida, como se entendió por los despojos que dejaron en los reales, y cosas que por el camino con deseo de apresurarse arrojaban.

El pesar que deste revés recibió el Albagib general de los moros fue tal que de coraje se dice murió en el valle de Begalcorax sin querer comer bocado; lo cual sucedió el año 998 (1). Gobernó este capitan las cosas de los moros por espacio de veinte y cinco años por su rey, que vivia ocioso sin cuidar mas que de sus deportes. Fue hombre animoso, enemigo del ocio: acometió las tierras de los cristianos cincuenta y dos veces, y muchas dellas quedó vencedor. El dia mismo que en Calacanazor se dió la batalla, uno en traje de pescador en Córdoba á la ribera del Guadalquivir, con ser tan grande la distancia de los lugares, se dice que cantó en voz llorosa algunas veces en metros arábigos, otros en españoles: en Calacanazor Almanzor perdió el tambor; por donde sospecharon que el demonio en figura de hombre, publicó la victoria, en especial que como pretendiesen los de Córdoba echarle mano, se desapareció y se les fué como sombra (2). El cuerpo del general difunto llevaron á Medinaceli.



Sepulcro de Mudarra.

Sucedió en el gobierno de aquel reino su hijo Abdelmelich el mismo año que murió su padre, que se contaba de los árabes trescientos y noventa y tres: tuvo aquel cargo y mandó por espacio de seis años y ocho meses. Desde este tiempo el reino de los moros que por esfuerzo de Mahomad se conservara (de tan grande momento es muchas veces una buena cabeza) comenzó manifiestamente á declinar y ir de caida. Las discordias domésticas, peste de los grandes imperios, y el poco gobierno fueron causa deste mal.

(1) Se dice, segun los escritores árabes, el año 392 de la Egira en el mes de ramdan, que corresponde al mes de setiembre de 1002. Así este suceso memorable debe ponerse en el reinado del señor don Alonso V de Leon, en el de Sancho el Mayor de Navarra, y en tiempo de don Sancho Garcés conde de Castilla.

(2) Este cuento ridículo solo puede pasar en una novela, pero deslucе la gravedad de la historia.

Abdelmelich mas amigo de ocio que de guerra, mostró no hacer caso de las semillas y principios de aquella discordia que debiera al momento atajar. Verdad es que luego que murió su padre, acometió á hacer guerra á los cristianos y puso grande espanto; mayormente en la ciudad de Leon todo lo que quedaba entero de la destruicion pasada ó de nuevo se reedificara, lo echó Abdelmelich por tierra y lo abatió. Todavía los principios desta guerra fueron para los moros mas alegres que el remate, porque acudió al conde don García, y con su venida forzó los moros á volver las espaldas, y muertos muchos dellos, tornar en pequeño número á su tierra. La desconfianza y miedo que les entró despues deste daño, fue tan grande que no trataron mas de hacer guerra en tanto que Abdelmelich tuvo aquel cargo.

La alegría deste buen suceso no fue pura, antes se aguó y destempló con la carestía de mantenimientos que causó la falta de las lluvias. Gudesteo obispo de Oviedo estaba preso por mandado del rey, iba en tres años. Acostumbraba este príncipe á dar oidos á los chismes de hombres malos. Esto se persuadia el pueblo era la causa del daño, y los hombres santos decian ser la hambre castigo del cielo por el agravio que se hacia al obispo inocente, y anunciaban que si no habia emienda, se seguiria alguna grave peste. Temíase algun alboroto, porque la muchedumbre cuando se mueve por escrúpulo y opinion de religion, mas fácilmente obedece á los sacerdotes que á los reyes: fue pues Gudesteo sacado de la cárcel. Este mismo año que se contó del nacimiento de Cristo 999, y fue apretado por la dicha carestía grande y falta estraordinaria, se hizo tambien señalado por la muerte que sucedió en él del rey don Bermudo. En un pueblo llamado Beritio falleció de los dolores de la gota que mucho tiempo le trabajaron. Fue sepultado en Villabuena ó Valbuena: dende pasados veinte y tres años le trasladaron á la iglesia de San Juan Baptista de la ciudad de Leon.

Tuvo dos mujeres llamadas la una Velasquita, la otra doña Elvira. A la primera repudió mas por la libertad de aquellos tiempos, que por lo que permitiese la ley cristiana: tuvo en ella una hija llamada Cristina. De doña Elvira tuvo dos hijos que fueron don Alonso y doña Teresa. Demás de esto de dos hermanas con quien mas mozo tuvo conversacion, dejó fuera de matrimonio á don Ordoño y á doña Elvira y á doña Sancha. Cristina la hija mayor del rey don Bermudo casó con otro don Ordoño llamado el Ciego, que era de sangre real. Deste matrimonio nacieron don Alonso, don Ordoño, don Pelayo, y fuera destos doña Aldonza que casó con don Pelayo llamado el Diácono nieto del rey don Fruela Segundo deste nombre, hijo de don Fruela su hijo bastardo. De don Pelayo y de doña Aldonza nacieron Pedro, Ordoño, Pelayo, Nuño y Teresa: destos procedieron los condes de Carrion, varones señalados en la guerra, de valor y de prudencia como se declara en otro lugar. Volvamos á la razon de los tiempos. Pelagio Ovetense y don Lucas de Tuy atribuyen á este rey don Bermudo lo que arriba queda dicho de Ataulfo obispo de Compostella, del toro feroz y bravo que soltaron contra él sin que le hiciese daño alguno. Nós damos mas crédito en esta parte á la historia Compostellana que dice lo que de suso relatamos; y es bastante muestra de estar mudados los tiempos en los que esto dicen, y del engaño no hallarse por estos años algun obispo de Compostella que se llamase Athaulfo.

CAPITULO X.

De don Alonso el Quinto rey de Leon.

Ayos del rey don Alonso en su menor edad por mandado del rey don Bermudo su padre fueron Melendo Gonzalez conde de Galicia y su mujer llamada doña Mayor. Los mismos por quedar don Alonso de cinco años gobernaron asimismo el reino con grande fidelidad y prudencia conforme á lo que se dejó en testamento del rey muerto mandado, en que vinieron todos los estados del reino. Llegado el nuevo rey á mayor edad, para que los ayos tuviesen mas autoridad, y en recompensa de lo que en su crianza y en el gobierno del reino trabajaron, le casaron con una hija que tenian llamada doña Elvira. Tuvo deste matrimonio dos hijos. Don Bermudo y doña Sancha. Reinó por espacio de veinte y nueve años. El segundo año de su reinado que fue de Cristo el 1000 justamente, por muerte del rey de Navarra don Garci Sanchez el Trémulo ó Temblador, sucedió en aquel estado un hijo que tenia en doña Jimena su mujer (no aciertan los que la llaman Elvira ó Constancia ó Estephania) por nombre don Sancho. Este príncipe en su menor edad tuvo por maestro á Sancho abad de San Salvador de Leyre, que le enseñó todo lo que un príncipe debe saber, y amaestró en todas buenas costumbres: reinó treinta y cuatro años: fue tan señalado en todo género de virtudes, que le dieron sobrenombre de Mayor, y alcanzó tan buena suerte, que todo lo que en España poseian los cristianos, casi lo redujo debajo de su imperio y mando, bien que no acertó ni fue buen consejo dividido y repartillo entre sus hijos como lo hizo, menguando las fuerzas y magestad del reino.

Cuan quietos estaban los dos reinos cristianos por la buena maña de los que los gobernaban, no menos se alteraron por este tiempo las armas de Castilla primero, despues las de los moros. Los unos y los otros por las diferencias domésticas se iban despeñando en su perdicion. Don Sancho García se apartó de la autoridad del conde Garci Fernandez su padre y de su obediencia: no se sabe por cual causa, sino que nunca faltan en las casas reales mayormente, hombres de dañada intencion que con chismes y reportes enciendan la llama de la discordia entre hijos y padres. Puede ser que don Sancho cansado de lo mucho que vivia su padre, acometió tan grave maldad, por serle cosa pesada esperar los pocos años que conforme á la edad que tenia le podrian quedar. Vinieron á las armas y divididas las voluntades de los vasallos entre el padre y el hijo, las fuerzas de aquel estado se enflaquecieron: no estuvo esto encubierto á los moros, que la provincia estaba en armas dividida la nobleza, alborotado el pueblo con sus valedores de la una y de la otra parte. Acordaron aprovecharse de la ocasion que la dicha discordia les presentaba. Con esta venida de los moros y entrada que hicieron, la ciudad de Avila que poco á poco se iba reparando, de nuevo fue destruida; y la Coruña y Santisteban de Gormaz en el territorio de Osma padecieron el mismo estrago.

Grande era el peligro en que las cosas estaban, y aun con el miedo de fuera no se sosegaban las alteraciones y parcialidades: si bien se entretuvieron para no llegar del todo á rompimiento y á las puñadas. El conde Garci Fernandez movido por el daño que los moros hacian con los que pudo juntar, salió al enemigo al encuentro. Alcanzólos por aquellas comarcas y presentóles la batalla. Fue brava la pelea: el conde que llevaba poca gente, quedó vencido y preso con tales heridas que dellas en breve murió. Tuvo el señorío de Castilla como treinta y ocho años, quién dice cuarenta y nueve. No fue desigual á su padre en la grandeza y gloria de sus hazañas. Los enemigos le quitaron la vida; la fama de su valor dura y durará. Su cuerpo rescatado por gran dinero le sepultaron en el convento de San Pedro de Cardeña. Dióse esta desgraciada batalla el año de 1006. El año luego siguiente mil y siete en Toledo una grande creciente abatió el famoso monasterio Agaliense: los monges se pasaron al de San Pedro de Sahelices. Así lo dice el arcipreste Juliano. Dejó el conde una hija llamada

doña Urraca, que fue monja en el monasterio de San Cosme y San Damian del lugar de Covarrubias. Este monasterio edificó el conde su padre desde los cimientos, y le dotó de grandes heredades y gruesas rentas; dióle muchas alhajas y preseas. Puso por condicion que si alguna doncella de su descendencia no quisiese casarse sustentase la vida con las rentas de aquel monasterio.

Sucedió en el señorío y condado de Castilla al padre muerto su hijo don Sancho, afeado y amancillado por haberse levantado contra su padre, y por el consiguiente dado ocasion á aquel desastre, por lo demás fue piadoso, dotado de grandes virtudes y partes de cuerpo y de ánima. Falleció por el mismo tiempo en Córdoba el Alhagib Abdelmelich: sucedióle en el cargo Abderrahman hombre malo y cobarde; por afrenta le llamaban vulgarmente Sanciolo. Muerto este dentro de cinco meses, Mahomad Almahadio, que debia ser del linaje de los Abenhumeyas, tomadas las armas, se apoderó del rey Hissem, que con el ocio y con los deleites estaba sin fuerzas y sin prudencia, y no se conservaba por su esfuerzo, sino con la ayuda de otros. Publicó que le quitara la vida, degollando otro que le era muy semejante maña con que Almahadio quedó apoderado del reino de Córdoba y Hissem vivo; que le pareció guardarle para lo que viniese. Esto pasó el año que se contaba de los árabes cuatrocientos justamente. Acudió desde Africa un pariente de Hissem llamado Zulema: este con los de su valia y gente que se le arrimó, además de las fuerzas de don Sancho conde de Castilla que le asistió en esta empresa, y con él hizo liga, en una batalla muy herida que se dió cerca de Córdoba, venció al tirano Almahadio. Murieron en esta pelea treinta y cinco mil moros, que era toda la fuerza y nervio del ejército morisco y de aquel reino; por donde adelante comenzaron los moros á ir claramente de caida. Señalóse sobre todos el conde don Sancho, su valor, esfuerzo y industria; y fue la principal causa que se ganase la jornada.

Almahadio despues desta rota se retiró y encerró dentro de la ciudad; y lo que tenia apercebido para los mayores peligros, sacó á Hissem de donde le tenia escondido y preso. Puesto á los ojos de todos y en público, amonestó al pueblo antepusiesen á su señor natural al extranjero y enemigo. Los ciudadanos turbados con el temor que tenian del vencedor, no hacian caso de sus palabras y amonestaciones: en ocasiones semejantes cada cual cuida mas de asegurarse que de otros respetos. Así le fue forzoso, dejada la ciudad á su contrario, retirarse á Toledo. Llevó consigo á lo que se entiende á Hissem, ó sea que le escondió segunda vez. Era Alhagib de Almahadio, y como virey suyo, otro moro llamado Almahario. Este con deseo de fortificarse contra las fuerzas y intentos de los contrarios y para ayudarse de socorros, de cristianos pasó á Cataluña para con toda humildad rogar á aquellos señores le acudiesen con sus gentes. Propúsoles grandes intereses, ofrecióles partidos aventajados. Los condes don Ramon de Barcelona y Armengol de Urgel, persuadidos de aquel bárbaro, con buen número de los suyos se juntaron con las gentes que en aquel intermedio el tirano Almahadio tenia levantadas en Toledo y su comarca, que eran en gran número y fuertes. Contábanse en aquel ejército nueve mil cristianos y treinta y cuatro mil moros.

Juntáronse las huestes de una parte y de otra en Acanatalhacar, que era un lugar cuarenta millas de Córdoba, al presente un pueblo llamado Albacar está á cuatro leguas de aquella ciudad. Trabóse la batalla que fue muy reñida y dudosa, ca los cuernos y costados izquierdos de ambas partes vencieron; los de mano derecha al contrario (1). Zulema y el conde don Sancho al principio mataron gran número de los contrarios. Entre estos á los primeros golpes y encuentros murieron los obispos Arnulpho de Vique, Aecio de Barcelona, Othon de Girona: cosa torpe y afrentosa que tales varones tomasen las armas en favor de infieles. El mismo conde de Urgel fue asimismo muerto. Almahadio con su esfuerzo reparó la pelea; y animando á los suyos quitó á los enemigos la victoria de las manos. Zulema como se vió vencido y desbaratados los suyos, se huyó primero á Azafra, despues desconfiado de la fortaleza de aquel lugar determinó irse mas lejos; que fue todo el año de los árabes de cuatrocientos y cuatro, de Cristo 1010. Quedó el reino por Almahadio, si bien Almahario su Alhagib lo gobernaba todo á su voluntad conforme á la calamidad de aquellos tiempos aciagos; en que pasó tan adelante que despues de la partida de don Ramon conde de Barcelona sin ningun temor ni respeto alevosamente dió la muerte á su señor: una traicion contra otra. Con esto Hissem el verdadero rey fue restituido en su reino. La cabeza de Almahadio el tirano enviaron á Zulema su competidor, que en un lugar llamado Citava se entretenia por ver en qué pararian aquellas revoluciones tan grandes.

Pretendian y deseaban los moros que el dicho Zulema se sujetase á Hissem como á verdadero rey y deudo suyo, por quien al principio mostró tomar las armas. El encendido en deseo de reinar, cuya dulzura es grande aunque engañosa, y que con muestra de blandura encubre grandes males, juntaba fuerzas de todas partes, y hacia de ordinario correrías en las tierras comarcanas. La parcialidad de los Abenhumeyas, de que todavía quedaban rastros en Córdoba, era aficionada á Zulema, y por su respeto trataba de dar la muerte á Hissem. No salieron con su intento á causa que el dicho rey avisado del peligro usó en lo de adelante de mas recato y vigilancia. Zulema perdida esta esperanza, solicitó al conde don Sancho para que por respeto de la amistad pasada de nuevo le ayudase. El conde despues de haberlo todo considerado, se resolvió de confederarse con Hissem, de quien esperaba mayor ganancia; y en particular asentó que le restituyese seis castillos que el Alhagib Mahomad por fuerzas de armas los años pasados quitara á los cristianos; lo cual él hizo forzado de la necesidad por no fallar á tales esperanzas de ser socorrido en aquella apretura y privar á su contrario de aquel arrimo. En el entretanto, Obeydalla hijo de Almahadio con ayuda de sus parciales se hizo rey de Toledo. Otros le llaman Abdalla, y afirman que tuvo por mujer á doña Teresa con voluntad de don Alonso su hermano rey de Leon (2) gran desórden y mengua notable. Lo que pretendia con aquel casamiento era que las fuerzas del uno y del otro reino quedasen mas firmes con aquella alianza, demás que se presentaba ocasion de ensanchar la Religion Cristiana, si el moro se bautizaba segun lo mostraba querer hacer.

Con esto engañada la doncella, fue llevada á Toledo: celebráronse las bodas con gran aparato con juegos y regocijos, y convite que duró hasta gran parte de la noche. Quitadas las mesas, la doncella fue llevada á reposar. Vino el moro encendido en su

(1) Esta batalla que los historiadores moros llaman de Achat-Albacar, no debe confundirse con la que se dió un año antes cerca de un monte que los moros llamaban Cantos, y ahora se llama Cantiche. No consta por ningun testimonio antiguo que ayudasen á Soliman en esta batalla los leoneses ó castellanos, pues teniéndose este por seguro despues de haber derrotado completamente á Mahomad en Cantiche, no tenia necesidad de pedir socorros: no hubo pues lucha entre cristianos y cristianos como dice Mariana.

(2) Don Pelayo obispo de Oviedo y autor muy crédulo, que ha introducido muchas fábulas en su Crónica, es quien habla de este casamiento de doña Teresa con Abdalla de Toledo, que no siendo rey, sino un alcalde ó gobernador de esta ciudad no es probable obtuviese en aquellos tiempos la hermana de un rey de Leon.

apetito carnal. «Ella afuera (dice) tan grave maldad, »tanta torpeza. Una de dos cosas has de hacer, ó tú »con los tuyos te bautiza y con tanto goza de nues»tro amor; si esto no haces, no me toques. De otra »manera time la venganza de los hombres, que no »disimularán nuestra afrenta y tu engaño, y la de »Dios que vuelve por la honestidad sin duda y casti»dad de los cristianos. De la una y de la otra parte te »apercibo serás castigado. Mira que la lujuria, peste »blanda no te lleve á despeñar.» Esto dijo ella. Las orejas del moro con la fuerza del apetito desenfrenado estaban cerradas: hízole fuerza contra su voluntad. Siguióse la divina venganza, que de repente le sobrevino una grave dolencia: entendió lo que era, y la causa de su mal. Envió á doña Teresa en casa de su hermano con grandes dones que le dió. Ella se hizo monja en el monasterio de San Pelagio de Leon, en que pasó lo restante de la vida en obras pías y de devocion, con que se consolaba de la afrenta recebida. A Obeydalla no le duró mucho el reino, venciéronle las gentes del rey Hissem, y preso fue puesto en su poder.

Continuaban las revueltas entre los moros, y las alteraciones en todas las partes de aquel reino. A los cristianos se ofrecia muy hermosa ocasion para deshacer toda aquella gente, si juntadas las fuerzas quisieran antes mirar por la religion, que servir á las pasiones de los moros y ayudallos. Mas esta fue la desgracia de todos los tiempos: siempre las aficiones particulares se anteponen al bien comun, y ninguna cosa de ordinario menos mueve que el celo de la Religion Cristiana. Las tierras de los moros no solo eran trabajadas con la llama de la guerra, sino tambien de gravísima hambre por haberse tanto tiempo dejado la labor de los campos. Zulema visto que el conde don Sancho no le ayudaba, hizo sus avenencias con los reyes moros de Zaragoza y Guadalajara. Con estas ayudas se apoderó de Córdoba por fuerza; y como Hissem se huyese á Africa, tornó Zulema á recobrar todo aquel reino de nuevo. Entre los que seguian á Hissem, uno llamado Haytan tenia el primer lugar en autoridad y poder. Este se apoderó de Orihuela, ciudad asentada á la ribera del mar Mediterráneo, y por la comodidad de aquel lugar hizo venir á España con intencion que le dió de hacerle rey, á Hali Abenhamit que tenia por Hissem el gobierno de Ceuta. Zulema no era igual en fuerzas á los dos enemigos. Así fue en batalla vencido cerca de Córdoba, y por los ciudadanos entregado al vencedor, y muerto por mano del mismo Hali con palabras afrentosas y ultrajes que le dijo, ca le dió en cara haber sido el primero que contra el rey Hissem su legítimo señor tomó las armas.

No hay fidelidad entre los compañeros del reino: Quejábanse Haytan que Hali el nuevo rey no guardaba lo capitulado con él, hizo conjuracion y liga con Mundar hijo de Hiaya rey de Zaragoza, juntaron de cada parte sus huestes, dióse la batalla cerca de Córdoba, en que Haytan fue vencido. Tras esto por ocasion de la muerte de Hali queria Haytan hacer rey á Abderrahman Almortada. La muerte de Hali fue desta manera: salió de Córdoba en seguimiento de Haytan, llegó á Guadix, y allí sus mismos eunucos le mataron en un baño en que se lavaba, año de los árabes cuatrocientos y ocho. Sucedió por voto de los soldados en aquella parte del reino y en Córdoba un hermano de Hali llamado Cazin, que hicieron los de aquella parcialidad venir de Sevilla do en aquella sazon moraba. Tuvo el reino por espacio de tres años, cuatro meses, veinte y seis dias con desasosiego, á causa que el Almortada ya dicho con asistencia de Haytan y de Mundar se apoderó de Murcia y toda aquella comarca, y se llamó rey. Era hombre soberbio Almortada, y que ni daba grata audiencia, ni recebia bien á los que venian á negociar; y á los que le dieron el reino, como si fueran sus acreedores, los miraba con ojos torcidos y sobrecejo, que fue causa de su perdicion. En Granada por conjuracion de los suyos, y con voluntad del señor de aquella ciudad fue muerto.

Cazin con la muerte de Almortada le pareció quedaba de todo punto por rey, en especial que con deseo de ganalle la voluntad los de Granada le enviaron los despojos del enemigo muerto. En breve empero aquella alegría le salió vana, se regaló y se mudó en nuevo cuidado. Los ánimos de la muchedumbre alterada nunca paran en poco: así los ciudadanos de Córdoba con ocasion de que Cazin se partió á Sevilla, alzaron por rey á Hiaya sobrino del mismo, hijo de su hermano Hali, hombre manso y liberal, de que mucho se paga la muchedumbre y el pueblo. Pero como este se fuese y partiese á Málaga de que antes era señor Cazin tornó por las armas á hacerse señor de Córdoba año de los árabes cuatrocientos y catorce. Este nuevo señorío que tuvo de aquella ciudad, le duró poco, solos siete meses y tres dias. Por causa de un alboroto que ocasionó en la ciudad la insolencia de los soldados que maltrataban á los ciudadanos, fue forzado á huir de Sevilla, en que asimismo no pudo detenerse mucho tiempo por tener su contrario ganadas las voluntades de aquella ciudad. Despues desto anduvo vagamundo y descarriado hasta tanto que al fin vino á poder de Hiaya, y fue puesto por él en prision.

Eran los mas destos reyes del linaje de los Alavecinos, bando muy poderoso en aquel tiempo en fuerzas y en autoridad. Los ciudadanos del bando contrario, es á saber de los Abenhumeyas, se juntaron, y hechos mas fuertes, alzaron por rey á Abderrahman hermano de Mahomad (creo de aquel Mahomad Almahadio, que fue el primero que tomó las armas contra Hissem) pero con la misma liviandad fue muerto dentro de dos meses. La severidad que él mostraba, y la inconstancia de aquella gente fueron causa de su perdicion. Con tanto un cierto Mahomad fue puesto en su lugar: tuvo el reino un año, cuatro meses y veinte y dos dias: este al tanto murió á manos de los ciudadanos. Lo mismo sucedió al hijo de Hali llamado Hiaya, que era del bando contrario, y el tiempo pasado fue alzado por rey; ca con la misma deslealtad del pueblo la mataron en Málaga, en que como queda dicho, estaba retirado. Reinó en Córdoba solos tres meses y veinte dias. Por su muerte Idricio, hermano de Hali y tio de Hiaya, fue llamado para ser rey desde Africa do era señor de Ceuta.

Este llegado que fue á España, por el derecho que tenia del parentesco con los dos príncipes susodichos y por las armas se apoderó del reino de Granada, de Sevilla, de Almería y de otras ciudades comarcanas. Lo mediterráneo quedó por Hissem, ca despues de la muerte de Hiaya los de Córdoba le habian vuelto al reino, ó era otro del mismo nombre, que aquellos ciudadanos de nuevo levantaron por rey, que en todo esto hay poca claridad. Los desórdenes de los que gobiernan, suelen redundar en daño de sus señores, como sucedió á Hissem: que su Alhagib, que era como virey que lo gobernaba todo, por ser cruel y apoderarse de los bienes públicos y particulares, acostumbrado á sacar ganancia de los daños ajenos y desgracias, fue causa que la ciudad se alborotó de suerte que el Alhagib fue muerto y el rey echado del reino. En aquella revuelta un cierto Humeya, ayudado de una cuadrilla de mozos desbaratados y revoltosos, entró en el alcázar y pidió á los soldados que le alzasen por rey. Excusábanse ellos por la deslealtad de los ciudadanos, revuelta y desgracia de los tiempos. Decíanle que escarmentase en cabeza ajena, y por ejemplo de los otros entiéndese claramente que semejantes intentos no salian bien. A esto: Hoy (dijo él) me llamad rey, matadme mañana:

tan poderoso es el deseo de mandar, tan grande la dulzura de ser señores. Todavía por órden de los ciudadanos fueron echados de la ciudad á un mismo tiempo este Humeya, y el Hissem ya dicho, y con ellos todos los Abenhumeyas como causa de tan graves daños.

Hissem trabajado con tanta variedad de cosas como por él pasaron, últimamente paró en Zaragoza: recibióle benignamente el rey de aquella ciudad llamado Zulema Abenhut. Dióle un castillo llamado Alzuela, en que pasó como particular lo restante de su vida. De Idricio no dice en qué parase el arzobispo don Rodrigo, que refiere esta cuenta de los postreros reyes de Córdoba con alguna mayor obscuridad de la que aquí llevamos; mas ¿cómo se puede relatar con claridad revuelta tan confusa y tan grande? Resta decir que desde este tiempo el señorío de los moros, que por tantos años tuvo tan gran poder en España, se enflaqueció de guisa que se dividió en muchos señoríos: cada cual de los que tenian el gobierno, se llamaron reyes (1) de las ciudades que tenian á su cargo, sin que nadie en aquellas revueltas les fuese á las manos. Así en lo de adelante se cuentan muchos reyes en diversas partes: en Córdoba Jahuar, en Sevilla Albucazin y su hijo Habeth, en Toledo Haytan, el que ayudó á Hali rey de Córdoba al principio: y despues fue su contrario.

Hijo deste rey de Toledo fue otro Hissem, nieto Almenon, bien que algunos dan mas antiguo principio que este á los reyes moros de Toledo. La verdad es que aquella ciudad con sus reyes que tenia ó tomaba, muchas veces se rebeló contra los reyes de Córdoba. Los moradores della se atribuian el primer lugar entre las ciudades de España, y por esta causa no podian llevar que les hiciesen demasías. En otras ciudades remanecieron otrosí nuevos reyes, mas no hay para qué contallos aquí, ni aun se podria hacer con certidumbre y claridad. Basta saber que estos señoríos se conservaron y permanecieron hasta tanto que los Almoravides, linaje y gente muy poderosa, de Africa pasaron en España con su rey y caudillo Thessephin, que fue el año de los árabes de cuatrocientos y ochenta y cuatro, año que concurre con el de mil y noventa y uno de Cristo; y en otro lugar mas á propósito se relatará. Al presente volvamos atrás al cuento de las cosas que los cristianos, el conde don Sancho y el rey don Alonso obraron.

CAPITULO XI.

De lo demás que sucedió en tiempo del rey don Alonso.

Don Sancho conde de Castilla deseoso de vengar la muerte de su padre con ayuda de los leoneses y navarros, con quien el año pasado puso confederacion, entró por tierra de Toledo metiendo á fuego y á sangre todo lo que topaba. El mismo estrago hizo en tierra de Córdoba, hasta donde los nuestros entraron animados con el buen suceso: en ambas partes hicieron presas de hombres y de ganados. Si los daños fueron grandes, mayor era el miedo y quebranto de los moros, que divididos en bandos y por las discordias civiles apenas se conservaban, tanto que los que poco antes ponian espanto al nombre cristiano, fueron forzados de comprar por gran dinero la paz. Sepúlveda asentada en la frontera se ganó de moros, y con ella Osma, Santistevan de Gormaz; y otros pueblos por aquella comarca, que en la guerra pasada se perdieran, volvieron á poder de cristianos. Desde este tiempo se otorgó á la nobleza de Castilla, como dicen muchos autores, que no fuesen forzados á hacer la guerra á su costa solo con esperanza de la presa, segun acostumbraban á hacer antes, sino que les señalasen sueldo á la manera que en las otras naciones estaba recebido de todo tiempo (2). La reputacion y gloria que el conde don Sancho ganó por este camino, escureció grandemente la muerte que dió á su madre con esta ocasion. Aficionóse ella á cierto moro principal, hombre muy dado á deshonestidades y membrudo. Dudaba de casarse con él no tanto por el escrúpulo como por miedo de su hijo: receläbase de la saña que el dolor y afrenta le causarian; determinó con darle la muerte hacer lugar y camino á aquellas bodas malvadas; aparejábale ciertos bebedizos y ponzoña mortal.

El conde avisado de todo forzó á su madre con muestra de honrarla, aunque lo rehusaba y contradecia, de hacerle la salva y gustar la bebida que le daba. Principio de que algunos sospechan nació la costumbre recebida y muy usada en algunas partes de España, que las mujeres beban antes que los varones. Otros refieren que una camarera de la condesa; que vió destemplar las yerbas, dió aviso á su marido (no falta quien le llame Sancho del Valle de Espinosa) y él al conde, y que por este servicio tan señalado desde entonces ganó el privilegio que hasta hoy tienen los de su tierra, los Monteros de Espinosa, de guardar de noche la persona y la casa real. Verdad es que para dar este cuento por cierto yo no hallo fundamentos bastantes (3), y todavía la Valeriana lo refiere en el lib. VIII. tit. I. cap. V. y los naturales de aquella villa lo tienen y afirman así como cosa sin duda. Dicen mas que el conde con deseo de satisfacer este mal caso, y por amansar el odio que contra él acerca del pueblo resultara por un delito tan feo, edificó un monasterio de monjas, y del nombre de su madre le llamó de Oña, que el tiempo adelante don Sancho rey de Navarra llamado el Mayor dió á los monges de Cluñi, y en nuestra era tiene el primer lugar entre los demás monasterios de aquella comarca.

Hobo don Sancho en su mujer doña Urraca á su hijo don García, y tres hijas, que fueron doña Nuña, doña Teresa, doña Tigrida: las dos primeras fueron casadas con grandes señores, Tigrida abadesa en el monasterio de Oña. Por el mismo tiempo se abrió y allanó á costa del conde don Sancho nuevo camino para que los extranjeros pasasen á la ciudad y iglesia de Santiago, es á saber por Navarra, la Rioja, Briviesca y tierra de Burgos, como quier que antes por ser el señorío de los cristianos mas estrecho los peregrinos de Francia acostumbrasen á hacer su camino con grande trabajo por Vizcaya y los montes de Asturias, lugares faltos de todo, ásperos y montuosos. El rey don Alonso eso mesmo por beneficio de la larga paz que resultaba así de las discordias de los moros, como de la confederacion hecha entre los príncipes cristianos, vuelto su cuidado á las artes de la paz y al gobierno, hacia córtes generales de su reino en Oviedo el año de nuestra salvacion de 1020. En estas córtes se reformaron las antiguas leyes de los godos. Asimismo la ciudad de Leon que por las entradas de los moros quedó asolada y hecha caserías, por diligencia del rey y á su costa se reparó, y en ella levantó un templo con advocacion de San Juan Bautista, obra de barro y de ladrillo (4): allí trasladaron los

(1) Los principales fueron los de Sevilla, Córdoba, Alsalla, Granada, Málaga, Almería, Cazlona, Huescar, Murcia, Lorca, Valencia, Denia, Zaragoza, Huesca, Tudela, Toledo, Mérida, Badajoz, Beja, y los de las islas Baleares.

(2) Entonces principió tambien á crearse la nobleza de Castilla.

(3) Ningun historiador de aquel tiempo hace mencion de este hecho que no debia manchar las páginas de una historia.

(4) Fue en Leon y no en Oviedo, donde se celebraron las córtes, para que la consagracion de la iglesia catedral se hiciese con mayor pompa y solemnidad, y se estableciesen las reglas convenientes para la disciplina de la Iglesia y buen

huesos de su padre don Bermudo y de los otros reyes de Leon, que por miedo de los moros andaban mudando lugares: con que quedaron puestos en sepulcros ciertos y estables. El monasterio otrosí de San Pelagio se reedificó, en que doña Constanza hermana del rey, virgen consagrada á Dios, vivió mucho tiempo.

Los intentos y acometimientos de don Vela contra los condes de Castilla, de quien por particulares intereses y agravios se tenia por injuriado, cuán grandes hayan sido arriba queda declarado. A tres hijos deste caballero, es á saber Rodrigo, Diego y Iñigo, el conde don Sancho no solo los perdonó, sino les volvió las honras y cargos de su padre; mas ellos sin embargo desto tornaron en breve á sus mañas y á lo acostumbrado. Y aun sobre las desórdenes pasadas añadieron una nueva deslealtad, que dejado el conde don Sancho, se pasaron á don Alonso rey de Leon: de los moros poca ayuda podian esperar por estar tan revueltas sus cosas, y por la mudanza de tantos príncipes como queda dicho. Recibiólos benignamente don Alonso, dióles á la halda de las montañas estado no pequeño, con que se sustentasen como señores: pareció por algun poco tiempo estar sosegados, como quier que á la verdad esperaban ocasion de mostrar nueva deslealtad, segun se entendió por lo que en breve pasó de la suerte que poco despues se dirá.

El rey don Alonso deseoso de ensanchar su estado rompió por la Lusitania; púsose sobre la ciudad de Viséo que pretendia ganar de los moros. Avino que cierto dia desarmado y con poco recato se llegó mucho á la ciudad. Tiráronle de los adarves una saeta con que le mataron. Los suyos por esta desgracia alzaron luego el cerco; y el cuerpo del difunto los obispos que fueran á aquella guerra, le acompañaron hasta Leon, y le enterraron en la iglesia de San Juan que él mismo edificara para poner allí los sepulcros de sus padres. Sucedió esto el año de nuestra salvacion de 1028. Dejó un hijo y una hija, don Bermudo que le sucedió en el reino, y doña Sancha de pequeña edad. En aquel tiempo florecieron por santidad de vida dos obispos Froylano de Leon y Atilano de Zamora. Froylano fue natural de Lugo, Atilano de Tarragona. De monges de San Benito, que lo eran en el monasterio de Moreruela no lejos de Leon, los sacaron para obispos y los consagraron en un dia. Fue Atilano de menos edad, discípulo de Froylano, mas igualóle en virtud, vida y milagros. Algunos á estos varones santos los ponen mas de cien años antes deste tiempo, nosotros seguimos lo que nos pareció mas probable.

Tenia el principado de Barcelona de tiempo atrás un hijo de don Ramon, que se decia don Berenguel, y del nombre de su abuelo le llamaron por sobrenombre Borello, mas conocido por su ociosidad y poco valor, que por alguna virtud. La falta deste príncipe, con que las cosas de los cristianos amenazaban ruina, reparó en gran parte Bernardo Tallaferro conde de Besalú, que hacia rostro con valor á los moros. Y muerto él, que se ahogó en el Rhódano en ocasion que pasaba á Francia, suplió sus veces Wifredo conde de Cerdania hasta alanzar los moros de aquella comarca, que no cesaban de hacer correrías y cabalgadas en las tierras de cristianos. A la muerte de don Berenguel le quedaron tres hijos don Ramon conde de Barcelona, don Guillen conde de Manresa por testamento de su padre, y don Sancho monge que fue benito.

gobierno del estado. Concurrieron á ellas todos los obispos, abades y principales señores de su reino, el dia 1 de agosto en la iglesia de Santa María, y con asistencia de los reyes, despues de una madura deliberacion se hicieron 48 decretos ó leyes asi sobre asuntos pertenecientes á la Iglesia como sobre el gobierno civil y político del estado. Tambien se estableció el fuero municipal de la ciudad de Leon que se estendieron despues á todos los pueblos de aquel reino con el nombre de Fuero de Leon, sin anular por ese en cuanto no contradecia el Fuero Juzgo.

CAPITULO XII.

De don Bermudo el Tercero rey de Leon.

Don Bermudo Tercero deste nombre, aunque era de pocos años cuando su padre le faltó, fue alzado y coronado por rey presentes los grandes del reino y los obispos el año de 1028 en que falleció otrosí don Sancho conde de Castilla despues que tuvo el gobierno de Castilla por espacio de veinte y dos años. En el monasterio de Oña que edificó á su costa, como queda arriba dicho, cerca del altar mayor á mano izquierda se muestran tres sepulcros con sus letreros, el uno del conde don Sancho, el otro de su mujer doña Urraca, y el tercero de don García su hijo, el cual muerto su padre sucedió en aquel estado. Daba de sí grandes esperanzas por las muestras de sus virtudes, mas todo se fué en flor por su muerte que le dieron alevosamente dentro del primer año de su gobierno los que menos fuera razon, y lo que es mas notable, en la misma alegría de sus bodas. Tenia don García dos hermanas, doña Nuña y doña Teresa. Doña Nuña (á quien otros llaman Elvira y otros Mayor, creo por la edad) casó sin duda con don Sancho rey de Navarra, y dél tenia ya por este tiempo estos hijos: don García, don Fernando y don Gonzalo. Doña Teresa ó en vida de su padre, ó luego despues de su muerte casó con don Bermudo rey de Leon: deste matrimonio tuvieron un hijo llamado don Alonso que murió muy niño. Don García conde de Castilla, aunque de poca edad ca no tenia mas de trece años, se desposó á trueco con doña Sancha hermana del rey don Bermudo.

Procurábase con estos parentescos que el concierto fuese adelante, que pocos años antes se asentara entre los príncipes cristianos, con que parecia las cosas comunes y particulares alzaban cabeza, y no se turbase la paz. Señalaron la ciudad de Leon para celebrar estas bodas ó desposorios. Llevaba el conde don García grande atuendo y acompañamiento de gente principal así de sus vasallos, como del reino de Navarra. El mismo rey don Sancho con sus hijos don García y don Fernando para honralle mas le acompañaron, y con ellos muchedumbre de soldados que representaban un ejército entero. Estos soldados ganaron de camino á Monzon, castillo asentado no lejos de Palencia; al tanto hicieron de otros pueblos por aquella comarca, que los quitaron al conde Fernan Gutierrez, que por desprecio del nuevo y mozo príncipe se levantara con ellos; sin embargo por rendirse de su voluntad, y sin dificultad sujetarse á la obediencia, le fue dado perdon. Hacian las jornadas pequeñas, como era necesario por ser tanta la multitud de gente que llevaban. Don García con deseo de apresurarse por ver á su esposa dejó al rey don Sancho en Sahagun, y él con pocos á la ligera se adelantó sin algun recelo de lo que sucedió, como quien iba á fiestas y regocijos sin sospechas de trama semejante.

A los hijos de don Vela por el mismo caso pareció aquella buena coyuntura para satisfacerse de los agravios que pretendian les hiciera el conde don Sancho á sin razon. Eran hombres por la larga esperiencia de cosas arteros y sagaces: comunicaron su intento con los que les parecieron mas á propósito para ayudalles á ejecutar la traicion, hombres homicianos, de malas mañas. Las asechanzas que se paran en muestra de amistad, son mas perjudiciales. Salieron á recebir entre los demás al príncipe su señor que venia bien descuidado. Puestos los hinojos en tierra, y pedida la mano, le hicieron la salva y reverencia entre los españoles acostumbrada. Juntamen-

te con muestra de arrepentimiento le pidieron perdon. Otro tenian en su pecho desleal, como en breve lo mostraron. ¿Quién sospechara debajo de aquella representacion malicia y engaño? ¿quién creyera que alcanzado el perdon, no pretendieran recompensar las culpas pasadas con mayores servicios? No fue así, antes se apresuraron en ejecutar la maldad y dar la muerte á aquel príncipe, por su edad de sencillo corazon, y que por todos respetos no se recataba de nadie: el tiempo las alegrías, el hospedaje, el acompañamiento, toda le aseguraba.

Salió á oir misa á la iglesia de San Salvador, cuando á la misma puerta de la iglesia de los traidores le sobresaltaron y acometieron con las espadas desnudas. Rodrigo el mayor de los hermanos, sin embargo que le sacara de pila cuando le bautizaron, le dió la primera herida como traidor y parricida malvado. Los demás acudieron y segundaron con sus golpes hasta acabarle. Doña Sancha antes viuda que casada, perdió el sentido y se desmayó con la nueva cruel de aquel caso. Luego que volvió en sí, acudió á aquel triste espectáculo, abrazóse con el muerto, henchia el cielo y la tierra de alaridos (como se deja entender) de sollozos y de lágrimas: miserable mudanza de las cosas, pues la mayor alegría se trocó repentinamente en gravísimo quebranto. Apenas la pudieron tener que no se hiciese enterrar juntamente con su esposo. Depositaron el cuerpo en la iglesia de San Juan: despues le trasladaron al monasterio de Oña (1), hoy en ambos lugares se ve su sepulcro. Mudóse con esto el estado de las cosas, y trocóse toda España. Don Sancho rey de Navarra, que en los arrabales de Leon se estaba con sus tiendas que tenia levantadas á manera de reales, heredó el principado de Castilla, cuyo título y armas de conde mudó él en nombre y insignias reales, por donde su poder comenzó á ser sospechoso y poner espanto al rey de Leon. Los traidores se huyeron y se metieron en Monzon, por ventura con esperanza que Fernan Gutierrez, ofendido contra los príncipes don García y el rey don Sancho por las plazas que le quitaron, fácilmente se juntaria con ellos y aprobaria lo hecho; pero ó que él los entregase, ó por diligencia del rey don Sancho que los siguió por todas partes, fueron presos y quemados: justicia con que castigaron su delito y quedaron escarmentados los demás, y muestra que los atrevimientos desleales no quedan sin castigo.

El rey don Bermudo escarmentado por la muerte de su padre se mostraba amigo de la quietud; y por el nuevo desastre del príncipe don García avisado de la inconstancia de las cosas, volvió su ánimo y pensamiento al culto de la religion y á las artes de la paz. Primeramente con deseo de reformar las costumbres del pueblo, que la libertad de los tiempos estragara y por la malicia de los hombres, dió órden cómo se hiciese justicia á todos, promulgó leyes á propósito desto, y no con menos diligencia quitó de todo su reino los robos y salteadores, y con la grandeza de castigos hizo que ninguno se atreviese pecar. Con estas obras ganó las voluntades de los naturales, y su reino parecia florecer con los bienes de una grande paz. No es duradera la prosperidad: don Sancho rey de Navarra con ambicion fuera de tiempo la alteró por esta causa. Don Bermudo no tenia hijos; y entendíase que la sucesion del reino conforme á las leyes forzosamente recaia en doña Sancha su hermana. Recelábanse los de Leon que por esta via, como suele acontecer cuando las hembras heredan, no entrase á reinar algun príncipe forastero. Deseaba el rey, deseaban los naturales acudir á este daño y peligro que amenazaba. Sintió esto don Sancho rey de Navarra, como era fácil. Atreviéndose, engañando, moviendo y enlazando unas guerras de otras suelen los reyes hacerse grandes. Una y la mas principal causa de mover guerra es la mala codicia de mando, poder y riquezas. Juntó pues un grueso ejército de sus dos estados, con que entró haciendo daño por el reino de don Bermudo. Tomóle todo lo que poseia pasado el rio Cea, y parecia que con el progreso próspero de las victorias sojuzgaria toda la provincia y tierras de Leon.

Don Bermudo avisado por estos daños, y á persuasion de los grandes, que querian mas la paz que la guerra, se inclinó á concierto y pleitesía. Las condiciones fueron estas: doña Sancha case con don Fernando hijo segundo del rey de Navarra: désele en dote de presente todo lo que en aquella guerra quedaba ganado; para adelante quede su esposa nombrada por sucesora en el reino. Partido desventajado para los leoneses, pero de que en toda España resultó una paz muy firme entre todos los cristianos, y casi todo lo que en ella poseian, vino á poder y señorío de una familia. Demás desto (cosa notable) en un mismo tiempo los dos señoríos el de Castilla y el de Leon recayeron en hembras, y por el mismo caso en mando y gobierno de estraños: accidente y cosa que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces antes deste tiempo vista y usada en el reino de Leon; si dañosa, si saludable, no es deste lugar disputallo ni determinallo. A la verdad muchas naciones del mundo fuera de España nunca la recibieron ni aprobaron de todo punto.

CAPITULO XIII.

De don Sancho el Mayor rey de Navarra.

Era don Sancho hombre de buenos años, cuando hobo para sí el señorío de Castilla, y á su hijo don Fernando abrió camino para suceder en el reino de Leon. Las cosas que hizo en toda su vida muy esclarecidas, no solo le dieron renombre de don Sancho el Mayor, sino tambien vulgarmente le llamaron emperador de España, como acostumbra el pueblo sin muy grande ocasion adular á sus príncipes, y dalles títulos soberanos. Puso su asiento y morada en la ciudad de Nájara por estar á las fronteras y rayas de Castilla y de Navarra. Cuidaba del gobierno de sus estados y de las cosas de la paz, mas de manera que nunca se olvidaba de la guerra. Lo primero movió con sus gentes contra los moros, que por estar alborotados con discordias entre sí podian mas fácilmente recibir daño. Tenia soldados viejos y provisiones apercebidas de antes. Las talas y daños que hizo, fueron muy grandes sin parar hasta llegar á Córdoba, ninguno de los moros se atrevió á salirle al encuentro. Pero al mismo tiempo que el rey ponia con la guerra espanto, destruia y saqueaba pueblos, campos y castillos; una desgracia que sucedió en su casa, le hizo dejar la empresa.

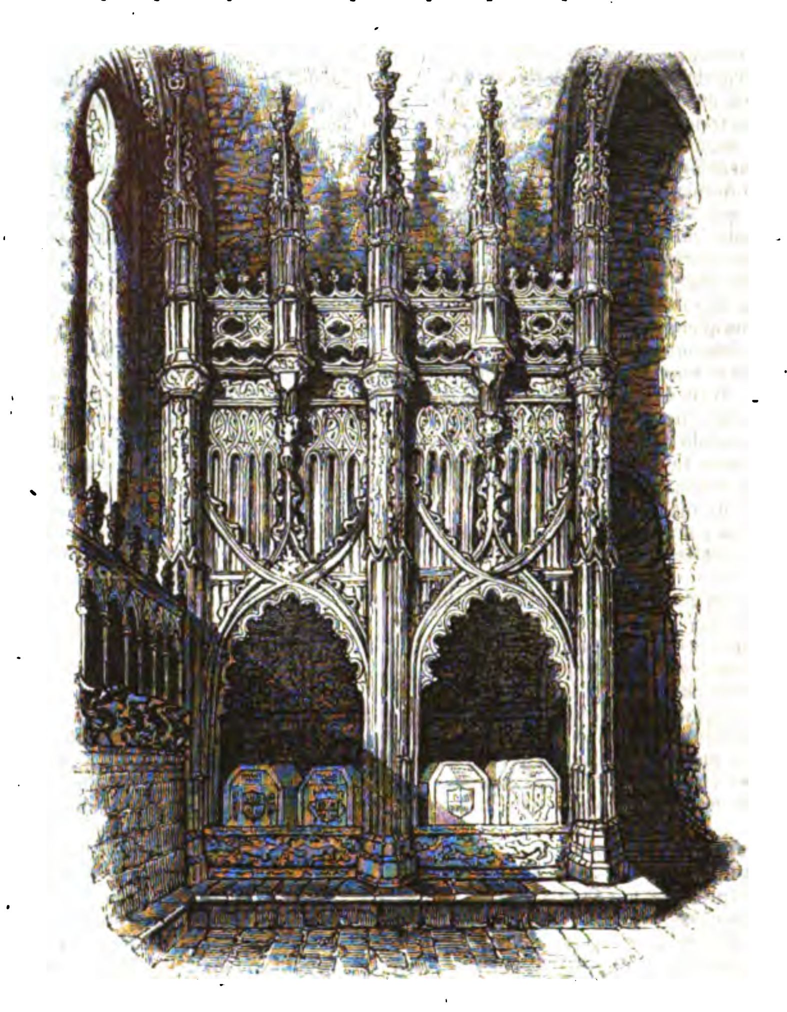
El caso pasó desta manera (2). Cuando se iba á la guerra encomendó á la reina grandemente un caballo, el mejor y mas castizo que tenia; que en aquel tiempo ninguna cosa mas estimaban los españoles que sus caballos y armas. Don García hijo mayor del rey pidió á su madre la reina le diese aquel caballo.

(1) Este monasterio de San Salvador de Oña, lo fundó Sancho García en 1002 como dice Mariana; pero la iglesia y claustros actuales son mas modernos que la fundacion del monasterio; que sin duda por ruina del antiguo se edificó en el siglo XV. De aquí el contraste que se advierte á primera vista entre la elegante, rica y esbelta construccion del cerramiento lateral de la capilla con sus lindísimos nichos, y los sepulcros severos del infante don García, la reina esposa de don Sancho de Navarra, el mismo monarca de Navarra y el rey don Sancho de Castilla, cuyas urnas puede decirse que son las primitivas.

(2) Se tiene esto entre los eruditos por un cuento ridículo.

Estaba para contentalle, si no que le avisó Pedro Sesse, hombre noble y caballerizo mayor, que el rey recibiria dello pesadumbre. Don García como fuera de sí por haberle negado lo que pedia, sea por creer de veras que no sin causa las palabras de Pedro Sesse podian mas con la reina que su demanda, ó falsamente y con deseo de vengarse determinó acusar á su madre de adulterio. La prosecucion desto no la trató con ímpetu de mozo, antes para dar mas color al hecho mañosamente convidó y atrajo á don Fernando su hermano para que le ayudase en aquella empresa. Parecióle á don Fernando al principio impío aquel intento y desatinado: despues de tal manera disimuló con aquel enredo, que con juramento prometió de estar á la mira sin allegarse á ninguna de las partes.

La acusacion de don García alteró grandemente el ánimo del rey luego que supo lo que pasaba. Acudió á su reino. Estrañaba mucho le que cargaban á la reina. Movíale por una parte su conocida honestidad, y la buena fama que siempre tuvo: por otra parte no podia pensar que su hijo sin tener grandes funda-



Enterramiento del conde don García de Castilla y algunos parientes.

mentos se hobiese empeñado en aquella demanda. Don Fernando preguntado de lo que sentia, con su respuesta dudosa le puso en mayor cuidado. Llegó el negocio á que la reina fue puesta en prision en el castillo de Nájara. Pareció que se tratase aquel negocio por ser tan grave en una junta de la nobleza y de los grandes. Salió por decreto que si no hobiese alguno que por las armas hiciese campo en defensa de la honestidad de la reina, pasase ella por la pena del fuego y la quemasen. Tenia el rey un hijo bastardo llamado don Ramiro, habido en una mujer noble de Navarra, que unas llaman Urraca, otros Caya. Este por compasion que tenia á la reina, y por haber olido la malicia de don García, rieptó que se usaba entonces entre los españoles, y salió á hacer campo con don García para volver por la honra de la reina contra la calumnia que á su inocencia se urdia. Gran mal para el rey por cualquiera de las partes que quedase la victoria. Acudió Dios á la mayor necesidad, que un hombre santo con su diligencia y buena maña atajó el daño y deshizo la maraña con sus amonestaciones con que puso en razon á los dos hermanos. Decíales que la afrenta de la reina no solo tocaba á ella, sino al rey, á ellos, y á toda España: mirasen que en acusar á su madre (la cual cuando estuviera culpada, debieran defender y cubrir) no incurriesen en la ira de Dios y provocasen contra sí los gravísimos castigos que semejantes impiedades merecen.

Con esta y otras razones los trajo á tal estado, que primero confesaron la maraña, despues postrados á los piés de su padre le pidieron perdon. Respondió el rey que tan grande delito no era de perdonar, si primero no aplacasen á la reina. «Así (dice) ¿tan gran »maldad contra nos y tal afrenta contra nuestra casa

»real os atrevisteis á concebir en vuestros ánimos y »intentar, malos hijos y perversos? si sois dignos »deste nombre los que amancillastes con tan gran »mancha nuestro linaje y casa. Fuera justo defender »á vuestra madre, aunque estuviera culpada, y cu- »brir la torpeza aunque manifiesta, con vuestra vida »y sangre; pues que será, cuán grave maldad im- »putar á la inocente un delito tan torpe? Perdonad »santos del cielo tan grande locura. En este pecado- »se encierran todas las maldades, impiedad, cruel- »dad, y traicion: contentaos con algun castigo tole- »rable. Perdonen los hombres: en un delito todos, »grandes, pequeños y medianos han sido ofendidos. »Las naciones estrañas do llegare la fama desta men- »gua, no juzguen de nuestras costumbres por un »caso tan feo y atroz. Perdonad compañía muy santa »no mas á los hijos que al padre. No puedo tener las »lágrimas, y apenas irme á la mano para no daros la »muerte, y con ella mostrar al mundo cómo se de- »ben honrar los padres. Mas en mi enojo y saña quiero »tener mas cuenta con lo que es razon que yo haga, »que con lo que vos mereceis, y no cometer por »donde el primer llanto sea ocasion de nuevas lágri- »mas y daños. Dése esto á la edad, dése á vuestra »locura. El mucho regalo don García te ha estragado »para que siendo el primero en la traicion, metieses »á tu hermano en el mismo lazo. No quiero al presen- »te castigaros, ni para adelante os perdono. Todo lo »remito al juicio y parecer de vuestra madre. Lo que »fuere su voluntad y merced, eso se haga y no al; »yo mismo de mi facilidad y credulidad le pediré per- »don con todo cuidado.»

Desta manera fueron los hijos despedidos del padre. La reina vencida por los ruegos de los grandes, y ablandada por las lágrimas de sus hijos se dice les dió el perdon á tal que á don Ramiro en premio de su trabajo y de su lealtad y valor le diesen el reino de Aragon; en quien la falta del nacimiento suplia la señalada virtud y su piedad. Don García que fue la principal causa y atizador desta tragedia, fuese to privado del señorío materno que por leyes y juro de heredad se le debia. Vino en lo uno y en lo otro el rey don Sancho su padre, para que se hiciese todo como la reina lo deseaba. Algunos ponen en duda esta narracion, y creen antes que la division de los estados se hizo por testamento y voluntad del rey don Sancho: ejemplo que don Fernando su hijo asimismo imitó adelante, que repartió entre sus hijos sus reinos. A la verdad ni lo uno ni lo otro se puede bastantemente averiguar, si bien nos parece tiene color de invencion. Sea lo que fuere, á lo menos si así fue, sucedió algunos años antes deste en que vamos. De don García otrosí se refiere que sea por alcanzar perdon de su pecado, ó por voto que tenia hecho, se partió para Roma, á visitar los Lugares Santos.

CAPITULO XIV.

De la muerte del rey don Sancho.

Estaban las cosas en el estado que queda dicho; y concluido el desasosiego de que se ha tratado, el rey don Sancho en el tiempo siguiente volvió su ánimo al celo de la religion, y deseo que fuese su culto aumentado. Era en aquella sazon famoso el monasterio de los monges de Cluñi que está situado en Borgoña, como en el que se reformara con leyes mas severas la religion de San Benito que por causa de los tiempos se habia rebajado. Para que el fruto fuese mayor, desde allí enviaban colonias y poblaciones á diversas partes de Francia y de España, en que edificaban diversos conventos. El rey don Sancho movido por la fama desta gente los hizo venir al monasterio de San Salvador de Leyre, antiguamente edificado por la liberalidad de sus predecesores los reyes de Navarra. Lo mismo hizo en el monasterio de Oña, ca las monjas que en él vivian, pasó al pueblo de Bailen, y en su lugar puso monges de Cluñi. El primer abad deste monasterio fue uno llamado García, que con los otros monges vino de Francia. Despues de García Iñigo de la vida solitaria, que hacia en los montes de Aragon, el rey le sacó y forzó á tomar el cargo de aquel nuevo monasterio. Su virtud fue tal que despues de muerto aquellos monges de Oña le honraron con fiesta cada año, y le hicieron poner en el número de los santos. El monasterio de San Juan de la Peña, que dijimos está cerca de Jaca, famoso por los sepulcros de los antiguos reyes de Sobrarve, fue tambien entregado á los mismos monges de Cluñi para que morasen en él; y porque no fuese necesario hacer venir de Francia tanta muchedumbre de monges como era menester para poblar tantos monasterios, el rey con su providencia envió á Francia á Paterno sacerdote y doce compañeros para que acostumbrados y amaestrados á la manera de vida del monasterio de Cluñi, y cultivados con aquellas leyes; trajesen á España aquella forma de instituto.

No pararon en esto los pensamientos deste buen príncipe, antes considerando que por la revuelta de los tiempos hombres seglares por ser poderosos se entraron en los derechos y posesiones de las iglesias, las puso en su libertad. Hállase un privilegio del rey don Sancho en que con autoridad de Juan XIX pontífice romano dió poder á los monges de Leyre el año de nuestra salvacion (1) de 1032 para elegir en aquel monasterio el obispo de Pamplona. Las ordinarias correrías de los moros y el peligro forzaron á que los obispos de Pamplona pasasen su silla al dicho monasterio de Leyre por estar puesto entre las cumbres de los Pirineos, y por el consiguiente ser mas segura morada que la de la ciudad. Al presente con la paz de que gozaban por el esfuerzo y buena dicha del rey don Sancho se tuvo en Pamplona un concilio de obispos sobre el caso. Juntáronse estos prelados, Poncio arzobispo de Oviedo, los obispos García de Nájara, Nuño de Alava, Arnulpho de Ribagorza, Sancho de Aragon, es ó saber de Jaca, Juliano de Castilla, es á saber de Auca. En este concilio lo primero de que se trató, fue de la pretensión de don fray Sancho, abad que era de Leire y juntamente obispo de Pamplona, que por tener gran cabida con el rey causada de que fue su maestro, procuraba se restituyese la antigua silla al obispo de Pamplona, y volviese á residir en la ciudad. Dilatóse por entonces su pretension: que ordinariamente los hombres quieren perseverar en las costumbres antiguas, y las nuevas como se desechan de todos dificultosamente se reciben y mal se pueden encaminar; mas en tiempo de su sucesor don Pedro de Roda se puso esto que se pretendia en ejecucion.

A lo último de su vida hizo el rey que se reedificase la ciudad de Palencia por una ocasion no muy grande. Estaba de años atrás por tierra á causa de las guerras: solo quedaban algunos paredones, montones de piedras y rastros de los edificios que allí hobo antiguamente, demás desto un templo muy viejo y grosero con advocacion de San Antolin. El rey don Sancho cuando no tenia en qué entender, acostumbraba ocuparse en la caza por no parecer que no hacia nada, demás que el ejercicio de montería es á propósito para la salud y para hacerse los hombres diestros en las armas. Sucedió cierto dia que en aquellos lugares fue en seguimiento de un javalí, tanto que llegó hasta el mismo templo á que la fiera

(1) Tal vez el 3 está por equivocacion antepuesto al 2, pues este privilegio corresponde al año 1023. Por el se ve que el rey elegia el obispo de Pamplona, y los obispos aprobaban la eleccion.

se recogió por servir en aquella soledad de albergo y morada de fieras. El rey sin tener respeto á la santidad y devocion del lugar pretendia con el venablo herille sin mirar que estaba cerca del altar, cuando acaso echó de ver que el brazo de repente se le habia entumecido y faltádole las fuerzas. Entendió que era castigo de Dios por el poco respeto que tuvo al lugar santo, y movido deste escrúpulo y temor invocó con humildad la ayuda de San Antolin: pidió perdon de la culpa que por ignorancia cometiera. Oyó el Santo sus clamores, sintió á la hora que el brazo volvió en su primera fuerza y vigor, movido otrosí del milagro acordó desmontar el bosque y los matorrales á propósito de edificar de nuevo la ciudad, levantar las murallas y las casas particulares. Lo mismo se hizo del templo que le fabricaron magnificamente, con su obispo para el gobierno y cuidado de aquella nueva ciudad, parece que escribo tragedias y fábulas: á la verdad en las mismas historias y corónicas de España se cuentan muchas cosas deste jaez no como fingidas, sino como verdaderas; de las cuales no hay para que disputar, ni aproballas ni desechallas, el lector por sí mismo las podrá quilatar y dar el crédito que merece cada cual.

Concluyamos con este rey con decir que acabadas tantas cosas en guerra y en paz, ganó para sí gran renombre para sus descendientes estados muy grandes. Sus hechos ilustran grandemente su nombre, y mucho mas la gravedad en sus acciones, la constancia y grandeza de ánimo, la bondad y escelencia en todo género de virtudes. El fin de la vida fue desgraciado y triste; camino de Oviedo donde iba con deseo de visitar los sagrados cuerpos de los santos, por cuyo respeto y con cuya posesion aquella ciudad siempre se ha tenido por muy devota y llena de magestad, fue muerto con asechanzas que le pararon en el camino (1): quien fuese el matador ni se refiere en las historias, ni aun por ventura entonces se pudo saber, ni averiguar. Sospéchase que algun príncipe de los muchos que envidiaban su felicidad, le hizo poner la celada. Su cuerpo enterraron en Oviedo, las exequias le hicieron segun la costumbre magnificamente. Pasados algunos años por mandado de su hijo don Fernando rey de Castilla le trasladaron á Leon y sepultaron en la iglesia de San Isidoro. La letra de su sepulcro dice:

AQUI YACE SANCHO REY DE LOS MONTES PIRINEOS Y DE TOLOSA, VARON CATOLICO Y POR LA IGLESIA.

Letra harto notable. Fue muerto á diez y ocho de octubre año de nuestra salvacion de 1035. Dejó á sus hijos grandes contiendas y al reino materia de grandes males por la division sin propósito que entre ellos hizo de sus estados, como ordinariamente los pecados y desórdenes de los príncipes suelen redundar en perjuicio del pueblo y pagarse con daño de sus vasallos.

LIBRO NONO.

CAPITULO I.

Del estado de las cosas de España.

Los temporales que se siguieron turbios y alborotados, sus calamidades y desgracias, y las guerras crueles que se emprendieron entre los que eran deudos y hermanos, serán bastante aviso para los que vinieren delante cuánto importa que el reino, en especial cuando es pequeño y su distrito no es ancho, no se divida en muchas partes ni entre diversos herederos. Buen recuerdo y doctrina saludable se que la naturaleza del señorío y del mando no sufre compañía, y que la ambicion es un vicio desapoderado, cruel, sospechoso, desasosegado, que ni por respeto de amistad ni de parentesco por estrecho que sea, se enfrena para no revolver y trastornar lo alto con lo bajo. No hay gente en el mando ni tan avisada y política, ni tan fiera y salvaje, que no entienda y confiese ser verdad lo que se ha dicho: y sin embargo vemos que muchos olvidados desto y vencidos del amor de padres, ó movidos de otras consideraciones y recatos sin propósito, dividieron á su muerte entre muchos sus estados; en lo cual haber errado grandemente los tristes y desastrados sucesos que por esta causa resultaron, lo mostraron bastantemente; y todavía los que adelante sucedieron no dudaron de imitar en este yerro á sus antepasados. Es así que muchas veces las opiniones caidas y olvidadas se levantan y prevalecen, y los hombres de ordinario tienen esta mala condicion de juzgar y tener por mejor lo pasado que lo presente, además que cada cual demasiadamente se fia de sus esperanzas, y halla razones para aprobar lo que desea. Esto le aconteció al rey don Sancho, cuya vida y hechos quedan relatados en el libro pasado.

Estaba la cristiandad cuan anchamente se estendia en España casi toda reducida y puesta de bajo del mando de un príncipe: merced grande y providencia del cielo para que el señorío de los moros que de sí mismo se despeñaba en su perdicion, con las fuerzas de todos los cristianos juntas en uno se desarraigase de todo punto en España. Pero desbarató estos intentos la division que este rey hizo entre sus hijos y herederos de todos sus estados: acuerdo perjudicial y errado. Entramos en una nueva selva de cosas; y la narracion de aquí adelante irá algo mas estendida que hasta aqui. Por esto será bien en primer lugar relatar el estado en que España y sus cosas se hallaban despues de la muerte del ya dicho rey don Sancho. Dividió sus reinos entre sus hijos en esta forma: don García el hijo mayor llevó lo de Navarra, y el ducado de Vizcaya con todo lo que hay desde la ciudad de Nájara hasta los montes Doca: á don Fernando hijo segundo dieron en vida su padre y madre doña Nuña á Castilla, trocado el nombre de conde que antes solia tener aquel estado, en apellido de rey: á don Gonzalo el menor de los tres hermanos legítimos cupieron Sobrarve y Ribagorza con los castillos de Loharri y San Emeterio: á don Ramiro hijo fuera de matrimonio, aunque de madre principal y noble; dió su padre el reino de Aragon fuera de algunos castillos que quedaron en aquella parte en poder de don García; y se le adjudicaron en la particion: traza enderezada á que los hermanos estuviesen trabados entre sí, y por esta forma se conservasen en páz. Todos se llamaron reyes, y usaban de córte y aparato real, de que resultaron guerras perjudiciales y sangrientas. Cada cual ponia los ojos en la grandeza de su padre, y pretendian en todo igualarle. Llevaban otrosí mal que los términos de sus estados fuesen tan cortos y limitados.

En Leon reinaba á la misma sazon don Bermudo, Tercero deste nombre, cuñado de don Fernando, ya rey de Castilla. En el reino de Leon se comprendian las provincias de Galicia y de Portugal, y parte de Castilla la Vieja hasta el rio de Pisuerga. Conde de Barcelona era don Ramon por sobrenombre el Viejo, falleció el mismo año que el rey don Sancho, que se contaba de nuestra salvacion 1035. Sucedióle don Berenguel Borello su hijo aunque pequeño de cuerpo, en ánimo y esfuerzo no menos señalado que sus antepasados. A la verdad ganó por las armas á Mal-

(1) Asi la peregrinacion de don Sancho para visitar el templo de Oviedo como su muerte á traicion se tiene por una fábula mas digna de ser despreciada que refutada, pues ningun escritor antiguo habla de ella. Todos convienen en que murió lleno de años y de paz.

rosa y otro pueblo que llaman Prados del rey Galafre: ganó otrosí y hizo que volviesen á poder de cristianos Tarragona y Cervera, demás de otros pueblos comarcanos, que por negligencia de su padre, ó por no poder mas se perdieron los años pasados. Muchos señores moros que tenian sus estados por aquellas partes, los sujetó con las armas y forzó á que le pagasen parias. Casó con dos mujeres: la una se llamó Radalmuri, la otra Almodí. De la primera tuvo dos hijos, don Pedro y don Berenguel: la segunda parió á don Ramon Berenguel: que se llamó *cabeza de estopa* por causa de los cabellos espesos, blandos y rubios que tenia. Este era el estado y disposicion en que se hallaban por este tiempo las cosas de los cristianos en España.

Los reinos de los moros (como de suso se dijo) eran tantos en número cuantas las ciudades principales que poseian. El reino de Córdoba todavía se adelantaba á los demás en autoridad y fuerzas por ser el mas antiguo y mas estendido, sí bien los bandos domésticos y alborotos le traian puesto en balanzas. El segundo lugar tenia el de Sevilla: luego Toledo, Zaragoza, Huesca sin otros reyezuelos moros, en fuerzas, riquezas y valor de menor cuenta que los demás, y que fácilmente los pudieran atropellar y derribar, si los nuestros se juntaran para acometellos y conquistallos. Las discordias que de repente y sin propósito resultaron entre los príncipes, dado que eran hermanos y deudos, estorbaron que no se tomase esta empresa tan santa. Don García, rey de Navarra, por voto que tenia hecho dello, ó sea por alcanzar perdon del pecado que cometió en acusar falsamente (como está dicho) á su madre, era ido á Roma á la sazon que su padre falleció, á visitar las iglesias de San Pedro y San Pablo, segun que lo acostumbraban los cristianos de aquel tiempo. Don Ramiro su hermano quiso aprovecharse de aquella ocasion de la ausencia de don García para acrecentar su estado, que en materia de reinar ningun parentesco, ni ley divina ni humana puede bastantemente asegurar. Para salir con su intento puso liga y amistad con los reyes de Zaragoza, Huesca, Tudela, si bien eran moros: juntó con ellos sus fuerzas; rompió por las tierras de Navarra, y en ella puso sitio sobre Tafalla, villa principal en aquellas partes. Sucedió que el rey don García volvió á la sazon de su romería, y avisado de lo que pasaba, con golpe de gente que juntó arrebatadamente de los suyos, dió de sobresalto sobre su hermano y su hueste con tal ímpetu y furia que le hizo huir de todo su reino de Aragon sin parar hasta Sobrarve y Ribagorza. El sobresalto fue tal, y la priesa de huir tan arrebatada, que le fue forzado saltar en un caballo que halló á mano sin freno y sin silla, por escapar de la muerte y salvarse. Principios fueron estos de grandes revueltas y desmanes que se siguieron adelante.

Los del reino de Leon no estaban bien con el rey de Castilla don Fernando. Los cortesanos, falsos y engañosos aduladores, que ni son buenos para la paz ni para la guerra, atizaban contra él al rey don Bermudo. El de suyo se mostraba lastimado, así bien por la mengua de haberle tomado su hermana por mujer contra su voluntad, como por el menoscabo de su reino por la parte que conquistaron los reyes don Sancho y don Fernando padre y hijo, y los desaguisados que en aquella guerra le hicieron, segun queda arriba declarado. Ofreciase buena ocasion para satisfacerse destos agravios por la discordia que comenzaba entre los hermanos, en especial por ser flacas las fuerzas del rey don Fernando y su estado no muy grande: acordó pues de juntar su gente, salió á la guerra, y acometió las fronteras de Castilla. Don Fernando avisado del peligro que sus cosas corrian, llamó en su socorro á su hermano don García, rey mas poderoso que los demás por el grande estado que alcanzaba, y que de nuevo estaba ufano y pujante por la victoria que ganó contra don Ramiro su hermano; vino por ende de buena gana en lo que don Fernando le pedia. Juntaron las fuerzas, marcharon con sus huestes en busca del enemigo, y á vista suya asentaron sus reales á la ribera del rio Carrion en el valle de Tamaron, y cerca de un pueblo llamado Lantada. Tenian grande gana de pelear; ordenaron las haces por la una y por la otra parte, la batalla fue reñida y sangrienta, muchos de los unos y de los otros quedaron tendidos en el campo.

En lo mas recio de la pelea don Bermudo confiado en su edad, que era mozo, y en la destreza que tenia en las armas grande, y en su caballo que era muy castizo, y le llamaban por nombre Pelayuelo, con grande denuedo rompió por los escuadrones de los contrarios en busca de don Fernando con intento de pelear con él, sin miedo alguno del peligro tan claro en que se ponia; en esta demanda le hirieron de un bote de lanza de que cayó muerto del caballo. Con su muerte se puso fin á su reino, y juntamente á la guerra á causa que don Fernando, ganada la victoria, se entró por el reino de Leon que por derecho le venia, para apoderarse de él, de sus castillos y ciudades: cosa muy fácil por estar los ánimos de aquella gente amedrentados y cobardes por la muerte de su rey y la pérdida tan fresca, si bien por el comun afecto de todas las naciones aborrecian el gobierno y mando extranjero, por donde y mas por obedecer á su rey tomaran primero las armas y de presente pretendian hacer resistencia á los vencedores. La osadia y ánimo sin fuerzas poco presta. Cerraron pues los de Leon al principio las puertas de su ciudad al ejército victorioso que acudió sin tardanza; mas como quier que no estuviese reparada despues que los moros abatieron sus murallas, ni tuviese soldados, municiones, almacen y bastimentos para sufrir el cerco á la larga, mudados luego de parecer acordaron de rendirse. Llevaron los ciudadanos al rey con muestra de grande alegría á la iglesia de Santa Maria de Regla, donde á voz de pregonero alzaron los estandartes por él y le coronaron por su rey. Hizo la ceremonia don Servando, obispo de Leon, que fue el año de Cristo de 1038. Reinó don Fernando en Leon veinte y ocho años, seis meses y doce dias; en Castilla otros doce años mas, parte dellos en vida de su padre, parte despues de sus dias. Era entonces Castilla de estrechos términos, pero de cielo sano, templado y agradable: la campiña fresca, y en todo género de esquilmos abundante.

CAPITULO II.

De las guerras que hizo el rey don Fernando contra los moros.

Con el nuevo reino que se juntó al rey don Fernando, se hizo el mas poderoso rey de los que á la sazon eran en España. Con la grandeza y poder igualaba el grande celo que este príncipe tenia de aumentar la Religion Cristiana, demás de las muchas y muy grandes virtudes en que fue muy acabado; y en la gloria militar tan señalado, que por esta causa cerca del pueblo ganó renombre de Grande, como se ve por las historias y memorias antiguas de aquel tiempo, en que el favor, ó sea adulacion de la gente pasó tan adelante que le llamaron emperador ó igual á emperador. Fue otrosí dichoso por la sucesion que tuvo de muchos hijos y hijas. La primera que le nació antes de ser rey, fue doña Urraca, despues della don Sancho que le sucedió en sus reinos, luego doña Elvira que casó adelante con el conde de Cabra, demás destos don Alonso en quien despues vino á parar todo, y don García el menor de sus hermanos, todos nacidos de un matrimonio. De cuya crianza tuvo el cuidado que era razon, que los hijos en su tierna

edad fuesen amaestrados y enseñados en todo género de virtud, buena crianza y apostura, las hijas se criasen en toda cristiandad y en los demás ejercicios que á mujeres pertenecen. Gozaba en su reino de una paz muy sosegada, las cosas del gobierno las tenia muy asentadas; mas por no estar ocioso acordó hacer guerra á los moros. Parecíale que por ningun camino se podia mas acreditar con la gente ni agradar mas á Dios que con volver sus fuerzas á aquella guerra sagrada.

Los moros que habitaban hácia aquella parte que hoy llamamos Portugal, se tendian largamente á las riberas del rio Duero; por donde aquella comarca se llamó entonces Estremadura, y de allí con el tiempo pasó aquel apellido á aquella parte de la antigua Lusitania que cae entre los rios Guadiana y Tajo, y hasta hoy conserva aquel nombre. Caíanle aquellos moros mas cerca que los demás, y por esta causa aumentado que hobo su ejército con nuevas levas de soldados, marchó contra los que acostumbraban á hacer cabalgadas y grande estrago en las tierras de los cristianos, y á la sazon con una grande entrada que hicieron, robaron muchos hombres y ganados. Dióse el rey tan buena maña, y siguió los contrarios con tanta diligencia, que vencidos y maltratados les quitó lo primero la presa que llevaban, despues alentado con tan buen principio pasó adelante. Dió el gasto á los campos de Mérida y Badajoz sin perdonar á cosa alguna que se le pusiese adelante: los ganados y cautivos que tomó, fueron muchos; ganó otrosí dos pueblos llamados el uno Sena y el otro Gani. Dentro de lo que hoy es Portugal, rindió la ciudad de Viseo con cerco muy apretado que le puso, si bien los moros que dentro tenia, pelearon valerosa y esforzadamente como los que en el último aprieto y peligro se hallaban. La toma desta ciudad dió mucho contento al rey no solo por lo que en ella se interesaba, que era pueblo tan principal, sino porque hobo á las manos el moro, de quien se dijo arriba que mató al rey don Alonso su suegro con una saeta que le tiró desde el adarve; la cual muerte el rey vengó con darla al matador despues que le sacaron los ojos, y le cortaron las manos y un pié, que fue género de castigo muy ejemplar.

En la prosecucion desta guerra se ganaron asimismo de los moros los castillos de San Martin y de Taranzo. Cae cerca de aquella comarca la iglesia del apostol Santiago, patron y amparo de España, cuyo favor muchas veces esperimentaron los nuestros en las batallas. Acordó el rey de ir á visitalla para hacer en ella sus rogativas, cumplir los votos que tenia hechos, y hacer otros de nuevo para suplicarle no alzase la mano del socorro con que la asistia, y no se le trocase aquella prosperidad y buena andanza, ni si le añublase, ca tenia determinado de no parar y reposar hasta tanto que desterrase en España aquella secta malvada de los moros. Esto pasaba el año segundo despues que se apoderó del reino de Leon. El siguiente que se contaba de Cristo 1040, tornó de nuevo con mayor ánimo y brio á la guerra. Puso cerco sobre la ciudad de Coimbra, y aunque con dificultad, al fin la ganó por entrega que los moros le hicieron con tal solamente que les concediese las vidas. Los trabajos largos del cerco, falta de vituallas y almacen les forzó á tomar este acuerdo. Algunos dicen que el cerco duró por espacio de siete años; pero es yerro, que no fueron sino siete meses, y por descuido mudaron en años el número de los meses. Era en aquel tiempo aquella ciudad de las mas nobles y señaladas que tenia Portugal; al presente en nuestros tiempos la ennoblecen mucho mas los estudios de todas las artes y ciencias que con muy gruesos salarios fundó el rey don Juan el III de Portugal para que fuese una de las universidades mas principales de España. Los monges de un monasterio que se decia Lormano, se refiere ayudaron mucho al rey don Fernando para proseguir este cerco con vituallas que le dieron, las que con el trabajo de sus manos tenian recogidas en cantidad sin que los moros en cuyo distrito moraban, lo supiesen: no se sabe que gratificacion (1) les hizo el rey por este servicio, pero sin duda debió de ser grande.

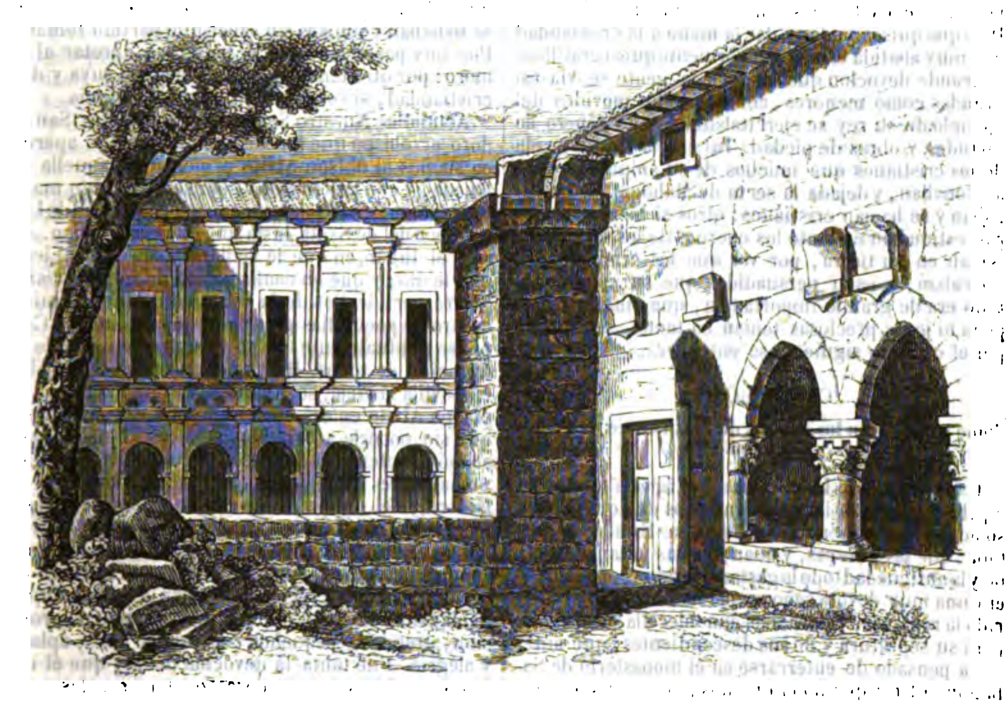


Con la toma desta ciudad los términos del reino de Leon se estendieron hasta el rio Mondego, que pasa por ella y riega sus campos, y en latin se llama Monda. Puso el rey por gobernador de Coimbra, de los pueblos y castillos que se ganaron en aquella comarca, un varon principal por nombre Sisnando, que era muy inteligente de las cosas de los moros de sus fuerzas y manera de pelear á causa que en otro tiempo sirvió á Benabet rey de Sevilla en la guerra que hacia á los cristianos que moraban en Portugal: tales eran las costumbres de aquellos tiempos. Mientras duraba el cerco de Coimbra, un obispo griego por nombre Esteban, segun en el libro del papa Calisto II se refiere, que viniera á visitar la iglesia de Santiago,

(1) Por una escritura de donacion de la era 1102, (1064 de J. C.) consta que el rey, para recompensar estos servicios les dió una iglesia dentro de Coimbra, confirmó las donaciones de sus predecesores, y les dió diez marcos de plata con destino á una cruz para el servicio de la iglesia.

como oyese decir que muchas veces el Apóstol en lo mas recio de las batallas se aparecia y ayudaba á los cristianos dijo: Santiago no fue soldado sino pescador. Este dijo él: la noche siguiente vió entre sueños como el mismo apóstol ayudaba á los cristianos que estaban sobre Coimbra para que tomasen aquella ciudad. Averiguóse que á la misma hora que aquel obispo vió aquella vision se tomó la ciudad de Coimbra: con que el griego y los demás quedaron satisfechos que el sueño fue verdadero y no vano. El rey dado que hobo asiento en todas las cosas, acudió de nuevo á visitar la iglesia de Santiago, y dalle parte de las riquezas y presa que en la guerra se ganaron, en reconocimiento de las mercedes recebidas, y por prenda de las que para adelante esperaba por su favor alcanzar.

Concluido con esta visita y devocion, dió la vuelta para visitar á manera de triunfador las ciudades de sus reinos de Castilla y de Leon. Daba en todas partes asiento en las cosas del gobierno, y de camino, recogia de sus vasallos subsidios y ayudas para la guerra que el año siguiente pretendia hacer con mayor diligencia contra los moros que moraban descuidados á las riberas del rio Ebro, y sabia eran ricos de mucho ganado que robaran á los cristianos. Tocaba esta conquista y pertenecia mas propiamente á los reyes de Navarra y Aragon; mas la guerra que entre sí se hacian muy brava, no les daba lugar á cuidar de otra cosa alguna. Don Ramiro acrecentó por este tiempo su reino con los estados de Sobrarve y Ribagorza en que sucedió por muerte de su hermano don Gonzalo. Algunos por escrituras antiguas que para ello citan, pretenden que don Gonzalo falleció en vida de su padre (1), otros que uno llamado Ramoneto de Gascuña en una zalagarda que le armó junto á la puente de Montclus, le dió la muerte volviendo de caza: lo cierto es que enterraron su cuerpo en la iglesia de San Victoriano.



Claustro procesional en San Pedro de Cardeña.

El rey don Ramiro aumentado que hobo por esta manera su reino, daba guerra á los navarros que le tenian usurpado parte de su reino de Aragon. No se les igualaba en las fuerzas ni en el número de la gente por ser estrecho su estado; pero demás de ser por sí mismo muy diestro en las armas y de mucho valor, tenia socorros de Francia que le acudian por estar casado con Gisberga, ó como otros la llaman Hermesenda, hija de Bernardo Rogerio conde de Bigerra y de su mujer Gersenda. En ella tuvo á don Ramiro (2), á don Sancho, á don Garcia y á doña Sancha, que casó con el conde de Tolosa, y á doña Teresa que fue mujer de Beltran, conde de la Proenza. Fuera de matrimonio tuvo asimismo otro hijo por nombre don Sancho, á quien hizo donacion de Ayvar, Javier, Latres y Ribagorza con título de conde; no dejó sucesion: y así volvió este estado á la corona de los reyes de Aragon. Las armas de don Ramiro fueron una cruz de plata en campo azul, que adelante mudaron sus descendientes, y las trocaron como se apuntará en su lugar.

Volvamos al rey don Fernando, que con intento de hacer guerra á los moros ya dichos, y revolver contra los del reino de Toledo que con cabalgadas ordinarias hacian mucho daño en tierra de cristianos, tomadas las armas sujetó á Santistevan de Gormez, Vadoregio, Aguilar, Valeránica, que al presente se dice Berlanga. Pasó adelante, puso á fuego y á sangre el territorio de Tarazona, corrió toda la tierra hasta Medinaceli, en que abatió todas las atalayas, que habia muchas en España, y dellas hacian los moros señas con ahumadas para que los suyos se apercibiesen

(1) Consta por varias escrituras que en 1038 aun vivia don Gonzalo, y el rey don Sancho su padre habia muerto el año 1036; que el año 42 y 43 don Ramiro ya poseia los estados de don Gonzalo, y reinaba en Sobrarve y Ribagorza. Por esta razon la muerte de don Gonzalo debe ponerse entre el año 38 y 42, acaso á fines de este.

(2) Zurita y Abarca no dicen que don Ramiro tuviera un hijo de su nombre, y en el testamento que publicó Briz del rey don Ramiro tampoco se lee que dejase á su hijo natural don Sancho mas que los pueblos de Ayvar, Javierre y Latres sin hablar de Rivagorza ni del título de condado.

contra los cristianos. Desde allí pasados los puertos, frontera á la sazon entre moros y cristianos, revolvió sobre el reino de Toledo. Taló los campos de Talamanca y Uceda: lo mismo hizo en los de Guadalajara y Alcalá que están puestas á la ribera del rio Henares, sin parar hasta dar vista á Madrid.

El rey Almenon de Toledo movido por estos daños, y con recelo de que serian mayores adelante, compró á costa de gran cantidad de oro y plata que ofreció, las paces y amistad que puso con el rey don Fernando. Lo mismo hicieron los reyes de Zaragoza, Portugal y Sevilla, demás que prometieron acudirle con parias cada un año. Lo cual todo no menos honra acarreaba á los cristianos y reputacion, que mengua á los moros, que de tanto poder y pujanza como poco antes tenian, se veian de repente tan flacos y abatidos, que ni sus fuerzas les prestaban, ni las de África que tan cerca les caia; y eran forzados á guardar las leyes de los que antes tenian por súbditos, y los mandaban. Mudanza que no se debe tanto atribuir á la prudencia y fuerzas humanas, cuanto al favor de Dios que quiso ayudar y dar la mano á la cristiandad que muy abatida estaba. Mayormente quiso gratificar la grande devocion que en toda la gente se via así grandes como menores, con que todos movidos del ejemplo de su rey se ejercitaban en todo género de virtudes y obras de piedad. Tal era la virtud y vida de los cristianos que muchos de su voluntad se les aficionaban, y dejada la secta de Mahoma, se bautizaban y se hacian cristianos: otros si bien eran moros, estimaban en tanto los cuerpos de los santos que tenian en su tierra, por ver que los cristianos los honraban, y estar persuadidos que su ayuda para todo era de grande importancia, que ningun oro ni plata ni joyas preciosas tenian en tanto, segun que por el capítulo siguiente se entenderá.

CAPITULO III.

Cómo trasladaron los huesos de San Isidoro de Sevilla á Leon.

En la ciudad de Leon tenian una iglesia muy principal sepultura de los reyes antiguos de aquel reino, su advocacion de San Juan Bautista. Estaba maltratada: que las guerras, y cuando estas faltan, el tiempo y la antigüedad todo lo gastan. La reina doña Sancha era una muy devota señora: persuadió al rey su marido la reparase, y para mas ennoblecella la escogiese para su sepultura y de sus descendientes; que antes tenia pensado de enterrarse en el monasterio de Sahagun. El rey que no era menos pio y devoto que la reina, y mas aina la escedia en fervor, fácilmente otorgó con su voluntad. Para dar principio á lo que tenia acordado, ya que el edificio iba muy alto, hicieron traer de Oviedo (1) donde yacian los huesos del rey don Sancho de Navarra padre del rey; y para aumentar la devocion del pueblo trataron de juntar en aquel templo diversas reliquias de santos de los muchos que en España se hallaban, en especial en Sevilla ciudad la mas principal de Andalucía, que si bien estaba en poder de los moros, todavía se conservaban en ella muchos cuerpos de los santos que antiguamente murieron en aquella ciudad. Era cosa dificultosa alcanzar lo que pretendian. Acordó el rey valerse de las armas y hacer guerra á Benabet, rey de Sevilla. Parecióle que por este camino saldria con su pretension. Corrióle la tierra: muchos pueblos de la Andalucía y de la Lusitania que eran deste príncipe, á unos taló los campos, otros tomó por fuerza ó de grado.

El rey moro acosado destos daños tan graves deseaba tomar asiento con los cristianos. Ofrecia cantidad de oro y plata de presente, y para adelante acudir cada un año con ciertas parias. El rey don Fernando aceptó aquellos partidos y la amistad del moro, á tal empero que sin dilacion le enviase el cuerpo de Santa Justa, que fue la ocasion de emprender aquella guerra. Otorgó fácilmente el moro con lo que se le pedia. Hicieron sus juras y homenajes de cumplir lo que ponian, con que se alzó mano de las armas. Para traer el santo cuerpo despachó el rey el obispo de Leon Alvito, y al de Astorga por nombre Ordoño, y en su compañía por sus embajadores al conde don Nuño, don Fernando y don Gonzalo, personas principales de su reino: dióles otrosí para su seguridad soldados y gente de guarda. Los ciudadanos de Sevilla avisados de lo que se pretendia, sea movidos de si mismos por entender cuánto importan á los pueblos la asistencia y ayuda de los santos por medio de sus santas reliquias, ó lo que mas creo, á persuasion de los cristianos que en Sevilla moraban, se pusieron en armas resueltos de no permitir les llevasen de su ciudad aquellos huesos sagrados. Los embajadores se hallaban confusos sin saber qué partido tomasen. Por una parte les parecia peligroso apretar al rey moro: por otra tenian que seria mengua suya y de la cristiandad, si volviesen sin la santa reliquia.

Acudióles Nuestro Señor en este aprieto: San Isidoro arzobispo que fue de aquella ciudad, apareció en sueños al obispo Alvito principal de aquella embajada, y con rostro ledo y semblante de gran magestad le amonestó llevasen su cuerpo á la ciudad de Leon á trueco del de Santa Justa que ellos pretendian. Avisóle el lugar en que le hallaria, con señas ciertas que le dió; y que en confirmacion de aquella vision, y para certificallos de la voluntad de Dios él mismo dentro de pocos dias pasaria desta vida mortal. Cumplióse puntualmente lo uno y lo otro con grande admiracion de todos. Hallóse el cuerpo de San Isidoro en Sevilla la vieja, segun que el santo lo avisara; y el obispo Alvito enfermó luego de una dolencia mortal que sin poderle acorrer los médicos ni medicinas le acabó al seteno. Despidiéronse con tanto los demás embajadores del rey moro. Llevaron el cuerpo de San Isidoro y del obispo Alvito con el acompañamiento y magestad que era razon. El rey don Fernando avisado de todo lo que pasaba, como llegaban cerca, acompañado de sus hijos salió hasta el rio Duero con mucha devocion á recebir y festejar la santa reliquia. Salió asimismo todo el pueblo, y el clero en procesion, grandes y pequeños con mucho gozo, aplauso y alegría. Fue tanta la devocion del rey que él mismo y sus hijos á piés descalzos tomaron las andas sobre sus hombros, y la llevaron hasta entrar en la iglesia de San Juan de Leon.

En Sevilla, antes que saliese el cuerpo, y por todo el camino hizo Dios para honralle muchos milagros: los ciegos cobraron la vista, los sordos el oido, y los cojos y contrechos se soltaron para andar: maravilloso Dios y grande en sus santos. El cuerpo del obispo Alvito sepultaron en la iglesia Mayor de aquella ciudad (2): el de San Isidoro fue colocado (3) en la de San Juan en un sepulcro muy costoso, y de obra muy prima, que para este efecto le tenian aparejado y presto; que fue ocasion de que aquella iglesia que de tiempo antiguo tenia advocacion de San Juan Baptista, en adelante se llamasé como hoy se llama de San Isidoro. Refieren otrosí que el jumento que traia la caja de San Isidoro, sin que nadie le guiase, tomó el camino de aquella iglesia del señor San Juan,

(1) Fue enterrado en el monasterio de Oña y no en Oviedo.

(2) El monge de Silos dice, «que Alvito tiene su sepulcro en la iglesia de Santa María donde habia presidido.» La antigua iglesia catedral, que habia sido destruida por los moros, aun no se habia podido reedificar.

(3) Resulta de las actas de esta traslacion que publicó el Mtro. Florez, que se hizo en la era 1101, que es el 1063 de J. C.

y el en que venia el cuerpo del obispo, se enderezó la iglesia Mayor; que si es verdad, fue otro nuevo y mayor milagro. Bien veo que esto no concuerda del todo con lo que queda dicho, y que cosas semejantes se toman en diversas maneras: pero pues no referimos cosas nuevas, sino lo que otros testifican, quedará á su cuenta el abonallas y hacer fe dellas, en especial don Lucas de Tuy, que compuso un libro de todo esto bien grande, y de los milagros que Dios obró por virtud deste santo, muchos y notables. Nuestro oficio no es poner en disputa lo que los antiguos afirmaron, sino relatallo con entera verdad. Por el mismo tiempo, como lo escribe don Pelayo obispo de Oviedo, trasladaron de la ciudad de Avila (1) los cuerpos de los santos Vicente, Sabina y Christeta sus hermanas. El de San Vicente fue llevado á Leon, el de Santa Sabina á Palencia, y el de Santa Christeta al monasterio de San Pedro de Arlanza.

En Coyanza que al presente se llama Valencia, en tierra de Oviedo, se celebró un concilio (2) en presencia deste rey don Fernando y de la reina su mujer. En él se juntaron los grandes del reino y nueve obispos que fue año del Señor de 1050. En los decretos deste concilio se mandó al pueblo que asistiese á las horas canónicas que se cantan en la iglesia de dia y de noche, y que todos los viernes del año se ayunase de la manera que en otros tiempos y dias de ayuno que obligan por discurso del año. Por este tiempo asimismo dos hijas de dos reyes moros se tornaron cristianas y se bautizaron: la una fue Casilda hija de Almenón, rey de Toledo; la otra Zaida hija del rey Benabét de Sevilla. La ocasion de hacerse cristianas fue desta manera: Casilda era muy piadosa y compasiva de los cautivos cristianos que tenian aherrojados en casa de su padre, de su gran necesidad y miseria: acudíales secretamente con el regalo y sustento que podia. Su padre avisado de lo que pasaba, y mal enojado por el caso, acechó á su hija. Encontróla una vez que llevaba la comida para aquellos pobres: alterado preguntóla lo que llevaba, respondió ella que rosas; y abierta la falda las mostró á su padre, por haberse en ellas convertido la vianda. Este milagro tan claro fue ocasion que la doncella se quisiese tornar cristiana; y que desta manera suele Dios pagar las obras de piedad que con los pobres se hacen, y fruto de la misericordia suele ser el conocimiento de la verdad. Padecia esta doncella flujo de sangre: avisáronla (fuese por revelacion ó de otra manera) que si queria sanar de aquella dolencia tan grande, se bañase en el lago de San Vicente que está en tierra de Briviesca. Su padre que era amigo de los cristianos, por el deseo que tenia de ver sana á su hija, le envió al rey don Fernando para que la hiciese curar. Cobró ella en breve la salud con bañarse en aquel lago: despues recibió el bautismo segun que lo tenia pensado; y en reconocimiento de tales mercedes olvidada de su patria en una ermita que hizo edificar junto al lago, pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fue esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion: la Iglesia la pone en el número de los santos que reinan con Cristo en el cielo, y en muchas iglesias de España se le hace la fiesta á quince de abril.

La Zaida quier fuese por el ejemplo de Santa Casilda, ó por otra ocasion se movió á hacerse cristiana, en especial que en sueños le apareció San Isidoro, y con dulces y amorosas palabras la persuadió pusiese en ejecucion con brevedad aquel santo propósito. Dió ella parte deste negocio al rey su padre: él estaba perplejo sin saber qué partido deberia tomar. Por una parte no podia resistir á los ruegos de su hija, por otra temia la indignacion de los suyos, si le daba licencia para que se bautizase. Acordó finalmente comunicar el negocio con don Alonso hijo del rey don Fernando: concertaron que con muestra de dar guerra á los moros hiciese con golpe de gente entrada en tierra de Sevilla, y con esto cautivase á la Zaida, que estaria de propósito puesta en cierto pueblo que para este efecto señalaron. Sucedió todo como lo tenian trazado: que los moros no entendieron la traza, y la Zaida llevada á Leon fue instruida en las cosas que pertenece saber á un buen cristiano. Bautizada se llamó doña Isabel, si bien el arzobispo don Rodrigo dice que se llamó doña Maria. Los mas testifican que esta señora adelante casó con el mismo don Alonso en sazon que era ya rey de Castilla como se apuntará en otro lugar. Don Pelayo el de Oviedo dice que no fue su mujer, sino su amiga. ¿La verdad quién la podra averiguar? ¿ni quién resolver las muchas dificultades que en esta historia se ofrecen á cada paso? Lo que consta es que esta conversion de Zaida sucedió algunos años adelante.

CAPITULO IV.

Cómo don García, rey de Navarra fue muerto.

El mismo año que el rey don Fernando hizo trasladar á Leon el cuerpo de San Isidoro, que fue el de 1053, don García rey de Navarra murió en la guerra. Fue hombre de ánimo feroz, diestro en las armas, y no solo era capitan prudente, sino soldado valeroso. Los principios de discordias entre los hermanos, que los años pasados se comenzaron, en este tiempo vinieron de todo punto á madurarse (como suele acontecer), en grave daño de don García. Don Fernando decia que era suya la comarca de Briviesca y parte de la Rioja por antiguas escrituras que así lo declaraban. Al contrario se quejaba don García haber recebido notable agravio y injuria en la division del reino; y en aquel particular defendia su derecho con el uso y nueva costumbre y testamento de su padre. La demasiada codicia de mandar despeñaba estos hermanos, por pensar cada uno que era poca cosa lo que tenia para la grandeza del reino que deseaba en su imaginacion. Está es una gran miseria que mucho agua la felicidad humana.

Enfermó don García en Nájara, visitóle don Fernando su hermano como la razon lo pedia: quísole prender hasta tanto que le satisfaciese en aquella su demanda. Entendió la zalagarda don Fernando, huyó

(1) Segun la inscripcion que se halla en la entrada de la capilla de San Isidoro de Leon, la traslacion de las reliquias de estos santos fue en la era 1103, que corresponde al año de Jesucristo 1065. Pero como Sandoval, hablando del monasterio de Arlanza en sus *cinco obispos*, asegura que están en la casa de San Pedro de Arlanza acaso debe suponerse que despues las llevaron allí de Leon.

(2) Este concilio se juntó por el rey don Fernando y en él se hicieron trece cánones entre los cuales se lee:

Que los clérigos estén sujetos á la jurisdicion de los obispos, y no á la de los seculares: que los eclesiásticos no usen de armas: que traigan abierta la corona y raida la barba: que no se hagan viajes los dias de fiesta, como no sea por alguna romería, ó por servicio del rey ó por alguna obra de piedad.

Que los condes ó merinos gobiernen con justicia, y no opriman á los pobres injustamente: que se castigue á los testigos falsos conforme al Fuero Juzgo.

Que se juzgue en Leon, Galicia, Asturias y Portugal por las leyes del rey don Alonso, y en Castilla por los fueros y leyes del conde don Sancho.

Que las iglesias no pierdan sus posesiones por el trascurso de tres años, sino que las puedan recobrar siempre.

Que el que cultive tierra ó viñas que están en litigio coja los frutos, y los restituya á su verdadero dueño si fuere condenado.

Que ningun delincuente sea extraido de la iglesia donde se ha refugiado, ni se le haga ningun daño, y que se observe lo que previenen sobre esto las leyes de los godos.

Que todos los súbditos sirvan, obedezcan y sean fieles al rey, y el que no lo haga sea escomulgado.

El rey confirmó los fueros á los de Castilla y Leon antes de cerrarse el concilio.

y púsose en cobro. Mostró don García mucha pesadumbre de aquella mala sospecha que dél se tuvo: procuraba remediar el odio y malquerencia que por aquella causa resultó contra él. Supo que su hermano estaba doliente en Burgos, fuese para allá en son de visitalle y pagalle la visita pasada. No se aplacó el rey don Fernando con aquella cortesía y máscara de amistad. Echó mano de su hermano, y preso, le envió con buena guarda al castillo de Ceya. Sobornó él las guardas que le tenian puestas, y huyóse á Navarra resuelto de vengar por las armas aquella injuria y agravio. Juntó la gente de su reino, llamó ayudas de los moros sus aliados, y formado un buen ejército, rompió por las tierras de Castilla, y pasados los montes Doca, hizo mucho estrago por todas aquellas comarcas.

El rey don Fernando, que no era lerdo ni descuidado, por el contrario juntó su ejército que era muy bueno de soldados viejos, ejercitados en todas las guerras pasadas. Marchó con estas gentes la vuelta de su hermano resuelto de hacelle todo aquel mal y daño á que el dolor y odio le estimulaban. Diéronse vista los unos á los otros como cuatro leguas de la ciudad de Burgos cerca de un pueblo que se llama Atapuerta. Asentaron sus reales y barreáronse segun el tiempo les daba: ordenaron tras esto sus haces en guisa de pelear. Las condiciones destos dos hermanos eran muy diferentes: la de don Fernando blanda, afable, cortés, además que en las armas y destreza del pelear ninguno se le igualaba. Don García era hombre feroz, arrebatado, hablador, por la cual causa los soldados estaban con él desabridos; y porque á muchos de sus reinos con achaques ya verdaderos, ya falsos, tenia despojados de sus haciendas, suplicáronle al tiempo que se queria dar la batalla, mandase satisfacer á los agraviados. No quiso dar oidos á tan justa demanda: parecíale fuera de sazon, y que tomaban aquel torcedor y ocasion para salir con lo que deseaban. Muchos temian no le empeciese aquella aspereza y el desabrimiento de los suyos: y se recelaban no quisiese Dios castigar aquellas sus arrogancias y injusticias.

En especial un hombre noble y principal (cuyo nombre no se sabe, mas en el hecho todos concuerdan), viejo, anciano, prudente, y que tenia cabida con aquel príncipe porque fue su ayo en su niñez, visto el grande riesgo que corria, movió tratos de paz con deseo que no se diese la batalla. Don Fernando se mostraba fácil y venia bien en ello: acudió á don García, púsole delante los varios sucesos de la guerra, y el riesgo á que se ponia: suplicóle se concertase con su hermano, y le perdonase los yerros pasados, pues no hay persona que no falte ó peque en algo: que se moviese por el bien comun: que no era justo vengar su particular sentimiento con daño de toda la cristiandad, y á costa de la sangre de aquellos que en nada le habian errado: ofrecíale de parte de su hermano le haria la satisfaccion que los jueces señalados por las partes en esta diferencia mandasen: que aunque como hermano menor era el primero que movia tratos de paz; pero que se guardase de pasalle por el pensamiento lo hacia por cobardia ó falta de ánimo: que le certificaba le seria muy dañosa aquella imaginacion, pues como él sabia tenia don Fernando escogidos y diestros soldados en su campo: solo con esta embajada queria justificar su causa con todo el mundo, vencer en modestia, y que todos entendiesen eran muy fuera de su voluntad las muertes, destruicion y pérdidas que se aparejaban. Con estas buenas razones se juntaron los ruegos y lágrimas del ayo.

No se movió don García, sus pecados le llevaban á la muerte: ni la privanza del que le rogaba, ni su autoridad, ni el peligro presente fueron parte para ablandarle. Dióse pues de ambas partes la señal para la batalla: encontráronse los dos ejércitos con gran furia. El ayo de don García vista la flaqueza de los soldados de su parte, cuán pocos eran, cuán desabridos, sin esperanza de victoria, por no ver la perdicion de su patria con sola su espada y lanza se metió entre los enemigos do era la mayor carga, y así murió como bueno. Los demás no pudieron sufrir el ímpetu que traia don Fernando: la turbacion y el miedo grande y la sospecha de aquel gran daño trabajaba á los navarros: dos soldados que poco antes se habian pasado al ejército contrario, hendiendo y pasando por el escuadron de su guarda con mucha violencia, llegaron hasta don García y le mataron á lanzadas: caido el rey, todos los suyos huyeron.

El rey don Fernando alegre con la victoria, y por otra parte triste por la muerte de su hermano, mandó á los soldados que reparasen, no diesen la muerte á los cristianos que quedaban. Hízose así; solo en el alcance á los moros que iban desbaratados y huyendo por los campos, unos mataron, otros cautivaron. El cuerpo de don García con voluntad del vencedor llevaron sus soldados á Nájara, y allí le enterraron en la iglesia de Santa María que él mismo habia levantado desde sus cimientos. De doña Estephanía su mujer, francesa de nacion, con quien casó en vida de su padre, dejó cuatro hijos y otras tantas hijas, que fueron: don Sancho el mayorazgo, que le sucedió en la corona, y don Ramiro, á quien habia dado el señorío de Calahorra como ganada de los moros por las armas: los demás hijos se llamaron don Fernando y don Ramon: las hijas Ermesenda, Jimena, Mayor y doña Urraca. Esta casó con el conde don García de quien se tratará despues.

Con la muerte de don García su estado fue por sus hermanos destrozado y menoscabado. El rey don Fernando tomó para sí los pueblos y ciudades sobre que era el pleito, sin que nadie le fuese á la mano, ni se lo osase estorbar; que son Briviesca, Montes Doca, y parte de la Rioja que es la parte por do pasa el rio Oja que da el nombre á la tierra: nace este rio de los montes en que está Santo Domingo de la Calzada, y junto á la villa de Haro entra en Ebro. La otra parte de la Rioja, Navarra, y el ducado de Vizcaya, Nájara, Logroño y otros pueblos y ciudades quedaron en poder de don Sancho hijo de Don García. Por causa desta guerra y con esta ocasion cobró don Ramiro á Aragon por las armas, y aun entró en esperanza de hacerse tambien señor de lo demás del reino de Navarra que era de su hermano muerto; porque en este tiempo, como se ve por escrituras antiguas, se llamaba rey de Aragon, de Sobrarve, de Ribagorza y Pamplona. Demás que animado con estos principios quitó á los moros que habian quedado en Rivagorza y su tierra un pueblo llamado Benavarrio. Por conclusion, entre don Ramiro y don Sancho el nuevo rey de Navarra despues de algunos debates y refriegas se hicieron paces con tal condicion que el uno al otro para seguridad se diesen ciertos castillos en rehenes, (1). Ruesta y Pitilla dieron á don Sancho; Sangüesa, Lerda, Condusio dieron á don Ramiro. Recelábanse los dos tio y sobrino que en tanto que en aquellas revueltas andaban, don Fernando cuyas armas eran temidas, no los maltratase con guerra: por esta causa se juntaron y hicieron pacto y concierto de tener los mismos por amigos y por enemigos, valerse el uno al otro, y ayudarse en todas las ocurrencias.

CAPITULO V.

Que España quedó libre del imperio de Alemaña.

En tiempo que España ardia en guerras civiles, tenia el imperio de Alemaña, do los años pasados se

(1) Esta desavenencia por algunas pretensiones de don Ramiro, se terminaron sin venir á las armas por transac-

trasladara de Francia, Enrique II deste nombre. La Iglesia uninersal gobernaba el papa Leon IX. A Leon sucedió Victor II que con intento de reformar el estado eclesiástico, relajado por la licencia y anchura de los tiempos, juntó concilio en Florencia ciudad y cabeza de la Toscana el año de 1055. Despachó deude á Hildebrando (que de monge cluniacense era subdiacono cardenal, grado á que subió por su virtud, letras y talento para negocios) para que fuese á Francia y Alemaña á tratar por una parte con el emperador de renovar y poner en su punto la antigua diciplina eclesiástica, por otra para apaciguar en Turon de Francia las revueltas y alteraciones que causaban ciertas opiniones nuevas, que contra la fe enseñaba Berengario diácono de aquella iglesia. Añaden nuestras historias (1) que en aquel concilio se hallaron embajadores de parte del emperador susodicho, y que en su nombre propusieron á los obispos ciertas querellas y demandas. En especial estrañaron que el rey don Fernando de Castilla contra lo establecido por las leyes y guardado por la costumbre inmemorial, se tenia por ejemplo del imperio de Alemaña, y aun llegaba á tanto su liviandad y arrogancia, que se llamaba emperador.

«Yo (decia él) si no mirara el pro comun y bien »de todos, fácilmente pasara por el agravio que á mi »dignidad se hace; pero en este negocio es necesario »poner los ojos en toda la cristiandad, cuan ancha»mente se entiende por todo el mundo, la cual nin»guna seguridad puede tener, si todos no reconocen »y respetan y se sujetan á una cabeza que los acau»dille y gobierne. La autoridad otrosí de los sumos »pontífices, y su mando será muy flaco, si les falta el »brazo y asistencia de los emperadores, que por esta »causa tienen el segundo lugar en mando y autori»dad en toda la Iglesia cristiana. Reprimid pues esta »arrogancia y soberbia en sus principios, y no per»mitais que el daño pase adelante, ni que este mal »ejemplo por mi descuido y vuestra disimulacion se »estienda á las otras naciones y provincias; ca con »el dulce y engañoso color de libertad fácilmente se »dejarán engañar, y la sacra magestad del imperio y »pontificado vendrán á ser una sombra vana y nombre »solo sin sustancia de autoridad. Poned entre dicho »á España, descomulgad al rey soberbio y sandío. Si »asi lo haceis, yo me ofrezco no faltar á la honra y »pro de la Iglesia, y juntar con vos mis fuerzas para »mirar por el bien comun; que si por algunos respe»tos disimulais, yo estoy resuelto de volver por el ho»nor del imperio y por mi particular.»

A este razonamiento respondieron los padres del concilio que tendrian cuidado de lo que el emperador pedia. Hicieron sus consultas, y considerado el negocio, el papa Victor pronunció en favor del emperador que pedia razon y justicia. Era el papa aleman de nacion, natural de Suevia, por donde naturalmente se inclinaba á favorecer mas la causa de aquel imperio. Despacharon embajadores al rey don Fernando para que le dijesen de parte del papa y del concilio que en adelante se allanase y reconociese al imperio, y no se intitulase mas emperador, pues por ninguna razon le pertenecia. Llevaban órden de ponelle pena de descomunion, si no obediese á lo que se le mandaba. El rey, oida esta embajada, se halló perplejo sin resolverse en lo que debia hacer. De la una parte y de la otra se le representaban grandes inconvenientes, no menores en obedecer que en hacer resistencia. Acordó juntar córtes del reino para tratar en ellas como era razon un negocio tan grave y que á todos tocaba. Los pareceres no se conformaron. Los que eran de mejor conciencia, aconsejaban que luego obedeciese, porque no indignase al papa y se revolviese España y alterase como era forzoso; que las guerras se debian evitar con cuidado por estar España dividida en muchos reinos, y estos gastados con guerras civiles, y quedar dentro de la provincia tantos moros enemigos de la cristiandad. Otros mas arriscados y de mayor ánimo decian que si obedecia, se ponia sobre España un gravísimo yugo que jamás se podria quitar: que era mejor morir con las armas en la mano que sufrir tal desaguisado en su república, y tal mengua en su dignidad.

Rodrigo Diaz de Vivar, que adelante llamaron el Cid, estaba á la sazon en la flor de su edad, que no pasaba de treinta años, estimado en mucho por su gran esfuerzo, destreza en las armas, viveza de ingenio, muy acertado en sus consejos. Habia pocos dias antes hecho campo con don Gomez conde de Gormaz: vencióle y dióle la muerte. Lo que resultó deste caso fue que casó con doña Jimena hija y heredera del mismo conde. Ella misma requirió al rey que se le diese por marido, ca estaba muy prendada de sus partes, ó le castigase conforme á las leyes por la muerte que dió á su padre. Hízose el casamiento, que á todos estaba á cuento: con que por el grande dote de su esposa, que se allegó al estado que él tenia de su padre, se aumentó en poder y en riquezas de tal suerte, que con sus gentes se atrevia á correr las tierras comarcanas de los moros, en especial venció en batalla cinco reyes moros que pasados los montes Doca hacian daño por las tierras de la Rioja. Quitóles la presa que llevaban, y á ellos mismos los hobo á las manos; soltóles empero sobre pleitesía que le hicieron de acudir cada un año con ciertas parias que concertaron. El rey don Fernando en esta sazon se ocupaba en reparar la ciudad de Zamora, que despues que los moros la destruyeron en tiempo del rey don Ramiro, no la habian reedificado. Otorgó á los moradores que quisiesen en ella poblar, que se gobernasen conforme á las leyes antiguas de aquella ciudad, que eran las mismas de los godos.

Sucedió que en aquella coyuntura los mensajeros de los moros trujeron á Rodrigo Diaz las parias que concertaron; llamáronle Cid, que en lengua arábiga quiere decir señor: lo uno y lo otro en presencia del rey y de sus cortesanos, de que tomaron ocasion muchos para envidialle y aborrecelle, como quiera que sea cosa muy natural llevar de mala gana la prosperidad de los otros: mayormente si es extraordinaria; y ninguno se debe mas recatar en el subir, que el que poco antes se igualaba ó era menos que los demás. Sin embargo el rey maravillado de su valor mandó que de allí adelante le llamasen el Cid; y así fue, que casi olvidado el propio nombre que tenia de pila y de su linaje, toda la vida le dieron aquel nuevo y honroso apellido. Algunos añaden que en cierta diferencia que resultó entre los reyes don Fernando de Castilla y don Ramiro de Aragon sobre cuya fuese la ciudad de Calahorra puesta á la ribera del rio Ebro, acordaron que dos caballeros uno de cada parte hiciesen campo sobre aquel caso, y que por quien quedase la victoria, su rey hobiese la ciudad sobre que se pleiteaba. Dicen otrosí que don Ramiro señaló por su parte á Martin Gomez, y por don Fernando tomó la demanda el Cid, que venció y mató á su contrario Martin Gomez, que quieren que sea cabeza y tronco del linaje y casa de Luna, muy antiguo y noble solar en España. Pero los mas destos tienen todo esto por falso, á causa que el rey don García de Navarra ganó de los moros aquella ciudad, como arriba se dijo; y así no pudo el rey de Aragon pretender sobre ella derecho alguno.

Estaba el Cid entretenido con el nuevo casamiento,

cion como resulta de una escritura de San Juan de la Peña que cita Moret cediendo los castillos que aquí supone Mariana en rehenes.

(1) El erudito Ferreras dice en este punto: «esta pretension no es mas que cuento, porque yo no he hallado, ni en los escritos germánicos, ni en otros de aquella edad rastro de tal intento.»

y ocupado en negocios tocantes á su casa; por esto no se halló en las córtes cuando se trató de lo que el emperador pedia y el papa mandaba tocante al reconocimiento que pretendian debia hacer al imperio de Alemaña. El rey de su condicion y por su edad se inclinaba mas á la paz y no quisiera la guerra, si bien entendia que de aquel principio, si disimulaba, se podria menoscabar en gran parte la libertad de España. Pero antes que en negocio tan grave se tomase resolucion, hizo llamar al Cid para consultalle y que dijese su parecer. Vino al llamado del rey, y preguntado sobre el caso respondió que no era negocio de consulta, sino que por las armas defendiesen la libertad que con las armas ganaron; que no era razon pretendiese nadie gozar de lo que en el tiempo del aprieto no ayudó á ganar en manera alguna: «No »será mejor y mas acertado morir como buenos, que »perder la libertad que nuestros mayores con tanto »afan nos dejaron, y que estos bárbaros hagan burla »y escarnio de nuestra nacion? gente que en su com»paracion no estiman á nadie. Sus palabras afrento»sas, sus soberbias y arrogancias, sus desdenes con »los que los tratan, sus embriagueces y demasías no »se pueden sufrir. Apenas habemos sacudido el yugo »de la sujecion que los moros tenian puesto sobre »nuestras cervices: ¿será bien que nos dejemos ava»sallar y hacer esclavos de otros cristianos? Hacen »sin duda burla de nuestras cosas, como si todo el »mundo y toda la cristiandad prestase obediencia y »reconociese vasallaje á los emperadores de Alemaña. »Toda la autoridad, poder, honra, riquezas que se »ganaron con la sangre de nuestros mayores, serán »suyas; ¿y para nos quedarán solo trabajos, peligros, »cautiverios y pobreza? El yugo pesado del imperio »romano que sacudieron de sí nuestros antepasados, »¿nos le tornarán á poner ahora los alemanes? ¿Sere»mos por ventura como canalla sin juicio y sin pru»dencia, sin autoridad y señorío, sujetos á los que, »si tuviéramos ánimo, temblaran en pensallo? recia »cosa es (dirá alguno) hacer resistencia á las fuerzas »y poder del emperador bravo, y dura no obedecer al »mandato del papa. De ánimos cobardes y viles es »por temor de una guerra incierta sujetarse á daños »manifiestos y grandes. El valor y brio vence muchas »veces las dificultades que hacen desmayar á los pe»rezosos y flojos. Muchos á lo que veo se dejan llevar »desta pusilanimidad, que ni se mueven por honra, »ni los enfrena el miedo de la afrenta; que parece »tienen por bastante libertad no ser azotados y prin»gados como esclavos. No creo yo que el sumo pontí»fice nos tenga tan cerradas las orejas que no dé lu»gar á nuestros justísimos ruegos, y le mueva la ra»zon y justicia que hace por nuestra parte. Envíense »personas que con valor defiendan nuestra libertad »en su presencia, y declaren cuán fuera de camino »va lo que pretenden los alemanes. Cuanto á mí, re»suelto estoy de defender con la espada en el puño »contra todo el mundo la honra, la libertad, que mis »mayores me dejaron, y todo lo al. Con esta espada »haré bueno que cometen traicion contra su patria »todos aquellos que por escrúpulo de conciencia, ó »por cualquiera otra consideracion y recato se apar»taren deste mi parecer, y no desecharen con mayor »cuidado que ellos la pretenden, la sujecion y servi»dumbre de España. Cuanto cada cual se mostrare en »defensa de la libertad, en el mismo grado le tendré »por amigo ó por enemigo capital.»

Este parecer del Cid Ruy Diaz dió á todos contento: hasta los mismos que al principio flaqueaban, le aprobaron, y conforme á esto se dió la respuesta al papa. Para hacer rostro á los intentos del emperador levantaron gente por todo el reino hasta número de diez mil hombres, demás de los socorros que acudieron de los moros que les pagaban parias y les eran tributarios. Nombraron por general de toda esta gente al mismo Cid para que el que dió principio á la empresa, la llevase adelante y la acabase. Acordó para dar muestra de las fuerzas y valor de España de pasar los montes Pirineos: entró por Francia hasta llegar á Tolosa ciudad que (segun yo entiendo) en aquel tiempo estaba á devocion ó era sujeta á España; por lo cual hace la letra y lucillo del rey don Sancho el Mayor puesta de suso. Deste allí despacharon una embajada muy principal al papa, en que le suplicaban enviase personas á propósito que oyesen las razones que por parte de España militaban. Los principales y cabezas desta embajada, que fueron el conde don Rodrigo diferente del Cid, y don Alvar Yañez Minaya, alcanzaron del pontífice que enviase á España sobre el caso por su legado á Ruperto cardenal sabinense, y que juntamente viniesen embajadores del emperador para que el pleito oidas las partes se ventilase y concluyese. En el entretanto el rey don Fernando de Francia dió la vuelta á España. El legado y los embajadores repararon en Tolosa: allí se trató el negocio, y finalmente sustanciado el proceso con lo que de la una parte y de la otra se alegó, y cerrado, vinieron á sentencia que fue en favor de España, y que para adelante los emperadores de Alemaña no pretendiesen tener algun derecho sobre aquellos reinos.

Deste principio quedó muy asentado, lo que se confirmó por la costumbre del pueblo, por la aprobacion de las otras naciones, por el parecer y comun opinion de los juristas que adelante florecieron, que España no era sujeta al imperio, ni le reconocia ni reconoce algun vasallaje: tanto importa para semejantes negocios el valor de un hombre prudente y arriscado, verdad es que los papas asimismo pretendieron que España les pagase tributo, como parece por una bula de Gregorio VII (1) que está entre las de su registro enderezada á los reyes, condes y los demás príncipes de España, en que dice que el tal tributo se solia pagar antes que los moros della se apoderasen. Pero no salió con esta pretension: debieron todos hacer rostro á esta demanda; y la costumbre inmemorial muestra claramente que España ha sido siempre tenida por libre, y nunca ha pagado tributo á ningun príncipe extranjero. El linaje y decendencia del Cid se debe tomar de Lain Calvo, juez que fue de Castilla, como arriba queda dicho, porque este juez tuvo en doña Elvira Nuña Bella á Fernan Nuño: deste y de su mujer doña Egilona fue hijo Lain Nuño; cuyo hijo fue Diego Laynez marido que fue de Teresa Nuña, y padre de Rodrigo Diaz por sobrenombre el Cid. Del Cid y su mujer doña Jimena (2) nació Diego Rodriguez de Vivar, que en vida de su padre murió en la guerra contra moros. Tuvo asimismo el Cid dos hijas, doña Elvira y doña Sol, de quien se hará mencion adelante.

(1) En dos cartas principalmente demostró este papa semejante pretension. En una de 1073 dice que el reino de España desde muy antiguo pertenecia á la silla apostólica, y que habia concedido el permiso de conquistarlo al conde Ebulo de Roceyo, con pacto y condicion de pagar el tributo debido a San Pedro por sus derechos. En otra de 1077, dirigida á los príncipes de España, esplica que por antiguas constituciones *que se han perdido* el reino de España fue entregado á San Pedro y por esta razon era tributario de la silla apostólica. Los reyes de Castilla, Navarra y Aragon, por evitar disputas de esta naturaleza, que en aquellos tiempos eran muy peligrosas, tomaron el partido de no contestar, estando resueltos á defender sus estados contra cualquiera que se atraviese á atacarlos.

(2) Comunmente se dan al Cid dos mujeres, doña Jimena Gomez, hija del conde de Gormaz, y doña Jimena Diaz, hija del conde Diego de Asturias; pero es muy probable que no estuvo casado sino con esta porque en su escritura de arras que Sandoval publicó en los Cinco Reyes, no se hace mencion de la primera, ni hay memoria de ella en algun documento antiguo.

Algunos concilios de obispos se tuvieron en este tiempo. El primero en Compostella año de 1056. Presidió en él Cresconio, obispo compostellano, que se llama obispo de la sede apostólica. Halláronse con él Suero, obispo lumiense, Vistrario electo metropolitano de Lugo, demás de otros sacerdotes, diáconos y clérigos y abades. Ordenáronse en este concilio muchas cosas muy buenas: que los obispos y los prestes dijesen misa cada dia: que los canónigos tuviesen un cilicio, y se le pusiesen los dias de ayuno, y todas las veces que se hiciesen letanías por alguna necesidad: En Jaca, tierra del rey don Ramiro; se hizo otro concilio año de 1060. Halláronse en él los obispos Sancho de Aragon, Paterno de Zaragoza, Arnulfo Rotense, Guillermo de Urgel, Eraclio de los Bigerrones, Estevan Olorense, Gomecio de Calahorra, Juan Lectorense. Presidió Austindo, arzobispo Auxitano en Francia. Reformáronse las ceremonias de la misa (1) que se habian estragado con el tiempo, y tambien las costumbres de los clérigos; y maudóse que los oficios divinos se hiciesen conforme al uso romano. Ordenóse otrosí que en Jaca estuviese la silla obispal que solia estar en Huesca, pero con condicion que ganada Huesca de los moros, se le volviese la silla, quedando en su diócesi la misma ciudad de Jaca, y así se hizo adelante. Dos años despues (2) destos se celebró concilio en San Juan de la Peña presente el rey don Ramiro á veinte y uno de julio. Halláronse en él los obispos don Sancho de Aragon, don Sancho de Pamplona, don Garcia de Nájara, Arnulfo de Ribagorza, Julian Castellense, y otros muchos obispos, Poncio, arzobispo de Oviedo, que sospecho yo fue el presidente, aunque se nombra el postrero. En este concilio se ordenó por comun acuerdo de los padres, que un decreto que los años pasados se hizo por el rey don Sancho, el Mayor, es á saber que los obispos de Aragon fuesen elegidos por los monges de aquel monasterio, se guardase como en él se contenia.

Por el mismo tiempo, si bien en el año no conciertan los autores sin que se pueda averiguar la verdad puntualmente, el cardenal Hugo legado que era del papa en España, en cierta junta de obispos y caballeros que se tuvo en Barcelona por órden y con voluntad del conde don Ramon, revocó y dió por ningunas las leyes de los godos, de que los catalanes hasta entonces usaban, y ordenó otras nuevas que se guardan hasta nuestros tiempos. Este entiendo yo es aquel Hugo (3) cardenal llamado por sobrenombre Cándido, que el año de mil y setenta y cuatro vino de Roma por legado á España en tiempo que sobre el pontificado contendian dos que ambos se llamaban papas, y cada cual pretendia ser legítimo pontífice: el uno se llamó Alejandro II; el otro Honorio II. Los reyes de España seguian la obediencia del papa Alejandro, cuyo legado era este cardenal por tener mas fundado su derecho que el competidor y contrario. Procuró este legado, demás de lo ya dicho, que en España se dejase el oficio gótico ó mozárabe, mas no pudo por entonces salir con ello; antes tres obispos de España fueron enviados á Mántua, ciudad de la Galla Cisalpina ó Lombardía, para donde tenian convocado concilio con intento de sosegar aquel cisma tan perjudicial: llevaron asimismo consigo los libros góticos, y hicieron que el concilio y los demás obispos los aprobasen y diesen por buenos y católicos. Estos obispos eran Munio de Calahorra, Eximio de Auca, Fortunio de Alava, que debieron ser en aquella sazon de los mas principales y doctos de estas partes.

CAPITULO VI.

De lo restante del rey don Fernando.

De los movimientos y diferencias que resultaron por la pretension de los emperadores de Alemaña,

(1) Las actas de este concilio no hablan de reformar las ceremonias de la misa, ni de la introduccion del Breviario y Misal romano, ni de la reforma de las costumbres de los eclesiásticos; tal vez se funda Mariana en lo que don Ramiro dijo á los padres: «Hacemos saber á vuestra caridad, que en el concilio que hemos juntado en la ciudad de Jaca por el dictámen y juicio de los obispos, y aprobacion y consentimiento de los grandes, restablecemos en su vigor y confirmamos muchos de los santos cánones, para corregir y renovar el estado de la santa iglesia en nuestros estados, y que por nuestro descuido y el de nuestros mayores está corrompido.»

(2) Los documentos antiguos no lo espresan con toda claridad, y la fecha de las actas parece que está errada. El cardenal Aguirre juzga que se celebró en la era 1072, que corresponde al año 1034 de J. C. Tampoco lo presidió Poncio ó Ponce arzobispo de Oviedo, como dice Mariana, sino Sancho obispo de Aragon, cuyo nombre se halla al frente de los demás. Este concilio sin duda fue provincial, pues asistieron á él todos los prelados de los estados del rey don Ramiro para la eleccion del obispo de Aragon, que parece era una regalía de aquella corona.

(3) Por el mismo proemio de los usajes de Cataluña se vé que no intervino en su formacion el cardenal Hugo Cándido, ni se derogaron por ellas las leyes godas que hasta entonces habian regido. La historia de esta pretension muestra á la vez toda la tendencia dominadora de la córte romana al abrogar el oficio y liturgia antigua española, y la resistencia constante de nuestros mayores: así la traza en breves lineas el erudito Sabau:

A mediados del siglo V se hallaba casi generalmente establecido el rito godo en toda la España, que es el mas antiguo de los que hubo en el Occidente.

En el siglo VI se introdujo alguna diversidad en las iglesias en el modo de celebrar los divinos oficios pues en el año 538 la provincia Bracarense seguia la liturgia romana; en el 539 se cantaba generalmente el Símbolo en la misa; y este uso pasó á las iglesias de Occidente.

El 633 no se usaba en toda la península sino el rito godo; y consta que en el siglo VIII no se habian introducido en él ningunos errores.

El 923 vino á España un legado del papa, llamado Janelo, á reconocer la liturgia, y no hallando en ello ningun error fue aprobada en Roma en 924, mudando únicamente algunas palabras en la forma de la consagracion.

En el concilio que se celebró en Jaca el año de 1063 nada se mudó en el rito antiguo, como algunos se han imaginado.

En 1064 el legado Hugo Cándido, que vino á España con el fin de mudar la liturgia ó el rito, no se atrevió á hacerlo porque estaba aprobado por el papa. El año 1066 ó 67, habiendo pasado algunos obispos de España al concilio de Mantua, fue de nuevo el oficio examinado y aprobado. Al fin del año 1067 volvió el legado Hugo con este mismo fin, pero no pasó de Aragon. En las córtes que se tuvieron en Barcelona el año 1068 sobre la mutacion de las leyes de los godos nada se trató sobre la liturgia, pues no asistieron los obispos. En el de 1071 se introdujo en Aragon el oficio romano, y el abad de Cluñi escribió al rey don Alfonso el VI sobre este asunto, y en este mismo año mudaron en Barcelona el rito antiguo. En el de 1072 Giraldo y Rembaldo, legados del papa, pasaron de Francia á España, y causaron en ella algunas alteraciones: pero no pudieron conseguir que se mudase en los reinos de Leon y Castilla. En el de 1074, habiendo asistido algunos obispos de España al concilio de Roma, ofrecieron al papa que por su parte contribuirian á que se mudase el oficio. El papa San Gregorio VII escribió este mismo año á los reyes de Castilla y Navarra sobre la abrogacion del rezo toledano: el de 76 escribió al obispo de Burgos sobre el mismo asunto: el de 77 se desafiaron los soldados el domingo de Ramos sobre lo mismo: el de 78 el legado Ricardo consiguió introducir el oficio romano en los dominios de don Alfonso el VI. El de 79 este legado fué á Roma, y el papa le volvió á enviar á España con este mismo fin, y estando en ella fue elegido y confirmado abad de Marsella. En el de 85 se confirmó la abrogacion del oficio mozárabe. En el de 90 se abrogó el uso de la letra goda en un concilio de Leon.

En 1436 el obispo de Segovia restableció en Aniaque el oficio mozárabe; y en 1500 se hizo lo mismo en Toledo: en 1517 se introdujo en Salamanca: y en 1567 se hizo una fundacion en Valladolid con la condicion precisa que se observase en la misma iglesia este rito, tan venerable por su antigüedad.

tomaron los moros ocasion y avilanteza para sacudir el yugo que los años pasados les pusiera el rey don Fernando. A un mismo tiempo casi como de comun acuerdo de todos en diversos lugares tomaron las armas, en especial en el reino de Toledo y en los Celtíberos, que es parte de Aragon. El rey estaba ya pesado por los años, cansado de guerras tantas y tan molestas como por toda la vida tuvo; por el mismo caso las rentas reales consumidas, los vasallos cansados con los muchos tributos que pagaban. La reina doña Sancha como hembra que era de ánimo varonil, deseosa que la cristiandad fuese adelante, ofreció de su voluntad para ayuda de los gastos de la guerra que no se escusaba, todo el oro y joyas de su persona y recámara. Alentado el rey con esta ayuda juntó un buen ejército con que acometió á los moros por la parte que corre el rio Ebro: hizo gran estrago y matanza en ellos. Pasó mas adelante hasta llegar á los catalanes y valencianos, de donde vino cargado de buenos despojos. Con la misma prosperidad hizo guerra á los del reino de Toledo, y á todos ellos puso leyes, y hizo jurar pagarian siempre los tributos acostumbrados.

Esto hecho con aparato y gloria del triunfador se volvió á su casa. Quien dice que cerca de Valencia se le apareció San Isidro, cuyo devoto fue siempre; y le dijo moriria presto; por tanto que se confesase y ordenase con brevedad las cosas de su alma. La enfermedad que luego sobrevino al rey, confirmó esto ser verdad; por lo cual hecho concierto con los moros, y recobrados los cautivos que tenian cristianos, y recogidos los despojos que les ganara, sujetas aquellas comarcas y alzados los reales, marchó con su gente para Leon: llevábanle en una litera militar como silla de mano; mudábanse por su órden los soldados y gente principal á porfia quien se aventajaria en el trabajo: tanto era el amor que le tenian chicos y grandes. El año de 1065 á veinte y cuatro de diciembre dia sábado entró en Leon, y como lo tenia de costumbre visitó los cuerpos de los santos postrado por el suelo con muchas lágrimas; pidióles con su intercesion le alcanzasen buena muerte; y aunque parecia que la enfermedad iba en aumento, todavía estuvo presente á los maitines de Navidad; el dia siguiente oyó misa y comulgó.

Otro dia en la iglesia de San Isidro puesto delante de su sepulcro á grandes voces que todos le oian, dijo á nuestro Señor: «Vuestro es el poder, vuestro es el »mando, Señor: vos sois sobre todos los reyes, y todo »está sujeto á vuestra merced. El reino que recibí de »vuestra mano, vos restituyo; solo pido á vuestra »clemencia que mi ánima se halle en vuestra eterna »luz.» Dicho esto se quitó la corona, ropa y reales insignias con que viniera; recibió el olio de mano de los obispos muchos que allí asistian, y vestido de cilicio, y cubierto de ceniza dia tercero de Pascua fiesta de San Juan Evangelista á hora de sesta finó. Pusieron su cuerpo en la misma iglesia junto á la sepultura de su padre. Las exequias fueron mas señaladas por las lágrimas del pueblo que por el aparato y solemnidad, aunque tampoco faltó esta como era razon en la muerte de tan gran príncipe. Esto dicen don Rodrigo y Lucas de Tuy, dado que hay quien diga que murió en Cabezon pueblo junto á Valladolid; y ni aun en el tiempo de su tránsito conciertan los autores. Nos seguimos lo que pareció mas probable, sin atrevernos á interponer nuestro parecer y juicio en cosas semejantes y de tanta oscuridad.

La vida del rey don Fernando fue señalada en cristiandad y toda virtud en tanto grado que en la ciudad de Leon cada año se le hace fiesta como á los demás que están puestos en el número de los santos. Muchas iglesias (1) de su reino hizo de nuevo, otras reparó con mucha liberalidad y franqueza, especialmente en Leon fundó las iglesias de San Isidoro y de Santa Maria de Regla, y el monasterio de Sahagun en Castilla, donde ya que era viejo, cuando mas se dió á la oracion y devocion, residia muy de ordinario, y cantaba muchas veces en el coro y comia en el refitorio con los frailes lo que estaba aderezado para ellos. Una vez se le cayó de las manos un vidrio que el abad le daba (como cuenta don Rodrigo) y luego se le restituyó de oro. Dice mas, que como viese andar descalzos los que servian en la iglesia Mayor de Leon por la mucha pobreza (tan menguados eran aquellos tiempos y la pobreza tan apretada) mandó se le señalase renta para calzado. Item que señaló de sus rentas á los monges de Cluñi mil ducados en cada un año. La reina doña Sancha no fue de menor cristiandad que su marido, murió dos años adelante; en toda la vida y mas en su viudez se ejercitó en toda virtud y devocion. Su muerte fue á quince de diciembre: su cuerpo sepultaron junto al del rey en la iglesia ya dicha de San Isidoro.

CAPITULO VII.

Que murió don Ramiro rey de Aragon.

El rey don Fernando por su testamento entre sus tres hijos dividió el reino (2) en otras tantas partes: á don Sancho el mayor señaló el reino de Castilla como se estiende desde el rio Ebro hasta el de Pisuerga, ca todo lo que se quitó á Navarra por muerte de don García, se añadió á Castilla: el reino de Leon quedó á don Alonso con tierra de Campos y parte de Asturias que llega hasta el rio Deva que pasa por Oviedo, demás de algunas ciudades de Galicia que le cupieron en su parte: á don García el menor dió lo demás del reino de Galicia, y la parte del reino de Portugal que dejó ganada de los moros. Todos tres se llamaron reyes. A doña Urraca dejó la ciudad de Zamora, á doña Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el Infantado (3), vocablo usado á la sazon para significar la hacienda que señalaban para sustento de los infantes hijos menores de los reyes. No era posible haber paz, dividido el reino en tantas partes. Estaba suspensa España: temian que con la muerte de don Fernando resultarian nuevos intentos, grandes revueltas y alteraciones. Para prevenir y poner remedio á esto algunos grandes del reino rogaban al rey don Fernando, y le procuraron persuadir algunas veces no dividiese su reino en tantas partes, y desto mismo trataron en las córtes. El que mas trabajó en esto, fue Arias Gonzalo, hombre viejo y de esperiencia, y que habia tenido con los reyes grande autoridad y cabida por su valor en las armas, prudencia y fidelidad, en que no tenia par. El amor

(1) Tanto San Isidoro de Leon como Santa Maria de Regla, y el monasterio de Sahagun, son fundaciones anteriores al rey don Fernando. De él son las de otras iglesias, á las que en general enriqueció con muchos privilegios y donativos.

(2) El P. Florez prueba que están erradas las fechas en el epitafio de su sepulcro, pues consta que murió el 8 de noviembre de 1067. Don Fernando juntó los principales señores y prelados del reino el año 1061, y les hizo presente su determinacion de dividir entre sus tres hijos todos sus estados, haciéndoles reyes: los mas aprobaron su proyecto: pero algunos le manifestaron con mucha libertad los inconvenientes que esto tenia, distinguiéndose entre ellos el conde Arias Gonzalo.

(3) Esto no consta, ni los historiadores antiguos convienen en asignar la herencia que don Fernando les dejó; pero por el epitafio de doña Urraca consta que se apellidaba reino de Zamora, tal vez porque su hermano don Alonso despues de su exaltacion segunda á los tronos de Castilla y Leon le dió el título de reina. Lo cierto es que nadie determina en que consistia este infantado, y se ve por lo que dice el Silense, que sin embargo de haber cedido don Alonso á doña Urraca la ciudad de Zamora, sus habitantes no reconocieron por su señor sino á don Alfonso.

de padre para con los hijos, la fortuna ó fuerza mas alta no dieron lugar á sus buenos consejos.

Asentábale bien la corona á don Sancho por ser de buena presencia, y gentil hombre, de muchas fuerzas, mas diestro en los negocios de guerra que de paz. Por esto se llamó don Sancho el Fuerte. Pelagio Ovetense dice que era muy bello y muy diestro en la guerra. Era de buena condicion, manso y tratable, sino le irritaban con algun enojo, y si falsos amigos so color de bien no le estragaran. Muerto el padre, se querellaba que en la division del reino se le hizo conocido agravio: que todo el reino se le debia á él por ser el mayor, y que le enflaquecieron las fuerzas condividirle en tantas partes: trataba esto en secreto con sus amigos, y en su mismo semblante lo mostraba. La madre mientras vivió le detuvo con su autoridad que luego no hiciese guerra á sus hermanos, mayormente que por la muerte del rey don Fernando lo de Leon (como dote suya) quedaba á su disposicion y gobierno. Reinó don Sancho por espacio de seis años, ocho meses y veinte y cinco dias. Al principio que comenzó á reinar, se le ofreció una guerra contra los moros, y luego tras aquella otra con el rey de Aragon: asi suelen las guerras trabarse y eslabonar unas de otras, y los alborotos y revueltas nunca paran en poco.

El rey don Ramiro de Aragon con deseo de ensanchar su reino con las armas vencedoras perseguia y echaba de Aragon las reliquias de moros que quedaban: á Almugdadir, rey de Zaragoza y Almudafar, rey de Lérida forzó le diesen parias cada un año; al rey de Huesca venció en algunos encuentros. Con los carpetanos confinan los celtíberos, y con estos los edetanos, distrito en que está Zaragoza: á estos venció el rey don Fernando en otro tiempo, y le pagaban cada año cierto tributo; al presente confiados en la mudanza de los reyes y en la ayuda de don Ramiro determinaron de no pagalle las parias. El rey don Sancho visto lo que pasaba, acordó de ir contra ellos con un buen ejército; que la presteza en revueltas semejables, suele ser muy importante. Los carpetanos, que es el reino de Toledo, con la venida del rey y luego sosegaron y se pusieron en razon. Los celtíberos ó aragoneses dieron mas en que entender, como gente que era mas brava: corrióles los campos, saqueóles las aldeas y pueblos por toda aquella comarca: finalmente se puso sobre Zaragoza cabeza del reino, y de tal manera apretó el cerco, que la rindió á partido que pues por el mismo caso que le prestaba obediencia, se apartaba de la amistad que tenia con el rey de Aragon, fuese él tenido á defenderlos de cualquiera que los molestase con guerra quier fuese cristiano quier moro: concierto con que se abria la guerra claramente contra el rey de Aragon.

Estrañaba el rey don Sancho que el de Aragon se juntara con los navarros sus enemigos, que de ordinario hacian entradas y cabalgadas en las tierras de Castilla: demás que á los celtíberos que caian en la conquista de Castilla, los tenia por sus tributarios. Estaba el aragonés puesto sobre el castillo de Grados, que edificaron los moros ribera del rio Esera para que les sirviese de baluarte muy fuerte contra los intentos y fuerzas de los cristianos. El rey don Sancho en conformidad de lo que concertara con los moros, acudió á dar favor á los cercados y hacer que se levantase aquel cerco. Los aragoneses alterados con aquella venida tan repentina, y apretados de los castellanos por frente y de los moros que salieron del castillo por las espaldas, en breve quedaron vencidos y desbaratados: unos se salvaron por los piés, otros que acudieron á la pelea, quedaron tendidos en el campo, el mismo rey de Aragon murió en aquella pelea que sucedió el año poco mas ó menos de 1067: tuvo la corona por espacio de treinta y un años: sepultaron su cuerpo en San Juan de la Peña, iglesia principal y entierro de otros muchos reyes que allí yacian sepultados.

Esta victoria fue triste y desabrida para los cristianos y de mal pronóstico para lo de adelante por dar al rey don Sancho principio á sus hazañas con la muerte de su mismo tio. Del papa Gregorio VII que gobernó la Iglesia por estos tiempos, se halla una bula (1) en que alaba al rey don Ramiro, y dice fue el primero de los reyes de España que dió de mano á la supersticion de Toledo (que asi llamaba él al Breviario y Misal de los godos) la cual supersticion tenia con una persuasion muy necia deslumbrados los entendimientos, y que con la luz de las ceremonias romanas dió un muy grande lustre á España. A la verdad este principe fue muy devoto de la sede apostólica, en tanto grado que estableció por ley perpétua para él y sus descendientes (2) que fuesen siempre tributarios al sumo pontífice: grande resolucion y muestra de piedad.

Sucedióle en el reino don Sancho Ramirez (3) el mayor de sus hijos, que era de edad de diez y ocho años, muy semejable en la virtud á su padre en tiempo deste principe el año que se contaba de 1068, Guinardo conde de Ruysellon edificó y pobló la villa de Perpiñan (4) en los confines de Francia, cerca de donde estuvo asentada la antigua ciudad de Ruysellon cabeza de aquel estado. El nombre de Perpiñan se tomó de dos mesones que en aquel sitio poseia un hombre llamado Bernardo de Perpiñan. Dícese otrosí desde rey don Sancho que abrogó las leyes góticas (5) á imitacion de la ciudad de Barcelona que hizo lo mismo, como queda dicho, y mandó se siguiesen las imperiales, y conforme á ellas se administrase justicia y sentenciasen los pleitos. Casó con doña Felicia hija de Armengol conde de Urgél en quien tuvo tres hijos, don Pedro, don Alonso, y don Ramiro, que todos consecutivamente fueron reyes de Aragon. Otro su hijo bastardo por nombre don García (6) fue adelante obispo de Jaca.

Por este tiempo era obispo de Compostella, ó de Santiago, Cresconio prelado de mucha virtud y conocida prudencia. Sucedióle en aquella iglesia otro de su mismo linaje llamado Gudesteo: á este á cabo de dos años que gobernaba su iglesia, de noche en su lecho mató un tio suyo llamado Froyla, no por otra causa sino porque pretendia recobrar los pueblos de su diócesi de que malamente y contra razon él se apoderara: tanto puede la codicia demasiada de mandar y tener. A este prelado sucedió otro llamado Pelayo, en cuyo tiempo se recibió la ley Toledana y Romana, que asi lo dice la historia Compostellana. Por ley Toledana entiendo yo el órden de decir la misa y las horas canónicas, que de Francia vino á Toledo, y de allí se estendió por las otras partes, qui-

(1) Seguramente es apócrifa, ya porque no se halla en los registros de sus cartas, ya porque don Ramiro murió el año 1063, y este papa no subió al pontificado hasta el 1073.

(2) No hay ningun autor antiguo que lo diga. Los donativos que algunos reyes han hecho á los pontífices, no tienen otro origen que su piedad personal. Por otra parte semejante obligacion no podia pasar á sus descendientes, no estando autorizada por las leyes del reino.

(3) Se tituló rey algunos meses antes de la muerte de su padre, pues en una escritura del mes de febrero de 1063 se dice que don Sancho reinaba en Aragon, su padre don Ramiro no murió hasta el mes de mayo.

(4) Se cree que este conde no hizo mas que aumentarla, y quizá fortificarla.

(5) No es cierto, pues, consta por una escritura de aquel tiempo que cita Briz que este rey se obligó con los nobles y barones de Aragon y Navarra, á gobernarles segun las leyes y fueros que estaban en uso, y estas no eran las romanas ó imperiales.

(6) Parece que no fue bastardo, sino hijo de don Ramiro, y hermano de don Sancho.

tado el oficio de los godos como se dirá en su lugar. La ley Romana era la de continencia de los clérigos, que tenian muy estragada y mudada de lo antiguo la disciplina eclesiástica en esta parte, y los romanos pontífices pugnaban por todas las vias posibles que en Alemaña, Francia y España en particular se reparase este daño.

CAPITULO VIII.

Cómo don Sancho rey de Castilla hizo guerra á sus hermanos.

En un mismo tiempo reinaban en España tres reyes primos hermanos que tenian un mismo nombre, aunque no igual poder y fuerzas: hasta en la manera de muerte fueron todos tres muy semejables. Don Sancho rey de Castilla que era el mas poderoso, demás de la muerte que dió á su tio el rey don Ramiro, con que mucho amancilló el principio de su reinado hecho mas feroz de cada dia se iba á despeñar en mayores males, si bien por su mucho poder y destreza ponia miedo á los demás. Don Sancho rey de Navarra el pequeño estado y reino que alcanzaba y sus pocas fuerzas ayudaba con la confederacion que tenia puesta con el otro don Sancho rey de Aragon: traza para asegurarse los dos contra el poder de Castilla, y proseguir contra él la enemiga que heredaron de sus padres. No ignoraba el de Castilla estos intentos y artes: acordó ganar por la mano y anticiparse, rompió con su gente por las tierras de Navarra hasta dar vista á la villa de Viana (1). Acudieron los dos reyes; y en aquel lugar se vino á batalla, en que el de Castilla fue roto, y con pérdida de mucha gente dió vuelta á su casa. Los vencedores, determinados de seguir y ejecutar la victoria, rompieron por la Rioja y por la comarca de Briviesca, do cobraron por las armas todo lo que el rey don Fernando ganara por aquellas partes. Por esta manera se trabaron con guerras entre sí aquellos tres príncipes sin acordarse de la que restaba contra moros.

El rey don Sancho de Castilla no pudo por entonces satisfacerse de los dos reyes sus primos á causa de otra nueva guerra que emprendió en esta misma coyuntura contra sus hermanos. Era codicioso de estados, arrojado, atrevido y ejecutivo, feroz por las fuerzas y poder que alcanzaba. Pretendia que todo lo que fue de su padre le pertenecia, demás de otras querellas particulares que nunca faltan. La flaqueza de sus hermanos le animaba, su poca concordia y recato, pues no se hacian á una para acudir con las fuerzas de ambos al peligro que al uno y al otro amenazaba. Hizo levas de gente: juntó un ejército el mayor que pudo, resuelto de llevar aquella empresa hasta el cabo. Don Alonso que era el primero á quien aquella tempestad amenazaba, si bien despachó embajadores á su hermano don García y á sus primos de Aragon y Navarra para que le acudiesen con sus fuerzas, y ayudasen á rebatir el orgullo del enemigo comun, y perseguir aquella bestia fiera y salvaje; por la apretura del tiempo juntó sus soldados que los tenia muchos y buenos, y fue en busca del enemigo. Diéronse vista junto á un pueblo que se llamaba Plantaca: ordenaron sus haces, dióse la batalla con gran coraje y esfuerzo. La victoria quedó por los castellanos, y el rey don Alonso, vencida y destrozada su hueste, se retiró á la ciudad de Leon. Despues procuró reparar y rehacer su ejército, y tornóse á encontrar con el enemigo cabe el pueblo que se llamaba Golpelara (como dice don Pelayo obispo de Oviedo, ó como dice el arzobispo don Rodrigo Vulpecularia) pueblo asentado en la ribera del rio Carrion trocóse la fortuna y fue vencido el rey de Castilla. Con la prosperidad suelen descuidarse los vencedores.

El Cid iba en compañía del rey don Sancho en todas las guerras, como la razon lo pedia: era como está dicho hombre de grande esfuerzo, sagaz y muy diestro en el pelear. Sospechó lo que fue. Recogió los soldados huidos, y muy de mañana con el sol acometió los reales de los enemigos, que cargados de sueño y vino se hallaban muy lejos de pensar cosa semejante. En el miedo y peligro repentino cada cual muestra quien es, unos huian, otros tomaban las armas, todos mandaban y ninguno obedecia, ni hacia lo que era menester, así en breve espacio quedaron vencidos. Don Alonso se retiró á la iglesia de Carrion en que tenia puestos soldados de guarnicion. Allí le prendieron y enviaron á Burgos para que estuviese en buena guarda dentro del castillo de aquella ciudad. Pusiéronse de por medio la infanta doña Urraca hermana de los reyes, que queria mucho á don Alonso por su buena condicion, y el conde don Peranzules que en toda aquella adversidad nunca le desamparó. Dieron traza que con licencia del rey don Sancho fuese al monasterio de Sahagun que está ribera del rio Cea, y que allí tomase el hábito de monge, renunciado el estado de seglar. Esperaban que las cosas se trocarian, y no faltaria alguna buena ocasion para que aquel príncipe despojado volviese á su reino. Tomó el hábito el año que se contaba de Cristo 1071. Pasó algun tiempo en aquella vida que tomó por fuerza. Los mismos exhortaron á don Alonso que renunciado el hábito se fuese á Toledo, y se pusiese debajo el amparo del rey moro Almenón, que fue grande amigo de su padre.

Hízose así, huyó como le aconsejaban, y entróse por las puertas de aquel rey. Pidióle audiencia, y en dia señalado le habló en esta sustancia: «Cuánto »quisiera, rey Almenón, ya que no se me escusaba »esta necesidad de acudir á tu socorro y amparo, yo »que poco antes era rey poderoso, y al presente me »hallo desterrado, pobre y cercado de miserias, te»ner con algun servicio señalado granjeada tu amis»tad y tu gracia. Pero ni mi edad que no es mucha, »ni la diferente religion que profesamos, me han »dado á ello lugar; y para los príncipes magnánimos »cual tú eres, bastante causa debe ser para dar la »mano y levantar á los caidos su grandeza y benig»nidad; que como yo en mis males huelgo de acudir »á tus puertas antes que á las de otro, movido de la »fama de tus virtudes, así te debe dar contento se »haya ofrecido ocasion para hacer bien á un hijo del »gran rey don Fernando. Mas que podia yo hacer? á »quién acogerme en mis cuitas? Todas mis ayudas »me faltan, de mis bienes y de mi reino estoy despo»jado por mi mismo hermano don Sancho, si herma»no se debe llamar el que no guarda lealtad y paren»tesco, y que tiene por bastante causa el apetito de »mandar para atropellar los hijos de su padre. Mis »deudos qué me podian prestar? pues pretende »tambien embestir con mi hermano don García, y »los reyes nuestros primos están poco sabrosos con »nuestra casa. Finalmente no me quedó otro remedio »sino desterrarme, ni hallé otro amparo sino en tu »sombra. No pretendo que por mi causa ni para res»tituirme en mi reino emprendas alguna guerra, si »bien los grandes príncipes se suelen encargar de »deshacer semejantes agravios, solo te suplico me »des lugar en tu casa para pasar mi destierro, que »será algun alivio de cuita tan grande, y de entrete»nerme en tu reino solo con la esperanza de que el »causador destos daños, feroz al presente y ufano, »trocadas las cosas será en breve castigado de la »crueldad que ha usado contra sus hermanos y con»tra sus deudos: cosa que si sucediere, y Dios otor»gare con mi deseo y me sacare destos males, pue-

(1) No se fundó hasta el año 1219 en el reinado de don Sancho el Fuerte, y se cree que esta derrota que padecieron los castellanos fue en el año 1067.

»des estar cierto que nunca pondré en olvido el acogimiento y gracia que me hicieres.»

El rey Almenon como quier que tenia á mucha honra que aquel poco antes rey poderoso acudiese á su amparo con tanta humildad, y confiado que en algun tiempo le podria ser de provecho aquella su venida; respondió con semblante alegre y en pocas palabras á este razonamiento. Dijo que le pesaba de su desgracia, pero que debia llevar aquel revés con buen talante, pues su conciencia, no le acusaba de culpa alguna. Que las cosas desta vida son sujetas á mudanzas; por tanto de presente se sufriese, y para adelante se entretuviese con aquella buena esperanza que decia. En su reino podria estar todo el tiempo que le pluguiese: que ninguna cosa le faltaria para el sustento de su casa, y que fuera de su reino y de su patria ninguna otra cosa echaria menos; finalmente que le tendria como á hijo y le trataria como á tal. Señalóle casa para su morada junto á su palacio, que estaba donde ahora el monasterio de la Concepcion, y caia cerca un templo de cristianos, que se entiende era el que hoy tienen los carmelitas. Con esto tenia aparejo para oir misa y los oficios divinos, y para hablar al rey cuando le parecia. Hizo su pleito homenaje que guardaria lealtad al moro, y acudiria á su servicio como era razon.

Era don Alonso muy apuesto y agraciado, modesto, prudente, liberal, y de costumbres muy suaves, con que en breve ganó las voluntades de aquella gente, y todos se le aficionaban. Su hermana doña Urraca cuidaba de sus cosas. Pidió licencia al rey don Sancho, y con ella le envió para que le hiciesen compañía, al conde Peranzules y otros dos hermanos suyos Gonzalo y Hernando para que le sirviesen y él se aconsejase con ellos. En compañía de los tres vinieron otros muchos: todos quiso el rey moro ganasen su sueldo porque tuviesen con qué sustentarse, y cuando fuese menester le sirviesen en la guerra que de ordinario tenia contra otros moros comarcanos. En esto pasaba aquel príncipe desterrado su vida: cuando cesaba la guerra, dábase á la caza y á la montería; y para mayor comodidad, de sus monteros edificó un alquería que despues creció en vecindad, y hoy se llama Brihuega (1), pueblo conocido en el reino de Toledo. Su ordinaria residencia era en Toledo: trataba mucho con el rey, y de cada dia con su buen término le ganaba mas la voluntad, y el moro gustaba mucho de su conversacion y compañía. Aconteció que cierto dia fueron á tomar deporte y recreacion en una huerta cerca de la ciudad por do pasa el rio Tajo, con cuyo riego y agua que dél sacan muchas azudas, se hace muy fértil y de mucho provecho; y hoy se llama la huerta del rey. Adormecióse con la frescura don Alonso. El rey y sus cortesanos que cerca estaban recostados á la sombra de un árbol, comenzaron á tratar del sitio inespugnable de Toledo, de sus murallas y fortaleza: uno dellos el mas avisado replicó, por solo un camino se podria esta ciudad conquistar; si por espacio de siete años continuados le pusieren cerco, y cada un año para quitalle el mantenimiento le talasen los campos y quemasen las mieses sin duda se perderia.

Don Alonso que del todo no dormia, ó á caso despertó, oyó con mucho gusto aquella plática, y le encomendó á la memoria. Añaden á esto algunos que el rey moro, advertido del peligro y del descuido, para ver si dormia le mandó echar plomo derretido en la mano, y que por esta causa le llamaron don Alonso el de la mano horadada. Invencion y hablilla de viejas, porque cómo podian tener tan á mano plomo derretido, ni el que mostraba dormir, disimular tan grave dolor y peligro? la verdad, que le llamaron así por su franqueza y liberalidad estraordinaria. Otro dia refieren que estando en presencia del rey, se levantó el cabello y se le erizó de manera que aunque el rey por dos ó tres veces se le allanó, todavía se tornaba á levantar. Los moros como gente que miran mucho en estos agüeros, avisaron que aquello era pronóstico de grande mal, que se apoderaria de aquel reino, si no ganaban por la mano con darle la muerte para asegurarse. ¿Quién podrá desbaratar los consejos de Dios? El rey era de suyo muy humano, y tenia buena voluntad á don Alonso; por esto no se dejó persuadir de los agoreros, ni vino en quebrantar por su causa las leyes del hospedaje: contentóse con que don Alonso le hiciese de nuevo pleito homenaje que le seria amigo verdadero y leal. Esto pasaba en Toledo: por otra parte el rey don Sancho, feroz y ufano por la victoria que ganó, tomaba posesion del reino de Leon, en que unas ciudades se le rendian de voluntad, de otras se apoderó por fuerza de armas. En particular la ciudad de Leon al principio le cerró las puertas; pero al fin con un cerco que tuvo sobre ella muy apretado, á ejemplo de las demás ciudades se allanó. Concluido esto á su voluntad, revolvió contra Galicia, do el otro hermano reinaba con pocas fuerzas por tener el reino dividido en bandos, y estar disgustados contra él los naturales á causa de los muchos tributos que les imponia, de cada dia mayores y mas graves: el mayor daño, que se dejaba gobernar á sí y á todas sus cosas públicas y particulares de un criado que tenia con él gran cabida, que suele ser un grave daño en los príncipes. De ordinario las mercedes que los príncipes hacen se atribuyen á ellos mismos; y si en alguna cosa se yerra, cargan á los ministros y á los que tienen á su lado que suelen pagar con la vida la demasiada privanza, como sucedió en este caso, ca los caballeros indignados por aquella causa dieron la muerte á aquel su criado en su misma presencia, y aun pasaron tan adelante que por sospecharse de muchos eran participantes en aquel delito, para asegurarse tomaron las armas y alborotaron el reino: menospreciaban es á saber al que vian dejarse gobernar por hombre semejante; y sin duda es señal que el príncipe no es grande cuando sus criados son muy poderosos.

En este estado se hallaba Galicia al tiempo que el rey don Sancho acometió á tomalla. Don García visto que por estar los suyos alborotados no podria contrastar á las fuerzas de su hermano, con solo trecientos soldados que le siguieron, desamparada la tierra, acudió á los moros de Portugal. Persuadiales le ayudasen con sus fuerzas, que si bien andaba fuera de su casa, todavía le acudirian sus vasallos. Que se apiadasen de su trabajo, y hiciesen rostro á la ambicion de su hermano, siquiera para asegurar sus cosas, y no tener por vecino enemigo tan poderoso, que si salia con aquella pretension, no pararia hasta enseñorearse de todo. Representábales los intereses que podia esperar de aquella guerra, que todos serian para ellos mismos, y él se contentaria con recobrar su estado y vengar aquel agravio. A estas razones respondieron los moros que les pesaba de su mal, pero que no les venia á cuento meter en peligro sus cosas por ayudarle, y mucho menos fiar de promesas de hombre que no se supo conservar en lo que tenia. Despedido deste socorro, todavía quiso probar ventura alentado con otros muchos que le acudieron, unos por odio del rey don Sancho, otros por tener parte en la presa, parte moros, parte cristianos. Con esta gente rompió por las tierras de su reino: los pueblos y ciudades de Portugal fácilmente se le rendian. Acudió el rey don Sancho para atajar esta llama: llegó con su gente hasta Santaren que antiguamente fue Scalabis. Juntáronse los dos campos, dióse la batalla de poder á poder, el campo quedó por

(1) Estaba cerca de Toledo, y no debe confundirse con la villa del mismo nombre que está cerca de Guadalajara.

el rey de Castilla, el estrago y matanza de los contrarios fue grande, muchos prisioneros, y entre los demás el mismo don García que llevaron al castillo de Luna en Galicia (1), donde pasó en prisiones lo que restó de la vida, pobre y despojado de su estado. Era de suyo hombre descuidado y flojo, suelto de lengua, y no bastante para tan grandes olas y tormenta como contra él se levantaron.

CAPITULO IX.

Cómo el rey don Sancho murió sobre Zamora.

Concluido que hobo el rey don Sancho con los dos hermanos, luego que se vió señor de todo lo que su padre poseia, quedó mas soberbio que antes y mas orgulloso. No se acordaba de la justicia de Dios, que suele vengar demasías semejantes, y volver por los que injustamente padecen; ni consideraba cuanta sea la inconstancia de nuestra felicidad, en especial la que por malos medios se alcanza. Prometíase una larga vida, muchos y alegres años sin recelo alguno de la muerte que muy presto por aquel mismo camino se le aparejaba. Despojados los hermanos, solo quedaban las dos hermanas que pretendia tambien desposeer de los estados que su padre les dejó. El color que para esto tomaba era el mismo del agravio que pretendia se le hizo en dividir el reino en tantas partes: la facilidad era mayor á causa de tener ya él mayores fuerzas, y aquellas señoras ser mujeres y flacas. La ciudad de Zamora estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenian apercebidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores era gente muy esforzada y muy leal, y aparejados á ponerse á cualquier riesgo por defenderse de cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho valor y prudencia, y de cuyos consejos se valia la infanta doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra.



El Cid Campeador.

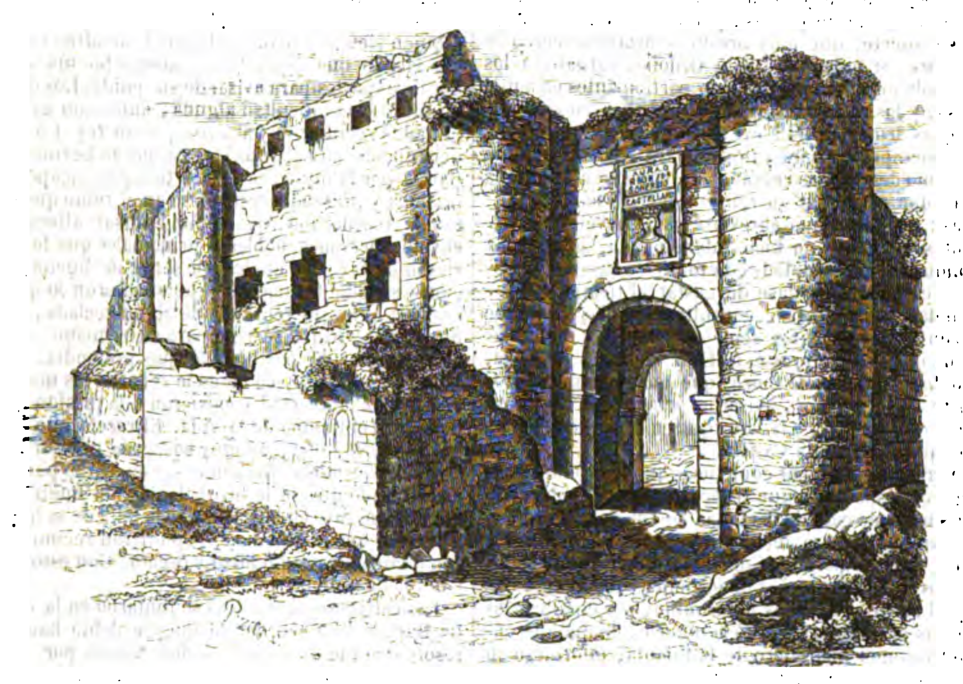
El rey visto que por voluntad no vendrian en ningun partido, ni se le querian entregar, acordó usar

(1) Cuando don Sancho hizo prisionero á don García, le soltó inmediatamente «sobre homenage que le hizo que en toda su vida fuese su vasallo» segun una crónica manuscrita del Escorial; pero luego cuando don Alonso subió al trono hizo prender á don García con engaño el 13 de febrero de 1073, y lo puso en el castillo de Luna que está en tierra de Leon á siete leguas de esta ciudad donde pasó lo restante de su vida muriendo de muerte natural despues de 17 años de prision.

de fuerza. Juntó sus huestes, y con ellas se puso sobre aquella ciudad, resuelto de no alzar la mano hasta salir con aquella empresa: el cerco se apretaba, combatian la ciudad con toda suerte de ingenios. Los ciudadanos comenzaban á sentir los daños del cerco; y el riesgo que todos corrian los espantaba y hacia blandear para tratar de partidos. En este estado se hallaban cuando un hombre astuto llamado Vellido Dolfos, si comunicado el negocio con otros, si de su solo motivo no se sabe, lo cierto es que salió de la ciudad con determinacion de dar la muerte al rey, y por este camino desbaratar aquel cerco. Negoció que le diesen entrada para hablar al rey: decia le queria declarar los secretos y intentos de los ciudadanos, y aun mostrar la parte mas flaca del muro y mas á propósito para darle el asalto y forzalla. Creen los hombres fácilmente lo que desean: salió el rey acompañado de solo aquel hombre para mirar si era verdad lo que prometia. Hizo dél mas confianza de lo que fuera razon, que fue causa de su muerte, porque estando descuidado y sin recelo de semejante traicion, Vellido Dolfos le tiró un venablo que traia en la mano, con que le pasó el cuerpo de parte á parte: estraño atrevimiento y desgraciada muerte, mas que se le empleaba bien por sus obras y vida desconcertada.

Vellido luego que hizo el golpe, se encomendó á los piés con intento de recogerse á la ciudad. Los soldados que oyeron las voces y gemidos del rey que se rebolcaba en su sangre, fueron en pos del matador, y entre los demás el Cid que se hallaba en aquel cerco. La distancia era grande y no le pudieron alcanzar; que las guardas le abrieron la puerta mas cercana, y por ella se entró en la ciudad. Esto dió ocasion para que los de la parte del rey se persuadiesen fue aquel caso pensado, y que los demás ciudadanos ó muchos dellos eran en él participantes. Los soldados de Leon y de Galicia no sentian bien del rey muerto, ni les agradaban sus empresas, y así sin detenerse mas tiempo desampararon las banderas y se fueron á sus casas. Los de Castilla, como mas obligados y mas antiguos vasallos, parte dellos con gran sentimiento llevaron el cuerpo muerto al monasterio de Oña, do le sepultaron y hicieron sus honras, que no fueron de mucha solemnidad y aparato; la mayor parte se quedaron sobre Zamora, resueltos de vengar aquella traicion. Amenazaban de asolar la ciudad, y dar la muerte á todos los moradores como á traidores y participantes en aquel trato y aleve.

En particular don Diego Ordoñez (1) de la casa de Lara, mozo de grandes fuerzas y brio salió á la causa. Presentóse delante de la ciudad armado de todas



Restos del palacio de doña Urraca, donde se refugió Vellido Dolfos despues de dar cruda y traidora muerte al rey don Sancho

armas y en su caballo; y desde un lugar alto para que lo pudiesen oir, henchia los aires de voces y fieros, amenaza de destruir y asolar los hombres, las aves, las bestias, los peces, las yerbas y los árboles sin perdonar á cosa alguna. Los ciudadanos entre el miedo que se les representaba, y la vergüenza de lo que dellos dirian, no se atrevian á chistar: el miedo podia mas que la mengua y quiebra de la honra. Solo Arias Gonzalo, si bien su larga edad le pudiera escusar, determinó de salir á la demanda, y ofreció á sí y á sus hijos para hacer campo con aquel caballero por el bien de su patria. Tenian en Castilla costumbre que el que retase de aleve alguna ciudad, fuese obligado para probar su intencion hacer campo con cinco cada uno de por sí. Salieron al palenque y á la liza tres hijos de Arias Gonzalo por su órden Pedro, Diego y Rodrigo. Todos tres murieron á manos de don Diego Ordoñez que peleaba con esfuerzo muy grande. Solo el tercero bien que herido de muerte, alzó la espada, con que por herir al contrario le hirió el caballo y le cortó las riendas: espantado el caballo se alborotó de manera que sin poderle detener salió y sacó á don Diego de la palizada, lo que no se pudo hacer conforme á las leyes del desafío, y el que sale se tiene por vencido. Acudieron á los jueces que tenian señalados; los de Zamora alegaban la costumbre recebida, el retador se defendia con que aquello

(1) Este desafío es solo propio de algun libro de caballería dice Ferreras.

sucedió acaso, y que salió del palenque contra su voluntad. Los jueces no se resolvian, y con aquel silencio parecia favorecian á los ciudadanos. Desta manera se acabó aquel debate, que sin duda fue muy señalado, como se entiende por las corónicas de España, y lo dan á entender los romances viejos que andan en este propósito y se suelen cantar á la vihuela en España, de sonada apacible y agradable.

CAPITULO X.

Cómo volvió el rey don Alonso á su reino.

Esto pasaba en Zamora; doña Urraca cuidadosa de lo que podria resultar en el reino despues de la muerte de su hermano, y por el amor que tenia á don Alonso, que deseaba sucediese en su lugar y recobrase su reino, acordó despachalle un mensajero á Toledo para avisalle de todo y en particular de la desastrada muerte de su hermano. Dió al mensajero señas secretas para que se certificase que ella misma le enviaba las cartas en cifra por lo que pudiese suceder, que nadie las entendiese dado caso que se las tomasen. Lo que contenian en suma era: Que no hay en el mundo alegría pura que no vaya destemplada con tristeza: que el rey don Sancho era muerto por traicion de Vellido Dolfos: que si bien tenia merecida la muerte y los tenia á todos agraviados, en fin era hijo de sus padres, y fuerza se doliesen de su triste suerte: que muy presto se alzaria el cerco de Zamora, si bien don Diego Ordoñez cargaba á los ciudadanos de traidores como participantes en aquel caso, y los retaba resuelto de proballes en campo y por las armas aquel aleve; lo que hacia al caso, y ella siempre deseara y lo suplicara á Dios, era que él como deudo mas cercano era llamado á la corona para que recobrase su reino y sucediese en lo demás; por tanto que abreviase para prevenir los intentos de gente no bien intencionada, granjear y conquistar las voluntades de todos los vasallos; finalmente que se guardase de gastar el tiempo en demandas y respuestas, consultas y dudas fuera de sazon, pues en casos semejantes no hay cosa mas saludable que la presteza. Esto contenia la carta. Muchas escuchas de moros que andaban mezclados entre los cristianos, avisaron primero al rey moro de lo que pasaba, y la fama que en casos semejantes siempre se adelanta y vuela.

Peranzules que por conjeturas que para ello tenia, cada dia esperaba algun trueco y mudanza salia cada dia en son de caza de la ciudad de Toledo por espacio de una legua para informarse de los caminantes y saber lo que pasaba. Con este cuidado hobo á las manos una ó dos espias de los moros que venian con aquel aviso, y sacados del camino, por encubrir las nuevas si pudiera, les dió la muerte: finalmente encontró con el mensajero de la infanta, informóse en particular de todo, y con tanto dió vuelta para la ciudad, y avisó á don Alonso de lo que venia en las cartas y el mensajero decia. Aconsejábale que con todo el secreto posible sin dar parte al rey moro se partiese prestamente; á la verdad parecia recia cosa fiarse de los moros, que como tales poca lealtad suelen guardar, además de otros inconvenientes que podian resultar, que el miedo y el amor suelen hacer mayores de lo que son. Don Alonso estaba perplejo sin saber cuál partido debia seguir y qué consejo tomar. Pareciale bien lo que aquel caballero le decia, mas por otra parte se le hacia de mal mostrarse descortés con quien le tenia tan obligado. Resolvióse finalmente de seguir lo que parecia mas seguro y mas honesto. Habló con el rey Almenon: avisóle de todo lo que ya él mismo sabia, aunque disimulaba: pidióle licencia para tomar posesion del reino á que los suyos le convidaban, que no le pareció justo partirse sin su voluntad, y sin que lo supiese de quien tantos regalos tenia recebidos.

El bárbaro vencido con esta cortesía y lealtad respondió se holgaba mucho que le ofreciesen el reino, y mucho mas que con aquella cortesía le quitase la ocasion de trocar las buenas obras que le hiciera, menores que él merecia y él mismo deseaba, en algun desabrimiento, si se pretendiera ir sin que él lo supiese, y sin dalle parte de lo que por otra via muy bien sabia; y aun le tenia tomados los pasos y en los caminos puestas guardas para que no se le pudiese escapar, si por ventura lo intentase: que muy en buen hora fuese á tomar la corona que le ofrecian; solo queria que para seguridad de la amistad que tenian puesta, le hiciese de nuevo el juramento que le tenia hecho de ser verdadero amigo así suyo como de su hijo Hissem, para no faltar jamás en la fe y palabra que se daban, pues ponian á Dios por juez y por testigo de aquella confederacion y amistad. Hízose todo como el moro lo pedia: ayudóle con dineros para el camino, y aun para mas honrarle al partirse le acompañó por algun buen espacio: ejemplo singular de fidelidad y templanza en un rey bárbaro como aquel. Lo que se ha dicho tengo por mas cierto que lo que refiere don Lucas de Tuy, es á saber, que sin que el rey lo supiese, se descolgó por los adarves, y se huyó en postas que le tenian aprestadas.

De cualquier manera que ello fuese, él enderezó su camino á Zamora, donde la infanta le esperaba, y á quien siempre tuvo en lugar de madre: consultó con ella lo que debia hacer, despachó sus correos por todas partes para avisar de su venida. Los de Leon no mostraron dificultad alguna, antes con gran voluntad le recibieron y alzaron por su rey. Lo de Galicia andaba en balanzas á causa que su hermano don García por la mudanza de los tiempos escapó de la prision, y pretendia restituirse en el reino que antes tenia. Acordó don Alonso por escusar alteraciones envialle personas nobles y principales que le requiriesen de paz, los cuales por ser él de buena condicion y sencillo fácilmente le persuadieron lo que deseaban; antes sin recelarse de alguna celada, ni pedir otra seguridad se vino para su hermano, confiado alcanzaria dél por bien lo que pretendia. Engañóle su esperanza, ca luego le echaron las manos, y le quitaron la libertad y volvieron á la prision que le duró todo el tiempo de la vida. El recelo que de su condicion se tenia, no muy sosegada que seria ocasion de alborotos y alteraciones, escusan en parte este desaguisado que se le hizo, demás del buen tratamiento que tuvo en la prision, si la falta de la libertad y el reino que le quitaban, se pudieran recompensar con alguna otra comodidad y regalo. Con esto quedó llano lo de Galicia.

Los caballeros de Castilla se juntaron en la ciudad de Burgos para acordar lo que se debia hacer: la resolucion fue de recebir á don Alonso por rey de Castilla á tal que jurase por espresas palabras no tuvo parte ni arte en la muerte de su hermano. Don Alonso avisado desto se partió para aquella ciudad: los mas de los presentes se recelaban de tomarle la jura por pensar lo tendria por desacato, y para adelante se satisfaria de cualquiera que lo intentase; solo el Cid como era de grande ánimo se atrevió á tomar aquel cargo y ponerse al riesgo de cualquier desabrimiento.

En la iglesia de Santa Gadea de Burgos le tomó el juramento, que en suma era no tuvo parte en la muerte de su hermano, ni fue della sabidor: si no era así, viniesen sobre su cabeza gran número de maldiciones que allí se espresaron. Acabada esta ceremonia, á voz de pregonero alzaron por don Alonso los pendones de Castilla, y le declararon por rey con grande muestra de alegría y muchas fiestas que por aquella causa se hicieron. Disimuló el rey por

entonces el desacato: mostróse alegre y cortés con todos cómo el tiempo lo pedia; pero quedó en su pecho ofendido gravemente contra el Cid, como los efectos adelante claramente lo mostraron; además que algunos cortesanos, que suelen con su mal término atizar los disgustos de los príncipes, y mirar con malos ojos la prosperidad de los que les van delante, no cesaban con chismes y reportes de aumentar la indignacion del rey (1).

Tenia don Alonso treinta y siete años cuando volvió al reino. Fue diestro en la guerra, por esta causa le llamaron don Alonso el Bravo. Era prudente y templado en el gobierno, de noble condicion y modesto, virtudes á que de suyo era inclinado, y las adversidades y trabajos que padeció, mucho le afinaron mas. Su franqueza y liberalidad fue estremada, tanto que parecia en hacer mercedes consumir las riquezas y tesoros reales. La muerte del rey don Sancho y la restitucion de don Alonso sucedió el año que se contaba de Cristo de 1073. En el mismo el cardenal Hildebrando entró en el pontificado por muerte de Alejandro Segundo, y se llamó Gregorio Séptimo: persona de singular virtud, grandeza de ánimo y constancia, como lo mostró en la enemiga que por toda la vida tuvo con el emperador Enrique Tercero deste nombre sobre defender la libertad de la Iglesia que aquel príncipe pretendia atropellar.

En España este mismo año Santo Domingo de Silos monge Cluniacense, varon de conocida santidad, finó á veinte de diciembre dia viernes; su fiesta se celebra cada año en España. Nació este santo en la Rioja en un pueblo llamado Cañas: de pastor que fue entró monge en San Millan de la Cogulla: con el tiempo vino á ser allí abad, mandó desterrar el rey don García de Navarra porque defendia con mucha fuerza las exempciones de sus monges y sus privilegios; de donde tomó el nombre en latin (como yo creo) que se dijo Exiliensis, Silos en romance. El monasterio que á la sazon se llamaba de San Sebastian, le reparó este santo los años pasados con ayuda del rey don Fernando; y adelante mudó el nombre y se llamó de Santo Domingo de Silos no solo el monasterio, sino el pueblo que está junto á él en el valle de Tablatello diez leguas de Burgos, en unos ásperos riscos, camino derecho de Santisteban de Gormaz. No quise dejar esto por la noticia de la antigüedad, y por ser este monasterio muy nombrado. Volvamos á los hechos de los reyes, y al órden de la historia como iba antes.

CAPITULO XI.

De los principios del rey don Alonso el Sesto.

En los principios del reinado del rey don Alonso no faltaron turbaciones y revueltas, que con el tiempo se apaciguaron y tuvieron buen suceso y alegre. El año siguiente despues que entró en su reino que fue el de 1074, los reyes de Córdoba y de Toledo, traian guerra sobre los términos de sus reinos. Don Alonso por lo mucho que debia al de Toledo, juntó un buen ejército con intento de ayudarle y acudirle. Temió el rey Almenón de primera instancia que venia contra él; pero luego se desengañó y supo el buen intento que traia en su favor. Juntaron los dos sus campos, y hicieron muy gran daño en las tierras del reino de Córdoba: destruyeron los sembrados, aldeas y cortijos, y quemaron los pueblos, hicieron grandes presas de hombres cautivos y de ganados. No se vino á las manos porque el de Córdoba esquivaba entrar en batalla con Almenón y con los demás que de su parte venian. Los soldados volvieron alegres con las victorias, ricos y cargados de despojos. Por este tiempo falleció la primera mujer del rey don Alonso por nombre doña Inés: casó despues con otra señora llamada Constancia natural de Francia. Deste segundo matrimonio tuvo una hija sola, que se llamó doña Urraca, y adelante heredó el reino y todos los estados de su padre, como se verá en otro lugar. A instancia de esta reina (segun yo pienso) despacharon una embajada á Roma para suplicar al papa enviase un legado á España con plena potestad para reparar y reformar por todas las vias posibles las costumbres de los eclesiásticos, que por la soltura de los tiempos andaban muy estragadas y perdidas. Parecióle al papa Gregorio VII ser muy justa esta demanda: despachó para este efecto á Ricardo cardenal y abad de San Victor de Marsella.

Este legado llegado á España juntó en Burgos ciudad cabeza de Castilla el año de 1076 un concilio de obispos de todo el reino (2), en el por conformarse con la voluntad del rey y con lo que era razon, confirmó en todo su reino el ministerio romano; que son las mismas palabras de don Pelayo obispo de Oviedo. Yo entiendo que mandó ejecutar y poner en práctica las leyes antiguas de la Iglesia olvidadas y desusadas en gran parte, señaladamente que los clérigos de órden sacro no se casasen ni tuviesen mujeres, segun que lo mismo se hiciera en Alemaña, aunque con mucho alboroto y revueltas que sobre el caso se levantaron, tanto que públicamente se dijeron muchas cosas contra la honra y reputacion del pontífice Gregorio, libelos famosos, cantarcillos y versos muy descomedidos en este propósito: tan pesada cosa es dejar las costumbres viejas y reformar las vidas estragadas. A la verdad los mas de los clérigos olvidados de lo que pedia la antigua disciplina eclesiástica, y vencidos del deleite se hallaban enlazados en el casamiento, cargados de mujeres y de hijos. Demás desto á ejemplo de Aragon abrogaron en aquella junta el Breviario y Misal gótico de que usaban en España, y se mandó introducir el romano. Esto cuanto á lo eclesiástico.

El Cid asimismo por mandado del rey partió para la Andalucía á poner en razon á los reyes moros de Sevilla y de Córdoba, que no querian acudir con las parias y con los tributos acostumbrados. Traian entre sí guerra muy reñida los reyes de Granada y de Sevilla: el de Granada estaba mas orgulloso á causa que algunos cristianos seguian sus banderas y ganaban del sueldo; púsose el Cid de por medio para concertallos y ponellos en paz, y porque el de Granada no queria venir en ningun partido, le hizo guerra, y vencido, le forzó á tomar el asiento que primero desechaba. Hiciéronse pues las paces entre aquellos moros, y el Cid volvió con los tributos cobrados, y sus soldados ricos con las presas que en aquella guerra hicieron; los cuales y toda la demás gente por las victorias que ganó en esta jornada, le dieron un nuevo apellido y muy honroso, ca le llamaron el Cid Campeador; en que se muestra el grande amor que le tenian, y gran crédito que habia ganado. Por el mismo camino los nobles y caballeros se encendieron contra él en una nueva envidia: procuraban abatir al que mas aina debieran imitar, armábanse para esto de calumnias y cargos falsos que le hacian, torcian sus servicios y sus palabras. No era dificultoso salir con su intento por estar el rey de tiempo atrás desgustado, demás que de nuevo se les ofreció otra ocasion muy á propósito para llevar adelante esta trama.

Los moros de Andalucía no acababan de sosegar y

(1) Parece que lo que ofendió á don Alonso fue el haberle hecho repetir tres veces el juramento desconfiando de su sinceridad.

(2) Otros ponen en 1085 este concilio, cuyas actas se han perdido. Su determinacion de que se dejase el oficio gótico, y se usase el romano alteró mucho á los castellanos.

allanarse: determinó el rey hacelles guerra en persona. En esta sazon un buen golpe de moros de los que en Aragon moraban, sea á persuasion de los andaluces, sea por no perder aquella ocasion, por Medinaceli hicieron entrada en las tierras de Castilla. Corrieron y talaron los campos de Santistevan de Gormaz. El Cid se hallaba retirado en su casa con achaque de su poca salud, como á la verdad pretendiese con ausentarse aplacar la envidia de sus émulos para que no le empeciesen; pero avisado de lo que pasaba, y visto que el rey estaba ausente, con las gentes que pudo recoger prestamente acudió al peligro. Su valor y diligencia corrian á las parejas: así muy en breve forzó á los moros á retirarse y desembarazar la tierra. No contento con esto, por aprovecharse de la ocasion y aprovechar sus soldados, revolvió á manderecha sobre las tierras del reino de Toledo sin parar hasta dar vista á la misma ciudad: en el camino saqueó los pueblos, taló los campos, ganó gran presa y siete mil esclavos entre hombres y mujeres. Los que le aborrecian acudieron al rey para cargalle de haber quebrantado el asiento puesto con aquel rey de Toledo. Decian no convenia disimular ni dar rienda á un hombre loco y sandio para hacer semejantes desatinos: que era bien castigalle y hacer que no se tuviese en mas que los otros caballeros, ni pretendiese salir con lo que se le antojase.

Tratóse el negocio en una junta de grandes y ricos hombres: acordaron saliese desterrado del reino, sin dalle mas término de nueve dias para cumplir el destierro. No se atrevió el Cid á contrastar con aquella tempestad: encomendó su mujer y hijos al abad de San Pedro de Cardeña, monasterio con que tuvo toda su vida mucha devocion, y él se fué á cumplir su destierro acompañado de muy buena y lucida gente. Iba resuelto de no pasar el tiempo en ociosidad, antes hacer de allí adelante con mas brío guerra á los moros, y con el resplandor de sus virtudes deshacer las tinieblas de las calumnias que le armaban. Los moros por este tiempo, con las comidas y regalos de España, y con la abundancia, fruto de la victoria, habian perdido en gran parte las fuerzas y valor con que vinieron de Africa. Salió el Cid con poca gente aunque escogida, y otros muchos deudos y hijosdalgo que se le allegaron; que todos deseaban tenelle por caudillo, y militar debajo de su conducta. Rompió lo primero por el reino de Toledo; y el rio de Henares arriba no paró hasta llegar á aquella parte de Aragon en que está Alhama y el rio Xalon, que riega con diversas acequias que dél sacan, gran parte de aquellos campos; en particular combatió y ganó de los moros el castillo de Alcocer muy fuerte por su sitio, puesto en lugar alto y enriscado. Desde este castillo hacia salidas y cabagaldas por todas aquellas tierras comarcanas, y aun desbarató dos capitanes que el rey de Valencia envió con gente para impedir aquellos daños. La presa que hizo en todos estos encuentros y jornada, fue muy rica: acordó enviar en presente al rey don Alonso treinta caballos escogidos con otros tantos alfanjes, liados de los arzones y treinta cautivos moros vestidos ricamente que los llevasen de diestro.

Recibió el rey esta embajada y presente con muy buen talante y toda muestra de contento y alegría. El pueblo no cesaba de engrandecer al Cid y subir sus hazañas hasta las nubes: llamábanle libertador de la patria, terror y espanto de los moros, defensor y amparador de la cristiandad: decian que era tanta su grandeza que con buenas obras pretendia vencer los agravios que le hacian, y su mansedumbre y gentileza se aventajaba á las injusticias y injurias de sus contrarios; que no debia nada á los caballeros antiguos, antes se les adelantaba en todo género de virtud. Despidió el rey los embajadores muy cortesmente pero no alzó por entonces el destierro á su señor por no alterar á los moros, si tan en breve le perdonaba; solo dió licencia á todos los que quisiesen, para seguille y militar debajo de sus banderas: en lo cual se tuvo respeto no solo á honrar al Cid, sino á descargar el reino de muchos hombres bulliciosos, que apaciguada el Andalucía, por estar criados en las armas, llevaban mal la ociosidad. Estas cosas si bien pasaron en muchos años las juntamos en este lugar por no perturbar la memoria, si se dividieran en muchas partes. Advertido esto volveremos con nuestro cuento atrás, y á referir lo que pasó en España el año que se contaba de Cristo 1076.

CAPITULO XII.

Cómo el rey don Sancho de Navarra fue muerto por su hermano.

El rey don Sancho de Navarra tenia un hermano llamado don Ramon: los dos, aunque eran hijos de un padre y de una madre, en las condiciones y costumbres mucho diferenciaban. Don Ramon era de suyo bullicioso, amigo de contiendas y de novedades: ninguna cuenta tenia con lo que era bueno y honesto á trueque de ejecutar sus anteojos. Arrimábansele otros muchos de su misma ralea, gente perdida, y que consumidas sus haciendas, no les quedaba esperanza de alzar cabeza, sino era con levantar alborotos y revueltas. Con la ayuda destos pretendia don Ramon apoderarse del reino: ambicion mala, y que le traia desasosegado. El rey era amigo de sosiego, muy dado á la virtud y devocion, como consta de escrituras antiguas en que á diversos monasterios de su reino hizo donaciones de campos, dehesas y pueblos. Tenia en su mujer doña Placencia un hijo por nombre don Ramiro, de poca edad que le habia de suceder en el reino; y no falta quien diga tuvo otros dos hijos, hasta llamar al uno don García, y al menor de todos no le señalan nombre.

De lo uno y de lo otro tomó ocasion don Ramon para alzarse contra el rey: decia que con su mucha liberalidad, que él llamaba prodigalidad y demasía, diminuia las rentas reales y enflaquecia las fuerzas del reino, como de ordinario los malos á las virtudes ponen nombres de los vicios á ellas semejantes: gran perversidad. Demás desto el rey era viejo, los hijos que tenia, de poca edad: esto dió ánimo al que ya estaba determinado de declararse, y con la ayuda de sus aliados se alzó con algunos castillos, principios de mayores males. Acudió el rey á ponelle en razon; mas visto que por bien no se podia acabar cosa ninguna, le pusieron acusacion, y en ausencia por los cargos que contra él resultaban, le declararon por enemigo público, y le condenaron á muerte. Con esto quedaron por enemigos declarados, y cada cual de los dos procuraba dar la muerte al contrario. Los malos de ordinario son mas diligentes y recatados por no fiarse en otra cosa sino en sus mañas; por el contrario los buenos confiados en su buena conciencia se suelen descuidar.

El rey estaba en la villa de Roda: el traidor secretamente se fue allá bien acompañado; y hallado el aparejo que buscaba, alevosamente le dió la muerte. El arzobispo don Rodrigo no hace mencion de todo esto, puede ser que por no manchar su nacion y patria con la memoria de caso tan feo. Los hijos del muerto acudieron á favorecerse, don Ramiro el mayor al Cid, y los dos menores al rey de Castilla don Alonso. Su edad y fuerzas no eran bastantes para contrastar á las del tirano, que quedó muy pertrechado, y luego con el favor de sus valedores se llamó rey. Por esto los principales del reino se juntaron para acordar lo que convenia. No les pareció disimular ni recebir por señor al que tales muestras daba de lo que seria adelante. Los infantes eran flacos, y es-

taban ausentes. Resolviéronse de convidar con aquel reino y corona á don Sancho rey de Aragon primo hermano del muerto, y valerse de sus fuerzas contra las del tirano. Acudió él sin tardanza: encargóse del reino que le ofrecian, y apoderóse de la mayor parte dél; otra parte, que fue lo de Briviesca y la Rioja, se entregó al rey don Alonso, que pretendia tener mejor derecho á lo de Navarra por causa de la bastardía de don Ramiro padre del rey de Aragon, en particular se entregó la ciudad de Nájara, do en la iglesia de Santa María la Real sepultaron los cuerpos del rey muerto y de la reina su mujer. Vino otrosí el Aragones en acudir cada un año al de Castilla por lo de Navarra, por no venir con él á rompimiento, con cierto tributo (1): este reconocimiento se halla por escrituras antiguas que pagaron los reyes don Sancho y don Pedro. El tirano homiciano vista la voluntad con que la gente recebia al nuevo rey, y perdida la esperanza de poder contrastar así á sus fuerzas como al odio que todos como á malo y aleve le tenian, acordó ausentarse. Huyó á Zaragoza, donde el rey moro le dió casa en que morase, y le heredó en ciertos campos y tierras con que pasase su pobre y lacerada vida. Esta herencia de mano en mano recayó en una su nieta llamada Marquesa, que casó con Aznar Lopez, y afirman que en su testamento la dejó á la iglesia Mayor de Santa María de Zaragoza en tiempo de don Alonso rey de Aragon Primero deste nombre.

CAPITULO XIII.

Que Almenon rey de Toledo y don Ramiro conde de Barcelona fallecieron.

El año luego siguiente que se contó de 1077, pasaron desta vida dos príncipes muy señalados, Almenon rey de Toledo y don Ramon conde de Barcelona por sobrenombre el Viejo; en que el dicho año fue mas señalado que en otra cosa que en él sucediese. En el reino de Toledo sucedió Hissem hijo mayor del rey difunto. Todo el tiempo que reinó, que fue por espacio de un año, se conservó con todo cuidado en la amistad del rey don Alonso á ejemplo de su padre y por su mandado, que se lo dejó muy encomendado. Muerto Hissem, le sucedió su hermano menor (2) por nombre Hiaya Aldirbil, muy diferente de su padre y hermano. Era cobarde en la guerra, en el gobierno desconcertado, de vida muy torpe, dado á comidas y deshonestidades, sin perdonar á las hijas y mujeres de sus vasallos: con que se hizo muy aborrecible así á los moros como á los cristianos que moraban en Toledo. Era inhumano y cruel, propia condicion de medrosos y cobardes. Por la muerte de Hissem quedó el rey don Alonso libre del homenaje que hizo en Toledo los años pasados de guardar amistad á aquellos príncipes padre y hijo.

Los cristianos y moros de aquella ciudad cansados con la tiranía que padecian, y no pudiendo llevar los vicios de aquel príncipe, hacian grande instancia por sus cartas al rey don Alonso para que los librase de aquella opresion tan grande, y se apoderase de aquella ciudad tan principal, que era como un baluarte muy fuerte de casi todo el señorío de los moros. Decíanle no perdiese aquella ocasion tan buena como se le presentaba por estar desabridos los ciudadanos, y la poca industria del rey que no tendria ánimo ni fuerzas para hacer resistencia á los cristianos. Estos fueron los primeros principios, y como las primeras zanjas que se abrian para emprender la conquista de aquella nobilísima ciudad cabeza de todo aquel reino. El conde don Ramon falleció en Barcelona (3), en cuya iglesia Mayor le sepultaron, que él mismo desde los cimientos levantó los años pasados. El entierro y las honras fueron cuales se puede pensar con toda muestra de magestad y solemnidad. Dejó dividido su estado entre dos hijos suyos, el mayor se llamó don Berenguel, el segundo don Ramon cabeza de Estopa: la causa de tal apellido de suso queda declarada; su gentileza y apostura, y las costumbres muy compuestas y agradables fueron ocasion de ganar las voluntades así del pueblo como de su padre en tanto grado que sin embargo que era hijo menor, quedó nombrado por conde de Barcelona: mejoría que le fue perjudicial y le acarreó la muerte, como luego se dirá.

Este príncipe casó con una señora, hembra de mucha virtud, y que fue hija de Roberto Guiscardo normando de nacion y gran señor en Italia, segun que lo refiere cierto autor. Esta gente de las normandos en aquel tiempo era muy nombrada: la fama de su valor volaba por todas partes, y estaban apoderados de lo postrero de Italia y de Sicilia. Fundó esta condesa dos monasterios, el uno con advocacion de San Daniel en el valle de Santa María tierra de Cabrera; el otro cerca de Girona, donde despues de la muerte de su marido, renunciado el siglo y sus comodidades, pasó muy santamente lo restante de su vida. En el un monasterio y en el otro puso religiosas de San Benito. Hijo desta señora fue don Ramon Arnaldo ó Berenguel, que sucedió á su padre en el condado de Barcelona. Por este mismo tiempo Armengol conde de Urgel hacia guerra á los moros que quedaban por aquellas comarcas, y Guillen Jordan conde de Cerdaña perseguia á los herejes arrianos, que á cabo de tantos años tornaban á brotar por aquellas partes. Este castigaba aquella mala gente con destierros, confiscacion de bienes, con infamia y con muertes que daba á los pertinaces. Por el esfuerzo de Armengol se ganaron muchos pueblos ribera del rio Segre, en especial la ciudad de Balaguer cabeza del condado de Urgel volvió á poder de cristianos.

CAPITULO XIV.

Como los normandos fueron á Italia.

El nombre de los normandos fue muy conocido los años pasados por los grandes daños que hicieron en las costas de España y de Francia; mas por estos tiempos se hicieron mas famosos cuando estendieron la gloria de su esfuerzo en las partes de Italia, y por fuerza de armas fundaron en ella un nuevo reino y señorío que dura hasta nuestros tiempos, aunque mudada diversas veces la sucesion de los príncipes que le han poseido y poseen. Dará mucha luz á esta historia saber la orígen desta gente, y la ocasion que tuvieron para pasar en Italia, á causa de estar sus cosas en lo de adelante muy mezcladas con las de España. Normandos, que es lo mismo que hombres setentrionales, se llamaron en particular todos aquellos que entre la provincia de Dania y la Cimbrica Chersoneso se estendian por todas aquellas marinas del mar Germánico, y poseian las islas que por allí caen: hombres fieros y bárbaros, en el vestido y manera de vida salvajes, de costumbres estraordinarias; pero muy diestros en el arte de navegar por el ejercicio ordinario que tenian de ser cosarios. Luythprando que floreció por estos tiempos, dice que los normandos eran los mismos que los rusos ó rutenos. La verdad es que en un mismo tiempo estas gentes se derramaron como dos rios arrebatados, los rusos por

(1) No lo declara ningun documento antiguo; y de muchas escrituras de aquel tiempo que se hallan en los archivos de las iglesias de San Millan, de Nájara y Calahorra, consta que fue el rey de Castilla y no el de Aragon quien poseyó la Rioja y Nájara.

(2) Hiaya, llamado Jaia-Aldapher, fue hijo de Hissem segun los escritores árabes.

(3) Pone su muerte el Monge de Ripoll el de 1076, y segun Diago su hijo don Ramon Berenguer, cabeza de Estopa fue el primogénito.

tas provincias de Oriente, de donde vienen los de Polonia; los normandos por las de Occidente, en que hicieron grandes efectos, en particular en tiempo de Carlos el Simple rey de Francia asentaron en aquella parte de aquel reino, que antiguamente llamaron Neustria, y despues del apellido desta gente se llamó y se llama Normandía, como se dijo en otro lugar. Traian por capitan á uno llamado Rolon: naturalmente tenian grande apetito de mandar, eran acostumbrados á fingir y disimular, dados al estudio de la elocuencia y ejercicio de la caza, fuertes para sufrir todo trabajo, hambre, calor y frio: preciábanse de andar bien vestidos y arreados; en lo demás eran de condicion soberbia y desapoderada. Estas eran las virtudes y vicios de los normandos y su natural: con la comunicacion de los franceses cuya condicion es mansa, se mitigó en parte su fiereza y se amansaron sus costumbres. Del linaje de Rolon hobo uno llamado Guillermo Notho, séptimo duque de Neustria ó Normandía: este por testamento del rey Eduardo el Santo juntó al ducado de Normandía el reino de Ingalaterra en el tiempo que se hacia la guerra de la Tierra Santa. Para apoderarse de aquel reino pasó en una flota á Ingalaterra, y en la primera batalla venció á Haroldo su competidor, y le quitó la vida y el reino. De allí por tener aquellos reyes buena parte de la Francia resultaron perpétuas guerras entre franceses y ingleses, que comenzaron poco antes de los tiempos en que va nuestra historia.

De Francia pasó á Italia un ejército de los normandos con esta ocasion. Hay en Normandía una ciudad que se llamó en otro tiempo Constancia Castra: en su comarca poseia un pueblo que se llama Altavilla, uno llamado Tancredo príncipe de noble y antiguo linaje, dichoso en sucesion, porque de dos matrimonios tuvo no menos que doce hijos. Guillermo por sobrenombre Brazos de Hierro, Drogo, Wifredo, Gaufredo, Serlo nacieron de la primera mujer, cuyo nombre no se sabe: la segunda mujer llamada Fransendis tuvo estos: Roberto Guiscardo, Malegerio, Guillermo, Alveredo, Humberto, Tancredo y el menor de todos Rogerio, que hizo á todos ventaja en hazañas y en mayor poder y señorío. La madre cuidaba de los alnados como de los hijos propios, y así ellos se querian bien sin que tuviesen entre sí diferencias ni envidias. El padre los crió y amaestró en las armas y en las otras artes que pertenecian á gente noble. Eran denodados, de buen consejo, con que enfrenaban la temeridad; la osadía no los dejaba ser cobardes. Lo que el padre tenia, era poco: temian que si lo dividian no resultasen dellos riñas y contiendas; determinaron irse á otra parte á vivir y heredarse.

Italia estaba dividida en muchos señoríos, ardia en bandos y guerras. Los moros tenian á Sicilia y las otras islas del mar Mediterráneo: por la una causa y la otra se les ofrecia buena ocasion para mostrar su valor y esfuerzo. Los hermanos mayores pasaron en Italia: siguióles un buen golpe de gente; ejercitáronse en las armas, y ganaron honra primero en las guerras de Lombardía y de Toscana, despues pasaron á tierra de Lavor parte del reino de Nápoles, do los príncipes el de Salerno y el de Capua se hacian guerra muy reñida por diferencias que tenian entre sí. Asentaron primero con el capuano, despues siguieron al salernitano que les hizo mas aventajado partido, y con esta ayuda quedó con la victoria. Concluida esta guerra, á instancia de Maniaco, gobernador de la Pulla y de Calabria por el emperador de Grecia, emprendieron la conquista de Sicilia contra los moros que della estaban apoderados. Hicieron en breve buen efecto, ca muchas ciudades volvieron á poder de cristianos, y en diversos encuentros desbarataron los moros, y los corrieron por toda la tierra hasta lanzarlos de aquella isla. Tras esto como es ordinario resultaron sospechas y disgustos entre los griegos que pretendian quedar señores de aquella isla, y los normandos que aspiraban á lo mismo. De las palabras vinieron á las manos: quedaron los griegos vencidos y privados de aquella su pretension.

Destos principios comenzaron los vencedores á fundar y poner los cimientos de un nuevo estado en Italia y en Sicilia, que en breve llegó á ser muy poderoso y rico, porque á la fama de lo que pasaba, los hermanos menores que quedaban en Francia fuera de solos dos que perseveraron en casa de su padre, cuyos nombres no se saben, acudieron con nuevos socorros de gente en ayuda de sus hermanos mayores, con que mucho se adelantaron en poder y señorío. Todo lo que se ganó por aquellas partes, se dividió entre los mismos que lo conquistaron, pero muertos los demás, finalmente quedaron por señores de todo Roberto Guiscardo y Rogerio. Roberto se llamó duque de Calabria y de la Pulla, Rogerio fue conde de Sicilia, estado ganado de los moros y griegos por las armas suyas y de su hermano. Roberto de dos mujeres que tuvo, Alberada y Sigelgayta hija del príncipe de Salerno, dejó estos hijos: Boamundo, Rogerio y una hija (si es verdad lo que dicen los catalanes) que casó con don Ramon conde de Barcelona, como ya dijimos. De Rogerio conde de Sicilia nació otro Rogerio que mudó el apellido de conde en el de rey, y acabados los demás deudos, parte que fallecieron, parte por haberles él quitado lo que tenian, quedó solo con todo lo que los normandos en Italia y en Sicilia poseian; demás desto Africa y Grecia le pagaban tributo, tan grande era su poder. Esto se tomó de Gaufredo monge que escribió los hechos de los normandos en Italia á instancia del mismo conde Rogerio en história particular que della compuso; pero dejada Italia, volvamos á España á nuestro cuento.

CAPITULO XV.

Que se emprendió la guerra contra Toledo.

Desta manera procedian las cosas de los normandos prósperamente en Italia. En España los ciudadanos de Toledo no cesaban con cartas y mensajeros de solicitar á los nuestros para que emprendiesen aquella conquista y se pusiesen sobre aquella ciudad: que el rey Hiaya ni se mejoraba con el tiempo, ni por el riesgo que corria, enfrenaba sus apetitos, antes por no irle nadie á la mano de cada dia crecia en atrevimiento y crueldad; finalmente que pasaban una vida muy desgraciada, rodeada de miserias y de angustias, y que solo se entretenian con la esperanza de vengarse: que si los cristianos no les acudian, se determinaban de pedir á los moros que los acorriesen, pues cualquiera sujecion era tolerable á trueque de librarse de aquella tiranía: toda servidumbre es miserable, pero intolerable servir á un loco y desatinado. El rey don Alonso andaba perplejo sin saber qué partido debia tomar: combatíanle por una parte el recelo de lo que se podria pensar y decir, por otra la esperanza del gran provecho si ganaba aquella ciudad. Acordó tratar el negocio en una junta de caballeros, gente principal y grave: los pareceres fueron diferentes como suele acontecer en semejantes consultas. Los mas osados y valientes eran de parecer se emprendiese luego la guerra, que decian seria de mucho interés y honra así para los particulares, como en comun para toda la cristiandad. Encarecian la grande presa y los despojos con que se animarian los soldados, la importancia de quitar una ciudad tan principal á los moros, la buena ocasion que se les presentaba de salir fácilmente con la empresa, que si se pasaba por ventura no volveria tan presto: que en el suceso de aquella guerra se ponia en balanzas todo el poder de los moros en España.

Los mas recatados estrañaban esto: decian que en ninguna manera se debia emprender aquella conquista, pues era contra conciencia y razon quebrantar la confederacion y amistad que tenian asentada con aquellos reyes. En conformidad desto uno de los caballeros que seguian este parecer, hombre anciano y de mucha prudencia, habló en esta manera: «¿Con qué justicia, oh rey, ó con qué cara hareis »guerra á una ciudad que en el tiempo de vuestro »destierro, cuando os hallastes pobre, desamparado »y sin remedio, os recibió cortésmente y trató con »mucho regalo? príncipio que fue y escalon para su»bir al reino que ahora teneis. ¿Que razon sufre dar »guerra al hijo, sea cuán malo le quisiéredes pintar, »del que con su hacienda y con su poder os ayudó á »volver al reino que os quitó vuestro hermano? Hos»pedóos amorosamente, y tratóos no de otra manera »que si fuérades su hijo, para obligaros al cierto que »á sus sucesores los tuviésedes en lugar de herma»nos; que no debe ser menor la union que resulta del »agradecimiento y amor, que la que causa la natu»raleza y parentesco. Dificultosa cosa es persuadir á »un príncipe lo que conviene: adulacion y confor»marse con su voluntad carece de dificultad y peli»gro. Si va á decir la verdad, cuanto uno es mas »cobarde, tanto es mas libre en el blasonar de guer»ras y de armas. A las veces por parecer de los mas »cobardes se emprende la guerra, que se prosigue »despues con el esfuerzo y riesgo de los esforzados. »¿Quién no sabe cuánta sea la fortaleza de aquella »ciudad que quereis acometer? ¿cuán grandes sus »pertrechos, sus municiones, sus reparos? Direis: »Los ciudadanos nos llaman y convidan: como si »hobiese que fiar de una comunidad liviana y incons»tante, y que volverá la proa á la parte de donde so»plare el viento mas favorable. Destruir la tiranía y »librar los oprimidos es cosa muy honrosa: es así, si »juntamente y por el mismo camino no se quebranta»sen las leyes de la piedad y agradecimiento, y de »toda humanidad. Dirá otro: No hay que hacer caso »del juramento, pues su obligacion cesó con la muer»te de los reyes pasados: verdad es, ¿pero quien »podrá engañar á Dios, testigo de la intencion y de »la perpetua amistad que asentastes? mas aina se »puede temer no quiera vengar semejante desacato »y fraude. No decimos esto oh rey por esquivar el tra»bajo ni el peligro: con el mismo ánimo que otras »veces estamos aparejados, y prestos para seguiros »si fuere menester desarmados, desnudos y flacos; »pero para tomar consejo es justo que nuestras len»guas tengan libertad, y vuestras orejas se muestren »á todo lo que se dijere favorables.»

Movieron estas razones al rey tanto mas que por boca de uno le parecia hablaba gran parte de los que allí estaban; finalmente venció el deseo que tenia de hacer aquella guerra, y conquistar aquella nobilísima ciudad en que tantas comodidades se le representaban. Con esta determinacion les habló en esta sustancia: «Bien sé nobles varones las muchas difi»cultades que en esta guerra se ofrecen, y que estos »dias se han dicho muchas cosas á propósito de po»neros espanto y miedo; mas quién no sabe cuantas »mentiras y cuan vanas se suelen sembrar en ocasio»nes semejantes? La cobardía y el miedo todo lo »acrecientan y hacen mayor de lo que es en hecho »de verdad. No diré nada del cargo de conciencia que »nos hacen, ni del juramento y nota de ingratitud »que nos acusan: las maldades de Hiaya nos descar»garán bastantemente; al que su mismo padre, si »fuera vivo, castigara con todo rigor, será razon que »por su respeto le dejemos continuar en ellas y en su »tiranía tan grave? Alegan con la fortaleza de aquella »ciudad el gran número de sus ciudadanos: la verdad »es que al esfuerzo y valor ninguna cosa habrá difi»cultosa. Los que debajo la conducta de mi hermano »don Sancho y mia allanastes gran parte de España, »y ganastes de los moros muchas batallas campales, »por ventura serán parte estas hablillas para espan»taros? Que si los enemigos son muchos, no será »esta la primera vez que peleais con semejante ca»nalla, gente allegadiza, sin concierto y sin órden, »y que cuanto son mas en número, tanto se embara»zarán mas al tiempo del menester. Gente flaca es la »que acometemos, y por la larga ociosidad y el mu»cho regalo no podrán sufrir el trabajo y el peso de »las armas. Ganado Toledo, mis soldados, ¿quién »será parte, quién os irá á la mano para que con las »manos victoriosas no llegueis á los últimos términos »de España? remate de todos vuestros trabajos, pre»mio y gloria inmortal, que con poco trabajo alcan»zareis para vos, para nuestros reinos y para toda la »cristiandad. Parad mientes no se nos pase el tiempo »en consultas y recatos; y lo que suele acontecer »cuando los buenos intentos se dilatan, no nos pa»rezca mejor consejo aquel cuya sazon fue ya pa»sada.»

Estas razones tan concertadas encendieron los ánimos de todos los presentes para que con toda voluntad se decretase la guerra contra los moros. El rey, tomada esta resolucion, se encargó de juntar armas, caballos, vituallas, dineros, municiones y todo lo demás necesario. Mandó levantar banderas y hacer gente por todas partes, en particular llamó y convidó con nuevos premios y ventajas los soldados viejos que estaban derramados por el reino. En todo esto se ponia mayor diligencia por entender que los moros avisados de todo lo que pasaba, llamaban en su ayuda al rey moro de Badajoz, que á toda furia se aprestaba para acudilles con toda brevedad. La priesa fue de manera que las unas gentes y las otras, los moros y los cristianos, llegaron á un mismo tiempo á Toledo; pero visto que el rey don Alonso iba acompañado de un campo muy lucido, soldados diestros y muy bravos, los moros dieron la vuelta sin pasar adelante en aquella demanda. Sin embargo no se pudo por entonces ganar aquella ciudad á causa que el rey moro de Toledo se hallaba á la sazon muy apercibido y pertrechado de todo lo necesario, demás de la fortaleza grande de la ciudad, que ponia á todos espanto por ser muy enriscada. Talaron los campos, quemaron las mieses, hicieron presas de hombres y de ganados, y con tanto se volvieron á sus casas.

Comenzóse la tala el año que se contaba de 1079; continuóse el año siguiente, el tercero y el cuarto, sin alzar mano algunos otros años adelante. Tomaron á los moros los pueblos de Canales y de Olmos, que caian cerca de aquella ciudad, y en ellos dejaron guarnicion de soldados que nunca cesaban de hacer correrías y cabalgadas por toda aquella comarca. Con estos daños comenzaron los de Toledo á padecer falta de trigo y de otras cosas necesarias para la vida. Susténtase la ciudad de Toledo comunmente de acarreo á causa que la tierra de su contorno es muy falta por ser de suyo delgada y arenisca, y por las muchas piedras y peñas que en ella hay; las fuentes son pocas, y sus manantiales cortos, llueve pocas veces por caerle lejos la mar y ser la tierra la mas alta de España; solo por la vega por do pasa el rio Tajo hay una llanura y valle no muy ancho, pero muy fértil y alegre.

En el mismo tiempo que se dió principio á la conquista de Toledo, el Cid continuaba la guerra en Aragon con mucha prosperidad: ganó de los moros diversos castillos y pueblos por toda aquella tierra; solo para ser colmada su felicidad le faltaba la gracia de su rey que él mucho deseaba. Sucedió muy á propósito que el año de 1080 se levantaron ciertas revueltas entre los moros del Andalucía á causa que un hombre principal de aquella nacion por nombre Almofala, tomó por fuerza el castillo de Grados. El

moro cuyo era, acudio al rey don Alonso para valerse de su ayuda y recobrar aquella plaza: llamábase este moro Adofir. Al rey le pareció condescender con esta demanda, y aprovecharse de aquella ocasion que para adelantar su partido se le presentaba: envió golpe de gente adelante, y él poco despues con mayor número acudió en persona; el moro contrario era astuto y mañoso, la guerra iba á la larga. Temia el rey no se le pasase la sazon de volver como lo tenia comenzado á la conquista de Toledo: acordó llamar al Cid que en Aragon se hallaba, y encargalle aquella empresa por ser caudillo de tanto nombre y en todo aventajado y sin par. Venido, le acogió muy bien y trató muy amorosamente como príncipe que de suyo era afable, y que sabia con buenas palabras granjear las voluntades. Alzóle el destierro, y para mas muestra de amor á su instancia estableció una ley perpétua en que se mandó que todas las veces que condenasen en destierro algun hijodalgo, no fuese tenido á cumplir la sentencia antes de pasados treinta dias, como quier que antes no les señalasen de término mas que nueve dias.

Volvió el rey á su empresa, y el Cid concluyó aquella guerra del Andalucía á mucho contento, ca recobró el castillo de Grados sobre que era el debete, y prendió al moro que lo tomara, que envió al rey para que hiciese dél lo que su voluntad fuese y por bien tuviese. Esto pasó en el Andalucía aquel año: el siguiente de mil ochenta y uno don García hermano del rey pasó desta vida. Hizose desangrar rompidas las venas en la prision en que le tenian: tan grande era su disgusto y su rabia por verse privado del reino y de la libertad. Temia el rey don Alonso que como era bullicioso y de no mucha capacidad no alterase los naturales y el reino. Esta entiendo yo fue la causa de no querelle soltar en tanto tiempo, mas que la ambicion y deseo de reinar; verdad es que despues de la muerte del rey don Sancho tuvo la prision mas libre y toda abundancia de comodidades y regalos, y aun no falta quien dice poco antes de su muerte le convidaron con la libertad, y no la aceptó sea por estar cansado de vivir, sea por aplacar á Dios con aquella penitencia y afan; de que da muestra no querer le quitasen los grillos en toda su vida antes mandó le enterrasen con ellos, y así se hizo. Llevaron su cuerpo á la ciudad de Leon, y allí le sepultaron muy honoríficamente en la iglesia de San Isidro. Halláronse presentes en el enterramiento y exequias sus dos hermanas las infantas, muchos obispos, y otros grandes del reino. Su muerte fue á los diez años de su prision, y á los quince despues que comenzó á reinar.

El Cid sosegadas las revueltas de la Andalucía, tornó á la guerra de Aragon, donde en una batalla venció al rey moro de Denia por nombre Alfagio, y junto con él al rey de Aragon don Sancho que viniera en su favor. Esta victoria fue muy señalada, tanto que el rey don Alonso le llamó para honrarle y hacerle mercedes segun que sus trabajos y virtudes lo merecian. Venido que fue, le hizo donacion por juro de heredad de tres villas, es á saber Briviesca, Berlanga, Arcejona. Por otra parte el moro Alfagio se rehizo de gente, y con deseo de satisfacerse corrió las tierras de Castilla hasta dar vista á Consuegra, villa principal de la Mancha. El rey si bien estaba ocupado en la conquista de Toledo, acudió contra esta tempestad para rebatir el orgullo de aquel moro. Juntáronse los campos, adelantáronse las haces de una parte y de otra, dióse la batalla, en que pereció mucha morisma, y el rey moro se salvó por los pies y se retiró á cierto castillo. La alegría desta victoria se aguó mucho á los cristianos con la muerte lastimosa, que sucedió en la pelea, de Diego Rodriguez de Vivar hijo del Cid, mozo de grandes esperanzas, y que comenzaba ya á seguir la huella y las virtudes de su padre. Su cuerpo enterraron en San Pedro de Cardeña, y allí se muestra su lucillo. Alfagio el moro, aunque vencido en las dos batallas susodichas, no acababa de sosegar; antes recogida mas gente, rompió otra vez por tierras de Castilla sin reparar hasta Medina del Campo, pueblo bien conocido y principal. Salió en su busca Alvar Yañez Minaya deudo del Cid, persona de valor; y llegado á aquellas partes tuvo con él un encuentro en que tercera vez quedó vencido y desbaratada su gente.

Esto pasó el año de Cristo 1082, en el cual año don Ramon cabeza de Estopa conde de Barcelona cerca de un pueblo llamado Percha, puesto entre Ostarlito y Girona, fue muerto alevosamente. Su mismo hermano don Berenguel le paró aquella celada yendo camino de Girona y le hizo matar (1). Estaba mal enojado contra él despues que su padre, sin embargo que era menor, se le antepuso en el estado de Barcelona. Disimulólo al principio, y mostró sentimiento por la muerte de su hermano; pero como quier que semejantes maldades pocas veces se encubran, sabido el caso, cayó en aborrecimiento de la gente tan grande que no solo no alcanzó lo que pretendia, antes por fuerza le privaron de lo que era suyo. Lo que le quedó de la vida, pasó miserablemente, pobre desterrado y vagabundo; y aun se dice que de repente perdió la habla en Jerusalen, do los años adelante fué á la conquista de la Tierra Santa, y allí le sobrevino la Muerte. El cuerpo de don Ramon sepultaron en la iglesia Mayor de Girona.

Sucedióle don Ramon Arnaldo su hijo, de tan poca edad que aun no tenia año cumplido; pero fue muy señalado por el largo tiempo que gozó de aquel estado, igual á cualquiera de sus antepesados por la grandeza y gloria de sus hazañas, demás que ensanchó mucho su señorío no solo con la parte que quitaron al matador de su padre, sino porque en su tiempo faltaron legítimos descendientes á los condes de Urgel y de Besalú, por donde aquellos estados recayeron en él como movientes del condado de Barcelona y feudos suyos. Y aun en la parte de Francia que se llamó la Galia Narbonense, se le juntó los años adelante el condado de la Proenza por via de casamiento y en dote, porque casó con doña Aldonza, que otros llaman doña Dulce, hija de Giliberto conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron dos hijos, don Ramon y don Berenguel, y tres hijas, la una dellas se llamó doña Berenguela, que casó con don Alonso el Emperador: los nombres de las otras dos no se sabe, mas es cierto que casaron en Francia muy principalmente. Tuvo este príncipe contienda y aun guerra muy reñida con Alonso conde de Tolosa señor muy principal y muy vecino á su estado; pero despues de largos debates se concertaron en que recíprocamente se prohijasen el uno al otro de tal guisa que en cualquier tiempo que á cualquiera de aquellas casas faltase sucesion, hobiese aquel estado el otro ó sus descendientes; pero esto pasó mucho tiempo adelante: volvamos á la guerra de Toledo en que estabamos.

CAPITULO XVI.

Cómo se ganó la ciudad de Toledo.

Las contínuas cerrerías y entradas que los fieles hacian por las tierras de Toledo, las talas, las quemas, los robos traian tan cansados á los moros de aquella ciudad, que no sabian qué partido tomar ni

(1) Está admitido que don Ramon fue muerto á traicion, pero no por su hermano don Berenguel. Sin embargo, el maestro Diego, que registró los archivos para escribir la historia de los condes de Barcelona, observa que en una escritura del año 1160, hablándose de la muerte de este conde, se dice *obiit*, lo que significa que murió de muerte natural.

donde acudir. Los cristianos que allí moraban, alentados con la esperanza de la libertad no cesaban de solicitar al rey don Alonso para que juntadas todas sus fuerzas, se pusiese sobre aquella ciudad. Prometian si lo hiciese, de abrille luego las puertas y entregársela. Las fuerzas de los nuestros y las haciendas estaban gastadas, los ánimos cansados de guerra tan larga: estas dificultades y otras muchas que se representaban, grandes trabajos y peligros, venció y allanó la constancia del rey, y el deseo que todos tenian de llevar al cabo aquella conquista: hiciéronse nuevas y grandes levas de gente, juntaron los pertrechos y municiones necesarias con determinacion de no desistir ni alzar la mano hasta tanto que se apoderasen de aquella ciudad. Su asiento y aspereza es de tal suerte que para cercarla por todas partes era fuerza dividir el ejército en diversas escuadras y estancias, y que para esto el número de los soldados fuese muy crecido.

Es muy importante la amistad y buena correspondencia entre los príncipes comarcanos: grandes efectos se hacen cuando se ligan entre sí y se ayudan, cosa que pocas veces sucede, como se vió en esta guerra. Demás de los castellanos, leoneses, vizcainos, gallegos, asturianos, todos vasallos del rey don Alonso, acudieron en primer lugar el rey don Sancho de Aragon y Navarra con golpe de gente: asimismo socorros de Italia y de Alemaña, movidos de la fama desta empresa que volaba por todo el mundo. De los franceses por estar mas cerca vino mayor número: gente muy alegre y animosa para tomar las armas, no tan sufridora de trabajos; mas porque en estas y otras guerras contra los moros sirvieron muy bien, á los que dellos se quedaron en España para avecindarse y poblar en ella, los reyes les otorgaron muchas exenciones y franquezas: ocasion segun yo pienso de que procedió llamar en la lengua castellana comunmente francos así á los hombres generosos, como á los hidalgos y que no pagan pechos; lo cual todo se saca de escrituras antiguas y privilegios que por estos tiempos se concedieron á los ciudadanos de Toledo. De todas estas gentes y naciones se formó un campo muy grueso, que sin dilacion marchó la via de Toledo muy alegre y con grandes esperanzas de dar fin á aquella demanda.

El rey moro avisado del intento de los enemigos, de sus apercibimientos y aparato, y movido del peligro que le amenazaba; se aprestaba para hacer resistencia. Tenia soldados, vituallas y municiones: faltábale el mas fuerte baluarte, que es el amor de los vasallos. Todavía, aunque no ignoraba esto, tenia confianza de poderse defender por la fortaleza y sitio natural de aquella ciudad, que es en demasía alto y enriscado. De todas las partes le cercan peñas muy altas y barrancas, por medio de las cuales con grande maravilla de la naturaleza rompe el rio Tajo y da vuelta á toda la ciudad de tal suerte, que por tierra deja sola una entrada para ella á la parte del Setentrion y del Norte de subida empinada y ágria, y que está fortificada con dos murallas, una por lo alto y otra tirada por lo mas bajo. Para cercar la ciudad por todas partes fue necesario dividir la gente en siete escuadrones con otras tantas estancias que fortificaron á ciertos espacios á propósito de cortar todos los pasos, que ni los de dentro saliesen, ni les entrasen de fuera socorros ni vituallas. El rey con la mayor parte de la gente asentó sus reales, y los fortificó y barreó por todas partes en la vega que se tiende á las haldas del monte sobre que está asentada la ciudad.

Todos así moros como cristianos mostraban grande ánimo y deseo de venir á las manos: cerca de los muros se trabaron algunas escaramuzas en que no sucedió cosa señalada que sea de contar; solo se echaba de ver que los moros en la pelea de á pié no igualaban á los cristianos en la ligereza, fuerzas y ánimo; mas en las escaramuzas á caballo les hacian ventaja en la destreza que tenian por larga costumbre de acometer y retirarse, volver y revolver sus caballos para desordenar los contrarios. Levantaron los nuestros torres de madera, hicieron trabucos, otras máquinas y ingénios para batir y arrimarse á la muralla, y con picos y palancas abrir entrada. La diligencia era grande, los ingenios dado que ponian espanto, y hacian maravillar á los moros por no estar acostumbrados á ver semejantes máquinas, no eran de provecho alguno; porque si bien derribaron alguna parte del muro, la subida era muy ágria, las calles estrechas, los edificios altos y muchos que la defendian. El cerco con tanto iba á la larga, y por el poco progreso que se hacia, se cansaban los cristianos de suerte que deseaban tomar algun asiento para levantar el cerco sin perder reputacion. Apretábalos la falta que padecian de todo, que por estar la tierra talada y alzados los mantenimientos eran forzados á proveerse de muy lejos de vituallas para los hombres y forraje para los caballos. Los calores del verano comenzaban: por esto y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades de que moria mucha gente.

Hallábanse en este aprieto, cuando San Isidoro se apareció entre sueños á Cipriano obispo de Leon, y con semblante ledo y grave y lleno de magestad le avisó no alzasen el cerco, que dentro de quince dias saldrian con la empresa, porque Dios tenia escogida aquella ciudad para que fuese asiento y silla de su gloria y de su servicio. Acudió el obispo al rey, dióle parte de aquella vision tan señalada: con que los soldados se animaron para pasar cualquier mengua y trabajo por esperanzas tan ciertas que les daban de la victoria. Era así que los cercados padecian á la misma sazon mayor necesidad y falta de todo, tanto que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias por tener consumidas las vituallas; hallábanse finalmente en lo último de la miseria y necesidad: ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni escusaban trabajo ni temian de ponerse á cualquier riesgo. Acordaron persuadir al rey moro tratase de conciertos. Apellidáronse los ciudadanos unos á otros y de tropel entraron por la casa real, y con grandes alaridos requieren al rey moro ponga fin á trabajos y cuitas tan grandes antes que todos juntos pereciesen y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad.

Alteróse el rey moro con aquella demanda y vocería de los suyos, que mas parecia motin y fuerza; sosegóse empero, y hablóles en esta sustancia: «Bueno »es el nombre de la paz, sus frutos gustosos y salu»dables; pero advertid so color de paz no nos haga»mos esclavos. A la paz acompañan el reposo y la li»bertad; la servidumbre es el mayor de los males, y »que se debe rechazar con todo cuidado con las ar»mas y con la vida, si fuere necesario. Gran mengua »y muestra de flaqueza no poder sufrir la necesidad »y falta por un poco tiempo. Mas fácil cosa es hallar »quien se ofrezca á la muerte y á perder la libertad, »que quien sufra la hambre. Yo os aseguro que si os »entreteneis por pocos dias y no desmayais, que sal»dreis deste aprieto; ca los enemigos forzosamente »se irán, pues padecen no menos necesidad que vos, »y por ella y otras incomodidades cada dia se les des»bandan los soldados y se les van; además que muy »en breve nos acudirán socorros de los nuestros, que »cuidan grandemente de nuestro trabajo.»

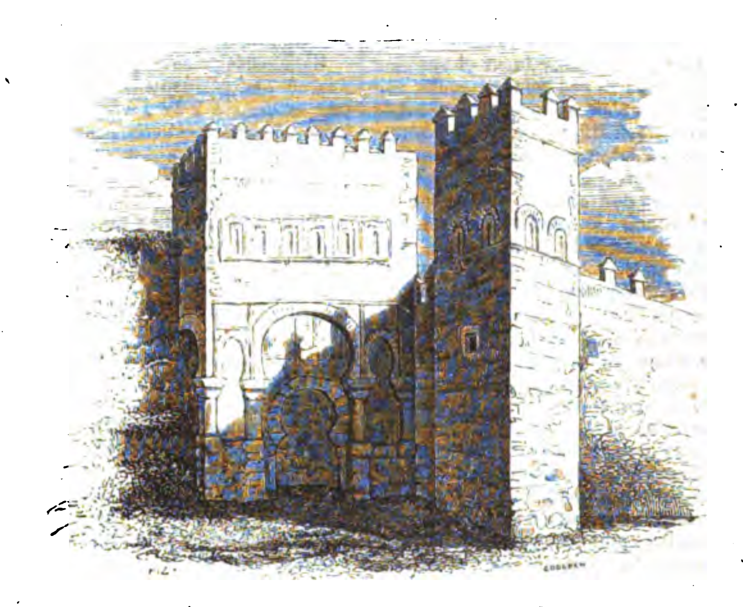
No se quietaron los moros con aquellas razones: el semblante no se conformaba con las esperanzas que daba. Parecia usarian de fuerza, y que todos juntos sino otorgaba con ellos, irian á abrir al enemigo las puertas de la ciudad: grande aprieto y congoja; así forzado el moro vino en que se tratase de conciertos, como lo pedian sus vasallos. Salieron comisarios de

la ciudad, que dado que afligidos y humildes en presencia del rey don Alonso le representaron sus quejas: acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos, y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores: despues desto le dijeron que si bien entendian no era menor la falta que padecian en los reales que dentro de la ciudad, todavía vendrian en hacer algun concierto, como fuese tolerable, hasta pagar las parias y tributo que se asentase.

A esto respondió el rey que fue tiempo en que se pudiera tratar de medios; que al presente las cosas estaban en término que á menos de entregarle la ciudad, no daria oidos á concierto ninguno. Sobre esto fueron y vinieron diversas veces, en que se gastaron algunos dias. La falta crecia en la ciudad, y la hambre, que de cada dia era mayor. Los nuestros estaban animados de antes, y de nuevo mas porque los enemigos fueron los primeros á tratar de concierto.

Finalmente los moros vinieron en rendir la ciudad, con las condiciones siguientes: El alcázar, las puertas de la ciudad, las puentes, la huerta del rey (heredad muy fresca á la ribera del rio Tajo) se entreguen al rey don Alonso: el rey moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él mas quisiere; la misma libertad tengan los moros que le quisieren acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menaje: á los que se quedaron en la ciudad, no les quiten sus haciendas y heredades; y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias: no les puedan poner mas tributos de los que pagaban antes á sus reyes: los jueces para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nacion, y no de otra. Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra como se acostumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales moros y cristianos.

Hecho esto, y tomado este asiento en la forma susodicha, el rey don Alonso alegre cuanto se puede pensar por ver concluida aquella empresa, y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos á manera de triunfador hizo su entrada (1), y se fue á apear al alcázar á veinte y cinco de mayo dia de San Urban papa y mártir el año que se contaba de nuestra salvacion de 1085. Algunos deste cuento quitan dos años por escrituras antiguas y privilegios reales, en que por aquel tiempo el rey don Alonso se llamaba rey de Toledo. Lo cierto es que aquella ciudad estuvo en poder de moros por espacio como de trecientos y setenta y nueve años (Juliano dice trecientos y sesenta y seis, y que los moros la tomaron año de setecientos y diez y nueve el mismo dia de San Urbano) en que por ser los moros poco curiosos en su manera de edificar, y en todo género de primor, perdió mucho de su lustre y hermosura antigua. Las calles angostas y torcidas, los edificios y casas mal trazadas, hasta el mismo palacio real era de tapiería, que estaba situado en la parte en que al presente un hospital muy principal que los años pasados se levantó y fundó á costa de don Pedro Gonzalez de Mendoza, cardenal de España arzobispo de Toledo. La mezquita mayor se levantaba en medio de la ciudad en un sitio que va un poco cuesta abajo, de edificio por entonces ni grande ni hermoso: poco adelante la consagraron en iglesia, y despues desde los cimientos la labraron muy hermosa y muy ancha.



La fama desta victoria se derramó luego por todo el mundo, que fue muy alegre para todos los cristianos por haber quitado á los moros aquella plaza, que era como un baluarte muy fuerte de todo lo que poseian en España. Acudieron embajadores de todas partes á dar el parabien y alegrarse con el rey así por lo hecho, como por la esperanza que se mostraba de concluir con todo lo demás que quedaba por ganar. Partióse el rey moro conforme al asiento que se tomó, acompañado de soldados para Valencia que era suya, en que conservó el nombre de rey. Por otra parte diversas compañías de soldados por órden de su rey se derramaron por toda la comarca y reino de Toledo para allanar lo que restaba, que les fue muy fácil por estar los moros amedrentados, y por ver que perdida aquella ciudad tan principal, no se podian conservar. Ganaron pues muchas villas y lugares: los

(1) Es memorable en Toledo la puerta de Visagra por donde don Alonso hizo su entrada y que se conserva tapiada como se ve en muy buen estado.

de mas cuenta fueron Maqueda, Escalona, Illescas, Talavera, Guadalajara, Mora, Consuegra, Madrid, Berlanga, Buitrago, Medinaceli, Coria, pueblos muchos dellos antiguos, y que caian cerca de Toledo, fuertes y de campiña fresca, en que se dan muy bien toda suerte de mieses y frutales.

Los moros de Toledo unos acompañaron á su rey, los mas se quedaron en sus casas. El número era grande, y por consiguiente el peligro de que con alguna ocasion se levantasen, que fuera nuevo y notable daño. Para evitar este inconveniente acordó el rey hacer allí su asiento de propósito, sin mudar la córte hasta tanto que se poblase bien de cristianos, y que con nuevos reparos quedase bastantemente fortificada y segura. Convidó por sus edictos á todos los que quisiesen venir á poblar, con casas y posesiones: con esto acudió gran gente para hacer asiento en aquella ciudad. Entre los demás nuevos moradores cuentan (1) á don Pedro griego de nacion, de la casa y sangre de los Paleólogos, familia imperial, en Constantinopla, de quien refieren se alló en este cerco; y que el rey en recompensa de sus servicios despues de ganada la ciudad le heredó en ella, y dió casas y heredades con que pasase. De este caballero se precian descender los de la casa de Toledo, gente muy noble y poderosa en estados y aliados. Hijo deste don Pedro fue Illan Perez, nieto Pedro Illan, bizniete Estevan Illan, cuyo retrato á caballo se ve pintado en lo alto de la bóveda de la iglesia Mayor detrás de la capilla y altar mas principal. Don Estevan fue padre de don Juan y abuelo de don Gonzalo, aquel cuyo sepulcro muy señalado y conocido se ve en la parroquia de San Roman.

Añaden que desde este tiempo se comenzó á llamar así el barrio del rey en Toledo á causa que á los nuevos moradores que acudian á poblar, señaló el rey aquella parte de la ciudad para su morada. Dióse otrosí principio á la fábrica de un nuevo alcázar en lo mas alto de la ciudad, todo á propósito de enfrenar á los moros que no se desmandasen. Demás desto se halla que el rey don Alonso en adelante se comenzó á intitular emperador: si con razon ó sin ella, no hay para qué disputallo. Hallábase sin duda muy ufano con aquel nuevo reino que conquistara, y como se veia señor de la mayor parte de España, y el rey de Aragon y otros reyes moros tributarios, ningun título le parecia demasiado. Destemplóselo aquel contento por la muerte de la infanta doña Urraca que finó por este tiempo (2), y él la tenia en lugar de madre porque sus virtudes y prudencia lo merecia, demás que su padre se la dejó mucho encomendada. Quedaba la otra hermana doña Elvira, que él mismo casó con el conde de Cabra (3). La causa deste casamiento fue cierta palabra áspera que le dijo, y para aplacalle, y que no se levantase algun alboroto, acordó casarle con su misma hermana. Así lo cuenta la Historia general que anda en nombre del rey don Alonso el Sabio.

CAPITULO XVII.

Cómo don Bernardo fue elegido por arzobispo de Toledo.

Ninguna cosa mas deseaba el rey que volver en su antiguo lustre y resplandor, y honrar de todas maneras aquella nobilísima ciudad, columna que era de España, y alcázar en otro tiempo de santidad, y silla del imperio de los godos. Comenzó luego á dar muestras que queria poner arzobispo en ella, sin el cual estuvo tantos años por la turbacion de los tiempos. Al principio no puso mucha fuerza, porque los moros aun no bien domados lo contradecian. Pasado mas de un año, ya que muchos cristianos moraban en la ciudad, y de los moros se tenia mas noticia de cuáles se debian temer, y de cuáles se podian fiar; para hacerlos con mas autoridad, y que los moros tuviesen menos lugar de alborotarse, procuró se celebrase concilio: los grandes y los obispos se juntaron á diez y ocho de diciembre año de 1086. En aquella junta lo primero dieron gracias á la divina bondad, por cuyo favor la cristiandad recobró tan principal ciudad: cada uno segun el caudal que tenia, autoridad y elocuencia, lo encarecia con las mayores palabras que podia. Luego se trató de elegir arzobispo de Toledo: salió por voto de todos nombrado don Bernardo abad que era de Sahagun, hombre de muy buenas costumbres y suaves, de muy buen ingenio, de doctrina aventajada; entereza y rectitud probada en muchas cosas, y en quien resplandecia un ejemplo y dechado de la virtud antigua. Esto fue causa de ganar las voluntades de todos para que quisiesen por su prelado á un hombre extranjero, nacido en Francia.

Pasa el rio Garona por la ciudad de Aagen en Aquitania hoy Guiena: cerca desta ciudad está un pueblo llamado Salvitat. Deste pueblo fue natural don Bernardo, nacido de noble linaje: su padre se llamaba Guillermo, su madre Neymiro, personas tan pías que ambos, segun que se saca de memorias de la iglesia de Toledo, acabaron sus dias en religion. El hijo en su mocedad anduvo en la guerra, ya que era de mas edad, entró en el monasterio de San Auruncio auxitano ó de Aux; allí tomó el hábito y cogulla con gran deseo que tenia de la perfeccion. Parece que aquel monasterio era de cluniacenses, porque de allí le llamó Hugo abad cluniacense, y por el mismo fue enviado á España al rey don Alonso para que reformase con nuevos estatutos y leyes el monasterio de Sahagun, que pretendia el rey hacer cabeza de los demás monasterios de benitos de sus reinos: por esta causa pidió á Hugo le enviase un varon á propósito desde Francia; y como fuese enviado don Bernardo, tomó cargo de aquel monasterio, y fue en él abad algun tiempo. Dende subió á la dignidad amplísima de arzobispo de Toledo; y para que tuviese mas autoridad, porque tanto es uno honrado y tenido cuanto tiene de mando y hacienda (la dignidad y oficio sin fuerzas se suele tener en poco) hizo el rey donacion á la iglesia de Toledo de castillos, villas, y aldeas en gran número, que fue el postrero acto del concilio ya dicho.

Dióle la villa de Brihuega, que fue del rey don Alonso en el tiempo de su destierro por dotacion que el rey moro le hizo della, á Rodiles, Canales, Cavañas, Coveja, Barciles, Alcolea, Melgar, Almonacir, Alpobrega. Así lo escribe don Rodrigo: la historia del rey don Alonso el Sabio añade á Alcalá y Talavera, las cuales dice que dió con lo demás al arzobispo; pero los mas doctos tienen esto por falso. Destos pueblos algunos son conocidos, de otros ni aun los nombres quedan: todo lo consume y hace olvidar la antigüedad. Yo no quise ponerme á adivinar los sitios y rastros de cada uno destos pueblos, ni tenia espacio para averiguallo. Hizo otrosí donacion el rey á la iglesia de Toledo de muchas huertas, molinos, casas en gran número y tiendas para que con la renta que destas posesiones se sacase, se sustentasen los sacerdotes y ministros de la iglesia Mayor: así por memoria de todo esto le hacen en ella al rey don Alonso cada un año un aniversario por el mes de junio. Hecho esto, se acabó y despidió el concilio.

El rey dado que hobo órden en las cosas de la ciudad, se partió para Leon por respetos que á ello le forzaban. La reina doña Constanza y el nuevo arzo-

(1) Este orígen de la casa de Toledo es un hablilla de vulgo.

(2) Por el epitafio que publicó Sandoval, se ve su muerte fue en la era 1139, que corresponde al año 1101 de la vulgar.

(3) Nunca se firmó condesa segun la costumbre de aquellos tiempos. Es mas probable que se conservó soltera y acaso se retiró del mundo, vivió y murió en el monasterio de San Pelayo de Oviedo.

bispo de Toledo quedaron en la ciudad con gente de guarnicion. Los cristianos eran muy pocos en comparacion de los moros, si bien para el poco tiempo eran hartos. Parecia que estos apercebimientos y recado quedaba la ciudad segura para todo lo que podia suceder. Lo que prudentemente quedaba dispuesto, la temeridad digamos del nuevo prelado ó imprudencia, ó lo uno y lo otro, por lo menos su demasiada priesa lo desconcertó, y puso la ciudad en condicion de perderse. La silla del arzobispo por entonces estaba en la iglesia de Nuestra Señora que agora es monasterio del Cármen, como han averiguado personas curiosas. Los moros tenian la iglesia mayor y en ella hacian las ceremonias de su ley. Parecia mengua y afrentoso para los cristianos y cosa fea que en una ciudad ganada de moros los enemigos poseyesen la mejor iglesia y de mas autoridad, y los cristianos la peor. Lo que alguna buena ocasion hiciera fácil, por la priesa de don Bernardo se hobiera de desbaratar. Comunicado el negocio con la reina, determina con un escuadron de soldados tomárles una noche su mezquita. Los carpinteros que iban con los soldados, abatieron las puertas: despues los peones limpiaron el templo, y quitaron todo lo que allí habia de los moros; hiciéronse altares á la manera de los cristianos, en la torre pusieron una campana, con el son llamaron al pueblo, y le convocaron para que se hallase á los oficios divinos.

Alborotáronse los bárbaros con esta novedad, y por la mengua de su religion y ritos de su secta furiosos apenas se pudieron enfrenar de no tomar las armas y con ellas vengar aquel agravio tan grande. Dia fuera aquel triste y aciago, si nuestro Señor Dios no estorbara el daño que los moros pudieran hacer, porque eran muchos mas que los fieles. Entretuviéronse por pensar que aquello se habia hecho sin que el rey lo supiese; esto les era algun consuelo y alivio, unos se refrenaron con esperanza que serian vengados, otros por no ponerse á riesgo si venian á las manos. Al rey luego que supo el caso, le pesó mucho que el arzobispo con su demasiada priesa hobiese quebrantado el asiento puesto con los moros, y hecho poco caso de su fe y palabra real. Representábase cuanto peligro podian correr las cosas por estar tan enojados los moros: temia no sucediese algun daño á la ciudad; poníasele delante la inconstancia de las cosas del mundo, cuán presto se mudan en contrario. Vino muy de priesa á Toledo, y con tanta velocidad que desde el monasterio de Sahagun do estaba, y donde recibió la nueva de lo que pasaba, se puso en tres dias en Toledo mal enojado en gran manera: hacia grandes amenazas contra el arzobispo y contra la reina, no admitia ruegos de nadie con ninguna diligencia se aplacaba su muy encendida saña, venia con determinacion de hacer un señalado castigo por tal osadía, con que los moros quedasen satisfechos y todos escarmentasen. Los principales de Toledo, sabida la venida del rey y su intento le salieron al encuentro cubiertos de luto, el clero en forma de procesion: llegados á su presencia, con lágrimas que derramaban, le suplicaron por el perdon; ningun efecto hicieron por venir muy indignado y resuelto de castigar aquel desacato.

Proveyó Dios á tanto mal como se temia por otro camino no pensado. Los principales de los moros, mitigado algun tanto el dolor y saña que les causó aquel agravio, cayeron en la cuenta que no les venia bien si el rey llevaba adelante su saña. Advertian que el podia faltar, y el odio contra ellos quedaria para siempre fijado en los pechos de los cristianos. Acordaron salir al encuentro al rey y suplicalle diese perdon á los culpados en aquel caso. Llegaron á Magan, que es una aldea cerca de la ciudad, con semblantes tristes y los ojos puestos en el suelo. Combatíanlos diversas olas de pensamientos contrarios, el dolor de la injuria presente, el miedo para adelante. Arrediláronse luego que el rey llegó con intento de aplacarle con sus razones y ruegos; mas él los previno: díjoles que aquella injuria no era dellos sino desacato de su real persona, que por el castigo entenderian ellos y los venideros que la palabra real se debe guardar, y ninguno ser tan osado que por su antojo la quebrante. A esto los moros en alta voz comenzaron á pedir perdon, que ellos de corazon perdonaban á los que los agraviaron. Reparó el rey algun tanto por ser aquella demanda tan fuera de lo que pensaba. Entonces el que era de mas autoridad entre aquella gente, le habló en esta manera: «Cuán grande rey y »señor, haya sido el dolor que recibimos por la mezquita que por fuerza nos quitaron contra lo que te»niamos capitulado, cada uno lo podrá por sí mismo »pensar; no será necesario detenerme en declarallo. »La devocion del lugar y su estima nos movia, pero »mucho mas el recelo que deste principio no menos»cabasen la libertad y nos quebrantasen lo que con »nos teneis asentado. ¿Quién nos podrá asegurar »que lo que hicieron con nuestra mezquita, no lo »ejecuten en nuestras casas particulares, y las sa»quéen con todas nuestras haciendas? ¿Qué concien»cia ni escrúpulo enfrenará á los que no enfrenó el »juramento y la palabra real, y los que tienen por »cierto que en tratarnos mal hacen un agradable ser»vicio á Dios? Esto conviene asegurar para adelante »que no nos maltraten ni nos quebranten nuestros »privilegios. Por lo demás de buena voluntad perdo»namos á la reina y al arzobispo el agravio que nos »han hecho: lo mismo os suplicamos hagais, porque

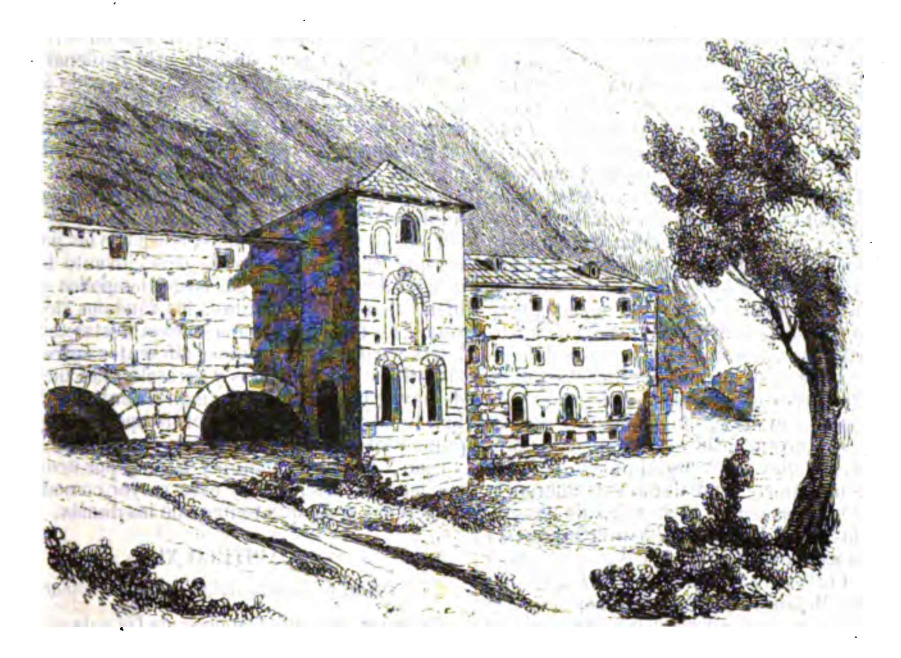


Alfaquí de Toledo.

»el castigo que tomáredes, no nos acarree mayores »daños, ca los que vinieron adelante despues de vos »muerto, no sufrirán que tales personajes, si les »sucede algun daño, queden sin venganza. Por la »mano real y palabra que nos distes, os pedimos tre»queis la saña que por nuestra causa teneis concebi-

»da, en clemencia; que demás que nos damos por »contentos y os certificamos la tendremos por mer»ced muy singular, sino otorgais con nuestra peti»cion, resueltos estamos de no volver á la ciudad, »antes de buscar otras tierras en que sin peligro vi»vamos. No es razon que por dar lugar al sentimiento »y por hacernos favor y vengarnos, acarreis á nos »mayores daños, á vos perpétua tristeza y llanto, á »vuestra ley mengua y afrenta tan señalada.»

En tanto que el moro (1) decia estas razones, los demás arrodillados, puestas las manos, y con lágrimas que de los ojos vertian, con el semblante y meneos suplicaban lo mismo. En el pecho del rey combatian diversos sentimientos y contrarios, como se echaba de ver en el rostro demudado, ya triste, ya alegre. Finalmente la razon venció el ímpetu de su ánimo: consideraba que Dios es el que rige los consejos de los hombres y los endereza; que muchas veces de los males que permite, resultan bienes muy grandes. Vencido pues de los ruegos de los moros, les agradeció aquella voluntad, y prometió que para siempre tendria memoria de aquel dia. Pasó adelante en su camino, llegó á la ciudad, halló á la reina y al arzobispo alegres por la esperanza que tenian de alcanzar perdon, con que aquel dia de turbio y desgraciado se trocó en mucha serenidad. La ciudad hizo de presente regocijos y fiestas por tan señalada merced; y para adelante se ordenó que en memoria della se hiciese fiesta particular cada un año á veinte y cuatro de enero con nombre de Nuestra Señora de la



Monasterio de San Juan de la Peña.

Paz, y por memoria de un beneficio tan grande como en tal dia todos recibieron; si bien no solo aquel dia se hace fiesta y memoria desto, sino eso mismo de la casulla que á San Ildefonso trajo del cielo la sagrada Vírgen.

CAPITULO XVIII.

Cómo se quitó el Breviario mozárabe.

Arriba se dijo cómo Ricardo, abad de Marsella fue enviado del papa Gregorio VII por su legado en España, y que en Burgos juntó concilio de obispos, y en él ordenó las sagradas ceremonias y modo de rezar que se debia tener y guardar. Hacia en lo demás muchas cosas sin órden; y usaba mal de la potestad amplísima que tenia, y enderezaba sus cosas á su particular ganancia. La gente andaba revuelta, y aun escandalizada con el desórden del legado hasta murmurar del poder y autoridad del papa. El arzobispo don Bernardo recibia congoja desto por el oficio que tenia, mas por ser tanta la autoridad del legado no le podia ir á la mano. Habia entonces costumbre introducida, á lo que yo creo, en España desde el concilio octavo general que fue el postrero Constantinopolitano, y por la ley estaba mandado que antes de ser consagrados los metropolitanos se diese noticia al papa de la eleccion para averiguar que era legítima y buena, y no tenia falta alguna, para que la confirmase con su autoridad (2). Antes que esto se biciese, no era lícito al arzobispo electo ni consagrarse, ni hacer cosa alguna de su oficio. Era otrosi costumbre que impetrasen del papa el pálio (de que suelen usar cuando dicen misa) en señal de su consentimiento y aprobacion. Esta ordenacion recebida desde este principio con el tiempo se estendió á los obispos inferiores: no hay para qué nos detengamos en decir las causas desto. De aquí nació que al presente ninguna eleccion de obispos se tiene por válida si no es confirmada por el papa.

Por estas dos causas don Bernardo determinó de ir á Roma. El camino era largo, y de mucho trabajo y peligro: antes de ponerse en camino con beneplácito del rey consagró la iglesia Mayor, que se quitó á los moros como queda dicho. Juntáronse á concilio

(1) Agradecidos los cristianos á la magnanimidad de los moros, erigieron despues á su alfaqui una estátua que se conserva en la catedral de Toledo.

(2) Esta costumbre era muy reciente en España, y muy posterior al Concilio VIII general, que se celebró en Constantinopla el año 869: quizá el arzobispo de Toledo don Bernardo la importaria de Francia, donde hacia mucho tiempo que estaba en uso.

los obispos que eran necesarios para esto, y hízose la ceremonia dia de San Crispin y San Crispiniano á veinte y cinco de octubre año de nuestra salvacion de 1087. Dedicóse la iglesia en nombre de Santa María, de San Pedro y San Pablo, de San Esteban y Santa Cruz. En el altar mayor pusieron muchas reliquias de santos. Don Rodrigo dice que esto se hizo despues que volvió de Roma don Bernardo. Lo cierto es que muertos ya los papas Gregorio y Victor Tercero deste nombre, que le sucedió, siendo sumo pontífice Urbano II que fue elegido á cuatro de marzo de 1088; llegado á Roma Bernardo, alcanzó todo aquello que á pretender habia ido, conviene á saber que el legado fuese absuelto de aquel cargo, y volviese á Roma; que él usase del palio; y mas, que fuese primado en España y en la parte de Francia que llamaban la Gallia góthica. Por causa desta potestad á la vuelta de Roma en Tolosa juntó concilio de los obispos cercanos: con que, y con su buena maña y uso de la lengua francesa en que desde niño se criara por ser natural de la tierra, como la gente es buena y sin doblez, fácilmente los persuadió que le reconociesen por superior. Asentó que irian á Toledo cada y cuando que fuesen llamados á concilio.

Llegado á Toledo, antes que el legado desistiese de su oficio, de comun consentimiento se trató de quitar el misal y breviario gótico, de que vulgarmente usaban en España desde muy antiguos tiempos por autoridad de los santos Isidoro, Ildefonso, y Juliano. Habíase procurado muchas veces este mismo, pero no tuvo efecto porque la gente mas gustaba de lo antiguo, y no hay cosa que con mas firmeza se defienda, que lo que tiene color de religion. En este tiempo pusieron tanta fuerza el primado y el legado, y la reina que se juntó con ellos, que dado que resistian los naturales, en fin vencieron y salieron con su pretension. Verdad es que antes que el pueblo se allanase, como gente guerrera quisieron esta diferencia se determinase por las armas. El dia señalado dos soldados escogidos de ambas partes lidiaron sobre esta querella en un palenque y hicieron campo: venció el que defendia el breviario antiguo llamado Juan Ruiz, del linaje de los Motanzas que moraban cerca del rio Pisuerga, cuyos descendientes viven hasta el dia de hoy, nobles y señalados por la memoria deste desafío. Sin embargo como quier que los de la parte contraria no se rindiesen, ni vencidos se dejasen vencer, pareciéles que por el fuego se averiguase esta contienda: que echasen en él los dos breviarios, y el que quedase sin lesion, se tuviese y usase: tales eran las costumbres de aquellos tiempos groseros y salvajes, y no muy medidos con la regla de piedad cristiana. Encendióse una hoguera en la plaza, y el breviario romano y gótico se echaron en el fuego: el romano saltó del fuego, pero chamuscado. Apellidaba el pueblo victoria á causa que el otro, aunque estuvo por gran espacio en el fuego, salió sin lesion alguna, principalmente que el arzobispo don Rodrigo dice que saltó el romano, pero chamuscado. Advierto que en el testo del arzobispo los puntos se deben reformar conforme á este sentido. Todavía el rey como juez pronunció sentencia en que se declaraba que el un breviario y el otro agradaban á Dios, pues ambos salieron sanos y sin daño de la hoguera; lo cual el pueblo se dejó persuadir. Concluyóse el pleito, y concertaron que en las iglesias antiguas que llamaban mozárabes se conservase el breviario antiguo: concordia que se guarda hoy dia en ciertas fiestas del año; que se hacen en los dichos templos los oficios á la manera de los mozárabes. Tambien hay una capilla dentro de la iglesia Mayor, en la cual hay cierto número de capellanes mozárabes que dotó de su hacienda el cardenal Fr. Francisco Jimenez porque no se perdiese la memoria de cosa tan señalada y de rezo tan antiguo. Estos rezan y dicen misa conforme al misal y breviario antiguo. En los demás templos hechos de nuevo en Toledo se ordenó se rezase y dijese misa conforme al uso romano. De aquí nació en España aquel refran muy usado: Allá van leyes do quieren reyes.

Acabóse esta contienda, y Toledo volvia en su antiguo lustre y hermosura: levantáronse nuevos edificios, y gran número de cristianos acudian de cada dia. Los moros se iban á menudo unos á una parte y otros á otra, y en su lugar sucedian otros moradores, á los cuales se les concedia toda franqueza de tributos y otros privilegios, como parece por las provisiones reales que hasta hoy dia se guardan en los archivos de Toledo. La diligencia y celo que tenia del bien y pro de todos don Bernardo, no cesaba, ni sosegó hasta que fue con el rey á Castilla la Vieja; y en Leon principal ciudad juntó concilio de obispos año de 1091, como dice don Lucas de Tuy. Hallóse en él Raynerio, que de fraile cluniacense le crió cardenal el papa Urbano, y despues le envió por su legado á España para que sucediese en lugar de Ricardo, cardenal asimismo y abad de Marsella. En aquel concilio se establecieron nuevos decretos á propósito de reformar las costumbres de los eclesiásticos á la sazon muy relajadas. Mandaron otrosí que en las escrituras públicas de allí adelante no usasen de letras góticas, sino de las francesas. Ulfilas, obispo de los godos antes que ellos viniesen á España, inventó las letras góticas de que usaron por largo tiempo los godos así bien como los longobardos, los vándalos, los esclavones, los franceses: cada nacion destas tenian sus letras y caracteres propios, diferentes entre sí y de los latinos. Los franceses y los asclavones hasta el dia de hoy se conservan en su manera antigua de escribir: las otras naciones con el tiempo han dejado sus letras y su manera, y trocádola en la que hoy tienen y usan, que es la comun y latina, por acomodarse con las otras naciones, y para mayor comodidad del comercio y trato que tienen con los demás.

CAPITULO XIX.

De los principios del primado de Toledo.

El lugar pide que tratemos de los principios que tuvo el primado que los arzobispos de Toledo pretenden tener y tienen sobre las demás iglesias de España, y por qué camino esta dignidad de pequeña llegó á la grandeza que hoy tiene. Los principios de las cosas, especialmente grandes, son oscuros: todos los hombres pretenden llegarse lo mas que pueden á la antigüedad: como la que tiene algun sabor de cierta divinidad, y se llega mas á los primeros y mejores tiempos del mundo. Así los mas toman la orígen de su nacion lo mas alto que pueden, sin mirar á las veces si va bien fundado lo que dicen. Esto mismo sucedió en el caso presente, que muchos quieren tomar el principio del primado de Toledo desde el mismo tiempo de los apóstoles. Alegan para esto que San Eugenio mártir fue el primero que vino á España para predicar el Evangelio, y que fue el primer arzobispo de aquella ciudad. Añaden que los primeros que se tornaron cristianos en España, y los primeros que tuvieron obispo, fueron los de Toledo, y que por estas causas se les debe esta preeminencia. Pero lo que con tanta seguridad afirman acerca del primado, no tienen escritor alguno mas antiguo deste tiempo que testifique la venida de San Eugenio á España. El mismo Gregorio Turonense que escribió la historia de Francia, de donde vino San Eugenio, y donde padeció por la fe como se tiene por cierto ninguna mencion hace desto. Esto decimos no para poner en disputa la venida de San Eugenio que es cierta, sino para que en lo que toca á fundar el primado nadie reciba lo que es dudoso, por averiguado y sin duda. Porque ¿qué harán los tales, si los de Compostella

para apoderarse del primado se quieren valer de semejante argumento? pues es cierto y se comprueba por escrituras muy antiguas, que el apóstol Santiago fue el primero que trajo á España la luz del Evangelio, y que sepultaron su santo cuerpo traido en un navío, y rodeadas las marinas del uno y del otro mar, en aquella ciudad.

Bien holgara de poder ilustrar la dignidad de esta ciudad en que esta historia se escribe de las cosas de España, en el medio y centro della, y cerca de la cual ciudad nací y aprendí las primeras letras; pero las leyes de la historia nos fuerzan á no seguir los dichos y opiniones del vulgo, y ni es justo que por ningun respeto tropecemos en lo que reprendemos en otros escritores. Prueba bastante que el primado de Toledo no es tan antiguo como algunos pretenden, hacen los concilios de los obispos que se celebraron en España en tiempo, primero de los romanos y despues de los godos; en los cuales se hallará que el prelado de Toledo ni en el asiento ni en las firmas tenia el primer lugar entre los demás. En particular en el concilio elibertino antiquísimo, despues de seis obispos firma Melancio prelado de Toledo en el seteno lugar: de donde se saca que en aquella sazon Toledo no era arzobispado, y mas claramente de la division de los obispados hecha por Constantino, en que pone á Toledo por sufragánea de Cartagena. En los mismos concilios toledanos en que mas se debia mirar por la autoridad de la iglesia de Toledo por tener de su parte el favor del pueblo y de los reyes, no pocas veces se pone el postrero entre los metropolitanos. Para sacar pues la autoridad del primado de Toledo de los tiempos mas antiguos digo desta manera.

En España hobo antiguamente cinco arzobispos, que unas veces se llamaban metropolitanos, y otras primados con diverso nombre, pero el sentido es el mismo. Estos son el Tarraconense, el Bracarense, el de Mérida, el de Sevilla y el de Toledo. Allende destos se contaba con los demás el arzobispo Narbonense en la Gallia Góthica, que en tiempo de los godos era sujeta á España. Todos estos eran iguales, y á ningun superior reconocian, sacado el papa: en los concilios tenian el lugar que les daba su antigüedad y consagracion. La causa de ser tantos los metropolitanos fue la antigua division de España, que se dividió en cinco provincias, que eran estas: Andalucía, Portugal, Tarragona, Cartagena, Galicia y otras tantas audiencias y chancillerías supremas en que se hacia justicia; ó como yo pienso las gentes bárbaras fueron causa desto, porque luego que entraron en España, divididas las provincias della, fundaron muchos imperios y estados. El metropolitano Narbonense prèsidia en Francia. El de Tarragona en la parte de España, que en aquella turbacion estuvo mucho tiempo sujeta á los romanos. Los vándalos tuvieron á Sevilla: los alanos y suevos la Lusitania y Galicia, do están Mérida y Braga: los godos tenian á Toledo, la cual gente venció y se adelantó á las otras naciones bárbaras en multitud y mando.

De aquí comenzó la autoridad de Toledo á ser mayor que la de las demás; en especial cuando mudado el estado de la república, los godos se hicieron señores de toda España, y mudadas las leyes y fueros, pusieron la silla de su imperio en Toledo, poco á poco trocadas las cosas comenzaron á crecer y mejorarse en autoridad los prelados de Toledo. En el concilio Toledano séptimo se pusieron claros fundamentos (1) de la autoridad que adelante tuvo, cuyo cánon último es este: Que los obispos vecinos desta ciudad avisados del metropolitano vengan á Toledo cada uno su mes, si no fuere en tiempo de agosto y vendimias: decreto que dicen se concedió por respeto del rey, y por honra de la ciudad en que él moraba, y por consuelo del metropolitano. Destos principios comenzó á crecer la autoridad de los arzobispos de Toledo de tal manera que los padres que se hallaron en el concilio Toledano duodécimo en el tiempo del rey Ervigio, determinaron en el cánon sesto que las elecciones de los obispos de España que solia aprobar el rey, se confirmasen con la voluntad y aprobacion del arzobispo de Toledo. Desde este tiempo los otros obispos reconocieron al de Toledo, y le daban el primer lugar en todo, y se tenia por mas principal autoridad la suya que la de los demás, en particular en el asiento y firmar los concilios era el primero. Estos fueron los principios de esta autoridad y como cimientos, sin pasar por entonces mas adelante, porque no tuvo por entonces los otros derechos de primados que son los mismos que patriarcas, y solo difieren en el nombre, como parece en los cánones y leyes de la Iglesia, ni tenian especiales insignias de dignidad, ni poder mayor sobre los obispos para corregillos, para visitallos, para por vía de apelacion alterar sus sentencias.

Despues que se mudaron las cosas, y España padeció aquella tan grande plaga, y todo lo mandaron los moros, cesó la dignidad y magestad toda que tenian estos prelados; y llegó á tanto la turbacion en aquel tiempo, que aun obispos consagrados como se acostumbra por muchos años faltaron en Toledo. En fin, vuelta aquella ciudad á poder de cristianos, el arzobispo de Toledo no solo alcanzó la honra y grado de metropolitano, sino asimismo de primado. Procurólo don Bernardo primer arzobispo, y concedióselo el papa Urbano Segundo no sin queja de los otros obispos y contradiccion, que pretendian por preferir á uno hacerse injuria á todos los demás. La bula de Urbano que habla desto se pondrá en otro lugar. El primero que puso pleito sobre esta dignidad de primado, fue don Berengario, á quien el mismo don Bernardo habia trasladado de Vique, donde era obispó, á Tarragona, pero fue vencido en el pleito porque el papa Urbano quiso que la autoridad una vez dada al arzobispo de Toledo fuese cierta y para siempre se conservase. Esta determinacion de Urbano confirmaron con sus bulas el papa Pascual y el papa Gelasio sus sucesores.

Calixto Segundo pareció disminuir esta autoridad con dar como dió por su bula á don Diego Gelmirez obispo de Compostella los derechos de metropolitano trasladados de la ciudad de Mérida, si bien estaba en poder de moros. Otorgóle otrosí autoridad de legado del papa sobre las provincias de Mérida y Braga, y señaladamente le hizo exento de la obediencia y poder de don Bernardo arzobispo de Toledo: todo á propósito de honrar á don Ramon su hermano que estaba enterrado en Compostélla, y por la mucha devocion que siempre mostró con la iglesia y sepulcro

(1) Bajo la dominacion de los romanos en España, ningun obispo tenia en las provincias mas preeminencia que la que le daba la antigüedad de su ordenacion ó consagracion: el obispo mas antiguo convocaba á los demás obispos, presidia el concilio, firmaba el primero, y hacia todo lo que despues hicieron los metropelitanos. Esta disciplina de la iglesia de España era muy conforme á la primitiva que establecieron los Apóstoles. En el concilio Toledano XII, que se celebró el año 681, y fue general de todo el imperio de los godos, se empezó á realzar la autoridad de los metropolitanos de Toledo sobre todos los otros, concediéndoles una paeeminencia y prerogativas especiales por ser obispos de la córte, y condescender con los deseos del rey Ervigio; y todòs los padres del concilio lo aprobaron por un decreto en el que además se ve que los reyes de España nombraban los obispos para las sillas vacantes. Estos privilegios de primacia de Toledo estuvieron sin uso el tiempo que los moros ocuparon esta ciudad; mas luego que fueron echados de ella por don Alonso VI, y se restableció esta silla, aquellos obispos los recobraron, renovándolos la silla apostólica, aunque no con la misma estension, pues la confirmacion de los obispos estaba ya reservada al papa como primado de toda la iglesia universal.

de Santiago. Mas siendo arzobispo don Raimundo, sucesor de don Bernardo, los papas Honorio, Celestino, Inocencio, Lucio, Eugenio Tercero, determinaron y ratificaron lo que hallaron estar antes concedido, que el arzobispo de Toledo fuese primado de España. A don Raimundo ó Ramon sucedió don Juan, en cuyo tiempo lo primero Adriano Cuarto, confirmó el primado de Toledo con nueva bula que espidió en que revoca el privilegio de Compostella; lo segundo don Juán obispo de Braga, que habia puesto pleito sobre el título de primado, vino á la ciudad de Toledo, y fue forzado á jurar de obedecer al que no quería reconocer ventaja, don Cerebruno sucedió á don Juan, en cuyo tiempo Alejandro Tercero revocó un privilegio de Anastasio concedido en esta razon á Pelagio obispo de Compostella. Esto fue á la sazon que el cardenal Jacinto Bobo, muy nombrado, vino á España con autoridad de legado, y entre otras cosas que sapientísimamente ordenó, puso fin en este pleito segun parece en las escrituras de la iglesia de Toledo, ca dió sentencia por Cerebruno contra el de Santiago que le inquietaba.

Bien será aquí poner la bula de Alejandro Tercero, porque confirmaba en ella lo que de sus predecesores determinaron. La bula dice así: «Alejandro obispo, »siervo de los siervos de Dios, al venerable hermano »Cerebruno, arzobispo de Toledo, salud y bendi»cion apostólica. Como nos enviásedes un mensajero »por causa de los negocios que teneis á cargo de »vuestra iglesia, á la sede apostólica, que suele »siempre admitir los deseos de los que piden cosas »justas, nos suplicastes con humildad con el mismo »mensajero, que renovásemos las bulas de nuestros »antecesores Pascual, Calixto, Honorio y Eugenio, »en que conceden la primacía de las Españas á la »iglesia de Toledo. Nos porque sinceramente os ama»mos en el Señor, y tenemos propósito de honrar »vuestra persona de todas las maneras que convenga, »por ser estable fundamento y columna de la cris»tiandad, juzgamos convenia admitir vuestra deman»da, y que vuestro deseo no fuese defraudado. Y »comunicado este negocio con nuestros hermanos, á »imitacion de nuestro predecesor de buena memoria, »Adriano papa por la autoridad de la sede apostólica, »determinamos que debiamos renovar el privilegio jun»to con aquel breve conforme á vuestra peticion: Que »así como vuestra iglesia de tiempo antiguo ha tenido »el primado en toda la region de España, así vos y la »iglesia de Toledo que gobernais por la ordenacion de »Dios tengais el mismo primado sobre todos para »siempre: añadiendo que al privilegio que Pelagio »arzobispo en tiempos pasados dicen que impetró de »nuestro predecesor de buena memoria Anastasio »papa, que por derecho de primado no debia estar »sujeto á vuestra iglesia; declaramos que el privilegio »de dicho nuestro antecesor de santa memoria Euge»nio papa concedido á vuestro predecesor sobre la »concesion del primado, juzgamos, que le perjudica »totalmente, en especial que lo concedido por Anas»tasio no fue concedido ni por la mayor, ni mas sana »parte de nuestros hermanos. Determinamos pues »que el arzobispo compostellano con los demás obis»pos de España os tengan sujecion y obediencia de »aquí adelante como á su primado, y á vuestros su»cesores; y la dignidad misma sea firme y inviolable »para vos y vuestros sucesores. Para siempre jamás. »Ninguno pues de todos los hombres ose quebrantar ó »contradecir de alguna manera esta bula de nuestra »confirmacion y concesion con temeraria osadía. Y si »alguno presumiere intentarlo, sepa que incurrirá la »indignacion de Dios todopoderoso y de los bienaven»turados apóstoles San Pedro y San Pablo. Dada en »Benevento por mano de Gerardo notario de la santa »iglesia Romana á veinte y cuatro de noviembre en la »indiccion tercera año de la Encarnacion del Señor de »mil y ciento y sesenta, del pontificado de Alejandro, »papa Tercero, año onceno.»

Larga cosa seria referir en este propósito todo lo que se pudiera alegar. El papa Urbano Tercero confirmó la misma autoridad de primado á don Gonzalo, sucesor de don Cerebruno. A don Gonzalo sucedió don Pedro de Cardona. A este don Martin; el cual Celestino Tercero por el parentesco y amistad que habia entre él y nuestros reyes, al tiempo que fue legado y se llamaba el cardenal Jacinto Bobo, concedió que las dignidades de la iglesia de Toledo usasen de mitras como obispos mientras la misa se celebrase, y acrecentó aquel previlegio despues que fue elegido papa. Siguióse en la iglesia de Toledo don Rodrigo Jimenez varon de grande ánimo y singular doctrina, cosa en aquel tiempo semejable á milagro: trató en el concilio Lateranense primero delante de los cardenales y de Inocencio Tercero la causa de su iglesia en este punto como orador elocuente, y venció á los demás metropolitanos de España; y porque el arzobispo de Braga pretendia no estarle sujeto, Honorio Tercero le hizo legado suyo. Gregorio Nono sucesor de Honorio revocó cierta ley que se promulgó en Tarragona contra la dignidad del arzobispo de Toledo, en que establecieran no usasen los tales arzobispos de las prerogativas de primado en aquella su provincia, en especial no llevasen cruz delante. A don Rodrigo sucedió don Juan, luego don Gutierre, y dos don Sanchos, ambos de linaje real, casi el uno tras el otro. Despues de los dichos fue arzobispo don Juan de Contreras en tiempo de Martino Quinto, y se halló en el concilio Basileense. Item don Juan de Cerezuela hermano del maestre don Alvaro de Luna, y sucesor de don Juan de Contreras. Todos alcanzaron bulas de los papas en que confirmaban lo mismo: cuyas copias estan guardadas con toda fidelidad en el archivo de la iglesia de Toledo, y recogidas en un libro de pergamino.

El tiempo adelante por agraviarse don Alonso de Cartagena obispo de Burgos que el arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo llevase guion levantado en su obispado, que era señal de superioridad y de ser primado, don Juan el Segundo, rey de Castilla tomó aquel negocio por suyo, y por sus provisiones (en que da á Toledo título de ciudad imperial) determina y establece que se guarde el privilegio y autoridad que Toledo tenia sobre las otras ciudades de su señorío, por entender, como era verdad, que la autoridad del arzobispos de Toledo da mucho lustre á todo el reino y aun á toda España. Muchos otros arzobispos antes y despues de don Alonso Carrillo hicieron lo mismo, y por toda España llevaron siempre su cruz levantada. Entre estos se cuentan los cardenales arzobispos don Pedro Gonzalez Mendoza, y fray Francisco Jimenez; que es argumento de la primacía que los arzobispos de Toledo han tenido despues que Toledo se recobró de los moros, puesto que nunca ha faltado quien contradiga y no queria estarles sujeto. Al presente fuera del nombre y asiento que se les da el primero, ninguna otra cosa ejercita sobre las otras provincias de España tocante á la primacía, por lo menos ni para ellos se apela en los pleitos, ni castigan delitos, ni promulgan leyes fuera de la provincia que como metropolitanos les está sujeta.

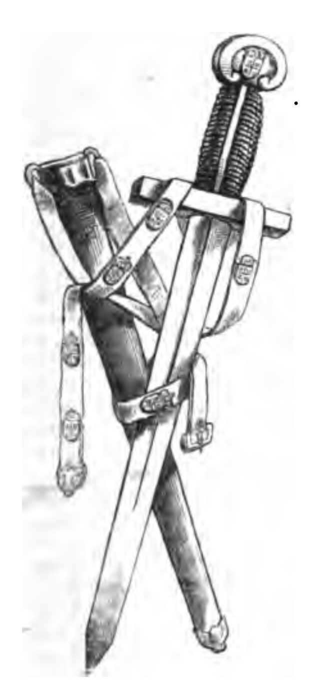
CAPITULO XX.

De las mujeres y hijos del rey don Alonso.

Arriba queda dicho como el rey don Alonso tuvo dos mujeres, doña Inés y doña Constanza, y que desta segunda hobo á su hija la infanta doña Urraca. Doña Constancia murió despues de ganado Toledo, y al mismo tiempo su cuñada la infanta doña Elvira hermana de rey falleció: enterráronla en Leon con doña Urraca su hermana. Despues de doña Constan-

za casó don Alonso con la hija de Benabet, rey moro de Sevilla, que se volvió cristiana, mudado el nombre de Zayda que tenia, en doña María: otros dicen se llamó doña Isabel. Deste casamiento nació don Sancho: créese fuera un gran príncipe si se lograra, y que igualara, la gloria de su padre, como lo mostraban las señales de virtud que daba en su tierna edad: parece que no quiso Dios gozase España de tan aventajadas partes. El rey adelante cuarta y quinta y sesta vez casó con doña Berta traida de Toscana, con doña Isabel de Francia, y con doña Beatriz, que no se sabe de qué nacion fuese. De doña Isabel tuvo dos hijas, á doña Sancha que fue mujer del conde don Rodrigo, y doña Elvira que casó con Rogerio rey de Sicilia hijo de Rogerio conde de Sicilia: della nació Rogerio el hijo mayor duque de Pulla, y Anfuso príncipe de Capua, llamado así á lo que se entiende, del nombre de su abuelo materno: item á Guillermo que por muerte de sus hermanos fue rey de Sicilia, y á Constanza que casó con el emperador Enrique VI: así lo refiere el abad Alejandro Celesino que escribió la vida y los hechos del dicho rey Rogerio su contemporáneo, y Hugo Falcando.

Tuvo don Alonso de una manceba llamada Jimena otras dos hijas, doña Elvira y doña Teresa: doña Elvira casó con Ramon conde de Tolosa que tuvo dos hijos, en esta señora; estos fueron Beltrano y Alonso Jordan. Doña Teresa casó con Enrique de Lorena, cepa que fue y cabeza de do procedieron los reyes de Portugal. De otra concubina cuyo nombre no se sabe, con quien el rey don Alonso tuvo trato, no engendró hijo alguno. A doña Urraca la hija mayor casó con Ramon ó Raimundo hermano del conde de Borgoña y de Guido arzobispo de Viena, que fue adelante papa, y se llamó Calisto II. De Ramon y doña Urraca nació doña Sancha primero, y luego don Alonso, el que por los muchos reinos que juntó, tuvo nombre de emperador.



Espada de don Alonso VI.

Todo esto se ha recogido de gravísimos autores. Pero mejor será oir á Pelagio obispo de Oviedo cercano de aquellos tiempos, que concluye su historia desta manera: «Este rey don Alonso tuvo cinco mujeres legítimas, la primera Inés, la segunda Constanza, de la cual tuvo á la reina doña Urraca mujer del conde Ramon: della tuvo el conde á doña Sancha y al rey don Alonso: la tercera doña Berta venida de Toscana: la cuarta doña Isabel; desta tuvo á doña Sancha mujer del conde don Rodrigo, y á Geloira que casó con Rogerio duque de Sicilia: la quinta se llamó doña Beatriz: la cual muerto el marido, se volvió á su patria. Tuvo dos mancebas muy nobles, la primera Jimena Muñon, de quien nació doña Geloira mujer del conde de Tolosa Ramon, que tuvo por hijo á Alonso Jordan. En la misma Jimena hobo el rey don Alonso á doña Teresa mujer que fue del conde don Enrique, y deste matrimonio nacieron Urraca y Geloira y Alonso. La otra concubina se llamó Zayda, hija de Benabet rey de Sevilla, que se bautizó y se llamó Isabel, y della nació don Sancho, que murió en la batalla de Uclés.»

Todo lo susodicho es de Pelagio. Estas fueron las mujeres del rey don Alonso, estos sus hijos: príncipe mas venturoso en la guerra, que en el tiempo de la paz y en sucesion: no menos admirable en las borrascas, que cuando soplaba el viento favorable y todo se le hacia á su voluntad. Bien es verdad que la fortuna ó fuerza mas alta, conforme á sus ordinarias mudanzas y vueltas, en lo de adelante se le mostró contraria, y acarreó así á él como á sus reinos gran muchedumbre de trabajos y reveses: segun que por lo que se sigue se podrá claramente entender.

LIBRO DECIMO.

CAPITULO I.

De nuevas guerras que hobo en España y en la Suria.

Los reinos de Levante y de Poniente casi en un mismo tiempo se alteraron con nuevas asonadas y tempestades de guerras. De las estrañas se dirá luego: las de España sucedieron con esta ocasion. Los Almoravides, gente mahometana, habiendo sobrepujado á los Alavecinos que hasta este tiempo tuvieron el imperio de Africa, fundaron primeramente su imperio en aquella parte de la Mauritania que al estrecho de Gibraltar se tiende por las riberas del uno y del otro mar: es á saber del Mediterráneo y del Océano: despues en gran parte de España se metieron y derramaron á manera de raudal arrebatado y espantoso. La ocasion de pasar en España fue esta. El rey don Alonso tenia por mujer una hija del rey moro de Sevilla, como poco ha queda dicho. Entró aquel rey en esperanza de apoderarse de todo lo que su gente en España tenia, si fuese de Africa ayudado con nuevas gentes y fuerzas: pidió á su yerno por lo que al parentesco debia, le ayudase con sus cartas para llamar á Juzeph Tephin rey de los Almoravides, poderoso en fuerzas y gentes, y espantoso por la perpétua prosperidad que habia tenido en sus cosas, y convidarle á pasar en España. Pretendia á riesgo ajeno y con su trabajo, conforme á la ambicion que le aguijaba, ensanchar él su señorío: tal era su pensamiento y sus trazas. Escribió don Alonso las cartas que le pidió, por estar con la edad aficionado y sujeto á su mujer: consejo errado, perjudicial y que á ninguno fue mas dañoso que al mismo que lo inventaba.

A Juzeph no le parecia dejar aquella ocasion de volver las armas contra España: consideraba que de pequeños principios suelen resultar cosas muy grandes: que la guerra se podia comenzar en nombre de otro y con su infamia, y acabarse en su pro. El mismo ó no quiso ó no pudo venir por entonces; envió empero á Halí Abenaja capitan de gran nombre, esclarecido por su esfuerzo y hazañas, hombre de con-

sejo, astuto, atrevido para comenzar, y constante para llevar al cabo, y concluir prósperamente sus intentos: dióle un buen ejército que le acompañase. Con estas gentes como le era mandado se juntó con el rey de Sevilla: no duró mucho la amistad, ni es muy seguro el poder cuando es demasiado. Por ligera ocasion y de repente se levantó diferencia y debate entre las dos naciones y caudillos moros: pasaron á las armas y á las manos, pelearon moros con moros; los españoles no eran iguales á los africanos por estar debilitados con el largo ocio y con el cebo de los deleites. El rey de Sevilla suegro de don Alonso fue vencido y muerto en la batalla, con tanto menor compasion y pena de los suyos y menor odio de su enemigo, que se entendia de secreto favorecia á nuestra religion, y era cristiano. Llamábase el que le mató, Abdalla. Con su muerte sin dilacion todo su estado quedó por los vencedores.

Fue esto el año de los moros cuatrocientos y ochenta y cuatro, como lo dice don Rodrigo en la Historia de los Arabes, que se contaba de Cristo el de 1091. Todas las gentes y ciudades de los moros que quedaban en España, movidos de nuevas esperanzas ó de miedo se pusieron debajo de su mando algunas por fuerza, las mas de grado por entender que las cosas de los moros que estaban para caer, podrian sustentarse y mejorarse con el esfuerzo y ayuda de Hali. Ninguna fe hay en los bárbaros, en especial si tienen armas y fuerzas. Así el capitan africano confiado en las fuerzas de un señorío tan grande como era el de los moros de España, quiso mas ser señor en su nombre y alzarse con todo, que gobernar en el de otro y como teniente. Tenia ganadas las voluntades de la gente; y si algunos sentian lo contrario, guardaban secreto el odio, y en público le adulaban; que tal es la condicion de los hombres. Con esto llamóse miramamolin de España, nombre entre los moros y apellido de autoridad real. Demás desto los reyes moros, que por toda España eran tributarios del rey don Alonso, confiados en el nuevo rey, como quitada la servidumbre y la máscara, y despertados con la esperanza que se les presentaba de la libertad, no querian pagar las parias como acostumbraban cada un año. Este era el estado de las cosas de España.

En la Suria por el esfuerzo de los cristianos se comenzó la guerra sagrada, famosísima por la gloria y grandeza de las cosas que sucedieron, y por la conspiracion de todas las naciones de Europa contra los muy belicosos reyes y emperadores del Oriente. Jerusalém, ciudad famosa por su antigua nobleza, y muy santa por el nacimiento, vida y muerte de Cristo hijo de Dios, estaba en poder de gente bárbara, fiera y cruel; padecia por esta causa una servidumbre de cada dia mas grave. Un hombre llamado Pedro, de noble linaje, natural de Amiens en Francia, y que en su menor edad con el ejercicio de las armas habia endurecido el cuerpo, llegado á edad de varon, por desprecio de las cosas humanas pasaba su vida en el yermo. Este fue por devocion á Jerusalém para visitar aquellos lugares, y asegurado entre los bárbaros por su pobreza, mal vestido, su rostro contentible y pequeña estatura, tuvo lugar de miralle todo y calar los secretos de la tierra; consideró cuán atroces, y cuán crueles trabajos los nuestros en aquellas partes padecian. Era en aquella sazon obispo de Jerusalém Simon: trataron el negocio entre los dos, y con cartas que le dió para el sumo pontífice y amplísima comision, dió la vuelta para Europa.

El papa Urbano oido que hobo á Pedro, y leido las cartas del patriarca, afligióse gravemente. Abrasábale la afrenta de la Religion Cristiana; que aquella tierra en que quedaron impresas las pisadas del hijo de Dios, orígen de la religion, y en otro tiempo albergo de la santidad, estuviese yerma de moradores, falta de sacerdotes y de todo lo al. Que los bárbares no solo contra los hombres, sino contra la santidad de los lugares sagrados hiciesen la guerra con odio perpétuo y gravísimo á la Cristiana Religion sin que nadie les fuese á la mano. Esta mengua le aquejaba y le parecia intolerable. Los emperadores griegos que le debieran ayudar por caerles esto mas cerca, y por el miedo y peligro que corrian á causa de los turcos que los tenian á las puertas, gente bárbara y cruel, con el cuidado de sus cosas y otros embarazos poco se cura ban de las ajenas y comunes. Los reinos de Occidente por estar lejos sin sospecha y sin recelo, no hacian caso del daño comun, y de ninguna cosa menos cuidaban que de la injuria y afrenta de la religion y del Cristianismo.

El pontífice Urbano, aunque congojado con estos cuidados y dificultades, en ninguna manera se desanimó, determinóse intentar una cosa dificultosa en la apariencia, pero en efecto saludable. Convocó á los señores y prelados de todo el Occidente para hacer concilio y tratar en él lo que á la religion y á la cristiandad tocaba. Dende como con trompeta pensaba tocar al arma, despertar y inflamar los ánimos de todos los cristianos á la guerra sagrada confiado que á tan buena empresa no faltaria el ayuda de Dios. Señaló para el concilio á Claramonte, ciudad principal en Alvernia y en Francia entretanto que estas cosas se movian en Italia y en Francia, y con embajadas que el pontífice enviaba á todas las naciones, las convidaba para juntar sus fuerzas, ayudar á la querella comun con consejo y con lo demás, y que con el aparato desta guerra ardian las demás provincias. En España las cosas de los cristianos empeoraban, y parece andaban cercanas á la caida por la venida y armas de los Almoravides. Nunca ni con mayor ímpetu se hizo la guerra, ni con mayor peligro de España.

Ensoberbecida aquella gente fiera y bárbara con el progreso de las victorias y próspero suceso de sus empresas, y por el imperio que se les juntara, fortificados y arraigados en España, volvieron contra los nuestros las armas. Entran por el reino de Toledo: meten á fuego y á sangre toda aquella comarca, robando y saqueando todo lo que se les ponia delante; en particular se apoderaron de las ciudades y pueblos que en aquella parte y en los celtíberos habia dado á Zayda su padre en dote, es á saber Cuenca, Uclés, Huete. Envió el rey don Alonso á hacer rostro á los moros, dos condes, que fueron don García su cuñado, casado con su hermana, y don Rodrigo con un buen ejército que les dió. Vinieron á las manos con los moros: fueron los nuestros vencidos en batalla y desbaratados cerca de un pueblo llamado Roda (1), que se entiende llama Plinio Virgao, puesto entre el rio Guadalquivir y el mar Océano. El rey don Alonso movido de tantos daños, y por el recelo del peligro mayor que amenazaba, entendió finalmente el grave yerro que hizo en llamar á los moros. Acudió con nueva diligencia á reparar el mal pasado y los males: hizo en todo su reino levantar mucha gente, y juntados socorros de todas partes, formar un grueso ejército. Muchos de su voluntad vinieron de las provincias comarcanas á ayudar, movidos por el peligro que las cosas de los cristianos corrian.

Cerca de Cazalla, pueblo que cae no lejos de Badajoz, se dió de nuevo la batalla de poder á poder: los cristianos quedaron asimismo vencidos (grande lástima y mengua) y muchos de ellos muertos en el campo. Sin embargo don Alonso no perdió en manera alguna el ánimo como el que ni por las cosas prósperas se ensoberbecia, ni por las adversas se es-

(1) La batalla de Roda se dió el año 1084, antes de entrar los Almoravides en España; y los escritores antiguos no hablan de esta rebelion de Hali.

pantaba. Con gran presteza se rehizo de fuerzas, y con nuevos socorros aumentado su ejército rompió y entró por fuerza hasta Córdoba, hizo estragos de hombres y ganados, sin perdonar á los edificios ni á los campos. El tirano desconfiado de sus fuerzas por habérselas desbandado el ejército que tenia, fortificóse dentro de Córdoba, ciudad grande y muy fuerte: solo hobo algunas escaramuzas y rebates. Aconteció que Abdalla de noche con número de soldados hizo contra los nuestros una encamisada; mas los moros fueron rechazados y muertos, preso el capitan, y el dia siguiente en presencia de los moros que desde los adarves miraba lo que pasaba, fue hecho pedazos y quemado vivo, y con él otros sus compañeros: castigo cruel; pero la desgracia de su suegro Benabet, y la pena que della el rey tomó, escusa y alivia aquella crueldad, y aun hizo que fuese la alegría de la victoria mas colmada. El moro Hali cansado del largo cerco se rindió presto á todo lo que le fuese mandado. De presente le condenaron en gran suma de dinero, y que para adelante en cada un año pagase cierto tributo y parias. Con esto le dejaron lo que le tomaran, como á feudatario de los reyes de Castilla. Principio muy honroso para el rey don Alonso, y muy saludable para la provincia por entenderse con tanto, que las armas y fuerzas de aquellos bárbaros podian ser vencidas, domados sus brios.

Ordenadas las cosas de Andalucía, la guerra revolvió contra la Celtiberia, parte de Aragon. Cercaron á Zaragoza, y con grandes ingenios la combatieron. Los ciudadanos no rehusaban de pagar cada un año algunas parias, á tal empero que el rey los recibiese debajo de su amparo, y que luego sin hacer daño se partiese de aquella comarca. Era honroso este asiento para el rey, mas para no alzar el cerco prevaleció el deseo y esperanza de apoderarse de aquella ciudad, dado que por pretender cosas grandes y no contentarse con lo razonable se perdió lo uno y lo otro. Porque Juzeph apercebido de nuevo ejército de Almoravides, dinero, infantería, caballería y de todo lo al para la guerra necesario, de Africa pasó á España espantoso y feroz con intento de reprimir los deseños de Hali, y castigar su deslealtad, y de camino rebatir las fuerzas de los cristianos. Su venida se supo en un mismo tiempo en la ciudad y en los reales: á los moros con esperanza de mejor fortuna puso ánimo, al rey don Alonso forzó por miedo del peligro y de mayor mal alzado el cerco volver atrás. Las armas de Juzeph procedian prósperamente, porque de primera llegada se apoderó de Sevilla do el tirano Hali estaba, al cual cortó la cabeza; tras esto luego Córdoba se le rindió. A ejemplo de estas dos ciudades todas las demás del Andalucía, y aun todas las que en España restaban en poder de los moros, en breve se pusieron debajo de su obediencia, y tomaron su voz unas de voluntad, otras por fuerza. Algunas asimismo, confiadas en el esfuerzo y prosperidad del nuevo rey, sacudian de sí el yugo del imperio cristiano, y no querian hacer los homenajes acostumbrados.

No parecia el rey don Alonso debia disimular aquellos desaguisados, ni descuidarse en el peligro que amenazaba, por juntarse de nuevo á cabo de tanto tiempo las fuerzas de los moros de Africa con las de los de España en perjuicio de los cristianos. Acordió pues ganar por la mano y dalles guerra con todas sus fuerzas. Mandó hacer todos los apercibimientos necesarios: juntar armas, caballos, vituallas, dineros: acudir á la guerra no solo los legos, sino los eclesiásticos: alistar soldados nuevos y viejos: procurar socorros de fuera. Muchos extranjeros movidos por el peligro de España, y encendidos en deseo de ayudar en aquella guerra, de su voluntad vinieron, en especial de Francia: entre estos Raimundo ó Ramon hermano del conde de Borgoña, y su deudo Enrique, el cual dado que era natural de Besanzon ciudad antiguamente la mayor de los secuanos en Borgoña, de donde le llamaron Enrique de Besanzon ó Besantino; pero era de la casa y linaje de Lorena, y adelante fundó la gente y reino de Portugal. Vino asimismo otro pariente de Enrique llamado Raimundo, conde de Tolosa y de San Egidio. Seguia á estos señores buen golpe de gente francesa; soldados valientes, de grande y increible prontitud para acometer la guerra. Acudió demás destos don Sancho rey de Aragon, el cual bien que era de grande edad, tenia brio y ánimo de mozo y muy aventajada destreza adquirida con el continuo uso de las guerras que hizo contra los moros.

De todas esas gentes se juntó y formó un ejército muy lucido y grande tanto, que no dudaron acometer las fronteras de los enemigos: entraron adentro en el Andalucía, hicieron estragos sacos y robos en todos los lugares. No se descuidaron los moros de hacer sus diligencias. Cerca de un lugar llamado Alagueto (1) se juntaron los reales, y se dieron vista los unos á los otros. Juzeph por no ser igual en fuerzas, como caudillo recatado y prudente, escusó la batalla: su partida fue semejante á huida, lo que dió á entender la priesa en el retirarse y desamparar gran parte del fardaje. Pareció al rey don Alonso que con la huida del moro se debia contentar, y no aventurar la reputacion que con esto se ganara; además que su ejército, como compuesto de tantas gentes diferentes en lenguas, costumbres y leyes, no se podia entretener largo tiempo. Acordó dar la vuelta á la patria con sus soldados cargados de despojos, y alegres por el buen principio. Las armas de los Almoravides despues desta afrenta y desmán sosegaron por algun tiempo, demás que á Juzeph fue forzoso acudir á Africa y ocuparse en asentar el estado de su nuevo reino.

El rey don Alonso no se descuidaba en el entretanto de aparejarse, por tener entendido que muy presto volveria la guerra con mayor fuerza que antes. Determinó hacer nuevas alianzas, y ganar con esto y obligarse las voluntades de los príncipes estraños; en particular con aquellos tres señores que vinieron de Francia, para mas prendallos, y en premio de la ayuda que le dieron y de sus servicios, casó otras tantas hijas suyas. Con Ramon conde de Tolosa casó doña Elvira, con Enrique de Lorena doña Teresa, ambas habidas fuera de matrimonio, como arriba se ha dicho, pero criadas con regalo y con aparato real, y con esperanza de gran estado. A Ramon el de Borgoña dió por mujer á doña Urraca su legítima hija: deste príncipe se dice que se reedificó y pobló la ciudad de Salamanca por mandado del rey su suegro. Demás desto con el conde don Rodrigo casó doña Sancha hija del rey y de doña Isabel su mujer: deste dicen que decienden los Girones, señores de grande y antigua nobleza en España. A don Enrique señaló en dote todo lo que en Portugal tenia ganado de los moros con título de conde, y con condicion que fuese vasallo de los reyes de Castilla, y viniese á las córtes del reino y á la guerra con sus armas y gentes todas las veces que fuese avisado.

Estos fueron los principios y las zanjas de aquel nuevo reino de Portugal: apellido que tomó poco adelante deste tiempo, y le conservó por mas de cuatrocientos años, en que tuvo reyes propios descendientes deste príncipe y primer fundador suyo. A don Ramon de Borgoña dió el gobierno de Galicia con título de conde, nombre de que solian usar los gobernadores de las provincias, y en dote la esperanza de

(1) Así se llamaba no un pueblo sino un distrito ó region que comprendia parte de la Estremadura y de Portugal, en la cual se hallaban las ciudades de Ebora, Badajoz, Jarisa, Mérida, Santarasalf, que hoy es Alcántara y Coria.

suceder en el reino, si faltase acaso el infante don Sancho hijo del rey. Al conde de Tolosa dieron en dote muchas preseas y joyas, gran cantidad de oro y de plata, ningun estado en España por tratar de volverse á Francia, do poseia grandes tierras y gran ditado. Puédese sospechar que la misma Tolosa se le dió en dote como sujeta á estos reyes, segun de suso dos veces queda apuntado. Quién dice que por las armas de don Alonso el año 1093 se ganó la ciudad de Lisbona. Si fue así ó de otra manera, no lo sabria determinar. A la verdad no pocas veces aquella ciudad se ganó y se perdió como prevalecian las armas ya de moros, ya de cristianos, y últimamente se ganó de los moros pocos años adelante, dende el cual tiempo permaneció perpétuamente en la posesion y señorío de los cristinos.

CAPITULO II.

Cómo don Sancho Ramirez rey de Aragon fue muerto.

El año siguiente que se contaba del nacimiento de Cristo 1094, fue señalado por nacer en él don Alonso hijo de don Enrique el de Lorena y de su mujer doña Teresa, el cual con sus armas y valor dió lustre al nombre de Portugal. Estendió su señorío, y fue el primero de aquellos príncipes que tomó nombre de rey por permision de los pontífices romanos, en que se mantuvo contra la voluntad de los reyes de Castilla. Pero el mismo año fue desgraciado por la desastrada muerte que sobrevino á don Sancho rey de Aragon, á quien asimismo deben los aragoneses la loa no solo de haber bien gobernado y conservado aquel reino como lo hicieron sus antepasados, sino de le dejar acrecentado y colmado de todos los bienes. El fue el primero que de los montes ásperos y encumbrados, do los reyes pasados defendian su imperio y señorío no menos confiados en la maleza de los lugares, que en las armas, abajó á los campos rasos y á la llanura, y ganó por las armas gran número de ciudades y lugares. Dió guerra contínua á los reyes moros de Balaguer, de Lérida, de Monzon, de Barbastro y de Fraga; y vencidos, los forzó primeramente que le pagasen parias, despues con un largo y trabajoso cerco tomó á Barbastro, noble ciudad puesta junto al rio Vero, de gran frescura y deleitosos campos. La fortaleza de las murallas espantaba; mas la constancia del rey y de los suyos venció todas las dificultades: como de todas partes arremetiesen, y la furia no amansase ni aflojase de los que olvidados de las heridas, y menospreciada la muerte, pretendian apoderarse de aquella plaza, fue entrada por fuerza y puesta á saco.

Salomón era á la sazon obispo de Roda, otros le llaman Arnulpho; lo mas cierto que á los tales obispos de Roda quedó desde entonces sujeta la iglesia de Barbastro: item que en aquel cerco murió Armengaudo ó Armengol, conde de Urgél, por donde le llamaron Armengol, de Barbastro; que fue la causa por el deseo de vengar aquel desastre y satisfacerse (ca era suegro del rey padre de la reina doña Felicia) de maltratar los moradores de aquella ciudad al tomarla, y que la matanza fuese grande. Bolea, que es un pueblo á la raya de Navarra en los Ilergetes á la ribera del rio Cinga, do duró mucho la guerra, se ganó de los moros. Al tanto Monzon, villa fuerte en aquella comarca por su asiento y por el alcázar que tenia con otros pueblos y castillos que seria largo contallos. Fundóse y poblóse Estella por este tiempo en Navarra, pequeño lugar entonces, al presente ciudad noble en aquel reino; y porque el rey don Sancho trataba de ir sobre Zaragoza, cinco leguas mas arriba de aquella ciudad á la ribera de Ebro edificó un castillo llamado Castellar para efecto de reprimir las correrías de los moros, demás desto para con ordinarias salidas y cabalgadas que donde queria se hiciesen, tener todos los alderredores trabajados; en que pasaron tan adelante los soldados que puso en aquella plaza, que quitados los bastimentos á la misma ciudad, muchas veces parecia tenerla cercada.

En los pueblos dichos antiguamente vascetanos se edificó la villa de Luna, en ninguna cosa mas señalada que en dar principio al linaje y familia de los Lunas, muy ilustre ó muy antiguo en Aragon. La cabeza y fundador deste linaje fue Bacalla, hombre principal, á quien don Sancho hizo donacion de aquel pueblo: rey que fue verdaderamente grande, y con el lustre de todas las virtudes esclarecido, y sobre todo señalado en piedad y devocion. Alcanzó de Alejandro Segundo sumo pontífice que el monasterio de San Juan de la Peña con los demás de su reino fuesen exentos de la jurisdiccion de los obispos. Alegaban por causa desta exencion y para alcanzalla la codicia de los obispos, que se entregaban libremente en los bienes de los monasterios. A la verdad las costumbres de los monges en aquel tiempo (de que San Bernardo se queja) y sus deseos se inclinaban demasiado á pretender libertad, tanto que de ordinario sus abades impetraban privilegio para usar de las insignias de los obispos, mitra, báculo, muceta en señal que tenian autoridad obispal: camino inventado y traza para ser exentos de los ordinarios.

El pecado de codicia que se imputaba á los obispos, tambien alcanzaba al rey: esto fue lo que principalmente en sus costumbres se nota, que libremente metió la mano en los bienes eclesiásticos y preseas de los templos. Parecia escusarle en parte la falta de dinero que tenia, la pobreza, y los grandes gastos de la guerra, además de una bula que ganó de Gregorio VII sumo pontífice, en que le concedió facultad para que á su voluntad trocase, mudase y diese á quien por bien tuviese los diezmos y rentas de las iglesias que ó de nuevo fuesen edificadas ó ganadas de los moros. Sin embargo él con ilustre ejemplo de modestia y santidad algunos años antes deste, afligido del escrúpulo que de aquel hecho le resultó, y para sosegar la murmuracion del pueblo causada por aquella libertad, en Roda en la iglesia de San Victorian delante el altar de san Vicente con grande humildad, gemidos y lágrimas pidió de lo hecho públicamente perdon, aparejado á emendarse. Hallóse presente Raimundo Dalmacio obispo de aquella ciudad, al cual mandó restituir enteramente todo lo que le fuera quitado.

Los príncipes que en nuestra edad siguen las pisadas deste rey en apoderarse de los bienes eclesiásticos, debrian imitar su penitencia, por lo menos temer su fin, que fue de la manera que se dirá. Continuaba en su costumbre de trabajar con guerra contínua á los moros, en particular á Abderrahmán rey de Huesca: habíase apoderado por las armas de todos los lugares de aquella comarca, y tomado que hobo tambien á Montaragón, pueblo que está una legua de aquella ciudad, procuraba fortificalle con grandes pertrechos para desde allí molestar contínuamente aquellos ciudadanos de Huesca. No paró aquí, sino que últimamente juntadas sus gentes, puso sitio sobre aquella ciudad. En los collados alrededor repartió sus guarniciones con intento que nadie pudiese salir ni entrar. Los reales principales puso en un montecillo ó recuesto que desde aquel tiempo del nombre del rey llamaron Poyo de Sancho. Era la ciudad muy fuerte, y como reparo por aquella parte de todo el señorío de los moros, no de otra manera que lo fue en tiempo de los romanos, cuando por muestra de su fortaleza la llamaron antiguamente ciudad vencedora. El cerco iba á la larga, y no se podia ganar por fuerza.

Los de Huesca trataron con don Alonso rey de Castilla que los socorriese. Acostumbran los reyes, cuan-

do se muestra esperanza de provecho, procurar mas sus particulares intereses que tener cuenta con el deber, con la religion y con la fama: otorgó con su peticion. Era cosa afrentosa ayudar á los moros al descubierto: parecióle buen consejo acometer por la parte de Vizcaya las tierras de Navarra, y con esto divertir las fuerzas de Aragon, y hacer que no fuesen bastantes para la una y para la otra guerra, envió para este efecto al conde don Sancho. Saliéronle al encuentro los infantes de Aragon don Pedro y don Alonso por mandado de su padre el rey don Sancho, que forzaron á los enemigos sin hacer algun efecto volver atrás, y dejar lo comenzado. El rey don Sancho cansado del largo cerco andaba mirando los muros de la ciudad; y como advirtiese un lugar á propósito por do le apareció se podria acometer y entrar, estendió el brazo para le mostrar á los que le acompañaban: flecharon una saeta del adarve al mismo punto, que le hirió debajo del mismo brazo; la herida fue mortal, los naturales decian ser castigo y venganza de Dios por los bienes de las iglesias en que puso en otro tiempo la mano. Murió á cuatro del mes de junio: su cuerpo llevaron á Montaragon, y le depositaron en el monasterio de Jesús Nazareno que él mismo edificó. Desde allí, ganada la ciudad, fue trasladado á San Juan de la Peña, donde por lo menos se muestra el sepulcro de doña Felicia su mujer con su letrero, que falleció los años pasados.

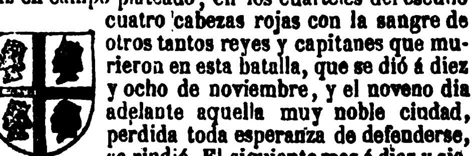
Sin embargo los hijos como les fue mandado por su padre llevaron adelante el cerco, determinados de no partirse de allí antes de vengar aquel desastre y destruir aquella ciudad. Don Pedro en vida de su padre se llamaba rey de Ribagorza y Sobrarve, y de Berta su mujer á quien otros llaman doña Inés, tenia un hijo de su mismo nombre, otros le dan nombre de don Sancho. Al presente él mismo por la muerte de su padre heredó todos los demás estados: á don Alonso quedaron algunos pueblos. El menor de sus hermanos que se llamó don Ramiro, en el monasterio de San Ponce de Tomer, puesto en el territorio de Narbona á las riberas del rio Jauro, tomara el hábito de monge con menosprecio de las cosas humanas y por mandado de su padre, como se entiende por un privilegio que el año pasado el mismo rey dió al abad de aquel convento llamado Frotardo, en que le hace donacion por este respeto para sustento de los monges de grandes posesiones, dehesas y heredades.

El cerco de Huesca duró mucho, no menos que seis meses como dicen algunos, otros pretenden que pasó de dos años. Los cercados cansados de tantos males, y reducidos á estrema falta de mantenimientos, llamaron en su ayuda á Almozabén rey de Zaragoza, y á don García conde de Cabra, y á otro señor principal que se decia don Gonzalo ca en aquella revuelta de tiempos y estrago de costumbres no se tenia por escrúpulo que cristianos ayudasen á los moros contra otros cristianos. Don Gonzalo no fue allá, pero en buen número de los suyos que envió, y el conde don García se juntaron con el rey moro, que con grande diligencia tenia levantada una grande morisma, y partieron con estas gentes de Zaragoza. Estaba el negocio en grande riesgo y casi estremo. El mismo don García quier con buen ánimo, ó con muestra fingida de amistad amonestó al nuevo rey don Pedro, y le avisó que si no queria perderse, alzado el cerco, diese luego vuelta á su tierra. Prevaleció contra el miedo el deseo de la honra, y el homenaje con que los hermanos se obligaron á su padre á la hora de su muerte, de no desistir antes de tomar la ciudad.

Estiéndese junto á la ciudad una llanura llamada Alcoraz, muy conocida por el suceso desta batalla. En aquel llano se determinaron los cristianos de encomendarse á sus brazos y á Dios, y para le tener mas favorable por miedo de sus santos trajeron á los reales el cuerpo de San Victorian. Demás desto la noche antes se le apareció al rey una vision de persona mas que humana, que le amonestaba con grande ánimo diese la batalla seguro de la victoria. En la vanguardia iba el infante don Alonso, en la retaguardia el mismo rey, el cuerpo de la batalla encomendó á Lisana y Bacalla, hombres muy nobles y valientes: la caballería puso por frente. Estos comenzaron la pelea: siguiéronles los estandartes de la infantería. Los bárbaros con su muchedumbre henchian los campos y valles comarcanos. Cerraron los escuadrones: la pelea fue muy brava; ninguna en aquel tiempo ni de mayor peligro, ni de mas dichoso fin. No se oia por todo el campo sino gemidos de los que caian, voceria de los que peleaban, estruendo y ruido de las armas. Era cosa digna de ver los hombres y las mujeres que desde los adarves miraban la pelea, y como iban las cosas de los moros á veces se mostraban alegres, á veces medrosos.

Duró la pelea hasta que cerró la noche sin entenderse del todo, ni declararse la victoria por ninguna de las partes. Los nuestros sobrepujaban en la causa esfuerzo y destreza del pelear: el número de los enemigos era mayor. Estuvieron armados hasta que amaneció el dia siguiente: tan grande era el deseo de volver á la pelea, y aun el miedo no menor que entrara en el ánimo de los cristianos. Con el sol se supo que los moros, desamparados los reales, con su rey Almozabén á toda priesa se retiraban á Zaragoza. Siguieron el alcance por la huella, sin cesar de matar y prender á todos los que hallaban: en la pelea y en el alcance llegaron los muertos á cuarenta mil. De los nuestros apenas faltaron mil, pocos en número para tan señalada victoria, y personas no de mucha cuenta ni por su linaje ni hazañas. El conde don García fue preso: despues de la pelea recogieron los despojos: los campos cubiertos de cuerpos muertos, armas, ropa, caballos, miembros cortados, pechos atravesados con hierro, la tierra teñida y bañada de sangre.

Algunos dicen que San Jorge fue visto andar entre las haces, y que con su ayuda se ganó aquella victoria; otros que un cierto del linaje de los Moncadas, que habia estado el mismo dia en la Suria y ciudad de Antioquía, anduvo en un caballo en esta batalla. El vulgo amigo de milagros, y para hacer mas alegre lo que se cuenta, suele añadir fábulas á la victoria: bastará á nuestro cuento que lo que es verosímil se reciba por verdad. Concuerdan los autores en que en adelante las armas de los reyes de Aragon fueron una cruz en campo plateado, en los cuarteles del escudo cuatro cabezas rojas con la sangre de otros tantos reyes y capitanes que murieron en esta batalla, que se dió á diez y ocho de noviembre, y el noveno dia adelante aquella muy noble ciudad, perdida toda esperanza de defenderse, se rindió. El siguiente mes á diez y siete de diciembre consagraron la mezquita mayor en la iglesia. Halláronse á esta consagracion los obispos Verengario, el que Bernardo arzobispo de Toledo de Vique le pasó á Tarragona, como se dirá luego: Amato prelado de Burdeos, Folch de Barcelona, Pedro de Pamplona, Sancho de Lascar, y con los demás otro Pedro que se intitulaba obispo de Aragon y de Jaca, y tomada esta ciudad se llamó obispo de Huesca. En el lugar de la batalla mandó el rey edificar una iglesia de San Jorge patron de la caballería cristiana.



Por el mismo tiempo se dió principio en Pamplona á la nueva fábrica de la iglesia Mayor, cuyos rastros todavía se ven. Mandóse que los canónigos viviesen como religiosos conforme á la regla de San Agustin: estatuto que de aquel principio se guarda tambien el dia de hoy, que son canónigos reglares y siguen vida

comun. En el mismo tiempo que Pedro era obispo de Pamplona, fue tambien Gomesano obispo de Burgos sucesor de Jimeno, aquel en cuyo tiempo la silla obispal desde Oca, do hasta entonces de muy antiguo tiempo estuvo, se trasladó á Burgos. Los arzobispos de Tarragona y Toledo pretendian cada cual que la iglesia de Burgos le era sufragánea: el pleito duró tiempo: y fue ocasion que los pontífices romanos por no podellos conformar ni concertar mandasen que aquel obispado quedase esento sin reconocer á la una iglesia ni á la otra por metropolitana, lo cual se guardó por largos años hasta que poco ha le erigieron en arzobispal.

CAPITULO III.

Cómo don Bernardo arzobispo de Toledo se partió para la guerra de la Tierra Santa.

En el tiempo que estas cosas que se han dicho, sucedieron en Aragon y en otras partes de España, las demás provincias de cristianos andaban ocupadas en los aparejos que se hacian para la guerra de la Tierra Santa, caballos, armas, libreas, ruido de atambores, y sonidos de trompetas, asonadas de guerra por todas partes. Los mares, tierras, campos, pueblos con mezcla y revolucion de todas las gentes y rumores de la guerra andaban alborotados. El mismo pontífice Urbano en Claramonte, ciudad que Sidonio y los antiguos llamaron Averno, celebraba concilio general de prelados y señores seglares, que de todas las provincias acudieron á su llamado el año de 1096. Desde allí despertó como con trompeta á todas las naciones cuan anchamente se estendian los términos del imperio cristiano. Leyéronse en el concilio las cartas de Simon obispo de Jerusalén: refirióse la embajada y comision que Pedro natural de Amiens traia. Muchos ciudadanos de Jerusalén y de Antioquía, hombres santos y nobles, huidos de sus casas, con lágrimas, gemidos y mal tratamiento que representaban en su traje, movian á compasion los ánimos de todos los que presentes estaban.

El pontífice con esta ocasion á manera de orador en la junta hizo un razonamiento deste tenor: «Oido »habeis, hijos carísimos, los males que vuestros »hermanos padecen en Asia, sus desastres son afren»ta nuestra, mengua y deshonra de la Religion Cris»tiana, digna si fuésemos hombres, de que se reme»diase con la vida y con la sangre. Ninguno puede »escapar de la muerte por ser cosa natural. El ma»yor de los males es con deseo de la vida sufrir tor»pezas y fealdades, y disimularlas. Justo es que res»tituyamos el espíritu, salud y vida á Cristo que nos »la dió: la virtud y valor, propia escelencia del nom»bre y linaje cristiano, suele rechazar la afrenta. Las »fuerzas y ejércitos que hasta aquí (mal pecado) ha»beis gastado en las guerras civiles, empleadlas por »Dios en empresa tan honrosa y de tanta gloria. »Vengad las afrentas de Cristo hijo de Dios, que »cada dia, y tantas veces es herido, azotado y muer»to de la impía y bárbara gente cuantas sus siervos »son oprimidos, afligidos y ultrajados; y profanan »aquella tierra y la ensucian, que Cristo consagró »con sus pisadas. Por ventura puede haber causa »mas justa de hacer la guerra que volver por la reli»gion, librar los cristianos de servidumbre, cuales »Dios inmortal quiso fuesen señores de todas las gen»tes? si de las guerras se pretende y desea interés, »¿de donde le podeis esperar mayor que en hacella á »una gente sin fuerzas, y que mas trae á la guerra »despojos que armas? Nunca Asia fue igual en fuer»zas á Europa: allí las riquezas, oro, plata, piedras »preciosas de que los hombres hacen tanta estima. Si »se busca la gloria, ¿por ventura puédese pensar co»sa mas honrosa que dejar á los hijos y descendien»tes tal ejemplo de virtud, ser llamados libertadores »del mundo, conquistadores del Oriente, vengado»res de las afrentas de la Religion Cristiana? Riquezas »no faltan para los gastos, gente y soldados escelen»tes en la edad, fuerza, consejo, ejercitados en las ar»mas. Por ventura apercebidos de tantas ayudas de»jaremos que la gente malvada y sucia haga burla de »la magestad de la Religion Cristiana? Cristo ser el »capitan, el estandarte, la cruz, ninguna cosa hará »contraste á la virtud y piedad. Sola vuestra vista les »pondrá espanto; no la podrán sufrir. Yo á lo menos »lo que debo á Dios, lo que á la Religion Cristiana, »por la cual puesto como en atalaya y centinela es»toy determinado de velar dias y noches, cuanto pu»diere con cuidado, trabajo, vigilias, autoridad y »consejo, todo lo emplearé en esta demanda. Que si »otros no me siguieren, estoy determinado meterme »por las espadas de los enemigos; y procurar con »nuestra sangre el remedio de tan grandes cuitas, »desventuras y desastres como padecen nuestros »hermanos. Ningun trabajo en tanto que viviere, »ningun afan, ningun riesgo rehusaré de acometer »por el bien de la república y honra de la religion.»

Con este razonamiento del pontífice inflamados todos los presentes, los mayores, medianos y menores se encendieron á tomar las armas: toda tardanza les era pesada. Ademaro obispo de Anicio de los Vellaunos, de Puis por otro nombre, y Guillermo obispos de Oranges fueron los primeros que postrados á los piés del pontífice tomaron la señal de la cruz, que era la divisa y blason de la guerra: despues dellos hicieron lo mismo nobilísimos príncipes de Francia, Italia y España, y por su ejemplo un infinito número de gente menuda. Hugón hermano de Felipe rey de Francia fue el mas principal, tras dél Gotifredo ó Jofre, hijo de Eustacio conde de Boloña, y duque de Lorena, al cual tomado que hobieron la ciudad de Jerusalén, porque fue el primero á la entrada, por votos libres de todos nombraron por rey de Jerusalén: honra perpétua de Francia y de Boloña su patria, ciudad puesta en la Gallia Bélgica cerca del mar Océano. Demás destos se ofrecieron para aquella empresa los hermanos del Gotifredo ó Jofre, Eustacio y Balduino, los condes Roberto de Flandes, Esteban de Bles, Alpino de Burges, Ramon de Tolosa, en cuya compañía fue doña Teresa su mujer, y parió en la Suria el segundo hijo que se llamó Alonso Jordán por haber sido baptizado en el rio Jordán. De España otrosí acudieron á la empresa los condes Guillén de Cerdania, que murió en aquella jornada de una saeta con que le hirieron en la ciudad de Tripol de la Suria, por donde asimismo le llamaron por sobrenombre Jordán, Guitardo de Ruysellon. y Guillen conde Canetense. En Italia Boamundo príncipe de la Pulla, dejado á su hermano Rogerio su estado sobre que trian diferencias, acompañado de doce mil combatientes, siguió á los demás príncipes en aquella sagrada jornada.

Bernardo arzobispo de Toledo como quier que era de gran corazon, dado que hobo asiento en las cosas de aquella su diócesi, y puesto en la iglesia Mayor de Toledo para su servicio treinta canónigos y otros tantos racioneros, tomada la señal y divisa de la cruz, se partió para esta guerra. De su partida resultó un gran desórden: apenas era salido de la ciudad, cuando los canónigos que dejó, sea por ódio que le tuviesen por ser extranjeros, ó entender que no volveria, arrebatadamente se juntaron y nombraron nuevo prelado en lugar de Bernardo. Defendian algunos la razon, pero los mas votos, como muchas veces acontece prevalecieron contra los menos aunque sintiesen mejor, y los echaron de la ciudad. Bernardo avisado de lo que pasaba, con aquella mala nueva tornó á Toledo y allanó la revuelta: echados aquellos sacerdotes que fueron autores y ejecutores de aquel mal consejo, puso en su lugar monges del monasterio de Sahagun en que él fuera antes abad;

ocasion segun dicen algunos que muchas maneras de hablar y vocablos propios de monges y ceremonias se pegaron á la iglesia Mayor de Toledo, que de mano en mano se han conservado y usado hasta el dia de hoy.

Hecho esto, se puso de nuevo en camino: llegado á Roma, fue forzado por el pontífice Urbano á volver atrás por quedar en España tanta guerra, y porque Toledo por ser de nuevo ganada parecia tener necesidad de la ayuda, presencia y diligencia de quien la gobernase. Absolvióle del voto que tenia hecho de ir á la Tierra Santa á tal que los gastos y dinero que tenia apercebido para aquella guerra, emplease en reedificar á Tarragona, ciudad que por el esfuerzo y armas del conde de Barcelona en esta sazon era vuelta á poder de cristianos. Era muy noble antiguamente, y poderosa por su antigüedad y ser silla del imperio romano en España; mas en aquel tiempo se hallaba reducida á caserías y era un pueblo pequeño. Reparóla pues don Bernardo, y en ella puso por arzobispo á Berengario obispo de Vique, ciudad que quiso asimismo fuese sufragánea de Tarragona para mas autorizarla: la verdad es que el nuevo arzobispo Berengario olvidado deste beneficio puso despues pleito á Bernardo que le habia entronizado, sobre el derecho de la primacía por antiguas historias, ejemplos y escrituras desusadas de que se valia para defender los derechos y libertad de su iglesia, como quier que el de Toledo por concesion muy fresca del pontífice Urbano no solo alcanzó para sí y para siempre el primado de toda España, sino de presente como legado del pontífice romano tenia superioridad sobre todas las iglesias, y poder de ordenar sus cosas y enderezallas, dalles prelados y reformallas.

Con este intento de ejecutar lo que le ordenó el papa, de Francia cuando por aquella provincia volvia á España, trajo consigo á Toledo algunas personas de grande erudicion y bondad, honrólos de presente con cargos y gruesos beneficios que les dió, y su virtud el tiempo adelante los promovió á mayores cosas. Estos fueron Gerardo de Mosiaco, que luego le hizo primicierio ó chantre de Toledo, despues arzobispo de Braga; Pedro natural de Burges de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Osma: al uno y al otro la santidad de la vida y escelente virtud puso en el número de los santos. Fuera destos vinieron Bernardo y Pedro naturales de Aagen: Bernardo de primicierio de Toledo fue obispo de Sigüenza y despues de Santiago, Pedro de arcediano de Toledo subió á ser prelado de Segovia: otro Pedro obispo de Palencia: Gerónimo natural de Perigueux, que á instancia del Cid tuvo cuidado de la iglesia de Valencia luego que la ganó de los moros; y despues que se perdió, hizo oficio de vicario de obispo en Zamora: muerto este, otro Bernardo, del mismo número, fue el primer obispo de aquella ciudad. En este mismo rebaño, bien que de diferentes costumbres entre sí, se cuentan Raimundo y Burdino: Raimundo natural de la misma patria del arzobispo Bernardo, despues de Pedro de suso nombrado fue obispo de Osma, y adelante prelado de Toledo por muerte y en lugar de dicho Bernardo; Burdino natural de Limoges de arcediano de Toledo pasó á ser obispo de Coimbra y de Braga: últimamente se hizo falso pontífice romano, de que resultó discordia sin propósito y scisma en el pueblo cristiano, y él por el mismo caso se mostró ser indigno del número y compañía de los varones escelentes que de Francia vinieron en compañía de Bernardo, como en otro lugar mas á propósito se declarará.

CAPITULO IV.

Como el Cid ganó á Valencia.

En este medio no estaban en ocio las armas de Rodrigo de Vivar por sobrenombre el Cid: varon grande en obras, consejo, esfuerzo, y en el deseo increible que siempre tuvo de adelantar las cosas de los cristianos, y á cualquiera parte que se volviese, por aquellos tiempos el mas afortunado de todos. No podia tener sosiego; antes con licencia del rey don Alonso en el tiempo que él andaba ocupado en la guerra del Andalucía (como de suso queda dicho) con particular compañía de los suyos revolvió sobre los celtíberos, que eran donde ahora los confines de Aragon y Castilla, con esperanza de hacer allí algun buen efecto por estar aquella gente con la fama de su valor amedrentada. Todos los señores moros de aquella tierra, sabida su venida, deseaban á porfía su amistad. El señor de Albarracin, ciudad que los antiguos llamaron quien dice Lobeto, quien Turia, fue el primero á quien el Cid admitió á vistas y luego á conciertos: despues el de Zaragoza, al cual por la grandeza de la ciudad fue el Cid en persona á visitar. Recibióle el moro muy bien; como quier que tenia grande esperanza de hacerse señor de Valencia con ayuda suya y de los cristianos que llevaba. La ciudad de Valencia está situada en los pueblos llamados antiguamente edetanos á la ribera del mar en lugares de regadío, y muy frescos y fértiles, y por el mismo caso de sitio muy alegre. Demás desto así en nuestra era como en aquel tiempo era muy conocida por el trato de naciones forasteras que allí acudian á feriar sus mercadurías, y por la muchedumbre, arreo y apostura de sus ciudadanos. Hiaya, que dijimos fue rey de Toledo, tenia el señorío de aquella ciudad por herencia y derecho de su padre, ca fue sujeta á Almenón. El rey don Alonso otrosí como se concertó en el tiempo que Toledo se entregó, le ayudó con sus armas para mantenerse en aquel estado.

El señor de Denia, que lo era tambien de Játiva y de Tortosa, quier por particulares disgustos, quier con deseo de mandar era enemigo de Hiaya, y trabajaba con cerco aquella ciudad. El rey de Zaragoza pretendia del trabajo ajeno y discordia sacar ganancia. Los de Valencia le llamaron en su ayuda, y él deseaba luego ir, por entender se le presentaria por aquel camino ocasion de apoderarse de los unos y de los otros. Concertóse con el Cid, y juntadas sus fuerzas con él, fue allá. El señor de Denia por no ser igual á tanto poder luego que le vino el aviso de aquel apercibimiento, alzó el cerco concertándose con los de Valencia. Quisiera el de Zaragoza apoderarse de Valencia; que al que quiere hacer mal, nunca le falta ocasion. El Cid nunca quiso dar guerra al rey de Valencia: escusóse con que estaba debajo del amparo del rey don Alonso su señor, y le seria mal contado si combatiese aquella ciudad sin licencia, ó le hiciese cualquier desaguisado. Con esto el de Zaragoza se volvió á su tierra. El Cid con voz de defender el partido del rey de Valencia sacó para sí hacer como hizo sus tributarios á todos los señores moros de aquella comarca, y forzar á los lugares y castillos que le pagasen parias cada un año. Con esta ayuda y con las presas que por ser los campos fértiles eran grandes, sustentó por algun tiempo los gastos de la guerra.

El rey Hiaya como fuese antes aborrecido, de nuevo por la amistad de los cristianos lo fue mas; y el odio se aumentó en tanto grado, que los ciudadanos llamaron á los Almoravides que á la sazon habian estendido mucho su imperio; y con su venida fue el rey muerto, la ciudad tomada. El movedor deste consejo y trato llamado Abenjafa como por premio se quedó por señor de Valencia. El Cid deseoso de vengar la traicion, y alegre por tener ocasion y justa causa de apoderarse de aquella ciudad nobilísima, con todo su poder se determinó de combatir á los contrarios. Tenia aquella ciudad grande abundancia de todo lo que era á propósito para la guerra, guarnicion de soldados, gran muchedumbre de ciudada-

nos, mantenimientos para muchos meses, almacen de armas y otras municiones, caballos asaz: la constancia del Cid y la grandeza de su ánimo lo venció todo. Acometió con grande determinacion aquella empresa: duró el sitio muchos dias. Los de dentro causados con el largo cerco, y reducidos á estrema necesidad de mantenimientos, demás que no tenian alguna esperanza de socorro, finalmente se le entregaron (1). El Cid con el mismo esfuerzo que comenzó aquella demanda, pretendió pasar adelante: lo que parecia locura, se resolvió de conservar aquella ciudad; hazaña atrevida, y que pusiera espanto aun á los grandes reyes por estar rodeada de tanta morisma. Determinado pues en esto, lo primero llamó á Gerónimo, uno de los compañeros del arzobispo don Bernardo, desde Toledo para que fuese obispo de aquella ciudad. Demás desto hizo venir á su mujer y dos hijas, que como arriba se dijo las dejó en poder del abad de San Pedro de Cardeña. Al rey por haber consentido benignamente con sus deseos, y en especial dado licencia que su mujer y hijas se fuesen para él, envió del botin y presa de los moros doscientos caballos escogidos y otros tantos alfanjes moriscos colgados de los arzones, que fue un presente real.

En este estado estaban las cosas del Cid. Los infantes de Carrion, Diego y Fernando, personas en aquella sazon en España por sangre y riquezas nobilísimos, bien que de corazones cobardes, por parecerles que con las riquezas y haberes del Cid podrian hartar su codicia por no tener hijo varon que le heredase, acudieron al rey y le suplicaron les hiciese



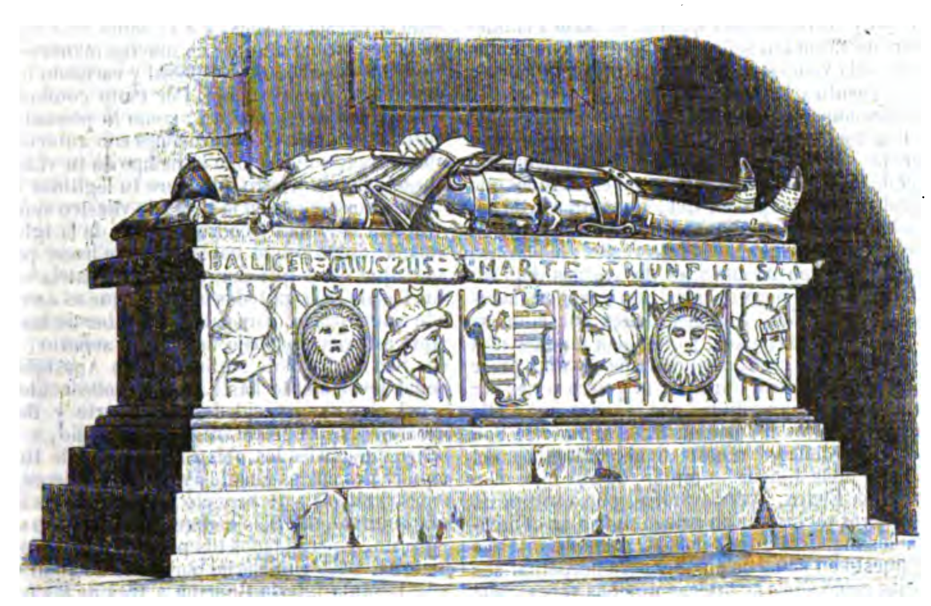
Presentacion de la embajada del rey de Persia al Cid.

merced de procurar y mandar les diesen por mujeres las hijas del Cid doña Elvira y doña Sol. Vino el rey en ello, y á su instancia y por su mandado se juntaron á vistas del Cid y los infantes en Requena, pueblo no lejos de Valencia: hicieron las capitulaciones; con que los infantes de Carrion en compañía del Cid pasaron á Valencia para efectuar lo que deseaban. Las bodas se hicieron con grandes regocijos y aparato real. Los principios alegres tuvieron diferentes remates. Los mozos como quier que eran mas apuestos y galanes que fuertes y guerreros, no contentaban

(1) Los historiadores árabes dicen que gobernó al pronto el Cid con templanza la ciudad, dejando en su destino al cadi supremo Ahmed; pero que al cabo de un año lo prendió con el afan de descubrir sus tesoros. Añaden que no arrancándole el secreto de su paradero ruegos ni amenazas, hizo abrir un hoyo en la plaza, donde lo enterró hasta la cintura y luego lo quemó vivo. Este suceso que colocan en jueves de djumada-el-awal de 488 (mayo ó junio de 1095) debe ser puesto en duda, á lo menos el motivo que se le atribuye, porque el Cid habia dado muchas pruebas de desprendimiento y caballerosidad con sus mismos adversarios, aunque el espíritu de la época lo hiciese ser algo vengativo con los enemigos de su religion.

en sus costumbres á su suegro y cortesanos criados y curtidos en las armas. Una vez avino que un leon si acaso si de propósito no se sabe, pero en fin como se soltase de la leonera, ellos de miedo se escondieron en un lugar poco decente. Otro dia en una escaramuza que se trabó con los moros que eran venidos de Africa, dieron muestra de rehusar la pelea y volver las espaldas como medrosos y cobardes. Estas afrentas y menguas que debieran remediar con esfuerzo, trataron de vengallas torpemente; y es así que ordinariamente la cobardía es hermana de la crueldad. Suero tio de los mozos, en quien por la edad era justo hobiera algo mas de consejo y de prudencia, atizaba el fuego en sus ánimos enconados. Concertado lo que pretendian hacer, dieron muestra de desear volver á la patria. Dióles el suegro licencia para hacello.

Concertada la partida, acompañado que hobo á sus hijas y yernos por algun espacio, se despidió triste de las que muchas lágrimas derramaban, y como de callada adivinaban lo que aparejado les esperaba. Con buen acompañamiento llegaron á las fronteras de Castilla, y pasado el rio Duero, en tierra de Berlanga les parecieron á propósito para ejecutar su mal intento los robledales llamados Corpesios, que estaban en aquella comarca. Enviaron los que les acompañaban, con achaques diferentes á unas y á otras partes: á sus mujeres sacaron del camino real, y dentro del bosque donde las metieron, desnudas, las azotaron cruelmente sin que les valiesen los alaridos y voces con que invocaban la fe y ayuda de los hombres y de los santos. No cesaron de herirlas hasta tanto que cansados las dejaron por muertas, desmayadas y revolcadas en su misma sangre. Desta suerte las halló Ordoño, el cual por mandado del Cid que se recelaba de algun engaño, en traje disimulado los siguió. Llevólas de allí, y en el aldea que halló mas cerca, las hizo curar y regalar con medicinas y comida. La injuria era atroz, la inhumanidad intolerable; y divulgado el caso, los infantes de Carrion cayeron comunmente en gran desgracia. Todos juzgaban por cosa indigna que hobiesen trocado be-



Sepulcro del Cid.

neficios tan grandes con tan señalada afrenta y deslealtad. Finalmente los que antes sabian poco, comenzaron á ser en adelante tenidos por de seso menguado y sandíos. El Cid con deseo de satisfacerse de aquel caso, y volver por su honra, fue á verse con el rey. Teníanse á la sazon en Toledo córtes generales, y hallábanse presentes los infantes de Carrion, bien que afeados y infames por hecho tan malo. Tratóse el caso, y á pedimento del Cid señaló el rey jueces para determinar lo que se debia hacer. Entre los demás era el principal don Ramon Borgoñón yerno del rey. Ventilóse el negocio: oidas las partes, se cerró el proceso. Fue la sentencia primeramente que los infantes volviesen al Cid enteramente todo lo que dél tenian recebido en dote, piedras preciosas, vasos de oro y de plata, y todas las demás preseas de grande valor. Acordaron otrosí que para descargo del agravio combatiesen y hiciesen armas y campo, como era la costumbre de aquel tiempo, los dos infantes y el principal movedor de aquella trama Suero su tio. Ofreciéronse al combate de parte del Cid tres soldados suyos hombres principales, Bermudo, Antolin y Gustio. Los infantes acosados de su mala conciencia no se atrevian á lo que no podian escusar: dijeron no estar por entonces apercebidos, y pidieron se alargase el plazo. El Cid se fue á Valencia, ellos á sus tierras. No paró el rey hasta tanto que hizo que la estacada y pelea se hiciese en Carrion, y esto por tener entendido que no volverian á Toledo. Fueron todos en el palenque vencidos, y por las armas quedó averiguado haber cometido mal caso. Hecho esto, los vencedores se volvieron para su señor á Valencia.

Las hijas del Cid casaron, doña Elvira con don Ramiro hijo del rey don Sancho García de Navarra, al que mató su hermano don Ramon, como queda arriba dicho; y doña Sol con don Pedro hijo del rey de Aragon llamado tambien don Pedro, que por sus embajadores las pidieron y alcanzaron de su padre. De don Ramiro y doña Elvira nació Garci Ramirez rey que fue adelante de Navarra. Don Pedro falleció en vida de su padre sin dejar sucesion. Con estas bodas y con su alegría se olvidó la memoria de la afren-

ta y injuria pasada, y se aumentó en gran manera el contento que recibiera el Cid muy grande por la venganza que tomó de sus primeros yernos.

La fama de las hazañas del Cid, derramada por todo el mundo, movió en esta sazon al rey de Persia á enviarle sus embajadores. Esto hizo mayor y mas colmado el regocijo de las fiestas; que un rey tan poderoso de su voluntad desde tan lejos pretendiese confederarse y tener por amigo un caballero particular. A vista de Valencia por dos veces en diversos tiempos se dió batalla al rey Bucar que de Africa pasara en España, y por el esfuerzo del Cid y su buena dicha fueron vencidos los bárbaros, y se conservó la posesion de aquella ciudad por toda su vida, que fueron cinco años despues que la ganó. Llegó la hora de su muerte en sazon que estaba el mismo Bucar con un nuevo ejército de moros sobre la ciudad. Visto el Cid, que muerto él, no quedaban bastantes fuerzas para defendella, mandó en su testamento que todos hechos un escuadron se saliesen de Valencia y volviesen á Castilla. Hízose así: salieron varones, mujeres, niños y gran carruaje y los estandartes enarbolados. Entendieron los moros que era un grueso ejército que salia á darles la batalla: temieron del suceso y volvieron las espaldas. Debíase á la buena dicha de varon tan señalado que á los que tantas veces en vida venció, despues de finado tambien les pusiese espanto y los sobrepujase.

Los cristianos continuaron su camino sin reparar hasta llegar á la raya de Castilla. Con tanto Valencia por quedar sin alguna guarnicion volvió al momento á poder de moros. Al partirse llevaron consigo los que se retiraban, el cuerpo del Cid, que enterraron en San Pedro de Cardeña, monasterio que está cerca de Burgos (1). Las exequias fueron reales: halláronse en ellas el rey don Alonso y los dos yernos del Cid: cosa muy honrosa pero debida á tan grandes merecimientos y hazañas. Algunos tienen por fabulosa gran parte desta narracion: yo tambien muchas mas cosas traslado que creo, porque ni me atrevo á pasar en silencio lo que otros afirman, ni quiero poner por cierto en lo que tengo duda, por razones que á ello me mueven y otros las ponen. En el templo de San Pedro de Cardeña se muestran cinco lucillos del Cid (2), de doña Jimena su mujer, de sus hijos don Diego, doña Elvira, y doña Sol. Si por ventura no son sepulcros vacios que en griego se llaman cenotafios, á los menos algunos dellos, que adelante los hayan puesto en señal de amor y para perpetuar sus memorias como suele acontecer muchas veces, que levantan algunos sepulcros en nombre de los que allí no están enterrados.

CAPITULO V.

Cómo fallecieron el papa Urbano, el rey Juzéph y el infante don Sancho.

Gran daño recibieron con la muerte del Cid las cosas de los cristianos por faltar aquel noble caudillo, con cuyo esfuerzo se conservaron en tiempo tan trabajoso y en tan grande revuelta de temporales. La virtud del difunto, la gravedad, la constancia, la fe, el cuidado de defender la Religion Cristiana y ensanchalla ponen admiracion á todo el mundo. Del año en que murió, no concuerdan los autores, ni es fácil anteponer los unos, ni la una opinion á la otra: parece mas probable que su muerte cayó en el año del Señor de 1098. En el mismo año el pontífice Urbano trabajado con olas de diferentes cuidados por el scisma que Giberto, falso pontífice levantó en tan mala sazon, para llegar ayudas de todas partes fue á Salerno con deseo de verse con Rogerio conde de Sicilia, y valerse dél; cuya piedad y reverencia para con los romanos pontífices se alaba mucho por aquel tiempo, demás que por sus hazañas era muy esclarecido. Por estas obras y servicios que á la Iglesia hizo, le concedió á él y á sus herederos que en Sicilia tuviesen las veces de legado apostólico y toda la autoridad que hoy llaman monarquía. Desta bula porque es muy notable, y provechoso que públicamente se sepa, y porque sobre este derecho han resultado grandes controversias á los reyes de España, pondremos aquí un traslado en lengua castellana, que dice así: «Urbano obispo siervo de los »siervos de Dios al carísimo hijo Rogerio conde de »Calabria y de Sicilia salud y apostólica bendicion. »Porque la dignacion de la Magestad Soberana te ha »exaltado con muchos triunfos y honras, y tu bon»dad en las tierras de los sarracenos ha dilatado mu»cho la Iglesia de Dios, y á la Santa Silla Apostólica »se ha mostrado siempre en muchas maneras devota, »te hemos recebido por especial y carísimo hijo de la »misma universal Iglesia. Por tanto confiados de la »sinceridad de tu bondad, como lo prometimos de »palabra así bien lo confirmamos con autoridad des»tas letras, que por todo el tiempo de tu vida ó de tu »hijo Simon ó de otro que fuere tu legítimo herede»ro no pondremos en la tierra de vuestro señorío sin »vuestra voluntad y consejo legado de la iglesia Ro»mana; antes lo que hobiéremos de hacer por lega»do, queremos que por vuestra industria en lugar »de legado se haga todas las veces que os enviaremos »de nuestro lado, para salud es á saber de las iglesias »que estuvieren debajo de vuestro señorío, á honra »de San Pedro y de su Santa Sede Apostólica, á la »cual devotamente hasta aquí has obedecido, y á la »cual en sus necesidades has fuerte y fielmente »acorrido. Si se celebrare otrosí concilio, y te man»dare que envies los obispos y abades de tu tierra, »queremos envies cuantos y cuales quisieres, los de»más retengas para servicio y defensa de las iglesias. »El omnipotente Dios enderece tus obras en su bene»plácito, y perdonados tus pecados, te lleve á la vida »eterna. Dado en Salerno por mano de Juan diácono »de la santa iglesia Romana á tres de las nonas de »julio, indiccion siete del pontificado del señor Ur»bano Segundo año onceno.» Gaufredo monge que trae esta bula, escribió su historia á peticion del mismo conde Rogerio. La indiccion ha de ser seis para que concierte con el año que pone del pontificado y con el de Cristo que señalamos. Esto en Italia.

En España por concesion del mismo pontífice la silla y nombre episcopal de Iria (que es el Padron) se mudó en el nombre y cátedra compostellana ó de Santiago, y en particular la eximió de la jurisdiccion del arzobispo de Braga. Lo uno y lo otro se impetró por diligencia de Dalmachio obispo de aquella ciudad, que por esta causa es contado por primero en el número de los obispos de Compostella. El rey don Alonso, aunque agravado con la edad, de tal manera se ocupaba en el gobierno que nunca se olvidaba del cuidado de la guerra; antes por estos tiempos algunas veces hizo entradas en tierras de moros y correrías por los campos de Andalucía, mayormente que Juzéph dado que hobo órden en las cosas del nuevo imperio de España, se volvió á Africa, y con su ausencia pareció que los cristianos por algun espacio cobraron aliento. Deste sosiego se aprovechó el rey para hermosear y ensanchar el culto de la religion en diversos lugares y de muchas maneras. En Toledo

(1) Segun el *Cronicon de Burgos*, *los Anales compostellanos y toledanos* el Cid murió en el año 1099, dia de Pentecostés.

(2) La grande importancia tradicional, en mucho fabulosa, de este personaje nos interesa en presentar aquí el sepulcro de San Pedro de Cardeña en que se supone sin fundamento existen sus restos. La pieza que ahora hace de cornisa en que está la inscripcion es parte de la obra de Alonso el Sabio; el cuerpo del enterramiento de Carlos V; la estátua y el basamento de Felipe V.

edificó á los monges de San Benito un monasterio con título de los santos Servando y Germano en un montecillo ó ribazo de piedra que está enfrente de la ciudad, no lejos de do al presente se ve el edificio de un castillo viejo del mismo nombre: otros dicen que le reparó, y que en tiempo de los godos fue primero edificado: la verdad es que le sujetó al monasterio de San Victor de Marsella de do vino por moralle entonces aquella nueva colonia y poblacion de monges.

Dentro de la ciudad á costa del rey se edificaron dos monasterios de monjas, uno con nombre de San Pedro en el sitio en que al presente está el hospital del cardenal don Pero Gonzalez de Mendoza, el otro con advocacion de Santo Domingo de Silos, que en este tiempo se llama Santo Domingo el antiguo. En la ciudad de Burgos edificó fuera de los muros otro monasterio con nombre de San Juan: hoy se llama San Juan de Burgos. Dió asimismo licencia á Fortun abad de otro nuevo monasterio (que por aquel tiempo se llamaba de San Sebastian, y era muy principal en Castilla la Vieja (1): despues se llamó de Santo Domingo de Silos por haber este santo en él vivido y muerto santísimamente) de edificar un pueblo cerca del dicho monasterio, que en nuestro tiempo es de ciento y setenta vecinos, aunque los muros tienen anchura y capacidad para mas, y es del duque de Frias hoy condestable de Castilla. El año siguiente de 1099 fue señalado por la muerte del pontífice Urbano, y por la toma de la ciudad de Jerusalén que la ganaron los soldados cristianos. Sucedió por la muerte de Urbano el cardenal Raynerio persona de grande bondad y esperiencia, que por su predecesor fue enviado por legado en España. Tomó nombre de Pascual Segundo. Este en el tiempo de su pontificado concedió á la iglesia de Santiago que á imitacion de la magestad romana tuviese siete canónigos cardenales, y los obispos de aquella iglesia usasen del palio, insignia de mayor autoridad que la ordinaria de los otros obispos.

El año que luego se siguió, es á saber el de 1100 fue no menos alegre para los cristianos por la muerte de Juzeph que por espacio de doce años tuvo el imperio de los moros en España, y el de Africa como treinta y dos, que aciago y desgraciado por la muerte que en él sucedió del infante don Sancho (2). Era su ayo por mandado del rey don Alonso su padre don García conde de Cabra: criábale como á sucesor que habia de ser de reino tan principal. La desgracia sucedió desta manera. Alí sucesor de Juzeph deseando comenzar el nuevo imperio y ganar autoridad con alguna escelente hazaña y empresa, pasado el mar con un grueso ejército de moros que juntó en Africa, demás de otros que en España se le allegaron, entró por el reino de Toledo y llegó haciendo mal y daño hasta la misma ciudad: metió á fuego y á sangre sembrados, árboles, lugares, cautivó hombres y ganados.

El rey don Alonso por su gran vejez y por estar indispuesto, demás desto cansado de tantas cosas como habia hecho, no pudo salir al encuentro al enemigo bravo y feroz. Envió en su lugar sus gentes y por general al conde don García, y para que tuviese mas autoridad; quiso fuese en su compañía el infante don Sancho su hijo, dado que era de pequeña edad. El se quedó en Toledo, donde en lo postrero de su edad residia muy de ordinario. Cerca de Uclés se dieron vista y juntaron los dos campos: ordenaron sin dilacion las haces: dióse la batalla de poder á poder, que fue grandemente desgraciada. Derribaron los moros al infante. Amparábale el conde don García con su escudo, y con la espada arredraba y aun detuvo por buen espacio los moros que lo rodeaban y acometian por todas partes. Su esfuerzo era tal que los contrarios desde lejos le combatian, mas ninguno se atrevia á llegársele. El amor singular que tenia al infante, y el despecho (grande arma en la necesidad) le animaban. Finalmente enflaquecido con las muchas heridas que le dieron los enemigos por ser tantos, cayó muerto sobre el que defendia. Este miserable desastre y muerte desgraciada dió luego á los bárbaros la victoria.

Cuánto haya sido el dolor del rey por tan gran pérdida, no hay para qué relatarlo: no le afligia mas la desgracia y pérdida del hijo, que el daño de la república cristiana por faltar el heredero de imperio tan grande, que era un retrato de las virtudes de su padre, y parecia haber nacido para hacer cosas honradas. Preguntó el rey cuál fuese la causa de tantos daños como de los moros tenian recebidos: fuéle respondido por cierta persona sabia que el esfuerzo de los corazones estaba en los soldados apagado con la abundancia de los regalos, holguras y ociosidad, los cuerpos enflaquecidos con el ocio y los ánimos con la deshonestidad, fruto ordinario de la prosperidad. Mandó pues quitar los instrumentos de los deleites, en particular derribar los baños, que eran muy usados á la sazon en España á imitacion y conforme á la costumbre de los moros. Alguna esperanza quedaba en don Alonso nieto del rey, que en doña Urraca hija del mismo rey dejó don Ramon su marido, mas era pequeño alivio del dolor, por la flaqueza de la madre y la edad deleznable del niño en ninguna manera bastantes para acudir á cosas tan grandes. Con estos cuidados se hallaba suspenso el ánimo del rey, de dia y de noche le aquejaba el dolor y el deseo de poner remedio en tantos daños.

CAPITULO VI.

De don Diego Gelmirez obispo de Santiago.

La iglesia de Santiago anduvo trabajada por este tiempo: grandes tempestades la combatian no de otra manera que la nave sin piloto ni gobernalle; llegó últimamente al puerto y á salvamento con la eleccion que se hizo de un nuevo prelado por nombre don Diego Gelmirez, hombre en aquella era prudente en gran manera, de grande ánimo y de singular destreza. Don Diego Pelayo en tiempo del rey don Sancho de Castilla fue elegido por prelado de la iglesia de Compostella, como queda dicho en otro lugar: era persona muy noble, mas bullicioso, inquieto y amigo de parcialidades. Hízole prender el rey don Alonso; que fue grande resolucion y notable, poner las manos en hombre consagrado. Deseaba demás desto privarle del obispado: era menester quien para esto tuviese autoridad, el cardenal Ricardo, que dijimos haberle el pontífice enviado á España por su legado, llamó los obispos para tener concilio en Santiago con intento que en presencia de todos se determinase aquel negocio. Presentado que fue Pelayo en el concilio, por miedo ó de grado renunció aquella dignidad; y para muestra que aquella era su determinada voluntad, hizo entrega en presencia del cardenal del anillo y báculo pontifical. Con esto fue puesto en su lugar Pedro abad Cardinense:

El pontífice Urbano, avisado de lo que pasaba, tuvo á mal la demasiada temeridad y priesa con que en aquel hecho procedieron. Al legado cardenal escribió y reprehendió con gravísimas palabras. Para el rey despachó un breve y carta deste tenor: «Urbano obispo siervo de los siervos de Dios al rey Alonso de

(1) El de San Juan estaba fundado desde 1085 y el otorgado á Fortun desde 1076.

(2) Juzeph murió á principios de *moharram*, que era el primer mes de la Egira 500, que comenzó en primero de setiembre del año de Cristo 1106; y el infante don Sancho murió en la batalla de Uclés, que se dió en la era 1146, de Cristo 108, mandada por Alí, hijo de Juzeph, que no entró á reinar hasta despues de la muerte de su padre.

»Galicia. Dos cosas hay, rey don Alonso, con que »principalmente este mundo se gobierna, la dignidad »sacerdotal y la potestad real. Pero la dignidad sa»cerdotal, hijo carísimo, en tanto grado precede á la »potestad real que de los mismos reyes hemos de dar »razon al Rey de todos. Por ende el cuidado pastoral »nos compele no solo á tener cuenta con la salud de »los menores sino tambien de los mayores en cuanto »pudiéramos, para que podamos restituir al Señor »sin daño, cuanto en nosotros fuere, su rebaño que »él mismo nos ha encomendado; principalmente de»bemos mirar por tu bien, pues Cristo te ha hecho »defensor de la fe cristiana y propagador de su igle»sia. Acuérdate pues, acuérdate hijo mio muy ama»do, cuánta gloria te ha dado la gracia de la divina »Magestad; y cómo Dios ha ennoblecido tu reino so»bre los otros, así tu has de procurar servirle entre »todos mas devota y familiarmente, pues el mismo »Señor dice por el Profeta: A los que me honran, »honraré, los que me desprecian serán abatidos. »Gracias pues damos á Dios que por tus trabajos la »iglesia toledana ha sido librada del poder de los »sarracenos; y á nuestro hermano el venerable Ber»nardo, prelado de la misma ciudad, convidado por »tus amonestaciones recibimos digna y honradamen»te, y dándole el pálio, le concedimos tambien el »privilegio de la antigua magestad de la iglesia tole»dana, porque ordenamos que fuese primado en to»dos los reinos de las Españas: y todo lo que la iglesia »de Toledo se sabe haber tenido antiguamente, ahora »tambien por liberalidad de la sede apostólica hemos »determinado que para adelante lo tenga. Tú le oirás »como á padre carísimo, y procura obedecer á todo »lo que te dijere de parte de Dios; y no dejarás de »exaltar su iglesia con ayuda y beneficios tempo»rales. Pero entre los demás pregones de tus alaban»zas ha venido á nuestras orejas lo que sin grave do»lor no hemos podido oir, esto es que el obispo de »Santiago ha sido por tí preso, y en la prision de»puesto de la dignidad episcopal: desórden que por »ser de todo punto contrario á los cánones, y que las »orejas católicas no lo sufren, tanto mas nos ha con»tristado cuanto es mayor la aficion que tenemos. »Pues, rey gloriosísimo don Alonso, en lugar de Dios »y de los apóstoles rogándotelo mandamos que res»tituyas enteramente por el arzobispo de Toledo al »mismo obispo en su dignidad, y no te escuses con »que por Ricardo cardenal de la sede apostólica se »hizo la deposicion, porque es contrario de todo »punto á los cánones, y Ricardo por entonces no te»nia autoridad de legado de la sede apostólica: lo »que él pues hizo entonces que Victor papa de sana »memoria Tercero le tenia privado de la legacía nos »lo damos por de ningun valor. En remision pues de »los pecados, y obediencia de la sede apostólica res»tituye el obispo á su dignidad: venga él con tus »embajadores á nuestra presencia para ser juzgado »canónicamente, que de otra manera nos forzarás »á hacer con tu caridad lo que no querríamos. Acuer»date del religioso príncipe Constantino, que ni aun »oir quiso el juicio de los sacerdotes, teniendo por »cosa indigna que los dioses fuesen juzgados de los »hombres. Oye pues en nosotros á Dios y á sus após»toles, si quieres ser oido dellos y de nos en lo que »pidieres. El Rey de los reyes, señor, alumbre tu co»razon con el resplandor de su gracia, te dé victorias »ensalze tu reino, y de tal madera conceda que siem»pre vivas, y de tal suerte del reino temporal gozes »felizmente, que en el eterno para siempre te alegres, »amen.» Sucedió todo esto el año primero del pontificado de Urbano II que cayó en el año del Señor de mil y ochenta y ocho.

En lugar de Ricardo vino el cardenal Raynerio por legado en España, este juntó un concilio en Leon, en que depuso á Pedro de la dignidad en que fue puesto contra las leyes y por mal órden; pero no se pudo alcanzar que Pelayo fuese restituido en su libertad y en su iglesia: solamente por medio de don Ramon yerno del rey; que á la sazon vivia, se dió traza que á Dalmachio monge de Cluñi, y por el mismo caso grato al pontífice que era de la misma órden, se diese el obispado de la iglesia de Compostella. Este prelado fue al concilio general que se celebró en Claramonte en razon de emprender la guerra de la Tierra Santa. Allí alcanzó que la iglesia de Compostella fuese exenta de la de Braga, y quedase sujeta solamente á la Romana: en señal del privilegio se ordenó que los obispos de Santiago no por otro que por el romano pontífice fuesen consagrados. No se pudo alcanzar por entonces del papa que le diese el pálio, aunque para salir con esto el dicho Dalmachio usó de todas las diligencias posibles. La luz y alegría que con esto comenzó á resplandecer en aquella iglesia, en breve se escureció, porque con la muerte de Dalmachio hobo nuevos debates.

Pelayo suelto de la prision se fue á Roma para pedir en juicio la dignidad de que injustamente como él decia fuera despojado. (1) Duró este pleito cuatro años hasta tanto que Pascual romano pontífice pronunció sentencia contra Pelayo. Con esto los canónigos de Santiago trataron de hacer nueva eleccion. Vinose á votos. Diego Gelmirez en sede vacante hizo el oficio de vicario: en él dió tal muestra de sus virtudes, que ninguno dudaba sino que si vivia, era á propósito para hacelle obispo. Fue así que sin tener cuenta con los demás canónigos, por voluntad de todos salió electo el primer dia de julio. Alcanzó otrosí del papa que á causa de las alteraciones de la guerra y de los trabajos pasados y que amenazaban por causa de los moros, se consagrase en España. Demás desto con nueva bula concedió que en Santiago hobiese, como arriba se dijo, siete canónigos cardenales á imitacion de la iglesia Romana: estos solos pudiesen decir misa en el altar mayor, y acompañar al prelado en las procesiones y misa con mitras. Don Diego Gelmirez animado con este principio con deseo de acrecentar con nuevas honras la iglesia que le habian encargado, fue á Roma y aunque muchos lo contradijeron, últimamente alcanzó del pontífice el uso del pálio: escalon para impetrar la dignidad, nombre y honra de arzobispo, que le concedió á él y á su iglesia Calixto pontífice romano algunos años adelante como se verá en otro lugar. Estas cosas dado que sucedieron en muchos años me pareció juntallas en uno, tomadas todas de la historia Compostellana.

CAPITULO VII.

De la muerte de los reyes don Pedro el Primero de Aragon, y don Alonso el Sesto de Castilla.

La perpetua felicidad del rey de Aragon y su valor hizo que los moros no se pudiesen mucho por aquellas partes alegrar con la fama del estrago que se hizo de cristianos en Castilla. A la verdad las armas de los aragoneses en aquella parte de España prevalecian, y los moros no les eran iguales. Habíanles quitado un castillo cerca de Bolea llamado Galasanz, y á Pertusa muy antiguo pueblo en los Ilergetes á la ribera del rio Canadre. Demás desto recobraron la ciudad de Barbastro, que era vuelta á poder de moros. Poncio obispo de Roda enviado por el rey á Roma alcanzó

(1) Se acusaba á este obispo de que tenia tratos secretos para entregar el reino de Galicia al rey de Inglaterra, duque de Normandia. De paso diremos que en estas ocasiones de vacante de los obispados de España el rey nombraba personas seglares que administraran las rentas de los obispados, con aplicacion de ellas al fisco, porque habiendo salido de la corona estas rentas para mantener á los obispos, en su muerte usaba la corona del derecho de reversion, para aprovecharse de ellas por el tiempo de la vacante.

del pontífice que él y sus sucesores, mudado el apellido y la silla obispal, con retencion de lo que antes tenia, se intitulasen obispos de Barbastro. La principal fuerza de los cristianos y de la guerra se enderezaba contra los de Zaragoza, la cual ciudad quitada á los descendientes de los reyes antiguos, era venida á poder de los Almoravides. Los reyes que en aquella ciudad antes desto reinaron, eran estos: el primero Mudir, despues Hiaya, el tercero Almudafar; y de otro linaje Zulena, Hamas, Juzeph, Almazacin, Abdelmelich y su hijo Hamas por sobrenombre Almuzacayto, á quien los almoravides quitaron el reino. Esto en España.



Doña Urraca.

En la Francia Atho, que despues de la muerte de don Ramon conde de Barcelona padre de Arnaldo se habia apoderado como desleal de la ciudad de Carcasona, cuyo gobierno tenia, sin reconocer al verdadero señor, fue por conjuracion de los ciudadanos lanzado de la ciudad, y ella reducida á la obediencia de sus señores antiguos el año de 1102. En el mismo año Armengol conde Urgél fue por los moros muerto en Mallorca, do pasó con deseo de mostrar su valor: por donde le dieron renombre de Baleárico que es en castellano mallorquin. Era señor en Castilla la Vieja de Valladolid (pueblo que se cree los antiguos romanos llamaron Pinzia) Peranzules, persona en riquezas, aliados y linaje muy principal aunque vasallo del rey don Alonso: su mujer se llamó Eló. Casó Armengol con doña María hija de Peranzules; y della dejó un hijo, cuya tierna edad y su estado gobernó su abuelo Peranzules, y á su tiempo le casó con una señora principal llamada Arsenda.

El año cuarto deste siglo y centuria, de Cristo 1104, fue desgraciado por la muerte de tres personajes muy grandes. Don Pedro hijo del rey de Aragon y su hermana doña Isabel murieron en un mismo dia á diez y ocho de agosto: el mismo rey sea por la pena que recibió y dolor de la muerte de sus hijos, ó por otra enfermedad y accidente que le sobrevino, falleció el mes siguiente á veinte y ocho de setiembre. Fue sepultado en San Juan de la Peña. El pontífice Urbano concedió á este rey don Pedro y á sus sucesores y grandes del reino al principio de la guerra de la Tierra Santa, que llevasen los diezmos y rentas de las iglesias que de nuevo se edificasen ó quitasen á los moros, sacadas solamente aquellas iglesias en que estuviesen las sillas de los obispos: tan grande era el deseo de desarraigar aquella gente impía, que no parece consideraban bastantemente cuántos inconvenientes para adelante podria traer aquella liberalidad. La tristeza que en Aragon por aquellas tres muertes toda la provincia recibió muy grande y casi sin par, en gran parte la alivió la esperanza que de don Alonso hermano del rey difunto tenian concebida en sus ánimos, que luego le sucedió en el reino y en la corona. Su reinado fue largo, la fama de las cosas que hizo grande, su buena andanza, gravedad, constancia, fe, destreza en la guerra, y el señorío que alcanzo muy mas ancho que el de sus pasados; en particular el segundo año de su reinado casó con doña Urraca hija del rey don Alonso de Castilla. Hizo el rey este casamiento en desgracia de los grandes del reino que lo llevaban mal, y pretendieron desbaratarle y persuadir al rey, que se hallaba flaco por la vejez y enfermedades y que apenas podia vivir, que eria mas acertado la diese por mujer á don Gomez conde de Candespina, que en riquezas y poder se aventajaba á los demás señores de Castilla.

Todos estrañaban mucho, como es ordinario, llamar algun príncipe extranjero. Esto deseaban y trataban entre sí, mas cada uno temia de decirlo al rey y llevalle este mensaje por no caer en su desgracia. Encomendáronse á un cierto médico judío, de quien el rey se servia mucho y familiarmente con ocasion que le curaba sus enfermedades. Mandáronle que esperase buena coyuntura, y que propusiese esta demanda con las mejores palabras que supiese. El rey para desenfadarse se salió á la sazon de Toledo, y se entretenia en Magan, aldea cerca de aquella ciudad: otros dicen que en Mascaraque. El judío hallada buena ocasion, hizo lo que le era mandado: alteróse el rey en gran manera que los grandes tomasen tanta autoridad y mano que pretendiese casar á su hija á su albedrío. Fue en tanto grado este disgusto que mandó al médico que para siempre no entrase en su casa ni le viese mas, y luego por amonestacion del arzobispo don Bernardo que no se apartaba de su lado, dió priesa á las bodas de su hija y de don Alonso rey de Aragon, que se hicieron en Toledo con aparato real y maravillosa pompa el año de 1106.

El rey un poco recreado con esta alegria, y con deseo de vengar el dolor que recibió por la muerte de su hijo, demás desto porque no quedase aquella afrenta y mengua del ejército cristiano sin enmienda, magüer que era de aquella edad, tomó de nuevo las armas. Entró por las tierras de Andalucía matando hombres y animales sin perdonar á las casas, sembrados y arboledas. Toda la provincia fue trabajada y padeció todos los daños que la guerra suele causar. Hecho esto, lo que le quedó de la vida, se estuvo en reposo sin tratar de otras empresas, á que le convidaba su larga edad, la grandeza del reino y la gloria de sus hazañas. Retiróse no solo de las cosas de la guerra, sino asimismo del gobierno por cuanto le

era lícito en tan gran peso de cuidados; procuraba empero que la ciudad de Salamanca y de Segovia, como lo dice don Lucas de Tuy, maltratadas por las guerras pasadas y yermas de moradores fuesen reparadas, fortificadas y adornadas. Peranzules que en aquella edad fue persona muy grave y muy sabia, fue ayo de doña Urraca en su menor edad, y al presente tenia el primer lugar en autoridad y privanza con el rey: era el que gobernaba los consejos de la paz y de la guerra; y solo entre todos parecia que con virtud y prudencia sustentaba el peso de todo el gobierno en el mismo tiempo que al rey cargado de años (ca vivió setenta y nueve) le apretó una enfermedad que le duró un año y siete meses, puesto que para mejorar cada dia por órden de los médicos salia á caballo á ejercitar el cuerpo y avivar el calor que faltaba. No prestó algun remedio por estar la virtud tan caida y la dolencia tan arraigada que vencia todo lo al, sin bastar medicinas algunas para darle salud. Agravósele finalmente de suerte que falleció en Toledo jueves primero de julio del año de nuestra salvacion de 1109, como lo testifica Pelagio Ovetense que pudo deponer de vista conforme al tiempo en que él vivió. Reinó despues de la muerte de su padre por espacio de cuarenta y tres años: fue modesto en las cosas prósperas, en las adversidades constante. Sufrió fuerte y pacientemente los ímpetus de la fortuna: grande loa, y la mayor de todas llevar lo que no se puede escusar, y estar apercebido para todo lo que á un hombre puede acontecer. Prudencia es proveer que no suceda: de ánimo constante sufrir fuertemente las mudanzas de las cosas humanas. La muchedumbre en especial popular se suele amedrentar fácilmente, y no son mayores los principios del temor que los remedios.

Muerto pues el rey don Alonso, con cuya vida parece se conservaba todo, los ciudadanos de Toledo, que por la mayor parte constaban de avenida de muchas gentes, trataron de desamparar la ciudad. Entretanto que este miedo se pasaba, y para asegurar los ánimos entretuvieron el cuerpo del rey veinte dias en la ciudad. Sosegado el alboroto, y perdido el miedo en parte, le llevaron á sepultar al monasterio de Sahagun junto al rio Cea. Acompañáronle Bernardo arzobispo de Toledo y otros señores principales. El aparato del entierro fue magnífico por sí mismo, y mas por las muy verdaderas lágrimas de todo el reino, que lloraban no mas la muerte del rey que su pérdida tan grande. Estas lágrimas y los desastres que se siguieron por la muerte de tan gran rey, las mismas piedras en Leon parece dieron á entender y las pronosticaron. Junto al altar de San Isidro en la peana, donde el sacerdote suele poner los piés cuando dice misa, las piedras no por las junturas sino por el medio manaron de suyo agua en espacio de ocho dias antes de la muerte del rey, los tres dellos es á saber interpoladamente con grande maravilla de todos los que presentes estaban. Pelagio dice aconteció en tres dias contínuos, jueves, viernes y sábado, y que los obispos y sacerdotes hicieron procesion para aplacar á Dios; y que se significó por aquel milagro el lloro de toda España, y las lágrimas que todos despedian en abundancia por la muerte de tan buen príncipe (1). En tiempo deste rey vivió en Burgos con gran crédito de santidad Lesmes de nacion francés, hombre de grande caridad, en particular se ejercitaba en hospedar los peregrinos: su memoria se celebra en aquella ciudad con fiesta que se le hace cada un año, y templo que hay en su nombre.

A cuatro leguas de Nájara hacia vida muy santa un cierto hombre llamado Domingo, español de nacion, ó como otros quieren italiano: ocupábase en el mismo oficio de piedad, y mas especialmente en abrir caminos y hacer calzadas por las partes que los romeros iban á Santiago: así vulgarmente le llaman Santo Domingo de la Calzada. De la industria deste varon entiendo yo que se ayudó el rey don Alonso para fabricar las puentes, que como arriba se dijo procuró se levantasen desde Logroño hasta Santiago. Hay un templo edificado en nombre deste santo varon muy ancho, hermoso y magnífico, con una poblacion allí junto que despues vino á hacerse ciudad, que al principio fue de los obispos de Calahorra, despues de los reyes de España; hay un privilegio en esta razon del rey don Fernando el Santo. Demás desto cierto judío llamado Moisés, de mucha erudicion, y que sabia muchas lenguas, en lo postrero del reinado de don Alonso, abjurada la supesticion de sus padres, se hizo cristiano. El rey mismo fue su padrino en el bautismo, que fue ocasion de llamalle Pero Alonso: impugnó por escrito las sectas de los judíos y de los moros; y muchos de la una y de la otra nacion por su diligencia se redujeron á la verdad. Famosa debió de ser y notable la conversion deste judío, pues los historiadores de Aragon la atribuyen á don Alonso rey de Aragon: dicen que en Huesca á veinte y nueve de junio se bautizó el año de mil y ciento y seis, que don Esteban obispo de aquella ciudad hizo la ceremonia, y el padrino fue el rey mismo de Aragon. En este debate no queremos, ni aun podríamos dar sentencia por ninguna de las partes: cada cual por sí mismo siga lo que le pareciere mas probable.

CAPITULO VIII.

Del reinado de doña Urraca.

A la sazon que falleció don Alonso rey de Castilla, doña Urraca su hija á quien por derecho venia el reino estaba ausente en compaña de su marido, que no se fiaba de todo punto de las voluntades de los grandes de Castilla; sabia bien le fueron contrarios y procuraron desbaratar aquel casamiento: no queria meterse entre ellos, sino era acompañado de buen número de los suyos para todo lo que pudiese suceder, además que diversos negocios de su reino le entretenian para que no tomase posesion del nuevo y muy ancho reino que heredaba. Todas las cosas empero se enderezaban á la magestad del nuevo señorío. templábanse en los deleites, las deshonestidades de la reina con disimulacion se tapaban y cubrian; en que no sin grave mengua suya y de su marido andaba mas suelta de lo que sufria el estado de su persona. Pusiéronse en las ciudades y castillos guarniciones de aragoneses, todo con intento que los castellanos no se pudiesen mover ni intentar cosas nuevas; verdad es que á Peranzules, por tener grandes alianzas con entrambas naciones, en el entretanto se le encomendó el gobierno de Castilla. El tenia todo el cuidado universal, y gobernaba todas las cosas así las de la guerra como las de la paz: por sus consejos y prudencia parecia que todo se encaminaba bien. El poder no le duró mucho: la reina, mujer recia de condicion y brava, luego que llegó á Castilla (que su marido la envió delante) al que fuera razon tener en lugar de padre, le maltrató á sin razon, quitóle el gobierno, y juntamente le despojó de su estado propio. No hay cosa mas deleznable que la gracia de los príncipes: mas presto acuden á satisfacerse de sus desgustos que á pagar los servicios que les han hecho.

La ocasion que tomó para hacer este desaguisado, no fue mas de que en sus letras daba á don Alonso su marido título del rey de Castilla. Esto se decia en público: la verdad era que á la reina pesaba de haberse casado, porque el casamiento enfrenaba sus apetitos desapoderados y sin término; y como yo sospecho no podia sufrir las reprehensiones que aquel

(1) Don Pelagio era demasiado crédulo para los sucesos estraordinarios; y así no basta su autoridad para que creamos este milagro, como otros que nos ha contado Mariana.

varon gravísimo le daba por sus mal encubiertas deshonestidades. Esto dolia, aunque se tomó otra capa. Pesóle al rey que varon tan señalado fuese maltratado : que su inocencia y servicios y virtudes, porque se le debia antes galardon, fuesen tan mal recompensadas : restituyóle el estado que le habia sido quitado, y sus pueblos y hacienda. El por temer la ira de la reina se retiró al condado de Urgél, cuyo gobierno como queda dicho tenia á su cargo. Estos fueron principios de grandes alteraciones, y no podian las cosas estar sosegadas en tanta diversidad de voluntades y deseos, en especial estando la reina tan desabrida, y viviendo con tanta libertad.

Del Andalucía se movió nueva guerra, y nuevo peligro sobrevino. Fue así Hali rey moro avisado de la muerte del rey don Alonso, como quitado el freno entró por tierras de cristianos feroz y espantoso : llegó hasta Toledo, y cerca dél en los ojos y á vista de los ciudadanos abatió el castillo de Azeca y el monasterio de San Servando. Los campos y alquerías humeaban con el fuego que todo lo abrasaba. Pasó tan adelante que puso sitio sobre la misma ciudad, y por espacio de ocho dias la combatió con toda suerte de ingenios. Libróla de aquel peligro su sitio fuerte, y una nueva muralla que el rey don Alonso á lo mas bajo de la ciudad dejó levantada : demás desto el esfuerzo de Alvar Fañez, varon en aquel tiempo muy poderoso y muy diestro en las armas, cuyo sepulcro se ve hoy dia en el campo Sicuendense, que es parte de la Celtiberia, en que tenia el señorío de muchos pueblos. Los moros perdida la esperanza de apoderarse de aquella ciudad, á la vuelta que dieron á sus tierras, saquearon á Madrid y á Talavera, y les abatieron los muros : de todas partes llevaron grande presa y despojos. El rey de Aragon hacia prósperamente en sus tierras la guerra á los moros : ganó á Ejea pueblo principal de Navarra el año 1110. Demás desto cerca de Valterra venció en batalla á Abuhasalem que se llamaba rey de Zaragoza.

Hechas estas cosas, don Alonso á ejemplo de su suegro se llamó emperador de España : título que si se mira la anchura del señorío que tenia, no parece fuera de propósito por ser á la sazon el mas poderoso de los reyes que España despues de su destruicion habia tenido; pero imprudentemente, por tomar ocasion para aquel dictado del señorío ajeno y poco durable : en fin, ordenadas las cosas de Aragon, vino á Castilla el año siguiente, en que con afabilidad y clemencia procuraba conquistar las voluntades de los naturales. El por sí mismo oia los pleitos y hacia justicia, amparaba las viudas, huérfanos y pobres para que los mas poderosos no les hiciese agravio. Honraba á los señores, y acrecentábalos conforme á los méritos de cada cual, adornaba y enriquecia el reino de todas las maneras que él podia. Por este camino los vasallos se le aficionaban; solo el endurecido corazon de la reina no se domeñaba. Dió órden como se poblasen Villorado, Berlanga, Soria, Almazan, pueblos yermos y abatidos por causa de las guerras. Dió la vuelta á Aragon con intento, pues todo le sucedia prósperamente, de hacer la guerra de nuevo y con mayor atuendo á los moros. Sabia bien que debemos ayudarnos de la fama y de las ocasiones que se presentan, y que conforme á los principios sucede lo demás, cuando las cosas en Castilla se alteraron en muy mala sazon.

Don Alonso era pariente de doña Urraca su mujer en tercero grado de parte de padres, ca fue bisabuelo de ambos don Sancho el Mayor rey de Navarra. No estaba aun por este tiempo introducida la costumbre que por dispensacion de los papas se pudiesen casar los deudos; y así consideramos que diversos casamientos de príncipes se apartaron muchas veces como ilegítimos y ilícitos por este solo respeto. Esta causa pienso yo hizo que este rey don Alonso no se contase en el número de los reyes de Castilla acerca de los escritores antiguos; que no es justo con nuevas opiniones alterar lo que antiguamente tenian recebido y asentado, como lo hacen los que cuentan á este rey por seteno deste nombre entre los de Castilla, como quier que ningun derecho ni título pudo tener sobre aquel reino por quedar legítimo heredero del primer matrimonio, y ser el segundo ninguno contra las leyes eclesiásticas. Los desgustos pasaron tan adelante que la reina por su mala vida y torpe fue puesta en prision en el castillo llamado Castellar, de que con ayuda de los suyos salió y se volvió á Castilla : no halló la acogida que cuidaba, antes de nuevo los grandes la enviaron á su marido, y él la tornó á poner en la cárcel.

En este medio los señores de Galicia, do se criaba don Alonso hijo de doña Urraca, y por el testamento de su abuelo tenia el mando, hacian juntas y ligas entre sí para desbaratar lo que los aragoneses pretendian. Holgaban en particular haber hallado ocasion de apartar y dirimir aquel casamiento desgraciado, que contra la voluntad de la nobleza injustamente se hizo. Ponian por esta causa escrúpulos al pueblo: decian no ser lícito obedecer al que no era legítimo rey. Enviaron una embajada á Pascual Segundo pontífice romano, en que le daban cuenta de todo lo que pasaba. Ganaron dél un brebe (1), en que cometió el conocimiento de la causa á Don Diego Gelmirez obispo de Santiago; un pedazo del cual pareció se podia engerir en este lugar : «Pascual, siervo de los »siervos de Dios, al venerable hermano Diego obispo »Compostellano salud y apostólica bendicion. Para esto ordenó el omnipotente Dios que presidieses á su »pueblo, para que corrijas sus pecados, y anuncies »la voluntad del Señor. Procura pues segun las fuer»zas que Dios te da, corregir con conveniente casti»go tan grande maldad de incesto que ha cometido la »hija del rey, para que desista de tan gran presun»cion, ó sea privada de la comunion de la Iglesia y »del señorío seglar.»

Que hayan establecido los jueces señalados para remediar, ó por decir mejor para castigar aquel esceso no hay dello memoria, solo consta que desde aquel tiempo el rey don Alonso comenzó á tener acedía y embravecerse contra los obispos. El de Burgos y el de Leon fueron echados de sus iglesias, el de Palencia preso, el abad de Sahagun despojado de aquella dignidad, y en su lugar puesto fray Ramiro hermano del rey por su nombramiento y con su ayuda. Don Bernardo arzobispo de Toledo fue forzado á andar desterrado dos años fuera de su diócesi, no obstante la magestad sacrosanta y autoridad que representaba de legado apostólico y de primado de España. En el cual tiempo juntó y tuvo el concilio Palentino, cuya copia se conserva hasta hoy, y el Legionense con otros obispos y grandes, en particular se halló en estas juntas presente don Diego Gelmirez el de Santiago. Todos andaban con cuidado de sosegar y pacificar la provincia, porque las armas de Aragon y de Navarra se movian contra los gallegos, en que tomaron por fuerza el castillo de Monterroso. Verdad es que á instancia y persuasion de varones santos que se interpusieron, se apartó el rey de Aragon desta demanda y desistió de las armas. Todo procedia arrebatada y tumultuariamente sin considerar lo que las leyes permitian : los unos y los otros buscaban ayudas para salir con su intento. A los castellanos y gallegos se les hacia de mal ser gobernados por los aragoneses. El rey de Aragon pretendia á de-

(1) Parece que no fue para la disolucion del matrimonio de los reyes don Alonso y doña Urraca, sino de doña Teresa su hermana, condesa de Portugal, que despues de casada algun tiempo con don Bermudo Perez de Trastamára, se separó para casarse con don Fernando su hermano sin esperar la licencia del papa.

recho ó á tuerto conservar el reino de que se apoderara. Los que hacian resistencia eran echados de sus dignidades, despojados de sus bienes.

Los gallegos, pasado aquel primer miedo, hicieron liga con don Enrique conde de Portugal. Pasaron con esto tan adelante, que si bien el infante don Alonso era de pequeña edad, le alzaron por rey. En Compostella en la iglesia Mayor se hizo el auto: ungióle con el olio sagrado el prelado don Diego Gelmirez: ceremonia desusada en aquel reino, pero á propósito de dar mas autoridad á lo que hicieron. Pedro, conde de Trava, ayo de don Alonso, fue el principal movedor de todas estas tramas. Alteró mucho esta nueva y este hecho al rey de Aragon: hizo divorcio con la reina y con tanto la dejó libre y la soltó de Soria en cuyo castillo la tenia arrestada. Sin embargo atraido de la dulzura del mandar no dejaba el señorío que en dote tenia: demasía que á todos parecia mal. Los gobernadores de las ciudades y castillos como no les soltase el homenaje que le tenian hecho, quitado el escrúpulo y la obligacion, á cada paso se pasaban á la reina, y le juraban fidelidad. Lo mismo hizo Peranzules varon de aprobadas costumbres, y no obstante que todos aprobaban lo que hizo, cuidadoso de la fe que antes dió al rey de Aragon, se fue para él con un dogal al cuello para que puesto que imprudentemente se habia obligado á quien no debiera, le castigase por el homenaje que le quebrantara en entregar los castillos que dél tenia en guarda.

Alteróse al principio el rey con aquel espectáculo: despues amonestado de los suyos que en lo uno y lo otro aquel caballero cumplia muy bien con lo que debia, y que no le debia empecer su lealtad, al fin con mucha humanidad que le mostró, y con palabras muy honradas le perdonó aquella ofensa. Los demás grandes de toda Castilla se comunaban y ligaban por la salud y libertad de la patria, aparejados á padecer antes cualquier afan y menoscabo, que sufrir el señorío y gobierno aragonés. Don Gomez conde de Candespina, el que antes pretendió casar con la reina, y entonces por estar en la flor de su edad tenia mas cabida con ella de lo que sufria la magestad real y la honestidad de mujer, se ofrecia el primero de todos á defender la tierra, y hacer la guerra á los de Aragon: blasonaba antes del peligro. Don Pedro conde de Lara, su competidor en los amores de la reina, tenia el segundo lugar en autoridad y poderío. Discordes los capitanes, ni la paz pública se podia conservar, ni hacerse la guerra como convenia. Don Alonso rey de Aragon con un grueso ejército que juntó de los suyos, se metió en Castilla por la parte de Soria y de Osma, do se tendian antiguamente los arevacos. Acudieron á la defensa los grandes y ricos hombres, y el ejército de Castilla. Asentaron los unos y los otros sus reales cerca de Sepúlveda.

Resueltos de encontrarse, ordenaron las haces en esta forma: la vanguardia de los castellanos regia el conde de Lara, la retaguardia el conde don Gomez: el cuerpo de la batalla gobernaban otros grandes. El rey de Aragon formó un escuadron cuadrado de toda su gente. Dióse la señal de arremeter y cerrar. En el campo llamado de la Espina se trabó la pelea, que fue de las mas nombradas de aquel tiempo. El conde de Lara como quier que no pudiese sufrir el primer ímpetu y carga de los contrarios, volvió las espaldas y se huyó á Burgos, do la reina se hallaba con cuidado del suceso; hombre no menos afeminado que cobarde. Don Gomez con algo mayor ánimo sufrió solo la fuerza de los enemigos y peso de la batalla; y desbaratados los suyos, murió él mismo noblemente sin volver las espaldas: esta postrera muestra dió de su esfuerzo. Ni fue de menor constancia un caballero de la casa de Olea, alferez de don Gomez, que como lo hobiesen muerto el caballo y cortado las manos, abrazado el estandarte con los brazos, y á voces repitiendo muchas veces el nombre de Olea, cayó muerto de muchas heridas que le dieron. Don Enrique conde de Portugal mas por odio de la torpeza de la reina que por aprobar la causa del rey don Alonso, desamparado el partido de Castilla, se juntara con los aragoneses: ayuda que fue de gran momento para alcanzar la victoria. La confianza que destos principios los aragoneses cobraron, fue tan grande que pasado el rio Duero, por tierra de Palencia llegaron hasta Leon. Los campos, pueblos, aldeas, eran maltratados con todo el mal y daño que hacer podian.

Los principales de Galicia se rehicieron de fuerzas, determinados de probar otra vez la suerte de la batalla. Pelearon con todo su poder en un lugar entre Leon y Astorga llamado Fuente de Culebras. Sucedió la batalla de la misma manera que la pasada, prósperamente á los aragoneses, al contrario á los castellanos. Fue preso en la pelea don Pedro conde de Trava, persona de grande autoridad y poder, y que estaba casado con una hija de Armengol conde de Urgél llamada doña Mayor. El mozo rey don Alonso no se halló en esta pelea; que el obispo don Diego Gelmirez le sacó de aquel peligro y puso en parte segura: perdida la jornada, se fue al castillo de Orsilon, do estaba la reina su madre. Ninguna batalla en aquella era fue mas señalada ni mas memorable que esta, por el daño y estrago que della resultó á Castilla. Las ciudades de Nájara, Burgos, Palencia, Leon se rindieron al vencedor; sin embargo por no tener dinero para pagar los soldados, por consejo del conde de Portugal, metió la mano en los tesoros de los templos, que fue grave esceso, y aun le fue muy mal contado. San Isidro y otros santos con graves castigos que dél tomaron adelante, vengaron aquella injuria; juntóse el odio del pueblo, y palabras con que murmuraban de aquella libertad: decian que merecian ser severamente castigados los que metieron mano en los vasos sagrados y tesoros de las iglesias. La verdad es que desde este tiempo de repente se trocó la fortuna de la guerra.

Trabajaron los aragoneses primero el reino de Toledo, despues pasaron á cercar la ciudad de Astorga, porque fueron avisados que la reina con toda su gente se aparejaba para hacer la guerra por aquella parte. Traia Martin Muñon al rey de Aragon trecientos caballos aragoneses de socorro: cayó en una emboscada de enemigos, que le pararon, en que muertos y huidos los demás, él mesmo fue preso. El rey movido por este daño, y con miedo de mayor peligro por el poco número de gente que tenia á causa de los muchos que eran muertos, y por estar los demás repartidos en las guarniciones de los pueblos que ganara, se retiró á Carrion confiado en la fortificacion de aquella plaza. Allí fue cercado de los enemigos por algun tiempo hasta tanto que el abad Clusense, enviado por el pontífice para componer aquellas diferencias, con su venida alcanzó de los de la reina treguas de algunos dias, y no mucho despues que se levantase el cerco. Los soldados de Castilla asimismo, como levantados y juntados arrebatadamente, y sin concierto y capitan á quien todos reconociesen, ni sabian las cosas de la milicia, ni los podian detener en los reales largo tiempo.

Pasado este peligro, las armas de Aragon revolvieron contra la casa de Lara, contra sus pueblos y castillos. Por otra parte las gentes de la reina con un largo cerco que tuvieron sobre el castillo de Burgos, se apoderaron del, y echaron dende la guarnicion que tenia de aragoneses. El conde don Pedro de Lara como pretendiese casar con la reina, y se tratase no de otra suerte que si fuera rey, con la soberbia de sus costumbres y su arrogancia tenia alterados los corazones de muchos, que públicamente le odiaban. Andaban su nombre y el de la reina puestos afrentosamente en cantares y coplas. Pasó tan adelante esto

que en el castillo de Mansilla fue preso y puesto á recado por Gutierre Fernandez de Castro. Soltóse de la prision; pero fuéle forzoso por no asegurarse de los de Castilla que tanto le aborrecian, huirse muy lejos y no parar hasta Barcelona. Fue hijo de don Diego Ordoñez, el que retó á Zamora sobre la muerte del rey don Sancho (1), y sobre el caso hizo campo con los tres hijos de Arias Gonzalo.

Despues desto el infante don Alonso ya rey de Galicia con gran voluntad de todos los estados fue alzado por rey de Castilla. Erale necesario recobrar por las armas el reino que halló dividido en tres parcialidades y bandos: no menos tenia que hacer contra su madre que contra el padrastro, ni menos dolor ella recibió que su marido, de que su hijo hobiese sido alzado por rey, por tener entendido que en su acrecentamiento consistia la caida de ambos; juicio en que no se engañaban. Doña Urraca por miedo de la indignacion de su hijo, y por verse aborrecida de los suyos, determinó fortificarse en el castillo de Leon, confiada que por ser muy fuerte podria en él mantener el nombre de la reina y la dignidad real, sin embargo del odio grande que el pueblo la tenia. Pero como quier que el hijo se pusiese sobre aquel castillo, se concertaron que la reina (2) dejase á su hijo el reino, dádole con gran voluntad de los grandes y del pueblo, y á ella señalasen rentas con que pudiese pasar.

La razon de los tiempos no se puede fácilmente señalar á cada cual destas cosas por la diversidad que hay de opiniones: es maravilla en cosas no muy antiguas cuán á tienta paredes andan los escritores, que hace ser dificultoso determinar la verdad, tanto que aun no se sabe en qué año murió la reina doña Urraca; los mas dicen que como diez y siete años despues de la muerte de su padre: la verdad es que en tanto que vivió, tuvo poca cuenta con la honestidad. Algunos afirman que en el castillo de Saldaña falleció de parto: gran mengua y afrenta de España. Otros dicen que en Leon, tomado que hobo los tesoros de San Isidro que no era lícito tocarlos, reventó en el mismo umbral del templo: manifiesto castigo de Dios. Menos probabilidad tiene cierta hablilla que anda entre gente vulgar, es á saber que de la reina y del conde de Candespina nació un hijo por nombre don Fernando, al cual por su nacimiento y ser bastardo llamaron Hurtado. Añaden otrosí que fue principio del linaje que en España usa deste apellido, en nobleza muy ilustre, poderoso en rentas y en vasallos.

CAPITULO IX.

De la guerra de Mallorca.

Desta manera procedian las cosas en Castilla en el tiempo que á los moros de Mallorca y de Zaragoza acometieron las armas de muchas naciones que contra ellos se juntaron. Habia fallecido Giberto conde de la Proenza y de Aymillan en Francia: dejó á doña Dulce su hija por heredera, Don Ramon Berenguel conde de Barcelona marido de doña Dulce, príncipe poderoso y de grande señorío por lo que antes tenia y por aquel estado de su suegro que por su muerte heredó tan principal, determinó con las fuerzas de ambas naciones apoderarse de las islas Baleares, que son Mallorca y Menorca, desde donde los moros ejercitados en ser cosarios hacian robos y correrías en las riberas de España que está cercana, y tambien de Francia. Para llevar adelante este intento tenia necesidad de una gruesa y grande armada. Juntó en sus riberas la que pudo: principio de donde las armas de los catalanes comenzaron á ser famosas por la mar, cuyos señores por algun tiempo fueron con gran interés y fama. Pero como su armada no fuese bastante, él mismo pasó en persona á Génova y á Pisa, ciudades en aquella sazon poderosas por la mar. Convidóles á hacerle compañía en aquella guerra que trataba: púsoles delante los premios de la victoria, la inmortalidad del nombre, si por su esfuerzo los bárbaros fuesen echados de aquellas islas, de do como de un castillo roquero amenazaban y hacian daño á las tierras de los cristianos. Prometiéronle soldados y naves, y enviáronlos al tiempo señalado.

Juntados estos socorros con el ejército de los catalanes, pasaron á las islas. Fue la guerra brava, y dificultosa y larga, porque los moros desconfiados de sus fuerzas, con astucia alzadas las vituallas, y tomados los pasos, parte se fortificaron en los pueblos y castillos, parte se enriscaron en los montes sin querer meterse al peligro de la batalla. Consideraban los varios y dudosos trances que traen consigo las guerras, y que los enemigos se podrian quebrantar con la falta de lo necesario, con enfermedades, con la tardanza; cosas que de ordinario suelen sobrevenir á los soldados. La constancia de los nuestros venció todas las dificultades; y la ciudad principal por fuerza, y á escala vista se entró en la isla de Mallorca el año 1115. Murió en aquella jornada Raimundo ó Ramon prelado de Barcelona. Sucedió en su lugar Oldegario, al cual poco despues por muerte de Berengario arzobispo de Tarragona pasaron á aquella iglesia. Ganada la ciudad, parecia seria fácil lo que restaba de conquistar. En esto vino aviso que los moros en tierra firme quier con intento de robar, quier por forzar al conde se retirase de las islas, con gente que echaron en tierra de Barcelona, habian henchido toda aquella comarca de miedo, temblor y lloro, tanto que sitiaron la misma ciudad.

Esta nueva puso en grande cuidado al conde sobre lo que debia hacer, y en mucha duda: por una parte el temor de perder lo suyo, por otra el deseo de concluir aquella guerra le aquejaban y traian en balanzas; venció empero el miedo del peligro y los ruegos de los suyos. Dejó encargadas las islas á los ginoveses, y él pasó á tierra firme. Los bárbaros sin dilacion alzaron el cerco: siguiéronlos, venciéronlos y desbaratáronlos cerca de Martorel: fue la pelea mas á manera de escaramuza y de tropel que ordenadas las haces. La alegría desta victoria hicieron que fuese menor dos incomodidades: la una que los ginoveses con el oro que les dieron los moros, se partieron de las islas y se las dejaron, como afirman los escritores catalanes, que en las historias de los ginoveses ningnna mencion hay desta jornada; la otra que en la Gallia Narbonense se perdió la ciudad de Carcasona. Poco antes deste tiempo Athon se apoderó de aquella ciudad sin otro derecho mas de la fuerza. Era en su gobierno cruel y feroz. Movidos desto los ciudadanos se conjuraron contra él, y echado, restituyeron el señorío de la ciudad al conde de Barcelona cuya era de tiempo antiguo, como antes queda mostrado. Athon con el ayuda de Guillen conde de Potiers forzó á los ciudadanos que se le rindiesen. Rugerio hijo mayor de Athon entrado que hobo en la ciudad, hizo que todos rindiesen las armas: como obedeciesen y las dejasen, mandólos á todos matar.

La crueldad que en los miserables se ejercitó, fue estraordinaria con toda muestra de fiereza, y soberbia inhumana. Muchos que pudieron salvarse, se fueron á Barcelona. A ruego dellos el conde Ramon Arnaldo Berenguel con ejército se metió por la Francia. Pusiéronse de por medio varones buenos y santos: pesábales que las fuerzas deste buen príncipe con aquella guerra civil se divirtiesen de la guerra

(1) Está probado que don Pedro de Lara fue hijo de don Gonzalo Nuñez.

(2) Segun la historia Compostellana, fue un reparto de territorio el convenio, y así es que en algunos documentos doña Urraca se titula reina de Leon, y su hijo don Alonso, rey de Toledo.

sagrada. Concertóse la paz de esta manera: que lo que Athon habia prometido á Guillen conde de Potiers de serle él y sus descendientes sus feudatarios, mudado el concierto, poseyesen aquella ciudad, pero como en feudo de los condes de Barcelona. Fue este Guillen conde de Potiers hombre que procuraba ocasion de aumentar su señorío, trabar unas guerras de otras, aunque fuesen con daño ajeno, sin ningun cuidado de lo que era honesto y de la fama. Así despues que Ramon conde de Tolosa partió á la guerra de la Tierra Santa, como arriba queda dicho, se apoderó con las armas de todo lo que aquel príncipe tenia en Francia: hombre desapoderado, y que no temia á Dios ni los juicios de los hombres.

Beltran hijo de don Ramon por este tiempo despues de gastados tantos años en la guerra, desde la Tierra Santa en que tenia el señorío de Trípol, y en cuyo cerco le mataron á su padre con una saeta que del adarbe le tiraron, dió la vuelta á su patria. No tenia esperanza que el de Potiers vendria en lo que era razon. Comenzó á tratar con los príncipes comarcanos cómo podria recobrar el antiguo estado de su padre. En lo demás no halló ayuda bastante. Acordó acudir á don Alonso rey de Aragon de cuyas proezas y virtudes se decian grandes cosas: demás qué la amistad trabada de tiempo atrás entre aquellas dos casas y el deudo le obligaba á no desampararle. ¡Qué grande maldad! El que perdido su padre y la flor de su edad en la guerra sagrada, tan lejos de su patria se pusiera á tantos trabajos y peligros, sin embargo despojado de su tierra y de su estado fue forzado á pedir ayuda, y acudir y hacer recurso á la misericordia de otros. Recibióle aquel rey benignamente en Barbastro. Allí tuvieron su acuerdo; y el conde se hizo feudatario de Aragon por los estados de Rodas, de Agde ó Agathense, de Cahors, de Albi, de Narbona y de Tolosa y otras ciudades comarcanas á las sobredichas, á tal empero que por las armas de Aragon él y sus descendientes fuesen restituidos y amparados en los estados de que estaban despojados.

Hízose esta avenencia el año del Señor de 1116, bien que don Beltran no fue restituido á causa que el poder de los condes de Potiers era grande, y las fuerzas de Aragon estaban divididas parte en la guerra civil contra Castilla, parte en la que con mejor acuerdo se hacia contra los moros. Verdad es que pasados algunos años don Alonso Jordan hermano de don Beltran, del Castillo de Tolosa en que le tenia preso el conde de Potiers, fue por aquellos ciudadanos sacado para hacerle señor de aquella ciudad, y echado della por fuerza Guillen Morello, que tenia aquel gobierno por el dicho conde de Potiers. Los decendientes de don Alonso fueron su hijo Raimundo ó Ramon, su nieto Raimundo, y su bisnieto, y tataranieto, que se llamaron tambien Raimundos, y tuvieron el señorío de aquella ciudad hasta tanto que Juana hija del postrer Raimundo por falta de hijos varones casó con Alonso conde de Potiers. Deste casamiento no quedó sucesion alguna: por donde San Luis rey de Francia hermano del dicho conde de Potiers por su muerte juntó con lo demás de su reino los estados y condados de Potiers y de Tolosa, segun que en el casamiento de aquella señora lo capitularan.

CAPITULO X.

De la guerra de Zaragoza.

Confinaban con el señorío de don Alonso rey de Aragon las tierras de Zaragoza, muy poderosa y fuerte ciudad por su nobleza, riqueza y grandeza. Los moradores della hacian ordinarias correrías y cabalgadas en los campos comarcanos de los cristianos, sin dejar de hacer todo el mal y daño que de hombres bárbaros y enemigos del nombre cristiano se podia esperar. El rey de Aragon movido por estos males, sin embargo que la guerra de Castilla no la tenia del todo acabada, se determinó con todas sus fuerzas y gente de combatir aquella ciudad. Representábanse grandes dificultades, trabajos y peligros, que la constancia del invencible rey fácilmente menospreciaba. Tahuste, villa principal á la ribera del rio Ebro, se ganó á esta sazon por el valor y industria de un caballero principal llamado Bacalla. Asimismo ganaron á Borgia á la raya de Navarra, Magalona y otros pueblos y castillos por aquella comarca. A los almogáraves (1) (así se llamaban los soldados viejos de gran esperiencia y valor) se dió órden de que estuviesen de guarnicion en el Castellar, plaza fuerte fundada como de suso queda dicho sobre Zaragoza en un altozano. Proveyéronles de mantenimientos, armas y municiones á propósito de hacer salidas y correrías por los lugares al derredor, y que si necesario fuese, pudiesen sufrir un largo cerco.

Este fue el principio que se dió á la guerra y conquistas de Zaragoza: á la fama acudieron de diversas partes grandes personajes, entre otros vinieron los condes Gaston de Bearne, Rotron de Alperche, y Centullo de los Bigerrones. Formaron un grueso ejército de diversas gentes y naciones, con que se pusieron sobre aquella ciudad el año que se contaba de nuestra salvacion 1118, por el mes de mayo. Al octavo dia ganaron el arrabal que está de la otra parte del rio. Rotron conde de Alperche en el mismo tiempo que se continuaba el cerco, con seiscientos caballos que le dieron, se apoderó de Tudela, ciudad principal en el reino de Navarra, puesta en un sitio fuerte á la ribera del rio Ebro; con la cual se quedó en premio de su trabajo. Los moros de España como quier que conociesen bien de cuánta importancia era para sus cosas y intentos la ciudad de Zaragoza, y el riesgo que corria todo lo demás si se perdiese, acudieron en gran número para socorrer á los cercados. Vino otrosí de Africa un famoso caudillo por nombre Temin con un grueso ejército de moros berverescos: tenia puestos sus reales en un lugar aventajado á la ribera de Güerba mas arriba de Zaragoza, y junto al castillo de María que se tenia por los moros. Pero visto que los nuestros le hacian ventaja en muchedumbre y esfuerzo, dió la vuelta á lo mas adentro de la Celtiberia.

Los cercados padecian falta de vituallas, y no tenian esperanza de socorro, que era el mayor de los males. A los cristianos cansaba la tardanza. Aprestaban nuevos ingenios para batir las murallas y entrar por fuerza la ciudad, cuando fueron avisados que un sobrino de Temin, otros dicen era hijo del rey de Córdoba, venia y llegaba ya cerca con resolucion de meterse en la ciudad como por su tio le era mandado. Alteróse el rey don Alonso con este aviso: tuvo su acuerdo, y determinó salir al encuentro á los que venian de socorro, ca bien entendia que si entrasen en la ciudad, á él seria forzoso partirse del cerco con poca reputacion y mengua. Marchó pues con sus gentes, dió vista á los enemigos, juntáronse las huestes no lejos de Daroca en un lugar llamado Cutanda: dióse la batalla, en que los moros fueron vencidos y muertos, y preso su general. Los de Zaragoza avisados de aquella desgracia, por no quedarles esperanza

(1) Eran una tropa de montañeses de Aragon, Navarra y Cataluña, gente robusta y feroz que á las órdenes de algunos nobles hacian perpetuamente correrías en las tierras de los moros cuando no servian á sus reyes. Estaban vestidos de pieles; llevaban abarcas y antiparras de lo mismo; en la cabeza una red de hierro en forma de casco; tenian una espada, un chuzo y tres ó cuatro dardos arrojadizos; y llevaban consigo sus mujeres y sus hijos para que fueran testigos de su gloria ó de su afrenta. La espedicion de Cataluña y Aragon del conde de Osona así hace mencion de esta tropa singular.

alguna de poderse defender, despues de ocho meses de cerco á diez y ocho de diciembre rindieron sobre pleytesía la ciudad.

Fue aquel dia muy alegre para los cristianos no solo por el provecho presente, puesto que era muy grande, sino mucho mas por la esperanza que cobraron de desarraigar el señorío de los moros de todo punto, quitádoles aquel fortísimo baluarte. Estaban los nuestros tan ciertos que tomarian la ciudad, que tenian antes de tomalla consagrado en obispo della á Pedro Librana, que consagró la iglesia y se encargó del gobierno espiritual. A los condes Gaston de Bearne y Rotron de Alpeche en premio de su trabajo dió el rey por juro de heredad sendos barrios en aquella ciudad: tales eran las costumbres de aquel tiempo: no tenian por inconveniente poner muchos señores en un pueblo y en una ciudad. A la ribera del Ebro nueve leguas de Zaragoza estubo antiguamente una noble colonia de romanos llamada Julia Celsa, ahora es un lugar desierto, y á una legua tiene un pueblo que el dia de hoy llaman Jelsa, que es el solo rastro que queda de aquella antigüedad.

A esta comarca pasó el rey con sus gentes luego que la sazon del tiempo dió para ello lugar. Por allí hicieron correrías en los campos de los moros al derredor. Desde pasaron á la Celtiberia, provincia por la aspereza de los lugares y esfuerzo de los naturales de todo tiempo muy poderosa y fuerte; cuyos linderos antiguamente unas veces se ensanchaban y otras se estrechaban como sucedian las cosas. Pero propiamente los celtíberos corrian de Oeste al Este desde las fuentes del rio Jalon que tienen su nacimiento en Medinaceli, que algunos tienen aunque con engaño fue la antigua Ecelesta, hasta Nertobriga, que hoy es Ricla. Por la bānda de Setentrion tenia por aledaño á Moncayo, y á la parte de Mediodia las fuentes de Tajo cerca de Albarracin, ciudad que en otro tiempo se llamó Lobeto: en aquella comarca en la guerra sucedió á los nuestros como suele á los vencedores; todos se les rendia y allanaba. Ganaron desta vez á Tarazona, á Alavona, y á Epila, que se tiene llamaron antiguamente Segoncia. Asimismo Calatayud vino á poder de cristianos, poblacion que fue de moros y de su capitan Aiud, que la fundó no lejos de la antigua y famosa Bilbilis: de que queda rastro en un monte que cerca de aquella ciudad se empina, y hasta el dia de hoy se llama Bombola. Hariza tambien y Daroca corrieron la misma fortuna; adelante de la cual villa el rey hizo edificar un pueblo que llamó Monreal, en un sitio muy á propósito para enfrenar las correrías y los intentos de los moros de Valencia.

Los monges cartujos y los del Cistel, nuevamente fundados, tenian gran fama y crédito por todas las partes de la cristiandad. Demás destas órdenes en Jerusalén los caballeros Templarios y los Hospitalarios, conforme á su santo y religioso instituto inventado por el mismo tiempo, se empleaban con todas sus fuerzas en adelantar por aquellas partes el partido de los cristianos. Los Templarios en vestidura blanca traian cruz roja á la manera de la de Caravaca con dos traviesas. Los Hospitalarios que tambien se llamaban de San Juan, en capa negra cruz blanca. San Bernardo, principal fundador de la órden del Cistel, que vivia por estos tiempos y aun se sabe vino á España (1), persuadió al rey entregase aquel pueblo á los Templarios. Hízose así, edificáronles allí un convento, diéronles asimismo otras rentas, en particular se les señaló la quinta parte de los despojos que se ganasen en la guerra: todo á propósito que tuviesen con que sustentar los gustos, y por aquella parte fuesen fronteros de los moros. Guillen, prelado de Aux en la Guiena, y los demás obispos de Aragon con sus sermones encendian los corazones de la gente á tomar la cruz, y ayudar con sus personas y haciendas los intentos de aquellos caballeros. Esta fue la primera entrada que los Templarios tuvieron en España, este el principio de las grandes rentas que adelante poseyeron, y aun, como se tuvo por cierto, últimamente fueron causa de su total ruina (2).

CAPITULO XI.

Del scisma de Burdino natural de Limoges.

Gobernaba por este tiempo la iglesia de Roma Gelasio II deste nombre, al cual poco antes pusieron en la silla de San Pedro por la muerte del pontífice Pascual. Fue persona de gran corazon, pues no dudó proseguir las enemistades de sus antecesores contra el emperador Enrique IV deste nombre, en defensa de la libertad de la Iglesia y de la magestad pontificia, en que pasó tan adelante, que como el emperador viniese á Roma, y él no se hallase con fuerzas para reprimir sus intentos, en una barca por el Tiber se fué primero á Gaeta de donde era natural, y de allí pasó en Francia con intento de celebrar un concilio de obispos, que tenia convocado para la ciudad de Rems. La muerte atajó sus intentos, que le tomó en el camino en el monastario de Cluñi. Tuvo el ponticado pocos dias mas de un año. En este tiempo dejó concedida una indulgencia á los soldados que estaban sobre Zaragoza, y á todos los demás que acudiesen con alguna ayuda para edificar el templo de aquella ciudad. La bula por ser muy señalada, y porque por ella se entiende como se concedian las indulgencias antiguamente, pondré aquí vuelta en romance: «Gelasio obispo, siervo de los siervos de Dios, al ejército de los cristianos que tiene cercada la ciudad de »Zaragoza, y á todos los que tienen la fe cristiana »salud y apostólica bendicion. Hemos visto las letras »de vuestra devocion, y de buena gana dimos favor »á la peticion que enviastes á la Sede Apostólica por »el electo de Zaragoza. Tornando pues á enviar al di»cho electo, consagrado por la gracia de Dios por »nuestras manos como si por las del apóstol San Pe»dro lo fuera, os damos la bendicion de la visitacion »apóstólica, implorando la justa misericordia del »omnipotente Dios para que los ruegos y mereci»mientos de los santos os haga obrar su obra á honra »suya y dilatacion de su Iglesia. Y porque habeis de»terminado de poner á vos y á vuestas cosas á estre»mos peligros; si alguno de vos recibida la penitencia »de sus pecados muriere en jornada, Nos por los me»recimientos de todos y ruegos de la iglesia católica »le absolvemos de las ataduras de sus pecados. Demás »desto los que por el mismo servicio de Dios ó traba»jaren ó han trabajado, y los que donan alguna cosa »ó hobieren donado á la iglesia de la dicha ciudad »destruida por los sarracenos y moabitas para ayuda »á su reparo, y á los clérigos que allí sirven á Dios, »para su sustento, conforme á la cantidad de sus »trabajos ó buenas obras que hicieren á la Iglesia, y »á juicio de los obispos en cuyas parroquias viven, »alcancen remision de sus penitencias y indulgencia. »Dado en Aleste á cuatro de los idus de diciembre. Yo »Bernardo arzobispo de la silla toledana hago y con»firmo esta absolucion. Yo el obispo de Huesca hago »y confirmo esta absolucion. Yo Sancho obispo de

(1) El monge Gaufredo, que fue discípulo de San Bernardo, dice que el santo vino á España.

(2) En este tiempo no solamente no se establecieron los Templarios en España, pero ni aun se tendria noticia de ellos, pues acababan de echar los fundamentos de esta órden en Palestina y no se aprobó hasta el año 1128 por el concilio de Troyes. La mayor antigüedad que puede darse á los Templarios en España es del año 1130, en que el conde de Barcelona don Ramon Berenguel hizo profesion solemne de la caballería del Templo, y entregó á Hugo Rigaldo, que era su maestre, la fortaleza de Franeya frontera de los moros.

»Calahorra hago y confirmo esta absolucion. Yo Gui»do obispo Lascurrense hago y confirmo esta absolu»cion. Yo Boso cardenal de la Santa Iglesia Romana »hago y confirmo esta absolucion.»



Caballero Templario.

En lugar del papa Gelasio por voto de los cardenales que á su muerte se hallaron, el año de 1119 á primero de febrero fue elegido Guido de nacion borgoñon, hermano de don Ramiro y tio de don Alonso rey de Castilla. Era á la razon arzobispo de Viena de Francia: llamóse en el pontificado Calixto Segundo, dado que no aceptó la eleccion hecha por los cardenales en su persona hasta tanto que el clero de Roma viniese en lo mismo; y así no se coronó hasta los quince de octubre. En el concilio Remense, en que se halló presente, promulgó sentencia de descomunion contra el emperador: estableció otrosí nuevas leyes contra el pecado de la simonía, que era muy ordinario, tanto que ni bautizaban los niños ni enterraban los muertos sino por dineros. Procuró que los presbíteros, diáconos y subdiáconos se apartasen de las concubinas, las cuales en tiempos tan revueltos ellos tenian con el repuesto y libertad como si fueran sus mujeres; en España en particular todavía se continuaba la mala costumbre que introdujo el perverso rey Witiza, en especial en Galicia, sin poderla estirpar del todo, bien que se ponia en ello diligencia: de que da muestra un breve que pocos años antes deste tiempo envió el papa Pascual á don Diego Gelmirez obispo de Santiago, cuyo tenor es el que se sigue: «Pascual obispo siervo de los siervos »de Dios, al venerable Diego obispo de Compostella, »salud y apostólica bendicion. La Iglesia que por vo»luntad de Dios has recebido para gobernar, mucho »ha que aun pareciendo que tenia pastor, carece »del consuelo de pastor. Por ende con mayor cuida»do debes procurar que todas las cosas en ella se »dispongan legalmente conforme á la regla de la Sede »Apostólica. Pon en tu iglesia tales cardenales, pres»bíteros ó diáconos, que puedan dignamente susten»tar las cargas cometidas á ellos del gobierno ecle»siástico. Allende desto lo que toca á los presbíteros, »se encomiende á los presbíteros; lo que es de los »diáconos, á los diáconos se encargue, para que nin»guno se entremeta en oficio ajeno. Si algunos cier»tamente antes que fuese recebida la ley romana, »segun la comun costumbre de la tierra, contrajeron »matrimonios, los hijos nacidos dellos no los esclui»mos ni de la dignidad seglar ni de la eclesiástica. »Aquello de todo punto es indecente que en vuestra »provincia, segun somos informados, moran junta»mente los monges y las monjas. Lo cual debe procurar »estorbar tu esperiencia, para que los que al presente »están juntos, sean apartados en moradas muy di»versas conforme al juicio de personas religiosas; y »para adelante no se use de semejante libertad. Dado »en el Laterano año de la Encarnacion del Señor mil »y ciento y tres, de nuestro pontificado el cuarto.» La ley romana de que se hace mencion en este breve, segun yo entiendo, era la ley de la continencia impuesta á los del clero.

La causa de descomulgar al emperador en el concilio Remense fue que luego que el papa Gelasio se salió de Roma, como queda dicho, el emperador procuró y hizo que en su lugar fuese nombrado por romano pontífice el obispo de Braga, llamado Burdino, con nombre de Gregorio Octavo. Principio y ocasion con que por la discordia de dos que se llamaban pontífices, se alteró la paz de la Iglesia en muy mala sazon. Cada cual de los dos pretendia ser el verdadero papa, y ponia dolo en la eleccion de su contrario, como es ordinario en semejantes casos. Era Burdino natural de Limoges, en Francia: vino á España en compañía de Bernardo arzobispo de Toledo, como queda dicho de suso. Despues con ayuda del mismo alcanzó el obispado de Coimbra. En él trocó el nombre de Burdino y se llamó Mauricio; pero no se despojó de sus malas mañas y dañadas costumbres. De Coimbra con la misma ayuda de Bernardo fue promovido al arzobispado de Braga. A todos estos beneficios no correspondió con el agradecimiento debido; antes con dineros que de todas partes juntó, en que llevaba mas confianza que en la justicia de lo que pretendia, se partió para Roma con intento de alcanzar del pontífice Pascual absolviese á Bernardo, y le quitase la dignidad que tenia, con color que por su vejez no era bastante para el gobierno de aquella iglesia, y esto hecho, le pusiese á él en su lugar, y le hiciese arzobispo de Toledo.

Acometió el negocio por todos los medios que supo; pero perdida la esperanza que el pontífice vendria en cosa tan fuera de razon, como era sagaz y doblado, acordó tomar otro camino para su acrecentamiento. Supo la discordia y diferencias que tenian el emperador y el papa: fuese para el emperador, y con sus mañas le ganó la voluntad de tal suerte, que con su ayuda se apoderó de la iglesia de Roma y se hizo falso pontífice. Hay un breve del papa Gelasio para Bernardo arzobispo de Toledo, en que le avisa que Burdino por sus escesos fue anatematizado por el pontífice Pascual, y le ordena que en su lugar haga poner otro prelado en la iglesia de Braga. Grandes fueron las alteraciones que por causa deste scisma de Burdino se siguieron. Remediólo Dios: que el verdadero papa usó de diligencia, y el falso pontífice

tres años despues que usurpó aquel apellido, fue en Sutrio preso, y en Roma traido como en triunfo en un camello por las calles y por las plazas; últimamente le desterraron á lo postrero de Italia, y en el destierro murió en el monasterio de la Cava llamado de la Trinidad, en que por sentencia y en pago de sus deméritos le tenian recluso. Este fue el premio de la ambicion de aquel hombre sin mesura: este el fin de grandes movimientos, sospechas y miedos que tenian suspenso y con cuidado á todo el mundo.

CAPITULO XII.

De las paces que se asentaron entre Aragon y Castilla.

La eleccion del papa Calixto dió mucho contento á su sobrino el rey de Castilla, y para toda España fue muy saludable, ca todos entendian favorecia sus cosas con muchas veras, mayormente las de Castilla, por el deudo que en ella tenia, donde á la sazon las principales ciudades y castillos mas fuertes se tenian por Aragon con guarniciones que en ellas ponian, sin otro mejor derecho que el que los reyes suelen poner en las armas y en la fuerza. Los castellanos comunmente unos por la larga costumbre de servir y obedecer, otros por diversos respetos y obligaciones que tenian á los aragoneses, poco caso hacian del menoscabo y afrenta de todo el reino; y muy poco les movia el deseo de la libertad. Era el rey de Castilla, aunque de pocos años, igual en grandeza de ánimo á cualquiera de sus antepasados: no podia sufrir los agravios que su padrastro le hacia, y la mengua de su reino. Enviáronse de una parte á otra embajadas sobre el caso. El de Aragon ni claramente rehusaba de hacer lo que se le pedia, ni venia luego en ello. Solo de dia en dia con varias escusas que alegaba, dilataba la ejecucion y entretenia á su antenado. Llegóse á los postreros plazos y términos, que fue enviar reyes de armas para pedir los castillos y plazas; y caso que no se hiciese así, denunciar y romper la guerra á los contrarios.

El de Aragon por la continua prosperidad que en sus cosas tenia, y por la pequeña edad de su antenado, hacia poco caso destas amenazas, y parecia estar olvidado de la poca firmeza que tienen las cosas de la tierra. Vinieron á las armas: juntaron gran les huestes por la una y por la otra parte. El rey de Aragon como se hallaba mas apercebido de todas las cosas necesarias fue el primero que salió en campo: rompió por la parte de Navarra, y entró por los campos de la Rioja: dicen que el que acomete vence. Parecíale otrosí mas á propósito para ganar reputacion y salir con la victoria ofender que defenderse, y forzar á los enemigos en sus mismas tierras á poner á riesgo sus haciendas, sus casas, hijos y mujeres, y todas las demás cosas que suelen estimar los hombres mas que la misma vida. Grandes males y estragos amenazaban á España por cualquiera de las partes que la victoria quedase.

Acudieron personas de buena vida, y prelados del uno y del otro reino: pusiéronse de por medio á mover tratos de paz, bien que poca esperanza tenian de salir con ello por las muchas veces que en balde se intentara. Mas como quier que los corazones de los príncipes están en las manos de Dios, todo sucedió mejor que pensaban, porque el rey de Aragon dió oidos á estas pláticas, y se dejó persuadir de las razones que le pusieron delante. Estas eran que el de Castilla pedia justicia en sus pretensiones: ofrecian tendria al Aragonés en lugar de padre sin le enojar en cosa alguna; por el contrario los aragoneses no harian bien ni razon, si mas tiempo detuviesen los castillos y ciudades de Castilla, pues la escusa que alegaban de la pequeña edad del rey, y el derecho que pretendian por el casamiento de doña Urraca su madre, de todo punto cesaban, pues por una parte aquel matrimonio era ninguno y como tal estaba apartado, y por otra don Alonso era ya rey y señor de todo con beneplácito de su madre y voluntad de todo el reino: que por sola fuerza sin razon ni derecho tener oprimido el reino ajeno, sus amigos y deudos, era cosa de mala sonada, y que no se podria tolerar: finalmente le advirtieron que los sucesos de la guerra suelen ser desgraciados, por lo menos muy dudoso su remate, mayormente que está á cuenta de Dios el amparar la inocencia y la justicia contra los que á tuerto la atropellan.



Doña Berenguela.

Vinieron pues á concierto: las condiciones fueron que por los aragoneses quedase todo lo que hay desde Villorado á Calahorra, á que pretendian tener derecho por razones y escrituras que declaraban pertenecia aquella comarca á los reyes de Navarra: demás desto que en Vizcaya quedase por los mismos lo que se llama Guipúzcoa y Alava, provincias que pocos años antes el rey don Alonso el Sesto quitara por fuerza á los navarros: cuanto á las demás ciudades y fuerzas de Castilla acordaron se quitasen las guarniciones que tenian de aragoneses, y nombradamente de Toledo. Bien entiendo que en todo esto se tuvo respeto á dar contento al pontífice Calixto; y todavía no sabria determinar á cual destos dos príncipes se deba mayor loa y prez en este caso. Parece que cada cual de los dos se señaló y se la ganó al otro en modestia y en blandura: el Aragonés se mostró muy liberal por dejar lo que tenia, sin embargo de razones aparentes que para continuar no faltaban como es ordinario: el de Castilla se señaló en paciencia y en

prudencia mas que llevaba su edad, pues con parte de su reino quiso comprar la paz tan deseada de todos.

Concertadas estas diferencias, que avino el año de Cristo 1122 (si bien algunos añaden á este cuento mas años) en adelante estos dos reyes, como si fueran dos hermanos, ó padre y hijo se mantuvieron en grande concordia, y se gobernaron con gran prudencia: defendieron sus reinos de las tormentas y guerras que amenazaban de diversas partes. Lo primero sin dilacion revolvieron contra los moros. El de Aragon rompió por aquella parte que bañan y abrazan los rios Cinga y Segre, donde el pueblo de Alcolea, que era vuelto á poder de moros, se recobró. Pasaron al reino de Valencia, y de la otra parte del rio Jucar entraron asimismo por la comarca de Murcia. Revolvieron sobre la ciudad de Alcaráz, pero aunque la combatieron, no pudieron salir con ella por la fortaleza de su sitio. De allí pasaron á lo mas adentro de Andalucía, en que los pueblos y ciudades á porfía se les rendian, y se ofrecian á pagar cierto tributo cada un año porque no les talasen los campos, ni les robasen ni quemasen la tierra. Vinieron á batalla con el rey de Córdoba y otros diez señores moros, que se dió junto á un pueblo llamado Arenzol el año 1123 (1). La victoria y el campo quedó por los nuestros. Por otra parte el año luego siguiente ganaron por fuerza de los moros á Medinaceli, villa puesta en un collado empinado en aquella parte por do partian términos la Celtiberia y la Carpetania. Desta manera procedian las cosas de Aragon.

El rey de Castilla con el mismo deseo de hacer mal á los moros, y huir la ociosidad con que las fuerzas se enflaquecen y marchitan, acometió las tierras de Estremadura. Allí recobró la ciudad de Coria (2), que despues de la muerte del rey don Alonso su abuelo volviera á poder de moros. Dió el rey órden y asiento en las cosas de aquella ciudad: don Bernardo por la autoridad que tenia de primado y legado apostólico, concertó lo que tocaba á la religion y culto divino. Dende corrieron todas las tierras que se estienden largamente entre los dos rios Guadiana y Tajo, y son parte de la antigua Lusitania. Las talas de los campos y las presas de los hombres y ganados fueron muy grandes: con que el ejército, alegre por el buen suceso, rico y cargado de despojos, dió la vuelta y se fueron los soldados á descansar á sus casas. Con estos principios ganó el rey reputacion: y dió bastante prueba de aquellas virtudes, fe, liberalidad, constancia, culto muy puro de la religion en que apenas tuvo par.

Era muy devoto de Bernardo, abad á la sazon de Claravalle, al cual la conocida bondad de su vida y los grandes trabajos que sufrió por la religion, puso adelante en el número de los santos. Era de nacion Borgoñon, como el rey lo era de parte de su padre, y así por su consejo hizo edificar muchos monasterios de Cistercienses, que son casi los mismos que en este tiempo en toda aquella parte de España se ven fundados con magníficos edificios, y heredados de gruesas rentas y posesiones. Contentábanse con poco al principio aquellos religiosos por el menosprecio que profesaban de las cosas humanas: despues en poco tiempo por la ayuda que muchos á porfía les dieron, persuadidos que con esto servian mucho á Dios, juntaron grandes riquezas. Que San Bernardo viniese á España á lo postrero de su vida, se entiende por una carta suya á Pedro abad de Cluñi. Aumentó otrosí el rey con gran liberalidad los demás templos y monasterios que por todo su señorío estaban fundados, como lo muestran escrituras antiguas y privilegios, que por toda España fielmente se guardan en los archivos antiguos de Santo Domingo de la Calzada, de San Millan de la Cogulla, de San Miguel del Pedroso, de Santo Domingo de Silos: templos en aquella sazon muy célebres por su devocion y por el concurso de la gente que á ellos acudia. Alcanzó del pontífice su tio que la ciudad de Zamora y su iglesia fuese catedral.

Bernardo arcediano de Toledo, de nacion francés como arriba queda declarado, fue puesto por prelado el primero en aquella ciudad. Sucedióle Esteban, en cuyo tiempo por dicho de un pastor que tuvo de ello revelacion, se descubrió y conoció el lugar en que el cuerpo de San Ildefonso arzobispo de Toledo yacia del todo olvidado por la perturbacion de los tiempos. Verdad es que sus palabras por entonces fueron menospreciadas por ser él persona tan baja; mas en tiempo del rey don Alonso Octavo se averiguó la verdad de aquella revelacion, y que el pastor no andaba deslumbrado, cuando en tiempo de don Severo obispo de aquella ciudad la iglesia de San Pedro que se caia y estaba maltratada, se comenzó á reedificar; en cuyos cimientos al abrirlos hallaron un sepulcro de mármol con el nombre de San Ildefonso, de que salió un olor de maravillosa fragancia. Averiguado todo el negocio los sagrados huesos fueron puestos en una caja junto al mismo altar de San Pedro. La iglesia otrosí de Santiago á la misma sazon por concesion del mismo pontífice y á instancia del rey fue hecha arzobispal; y para este efecto y para que tuviese mayor autoridad trasladaron á ella los derechos y privilegios de la iglesia de Mérida que estaba todavía en poder de moros, como consta todo esto por un privilegio que el rey otorgó en esta razon.

Señalaron doce obispos que fuesen sufragáneos del nuevo arzobispo: los de Salamanca, Avila, Zamora, Ciudad Rodrigo, Coria, Badajoz, Lugo, Astorga, Orense, Mondoñedo, Tuy; el tiempo adelante añadieron el de Plasencia. El arcediano de Ronda dice que los obispos de Zamora, Avila y Salamanca en tiempo del arzobispo don Bernardo eran sufragáneos de Toledo, y que al presente los pasaron á Santiago: no sé cuánta verdad tenga esto. El nuevo arzobispo don Diego Gelmirez fue nombrado por legado apostólico en las provincias de Braga y de Mérida: de que hay breve deste papa en el lib. II de la Historia Compostellana, su data á XXVIII de febrero año M. C. XX indiccion XIII año segundo de su pontificado, cosa que sintió mucho el arzobispo de Toledo don Bernardo: hízole contradiccion, pero salió con el pleito su contrario, y por el poder que tenia, celebró un concilio en la ciudad de Santiago: acudieron á su llamado los obispos y abades de las dos provincias Emeritense y Bracarense. Por esta manera y con estos principios se echaban los cimientos de la grandeza que hoy tiene la iglesia de Santiago: en todo esto se tuvo respeto á la grandeza de aquel santuario, y que á don Ramon de Borgoña padre del rey y hermano del pontífice estaba allí sepultado. Sucedió esto por los años del Señor de 1124. En el mismo año por el mes de diciembre pasó desta vida el mismo papa Calixto: sucedióle en el pontificado Honorio Segundo deste nombre.

El año siguiente hobo guerras civiles en Francia por causa que Alonso conde de Tolosa, primo hermano que era del rey de Castilla, y su mujer la condesa Faidida pretendian tener derecho al condado de la Proenza y apoderarse dél por las armas. El conde de Barcelona defendia con todas sus fuerzas aquel estado como dote que era de doña Dulce su mujer. Resultó que despues de grandes diferencias y debates se vino á concierto: acordaron que Argencia y Belicadro, pueblos sobre que la duda era mayor

(1) Habiéndose dado esta batalla un año despues del sitio de Bayona, que se sabe de cierto fue el año 1130 debe ponerse el año 1131.

(2) Segun los *Anales Toledanos* en la era 1180, año de Cristo 1142, la iglesia de Santiago se erigió en metrópoli el año 1220 y no en 1123 como dice Mariana.

á cual de las partes pertenecian, y aquella parte de la Proenza que está entre los rios Druencia y Isara, quedasen por el conde de Tolosa: los demás pueblos y ciudades, y la mayor parte de Aviñon ciudad puesta á la otra parte del rio Ródano, populosa y rica, se adjudicaron á los condes de Barcelona. Concertaron otrosí que así ellos como sus descendientes á trueco se prohijasen unos á otros para efecto de sucederse caso que alguna de las partes muriese sin dejar hijos.

CAPITULO XIII.

De los principios del reino de Portugal.

En la parte de España que hoy se llama Portugal, y casi es la misma que la antigua Lusitania, un nuevo reino se fundaba por estos tiempos en su distrito no muy ancho, en el tiempo postrero entre los reinos de España, en hazañas y valor muy noble y muy dichoso; pues no solo antiguamente pudo echar de toda aquella tierra los moros enemigos de cristianos sino los años adelante en tiempo de nuestros abuelos y de nuestros padres mostraron tanto valor los portugueses, que con increible esfuerzo y buena dicha abrieron camino para pasar á todas las partes del mundo, y sujetar en la Africa y en la Asia muchos reyes y provincias, y hacellas tributarias á su imperio. La luz de la verdadera religion y del Evangelio la llevaron y la mostraron entre naciones y gentes muy apartadas y bárbaras: gran gloria de su nacion y acrecentamiento de la Religion Cristiana. Tiéndese la provincia de Portugal largamente por las riberas del mar Océano occidental en lo postrero de España: tiene por sus aledaños á Mediodía y á Setentrion los rios Guadiana y Miño, es larga mas de cien leguas, la anchura es mucho menor; por la parte que se tiende mas, pasa de treinta y cinco leguas, por la que mas se estrecha tiene mas de veinte. Divídese en tres partes, los de aquende y allende Tajo, y la comarca que está entre Duero y Miño, que es la mas fértil y alegre, do está situada la antigua ciudad de Braga: de la una parte de Tajo está Lisbona, de la otra Ebora, todas tres ciudades arzobispales. El terreno por la mayor parte es estéril y delgado, tanto que de ordinario se sustentan de acarreo, ó por la mar. La gente es muy deseosa de honra, y muy valiente entre todas las de España: señalada en la templanza del comer y del vestido, dada á la piedad y á los estudios de sabiduría, de toda humanidad y policía.

Una parte pequeña desta provincia, que los reyes de Castilla tenian ganada de moros, se dió á don Enrique de Lorena, como queda dicho de suso, con nombre de conde y en dote con doña Teresa su mujer, que fue hija (bien que fuera de matrimonio) del rey don Alonso el Sesto. Sus hijos don Alonso, doña Elvira y doña Sancha. Don Enrique su padre teniendo ya estos hijos, despues de la muerte de Jofre rey de Jerusalén encendido en deseo de ayudar á Balduino hermano del difunto, que era de su nacion, y aun su deudo como algunos piensan, pasó por mar á la Tierra Santa: consejo y acuerdo, si se miran las razones humanas, ni prudente ni recatado, por dejar á su mujer y hijos en peligro y tener tanto que hacer en su tierra contra los moros. Su ida no fue de algun efecto notable en Levante: así dió la vuelta á España. Vuelto, trató con el arzobispo de Toledo don Bernardo, á cuyo cargo por ser primado estaba el estado de las cosas eclesiásticas, que las ciudades de Braga, Coimbra, Viseo, Lamego y Porto, que caian todas en su distrito, volviesen á su antigua dignidad y pusiesen en ellas obispos.

La reparacion de Braga, y qué ciudades tenia sujetas, mejor se entenderá por una bula de Calixto II, cuyo fragmento me pareció engerir en este lugar que dice así: «Que la iglesia de Braga haya antiguamente sido insigne en los reinos de España, por muchos »títulos de dignidad y gloria esclarecida, así los indicios de su antigua nobleza, como los testimonios »de antiguas escrituras lo comprueban; pero porque »quiso Dios castigar los pecados del pueblo que en »ella vivia, con la entrada de los moros ó moabitas, »así la dignidad arzobispal fue diminuida, como con»fundidos los términos de sus parroquias. Mas des»pues de largos espacios de tiempos la divina mise»ricordia de nuevo se ha dignado restituir la metrópoli, »y librar en gran parte las parroquias de la tiranía de »los infieles. Por donde nuestro predecesor de santa »memoria el papa Pascual la restituyó enteramente »en su antigua dignidad, y la tornó á juntar todos »sus miembros por el privilegio de la sede apostólica, »Nosotros pues siguiendo sus pisadas, hermano ca»rísimo, y coepíscopo nuestro de la iglesia de Braga »Pelagio, do por voluntad de Dios presides por la »escritura de este presente privilegio confirmamos »la misma ciudad de Braga toda con el coto ó término »entero que á la misma iglesia dieron el conde don »Enrique y doña Teresa su mujer como se contiene »en la descripcion del sobredicho señor. Y á la mis»ma metrópoli de Braga restituimos la provincia de »Galicia, y en ella las ciudades catedrales: item As»torga, Lugo, Tuy, Mondoñedo, Orense, Portu »Columbria, y los pueblos que hoy tienen nombre de »obispales, que son Viseo, Lamego, Egitania, Bri»tania con todas sus parroquias.» Hasta aquí son palabras de Calixto.

Catorce años antes deste tiempo en que vamos, pasó desta vida don Enrique en Astorga ciudad de Galicia, donde era ido para sosegar las guerras civiles de Castilla y Aragon. Su cuerpo sepultaron en Braga en una capilla humilde; que la grandeza ó locura de los sepulcros que hoy se usan y de los gastos intolerables que en esto se hacen, no se habia introducido en aquella edad. La condesa doña Teresa su mujer despues de muerto su marido no tuvo mucha mas cuanta con la honestidad que su hermana doña Urraca, porque casó con el conde de Trastamara Fernan Paez: casamiento por lo menos humilde, si ya no fue del todo ilícito por ser clandestino. Dicen otrosí que tuvo conversacion con un hermano del mismo llamado Bermudo, que sin embargo le dió por mujer á doña Elvira su hija, y la otra hija llamada doña Sancha casó con Fernando de Meneses. Pudo ser que por odio se impusiesen falsamente algunas cosas de las sobredichas contra la honestidad desta señora. La verdad es que Fernan Perez alcanzó mucha cabida con la condesa, y gobernaba lo mas alto y lo mas bajo, y lo trastrocaba todo á su voluntad. Él hacia la guerra, él gobernaba en tiempo de paz, sin hacer caso de su antenado. Sufrió él con paciencia este desaguisado y la mengua de su casa por la poca edad que tenia; pero adelante como quier que por el odio y torpeza de su madre se le arrimase mucha gente, determinó de tomar las armas.

No se descuidó su padrastro: hicieron levas de gente, diéronse vista y juntáronse los campos. Dióse la batalla en la vega de Santivañez cerca de Guimaranes, que se entiende fue antigua Araduca, asentada do se juntan los rios Avo y Viscella. Quedó la victoria por don Alonso, y con ella hobo en su poder á Fernan Paez y á doña Teresa su madre. Al padrastro soltó sobre pleitesía que saldria de todo Portugal, á su madre puso en una estrecha prision. Ella embravecida por aquel desacato, envió á convidar y rogar al rey de Castilla su sobrino le ayudase contra los intentos crueles de su hijo. Prometió de darle el condado de Portugal, que era muy justo quitar á su hijo por su inobediencia. Condescendió el de Castilla á los ruegos de su tia, sea por compasion y lástima que la tenia, ó con deseo de ensanchar su señorío. Juntó

un buen ejército con que se metió por las tierras de Portugal: acudió su primo: dióse la batalla, que fue muy herida, en la vega de Valdeves puesta entre Monzon y la puente de Limia. Fueron los castellanos vencidos y forzados á retirarse á Leon. El orgullo que por causa desta victoria cobraron los portugueses, fue tan grande que sin mirar lo de adelante y sin tener cuenta con sus pocas fuerzas se tenian y publicaban por libres y exentos del señorío de Castilla.

El rey don Alonso con deseo de satisfacer y reprimir la lozanía de los contrarios, juntado que hobo mas fuerzas revolvió sobre Portugal con mayor furia que antes. Los portugueses por no tener fuerzas bastantes se encerraron dentro de Guimaranes para con la fortaleza de aquella plaza defenderse del enemigo poderoso y bravo. Pusiéronse los castellanos sobre ella, determinados de no partirse de allí antes de tomalla y vengar la afrenta pasada. Estaba dentro con el infante, que otros llaman duque de Portugal, Egas Nuyez su ayo, persona de mucha prudencia, y que con su buena crianza cautivó maravillosamente el buen natural de aquel príncipe, y fue causa que sus buenas inclinaciones se mejorasen y diesen el fruto de virtudes aventajadas. Este caballero, habida licencia, salió á verse y hablar con el rey: díjole tales razones, que le ablandó y inclinó á que se hiciesen paces. Las condiciones fueron las que el mismo Egas quiso otorgar: con tanto se alzó el cerco. Añaden los historiadores de Portugal, á cuya cuenta se pongan estas cosas, que pasados algunos años como don Alonso el de Portugal mostrase estar olvidado y no querer cumplir lo que su ayo en su nombre asentara, que se partió para Toledo, y llegado á la presencia del rey, con un dogal al cuello se le presentó delante. Díjole: tomad señor con mi muerte emienda de la palabra y homenaje que contra mi voluntad os han quebrantado. Reparó el rey con espectáculo tan estraordinario: movióse á misericordia por las lágrimas y aquel traje de persona tan venerable: perdonóle lo hecho, dado que no le quiso honrar, por sospechar algunos que debajo de aquella apariencia podia haber algun trato doble y engaño.

CAPITULO XIV.

De las guerras que el rey de Castilla hizo contra los moros.

Este fue el fin que tuvo por entonces la guerra de Portugal: los que tienen mayor cuidado en rastrear y ajustar los tiempos, piensan que concurrió con el año de nuestra salvacion de 1126: en el cual año la reina doña Urraca y el arzobispo de Toledo don Bernardo fallecieron casi en un mismo tiempo. La reina en el castillo de Saldaña ó en Leon (como antes se dijo) rebentó en la iglesia de San Isidro. Concuerdan las historias con el dia de su muerte que fue á siete de marzo: la Historia Compostellana dice á diez, sesto de los idus, y que finó en tierra de Campos. Su cuerpo sepultaron magnificamente en Leon. Don Bernardo (como se saca de diversos papeles de la iglesia de Toledo, si bien señalan un año antes deste) falleció en Toledo á los tres de abril cargado de años y de edad, asaz esclarecido por las cosas que hizo y por él pasaron. Sepultáronle en la misma ciudad en la iglesia Mayor con una letra, conforme al tiempo algo grosera, que comenzaba por estas palabras:

PRIMERO BERNARDO FUE AQUI PRIMADO VENERANDO.

Verdad es que el arcediano de Alcor dice que está enterrado en el monasterio de Sahagun junto al lucillo del rey don Alonso el Sesto. Fue arzobispo por espacio de cuarenta años. Doce años antes que falleciese (los Anales de Sevilla dicen ocho) con sus gentes y sus espensas ganó de moros la villa de Alcalá, en aquella sazon puesta de la otra parte del rio de Henares en un recuesto áspero que se levanta sobre la misma ribera. Los reales del arzobispo se asentaron en un collado mas alto y como padrastro, que al presente se llama de la Vera Cruz. Desde allí los fieles apretaron á los moros, y los trabajaron de tal guisa que fueron forzados á desamparar el lugar, magüer que era muy fuerte. Por esta causa desde aquel tiempo quedó cuanto á lo temporal y espiritual por los arzobispos de Toledo.

Sucedió á don Bernardo don Raimundo ó Ramon obispo á la sazon de Osma: vinieron en su eleccion primero el clero de Toledo que la votó, despues el papa Honorio; en cuyo tiempo los obispos, abades y señores del reino se juntaron en Palencia, y con ellos el nuevo prelado de Toledo, que se llamaba primado y aun legado de la sede apostólica, segun que se halla en la Historia Compostellana: debió de ser de solo nombre, porque el que presidió, y por cuya autoridad se juntó este concilio, fue don Diego Gelmirez arzobispo de Santiago por título de legado, ca la legacía que tuvo don Bernardo, como lo nota el arcediano de Ronda, no se dió á su sucesor, sino á este don Diego Gelmirez, y despues dél á Juan arzobispo de Braga, el cual muerto, dice no se dió á otro ninguno. En Palencia se hallaron presentes el rey y la reina. Abrióse el concilio al principio de la cuaresma del año 1129. En él demás de otras cosas halló que se establecieron dos muy notables: la primera que no se recibiesen ofrendas de diezmos de los descomulgados: la segunda que no se diesen las iglesias á los legos quier fuese con color de prestimonio, quier de vilicacion; de donde se puede entender el principio y orígen que los beneficios llamados préstamos tuvieron en España, que eran como mayordomos de las iglesias (1). Espidió eso mismo el rey un privilegio, en que á ejemplo de su tio el pontífice Calixto dice que traslada de Mérida luego quo fuere recobrada de moros, los derechos reales á la ciudad de Santiago.

Poco despues el cardenal Humberto que vino á España por legado, juntó en Leon otro concilio de obispos para tratar del matrimonio del rey, que algunos pretendian era inválido. Casóse el rey don Alonso el segundo año despues de la muerte de su madre con doña Berenguela hija de don Ramon Berenguel conde de Barcelona. Celebráronse las bodas en Saldaña por el mes de noviembre: tuvo en ella los años siguientes á sus hijos don Sancho, don Fernando, doña Isabel y doña Sancha. Constaba que doña Berenguela tenia deudo con su marido por la línea de los reyes de Castilla, y asimismo por la de los condes de Barcelona. Tratóse el negocio, y hiciéronse los autos acostumbrados: venidos á sentencia, los obispos pronunciaron que aquel parentesco no era en alguno de los grados prohibidos por la Iglesia y por derecho. El emperador don Alonso era bisnieto de don Fernando rey de Castilla. Doña Berenguela tercera nieta de su hermano don Ramiro rey de Aragon por via de su hija doña Teresa, que casó en la Provenza y fue madre del conde de Gilberto, padre de doña

(1) Además se lee entre sus 17 cánones:

Que no se arrienden las iglesias á los legos, ni se las dén por empréstito.

Que ninguno embarace en los caminos á los peregrinos que van á Santiago, so pena de reclusion en un monasterio, ó destierro del reino.

Que todos obedezcan fielmente al rey, y el que no lo haga sea escomulgado.

Que nadie obligue á los eclesiásticos á ir á la guerra, ni llevar armas, ni hacer alguna cosa que sea contra los cánones.

Que los legos no lleven las tercias y ofrendas de las iglesias, y que los obispos solos puedan disponer de ellas.

Dulce, que casó con Ramon Berenguel conde de Barcelona ya dicho. Conforme á esto el deudo era en cuarto y quinto grado, y no mas.

Concluido este pleito, las fuerzas del reino se enderezaron contra moros. Hizo el rey entrada en las tierras de los infieles por la parte del reino de Toledo. Púsose sobre Calatrava, cuyos moradores hacian grandes daños en los campos comarcanos: apretóse el cerco, que fue largo; en fin se ganó, y el rey la entregó al arzobispado de Toledo para que fuese señor della y la tuviese á su cargo. El crédito y fama de los caballeros Templarios, de su valor y esfuerzo, no tenia par: por esta causa el arzobispo les entregó aquella plaza. Así lo afirman los mas autores, puesto que algunos piensan que estos caballeros no fueron los Templarios, sino otros que, tomada la señal de la cruz á imitacion de la guerra que se hacia en la Tierra Santa, seguian á sus espensas los reales de los cristianos con celo de hacer daño á los moros, y intento de ganar la indulgencia á los tales concedida por los papas. Ganáronse desta vez por aquella comarca Alarcos, Caracuel, que Antonino en su Itinerario llama Carcuvio, Mestanza, Alcudia, Almodovar del Campo, y en la misma Sierramorena ganaron el lugar de Pedroche. Lo demás parecia seria fácil de conquistar por el gran miedo que se apoderára de aquella gente infiel; pero la sazon del tiempo que era tarde, reprimió los intentos del rey. Pasado el invierno, sacó las gentes de sus alojamientos; con que por los desiertos de Cazlona, que es parte de Sierramorena, rompió por el Andalucía talando, saqueando, y robando por todas partes. Cercaron á Jaen, mas no la pudieron tomar: dado que por todo el tiempo del invierno estuvieron sobre aquella ciudad, la fortaleza de los muros y esfuerzo de los cercados hizo que no se pudiese entrar.

Tenia por aquella sazon el imperio de los Almoravides en Africa y en España Albohali hijo de Hali nieto de Juzeph, príncipe de menor poder y fuerzas que sus antepasados por causa de las guerras civiles que andaban encendidas entre los moros. Era esta buena ocasion para dañarle y hacerle guerra. El suegro del rey don Alonso conde de Barcelona falleció el año 1131; dejó por señor de Barcelona y de Carcasona y de Rodes, ciudades de Francia que eran de su señorío, á su hijo mayor don Ramon. A don Berenguel su hijo segundo mandó los condados de la Proenza y de Aymillan. Doña Cecilia su hija casó con don Bernardo, conde de Fox: con Aymerico conde de Narbona casó otra su hija, cuyo nombre no se sabe. Las demás hijas que tenia, quedaron encomendadas á don Berenguel su hermano, que casaron en Francia con otros grandes personajes.

El año que se siguió, no tuvo cosa de que contar sea, salvo que el rey don Alonso volvió de la guerra de Andalucía, alzado el cerco de Jaen; y don Sancho hijo del rey fue armado caballero el mismo dia (1) del apóstol San Matia en Valladolid con la ceremonia muy solemne que en aquellos tiempos se acostumbraba. Su mismo padre le armó de todas armas, y le ciñó la espada, que era muestra de darle por mayor de edad y emanciparle: servia otrosí de espuelas para que con grande ánimo remedase las virtudes y valor de sus antepasados, y á su ejemplo pretendiese ganar honra, prez y renombre inmortal en servicio de Dios y de su patria.

CAPITULO XV.

Cómo don Alonso rey de Aragon fue muerto.

Este era el estado de las cosas en Castilla y en Portugal. En Aragon, como habian comenzado, tenian buen progreso. Los pueblos y castillos cercanos de los moros se ganaban, y el señorío de aquella gente infiel iba cuesta abajo. Toda la Celtiberia quedó por los nuestros: asimismo Molina en la misma comarca, que ya era tributaria á los cristianos, fue forzada á rendirse. A la ciudad de pamplona se añadió el arrabal llamado de San Saturnino, en que pusieron franceses con derecho que se les dió de naturales y ciudadanos. Concediéseles otrosí que tuviesen por leyes el fuero de Jaca, y conforme á él en particular y en comun se gobernasen y sentenciasen los pleitos. Estaban los moros muy éstendidos y enseñoreados de las riberas del mar por la parte que en ella desagua el rio Ebro: desde allí hacia daños con correrias y cabalgadas en los pueblos y campos comarcanos. Para reprimillos tenian necesidad de flota, y así el rey mandó hacer muchas barcas y bajeles en Zaragoza; y consta que antiguamente en el imperio de Vespasiano y de sus hijos, reparadas y enderezadas y acanaladas las riberas de Ebro, se navegaba aquel rio hasta un pueblo llamado Vario, que demarca no lejos de do al presente está la ciudad de Logroño, sesenta y cinco leguas de la mar: grande comodidad para los tratos y comercio. Mequinencia, que se entiende en la que César llamó Octogesa, pueblo fuerte por su sitio y por las murallas, está asentado en la parte en que los rios Cinga y Segre se juntan en una madre. Deste pueblo al presente se apoderó el rey de Aragon, echada dél la guarnicion de moros que dentro tenia.

Toda esta prosperidad y alegría se trocó en lloro y se añubló por una desgracia, que sucedió sin pensar, muy grande. Es así que de ordinario las cosas de la tierra tienen poca firmeza, y el alegría muchas veces se nos agua, porque de la prosperidad unos toman ocasion de descuidarse, otros de atreverse demasiado: lo uno y lo otro hace que se trueque la buenandanza en contrario. El caso pasó desta manera. Fraga pueblo de los ilergetes (á la cual Ptolomeo llama Gallicia Flavia), mas conocido por el desastre desta guerra que por otra cosa alguna que en él haya, está asentado en un altozano y monte de tierra, que por delante comido con las corrientes y creciente del rio Cinga, hace que la entrada sea áspera de guisa que pocos se la pueden á muchos defender. Por las espaldas se levantan unos collados no ásperos y todos cultivados; pero tan pegados con el pueblo, que impiden no se pueda batir con los ingenios ni aprovecharse de la artillería. El rey despues que tomó á Mequinencia, animado con aquel suceso, con intento de pasar adelante con sus conquistas se metió por la tierra de los ilergetes el rio de Segre arriba, en que entra el rio Cinga: quedaba por aquellas partes lo mas dificultoso de la guerra por ser los pueblos muy fuertes, y porque los moros en gran número se retiraran á aquellos lugares para salvarse.

Los reyes de Lérida y de Fraga con tan gran concurso de gente cobraron por esta causa muchas fuerzas, y comenzaban á poner espanto á los cristianos. Los reales del rey se asentaron sobre Fraga el mes de agosto del año de Cristo de 1113. La espéranza y aparato fue mayor que el provecho: el tiempo del año, que comenzaba el invierno, y por tanto las ordinarias lluvias forzaron á despedir el ejército, y enviallé á invernar con órden que de nuevo se juntasen al principio del verano, volvieron al cerco por el mes de febrero no con menor esfuerzo ni con menor ejército que antes. Gastáronse en él los meses de marzo y abril sin hacer efecto que de contar sea, por estar los moradores apercebidos de todas las cosas, almacen y municiones contra la tempestad que les amenazaba; y con la esperanza que tenian de ser socorridos, llevaban en paciencia los daños de la guerra y

(1) Apenas tendria tres años, Pues el rey se casó el año 1128, y á esa edad ninguno se armaba caballero. Berganza y Sandovál han demostrado que se armó caballero en Valladolid el año 1152.

los trabajos del cerco. Abengamí, rey de Lérida, con gentes que juntó de todas partes, vino al socorro de los cercados. Dióse la batalla cerca de Fraga el dia de las santas Justa y Rufina. Los fieles se hallaban cansados con la guerra, y eran en pequeño número por quedar buena parte en guarda de los reales, ca temian no fuesen de los de dentro acometidos por las espaldas: los moros entraban en la pelea de refresco y muy feroces. Perecieron muchos cristianos en aquella batalla. Esta pérdida no fue parte para que el cerco se alzase á causa que el daño de los moros no fue mucho menor.

El rey todavía temeroso de mayor peligro se partió á la raya de Castilla para juntar nuevas gentes en Soria y su comarca. Con esta traza y socorro corrió los campos de los enemigos sin parar hasta dar vista á Monzon. Iba en pos de los demás no muy lejos el mismo rey con una compañía de trecientos de á caballo. Este escuadron encontró acaso con un gran número de la caballería enemiga que le rodeó por todas partes. El rey visto el peligro en que se hallaba con pocas palabras que dijo, animó á los suyos á hacer el deber:

«Que se acordasen que eran cristianos, y con su »acostumbrado esfuerzo acometiesen á los enemigos. »Que el atrevimiento les serviria de reparo, y en el »miedo estaria su perdicion. Con el hierro (dice) y »con la fortaleza saldreis deste aprieto, no pongais »en el vuestra esperanza; y si á vuestra valentía la »fortuna no ayudare y Dios que lo puede todo y »acorre á los suyos en semejantes aprietos, procurad »á lo menos de vender caras vuestras vidas, y no ha»gais con rendiros afrenta á vuestro valor y fama; »antes con las armas en las manos y con el esfuerzo »que conviene, morid como buenos, si fuere nece»sario.

Vínose luego á las manos. Los fieles conforme al aprieto en que estaban, peleaban valientemente. El rey andaba entre los primeros. Señalábase por su esfuerzo, por la sobreveste y lucidas armas que lleva-ba: así los golpes y tiros de los moros se endereza-ban contra él. Diéronle tanta priesa, que en fin le mataron. Los demás, perdido su caudillo, parte como buenos murieron en la demanda, parte se salvaron por los piés. Desta manera pasó aquel encuentro tan desgraciado, si bien de la muerte del rey se levantaron despues diversos rumores. El vulgo en casos semejantes suele trovar y invertar varias consejas: los unos de buena gana creen lo que desean, los otros á lo que oyen, añaden siempre algo para que las nuevas sean mas alegres ó menos pesadas. Algunos decian que cansados de vivir, perdida aquella batalla, se fue á Jerusalén: otros escribieron que el cuerpo comprado por dineros fue sepultado en el monasterio de Montaragón. El mas acertado parecer, que cayó en aquel desastre por poner las manos con codicia en los tesoros de las iglesias, dado que el arzobispo don Rodrigo y las historias de Aragon alaban á este rey de religioso, pio y manso. Lo que yo entiendo, y tiene mas probabilidad, es que su cuerpo no se pudo hallar por ser grande el número de los muertos, y que esta fue la causa de las varias opiniones que resultaron. Lo cierto que aquella desgracia sucedió cerca del lugar de Sariñena á siete de setiembre del año que se contó 1134.

Fue este príncipe gran capital, en ánimo, valor, fortaleza sin par, gran gloria y honra de España. Trabó batalla con sus enemigos por veinte y nueve veces, como lo afirma un autor antiguo, y las mas salió vencedor: reinó por espacio de treinta años. Otorgó su testamento tres años antes de su muerte en sazon que tenia sitio sobre Bayona de Francia, que dicen nuestras historias la tomó, y que en aquel cerco el conde don Pedro de Lara, hizo campo con Alonso Jordan conde de Tolosa, y que el de Lara quedó allí muerto. Aquel testamento fue muy notable, y que dió mucho que decir, y aun ocasion á muchas revueltas y debates. Hizo en él mandas de muchos pueblos y castillos á los templos y monasterios de casi toda España: porque no tenia hijos dejó por herederos de todos sus estados á los Templarios y á los Hospitalarios, y tambien á los que guardaban el Santo Sepulcro de Jerusalén, para que aquellas tres órdenes de caballería los repartiesen entre sí: ejemplo de liberalidad murmurada mucho de los presentes, y de que no menos se maravillaron los de adelante. Era tan grande el deseo que todos tenian de ayudar á la guerra que se hacia en la Tierra Santa para que se conservase y aumentase lo ganado, que á porfía varones y mujeres, príncipes y particulares daban para este efecto pueblos, castillos, heredades.

Remata el dicho testamento con graves maldiciones que echa contra los que intentasen innovar algo en lo que dejaba mandado; pero sin embargo los aragoneses y navarros se juntaron en Borgia, puesta á la raya de Navarra para nombrar rey. Era señor de aquella ciudad por merced del rey muerto don Pedro de Atarés, varon muy ilustre, y como algunos sospechan mas que prueban, decendia de la casa real. Sus partes sin duda eran muy aventajadas, y muy grande la voluntad que el pueblo le tenía. Parecia que sin contradicion le alzarian por rey, y fuera así si no se desabriera, con la soberbia y arrogancia de que comenzó á usar, gran parte de los señores y ricos hombres: el apresurarse es á muchos ocasion de perder lo que tenian en la mano. Los varones prudentes consideraban cuál seria, hecho rey, el que siendo particular, era intolerable. Atizaba á los demás en esta razon un hombre muy noble y de grande ingenio por nombre Pedro Tizon, cuya autoridad y consejos como siguiesen los otros, y en este parecer se conformasen, sin concluir se partieron de las córtes. Los navarros aborrecian el señorío de los aragoneses, y juzgaban que siempre á los despojados fue licito recobrar de los tiranos ó de sus sucesores lo que injustamente les tomaron. Por esto hicieron sus juntas á parte y á persuasion de Sancho Rosa, obispo de Pamplona alzaron por su rey á don García que venia de sus antiguos reyes, ca era hijo de don Ramiro, nieto del rey don Sancho, que dijimos fue muerto por su hermano don Ramon: así por voto comun de la gente fue nombrado por rey en Pamplona.

Al contrario los aragoneses en Monzon do se juntaron, declararon por rey á don Ramiro hermano del rey muerto, aunque monge, y de abad de Sahagun (1) electo obispo primero de Burgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro: la corona que le dieron en Huesca, juntó con la cogulla, y con la mitra la púrpura real: cosa en todo tiempo de grande maravilla. Conformáronse en este acuerdo (á lo que sospecho) por no poderlo escusar no solo por ser el mas cercano en deudo á que el pueblo se inclinaba, sino por evitar la guerra que amenazaba, si contrastaran al que desque supo la muerte de su hermano, se llamó luego rey. Hay escritura y instrumento original en que se halla que luego por el mes de octubre se llama rey y sacerdote, su data en Barbastro. No pararon en esto las aficiones del pueblo: magüer que era de mucha edad, tanto que mas de cuarenta años eran pasados despues que tomó el hábito en el monasterio de Tomer, le forzaron para tener sucesion á casarse con dispensacion (como se debe creer y lo dicen autores) del romano pontífice Inocencio Segundo. De donde resultó otra maravilla, ser uno mismo monge, sacerdote,

(1) So'o fue monge profeso del monasterio de San Pons de Tomiers, en la provincia de Narbona.

obispo, casado y rey. Casó con doña Inés hermana de Guillen, conde de Potiers y de Guiena, el cual dos años adelante murió en Santiago de Galicia, do vino por su devocion en romería. Su hija mayor por nombre Leonor casó por mandado de su padre con Luis rey de Francia llamado el mas mozo. Desta señora, despues de tener dos hijas se apartó por decreto del papa Eugenio Tercero á causa que eran parientes. Hecho este divorcio, casó de nuevo el Francés con doña Isabel hija de don Alonso el Seteno, emperador y rey de Castilla. Doña Leonor casó con Enrique duque de Anjou y Normandía, que adelante fue rey de Ingalaterra, y juntó lo de Potiers y Guiena ó Aquitania con aquel reino: ocasion de que resultaron largas y crueles guerras que se hicieron aquellas dos naciones, para toda la Francia perjudiciales, feas y malas para toda la cristiandad.

CAPITULO XVI.

De nuevas guerras que hobo en España entre los príncipes cristianos.

Por la eleccion de los reyes don García y don Ramiro resultaron grandes alteraciones: levantóse cruel tormenta de guerras, y los reinos de Navarra y Aragon, como la nave en el mar alterado, cuando mayor necesidad tenian de piloto y governalle, entonces se hallaban mas desamparados y faltos de toda ayuda á causa de las pocas fuerzas que tenia don García, y por la mucha edad y vejez de don Ramiro. El rey de Castilla pretendia y publicaba que el uno y el otro reino pertenecian á su corona. El derecho que para esto alegaba, se tomaba de su tercer abuelo don Sancho rey de Navarra por sobrenombre el Mayor: pretension no muy fuera de camino, que las órdenes militares, á las cuales don Alonso rey de Aragon nombró por sus herederos, de todos eran escluidas, pues no era razon ni conforme á las leyes que alguno subiese á la cumbre del reino, que no fuese de la alcuña y sangre de los reyes antiguos.

Estas razones y otras semejantes ventilaban los legistas en sus rincones y por las plazas: los mejores y mas fuertes derechos de reinar, que son de ordinario las fuerzas y poder, estaban claramente por el rey de Castilla, sin que le faltasen aficionados en el un reino y en el otro en tiempo tan revuelto y tanta diversidad de pareceres. Pues porque no pareciese faltaba á la ocasion, con todas sus gentes rompió por la Rioja, y por aquella parte se apoderó de las plazas y castillos que don Alonso su padrastro desde Villorado hasta Calahorra, primero por fuerza y despues por virtud del asiento que últimamente tomaron, le tenia usurpados: estos fueron las ciudades de Nájara y Logroño, Arnedo y Viguera sin otros lugares de menor cuantía. Demás desto en Vizcaya, y en aquella parte que se llama Alava, puso sitio sobre Vitoria, que le defendieron valientemente los naturales de manera que no la pudo entrar, si bien alrededor della se apoderó de otros pueblos: con esto el rio Ebro quedó desta vez por raya entre los dos reinos de Castilla y de Navarra. Grande era la alteracion de las cosas: muchos así señores seglares como obispos seguian el campo del rey, en este número se contaban Bernardo, obispo de Sigüenza; Sancho, de Nájara; Beltran, de Osma. Ayudaban otrosí con sus gentes don Ramon, conde de Barcelona; Armengol, conde de Urgel; Alonso Jordan, de Tolosa; Rogerio, de Fox, Miro, de Pallás; sin otro gran número de señores estraños, que todos estaban á su devocion.

Con tantas ayudas que de todas partes acudian, el rey, concluido lo de la Rioja y Vizcaya, revolvió luego sobre Aragon con tanto denuedo y presteza, que el próximo mes de diciembre estaba apoderado de todo lo que de aquel reino está desta parte de Ebro. El rey don Ramiro no se hallaba apercebido para contrastar á tan grande poder, y no menos se recelaba de sus pocas fuerzas que de las voluntades de algunos de sus vasallos. Acordó retirarse á lo de Sobrarve para con la fragura y maleza de aquellos lugares entretenerse, y esperar mejores temporales ó que se viniese á concierto, á que él mucho se inclinaba, á tal que fuese honesto y tolerable. Andaba de por medio para concertar estas diferencias Oldegario arzobispo de Tarragona, persona de grandes prendas y mucha autoridad. El trabajo era grande, pequeña la esperanza de hacer efecto por las grandes dificultades que se ofrecian, y la mayor, que ninguno se contentaba con la parte por la codicia y esperanza que tenia de salir con el todo.

El de Navarra resuelto de concertarse y tomar algun asiento por lo que le tocaba, sobre seguro vino á Castilla. En una junta y córtes muy grandes que se tuvieron en la ciudad de Leon, se hallaron presentes el rey don Alonso de Castilla, doña Berenguela su mujer, y doña Sancha su hermana, y el mismo don García rey de Navarra sin otros grandes señores y personas de cuenta. En estas córtes se acordó que el de Castilla tomase título y armas de emperador. Parecíales, pues tenia por sujetos y feudatarios los aragoneses, los navarros, los catalanes con parte de la Francia, que bien le cuadraba aquella corona y magestad. Coronóle el arzobispo de Toledo. Tenia á manderecha al rey de Navarra y al otro lado el obispo de Leon llamado Arriano.

Dió su consentimiento el papa segun que lo testifican nuestras historias, es á saber Inocenco Segundo, que en aquella sazon tenia el gobierno de la Iglesia, dado que apenas se puede creer quisiese hacer tan grande befa á Alemaña; si ya no fue que con nombrar nuevo emperador en España quiso castigar y satisfacer de las insolencias y desacatos muy grandes y ordinarios de aquellos emperadores. Hízose este auto tan solemne en Santa María de Leon el mismo dia de la Pascua de Espíritu Santo del año de 1135, como lo testifica un escritor de aquel tiempo, y se entiende por los actos de aquellas córtes.

Despues desto el nuevo emperador se tornó á coronar en Toledo, bien que no se sabe en qué dia ni año. Destas dos coronaciones resultó á lo que se entiende, la diversidad de opiniones, y que unos escribiesen que se coronó en Toledo, otros que en Leon. En los archivos de Toledo hay un privilegio que concedió el rey don Alonso á esta ciudad: allí dice que tomó la primera corona del imperio en Leon: palabras de que con razon se saca que á imitacion de los emperadores de Alemaña, que se coronan por tres veces, quiso el nuevo emperador coronarse primera y segunda vez en diversas partes. Autor de aquel tiempo dice que se coronó tres veces (1), la primera en Toledo dia de Navidad, la segunda en Leon; y que la corona de oro la tomó en Compostela: todo á imitacion de los emperadores de Alemaña. Lo cierto es que si bien algunos otros reyes de España acometieron antes deste tiempo á tomar apellido de emperador, este príncipe entre todos ellos conserva este sobrenombre, que vulgarmente le llamamos don Alonso el emperador.

Asimismo se tiene por cosa averiguada que la ciudad de Toledo desde este tiempo comenzó á usar de las armas que hoy tiene, que es un emperador asentado en su trono con vestidura rozagante, el globo del mundo en la mano siniestra, y en la derecha una espada desnuda. Antes desto tenia dos estrellas por armas, y despues un leon rapante. Comenzóse otrosi á llamar ciudad imperial como se tiene comunmente por tradicion, demás que del rey don Juan el Segun-

(1) Solo consta que tomó el título de emperador antes de su coronacion; y los padres del concilio de Palencia en 1129 se le dieron.

do hay una escritura ó cédula real en que le da ese apellido. San Bernardo en una carta que escribe á la



Armas de Toledo.

infanta doña Sancha, la llama hermana del emperador de España. Fue esta señora muy pía: murió sin casarse, llamábase reina porque su hermano le dió este apellido desde el principio de su reinado. Demás desto Pedro abad cluniacense en una carta que escribió al mismo papa Inocencio Segundo, usa deste principio: »El emperador de España, gran príncipe del pueblo cristiano, devoto hijo de vuestra magestad, etc.» Ruégale en aquella carta venga en que el obispo de Salamanca se traslade á Santiago de Galicia, y que condescienda en esto con el deseo del clero y pueblo de aquella ciudad que lo pedia. Este obispo era Berengario, que cuatro años adelante por muerte de don Diego Gelmirez fue elegido en segundo arzobispo de la iglesia de Santago.

Volvamos al emperador. Luego que tomó aquel título, nombró á sus hijos por reyes (1), á don Sancho el dijo mayor señaló el reino de Castilla, y á don Fernando el menor el de Leon, con que dejó divididos sus estados: resolucion poco acertada, que siempre se tachará, y sin embargo se usará muchas veces por tener los padres mas cuenta con la comodidad de sus hijos que del bien comun. No se descuidaban los prelados y señores que tomaran la mano en concertar las diferencias susodichas, de apretar y llevar adelante estas prácticas. Lo de Aragon aun no estaba sazonado: concertaron despues de mucho trabajo que los reyes don Alonso y don García se juntasen de nuevo para tratar de sus haciendas en el lugar de Paradilla puesto á la ribera del rio Ebro. Allí se vieron el dia señalado, que fue á veinte y siete de setiembre. Hallóse presente la reina doña Berenguela ya emperatriz. Concertóse la paz con esta condicion: que por don García quedase el reino de Navarra, y demás del todo lo que el emperador tenia conquistado del reino de Aragon, á tal que tuviese todo su estado como feudatario y moviente de Castilla. Demás de esto se asentó que los dos juntasen sus fuerzas contra don Ramiro para quitalle el reino que tenia á tuerto usurpado como ellos decian.

Con este concierto los aragoneses y navarros quedaron revueltos entre sí, y se hicieron graves daños. Acudieron á atajar estas diferencias los señores y obispos de aquellas dos naciones. Acordaron se nombrasen tres jueces por cada una de las partes para componer estos debates. Juntáronse en una aldea llamada Vadoluengo por Aragon don Caxal, y Ferriz de Huesca y don Pedro de Atarés; por Navarra don Ladron, don Guillen Aznar y don Jimeno Aznar. Concertaron que se dejasen las armas; que los términos de Aragon y Navarra fuesen los mismos que el rey don Sancho el Mayor dejó señalados, es á saber los rios Sarazaso, Ida y Aragon hasta que mezclan sus aguas con las de Ebro. Lo de Valderroncal y Biozal con otros lugares comarcanos, dado que caian en la parte que adjudicaban á los aragoneses, quedaron en poder de don García por todo el tiempo de su vida; que tendria empero todo su reino y estado como sujeto y feudatario de Aragon, que era lo mismo que tenia concertado y prometido al de Castilla: tan poca firmeza tenia lo que por estos tiempos se concertaba. Para que todo esto fuese mas firme, se juntaron los dos reyes en Pamplona. Con esto parecia que las cosas se encaminarian como se deseaba, cuando un caso no pensado lo desbarató todo. Iñigo Ayvar quier por ser así verdad, quier porque le pesaba de las paces, avisó al rey don Ramiro que los navarros trataban de secreto de matalle. Como el rey diese crédito al reporte, disfrazado y de noche se salió de Pamplona sin parar hasta llegar al monasterio de San Salvador de Leyre: de allí se partió mas ofendido que vino, y quitada (mal pecado) toda esperanza de concierto, de nuevo volvieron á rompimiento.

Don Ramiro por su edad no solo de los príncipes sino tambien del pueblo parece era menospreciado, en tanto grado que vulgarmente le llamaban el rey Cogulla, y le ponian otros nombres de desprecio. Es el vulgo una bestia indómita, y que ni con beneficios ni por miedo enfrena las lenguas. A ejemplo pues de Periandro tirano de Corinto, y de Tarquinio último rey de los romanos, se dice acometió una hazaña digna de memoria para la posteridad pero cruel y fea para una persona consagrada. Llamó á córtes los grandes del reino para Huesca el año 1136: la voz era que queria allí tratar negocios muy graves. Acudieron á su llamado muchos, de los cuales hizo matar luego quince señores que parecian serle mas contrarios, los cinco de la casa de Luna, los demás de la principal nobleza del reino, cuyos nombres no me pareció era necesario relatarlos en particular. El abad del monasterio de Tomer con quien comunicó todo esto, refieren le dió este consejo, ca preguntado por los embajadores que el rey le despachó en esta razon, lo que debia hacer en tan grande revuelta como la en que las cosas andaban, en presencia dellos con una hoz derribó lo mas alto de las coles que en su huerta plantara, sin dar otra respuesta mas que esta, que fue avisalle de lo que hizo.

Lo que se dice de don Ramiro y de su atamiento y poca maña, no parece creible: que era tan para poco y de tan poca habilidad que en la guerra por llevar el escudo embarazado en la izquierda y en la derecha la lanza regia el caballo y las riendas con los dientes: parece fábula sin propósito. Lo que consta es que fue tenido por hombre poco á propósito para el gobierno, y de menos valor que pedia peso tan grande: de que se tomó ocasion para tramar estas consejas. Por conclusion como ni asimismo satisfaciese ni á los otros, enfadado del gobierno, determinado de dejarle porque ya tenia una hija que se llamó doña Petronila, en aquellas córtes de Huesca dió intencion de lo que pretendia hacer, y amonestó á los presentes que pospuesto todo lo al, debian con mucha instancia procurar la amistad del emperador don Alonso, sin hacer mencion alguna de vengar las injurias de los navarros, quier fuese por deseo de la paz, quier por haberse ellos purgado bastantemente de lo que les levantaron, haber puesto asechanzas á su vida.

Don Ramon conde de Barcelona fue el que principalmente se puso de por medio para concertar las diferencias entre Castilla y Aragon, como persona que tenia grandes alianzas con el un príncipe y con

(1) Hasta el año 1118 no se ve documento ninguno en que se titulen reyes sus hijos: él habia sido coronado en 1135.

el otro, demás que le dieron intencion por medio de don Caxal hombre principal de casarle con la infanta doña Petronila; y hacerle rey de Aragon. A la ribera de Ebro tres leguas arriba de Zaragoza está Alagon: este pueblo señalaron para que los dos reyes se viesen; acudieron el dia señalado, que fue á veinte y cuatro del mes de agosto. Acordóse que la ciudad de Zaragoza fuese restituida al señorío de Aragon: quedaron por Castilla Calatayud y Alagon con los demás pueblos que están desta parte de Ebro. Para mayor seguridad deste concierto el rey don Ramiro dió su hija en rehenes, dado que no se pudo alcanzar casase con don Sancho hijo mayor del emperador por estar prometida al conde de Barcelona, que les venia mas á cuenta por ser gran señor y caerles lo de Cataluña muy cerca: además que se entendió alcanzaria del emperador todo lo que quisiese, por el estrecho deudo y amistad que con él tenia.

En todo esto no solo no se hizo caso de la confederacion que por entrambas partes tenian puesta con el rey de Navarra, antes uno de los principales capítulos desta nueva avenencia fue que juntarian las armas de Castilla y Aragon para hacer la guerra al Navarro; mas él avisado de lo que pasaba, se apercebia de todo lo necesario: príncipe de gran corazon y brío, pues contra las armas de los dos reyes tan poderosos se atrevió no solo á mantenerse en su reino sino á procurar de ensanchalla. Casó con doña Mergelina ó Margarita, hija de Rotron conde de Alperche, y con ella hobo en dote la ciudad de Tudela. Los privilegios y escrituras de aquel tiempo rezan que reinaba en Pamplona, en Nájara, en Alava, en Vizcaya y Guipúzcoa. Ayudáronle mucho los franceses con sus fuerzas, porque Luis rey de Francia tuvo por cosa honrosa tomar debajo su amparo y favorecer este nuevo y flaco rey: ayuda con que el Navarro prevaleció, si bien segun lo tenian concertado sin dilacion de todas partes sus contrarios acudieron á lar armas. Los campos de Castilla y de Navarra se asentaron cerca de los pueblos Gallur y Cortes: no se vino á batalla por rehusar los unos y los otros de ponerse á semejante peligro. Esto es mas verisímil que lo que se publicó por la fama, es á saber que por reverencia de la pascua de Resurreccion que cayó en aquellos dias, dejaron de pelear.

Concertóse el casamiento entre don Ramon conde de Barcelona y la infanta doña Petronila á once del mes de agosto del mismo año, que se contaba de 1137. Hecho esto, el rey don Ramiro, renunciado el cuidado y gobierno del reino se recogió en la iglesia de San Pedro de Huesca deseoso de vida mas sosegada (1). Reservóse solamente el nombre de rey, y el



poder usar de su autoridad cada y cuando que quisiese. A los alcaldes de los castillos y pueblos de todo el reino envió órden para que hiciesen de nuevo homenaje al conde de Barcelona. Y porque en aquellas revueltas y alborotos, como es ordinario, los señores vendieran el servicio que hacian al viejo rey lo mas caro que podian, por pueblos y castillos que les dió en tan gran número, que divididas las fuerzas del reino y menoscabadas, parecia que al rey no le quedaba mas que la vana sombra de aquel nombre; se hizo una ley en que todas aquellas donaciones como ganadas fuera de tiempo se revocaron y dieron por ningunas y de ningun valor, mayormente aquellas que se impetraron despues que aquel rey tomó por yerno al conde de Barcelona. En lo tocante á Navarra se determinó que los linderos de los dos reinos fuesen los que señalaron en Pamplona y en Vadoluengo en la confederacion que allí se hizo.

Don Ramon luego que se encargó del gobierno de aquel reino, y dio asiento en las cosas dél, se fué á ver con el emperador don Alonso: con él en Carrion, pueblo de Castilla la Vieja, trato reformar las condiciones de la paz que poco antes entre Castilla y Aragon se asentaron. Hizo grande efecto su venida: otorgáronle que todas las tierras de Aragon que están desta parte del rio Ebro, quedasen por aquellos reyes como antes las tenian, mas que por ellas fuesen feudatarios de Castilla. Con esto por el mes proximo de octubre don Ramon hizo su entrada en Zaragoza, fueron grandes los regocijos y el aplauso del pueblo, que le llamaba padre de la patria, autor de la paz y felicidad del reino. Dió asiento en las cosas de aquella ciudad y de todo lo demás, con que fundó el sosiego tan deseado de todos. En acabar todas estas cosas se señaló mucho Guillen Ramon senescal de Cataluña, que era lo que ahora llamamos mayordomo mayor, y como tal tenia gran cabida y privanza con el rey don Ramiro. Por sus servicios el conde de Barcelona le hizo merced en Cataluña de la villa de Moncada: principio de donde como de tronco salió y se fundó en aquella provincia la muy noble casa y linaje de los Moncadas.

CAPITULO XVII.

Que don Alonso príncipe de Portugal se llamó rey.

De la alteracion ajena tomaron los portugueses ocasion de aumentar su señorío y ganar mayor renombre. Don Alonso, quién dice infante ó príncipe,

(1) A su muerte acaecida en esta iglesia fue enterrado en el cláustro de la misma, colocando en su sepulcro una lápida de mármol que, como revela su dibujo, sin duda es de escultura romana y fue de otro enterramiento, porque la rudeza del arte no permitia entonces labrarle otra correspondiente á su dignidad.

quién duque de Portugal, por ser como era no menos ilustre en la guerra que en la paz, no cesaba de ennoblecer su estado, acrecentalle y hermosealle de todas las maneras que podia. En la ciudad de Coimbra fundó el monasterio de Santa Cruz, obra muy principal, que escogió para su sepultura. Hízole donacion de Leyra, pueblo que por este tiempo se ganó de moros. Principios fueron estos de grandes cosas, porque el año de nuestra salvacion de 1139 con muchas gentes que juntó de todo su estado, hizo entrada en tierra de moros, y pasado el rio Tajo, movió guerra á Ismar rey moro, que tenia el señorío de aquellas comarcas. En esta jornada antes que se viniese á las manos, falleció Egas Nuñez ayo del mismo don Alonso, por cuyos consejos hasta entonces se conservaron y gobernaron aquel príncipe y sus cosas. En la ciudad de Portu hay un monasterio de benitos llamado vulgarmente de Sosa, fundacion del mismo don Egas, en que se ven las sepultadas deste caballero y de sus hijos. La de doña Teresa su mujer está en el monasterio de Cereceda de la órden del Cystel, que asímismo ella fundó á dos leguas de Lamego, á lo que yo entiendo el uno y el otro de los despojos de la guerra.

Ismar avisado del intento que don Alonso llevaba, á toda diligencia levantó y alistó gente en su tierra. Acudiéronle otros cuatro reyes ó señores moros con que formaron un grueso ejército. Llegaron á vista unos de otros cerca de Castroverde en una llanura que á la sazon se llamaba Urichio, y al presente Cabezas de Reyes, y pareció á propósito para dar la batalla. Riega aquellos campos el rio de Palma llamado otro tiempo Chályhs: por tierra de Beja do tiene su nacimiento, lleva poca agua, pero con otros rios que se le juntan, poco á poco se engruesa de tal suerte que cuando llega al mar y al golfo Salaciense cerca de Alcazar de Sal, tienen hondo bastante para navegarse. Don Alonso, vista la muchedumbre de los enemigos, al principio estuvo congojado: por una parte se le representaba el riesgo á que ponia todo su estado, por otra la afrenta y mengua suya y de los suyos, si volvia atras, mas pesada que la misma muerte. Venció el deseo de la honra el recato cobarde, en especial que sus soldados dos dias antes que la batalla se diese, que fue á veinte y cinco de julio dia del apóstol Santiago de aquel mismo año, con grande resolucion y regocijo (tan animados estaban) en los reales dieron al príncipe don Alonso nombre de rey. Esto le hizo de todo punto resolverse, y probar la suerte de la batalla, por no parecer si la escusaba, que amancillaba aquella nueva dignidad y ditado.

Llegado pues el dia, ordenadas sus haces en guisa de pelear, les habló en esta sustancia: «Las palabras, amigos mios, no hacen á los hombres valientes. Los corazones que se avivan con el razonamiento del capitan, luego que se viene á las manos, vuelven á su natural. El esfuerzo de cada cual en el peligro le descubre. El estado en que todos nos hallamos, bien así como yo lo veis todos. La muchedumbre de los enemigos, y el sitio en que estamos, no da lugar para que ninguno pueda volver atras. Vuestro esfuerzo, valientes soldados, os servirá de reparo. ¿Qué cosa hay mas torpe que poner en los piés la esperanza quien tiene empuñadas las armas? que volver las espaldas á los que no se atreverán á mirar vuestros rostros y denuedo? afuera el miedo y cobardía. La alegría que veo en vos, da bastante muestra de vuestro esfuerzo y valor. Yo determinado estoy de cumplir con lo que debo, sea con la muerte, sea con la victoria: lo primero no lo permitirá Dios, ni sus Santos: lo al en vuestras manos está. Contra esta canalla que tantas veces vencistes, al presente habeis de pelear. Los ánimos pues de los enemigos y vuestros será como de vencidos á vencedores: el de ellos bajo, medroso y cobarde; el vuestro alegre y denodado. De mí no espereis solamente el gobierno, sino el ejemplo en el pelear. Parad mientes no parezca me distes el apellido de rey para afrentarme en este trance.»

»Dichas estas palabras, dió señal de acometer, mandó que los estandartes se adelantasen, lo mismo hicieron los enemigos. Trabóse una brava pelea como de los que contendian por la honra, por la vida, y por el imperio, de todo Portugal. Ultimamente la muchedumbre de los moros fue vencida por la fortaleza de los cristianos: muchos quedaron muertos y no pocos presos. Los cinco estandartes de los reyes vinieron en poder de los vencedores. Principio y ocasion de las armas de que usaron en adelante los reyes de Portugal, en escudo y campo azul cinco menores escudos. Otros dan diversa interpretacion, y pretenden que significan las cinco llagas de Cristo hijo de Dios; pero no sé si con fundamento bastante. En tiempo de don Sancho Segundo deste nombre, rey de Portugal, á las armas antiguas añadieron castillos por orla, no siempre en un mismo número, al presente ponen siete. Esta fue aquella batalla tan celebrada con razon por los historiadores portugueses, de las mas memorables que se vieron en aquella era, despues de la cual en breve el poder y fuerza de Portugal se aumentaron en grande manera. Verdad es que todo lo escurecia y afeaba la prision tan larga de su madre.

Avisado desto el pontífice Inocencio II que todavía lo era por estos tiempos, procuró apartalle de aquel propósito, y hacer que se reconciliassen: con este intento envió desde Roma con muy grandes poderes al obispo de Coimbra, cuyo nombre no se dice: él no cesó de amonestar al rey que hiciese oficio de hijo para con su madre, esquivase la mala voz que corria de aquel hecho: que era cosa de muy mala sonada tenella no solo despojada de su estado y dote, sino privada de la libertad: ninguna causa bastante se podia alegar para hacer tan grande injuria, y tal desacato á la que le engendró. Las orejas del rey estaban sordas á estas palabras: tanta vez tiene la indignacion concebida contra lo á que obligaba la ley natural. El obispo, puesto entredicho en aquella su ciudad, se salió de Portugal. Por esta misma causa vino de Roma cierto cardenal, mas no hizo efecto alguno; antes forzado por las amenazas del rey alzó el entredicho que en todo el reino tenia puesto.

Era en aquella sazon don Manrique ó Amalarico de Lara muy principal en riquezas y en nobleza, y por merced de los reyes de Castilla era señor de Molina. Don Alonso rey de Portugal procuró casarse con una hija deste caballero, que se llamaba Malfada. Quien hace á doña Malfada hija ó hermana de Amadeo conde de Mauriena y de Saboya; y aun debe ser lo mas cierto, atento que el arzobispo don Rodrigo dice que casó con Malfada hija del conde de Mauriena. Nacieron deste matrimonio don Sancho, doña Urraca y doña Teresa, aquella que casó adelante con Philipe conde de Flandes. Demás destos hijos tuvo este rey otro hijo bastardo llamado don Pedro. Hechos los regocijos destas bodas, volvieron los portugueses á la guerra. Santaren villa principal de aquel reino está á la ribera de Tajo. Llegaron de improviso los nuestros, y antes de amanecer sin ser sentidos la escalaron, y echaron della los moros. De los despojos desta guerra fundó aquel rey el monasterio de Alcobaza de monges bernardos por voto que hizo al pasar por donde está, de hacello así, caso que ganase aquella plaza. Sobre el imperio de Africa contendian con gran porfía Albohali, que era del linaje de los Almoravides, y Abdelmon de los Almohades, nuevo linaje y secta que entre los moros se levantaba.

Estas diferencias dieron ocasion que los moros de

España fuesen por los nuestros maltratados: á la verdad en esta sazon mas se conservaban por estar los cristianos ocupados en guerras civiles que por su mismo esfuerzo. Y aun por este tiempo en algunas partes gozaban los moros de tanto sosiego, que tenian lugar para darse muy de propósito al estudio de las letras (1), en especial en Córdoba, madre que siempre fue de buenos ingenios, hobo en esta sazon varones esclarecidos y escelentes en todo género de filosofía. Avicena fue uno, al cual algunos tienen por hombre principal y hijo de rey: otros pretenden que no fue español, ni jamás aportó en España. Averroes fue otro nobilísimo comentador de Aristóteles: él mismo dice de sí, que escribia los comentarios sobre los libros de Cœlo de Aristóteles el año quinientos y treinta de los árabes que concurre con el de Cristo mil y ciento y treinta y cinco. Avenzoar asimismo fue señalado en aquella ciudad en los estudios de matemáticas y astrología. Esto en Córdoba. En Portugal con gentes que juntaron, ganaron los cristianos por fuerza de armas la villa de Sintra, asentada junto al promontorio que los antiguos llamaron Artabro, y no lejos de aquella parte por donde el rio Tajo desagua en el mar. Era el lugar muy á propósito para llamar socorros estraños. Por esta causa á persuasion del rey vinieron gruesas armadas de Francia, Ingalaterra y Flandes. Las ayudas fueron tales, que se determinó de poner cerco sobre Lisbona, ciudad en aquella comarca muy populosa y la mas principal de Portugal. Pero antes que declaremos el fin que tuvo este cerco muy famoso, volveremos la pluma á lo que se queda atrás.

CAPITULO XVIII.

Cómo los fieles ganaron á Almería.

Entretanto que estas cosas pasaban en Portugal, los navarros y aragoneses traian guerras entre sí. Don Alonso el emperador tenia en su mano la guerra y la paz: el que de los dos reyes fuese el primero á ganar su amistad, se prometia seguramente la victoria de su contrario: así á porfia los unos y los otros la pretendian. El primero don Ramon conde de Barcelona encargado que se vió del nuevo reino de Aragon, y por el mismo caso envuelto en graves dificultades, con intento de granjearle la voluntad y atraelle á su parecer fue á Carrion villa de Castilla, como queda dicho. La ida no fue en vano, porque alcanzó que Zaragoza, Tarazona, Calatayud y los demás pueblos de la corona de Aragon que están desta parte de Ebro, y á la sazon tenian guarnicion de castellanos, se le entregasen como á feudatario de los reyes de Castilla. De don García rey de Navarra, dado que con ordinarias entradas que hacia, molestaba los aragoneres por toda la comarca que hay desde Tudela á Zaragoza, por entonces no se hizo mencion alguna; pero dos años adelante, que fue el de 1140, don Ramon movido por aquellos desaguisados, y confiado en la amistad de don Alonso, vino segunda vez á verse con él en el mismo lugar de Carrion, donde entre aragoneses y castellanos se hizo liga contra el de Navarra, y se concertó que los pueblos de la corona de Aragon que tenian usurpados los navarros, volviesen á los aragoneses: asimismo que los que del señorío de Castilla poseian desta parte de Ebro, luego que fuesen ganados del comun enemigo, se restituyesen fielmente á Castilla. Tocante al reino mismo de Navarra, acordaron que la tercera parte quedase por el emperador, las otras dos partes se adjudicaron á don Ramon con nombre otrosí por ellas de feudatario de Castilla: repartian los despojos antes de matar la caza.

Despedidas estas visitas, como si hobieran tocado al arma, acudieron por ambas partes á la guerra. A don Ramon entretenian otros cuidados: así don Alonso el emperador fue el primero que ido á Burgos, con un grueso ejército que levantó y juntó de todas partes, pasados los montes Doca, rompió por tierras de navarros. El ruido y el espanto fue mayor que el efecto que se hizo: con embajadas que de una y otra parte se enviaron, y por medio de los prelados que acompañaban á los reyes, finalmente se hicieron paces entre aquellas dos naciones. Para concluir acordaron que los dos príncipes se hablasen: las vistas fueron á la ribera de Ebro entre Calahorra y Alfaro. Hallóse presente en esta junta doña Berenguela mujer del emperador: allí no solo se concertaron las paces, sino tambien para mayor firmeza acordaron que don Sancho hijo mayor del emperador casase con doña Blanca hija del Navarro. La infanta, bien que de muy poca edad, para que estuviese como en rehenes fue desde luego entregada á su suegro. Hízose esta confederacion á veinte y cuatro del mes de octubre del año susodicho.

Desta mudanza tan repentina del emperador don Alonso no hallo bastante causa ni que satisfaga del todo, si bien entiendo que no fue inconstancia ni liviandad; porque ¿qué príncipe hobo en aquel tiempo ni mas grave, ni mas santo? A la verdad era muy fuera de propósito, que los aragoneses ocupados en otros negocios, y que poco le podian ayudar, se llevasen el fruto del peligro ajeno y de su trabajo: así determinó en particular mirar por lo que le estaba bien, ca gravísimos cuidados dentro y fuera de su estado apartaban á don Ramon y le impedian de la guerra de Navarra. Primeramente tenia mucho en que entender con los moros de su distrito, de quien en esta sazon los capitanes y fronteros de Aragon ganaron á las riberas del rio Cinga los pueblos de Calamera y Alcolea. Demás desto los caballeros Jerosolymitanos por el testamento de don Alonso rey de Aragon, que fue muerto los años pasados, todavía pretendian tener derecho al reino; y era razon contentallos en alguna manera y dar algun corte en esto, mayormente que Raimundo maestre de la caballería de San Juan era venido por este respeto á España. Por cuya diligencia, despues de largos debates sobre el caso, últimamente se asentó que los caballeros Jerosolymitanos en Zaragoza, Calatayud, Huesca, Barbastro y Daroca con todos los demás pueblos que se ganasen de moros, tuviesen de cada una de las tres naciones cristianos, moros y judíos

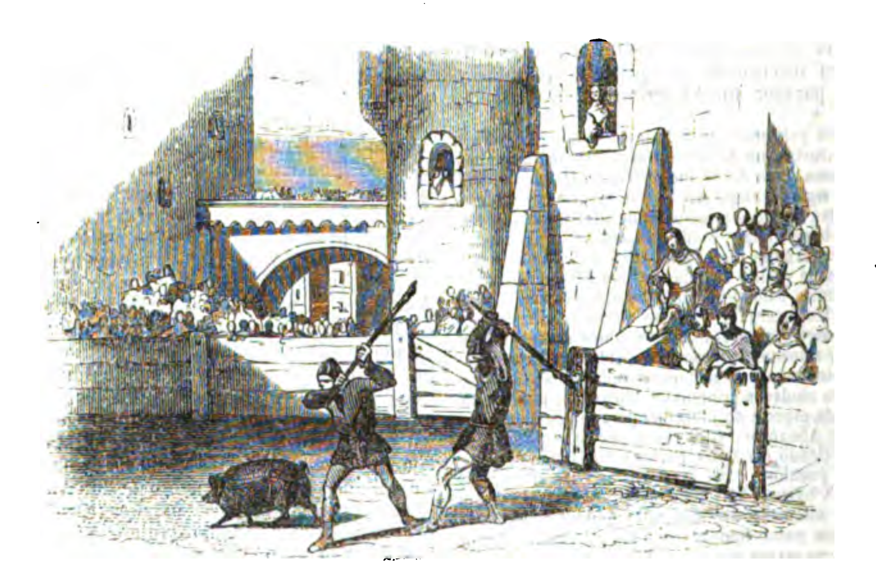
(1) En los dos primeros siglos de la conquista, los árabes á pesar de la ilustracion de sus califas no se dedicaron con ahinco á las letras. Pero desde que Al-Hakem II subió al trono á mitad del siglo X, empiezan á verse escuelas, y colegios en Córdoba y las ciudades principales de sus estados. Al-Hakem, hijo de Abderrahman, funda en Córdoba una academia que se hace muy famosa por el gran número de literatos que salen de ella: hace venir á su reino los hombres mas sábios: les honra y premia, dándoles á unos los empleos mas distinguidos, á otros les encarga escribir los anales de la nacion, y otras obras: recoge por todas partes los libros mas esquisitos de los griegos y romanos, y forma una biblioteca en su palacio real de seiscientos mil volúmenes: manda que se establezcan en todas las ciudades principales bibliotecas públicas de los libros de toda especie de literatura para instruccion general. El regente Almanzor, y los reyes que le sucedieron siguieron estableciendo por todas partes escuelas para la ilustracion de los pueblos; y así las ciencias y las artes desde mitad del siglo X hasta el XIII hicieron tales progresos en esta nacion, que no solamente era mas culta que las demás de la Europa, sino que podia compararse á los griegos y romanos en el tiempo de su mayor esplendor. Tuvieron un sin número de escritores en todas las ciencias y en la literatura. Se cuentan ciento y cincuenta autores cordobeses, setenta y un murcianos, cincuenta y tres de Málaga, cincuenta y dos de Almería, veinte y cinco de Lusitania, y otros muchos de Sevilla, Granada y Valencia. Mariana cuenta entre estos á Avicena; mas este no fue español, y vivió siglo y medio antes. Con semejante estado de civilizacion no se justifica muy bien el dictado de «gente soez y feroz» con que Mariana califica demasiado frecuentemente á los árabes.

un vecino por vasallo, que les acudiesen con sus tributos y á su llamado y debajo de su conducta, cuando se hiciese guerra, con sus personas y armas. Fuera desto en todo el reino les señalaron otras rentas y heredamientos muy grandes con que sustentasen la vida y los gastos de la guerra, si bien fuesen muy grandes. En Jaca y en otros lugares les dieron sitios para hacer sus conventos. Púsose otra condicion muy principal, que si don Ramon muriese sin hijos, el reino volviese á los caballeros.

En estas práticas y en asentar estos conciertos pasaron algunos años. El asiento Guillermo patriarca de Jerusalén y los demás caballeros de San Juan interesados aprobaron en Jerusalén á veinte y nueve de agosto de año de 1141, y de todo otorgaron escritura pública. Vino tambien en ello y dió su consentimiento Fulcon rey de Jerusalén; y últimamente aprobó todo esto el papa Adriano IV que algunos años adelante comenzó á gobernar la iglesia de Roma. En esta avenencia comprehendieron eso mismo las otras dos órdenes militares, y en particular los Templarios, á los cuales don Ramon tenia mas devocion por causa que su padre don Ramon Berenguel tomó el hábito de aquella religion y la profesó los años pasados. Por esto fueron aventajados á los demás; ca les consiguió á Monzon y otro gran número de pueblos y castillos, la décima parte de las rentas reales, y la quinta de todo lo que se ganase en la guerra de los moros. Finalmente todos los caballeros quedaron exentos de tributos y de la jurisdiccion real, en particular se concertó y juró por espresas palabras que sin su consentimiento no se harian en tiempo alguno paces con los moros. Estos conciertos se hicieron en Girona, presente el cardenal Guidon legado del pontífice romano, que interpuso su autoridad en ello y fue á veinte y siete de noviembre año de 1143.

Siguióse una nueva guerra en Francia contra los Baucios, linaje en aquel tiempo muy poderoso en riquezas y aliados. La causa fue que Raimundo Baucio estaba casado con doña Estefanía hija de Gilberto conde que fue de Aymillan y de la Proenza, hermana de doña Dulce madre de don Ramon y de don Berenguel, como arriba se ha mostrado. Este pues por el derecho de su mujer pretendia apoderarse de una parte de la Proenza, si no pudiese por bien y por via jurídica, á lo menos por las armas. No le faltaban entre aquella gente aficionados, por la aversion que tenian á don Berenguel como á príncipe extranjero; además que la gente popular como suele pensaba que las cosas nuevas serian mejores que las presentes. Esta guerra se comenzó en tiempo del susodicho don Berenguel, y por su muerte se encendió mas contra su hijo que se llamó don Ramon Berenguel. La edad deste príncipe era poca: las fuerzas no bien aseguradas, en tanto grado que don Ramon conde de Barcelona se determinó, pospuesto todo lo al, tomar el amparo de aquel mozo su sobrino; y aun á lo que yo creo, para tener mayor autoridad se llamó marqués de la Proenza. La guerra se comenzó, que fue brava: con ella los contrarios se vieron apretados de manera que Raimundo Baucio, despojado de casi todo su estado parterno, de su voluntad vino á Barcelona para entregar á sí y á sus cosas á la voluntad y merced de aquel príncipe. Hiciéronse las paces entre estas dos casas con buenas condiciones: con que Baucio fue restituido en todo lo que le quitaron en el discurso de la guerra. Demás desto le dieron á Trencatayo, que es un pueblo principal en aquella comarca, á tal que fuese por él feudatario de los condes de la Proenza.

Estas fueron las dificultades y negocios que tenian embarazado á don Ramon: con que don García rey de Navarra tuvo comodidad y espacio de reforzarse; y en particular con intento de granjear al emperador don Alonso, que tenia el mando de todo y mayor poder que los demás, por ser muerta doña Mergerina su primera mujer casó el Navarro con doña Urraca, hija bastarda del emperador. El año 1144 á veinte y cuatro de junio se celebraron las bodas con real magnificencia en la ciudad de Leon: Hobo justas y torneos: corriéronse toros. Entre los otros juegos



que hicieron, era uno de mucho gusto: en un lugar cerrado soltaban un puerco, seguíanle por el gruñido dos ciegos armados con sendos bastones, y sus celadas en las cabezas: el que le mataba, era suyo. Avenia que por herirle muchas veces el golpe del un ciego por yerro descargaba sobre el otro con grande risa de los que se hallaban presentes. La madre de doña Urraca se llamó Gontroda, mujer muy noble en las Asturias, cuyo sepulcro con su letrero está en Oviedo en un monasterio de monjas llamado de Vegua que ella edificó á sus espensas, y en que pasó lo mas de la vida: del rey don García y de doña

Urraca fue hija doña Sancha, que casó dos veces, la primera con Gaston vizconde de Bearne, la segunda muerto este sin hijos casó con don Pedro, conde de Molina: deste matrimonio nació Aymerico que el tiempo adelante fue señor de Narbona.

En esta sazon Africa andaba alborotada con guerras civiles. En España asimismo se levantaron entre los moros grandes alteraciones por estar divididos en tres parcialidades. Zefadola, señor de Rota, pueblo asentado á la boca del rio Guadalquivir (1), sin embargo que era de la antigua sangre de los reyes moros, favorecia á los cristianos por sus respetos, que debajo de su conducta hicieron entrada hasta dar vista á Sevilla. Azuel, gobernador de Córdoba y Abengamia, gobernador de Valencia tenian entre sí diferencias, pero Abengamia era mas poderoso en fuerzas, y no paró hasta echar de Córdoba á su contrario. Entre los cristianos parece habia mas sosiego; solo don Ramon y el rey don García no tenian del todo compuestas sus diferencias. Tocaban ambos al emperador don Alonso en estrecho parentesco, demás de la alianza que con ellos tenia puesta. Porque no se pasase tan buena ocasion de hacer la guerra á los moros, que estaban muy apoderados del Andalucía, los convidó y rogó por sus letras y embajadores para que se viesen con él en Santisteban de Gormaz. Hiciéronse estas vistas el año 1146 por el mes de noviembre: en ellas si bien no se pudieron concertar paces perpétuas, negocióse que entre las dos naciones aragoneses y navarros se hiciesen treguas: añadieron que por cuanto el emperador don Alonso pretendia hacer guerra á los moros, y para este efecto tenia apercibido un ejército muy escogido, don García por tierra y don Ramon por mar con una gruesa armada suya de ginoveses ayudasen sus intentos.

A la primavera del año siguiente los tres reyes hicieron guerra en el Andalucía: saquearon y quemaron los pueblos, talaron los campos, pasaron hasta Córdoba, ciudad muy principal y muy grande á la ribera de Guadalquivir, asentada en un llano, poderosa en armas y riquezas, demás desto muy señalada por haber tenido no mucho tiempo antes el imperio de casi toda España cuanto se estendia el señorío de los moros. Los campos son muy fértiles en todo género de esquilmos cuanto los mejores de España. Tenia el gobierno desta ciudad Abengamia en nombre del rey de Marruecos. Este, espantado de tan grande aparato de guerra, entregó luego la ciudad ofreciéndose á obedecer y ayudar á los cristianos con mantenimientos y dinero. Raimundo arzobispo de Toledo por mandado del rey consagró con las ceremonias acostumbradas la mezquita mayor, que era la mas rica y vistosa de España, resolucion apresurada y antes de tiempo, pues se partieron sin dejar en la ciudad alguna guarnicion de soldados. Recelábanse que si dividian el ejército se disminuirian las fuerzas, y no les quedarian gentes bastantes para guerra tan grande como pretendian hacer: ni la ciudad por su grandeza se podia guarnecer sin mucha gente, ni era tanta la que tenian, que se pudiese acudir á todo, mayormente que la gente de la tierra se apellidaba para hacelles rostro.

Acordaron pues de dejar aquella ciudad sin guarda: solo hicieron que Abengamia tocado el Alcoran, que es la ceremonia mas grave que los moros usan en sus juras, hiciese homenaje que tendria aquella ciudad por el emperador, y en su nombre la gobernaria con toda lealtad: el miedo no es maestro duradero de virtud, ni es acertado hacer confianza de los desleales á Dios. Apenas los nuestros se partieron de aquella ciudad cuando el gobernador moro faltó en la fe y palabra.

Pasó el campo de los cristianos á Baeza donde tenian los moros juntadas las fuerzas de toda la tierra con determinacion de venir á batalla: el peligro era grande, aquejaba el cuidado y recelo al emperador don Alonso. Aparecióle San Isidoro entre sueños con muestra de magestad mas que humana (así se tuvo por cierto) y le animó y quitó la duda y el miedo. El suceso dió á entender que la revelacion no fue vana. El dia siguiente con el sol se trabó la pelea, en que los moros fueron destrozados y puestos en huida: la ciudad se rindió, y en ella mudado parecer dejaron guarnicion de soldados, porque á ejemplo de los de Córdoba no se rebelasen, además que no convenia dejar á las espaldas algun pueblo enemigo. En la toma y cerco desta ciudad se señaló entre todos el esfuerzo y diligencia de Rodrigo de Azagra señor que era de Estella de Navarra, Pedro Rodriguez de Azagra fue hijo: y entre los de aquel linaje de Azagras el primer señor de la ciudad de Albarracin.



Caballero de Santiago.

En aquella sazon Almeria era tenida por ciudad muy fuerte. Está asentada á la ribera del mar Mediterráneo á los confines del Andalucía y del reino de Murcia: llamóse antiguamente Abdera ó Puerto grande (2). Della se derramaban muchas fustas á robar. Esta ciudad pretendieron ganar los nuestros, y con este intento se adelantaron con todas sus gentes en el mismo tiempo que los de Génova y los de Barcelona, conforme al órden que llevaban que costeasen aquellas riberas poco á poco con su armada, do-

(1) Consta por un monumento de aquellos tiempos que distaba poco de los estados del rey de Navarra: y así parece muy verosímil, que fue el pueblo que hoy se llama Rueda, situado á la ribera del Jalon, cerca de Epila, y no lejos de Zaragoza.

(2) Véase en el vocabulario del Apéndice que son dos pueblos distintos.

blado el cabo de Gatas, dieron vista á la ciudad. Asentados los reales, combatieron los muros por mar y por tierra; y despues de algunas salidas y escaramuzas que se hicieron, con la batería abrieron entrada y forzaron algunas torres: dende lo demás de la ciudad se ganó por fuerza á diez y siete de octubre del año 1147.

Veinte mil moros que tomada la ciudad se retiraron al castillo, fueron forzados á comprar sus vidas por dineros. Desta manera se quitó aquel nido de cosarios que ponia espanto á las riberas cercanas y distantes de España, Francia y Italia; que fue la causa principal de apresurar esta empresa. Los despojos se repartieron entre los soldados. A los ginoveses se dió en premio un plato de esmeralda muy grande, que ellos entonces juzgaron debian preferir á toda la demás presa, y al presente le guardan entre sus tesoros: otros escriben se halló en la Suria cuando por fuerza se tomó Cesaréa. El vulgo dice que Cristo hijo de Dios cenó en él la postrera vez con sus discípulos: opinion sin autor ni fundamento. Clemente Alejandrino por lo menos dice que Cristo cenó en un plato de poca estima. La sazon del tiempo se acercaba al invierno: los soldados por ende dieron vuelta á sus tierras no menos alegres por la venganza que tomaron de los moros, que por el interés que de la victoria sacaron.

Con ocasion de aquella armada gruesa que trajeron los ginoveses, en aquel tiempo muy poderosos por el mar, don Ramon, príncipe de Barcelona, se concertó con ellos que á la vuelta le ayudasen contra los moros que tenian parte de Aragon con las islas Baleares, hoy Mallorca y Menorca. Prometió para mas animallos de darles la tercera parte de lo que en la guerra se ganase: demás que en todos los pueblos que se tomasen de los moros, tendrian los ginoveses templo y juzgado á parte: lo que era mas, que todos los mercaderes de aquella nacion serian libres de tributos. Eran estas condiciones aventajadas: acordaron de aceptallas; revolvieron sobre las marinas de Cataluña, y con su buena maña ganaron de consuno á Tortosa ciudad muy noble, y que por estar asentada á la boca del rio Ebro era muy á propósito para las contrataciones y comercio del mar. Estas cosas sucedieron el año siguiente, y luego el año adelante Lérida y Fraga vinieron á poder de cristianos: pueblos muy conocidos, el primero por la victoria que antiguamente cerca dél ganó Julio César, y por el cerco que sobre él tuvo; el otro por el desastre fresco y muerte desgraciada de don Alonso rey de Aragon. Lérida se dió al conde de Urgél en premio de lo mucho que en aquella guerra hizo y trabajó. A Guillen Perez obispo de Roda nombraron por obispo de Lérida con retencion de las ciudades Roda y Barbastro, que ordenaron se comprehendiesen en aquella diócesi; y aun se halla que algunos obispos de Lérida en el tiempo adelante se intitulaban obispos de Roda y de Barbastro.

CAPITULO XIX.

Cómo la ciudad de Lisbona se ganó de los moros.

Las cosas de los moros iban de caida, la de los cristianos en pujanza, y su nacion en España florecia en riquezas, caballos, armas y toda prosperidad. A cada paso se apoderaban de nuevos castillos, pueblos y ciudades. Casi en medio de Portugal á la boca del rio Tajo, por do descarga con sus corrientes en el mar Océano, está un puerto contrapuesto al viento de Poniente: la barra tiene angosta y peligrosa, dentro es muy ancho y capaz. A la ribera deste puerto á la parte del Norte se estiende grandemente Lisbona, ciudad la mas noble y mas rica de Portugal. A las espaldas se levantan poco á poco unos collados que tienen la subida fácil, y están cubiertos de los edificios de la ciudad. Su anchura es menor que conforme á su longura: el ruedo de los muros antiguos no es muy grande, la poblacion de los arrabales es mucho mayor, en especial en este tiempo, en que por la mucha gente que acude al trato de las Indias Orientales y á feriar la especiería que de Levante viene todos los años, se ha mucho acrecentado. Los barrios y las calles en gran parte son mal trazadas, angostas, y no tiradas á cordel, sea por la desigualdad del sitio que tiene altos y bajos, sea por el descuido en edificar, mayormente en el tiempo que estuvo en poder de moros, gente poco curiosa en esta parte: los edificios nuevos y las calles son mucho mas hermosas. Los ciudadanos, gente principal y honrada, los mercaderes ricos, las ganancias grandes, el sustento y arreo de los naturales muy templado. Goza de campos muy buenos, aldeas y alquerías que tiene por todas partes, muchas quintas ó casas de recreacion que parecen edificios reales.

Don Alonso rey de Portugal deseaba por todas estas causas apoderarse de aquella ciudad y en especial por ser como castillo y reparo del señorío de los moros de aquella comarca. No tenia fuerzas bastantes para salir con su intento: los demás reyes de España no le podian acudir por estar ocupados unos en unas guerras y otros en otras: convínole buscar ayudas de fuera. Por esto luego que ganó la villa de Sintra (como poco antes se tocó) movido por la comodidad de aquel lugar convidó á los de Alemaña, Ingalaterra y Flandes con grandes partidos que les hizo, para que en aquella guerra le acudiesen con sus armadas. Grande es la ayuda que consiste para todo en la amistad de los príncipes, y alianza de las provincias cristianas entre si, como se vió en este caso, ca por el esfuerzo de don Alonso y con las ayudas de fuera aquella muy poderosa ciudad el mismo mes puntualmente se ganó que Almería en Andalucía.

Las armadas se pusieron á la boca del puerto para que no pudiesen por el mar entrar vituallas ni socorros á los cercados. Los reales de los naturales barrearon do al presente está el convento de San Vicente en los de los extranjeros despues se edificó el monasterio de San Francisco: sitios que en nuestra edad están el uno y el otro comprehendidos dentro de la ciudad. Hobo muchos encuentros y varios trances. Los nuestros peleaban fuertemente por estender su imperio, los enemigos por las vidas. Batieron los muros de la ciudad por muchas partes: alargábase el cerco, ultimamente el dia de San Crispin y Crispiniano resueltos de dar asalto general con grande esperanza de forzar aquella ciudad, ordenadas las haces, habló el rey don Alonso á los suyos desta manera: «No penseis amigos que esta empresa se endereza á combatir una sola ciudad; antes os persuadid que en una plaza tomais á todo Portugal. »Aqui está el dinero de los enemigos, que nos será »de grande importancia para la guerra; aquí los trabucos, ingenios y toda suerte de armas. Esta es su »fortaleza, su granero, su tesoro, en que tienen recogidas todas sus preseas y almacen. Los enemigos »son los mismos que tantas veces vencistes en las »guerras pasadas, del mismo esfuerzo y industria, »sino que las compañías de ciudadanos son mas á »propósito para los ejercicios de la paz y para sus »granjerías, que para menear las armas; ellos mismos se embarazaran en la pelea: soldados en la ciudad hay pocos, y esos con el cerco continuo de »cinco meses muy cansados y en pequeño número. »Atrevéos pues á vencer, y con el denuedo y esfuerzo »á vos acostumbrado acometed los muros de la ciudad derribados por tantas partes. Entrad por las »ruinas y piedras: ninguno podrá hacer contraste á »vuestro valor.»

Dicho esto, todos á una voz pidieron la señal de acometer: dada, arremetieron a la ciudad y á las

murallas: lo que hacia mucho al caso para inflamar los soldados, el mismo rey estaba presente como testigo y juez del esfuerzo de cada cual. El combate fue bravo y sangriento: los nuestros pretendian arrimarse á los muros y forzallos, los cercados tiraban todo género de armas y piedras, sin que alguna cayese en balde por estar tan cerrados los soldados. Por conclusion quebrantada la puertá que se llama de la Alhama, entraron en la ciudad: la matanza fue grande, y la sangre que se derramó; los que se rindieron, tomaron por esclavos: el saco se dió á los soldados, que fue mayor de lo que se pensaba. Consagraron la mezquita mayor segun que era de costumbre, y nombraron por obispo á Gilberto hombre aunque forastero pero de mucha erudicion y conocida virtud. Tomóse la ciudad de Lisbona á veinte y cinco de octubre; otros dicen á veinte y uno.

En el lugar mismo en que tenian los reales, el rey á sus espensas edificó un monasterio de canónigos reglares de San Agustin con nombre de San Vicente, por tener particular devocion á este santo, y para que juntamente por el nombre fuese memoria á los venideros de aquella tan señalada victoria. Gran número de soldados estraños se aficionaron á la abundancia de Portugal, y á la hermosura, templanza del aire, que tiene el invierno templado: y el estio por los continuos embates del mar no muy caloroso. Estos determinados de hacer su morada en aquella provincia, y trocar sus patrias con Portugal, se dice que por permision del rey don Alonso edificaron á Almada, Villaverde, Arruda, Zambuya, Castañeda con otros pueblos. El rey en prosecucion desta victoria con increible felicidad ganó de los moros á Alanquer, Obidos, Ebora, Yelves, Mura, Serpa, Beja, y otros pueblos y villas por toda aquella comarca: todo se allanaba y aparecia ser fácil á su esfuerzo y valor; verdad es que la mayor parte destas cosas sucedieron algunos años adelante. Volvamos á nuestro camino y al órden de la historia que llevamos.

CAPITULO XX.

Cómo se halló el cuerpo de San Eugenio.

En tiempo que estas cosas se hacian en España, Eugenio pontífice, Tercero deste nombre, sucesor de Lucio Segundo, natural de Pisa y de la órden del Cistel, gobernaba bien y prudentemente la iglesia Romana. Las cosas de los cristianos en la Tierra Santa parecian empeorarse. Estaba en gran parte apagada y menguada la fortaleza militar de los de Lorena: como algunos animales y semillas, así bien los ingenios de los hombres con el cielo y tierra diferentes, y en particular con la longura del tiempo degeneran y se estragan. Los bárbaros, que por todas partes los cercaban, tenian puestas las cosas de los cristianos en gran aprieto y peligro. Balduino Tercero deste nombre, hijo de Fulcon rey de Jerusalén, por sus pocas fuerzas y por la flaqueza de su edad no era suficiente para tan grande carga. El pontífice Eugenio movido deste peligro, y encendido del amor de la Cristiana Religion, en Francia donde para esto fue en persona no cesaba de animar á los príncipes cristianos y exortallos acudiesen con sus fuerzas á la guerra sagrada. Movió al emperador Conrado y á Luis rey de Francia para que con muy buenas gentes partiesen camino de la Tierra Santa.

Para salir mejor con su intento y adelantar estas prácticas convocó concilio de todos los obispos del mundo para Rems ciudad principal de Francia el año de 1148. A este concilio partió don Ramon arzobispo de Toledo desde España. Llegado que fue á Paris, que caia en el mismo camino, por devocion quiso visitar la iglesia de San Dionisio, que está dos leguas francesas de aquella ciudad en un pueblo del mismo apellido del santo, y por estar en ella las reliquias de San Dionisio es de no menor devocion que célebre con las sepulturas de los reyes de Francia, y asaz embarazada. Allí como mirase con curiosidad el edificio del templo y su hermosura, y con atencion pusiese la vista en cada una de las cosas que se ofrecian, acaso, ó advertido de los que le acompañaban, consideró en cierta capilla estas palabras grabadas en un mármol:

AQUÍ YACE EUGENIO MÁRTIR PRIMER ARZOBISPO DE TOLEDO.

Maravillóse primero deste letrero, por estar en España perdida del todo la memoria de San Eugenio, y no quedar rastro de cosa tan grande: revolvió diligentemente los libros de aquella iglesia y memorias antiguas: halló que todo concordaba con la verdad.

Hecho esto, muy alegre con nueva tan buena pasó al concilio de Rems, el cual despedido, y acabadas á su voluntad todas las cosas que pretendian, volvió á España con la alegre nueva de cosa tan importante, que hinchó de muy grande gozo los ánimos del rey y de los grandes y de toda la muchedumbre del pueblo. Desta manera sucedió entonces este negocio: el monasterio Broniense, que está en los estados de Flandes en tierra de Namur, y tiene advocacion de San Pedro, pretende tener el cuerpo de San Eugenio: refieren aquellos monges benitos que fue llevado el año novecientos y veinte, á diez y ocho de agosto por engaño ó á ruegos de Gerardo su fundador desde San Dionisio á Bronio, do está aquel monasterio. Lo que se entiende es que le dieron una parte del sagrado cuerpo, que fue causa de persuadirse le tenian en su poder todo entero, como es muy ordinario en cosas semejantes. Comenzóse por entonces á procurar que las sagradas cenizas de San Eugenio volviesen á Toledo, pero estas prácticas se estorbaron por las muertes que casi en un mismo tiempo sobrevinieron de la reina doña Berenguela y del arzobispo. La reina falleció el año siguiente de 1149, y fue sepultada en la iglesia de Santiago, con quien en vida tuvo particular devocion.

Este año, desgraciado por la muerte de la reina, fue mas señalado por una lluvia de sangre que cayó en parte de Portugal y en el señorío de los moros. El año adelante de 1150 miércoles á nueve dias de agosto pasó desta vida el arzobispo Raimundo, quebrantado, con la edad y con los trabajos de camino tan largo. Créese mas por conjeturas que por cierta memoria que haya, le enterraron en la misma iglesia Mayor de Toledo. Sucedió en el arzobispado don Juan Primero deste nombre, obispo á la sazon de Segovia, varon de grande ánimo y de conocida bondad. Desta manera procedian las cosas de Castilla. Por otra parte el pontífice Eugenio confirmó el nombre y autoridad de rey á don Alonso que ya se intitulaba rey de Portugal (1), y á su ejemplo pasados algunos años Alejandro Tercero deste nombre hizo lo mismo por una bula que promulgó Alberto cardenal y chanciller de la santa iglesia Romana: ambos pontífices por esta gracia le mandaron pagar cierto tributo á los papas en cada un año, Eugenio cuatro libras de oro, Alejandro dos marcos: tributo que no se sabe si en los primeros tiempos le pagó Portugal; en nuestra era y de nuestros antepasados siempre aquel reino se ha tenido por libre de todo punto, y exento de semejante carga y pension.

LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO I.

Como los Almohades vinieron á España.

Una nueva entrada que los Almohades hicieron en España, gente bárbara y fiera, hemos de contar: un

(1) No consiguió este título hasta el pontificado de Ale-

nuevo reino que en Africa y en España se fundó por estos tiempos, nuevas asonadas de guerras sangrientas, con cuyas olas la república cristiana fue trabajada: maravillosos y estraordinarios juegos de la fortuna mudable hasta tanto que ganada una victoria señalada, y la mas ilustre que en aquella sazon hobo en el mundo, las fuerzas de los moros mucho se enflaquecieron y quebrantaron. Tenia el imperio de los moros en Africa y en España Albohali, príncipe del linaje de los Almoravides como arriba queda declarado, en el cual tiempo un cierto hombre llamado Tumerto en Africa, muy docto así bien en las demás partes de astrología como señalado en pronosticar por el nacimiento de cada uno la vida, ingénio, costumbres y accidentes que habia de tener (que es una ciencia vanísima) considerado el rostro de un mozo llamado Abdelmon, de cuerpo membrudo, y muy animoso, y por el aspecto de las estrellas, sin embargo que era de muy bajo suelo tanto que su padre era ollero, le pronosticó seria rey de su nacion: que así lo mostraba el cielo, y tales eran sus hados, cuya fuerza no poderse quebrantar, la gente y nacion de los moros está muy persuadida.

Abríanse las zanjas de una fábrica muy grande. Sucedió muy á propósito para sus intentos que un gran predicador de la ley mahometana en aquella sazon tenido por hombre de santa vida y de doctrina singular, llamado Almohades, introduciendo y publicando nuevas declaraciones de la ley despertaba y alborotaba los ánimos de la muchedumbre, mudable de ingénio, principalmente en Africa, y deseosa grandemente de novedades. A este como quier que Tumerto persuadiese su pronóstico, y él ó de verdad lo creyese así, ó lo mostrase, trataron entre sí de mudar el estado de aquel reino. No hay trama mas engañosa en la apariencia que el pretesto y capa de la mala religion, cuando se usa della para dar cubierta á otras maldades; ni hay cosa mas perjudicial en la república que alterar la fe y religion que los mayores abrazaron. Así de todo tiempo consideramos haberse destruido grandes imperios por la diferencia en la religion, porque dividido el pueblo en parcialidades, de la contienda y de las palabras se pasa á enemistades descubiertas, y la una parte y la otra defiende sus opiniones con las armas sin parar hasta arruinallo todo; lo que sucedió al presente, ca Almohades por la mucha autoridad que tenia, persuadió á los que le seguian, tomasen las armas debajo la conducta de Abdelmon, atropellasen y destruyesen el reino de los Almoravides, pues era ilegítimo el señorío que se fundara por fuerza destruyendo á los Alavecinos, linaje que descendia de Fátima hija mayor de Mahoma su profeta. Demás desto que sino sacudian de sí al imperio de los Almoravides, no podrian las opiniones que de la religion tenian abrazadas, pasar adelante: que los intentos impíos y insultos de aquella ralea de gente era justo fuesen castigados y vengados con toda diligencia.

Movidos por estas razones los del pueblo se determinaron á tomar las armas; pero como no fuesen diestros en la guerra al principio quedaron vencidos en batalla por las armas y poder del rey Albohali: sobrepujó el esfuerzo á la muchedumbre y canalla; mas en breve juntadas nuevas fuerzas, volvieron á la guerra y no pararon hasta que, vencidos los Almoravides, dieron la muerte al rey Albohali: Abdelmon sucedió en su lugar. En tiempo deste rey los que seguian á Almohades, de quien se tomó el nombre de los Almohades, se apoderaron de aquel reino y mudaron en él las leyes y costumbres antiguas: demás desto, dado asiento en las cosas de Africa, volvieron sus pensamientos á España. Tumerto se quedó en Africa con intento que sus enemigos no tuviesen lugar de alterarse: el nuevo rey Abdelmon y el profeta Almohades con mucha y muy buena gente pasaron á España al principio sin hacer daño, porque no desconfiaban que los de su nacion voluntariamente se les rendirian; que si entretenian su esperanza, y tomaban consejo diferente, venian determinados no escusar ninguna cosa de las que se pudiesen padecer ó temer, en fin usar de fuerza. Sucediéles como deseaban que sin dificultad se persuadieron todos los moros que quedaban en España, de acomodarse con el tiempo, y recebir públicamente las nuevas opiniones y ritos que aquella gente abrazaba, esto con tanta aficion y con tanto odio así de su antigua supersticion como de la Religion Cristiana, que todas las cosas ordenadas por los reyes moros pasados las trastrocaban y forzaban á las reliquias de los cristianos, que mezclados con los moros como las estrellas en las tinieblas de la noche resplandecian, y vulgarmente los llamaban mozárabes, con tormentos que les daban de todas maneras para que dejasen la religion de sus padres.

Muchos por este miedo se huyeron á tierras de cristanos: entre los demás Clemente prelado de Sevilla, llegado á Talavera, falleció algunos años adelante por este tiempo en aquel lugar, persona santa y muy ejercitado en la lengua arábiga: otros muchos oprimidos con el peso de los males obedecieron á los vencedores, de tal suerte que desde este tiempo pocos quedaron entre los moros que de nombre y de profesion fuesen cristianos. Los Almohades, contentos de sujetar á su imperio á los moros de España, no les pareció por entonces hacer guerra á los cristianos, que eran poderosos por tierra y por mar; antes acordaron dar la vuelta á Africa donde tenian las principales fuerzas de aquella secta y parcialidad. Falleció el profeta Almohades en breve despues que volvieron y cerca de Marruecos silla de aquel reino por mandado del rey le edificaron un magnífico sepulcro: la muchedumbre engañada con la muestra fingida de santidad, y con la fama, comenzó á le honrar y hacer romerías á él por devocion. Vinieron á España los Almohades año de nuestra salvacion de 1150, del imperio de los árabes quinientos y cuarenta y cinco. (1) El arzobispo don Rodrigo pone seis años menos al fin de la historia de los árabes, pero sin duda lleva la razon de los años errada en esta parte.

CAPITULO II.

Cómo murió don García rey de Navarra.

En el mismo año que salió el emperador don Alonso al encuentro de los Almohades, y talados los campos de Andalucía, puso cerco á Córdoba despues que Abdelmon era vuelto á Africa, como ya sospecho, don García rey de Navarra cerca de Lorca pueblo de su señorío de una caida de un caballo que dió en la caza sobre una peña, murió á los veinte y uno de noviembre, víspera de Santa Cecilia. Iba á la sazon de Estella á Pamplona mal enojado con no muy grande causa contra aquellos ciudadanos, y con resolucion de castigarlos; mas este accidente le atajó los pasos y pensamientos. Reinó diez y seis años; los hijos que dejó, fueron estos: don Sancho, que luego le sucedió en el reino, y se coronó en la iglesia Mayor de Pamplona, do hizo enterrar á su padre, doña Blanca nuera del emperador, y doña Margarita que casó con Guillermo rey de Sicilia por sobrenombre el Malo. Hijos otrosí legítimos del rey don García fueron don Alonso Ramirez señor de Castro el viejo, y doña Sancha que

jandro III, es decir entre 1159 y 1181, pero no se sabe precisamente en qué año: lo que consta es, que los soberanos de España tardaron mucho tiempo en reconocerle por tal.

(1) Los historiadores árabes ponen esta entrada el 13 de mayo del año 1146 de Cristo; que es el mismo en que los cristianos se apoderaron de Córdoba.

casó primero con Gaston vizconde de Bearne, despues con don Gonzalo conde de Molina. La muerte de don García dió ocasion á los otros príncipes de nuevas alteraciones, en especial á don Ramon príncipe de Barcelona, y al emperador don Alonso, no obstante los muchos vínculos de afinidad que con el muerto y con sus hijos tenia. Es así que los reyes en mas estiman ensanchar su señorío que ser alabados de humanos y de modestos: no hacen caso con el deseo de mandar de lo que la fama puede hablar dellos y pensar los venideros, como si con el poder presente se pudiese tambien apagar la memoria del tiempo adelante.

Estos dos príncipes se juntaron en Tudelin pueblo de Navarra cerca de los baños que allí hay: hallóse asimismo presente don Sancho, ya dias antes declarado rey de Castilla por el emperador su padre. Hicieron sus acuerdos y conveniencia con estas condiciones: que todo lo que de nuevo se quitara á Castilla, se restituyese enteramente á don Alonso; lo que de Aragon, á don Ramon; y que el antiguo señorío de Navarra, luego que juntadas las fuerzas, le hobiesen quitado al nuevo rey, le dividiesen entre sí por partes iguales, á cada cual lo que mas le estuviese á cuenta, en particular que Pamplona quedase por don Ramon, Estella por el emperador, Tudela fuese de ambos, y cada uno pusiese en su parte quien la gobernase: que don Ramon por los pueblos y ciudades que adquiriese en Navarra, fuese feudatario de Castilla, renovando en esto la confederacion de don Sancho y don Pedro reyes de Aragon. Añadióse demás desto que pues el principal cuidado era de hacer guerra á los moros, luego que Valencia con todo lo que hay desde Tortosa hasta Jucar, y tambien Murcia se ganase de moros, quedase por los aragoneses, como obligados eso mismo y feudatarios á los reyes de Castilla. Juraron los reyes estas condiciones, diéronse las manos entre sí, que conforme á la costumbres de España es una grande atadura de la fe dada y recebida: púsose término y señalóse tiempo para comenzar la guerra de Navarra pasado el mes de setiembre.

La liga se hizo á veinte y siete de enero, que tuvo no buen principio, y fue adelante de ningun efecto, porque el nuevo rey avisado de lo que pasaba, se apercibió con mucha diligencia, y aunque era de pequeña edad, estaba muy fortalecido no mas de socorros de fuera, que de la benevolencia de los suyos; en que sobrepujó á su padre, príncipe que fue á sus vasallos pesado y comunmente de los mismos aborrecido. Entre los señores de Navarra don Ladron de Guevara de antigua nobleza y señor de Ayvar tenia muy grande autoridad, tanto que por pasar á los otros muy adelante en riquezas y poder le llamaron príncipe de Navarra. Al emperador y á don Ramon entretuvieron otros cuidados para que no pudiesen con todas sus fuerzas acudir á la nueva guerra, si bien los aragoneses con entradas que hicieron y correrías, comenzaron á trabajar lo de Valderroncal, las gentes de Castilla á lo que de Navarra les caia cerca; los unos y los otros sin hacer cosa notable, mayormente que don Ramon se partió para Narbona contra Trencavello vizconde de Carcasona, con quien finalmente se concertó por el mes de noviembre tuviese en feudo á Carcasona y Rodes. El emperador don Alonso se hallaba ocupado en concertar nuevos parentescos y casamientos, ca Luis rey de Francia repudiado que hobo á Leonor condesa de Potiers; en quien tenia dos hijas, en su lugar se casó con hija del emperador don Alonso, que unos llaman doña Isabel y otros doña Constanza, y pudo tener entrambos nombres. El emperador por el mismo tiempo casó con Rica hija de Uladislao duque de Polonia (que es parte de la antigua Sarmacia) habida en Berta hermana de Othon obispo frisingense, como lo dice Radevico en lo que añadió á la historia que escribió el mismo Othon.

Entre tan grandes regocijos y aparatos de bodas como se hicieron, no podian las armas tener lugar, fuera de que los navarros estaban confederados con los franceses, por lo cual pensamos que el emperador se amansó mas, y comenzó á divertir su ánimo de aquella empresa que condenaban las leyes de la amistad y los juicios de los hombres: además que á don Sancho rey de Navarra favorecian todos ordinariamente por el escelente natural que en su pequeña edad mostraba, y el mismo don Alonse era muy amigo de justicia, aborrecedor de toda insolencia y demasía, virtud que por este tiempo mostró con un ejemplo digno de memoria. Un cierto soldado de sangre noble, y del número de los que vulgarmente en España llaman infanzones, en Galicia confiado en que aquella tierra caia lejos, y en la revuelta de los tiempos, despojó á un labrador de todos sus bienes. Amonestado por el rey y gobernado de la provincia hiciese satisfaccion de lo que tomara injustamente, no quiso obedecer. Disimuló el rey por entonces, y pospuestas todas las demás cosas, en hábito desfrazado para que la cosa fuese mas secreta, desde la ciudad de Toledo fue por la dicha causa á lo postrero de Galicia. Llegado, cercó de sobresalto las casas del soldado, que huyó por miedo del castigo, mas él le mandó prender y ahorcar delante de las mismas casas. Con este hechó el rey ganó autoridad, y la inocencia quedó valida, y aquel hombre castigado como su desatino y soberbia merecia. Valeroso príncipe, que ni en paz ni en guerra estaba ocioso, antes vuelto á la guerra contra los moros este año puso cerco á Jaen, el siguiente de 1152 á Guadix, ciudad de Andalucía que los antiguos llamaron Acci, pero no parece salió con estas empresas.

Doña Petronila reina de Aragon parió un hijo que en vida de su padre se llamó don Ramon, y despues dél muerto don Alonso. Es cosa notable que estando para parir, á cuatro dias del mes de abril otorgó su testamento, en que dejaba el reino paterno al preñado, si naciese varon; pero si fuese hembra, nombraba por heredero á su marido don Ramon, que fue ejemplo bien extraordinario. Nombró por sus albaceas á tres obispos, Guillermo de Barcelona, Bernardo de Zaragoza, Dado de Huesca, y junto con ellos otros hombres principales. Dice en él en particular que deja el reino á sus herederos libre como su tio don Alonso le tuvo, es á saber pospuesta la confederacion y asiento que poco antes se tomó con Castilla. Por el mismo tiempo falleció don Pedro de Atarés señor de Borgia: sepultáronle en el monasterio de Veruela, que no lejos de Zaragoza él mismo fundara. Borgia quedó por el rey: á los Templarios á quien el difunto la dejó en su testamento, dió en trueque y recompensa á Ambela y otros pueblos. Item lo que los moros poseian á las riberas de Segre y Cinga, ó por fuerza ó por voluntad se ganó por los aragoneses. Demás destos ciertos castillos que caian entre Tarragona y Tortosa en bosques y lugares altos, y por tanto era difícil conquistallos, en fin se venció la dificultad y vinieron á poder del rey. Lo mismo Mirabete á la ribera de Ebro, pueblo muy fuerte que se dió á los Templarios para que le poseyesen y tuviesen en él guarnicion.

En estas guerras se señalaron entre los demás en esfuerzo y diligencia el conde de Urgél, y Ramon de Moncada, y Poncio Hugon conde de Ampurias, que falleció el mismo año. La tercera parte de Tortosa que conforme á lo asentado cuando se ganó, era de los ginoveses, el rey al presente la compró dellos, y la rescató con dinero. Con estas cosas el nombre de don Ramon comenzó en toda España y tambien acerca de las naciones estrañas á ser muy célebre, si bien él por su modestia, ó porque el reino de Aragon le

tenia en dote, nunca en toda su vida se quiso llamar rey; solamente se intitulaba príncipe de Aragon, y contento con este apellido lo gobernaba todo él solo á su voluntad en guerra y en paz. Es cierto que desde este tiempo las armas antiguas de los reyes de Aragon, se trocaron en las de los condes de Barcelona, que eran cuatro fajas ó bandas rojas, que á iguales espacios de arriba á bajo dividen un campo ó escudo dorado. Don Sancho, el que adelante sucedió en el reino de Portugal á don Alonso su padre, nació á once de noviembre del año 1154 en Coimbra, donde la reina de buena gana moraba: hermanas de don Sancho doña Urraca que casó en Leon, y doña Teresa en Flandes. El nacimiento deste infante don Sancho fue la cosa mas señalada que sucedió este año, y juntamente la venida de Luis rey de Francia á España, de que se hablará luego.

CAPITULO III.

De la venida á España de Luis rey de Francia.

Tenia Luis rey de Francia llamado el mas Mozo gran deseo de ver á España, y visitar á su suegro. Era menester buscar algun color para tan larga jornada: pareció el mas á propósito ir en romería á Santiago por voto que el tiempo pasado habia hecho. Esta era la voz que se decia en público: de secreto otra puridad le aguijonaba mas, como lo dice el arzobispo don Rodrigo, que los escritores franceses no hablan desto: esta era informarse y saber en presencia si su mujer era nacida de legítimo matrimonio, porque algunos malsines, hombres malos, cuales tienen muchos los palacios de los príncipes, que todo lo tuercen, afirmaban al rey que la reina su mujer era bastarda, y por el mismo caso con aquel casamiento se disminuia y afeaba la magestad real de Francia. No dejaba él de dar oidos á estos chismes, porque á ejemplo de madama Leonor su primera mujer parece buscaba ocasion de repudialla, por haber tambien ella parido dos hijas, y ningun hijo varon; que Felipe por sobrenombre Augusto, hijo deste rey Luis, nació de Alisa, hija que fue del señor de Bles, con quien este rey se casó últimamente despues de la muerte de doña Isabel.

El emperador su suegro sin saber lo que pasaba, acompañado de sus dos hijos, y de don Sancho rey de Navarra, salió al encuentro á su yerno hasta Burgos. Acudieron de toda España de las partes comarcanas, de las que caian lejos, y de las postreras así señores como gran muchedumbre de hombres á ver tantos reyes en unas mismas casas y morada. Sacaban arreos, galas, libreas, finalmente todo lo que en España era hermoso y magnífico, como para hacer alarde y muestra de su grandeza acerca de los franceses, que tenian por pobreza todo lo de acá. Con este aparato llegaron desde Burgos á Santiago, y cumplidos enteramente sus votos, volvieron á la ciudad de Toledo, para donde de las dos naciones moros y cristianos que obedecian al emperador, tenia convocadas córtes con intento de hacer ostentacion de mayor grandeza y poderío. Vino entre otros á la fama y al llamado don Ramon príncipe de Aragon con muy lucido acompañamiento. El rey Luis considerado el arreo, atuendo y atavio así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto nunca en la ciudad real se vió antes, demás desto sabida la verdad del negocio porque era venido, dijo no haber en Europa ni en Asia visto córte mas lucida, ni arreada: provincias en que se hallara en el tiempo que fue á la guerra de la Tierra Santa; que daba gracias á Dios por tener por mujer hija del emperador don Alonso, sobrina de don Ramon príncipe de Aragon. Hiciéronse juegos con gran magnificencia, y presentes al rey huésped de gran estima; mas no quiso tomar cosa alguna fuera de un carbunco muy grande y de gran valor, y con tanto se volvió alegre á su tierra. Acompañóle don Ramon hasta Jaca, en que los recibieron con aparato real y toda muestra de alegría como testifican las historias de Aragon.

Falleció el conde de Urgel á veinte y ocho dias del mes de agosto: fue nieto de don Peranzules; y del lugar donde se crió, y para diferencialle de otros del mismo nombre, le llamaron Armengol de Castilla. El año siguiente 1155 once de noviembre, viernes como dicen los anales toledanos, nació á don Sancho rey de Castilla de doña Blanca su mujer un hijo llamado don Alonso, heredero que fue adelante del reino de su padre y abuelo. Habíase tratado en la alianza que se hizo en Tudelin, de repudiar á esta doña Blanca por no ser aun de edad para casarse; pero las leyes de la equidad, el amor del marido y la inocencia de aquella señora prevalecieron para que no se le hiciese tal agravio. Siguióse una guerra en aquella parte de la Gallia Narbonense que se llama la Proenza, por esta ocasion: Hugon Baucio y sus hermanos, hijos que eran de Raimundo Baucio y nietos de Gilberto, ganaron el tiempo pasado un privilegio de los emperadores alemanes Conrado y Federico, en que les concedian todo lo que el conde Gilberto su abuelo habia poseido. Fundados en este privilegio, pretendian toda la Proenza; y fortificándose en el pueblo Trencatayo, trabajaban todos los lugares comarcanos. Don Ramon con el cuidado que tenia de su sobrino, marchó para allá con un grueso ejército, con que abatió el atrevimiento y orgullo de los baucios, y en breve los redujo á obediencia.

En el mismo tiempo el cardenal Jacinto legado en España sosegaba las contiendas, y daba asiento en el estado de las iglesias; en particular á instancia de Juan arzobispo de Toledo pronunció sentencia en Nájara en favor del primado de Toledo contra los arzobispos de Santiago y de Braga. Fue esta legacia de Jacinto muy señalada y famosa en esta era. Envióle Anastasio IV, pero llegó á España en tiempo que era ya pontífice el que le sucedió, que fue Adriano IV. En el tiempo que Luis rey de Francia estaba en Toledo, sucedió hacerse mencion de San Eugenio primer arzobispo de Toledo, cuyas reliquias poco antes se dijo tenian en la iglesia de San Dionisio cerca de París: pedian que los sagrados huesos se trasladasen á España, llevaban mal los franceses esta demanda, alcanzóse solamente que les enviase una parte. El rey Luis vuelto á su patria hizo esto y lo cumplió enteramente, que envió el abad de aquel monasterio á su suegro con el brazo derecho del mártir. Ya que llegaba cerca de Toledo, salieron en procesion á recibirle el emperador don Alonso, los dos reyes sus hijos, los grandes, el pueblo y varones sagrados. La sagrada arca fue en hombros del emperador y de sus dos hijos llevada á la iglesia Mayor, y puesta en el sagrario della á doce dias de febrero el año de nuestra salud de 1156. Los demás huesos del sagrado cuerpo se trujeron á Toledo á instancia de don Felipe Segundo rey de las Españas, y por diligencia de don Pedro Manrique canónigo de Toledo, que para este efecto fue enviado por embajador á Carlos Nono rey de Francia cuatrocientos y nueve años, nueve meses, y seis dias mas adelante, con igual ejemplo de piedad, pompa y aparato el mayor que se vió en España; y se pusieron en el mismo templo debajo del altar mayor en capilla particular y devota.

CAPITULO IV.

De la muerte del emperador don Alonso.

Con las vistas destos príncipes parecia ser acabadas las guerras civiles entre cristianos; pero el ha-

berse apartado y desmembrado el reino de Navarra del de Aragon, como se hizo los años pasados, tenia puesto en mayor cuidado á don Ramon principe de Aragon, que fácilmente lo pudiese olvidar. Solicitó al emperador para que renovado el asiento y liga hecha en Tudelin, juntas las fuerzas acometan á don Sancho rey de Navarra enemigo comun. Como prendas deste concierto y para mayor seguridad se concertó casamiento entre doña Sancha hija del emperador habida en Rica su mujer, y el hijo de don Ramon, acordóse esto por entonces sin pasar adelante á causa de la poca edad de los dos. En esta confederacion comprehendieron á los hijos del emperador don Sancho y don Fernando; verdad es que don Alonso el emperador deseaba mas ser medianero en la paz que movedor de la guerra, y aun estaba mas inclinado al rey de Navarra, de do se mostraba igual esperanza y partido, esto es de casar con él otra hija llamada doña Beatriz, habida en su mujer doña Berengaria á Berenguela, lo cual se efectuó adelante, y entonces se movió este tratado que no era de menospreciar: por esto con diferentes escusas se entretenia de dia en dia, y alegaba ya una ya otra causa de la tardanza para no juntar, como lo tenian concertado, sus armas con los aragoneses: decia que se debia primero de acudir á la guerra sagrada, y atajar las pretensiones de los moros antes que el imperio de los Almohades con el tiempo se arraigase mas en España, en especial que por muerte de Abdelmon, su hijo y sucesor Jacob, que otros llaman Juzeph, hombre muy soberbio y de grande esperiencia en las cosas de la guerra, asentadas las cosas de Africa, con sesenta mil de á caballo y mucho mayor número de infantes era pasado con grande espanto de los fieles en España, llamado de los moros que en ella estaban, para ayudar á su gente y vengalla.

Aquejábale este cuidado y riesgo: rogó grandemente á don Ramon príncipe de Aragon que juntado un grueso ejército se aparejaba para entrar por tierras de Navarra, que no comenzase la guerra antes de la fiesta de San Martin. Hízose así, que se dilató aquella empresa: solamente por entonces se confirmó con nuevos homenajes en Toledo la confederacion pasada por el mes de febrero el año 1157. Llevó esta tardanza don Ramon con ánimo mas igual, á causa que en el mismo tiempo los movimientos de Fraucia le forzaron á ir de nuevo á Narbona con esta ocasion: Hermengarda, vizcondesa de aquella ciudad, trabajada por las armas de los comarcanos fue forzada á entregarse á sí y á su señorío en la fe y amparo de don Ramon su tio. El que dió este consejo, Berengario arzobispo de Narbona, dejada la Francia, la acompañó hasta Perpiñan, donde todas estas prácticas se trataron y concluyeron. El emperador don Alonso determinado de hacer guerra á los moros convocó á sus dos hijos, á los prelados y señores de todo su estado, y formado un grueso campo, rompió por el Andalucía, taló los campos, y quemó los lugares, robólos y saqueólos por todas partes. Era miserable aquella parte de España en este tiempo por ser trabajada y afligida de la una gente y de la otra, moros y cristianos. Ganóse la ciudad de Baeza, que habia vuelto á poder de moros, Andujar y Quesada; y porque los calores del estio eran grandes y los lugares mal sanos, determinado el emperador de volver á Castilla, dejó en el gobierno de aquellas ciudades al rey don Sancho su hijo, porque si quedaban sin tal amparo, no volviesen á poder de moros como otras muchas veces: la mayor parte del ejército quedó con don Sancho. El con don Fernando su hijo y con los demás volvieron atrás.

En este camino en el mismo bosque de Cazlona y Sierramorena el emperador cayó enfermo, y como no pudiese sufrir ni disimular mas tiempo la fuerza de la dolencia por tener el cuerpo quebrantado con tantos trabajos mas que por su edad, cerca del lugar de Fresneda mandó debajo de una encina le armasen una tienda: hacíale compañía don Juan arzobispo de Toledo que le confesó y comulgó: dió la postrera boqueada á veinte y uno del mes de agosto: vivió cincuenta y un años, cinco meses, veinte y un dias: dignísimo príncipe de mas larga vida: no hobo persona mas santa que él siendo mozo, ni vió España cosa mas justa, fuerte y modesta siendo varon: reinó treinta y cinco años poco mas ó menos (1): tuvo título y magestad de emperador veinte y dos años y seis meses: fue príncipe colmado de todo género de virtudes, y su memoria fue muy agradable á la posteridad por la voluntad que mostró perpétuamente de ayudar á la Religion Cristiana. Tuvo tres mujeres doña Berenguela, doña Beatriz y doña Rica: en doña Beatriz no parece tuvo hijos: de doña Rica hobo á doña Sancha, doña Berenguela parió á don Sancho y don Fernando que sucedieron á su padre, y á doña Isabel y doña Beatriz: demás destos á don Alonso y don Fernando como parece por un privilegio de la iglesia Mayor de Toledo; este don Fernando murió niño, y su padre le hizo sepultar en el monasterio de San Clemente que hay de monjas en aquella ciudad, que él edificó; el letrero de la sepultura decia:

AQUÍ ESTÁ EL MUY ILUSTRE DON FERNANDO HIJO DEL EMPERADOR D. ALONSO QUE HIZO ESTE MONASTERIO; PÚSOLE AQUÍ POR HONRALLE.

CAPITULO V.

Cómo don Sancho y don Fernando sucedieron á su padre.

Don Sancho y don Fernando hijos del difunto emperador, mozos el uno y el otro muy escogidos y aventajados, como su padre lo dejó señalado y dispuesto así dividieron sus estados. El reino de Leon y los gallegos quedaron por don Fernando: don Sancho que era el hermano mayor, poseyó á Castilla y á las demás provincias que andaban con ella: ambos fueron buenos príncipes en tiempo de paz, y diestros en la guerra: de tal manera que parece querian imitar á porfía las virtudes de su padre. Don Sancho era mas amado del pueblo por ser de condicion blanda y benigna: por esto y porque murió antes de tiempo le llamaron don Sancho el Deseado: don Fernando daba orejas á los malsines, que tienen por costumbre torcer las palabras y los servicios de otros, con que se enajenó las voluntades de los grandes. Era otrosí sospechoso naturalmente, enfermedad que si no se reprime con la razon acarrea mal y daño. Por esta causa como no se fiase de su hermano, antes que hiciese las honras á su padre, y antes que le sepultasen, acudió á Leon para tomar la posesion de aquel reino.

Al contrario don Sancho, sabida la muerte de su padre, á grandes jornadas llegó á Fresneda, donde acompañado de los prelados y grandes llevó el cuerpo de su padre difunto á Toledo, do le sepultaron con aparato real, y muy célebre por las lágrimas de todo el pueblo, en la iglesia Mayor de aquella ciudad. A esta sazon don Sancho rey de Navarra, á quien con la edad por la grandeza de las cosas que hizo y por la erudicion de su ingenio dieron sobrenombre de Sabio, por parecerle tenia buena ocasion de vengar las

(1) Contando desde que fue reconocido rey en Santiago el 25 de setiembre de 1110, reinó 47 años menos algunos dias; si se empieza á contar desde que murio su madre doña Urraca en 10 de marzo de 1126, solo reinó 30 años, cinco meses y quince dias: y habiendo sido coronado emperador en las cortes celebradas el 26 de mayo del año 1135, su imperio duró 22 años, dos meses y veinte y cinco dias; y vivió en todo 52 años, cinco meses y veinte y tantos dias.

injurias pasadas, juntado el ejército de los suyos, que tenia apercebidos para defenderse, pasó hasta Burgos haciendo mal y daño. Parecia haber con esto hecho lo que bastaba para sustentar el crédito y opinion, pues acometia á sus contrarios el que apenas se entendia seria bastante para defenderse de los intentos de tan grandes reyes que le pretendian derribar. Para muestra de lo cual traia este rey por blason en campo rojo una banda dorada con dos leones que por una parte y otra la despedazaban á porfia. Hecha pues esta entrada, con la misma presteza dió la vuelta para su tierra. Los moros de Andalucía por quedar las plazas que en la guerra pasada les habian sido tomadas, desamparadas de la ayuda de don Sancho, sin dilacion las tornaron á recobrar.

Era necesario acudir á entrambas partes: parecio reprimir primero el atrevimiento del rey de Navarra, porque disimulando la injuria, no se disminuyese la autoridad y magestad del nuevo rey, dado que de su condicion se inclinaba mas á la paz que á la guerra. Hacia sus apercibimientos de armas, dinero y soldados. Sucedió muy á propósito que Ponce conde de la Minerva, el mas principal de los señores leoneses, y que fue paje de armas del emperador don Alonso, agraviado por el rey don Fernando que le despojó de su estado, dejado Leon, se pasó á Castilla. Era grande el crédito de su esfuerzo, y muy aventajado en el ejercicio que en las armas tenia. Por esto, y porque don Sancho estaba ocupado en dar asiento en las cosas del reyno, recebido que hobo benignamente al conde y dádole esperanza de alcanzarle perdon de su señor, le hizo general, y le dió cuidado de la guerra de Navarra. Aceptó el cargo, y con un grueso ejército que llevaba, por tierra de Brivíesca llegó á la Rioja en busca del enemigo. Hay una llanura no lejos del lugar de Bañares llamado Valpiedra, en que se dió la batalla. Los navarros ordenaron las huestes desta manera: don Lope de Haro iba en la vanguardia, don Ladron de Guevara en la retaguardia, el mismo rey don Sancho en el cuerpo de la batalla.

Las gentes de Castilla como en número así en valor sobrepujaban: ordenaron tambien ellos sus haces, y presentaron la batalla al enemigo: cerraron los escuadrones con igual denuedo. Los castellanos al principio fueron echados de su lugar, despues mudándose la fortuna de la pelea, quedaron con la victoria. Los navarros volvieron las espaldas desapoderadamente: la matanza fue menor que conforme á la victoria, muchos se acogieron y salvaron en los pueblos y castillos comarcanos que eran suyos: hízoles daño no esperar los socorros que de los franceses les venian. Sin embargo luego que llegaron, cobrado el rey ánimo de nuevo, no temió ponerse al trance de la batalla. En el mismo lugar y en el mismo llano tornaron á pelear. La batalla fue muy brava, ca los unos peleaban como vencedores, los otros por vencer. Finalmente los navarros, atemorizados con la matanza pasada, y daño recebido, quedaron vencidos, y el campo por los contrarios. Muchos de los mas nobles quedaron presos, que trató don Ponce benignamente. Decia no era venido á hacer guerra con los prisioneros y con su miseria, sino á vengar solamente la temeridad del rey. Soltólos demás desto y dejólos ir libres: humanidad que fue entonces muy alabada, en especial que no solo dió libertad á los navarros, sino tambien á los franceses. Ganada esta victoria, volvió á Burgos: el rey despues de alabar el esfuerzo de los soldados, y hacerles mercedes segun los méritos de cada cual, mas que á todos honró con todo género de cortesía al general Ponce. El agrado llegó á tanto, que con deseo de restituirle en su patria y en su estado como lo tenia prometido, revolvió contra las tierras de Leon, y llegó con su ejército y con sus gentes hasta Sahagun, determinado hacer la guerra á don Fernando su hermano si no venia en lo que parecia justo, y él queria. El rey don Fernando visto el peligro que corria, vino desarmado á verse con su hermano el rey don Sancho: con estas vistas (1) se acabaron los desabrimientos, mayormente que don Fernando no solo profnetia de restituir al conde don Ponce su estado y perdonalle, sino de hacelle mucho mayores honras y mercedes. Ofrecia otrosí para mayor muestra de humildad de hacer pleito homenaje á su hermano, y ponerse en su poder y en sus manos: cortesía que don Sancho, trocado el enojo en humildad como acontece sosegada la contienda, dijo que no sufriria que el hijo del emperador fuese sujeto ni reconociese homenaje á imperio de ningun príncipe ni monarca.

CAPITULO VI.

De los principios de la caballería de Calatrava.

El lugar de Calatrava está puesto en los Oretanos cerca de Almagro en un sitio fuerte y á la ribera de Guadiana. En el tiempo que se ganó de los moros, le entregaron para fortificarle y guardarle á los Templarios, soldados de cuyo esfuerzo y valentía se tenia grande crédito: pretendian que sirviese como de fuerte para reprimir las correrías de los bárbaros; pero ellos por aviso que tuvieron que los moros con grande esfuerzo en muy gran número le querian poner cerco, perdida la esperanza de podelle defender, le volvieron al rey. No se hallaba entre los grandes alguno, que de su voluntad ó convidado por el rey se ofreciese y atreviese á ponerse al peligro de la defensa: solo dos monges del Cistel, que venidos por otras causas á la córte, se hallaban á la sazon en Toledo se atrevieron á esta empresa: estos eran fray Raimundo abad de Fitero junto al rio de Pisuerga (yerran los que atribuyen (2) esta loa á otro monasterio de Fitero que está en Navarra cerca de Tudela, pues consta que no estaba edificado en este tiempo) y el compañero que traia, llamado fray Diego Velazquez: este habia sido soldado viejo del emperador don Alonso, afamado por muchas cosas que en la guerra hiciera: despues cansado, y por menosprecio de las cosas humanas se metió monge, y al presente, como era de gran corazon, con muchas y buenas razones persuadió al abad se encargase de la defensa de aquella plaza: consejo al parecer temerario, pero en efecto inspirado de Dios, como yo pienso, porque contra tantas dificultades como se presentaban, ninguna razon ni prudencia era bastante.

Fue esta oferta muy agradable primero al rey, despues á don Juan arzobispo de Toledo, que estaban antes tristes y faltos de consejo en aquel aprieto tan grande. El dicho arzobispo demás desto porque Calatrava era de su diócesi ayudó con sus dineros, y desde el púlpito persuadió así á los nobles, como á los del pueblo, que debajo de la conducta del abad se ofreciesen al peligro y á la defensa, porque no pareciese que desamparaban en aquel trance, y faltaban al deber y á las cosas de los cristianos: cuanto menos perdonasen á sí y á sus haciendas, tanto estarian y serian mas seguros: perdido aquel pueblo que era como baluarte, la llama y el fuego pasaria á

(1) En el tratado de paz que hicieron el 23 de mayo de 1158, convinieron además que se ayudarian mútuamente contra sus enemigos: que no podrian hacer la paz con el rey de Portugal sin consentimiento mútuo: que se sucederian recíprocamente si morian sin sucesion legítima: que se restituirian las plazas conquistadas; y que lo conquistado al rey de Portugal y á los reyes moros se partiria en la forma que se estipulaba.

(2) Muy al contrario Moret ha demostrado con toda evidencia que San Raimundo, fundador del órden militar de Calatrava, fue abad del famoso monasterio de Fitero de Navarra y no del de Castilla.

las haciendas particulares y tierras de cada cual. Sucedieron estas cosas al principio del año 1158.

El rey hizo donacion del señorío de Calatrava y de su tierra á Santa María de la órden del Cistel, y en su nombre al abad Raimundo y compañeros para siempre. Es de grande momento la fama para cualquier negocio; que las mas veces es mayor que la verdad. Así como se divulgase el ruido de este apercebimiento que se hacia para defender aquel pueblo, los moros perdida la esperanza de ganalle ó embarazados en otras cosas, no vinieron sobre Catrava.

Este fue el principio dichoso y bienaventurado de aquella milicia y órden, porque muchos soldados siguieron al abad y tomaron el hábito que él les dió, señalado y á propósito para no impedir el uso de las armas; y luego vuelto á Toledo, hinchó al rey y á los ciudadanos y córte de alegría por lo que acometiera y hiciera: juntamente de su monasterio de era prelado, trajo gran copia de ganado, y de los lugares comarcanos hasta veinte mil personas, á quien repartió los campos y pueblos cercanos á Calatrava para que en ellos poblasen y viviesen por estar yermos de moradores: con esta diligencia el pueblo de Calatrava quedó muy bien fortificado para cualquier cosa que sucediese. El abad Raimundo falleció algunos años despues en Ciruelos, aldea en que tambien estuvo sepultado. La gente de aquel lugar por la diligencia que usó en defender á Calatrava, le hace tanta honra que se persuade haber hecho milagros, y le ponen en el número de los santos. Dende fue trasladado el año mil y cuatrocientos y sesenta y uno á Nuestra Señora de Monte Sion, monasterio de bernardos junto á Toledo, por bula de Paulo II espedida á instancia del doctor Luis Nuñez de Toledo, arcediano de Madrid y canónigo de Toledo. Diego Velazquez despues que vivió muchos años adelante falleció en Gumiel en el monasterio de San Pedro en que está enterrado.

Destos principios la sagrada milicia y órden de Calatrava ha llegado al lustre que hoy tiene y vemos. Alejandro III la confirmó con su bula, siendo un caballero llamado don García el primer maestre de aquella órden, que fue el año mil y ciento y sesenta y cuatro: á don García sucedió Fernando Escaza, y este don Martin Perez, á don Martin Nuño, Perez de Quiñones; á estos otros. El convento que la primera vez fue puesto en Calatrava, despues le pasaron á Ciruelos, y mas adelante á Buxeda, y de allí á Corcoles y á Salvatierra, últimamente á Covos en tiempo de Nuño Fernandez el maestre duodécimo de aquella órden. Hay otros menores conventos de aquella órden fundados en otros lugares, pero este es el principal.

Esta milicia adquirió adelante riquezas, autoridad y señorío de muchos lugares por sus servicios y por la gran liberalidad de los reyes. Estos lugares y encomiendas se daban antiguamente á los soldados viejos de aquella órden para que con aquellas rentas sustentasen honestamente la vida, sin que los pudiesen dejar en su testamento á los herederos; al presente con la paz mudadas de lo antiguo las cosas, sirven por voluntad de los reyes á los deleites, estado y regalo de los cortesanos: así ordinariamente las cosas de la tierra de buenos principios suelen trocarse con el tiempo y alterarse.

CAPITULO VII.

Cómo el rey don Sancho de Castilla falleció.

A este tiempo don Ramon príncipe de Aragon por entender que con la muerte del emperador espiró la confederacion pasada, en cuya virtud tenia como en feudo la parte de Aragon que cae desta parte del rio Ebro, acordó de verse con el rey don Sancho. Señalaron para estas vistas un pueblo llamado Najama: allí en presencia de los grandes y de don Juan primado de Toledo se trató desta diferencia. El Aragones pretendia que Zaragoza, Calatayud y otros pueblos y ciudades quedaban libres de toda jurisdiccion de Castilla; mas como quier que no pudiese alcanzar esto, por conclusion se concertaron que el de Castilla no poseyese en aquella comarca algunos castillos ó lugares, y sin embargo los reyes de Aragon les hiciesen homenaje por aquellas ciudades, y fuesen obligados cuando los llamasen de venir á las córtes del reino de Castilla: demás desto la liga que tantas veces se hiciera contra el rey de Navarra, se renovó y confirmó, sin que fuese de mayor efecto que antes, dado que la fresca memoria de la guerra pasada estimulaba á don Sancho, á don Ramon el dolor de habelle quitado á sinrazon aquel reino.

Acabadas estas vistas que fueron por el mes de febrero, los aragoneses movieron guerra contra el rey de Navarra. Las armas de Castilla no pudieron acudir, como quedó concertado, á causa de las muertes que sucedieron casi á un mismo tiempo del rey y de la reina. La reina falleció (1) á veinte y cuatro de junio el año 1158 de Cristo. Fue sepultada en Nájara en el monasterio real de Santa María, en que estaban los sepulcros de los reyes de Navarra; y ella poco antes le habia hecho donacion de un pueblo llamado Nestar, por la cual causa todos los años le hacen allí un aniversario el dia de su muerte. El rey aquejado del dolor que recibió muy grande por la muerte de su mujer, ó de otra dolencia que le sobrevino, falleció en Toledo postrero de agosto luego siguiente en sazon que se apercebia para la guerra sagrada, que juntados socorros y gentes de todas partes, con todo su poder pensaba hacer contra los moros. Sepultáronle junto al sepulcro (2) de su padre en la iglesia Mayor de la misma ciudad, á la cual iglesia dejó á Illescas y Hazaña. Reinó un año y once dias: fue esclarecido en la guerra y en la paz, y que se igualara con la gloria de sus antepasados, si tuviera mas larga vida.

Dejó sin duda increible deseo de sí, que parece encendieron mas las desventuras y alteraciones del reino que por su muerte resultaron y se siguieron; con todo esto las gentes que tenia apercebidas, con la divisa que cada uno llevaba de la cruz, y por tanto espantosas á los enemigos de la Religion Cristiana, aunque el rey era fallecido, luego que entraron por el Andalucía, vencieron en una grande batalla á Jacob miramamolin que iba la vuelta de Sevilla. Fue grande el destrozo de la morisma: el moro pasado este peligro, rehaciéndose de fuerzas, acometió á otros reyes moros que no le querian obedecer, y dando la vuelta, hizo guerra al rey de Valencia y de Murcia; mas no pudo salir con su intento porque le defendió don Ramon príncipe de Aragon y Barcelona, á cuya devocion estaba. Desde allí vueltas sus fuerzas contra Alhagio rey de Mérida, le puso en término que se le rindió, aparejado á hacer lo que se le mandase, y ayudar y servirle en todas las cosas. Pusieron sus asientos: con que dos hijos de Alhagio rey de Mérida, llamados Fadala y Omar ayudados de la gente de Jacob en una entrada que hicieron por tierra de cristianos, se metieron por las comarcas de Plasencia y de Avila; y dada la vuelta hácia tierra de Talavera, como por todas partes hobiesen puesto espanto, cargados de despojos se volvian á Mérida. En esto las gentes de Avila y sus capitanes Sancho y Gomez hijos de don Jimeno, que eran de la mas principal nobleza de Avila, los alcanzaron, y en una ba-

(1) Segun la inscripcion de su sepúlcro, murió el 12 de agosto de la era 1194, y el rey don Alonso el Noble nació en 10 de noviembre de la era 1193.

(2) Al lado de la epístola se colocaron en 1507 los de don Sancho II, el Bravo y el infante don Pedro; y al lado del Evangelio los de don Alonso VII, don Sancho el Deseado y el

talla que les dieron en un lugar que se llama Sietevados, los vencieron y desbarataron : quitáronles otrosí toda la presa y cautivos que llevaban.

Diestros y grandes capitanes en este tiempo fueron los ya dichos Sancho y Gomez, pues cuatro años adelante con una entrada que hicieron por aquella parte de Estremadura en que están los campos de la Serena, tierra de abundosos pastos, robaron muchos ganados y vencieron en un encuentro los moros que salieron contra ellos : con que trujeron á sus casas muy grandes despojos. Del linaje destos capitanes vienen los señores de Villatoro, y los marqueses de Velada, caballeros en riquezas, aliados y deudos, demás desto en la privanza de los príncipes, esclarecidos y señalados, en especial en nuestra era y la de nuestros padres.

El rey don Sancho cuando estaba á la muerte, encomendó su hijo don Alonso que era de cuatro años, á don Gutierre Fernandez de Castro que otro tiempo fue su ayo : los demás señores mandó que tuviesen en su poder las ciudades y castillos que á su cargo estaban, hasta tanto que el rey fuese de quince años





Sepulcros en Toledo.

cumplidos : acuerdo y consejo en lo uno y en lo otro poco acertado; pero la prudencia humana es corta para prevenir los inconvenientes todos, y muchas veces lo que parecia estar saludablemente determinado, reveses que suceden lo desbaratan. Dióse sin duda con esto ocasion y fuerzas para revolver el hato á los que mal pensaban. Los demás señores no menos nobles que don Gutierre, llevaron mal que el peso del gobierno fuese puesto en los hombros de uno solo. y que en su poder quedase el rey en aquella edad flaca y deleznable.

CAPITULO VIII.

De nuevos movimientos que se levantaron en Castilla.

Entre los grandes y ricos hombres de Castilla por este tiempo dos casas se aventajaban á las otras, las mas principales en estados, riquezas y aliados, los Castros y los de Lara. Estos tuvieron por largo tiempo la primera voz y voto en las órdenes del reino. Entre los Castros don Gutierre, á quien se encomendó la crianza del rey, alcanzaba grande autoridad, que le daba su larga edad y la grandeza de las cosas que por él pasaron. Carecia de hijos y sucesion : su hermano menor por nombre don Rodrigo tenia cuatro, que eran don Fernando, don Alvaro, don Pedro, y don Gutierre ; y una hija por nombre doña Sancha, que casó con don Alvaro de Guzman, por donde era de poco menos autoridad y poder que su hermano. Los de Lara eran tres hermanos don Enrique, don Alvaro y don Nuño : á las riberas del rio Duero tenian grandes heredamientos y lugares. Fue padre de todos estos el conde Pedro de Lara, de quien arriba se ha hecho mencion, y dijimos fue muerto en el cerco de Bayona : madre de los mismos era una señora llamada doña Aba, que estuvo casada la primera vez con don García conde de Cabra; y por haber nacido deste matrimonio don García Acia, heredero de aquel estado, era ocasion que el poder de los tres hermanos se aumentase mucho mas.

infante don Sancho, hijo de don Jaime el Conquistador. Los de los infantes se diferencian principalmente de los reales en que no adorna la cabeza de sus estátuas la corona que tienen los de aquellos, segun se observa en los que aquí presentamos, que son de don Alonso VII y don Sancho el Deseado.

Estos mostraron llevar mal que siéndoles antepuesto por juicio del rey don Sancho don Gutierre de Castro, se hobiese escurecido el lustre y resplandor de su casa. Estrañábanlo en público y en secreto: decian que los Castros quedaban por reyes: que estos solamente entre las cosas que el rey don Sancho mandó, no se debia ejecutar; ni sufririan ellos que al albedrío de uno se resolviese el estado del reino, ni otro alguno reinase fuera de aquel que era rey natural. Esto decian con tanta porfía, que mostraban deseo de llevar el negocio por las armas y llegar á las puñadas. Don Gutierre con deseo del bien comun, y con ejemplo señalado de modestia mas que de prudencia, fácilmente se dejó persuadir que entregase el rey en poder de don García Acia, hombre sin duda templado, pero de mas sencillo ánimo que parece requeria el estado de las cosas, en tanto grado que con escusa de los gastos que le era forzoso hacer en la crianza del rey, por no estar las rentas reales del todo desembarazadas, entregó el rey niño á don Manrique de Lara su hermano de madre para que él le criase; que era concederle todo lo que en esta porfía pretendia y deseaba. Quejábase don Gutierre que con esto le quebrantaban la palabra; y por el testamento del rey don Sancho pretendia tornarse á encargar de la crianza del rey. Burlábanse los contrarios; y claramente por esta via se tramaban alteraciones y bullicios de guerra.

Don Fernando rey de Leon movido por esta discordia, con que todo el reino se dividia en parcialidades, y pretendiendo se le hizo injuria en no le nombrar para el gobierno del reino y crianza de su sobrino, tomadas las armas entró por las tierras de Castilla muy pujante, principalmente hacia mal y daño en aquella parte por do corre Duero, y donde la casa de Lara tenia muy grande señorío. Don Manrique y sus hermanos por miedo de don Fernando llevaron el rey á Soria, para que estuviese muy lejos y mas seguro del peligro de la guerra. Falleció á la sazon don Gutierre de Castro: sepultáronle en el monasterio de Encas, que tiene nombre de San Cristóbal. Don Manrique de Lara hecho mas insolente con el poder requirió á los herederos del difunto, sobrinos suyos, le entregasen las ciudades y castillos que tenian encomendadas. Escusábanse ellos con el testamento del rey don Sancho: decian que antes de la legítima edad del rey niño no podian lícitamente hacer lo que les demandaban. Con esto el cuerpo de don Gutierre por mandado de don Manrique fue desenterrado, como de traidor, y que habia cometido crímen contra la magestad. Nombráronse jueces sobre esta diferencia, que dieron sentencia en favor de don Gutierre, por ser cosa inhumana embravecerse y mostrar saña contra los muertos: así por su mandado fue vuelto á la sepultura y á enterrar.

Entretanto que esto pasaba, las armas de don Fernando rey de Leon volaban libremente por toda la provincia, sin que se juntase para resistir algun ejército señalado en número ó en esfuerzo, por no tener capitan y estar el reino dividido en bandos. No se puede pensar género de trabajo que los naturales no padeciesen, cansados no mas con el sentimiento de los males presentes que con el miedo de los que amenazaban, en tanto grado que el mismo don Manrique, perdida la esperanza de poderse defender, y movido por el peligro que sus cosas corrian, fue forzado hacer homenaje al rey don Fernando que le entregaria el gobierno del reino, y las rentas reales, que las tuviese por espacio de doce años juntamente con la crianza del rey. Para que esto se confirmase con comun consentimiento del reino, llamaron córtes para la ciudad de Soria do guardaban el rey niño. En este peligro que amenazaba mayores males, la resolucion y esfuerzo de un hombre noble llamado Nuño Almejir sustentó y defendió el partido de Castilla. Este viendo llevar el niño á su tio, le arrebató á los que le llevaban, y cubierto con su manto le llevó al castillo de San Esteban de Gormaz, con la cual diligencia quedaron burlados los intentos del rey don Fernando, porque los tres hermanos de Lara, con muestra de querer seguir y alcanzar al niño rey despedidos de don Fernando, hicieron para mayor seguridad fuese el niño llevado á Atienza plaza muy fuerte. Segun esto arrepentidos del consejo y asiento que tomaran, últimamente andando con él huyendo por diversas partes, pararon en Avila ciudad muy fuerte. Allí con grande lealtad los ciudadanos le defendieron hasta el año onceno de su edad. Por este hecho los de Avila se comenzaron á llamar vulgarmente los fieles.

El rey don Fernando, burlada su esperanza con que se prometia el reino de Castilla, y por esta razon movido á furor acusó primero á don Nuño de Lara, despues á don Manrique su hermano de habelle quebrantado la fe y palabra: envió para esto reyes de armas para desafiallos; pero la revuelta de los tiempos no dió lugar á que defendiesen por las armas su inocencia, ni se purgasen en el palenque de lo que les era impuesto, como era de costumbre. Recelábanse que si les sucedia alguna desgracia, se pondria en cuentos y peligro todo el reino; solamente respondieron á don Fernando que la conciencia de lo hecho, y lealtad que guardaran con el rey niño, si no á los otros, á lo menos á sí mismos daban satisfaccion bastante. Era grande el regocijo que tenia todo el reino por ver el rey niño escapado de las asechanzas de su tio; pero en breve toda aquella alegría se desvaneció, porque toda Castilla fue trabajada con las armas del rey don Fernando. Las ciudades y los lugares, ó por fuerza ó de grado, á cada paso se ponian en su poder y le hacian homenaje, en tanto grado que fuera de una pequeña parte del reino que perseveró en la fe del niño, todo lo demás quedó por el vencedor. Toledo tambien ciudad real, y don Juan su prelado siguieron las partes de don Fernando, creo por algun desabrimiento que tenian, ó por acomodarse al tiempo. Hay un privilegio del rey don Fernando, dado en Atienza primero de febrero año mil y ciento y sesenta y dos, en que entre los otros grandes y ricos hombres y obispos firma tambien el arzobispo don Juan: demás desto consta de los anales de Toledo que el rey don Fernando entró en Toledo á nueve del mes de agosto luego siguiente.

Allegóse á estas desgracias una nueva guerra que hicieron los navarros, porque el rey don Sancho de Navarra despues de grandes alteraciones se concertó con el Aragonés. Hecho esto, por entender que era buena ocasion para vengar las injurias pasadas, y recobrar por las armas lo que los reyes de Castilla le tomaron en la Rioja y en lo de Bureva con un grueso ejército que de los suyos juntó, se apoderó de Logroño, de Entrena, de Briviesca y de otros lugares por aquellas partes. Tenia soldados muy buenos, y ejercitados en muchas guerras. Los señores de Navarra eran personas muy escogidas: entre los demás se cuentan los Dávalos, casa muy noble y poderosa, como lo muestran las escrituras y memorias de aquel tiempo. Con esto no tenian fin ni término las guerras ni los males, todo andaba muy revuelto y alterado.

CAPITULO IX.

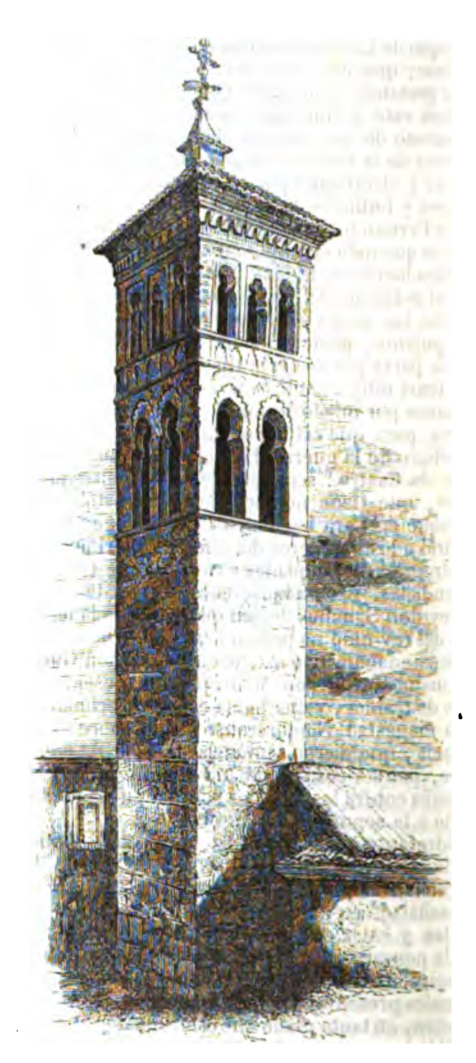
De la muerte de don Ramon príncipe de Aragon.

Estaba Castilla encendida con alteraciones civiles en un tiempo muy fuera de propósito por quedar en la provincia gran número de gente bárbara, solo con las armas de Portugal y de Aragon eran los moros apretados; mas en el Andalucía, donde tenian mayor señorío, vivian con todo sosiego, y el poder de aquella nueva gente de los Almohades con el tiempo se

arraigaba mas de lo que fuera razon. En este tiempo Italia era trabajada con no menores males y discordias que lo de España. Dos se tenian en Roma por pontífices, y cada cual pretendia que él era el verdadero, y el contrario no tenia razon ni derecho alguno. Estos eran Alejandro III natural de Sena, y Victor IV ciudadano romano: á este ayudaba mucho el emperador Federico Barbaroja por la grande amistad que con él tenia: á Alejandro nombró por pontífice la mayor y mas sana parte de los cardenales; pero como no tuviese bastantes fuerzas para resistir al emperador, que se apoderaba de las ciudades y lugares de la Iglesia, en una armada de Guillermo rey de Sicilia se huyó á Francia, y en ella para sosegar estas discordias y este scisma juntó en Turs el año mil y ciento y sesenta y tres un concilio muy principal. Acudieron á su llamado ciento y cincuenta obispos, y entre ellos don Juan primado de Toledo.

Por el mismo tiempo don Ramon Aragonés era muy nombrado por la fama de las cosas que acabó y su perpétua felicidad, tanto que tenia por sujeto en España á Lope rey moro de Murcia; y á los baucios en Francia, que movian guerra en la Proenza, los trabajaba con muchos daños que les hacia, porque no solamente defendió la Proenza sobre que contendian, sino tambien les quitó de su estado antiguo treinta castillos; y la villa de Trencatayo que era muy fuerte, tomado que la hobo por fuerza, la allanó y arrasó el año 1161. Con aquella victoria quedaron de todo punto quebrantadas las fuerzas de los baucios. El emperador Federico que parecia favorecer á los enemigos y contrarios, con nueva confederacion que con él hizo, quedó muy su amigo. Trajo don Ramon de Castilla á Aragon á Rica viuda del emperador don Alonso, y á su hija doña Sancha, que estaba desposada con el hijo del mismo don Ramon. A instancia pues del emperador Federico se concertó que Rica, que era deuda suya, casase con don Ramon Berengario ó Berenguel, conde de la Proenza, y que los aragoneses y proenzales jurasen por pontífice y diesen la obediencia al que él ayudaba: con esto les hacia merced que no solo quedasen con el principado de la Proenza, que se comprendia y estendia desde el rio Druenza hasta el mar, y desde el rio Ródano hasta los Alpes, sino demás desto de la ciudad de Arlés con toda su tierra. Para que todo esto fuese mas firme, se decretó y concertó que ambos los don Ramones, el aragonés y el proenzal, fuesen á Turin ciudad de Italia á verse con el emperador. Señalóse el primer dia de agosto para estas vistas del año 1162.

En este camino en San Dalmacio, que es un pueblo á las raices de los Alpes hácia Italia, adoleció don Ramon príncipe de Aragon, y falleció de aquella enfermedad (1) á seis dias de aquel mismo mes. Parecia que aquella muerte sucedia en muy mala sazon, dado que don Ramon conde de la Proenza fácilmente alcanzó del emperador todas las cosas porque eran idos, luego que se vió con él en Turin como tenian concertado; y aun el emperador dice en sus letras, que se espidieron sobre el caso, gratificar al difunto porque habia tratado muy honradamente á la reina Rica, y mirado por la honra de aquella matrona viuda. De aquí tomaron ocasion los escritores catalanes de fingir que don Ramon príncipe de Aragon en Alemaña defendió en un desafio y campo que hizo, la fama de una reina viuda que la acusaban haber hecho lo que no debia, y que el premio de defender la honestidad de aquella señora fue darle el principado de la Proenza: nosotros siguiendo la verdad de la historia contamos la cosa como pasó. El cuerpo del difunto traido á su tierra sepultaron en el monasterio de Ripol, como él mismo á la muerte lo dejó ordenado. Hiciéronse córtes del reino en Huesca, y refirióse el testamento de aquel príncipe, que hizo á la hora de su muerte solo de palabra, en que nombró por su heredero á don Ramon su hijo, que trocado este nombre en el de don Alonso, entró en posesion del principado de su padre: á don Pedro hijo segundo mandó á Cerdania, Carcasona y Narbona con el mismo derecho que él las tenia; don Sancho que era el menor de todos, quedó nombrado en lugar de don Pedro para que le sucediese si muriese sin hijos: de doña Dulce su hija que adelante fue reina de Portugal, no hizo mencion alguna, tampoco de don Berengario ó Berenguel, que fue obispo de Tarazona y de Lérida, y abad de Montaragon, al cual el príncipe hobo fuera de matrimonio.



Torre de San Roman en Toledo.

La edad del nuevo rey don Alonso no era bastante para el gobierno, porque apenas tenia once años. Esto, y la flaqueza y pocas fuerzas de la reina su madre, pareció á propósito á los amigos de novedades para revolver el reino: un cierto embaydor se hizo caudillo de los que mal pensaban, con afirmar públicamente era el rey don Alonso, aquel que veinte y ocho años antes deste fue muerto en la batalla de

(1) La cronología de los condes de Barcelona está muy errada en Marina y casi todos los autores, segun lo ha demostrado recientemente en sus *Condes vindicados* el ilustrado bibliotecario Sr. Bofarull.

Fraga, como de suso queda dicho. Decia que cansado de las cosas humanas estuvo por tanto tiempo disfrazado en Asia, y se halló en muchas guerras que los cristianos hicieron contra los moros en la Tierra Santa. Su larga edad hacia que muchos le creyesen, y las facciones del rostro no de todo punto desemejable: el vulgo amigo de fábulas acrecentaba estas mismas cosas, por donde el gobierno de la reina como de mujer era de muchos menospreciado. Grandes males se aparejaban por esta causa, si el embaydor no fuera preso en Zaragoza, y no le dieran la muerte en los mismos principios del alboroto, este fue el pago de la invencion y fin de toda esta tragedia mal trazada.

El año proximo de 1163 se tuvieron otrosí córtes del reino de Aragon en Barcelona. En ellas la reina doña Petronila á persuasion de los grandes dió y renunció el reino á su hijo, que andaba ya en trece años. Don Ramon conde de la Proenza, que un poco de tiempo gobernara á Cataluña por el rey su primo, dejado el gobierno, se volvió á su tierra que andaba alborotada otra vez, y trabajada por las armas de los Baucios. Para fortificarse contra aquella familia y linaje, y apercebirse de socorros de fuera procuró hacer liga con el conde de Tolosa, y concertar casamiento de su hija (una sola que tenia) con el hijo de aquel conde: práticas que se impidieron por su muerte que sucedió el año de 1166. El rey de Aragon, que se hallaba á la sazon en Girona, avisado que su primo era muerto, á ejemplo de su padre y á persuasion de los grandes se llamó marqués de la Proenza. Así pretendian estar decretado por el privilegio del emperador Federico, que aquel principado no solo se daba al conde de la Proenza, sino asimismo á don Ramon príncipe de Aragon y sus descendientes: ocasion de nuevos movimientos y alteraciones que sucedieron en Francia.

CAPITULO X.

Cómo don Alfonso rey de Castilla visitó el reino.

Gran mudanza de las cosas se hizo en Castilla, porque los naturales cansados del gobierno del rey de Leon, y aficionados al mozo rey don Alonso como es cosa natural y lo merecia la memoria agradable del rey don Sancho su padre; no cesaban de movelle con cartas y embajadores para que tomase el ceptro y mando del reino paterno. Ofreciánle que no le faltarian las voluntades de los suyos, ni sus fuerzas, que siempre de secreto estuvieron por él, dado que por



D. Esteban Illan.

acomodarse al tiempo y forzados suportaban el señorío forastero. El rey á la sazon andaba en el año undécimo de su edad: á los grandes que le tenian en su poder, parecia aquella edad bastante especial que les movia el ejemplo fresco de los aragoneses, que entregaron el gobierno á su rey que tenia poca mas edad. A persuasion pues dellos y por su consejo determinó partir de Avila para visitar el reino, y hacer entrada en cada una de las ciudades, el año de nuestra salvacion de 1168, como algunos dicen: nosotros de la razon destos años y deste número quitamos dos años con fundamento bastante y cierto, pues cuando murió su padre se sabe era este rey de cuatro años, y ahora tenia once no cumplidos. No le engañó su esperanza: muchas ciudades y pueblos en toda la provincia, como lo tenian ofrecido, abrian con gran voluntad las puertas al rey, y le ayudaban con dinero, provision y todas las demás cosas. Al principio pocos eran los que acompañaban al rey, que fueron algunos grandes de Castilla que perseve-

raran con él, ó de nuevo se le juntaron : demás destos una compañía de guarda de ciento y cincuenta de á caballo, que los de Avila le dieron para que le acompañase : poca gente para acabar cosas tan grandes y para recobrar el reino, parte del cual tenian los grandes, parte estaba en poder de los leoneses con guarniciones que tenian puestas por todas partes.

No hay cosa mas segura en las revueltas civiles que apresurarse : al rey parecia que todas las cosas le serian fáciles, y así determinaron de probar á Toledo cabeza del reino, y esperimentar cuanta lealtad hobiese en sus ciudadanos. Poca esperanza tenian que don Fernando Ruiz de Castro que la tenia en su poder, la entregase de su voluntad : el color que tomaba era no ser lícito, como él decia, entregar aquella ciudad á alguno antes de la edad que por el rey difunto quedó señalada. Lo que principalmente le movia, era que tenia pena de que le hobiesen quitado la tutela del rey, y sus contrarios estuviesen apoderados del gobierno del reino. Don Esteban Illan, ciudadano principal de aquella ciudad, en la parte mas alta della á sus espensas edificara la iglesia de San Roman, y á ella pegada una torre que servia de ornato y fortaleza. Era este caballero contrario por particulares disgustos de don Fernando y de sus intentos salió secretamente de la ciudad, y trajo al rey en hábito disfrazado con cierta esperanza de apoderalle de todo; para esto le metió en la torre susodicha de San Roman (1) campearon los estandartes reales en aquella torre, y avisaron al pueblo que el rey estaba presente.

Los moradores alterados con cosa tan repentina corren á las armas, unos en favor de don Fernando, los mas acudian á la magestad real : parecia que si con presteza no se apagaba aquella discordia, que se encenderia una grande llama y revuelta en la ciudad; pero como suele suceder en los alborotos y ruidos semejantes, á quienes acudian los mas, casi todos los otros siguieron la autoridad real. Don Fernando perdida la esperanza de defender la ciudad por ver los ánimos tan inclinados al rey, salido della, se fué á Huete, ciudad en aquel tiempo por ser frontera de moros, y raya del reino, muy fuerte así por el sitio como por los muros y baluartes.

Los de Toledo, librados del peligro, á voces y por muestra de amor decian : VIVA EL REY. Esto hacian no mas los que habian estado por él, que la parcialidad contraria entraban donde estaba á besarle la mano, y cuanto mas fingido era lo que algunos hacian, tanto daban mayores muestras de voluntad, y le adulaban con mas cuidado.

A don Esteban en gratificacion de aquel servicio le hizo el rey mucha honra, y le encomendó el cuidado de la ciudad. Despues de su muerte los ciudadanos para memoria de tan gran varon en la iglesia catedral en lo mas alto de la bóveda detrás del altar mayor, hicieron pintar su imágen á caballo como está hoy.

Entró el rey en Toledo á veinte y seis de agosto dia viernes : luego el dia de San Miguel don Juan arzobispo de Toledo falleció cansado de la pesadumbre de tantos males, ó por su larga edad. La letra dominical muestra que la entrada del rey no pudo ser sino el año mil y ciento y sesenta y seis. Conforman los anales de Toledo y el letrero del sagrario de aquella iglesia, que señalan la muerte del arzobispo era mil y doscientos y cuatro, que es el año dicho puntualmente, y así se debe tener. Gobernó aquella iglesia loablemente como diez y seis años : su cuerpo se entiende fue allí mismo sepultado. Algunos dicen que renunció, y que de su voluntad dejó el arzobispado; y dél esplican la ley pontificia y cánon promulgado por Alejandro III, pontifice romano, que es el primer capítulo en el título de las órdenes hechas despues de renunciado el obispado, enderezado al arzobispo de Toledo, como se contiene en su título; la verdad es que en las decretales de manos antiguas no reza aquel título al arzobispo de Toledo, sino al Coloniense : así lo de la renunciacion no se debe tener por verdadero.

Sucedió don Cerebruno ó Cenebruno, persona de igual ánimo y prudencia, agradable al rey don Alonso, ca fue su maestro y le enseñó las primeras letras. Fue arcediano de Toledo antes, y obispo de Sigüenza, y aun se sospecha era francés de nacion. A este prelado parece se enderezó sin duda la epístola decretal del mismo Alejandro III, que es el capítulo once en el título de Simonía, sobre la que se cometió en la eleccion del obispo de Osma. Conforme con esto lo que ordenó el mismo rey don Alonso en su testamento su fecha en Fuentidueña á ocho de diciembre era mil y docientos y cuarenta y dos : dice que sus tutores el conde don Nuño y don Pedro por elegir al obispo de Osma recibieron cinco mil maravedís; manda que se restituyan. Era por el mismo tiempo prelado de Tarragona Hugo Cervellon, que sucedió á Bernardo Torte.

El rey de Castilla sosegado que tuvo á Toledo á persuasion del conde don Manrique salió contra don Fernando de Castro, ca ayudado de las gentes de Huete que le eran aficionadas y muy leales, salió al encuentro al ejército del rey. Dióse la batalla (2) dos leguas de aquel pueblo junto á Garcinaharro : era grande la fama del esfuerzo de don Manrique, era tenido por gran defensor de la autoridad real : tales eran las muestras, si bien muchos pensaban que en nombre ajeno queria mandallo todo, por ser como era atrevido, astuto, presto, y conforme á los negocios y ocurrencias, cuándo seguia la virtud, cuándo lo malo. Don Fernando por recelarse en la pelea de sus fuerzas entró en la batalla, quita las las sobrevistas y disfrazado. Don Manrique por yerro con todas sus fuerzas embistió y mató á un caballero ordinario, el cual porque llevaba vestidura de general, creyó era su contrario. Quedó cansado de aquella pelea, y á propósito para ser agraviado : así fue él mismo muerto; uno de los que acompañaban á don Fernando, le metió por el cuerpo la espada. Con la muerte del general los del rey parte se pusieron en huida, parte fueron muertos en la pelea. Sabido el engaño y astucia, don Nuño hermano de don Manrique acusaba á don Fernando de aleve. No paró en esto, sino que le desafió á pelear de persona á persona y hacer campo como se acostumbraba en casos semejantes. Intervinieron varones santos y personas graves, por cuyo medio por entonces la diferencia se sosegó algun tanto, pero el odio entre aquellas dos casas quedó muy mas arraigado que antes con grande daño muchas veces de las cosas y del reino, por anteponer cada cual de las partes sus particulares pasiones y debates al bien comun.

Verdad es que la guerra que hizo el rey por entonces, no fue muy grande ni continuada, y muchas ciudades y castillos por estar obligados con beneficios que recibieran, quedaron en poder de don Fernando de Castro, con que el rey desistió del intento y esperanza de atropellarle, y vuelto hácia otras partes no dejaba de sujetar á su señorío, las ciudades y castillos que hallaba sin guarnicion. Demás desto pareció por la comodidad del lugar probar el castillo de Zurita (3), que está puesto en un collado empinado, cuyas raices y haldas baña el rio Tajo. Tenia la guar-

(1) Esta torre, célebre por el pasaje que describe Mariana, es obra probablemente del mismo Esteban Illan, como lo es la restauracion de la iglesia, que era de fundacion arábiga.

(2) Se dió el 9 de julio de 1161.

(3) Asi la rendicion de este castillo como las córtes de Toledo son del año 1169, segun el marqués de Mondejar.

da desta fuerza Lope de Arenas como teniente de don Fernando de Castro. Convidado á que se rindiese, se escusó con la edad del rey como otros muchos: que él no era señor sino lugarteniente, y como tal tenia jurado á don Fernando: que si no fuese con su licencia, no entregaria el castillo á persona alguna: que no sufriria que con color y voz de la autoridad real se burlasen de los demás aquellos que por la flaca edad del rey le tenian en su poder y le aconsejaban lo que les parecia. Como los del rey perdiesen la esperanza que el alcaide haria por su voluntad lo que pretendian, determinaron de usar de fuerza, y apretar el cerco de aquel castillo: convocaron para este efecto socorros de todas partes.

Don Lope de Haro avisado de lo que el rey pretendia, de lo postrero de Vizcaya en que tenia grande estado, sin ser llamado, á causa que él y el conde don Nuño tenian diferencias particulares y andaban torcidos, de su voluntad vino á servir en aquel cerco. Llegado miró el sitio del castillo, y se encargó de acometerlo por aquella parte que parecia mas ágria, y de que mayor peligro se mostraba: cosa propia de la nacion vizcaina. Iba adelante el cerco: los del rey no tenian esperanza de salir con su intento; los cercados padecian falta de mantenimientos: por esta causa usaron de engaño, y con dar esperanza de rendirse, convidado que hobieron y recibido dentro para tratar desto á los condes don Nuño y don Suero, los prendieron á traicion por entender que el rey movido de su peligro se apartaria del propósito que tenia de combatir el castillo, por lo menos vendria en algun buen partido: en lo que pensaron consistia su remedio, estuvo su destruicion.

Hallábase en los reales del rey un cierto hombre llamado Domingo, que salió del castillo no se dice por qué causa: este si le diesen algun premio, prometió haria entregar aquella fuerza. Aceptado el partido, en cierto ruido hechizo dió una herida á Pedro Ruiz ciudadano de Toledo: él mismo vino en ello, y con voluntad del rey: hecho esto, Domingo se puso en huida; con esta ficcion las guardas le recibieron en el castillo. Era criado del alcaide, mañoso, servicial, y por aquella nueva hazaña le ganó mas la voluntad: trataba con él muy familiarmente sin recelo de lo que le sobrevino. El traidor, hallaba ocasion á propósito para ejecutar su intento, á tiempo que el alcaide se afeitaba la barba, le mató: tras esto se huyó á los reales. El pueblo sin dilacion, muerto su caudillo, sin grande dificultad vino en poder del rey, y se rindió luego: perdonó el rey á los soldados, y el lugar no fue puesto á saco, solo á Domingo hizo sacar los ojos; que fue ejemplo señalado de castigo contra los traidores: dado que le señalaron sustento bastante para pasar la vida porque no pareciese que el rey quebrantaba su palabra. Este sustento no mucho despues por mandado del mismo le quitaron junto con la vida, porque magüer que ciego y castigado se alababa de aquella maldad: doblada alevosía que cometió en matar á su señor y hacer traicion á los cercados. Esto del traidor.

Los soldados alegres con la victoria se partieron para sus casas: don Lope de Haro que entre todos se señaló de animoso, alabado con palabras muy honrosas se volvió á su tierra sin querer aceptar los dones que le ofrecian, por saber muy bien cuánta falta y pobreza padecia el tesoro real. Este caballero dicen edificó en la Rioja en la villa de Haro no lejos del rio Ebro, y que de aquel pueblo y de su nombre así él como sus descendientes tomaron este apellido. El rey se fue á Toledo á las córtes del reino para donde tenia convocados los grandes y ciudades de toda la provincia. Tratóse en ellas de componer el estado del reino, que por la revuelta de los tiempos andaba muy alterado, y de recobrar las ciudades y pueblos que aun no se querian entregar. Fue este año memorable por las muchas lluvias y grandes crecientes, en particular en Toledo el rio Tajo salió de madre, y llegó hasta la iglesia de San Isidro á veinte de febrero: el año luego siguiente de 1169 á ocho de febrero tembló la tierra en aquella ciudad; cosa que sucede pocas veces, y que puso en cuidado á los ciudadanos por pensar que aquel temblor era pronóstico de algunos nuevos y mayores trabajos.

CAPITULO XI.

De las bodas de don Alonso rey de Castilla.

Don Fernando rey de Leon los años pasados casó con doña Urraca hija de don Alonso rey de Portugal: deste casamiento nació don Alonso, el que sucedió á su padre en el reino de Leon, dado que la misma doña Urraca por el parentesco que tenia con su marido, fue dél repudiada y apartada. Este camino hallaban para deshacer los casamientos cuando nacian desabrimientos entre los casados: que aun no estaba introducida la costumbre de dispensar en las leyes matrimoniales, ni los pontífices comenzaban á usar de semejantes dispensaciones. Deste repudio resultaron grandes enemistades entre el suegro y el yerno, y dellas muchos daños que se hicieron y recibieron de una parte y de otra. Don Fernando andaba ocupado en reedificar las ciudades y pueblos que por la revuelta de los tiempos pasados estaban destruidas, otros edificaba de nuevo. Cerca de Salamanca reparó la antigua Bletisa con nombre de Ledesma, á Granada cerca de Coria: demás desto Benavente, Valencia de Oviedo, Villalpando, Mansilla, Mayorga. Fuera destas poblaciones por consejo de un foragido portugués edificó en los confines del reino, por do se divide de Portugal á Ciudad-Rodrigo, que antiguamente se llamó Mirobriga, para que fuese como firme baluarte en que se quebrantasen los ímpetus de los portugueses, y para hacer dende correrías y cabalgadas por los lugares comarcanos. El desabrimiento que comenzó destos principios entre leoneses y portugueses, se encendió despues y paró en graves enemistades. Era don Fernando príncipe de grande corazon y bravo; y aunque de costumbres muy suaves, condicion simple, liberal y manso, no dudaba hacer rostro á las armas y poder de los dos reyes de Castilla y de Portugal.

Don Alonso rey de Castilla al principio del año de nuestra salvacion de 1170 fue á Burgos para tener córtes del reino, en las cuales porque el rey era entrado en los quince años de su edad, que era el tiempo señalado por el testamento de su padre, y legal para que le entregasen las ciudades, se trató de que se ejecutase así; y con grande voluntad de los grandes y de todos salió decretado se hiciese guerra así á los señores, si no obedeciesen á la voluntad del rey, como al rey don Fernando su tio, que tenia todavía con guarniciones ocupada una parte no pequeña del reino; pero esta guerra á causa de otras dificultades se dilató mucho. Los grandes interesados por no ser acusados de traidores, y porque no les quedaba escusa alguna para no hacello, entregaron al rey los castillos fuerzas y lugares que tenian en su poder. Entre los primeros hizo esto don Fernando de Castro: dado que desconfiado de la voluntad del rey por estar muchos grandes irritados contra él, y la parcialidad contraria apoderada del gobierno, determinó dejar la tierra; y públicamente renunciada la patria conforme á lo que entonces los españoles usaban, se retiró á tierra de moros, ca decia que el destierro seria tolerable, principalmente al que se hallaba inocente, y no habia hecho vileza alguna, pero que él haria que al que no querian por amigo esperimentasen serles enemigo muy grave: muchas veces la paciencia ofendida se muda en furor; así don Fernando agraviado con muchas injurias, como él se quejaba,

no dejaba de hacer muchos daños en tierras de cristianos. Tratóse demás desto en las córtes de Burgos del casamiento del rey por ser la edad á propósito, y tener todos grande cuidado de que quedase dél sucesion. Enrique II deste nombre, rey de Ingalaterra, muy poderoso á la sazon, abrazaba debajo de su señorío lo de Angers y Normandía en Francia y toda Ingalaterra; y su mujer doña Leonor en dote le ayuntó á los demás estados lo de Guiena y Potiers, como arriba queda dicho. Pareciales á los grandes que seria á propósito Leonor hija destos príncipes, doncella muy escogida, para casalla con su rey, si su padre viniese en ello. Don Alonso rey de Aragon con deseo de verse con el rey de Castilla su primo, y que era casi de la misma edad, vino á Sahagun: allí se puso confederacion entre aquellas dos naciones. Hecho esto, los dos reyes mediado el mes de julio fueron á Zaragoza: desde allí se envió una embajada muy principal á Francia para tratar lo del casamiento del rey. La cabeza desta embajada era don Cerebruno arzobispo de Toledo: acompañábale don Ramon obispo de Palencia con otros prelados y caballeros en gran número. Llegados á Burdeos, do estaba la reina de Ingalaterra con su hija, fácilmente alcanzaron lo que pretendian. Concertáronse las bodas: la doncella vino á España, y en su compañía no solo los que envió el rey don Alonso, sino tambien se juntaron con ellos don Bernardo prelado de Burdeos y otros señores de Francia.



Doña Leonor.

Entretanto que esto pasaba en Francia, en España entre los dos reyes de Castilla y de Aragon se hizo liga y avenencia en que se juntaban las fuerzas de los dos reinos contra todos los príncipes, sacado solo el de Ingalaterra, en que se tuvo respeto al nuevo parentesco. Para confirmar este concierto y palabras de una parte y otra se dieron algunos pueblos para que en poder del otro estuviesen como en rehenes y en terceria: al de Aragon dieron á Nájara y Biguera, á don Alonso rey de Castilla Hariza y Daroca, que por aquel tiempo tambien como ahora pertenecian al reino de Aragon. La doncella esposa del rey de Castilla llegó finalmente á Tarazona: allí como antes tenian concertado se hicieron los desposorios con grandes regocijos por el mes de setiembre. El rey de Aragon fue el padrino: las arras que dieron á la esposa, fue gran parte de Castilla, Burgos, Medina del Campo con otros lugares en gran número: fuera desto le consignaron la mitad de todo lo que se ganase de los moros. El rey aficionado á la hermosura de su esposa, que era apuesta y agraciada, como era de poca edad parecia querer en liberalidad demasiada aventajarse á los reyes pasados. Lope rey moro de Murcia tenia confederacion y amistad con el rey de Castilla, porque halló tambien que por estos años vino á Toledo. Estaba el rey de Aragon ofendido del mismo, y pretendia hacelle guerra porque rehusaba de pagar las parias que acostumbraba dar á don Ramon su padre. Concertóse que aquel rey bárbaro le quedase sujeto á tal que él desistiese de favorecer á los macemutes, bando entre los moros contrario al rey Lopé. Ibase por estos tiempos despeñando el imperio de los moros en España por estar dividido en parcialidades, en especial la ciudad de Murcia muchas veces andaba alborotada con discordias civiles.

Despedidos entre sí los dos reyes, y concluidas las fiestas de Tarazona, las bodas se celebraron en Burgos con aparato increible, y concurso de gentes no menor. Acabadas las fiestas, se dió licencia á la compañía de á caballo de los de Avila que hasta entonces acompañaron y guardaron al rey: á la ciudad de Avila por la fidelidad que guardó muy grande en tiempos tan ásperos, otorgó el rey grandes y señalados privilegios. Concluidas estas cosas, el rey y reina se partieron para Toledo. En el mismo tiempo el rey de Aragon procuró y hizo que la cabeza del mártir San Valerio obispo que fue de Zaragoza desde Roda do estaba fuese llevada á Zaragoza. Vino en ello por dar contento al rey don Guillen Perez obispo de Lérida y de Roda. Doña Garsendis princesa de Bearne, muertos su padre y hermano, á ejemplo de sus antepasados hizo su homenaje al rey de Aragon; y en particular renovó la confederacion hecha antes, en que se mandaba no se pudiese casar sin voluntad del rey. Los obispos Bernardo de Oloron, y Guillelmo de Lescar fueron los que hicieron los conciertos en su nombre. Algunos piensan que casó y fue mujer de Guillen de Moncada hombre principal en Cataluña, y senescal: cosa que no se puede probar con bastantes fundamentos, y que nos pareció seria mejor dejalla sin resolver que poner por cierto en lo que dudamos.

CAPITULO XII.

De la confederacion que se hizo contra don Pedro Ruiz de Azagra.

Entre las ocupaciones y ejercicios de la paz no se dejaba el cuidado de la guerra, en especial las reliquias de los moros eran trabajadas por las armas de los aragoneses de tal guisa que apenas les quedaba por aquella parte lugar en que pudiesen estar seguros. En Edetania la vieja á las riberas del rio Alga los pueblos Favara, Maella, Fresneda y otros muchos fueron con el próspero suceso de las guerras quitados á los moros, demás desto Caspe villa muy fuerte junto al rio Ebro. Quedaba por conquistar una parte del monte Idubeda en los confines de la Edetania y de la Celtiberia, porque gran número de moros confiados en la fortaleza y fragura de los lugares se habian retirado á aquella parte. A los fieles por la aspereza de

los montes era dificultosa la empresa y la entrada: con el esfuerzo vencieron todas las dificultades, y echaron de aquellos lugares á los enemigos; juntamente se apoderaron de la ciudad de Teruel, que es lo postrero de Aragon: así el señorío de los moros por aquella parte desde allí adelante tuvo por término y lindero la tierra y reino de Valencia. En el mismo tiempo Pero Ruiz Azagra, hijo de Rodrigo Azagra señor que era de Estella, como arriba queda dicho, por cierta ayuda que dió á Lope rey de Murcia, les obligó de tal suerte que alcanzó dél que le hiciese donacion de Albarracin, ciudad puesta en un monte áspero y fragoso á las fuentes del rio Tajo. Poco despues para que aquella ciudad tuviese mas autoridad, Jacinto cardenal y legado del papa, y por su órden Cerebruno prelado de Toledo, pusieron el año 1171 en ella por obispo á uno llamado don Martin, con órden que la nueva iglesia fuese sufragánea de Toledo: llamaron el nuevo obispo Arcabicense. A este obispado despues, por voluntad de Inocencio Cuarto pontífice máximo, y de Alejandro Cuarto su sucesor, aplicaron la ciudad de Segorve en el tiempo que volvió á poder de cristianos, y la hicieron cabeza de aquella diócesi.

Estaban los reyes de Castilla y de Aragon ofendidos contra Pedro de Azagra por causa que el rey de Aragon pretendia que la ciudad de Albarracin le pertenecia como de su conquista: don Pedro, como se tuviese por libre y exento, no queria hacer homenaje á ningun príncipe. Quejábase el rey de Castilla que en sus tierras el dicho don Pedro se apoderara de algunos castillos: decia era justo con las armas de los dos, y por voluntad de entrambos domar la soberbia y insolencia de aquel hombre y sus demasías. Para confirmar este concierto se dieron los dos reyes en rehenes algunos lugares de ambas partes: al rey de Aragon entregaron á Agreda, Cervera y Aguilar, al rey de Castilla, Aranda, Borgia y Argueda. Concertaron otrosí que Hariza con su castillo fuese entregada al rey de Castilla, segun que en la confederacion pasada quedó concertado. El ánimo era diferente, y no eran llanos estos tratos, porque como fuese entregada por industria de Nuño Sanchez sin que el rey de Aragon en particular lo mandase, fue ocasion de grandes discordias. Verdad es que solamente se alteraron los ánimos, y no se pasó á mas que palabras. Esta discordia fue ocasion de confirmar las fuerzas de Pedro de Azagra, ca ninguno de los dos le hizo guerra, y el rey de Aragon, menospreciada la afinidad de Castilla, y casamiento que su padre dejó concertado, comenzó á tratar de hacer un nuevo casamiento de que se agradaba mas. Envió sus embajadores á Emanuel Comneno emperador de Constantinopla para pedirle á su hija por mujer.

Hallábase demás desto alterada Aragon por la muerte de Hugo Cervellon prelado de Tarragona, al cual porque defendia los derechos de su iglesia, dió la muerte Guillen Aguilon. Era este Guillen hijo de Roberto persona noble, y que por donacion de Ondegario prelado de aquella ciudad, alcanzó el señorío de Tarragona, y á causa de tener pocas fuerzas la entregara á don Ramon conde de Barcelona y padre del rey de Aragon con retencion para sí de parte de las rentas. Su hijo Guillen, ensorberbido por esta causa mas de lo que pedia el estado y fuerzas que tenia, se atrevió á hacer tan gran maldad. Por la muerte de Hugo sucedió Pedro Tarrogio, que era obispo de Zaragoza. La muerte de Hugo fue á veinte y dos de abril del año ya dicho, que fue otrosí año señalado por la muerte de Santo Tomás Cantuariense, que por la misma causa mataron ciertos sacomanos malamente en Ingalaterra dentro de su iglesia: canonizóle y púsole en el número de santos Alejandro III como á mártir muerto injustamente. Y parece que en España se le comenzó á hacer luego honra como á santo, pues consta de antiguas memorias que en la iglesia Mayor de Toledo no mas de seis años adelante hobo altar con nombre de Santo Tomás, que el conde don Nuño y su mujer doña Teresa dotaron de los heredamientos que tenian en Alcabon: devocion que yo entiendo se hizo por respeto de la santidad del mártir, y por agradar de camino á la reina que era natural de aquella tierra, y hermana del rey Enrique Tercero que le hizo matar. Hay grandes razones para entender que aquel altar estuvo donde al presente se ve la capilla de Santiago, en que está magníficamente sepultado el condestable don Alvaro de Luna.

Lope rey de Murcia falleció el año 1172. Su muerte dió ocasion y despertó al rey de Aragon para que se hiciese guerra á los moros de aquella comarca. Pensaba que por faltarles aquel príncipe tan señalado podria fácilmente destruir á los demás. Comenzó primero por Valencia, cuyo rey por temer las fuerzas del Aragonés su contrario fue forzado á comprar la paz por dineros, y prometer que las parias que acostumbraba antes pagar, las daria para adelante dobladas. Desde allí pasó la guerra á Murcia, y se puso sobre la ciudad de Játiva que era principal, en aquel tiempo. Estaba casi para tomalla, cuando fue forzado á dar la vuelta á su tierra: porque los de Navarra le movian guerra en muy mala sazon, pues le apartaban de una empresa tan santa; pero los hombres suelen tener mas cuenta con su interés particular que con la religion ni con hacer lo que deben: solamente se hicieron treguas con el nuevo rey de Murcia á tal que pagase el tributo que su padre acostumbraba á pagar. Hecho esto, el rey de Aragon dió la vuelta hácia Navarra sañudo asaz: no se vino á las manos y al trance de la batalla, porque cada una de las partes rehusaba de aventurar todo lo que era, en el suceso de una pelea; solo el rey de Aragon por la parte de Tudela entró en Navarra talando los campos y robando lo que hallaba, y redujo á su poder la villa de Argueda. Esto se hizo al fin deste año, el cual pasado y venido el siguiente, que se contaba de Cristo 1173, de nuevo volvieron á las armas y á la guerra, en que los aragoneses destruyeron y abatieron la villa de Milagro puesta entre Calahorra y Alfaro, porque desde allí como desde frontera se hacian muchos daños en tierra de Aragon. Debió adelante este pueblo reedificarse, pues el dia de hoy vemos que está en pié. Falleció doña Petronila madre del rey de Aragon en Barcelona á trece dias del mes de octubre.

Al principio del siguiente año, diez y ocho dias andados del mes de enero, en Zaragoza se hicieron en fin las bodas del rey de Aragon y de doña Sancha, que el padre del rey dejó concertadas; y aunque el esposo estaba arrepentido y mudado, todavía mudada de nuevo la voluntad, antepuso la afinidad y deudo de los reyes de Castilla, en que se contenian muchos parentescos de otros reyes y comodidades, al casamiento y parentesco forastero del emperador, de donde poca ayuda se podia esperar. Efectuó como yo creo todo esto Jacinto legado del papa, ca no hay duda sino que se halló presente en la solemnidad de las bodas. La hija del emperador griego, casi en este mismo tiempo y sazon, llegó á Mompeller ciudad de la Gallia Narbonense: allí por hallarse burlada, y por no poder mas casó con el señor de aquella ciudad; que fue un trueco muy desigual de reina en en partecular.

CAPITULO XIII.

Del principio de la caballería de Santiago.

Por estos tiempos comenzaron á ser nombrados los caballeros que tienen el apellido de Santiago (1),

(1) Fue, segun Ferreras, año 1116 el orígen de estos caballeros en el reino de Leon, y aprobada por el papa

que nos da ocasion para tratar brevemente de los principios desta milicia y órden, y en qué manera de bajos principios ha crecido y llegado á la grandeza que hoy tiene, poco menos que real, y que algun tiempo se hizo temer de los reyes. En el tiempo que se descubrió el sepulcro del apóstol Santiago, comenzó la devocion de aquel lugar á estenderse, no solamente por toda España sino tambien acerca de las naciones estrañas: muchos de todas partes del mundo concurrian á visitarle, á otros muchos espantaba la dificultad del camino por la aspereza y esterilidad de aquellos lugares, y las correrías de los moros que se decia cautivaban á muchos de los peregrinos. Los canónigos de San Eloy (no se sabe puntualmente en qué tiempo) los años siguientes con deseo de remediar estos males edificaron en muchas partes por todo aquel camino que llega hasta Francia, hospiles para recibir á los peregrinos. Entre estos el que se edificó en el arrabal de Leon con nombre de San Marcos, fue el de mas cuenta, y tuvo el mas principal lugar.

Con este oficio de piedad no solo ganaron los ánimos del pueblo, sino tambien las voluntades de los principales, tanto que les dieron por entonces grandes riquezas y rentas; y adelante por su ejemplo algunos en Castilla ejercitados en la guerra, personas nobles y ricas, con el celo que tenian de ensanchar el señorío de cristianos, juntaron en comun los bienes particulares de cada uno á manera de religiosos. Estos por industria del cardenal Jacinto, y á su persuasion, por estos tiempos determinaron de unirse y juntar sus fuerzas con los canónigos de San Eloy, que tienen su convento fuera de Santiago.

Con este acuerdo se partieron para Roma para alcanzar aprobacion del pontífice Alejandro de su instituto y manera de vida, que querian ordenar conforme á la regla de San Agustin, que abrazaban los dichos canónigos. Pero Fernandez de Puente Encalada, que fue el principal en esta embajada, á persuasion de Cerebruno arzobispo de Toledo ganó una bula del pontífice, su data á cinco de julio año de 1175 en que se señala á los soldados la manera de vivir, poniéndoles leyes muy buenas; á la cual manera de vida se reciben tambien mujeres, con tal que no se puedan casar sino fuere con consentimiento del maestre.

Mandóse que de todo el número de los caballeros señalasen trece que nunca se apartasen del lado del maestre, y juntamente con él todos los años en un lugar señalado hiciesen su capítulo general. Demás desto otras muchas cosas se ordenaron que seria largo relatarlas. El mismo Pero Fernandez fue criado por maestre de aquella milicia y órden, y así fue el primero de los maestres: las insignias de los soldados en manto blanco una cruz roja hecha á manera de espada. Señalóseles por convento el hospital De San Marcos que estaba en Leon. Tenian por este mismo tiempo en Castilla y en Leon grandes heredamientos; no pocos castillos y lugares, entre los demás se cuentan Uclés, Mora, Estriana, Almodovar, Larunda, Santa Cruz de la Zarza, que así se llama en la bula del papa un lugar que antiguamente se llamó Vicus cuminarius cerca de Ocaña.

Sucedió el año siguiente de 1176 que don Alonso rey de Castilla siendo de mayor edad, y estando determinado de vengar los agravios que los navarros y leoneses le hicieron los años pasados, se aparejaba para la guerra. Hizo sus votos en Toledo antes que se pusiese en camino y saliese en campaña: hizo donacion de Illescas, que parece habia vuelto á ser del rey, y de Hazaña á la iglesia Mayor de Toledo por el mes de julio para alcanzar de los santos patrones de aquella ciudad que la guerra que trataba de hacer, tuviese próspero fin. Hecho esto, entró por la Rioja con grandes gentes hasta la ribera de Ebro. Lo demás que sucedió en esta guerra, no se sabe (1), sino que despues de maltratados los navarros, consta dió la vuelta contra el reino de Leon, taló los campos, tomó, saqueó y abrasó los lugares; y esto á causa que el rey su tio era de menores fuerzas, y rehusaba de venir á las manos con aquel bravo y mozo príncipe. Pero la ira del rey de Leon se volvió contra los nuevos soldados de Santiago, por sospechar favorecian al rey de Castilla como á su antiguo señor, tanto que los echó á todos del reino, y los forzó á retirarse á Castilla. Arrepintióse presto el rey don Fernando de lo que hizo, por despojar sin bastante causa su reino de una ayuda tan grande como era la destos caballeros; mas no lo pudo remediar, dado que por intercesion de prelados y grandes y otras buenas personas con cierta manera de treguas por entonces se dejaron las armas, y se apaciguaron estos bullicios.

Esto nos pareció referir y poner por escrito de los principios de aquella órden, que parecerá corto si se mira á su dignidad, si la brevedad que llevamos en esta obra, lo que basta. No ignoramos que algunos les señalan mas alto principio, unos de don Alonso el Casto, otros del rey don Ramiro: engañó sin duda á los unos y á los otros el deseo de ilustrar aquella milicia, y un privilegio que alegan en esta razon, de don Fernando el Magno primer rey de Castilla, con data y antigüedad de mas de cien años antes deste tiempo, que dicen concedió al monasterio de monjas de Salamanca que se llama de Sancti Spiritus; pero los mas eruditos le tienen por falso: las razones que les mueven, no hay para qué declararllas, la misma cosa se da á entender ora se considere el estilo diferente del que en aquellos tiempos tan groseros se usaba, ora la cuenta que sigue de los años por el nacimiento de Cristo cuenta por estos tiempos aun no recibida en España.

Dejado esto á parte, en Francia entre el rey de Aragon y el conde de Tolosa despues de grandes alteraciones se hicieron paces. Estaba el de Tolosa sentido que el matrimonio de su hijo (que dejó antes de su muerte concertado el conde de la Proenza don Ramon Berenguel, que falleció diez años antes deste con su hija y heredera habida en Rica la emperatriz) el rey de Aragon le hobiese impedido. Pretendia con las armas el condado de la Proenza así por el derecho antiguo que mostraba tener, como nuevamente por tocar á su hijo como dote de aquella doncella. Concertó el rey y prometió de dalle tres mil marcos de plata, porque se apartase de aquella querella. Con esto una hermana de Trencavello vizconde de Carcasona llamada doña Beatriz casó con el hijo del conde de Tolosa: que no se pudo alcanzar del rey de Aragon le diese (como él lo pretendia) por mujer la hija del conde de la Proenza. Hízose esta confederacion principalmente por diligencia y autoridad de Hugo Jofre maestre de los Templarios, que intervino en todo esto.

Alejandro III en el año 1175. Pero el padre Risco prueba con argumentos bastante fuertes, que esta órden tuvo principio en Cáceres el año 1170, por cuya razon se llamaron al principio estos caballeros *Frates de Cáceres*, *Congregatio de Cáceres*, *Saniores de Cáceres*; y que el rey don Fernando de Leon no los arrojó de sus estados, ni tuvo con ellos ningun desabrimiento; antes bien les hizo muchas donaciones, y llenó de privilegios.

(1) Nombraron árbitro á Enrique, rey de Inglaterra, el año 1176; y oidos los plenipotenciarios en una junta de los hombres mas sabios y prudentes, decidió que el rey de Navarra debia restituir al de Castilla las plazas de Logroño, Navarrete, Entrena, Autol y Ausejo; y el de Castilla al Navarro, Portilla, Leguia y el castillo de Godin, y además tres mil maravedís anuales por espacio de diez años. Ninguno de los dos reyes se conformó con esta sentencia, pero sin volver á las armas terminaron sus diferencias amigablemente.

CAPITULO XIV.

Cómo los de Castilla ganaron la ciudad de Cuenca.

COMENZABA Castilla despues de largas miserias á alzar cabeza por el esfuerzo del rey don Alonso, y como de unas tinieblas muy profundas á mirar la luz. Las fuerzas de los moros se iban enflaqueciendo y envejeciendo. Los Almohades, ocupados con los movimientos de Africa, no podian cuidar de las cosas de España: tanto mas que por muerte de Abdelmon fundador de aquel nuevo imperio su hijo Aben-Jacob los años pasados se encargó del imperio de aquella gente, puesto que hombre animoso, pero ni de igual esfuerzo, ni de igual felicidad á su padre. Por lo uno y por lo otro se ofrecia buena ocasion de volver con mayor esfuerzo á la guerra sagrada. Los fieles hasta hora impedidos ó por la flaca edad de los reyes, ó por los movimientos civiles de la provincia, no parece miraban bastantemente por la dignidad del nombre cristiano.

Don Alonso rey de Castilla venido á mayor edad fue el primero á tomar aquel cuidado, y despues que en la guerra pasada se satisfizo de los navarros y de los leoneses, se determinó de tratar con el rey de Aragon de acometer la guerra contra los moros. Juntáronse para esto á vistas: trataron en ellas por qué parte seria bien hacer la guerra á los moros. Ofrecióse la ciudad de Cuenca puesta en los fines de la Celtiberia, edificada por los moros (que en el imperio romano, ni en la historia de los godos no hay mencion alguna de aquella ciudad) y asentada en un collado áspero y empinado, que á manderecha y á mano izquierda estrecha los rios Júcar y Huecar con las riberas y hoces muy altas, de tal guisa que es inexpugnable por la naturaleza del lugar. La subida dificultosa, las calles estrechas, y tan agrias que muchas veces no se pueden andar á caballo, y apenas se andan á pié. No tenian en aquel tiempo fuentes ni pozos dentro de la ciudad; mas en nuestra era han traido de los montes cercanos fuente, y caños perpétuos que corren por todas las partes; así que podian le quitar el agua, mas no la podian ceñir con cerco por la aspereza de los lugares y sitios.

Pareció á los reyes de combatir primero esta ciudad, porque era como un fortísimo baluarte de los moros y de su señorío. Hiciéronse grandes juntas de gentes en la una provincia y en la otra: capitanes muy señalados en sangre y en hazañas, prelados y grandes en buen número acompañaban á los reyes, como fueron Pedro obispo de Burgos, Jocelin de Sigüenza, Sancho de Avilla, Raimundo de Palencia, sin estos Pedro arcediano de Toledo, y Gonzalo arcediano de Talavera, don Gonzalo Marañon paje de armas del rey de Castilla, Ordoño Garcés y Garcí Garcés entre todos don Pedro de Azagra ya reconciliado con los dos reyes fue el primero de todos que con su particular escuadron se presentó delante de aquella ciudad. Comenzóse el cerco al principio del año: el sitio del lugar no sufria que acometiesen la ciudad ni se aprovechasen de los ingenios; y los moros así por su esfuerzo, como con la esperanza que tenian de ser socorridos de Africa, se defendian valientemente: duraba el cerco mucho tiempo, y no padecian mucho menor falta de mantenimientos en los reales que dentro de la ciudad. Erales forzoso sustentarse con lo que robaban y de las presas, de que tenian poca comodidad por la esterilidad de los lugares: faltaba el dinero para pagar el sueldo, que es lo que convida á los obligados, y hace á los regatones traer provisiones á los reales.

Movido el rey de Castilla por estas dificultades se partió para Burgos con intento de juntar dineros. Hiciéronse córtes del reino, y procuróse que no solo los pecheros y gente popular sino tambien los francos, que en España llamamos hidalgos, cada año pagasen al rey cinco maravedises de oro, y esto á causa que el pueblo gastado con tantas imposiciones no podia llevar los gastos de la guerra; que era justo moviese á los demás el amor de la patria, y la falta del tesoro real, para que cediesen en parte á su derecho y á su antigua libertad: daño que se podia recompensar adelante con mayores provechos. Daba este consejo don Diego de Haro, señor de Vizcaya, hombre poderoso por sus fuerzas, y por el parentesco del rey de Leon de grande presuncion y ánimo; porque don Fernando rey de Leon repudiado que hobo la reina doña Urraca como arriba queda dicho, casó con doña Teresa hija de don Nuño donde de Lara, por cuya muerte (que fue en breve) casó de nuevo con doña Urraca hija de don Lope de Haro, y hermana deste don Diego: deste casamiento nacieron don Sancho y don García.

Opúsose á los intentos de don Diego don Pedro conde de Lara: arrimósele gran número de nobles, que arrebatadamente se salieron de las córtes determinados de defender por las armas la franqueza ganada por las armas y esfuerzos de los antepasados. Decia que en ninguna manera sufriria que en su vida se abriese aquella puerta, y se hiciese aquel principio para oprimir la nobleza y trabajalla con nuevas imposiciones, bien que fuese necesario dejar el cerco de Cuenca. El rey movido por el peligro desistió de aquel pensamiento. A don Pedro por lo que hizo, y por el valor que mostró, acordaron los nobles entre sí que cada año á él y á sus sucesores le hiciesen un gran convite para que quedase memoria de aquel hecho, y los descendientes fuesen por aquella manera amonestados á no sufrir por cualquiera ocasion que se presente, les sea menoscabado el derecho de la antigua libertad.

Entretanto que estas cosas pasaban en Burgos, pasados nueve meses que duraba el cerco, fue Cuenca por el esfuerzo de los fieles ganada por el mes de setiembre el mismo dia de San Mateo año de 1177. El cual año no solamente fue señalado por la memoria desta jornada y empresa, sino eso mismo dichoso por la virtud y felicidad del pontífice Alejandro, y haberse acabado la discordia y scisma que en Roma duraba, á causa que Inocencio sucesor de Victor de su voluntad renunció el pontificado. Fue tambien alegre á los navarros por el nacimiento de don Fernando, que le parió la reina doña Beatriz, abundante en sucesion, porque antes desto tuvo estos hijos: don Sancho, don Ramon, doña Berenguela, doña Teresa y doña Blanca. Los vencedores, concluida aquella empresa, con intento de ennoblecer la ciudad de Cuenca ganada de nuevo trataron de hacella catedral, y trasladar á ella los derechos de Valera, en que hobo silla obispal en tiempo de los godos. Vino en esto el pontífice romano y en que su primero obispo fuese un varon señalado por nombre Juan. A los ciudadanos fue concedido que tuviesen voto en las córtes del reino. A los aragoneses en premio de su esfuerzo alzaron la sujecion, con que solian obedecer y hacer homenaje á los reyes de Castilla como sus feudatarios, y que eran forzados á juralles fidelidad. Hízose confederacion entre los dos reyes contra todos los príncipes escepto solamente el rey de Leon: hízosele aquella honra para ser pariente tan cercano.

Ganada que fue Cuenca, la villa de Alarcon de asiento y sitio no menos fuerte se ganó, ca continuaron la guerra contra los moros por aquella parte los años siguientes. Demás desto la villa de Iniesta vino á poder de cristianos, pueblo en aquella comarca mas conocido por las minas que tiene de sal á manera de piedra trasparente y espejadas, que por la fertilidad de los campos. A los caballeros de Santiago se ordenó que para que mejor pudiesen hacer la guerra á los moros, pusiesen su asiento y convento en Uclés, de donde como don Fernando rey de Leon

arrepentido de lo hecho pretendiese volvellos á su antigua morada, despues de muchos debates sobre el caso se hizo concierto que cuatro sacerdotes de aquella órden se enviasen á Leon con tal condicion que quedasen sujetos al convento de Uclés: sujecion que ellos adelante por ser diferentes los reyes rehusaron constantemente de sufrir. Tratóse mucho tiempo el pleito hasta tanto que las diferencias se sosegaron por autoridad de Urbano Quinto, que mandó ambos conventos fuesen exentos el uno de otro, y que obedeciesen solamente al maestre de la órden. No mucho despues recibieron á estos caballeros en Portugal y en él les dieron riquezas y lugares: obedecieron largo tiempo al maestre de toda la órden hasta tanto que don Dionisio rey de Portugal, puéstoles diferente cabeza, los eximió de la sujecion y la obediencia de Castilla. Estas cosas aunque sucedieron en muchos y diferentes años, las juntamos aquí para ayudar la memoria. Volvamos al órden de los tiempos.

Cuando el rey don Alonso hizo donacion de diversas rentas á estos caballeros, á los principios de su órden les dió á Ocaña y al Colmenar de Oreja que está á la ribera de Tajo, con otros pueblos. Maqueda, Azeca, Cogolludo, Zorita asimismo fueron por el mismo rey dados á los caballeros de Calatrava. Edificó él mismo á la frontera del reino la ciudad de Plasencia (1), y quiso que fuese obispal, donde antes se veia una aldea llamada Ambroz: este nombre quiso mudar en el de Plasencia para pronosticar que seria agradable y daria placer á los santos y á los hombres, y tambien por la frescura del sitio, bien que el cielo que tiene no es muy saludable. Reparáronse los muros de Toledo, y el pueblo de Alarcos se edificó y pobló en los Oretanos no lejos de Almagro en un sitio alto. Estas cosas se hacian en el año del Señor de 1178, en el tiempo que don Alonso rey de Aragon, se apoderó del condado de Ruisellon por muerte de conde Giraldo que no dejó sucesion. Así comenzó á intitularse en escrituras públicas rey de Aragon, conde de Barcelona y Ruisellon, y marqués de la Proenza.

El año siguiente de 1179 á veinte del mes de marzo partió de Perpiñan, y fue al lugar de Cazola, donde tenian señaladas vistas entre él y el rey de Castilla. En esta habla porque tenian diferencias sobre la manera como se debia hacer la guerra á los moros, y qué parte de aquella conquista á cada cual de los dos tocaba, se acordó que á la conquista de Aragon perteneciesen Valencia, Játiva, Denia con todas sus tierras: los demás pueblos y ciudades que se contenian en los contestanos, que eran el reino de Murcia, fuesen de la conquista de Castilla. Hicieron liga contra don Sancho rey de Navarra en gran perjuicio suyo, por que con las armas de Castilla fueron ganados y quedaron por aquellos reyes Briviesca, Cerezo, Logroño y los demás pueblos que hay desde los montes Doca hasta Calahorra. El arzobispo don Rodrigo pone tambien en este cuento á Navarrete, pueblo que otros dicen aun no era edificado en aquel tiempo; pero mas caso se debe hacer de la autoridad y testimonio de don Rodrigo. Desde allí revolvieron las armas de Castilla contra los leoneses, talaron los campos, tomaron y saquearon los lugares, y robaron todo lo que pudieron.

El rey de Leon como quier que no tuviese fuerzas bastantes, no desistia de mover al rey de Aragon, y con cartas y mensajeros avisalle que el rey de Castilla habria quebrado la confederacion hecha en Cuenca: que pertenecia á su dignidad quebrantar la soberbia de aquel fiero mozo, porque aumentado su poder, no destruyese á los demás; que siempre es bien contrapesar las potencias. Daba el de Aragon oidos á esto, mas era menester algun color nuevo para romper. Envió á don Berenguel obispo de Lérida y don Ramon de Moncada al de Castilla para pedir el pueblo de Hariza y su castillo, que por los conciertos pasados quedó como en tercería, con órden que si no alcanzasen por bien lo que pretendian, le denunciasen la guerra. Grande espanto y muestra de una grande guerra se representaba á toda España, por revolverse entre sí en un mismo tiempo tantos reyes. La modestia del rey de Castilla lo hallanó todo, ca entregó á Hariza á los aragoneses y se la restituyó. Dejó otrosí y alzó mano de la guerra de Leon (2), pareciéndole con lo hecho dejaba vengadas bastantemente las injurias y escesos pasados.

CAPITULO XV.

Cómo don Alonso rey de Portugal fue preso por el de Leon.

Los ánimos de los leoneses estaban aversos de don Fernando su rey, y parece que si se ofrecia ocasion, mostrarian el odio que tanto tiempo tenian en sus pechos encubierto. Cansados con nuevas imposiciones que les cargaba, llevaban mal la aspereza del rey y su condicion: á otros movian otras causas particulares, en particular los de Salamanca sentian que habiendo el rey reedificado á Ledesma, les hobiese para dalle término quitado parte de su tierra: así en sazon que el rey se hallaba embarazado en la guerra sobredicha, fueron los primeros á declararse, y se levantaron contra él. El principal movedor deste alboroto llamado Nuño Ravia fue elegido por capitan: don Lucas de Tuy dice que le llamaron rey. Los de Avila con quien tenian antigua amistad, avisados de todo el negocio les enviaron ayudas: el rey don Fernando porque el mal no cundiese, acudió luego á sosegar estos alborotos. Juntáronse los campos: dióse la batalla junto á Valdemusa, en que fueron vencidos y desbaratados los rebeldes, forzáronles asimismo y ganáronles los reales. El mismo capitan Nuño Ravia fre preso y justiciado conforme á las leyes de la guerra. Los demás de feroces que poco antes eran: luego quedaron humildes y obedientes; que ninguna cosa hay en el vulgo templada y mediana, ó espantan ó temen: la misma ciudad de Salamanca volvió á la obediencia. Desde allí partió el rey para Zamora, porque le avisaban que tambien aquella ciudad con deseo de novedades andaba alterada, pero ella fácilmente se sosegó: el ejemplo y trabajo ajeno la hizo mas recatada. En esta sazon el cuerpo del rey don Ramiro Tercero de este nombre fue trasladado del lugar de Destriana á Astorga, y puesto en la iglesia Mayor en un sepulcro mas cómodo que antes.

Sosegados estos movimientos, al rey aquejaba el cuidado de defender á Ciudad-Rodrigo, que la tenia cercada don Fernando de Castro con gran número de moros. La ayuda de San Isidro al cual los leoneses tenian por patron particular, les asistió para que los bárbaros quedasen por el rey don Fernando vencidos en batalla, muertos y desbaratados. Con esta victoria cobraron los leoneses orgullo, pasaron adelante, y trabajaron las tierras de Portugal comarcanas con talas y con robos. Lo que mas era á propósito, y muchos grandemente deseaban, el mismo don Fernando de Castro por diligencia deste rey se redujo á mejor consejo, ca le exhortó que le ayudase á él contra

(1) Fue, segun Ferreras, en 1189 y en el de 1190 se puso silla obispal, como consta de la bula de Clemente *III*, y se consagró por primer obispo á don Bricio.

(2) Ambos reyes se vieron en Tordesillas, y por la mediacion de los prelados y señores principales se ajustó la paz en 1180 con mucha alegría y satisfaccion de todos sus súbditos, que estaban causados de la guerra. Castilla recobró por ella *el Infantazgo*, que ya hemos dicho se ignora qué estado era, porque los autores antiguos siendo esta voz en su tiempo clara y conocida de todos no han esplicado lo que significaba.

el rey de Castilla antes que á los enemigos del nombre cristiano. Aceptó él este partido que le ofrecian, y como era de gran corazon, y en las cosas de la guerra señalado entre pocos, con deseo de mostrarse entró luego por las tierras de Castilla con gente de Leon. En tierra de Campos, junto á un lugar llamado Lubrical, venció en una batalla las gentes contrarias que le salieron al encuentro. Muchos señores quedaron presos, y entre ellos el mismo don Nuño de Lara su enemigo capital; mas él los trató benigna y cortesmente, y con grande loa de modestia y de humanidad los dejó ir libres á sus tierras, solamente les hizo jurar que les serian amigos fieles. El mismo repudiada su primera mujer, casó con doña Estafanía hermana del rey don Fernando; y el que por sangre y hazañas era esclarecido; quedó mas ennoblecido por el parentesco real. Deste matrimonio nació don Pedro de Castro, de quien adelante se hará mencion.

Siguióse otra guerra que se hizo contra Portugal por esta ocasion: don Alonso rey de Portugal puesto que de grande edad y muy viejo, nunca aflojaba en el cuidado de la guerra; tenia el ánimo muy fuerte, si bien el cuerpo era flaco. Llevaba mal que el rey don Fernando con haber reedificado á Ciudad-Rodrigo á la raya de su reino, hobiese por el mismo caso puesto como grillos á Portugal, y edificado una fuerza, de donde los campos de aquella provincia pudiesen libremente, como poco antes lo hicieran, ser maltratados. Juntó un grueso ejército, y mandó á don Sancho su hijo que con aquellas gentes se pusiese sobre aquella ciudad. Prometíase seguramente la victoria, á causa que el rey de Leon en el mismo tiempo se hallaba apretado con la guerra de Castilla como poco antes se ha dicho, y los suyos alborotados. El rey don Fernando en aquel peligro no se olvidó de la honra y reputacion, además que no ignoraba cuanto se disminuirian sus fuerzas, si perdiese aquella ciudad: salió pues con parte de sus gentes al encuentro á los portugueses: pelearon cerca del lugar llamado Arraganal, los portugueses fueron vencidos, unos muertos y desbaratados, otros presos, que dejó todos ir libres á sus tierras.

Don Alonso rey de Portugal avisado de aquella pérdida, juntadas sus gentes, entró por las tierras de Galicia, apoderóse de Limia, de Turonia y otros lugares por aquella comarca. Despues desto rehaciéndose de nuevas gentes, con deseo de vengarse determinó acometer á Badajoz, ciudad que aunque era de moros, estaba á devocion del rey don Fernando. Por esto juzgando él que pertenecia á su autoridad no desamparalla en aquel peligro, acudió á socorrella. El portugués tenia ya tomada gran parte de la ciudad; mas como se atreviese á dar la batalla á los leoneses, fue en ella vencido y forzado á retirarse á la misma ciudad de do saliera. No era la recogida segura: apretaban al vencido de una parte los moros que tenian en su poder lo mas alto del pueblo, y de la otra los leoneses: intentó de salvarse por los piés y huir, al salir se hirió malamente en el cerrojo de la puerta de la ciudad, y cayó del caballo; así preso de los enemigos, vino en poder del rey don Fernando, que le trató humanísimamente, y le hizo curar la herida no con menos cuidado que si fuera su padre. Fuera desto luego que estuvo sano, le dejó ir á su tierra, si bien el Portugués movido desta humanidad se mostraba aparejado á poner en su poder todo su reino, y obedecelle como á señor; mas no quiso aceptar el rey don Fernando, contento solo con recobrar los lugares que poco antes le tomara en Galicia; tenia otrosí por bastante fruto de la victoria usar de templanza y humanidad.

En Cuenca por la muerte de Juan Primero obispo de aquella ciudad fue puesto en su lugar Julian hombre santo, maravilloso por la vida y la erudicion. Era natural de Burgos, y aun se halla en los papeles de la iglesia de Toledo que fue arcediano de Toledo: con sus predicaciones en la mayor parte de Castilla tenia hecho gran provecho en los moros y cristianos, y ganano gran nombre y fama en el oficio de predicar; que fue el escalon por donde subió al obispado, y despues en el número de los santos le pusieron esta y otras virtudes. Doña Urraca reina de Navarra hija del emperador despues de la muerte del primer marido casó los años pasados con don Alvaro Rodriguez persona principal en Castilla, y sin tener hijos deste matrimonio falleció este año por el mes de agosto. Su cuerpo yace en Palencia en la iglesia Mayor con este letrero.

AQUÍ REPOSA DOÑA URRACA REINA DE NAVARRA, MUGER DE DON GARCI RAMIREZ: LA CUAL FUE HIJA DEL SERENÍSIMO DON ALONSO EMPERADOR DE ESPAÑA QUE GANÓ Á ALMERÍA: FALLECIÓ Á DOCE DE OGTUBRE AÑO DEL SEÑOR DE MIL Y CIENTO Y OCHENTA Y NUEVE.

Así dice el letrero. Nos en la razon de los tiempos seguimos los anales de Toledo, y por ellos quitamos diez años desta cuenta.

El año luego siguiente de 1180 á cinco de octubre Luis rey de Francia Seteno deste nombre falleció en París: dejó por su sucesor á su hijo Philipe por sobrenombre Augusto. Por el mismo tiempo en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, edificaron por mandado de don Sancho rey de Navarra, la ciudad de Vitoria (1), cabeza de aquella provincia, do antes estaba una aldea llamada Gasteiso. La causa de mudalle el nombre antiguo y ponelle este no se sabe, aunque no debió faltar. En Tarragona otrosí se tuvo un concilio de obispos en que se trató así de otras muchas cosas, como tambien se estableció por ley que en adelante mudada la antigua costumbre que los catalanes guardaban, se dejase, y no escribiesen en las escrituras públicas el nombre de los reyes de Francia, ni pusiesen en ellas el año de su reinado como lo acostumbraban. Siguióse el año 1181, y en él la muerte de don Cerubruno arzobispo de Toledo á doce de mayo. Sepultáronle en su iglesia en la capilla de San Andrés. Sucedióle don Gonzalo Primero deste nombre, varon de grande y escelente virtud. Quién pone antes de don Gonzalo á Pedro de Cardona, quién despues dél: debió ser electo, y no consagrado; y aun hay memoria en Toledo que le hace cardenal; los mas le pasan en silencio en este cuento de los prelados de Toledo.

CAPITULO XVI.

Cómo murieron los reyes de Portugal y de Leon.

La jornada que don Alonso rey de Portugal hizo contra los moros, dado que le sucedió mal, fue ocasion que los nuestros entendiesen se podrian apoderar de Badajoz: por esto don Fernando rey de Leon á cuya conquista pertenecia, juzgó que no se debia dejar pasar aquella ocasion, como príncipe que era de suyo enemigo de ocio, y de condicion bulliciosa, y mas aventajado en la disciplina militar que en las artes de la paz. De Zamora donde se retiró despues que soltó al rey de Portugal, apercebido de nuevas gentes, marchó para aquella guerra y ganó la dicha ciudad de Badajoz. Era habitada de moros, y no podia por entonces llevar nueva poblacion de cristianos, ni poner en ella guarnicion bastante de soldados. Acordó dejar por gobernador á un moro llamado Abenabel. Los bárbaros no guardan la fe, la palabra

(1) Fue el año 1181, segun la escritura de fundacion para asegurar su frontera, y contener las incursiones de los castellanos.

ni juramento, sino cuando no pueden mas. En breve pues se rebeló contra don Fernando, y llamó en socorro suyo á los Almohades. Pasó adelante, que no contento con la posesion de aquella ciudad, formado un buen ejército, acometió primeramente las tierras de Leon, en que taló, saqueó y robó todo lo que por aquella parte se le puso delante; luego dió la vuelta á Portugal: cercó al rey don Alonso dentro de Santarén que halló descuidado y desapercebido de todo lo necesario.

Don Fernando rey de Leon, encendido en deseo de vengar sus injurias, y movido por el peligro del rey su suegro., de cuya defensa ya una vez se encargó juntadas de presto sus gentes, salió al encuentro á los moros que estaban feroces por lo hecho; pero ellos luego se pusieron en huida por no sentirse iguales á las fuerzas de ambas naciones. El rey de Portugal como al principio sospechase que don Fernando venia mudado de voluntad y contra él, y no menos se recelase de su poder que de las armas de los moros, sabida la verdad, se alegró y cobró ánimo. Don Fernando ganada muy gran gloria, y cargado de los despojos de moros, volvió á su tierra el mismo año, que fue el de nuestra salud de mil y ciento y ochenta y uno, en que comenzó á gobernar la iglesia de Roma Lucio Tercero deste nombre, natural de Luca sucesor de Alejandro III. Deste pontífice dicen que envió cierto cardenal cuyo nombre no se refiere, por su legado, y con grandes poderes á España para asentar las paces entre los reyes cristianos, que divididos en gran daño del comun contendian entre sí con odios muy grandes, muchas veces sin muy grande ocasion; por donde dejaban pasar grandes ocasiones que se ofrecian, y comodidades para oprimir la morisma, gente bárbara.

El rey de Aragon, por estar determinado de ir en romería á Santiago, hizo compañía al legado hasta Castilla, en particular por el deseo que tenia de interponer su autoridad para que se hiciesen las paces. Parecíale cosa muy honrosa que por su medio se estableciese la concordia deseada entre los reyes, y se dejasen las armas. Sucedió como lo pensaba, que á su instancia se concertó la paz, y á cada uno de los reyes señalaron los términos hasta donde llegasen sus estados. De lo que quedaba en poder de moros, al tanto determinaron las ciudades, lugares y castillos que pertenecian á la conquista de cada cual destos príncipes, sobre lo cual tenian antes desto no pequeño debate. En estas pláticas no solo ganó el rey de Aragon loa de pacificador, sino tambien de modestia, ca se contentó con lo que le señalaron para su conquista que fue sola aquella comarca que desde Aragon llega hasta Valencia, dado que por agraviarse el rey don Pedro su hijo que en esta confederacion y concordia se le hizo sinrazon, alcanzó que los términos de la conquista de Aragon llegasen y se estendiesen hasta Alicante. Los demás reyes con los términos y rayas que se les señalaron, terminaron de buena gana su señorío. Solamente el rey de Navarra quedaba sentido, y estrañaba los grandes agravios que le tenia hechos don Alonso rey de Castilla: por esta causa no se pudo persuadir á venir en aquella comun confederacion y córte que se dió entre los demás.

Todavía despues deste asiento duró algun tiempo la paz entre los cristianos, por lo menos hobo pocas revueltas y de poca consideracion. Haciase la guerra á los moros, mayormente el rey de Portugal se señalaba en esto: demás que entre los alborotos de la guerra, cuidadoso de acrecentar la piedad cristiana y culto divino, él mismo desde el promontorio Sacro (que por este respeto y para con su presencia considerar el lugar fué allá por dos veces) procuró y hizo que los huesos de San Vicente mártir se trasladasen á la iglesia Mayor de Lisboa, que fue el año 1183. El se ocupaba en esta y semejantes obras de piedad. A su hijo don Sancho envió de la otra parte de Tajo para que tuviese cuidado de la frontera y hiciese rostro á los moros. El como mozo y fervoroso por la edad, y con deseo de ganar honra con buen número de los suyos entró en el Andalucía, y taló las tierras de los muros por todas partes hasta llegar á Sevilla. Asimismo los sevillanos, que con intento de vengar aquella afrenta le salieron al encuentro, los desbarató en batalla: puso cerco sobre Ilipa, que hoy se llama Niebla (1), pero no la pudo ganar porque vino nueva que grandes gentes de moros tenian puesto cerco sobre Beja en los confines de Portugal. Así don Sancho movido por el peligro de los suyos y porque no pareciese que por pretender lo ajeno dejaba perder lo que era suyo, y cayese en reprehension de lo que pretendia honrarse, alzado el cerco de Niebla, acudió á Portugal: con su venida los bárbaros fueron vencidos y forzados á partirse de aquella ciudad.

Don Sancho esclarecido con tantas victorias entró en Santarén á manera de triunfante. Al mismo tiempo vino aviso que los Almohades con su caudillo el rey Abenjacob apercebian grandes gentes contra Portugal. La diligencia de que usaron fue grande: mas presto que se pensaba, pusieron cerco sobre aquella villa de Santarén. Don Alonso rey de Portugal dado que se hallaba muy pesado por la edad, y por haber quedado cojo de una pierna despues que en Badajoz se le quebró (de tal manera que usaba de coche por no poder andar á caballo) convocados soldados de todo su reino, se apresuró para ir á Santarén. Dióse la batalla en que los moros no fueron iguales á los portugueses, porque el padre por frente, y el hijo que salió de la villa, por las espaldas los apretaron: fue grande la matanza, y muchos los que se pusieron en huida, al mismo rey bárbaro dieron en la batalla una herida mortal; y como quier que pretendiese para escapar pasar á Tajo, que por aquella parte va muy arrebatado y lleva mucha agua, se ahogó en el rio, que fue el año de 1184. Sucedióle en los dos imperios de Africa y de España Abenjuzeph su hermano.

Esta victoria se tuvo por muy señalada y por ella se hicieron grandes regocijos en toda España. Verdad es que la muerte de Armengaudo ó Armengol conde de Urgel aguó algun tanto esta alegría: era hijo de Armengaudo Castilla conde de Barcelona, y tenia por mujer una hermana del rey de Aragon; y no solo poseia gran estado en Cataluña y Aragon, sino tambien en Castilla era señor de Valladolid, por ser bisnieto de don Peranzules (de quien en su lugar se hizo mencion) que fue un gran personaje. Este príncipe con deseo de adelantar el partido de los cristianos, con sus gentes particulares rompió por la tierra de Valencia; pero despues de algunos buenos sucesos que tuvo, fue muerto por los moros junto á la villa de Requena en una celada que le pararon, y con engaño. Otros dicen que los castellanos le dieron la muerte: la pública voz y fama fue que los moros le mataron, que parece mas probable, y es mas justo que se tenga por verdad; lo cierto es que este desastre sucedió á once dias de agosto. Dejó un hijo de su mismo nombre por heredero de sus estados. En otra parte don Sancho rey de Navarra se metió por tierras de Castilla, y llegado hasta el lugar de Atapuerca, como llevase gran presa robada por aquellos lugares, el abad de San Pedro de Cardeña movido por el trabajo y lágrimas de los comarcanos fue apresuradamente en busca del rey que se volvia á su tierra: alcanzóle y pidióle restituyese la presa á los que padecieron el daño, pues parecia cosa injusta que los agravios hechos por los reyes los pagase la gente mi-

(1) Fue el año 1181, segun la escritura de fundacion, para asegurar su frontera, y contener las incursiones de los castellanos.

serable, y sobre ellos descargase la saña. Condescendió el rey á los ruegos del abad por ser tan justificado lo que le pedia, demás del particular respeto que tuvo al estandarte del Cid, que el abad y los monges del templo do le tenian, le tomaron y le llevaban delante para movelle mas; lo cual hizo tal impresion en su ánimo y en tanto grado que él mismo acompañó el dicho estandarte hasta dejalle en el lugar en que antes le tenian.

Sucedieron estas cosas el año 1185. En este año los reyes de Portugal padre y hijo fueron primero á Coimbra, dende se partieron para la ciudad de Portu. Allí celebraron las bodas entre Philipe conde de Flandes y doña Teresa hija del mismo rey don Alonso, á quien los flamencos llaman Matilde. Concluidas las fiestas, volvieron á Coimbra: allí el rey agravado de enfermedad y de los años falleció á seis del mes de diciembre en edad de noventa y un años. Su cuerpo segun que él lo ordenó en su testamento, sepultaron en la iglesia de Santa Cruz que él mismo fundó, en una sepultura humilde; de donde por mandado del rey don Manuel en tiempo de nuestros abuelos le pasaron á otro sepulcro de mármol blanco de labor muy prima. Fue varon admirable, acabado en todo género de virtudes, del reino de Portugal no solo fundador sino conquistador en gran parte. Pasó su larga edad y reinado casi sin ningun tropiezo. En las cosas de la guerra y en las artes de la paz se señaló igualmente, junto con el celo que tenia á la religion, de que dan muestra muchos templos que en Lisbona y en Ebora y en otros lugares edificó. Corria á las parejas en piedad y devocion su mujer doña Malfada: hacia en todo el reino edificar á sus espensas muchos monasterios y iglesias: señales muy manifiestas de la virtud que ambos tenian.

Hallábase España en sosiego despues que entre los reyes se concertaron las paces, y por la muerte del rey Jacob de los Almohades. Solo comenzaba por otra parte una nueva guerra, y un nuevo miedo que ponia á muchos en cuidado. Era cosa muy honrosa á don Pedro Ruiz de Azagra que los ojos de tan grandes reyes conservase un tan pequeño estado como el que tenia, sin reconocer á nadie vasallaje. Acudia él de buena gana á ayudar á los reyes en la guerra contra los moros, y arriba queda dicho lo mucho que hizo cuando se ganó la ciudad de Cuenca, pero no se podia persuadir á hacer homenaje á ninguno; y para mostrar su exencion se llamaba vasallo de Santa María, que era el nombre de la iglesia Mayor de Albarracin.

La causa de conservarse tanto tiempo cuanto no sé si alguno de los capitanes antiguos, entiendo fue la fortaleza del sitio, y la emulacion y contienda que los reyes tenian entre sí por desear cada cual la presa, hacerle su vasallo, y que no lo fuese del otro. El año pues luego siguiente de 1186 por el mes de enero los reyes de Castilla y de Aragon se juntaron para tomar acuerdo sobre este caso en Agreda. En las vistas de comun consentimiento hicieron una ley en que desterraban de los dos reinos á todos los deudos y aliados del dicho don Pedro que siguiesen su partido: con este principio de rompimiento se contentaron por entonces. En el principio del año siguiente Gaston vizconde de Bearne á ejemplo de sus mayores hizo en Huesca homenaje al rey de Aragon: año desgraciado por la prision de Guidon rey de Jerusalém. Saladino grande enemigo de cristianos le prendió á él y al maestre de los Templarios en la ciudad de Tiberiade; y se apoderó por concierto de la misma ciudad de Jerusalém á dos dias del mes de octubre; que fue un daño y mengua notable y sin reparo.

En Castilla el rey don Alonso, vuelto el pensamiento á las cosas de la paz, con muy buenas leyes y estatutos ordenaba y enderezaba la milicia y órden de Calatrava en el mismo tiempo que don Fernando su tio rey de Leon falleció en Benavente el año que se contó de 1188: reinó por espacio de treinta y un años. Sepultáronle en Santiago en la capilla real. Fue tenido por mas aventajado, y mas á propósito para la guerra que para el gobierno. Las señaladas partes que tuvo de cuerpo y ánimo, pareció estragar la insaciable sed de reinar que mostró, mayormente no la menor edad del rey de Castilla su sobrino. Por lo al sufria mucho los trabajos, su ingenio agudo, prudente y próvido, y en los peligros tuvo corazon animoso y grande. Martin presbitero de Leon por estos tiempos florecia por la erudicion y por la su vida muy santa que hacia. Ocupábase en escribir muchos libros, si bien era persona idiota y sin letras; mas de repente le hizo muy aventajado en letras una estraordinaria vision en que San Isidro, en cuyo monasterio vivia, entre sueños le dió á comer un libro en señal de la mucha doctrina que por aquel medio le comunicaba: desde entonces comenzó á señalarse en el conocimiento de las divinas letras y escritura sagrada. A nuestras manos no ha venido cosa alguna de aquellos sus libros. Dícese que los canónigos de aquella iglesia y convento los guardan con grande cuidado como un precioso tesoro, y para testimonio muy claro de lo que sucedió y de aquel milagro.

CAPITULO XVII.

De varias confederaciones que se hicieron entre los reyes.

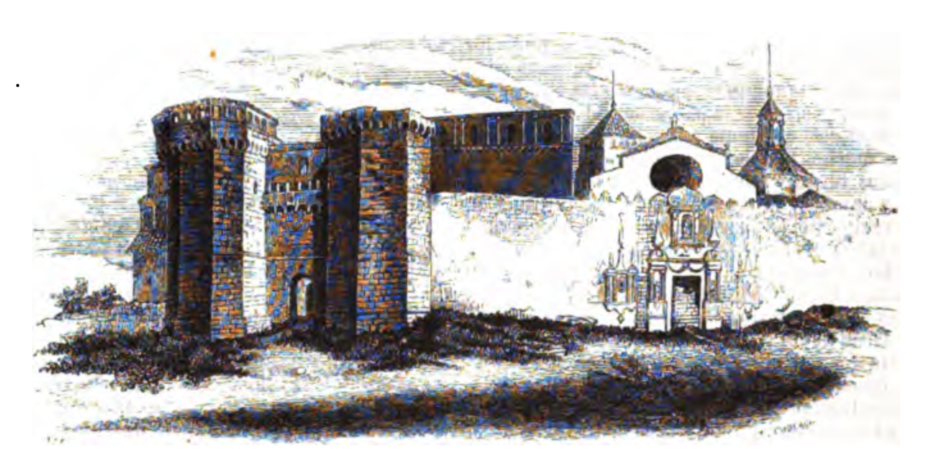
Los hijos sucedieron á sus padres, don Sancho á don Alonso rey de Portugal, á don Fernando rey de Leon don Alonso Noveno deste nombre, que se volvió con la nueva de la muerte de su padre del camino que llevaba, porque se queria ausentar, y se iba para su tio el nuevo rey de Portugal por miedo del odio y asechanzas de su madrastra. Llevaba ella mal que don Alonso hijo bastardo (como ella decia) solo por ser de mas edad y porque se le antojaba á su padre, fuese preferido á sus hijos, y tratado como quien habia de suceder en aquella corona. De aquí resultaron desabrimientos perpétuos, de que avino que dado que el rey su antenado al principio le dejó los lugares de su dote por respeto y contemplacion de su padre, pero en fin la puso en necesidad de retirarse á Nájara, do pasó lo restante de su vida. En el monasterio de Santa Maria el real de aquella ciudad están en una capilla, que se llama de Santa Cruz, dentro del cláustro las sepulturas desta señora y de sus hermanos, que fueron don Lope obispo de Segovia, y don Martin de Haro. Don Alonso rey de Leon fue casado dos veces: la primera con doña Teresa hija de don Sancho rey de Portugal, en quien tuvo tres hijos, á doña Sancha, á don Fernando que vivió poco, y á doña Dulce: despues por mandado de los pontífices se apartó de doña Teresa, á causa que era su parienta, y casó con doña Berenguela hija de don Alonso su primo rey de Castilla.

Don Sancho rey de Portugal Primero deste nombre, que llamaron el Poblador y el Gordo, casó los años pasados con doña Aldonza Dulce hermana del rey de Aragon. Deste matrimonio tuvo muchos hijos, es á saber, á don Alonso el Mayorazgo, á don Fernando, don Pedro, don Enrique que murió mozo: cinco hijas, doña Teresa, doña Malfada, doña Sancha, doña Blanca, doña Berenguela. Y muerta la mujer, tuvo en otras dos concubinas seis hijos parte varones, parte hembras: de la primera por nombre Juana á doña Urraca y á don Martin; de la otra que se llamó María, á doña Teresa, don Egidio, doña Constanza, y don Rodrigo.

Doña Teresa casó con Alfonso Tello, el que fundó y pobló la villa de Alburquerque: tales eran las costumbres de aquel siglo, que no tenian por torpe cualquier antojo de los reyes, en que don Alonso rey

de Castilla fue muy mas medido y juntamente dichoso en sucesion, porque de un solo matrimonio tuvo once hijos: entre los demás doña Blanca fue la mas dichosa, porque casada con Luis rey de Francia, Octavo deste nombre, con dichoso parto dió al mundo un hijo del mismo nombre de su padre, el que por la conocida bondad de su vida y por su piedad muy señalada alcanzó renombre de santo, y se llamó San Luis. Despues de doña Blanca se siguieron doña Berenguela (1), don Sancho, doña Urraca, y don Fernando que consta haber nacido el año 1189 á veinte y nueve de noviembre dia miércoles. Despues dél se siguieron doña Malfada y doña Constanza, y luego adelante dos ó tres hermanas, cuyos nombres no se saben: demás destos doña Leonor y el menor de todos don Enrique, que con maravillosa variedad de las cosas vino á suceder en el reino á su padre, como se mostrará en otro lugar.

Fuera de los muchos hijos que el rey de Castilla tuvo, se aventajaba á los demás príncipes sus vecinos en la grandeza del señorío, muy mayor que el de los otros, por do ponia espanto á todas las provincias de España. El aunque se veia rodeado de tantas riquezas y ayudas no se daba al ocio, ni la flojedad, antes estendió con las armas los términos de su señorío, y los dilataba: en que asimismo sobrepujaba á los demás reyes de su tiempo; y en ingenio y maña, y en riquezas, gracia y destreza igualaba á sus antepasados: con esto sustentaba á la autoridad real y se hacia temer. Nunca el poder de los príncipes es seguro á los comarcanos, por ser cosa natural buscar cada uno ocasion de acrecentar sus estados, sea justa, sea injustamente. Por esta causa los demás reyes de España se hermanaban contra el rey de Castilla, y se confederaban y prometian que tendrian los mismos por amigos y por enemigos. Procuraban



Monasterio de Poblet.

raer á esta confederacion al rey de Leon, si bien pareció estar mas aficionado y obligado al rey de Castilla don Alonso su primo. Y es así que luego que tomó la posesion del reino paterno, con deseo de ganar su amistad de su voluntad fue á las córtes de Castilla, que se tenian en Carrion el año mil y ciento y ochenta y ocho. Armóle allí caballero á la manera que entonces se usaba; y para muestra de darle la obediencia le besó la mano: cortesía en que pareció disminuir la magestad de su reino, y reconocer á su primo por mas principal como lo era. Halláronse en aquellas córtes Conrado hijo del emperador Federico llamado Barbarroja, que aportó á España en peregrinacion, y Raimundo Flacada conde de Tolosa: el uno y el otro tuvieron por cosa honrosa que el rey los armase caballeros con las ceremonias que en España se usaban.

Fuera desto se concertó casamiento entre Conrado y doña Berenguela hija del rey, pero no vino á efecto (2) por esquivar la doncella de ir á Alemaña sea por aborrecer la costumbre de aquella nacion, sea por el largo y trabajoso camino, porque ¿á qué propósito mudar la templanza de España y el arreo de su patria, y trocalle por el cielo áspero de Alemaña y otras condiciones asaz diferentes de sus naturales? Finalmente este desposorio se apartó por autoridad de don Gonzalo primado de Toledo, y de Gregorio cardenal de Santangel. Los demás reyes entretanto que esto pasaba, consultaban entre sí por sus embajadores que era lo que debian hacer, en especial el de Aragon, que llevaba mal que todas las cosas estuviesen en el albedrío de su cuñado el rey de Castilla, y don Sancho rey de Navarra que pretendia recobrar por las armas lo que por fuerza le quitaron los años pasados. Con este intento el año de Cristo 1190 se juntaron de propósito en Borgia por el mes de setiembre: en esta habla hicieron entre sí confederacion y asiento contra las fuerzas de Castilla. Los leoneses otrosí y los portugueses entraron en esta liga atraidos á ella por industria de los dos reyes. En Huesca se hallaron los embajadores de los otros reyes. Tratóse del negocio con el rey de Aragon, que hacia sus veces y las del navarro. Allí no solo se concertó paz entre los cuatro reyes y se ligaron para las guerras, sino demás desto se añadió espresamente que ninguno en particular sin que los otros lo supiesen y viniesen en ello, por sus particulares intereses hiciese paz ó tregua con el enemigo, ni aun tuviese licencia sin el tal consentimiento de hacer guerra á nadie ni comenzalla.

Estas cosas se concluyeron por el mes de mayo año de 1191, en que falleció en Roma Clemente Ter-

(1) Por escrituras de aquel tiempo se deduce que la infanta doña Berenguela, que casó con el rey de Leon en 1197, fue mayor que doña Blanca que casó con Luis VIII, rey de Francia.

(2) El casamiento se efectuó, segun el arzobispo don Rodrigo; pero se disolvió sin consumarse por el parentesco que habia entre Conrado y doña Berenguela, ó por otra causa que se ignora.

cero deste nombre á veinte y cinco de marzo. Sucedio en su lugar cuatro dias despues Celestino Tercero, llamado antes que fuese papa, Jacinto Bobo: fue natural de Roma, y en España mucho tiempo legado de los pontífices pasados. Don Gonzalo arzobispo de Toledo pasó asimismo desta vida á veinte y nueve del mes de agosto luego siguiente. En su tiempo el rey don Alonso dió á él y á su Iglesia de Toledo á Talamanca y Esquivias. En su lugar fue puesto don Martin Lopez, que por la grandeza de su ánimo, y por las escelentes cosas que hizo, tuvo por sobrenombre y se llamó el Grande: tuvo antes el obispado de Sigüenza: su patria se llamó Pisorica: sus virtudes, don Rodrigo que le sucedió en la dignidad, las celebró y contó muy en particular. Este mismo año el río Tajo se heló en Toledo: cosa que por la templanza de la region y del aire suele acontecer muy pocas veces.

CAPITULO XVIII.

Cómo se perdió la jornada de Alarcos.

En el mismo tiempo del arzobispo don Martin vivia Diego Lopez de Haro señor de Vizcaya: en riquezas, prudencia y autoridad sobrepujaba claramente á los demás grandes de Castilla. Tenia en nombre del rey de Castilla y por su mandado el gobierno de Briviesca, Nájara y Soria, como se muestra por las escrituras de aquellos tiempos. Este persuadió al rey que se hiciesen córtes de todo el reino de Castilla en Carrion el año de nuestra salvacion de 1192 para resolverse en hacer guerra á los moros, que por la flojedad de los nuestros confirmaban sus fuerzas y eran espantosos á los cristianos. Impedia estos escelentes intentos, y empecia la discordia y enemiga que andaba entre el rey de Castilla y los leoneses y navarros: temian que si por aquellas partes acometian á Castilla como por las espaldas, forzarian á dejar las armas contra los moros y volver atrás, parecia seria lo mas acertado primeramente asentar amistad con aquellos reyes: con embajadas que de una parte y de otra se enviaron, al fin se hizo, y se concluyeron las paces. Despues se mandó á don Martin arzobispo de Toledo que con buen número de soldados hiciese guerra en el Andalucía, que fue el principio de otra mas grande guerra, que se siguió y emprendió por aquella parte.

Entretanto que se tenian las córtes en Carrion, se tiene por fama, confirmada por el testimonio de muchos, que el rey de Castilla á la raya de su reino edificó á Navarrete pueblo bien conocido. Yo entiendo que le reedificó ó aumentó, porque el arzobispo don Rodrigo hace mencion de aquel lugar antes deste tiempo. En Aragon el conde de Urgel, que despues de la muerte de su padre anduvo fuera de aquel reino por enemistad particular que tenia con Ponce de Cabrera hombre poderoso, en fin en este tiempo volvió á la obediencia de su rey y á sosegarse. Con don Gaston conde de Bearne casó una hija de Bernardo conde de Cominges; y con ella hobo en dote el señorío de Bigorra como feudatario y vasallo del rey de Aragon: asimismo don Berengario ó Berenguel arzobispo de Tarragona fue muerto á diez y seis de febrero año de nuestra salvacion de 1194. Dícese que le mató don Guillen de Moncada, dado que no se saben las causas de aquellas enemistades. En Pamplona tambien don Sancho Séptimo deste nombre rey de Navarra siendo ya de larga edad y muy esclarecido por sus hazañas y grande prudencia (por lo cual y por ser en las letras mas que medianamente ejercitado tuvo nombre de Sabio) falleció á veinte y siete del mes de junio. Su cuerpo sepultaron en la iglesia mayor de aquella noble ciudad con enterramiento y honras y aparato real. Reinó por tiempo de cuarenta y tres años, siete meses y seis dias.

De su mujer doña Sancha tia que era del rey de Castilla, dejó á don Fernando, don Ramiro, doña Berenguela, doña Teresa, doña Blanca sus hijos, y sin estos el mayor de todos que le sucedió en el reino, conviene á saber: don Sancho rey de Navarra Octavo deste nombre, el que por la grandeza de su animo y por sus escelentes hazañas en la guerra tuvo sobrenombre de Fuerte. Tambien le llamaron don Sancho el Encerrado, porque en lo último de su vida por causa de una cruel dolencia que padecia de cáncer, se estuvo retirado en el castillo de Tudela del trato y conversacion de los hombres sin dar lugar á que ninguno le visitase ó hablase. Hay grandes rastros y muestras de su magnificencia y liberalidad, en particular sacó á Ebro de su madre antigua para que pasase por Tudela, y edificó sobre él un puente para comodidad de los moradores. Fundó á su costa dos monasterios del Cistel, llamados de Fitero y de la Oliva: demás desto en Roncesvalles una iglesia con nombre de Santa María, donde él y sus descendientes se enterrasen. Casó con doña Clemencia hija de Raimundo conde de Tolosa Cuarto deste nombre. En ella tuvo á don Fernando, que en vida de su padre murió de una caida que dió de un caballo andando á caza: su cuerpo enterraron en Tudela en la Iglesia de Santa María.



Caballero de Alcántara.

En el tiempo que este don Sancho comenzó á reinar, toda España estaba suspensa por el temor de una grande guerra que la amenazaba. Don Martin arzobispo de Toledo, como le era mandado, rompió por los campos de Andalucía, destruyó por todas partes todo lo que se le puso delante: muchos hombres ganados y otras cosas fueron robadas, quemados los edificios, los lugares y los campos destrozados; y por no salirle al encuentro algun ejército de moros se volvió con el suyo á su tierra sano y salvo y rico.

Los moros movidos por el dolor de esta afrenta y daño hicieron grandes juntas de soldados en toda la provincia. El mismo miramamolin Albenjuzeph Mazemuto avisado de lo que pasaba, con gran número de gentes y con deseo de venganza pasó en España (1): no solo los almohades sino tambien los ethiopes y alarabes con la esperanza de la presa de España seguian sus reales. Con esta muchedumbre pasaron á Sierra Morena, y llegaron al lugar de Alarcos que poco antes los nuestros edificaran.

Don Alonso rey de Castilla avisado del apercibimiento de los moros, y del peligro de los suyos, en ninguna manera perdió el ánimo: antes avisado que hobo á los reyes de Navarra y de Leon que le acudiesen, con los cuales poco antes se concertó, el primero que nadie, con su ejército particular acudió á Alarcos, y puso sus reales cerca de los enemigos, cuya muchedumbre era tan grande que con sus tiendas ocupaban todos aquellos campos y collados: por esto algunos juzgaban que se debian reportar, y con astucia y maña entretener al enemigo hasta tanto que los otros reyes viniesen, que se decia llegarian muy presto: otros eran de parecer que se viniese luego á las manos, porque los navarros y leoneses no tuviesen parte en la victoria y en la presa, que arrojada y temerariamente al cierto se prometian. Este parecer prevaleció como el que era el mas honrado, dado que el rey no ignoraba que aquellos consejos en la guerra son mas saludables que mas seguros; y que menospreciar al enemigo y confiar en sí mismos es daño igualmente perjudicial á los grandes reyes, como el suceso desta batalla lo dió á entender.

Ordenaron los reyes sus gentes. Dióse la batalla junto á Alarcos á diez y nueve de julio, que fue miércoles, el año de 1195. Fue grande el coraje y denuedo de entrambas las partes; pero el esfuerzo de los nuestros fue vencido por la muchedumbre de los enemigos, porque mereciéndolo así los pecados del pueblo, y por voluntad de Dios amedrentados los nuestros, les faltó el ánimo y corazon en la pelea. Muchos así en la batalla como en la huida fueron muertos, entre ellos Martin Martinez maestre de Calatraba: quien dice que don Martin arzobispo de Toledo se halló en esta batalla; de don Diego de Haro, que fuera el principal movedor desta guerra, se decia mostró cobardía ca se retiró de la pelea y volvió á Alarcos al principio de la batalla sea por no tener confianza de salir con la victoria, sea como hobo fama, por estar agraviado del rey, que en cierta ocasion igualó los caballeros del Andalucía con los nobles de Castilla en esfuerzo y destreza del pelear. Los moros, ensoberbecidos con tan grande victoria, no solo se apoderaron de Alarcos que luego se les rindió, sino pasaron adelante, y metiéronse por las tierras del reino de Toledo. Llegaron hasta Yévenes que está seis leguas de aquella ciudad, desde allí hechos muchos daños volvieron atrás. En nuestra edad solamente restan algunos paredones de Alarcos, y un templo bien antiguo con nombre de Santa María con que los comarcanos tienen mucha devocion: entiéndese que el rey bárbaro hizo hechar por tierra aquel pueblo y abatir sus murallas.

Túvoso por cierto que con aquel desastre tan grande castigó Dios en particular un pecado del rey, y fue que en Toledo, menospreciada su mujer, se enamoró de cierta judía que fuera de la hermosura ninguna otra cosa tenia de estimar. Era este trato no solo deshonesto sino tambien afrentoso á la cristiandad: los grandes movidos por tan grande indignidad, y porque no se esperaba enmienda, hicieron matar aquella mujer, Andaba el rey furioso por el amor y deseo. Un ángel que de noche le apareció en Illescas le apartó de aquel mal propósito: mostrósele en aquella forma que tenia en una pintura y imágen del mismo rey, á manera de mancebo, con rostro hermoso, mas grave, que le amenazaba sino volviese en sí, y le apercebia esperase el premio de la castidad, si la guardase, y temiese el castigo, si la menospreciase. En la Iglesia de Illescas á la mano derecha del altar mayor hay una capilla llamada del Angel, con un letrero que declara ser aquel el lugar en que se apareció el ángel al rey don Alonso el Bueno; que así le llaman. La verdad es que sabido el desastre de Alarcos, los reyes de Leon y de Navarra desistieron del propósito de ayudar en aquella empresa. El rey de Leon acudió á visitar al rey don Alonso sea con ánimo llano, sea fingidamente: don Sancho rey de Navarra sin saludar al rey se volvió á su tierra. La memoria desta descortesía quedó en el pecho del rey de Castilla fijada mas altamente que ninguno pudiera pensar; y desde aquel tiempo congojado con la saña y con el miedo comenzó á tratar y aparejarse para vengar el agravio, y satisfacer aquel su consentimiento no solo contra los moros, sino tambien contra los navarros.

(1) Con cien mil caballos y trescientos mil peones, que se aumentaron con las fuerzas de los moros, y las que tenia Pedro Hernandez de Castro.

CAPITULO XIX.

De lo que sucedió en Portugal.

El año luego siguiente que se contaba de Cristo 1196, fue desgraciado en España por la muerte del rey don Alonso de Aragon, que entre los reyes de España tenia el segundo lugar en autoridad y señorío, y en esfuerzo no daba ventaja á ninguno. Falleció en Perpiñan á veinte y cinco de abril en tiempo que todo su señorío gozaba de gran paz; y el reino de Aragon florecia en gente, riquezas y fama. Nombre por heredero á don Pedro, su hijo mayor, Segundo deste nombre, á don Alonso mandó en su testamento el condado de la Proenza y los demás estados que dél dependen. A don Fernando el menor de todos mandó que en el monasterio de Poblete del Cistel, que su padre comenzó y él le dejó acabado, y está puesto entre tarragona y Lérida, en que pensaba hacer el enterramiento suyo y de sus sucesores, tomado el hábito, se ocupase en rogar á Dios por las ánimas de sus antepasados. Las tres hijas infantas doña Constanza, doña Leonor, y doña Dulce nombró y sustituyó á la sucesion del reino; si sus hermanos muriesen sin herederos, mudada en esta parte y corregida la voluntad de doña Petronila su madre, que escluyó las hembras de la herencia de aquellos estados, como arriba queda señalado.

Este año en que sucedió la muerte del rey de Aragon, fue tambien desgraciado por la hambre y peste, males que Cataluña principalmente padeció. Demás desto con una nueva entrada que hizo el rey bárbaro, Cáceres y Plasencia fueron tomadas, talados los campos de Talavera. y puesto fuego á los olivares, que se dan allí muy buenos. La villa no pudo ser entrada por la fortaleza de los adarves y esfuerzo de los moradores; echó por tierra empero los lugares de Santolalla y Escalona que están mas adelante. La misma ciudad de Toledo estuvo cercada espacio de diez dias. En Castilla la silla obispal de Nájera en que hasta entonces estuvo, se trasladó á la Iglesia de Santo Domingo de la Calzada, la cual de una escelente fábrica se comenzara diez y seis años antes, y á la sazon se acabó, de tanta grandeza y anchura que compite con las principales de España. Lo uno y lo otro se hizo por diligencia de don Rodrigo obispo de Calahorra.

El año siguiente de 1197 hobo nuevos movimientos en Cataluña por estar la provincia dividida en parcialidades: unos seguian á Armengaudo conde de Ur-

gel, otros favorecian á Raimundo Rogerio conde de Fox; por la cual parcialidad la ciudad de Urgel fue cercada y tomada por fuerza. El moro Abenjuzeph, soberbio por la victoria pasada y la prueba que hizo de sus fuerzas y fortuna, con orgullo se prometia en su pensamiento el señorío de toda España. Rehaciéndose pues de fuerzas y juntadas mas gentes, volvió otra vez á Toledo : no tenia esperanza de apoderarse de la ciudad por la fortaleza del sitio : taló los campos, saqueó los lugares comarcanos, hizo grandes robos, llegó con las talas hasta Madrid y Alcalá, y á mano izquierda hasta Ocaña, Uclés, Huete y Cuenca destrozando todo lo que encontraba. Los nuestros por los daños del año pasado y por el miedo presente estaban sin consejo, y sin saber que partido tomarian para defender la patria. Era estremo el peligro en que las cosas de los cristianos se hallaban, porque el moro, efectuadas tan grandes cosas, se volvió al Andalucía con su ejército sano y salvo, determinado de tornar á la guerra el año siguiente con mayor furia.

Don Alonso rey de Castilla, rodeado de tantos males, por no tener fuerzas iguales al enemigo trataba de buscar socorros y ayudas de fuera. Poca esperanza tenia que los leoneses y navarros hiciesen cosa de provecho, pues demás del desacato pasado en tiempo tan trabajoso acometian por diversas partes las tierras de Castilla, sin tener cuenta con la cristiandad, ni considerar lo que la fama diria dellos. Fue así que el rey de Navarra trabajó las tierras de Soria y Almazan por do entró á robar con sus soldados : el rey de Leon puesta confederacion y alianza con los bárbaros que moraban en Estremadura en las tierras que caen entre Tajo y Guadiana, se metió por tierra de Campos en que taló toda la campaña. En solo don Pedro rey de Aragon llamado el Católico quedaba alguna esperanza : convidóle el rey de Castilla para hacer confederacion y juntar las fuerzas contra los enemigos comunes. Vino el Aragonés en ello. Hecho este concierto, pareció primero vengar las injurias del rey de Leon, despues los agravios que hicieron los navarros : con esto de primera instancia fueron tomados del rey de Leon los pueblos de Bolaños, Castroverde, Valencia y el Carpio.

Contra los navarros no se pudo hacer la guerra como lo tenian acordado, á causa que Abenjuzeph se apercebia para hacer nueva guerra como aquel que estaba acostumbrado demasiadamente á hacer entradas por nuestras tierras : con todo esto los castellanos y aragoneses con la gente que fuera justo acometer á los bárbaros, sin ningun cuidado de la cristiandad revolvieron contra el rey de Leon causa de todos los males, como ellos decian : tornaron á entrar por sus tierras el año de 1198, y llegaron hasta Astorga : destrozaron la tierra de Salamanca, apoderáronse de la una y de la otra Alba, y de Monterey con otros lugares, despues desto tornaron á tratar de vengarse del rey de Navarra (1), que no menos agravios tenia hechos; y esto con tanta voluntad de los reyes de Castilla y Aragon, que olvidados de su reputacion, y sin moverse por el peligro de la cristiandad, se determinaron hacer concierto con Abenjuzeph comun enemigo de cristianos, y no tuvieron por cosa fea ser los primeros á convidalle con la confederacion. El bárbaro no dejaba de dar orejas á esta plática, por tener gran deseo de volver sus fuerzas contra el rey de Portugal, que tenia hecho en los bárbaros grande estrago, fuera de que estaba con cuidado de las cosas de Africa.

Asentáronse treguas con los moros por diez años. En este tiempo don Sancho rey de Portugal parte de su cuidado y pensamiento ocupaba en reparar ó edificar de nuevo diferentes pueblos, de donde ganó el renombre y fue llamado don Sancho el Poblador : en este número se cuentan Valencia de Miño, Montemayor el Nuevo, Vallelas, Peñamacor, Sortella y Penella con otros, parte de los cuales por donacion del rey se dieron á los caballeros de Santiago, parte á los de Avis, que por este tiempo comenzaron en Portugal á tener fama. El mayor cuidado que tenia, era de echar los moros de toda aquella provincia; y así se apoderó de la ciudad de Silves, que está al promontorio Sacro ó cabo de San Vicente, ayudado de una gruesa armada que vino de Francia y Ingalaterra. En particular el conde Philipe, cuñado del rey, envió en su ayuda veinte y siete naves, y en ellas muy escogidos soldados de Flandes. En la razon del tiempo en que esto sucedió, no concuerdan los escritores : algunos señalan el año de 1199, otros lo ponen diez años antes, que fue en el tiempo que los reyes Enrique de Ingalaterra y Philipe de Francia con deseo de promover y sustentar la cristiandad que estaba para perderse, se determinaron de pasar por mar á la Tierra Santa, despues que tuvieron primero vistas en los Vellocases, donde está la villa de Gisors, cabeza que es de los pueblos que llaman Vergassins; pero el Inglés mudada la voluntad, se quedó en su tierra, y envió en su lugar á su hijo Ricardo.

Hizo compañía á los reyes Enrique á la sazon conde de Campaña en Francia : despues por casar con doña Isabel hija del rey Amalarico, fue rey de Jerusalén. Hijo deste Enrique, de la primera mujer, fue Theobaldo conde de Campaña, con quien por estos tiempos casó doña Blanca hermana de don Sancho rey de Navarra, madre de otro Theobaldo que el tiempo adelante vino á ser rey de Navarra. Los corazones de los mortales trabajados con tantos males, y aquejados de miedos tenian otrosí atemorizados muchos prodigios que se veian como anuncios de grandes males. En Portugal hubo peste y hambre gravísima, y en el cielo se vieron otras señales : el vulgo inclinado á pensar lo peor y dado á supersticiones decia ser venganza del cielo y ira de Dios, porque el matrimonio de don Alonso rey de Leon y de doña Teresa infanta de Portugal, si bien era ilegítimo y por las leyes ninguno, no se apartaba; dado que Inocencio pontífice, Tercero deste nombre, sucesor de Celestino, que habia comenzado á gobernar la iglesia Romana, lo procuraba con todo cuidado, de tal suerte que puso entredicho en todo Portugal, y pena de excomunion á todos los que no obedeciesen á su mandato. Acrecentóse este miedo por perderse como se perdió á la sazon la ciudad de Silves, destruidos y talados los lugares y campos de aquella comarca : lo uno y lo otro por las armas y esfuerzo de Abenjuzeph, que pretendia por esta manera satisfacerse de las injurias y daños que el rey de Portugal le tenia hechas el tiempo pasado.

CAPITULO XX.

De la guerra que se hizo contra Navarra.

Apartóse aquel matrimonio del rey de Leon por causa del parentesco que tenian él y su mujer, con dificultad y tarde; pero en fin se apartó el año de nuestra salvacion de 1200, y luego se comenzó á poner en plática de pedir á la infanta doña Berenguela hija de don Alonso rey de Castilla, de la cual se dijo poco antes que estaba concertada de casar con Conrado duque de Suevia; mas ella se escusaba por

(1) Don Sancho, rey de Navarra, desconfiando de los de Aragon y Castilla, trató de hacer alianza con el emperador de Marruecos; y para que fuese mas firme resolvió casarse con una hija de este príncipe que se la habia ofrecido, con la promesa de darle en dote todos los estados que tenia en España, y una buena suma de dinero. Pasó á Africa con este intento el año 99; pero entre tanto sus contrarios entraron en sus estados causando muchos males, y apoderándose de algunas fortalezas. Nuestro autor pone estos sucesos el año 1200 en el capitulo siguiente.

las costumbres de los alemanes y por el largo camino, puesto que no menos aborrecia el matrimonio de Leon por el parentesco que con él tenia, causa que el primero se apartase; pero los reyes muchas veces posponen la honestidad y religion á sus particulares. Los halagos de la madre ablandaron el corazon de la doncella, y á su padre parecia que los casamientos de diversas naciones muchas veces suelen ser desgraciados, y que no se debia dejar la ocasion de ganar al rey de Leon que les hacia tantos daños, demás de apartalle de la amistad del rey de Navarra, de quien principalmente deseaba satisfacerse y vengarse, y entendia que desamparado del rey de Leon no tendria fuerzas bastantes para resistir. Por una epístola de Inocencio III enderezada al de Compostella se ve que el de Toledo fue á Roma el año pasado para alcanzar dispensacion del papa sobre este matrimonio que se trataba, y no lo quiso dar.

Entretanto pues que estas cosas se trataban y maduraban, el rey de Castilla don Alonso con grande deseo de vengarse se apercebia con todo cuidado para aquella guerra: á don Pedro rey de Aragon para no poder venir luego, como en la confederacion quedó asentado, impidió la discordia que tenia con su madre la reina doña Sancha, ca teniéndola por sospechosa y creyendo que trataba de volverse á Castilla, procuró quitalle los lugares de su dote. Pero á instancia del rey de Castilla se asentó la concordia entre la madre y el hijo: juntáronse los dos reyes en Hariza, pueblo asentado á la raya de los dos reinos, donde por medio y diligencia del rey don Alonso y por su voluntad se determinó que á trueco de Tortosa y de Azcona y de otros pueblos la reina diese al rey de Aragon los de Hariza, Epila y Embite que le pertenecian á ella; en que pretendia el Aragonés quitar la entrada por aquella parte al rey de Castilla, si en algun tiempo quisiese acometer las tierras de Aragon: consideraba que las voluntades de los hombres y mas las de los reyes son varias y mudables, y por ningun respeto de parentesco se mueven cuando se les muestra esperanza de ensanchar su estado. Don Pedro Ruiz de Azagra señor de Albarracin se halló en aquellas vistas de los reyes por estar, es á saber, ya reconciliado con ambos. Hízose esta confederacion á treinta de noviembre. En el mismo año doña Berenguela hermana del rey don Sancho de Navarra casó con Ricardo rey de Ingalaterra: así lo dicen las historias de España. Los escritores ingleses refieren que sucedió esto el año pasado, y afirman que en este falleció el mismo Ricardo.

El rey don Alonso con la comodidad de las treguas que tenia con los moros, deseaba reparar los daños que el tiempo pasado se recibieran, y para esto procuraba reparar á Plasencia y á Bejar, y á Mirabel y á Segura en el monte Argentario: á Monfredo, y á Moya en la Mancha de Aragon, á Aguilar en tierra de Campos. Estas cosas hacia, y no aflojaba con eso el cuidado de la guerra que pensaba hacer á los navarros, ni cesaba de amonestar al rey de Aragon que juntase con él las fuerzas y las armas: así en un tiempo las gentes de Aragon y Castilla se movieron contra los navarros. El rey don Sancho vista la tempestad que cargaba sobre él, y que no tenia fuerzas bastantes, como quier que esperase poca ayuda de los príncipes cristianos que sentia estar enajenados por industria y maña del rey de Castilla, tanto que se comenzaba á tratar del casamiento entre Luis hijo de Philipe rey de Francia y la infanta doña Blanca hija de don Alonso rey de Castilla; determinó por el mar pasarse á Africa para pedir ayuda al miramamolin Abenjuzeph: grande afrenta y notable maldad, mayormente que se entendia no dejaria él como era soberbio pasar la ocasion que la discordia de los nuestros le presentaba, de acometer de nuevo á España. Los historiadores navarros no conforman con lo que de verdad pasó, sino con deseo de escusar aquella jornada finjen que don Sancho pasó en Africa con intento de socorrer al rey moro de Tremezen contra el de Túnez: la invencion por sí misma se manifiesta, por no haber entonces reyes en Africa de aquellas ciudades: así no me pareció era menester refutalla con mas palabras.

La verdad es que pasado el rey don Sancho en Africa; los reyes de Castilla y de Aragon se metieron por Navarra como por tierra sin dueño y sin valedor. Ayvar y lo de Valderroncal tomó el rey de Aragon. Los pueblos de Miranda y Inzula se dieron al rey de Castilla, que puso tambien cerco sobre Victoria cabeza de Alava; y porque se defendian los ciudadanos valientemente y el cerco se dilataba, dejando en su lugar á don Diego de Haro para apretallos, el rey se partió á Guipúzcoa una de las tres provincias de Vizcaya, la cual irritada por los agravios de los navarros estaba aparejada á entregársele como lo hicieron luego, ca rindieron al rey todas las fuerzas de la provincia; lo que tambien al fin hizo Victoria perdida la esperanza de poderse defender, y por su autoridad todas las demás villas de Alava. Solamente sacaron por condicion que no les pudiese el rey dar leyes ni poner gobernadores, escepto en Victoria solamente y Treviño, lugares y plazas en que se permitia que el rey pusiese quien los gobernase.

Todo era fácil á los reyes de Castilla y de Aragon por estar toda la provincia de Navarra desamparada de todo socorro y sin fuerzas, fuera de que de nuevo se divulgó por la fama que el rey don Sancho comenzara á estar enfermo de cáncer, que le nació en una pierna, sin esperanza de poder sanar. La melancolía que por la poca esperanza que tenia de remedio, se le engendró, fue causa de aquella mala dolencia. Las marinas de Vizcaya, que importaba mucho para conservar el señorío de aquella provincia, fueron fortificadas, reparados los lugares de San Sebastian. Fuente-Rabía, Guetaria y Motrico: los lugares de Laredo, Santander y San Vicente de nuevo se fundaron en las riberas cercanas. Entre tanto que el rey don Alonso de Castilla se ocupaba en hacer estas cosas, don Sancho rey de Navarra sin hacer ningun efecto volvió afrentado á su patria y reino, que halló disminuido y falto en muchas partes, muchos pueblos enajenados. Envió sobre estos agravios á los dos reyes embajadores con toda humildad, pero no alcanzaron cosa alguna fuera de buenas palabras, por no poderse persuadir á restituir lo que tenian adquirido por el derecho de la guerra; ni les podian faltar razones y títulos con que colorear su codicia y paliarla.

CAPITULO XXI.

Cómo el rey de Aragon fué á Roma.

Estas cosas sucedieron en España en el tiempo que Ricardo rey de Ingalaterra en prosecucion de la guerra que emprendió en Francia, con que mucho tiempo trabajó aquella provincia, en el cerco que tenia sobre Limoges ciudad muy fuerte fue muerto con una saeta que le tiraron desde los adarves. Sucedió en el reino su hermano de padre y madre llamado Juan. Philipe por sobrenombre Augusto, rey de Francia, con intento de derribar al nuevo rey, y desbaratar sus intentos antes que cobrase fuerzas, hizo grandes juntas de gentes. Acometió á la Normandía, á la Bretaña, y á los de Anjou, estados que eran de los ingleses en Francia. Apoderóse de las ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado. Contra su poder no tenia el nuevo rey ni le quedaba alguna esperanza por ser desigual en fuerzas, y no hallar camino para defenderse de contrario tan bravo y ejecutivo. Enviáronse el uno al otro embajadas, y por este medio para que los reyes se viesen, señalaron á Butavento pueblo de Normandía. Hízose allí confede-

racion y alianza, mas necesaria que honrosa para los ingleses, en que dejaban al Francés las ciudades de que se apoderara, solo con una condicion y gravámen que una hija del rey de Castilla casase con Luis hijo de Philipe rey de Francia sin llevar otra dote alguna. Este color se tomó y esta capa por ser sobrina del Inglés, hija de su hermana. Solo lo de Anjou se restituyó á los ingleses.

Enviáronse embajadores al rey de Castilla de todo lo que pasaba: él alegre con la nueva, y con el concierto, que demás del bien comun le traia á él tanto provecho, vino en lo que pedian. Tenia el rey don Alonso cuatro hijas, las tres en edad de casarse: estas eran doña Berenguela, doña Urraca, doña Blanca. Doña Berenguela por este mismo tiempo casó con el rey de Leon. A los embajadores que de Francia vinieron sobre el caso, dieron á escoger entre las dos que restaban. Doña Urraca era mas apuesta y de mas edad; sin embargo ellos ofendidos del nombre doña Urraca escogieron á doña Blanca. En Burgos se hicieron los desposorios: dende acompañada del padre fue la doncella llevada á la Guiena por estar en poder de los ingleses: de allí con acompañamiento de grandes de Francia pasó á donde estaba su esposo. Los ingleses quedaron muy sentidos de que con aquella confederacion se hobiese escurecido la magestad de aquel reino, en tanto grado que pasado el rey á Ingalaterra, le miraban de mala gana y con malos ojos, y al entrar en las ciudades no le hacian las aclamaciones que suelen y acostumbran. Sucedieron estas cosas el año 1201. En el mismo año falleció Theobaldo conde de Campaña: dejó por heredero el preñado de su mujer doña Blanca: parió despues de la muerte de su marido un hijo del mismo nombre. Doña Berenguela hija de don Alonso rey de Castilla últimamente casó con don Alonso rey de Leon.

Era cosa muy honrosa para don Alonso rey de Castilla casar dos hijas casi en un mismo tiempo con dos reyes sin dote ninguna, porque á doña Berenguela dió solamente los lugares que por las armas quitó poco antes á su marido, restituyéndoselos por las condiciones del casamiento. Celebráronse las bodas en Valladolid, do los reyes se juntaron, con grandes fiestas y muestras de alegria. Entre don Alonso conde de la Proenza en Francia y don Guillen conde de Focalquer, aunque era tio de doña Garsenda mujer del mismo don Alonso, se levantó guerra que forzó á don Pedro rey de Aragon para ponellos en paz de pasar en Francia. En Aguas Muertas, pueblo en las marinas de la Gallia Narbonense que los antiguos llamaron Fossas Marianas, por la diligencia del rey se trató de la concordia, y hechas sus avenencias, se apartaron de las armas.

Deseaba el rey de Aragon con cuidado de hacer la guerra á los mallorquines por estar aquellas islas en poder de moros. Para este efecto era menester ganar la voluntad de los ginoveses y pisanos, que en aquella sazon eran poderosos por el mar. La autoridad de Inocencio III pontífice máximo era muy grande, y no menor el deseo de ayudar á los aragoneses, como lo mostraba en muchas ocasiones. Partido pues el rey de la Proenza en una flota se fué á Roma á verse con el pontífice: recibióle él con grande aparato, y para honralle mas en la iglesia de San Pancracio, que está de la otra parte del Tiber, el año de nuestra salvacion de 1204 á veinte y uno de noviembre fue ungido por Pedro obispo portuense, y por la misma mano del pontífice con solemne ceremonia recibió la corona y las demás insignas reales. Concedió otrosí para adelante que los reyes de Aragon pudiesen ser coronados en sus tierras; y que hiciese el oficio y toda la ceremonia el arzobispo de Tarragona como vicario del pontífice romano. Hay bula de todo esto, mas no pareció ponella en este lugar. Aun no se acostumbraba en aquel tiempo que los reyes de Aragon luego despues de la muerte de sus padres tomasen las insignias reales, sino cuando á la manera usada entre los españoles los armaban caballeros ó se casaban: entonces finalmente usaban del nombre é insignias reales.

Por esta merced que hizo á Aragon el papa, el rey de Aragon hizo su reino feudatario (1) á los pontífices romanos, concertó y prometió de pagar cada año cierta cantidad de oro: cosa que llevaron á mal los naturales, que se menoscabase con aquel color y capa el derecho de la libertad, y se diese á los pontífices poder y ocasion y entrada con esto para intentar mayores cosas en Aragon. Este sentimiento se aumentó por un tributo que el año siguiente el rey impuso sobre el reino muy pesado que vulgarmente se llama monetal. En Huesca al fin del mes de noviembre se promulgaron los tales edictos, en que no solamente el vulgo sino tambien todos los nobles y hidalgos se comprehendian sin sacar á nadie. Reprehendian al rey, y estrañaban que en particular fuese pródigo y en público codicioso para suplir con tales imposiciones públicas y comunes lo que derramaba sin propósito. No se habia el rey casado por este tiempo, y estaban con cuidado que dejase sucesion para heredar el reino. Procuró el pontífice romano Inocencio que madama María hija de Isabel reina de Jesusalém, que venia á suceder en aquel reino, casase con el rey de Aragon. Tenian este negocio para concluirse cuando el rey á persuasion de sus grandes casó con madama María hija y heredera de Guillen señor de Mompeller, por la comodidad de aquel estado.

Con esto los deseos piadosos del pontífice quedaron burlados; que con aquel casamiento pretendia hacer que las fuerzas de Aragon se empleasen en la guerra de la Tierra Santa. Doña Urraca tercera hija de don Alonso rey de Castilla, que pretendia antes casar con el Aragonés, perdida esta esperanza, casó el año 1206 con don Alonso hijo primogénito de don Sancho rey de Portugal. Este año postrero de febrero hobo grande eclipse del sol, tanto que por espacio de seis horas el dia se mudó en escura noche. A primero de julio dió el rey al arzobispo de Toledo don Martin el oficio de canciller mayor de Castilla. Los rios con las contínuas lluvias crecieron tanto, que Tajo en Toledo á veinte y siete de diciembre principio del año siguiente sobrepujó la puerta de la Almofala un estado de hombre. Esto dicen los anales de Toledo. La puerta de la Almofala puede ser que fuese la que hoy se llama de San Isidoro. El rey de Navarra, perdida la esperanza de rehacerse, vino á verse con el rey de Castilla á Guadalajara, donde hicieron treguas por cinco años. Para mayor seguridad se dieron como en rehenes algunos pueblos de la una parte y de la otra; y en particular se concertó que el rey don Alonso procurase que el de Aragon entrase en la misma confederacion.

El año adelante de 1208 fue señalado por la muerte de muchos príncipes y señores: á veinte y ocho de agosto murió don Martin arzobispo de Toledo: sucedióle algo adelante don Rodrigo Jimenez navarro de nacion natural de Puente de Rada, su padre Jimeno Perez de Rada, su madre doña Eva. Tuvo por hermana á doña Guiomar de Rada, por sobrino á don Gil de Rada, á quien él mismo dió la tenencia de algunos castillos. Todo consta de papeles de la su iglesia de Toledo, y fue primero obispo de Osma: de allí le trasladaron á Toledo. Las raras virtudes y buena vida

(1) Ya hemos dicho que el reino de Aragon nunca ha sido feudatario de la silla apostólica si no se quieren interpretar así algunos obsequios á los papas en testimonio de estimacion y respeto á la cabeza de la Iglesia. El tributo del monedage que impuso al año siguiente, escitó grandes alborotos en los aragoneses, persuadidos de que se violaban sus fueros y privilegios.

y la erudicion singular para en aquellos tiempos hicieron que sin embargo que era extranjero, subiese á aquel grado de honra y á aquella dignidad tan grande; y porque las treguas entre los reyes se concluyeron en gran parte por su diligencia, tenia ganada la gracia de los príncipes, y las voluntades de la una y de la otra nacion. Por el mes de noviembre falleció doña Sancha madre del rey de Aragon en el monastetio de Jijena, que era de monjas, y ella le fundó á su costa debajo de la obediencia y gobierno de los comendadores de San Juan, y en el mismo cansada de las cosas del mundo, y con deseo de vida mas perfecta, habia tomado aquel hábito.

En Toledo el mismo dia de San Martin falleció don Esteban Illan: fue enterrado en la iglesia de San Roman: persona señalada en todo género de virtud, y que tenia el gobierno de la ciudad y la tenencia de los alcázares en premio del servicio que hizo los años pasados al rey cuando se apoderó de Toledo. Fue piadoso para con Dios, de ánimo liberal con los pobres; las riquezas que alcanzó, igualaron á su ánimo. Demás desto falleció el conde de Urgel: de su mujer doña Elvira dejó una sola hija llamada Aurembiassis. Esta doncella Gerardo de Cabrera hijo de Ponce, despertadas diferencias y pleitos pasados, como quier que por ser mujer la trabajase y tratase de despojarla, por voluntad de doña Elvira su madre dió el estado de Urgel y le entregó al rey, y ellas se pusieron debajo de su amparo. Con esto la sucesion del gran Borello, antiguamente conde de Barcelona y de Urgel, cayó del señorío de aquella ciudad, si bien su padre mandó y dejó en su testamento la mitad de su villa de Valladolid al pontífice Inocencio (1) con intento que amparase á su hija en lo demás; pero no entiendo que el papa entró en posesion de aquella manda y legado.

CAPITULO XXII.

De las paces que se hicieron entre los reyes.

Espiraba el tiempo de las treguas asentadas con los moros y el deseo de volver á hacerles guerra tenia á todos puestos en cuidado, mas que á todos al rey de Castilla, como el que caia mas cercano al peligro. Era menester sosegar las diferencias entre los cristianos y los movimientos, y concertar los reyes entre sí para que de buena gana hiciesen liga contra el comun enemigo, poderoso con la junta de tantos reinos, feroz con tantas victorias, y que amenazaba á nuestras tierras. Los reinos comarcanos, mayormente si los reyes son bulliciosos, no pueden largamente estar sosegados, por nacer cada dia entre ellos nuevas causas de guerras y pleitos travados unas de otras. Don Alonso rey de Leon fue el primero que por acometer los lugares que tenia en dote su madrastra, turbó el reposo comun. Reprehendia á su padre y quejábase que por ser liberal con sus mujeres disminuyó la magestad del reino y enflaqueció las fuerzas. Don Diego de Haro, por ser hermano de la reina viuda, como hiciese rostro á los intentos del rey, despertó contra sí las armas de Leon y de Castilla de tal guisa que ni pudo defender el estado y derecho de su hermana, y él ofendidas las voluntades de los dos reyes, fue forzado á retirarse á Navarra. Hacia desde allí ordinariamente correrías en los campos de Castilla: sobrevinieron los reyes, que le vencieron cerca de la ciudad de Estella, y le forzaron á meterse dentro de aquel pueblo, que era muy fuerte por las murallas y baluartes: así no trataron de combatille.

Todavía los cuatro reyes de Castilla, Leon, Navarra y Aragon con seguridad que entre sí se dieron, se juntaron á vistas en Alfaro, en que hicieron entre si las paces: don Diego de Haro desamparado de todos y desconfiado de sus fuerzas, se fue á Valencia á valerse de los moros. Avino que el rey de Aragon con el cuidado que tenia de la guerra contra los moros, y porque así quedó en la habla concertado, entró por las tierras de Valencia. Matáronle el caballo en cierto encuentro, y sin duda viniera en poder de los moros si don Diego de Haro, que se halló con ellos, movido de su humanidad, y olvidado de las injurias, no le diera un caballo con que se libró del peligro: cosa que á él fue causa de grande odio, y le fue mal contado entre los bárbaros, tanto que para purgarse y aplacallos le fue necesario pasar á Africa y dar razon de sí al miramamolin, y defender por derecho y por las leyes su inocencia. Concluido el pleito por una parte, y por otra aplacados los reyes cristianos, volvió dende á Castilla el año como yo pienso de 1209. Sea lícito en la razon de los tiempos á veces andar á tiento, porque otros dicen que la confederacion de los reyes en Alfaro se hizo dos años antes deste á instancia y por grande diligencia de doña Sancha madre del rey de Aragon: que aun no era difunta á la sazon segun dicen.

La verdad es que los dos reyes don Sancho de Navarra y don Pedro de Aragon que tenian entre sí mayores diferencias, se juntaron á vistas y habla este mismo año en una llanura cerca del lugar llamado Mallén. En aquel lugar á cuatro del mes de junio se hicieron las paces, y por muestra de amistad don Sancho prestó al rey de Aragon veinte mil ducados con prendas de cuatro leguas que consiguió el Aragonés para que los tuviese en tercería don Jimeno de Rada, que sospecho era pariente de don Rodrigo arzobispo de Toledo que tenia el mismo sobrenombre, ca se llamó don Rodrigo Jimenez de Rada. Pusieron por condicion que si al tiempo señalado no se pagase la deuda, él entregase aquellos lugares en poder del rey de Navarra. Don Alonso rey de Castilla fue el principal movedor y causa destas paces que se asentaron entre los reyes por el miedo que de fuera amenazaba, que suele entre ciudadanos y parientes muchas veces quitar grandes diferencias. Procuraba tambien hacer venir socorros de Francia; pero impidió estos intentos y prácticas la guerra que entre ingleses y franceses mas brava que antes, andaba de nuevo encendida, dado que con deseo de pacificar aquellos reyes entró armado en la Guiena con intento de emplear sus fuerzas contra la parte y nacion que no quisiese venir en las paces. Su trabajo fue en valde, porque toda la Francia ardia en guerras y discordias sin mostrarse alguna esperanza de paz; además que los apercibimientos que hacian los moros para la guerra, le pusieron en necesidad de dar la vuelta para España.

En el tiempo que las treguas duraron con los moros, á persuasion del arzobispo don Rodrigo se fundo una universidad en Palencia (2) por mandado del rey á sus expensas para la enseñanza de la juventud en letras y humanidad: ayuda y ornamento de que solo hasta entonces España carecia á causa de las muchas guerras que los tenian ocupados. De Italia y de Francia con grandes premios y salarios que les prometieron, trajeron catedráticos para enseñar las facultades y ciencias. En las Huelgas otrosí cerca de la ciudad de Burgos se edificó á costa del rey un monasterio (3) muy grande de monjas con nombre de Santa María para que fuese enterramiento de los reyes, y junto con él un hospital. Doña Constanza hermana del rey de Aragon que quedara viuda de Eymerico rey de Hungría del cual parió un hijo llamado Ladisláo, á persuasion del pontífice Inocencio

(1) No hay testimonio de tal manda al papa Inocencio, ni hay ningun escritor fidedigno que lo diga.

(2) Se fundó en 1208; el pontífice la aprobó el 14 de mayo de 1263; y despues se trasladó á Valladolid.

(3) En 1187, y el rey lo entregó al abad y órden del Cistel en 1199.

Tercero casó con don Fadrique rey de Sicilia, y este mismo año en una flota la llevaron á su marido. Festejaron los sicilianos asáz estas bodas, si bien fueron desgraciadas por la muerte del conde de la Proenza y de otros grandes que acompañaron la casada hasta Sicilia, que fallecieron en Palermo. El cielo y aire de España y Francia son muy sanos: aquellos lugares de Sicilia no tan saludables, á lo menos para estraños: esta mudanza les acarreó este daño.

CAPITULO XXIII.

Cómo se comenzó la guerra contra los moros.

Este era el estado de las cosas en España. Las paces hechas entre los príncipes cristianos despues de tantas discordias henchian los ánimos de los naturales de esperanza muy grande y alegria: que todos consideraban cuanta ayuda y fuerzas hay en la agradable compañía y alianza entre los príncipes comarcanos, dado que don Alonso rey de Leon en sazon por cierto muy mala repudió á doña Berenguela su mujer por causa del parentesco y por mandado del pontifice Inocencio, y la enviara á su padre. Hay una carta del mismo Inocencio sobre esto á don Alonso rey de Castilla que hacia contradiccion al divorcio, grave y llena de amenazas. Por otra del mismo se entiende puso entredicho en el reino de Leon porque no se apartaba aquel matrimonio, y tuvo descomulgado aquel rey sobre el caso. Los moros con su rey Mahomad, el cual los años pasados sucediera en lugar de Abenjuzeph su hermano (1), entraron en grande esperanza de apoderarse de toda España, que determinaban de seguir hasta el cabo y deshacer el nombre cristiano y desarraigalle de toda ella. A los fieles no les faltaba ánimo ni brio para defender lo que tenian ganado, ni voluntad de echar los moros de la tierra. Los unos y los otros con grande resolucion y igual esperanza se movieron á las armas y entraron en este debate. Los cristianos se aventajaban en esfuerzo y en la prudencia del capitan; los moros sobrepujaban en muchedumbre, y con grande diligencia juntaban en uno para aquella guerra las fuerzas de Africa y de España.

En el mismo tiempo las armas de Castilla y de Aragon se movieron contra los moros. En el reino de Valencia se apoderó el rey don Pedro de Aragon de Adamuz y de otros lugares: hizo donacion de Tortosa á los Templarios en premio de lo que trabajaron y sirvieron en las guerras pasadas: entrególa al maestre de aquella órden que se llamaba don Pedro de Montagudo. Don Fernando hijo de don Alonso rey de Castilla por mandado de su padre acometió las tierras de Andalucía, taló las campañas de Baeza, de Andujar y de Jaen por todas partes: cautivó hombres, hizo robos de ganados en el mismo tiempo que Mahomad rey de los moros, que llamaron el Verde, del turbante ó bonete que acostumbraba á traer deste color, se apoderó por fuerza del lugar de Salvatierra: los moradores parte fueron pasados á cuchillo, parte tomados por esclavos. Por el mes de junio del año de Cristo de 1210 sitiaron el lugar, y el mes de setiembre le tomaron; iba don Alonso rey de Castilla con gente escogida de los suyos á socorrer á los cercados, mas llegado que hobo á Talavera, don Fernando su hijo que volvia de la empresa del Andalucía, le hizo tornar del camino dándole á entender el peligro en que se ponia, y que era menester mayor ejército para hacer rostro á los enemigos.

Los intentos del rey que tenia concebidos en favor de la Religion Cristiana, no poco alteró y entretuvo la muerte del mismo infante don Fernando que se siguió el año luego adelante dia viernes á catorce del mes de octubre. Fue tanto mayor el sentimiento de su padre y el lloro de toda la provincia, que daba ya asaz claras muestras de un grande y valeroso príncipe. Su cuerpo llevaron desde Madrid donde falleció, á las Huelgas: acompañóle el arzobispo don Rodrigo y su hermana la reina doña Berenguela para honralle mas. Esta fue la causa porque la empresa contra los moros se dilató hasta el año siguiente. Solamente se hicieron por entonces córtes del reino en la ciudad de Toledo para aprestar las cosas que eran necesarias para la guerra. En estas córtes se hicieron premáticas contra los demasiados gastos porque las costumbres se iban estragando con los deleites. Mandóse que en todo el reino se hiciesen procesiones para aplacar á Dios. A los reyes despacharon embajadores para requerilles no faltasen de acudir con sus gentes al peligro comun. Don Rodrigo arzobispo de Toledo fué á Roma por mandado de su rey para alcanzar indulgencia y cruzada para todos los que conforme á la costumbre de aquellos tiempos, tomada la señal de la cruz, acudiesen á sus espensas á la guerra sagrada. El mismo con grande cuidado se apercebia de caballos, armas, dineros y vituallas.

Los moros al contrario avisados de tan grandes apercebimientos y de la determinacion de los cristianos, fortificaban con muros y baluartes cuanto el tiempo daba lugar, y ponian guarniciones en los lugares de su señorío, que tenian en el reino de Toledo y en el Andalucía y hácia el cabo de San Vicente, por tener entendido que el primer golpe de la guerra descargaria sobre aquellas partes: demás desto llamaban nuevas gentes de socorro desde Africa. Don Alonso rey de Castilla en tanto que se juntaban todas las gentes, con deseo de poner espanto al enemigo rompió por las tierras de los moros, y á la ribera de Jucar les ganó algunas plazas. Con tanto dió la vuelta á la ciudad de Cuenca que cae por aquellas partes: allí se vió con el rey de Aragon, y comunicó con él sus haciendas, todo lo que á la guerra tocaba. Don Sancho rey de Navarra por sus embajadores que envió, avisó que no faltaria de hallarse en la jornada. El arzobispo don Rodrigo dejó en su lugar para el gobierno del arzobispado y iglesia de Toledo á don Adam obispo de Palencia; y él en Italia y en Francia con esperanza de la indulgencia que alcanzó del pontífice Inocencio Tercero, y mostrando el peligro si no socorrian á España, no cesaba de despertar á los grandes y prelados para la empresa sagrada, asimismo á la gente popular. Decia ser tan grande la soberbia del bárbaro, que á todos los que adoraban la cruz por todo el mundo, amenazaba guerra, muerte y destruicion: afrenta del nombre cristiano intolerable y que no se debia disimular. Hízose gran fruto con esta diligencia. Tan grande era el deseo de pelear contra los enemigos de la Religion Cristiana, y en tanto grado que dicen se juntaron de las naciones extranjeras cien mil infantes y diez mil caballos gran número y que apenas se puede creer: ¿la verdad quién la podrá averiguar? como quier que en otra parte halle que fueron doce mil caballos, cincuenta mil peones los que de fuera vinieron.

A todos estos porque con la junta y avenida de tantas naciones no se alterase Toledo donde se hacia la masa, señalaron la huerta del rey que es de muy grande frescura: y con ello otros lugares cerca de la ciudad á la ribera de Tajo para sus alojamientos. Comenzaron estas gentes á venir á Toledo por el mes de febrero año de nuestra salvacion de 1212. Levantóse un alboroto de los soldados y pueblo en aquella ciudad contra los judíos. Todos pensaban hacian servicio á Dios en maltratallos. Estaba la ciudad para ensangrentarse, y corrieran gran peligro, si no resistieran los nobles á la canalla, y amparaban con las armas y autoridad aquella miserable gente. Don Pe-

(1) No hermano, sino padre de Mahomad-Alnaser, dicen los escritores árabes.

dro rey de Aragon acudió, y fue recebido en la ciudad con pública alegría de todos y con procesion la misma fiesta de la Trinidad. Venian con él desde Aragon veinte mil infantes, tres mil y quinientos caballos.

Don Sancho rey de Portugal no pudo hallarse en la guerra sagrada, porque falleció en este mismo tiempo en Coimbra: hízose allí el enterramiento en el monasterio de Santa Cruz en un humilde sepulcro, de donde en tiempo del rey don Manuel le trasladaron á otro mas magnífico. Sucedióle don Alonso su hijo, Segundo deste nombre, que ya tenia dos hijos infantes en su mujer doña Urraca, llamados don Sancho y don Alonso. Don Fernando tio del nuevo rey, hermano del difunto don Sancho, el año pasado casó con madama Juana condesa de Flandes hija y heredera de Balduino emperador de Constantinopla. Todavía de Portugal vino un buen golpe de soldados movidos de sí mismos, ó enviados de socorro por su rey. A toda la muchedumbre de soldados señaló el rey de Castilla sueldo para cada dia, á cada uno de los infantes cinco sueldos, á los hombres de á caballo veinte: á los príncipes conforme á cada cual era y á su dignidad se hicieron presentes muy grandes. Tenian apercebidas vituallas en abundancia y almacen para que no faltase alguna cosa necesaria á tan grande ejército, en tanto grado que solo para llevar el bagage tenian juntados sesenta mil carros, como lo testifica el arzobispo don Rodrigo, que fue testigo de vista en toda la empresa, y puso por escrito para memoria de los venideros todo lo que en ella pasó: otros dicen que fueron bestias de carga hasta aquel número. Lo uno y lo otro fue cosa de gran maravilla en tan grande apretura de tiempos y pobreza de los tesoros reales; pero no hay cosa tan dificultosa, que con diligencia no se alcance, y las naciones y príncipes extranjeros á porfía enviaban caballos, mulos y dinero.

Partieron de Toledo á veinte y uno de junio. Regía la avanguardia don Diego de Haro, en que iban las naciones extranjeras. En el segundo escuadron el rey de Aragon; y por caudillo de la retaguardia el rey de Castilla don Alonso, en que se contaban catorce mil de á caballo. La infantería apenas se podia contar, porque de toda Castilla los que eran de edad á propósito eran forzados todos á tomar las armas. El tercero dia llegaron á Malagon, lugar que tenia guarnicion de moros, y está distante de Toledo catorce leguas. Los bárbaros por miedo de tan grande muchedumbre fueron forzados á desamparar el lugar y recogerse á la fortaleza que tenian en un cerro ágrio; pero por el esfuerzo y ímpetu de las naciones extranjeras tomado el castillo por fuerza á veinte y tres dias de junio, todos sin faltar ninguno fueron degollados: tan grande era el deseo que tenian de destruir aquella nacion impía. A primero de junio Calatrava, lugar muy fuerte puesto de la otra parte del rio Guadiana, se ganó por entrega que dél hicieron los moradores y vecinos, que consideraban el estremo peligro que sus cosas corrian, y que no tenian esperanza alguna de socorro. Los soldados extranjeros conforme á su condicion querian pasar á cuchillo los rendidos, y apenas se pudo alcanzar que se amansasen por intercesion de los nuestros, que decian cuán justo era y razonable se guardase la fé y seguridad dada á aquella gente, bien que infiel; y que no era razon con la desesperacion, que suele ser la mas fuerte arma de todas, exasperar mas y embravecer los ánimos de todos.

El pueblo se restituyó á los caballeros de Calatrava á quien los moros la habian tomado: los despojos se dieron á los aragoneses y á los soldados extraños, á los cuales los desacostumbrados calores, cielo mal sano, y falta de todas las cosas, segun ellos decian, forzaban dejada aquella empresa á volverse á sus tierras (1). Arnaldo obispo de Narbona, y Theobaldo Blazon natural de Potiers, como mas aficionado á nuestras cosas por ser castellano de nacion de parte de su madre, el uno y el otro con sus compañías particulares perseveraron en los reales. Acusaban la cobardía de su nacion, determinados de ponerse á cualquier peligro antes de faltar al deber. La partida de los extraños puesto que causó miedo y tristeza en los ánimos del resto, fue provechosa por dos razones, la una porque los extranjeros no tuviesen parte en la honra y prez de tan grande victoria, la otra que con aquella ocasion Mahomad que estaba en Jaen en balanzas, y aun sin voluntad de pelear, se determinó á dar la batalla. Así que los nuestros con sus reales llegaron á Alarcos, el cual lugar porque pocos años antes fue destruido y desmantelado por los moros, desampararon los moradores que quedaban, y vino á poder de los cristianos.

En este lugar don Sancho rey de Navarra con un buen escuadron de los suyos alcanzó á los reyes, y se juntó con los demás. Fue su venida muy alegre: con ella la tristeza que por el suceso pasado de la partida de los extranjeros recibieran, se trocó en regocijo. Algunos castillos en aquella comarca se entraron por fuerza. En tierra de Salvatierra se hizo reseña: pasaron alarde gran número de á pié y de á caballo. Esto hecho, con todas las gentes llegaron al pié de Sierramorena. El moro avisado de lo que pasaba, marchó para Baeza, determinado de alzadas las vituallas atajar el paso de aquellos montes, y particularmente guardar el pueblo de la Losa por donde era forzoso pasasen los nuestros. Si pasaban adelante, prometíase el moro la victoria: si se detenian, se persuadia por cierto perecerian todos por falta de bastimentos; si volviesen atrás, seria grande la mengua, y la pérdida de reputacion forzosa: sus consejos, aunque prudentes, desbarató otro mas alto poder. Hízose junta de capitanes para resolver por qué parte pasarian los montes, y lo que debian hacer. Los mas eran de parecer volviesen atrás: decian que rodeando algo mas, por camino mas llano se podrian meter en los campos del Andalucía; que debian escusar aquellas estrechuras de que el enemigo estaba apoderado.

Por el contrario el rey de Castilla don Alonso tenia por grande inconveniente la vuelta, por ser la fama de tan gran momento en semejantes empresas: que conforme á los principios seria lo demás: con volver los reyes atrás se daria muestra de huir torpemente, con que á los enemigos creceria el ánimo, los suyos se acobardarian, que de suyo parecia estar inclinados á desamparar los reales, como poco antes por la partida de los extranjeros se entendió: contra las dificultades que se representaban, invocasen el auxilio y socorro de Dios, cuyo negocio trataban, que les asistiria sin duda, si ellos no faltaban á sí mismos: muchas veces á los valerosos se hacen fáciles las cosas que á los cobardes parecian imposibles. Esta resolucion se tomó y este consejo. Con esto don Lope hijo de don Diego de Haro, enviado por su padre con buen número de gente, en lo mas alto de los montes se apoderó del lugar de Ferral, y hizo con escaramuzas arredrar algun tanto á los moros. No se atrevió á pasar el puerto de la Losa ni acometerle, por parecelle cosa áspera y temeraria pelear juntamente con la estrechura y fragura del lugar y paso, y con los enemigos que le guardaban.

CAPITULO XXIV.

Cómo la victoria quedó por los cristianos.

Toda muchedumbre, especial de soldados, se rige por ímpetu, y mas por la opinion se mueve, que por

(1) Los Cruzados solo servian 40 dias en la guerra contra los infieles, aunque fuesen muy necesarios; y como esto era

las mismas cosas y por la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los mas de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales. Pareciales corrian igual peligro hora los reyes pasasen adelante, hora volviesen atrás: lo uno daria muestra de temeridad, lo otro seria cosa afrentosa. Ponian mala voz en la empresa: cundia el miedo por todo el campo. La ayuda de Dios y de los santos valió para que se sustentasen en pié las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano, que tenia grande noticia de aquellos lugares por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hobo el camino, no se vió mas) prometió á los reyes que si dél se fiasen, por senderos que él sabia, todo el ejército y gente llegarian sin peligro á encumbrar lo mas alto de los montes. Dar crédito en cosa tan grande á un hombre que no conocian, no era seguro, ni de personas prudentes no hacer de todo punto caso en aquella apretura de lo que ofrecia. Pareció que don Diego de Haro y Garci Romero como adalides viesen por los ojos lo que decia aquel pastor. Era el camino al revés de lo que pretendian, y parecia iban á otra parte diferente, tanto que los moros considerada la vuelta que los nuestros hacian, pensaron que por falta de vituallas huian y se retiraban á lo mas adentro de la provincia. Conveníales subir por la ladera del monte: pasar valles en muchos lugares, peñascos empinados que embarazaban el camino. Pero no rehusaban algun trabajo con la esperanza cierta que tenian de la victoria, si llegasen á las cumbres de los montes y á lo mas alto: el mayor cuidado que tenian, era de apresurarse por recelo que los enemigos no se apoderasen antes del camino y les atajasen la subida.

Pasadas pues aquellas fraguras, los reyes en un llano que hallaron, fortificaron sus reales. Apercibióse el enemigo á la pelea, y ordenó sus haces repartidas en cuatro escuadrones: quedóse el rey mismo en el collado mas alto rodeado de la gente de su guarda. Los fieles, por estar cansados con el trabajo de tan largo y mal camino así hombres como jumentos, determinaron de esquivar la pelea: lo mismo el dia siguiente, con tan grande alegría de los moros que entendian era por miedo, que el miramamolin con embajadores que envió y despachó á todas partes y muy arrogantes palabras prometia que dentro de tres pondria en su poder los tres reyes que tenia cercados como con redes. La fama iba en aumento como suele: cada uno añadia algo á lo que oia, para que la cosa fuese mas agradable. El dia tercero que fue lunes á diez y seis del mes de julio, los nuestros resueltos de presentar la batalla, al amanecer confesados y comulgados ordenaron sus batallas, en guisa de pelear. En la vanguardia iba por capitan don Diego de Haro. Del escuadron de en medio tenia cuidado don Gonzalo Nuñez, y con él otros caballeros Templarios y de las demás órdenes y milicias sagradas. En la retaguardia quedaban el rey don Alonso, y el arzobispo don Rodrigo y otros prelados. Los reyes de Aragon y de Navarra con sus gentes fortificaron los lados, el Navarro á la derecha, á la izquierda el Aragonés.

El Moro al contrario con el mismo órden que antes puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armaron la tienda real, cerraron con cadenas de hierro, y por guarda los mas fuertes moros y mas esclarecidos en linaje y en hazañas; los demás eran en tan gran número que parecia cubrian los valles y los collados. Exhortaron los unos y los otros, y animaban los suyos á la pelea. Los obispos andaban de compañía en compañía, y con la esperanza de ganar la indulgencia animaban á los nuestros. El rey don Alonso desde un lugar alto para que le pudiesen oir, dijo en sustancia estas razones: «Los moros, salteadores, y rebeldes al emperador Cristo, antiguamente »ocuparon á España sin ningun derecho, ahora á »manera de ladrones la maltratan. Muchas veces »gran número dellos fueron vencidos de pocos, gran »parte de su señorío les hemos quitado, y apenas les »queda donde poner el pié en España. Si en esta batalla fueren vencidos, lo que promete el ayuda de »Dios, y se puede pronosticar por la alegría y buen »talante que todos teneis, habremos acabado con »esta gente malvada. Nosotros peleamos por la razon »y por la justicia: ellos por ninguna república, porque no están entre sí atados con algunas leyes. No »hay á do se recojan los vencidos, ni queda alguna »esperanza salvo en los brazos. Comenzad pues la »pelea con grande ánimo. Confiados en Dios tomasteis las armas, confiados en el mismo arremeted á »los enemigos y cerrad.»

muy vergonzoso, procuraban cohonestar su retirada con algun pretesto, como en esta ocasion.

El Moro al contrario avisó á los suyos y les dijo: «Que aquel dia debian pelear con estremo esfuerzo, »que seria el fin de la guerra, quier venciesen, quier »fuesen vencidos. Si venciesen, toda España seria el »premio de la victoria, por tener juntadas los enemigos para aquella batalla con suma diligencia todas las fuerzas della; si fuesen vencidos, el imperio »de los moros quedaba acabado en España: no era »justo que en aquel peligro perdonasen á sí ó sus cosas. Su ejército constaba de una nacion, el de los »cristianos de una avenida de muchas gentes, diferentes en leyes, lengua y costumbres; la mayor »parte habia desamparado las banderas, los demás »no pelearian constantemente por ser de unos el peligro, el provecho y premio particular de otros.» Dichas estas razones por una y por otra parte se comenzó la pelea con grande ánimo y coraje. La victoria por largo espacio estuvo dudosa de ambas partes: peleaban todos conforme al peligro con grande esfuerzo. La vista de los capitanes y su presencia no sufria que la cobardía ni el valor se ocultasen, y encendia á todos á pelear. Los del escuadron de en medio y cuerpo de la batalla fueron los primeros á acometer; siguiéronles los navarros y aragoneses sin mejorarse al principio, dado que por tres veces dieron carga á los contrarios, antes al contrario nuestros escuadrones algun poco desalojados parece ciaban y se querian poner en huida.

En esto el rey don Alonso movido juntamente del peligro y de la afrenta se queria meter por lo mas espeso de los enemigos; si no le detuviera el arzobispo don Rodrigo que tenia á su lado: advirtióle que en su vida consistia la suma de la victoria y esperanza de los cristianos: que perseverase (como comenzara) á confiar del favor de Dios, y no se metiese en el peligro. Con esto el postrer escuadron se adelantó, y por su esfuerzo y el de los demás se mejoró la pelea. Los que parecia titubeaban, por no quedar afrentados vueltos á la ordenanza, tornaron á la batalla con la mayor ferocidad. Los moros cansados con el contínuo trabajo de todo el dia no pudieron sufrir la carga de los que estaban de respeto los postreros y de nuevo entraban en la pelea. Fue muy grande la huida, la matanza no menor que tan grande victoria pedia. Perecieron en aquella batalla docientos mil moros, y entre ellos la mitad fueron hombres de á caballo: otros quitan la mitad deste número. La mayor maravilla, que de los fieles no perecieron mas de veinte y cinco, como lo testifica el arzobispo Rodrigo: otros afirman que fueron ciento y quince; pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. Otra maravilla, que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vió rastro de

sangre, segun que lo atestigua el mismo don Rodrigo.

El rey moro por amonestacion de Zeit su hermano se salvó en un mulo con que huyó hasta Baeza; desde allí mudada la cabalgadura no paró hasta llegar aquella misma noche á Jaen. A puesta del sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las presas del rey moro y sus alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes á los reyes de Navarra y de Aragon. En particular la tienda de seda roja y carmesí en que alojaba el rey bárbaro, se dió al rey de Aragon por órden de don Alonso rey de Castilla; el cual como quier que deseoso solamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria, de buena gana dejó lo demás á sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacalle en público y repartillo como era razon, conforme á los méritos de cada cual; antes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenian recelo de algun alboroto, y entendian que á los particulares seria mas agradable lo que por su mano tomaron, que si de la presa comun se lo restituyesen mejorado y multiplicado.

Algunos escriben que ayudó mucho para la victoria la señal de la cruz que de varios colores se vió en el aire ya que querian pelear: otros refutan esto por no hacer el arzobispo don Rodrigo mencion de cosa tan grande, ni aun el rey en la carta que escribió del suceso y prosecucion desta guerra al pontífice Inocencio. Verdad es que todos concuerdan que Pascual á la sazon canónigo de Toledo, y que despues fue dean y aun arzobispo (cuya sepultura está en la capilla de Santa Lucía de la iglesia Mayor de Toledo) con la cruz y guion que llevaba como es de costumbre delante el arzobispo don Rodrigo: pasó por los escuadrones de los enemigos dos veces sin recebir algun daño, dado que todos le pretendian herir con sus dardos; y muchas saetas que le tiraban, quedaron hincadas en el asta de la cruz: cosa que á los nuestros dió mucho ánimo y puso grande espanto en los moros. Fue tan grande la muchedumbre que hallaron de lanzas y saetas de los enemigos, que en dos dias enteros que allí se detuvieron los nuestros, aunque para los fuegos no usaban de otra leña, y de propósito procuraban acabarlas, no lo pudieron hacer.

La victoria se divulgó por todas partes primero por la fama, despues por mensajeros que venian unos en pos de otros. Fue grande el lloro y sentimiento de los moros no solo por el mal y daño presente, sino porque temian para adelante mayores inconvenientes y peligros. Entre los cristianos se hacian grandes fiestas, juegos, convites con toda magnificencia y regocijos y alegrías no solo en España, sino tambien las naciones estrañas, con tanta mayor voluntad cuanto el miedo fue mayor. Nunca la gloria del nombre cristiano pareció mayor, ni las naciones cristianas estuvieron en algun tiempo mas gloriosamente aliadas. Los españoles asimismo parecia igualar en valor la gloria de los antiguos: el mismo rey don Alonso comenzó á ser tenido como príncipe venido del cielo y mas que hombre mortal. El rey de Navarra para memoria de tan grande victoria al escudo bermejo de que usaban sus antepasados, añadió por orla unas cadenas, y en medio del escudo una esmeralda por señal que fue el primero á romper las cadenas con que tenian los enemigos fortificada aquella parte de los reales, en que el rey bárbaro estaba. El mismo don Alonso á las insignias antiguas de los reyes de Castilla, añadió un castillo dorado en escudo rojo, como lo afirman algunos varones de erudicion y diligencia muy grande: otros lo niegan movidos de los privilegios antiguos, en cuyos sellos se ve puesta antes destos tiempos en las insignias y armas de los reyes de Castilla la figura de torre ó castillo.

De algo mas crédito es lo que hallo de algunos afirmado por testimonio de cierto historiador, que desde este tiempo se introdujo en España la costumbre que se guarda de no comer carne los sábados, sino solamente los menudos de los animales, y que se mudó es á saber por esta manera y templó lo que antiguamente se usaba, que era comer los tales dias carne: costumbre que los godos sin duda trajeron de Grecia, y la tomaron cuando se hicieron cristianos. La verdad es que esta victoria nobilísima y la mas ilustre que hobo en España, se alcanzó no por fuerzas humanas, sino por la ayuda de Dios y de los santos. Las plegarias y oraciones con que los procuraron aplacar por todo el mundo, fueron muchas, principalmente en Roma donde se hicieron procesiones y rogativas asaz: en que se debe notar que para aumento de la devocion y para que no hobiese confusion y otros desórdenes, se ordenó fuesen á diversas iglesias los varones, las mujeres, el clero y los demás del pueblo. Hallábase presente el pontífice que movia á los demás con su ejemplo. De todo hay una carta suya al rey don Alonso muy grave y muy elegante, la respuesta otrosí del rey al papa en que refiere todo el discurso desta empresa y batalla, pero muy larga para ponella en este lugar.

CAPITULO XXV.

Del fin desta guerra.

Halláronse en esta guerra los obispos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Pedro de Avila, Domingo de Plasencia, García Frontino de Tarazona, Berengario de Barcelona: el número de los grandes no se podia contar, los maestres de las órdenes, Arias de Santiago, Rodrigo Diaz de Calatrava, Gomez Ramirez de los Templarios; demás destos Juan Gelmirez prior de San Juan. De Castilla Gomez Manrique, Alonso de Meneses, Gonzalo Giron, Iñigo de Mendoza caballero vizcaino, y pariente de don Diego de Haro, que es la primera vez que en la historia de España se hace mencion de la casa de Mendoza; fuera destos se halló con los demás el conde don Fernando de Lara, de alto linaje, y él por su persona señalado, poderoso en grande estado y muchos aliados: estos fueron de Castilla. De Aragon Garci Romero, Jimeno Coronel, Aznar Pardo, Guillen de Peralta y otras personas principales que iban en compañía de su rey: ante todos se señaló Dalmacio Cressel natural de las Ampurias, de quien dicen los historiadores de Aragon que por el grande conocimiento que tenia de las cosas de la guerra y singular prudencia ordenó las haces para la batalla. Entre los navarros Garcés Agoncillo, Garcia Almoravides, Pedro Leet, Pedro Arroniz, Fernando de Montagudo, Jimeno Ayvar fueron los mas señalados que en esfuerzo, industria y ejercicio de guerra vinieron á esta empresa.

En conclusion el tercero dia despues de la victoria se movieron los reales de los fieles: ganaron de los moros el lugar de Ferral, que habia vuelto á poder de moros, Bilche, Baños, Tolosa, de la cual tomó nombre esta batalla que vulgarmente se llama de las Navas de Tolosa. Todo era fácil á los vencedores, y por el contrario á los vencidos. La ciudad de Baeza desamparada de sus ciudadanos, que perdida la esperanza de tenerse, se recogieron á Ubeda vino en poder de los vencedores. Algunos pocos que confiados en la fortaleza de la mezquita mayor no se querian rendir, con fuego que los pusieron los quemaron dentro della misma. El octavo dia despues de la victoria la ciudad de Ubeda fue entrada por fuerza, ca sin embargo que los ciudadanos ofrecian á los reyes

cantidad de oro porque los dejasen en paz, los obispos fueron de parecer que no era justo perdonar aquella gente malvada. Conforme á este parecer se hizo grande matanza sin distincion de personas de aquella miserable gente. Una parte de los vecinos fue tomada por esclavos: toda la presa se dejó á los soldados, con que se puso miedo á los moros y se ganaron las voluntades del ejército que estaba cansado con el largo trabajo. Las enfermedades los afligian y no podian sufrir la destemplanza del cielo: por esto los reyes fueron forzados en un tiempo muy fuera de propósito volver con sus gentes á tierras mas templadas.

A la vuelta cerca de Calatrava, llegó el duque de Austria con docientos de á caballo, que para muestra de su esfuerzo y ayudar en aquella santa guerra traia en su compañía. El rey de Aragon por ser su pariente á la vuelta para su tierra le acompañó hasta lo postrero de España. Al rey de Navarra restituyó el de Castilla catorce lugares sobre que tenian diferencia, y porque poco antes se ganaron por los de Castilla, la memoria de sus antiguos señores hacia que no se asegurasen de su lealtad: este fue el principal premio de su trabajo. Don Alonso rey de Castilla, despedidos los dos reyes, entró en Toledo á manera de triunfador con grande aplauso, aclamaciones y regocijo de los ciudadanos y del pueblo. Lo primero que hizo fue dar gracias á Dios por la merced recebida: despues se mandó y estableció que para siempre se renovase la memoria de aquella victoria: y se celebrase por toda España á diez y seis de julio; en Toledo mas en particular sacan aquel dia las banderas de los moros, y con toda muestra de alegría festejan aquella solemnidad, ca se ordenó fuese de guardar aquella fiesta con nombre del triunfo de la Santa Cruz.

El rey por ser enemigo del ocio, y con el deseo que tenia de seguir la victoria y ejecutalla, al principio del año siguiente de nuevo se metió por tierra de moros. Ganó el lugar de Dueñas de los moros, que dió á la órden de Calatrava, á la de Santiago el castillo de Eznavexor. Alcaráz, pequeña ciudad, y que está metida dentro de los montes Marianos y asentada en un collado áspero y empinado, con cerco de dos meses se ganó por el rey, y se entró por fuerza á veinte y dos de mayo dia miércoles vigilia y víspera de la Ascension: demás desto algunos otros lugares de menos cuenta se tomaron por aquella comarca, entre los demás, Lezuza, que se tiene por la antigua Libisosa. Concluidas estas cosas, el rey don Alonso ganada mayor fama que ninguno de los principes de Europa, dió vuelta á Toledo, donde las reinas doña Leonor su mujer, doña Berenguela su hija, y su hijo don Enrique que le sucedió en sus estados, y á la sazon era de diez años, aguardaban su venida. Toda la ciudad llena de juegos y de regocijos y fiestas, dado que el año fue muy falto de mantenimientos á causa de la sequedad, en especial en el reino de Toledo dicen que en nueve meses contínuos nunca llovió, tanto que los labradores cuyo era el daño principal, eran forzados á desamparar las tierras, dejallas yermas, y irse á otras partes para sustentarse: gravísima miseria y trabajo memorable.

LIBRO DUODECIMO.

CAPITULO I.

Cómo los albigenses alteraron á Francia.

GANADA aquella noble victoria de los moros, las cosas de España procedian bien y prósperamente á causa que los Almohades trabajados con una pérdida tan grande no se rebullian, y los nuestros se hallaban con grande ánimo de sujetar todo lo que de aquella nacion restaba en España, cuando por el mismo tiempo los reinos de Francia y de Aragon se alteraron grandemente y recibieron graves daños. Estas alteraciones tuvieron principio en la ciudad de Tolosa, muy principal entre las de Francia, y que cae no lejos de la raya de España. La ocasion fueron ciertas opiniones nuevas que en materia de religion se levantaron en aquellas partes, con que los de Aragon y los de Francia se revolvieron entre sí, y se ensangrentaron. En los tiempos pasados todas las naciones del Cristianismo se conformaban en un mismo parecer en las cosas de la fe: todos seguian y profesaban en una misma doctrina. No se diferenciaban el aleman del español, no el francés del italiano, ni el inglés del siciliano en lo que debian creer de Dios, y de la inmortalidad, y de los demás misterios: en todos se veia un mismo corazon y un mismo lenguaje. Los waldenses gente perversa y abominable comenzaron los años pasados á inquietar la paz de la Iglesia con opiniones nuevas y estravagantes que enseñaron; y al presente los albigenses ó albienses secta no menos aborrecible, apellido y nombre odioso acerca de los antiguos, siguieron las mismas pisadas y camino, con que grandemente alteraron el pueblo cristiano.

Enseñaban que los sacerdotes ministros de Dios y de la Iglesia no tenian poder para perdonar los pecados: que el verdadero cuerpo de Jesucristo no está en el santo Sacramento del altar: que el agua del bautismo no tiene fuerza para lavar el alma de los pecados: que las oraciones que se acostumbran á hacer por los muertos, no les prestaban; todas opiniones nuevas y malas, y acerca de los antiguos nunca oidas. Decian otrosí contra la Vírgen madre de Dios blasfemias y denuestos, que no se refieren por no ofender al piadoso lector: dejólas escritas Guillermo Nangiaco francés de nacion, y que vivió poco adelante. Llegaba su desatino á poner lengua en la familiaridad de Cristo con la Madalena: así lo refiere Pedro monge del Ciltel en una historia que escribió de los albigenses intitulada al papa Inocencio Tercero, en que depone como testigo de vista de las cosas en que él mismo se halló.

Seria muy largo cuento declarar por menudo todos los desvaríos destos herejes y secta; y es así que la mentira es de muchas maneras, la verdad una y sencilla. La verdad es que en aquella parte de Francia donde está sentada la ciudad de Cahors muy nombrada, se ve otra ciudad llamada Albis, que en otro tiempo tuvo nombre de Alba Augusta, y aun se entiende que César en los Comentarios de la guerra de Francia llamó helvios los moradores de aquella comarca. Riega sus campos el rio Tamis, que son de los mas fértiles de Francia, de grandes cosechas y esquilmos de trigo, vino, pastel y azafran, por donde el obispo de aquella ciudad tiene mas gruesas rentas que algun otro obispo en toda la Francia. La iglesia catedral grande y hermosa está pegada con el muro de la ciudad: su advocacion de Santa Cecilia. Los moradores de la ciudad y de la tierra son gente llana, de condicion apacible y mansa; virtudes que pueden acarrear perjuicio, sino hay el recato conveniente para no dar lugar á gente mala que las pervierta y estrague. Los mas se sustentan de sus labranzas y de los frutos de la tierra: el comercio y trato de mercaderes es pequeño por estar en medio de Francia y caer lejos el mar.

Desta ciudad, en que tuvo su primer principio esta nueva locura y secta, tomó el nombre de albigense, y desde allí se derramó por toda la Francia y aun por parte de España, puesto que el fuego emprendió en Tolosa mas que en otra parte alguna, y aun de aquí procedió que algunos atribuyeron la primera origen deste error y secta á aquella ciudad. Otros dicen que nació primeramente en la Proenza, parte de la Gallia Narbonense. Don Lucas de Tuy, que por su

devocion y por hacerse mas erudito pasó á Roma, y de allí á Constantinopla y á Jerusalém, vuelto á su patria; entre otras cosas que escribió no menos docta que piamente, publicó una larga disputa contra todos estos errores, en que como testigo de vista relata lo que pasó en Leon, ciudad muy conocida en España y cabeza de aquel reino; cuyas palabras será bien poner aquí para mayor claridad, y para que mejor se entienda la condicion de los herejes, sus invenciones y trazas.

«Despues de la muerte del reverendo don Rodrigo »obispo de Leon no se conformaron los votos del »clero en la eleccion del sucesor: ocasion que toma»ron los herejes, enemigos de la verdad y que gustan »de semejantes discordias, para entrar en aquella »ciudad que se hallaba sin pastor, y acometer las »ovejas de Cristo. Para salir con esto se armaron co»mo suelen de invenciones. Publicaron que en cierto »lugar muy sucio, y que servia de muladar, se ha»cian milagros y señales. Estaban allí sepultados dos »hombres facinerosos, uno hereje, otro que por la »muerte que dió alevosamente á un su tio, le man»daron enterrar vivo. Manaba tambien en aquel lugar »una fuente, que los herejes ensuciaron con san»gre, á propósito que las gentes tuviesen aquella »conversion por milagro. Cundió la fama como suele »por ligeras ocasiones: acudian gentes de muchas »partes, tenian algunos sobornados de secreto con »dinero que les daban, para que se fingiesen ciegos, »cojos, endemoniados y trabajados de diversas en»fermedades, y que bebida aquel agua publicasen »que quedaban sanos.

»Destos principios pasó el embuste á que desenter»raron los huesos de aquel hereje, que se llamaba »Arnaldo, y habia diez y seis años que le enterraron »en aquel lugar: decian y publicaban que eran de »un santísimo mártir. Muchos de los clérigos simples »con color de devocion ayudaban en esto á la gente »seglar. Llegó la invencion á levantar sobre la fuente »una muy fuerte casa, y querer colocar los huesos »del traidor homiciano en lugar alto para que el »pueblo los acatase, con voz que fue un abad en »un tiempo muy santo. No es menester mas sino »que los herejes despues que pusieron las cosas en »estos términos, entre los suyos declaraban la inven»cion y por ella burlaban de la Iglesia, como si los »demás milagros que en ella se hacen por virtud de »los cuerpos santos, fuesen semejantes invenciones, »y aun no faltaba quien en esto diese crédito á sus »palabras, y se apartase de la verdadera creencia.

»Finalmente el embuste vino á noticia de los frai»les de la santa predicacion (que son los dominicos) »y en sus sermones procuraban desengañar el pue»blo. Acudieron á lo mismo los frailes menores y los »clérigos que no se dejaron engañar ni enredar en »aquella sucia adoracion. Pero los ánimos del pueblo »tanto mas se encendian para llevar adelante aquel »culto del demonio, hasta llamar herejes á los frailes »predicadores y menores porque los contradecian y »les iban á la mano. Gozábanse los enemigos de la »verdad y triunfaban: decian públicamente que los »milagros que en aquel lodo se hacian, eran mas »ciertos que todos los que en lo restante de la Iglesia »hacen los cuerpos santos que veneran los cristianos. »Los obispos comarcanos publicaban cartas de des»comunion contra los que acudian á aquella venera»cion maldita: no aprovechaba su diligencia, por »estar apoderado el demonio de los corazones de »muchos, y tener aprisionados los hijos de inobe»diencia.

»Un diácono que aborrecia mucha la herejía, en »Roma do estaba, supo lo que pasaba en Leon, de »que tuvo gran sentimiento, y se resolvió con pres»teza de dar la vuelta á su tierra para hacer rostro á »aquella maldad tan grave. Llegado á Leon se infor»mó mas enteramente del caso, y como fuera de si »comenzó en público y en secreto á afear negocio tan »malo: reprehendia á sus ciudadanos, cargábalos de »ser fautores de herejes. No se podia ir á la mano, »dado que sus amigos le avisaban se templase, por »parecelle que aquella ciudad se apartaba de la ley de »Dios. Entró en el ayuntamiento, díjoles que aquel »caso tenia afrentada á toda España: que de donde »salian en otro tiempo leyes justas por ser cabeza »del reino, allí se forjaban herejías y maldades nun»ca oidas. Avisóles que no les daria Dios agua, ni les »acudiria con los frutos de la tierra hasta tanto que »echasen por el suelo aquella iglesia, y aquellos »huesos que honraban, los arrojasen. Era así que »desde el tiempo que se dió principio á aquel embus»te y veneracion, por espacio de diez meses nunca »llovió, y todos los campos estaban secos. Preguntó »el juez al dicho diácono en presencia de todos: Der»ribada la iglesia, ¿aseguráisnos que lloverá y nos »dará Dios agua? El diácono lleno de fe: Dadme dijo »licencia para abatir por tierra aquella casa, que yo »prometo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo »so pena de la vida y perdimiento de bienes que den»tro de ocho dias acudirá nuestro Señor con el agua »necesaria y abundante.



Banderas que se encontraron en la batalla de las Navas.

»Dieron los presentes crédito á sus palabras: acu»dió con gente que le dieron, y ayuda de muchos »ciudadanos: allanó prestamente la iglesia, y echó »por los muladares aquellos huesos. Acaeció con »grande maravilla de todos que al tiempo que derri»baban la iglesia, entre la madera se oyó un so»nido como de trompeta para muestra de que el »demonio desamparaba aquel lugar. El dia siguien»te se quemó una gran parte de la ciudad á cau»sa que el fuego por el gran viento que hacia, no »se pudo atajar que no se estendiese mucho. Alteróse »el pueblo, acudieron á buscar el diácono para ma»talle: decian que en lugar del agua fue causa de »aquel fuego tan grande. Acudian los herejes, que »se burlaban de los clérigos, y decian que el diácono »merecia la muerte, y que no se cumpliria lo que »prometió; mas el Señor todopoderoso se apiadó de »su pueblo, ca á los ocho dias señalados envió agua »muy abundante, de tal suerte que los frutos se re»mediaron, y la cosecha de aquel año fue aventajada. »Animado con esto el diácono pasó adelante en per»seguir á los herejes, hasta tanto que los hizo desem»barazar la ciudad.»

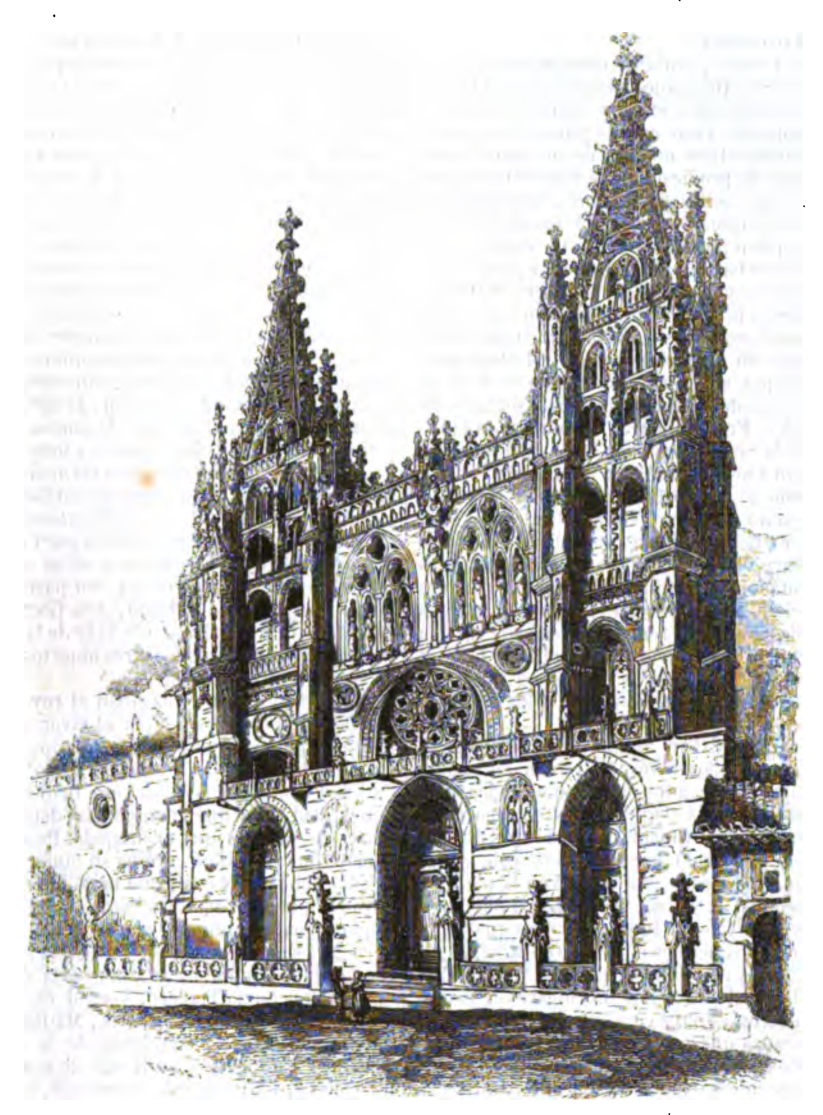
Hasta aquí son palabras deste autor; por las cuales se entiende que la pestilencia desta herejía cundió por España, si bien la mayor fuerza deste mal cargó

sobre la ciudad de Tolosa, de que le resultaron graves daños, y al rey de Aragon que la quiso ayudar, la desastrada muerte como luego se dirá.

CAPITULO II.

Cómo murió el rey de Aragon.

La secta de los albigenses se hacia temer y cobraba mayores fuerzas de cada dia no solo por las que el pueblo le daba, que mucho se le arrimaba, sino mas principalmente por los príncipes y grandes personajes que con su favor le acudian, sin hacer caso ni de la autoridad del papa, ni de lo que por el mundo dellos se diria. Estos eran los condes, el de Tolosa, el de Foz, el de Besiers y el de Cominges. Acudíales asimismo el rey de Aragon á causa que estas ciudades estaban á su devocion, y aun eran feudos suyos, como en otro lugar queda apuntado: además que tenia deudo en particular con el conde de Tolosa, que casó tercera vez con doña Leonor hermana del rey de Aragon; y aun el mismo hijo y heredero del conde que



Vista esterior de la catedral de Burgos.

se llamaba don Ramon como su padre, tenia por mujer otra hermana del mismo rey por nombre doña Sancha. Esta fue la verdadera causa de declararse por los albigenses y tomar las armas en su favor: que por lo demás fue príncipe muy católico, como se puede fácilmente entender en que entregó su hijo don Jaime á Simon conde de Monforte para que le criase y amaestrase, el que por este tiempo acaudillaba los católicos y era duro martirio contra los herejes.

El negocio era de tal condicion que tenia puestos en cuidado los católicos de Francia, y mas en particular al papa, que se recelaba no se arraigase de cada dia mas aquel mal, y con tantas ayudas cobrasen mayores fuerzas, especial que el vulgo como amigo de novedades, engañado con los embustes de aquellos herejes, fácilmente se apartaba de la creencia de sus mayores y abrazaba aquellas opiniones estravagantes. Buscaban algun medio para atajar aquel daño. Pareció intentar el camino de la paz, y blandura, si con diligencia y buenos ministros que predicasen la verdad, se podrian reducir los descaminados. Don Diego obispo de Osma camino de Roma, donde iba enviado por el rey de Castilla, pasó por

aquella parte de Francia; y visto lo que pasaba, y el riesgo que corrian aquellos pueblos si no se acudia en breve con remedio, hizo al papa relacion de todo aquel daño, y del peligro que se mostraba mayor. Llevaba en su compañía al glorioso padre Santo Domingo entonces canónigo reglar de San Agustin, y adelante destos principios fundador de la órden de los predicadores: era natural de Caleruega tierra de Osma, nacido de noble linaje. Avisado el papa de lo que pasaba, acordó acudir al remedio de aquellos daños. Despachó al obispo y á su compañero con poderes bastantes para que apagasen aquel fuego. Nombró tambien un legado de entre los cardenales con toda la autoridad necesaria.

Llegados á Francia, juntaron consigo doce abades de la órden de San Bernardo, naturales de la tierra, para que con sus predicaciones y ejemplo redujesen á los descaminados. Pero cuanto provecho se hacia con esto por convertirse muchos de su error, especialmente con la predicacion de Santo Domingo y milagros que en muchas partes obró, tanto por otra parte crecian en número los pervertidos de los herejes. Porque ¿quién pondrá en razon un vulgo incitado á mal? ¿quién bastará á hacer que tengan seso los hombres perdidos y obstinados en su error? Débese cortar con hierro lo que con medicinas no se puede curar, y no hay medio mas saludable que usar de rigor con tiempo en semejantes males. Mudado pues el parecer y la paz en guerra, acordaron de usar de rigor y miedo: juntóse gran multitud de soldados de Italia, Alemaña, Francia con la esperanza de la indulgencia de la Sede Apostólica concedida por Inocencio Tercero á los que tomasen la insignia y divisa de la cruz como era de costumbre en casos semejantes, y acudiesen á la guerra. Estos soldados tomaron primeramente á Besiers, ciudad antigua de los Volcas cabe el rio Obris. Pasaron en ella siete mil hombres de los alborotados á cuchillo. Algunos decian era castigo del cielo por la muerte que cuarenta y dos años antes ellos dieron á Trencavelo señor de aquella ciudad, y con él hirieron al mismo obispo. Con el miedo deste rigor la ciudad de Carcasona, que era de herejes, se entregó á los católicos, y los culpados fueron muertos.

Estos principios daban alguna esperanza que se podrian reparar aquellos daños. No tenian los católicos capitan que los acaudillase y á quien todos obedeciesen. Acordaron de elegir para este cargo á Simon conde de Monforte (pueblo conocido en el distrito de la ciudad de Chartres) por ser aventajado en las cosas de la guerra, y señalarse mucho en la piedad y amor de la religion católica. Aceptó aquel oficio por servir á Dios y á la Iglesia. Juntó las gentes que pudo, con que ganó de los herejes el castillo de Minerva, la ciudad de Albis, y otro pueblo llamado Vauro cerca de Tolosa, demás de otros muchos lugares. Pasaron adelante, pusieron cerco sobre Tolosa, no la pudieron tomar á causa que los condes el de Tolosa y el de Fox y el de Cominges se hallaban dentro y se la defendieron con mucho valor. Desde allí revolvieron sobre el condado de Fox y hicieron la guerra por aquella comarca. El rey de Aragon cuidaba del peligro que estos príncipes corrian, sus amigos y confederados. Recelábase otrosí de Simon de Monforte, que so color de piedad, que es un engaño muy perjudicial, no pretendiese para sí y para los suyos adquirir nuevos estados.

Movido destas razones, luego que se ganó aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa en que se halló presente, volvió su pensamiento á las cosas de la Francia, tanto que se hallaba que por el mes de enero principio del año de 1213 estaba en Tolosa ciudad de Francia para tomar acuerdo, es á saber de lo que debia hacer, y el mes siguiente de mayo hacia gente en Lérida y otras partes para volver á aquella guerra. Luego que allá llegó, le acudieron aquellos príncipes parciales: con sus gentes y con su venida se formó un ejército tan grande, que llegaba á cien mil hombres de pelea: gran número y que apenas se puede creer. Simon de Monforte por el contrario se apercebia para resistir contra fuerzas tan grandes. Acordó ribera de la Garona fortificar el castillo de Murello, plaza muy importante, para reprimir el orgullo de los enemigos. Acudieron aquellos príncipes confederados con sus gentes con intento de apoderarse de aquella fuerza. Acudió asimismo á la defensa de Simon Monforte con poca gente, pero escogida y arriscada. Iban en su compañía siete obispos, el padre Santo Domingo y tres abades, estos varones intentaron al principio medios de paz porque no se llegase á rompimiento, de que se temian graves daños; en especial avisaron al rey y le requirieron de parte de Dios no se juntase con los herejes, gente maldita y descomulgada por el padre santo: que temiese el castigo de Dios á quien ofendia, por lo menos escusase la infamia con que acerca de todo el mundo quedaria su buen nombre amancillado, y el odio que contra su persona resultaria. El rey se hizo sordo á consejos tan saludables y buenos. Diéronse vista los dos campos, y los dos caudillos adelantaron sus haces con resolucion de venir á las manos. En el ejército de los católicos no pasaban de ochocientos caballos y mil infantes: pequeño número para la muchedumbre de los contrarios. Sin embargo fiados en la buena querella que seguian, se determinaron de probar ventura. Embistieron de ambas partes y cerraron: trabóse la pelea, que fue muy brava y sangrienta. Los católicos se dieron tal maña y mostraron tal esfuerzo, que los herejes no pudieron sufrir su ímpetu, y en un punto se desbarataron y pusieron en huida. Los condes se salvaron por los piés. El rey quedó tendido en el campo con otros muchos de los suyos, caballeros de cuenta, en particular Aznar Pardo y su hijo Pedro Pardo, don Gomez de Luna, don Miguel de Luesia, gente toda de la principal de Aragon. El número de los otros muertos no fue grande para victoria tan señalada.

Todos comunmente juzgaban al rey por merecedor de aquel desastre así por el favor que dió á los herejes, si bien de corazon era y de apellido católico, ca entre los reyes de Aragon se llamó don Pedro el Católico, como por la soltura que tuvo en materia de honestidad, con que amancilló las demás virtudes y partes en que fue muy aventajado. Pasó en esto tan adelante que repudió á la reina su mujer, hembra de mucha bondad: el color que tomó fue que era deuda suya, y que estuvo antes casada con el conde de Cominges, matrimonio que no fue valido, antes contra derecho, segun que por su sentencia lo pronunciaron los jueces nombrados sobre esta diferencia por el papa Inocencio Tercero. Verdad es que de aquel matrimonio nacieron dos hijas, Matilde y Petrona, como parece por el testamento de la misma reina. Hallábase esta señora en Roma do era ida á seguir este pleito, y sustanciado el proceso, se esperaba en breve sentencia, cuando llegó la nueva de aquella jornada, y de la muerte del rey, que fue viernes á los trece de setiembre deste año. Su cuerpo entregaron á los caballeros de San Juan que le hicieron enterrar en el monasterio de Jijena en que su madre la reina doña Sancha estaba asimismo sepultada.

CAPITULO III.

Que el rey don Alonso de Castilla falleció.

Dejó el rey de Aragon un solo hijo habido en su mujer, que se llamó don Jaime, en edad de solos cuatro años. Quedaron otrosí dos tios del niño, don Fernando hermano del muerto, y abad de Montaragon y por el mismo caso monge profeso, y don Sancho

conde de Ruisellon persona de mucha edad, ca era tio del muerto hermano de su padre. Estos dos señores sin embargo el uno de su edad y el otro de su profesion entraron en pensamiento de apoderarse del reino. Para salir con esto cada cual por su parte procuraban ganar las voluntades del pueblo, y conquistar por todas las vias posibles á la gente principal. Alegaban para esto que don Jaime era hijo bastardo; y que escluido el niño como tal, entraban ellos en el derecho de la corona como deudos mas cercanos, por razones que cada cual proponia en su favor y para escluir al otro competidor. Los prelados, los señores y ricos hombres del reino llevaban mal la ambicion destos dos personajes y sus prácticas. En especial Pedro Fernandez de Azagra señor de Albarracin sentia mucho que se tratase de escluir aquel niño de la sucesion, y privarle del reino de su padre; y mucho mas que en tal coyuntura estuviese como cautivo en poder de Simon de Monforte. Comunicóse con los demás: acordaron despachar una embajada al papa Inocencio, en que le suplicaban interpusiese su autoridad y mandase á Simon de Monforte les restituyese el niño para ponelle en lugar de su padre y alzalle por su rey, que tal era la voluntad de los de aquel reino grandes y menores.

Oyó el pontífice benignamente esta embajada: parecióle la demanda muy justificada: despachó sus breves enderezados á su legado el cardenal Pedro Beneventano, que en su nombre asistia á la guerra contra los herejes. Encargábale diese todo contento á los de Aragon, si juzgase todavía que pedian razon. Entretanto que se trataba desto, Simon de Monforte se apoderó de la ciudad de Tolosa, nido y guarida principal de los alborotados y rebeldes. Juntó el legado un concilio en Mompeller para resolver lo que se debia hacer. Acordaron los padres entre otras cosas de nombrar por príncipe y señor de todo lo conquistado al mismo conde de Monforte en premio de sus trabajos. Para que el papa confirmase este su decreto le enviaron por embajador al obispo ebredunense ó de Ambrun. En este término se hallaban las cosas de Francia. En España se padecia grande hambre por causa de la sequedad. Tras la hambre como es ordinario se siguió gran mortandad ocasionada de los malos manjares de que la gente se sustentaba. Por la una y por la otra causa muchos pueblos y aldeas se yermaron y mas en el reino de Toledo, como mas sujeto á esta calamidad por ser lo mas alto de España. Acudió al remedio don Rodrigo Jimenez arzobispo de Toledo repartió gruesas limosnas de su hacienda, y con sus sermones animó al pueblo para que todos ayudasen, cada cual conforme á su posibilidad.

Esta diligencia y el fruto que della se siguió, que fue notable, agradó tanto al rey don Alonso, que en lo postrero de su edad estando en Burgos, hizo donacion á la iglesia de Toledo de muchos pueblos hasta en número de veinte aldeas, por parecerle se empleaban muy bien las riquezas y mando en quien usaba bien dellas, y que era ponellas como en un depósito comun para acorrer á las necesidades. En particular concedió al arzobispo de Toledo que por tiempo fuese, el oficio y preeminencia de chanciller mayor de Castilla, que en las cosas del gobierno era la mayor dignidad y autoridad despues de la del rey: privilegio que siete años antes se dió al arzobispo don Martin pero por tiempo limitado: al presente para siempre á don Rodrigo y sus sucesores. Este oficio ejercian los arzobispos (1) en lo adelante cuando andaban en la córte: si se ausentaban, nombraban con el beneplácito del rey un teniente que supliese sus veces y despachase los negocios: esto se continuó hasta el tiempo del arzobispo don Gil de Albornoz, cuando por su ausencia y por la revuelta de los tiempos se comenzó á dar aquel oficio á diferentes personas sin consentimiento de los arzobispos que sin embargo todavía se intitulaban chancilleres mayores de Castilla; por lo demás ninguna otra preeminencia de aquel oficio les quedaba, ni tienen en su poder los sellos reales, ni acuden á ellos los negociantes.

Hallábase el rey en Burgos: deseaba reconciliarse con su primo el rey de Leon, de quien se mostraba muy sentido despues que repudió á su hija doña Berenguela, y todavía duraba la enemiga. Concertaron vistas para Valladolid, y allí asentaron sus haciendas; en particular se acordó echasen por tierra y despoblasen al Carpio y Monterrey sobre que tenian diferencias, y los de Castilla los tomaran á los de Leon. Tomado este asiento, se partió el rey de Leon para su tierra, y con licencia del rey de Castilla llevó en su compañía á don Diego Lopez de Haro para ocuparle en la guerra que por aquellas partes hacia contra moros. Era don Diego famoso capitan en aquel tiempo, amado de los príncipes, agradable á los soldados: así demás de su hijo don Lope le siguió un buen golpe de los soldados castellanos por el deseo que todos tenian de ejercitarse en aquella guerra debajo de la conducta de caudillo tan principal. El rey de Castilla aunque viejo y muy cansado, no tenia menos deseo de proseguir por su parte la guerra contra moros, que quedaron amedrentados por la pérdida pasada, y á pique de perderse por estar divididos entre si y alborotados con bandos y parcialidades. Adelantóse el rey de Leon: rompió por aquella parte de la antigua Lusitania que confinaba con su reino y hoy se llama Estremadura. Talóles los campos, quemóles y saqueóles los pueblos y las aldeas, hizo grandes presas de hombres y de ganados. En particular á la ribera del rio Tajo ganó de los moros una villa antigua y fuerte que se llama Alcántara.

Para que la defendiesen, hizo della gracia á los caballeros de la órden de Calatrava (2), que pusieron allí buena guarnicion de soldados que de ordinario salian á correr la tierra de los moros y hacer sus cabalgadas.

Este fue el principio que tuvo la caballería de Alcántara, pequeño y flaco como suele ser en las cosas grandes, que se levantan de pequeños principios. De aquí vino que esta nueva caballería al principio fue sujeta á la de Calatrava; al presente se tiene por exenta, en especial despues que estos caballeros ganaron una bula en este propósito del papa Julio II en ninguna cosa quieren reconocer esta mayoría. El hábito de Calatrava antiguamente fue un escapulario con una capilla que dél salia, sobre el vestido á la manera de los frailes; mas por concesion del papa que en tiempo del scisma se llamó Benedicto XIII el año de mil y trecientos y noventa y siete dejaron la capilla y tomaron la cruz roja florlisada de la forma que hoy la usan, que se remata en cuatro flores de lis. Los de Alcántara en sus principios usaron por hábito de un capirote y una chia roja, ancha cuatro dedos y larga una tercia; pero el mismo papa les concedió por su bula trocasen aquellas insignias en la cruz verde florlisada de que usan en manto blanco de la misma forma y remates que la de Calatrava; que fue el año adelante de mil y cuatrocientos y once.

(1) Esta dignidad, que era la mas preeminente del reino, siempre se daba á las personas mas distinguidas por las letras ó por su estado. En Aragon parece que se instituyó mas tarde, pues no se hace mencion de ella hasta entrado el siglo XIII en tiempo de don Jaime I.

(2) Se dió á los caballeros de San Julian de Pereiro, que por su instituto hacian guerra perpétua á los moros. Esta órden fue aprobada por Alejandro III en 1177, y en 1178 se agregó á la de Calatrava.

Los unos y los otros militan debajo de la regla de San Bernardo y son sujetos á la órden del Cistel.

Este fin tuvo y este efecto hizo la guerra que el rey de Leon movió contra los moros por este tiempo, algo mas próspero que la que se hizo de parte de Castilla. Fue así que el rey don Alonso de Castilla dió vuelta al reino de Toledo: seguíale mucha gente que hizo levantar en todas partes, con que llegó hasta Consuegra y hasta Calatrava, que eran las fronteras por aquella parte de su reino. Pasó adelante, rompió por las tierras de los moros hasta llegar á Baeza, que era vuelta á poder de moros. Hizo grandes talas por aquella comarca, robos y sacomanos: finalmente se puso sobre aquella ciudad con intento de rendirla. Acudió á servirle en este cerco entre otros Diego Lopez de Haro despues que se dió fin á la guerra de Estremadura. Hicieron todo el esfuerzo posible, mas no pudieron salir con su intento á causa que el año era muy falto de mantenimiento y no se podian proveer de vituallas. Hicieron treguas con los moros, y con tanto dieron la vuelta para proveerse de lo necesario y poderse sustentar: por lo demás se presentaba buena ocasion de sujetar los moros por estar divididos y tener entre sí guerras civiles.

La cosa pasó desta manera. El rey Mahomad por sobrenombre el Verde, despues que perdió aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa, acordó para rehacerse de fuerzas pasar en Africa. Entre los moros mas que entre otras gentes, ningun respeto se guardan de lealtad y parentesco. Zeyt Abenzeyt su hermano tomó ocasion de aquella ausencia para apoderarse de la ciudad de Valencia y de Monviedro con toda aquella comarca. Lo mismo hizo un su primo por nombre Mahomad Zeyt en las ciudades de Córdoba, y de Baeza, que se alzó con ellas con color que era nieto de Abdelmon de parte de un hijo suyo llamado Abdalla, y por esta causa le pertenecian los reinos de Africa y de España que fueron de su abuelo. Demás desto otro moro por nombre Albullali, muy principal en riquezas y en vasallos, movido por el ejemplo de los moros ya dichos, y convidado de la ocasion que se le presentaba, sin otro mejor derecho se apoderó de Sevilla, de Ecija y de Jerez. Desta manera las fuerzas de los moros que de suyo no eran muy grandes, se dividieron en muchas partes y por el mismo caso se enflaquecieron.

Buena ocasion era esta; mas el rey don Alonso que era el mas poderoso príncipe de España, no pudo acudir á esta guerra no solo por la falta de vituallas, sino por dar socorro á los ingleses con quien tenia deudo y amistad, y cuyo partido en las partes de Francia andaba muy de caida á causa que los franceses contra lo que tenian asentado, de repente les movieron una guerra muy cruel y sangrienta. Por el mismo tiempo el rey de Portugal don Alonso el Segundo por sobrenombre el Gordo andaba ocupado en recobrar por las armas los estados que en aquel reino su padre dejó en su testamento á sus hermanas: causas que alegar para lo que quieren, nunca á los príncipes faltan. Acudieron aquellas señoras al amparo del rey de Leon que era su deudo, y les caia mas cerca para valerse de sus fuerzas: no fue él mismo en persona; pero envió á su hijo don Fernando, el cual con las armas ganó de los portugueses algunos pueblos, que adelante se volvieron por mandado del papa Inocencio, que interpuso su autoridad para sosegar estos bullicios y componer todas aquellas diferencias.

El rey de Castilla á la misma sazon deseaba verse con el rey de Portugal su yerno para comunicar con él cosas muy graves. Convidóle por sus embajadores que se llegase á Plasencia; y porque entendió que la venida del Portugués se dilataria algun tiempo, pasó á Burgos con intento de acudir á lo de Francia, y enviar en favor de los ingleses gente de socorro. La muerte atajó todas estas trazas. Daba la vuelta desde Burgos por el deseo que tenia de verse con el rey de Portugal, cuando en Garcimuñoz pueblo conocido le sobrevino una dolencia mortal, que se le aumentó con cierto aviso que le llegó de que aquel rey se escusaba de llegar hasta Plasencia, y solo venia en que si aquellas vistas importaban tanto, se hiciesen á la raya de los dos reinos. Esta es la condicion de muchos príncipes, que por no reconocer ni dar ventaja á nadie, sea deudo, sea superior, sea mas anciano, dejan pasar muchas ocasiones de concluir negocios muy importantes. Puédese tambien sospechar que aquel príncipe no se fió mucho del de Castilla, si bien era su suegro, por ser astuto y mañoso, y muy atento á sus particulares. Agravóse la dolencia tanto que los médicos le deshauciaron. Asistióle en aquel último trance el arzobispo de Toledo, que desde Calatrava donde residió algun tiempo para remediar la hambre como queda dicho, concluido aquel negocio, acudió á Burgos y hacia compañía al rey. El mismo le confesó y hizo que recibiese los demás sacramentos como suelen los cristianos, ordenase y otorgase su testamento. Esto hecho, rindió el alma lunes á seis de octubre dia de Santa Fides vírgen del año que se contaba de 1214. Conforme á esto se ha de corregir la letra del arzobispo don Rodrigo, que muchas veces por culpa de los impresores y de los escribientes está muy estragada.

Este fin tuvo el rey don Alonso, el mas esclarecido, príncipe en guerra y en paz de cuantos en aquel siglo florecieron. El solo acabó muchas cosas y salió con grandes empresas: los otros reyes de España sin él y sin su ayuda apenas hicieron cosa alguna que fuese de mucha consideracion. Falleció en edad de cincuenta y siete años y mas veinte y dos dias: dellos reinó por espacio de los cincuenta y cinco. Sepultaron su cuerpo en las Huelgas de Burgos: acompañaronle la reina doña Leonor, su hija doña Berenguela, el arzobispo don Rodrigo con otros principales del reino. Fallecieron así mismo este año la reina de Castilla viuda doña Leonor, y don Fernando, el hijo mayor del rey de Leon habido en su primera mujer; y demás destos don Diego Lopez de Haro, don Pedro de Castro hijo de Fernando de Castro, todos personajes muy principales. La muerte de la reina fue en Burgos viernes último dia de octubre. El dolor que recibió por ver muerto su marido que le queria mucho, le aceleró su fin: como fueron muy conformes en la vida, así sepultaron su cuerpo junto al de su marido. Don Fernando hijo del rey de Leon y de su mujer doña Teresa, era mozo de aventajadas partes y que daba muy buenas muestras, si la muerte antes de tiempo no le atajara los pasos, y cortara las esperanzas que táles virtudes y la apostura de su cuerpo prometian: enterráronle en el templo de Santiago de Galicia. Quedó otro hermano suyo de su mismo nombre, pero nacido de otra madre, que fue doña Berenguela, y que adelante sucedió en el reino de Castilla, y tambien á su padre, como se verá en sus lugares. Don Pedro de Castro ayudó y sirvió muy bien al rey de Leon en las guerras que hizo contra moros: su muerte fue en Marruecos ciudad de Berbería. La causa porque pasó en Africa, no se sabe: por ventura algun desgusto, ó la amistad que tenia trabada con los moros desde el tiempo de su padre. Falleció á diez y ocho de agosto deste mismo año en que vamos.

CAPITULO IV.

Cómo en Castilla y Aragon hobo revueltas y quemas.

Despues de la muerte de don Pedro rey de Aragon y de don Alonso rey de Castilla resultaron en el un reino y en el otro bullicios y alteraciones muy graves á causa de la poca edad de los nuevos reyes don Enrique y don Jaime que sucedieron á sus padres. Los

señores á cuyo cargo estaba mirar por el bien y pro comun, todos tenian mas atencion á sus particulares. Muchos en Castilla pretendian apoderarse del gobierno, y en nombre de otro, que era el rey, mandallo ellos todo, quitar y poner á su voluntad. Algunos en Aragon pasaban mas adelante, ca pretendian coronarse y gobernar en su nombre todo aquel reino. ¡Cuán desapoderado y perjudicial es el apetito de reinar y la ambicion! todo lo revuelve y lo trueca sin tener cuenta con la infamia ni lo que la modestia y templanza piden. Entre estas tempestades el gobierno y la gente andaba como nave sin gobernalle azotada de los vientos y de las olas del mar, especialmente en Aragon se veian estos daños por la ambicion perjudicial de don Sancho y de don Fernando tios de aquel rey, que segun queda dicho pretendia cada cual para sí aquella corona. No les faltaba brio para salir con su intento, ni maña para granjear las voluntades del pueblo. Alegaban que el rey don Jaime no podia heredar á su padre por no ser de legítimo matrimonio. Demás desto don Sancho contra su competidor se valia de que era monge profeso, y por el mismo caso incapaz de la corona: don Fernando del ejemplo del rey don Ramiro, que sin embargo que era monge y de mucha edad sucedió en aquel reino a su hermano; y que quitado este impedimento, él era el de los transversales el pariente mas cercano.

Con esto el reino se dividió en tres parcialidades: pocos, pero los mejores y mas poderosos seguian el partido del verdadero rey. El pueblo sin cuidar mucho de lo que era justo, se arrimaba á los que de presente con dádivas y con promesas los granjeaban. Enviáronse sobre el caso embajadores al papa Inocencio, como arriba queda dicho, para pedir á su rey, el cual en compañía del obispo ebredunense con muy buenas palabras los remitió á Francia enderezados al cardenal Beneventano su legado, con órden que al conde de Monforte entregase lo que tenian ganado en Francia contra los herejes, á tal que el mismo pusiese en libertad al niño rey de Aragon y le entregase á sus vasallos. Sabida la voluntad del papa, el legado y el conde de Monforte obedecieron sin dificultad. Hallabánse en Carcasona, desde donde acompañaron al rey, que tenia solo seis años y cuatro meses, hasta la ciudad de Narbona; en su compañía don Ramon conde de la Proenza su primo hermano, y de la misma edad del rey, para que se criase en Aragon entre tanto que las guerras de Francia se apaciguaban. Acudieron á aquella ciudad por estar á la raya de los reinos muchos señores de la corona de Aragon para recebir, servir y acompañar á su rey, todos con gran muestra de alegría y grandes regocijos y recebimientos, que todos los pueblos por do pasaba, le hacian procesiones y rogativas por su salud y larga vida. Tenia el niño para aquella edad buena presencia, y la estatura del cuerpo mayor que pedian aquellos años: muestra de lo que fue adelante de su valor y grandeza.

El conde de Monforte se quedó para proseguir la guerra. El legado, que en todo tenia mano, hizo convocar córtes para la ciudad de Lérida con atencion á dar asiento en todas las cosas. Juntáronse á su llamado los señores, ricos hombres, los prelados y procuradores para el dia que les señalaron. Los infantes don Sancho y don Fernando no quisieron acudir por ver el pleito mal parado. En aquellas córtes todos los que presentes se hallaron de los tres brazos del reino, juraron al nuevo rey: cosa nueva en Aragon, pero que deste principio quedó asentado para adelante, y así se acostumbra de jurar aquellos reyes. Nombraron por ayo del niño para que le amaestrase á don Guillen Monredon maestre y superior de los Templarios de aquel reino, y el principal de los embajadores que se enviaron al papa. Señalaron otrosí la fortaleza de Monzon para que allí se criase el nuevo rey, hasta tanto que las parcialidades se compusiesen, y que él tuviese edad para encargarse del gobierno. Entre los ciudadanos de Zaragoza y la gente de Navarra se abrió la contratacion, que segun parece tenian impedida por causa de las alteraciones de Aragon, ó por otras diferencias que siempre resultan entre los reinos comarcanos, mayormente que el rey don Sancho de Navarra por su edad y poca salud poco podia acudir al gobierno y al amparo de sus vasallos, antes vivia retirado en el castillo de Tudela sin atender á las cosas de la guerra ni á las del gobierno.

Esto pasaba al fin deste año, en que cerca de la ciudad de Tornay principal en los estados de Flandes, y puesta á la ribera del rio Escalda, el emperador Othon y Felipe rey de Francia tuvieron una sangrienta batalla. Estaba de parte del emperador don Fernando infante de Portugal casado con la condesa propietaria de Flandes, que vencidos y desbaratados los de su parte y los imperiales, quedó preso por largo tiempo en poder de los franceses. Esta fue la famosa batalla de Bovinas, así dicha de un puente junto al cual se dió. En Aragon todavía continuaban en procurar algun medio de paz; parecióle sería conveniente para contentar á don Sancho conde de Ruisellon encargarle el gobierno del reino de Aragon, como se hizo el año siguiente de 1215. Lo que pensaban seria ocasion de sosiego, sucedió muy al revés; que como persona deseosa de mandar, con la mano que le dieron, se encendió en mayor deseo de coronarse por rey, de que resultaron mayores revueltas y bullicios como se verá adelante.

Las cosas de Castilla no estaban en mejor estado. Era el nuevo rey don Enrique de once años cuando por muerte de su padre y por haber faltado sus hermanos mayores sucedió en aquella corona. Encargóse su madre del gobierno como era razon, que duró poco por la muerte que muy en breve le sobrevino. En su testamento nombró para el gobierno en su lugar y para la tutela del rey á doña Berenguela su hija reina de Leon, aunque apartada de su marido. Esta señora por ser de ánimo varonil y muy poderosa en vasallos, ca tenia por suyas las villas de Valladolid, Muñon, Curiel y Santisteban de Gormaz por merced y donacion que dellas le hizo el rey su padre cuando volvió á Castilla, sustentaba el peso de todo, y aun ayudaba con su hacienda á los gastos que forzosamente en el gobierno se hacian. ¿Quién podrá bastantemente encarecer las virtudes desta señora; su prudencia en los negocios, su piedad y devocion para con Dios, el favor que daba á los virtuosos y letrados, el celo de la justicia con que enfrenaba á los malos, el cuidado en sosegar algunos señores que gustaban de bullicios, y que el rey su hermano se criase en las costumbres que pertenecen á estado tan alto? Solo lo aquejaba la muchedumbre de los negocios y el deseo que tenia de su recogimiento y quietud. Olieron esto algunos que tienen por constumbre de calar las aficiones y desvios de los príncipes para por aquel medio encaminar sus particulares; en especial los de la casa de Lara, como acostumbrados á mandar, procuraron aprovecharse de aquella ocasion para apoderarse ellos el gobierno.

Eran tres hermanos, Alvaro, Fernando y Gonzalo, hijos de don Nuño conde de Lara poderosa en riquezas y en aliados. Estos hacian poco caso del rey por ser niño, y de su hermana por ser mujer. Pretendian salir con su intento quier fuese con buenos medios, quier con malos. Ofreciéronse dos ocasiones muy á propósito: la una que un hombre particular llamado Garci Lorenzo natural de Palencia, tenia mucha cabida con doña Berenguela. De la industria deste hombre y de su maña que era muy grande, se pretendieron valer, y para esto le prometieron, si terciaba bien y les acudia conforme á su deseo, de dalle

en premio la villa de Tablada que él mucho deseaba. Esta fue la primera ocasion. La segunda y de menos importancia fue la ausencia que á la sazon hizo don Rodrigo arzobispo de Toledo, que solo por su mucha autoridad y prudencia pudiera descubrir y desbaratar estas trazas. Partióse para Roma para hallarse con los demás prelados en el concilio Laterano que por sus edictos tenia convocado el papa Inocencio. Juntáronse á su llamado cuatrocientos y doce prelados, y entre ellos los setenta y uno eran arzobispos, el patriarca de Jerusalén y el de Constantinopla. El Alejandrino y el Antiocheno no acudieron, pero enviaron sus tenientes que supliesen sus veces. Los demás sacerdotes que acudieron, apenas se podian contar. Los negocios que en este concilio se trataron, fueron muchos y muy graves. Sobre todo pretendian renovar la guerra de la Tierra Santa, y apaciguar las alteraciones de Francia que los herejes traian revueltas.

Abrióse el concilio por el mes de noviembre en la iglesia de San Juan de Letran. Entre los demás padres se señaló mucho el arzobispo don Rodrigo: hizo una oracion á los del concilio en lengua latina, pero mezcladas sentencias y como flores de las otras lenguas, italiana, alemana, inglesa, francesa, como el que bien las sabia, que puso admiracion á los padres hasta decir que desde el tiempo de los apóstoles nunca se vió cosa semejante. En particular se trató de la primacía de Toledo á causa que los arzobispos de Tarragona, Braga, Santiago y Narbona no le querian reconocer ventaja por razones que cada cual en su defensa alegaba. Presentáronse por la iglesia de Toledo las bulas de los pontífices romanos mas antiguos, sus sentencias y determinaciones, los decretos de los concilios, argumentos y probanzas tomadas de la antiguedad, que en los hombres es venerable, y en las ciudades se tiene por cosa sagrada. Salieron á la causa el arzobispo de Braga y el de Santiago que presentes se hallaron, y el obispo de Vique como lugarteniente del de Tarragona. Pretendian alegar, y alegaron de su derecho, y responder á los argumentos y razones que por el de Toledo militaban.

No se procedió á sentencia á causa que algunos de los interesados se hallaban ausentes y era necesario oirlos. Solo concedió el papa al arzobispo don Rodrigo que por espacio de diez años tuviese autoridad de legado en toda España; y que si la ciudad de Sevilla viniese á poder de cristianos (1) como esperaban que seria en breve por la flaqueza de los Almohades, que en tal caso quedase sujeta al arzobispo de Toledo como á primado, sin que pudiese contradecir ni apelar deste decreto. Concedióle demás desto facultad de dispensar y de legitimar trecientos hijos bastardos, y que en todas las iglesias de España en las ciudades que se ganasen de moros, pudiese nombrar y poner los obispos y sacerdotes que en ellas faltasen. Grande fue el crédito que el dicho arzobispo ganó en aquel concilio no solo por las muchas lenguas que sabia, sino por sus muchas letras y erudicion, que para aquel tiempo fue grande. Dejó dos libros escritos, uno de la historia de España, el otro de las cosas de los moros, fuera de otro tratado que anda suyo en defensa de la primacía de su iglesia de Toledo.

Tocante á la guerra de la Tierra Santa se acordó y decretó en el mismo concilio que todos los eclasiásticos ayudasen para los gastos y para llevalla adelante con cierta parte de sus rentas. Con este subsidio enviaron gente de socorro, y por su general á Pelagio cardenal y obispo albanense de nacion español, segun que lo testifica don Lucas de Tuy, y que con este socorro se ganó la muy famosa ciudad de Damieta puesta en lo postrero de Egipto. Cuanto á las revueltas de Francia, los dos Raimundos ó Ramones padre y hijo, conde de Tolosa, acudieron al concilio para pleitar contra Simon de Monforte que los tenia despojados de su estado. La resolucion fue que los condenaron como á herejes, y adjudicaron á Simon de Monforte la ciudad de Tolosa con todo aquel condado, y los demás pueblos y ciudades que habia ganado á los herejes con su valor y buena maña. En virtud de lo cual fue á verse con el rey de Francia para hacerle sus homenajes como feudatario suyo por aquellos estados, como lo hizo, y juntamente asentó con aquel rey confederacion y perpétua amistad. Pero como quier que no se fiase de los vasallos, que todavía se inclinaban á sus señores antiguos, hizo desmantelar las ciudades de Tolosa, Carcasona y Narbona, por donde y por los tributos muy graves que derramó sobre aquellos estados, incurrió en grave odio de los vasallos, de tal manera que muchos pueblos á la ribera del rio Ródano se le rebelaron y se entregaron á Raimundo el mas mozo, hijo del despojado, y aun poco adelante se perdió la misma ciudad de Tolosa: para todo ayudó mucho que diversos señores de Francia y de Cataluña sin embargo de lo decretado por el papa y por el concilio acudieron con sus fuerzas á aquellos príncipes despojados y pobres.

El de Monforte pretendia con sus gentes recobrar aquella ciudad de Tolosa, y se puso con este intento sobre ella, y aun saliera con la empresa, si no le mataran con una piedra que dispararon los cercados de un trabuco: hombre dignísimo de mas larga vida y de mejor fin por sus muchas virtudes y valor; y que á la destreza de las armas igualaba su piedad y amor de la religion católica. Dejó dos hijos de edad muy florida, el uno se llamó Aymerico el otro Simon. El Aymerico luego que mataron á su padre, alzó el cerco, y perdida grande parte de aquellos estados, desistió de la guerra. No se igualaba á su padre en grandeza de ánimo, en hazañas y valor: así desconfiado de poder sosegar aquellos vasallos y contrastar con tantos príncipes como le hacian resistencia, se resolvió de renunciar aquellos pueblos y entregallos al rey de Francia, que en recompensa le nombró por su condestable, trueco muy desigual: esto paso tres años adelante, volvamos á la órden de los tiempos que poco arriba dejamos.

CAPITULO V.

Cómo los de la casa de Lara se apoderaron del gobierno de Castilla.

Los de la casa de Lara todavía continuaban en su pretension y solicitaban á Garci Lorenzo para que les ayudase: él engolosinado con las promesas que le hacian, y porque no se le pasase aquella ocasion de adelantarse, se ofreció de hacer todo lo que le pedian. Solo esperaba alguna buena coyuntura; y hallada, dijo un dia á la reina gobernadora, que muy descuidada estaba de aquellas tramas, que la carga de aquel gobierno era muy pesada, y sobre las fuerzas mayormente de mujer: encareció mucho las dificultades, los peligros, la diversidad de aficiones y parcialidades que entre los señores y entre los del pueblo andaban. La reina que mucho deseaba su quietud, fácilmente se dejó persuadir y llevar de aquellas engañosas palabras. «¿Quién (dijo) me podrá »descargar deste cuidado? ¿quién os parece á propó»sito para encargalle el gobierno y la crianza del »rey?» Respondió: Ninguno en el reino en poder y en riquezas se iguala á los de la casa de Lara, que podrán acudir á todo y reprimir los intentos de los mal intencionados.

Parecióle bien este consejo á la reina y esta traza. Acordó juntar los obispos, los ricos hombres y los señores para consultar el negocio. Los mas, preguntado su parecer, se allegaron al de Garci Lorenzo, y

(1) Fue por bula de Honorio III, y no de Inocencio III.

se conformaron con la voluntad de la reina unos por no entender el engaño, otros por estar negociados, otros por aborrecer el gobierno presente como de mujer, y ser cosa natural de nuestra naturaleza perversa creer de ordinario que lo venidero será mejor que lo presente. Salió por resolucion que la reina dejase el gobierno del reino y le renunciase en los tres hermanos y señores de Lara. Volvió en esta sazon de Roma el arzobispo don Rodrigo con poder y autoridad de legado del papa: no le plugo nada que la reina renunciase, pero el negocio le tenian tan adelante, que no se atrevió á contradecir.

Solo hizo que aquellos señores de Lara en sus manos hiciesen juramento que mirarian por el bien comun y por el pro de todo el reino, en particular que no darian ni quitarian tenencias y gobiernos de pueblos y castillos sin consulta de la reina y sin su voluntad: que no harian guerra á los comarcanos, ni derramarian nuevos pechos sobre los vasallos: finalmente que á la reina doña Berenguela tendrian el respeto que se debia y era razon tenerle á la que era hermana, hija y mujer de reyes.

Con este homenaje les parecia se cautelaban y aseguraban que todo procederia bien y á contento, como si pudiese cosa alguna enfrenar á los ambiciosos, y si el poder adquirido por malos medios tuviese de ordinario mejores los remates. Fue así que luego que don Alvaro el mayor de los hermanos se apoderó del gobierno, partió de Burgos, do se hizo la renunciacion y todos estos conciertos. Lo primero desterró del reino á ciertos señores por causas ya verdaderas ya falsas. Apoderóse de los bienes públicos y particulares sin perdonar á las mismas rentas de las iglesias.

A los patrones legos, que tenian derecho y costumbre de presentar para los beneficios de las iglesias, quitó aquella libertad con color que no eran de órden sacro, y de reparar el culto divino que en muchas maneras andaba menoscabado. En todo procedia por via de fuerza sin cuidar de las leyes, ni de la revuelta que los tiempos amenazaban. Pasó tan adelante en esta rotura que puso en necesidad á don Rodrigo, dean de Toledo y vicario del arzobispo, de pronunciar sentencia de descomunion contra el dicho don Alvaro gobernador. Enfrenóse algun tanto por este castigo, y hizo alguna restitucion y satisfaccion de los daños pasados; pero no se mudó del todo su condicion y mal ánimo. Juntó córtes en Valladolid. Acudieron á su llamado y á su persuasion por la mayor parte los de su parcialidad y de su valía, que so color del bien público y con voz de todo el reino ayudaron sus intentos de arraigarse en el gobierno, y pertrecharse con todo cuidado para todo lo que pudiese resultar Este fue el principal efecto de aquellas córtes.

A gran parte de la nobleza pesaba mucho que don Alvaro con aquellas trazas se apoderase de todo sin que nadie le pudiese ir á la mano, y que uno solo tuviese mas fuerza y autoridad que todos los demás. En especial don Lope de Haro hijo de don Diego de Haro (1), y don Gonzalo Ruiz Giron mayordomo de la casa real y sus hermanos, que todos eran de los mas principales, sentian mucho el desórden. Comunicaron entre sí el negocio: acordaron hacer recurso á doña Berenguela, y querellarse de la renunciacion que hizo del gobierno. Pusiéronle delante el peligro que todo corria, si prestamente no se acudia con remedio: que bien estaban satisfechos del buen ánimo é intencion que tuvo en renunciar el gobierno; mas pues las cosas sucedian al revés de lo que se pensó, era forzoso mudar propósito y volver al oficio y cuidado que dejó, para que aquellos hombres locos y sin término no acabasen de hundillo todo: «¿Por ventura será razon que antepongais vuestro descanso y »quietud al bien comun y pro de todo el reino, permitir que todos nos despeñemos y nos perdamos? »¿Por qué no quitareis el oficio y cargo que sin darnos parte renunciastes, á un hombre sin juicio y »desatinado? Librad pues á nos y al reino de las tempestades que á todos amenazan; que si en este »trance no nos acudís, será forzoso remediar los daños con las armas. Mirad señora no se diga que por »el deseo de vuestro particular descanso fuistes causa que el reino se revolviese y alterase, como será »necesario.».



Movian estas razones á la reina: conocia el yerro que hizo; todavía como era mujer y flaca no se atrevia á contrastar con los que tenian en su poder las fuerzas y las armas del reino. Temia que si intentaba de despojallos del gobierno, resultarian mayores males: tomó por espediente avisar á los de Lara de la jura que hicieron de gobernar el reino con todo cuidado sin hacer agravios ni demandas, en que parecia haberse desmandado. Sirvió este aviso muy poco, antes irritado don Alvaro se apoderó del estado y pueblos de la misma reina, y no contento con esto, la mandó salir de todo el reino: grande atrevimiento y afrenta notable, bien fuera de lo que sus obras merecian, y de lo que la nobleza y agradecimiento pedia. La reina por escusar mayores inconvenientes en compañía de su hermana la infanta doña Leonor se retiró al castillo de Otella cerca de Palencia por ser una plaza muy fuerte: muchos de los grandes tomaron su voz, en que perseveraron hasta la muerte del rey su hermano. Todo era principio de algun gran rompimiento, mayormente que á don Gonzalo Giron

(1) La efigie de este varon tan notable de aquellos tiempos, se presenta en la catedral de Toledo de la manera que aquí la ponemos.

removieron del oficio de mayordomo mayor, y se dió á don Fernando de Lara hermano de don Alvaro. Al rey aunque de poca edad, no contentaban estas tramas: deseaba hallar ocasion para librarse de los que en su poder le tenian, y irse para su hermana. Era por demás tratar desto, porque don Alvaro le tenia puestas guardas y tomados los pasos: demás desto por asegurarse mas, y ganalle la voluntad con deleites fuera de tiempo trató de casarle. Despachó embajadores para pedir por mujer del rey á doña Malfada hermana del rey de Portugal don Alonso. Concertóse el casamiento, y trajeron la novia á Palencia, do se celebraron las bodas.

Recibió desto mucha pesadumbre doña Berenguela por los daños que podian resultar á causa de la edad del rey, que era muy poca. Escribió sobre el caso al papa Inocencio: avisóle del deudo que tenian entre sí los desposados. El papa, informado de todo, por un breve suyo remitió el negocio á los obispos don Tello de Palencia y don Mauricio de Burgos para que examinasen lo que la reina decia, y si se averiguase el impedimento, apartasen aquel casamiento so graves penas y censuras sino obedeciesen á sus mandatos. Los obispos luego que recibieron el breve, procedieron en el caso como les era mandado, y averiguado el parentesco que se alegaba, dieron sentencia de divorcio: con que la desposada, á lo que se cree, doncella y sin perjuicio de su virginidad dió la vuelta á Portugal. Allí fundó el monasterio de Rucha, y en él pasó lo que le restó de la vida, santa y religiosamente, aunque muy sentida no solo de aquella mengua sino en especial contra don Alvaro que no contento de haberle sido causa de aquel daño trató de casarse con ella; que fuera un trueco muy desigual y de reina sujetarse á su mismo vasallo.

Todo esto pasaba en Castilla el año que se contó de Cristo 1216, en que á diez y seis de julio falleció en Roma el papa Inocencio III persona de aventajadas prendas y virtudes, y que pocos en el número de los pontífices se le igualaron, en particular fue muy elocuente y muy sabio en letras divinas y humanas. Sucedió en su lugar Honorio III natural de Roma, en cuyo tiempo y pontificado falleció en aquella ciudad la reina de Aragon (1), doña María madre del rey don Jaime: sepultaron su cuerpo en el Vaticano cerca del sepulcro de Santa Petronilla. Allí reposaron sus huesos de los muchos trabajos que padeció por toda su vida, desterrada de su reino y de su patria, pobre y apartada de su marido. En su testamento dejó encomendado su hijo y el reino de Aragon al pontífice para que como padre universal los recibiese debajo de su proteccion y amparo. La edad del rey tenia necesidad de semejante favor; y por estar los del reino divididos en parcialidades, de que se temian revueltas y guerras, era menester que la prudencia del pontífice los enfrenase, lo que él hizo con todo cuidado por cuanto le duró la vida.

En esta sazon don Ramon conde de la Proenza por cartas que sus vasallos le enviaban, se determinó de huirse secretamente de Monzon do le tenian como preso en compañía del rey de Aragon su primo. Embarcóse en una galera que en el puerto de Salu cerca de Tarragona le tenian aprestada. Con su llegada á su estado se apaciguaron graves diferencias que andaban entre los principales de aquella tierra, como los que estaban sin cabeza, y cada cual pretendia poner mano en el gobierno. Tomás conde de Mauriena, cepa de los duques de Saboya, tenia una hija por nombre Beatriz, que casó con este don Ramon conde de la Proenza. Deste matrimonio nacieron cuatro hijas, que casaron las tres con otros tantos reyes, y la cuarta con el emperador, rara felicidad y notable. La huida de don Ramon fue ocasion de poner en libertad al rey de Aragon. Don Guillen Monredon maestre del Temple comenzó á recelarse por este ejemplo no le sacasen con semejante maña de su poder al rey, que seria ganar otros las gracias de ponelle en libertad, y quedar él cargado de habelle tenido tanto tiempo como preso. Con este cuidado, y para dar corte en lo que se debia hacer, se comunicó con don Pedro de Azagra señor de Albarracin, y con don Pedro Ahones, ambos personajes de mucho poder y nobleza. Acordaron de llamar á Monzon á don Aspargo que de obispo de Pamplona lo era á la sazon de Tarragona, y á don Guillen obispo de Tarazona. Juntos que fueron, de comun acuerdo se resolvieron de poner al rey en libertad y entregalle el gobierno del reino, si bien no pasaba de nueve años. Tomaron este acuerdo por el mes de setiembre, y se juramentaron entre sí de llevar adelante esta resolucion.

No hay cosa secreta en las casas reales, mayormente en tiempo que reinan pasiones y parcialidades. Don Sancho tio del rey, que tenia el gobierno del reino, sabido lo que pasaba, con intento de conservarse en el mando llevaba muy mal aquel acuerdo. Desmandábase en palabras y fieros en tanto grado que llegó á amenazar cubriria de grana el camino por do el rey pasase, que era tanto como decir le regaria con sangre de los que le acompañasen. Su soberbia era tan grande que nunca pensó se atrevieran á lo que hicieron; y todavía se fue con buen golpe de gente á Selga, que es un pueblo puesto en el mismo camino por do habian de pasar. El rey cuando esto supo, tuvo miedo, tanto que sin embargo de su poca edad se puso una cota de malla con intento de pelear, si fuese necesario. Valió que don Sancho aunque tenia en las manos la victoria por ser muy pocos los que acompañaban al rey, bien que de los mas ilustres y principales, no se determinó á acometellos: la causa no se sabe, parece que le cegó Dios para que no viese la caida que deste principio muy en breve le esperaba.

El rey libre deste peligro pasó á Huesca, de allí á Zaragoza. Allí y por todo el camino se hicieron grandes fiestas y alegrías y recibimientos por velle puesto en libertad, ca todos esperaban y tenian por cierto que para adelante el gobierno procederia mejor que hasta allí, y los daños del reino se remediarian. Convenia dar asiento en negocios muy graves que tenian represados, sosegar las voluntades y parcialidades, alentar á los buenos y cortar los pasos á los no tales. Para todo tenian necesidad de recoger dineros, de que se padecia gran falta á causa de los gastos que los años pasados se hicieran, y de los bandos y pasiones que continuaban y todo lo tenian consumido. Los catalanes acudieron á esta necesidad con mucha voluntad: otorgaron que se cobrase el tributo, que vulgarmente llaman bovatico por repartirse por las yuntas de bueyes y las demás cabezas de ganados. Este tributo se concede pocas veces y solo en tiempo de graves necesidades; y sin embargo de que le otorgaron al rey don Pedro los años pasados por tres veces, al presente se le concedieron al rey don Jaime su hijo, que fue el año mil y docientos y diez y siete. Fue esta concesion de grande momento: de que se recogió tanto dinero cuanto era menester para el sustento de la casa real, y para apercebirse de gente que enfrenase las demasías de cualquiera que se desmandase.

CAPITULO VI.

De lo restante hasta la muerte del rey don Enrique de Castilla.

La division y enemiga entre don Alvaro de Lara y la reina doña Berenguela traia alborotado el reino, pequeños y grandes: unos acudian á una parte,

(1) Zurita en sus *Anales de Aragon* pone la muerte de esta reina el año 1219.

otros á la contraria do que resultaban muertes y robos y otros géneros de maldades. Sucedió un nuevo embuste de don Alvaro, con que echó el sello á los demás desórdenes y trazas. Pasó el rey al reino de Toledo, y entreteníase en Maqueda, villa poco distante de aquella ciudad. Doña Berenguela su hermana cuidadosa de su salud le despachó un hombre para que de secreto le visitase de su parte, y le llevase nuevas de todo lo que pasaba. Tuvo don Alvaro desto aviso: prendió al hombre con achaque que traia cartas, que él mismo contrahizo con el sello de la reina, en que persuadia á los de palacio diesen yerbas al rey su señor. Para dar mayor calor á esta invencion, y para hacer sospechosa á la reina, y que el rey se recatase de la que era su amparo, hizo dar garrote al mensajero, que sin culpa alguna estaba.

Con esto hecho tan atroz se enconaron mas las voluntades: los mismos vecinos de Maqueda, sabido el embuste, con mano armada pretendieron dar la muerte á hombre tan malo; y salieran con ello si con tiempo no se retirara y en compañía del rey se partiera camino de Huete. A aquella ciudad envió de nuevo la reina doña Berenguela á instancia del mismo rey otro hombre, que se llamaba Rodrigo Gonzalez de Valverde, para comunicar con él la manera que tendria para retirarse donde la reina estaba. A este tambien prendieron y enviaron á Alarcon para que allí le guardasen: no se atrevieron á darle la muerte por no indignar mas la gente; la tempestad empero que con estas nubes se armaba, revolvió sobre los señores que seguian el partido de la reina. Tuvo el rey la cuaresma en Valladolid: desde allí envió don Alvaro buen golpe de gente para cercar á Montalegre, en que se tenia don Suero Tellez Giron caballero de muy antiguo y noble linaje, y bien apercebido de soldados para defender aquella plaza; demás que tenia dos hermanos el uno don Fernando Ruiz y el otro don Alonso Tellez que le pudieran acudir, y no lo hicieron por respeto del rey, antes don Suero luego que en nombre del rey le requirieron entregase aquella fuerza, lo hizo, si bien se pudiera entretener largamente; mas los nobles antiguamente en España sobre todo se esmeraban en guardar á sus príncipes el respeto y la debida lealtad. Despues desto corrieron los campos comarcanos; y el rey mismo con su gente se puso sobre Carrion. Desde á poco pasó sobre Villalva, dentro de la cual fuerza se hallaba Alonso de Meneses, no menos ilustre que los Girones, pero no tan comedido como ellos.

La venida del rey fue de sobresalto, y don Alonso á la sazon se hallaba fuera del pueblo: para entrar dentro le fue forzoso hacerse camino con la espada, en que estuvo á punto de perderse, y quedó herido y muertos muchos de sus criados, y algunos caballos que le tomaron en la refriega sin embargo defendió aquella plaza obstinadamente hasta tanto que el rey perdida la esperanza de salir con la empresa, dió la vuelta para la ciudad de Palencia en sazon que por otra parte se hacia la guerra contra don Rodrigo y don Alvaro de los Cameros, en cuyo poder estaba la ciudad de Calahorra. Acudió el rey á esta empresa: con que fácilmente se apoderó de aquella ciudad por entrega que Garci Zapata le hizo del Castillo, cuyo alcaide era, sea por acomodarse al tiempo, ó por juzgar le seria mal contado si hacia resistencia á su rey que se hallaba presente. Tomada aquella ciudad, marcharon contra don Lope de Haro señor de Vizcaya. La tierra es áspera y la gente muy aficionada á sus señores, que fue causa que la guerra se alargase y el rey diese la vuelta: esto dió ánimo á don Lope para con la gente que tenia junta para su defensa, hacer entrada por las tierras del rey y correr los campos sin reparar hasta la villa de Miranda de Ebro. Salióle al encuentro don Gonzalo hermano del gobernador don Alvaro: asentaron sus reales los unos á vista de los otros con intento de pelear. Escusóse la batalla por la diligencia de varones graves y religiosos que se pusieron de por medio, y les persuadieron desistiesen de aquel intento, de que resultarian graves daños por cualquiera de las partes que quedase la victoria.

Con esto don Gonzalo se partió para do el rey estaba, y don Lope se fue á Otella para verse con la reina doña Berenguela, y asistilla, ca se temia no la cercasen dentro de aquel castillo, y aun refieren que el rey con su gente mas por engaño de don Alvaro que por su voluntad, lo intentó; sin hacer empero efecto dió la vuelta á Palencia. Añaden que se trató de casar de nuevo el rey con doña Sancha hija del rey don Alonso de Leon, y de su primera mujer, y que estuvieron muy adelante los conciertos, con tal que la infanta heredase el reino de su padre, sin embargo que tenia en doña Berenguela á su hijo don Fernando ¿la verdad quién la podrá averiguar? que la historia deste tiempo no menos revueltas y perplejidades tiene que las mismas cosas del reino. Conciertan en que como el rey estuviese aposentado en las casas del obispo, y jugase con otros sus iguales en el patio, fue muerto por un caso repentino y desgracia estraordinaria: una teja que cayó le descalabró la cabeza, de que desde á once dias murió martes á seis de junio año de 1217. Gran burla de las cosas del mundo, grande la miseria, pues muere un rey jóven en la flor de su edad, en la entrada del reino, que apenas habia probado qué cosa es vivir y reinar. Hay fama aunque sin autores bastantes, que un mancebo del linaje de los mancebos tiró una piedra desde una torre que estaba cerca, y con ella quebró la teja que cayó sobre la cabeza del rey y le mató. El cuerpo el tiempo adelante enterraron junto á la sepultura de su hermano don Fernando en las Huelgas de Burgos, en que cada año el dia de su muerte le hacen aniversario en aquel mismo tiempo. Vivió menos de catorce años: dellos reinó los dos y mas nueve meses.

Este mismo año en Portugal se ganó de los moros un pueblo principal que se llama alcázar de Sal, y antiguamente se llamó Salacia, y era colonia de romanos. El autor y movedor principal desta empresa fue Mateo obispo de Lisboa: él juntó para ello mucha gente de Portugal, y persuadió, á los caballeros Templarios que ayudasen; y lo que mas hizo al caso, una armada de mas de cien velas en que gran número de ingleses, flamencos y franceses, tomada la señal de la cruz por lo que se trató en el concilio Lateranense, pretendian rodeado el mar Océano y Mediterráneo, pasar á las partes de Levante y á la Suria en defensa de la Tierra Santa y para dar calor á aquella guerra sagrada, aportó á Lisboa y echó anclas en aquel puerto: estos á persuasion de aquel prelado se juntaron con los demás para combatir aquel pueblo. Acudió á la defensa y á dar socorro á los cercados gran morisma de Sevilla, Córdoba y otras partes. Vinieron á batalla, en que murieron mas de sesenta mil moros: gran matanza. Diosé la batalla á los veinte y cinco de setiembre, y á los diez y ocho de octubre se ganó la plaza.

CAPITULO VII.

Cómo alzaron por rey de Castilla á don Fernando llamado el Santo.

El rey don Enrique tenia dos hermanas mayores que él, doña Blanca y doña Berenguela. Doña Blanca casó con Luis hijo mayor de Philipe Augusto rey de Francia, doña Berenguela á su marido don Alonso rey de Leon durante el matrimonio le parió cuatro hijos que fueron don Fernando, don Alonso, doña Constanza y doña Berenguela. Doña Blanca se aven-

tajaba en la edad ca era mayor que su hermana (1), y parecia justo sucediese en el reino de su hermano difunto, si el derecho de reinar se gobernara por las leyes y por los libros de juristas, y no mas aina por la voluntad del pueblo, por las fuerzas, diligencia y felicidad de los pretensores, como sucedió en este caso. Juntáronse muchos donde la reina estaba con toda brevedad para consultar este punto. Salió por resolucion de comun acuerdo sin hacer mencion de doña Blanca que el reino y la corona se diesen á su hermana doña Berenguela. Aborrecian como es ordinario el gobierno de extranjeros, y recelábanse que si Castilla se juntaba con Francia, podrian dello resultar alteraciones y daños.

Antes que esta resolucion se tomase, la reina doña Berenguela para evitar inconvenientes despachó á don Lope de Haro y á Gonzalo Ruiz Giron para que alcanzasen del rey de Leon le enviase á su hijo don Fernando para que la asistiese contra las fuerzas y embustes de don Alvaro Nuñez de Lara el gobernador, que á la sazon la tenia cercada dentro de Otella, como queda dicho. Desistió por entonces de pretender contra los de Lara, porque alzaron el cerco; al presente sabida la desgracia del rey su hermano, volvió á su primera demanda. Era menester usar de presteza antes que la muerte del rey llegase á noticia del rey de Leon, del cual se recelaban no intentase de apoderarse del reino de Castilla como dote de su mujer, si bien el matrimonio estaba apartado: el recelo por lo que se vió adelante, no era sin propósito. Los embajadores se dieron tal priesa; y usaron de tal diligencia que antes que el rey de Leon supiese nada de lo que pasaba, alcanzaron dél lo que pretendian. Fue cosa fácil encubrir la muerte del rey por causa que el conde don Alvaro ponia en esto gran cuidado; el cual aunque de repente se vió apeado del gran poder que tenia, no se olvidó de sus mañas, antes llevó el cuerpo del difunto á Tarrago. Dende echaba fama que vivia, y despachaba en su nombre muchos recados y negocios, dando diversas causas porque no salia en público, ni comunicaba con nadie. Bien via él que semejante invencion no podia ir á la larga; mas procuraba en este medio pertrecharse y asegurarse lo mas que podia.

Llegó pues el infante don Fernando á Otella donde estaba su madre, bien ignorante de lo que pasaba y ella pretendia, que fue renuncialle luego como lo hizo el reino y la corona. La ceremonia que se acostumbra á hacer cuando alzan á alguno por rey, se hizo en la ciudad de Nájara debajo de un gran olmo: tal era la llaneza de aquellos tiempos. Alzaron los estandartes por el nuevo rey, y hiciéronse las demás solemnidades. De Nájara volvieron á Palencia con intento de visitar el reino: recibiéronlos los ciudadanos con muestra de mucha voluntad y alegría á persuasion de su obispo don Tello, que con su autoridad y diligencia los allanó, y quitó todas las dificultades. Pasaron adelante; llegaron á la villa de Dueñas, que les cerró las puertas; pero como quier que el pueblo no es grande ni muy fuerte, fácilmente le entraron por fuerza. Allí comenzaron algunos de los grandes y ricos hombres á mover tratos de paz con los de la casa de Lara y los demás de su valía. El conde don Alvaro de buena gana daba oidos á los que desto trataban; todavía como el que estaba acostumbrado á mandar, pretendia llevallo adelante, y para esto queria le encargasen la tutela del nuevo rey: gran soberbia y temeridad.

Tenia don Fernando á la sazon diez y ocho años, si bien otros dicen que no eran mas de diez y seis; edad no muy fuera de propósito para encargarse del gobierno. Las cosas amenazaban rompimiento y guerra. Los reyes pasaron á Valladolid pueblo grande y abundante en Castilla. Juntáronse en aquella villa córtes generales del reino, en que por voto de todos los que en ella se hallaron, se decretó que la reina doña Berenguela era la legítima heredera de los reines de su hermano, segun que por dos veces lo tenian ya determinado en vida del rey su padre. Así lo refiere el arzobispo don Rodrigo: añade luego que era la mayor de sus hermanas, que lo tengo por mas verisímil, si bien algunos otros autores son de otro parecer. Lo cierto es que la reina por el deseo que siempre tuvo de su quietud, tornó segunda vez con la aprobacion de las córtes á renunciar el reino á su hijo; y en esta conformidad le alzaron de nuevo por rey en una plaza grande que está en el arrabal de aquella villa. Desde allí con gran acompañamiento le llevaron á la iglesia Mayor para que él jurase los privilegios del reino, y los demás le hiciesen sus homenajes acostumbrados en semejantes solemnidades.

Por otra parte el rey de Leon su padre luego que supo lo que pasaba, y como la reina le engañó, se dolia grandemente de verse burlado. No le pareció que podria por bien alcanzar lo que deseaba, que era entregarse del nuevo reino de Castilla: acordó acudir á la fuerza, envió delante á su hermano don Sancho para que rompiese por las fronteras, y él mismo con otro grueso ejército entró por tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que pudo. La reina aquejada del temor que le causaba aquella nueva tempestad, envió dos obispos, Mauricio de Burgos y Domingo de Avila, para que con su prudencia y buenas razones amansasen al rey, y le persuadiesen alzase mano de aquella su pretension tan fuera de camino y de sazon. Esta diligencia no fue de provecho alguno, antes el pecho del rey se encendió en mayor saña, mayormente que el conde don Alvaro y sus parciales le daban grandes esperanzas que saldria con su intento; y á la verdad la guerra para ellos era de provecho, y la paz les acarreara mal y daño: Despedidos los obispos, prosiguió el rey con su gente en las talas que hacia, en las presas y quemas muy grandes. Intentó apoderarse de Burgos, ciudad real y cabeza de Castilla; mas don Lope de Haro y otros caballeros le salieron al encuentro y le forzaron á dar la vuelta mas de priesa que viniera.

Las ciudades de Segovia y Avila, que por estar prevenidas del conde don Alvaro no vinieron en la eleccion del nuevo rey, al presente mudado parecer enviaron sus embajadores á la reina para desculparse de lo pasado, y para adelante ofrecerse á su servicio, que cumplieron muy enteramente, y nadie les hizo ventaja en obedecer al nuevo rey y en hacer resistencia á los alborotados. Por otra parte el conde don Alvaro visto lo poco que le prestaban sus mañas, vino en que el cuerpo difunto del rey don Enrique, que todavía le tenia en Tariego sin dalle sepultura, le llevasen á enterrar. Acudieron á esto dos obispos, el de Burgos y el de Palencia, que acompañaron el cuerpo hasta la ciudad de Palencia. La reina doña Berenguela que los esperaba, desde allí junto con los obispos acompañó el cuerpo y le hizo enterrar en las Huelgas de Burgos, como arriba se tocó. No acudió el rey don Fernando por tener cercado á Muñon, pueblo fuerte y que no queria obedecer; pero en fin le ganó por fuerza, prendió dentro dél los soldados que tenia de guarnicion en sazon que la reina su madre, concluidas las honras y enterramiento, dió la vuelta para verse con su hijo. De allí fueron á Burgos para asistir en las córtes que tenian aplazadas para aquella ciudad. Tras esto se apoderaron de las villas de Lerma y de Lara, y se las quitaron á don Alvaro.

Vueltos á Burgos, hicieron su entrada con representacion de magestad á manera de triunfo. Pasaron

(1) Por ser lo contrario, doña Berenguela fue declarada sucesora de don Alonso el Noble y jurada como tal.

á la Rioja, do sujetaron á Villorado, Nájara y á Navarrete: todo se le allanaba al nuevo rey, porque demás que tenia de su parte la justicia y por el mismo caso el favor del cielo, con su noble condicion y con la apostura de su cuerpo granjeaba las voluntades, y todo el mundo se le aficionaba. Solo los señores de Lara y sus aliados no acababan de sosegar, ni los daños y males rendian sus corazones obstinados, en que pasaron tan adelante que con golpe de gente que juntaron de todas partes, se pusieron en un lugar llamado Harreruela puesto en el mismo camino por do el rey habia de pasar á Palencia. La mayor parte de los soldados alojaban dentro del pueblo: don Alvaro en un cortijo allí cerca acompañado de poca gente. Este descuido ó sea menosprecio de sus contrarios fue causa de su perdicion, porque avisados los del rey, dieron sobre él de repente, y aunque pretendió defenderse, y apeado del caballo, y aun despues caido en tierra se cubria con el escudo de los golpes que sobre él cargaban, al fin le rindieron y quedó preso: con que se pudiera poder fin á los males y revueltas del reino, si no se aseguraran demasiadamente.

Fue así que don Alvaro como se vió preso, rindió al rey luego todos los pueblos y castillos que de la corona le quedaban en su poder: estos fueron Alarcon, Amaya, Tariego, Villafranca, Villorado, Nájara, Pancorvo. Esto hecho, no solo le dieron libertad, sino que el rey le recibió en su gracia y amistad. La misma facilidad usó con don Fernando hermano de don Alvaro, que tenia en su poder á Castrojeriz y Orejon; y como no los quisiese rendir confiado en los muchos soldados y provision que dentro dellos tenia, por escusar la guerra finalmente se concertaron que los dichos pueblos quedasen en su poder, pero que los tuviese en nombre y como teniente del rey, y para esto hiciese los homenajes acostumbrados. La revuelta de los tiempos forzaba á venir en semejantes conciertos, puesto que parecia menoscabo de la magestad real y no faltaba quien murmurase de tanta facilidad. A la verdad la paz no fue duradera, ni los que estaban acostumbrados á gobernar y mandar, se podian contar de vida particular y retirada; antes en breve se declararon en deservicio del rey, y con gente que juntaron, corrieron la tierra de Campos haciendo todo el mal y daño que podian. Armóse el rey contra ellos, y apretólos de manera que fueron forzados á desembarazar la tierra. Recogiéronse á lo del rey de Leon, que se mostraba sentido por el reino y corona que no le daban, á él debida segun su parecer, y se aprestaba para de nuevo con mayor fuerza que antes hacer guerra en las tierras de Castilla, á que le incitaban con mayor calor los de la casa de Lara luego que se retiraron á su reino.

Algunos caballeros de Castilla quisieron ganar por la mano, y con golpe de gente se metieron por las tierras del reino de Leon: no eran tan fuertes que pudiesen contrastar á las fuerzas de los contrarios, ni su entrada fue muy considerada. Sobrevino el rey de Leon de rebato: dió sobre ellos, y cercólos en un pueblo en que se hicieron fuertes, llamado Castellon, puesto entre Medina del Campo, y Salamanca. Acudieron gentes de ambas partes, unos á socorrer los cercados, otros para apretallos: tratóse de medios de paz, y finalmente se asentaron treguas entre los dos reyes padre y hijo. Hallábase presente el conde don Alvar Nuñez de Lara, á la sazon enfermo de una dolencia que se le agravó mucho con la pena que tomó por ver los reyes concertados; que á los revoltosos la paz y el sosiego suele ser odioso y contrario á sus intentos. Hízose llevar en hombros á la ciudad de Toro: con el camino se le agravó mas la enfermedad de suerte que en breve pasó desta vida; cuya muerte fue muy saludable para todo el reino así bien que su vida fue inquieta y perjudicial. Al tiempo de la muerte tomó el hábito de la caballería de Santiago: que así se acostumbraba en aquel tiempo para con aquella ceremonia y las indulgencias concedidas á los que tomaban la cruz, aplacar á Dios en aquel trance y alcanzar perdon de sus pecados. El cuerpo enterraron en Uclés, convento el mas principal de aquella órden.

Su hermano don Fernando, que de su voluntad se habia desterrado en Africa, con licencia del miramamolin hacia su residencia en Elbora, poblacion de cristianos cerca de la ciudad de Marruecos. Allí enfermó de una dolencia mortal, y á ejemplo de su hermano poco antes de espirar se hizo vestir el hábito de San Juan. Su mujer doña Mayor y sus hijos don Fernando y don Alvaro procuraron que su cuerpo se trajese á Castilla y le hicieron enterrar en la Puente de Fitero, convento y casa de aquella órden en tierra de Palencia. Comenzó con esto á mostrarse una nueva luz en Castilla, muertos los que alborotaban, y una grande esperanza que las treguas puestas con Leon se trocarian en una paz perpetua, como todos lo deseaban. En particular pretendian volver las fuerzas contra los moros: concedió el papa sus indulgencias para los que armados de la señal de la cruz se hallasen en aquella guerra. Juntóse gran gentio mas por deseo de robar que por alcanzar perdon de sus pecados. Dieron sobre Estremadura, talaron los campos, quemaron los pueblos, hicieron presa de hombres y de ganados, finalmente se pusieron sobre la vila de Cáceres con intento de forzalla ó rendilla. Engañóles su esperanza á causa de las muchas aguas que sobrevinieron, y el tiempo contrario que les forzó sin pasar adelante dar la vuelta para sus casas el fin del año que se contaba de nuestra salvacion de 1218.

CAPITULO VIII.

En España se fundaron monasterios de diversas religiones.

En este estado se hallaban las cosas de España: los reinos comarcanos eso mismo tenian guerras civiles. De las guerras siempre suelen venir otros males y pérdidas grandes, muchos vicios y maldades. La licencia y costumbre de pecar casi habia apagado la luz de la razon: los vicios eran tenidos por virtudes, las virtudes por vicios: gravísimo mal y daño. En tantas tinieblas y tan espesas de ignorancia despertó Dios hombres (como siempre ha hecho) señalados en santidad y admirables, los cuales no dejaban de encaminar los hombres á la vida eterna y mostralles el sendero que Cristo enseñó y abrió, que habian cegado en gran parte los vicios. Allegáronse á estos santos varones otros muchos que con deseo de imitar su virtud renunciaban las cosas del mundo: con que por este tiempo muchas familias y congregaciones santas se levantaron. Entre todos tuvo muy principal lugar el padre Santo Domingo. Nació en tierra de Osma en un lugar llamado Caleruega, entre Osma y Aranda. Siendo mozo, fue canónigo reglar de San Agustin. Llegado á mayor edad, trabajó mucho en desarraigar la herejía de los albigenses en Francia, como de suso se dijo.

Ocupado en esto, como viese cuan pocos predicadores se hallaban de la palabra de Dios, que con buen celo y ejemplo de vida y buena doctrina enseñasen á los hombres engañados la verdad y santidad; pensó y trazó en su pensamiento, y comunicó con otros un modo de vida, cuyos seguidores se ocupasen en predicar el santo Evangelio por todo el mundo. Ofreció este modo de vivir y regla al papa Honorio, y su santidad la aprobó el año primero de su pontificado. De allí á dos años se vino á España, y publicó la bula que traia de su aprobacion, á los reyes y principes, con cuya licencia y beneplácito fundó algunos mo-

nasterios en ciudades principales. El primero fue en Segovia, otro en Madrid, el tercero en Zaragoza. Hecho esto en España, y vuelto á Italia, finó en Boloña ciudad de la Lombardía: ilustre varon en virtud y santidad de vida, fundador de su órden muy principal, de donde como de un alcázar de sabiduría han salido y salen muchos varones admirables en toda virtud y letras.

El mismo año que Santo Domingo vino á España se ordenó otra religion en Barcelona llamada de Nuestra Señora de la Merced. La ocasion fue que muchos cristianos por mar y por tierra venian en poder de infieles hechos esclavos, y para librarse de la mala vida que les daban sus amos, renegaban, y se apartaban de Jesucristo y de su fe con grande afrenta de la Religion Cristiana. Para procurar el remedio y rescate destos cautivos se ordenó esta religion, cuyos frailes con limosnas allegadas de todas partes rescatasen los cautivos antes que apostatasen de la fe. Don Jaime, rey de Aragon fue el primer inventor desta órden y manera de vivir por voto, como algunos escriben, que hizo á Nuestra Señora de instituir esta órden cuando estuvo en Monzon encerrado á modo de cautivo, y probó en sí cuánto mal es care-



Prision de D. Alvaro.

cer de libertad. El primero despues del rey que se ofreció á ser guia de los que le quisieron imitar, fue un Pedro Nolasco, francés de nacion. Este hizo muy buenas reglas y constitucion para que los religiosos se gobernasen por ellas. Tienen por insignias sobre el hábito blanco y capilla las armas del rey de Aracon con una cruz encima en campo colorado. El mismo Nolasco de mano de San Raimundo de Peñafuerte, que fue despues general de la órden de Santo Domingo, tomó con mucha solemnidad el hábito en la iglesia de Santa Cruz en presencia del rey y de muchos caballeros del reino.

Siguióse tras estos dos San Francisco, ciudadano de Asís en la Umbria ó condado de Espoleto, parte de Italia: varon de singular inocencia, virtud y santidad. Aprobó su instituto y modo de vivir el papa Honorio. El mismo despues de aprobado su instituto y regla vino á España, donde llegó hasta Portugal y Compostella. En poco tiempo se fundaron en estos reinos muchos monasterios de su órden, como en Barcelona, Zaragoza y otras ciudades y villas de España. Movian estos religiosos á devocion y al menosprecio del mundo con la aspereza de su vida, y con el vestido pobre y humilde de que usaban. En Portugal se juntó con San Francisco, San Antonio de Padua, escelente predicador adelante y muy santo. Para tomar el hábito de los menores dejó el de los canónigos reglares de San Agustin, cuyo instituto abrazara desde niño, y entró en aquel órden en la ciudad de Lisboa, de donde era natural, en el convento de San Vicente que es de canónigos reglares: allí pasó algunos años, despues en el convento de la misma órden de Santa Cruz de Coimbra, en que vivia cuando se pasó á la religion de San Francisco. Junto con la mudanza de vida trocó el nombre de Fernando que recibió en el bautismo, en el de Antonio del apellido y nombre del monasterio en que tomó aquel nuevo hábito.

Muchas ciudades de Italia por sus predicaciones santas y fervorosas se reformaron, gran numero de gente por su medio dejaron la mala vida y se trocaron en nuevos hombres. Finalmente despues que padeció muchos trabajos por Dios, falleció en Padua lleno de virtudes y de milagros. Su santo cuerpo es allí acatado en propia iglesia, que por mucha devocion del pueblo fundaron en su nombre: que tal honra se debe á la virtud, y el autor y fuente de toda santidad de Dios, que es el que hace los santos. A San Francisco y á Santo Domingo algunos años despues, de su muerte canonizó el papa Gregorio Nono, y puso sus nombres en el número de los santos. En Castilla á instancia del arzobispo don Rodrigo; prelado ferviente y enemigo de estar ocioso, se hizo nueva jornada contra los moros. Juntáronse con la divisa de la cruz docientos mil hombres, los mas número, con

los cuales se hizo la guerra por el mes de agosto del año de 1219 en la Mancha y en tierra de Murcia. Ganáronse algunos pueblos de poca cuenta. Pusieron sitio sobre Requena, mas no la pudieron forzar ni rendir, como quiera que hicieron todo el esfuerzo posible. El cerco se puso á veinte y nueve de octubre, y se alzó á los once de noviembre: finalmente el suceso desta empresa no fue como se esperaba y conforme al grande aparato que se hizo; solamente se ganaron muchos despojos de moros, con que los soldados dieron vuelta á sus casas.

CAPITULO IX.

Cómo se casaron los dos reyes don Fernando de Castilla y don Jaime de Aragon.

Por el mismo tiempo trataba el rey de Aragon don Jaime de quitar el gobierno á don Sancho su tio, y porque se enmendaba y prometia proceder de otra manera le tornó á recibir en su gracia y perdonalle. Esto era el año de mil y docientos y diez y nueve, cuando en España se padeció una muy grande hambre y mortandad. El rey aunque niño, que apenas tenia once años, comenzaba á dar claras muestras de valor, y ensayarse en los ejercicios de las armas y de la guerra. Sucedió que don Rodrigo de Lizana hombre poderoso tenia diferencias con un deudo suyo, que se llamaba don Lope Albero, y de grandes amigos que eran, habia resultado entre ellos grande enemistad. Esperó buena ocasion, y á tiempo que el contrario estaba descuidado, le prendió y llevó al castillo de Lizana. Avisóle el rey no pasase adelante en aquella via de fuerza, y que se contentase con el mal hecho á su contrario. No quiso apaciguarse ni obedecer á este mandato: como el rey era de poca edad, no le estimaban, antes cada cual con tanto se queria salir cuanto era su poder y fuerzas.

Desdeñose por esta causa: tomó las armas con deseo de defender al preso y ponello en libertad, y para conservar por el mismo camino su autoridad y hacerse respetar. Juntó en Huesca buen número de gente, y con ella se encaminó la vuelta de Albero, pueblo de que se habia apoderado el Rodrigo Lizana, y dentro de dos dias hizo que los de dentro se le rindiesen. Revolvió sobre el castillo de Lizana, patrimonio de aquel caballero alzado: y porque los soldados y moradores no querian hacer virtud, dió órden que de Huesca le trajesen una máquina ó trabuco, en aquel tiempo muy famoso por tirar entre dia y noche mil y quinientas piedras, con que aportilló los muros y hacia grande estrago en los soldados que los defendian; llamaban esta máquina fundibulo. Rindiéronse los cercados, y Lope Albero fue restituido en su libertad: su contrario perdido el castillo, por entender que en ninguna parte de Aragon estaria seguro, se fue á guarecer á Albarracin por tener con don Pedro Fernandez de Azagra, señor de aquella ciudad amistad de años atrás. Desde alli segun la costumbre de aquellos tiempos renunció por escrito la naturaleza de Aragon y la obediencia que debia al rey como su vasallo: con que comenzó á hacer cabalgadas en las tierras comarcanas de aquel reino.

No quiso disimular el rey estas insolencias, antes animado con el buen principio que tuvo en esta guerra, revolvió sobre Albarracin, ciudad puesta en aquellá parte por do antiguamente partian mojones los contestanos (1) y los celtíberos: de poca vecindad, pero por su sitio muy fuerte, que está por todas partes cercada de peñas y riscos muy altos, y al derredor casi por todas partes la rodea el rio Turia, que vulgarmente se llama Guadalaviar. Púsose elrey sobre ella: levantó sus máquinas y ingenios, que como no podian llegar al muro por ser el sitio tan áspero, no hacian efecto alguno, ni los soldados se podian arrimar á la muralla por las saetas y dardos que por las troneras y travesías y desde las almenas les tiraban. Lo que hizo mas al caso, que como suele acontecer en guerras civiles, de todos los intentos del rey tenian aviso los cercados y tiempo para apercibirse. Dos meses se gastaron en el cerco en lo mas recio del estío hasta tanto que el rey perdió la esperanza de salir con la empresa, á causa que cierta noche los de dentro dieron al improviso sobre las máquinas y quemaron el mejor trabuco. Hallábase otrosí poco guarnecido de gente, y restaban en el cerco pocos soldados en tanto grado que los de á caballo no llegaban á ciento y cincuenta: el número de los peones no señalan, pero no debia ser grande. Alzaron pues el cerco, y sin embargo en breve don Pedro Fernandez de Azagra volvió en gracia del rey. Los caballeros del reino, con quien tenia grande amistad, hicieron mucha instancia sobre ello, y sus servicios de tiempo atrás eran muy notables, por donde tenia oficio de mayordomo de la casa real, además que el rey entendia muy bien cuánto le importaba tener por amigo y en su servicio un personaje tan valeroso y principal.



Doña Beatriz.

Esto pasaba en Aragon el año que se contaba de 1220. En el mismo en Castilla se celebraron las bodas dia de San Andrés apóstol del rey don Fernando con doña Beatriz hija de Felipe emperador que fue de Alemaña. La edad del rey era bastante, y la madre se recelaba no se estragase con deleites dañosos y malos: acordó despachar á Mauricio obispo de Burgos, y á fray Pedro abad de San Pedro de Arlanzo para que concertasen el casamiedto con el emperador Federi-

(1) Debe decir los edetanos.

co Segundo, primo de la doncella: tardóse mas tiempo de lo que pensaron; en fin con sufrimiento de cuatro meses que residieron en aquella córte, acabaron todo lo que deseaban. Encamináronse por la via de Francia: en Paris el rey Felipe de Francia festejó la novia y la trató con mucha liberalidad. Salió otrosí para recebilla doña Berenguela hasta la raya de Vizcaya, y á cabo de un año que gastaron en ida y vuelta, llegaron á Burgos, ciudad que tenian señalada para las bodas. Veló á los reyes el obispo Mauricio de aquella ciudad en la iglesia Mayor con las solemnidades y ceremonias acostumbradas; y el dia antes él mismo celebró misa de pontifical en el monasterio de las Huelgas, en que el rey se armó á sí caballero, por no hallarse otro mas digno que hiciese aquella ceremonia, conforme á lo que en aquellos tiempos se usaba. Este casamiento fue en generacion abundante; dél nacieron siete hijos por el órden que aquí se ponen: don Alonso, don Fadrique, don Felipe, don Sancho, don Manuel, doña Leonor, que murió niña, y doña Berenguela, que en las Huelgas de Burgos tomó el hábito.

A los aragoneses por el mismo tiempo aquejaba el deseo de tener sucesion de su rey don Jaime. Pareciales que por este medio se aplacarian los bandos que todavía continuaban entre los dos tios del rey don Sancho y don Fernando por la esperanza que cada cual tenia de la corona, si el que la tenia faltase. De todo resultaban males y daños. La edad del rey era poca, en que mucho reparaban para casarle; mas prevaleció el deseo grande que de hacello tenian. Tomado este acuerdo, y puesto todo lo al, despacharon embajadores á la reina doña Berenguela para pedir á su hermana la infanta doña Leonor. No se podia ofrecer mejor casamiento para aquella doncella: así hechas las capitulaciones, señalaron la villa de Agreda, que es de Castilla á la raya de Aragon, para que allí se hiciesen los desposorios. Acudió primero doña Berenguela en compañía de su hermana: despues vino el rey don Jaime con lucido acompañamiento de los suyos. Los desposorios se hicieron allí á seis de febrero del año de Cristo de 1221: las bodas poco despues en Tarazona en la iglesia de Santa María de la Vega si bien por la poca edad del rey la desposada se estuvo doncella por espacio de año y medio, segun él mismo lo relata en la historia que dejó escrita de sus cosas y de su vida.

En la ciudad de Toledo el arzobispo don Rodrigo consagró la iglesia de San Roman puesta á guisa de atalaya en lo mas alto de la ciudad, dia domingo á veinte de junio. Por el mes de noviembre á los veinte y tres, martes dia de San Clemente, nació allí mismo el hijo mayor del rey don Fernando por nombre don Alonso. Luego por principio de diciembre un gran temblor de tierra maltrató gran parte de los edificios, y con las muchas aguas y vientos que se siguieron, en gran parte cayeron por tierra los adarves y casas particulares. El miedo por esta causa fue tanto mayor cuanto mas segura está aquella ciudad de accidentes semejantes por su sitio que es muy empinado y sobre peñas, y lo que hace mucho al caso para no padecer temblores de tierra, que le cae muy lejos el mar.

CAPITULO. X.

El rey don Fernando apaciguó otras nuevas alteraciones.

Quietos estaban y pacíficos por una parte los navarros y por otra los portugueses y los leoneses. Los moros se abrasaban entre sí en guerras civiles. En Castilla y en Aragon continuaban las alteraciones, bien que no eran de mucha consideracion. Don Rodrigo señor de los Cameros, de antiguo linaje, y que tenia mucha autoridad entre los principales de Castilla por su estado y las tenencias de diversas villas y castillos del patrimonio real, confiado en sus fuerzas y poder y mas en la revuelta de los tiempos se atrevió á hacer mal y daño en las tierras comarcanas. Citóle el rey para que en presencia se descargase de lo que le acusaban. Respondió que habia tomado la cruz para ir á la guerra de la Tierra Santa: escusa de que muchos se valian para declinar jurisdiccion y no poder ser convenidos delante los jueces ordinarios, por los muchos privilegios y exenciones que el papa concedia á los tales; en particular les otorgaba no los pudiesen citar delante jueces seglares, sino que sus causas solamente se ventilasen en los tribunales eclesiásticos. No le valió este recurso, hiciéronle comparecer en Valladolid, do la córte de Burgos se habia pasado; hiciéronle cargos graves y feos. acordó de ausentarse y huir, condenáronle en rebeldía en privacion de todo su estado: él que era hombre determinado, se hizo fuerte dentro de los pueblos y castillos que tenia mas fortalecidos con resolucion de hacer resistencia; mas porque de aquellos principios no resultasen guerras mas graves, acordaron tomar asiento con él, y demás del perdon dalle catorce mil ducados porque alzase mano de los pueblos y castillos cuya tenencia por el rey tenia á su cargo.

Sosegada esta alteracion, resultó otra nueva. Don Gonzalo Nuñez de Lara, que era el que solo quedaba de los tres hermanos, conforme á la costumbre que tenia este linaje de gustar de alborotos, persuadió á don Gonzalo Perez, señor de Molina que hiciese mal y daño á las tierras comarcanas. Nunca á semejantes personajes faltan quejas y causas para tomar las armas. En particular don Gonzalo de Lara, por medio destas revueltas pretendia y esperaba restituirse en su patria ca despues de la muerte de su hermano don Fernando se quedó en Berbería donde era ido juntamente con él. Vinieron á las manos y á rompimiento: la guerra no fue de mucha consideracion á causa que el señor de Molina, conocido el engaño y el riesgo que sus cosas corrian, pidió perdon y le alcanzó por medio de la reina doña Berenguela. Con esto don Gonzalo de Lara desconfiado de poder salir con sus intentos, se pasó á los moros de Andalucía, y en Baeza dió fin á lo restante de su vida ni muy santa, ni muy honradamente. Tal fin tuvieron estos tres hermanos bien conforme á sus obras, de quien desciende el linaje de los Manriques bien conocido en España.

Corria en esta sazon el año de Cristo de 1222, en que el rey de leon juntó un grueso ejército, parte de los que levantó á sueldo, y en especial de los que tomada la señal de la cruz, á su costa se querian hallar en aquella empresa. Con estas gentes corrió las tierras de Extremadura, y se puso sobre la villa de Cáceres: los moros por librarse del cerco concertaron de dar cierta cantidad de dineros que esperaban en Africa; alzado el cerco, no cumplieron lo asentado, ni los nuestros pudieron por entonces revolver sobre ellos. Por este mismo tiempo Mauricio obispo de Burgos, inglés que era de nacion (1), abrió los cimientos de la iglesia Mayor que hoy se ve en aquella ciudad, y no solo la comenzó á edificar, sino la acabó; antes deste tiempo la iglesia de San Lorenzo era la catedral, y junto á ella las casas del obispo y su habitacion. No solo en Burgos: sino en otras muchas partes del reino se levantaban fábricas suntuosas y templos; que parece los prelados á porfía pretendian señalarse en aumentar el culto divino.

En particular once años antes deste en que vamos, se dió principio á la iglesia Mayor de Talavera, villa bien conocida en el reino de Toledo. Su fundador don Rodrigo Gimenez arzobispo de Toledo puso en ella

(1) La catedral de Burgos se empezó á construir en 1221 y San Fernando puso la primera piedra el 20 de julio, don Mauricio no era inglés sino español, como lo demuestran los nombres de sus padres Rodrigo y Orosabia, muy comunes en Castilla en estos tiempos.

doce canónigos y cuatro dignidades, que mandó fuesen sujetos á los de Toledo, y en señal deste reconocimiento cada un año el dia de la Asuncion de Nuestra Señora les acudiesen con cinco maravedis de tributo. Don Juan chanciller del rey edificó á su costa dos iglesias, primero la Mayor de Valladolid, y despues siendo obispo de Osma levantó la que hoy se vé en aquella ciudad. Don Nuño obispo de Astorga sus casas obispales y el claustro de aquella su iglesia. Don Lorenzo, jurista que fue muy nombrado, en Orense donde era obispo, edificó la puente sobre el rio Miño que por allí pasa, la iglesia Mayor y las casas obispales. Finalmente don Esteban, obispo de Tuy, y don Martin abispo de Zamora se esmeraban y gastaban sus rentas en semejantes edificios. La piedad del rey y de su madre, y la liberalidad grande con que acudian á estas obras, y á proveer de ornamentos y todo lo necesario por cuanto la estrechura de los tiempos daba lugar, despertaba á todos los prelados para que los imitasen en gastar bien sus haciendas. Volvamos al órden de la historia.

Por el mes de julio falleció Rogerio, conde de Fox: el que le sucedió en el estado, fue su hijo Rogerio Bernardo, y luego por el mes de agosto falleció Ramon conde de Tolosa: el uno y el otro por el favor que dieron á los albigenses, incurrieron en mal caso en las censuras que el papa fulminó contra ellos; por esto el hijo sucesor del conde de Tolosa, que se llamó tambien Ramon, nunca pudo alcanzar licencia para enterrar en sagrado el cuerpo de su padre: tal era la fuerza de los eclesiásticos en aquellos tiempos, y la constancia y severidad de que usaban contra los malos. En Aragon el rey á veinte y uno de diciembre otorgó perdon y recibió en su gracia á Gerardo vizconde de Cabrera, hombre poderoso en rentas y vasallos: teníale ofendido por causa que en tiempo de la vacante del reino con mano armada se apoderó del condado de Urgel, y despojó á Aurembiasse del estado que su padre el conde Armengol le dejara; púsole por condicion estuviese á juicio con aquella señora, y pasase por lo que los jueces determinasen.

En esta sazon vivia todavía don Sancho conde de Ruysellon y tio del rey. Gobernaba aquel estado don Nuño su hijo, contra el cual don Guillen de Moncada, señor de Bearne, como quier que antes fuesen muy amigos, por ligera ocasion se indignó en tanto grado que con su gente entró por las tierras de Ruysellon haciendo todo mal y daño. Don Nuño se hallaba con pocas fuerzas para resistir á las de su contrario, que demás de lo de Bearne tenia en Cataluña un grande estado: acordó valerse de las fuerzas del rey y de su sombra; ofrecia de estar á derecho y satisfacer cualquier cargo que contra él resultase. Amonestó el rey al Moncada que siguiese su derecho y dejase las armas, y porque no quiso obedecer, antes pasaba adelante en los daños que hacia, revolvió contra él con tal furia, que le despojó á él y á sus aliados de ciento y treinta, parte torres parte castillos de que se apoderó, de unos por fuerza, y de otros que se rindieron por su voluntad, en particular el pueblo de Cervellon cerca de Barcelona: con que se entendió cuan peligrosa cosa es enojar á los que pueden mas y á los reyes. No pudo hacer lo mismo del castillo de Moncada á causa de estar muy fortalecido, y dentro con buena guarnicion el mismo Guillen de Moncada. Ponerle cerco fuera cosa larga, mayormente que muchos de los que seguian al rey, favorecian y daban aviso, y aun proveian á los que guardaban aquella plaza.

Esto pasaba el año que se contó de Cristo de 1223, en que á los quince de julio en Medun falleció de cuartanas Felipe, rey de Francia. Sucedióle en el reino su hijo Ludovico VIII deste nombre, marido de doña Blanca, y padre de Ludovico, al que por sus muchas virtudes y piedad llamaron el Santo. En Coimbra asimismo el año adelante pasó desta vida el rey de Portugal don Alonso el Segundo, por sobrenombre el Gordo. Sepultáronle en el monasterio de Alcobaza junto á su mujer la reina doña Urraca en una sepultura llana y grosera cuales en aquel tiempo se usaban. Dejó tres hijos, los infantes don Sancho que le sucedió en el reino, llamado vulgarmente Capelo, don Alonso, que casó con Matilde, condesa de Boloña en los Morinos, pueblo de la picardía cerca del mar de Bretaña en Francia, don Fernando señor de Serpa, que casó con doña Sancha, hija de don Fernando de Lara, finalmente dejó una hija por nombre doña Leonor, que casó con el rey de Dacia segun que lo refieren las historias de Portugal: si con verdad, ó de otra manera, aqui no lo averiguamos.

CAPITULO XI.

De la guerra que se hizo á los moros.

Reprimidas las parcialidades de Castilla y las alteraciones, el rey don Fernando para que la paz fuese durable, dió perdon general á los que le habian deservido, y mandó que los demás hiciesen lo mismo y pusiesen en olvido los desabrimientos que entre sí tenian y los agravios. Para el gobierno de las ciudades nombraba á los que en virtud y prudencia se adelantaban á los demás, y los que entendian serian mas agradables á los vasallos. De los herejes era tan enemigo que no contento con hacellos castigar á sus ministros, él mismo con su propia mano les arrimaba la leña y les pegaba fuego (1): ya se dijo que por estos tiempos la secta de los albigenses andaba valida, y que vinieron y entraron en España. Con estas virtudes tenia tan ganados á los naturales cuanto ningun otro príncipe. Mas por aprovecharse desta buena voluntad, y porque no se estragasen los soldados con la ociosidad y con los vicios que della resultan, acordó renovar la guerra contra moros. Mandó arbolar banderas y tocar tambores por todas partes para juntar un grueso campo.

Los de Cuenca, Huete, Moya y Alarcon con los demás de aquella comarca, entendida la voluntad del rey, se apellidaron unos á otros; y juntó buen golpe de gente, rompieron por el reino de Valencia, talaron los campos, quemaron y saquearon los pueblos, y con una grande cabalgada, volvieron ricos y contentos á sus casas. Por otra parte el rey alegre con tan buen principio, que era como pronóstico de lo restante de aquella guerra; con un grueso ejército que juntó, se enderezó contra los moros del Andalucía. Hacíanle compañía entre los mas principales el arzobispo don Rodrigo, persona de gran valor y brio, y que no podia estar ocioso; los maestres de las órdenes, don Lope de Haro, don Rodrigo Giron, don Alonso de Meneses sin otros ricos hombres y caballeros de menor cuenta. Luego que pasaron la Sierramorena, vinieron embajadores de parte de Mahomed rey de Baeza para ofrecer la obediencia: que estaba presto de rendir la ciudad y ayudar con dineros y vituallas. El miedo hacia cobardes á los moros, los deleites los tenian estragados, y por las discordias que entre sí tenian, á punto de perderse.

Hiciéronse los asientos y capitulaciones en Guadalimar: desde allí pasaron nuestras gentes sobre Quesada, villa principal en lo que hoy es adelantamiento de Cazorla. Los moradores fiados en la fortaleza de sus murallas, y en que eran muchos, al principio se pusieron en defensa; pero al fin el lugar se entró por fuerza. Pasaron á cuchillo todos los que podian tomar armas, los demás tomaron por esclavos en número de siete mil. Con el castigo y destrozo deste

(1) Cuando llegó á Toledo, dicen los Anales de Toledo *que enforcó á muchos homes, é coció á muchos en calderas.* Estas atrocidades solo pueden disculparse diciendo que todos los fanatismos las cometen.

pueblo se dió aviso á los demás para que no se atreviesen á hacer resistencia. Seria largo cuento relatar por menudo todo lo que sucedió en esta jornada. La suma de todo es que muchos pueblos por aquella comarca quedaron yermos de gentes, huidos los moradores, otros se rindieron por no desamparar sus casas: algunos quedaron destruidos del todo, y en otros pusieron guarniciones de soldados con intento de conservallos. Don Lope de Haro y los maestres de las órdenes militares con parte de la gente acometieron un pueblo llamado Víboras, de que se apoderaron sin embargo que tenian dentro mil y quinientos árabes, de los cuales unos mataron y otros se huyeron.

En estas empresas pasaron los meses del estio y parte del otoño; y porque cargaba el tiempo, por el mes de noviembre del año 1224 dieron la vuelta á Toledo, donde las reinas madre y nuera esperaban la venida del rey. Gastáronse algunos dias en fiestas y regocijos que se hicieron en aquella ciudad para alegrar la gente, procesiones y rogativas para dar gracias á Dios por mercedes tan grandes. Hecho esto luego que el tiempo dió lugar á las fiestas, mandó el rey á la gente se enderezase la vuelta de Cuenca con intento de acometer por aquella parte á los moros del reino de Valencia: mas aquel rey por nombre Zeyt acordó ganar por la mano. Los daños que le hicieron la vez pasada, y el miedo de mayores males le aquejaban de suerte que vino á la ciudad de Cuenca á ponerse en las manos del rey don Fernando, y concertarse con él como fuese su voluntad y merced. Los aragoneses se quejaron de aquellos tratos, por pretender que el reino de Valencia era de su conquista, y que los castellanos no tenian en él parte ni derecho alguno. Despacharon embajadores para querellarse de aquel agravio, y juntamente para mostrar sus fuerzas y valor hicieron entrada en las tierras de Castilla por la parte de Soria. No pudieron llevar adelante esta demanda por entonces á causa de nuevas alteraciones que en Aragon resultaron.

Fue así que don Guillen de Moncada y don Pedro Ahones se juntaron con el infante don Fernando, tio del rey. La junta fue en Tahuste, cuya tenencia estaba á cargo del dicho don Pedro. Tomaron su acuerdo, y quedó resuelto que se apoderasen de la persona del rey. La voz era ser así necesario y cumplidero para el bien del reino, que decian se estragaba á causa de los malos consejeros que tenia al lado y á las orejas el rey; mas á la verdad cada cual de los tres tenia sus pretensiones particulares. El Moncada estaba sentido del estado que le quitaron: don Fernando (aunque monge y abad del monasterio de Montaragon) no tenia perdida la esperanza ni el deseo de la corona; que la dolencia de ambicion es mala de sanar: á don Pedro Ahones daba pesadumbre verse descaido de la privanza que solia tener, con que todo lo gobernaba á su voluntad, y pretendia convertir la gracia en fuerza y por aquel camino conservarse. Para mas fortificar su partido acordaron por medio de Lope Jimenez de Luesia ganar á don Nuño hijo del infante don Sancho conde de Ruysellon, para que olvidadas las enemistades que ya tocamos, les asistiese en aquella demanda.

Tomado este acuerdo, se enderezaron la vuelta de Alagon, en que á la sazon se hallaba el rey descuidado de aquellos tratos. Entraron de tropel, y con buenas palabras le persuadieron se fuese á Zaragoza para tomar en aquella ciudad acuerdo sobre algunos puntos de importancia que pertenecian á su servicio y al bien del reino. El rey, si bien los semblantes eran buenos, como quier que la mentira sea mas artificiosa que la verdad, todavia echó de ver que procedian con engaño, y que su pretension era mala. No hay arma mas fuerte que la necesidad: otorgó con lo que le pedian, demás que para todo lo que resultase, le venia mejor estar en aquella ciudad, que en algun otro pueblo pequeño: acompañaron al rey hasta Zaragoza, aposentáronle en su casa real que llaman Suda. Pusiéronle guardas para que no se pudiese comunicar con nadie ni de palabra ni por escrito. Los capitanes destas guardas eran Guillen Boy y Pero Sanchez Martel, que para mayor recato de noche dormian muy junto al lecho del rey: gran infamia y mengua de la gente aragonesa y de su acostumbrada lealtad. Por espacio de veinte dias tuvieron al rey encerrado sin dalle libertad alguna hasta tanto que condescendió con muchas demandas que le hicieron, en particular á don Guillen de Moncada hizo restituir los lugares y castillos que le quitó en Cataluña, demás de veinte mil ducados que por los daños prometió de dalle.

Tomado este asiento todavía el infante don Fernando continuaba en el gobierno del reino, de que por fuerza con aquella ocasion se apoderara. Escusábase con la poca edad del rey y otras diversas causas que para ello alegaba. Para vencer tan graves dificultades no bastaba prudencia humana; solo ponia el rey su fiucia en Dios, que con paciencia y disimulacion le libraria de aquella apretura y trabajo, y que las cosas se trocarian de manera que alcanzase su libertad. Las cosas de Castilla por el contrario conforme á los buenos principios iban en prosperidad y en aumento. El rey don Fernando porque los moros no se rehiciesen de fuerzas si los dejaba descansar, entrado el verano del año de 1225, salió con sus gentes en campaña, y con nuevas compañias que levantó de soldados, reforzó su ejército, y con él se encaminó la vuelta del Andalucía. Llevó en su compañía á don Rodrigo, arzobispo de Toledo, sin el cual veo que ninguna cosa de importancia acometian. Acudióles el rey moro de Baeza. ayudóles con bastimentos y recibiólos dentro de su ciudad: lealtad poco acostumbrada entre aquella gente. Desta vez ganaron á Andujar y á Martos pueblos principales. Martos quedó por los caballeros de Calatrava, para que desde allí hiciesen frontera á los moros y correrias en sus tierras. Si en estos ganaron las villas de Jodar y otros muchos pueblos de menor cuenta, demás de las talas que dieron á los campos, y de las grandes presas que hicieron de hombres y ganados, con que los soldados ricos y alegres volvieron á sus tierras pasado el verano. Esto mismo se continuó los años adelante, por el deseo y esperanza que todos tenian de acabar por aquel camino con lo restante de la morisma de España.

Las cosas de Aragon asimismo comenzaron á mejorarse, y los parciales y alborotados aflojaron algun tanto: con que el rey partió de Zaragoza la via de Tortosa, ciudad puesta á la marina por la parte que el rio Ebro desagua en el mar, y no lejos de los pueblos llamados antiguamente Ilergaones, que se estendian largamente por las riberas de aquel rio. Iban en su compañía aquellos caballeros conjurados con muestra de querelle servir, como quier que á la verdad pretendiesen continuar en lo comenzado. Para este intento se le juntaron otros muchos de los ricos hombres y principales, en particular don Sancho obispo de Zaragoza por respeto de su hermano don Pedro Ahones y para asistille, y con él don Eril obispo de Lerida, que todos así eclesiásticos como seglares se mezclaban en esta trama. Deseaba el rey librarse desta opresion á sí y á su reino, y satisfacerse del agravio que le hacian, y de aquel tan notable desacato; mas hacia poca confianza de los que tenia á su lado, de sus cortesanos y criados por ser muchos dellos parciales. Acordó partirse sin dalles parte, y recogerse en Huerta pueblo de los caballeros Templarios. Desde allí despachó sus cartas, en que mandaba á los señores y á la demás gente que con sus armas acudiesen á la ciudad de Teruel para ha-

cer guerra en el reino de Valencia, empresa que los de Aragon mucho deseaban: con que de un camino pensaba ganar las voluntades de la gente y acreditarse, si como confiaba saliese con aquella demanda. Los señores y gente principal hacian burla deste acontecimiento. Pareciales era juego de niños, si bien al llamado del rey para el dia que señaló en sus cartas, se juntaron en aquella ciudad algunos pocos aragoneses y algo mayor número de los catalanes.

Con esta gente, aunque era poca, rompió por aquella parte donde se tendian los Ilergaones, y hecho mucho daño en aquella comarca, se puso sobre Peñíscola, plaza fuerte, y que tomó aquel nombre por estar asentada sobre un peñol empinado á modo de pirámide, cercado del mar casi por todas partes, y que tiene por frente la isla de Mallorca. En lo bajo del peñasco hay muchas cavernas y calas con una fuente de agua dulce que luego entra en el mar: el circuito es de una milla, la subida agria en demasía, y muy áspera si no es por la parte que estan edificadas las casas. El rey Zeyt con la nueva que le vino desta entrada, cobró grande miedo, y los de Valencia se turbaron de suerte que ya les parecia tener á los enemigos á las puertas de aquella ciudad. Despacharon sus embajadores para requerir de paz al rey de Aragon: él se la otorgó de buena voluntad á tal que cada un año le pagasen la quinta parte de las rentas reales que se recogian de los reinos de Valencia y de Murcia. Tomado este asiento, sin pasar adelante dieron los aragoneses la vuelta para Teruel, desde allí se fueron á Zaragoza.

En el camino encontraron junto á una aldea llamada Calamocha á don Pedro Ahones, que á su costa y del obispo su hermano llevaba golpe de gente para hacer entrada en el reino de Valencia. Quisiera el rey estorballe aquella entrada, por guardar la palabra que dió y concierto que hizo con aquella gente: como él se escusase con la mucha costa que hiciera en las pagas y sustento de su gente, y porque le querian echar mano, se huyese, los soldados que en compañía del mismo rey le seguian, sin poder irles á la mano le mataron: indigno de tal suerte por su mucho valor y maña, si los servicios que tenia hechos, y su privanza que alcanzó otro tiempo muy grande, no la trocara en deslealtad y en conjurarse con los demás; sin embargo todo el mundo sintió su muerte de suerte que escepto Calatayud que se conservó por el rey, todas las otras ciudades tomaron la voz de su tio don Fernando: cosa que al rey puso en mucho cuidado, que por una parte deseaba apaciguar la gente por bien, y por otra le parecia que si no era por fuerza y con las armas en puño, no podria sujetar á sus contrarios.

Vinieron pues á las manos, y la guerra se continuaba con varios sucesos y trances el año que se contó de Cristo de 1226, en el cual año el rey Luis Octavo de Francia hacia la guerra contra los albigenses y en el discurso della tomó por fuerza la ciudad de Aviñon, y le abatió las murallas porque los herejes no se tornasen á afirmar en ella. Cortó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Mompeller á los trece de novienbre. Dejó entre otros su hijo mayor de su mismo nombre, que le sucedió en la corona, y por su gran piedad y sus obras muy santas alcanzó adelante renombre de Santo. Su hermano Alonso conde de Potiers casó con la hija y heredera de Ramon el postrero conde de Tolosa, que fue escalon para que aquel estado los años adelante recayese por los conciertos que hicieron y capitulaciones nupciales en la corona de Francia. Tuvo otrosí otros dos hermanos: el uno se llamó Roberto, y fue conde de Arras y de Picardía estados que confinan con Flandes y son partes de la Gallia Bélgica; el otro se llamó Cáos, que fue duque de Anjou y conde de la Proenza, despues rey de Sicilia y de Napóles como se dirá en su lugar.

CAPITULO XII.

Que el rey don Fernando volvió á la guerra del Andalucía.

El señorío de los moros y su poder iba muy de caida en España, lo cual sabia muy bien el rey don Fernando. El arzobispo de Toledo, que tenia la mayor autoridad entre todos como él lo merecia, persuadió al rey hiciese de nuevo jornada contra moros, aunque no le pudo acompañar como solia en las guerras, porque cayó enfermo de una dolencia que le puso en aprieto en Guadalajara donde se quedó. Envió en su lugar á don Domingo obispo de Palencia. Tomaron los nuestros desta vez algunos pueblos de poca suerte: pusieron cerco á la ciudad de Jaen que tenia buena guarnicion de soldados y buenos pertrechos, por donde no se pudo tomar, y porque allende de su fortaleza don Alvar Perez de Castro que algunos dias antes renunciada su patria se pasara á los moros, y estaba dentro, con otros ciento y setenta que le siguieron, animaron á los cercados para que no se diesen. Este don Alvaro era hijo de don Fernando de Castro, de quien dijimos murió en la ciudad de Marruecos: á la verdad muchos de los Castros por estos tiempos con facilidad se pasaban á la parte de los moros; no les faltaban ocasiones y escusas con que colorear su poca lealtad, si alguna causa fuese bastante para escusar tal inconstancia.

Revolvió el rey sobre Priego, pueblo tan fuerte que los moros tenian en él recogidas sus haciendas para mayor seguridad. Todavía le entraron por fuerza con muerte de muchos de los que dentro hallaron, y prision de los demás; fuera de los que se retiraron al castillo, que se rindieron á partido y condicion que los dejasen ir libres. Desde allí pasaron á la ciudad de Loja que tomaron al tanto por fuerza, si bien los ciudadanos se recogieron al castillo y se hicieron fuertes en él; y porque parecia que con buenas palabras y esperanza de rendirse se pretendian entretener, los combatieron de suerte que á escala vista entraron en el castillo y pasados á cuchillo los que en él hallaron, le abatieron las murallas: aviso para los demás que no esperimentasen la saña de los vencedores, ni se pusiesen en defensa. Así los de Alhambra, pueblo fuerte y asentado sobre peñas no muy lejos de Granada, por miedo le desampararon, y aun dejando buena parte de sus bastimentos y menaje, se fueron á la ciudad de Granada. En ella para su habitacion les señalaron lo alto de aquella ciudad, que por esta causa segun se entiende, se llamó y se llama el Alhambra; si bien algunos son de parecer que aquel nombre se tomó de la tierra roja que hay en aquella parte, y la significa en arábigo aquella palabra Alhambra (1). Siguieron los nuestros á los que huian, sin parar hasta dar vista á la misma ciudad, en cuya vega que es muy deleitosa, quemaron y asolaron los jardines y campos.

Los ciudadanos cobraron tanto miedo que acordaron requerir al rey de paz. Entre los embajadores que para esto despacharon, fue uno el ya nombrado don Alvar Perez de Castro. Tenia el rey deseo de ganalle y reducille á su servicio por la fama que tenia de valor y prudencia, demás que le ofrecian de dar libertad á mil y trescientos cautivos cristianos. Por esto tomado asiento con los de Granada, y reducido don Alvaro á su servicio, revolvió sobre Montejo, y dél se apoderó y le echó por tierra por estar tan

(1) La Alhambra, que aun hoy conserva señales de su antigua magnificencia, fue construido por Mahomad Alhamar, llamado así porque tenia el cabello rojo, y por esta razon se dió el nombre de Alhambra á este palacio.

adentro que no se pudiera consérvar. Demás desto se halla que por este tiempo en las partes de Estremadura se ganó Capilla, pueblo que antiguamente se llamó Merobriga, como se averigua por los letreros de mármoles que en él se han hallado: verdad es, que en breve volvió á poder de moros, ó sea que le entregaron al rey de Baeza.

En estas cosas se pasaron los calores del estío, y el tiempo comenzaba á cargar; el rey por este respeto acordó que el maestre de Calatrava quedase en guarda de Andujar y de Martos, y en su compañía don Alvar Perez de Castro, y por la mucha noticia que tenia de aquella tierra y de las cosas de los moros; que de su lealtad y constancia no dudaban, antes confiaban que pretenderia con su esfuerzo y valor recompensar la falta pasada: con tanto dió la vuelta para Toledo, do la reina le esperaba, sin descuidarse en apercibirse de todo lo necesario para llevar adelante la guerra comenzada. Asimismo los soldados que quedaron de guarnicion en el Andalucía, por no estar ociosos acordaron de correr la campiña de Sevilla, ciudad de las mas principales de España. Indignados los ciudadanos por ver delante sus ojos abrasarse sus cortijos y olivares, salieron con su rey Abulali contra los cristianos: el numero era grande, la destreza y valentía de los moros no tanto. Vinieron á las manos, en que murieron de los moros en la pelea y en el alcance hasta en número de veinte mil, que fue un destrozo muy grande; sin embargo, por otra parte los moros se pusieron sobre el castillo de Garcés, y le apretaron con tal rabia que ni por el mucho daño que los de dentro les hicieron, ni por entender que el rey don Fernando pasado el invierno volvia con gente á continuar la guerra, desistieron de su intento hasta tanto que forzaron aquella plaza, que fue alguna mengua para los nuestros: la pérdida no fue muy grande, mayormente que se recompensó bastantemente aquel daño con lo que de nuevo se hizo en el Andalucía.

Luego que llegó el rey don Fernando, le salió á recebir el rey moro de Baeza, y en su compañía tres mil de á caballo y gran gente de á pié con intento no solo de hacer alarde de sus fuerzas, sino de servirle en la guerra, si fuese necesario. Dió este ofrecimiento mucho contento: rogáronle llevase adelante su buena voluntad, y en particular concertaron viniese en que en Salvatierra y en Capilla y en Burgalhimar, tres plazas importantes, residiesen soldados de guarnicion para seguridad, demás que como en rehenes para cumplimiento de lo concertado entregó la fortaleza de la misma ciudad de Baeza para que el maestre de Calatrava la tuviese en fieldad. Los moros de Capilla por ser aquella plaza muy fuerte, su sitio áspero y empinado no quisieron pasar por este concierto, ni recebir los soldados que les enviaban de guarnicion; de que resultó que el castillo de Baeza quedó en propiedad por los cristianos, y sin embargo el rey con todo su campo se fue á poner sobre Capilla con intento de rendilla ó forzalla. Era esta buena ocasion para adelantarse los nuestros y mejorar su partido; pero era necesario, porque la gente era poca, afirmalla con nuevas compañías.

Por esta causa acordó el rey dejar su gente en el cerco, y volver él atrás, muy dudoso en lo que debia hacer, si continuar la guerra del Andalucía, si acudir á Francia al socorro de su tia la reina doña Blanca, que por sus cartas y embajadas le hacia instancia le ayudase para apaciguar las alteraciones de aquel reino y sujetar á los señores, que por ser el rey de pocos años (que no pasaba de doce) y ella mujer y extranjera se les atrevian y los desestimaban. Parecióle al rey cosa fea desamparar aquellos reyes sus deudos, mayormente en aquel aprieto y trance; pero sucedieron dos cosas que le impidieron aquella empresa, la una que los soldados que quedaron sobre Capilla, sin embargo de su ausencia tomaron aquella plaza, á que era necesario acudir para que no se tornase á perder: la segunda que camino de Almodovar su misma gente dió la muerte al rey de Baeza, que se huia por miedo de los suyos que tenia muy irritados por la amistad y asiento que puso con los cristianos: con que la guarnicion del castillo de Baeza quedaba á mucho riesgo, si con presteza no le acorrian.

Por estas dos causas el rey se determinó de sobreseer en lo de Francia, y proseguir la empresa del Andalucía, pues era no menos justo y honroso vengar la muerte de aquel rey su amigo y confederado, que ayudar á sosegar las pasiones de Francia en especial que con aquella ocasion pretendia si pudiese lanzar toda la morisma de toda España. A la verdad la reina doña Blanca con la ayuda de Dios y su buena maña y prudencia sin socorro de su sobrino sosegó los alborotos de su reino, de que se temian graves daños. Todo esto pasaba el año de nuestra salvacion de 1227: en él se abrieron los cimientos de la iglesia Mayor de Toledo (1) tan célebre edificio y de tanta magestad como hoy se ve, en el mismo sitio en que estaba la antigua, aunque mudada la traza. El rey y el arzobispo se hallaron á poner la piedra, debajo de la cual echaron medallas de oro y plata conforme á la costumbre antigua de los romanos. Otros templos se podrán aventajar á este en la hermosura y primor de la traza, en la grandeza y capacidad; mas en la muchedumbre y riqueza de sus preseas y de su ornato, en la grandeza de las rentas, en el número de los ministros, en la magestad de ceremonias y culto divino, ninguno en toda la cristiandad se le iguala: muestra muy ilustre de la cristiandad y piedad de España, en especial de la dicha ciudad.

Falleció á los diez y ocho de julio el papa Honorio Tercero: sucedióle en el pontificado Gregorio Nono natural de la ciudad de Anagni. Floreció otrosí en España don Lucas Primero, diácono de Leon y despues obispo de Tuy. Deseoso de adelantarse en virtud y letras, y por visitar los Lugares Santos cuando era mas mozo pasó á Italia y á Roma, y dende á las partes de Levante. Fue contemporáneo de don Rodrigo arzobispo de Toledo, y ejercitóse en los mismos estudios, porque compuso una historia de las cosas de España, en cuyo principio engirió el cronicon de San Isidoro, que dió ocasion á algunos de tener y citar la primera parte de aquella historia por del mismo santo. Escribió demás de la historia la vida del dicho San Isidoro, y otro libro grande de sus milagros: obra en que de la mitad adelante confuta la secta de los albigenses y sus errores, que son los mismos de los luteranos. De la confutacion consta que estos herejes entraron en España, segun que arriba se mostró por un pedazo que deste libro tomamos. Escribió estas obras cómo él mismo lo testifica por mandado de la reina doña Berenguela, señora muy devota y favorecedora de los hombres virtuosos y letrados.

CAPITULO XIII.

Que se volvió de nuevo á la guerra de los moros.

Los moros de Baeza tenian apretado el castillo de aquella ciudad que como se dijo quedó en poder de cristianos: que si bien eran en pequeño número, por estar proveidos de vituallas se defendieron y entretuvieron hasta tanto que el rey don Fernando sobrevino con un grueso ejército. Con su venida los moros visto que no tenian fuerzas bastantes para resistir, no solo desistieron del cerco sino desamparada la ciudad se retiraron á lo mas dentro del Andalucía.

(1) Los *Anales de Toledo* dicen que pusieron la primera piedra en la era 1264, que corresponde al año 1226.

Quedó por gobernador de aquella ciudad nuevamente ganada don Lope de Haro, merced debida á sus servicios, pues en todas las empresas de importancia se hallaba. El cuidado de Martos se encargó á Alvar Perez de Castro y á Tello de Meneses. No se hizo alguna otra cosa que sea digna de memoria en esta jornada, salvo que despues que el rey dió la vuelta á Toledo, don Tello con sus soldados entró á correr los campos de Baeza y de Lucena sin parar hasta dar vista á la campiña de Sevilla, y hacer por todas partes grandes talas y presas.

Por el contrario el rey de Sevilla para divertille con su gente llegó á la ciudad de Baeza y le corrió sus campos. Los moros que se ausentaron de aquella ciudad, por ser restituidos en su patria le incitaron á emprender esta jornada, pero visto que no tenia fuerzas bastantes para salir con la empresa, trató de hacer paces con los cristianos, y se concertó de pagar cada un año de tributo trecientos mil maravedís, en especial que de su misma gente se le armaba otra mayor tempestad; y fue que los moros de Murcia por este tiempo alzaron por rey un moro por nombre Abenhut, que venia de linaje de los reyes de Zaragoza, y era grande enemigo de los Almohades. Decia públicamente que la causa de los males y calamidades pasadas, y de hallarse su nacion en aquel término y tan sin fuerzas, eran las novedades que aquella secta introdujo en España. No hay cosa mas poderosa para mover al pueblo que la capa de religion, debajo de la cual se suelen encubrir grandes engaños. Arrimósele pues gran morisma por esta causa, gran muchedumbre de gentes, en especial en la comarca de Granada y en lo restante de Andalucía, con esperanza en que todos entraban, que por medio deste moro se mejoraria y adelantaría su partido que iba muy de caida. Los demás de aquella nacion, y aun los príncipes cristianos estaban con cuidado no resultase de aquella centella y de aquel principio algun fuego con que todo se abrasase.

Esto pasaba en España el año que se contó de Cristo 1228. En Francia el mismo año Ramon postrer conde de Tolosa apretado con la guerra que el rey Luis le hacia por causa de su herejia, se redujo y se reconcilió con la Iglesia. Las condiciones y cargas que el mismo rey y romano cardenal de San Angel como legado del papa le impusieron, fueron las siguientes: que el conde con todo cuidado procurase desterrar de su tierra la secta de los albigenses: que su hija y heredera por nombre Juana casase con uno de los hermanos de aquel rey el que mas le agradase: si deste matrimonio no quedase sucesion, el condado de Tolosa se juntase con la corona de Francia. La ignorancia suele acarrear grandes daños: para la enseñanza del pueblo mandaron que en la ciudad de Tolosa asalariase á su costa cuatro lectores de teología, dos juristas, seis maestros de las artes liberales y dos gramáticos. Para seguridad que cumpliria todo esto, puso en poder del rey y le entregó cinco castillos y su misma hija. Tomóse este asiento en la ciudad de París; y hechas las capitulaciones, por el mes de abril compareció en la iglesia Mayor de aquella ciudad desnudo, fuera de la camisa: allí le absolvió el legado de las censuras incurridas por los escesos pasados, juntamente le dió la divisa de la cruz, como se acostumbraba, para que dentro de cierto tiempo pasase á la guerra de la Tierra Santa, y en ella residiese por espacio y término de cinco años, que era una de las condiciones que se capitularon: tan grande autoridad tenian por estos tiempos los papas, tanta fuerza la Iglesia, ayudada del favor y asistencia de los reyes para castigar los rebeldes y malos, y escarmentar á los demás. Fallecieron otrosí en España algunos grandes personajes, y entre ellos don Ramiro obispo de Pamplona, de la nobilísima alcuña de los reyes de Navarra. Sucedióle en el obispado don Pedro Ramirez, en cuyo tiempo el papa Gregorio Nono tomó debajo de su proteccion aquella iglesia y sus prelados, que era eximilla de la jurisdiccion de los metropolitanos de España.

En Aragon el rey con su buena maña conquistaba aquellos caballeros parciales para que se le rindiesen: recibió en su gracia á su tio el infante don Fernando, sin embargo de las revueltas pasadas, y púsole por condicion diese órden como los conjurados se alzasen entre sí unos á otros los homenajes y la palabra que se tenian dada. Don Sancho obispo de Zaragoza pretendia le restituyese los pueblos que eran de su hermano don Pedro Ahones, de qûe el rey se apoderó luego que le mataron: otorgóle que estuviese á derecho, y que pasasen por lo que los jueces determinasen; hízose así y oidas las partes, pronunciaron que los pueblos que tenian en tenencia, quedasen por el rey; los demás heredados de sus padres se restituyesen al obispo, pues no era justo que por la falta de uno padeciese todo el linaje: parecia con esto quedar el reino sosegado, los de la casa de Cabrera no acababan de apaciguarse. Aurembiasse hija de Armengol conde de Urgel, segun que se concertara, pretendia en juicio que le restituyesen el estado de su padre, de que los Cabreras se apoderaron por fuerza. Ellos no solo no hacian caso de aquella demanda, mas aun mostraban burlarse de la autoridad real, y no querian dejar el estado que poseian de años atrás. Vinieron á rompimiento y á las manos: el rey que hacia las partes de aquella señora, quitó á los Cabreras muchos de aquellos pueblos, unos por fuerza, otros que se rindieron de su voluntad, en especial la ciudad de Balaguer cabeza de aquel estado de Urgel.

Hecho esto, acordó casar aquella doncella Aurembiasse para que nadie se le atreviese, con don Pedro infante de Portugal tio suyo, primo hermano de su padre, que á la sazon andaba huido en la córte de Aragon. Gerardo Cabrera el desposeido tomó el hábito de los Templarios, quien sabe si por devocion, si por otro respeto; lo cierto es que los años adelante don Ponce su hijo por el derecho que su padre pretendia, alcanzó el condado de Urgel á causa que Aurembiasse no dejó sucesion alguna de su marido el infante don Pedro, como se dirá en otro lugar: con tanto tuvieron fin aquellos debates. El deudo del rey y del infante era desta manera: el infante don Pedro fue hijo de don Sancho rey de Portugal, habido en la reina doña Aldonza hermana que fue de don Alonso rey de Aragon, abuelo del rey don Jaime: de suerte que el infante era tio del rey, primo hermano de su padre el rey don Pedro que mataron en Francia.

CAPITULO XIV.

Que el rey de Aragon ganó á la isla de Mallorca.

En un mismo tiempo en Castilla y en Aragon se hacia guerra contra los moros. Los aragoneses adelantaron mucho sus cosas, los de Castilla no hicieron de presente grande progreso. El nuevo rey Abenhut tenia puesto en cuidado al rey don Fernando por verle de nuevo apoderado de Granada, ciudad populosa y principal. Juntó sus huestes, y llegó con ellas hasta dar vista á aquella ciudad, y pasó adelante hasta Almería; mas no hizo otro efecto de importancia á causa que el enemigo escarmentado en cabeza ajena se escusó de venir á las manos. Con esto se pasó lo restante deste año y del luego siguiente 1229; en el cual tiempo se tuvo aviso de Alemaña que los caballeros Teutónicos, que por espacio de muchos años mostraron mucho valor en las guerras de la Tierra Santa con la cruz negra que traian por divisa sobre manto blanco, luego que se perdió la ciudad de Ptolemayde, se volvieron á su patria, que eran naturales de Alemaña, y con licencia del em-

perador Federico Segundo hicieron su asiento en la Prusia, provincia áspera é inculta puesta entre Sajonia y Polonia, cuyos moradores aun no eran cristianos. Aumentáronse poco adelante estos caballeros en poder y fuerzas con apoderarse y conquistar la provincia de Livonia, que se cuenta entre los Sarmatas y cae sobre el reino de Polonia. Mantuviéronse por muchos años y hicieron buenos efectos, hasta tanto que Alberto último maestre de aquella caballería se inficionó con la herejía luterana, y con la libertad de aquella secta dejó el hábito, y renunció por casarse aquellas provincias, y las entregó al rey de Polonia.

Volvamos al rey don Jayme de Aragon. Luego que vió apaciguado su reino, comenzó á tratar de qué manera podria emplear sus fuerzas contra los enemigos de Cristo. Acaeció que cierto dia un hombre principal de Tarragona por nombre Pedro Martello le convidó á comer en su casa: las ventanas de la sala en que era el convite, caian sobre la mar, y por frente la isla de Mallorca. Con esta ocasion de una plática en otra vinieron á tratar de la fertilidad, frescura y riqueza de aquella isla y de las demás que caen en aquel paraje. Tomó la mano de Pedro Martello como el que tenia larga esperiencia de todo lo que pasaba en este caso: encareció con muchas palabras las escelencias de Mallorca, su fertilidad y abundancia, los grandes daños que desde allí se hacian en las costas de Cataluña y las otras comarcanas de España. Sucedió muy á propósito que pocos dias antes aquellos moros tomaron ciertas naves catalanas; y al embajador que enviaron para requerir que las restituyesen como hiciese su demanda en nombre del rey don Jaime de Aragon, respondió el rey moro, que se llamaba Retabohihes, con grande arrogancia: ¿Qué rey me nombrais aquí? El embajador: Al hijo (dijo) del rey de Aragon que en las Navas de Tolosa desbarató y destrozó un grande ejército de vuestra nacion. Indignóse el moro de suerte con esta respuesta tan resoluta, que poco faltó no pusiesen la mano en el embajador; mas en fin prevaleció el derecho de las gentes, solo le hicieron luego salir de la isla.

Alteróse el rey de Aragon oidas estas cosas, y resolvióse de emprender aquella guerra, en que tantas comodidades se representaban, para apercibirse de todo lo necesario juntó córtes en Barcelona, dió cuenta de la empresa que pensaba tomar: de que los presentes recibieron tanto gusto, que con grande voluntad para este efecto le otorgaron segunda vez el bovatico, tributo que se solia dar á los reyes una vez solamente. Con esto despachó sus cartas en que mandó que para mediado el mes de mayo los soldados y las compañías se juntasen en el puerto de Salu cerca de Tarragona, do se aprestaba la armada y se hacia toda la masa de la gente para pasar á Mallorca. En este medio vino de Roma á Aragon por legado del papa Juan monge de Cluñi y cardenal Sabinense sobre negocios muy graves. Acudió el rey á Calatayud para verse con el legado. Vino asimismo á aquella ciudad Zeyt rey de Valencia, despojado de aquel reino y de aquella ciudad por otro moro llamado Zaen. La amistad que tenia con los cristianos le acarreó este daño y este revés tan grande; demás que se rugia queria hacerse cristiano. Por esto el rey don Jaime se resolvió de recibille debajo de su proteccion no solo á él, sino tambien á su hijo Abahomat; y para restituillos en su estado hacer guerra á aquel tirano, como lo cumplió adelante.

El negocio principal sobre que vino el legado, era el casamiento del rey que pretendia apartarse de la reina, y para ello alegaba el impedimento de consanguinidad, si bien tenia ya un hijo, por nombre don Alonso, para suceder en la corona y estados de su padre. Para averiguar este pleito el rey y el legado pasaron á Tarazona. Acudieron allí don Rodrigo arzobispo de Toledo y Aspargo arzobispo de Tarragona con otros muchos obispos de Castilla y de Aragon para hallarse á la determinacion de aquel negocio tan grave, y que á todos tocaba. Alegaron las partes de su justicia, formóse el proceso, y por conclusion se pronunció que el casamiento era ninguno, y que el rey y la reina quedaban libres para disponer de sí; y sin embargo determinaron que el hijo como legitimo heredase el reino de su padre. Dada la sentencia, la reina doña Leonor ya ni viuda ni casada se partió de buena gana para hacer compañía á su hermana doña Berenguela, y consolarse con ella en aquella su soledad. Dejáronle los pueblos que tenia en Aragon, como en arras y parte de dote: llevó otras muchas preseas de paños ricos, oro, plata y pedrerías.

Despedida la junta, el rey acudió á Tarragona, para hallarse al tiempo señalado. Lo restante del estío gastó en aprestar la flota y en juntar los soldados, que cada dia le venian en gran número con gran voluntad de tener parte en aquella empresa. Luego que todo estuvo á punto, se embarcó la gente, y por el mes de setiembre con buen tiempo se hicieron á la vela y se alargaron á la mar. El número de la gente quince mil infantes y mil y quinientos caballos: ciento y treinta y cinco velas entre naves de alto bordo que eran veinte y cinco, doce galeras, y los demás bergantines y vasos pequeños; iban otrosí algunos bajeles que servian para llevar los caballos. La navegocion es corta: así en breve llegaron á vista de Mallorca. Allí de súbito le sobrevino tal tempestad, y les cargó el tiempo de suerte que la armada se derrotó en gran parte, y estuvieron á riesgo de no pasar adelante. Fue Dios servido que á puesta de sol el viento Leste y Levante que traia desasosegado el mar, y sopla de ordinario por aquellas partes, calmó y se trocó en cierzo, muy á propósito para seguir su navegacion y acaballa. En todo este peligro mostró el rey grande constancia y ánimo, con que todos se animaron y se remediaron los daños.

La figura de Mallorca es cuadrada con cuatro cabos y remates que miran á las cuatro partes del mundo. A la parte de Poniente tiene el puerto de Palumbaria, y por frente la isla llamada Dragonera: el cabo ó promontorio de las Salinas cae á Mediodia, y en medio del puerto y deste cabo casi á igual distancia está sentada la principal ciudad que tiene el mismo nombre de la isla, ca se llama Mallorca: los cabos de la Piedra y de San Vincente miran á las partes de Levante y de Setentrion. Cerca del cabo de la Piedra está situado un pequeño lugar, pero que tiene buen puerto y abrigo para las naves: llámase Polencia y antiguamente fue colonia de romanos. Quisiera el rey tomar este puerto, pero el viento contrario le forzó á surgir en el de Palumbaria distante de la ciudad treinta millas. La galera capitana en que el rey iba, fue la primera á entrar en el puerto, y tras ella lo restante de la armada sin que faltase bajel alguno de toda ella. Acudió gran morisma para impedir que no saltasen en tierra: por esto le fue forzoso pasarse al puerto de Sauta Poncia, que está mas adelante entre Poniente y Mediodia. Allí echaron ancias, y á pesar de los moros saltaron en tierra: hobo algunas escaramuzas al desembarcar, en que siempre los cristianos llevaron lo mejor. El intento era enderezarse la vuelta de la ciudad de Mallorca, porque ella tomada, lo demás de la isla se rendiria con mucha facilidad.

No ignoraba esto el rey moro, antes para su defensa tenia hechas sus estancias en el monte Portopi, que está á vista de la ciudad. La gente que tenia era mas en número que en fuerzas señalada. Acordó valerse de maña y parar una celada en el camino entre unas quebradas y bosques para tomar á los enemigos descuidados y de sobresalto. Sucedióle como lo pensaba, que los cristianos se descuidaron como si caminaran por tierra segura. Visto el desórden, los mo-

ros cargaron con tal denuedo que los pusieron en grande aprieto. Murieron en la refriega entre otros muchos don Guillen de Moncada vizconde de Bearne, y don Ramon de Moncada, personajes de gran cuenta, y que iban en la avanguardia, y fueron los primeros á hacer rostro en aquel trance; que fue una pérdida muy grande y notable desgracia. Bajaban del monte, que cerca está, los moros en gran número para ayudar á los suyos, de suerte que de una parte y de otra se trabó una reñida batalla, y los fieles se vieron en gran peligro y cercados de todas partes. El esfuerzo y valor del rey y su buena dicha venció estas dificultades, ca sin saber el daño que los suyos recibieron al principio peleó valientemente y forzó á los moros primero á retirarse poco á poco, despues de huir y recogerse en sus reales. La pelea fue con poco órden á fuer de Africa, de tropel, y que ya acometen, ya vuelven las espaldas, aquí se retiran, allí cargan.

Los cristianos siguieron el alcance, subieron al monte al son de sus cajas, y entraron los reales de los moros, con que la victoria y el campo quedó de todo punto por ellos. No pasaron adelante, ni se curaron de ejecutar la victoria y de seguir á los vencidos, porque tenian la guarida cerca y mas noticia de toda aquella tierra. Contentáronse con lo hecho, y con asentar sus reales á vista de la ciudad para combatilla, por entender que los de dentro estaban muy proveidos, y de su voluntad no se rendirian. Los dias adelante pusieron diligencia en levantar todo género de máquinas, trabucos, torres y mantas para batir y arrimarse á las murallas. Cegaron el foso de la ciudad que era ancho y hondo, con hornija y otros materiales. Salian los moros de rebato para desbaratar é impedir estos ingenios; pero las mas veces volvian con las manos en la cabeza. Finalmente los soldados se arrimaron al muro y con picos arrancaron las piedras de los cimientos de cuatro torres, que apuntalaron con vigas y despues les pegaron fuego, con que las dichas cuatro torres dieron en tierra, y en el muro quedó abierta una grande entrada.

Los moros visto el peligro que corrian, si la ciudad se entraba por fuerza, de ser muertos y saqueadas sus casas, vinieron en pedir concierto. Pretendian les dejasen las vidas y las haciendas, y que con su rey se pudiesen pasar en Africa. A muchos parecia bueno este partido, y que se debia venir en lo que pedian. Deste parecer era don Nuño conde de Ruisellon, que era el medianero en estos tratos: los amigos y deudos del príncipe de Bearne con deseo de vengarse pretendian que era afrenta é infamia acabar la guerra antes de tomar venganza de tantos y tan buenos caballeros como aquellos bárbaros mataron. Los cercados, perdida la esperanza de concierto, tornaron con furia rabiosa á la pelea, y con mayor ímpetu que antes á defender la ciudad. La desesperacion es una fuerte arma: hicieron mucho daño en los nuestros, tanto que ya se arrepentian los que estorbaron el concierto, y holgaran se admitiera de nuevo. Finalmente, derribada gran parte del muro, era forzoso á los nuestros que por las piedras y ruinas procurasen hacer camino. Algunos decian convenia acometer la ciudad de noche cuando las centinelas están cansadas: el rey por escusar la libertad y desórdenes que trae consigo la noche, mandó que se guardasen las puertas y portillos con todo cuidado porque no huyesen los enemigos.

Al alba concertó y puso en órden los suyos para dar el asalto; y de parte que pudo ser oido, les habló de esta manera: «Bien conozco amigos que para premiar vuestros trabajos y vuestro valor no tengo »fuerzas bastantes: el reconocimiento y estima será »perpétua por cuanto la vida durare. La ocasion que »de presente se ofrece de hacer un nuevo servicio á »Dios, á vuestra patria y á mi corona, y para vos »ganar prez y honra inmortal, es cual veis la mejor »que se pudiera pensar. Con la toma desta ciudad y »con sus despojos quedareis ricos y bien parados, »con su sangre vengareis la de vuestros deudos y »hermanos; y yo por vuestro trabajo conquistaré un »nuevo reino y estado. Los de dentro son pocos en »número, sin aliento por la hambre que padecen, »enfermedades, trabajos. ¿Quién será tan de tan »poco ánimo, que no arremeta y cierre con los ene»migos, y por aquellos muros aportillados no se haga »camino con la espada para entrar en la ciudad? A »Dios teneis favorable, por cuyo nombre peleais: »este será el remate de vuestros largos trabajos y fa»tigas, principio de alegría y de descanso. Los flacos »y temerosos, si alguno hobiese, correrán mas peli»gro: en el ánimo y osadía consiste la seguridad de »los que valientemente pelearon.»

Dichas estas razones, mandó dar señal de acometer y cerrar por una, dos y tres veces. Los soldados se detenian, no sé qué miedo y espanto los tenia casi pasmados. El rey: «¿Qué esperais (dice) »soldados? ¿qué haceis? acometed y embestid con »vuestro ánimo acostumbrado: los enemigos son los »mismos que hasta aquí; ¿qué dudais?» Despertados con estas palabras como de un sueño arremeten de golpe y de tropel con gran grita y alarido: los moros acuden á todas partes con gran coraje para defender la entrada: hacen el último esfuerzo. Encendióse la batalla y la refriega en diversos lugares: por conclusion, muertos y heridos muchos de los enemigos, se entró la ciudad, que saquearon los soldados á toda su voluntad, en que los unos y los otros se ensangrentaron. El rey moro perdida toda esperanza, se escondió en cierto lugar secreto: de allí le sacaron: el rey don Jaime, como lo tenia jurado, para mayor afrenta le tomó por la barba, si bien con palabras corteses le animó y prometió que todo se haria bien. Tomada la ciudad, sin dilacion se entregó la fortaleza, en que hallaron un hijo de aquel rey en edad de trece años, que adelante bautizaron, y se llamó don Jaime. Heredóle el rey en tierra de Valencia, y dióle por juro de heredad la villa de Gotor, de que toman su apellido sus descendientes caballeros principales de aquel reino, así bien como de otro caballero por nombre Carrocio, natural de Alemaña, noble y que sirvió muy bien en esta guerra, y en recompensa de sus trabajos le dieron el lugar de Rebolledo, decienden los Carrocios gente noble y principal, y que dura hasta nuestros tiempos en el mismo reino de Valencia.

Ganóse la ciudad de Mallorca postrero dia de diciembre entrante el año de Cristo de 1230. Acordó el rey hacella catedral y poner en ella obispo, si bien los canónigos de Barcelona pretendian pertenecerles aquel obispado por escrituras que alegaban, del todo olvidadas y desusadas: así no salieron con su pretension. Los demás castillos y pueblos de toda la isla con facilidad vinieron á poder de cristianos; ¿mas cómo pudieran sustentarse perdida la ciudad principal? Apaciguada la tierra, y dado asiento en las cosas del nuevo reino, los mas soldados dieron vuelta para sus casas, y el rey pasó á Cataluña. En este mismo año la religion de Nuestra Señora de la Merced que se instituyó pocos años antes, segun que de suso queda apuntado, su modo de vivir y la regla que profesan, fue aprobada por el papa Gregorio Nono, como parece por su bula dada en Perosa, ciudad de Toscana á diez y siete de enero deste mismo año, segun que rezan las constituciones desta órden al principio.

CAPITULO XV.

Que el reino de Leon se unió con el de Castilla.

En el mismo tiempo que los de Aragon emprendieron la conquista de Mallorca, y la ganaron, el rey don

Alonso de Leon con sus huestes y las de su hijo hizo una nueva entrada en tierra de moros. Púsose con sus gentes sobre Cáceres, villa principal de Estremadura, y que otras veces habia intentado de tomalla y no pudo salir con ello. Era príncipe brioso y denodado: las fuerzas que llevaba eran mayores que antes, y así pudo salir con la empresa, y aun pasó adelante animado con este principio á poner sitio sobre la ciudad de Mérida que en otro tiempo fue la mas principal de aquellas partes, y de presente era populosa y grande. El rey moro Abenhut, sabido lo que pasaba, por ganar reputacion entre su gente acordó de ir con su hueste en socorro de los cercados. Su venida y determinacion puso en cuidado al rey don Alonso: por una parte se recelaba de ponerse al trance de una batalla por la poca gente que tenia, por otra el miedo de la infamia, si se retiraba, le aquejaba mucho mas; que á tales personajes la afrenta suele ser mas pesada que la misma muerte. Para resolverse juntó á consejo los capitanes: los pareceres fueron diferentes como es ordinario. Los mas en número y de mayor prudencia querian se escusase la batalla con aquel enemigo que venia poderoso y bravo: mas el rey todavía se arrimó al parecer contrario de los que se mostraban mas animosos y honrados.

Tomada esta resolucion, ordenó sus haces en guisa de pelear: lo mismo hicieron los moros; que ya tenian allí cerca sus estancias. Dióse la señal de acometer, resonaban las trompetas, las cajas, los atabales por todas partes. Cerraron con grande ánimo los unos y los otros: la batalla por algun espacio fue muy herida y sangrienta, pero en fin el valor de los cristianos sobrepujó la muchedumbre de los paganos. La victoria fue tan señalada, y el destrozo de los enemigos de Cristo tan grande, que de miedo muchos pueblos de aquella comarca quedaron yermos por huirse sus moradores por diversas partes. Díjose por cosa cierta que el apóstol Santiago y en su compañía otros santos con ropas blancas en lo mas recio de la batalla esforzaron á los nuestros y amedrentaron á los contrarios; y aun en Zamora no faltaron personas que publicaron haber visto á San Isidoro, que con otros santos se apresuraba para hallarse en aquella batalla en favor de los cristianos. ¿La verdad quién la podrá averiguar? la alegría de victorias semejantes suele dar ocasion á que se tengan por ciertos cualquier suerte de milagros. Despues desta rota los de Mérida, por no tener esperanza les vendria otro socorro, abrieron las puertas á los vencedores, que fue el fruto principal de la victoria; demás que desta vez se ganó y vino á poder de cristianos la ciudad de Badajoz, puesta en aquella parte por do parten términos Estremadura, Andalucía y Portugal.

El rey don Alonso, que en el cuento de los reyes de Castilla y de Leon se pone por Noveno de aquel nombre, acabadas cosas tan grandes y porque el tiempo cargaba, despidió su gente para que se fuese á invernar, resuelto de volver con mayores fuerzas sobre los moros, luego que el tiempo diese lugar. Atajó la muerte sus buenos intentos, que le sobrevino en Villanueva de Sarria de una dolencia aguda que allí le acabó al fin deste año, yendo á visitar el sepulcro del apóstol Santiago para en él cumplir sus votos y dar gracias á Dios por mercedes tan señaladas: su cuerpo sepultaron en aquella iglesia de Santiago. De doña Teresa su primera mujer dejó dos hijas doña Sancha y doña Dulce: de la reina doña Berenguela quedaron don Fernando que ya era rey de Castilla, y don Alonso que fue señor de Molina, y doña Berenguela que casó con Juan de Brena rey de Jerusalén. Tuvo otro hijo fuera de matrimonio que se llamó don Rodrigo de Leon. Reinó por espacio de cuarenta y dos años, fue valeroso y esforzado en la guerra: tan amigo de justicia que á los jueces porque no recibiesen de las partes, ni se dejasen negociar, señaló salarios públicos, y los castigaba con todo rigor si en esto escedian. Verdad es que escureció y amancilló las demás virtudes de que fue dotado, con dar orejas á chismes y reportes de los que andaban á su lado: falta muy perjudicial en los grandes príncipes. El odio que tuvo á su hijo don Fernando, de cuya virtud y santidad se debiera honrar mas que de otra cosa, fue grande, y le duró por toda la vida, tanto que en su testamento nombró por sus herederas á las dos infantas sus hijas mayores.

Por esta causa para prevenir inconvenientes y pasiones era forzoso que el rey don Fernando, pospuesto todo lo al, se apresurase para tomar posesion de aquel reino, si bien á la sazon se hallaba ocupado en la guerra que hacía en Andalucía: príncipe esforzado y valeroso y que no sabia reposar, ni miraba por su salud á trueque de adelantar el partido de los cristianos. Puso cerco sobre Jaen pero aunque le apretó con todo su poder, teníanla tan pertrechada de gente y de todo lo demás, que no pudo ganalla. Pasó con su campo sobre Daralherza. En este cerco estaba ocupado cuando le vinieron nuevas de la muerte de su padre. Aconsejábanle los que con él estaban, y entre ellos don Rodrigo arzobispo de Toledo, diese la vuelta: solicitábales sobre todos su madre, y cada dia cargaban mensajes de todas partes en esta misma razon. Bien entendia él que le aconsejaban lo que era bueno, y que la dilacion le podria empecer mas que todo: pero aquejábale en contrario el deseo de llevar adelante la empresa del Andalucía. Su madre con el cuidado que el amor de hijo le daba, y por los miedos que el mismo le ocasionaba, acordó partirse para hablalle. En Orgaz que está cinco leguas de Toledo camino del Andalucía se encontraron madre y hijo, allí tomaron su acuerdo, que fue sin mas dilacion apresurar el camino para el reino de Leon sin detenerse ni en Toledo ni en otra parte alguna. Hízose así, y el rey luego que llegó al reino de Leon, le halló mas llano de lo que se pensaba: los pueblos le abrian las puertas y le festejaban: llamábanle rey pio y bienaventurado, con otros muchos títulos y renombres que le daban. Coronóse en Toro, honra debida á aquella ciudad por ser la primera que le ofreció la obediencia por sus cartas. Los ricos hombres no estaban del todo llanos, antes algunos seguian la voz de las infantas con algunos pueblos que se les arrimaban.

Pudiera resultar desta division algun grande inconveniente, si los prelados de aquel reino no ganaran por la mano, cuyo oficio es no solo predicar al pueblo y administralle las cosas sagradas, sino mirar por el bien y pro comun; y así visto por quien estaba la justicia, enfrenaron sus particulares aficiones con la razon, y dieron de su mano el reino á quien venia de derecho. Los principales en este número fueron Juan obispo de Oviedo, Nuño de Astorga, Rodrigo de Leon, Miguel de Lugo, Martin de Mondoñedo, Miguel de Ciudad-Rodrigo, Sancho de Coria. Doña Teresa madre de las infantas acudió de Portugal para dalles como á hijas el ayuda y consejo necesario. Parecióle seria mas acertado concertarse con su antenado, y para esto se vió con doña Berenguela madre del rey en Valencia la de Galicia: En esta vista y habla se acordaron que las infantas cediesen á su hermano el derecho que pretendian tener al reino y que él les acudiese cada un año con treinta mil ducados para sus alimentos. Tomado este asiento, el rey de Leon do estaba partió para Valencia, las infantas fueron á Benavente para visitalle y verse con él. Al arzobispo don Rodrigo en premio del trabajo que tomó en todos estos tratos y caminos tan largos y tan contínuos que hacia sin cansarse jamás, dió el rey en aquella tierra la villa de Cascata. Por esta manera el reino de Leon tornó á juntarse con el de Castilla á cabo de setenta y tres años que andaba dividido no

sin perjuicio y daño de todos. La union y atadura que en el rey don Fernando y sus descendientes se hizo y se ha continuado hasta nuestros tiempos, fue principio y como pronóstico de la grandeza que hoy tienen los reyes de España.

CAPITULO XVI.

De algunas vistas que diversos reyes tuvieron entre sí.

Don Sancho rey de Navarra por sobrenombre llamado el Fuerte, título que en su mocedad le dieron sus hazañas, mudado el modo de vivir y la traza, en esta sazon á causa de su mucha grosura y de la poca salud que tenia, se estaba retirado en el castillo de Tudela sin cuidar mucho del gobierno. Deste retiramiento los vasallos tomaron ocasion de atreverse y de alterarse, en especial en Pamplona, que diversas veces se alborotó por este tiempo. La falta del castigo hace á los hombres osados, y la dolencia de la cabeza redunda en los demás miembros. Asimismo don Lope Diaz de Haro señor de Vizcaya con golpe de gente por la parte de la Rioja hizo entrada en las tierras de Navarra, y en ella se apoderó de algunos pueblos y castillos: sospechóse que el rey don Fernando tenia en esto parte, y que por su consejo y con sus fuerzas se encaminaban estas tramas. Lo que hacia mas al caso, que Teobaldo conde de Campaña en Francia, sobrino de aquel rey por ser hija de su hermana doña Blanca infanta de Navarra, y que si tuviera paciencia, habia de heredar aquella corona por no tener el rey hijos, con demasiada priesa traia sus inteligencias con los señores de aquel reino para desposeer á su tio: grande crueldad, y que le puso en condicion de perder lo que tenia en la mano, porque el rey don Sancho avisado de lo que pasaba, y punzado del dolor que estos desórdenes le acarreaban, visto que por sí no tenia fuerzas bastantes para contrastar con los suyos y con los estraños acordó buscar socorros de fuera, y de camino vengarse de aquellos ultrajes y deslealtad.

El rey don Jaime acabada la empresa de Mallorca ganara renombre de esforzado y valeroso en tanto grado que los demás príncipes á porfia pretendian su amistad y buena gracia: acordó envialle sus embajadores para rogalle se fuese á ver con él en Tudela para comunicalle algunos negocios muy graves, y que no se podian tratar en ausencia por terceros. Hallábase el rey don Jaime en Zaragoza, donde por la via de Poblete y de Lérida era venido despues de la conquista de Mallorca. No le pareció dejar pasar aquella ocasion, que segun él imaginaba se le presentaba en acrecentar su estado: así sin pedir otra seguridad se vino para el rey don Sancho. Mostráronse mucho amor de la una parte y de la otra: acabados los comedimientos y cortesías, entraron en materia, y trataron de lo que importaba. Querellóse don Sancho de su sobrino el conde Teobaldo que sin respeto al deudo ni tener paciencia para esperar su muerte con sus malas mañas le alteraba los vasallos: del rey don Fernando dijo que sin embargo que tenia tantas provincias, era su ambicion tan grande que con los nuevos ditados le crecia el apetito de mandar, mal desasosegado y incurable: que tenia pensado valerse de sus fuerzas, de su dicha y de su maña, recobrar lo de Vizcaya que le tenian contra derecho usurpado, y reprimir los insultos y intentos de Francia, y juntamente sosegar los naturales para que no se atreviesen: en recompensa de su trabajo le queria dejar aquel reino para despues de sus dias, y para mas asegurallo desde luego nombralle por su sucesor y adoptalle por hijo, como lo hizo por estas palabras: Yo os nombro por mi heredero por via de adopcion para que hayais y poseais esta corona: prospere Dios Nuestro Señor y ayude esta nuestra voluntad; que bien entiendo despues de mis dias mirareis por mis vasallos, y mientras viviere hareis lo que de un buen hijo puede su padre esperar.

Aceptó el rey don Jaime esta adopcion, y la buena suerte que se le presentaba. Para dar mejor color á todo concertaron que la adopcion fuese recíproca, de suerte que cualquiera de los dos que faltase, el otro le sucediese en el reino. Era cosa ridícula y juego que un mozo y que se hallaba en lo mejor de su edad, además que tenia hijo y heredero, prohijase un viejo doliente, y que estaba en lo postrero de su vida: puédese sospechar que el Navarro por su edad y dolencia no estuviese muy entero. A los cuatro de abril se otorgaron las escrituras deste concierto, que confirmaron los señores que de Aragon y Navarra se hallaron presentes. Demás desto el Navarro dió al de Aragon prestados para los gastos de la guerrra cien mil sueldos, y en prendas recibió para seguridad de la deuda ciertos pueblos de Aragon. En esto vino nueva que el rey de Túnez aprestaba una gruesa armada para recobrar la isla de Mallorca, que hizo despedir las vistas y abreviar, y forzó al rey don Jaime á dar la vuelta á Zaragoza para acudir á la defensa, si necesario fuese.

En este tiempo falleció Aurembiasse; dejó en su testamento el condado de Urgel, y Valladolid en Castilla al infante don Pedro su marido por no tener hijos; de que resultaron nuevos inconvenientes á causa que don Ponce de Cabrera acudió á los derechos y pretensiones antiguas de su casa, resuelto sino le hacian razon, de valerse de las armas y de la fuerza. Atajó el rey con su prudencia la tempestad que se armaba: concertó que al nuevo pretensor se diese aquel condado, fuera de la ciudad de Balaguer que retuvo para sí, y al infante mientras que viviese, entregó la isla de Mallorca para que la gobernase en su lugar y como teniente suyo. Tomado este acuerdo, el rey del puerto de Salu se hizo á la vela, y aportó á Mallorca. Supo que el rey de Túnez por aquel año no venia; por esto sin hacer otra cosa dió la vuelta para su casa.

El rey don Fernando se ocupaba en visitar el nuevo reino de Leon á propósito de granjear las voluntades de la gente con todo género de buenas obras y mercedes que les hacia. En el entretanto encargó el cuidado de la guerra contra moros al arzobispo don Rodrigo; y en recompensa le hizo merced de la villa de Quesada á tal que echase della los moros, á cuyo poder era vuelta. Venido pues el verano, el arzobispo con gente rompió por aquella parte: corrió los campos, hizo presas, quemó las mieses que ya estaban sazonadas; y no solo ganó de los moros á Quesada y á Cazorla villas puestas en los pueblos que antiguamente se llamaron bastetanos, sino tambien les tomó á Cuenca Chelis, Niebla, que llamaron los romanos Elepla, con otros pueblos comarcanos de menor cuenta. Este fue el principio del adelantamiento de Cazorla, que por largos tiempos por merced y gracia de los reyes poseyeron los arzobispos de Toledo, que nombraban como lugarteniente suyo al adelantado, hasta tanto que en nuestros dias don Juan Tavera cardenal y arzobispo de Toledo le dió por juro de heredad para sus descendientes á don Francisco de los Cobos comendador mayor de Leon, al cual de secretario suyo levantó á grande estado y dignidad el favor y privanza que alcanzó con el emperador Carlos Quinto rey de España. Verdad es que don Juan Siliceo sucesor de dicho cardenal pretendió por pleito revocar aquella donacion como hecha en notable perjuicio de su iglesia; pero ni él ni sus sucesores salieron con su pretension hasta que don Bernardo de Rojas y Sandoval cardenal de Toledo concertó la diferencia y restituyó á su iglesia aquella dignidad. Quesada porque volvió á poder de moros, y adelante la recobró con sus armas el rey don Fernando, se quedó por los reyes de Castilla.

Por estos tiempos Juan de Brena rey de Jerusalém, perdido casi todo aquel reino, pasó por mar en Italia. Era francés de nacion: solicitó á los príncipes de Europa que le ayudasen con sus gentes para recobrar su reino. De camino casó á Violante única hija suya con el emperador Federico Segundo, que por este casamiento tomó título de rey de Jerusalém, y del se quedó en los reyes de Sicilia sus sucesores en aquel reino hasta pasar con él y continuarse en los reyes de Aragon y de España sucesivamente. Solemnizadas estas bodas, el rey Juan de Brena pasó en España, y aportó por mar á Barcelona año de 1232. Hospedóle el rey de Aragon con mucho amor y regalo, y le tuvo consigo algun tiempo. Fuese desde allí á Santiago de Galicia por voto que tenia hecho de visitar aquel santuario. Honróle mucho el rey don Fernando, y para mayor muestra de amor, si bien era extranjero y su estado en balanzas, le dió por mujer á su hermana la infanta doña Berenguela á la vuelta de su romería.

Concluidas las bodas, dió aquel príncipe vuelta á Italia para con los socorros que juntó, pasar á la guerra de la Tierra Santa: el suceso no fue conforme á sus esperanzas ni trabajos que por fuerza sufrió en viaje tan largo. Los Anales de Toledo, á quien damos mucho crédito, señalan la venida deste rey á España ocho años antes desto, y que el rey don Fernando le recibió solemnemente en Toledo dia viernes á doce de abril. La verdad es que vuelto á Italia, perdida la esperanza de recobrar su reino, por órden del papa se encargó del imperio de Constantinopla por ser de poca edad el emperador Balduino, y estar aquel imperio que tenian los franceses, á punto de perderse. Casó el mozo emperador con María hija de aquel rey y de su mujer doña Berenguela. Este quiso fuese el premio de los trabajos que pasó en aquel gobierno y tutela. En Castilla los soldados de las órdenes militares se juntaron con el obispo de Plasencia, y de consuno ganaron de los moros á Trujillo pueblo principal de la Estremadura: la toma fue á los veinte y cinco de enero.

El rey don Jaime pasó tercera vez á Mallorca, y se



Catedral de Toledo.

apoderó de la isla de Menorca, que la de Ibiza, una de las Pithyusas y la mayor en el mar Ibérico, se conquistó el año adelante de 1234. Guillen Mongrio prelado de Tarragona, sucesor de Aspargo ya difunto, envió sus gentes para este efecto, y por esta causa quedó aquella isla sujeta á su diócesi y obispado como era razon. Este año á los siete de abril falleció en Tudela el rey don Sancho de Navarra. Su cuerpo enterraron en nuestra Señora de Roncesvalles, convento de canónigos reglares que él mismo edificó á su costa y le dotó de buenas rentas: traen en el pecho una cruz azul en forma de cayado ó de báculo; por lo demás el hábito es de clérigos ordinarios. Los navarros luego que murió su rey, llamaron á Theobaldo conde de Campaña, como á pariente mas cercano: coronóse por el mes de mayo en Pamplona. Un autor dice que el rey de Aragon, si bien tuvo aviso de todo, disimuló y no quiso irles á la ma-

no ni seguir su derecho; que por ventura la conciencia le remordia para no pretender lo que no era suyo. Las guerras que emprendió adelante, dan á entender que si disimuló, fue por un poco de tiempo hasta desembarazarse y aprestarse para seguir su derecho de adopcion que lo tenia por bien fundado; mas la esperanza de salir con su intento era poca por la aversion que mostraban los naturales.

Teníale otrosi puesto en cuidado un nuevo casamiento que trataba para si con doña Violante hija del rey de Hungría, que procuraba estorbar con todas sus fuerzas el rey don Fernando porque todavía deseaba reconcialialle con su tia doña Leonor que repudió los años pasados. Andaban embajadas sobre el caso, y porque por via de terceros no se concluia nada, acordaron los dos reyes de verse en el monasterio de Huerta puesto á la raya de los dos reinos: allí se hablaron á los diez y siete de setiembre. No se hizo efecto alguno en el negocio principal por razones que el Aragonés alegó en su defensa; solo demás de los pueblos que antes tenia, dió á la reina doña Leonor la villa de Hariza en que pasase su soledad, y para mayor entretenimiento vino en que su hijo quedase en su compañía hasta tanto que fuese de mas edad. Empleaba esta señora su tiempo y sus rentas en obra de piedad, en particular á su costa cerca de Almazan fundó un monasterio de Premostre, órden cuyo fundador no muchos años antes deste tiempo



Casco y silla de don Jaime, que se ven en la Armería Real de Madrid.

fue Huberto natural de Lorena en Francia. El nombre de Premostratenses tomaron estos religiosos del primer monasterio que edificaron en el bosque de Premostre.

CAPITULO XVII.

El principio que tuvieron las conquistas de Córdoba y Valencia.

Acabada la habla y las vistas, los dos reyes de Aragon y Castilla volvieron á proseguir la guerra santa contra los moros. Los aragoneses feroces con la victoria de Mallorca, y con odio que tenian al rey Zaen, que estaba por fuerza apoderado del reino de Valencia, y habia entrado por las tierras de Aragon robando y quemando aldeas y villas hasta llegar á Amposta y Tortosa, determinaban intentar la guerra de Valencia: los castellanos proseguian la guerra comenzada en el Andalucía. La division que á esta sazon tenian entre si los moros, daba esperanza de buen suceso á los fieles, porque entre ellos andaban todos estos bandos: almohades, almoravides, benamarines, benadalodes. Era de tal manera la division y desconcierto que aunque nadie les diera empellon, el mismo reino se cayera de suyo y se fuera á tierra. Concedieron los de Cataluña al rey el tributo que llaman bovatico, para la guerra de Valencia, que no suelen conceder sino en el último aprieto y estrema necesidad. Muchos de los cristianos comenzaron á hacer entradas en las tierras de los moros: talaban y robaban lo que podian, especialmente don Blasco de Alagon, que tomó de los moros á Morella pueblo fuerte.

Este buen agüero y pronóstico para la guerra siguiente, que una persona particular hiciese tan buen efecto, al rey dió pesadumbre: sentia que ninguno se le adelantase en dar principio á esta guerra. El castigo fue que tomó aquella villa para sí, y dió á don Blasco en recompensa la villa de Sástago; que fue el principio de la guerra de Valencia, y de los condes de Sástago, principal casa de aquel reino. Despues de tomado Morella otro pueblo llamado Burriana, pasados dos meses de cerco, se entregó al rey con condicion que á los moradores les concediese la vida y libertad: salieron deste pueblo siete mil personas entre hombres y mujeres. Grave daño fue para los moros la pérdida destos dos pueblos, que con la fertilidad de sus campos sustentaban en aquella comarca otras muchas villas y castillos, á los cuales fue asimismo forzoso rendirse. De los primeros fue Peníscola, á quien llama Ptolomeo Chersoneso, y con ella Castellon y Buñol. Don Jimeno de Urrea tomó á Alcalaten: por esto se hizo merced de aquel lugar y señorío á la nobilísima familia de los Urreas continuado hasta este tiempo. Mas adentro en medio del reino de los moros á la ribera del rio Jucar conquistaron la villa de Almazora: entraronla los nuestros de noche, y asi los moros huyeron sin ponerse en defensa.

En este tiempo el rey don Fernando, apaciguadas las cosas de Leon dejó allí la reina para ganar mas con esto las voluntades de aquella gente. Hecho esto, en Castilla se guarneció de un grande ejército con determinacion de proseguir la guerra del Andalucía, que por algun tiempo forzosamente se habia dejado. Puso cerco sobre Ubeda, y combatióla con todo género de máquinas; y aunque por ser de suyo ciudad principal, y estar cerca de Baeza no mas de una legua, la tenian fortalecida de muchos valientes soldados de guarnicion, baluartes y vituallas para entretenerse mucho tiempo, pero la fortaleza y constancia del rey venció todas las dificultades, y se entregaron los moradores salvas solamente las vidas. Por otra

parte las órdenes tomaron á Medellin, Alfanjes y Santa Cruz. La alegría destas victorias se mezcló y turbó con nueva pérdida, como es muy usado en esta vida mortal y llena de mudanzas. La reina, mientras el rey andaba ocupado y contento con el buen suceso que Dios le daba en la guerra, falleció en la ciudad de Toro. Llevaron su cuerpo al monasterio de las Huelgas de Burgos: las exequias se le hicieron muy solemnes y el entierro. De allí fue trasladado su cuerpo á la ciudad de Sevilla despues de algunos años; donde juntó con su marido la sepultaron y yace, con quien vivió muy unica en amor y voluntad.

Tomada Ubeda, el rey se volvió á Toledo, determinado de visitar otra vez las ciudades y villas del reino de Leon: con estos halagos pretendia ganar las voluntades de los nuevos vasallos. Los soldados que quedaron en el presidio de Ubeda, hicieron una entrada en tierra de Córdoba, quemaron y talaron aquella campiña: algunos de los moros llamados vulgarmente almogáraves fueron presos en esta cabalgada. Almogáraves se llamaban los soldados viejos, y que estaban puestos en los castillos de guarnicion. Estos cautivos dieron aviso que se ofrecia buena coyuntura para tomar á Córdoba, sea que pretendiesen ganar la gracia de sus señores, ó que estuviesen mal con los de aquella ciudad. El arrabal de Córdoba, que llaman Ajarquia, está pegado con las murallas, y le tenian á su cargo este género de soldados, que dieron lugar á los cristianos para que de noche por aquella parte escalasen la ciudad y la entrasen, que fue el año de nuestra salvacion de 1235 á los veinte y tres de diciembre. El número de los soldados que entraron era pequeño para salir con empresa tan grave. Tomaron solamente algunas torres, y apoderáronse de la puerta de Martos con intento y esperanza que les acudirian socorros de todas partes: así despacharon á toda priesa mensajeros que avisasen de lo hecho y del aprieto en que quedaban si no les acorrian con toda presteza.

A la verdad los moros luego que amaneció, sabido lo que pasaba, y que la ciudad era entrada, se pusieron á punto para combatir aquellas torres y lanzar por fuerza á los que en ellas estaban. Don Alvar Perez de Castro, cuya lealtad y valor fue muy conocido despues se redujo, desde Martos do se hallaba, fue el primero que acudió á lo de Córdoba. Lo mismo hizo el rey: luego que llegó el aviso, partió de la ciudad de Leon; y aunque la distancia era grande, y el tiempo del año muy contrario, acudió con buen golpe de soldados allegados de presto: dejó otrosí mandado á los caballeros y ayuntamientos de las ciudades que fuesen en su seguimiento. Está en el camino un castillo que se dice Bienquerencia: pareciôles probar si le podrian rendir. El alcaide del castillo sirvió al rey con vituallas; pero en lo que tocaba á entregarse, dijo no lo podia hacer hasta ver lo que se hacia de Córdoba cuya autoridad seguia: que rendida la ciudad, prometia hacer lo mismo. Dejada pues esta fuerza, pasaron con presteza adelante. Halló el rey que de muchas partes habian acudido al socorro muchos soldados, si bien todos ellos no llegaban á hacer bastante ejército.

El rey Abenhut se hallaba en esta sazon en la ciudad de Ecija, aprestado para cualquiera ocasion que se le presentase, con un poderoso campo. Don Lorenzo Suarez por andar desterrado seguia el partido y reales deste rey. El moro no estaba determinado si acudia á los moros de Valencia, si á los de Córdoba por estar la una ciudad y la otra en un mismo peligro, y hacelle instancia de ambas partes por socorro. La conquista de Valencia se encaminó desta suerte. El rey de Aragón probó á conquistar á Cullera; mas cesó de la conquista por la falta de piedras que halló en aquel campo, para tirar con los trabucos: cosas pequeñas en las guerras tienen grande vez y son de mucha importancia; verdad es que en la llanura de Valencia fue tomado el castillo de Moncada por los aragoneses, y luego le echaron por tierra porque los demás moros escarmentasen con aquel ejemplo y castigo.

Todo esto supo en un mismo tiempo el rey Abenhut. Estaba confuso, que no sabia en que determinarse, ni qué consejo tomase. Envió á don Lorenzo Suarez para que espiase lo que pasaba: él deseando con algun señalado servicio volver á la gracia del rey don Fernando, comunicóle en secreto el intento de los moros y estado de sus cosas. Avisado de lo que debia hacer volvió al rey moro, engrandecióle nuestras fuerzas mucho mas de lo que eran, díjole que el aparato y ejército era muy grande: mostraba en el rostro tristeza y miedo, mentiroso es á saber y fingido. Esta maña y artificio fue causa que el rey moro no tratase de socorrer á Córdoba, en gran pro de los cristianos, que si el moro viniera, no fueran bastantes para resistir y hacer constraste á los de la ciudad y á los de fuera. La alegría que los nuestros recibieron por esta causa, aumentó una nueva cierta que vino, que el rey moro pocos dias despues que pasó esto, en la ciudad de Almería en que estaba á punto para ir al socorro de Valencia, fue muerto por los suyos. Avino esta muerte muy á buen tiempo, porque el moro era diligente y valeroso príncipe, elocuente en hablar, diestro en persuadir lo que queria, sosegar y amotinar la gente segun que le venia mas á cuento; robaba lo ajeno, y daba de lo suyo francamente: en fin en aquel tiempo ni en paz ni en guerra ninguno le hacia ventaja, y fuera gran parte si viviera, para que las cosas de los moros se restauraran en España.

CAPITULO XVIII.

Cómo la ciudad de Córdoba se ganó de los moros.

En el medio casi de la Andalucía en la parte que antiguamente se tendian los pueblos llamados Turdulos, está edificada la ciudad de Córdoba. Su asiento en un llano á las faldas de Sierramorena, que se levanta á la parte de Septentrion ó Norte, forma algunos recuestos y collados. A la mano izquierda la baña el rio famoso Guadalquivir, que por entrar en él muchos rios es tan grande que se puede navegar. La figura y forma de la ciudad es cuadrada: estiéndese por la ribera del rio, y así es mas larga que ancha. El tiempo que los moros la tuvieron en su poder, asentaron en ella los reyes su casa y silla real, y le quitaron mucho de su hermosura y gentileza como gente que ni sabe de arquitectura ni de edificios, ni se precia de algun primor. Antiguamente tenia cinco puertas, ahora tiene siete: los arrabales de fuera son tan grandes como una entera ciudad, especialmente el que dijimos se llama de Ajarquía á la ribera del rio á la parte de Levante, que está todo cercado de muro y pegado con la ciudad. El alcázar del rey, y su casa está á la parte del Poniente cercada con su muro particular: una puente muy hermosa puesta sobre el rio, cuya cepa comienza desde la iglesia Mayor. Antiguamente se llamó colonia Patricia porque en sus principios la habitaban los príncipes y escogidos de los romanos y de la tierra, como lo dice Estrabon: fuese siempre madre de grandes ingenios, escelentes en las artes de la guerra y de la paz: los campos de la ciudad son hermosos y fértiles; dánse toda manera de frutos y esquilmos, alegres por su mucha frescura y arboleda. No solo tienen esto en la llanura sino los mismos montes con las copiosas fuentes crian viñas y olivares y toda manera de árboles. En estos montes una legua de la ciudad está edificado un monasterio de frailes de San Gerónimo, en que parecen rastros de Córdoba la Vieja, que edificó

Marco Marcello desde sus principios, ó sea que la aumentó y adornó en el tiempo es á saber que fue pretor en España. Este sitio se entiende que por ser mal sano le trocaron en el lugar en que al presente está.

La toma desta ciudad fue desta suerte: los cristianos se apoderaron de una parte de los muros: el rey don Fernando luego que llegó puso cerco sobre lo demás, corria el año 1236. Defendiéronse los moros con grande esfuerzo como los que se hallaban en el último aprieto, que suele hacer á los hombres esforzados: el gran número de gente que dentro tenian, y los socorros que de fuera esperaban, los hacia asimismo confiados; muchas veces por las plazas y por las calles peleaban valientemente los unos por salir con la empresa, los otros por la patria y por la libertad. Gastóse algun tiempo en esto hasta tanto que por la fama y por dicho de algunos cautivos que prendieron los de dentro, supieron lo que pasaba acerca de la muerte de Abenhut, rey de Granada, y juntamente que don Lorenzo Suarez se era pasado á la parte de los cristianos, y se hallaba con los demás en aquel cerco: con esto perdida la esperanza de poderse defender con sus fuerzas, y de ser socorridos de fuera, acordaron de rendirse. Tuvieron plática sobre ello personas señaladas de ambas partes: los del rey encarecian sus fuerzas para sujetar los rebeldes, su clemencia para con los que se rendian: los moros si bien entendian el aprieto en que estaban, no venian en lo que era razon.

Pasábase el tiempo en demandas y respuestas, en proponer condiciones y en reformallas: los cristianos vista su porfía, y que de ella cada dia los cercados se hallaban en mayor aprieto, se aprovechaban de la dilacion para agravar las capitulaciones; y á los moros era forzoso pasar por lo que antes desechaban, como suele acontecer á los duros y porfiados: finalmente de grado en grado se redujeron á término de entregar la ciudad con solo que les concediesen las vidas y libertad para irse cada cual donde mejor le estuviese. Hízose la entrega en veinte y nueve de junio dia de San Pedro y San Pablo: en señal de la victoria en lo mas alto de la iglesia Mayor levantaron una cruz y con ella el estandarte real que se podia ver de todas partes. La iglesia con las ceremonias acostumbradas de mezquita que era, la mas famosa de España, la consagraron diversos obispos que seguian la guerra y se hallaron en la toma. Señalaron por primer obispo de aquella ciudad á fray Lope monge de Fitero, convento situado cerca del rio Pisuerga. Conformóse en todo esto con la voluntad del rey, y puso en todo la mano don Juan obispo de Osma, que suplia las veces por su comision del primado don Rodrigo arzobispo de Toledo, que á la sazon estaba ausente y era ido á Roma. Juntamente le dejó los sellos reales para ejercitar en su lugar el oficio de chanciller mayor dado por los reyes los años pasados á los arzobispos de Toledo en la persona del mismo don Rodrigo.

No se contentó el rey con lo hecho, antes por



acordarse y saber que docientos y sesenta años antes deste en que vamos, los moros hicieron traer las campanas de Santiago de Galicia en hombros de cristianos, mandó que de la misma manera las llevasen los moros hasta ponellas en su lugar: recompensa bastante y enmienda de aquella befa y afrenta. Idos los moros, quedaba la ciudad sola y yerma: prometió el rey por sus cartas muchos privilegios á los que viniesen á poblar, con que acudieron muchos y entre ellos repartieron las casas y heredades. Quedó por gobernador de aquella ciudad don Alonso de Meneses, y don Alvaro de Castro por general de aquellas fronteras, el uno y el otro con todo el poder y autoridad necesaria. A los títulos reales se añadió el de rey de Córdoba y de Baeza, segun que consta por los privilegios y cartas reales que de aquel tiempo y del de adelante se hallan. La silla obispal de Calahorra por este tiempo se trasladó á Santo Domingo de la Calzada á instancia de don Juan Perez, obispo de aquella ciudad. Pleitearon adelante las dos ciudades sobre este punto y preeminencia por algun tiempo: concertóse finalmente el debate en que las hiciesen iguales, de tal suerte que ambas iglesias fuesen como lo son hoy catedrales.

CAPITULO XIX.

Cómo se ganó la ciudad de Valencia.

El rey de Aragon no cesaba de acosar los moros del reino de Valencia por todas partes y con toda manera de guerra. El rey Zeit andaba fuera de Valencia desterrado: estaba de antes aficionado á mudar de religion, y con la comunicacion de los cristianos finalmente se bautizó. Así lo habian profetizado en Valencia algunos años antes dos frailes de San Francisco, fray Juan y fray Pedro, los cuales él mismo por esta causa mandó matar. Instruido pues en la fe, le bautizaron y llamaron don Vicente. Esto se hizo secretamente, porque sabido por los moros no cobrasen mas odio y indignacion contra él, que no

tenia perdida la esperanza de recobrar su reino. Don Sancho Ahones, arzobispo de Zaragoza, procuró se casase conforme al uso de la iglesia católica, porque con la mala costumbre y soltura que tenia antigua, y con la mucha torpeza de su vida y deshonestidad parecia que hacia burla de la Religion Cristiana que profesaba. La mujer que casó con él, se llamó Dominga Lopez, natural de Zaragoza. Della nació una hija llamada Alda Hernandez, mujer que fue despues de don Blasco Jimenez, señor de Arenos, que sucedió en otros muchos lugares que eran del rey su suegro, y los heredaron despues los de Arenos. El rey de Aragon para continuar la empresa comenzada destruyó los campos de Ejerica, quemó las mieses que ya se vian sazonadas. Don Bernardo Guillen, tio del rey de parte de madre, que tenia gran fama de valiente, y habia hecho hazañas en las guerras señaladas, fue nombrado por general de la frontera de los moros de Valencia para que resistiese y enfrenase sus acometimientos y entradas.

El mes de octubre siguiente hobo córtes en la villa de Monzon, en que se trató continuar y llevar adelante la guerra de Valencia y de ponelle cerco. Acordaron otrosí por parecer de todos no se vedase por entonces cierta manera de moneda llamada jaquesa,



Moneda Jaquesa.

que tenia mucha mezcla de cobre, y los que se hallaban con ella, temian que si la prohibian, recibirian daño notable. Por esta causa se le concedió al rey que cada casa de seis á siete años pagase al fisco real un maravedí. El castillo que se llamaba el Poyo de Santa María, con las guerras de los moros destruido, los cristianos le repararon, y don Bernardo Guillen le tenia con fuerte guarnicion. Zaen rey de Valencia emprendió con la gente que tenia, que se contaban seiscientos de á caballo y cuarenta mil peones, de combatir este castillo; los nuestros con increible ánimo y esfuerzo determinaron de salir de la fortaleza á pelear con los que en número de soldados les hacian ventaja: la cosa llegó al último aprieto, pero en fin la multitud y gran númeno de moros se rindió al esfuerzo y valentía, de suerte que los enemigos fueron maltratados vencidos y ahuyentados. Publicóse por cierto que San Jorje ayudó á los cristianos, y que se halló en la pelea: acostumbran los hombres cuando las cosas suceden sobre todas las fuerzas y esperanza, atribuirlo á Dios y á sus santos autores de todo bien. Acrecentó la fe del milagro una imágen de Nuestra Señora que se halló debajo de la campana que tenian en el castillo. Los moradores de la comarca hicieron luego una iglesia para aquella, muy devota, y en que se hacen muchos milagros como lo dicen los de aquella tierra.

La batalla se dió el mes de agosto año de 1237: murió en ella don Rodrigo Luesia caballero principal. El rey don Jaime sabida la victoria y el peligro que los suyos corrian, partió luego para allá, especialmente que le vinieron nuevas, aunque falsas que los moros volvian con nuevos soldados de refresco á la empresa. Con mayor ánimo y esfuerzo que prudencia, con solos ciento y treinta de caballo llegó hasta mas adelante del Pollo y de Momviedro. Allí se encontró con un valiente escuadron de moros que llegó hasta aquellos lugares á hacer rostro á los nuestros: traia por capitan á don Artal de Alagon que andaba desterrado entre los moros y era hijo de don Blasco; el peligro era grande: la constancia y fortaleza del rey y su buena dicha remediaron el daño que se pudiera temer, sobre todo Dios, que proveyó se fuesen los moros por otra parte sin dar la batalla ni encontrarse con los fieles. El castillo del Poyo por estar cerca de Valencia y lejos de Aragon no se podia conservar sin mucha costa y peligro, especialmente que aquellos dias falleciera don Bernardo Guillen tio del rey, á cuyo cargo quedó la guarda de aquella plaza; que fue la causa que el rey saliese de Zaragoza en que tuvo el invierno, y se pusiese al riesgo ya dicho. Hizo merced á don Guillen Entenza hijo del difunto de todo lo que él poseia, oficios y tenencias; merced debida á los méritos y servicios de su padre. La tenencia del castillo se encomendó á don Berenguel Entenza, si bien los caballeros del reino eran de parecer se debia desamparar.

Perseveró el rey en sustentar aquel castillo por ser de mucha comodidad para la conquista de Valencia; y porque los soldados trataban de huir y dejalle secretamente, los juntó en la capilla del castillo, y juró en el ara consagrada solemnemente de no volver á su casa sin tomar á Valencia. Con esta resolucion los ánimos de los soldados que allí tenian, se esforzaron y quedaron allí de buena gana; los de los contrarios de tal manera desmayaron que Zaen envió á requerille de paz, y ofreció que daria muchos castillos y fortalezas, y cierta cantidad de oro de tributo cada un año. El rey con la esperanza que tenia de ganar la ciudad, aunque contra el parecer de los suyos, todo lo deshechó; mayormente que Almenara, Betera, Bulla y otros castillos muy importantes se le entregaron de su voluntad: con esto se aumentaron los ánimos y la esperanza de los soldados. No tenia el rey á esta razon mas que mil peones, y trecientos y sesenta hombres de á caballo. ¿Qué era esta gente para una empresa tan grande? ¿qué osadía y temeridad aventurarse con fuerzas tan pequeñas? mas los consejos atrevidos por tales se tienen comunmente cuales son los remates: tal es el juicio de los hombres. Con tan poca gente, pasado el rio Guadalaviar, se atrevió á poner sitio á una ciudad tan grande y tan populosa. Asentaron los reales y los barrearon entre el Grao (que así se llama aquella parte del mar por ser á manera de escalones) y entre la ciudad á iguales distancias, una milla de cada una destas dos partes.

Valencia está situada en aquella parte de España que se llamó Tarraconense, en la comarca que habitaron antiguamente los edetanos: su asiento en una gran llanura, fértil y abastada de todo lo necesario á la vida y al regalo, aunque el trigo le viene de acarreo y de fuera del reino para sustentarse. Es rica de armas y de soldados, abundante de mercadurías de toda suerte: de tan alegre suelo y cielo que ni padece frio de invierno, y el estío hacen muy templado los embates y los aires del mar. Sus edificios magníficos y grandes, sus ciudadanos honrados, de suerte que vulgarmente se dice hace á los extranjeros poner en olvido sus mismas patrias y sus naturales. Las huertas y jardines muchos y muy frescos, viciosos en demasía: los árboles por su órden concertados, en especial todo género de agrura y de cidrales, cuyos ramos entretejen de manera que ya representan diversas figuras de aves y de animales y diversos instrumentos, ya los enlazan á manera de aposentos y retretes, cuya entrada impide la fuerte trabazon de los ramos, la vista la muchedumbre y espesura de las hojas, que todo lo cubren y lo tapan á manera de una graciosa enramada que siempre está verde y fresca:

tales eran los campos Elíseos, paraiso y morada de los bienaventurados, segun que los fingieron los poetas antiguos. Tal y tan grande la hermosura desta ciudad dada por beneficio del cielo, que puede competir en esto con las mas principales de Europa.

A mano izquierda la baña el rio Guadalaviar, que pasa entre el muro y el palacio del rey que llaman el Real, y está por la parte de Levante pegado con la ciudad con una puente por do se pasa de la una parte á la otra. Sangra el rio con diversas acequias para regar la huerta y para beber los ciudadanos. Junto al mar cae la Albúfera, distante por espacio de tres millas, de aire no muy sano, pero que recompensa este daño con la abundancia de toda suerte de peces que cria y da. Los muros de la ciudad eran entonces de figura redonda mil pasos en contorno, cuatro puertas por donde se entraba. La primera Boatelana entre Levante y Mediodia: la segunda Baldina á Setentrion: la tercera Templaria (que tomó este nombre de una iglesia que allí edificaron los templarios) á la parte de Levante: la cuarta Jareana, entre la cual y la Boatelana fortificó el rey sus estancias, por ser el lugar mas cómodo para la batería y para los asaltos á causa de cierto ángulo ó esconce que el muro hacia por aquella parte. Dábanse los cristianos toda diligencia en levantar y plantar sus máquinas y trabucos de que entonces se usaba, para combatir las murallas. El rey Zaen el primer dia que los cristianos llegaron, antes de fortificarse sacó sus gentes al campo con muestras de querer pelear: escusaron los cristianos la batalla por ser en pequeño número, y porque de cada dia les acudian nuevas compañías. Halláronse presentes muchos prelados, ricos hombres y caballeros, un escuadron de franceses escogidos debajo la conducta de Aymilio obispo de Narbona, socorros y gente de Ingalaterra que vinieron á la fama. Trabáronse los dias siguientes algunas escaramuzas, en que los contrarios llevaron siempre lo peor; que los enfrenó para no hacer en adelante tan de ordinario salidas. Arrimáronse al muro los del rey: sacaron algunas piedras con picos y palancas, con que por tres partes aportillaron la muralla, de suerte que podia pasar un soldado por cada parte. Acudian los cercados á este daño y peligro con todo cuidado segun el tiempo les daba. En el entretanto Pedro Rodriguez de Azagra y Jimeno de Urrea con golpe de gente de la otra parte de Valencia rindieron la villa de Cilla. Descubrióse asimismo en la mar la armada del rey de Túnez, que venia en favor de los cercados en número de diez y ocho galeras y naves. Surgió á vista de la ciudad, con que los moros cobraron ánimo y entraron en esperanza de poderse defender.

Mas fue el ruido y el cuidado que el efecto, porque avisados los africanos que en Tortosa se aprestaba otra armada contra la suya, desancoraron y sin poder dar socorro á la ciudad, ni forzar á Peñíscola que está en aquellas riberas de Valencia, y asimismo lo intentaron, dieron la vuelta. Comenzaron con esto á enflaquecer los de la ciudad, y por la gran falta de bastimentos y almacen, que cada dia se aumentaba (como suele) no solo por la estrechura presente, sino por el miedo de mayor falta. En nuestros reales por el contrario gran alegría, mucha abundancia de todo: si bien la gente era ya tanta que llegaban á sesenta mil infantes, y mil de á caballo. En todo se mostraba la prudencia del rey no menor que el esfuerzo y destreza en el pelear, tanto que no se contentaba con hacer oficio de caudillo y mandar, sino que metia en todo las manos, tanto que un dia por adelantarse mucho le hirieron con una saeta en la frente: la herida ni fue muy grave, ni tampoco muy ligera: solos cinco dias estuvo retirado, que no salió en público.

Vinieron á esta sazon embajadores del papa Gregorio y de las ciudades de Lombardía para pedir les enviase socorro contra el emperador Federico II que gravemente los apretaba. Ofrecian si los libraba de aquella tiranía gravísima, que los de aquellas ciudades se le darian por vasallos. Oyó esta embajada á trece de junio de 1238 años, y en los mismos reales puso su amistad con aquella gente segun que lo demandaban y la reina doña Violante aconsejaba, que tenia gran parte en los negocios y podia mucho con su marido á causa de sus aventajadas partes, y que tenia en ella una hija del mismo nombre de su madre. Verdad es que el socorro no tuvo efecto por estar el rey ocupado en las cosas de España, mayormente que el emperador, aunque fingidamente, se reconcilió con el papa; además que no era justo cuidar de los males ajenos el que tenia entre las manos guerras tan importantes. Los de Valencia, rodeados de los males que acarrea un largo cerco, y perdida la esperanza de ser socorridos ni de Africa ni de España, acordaron de rendirse. Para tratar de conciertos salió un moro por nombre Alialbata, persona de cuenta y muy privado de aquel rey; despues enviaron otro, que era sobrino del mismo rey, y se llamaba Abulhamalet: movieron diversos partidos. Todos deseaban côncluir, y toda tardanza les era pesada, los unos por el deseo que tenian de poseer aquella noble ciudad, los otros aquejados de la necesidad y peligro que corrian.

Finalmente se tomó asiento debajo de las condiciones siguientes: el rey moro entregue la ciudad de Valencia con los demás castillos y villas aquende el rio Jucar: los moros puedan ir libres á Cullera y á Denia con seguridad y debajo la fe y palabra real: los mismos, sin que nadie los cate, puedan llevar consigo todo su oro y plata, y las demás preseas que quisieren y pudieren: haya treguas entre los dos reyes por término de ocho años que se guarden enteramente. Para el cumplimiento destas capitulaciones pusieron término de cinco dias; pero antes que se llegase el plazo y se cerrase, los moros acordaron dejar la ciudad en número cincuenta mil entre hombres, mujeres y niños. Pasaron por medio de los soldados cristianos que para su seguridad pusieron de la una y de la otra parte, pues era justo cumplir lo que les prometieron, y usar de clemencia con los que se rendian y les dejaban sus casas.

Víspera de San Miguel por el fin de setiembre hicieron los vencedores su entrada en Valencia, y se apoderaron de aquel reino. Limpiaron la ciudad, reconciliaron y consagraron en templos de Dios las mezquitas. Quedó por primer obispo Ferrer de San Martin, preboste de la iglesia de Tarragona: quien dice era de la órden de los predicadores. Vinieron á poblar nuevos moradores, los mas catalanes, de Gerona, Tarragona, Tortosa. Los campos de la ciudad y las huertas se repartieron por iguales partes entre los obispos y los caballeros y los ayuntamientos de las ciudades que ayudaron en la conquista. Cupo eso mismo su parte á los caballeros Templarios y á los de San Juan. Entre los conquistadores señalaron trecientos y ochenta de á caballo, que mejoraron en el repartimiento á tal que se encargasen de guardar las fronteras de aquel reino, repartido el trabajo de manera que cada cuatro meses por turno guardaban los cientos de ellos. El sitio de la ciudad no es muy fuerte, y sus murallas eran flacas, mayormente que quedaban maltratadas y aportilladas por causa de la guerra. Acordó el rey fortificalla de nuevos muros, mudada la primera forma y traza, de suerte que quedasen mas anchos y la figura cuadrada, con doce puertas que de tres en tres miran á las cuatro partes del cielo. Ordenáronse nuevas leyes, constituciones y fueros para el gobierno y sentenciar los pleitos.

Por esta manera el rey moro Zaen perdió en breve el reino que malamente usurpó; que el poder adquirido contra justicia prestamente desfallece. Verdad es que él se preciaba de venir de linaje de reyes, por-

que era hijo de Modef, nieto de Lope, rey de Murcia, como arriba queda declarado. Las alegrias que en toda España se hicieron por la toma de Valencia, fueron estraordinarias, mayormente que en esta conquista no se mezcló como en otras ningun revés ni desastre. El ejército quedó entero que apenas faltó caballero de cuenta; solo don Artal de Alagon, que por estar las cosas de los moros tan caidas se habia reducido al servicio de su rey, y en compañía del vizconde de Cardona don Ramon Folch fue sobre Villena y tomada aquella ciudad en una refriega que tuvieron con los moros junto á Sayx pueblo de aquella comarca, le mataron de una pedrada: no faltó quien dijese se le empleaba bien aquel desastre al que ayudó á los moros, y estuvo de su parte en el tiempo de su prosperidad. Este fue el remate de la guerra, y de la conquista muy afamada de Valencia.

Mientras los aragoneses estuvieron ocupados en esta guerra, los navarros no se desmandaron en cosa alguna. Reinaba en aquella parte Teobaldo, conde de Campaña, como queda dicho: el obispo de Pamplona se llamaba Pero Jimenez de Gazolaz, sucesor poco antes de Pedro Ramirez de Piedrola. Este rey con deseo de gloria y alabanza, y por servicio de Dios, con la paz de que gozaba su reino, emprendió guerras estrañas y fuera de España. Fue así que el rey Teobaldo y los condes Enrique de Bari, Pedro de Bretaña y Aymerico de Monforte se concertaron de pasar con sus huestes á la guerra de la Tierra Santa. Apercebido el ejército, y puestas las demás cosas á punto para un tan largo viaje, los ginoveses no les acudieron con la armada necesaria para su pasaje. Encamináronse forzosamente por tierra: pasaron por Alemaña y Hungría y Constantinopla y el estrecho de mar que se llama Bósphoro Thracio. En Cilicia junto á las hoces y estrechuras del monte Tauro corrieron gran peligro, y perecieron muchos de los suyos á causa del gran número de turcos que sobre ellos cargaron, en tanto grado que apenas la tercera parte de la gente que sacaron, y esos enfermos mal parados, llegaron á la ciudad de Antioquía en aquellas partes de la Suria. El remate y efecto fue conforme y semejable á los principios y medios. Siempre en tierra de Palestina les fue mal. Dieron la vuelta para sus casas muy pocos. Tal fue la voluntad de Dios, tal el castigo que merecian los pecados. Los historiadores franceses ponen esta jornada del rey Teobaldo diez años adelante, cuando el rey San Luis de Francia pasó á aquella empresa, y en su compañía el rey ya dicho de Navarra; contra esto hace que el arzobispo don Rodrigo al fin de su historia refiere esta jornada de Teobaldo, y no pudo alcanzar la de San Luis; que era ya muerto, y puso fin á su escritura cinco años, y no mas, despues deste año en que los de Aragon conquistaron á Valencia.

LIBRO DECIMOTERCIO.

CAPITULO I.

Cómo muchos pueblos fueron ganados por los nuestros.

Los dos reyes de España don Jaime y don Fernando como quier que antes fuesen esclarecidos y escelentes entre los demás por sus grandes virtudes y valor, comenzaron á ser mas nobles y afamados despues que ganaron á Córdoba y á Valencia. Los pueblos y las ciudades daban gracias inmortales á los santos por las cosas que dichosamente se habian acabado: trocaban en pública alegría el cuidado y congoja que tenian del suceso y remate de las guerras pasadas. Los capitanes y soldados con tanta mayor vigilancia ejecutaban la victoria, y de todas maneras apretaban á los vencidos: recatábanse otrosí no les sucediese alguna cosa contraria y algun revés, ca no ignoraban que muchas veces despues de la victoria el suceso de las guerras se trueca y se muda todo en contrario. Los príncipes extranjeros, do era llegada la fama de tan grandes hazañas, con embajadas que enviaron, daban el parabien de la buena andanza á los reyes, y exhortaban á los nuestros que por el camino comenzado no dejasen de apretar á los moros que se iban á despeñar y acabar. Todavía por un poco de tiempo se dejaron las armas, y se aflojó en la guerra á causa que el rey de Aragon concedió por un tiempo treguas á los moros, y poco despues pasó á Mompeller.

Asimismo el rey don Fernando en Burgos se ocupaba en celebrar un su nuevo casamiento. Doña Berenguela con el cuidado que tenia, como madre, no estragase el rey con deleites deshonestos el vigor de su edad en que estaba, dado que al juicio de todos no habia persona ni mas santa ni mas honesta que él, procuró se hiciese el dicho matrimonio. Doña Juana hija de Simon conde de Potiers y de Adeloy de su mujer, nieta de Luis rey de Francia y de doña Isabel hija de don Alonso el emperador (1), vino traida de Francia para casalla con el rey don Fernando. Deste matrimonio nació don Fernando por sobrenombre de Potiers, y sus hermanos doña Leonor y don Luis. El rey concluidas las fiestas, y con deseo de visitar el reino, trujo á la nueva casada por las principales ciudades de Leon y de Castilla: visitaba con esto sus estados. Tenia costumbre de sentenciar los pleitos y oirlos, y defender los mas flacos del poder y agravio de los mas poderosos. Era muy fácil á dar entrada á quien le queria hablar y de muy grande suavidad de costumbres. Sus orejas abiertas á las querellas de todos. Ninguno por pobre, ó por solo que fuese, dejaba de tener cabida y lugar no solo en el tribunal público y en la audiencia ordinaria, sino aun en el retrete del rey le dejaban entrar. Entendia es á saber que el oficio de los reyes es mirar por el bien de sus súbditos, defender la inocencia, dar salud, conservar, y con toda suerte de bienes enriquecer el reino: como sea no solo del que manda á los hombres, sino tambien del que tiene cuidado de los ganados procurar el provecho y utilidad de aquellos, cuyo gobierno tiene encomendado.

Con este estilo y manera de proceder no cesaba de granjear la gracia y voluntades así de los de Leon como de los castellanos. Llegó á Toledo, de donde envió suma de dinero á Córdoba, por tener aviso que los nuevos moradores de aquella ciudad por falta de la labranza de los campos y por la dificultad de los tiempos padecian mengua de mantenimientos, y por esta causa corrian peligro. Costaba una hanega de trigo doce maravedís, la hanega de cebada cuatro; lo cual en aquel tiempo se tenia por grandísima carestía. Fueron estos tiempos estraordinarios, pues sin duda se halla en las historias que el año siguiente de 1239 hobo dos eclipses del sol; el uno á tres de junio que fue viernes, se escureció el sol á medio dia como si fuera de noche: eclipse que fue muy señalado; el segundo á veinte y cinco del mes de junio, como lo dice y lo afirma Bernardo Guidon historiador de Aragon (2), mas parece hobo engaño en este segundo eclipse, y no va conforme á los movimientos de las estrellas, pues no pudo caer la conjuncion de la luna y el sol en aquellos dias, sin la cual nunca sucede el eclipse del sol; ni aun la luna despues que se aparta del medio del zodiaco y de la línea ecliptica por do el sol discurre, y en que es necesario esten las luminarias cuando hay eclipse (de que tomó el nombre de ecliptica) no torna á la misma antes de

(1) Era viznieta de Luis rey de Francia; pero no de doña Isabel.

(2) Nadie dice que Guidon haya escrito la historia de Aragon.

pasados seis meses poco mas ó menos. Plinio señala en particular que el eclipse de la luna no vuelve antes del quinto mes, ni el del sol antes del seteno.

Demás desto fue aquel año desgraciado para Castilla por la muerte de dos varones muy esclarecidos: estos son don Lope de Haro á quien sucedió su hijo don Diego, y don Alvaro de Castro, por cuyo esfuerzo se mantuvieron los nuestros en el Andalucía. Este caballero visto el aprieto en que se hallaban las cosas, se partió para Toledo á verse con el rey, que con otros cuidados parecia descuidarse de lo que tocaba á la guerra. Concluido esto, ya que se volvia, en el mismo camino murió en Orgaz. A la sazon que don Alvaro se ausentó, cincuenta soldados que quedaron de guarnicion en el castillo de Martos, salieron del á robar, y por su capitan Alonso de Meneses pariente de don Alvaro. Alhamar, que en lugar de Abenhut nombraron por rey de Arjona, como entendiese lo que pasaba, y la buena ocasion que se le ofrecia, puso cerco á aquel castillo. La mujer de don Alvaro que dentro se hallaba, en aquel peligro tan de repente hizo armar á sus mujeres y criadas, y que tirasen de los adarves piedras contra los moros, y diesen muestra de que eran soldados: con este ardid se entretuvieron hasta tanto que Alonso de Meneses y sus compañeros avisados del peligro acudieron luego. Era dificultosa la entrada en el castillo por tenelle los enemigos rodeado: animóles Diego Perez de Vargas ciudadano de Toledo, y por su órden apretado su escuadron y cerrado, pasaron por medio de sus enemigos con pérdida de pocos. Entrados en el castillo, fueron causa que se salvase, porque los que estaban cercados se animaron con su ayuda y con esperanza de mayor socorro que entendian les acudiria. El rey moro por salille vana su esperanza, y forzado de no menos falta de vituallas, alzó el cerco.

Pusieron estos negocios en gran cuidado al rey, que consideraba cuantas fuerzas lé faltaban por la muerte de dos capitanes tan señalados, cuanto atrevimiento habian cobrado los moros. Por esta causa desde Burgos, dónde era ido con intento de llegar dinero para la guerra, á grandes jornadas se partió para Córdoba. Llevó consigo á sus hijos don Alonso y don Fernando, mozos de escelentes naturales, y de edad á propósito para tomar las armas. El padre como sagaz pretendia que los primeros principios y ensayos de su milicia fuesen en la guerra contra los infieles enemigos de los cristianos. Pretendia otrosí con el uso de las armas despertar su esfuerzo y hacellos hábiles para todo. En el mismo tiempo el rey don Jaime fue á Mompeller para ver si podia juntar algun dinero de aquellos ciudadanos para la guerra, de que tenia no menos falta que la que en Castilla se padecia. Deseaba asimismo sosegar los moradores de aquella ciudad, que andaban divididos en bandos, castigando á los culpados: lo uno y lo otro se hizo. El rey moro Alhamar juntó á los demás estados que tenia, el señorío de Granada con voluntad de aquellos ciudadanos: ciudad poderosa en armas y en varones y que por la fertilidad de sus campos no tiene mengua de cosa alguna. Este fue el principio del reino de Granada que duró desde entonces hasta el tiempo y memoria de nuestros abuelos. En Murcia por odio que tenian á Alhamar, los ciudadanos alzaron por su rey á uno llamado Hudiel: ocasion de que se comenzaron las enemistades graves y para aquella gente perjudiciales, que largo tiempo se continuaron entre aquellas dos ciudades.

Los moros de Andalucía cansaban á los nuestros con rebates: valíanse de engaños y celadas sin querer venir á la batalla; al contrario diversas compañías de soldados, enviados por el rey don Fernando, en tierra de los enemigos se apoderaban de castillos, pueblos y ciudades cuando por fuerza, cuando por rendirse de su voluntad, en particular sujetaron el señorío de cristianos á Ecija, Estepa, Lucena, Porcuna, Marchena (los antiguos la llamaron Martia) Cabra, Osuna, Baena. Los pueblos menores que se ganaron, no se pueden contar ni aun entonces se pudiera hacer cuando la memoria estaba fresca: parte dellos se dió á las órdenes de Santiago y de Calatrava y á los obispos que acompañaban al rey para ellos y sus sucesores: parte tambien se entregaron en particular á los grandes y caballeros. Los moros por estas pérdidas cobraron tanto miedo cuanto nunca tuvieran antes. Un cierto moro del linaje de los Almohades, avisado en Africa del peligro que su gente corria, con esperanza de fundar un nuevo estado, y deseoso de acaudillar las reliquias y fuerzas de los moros de España pasó ultra mar: la voz era vengar por las armas la afrenta de su nacion y las injurias que se hacian á la religion de sus padres. Pudiera este acometimiento ser de consideracion, si no atajaran sus intentos la diligencia de los nuestros y la buena dicha del rey que le prendió y hobo á las manos: con qué industria ó en qué lugar, no se escribe, ni aun refieren el nombre que el moro tenia, ni lo que dél se hizo; en el caso no se duda.

A Alhamar rey de Granada otorgó treguas por un año el rey don Fernando: con que gastados no menos de trece meses en aquella empresa y jornada, dió la vuelta á Toledo, do su madre y mujer le esperaban, alegres con las victorias presentes. De allí pasó á Burgos, y trasladó la universidad de Palencia que fundó el rey don Alonso su abuelo, á la ciudad de Salamanca. Convidóle á hacer este trueco la comodidad del lugar por ser aquella ciudad muy á propósito para el ejercicio de las letras: el rio Tormes que por ella pasa la hace abundante, su cielo saludable y apacible, finalmente propio albergo de las letras y erudicion. Pretendia otrosí con este beneficio ganar las voluntades del reino de Leon en que está Salamanca; y aun don Alonso su padre rey de Leon los años pasados para que sus vasallos no tuviesen necesidad de ir á Castilla á estudiar, enderezó en aquella ciudad cierto principio de universidad, pequeña á la sazon y pobre, al presente por el cuidado y liberalidad de don Fernando su hijo, y mas adelante por la franqueza de don Alonso su nieto, como de príncipe muy aficionado á los estudios y á las letras, se aumentó de tal suerte que en ninguna parte del mundo hay mayores premios para la virtud ni mas crecidos salarios para los profesores de las ciencias y artes.

Don Diego de Haro, señor de Vizcaya, primera y segunda vez no se sabe la causa, pero anduvo por este tiempo alborotado: la blandura del rey don Fernando y su buena manera, y el cuidado que en ello puso don Alonso su hijo, le hicieron sosegarse con dalle mayores honras y hacelle mas crecidas mercedes que antes, de que se tuvo consideracion á los servicios de sus antepasados; ademas que era mala sazon para ocuparse en alteraciones domésticas por la buena ocasion que se ofrecia de desarraigar el nombre y nacion de los moros de España. Sucedieron estas cosas el año de 1240; el cual año no solo para Castilla fue dichoso, sino tambien señalado, y de mucha devocion para los aragoneses por el milagro que sucedió en el castillo de Chio. Por la ausencia del rey los soldados que quedaron de guarnicion en Valencia, salieron en compañía de Guillen Aguilon y de otros caballeros á correr y robar las tierras de moros: cargaron sobre el territorio de Játiva, y tomaron á Rebolledo de sobresalto. En aquellos montes estaba el castillo de Chio, como llave de un valle muy fresco y abundante. Pusiéronse sobre él: los cercados con ahumadas apellidaron en su ayuda á los moros de la comarca, que se juntaron en número de veinte mil, y asentaron sus reales á vista del castillo. Los cristianos eran pocos, mas valientes y animosos: determinados de pelear con aquella morisma, con el

sol se pusieron á oir misa, á que querian comulgar seis de los capitanes; en esto oyeron tal alarido en los reales por causa de los moros que de repente los acometieron, que les fue forzoso dejada la misa acudir á las armas. El preste envolvió y escondió las seis formas consagradas en los corporales, que, vencidos los moros, hallaron bañados en la sangre que de las formas salió. Ganada la victoria, forzaron luego y abatieron aquel castillo. Los corporales se guardan en Daroca con mucha devocion : la hijuela en un convento de dominicos de Carboneras puesta allí por su fundador don Andrés de Cabrera marqués de Moya, ca la hobo por el mucho favor que alcanzó con los reyes católicos.

Vuelto el rey don Jaime, los moros se le querellaron de aquella entrada fuera de sazon, y él les hizo enmienda de los daños. Verdad es que luego que espiraron las treguas, con mejor órden rompió por sus tierras, en que tomó el castillo de Bayrén, puesto en un valle en que se da muy bien el azúcar y arroz como en toda aquella campaña de Gandía : ganóse tambien Villena. Cercaron á Játiva, mas no se pudo tomar, si bien rindieron á Castellon, que está una legua solamente de aquella ciudad. Hallábase el rey don Jaime ocupado en esta guerra, con que pretendia desarraigar la morisma de aquella comarca toda, cuando otros mayores cuidados le hicieron alzar la mano para acudir á las cosas de Francia que le llamaban.

CAPITULO II.

Cómo el reino de Murcia se entregó.

Compuestas pues y ordenadas las cosas conforme al tiempo y al lugar en la una provincia y en la otra, es á saber en Castilla y en Aragon, en un mismo tiempo el rey don Jaime trataba de la jornada de Francia, y el rey don Fernando de volver á la empresa de Andalucía. Sin embargo una grande enfermedad, de que el rey don Fernando cayó en la cama, fue causa que no pudiese salir de Burgos : así don Alonso su hijo mayor fue forzosamente enviado delante á aquella guerra, á causa que el tiempo de las treguas concertadas con el rey de Granada espiraba, y era menester acudir á los nuestros y que no les faltase el socorro necesario. Llegado don Alonso á Toledo, se le ofreció ocasion de otra cosa mas importante y fue que los embajadores de Hudiel rey de Murcia venian á ofrecer en su nombre aquel reino con estas condiciones : que el rey Hudiel, recebido en la proteccion de los reyes de Castilla, fuese defendido por las armas de los nuestros de toda fuerza y agravio así doméstico como de fuera ; y en particular le ayudasen contra las fuerzas del rey Alhamar, al cual conocia no poder resistir bastantemente : que en tanto que él viviese, para sustentar su vida quedasen por él la mitad de las rentas reales.

Estas condiciones parecieron al infante don Alonso muy aventajadas, y la fortuna (cierto Dios) ofrecia una buena ocasion de una grande empresa y prosperidad. Era menester apresurarse, porque si se detenia, todos ó la mayor parte no mudasen de parecer: tan grande es la inconstancia y mutabilidad que tiene la gente de los moros. Por esta causa sin esperar á dar parte á su padre, como á cosa cierta se partió luego tras los embajadores que envió delante. Llegado, sin dificultad se apoderó de todo, y puso guarniciones en el reino que de su voluntad se le entregaba, en especial en el mismo castillo de la ciudad de Murcia : los señores moros conforme á la autoridad de cada uno fueron premiados con señalalles ciertas rentas cada un año. La ciudad de Lorca, que de los antiguos fue llamada Eliocrota, la de Cartagena y Mula no quisieron sujetarse al señorío de los cristianos, ni seguir el comun acuerdo de los demás. Era cosa larga usar de fuerza, y don Alonso no venia bien apercebido para hacer guerra, como el que vino de paz : por esto contento con lo demás de que se apoderó, volvió por la posta á su padre, que ya convalecido, era llegado á Toledo, y alegre con tan buen suceso, y deseoso de confirmar los ánimos de los moros en aquel buen propósito determinó de pasar adelante y visitar en persona aquel nuevo reino : hállase un privilegio suyo dado en Murcia al templo de Santa María de Valpuesta en aquella sazon.

Desde allí fue necesario que el rey don Fernando y don Alonso su hijo volviesen á Burgos por cosas que se ofrecian de grande importancia. En el mismo tiempo doña Berenguela hija del rey se metió monja, y consagró á Dios su virginidad en el monasterio de las Huelgas. Don Juan obispo de Osma le puso el velo sagrado sobre la cabeza como era de costumbre. Don Jaime rey de Aragon se entretenia en Mompeller, donde despues de asentadas las cosas de Aragon, y dejando para el gobierno en su lugar á don Jimeno obispo de Tarazona (1), era ido. Viniéronle á visitar los condes de la Proenza y de Tolosa; la voz y color era que estos príncipes querian hacer reverencia al rey y visitalle; pero de secreto se trató que el conde de Tolosa hiciese divorcio con doña Sancha tia del rey don Jaime : es cosa ordinaria que ningun respeto ni parentesco es bastante para enfrenar á los príncipes cuando se trata del derecho de reinar. Doña Juana como nacida de aquel matrimonio por no tener hermanos varones habia de llevar como en dote á don Alonso su marido conde de Potiers y hermano de Luis rey de Francia la sucesion del principado de su padre. Esto llevaba mal el rey don Jaime, que á los franceses se les allegase un estado tan principal: buscaban algun color para que repudiada la primera mujer, el conde se casase con otra, y por este órden tuviese esperanza de tener hijos varones. Era esto contravenir á lo concertado en París como se dijo arriba.

Acordóse que para este efecto y para prevenirse contra el poder de Francia los tres príncipes hiciesen liga entre sí : efectuóse y tomóse este asiento á cinco del mes de junio año de 1241. En el mismo año á veinte y dos de agosto murió Gregorio Nono pontífice romano. Sucedió Celestino Cuarto por cuya muerte, que fue dentro de diez y siete dias despues de su eleccion, Inocencio Cuarto deste nombre, natural de Génova, despues de una vacante de veinte meses se encargó del gobierno de la iglesia romana. En tiempo destos pontífices Hugon fraile dominico y cardenal, natural de Barcelona (2), famoso por su mucha erudicion y letras escribia largamente comentarios sobre los libros casi todos de la Escritura sagrada. Este famoso varon fue el primero que acometió, con ánimo sin duda muy grande, de hacer las concordancias de la Biblia, obra casi infinita; la cual traza puso en ejecucion y salió con ella ayudado de quinientos monges. La diligencia de Hugon imitaron despues los hebreos y tambien los griegos; con que no poco todos ayudaron los intentos de las personas dadas á los estudios y letras.

CAPITULO III.

Cómo el rey don Fernando partió para el Andalucía.

Entretanto que en Francia pasaba lo que se ha dicho, en el Andalucía concluido el tiempo de las treguas que se concertó, se hacia la guerra ni con grande esfuerzo y pujanza por estar el rey don Fernando embarazado en otros cuidados, ni con suceso alguno digno de memoria por la una ni por la otra parte; bien que don Rodrigo Alfonso por sobrenombre de

(1) Era un caballero principal, y no obispo.
(2) Nació en Viena del Delfinado, y no en Barcelona.

Leon, hermano bastardo del rey don Fernando, en una entrada que hizo en las tierras de Granada con intento de robar, quedó vencido en una pelea por los moros que en mayor número se juntaron. Murieron en la pelea don Isidro comendador de Martos, que ya era aquella villa de los caballeros de Calatrava, y Martin Ruiz Argote con otras personas nobles y de cuenta. y soldados en gran número; que fue una gran pérdida para los nuestros así de gente como mengua de reputacion, por lo cual más que por la verdad y realidad de las cosas se suelen gobernar los susesos de la guerra. El rey moro ensoberbecido con esta victoria talaba nuestras tierras sin que ninguno le fuese á la mano, mudada la fortuna de la guerra, y trocado en atrevimiento el temor y miedo que los moros tenian antes.

El rey don Fernando, avisado del peligro y del daño, mandó en Burgos á su hijo don Alonso se apresurase para asegurar con su presencia el nuevo reino se Murcia, por estar él determinado de partirse para el Andalucía. Luego pues que llegó á Andújar, dió el gasto á los campos de Arjona y de Jaen, ciudades que se tenian en poder de los moros. Arjona no mucho despues se ganó de los moros con otros pequeños lugares que se tomaron por aquella comarca. Desde allí envió el rey á otro su hermano don Alonso señor de Molina á lo mismo con un grueso ejército que le seguia, con que hizo entrada en los campos y tierra de Granada sin parar hasta ponerse sobre aquella ciudad. El rey don Fernando por sospechar lo que podria suceder, á causa que de todas partes acudirian los moros á dar socorro á los cercados, y con deseo de apretar el cerco sobrevino él mismo con mayor golpe de gente. Con su venida y ayuda el ejército que acudió de los moros, aunque era muy grande, fue vencido en la pelea y desbaratado; pero no pudieron los nuestros ganar la ciudad por estar muy fortalida así por el sitio y baluartes como por la muchedumbre que tenia de los ciudadanos, especial que en el mismo tiempo vino aviso que los moros Gazules, nombre de parcialidad entre aquella gente, tenian apretado á Martos con cerco que le pusieron.

Movido el rey por esta nueva envió adelante á don Alonso su hermano y al maestre de Calatrava para socorrer á los cercados, cuya venida no esperaron los moros. Pareció al rey se habia hecho lo que bastaba para conservar su reputacion con la rota que dieron al enemigo, no menor de la que los suyos antes recibieron, ádemás que se les tomaron muchos lugares. Volvió con su ejército salvo á Córdoba el año de 1242. Don Alonso su hijo por otra parte se gobernaba en lo de Murcia no con menor prosperidad, porque de los tres pueblos que se dijo no querian sujetarse á los cristianos, por fuerza hizo que Mula se rindiese á su voluntad. Dió otrosí el gasto á los campos de Lorca y de Cartagena, y les hizo todo mal y daño, tanto que perdido de todo punto el brio, trataban entre sí de entregarse. A Sancho Mazuelos por lo mucho que en esta guerra sirvió, le dió el infante don Alonso la villa de Alcaudete que está cerca de Bugarra: tronco y cepa de los condes de Alcaudete asaz nobles y conocidos en Castilla.

El rey venido el invierno se fue al Pozuelo, do su madre doña Berenguela era llegada con deseo de velle y comunicalle algunas puridades por ser ya de muchos años y estar en lo postrero de su edad. Detúvose con ella y por su causa en aquel lugar cuarenta y cinco dias. Estos pasados, doña Berenguela se volvió á Toledo, el rey á Andújar al principio del año de 1243: la reina su mujer que le hacia compañía se quedó en Córdoba. Las tierras de los moros debajo la conducta del mismo rey don Fernando maltrataron los cristianos por todas partes, las de Jaen y las de Alcalá por sobrenombre Benzayde, Illora fue quemada; llegaron con las armas hasta dar vista á la misma ciudad de Granada. Don Pelayo Correa maestre de Santiago, que acompañó al infante don Alonso en la guerra de Murcia y fue gran parte en todo lo que se hizo, por este tiempo pasó al Andalucía, y persuadió al rey, que dudoso estaba, con muchas razones pusiese cerco con todas sus fuerzas sobre la ciudad de Jaen que tantas veces en balde acometieran á ganar: ofreciánse grandes dificultades en esta demanda, dentro de la ciudad gran copia de hombres y de armas y muchas vituallas, la aspereza del sitio y fortaleza de los muros, además que no era á propósito el lugar para levantar máquinas y aprovecharse de otros ingenios de guerra. Está aquella ciudad puesta al lado de un monte áspero, tendida en largo entre Levante y Mediodía, es menos ancha que larga, tiene mucha agua y bastante por las fuentes perpétuas y muy frias de que goza, el rio Guadalquivir corre á tres leguas de distancia: los moros los años pasados para que sirviese de muy fuerte baluarte, la tenian proveida de municiones, soldados y de todas las cosas: ella por sí misma era de sitio muy áspero, las fortificaciones y soldados la hacian inexpugnable.

Venció todo esto la autoridad y constancia de don Pelayo para que se pusiese cerco á aquella ciudad: proveyéronse todas las cosas necesarias, y el cerco se comenzó y apretó con todo cuidado, que en muchos dias y con muchos trabajos poco parecia se adelantaba. Sucedió que en Granada se alborotó la parcialidad y bando de los Oysimeles gente poderosa. Corria aquel rey moro por esta causa peligro de perder la vida y el reino: suspenso y congojado con este cuidado deseaba buscar socorros contra aquellas alteraciones: ninguna cosa hallaba segura fuera de la ayuda de los cristianos. Acordó con seguridad que le dieron, venir á los reales á verse con el rey don Fernando: tuvieron su habla y trataron de sus haciendas. El moro prometia que ayudaria al rey don Fernando, y le serviria fuerte y lealmente, si le recibiese en su fe y proteccion; y en señal de sujecion de primera llegada le besó la mano. Tomóse con él asiento, y hízose confederacion y alianza con estas capitulaciones: Jaen se rinda luego: las rentas reales de Granada se dividan en iguales partes entre los dos reyes, que llegaban por año en aquella sazon á ciento y setenta mil ducados: el rey moro como feudatario todas las veces que fuere llamado, sea obligado á venir á las córtes del reino: los mismos enemigos sean comunes á entrambos y tambien los amigos.

Era cosa muy honrosa para el rey don Fernando que hombres de diversa religion hiciesen dél confianza, y pretendiesen su amistad y compañía con tan ardiente deseo y partidos tan desaventajados. Con esto, hecha la confederacion, se rindió la ciudad: el rey entró dentro con una solemne procesion. Mandó rehacer los muros, y limpiado el templo, procuró fuese consagrado á la manera de los cristianos por don Gutierre obispo de Córdoba; y para que la devocion y veneracion fuese mayor, le hizo catedral, y puso propio obispo en aquella ciudad. Sobre el tiempo en que se ganó Jaen, no concuerdan los autores: los mas doctos y diligentes señalan el año mil y doscientos y cuarenta y tres, los Anales de Toledo añaden á este cuento tres años, y señalan que se tomó mediado de abril. Duró el cerco ocho meses; y aunque el invierno fue muy recio, siempre los nuestros perseveraron en los reales. En este año puso fin á su historia el arzobispo don Rodrigo, que dice fue de su pontificado el trigésimo tercio. En el siguiente hallo que los catalanes y aragoneses anduvieron alborotados entre sí, y contrastaron sobre los términos de cada uno de aquellos estados, porque entrambos pretendian que Lérida era de su jurisdiccion. Los aragoneses alegaban que sus tierras y sus aledaños llegaban hasta el rio Segre: los catalanes señalaban por término comun al rio Cinga.

El rey don Jaime se mostraba mas aficionado á los catalanes porque, dividido el reino, pretendia dejar á don Alonso su hijo mayor por heredero de Aragon, y el principado de Cataluña queria mandar á don Pedro hijo menor y mas amado, habido en doña Violante su segunda mujer. Nombraron jueces para que señalasen la raya y los términos: alegaron las partes de su derecho: finalmente cerrado el proceso, en unas córtes que se juntaron en Barcelona, dió el rey sentencia en favor de los catalanes, á cuyo principado adjudicó todo aquel pedazo de tierra que ciñen los rios Segre y Cinga: resolucion que ofendió los ánimos á don Alonso su hijo y de muchos señores de Aragon, y aun de los catalanes. Lo que principalmente les daba disgusto, era que dividido el reino en partes, era necesario se enflaqueciesen las fuerzas de los cristianos. Por esto el infante don Alonso claramente se apartó de su padre; y sentido dél se estaba en Calatayud, y con él los que seguian su voz. Estos eran don Fernando tio del rey abad de Montaragon, don Pedro Rodriguez de Azagra, don Pedro infante de Portugal, y otras personas principales y de grandes estados, de la una nacion y de la otra, aragoneses y catalanes; que á todos comunmente alteraba aquella novedad y acuerdo del rey muy errado.

CAPITULO IV.

Que don Sancho rey de Portugal fue echado del reino.

Los portugueses andaban divididos en bandos y alterados con revueltas domésticas y alborotos por la ocasion que se dirá. Don Sancho Segundo deste nombre, llamado Capelo de la forma y sombrero de que usaba, tenia aquel reino, que gobernó al principio no de todo punto mal, porque se halla que trabajó los moros comarcanos con guerras, y que hizo donacion á los caballeros y órden de Santiago de Mertola y otros lugares que ganó á los moros; en lo demás fue de condicion tan mansa que parece degeneraba en descuido y flojedad. Su mujer doña Mencía, hija de don Lope de Haro señor de Vizcaya, en tanto grado se apoderó de su marido que no parecia ser ni ella mujer sino rey, ni él príncipe sino ministro de los antójos de la reina. Con ella en privanza y autoridad podian mucho los que menos de todos debieran: con éstos solos comunicaba sus consejos y puridades, sin ellos ni en la casa real ni fuera della se hacia cosa que de algun momento fuese. Por el antojo y para sus aprovechamientos de estos daba el rey las honras y cargos: perdonaba los delitos y el castigo las mas veces, sin saber lo que se hacia ni ordenaba. Esto acarreó al rey su perdicion, como suele acontecer que los escesos de los criados redundan en daño de sus príncipes y señores, y tambien al contrario.

Los grandes llevaban mal que la república se gobernase por voluntad y consejo de hombres bajos y particulares. Tratado el negocio entre sí, pretendieron lo primero que aquel matrimonio se apartase con color de parentesco, y porque la reina era estéril. Propúsose el negocio al romano pontífice: personas religiosas otrosí acometieron á poner sobre el caso escrúpulo al rey, que fuera del ser descuidado no era persona de mala conciencia. No aprovechó cosa alguna esta diligencia por no ser fácil descuidar con el papa, y estar el rey de tal manera prendado con los halagos de la reina que el vulgo entendia y decia que le tenia enhechizado y fuera de sí, dado que el ánimo prendado del amor no tiene necesidad de bebedizos para que parezca desvariar. Tenia don Sancho un hermano menor que él, de escelente natural, por nombre don Alonso, casado con Matilde condesa de Boloña en Francia. Acordaron los grandes de Portugal que los obispos de Braga y de Coimbra fuesen á informar al pontífice Inocencio sobre el caso, el cual en este tiempo con deseo de renovar la guerra sagrada de la Tierra Santa celebraba concilio en Leon de Francia.

Avisado el pontífice de lo que pasaba, y de las causas de la embajada que traian de tan lejos, sin embargo no pudieron alcanzar que don Sancho, fuese echado del reino: solamente les concedió que su hermano don Alonso en su nombre en tanto que viviese los gobernase. De que hay una carta decretal del mismo Inocencio á los grandes de Portugal con data deste mismo año, que es el capítulo segundo de *supplenda negligencia Prœlatorum* en el libro sesto de las epístolas decretales. Don Alonso acudió primero á verse con el Pontífice: tras esto juró en París las leyes y condiciones que entre los principales de su nacion tenian acordadas, que en sustancia eran miraria por el bien público y pro comun. Hecho esto, pasó á Portugal. Los nobles le estaban aficionados, del rey poca resistencia se podia temer, y poca esperanza tenian de su enmienda; así sin dilacion, y sin que ninguno le fuese á la mano, se apoderó de todo. De que todavía resultaron nuevas reyertas, en que anduvieron tambien revueltos los reyes de Castilla don Fernando y don Alonso su hijo. Lo primero el rey don Sancho se retiró á Galicia donde la reina estaba forzada á huir de la misma tempestad: despues como quier que lo que pretendia de ser restituido en el reino, no le sucediese, se fue á Toledo al rey don Alonso que á la sazon sucediera á don Fernando su padre. Pensó recobrar el reino con las fuerzas de Castilla. Impidió sus trazas la diligencia de don Alonso su hermano, que prometió, repudiada la primera mujer, casarse con doña Beatriz hija bastarda del rey don Alonso, y salia á pagar tributo y parias por el reino de Portugal cada un año segun que antiguamente se acostumbraba.

Esta comodidad prevaleció contra lo que parecia mas honesto y justificado: allegóse el decreto del pontífice, que dió sentencia por don Alonso, y le juzgó por libre del primer matrimonio. Tomado este asiento, sin dilacion las nuevas bodas se celebraron. El dote fueron ciertos lugares en aquella parte de Portugal por do el rio Guadiana desagua en el mar, que poco antes desto por las armas de Castilla se conquistaron de los moros, y los portugueses pretendian que eran de su conquista y que les pertenecian. Algunos entienden que desta ocasion la tomaron los reyes de Portugal de añadir á las armas antiguas y á las quinas por orla los castillos que hoy se pintan en sus escudos. El rey don Sancho perdida toda la esperanza de recobrar su reino, pasó lo demás de su vida en Toledo con rentas que el rey de Castilla liberalmente le señaló para sustentar su casa y córte (1). Muerto, le hicieron honras como á rey, y su cuerpo sepultaron en la misma iglesia Mayor y en el mismo lugar en que el emperador don Alonso y don Sancho su hijo, detrás del altar mayor, estaban enterrados. Del tiempo en que murió (2), no concuerdan los au-

(1) Es notable este hecho. Inocencio IV con ocasion de las quejas del clero portugués, y del descontento general contra el rey don Sancho, persuadido de que el reino de Portugal era feudatario de la Santa Sede, le privó de la corona, nombrándole por coadjutor regente, administrador, y sucesor en caso de no tener el rey hijo legítimo, al infante don Alonso quien con este breve entró en Portugal á fines del año 1245, y fue generalmente reconocido por regente. Don Sancho, desprovisto de fuerzas se fue á Toledo á ponerse bajo la proteccion del rey don Fernando, logrando que enviase tropas castellanas á Portugal para restablecerle en el trono. Pero el regente acudió á los prelados de Braga y Coimbra, los cuales hicieron intimar á los jefes del ejército castellano la provision del papa, y les amenazaron con censuras en el caso de no obedecerla. Los castellanos se consternaron con estas amenazas, y se retiraron á sus casas.

(2) El 2 de enero de 1248, segun Brandaou en la *Monarquia Lusitana*.

tores, quién dice que trece años adelante del en que la historia vá, y que tuvo nombre de rey por espacio de treinta y cuatro años primero con poca autoridad, despues con ninguna por haberle quitado su estado: otros que solos tres años, que tengo por mas acertado.

A la sazon que don Sancho falleció, tenia don Alonso cercada á Coimbra, ca se mantenia todavía en la fe del rey don Sancho: apretábala grandemente: los cercados aunque tenian grande falta de todas las cosas, obstinadamente perseveraban en su propósito. Flectio alcaide de la fortaleza y gobernador de la ciudad avisado de la muerte de don Sancho su señor, y no asegurando de todo punto fuese verdad, pidió licencia de ir á Toledo para informarse mejor de lo que pasaba. Dióscla don Alonso de buena gana, y entretanto hicieron treguas con los cercados. Flectio llegado á Toledo, y sabida la verdad, abierto el sepulcro del rey muerto le puso en las manos las llaves de Goimbra con estas palabras que le dijo: «En tan»to, rey y señor, que entendí érades vivo, sufrí »estremos trabajos: sustenté la hambre con comer »cueros: bebí urina para apagar la sed: los ánimos »de los ciudadanos que trataban de rendirse, animé »y conforté para que sufriesen todos estos males. »Todo lo que se podia esperar de un hombre leal y »constante, y que os tenia jurada fidelidad, he cum»plido. Al presente que estais muerto, yó vos entrego »las llaves de vuestra ciudad, que es el postrer oficio »que puedo hacer: con tanto habida vuestra licen»cia, avisaré á los ciudadanos que he cumplido con »el debido homenaje, que pues sois fallecido no ha»gan mas resistencia á don Alonso vuestro herma»no.» Lealtad y constancia digna de ser pregonada en todos los siglos: loa propia de la sangre y gente de Portugal.

CAPITULO V.

Principio de la guerra de Sevilla.

Con el concierto que el rey don Fernando hizo con el de Granada, comenzó á tener grande esperanza de apoderarse de la ciudad de Sevilla. Quinientos caballos ligeros debajo de la conducta del mismo rey de Granada fueron delante en tanto que se apercebia lo demás, para talar los campos de Carmona, que fue antiguamente pueblo muy principal. Alcalá por sobrenombre Guadayra á persuasion del rey de Granada se rindió. Desde allí un grueso escuadron pasó á Sevilla, y puso fuego á las mieses que ya estaban sazonadas, á las viñas y olivares que tiene muy principales, de tal manera que por todo aquel campo se veian los fuegos y humo con que las heredades y cortijos se quemaban. Iba por capitan desta gente don Pelayo Correa maestre de Santiago. Otro buen golpe de soldados maltrataba de la misma manera y hacia los mismos daños en los campos de Jerez; los capitanes, el rey de Granada y el maestre de Calatra-





Sello de plomo que usaba don Jaime de Aragon el Conquistador.

va. El mismo rey don Fernando se quedó en Alcalá de Guadayra con intento de proveer todo lo necesario, y acudir á todas partes. Lo que principalmente pretendia, era no aflojar en la guerra, porque no tuviese el enemigo tiempo y comodidad de fortificarse; que fue causa de no poderse hallar á las honras y enterramiento de doña Berenguela su madre, que falleció por el mismo tiempo.

Siguióse la muerte de don Rodrigo arzobispo de Toledo; quién dice á nueve dias del mes de agosto del año de 1245, quién del año mil y docientos cuarenta y siete á diez de junio, con lo cual vá el letrero de su sepulcro. Hace maravillar que en fallecimiento de persona tan señalada no concuerdan los autores ni las memorias, sin que se pueda averiguar la verdad. Ambas muertes fueron sin duda en grave daño de la república por las señaladas virtudes que en ellos resplandecian. La reina era de grande edad, don Rodrigo demás de estar muy apesgado con los años se hallaba quebrantado con muchos trabajos, en especial de un nuevo viaje que hizo últimamente á Leon de Francia, do se celebraba el concilio Lugdunense. Pretendia demás de hallarse en el concilio y acudir á las necesidades universales de la Iglesia, allanar á los aragoneses en lo tocante á su primacía. Los años pasados los prelados de aquella corona en un concilio Valentino provincial publicaron una constitucion en que mandaban que el arzobispo de Toledo no llevase guion delante en aquella su provincia pena de entredicho al pueblo que lo consintiese. Don Rodrigo en cierta ocasion por el derecho de su primacía continuó á llevar su cruz delante alzada como lo tenia de costumbre. Don Pedro de Albalate arzobispo de Tarragona, principal atizador de aquella constitucion y de todo este pleito, le declaró por descomulgado y transgresor de aquel su decreto. Acudieron á Gregorio IX sumo pontífice, que pronunció sentencia por Toledo y en favor de su primacía. No acababan de rendirse los de Aragon, que fue la causa de emprender en aquella edad jornada tan larga, á lo que yo entiendo.

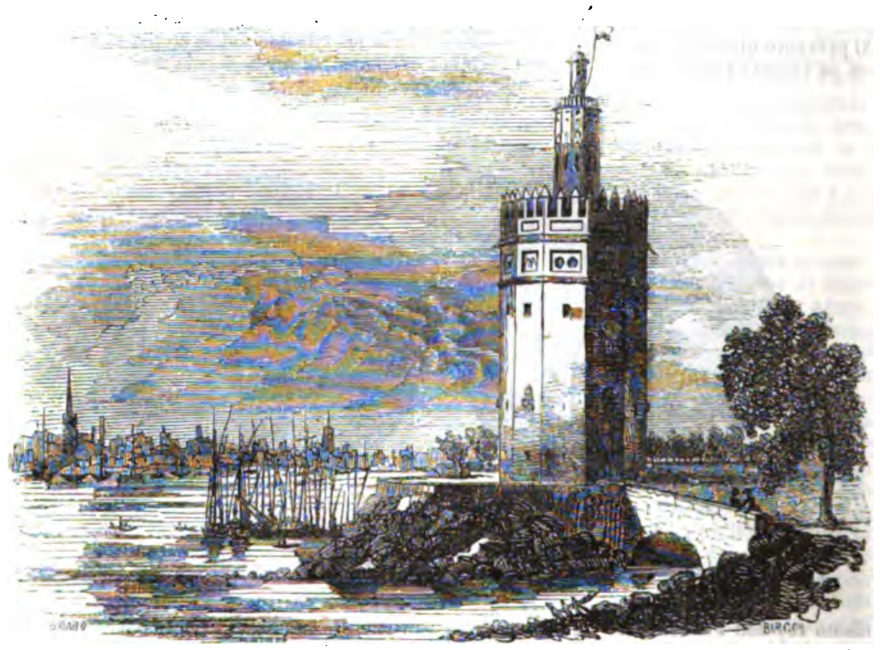
Concluidos los negocios, en una barca por el Ródano abajo daba la vuelta, cuando le salteó una dolencia de que falleció en Francia. Su cuerpo segun

que él lo dejó dispuesto, trajeron á España, y le sepultaron en Huerta, monasterio de bernardos á la raya de Aragon. Junto al altar mayor se ve su sepulcro con un letrero en dos versos latinos, grosero asáz como de aquel tiempo, y sin primor, cuyo sentido es:

NAVARRA ME ENGENDRA, CASTILLA ME CRIA:
MI ESCUELA PARIS, TOLEDO ES MI SILLA:
EN HUERTA MI ENTIERRO: TU AL CIELO ALMA GUIA.

Su cuerpo murió: la fama de sus virtudes durará por muchos siglos. Fundó en su iglesia doce capellanías para mayor servicio del coro, y con cargo de misas que se le dicen. Sucedióle don Juan, Segundo deste nombre entre aquellos arzobispos. Hállanse papeles en que le llaman don Juan de Medina, creo por ser natural de aquella villa. Por el mismo tiempo don Ramon conde de la Proenza pasó desta vida, muy digno de loa por el amor que tuvo á las letras y aficion á la poesía. Solo se nota en él una señalada ingratitud de que usó con Romeo mayordomo de su casa, cuya industria con buenos medios hizo que valiesen al tresdoble las rentas de aquel estado; mas como á la virtud acompaña la envidia, fue acusado y forzado á que diese cuentas del recibo y del gasto. Hizosele el cargo, dió su descargo; y conocida su fidelidad, se partió como peregrino con su bordon y talega como al principio vino de Santiago, sin que jamás se pudiese entender quién era, ni donde se fué. De cuatro hijas que tuvo don Ramon, Margarita casó con San Luis rey de Francia, Leonor con Enrique rey de Ingalaterra, Sancha con Ricardo hermano del dicho Enrique, Carlos conde de Anjou casó con doña Beatriz; con la cual, dado que era la menor de todas, por la grande aficion que le tenian los proenzales, y con la ayuda que le dió Luis rey de Francia su hermano, por la muerte de su suegro heredó aquel principado.

En este medio el rey don Fernando se tenia en Córdoba con resolucion de combatir á Sevilla y cercalla con todas sus fuerzas: envió á Ramon Bonifaz, ciudadano de Burgos muy ejercitado en las cosas de la mar, para que en Vizcaya pusiese á punto una armada por la comodidad de los bosques, y ser los de aquella nacion señalados en la industria y ejercicios de navegar. En tanto que esta armada se aprestaba,



Torre del Oro.

puso el cerco sobre Carmona con la gente que mas pudo, el año 1246 poco mas ó menos; villa fuerte y que estaba apercebida para todo lo que podia suceder, fortificada contra los enemigos de muros, municionada de armas, fuerzas y vituallas: no la pudieron tomar, solamente la forzaron á pagar de presente la cantidad de dineros que le fue impuesta, y para adelante las parias que se señalaron cada un año. Constantina, Reina, Lora, pueblos que antiguamente se llamaron el primero Iporcense municipium, el segundo Regina, el tercero Axalita, sin estos Cantillana y Guillena se ganaron unos por fuerza, otros se rindieron por su voluntad. Reina fue dada al órden de Santiago, Constantina á la ciudad y ayuntamiento de Córdoba, Lora á los caballeros de San Juan.

Todo sucedía prósperamente á los nuestros; solo se recelaban del rey de Aragon no les fuese impedimento en aquella tan buena ocasion, por estar desgustado contra el infante don Alonso que residia en el reino de Murcia. Pretendia el Aragonés que el infante no guardaba los términos y la raya de la conquista de aquellos reinos, que antiguamente señalaron. Temíase alguna revuelta por esta causa: algunas personas principales y de autoridad, que para concertar esto señalaron de la una y de la otra parte, buscaban algun camino para componer estas diferencias; pareció el mejor que don Alonso casase con doña Violante hija del rey don Jaime, partido y traza que venia á cuento á ambas naciones y provincias, que tan grandes reyes se trabasen de nuevo entre sí con vínculo de parentesco. Moviéronse estas pláticas: vinieron en ello las partes: las bodas se celebraron en Valladolid por el mes de noviembre (1) con aparato real y toda muestra de alegría, puesto que el

(1) Consta que se celebraron á fines de 1248.

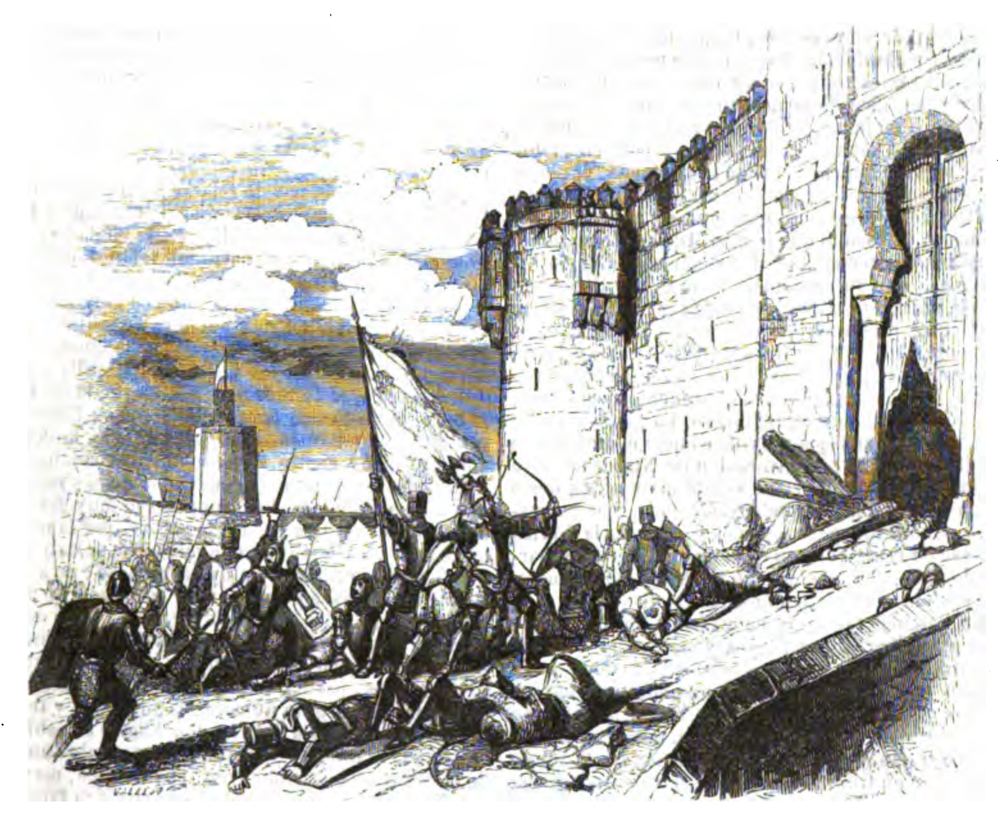
rey don Fernando no se halló presente; el cuidado que tenia de la guerra de Sevilla, le impidió, que pretendia hacer con tanto mayor ánimo que Ramon Bonifaz con una armada de trece naves que puso á punto en Vizcaya, costeadas aquellas marinas y doblado el cabo de Finis Terræ, aportó á la boca de Guadalquivir por la parte que descarga en la mar: venció otrosí allí en una batalla naval la armada de los enemigos.

Los moros de Tánger y Ceuta habian concurrido para socorrer á Sevilla avisados de la venida de los nuestros: salieron pues con sus bajeles del puerto, que llegaban á número de veinte entre galeras y naves: pelearon con gran porfia: los de Africa no reconocian mucha ventaja á los de Vizcaya por ser hombres de guerra, ejercitados en las armas, y que sobrepujaban en el número de la armada; los vizcainos confiados en la ligereza de sus navíos y en la destreza de los pilotos burlaban los acometimientos de los enemigos, y cuando hallaban ocasion de venir á las manos, aferraban con sus naves y pasaban muchos dellos á cuchillo: tres naves de los moros se tomaron, dos echaron á fondo, á una pusieron fuego, las demás fueron forzadas á huir. Envió el rey en socorro de su armada buen número de caballos movido por el peligro de los suyos; ¿pero qué podian prestar? antes que llegasen á la ribera, tenian los nuestros desbaratados los enemigos y ganada la victoria. Tanto mas creció el deseo que todos tenian de acometer aquella empresa: en particular el rey, dejados los demás cuidados aparte, solo en este pensamiento dias y noches se ocupaba.

CAPITULO VI.

Que en Aragon se puso entredicho general.

A esta sazon en Aragon estaba puesto entredicho y tenian cerrados todos los templos de la provincia: triste silencio y suspension del culto divino: castigo de que los pontífices suelen usar contra los escesos de los príncipes y para curallos, como el postrero remedio, saludable á las veces y eficaz medicina como entonces aconteció. Fue así que don Jaime rey de Aragon, cuando era mas mozo, tuvo conversacion con doña Teresa Vidaura, la cual le puso pleito delante del romano pontífice, y le pedia por marido: alegaba la palabra que le dió, contra la cual no se



Toma de Sevilla.

pudo con otra casar. No tenia bastantes testigos para probar aquel matrimonio por ser negocio clandestino. Así se dió sentencia en el pleito contra doña Teresa y en favor de la reina doña Violante. Solo el obispo de Girona á quien hay fama de secreto le comunicó el rey toda esta puridad, no se sabe con qué intento, pero en fin dió aviso al pontífice Inocencio Cuarto que el rey no hacia lo que debia en no guardar la palabra que tenia dada: que el postrer matrimonio se debia apartar como inválido, y parecia justo que doña Teresa fuese tenida por verdadera mujer que el rey se lo habia así confesado en secreto, y su conciencia no sufria que con tan grande pecado dejase enredar al rey, al pueblo y á sí mismo si callaba, de que resultasen despues graves castigos: que esto le avisaba por aquella carta escrita en cifra para que en todo se guardase mas recato.

Ninguna cosa se pasa por alto á los príncipes por ser ordinario que muchos con derribar á otros por medio de acusaciones verdaderas ó falsas, y de chis-

mes pretenden alcanzar el primer lugar de privanza y de poder en los palacios de los reyes. Pues como el rey tuviese aviso que en Roma, mudados de parecer ordinariamente favorecian la causa de doña Teresa, y que el pontífice manifiestamente se inclinaba á lo mismo, quier fuese que le dieron aviso del que le descubrió, ó que por su mala conciencia se sospechase lo que era, hizo venir al obispo de Girona á la córte. Venido, luego que le tuvo en su presencia, le mandó cortar la lengua: cruel carnicería, y torpe venganza de un desórden con otro mayor, y con nueva impiedad colmar el pecado pasado; si bien el obispo era merecedor de cualquier daño, si descubrió el sigilo de la confesion y la religion de aquel secreto: cosa que nunca se permite.

Luego que el pontífice Inocencio, que á la sazon en Leon celebraba un concilio general como poco antes se dijo, fue avisado de lo que pasaba, cuánto dolor haya concebido en su ánimo, con cuán grandes llamas de saña se abrasase, no hay para qué declarallo: basta decir que puso entredicho en todo el reino, como de ordinario los escesos de los príncipes se pagan con el daño de la muchedumbre y de los particulares: y al rey declaró públicamente por descomulgado. Conoció el rey su yerro, y por medio de Andres Albalate obispo de Valencia, que envió por su embajador sobre el caso, pidió humildemente penitencia y absolucion. Decia que le pesaba de lo hecho; pero pues no podia ser otra cosa, que como padre y pontífice diese perdon á su indignacion, la cual fue si no justa, á lo menos arrebatada: que estaba presto á satisfacer con la pena y penitencia que fuese servido imponerle. Oida la embajada, el pontífice envió por sus embajadores al obispo de Camarino y á Desiderio presbítero para que en Aragon se informasen de todo lo que pasaba. Dioles otrosí poder muy lleno de reconciliar al rey con la Iglesia, si les pareciese que su penitencia lo merecia. Hízose en Lérida junta de obispos y de señores: halláronse en particular presentes los obispos de Tarragona, de Zaragoza, de Urgel, de Huesca, de Elna. En presencia destos prelados el rey, puestas en tierra las rodillas, despues de una grave reprehension que se le dió, fue absuelto de aquel esceso. La penitencia fue que acabase á sus espensas de edificar el monasterio Benifaciano, que con advocacion de Nuestra Señora en los montes de Tortosa veinte años antes desto luego que se tomó el pueblo de Morella, se comenzara, y se edificaba poco á poco; y acabada la fábrica le diese de renta para en cada un año docientos marcos de plata, con que los monges del Cistel se pudiesen sustentar en el dicho monasterio.

En Valencia tenian comenzado á edificar un hospital para albergar los pobres y peregrinos: á este hospital señalaron mayores rentas es á saber seiscientos marcos de plata cada un año, con que los pobres y peregrinos se sustentasen, y juntamente algunos capellanes para que dijesen misa y ayudasen al buen tratamiento y regalo de los pobres. Añadióse á esto que en Girona en la iglesia Mayor fundase una capellanía para que perpétuamente se hiciesen sacrificios y sufragios por el rey y por sus sucesores. El pontífice expidió su bula á los veinte y dos de setiembre año de mil docientos y cuarenta y seis, en que da poder á los dos nuncios para reconciliar al rey con la Iglesia, que se hizo el mes siguiente á diez y nueve de octubre. En Lérida con solemne ceremonia fue el rey absuelto de las censuras en que incurrió por aquel caso. Del obispo de Girona no refieren mas de lo dicho, ni aun declaran qué nombre tuvo. De los archivos y Becerro del monasterio Benifaciano se tomó todo este cuento: dado que los mas de los historiadores no hicieron dél mencion: pareció no pasalle en silencio, el lector le dé el crédito que la cosa misma merece. De aquí sin duda y destos papeles se tomó ocasion para la fama que vulgarmente anduvo deste rey y anda sobre este caso.

CAPITULO VII.

Que Sevilla se ganó.

En lo postrero de España hácia el Poniente está asentada en Sevilla cabeza del Andalucía, noble y rica ciudad entre la primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene: los edificios públicos y particulares á manera de casas reales son en gran número: la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad que está á mano izquierda, y un arrabal llamado Triana pasa el rio Guadalquivir acanalado con grandes reparos, y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razon muy á propósito para la contratacion y comercio de los dos mares Océano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad y se pasa de una parte á otra. En la ciudad está la casa real en que los antiguos reyes moraban, en el arrabal un alcázar de obra muy firme que mira el nacimiento del sol. Una torre está levantada cerca del rio, que por el primor de su edificio la llaman de Oro vulgarmente: otra torre edificada de ladrillo, que está cerca de la iglesia Mayor, sobrepuja la grandeza de las demás obras por ser de sesenta varas en ancho y cuatrotanto mas alta: sobre la cual se levanta otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada, y al rededor adornada de variedad de pinturas, hermosas á maravilla á los que la miran.

¿Qué necesidad hay de relatar por menudo todas las cosas y grandezas desta ciudad, tan vaga y llena de primores y grandezas? Hay en la ciudad en este tiempo mas de veinte y cuatro mil vecinos, divididos en veinte y ocho parroquias ó colaciones. La primera y principal es de Santa María, que es la iglesia Mayor, con el cual templo en anchura de edificio y en grandeza ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica, la de Salamanca la fuerte, la de Leon la bella, la de Sevilla la grande. Tiene su fábrica de renta treinta mil ducados en cada un año, la del arzobispo llega á ciento y veinte mil, las calongías y dignidades asi en número como en lo demás responden á esta grandeza. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes, por la mayor parte plantados de olivas, que en Sevilla se dan muy bien, y el esquilmo es muy provechoso: de allí se llevan aceitunas adobadas, muy gruesas, de muy buen sabor, á todas las demás partes. El trato es tan grande y la grangería tal que en los olivares llamados Axarafe en tiempo de los moros se contaban cien mil parte cortijos, parte trapiches ó molinos de aceite; y dado que parece gran número, la autoridad y testimonio de la historia del rey don Alonso el Sabio lo atestigua. El número de extranjeros y muchedumbre de mercaderes que concurren, es increible, mayormente en este tiempo, de todas partes á la fama de las riquezas, que por el trato de las Indias y flotas de cada un año se juntan allí muy grandes.

El rey don Fernando tenia por todas estas causas un encendido deseo de apoderarse desta ciudad, así por su nobleza, como porque ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto mas que los aragoneses con gran gloria y honra suya se habian apoderado de la ciudad de Valencia, de sitio muy semejante, y no de mucho menor número de ciudadanos. El rey de Sevilla por nombre Axatafe no ignoraba el peligro que corrian sus cosas: tenia juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde la misma Africa: gran copia de trigo traida de los lugares comarcanos: proveído-

se de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquiera afan antes de ser despojada del señorío de ciudad tan principal. El rey don Fernando juntaba asimismo de todas partes gente para aumentar el ejército que tenia trigo, y todos los mas pertrechos que para la guerra eran necesarios: la diligencia era grande, por entender que duraria mucho tiempo, y seria muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese á los soldados.

En Alcalá por algun tiempo se entretuvo el rey don Fernando: pasada ya gran parte y lo mas recio del verano, movió con todas sus gentes, púsose sobre Sevilla y comenzó á sitialla á veinte del mes de agosto año de nuestra salvacion de 1247: los reales del rey se asentaron en aquella parte que está el campo de Tablada tendido en la ribera del rio mas abajo de la ciudad. Don Pelayo Perez Correa maestre de Santiago de la otra parte del rio hizo su alojamiento en una aldea llamada Aznalfarache, caudillo de gran corazon y de grande esperiencia en las armas. Pretendia hacer rostro á Abenjafon rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte: tanto mayor era el peligro, las dificultades; pero todo lo vencia la constancia y esfuerzo deste caballero. El rey barreaba sus reales: los moros con salidas que hacian de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hubo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances, pero sin efecto alguno digno de memoria, sino que los cristianos las mas veces llevaban lo mejor, y forzaban á los enemigos con daño á retirarse á la ciudad. Por el mar y rio se ponia mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados que tenian en tierra, hacian lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salian á robar la tierra talaban los frutos que hallaban sazonados, el vino y el trigo todo lo robaban. Carmona que está á seis leguas, forzada por estos males, como seis meses antes, lo tenian concertado, sin probar á defenderse ni pelear se rindió con tanto mayor maravilla que los bárbaros pocas veces guardan los asientos.

No se descuidaban los moros ni se dormian: el mayor deseo que tenian, era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitran, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacia que todos estos intentos saliesen en vano; y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban diligentemente no se recibiese algun daño por la parte que tenian á su cargo. Señalábanse entre los demás don Pelayo Correa maestre de Santiago, y don Lorenzo Suarez, cuyo esfuerzo y industria en todo el tiempo deste cerco fue muy señalada: sobre todo Garci Perez de Vargas natural de Toledo, de cuyo esfuerzo se refieren cosas grandes y casi increibles. Al principio del cerco á la ribera del rio, do tenian soldados de guarda para reprimir los rebates y salidas de los moros, Garci Perez y un compañero, apartados de los demás, iban no se á qué parte: en esto al improviso ven cerca de sí siete moros á caballo: el compañero era de parecer que se retirasen; replicó Garci Perez que aunque se perdiese, no pensaba volver atrás, ni con torpe huida dar muestra de cobardía. Junto con esto, ido el compañero, toma sus armas, cala la visera, y pone en el ristre su lanza: los enemigos sabido quién era, no quisieron pelear. Caminado que hobo adelante algun tanto, advirtió que al enlazar la capellina y ponerse la celada se le cayó la escofia; vuelve por las mismas pisadas á buscalla. Maravillóse el rey que acaso desde los reales le miraba: pensaba volvia á pelear; mas él tomaba su escofia, porque los moros todavía esquivaron el encuentro, paso ante paso se volvió sano y salvo á los suyos por el camino comenzado. Fue tanto mayor la honra y prez deste hecho, que nunca quiso declarar quién era su compañero, si bien muchas veces le hicieron instancia sobre ello; á la verdad, ¿á qué propósito con infamia ajena buscar para sí enemigo, y afrenta para su compañero sin ninguna loa suya? como quier que al contrario con el silencio demás del esfuerzo, dió muestra de la modestia y noble término de que usaba.

Entretanto que con esta porfia se peleaba en Sevilla, el infante don Alonso, hijo del rey don Fernando, intentó de apoderarse de Játiva en el reino de Valencia convidado por los ciudadanos. Tomó á Enguerra pueblo en tierra de Játiva, que se le entregaron los moradores: cuanto cada uno alcanza de poder, tanto derecho se atribuye en la guerra. El rey don Jaime avisado de los intentos del infante don Alonso, y alterado como era razon se apoderó de Villena y de seis pueblos comprehendidos en el distrito de Castilla, por dádivas que dió al que los tenia á cargo; demás desto en la misma comarca principio del año 1248 tomó de los moros otro pueblo llamado Bugarra. Destos principios parecia que los disgustos pasarian adelante, y pararian en alguna nueva guerra que desbaratase la empresa de Sevilla y acarrease otros daños. Don Alonso como quier que era de condicion sosegada, se determinó de tratar en presencia con el rey de Aragon y resolver todas estas diferencias, y para esto se juntaron á vistas y habla en Almizra pueblo del rey de Aragon: allí por medio de la reina de Aragon, y por la buena industria de don Diego de Haro y otros grandes que se pusieron de por medio, se compuso esta diferencia; con que de una y de otra parte se restituyeron los pueblos que injustamente tomaron, y se señaló la raya de la jurisdiccion y conquista de ambas las partes. Quedaron en particular en virtud desta concordia por el reino de Murcia, Almansa, Sarasulla, y el mismo rio Cabriolo; por los de Valencia, Biara, Sajona, Alarca, Finestrato. Asentadas las cosas desta manera, los príncipes se despidieron.

El rey don Jaime revolvió luego contra Játiva: envió delante sus gentes con intento de cercalla apoderóse finalmente della, pasada ya gran parte del verano, por entrega que hicieron los mismos ciudadanos. Está asentada esta ciudad en un sitio asaz apacible á la parte que el rio Júcar entra en el mar: su campiña muy fértil y fresca, la tierra muy gruesa. El infante don Alonso y en su compañía don Diego de Haro se apresuraron para hallarse en el cerco de Sevilla. Alhamar ese mismo rey de Granada vino á juntarse con el rey don Fernando, acompañado de buen número de soldados, en tiempo sin duda muy á propósito en que los soldados cristianos cansados de la tardanza, y con la dificultad de aquella empresa comenzaban á tratar de desamparar los reales y las banderas, además de las enfermedades que sobrevinieron y los tenian muy amedrentados. Era pasado el invierno sin hacer efecto de algun momento: el mismo rey aquejado de tantos trabajos, y de las dificultades que se ofrecian muy grandes, dudaba si alzaria el cerco, ó esperaria que las cosas se encaminasen mejor, y el remate fuese mas apacible que los principios, como otras veces lo tenia aprobado.

Los cercados desbarataron en cierta salida los ingénios de los nuestros, y les quemaron las máquinas: asentados con el buen suceso no solo se defendian con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretension de los contrarios, que llamaban desatino; amenazaban á los nuestros con la muerte, y ultrajábanlos de palabra. El cerco sin embargo se continuaba y se llevaba adelante con tanto mayor ventaja de los fieles que de cada dia les llegaban nuevo socorros. Acudieron los obispos don Juan Arias de Santiago, bien que poco efecto hizo; su poca salud le forzó en breve con licencia del rey á dar

la vuelta: don García prelado de Córdoba, don Sancho de Coria: los maestres de Calatrava y de Alcántara: los infantes don Fadrique y don Enrique: fuera destos don Pedro de Guzman, don Pedro Ponce de Leon, don Gonzalo Giron con otro gran número de grandes y ricos hombres que vinieron de refresco. A los cercados por ser la ciudad tan grande no se podian de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponian en esto todo cuidado.

El general de la armada Bonifaz ardia en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fuesen conquistados á parte los que juntos hacian tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso por estar la puente puesta sobre barcas que con cadenas de hierro están entre sí trabadas: todavía pareció hacer la prueba; que la maña y la ocasion pueden mucho. Apercibió para esto dos naves: esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar, y juntamente un recio viento que del Poniente soplaba. Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las velas, la una de las naves con tal ímpetu embistió en la puente cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero dia de mayo con grande alegría de los nuestros y no menos comodidad. Los soldados con la esperanza de la victoria con grande denuedo acometieron á entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes, y por otras derriballos con los trabucos y máquinas con tanta porfia que los cercados estaban á punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana: los moros se defendian valientemente, y la fortaleza de los muros causaba á los nuestros dificultad.

Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Perez de Vargas: cargóbale que el escudo ondeado que traia, era de diferente linaje. Ningunos oyen con mayor paciencia las murmuraciones, que los que no se sienten culpados: disimuló él por entonces la ira; despues cierto dia que acometieron los nuestros á Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban; abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto á su contrario, que estaba en lugar seguro: «Con razon (dice) nos »quitais las armas del linaje, pues las ponemos á tan »graves peligros y trances: vos las mereceis mejor, »que como mas recatado las teneis mejor guardadas.» él avergonzado conoció su yerro, pidió perdon, que le dió á la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo: manera de venganza muy noble.

Comenzaban en la ciudad á sentir gran falta de vituallas: los ciudadanos visto que la felicidad de nuestra gente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario á ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y despues en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el rey. Luego que les fue concedido, enviaron embajadores, que avisaron querian tratar de concierto con tal que las condiciones fuesen tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decian que quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podian sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre: que todavía en la ciudad quedaban compañías de soldados; que no era justo irritallas, ni hacelles perder de todo punto la esperanza: muchas veces la necesidad de medrosos hace fuertes, por lo menos que la victoria seria sangrienta y llorosa si se allegase á lo último y no se tomaba algun medio.

A esto respondió el rey que él no ignoraba el estado en que estaban sus cosas: tiempo hobo en que se pudiera tratar de concierto; mas que al presente por su obstinacion se hallaban en tal término que seria cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con rendilla, no daria lugar á que se tratase de concierto ni de concordia. Entretanto que se trataba de las condiciones y del asiento, hicieron treguas y cesó la batería. Prometian acudir con las rentas reales y tributos, todos los que acostumbraban antes á pagar á los miramamolines. Desechada esta condicion, dijeron que darian la tercera parte de la ciudad demás de las dichas rentas: despues la mitad, dividida con una muralla de lo demás que quedase por los moros. Parecian estas condiciones á los nuestros muy aventajadas y honrosas: el rey á menos de entregalle la ciudad, no hacia caso destas promesas, ni estimaba todos sus partidos. En conclusion se asentó que el rey moro y los ciudadanos con todas sus alhajas y preseas se fuesen salvos donde quisiesen, y que fuera de Sanlúcar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demás pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó; y á veinte y siete de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mujeres y niños cien mil moros: parte dellos pasó en Africa, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España.

Gastáronse en el cerco diez y seis meses; en el cual tiempo los reales á manera de ciudad estaban divididos en barrios con sus tiendas en que se vendian las cosas necesarias, herrerías para forjar armas, los pabellones puestos por su órden con sus calles y plazas en lugares convenientes. A los veinte y desde diciembre con pública procesion y aparato entró el rey en la ciudad, oyó misa en la iglesia Mayor, que para este propósito estaba bendecida y aparejada: bendíjola con gran magestad don Gutierre electo arzobispo de Toledo, que poco antes señalaron por sucesor en aquella iglesia de don Juan que falleció á los veinte y tres del mes de julio. Don Ramon de Losana fue elegido por arzobispo de la nueva ciudad. Este prelado andando á la escuela, con un cuchillo de plumas sacó otro tiempo un ojo á un su hermano: para absolverse desta irregularidad, y para alcanzar dispensacion, ya que era de mas edad, pasó á Roma: viaje que le fue ocasion de hacerse muy erudito y letrado. Quedaba Sevilla muy falta de moradores: la franqueza que el rey prometió de tributos á los que viniesen á poblar, hizo que gran número de gente acudiese de toda España; determinados de hacer allí su asiento y morada: con esto en breve volvió á tener aquella ciudad nobilísima la hermosura de antes y número de gente asaz.

CAPITULO VIII.

De la muerte del rey don Fernando.

En el mismo tiempo que Sevilla estaba cercada, San Luis rey de Francia enriquecia con reliquias santísimas que envió á Toledo, y aumentaba la devocion de la iglesia Mayor de aquella ciudad, juntamente ganaba las voluntades de nuestra nacion. En el sagrario de aquella iglesia hasta hoy con gran devocion se muestran y guardan las dichas reliquias con la misma carta original del rey cuyo traslado nos pareció poner en este lugar para memoria de la piedad de príncipe tan señalado y devoto: «Luis por la gra»cia de Dios rey de Francia á los amados varones en »Cristo, canónigos y todo el clero de la iglesia de »Toledo, salud y dileccion. Queriendo adornar vues»tra iglesia con un escelente don por medio de nues»tro amado Juan venerable arzobispo de Toledo, y á »su instancia, os enviamos algunas preciosas porte»cicas de los venerables y señalados nuestros san»tuarios, que hobe del tesoro del imperio Constanti»nopolitano: conviene á saber del madero de la cruz »del Señor: una de las espinas de la sacrosanta coro»na de espinas del mismo Señor: de la leche de la »gloriosa Vírgen María: de la vestidura de púrpura

»del Señor con que fue vestido: del lienzo con que »se ciñó el Señor cuando lavó y limpió los piés de sus »discípulos: de la sábana con que su cuerpo estuvo »sepultado en el sepulcro: de los paños de la infancia »del Salvador. Rogamos pues y requerimos en el Se»ñor á vuestra caridad que las sobredichas reliquias »recibais y guardeis en vuestra iglesia con la reveren»cia debida: asimismo que en vuestras misas y ora»ciones tengais memoria benigna de nos. Fecha en »estampas año del señor de mil y docientos y cua»renta y ocho por el mes de mayo.»

Despues que el rey Luis hobo enviado esta carta, de Marsella se hizo á la vela y navegó á la Tierra Santa con deseo de reparar en aquellas partes la guerra sagrada. El suceso no fue conforme á su santa intencion, porque apoderado que se hobo en las marinas de Egipto de Pelusio, ciudad que hoy se llama Damiata, toda la prosperidad se volvió en contrario. De tres hermanos del rey, Roberto murió en una batalla, Alfonso y Carlos fueron presos con el rey el año 1249: la libertad costó mucho haber, sin que en la Tierra Santa á la cual dende pasaron, hiciesen cosa de muy gran momento, verdad es que las ciudades de Sidon, Cesarea y Ioppe fueron recobradas por las armas de Francia año del Señor de 1250, pero ninguna otra cosa se hizo: en el mismo año por muerte de don Gutierre arzobispo de Toledo, que finó en Atienza á los nueve de agosto, como se ve en los Anales Toledanos, en su lugar fue puesto don Sancho hijo del rey don Fernando, á quien algunos llaman don Pedro, otros don Juan por engaño sin duda. El arzobispo don Rodrigo por órden de la reina doña Berenguela crió en Toledo á sus nietos los infantes don Philipe y don Sancho: proveyóles en aquella su iglesia sendos canonicatos. Estudiaron ambos en los estudios de París, en particular don Philipe tuvo por maestro á Alberto Magno, gran filósofo y teólogo. Todo esto, y mas el favor de su padre fue ocasion de poner en esta vacante los ojos en don Sancho. Aprobó la eleccion el papa Inocencio Cuarto; mas el electo no parece se consagró por su poca edad, que era el penúltimo de sus hermanos. Por su contemplacion dió su padre á la iglesia de Toledo á Uceda y á Iznatoraf, esto á trueco de Baza, que se la diera cuando conquistó á Jaen.

Vivió por este tiempo un hombre señalado, por nombre Pero Gonzalez, que dejada la córte y palacio en que tenia buen lugar, gastó lo postrero de su vida en doctrinar á los gallegos y asturianos, predicador de fama. Su contemporáneo Bernardo, canónigo de Santiago, por el gran conocimiento que alcanzó de los derechos fue muy familiar al pontífice Inocencio, y es el que escribió la glosa sobre las epístolas Decretales. En el mismo tiempo los aragoneses divididos en parcialidades se abrasaban con discordias civiles. Tenia el rey don Jaime de doña Violante su mujer estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Fernando, don Sancho: otras tantas hijas doña Violante, doña Constanza, doña Sancha, doña María. La reina estaba apoderada del rey, y así le persuadió que dividiese los estados del reino entre sus hijos: consejo muy perjudicial á la república por enflaquecerse por esta manera las fuerzas, y muy pesado en particular á don Alonso su hijo mayor, en cuyo perjuicio se enderezaban estas prácticas. Por esta causa los mas de los grandes siguieron la voz del infante y por su autoridad públicamente se apartaron del rey. Con cuidado de componer estas diferencias que amenazaban mayores males, por el mes de febrero se tuvieron córtes generales en Alcañices pueblo de Aragon. Señaláronse jueces sobre el caso, personas principales, eclesiásticas y seglares: dieron por sentencia que el hijo debia obedecer á su padre. De ningun provecho fue esta diligencia, por estar los vasallos mal contentos, y el rey constante en su parecer y propósito, tanto que en vida hizo donacion al infante don Pedro del principado de Cataluña; con que la otra parte se desabrió mucho mas. Esto en Aragon.

Las cosas del rey don Fernando se hallaban muy en mejor estado, porque compuestas y asentadas las cosas en Sevilla en que determinaba hacer su asiento acometió á Jerez, y ganó de los moros á Medina Sidonia, Begel, Alpechin, Aznalfarache; fuera desto á la ribera del mar en parte abatió, en parte tomó muchos castillos de moros. Pretendia que los demás escarmentados con aquel daño y castigo se rindiesen ó reprimiesen. Hiciéronse correrías por los campos de Nebrija: algunos pocos pueblos de moros por estar fortificados de sitio ó de murallas se atrevian y estaban determinados de sufrir el cerco no solo como cosa mas honesta, sino tambien como mas segura, ni por el daño de los otros se movian á rendirse. Tratóse de pasar la guerra á Africa, y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercebia una nueva y mas gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á treinta de mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres dias, en Leon veinte y dos años poco mas ó menos (1). Fue varon dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podian desear, de costumbres tan buenas que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió no mas el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras escelentes: muchos dudaron si fuese mas fuerte, ó mas santo, ó mas afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que en conclusion cumplió con todos los oficios de un varon y príncipe justo y bueno.

En ningun tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgóle don Ramon arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador pidió perdon de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que queria rendir el alma, demandó perdon á cuantos allí estaban: espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvian en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: «El reino (dijo) »Señor que me diste, y la honra mayor que yo mere»cia te le vuelvo, desnudo salí del vientre de mi ma»dre, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe Señor »mio, mi ánima; y por los méritos de tu santísima »pasion ten por bien de la colocar entre los tus sier»vos.» Dicho esto, mandó á la clerecía cantasen las letanías, y el *Te-Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. A su hijo don Alfonso que nombró por heredero, poco antes de morir dió muchos avisos y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la reina doña Juana y sus hijos, de los cuales se hallaron á su muerte don Fadrique, don Enrique y don Philipe que era electo prelado de Sevilla, y don Manuel; don Sancho electo de Toledo no se halló por estar en su iglesia. Luego el dia siguiente le hicieron el enterramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia Mayor de Sevilla.

Dícese que este rey inventó é introdujo el consejo real, que hoy en Castilla tiene la suprema autoridad para determinar los pleitos. Señaló doce oidores á cuyo conocimiento perteneciesen los negocios mayores, y los pleitos que en los otros tribunales se tratasen, por via de apelacion con las mil y quinientas

(1) Habiendo sido proclamado rey de Castilla en 31 de agosto de 1217, y debiendo contarse su reinado en Leon desde el 24 de setiembre del año 1230 en que murió el rey don Alonso, ocupó este trono 21 años ocho meses y siete dias.

doblas que deposita el que apela, y las pierde en caso se dé sentencia contra él. Como las cautelas y engaños poco á poco iban creciendo, y los pleitos eran muchos por la malicia del tiempo, fue necesario establecer este nuevo tribunal; que antes las ciudades contentas con los juicios y sentencias que sus jueces daban, y con apelar á las audiencias de su distrito, tenian por cosa fea y sin propósito pasar adelante y implorar el auxilio real. Demás desto encargó á personas principales y doctas el cuidado de hacer nuevas leyes, y recoger las antiguas en un volúmen que hoy se llama vulgarmente las Partidas (1) obra de inmenso trabajo, y que se comenzó por este tiempo, y últimamente se puso en perfeccion, y se publicó en tiempo del rey don Alonso hijo deste don Fernando. Hasta la muerte del rey don Fernando llegó don Lucas de Tuy con su historia.

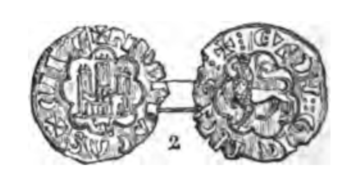
CAPITULO IX.

De los principios de don Alonso el Décimo, rey de Castilla.

El reino de don Fernando por derecho de herencia vino al rey don Alonso Deceno desde nombre, cuya vida y obras pretendemos declarar, ilustres sin duda por la variedad de los sucesos y juego de la fortuna variable; pero que tienen mas de maravilla que de honra y loa. ¿Qué cosa mas maravillosa que un príncipe criado en la guerra y ejercitado en las armas desde su primera edad haya tenido tanta noticia de la astrología, de la filosofía y de las historias cuan grande apenas los hombres ociosos y ocupados solamente en sus estudios pocas veces alcanzan? Sus libros que publicó y sacó á luz de astrología, y de la Historia de España, dan muestra de su grande ingenio y estudio increible. ¿Qué cosa eso mismo mas afrentosa que con tales letras y estudios, con que otro particular pudiera alcanzar gran poder, no saber él conservar y defender ni el imperio que los estraños le ofrecieron, ni el reino que su padre le dejó? Vió aquella edad y siglo hasta donde podia llegar la libertad y arrogancia del pueblo, pues redujo un rey tan poderoso casi á vida particular; vió él mismo lo postrero de la desventura, que fue ser despojado de sus riquezas y mando. ¡Qué juegos hace la fortuna ó poder mas alto! ¡Cómo parece que gusta en burlarse de las cosas humanas! El sobrenombre de Sabio que ganó por las letras, ó por la injuria de sus enemigos, ó por la malicia de los tiempos, ó él por flojedad de su ingenio parece le amancilló; pues con el crédito que tenia de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse. En Sevilla do se halló á la muerte de su padre, le alzaron por rey. Lo primero que hizo despues desto, fue renovar el concierto con Alhamar rey de Granada, demás que le hizo suelta de la sesta parte del tributo que tenia costumbre de pagar, en que se tuvo respeto á los buenos servicios que hiciera, y á despertalle para que de nuevo hiciese otros, que sin duda por algun tiempo fueron muy grandes y señalados. Era tanto lo que este príncipe amaba al rey don Fernando, y érale tan agradable su memoria, que con ser moro, todos los años enviaba á Sevilla buen número de los suyos con cien antorchas de cera blanca para que se hiciesen al rey las exequias y aniversarios.

La falta que tenian de dineros era grande, por estar gastados todos con las guerras de tantos años. Tratóse de buscar algun camino para allegar moneda y remediar este daño: pareció lo mas á propósito que en lugar de los pepiones, que era cierta moneda así llamada de buena ley, se usase de burgaleses, moneda muy baja mezclada de otros metales. Era cosa injusta abajar de quilates la moneda, y que fuese del mismo valor que la de antes: desórden por donde las cosas se encarecieron, y no se remedió la necesidad del rey porque fue necesario aumentar los salarios de los jueces y de los demás oficiales con tanta mayor indignacion del pueblo que poco despues se inventó otro género de moneda que se llamaba negra, es á saber por tener mucho cobre (2). Quince monedas desta género valian una dobla ó escudo: un burgalés valia


1


2

dos pepiones: noventa un escudo ó un maravedí de oro. Este camino de allegar dinero, bien que intentado muchas veces de grandes reyes, que sea muy engañoso y perjudicial el tiempo y la esperiencia y desastrados sucesos lo han bastantemente declarado: sin duda fue la principal causa porque el rey don Alonso en breve se hizo muy malquisto y odioso á sus vasallos. Desta manera, si no hay gran tiento, de honestos principios y causas se siguen efectos muy perniciosos y malos. Esta fue la primera semilla de la discordia civil: de la guerra de fuera hobo otras causas.

Estaba el rey don Alonso congojado por la esterilidad de la reina doña Violante, por el gran deseo que tenia de dejar sucesion. Los aduladores, de que siempre hay gran número en las casas de los príncipes, pretendian que aquel matrimonio se podia apartar: no les faltaban razones para colorear este engaño, como á gente de grande ingenio; el rey fácilmente se dejó persuadir en lo que deseaba. Envió embajadores al rey de Dinamarca á pedir por mujer una hija suya llamada Cristina (3). Era cosa fácil por la grande distancia de los lugares engañar aquella gente. Concertado el casamiento, la doncella fue enviada en España. Estos intentos del rey don Alonso dieron mucha pena como era razon al rey don Jaime: procuróse dar algun corte con embajadas que se enviaron; pero como no se efectuase nada, vino el negocio á rompimiento y á las armas. Hiciéronse correrias

(1) Este código, el mas sabio de todos los que habia en Europa en su tiempo, se empezó en 1255 y se acabó en 1262. Don Alonso habia mandado tambien coordinar el *Fuero Real* que lo dió como fuero municipal á Burgos y á otros pueblos de Castilla, por cuya razon se llamó *Fuero de la Córte y de los consejos de Castilla.*

(2) Moneda negra es la que presentamos con el número 1 y aunque se ignora cual fuese el pepion se cree era la que lleva el número 2.

(3) El cronista de don Alonso el Sabio á quien sigue Mariana ha llenado de fábulas su obra. La falsedad de lo que aquí asienta está demostrada por el marqués de Mondejar con las razones siguientes: primero, que el rey de Aragon no hizo la guerra al de Castilla por vengar este agravio, sino para ayudar al rey de Navarra con quien estaba confe-

y cabalgadas de una parte y de otra, robos de hombres y ganados, y esto al principio de aquella diferencia.

Por el mismo tiempo Theobaldo rey de Navarra, Primero deste nombre, falleció á ocho de julio año de nuestra salvacion de 1253: digno de ser alabado por el deseo que mostró de ayudar á la guerra de la Tierra Santa, cuanto reprensible y manchado por el intento que tuvo de oprimir los derechos y libertad eclesiástica; por la cual causa se dice hobo entredicho general en todo aquel reino por espacio de tres años enteros (1). Este tiempo pasado, don Pedro Remigio ó Gazolaz obispo de Pamplona alzado el destierro en que le tenian, se reconcilió con el rey á instancia de personas principales que en ello trabajaron, y con muy grande alegria y regocijo de todo el pueblo. Theobaldo merece sin duda ser alabado por otras cosas y partes de que fue dotado, en especial por los estudios de las artes liberales, ejercicio y conocimiento de la música y de la poesía tan grande, que acostumbraba componer versos y cantarlos á vihuela, las poesías que hacia, proponellas en público en su palacio para ser de todos juzgados. Tuvo tres mujeres. De la primera que fue hija del conde de Lorena, no tuvo hijos algunos. Dejada esta por mandado de los pontífices, casó con Sibila hija de Philipo conde de Flandes. Deste matrimonio nació Blanca, que casó con Juan duque de Bretaña por sobrenombre el Bermejo. De la tercera mujer que fue hija de Archimbaudo conde de Fox, tuvo á Theobaldo y á Enrique, y una hija llamada Leonor.

Theobaldo sucedió á su padre despues de su muerte: era menor de edad, que no tenia quince años cumplidos, de escelente natural, y que daba muestras de grandes virtudes. La reina Margarita su madre, cuidadosa de lo que á su hijo tocaba, estaba con temor, en especial de don Alonso rey de Castilla que vencidos y domados los moros, se entendia queria revolver contra Navarra, y despertar el derecho antiguo que pretendian les reyes de Castilla á aquella corona: cuidaba ayudarse del socorro del rey de Aragon y de su sombra. Tratóse por sus embajadores de aliarse; y para que la cosa se concluyese mas fácilmente, con seguridad de ambas partes se juntaron á vistas. Al principio del mes de agosto en Tudela se hizo confederacion entre los dos reyes, en que se concertó tuviesen los mismos por amigos y por enemigos. Asentaron otrosí que una de las dos hijas que tenia el rey don Jaime, se diese por mujer á Theobaldo; y en particular se proveyó que ninguna de las dos casase con alguno de los hermanos del rey de Castilla sin voluntad de la reina Margarita, y sin que ella viniese en ello. Al rey de Aragon sin embargo le quedó su derecho á salvo, que pretendia tener á aquel reino por la adopcion del rey don Sancho de Navarra.

Esta confederacion, para que fuese mas fuerte, se procuró que el romano pontífice la aprobase: las fuerzas de los dos reinos claramente se movian y enderezaban contra las de don Alonso rey de Castilla.

El cuidado desta guerra y miedo que resultó por esta causa (que suele ser muy gran atadura de concordia) hizo que los aragoneses padre y hijo se concertasen; cosa que tanto se deseaba. Así halló que lo que el rey de Aragon habia donado á don Pedro y don Jaime sus hijos, lo aprobó con juramento en Barcelona don Alonso el hijo mayor del mismo rey don Jaime. Ofrecióse demás desto ocasion de nueva guerra. Alasarchó, moro de ingenio sagaz, prometió entregar y rendir el castillo de Reguera que tenia en su poder. El rey de Aragon, como el que era arriscado, creyóse fácilmente que le trataba verdad: acudió con poca gente como á cosa hecha. Hobiera de caer en el lazo y quedar preso; mas quiso Dios que le avisaron del engaño, y de lo que pasaba; con que se puso en cobro. El moro, burlada su esperanza, se declaró por enemigo, y persuadió á los moros de Valencia que tomasen las armas y que se levantasen.

El rey movido por el peligro acudió á Valencia: tratóse en aquella ciudad de echar aquella gente de todo el reino. Los señores por la ganancia que de aquella gente les venia, hacian contradiccion: los prelados y el pueblo otorgaban con el rey, que fue el parecer que prevaleció en las cortes. Mandaron pues á todos los moros que saliesen del reino de Valencia y de todo su distrito dentro de cierto término. Ellos aunque estaban en armas sesenta mil dellos, obedecieron á lo que les fue mandado. Repartiéronse por tierra de Murcia y de Granada: gran parte hizo asiento en la Mancha, que al presente se llama de Aragon, antiguamente de Montaragón de un pueblo deste nombre que por allí caia. Era comarca áspera, y no cultivada en aquel tiempo; al presente de señalada fertilidad en la cosecha de pan con que provee á otras muchas partes. Llamóse antiguamente campo Spartario, del mucho esparto que tiene. Desta resolucion sacó gran interés don Fadrique que residia en Villena, y la tenia en gobierno en nombre del rey don Alonso su hermano. Era por allí el paso: hizo que por él los miserables cada uno pagase un escudo de oro.

El rey de Aragon embarazado con estos alborotos no pudo luego volver las armas contra Castilla. Esta tardanza hizo que las sospechas de una gran guerra se trocaron en muy alegre fin y remate. En el mismo tiempo que Cristina despues de tan largo viaje últimamente aportó á Toledo, que fue el año de nuestra salvacion de 1254, se entendió que la reina estaba ocupada. El rey movido con una cosa tan fuera de lo que se esperaba, trocó el odio en amor. Los mismos que antes le persuadian que la dejase, trataron que se reconciliase con la reina, y hallaban razones en favor del matrimonio que antes tenian por inválido; tales son las adulaciones de cortesanos. Don Felipe hermano del rey sin embargo que era abad de Valladolid y electo arzobispo de Sevilla, renunció el hábito clerical con voluntad del rey su hermano para casar con Cristina, que aceptó aquel partido, perdida la esperanza de ser reina: matrimonio que como mal trabado en breve se apartó por la muerte de Cristina, que le sobrevino por la pena de la afrenta, y por el desabrimiento que recibió por un trueque semejante: así lo entendia la gente vulgar.

La esterilidad de la reina doña Violante se mudó en fecundidad, tanto que parió muchos hijos á su marido. Estos fueron doña Berenguela, doña Beatriz, don Fernando por sobrenombre de la Cerda, por causa de una muy señalada y larga con que nació en las espaldas, don Sancho, don Pedro, don Juan, don Diego, doña Isabel y doña Leonor. Todos estos tuvo el rey don Alonso en la reina. En otra madre de bajo linaje á don Alonso Fernandez: en doña Mayor de Guzman hija de Pedro de Guzman á doña Beatriz, que fueron el uno y el otro hijos bastardos. El año siguiente de 1255 Eduardo, hijo mayor de Enrique

derado: segundo que doña Violante mujer de don Alonso parió á doña Berenguela el mismo año que se supone quiso repudiarla por estéril, y el 28 de setiembre de 1254 habia parido otra hija llamada doña Beatriz, de donde resulta que en el tiempo que se supone haber enviado la embajada debia ser bien conocido el preñado de la reina: tercero, que doña Cristina no vino á España hasta el año 1258 en que contrajo matrimonio con el infante don Felipe, segun lo que don Alonso tenia estipulado con el rey de Noruega su padre.

(1) Al ir Theobaldo á la conquista de la Tierra Santa, puso en manos de don Pedro Ramirez obispo de Pamplona el castillo de San Esteban de Monjardin á condicion de que en reclamándole se le hubiese de restituir: á su vuelta requirió al obispo se lo restituyese, y este se resistió. ¿Dónde está aquí la opresion y usurpacion de derechos?

rey de Inglaterra, vino á España. Las causas de su venida no se dicen, (1) podemos sospechar (¿quién lo veda?) que movido del agravio de Cristina hizo aquel viaje por ser primos hermanos: su viaje cuanto haya aprovechado, el suceso de las cosas lo declara; lo cierto es que en Burgos fue recibido benignamente del rey, y de su mano le armó caballero, ceremonia que en aquel tiempo se usaba: halagos con que se pretendia aplacar el ánimo de aquel príncipe mozo y bravo.

CAPITULO X.

El rey don Alonso fue elegido por emperador.

El rey don Alonso no tenia la misma fama en todas las partes, y cerca de todas las naciones. En España en su reino sin duda era aborrecido del pueblo: á los reyes comarcanos no era nada agradable, dado que con cierta muestra de paz, ó por miedo de su poder se detenian de tomar contra él las armas. Entre las naciones estrañas volaba la fama de su grande erudicion. Decíase que era elocuente, sagaz, instructo igualmente en las artes de la paz y de la guerra. Esto movió á algunos príncipes de Alemania para que en la dieta del imperio en que se trataba de elegir emperador, le nombrasen en lugar de Guillelmo César que á la sazon murió, y se tuviese cuenta con él, bien que no fue una la voluntad, ni los votos de todos se conformaron en uno; el arzobispo de Colonia en su nombre, y en el del arzobispo de Maguncia cuyo nombre y voz traia, y el conde Palatino nombraron por emperador á Ricardo conde de Cornubia hermano de Enrique rey de Ingalaterra. Hízose este nombramiento á seis de enero dia de los reyes año que se contó del Señor de 1256: algunos señalan dos años adelante. El arzobispo de Tréveris y el duque de Sajonia teniendo por inválida la eleccion de Ricardo, por sus votos eligieron á don Alonso rey de Castilla el postrer dia de marzo luego siguiente.

Enviáronse embajadores á entrambos, y cada cual se tenia por legítimo emperador, y á su competidor al contrario: con tanto mas ventaja de Ricardo que sin dilacion dejadas todas las demás cosas acudió á Alemaña, y de mano del arzobispo de Colonia á quien esto toca, tomó la corona primera del imperio en Aquisgran á dos dias del mes de mayo. Don Alonso embarazado con las alteraciones domésticas, y desconfiado de la voluntad de sus vasallos, y principalmente por la edad de sus hijos que era pequeña, dilató su ida, puesto que los obispos de Constancia y de Espira vinieron por embajadores en esta razon, y con nuevas embajadas que le enviaban de cada dia, le importunaban fuese á tomar el imperio. Esta tardanza entibió la aficion de su parcialidad, y fortificó los intentos de la parte contraria. Favorecian á don Alonso, fuera del crédito de su virtud, porque de parte de madre venia de los emperadores de Alemaña como hijo que era de doña Beatriz, y por ella nieto de Philipe que fue el tiempo pasado emperador. A Ricardo ayudaba mucho la semejanza de la lengua, que no es pequeña entre ingleses y alemanes, grandes y antiguas alianzas entre aquellas dos naciones, las costumbres semejantes, además del parentesco que entre sí tenian, para que le juzgasen por idóneo y digno del imperio, en tanto grado que en negocio dudoso parecia aventajarse algun tanto su derecho. Porque dentro de un año despues de la muerte del emperador Guillelmo fue puesto en su lugar en el mismo dia que de comun consentimiento los electores señalaron para la eleccion; dentro de otro año de mano del arzobispo de Colonia á quien esto pertenece, fue en Aquisgran coronado, y tomó las demás insignias del imperio, y se sentó en la silla de Carlo Magno en señal de la posesion que tomaba.

En conclusion así los príncipes, como los que tenian á cargo las fortalezas, le hicieran sus homenajes; las cuales cosas todas como quier que estuviesen establecidas por las leyes que hablan en razon de elegir los emperadores, don Alonso no las cumplió: contra Ricardo, que á su tiempo las habia todas guardado, no se podia alegar cosa alguna; así lo decian grandes letrados, fuera de que en discordia de los electores cuando no se conforman en uno, el conde Palatino es el legítimo juez de la diferencia, por lo menos el rey de Bohemia cuando los votos se dividen igualmente, á la parte que él se allega, aquella eleccion es tenida por válida. Alegaban que lo uno y lo otro hacian por Ricardo, pues el conde Palatino votó por él en su nombre y del rey de Bohemia cuyas veces tenia; y luego que él mismo supo la eleccion, de nuevo la aprobó.

Don Alonso al contrario alegaba que su eleccion fue hecha en Francfordia dentro de los muros de la ciudad, que era el lugar señalado de comun consentimiento de los electores para aquella eleccion. Que el de Colonia y el Palatino vinieron acompañados de gran número de soldados no como á eleccion, sino como á guerra, y porque ponian espanto, y parecia que querian hacer fuerza, fueron amonestados que desistiesen de aquel camino, y á ejemplo de los otros príncipes con acompañamiento ordinario y competente entrasen en la ciudad. Cargábanles que no quisieron conformarse, antes por nueva manera y perjudicial se juntaron á parte, cosa de grandes inconvenientes, y fuera de la ciudad como en los reales hicieron su eleccion. Esta era la principal nulidad en la eleccion de Ricardo. Que los príncipes que estaban en la ciudad, aguardaron hasta tanto que hobo esperanza que se podrian reducir á mejor consejo, y dejada aquella porfía, concordarse con la razon y con los demás: perdida la esperanza, á postrero de marzo por voto del arzobispo de Tréveris, y del duque de Sajonia, que tenia otrosí el voto del marqués de Brandemburg, que ausente estaba, como su vicario, y tambien por voto del rey de Bohemia, cuyo embajador con derecho de votar estuvo presente en la dieta, fue elegido por rey de romanos don Alonso rey de Castilla.

Estos eran los principales fundamentos de la una parte: y de la otra otros alegaban de menor cuantía, como delitos y escesos, que los unos oponian contra los otros, sin que en ellos se engañasen, mayormente contra el arzobispo de Tréveris se alegaba estar descomulgado, y por tanto privado de voto, á causa de nuevas y estraordinarias imposiciones que derramaba sobre sus vasallos. La otra parte contraponia que el arzobispo de Colonia hirió al cardenal de San Jorge legado del pontífice romano, y prendió un obispo. Asimismo que el conde Palatino maltrataba en muchas maneras las personas eclesiásticas, lo cual no era lícito: mas, que contra la sacrosanta magestad de los pontífices y de la Iglesia en las revueltas pasadas se allegó al emperador Federico y á su hijo Conrado. Este pleito comenzó en tiempo del papa Alejandro Cuarto: no se pudo componer por su autoridad y juicio como fuera justo, y los que mejor lo sentian, lo deseaban á causa que cada cual de las partes como quier que pretendiese ser de su derecho cierto, no queria (mal pecado) pasar por juicio ni sentencia de alguno, ni comprometer la diferencia, porque no pareciese con esto hacian dudosa su causa; mas aina cuidaban poner el negocio en el trance de una batalla, y pleitear con las armas así suyas como de los príncipes de Alemaña sus valedores y aliados.

Gran mal por esta causa se aparejaba á la cristiandad, si á ambos príncipes no detuvieran y enfrena-

(1) Vino para casarse con doña Leonor hija de don Fernando, como resulta de una escritura que cita el marqués de Mondejar.

ran otros negocios domésticos. A don Alonso le fue impedimento estar tan lejos de España: y unas dificultades que nacian y se trababan de otras, le detuvieron en su reino: demás que naturalmente era irresoluto, y tenia esperanza que con artificio y maña se podria dar conclusion á aquel debate. Ricardo no pudo tomar las armas á causa que las cosas de Ingalaterra andaban muy alteradas con la guerra que se hacia en Francia con todas las fuerzas de la una y de la otra nacion, en especial que falleció el sesto año despues que se llamó emperador. El fin en que paró toda esta contienda y su remate se declarará en otra parte mas adelante.

CAPITULO XI.

Los grandes de Castilla se alteraron contra el rey don Alonso.

Tenia el rey don Alonso condicion mansa, ánimo grande, mas deseoso de gloria que de deleites: era dado al sosiego de las letras, y no ajeno de los negocios, pero poco recatado, y de maravillosa inconstancia en su manera de proceder: codicioso de allegar dinero, vicio que si no se mira bien, causa muy graves daños, como entonces sucedió, que perdió las voluntades del pueblo, y no supo ganar las de los grandes. Con deseo pues de huir el ocio, que es muy á propósito para sembrar chismes y levantar murmuraciones, tomó las armas contra el Andalucía, y divididas sus gentes, trataba con diversas bandas de apoderarse de los pueblos que quedaron en poder de moros. El mismo ganó á Jerez, don Enrique su hermano á Arcos y á Nebrija, pueblo situado en los esteros de Guadalquivir por aquella parte que con grandes acogidas de agua se derrama en el Océano. En Jerez fue puesto por gobernador don Nuño de Lara, hombre de antiguo y noble linaje, mas ya casi acabados por la flojedad ó contumacia de sus antepasados. Ofrecíase muy buena ocasion de desarraigar por toda aquella comarca las reliquias de los moros, si no fuera que otro nuevo cuidado de una nueva guerra forzó al rey á retirarse y dejar aquella empresa. Esto fue que Theobaldo rey de Navarra, Segundo deste nombre, ya que era mayor de edad, confiado en la ayuda del rey de Aragon, con quien poco antes renovara sus confederaciones en Montagudo, con sus gentes que juntó de todas partes, trataba de acometer las tierras de Castilla. Pretendia que lo de Guipúzcoa, Alava, la Rioja y Briviesca, tierras de sus antepasados, les quitaron á tuerto los años antes, y que de derecho le pertenecian.

Muchos grandes de Castilla disgustados con su rey se pasaron á Navarra y á Aragon, renunciada primero por público instrumento la naturalidad, que era el camino que en los tiempos antiguos hallaron para que no fuesen tenidos por traidores los que se ausentaban de su patria. Estos despertaban la llama, y á aquel príncipe mozo y feroz por la edad instigaban para que tomase las armas. Entre estos grandes el mas principal era don Diego de Haro, varon muy constante, y de notables prendas en lo demás, pero que no sufria se le hiciese ningun agravio ni demasía, y que se mostraba muy ofendido por ver oprimida la libertad de la patria. La muerte cortó sus intentos, que le sobrevino en el lugar de Bañares, do era ido para curarse; mas su hijo don Lope de Haro, aunque era de pequeña edad, con grande acompañamiento de los suyos se fue á Estella, ciudad en que á la sazon se hallaba el rey de Aragon. Lo mismo hizo el infante don Enrique disgustado de todo punto con su hermano el rey don Alonso. Hicieron estos señores entre sí liga contra el poder y armas de todos los príncipes. El pueblo de Castilla y muchos grandes, dado que aun no se declaraban, sentian lo mismo de secreto. Llevaban mal que la moneda se hobiese abajado de ley, de que se siguió mayor carestía de los mantenimientos; y pretendiendo poner remedio á este daño, resultó otro mayor. Puso el rey tasa y precio á todas las cosas que se vendian y á todas las mercadurías, de que se siguió gran falta de vituallas y provision por no querer los que las tenian, vender por aquel precio: desta manera suelen muchas veces acarrear mayor daño las cosas que parecian haberse ordenado con mucha prudencia.

El rey don Alonso como era de grande ingenio, y que no ignoraba cuán grande era el peligro que le amenazaba, trató de hacer asiento y pacificarse con el rey de Aragon, que sabia no estaba muy lejos dello por andar envuelto otra vez, aunque era de grande edad, en los amores de doña Teresa Vidaura, tanto que parecia estar olvidado de sí y de la magestad real. Viéronse en Soria: en aquella habla concertaron paces por el mes de marzo año de nuestra salvacion de 1256, en el mismo tiempo que Margarita madre de Theobaldo rey de Navarra en Francia do estaba ocupada en asentar las cosas de campaña, falleció á once del mes de abril en Pervino. Fue enterrada en el monasterio de Claravalle, muy noble y conocido en aquella sazon por el crédito que tenian aquellos monges de santidad. El año siguiente en Toledo murió don Sancho Capelo rey de Portugal, como se tocó arriba. El reino que por espacio de trece años habia gobernado como teniente don Alonso su hermano, le gobernó de allí á delante con nombre de rey. Tuvo de doña Beatriz hija del rey don Alonso á su hijo mayor don Dionisio, y á don Alonso conde de Portalegre, y demás destos á doña Blanca, cuyo cuerpo está sepultado en las Huelgas de Burgos donde por largo tiempo fue abadesa; y á doña Constanza que murio de poca edad.

En este comedio don Enrique hermano del rey en Nebrija do se retirara, movia así moros como á cristianos á levantarse. Don Nuño de Lara alterado por estas práticas como era razon y para prevenir los intentos de don Enrique acudió á Nebrija desde Sevilla. Avisado desto don Enrique como no tuviese fuerzas bastantes, ni ganadas del todo las voluntades de los de aquella comarca, fue forzado huirse á Valencia por mar. El rey don Jaime estaba allí ocupado en dar asiento en las cosas de aquel reino: recibióle al principio con benignidad, mas por no contravenir, si le amparaba, la alianza puesta con su hermano poco antes, le puso en necesidad de pasar en Africa. Desde allí, gastados cuatro años en la córte del rey de Túnez y en su compañía, pobre y miserable dió la vuelta primero á Francia y despues á Italia con deseo de mover guerra á su hermano, si en alguna parte hallase acogida y socorros bastantes.

El rey de Aragon, asentadas las cosas de Valencia, se fue á Mompeller con deseño de verse con el rey de Francia: señalaron para las vistas un pueblo llamado Carbolio, en que á once dias de mayo año de 1258, tratadas todas sus diferencias, se reconciliaron enteramente con hacer suelta el uno al otro de todo lo que hasta aquel dia cada cual poseia y se habian tomado; en particular los de Barcelona y los catalanes quedaron exentos de todo punto del antiguo señorio y jurisdiccion de los reyes de Francia: homenaje usado y continuado desde el tiempo en que aquellas tierras se ganaron de los moros, dado que de muchos años atrás fuera del nombre de estar sujetos, y poner en las escrituras públicas el nombre del rey de Francia que á la sazon era, y el año de su reinado, ninguna cosa podian allí ni hacian los reyes de Francia (1).

(1) En el tratado no se habla palabra de no datar las escrituras de Cataluña por los reinados de los reyes franceses. Mariana se equivoca diciendo que don Felipe principe de

rey de Inglaterra, vino á España. Las causas de su venida no se dicen, (1) podemos sospechar (¿quién lo veda?) que movido del agravio de Cristina hizo aquel viaje por ser primos hermanos: su viaje cuanto haya aprovechado, el suceso de las cosas lo declara; lo cierto es que en Burgos fue recibido benignamente del rey, y de su mano le armó caballero, ceremonia que en aquel tiempo se usaba: halagos con que se pretendia aplacar el ánimo de aquel príncipe mozo y bravo.

CAPITULO X.

El rey don Alonso fue elegido por emperador.

El rey don Alonso no tenia la misma fama en todas las partes, y cerca de todas las naciones. En España en su reino sin duda era aborrecido del pueblo: á los reyes comarcanos no era nada agradable, dado que con cierta muestra de paz, ó por miedo de su poder se detenian de tomar contra él las armas. Entre las naciones estrañas volaba la fama de su grande erudicion. Decíase que era elocuente, sagaz, instructo igualmente en las artes de la paz y de la guerra. Esto movió á algunos príncipes de Alemania para que en la dieta del imperio en que se trataba de elegir emperador, le nombrasen en lugar de Guillelmo César que á la sazon murió, y se tuviese cuenta con él, bien que no fue una la voluntad, ni los votos de todos se conformaron en uno; el arzobispo de Colonia en su nombre, y en el del arzobispo de Maguncia cuyo nombre y voz traia, y el conde Palatino nombraron por emperador á Ricardo conde de Cornubia hermano de Enrique rey de Ingalaterra. Hízose este nombramiento á seis de enero dia de los reyes año que se contó del Señor de 1256: algunos señalan dos años adelante. El arzobispo de Tréveris y el duque de Sajonia teniendo por inválida la eleccion de Ricardo, por sus votos eligieron á don Alonso rey de Castilla el postrer dia de marzo luego siguiente.

Enviáronse embajadores á entrambos, y cada cual se tenia por legítimo emperador, y á su competidor al contrario: con tanto mas ventaja de Ricardo que sin dilacion dejadas todas las demás cosas acudió á Alemaña, y de mano del arzobispo de Colonia á quien esto toca, tomó la corona primera del imperio en Aquisgran á dos dias del mes de mayo. Don Alonso embarazado con las alteraciones domésticas, y desconfiado de la voluntad de sus vasallos, y principalmente por la edad de sus hijos que era pequeña, dilató su ida, puesto que los obispos de Constancia y de Espira vinieron por embajadores en esta razon, y con nuevas embajadas que le enviaban de cada dia, le importunaban fuese á tomar el imperio. Esta tardanza entibió la aficion de su parcialidad, y fortificó los intentos de la parte contraria. Favorecian á don Alonso, fuera del crédito de su virtud, porque de parte de madre venia de los emperadores de Alemaña como hijo que era de doña Beatriz, y por ella nieto de Philipe que fue el tiempo pasado emperador. A Ricardo ayudaba mucho la semejanza de la lengua, que no es pequeña entre ingleses y alemanes, grandes y antiguas alianzas entre aquellas dos naciones, las costumbres semejantes, además del parentesco que entre sí tenian, para que le juzgasen por idóneo y digno del imperio, en tanto grado que en negocio dudoso parecia aventajarse algun tanto su derecho. Porque dentro de un año despues de la muerte del emperador Guillelmo fue puesto en su lugar en el mismo dia que de comun consentimiento los electores señalaron para la eleccion; dentro de otro año de mano del arzobispo de Colonia á quien esto pertenece, fue en Aquisgran coronado, y tomó las demás insignias del imperio, y se sentó en la silla de Carlo Magno en señal de la posesion que tomaba.

En conclusion así los príncipes, como los que tenian á cargo las fortalezas, le hicieran sus homenajes; las cuales cosas todas como quier que estuviesen establecidas por las leyes que hablan en razon de elegir los emperadores, don Alonso no las cumplió: contra Ricardo, que á su tiempo las habia todas guardado, no se podia alegar cosa alguna; así lo decian grandes letrados, fuera de que en discordia de los electores cuando no se conforman en uno, el conde Palatino es el legítimo juez de la diferencia, por lo menos el rey de Bohemia cuando los votos se dividen igualmente, á la parte que él se allega, aquella eleccion es tenida por válida. Alegaban que lo uno y lo otro hacian por Ricardo, pues el conde Palatino votó por él en su nombre y del rey de Bohemia cuyas veces tenia; y luego que él mismo supo la eleccion, de nuevo la aprobó.

Don Alonso al contrario alegaba que su eleccion fue hecha en Francfordia dentro de los muros de la ciudad, que era el lugar señalado de comun consentimiento de los electores para aquella eleccion. Que el de Colonia y el Palatino vinieron acompañados de gran número de soldados no como á eleccion, sino como á guerra, y porque ponian espanto, y parecia que querian hacer fuerza, fueron amonestados que desistiesen de aquel camino, y á ejemplo de los otros príncipes con acompañamiento ordinario y competente entrasen en la ciudad. Cargábanles que no quisieron conformarse, antes por nueva manera y perjudicial se juntaron á parte, cosa de grandes inconvenientes, y fuera de la ciudad como en los reales hicieron su eleccion. Esta era la principal nulidad en la eleccion de Ricardo. Que los príncipes que estaban en la ciudad, aguardaron hasta tanto que hobo esperanza que se podrian reducir á mejor consejo, y dejada aquella porfia, concordarse con la razon y con los demás: perdida la esperanza, á postrero de marzo por voto del arzobispo de Tréveris, y del duque de Sajonia, que tenia otrosí el voto del marqués de Brandemburg, que ausente estaba, como su vicario, y tambien por voto del rey de Bohemia, cuyo embajador con derecho de votar estuvo presente en la dieta, fue elegido por rey de romanos don Alonso rey de Castilla.

Estos eran los principales fundamentos de la una parte: y de la otra otros alegaban de menor cuantía, como delitos y escesos, que los unos oponian contra los otros, sin que en ellos se engañasen, mayormente contra el arzobispo de Tréveris se alegaba estar descomulgado, y por tanto privado de voto, á causa de nuevas y estraordinarias imposiciones que derramaba sobre sus vasallos. La otra parte contraponia que el arzobispo de Colonia hirió al cardenal de San Jorge legado del pontífice romano, y prendió un obispo. Asimismo que el conde Palatino maltrataba en muchas maneras las personas eclesiásticas, lo cual no era lícito: mas, que contra la sacrosanta magestad de los pontífices y de la Iglesia en las revueltas pasadas se allegó al emperador Federico y á su hijo Conrado. Este pleito comenzó en tiempo del papa Alejandro Cuarto: no se pudo componer por su autoridad y juicio como fuera justo, y los que mejor lo sentian, lo deseaban á causa que cada cual de las partes como quier que pretendiese ser de su derecho cierto, no queria (mal pecado) pasar por juicio ni sentencia de alguno, ni comprometer la diferencia, porque no pareciese con esto hacian dudosa su causa; mas aina cuidaban poner el negocio en el trance de una batalla, y pleitear con las armas así suyas como de los príncipes de Alemaña sus valedores y aliados.

Gran mal por esta causa se aparejaba á la cristiandad, si á ambos príncipes no detuvieran y enfrena-

(1) Vino para casarse con doña Leonor hija de don Fernando, como resulta de una escritura que cita el marqués de Mondejar.

ran otros negocios domésticos. A don Alonso le fue impedimento estar tan lejos de España: y unas dificultades que nacian y se trababan de otras, le detuvieron en su reino: demás que naturalmente era irresoluto, y tenia esperanza que con artificio y maña se podria dar conclusion á aquel debate. Ricardo no pudo tomar las armas á causa que las cosas de Ingalaterra andaban muy alteradas con la guerra que se hacia en Francia con todas las fuerzas de la una y de la otra nacion, en especial que falleció el sesto año despues que se llamó emperador. El fin en que paró toda esta contienda y su remate se declarará en otra parte mas adelante.

CAPITULO XI.

Los grandes de Castilla se alteraron contra el rey don Alonso.

Tenia el rey don Alonso condicion mansa, ánimo grande, mas deseoso de gloria que de deleites: era dado al sosiego de las letras, y no ajeno de los negocios, pero poco recatado, y de maravillosa inconstancia en su manera de proceder: codicioso de allegar dinero, vicio que si no se mira bien, causa muy graves daños, como entonces sucedió, que perdió las voluntades del pueblo, y no supo ganar las de los grandes. Con deseo pues de huir el ocio, que es muy á propósito para sembrar chismes y levantar murmuraciones, tomó las armas contra el Andalucía, y divididas sus gentes, trataba con diversas bandas de apoderarse de los pueblos que quedaron en poder de moros. El mismo ganó á Jerez, don Enrique su hermano á Arcos y á Nebrija, pueblo situado en los esteros de Guadalquivir por aquella parte que con grandes acogidas de agua se derrama en el Océano. En Jerez fue puesto por gobernador don Nuño de Lara, hombre de antiguo y noble linaje, mas ya casi acabados por la flojedad ó contumacia de sus antepasados. Ofrecíase muy buena ocasion de desarraigar por toda aquella comarca las reliquias de los moros, si no fuera que otro nuevo cuidado de una nueva guerra forzó al rey á retirarse y dejar aquella empresa. Esto fue que Theobaldo rey de Navarra, Segundo deste nombre, ya que era mayor de edad, confiado en la ayuda del rey de Aragon, con quien poco antes renovara sus confederaciones en Montagudo, con sus gentes que juntó de todas partes, trataba de acometer las tierras de Castilla. Pretendia que lo de Guipúzcoa, Alava, la Rioja y Briviesca, tierras de sus antepasados, les quitaron á tuerto los años antes, y que de derecho le pertenecian.

Muchos grandes de Castilla disgustados con su rey se pasaron á Navarra y á Aragon, renunciada primero por público instrumento la naturalidad, que era el camino que en los tiempos antiguos hallaron para que no fuesen tenidos por traidores los que se ausentaban de su patria. Estos despertaban la llama, y á aquel príncipe mozo y feroz por la edad instigaban para que tomase las armas. Entre estos grandes el mas principal era don Diego de Haro, varon muy constante, y de notables prendas en lo demás, pero que no sufria se le hiciese ningun agravio ni demasía, y que se mostraba muy ofendido por ver oprimida la libertad de la patria. La muerte cortó sus intentos, que le sobrevino en el lugar de Bañares, do era ido para curarse; mas su hijo don Lope de Haro, aunque era de pequeña edad, con grande acompañamiento de los suyos se fue á Estella, ciudad en que á la sazon se hallaba el rey de Aragon. Lo mismo hizo el infante don Enrique disgustado de todo punto con su hermano el rey don Alonso. Hicieron estos señores entre sí liga contra el poder y armas de todos los príncipes. El pueblo de Castilla y muchos grandes, dado que aun no se declaraban, sentian lo mismo de secreto. Llevaban mal que la moneda se hobiese abajado de ley, de que se siguió mayor carestía de los mantenimientos; y pretendiendo poner remedio á este daño, resultó otro mayor. Puso el rey tasa y precio á todas las cosas que se vendian y á todas las mercadurías, de que se siguió gran falta de vituallas y provision por no querer los que las tenian, vender por aquel precio: desta manera suelen muchas veces acarrear mayor daño las cosas que parecian haberse ordenado con mucha prudencia.

El rey don Alonso como era de grande ingenio, y que no ignoraba cuán grande era el peligro que le amenazaba, trató de hacer asiento y pacificarse con el rey de Aragon, que sabia no estaba muy lejos dello por andar envuelto otra vez, aunque era de grande edad, en los amores de doña Teresa Vidaura, tanto que parecia estar olvidado de sí y de la magestad real. Viéronse en Soria: en aquella habla concertaron paces por el mes de marzo año de nuestra salvacion de 1256, en el mismo tiempo que Margarita madre de Theobaldo rey de Navarra en Francia do estaba ocupada en asentar las cosas de campaña, falleció á once del mes de abril en Pervino. Fue enterrada en el monasterio de Claravalle, muy noble y conocido en aquella sazon por el crédito que tenian aquellos monges de santidad. El año siguiente en Toledo murió don Sancho Capelo rey de Portugal, como se tocó arriba. El reino que por espacio de trece años habia gobernado como teniente don Alonso su hermano, le gobernó de allí á delante con nombre de rey. Tuvo de doña Beatriz hija del rey don Alonso á su hijo mayor don Dionisio, y á don Alonso conde de Portalegre, y demás destos á doña Blanca, cuyo cuerpo está sepultado en las Huelgas de Burgos donde por largo tiempo fue abadesa; y á doña Constanza que murio de poca edad.

En este comedio don Enrique hermano del rey en Nebrija do se retirara, movia así moros como á cristianos á levantarse. Don Nuño de Lara alterado por estas práticas como era razon y para prevenir los intentos de don Enrique acudió á Nebrija desde Sevilla. Avisado desto don Enrique como no tuviese fuerzas bastantes, ni ganadas del todo las voluntades de los de aquella comarca, fue forzado huirse á Valencia por mar. El rey don Jaime estaba allí ocupado en dar asiento en las cosas de aquel reino: recibióle al principio con benignidad, mas por no contravenir, si le amparaba, la alianza puesta con su hermano poco antes, le puso en necesidad de pasar en Africa. Desde allí, gastados cuatro años en la córte del rey de Túnez y en su compañía, pobre y miserable dió la vuelta primero á Francia y despues á Italia con deseo de mover guerra á su hermano, si en alguna parte hallase acogida y socorros bastantes.

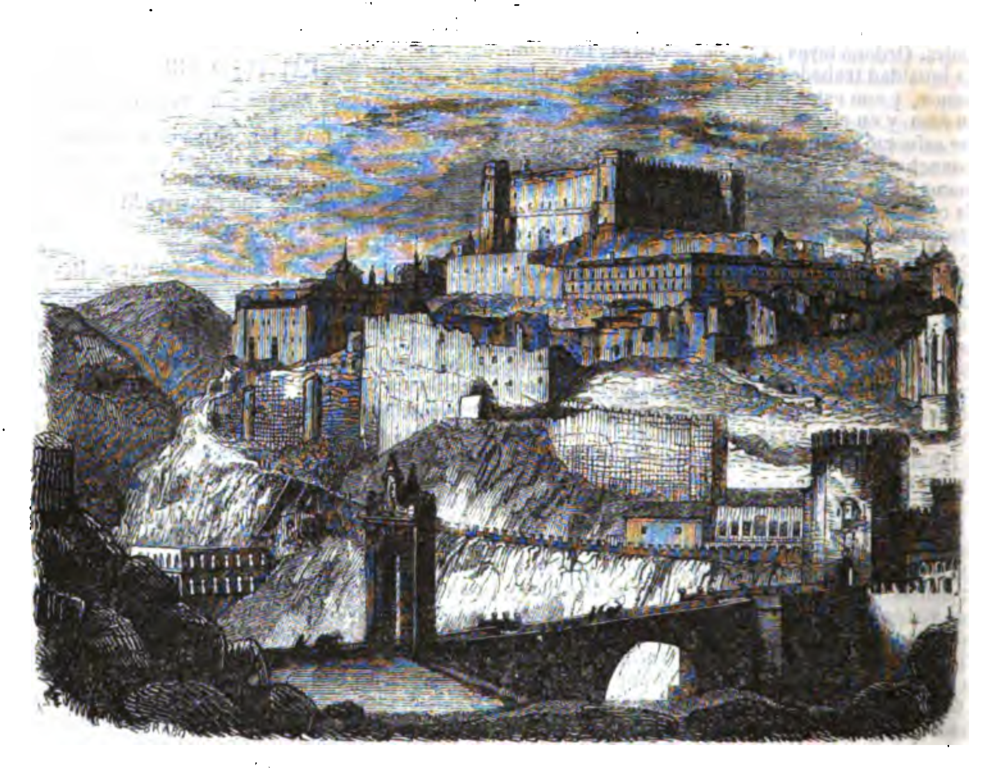
El rey de Aragon, asentadas las cosas de Valencia, se fue á Mompeller con deseño de verse con el rey de Francia: señalaron para las vistas un pueblo llamado Carbolio, en que á once dias de mayo año de 1258, tratadas todas sus diferencias, se reconciliaron enteramente con hacer suelta el uno al otro de todo lo que hasta aquel dia cada cual poseia y se habian tomado; en particular los de Barcelona y los catalanes quedaron exentos de todo punto del antiguo señorío y jurisdiccion de los reyes de Francia: homenaje usado y continuado desde el tiempo en que aquellas tierras se ganaron de los moros, dado que de muchos años atrás fuera del nombre de estar sujetos, y poner en las escrituras públicas el nombre del rey de Francia que á la sazon era, y el año de su reinado, ninguna cosa podian allí ni hacian los reyes de Francia (1).

(1) En el tratado no se habla palabra de no datar las escrituras de Cataluña por los reinados de los reyes franceses. Mariana se equivoca diciendo que don Felipe principe de

sar á Italia con esperanza que se le dió de hacelle rey de Sicilia. Manfredo avisado destas prácticas y intentos, y visto, si esto se hacia, cuan gran riesgo corrian sus cosas, trataba para afirmarse de buscar socorros de todas partes, y porque los cercanos le faltaban, determinó acudir á los de lejos. En primer lugar acometió á aliarse con don Jaime rey de Aragon, cuya fama de sus hazañas y la gloria y de las cosas por él hechas volaba de tiempo atrás por todas partes. Parecióle para mas obligalle trabar con él parentesco: ofreció á Constanza su hija para que se casase con don Pedro su hijo mayor y heredero; envió sobre el caso embajadores á Barcelona.

Al rey de Aragon no le parecia aquel partido de menospreciar, mayormente que con la doncella de presente le ofrecian de doto ciento y veinte mil ducados, suma muy grande para aquel tiempo, demás de la esperanza cierta de heredar el reino de Sicilia y juntalle con el de Aragon á causa que Manfredo no tenia hijos varones. Asentado el negocio y concertado, despachó en embajada al pontífice Alejandro fray Raimundo de Peñafuerte de la órden de Santo Domingo, varon prudente, erudito y santo, para que con la mucha autoridad que tenia, reconciliase con el pontífice á Manfredo, y se compusiesen las diferencias pasadas. El pontífice no se movió por las palabras ni razones de fray Raimundo, antes hizo grandes amenazas contra Manfredo. Cargóle que no solo contra justicia tenia usurpados aquellos estados, sino que era bastardo y hombre impío: avisábale de muchos otros escesos, en particular que publicó fingidamente que era muerto Conradino su sobrino: por engaño y por este camino se apoderó del reino y tomó las armas contra la Iglesia. «No se puede (dice) ni se »debe conceder alguna cosa al que hace la guerra y »tiene empuñadas las armas: por ventura se podria »condescender en algo, si con humildad rogase. Esto »dirás á tu rey, y amonéstale de mi parte que no »mezcle sus cosas con un hombre tan malvado; que »de otra manera podrá temer la venganza de Dios »y nuestra indignacion, que en la tierra tenemos sus »veces.»

Esta respuesta tuvo dudoso y suspenso el ánimo del rey de Aragon; pero prevaleció el provecho y útil contra lo que fuera razon y honesto. Hiciéronse los desposorios en Mompeller en la iglesia de Santa María el año 1262 con toda muestra de alegría, juegos y regocijos. De allí vuelto el rey á Barcelona, á veinte y uno del mes de agosto dividió entre sus hijos sus reinos y estados en esta forma. Cataluña desde el cabo de Creus (que los antiguos llamaban promontorio de Venus) y todo Aragon y Valencia se adjudicó á don Pedro su hijo: á don Jaime lo de Ruisellon, lo de Cerdania, Colibre, Confluencia, Valespira, á tal que por las dichas ciudades fuese sujeto al rey de Aragon y le hiciese homenaje: demás desto que todas ellas se gobernasen por las leyes de Cataluña, y no pudiesen en particular y por su autoridad batir moneda. Demás desto le dió á Mallorca con título de rey, y á Mompeller en la Francia. Por esta manera puso el padre en paz á los dos hermanos, que comenzaban á tener diferencias sobre la sucesion y juntamente alborotarse. Los grandes divididos en bandos, sin cuidado ninguno de hacer el deber, antes con deseo cada cual de adelantarse y mejorar sus haciendas, avivaban el fuego y la llama de la discordia entre aquellos dos príncipes mozos y hermanos.



Vista general de Toledo.

CAPITULO XIV.

Que los merinos se apoderaron de Africa.

Entretanto que estas cosas se hacian en España, una nueva guerra muy grave, y la mayor de todas las

pasadas, parecia de presente amenazalla, á causa de un nuevo imperio que se fundó estos años en Africa. Vencidos los Almohades y muertos, el linaje de los Merinos levantaba por las armas y despertaba el antiguo esfuerzo de su nacion, que parecia estar abatido y flaco por la flojedad de los reyes pasados. Trataban otrosí de pasar la guerra en España con esperanza cierta de reparar en ella la antigua gloria y el imperio



Don Jaime I de Aragon, el Conquistador.

de su nacion que casi estaba acabado. Despues que Mahomad por sobrenombre el Verde fue por las armas de los cristianos vencido en las Navas de Tolosa, y despues que murió de su enfermedad, sucedió en su lugar Arrasio su nieto, hijo de Bussafo que finó en vida del rey su padre, en tiempo que el imperio de los Almohades se estendia en Africa desde el mar Atlántico, que es el Océano, hasta la provincia de Egipto. Pusieron por gobernador de Tremecen, ciudad puesta á las marinas del mar Mediterráneo, en nombre del nuevo rey un moro llamado Gomaranza, del linaje de los moros Abdalveses muy noble y poderoso en aquellas partes. Este por hacer poco caso de su rey, ó por fiarse mucho de sus fuerzas, fue el primero que se determinó de empuñar las armas contra él. Arrasio acudió con su ejército á aquellas alteraciones, pero fue muerto á traicion: ningunas asechanzas hay mas perjudiciales que las que se arman debajo de muestra de amistad; un pariente de Gomaranza, que salió del castillo con muestra de dar aviso al rey de lo que pasaba, fue el que le dió la muerte, y el ejecutor de tan grave maldad.

Muerto el rey, las gentes que le seguian fueron vencidas y desbaratadas con una salida que el traidor levantado hizo del castillo Tremesessir, en que el rey le tenia cercado. Los que escaparon de la matanza, se recogieron á Fez, que caia cerca de aquella parte de Africa que se llama el Algarve, que es lo mismo que tierra llana. Recogió y acaudilló estas gentes Bucar Merino, gobernador que era de Fez, confiado y deseoso de vengar á su señor; con que en una nueva batalla deshizo á los traidores, y en premio de su trabajo, y porque no pareciese hacia la guerra con su riesgo y en provecho de otro, se determinó mudar el nombre de gobernador en apellido de rey, y apoderarse para sí y para sus decendientes, como lo hizo, del imperio de Africa. Por esta manera, no vengada la traicion, sino trocado el traidor, Bucar Merino se hizo fundador de un nuevo imperio en Africa; porque Almorcanda que era del linaje de los Almohades, y en Marruecos sucediera en lugar de Arrasio, como saliese en busca de Bucar, fue vencido en una batalla cerca de un pueblo llamado Merquenosa, que está una jornada de la ciudad de Fez. Resultó que de un imperio en Africa se hicieron dos, que duraron por algun tiempo, el de Marruecos y el de Fez. A Bucar sucedió su hijo Hiaya. Por muerte deste, que falleció en su pequeña edad, su tio Jacob Abenjuzeph

que gobernaba el reino en su nombre, hombre de gran ingénio y de gran esperiencia en las armas, no solo quedó por señor de lo de Fez, sino con facilidad increible ganó para su familia y decendientes el imperio de Marruecos y casi de toda la Africa.

Ninguna nacion hay en el mundo mas mudable que la africana, que es la causa porque ningun imperio ni estado puede entre aquella gente durar largo tiempo. Budebusio, que era del linaje de los Almohades, moro de grande poder, por estar sentido que Almorcanda le hobiese sido preferido para ser rey de Marruecos (que no era mas pariente que él, ni tenia deudo mas cercano con los reyes Almohades difuntos) se determinó probar ventura si podia salir con aquel imperio; y como le faltasen las demás ayudas, acudió á Jacob rey de Fez. Prometióle, si le ayudaba, mas tierras de las que tenia, y en particular todo lo que hay desde tierra de Fez hasta el rio Nadabo. No era de desechar este partido, en especial que se ofrecia ocasion por la discordia de los Almohades de apoderarse él de todo el imperio de Africa: bastante motivo para intentar la nueva guerra: así que, juntadas sus gentes, marcharon contra el enemigo. Almorcanda que no estaba bien arraigado en el imperio, ni tenia fuerzas bastantes, desamparada la ciudad de Marruecos, dejó tambien el reino á su contrario. Con esta victoria apoderado de aquel estado, no quiso pasar por lo que concertó con Jacob, aunque muchas veces le hizo sobre ello instancia; y ordinariamente los que en el peligro se muestran mas humildes, en la prosperidad usan de mayor ingratitud, en tanto grado que el nuevo rey Budebusio daba muestra de querer acometer con las armas la ciudad de Fez.

Por esta manera una nueva guerra se despertó y se hizo por espacio de tres años. El pago de quebrantar la palabra fue que Jacob, ganado que hobo una victoria de su enemigo y contrario, se apoderó de Marruecos: despues desto como quier que todo le sucediese prósperamente, quedó por rey de toda Africa, sacadas dos ciudades la de Tremecen y la de Túnez. En aquella revuelta dos señores del linaje y secta de los Almohades las tomaron, y con las fuerzas de su parcialidad, y por caer lejos, así ellos como sus decendientes las defendieron con nombre de reyes, bien que de poco poder y fuerzas. Deste linaje sin que faltase la línea, descendió Muleasse rey de Túnez, aquel que pocos años ha, echado de su reino, si con justicia ó sin ella no hay para qué tratallo aquí, pero ahuyentado, y que andaba desterrado sin causa y sin ayuda, el emperador Cárlos V con las armas y poder de España le restituyó en el reino de sus padres despues que echó de Túnez con una presteza admirable á Aradieno Barbaroja gran cosario, por merced de Soliman emperador de los turcos, y en su nombre señor de aquella ciudad y reino: ocasion, á lo que parecia, para hacer que toda Africa volviese al señorío de cristianos.

CAPITULO XV.

Que se renovó la guerra de los moros.

Estos eran los linajes de los moros que estaban apoderados de Africa. En España Mahomad Alhamar era rey de Granada, de Murcia Hudiel: pequeñas sus fuerzas, y muy menoscabada la magestad de su estado, y el uno y el otro eran tributarios de don Alonso rey de Castilla. Estos cansados de la amistad de los nuestros, y con esperanza del socorro de Africa á causa que el nombre de Jacob rey de Marruecos comenzaba á cobrar gran fama, trataron entre sí de levantarse. Los que poco antes eran competidores y enemigos muy grandes, al presente se confederaron y hicieron alianza, como suele acontecer que muchas veces grandes enemistades con deseo de hacer mal á otros se truecan en benevolencia y amor: quejábanse de los agravios que se les hacian, de los tributos muy graves que pagaban, de la miseria de su nacion: que se hallaban reducidos á grande estrechura y á un rincon de España los que poco antes eran espantosos y bienaventurados: que no les quedaba sino el nombre de reyes, vano y sin reputacion: miserable estado, servidumbre intolerable estar sujetos á las leyes de aquellos á quien antes las daban; además que cuidaban no pararian los cristianos hasta tanto que con el odio que los tenian, echasen de España las reliquias que de su gente quedaban: menguado y envejecido el esfuerzo con que sus antepasados vinieron á España, lo que de ellos ganaron, no lo podian sustentar sus decendientes: falta y afrenta notable. Concluian que el linaje de los Merinos nuevamente se despertára en Africa, y allí prevalecian: que seria á propósito hacellos pasar en España, pues ellos solos podian dar remedio y reparar sus pérdidas y trabajos. Trataban estas cosas en secreto y por embajadores, porque si el negocio fuese descubierto, no les acarrease su perdicion, por no estar aun apercebidos de fuerzas bastantes.

El rey don Alonso ó por no ignorar estas prácticas y intentos, ó con deseo de desarraigar los moros de todo punto de España, de dia y de noche pensaba como volveria á la guerra contra ellos. Pretendia con las armas en el Andalucía sujetar algunas ciudades y castillos que rehusaban obedecer, y no se le querian entregar, y era razon sujetallos. Para este efecto el pontífice Máximo Alejandro Cuarto dió la cruzada, que era indulgencia plenaria para todos los que, tomada la señal de la cruz, fuesen á aquella guerra y la ayudasen á sus espensas. Tratóse con los reyes comarcanos que enviasen socorros, y en particular por sus embajadores pidió al rey de Aragon con quien tenia mas parentesco que con los demás, diese licencia á sus vasallos para tomar las armas y con ellas ayudar intentos tan santos; pues constaba que en la confederacion hecha en Soria poco antes quedó este punto asentado.

El rey de Aragon ni precisamente negó lo que se le pedia, ni otorgó con ello absolutamente: solo sacó desta cuenta á los señores que por sus estados ó por tirar gages dél los tenia obligados; pero concedió que así los vasallos destos como los demás del pueblo, si quisiesen, pudiesen tomar para el dicho efecto las armas y alistarse. Pretendia en esto este príncipe, como viejo y astuto, que los grandes de cuya voluntad no estaba muy asegurado, si pasaban á Castilla, no se apercibiesen de fuerzas y ayudas contra él. Con esta respuesta el rey don Alonso se irritó en tanta manera que, dejada la guerra de los moros, trataba de emplear sus fuerzas contra Aragon: detúvole de romper el respeto del provecho público, y el deseo que tenia de dar principio á la empresa contra los moros. Con esta determinacion los castillos que en la confederacion de Soria quedó concertado diese para seguridad, y hasta entonces se dilatara, sin embargo, por la instancia que sobre ello le hacian, los entregó á don Alonso Lopez de Haro: para que los tuviese en fieldad le alzó el homenaje, como era necesario, con que estaba obligado á los reyes de Castilla: los castillos eran Cervera, Agreda, Aguilar, Arnedo, Autol.

Entretanto que con estas contiendas se pasaba la buena ocasion de comenzar la guerra, los moros, que no ignoraban donde iban á parar tantos apercebimientos, acordaron ganar por la mano, y se apoderaron del castillo de Murcia y de otros pueblos por aquella comarca en que tenian puestas guarniciones de cristianos: sobornaron otrosí á los moros de Sevilla, que con engaño ó por fuerza dentro del palacio real matasen al rey. Como este intento se estorbase porque los santos patrones de España apartaron tanto mal, ellos con gentes que de todas partes juntaron, por otra parte acometieron las tierras de cristianos

con tal denuedo y priesa que la ciudad de Jerez, Arcos, Béjar, Medina Sidonia, Roca, Sanlúcar, todos estos pueblos volvieron en un punto á poder de moros. En esta guerra se señaló mucho el esfuerzo y lealtad de Garci Gomez alcaide de la fortaleza de Jeréz, que muertos ó heridos todos los soldados que tenia de guarnicion, no quiso todavía entregar la fortaleza, ni le pudieron persuadir á hacello por ningun partido que le ofreciesen, puesto que ninguna esperanza le quedaba de podella defender: hombre señalado y escelente. Los moros maravillados de tan grande esfuerzo, sin mirar que era enemigo, con deseo que tenian de salvar la vida al que de su voluntad con tanta obstinacion se ofrecia á la muerte, con un garfio de hierro que le echaron, le asieron, y derribado del adarve, con gran diligencia y humanidad le hicieron curar las heridas y le salvaron la vida.



Doña Violante.

El rey don Alonso que era ido á lo mas dentro de España con intento de aprestar lo necesario para la guerra, el año siguiente acudió con gentes á aquel peligro. En este viaje no lejos de las ruinas de Alarcos en una aldea que se llamaba el Pozuelo de San Gil, en los oretanos una legua del rio Guadiana, en muy buen sitio rodeado de muy fértiles campos y apacibles por la comodidad del sitio fundó un pueblo bien grande con nombre de Villa-Real: nombre que adelante don Juan el Segundo rey de Castilla le mudó en el que hoy tiene de Ciudad-Real. Pretendia en esto el rey que por estar este pueblo asentado en la raya del Andalucía sirviese como de un fuerte para baluarte para impedir las entradas de los bárbaros, y para que dende los nuestros hiciesen correrías y cabalgadas. De aquel lugar pasó á tierra de moros: con su entrada todos los pueblos y campos por do pasaba fueron trabajados, en especial el año 1263 los moros en todos los lugares padecieron mucho mal y daños sin cuento. En este año gran número de soldados aventureros acudieron convidados de la franqueza que les prometian, de un tributo que se llamaba Martiniega, á tal que con armas y caballo cada un año por espacio de tres meses á su costa siguiesen la guerra y los reales del rey.

Los reyes moros por entender que no podrian ser bastantes para tan grande avenida de los nuestros, tan gran pujanza y tantos apercebimientos, lo que antes intentaron y lo tenian acordado, de nuevo y con mayor instancia importunaron al rey de Marruecos para que les ayudasen en la guerra. Declaráronle por sus embajadores el riesgo grande en que se hallaban, sino les acudia brevemente. Oyó aquel rey su demanda y otorgó con ellos: envióles mil caballos ligeros de Africa, los cuales con cierto motin que levantaron, pusieron en peor estado las cosas de los moros, tanto que Jeréz con todos los demás pueblos que antes se perdieron, volvieron á poder del rey don Alonso. Junto al Puerto de Santa María, que los antiguos llamaron puerto de Mnesteo, se edificó un pueblo de aquel nombre, reparados los edificios antiguos, cuyas ruinas y paredones todavía quedaban como rastros de su grandeza y antigüedad. En Toledo otrosí á espensas del rey se edificó la iglesia de Santa Leocadia detrás del alcázar.

Concluidas estas cosas el año de 1264 volvió el rey á Sevilla: las gentes porque se llegaba el invierno, parte enviaron á invernar, los mas, con licencia que les dieron, se volvieron á sus casas. La fama, que suele hacer todas las cosas mayores, corria á la sazon, y por dicho de muchos se divulgaba que los enemigos llamaban de Africa, no ya socorros, sino ejército formado, cuidadosos de la guerra que los fieles les hacian, y con esperanza cierta de reparar su antiguo imperio en España. Estas nuevas y rumores pusieron en grande cuidado á los castellanos y aragoneses que estaban mas cercanos al peligro, y eran los primeros en quien descargaria aquella tempestad, y contra quien se enderezaban las fuerzas de los contrarios. El rey don Alonso aquejado del recelo desta guerra fue el primero que convidó al rey don Jaime de Aragon para que juntase con él sus fuerzas: que pues el peligro era comun, y aquellas gentes amenazaban á ambas naciones y coronas, era justo que de entrambas partes se acudiese al reparo: que si no le movia el parentesco y amistad, á lo menos le despertase el peligro y afrenta de la Religion Cristiana.

Don Pedro Yañez maestre de Calatrava, enviado con esta embajada, en Zaragoza á los siete de marzo propuso lo que por su rey le fue mandado: llevaba cartas de la reina doña Violante, en que suplicaba á su padre con grande instancia ayudase á la cristiandad, á ella que era su hija, y á sus nietos en aquel aprieto. Era cosa muy honrosa al rey don Jaime que un rey tan poderoso se adelantase á pedille socorro, y á convidalle que hiciesen liga. Las cosas de Aragon no estaban sosegadas, ni sus hijos bastantemente apaciguados en la discordia que entre sí tenian: los grandes del reino divididos en estas parcialidades, y el pueblo otro que tal; de que resultaban latrocinios y libertad para toda suerte de maldades y desafueros tan grandes que forzó á las ciudades puestas en las montañas de Aragon (1) á ordenar entre sí hermandades para reprimir aquellos insultos, y con nuevas leyes y severas que se ordenaron, hacer rostro al atrevimiento de los hombres facinerosos: la grandeza de los castigos que daban á los culpados, hacia que todos escarmentasen. Por cualquier delito, puesto que no muy grande, daban pena de muerte; los pe-

(1) Siguieron su ejemplo las demás del reino.

cados ligeros castigaban con azotes, ó con otra afrenta; con que los malhechores quedaban castigados, y la grandeza de la pena avisaba á los demás que se guardasen de pecar.

Demás desto las voluntades de los grandes estaban enajenadas del rey: estrañaban mucho que las honras y cargos se daban á hombres estraños ó bajos: que los fueros no se guardaban, ni la autoridad del justicia de Aragon, que está por guarda de su libertad y leyes: que con los tributos no solo el pueblo, sino tambien los nobles y hidalgos se hallaban cargados y oprimidos: que antes sufririan la muerte que pasar porque les quebrantasen sus fueros y derecho de libertad. Estas eran las quejas comunes: demás desto cada cual donde le apretaba el calzado tenia su particular dolor y desabrimiento. Por esta causa como el rey en Barcelona para juntar dinero pidiese en las córtes le concediesen el Bovatico, don Ramon Folch vizconde de Cardona hizo contradiccion con grande resolucion y porfía: afirmaba que si el rey no mudaba estilo, y desistía de aquellos agravios, no mudaría él de parecer ni se apartaría de aquel intento. Hiciéralo como lo decia, si los otros caballeros no le avisaran que en mala sazon alborotaba la gente: que era mejor aguardar un poco de tiempo que dejar pasar aquella buena coyuntura de ayudar al comun, principalmente que con el ejemplo de los catalanes convenia mover á los aragoneses, gente mas determinada y mas constante en defender sus libertades.

Tuviéronse córtes en Zaragoza con él mismo intento de juntar dinero; pero gran parte de los señores y nobleza hicieron contradiccion á la voluntad del rey. Fernan Sanchez, hijo del rey, y don Simon de Urrea su suegro fueron los que mas se señalaron como caudillos de los alterados. Pasaron tan adelante, que dejadas las córtes se aliaron entre si en Alagon contra las pretensiones y fuerzas del rey. La cosa amenazaba guerra y mayores males, si no fuera que personas religiosas se pusieron de por medio para que la diferencia se compusiese por las leyes y tela de juicio sin que se pasase á las manos y á rompimiento. El mismo rey, fuese de corazon ó fingidamente, no rehusaba (á lo que decia) emendar todo aquello en que hasta entonces le cargaban: como prudente que era y mañoso, consideraba que la furia de la muchedumbre es á manera de arroyo, cuya creciente al principio es muy brava arrebatada, pero luego se amansa. Hiciéronse treguas. Señaláronse jueces sobre el caso, que fueron los prelados de Huesca y de Zaragoza, que con su prudencia compusieron aquellos debates; sobre todo la astucia del rey que daba la palabra de hacer todo aquello que pretendian, y sobre que aquellos nobles andaban alborotados.

Sosegado el alboroto, se hicieron levas de soldados para comenzar por aquella parte la guerra año de nuestra salvacion 1265. El rey don Alonso con sus gentes entró por las tierras de Granada muy pujante: el rey don Jaime se encargó de hacer la guerra contra el rey de Murcia. Todo lo hallaron mas fácil que pensaban, ca no hallo que de Africa viniese algun numero de gente señalado: la causa no se sabe, sino que no hay que fiar en los moros ni en sus promesas, que tienen la fe colgada de la fortuna y de lo que sucede. El rey don Jaime por la parte del reino de Valencia entrado que hobo en las tierras de Castilla, ganó á Villena de los moros, y se la restituyó á don Manuel hermano del rey don Alonso de Castilla que era yerno suyo, casado con doña Constanza su hija: despues desto sujetó á Elda, Orcelis y á Elche con otros muchos lugares que por aquella comarca quitó á los moros parte por fuerza, parte que se le entregaron. Demás desto pasado el rio de Segura, atajó las vituallas que llevaban los moros á Murcia en dos mil bestias de carga con buena guarda de soldados. En el entretanto el rey don Alonso no se descuidaba en la guerra contra los moros de Granada, y en hacer todo el mal y daño á los pueblos y campos circunstantes, tanto que los puso en necesidad de pedir á los nuestros se renovase la antigua confederacion.

Los reyes don Jaime y don Alonso para tomar su acuerdo en presencia sobre lo que á la guerra tocaba, de propósito por la comodidad del lugar se juntaron en la ciudad de Alcaráz. Estuvo presente á estas vistas la reina doña Violante. Detuviéronse algunos dias; y concertado lo que pretendian, y hechas sus avenencias, volvieron á la guerra. Las gentes de Aragon como apercebidas de todo lo necesario, de Orcelis marcharon la via de Murcia, y se pusieron sobre ella por el mes de enero del año 1266. Está aquella ciudad asentada en un llano en comarca muy fresca por do pasa el rio de Segura, y sangrado con acequias, riega así bien los campos como la ciudad, que está en gran parte plantada de moreras, cidros, y de naranjos y de toda suerte de agrura, y representa un paraiso en la tierra: en nuestro tiempo el principal esquilmo y provecho es el que se saca de la seda, fruto de que se sustenta casi toda la ciudad. Estaba entonces muy pertrechada y fortificada: no solo tenian aquellos ciudadanos cuenta con la recreacion, sino se pertrechaban para la guerra, en particular tenian muy buena guarnicion de soldados; así temian menos al enemigo: por el mismo caso los aragoneses sospechaban que el cerco duraria largo tiempo. Al principio se hicieron algunas escaramuzas con salidas que hacian los moros, en que siempre los cristianos se aventajaban. No pasó mucho tiempo que los moros por la buena maña del rey de Aragon, perdida la esperanza de poderse defender, se rindieron á partido y entregaron la ciudad.

Por otra parte entre el rey don Alonso y los de Granada en una junta que tuvieron en Alcalá de Benzayde, se hizo confederacion y concierto debajo destas condiciones: el rey de Granada se aparte de la liga y amistad del rey Hudiel de Murcia: pague en cada un año cincuenta mil ducados, como antes acostumbraba; al contrario el rey don Alonso alce la mano de amparar en su daño los señores moros de Guadix y de Málaga, á tal empero, que el rey moro les otorgue treguas por espacio de un año: al rey de Murcia si acaso viniese á poder de cristianos, se le haga gracia de la vida. Tomado este asiento, el rey don Alonso con deseo de tomar la posesion de la ciudad de Murcia, vuelto ya el rey don Jaime luego que la rindió, á su tierra, se apresuró para ir allá. En este viaje en el lugar de Santisteban Hudiel rey de Murcia le salió al encuentro, y echado á sus pies, pidió perdon de lo pasado: confesaba su yerro y su locura que le despeñó en aquellos males: pedia tuviese misericordia de su trabajo, y de tantas miserias como eran las en que se hallaba. Por esta manera fue recebido en gracia y perdonado; mas que de allí adelante no fuese ni se llamase rey, y se contentase con las heredades y rentas que le señalaron para sustentar la vida. El nombre de rey se dió á Mahomad, hermano de aquel Abenhut de quien arriba se dijo fue muerto en Almería. Dejáronle solamente la tercera parte de las rentas reales; y que con lo demás acudiese al fisco real de Castilla. Este fue el remate desta guerra que tenia puesta la gente en gran recelo y cuidado.

CAPITULO XVI.

Que la emperatriz de Grecia vino á España.

En el mismo tiempo que el Andalucía y reino de Murcia estaban encendidos con la guerra contra los moros, lo demás de España gozaba de sosiego, por lo menos las alteraciones eran de poco momento: cosa de maravilla por la diversidad de principados, y la grande libertad de los caballeros y del pueblo. Solo

Gonzalo Zañes Bazan, persona principal entre los navarros, renunciado que hobo por públicas escrituras la naturalidad, como en aquel tiempo se acostumbraba en la frontera de Aragon con voluntad del rey don Jaime edificó un castillo llamado Boeta, desde donde trabajaba y hacia daño en los campos comarcanos de Navarra. La pesadumbre que por esta causa recebia aquella gente, se mudó en gran alegría por traer en el mismo tiempo á Navarra para poner entre las demás reliquias de la iglesia Mayor de Pamplona una parte no pequeña de la corona de espinas que fue puesta en la cabeza de Cristo hijo de Dios. San Luis rey de Francia les hizo donacion della: Balduino emperador de Constantinop'a, ya que iba de caida el poder de los franceses en aquel imperio, por la falta de dineros que padecia, se la empeñó por cierta cantidad con que le socorrió. Esto le hizo aborrecible á sus ciudadanos por atreverse á privar aquella ciudad de una reliquia y prenda tan grande y tan santa. Esta corona se ve hasta el dia de hoy, y se conserva con gran devocion en París en la capilla santa y real de los reyes de Francia: es á manera de un turbante, y della se tomó la parte que al presente se trajo á Navarra. Esto en España.

De Italia venian nuevas que el año pasado el rey Manfredo fue despojado del reino y de la vida por Cárlos hermano de San Luis rey de Francia, y que como vencedor en su lugar se apoderó de aquellos estados. Urbano y despues Clemente Cuarto pontífices romanos con esperanza y promesa de dalle aquel reino le llamaron á Italia, y llegado que fue á Roma, le coronaron por rey de Sicilia y de Nápoles. La batalla, que fue brava y famosa, se dieron cerca de Benevento, con que el poder y riquezas de los normandos que tantos años florecieron en aquellas partes, quedaron por tierra. Concertó el nuevo rey y obligóse de pagar cada un año á la iglesia Romana en reconocimiento del feudo cuarenta mil ducados, y que no pudiese ser emperador, puesto que sin pretendello él le ofreciesen el imperio. El rey don Jaime alterado como era razon por el desastre y caida de Manfredo su consuegro, revolvia en su pensamiento en qué manera tomaría emienda de aquel daño. Así apenas hobo dado fin á la guerra de Murcia, cuando se partió á lo postrero de Cataluña para si en alguna manera pudiese ayudar á lo que quedaba de los normandos, y apoderarse del reino, que por la afinidad contraida con Manfredo pretendia ser de su hijo.

En el entretanto don Alonso rey de Castilla se ocupaba en asentar las cosas de Murcia, llevar nuevas gentes para que poblasen en aquella comarca, edificar castillos por todo el distrito para mayor seguridad. No bastaba Castilla para proveer de tanta multitud como se requeria para poblar tantas ciudades y pueblos. De Cataluña hizo llamar y vinieron muchos que asentaron en el nuevo reino. No dejaba asimismo, no obstante lo concertado, de ayudar de secreto á los de Guadix y á los de Málaga. Para quejarse deste agravio, y que el rey don Alonso no guardaba lo concertado, el rey de Granada en persona vino á Murcia. La respuesta que se le dió, no fue á su gusto; volvióse mas enojado que vino: ocasion con que algunos señores que de tiempo atrás ofendidos del rey don Alonso se tenian por agraviados, hablaron en secreto con el moro, y le persuadieron á que de nuevo tomase las armas. El principal en este trato fue don Nuño Gonzalez de Lara hombre de gran ingenio, de grandes riquezas, y que tenia muchos aliados. Pretendia que el rey tenia hechos muchos agravios á don Nuño su padre y á don Juan su hermano.

Deste principio resultaron nuevas alteraciones á tiempo que el rey se prometia paz muy larga, y estaba asaz seguro de lo que se trataba, tanto que era ido á Villa-Real para ver los edificios y fábricas que en el nuevo pueblo se levantaban. Dende despachó sus embajadores á Francia el año de 1267 al rey San Luis para pedille su hija doña Blanca por mujer para el infante don Fernando su hijo mayor. Hecho esto, él se fue á la ciudad de Vitoria, para donde el rey de Ingalaterra le tenia aplazadas vistas, y prometido que en breve seria con él, para tratar cosas y negocios muy graves. Todavía no vino, sea mudado de voluntad, ó por no tener lugar para ello; envió empero á Eduardo su hijo mayor á tiempo que ya el rey don Alonso era vuelto á Burgos, y en sazon que la emperatriz de Constantinopla, huida de su casa y echada de su imperio, vino á verse con el rey: Balduino su marido y Justiniano Patriarchá, echados que fueron de Grecia por las armas de Michäel Paleologo, en el camino segun se entiende cayeron en manos del soldan de Egipto. La emperatriz por nombre Marta con el deseo que tenia de librar á su marido, concertó su rescate en treinta mil marcos de plata. Para juntar esta suma tan grande fue primero á verse con el padre santo y rey de Francia: últimamente llegada á Burgos el año del señor 1268 suplicó al rey su primo solamente por la tercera parte desta suma. El rey se la dió toda entera; que fue una liberalidad de mayor fama que prudencia, por estar los tesoros tan gastados. Lo que principalmente los señores le cargaban, era que con vano deseo de alabanza consumió en esto los subsidios y ayudas del reino, y para suplir sus desórdenes desaforaba los vasallos: los ánimos una vez alterados las mismas buenas obras las toman en mala parte.

Algunos historiadores tienen por falsa esta narracion, y dicen que Balduino nunca fue preso del soldan de Egipto. Nos en esto seguimos la autoridad conforme de nuestras historias, puesto que no ignoramos muchas veces ser mayor el ruido y la fama que la verdad. El emperador Balduino, recobrada la libertad, por no poder volver á su imperio pasó á Francia, y en Namur ciudad suya y de los sus estados de Flandes pasó su vida: por do parece que los condes de Flandes se pueden intitular emperadores de Constantinopla no con menos razon que los reyes de Sicilia pretenden el reino de Jerusalén. Por un privilegio dado á los caballeros de Calatrava era mil y trecientos y dos, de Cristo mil y docientos y sesenta y cuatro, á diez y siete de octubre se comprueba bastantemente que la iglesia de Toledo estaba vacante, y se convence, si los números allí no están estragados; cosa que suele acontecer muchas veces. En lugar sin duda de don Pascual arzobispo de Toledo, ó este año, ó lo que mas creo, algunos años antes fue puesto otro don Sancho hijo de don Jaime rey de Aragon. Sospecho que el nuevo prelado sea por su poca edad, sea por otras causas, se detuvo en Aragon antes de arrancar para venir á su iglesia, que dió ocasion á algunos para poner antes de su eleccion una vacante de no menos que cuatro años. Queríale mucho su padre, que fue causa de venir por este tiempo á Toledo como luego se dirá.

CAPITULO XVII.

Que don Jaime rey de Aragon vino á Toledo.

Por el mismo tiempo en Italia andaban muy grandes alteraciones y revueltas á causa que Corradino Suevo pretendia por las armas contra la voluntad y mandado de los pontífices restituirse en los reinos de su padre. Seguíale y acompañábale desde Alemaña Federico duque de Austria. Don Enrique hermano del rey de Castilla desde Roma se fué con él, donde tenia cargo de senador ó gobernador: su nobleza suplia, á lo que yo creo, la falta de otras partes y de su inquieto natural. Demás destos señores los gibellinos por toda Italia tomaron su voz y en su favor las armas. Con esta gente y pujanza rompió por el reino

de Nápoles: en los Marsos parte del Abruzo, cerca del lago Fucino hoy el lago de Talliacozo, dió la batalla Corradino al nuevo rey Carlos que salió al encuentro. Vencieron los franceses mas por maña que por verdadero esfuerzo: fueron presos en la pelea Federico y don Enrique, Corradino en la huida y alcance que ejecutaron los franceses con crueldad. A Corradino y Federico en juicio cortaron en Nápoles las cabezas: nuevo y cruel ejemplo, que tan grandes príncipes, á los cuales perdonó la fortuna dudosa y trance de la batalla, despues de ella en juicio los ejecutasen.

En el entretanto en Aragon se levantó una liviana alteracion á causa que Gerardo de Cabrera pretendia el condado de Urgel con color que los hijos de su hermano don Alvaro poco antes difunto no eran legítimos. Don Ramon Folch, tio de los infantes de parte de madre, y otras personas principales por compasion de su edad y por otras prendas que con ellos tenian, se encargaron de amparallos. El rey don Jaime parecia aprobar la pretension de Gerardo, mayormente que traspasara su derecho en el mismo rey por no confiar en sus fuerzas. El rey de Granada por otra parte trataba de hacer guerra á los de Guadix y á los de Málaga en prosecucion de su derecho; y por lo que poco antes se concertó en la confederacion que puso con el rey don Alonso, de quien estrañaba que de secreto ayudase á sus contrarios. Don Nuño de Lara y don Lope de Haro por estar desabridos con su rey y enajenados atizaban el fuego: prometian que si de nuevo tomaba las armas, se pasarian á él públicamente no solo ellos, sino otros muchos señores que estaban asimismo disgustados. Andaba fama destas prácticas, y se rugia lo que pasaba (que pocas cosas grandes de todo punto se encubren) pero no se podian probar bastantemente con testigos. Forzado pues el rey de la necesidad se partió para el Andalucía. Hállase que este año á treinta de julio dió el rey don Alonso y espidió un privilegio en Sevilla, en que hizo villa á Vergara pueblo de Guipúzcoa á la ribera del rio Deva, y le mudó el nombre que antes tenia de San Pedro de Ariznoa, en el que hoy le llaman.

Compuestas en alguna manera las cosas del Andalucía, entrado ya el invierno, fue forzado á dar la vuelta para recebir y festejar al rey don Jaime su suegro, que venia á Toledo á instancia de don Sancho su hijo para hallarse presente á su misa nueva que queria cantar el mismo dia de Navidad. El dia señalado don Sancho dijo su misa de pontifical: halláronse presentes para honralle los dos reyes de Castilla y Aragon padre y cuñado, la reina su hermana, y el infante don Fernando. Detuviéronse en Toledo ocho dias no mas porque el rey de Aragon, aunque se hallaba en lo postrero de su edad, ardia en deseo de abreviar y comenzar la jornada que pretendia hacer para la guerra de la Tierra Santa, sin perdonar á trabajo, ni hacer caso de los negocios de su reino que le tenian embarazado, muchos y graves, por la gran gana de ensanchar el nombre cristiano y lustrar en la Suria la gloria antigua de los cristianos que parecia estar añublada: gran príncipe y valeroso, digno que le sucediera mas á propósito aquella jornada.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Aragon partió para la Tierra Santa.

LAS cosas de la Tierra Santa estaban reducidas á lo postrero de los males y apretura. El reino que fundó el esfuerzo de los antepasados, la cobardía y flojedad de los que en él sucedieron, le tenian en aquel estado. además que los príncipes cristianos ocupados en las guerras que se hacian entre sí por cumplir sus apetitos particulares, poco cuidaban del bien público y de la afrenta de la Cristiana Religion. El vigor y ánimo con que tan grandes cosas se acabaron, por la inconstancia de las cosas humanas se envejecia; y porque tantas veces los príncipes sin provecho alguno por mar y por tierra en gran número acudieran para ayudar á los cristianos los años pasados, la esperanza de mejoría era muy poca, y todos desalentados. A la sazon se ofrecia una buena ocasion que casi en un mismo tiempo despertó para volver á las armas á España, Ingalaterra y Francia. Esta fue que los tártaros salidos de aquella parte de Scythia, como algunos piensan, en que Plinio antiguamente demarcó los tractaros, hecha liga con los de Armenia, habian acometido con las armas aquella parte de la Suria que estaba en poder de los sarracenos, con gran esperanza al principio de los fieles que podrian recobrar las riquezas y poder pasado; pero despues todo fue de ningun efecto, y se fué en flor lo que pensaban.

En el tiempo que Inocencio Cuarto celebraba un concilio general en Leon de Francia, fueron por él enviados cuatro predicadores de la sagrada órden de Santo Domingo, cuya fama en aquella sazon era muy grande, á la tierra de los tártaros para acometer si por ventura aquella gente áspera en su trato, dada á las armas, sin ninguna religion ó engañada, se pudiese persuadir á abrazar la cristiana. Con esta diligencia se ganó aquella gente: humanáronse aquellos bárbaros con la predicacion, y comenzaron á cobrar aficion á los cristianos mas que á las otras naciones. El rey de aquella gente, que vulgarmente llamaban el gran Cham, que quiere decir rey de los reyes, no cesaba con embajadores que enviaba á todas partes, de despertar los príncipes de Europa para que tomasen las armas. Acusábalos y dábales en cara que parecia no hacian caso de la gloria del nombre cristiano. Esta instancia que hizo los años pasados, y no se dejó los de adelante, en este tiempo se continuó con mayor porfía y cuidado, en particular envió al rey de Aragon en compañía de Juan Alarico natural de Perpiñan (al cual el rey antes movido por otra embajada despachó para que fuese á los tártaros) nuevos embajadores, que en nombre de su rey prometian todo favor, si se persuadiese de tomar las armas y juntar en uno con ellos las fuerzas. Estos embajadores repararon en Barcelona: Alarico pasó á Toledo, y en una junta de los principales dió larga cuenta de lo que vió, y de toda su embajada; palabras y razones con que los ánimos de los príncipes no de una manera se movieron.

El rey don Jaime se determinó ir á la guerra, magüer que era de tanta edad: don Alonso su yerno y la reina alegaban la deslealtad de los griegos, la fiereza de los tártaros: todo con intento de quitalle de aquel propósito, para lo cual usaban y se valian de muchos ruegos, y aun de lágrimas que se derramaban sobre el caso. Prevaleció empero la constancia de don Jaime: decia que no era justo, pues tenia paz en su casa y reino, darse al ocio, ni perdonar á ningun afan, ni á la vida que poco despues se habia de acabar, en tan gran peligro como corrian los cristianos. El rey don Alonso por velle tan determinado le prometió cien mil ducados para ayuda de los gastos de la guerra. Algunos señores de Castilla asimismo se ofrecieron á hacelle compañía en aquella jornada, entre ellos el maestre de Santiago y el prior de San Juan don Gonzalo Pereira. Concluidas las fiestas de Toledo, él se partió: en la ciudad de Valencia oyó los embajadores de los tártaros, y fuera dellos otro embajador del emperador Paléologo, que le prometia, si tomaba aquella empresa, de proveelle bastantemente de vituallas y todo lo necesario. En Barcelona se ponia en órden y estaba á la cola una buena armada apercebida de soldados y todo lo demás. Antes que se pusiese en camino á ruego de su hija, doña Violante volvió desde Valencia al monasterio de Huer-

ta. Despedido de sus hijos y de sus nietos, sin dar oidos á los ruegos con que pretendian de nuevo apartalle de aquel propósito, volvió donde surgia la armada, en que se contaban treinta naves gruesas y algunas galeras.

A cuatro de setiembre dia miércoles año de 1269, hechas sus plegarias y rogativas como es de costumbre, alzó anclas y se hizo á la vela. Era el tiempo poco á propósito y sujeto á tormentas: en tres dias llegaron á vista de Menorca; mas no pudieron tomar puerto á causa que cargó mucho el tiempo, y una recia tempestad de viento derrotó las naves y la armada: dejáronse llevar del viento, que las echó á diversas partes. El rey arribó á Marsella en la ribera de Francia, y desde allí por mudarse el viento aportó al golfo Agathense ó de Agde. Algunas de las naves que pudieron seguir el rumbo que llevaban, llegaron á Acre pueblo de Palestina, entre las demás las naves de Fernan Sanchez hijo del rey. Movido por las amonestaciones de los suyos el rey se rehizo en Mompeller por algunos dias del trabajo del mar; y arrepentido de su propósito, á que parecia hacer contradiccion el cielo ofendido y enojado contra los hombres y sus pecados, puesto que menospreciaba cosas semejantes como casuales, ni miraba en agüeros, volvió á Cataluña sin hacer otro efecto.

En Castilla el rey don Alonso llegó hasta Logroño, en su compañía Eduardo hijo de rey de Ingalaterra, para recebir á su nuera, que concertado el casamiento en Francia, por Navarra venia á verse con su esposo. Las bodas se celebraron en Burgos con aparato el mayor y mas real que los hombres vieron jamás: don Jaime rey de Aragon abuelo del desposado á persuasion del rey don Alonso, y junto con él don Pedro su hijo mayor, Philipe hijo mayor del rey de Francia, Eduardo príncipe y heredero de Ingalaterra, el rey de Granada, el mismo rey don Alonso, sus hermanos y hijos, y su tio don Alonso Señor de Molina se hallaron presentes. De Italia, Francia y España acudieron muchos señores, entre ellos Guillen marqués de Monferrat, de quien dice Jovio era yerno del rey don Fernando. Hallóse otrosí el arzobispo de Toledo don Sancho: quien dice que veló á los desposados. Con estas bodas se pretendia que el rey San Luis en su nombre y de sus hijos se apartase del derecho que se entendia tenia á la corona de Castilla, como hijo que era de doña Blanca hermana mayor del rey don Enrique, como arriba queda dicho y juntamente refutado. Concluidas las fiestas, el rey don Alonso acompañó al rey don Jaime su suegro para honralle mas hasta la ciudad de Tarazona.

CAPITULO XIX.

San Luis rey de Francia falleció.

Los ingleses y franceses pasaron mas adelante que los aragoneses en lo que tocaba á la guerra de la Tierra Santa; pero el remate no fue nada mejor, salvo que por esta razon se hizo confederacion entre Ingalaterra y Francia. En Paris en una grande junta de príncipes compusieron todas sus diferencias antiguas: este fue el principal fruto de tantos apercebimientos. Señaláronse de comun consentimiento en Francia los términos y aledaños de las tierras de los franceses y ingleses. Púsose por la principal condicion que en tanto que San Luis combatia á Túnez, lo pretendia pasar á persuasion de Carlos su hermano rey de Nápoles, que decia convenir en primer lugar hacer la guerra á los de Africa que siempre hacian daño en Italia y en Sicilia y en la Proenza, y á todos ponian espanto; que en el entretanto el inglés con su armada que era buena, pasase á la conquista de la Tierra Santa. Hizose como lo concertaron, que Eduardo hijo mayor del inglés con buen número de bajeles, rodeadas y costeadas las riberas de España y de Italia, á cabo de una larga navegacion surgió en aquellas riberas, y saltó con su gente en tierra de Ptolemayde. Los primeros dias la ayuda de Dios le guardó de un peligro muy grande: un hombre en su aposento le acometió, y le dió antes que le acudiesen, una ó dos heridas: mataron aquel mal hombre allí luego: no se pudo averiguar quién era el que le enviara; dijose que los asasinos, que era cierto género de hombres atrevidos y aparejados para casos semejantes.

San Luis con tres hijos suyos primero de marzo año de 1270 desde Marsella se hizo á la vela. Theobaldo rey de Navarra, puesto á su hermano don Enrique en el gobierno del reino, con deseo de mostrar su valor y ayudar en tan santa empresa acompañó al rey su suegro. Padecieron tormenta en el mar y recios temporales: finalmente desembarcaron en Túnez; asentaron sus ingenios, con que comenzaron á combatir aquella ciudad. Los bárbaros que se atrevieron á pelear, por dos veces quedaron vencidos; despues de esto como se estuviesen dentro de los muros llegó el cerco á seis meses. Los calores son estremos, la comodidad de los soldados poca: encendióse una peste en los reales, de que murieron muchos, entre los demás primero Juan hijo de San Luis, y poco despues el mismo rey de cámaras que le dieron, falleció á veinte y cinco de agosto. Esta grande cuita y afan se acrecentara, y hobieran los demás de partir de Africa y dejar la demanda con gran mengua y daño (en tanta manera tenian enflaquecidas las fuerzas) sino sobreviniera Carlos rey de Sicilia que dió ánimo á los caidos. Hizose concierto con los bárbaros que cada un año pagasen de tributo al mismo rey Carlos cuarenta mil ducados, que era el que él debia por Sicilia y Nápoles á la iglesia Romana y al papa: con esto embarcadas las gentes, pasaron á Sicilia. No aflojaron los males: en la ciudad de Trapana, que es en lo postrero de aquella isla, Theobaldo rey de Navarra falleció á cinco dias de diciembre. Esta fue la ocasion que forzó á dejar la empresa de la Tierra Santa, que tantas veces infelizmente se acometiera, y de dar la vuelta á sus tierras y naturales. Las entrañas de San Luis sepultaron en la ciudad de Monreal en Sicilia: el cuerpo llevaron á San Dionisio, sepultura de aquellos reyes cerca de París. El cuerpo del rey Theobaldo embalsamado llevaron á Pervino ciudad de Campaña en Francia, y pusieron en los sepulcros de sus antepasados. Su mujer la reina doña Isabel el año luego siguiente á veinte y cinco de abril falleció en Hiera pueblo de la Proenza: enterráronla en el monasterio llamado Barra. A todos se les hicieron las honras y exequias como á reyes, con grande aparato, como se acostumbra entre los cristianos. Volvamos la pluma y el cuento á Castilla.

CAPITULO XX.

De la conjuracion que hicieron los grandes contra el rey don Alonso de Castilla.

El ánimo del rey don Alonso se hallaba en un mismo tiempo suspenso y aquejado de diversos cuidados. El deseo de tomar la posesion del imperio de Alemaña le punzaba, á que las cartas de muchos con estraordinaria instancia le llamaban. Los grandes y ricos hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del rey, á que no estaban acostumbrados. Rugíase demás desto por nuevas que venian, que de Africa se aparejaba una nueva guerra con mayores apercebimientos y gentes que en ninguno de los tiempos pasados. Dado que Pedro Martinez almirante del mar el año pasado acometió y sujetó los moros de Cádiz que halló descuidados; era dificultoso mantener con guarnicion y soldados aquella ciudad y

isla: por esta causa (1) la dejaron al rey de Marruecos de cuyo señorío antes era, resolucion á propósito de ganar la voluntad de aquel bárbaro y sosegalle. El rey don Alonso de Portugal envió á don Dionisio su hijo que era de ocho años, á su abuelo el rey de Castilla para que alcanzase dél libertad, y exencion para el reino de Portugal, y que le alzase la palabra que dió los años pasados y los homenajes. Tratóse deste negocio en una junta de grandes: callaban los demás, y aun venian en lo que se pedia por no contrastar con la voluntad del rey que á ello se mostraba inclinado.

Don Nuño Gonzalez de Lara, cabeza de la conjuracion y de los desabridos y mal contentos, se atrevió á hacer rostro y contradiccion. Decia que no parecia cosa razonable diminuir la magestad del reino con cualquier color, y mucho menos en gracia de un infante. Sin embargo prevaleció en la junta el parecer del rey, que Portugal fuese exento; y con todo esto la libertad de don Nuño se le asentó mas altamente en el corazon y memoria que ninguno pensara. Juntado este desabrimiento con los demás fue causa que don Nuño y don Lope de Haro, y don Philipe hermano del rey se determinasen á mover práticas perjudiciales al reino, y al rey. Quejábanse de sus desafueros y de los muchos desaguisados que hacia: no tenia fuerzas bastantes para entrar en la liza, resolviéronse de acudir á las ayudas de fuera y estrañas. Así en el tiempo que el rey Theobaldo se ocupaba en la guerra sagrada, solicitó á don Enrique gobernador de Navarra el infante don Philipe que se fuese á ver con él, y hermanarse y hacer liga con aquellos grandes. El como mas recatado, por no despertar contra sí el peso de una gravísima guerra, dió por escusa la ausencia del rey su hermano. Los grandes, perdida esta esperanza, convidaron á los otros reyes, al de Portugal, al de Granada y al mismo emperador de Marruecos por sus cartas á juntarse con ellos y hacer guerra á Castilla, sin mirar por el gran deseo que tenian de satisfacerse, cuan perjudicial intento era aquel y cuan infames aquellas tramas.

Don Alonso rey de Castilla era persona de alto ingenio, pero poco recatado, sus orejas soberbias, su lengua desenfrenada, mas á propósito para las letras, que para el gobierno de los vasallos: contemplaba el cielo y miraba las estrellas; mas en el entretanto perdió la tierra y el reino. Avisado pues de lo que pasaba por Hernan Perez, que los conjurados pretendieron tirar á su partido y atraer á su parcialidad, atónito por la grandeza del peligro, que en fin no dejaba de conocer, volvió todos sus pensamientos á sosegar aquellos movimientos y alteraciones. Con este intento desde Murcia, do á la sazon estaba, envió á Enrique de Arana por su embajador á los grandes, que se juntaron en Palencia con intento de apercebirse para la guerra, por ver si en alguna manera pudiese con destreza y industria apartallos de aquel propósito. El y la reina su mujer fueron á Valencia para tratar con el rey don Jaime, y tomar acuerdo sobre todas estas cosas. El como quier que por la larga esperiencia fuese muy astuto y avisado, cuando vino á Burgos para hallarse á las bodas del infante don Fernando, antevista la tempestad que amenazaba á Castilla á causa de estar los grandes desabridos, reprehendió á don Alonso con gravísimas palabras y le dió consejos muy saludables. Estos eran: que quisiese antes ser amado de sus vasallos que temido: la salud de la república consiste en el amor y benevolencia de los ciudadanos con su cabeza: el aborrecimiento acarrea la total ruina: que procurase granjear todos los estados del reino: si esto no fuese posible, por lo menos abrazase los prelados y el pueblo, con cuyo arrimo hiciese rostro á la insolencia de los nobles: que no hiciese justicia de ninguno secretamente por ser muestra de miedo y menoscabo de la magestad: el que sin oir las partes da sentencia, puesto que ella sea justa, todavía hace agravio. Estas eran las faltas principales que en don Alonso se notaban; y si con tiempo se remediaran, el reino y él mismo se libraran de grandes afanes.

En la junta de los reyes y con las vistas ninguna cosa de momento se efectuó. Al rey don Alonso fue por tanto forzoso el año siguiente volver de nuevo á Alicante para verse con el rey su suegro, y rogalle enfrenase los nobles de Aragon para que no se juntasen con los rebeldes de Castilla como lo pretendian hacer; y porque el rey de Granada continuaba en hacer guerra contra los de Guadix y los de Málaga, le diese consejo á cual de las partes seria mas conveniente acudir. En este punto el rey don Jaime fue de parecer que guardase la confederacion antigua; que no debia de su voluntad irritar á los de Granada ni hacelles guerra. La embajada de Arana no fue de provecho alguno, antes el rey de Granada á persuasion de los alborotados, quebrantada la avenencia que tenian puesta, fue el primero que se metió por tierras de cristianos talando y destruyendo, y metiendo á fuego y á sangre los campos comarcanos. Tenia consigo un número de caballos africanos que Jacob Abenjuzeph rey de Marruecos le envió delante. Sabidas estas cosas, el rey don Alonso mandó por sus cartas á don Fernando su hijo que á la sazon se hallaba en Sevilla, y se apercebia para la nueva guerra, que con todas sus gentes marchase contra el rey de Granada: él se partió para Burgos por ver si en alguna manera pudiese apaciguar los ánimos de los rebeldes.

En aquella ciudad se hicieron córtes de todo el reino, y en particular fueron llamados los alborotados con seguridad pública que les ofrecieron; y para que estuviesen mas sin peligro, se señaló fuera de la ciudad el hospital real en que se tuviesen las juntas. Habláronse el rey y los señores en diferentes lugares, con que quedaron las voluntades mas desabridas. Llegaron los disgustos á término que renunciada la fidelidad con que estaban obligados al rey, en gran número se pasaron á Granada el año de 1270. Don Nuño, don Lope de Haro, el infante don Philipe eran las tres cabezas de la conjuracion. Fuera destos don Fernando de Castro, Lope de Mendoza, Gil de Roa, Rodrigo de Saldaña: de la nobleza menor tan gran número que apenas se pueden contar. Al partirse con sus gentes quemaron pueblos, talaron los campos, y dieron en todo muestra de la enemiga que llevaban. El rey á grandes jornadas pasó á Toledo, de allí á Almagro; y porque no tenia esperanza de que se podrian reducir los grandes á su servicio, pretendia avenirse y sosegar al rey de Granada. Esto sobre todo deseaba: si no salia con ello, se resolvia de hacelle la guerra con todas sus fuerzas y con la mas gente que pudiese juntar.

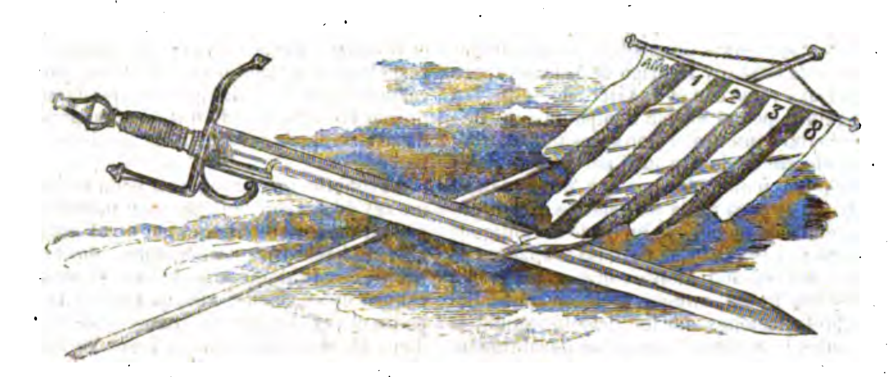
CAPITULO XXI.

De nuevas alteraciones que sucedieron en Aragon.

En el tiempo que estas cosas pasaban en Castilla, Philipe rey de Francia que sucedió á su padre San Luis, allegaba á su corona nuevos estados por muerte de Alonso su tio y de Juana su mujer, que murieron á la sazon sin hijos, y eran condes de Potiers y de Tolosa; y no mucho despues Rogerio Bernardo conde de Fox fue despojado de su estado no por otra causa mas de que en cierta ocasion no quiso obedecer á los jueces reales; por lo cual las armas aragonesas á causa que parte del estado de aquel príncipe era feudo de Aragon, estuvieron para revolverse contra Francia. La prudencia del rey don Jaime ata-

(1) Cádiz se conquistó en 14 de setiembre de 1262, y no de 1270.

jó el daño: á su persuasion el de Fox puso su persona y todo su estado en manos del rey de Francia; con que se sosegaron aquellos debates. Dentro del reino de Aragon tenian sospechas de nuevas alteraciones á causa que el infante don Pedro, hijo primero y heredero del rey de Aragon, estaba desabrido con Fernan Sanchez su hermano bastardo por entender entre otras cosas que cuando volvió de la Tierra Santa, fue



Espada de don Jaime el Conquistador y pendon que sirvió para la conquista de Valencia.

recebido con gran honra y festejado de Carlos rey de Nápoles, y por esto sospechaba habia con él tratado cosas perjudiciales al reino.

Hallábase el dicho don Fernando en Burriana: allí don Pedro con buen número de soldados le tomó de sobresalto; y despues que por fuerza entró en la casa y buscó en todos los lugares á su hermano, escudriñó los escondrijos, quebró cerraduras, hinchólo todo de ruido y de alboroto: en el entretanto don Fernando y doña Aldonza su mujer se pusieron en salvo. Estos fueron principios de grandes alteraciones; ca los nobles del reino con esta ocasion de la enemistad de los dos hermanos se dividieron en dos bandos con tan grande obstinacion que juntadas las fuerzas no dudaron los que seguian la parcialidad de don Fernando, de mover guerra contra el mismo rey; de que no resultó otro provecho sino que el vizconde de Cardona y otros señores parciales fueron por esta causa despojados de sus estados. El mismo Fernan Sanchez, cercado en el castillo de Pomar por su hermano, luego que le tuvo en su poder, le hizo ahogar con un lazo y despeñar en el rio Cinca que por allí pasa, unos decian con razon, otros que injustamente (1): lo cierto que quitado el capitan y cabeza los demás se sosegaron: este fue el fruto de aquel parricidio: pero la muerte de Fernan Sanchez sucedió tres años adelante. Dejó un hijo de pequeña edad llamado don Philipe, de quien deciende el linaje de los Castros en Aragon.

A Rugerio de Lauria hizo donacion el rey don Jaime en tierra de Valencia de dos heredades que se llaman Raelo y Abricat, en premio de su trabajo, porque de lo último de Italia acompañó los años pasados á doña Constanza su nuera. Fue este caballero en lo de adelante persona de grande ingenio y excelente capitan, mayormente por el mar. Con don Enrique rey de Navarra, que por morir su hermano el rey Theobaldo sin hijos sucedió en aquel reino, y con quien los aragoneses tenian diferencia por pretender que les quitaran aquel reino injustamente, como en su lugar queda dicho, todavía se concertaron treguas por muchos años. El rey don Jaime via los suyos alborotados, mas inclinados á las armas que á la paz y á la concordia; y por las diferencias que andaban, temia que la una de las partes, juntados con los navarros, no le diesen en que entender. Esta fue la causa de tomar asiento con Navarra; y aun otro cuidado le aquejaba mas, de volver las fuerzas contra los moros, de donde una cruel tempestad se aparejaba para España, sino se acudia al remedio con tiempo, como los hombres prudentes lo sospechaban, y comunmente se decia no sin causa.

(1) Habia causado muchos alborotos en Aragon, perdido el respeto á su padre, intentado matar á su hermano don Pedro el primogénito.

CAPITULO XXII.

El rey don Alonso partió para tomar posesion del imperio.

Ardia el rey don Alonso en deseo de ir á Alemaña á tomar la corona y insignias del imperio: tanto mas y con mayor priesa que por autoridad del papa Gregorio Décimo los señores de Alemaña cansados de los males que en aquella vacante se padecieron, muchos, muy graves y muy largos, y porque de años atrás era muerto Ricardo el otro competidor, se aparejaban para hacer nueva eleccion sin tener cuenta con el rey don Alonso. Alterado él con esta nueva, como era razon, pretendia recompensar la tardanza pasada con abreviar; y por esto aunque muy fuera de sazon, comenzó á tratar muy de veras de su ida á Alemaña. A las personas prudentes parecia se debia anteponer á esto el sosiego y el cuidado de la república. Los hombres mas livianos y de poca esperiencia hinchados de vana esperanza le exhortaban á la jornada, sin faltar quien blasonase y dijese era bien aparejar armas, caballos y las demás cosas necesarias para hacer la guerra en Alemaña, y para sujetar á los que contrastasen á sus intentos. Algunos tomaban por mal agüero que tantas veces se le hobiese al rey don Alonso desbaratado aquel viaje que tanto deseaba. Era este rey de su natural irresoluto y tardo, las cosas del reino embarazadas; y si hallára algun buen color, de buena gana desistiera de aquella pretension; pero por miedo de la infamia y mengua de reputacion se resolvió pasar adelante. Con este intento procuró con cualquier partido apaciguar los de Granada y los grandes.

En esto el rey de Granada Alhamar falleció al principio del año de 1273. Fue hombre atrevido, astuto, y muy contrario á nuestras cosas. Hobo diferencia

sobre la sucesion: prevaleció aquella parcialidad con la cual se juntaron los foragidos y grandes de Castilla, y diéronse las insignias reales á Mahomad por sobrenombre Miralmutio Leminio (1) hijo mayor del difunto. Este príncipe puesto que era de suyo contrario á nuestras cosas, y muchos le movian á hacer guerra; porque las fuerzas de su nuevo reino andaban en balanzas el rey don Alonso entendia que se ii clinaba á la paz, y que fácilmente se podria efectuar. Demás desto algunos de los grandes se reducian á mejor partido y mas sanos propósitos; en particular don Fernando de Castro y Rodrigo de Saldaña sobre seguro vinieron á verse con él á Avila, do se hacian córtes del reino, por el mismo tiempo que en Alemaña procedieron á nueva eleccion apresuradamente, en que Rodulfo conde de Ausburg por voto de todos los electores fue nombrado por rey de romanos: señor, bien que de poca renta y estado pequeño, pero, que decendia de nobilisimo linaje de los antiguos reyes franceses, y era en todas virtudes acabado. Los embajadores del rey don Alonso, que se hal'aron á la sazon en Francfordia, aunque hicie: on contradiccion y sus protestaciones, no fue defecto alguno: la aficion de antes la tenian ya trocada en desabrimiento y odio que todos le cobraran.

Despedidas las córtes de Avila, se fue el rey á Requena para tomar acuerdo con el rey su suegro en presencia sobre la guerra de los moros. Allí por el trabajo del camino, ó por el desabrimiento y desgusto con que andaba, adoleció de una emfermedad no ligera. Y porque las demás cosas no sucedian á propósito, y la misma priesa por el gran deseo le parecia tardanza, juzgó seria lo mejor intentar de hacer las paces por industria de la reina y por la autoridad del primado don Sancho. Ellos para tratar desto sin dilacion se partieron para Córdova. Al pontífice Gregorio Décimo despachó á Aymaro fraile dominico, que despues fue obispo de Avila (y á Fernando de Zamora canónigo de Avila) y chanciller del rey. Estos en Civitavieja en que á la sazon estaba el pontífice, en consistorio declararon las causas porque la eleccion de Rodulfo pretendian ser invalida. Que no debia el pontífice moverse por los dichos de aquellos que ponian asechanzas y redes á sus orejas, y con engaños pretendian ganar gracia con otros, sino conservarse neutral como lo pedia la persona y lugar sacrosanto que representaba, y con esto ganar ambas las partes á ejemplo de sus antecesores Urbano y Clemente, que con igual honra y título por no perjudicar á nadie dieron á Ricardo y á don Alonso título de rey de romanos: A los electores de Alemaña fue don Fernando obispo de Segovia para ponellos en razon, y procurar repusiesen lo atentado.

Con estas embajadas no se hizo efecto alguno por estar todos cansados de tán larga tardanza. Solo el año siguiente 1274 desde Leon de Francia, donde presente el pontífice se hacia concilio general de los obispos para reformar la disciplina eclesiástica, renovar la guerra de la Tierra Santa, y unir la iglesia griega con la latina, Fredulo fue enviado por nuncio al rey don Alonso para que le ofreciese los diezmos de las rentas eclesiásticas en nombre del pontífice para la guerra contra moros, á tal que desistiese de la pretension y esperanza vana que tenia de ser emperador: que pareria cosa injusta con deseo de imperio forastero alterar la paz de la Iglesia que tan sosegada estaba. En este medio don Enrique rey de Navarra, muy apesgado y disforme por la mucha gordura de su cuerpo, falleció en Pamplona á veinte y dos de julio. De su mujer doña Juana hija de Roberto conde de Artesia y hermano del rey San Luis dejó una hija, llamada tambien doña Juana, en edad apenas de tres años, que sin embargo fue heredera de aquellos estados así porque el reino la jurara antes, como por testamento de su padre que lo dejó así dispuesto: de que resultaron nuevas diferencias y discordias, y el reino de Navarra finalmente se juntó con el de Francia. La embajada de Fredulo no fue desagradable al rey don Alonso: respondió que se pondria á sí y toda aquella diferencia en manos del pontífice para que él la determinase como mejor le fuese visto. Con esta respuesta el pontífice sin detenerse mas aprobó en público consistorio la eleccion de Rodulfo á 6 de setiembre, que hasta entonces por respeto de don Alonso es entretuvo: luego escribió cartas á todos los príncipes en aquella sustancia. Al mismo Rodulfo mandó que lo mas presto que pudiese, se apresurase á pasar en Italia para coronarse.

Al concilio que se tenia en Leon se partió don Jaime rey de Aragon, aunque en lo postrero de su edad, por ser deseoso de honra y por otros negocios. Desde allí; sin hacer cosa de momento, dió la vuelta á su tierra, desabrido claramente con el pontífice porque rehusó de coronalle, sino pagaba el tributo que su padre el rey don Pedro concertó de pagar cada un año, en el tiempo que en Roma se coronó, como queda dicho en su lugar: al rey don Jaime le parecia cosa indigna que el reino ganado por el esfuerzo de sus antepasados fuese tributario á algun estraño. En este comedio el rey de Granada y los grandes foragidos por diligencia de la reina se redujeron al deber: para sosegar á los grandes les prometieron todas las cosas que pedian, el rey de Granada quedó que pagase cada año de tributo trescientos mil maravedís de oro, y de presente gran suma de dineros en pena de los daños y gastos. Demás desto se concertaron treguas por un año entre los de Guadix y de Málaga con aquel rey, por estar el rey don Alonso encargado del amparo de aquellas dos ciudades. Fue en aquella edad hombre señalado en España Gonzalo Ruiz de Atienza privado del rey, por cuya diligencia en gran parte y buena maña se concluyó aquel concierto. El rey de Granada y los grandes desde Córdova partieron en compañia del infante don Fernando que se halló en todas estas cosas: llegados á Sevilla, el rey don Alonso los acogió benignamente. (1) Ellos, cotejado el un tiempo con el otro, juzgáronles estaba mas á cuento y mejor obedecer á su príncipe con seguridad, que la contumacia con peligro y daño.

Concluido esto, las armas de Castilla debajo la conducta del infante don Fernando, y por mandado de su padre se movieron contra Navarra para conquistar aquel reino. Don Jaime rey de Aragon envió al tanto á don Pedro su hijo mayor, al cual renunció el derecho que pretendia tener á aquel reino, á ganar las voluntades de los navarros que de suyo se inclinaban mas á los aragoneses que á Castilla. Ni las mañas de Aragon ni las fuerzas de Castilla hicieron efecto, á causa que la reina viuda se recogió á Francia con su hija al amparo del rey su primo, por temer no le hiciesen fuerza, si se quedaba en Navarra en tiempos tan revueltos. Solo don Fernando acometió á tomar á Viana; y rechazado de allí por la fortaleza de aquella plaza y por el esfuerzo de los cercados, se apoderó de Mendavia y de otros menores pueblos. Todo lo halló mas dificultoso que pensaba, dado que ningun ejército bastante le salió al encuentro, que era causa de mayor tardanza, si bien las cosas de aquel reino es-

(1) Su nombre era Alamir-Abu-Abdalla.

(1) Bien conocidas son las cántigas que llevan el nombre de este sabio rey, mandadas hacer, segun unos, de su órden y, segun otros, escritas por él mismo: el ejemplar que se conserva en el archivo de la catedral de Toledo con notas marginales del puño de don Alonso está embellecido con multitud de perfiles paleográficos, arabescos y asuntos de dibujo que hacen de este libro el mas precioso monumento artístico y literario del siglo XIII.

taban tan revueltas que los señores, divididos en parcialidades y aficiones, no podian conformarse para acudir á la defensa. Los mas se aficionaban á los aragoneses, en especial Armengaudo obispo de Pamplona, y Pero Sanchez de Montagudo hombre principal y gobernador del reino.

Don Pedro infante de Aragon llegó hasta Sos, pueblo á la raya de los dos reinos: allí alegó de su derecho, que por la adopcion del rey don Sancho y por otros títulos mas antiguos se le debia el reino, por lo menos le debian acudir con sesenta mil marcos de plata, que poco antes el rey Theobaldo concertara de pagar. Tratóse el negocio por muchos dias: los nobles acordaron desposar á la niña heredera del reino en ausencia con don Pedro, y por dote señalaron la posesion del reino. Añadióse que si aquello no surtiere efecto, pagarian docientos mil marcos de plata para los gastos de la guerra que pretendian hacer de consuno contra las fuerzas de Castilla, si todavía perseverasen en el propósito de darles molestia. Estas cosas se asentaron en Olite por el mes de noviembre. El rey don Alonso, determinado de todo punto de hacer el viaje de Francia, tenia á la misma sazon córtes del reino en Toledo para asentadas las cosas ponerse luego en camino. Encomendó el gobierno del reino á don Fernando su hijo, á los otros señores repartió diversos cargos: á don Nuño de Lara dió la mayor autoridad, determinó dejarle por frontero contra los moros por si acaso se alterasen. Con estas caricias pretendia ganar á los parciales.

Acabadas las córtes á lo postrero del año el rey, la reina, sus hijos menores, y don Manuel hermano del rey comenzaron su viaje. Era grande el repuesto y representacion de magestad: por tanto hacian las jornadas pequeñas. Pasaron á Valencia, de allí á Tortosa y á Tarragona, ca el rey don Jaime desde Barcelona partió para recebillos y festejallos en aquella ciudad. Tuvieron las fiestas de Navidad en Barcelona al principio del año de 1275. Halláronse presentes los dos reyes al enterramiento y honras de fray Raimundo de Peñafuerte de la órden de Santo Domingo, que finó por aquellos dias en aquella ciudad: persona señalada en piedad y erudicion. El mismo año pasó desta vida don Pelayo Perez Correa maestre de Santiago, de mucha edad, muy esclarecido por las grandes cosas que hizo en guerra y en paz. Su cuerpo enterraron en Talavera en la iglesia de Santiago que está en el arrabal: así lo tienen y afirman comunmente los moradores de aquella villa; otros dicen que en Santa María de Tudia, templo que él edificó desde sus cimientos á las haldas de Sierramorena, en memoria de una batalla que los años pasados ganó de los moros en aquel lugar muy señalada, tanto que vulgarmente se dijo y entendió que el sol se paró y detuvo su carrera para que el dia fuese mas largo, y mayor el destrozo de los enemigos; y mejor se ejecutase el alcance. Dicen otrosí que aquella iglesia se llamó al principio de Tentudia, por las palabras que el maestre dijo vuelto á la madre de Dios: SEÑORA, TEN TU DIA. A la verdad alterados los sentidos con el peligro de la batalla, y entre el miedo y la esperanza, quién pudo medir el tiempo? una hora parece muchas por el deseo, aprieto y cuidado: demás desto muchas cosas facilmente se creen en el tiempo del peligro y se fingen con libertad.

El rey don Jaime no aprobaba los intentos de don Alonso su yerno, y con muchas razones pretendió apartalle de aquel propósito. La principal que senteciado el pleito y pasado ya en cosa juzgada no quedaba alguna esperanza que el pontífice mudaria de padecer: así con tantos trabajos no alcanzaria mas de andar entre las naciones estrañas afrentado por el agravio recebido. Estos consejos saludables rechazó la resolucion de don Alonso. Dejados pues su mujer y hijos en Perpiñan, pasó á la primavera por Francia hasta Belcaire, pueblo de la Proenza asentado á la ribera del Ródano, y por tanto de grande frescura, y que le tenian señalado para verse con el pontífice, que despedido el concilio que de los obispos tuvo en Leon, todavía se detenia en Francia. Allí en dia señalado en presencia del pontífice y de los cardenales que le acompañaban, el rey les hizo un razonamiento desta sustancia: «Si por alguna diligencia y cuidado mio »yo hubiera alcanzado el imperio, muy honrosa cosa »era para mí que dejados tantos príncipes, se con»formasen en un hombre estraño las voluntades de »Alemaña; cuanto menos razon tendrá nadie de car»garme que defienda el lugar en que sin yo pretende»lle Dios y los hombres me han puesto? como quier »que sea antes cosa torpe no poder conservar los do»nes de Dios, y de corazon ingrato no responder en el »amor á aquellos que en voluntad se han anticipado. »Por tanto es forzoso que sea tanto mas grave mi sen»timiento que por engaño de pocos he oido que des»lumbrados los príncipes de Alemaña (ó hombres po»co constantes!) se han conformado en elegir un »nuevo príncipe sin oirnos, y sin que nuestra preten»sion y pleito esté sentenciado; en que si en algun »tiempo hobo duda, muerto el contrario era justo se »quitase. Que no nos debe empecer la dilacion, á »que algunos dan nombre de tardanza y flojedad, »como mas verdaderamente haya sido deseo de repo»so, y de sosegar las alteraciones de algunos, amor y »celo de la Religion Cristiana, prevencion contra los »moros, que de ordinario hacen en nuestras tierras »entradas. Al presente que dejámos nuestro hijo en »el gobierno, que ya tiene dos hijos, con vuestra li»cencia y ayuda, padre santo, tomaremos el imperio, »apellido sin duda sin sustancia y sin provecho; pero »somos forzados á volver por la honra pública de Espa»ña, y en particular rechazar nuestra afrenta, lo cual »ojalá podamos alcanzar sin las armas y sin rompimien»to, cade otra manera determinados estamos por con»servar nuestra reputacion y volver por ella ponernos »á cualquier riesgo y afan. Yo, padres, ninguna cosa ni »mayor ni mas amada tengo en la tierra que vuestra au»toridad: desde mis primeros años de tal manera »procedí que todos los buenos me aprobasen, y ga»nase yo fama con buenas obras. Con este camino »agradé á los pontífices pasados: por el mismo sin »pretendello y sin procurallo me llamaron al imperio. »Seria grave afrenta y mengua intolerable quitarnoe »por engaño en esta edad lo que granjeé en mi moce»dad, y amancillar nuestra gloria con perpétua infa»mia. Razon es, beatísimo padre, que vuestra santi»dad y todos los demás prelados que estais presentes, »ayudeis á nuestros intentos en negocio que no se »puede pensar otro alguno ni mayor, ni mas justifi»cado. Procurad con efecto y hacer entienda el mundo »lo que las particulares aficiones y lo que la entereza »y justicia pueden, y hasta donde cada una destas »cosas allega; por lo menos ahora que es tiempo, pre»venid que la república cristiana con nuevas discor»dias que resultarán, no reciba algun daño irrepa»rable.»

A esto replicó el pontífice en pocas palabras: declaró las causas porque con buen título pudieron criar nuevo emperador: que la muerte de Ricardo ningun nuevo derecho le dió: que él mismo prometió de ponerse en sus manos: resolucion saludable para todos en comun, y en particular no afrentosa para él mismo, pues no era mas razon que los españoles mandasen á los alemanes, que á España los de aquella nacion: que los caminos de Alemaña son ásperos y embarazados, las ciudades fuertes, la gente feroz, las aficiones antiguas trocadas, ningunas fuerzas se podrian igualar á las de los alemanes, si se conformasen: la infamia si se perdiese la empresa, seria notable: si venciese pequeño el provecho: que era mejor conservar lo suyo, que pretender lo ajeno: la gloria

ganada con lo que obrara, era tan grande que en ningun tiempo su nombre y con ninguna afrenta se podria escurecer. Hiciese á Dios, hiciese á la religion este servicio de disimular por su respecto, si en alguna cosa no se guardó el órden debido y si cometió algun yerro. Dichas estas palabras, abrazóle, y dióle paz en el rostro, como persona que era el papa de su condicion amoroso, y por la larga esperiencia enseñado á sosegar con semejantes caricias las voluntades de los hombres alterados.

Con esto se dejó aquella pretension, intentó empero otras esperanzas: pretendia en primer lugar que era suyo el señorio de Suevia despues de la muerte de Corradino, por venir de parte de madre de los príncipes de Suevia: que Rodulfo demás de quitalle el imperio, en tomalle para sí le hacia otro nuevo agravio.



D. Fernando III, el Santo.

Alegaba eso mismo que el reino de Navarra era suyo por derechos antiguos de que se valia: que los franceses hacian mal en apoderarse del gobierno de aquel reino: por conclusion pedia que por mandado del pontífice el infante don Enrique su hermano fuese puesto en libertad, que Carlos rey de Sicilia se escusaba para no hacello con voluntad del pontífice que no lo queria. Sin embargo como quier que el pontífice y los cardenales se hiciesen sordos á estas sus demandas tan justas á su parecer, bufaba de coraje. Finalmente mal enojado se partió de Francia en sazon que el estío estaba adelante y cerca el otoño.

Vuelto en España no dejó de llamarse emperador, ni las insignias imperiales hasta tanto que el arzobispo de Sevilla por mandado del papa con censuras que le puso, hizo que desistiese; solamente le otorgaron los diezmos de las iglesias para ayuda á los gastos de la guerra de moros. Vulgarmente las llamamos tercias á causa que la tercera parte de los diezmos, que acostumbraban gastar en las fabricas de las iglesias, le dieron para que della se aprovechase; y aun como yo creo, y es así, no se las concedieron para siempre, sino por entonces por tiempo determinado y cierto número de años que señalaron. Este fue el principio que los reyes de Castilla tuvieron de aprovecharse de las rentas sagradas de los templos: este el fruto que don Alonso sacó de aquel viaje tan largo y de tan grandes afanes: esta la recompensa del imperio que á sin razon le quitaron, alcanzando sin duda sin soborno y sin dinero, de fin y remate desgraciado.

LIBRO DECIMOCUARTO.

CAPITULO I.

Cómo el rey de Marruecos pasó en España.

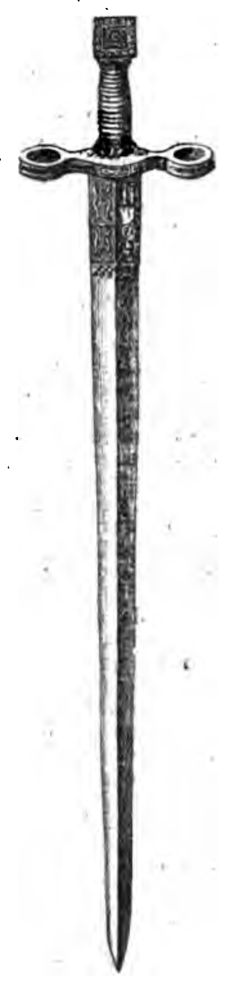
A esta misma sazon el rey de Marruecos Jacob Abenjuzeph como se viese enseñoreado de Africa, sabidas las cosas de España, es á saber que por la partida del rey don Alonso el Andalucia quedaba desapercebida y sin fuerzas, estaba dudoso y perplejo de lo que debia hacer. Por una parte le punzaba el deseo de vengar las injurias de su nacion tantas veces

por los nuestros maltratada, por otra le detenia la grandeza del peligro; demás que de su natural era considerado y recatado, mayormente que para asegurar su imperio, que por ser nuevo andaba en balanzas, se hallaba embarazado con muchas guerras en Africa, cuando una nueva embajada que le vino de España, le hizo tomar resolucion y aprestarse para aquella empresa. Fue así que Mahomad rey de Granada como quien tenia mas cuenta con su provecho que con lo que habia jurado ni con lealtad, conforme á la costumbre de aquella nacion, luego que se partió de la presencia del rey don Alonso con quien se confederó en Sevilla, vuelto á su tierra, sin dilacion propuso en sí de abrir la guerra y apoderarse de toda la Andalucía : hazaña que sobrepujaba su poder y fuerzas.

Quejábase que lo que de su gente quedaba, estaba reducido en tanta estrechura que apenas tenia en que poner el pié en España, y eso á merced de sus enemigos, y con carga de parias que les hacian pagar cada un año. Que los de Málaga y de Guadix confiados de las espaldas que el rey don Alonso les hacia, nunca cesaban de maquinar cosas en daño suyo, y que no dudarian de movelle nueva guerra luego que el tiempo de las treguas fuese pasado. Puesto en estos cuidados via que no tenia fuerzas bastantes contra la grandeza y riquezas del rey don Alonso, puesto que ausente. Resolvióse con una embajada de convidar al rey de Marruecos para que se juntase con él y le ayudase : príncipe poderoso en aquel tiempo y muy señalado en las armas. Decia ser llegado el tiempo de vengar las injurias y agravios recebidos de los cristianos : que los grandes imperios no se mantienen y conservan con pereza y descuido, sino con ejercitar los soldados y entretenellos siempre con nuevas empresas : que el derecho de los reinos y la justicia para apoderarse de nuevos estados consiste en las fuerzas y en el poder : mantener sus estados es loa de poco momento, conquistar los ajenos oficio de grandes príncipes : que si ellos no acometian y amparaban las reliquias de la gente mahometana en España, forzosamente serian acometidos en Africa : en cuanto se debia estimar con sujetar una provincia poner casi en otro mundo los trofeos de sus victorias y de su gloria, y en un punto juntar lo de Europa con lo de Africa.

Movido por esta embajada el rey de Marruecos determinó hacer guerra á España. Mandó levantar gente por todas sus tierras : no se oia por todas partes sino ruido de naves : soldados, armas, caballos y todo lo al. Ninguna cosa le aquejaba tanto como la falta del dinero, y el cuidado de encubrir sus intentos por temor que si los nuestros fuesen sabidores dellos, los hallaria apercebidos para la defensa, y para rechazar los contrarios. Por el uno y por el otro respecto con embajadores que envió al rey don Jaime de Aragon, le pidió dineros prestados, con color que se le habia revelado un señor moro su vasallo y entrado en Ceuta : cosa que por el sitio de aquella plaza, que está cerca del estrecho de Gibraltar, era de consideracion, y sino se prevenia con tiempo, podria acarrear daño á las marinas de Africa y de España. Cuanto mayor era el cuidado de encubrir estos deseños, tanto la mal enfrenada fama se aumentaba mas, como acontece en las cosas grandes; que fue la causa para que ni el rey de Aragon le enviase dineros (1), ni los de Castilla se descuidasen en apercebirse de lo necesario. Verdad es que todo procedia de espacio por la ausencia del rey don Alonso, y porque su hijo don Fernando se detenia en Burgos, donde aportó despues que visitó el reino.

Envió pues el moro en primer lugar desde Africa alcaides que se apoderasen y tuviesen en su nombre las ciudades de Algecira y Tarifa, segun concertó que se las entregaria el rey de Granada, para que sirviesen como de baluartes, asiento y reparo de la guerra que se aparejaba. Despues desto echó en España gran gente africana, en número diez y siete mil caballos, y dado que no se refiere el número de los infantes, bien se entiende fueron muchos, conforme á la hazaña que se emprendia y el deseño que llevaban. Lo primero que se procuró, fue de reconciliar todos los moros entre sí, y hacer olvidasen las discordias pasadas; lo cual con la autoridad del rey de Marruecos y á su persuacion se efectuó que se avieron los de Málaga y Guadix con el rey de Granada. Tuvieron junta en Málaga para resolver en qué forma se haria la guerra. Fueron de acuerdo que la gente se dividiese en dos partes; porque no se embarazasen con su multitud, y para con mas provecho acometer las tierras de cristianos. Con esta resolucion el rey de Marruecos tomó cargo de correr la campaña de Sevilla: el de Granada se encargó de hacer entradas por las fronteras de Jaen.


Espada de Fernando III.

Era don Nuño de Lara, frontero contra los moros. Avisó al infante don Fernando que con toda presteza enviase toda la mas gente que pudiese, porque el peligro no sufria dilacion. El mismo arrebatadamente con la gente que pudo, se metió en Ecija por do era forzoso pasase el rey de Marruecos; ciudad bien fuerte, y que no se podia tomar con facilidad. Concurrió otrosí gran nobleza de las ciudades cercanas movidos por la fama del peligro, y convidados por las cartas que don Nuño les enviara. Confiados pues en la mucha gente, y porque los bárbaros no cobrasen mayor esfuerzo si los nuestros daban muestras de miedo, salió de la ciudad do se pudiera entretener, y puestos sus escuadrones en ordenanza, no dudó de encontrarse con el enemigo. Trabóse la pelea, en que si bien los moros al principio iban de caida, en fin vencieron por su muchedumbre, y los fieles fueron desbaratados y puestos en huida. El mismo don Nuño murió en la pelea, y con él docientos y cincuenta de á caballo, y cuatro mil infantes. Los demás se recogieron á la ciudad que caia cerca, como á guarida; lo que tambien dió á algunos ocasion para que no hiciesen el postrer esfuerzo. La cabeza de don Nuño, varon tan esforzado y valiente, enviaron al rey de Granada en presente, que le dió poco gusto por acordarse de la antigua amistad, y que por su medio alcanzó aquel reino que tenia : así la envió á Córdova para que junto con el cuerpo fuese sepultada.

Esta desgracia tan señalada, que sucedió el año de 1275 por el mes de mayo, causó gran tristeza en todo el reino no tanto por el daño presente cuanto por el miedo de mayor peligro que amenazaba. Al-

(1) Le envió quinientos soldados, diez navios, diez galeras y treinta bajeles menores, á sueldo del rey de Marruecos.

gun consuelo y principio de mejor esperanza fue que el bárbaro, aunque victorioso y feroz, no se pudo apoderar de la ciudad de Ecija; pero sucedió otra nueva desgracia. Esta fue que don Sancho arzobispo de Toledo con el triste aviso desta jornada, juntado que hobo toda la caballería que pudo en Toledo, Madrid, Guadalajara y Talavera, se partió á gran priesa para el Andalucía. Los moros de Granada talaban los campos de Jaen, robaban los ganados, mataban y cautivaban hombres, ponian fuego á los poblados, finalmente no perdonaban á cosa ninguna que pudiese dañar su furor y saña. A estos pues procuró de acometer el arzobispo con mayor osadía que consejo: herviale la sangre con la mocedad: deseaba imitar la valentía del rey su padre: pretendia quitar á los moros la presa que llevaban y dado que los mas cuerdos eran de parecer que debian esperar á don Lope de Haro, que sabian marchaba á toda furia y en breve llegaria con buen escuadron de gente; que no era justo ni acertado acometer con tan poca gente todo el ejército enemigo; prevaleció el parecer de aquellos que decian, si le esperaban, á juicio de todos seria suya la gloria de la victoria.

So color de honra buscaron su daño: trabada la batalla, que se dió cerca de Martos á los veinte y uno de octubre, fácilmente fueron los fieles vencidos así por ser menos en número, como por ser soldados nuevos, los moros muy ejercitados en el arte militar. La huida fue vergonzosa; los muertos pocos para victoria tan señalada. Prendieron al arzobispo don Sancho, y como quier que hobiese diferencia entre los bárbaros sobre de cual de los reyes seria aquella presa, y estuviesen á punto de venir á las manos, Atar señor de Málaga con la espada desnuda le pasó de parte á parte diciendo: «No es justo que »sobre la cabeza deste perro haya contienda entre »caballeros tan principales.» Muerto que fue, le cortaron la cabeza, y la mano izquierda en que tenia el anillo pontifical. Este estrago fue tanto de mayor compasion y lástima que pudieran los bárbaros ser destruidos en aquella pelea, si los nuestros tuvieran un poco de paciencia, y no fueran tan amigos de su honra; porque don Lope de Haro sobrevino poco despues, y con su propio escuadron volvió á la pelea, y con maravillosa osadía forzó los moros á retirarse, pero no pudo vencellos á causa de la escuridad de la noche que sobrevino.

El cuerpo, mano y cabeza del arzobispo don Sancho, todo rescatado á precio de mucho oro, enterraron en la capilla real de Toledo título de Santa Cruz, en que estaban sepultados el emperador don Alonso y su hijo don Sancho el Deseado. Sucedióle don Hernando abad de Covarruvias en el arzobispado; y amovido este á cabo de seis años por mandado del padre santo, que nunca quiso confirmar ni aprobar esta eleccion, antes él mismo renunció el arzobispado, sucedió en la silla de Toledo por eleccion del papa don Gonzalo Segundo deste nombre, que primero fue obispo de Cuenca y despues de Burgos. Este dicen que fue cardenal y Onuphrio lo afirma: en Santa María la Mayor en Roma hay un sepulcro de mármol, suyo segun se dice, con esta letra.

HIC DEPOSITUS FUIT QUONDAM DOMINUS GONSALVUS EPISCOPUS ALBANENSIS. OBIIT ANO DOMINI M. CC. LXXXXVIIII.

Quiere decir: Aquí yace don Gonzalo obispo que ya fue Albanense. Finó año del Señor mil y docientos y noventa y nueve: fue natural de Toledo, del linaje de los Gudieles á lo que se entiende.

El año en que vamos, por estos desastres aciago, le hizo mas notable la muerte del infante don Fernando: murió de enfermedad en Villa-Real por el mes de agosto. Iba á la guerra de los moros, y esperaba en aquella villa las compañías de gente que se habian levantado, cuando la muerte le sobrevino. No es menos sino que todo el reino sintió mucho este desman y faltas, endechas y lutos asaz: su cuerpo enterraron en las Huelgas. Su muerte causó al presente gran tristeza, y adelante fue ocasion de graves discordias, como quiera que el infante don Sancho su hermano porfiase que le venia á él la sucesion del reino por ser hijo segundo del rey don Alonso que todavía vivia: si bien don Fernando dejó dos hijos de su mujer la infanta doña Blanca, llamados don Alonso y don Fernando, encarecidamente encomendados al tiempo de su muerte á don Juan de Lara, que fue hijo mayor de don Nuño de Lara.

El infante don Sancho como mozo que era, de ingenio agudo y de grande industria para cualquier cosa que se aplicase, en aquel peligro de la república se hizo capitan contra los moros, y con su valor y diligencia refrenó la osadía de los enemigos. Puso guarniciones en muchos lugares; y escusó la pelea con intento que el ímpetu con que los bárbaros venian, se fuese resfriando con la tardanza, que fue un consejo saludable. Tambien se alteraron los moros de Valencia, que nunca fueron fieles (1); y entonces perdido el miedo por la vejez del rey don Jaime, y llenos de confianza por lo que pasaba en el Andalucía, al principio de aquella guerra se estuvieron quedos y á la mira de lo que sucedia: como supieron que los suyos vencian, se resolvieron juntar con ellos sus fuerzas, y á cada paso en tierra de Valencia se hacian conjuraciones de moros, si bien don Pedro infante de Aragon por mandado de su padre era ido con un escuadron de soldados á las fronteras de Murcia, y destruian los campos de Almería con quemas y robos.

Las cosas de los navarros no andaban mas sosegadas en aquel tiempo. Como Philipe rey de Francia hobiese concertado á doña Juana heredera de aquel reino con su hijo Philipe, que le sucedió despues y tuvo sobrenombre de Hermoso, envió por virey de Navarra á Esteban de Belmarca de nacion francés, quitado aquel cargo á Pedro de Montagudo. No tenia bastante autoridad un hombre forastero para apaciguar los alborotos que andaban, y aquellas parcialidades tan enconadas; mayormente que Pedro de Montagudo movido de la afrenta que se le hizo en removelle del gobierno, y García Almoravides que siempre se mostró aficionado á los reyes de Castilla, se declararon por caudillos de los alborotados. Dentro de la misma ciudad de Pamplona se trabaron pasiones, y vinieron á las manos el un bando con el otro. La porfía y crueldad fue tal que se quemaban las mieses, y batian á las paredes los hijos pequeños con mayor daño del bando que seguia á los franceses. Al mismo Pedro de Montagudo, que pasado el primer desgusto, inclinaba al bando francés, y que hora fuese por deseo de quietud, hora á persuasion de otros, ya tenia pensado de pasarse á su parte; como lo entendiesen los del bando contrario, le mataron. Indigno de tal desastre por sus muchas virtudes, de que ningun ciudadano de su tiempo era mas adornado: varon noble, rico, de buena presencia, prudente, y de grandes fuerzas corporales.

CAPITULO II.

De la muerte del rey don Jaime de Aragon.

El año siguiente, que del nacimiento de Cristo se contaba 1276, fue señalado por la muerte de tres pontífices romanos: estos fueron Gregorio Décimo, Inocencio Quinto y Adriano Quinto. El pontificado de Inocencio fue muy breve, es á saber de cinco me-

(1) Los mas revoltosos fueron echados de Valencia en el año 1247, en numero de cien mil personas.

ses y dos dias. El de Adriano de solos treinta y siete dias, en cuyo lugar sucedió Juan Vigésimo-primero deste nombre, natural de Lisboa, hombre de grande ingenio: de muchas letras y doctrina, mayormente de dialéctica y medicina, como dan testimonio los libros que dejó escritos en nombre de Pedro Hispano, que tuvo antes que fuese papa. Hay un libro suyo de medicina, que se llama Tesoro de pobres. Su vida no fue mucho mas larga que la de sus antecesores. A los ocho meses y ocho dias de su pontificado en Viterbo murió por ocasion que el techo del aposento en que estaba se hundió. Sucedióle Nicolao Tercero natural de Roma, y de la casa Ursina. En este mismo tiempo en Castilla se abrian las zanjas y echaban los cimientos de guerras civiles que mucho la trabajaron. Fue así que el infante don Sancho granjeaba con diligencia las voluntades de la nobleza y del pueblo: usaba de halagos, cortesía y liberalidad con todos, como quiera que todo esto faltase en el rey su padre, por do el pueblo habia comenzado á desgraciarse. Aumentó este disgusto la jornada de Francia tan fuera de sazon y propósito; y casi siempre acontece que á quien la fortuna es contraria, le falta el aplauso de los hombres.

Deseaba el vulgo novedades, y juntamente (como acontece) las temia: algunos de los principales á punto de alborotarse, otros por ser mas recatados se entretenian, disimulaban y estaban á la mira. Don Lope de Haro, que era de tanta autoridad y prendas, se habia reconciliado en Córdova con el infante don Sancho: con los moros, cuya furia algun tanto amansaba, se asentaron treguas por espacio de dos años; el rey de Marruecos hecho este concierto desde Algecira, do tenian sus reales y su gente, pasó en Africa. Don Sancho á gran priesa se fue á Toledo con color de visitar al rey su padre, que poco antes de Francia por el camino de Valencia y de Cuenca era llegado á aquella ciudad, fuera de que publicaba tener negocios del reino que comunicar con él. Esta era la voz: el cuidado que mas le aquejaba, era de asentar el derecho de su sucesion, que pretendia encaminar con voluntad de su padre y de los grandes. Comenzóse á tratar este negocio: encargóse don Lope de Haro de dar principio á esta prática que dió mucho enojo al rey don Alonso: llevaba mal se tratase en su vida tan fuera de sazon de la sucesion del reino, junto con que se persuadia que conforme á derecho sus nietos no podian ser escluidos, y por el amor que en particular les tenia, pesábale grandemente que se tratase de hacer novedad. Mas por consejo del infante don Manuel su hermano, ya grande amigo de don Sancho, se determinó que se llamasen y juntasen córtes en Segovia, con intento que allí se determinase esta diferencia. Tratóse el negocio en aquellas córtes, y ventiladas las razones por la una y por la otra parte, en fin se vino á pronunciar sentencia en favor de don Sancho: si con razon y conforme á derecho, ó contra él, no se sabe, ni hay para que aquí tratallo. Lo cierto es que prevaleció el respeto del procomun y el deseo del sosiego del reino. Todos se persuadian que si don Sancho no alcanzara lo que pretendia, no reposaria ni dejaria á los otros que reposasen. Su edad era á propósito para el gobierno, su ingenio, industria y condicion muy aventajadas: el amor que muchos le tenian, grande, su valor muy señalado. Esto pasaba en Castilla.

En Aragon el rey don Jaime usaba de toda diligencia para sosegar el alboroto de los moros, si pudiese por maña, y si no por fuerza. Con este intento discurria por las ciudades, villas y lugares del reino de Valencia: hobo en diversas partes muchos encuentros; cuándo los unos vencian, cuándo los otros. En particular al tiempo que el rey estaba en Játiva, los suyos fueron destrozados en Luxen: el estrago fue tal y la matanza que desde entonces comenzó el vulgo á llamar aquel dia, que era martes, de mal agüero y aciago. Murió en la batalla Garcí Ruyz de Azagra hijo de Pedro de Azagra señor de Albarracin, noble príncipe en aquel tiempo: fue preso el comendador mayor de los Templarios. La causa principal de aquel daño fue el poco caso que hicieron del enemigo: cosa que siempre en la guerra es muy perjudicial. El rey por la tristeza que sintió de aquella desgracia, y por tener ya quebrantado el cuerpo con los muchos trabajos, á que se llegó una nueva enfermedad que le sobrevino, dejó el cuidado de la guerra al infante don Pedro su hijo, y él se fue á Algecira, que es una villa en tierra de Valencia. Allí aquejado del mal y desahuciado de los médicos, entregó de su mano el reino á su hijo que presente estaba: dióle asimismo consejos muy saludables para saberse gobernar. Esto hecho, él se vistió el hábito de San Bernardo con intento de pasar lo que le quedaba de vida en el monasterio de Poblete, en que queria ser enterrado. No le dió la dolencia tanto lugar, falleció en Valencia á veinte y siete de julio: príncipe de renombre inmortal por la grandeza de sus hazañas, y no solo valiente y esforzado, sino de singular piedad y devocion, pues afirman dél edificó dos mil iglesias: yo entiendo que las hizo consagrar ó dedicar conforme al rito y ceremonia cristiana, y de mezquitas de Mahoma las convirtió en templos de Dios.

En las cosas de la guerra se puede comparar con cualquiera de los famosos capitanes antiguos: treinta veces entró en batalla con los moros, y siempre salió vencedor, por donde tuvo sobrenombre y se llamó el rey don Jaime el Conquistador. Reinó por espacio de sesenta y tres años: fue demasiadamente dado á la sensualidad, cosa que no poco escureció su fama. De la reina doña Violante tuvo estos hijos: don Pedro, don Jaime, don Sancho el arzobispo ya muerto, doña Isabel reina de Francia, doña Violante reina de Castilla, doña Constanza mujer del infante don Manuel; otras dos hijas, María y Leonor, murieron niñas: todos estos fueron hijos legítimos. De doña Teresa Egidia Vidaura tuvo á don Jaime señor de Exerica, y á don Pedro señor de Ayerve, que á la muerte declaró por hijos legítimos, y llamó á la sucesion del reino caso que los hijos de doña Violante no tuviesen sucesion.

De otra mujer de la casa de Antillon hobo á Fernan Sanchez, el que arriba contamos que fue muerto por su hermano. Deste decienden los de la casa de Castro, que se llamaron así á causa de la Baronía de Castro, que tuvo en heredamiento. De Berenguela Fernandez dejó otro hijo llamado Pero Fernandez, á quien dió la villa de Hijar: de todos decendieron muy nobles familias en el reino de Aragon. Lo que mas es de considerar que en la sucesion del reino sustituyó los hijos varones de doña Violante, doña Constanza y doña Isabel sus hijas despues de los cuatro hijos arriba nombrados, y declarados por legítimos; pero con tal condicion que ni sus madres ni ninguna otra mujer pudiese jamás heredar aquella corona. Dejó mandado á su hijo echase los moros del reino por ser gente que no se puede jamás fiar dellos: mandamiento que si en aquella edad, y aun en la nuestra y de nuestros padres se hobiera puesto en ejecucion, se escusaran muchos daños, porque la obstinacion desta gente no se puede vencer ni ablandar con ninguna arte, ni su deslealtad amansar con ningunas buenas obras: no hacen caso de argumentos y razones, ni estiman la autoridad de nadie.

El infante don Pedro dado que su padre era muerto, no se llamó luego rey: solo se nombraba heredero del reino en sus provisiones y cartas hasta tanto que se coronase, que se hizo en Zaragoza despues de apaciguados los alborotos de Valencia, y fue á diez y seis de noviembre: esta honra se guardó para aquella nobilísima y hermosísima ciudad: la reina

tambien fue coronada, y los caballeros principales, hecho su pleito homenaje, juraron á don Alonso su hijo, que entonces era niño, por heredero de aquellos estados. A don Jaime hermano del nuevo rey se dieron las islas de Mallorca y Menorca con título de rey, como su padre lo dejó mandado en su testamento, y como arriba queda dicho que lo tenia determinado: diéronle otrosí el condado de Ruysellon y lo de Mompeller en Francia. Tuvo este príncipe por hijos á don Jaime, don Sancho, don Fernando, don Felipe. Esta division del reino fue causa de desabrimientos y sospechas que nacieron entre los hermanos, que adelante pararon en enemistades y guerras. Quejábase don Jaime que le quitaron el reino de Valencia, del cual le hizo tiempo atrás donacion su padre, y que por el nuevo corte que se dió, quedaba por feudatario y vasallo de su hermano, cosa que le parecia no se podia sufrir: su cólera y su ambicion sin propósito le aguijonaban, y aun le despeñaban sin reparar hasta tanto que le despojaron de su estado.

CAPITULO III.

Que las discordias de Navarra se apaciguaron.

Lo de Navarra no andaba mas sosegado que las otras partes de España, antes ardia en alborotos y discordias civiles: cada cual acudia al uno de los bandos. Philipo rey de Francia como se viese encargado de la defensa y amparo del nuevo reino, determinó de ir en persona á sosegar aquellas revueltas con mucha gente de guerra que consigo llevaba. Era el tiempo muy áspero, y las cumbres del monte Pirineo por donde era el paso, cargadas y cubiertas de nieve: allegábase á esto la falta de los bastimentos á causa de la esterilidad de la tierra. Movido por estas dificultades él se volvió del camino, envió en su lugar á Carlos conde de Arrás con la mayor parte y mas escogida de su gente. Era este caballero persona de grande autoridad por ser tio de la reina Juana: así con su llegada hizo mucho efecto. El bando contrario maltratado por los franceses, junto á un pueblo llamado Reniega, se retiró á un barrio de Pamplona que se llama Navarrería: íbanles los franceses á los alcances y apretábanles por todas partes. Por esto García de Almoravides caudillo de aquella gente, y en su compañía sus parientes y aliados con la escuridad de la noche por entre las centinelas contrarias se fueron por la parte que cada cual pudo por poblados y despoblados, y se salieron de toda la tierra. Algunos dellos fueron á parar á Cerdeña, en que por haber hecho allí su morada hay generacion dellos el dia de hoy. Pamplona fue tomada de los enemigos, y le echaron fuego. Los que quedaron despues deste estrago escarmentados con el ejemplo de los otros tuvieron por bien de sosegarse: otros acusados por rebeldes y alborotadores del reino, llamados, como no compareciesen, fueron en ausencia condenados de crimen *læsæ majestatis*, y se ausentaron de su patria.

El general francés, apaciguada que fue la discordia de los navarros, y fundada la paz de la república, pasó en Castilla al llamado del rey don Alonso, y dél fue muy bien recebido y tratado magnífica y espléndidamente, como pariente muy cercano que era. Con la mucha familiaridad y conversacion del rey don Alonso se adelantó á decir que no le faltaban á él cortesanos de la misma casa del rey de Francia, que le diesen aviso y descubriesen los secretos del rey y de sus grandes. Esto quier fuese verdad, ó fingido para tentar el ánimo del francés, él lo tomó tan de veras que desde entonces Broquio camarero del rey de Francia comenzó á ser tenido por sospechoso. Acrecentaron la sospecha unas cartas suyas que enviaba al rey don Alonso en cifra, que vinieron en poder de los que le calumniaban, por haberse muerto en el camino el correo que las llevaba. Pasó el negocio tan adelante que fue condenado en juicio y pagó con la cabeza; pero esto avino algun tiempo adelante.

Doña Violante reina de Castilla como viese que la edad de sus nietos (que ella mucho queria) era menospreciada, y que anteponian á don Sancho, y que ella no estaba muy segura (en tanta manera pervierte todos los derechos la execrable codicia de reinar) pensó de huirse: con este intento hizo que el rey de Aragon su hermano viniese al monasterio de Huerta so color de querelle allí hablar. Acompañaban á la reina sus nietos por manera de honralla, y así con ellos se entró en Aragon: procuró de estorbárselo el rey don Alonso desque supo lo que pasaba, pero fue por demás. El pesar que con esto recibió, fue tal y el coraje que ninguna pérdida suya ni de su reino le pudiera entristecer mas. El enojo y saña del rey se volvió contra aquellos que creyó ayudaron y tuvieron parte en la partida de la reina: mandó prender en Burgos, donde el rey y don Sancho eran idos de Segovia, al infante don Fadrique su hermano, y á don Simon Ruiz de Haro señor de los Cameros, varon de alto linaje y de muy antigua nobleza. Ardia la casa real y la córte en discordias, y eran muchos los que favorecian á los nietos del rey. Simon Ruiz fue quemado en Treviño por mandado de don Sancho: á don Fadrique hizo cortar la cabeza (1) en Burgos con grande odio del nuevo principado, pues eran estas las primeras señales y muestra que daba, mayormente que sin ser oidos los condenaron.

Los mas estrañaban este hecho, conforme cómo á cada cual le tocaban los muertos en parentesco ó amistad, pero el odio estaba secreto y disfrazado con la disimulacion. Enviáronse embajadores el un rey al otro: el rey de Castilla pedia que se le enviase su mujer, y que aprobase la eleccion de don Sancho; escusábase el rey de Aragon con que no estaba aun del todo determinado el negocio, y alegaba que en su reino tenian refugio y amparo cuantos á él se acogiesen, cuánto mas su misma hermana. Pasaron tan adelante que hobiera el de Aragon movido guerra á Castilla (como algunos pensaban) si la rebelion de los moros de Valencia no le embarazara; los cuales, confiados en la venida del rey de Marruecos, con las armas se apoderaron de Montesa; pero estos movimientos tuvieron mas fácil fin de lo que se pensaba. Los moros despedidos de la esperanza del socorro de Africa que esperaban, entregaron al rey el mes de agosto año de nuestra salvacion 1277 á Montesa y otros muchos castillos que tomaran.

En este tiempo el rey don Alonso era venido de Burgos á Sevilla; de allí envió grande armada y mucha gente de guerra á cercar á Algecira por mar y por tierra. Aquella guerra ante todas cosas tenia los ánimos de los fieles puestos en cuidado: temian que los africanos por la vecindad de los lugares y por tener ya asiento en España y guarida propia, no acudiesen muchas veces á nuestras riberas: sin embargo las discordias civiles por otra parte les tenian los ánimos tan ocupados que no se les daba mucho de todo lo al; todavía intentaron de quitalle aquel nido. El verano fue don Pedro hijo del rey don Alonso con poderoso ejército á la conquista de aquella ciudad. Dió la vuelta sin hacer algun efecto con mucha deshonra y pérdida de su gente, y nuestra armada por estar falta de marineros y de soldados con la venida del rey de Marruecos fue desbaratada y presa: deshízose el campo, los soldados unos se fueron á una parte, otros á otra. Hay quien diga que en aquel tiempo el rey de Marruecos edificó otra nueva Alge-

(1) Segun la crónica fue ahogado y Ferreras dice que los ministros lo quemaron dentro de su casa.

otra poco distante de la primera. El cuerpo del rey don Jaime se llevó de Valencia, donde le depositaron en un sepulcro junto al altar mayor de la iglesia catedral, y se trasladó al monasterio de Poblete, entrado ya el verano. Las exequias del difunto se celebraron espléndidamente con gran concurso de caballeros principales que se juntaron en Tarragona por mandado del nuevo rey (1).

CAPITULO IV.

De diversas hablas que tuvieron los reyes.

Con la partida de la reina doña Violante los reyes de Castilla y Francia comenzaron á estar muy cuidadosos por respeto de los niños infantes. El cuidado por entrambas partes era igual los intentos diferentes y aun contrarios. El de Castilla quisiera estorbar que no se pasasen en Francia, do para su inocente y tierna edad tenian muy cierta la acogida y el amparo, en especial que don Sancho su hijo le ponía en esto con el deseo que tenia de asegurarse, sin descuidarse de continuar en granjear las voluntades de grandes y pequeños con la nobleza de su condicion, agudeza de ingenio, y agradables costumbres; y con valor y diligencia apercebirse para todo lo que podia suceder. El de Francia temia que si venian á manos y poder de su tio, correrian peligro de las vidas, por lo menos de perder la libertad. Sabia muy bien cuan deseosos son los hombres naturalmente de mando, y que la ambicion es madre de crueldad y fiereza. Habíanse enviado sobre esta razon diversas veces de parte de Castilla y de Francia muy solemnes embajadas al rey de Aragon: cosa muy honrosa para aquel príncipe, que fuese como juez árbitro para concertar dos reyes tan poderosos, muy á propósito para sus intentos tener suspensos aquellos príncipes y en su poder los dos infantes. Ventilado el negocio, finalmente se acordó que doña Violante tornase con su marido, y que los infantes quedasen en Aragon sin libertad de poder ausentarse: lleváronlos al castillo de Játiva, y allí los pusieron á recado.

Esta resolucion dió mucha pena á doña Blanca su madre por parecelle que en quien fuera justo hallar amparo, allí se les armaba celada, y con nuevos engaños les quitaban la libertad. Partióse pues para Aragon; mas no alcanzó cosa alguna, porque las orejas del rey las halló sordas á sus ruegos y lágrimas: no hacia caso de todo lo que se podia decir y pensar á trueco de enderezar sus particulares. Desde allí muy enojada pasó en Francia á hablar al rey su hermano, y movelle á hacer la guerra contra Castilla y Aragon, si no condescendian con lo que era razon, y ella pretendia. Era muy á propósito el reino de Navarra, que se tenia por los franceses, para estos intentos, por confinar contra Castilla y Aragon por diversas partes. Puso esto en cuidado al rey de Aragon y al infante don Sancho para tomar acuerdo de lo que se debia hacer, determinaron venir á habla. Señalaron para ello cierto lugar entre Requena y Buñol: acudieron allí, y se juntaron el dia aplazado á catorce de setiembre del año del Señor de 1279. En esta junta y habla, echados á parte todos los desabrimientos y enojos pasados, trabaron entre sí amistad y pusieron confederacion para valerse al tiempo de necesidad.

Concluida esta habla, el rey de Aragon tomó el camino de Cataluña, que estaba alterada por las discordias de la gente principal. Armengol de Cabrera era el principal atizador de estas revueltas, hijo de Alvaro de Cabrera, al cual el rey poco antes diera el condado de Urgel como á su feudatario y por respeto del conde de Fox: todo esto no bastó para ganalle. El rey visto lo que pasaba, se puso sobre la ciudad de Balaguer cabecera de aquel estado: prendió al dicho Armengol y á su tio Rogerio Bernardo, conde de Fox con otros señores que dentro halló: túvolos presos largo tiempo, en especial al de Fox que se le rebelara mas veces y mas feroz se mostraba: con tanto calmaron las alteraciones de los catalanes. Don Sancho se encaminó á Badajoz donde su padre estaba, que era venido desde Sevilla á verse con don Dionisio su nieto rey de Portugal con intento de hacer las paces entre él y don Alonso su hermano, al cual pretendia por fuerza de armas echar del estado que su padre le dejó en Portugal. Alegaba diversas razones para dar color á esta su pretension, de que recebian mucho descontento las gentes de Portugal por ver que entraba con tan mal pie en el reino, y que apenas era muerto su padre, cuando pretendia despojar á su hermano y trabar con él enemistad. Falleció en Lisboa al principio deste mismo año el rey don Alonso de Portugal padre de don Dionisio. Vivió setenta años, reinó treinta y dos: en el monasterio de Santo Domingo de aquella ciudad que él edificó, enterraron su cuerpo.

Don Sancho luego que se hobo visto con su padre, fue por su órden á hacer levas de gente por todo el reino, y apercebirse de soldados contra el rey de Granada, que á la sazon sabia estar ocupado en la obra del alcázar de aquella ciudad llamada el Alhambra (1), fábrica de gran primor y en que gastó gran tesoro, ca era este rey moro no menos diestro en semejantes primores que en el arte militar. Para movelle guerra no podian faltar achaques, y siempre los hay entre los príncipes cuyos estados alindan: lo que yo sospecho es que el rey de Granada en la guerra de Algecira dió favor al de Marruecos; de lo cual por estar agraviados los nuestros, en el asiento que se tomó poco antes desto con los africanos, no fueron comprendidos los de Granada. Dionisio rey de Portugal sea por no fiarse de su abuelo como quier que sean dudosas é inconstantes las voluntades de los hombres, sea por pensar se inclinaba mas á su hermano (como de ordinario siempre favorecemos la parte mas flaca, y aun el que es mas poderoso, en cualquier diferencia, puesto que tenga mejor derecho, siempre parece que hace agravio) si bien habia llegado á Yelves, que está tres leguas de Badajoz, repentinamente mudado de parecer volvió atras. Fue grande el enojo que el rey don Alonso recibió por esta liviandad: así perdida la esperanza de verse con su nieto, muy desabrido dió la vuelta para Sevilla.

En este tiempo Conrado Lanza general de la mar por el rey de Aragon, persona de grande autoridad para con todos por ser pariente cercano de la reina doña Costanza, con una armada que aprestó de diez galeras, corrió las marinas de Africa, mayormente las de Tudela y Tremecén en castigo de que aquellas ciudades no querian pagar el tributo que algunos años antes concertaron: cierto autor afirma que esta empresa fue y se enderezó para meter en posesion del reino de Túnez á Mirabusar, á quien su hermano le echara dél. Todos concuerdan que la presa que de allí llevaron los aragoneses, fue grande, y que en el estrecho de Gibraltar de diez galeras que encontraron del rey de Marruecos y las vencieron, parte tomaron, parte echaron á fondo. El rey de Aragon en Valencia, donde se entretenía muy de ordinario, hizo donacion á don Jaime su hijo, habido fuera de

(1) El cadáver fue llevado á Poblet; pero cuando en la última guerra civil se arruinó este precioso monumento fue trasladado á la catedral de Tarragona, donde hemos tenido ocasion de admirar su agigantada estatura y el buen estado en que se conserva; pues hasta la cicatriz que tenia en la frente se reconoce.

(1) Reservamos para la época de la conquista de Granada presentar todas las bellezas interiores de este precioso palacio, objeto de admiracion universal.

matrimonio, del estado de Segorbe por el mes de noviembre.

En Castilla de cada dia se aumentaba la aficion que los naturales tenian al infante don Sancho, y aun á muchos parecia que trataba de cosas mayores de lo que al presente mostraba; y que luego que concluyese con los sobrinos, menospreciaria á su padre, que ya por su edad iba de caida, y le quitaria el mando y la corona. El padre por su gran descuido de ninguna cosa menos se recataba que desto, sin saber las prácticas de su hijo así las públicas como las secretas. Partió pues don Sancho el año luego siguiente de 1280 á la primavera con el ejército que tenia levantado, la vuelta de Jaen, y con nuevas compañías que su padre le envió desde Sevilla aumentado su ejército, entró muy pujante por las fronteras de Granada, taló y robó toda la campaña sin parar hasta ponerse á vista de la misma ciudad: quemó muchas aldeas y pueblos, recogió gran presa de gente y de ganados, con que volvió á Córdova: desde allí acompañó á su padre hasta Sevilla. Con el buen suceso desta guerra ganó mayor autoridad, y granjeó del todo las voluntades de la gente: cosa que él estimaba en mas que todas las demás ganancias, por asegurarse en la sucesion del reino, que era el cuidado que mas le aquejaba. Principalmente que Philipe rey de Francia con la aficion que tenia á los dos infantes sus sobrinos, hacia instancia que fuesen puestos en libertad, y que en lugar de su abuelo que los pedia, se los entregasen á él. Envió pues sobre esta razon embajadores á los dos reyes: llevaron órden que al principio tratasen el negocio amigablemente, ca no tenia perdida la esperanza que hobiesen de dar oidos á tan justa demanda; si no se allanasen como deseaba, les diesen á entender que tendrian en los franceses enemigos mortales: que él estaba resuelto de amparar la inocente edad de aquellos mozos por todas las vias y maneras que pudiese.

Como los nuestros no se moviesen por amenazas ni por ruegos, se trató y acordó que para tomar algun medio, y en presencia componer todas las diferencias, los tres reyes se juntasen á habla, para lo cual se dieron unos á otros la palabra y seguridad bastante. Con esta determinacion el rey de Francia llegó á Salvatierra, el rey de Castilla á Bayona, ciudad que está en los pueblos dichos antiguamente Tarbellos en los confines de Guiena. No se juntaron los reyes para tratar de las condiciones y del asiento: el infante don Sancho desbarató la junta con su astucia y con sus mañas, por temer no alcanzasen de su padre, que claramente via estar aficionado á los nietos, alguna cosa que le empeciese á él. Lo que solamente se pudo alcanzar, fue que Carlos príncipe de Taranto hijo del rey de Sicilia interviniese entre los reyes, y llevase los recados de la una parte á la otra; y sin embargo no se concluyó cosa ninguna porque todos los intentos de los príncipes desbarataba con sus mañas don Sancho, si bien lo que los franceses pedian, parecia muy justificado, esto es, que se le diese al infante don Alonso la ciudad de Jaen con nombre de rey, y como á feudatario y dependiente de los reyes de Castilla.

Desbaratada que fue la junta, todavía los reyes de Francia y Aragon se vieron en Tolosa para tratar deste negocio entre sí. El fruto desta habla no fue mayor que el de antes, en tanto grado que parecia hacian burla del rey de Francia. Solo se sacó desta junta que el rey de Francia prometió debajo de juramento dejaria el estado de Mompeller á don Jaime rey de Mallorca, porque antes desto pretendia ser suyo y quitársele. Muy alegre quedó el infante don Sancho de que con todo el esfuerzo que aquel rey hizo, y con tantas porfías, no se habia alcanzado de los reyes cosa alguna que fuese en pro de los infantes sus sobrinos. Solo se recelaba de la inconstanci de su padre, por la compasion que mostraba tener de aquella tierna edad, no viniese á favorecer los nietos, ca de estar mudado de parecer se vian manifiestas señales; y muchos, que con diligencia y cuidado consideran los enojos de los príncipes y sus inclinaciones, por entender esto no cesaban de irritar al rey don Alonso contra su hijo, y contalle y encarecelle sus desacatos. Decian que estaba apoderado de todo el gobierno, que todo lo trastornaba y revolvia conforme á su antojo: que no estimaba en nada su real autoridad y grandeza.

Era el rey don Alonso de ingenio vario, mudable, doblado: tenia en sus acciones una maravillosa inconstancia, falta que con la edad suele tomar mas fuerza. Don Sancho por entender estas cosas determinó ayudarse de socorros estraños y de fuera, y hacerse amigo del rey de Aragon y prendelle, en que puso mucha diligencia. Envióle sobre esta razon y con este intento sus embajadores, primero á don Gonzalo Giron maestre de Santiago, despues al marqués de Monferrat: la suma de la embajada era que se juntasen para tratar de sus haciendas y de cosas de mucha importancia. Acordado esto, los reyes don Alonso, don Pedro, y tambien el infante don Sancho se juntaron entre Agreda y Tarazona en un pueblo que se llama el Campillo. Fue esta junta á veinte y siete de marzo del año de 1281. Asentóse confederacion entre aquellos dos reinos de tal guisa que los que fuesen amigos de uno, fuesen amigos del otro, y lo mismo de los enemigos sin esceptuar á persona alguna: que el que primero quebrantase este concierto, pagase de pena diez y seis mil libras de plata. Dieron al rey de Aragon en esta junta á Palazuelos, Teresa, Jera, Ayora; y á don Manuel hermano del rey don Alonso; cuyas eran estas villas, dieron en recompensa la villa de Escalona.

Esto fue lo que se trató en público: de secreto se acordó que los dos reyes acometiesen el reino de Navarra, y se enseñoreasen dél: señalaron otrosí la parte que á cada cual habia de pertenecer acabada la conquista, ultra desto se le concedió á don Sancho que los infantes estuviesen en el castillo de Játiva á buen recado. El cual despedida la junta, en Agreda donde fué con los dos reyes, para obligar mas al rey de Aragon y ganalle mas la voluntad le prometió y aseguró muy de veras que como su padre falleciese, le dejaria todo el reino de Navarra para que le incorporase en la corona de Aragon, y ultra desto le daria en Castilla la villa de Requena con todos los lugares de su jurisdiccion, que están hácia el reino de Murcia y á la raya del de Valencia. Andaba su partido en balanza, y su ánimo dudoso entre el miedo y la esperanza: por esto no le parecia vergonzoso y feo comprar su seguridad á costa de tantas promesas.

Don Juan Nuñez de Lara en aquellos tiempos varon grave y poderoso segun se ve en las historias, era señor de Albarracin por via de dote con doña Teresa hija de don Alvaro de Azagra que fue señor de Albarracin, y por consiguiente nieta de don Pedro Rodriguez de Azagra. Dende allí por la fortaleza del lugar, y por estar á las rayas de Aragon y Castilla tenia costumbre de hacer correrias en ambas partes y solia llevarse muchos despojos, además que recebia debajo de su amparo y proteccion á todos aquellos que de los dos reinos acudian á él por delitos que hobiesen cometido. Particularmente don Lope Diaz de Haro, señor tan poderoso, se vino y metió en aquella ciudad por estar muy mal enojado con don Sancho y con el rey de Castila á causa de la muerte del infante don Fadrique y del señor de los Cameros. Trataron entre sí don Sancho y el rey de Aragon en Tarazona de dar órden de conquistar aquella ciudad y deshacer á don Juan de Lara. El rey don Alonso se fué á Burgos á celebrar las bodas de sus hijos don Pedro y don Juan. A don Pedro dió por mujer una hija del señor

de Narbona, y á don Juan una hija del marqués de Monferrat; que fue lo mas que se sacó y se efectuó con tantas juntas y coloquios y vistas de reyes, tantos gastos y trabajos. España á esta sazon sosegaba, si bien parecia que la amenazaba alguna cruel tempestad, á causa de estar todas las voluntades así bien de los grandes, como de los pequeños, muy alteradas y desabridas, y la pretension que andaba sobre la sucesion del reino.

CAPITULO V.

Como don Sancho se rebeló contra su padre.

Las vehementes sospechas que entre don Sancho y su padre el rey don Alonso se despertaron, de pequeños principios poco á poco como acontece vinieron á parar en discordia manifiesta y en guerra. Llevaba mal el rey don Alonso verse á causa de su vejez poco estimado de muchos: dábale pena el deseo que sentia en sus vasallos de cosas nuevas. Para acudir á este daño tan grande, y ganar reputacion entre los suyos, con gente de guerra que juntó, se determinó hacer una nueva entrada en tierra de moros, con que les robó y taló la campaña y les hizo otros daños, dado que su edad era mucha, y el cuerpo tenia quebrantado por los muchos trabajos y pesadumbres. Ninguna cosa mas le aquejaba que la falta del dinero, cosa que desbarata los grandes intentos de los príncipes. Trataba de hacer algun medio para recogello. Parecióle que el camino mas fácil seria batir un nuevo género de moneda, así de cobre como de plata, de menor peso que lo ordinario, y mas baja de ley, y que tuviese el mismo valor que la de antes: mal arbitrio, y que no se sufre hacer sino en tiempos muy apretados y en necesidad estrema. Resultó pues desta traza un nuevo daño, es á saber que se encendió mas el odio que públicamente los pueblos tenian concebido contra el rey, mayormente que se decia por cosa cierta que en las causas civiles y criminales y en castigar los delitos no tenia tanta cuenta con la justicia como con las riquezas que las partes tenian; y que á muchos despojaba de sus haciendas por cargos y acusaciones fingidas que les imponian: cosa que no se puede escusar con ningun género de necesidad; y con ninguna cosa se ganan mas las voluntades de los vasallos para con su príncipe, que con una entereza y igualdad en hacer á todos justicia.

Envió por embajador á Francia á Fredulo obispo de Oviedo, francés que era de nacion. Echaron fama que para visitar al rey Philipo, y por su medio alcanzar del sumo pontífice la indulgencia de la Cruzada para los que fuesen á la guerra de los moros: el principal intento era comunicar y tratar con él la manera como pondrian en libertad á sus nietos, fuese por la compasion que tenia de aquella inocente edad, y por la aficion que tenia á los infantes como á sus nietos, ó lo que yo mas creo, por el aborrecimiento que habia cobrado á don Sancho su hijo, por cuyo miedo los años pasados mas que por su voluntad, los privó de la sucesion del reino. No se le encubrieron á don Sancho las pretensiones de su padre como quiera que no pueda haber secreto en semejantes discordias domésticas. Acordó de prevenirse, en particular para ayudarse del socorro de los moros se partió para Córdova: allí asentó confederacion con el rey de Granada, y para ganalle mas le soltó las dos partes del tributo que pagaba, partido que poco antes pretendió el moro del rey don Alonso, y él no lo quiso aceptar. Demás desto por negociacion del infante don Juan, que ya era del bando del infante don Sancho su hermano, los grandes de Castilla y de Leon, que muy de atrás andaban desabridos por la severidad del rey y su aspereza, se declararon por su hijo. La memoria fresca del triste suceso del señor de los Cameros y del infante don Fadrique atizaba mas estos desabrimientos.

Tratábanse estas cosas al principio del año de 1282 del nacimiento de Cristo nuestro Señor. En el mismo año por el mes de agosto en la villa de Troncoso se celebraron las bodas entre Dionisio rey de Portugal y doña Isabel hija mayor del rey de Aragon. Esta es aquella reina doña Isabel que por sus grandes virtudes y notable piedad es contada entre los santos del cielo, y su memoria se celebra en aquel reino con fiesta particular. Este rey sin tener respeto á su abuelo atraido con la destreza y mañas de don Sancho, se juntó con él y se declaró por su amigo y aliado sea por algun enojo que tenia con su abuelo, sea por tener por esta via esperanza de mejor partido y remuneracion. El rey don Alonso miraba poco las cosas por venir así por su larga edad, como por la comun tacha de nuestra naturaleza, que en sus propios negocios cada cual es menos prudente que en los ajenos: estorba el miedo, la codicia y el amor propio, y ciega para que no se vea la verdad. Hizo llamar á córtes para la ciudad de Toledo, por ver si en alguna manera se pudieran sosegar las voluntades de su hijo y de la gente principal sin poner mano á las armas. Por seguir el camino mas blando, que era apaciguallos amigablemente, ni se apercibió como fuera menester, ni usó de bastante recato.

Don Sancho por otra parte confiado en el favor y ayuda de la nobleza, y por estorbar la traza y ardid de su padre llamó asimismo á córtes para Valladolid: acudió á su llamado mucha mas gente que á Toledo (1). Tenia deseo de dejar sucesion: casó con doña María hija de don Alonso señor de Molina, que era su parienta en tercero grado. Deste matrimonio le nacieron don Fernando su primogénito y otros hijos. En aquellas córtes todo lo que se hizo, fue conforme al parecer de los grandes que alli se juntaron, porque don Sancho les otorgó todo aquello que se atrevieron á pedir así en pro de cada cual dellos, como para el público, además de muy mayores mercedes que les prometió para adelante: camino que le pareció el mejor de todos para ganar las voluntades de grandes y pequeños. Proveyéronse nuevos oficios y cargos, hiciéronse nuevas leyes: cuanto cada uno tenia de fuerzas y autoridad, tanta mano metia en el gobierno del reino. Cundió el deseo de cosas nuevas, y de levantarse contra su rey, y llegó hasta la gente vulgar. Tal era la disposicion de los corazones en aquella sazon, que hazaña tan grande como quitar el ceptro á su rey unos se atreviesen á intentalla, muchos la deseasen, y casi todos la sufriesen: sin faltar quien enmedio del aplauso y voceria llamase rey á don Sancho, y le diese nombre de padre de la patria

(1) Se celebraron con asistencia de la reina doña Violante, don Sancho y los dos infantes sus hermanos, su tia, el infante don Manuel, los maestres de Calatrava y Santiago, los prelados, ricos hombres y diputados de las villas y ciudades; y á propuesta del infante don Manuel se dió el gobierno del estado á don Sancho. Hubo algunos diputados que quisieron tomase el título de rey; pero no lo quiso admitir. Daban por motivo de esta rebelion que el rey les habia hecho muchos desafueros, agravios é injusticias, violado los fueros y privilegios del reino. Hicieron entre sí hermandad, y se obligaron á obedecer al infante don Sancho y sus sucesores, quien por su parte se obligó á guardarles religiosamente todos sus fueros, privilegios, libertades etc. Además determinaron que se pudiesen juntar todos los años en Burgos el dia de la Trinidad por sí ó por sus procuradores; y que si alguno trajese órden del rey ó del infante heredero para impedir estas juntas anuales, fuese castigado con pena de la vida. Tambien que se nombrasen dos hombres buenos de cada lugar, los cuales debian juntarse cada año en donde la hermandad quisiese para oir las quejas, administrar justicia, y procurar la observancia de lo capitulado. Pero el infante don Sancho cuando se vió seguro en el trono se burló de todas las promesas que habia hecho.

con todos los demás títulos de príncipe. Mas él constantemente lo desechó con decir que mientras su padre fuese vivo no sufriria le quitasen el nombre y honra de rey, hora fuese por mostrarse modesto y despreciar un vano apellido pues en efecto todo lo mandaba, ó por encender mas las voluntades del pueblo con entretenellos.

Pasó el negocio tan adelante que sin embargo el infante don Manuel tio de don Sancho en nombre suyo y de los grandes por sentencia pública que se pronunció en las córtes, privó al rey don Alonso de la corona. Castigo del cielo sin duda, merecido por otras causas y por haberse atrevido con lengua desmandada y suelta, confiado en su ingenio y habilidad á reprehender y poner tacha en las obras de la divina Providencia, y en la fábrica y compostura del cuerpo humano: tal es la fama y voz del vulgo desde tiempo antiguo continuada de padres á hijos. Este atrevimiento castigó Dios con tratalle desta manera: revés que dicen él habia alcanzado por el arte de astrología en que era muy ejercitado, si arte se puede llamar, y no antes engaño y burla que siempre será reprendida, y siempre tendrá valedores. Añaden que deste conocimiento procedieron sospechas, y que con el miedo se hizo cruel: de que resultó el odio que le tenian, y del odio procedió su perdicion y caida. Las bodas del infante don Sancho se celebraron en Toledo: el aparato no fue muy grande por estar en víspera de la guerra civil todo revuelto.

El rey don Alonso reducido á estos términos, por verse desamparado de los suyos, acudió á pedir socorro y dineros prestados al rey de Marruecos: envióle en prendas su real corona que era de gran valor. Alonso de Guzman, señor de Sanlucar, por desabrimientos que tuvo con el rey don Alonso, residia á la sazon en Marruecos: la causa en particular no se sabe, lo cierto es que era estimado en mucho de aquel rey moro, y que le hizo capitan de sus gentes. Hoy dia se muestra una carta del rey don Alonso para él muy humilde por el aprieto en que se hallaba, que fue la mayor miseria, estar forzado á rogar y humillarse á su mismo vasallo que le tenia ofendido. Por la carta le ruega se acuerde de la amistad antigua que entre ellos habia, y de su nobleza: ponga en olvido los desgustos y cosas pasadas, y le favorezca en aquel aprieto: sea parte para que se le envien dineros y gente de guerra, pues puede y alcanza tanto con el rey moro. Prométele que tendrá perpétua memoria deste beneficio y servicio, y que en efecto podrá esperar de su benignidad cualquier cosa por grande y dificultosa que sea, que corresponderá en todo á su deseo.

El rey bárbaro lleno de esperanzas, y por parecelle se le ofrecia buena ocasion de mejorar su partido á causa de las discordias de Castilla, hizo aun mas de lo que se le pedia. Con acuerdo del rey don Alonso pasó en Algecira; y en Zahara villa del reino de Granada se vió con él. Usaron entre los dos de grandes comedimientos y cortesías. Dióselé al rey don Alonso mas alto lugar y silla: honra que se le hizo por ser huesped, y porque el de Marruecos ganó el reino que tenia. Don Alonso procedia de casta de reyes, y desde su niñez fue criado como quien habia de ser rey; por tanto era mayor su dignidad: que fueron todas razones del mismo bárbaro. Tratóse en esta habla de la forma que se debia tener en hacer la guerra, pues la esperanza de hacer y asentar paces con su hijo era ninguna, aunque desto tambien se movió plática. De las ciudades de la Andalucía Sevilla se tenia por el rey don Alonso, Córdova por don Sancho su hijo. Los moros tomaron á su cargo de cercar aquella ciudad como lo hicieron, despues de talar y robar los campos comarcanos. Acudió el rey don Alonso desde Sevilla al cerco con la gente de guerra que allí pudo ayuntar. Córdova se defendió valerosamente por el esfuerzo de los ciudadanos, y la buena diligencia de don Sancho, que se previno con presteza contra la venida de los enemigos. Así el rey moro á los veinte dias que puso el cerco, le alzó: para la priesa que traia, cualquier dilacion le era pesada. Todavia con voluntad del rey don Alonso pasó por Sierramorena, y llegó hasta Montiel: hizo gran daño en toda aquella tierra, y grandes despojos con que se volvió á Ecija. Este fue el fruto de la discordia civil y no otro.

Acudió allí el rey don Alonso; pero luego se retiró secretamente y se fué á Sevilla, de donde era venido por aviso que le dieron que el rey moro trataba de le prender: si fue verdad ó mentira, no se sabe. Lo que consta es que el moro mostró gran sentimiento y pesar de que en su lealtad se pusiese duda, en tanto grado que dejada España se pasó en Africa; restituyó empero á don Alonso mil caballos escogidos que con su licencia tiraban sueldo del rey moro, que fue señal de no ir de todo punto desabrido. Era caudillo desta gente Hernan Ponce: cuéntase, que como junto á Córdova se encontrasen con diez mil caballos de los enemigos, fue tan brava la carga que les dieron, que los rompieron y pusieron en huida: tan grande era su valor y esfuerzo, tan señalada su destreza, conocida y aprobada en muchas guerras. En Sevilla el rey don Alonso en una solemne junta que tuvo, privó á su hijo don Sancho de la sucesion del reino con palabras muy sentidas y graves, y mil denuestos y maldiciones que descargó sobre su cabeza, como se puede pensar de padre tan ofendido. Pasó esto á ocho dias del mes de noviembre. El infante don Sancho hacia poco caso de aquellas maldiciones y saña: renovó la confederacion con el rey de Granada, y en la comarca de Córdova, donde estaba, se apercebia pára todo lo que pudiese suceder: la gente de guerra pára que invernasen, repartió por aquellos lugares.

CAPITULO VI.

De la conjuracion que hizo Juan Prochita contra los franceses en Sicilia.

Este año fue notable no solamente por el desafuero que hicieron al rey don Alonso, y las discordias de Castilla, sino mucho mas por la conjuracion muy famosa de Juan Prochita. Este fue señor de la isla de Prochita, que cae junto á Sicilia, varon de grande ingenio, y que fue muy estimado y grande amigo del rey Manfredo: los años pasados por no ser maltratado de los franceses, que entonces tenian el mando y buscaban todas las ocasiones de descomponer la gente poderosa, se recogió á Aragon. Los reyes de Aragon don Jaime y don Pedro holgaron de su venida por ser persona de tanto valor, por medio del cual podrian cobrar los reinos de Sicilia y Nápoles, que pretendian contra derecho les quitaron. No solo le recogieron con mucha alegria y muestras de amor, sino le heredaron de grandes posesiones con que pudiese sustentar su vida, particularmente le dió el rey don Pedro en tierra de Valencia á Lujen, y á Benizan, y á Palma. Los gibelinos oprimidos por el mando que los franceses tenian en toda Italia, gente feroz y soberbia (así lo publicaban ellos) comenzaron á volver los ojos á los aragoneses, ca tenian esperanza que con su ayuda podrian desechar aquel pesadísimo yugo y imperio. Vió Italia en aquella sazon (lo que en el mas mísero cautiverio se puede esperar) que les vedasen el poder hablar libremente: señorío insufrible, y que se estendia hasta Roma, donde el rey de Nápoles, puesto allí en su vicario ó teniente, tenia el gobierno de todo con nombre de senador.

Nicolao pontífice romano procuraba con todas veras librar á Roma de aquella sujecion. Para esto lo primero que hizo, fue declarar por un edicto ó bula que ninguno en Roma pudiese ser senador mas que

por un año: quitó otrosí la facultad de los reyes y á sus parientes de poder tener y ejercitar aquel gobierno ó magistrado. A Cárlos rey de Sicilia le privó del nombre y autoridad de vicario, nombre de que usaba en Italia como lugarteniente de los emperadores, con color que esta era la voluntad del emperador Rodulfo. Todo esto aunque iba encaminado á enflaquecer las fuerzas del rey Cárlos, pero como era conforme á razon lo que se ordenaba, aun no se movian las armas ni se llegaba á rompimiento. Lo que algunos autores defienden, ó porfian, que el papa Nicolao tenia determinado hacer de la familia y casa Ursina de que él decendia, dos reyes en Italia, el uno en Lombardía y el otro en Toscana, para estorbar á los tramontanos la entrada de Italia, la mas frecuente fama y casi el comun consentimiento de todos lo condena como falso.

De cualquier manera que esto sea, Cárlos viudo de la primera mujer casó con hija del emperador Balduino desposeido: con esto trataba de volver á aquella pretension, y ayudar con sus fuerzas á Philipo su cuñado para recobrar el imperio de Constantinopla. Procuraba para salir con este intento de hacerse amigo de don Alonso rey de Castilla. Para mas prendalle procuró que le diese su hija doña Violante para casalla con el emperador Philipo. Estas pretensiones se deshicieron con las artes de los aragoneses, y aun expresamente se estableció en el Campillo, donde como dicho es los reyes se hablaron, que el rey de Castilla no emparentase con franceses. A doña Beatriz hija del rey Manfredo, hermana de doña Constanza reina de Aragon, la tenia el rey Cárlos presa sin querella en manera alguna poner en su libertad, aunque sobre ello habia sido importunado. Esto se juntaba con otras causas y razones de discordias y enojos.

Juan Prochita con la ocasion destas disensiones y desgustos intentó de cobrar su patria y estado: fue una y segunda vez á Constantinopla en hábito desconocido. Puso al emperador Paleologo, que ya antes tenia recelo de sus cosas, en mayor sospecha y cuidado. Avisóle que el rey Cárlos de Nápoles, juntadas sus fuerzas con las de Francia, tenia una poderosa armada puesta en órden para ir contra él: que los franceses tenian sus fuerzas enteras: á los griegos enflaquecian los bandos que entre ellos andaban, demás de otras desgracias, de tal manera que no podian resistir al poder de aquellos dos reyes. «Los sucesos de las guerras pasadas (dice) os pueden servir »de aviso. Séame lícito decir la verdad: en vos no »cabe soberviа, y es cosa muy loable y magnífica sa»berse el hombre gobernar en el enojo y peligro. ¿Por »ventura con estaros en vuestra casa entorpecido es»perareis que os acometan con la guerra, y que acre»centados con sus fuerzas y las de vuestros vasallos, »que andan desgustados y revueltos (lo que me pone »temor decillo) os echen de vuestro estado? Gran »carga teneis sobre los hombros, tal que si no la re»gis con maña, os oprimirá con su peso: mejor seria »que á vuestros enemigos les diésedes en qué enten»der en sus casas, porque los sicilianos con la memo»ria del antiguo gobierno, y por el aborrecimiento »que tienen al nuevo, están desgustados de suerte »que mas les falta cabeza á quien seguir, que deseo de »rebelarse. No cesan de importunar á los reyes de Ara»gon que les den socorro y se apoderen de toda la isla. »Fuera desto el pontífice romano está muy desgusta»do con los franceses: si ayudáredes sus pretensio»nes: sin duda con poco trabajo y costa ahorrareis »de grandes tempestades, y revolvereis sobre ellos el »daño que contra vos procuran. Finalmente os per»suadid que los franceses jamás os serán amigos. El »poder y fuerzas que alcanzan, ¿quién no lo sabe?»

El emperador tenia por cierto era verdad todo lo que Prochita le decia; mas no queria empeñarse mucho en el negocio, ni del todo declararse. Prometió que él ayudaria las pretensiones del rey de Aragon con dineros de secreto porque estas práticas no se entendiesen. Concertado esto, el Prochita se volvió á Italia: fuese á ver con el papa, que estaba en Roca Soriana junto á Viterbo. Avisóle de todo lo que pasaba, y con tanto dió la vuelta á Sicilia á tratar con los principales de la isla que se rebelasen. Fue el descuido ó seguridad de los franceses tal y el silencio de los conjurados, que jamás se entendió cosa alguna. Falleció en esta sazon el papa Nicolao: por su muerte fue puesto en su lugar Martin Cuarto natural de Turon de Francia; que favorecia el partido del rey Cárlos de tal manera que á contemplacion suya declaró por descomulgado al emperador griego, como á scismático, y que no queria obedecer á la iglesia Romana.

El rey de Aragon envió al nuevo sumo pontífice por su embajador un varon en aquel tiempo muy señalado y de gran prudencia, llamado Hugo Metaplana para que procurase entender sus intentos, dado que la voz era para hacer canonizar á fray Raimundo de Peñafuerte. El pontífice no quiso otorgar con esta demanda: decia que no se debia conceder cosa alguna á quien rehusaba de pagar el tributo que debia á la iglesia Romana; antes revocó la concesion que de los diezmos eclesiásticos hicieron sus antecesores al rey don Jaime su padre. Lo que pudiera atemorizar al aragonés, le encendió mas para aprestar la jornada, porque si se detenia, no sucediese alguna cosa que la estorbase: apercibió una grande armada en las costas de Aragon con voz de pasar en Africa, en que dos hijos del rey de Tunez despojado por Conrado Lanza, como arriba se tocó de aquel reino, competian entre sí sobre el señorío de Constantina y Bugía, ciudades que quedaron en poder de su padre. Esta era la fama: el mayor y mas verdadero cuidado de acudir á lo de Sicilia. El pontífice envió á saber por sus embajadores la causa de aquel aparato; y como no cesasen de preguntar lo que les era mandado, el rey encendido en cólera les respondió: «Quemaría yo mi camisa si pensase era sabidora de mis puridades.» La misma respuesta dió al rey de Francia, que á entrambos tenian puestos en cuidado las cosas del rey Cárlos, tanto mas que sabian muy bien la enemiga que los aragoneses tenian contra él.

El emperador griego, segun que lo tenian prometido, acudió con buena suma de dinero. La conjuracion de los sicilianos se vino á ejecutar en el mas santo tiempo de todo el año (que parecia gran maldad) es á saber el tercero dia de la Pascua de Resurreccion que fue á treinta y un dias del mes de marzo, cuando por todas partes se hacian juegos y alegrias, muestras mas de seguridad y contento que de temor y matanza. Al mismo tiempo y hora que al son de las campanas despues de comer llamaban los pueblos á vísperas, se ejecutó la matanza de los franceses (que bien descuidados estaban) en toda la isla en un momento: de que vino el proverbio de las Vísperas Sicilianas. Apoderáronse otrosí los sicilianos de toda la armada que en los puertos de Sicilia tenian aprestada contra el emperador griego; ya declarado por enemigo por el papa Nicolao Cuarto. Desta manera pasó este hecho, segun que lo divulgó la fama, y lo dejaron escrito muchos autores.

Otros afirman que este estrago tuvo principio en Palermo, donde como la gente en aquel dia señalado fuese á visitar la iglesia de Sancti Spiritus que está en Monreal una legua distante, un cierto francés llamado Droqueto quiso con soltura catar á una mujer para ver si llevaba armas. Aquel desaguisado tomó por ocasion el pueblo para levantarse. En el campo, en la ciudad y en el castillo se hizo gran matanza de franceses sin tener respeto á mujeres, niños ni viejos, con tan grande furia y deseo de satisfacer su

saña, que aun las mujeres que entendian estar preñadas de los franceses, porque dellos no quedase rastro alguno las pasaban á cuchillo. La misma ciudad de Palermo fue saqueada como si fuera de enemigos: que el pueblo alborotado no tiene término ni órden; y cualquier grande hazaña casi es forzoso vaya mezclada con muchos agravios y sin razones. Las demás ciudades y pueblos en muchas partes con el ejemplo de los panormitanos acudieron asimismo á las armas; solo Mecina por algun tiempo estuvo sosegada á causa de hallarse presente Herberto Aurelianense, gobernador de toda la isla por los franceses: miedo y respeto que no fue bastante ni duró mucho tiempo, antes en breve los mecineses á ejemplo de las otras ciudades, tomadas las armas, echaron fuera la guarnicion de los soldados y al mismo gobernador. Solo Guillen Porceleto provenzal de nacion; y que tenia el gobierno de Calatafimia, en lo mas recio del alboroto le dejaron ir libremente, porque la opinion de su bondad y modestia le amparó para que no se le hiciese algun agravio. Este fue el suceso y la manera de la conjuracion de Juan Prochita, mas famosa que loable.

Los sicilianos, amansado aquel primer ímpetu, puesto que entendian el peligro en que quedaban, y que algunos se comenzaban á arrepentir de lo hecho, todavia determinados de antes morir que tornar á poder de los franceses, acordaron de acudir de nuevo al rey de Aragon para pedille los ayudase. A la sazon que esto pasaba en Sicilia, estaba él en Tortosa con su armada aprestada. Pensaba antes que llegase la nueva de Sicilia, de pasar en Africa. Hízolo así. Dende robadas y destruidas todas aquellas marinas, volvió repentinamente las velas, y mudado el camino, llegó á Córcega. Allí tuvo aviso de todo lo sucedido en Sicilia, y que el rey Carlos á gran priesa era partido de Toscana y con gente de guerra que juntara de todas partes tenia puesto sitio sobre Mecina tan apretado que de muchos años á aquella parte no se dió á ciudad ninguna bateria mas recia ni mas brava. Todos hacian el postrer esfuerzo: los franceses ardian en deseo de vengarse y con la sangre de los sicilianos pretendian hacer las exequias de sus ciudadanos y amigos muertos; los cercados por entender esto se defendian valerosamente con tanto corage, que hasta las mujeres, niños y viejos acudian á todas partes, no esquivaban ni trabajo ni peligro.

A esta sazon llegó el rey de Aragon á Palermo: en aquella ciudad se coronó, y fue de todos saludado por rey, que era meter nuevas prendas: acrecentó su armada con las naves que los sicilianos tomaron al principio deste alboroto, y las tenian apercebidas para ir contra los griegos. Los cercados con la esperanza del socorro que les venia á buen tiempo, cobraron mayor ánimo, tanto que el rey Carlos fue forzado de alzar el cerco de Mecina, y con tristeza y vergüenza, pasado el Faro, dar la vuelta á Italia. Fue este para los aragoneses un principio de grandes desabrimientos, y de gloria y honra no menor. Enviáronse los reyes cartas llenas de saña y denuestos con que mas se irritaron las voluntades, hasta llegar á declararse la guerra por ambas las partes. El aragonés esperaba nuevo ejército España, de el rey Carlos de la Proenza y de Marsella: todo les era á los aragoneses llano en Sicilia, á los franceses dificultoso. Los reales destos puestos junto al estrecho de Mecina á la vista de Sicilia: los soldados aragoneses repartidos en muchas partes y enviados á las ciudades para mas asegurallas y defendellas: el rey don Pedro con recelo de perder lo adquirido por ser el enemigo tan poderoso y los socorros que él esperaba muy lejos, acordó de valerse de ardid y maña.

Era el rey Carlos muy valiente por su persona, de grandes fuerzas y destreza, de que él mucho se preciaba. Envióle el de Aragon á desafiar con un rey de armas: que si confiaba en sus fuerzas y valor, saliese á hacer campo con él: perdonasen á tantos inocentes como de fuerza moririan en aquella demanda: que por quien quedase el campo, fuese señor de todo lo demás; y cesaria la causa de la guerra que tenian entre manos. Así lo cuentan los historiadores franceses. Los aragoneses al contrario afirman que primero fue desafiado el rey don Pedro del francés, y que el mensajero fue Simon Leontino de la órden de los predicadores: lo que se sabe de cierto es que aceptado el riepto, se concertaron que peleasen los dos reyes con cada cien caballeros. Altercóse sobre señalar la parte en que se haria el campo, al fin se escogió Bordeaux cabeza de la provincia de Guiena en Francia, que pareció á propósito por estar entonces en poder de Eduardo rey de Ingalaterra: señalóse el dia de la pelea, y juraron las condiciones de una parte y otra.

El padre santo como supiese todas estas cosas, y lo que en Sicilia pasaba, amonestó al rey de Aragon dejase aquella empresa: que no perturbase la paz pública con desenfrenada ambicion. Finalmente porque no quiso obedecer, á los nueve dias del mes de noviembre le declaró por descomulgado: en Montefiascon se pronunció la sentencia. Al rey de Ingalaterra le envió á mandar con palabras muy graves que no diese campo á los reyes ni lugar para pelear en su tierra. No aprovechó esta diligencia. La reina doña Constanza por mandado de su marido se fué á Sicilia por ser la señora natural, y porque con la ausencia del rey no se mudasen los sicilianos. Llegó á Mecina á veinte y dos dias del mes de abril del año del Señor de 1283. Acompañóla don Jaime su hijo, á quien el padre pensaba dar el reino de Sicilia. Los reyes se aprestaban para su desafío. El rey Carlos pasó en Francia, do tenia cierta la ayuda y favor de su gente y las voluntades aficionadas. El rey don Pedro con su armada pasó en España.

A primero de junio que era el dia aplazado para la batalla, el rey don Carlos con el escuadron de sus caballeros se presentó en Bordeaux. El rey don Pedro no pareció. Los escritores franceses atribuyen este hecho á cobardia; y que quisieron engañar los ánimos sencillos de los franceses con aquella muestra de honra que les ofrecieron, como quier que el rey de Aragon en aquel medio tiempo pretendiese fortalecerse, juntar armas y gente. Nuestros historiadores le escusan: dicen que fue avisado el rey don Pedro del gobernador de Bordeaux se guardase de las asechanzas de los franceses: que le tenian armada una zalagarda, y que el rey de Francia venia con grande ejército; por ende hiciese cuenta que los cien caballeros aragoneses habian de combatir contra todo el poder de Francia. A la verdad los franceses mas cercano tenian el socorro que los aragoneses. Con este aviso dicen que el rey de Aragon entregó al gobernador de Bordeaux el yelmo, el escudo, la lanza y la espada de su mano á la suya en señal que era venido al tiempo señalado; y por la posta se libró de aquel peligro, y se pasó á Vizcaya, que cae cerca. Dejó por lo menos materia á muchos discursos, opiniones y dichos: ocasion y aparejo para nuevas guerras y largas.

CAPITULO VII.

De la muerte de don Alonso rey de Castilla.

Luego que el rey de Aragon volvió á su tierra, trató en un mismo tiempo de efectuar dos cosas: la una era echar á don Juan Nuñez de Lara de Albarracin, á causa que por la fortaleza de aquella ciudad muchas veces corria libremente las fronteras de Aragon; la otra, apaciguar los señores aragoneses y catalanes que en tiempo tan trabajoso, en que tenian entre manos tantas guerras con los forasteros, y tan

fuera de sazon andaban alborotados. Quejábanse que eran maltratados del rey, casi como si fueran esclavos: que no se tenia cuenta con las leyes, antes les quebrantaban todos sus fueros y libertad, finalmente que los desaforaba. No faltaban entre ellos lenguas sueltas para alborotar los pueblos so color de defender la libertad de la patria. Para acudir á estas revueltas se juntaron córtes primero en Tarazona, despues en Zaragoza, y últimamente en Barcelona: ofreció el rey de enmendar los daños y desórdenes pasados, y espedir en esta razon nuevas provisiones; con que la gente se apaciguó. Fuéronles muy agradables aquellos halagos y blandura, si bien sospechaban que otro tenia en el pecho, y que no procedian tanto de voluntad cuanto del aprieto en que el rey se hallaba.

La guerra con los franceses, que era de tanta importancia, le tenia puesto en cuidado; y el recelo que si se ocupaba en las cosas de Italia y Sicilia, no se alborotasen en Aragon sus vasallos, le hizo ablandar. Demás desto la descomunion que contra él fulminó el papa, como poco antes se dijo, le tenia muy congojado; y mas en particular una nueva sentencia que en veinte y uno del mes de marzo pronunció en Civitavieja, en que como inobediente á sus mandamientos le privaba de los reinos de su padre, y daba la conquista dellos á Carlos de Valoes hijo menor del rey de Francia: rigor que á muchos pareció demasiado, y que no era bastante causa para esto haberse apoderado de Sicilia, pues los mismos sicilianos puestos en aquel aprieto le llamaron y convidaron con aquel reino para que los ayudase; demás que le pertenecia el derecho del rey Manfredo, ultra de la voluntad y consentimiento que tenia por su parte del pontífice Nicolao Tercero que se allegaba á lo demás.

Si los negocios de Aragon andaban apretados, en Castilla no tenian mejor término por las alteraciones que prevalecian entre el rey don Alonso y su hijo. La mayor parte seguia á don Sancho: don Alonso por verse desamparado de los suyos acudia á socorros estraños: segunda vez hizo venir al rey de Marruecos en España, si bien porque la sonada no fuese tan mala, dió á entender que era contra el rey de Granada que favorecia á sus contrarios y tenia hecha liga con don Sancho. Esta empresa no fue de efecto memorable á causa que los africanos hallaron á los contrarios mas apercibidos de lo que pensaban; y el rey de Granada con tener puesta guarnicion en sus ciudades y plazas huia de encontrarse con el enemigo, y no queria ponello todo al trance de una batalla: con tanto el de Marruecos dió la vuelta para Africa. El rey don Alonso ya que esta traza no le salió como pensaba, acudió á otra diferente: solicitó al francés para que le acudiese contra su hijo, demás desto procuró ayudarse de la sombra de religion y cristiandad: fue así que por sus embajadores acusó á don Sancho delante el pontífice Martino Cuarto de impío, desobediente y ingrato; y que en vida de su padre le usurpaba toda la autoridad real sin querer esperar los pocos años que le podian quedar de vida por su mucha ambicion y deseo de reinar.

Dió oidos el pontífice á estas quejas. Espidió su bula en que descomulgó todos aquellos que contra el rey don Alonso siguiesen á su hijo don Sancho. Nombró jueces sobre el caso, los cuales en todas las ciudades y villas que le seguian, pusieron entredicho como se acostumbra entre los cristianos: de suerte que en un mismo tiempo, aunque no por una misma causa, en Aragon y Castilla estuvo puesto entredicho y tuvieron los templos cerrados: cosa que dió gran pesadumbre á los naturales, y todavía se pasó en esto adelante sin embargo que don Sancho amenazaba de dar la muerte á los jueces y comisarios del papa, si los hobiese á las manos (1). Todo esto y el escrúpulo y miedo de las censuras fue causa que muchos se apartaron de don Sancho; entre los primeros sus hermanos los infantes don Pedro y don Juan conforme á la inclinacion natural comenzaron á condolerse de su padre. Entendió esto don Sancho: entretuvo á don Pedro con promesa de dalle el reino de Murcia: don Juan dado que dió muestras de estar mudado de voluntad, de secreto se partió, y por el reino de Portugal se fué á Sevilla do su padre estaba. Muchos pueblos arrepentidos de la poca lealtad que á su rey tuvieron, buscaban manera para alcanzar perdon, y salir de la descomunion en que los enlazaron; y luego que lo alcanzaron, se le rindieron con todas sus haciendas. En este número fueron Agreda y Treviño; y muchos caballeros principales como don Juan Nuñez de Lara y don Juan Alonso de Haro, y el infante don Diego se juntaron con el campo de Philipo rey de Francia que venia en ayuda del rey don Alonso, y con él entraron por tierras de Castilla, robaron y talaron los campos hasta Toledo sin hallar resistencia.

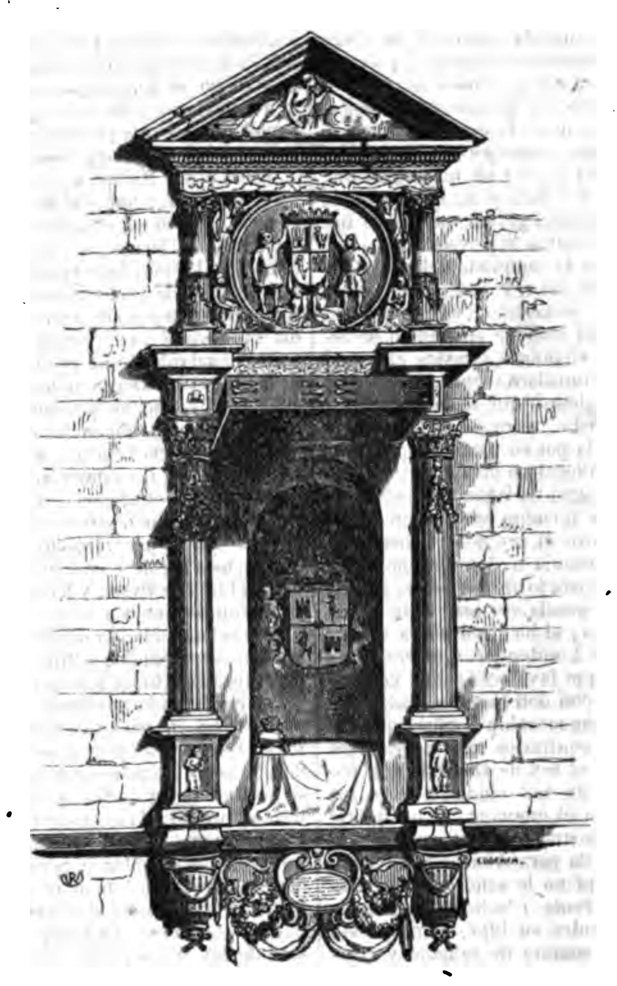
Tenia el rey Philipo un hijo llamado tambien Philipo, por sobrenombre el Hermoso, que este presente año (otros dicen el siguiente) casó con la reina de Navarra doña Juana, y por este casamiento en dote hobo aquel reino. Este príncipe conforme al desordenado apetito de los hombres comenzó á alegar el derecho de los reyes sus antecesores, y por él pretendia ensanchar los términos de aquel nuevo reino, para el cual intento no poco ayudaban las discordias de los nuestros. Don Sancho, cuánto le era concedido en tantas revueltas y avenidas de cosas, acudia á todas partes con diligencia: sosegó la ciudad de Toro que se le queria rebelar, salió al encuentro á don Juan Nuñez de Lara que con su gente y un escuadron de navarros destruia los campos de Calahorra, Osma y Sigüenza y sus distritos: hízole retirar á Albarracin mas que de paso. Despues desto por embajadores que en esta razon se enviaron, se acordó que el padre y el hijo se viesen y hablasen con seguridad que se dieron de ambas partes.

Con esta resolucion el rey don Alonso fue á Constantina, don Sancho á Guadalcaná. Grande era la esperanza que todos tenian que por medio desta habla se podria todo apaciguar, ca muchas veces despues de las injurias se suelen con el buen término soldar las quiebras y agravios. Ayudaba para esto que don Sancho fuera de usurpar el reino, en lo demás se mostraba muy cortés, y hablaba con mucho respeto de su padre sin jamás usar de denuestos ó desacatos. Lo que se enderezaba saludablemente á bien, lo estorbaron y desbarataron personas muy familiares de don Sancho, que tenian mala voluntad á su padre. Pusiéronle muchas sospechas delante para que no se fiase ni asegurase. La verdad era que de las discordias de los reyes y trabajo de la república muchos pretendian sacar para sí provecho; que fue causa que sin verse ni hablarse se partieron el rey don Alonso para Sevilla, y don Sancho para Salamanca, si bien de consentimiento de ambos doña Beatriz reina de Portugal viuda á la sazon, y doña María mujer de don Sancho en Toro, en que á la sazon parió una hija que se llamó doña Isabel, se juntaron con intento de componer estas diferencias: pusieron todo su esfuerzo en ello, mas no pudieron efectuar cosa alguna, antes cada dia se enconaban mas los odios y enemistades, y se aumentaba el afan y miseria del reino

(1) Es curioso que porque el papá Martin descomulgaba en los reinos de Castilla y Leon, y ponia entredicho si no obedecian al rey don Alonso, el infante don Sancho mandase matar al que trajese estas cartas, apelando al papá futuro, ó para el primer concilio que se tuviese, ó para delante de Dios, del agravio que se hacia á su tierra.

En este estado se hallaban las cosas cuando al rey don Alonso poco despues desto sobrevino la muerte, que fue algun alivio de tan grandes males. Falleció en Sevilla de enfermedad, recebidos los santos sacramentos de la penitencia y Eucaristía como se acostumbra, quién dice á cinco, quién á veinte y un dias del mes de abril, á lo menos fue el año 1284. Por su testamento, que otorgó el mes de noviembre próximo pasado, nombró por heredero del reino, primero á don Alonso y luego á don Fernando sus nietos: caso que los dos muriesen sin sucesion, llama á Philipo rey de Francia, ca traia orígen de los antiguos reyes de Castilla como nieto que era de la reina doña Blanca, y bisnieto del rey don Alonso el de las Navas. Dé sus hijos y hermanos no hizo mencion alguna por odio de don Sancho; antes por aquel testamento pretendia mover contra él las fuerzas de Francia. Verdad es que á la hora de su muerte á instancia de su hijo el infante don Juan le mandó á Sevilla y á Badajoz, y al infante don Diego el reino de Murcia, á ambos con nombre de reyes, pero como á feudatarios y movientes de los reyes de Castilla.

Su corazon mandó se enterrase en el monte Calvario movido de la santidad de aquel lugar, su cuerpo en Sevilla ó en Murcia: no se cumplió su voluntad enteramente: el corazon y entrañas están en Murcia junto al altar mayor de la iglesia catedral, el



Sepulcro de Alonso X, el Sabio.

cuerpo está enterrado en Sevilla cerca del túmulo de su padre y madre. El sepulcro y lucillo no es muy rico, ni era necesario porque su vida (si bien tuvo faltas) y las cosas que por él pasaron, merecian que su memoria durase y su nombre fuese inmortal. Grande y prudentísimo rey, si hobiera aprendido á saber para sí; y dichoso, si en su postrimería no fuera aquejado de tantos trabajos, y no hobiera amancillado las dotes escelentes de su ánimo y cuerpo con la avaricia y severidad estraordinaria de que usó. El fue el primero de los reyes de España que mandó que las cartas de ventas y contratos y instrumentos todos se celebrasen en lengua española, con deseo que aquella lengua que era grosera, se puliese y enriqueciese: con el mismo intento hizo que los sagrados libros de la Biblia se tradujesen en lengua castellana. Así desde aquel tiempo se dejó de usar la lengua latina en las provisiones y privilegios reales y en los públicos instrumentos, como antes se solia usar: ocasion de una profunda ignorancia de letras que se apoderó de nuestra gente y nacion, así bien eclesiásticos como seglares.

CAPITULO VIII.

De los principios del rey don Sancho.

Por la muerte del rey don Alonso, si bien el derecho de su hijo don Sancho era dudoso, sin contradi-

con sucedió en el reino y estados de su padre. Estaba á la sazon en Avila apenas convalecido de una dolencia que poco antes tuvo en Salamanca, tan peligrosa que casi le desauficiaron los médicos. Mucho le hizo al caso la edad entera para que el cuerpo con medicinas saludables se alentase. Tomó el nombre de rey, de que hasta entonces se habia abstenido por respeto y reverencia de su padre. El sobrenombre de Fuerte, que le dieron, le ganó por la grandeza de su ánimo y sus hazañas hasta entonces mas dichosas que honrosas, y es así que por la mayor parte los títulos magníficos mas se granjean por favor de la fortuna que por virtud: la honra verdadera no consiste en el resplandor de los nombres y apellidos, sinó en la equidad, inocencia y modestia. Era sin duda osado, diestro, astuto, y de industria singular en cualquier cosa á que se aplicase. Reinó por espacio de once años y algunos dias. Su memoria quedó amancillada por la manera como trató á su padre: cuanto á lo demás se puede contar en el número de los buenos príncipes. El reino que con malas mañas adquirió, le mantuvo y gobernó con buenas artes. En Avila hizo las honras de su padre magnífica y suntuosamente.

En Toledo tomó las insignias y ornamentos reales, mudado el luto en púrpura y manto real. Los caballeros principales del bando contrario venian á porfia á saludar al nuevo rey, muestra de querer recompensar los disgustos pasados con mayores servicios y lealtad: cuanto mas fingido era lo que hacian algunos, tanto mostraban mas alegría y contento en el rostro y talante, que suele muchas veces engañar. Don Sancho con una profunda disimulacion pasaba por todo, si bien tenia propósito de derramar la ira concebida en su ánimo, y vengarse luego que hobiese asegurado su reino. Los pueblos, los grandes, toda la gente de guerra le juraron por rey; y doña Isabel hija del nuevo rey, de edad de dos años, fue declarada y jurada por heredera del reino de consentimiento de todos los estados, caso que su padre no tuviese hijo varon. Esta prevencion se enderezaba contra los Cerdas de quien algunos decian públicamente, y muchos eran deste parecer, que se les hacia notable injuria y agravio en despojallos del reino de su abuelo: muchos, si bien en lo público callaban, de secreto estaban por ellos.

El mayor cuidado que tenia don Sancho, era de granjear con nuevos regalos y buenas obras al rey de Aragon, en cuyo poder los infantes quedaron; y á la sazon trataba de ir á cercar y apoderarse de Albarracin, no pudiendo ya llevar en paciencia los disgustos que cada dia le daba don Juan de Lara, confiado en la fortaleza del sitio y en el socorro que tenia cierto de los navarros. Era este caballero muy diestro, bien hablado, de grande maña para sembrar envidias y rencores entre los reyes, poderoso en revolver la gente, y que acostumbraba vivir de rapiña y cabalgadas, con que tenia trabajadas las fronteras de Castilla y Aragon. Esta convidó al nuevo rey don Sancho, ya que él no podia ir en persona por estar ocupado con los cuidados del nuevo reino, á enviar un buen escuadron en ayuda del rey de Aragon y contra el comun enemigo. Hecho esto, él se dió priesa á ir á Sevilla á causa que su hermano don Juan procuraba apoderarse de aquella ciudad conforme á lo que su padre dejó mandado en su testamento. Tenia el infante sus valedores y aliados: los ciudadanos no venian en ello, y claramente decian que aquella cláusula del testamento del rey don Alonso en ninguna manera se debia cumplir. Ayudábanse, y alegaban la mucha edad del difunto, la fuerza de la enfermedad, la importunidad del infante para muestra que no tenia á la sazon su entero juicio: que no era justo escurecer la magestad del reino con quitalle una ciudad tan principal como aquella. Ayudaba á los ciudadanos que ya se aprestaban para tomar las armas Alvar Nuñez de Lara como cabeza de los demás. Todos estos debates cesaron con la venida del nuevo rey don Sancho, que hizo desistir á su hermano.



Doña María, La Grande.

Llegaron á aquella ciudad embajadores del rey de Marruecos para asentar con él nueva amistad, mas muy fuera de sazon (1) y imprudentemente fueron despedidos con palabras afrentosas, de que resultó ocasion á los moros de pasar de nuevo en España y emprender una nueva guerra. Don Sancho para hacelles resistencia, por estar arrepentido de lo hecho, ó porque de suyo estaba resuelto en hacer guerra á los bárbaros, aprestó una grande armada. Eran en aquel tiempo los ginoveses muy poderosos en el mar, y diestros y esperimentados en el arte del navegar: llamó pues desde Génova, y convidó con grandes ofertas á Benito Zacharias para que viniese á servirle. Hízolo así, y trujo consigo doce galeras. Nombróle el rey por su almirante, el cual oficio le dió por tiempo señalado; y por juro de heredad le hizo merced del Puerto de Santa María con cargo de traer á su costa una galera armada y sustentada perpétuamente. Juntáronse córtes en Sevilla. Tratóse de reformar el gobierno del reino, que con una creciente y avenida de males y vicios á causa de las revueltas pasadas andaba muy estragado. Demás desto en estas córtes se revocaron los decretos y ordenanzas, que por la necesidad y revuelta de los tiempos mas se habian violentamente alcanzado, que graciosamente

(1) Preguntando los embajadores del rey de Marruecos á don Sancho si queria la paz ó la guerra, les respondió que en la una mano tenia el pan y en la otra el palo.

concedido así por el rey don Alonso como por el mismo don Sancho. Despedidas las córtes, se apresuró para ir á Castilla por tener nueva que todavía algunos pretendian defender el bando contrario, y que trataban entre sí secretamente de restituir la corona á los hermanos Cerdas: pretensiones que todas se desbarataron con la venida de don Sancho: parte de ellos mudaron de parecer, parte pagaron con las cabezas, con cuyo ejemplo y castigos los demás quedaron escarmentados para no continuar en porfias semejantes.

Esto pasaba en España. En el mismo tiempo Rogerio Lauria, general de la armada de los aragoneses en el reino de Sicilia, despues que venció junto á Malta veinte galeras francesas, muerto el general por nombre Guillelmo Cornuto francés de nacion en la batalla que se dió á ocho de junio, como diese la vuelta hácia Nápoles, presentó la batalla á Carlos llamado el Cojo, príncipe de Salerno, hijo del rey Carlos, que halló apercibido para ir sobre Sicilia con una gruesa armada á vengar las injurias y daños pasados. Muchos le avisaron del peligro que corria, y en particular el legado del papa que iba en su compañía; mas él con el brio de su edad se resolvió de pelear con el enemigo: acuerdo perjudicial. Fue muy bravo el combate: en fin el Francés quedó vencido y preso con otros muchos. Sobre el número de los bajeles que pelearon de la una y de la otra parte, no concuerdan los autores, sin que se pueda del todo averiguar la verdad. La opinion mas ordinaria es que las galeras aragonesas eran cuarenta y dos, las de los enemigos setenta; y lo mas cierto que se dió la batalla á veinte y tres de junio.

Ejecutaron la victoria los aragoneses, ganaron muchas plazas en Italia: todo se les allanaba como á vencedores, á los vencidos todas las cosas les eran contrarias. Pareció aquella desgracia tanto mayor que el rey Carlos tres dias despues de la pelea surgió en el puerto de Gaeta con veinte galeras que traia de Proenza. Allí supo que á su hijo llevado á Sicilia condenaron á muerte los sicilianos en la ciudad de Mecina, do le tenian preso, con intento de vengar la muerte que los franceses dieron los años pasados á Corradino, preso despues que le vencieron en otra batalla. La prudencia de la reina le valió, porque con mostrarse muy airada, le mandó guardar para dar parte al rey como era necesario, y para que con el largo cautiverio y tormentos, los cuales si faltan la muerte á lo último es el remate de los males, el castigo fuese mayor. Verdad es que no fue parte para que los del pueblo con el odio mortal que tenian á la gente francesa, no quebrantasen las cárceles y pasasen á cuchillo otros sesenta compañeros que con el príncipe tenian presos.

A la misma sazon el rey de Aragon, como si le faltara guerra con los estraños, tenia puesto cerco á la ciudad de Albarracin, y con todo su poder y diligencia la combatian. Ofrecíanse grandes dificultades: las murallas de la ciudad eran muy altas, las torres de piedra de buena estofa, las puertas de hierro con gruesos y fuertes cerrojos, el sitio muy áspero y inaccesible. Demás desto los soldados que dentro la defendian, acostumbrados á trabajos y hambre, no enflaquecidos con alguna discordia, ni afeminados con deleites, muchos en número, y que tenian grande uso en la guerra por andar cada dia las armas en la mano, gran valor y osadía, eran docientos hombres de á caballo, y buen número de infantes. Solamente tenian falta de mantenimientos: no se proveyeron antes á causa que jamás pensaron que aquella ciudad pudiera ser cercada. Pasaron algunos dias, y con el tiempo crecia la falta. Don Juan Nuñez de Lara, visto el peligro en que se hallaba, dijo en una junta que queria ir á Navarra, do tenia cierta la guarida y el socorro. Amonestóles no desfalleciesen antes defendiesen la ciudad con el esfuerzo y valor que dellos se esperaba. Era todo esto fingido, y él tenia determinado de huirse y no volver: su semblante no conformaba con las palabras; sin embargo le dejaron partir. Despues de su ida se sustentó la ciudad algun tiempo hasta tanto que, perdida la esperanza de ser socorridos, la rindieron el mismo dia de San Miguel. Eran los soldados por la mayor parte franceses y navarros: dejáronlos ir libremente, y de los lugares comarcanos trajeron gente para poblar aquella ciudad así de sus antiguos moradores como de otros que de nuevo poblaron y labraron la tierra. Tenia el rey un hijo en doña Inés Zapata, que se llamaba don Hernando, al cual antes desto diera en el reino de Valencia á Algecira y á Liria: á este hizo merced de la ciudad de Albarracin luego que vino á su poder.

Con tanto se dió fin á esta empresa y á aquel estado y principado, que por muchos años estuvo en poder de los Azagras, caballeros de los mas nobles y señalados de aquella era, cuya genealogía y decendencia pareció poner en este lugar. Pedro Rodriguez de Azagra el fundador que fue deste estado, siendo ya viejo, dejó por su heredero á Hernan Rodriguez de Azagra, su hermano por ventura por no tener él sucesion. Este Hernando de Azagra otorgó su testamento (que se ha conservado hasta el dia de hoy) á veinte y dos de junio era de mil y docientos y treinta y uno: por el testamento se entiende que tuvo dos hijos, uno legítimo en su mujer doña Teresa Ibañez heredero de aquel estado, otro bastardo que fue comendador de Santiago: el uno y el otro se llamó Pero Fernandez. He visto asimismo el testamento deste Pero Fernandez señor de Albarracin, su fecha á dos de abril año del Señor de mil y docientos y cuarenta y uno, asaz breve: dechado y muestra muy verdadera de las costumbres, llaneza y simplicidad de aquel siglo. Tuvo estos hijos legítimos: Pero Fernandez, Garcia Fernandez, doña Teresa y don Alvaro (1) Este le sucedió en aquel estado, y tuvo una sola hija llamada doña Teresa, que casó con don Juan Nuñez de Lara hijo de don Nuño de Lara, y en dote llevó aquel estado, que le quitó el rey de Aragon. De don Juan Nuñez de Lara y doña Teresa de Azagra nacieron don Alvaro y don Juan: de ambos se tornará á hacer mencion adelante en su lugar.

CAPITULO IX.

De las muertes de tres reyes.

Concluida aquella empresa de Albarracin, restaba otro mayor cuidado al rey de Aragon, es á saber la tempestad que le amenazaba de Francia, la mas brava, grave y memorable de cuantas en aquellos tiempos sucedieron, así por ser grandes las fuerzas de aquella nacion, como la autoridad con que se hacia, que era á instancia del sumo pontífice, que encendia los corazones de los contrarios y los alentaba. El rey de Aragon no tenia fuerzas bastantes para contrastar á Francia, mayormente que se le allegaba lo de Navarra y de Nápoles. Acudió á buscar socorros de fuera, en particular envió embajadores á Alemania para dar un tiento al emperador Rodulfo si por ventura movido á compasion del bando gibelino, que era maltratado y oprimido por los franceses en Italia, quisiese favorecelle y para este efecto bajar á Italia. Era el emperador de su naturaleza considerado y recatado, y que se agradaba mas de los consejos seguros que de las empresas peligrosas, demás que á la sazon le tenia embarazado la guerra que hacia á los esguízaros. Así esta diligencia no fue de efecto alguno, ni los embajadores fuera de buenas palabras trajeron cosa alguna en que se pudiese estribar.

(1) Don Alvaro fue el primogénito, y don Juan Nuñez de Lara fue nieto.

El rey don Sancho á ruego del rey de Aragon que se deseaba ver con él, partió para Soria: en aquella comarca tuvieron su habla en Ciria y Borobia, que son pueblos cerca el uno del otro. Allí con nueva confederacion que asentaron confirmaron, la amistad que de antes tenian, y prometieron de no faltarse el el uno al otro en los peligros y ocurrencias. El rey de Marruecos como enemigo que era ordinario y muy pesado de España, pretendia hacer la guerra de nuevo por la parte del Andalucía. Los franceses corrian las fronteras de Aragon con tanto mayor peligro de aquel reino que don Jaime rey de Mallorca, que de razon debiera acudir á los aragoneses, se habia juntado con Francia. En todas partes se via mucho peligro y nuevas muestras de trabajos. Cercaron los moros á Jerez de la Frontera en número de diez y ocho mil hombres de á caballo, que corrian la campaña hasta Sevilla con robos que hacian en gran cantidad de hombres y ganados. Acudió con presteza al rey don Sancho á Toledo, do le esperaba Carlos conde de Artoes embajador que era venido de parte del rey de Francia. La suma de la embajada contenia dos cosas: que por su medio los hermanos Cerdas fuesen puestos en libertad, y que no tuviese comunicacion con el rey de Aragon que estaba descomulgado por el papa. Respondió á esto el rey don Sancho que dentro de muy pocos dias enviaria sus embajadores con poderes muy bastantes al rey de Francia para asentar aquellas haciendas. Esta respuesta dió en público: de secreto rogó ahincadamente al embajador que le hiciese muy amigo de su rey. Hay quien asimismo escriba que este tiempo fue cuando el rey don Sancho le tentó para que le descubriese los secretos del reino de Francia, y que Broquio, por entenderse que era espía, fue justiciado como de suso queda dicho.

El rey de Aragon, juntadas sus huestes contra las de Francia, se puso sobre Tudela que está en la frontera de Navarra, y la combatia con todas sus fuerzas: todo con intento de divertir los franceses que entendia pretendian acometer por la parte de Ruisellon, y para dalles en qué entender en su misma casa con aquella nueva guerra. Defendióse aquel pueblo, sobre todo por el valor y diligencia de don Juan Nuñez de Lara, persona mas venturosa en las cosas ajenas que en sus haciendas y estado. Solamente destruyeron la campaña, y bastecieron las fronteras de Aragon con soldados y municiones para que pudiesen resistir á la furia del enemigo. Hecho esto, ya que sobrevenia el invierno, le rey de Aragon dió vuelta para Zaragoza, en que estuvo al fin deste año y principio del siguiente de 1285 del nacimiento de Cristo, cuando á siete dias del mes de enero Carlos rey de Nápoles pasó desta vida en Fogia, pueblo de la Pulla, cansado de las desgracias, y aquejado con el dolor de la prision y cautiverio de su hijo. Fuera este príncipe esclarecido así en la guerra como en la paz, si los fines correspondieran con los principios. La larga edad le entregó á la fortuna mudable como á otros muchos. Demás que el vigor y gallardía que los franceses trajeron á Italia se trocara y perdiera del todo con el mucho regalo y vicio de aquella tierra, y con los deleites demasiados; de tal forma que para con los estraños eran flacos, solo para con los vasallos y naturales mostraban ferocidad. Los gobernadores de las ciudades y pueblos hacian odioso á su príncipe con cuidar solamente de su ganancia, cohechar la gente y mirar poco por el bien comun.

Esta muerte del rey de Nápoles hinchó de buenas esperanzas y alegría al rey de Aragon, al contrario al rey de Francia fue muy pesada. Para aliviar la tristeza con causalla á sus enemigos hizo levas de gente por todas partes. Juntó un gran ejército, en que se contaron veinte mil de á caballe y ochenta mil de á pié: tenia aprestada una armada en las fosas Marianas, que hoy se llaman Aguas muertas, en que se contaban ciento y veinte bajeles, parte galeras reales, parte naves gruesas y otros vasos pequeños. Determinó ir en persona á esta jornada, y en su compañía Philipo y Carlos sus hijos, y don Jaime rey de Mallorca, que seguia al Francés por grandes desgustos que tenia contra el Aragonés su hermano. Hallóse otrosí con los demás el cardenal Gervasio, que envió por su legado al papa Martino Cuarto; por cuya muerte, que sucedió en Perosa á veinte y nueve dias del mes de marzo, fue puesto en su lugar Honorio IV ciudadano romano de casa Sabela, no menos aficionado á los franceses que lo fue el pasado.

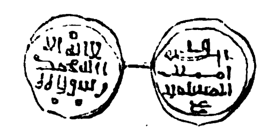
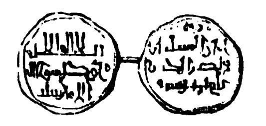
Hízose la masa del ejército de Narbona: dende marcharon la vuelta de Perpiñan. Este lugar se entregó al rey don Jaime, y recibieron á los franceses dentro de las murallas. Lo mismo por su ejemplo hicieron los demás lugares de Ruisellon y de aquella comarca, fuera de uno que se llama Génova; ca con esperanza que seria presto socorrido, y por el aborrecimiento que tenia al rey don Jaime, y por no volver á su poder, determinó de hacer resistencia. Engañóle su esperanza, porque el lugar fue tomado por fuerza, y todos los moradores pasados á cuchillo, hasta encrudecerse contra las mismas casas y edificios que abatieron y quemaron. El bastardo de Ruisellon, hombre de noble linaje y atrevido, que dentro se halló, entrado el pueblo, se subió á la torre de la iglesia: valiéronle para escapar de la muerte mas los ruegos del rey don Jaime que la fortaleza y santidad del lugar en que estaba. Sin embargo se mostró agradecido á los franceses, porque como quier que el rey de Aragon estuviese apoderado de la entrada y estrechuras de los montes Pirineos de tal suerte que los enemigos no tenian esperanza de poder pasar por allí, los guió por unos senderos que él sabia, por donde con cierto rodeo subieron á las cumbres del monte sin peligro ninguno, y se pusieron sobre el mismo campo de los aragoneses. Con esto y con el espanto que ellos desto cobraron, los reyes con seguridad pasaron adelante hasta llegar á la comarca de Ampurias. Allí con facilidad se apoderaron de algunas plazas, en particular de Peralada y Figueras, sin reparar hasta ponerse sobre Girona, que es una ciudad muy noble y grande en los pueblos que antiguamente se llamaron ausetanos. Está puesta en un sitio cuesta abajo: al pie del sitio el rio llamado antes Thici, y ahora Tera, tiene comidas aquellas riberas junto á la ciudad de suerte que le hace gran reparo. Los muros son de buena estofa: las torres de piedra y fuertes: en lo mas alto de la ciudad está la iglesia Mayor que es silla episcopal, y junto á ella las casa obispales de muy buen edificio y grande. Mas arriba de la iglesia Mayor hay una torre á manera de alcázar, que llaman Gironela.

El vizconde de Cardona don Ramon que tenia por capitan aquella ciudad, la fortaleció con nuevos reparos: echó por tierra todas las casas del arrabal, solo perdonó á la iglesia de San Félix por su mucha devocion y antigüedad. El valor y diligencia de que usó, fue grande, con que muchas veces desbarató y pegó fuego á los ingénios, máquinas y pertrechos de los franceses. El rey de Aragon otrosí con buen golpe de gente que consigo tenia, andaba por allí cerca. No eran sus fuerzas bastantes para acometer al enemigo y dalle la batalla; pero buscaba alguna ocasion para armalle alguna celada y meter socorro en la ciudad. Habia ya tres meses que la tenian cercada, cuando don Sancho rey de Castilla envió por sus embajadores á don Martin obispo de Calahorra y á Gomez García de Toledo abad de Valladolid para acordar, si pudiese, estas diferencias. No hicieron efecto alguno, antes fueron forzados á dar la vuelta cargados de muchos baldones y palabras injuriosas que les dijeron casi sin dalles lugar para hablar al rey de Francia. La ocasion debió ser la grande con-

fianza que tenian de salir con la victoria, ó por sospechar que so color de embajadores venian á espiar las fuerzas y intentos de los franceses.

Era fama que al rey don Sancho no le faltaba voluntad de juntar sus fuerzas con las de Aragon, y que se entretenia á causa de la guerra que traia muy encendida en el Andalucía con los moros de algunos meses atras, ca tenian puesto sitio sobre Jerez de la Frontera, de la cual ciudad con todo su esfuerzo pretendian apoderarse porque les venia muy á propósito para sus intentos. Esquivaba el rey don Sancho la batalla por no poner á riesgo de lo que podia suceder, todo lo demás : por esto á veces estaba en Sevilla, otras iba á Nebrija, siempre apercebido para todas las ocaciones, y para estorbar las correrias y cabalgadas de los moros. Con este ardid y por esta forma á cabo de seis meses que los moros tenian cercada á Jerez, alzaron el cerco forzados de la falta de todas las cosas necesarias, y por miedo del rey don Sancho, si mudado de propósito les quisiese dar la batalla. Preguntó uno á la vuelta al rey bárbaro despues que pasó el rio Guadalete con tanta priesa que mas parecia huida que retirada, cual fuese la causa de aquella resolucion, y del miedo que mostraba. Respondió: Yo fui el primero que entronicé y honré la familia y linaje de Barrameda con título y magestad real: mi enemigo trae decendencia de mas de cuarenta reyes, cuya memoria tiene gran fuerza, y en el combate á mi pusiera temor y espanto, á él diera atrevimiento y esfuerzo, si llegaramos á las manos.

Parecia que el cielo ofrecia muy buena ocasion de hacer efecto y destruir al enemigo, si le siguiera en aquella retirada; pero al rey mas agradaban los prudentes consejos con razon que los arriscados, aunque honrosos, y no todas veces de provecho. Asi contento de fortificar y bastecer aquella ciudad se tornó á Sevilla, sin embargo que los soldados se quejaban porque dejanban ir el enemigo de entre manos, y con ansia pedian los dejasen seguille, hasta amenazar que si perdian esta ocasion, no tomarian mas las armas para pelear; mas el rey inclinado á la paz no hacia caso de aquellas palabras. Enviáronse embajadores de una parte y otra sobre estas cosas, y viniéronse á hablar los reyes á los esteros de Guadalquivir, otros dicen que fue en un lugar llamado Rocaferrada: allí hicieron sus avenencias. Acordaron que el rey moro pagaṣe para los gastos de la guerra dos cuentos de maravedís (este era un género de moneda usada en España que no tenia siempre un valor) y con este concierto se dejaron las armas (1). Mucha gente

Maravedís de Plata.

principal se desabrió por esta causa, en particular el infante don Juan hermano del rey, y don Lope Diaz Haro en tanto grado que por el desgusto desde Sevilla se fue cada uno á los lugares de su señorío, sin mirar que á los grandes capitanes mas veces fue provechosa la tardanza y detenimiento que la temeridad y osadía : á ellos pertenece mirar lo que conviene, á los demás les es dado obedecer y la gana de pelear, que así se reparten los oficios de la guerra. De allí á poco murió el rey bárbaro de Marruecos: dejó por sucesor á su hijo Juzeph.

Volvamos á Girona y á su cerco. El rey de Aragon con deseo de atajar el bastimento que del puerto de Rosas, donde se tenia la armada de los enemigos, traian para sus reales, trataba de armalles alguna celada en los lugares que para ello le parecian mas á propósito. Entendido esto por las espias, el condestable de Francia llamado Rodolfo, y Juan Ancurtó Haricurt mariscal, que es como maestre de campo, varones muy fuertes y arriscados, comunicado el caso entre sí y con el conde de la Marcha, se fueron al lugar de la celada con trecientos caballos escogidos, y no mas. Pretendian que los aragoneses por ser tan poca su gente, no rehusasen la batalla. Pelearon á quince de agosto. Fue este encuentro y esta batalla muy reñida. Los aragoneses eran mas en número: los franceses no les daban ventaja ni en el esfuerzo ni en la arte de pelear. El rey de Aragon hizo aquí todo lo que en un prudente capitan y valeroso soldado se podia desear. Hiriéronle malamente en la cara; y como procurase salir de la batalla, un caballero francés le asió las riendas del caballo y le prendiera fácilmente, si el rey en aquel peligro no las cortara con la espada que tenia en la mano desnuda y así se escapó á uña de caballo : así lo escribe Villaneo que hizo errar á los demás, porque los historiadores aragoneses todos afirman que el rey salió sano y salvo de la pelea, y murieron tantos de una parte como de otra; aunque el campo quedó por los franceses. Si el caso pasó desta manera, ó se mudó por la aficion de los escritores no se sabe; lo que consta es que por la gran calor y las inmundicias, y el tiempo que era el mas peligroso de todo el año, sobrevino peste en el campo de los franceses; y sin embargo los cercados con las nuevas deste encuentro, perdida la esperanza de defenderse, se dieron á los franceses á partido que entregada la ciudad, pudiesen los cercados irse donde quisiesen, y sacar consigo toda la ropa y hacienda que pudiesen llevar. Muchos ejemplos de crueldad se usaron en los rendidos, y hasta las iglesias de los santos fueron violadas: El sepulcro de San Narciso que es patron y abogado de aquella ciudad, y tenido y reberenciado con gran devocion y estima, fue desbaratado de los soldados, que robaron todas las riquezas, votos y donativos de los fieles que allí hallaron en gran cantidad : tal es la condicion de la guerra: Castigó el santo bienaventurado en venganza de su morada aquel desacato con aumentalles la pestilencia; así se tuvo por cierto entre todos. Quitó otrosí el entendimiento á los capitanes porque tomada que fue la ciudad, como quier que determinasen de irse por tierra desde allí á Francia, venido el otoño (mal pecado) despidieron muchas naves de particulares que tenian en el puerto de Rosas por ahorrar de costa y desembarazarse : muy mal acuerdo, como lo mostró el suceso.

Fue así que Rugier Lauria, tomado que hobo á ciudad de Taranto en lo postrero de Italia, á gran priesa costeó todas aquellas marinas para venir á dar socorro al rey de Aragon. Llegado á España, y vista tan buena ocasion, presentó la batalla al armada de los franceses, que se hallaba fuera del puerto maltratada y en pequeño número, y valerosamente la venció.

(1) El maravedí fue en su origen moneda de los árabes introducida por los Almoravides. Los hubo de oro y de plata; pero despues, como dice Mariana tuvieron varias alteraciones, y generalmente fue imaginaria.

Prendió á Juan Escoto general de la armada francesa y tomó quince galeras : otras doce se retiraron y se metieron en el puerto de Rosas de que salieron; las cuales quemaron los soldados que iban en ellas, y juntamente el lugar (tal era el miedo que cobraron, y desta manera se fueron al campo del rey de Francia con la nueva del año recebido. El Francés por ver que todas las cosas le salian mas dificultosas de lo que él pensaba, y afligido por la poca salud que tenia, reparó y fortaleció la ciudad de Girona, y puso en ella buena guarnicion de soldados : con tanto dió la vuelta hácia Ruisellon con lo que del ejército le quedaba. Al pasar los montes Pirineos tuvieron él y los suyos grande afan, y corrieron gran riesgo á causa que los aragoneses tenian tomados todos los pasos, y hacian lo posible por prender al rey de Francia, que por su enfermedad llevaban en hombros en una litera sus soldados. Grande fue el daño que recibieron: gran cantidad de bagaje y carruaje les tomaron en este camino. Lo que fue mas pesado, que del movimiento del camino al rey se agravó la enfermedad de suerte que en Perpiñan á seis de octubre pasó desta vida. Su cuerpo como lo dejó mandado lo llevaron su mujer y hijos á la iglesia de San Dionisio que está junto á París. Sucedióle en el reino Philipo su hijo que ya era rey de Navarra: llamóse por sobrenombre el Hermoso por su estremada gracia y donaire.

La partida de los franceses fue causa que en breve tornaron á poder de los aragoneses todas las tierras que les tomaran. Demás desto el infante don Alonso, enviado por su padre, se apoderó de la isla de Mallorca en pago del favor que aquel príncipe dió al rey de Francia, y de la amistad que con él trabó contra su mismo hermano. Pretendia el Aragonés seguir la fortuna que se le mostraba risueña : procuraba ir adelante y mejorar su partido, trazaba nuevas empresas cuando la muerte asimismo le atajó los pasos que le sobrevino en Villafranca á ocho de noviembre en lo mejor de sus dias, y en el mayor vigor de su edad, que no tenia mas de cuarenta y seis años. Ganó sobrenombre de Grande por dejar acrecentado su reino con el de Sicilia, y por las cosas señaladas que hizo. Asentábale bien el estado real por ser de buena presencia, de cuerpo grande, de ánimo generoso, muy diestro en las armas, particularmente en jugar de la maza. En ganar las voluntades de los hombres con buenas palabras, cortesía y liberalidad fue muy señalado; solo dejó nota de sí por la descomunion en que estuvo enlazado hasta el fin de su vida, cuya imaginacion se dice que le aquejó mucho, y se le ponia delante á la hora de su muerte : por lo menos es bien y provecho para todos que así se entienda. Puesto que de aquel escrúpulo y congoja en el artículo de la muerte le absolvió el arzobispo de Tarragona, tomándole primero juramento sería obediente á la santa iglesia Romana, á la cual antes se mostró inobediente.

Su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz que está allí cerca. Sus hijos fueron don Alonso el mayor, que en su testamento nombró por heredero de sus reinos sin hacer mencion alguna del reino de Sicilia : demás deste, don Jaime, don Fadrique, don Pedro, doña Isabel, doña Costanza : todos habidos en la reina doña Costanza su mujer. Hallóse á su muerte Arnaldo de Villanova que vino de Barcelona para asistille y curalle, médico muy nombrado y docto en aquellos tiempos, bien que de mayor fama que aprobacion por dejar amancillado su noble ingenio y sus grandes letras con supersticiones y opiniones reprobadas que tuvo : tanto que poco adelante fue condenado por los inquisidores, y sus libros, que compuso y sacó á luz en gran número, juntamente reprobados. Hay quien diga, por lo menos el Tostado lo testifica, que intentó con simiente de hombre y otros simples que mezcló en cierto vaso, de formar un cuerpo humano, y que aunque no salió con ello lo llevó muy adelante. Si fue verdad ó mentira, poca necesidad hay aquí de averiguallo.

CAPITULO X.

De cierta habla que hobo entre los reyes de Francia y Castilla.

La desgracia deste año, por la muerte de tantos príncipes aciago, alivió en alguna manera el parto de la reina de Castilla. En ausencia del rey que era ido á Badajoz á dar órden en cosas del reino y apaciguar los alborotos que allí andaban, parió á los seis de diciembre un hijo en Sevilla por nombre don Hernando, que poco despues muy niño sucedió á su padre en el reino. El cuidado de crialle y amaestralle se encargó á Hernan Ponce de Leon caballero principal, y para ello señalaron la ciudad de Zamora por el saludable cielo de que goza, y la fertilidad y regalo de sus campos y comarca. Demás desto el año próximo siguiente de 1286 le juraron en córtes por heredero del reino, todo á propósito de asegurar la sucesion, que era el mayor cuidado que aquejaba á su padre, así por los hermanos Cerdas, como por ser cosa manifiesta que á causa del parentesco entre él y la reina el casamiento no era válido. Deseaba alcanzar dispensacion de los sumos pontífices sobre el dicho parentesco; pero nunca pudo salir con ello por la contradiccion que los reyes de Francia le hacian. La causa es de creer era el dolor de que hobiese usurpado el reino, y despojado á los Cerdas deudos tan cercanos de aquella corona. Por tanto procuraba el rey don Sancho por todas las vías y maneras posibles ganalle la voluntad, con el cual intento segunda vez envió sus embajadores, que fueron los mismos que el año pasado, es á saber don Martin obispo de Calahorra y don García abad de Valladolid á Francia, donde á seis dias de enero el nuevo rey Philipo se coronó y ungió por rey de Francia y de Navarra en la ciudad de Rems con las ceremonias y solemnidades acostumbradas.

En tiempo deste rey y por su mandado se edificó en París en la isla de Secana ó Seine el palacio real que allí se ve á manera de un grande alcázar, en que poco adelante se asentó la audiencia ó parlamento; y la administracion de la justicia que antes seguia la córte sin tener asiento estable, se puso en lugar determinado y tribunales conocidos. Labróse otrosí en la misma ciudad á espensas de la reina el colegio que llaman de Navarra, de los mas insignes que hay en el mundo, así por la grandeza del edificio, como por el gran número que tiene de maestros y concurso de estudiantes. Dícese por cierto que en los buenos tiempos de Francia moraban dentro dél setecientos estudiantes ocupados en sus estudios : mudadas las cosas y alteradas, á la sazon que profesamos la teología en aquella universidad, apenas en el dicho colegio se contaban quinientos entre oyentes y maestros. Deste número algunos sustentaba el colegio á su costa, los demás viven á la suya y de sus padres. Tuvieron estos reyes muchos hijos, es á saber Luis, Philipo, Carlos, Isabel y otra hija que murió en tierna edad. Esto en Francia.

En Sicilia el infante don Jaime luego que supo la muerte de su padre, tomó las insignias de rey en Mecina, á dos de febrero y se llamó rey de Sicilia, príncipe de la Pulla y de Cápua como aquel que poseia parte del reino Nápoles, y tenia esperanza de apoderarse de las demás ciudades y fuerzas del reino, dado que todas las tierras y partes de aquel reino estaban pertrechadas y fortificadas contra los intentos de los sicilianos; y esto por el mucho valor y diligencia de Roberto conde de Artoes, á quien el rey de Francia, muerto el rey Carlos, encargó el gobierno de Nápoles. Don Alonso el Tercero rey de

Aragon por estar algunos meses ocupado en aprestar una armada para ir sobre Mallorca y Menorca, cosa que su padre á la hora de su muerte dejó muy encomendada, dilató su coronacion. Finalmente á los catorce dias del mes de abril el mismo dia de páscua Florida de Resurreccion tomó la corona en Zaragoza y las demás insignias reales. Hizo la ceremonia don Jaime obispo de Huesca por estar á la sazon vaca la silla arzobispal de Tarragona, cuya era aquella preeminencia por antigua costumbre. Juró el rey de guardar los privilegios, fueros y libertades de aquel reino. Tratóse con muchas veras y gran porfía de reformar los gastos de la casa real; particularmente en las córtes que de allí á pocos dias se tuvieron en Huesca, concedió á los señores y caballeros de Aragon á su instancia que los valencianos, poco antes deste tiempo encorporados en aquella corona se gobernasen conforme á las leyes de Aragon.

Fallecieron este mismo año grandes personas eclesiásticas, entre otros don Miguel Vincastrio obispo de Pamplona: sucedióle en la silla don Miguel Legaria. La iglesia de Toledo gobernaba todavía el arzobispo don Gonzalo, varon de grande autoridad, y que podia mucho con los reyes: acompañó al rey don Sancho que iba á los confines de Francia, ca quedó concertado por medio de la embajada de que se hizo mencion, que los dos reyes de Castilla y Francia, se juntasen en Bayona para se hablar, y tratar allí en presencia de todas sus haciendas, y concordar sus diferencias. Nunca los reyes se vieron, no se sabe que fuese la causa desto: puédese sospechar que nacieron como es ordinario algunas sospechas de una parte y otra, ó por otros respetos y puntos. Así se detuvieron el rey don Sancho en San Sebastian, y el rey de Francia en Montemarsano. Hóbose de tratar del concierto por terceros: por parte del rey don Sancho, don Gonzalo arzobispo de Toledo fué á Bayona, y por parte del rey de Francia el duque de Borgoña. Trataron de hacer las amistades con grande ahinco de entrambas partes. Los franceses no venian en ningun acuerdo de concordia, si el rey don Sancho no repudiaba la reina pues de derecho por razon del parentesco no podia estar casado con ella, y se casaba con una de dos hermanas del rey de Francia, es á saber Margarita, que despues casó con Eduardo rey de Ingalaterra, ó con Blanca que vino á casar con el duque de Austria.

Don Sancho sintió esto gravemente. Parecíale cosa pesada dejar una mujer tan esclarecida, y en quien tenia un hijo y una hija: así llamados los terceros, sin concluir cosa alguna tomó el camino para Vitoria do se quedara la reina. Lo que resultó fue enojarse malamente con el abad de Valladolid por saber que muy fuera de tiempo y sazon movió plática deste nuevo casamiento, que dió ocasion á los franceses para hacer en ello instancia. Revolvia en su pensamiento cómo podria satisfacerse de aquel enojo. Comunicólo con la reina, que destas nuevas estaba con grandísimo pesar. Parecióles muy á propósito pedille cuenta de las rentas reales que estuvieron á su cargo, y achacalle algun crímen de no las haber administrado bien: encomendaron á don Gonzalo arzobispo de Toledo que tomase estas cuentas. El rey don Sancho ó por cumplir algun voto que hobiese hecho, ó por su devocion se fue á Santiago de Galicia: en el camino en el monasterio de Sahagun halló que los huesos del rey don Alonso el VI y de doña Isabel y doña María sus mujeres estaban enterrados pobremente, procuró se pasasen á mejor lugar con sus túmulos y en ellos sus letreros.

Vuelto á Valladolid, honró á don Lope Diaz de Haro señor de Vizcaya, á quien él tenia grande obligacion, y por quien principalmente tenia el reino: Hízole mayordomo de la casa real y su alferez mayor. Dióle asimismo en tenencia muchos castillos y muy fuertes en todo el reino, y ultra desto á primero de enero le engrandeció con título y honra de conde (1): para que esta merced fuese mas señalada, le dió privilegio y cédula real en que declaraba ser su voluntad que todas estas honras, privilegios y prerogativas las heredase don Diego Lope de Haro su hijo, muerto que fuese el padre. Al hermano de don Lope de Haro, que se llamaba don Diego de Haro, le hizo capitan de la frontera contra los moros. De aquí vino á crecer grandemente la autoridad y poder de aquella familia en estado y renta. En particular comenzó don Lope de Haro á tener mucha privanza y favor con el rey, y atropellar á quien á él se le antojaba, de que muchos se quejaban y murmuraban movidos algunos de buen celo, otros de envidia que pudiese mas uno solo que toda la demás nobleza, y claramente decian que los tenia oprimidos como si propiamente fueran esclavos; que don Lope de Haro era el que reinaba en nombre de don Sancho. En especial llevaban mal esto los gallegos y los de Leon, y acusaban á don Lope de Haro entre otras cosas que siendo muy áspero y severo con los demás, solamente favorecia y daba todos los provechos y honras á sus parientes y amigos.

No dura mucho el poder de los privados cuando no se templan y humanan. Andaba don Lope muy ufano porque demás de lo dicho emparentó con la casa real por medio de su hija doña María, que casó con el infante don Juan. Al mismo rey pretendia apartar de su mujer por casalle con Guillelma su prima, hija que era de Gaston vizconde de Bearne. Para salir con esto no cesaba de poner mala voz en el casamiento primero y acusalle. Llevaba el rey muy mal estas práticas, mayormente que á la misma sazon le nació otro infante de la reina por nombre don Alonso. Deseaba descomponer á don Lope; pero la revuelta de temporales tan turbios no daban para ello lugar: ni aun se atrevia á declararse y dar muestra de su enojo y desabrimiento, antes le traia en su compañía en el mismo lugar de autoridad que antes, y visitado que hobo el reino de Toledo, se partió para Astorga, y en su compañía don Lope. La voz era para hallarse á la misa nueva de don Merino obispo de aquella ciudad, y honralle con su presencia por ser de nobilísimo linaje y deudo del rey de Francia. Su intento principal era apaciguar á los gallegos que andaban alborotados y reprimir las entradas y correrías de portugueses, que hacian por aquellas comarcas el infante don Alonso hermano del rey de Portugal, y en su compañía don Alvar Nuñez de Lara hijo de don Juan de Lara, como hombre feroz que era y desasosegado, y acostumbrado á vivir de rapiña.

Eran á propósito para esto los pueblos de Portalegre y de Ronca, que don Alonso poseia en las fronteras de Portugal y á la raya de Castilla. El cuidado de sosegar los gallegos encargó á don Lope de Haro: sobre lo de Portugal se comunicó con aquel rey, con que juntadas sus fuerzas y hecha liga, se puso sobre la villa de Ronca: talaron los campos, pusieron fuego á las alquerías y edificios que estaban fuera del pueblo; movidos deste daño los de dentro, y por miedo de mayor mal se rindieron. Halláronse presentes en aquel cerco los dos reyes: don Dionisio el de Portugal aconsejó á don Sancho que si queria ver su reino sosegado, procurase abatir á don Lope de Haro, y para este efecto recibiese en su gracia y autorizase á don Alvar Nuñez de Lara, porque á causa de las grandes riquezas y poder de aquel linaje igual á su nobleza era á propósito para contraponelle y amansar el orgu-

(2) Conde era como capitan general de provincia; pero San Fernando abolió esta dignidad, que desde entonces acá no ha sido mas que un título honorífico hereditario por los muchos alborotos que los condes de Castilla habian causado.

llo de aquel personaje. Hízolo así: don Lope que bien entendia donde iban encaminadas estas mañas y cautelas, como hombre altivo y que no podia sufrir igual, resentido desta injuria buscó ocasion para recogerse á Navarra. Dió á entender que iba á visitar á Gaston vizconde de Bearne, como quier que á la verdad se tenia por agraviado del rey que con aquel desvío y mal tratamiento desdoraba las mercedes pasadas. La privanza y poder acerca de los reyes nunca es segura, mayormente cuando es demasiada. Con su ida los navarros, á quien no faltaba voluntad de hacer guerra á Castilla por los desabrimientos pasados, y por lo que pretendian que de aquel reino les tenian malamente usurpado, tomaron las armas. Era virey en aquella sazon de Navarra Clemente Luneo francés de nacion. Muchas veces salieron los navarros á correr las fronteras así de Castilla como de Aragon sin suceder cosa alguna memorable, salvo que tomaron á los aragoneses la villa de Salvatierra, y pusieron en ella guarnicion de soldados navarros.

Con mas próspera fortuna hacian los aragoneses la guerra en Italia. Rugier Lauria, bravo caudillo, y señalado por las victorias pasadas, acometió de improviso la armada de los enemigos, que tenian muy poderosa por el gran número de bajeles, junto á Nápoles. Fue muy reñida y sangrienta la batalla que se dió á diez y seis dias del mes de junio. La victoria quedó por los aragoneses: tomaron cuarenta y dos bajeles, los cautivos fueron cinco mil y entre ellos muchos por su linaje y hazañas muy señalados. Los mas dellos se rescataron por dinero, solo á Guido de Monforte ni por ruegos ni por algun rescate quisieron dar libertad: esto por dar contento á los reyes de Aragon y de Ingalaterra sus enemigos capitales, á causa que este caballero era bisnieto de Simon conde de Monforte, aquel que como arriba se dijo venció en batalla y mató á don Pedro rey de Aragon en la guerra de Tolosa. El nieto deste Simon llamado así mismo Simon prendió al emperador Ricardo (que fue elegido en competencia de don Alonso el Sabio, y era hermano del rey Enrique de Ingalaterra) los años pasados en la batalla de Leuvis, que hobo entre los franceses y ingleses, do estuvo un monasterio famoso de San Pancracio. Este Guido en venganza de su padre Simon, que poco despues fue por los ingleses muerto en otra batalla que se dió cerca de Vigornia en Ingalaterra, al tiempo que Eduardo rey de Ingalaterra volvia de la guerra de la Tierra Santa, mató con grande impiedad y crueldad á Enrique hijo del emperador Ricardo en Viterbo en la iglesia Mayor donde oia misa. Esto hecho, con las armas se hizo camino para huir, y se fue á valer á su suegro el conde del Anguilara, llamado Rubro. Comunmente cargaban á Carlos rey que era á la sazon de Nápoles y Sicilia, de que no vengó esta muerte como vicario que era en aquel tiempo del imperio, y como tal tenia puesto al dicho Guido en el gobierno de Toscana. Los historiadores ingleses y franceses afirman que Guido despues que fue preso en la batalla naval susodicha; fue entregado en poder del rey de Ingalaterra. Un historiador siciliano de aquel tiempo porfia que falleció en Sicilia de una enfermedad, de que solo á juicio de los médicos le pudiera sanar la comunicacion con mujer, y que él no quiso venir en ello por no hacer injuria al matrimonio, y por no sujetarse á la deshonestidad; que si fue así, es tanto mas de loar este caballero que su mujer Margarita despues que dél enviudó, se dice hizo poco caso de lo que debiera, y vivió con poco recato. Dejó este caballero una hija llamada Anastasia, que casó con Romano Ursino pariente cercano del papa Nicolao Tercero y conde de Nola. La nobilísima sucesion que procedió deste casamiento, se continuó en aquella casa y estado hasta nuestros tiempos cuando últimamente faltó, y la ciudad de Nola volvió á la corona real.

CAPITULO XI.

Que se trató de librar los hermanos Cerdas, y Carlos príncipe de Salerno fue puesto en libertad.

Sosegados estaban los aragoneses y muy pujantes en fuerzas, riquezas y gloria por sus hazañas grandes y memorables: solamente en la costa de Cataluña inquietaba á los naturales con sus armas don Jaime rey de Mallorca, bien que no hizo cosa alguna digna de memoria. El nombre del rey don Alonso de Aragon era célebre. Tenia en su mano puesta la paz y la guerra á causa de los grandes príncipes que tenia en su poder detenidos: los hermanos Cerdas en el castillo de Morela, el príncipe de Salermo en el de Siurana, ambos muy fuertes y con buena guarda. Cansados pues estos príncipes de tan larga prision, y movidos por miedo de mayor mal se inclinaban á la paz con las condiciones que él quisiese: tenian grandes reyes por intercesores, muchas embajadas de Francia y de Castilla venian al rey de Aragon sobre el caso, la autoridad de Eduardo rey de Ingalaterra que se interpuso con los demás por medianero, era de mas peso y eficacia á causa que el Aragonés pretendia tomalle por suegro y casarse con su hija Leonor. Acordaron pues estos reyes de verse y hablarse en la ciudad de Oloron, que se llamó antiguamente Lugduno, y está en los confines de Francia en los pueblos llamados Coquenos: hoy está en el principado de Bearne á las haldas de los montes Pirineos, el emperador Antonino la llamó Illuro.

En aquella junta y habla por grande instancia del rey de Ingalaterra se alcanzó que dentro de un año Carlos príncipe de Salerno fuese puesto en libertad con estas condiciones: que el reino de Sicilia quedase por don Jaime: que el preso alcanzase del papa consentimiento para esto, junto con alzar las censuras puestas contra los aragoneses: item que pagase treinta mil marcos de plata: últimamente que Carlos de Valoes se apartase de la pretension que tenia al reino de Aragon que le adjudicara el pontífice Martino: que dentro de tres años, si todo esto no se cumplia, fuese aquel príncipe obligado á tornarse á la prision, y sin embargo diese en rehenes á sus tres hijos Roberto, Carlos y Luis, ultra desto sesenta caballeros de los mas nobles de la Proenza. Graves condiciones eran estas; pero como al vencedor eran estos conciertos provechosos, así á los vencidos era forzoso aceptallos de cualquiera manera que fuesen que una vez puestos en libertad confiaban no les faltaria ocasion de mejorar su partido. Carlos príncipe de Salerno puesto que fue (segun lo asentado) en libertad el año del Señor de 1288 desde Aragon pasó á Francia, desde allí á Toscana: apaciguados ende los alborotos de los gibelinos, en Roma finalmente le declaró por rey de Pulla y de Sicilia el papa Nicolao IV el que al principio deste año sucedió en lugar de Honorio. Púsole la corona real en su cabeza con todas las demás insignias y vestiduras reales. Pretendia el pontífice no ser válido el concierto pasado, como hecho sin su licencia, de un reino que de tiempo antiguo era feudatario de la iglesia Romana. Esto alteró grandemente el ánimo del rey de Aragon, tanto mas que entendia y le avisaban que el rey don Sancho queria dejar su amistad y avenirse con el rey de Francia á persuasion del sumo pontífice, parecer que aprobaban la reina y don Gonzalo arzobispo de Toledo, aunque muchos grandes juzgaban debia ser preferida la amistad del rey de Aragon así por la vecindad de los reinos como por tener en su poder los hermanos Cerdas.

Destos principios se alteraron algunos, y por la muerte de don Lope de Haro, como luego se contará, sus parientes y amigos se pasaron á Aragon, y fueron causa de nuevas y largas guerras: pretendian y procuraban satisfacerse de sus particulares disgustos

con las discordias y males comunes. El rey don Sancho por el mismo caso se vió puesto en necesidad de darse priesa á hacer la confederacion con el rey de Francia. Enviaron los dos reyes sus embajadores á Leon de Francia, do los esperaba el cardenal Juan Cauleto enviado por el legado del sumo pontífice para este efecto. Por el rey de Francia vinieron Mornay y Lamberto caballeros principales de su córte; el rey don Sancho envió á don Merino obispo de Astorga. El concierto se hizo desta manera: el rey don Sancho prometia de dar á don Alonso de la Cerda el reino de Murcia á tal que no se intitulase en ninguna manera rey de Castilla, y el reino de Murcia le tuviese como moviente y feudatario de Castilla: que si don Alonso muriese sin hijos, sucediese don Hernando su hermano menor: el de Castilla enviase mil caballos en ayuda al rey de Francia, que queria mover guerra á Aragon; y si fuese necesario, diese paso y entrada segura por sus tierras al ejército francés: item que los hermanos Cerdas luego que alcanzasen libertad con el poder y industria de los dos reyes, se entregasen en poder del rey de Francia.

Este concierto dió mucho disgusto á doña Blanca, madre de los infantes, en tanto grado que dejado su hermano, se fue á Portugal. Como mujer varonil pretendia buscar nuevos socorros contra las fuerzas de Castilla, puesto que mas fue el trabajo que en esto tomó, que el fruto que sacó. El rey Dionisio de Portugal, echados los moros de toda su tierra, gozaba de una tranquila paz, ni le podian convencer á que la alterase en pro de otros y daño suyo. ¿Qué prudencia fuera ponerse en peligro cierto con esperanza incierta, y escurecer la gloria ganada, y alterar la quietud y reposo de su reino con mover las armas fuera de tiempo? Tuvo este rey muy buenas partes, y en especial muy noble generacion de hijos y hijas. De doña Isabel su mujer tuvo antes desto una hija llamada doña Isabél, y este año le nació otra que se llamó doña Costanza: de allí á dos años otro hijo que se llamó don Alonso, que fue heredero del reino. De mujeres solteras tuvo estos hijos; á don Alonso de Alburquerque, de quien trae su decendencia una familia deste sobrenombre nobilísima en Portugal, y á don Pedro que fue dado á los estudios de las letras, como da testimonio un libro que compuso de los linajes y de la nobleza de España; y á don Juan y á don Fernando, y ultra desto dos hijas que la una casó con don Juan de la Cerda, y la otra se metió monja.

CAPITULO XII.

De nuevas alteraciones que se levantaron en Castilla.

Castilla por lo que tocaba á los moros, sosegaba á causa de la amistad que tenian con el rey de Granada: con Africa poco antes se asentaron treguas con Juzeph rey de Marruecos. La guerra civil y doméstica tenia á todos puestos en mayor cuidado. Sucedió este daño por la muerte de don Lope de Haro, que le dieron dentro de palacio, y en presencia del mismo rey, si con razon ó sin ella, no se averigua bastantemente. Para que todo esto mejor se entienda, será bien relatar los principios por do se encaminó esta desgracia. Por muerte de don Alvar Nuñez de Lara, que falleció poco despues que tornó en gracia del rey don Sancho, don Lope de Haro su competidor volvió á Castilla y á la córte con esperanza de recobrar la cabida y autoridad que antes tenia, pues era muerto su contrario; pero la naturaleza, que no permite viva alguno sin competidor y sin contraste, en el mismo punto que murió, hizo que don Juan hermano del difunto subiese al mismo grado de dignidad, y al favor y gracia del príncipe que su hermano tuvo con mucho gusto del pueblo y no menor pesar y dolor de don Lope de Haro. Quejábase que con aquellas artes y mañas se le hacia notable agravio, y que todo se encaminaba á disminuir su autoridad y menoscaballa. Era el sentimiento en tanto grado que no temia de dar muestras dél al mismo rey, y formar quejas en su presencia.

Como el infante don Jaime su yerno con un escuadron de gente corriese la campaña de Salamanca, y con sus ordinarias correrías llegase hasta Ciudad-Rodrigo, y el rey se quejase desto con don Lope de Haro: tuvo atrevimiento de confesar que todo aquello se hacia por su consejo y voluntad, hasta añadir que si el rey iba á Valladolid, su yerno vendria á Cigales, que es un pueblo allí cerca, y era tanto como amenazalle: soltar la rienda á la mala condicion y irritar con esto la ira de los reyes cosa es muy perjudicial. Verdad es que por entonces el rey tuvo sufrimiento y disimuló lo mejor que pudo, hasta que se ofreciese ocasion para castigar tan gran locura y desacato. Fué el rey á Valladolid, habló con don Juan su hermano: dióse órden como aquellos alborotos algun tanto sosegasen. Partido de Valladolid, fué primero á Roa, y de allí á Berlanga y á Soria. Despues tomó el camino para Tarazona para verse con el rey de Aragon, y alcanzar dél que le entregase los hermanos Cerdas. Estorbóse esta vista de los reyes por las malas mañas de don Lope de Haro, que como tercero iba de una parte á otra, y á cada cual de las partes referia en nombre del otro condiciones para asentar la paz muy pesadas y muy contrarias de lo que los mismos príncipes pretendian. Todo iba endrezado á derribar por medio de los hermanos Cerdas al rey don Sancho, de quien tenia de todo punto el ánimo enagenado, que fue la causa de no efectuarse cosa alguna, y de volverse el rey á Alfaro, que es una villa de Castilla puesta á los confines de Aragon y de Navarra.

Acudieron el infante don Juan y don Lope de Haro su suegro á hacer reverencia y compañía al rey sin guarda bastante con que se asegurasen. Halláronse presentes don Gonzalo arzobispo de Toledo, y don Juan Alonso obispo de Plasencia, el obispo de Calahorra, el de Osma y el de Tuy: allende destos el dean de Sevilla que era chanciller mayor, y el abad de Valladolid, todos llamados á consejo para tratar de cosas importantes. Llegados don Juan y don Lope á besar al rey la mano, mandóles le volviesen á la hora todos los castillos y plazas que tenian en su poder, y para esto alzasen el juramento á los soldados que tenian de guarnicion, y diesen las contraseñas por do entendiesen por cierto que era tal su voluntad. Fuéles este mandato muy pesado: escusábanse de obedecer, mandólos prender: don Lope de Haro, puesta mano á la espada, y revuelto el manto al brazo, con palabras muy injuriosas, y llamar al rey tirano, fementido, cruel, con todo lo demás que se le vino á la boca y que el furor y la rabia le daban: se fué para él con intento de matalle. Locura grande y demasiado atrevimiento, que le acarreó su perdicion: los que estaban presentes, pusieron asimismo mano á sus espadas, y del primer golpe le cortaron la mano derecha y consiguientemente le acabaron. Caballero que fue arriscado y fuerte, mas su arrogancia y poder demasiado, junto con la envidia que muchos le tenian, redujeron á estos términos.

Don Juan su yerno despues que hirió á algunos de los criados del rey, como vió muerto á su suegro, se huyó y acogió al aposento de la reina, que se puso delante para amparalle del rey que venia en su seguimiento con la espada desnuda, y por sus ruegos y lágrimas hizo tanto que le libró de la muerte. Pusiéronle en prisiones para estar á juicio y dar razon deste y de los demás desacatos. Forzosa cosa es pasar muchas cosas en silencio por seguir la brevedad que llevamos; ¿mas quién podria contar por menudo y á la larga todas las tramas que en esto hobo de

traicion y deslealtad? ¿quién decir todo lo que pasó en tan grande ruido y alboroto, y encarecer la turbacion y desasosiego de toda la casa real? La suma es que quitadas delante las cabezas, los alborotos se apaciguaron por entonces, y con el ejemplo fresco de aquella culpa, y de aquel castigo, los demás se tuvieron á raya para que luego no se alterasen. Pero como se hobieron un poco sosegado, en secreto, y públicamente en corrillos comenzaron á murmurar deste hecho del rey. Decian que con muestras de amor engañó á tan grandes príncipes : los parientes y aliados de los dos unos se salian de la córte, otros de que hobo gran número, se fueron del reino. Por todo esto bien se dejaba entender que se armaba alguna gran tempestad; que fue la causa principal de abreviar la confederacion y liga con el rey de Francia en Leon, como arriba queda dicho.

Doña Juana mujer del difunto don Lope de Haro y hija de don Alonso señor de Molina toda cubierta de luto se fue á ver con la reina su hermana en Santo Domingo de la Calzada, donde estaba la córte. Pretendia con esto recoger las reliquias del naufragio de su casa. Hizo tanto, que con sus lágrimas y á ruego de la reina se amansó el rey para que no despojase á su hijo del señorío de Vizcaya, como lo pretendia hacer; y ya por fuerza se habia apoderado de la villa de Haro y del castillo de Treviño. Demás desto con deseo de sosiego y de apaciguallo todo la reina prometió á su hermana que si su hijo, don Diego de Haro, como era forzoso, llevase en paciencia la muerte de su padre, y se pusiese en manos del rey, le haria dar el lugar y autoridad que su padre tenia. Doña Juana como mujer inconstante pensó que estas promesas procedian de miedo : así mudó luego de parecer y trocó la humildad pasada en cólera, tanto que con deseo de vengarse atizaba á su hijo, y le aconsejaba que renunciada la fe y lealtad que al rey tenia prometida, se desnaturalizase, y se pasase á Aragon. Doña María mujer del infante don Juan que tenian preso, se pasó á Navarra, cerca de la cual estaba. En su compañía se salieron otrosí de Castilla muchos de sus aliados, dado que la mayor parte (como suele acontecer en estas revueltas) dudosos y suspensos se estuvieron en sus casas para tomar consejo conforme al tiempo y como las cosas se rodeasen.

Gaston vizconde de Bearne, sabido lo que pasaba, vino á gran priesa á Aragon en favor de sus deudos, resuelto de poner á cualquier riesgo su persona y estados por los amparar. A instancia de todos estos señores el rey de Aragon puso en libertad á los hermanos Cerdas. Y para hacer mayor pesar al rey don Sancho por el mes de setiembre en Jaca donde hizo traer los infantes, nombró á don Alonso el mayor dellos por rey de Castilla y de Leon, de que resultaron nuevas guerras y grande ocasion para discordias; y es cosa forzosa que los grandes reinos sean muchas veces combatidos de nuevas y grandes tempestades. Por medio de los Cerdas y con el favor de los aragoneses se movió guerra á Castilla. El pueblo estaba no mas deseoso que medroso de cosas nuevas. Los caballeros principales de Castilla no eran de un mismo parecer : los mas prudentes con deseo de sosiego seguian el partido del rey don Sancho, y querian agradalle á él, pues tenia el mando y señorío. El en aquellos dias fué á Victoria, que es en Alava: allí la reina parió un hijo que se llamó don Enrique. La ida se enderezaba así para verse en Bayona con el rey de Francia, segun que lo tenian determinado por sus embajadores, como para acabar de conquistar los lugares y tierras de Vizcaya y ponelles debajo de su señorío.

Esta guerra fue mas dificultosa de lo que se pensó, por la aspereza de los lugares, la falta de bastimento, y la condicion de la gente, constante en guardar la fe y lealtad á sus señores. Teniase esperanza por medio del maestre de Calatrava don Ruy Perez Ponce de poder ganar á don Diego de Haro hermano de don Lope, al cual antes deste tiempo el rey hizo capitan de la frontera y al presente le ofrecia mucho mayores honras y premios, hasta dalle intencion que le daria el señorío de Vizcaya, pero él sin hacer caso de todo esto quiso mas irse desterrado á Aragon. Decia no se debia confiar de quien socolor de amistad maltrató de tal manera á tales príncipes sus parientes y amigos. Así se partió determinado de favorecer y amparar con su consejo y hacienda y diligencia á su sobrino. Todo parecia estar á punto de romper : los pueblos resonaban con aparatos y pertrechos de guerra, cuando al mismo punto que querian acometer las fronteras de Castilla, falleció de enfermedad don Diego de Haro hijo de don Lope en gran pró y beneficio del rey don Sancho y de sus cosas. Con su muerte se resfriaron las voluntades de los que seguian su bando; y Vizcaya que hasta entonces hacia resistencia, toda ella vino en poder del rey por el esfuerzo y valor de Diego Lopez de Salcedo, á quien se cometiera todo el peso de aquella conquista, y de quien así en guerra como en paz se hacia mucho caso.

CAPITULO XIII.

De algunas hablas que tuvieron los reyes.

El rey don Sancho dado que hobo fin á las cosas de Vizcaya, y que las vistas con el rey de Francia se remitieron para otro tiempo, dejó á su hermano el infante don Juan con buena guarda preso en el alcázar de Burgos, y despues le pasaron á Curiel, y él con el cuidado que tenia de la guerra de Aragon y de su reino, que de nuevo andaba en balanzas, se partió para Sabugal, que es una villa á la raya de Portugal. Allí se juntaron él y el rey de Portugal para tratar entre los dos de sus haciendas : hicieron liga contra los aragoneses y los desterrados de Castilla, que se apercebian para la guerra socolor de poner en posesion á don Alonso de la Cerda, que ya se intitulaba rey de Castilla, en el reino de su abuelo. Apartados los reyes, y vueltos destas vistas, don Sancho recogidas sus fuerzas por todas partes y la gente de guerra que tenia, se fué á encontrar con los aragoneses á la villa de Almazan. En el mes de abril del año del Señor de 1289 se juntaron los dos campos, mas no sucedió cosa digna de memoria ; solo la villa de Moron fue tomada por los aragoneses por fuerza de armas, y Almazan fue cercado.

De la otra parte el rey don Sancho con una entrada que hizo por las fronteras de Aragon, destruia la campaña, robaba ganados, y ponia á fuego villas y lugares. Don Diego Lopez de Haro de la misma manera con sus correrías talaba todos los campos y términos de Cuenca y Huete, demás de un escuadron de enemigos con quien se encontró, y los venció y puso en huida junto á la villa de Pajaron. En esta refriega murió Rodrigo de Sotomayor capitan de los castellanos. Las banderas que les tomó, envió don Diego á la ciudad de Tiruel. La estrechura del lugar fue causa deste revés : los aragoneses peleaban mejorados del lugar, y por todas partes estaban sobre los enemigos. En ninguna parte podian reposar, unos daños sucedian á otros, como si anduvieran en rueda : los que con su daño pagaban las discordias de los príncipes, eran los inocentes. Verdad es que las mas ciudades y villas tenian la voz de don Sancho unas por miedo, y otras por voluntad. Solo en Badajoz se encendió una revuelta muy grande : estaban aquellos ciudadanos de tiempo antiguo divididos en dos bandos, es á saber los bejaranos y los portugaleses. Fueron los bejaranos despojados de sus haciendas por los contrarios, y forzados á ausentar-

se de la ciudad. Hicieron recurso al rey para que deshiciese el agravio. Mandólo así : los dañadores no quisieron obedecer á este mandato. Acudieron los bejaranos á las armas ; y con gente que tenian apercebida, mataron gran número del otro bando, y echaron los que quedaban, de la ciudad.

A este atrevimiento de quererse vengar por sus manos añadieron otro mayor, y fue que como se hobiesen fortificado en lo mas alto de la ciudad, apellidaron por rey á don Alonso de la Cerda. Dió esto grande pesadumbre al rey don Sancho : el daño que resultó á aquella ciudad fue notable. Grande es la furia del pueblo puesto en armas, las fuerzas de los reyes son mayores : vióse por esperiencia, que luego que el rey envió su campo sobre ellos, la osadia se les trocó en miedo. Rindiéronse á partido, salvas las vidas. No les guardaron el concierto : todos los bejaranos fueron pasados á cuchillo en número de cuatro mil entre hombres y mujeres. El mismo trabajo corrió Talavera villa principal en el reino de Toledo : por seguir la voz de don Alonso de la Cerda hasta cuatrocientos de los mas nobles fueron justiciados y descuartizados públicamente á la puerta que desde aquel tiempo comenzó el vulgo á llamalla la puerta de Cuartos.

Así lo testifican los de aquel lugar como cosa recebida de mano en mano de sus antepasados, sin que haya autor ni testimonio mas bastante. Lo cierto es que con el castigo destos dos pueblos quedaron avisados los demás para no se desmandar; y es así que todo grande ejemplo y hazaña es casi forzoso tenga mezcla de algunos agravios ; pero lo que se peca contra los particulares, se recompensa con el provecho y sosiego comun.

El año próximo siguiente de 1290 se trató de nuevo que los reyes de Francia y de Castilla se viesen y hablasen. Acordado esto, llegaron en un mismo dia á Bayona pueblo de la Guiena señalado para esta junta. Lo mas principal que entre los reyes se resolvió, fue que el de Francia alzó la mano de ayudar á los hermanos Cerdas : renunció otrosí el derecho, si alguno tenia, al reino de Castilla como bisnieto de la reina dona Blanca, que no faltaba quien le pusiese en seguir esta demanda ; demás desto se resolvió de hacer por ambas partes la guerra al reino de Aragon. Al mismo tiempo Tolosa, Segura y Villafranca, que se comenzaron á edificar en la parte de Vizcaya en tiempo del rey don Alonso, se acabaron en este por la diligencia del rey don Sancho, de que hay hoy dia públicos instrumentos despachados en esta razon en



Puerta de Cuartos.

Victoria y en Valladolid, donde se vino desde Bayona. El rey de Aragon ; sabida la confederacion de los dos reyes, y visto que no tenia fuerzas para contrastar con Castilla, Francia y Italia, mucho se inclinaba á la paz, sin embargo que Carlos rey de Nápoles no cumplia lo que se asentó en el concierto pasado; de que el rey de Ingalaterra por cuya instancia fue puesto en libertad, se sentia muy agraviado que hiciese burla de su fe y palabra.

Acudieron por todas partes al papa á poner en sus manos estas diferencias. Respondió enviaria sus legados, que oidas las partes, con condiciones acordasen todos estos debates. Nombró para esto dos cardenales, es á saber Benito Colona y Gerardo de Parma, para que fuesen á Francia y lo compusiesen todo. En este comedio Carlos rey de Nápoles y el rey de Aragon con seguro que se dieron el uno al otro, se vinieron á hablar en Junquera pueblo de Cataluña. Allí platicaron sobre muchas cosas, y asentaron treguas por algunos meses mientras que los legados tomasen algun buen medio para asentar con firmeza la paz : cosa que á todos venia bien y á que todos se inclinaban, Carlos con esperanza de recobrar el reino de Sicilia, el Aragonés porque se alzase el entredicho que tanto duraba en su reino, y por escusar la guerra que de Francia le amenazaba, demás del deseo que le punzaba, apaciguadas estas diferencias, de volver sus armas contra Castilla.

CAPITULO XIV.

Que don Juan de Lara se pasó á Aragon.

Don Juan Nuñez de Lara, personaje de gran reputacion, poder y riquezas, comenzaba de nuevo á aficionarse al partido de Aragon así por su poca constancia como por la intencion que le daban de resti-

tuille la ciudad de Albarracin : cosa muy ordinaria, que los hombres hacen mas caso de su interés que de lo que es justo y loable. El rey don Sancho por tener entendido seria de grande importancia para todo su ida y su quedada, hizo todo lo posible para sosegalle hasta nombralle por general de las fronteras de Aragon y hacelle otros regalos : no aprovechó nada todo esto, mayormente que en Burgos, donde la córte estaba, un page le dió ciertas cartas en que le avisaban mirase por sí que le tenian armada celada. Corrió la fama que fue así verdad : yo mas creo fue mentira, como lo afirman autores de crédito; que aquellas cartas fueron echadizas por personas que les pesaba que un caballero tan valeroso hobiese vuelto á la gracia del rey, como hombres que tenian mas cuenta con sus intentos particulares que con el bien comun.

Don Juan que de su naturaleza era sospechoso, dió crédito á lo que las cartas decian, y á gran furia salió de la córte, y por el reino de Navarra se pasó á Aragon sin que fuese parte para estorballo la diligencia que el rey puso por medio de la reina, y con ir él mismo en pos dél hasta Valladolid. Sentia mucho su partida por ver que le amenazaba una grave tempestad, si caballero tan poderoso y de tantos amigos se juntase con los demás forajidos. No era este recelo fuera de propósito; que luego con mucha gente entró por las fronteras de Castilla hasta Cuenca y Alarcon, taló y robó toda la campaña, hizo todo el mal y daño que pudo. Acudieron las gentes del rey don Sancho; pero en un encuentro las desbarató y les tomó muchas banderas, rindió y sujetó la villa de Moya, y con gran número de cautivos y ganados dió la vuelta para Valencia, desde donde el rey de Aragon, don Diego de Haro y don Juan de Lara con gente que tenian aprestada, todos juntos volvieron á entrar por la parte de Molina, Sigüenza, Berlanga y Almazan : sin hallar quien les fuese á la mano, destruyeron toda la tierra.

Aquejaba este daño mucho al rey don Sancho, deseaba acudir con sus gentes desde Cuenca, do era venido para remediar los daños. Poco efecto hizo: unas cuartanas que muy fuera de sazon le tenian trabajado, le embarazaban y debilitaban de suerte que no podia hacer cosa alguna, ni dar órden en lo que convenia, de que recebia mas pesadumbre que de la misma enfermedad. Llegó á términos de estar desahuciado de los médicos. La reina que en Valladolid aquellos dias parió un hijo que se llamó don Pedro, aun no bien convalecida del parto con el aviso se puso en camino para visitar al rey. Su venida dió al doliente mucho contento, y fue muy provechosa para el bien comun su llegada. Con su buena maña redujo á don Juan de Lara, que ya estaba arrepentido de su liviandad por salille vana la esperanza de recobrar á Albarracin. Concertaron que doña Isabel hija de Doña Blanca y del hermano de la reina, doncella de muy escelentes partes, casase con el hijo de don Juan de Lara, que tenia el mismo nombre que su padre. Era la dote el señorío de Molina, porque el padre de la novia no tenia hijo varon. Asentado esto, se celebraron las bodas en Cuenca con grande magestad y aparato.

Concluidas las fiestas, el rey y la reina se fueron para Toledo, y en su compañía don Juan Nuñez de Lara. Aposentáronle en el monasterio de San Pablo, que era de la órden de Santo Domingo, fuera de los muros de la ciudad á la ribera de Tajo. Un dia muy noche se entretenia en jugar á los dados con un judio muy rico. Vino al improviso un su criado llamado Nuño Churuchao : avisóle se pusiese en cobro, porque tenian ordenado de matalle; que la noche pasada metieron muchas armas dentro de palacio. Dió él luego crédito á este aviso : quisiera huir, pero no le fue posible por estar cerradas las puertas de la ciudad, y dentro las cabalgaduras y criados. Pasó la noche con este miedo y cuidado, que se le hizo muy larga. Al alba del dia, llamados sus criados y caballeros les dijo el peligro en que se hallaba: ellos sin embargo le aconsejaron que no hiciese movimiento, que pues la noche se pasó sin muestra ninguna de tales asechanzas, que entendiese era mentira; porque ¿á qué propósito dilatallo, si tal pensaran? ¿para qué esperar á que viniese el dia? ¿por ventura para que fuese testigo de la traicion? ¿qué mas querian sus contrarios que velle ido de la córte, en que tenia tanto poder y mando que á todos causaba envidia, y sus riquezas les hacian temblar? Que en la ciudad todo lo veian sosegado, que se acordase del engaño pasado; y finalmente que aquel su consejo ó seria para él saludable, ó si todavía fuese necesario huir el peligro, que era lo peor que se podia esperar, que esto seria la noche siguiente que de dia al seguro no se atreverian á acometer tal hazaña. Con estas razones se mitigó su miedo. Avisado el rey de aquel recelo y sobresalto, sintió mucho que se pusiese duda en su fe y palabra. Cuidaba como le quitaria aquella sospecha : cuanto mas el rey procuraba dalle satisfaccion, él sospechaba que no debian engañalle los que le avisaron : y que aunque la verdad no se podia averiguar, que se la querian encubrir con artificio y maña.

En este tiempo se asentó de nuevo la confederacion con el rey de Granada á tal que pechase el tributo que debia, conforme á los conciertos pasados. Fue necesario acudir á esto porque andaba en balanzas, como es la costumbre de aquella gente ser poco constantes. Hernan Ponce de Leon, que era frontero de los moros, fue el principal medio para que estos reyes se conservasen en paz y amistad. De Toledo fueron los reyes primero á Burgos, y de allí á Palencia donde se hacia capítulo general de la órden de Santo Domingo. Don Juan de Lara no se pedia sosegar con ningunos beneficios y buenas obras; y no se contentaba con maquinar él solo revueltas, sino que atizaba y persuadia á los grandes de la córte que procurasen de intentar cosas nuevas : con esto andaban muchas voluntádes torcidas y enajenadas del rey. Para remedio desto sacaron de la prision en que estaba, á don Juan hermano del rey, que era muy bien quisto de grandes y pequeños. Hizo el juramento y pleito homenaje de ser fiel al rey y al príncipe don Fernando su hijo, y besó la mano del niño como heredero del reino, conforme á la costumbre que se guarda en Castilla. Demás desto por su medio muchos mudaron parecer, y abrazaron los consejos mas saludables. Por industria del rey, que fue á Santiago de Galicia, so color de devocion y visitar aquella santa casa, se redujo asimismo á mejor partido, y á que dejase las armas don Juan Alonso de Alburquerque caballero principal, que en Galicia andaba alborotado á persuasion de don Juan Lara.

Estas cosas pasaban en Castilla el año de 1291, cuando al principio del mes de febrero los cardenales que el sumo pontífice enviara á Francia por legados (como arriba dijimos) en Tarascon pueblo de la Gallia Narbonense compusieron las diferencias que resultaban entre los reyes de Aragon y Francia. Estuvo presente Carlos rey de Nápoles, y los dos reyes enviaron sus embajadores con amplios poderes para venir en el concierto. Las condiciones de la paz fueron estas : el rey de Aragon envie á Roma sus embajadores, é humildemente pida perdon de la contumacia é inobediencia pasada : peche en cada un año á la iglesia Romana treinta onzas de oro en razon de tributo y feudo, como su bisabuelo lo prometió : con una buena armada pase en favor de la Tierra Santa; á la vuelta aconseje á su madre y hermano, y procure partan mano de las cosas de Sicilia : por conclusion publique un edicto riguroso en que mande á to-

dos los aragoneses soldados y caballeros salgan de aquella isla: Carlos de Veloes renuncie el derecho que el papa le dió sobre el reino de Aragon: demás desto se añadió que el padre santo recibiria en su gracia al Aragonés, y enviaria un prelado á quitar el entredicho que tenia puesto en todo aquel reino; al cual el rey de Aragon entregaria los rehenes que de parte del rey Carlos de Nápoles tenia en su poder.

Al concluir estos conciertos no se hallaron los embajadores de Sicilia, y esto por industria del rey de Aragon con intento que no les desbaratasen todo, ca sabia cierto no vendrian en aquellas condiciones: maña de que el rey don Jaime y toda Sicilia se agraviaron en gran manera. Quejábanse los hobiese engañado y desamparado quien mas que todos los debiera favorecer; sin embargo querian llevar adelante lo comenzado, y poner las vidas y la sangre en la demanda antes que volver al señorío de franceses: la resolucion fue tal y tan grande, que al fin salieron con su intento. Por esta causa la esperanza que tenian de recobrar á Sicilia, salió vana á los franceses; y aun la ida del rey de Aragon á la Tierra Santa no se efectuó á causa que á la misma sazon vino nueva que Elpis emperador de Egipto y su hijo Melesayte con un cerco muy apretado que pusieron sobre Ptolemayde, ciudad que solo quedaba allí en poder de cristianos, la combatieron de suerte que la entraron por fuerza, y todos los moradores y soldados pasaron á cuchillo: los edificios al tanto los abatieron por tierra hasta no dejar rastro ni señal alguna de ciudad. Este fue el remate de la guerra sagrada, y de aquella empresa de la Tierra Santa. Tal fue la voluntad de Dios. La pereza y poquedad de los fieles vergonzosa acarreó esta mengua y daño.

Viéronse segunda vez los reyes de Aragon y el de Nápoles en Junquera: tornaron á tratar de la paz, á que el uno y el otro mucho se inclinaban por estar cansados de los trabajos pasados, y temerosos de lo porvenir. Por esta causa luego que se despidió esta junta, el rey Carlos casó su hija mayor llamada Clemencia con Carlos de Valoes, y por dote el condado de Anjou y el estado de Maine; con tal condicion empero que partiese mano de la pretension de Aragon. Estaba al tanto muy resuelto el rey de Aragon en cumplir todo lo puesto y concertado cuando la muerte muy fuera de lo que pensaba, le atajó los pasos; que le sobrevino en Barcelona en sazon que se aprestaba para hacer traer á doña Leonor su esposa, y todo andaba lleno de fiestas y contento. Falleció en la flor de su juventud en edad de veinte y siete años á diez y ocho dias del mes de junio. Si tuviera mas larga vida, fuera muy señalado príncipe, conforme á las grandes muestras que daba de valor y de virtud. Ante todas cosas merece ser alabado por mostrar como mostró la paz del mundo, bien que no se la pudo dar. Su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad y en el hábito de la misma órden: las exequias y honras como era razon con grande aparato y muy solemnes.

CAPITULO XV.

Cómo los tres reyes de España emparentaron entre sí.

Con el aviso de la muerte del rey de Aragon, porque no dejaba hijos, su hermano don Jaime luego desde Sicilia acudió y vino á Aragon á tomar posesion de aquel reino que le pertenecia así por el derecho de parentesco, como por el testamento de su hermano, ca le nombró por su sucesor. Así sin contradicion en Zaragoza á veinte y cuatro dias del mes de setiembre fue ungido y coronado, en la iglesia de San Salvador con las ceremonias acostumbradas. Tocante al testamento de su hermano en que dejaba por heredero del reino de Sicilia á don Fadrique su hermano menor, no quiso pasar por esta cláusula, ni consentir que saliese de su poder el reino que los sicilianos le dieron con mucha voluntad y á instancia de su mismo padre. Pretendian á la misma sazon su amistad don Alonso de la Cerda que presente se halló, y el rey don Sancho por sus embajadores, ambos con muchas veras. En esta competencia pareció inclinarse mas el Aragonés á la parte de don Sancho, y aficionarse mas á la fortuna que á la justicia de las partes, sin memoria de la voluntad que su padre y hermano mostraron en aquel caso. A la verdad las fuerzas de los Cerdas, que con presteza y calor por ventura prevalecieran, con la tardanza estaban flacas: las del bando contrario de cada dia se acrecentaban mas y prevalecian; mayormente despues que don Juan Nuñez de Lara por industria de la reina, como ya se dijo, trocó parecer y partido; tanto mas que en aquel mismo tiempo el rey don Sancho puesta su alianza y amistad con Portugal, concertó á don Fernando su hijo mayor y heredero de sus estados con doña Constanza hija del Portugués. Para seguridad de que se efectuaria el casamiento, entregó algunos castillos y villas de Castilla para que hasta tanto que se celebrase, estuviesen como en tercería.

Asentaron pues los reyes de Aragon y Castilla su amistad por medio de sus embajadores; y para que fuese mas firme, acordaron de verse en Montagudo, villa á propósito para esta habla por estar á la raya de los dos reinos. Allí á veinte y nueve de noviembre se concertaron los reyes de tal guisa que los mismos tuviesen por amigos y por enemigos; y que en ninguno de los dos reinos se diese acogida, favor ni ayuda á los forajidos del otro, antes los entregasen á su señor. Demás desto porque á la sazon el rey de Marruecos sin embargo de las treguas tenia cercada á Beja, pueblo que algunos tienen que Ptolomeo y Tito Livio llaman Biguerra en la comarca de los bastetanos, en particular se acordó que para ayuda de aquella guerra, si fuese necesario, acudiese el Aragonés con veinte galeras. Para que todo fuese mas firme concertaron que doña Isabel hija del de Castilla, si bien no pasaba de nueve años, casase con el de Aragon. Los desposorios se celebraron en Soria á primero de diciembre, y la niña fue entregada en poder de su esposo con esperanza de alcanzar dispensacion sobre el parentesco de los novios: la priesa que los reyes tenian, no sufria mas dilacion.

Celebrados los desposorios, los reyes pasaron á Calatayud, allí se hicieron grandes regocijos, fiestas y convites. Hobo justas y torneos, en que Rugier Lauria que en compañía del rey de Aragon era venido desde Sicilia, se señaló entre todos y se aventajó por la gran destreza que tenia en las armas. Los grandes de Aragon desde los años pasados andaban alborotados, así entre sí como contra los reyes, en tanto grado que pretendieron reformar los gastos de la casa real en tiempo del rey don Alonso, y porfiaban en hacer mudar las leyes y magistrados, y dar una nueva traza en el gobierno. Todas estas porfías eran demasiadas, como sea verdad que así la libertad como el señorío y mando tienen su tasa y medida no menos que las demás cosas del mundo. Estos caballeros por medio del rey don Sancho se reconciliaron, y alcanzaron perdon de lo pasado. Los reyes se despidieron á la salida del año, cuando el rey bárbaro, alzado el cerco que tenia puesto, dió la vuelta para Africa por recelo de una grande armada que Benito Zacarías aprestaba en la costa de Galicia, demás que la villa por su fortaleza y por el valor de los nuestros hacia grande resistencia.

Con tantas cosas como en un tiempo se acabaron, tornó la paz á España despues de tan largo tiempo, y quedaron apaciguados los enemigos domésticos y estraños. Solo don Juan de Lara no sabia sosegar, y parece que maquinaba novedades: ni se fiaba del

rey, ni del todo dejaba las armas; por lo cual la guerra se volvió contra él, y por fuerza le quitaron á Moya y Cañete, pueblos de que el rey le hizo merced cuando se tornó de Aragon, y se concertó el casamiento de su hijo. Don Juan desconfiado de sus fuerzas y por no quedar en España á quien acudir á causa de los conciertos pasados, se fue desterrado á Francia. En su seguimiento partió luego don Gonzalo arzobispo de Toledo, enviado por embajador del rey don Sancho para aplacar aquel rey, y prevenille que por medio de don Juan y por sus siniestras informaciones no diese lugar á que se enturviase la amistad antigua; en particular llevaba órden de dar razon de la concordia que se asentara con los aragoneses: que dijese fue pura necesidad para sosegar á los suyos, y escusar las guerras civiles que de nuevo amenazaban. Respondió á esto el Francés que no recebia desgusto, antes que su hermano Carlos renunciaria de voluntad el derecho que tenia al reino de Aragon, á tal que por su medio el Aragonés restituyese la isla de Sicilia á la iglesia Romana.

Entretanto que esto pasaba, al principio del año de 1292 el almirante de Castilla Benito Zacarías peleó en la costa de Africa con veinte galeras de moros; desbaratólas y tomó las trece. Esta pérdida desbarató el propósito que el de Marruecos tenia de pasar de nuevo en España con grandes gentes que para este efecto tenia juntas en Tánger. Convidó asimismo al rey don Sancho esta victoria para que se pusiese con su gente sobre Tarifa, que despues de un largo cerco ganó á veinte y uno de setiembre. El rey de Portugal dado que sobre ello le hicieron instancia, no envió algun socorro para aquella empresa por razones que debió tener bastantes. La reina de Castilla á la



Guzman el Bueno

sazon en Sevilla parió un hijo que se llamó don Philipe. Tomada que fue Tarifa, primero quedó en ella por gobernador don Rodrigo maestre de Calatrava: despues Alonso Perez de Guzman se ofreció de defender aquella plaza con solo que le diesen la tercera parte de lo que á otros se solia dar. Era rico de dinero, que tenia allegado no solo en España, sino en Africa en el tiempo que sirvió al rey de Marruecos en muchas guerras contra otros moros. Con el dinero compró muchos lugares en el Andalucía, y los incorporó en el estado que le dejó su padre en Sanlúcar de Barrameda. Hacia otrosí grandes limosnas, por donde le dieron sobrenombre de Bueno: título que mantienen los de su casa, mas ilustre que los que otros príncipes toman con soberbia y arrogancia. Deste caballero decienden los duques de Medina Si-

donia, señores de los principales de España así en renta como en vasallos y nobleza.

Tuvo don Alonso un hijo llamado don Juan, y un nieto del mismo nombre que casó con doña Beatriz hija bastarda del rey don Enrique el II. Dióle en dote la villa de Niebla con título de conde, por lo cual á su hijo y heredero en aquel estado llamó don Enrique. A este sucedió don Juan su hijo, el que por merced del rey don Enrique el Cuarto se intituló duque de Medina Sidonia. Don Juan tuvo un hijo llamado don Enrique y un nieto que se llamó don Juan, al cual el rey don Fernando el Católico dió el marquesado de Casasa en recompensa del trabajo y diligencia que puso en la conquista de la ciudad de Melilla y castillo de Casasa en la costa de Africa. A este don Juan sucedieron dos hijos que dejó, uno en pos de otro, es á saber don Alonso que no tuvo muy entero juicio, y despues dél don Juan, cuyo hijo mayor que tenia el mismo nombre, murió en vida de su padre: por esta razon al dicho don Juan en nuestros dias sucedió un nieto suyo por nombre don Alonso, que hoy dia vive y tiene aquel estado. Esto cuanto á los señores y duques de Medina Sidonia. Volvamos con nuestro cuento á los reyes.

CAPITULO XVI.

De la muerte del rey don Sancho.

Con gran cuidado y diligencia procuraban á un mismo tiempo componer las diferencias entre Francia y Aragon y concertar aquellos príncipes por una parte el papa Nicolao Cuarto, y por otra el rey de Castilla don Sancho. Envió el pontífice á Aragon sobre el caso á Bonifacio Calamandra caballero de San Juan: la muerte atajó sus intentos que fue á cuatro de abril: grave daño; y el mayor, que por difencias que resultaron entre los cardenales, estuvo aquella silla vaca mas de dos años. Suplió la falta que el pontífice hizo, cuanto á las cosas de Aragon, la buena diligencia del rey don Sancho, que movido por la buena respuesta que le dió el rey de Francia, envió á convidar al rey de Aragon que se llegase á Guadalajara, ca esperaba otorgaria con lo que le pidiese. Tratóse allí de las condiciones de la paz: no se concluyó por entonces cosa alguna, solo acordaron que de nuevo se viesen. Señalaron para el habla la ciudad de Logroño. Convidaron otrosí á Carlos rey de




Moneda de don Sancho el IV.

Nápoles para que se hallase en la junta y terciase. Al cual en esta sazon el Aragonés, conforme á lo que su hermano asentó, restituyó sus hijos que tenia en rehenes. No vino Carlos: la causa no se sabe; pero el año próximo siguiente 1293 los reyes de Castilla y Aragon se juntaron en Logroño. En aquella junta nacieron entre ellos nuevas sospechas: este fue el fruto de la habla (1). El suegro trataba á su yerno muy ásperamente, y encaminaba como artero las cosas á su provecho y comodidad.

Dende aquel tiempo el rey de Aragon comenzó á tener poca aficion á doña Isabel su esposa, y poner los ojos en otro nuevo casamiento: era menester algun color; achacaba el deudo en que el papa aun no habia dispensado. Pasó el negocio á que por medio y á instancia de Calamandra se vino á ver con Carlos rey de Nápoles en Junquera. En esta junta trataron de sus haciendas y de emparentar, todo con mucho secreto porque no se divulgase. El tiempo que descubre las puridades, dió á entender que sus vistas se enderezaron sobre la restitucion de Sicilia, y sobre casarse de nuevo el rey de Aragon con Blanca hija del rey Carlos. Este fue en sazon que en Castilla el rey don Sancho por un su privilegio dado en Valladolid, que hoy está entre los papeles de la iglesia de Toledo, otorga haya escuelas en Alcalá de Henares con las mismas prerogativas que en la universidad de Valladolid. Asimismo por muerte de doña Isabel mujer de don Juan de Lara el Mozo, el señorío de Molina recayó en poder de los reyes como deudos mas cercanos (2). Don Juan de Lara el Mozo ó por el sentimiento de la pérdida de aquel estado, ó por imitar la inconstancia y ejemplo de su padre, y juntamente con él el infante don Juan hermano del rey, habido su acuerdo de consuno, comenzaron á alborotarse. El rey como sagaz con intento de atajar la guerra que amenazaba, si aquellos desgustos pasaban adelante, procuró de ablandallos y sosegallos con tanto cuidado que en breve tiempo se amansó aquella tempestad.

Don Juan de Lara y su padre que por este tiempo volvió de Francia, se reconciliaron con su rey y mostraron mudar propósito. El infante don Juan hermano del rey de Portugal, do se retiró, junto con Juan Alonso de Alburquerque hacian correrias por la campaña de Leon. Envió el rey á don Juan de Lara el Viejo con gente para que los reprimiese; que con estos halagos y hacer dél confianza pretendia finalmente le fuese fiel, y que con la destreza de su ingenio y maña apaciguase aquellos movimientos. Sucedió al revés la traza, porque fue vencido en una refriega y vino en poder de los enemigos. Desde allí, puesto que fue en libertad, se vino para el rey, que estaba en Toro muy regocijado porque le nació á la sazon una hija en aquella ciudad que se llamó doña Beatriz. Corría nueva que el rey de Granada trataba de hacer guerra, y que el rey de Marruecos queria tornar á pasar en España: envió el rey á don Juan de Lara con sus dos hijos don Juan y don Nuño á las fronteras de Andalucía. Todo este aparato se deshizo á causa que los reyes moros se estuvieron sosegados, y don Juan de Lara capitan de nuestra gente murió en Córdoba en aquel mismo tiempo.

Sosegada esta tormenta, levantó de nuevo otra el infante don Juan hermano del rey; la cual como quier que el rey de Portugal, por no dar muestra con tenelle en su tierra queria perturbar la paz mandase salir de su reino, en una nave se pasó á Tánger. El rey de Marruecos por pensar era á propósito su venida para por su medio hacer guerra á España, despues de recibille muy cortesmente y tratalle con grande honra y regalo, le envió con cinco mil ginetes á combatir á Tarifa. Pasó pues en España y combatió aquella plaza con grande porfía y con todos los ingenios que se puede pensar. Los de dentro confiados en las buenas murallas, y animados por su caudillo y cabeza Alonso Perez de Guzman resistian con valor y ánimo. Aconteció que un solo hijo que este caballero tenia, vino á poder del infante y de los moros; sácanle á vista de los cercados: amenazan si no se rinden, de degollalle. No se mudó el pa-

(1) El rey de Aragon no asistió en persona, sino por medio de sus ministros. El de Castilla formó las capitulaciones en romance, y á ellas respondieron los delegados por una memoria escrita en latin.

(2) No por muerte de doña Isabel, sino de doña Blanca su madre, como consta del testamento que esta hizo en Molina el 10 de mayo de 1293.

dre por aquel lastimoso espectáculo, antes decia que cien hijos que tuviera, era justo aventurallos todos por no amancillar su honra con hecho tan feo como rendir la plaza que tenia encomendada. A las palabras añade obras: échales desde el adarve una espada con que ejecutasen su saña, si tanto les importaba. Esto hecho, se fué á yantar. Desde á poco dió la vuelta por el grande alarido que levantaron los soldados por ver degollar delante sus ojos aquel niño inocente, que fue estraño caso y crueldad mas que de bárbaros. Hizo mas atroz el caso ejecutarse por mandado del infante don Juan. Acudió, pues, el padre á ver lo que era; y sabida la causa, dijo con mesurado semblante: «Cuidaba que los enemigos habian entrado la ciudad;» y con tanto se volvió á comer con su mujer sin dar muestra alguna de ánimo alterado. En tanto grado pudo aquel caballero enfrenar el afecto paterno y las lágrimas: digno de ser comparado con los varones entre los antiguos mas señalados. Considerado esto los bárbaros que por ningunas artes ni fuerza podria ser vencido el que por amor de su único hijo no quiso torcer un punto ni apartarse del deber, desconfiados de la victoria se volvieron á Africa; demás que de su voluntad restituyeron al rey de Granada la ciudad de Algecira con gran contento de los nuestros, que se recelaban de aquella entrada y paso que los de Africa tenian, podria resultar algun grave daño de España.

Por este tiempo puesto en libertad aportó á España el infante don Enrique, tio del rey don Sancho, que muchos años estuvo preso en Nápoles. Holgó el rey mucho con él, y juntos se fueron desde Burgos á Vizcaya contra Diego Lopez de Haro que con ayuda de Aragon pretendia recobrar aquella provincia. Apaciguados aquellos movimientos, y echado don Diego de aquella tierra, se tornaron á Valladolid, y desde allí á Alcalá de Henares. Allí llegó la nueva al rey de lo sucedido en Tarifa, por lo cual el mes de enero del año de 1295 escribió á Alonso Perez de Guzman una carta en que alaba mucho su constancia y su lealtad, pues por ella pospuso la salud y vida de su hijo: compárale al santo Abraham, y el sobrenombre de Bueno que por sus virtudes y favor de la gente ganara, manda se le ponga entre sus títulos, y se lo llamen: promete de gratificar tantos servicios y tantos trabajos: convídale á que lo venga á ver, que su vista le dará gran contento: que él por estar impedido de enfermedad no lo podia hacer, puesto que mucho lo deseaba. Esta carta orignal conservan los duques de Medina Sidonia para memoria y en testimonio de la fe y lealtad de sus antepasados: tesoro de mas estima que el oro y las perlas de Levante.

Tres meses despues desto á veinte y cinco dias del mes de abril el rey recibidos los sacramentos falleció en la ciudad de Toledo. Sobrevínole en Alcalá la dolencia de que finó: por ver si mejoraria se hizo llevar en hombros á Toledo con gente que de trecho en trecho se mudaba: poco prestó la mudanza del cielo y del aire. Reinó once años y cuatro dias. Fue igual á los príncipes mas señalados en fortaleza, justicia y prudencia: grandemente astuto y sagaz: en muchas cosas y en muchas partes dejó rastros y muestras de crueldad: falta que le hizo odioso á los presentes, y su memoria poco agradable á los de adelante. Declara por su sucesor á su hijo don Fernando el Cuarto deste nombre, y señaló á la reina por su tutora y para el gobierno del reino, sin embargo que no era su legítima mujer por el impedimento del parentesco en que nunca se dispensó. Despues de la reina mandó que tuviese el segundo lugar en todo don Juan de Lara; cláusula que puso contra su voluntad por acordarse de las revueltas pasadas, pero era forzoso ganalle con hacer dél confianza, y aplacalle con buenas obras como quien echaba bien de ver cuantos males amenazaban al reino por su muerte: su cuerpo fue sepultado en aquella ciudad en la capilla real, que en aquel tiempo estaba detrás del altar mayor. Enterróle y dijo la misa el arzobispo don Gonzalo: las honras fueron muy solemnes: grandes alabanzas se dijeron del defunto: sin duda tuvo valor para sobrepujar la fuerza de una recia tempestad, y hacer rostro á la fortuna; y que si bien su derecho para la corona no era muy cierto, y que los pareceres no se conformaban con las armas, en que al fin suele consistir el derecho de reinar, aseguró el reino para sí y para sus decendientes. En tiempo del rey don Sancho florecieron dos juristas muy famosos, Guillen Galvan en Aragon, y en Castilla Garcia Hispano, que compuso comentarios sobre las epístolas decretales.

CAPITULO XVII.

Cómo alzaron á don Fabrique por rey de Sicilia.

Tenia á la sazon la silla de San Pedro Bonifacio VIII sucesor de Celestino V, aquel que traido del yermo por voto de todos los cardenales, y puesto en el gobierno de la Iglesia, como el peso fuese mayor que sus fuerzas, á cabo de seis meses despues que entró en el pontificado, voluntariamente le renunció: ejemplo de que los venideros se maravillasen, todos le alabasen, y ninguno le imitase. Tanto mas digno de reprehension fue su sucesor, que tornándose al yermo para gozar de la acostumbrada soledad, le estorbó su camino, y le hizo poner en prision. Recelabase no se levantase algun alboroto á causa que muchos no tenian por valida ni legal aquella renunciacion: murió en la prision año y medio adelante. Canonizóle el papa Clemente Quinto y púsole en el número de los santos. Lo mismo este presente año hizo tambien Bonifacio de San Luis, rey de Francia. Hay un elogio de Petrarchá en el libro segundo de la vida solitaria en alabanza del papa Celestino por estas palabras: «Quien (dice) hobo jamás de tan admirable »corazon que menospreciase el papado? la mas alta »dignidad que hay en la tierra: cosa tan deseada y »tan admirable, que quieren decir que este nombre »de papa se deriva de pape, palabra de admiracion »en latin. Quién jamás, en especial desque comenzó »á ser tenido en tanta estima, hizo tan poco caso »dél como Celestino? aquel Celestino digo que con »tanta codicia apetecia el antiguo nombre y lugar »de ermitaño, y la mansa pobreza amiga de las bue»nas costumbres. A muchos oí que contaban habelle »visto huir con tanto gozo y con tales muestras de »alegría espiritual que daba con los ojos y con todo »el rostro, cuando salido del consistorio finalmente »vuelto en sí se vió libre, como si verdaderamente »no hobiera librado sus hombros de un liviano peso, »sino su cuello de un cruel alfange.» Hasta aquí Petrarchá.

Por la buena maña de Bonifacio, que era muy ejercitado en negocios, de muchas letras y doctrina, lo que tantas veces se habia intentado en vano se concertó la paz entre los aragoneses y franceses. En Anagni para concluirlo se juntaron con el papa Carlos rey de Nápoles, y los embajadores de Francia y Aragon, personajes de gran cuenta. Las capitulaciones fueron estas: Blanca hija del rey de Nápoles case con el rey de Aragon: lleve en dote setenta mil libras de plata: Sicilia y todo lo demás de que los aragoneses están apoderados en Calabria, vuelva y se restituya á la iglesia Romana: si los sicilianos no vinieren en este asiento, el rey de Aragon acuda con tanto número de gente para sujetallos cuanto los jueces árbitros señalaren: Carlos de Valoes renuncie el derecho que pretende á la corona de Aragon: el pontífice quite el entredicho y censura á todos los que

por razon destas diferencias están en ellas enlazados: los rehenes se pongan en libertad. Tratóse del rey de Mallorca (1), y á grande instancia del pontífice y del rey de España se alcanzó que fuese restituido en su reino. Esto fue lo que dijo en público: de secreto el pontífice dió intencion al rey de Aragon de entregalle las islas de Cerdeña y Córcega, que por estar y caer mas cerca de España eran muy á propósito para las cosas de Aragon. Hay hoy dia bula de Bonifacio sobre este concierto, su data á veinte y siete de junio.

Esta nueva, luego que se publicó por la fama, hinchó de alegría todas las demás partes de la cristiandad; solo á los sicilianos fue muy pesada, ca tenian por lo último de los males tornar al señorío de franceses. El mismo infante don Fadrique, á quien el rey su hermano cuando se partió dejó el gobierno de Sicilia, y con él Rugier Lauria, Juan Prochita y Manfredo Lanza, todos caballeros principales, por mandallo así el pontífice y por el cuidado en que aquellas capitulaciones los tenian puestos, fueron á hacelle reverencia en una armada que aportó á las marinas de Roma. Prometia el pontífice á don Fadrique de casalle con Catarina, hija de Philipo y nieta de Balduino emperador que fue de Constantinopla, con tal que no contradijese á lo que tenian asentado; y en dote le ofrecian el imperio de Grecia, que pensaban recobrar todos juntos con sus armas y poder. No era este partido de desechar, si las obras se conformáran con las palabras.

El rey de Aragon desque una y segunda vez fue requerido por los sicilianos no los desamparase en aquel aprieto, como no les acudiese por el deseo que tenia de la paz, y por parecelle no era lícito hacello; finalmente en la ciudad de Palermo sobre esta razon juntaron córtes generales, en que alzaron los estandartes de aquel reino por el infante don Fadrique (2) sin embargo don Jaime su hermano casó con la nueva esposa, las bodas se celebraron en Villabeltran por el mes de octubre. Doña Isabel con quien antes se desposara, fue enviada á Castilla. Publicóse un edicto en que mandó á los soldados aragoneses y á los caballeros que en Sicilia se hallaban, la desamparasen y volviesen á sus casas. Desta manera vinieron á tener alegre y agradable remate aquellos principios de cosas tan grandes, y aquellas alteraciones que tanto tiempo duraron. Volvió la paz á Aragon, y no se perdió de todo punto el reino de Sicilia, contra la cual claramente se armaba una nueva tempestad de guerras. Los navarros sosegaban debajo el señorío de Francia: tenian por su virey á Hugon Confluencio, francés de nacion, y mariscal de campaña en Francia. Los gobiernos y tenencias de las ciudades y castillos de aquel reino se daban indiferentemente á personas de ambas naciones navarros y franceses; lo que era algun alivio para que la gente de la tierra disimulase el desgusto que tenian concebido en sus pechos, pues aunque eran señoreados y gobernados por extraños, no usurpaban para sí todas las honras y cargos.

LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO I.

De nuevos alborotos que sucedieron en Castilla.

En Castilla no podian las cosas tener sosiego: los nobles divididos en parcialidades, cada cual se tomaba tanta mano en el gobierno, y pretendian tener tanta autoridad cuantas eran sus fuerzas: el pueblo, como sin governalle, temeroso, descuidado, deseoso de cosas nuevas, conforme al vicio de nuestra naturaleza, que siempre piensa será mejor lo que está por venir que lo presente. Cualquiera hombre inquieto tenia grande ocasion para revolvello todo, como acontece en las discordias civiles. Por las ciudades, villas y lugares, en poblados y despoblados cometian á cada paso mil maldades, robos, latrocinios y muertes, quién con deseo de vengarse de sus enemigos, quién por codicia, que se suele ordinariamente acompañar con crueldad. Quebrantaban las casas, saqueaban los bienes, robaban los ganados, todo andaba lleno de tristeza y llanto: miserable avenida de males y daños. La reina era menospreciada por ser mujer, el rey por su tierna edad no tenia autoridad ni fuerzas, puesto que luego el siguiente dia despues que su padre falleció en Toledo, le alzaron por rey con todo aquel homenaje y ceremonias que se suelen hacer á los príncipes. La reina mandó luego franquear la gente de cierta imposicion puesta sobre los mantenimientos, que los españoles llaman sisa; la cual imposicion fue harta parte para la mala satisfaccion y disgusto que todos tenian contra su marido el rey don Sancho.

Con este regalo se amansó el pueblo, y fue causa que se mostrase constante en la fe y lealtad que juraron, si bien los príncipes comarcanos por su gran codicia y ambicion casi todos estaban con las armas á punto para correr á la presa, sin que hobiese quien se lo estorbase. Ocasiones y títulos para mover la guerra no les podian faltar en tiempos tan revueltos y desasosegados. Juan Nuñez de Lara que quedó mas obligado á guardar lealtad, conforme á su natural inconstancia claramente inclinada á favorecer á los enemigos. Acordábase que en tiempo del rey don Sancho corrió riesgo de la vida: esto y la esperanza de acrecentar á rio vuelto su estado, y cobrar las villas que los dias pasados le quitaron, le convidaban á ser parte en las revueltas. El infante don Enrique por su larga prision mas mal acondicionado y desabrido de lo que de suyo era, inconstante y usado á malas mañas, como tal pretendia apoderarse del gobierno. Teníase por agraviado del rey porque en su testamento no hizo dél mencion, ni le acomodó alguna parte de las cosas. Con esta pretension en Berlanga lo primero tuvo particulares juntas, poco despues divulgada la fama, muchos lugares de aquella comarca se le allegaron, en particular la real ciudad de Burgos mas que todos favorecia estas sus pretensiones.

Por este mismo respeto se juntaron de todo el reino córtes en Valladolid, en que los nobles se mostraron tan de parte de don Enrique que aunque el rey y la reina acudieron para hallarse presentes, no los dieron entrada en la villa hasta ya tarde, y haciéndoles dejar su acompañamiento y cortesanos para tener mas libertad de determinar lo que les plugiese. Acordóse en aquellas córtes que don Enrique tuviese el gobierno del reino: el cuidado de criar al rey se quedó á la reina, y sin embargo todos los presentes de nuevo hicieron pleito homenaje al niño rey. Dejó el rey don Sancho en su testamento á su hijo el infante don Enrique el señorío de Vizcaya como adquirido por las armas. Diego Lopez de Haro por la parte de Navarra entró con grande furia en aquella provincia, y se apoderó de todos los pueblos della, parte por fuerza, parte por voluntad, fuera de Balmaseda y Orduña. Favorecian estas pretensiones de don Diego de Haro los hermanos Laras, porque sin acordarse de los antiguos bandos y diferencias que solian tener entre sí estos dos linajes, se hicieron á una en odio de don Enrique, ca les pesaba en el alma le encargasen el gobierno del reino, alterado en esta parte el testamento del rey don Sancho y contra su voluntad.

El infante don Juan tio del rey desde Africa, donde hasta esta sazon se detuvo, dió la vuelta á Gra-

(1) Entonces nada se trató de la restitucion del reino de Mallorca, pero despues el rey de Aragon condescendió á las instancias del papa, y cedió aquel reino.

(2) No fue reconocido rey de Sicilia hasta el año 1296.

nada para pretender el reino de Castilla. Parecíale seguia en esto el ejemplo del rey don Sancho su hermano, y aun se le aventajaba en el derecho á causa que el nuevo rey don Fernando no era nacido de legítimo matrimonio. Fue cosa maravillosa los muchos que por esta causa se alborotaron: con que tuvo comodidad de apoderarse de Alcántara y algunos otros lugares á la raya de Portugal. El rey Dionisio de Portugal le favorecia y estaba declarado por su parte, tanto que al tiempo que se hacian las córtes en Valladolid, envió por sus reyes de armas á denunciar la guerra á Castilla. Gran miedo se mostraba por todas partes, grandes revueltas y tempestades de guerras. Todos empero estos trabajos se pudieran disimular, si como nunca las desgracias paran en poco, no se levantara otro mayor torbellino por la parte de Aragon. En Bordalua, que es en el distrito de Hariza, se juntaron el rey de Aragon y don Alonso de la Cerda que se intitulaba rey de Castilla y de Leon. Hicieron allí sus conciertos á veinte y uno de enero, año del Señor de 1296. Las capitulaciones fueron estas: que juntasen sus fuerzas para que don Alonso recobrase el reino de su abuelo: el reino de Murcia se diese al rey de Aragon: al infante don Juan el reino de Leon, Galicia y Sevilla: la ciudad de Cuenca, Alarcon, Moya y Cañete fuesen para el infante don Pedro de Aragon en premio del trabajo que en aquella empresa tomaba, como general que señalaron para aquella guerra.

Entraban en aquel concierto la reina doña Violante abuela de don Alonso, los reyes de Francia, Portugal y Granada; y poco despues se les allegó don Juan de Lara por el deseo que tenia de recobrar á Albarracin. Al contrario don Diego de Haro por la buena industria de la reina se reconcilió con el rey: hiciéronle merced del estado de don Juan de Lara que se pasara á los aragoneses, para que le tuviese juntamente con el señorío de Vizcaya. Destos principios y por esta forma granjearon otros muchos grandes, particularmente á don Juan Alonso de Haro con hacelle merced de los Cameros, estado que pretendia él serle debido. Por todas partes se procuraban ayudas contra las tempestades de guerras que amenazaban. El campo de los aragoneses debajo de la conducta de don Alonso de la Cerda y del infante don Pedro entró en Castilla por el mes de abril: en Baltanás se le juntaron el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara. No pararon hasta llegar á Leon, ciudad que fue antiguamente rica y grande, á la sazon de pequeño número de moradores, pobre de armas y de gente, que fue la causa de rendirse á los enemigos con facilidad, principalmente que tenian inteligencias secretas con algunos ciudadanos. En aquella ciudad fue alzado el infante don Juan por rey de Leon, Galicia y Sevilla. Poco despues en Sahagun dieron á don Alonso de la Cerda título de rey de Castilla, y alzaron por él los pendones con la misma facilidad y priesa en cumplimiento todo de lo que tenian concertado. De allí pasaron á ponerse sobre Mallorca, que está á cinco leguas de Sahagun. Defendióse la villa valerosamente por tener buenas murallas y estar guarnecida de gente y armas: el cerco duró hasta el mes de agosto.

Mandaron á la sazon juntar en Valladolid todos los grandes del reino y los procuradores de las ciudades. Acudió el primero don Enrique; y luego que se apeó, vestido como estaba de camino se fué á ver con la reina que en el castillo oia misa. Hecha la acostumbrada mesura, con muestra fingida de gran sentimiento le declaró el peligro que todo corria. «Tres »reyes se han conjurado en nuestro daño: á estos »sigue gran parte de los grandes del reino: contra »tanta potencia y tempestad ¿qué reparo es una mu»jer, un viejo y un niño? Paréceme señora que las »fuerzas se ayudan con maña. Injustamente (res»pondió ella) y con malos medios procuran despejar »á mi hijo del reino de su padre: espero en Dios ten»drá cuidado de defender su inocente edad. Este es »el refugio mas cierto y la esperanza que tengo. Está »bien: no se remedian los males (dijo don Enrique) »ni los santos se granjean con lágrimas femeniles. »Los peligros se han de remediar con velar, cuidar, »y rodear el pensamiento por todas partes: así se ha »conservado la república en los grandes peligros: en »el sueño y descuido está cierta la ruina y perdicion »mi parecer es que os caseis señora con don Pedro »infante de Aragon, él soltero y vos viuda. Deseo os »agradase este mi consejo cuanto seria saludable. »Poned señora los ojos y las mientes en matronas »asaz principales, que por este camino sin tacha y »sin amancillar su buen nombre mantuvieron á sí »y á sus hijos en sus estados, de suerte que ni á »ellas ser mujeres empeció, ni á los infantes su tier»na edad.»

Turbóse la reina con estas razones. Respondióle con libertad y con el rostro torcido y aun demudado. «Afuera señor tal mengua: no me menteis cosa de »tanta deshonra é infamia: nunca me podré persua»dir de conservar el reino á mi hijo con agraviar á su »padre, ni tengo para que imitar ejemplos de seño»ras forasteras, pues hay tantos de mujeres ilustres »de nuestra nacion, que conservaron la integridad »de su fama, y con vida casta y limpia en su viu»dez mantuvieron en pié los estados de sus hijos en »el tiempo de su tierna edad. No faltarán socorros y »fuerzas: no fallecerá la divina clemencia; y una »inocente vida prestará mas que todas las artes. »Cuando todo corra turbio, y el peligro sea cierto, »yo tengo de perseverar en este buen propósito: no »quiero amancillar la magestad de mi hijo con fla»queza semejante.»

Desta manera se desbarató el intento de don Enrique. Hacian levas de gente para acudir al peligro. Juntáronse hasta cuatro mil caballos; mas no pudieron persuadir á don Enrique que fuesen con ellos á desbaratar el cerco que sobre Mayorga tenian puesto. Daba por escusa que era forzoso acudir á la guerra del Andalucía. Solamente fueron á Zamora por sosegalla, y aseguralla en la fe y lealtad de su rey, que andaba en balanzas. Las cosas casi desiertas y desamparadas los santos patrones y abogados de Castilla las sustentaron. Con la tardanza del cerco se resfrió la furia con que los enemigos al principio vinieron: asimismo el escesivo calor del verano, la destemplanza del cielo, y la falta que de todas las cosas se padecia en el ejército, causó grandes enfermedades. Esto y la muerte que sucedió del infante don Pedro su general, los forzaron de tornarse á su tierra sin hacer cosa alguna memorable. Muchos dellos faltaron en esta jornada: el campo en que se contaban mil hombres de armas y cincuenta mil soldados, volvieron asaz menoscabados en número, menguados de fuerzas y contento. El rey de Aragon en el mismo tiempo por las fronteras de Murcia por donde entró tuvo mejor suceso, que tomó á Murcia y todos los lugares y villas á la redonda, y lo metió en su reino, escepto la ciudad de Lorca y las villas de Alcalá y Mula que se mantuvieron por el rey don Fernando. En tantas turbaciones y peligros de Castilla don Enrique, en cuyo poder estaba el gobierno de todo el reino, no hacia grande esfuerzo para favorecer á alguna de las partes, antes se mostraba neutral y parecia que llevaba mira de allegarse á aquella parte que mejor suceso y fortuna tuviese. Por donde ni los enemigos tuvieron que agradecelle, y incurrió en gravísimo odio de todos los naturales, y en gran sospecha que la guerra se hacia, era por su voluntad, y que todo el mal y daño recebido no fue por falta de nuestros soldados ni por valor de los enemigos, sino por engaño suyo y maña.

La reina contra estas mañas de don Enrique usaba de semejante disimulacion, no se daba por entendida; otros caballeros principales á las claras se lo daban en rostro. En este número Alonso Perez de Guzman, á dicho y por confesion de todos, tuvo el primer lugar, porque defendió las fronteras de Andalucía contra las insolencias y correrías de los moros; y lo que era mas dificultoso, contrastó con grande ánimo y mas que todos á las pretensiones del infante don Enrique, ca por no dar tanto que decir á las gentes y por no parecer que se estaba ocioso, con gente de guerra que juntó, marchó la vuelta del Andalucía para refrenar los insultos de los moros. Tuvo con ellos una refriega junto á Arjona, en que fue vencido, y su persona corrió mucho riesgo á causa que le cortaron las riendas del caballo, y por no tener con qué regille, estuvo en términos de ser preso, si Alonso Perez de Guzman no le proveyera en aquel aprieto de otro caballo en que se pudo salvar.

Despues deste encuentro se trató de renovar las paces con los moros. Pedia el rey de Granada á Tarifa, y ofrecia en trueco otros veinte y dos castillos, demás que daria de presente veinte mil escudos, y contaria adelantado todo el tributo de cuatro años que acostumbraba á pagar. Este partido parecia bien á don Enrique por el aprieto en que las cosas se hallaban, y falta que tenian de dinero. Alonso Perez de Guzman era de contrario parecer y mostraba con razones bastantes seria cosa muy perjudicial así fiarse de aquel bárbaro, como entregalle á Tarifa. Esta diferencia estaba encendida, y amenazaba nueva guerra. Llegaron á término que los moros con su gente y con la nuestra (cosa asaz vergonzosa) se pusieron sobre aquella ciudad. Hallábase Alonso de Guzman sin fuerzas bastantes: los suyos le desamparaban, y le eran contrarios los que debieran ayudar: acordó de buscar ayuda en los estraños. El rey de Portugal era enemigo declarado, y movia las armas contra Castilla. Parecióle dar un tiento al rey de Aragon si por ventura se moviese á favorecelle, vista la afrenta de los cristianos y el peligro que todos corrian. Escribióle una carta deste tenor: «Mucha pena me dá »ser cargoso antes de hacer algun servicio. El deseo »de la salud y bien de la patria comun, el respeto de »la religion me fuerzan acudir á vuestro amparo y »proteccion, lo cual hago no por mi particular, que »de buena gana acabaria con la vida si en esto hobiese de parar el daño, y esperaria la muerte como »fin destas miserias y desgracias. Lo que toca á la »república, siento en grande manera que no sea tan »trabajada y maltratada por los moros cuanto por la »deslealtad de algunos de los nuestros. ¡Oh gran »maldad! ¿Porque qué cosa puede ser mas grave que »encaminar aquellos mismos del daño que tenian »obligacion de desvialle? ¿Qué cosa mas peligrosa »que en muestra de procurar el bien comun armar »la celada? Quieren y mandan que Tarifa, ciudad »que nos está encomendada, sea entregada á los »moros. Y dado que usan de otros colores, la verdad »es que quitada esta defensa y baluarte fortísimo »contra las fuerzas de Africa, pretenden que España »quede desnuda y flaca enmedio de tantos torbellinos, y por este medio reinar ellos solos, y adelantar sus estados con la destruicion de la patria co»mun. Valerosos caballeros por cierto y esforzados, »esclarecidos defensores de España: yo tengo deter»minado con la misma fe y constancia porque menos»precié los dias pasados la vida de mi único hijo, de »mantenerme en la lealtad sin mancilla con mi pro»pia sangre y vida, que es lo que solo me resta. Si »me enviáredes señor algun dinero y algun socorro »por el mar, desde aquí vos juro de tener esta plaza »por vuestra hasta tanto que llegado el rey mi señor »á mayor edad seais enteramente pagado de todos »los gastos. Los enojos pasados, si algunos hay de »por medio, la caridad y amor que debeis á la patria, »los amanse. Tened por cierto que será cosa muy »honrosa para vos defender la tierna edad de un rey »huérfano de las injurias y daños de los estraños, y »mucho mas de los engaños y embustes de sus mis»mos vasallos.»

La respuesta que á esta carta dió el rey de Aragon, fue loar mucho su lealtad y constancia, pero que por haber puesto poco antes confederacion con los moros no podia faltar á su palabra; que si ellos la quebrantasen, él no faltaria de acudir á la esperanza que dél tenia y á favorecer la causa comun. Moviase á la misma sazon otra guerra de parte de Portugal: aquel rey con toda su gente entró hasta Salamanca. Acudiéronle luego el infante don Juan tio del rey don Fernando, y don Juan Nuñez de Lara despues que el campo de los aragoneses dió la vuelta á su tierra. Entraron en consulta sobre lo que se debia hacer en esta jornada: parecióles poner sitio sobre Valladolid en que tenian al rey don Fernando. Con este acuerdo llegaron á Simancas, que está á dos leguas de aquella villa. Allí muchos caballeros se partieron del campo de los portugueses por tener por cosa muy fea que un rey fuese perseguido y cercado de sus mismos vasallos. El rey portugués con recelo que los demás no hiciesen otro tanto, y que despues tomados los caminos no le fuese la vuelta dificultosa, mayormente que entraba ya el invierno, se partió á mucha priesa primero á Medina del Campo, desde allí á Portugal, despedido y desbaratado su ejército.

La gente que la reina tenia aprestada para acudir á esta guerra, fue por su mandado á cercar la villa de Paredes. No se hizo efecto alguno á causa que don Enrique con la gente que tenia levantada en el reino de Toledo y en Castilla, desbarató aquella empresa. Decia no era razon estorbar las córtes que tenian llamadas para Valladolid, con aquella guerra por caer aquella villa muy cerca. Este era el color que tomó, como quier que de secreto estaba desabrido con el rey don Fernando, y inclinado á la parte de los contrarios. La reina con paciencia y disimulacion pasaba por aquellos embustes, y con muestra de amor pretendia ganalle, y en aquel mismo tiempo le hizo merced de Santisteban de Gormaz y Calecantor. Con la misma maña atrajo á don Juan de Lara á su voluntad, puesto que no se podian asegurar dél, ca si le dieran á Albarracin, fácilmente se pasára á los aragoneses. Tuviéronse pues las córtes en Valladolid á la entrada del año 1297. En ellas por la gran falta que tenian de dinero, prometieron los pueblos de acudir con gran cantidad para los gastos de la guerra, y así lo cumplieron poco despues. En el mismo tiempo por el valor y diligencia de Juan Alonso de Haro fueron los navarros puestos en huida, los cuales de rebate se apoderaron de parte de la ciudad de Nájara: su intento era recobrar el distrito antiguo de aquel reino, y en particular toda la Rioja.

Don Jaime rey de Aragon en Roma, donde era ido, llamado del papa, fue declarado por rey de Cerdeña y Córcega. (1) Acudieron desde Sicila doña Costanza su madre y doña Violante su hermana, Rugier Lauria general del mar, y Juan Prochita. Estaba concertada por medio de embajadores doña Violante con Roberto duque de Calabria, heredero que habia de ser del reino de Nápoles. Celebróse este casamiento, y el mismo pontífice Bonifacio veló á los nuevos casados: las fiestas y regocijos fueron muy grandes. El rey don Fadrique se apercebia para defender el reino que le dieron con tanta voluntad. Declaróse la guerra contra él como contra quien alteraba la paz comun de toda la cristiandad: nombraron por general desta

(1) Fue por concesion del papa bajo ciertas condiciones en favor de la Santa Sede

guerra á su mismo hermano el rey de Aragon : resolucion la mas estraña que se pudo pensar, armar un hermano contra otro y quebrantar el derecho natural; pero tanto pudo la fe y el escrúpulo, y el mandato del resoluto pontifice. Ordenadas pues las cosas desta manera, el rey don Jaime se partió para Aragon con intento de aprestarse para la guerra. Rugier Lauria fue enviado á Nápoles para servir á aquellos príncipes en aquella demanda. La reina doña Costanza y Juan Prochita se quedaron en Roma movidos por la devocion y santidad de aquella ciudad, cansados de tantos trabajos, y por compasion del miserable estado en que vian puesta á Sicilia. No falta quien diga que murieron en Roma : la mas verdadera opinion, con que concuerdan autores muy graves, es que la reina doña Costanza cinco años adelante falleció en Barcelona, y que fue allí sepultada en el monasterio de San Francisco, en que hoy se ve un túmulo suyo con su letrero y nombre desta señora grabado en la piedra.

CAPITULO II.

Que el rey don Fernando de Castilla se desposó.

Vuelto que fue el rey de Aragon á su tierra, le tornaron los navarros los pueblos Lerda, Ulia, Filera y Salvatierra, como se decretó en los conciertos que en Anagni se hicieron, y hasta este tiempo no se habia efectuado. El año próximo siguiente, que fue de 1298, era virey de Navarra por los franceses Alonso Roneo de nacion francés. Don Fernando hermano bastardo del rey de Aragon por voluntad del mismo rey y por su mandado fue despojado de la ciudad de Albarracin, y la entregaron á don Juan Nuñez de Lara que parecia tener mejor derecho, y se sabia claramente que se hizo agravio á su padre en quitársela, á lo menos se decia así. Este era el color que se tomó: lo que pretendia á la verdad el rey de Aragon con esto, era tornar en su amistad un caballero tan poderoso y tenelle de su bando. Don Juan de Lara hizo su juramento y pleito homenaje en la ciudad de Valencia á los siete dias del mes de abril de guardar á aquel rey fe y lealtad, mayor es á saber que solia. Estas prevenciones hacia al rey de Aragon porque pensaba de acometer en un mismo tiempo con sus armas los reinos de Castilla y de Sicilia: pretensiones mas árduas de lo que su estado ni riquezas podian llevar. El rey de Sicilia por haberle todos desamparado estaba mas cercano al naufrágio.

El rey de Castilla se reconcilió con don Dionisio rey de Portugal por medio de dos casamientos que se concertaron. El uno fue de doña Costanza hija de don Dionisio, bien que no era de edad para casarse, con el rey don Fernando, como antes lo tenian tratado. En Alcañiz, que es un lugar cerca de Zamora á la raya de Portugal, en que los reyes se juntaron á vistas para tratar de las paces, se celebró con solemnidad el desposorio. Las muestras de alegría pública, por la esperanza cierta que todos tenian de perpétua concordia, fueron tanto mayores que doña Beatriz hermana del rey don Fernando se desposó tambien á trueco (que fue el otro matrimonio) con el infante don Alonso, hijo de don Dionisio y heredero de su reino, aunque no tenia él mas de ocho años. Para mayor seguridad la reina madre de la doncella la entregó á su suegro, y asi la llevaron á portugal. Era tan grande el deseo de efectuar y establecer esta paz y concordia, que aunque no se dió en dote cosa alguna á doña Costanza, al de Portugal le dieron con su esposa á Olivenza y Congüela, y otro pueblo que se llama el campo de Moya, con alguna nota de la grandeza de Castilla y grandísima señal de miedo; pero tal era el estado de las cosas y la revuelta de los tiempos, que no se avergonzaron de rescatar la paz con su deshonra y menoscabo.

Lo que el rey de Portugal hizo cuando se tornó á su tierra, solamente fue dar trecientos hombres de á caballo escogidos, y por capitan dellos á Juan Alonso de Alburquerque para que estuviesen en servicio del rey de Castilla contra don Juan tio del rey don Fernando, que se intitulaba rey de Leon como arriba dijimos. Esta ayuda de Portugal y toda esta costa fue de mas ruido que provecho, y así los caballeros se tornaron á Portugal sin dejar hecha cosa alguna. Por otra parte don Alonso de la Cerda habia tomado á Almazan y otros lugares que están allí á la redonda á la raya de Aragon, y puesto allí soldados de guarnicion. Sigüenza fue acometida por los soldados de don Juan de Lara, que cae cerca de la misma raya; pero por el gran valor de los ciudadanos se defendió y estuvo constante en su fe. Los conjurados tenian gran falta de dineros, que lo demás parecia que les era fácil y favorable; y porque no faltase para las provisiones y pagas batieron moneda con las insignias y nombres de rey, baja de ley de manera tal que si la ensayaban y fundian, se perdia gran parte del valor.



Moneda de don Fernando IV.

Don Dionisio rey de Portugal á ruego de su yerno vino con buen escuadron de gente de guerra en su favor y ayuda por la parte de Ciudad-Rodrigo; pero con mayor sosiego y gana de paz que las cosas tan revueltas requerian : así sin hacer efecto alguno casi como enojado se tornó á Portugal. La causa de su enojo fue querer que al infante don Juan que usurpaba título de rey, le dejasen para él y sus herederos y sucesores la provincia de Galicia, de que por fuerza de armas estaba apoderado, y que la ciudad de Leon la gozase por sus dias. La reina y los grandes de Castilla no eran deste parecer, porque debajo de aquella muestra de paz se encerraban deshonor, daño y menoscabo del reino, cuya autoridad se disminuia, y cuyas fuerzas se enflaquecian con quitalle una provincia tan principal. Con la vuelta del rey de Portugal algunos grandes de Castilla que hasta entonces por miedo estuvieron sosegados, comenzaron muy fuera de tiempo á alborotarse. Parece que de la revuelta del reino querian tomar ocasion unos para vengar sus injurias, otros para acrecentar sus estados. El sufrimiento de la reina fue maravilloso y su disimulacion, porque de su voluntad acudia á sus codicias, y les daba las villas y castillos que ellos pretendian, á trueco de conservar la paz; que es gran prudencia en tiempos revueltos acomodarse á la necesidad, y no hay ninguno tan amigo de las armas que no quiera mas alcanzar lo que desea con sosiego, que poner su persona al peligro.

Sobre el reino de Sicilia andaba la guerra muy brava. El crédito de Rugier Lauria era grande, mucho lo que ayudaba á la parte de Francia; que parece llevaba consigo la victoria y buena andanza á la parte que se acostaba y allegaba. Por su buena diligencia se ganaron muchas plazas que estaban por los sicilianos, en lo postrero de Italia, que fue la causa de que en Sicilia le acusaron de aleve; y como fuese por sentencia condenado le despojaron de un grande estado que en aquella isla tenia, merced de los reyes pasados en premio de sus grandes méritos y servicios.

Desde á poco como se hobiese apoderado en la Callabria de la ciudad de Cantanzaro, y pretendiese ganar el castillo que todavía se tenia por los contrarios, fue vencido en una batalla por menor número de soldados que los que él tenia. El hacer poco caso de sus enemigos fue ocasion deste daño, que el popar el enemigo siempre es peligroso, demás que se dice peleó con el sol de cara; otro daño no menor: muchos fueron los muertos; los mas se salvaron por la escuridad de la noche. El mismo capitan Rugier con algunas heridas que le dieron en la batalla, se estuvo escondido en unos lugares allí cerca hasta tanto que se pudo escapar, y pasó en Aragon con gran deseo de vengarse. Fue tanto mayor la pesadumbre que recibió desta gracia, que nunca tal le aconteció, como el que siempre salió victorioso en las demás batallas.

Desde Aragon el rey y Rugier caudillos de aquella empresa, señalados por los príncipes confederados de comun consentimiento, se hicieron á la vela con una gruesa armada que ya tenian aprestada, en que se contaban no menos de ochenta galeras. Llegaron con buen tiempo á Roma: el sumo pontífice les bendijo el estandarte real, y á ellos echó su bendicion. En Nápoles se les juntó Roberto duque de Calabria con otra armada que tenia á punto. Corrieron las marinas de Sicilia, donde todo al principio lo hallaron mas fácil de lo que pensaban. Apoderáronse de la ciudad de Pati (que se entiende Pholomeo llamó Agathyrion) y de otros castillos por aquella comarca. Desde allí, doblado el promontorio Peloro, que es el cabo de Melazo cerca de Mecina, y pasado el estrecho no pararon hasta ponerse sobre la ciudad de Siracusa. El cerco fue muy apretado por mar y por tierra, y sin embargo duró muchos dias; esto, y por estar los lugares tan distantes, convidó á los ciudadanos de Pati para que echada la guarnicion que tenian, volviesen al poder del rey don Fadrique. Trataban de combatir el castillo, que todavía se tenia por Aragon.

Acudió por mandado del rey de Aragon Juan Lauria con veinte galeras para socorrer los cercados: proveyó el castillo de vituallas y lo demás necesario para la defensa; á la vuelta empero fue preso él y diez y seis galeras de las que llevaba, por los de Mecina, que puesta su armada en órden le salieron al encuentro y le vencieron. Es aquel estrecho muy peligroso á causa de las grandes corrientes y remolinos que tiene: altéranse las olas sin órden y á manera de vientos combaten entre sí y corren á fuer de un arrebatado raudal hora hácia una parte, hora hácia la contraria, de que resultan remolinos y peligros muy grandes para los que navegan. Tal esperiencia que desto tenian, ayudó mucho á los sicilianos, y fue causa que los aragoneses se perdiesen por saber poco de aquel paso. La ciudad de Siracusa en el entretanto se defendia valerosamente: ayudaba mucho la presencia del rey don Fadrique que se puso en los lugares cercanos, y estaba alerta para aprovecharse de la ocasion. Por estas dificultades los aragoneses fueron forzados á alzar el cerco, en especial, que el ejército le tenian muy menoscabado, muertos mas de diez y ocho mil hombres, que perecieron á causa de los grandes calores á que no estaban acostumbrados; y de la falta de las cosas necesarias procedieron graves enfermedades. Pusieron acusacion á Juan Lauria en Mecina: mandáronle que desde la cárcel hiciese su descargo; finalmente se vino á sentencia, le cortaron la cabeza como á traidor.

Fue increible el dolor que Rugier Lauria su tio recibió deste caso: bufaba de coraje y de pesar, que bien entendió aquella afrenta y aquel daño se hacia á su persona propia. No pudo acudir luego á la venganza porque en compañía del rey de Aragon era pasado en España: dende, pasados los frios del invierno, ambos volvieron sobre Sicilia con mucho mayor armada que antes; juntáronseles en el camino dos hijos del rey de Nápoles, es á saber Roberto y Philipo. Llegaron todos juntos al cabo de Orlando, que está cerca de la ciudad de Pati: el número de las galeras era cincuenta y seis, sin otros muchos bajeles. El rey don Fadrique como viese animada su gente por la victoria pasada, acordó de representar la batalla á sus enemigos, dado que su armada era mucho menor, que no pasaba de cuarenta galeras. Peleó valerosamente, mas al fin fue desbaratado, sus galeras parte tomadas por los contrarios, parte se pusieron en huida. Fue grande la crueldad de que el general Rugier Lauria usó con los cautivos, hizo morir gran número dellos con deseo de vengarse: entre los otros degollaron á Conrado Lanza hombre muy principal, de que resultó grande odio contra la gente catalana. El mismo don Fadrique estuvo en gran riesgo de ser preso, porque como quier que hobiese defendido su galera por largo espacio, ya que la iban á tomar, cayó desmayado: los suyos sacaron la galera de la batalla, con la cual y otras pocas se retiraron á Mecina.

Con tanto el rey de Aragon á instancia que le hicieron desde España, y causas que alegaban, y razones verdaderas ó aparentes, sin pasar adelante dió la vuelta no sin queja del papa y del rey de Nápoles: verdad es que los mas cuerdos aprobaban este acuerdo; que sin duda era cosa recia por negocios ajenos poner los suyos en balanzas y su persona á riesgo, fuera de que ganada aquella victoria, no dejaba de condolerse del rey don Fadrique, que en fin era su hermano. Dióse aquella batalla memorable, y de las mas señaladas de aquel tiempo, un dia sábado á cuatro del mes de julio año de 1299. En el mismo año falleció en Roma don Gonzalo cardenal y arzobispo de Toledo, como lo reza la letra de su sepultura en Santa María la Mayor de aquella ciudad. Sucedióle su sobrino don Gonzalo Tercero. Su padre Dia Sanchez Palomeque, su madre doña Teresa Gudiel hermana del cardenal, ciudadanos de Toledo. Sobre el tiempo en que le eligieron, hay dificultad: quién dice que algunos años antes, cuando su tio despues de la muerte del rey don Sancho partió para Roma á lo que se entiende, á negociar dispensase el papa en aquel su casamiento: quién que cuando el papa Bonifacio Octavo le hizo cardenal por el mes de diciembre del año próximo pasado de mil y docientos y noventa y ocho, por ser aquellas dignidades incompatibles, y costumbre que el obispo á quien daban capelo, dejase el obispado: quién que subió á aquella silla por muerte del cardenal. Esto nos parece mas probable por hallarse en papeles que este año por el mes de agosto se llama electo de Toledo; así los años antes tuvo por su tio el gobierno de aquella iglesia, mas no la dignidad.

Volvamos á Sicilia donde los franceses se quedaron para llevar su intento adelante, seguir la victoria y ejecutalla; pero hicieron un yerro manifiesto, que dividieron el ejército en dos partes. Roberto y Rugier Lauria se encargaron de cercar á Rendazo, que es una plaza muy fuerte, puesta entre Pati y Catania casi á la mitad del camino. Philipo duque de Taranto fue con parte de la armada á correr las marinas del cabo de Trapana: acudió á aquella parte el rey don Fadrique, tomó á los contrarios de sobresalto; y con su arrebatada venida se dió la batalla en que fueron vencidos los franceses y Philipo su general preso: que fue una buena ocasion para hacer las paces y confederarse aquellas dos naciones con una alianza que se hizo, tan dichosa y acertada cuanto la guerra era desgraciada.

CAPITULO III.

Del año del jubileo

Corria á la sazon el año postrero de este siglo: es á saber el de nuestra salvacion de 1300, año muy

señalado por una ley que hizo y publicó para que se guardase perpetuamente, el pontífice Bonifacio, tomada en parte de la costumbre antigua de la ciudad de Roma, que celebraba su fundacion con ciertos juegos y fiestas cada cien años, en parte de la usanza y ley del pueblo judáico donde cada cincuenta años habia jubileo. Ordenó pues que al fin de cada cien años se concediese plenaria indulgencia y remision de todos los pecados á todos los que en aquel año devotamente visitasen las iglesias de Roma, iglesias llenas de devocion, de sagradas reliquias y antigüedad. Esta ley era á propósito y se enderezaba para ennoblecer la magestad de Roma, y para aumentar el culto de la religion; la cual Clemente Sesto redujo á cada cincuenta años, y mas adelante Sixto Cuarto con otra nueva ley y constitucion que hizo, atenta la humana flaqueza y la brevedad de la vida, mandó que se guardase y celebrase el jubileo cada veinte y cinco años. Fue grande el concurso de gente que aquel año acudió á la ciudad de Roma á fama deste jubileo. Entre otros vino Carlos de Valoes casado en segundo matrimonio con madama Catarina hija de Philipo, nieta del emperador Balduino, y así pretendia cobrar el imperio de Grecia á él debido, como en dote de su mujer. Si salia con la empresa publicaba renovaria la guerra de la Tierra Santa que tenian olvidada de tantos años atrás: cosa honrosa para el sumo pontífice, que en su tiempo y con su favor se tornasen á tomar las armas para la guerra sagrada. Venia el papa bien en esto: prometia que no saldrian vanas las esperanzas de Carlos, con tal que desde Francia se tornase á Italia á la primavera con ejército bastante.

En Vizcaya que estaba en poder de Diego Lopez de Haro, hermano de don Lope Diaz de Haro, aquel que dijimos fue muerto en Alfaro, en tiempo del rey don Sancho, se edificó la villa de Bilbao, la mas noble de toda aquella provincia á la ribera del rio Nervio: los moradores por la mucha anchura que lleva, le llaman Ibaisabelo. Está dos leguas del mar: y porque allí se traen muchas mercadurías que de las naves se descargan, hay gran comercio y concurso de gente. Los mercaderes de Bermeo, por la comodidad del lugar, los mas dellos se pasaron á morar y hacer su asiento en aquella poblacion nueva. A los moradores se les concedió que viviesen conforme á los fueros de Logroño. En Lérida otrosí fundó el rey de Aragon universidad, y le concedió los privilegios acostumbrados: llamaron maestros que leyesen en ella todas las ciencias con salarios que les señalaron. En aquel tiempo era virey de Navarra por los franceses Alonso Roleedo (1), sin que sucediese cosa en aquella provincia por entonces que de contar sea, sino que gozaban de una paz y sosiego grande que es lo mas principal que se puede desear, como quier que las otras provincias de España estuviesen continuamente atormentadas con guerras y desasosiegos. Este envió á Valladolid un embajador á la reina (que era la que tenia en pié las cosas entonces con su valor y prudencia) á pedille restituyese todo el término desde Atapuerca (que es una villa así llamada junto á Burgos) hasta las fronteras de Navarra: alegaba que les pertenecia, y que antiguamente lo quitaron á gran tuerto los reyes de Castilla á los navarros sin otro derecho mas del que consiste en la fuerza. La reina mandó fuesen muy bien tratados los embajadores, y que espléndidamente los hospedasen. La respuesta que les dió, fue que bien entendia no se pedia aquello de órden ni por voluntad del rey de Francia, y que el derecho de reinar mas consiste en la posesion fresca y nueva, y en el uso della, que en títulos y papeles viejos y olvidados.

Los embajadores visto el mal despacho que les daban, acudieron á don Alonso de la Cerda y á don Juan Nuñez de Lara, ca pensaban por aquel camino alcanzar mas fruto de su embajada. Estos señores acometido que hobieron á Palencia, que casi estuvieron á pique de tomalla por traicion de algunos ciudadanos, como no les salió bien la empresa, estaban retirados en Dueñas. Allí oidos los embajadores, hicieron mercedes con larga mano del señorío ajeno; y fue don Juan de Lara á Francia para que en presencia de aquel rey tratase de todas las condiciones, y incitase á los franceses á que con brevedad les acudiesen con el socorro de gente necesario. Poco fruto sacaron de toda aquella diligencia, si bien los mismos hermanos Cerdas fueron asimismo á Francia en pos de don Juan Nuñez de Lara; pero ni los unos ni los otros sacaron de su trabajo mas que buenas y corteses palabras, como quiera que al Francés le fuese mas en la guerra de Flandes que andaba trabada entre aquellas dos naciones, que en la que tan lejos les caia, y les era de menos importancia. Solamente hecha su confederacion, Philipo rey de Francia les dió licencia para que pudiesen hacer gente en Navarra. Hiciéronlo así, y un escuadron de soldados entró por aquella parte en el distrito de Calahorra. Salióles al encuentro don Juan Alonso de Haro señor de los Cameros, y en un rebate que tuvo con ellos, los venció, y prendió á su caudillo don Juan Nuñez de Lara; al cual no quiso poner en libertad hasta tanto que restituyese todos los castillos y pueblos del reino que le entregaran en tenencia: ultra desto juró que guardaria lealtad al rey don Fernando y le seria buen vasallo.

Desto mismo tomó ocasion el rey de Aragon para poner debajo de su corona la ciudad de Albarracin, que antes restituyó al dicho don Juan. Junto con esto el infante don Juan tio del rey don Fernando, dejadas las armas en que tenia poco remedio contra las fuerzas de su sobrino que de cada dia iban en aumento, se resolvió de seguir mejor partido. Tratóse dello, y el concierto se hizo el año del Señor de 1301. Las capitulaciones del asiento fueron estas: que ante todas cosas dejase el nombre de rey que usurpara: que restituyese todas las ciudades y pueblos de que se apoderó en el tiempo de la guerra: que el principado de Vizcaya que pretendia ser dote de su mujer, le dejase á don Diego Lopez de Haro, y á él diesen en trueco á Medina de Ruyseco, Castronuño, Mansilla, Paredes y Cebreros: lugares de que le hicieron merced la reina y el rey su hijo por escusar nuevas alteraciones, para que tuviese con que sustentar su vida como persona que era tan principal.

CAPITULO IV.

De Raimundo Lullo.

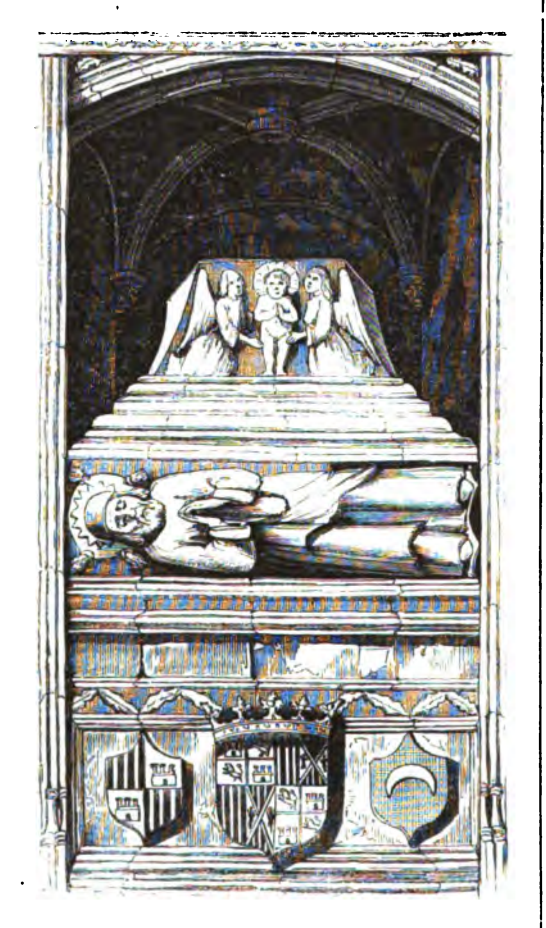
Dos cosas sucedieron este año ni muy pequeñas, ni muy señaladas, de que padeció todavía hacer mencion en este lugar. La una fue la muerte de Raimundo Lullo, persona que tuvo gran fama de santidad y de doctrina; la otra el agravio que se hizo á don Garci Lopez de Padilla maestre de Calatrava en deponelle de aquella dignidad. Raimundo fue catalan de nacion, nacido en la isla de Mallorca. Ocupóse siendo mas mozo en negocios y mercadurías con pretension de adelantarse en riquezas, y seguir en esto las pisadas de sus antepasados, gente de honra y principal. Llegado á mayor edad se recogió al yermo, cansado de las cosas deste mundo, y con deseo de huir la conversacion de los hombres. En aquella soledad escribió un arte que por nuevos atajos y senderos en breve introduce al lector en conocimiento de las artes liberales, de la filosofía, y aun tambien de las cosas divinas. (2) Cosa de grande

(1) Segun Moret Robray.

(2) Lullo está hoy acreditado como el sabio mas profundo

maravilla, que persona tan ignorante de letras que aun no sabia la lengua latina, sacase como sacó á luz mas de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana; en que trata de cosas así divinas como humanas, de suerte empero que apenas con industria y trabajo los hombres muy doctos pueden entender lo que pretende enseñar: tanto que mas parecen deslumbramientos y trampantojos, con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas artes y ciencias, puesto que él testifica alcanzó lo que enseña, por divina revelacion en un monte en que se le apareció Cristo nuestro Dios y Señor como enclavado en la cruz. Lo que en él merece sin duda ser alabado, es que con deseo de estender la Religion Cristiana, y convertir los moros, pasó en Africa y llegado á Bugia en la costa de Mauritania, como quier que no cesase de amonestar y reprehender aquella gente bárbara, de dos veces que allá fué, la primera le prendieron y maltrataron, la segunda le mataron á pedradas.

Su cuerpo, traido á Mallorca, de aquellos isleños es tenido en grande veneracion, dado que no está canonizado, ni su nombre puesto en el número de los santos. Sobre sus libros hay diversas opiniones. Muchos los tachan como sin provecho y aun dañosos, otros los alaban como venidos del cielo para remedio de nuestra ignorancia. A la verdad quinientas proposiciones sacadas de aquellos libros fueron condenados en Aviñon por el papa Gregorio Undécimo á instancia de Aymerico fraile de la órden de los predicadores, y inquisidor que era en España; ciento de las cuales proposiciones puso Pedro arzobispo de Tarragona en la segunda parte del directorio de los inquisidores. Si va á decir verdad, muchas dellas son muy duras y mal sonantes, y que al parecer no concuerdan con lo que siente y enseña la Santa Madre Iglesia. Esto nos parece: debe ser por nuestra rudeza y groseria, que impide no alcancemos y penetremos aquellas sutilezas en que los aficionados de Raimundo hallan sentidos maravillosos y misterios muy altos como los que tienen ojos mas claros; ó por ventura adivinan y fingen que ven, ó sueñan lo que no ven, y procuran mostrarnos con el dedo lo que no hay: de los cuales hay en este tiempo gran número y cátedras en Barcelona, Mallorca y Valencia para declarar los dichos libros, buscados con gran cuidado y estimados despues que fueron reprobados, que si no se hiciera de ellos caso, el tiempo por ventura los hobiera sepultado en el olvido. Esto de Raimundo de Lullo. Sus discípulos dicen que fue de noble linaje, y que falleció en edad de setenta y cinco años el de Cristo de mil trecientos y quince. Sospecho que en esto se engañan por lo que de los libros del mismo se saca: lo cierto, que fue casado, y que dejó mujer y hijos pobres, por dende se ve que no fue tan grande alquimista como algunos le hacen.



y universal de su siglo. En 1487, siglo y medio despues de su muerte, sus paisanos le erigieron este sepulcro de alabastro en la Iglesia del convento de Franciscanos de Palma.

Al maestre de Calatrava derribó el desabrimiento que contra él tenian los caballeros de su órden, causado de su severidad y recia condicion. Ofrecióseles buena ocasion para ejecutar su saña, y fue que los nuestros no tenian fuerzas para reprimir á los moros por ser los tiempos tan revueltos y turbios; y aun hallo que el año pasado los moros se apoderaron de la villa de Alcaudete, y la quitaron á los caballeros de Calatrava. Acometieron á Vaena, pero ya que tenian ganada buena parte de aquella villa, fueron lanzados por el valor y esfuerzo de los soldados que dentro tenia. Pusieron cerco á Jaen, y la combatian con todo su poder. Imputaron todo este daño al maestre, y en particular le achacaron que por su culpa se perdió Alcaudete, demás que decian de secreto tenia inteligencias y favorecia á don Alonso de la Cerda. Esta era la voz y el color, como quier que (mal pecado) aborreciesen su áspera condicion y su severidad: su valor y esfuerzo y gran destreza en las armas los atemorizaba, y por el miedo le aborrecian. Juntaron capítulo en que absolvieron del maestrazgo á don Garci Lopez de Padilla, y pusieron en su lugar á don Aleman comendador de Zorita á sin razon y contra justicia, como poco despues lo sentenciaron los jueces que sobre este caso señaló el papa, es á saber, los padres de la órden del Cistel.

Volvió pues á su dignidad al fin deste año, y gobernó mucho tiempo aquella órden; mas como el aborrecimiento que le tenian los caballeros quedase mas reprimido que remediado, adelante al cabo de su vejez le tornaron á poner nuevos capítulos y acusaciones con que de nuevo le depusieron, y en su lugar eligieron al maestre don Juan Nuñez de Prado no con mejor derecho que al pasado. Verdad es que como quier que don García por la vejez se hallase muy cansado, y sin fuerzas no solo para los trabajos de la guerra, sino aun para las cosas del gobierno, de su voluntad dejó á su contrario el maestrazgo, que tan contra justicia y sin razon le quitaron; solo se reservó algunos pueblos en Aragon con que pasar su vejez: caballero de gran valor no solo por sus grandes hazañas, sino en particular por menospreciar aquella dignidad y honra con deseo de la paz y sosiego, perdonando con ánimo muy generoso el agravio recibido de sus contrarios. Volvamos con nuestro cuento al camino y órden que llevamos.

CAPITULO V.

De las bodas del rey don Fernando.

Tratárase con gran cuidado de alcanzar dispensacion del papa para efectuar los casamientos que entre Portugal y Castilla tenian concertados, ca eran prohibidos por derecho á causa del parentesco entre los desposados. Tenian esperanza otorgaria con lo que pretendian, porque demás de ser el negocio muy justificado, el pontífice Bonifacio se preciaba traer su orígen y decendencia de España, con que parecia favorecer á los españoles, y aun comenzaba á desabrirse con los franceses. Los reyes de Castilla y de Portugal sobre esta razon se juntaron en Plasencia: acordaron de enviar sus embajadores á Roma, por cuyo medio consiguieron lo que deseaban. Demás desto dispensó tambien el pontífice en el casamiento de la reina doña María y del rey don Sancho, que tenia la misma falta, si bien don Sancho era ya muerte, y muchos decian no poderse revalidar los casamientos de difuntos que de derecho eran nulos, como gente que ignoraba cuan grande sea la autoridad de los sumos pontífices, cuyos términos estienden algunas veces por respetos que tienen y consideraciones, otras por el bien y en pro comun. Como vino la dispensacion, con nuevo gozo y alegria se hizo el casamiento del rey don Fernando y doña Costanza en Valladolid, y se celebraron las solemnidades de las bodas, que dilataran hasta entonces así por la edad del rey como por el parentesco que lo impedia.

Ordenaron la casa real, y el rey se encargó del gobierno (1) don Juan Nuñez de Lara fue nombrado por mayordomo de palacio: al infante don Enrique tio del rey dieron á Atienza y á Santisteban de Gormaz en recompensa del gobierno del reino que le quitaban. Todas estas caricias no bastaban para sanar su mal pecho, porque se halla que aun mismo tiempo con trato doble y muestras fingidas de amistad tenia suspensos á los aragoneses y á los moros. Era su condicion y costumbres estar siempre á la mira de lo que sucediese, y seguir el partido que le pareciese estalle mejor, que fue la causa de hacer se alzase el cerco que tenia sobre Almazan, villa que se tenia por los Cerdas, y la gente de guerra de Castilla que estaba sobre ella, fue enviada á otras partes. En Hariza se vió con el rey de Aragon sobre sus haciendas y aliarse, todo con la misma llaneza que tenia de costumbre con los demás. Tuvo el rey de Aragon cercada mucho tiempo á Lorca, ciudad bien fuerte en el reino de Murcia y al principio del año del Señor de 1302 la vino á ganar.

Hay una villa muy noble en Castilla la Vieja á la ribera del rio Duero que se llama Peñafiel: allí se celebró concilio de los obispos y prelados de la provincia de Toledo. Abrióse á primero dia del mes de abril. Presidió en este concilio don Gonzalo arzobispo de Toledo. Entre otras constituciones mandaron que los clérigos no tuviesen concubinas públicamente pena de ser por ello castigados; tales eran las costumbres de aquel siglo, que les parecia hacian harto en castigar los pecados públicos. Esto contiene el tercer cánon. El sesto manda que al sacerdote que revelare los pecados sabidos en confesion, se le dé cárcel perpetua y para su sustento solamente pan y agua. El octavo canon manda que se paguen á la iglesia los diezmos de todas aquellas cosas que la tierra produce, aunque no sea cultivada. Prohíbese en el nono que las hostias con que se ha de decir misa no se hagan sino por mano de los sacerdotes ó en su presencia. Demás desto se determinaron otras muchas cosas provechosas para aumento del culto divino (2).

El mes de mayo siguiente murió Mahomad Miro rey de Granada: sucedióle su hijo mayor Mahomad Alhamar. Dió este trueco mucho contento á los nuestros por dos respetos, el uno que hobiese faltado el padre, que era valeroso y de grande industria: el otro por suceder su hijo que era ciego. Verdad es que Farranquen señor de Málaga, que era su cuñado, hombre de valor y lealtad para con el nuevo rey, se encargó del gobierno público así de las cosas de la guerra como de la paz.

En Sicilia por el mismo tiempo á cabo de tantas alteraciones y guerras en fin se asentó la paz. Fue así que junto á la isla de Ponza en una batalla naval fueron vencidos los sicilianos, y preso Conrado Doria Ginovés, general que era de la armada: los sicilianos por esta rota comenzaron á temer, y los franceses cobraron esperanza de mejorar su partido, tanto que sin tardar se pusieron sobre Mecina, que es el baluarte y fuerza principal de toda la isla: llegó á peligro de perderse, defendióse empero por la constancia y valor de los ciudadanos y la buena diligencia del rey don Fadrique, que sabia muy bien cuanto le importaba aquella ciudad. La reina doña Violante acompañó á Roberto su marido en aquella jornada, que á la sazon estaba en Catania. A su instancia y por sus ruegos los príncipes se juntaron para verse y tratar de sus cosas en las marinas de Siracusa en la torre llamada de Maniaco. Procuraron asentar las paces: solo pudieron acordar treguas por algunos dias con esperanza que se dieron que en breve se concluiria lo que todos deseaban. Hízose así, sin embargo que sobrevinieron á mala sazon dos cosas que pudieran entibiar y aun desbaratar todas estas prácticas, es á saber, la muerte de doña Violante que falleció en Termini, ciudad que se tenia por los franceses, no lejos de Palermo: el otro inconveniente fue la venida de Carlos de Valoes, que con intento de recobrar el imperio de los griegos abajó á Italia, y por hallar en Toscana las cosas muy alteradas pasó en Sicilia. Contra este peligro proveyó el rey con Fadrique que alzasen todos los bastimentos y los recogiesen en las plazas mas fuertes, los que no pudiesen recoger, los echase á mal: todo esto con intento de escusar de venir á batalla con los enemigos. Con esto y con que se resfrió aquella furia con que los franceses vinieron los redujo á términos de mover ellos mismos tratos de paz, que tambien él mucho deseaba.

Finalmente entre Jaca y Calatabelota, plaza en que don Fadrique se hallaba, por ser lugar muy fuerte, los tres príncipes se juntaron. Hobo muchos dares y tomares sobre asentar el concierto; por conclusion las paces se asentaron con las capitulaciones siguientes: Philipo príncipe de Taranto sea puesto en libertad: asimismo todos los cautivos de la una y de la otra parte; el rey don Fadrique deje todo lo que tiene en la tierra firme de Italia; y al contrario los franceses, las ciudades y fuerzas de que en Sicilia están apoderados: doña Leonor hermana de Roberto case con don Fadrique, con retencion de Sicilia en nombre de dote hasta tanto que por permision y con ayuda del papa conquiste á Cerdeña ú otro cualquiera reino; si esto no sucediere, sus herederos dejen á Sicilia luego que los reyes de Nápoles contaren docientos y cincuenta mil escudos: á los forajidos y desterrados de Sicilia y de Italia sea perdonada su poca lealtad por la una y la otra parte. Hiciéronse estos conciertos el postrer dia del mes de agosto; con que todos dejaron las armas. Juan Villaneo que se halló en esta guerra, y Dante Aligerio, poeta de aquellos tiempos en estremo elegante y grave, tachan á Carlos de Valoes, y le cargan de que en Toscana lo alborotó todo con dis-

(1) A los diez y seis años y poco mas de siete meses.

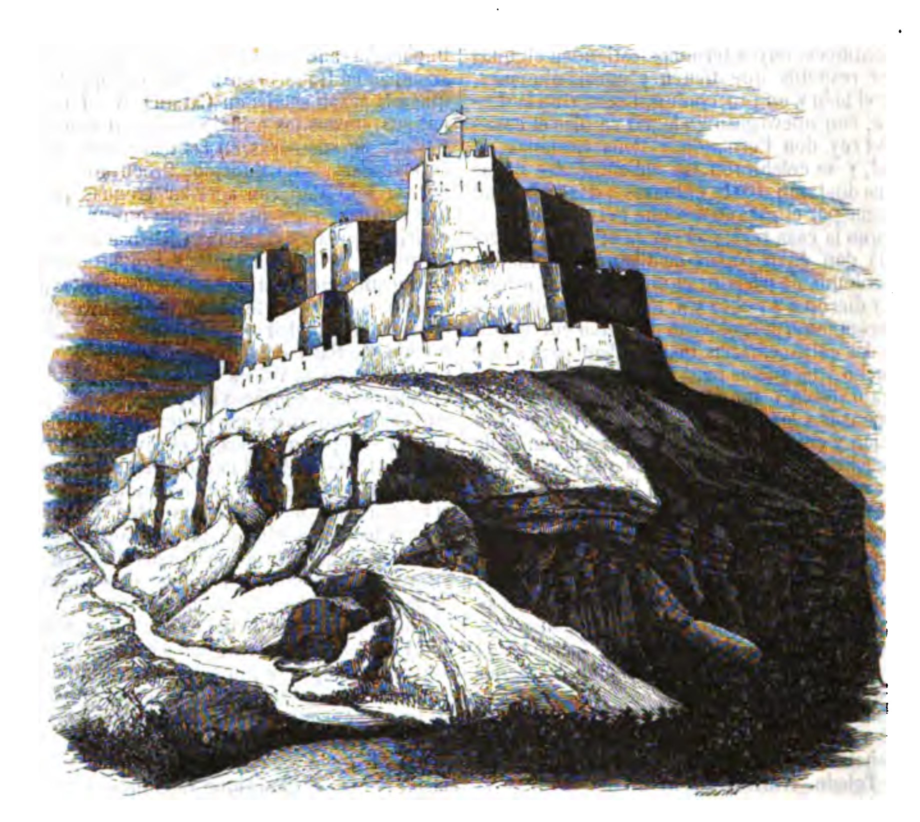
(2) Además se acordó fulminar censuras y entredichos contra cualesquieras personas que violasen las inmunidades eclesiásticas, que el moro ó judío que abrazase la religion cristiana no perdiera sus bienes.

cordias y guerras civiles, y en Sicilia concertó una paz infame, finalmente que con tanto estruendo y aparato en efecto no hizo nada. Fue este año muy estéril, en especial en España por la grande sequedad á causa que las tierras se quedaron por arar por haberse consumido, como se decia comunmente, y lo afirman graves autores, en aquellas alteraciones la cuarta parte por lo menos de los labradores y gente del campo.

CAPITULO XII.

De la muerte del pontífice Bonifacio.

Por este tiempo el hijo mayor de don Jaime rey de Mallorca, que tenia el mismo nombre de su padre, renunciado el derecho que tenia á la herencia de aquellos estados, se metió fraile francisco: con que sucedió por muerte de aquel rey su hijo menor don Sancho; y como estaba obligado hizo homenaje por aquellos estados y juró de ser leal al rey de Aragon. En Castilla no estaban las cosas muy sosegadas, en particular se padecia grande falta de dineros. Tuviéronse córtes en Burgos y Zamora, en que se formaron los gastos públicos, y las ciudades sirvieron con gran suma de dineros. Demás desto el papa Bonifacio concedió á la reina madre una bula, en que le perdonaba las tercias de las iglesias que cobraron los reyes don Alonso, don Sancho y el mismo don Fernando sin licencia de la sede apostólica hasta entonces, y de nuevo se las daba y hacia gracia de ellas por término de tres años. Los ánimos de los grandes andaban muy desabridos con la reina madre: quejábanse que las cosas se gobernaban por su antojo sin razon ni órden. Los infantes don Enrique y don Juan tios del



Castillo de Monzon.

rey, y con ellos don Juan hijo del infante don Manuel, don Juan de Lara y don Diego de Haro con otros caballeros principales buscaban traza y órden para poner con artificio y maña mal á la reina con su hijo, y desavenillos. Para dar principio á esto apremiaron al abad de Santander que era canciller mayor, diese cuentas del patrimonio real, cuya administracion tuvo á su cargo: maña que se enderezaba contra la reina, por cuya instancia le encomendaron aquellos cargos y honras. Poco aprovecharon por este camino, porque conocida su inocencia y integridad, cayeron por tierra todas estas tramas.

Philipo rey de Francia al principio del año 1303 envió sus embajadores para pedir aquellos pueblos de Navarra sobre que tenia diferencias: fueron despedidos sin alcanzar cosa alguna. El rey de Aragon envió á ofrecer condiciones de paz que tambien desecharon. Prometia que volveria toda la tierra de Murcia de que estaba apoderado, á tal que le entregasen á Alicante. Esto no le pareció á propósito á la reina, antes á don Juan de Lara que comenzaba á privar con el rey, hizo quitar el cargo que tenia: y poner en su lugar al infante don Enrique para que fuese mayordomo mayor de la casa real. No le duró mucho el mando, que poco despues le dejó: si de grado ó contra su voluntad no se sabe. Lo cierto es que destas cosas y principios procedieron entre el rey y su madre algunas sospechas, y division entre los grandes. En particular don Juan de Lara y el infante don Juan, olvidadas las diferiencias y disgustos pasados, hechos

á una, tenian grande mano y privanza acerca del rey. Los ruines y gente de malas mañas con chismes y decir mal de otros, que suele ser camino muy ordinario, eran antepuestos á los buenos y modestos. El infante don Enrique y don Juan hijo del infante don Manuel, y don Diego de Haro llevaban mal que la reina madre fuese maltratada, á quien ellos se tenian por muy obligados por muchos respetos, principalmente se quejaban que las cosas se trastornasen al albedrio y antojo de dos hombres semejantes. Pasaron en este sentimiento tan adelante que comunicado el negocio entre sí, enviaron á llamar á don Alonso de la Cerda para concertarse con él. Fue con esta embajada Gonzalo Ruiz á Almanzan para mover estas práticas, y procurar que los aragoneses hiciesen entrada en Castilla, sin tener cuenta con la fe y lealtad que debian, á trueco de llevar adelante sus pasiones y bandos.

Esto pasaba en Castilla al mismo tiempo que con increible osadia y impiedad fue amancillada la sacrosanta magestad de la iglesia Romana con poner mano en el papa Bonifacio. El caso por ser tan exorbitante será bien contar por menudo. Estaban los franceses por una parte, y por otra los de casa Colona, caballeros de Roma, en un mismo tiempo desabridos con el papa Bonifacio por agravios que pretendian les hiciera. Las causas del disgusto al principio eran diferentes, mas á la postre se aliaron para satisfacerse del comun enemigo. Parecia que el papa hizo burla de Carlos de Valoes por no acordarse de las promesas que tenia hechas: el rey de Francia se entregaba en los bienes de las iglesias y en sus rentas. Apamea es una ciudad que cae en la Gallia Narbonense, (1) antes era de la diócesi de Tolosa, y el papa Bonifacio la hizo catedral. El rey tenia preso al obispo desta



Sello de don Fernando IV el Emplazado, menos la leyenda del contorno.

ciudad porque claramente reprendia aquel sacrilegio : lo uno y lo otro llevaba el pontifice muy mal: enviáronse embajadores de una parte y de otra sobre el caso. Lo que resultó fue quedar mas desabridas las voluntades. Paró el debate en que se pronunció contra el rey sentencia de descomunion, que es el mas grave castigo que á los reveldes se suele dar. Demás desto los obispos de Francia fueron llamados á Roma para proceder contra el rey. Grande es la autoridad de los sumos pontífices, pero las fuerzas de los reyes son mas grandes : así fue que por orden del rey Philipo de Francia para hacer rostro al pontífice se juntaron muchos obispos, y tuvieron concilio en Paris. En él se decretó que el papa Bonifacio era intruso, y que la renunciacion de Celestino no fue válida. Hobo denuestos sobre el caso de la una y de la otra parte. Hoy dia hay cartas que se escribieron llenas de vituperios y ultrajes: si verdaderas, si fingidas, no se puede averiguar; mejor es que sean tenidas por falsas.

Los de casa Colona fueron perseguidos y forzados á andar huidos de Roma, desterrados y despojados de sus haciendas por espacio de diez años, como el Petrarchá lo atestigua, y encarece lo mucho que padecieron. Estos señores desde tiempo antiguo fueron capitanes del bando de los gibelinos contrarios de los pontífices romanos, de quien se hicieron mucho tiempo temer por su nobleza, riquezas y parentelas. A Pedro y Jacobo que eran cardenales, y de aquel linaje y familia, por edicto público los privó del capelo : Estéfano Colona; cabeza de aquella familia fue forzado á irse á Francia; lo mismo hizo Sarra Colona, que era enemigo capital de Bonifacio : nuevos daños

(1) Hoy Pamiers.

y desastres que en esta huida se le recrecieron, le acrecentaron la saña, porque un capitan de corsarios le prendió y puso al remo. El rey dió cargo á Guillelmo Nogareto natural de Tolosa, hombre atrevido, de apelar de la sentencia de Bonifacio para la Santa Sede apostólica romana privada entonces de legitimo pastor. Estos dos comunicaron entre si como podrian desbaratar los intentos del pontífice : si fue con consentimiento del rey ó por su mandado, aun entonces no se pudo averiguar; en fin ellos vinieron á Toscana, y se estuvieron en un pueblo llamado Staggia mientras que fuesen avisados por espias encubiertas, y tuviesen oportunidad para acometer la maldad que tenian ordenada.

El papa se hallaba en Anagni. Cecano y Supino personas principales, hijos de Maffio caballero de la misma ciudad de Anagni, fueron corrompidos á poder de dinero pero que ayudasen á poner en efecto esta maldad. Ya que todo lo tenian bien trazado, metieron dentro de Anagni trecientos caballos ligeros y un buen escuadron de soldados : Sarra Colona era el principal capitan. Al alva del dia se levantó un estruendo y voceria de soldados, que con clamores y voces apellidaban el nombre del rey Philipo. Los criados del papa todos huyeron. Bonifacio, conocido el peligro revestido con sus ornamentos pontificales se sentó en su sacra cátedra : en aquel hábito que estaba, llegó Sarra Colona y le prendió. Escarneciendo dél Nogareto, y haciéndole mil amenazas, le respondió Bonifacio con grande constancia : »No hago yo caso de amenazas de Paterino.» Este fue abuelo de Nogareto, y convencido de la herejia y impiedad de los albigenses, murió quemado. Con aquella voz del pontífice, cayó la ferocidad de Nogareto. Pusieron guardas al potífice, y saquearonle su palacio. Dos cardenales solamente estuvieron perseverantes con el pontífice, el cardenal de España Pedro Hispani, y el cardenal de Ostia : todos los demás se pusieron en huida.

Desde allí á tres dias los ciudadanos de Anagni por compasion que tuvieron de su pastor, y por miedo que no fuesen imputados de ser traidores contra el sumo pontífice su ciudadano, con las armas echaron de la ciudad á los conjurados. El pontífice se tornó luego á Roma y del pesar y enojo que recibió: le dió una enfermedad de que con grandes bascas á manera de hombre furioso falleció á los doce dias de octubre, y á los treinta y cinco de su prision. Dichoso pontífice si cuan facilmente acostumbraba á burlarse de las amenazas, tan facilmente pudiera evitar las asechanzas de los enemigos. Con su desastre se dió aviso que los imperios y mandos de los eclesiásticos mas se conservan con el buen credito que dellos tienen, y con buena fama (que deben ellos procurar con buenas obras) y con la reverencia de la religion, que con las fuerzas y el poder. Villaneo dice en su historia que Bonifacio era muy docto, y varon muy excelente por la grande esperiencia que tenia de las cosas del mundo; pero que era muy cruel y ambicioso, y que le amancilló grandemente la abominable avaricia por enriquecer los suyos, que es un grandisimo daño y torpeza afrentosa. Hizo veinte y dos obispos y dos condes de su linaje. Por el sexto libro de los decretales que sacó á luz, mereció gran loa de los hombres sabios y eruditos.

Fue en su lugar elegido por sumo pontífice en el próximo conclave Nicolao natural de la Marca Trevisana, general que fue antes de la órden de los predicadores. En su pontificado se llamó Benedicto Undécimo en memoria de Bonifacio que tuvo este nombre antes de ser papa, y era criatura suya, ca le hizo antes cardenal. Fue este papa para con los franceses demasiadamente blando, por que les alzó el entredicho que tenian puesto, y revocó todos los decretos que su predecesor fulminó contra ellos. Verdad es que Sarra Colona y Nogareto fueron citados para estar á juicio; y porque no acudieron al tiempo señalado, los condenaron por reos del crimen *læsæ majestatis*, y fulminaron contra ellos sentencia de descomunion. A Pedro y Jacobo Colona, bien que los admitió en su gracia, no les permitió usasen del capelo y insignias de cardenales, conforme á lo que por su antesesor quedó decretado.

CAPITULO VII.

De la paz que entre los reyes de España se hizo en el Campillo.

Los españoles cansados de trabajos y alteraciones tan largas gozaban de algun sosiego; mas les faltaban las fuerzas, que la voluntad ni ocacion para alborotarse. Las diferencias que aquellos príncipes tenian entre sí, eran grande y necesario apaciguallas. Los reyes de Castilla y de Aragon altercaban sobre el reino de Murcia. Don Alonso de la Cerda se intitulaba rey de Castilla, sombra vana y apellido sin mando. El nuevo rey de Granada conforme á la enemiga que con los fieles tenia, hizo entrada por las tierras que poseia el rey de Aragon: demás desto tomó á Bedmar, que es una villa no lejos de Baeza. Estas eran las discordias públicas y comunes : otra particular de no menos importancia andaba entre la casa de Haro y el infante don Juan tio del rey. Pretendia el infante el señorio de Vizcaya como dote de su mujer : cuidaba salir con su intento á causa del deudo y cabida que con el rey tenia, los de la casa de Haro por lo mismo andaban muy desabridos, y parece que se inclinaban á tomar las armas. El rey don Fernando, como á quien la edad hacia mas recatado por el mucho peligro que desta discordia podia resultar, deseaba con todo cuidado componer estas diferencias. La autoridad del rey de Aragon á esta sazon era muy grande, y parece que tenia puestas en sus manos las esperanzas y fuerzas de toda España. Enviaronle pues por embajador á don Juan tio del rey para que con él y por su medio se tratase de tomar algun medio y dar algun corte en todos estos debates. En Calatayud por el mes de marzo año del Señor de 1304 despues de muchos dares y tomares por concluciou acordaron, que de consentimiento de las partes se señalasen jueces para tomar asiento en todas estas diferencias, y que para que esto se efectuase, mientras se trataba, hobiese treguas. Señalaron tiempo y lugar para que los reyes se viesen.

En el entretanto el rey don Fernando con el cuidado en que le ponian las cosas del Andalucía, partió de Burgos do á la sazon estaba y por el mes de abril llegó á Badajoz con intento de visitar al rey su suegro, con quien eso mismo tenia algunas diferencias, y pretendia cobrar ciertos lugares que en su menor edad le empeñaron. Lo que resultó destas vistas, fue lo que suele, desabrimientos y faltar poco para quedar del todo enemigos. Solamente se pudo alcanzar del Portugués ayudase á su yerno con algunos dineros que le prestó : con que se partió la vuelta del Andalucía. No se llegó á rompimiento con los moros, antes á pedimento del mismo rey de Granada el rey don Fernando envió embajadores á aquella ciudad y él se detuvo en Córdoba. Por medio desta embajada se tomó asiento con el rey moro: concertóse, y prometió de nuevo de pagar el mismo tributo que se pagaba en tiempo de su padre: con que deshicieron los campos. El infante don Enrique cargado de años falleció por este tiempo en Roa : su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco de Valladolid. Tuvo este príncipe ingenio vario y desasosegado, extraordinaria inconstancia en sus costumbres, y hasta lo postrero de su edad grande apetito de gloria y mando : codicia desenfrenada, y la postrera camisa de que se despojan aun los hombres sabios.

Muy grande contento fue el que recibió todo el reino con la muerte deste caballero, ca todos se recelaban no desbaratase todas las práticas que se comenzaban de paz. No dejó hijos, que nunca se casó (1): así las villas de su estado se repartieron entre otros caballeros, y la mayor parte cupo á Juan Nuñez de Lara por la mucha privanza que con el rey á la sazon alcanzaba. En prosecucion de lo concertado en Calatayud de consentimiento de las partes fue nombrado por juez árbitro para componer aquellas diferencias Dionisio rey de Portugal, y por sus acompañados el infante don Juan de la parte de Castilla, y por la de Aragon don Jimeno de Luna obispo de Zaragoza. Los reyes de Portugal y Aragon tuvieron primero habla en Torrellas, que es una villa á la raya de Aragon y á las haldas de Moncayo, puesta en un sitio muy deleitoso. Allí los jueces, oido lo que por las partes se alegaba, pronunciaron sentencia, y fue que el rio de Segura partiese término entre los reinos de Aragon y Castilla: cosa de grande comodidad y ventaja para el Aragonés, porque se le añadió lo de Alicante con otros pueblos de aquella comarca; y de su bella gracia le otorgaron lo que él con tanto ahinco antes deseaba.

Pronuncióse la sentencia á los ocho del mes de agosto, y luego el dia siguiente los tres reyes se juntaron en el Campillo que está allí cerca, y por la memoria del concierto que en aquel lugar se hiciera veinte y tres años antes desto entre don Alonso rey de Castilla y don Pedro rey de Aragon, parecia de buen agüero. Confirmóse allí lo asentado: desde allí los reyes fueron á Agreda, y pasaron á Tarazona. Grandes regocijos y recibimientos les hicieron: muy señalada fue esta junta porque fuera de los tres reyes se hallaron asimismo presentes tres reinas, las dos de Castilla suegra y nuera, y doña Isabel reina de Portugal, persona muy santa, demás de la infanta doña Isabel hermana del rey don Fernando; la que estuvo primero desposada con el rey de Aragon. El acompañamiento y córte era conforme á la calidad de príncipes tan grandes, en particular el rey de Portugal se señaló mas que todos conforme á la condicion de aquella nacion, por ser deseoso de honra, y á causa de la larga paz rico de dineros: se dice que trujo en su compañía de Portugal mil hombres de á caballo; y que en todo el camino no quiso alojar en los lugares, sino en tiendas y pabellones que hacia armar en el campo.

En lo que tocaba á la pretension de los Cerdas, los reyes de Aragon y Portugal nombrados por jueces árbitros, llegado el negocio á sentencia, mandaron que don Alonso en adelante no se llamase rey: que restituyese todas las plazas y castillos de que estaba apoderado. Señaláronle á Alba, Bejar, Valdecorneja, Gibraleon, Sarria con otros lugares y tierras para que pudiesen sustentar su vida y estado; recompensa muy ligera de tantos reinos. Pocas veces los hombres guardan razon, principalmente con los caidos: todos les faltan y se olvidan. El rey de Francia no acudia, solo el rey de Aragon sustentaba el peso de la guerra contra Castilla: deseaba por tanto concertar aquellos debates de cualquier manera que fuese. Esta sentencia dió tanta pesadumbre á don Alonso de la Cerda, que aun no se quiso hallar presente para oilla, antes se marchó echando mil maldiciones á los reyes.

Restaba de acordar la diferencia del infante don Juan y Diego Lopez de Haro. El rey tenia prometido al infante que efectuadas las paces, él mismo le pondria en posesion del señorío de Vizcaya. Concluida pues y despedida la junta de los reyes, don Diego de Haro fue citado para que en cierto dia que le señalaron, pareciese en Medina del Campo, para donde tenian convocadas las córtes del reino. Señaláronse jueces árbitros que determinasen la causa. Don Diego Lopez de Haro, sea por fiar poco de su justicia y entender tenia usurpado aquel estado, ó por sospechar que el rey no le era nada favorable, sin pedir licencia para partirse se salió de las córtes; las cuales acabadas que fueron, como entendiesen que don Diego de Haro no haria por bien cosa ninguna, y el infante don Juan que siempre andaba al lado del rey, diese priesa á que el negocio se concluyese; en Valladolid vistas sus probanzas, se sentenció en su favor, solamente se difirió la ejecucion para otro tiempo: en que se pretendia que con alguna manera de concierto entre las partes se atajase la tempestad de la guerra que podia desto resultar (2).

En el año del Señor de 1305 estaban las cosas desta manera en Castilla, unas diferencias soldadas, otras para quebrar, y á diez y siete dias del mes de enero Rugier Lauria general del mar murió en Cataluña: capitan sin segundo y sin par en aquel tiempo, determinado en sus consejos, diestro por sus manos, querido y amado de los reyes, en especial del rey don Pedro, que con su ayuda y por su valor sujetó á Sicilia. El solo dió fin á grandes hazañas con próspero suceso: los reyes nunca hicieron cosa memorable sin él: su cuerpo sepultaron en el monasterio de Santa Cruz con su túmulo y letra, junto al enterramiento del rey don Pedro en señal del grande amor que le tuvo. A los seis dias del mes de abril murió doña Juana reina de Navarra en París: su cuerpo enterraron en el monasterio de San Francisco con real pompa y célebre aparato: está de presente metido este monasterio dentro del colegio de Navarra. Sucedió luego á su madre difunta en el reino, Luis, que tuvo por sobrenombre Hutino: tomó la corona real en Pamplona, despues fue tambien él rey de Francia por muerte de su padre. Dejó la reina doña Juana allende deste otros hijos, á Philipo que tuvo por sobrenombre el Largo, á Carlos que tuvo por sobrenombre el Hermoso, que adelante vinieron á ser todos reyes de Francia y Navarra. Dejó otrosí dos hijas, la una murió siendo niña, la otra por nombre madama Isabel casó con Eduardo rey de Ingalaterra, la mas hermosa doncella que se halló en su tiempo.

CAPITULO VIII.

Clemente Quinto, pontífice Máximo.

El pontificado de Benedicto no duró mas de ocho meses y seis dias. Siguióse una vacante larga de diez meses y veinte y ocho dias. Grandes disensiones anduvieron en este cónclave, muy encontrados los votos de los cardenales, así italianos como franceses que eran en gran número, porque á devocion de los reyes de Nápoles los papas criaron los años pasados muchos cardenales de la nacion francesa. En fin se concertaron desta suerte, que los italianos nombrasen tres cardenales franceses para el pontificado, y que destos eligiese el bando contrario uno que fuese papa. Salieron tres arzobispos nombrados, que estaban muy obligados á la memoria de Bonifacio como criaturas suyas. Destos tres en ausencia fue elegido Raimundo Gotto arzobispo de Bordeaux, primero comunicado el negocio con Philipo rey de Francia. Procuró el rey de Francia que se viniese antes de aceptar á ver con él en la villa de Angelina, que cae en la provincia de Xantoigne, donde dicen hizo que debajo de juramento le prometiese de poner en ejecucion las cosas siguientes: que condenaria y anate-

(1) Consta por la crónica de don Fernando que estuvo casado con doña Juana hermana de don Juan Nuñez de Lara, de la cual no tuvo sucesion; pero antes y fuera de matrimonio tuvo de doña Mayor á don Enrique Henriquez.

(2) Despues de varias disputas se acordó en Burgos el año 1308 una concordia, por la cual don Diego y su hijo renunciaron todos sus derechos, y doña María fue reconocida por señora de Vizcaya para despues de los dias de don Diego.

matizaria la memoria de Bonifácio Octavo: que restituiria en su grado y dignidad cardenalicia á Pedro y á Jacobo de casa Colona, que por Bonifacio fueron privados del capelo: que le concederia los diezmos de las iglesias por cinco años, y conforme á esto otras cosas feas y abominables á la dignidad pontificial; pero tanto puede el deseo de mandar. Con esto á los cinco dias del mes de junio fue declarado por pontífice, y tomó nombre de Clemente Quinto. Mandó luego llamar todos los cardenales que viniesen á Francia, y en Leon tomó las insignias pontificales á once de noviembre. Acudió increible concurso de gente.

Aguó la fiesta y destempló el alegría un caso de mal agüero, como muchos lo interpretaron. El mismo dia que se celebraba esta solemnidad, mientras el nuevo pontífice hacia el paseo con grande acompañamiento y pompa, le derribó del caballo una gran pared que cayó por ser muy vieja y carcomida, y por el peso de la muchedumbre de gente que sobre ella cargó á ver la fiesta. Cayósele la tiara que llevaba en la cabeza, y se perdió de ella un carbunco de gran valor. El rey de Francia que iba á su lado, se vió en gran peligro: Juan duque de Bretaña pereció allí, los reyes de Inglaterra y de Aragon (1) escaparon con mucho trabajo. Fue grande el número de los que murieron, parte por tomalles la pared debajo, parte por el aprieto de la mucha gente. Con estos principios se conformó lo demás: todo andaba puesto en venta así lo honesto como lo que no lo era. Crió doce cardenales á contemplacion y por respeto del rey Philipo de Francia. Todavia como le hiciese instancia sobre condenar la memoria del Papa Bonifacio segun que lo tenia prometido, dió por respuesta que negocio tan grave no se podia resolver sino era con junta de un concilio general. Por este camino se desbarató la pretension de aquel rey; y esta dicen fue la principal causa para juntar el concilio de Viena que se celebró, como poco adelante se dirá. Trasladó la silla pontifical desde Roma á Francia, que fue principio de grandes males, ca todo el orbe cristiano se alteró con aquella novedad, y en particular toda Italia, de que resultaron todas las demás desgracias, y un gran torbellino de tempestades. Lo que se proveyó para el gobierno de Italia y del patrimonio que allí la Iglesia tiene, fue enviar tres cardenales por legados para con poderes bastantes gobernar aquel estado así en tiempo de guerrra como de paz.

En Castilla por el mismo tiempo se despertaron nuevas alteraciones. No hay cosa mas deleznable que la cabida y privanza con los reyes. Don Juan Nuñez de Lara comenzó á ir de caida por estar el rey don Fernando cansado dél. Quitóle el oficio de mayordomo de la casa real, y puso en su lugar á don Lope hijo de don Diego Lopez de Haro. El color que se dió, fue que don Juan de Lara era general de la frontera, contra los moros, y no podia servir ambos cargos, como quier que á la verdad el rey pretendiese sobre todo con aquella honra ganar la casa de Haro, y apartalla de la amistad que tenia trabada muy grande á la sazon con los de Lara. Entendiéronse fácilmente estas mañas, como suele acontecer, que en las cosas de palacio no hay nada secreto; por donde estos dos caballeros se unieron y ligaron con mayor cuidado y determinacion que tenian de desbaratar aquellos intentos. Parecia que el negocio amenazaba rompimiento: acudieron Alonso Perez de Guzman y la reina madre, y con su prudencia hicieron tanto que estos caballeros se apaciguaron, ca volvieron á cada cual dellos las honras y cargos que solian tener.

Demás desto tomó asiento entre el infante don Juan y la casa de Haro con estas condiciones: que don Diego de Haro por sus dias gozase el señorío de Vizcaya, y despues de su muerte tornase al infante don Juan: que Orduña y Balmaseda quedasen por don Lope hijo de don Diego de Haro por juro de heredad, y de nuevo se le hizo merced de Miranda de Ebro y Villalba de Losa en recompensa de lo que de Vizcaya les quitaban. El deseo que el rey tenia de apaciguar las diferencias destos grandes, con que todo el reino andaba alborotado, era tan grande que ninguna cosa se le hacia del mal á trueco de concordallos.

El alegría que todos recibieron por esta causa, fue grande; solo don Juan de Lara recibió pesadumbre así por parecelle le habian agraviado en tomar asiento con su suegro don Diego de Haro sin dalle á él parte, como por tener costumbre de aprovecharse de los trabajos agenos, y sacar ganancia de las alteraciones que sucedian entre los grandes. Esto fue en tanto grado que por parecelle forzoso correr él fortuna despues de tomado aquel asiento, y que no le quedaba esperanza de escapar si no se valia de alguna nueva trama, renunciada la fe y lealtad que al rey tenia jurada, se retiró á Tordehumos, plaza muy fuerte así por su sitio como por sus murallas y reparos, donde con sus fuerzas y las de sus aliados pensaba defenderse del rey que sabia tenia muy ofendido. Acudieron en breve los del rey, pusieron cerco sobre aquel lugar; pero como quier que no faltasen muchos de secreto aficionados á don Juan de Lara, la guerra se proseguia con mucho descuido, y el cerco duró mucho tiempo. Llegaron á tratar de concierto, y porque el rey se hacia sordo á esto, los soldados se desbandaron y se fueron unos á una parte otros á otra.

Entre los demás que favorecian á don Juan de Lara, era el infante don Juan. Pasó el negocio tan adelante, que al rey fue forzoso perdonalle: solamente por cierta muestra de castigo le quitó las villas de Moya y Cañete, (que como arriba queda dicho) se las diera el rey don Sancho. Poco duró este sosiego, porque como don Juan de Lara y el infante don Juan entendiesen y tuviesen aviso que el rey pretendia vengarse de ellos (si fue verdad ó mentira no se sabe) pero en fin por pensar los queria matar, se concertaron entre sí, y resolutamente se rebelaron. El infante don Juan brevemente se aplacó con las satisfacciones que le dió el rey: sosegar á don Juan de Lara era muy dificultoso, que de cada dia se mostraba mas obstinado. A esta sazon don Alonso de la Cerda como quier que se hallase desamparado de todos, y juzgase que era mejor sujetarse á la necesidad que andar toda la vida descarriado y pobre, despojado del reino que pretendia, y perdido el estado que le señalaron, envió á Martin Ruiz para que en su nombre tomase posesion de los pueblos que los jueces árbitros le adjudicaron. Así perdida la esperanza de cobrar el reino, en lo de adelante comunmente le llamaron don Alonso el Desheredado.

CAPITULO IX.

Que la guerra de Granada se renovó.

El vulgo de ordinario, y mas entre los moros, de su natural es inconstante, alborotado, amigo de cosas nuevas, enemigo de la paz y sosiego. Así en este tiempo comenzaron los moros de Granada á alborotarse en gran daño suyo y riesgo de perderse, como quiera que por todas partes estuviesen rodeados de enemigos, y aquel reino de Granada reducido á gran estrechura y puesto en balanzas. La ocasion de alborotarse fue que el rey era inútil para el gobierno, y como ciego pasaba en descuido su vida: su cuñado el señor de Málaga era el que lo mandaba todo, y en efecto era el que en nombre de otro reinaba. Parecíales cosa pesada tener dos reyes en lugar de uno, porque fuera de los demás inconvenientes se doblaba el gasto de la casa real á causa que el de Málaga no tenia menos córte, acompañamiento y casa, que si fue-

(1) El de Aragon ya se habia retirado á su reino despues de la conferencia con el papa Clemente de Mompeller.

ra verdadero rey, puesto que el nombre le dejaba á su cuñado. Decian seria mucho mejor nombrar otro rey que fuese hombre que los gobernase, á quien todos tuviesen respeto, obedeciesen á sus mandamientos, y con su autoridad se defendiesen y vengasen de sus enemigos. Al vulgo que andaba alterado, atizaban los principales; mayormente Aborrabes un caballero que venia de los reyes de Marruecos; con su gente y la de sus aficionados se apoderó de la ciudad de Almería, y se intituló rey della. La mayor parte del pueblo se inclinaba á favorecer á Mahomad Azar hermano que era menor del rey ciego, que daba muestras de valor, y se vian en él señales de otras virtudes. Fue Aborrabes echado por el bando contrario de Almería: él con deseo de apoderarse de Ceuta, ciudad que los granadinos tenian en la frontera de Africa, intentó ayudarse de los cristianos.

Por todo esto se ofrecia buena ocasion para hacer la guerra á los moros y echallos de todo punto de España. Comunicaron entre sí este negocio por cartas los reyes de Aragon y Castilla: acordaron de juntarse en el monasterio de Huerta, que está la raya de los reinos. Hízose la junta al principio del año de mil y trecientos y nueve. Allí y en Monreal (1) do los reyes pasaron, lo primero que se trató, fue de apaciguar á don Alonso de la Cerda, templada en alguna manera la sentencia que los jueces árbitros dieron: recelábanse que mientras los dos reyes estaban ocupados en la guerra de los moros, no alborotase á Castilla con ayuda de sus parciales y aficionados. Tomada esta resolucion, acordaron emprender la guerra de Granada, y para apretar mas á los moros acometellos por dos partes, y en un mismo tiempo poner cerco sobre Algecira y sobre Almería. Demás desto concertaron que la infanta doña Leonor hermana del rey don Fernando casase con don Jaime hijo mayor del rey de Aragon. Por dote le señalaron la sesta parte de todo lo que en aquella guerra se ganase, y en particular la misma ciudad de Almería. Concluida la junta y despedidos los reyes, todo comenzó á resonar con el estruendo de las armas, provision de dinero, juntas de soldados y gente de á caballo, de bastimento y bagaje necesario. Tenian los dos príncipes soldados muy diestros, muy unidos entre sí, no aficionados con las discordias civiles; en especial los aragoneses ponian miedo á los moros, por la fama que corria de haber sujetado sus enemigos, y alcanzado tantas victorias.

El rey don Fernando á ruego de su madre fué á Toledo para hallarse presente á trasladar los huesos del rey don Sancho su padre en un sepulcro muy honroso que la reina tenia apercebido con todo lo demás necesario y conveniente á las exequias y honras de su marido. Tenia el rey don Fernando condicion apacible, una honestidad natural (como acostumbraba decir Gutierre de Toledo que se crió con él desde su niñez) gran modestia en su rostro, su cuerpo bien proporcionado y apuesto de grande ánimo, muy clemente. Aconteció que el mismo dia de Navidad un caballero muy principal á quien él tenia señalado para el gobierno de Castilla, se vino á despedir dél para ir á su cargo. El rey dejado los dados con que acaso se entretenia, le advirtió que en Galicia hallaria muchos caballeros nobles que andaban alborotados: que aunque mereciesen pena de muerte, le encargaba se guardase de ejecutar el castigo, solamente se los enviase, que se queria servir dellos en la guerra de los moros. Engrandeció el caballero el acuerdo tan clemente del rey, que aunque pareció á muchos blando en demasía y temerario, la esperiencia mostró ser muy acertado. No hobo en toda la guerra contra los moros quien se señalase mas que aquellos hidalgos. Estimulábalos grandemente el deseo de borrar la deshonra pasada, y la voluntad de servir al rey la clemencia de que con ellos usara: sus valerosas hazañas no se podian encubrir, en todas partes y ocasiones peleaban contra los moros con odio implacable, y entre sí tenian competencia de aventajarse en valor y ánimo.

Finalmente desde Toledo partieron al Andalucía. El campo de los castellanos llegó sobre Algecira á veinte y siete dias del mes de julio. A mediado el siguiente mes de agosto puso su cerco sobre Almería el rey de Aragon. Con los aragoneses vinieron don Fernando hijo de don Sancho rey de Mallorca, mancebo de los fuertes y valerosos que en su tiempo se hallaban, don Guillen de Rocaberti arzobispo de Tarragona, don Ramon obispo de Valencia y canciller del rey, don Artal de Luna gobernador de Aragon con otros prelados y caballeros. Al rey don Fernando seguian los caballeros de la casa y familia de Haro: don Juan de Lara poco antes vuelto en amistad del rey, don Juan tio del rey, y el arzobispo de Sevilla, y otros muchos caballeros principales. Gisberto, vizconde de Castelnovo, fue con parte de la armada de los aragoneses sobre Ceuta, que está en la frontera y riberas de Africa, y la tomó. Los despojos hobieron los aragoneses, la ciudad se dejó á Aborrabes como lo tenian con él capitulado. Los de Granada, habido sobre ello su acuerdo, porque si venian á repartir su gente, no serian bastantes para sustentar ambas guerras, determinaron de defender la ciudad de Almería, fuese por la confianza que hacian de la fortaleza de Algecira, demás que tenia harta gente de defensa y las provisiones necesarias, ó por rabia de que los aragoneses les hobiesen ganado á Ceuta, y se hobiessen ntremetido en aquella guerra sin pretender contra ellos algun derecho, ni haber recebido agravio.

El mismo dia de la festividad de San Bartolomé los moros con toda su gente se presentaron á vista de aquella ciudad. Los aragoneses visto que les representaban la batalla, de buena gana fueron á acometellos: á los principios no se conoció ventaja en ninguno de los campos, porque los moros peleaban con grandísimo esfuerzo; pero en fin fueron vencidos y puestos en huida con gran daño y matanza. Los bosques qne allí cerca estaban, dieron á muchos la vida, que se metieron por aquellas espesuras y escaparon. No hay alegría cumplida en las cosas humanas. Mientras que los nuestros con demasiada codicia y poco recato iban en seguimiento de los bárbaros y ejecutaban el alcance, los de Almería salen de la ciudad, y acometen el real de los aragoneses que tenia poca defensa, y por capitan á don Fernando de Mallorca. Ganaron el baluarte y trincheras, y saquearon y robaron algunas tiendas. Acudieron los nuestros; y aunque con mucha dificultad, en fin lanzaron los moros, y los forzaron á retirarse dentro de la ciudad. Esto hizo que el contento de la victoria ganada no se les aguase tanto, si perdieran los reales; demás que aquel peligro fue aviso para que en adelante tuviesen mayor recato. Todo era menester, porque segunda vez á los quince de octubre grande morisma, que llegaban á mas de cuarenta mil, acometieron las estancias de los aragoneses; pero sucedióles lo mismo que en el rebate pasado.

No con menos esfuerzo apretaban los de Castilla por mar y por tierra el cerco de Algecira; mas las fuertes murallas, y los muchos soldados que dentro tenian, impedian á los cristianos para que sus asaltos no hiciesen efecto. Como se detuviesen muchos meses, acordaron de acometer á Gibraltar, villa puesta sobre el monte Calpe, con esperanza de apoderarse della porque no tenia tanta defensa. Fueron

(1) Fue en Alcalá de Henares, y entre otras cosas se estipuló que se abriese la campaña lo mas tarde el dia de San Juan de 1309: y para los gastos de esta guerra se concedió á los reyes de Castilla y de Aragon una cruzada por el papa Clemente V.

para este efecto el arzobispo de Sevilla y don Juan Nuñez de Lara con parte del ejército. Alonso Perez de Guzman, caballero el mas señalado que se conocia en aquellos tiempos, y iba en compañía de los demás, en un rebate que tuvieron con los moros en el monte Gausin, quedó muerto (1): daño que fue muy



notable, dolor y sentimiento de todo el reino. Verdad es que la villa de Gibraltar se entregó al mismo rey don Fernando, que acudió para este efecto, como lo concertaron para que los cercados se rindiesen con mas reputacion, y fuese del rey la honra de ganar aquella plaza. Dióse libertad á los moros para pasar en Africa y llevar consigo sus bienes.

Entre los demás un moro muy viejo ya que queria partirse, habló (segun dicen) al rey desta manera: «¿Qué desdicha es esta mia por mi mal hado ó por »mis pecados causada? que toda mi vida ande des»terrado, y á cada paso me sea forzoso mudar de »lugar, y hacer alarde de mi desventura por todas »las ciudades. Don Fernando tu bisabuelo me echó »de Sevilla, fuíme á Jerez de la Frontera. Esta ciudad »conquistó tu abuelo don Alonso, y á mí fue necesa»rio recogerme á Tarifa. Ganó esta plaza tu padre el »rey don Sancho, á mí por la misma razon fue forzo»so pasar á Gibraltar. Cuidaba con tanto poner fin á »mis trabajos, y esperaba la muerte como puerto »seguro de todas estas desgracias. Engañóme el pen»samiento: al presente de nuevo soy forzado á bus»car otra tierra. Yo me resuelvo pasar en Africa por »ver si con tan largo destierro puedo amparar lo »postrero de mi triste vejez, y pasar en sosiego esto »poco de vida que me puede quedar.»

Los soldados que estaban sobre Algecira, dado que era gente feroz y denodada, cansados con los trabajos, y malparados con los frios del invierno, á cada paso desamparaban las banderas, no solo la gente baja, sino tambien la principal y los señores, que demás de lo dicho andaban desabridos porque el rey daba oido á gente baja y de intenciones dañadas.

El infante don Juan y don Juan Manuel fueron de poco provecho en esta guerra, antes ocasion de mucho daño, porque partidos ellos, con su ejemplo muchos se salieron del campo y desampararon los reales. Don Diego Lopez de Haro murió en la demanda de enfermedad. Su cuerpo llevaron á Burgos y enterraron en el monasterio de San Francisco. El señorío de Vizcaya, segun que lo tenian capitulado, recayó en doña María (2) mujer del infante don Juan: cosa nueva que en aquel estado sucediese mujer, en que hasta entonces se continuó la sucesion por línea de varon. La muerte deste caballero y las continuas lluvias que sobrevinieron, por ser el tiempo mas áspero de todo el año, forzaron á que el cerco de Algecira se alzase. Capitularon empero que los moros restituyesen (como lo hicieron) las villas de Quesada y Bedmar, que tomaron el tiempo pasado á los nuestros, y para los gastos de la guerra pagasen cuarenta mil escudos. La villa de Quesada poco adelante dió el rey á la iglesia de Toledo, cuya solia ser. Este fue el fruto que de tanto ruido; tantas pérdidas y trabajos se sacó.

Los aragoneses si bien tenian en sus reales grande abundancia de todas las cosas necesarias, asimismo por la poca esperanza de salir con la empresa, como les restituyesen los aragoneses que allí tenian cautivos, se partieron de sobre Almería, que fuè á los veinte y seis dias del mes de febrero año de 1310, sin suceder otra cosa digna de memoria, salvo que en el mayor calor desta guerra el ciego rey moro fue despojado del reino por su hermano Azar, y en Almuñecar puesto en prisiones con buena guarda: grande desgracia y caida, él que era rey, ser privado de la libertad: mal que se pudiera llevar en paciencia, si no pasara adelante; poco despues en Granada do le hizo volver, sin respeto de lo que se diria, ni compasion del que era su hermano, por asegurarse le mandó cruelmente matar; así pervierte todas las leyes de naturaleza el deseo desenfrenado de reinar. Don Juan Nuñez de Lara al fin de la guerra pasada fué por embajador á Francia, y cumplido con su cargo, tornó al rey de Castilla que era venido á Sevilla, despedido que hobo su ejército. Llevaba órden de impetrar (como lo hizo) los diezmos de las rentas eclesiásticas para ayuda á los gastos de la guerra contra moros: demás desto de avisar al pontífice Clemente que no debia en manera alguna proceder contra la memoria del papa Bonifacio, por los grandes inconvenientes que de hacer lo contrario resultarian, contra lo que pretendia el rey de Francia, y que el pontífice no estaba fuera de hacello, segun avisaban personas de autoridad.

En Vizcaya en aquella parte que llaman Guipúzcoa, por mandado del rey, y á costa de los de aquella provincia se fundó la villa de Azpeitia, como se entiende por la provision real que en esta razon se despachó en Sevilla al principio deste año, desde donde el rey don Fernando se partió para Burgos para celebrar las bodas de la infanta doña Isabel su hermana, aquella que repudió el rey de Aragon, y de nuevo la tenian concertada con Juan duque de Bretaña. El cargo de mayordomo de la casa real se dió á don Juan Manuel, sin que el infante don Pedro hermano del rey, que tenia aquel oficio, mostrase sentimiento alguno. Demás desto el mismo don Juan era frontero de Murcia contra los moros, dado que en su

(1) Murió despues de haber tomado á Gibraltar el 19 de setiembre de 1309. En la cartuja de Santi-Ponce se ve su sepulcro segun aquí lo representamos ejecutado, como se deja conocer, en época muy posterior á su muerte por el célebre Montañés.

(2) Gozó muy poco tiempo de su señorío, pues don Lope Diaz de Haro, hijo y heredero de don Diego, entró en la posesion de él por órden del rey en 29 de enero de 1311.

lugar servia este cargo Pero Lopez de Ayala. Todo esto se enderezaba á obligar mas á aquel caballero, que era muy poderoso, y fue tan dichoso en sus cosas, que dos hijas suyas doña Costanza habida en su primera mujer fue reina de Portugal, y doña Juana lo fue de Castilla, la cual hobo en doña Blanca hija de Fernando de la Cerda y de doña Juana de Lara.

En este viaje pasó el rey por Toledo en sazon que por muerte de don Gonzalo que finó este mismo año, vacaba aquella iglesia. Sucedióle don Gutierre Segundo, natural y arcediano de Toledo. Su padre Gomez Perez de Lampar, alguacil mayor de Toledo: su madre Horabuena Gutierrez: su hermano Fernan Gomez de Toledo, camarero mayor, y muy privado del rey, que por su respeto acudió á su hermano con su favor, y obró tanto que los canónigos apresuraron la eleccion, y dieron sus votos á don Gutierre, mayormente que se recelaban no se entremetiese el papa y les diese prelado de su mano. Partió el rey de Toledo para Burgos á las bodas que se festejaron como se puede pensar. Del infante don Juan tio del rey no se tenia bastante seguridad per ser de su condicion mudable, y por cosas que dél se decian; y claramente se dejaba entender que de tal manera haria el deber, que no duraria mas el respeto de lo que le fuese necesario. Por esta causa en Burgos, ca acudió á las fiestas de aquellas bodas de la infanta aunque con seguridad que le dieron, trataban por órden del rey de dalle la muerte. Don Juan Nuñez de Lara como dello tuviese noticia, procuró estorballo, afeando en grande manera aquel intento; y sin embargo el infante don Juan luego que supo lo que pasaba, se salió secretamente de la córte.

Muchos caballeros movidos de caso tan feo, sin tener cuenta con el rey y con su autoridad; ni con la solemnidad de las bodas, le hicieron compañía. Pero todas estas alteraciones (1) que amenazaban mayores males, apaciguó la reina madre con su prudencia, sin cesar hasta reconciliar el infante don Juan con el rey su hijo. En Palencia sobrevino al rey una tan grave enfermedad, que no pensaron escapara. La buena diligencia de los médicos, la fuerza de la edad, y la mudanza del aire le sanaron, porque luego que pudo, se fue á Valladolid. En Barcelona murió doña Blanca reina de Aragon á catorce dias del mes de octubre: señora dotada de grande honestidad y de todo género de virtudes. Dejó noble generacion, es á saber los infantes don Jaime, don Alonso, don Juan, don Pedro, don Ramon Berenguel: las hijas fueron doña María, doña Costanza, doña Isabel, doña Blanca, doña Violante. Doña Blanca pasó su vida en el monasterio de Jimena en que fue abadesa: las demás casaron con grandes príncipes, y por sus casamientos muchos linajes nobilísimos emparentaron con la casa real de Aragon. El cuerpo de la reina seputaron en Santa Cruz, que es un monasterio muy noble en Cataluña. Las exequias se hicieron con toda la solemnidad que era justo y se puede pensar.

CAPITULO X.

Cómo estinguieron los caballeros Templarios.

Los obispos de toda la cristiandad se juntaban por este tiempo llamados por edictos de Clemente pontífice para asistir al concilio de Viena, ciudad bien conocida en el delfinado de Francia. A las demás causas públicas que concurrian para juntar este concilio, se allegaba una la mas nueva y sobre todas urgentísima, que era tratar de los caballeros Templarios, cuyo nombre se comenzara á amancillar con grandes fealdades y torpezas, y era á todos aborrecible. Querian que todos los prelados diesen su voto y determinasen lo que en ello se debia de hacer, pues la causa á todos tocaba. El principio desta tempestad comenzó en Francia. Achacábanles delitos nunca oidos no tan solamente á algunos en particular; sino en comun á todos ellos y á toda su religion. Las cabezas eran infinitas: las mas graves estas: que lo primero que hacian cuando entraban en aquella religion, era renegar de Cristo y de la Vírgen su madre y de todos los santos y santas del cielo: negaban que por Cristo habian de ser salvos, y que fuese Dios: decian que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte: ensuciaban la señal de la cruz y la imágen de Cristo con saliva, con orina y con los piés, en especial porque fuese mayor el vituperio y afrenta, en aquel sagrado tiempo de la semana santa cuando el pueblo cristiano con tanta veneracion celebra la memoria de la pasion y muerte de Cristo: que en la santísima Eucaristía no está el cuerpo de Cristo, el cual y los demás sacramentos de la santa madre Iglesia los negaban y repudiaban: los sacerdotes de aquella religion no proferian las místicas palabras de la consagracion cuando parecia que decian misa, porque decian que eran cosas ficticias é invenciones de los hombres, y que no eran de provecho alguno: que el maestre general de su religion, y todos los demás comendadores que presidian en cualquiera casa ó convento suyo, aunque no fuesen sacerdotes, tenian potestad de perdonar todos los pecados: solia venir un gato á sus juntas; á este acostumbraban arrodillarse y hacelle gran veneracion como cosa venida del cielo y llena de divinidad: ultra desto tenian un ídolo unas veces de tres cabezas, otras de una sola, algunas tambien con una calavera, y cubierto de una piel de un hombre muerto: deste reconocian las riquezas, la salud y todos los demás bienes, y le daban gracias por ellos. Tocaban unos cordones á este ídolo, y como cosa sagrada los traian revueltos al cuerpo por devocion y buen agüero. Desenfrenados en la torpeza del pecado nefando hacian y padecian indiferentemente. Besábanse los unos á los otros las partes mas sucias y pudendas de sus cuerpos; seguian sus apetitos sin diferencia, y esto con color de honestidad como cosa concedida por derecho y conforme á razon. Juraban de procurar con todas sus fuerzas la amplificacion de su órden así en número de religiosos como en riquezas sin tener respeto á cosa honesta y deshonesta. Referir otras cosas dellos da pesadumbre y causa horror.

¿Qué dirá aquí el que esto leyere? ¿Por ventura no parecen estos cargos impuestos y semejables á consejas que cuentan las viejas? Villaneo sin duda y San Antonino y otros los defienden desta calumnia: la fama y la comun opinion de todos los condena. Necesario es que confesemos que las riquezas con que se engrandecieron sobremanera, fueron causa de su perdicion, sea por haberse con tanta sobra de deleites amortiguado en ellos aquella nobleza de virtudes y valor con que dieron cabo á tan esclarecidas hazañas así en el mar como en la tierra, sea que el pueblo ardiese de envidia por ver su pujanza, y los príncipes por esta via quisiesen gozar de aquellas riquezas. Apenas se podria creer que tan presto hobiesen estos caballeros degenerado en comun en todo género de maldad, si no tuviéramos el testimonio de las bulas plomadas del papa Clemente (que el dia de hoy están en los archivos de la iglesia mayor de Toledo) que afirma no era vana la fama que corria; antes que en presencia del mismo papa fueron examinados sesenta y dos caballeros de aquella órden, que confesado que hobieron las maldades susodichas, pidieron humildemente perdon. Los primeros denunciadores fueron dos caballeros de aquella órden, es á saber el prior de Monfalcon, que es en tierra de Tolosa, y Nofo foragido de Florencia, testigos al parecer de mucho no tan abonados como negocio tan grave pedia. Arri-

(1) Sucedieron en el año 1311, como lo ha demostrado Salazar en sus *Reparos históricos*.

máronseles otros, y entre ellos un camarero del mismo papa, que de edad de once años tomó aquel hábito, y como testigo de vista deponia de las culpas susodichas.

Las cabezas destas acusaciones se enviaron al rey de Francia á Potiers do estaba con el pontífice Clemente, por cuyo órden á un mismo tiempo, como si tocaran al arma, todos los Templarios que se hallaban en Francia, fueron presos á los trece dias de octubre tres años antes deste en que va la historia. Pusiéronlcs á cuestion de tormento: muchos ó todos por no perder la vida, ó porque asi era verdad, confesaron de plano, muchos fueron condenados y los quemaron vivos. Entre otros el gran maestre de la órden Jacobo Mola Borgoña de nacion, ya que le llevaban á la hoguera, puesto que le daban esperanza de la vida y que le darian por libre, si públicamente pedia perdon, habló desta manera, como lo afirman autores de mucho crédito: «Como quiera que al fin »de la vida no sea tiempo de mentir sin provecho, yo »niego y juro por todo lo que puedo jurar, que es »falso todo lo que antes de ahora se ha acriminado »contra los Templarios, y lo que de presente se ha »referido en la sentencia dada contra mí, porque »aquella órden es santa, justa y católica: yo soy el »que merezco la muerte por haber levantado falso »testimonio á mi órden, que antes ha servido mucho »y sido muy provechosa á la Religion Cristiana, y im»putádoles estos delitos y maldades contra toda ver»dad á persuasion del sumo pontífice y del rey de »Francia, lo que ojalá yo no hobiera hecho. Solo me »resta rogar, como ruego á Dios, si mis maldades »dan lugar, me perdone; y juntamente suplico que »el castigo y tormento sea mas grave, si por ventura »por este medio se aplacase la ira divina contra mí, »y pudiese mover con mi paciencia á los hombres á »misericordia. La vida ni la quiero ni la he menester, »principalmente amancillada con tan grande maldad »como me convidan á que cometa de nuevo.» De otros muchos se cuenta que dijeron lo mismo, y que uno dellos fue un hermano del delfin de Viena, persona nobilísima, cuyo nombre no se sabe, dado que consta del hecho.

El año próximo siguiente espidió el papa sus letras apostólicas á postrero de julio, en que comete á los arzobispos de Toledo y Santiago y les manda procedan contra los Templarios en Castilla. Dióles por acompañado á Aymerico inquisidor y fraile dominico (por ventura aquel que compuso el directorio de los inquisidores que tenemos) y junto con él otros prelados. En Aragon se dió la misma órden á los obispos Don Ramon de Valencia y don Jimeno de Zaragoza: lo mismo se hizo en las demás provincias de España y de toda la cristiandad. Dióse á todos órden que formado el proceso y tomada la informacion, no se procediese á sentencia sino fuese en los concilios provinciales. Gran turbacion y tristeza fue esta para los Templarios y todos sus aliados: nuevas esperanzas para otros, que les resultaban de su desgracia y trabajo. En Aragon acudieron á las armas para defenderse en sus castillos: los mas se hicieron fuertes en Monzon por ser la plaza á propósito. Acudió mucha gente de parte del rey y por conclusion los Templarios fueron vencidos y presos. En Castilla Rodrigo Ibañez comendador mayor ó maestre de aquella órden, y los demás Templarios fueron citados por don Gonzalo arzobispo de Toledo para estar á juicio. El rey los mandó á todos prender, y todos sus bienes pusieron en tercería en poder de los obispos hasta tanto que se averiguase su causa.

Juntóse concilio en Salamanca en que se hallaron Rodrigo arzobispo de Santiago, Juan obispo de Lisboa. Vasco obispo de la Guardia, Gonzalo de Zamora, Pedro de Avila, Alonso de Ciudad-Rodrigo, Domingo de Plasencia, Rodrigo de Mondoñedo, Alonso de Astorga, y Juan de Tuy, y otro Juan obispo de Lugo. Formóse el proceso contra los presos: tomáronles sus confesiones, y conforme á lo que hallaron de parecer de todos los prelados fueron dados por libres, sin embargo que la final determinacion se remitió al sumo pontífice, cuyo decreto y sentencia prevaleció contra el voto de todos aquellos padres y toda aquella órden fue estinguida. En virtud deste decreto el rey don Fernando se apoderó de todo lo que los Templarios poseian en Castilla así bienes como pueblos. En Galicia tenian á Ponferrada y el Faro: en tierra de Leon Balduerna, Tavara, Almansa, Alcañices: en Estremadura á la raya de Portugal Valencia, Alconeta, Jerez de Badajoz, Fregenal, Nertobriga, Capilla y Caracuel: en el Andalucía Palma: en Castilla la Vieja Villalpando: en la comarca de Murcia Caravaca y Alconchel: en el reino de Toledo Montalvan: demás destos á San Pedro de la Zarza y á Burguillos, sin otros pueblos, posesiones y casas por todo el reino que no se pueden por menudo contar.

Refieren que los Templarios tenian en España doce conventos, de los cuales en una bula del papa Alejandro Tercero se nombran cinco que son estos: el de Montalvan, el de San Juan de Valladolid, el de San Benito de Torija, el de San Salvador de Toro, y el de San Juan de Otero en la diócesi de Osma. En los archivos de la iglesia Mayor de Toledo está la citacion que el arzobispo don Gonzalo hizo á los Templarios conforme á la comision que tenia del papa Clemente, su data en Tordesillas á los quince de abril del mismo año que murió, de 1310. En esta citacion se cuentan veinte y cuatro baylías de los Templarios todas en Castilla que eran como encomiendas, es á saber la baylía de Faro, la de Amotiro, la de Goya, la de San Felix, la de Canahal, la de Neya, la de Villapalma, la de Mayorga, la de Santa María de Villasirga, la de Vilardig, la de Safines, la de Alcanadre, la de Caravaca, la de Capella, la de Villalpando, la de San Pedro, la de Zamora, la de Medina de Luytosas, la de Salamanca, la de Alconcitar, la de Ejares, la de Cidad, la de Ventoso, las casas de Sevilla, las de Córdoba, la baylía de Calvarraes, la de Benavente, la de Juneo, la de Montalvan con las casas de Cebolla y de Villalva que le pertenecen. Ha ta aquí la citacion. Otras casas, heredades y lugares que tenian, debian se reducir y ser miembros de las baylías susodichas.

En la ciudad de Maguncia en Alemaña como se tratase deste negocio en un concilio de prelados conforme el órden del papa, cuentan que uno llamado Hungon con otros veinte caballeros de aquella órden entró denodadamente en la sala en que se hacia la junta, y á altas voces protestó que si alguna cosa allí se decretase contra su religion, que desde entonces apelaba para el sumo pontífice sucesor de Clemente. Los prelados atemorizados con aquella ferocidad dijeron que no tuviesen pena, que todo se haria bien y se miraria por su justicia. Dieron noticia de lo que pasaba al papa, que cometió al mismo arzobispo de Maguncia de nuevo tomase informacion y procediese á sentencia. Hiciéronse las diligencias necesarias, y considerado el proceso y cerrado, los dieron por libres de todo lo que les achacaban. Finalmente el concilio Vienense se abrió el año de 1311 á diez y seis dias del mes de octubre. Muchas cosas se ventilaron. Por lo que tocaba al papa Bonifacio, se acordó no era lícito condenalle ni imputalle el crímen de heregía, como pretendian. Tratóse con muchas veras de renovar la guerra de la Tierra Santa, pero fue de poco efecto. Acerca de los Templarios se decretó que su nombre y órden de todo punto se estinguiese: decreto que á muchos pareció muy recio, ni se puede creer que aquellos delitos se hobiesen estendido por todas las provincias, y que todos en general y cada cual en particular estuviesen tocados de aquella con-

tagion. Verdad es que el naufragion y desastre destos caballeros dió á todos aviso para huir semejantes delitos, mayormente á los eclesiásticos, cuyas fuerzas mas consisten en una entera y loable opinion de virtud y bondad, que en otra cosa alguna.

Los bienes y haciendas de los Templarios adjudicaron á los caballeros de la órden de San Juan, que en aquella sazon ganaron á los turcos la isla de Rodas: conquista con que se adelantaron en gracia y reputacion, y aun esperaban que se podria por medio dellos renovar la guerra de la Tierra Santa. Sola España no admitió esta adjudicacion por las grandes guerras que tenia contra los moros por este tiempo y cada dia se esperaban mas. Halláronse en este concilio Philipo rey de Francia y tres hijos suyos, Carlos de Valoes su hermano, y gran número de embajadores de los otros reyes y príncipes. Asistieron trecientos obispos, otros dicen ciento y catorce, dos patriarcas, el de Alejandría y el de Antioquía, y el romano pontífice, que sobrepujaba á todos los demás en autoridad y preeminencia. La divisa de los Templarios era una cruz roja con dos traviesas como la de Caravaca en manto blanco: al contrario los caballeros de San Juan traian y traen cruz blanca de la forma que vemos en manto negro.

CAPITULO XI.

De la muerte de don Fernando el Cuarto rey de Castilla.

Todo el orbe cristiano estaba alterado con el desastre y caida de los Templarios. Los culpados fueron castigados; los que no tenian culpa quedaron libres, y por decreto de los prelados de Viena se les señalaron pensiones en cada un año de las rentas de los mismos conventos, con que pudiesen pasar su vida: solamente les quitaron el hábito y insignia de aquella órden. En Castilla todo lleno de fiestas y regocijos con el nacimiento del infante don Alonso que la reina doña Costanza parió á tres dias del mes de agosto, el cual poco despues sucedió en el reino de su padre. Fue tanto mayor la alegría, que hasta entonces tenian poca esperanza de sucesion porque la reina no se babia hecho preñada y daba muestras de estéril. Tenian concertado casamiento por medio de embajadores entre don Pedro hermano del rey don Fernando y doña María hija del rey de Aragon: para efectualle vinieron los reyes el de Castilla y de Aragon á verse en Calatayud. Hallóse al tanto allí la reina doña Costanza ya convalecida del parto, y gran número de caballeros así castellanos como aragoneses ilustres por sus hazañas y por su nobleza. Celebráronse las bodas la misma pascua de Navidad, grandes fiestas, justas y torneos con que el pueblo se alegró asaz. Doña Leonor hermana del rey don Fernando, que antes de ahora estaba tratado de casalla con don Jaime hijo del rey de Aragon, se desposó asimismo con él, y fue entregada en poder de su suegro. Trataron de renovar la guerra contra los moros á la primavera.

Tenian cierta diferencia los reyes de Portugal y Castilla, y aun llegaban á términos de venir sobre ello á las puñadas. El rey don Fernando pretendia cobrar las villas de Mora y de Serpa, que caen en los confines de Portugal junto al cabo de San Vicente, que siendo él niño entregaron al rey de Portugal contra toda justicia y razon. Para concertar esta diferencia nombraron por juez árbitro al rey de Aragon, que tenia grande industria y buena mano para cosas semejantes. Hecho esto, se despidieron unos de otros y don Juan hermano del rey de Aragon fue sobre el caso por embajador á Portugal. El rey don Fernando se vino á Valladolid, adonde llamó á córtes á todos los de su reino para tratar de las provisiones que pretendia hacer para la guerra contra los moros (1). Pidió ser favorecido de dineros: los procuradores de las ciudades se los concedieron de muy pronta voluntad, porque de buena gana sufrian el menoscabo de dinero y la graveza de los tributos los pueblos y toda la gente comun por el gran deseo que tenian de desarraigar aquella nacion de España: no echaban al cierto de ver que muchas veces con honestas ocasiones se quebrantan y pierden los derechos de la libertad: que lo que se concede en los tiempos trabajosos, pasado el peligro, se queda perpétuo y se cobra aun cuando el peligro es pasado.

El infante don Pedro hermano del rey nombrado por general contra los moros, llegada la primavera del año de 1312, aprestado su ejército, fue sobre Alcaudete, que como dijimos arriba se perdió y lo tomaron los moros. El rey fue en pos dél hasta Martos. Allí sucedió una cosa muy notable por su manda do dos hermanos Carvajales, Pedro y Juan, fueron presos. Achacábanles la muerte de un caballero de la casa de los Benavides que mataron en Palencia al salir del palacio real. No se podia averiguar quien fuese el matador, por indicios muchos fueron maltratados. En particular estos caballeros, oido su descargo, fueron condenados de haber cometido aquel crimen contra la magestad, sin ser convencidos en juicio ni confesar ellos el delito: cosa muy peligrosa en semejantes casos. Mandáronlos despeñar de un peñasco que allí hay, sin que ninguno fuese parte para aplacar al rey, por ser intratable cuando se enojaba, y no saber refrenarse en la saña. Los cortesanos por saber muy bien esta su condicion se aprovechaban della á propósito de malsinar y derribar á los que se les antojaba. Al tiempo que los llevaban á ajusticiar, á voces se quejaban que morian injustamente y á gran tuerto: ponian á Dios por testigo, al cielo y á todo el mundo: decian que pues las orejas del rey estaban sordas á sus quejas y descargos, que ellos apelaban para delante el divino tribunal, y citaban al rey para que en él pareciese dentro de treinta dias.

Estas palabras que al principio fueron tenidas por vanas, por un notable suceso, que por ventura fue acaso, hicieron despues reparar y pensar diferentemente. El rey muy descuidado de lo hecho, se partió para Alcaudete donde su ejército alojaba: allí le sobrevino una enfermedad tan grande, que fue forzado dar la vuelta á Jaen, bien que los moros movian práctica de entregar la villa. Aumentábase el mal de cada dia, y agravábase la dolencia de suerte que el rey no podia por sí negociar. Todavía alegre por la nueva que le vino que la villa era tomada, revolvia en su pensamiento nuevas conquistas, cuando un jueves que se contaron siete dias del mes de setiembre, como despues de comer se retirase á dormir, á cabo de rato le hallaron muerto. Falleció en la flor de su edad que era de veinte y cuatro años y nueve meses, en sazon que sus negocios se encaminaban prósperamente. Tuvo el reino por espacio de diez y siete años, cuatro meses y diez y nueve dias, y fue el Cuarto de su nombre. Entendióse que su poco órden en el comer y beber le acarrearon la muerte: otros decian que era castigo de Dios porque desde el dia que fue citado, hasta la hora de su muerte (cosa maravillosa y estraordinaria) se contaban precisamente treinta dias. Por esto entre los reyes de Castilla fue llamado don Fernando el Emplazado.

Su cuerpo depositaron en Córdoba, porque á causa de los calores que todavía duraban, no pudo ser llevado á Sevilla ni á Toledo do tenian los enterramientos reales. Acrecentóse la fama y opinion susodicha, concebida en los ánimos del vulgo, por la muerte de dos grandes príncipes, que por semejante razon fa-

(1) Tambien en ellas se propusieron y decretaron muchas cosas á beneficio del pueblo.

llecieron en los dos años próximos siguientes: estos fueron Philipo rey de Francia y el papa Clemente, ambos citados por los Templarios para delante el divino tribunal al tiempo que con fuego y todo género de tormentos los mandaban castigar y perseguian toda aquella religion. Tal era la fama que corria, si verdadera si falsa, no se sabe, mas es de creer que fuese falsa: en lo que sucedió al rey don Fernando nadie pone duda. No se sabe lo que determinó el rey de Aragon sobre la diferencia entre los reyes de Castilla y Portugal; bien se entendia empero favorecia mas al Portugués, y le parecia que el rey don Fernando no tenia razon, lo cual con su muerte y la turbacion de los tiempos que se siguió luego en Castilla, prevaleció; y aquellos pueblos sobre que era la diferencia, se quedaron todavía, y están en posesion y debajo del señorío de Portugal.

CAPITULO XII.

De los principios del reinado de don Alonso el Onceno rey de Castilla.

Por la muerte del rey don Fernando se siguieron en Castilla grandes torbellinos de tempestades y discordias civiles, como era forzoso, por ser el rey niño que no tenia mas de un año y veinte y seis dias: lo mismo que estar el reino sin reparo y sin gobernalle. Este es el inconveniente que resulta de heredarse los reinos: mas que se recompensa con otros muchos bienes y provechos que dello nacen, como lo persuaden personas muy doctas y sabias: si con razones aparentes ó con verdad, aquí no lo disputamos. Luego que falleció el rey, alzaron á don Alonso su hijo por rey de Castilla á instancia y por diligencia del infante don Pedro su tio que estaba en Jaen, donde acudió luego que Alcaudete se entregó. Alzáronse allí los estandartes reales por el nuevo rey como es de costumbre, y el infante por lo que hizo movido por la obligacion y fidelidad que debia, adelante fue mas amado de todos, y las voluntades del pueblo le quedaron mas aficionadas. El niño rey estaba á la sazon en Avila: nombraron por su aya para crialle y dotrinalle á Vataza una señora nobilísima, nieta de Teodoro Lascaro emperador que fue de Grecia, que vino de Portugal en compañía de la reina doña Costanza y por su aya. Volvió adelante á Portugal, allí murió: yace en la iglesia Mayor de Coimbra, con su letrero que así lo reza.

La reina doña María abuela del niño residia en Valladolid retirada del gobierno sea por voluntad, sea por habérsele quitado. La reina doña Costanza, que acompañó á su marido cuando fue á la guerra, se hallaba en Martos, cargada de tristeza, luto y lágrimas, como la que perdió su marido en la flor de su mocedad, y no sabia lo que sucederia mas adelante. El infante don Juan era ido á Valencia, don Juan de Lara á Portugal, el uno y el otro en desgracia del rey don Fernando por disgustos que sucedieron poco antes de su muerte. Era forzoso proveer quien ayudase á la tierna edad del rey, y de presente gobernase las cosas; persona que fuese señalada en valor y nobleza. Muchos se entremetian sin ser llamados. Era negocio peligroso anteponer uno á los demás. La desordenada codicia de mandar salia de madre por no señalarse alguno á quien los demás tuviesen respeto: muchos no tenian vergüenza ni temor ni cuenta con las cosas divinas ni con las humanas á trueco de salir con su pretension. Don Alonso señor de Molina hermano de la reina doña María, el infante don Felipe tio del rey, y don Juan Manuel echaban sus redes para apoderarse del gobierno, bien que secretamente y con modestia. Los infantes tio y sobrino, es á saber don Juan y don Pedro mas á la rasa. Don Pedro iba mas adelante así por ser el deudo mas cercano del rey; como por la aficion que todos le tenian. Don Juan por su edad era mas á propósito, sino fuera de condicion inquieta y mudable, tanto que á muchos pareció nació solamente para revolver el reino.

No se via amor ni lealtad: el deseo de acrecentar cada cual su estado les tenia ocupadas las voluntades. Las reinas por ser mujeres no eran bastantes para cosas tan graves, bien que todos entendian su autoridad y favor seria de gran momento á cualquiera parte que se arrimasen, dado que no se concertaban entre sí, como nuera y suegra. Las cosas del Andalucía quedaron á cargo del infante don Pedro: hizo paces con el rey moro, que á entrambas partes estuvieron bien, en especial que el infante no podia atender á la guerra por estar ocupado en sus pretensiones. Por otra parte Farranquen señor de Málaga procuraba vengar la cruel muerte del rey Alamar no tanto confiado en sus fuerzas, cuanto en la mala satisfaccion que los moros tenian con su rey así por otras causas, como por la muerte que diera á su hermano. Asentada pues esta confederacion, el infante don Pedro y la reina doña Costanza comunicaron entre sí en qué forma se gobernaría el reino, y sobre la crianza del rey. Acordaron de ir luego á Avila, con esperanza que los ciudadanos no les ganarian su demanda, y si hiciesen resistencia, valerse contra ellos de las armas.

Por otra parte don Juan tio del rey don Fernando, y don Juan de Lara hicieron entre sí liga. La semejanza de las costumbres y el peligro que ambos corrian, los hacian conformes en las voluntades. Procuraban pues con todo cuidado y diligencia de traer á su bando á la reina doña María, con esperanzas que le darian á criar su nieto. Don Juan de Lara fue el primero que llegó á Avila, pero no pudo haber á las manos al rey, porque el obispo don Sancho le metió dentro de la iglesia Mayor, y allí se hizo fuerte con él y le defendió. Vinieron luego don Pedro y la reina doña Costanza: sucediéles lo mismo que á don Juan de Lara. Tratóse de medios, acordaron que el rey no se entregase á ninguna de las partes, si primero en córtes no se acordase á quien se debia de entregar. Sobre que esto así se cumpliria, todos los ciudadanos de Avila se hermanaron. Dió este consejo don Juan de Lara con esperanza de escluir al infante don Pedro. Hiciéronse córtes del reino en Palencia á la entrada de la primavera: torpes sobornos, grandes cautelas y trazas. Los que mejor sentian, nombraban á don Pedro y á la reina doña María su madre, que mucho inclinaba en favor de su hijo para el gobierno del reino. Otros anteponian á don Juan y á la reina doña Costanza, que por mañas del bando contrario estaba ya encontrada con el infante don Pedro. De aquí nació ocasion de nuevos alborotos. Los grandes y las ciudades andaban muy desconformes, y cada cual seguia diverso parecer, y por un gobierno tenian dos: triste y miserable estado.

Don Pedro confiado en su poder, y en la benevolencia y favor que el vulgo le mostraba, y en la ayuda que de fuera le podria venir, hizo avenencia con don Juan Manuel desta manera: que si salia con la empresa, le dejaría el gobierno de los reinos de Toledo y de Murcia, así se ponia en almoneda el mando y la magestad del reino era tenida por cosa de burla. Fuese á ver con el rey de Aragon su suegro á Calatayud al principio del año de 1313. Cuéntale por estenso los engaños de los contrarios, sus cautelas y mañas, y el peligro, si esta disension pasaba adelante, que forzosamente pararia en guerra perjudicial; que debia moverse por su justa demanda, y favorecer á su yerno, mayormente en cosa tan puesta en razon. Así de consentimiento de los dos despacharon á Miguel Arbe por embajador al rey de Portugal, por ver si con su autoridad se refrenasen las pretensiones de los reboltosos, y pudiesen hacer que el gobierno del reino quedase en poder del infante don Pedro, y que

á la reina doña Costanza se le encargase el cuidado de criar su hijo: que desta forma les parecia se satisfacia á las partes. Los ciudadanos de Avila, que eran tanto parte en este negocio, no se llegaban con calor á ninguna de las partes: á ambas henchian de esperanzas unas veces, otras amenazaban con miedos. Finalmente vinieron á seguir el partido de don Pedro y de la reina doña María su madre. Esto agradó á los mas principales de la ciudad y al pueblo, con tal condicion que no sacasen al rey de la ciudad.

En este tiempo Azar rey de Granada fue forzado á retirarse dentro de la Alhambra por miedo de los ciudadanos que se rebelaron contra él. Ismael hijo de Farraquen fue el autor de esta rebelion y el capitan. El infante don Pedro que se hallaba en Sevilla, movido de la injuria que se hacia al rey de Granada su aliado, y del peligro que corria, pospuesto todo lo al, determinó de ir allá. Llegó tarde, ya que las cosas estaban perdidas, porque Azar vino á concierto con su enemigo, en que hizo dejacion del reino y del nombre de rey con retencion de Guadix para su habitacion; ciudad puesta en los deleitosos campos y bosques de los túrdulos, pueblos antiguos de España. Verdad es que el infante ya que no le pudo favorecer en tiempo, procuró vengalle, porque tomó á los moros un castillo muy fuerte en la comarca de Granada llamado Rute: hizo otrosí grandes correrías por toda aquella campaña. Habia reinado Azar cuatro años y siete meses cuando fue despojado de aquel estado: mas dichoso y mas modesto en el tiempo que reinó su hermano, que en el que él mismo tuvo el mando. Sucedióle su competidor Ismael, hijo de su hermana y de Farraquen.

Con la toma de Rute el crédito del infante don Pedro se aumentó mucho, y ganó grandemente las voluntades de todos, por acabar en tres dias con lo que los reyes pasados no pudieron salir, que era ganar aquella fuerza que muchas veces acometieron á tomar. No pasó adelante en la guerra de los moros por las revueltas que dentro del reino andaban, á que era forzoso acudir sin cuidar mucho de las cosas de fuera. Los grandes del reino y los procuradores de las ciudades se juntaron en el monasterio de Sahagun por ver si podrian concordar aquellos debates. Durante la congregacion y junta la reina doña Costanza por el mes de noviembre pasó desta vida. Fue gran parte para su muerte la pesadumbre que tenia de ver á su hijo fuera de su poder, y la necesidad y pobreza que padecia, tan grande que para pagar sus deudas y el gasto de su casa aun el oro y joyas que tenia para su persona, no bastaban, como ella misma lo declaró en el testamento que otorgó á la hora de su muerte.

La falta de la reina doña Costanza obró que se pudieron encaminar mejor los negocios á causa que el infante don Juan desamparado que se vió deste arrimo, acudió á la reina doña María y á su hijo el infante don Pedro. Concertáronse en esta forma: que la crianza del rey estuviese á cargo de la reina su abuela: los infantes gobernasen el reino, cada cual en aquella parte y aquellas ciudades que le siguieron en las córtes que poco antes se tuvieron en la ciudad de Palencia: manera de gobierno bien estraordinaria, y sujeta á grandes inconvenientes; pero era forzoso conformarse con el tiempo y llegar hasta lo que las cosas daban lugar. Al rey llevaron á Toro, ciudad muy apacible y de cielo muy saludable. Lo que principalmente pretendieron, fue sacalle de poder de los de Avila, y vengarse de las afrentas que á todos antes hicieron. Corria á esta sazon el año de 1314 cuando en el reino de Toledo se despertaron nuevos alborotos y bandos, y aun donde quiera se cometian mil maldades, robos, fuerzas y muertes: grande era la avenida de miserias, sin que hobiese fuerzas bastantes para atajar tantos daños. Acordaron buscar otra mejor manera de gobierno: juntaron córtes en Burgos (1), en que se determinó que el gobierno supremo del reino estuviese en poder del consejo real, al cual se suele apelar de todos los tribunales con las mil y quinientas, que ha de pagar el que apela en caso que sea condenado: ordenaron otrosí que el consejo siguiese siempre la córte do quiera que el rey y la reina estuviesen: que los dos infantes determinasen los negocios de menor cuantía, sin dalles facultad para enajenar las rentas reales, ni poder nombrar otro en su lugar, caso que alguno de los tres infantes y reina falleciesen.

A la misma sazon fallecieron de su enfermedad tres grandes personajes, es á saber don Pedro hermano de la reina, que murió poco antes deste tiempo, y don Tello su hijo, que venia á gran priesa para hallarse en las córtes. En las mismas córtes falleció sin hijos don Juan Nuñez de Lara mayordomo que á la sazon era de la casa real; el cargo por su muerte se proveyó á don Alonso hijo del infante don Juan. Tenia don Juan Nuñez de Lara una hermana por nombre doña Juana, que casó con don Fernando de la Cerda: deste matrimonio nacieron dos hijos, que fueron doña Blanca y don Juan de Lara, que tomó este apellido porque finalmente heredó el estado de la casa de Lara. Esto en Castilla. El rey de Aragon por el mes de noviembre envió á Alemaña á doña Isabel su hija, que tenia concertada con Federico duque de Austria, para que se efectuase el casamiento, al cual á la sazon los tres electores, el de Colonia, el de Sajonia y el Palatino, nombraran por rey de romanos, los otros tres electores señalaron á Ludovico Bavaro: á estos se llegó Winceslao rey de Bohemia. Por donde este partido pareció tener mejor derecho, por lo menos tuvo mas dicha: en una batalla que se dió de poder á poder, venció y prendió á su competidor. Mas este Ludovico se hizo adelante muy aborrecible por perseguir á los pontífices romanos, y en prosecucion desto elegir un nuevo y falso papa, de que resultaron grandes males.

CAPITULO XIII.

Del principio que tuvieron los turcos.

Tenia por este tiempo el imperio de Grecia Andrónico hijo de Miguel Paleólogo, hombre impío y mal cristiano, ca renunció la santa fe católica romana que los griegos de comun consentimiento recibieran los años pasados. Pasó en esto tan adelante que publicó á su padre por descomulgado, y no permitió que á su cuerpo diesen sepultura y le hiciesen las honras acostumbradas: tal fue el principio que dió á su imperio, desdichado y desgraciado. El odio que con los romanos tenia era tan grande que no eran tenidos por legítimos los matrimonios que se hacian entre griegos y latinos, si la una de las partes no renunciaba la creencia de sus antepasados. Muchos por ser católicos, que era tenido por el mas grave delito, hacia condenar por herejes. Fue castigo del cielo que en este mismo tiempo los turcos comenzaron á tener nombre: gente hasta entonces no conocida, adelante muy encumbrada por nuestras pérdidas y daños que de ellos se han recibido muy grandes y ordinarios mas por el descuido de los príncipes (que pudieran al principio atajar el fuego) que por su valor y industria.

En aquella parte de Scythia por do corre el rio Volga tuvo antiguamente esta gente su asiento. De allí un gran número se derramó en las partes de Europa el año del Señor de setecientos y sesenta. Tuvieron una batalla con los húngaros, gente entonces muy poderosa, en la cual como quedasen muy mal-

(1) Se celebraron en el año 1315.

tratados, se retiraron á Asia convidados de la fertilidad de la tierra y del poco valor de los naturales, ca los deleites y regalo los tenian muy estragados. En aquella tierra los turcos se hicieron fuertes en las montañas, con cuya aspereza mas que con las armas, se mantuvieron largo tiempo. Su nombre no era muy conocido, ni tuvieron caudillo muy señalado. Sustentábanse de robos y correrías: en las guerras asentaban al sueldo de la parte que les hacia mejor partido, cuando los príncipes comarcanos los convidaban para ayudarse dellos, en especial acudian al soldan de Egipto. Fuera muy fácil deshacellos, si alguno tuviera celo del bien comun; pero lo pasado mas se puede llorar que emendar.

En la guerra de la Tierra Santa que emprendió Jofre de Bullon príncipe señalado en valor y religion, comenzaron los turcos á ganar alguna fama por las rotas que dieron y recibieron muchas veces que con los fieles vinieron á las manos. Estaban divididos debajo de muchos señores y caudillos hasta tanto que en tiempo del emperador Andrónico un cierto Othoman hijo de Zico, hombre, bien que de baja suerte, de grandes fuerzas y ánimo, con darla muerte á muchos de aquellos señores, y maltratar á otros, se hizo señor de todos los turcos que andaban desparcidos á manera de alarves. Este fue el primer fundador del imperio de los turcos tan estendido en nuestro tiempo, y de quien la familia de los Othomanos tomó este apellido. Deste por continua sucesion traen su descendencia aquellos emperadores; en que los hijos muchas veces han heredado el estado de los padres, por lo menos los hermanos se han sucedido uno á otro, como se ve por el árbol de su genealogía que pareció poner en este lugar.

Othoman tuvo hijo que le sucedió en el imperio por nombre Orcanes, al cual sucedió su hijo Amurates: á este Bayacete su hijo, muy nombrado por la jornada que tuvo con el Taborlan, y por su grande desgracia, que fue vencido y preso en aquella batalla. Bayacete tuvo un hijo por nombre Calapino que le sucedió, y á Calapino dos hijos suyos uno en pos de otro, que se llamaron el primero Moisés, el segundo Mahomad: hijo deste Mahomad fue Amurates, aquel que cansado de las cosas del mundo renunció el imperio, y se retiró á hacer vida sosegada en lo mejor de su edad y cuando su imperio llegaba á la cumbre; cosa que le dió mas nombradía que todas las otras hazañas que acabó, bien que fueron muy grandes: bienaventurado si por la verdadera y católica religion menospreciara las riquezas y grandeza de aquel estado. En lugar de Amurates fue puesto su hijo Mahomad, el que pasados mas de cien años adelante deste en que vamos, se apoderó por fuerza de armas de la gran ciudad de Constantinopla. A Mahomad sucedió Bayacete: luego Selim: tras este Soliman: despues otro Selim: últimamente Amurates, y otro Selim, y al presente Mahomad, abuelo, padre y hijo que por su órden heredaron aquel imperio. Desta manera y por estos grados y de tan flacos principios se ha estendido el imperio de los turcos, acrecentado y engrandecido por descuido y poquedad de los nuestros, mayormente por las discordias que entre sí han tenido, sin saberse conformar ni juntar las fuerzas contra el comun enemigo de la cristiandad.

CAPITULO XIV.

Que los catalanes acometieron el imperio de Grecia.

Luego que los turcos se hobieron enseñoreado de gran parte de la Asia Menor, comenzaron á poner sus pensamientos en lo de Europa, y en la Romania, que antiguamente se llamó Thracia. Enfrenólos por algun tiempo y reprimió sus intentos el estrecho del mar aledaño destas dos provincias: que por lo demás los griegos estaban tan sin fuerzas y ánimo que fácilmente pudieran salir con su pretension: los regalos y deportes de todas suertes tenian abatido el valor de aquella gente. En la paz eran revoltosos, blasonaban largo; pero para la guerra eran muy flacos: propias condiciones de gente cobarde. Considerado pues el gran peligro que las cosas corrian, el emperador Andrónico determinó de ampararse á sí y á su imperio, y valerse de ayudas y socorros de fuera. Los catalanes despues que se asentó en Silicia la paz entre los príncipes, segun arriba queda contado, por no sufrir el reposo como gente acostumbrada á andar siempre en la guerra, dieron en ser cosarios por el mar, y en esto se ejercitaban.



Soldado catalan del siglo XIII.

Fue llamado de Grecia Rugier de Brindez, el principal capitan de los catalanes, debajo de grandes promesas que aquel emperador le hizo. Era este varon muy insigne en el arte militar, y que tenia adquirida gran fama por sus grandes proezas. Traia su orígen de Alemania, su padre Ricardo Floro, familiar y continuo del emperador Federico: tuvo en Brindez muchas posesiones, y en servicio de Coradino fue muerto en la batalla de Manfredonia. Su hijo fue primero caballero de la órden de los Templarios, despues sirvió á don Fadrique rey de Sicilia en las guerras pasadas, en que mostró su esfuerzo y valentía en muchas ocasiones, y ganó fama y gloria de guerrero, y su nombre fue conocido aun cerca de los extranjeros. Con licencia pues de su rey fue al llamado de los griegos á Constantinopla con una armada de treinta y ocho velas, en que se contaban diez y ocho galeras, mil y quinientos caballos y hasta cuatro mil infantes: pequeño ejército para tan grande empresa; pero todos eran de estremado valor, soldados viejos de grande esperiencia, y los que mantuvieron todo el peso de la guerra de Sicilia y ganaron tantas victorias.

Llegada que fue esta armada á Constantinopla, dieron á Rugier por mujer una hija del emperador de

Zaura y de una hermana de Andrónico, y el primer lugar y autoridad despues del emperador: añadiéronle á esto título y nombre de gran capital, que llamaban Megaduque. Con estos halagos ganaron las voluntades de los catalanes, encendieron sus ánimos en deseo de verse ya con los enemigos; pasaron con su armada lo mas cercano de la Asia. En la primera batalla que dieron, pasaron á cuchillo tres mil hombres de á caballo de los turcos y diez mil infantes. Tras esto en la Phrygia y en la Meonia donde se adelantaron, tuvieron otro encuentro con los turcos junto á Filadelfia, ciudad señalada por el rio Pactolo que con hermosas y deleitables riberas la riega: sucediéles tan prósperamente como en la batalla pasada, no fue menor el estrago y matanza de los enemigos. Finalmente junto á Dania ciudad de la provincia de Cilicia no lejos de la nombrada Efeso, en el estrecho del monte Tauro quo llaman Puerta de Hierro,



Caballero de la Banda.

trabaron una batalla con los turcos con el mismo esfuerzo y ventura.

Estas victorias de presente muy señaladas para adelante fueron muy provechosas, porque se mejoraron de armas, de caballos y dineros de que se hallaban necesitados. La fama que ganaron fue grande, tanto que los naturales cobraron esperanza de destruir por su medio aquella nacion de turcos, y poner la cristiana en su libertad. Verdad es que á mala coyuntura falleció el suegro de Rugier, por cuya muerte los hijos del difunto fueron despojados del estado de su padre por un tio suyo, que se apoderó injustamente por fuerza de aquel imperio: Esto puso en necesidad á Rugier de dar la vuelta, mayormente que el emperador Andrónico le mandaba tornar. Con su venida en breve sosegó aquella tempestad muy á su gusto: para esto y para todo el progreso de la guerra hizo mucho al caso Berenguel Entenza, caballero catalan, el cual sabido lo que en Levante pasaba, acudió con trecientos hombres de á caballo y mil infantes, toda gente escogida. Diéronle luego título de gran capitan, y á Rugier nombre de César, que era la dignidad de mayor autoridad en tiempo de paz y de guerra, que en aquel imperio se podia dar des-

pues del mismo emperador: tan grande, que no la dieran á nadie por espacio de cuatrocientos años.

Hasta aquí todo procedia muy prósperamente, si la fortuna ó desgracia supiera estar queda sin dar la vuelta que suele de ordinario. Fue así que los griegos tomaron ocasion de aborrecellos así bien por envidia destas preeminencias que les dieron, como porque los soldados que invernaban en Calípoli, comenzaron á alborotarse con color que no les pagaban. Derramábanse por la comarca, cometian robos, violencias y adulterios, todo lo ensuciaban con maldades en gran daño de la tierra y peligro suyo y de sus capitanes. La indignacion que desto concibió el emperador, fue grande: para vengarse procuraron que Rugier viniese á Andrianópoli con muestra de querer comunicar con él cosas de grande importancia. Llegado que fue, descuidado de semejante traicion, le mataron sin respecto de sus muchas hazañas: así es, mas fuerza tiene una injuria para mover á venganza que muchos servicios para sosegar el disgusto, porque la obligacion nos es carga pesada, la venganza descarga de cuidados; además que ordinariamente los grandes servicios se suelen recompesar con alguna notable deslealtad.

Muerto que fue Rugier, grande multitud de griegos se puso sobre la ciudad de Calípoli: los catalanes se defendieron con gran valor, y no contentos con esto, ganaron de los contrarios muchas victorias, particularmente en una batalla les degollaron seis mil de á caballo y veinte mil infantes, los demás huyeron: ganáronles los reales, cosa maravillosa, y que apenas se pudiera creer, si Ramon-Montaner que se halló en estos hechos, no lo afirmara en su historia como testigo de vista. Pasó tan adelante Berenguel Entenza en vengar la muerte de Rugier, que llegó con su armada á vista de Constantinopla: taló aquellas marinas, hizo robos de ganados, mató cuantos se le pusieron delante, puso fuego á las alquerías y cortijos de aquella ciudad. A Calojuan hijo del emperador Andrónico, que le salió al encuentro, venció y desbarató en una batalla. Llevaban los catalanes con tanto muy bien encaminados sus negocios. En esto una armada de ginoveses debajo la conducta de Eduardo Doria llegó á aquellas partes, que fue causa que el partido de los griegos se mejorase, y empeorase el de los catalanes. Con muestra de amistad y confederacion los ginoveses se apoderaron de la armada catalana y prendieron á su general Entenza, digno al parecer de aquella desgracia por haber llamado á los turcos en su favor, cosa que siempre se ha tenido por fea entre los cristianos.

Quedaba Roberto de Rocafort que estaba en guarda de Calípoli, con cuyo amparo y debajo de su gobierno los catalanes hacian grandes correrías, ganaban muchas victorias así de los griegos, como de los ginoveses. Ensoberbecido Rocafort con estos sucesos no queria reconocer á ninguno por superior: cometia todo género de maldades sin que nadie le fuese á la mano. Entenza despues que á cabo de mucho tiempo fue puesto en libertad, acudió á Cataluña donde vendidos muchos lugares heredados de su padre, con el dinero que allegó, aprestó una armada en que otra vez pasó en Grecia. Llegado que fue, Rocafort no le quiso reconocer por superior, de que resultaron entre ellos discordias, y armarse el uno al otro celadas. Sabido el peligro que las cosas corrian por las discordias destos dos capitanes, el rey de Sicilia don Fadrique, por cuyo órden pasaron primeramente á Levante, envió á don Fernando hijo menor del rey de Mallorca para si por ventura con su autoridad y buena maña pudiese concertar aquellas diferencias. Poco aprovechó esta diligencia: solo les persuadió que pues la comarca de Calípoli la tenian destruida, juntadas sus fuerzas, marchase la vuelta de Nápoles, ciudad que es de la Thracia á los confines de Macedonia, muy principal por su fertilidad y por dos caudalosos rios que junto á ella pasan, es á saber Neso y Estrimon.

En este camino los dos capitanes vinieron á las manos: Berenguel Entenza fue muerto en la pelea con otros muchos. Al infante don Fernando fue forzoso dar la vuelta á Sicilia. En el camino fue preso junto á la isla de Negroponte por ciertas galeras francesas que por allí andaban. Con esta armada puso confederacion Rocafort, como el que tenia entendido no podia alcanzar perdon de los aragoneses ni de los sicilianos. Mas era tanta su soberbia, que puesta esta amistad, menospreciaba á los franceses y hacia dellos poco caso. Por esta causa prendieron á él y á un hermano suyo, y vueltos á Italia, los entregaron en poder de Roberto rey de Nápoles su capital enemigo, y él los mandó encerrar en Aversa. Allí estuvieron con buena guarda hasta tanto que del mal tratamiento murieron: castigo muy merecido por sus maldades. Don Fernando de Mallorca andaba mas libre, porque su prision no era tan estrecha, y poco despues á instancia de los reyes de Aragon y Sicilia fue puesto en libertad: llegó á Mecina, donde casó con doña Isabel nieta de Luis el postrer príncipe de la Morea, francés de nacion, y que poco antes falleció sin dejar hijo varon.

Partidos que fueron de Levante los franceses, los catalanes, que todavía quedaban algunos, por do quiera que iban, todo lo asolaban. Sucédió que Gualtero de Brena duque de Atenas, del linaje de los franceses, tenia guerra con algunos señores comarcanos: este convidó á los catalanes para que le ayudasen: poco les duró la amistad: con color que no les pagaba, se amotinaron, y en cierta refriega, muerto el duque, con la misma furia se apoderaron de la ciudad y la pusieron á saco; verdad es que el nombre del duque de aquella ciudad reservaron para don Fadrique rey de Sicilia. Deseaban que les acudiese, como los que sabian muy bien el riesgo que corrian si no les venia socorro de otra parte. Aceptó pues el rey don Fadrique aquella oferta, y envió gobernadores para las ciudades y capitanes para la guerra, que todavía se continuó con diversos trances que sucedieron. Este estado mandó él despues en su testamento á don Guillen su hijo menor, á este sucedió don Juan su hermano, á don Juan don Fadrique su hijo; por cuya muerte, que falleció sin dejar sucesion, recayó este principado en el rey de Sicilia don Fadrique, bisnieto del primer don Fadrique por cuyo mandado fueron los catalanes á Grecia la primera vez.

De aquí los reyes de Aragon se intitulan; como reyes que son de Sicilia duques de Atenas y Necopatria hasta nuestra edad: estados de título solo y sin renta. Fue esta guerra muy señalada por el esfuerzo de los soldados, por las batallas que se dieron, por los diversos trances y sucesos, finalmente por los muchos años que duró, que llegaron á doce no menos. Cosa maravillosa, que se pudiese mantener tan poca gente tan lejos de su tierra, rodeada de tantos enemigos, y dividida entre sí con parcialidades y bandos perpétuos. Esto movió al papa Clemente para que el mismo año que falleció, escribiese al rey de Aragon muy apretadamente forzase á los catalanes por sus edictos á salir de Grecia. Hizo instancia sobre esto á ruego de Carlos de Valoes que poseia en la Morea algunas ciudades en dote con su mujer, demás de las lágrimas y quejas ordinarias que le venian de los naturales de aquella tierra, que se quejaban y plañian ser maltratados con todo género de molestias ellos y sus haciendas, hijos y mujeres por un pequeño número de ladrones, gente mala y desmandada.

CAPITULO XV.

Del pontífice Juan Vigésimosegundo.

Los dos años siguientes fueron señalados por los nuevos reyes que en Francia hobo, y por la vacante de Roma, que duró dos años y casi cuatro meses. Fue así que el rey Luis Hutin de una grave dolencia que le sobrevino, falleció en el bosque de Vincena, que es cuatro millas de la ciudad de Paris, á los cinco dias del mes de junio año del Señor de 1315. De su primera mujer Margarita hija del duque de Borgoña tuvo una hija que se llamó Juana. La dicha Margarita fue convencida de adulterio; así dentro de la prision donde la tenian la mandó ahogar. A todos les pareció esta justa causa de dolor y tristeza; y es cosa de admiracion que en un mismo tiempo fueron acusadas de adulterio tres nueras del rey Philipo el Hermoso: demasiada licencia, deshonestidad, y soltura notable para unas señoras tan principales. Las dos dellas, es á saber, las mujeres de Luis y de Carlos fueron convencidas en juicio: á los adúlteros cortaron sus partes vergonzosas, y desollados vivos, los arrastraron por las calles y plazas públicas, finalmente los ahorcaron. Casó la segunda vez con Clemencia hija del rey de Hungría que quedó preñada al tiempo que su marido falleció, y parió un hijo que se llamó Juan, con esperanza heredaria el reino de su padre; pero muerto el niño dentro de veinte dias, Philipo su tio, que tenia por sobrenombre el Largo, y hasta entonces era gobernador del reino, de consentimiento de todos los estados se coronó y tomó las insignias reales. A la infanta doña Juana escluyeron de la herencia y reino de su hermano por la ley Sálica, ora fuese verdadera, ora de nuevo fingida ó ampliada en favor y gracia del mas poderoso. Las palabras de la ley son estas: En la tierra Sálica (quiere decir de los francos) no sucedan las mujeres. Del reino de Navarra no podia ser despojada, por considerar que su abuela del mismo nombre le hobo pocos años antes por razon de herencia.

Mayor alteracion resultó sobre el pontificado romano. Los cardenales italianos procuraban con todas sus fuerzas que se eligiese un pontífice de su nacion, y que la silla pontifical se tornase á Roma. Sobrepujaban en número los franceses, y salieron finalmente con su pretension. En Carpentraz ciudad de la Francia Narbonense y del condado de Aviñon, do Clemente pontífice falleció, mientras estaban en cónclave sobre la eleccion del nuevo pontífice, se alborotó gran número de la gente de la tierra, y comenzaron á quebrantar las casas de los italianos y á roballas apoderándose de la ciudad, y pusieron en huida á los cardenales de ambas naciones. Las cosas amenazaban scisma. De allí á mucho tiempo se tornaron á juntar en Leon de Francia. En aquella ciudad Jacobo Ossa de nacion francés, cardenal y obispo Portuense fue elegido por sumo pontífice á los siete dias del mes de agosto el año diez y seis de aquel siglo y centuria. Tomó por nombre en su pontificado Juan Vigésimo segundo. Hizo á Tolosa y á Zaragoza sillas metropolitanas (1) con deseo de hacerse grato á los franceses y aragoneses. A Zaragoza le dió por sufragáneas las iglesias de Pamplona, Calahorra, Huesca, Tarazona, que todas y la misma Zaragoza eran sufragáneas de Tarragona: á Cahors ciudad de Francia hizo silla obispal; esta honra quiso hacer á su patria. Canonizó á Santo Tomás de Aquino, teólogo prestantísimo de la órden de los predicadores, y á San Luis obispo de Tolosa. Este fue hijo de Carlos el mas mozo rey de Nápoles cuñado del rey de Aragon. Estas cosas ilustraron mas que otra alguna el largo pontificado deste papa, demás de las anatas que impuso primeramente sobre los beneficios eclesiásticos.

En Castilla no tenian las cosas sosiego, y sin embargo acudian á hacer la guerra contra los moros. Azar, no pudiendo sufrir la gran caida que habia dado, y la vida particular en que vivia, aunque harto mas dichosa de la que antes tenia, usurpaba el título de rey contra el concierto antes hecho. Este como mas flaco de fuerzas, y que no tenia poder bastante para contrastar con su enemigo, pretendia valerse de los cristianos. A los nuestos no estaba mal acudir á aquel rey que era su confederado, demás de la ocasion que se ofrecia de sujetar por medio de aquellas revueltas toda aquella nacion. Acordaron pues de hacer guerra á los moros: el cuidado se encomendó al infante don Pedro así por tener edad á propósito, como por estar de su parte muchos de entre los moros á causa de la confederacion que poco antes con ellos asentó: demás que el infante don Juan su tio se hallaba embarazado y triste por la muerte de don Alonso su hijo mayor, que le sobrevino al principio desta guerra en un pueblo llamado Morales cerca de la ciudad de Toro: su cuerpo sepultaron en la ciudad de Leon en la iglesia de Santa María de Regla.

Por el mismo tiempo don Fernando de Mallorca como en la Morea pretendiese recobrar el estado y dote de su mujer, y para esto ayudarse de los catalanes, pasó desta vida en lo mas recio de la guerra: su cuerpo traido á España, le enterraron en Perpiñan en el monasterio de Santo Domingo. Este fin tuvo aquel caballero, persona de las mas señaladas que en aquel tiempo se hallaban: dejó de su mujer un hijo muy pequeño llamado don Jaime como su abuelo. El infante don Pedro llegado al Andalucía no cesaba de apercebirse de todo lo necesario para la guerra. Estaba la ciudad de Guadix muy falta de bastimentos; que los moros habian talado todos aquellos campos. Deseaban los cristianos proveelles de lo necesario, pero los bastimentos y recua que tenian juntada, era necesario que pasase por tierras de los enemigos, y por esta causa que llevase mucha escolta. Acudieron los maestres de Santiago y Calatrava: juntóse gran golpe de gente, y el mismo infante por caudillo principal. Saliéronles al encuentro hasta un pueblo llamado Alaten la gente de á caballo de Granada en gran número y muy gallarda, y por su caudillo Ozmin soldado muy señalado. Acometieron los de la una y de la otra parte con grande ánimo: trabóse la batalla, que fue muy reñida y al principio dudosa; mas al fin el campo quedó por los fieles con muerte de mil y quinientos ginetes moros que perecieron en la refriega y en la huida, entre ellos cuarenta de los mas nobles de Granada, por donde aquella rota fue para los moros de gran tristeza y dolor. Ganada esta victoria, todo lo demás se allanó. Guadix quedó bastecida; y dos fuerzas, es á saber Cambil y Algabardos, se ganaron de los moros por fuerza de armas.

Este buen suceso, que debiera ser parte para ganar las voluntades y favor de todos, fue ocasion en muchos de envidia y de buscar maneras para desbaratar los intentos del infante: su tio don Juan de secreto atizaba á los demás. Buscaban algun color para salir con lo que pretendian: parecióles el mas á propósito pedir á los gobernadores diesen fiadores, y pusiesen en tercería algunos pueblos de sus estados para seguridad que gobernarian bien el reino y las rentas reales. Juntáronse sobre esta razon córtes primero en Burgos, y despues en Carrion. Salieron con todo lo que pretendian: prueba con que se descubrió mas el valor y virtud del infante don Pedro. Tratóse demás desto de recoger algun dinero por la gran falta que del tenian. Los naturales no podian oir que se tratase de nuevas derramas, por ser muchos los pe-

(1) Segun Zurita la iglesia de Zaragoza se erigió el 13 de julio de 1318 y el 15 de diciembre del mismo año se publicó solemnemente en el concilio de la misma ciudad.

chos que el pueblo pagaba: pero todo se consumia en la guerra contra los moros, y en sosegar las revueltas que en el reino andaban. Pareció buena traza acudir al pontífice nuevo y por sus embajadores suplicalle concediese las décimas de las rentas eclesiásticas para proseguir la guerra contra los moros, demás desto otorgase indulgencia y la cruzada á todos los que á sus espensas para aquella guerra tomasen las armas. Lo uno y lo otro concedió el pontífie benignamente: los pueblos al tanto acudieron con alguna suma de dineros. Con esto nuestro ejército se aumentó y por tres veces hicieron entradas en tierra de moros, con que trabajaron aquella comarca y trajeron presas de gentes y de ganado, en que pasaban tan adelante que llegaban á vista de la misma ciudad de Granada. Los moros esquivaban de venir á batalla la cual mucho deseaban los nuestros. Trataron los moros de cercar á Gibraltar, pero previnieron sus intentos, ca la abastecieron muy bien de gente y vituallas; por esto los bárbaros desistieron de aquella demanda, y al contrario la villa y castillo de Belmes se ganó de los moros.

Corria en esta sazon el año del Señor de 1316, en que por muerte de Rocaberti arzobispo de Tarragona, por voto de aquel cabildo, como entonces se acostumbraba, salió elegido el infante don Juan hijo tercero del rey de Aragon. Acudieron al padre santo para que confirmase la eleccion: nunca lo quiso hacer: no refieren las causas que para ello tuvo, puédese sospechar que por alguna simonía, ó lo mas cierto por no tener el infante edad bastante. No se usaba entonces tan de ordinario dispensar en las leyes eclesiásticas á contemplacion de los príncipes. Los pontífices tenian cierta entereza y grandeza de corazon para contrastar á las codicias desordenadas de los mas poderosos reyes y emperadores. En fin hobieron de desistir de aquella pretension, y pasar á don Jimeno de Luna, que era arzobispo de Zaragoza, á la iglesia de Tarragona. Don Pedro de Luna fue proveido en el arzobispado de Zaragoza, y al infante don Juan dieron el abadía de Montaragon, que vacó por la promocion del nuevo arzobispo don Pedro.

CAPITULO XVI.

Los infantes don Pedro y don Juan murieron en la guerra de Granada.

El año siguiente de 1317 con diversas embajadas que el rey de Aragon envió sobre el caso, alcanzó últimamente del sumo pontífice que de los bienes que los Templarios solian tener en el reino de Valencia, se fundase una nueva caballería debajo de la regla del Cistel, y sujeta á la órden de Calatrava, aunque con su maestre particular. Señaláronle por hábito y por divisa una cruz roja simple y llana en manto blanco. El principal asiento y convento se fundó en Montesa, de donde tomó el apellido. La renta no era mucha: en las hazañas contra los moros, que corrian aquellas marinas de Valencia, no se señalaron menos que las otras órdenes. Desde á poco eso mismo en Portugal por concesion del mismo pontífice se fundó otra milicia que llaman de Cristo, la mas señalada de aquel reino. La insignia que traen, es una cruz roja con unos torzales blancos por enmedio. Aplicaron á esta milicia los bienes y tierras que en aquel reino tenian los Templarios. Su principal asiento y convento al principio fue en Castro Marin: adelante se pasaron á Tomar.

Todo esto iba bien encaminado, si el sosiego que de los portugueses gozaban de mucho tiempo atrás, no se comenzara á enturbiar con alborotos que dentro del reino resultaron. El infante don Alonso estaba disgustado con el rey Dionisio su padre: lo que le desasosegaba, era la ambicion y deseo de reinar, enfermedad mala de curar; dado que se publicaban otras quejas, es á saber que don Alonso Sanchez hijo bastardo del rey tenia mas cabida con su padre de lo que la razon pedia: que era mayordomo de la casa real: que se hallaba en las consultas de los negocios mas importantes: finalmente que todo colgaba de su parecer y voluntad; lo mas áspero de todo, que á su persuasion trataban de desheredar al mismo don Alonso. Estas quejas y colores, fuesen verdaderos ó falsos, luego que se divulgaron, dieron ocasion á muchos de apartarse del rey, los que hacian mas caso de sus particulares esperanzas, que del respeto y lealtad que debian á su señor. Los grandes y ricos hombres divididos. Don Alonso se apoderó de las ciudades de Coimbra y de Porto: todos los foragidos ladrones, homicianos y facinerosos hallaban en él acogida y amparo. La paciencia del rey fue muy señalada, que pasaba por todo por ver si por buena via se podria apartar su hijo del camino que llevaba. Entendia muy bien que si venian á las manos, de cualquiera manera que sucediese, alcanzaria tanta parte del daño y de la desgracia á los unos como á los otros. Esto cuanto á Portugal.

En Aragon falleció en este tiempo la reina doña María. Esta señora era hermana del rey de Chipre; y el año próximo pasado la trujeron de aquella isla para que casase con el rey de Aragon. Las bodas se celebraron en Girona, y las honras de su enterramiento en Tortosa, do en el año del Señor de 1318 al fin del mes de marzo murió: enterróse en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. El año próximo 1319. fue muy señalado por dos cosas notables que en él acaecieron: la una el desastrado fin de los dos infantes don Juan y don Pedro gobernadores de Castilla, la otra fue la renunciacion de don Jaime heredero de Aragon. El infante don Juan sentia en el alma que su competidor don Pedro fuese creciendo cada dia mas en poder y autoridad: sus esclarecidas hazañas se la daban, y virtudes sin par. No podia llevar en paciencia que todos los negocios así de paz como de guerra le acudiesen. Lo que mas le punzaba, era que don Pedro solo administraba las décimas que se concedieron por el papa de las rentas eclesiásticas, sin dalle parte. Don Pedro cuanto las cosas por él hechas eran de mas valor y estima, tanto menos le parecia que era justo sufrir agravios é injurias de nadie. Si iba adelante esta competencia, se echaba de ver que vendrian sin duda á rompimiento y á las manos.

A fama y color de la guerra con los moros tenia levantada don Juan mucha gente en toda tierra de Campos y Castilla la Vieja. La reina con su industria y saber puso fin á estas pasiones: en Valladolid donde á la sazon se tenian córtes del reino, los concordaron desta manera, que ambos acometiesen la morisma por dos partes, dividido el ejército y el dinero al tanto para las pagas. Lo que prudentemente se ordenó, desbarató otro mas alto poder. En estas córtes don Fray Berenguel poco antes instituido en arzobispo de Santiago por el pontífice Juan, por comision suya y en su nombre propuso el negocio de don Alonso de la Cerda, y amenazó que procederia con censuras y todo rigor, sino obedecian á demanda tan justa. Hacia lástima ver á un caballero como aquel, nacido con esperanza de reinar, derrocado de su grandeza, pobre, auyentado, vagamundo. Es perversa la naturaleza de los hombres, que muchas veces y con grande ahinco torna á desear lo que antes desechaba y menospreciaba, con igual desatino en lo uno y en lo otro y temeridad. Así le acaeció á don Alonso de la Cerda, que ahora tornaba á pedir la posesion de aquellos lugares que los años pasados le fueron adjudicados, y él los menospreció. Los grandes daban sus escusas: decian estar juramentados, y que conforme al pleito homenaje que hicieron, no podia en ninguna manera consentir en cosa que fuese en daño y diminucion del patrimonio real, en-

tretanto que el rey no tuviese edad competente. Lo que se pudo alcanzar fue que á don Fernando hermano de don Alonso le diesen cargo de mayordomo de la casa real: frívola recompensa de tantos daños.

Con tanto la reina se fue á Ciudad-Rodrigo para verse con el infante don Alonso de Portugal su yerno, y hacer las amistades entre él y su padre. Todo el trabajo que en esto se tomó, fue perdido. Los infantes don Pedro y don Juan se partieron para el Andalucía cada uno por su parte. Ismael rey de Granada determinó de apercebirse contra esta tempestad de la ayuda de los africanos: para esto dió al rey de Marruecos á Algecira y Ronda con todos los lugares de su contorno, cosa que era á propósito para los intentos de ambas las partes, dado que el de Granada compraba caro la amistad de la gente africana. Don Pedro ganó por fuerza de armas la villa de Tiscar, que está en un sitio muy áspero y fuerte de su naturaleza, y que tenia gran copia de gente: el castillo rindió Mahomad Andon cuya era la villa. Parecia que con esta victoria se mejoraba mucho nuestro partido: que la guerra y todo lo demás sucederia muy bien; mas el infante don Juan con desordenada ambicion de loa lo desbarató todo, y acarreó la ruina y perdicion para sí y todos los demás, y gran pérdida para toda España. Estaba en Vaena muy codicioso de mostrar su gallardia: determinó de pasar adelante con su gente hasta ponerse á la vista de Granada: desatinado acuerdo por el tiempo tan trabajoso, del año y los grandes calores que hacia. Verdad es que en Alcaudete se juntaron los dos infantes con toda su gente, en que se contaban nueve mil de á caballo y gran número de infantes. Entran por las tierras de los moros, destruyen y talan cuanto topaban: don Juan regia la avanguardia deseoso grandemente de señalarse, don Pedro la retaguardia, y en su compañía los maestres de Santiago, Calatrava y Alcantára, y los arzobispos de Toledo y Sevilla, la flor de Castilla en nobleza y hazañas. Tomaron la villa de Alora, pero por la priesa que llevaban, quedó el castillo por ganar.

Un sábado víspera de San Juan Bautista llegaron á vista de Granada: estuviéronse en sus estancias aquel dia y el siguiente sin hacer cosa de momento: el dia tercero, vistas las dificultades en todo, comenzaron á retirarse, don Pedro en la avanguardia, y don Juan en el postrer escuadron con el bagaje. Avisados los moros desta retirada, salieron de la ciudad hasta cinco mil ginetes, y gran multitud de gente de á pié mal ordenada: su caudillo era Ozmin. No llevaban esperanza de victoria ni intento de pelear, sino solamente como quien tenia noticia de la tierra, pretendian ir picando nuestra retaguardia. Hallábanse los nuestros alejados del rio al tiempo que el sol mas ardia, sin ir apercebidos de agua, cosa que á los moros presentaba ocasion de acometer alguna faccion señalada. Embistieron pues con ellos, trabóse la pelea por todas partes, no se oia sino voceria y alaridos de los que morian, de los que mataban, unos que exhortaban, otros que se alegraban, otros que gemian, ruido de armas y de caballos. Don Pedro oidas aquellas voces, revolvió con su escuadron para dar socorro á los que peleaban. Los soldados desparcidos y cansados apenas podian sustentar las armas: no habia quien rigiese, ni quien se dejase gobernar. Empuñada pues la espada y desnuda, como quier que el infante don Pedro animase su gente, con el trabajo y pesadumbre que sentia, y la demasiada calor que le aquejaba (mal pecado) cayó repentinamente desmayado, y sin podelle acudir rindió el alma. Lo mismo sucedió al infante don Juan salvo que privado de sentido llegó hasta la noche.

Publicada esta triste nueva por el ejército, los soldados lo mejor que pudieron, se cerraron entre sí y se remolinaron. Los moros por entender que pretendian volver á la pelea, robado el bagaje, se retiraron. Esto y la oscuridad de la noche que sobrevino, fue ocasion que muchos de los fieles se pusieron en salvo. Los cuerpos de los infantes llevaron á Burgos y allí los sepultaron. Don Juan dejó un hijo de su mismo nombre, al cual por la falta natural que tenia, llamaron vulgarmente don Juan el Tuerto; las costumbres no hicieron á la presencia ventaja. Doña María mujer del infante don Pedro en Córdoba, do quedó muy cargada, parió una hija por nombre doña Blanca, de cuya tutela y del gobierno del estado que por muerte de su padre heredera, se encargó Garci Lasso de la Vega merino mayor de Castilla, y que tuvo grande familiaridad y privanza con el difunto. Tras esta desgracia tan grande se siguieron nuevas disensiones, causadas de las competencias que nacieron entre los grandes de Castilla sobre el gobierno del reino que cada cual pretendia, y todos deseaban salir con él, hora fuese por buenas vias, hora por malas.

A la misma sazon Aragon se alteró por un caso muy estraordinario. Fue así que don Jaime hijo mayor de aquel rey estaba determinado de renunciar su mayorazgo y herencia. Las causas que le movieron para tomar esta resolucion, no se saben: sus costumbres mal compuestas y la severidad de su padre pudieron dar ocasion á cosa tan nueva. Recibió el rey gran pena desta determinacion: rogóle y mandóle como á hijo no hiciese cosa con que amancillase su fama, y fuese ocasion á su patria y á su padre, de perpétua tristeza. Hablóle cierto dia en esta sustancia, «Mi vejez (dice) no puede ya dar á mis vasallos »cosa mas prevechosa que un buen sucesor, ni tu »mocedad les puede ayudar mejor que con selles »buen príncipe. Con este intento procuré fueses en»señado desde tu primera edad en costumbres rea»les: no parecia faltarte natural para ser digno del »cetro, aunque no fueras hijo del rey como lo eres. »Teníate aparejada para mujer una nobilísima don»cella, que ha sido de mi tratada como quien es, con »casa y estado muy principal. Si á esto se puede »añadir algo, yo soy presto de lo hacer; pero veo »que mi esperanza me ha burlado, y á tí ha estragado »el sobrado regalo para que en esa edad rehuses to»mar sobre tus hombros el gobierno que yo sustento »en lo postrero de la mia. ¿Por ventura es justo an»teponer tu particular reposo al pro comun? ¿á la »obediencia que debes á tu padre y al juramento con »que nos obligamos que doña Leonor tu esposa (de »quien tu debieras tener compasion) ha de ser tu »mujer y reina de Aragon? ¿Por ventura te causa es»perar la muerte deste triste viejo, que ya segun »órden natural no le pueden quedar muchos dias? »Puesto que alegues otras causas, la codicia de »reinar es la que te punza y reduce á estos términos. »Nadie puede poner ley á la voluntad de Dios, de »quien dependen los años y la vida: lo que es de mi »parte, yo desde luego de muy buena gana te re»nunció el reino. Solo te ruego te apartes de ese pro»pósito, que no puede dejar de ser enojoso á mí y á »nuestra comun patria. Así te lo pido por Dios y por »todos los santos que están en el cielo te lo amones»to y te lo aconsejo; y advierte que con esa acele»rada priesa no te despeñes de suerte que cuando »quieras, no tengas reparo ni te quede remedio de »volver atrás.»

A todas estas razones el determinado mancebo respondió en pocas palabras que él estaba resuelto de seguir aquel su parecer, y trocar la vida de rey, sujeta á tantas miserias, con el reposo de la particular y bienaventurada. Con esto en la ciudad de Tarragona en las córtes que allí se juntaron, hizo renunciacion en pública forma del derecho que tenia á la sucesion á los veinte y tres dias del mes de diciembre. Halláronse presentes á este auto muchos gran-

des y prelados; entre los demás el infante don Juan de Aragon, electo de Toledo por muerte del arzobispo don Gutierre Segundo que finó á los cuatro de setiembre. Su mucha virtud y la diligencia de don Juan Manuel su cuñado le ayudaron á subir á aquella dignidad. Hecha la renunciacion, don Jaime luego tomó el hábito de Calatrava, despues se pasó á la órden de Montesa Doña Leonor su esposa fue enviada doncella á Castilla. Sobre este hecho hobo diversas opiniones; unos le alababan, otros le reprehendian: sus costumbres y torpeza, y la vida suelta que despues hizo, dieron muestra que no por deseo de darse á la virtud y piedad renunciaba el reino, sino por su liviandad y ligereza. Por la cesion de don Jaime entró en aquel derecho de la sucesion don Alonso su hermano hijo segundo del rey, que á la sazon en doña Teresa su mujer tenia un hijo sietemesino niño de pocos dias, llamado don Pedro. El dote desta señora fue el condado de Urgel, que le dejó en su testamento don Armengol su tio hermano de su abuela. Desta forma en un mismo tiempo los reinos de Portugal y Aragon fueron trabajados con desabrimientos domésticos de padres á hijos y dado que los propósitos de los dos hijos de aquellos reyes eran diferentes, pero la tristeza y daño de los padres corrieron á las parejas y fueron iguales.

CAPITULO XVII.

De la muerte de la reina doña Maria.

El daño que los nuestros recibieron en Granada, fue ocasion que los moros soberbios y pujantes, y desosos de seguir la victoria ganaron á Huescar en el adelantamiento de Cazorla, y á Ores y á Galera, pueblos que eran de los caballeros de Santiago. Por otra parte se apoderaron por fuerza de Martos, villa fuerte y buena, en cuyos moradores ejecutaron todo género de crueldad sin respeto alguno, sin hacer diferencia de mujeres, niños, ni viejos, salvo que muchos escaparon en el peñasco que allí cerca está, y en la fortaleza. En Castilla andaban grandes alborotos, nuevas esperanzas de muchos: todos los que en nobleza y estado se adelantaban, pretendian apoderarse del gobierno del reino. La reina doña María por lo que se capituló los años pasados, pretendia tocalle todo el gobierno; y con deseo de apaciguar estas alteraciones despachó sus cartas á todas las ciudades, en que les amonestaba no se dejasen engañar de nadie en menoscabo de su honra y de la lealtad á que eran obligados. Sin embargo por ser mujer era de muchos tenida en poco: pareciales no tenia fuerzas bastantes para peso tan grande. Muchos de los grandes en un mismo tiempo pretendian apoderarse de todo: los principales entre otros eran el infante don Philipe tio del rey, don Juan Manuel, y el otro don Juan el Tuerto señor de Vizcaya: todos muy poderosos y que poseian grandes riquezas, y nobilísimos por la real prosapia de que descendian.

A estos se entregó el cuidado y mando del reino, no de comun consentimiento de los pueblos, antes andaban divisos en bandos y pareceres: todas las cosas se hacian inconsideradamente y como á tiento. Juntáronse las ciudades y villas, no todas en uno, sino segun las comarcas y provincias: grandes miedos se representaban y peligros. Resultó destas juntas que á don Philipe señaló el Andalucía para que los gobernase: el reino de Toledo y la Estremadura á don Juan Manuel: la mayor parte de Castilla la Vieja seguian á don Juan señor de Vizcaya. Dentro de las ciudades se veian mil contiendas por los bandos que cada uno seguia. Mudábanse á cada paso los gobiernos: los mismos se aficionaban hora á una parte, hora á otra conforme como á cada cual le agradaba. El vulgo con la esperanza del interés se vendia al que mas le daba, vario como suele é inconstante en sus propósitos. De aquí se seguia libertad para acometer todo género de maldades, muertes, robos, y latrocinios: miserable avenida de calamidades. Los mas poderosos atropellaban á los pequeños. Los que regian la república y la gente principal usurpaban para sí las rentas y patrimonio real infame latrocinio y torpísimo robo. Finalmente ningun género de desventura se puede pensar que no padeciese aquella provincia. Don Fernando de la Cerda tenia pocas fuerzas, y era tenido de todos por sospechoso, y por las antiguas competencias del reino no hacian cuenta dél: determinó de allegarse á don Juan señor de Vizcaya. A los 1320 años iban las cosas por esta órden en Castilla.

Este año se consagró en la ciudad de Lérida don Juan hijo del rey de Aragon en Arzobispo de Toledo con grande alegría de ambos reinos, grandes esperanzas, y grande aplauso por pronosticar que aquel pontificado seria próspero, justo y dichoso. La reina doña María todavia no dejaba de recelarse que la venida de un príncipe como aquel podria enconar mas los ánimos de su gente que sanallos. Estas sospechas cesaron con las cartas que el papa envió á la reina doña María, y se le quitó del todo aquel miedo, porque la prometia que todo estaria sosegado y muy en su favor. Con los prelados de Aragon tuvo el nuevo arzobispo grandes diferencias sobre la preeminencia de la iglesia de Toledo. Llevaba su cruz delante, que es prerogativa de aquella dignidad. Esto pretendia él selle concedido como á primado de las Españas, así por derecho y costumbre antigua, como por nueva confirmacion y privilegio de los sumos pontífices. Los prelados de Tarragona y de Zaragoza que se hallaron á su consagracion, lo contradecian: alegaban que estaba este negocio en litispendencia, y aun no por sentencia determinado. Andando en estos debates, como quiera que el arzobispo de Toledo no mudase de propósito determinado de conservar la dignidad de su iglesia, y confiado en el favor de su padre, el obispo de Zaragoza, donde entonces hacia el rey de Aragon córtes de su reino y estos prelados acudieron, pronunció contra el de Toledo sentencia de escomunion, mandó cerrar todas las iglesias y puso entrédicho público: increible osadia, confianza singular. El color que se tomó, fue una constitucion que hicieron los prelados de aquella corona los años pasados, en que so pena de descomunion se mandaba ningun prelado en provincia ajena llevase cruz delante: era el color y la capa para aquella determinacion.

Grande fue el enojo que desto recibió el rey de Aragon por ver á su hijo maltratado dentro de su reino y delante de sus ojos. Envió sobre ello cartas al sumo pontífice llenas de acedia y de mil amenazas: segun la saña hiciera algun sentimiento, si los suyos no le metieran por camino con decir que en aquello se trataba de la dignidad de sus iglesias y reino, y que no era justo por favorecer un particular negocio de su hijo defraudase y atropellase los publicos: con esto parece que se amansó el furor que en su ánimo tenia concebido. La respuesta que dió el sumo pontífice, fue ambigua, conque tuvo suspensas entrambas las partes; porque de tal manera reprendia el atrevimiento que el de Zaragoza tuvo y mandó reponer lo hecho, que ordenó otrosí fuese absuelto el arzobispo de Toledo de la descomunion por si acaso fue justa. Partido el nuevo prelado de Aragon, y llegado á Toledo, de tal manera se hobo con don Juan Manuel su cuñado casado con su hermana mayor doña Costanza, que el recelo que tenian no le favoreciese demasiadamente, de todo punto se quitó. De primera llegada no quiso que en su arzobispado cobrase las rentas reales, cuya administracion él pretendia pertenecelle, de donde resultó entre ellos un odio inmortal-

A la misma sazon los navarros, que todavía estaban sujetos á Francia, fueron muy mal tratados en Vizcaya. Falleció Philipe el Largo rey de Francia á dos de junio año de 1321 sin dejar sucesion: heredó el reino su hermano Carlos por sobrenombre el Hermoso, que fue igual á sus hermanos en valor; en liberalidad, fortaleza y apostura sin par: en tiempo deste rey los vizcainos de rebato se apoderaron del castillo de Gorrica, que cae en aquella parte que llaman Guipúzcoa: pretendian que aquel castillo era suyo, y que los navarros le poseian á sin razon. Acudieron de Navarra sesenta mil hombres (si los números ó la fama no están errados) llegaron á los diez y nueve de setiembre á Beotivara. Los vizcainos hasta ochocientos en número como quier que se apoderasen de las estrechuras y hoces de aquellos montes, dende con galgas y cubas llenas de piedras, que dejaban rodar sobre los navarros, los maltrataron de manera que los desbarataron y hicieron huir con muerte de mas gente que se pudiera pensar de número tan pequeño, demás que cautivaron á muchos. Caudillo de los vizcainos era Gil Oñiz, de los navarros Ponce Morentaina, francés de nacion, y gobernador de Navarra por el rey de Francia. Dan muestra que esta victoria fue de las mas señaladas de aquel tiempo, las coplas que hasta hoy se cantan, y los romances en las dos lenguas castellana y vizcaina compuestos en esta razon.

El papa envió por su legado á Castilla al cardenal Guillelmo Bayonense, obispo Sabino, por ver si con su diligencia y con la autoridad pontificia se pudiera poner fin á tantos males. Procuró el legado se juntasen córtes en la ciudad de Palencia en el mismo tiempo que la reina doña María, amparo que fue de todo en tiempo de tres reyes, y honra de Castilla, cargada de años, falta de salud, llena de congojas por los trabajos tan grandes como se padecian, de una enfermedad que le sobrevino en Valladolid, pasó desta vida primero de junio año de 1322. Muestras de su piedad y religion son el monasterio de las Huelgas, que á su costa fundó en aquella ciudad y ennobleció, do ella misma se mandó enterrar, otros dos monasterios que fundó, uno en Burgos y otro en Toro, sin otros que hizo en diversas partes del reino.



Sello de Alonso IV, de Aragon.

Las córtes de Palencia no parece fueron de efecto. Juntáronse por mandado del legado Guillelmo los obispos de toda Castilla en Valladolid para tener un concilio que fue muy señalado. En él á dos dias del mes de agosto se promulgaron muchas constituciones saludables, entre otras descomulga á todos aquellos que en tiempo de cuaresma ó de las cuatro témporas comieren carne, y á los que en tales dias la vendieren públicamente: que mientras se celebran los divinos oficios, los que no fueren cristianos, no se puedan hallar presentes; pero si los tales se bautizaren, puedan ser ordenados y tener beneficios para remedio de su pobreza: repruébase la purgacion vulgar, de que se usaba de ordinario en España. Demás desto hasta hoy dia se conservan las constituciones que por el mismo tiempo estableció el arzobispo de Toledo don Juan, en que (entre otras cosas) se manda que si los judios y moros no se salieren de las iglesias al tiempo que se celebran los divinos oficios, no se pase adelante: que el dinero que se recogiere de la Cruzada, se le entregue al prelado para efecto de emplealle en la redencion de cautivos y remedio de los pobres: que los sacerdotes digan misa por lo menos cuatro veces al año; y que no la digan sin primero rezar los maitines: que los bienes adquiridos por via de la Iglesia no se puedan dar ni mandar á los hijos, dado que sean habidos de legítimo matrimonio. Quien dice que los sacerdotes y obispos son señores destos bienes, y que los pueden dispensar á su voluntad y alvedrío?

El mismo año el rey de Granada Ismael fue muerto en el Alhambra por los suyos, que se hermanaron contra él: cabeza de los matadores fue el señor de Algecira, y Ozmin participante, por estar el uno y el otro muy indignados desde el tiempo que tomaron á Martos, á causa que al señor de Algecira quitó una cautiva muy hermosa, y á Ozmin mataron un sobri-

mo dia de Todos Santos año del Señor de 1327. La fiesta y el convite mas daban muestra de regocijo y seguridad que de temor ni sospecha: así desarmado y desapercebido, como estaba en el banquete fue muerto por mandado del rey. Los delitos por él cometidos parecian merecer cualquier castigo; pero quebrantar el derecho de hospedaje, y rebajado de seguridad matar persona tan principal á todos pareció cosa fea, puesto que no faltaba quien con razones aparentes pretendiese colorear aquel hecho. Una sola hija que quedó de don Juan, y estaba á criar en poder de su ama, fue llevada á Bayona, ciudad á la raya de Francia y entonces sujeta á los ingleses. La madre del muerto doña María que estaba recogida de tiempo atrás en un monasterio de monjas de Perales, con el aviso del caso y con estas tristes nuevas bien se puede pensar cuan grande congoja recibió. Dícese que á instancia de Garci Lasso vendió al rey todo el señorío de Vizcaya: si de miedo ó de su voluntad, no se sabe, basta entender que era peligroso contrastar á la voluntad del rey en aquel trance, pero de mala sonada, y contra derecho por ser viva su nieta; que adelante, aplacado el enojo del rey, casó con don Juan de Lara como se referirá en su lugar, y vino á ser señora de Vizcaya. Los pueblos y castillos que don Juan heredó de su padre, y eran mas de ochenta, parte se ganaron por fuerza, parte se rindieron de su voluntad, y quedaron incorporados en la corona real.

Don Juan Manuel era frontero contra los moros: y dado que amedrentado con aquel caso, y que echaba de ver lo poco que se podia fiar del rey, pues á son de bodas quitó la vida á un príncipe y deudo suyo tan cercano, todavía con gran cuidado y diligencia acudia á la guerra contra los moros, que poco antes de sobresalto ganaron el castillo de Rute, y pretendian con su caudillo Ozmin, que ya parece estaba en gracia de aquel rey, hacer entrada por las fronteras del Andalucía. Vino con ellos á las manos junto al rio Guadalhorza, donde los venció y mató gran número dellos. Don Juan manuel, habida esta victoria, se fue á las tierras de su estado, dejada la guerra, y mal indignado contra el rey, de quien se publica tenia propósito de repudiar á doña Costanza su hija, y emparentar en Portugal, todo encaminado á su perdicion. No era su miedo vano, ca se trató de aquel nuevo casamiento; y en efecto doña María hija del rey de Portugal entró en lugar de doña Costanza. Autor deste consejo y mudanza fue Alvar Nuñez Osorio.

El pesar que desto sintió don Juan Manuel, fue cual se puede pensar; lo mismo el rey de Aragon tio de doña Costanza. Reinaba á la sazon don Alonso el Cuarto en Aragon por muerte de su padre el rey don Jaime el Segundo, que falleció en Barcelona un dia despues de la muerte de don Juan el Tuerto, do se hizo su enterramiento en la iglesia de Santa Cruz con real pompa y aparato. Doña Teresa su nuera murió cinco dias antes del suegro en Zaragoza, y se sepultó en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. El luto y llanto de toda la provincia fue doblado á causa que en un mismo tiempo quedó huérfana de dos príncipes que mucho amaba. Sucedió pues al rey don Jaime su hijo don Alonso; tuvo en doña Teresa su mujer estos hijos, don Pedro, don Jaime y doña Costanza; porque otros cuatro hijos que tuvieron, murieron en su niñez. Lo que hay mucho que loar en el rey don Jaime fue que los principados de Aragon, Cataluña y Valencia ordenó anduviesen siempre unidos sin dividirse. Fue tan enemigo de pleitos, que en aquella era eran asaz, que desterró perpétuamente de su reino como á prevaricador á Jimeno Rada, un abogado señalado de aquellos tiempos, por cuyas mañas muchos fueron despojados de sus haciendas.

Carlos rey de Francia y Navarra, por sobrenombre el Hermoso, falleció de enfermedad en el bosque de Vincena primer dia de febrero año de 1328; al cual el papa Juan Vigésimosegundo otrorgó los diezmos de las rentas eclesiásticas en toda la Francia con tal condicion que hiciese la guerra al emperador Luis Bávaro, tan grande enemigo de la iglesia que el año antes deste hizo papa en Roma en competencia del verdadero pontífice y en su perjuicio á Pedro Corbar con nombre de Nicolao Quinto. Demás desto le mandó acudir él con parte de aquel interés, segun que lo publicaba la fama. Esta misma concesion se hizo antes á instancia del rey Felipe el Largo, pero con esta modificacion y palabras espresas, *si los obispos del reino juzgasen ser conveniente*; condicion muy honesta, de que ojalá usasen los demás pontífices contra las importunidades de los príncipes. La mujer del rey Carlos, por quedar preñada á cabo de tres meses despues de la muerte de su marido parió una hija que se llamó Blanca. No podia conforme á las leyes y costumbres de Francia suceder en aquella corona. Así un hijo de Carlos de Valoes que falleció dos años antes del rey, por nombre Philipe, primo hermano de los tres reyes pasados por una parte, y Eduardo rey de Ingalaterra, como hijo de madama Isabel hermana de los mismos tres reyes, comenzaron á pretender aquel reino.

Los estados del reino conforme á la ley Sálica, se conformaron en dar la corona á Philipe de Valoes, de que resultaron enemistades y guerras muy largas y graves entre aquellas dos naciones y los reyes de Ingalaterra tomaron apellido de reyes de Francia, y pusieron las flores de lis en sus escudos. A los navarros sucedió mejor que quedaron libres del yugo de Francia, porque Juana hija del rey Luis Hutin casó con el conde de Evreux que se llamaba Philipo, y en Pamplona fueron declarados por reyes de Navarra de conformidad de todos los estados por el derecho que aquella señora tenia de parte de su madre: en que por ser cosa tan justificada fácilmente vino el nuevo rey de Francia, demás que el dicho conde era sudeudo muy cercano por ser como era bisnieto de San Luis rey de Francia. En esta sazon los navarros por tener los reyes flacos se alborotaron, y como gente sin dueño se encarnizaron en los judíos que moraban en aquel reino, en particular en Estella cargó tanto la tempestad que degollaron diez mil dellos, si ya el número ó las memorias no van errados.

CAPITULO XX.

Nuevos casamientos de reyes.

A la misma sazon en Castilla se hacian apercebimientos muy grandes para la guerra contra los moros nuevas levas de gente que se alistaba en el reino socorros que pretendian de los reyes comarcanos. La tierna edad del rey moro, y las discordias que los suyos entre sí tenian, presentaban ocasion para hacer algun buen efecto, mayormente que se pasó á los nuestros un hijo de Ozmin, llamado Abraham el Borracho por el mucho vino que bebia. Seguíale un buen escuadron de soldados: acordó el rey don Alonso de ir á Sevilla con toda presteza: dende corria las fronteras de los enemigos y les hacia notables daños. Tomóles á Olvera, Pruna y Ayamontes. En esto se gastó el verano, y pasado el otoño, los soldados, cargados de despojos y alegres dieron la vuelta para invernar en Sevilla. Don Alonso Jofre almirante que era del mar, acudió al tanto para dar al rey aviso de una victoria tan señalada que alcanzó en una batalla naval que trabó con los moros, en que de veinte y dos galeras que traian, les tomó tres, y cuatro echaron á fondo. Eran estas galeras parte del reino de Granada y parte africanas; mataron y cautivaron mas de mil y docientos moros; por las cuales causas todos esta-

ban muy gozosos, y aquella nobilísima ciudad resonaba con fiestas y regocijos.

Enviáronse embajadores para tratar del casamiento del rey. Don Juan Manuel, vista la resolucion de dejará su hija, renunciada por sus reyes de armas la fe y lealtad que tenia jurada, se confederó con los reyes de Aragon y de Granada: junto con esto desde Chinchilla y Almansa, por ser plazas muy fuertes, hacia entradas por las tierras de Castilla: robaba y talaba por do quiera que pasaba, con gran daño en especial de los labradores, á la misma sazon que el rey en Sevilla dió título de conde de Trastamara, Lemos y Sarria á Alvar Nuñez Osorio, que era su mayor privado, cosa muy nueva; que hasta entonces en Castilla no se diera de mucho tiempo atrás á ninguno título de conde. La ceremonia que se hizo, fue muy tosca, como entre gente en aquella sazon falta de todo género de policía y primor. Echaron tres sopas en una taza de vino, y pusiéronselas delante: convidáronse por tres veces el rey y el conde sobre cuál dellos tomaria primero: finalmente el rey tomó la una y el conde la otra. Concediósele que en los reales tuviese caldera y cocina á parte para su mesnada y en la guerra propia y particular bandera con sus divisas y armas. Hiciéronse las escrituras y privilegios; y leidos, todos los presentes aclamaron con gran aplauso, viva el conde. Tal fue la costumbre y ceremonia con que se criaban los condes en aquella era.

En la ciudad de Córdoba usó el rey de una severidad estraordinaria, y fue que hizo cortar la cabeza á Juan Ponce porque no obedeció á su mandato, en que le ordenaba restituyese el castillo de Cabra que tomara á los caballeros de Calatrava al tiempo que las cosas del reino andaban alborotadas, demás que le achacaban y cargaban de hombre sedicioso y pernicioso para la república. El mismo castigo se dió á otros muchos ciudadanos de Córdoba, sea por ser de la misma parcialidad, ó porque fueron convencidos de otros delitos muy graves. En Soria en el monasterio de San Francisco fue muerto á puñaladas Garci Lasso sin respeto del lugar sagrado, y que estaba oyendo misa. El sentimiento del rey fue grande: poco antes deste desastre le enviara desde Sevilla para atajar los intentos y pretensiones de don Juan Manuel el aborrecimiento que los caballeros le tenian muy grande por entender trataba de destruir con sus malas mañas y descomponer toda la nobleza, fue causa desta desgracia. Escalona, una villa pequeña en el reino y tierra de Toledo, andaba alborotada y pretendia juntarse con los rebeldes y amotinados. De Castilla la Vieja asimismo avisaban que la gente se alborotaba; en particular Toro, Zamora y Valladolid estaban alzados contra el rey. El principal movedor destos alborotos, era don Hernan Rodriguez de Balboa prior de San Juan, confiado en sus riquezas, y en los muchos aliados y deudos que tenia en aquella provincia de los mas nobles y ricos. El color que tomaron, era quejarse que el nuevo conde Alvaro Osorio y un judío llamado Juzeph gobernaban todo el reino y le trastornaban á su voluntad: que tenian rendido al rey, como si les fuera esclavo, y como si le hobieran dado bebedizos.

Acudió el rey á Escalona; pero con las nuevas de Castilla alzó el cerco por acudir al mayor peligro y necesidad. Llegó á Valladolid: no le quisieron dar entrada hasta tanto que despidiese de palacio y de su córte al dicho Osorio. Hízose así; que es forzoso sujetarse á la necesidad. Sin embargo fue tan grande el sentimiento deste caballero, como persona acostumbrada á todo favor y privanza, que quitada la máscara se reveló contra el rey, y trató de juntar sus fuerzas con don Juan Manuel, causa de su total perdicion. Ramiro Flores de Guzman con muestra que huia del rey, se hizo su amigo; y como un dia estuviese desapercebido y descuidado, le dió de puñaladas. Por su muerte el rey á la hora se entregó en sus castillos y tesoros, que tenia allegados muy grandes en el tiempo que tuvo el reino á su mandar y lo robaba todo sin reparo pusiéronle acusacion, hiciéronle cargos muchos y muy graves: no salió persona ninguna á la causa y defensa, y así fue convencido en juicio y dado por rebelde y traidor; pronunció la sentencia el mismo rey en la villa de Tordehumos. Tal fue la fin destos dos caballeros, que en aquel tiempo tuvieron tanta grandeza y pujanza. A Juzeph defendió su bajeza, y el menosprecio en que es comunmente tenida aquella nacion: lo que pudiera acarrear á otro su perdicion, eso le valió.

Celebráronse las bodas del rey en Ciudad-Rodrigo. Tratóse entre los dos reyes de Castilla y Portugal de aplacar al rey don Alonso de Aragon, y apartalle de la amistad de don Juan Manuel. Pareció buen medio ofrecelle la infanta doña Leonor hermana del rey de Castilla para que casase con ella, ca se hallaba viudo y libre del primer matrimonio por muerte de su primera mujer doña Teresa. Aceptado este partido, y echas las escrituras y conciertos, llevaron la doncella á Aragon. Salió don Juan el patriarca arzobispo de Tarragona hasta Alfaro á recebilla y acompañalla. Efectuáronse las bodas en la ciudad de Tarazona: hallóse presente con el de Aragon el rey de Castilla, las alegrías y regocijos fueron grandes. Sucedió esto al principio del año de 1329. Para que la amistad entre los reyes fuese mas firme, y meter prendas de todas partes, trataron de casar á doña Blanca hija del infante don Pedro (el que como queda dicho murió en la guerra de Granada) con el hijo mayor del rey de Portugal llamado don Pedro. Hechas las capitulaciones, la doncella fue entregada en poder de la reina de Castilla para que la enviase á Portugal.

Junto con esto los dichos tres reyes asentaron liga entre sí contra los moros para juntadas sus fuerzas desarraigar de todo punto las reliquias de aquella gente malvada. Asentóse demás desto, para mayor sosiego y paz de todos, que los rebeldes del un reino no tuviesen acogida en el otro. Quedó por este camino don Juan Manuel despojado del amparo del rey de Aragon: trató de valerse como pudiese; y para este efecto casó segunda vez con doña Blanca hija de don Fernando de la Cerda. Asimismo don Juan de Lara casó con doña María hija de don Juan llamado el Tuerto, con esperanza que le dieron de juntar todas tres sus fuerzas para recobrar el señorío de Vizcaya que de derecho pertenecia á aquella doncella, y el rey por fuerza y contra razon se le tenia usurpado. Don Juan Manuel y don Juan de Lara llanamente estaban declarados contra el rey, otros de secreto y con sagacidad le eran contrarios, como eran don Pedro de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, hijo de Hernan Sanchez y nieto del rey Dionisio de Portugal: el principal y cabeza de los demás eran don Juan de Haro señor de los Cameros. Estos todos llevaban tras sí gran parte del reino.

Los nuevos reyes de Navarra este mismo año vinieron á Pamplona. Allí les fue dada la posesion de aquel reino, pero debajo destas condiciones: que por espacio de doce años no se batiese nuevo género de moneda, á causa que en aquel tiempo era muy ordinario falsear la moneda y bajalla de ley: costumbre perjudicial y mala, contra la cual hay un decreto del pontífice Juan, que se promulgó en aquel tiempo y anda en las estravagantes: la segunda condicion, que en los oficios de la casa real no se admitiesen forasteros, lo mismo cuanto á las tenencias de los castillos: que no pudiesen vender ni trocar el reino, ni enajenar el patrimonio real: que el primer hijo varon que tuviesen, luego que llegase á edad de veinte y un años cumplidos, fuese rey de Navarra, y tuviese el mando y gobierno; y que Philipo su padre acu-

diesen con cien mil coronas para los gastos : si falleciesen sin hijos, que los tres estados del reino nombrasen rey á su voluntad.

Desta suerte los navarros para recibir leyes las dieron al que los habia de gobernar. Juraron los reyes estas condiciones, y con tanto fueron coronados y ungidos en la iglesia Mayor de aquella ciudad á los cinco dias del mes de marzo. Todos los presentes de cualquier suerte, estado y edad, en señal de alegría y regocijo, á voces pedian para sus reyes larga vida y toda buena andanza: las calles tenian cubiertas de flores y verdura, las paredes vestidas de ricos paños: no quedó género de contento que allí no se mostrase. Parecíales salir de unas escuras tinieblas á una luz muy resplandeciente y clara, y que toda aquella provincia con la venida de sus propios reyes como despues de un largo destierro, á cabo de cincuenta y cinco años que faltaban, era restituida en su antigua grandeza, sosiego y prosperidad. Fueron estos reyes muy dichosos en sucesion: los hijos Carlos, Philipe y Luis alcanzaron adelante grandes estados; las hijas Juana, María, Blanca y Inés casaron asimismo muy principalmente.

Los flamencos á esta misma sazon andaban alterados, ca puesto primeramente en prision Luis su conde y señor, despues que se libró, le cercaron en Gante : huyó tambien del cerco, y acudió al amparo del rey de Francia. Envió él sus embajadores á Flandes sobre el caso, pero no hicieron efecto alguno : llegó el negocio á las armas y á las manos. Acudieron á esta guerra muchos príncipes y entre los demás Philipe rey de Navarra. Juntáronse los dos campos no lejos de la villa de Cassel : hobo algunas escaramuzas, y por el mes de agosto un dia en lo mas recio del calor, á tiempo que las guardas y centinelas estaban descuidadas, los flamencos dieron de rebato sobre los reales de Francia: ganaron los baluartes y trincheras sin que les pudiesen ir á la mano : acometieron la tienda del rey, y antes que se pudiesen armar ni subir á caballo, muchos de los franceses fueron pasados á cuchillo. El rey mismo se vió en grande aprieto hasta tanto que acudió gente de la otra parte de los



Claustro de las Huelgas

reales. Con esto los flamencos, y por el peso de las armas y calor que hacia muy grande, desmayaron; y muertos muchos dellos, los lanzaron de los reales, y huyeron. Despues desta victoria todo quedó llano; y el conde fue restituido en su estado.

El de Navarra, concluida la guerra, dió vuelta á su reino, que halló lleno de latrocinios y maldades, á causa de la libertad que por la larga ausencia de los reyes la gente habia tomado. Tratóse del remedio: por consejo y parecer de personas principales y de letras se ordenaron y establecieron nuevas leyes, con que el pueblo fuese regido y mantenido en justicia y en paz : estas leyes, son las que vulgarmente se llaman del Fuero Nuevo. Dado que hobieron asiento en las cosas de aquel reino, los nuevos reyes se volvieron á Francia con voz de favorecer al rey francés su deudo y amigo contra los ingleses, que tornaban con las armas á la demanda del reino. La verdad era que el amor de la patria los aquejaba : las riquezas otrosí de Francia, trajes vestidos y abundancia les hacia menospreciar la pobreza de Navarra. Dejaron para gobierno del reino á Enrique Soliberto de nacion francés: gran dolor de los naturales por duralles tan poco su alegría, y considerar cuan tarde caian en la cuenta, y cómo les engañaba su esperanza. Cuán breves son y engañosos los contentos deste mundo ¡ la buena andanza cuán presto se pasa!

CAPITULO XXI.

Que la guerra contra los moros se renovó.

Aquejaban á Castilla por una parte las discordias civiles, por otra el cuidado de la guerra contra los moros. Lo que sobre todo apretaba, era la falta de dineros para hacer las provisiones y pagar á los soldados. Juntáronse córtes del reino en Madrid. En estas córtes se establecieron algunas notables leyes: una, que en la casa real ninguno tuviese mas que un oficio : otra, que sin llamar córtes no se impusiesen nuevos pechos : tercera, que no se diesen beneficios á los extranjeros. Los pueblos otrosí ofrecieron el dinero necesario para la guerra tanto con mayor voluntad que los moros por el mismo tiempo se apoderaran de la villa de Priego, que está á la raya de los dos

reinos, y era de la órden de Calatrava. No fue necesário derramar sangre porque el mismo alcaide que la tenia en guarda, la entregó. Buscaban algun medio para sosegar á don Juan Manuel y sus consortes, y demás desto para granjear al rey de Aragon y hacer que acudiese con sus fuerzas en ayuda desta guerra. Lo uno y lo otro se efectuó; y en particular para reducir á don Juan le restituyeron á doña Costanza su hija que hasta entonces la detuvieron en la ciudad de Toro, con que la cuita y la afrenta se doblaba: repudiada y tenella como presa. Por otra parte apretaron á Juzeph el judio de Ecija de quien se ha hablado, para que diese cuenta de las rentas reales que tenia á su cargo: todo á propósito de hallar ocasion para derriballe, que no podia faltar. Fue así que no hizo su descargo bastantemente: con esta color le privaron del cargo de tesorero general. Demás desto para adelante ordenaron que á ninguno que no fuese cristiano, se encargase aquel oficio. Asimismo que el tesorero no se llamase Almojarife, apellido que por ser arábigo era odioso, sino que adelante se nombrase tesorero general: ordenanza que dió satisfaccion á todo el reino.

El rey de Portugal envió quinientos caballos de socorro: el de Aragon y don Juan Manuel prometieron de hacer entrada en tierra de moros por otra parte. Era don Juan Manuel frontero por la parte de Murcia, y por su teniente Pero Lopez de Ayala. El rey de Castilla juntado que tuvo su ejército, rompió por la parte del Andalucía en tierra de Granada: puso cerco sobre Teba de Hadales villa muy fuerte, que fue el año de 1330. Ozmin con seis mil ginetes que



Sello de don Alonso XI.

su rey le dió, estaba alojado en Turron tres leguas de Teba, desde donde hacia gran daño á nuestra gente, mayormente cuando salian á hacer forrage ó dar agua á los caballos, que por lo demás no se atrevia venir á batalla. En este medio los cristianos ganaron la villa de Pruna: Ozmin cautelosamente envió tres mil caballos al rio que allí cerca pasa, para dar vista á los enemigos, y por otra parte cuando la batalla estuviese mas trabada apoderarse él de nuestros reales. Fue el rey avisado de este intento. Envió adelante un grueso escuadron de gente contra los moros, y él con los demás á punto se quedó en el real, que fue engañar una astucia con otra: además que los moros fueron puestos en huida, y los nuestros en su seguimiento con el mismo ímpetu que llevaban, entraron por los reales contrarios que no tenian defensa, saquearon y robaron todas las tiendas y bagaje. Con esto los de Teba, perdida la esperanza de defenderse, por el mes de agosto rindieron la villa, salvas solamente las vidas. Cañete otrosi y Priego sin dilacion hicieron lo mismo sin otros muchos castillos y fortalezas. Fue tanto mayor la honra que ganó el rey don Alonso, que ni el de Aragon, ni don Juan Manuel ayudaron como prometieron por su parte. (1) El uno

(1) En los *Indices Latinos* de Zurita se lee que el de Argon envió al maestre de Montesa, á los comendadores de Montalban y Alcañiz, y al vizconde de Cabrera con la mesnada del rey, y además una escuadra de diez galeras, y algunas otras naves menores, corrió los mares hasta el estrecho para impedir que viniesen socorros de Africa. Despues envuelto en guerra contra los genoveses sobre la isla de Cerdeña, ya no le fue posible socorrer al de Castilla.

aun no andaba bien llano, el otro se escusaba con los ginoveses que le alborotaban la isla de Cerdeña, á que le era forzoso acudir, demás desto el socorro de Portugal se era tornado á su tierra. Todo esto fue ocasion de nuevo desabrimiento, en especial contra don Juan Manuel y sus aliados, y de tomar asiento con los moros, como se hizo á la primavera, debajo que cada año pagase de tributo doce mil ducados. Esto asentado, se dió lugar al comercio y trato de una parte á otra, y saca á los moros de trigo y otras provisiones de Castilla. Todo lo cual se efectuó con tanto mayor voluntad que el rey en Sevilla, do se concertaron las paces se comenzaba á entregar á doña Leonor de Guzman de tal suerte que la tenia y trataba como si fuera su legítima mujer. Esta señora en linaje, apostura y riquezas se pudiera tener por dichosa: su padre fue Pero Nuñez de Guzman, su marido Juan de Velasco que poco antes falleciera: con la conversacion del rey mas fama ganó que loa. Deste trato tuvo mucha generacion, y en particular un hijo que despues de su muerte y despues de grandes trances últimamente vino á ser rey. El capitan Ozmín (1) falleció en la ciudad de Granada; dejó dos hijos Abraham y Abucebet. El rey moro, privado de tal amparo y consejo, y con deseo de intentar nuevas esperanzas pasó en Berbería para traer dende nuevas gentes y dar principio á una nueva guerra brava y sangrienta, cual fue la que adelante se encendió en España, segun que en el libro siguiente se declara.

LIBRO DECIMOSESTO.

CAPITULO I.

Como el rey de Granada pasó en Africa.

La tercera parte de la redondez de la tierra es Africa. Tiene por linderos á la parte del Occidente el mar Océano Atlántico, á la del Oriente á Egipto y el mar Bermejo, mar bajo y sin puertos: al Setentrion la baña el mar Mediterráneo. Combatida por el un costado y por el otro de las furiosas olas del mar Océano, de anchísima que es, se estrecha y adelgaza en forma piramidal hasta rematarse por la banda del Sur en una punta que llamaron primero cabo de las Tormentas, y hoy se llama el cabo de Buena-Esperanza. Los moradores desta tierra son de muchas raleas, diferentes en leyes, ritos, costumbres, trajes, color y en todo lo al. Lo mas interior habitan los ethiopes largamente derramados, todos de color bazo ó negro. Síguense luego los de Libia, y despues los numidas, generaciones de gentes que se dividen entre sí, y parten términos por las altas cumbres y cordilleras del monte Atlante. Por la costa y ribera de nuestro mar se estienden los que por su propio nombre llamamos africanos, berberiscos ó moros. En esta parte los campos son buenos de pan llevar y para ganados: arboledas hay pocas, llueve en ellos raras veces: tienen asimismo pocas fuentes y rios. Los hombres gozan de buena salud corporal; son acostumbrados al trabajo y muy ligeros: vencen las batallas mas con la muchedumbre de la gente, que con verdadero valor y valentia: sus principales fuerzas consisten en la gente de á caballo.

En esta provincia Albohacen Noveno rey de Marruecos, de la familia y linaje de los Merinos, poseia por este tiempo un anchísimo imperio; habia con perpetua y dichosa guerra domado todas los principes comarcanos, y era el que parecia podia aspirar al señorío de toda España por ser muy temido de los cristianos, y por su persona hombre singular, de loables costumbres, dotado de muchas partes así del alma como del cuerpo. Traia guerra con Botefin, rey de Tremecé, llevando adelante en esto las enemistades que su padre con él tuvo. Esto era lo que le faltaba para acabar de sujetar toda aquella provincia, y lo que le hacia estorvo para acometer á España, á que le incitaban las antiguas victorias de sus antepasados, y encendíale el deseo de restituir en España y adelantar el imperio de los moros. Mahomad rey de Granada, como el que tenia pocas fuerzas, pasó el mar para verse con Albohacen, deseos de que fuesen compañeros en la guerra, y de revolver á Africa con España. Llegado á Fez, ciudad novilísima de la Mauritania Tingitana, fue espléndida y magníficamente recebido y tratado del rey bárbaro, puestas en olvido las contiendas viejas que antes tuvo, ca era enemigo de Ozmin y de su casa. Cada uno dellos procuró mostrarse al otro mas cortés, dadivoso y mas amigo. Llegaron á tratar de sus haciendas un dia para ello señalado. El rey de Granada habló al rey bárbaro en esta manera:

«En España (poderoso rey), apenas podemos sufrir la guerra: las fuerzas de mi reino estan ya gastadas, y la gloria de nuestra gente escurecida: no sabré facilmente decir si los tiempos ó nosotros tenemos la culpa dello. En el postrer rincon de la Andalucía estamos ya retirados, cercados de todo género de miseria, de manera que con dificultad conservamos la libertad y la vida. Tengo vergüenza de decirlo, pero en fin lo diré: ojalá se nos concediera ser sujetos con algunas honestas y tolerables condiciones, y que pudiéramos estar seguros de que nuestros enemigos nos las guardáran; pero habémoslas con quien piensa que gana el cielo haciéndonos daño y engañándonos, y que para con nosotros no hay religion ni juramentos que les obliguen á guardarnos las treguas y capitulaciones que nos prometieron. Hácennos entradas cada año, quémannos las mieses, echan fuego á los campos, arruinan los pueblos y nos roban las mujeres, los niños y viejos, y los ganados: no podemos ya respirar; vémonos en estado que nos seria mejor morir de una vez que sustentar vida tan llena de peligros y miserias. ¿Dónde está aquella valentia de nuestros antepasados, con la cual con increible presteza, llenos de gloria y de victorias, corrieron la Asia, Africa y España, y con solo el miedo y fama de su valor juntaron naciones tan divisas y apartadas? Torpe cosa es no imitar los hechos valerosos de nuestros mayores; empero no sustentar la autoridad, gloria y reinos que nos dejaron, es gran maldad y mengua.

»En estos trabajos y miserias hasta aquí nos ha sustentado la esperanza, puesta en tu felicidad, virtud y grandeza sin par: ahora me ha forzado á que dejado mi reino pasase en Africa á echarme á tus piés. Séame de provecho confesar la necesidad que tengo de tu amistad y amparo. Real cosa es corresponder á la voluntad de aquellos de quienes eres suplicado: mas tomar la defensa de tu gente, amparar los miserables, ser tenido (como lo eres) por escudo y defensor de la santa ley de nuestros abuelos, te igualará con los inmortales. Sujetados ya todos los pueblos de Africa y rendidos á tu poder, se ha de acabar la guerra y dejar las armas, ó las has de volver contra otras gentes. Muchos grandes príncipes fueron mas famosos durante el tiempo de la guerra, que despues de alcanzada la victoria. Lo que se pierde con la descuidada y ociosa paz, se repara con las armas en la mano con ganar nuevos reinos, fama y riquezas. Por vecinos tienes los españoles, que sólo un angosto estrecho de tí los aparta, y ellos estan divididos en muchos señoríos y se abrasan con guerras civiles: tan enemigos son entre sí que no se juntarán puesto que vean armas estrañas en su tierra. Tú tienes fortísimos ejércitos, práticos y esperimentados con las continuas guerras;

(1) Le llaman Othman ú Othoman los escritos árabes.

»en la entrada de España fortísimos castillos, muy á »propósito para la guerra: á nos no faltan soldados, »armas, bastimentos y dineros con que poder ayudar. »Todo lo que se ganare, será tuyo; yo me contentaré »con la parte que darme quisieres de la presa: el ma»yor premio que yo espero de la victoria, es la ven»ganza de una tan mala y abominable gente.»

El rey bárbaro respondió á esto que su venida le daba mucho contento, y le era muy agradable le solicitase para que juntasen las armas y hiciesen la guerra de consuno; que siempre les sucedió bien el tener ambas gentes amistad: por el contrario de las discordias se les recrecieran graves daños. Luego que hubiese dado fin á las resultas de las guerras de Africa, pasaria con todos sus ejércitos en España; de presente le parecía seria bien enviar delante á su hijo Abomelique con un buen golpe de gente de á caballo, que seria meter tales prendas en la empresa para continuar lo que entre ellos quedaba asentado. Entretanto que esto pasaba en Africa, los moros de Granada, y por sus capitanes Reduan y Abucebet, entraron en tierra de Murcia, talaron y robaron los campos, destruyeron en particular y quemaron á Guardamar (1): este es un pueblo llamado así porque está sobre el mar edificado á la boca del rio Segura. Con esta cabalgada llevaron cautivas mil y docientas personas. Venido el rey Mahomad á Granada, don Juan Manuel y los demás sediciosos se determinaron á tratar con él de conciertos: hiciéronse las amistades y alianza por medio de Pedro Calvillo que andaba de una parte á otra en estos tratos. Estaban los pechos de todos tan llenos de una diabólica discordia, que sin tener memoria de la Cristiana Religion ni misericordia de los suyos, por hacer pesar á su rey y vengar sus particulares enojos, no echaban de ver ni curaban destos grandísimos apercebimientos de guerra que contra la misma cristiandad se hacian, ni la tempestad que se armaba.

CAPITULO II.

Que Abomelique vino á España.

Vivia todavía doña Isabel reina de Portugal, y aunque en lo postrero de su edad, tenia corazon y buen ánimo para tomar cualquier trabajo por la comun salud y paz pública. Rogó al rey de Castilla fuese á Badajoz. Destas vistas ningun mayor provecho resultó que visitar el rey y acariciar con todo género de respeto y benevolencia á una santísima mujer, abuela suya. Venia el rey desta ciudad cuando don Alonso de la Cerda, el que en vano tanto tiempo y tantas veces con grave peligro de la república movió guerra sobre el derecho del reino, con la edad mas cuerdo sin pensarlo nadie se encontró con él en el lugar de Burguillos, y echándose á sus piés le besó la mano, señal entre los castellanos de honra y de protestacion de vasallaje. Fue este hecho gratísimo al rey; y á don Alonso saludable y de importancia, ca fue restituido en su tierra, y se le dieron ciertas villas con cuyas rentas pudiese sustentarse. Habíase casado en Francia con una nobilísima señora llamada Madelfa, de la sangre de los reyes de Francia, en quien tuvo dos hijos, á don Luis y á don Juan. Don Luis que era el mayor, vino con su padre á España; á don Juan como pariente tan cercano el rey de Francia dió el ducado de Angulema, y despues le hizo su condestable, dignidad que hoy en Castilla ha quedado solo en una sombra y vano título casi sin poder ni jurisdiccion alguna: pero en Francia en las cosas de la guerra es la suprema potestad y autoridad despues de la real.

(1) Batieron las murallas con cañones, segun la carta que los habitantes de Alicante escribieron al rey don Alonso IV de Aragon.

Llegó el rey á Talavera, villa que está en la Carpetania hoy reino de Toledo: en esta sazon Santolalla, que es un pueblo puesto en la mitad del camino entre Talavera y Toledo, era de don Juan Manuel. Deste pueblo salian bandas de gente perdida á saltear los caminos, mataban los hombres y robaban los campos: estos fueron presos por mandado del rey, y convencidos de sus delitos, los castigaron con pena de muerte. Un semejante ejemplo de justicia mandó hacer en Toledo, de donde se fue á Madrid y á Segovia y á Valladolid. En esta villa doña Leonor le parió un hijo que llamaron don Pedro, á quien dió el señorío de Aguilar del Campo para remediar la falta del dinero que padecia, con malo é imprudente acuerdo acuñó un género de moneda baja de ley, que llamaron cornados, de que se siguió gran carestía y falta en los mantenimientos en grave daño y enojo del pueblo porque falseada y adulterada la moneda luego cesaron los tratos y comercio.

Estando el rey en Burgos, le vinieron embajadores de aquella parte de Cantabria ó Vizcaya que llaman Alava, que le ofrecian el señorío de aquella tierra que hasta entonces era libre, acostumbrada á vivir por sí misma con propios fueros y leyes, escepto Victoria y Treviño que mucho tiempo antes eran de la corona de Castilla. En los llanos de Arriaga, en que por costumbre antigua hacian sus concejos y juntas, dieron la obediencia al rey en persona: allí la libertad en que por tantos siglos se mantuvieron inviolablemente, de su propia y espontánea voluntad la pusieron debajo de la confianza y señorío del rey: concediéseles á su instancia que viviesen conforme al fuero de Calahorra: confirmóles sus privilegios antiguos, con que se conservan hasta hoy en un estado semejante al de libertad, ca no se les pueden imponer ni echar nuevos pechos ni alcabalas. De todos estos conciertos hay letras del rey don Alonso, su data en Victoria á dos dias de abril del año de nuestra salvacion de 1332. En esta ciudad instituyó el rey un nuevo género de caballería que se llamó de la Banda, de una banda ó faja de cuatro dedos en ancho que traian estos nuevos caballeros, de color rojo ó carmesí, que por encima del hombro derecho y debajo el brazo izquierdo rodeaba todo el cuerpo, y era el blason de aquella caballería y señal de honra. No se admitian en esta milicia ó caballería sino los nobles ó hijosdalgo, y que por lo menos diez años hobiesen servido en la guerra y en el palacio real. No se recebia otrosí en ella los mayorazgos de los caballeros y señores. El mismo rey fue elegido por maestre de toda esta junta y caballería: honra y traza con que los mancebos nobles y generosos se inflamaban y alentaban á acometer grandes hechos y acabar cosas árduas.

Esta caballería mucho tiempo fue tenida en grande estima: despues por descuido de los reyes que adelante reinaron, y por la inconstancia de las cosas se desusó de manera que al presente no ha quedado della rastro ni señal alguna. Visitó el rey la iglesia del apóstol Santiago en Compostella, y en ella se armó caballero, y en Burgos él y la reina fueron coronados por reyes. Hizo en ambas ciudades el oficio y ceremonia don Juan de Lima arzobispo de Santiago. La reina por su honestidad no fue ungida, demás que estaba preñada. Halláronse presentes gran número de prelados: armó el rey caballeros á muchos señores y nobles, que le presentaron delante armados de todas piezas de punta en blanco; y aun se ordenó para adelante, y se guardó que desta misma suerte se diese siempre y tomase la órden de la caballería.

El público regocijo y contento que desto resultó, destemplaron y menoscabaron dos cosas de disgusto que sucedieron: la primera fue que se comenzó á tratar divorcio entre doña Blanca y don Pedro infante de Portugal; la segunda, que pretendia en lugar de

doña Blanca recebir por mujer y casarse con doña Costanza hija de don Juan Manuel: ambas á dos cosas eran pesadas y desabridas para el rey de Castilla. Doña Blanca era enfermiza y mañera, que no podia tener hijos. El principal autor y movedor deste divorcio Fernan Rodriguez de Balboa prior de San Juan aconsejaba á la reina, cuyo canciller era, lo procurase para vengarse en esta forma del amancebamiento tan continuado y feo de su marido. En esta sazon el rey tuvo en la reina á don Fernando, que si viviera, fuera sucesor en el reino, y en doña Leonor su combleza á don Sancho á quien dió la villa de Ledesma. Los dos nacieron en un mismo tiempo en Valladolid. Demás desto Abomelique hijo del rey de Marruecos, como quedó concertado con el rey de Granada, pasó el estrecho de Cádiz, y en Algecira se intituló rey della y de Ronda. Vinieron con él de Africa siete mil ginetes con codicia, intento y esperanza de enseñorearse de toda España.

En el principio del año de 1333 á los trece de enero el arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna celebró concilio en Alcalá de Henares, *indictione prima*, y del pontificado de Juan Vigésimo-segundo el año diez siete. Abomelique asimismo se puso sobre Gibraltar luego por el mes de febrero: combatiéronla sus gentes con mantas, torres, y con todo género de máquinas militares. El rey se detuvo algunos dias en Castilla la Vieja para apaciguar algunos alborotos de gente sediciosa; pero envió delante á Jofre Tenorio almirante de la mar, y á los maestres de las órdenes militares para que por tierra socorriesen á los cercados: desigual ejército contra tan grandes fuerzas como eran las de los moros. Padecian grande falta de mantenimientos en la villa por culpa y negligencia de su alcaide Vasco Perez, que por hacer de la guerra granjería no la tenia apercebida de almacen y municiones, ni de soldados. Por otra parte el rey de Granada hizo entrada en tierra de Córdoba, grandes robos y quemas en los campos: tomó á Cabra, derribóle el castillo, y llevó cautivos todos sus moradores por traicion del alcaide que llamó á los moros, y los metió dentro de la villa y los entregó el castillo.

Gibraltar despues de padecidos grandes trabajos, y perdida la esperanza de poderse defender, en el mes de junio se dió á partido: salvas la libertad y vidas de los soldados y de los vecinos. El alcaide Vasco Perez por acusarle su conciencia de la maldad cometida, y temer la indignacion del rey y el odio del reino, se pasó en Africa. Esta pérdida causó de presente grande dolor y puso para lo de adelante grandísimo miedo, por acordarse que la general pérdida y destruicion que los moros hicieron en España, comenzó y tuvo principio por aquella parte. El rey de Castilla pareciéndole que dejaba sosegados los sediciosos, hechos por todo el reino grandes llamamientos y juntas de gente de guerra, y puesto en órden un buen ejército, en lo recio del estío vino á Sevilla, tarde y sin ningun provecho para el socorro de Gibraltar que ya halló en poder de moros. Diéronle esta nueva de la pérdida de Gibraltar en Jerez: todavía con esperanza de cobrarla antes que los moros la fortificasen y municionasen, con grande presteza fué sobre ella. Hallóse en esta jornada don Jaime de Exerica con algunas compañías de aragoneses.

Cerca del pueblo con varios sucesos se escaramuzó muchas veces, la batalla campal ambas partes la esquivaban. Abomelique no se descuidaba, ni se ensoberbecia con la victoria: el rey tenia esperanza de volver á ganar á Gibraltar. Desbarató sus intentos la falta de bastimentos que se comenzó á sentir en los reales, porque aunque se traia continuamente gran copia dellos por el mar, la gran muchedumbre de gente brevemente los consumia. Por esta mengua muchos soldados desamparaban el real, y caian en manos de Abomelique, que tenia puestas celadas en los lugares que para esto eran mas cercanos y á propósito. Puso en esto tanta vigilancia y cuidado, que cautivó muchos soldados, y en tan gran número, que con gran deshonra y mengua del nombre cristiano se dice que se vendia un cautivo por una dobla de oro. Acudió el rey de Granada, con cuya venida Abomelique, y por ver nuestro ejército disminuido y sus fuerzas quebrantadas, cobrado nuevo esfuerzo y ánimo se determinó de presentar al rey la batalla: con esta resolucion sacó todo el ejército tres veces en campaña.

Al rey de Castilla le pareció que era el mejor consejo el mas seguro, ca fuera temeridad con vana esperanza de un buen suceso arriscar el todo y ponerlo á la temeridad de la fortuna y trance de una batalla. Los mas cuerdos y prudentes juzgaban asimismo que si tomaban á Gibraltar, que era á lo que allí eran venidos, todo lo demás se haria bien: á esta causa se resolvió de escusar la batalla. Cerraron pues todos los reales con un foso y albarrada para estorbar los rebatos de los enemigos: tiróse este foso desde el mar haciendo un cierto seno y vuelta, y yéndose encorvando conforme á la disposicion de los lugares, de manera que con la otra punta del arco tocaba en la otra ribera. Estas dos cosas interpretaban y creian los enemigos que se hacian de miedo, con que les creció el ánimo y concibieron grande esperanza de la victoria.

Mientras esto aquí pasaba, don Juan Manuel, y don Juan Nuñez de Lara y sus amigos, puesta confederacion con el rey de Aragon, hacian gravísimos daños en la raya de Castilla. Habíaseles juntado don Juan de Haro señor de los Cameros, caballero rico, poderoso y de muchos vasallos: así de la parte que debian venir socorros y gente, de allí resultó daño gravísimo. Por esto á pedimento de los moros les concedió el rey treguas por término de cuatro años, á tal empero que todavía el rey de Granada pechase y acudiese con las parias que solia: con tanto se quedó Gibraltar por los moros no sin grande nota y menoscabo de la magestad real. El rey que consideraba prudentemente el peligro, juzgó aquellos partidos por honrados que eran mas conformes al tiempo y aprieto en que se hallaban las cosas, sin hacer caso de las murmuraciones del vulgo, ni de la que llaman honra la gente menos considerada.

CAPITULO III.

De las muertes de algunos príncipes.

Hechas las treguas, los reyes de Castilla y de Granada se hablaron, y en señal de amistad comieron á una mesa: hiciéronse asimismo á porfía ricos presentes, y diéronse el uno al otro joyas y paños de gran valor: cortés contienda y liberalidad en que el moro quedó vencido, camino por do se le ocasionó su perdicion y ruina. El rey de Castilla se volvió á Sevilla, salva y entera la fama de su valor, no obstante los malos sucesos que tuvo. Abomelique se partió para Algecira, y el rey de Granada caminó á Málaga con deseo de ver aquella ciudad. Allí los hijos de Ozmin (que á todas estas cosas se hallaron presentes) se conjuraron de matarle. Abominaban y blasfemaban dél: cargábanle que con la familiaridad y trato que tenia con los cristianos, á sí mismo, y á su nacion y secta deshonraba. Acaso traia puesta una ropa que le dió el rey de Castilla: esto les encendió mas el enojo y saña que contra él tenian, y les dió mayor ocasion de calumniarle.

Andaba con el rey un cierto moro llamado Alhamar, de la sangre y alcuña de los primeros reyes de Granada, mas noble que señalado ni de grande cuenta. A este tentaron primero los hijos de Ozmin, y le persuadieron que se vengase de la notoria injuria y agravio que se le hacia en tenerle usurpado el reino

que de derecho le venia y que castigase el grande desacato que contra su secta se cometia. Concertada la traicion, estando el rey muy seguro y descuidado della, le mataron á puñaladas en veinte y cinco dias del mes de agosto. Reduan, que á este tiempo era el caballero de mas autoridad, y que habia sido alcaide y justicia mayor de Granada á la sazon ausente, no supo cosa alguna ni fue en esta cruel traicion, este procuró que un hermano del muerto, que se llamaba Juzeph Bulhagix, fuese alzado por rey de Granada, como lo hizo: cosa soberbia y muy odiosa dar el reino de su mano, mayormente dejando sin él á Ferraquen hermano mayor del rey muerto. Desta manera andaban las cosas revueltas entre los moros. Pasáronse al nuevo rey los de Aguilar don Gonzalo y don Fernando hermanos, señores de Montilla y de Aguilar, caballeros poderosos en el Andalucía. Estaban estos caballeros (aunque no se sabe la causa) desavenidos y mal enojados con su rey. Empezáronse á hacer robos y entradas en las rayas de los reinos, con que se rompieron las treguas que poco antes se concertaron.

El rey de Castilla se detuvo en Sevilla mas tiempo del que se pensó, y aun del que él quisiera: esperaban en qué pararian estos movimientos. Pasaron mas adelante los daños, y aun revolvieran guerra formada contra los cristianos, si Abomelique no fuera llamado de su padre, y le mandara volver á Africa para que le sirviese en la guerra de Tremecen. Con su partida se volvieron á tratar treguas con el nuevo rey de Granada. Y en el principio del año de 1334 se concluyeron y asentaron por otros cuatro años, sin que el rey de Granada quedase obligado á pechar las parias y tributo que cada año solia; tanto era el deseo que tenia el rey de quedar libre para castigar los sediciosos y alborotados. En este tiempo de un parto de doña Leonor de Guzman le nacieron al rey dos hijos, don Enrique y don Fadrique, bien nombrados adelante.

Primero pasó el invierno que el rey pudiese desembarazarse de la Andalucía. A la primavera vino á Castilla, y fue á Segovia y de allí á Valladolid. Los grandes que estaban rebeldes, como no eran tan poderosos que pudiesen hacer guerra sino correrías y robos, comenzaron á ser molestados haciéndoseles daños y entradas en sus tierras, con que en el señorio de Lara fueron muchas villas tomadas por el rey, como Ventosa, Bustos, Herrera, y lo demás que en tierra de Vizcaya tenian aquellos señores, y no estaba acabado de allanar, se recibió á merced debajo del amparo real. En una junta que se hizo en Guernica debajo de un antiquísimo árbol á la usanza de vizcaínos, fue el rey en persona jurado y le prometieron fidelidad: algunas fuerzas y castillos quedaron todavía en aquella tierra por los de Lara, que no se quisieron dar al rey, confiados mas en ser inexpugnables por el sitio y naturaleza de los lugares, que en otra cosa alguna. Don Juan de Haro en su villa de Agoncillo por mandado del rey fue degollado: y toda su tierra como de rebelde confiscada. La villa de los Cameros dejó á sus hermanos don Alvaro y don Alonso, porque del todo no pereciese el señorío y el nombre de esta ilustrísima casa.

El alcaide del castillo de Iscar confiado en su fortaleza, y porque la tenia bien bastecida, cerró las puertas al rey, por lo cual siendo preso, le fue cortada la cabeza: aviso con que se entendió que ningun juramento, ni homenaje hecho á los senores particulares, escusa los desacatos que contra los reyes se cometen. Por estos mismos dias en los postreros del mes de agosto parió la reina en Burgos un hijo que se llamó don Pedro, que por muerte de don Fernando su hermano por triste y desdichada suerte suya y de Castilla sucedió en fin en el reino. De dona Leonor nació al rey otro hijo llamado eso mismo don Fernando. En Aragon murieron dos hermanos de aquel rey uno en pos de otro. Don Jaime maestre de Montesa (1) murió en Tarragona, donde antes renunció el derecho del reino, don Juan arzobispo de Tarragona en lugar de tierra de Zaragoza que llaman Povo, á los diez y ocho de agosto: enterraron su cuerpo en la iglesia de Tarragona dentro de la reja del altar mayor. Iba á verse con el rey su hermano. Sucedióle en el arzobispado Arnaldo Cascomes obispo que era de Lérida.



Doña María de Navarra, primera mujer de don Pedro IV.

El rey de Aragon aunque se hallaba en lo bueno de su edad, por sus continuas indisposiciones que le sobrevinieron, luego que se volvió á casar, alzó la mano no solamente de las cosas de la guerra sino tambien del gobierno del reino; lo cual todo encargó á don Pedro su hijo mayor. La reina doña Leonor (como aquella que mandaba al rey) con sus continuos é importunos ruegos alcanzó del que diese á sus hijos don Fernando y don Juan algunas villas y ciudades, entre las demás fueron Orihuela, Albarracin y Monviedro (2): recebia en esto notable agravio y perjuicio el infante don Pedro, ca le disminuian y acortaban un reino que de suyo no era muy grande. Acusábanle al rey un juramento que los años pasados hizo en Daroca, en que se obligó y estableció por ley perpétua que no enajenaria cosa de la corona real.

Murmurábase en el reino este hecho: rugíase que el rey no tenia valor, y que se dejaba engañar de las caricias y mañas de la reina que le tenia como enhechizado. Desta ocasion entre la madrastra y el alnado resultó un mortal odio, de que se siguieron grandes alborotos en el reino. La reina para hallarse aperce-

(1) Ningun documento dice que hubiese en este tiempo maestre de Montesa llamado Jaime.

(2) Fue la principal Tortosa con el título de marqués.

bida suplicó al rey de Castilla tuviese por bien que se viesen: otorgó él con los ruegos de su hermana: viéronse en Ateca aldea en tierra de Calatayud; el rey prometió á la reina de asistilla con sus fuerzas, y no faltarle cuando le hubiese menester. Don Juan de Exerica y su hermano don Pedro, que seguian la parcialidad de la reina, quedáron animados á la servir y amparar cuando se ofreciese, y por cuanto sus fuerzas alcanzasen.

CAPITULO IV.

De algunos movimientos de navarros y portugueses.

En el principio del año siguiente que se contaba de 1335, don Juan Manuel atemorizado con el mal suceso de don Juan de Haro, y tomando escarmiento en el de Lara, se reconcilió con el rey. El contento del reino fue estraordinario por ver acabadas en tan breve tiempo cosas tan grandes, y por la esperanza de la paz y sosiego por todos tanto tiempo deseada. En las ciudades y villas se hicieron grandes regocijos, juegos y espectáculos públicos. En Valladolid se hizo un torneo, en que los caballeros de la Banda desafiaron á los demás caballeros, y fueron los mantenedores del torneo: el rey se halló en él, pero en hábito disfrazado porque se tornase con mayor libertad. Diéronse grandes encuentros y golpes sin hacerse mal ni herirse, salvo que algunos fueron de los caballos derribados. Despartióse el torneo, sin que se pudiese averiguar á cual de las partes se debiesen dar los premios y prez y las joyas que tenian aparejadas para el que mas se señalase.

Las cosas humanas, como son vanas é inconstantes, facilmente se truecan y mudan y revuelven en contrario, y ansi este universal contento se anublo con nuevas que vinieron de que se volvian á alterar los humores. El rey de Portugal persistia en su intento de repudiar á doña Blanca y de casarse con doña Costanza, determinado si no pudiese cumplir su deseo por bien, de alcanzarlo por la espada, por lo menos meterlo todo á barato. El hijo mayor del rey de Aragon se concertó de casar con doña María hija del rey de Navarra, anteponiéndola en la sucesion del reino (aunque era menor de edad) á su hermana doña Juana, si el rey muriese sin dejar hijos varones (1): el autor destos conciertos fue el virey de Navarra don Enrique. Ambas á dos cosas fueron pesadas y desabridas para el rey de Castilla, porque se entendia que estas alianzas se hacian para ser mas poderosos contra él. A la verdad el infante de Aragon don Pedro por el odio que tenia con su madrastra, se confederó con los navarros, que tomaron de sobresalto el monasterio de Fitero que era el señorío de Castilla: esceso que por un rey de armas les fue demandado, y enviaron embajadores al rey de Aragon para quejarse destos desaguisados: escusóse aquel rey con su poca salud, y alegar que no era poderoso para ir á la mano á su hijo en lo que hacer quisiese. Con esta respuesta de necesidad se hubo de romper la guerra: envióse contra los navarros un grueso ejército, y por capitan general Martin Portocarrero, porque don Juan Nuñez de Lara en quien el rey tenia puestos los ojos para que hiciese este oficio, se escusó de aceptarle. Juntáronse las gentes de la una parte y de la otra: dióse la batalla junto á Tudela: fue muy cruel y reñida: quedaron vencidos y destrozados los navarros y muchos dellos anegados en el rio Ebro. Entendióse haberles sucedido este desastre por falta de capitan, porque el virey don Enrique se quedó en Tudela por miedo del peligro ó por respeto de la salud y bien público, que dependia de la conservacion de su persona. Don Miguel Zapata aragones no se halló en la batalla á causa que se entretuvo en fortalecer á Fitero, creyendo que el primer ímpetu de la guerra seria contra aquel pueblo; mas ya que se queria fenecer la batalla, se descubrió encima de unos cercanos montes de aquella campaña, con cuya llegada se rehizo el campo de los navarros: los aragoneses como quier que entraron descansados, entretuvieron por un rato la pelea; pero al fin fueron desbaratados y vencidos por los de Castilla, y preso su capitan: no fue tan grande el número de los muertos como se pensó. Los castellanos se hallaron cansados con el contiuuo trabajo de todo el dia, demás que con la oscuridad de la noche que cerró, no se conocian, mayormente que todos por saber la lengua castellana apellidaban Castilla: ardid que les valió para que la matanza fuese menor.

Por otra parte los vizcainos con su capitan Lope de Lezcano, destruida la comarca de Pamplona, tomaron en aquellos confines el castillo de Unsa. Con estos malos sucesos se reprimió la osadía y atrevimiento de los navarros, y se castigó su temeridad. En un mismo tiempo se derramó la fama destas cosas en Francia y en España. Estaba entonces el rey de Castilla en Palencia enfermo de cuartanas, donde por lástima que tuvo de los navarros, mandó á Portocarrero que no les hiciese mas guerra ni daños; parecíale quedaban bastantemente castigados, hora hobiesen tomado las armas de su voluntad, hora hobiesen sido á tomarlas forzados: sacóse el ejército de aquella provincia junto con el pendon del infante don Pedro, que le llevaron á la batalla por que los grandes señores no rehusasen de ir á esta guerra, como si fuera á ella la misma persona real del infante.

La fama destos sucesos movió á Gaston conde de Fox á que viniese á restaurar las cosas malparadas de los navarros, obligado á ello por la antigua amistad que entre sí ambas naciones tenian, y facilitado con la vecindad destos dos estados. Venido el de Fox, acometieron á Logroño ciudad principal de aquella frontera. Salió contra ellos mucha gente de los pueblos comarcanos, y juntos con los ciudadanos de Logroño pasaron el rio Ebro. Dieron en los enemigos, peleóse bravamente, y fueron vencedores los navarros. Recogiéronse en la ciudad los vencidos con propósito de se defender con el amparo y fortaleza de los muros. Ruiz Diaz de Gaona, capitan y ciudadano de Logroño, hizo en esta retirada un hecho memorable, que con una estraña osadía, ayudado de solos tres soldados, defendió á todo el ejército de sus enemigos que no pasasen el puente, porque mezclados con su gente no entrasen el pueblo; murió él en esta defensa, y sus compañeros que quedaron con la vida, defendieron el pueblo que no se perdiese, ca los navarros viendo que no le podian tomar, se volvieron.

En el tiempo que las cosas se hallaban en este estado, sucedió que Juan arzobispo de Rems yendo en Romería á Santiago, pasó acaso por esta tierra. Este prelado era un varon muy santo y de grande autoridad entre estas dos naciones, por cuya solicitud y diligencia se concertaron y hicieron paces: tanto á las veces puede la diligencia de un solo hombre, y tan grandes bienes dependen de su autoridad. En este mismo tiempo de tres reyes Albohacen, Philipe de Francia y Eduardo de Ingalaterra vinieron tres honradas embajadas al rey de Castilla. Movíanse á esto por la gran fama que tenia acerca de las naciones comarcanas. De África le enviaron muy ricos presentes: pedian se confirmasen las treguas que tenian asentadas los nuestros con los moros. El Inglés ofrecia una hija suya para que casase con el infante don Pedro. El rey no aceptó este partido por la tierna y pequeña edad del infante, de quien sin nota de temeridad ninguna cosa cierta se podian prometer ni asegurar. Todo esto pasaba en Castilla el año de 1335 de nuestra salvacion.

(1) Porque doña Juana, que era la mayor, declaró que queria ser religiosa, como lo verificó tomando el hábito en el monasterio de Longcamps, cerca de París.

Poco despues entrante el año próximo el rey de Aragon don Alonso murió en Barcelona á veinte y cuatro de enero: varon justo, pio y moderado; por esto tuvo por renombre y fue llamado el Piadoso. Fue mas dichoso en el reinado de su padre que en el suyo á causa de la poca salud que siempre tuvo, que por lo demás no le faltó virtud ni traza, como se pudo bien ver por las cosas que hizo en su mocedad. A don Jaime el hijo menor del primer matrimonio dejó el condado de Urgel, y don Pedro quedó por heredero del reino. Los hijos del segundo matrimonio dejó heredados en otros estados, segun que arriba queda apuntado. La reina doña Leonor por recelo que el nuevo rey por los enojos pasados no le hiciese algun agravio á ella y á sus hijos, á grandes jornadas se fué luego á Albarracin, donde por ser aquella ciudad fuerte y caerle cerca de Castilla, si se le moviese guerra, pensaba podria muy bien en ella defenderse. Los de Exerica por tener en mas el acudir al amparo y servicio de la reina, que cuidar de lo que á ellos tocaba, se fueron tras ella.

Por estos mismos dias de Portugal nuevas tempestades de guerra se emprendieron. La avenencia que don Juan de Lara y don Juan Manuel hicieron con el rey, no era tan verdadera y sincera que se entendiese duraría tanto como era menester. Todos entendian que mas les faltaban fuerzas, y buena ocasion para rebelarse, que gana y voluntad de ponello por obra. Traia en mucho cuidado á don Juan Manuel la dilacion de los casamientos de Portugal, y no osaba hacerlos sin la voluntad y licencia del rey, ca temia no le tomase su estado patrimonial que tenia grandísimo en Castilla. Don Pedro Fernandez de Castro y don Juan Alonso de Alburquerque, que se apartaron de la obediencia del rey de Castilla, persuadian y solicitaban al rey de Portugal para que moviese guerra á Castilla. No pudieron estar secretos tantos bullicios de guerra y tantas tramas: así el rey hizo nueva entrada en las tierras de don Juan de Lara, y le tomó algunas villas y castillos, y á él le cercó en la villa de Lerma en catorce de junio.

Combatiéronla de dia y de noche con mantas, torres, trabucos, y con todo género de máquinas de guerra. Procuróse otrosí con los vecinos de la villa que entregasen á don Juan, ya con grandes amenazas, ya con promesas: ofreciánles la gracia del rey, y libertad á ellos y á sus hijos, con apercebimiento que si se tardaban en hacerlo, los destruirian. Ninguna cosa bastó para que no guardasen una singular y gran lealtad á don Juan, confiados en la fortaleza de la villa: ni los ruegos prestaron ni las amenazas para hacer que le entregasen. Vista su determinacion, cercaron toda la villa alrededor con fosos y trincheas. Talaron y destruyeron sus campos y heredades: enviaron otrosí algunas bandas de gente para que tomasen los pueblos de la comarca. Alargábase el cerco, y los cercados por no estar bien proveidos empezaron á sentir necesidad de bastimentos. Tenian poco socorro en don Juan Manuel, puesto que para mostrar su valor y ver si podria socorrerlos salido de allí secretamente, se entró en Peñafiel, villa de su estado y cercana de Lerma. Poco faltó para que el rey no le prendiese, ca sobrevino de repente. Tuvo noticia del peligro, huyó y escapóse. El de Alburquerque mudado propósito se redujo al servicio del rey.

El rey de Portugal por sus embajadores envió á rogar al rey que alzase el cerco de Lerma. Estrañaba que hiciese agravio y maltratase á un caballero de tanta lealtad, y en particular amigo suyo. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna. El rey de Portugal para satisfacerse juntó su ejército, rompió por las tierras de Castilla: á la raya cercó á Badajoz y la combatió con gran le furia y cuidado. Envió asimismo con mucha gente á Alonso de Sosa para que robasen la tierra. Apellidáronse los de la comarca, encontraron los contrarios cerca de Villanueva, desbaratáronlos, mataron y prendieron muchos dellos; con que avisaron y escarmentaron los demás portugueses para que no se atreviesen otra vez á hacer entrada semejante. El rey mismo por temer otro mayor daño si viniesen á las manos, con todo su ejército se tornó á Portugal.

La villa de Lerma asimismo destituida del socorro que de fuera esperaba, y cansada con los trabajos de un cerco tan largo, se entregó en los postreros de noviembre. A don Juan Nuñez de Lara sin embargo recibió el rey en su amistad, y por el camino que cuidaba perderse, alcanzó grandes mercedes nuevas, y se le volvió su patrimonial estado que tenia en Vizcaya. Solo desmantelaron á Lerma en castigo de su rebelion, y para que otra vez no se atraviese á hacer lo mismo. En este año el rey de Marruecos aumentó sus reinos con el de Tremecén, cuyo rey su enemigo venció y mató. Los moros de España cobraron con esto nuevas esperanzas, y á los nuestros creció el recelo de algunos nuevos y grandes daños que de aquella pujanza podrian resultar. Todos temian y con razon la guerra que de Africa amenazaba.

CAPITULO V.

Concédense treguas á los portugueses.

Blandeaba el rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacia buenos partidos por atraerlos á su servicio. Sus caricias prestaban muy poco por ser ellos hombres revoltosos, de seso mal asentado y astutos. Tuvo las pascuas de la Navidad de nuestro Señor Jesucristo del año 1337 en Valladolid. Allí en el principio deste año hizo merced á don Juan de Lara del cargo de su alferez mayor, ca estaba determinado de recompensar con mercedes los deservicios, y vengar con blanduras las injurias que le hacian. Con este artificio y con la intercesion de doña Juana, que era madre de don Juan de Lara, recibió en su servicio y perdonó á don Juan Manuel, hombre doblado, inconstante y que á dos reyes al de Castilla y al de Aragon, los entretenia y traia suspensos. Fingia quererse confederar con cada uno dellos con intento de que si rompiese con el uno, quedase el otro con quien ampararse.

Continuábanse todavía los desabrimientos y diferencias entre el de Aragon y doña Leonor su madrastra: tratóse de concordia por sus embajadores. Todavía el de Aragon bien que daba buenas palabras, al cabo no hacia cosa. El rey de Castilla á ruego de su hermana fué á Ayllon, villa que está en la raya de entrambos reinos. Allí la reina se le quejó de los agravios y crueldad de su alnado; y con muchas lágrimas le suplicó recibiese debajo de su proteccion y amparo á ella y á sus hijos, y á los grandes que seguian su parcialidad. El rey estuvo suspenso. Pareciale por una parte inhumana cosa no favorecer á su hermana, y por otra deseaba mucho no divertirse antes de vengar los agravios recebidos del rey de Portugal. Finalmente mandó á don Diego de Haro que juntadas las fuerzas y soldados de Soria, Molina y Cuenca y de otros pueblos, hiciese entrada en Aragon. La reina doña Leonor por Burgos y Valladolid se fué á Madrid á esperar al rey (1), que en razon de aparejarse para la guerra de Portugal hacia grandes llamamientos de gentes para Badajoz, por donde cuidaba dar principio á aquella guerra. En esta sazon de doña Leonor le nació al rey otro hijo que se llamó don Tello. Lo que mas tenia enojado al rey de Portugal, era lo poco en

(1) Habia convocado córtes en esta villa á fin de que le diesen socorros para la guerra de Portugal; pero como los pueblos estaban en gran miseria, acudió á los obispos y abades, y estos con el clero de sus respectivas diócesis le dieron cuanto necesitaba.

que el de Castilla tenia á su hija la reina doña María, hasta decirse que trataba de repudiarla: parecíale que esta no era injuria que en manera alguna se pudiese disimular. De Badajoz con grandísimo ímpetu entró en Portugal: talaron los campos, y hicieron la guerra á fuego y sangre. La destemplanza del tiempo causó al rey una calentura en Olivencia, y le puso en necesidad de partirse de Badajoz en el mes de junio para Sevilla.

Por estos mismos dias Jofre almirante del mar por el rey de Castilla, talado que hobo y corrido la costa de Portugal, no lejos de Lisboa peleó con la armada de los portugueses de quien era general Pecano Ginovés: la pelea fue brava y dudosa: al principio los portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó grande temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huida. Era cosa horrenda ver en aquel espacio y ancho mar huir, dar la caza, prender y matar, y todo cuanto alcanzaba la vista estar lleno de armas y tinto en sangre. Tomáronse ocho galeras, y seis echaron á fondo, y el general Pecano con Carlos su hijo quedó preso: fue para aquella era esta victoria muy ilustre y rara, en tanto grado que á la vuelta salió el rey á recebir el almirante que entró en Sevilla con triunfal demostracion y aparato: la honra que se hace á la virtud, inflama los ánimos valerosos para emprender cosas mayores. Halláronse presentes el arzobispo de Rems embajador del rey de Francia, y el maestre de Rhodas, á quien para tratar de paces enviara por su legado Benedicto XI sumo pontífice que tres años antes sucedió al papa Juan. Ambos con todas sus fuerzas procuraron concertar y poner paz entre estos dos reyes; pero no les fue posible concluirlo, antes el rey de Castilla cobrada entera salud entró otra vez á robar y destruir á Portugal. La entrada fue por aquella parte por do solian habitar los antiguos turdetanos, que ahora se llama el Algarve. Recibieron los portugueses grave daño con esta entrada, y les causó mucho odio contra su rey, por ver que con todos sus intentos ninguna cosa mas hacia que irritar y mover contra los suyos las armas y fuerzas de Castilla. Por otra parte hacia sin provecho alguno guerra en lugares apartados, conviene á saber á los gallegos en Salvatierra destruia y quemaba los campos. Si se sentia con pocas fuerzas, ¿para qué movia guerra? y si en ellas confiaba, ¿por qué convidado rehusaba venir con los enemigos á las manos?

El rey de Castilla, venido el otoño, sin haber encontrado ningun ejército de sus enemigos se recogió á Sevilla. Este mismo año á veinte y cinco de junio murió Federico rey de Sicilia, ya cargado de edad, y famoso por la guerra que sustentó por tanto tiempo contra potencias tan grandes. En Catania en la Iglesia de Santa Agatha está un lucillo con un bulto ó estátua suya, y dos versos en latin deste sentido:

¡EL CIELO ALEGRE ESTÁ, LA TIERRA TRISTE
SICANIA LLORA DE SU REY FADRIQUE
LA AUSENCIA. Ó MUERTE CUANTO MAL HICISTE!

Sucedióle en el reino su hijo don Pedro. Los ducados de Atenas y Neopatria mandó á Guillelmo su hijo segundo, á don Juan hijo tercero hizo otras mandas. Cuatro hijas que tenia, por su testamento las dejó escluidas de la sucesion del reino: ley que no fue perpétua, ni era conforme á lo que de antes se solia usar en aquel reino, y adelante se usó. Andaba en la córte de Castilla Gil Alvarez de Cuenca, arcediano de Calatrava, dignidad en la iglesia de Toledo, varon de conocido valor y prudencia para tratar negocios y cosas graves. El arzobispo de Toledo don Jimeno de Luna finó en la su villa de Alcalá de Henares á los diez y seis de noviembre deste año, quien dice que del siguiente: sepultaron su cuerpo en la iglesia Mayor de Toledo en la capilla de San Andrés. Por su muerte sucedió en aquella dignidad y iglesia el susodicho Gil Alvarez de Cuenca, que adelante se llamó y hoy le llaman comunmente don Gil de Albornoz. Procurólo el rey muy de veras, y hizo en ello tal instancia que las voluntades de los del cabildo, si bien estaban muy puestos en nombrar á don Vasco su dean, se trocaron y inclinaron á dar gusto al rey.

Las grandes virtudes y hazañas deste nuevo prelado mejor será pasallas en silencio que quedar en este cuento cortos. Fue natural de Cuenca, sobrino de su predecesor don Jimeno de Luna, su padre Garci Alvarez de Albornoz, su madre doña Teresa de Luna, personas ilustres, de mucha reputacion, y fama y hacienda. Crióse en Zaragoza en tiempo que don Jimeno su tio fue prelado de aquella ciudad. Su ingenio muy vivo y capaz empleó en el estudio de los derechos en Tolosa de Francia, no para darse al ocio, sino para habilitarse mas para los negocios. Ya que era de edad, se sirvió el rey dél en su consejo, despues le eligieron en arzobispo de Toledo: últimamente criado cardenal, sirvió á los papas en empresas de grande importancia. Echó los tiranos de las tierras de la Iglesia, que en Italia tenian usurpadas. En todas edades y estados fue igual, entero en las cosas de justicia, menospreciador de las riquezas, constante y sin flaqueza en los casos árduos. No se sabe en que fue mas señalado, si en el buen gobierno en tiempo de paz, si en la administracion y valor en las cosas tocantes á la guerra. Todos los hombres de letras tienen obligacion á celebrar sus alabanzas, porque en la Gallia Cisalpina, ó Lombardía, en la ciudad de Boloña instituyó un famoso colegio, en que hay cuatro capellanes y treinta colegiales todos españoles, con gruesas rentas para que estudien; de donde como de un alcázar de sabiduría han salido muchos escelentes varones en letras y erudicion, con que las letras resucitaron en España, y á su imitacion se han fundado otros muchos colegios por personas que imitaron su celo, y tenian con que podello hacer. Dejó al cabildo de Toledo la villa de Paracuellos con carga de cierta pension con que mandó acudiesen cada un año á la iglesia de Villaviciosa, que él mismo fudó, y puso en ella canónigos reglares, cerca de la villa de Brihuega.

El arzobispo de Rems y el maestre de Rhodas andando de una parte á otra no cesaban de amonestar á los reyes de España, y procurar que se acordasen y hiciesen paces. Poníanles delante como los reinos se asuelan, con las guerras, y con la paz se restauran: que África amenazaba con una temerosísima guerra: muchas veces las discordias internas se concordaban y componian con el miedo de los males de fuera: que así para los vencedores como para los vencidos el único remedio era la paz. Con estas amonestaciones parecia que el rey de Castilla blandeaba algo, si bien era el que andaba mas lejos de acordarse; que el rey de Portugal grandemente deseaba concierto. Concluyóse que el rey de Castilla fuese á Mérida á tratar de medios de paz. En aquella ciudad se concertaron y hicieron treguas por un año en principio del de nuestra salud de 1338. No fue posible concordarlos del todo, ni hacer paces perpétuas.

CAPITULO VI.

Cómo mataron á Abomelique.

Del aparato y preparamentos de guerra que hacia el rey Albohacen, como en semejantes casos acaece, se decian mayores cosas de aquellas que en realidad de verdad eran. Referíanse que se juntaba todo el po-

der de los moros, y se apellidaban todas las provincias de Africa: que pasaban á España con sus casas y mujeres y hijos para quedarse á morar y vivir de asiento en ella despues que toda la hobiesen ganado: que era tan innumerable la gente que venia, que ni se les podria estorbar el pasaje, ni tampoco podrian ser vencidos. Corria fama que lo primero desembarcarian en la playa de Valencia, y allí cargaria aquella tempestad que se armaba. Estas nuevas tenian atemorizados los fieles, y mucho mas á los de Aragon. Hacíanse grandes provisiones de armas, caballos y bastimentos: todo era ruido y asonadas de guerra; estaban todos alerta con gran cuidado y solicitud. Empezóse entre los nuestros á platicar de paz, porque juntas las fuerzas se podia tener esperanza de la victoria; divididas y sin concordia, era cierta la ruina de todos y su perdicion. A los embajadores ingleses que en nombre de su rey pedian paz y alianza, con dudosa respuesta entretenia el rey de Aragon. Decíales que su amistad les era, y seria siempre muy agradable, si se les permitiese guardar las alianzas que antes con los demás tenian hechas. Tratábase de desposar el de Aragon con la infanta doña María hija del Navarro: diferíanse estas bodas por ser aun de poca edad la doncella y no de sazon para casarse: á esta causa le entretenian en Tudela; mas al fin con grande regocijo de ambas naciones se casaron en Aragon á veinte y cinco de julio. Velólos Philipe tio de la doña María, hermano de su padre, obispo de Jalon ó cabillonense en Francia.

Envióse una embajada al sumo pontífice romano suplicándole volviese los ojos á España, y que echase de ver que no poco á su santidad tocaba el grandísimo y cercano peligro que corria la cristiandad: que las décimas de las rentas eclesiásticas que se concedieran á los reyes de Aragon para subsidios y ayuda de la guerra contra los moros, las mandase subir al justo y presente valor, porque si se cobraban segun los valores y por los padrones antiguos, serian de poco provecho: esto es lo que toca al rey de Aragon. El rey de Castilla era ido á Burgos á hacer córtes, en que con deseo de reformar el grande esceso que se via estar introducido en el comer y vestir, promulgó leyes que moderaban estos gastos: mandó tras esto á su almirante Jofre Tenorio se pusiese en el estrecho para estorbar el pasaje á los moros. Desde Burgos á ruego de su hermana doña Leonor fue á Cuenca, y en su compañía don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel ya del todo reconciliados con el rey. Allí vino don Pedro de Azagra con embajada de paz de parte del rey de Aragon para que se aliasen contra los moros. Ofrecia la tercera parte de la armada que fuese menester para estorbar el paso á los moros. Respondió el rey que aceptaria su oferta, y que entonces le seria muy grata su amistad cuando hobiese satisfecho á su hermana doña Leonor en las quejas que tenia y en sus pretensiones.

En unas córtes de Aragon que se hicieron en Daroca, se consultaron todas estas diferencias, y se nombraron por jueces árbitros el infante don Pedro, tio hermano de padre del rey de Aragon, y don Juan Manuel, que para tratar desto era embajador del rey de Castilla. Concluyóse en que se diese perdon al señor de Exerica, y á la reina y á sus hijos se les confirmase todo aquello que les mandara su padre. Para que mas fácilmente tuviese el efecto esta concordia, vino bien que don Pedro de Luna arzobispo de Zaragoza que la contradecia, á esta sazon se hallaba ausente, citado por el papa para que pareciese en Roma á responder á cierto pleito y demanda puesta contra él. Firmó el rey de Castilla estos capítulos en Madrid, y la reina doña Leonor y sus hijos se volvieron á Aragon, do fueron bien recebidos casi con aparato real. Suelen acomodarse y conformarse con el tiempo así bien los reyes como las personas particulares, y usar de grandes disimulaciones para poder gobernar la república, mayormente en tiempos revueltos.

El arzobispo de Rems, y el maestre de Rhodas, y el arzobispo de Braga que era embajador del rey de Portugal para tratar de las paces, fueron despedidos por entonces del rey de Castilla por parecer podian capitulaciones injustas. Lo que mas descontentaba, era que pedian á doña Costanza hija de don Juan Manuel para que se desposase con don Pedro heredero de Portugal. En el principio del año de 1339 murió don Vasco Rodriguez Cornado maestre de Santiago. En su lugar fue elegido por voto de los caballeros del hábito su sobrino don Vasco Lopez. Pesóle mucho al rey, y enojóse desta eleccion como quier que deseaba el maestrazgo para su hijo don Fadrique. Opusiéronle al nuevo maestre contra su persona muchos capítulos y defectos en la eleccion: si verdaderos, si falsos por hacer lisonja al rey, ¿quién lo averiguará? El maestre por adevinar la tempestad que venia sobre él, se fué á Portugal, con que pareció darse por culpado: así en ausencia fue privado de la dignidad; y dada por ninguna la primera eleccion, fue elegido de nuevo por maestre don Alonso Melendez de Guzman, tio hermano de madre del niño don Fadrique, con asaz grande dolor y murmuracion de muchos, que echaban de ver una maldad y desconcierto tan grande, que no bastase el peligro grande del reino para que echasen dél la ambicion y sobornos.

Por este tiempo, quien dice dos años antes, don Ruy Perez maestre de Alcántara fue al tanto privado del maestrazgo, y elegido en su lugar don Gonzalo Martinez, á quien otros llaman Nuñez: algunos por la disimilitud y diversidad de los nombres hacen diverso y dividen lo que no se bebe apartar, porque en la lengua antigua de Castilla Nuño y Martin son una misma cosa. Lo sobredicho se hizo con autoridad de don Juan Nuñez de Prado maestre de Calatrava, á quien por sus antiguas constituciones estaban sujetos los caballeros de Alcántara. Tratábase con grande calor lo tocante á la guerra de los moros: para ella de todo el reino se juntaba grande ejército en Sevilla. Apercibióse brevísimamente el rey de Castilla, porque tuvo nuevas que Abomelique era de Africa pasado por el estrecho con cinco mil hombres de á caballo: era ya cumplido el tiempo de las treguas, y convenia que con la presteza se impidiese el intento de los moros.

Hízose entrada en el reino de Granada, talaron los campos de Antequera y Archidona, y apenas las mismas ciudades se libraron desta furia. Lo mismo se hizo en los términos de Ronda; y por el esfuerzo de don Juan de Lara y de don Juan Manuel, y del maestre de Santiago fue desbaratada gran multitud de moros que salieron de aquella ciudad á dar y cargar en nuestra retaguardia, en que iban estos capitanes. Ejecutaron los vencedores el alcance: muchos moros que se recogieron á ciertas breñas, forzados del miedo se despeñaron de aquellos riscos por salvarse, se hicieron pedazos. Con esto los cristianos se volvieron á Sevilla, y de allí se enviaron muchas guarniciones para guardar las fronteras contra los moros. Vino en esta sazon el almirante de Aragon Gilberto con doce galeras, y órden de su rey que se juntase con la armada del rey de Castilla, y guardase el estrecho de Gibraltar. La falta de dineros era grande: para suplir esta necesidad en el mes de setiembre fué el rey á las córtes que tenia aplazadas para Madrid. Dejó por general en su lugar al maestre de Santiago, repartió otrosí entre los demás grandes, ricos hombres y capitanes el cuidado de lo que en su ausencia hacerse debia.

En Nebrija villa puesta á la boca de Guadalquivir, sentada en una campaña fertilísima, tenian juntada

gran copia de trigo para el gasto de la guerra. Los moros, cobrada osadía con la partida del rey, se concertaron de ir sobre esta villa y tomarla. Sabido esto por los nuestros, fuéles forzado (puesto que era en el rigor del invierno) de sacar las guarniciones y compañías de los alojamientos. Abomelique resuelto de hacelles rostro, asentó sus reales junto á Jerez, y envió mil y quinientos caballos á Nebrija. Los de la villa se defendieron: robaron empero los moros y estragaron los campos. Acudieron á la fama de lo que pasaba, de Tarifa Fernan Perez Portocarrero, y de Sevilla Alvar Perez de Guzman y don Pedro Ponce de Leon, señores principales; y el maestre de Alcántara con su gente, con que entrara á hacer cabalgadas en tierra de moros, se juntó con estos capitanes: pequeño número en comparacion de la grande muchedumbre de los moros. Marcharon de dia y de noche: vinieron á alcanzar cerca de Arcos á los mil y quinientos moros, que caminaban muy despacio por ir embarazados con la grande presa que llevaban. Dieron con grande furia en ellos, y los desbarataron, apenas escapó ninguno que no fuese muerto ó preso, quitáronles toda la cabalgada que llevaban.

Con tan dichoso y buen suceso animados los nuestros entraron en consejo si acometerian á Abomelique, hecho que no era proporcionado con el pequeño número de gente que llevaban. Los pareceres variaban: unos considerada la gran multitud de los moros, eran de parecer que no tentasen mas la fortuna; otros con ánimo feroz y generoso decian que no debian de tener miedo á los moros, sino que confiados en Dios, y en el valor y esfuerzo de sus soldados, no perdiesen tan buena ocasion como se les presentaba de hacer un hecho memorable: que no vence el número, sino el ánimo, y que no era razon que en semejante coyuntura dejasen de arriscar sus personas y vidas que tan poco les podian durar. Siguióse al fin este parecer: la honrosa vergüenza pudo mas que la cobardía recatada. Los moros descuidados con los prósperos sucesos pasados, levantado su real, con grandísimo desórden, marchaban la via de Arcos sin llevar adalides ni centinelas: infinitas veces ha sido total perdicion menospreciar al enemigo.

Los cristianos al amanecer entre dos luces, tocada la señal de arremeter, hirieron valerosamente en los moros: á la pasada de un rio quinientos moros hicieron un poco de resistencia, pero luego que los nuestros le pasaron, todo lo demás fue fácil; en un momento los moros fueron puestos en huida y destrozados. Abomelique (como suele acaecer en un repentino alboroto) huia á pié: así sin ser conocido fue muerto por los que seguian el alcance, que cuidaron fuese algun soldado particular: su primo Aliatar al tanto murió en la batalla; perecieron cerca de diez mil moros, tal fama corria. Los nuestros robados los reales y el carruaje de los enemigos, y alegres con las dos victorias que ganaron, con mucha honra y contento volvieron sus soldados á los alojamientos de que los sacaron. Este año el arzobispo de Tarragona celebró concilio provincial en Barcelona, y en él con una solemnísima procesion el cuerpo de Santa Eulalia se trasladó á otro mas honrado y conveniente lugar. El rey de Aragon fué á Aviñon á dar al papa la obediencia, y reconocerle, y hacer el homenaje que tenia obligacion como feudatario de la Iglesia por las islas de Cerdeña y Córcega.

CAPITULO VII.

Que los moros fueron vencidos junto á Tarifa.

La muerte de Abomelique fue muy llorada y plañida en Africa: su padre la sintió ternísimamente; dolíanse y querellábanse que con su temprana y arrebatada muerte no habia podido llegar á ser tal rey como prometian sus buenas partes. Con esto muy mas inflamados y deseosos de vengarle se dieron gran priesa á aprestar la jornada que tenian pensado hacer en España. Para ello hicieron por todo el reino grandes llamamientos de gentes, y por toda la Africa enviaron asimismo ciertos hombres, que con muestra de santidad, con pretesto y color de religion y de un grande servicio de Dios incitasen los moros á tomar las armas en defensa y aumento de la religion y secta de sus antepasados. Con esta voz se juntó un increible número de soldados, setenta mil de á caballo, y cuatrocientos mil de á pié: muchedumbre tan grande cual es cosa averiguada nunca alguno de los pasados reyes juntaron para pasar en España. Recogieron otrosí una flota de docientas y cincuenta naves y setenta galeras, armáronla de soldados, y basteciéronla de vituallas y de todo lo al.

Estaba el rey de Castilla con gran congoja y cuidado de la defensa que tenia de hacer á los moros, cuando le sobrevino otra nueva pesadumbre. Diéronle grandes querellas de don Gonzalo Martinez, ó Nuñez, maestre de Alcántara. Acusábanle de muchos delitos, no sabré decir si fueron verdaderos, ó falsamente imputados; fue empero citado á que pareciese ante el rey en Madrid á responder á la acusacion que le ponian, y descargarse. Tuvo en poco el mandado el rey, y no quiso parecer, sino pasarse al rey de Granada, que fue remediar una culpa con otra mayor. No se sabe si esto lo hizo por tener mal pleito, ó con temor del poder y asechanzas de doña Leonor de Guzman que le era contraria. Demás desto el general de la armada del rey de Aragon, saltado que hobo con su gente en la playa de Algecira fue muerto con una saeta en una escaramuza que trabó con los moros. Sin embargo, venida la primavera, se partió el rey á la Andalucía, y los desinos del maestre don Gonzalo con la diligencia y presteza que se puso, fueron desbaratados. Cercáronle en Valencia, pueblo que cae en el distrito de la antigua Lusitania: rindióse al rey, fue preso y dado por traidor, y como tal degollado y quemado, á propósito todo que los demás escarmentasen con un castigo tan grande (1). Fue elegido en su lugar don Nuño Chamizo, varon de conocida virtud y grandes prendas.

Comenzaba Albohacen á pasar su ejército en España: envió delante tres mil caballos, que para hacer demostracion de su esfuerzo corrieron la tierra de Arcos, Jerez y Medina Sidonia, y les talaron los campos; mas como se volviesen con grande presa, salieron los de Jerez á ellos, cargaron de sobresalto sobre los que iban descuidados y seguros, desbaratáronlos, y quitáronles la presa con muerte de dos mil dellos. En este comedio, gastados cinco meses en pasar el estrecho, todo el ejército de los moros se juntó cerca de Algecira por negligencia del almirante Tenorio. Todo el pueblo le cargaba la culpa de que él les pudo estorbar el paso: verdad es que muchas veces el pueblo con envidia é ingrato ánimo se queja de los hombres valerosos. No pudo sufrir esta afrenta el feroz corazon del almirante. Atrevióse á pelear con toda la armada de los enemigos, recibió una grande rota, murió él en la batalla, y fue echada á fondo su armada. Salváronse solamente cinco galeras, que huyendo aportaron á Tarifa. El rey se hallada suspenso entre dos dificultades que le tenian puesto en gran cuidado: por una parte temia no le sucediese á España algun gran desastre, por otra el deseo de ganar honra y fama le solicitaba. En Sevilla donde proveia las cosas necesarias para la guerra,

(1) Mas bien que traicion acaso fue su desgracia efecto de la envidia de sus émulos: á lo menos cuando se examinó su causa, sin pasion se le declaró inocente, y mandó restituir todos sus bienes á su hijo don Diego Gonzalez.

acordó de hacer junta de los prelados y grandes del reino para consultar lo tocante á la guerra. Desque estuvieron juntos, puesta la espada á la mano derecha y la corona á la siniestra, sentado en su real trono les hizo una plática en esta manera:

«Parientes y amigos mios, ya veis el peligro en que »está todo el reino y cada uno en particular. Pienso »tambien que no ignorais en qué estado estén nues»tras cosas. Desde mis primeros años juntamente »con el reino me han fatigado continuas congojas y »afanes: así lo ha ordenado Dios; dame con todo eso »mucha pena que nuestros pecados los hayan de pa»gar los inocentes. Aun no teníamos bien sosegados »los alborotos del reino, cuando ya nos hallamos »apretados con la guerra de los moros, la mas pesada »y de temer que España ha tenido. Mis tesoros con»sumidos, y nuestros súbditos, cansados con tantos »pechos, solo en mentarles nuevos tributos se exas»peran y azoran. ¿Por ventura será bien hacer paz »con los moros? pero no hay que fiar en gente sin »fe, sin palabra y sin religion. ¿Pediremos socorro »fuera de nuestros reinos? no era malo; mas á los »reyes nuestros vecinos se les da muy poco del peli»gro y necesidad en que nos ven puestos. Tendre»mos confianza de que Dios nos ayudará y hará mer»ced? temo que le tenemos mal enojado con nuestros »pecados y que no nos desampare. No llega mi pru»dencia ni consejo á saber dar córte y remedio con»veniente á tan grandes dificultades. Vos amigos »mios á solas lo podreis consultar, y conforme á »vuestra mucha prudencia y discrecion vereis lo que »se debe hacer; que para que con mayor libertad »digais vuestros pareceres, yo me quiero salir fuera. »Solo os advierto mireis que de vuestra resolucion »no se siga algun grave peligro á esta corona real, ni »á esta espada deshonra ni afrenta alguna: la fama »y gloria del nombre español no se mengue ni escu»rezca.»

Ido el rey, hobo varios pareceres entre los que quedaron: los mas prudentes afirmaban que las fuerzas del rey no eran tantas que pudiesen resistir al gran poder de los moros: que seria acertado hacer paz con el enemigo con algunos partidos razonables. Otros con mayor esfuerzo, deseosos de ganar honra y fama, fueron de voto que la guerra pasase adelante: decian no poderse hacer paz alguna que no fuese deshonrada y que les estuviese muy mal, porque de necesidad las condiciones della serian á gusto y ventaja del enemigo. Siguióse este parecer, y todos fueron de acuerdo que se procurase solicitar los reyes de Aragon y de Portugal para que juntasen sus gentes y armas con las del rey. Rehízose la armada en el puerto de Sanlúcar, y dióse el cargo della á don Alfonso Ortiz Calderon prior de San Juan. El rey de Aragon envió su armada con el capitan Pedro de Moncada. Los ginoveses á costa del rey de Castilla ayudaron con quince galeras.

Juan Martinez de Leyva fue por embajador al sumo pontífice para alcanzar indulgencia á los que se hallasen en esta santa guerra. El papa vino en ello, y á todos los que tres meses sirviesen en ella á su costa, les concedió la Cruzada y jubileo plenísimo y remision de todos sus pecados, y cometió la publicacion destas indulgencias á don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo. Para ganar al rey de Portugal el rey de Castilla dió licencia para que doña Constanza hija de don Juan Manuel se enviase á Portugal, y se desposase con el infante don Pedro. Así se celebraron las bodas en Ebora con real magestad y aparato. La dote fueron trescientos mil ducados. Demás desto doña María reina de Castilla por mandado del rey su marido fue á Portugal á suplicar al rey su padre quisiese juntar sus fuerzas con las de Castilla, y ayudar en esta santa demanda. Su padre se lo otorgó, y prometió de por su propia persona hacer el socorro que le pedian. Luego con el capitan Pecano, que ya estaba suelto de la prision, envió de Portugal doce galeras. El rey de Castilla por gratificar al rey de Portugal y ganalle mas la voluntad, se partió á Portugal, y se hablaron junto á Juramena, pueblo asentado á la ribera de Guadiana. Quedaron los reyes muy amigos, olvidadas ya todas las antiguas querellas que entre sí tenian, que el miedo suele ser mas poderoso que la ira.

En el entretanto de todas partes acudian á Sevilla muchas gentes de guerra. Juntábase el ejército tanto con mayor priesa y diligencia, porque vino aviso que Albohacen y el rey de Granada tenian cercada á Tarifa. Sentaron sobre ella sus reales en veinte y tres de setiembre; combatíanla furiosamente con trabucos, con mantas y picos, con que pretendian arrimarse á los adarves y hacer entrada: para acrecentar el miedo á los cercados edificaban grandes torres de madera, y aunque los cercados tenian buena guarnicion, teníase miedo que no podrian mucho tiempo sufrir el cerco. El rey temeroso no entregasen la ciudad, por este temor con mucha diligencia solicitaba el socorro, y á los cercados se les daba cierta esperanza de brevemente acudilles. Despues que el rey tornó á Sevilla, dende á pocos dias llegó el rey de Portugal con mil caballos: gente de estimar mas por su esfuerzo y valor que por el número, que era pequeño.

Puestas en órden y apercibidas todas las cosas necesarias para la jornada, partieron de la ciudad de Sevilla, donde se hacia la masa, con determinacion de forzar al enemigo á que levantase el cerco, ó dalle la batalla. Tenian grande ánimo y esperanza de alcanzar victoria, no obstante que apenas tenian la cuarta parte de gente que los moros. Los de á caballo eran catorce mil, y los de á pié serian hasta veinte y cinco mil. Con este ejército marcharon poco á poco la via de Tarifa. Los reyes moros avisados del diseño que los nuestros llevaban, pegaron fuego á las máquinas y torres con que combatian la ciudad; y por si se viniese á las manos, para mejorarse de lugar ocuparon con sus gentes unos cerros cercanos á sus reales. No se fortificaron mucho, por tener entendido que consistia la victoria en venir luego á las manos. Llegaron los nuestros á una aldea que se llama la Peña de Ciervo: allí descubrieron los enemigos, y se hizo consejo de capitanes para consultar lo que se debia hacer. Tomóse resolucion que á la media noche se enviasen á Tarifa mil caballos y cuatro mil infantes para que estuviesen de guarnicion y asegurasen la plaza: juntamente llevaban órden al tiempo de la pelea de acometer á los enemigos por un lado, y echarlos de los cerros; á los demás se les mandó que descansasen y tomasen refresco, y que estuviesen apercebidos para dar al amanecer en los enemigos.

Hubo grande regocijo aquella noche en nuestros reales: hiciéronse muchos votos y plegarias, y á bandas y escuadras se prometian y conjuraban de en los peligros favorecerse los unos á los otros, y de no volver á sus casas si no era con la victoria. Al apuntar del alba los reyes y con su ejemplo los demás del ejército confesaron y recibieron el Santísimo Sacramento de la Eucaristía: luego se formaron los escuadrones en órden de batalla. Dióse la avanguardia á don Juan de Lara, y á don Juan Manuel y al maestre de Santiago: la retaguardia se encomendó á don Gonzalo de Aguilar: don Pedro Nuñez quedó de respeto con buen golpe de gente de á pié. El cuerpo y fuerzas del ejército quedó á cargo de los reyes, acompañados del arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, y de otros obispos y grandes del reino. El pendon de la Cruzada por mandado del papa le llevaba un caballero francés llamado Hugo: todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los

pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la religion y de la cruz. El rey de Portugal tomó á su cargo de acometer al rey de Granada: hacíanle compañía con su gente los maestres de Alcántara y de Calatrava.

El rey de Castilla ya que tenia las haces en órden y á punto de arremeter contra Albohacen, animó á los suyos y los inflamó á la batalla con estas razones: «Tened por cierto, mis caballeros, y creedme que »esta desordenada muchedumbre de bárbaros, alle»gada de muchas gentes sin delecto ni órden alguno »la ha traido á nuestra España una profunda avari»cia, y una sed insaciable de reinar, y un mortal é »impacable odio que tienen al nombre cristiano, y »no alguna justa causa que tengan para movernos »guerra. No vos atemorice su innumerable multitud, »porque ella misma los ha de destruir. Los unos á »los otros se embarazarán de manera, que ni podrán »guardar sus ordenanzas, ni entender lo que se les »mandare. Cuanto cada uno se mostrare mas sin »miedo, y cuidare menos de su persona, tan»to estará mas seguro; que á ninguno le está bien »poner la esperanza de su vida en los piés, sino en »sus manos y esfuerzo: volved valerosamente la cara »al enemigo, y no las espaldas ciegas para ser heridas »de los contrarios. Vémonos en tiempo que ó hemos »de darnos por esclavos á los moros, ó tenemos de »pelear animosamente por la patria, por nuestras mu»jeres y hijos, y por nuestra santísima fe, con cier»ta y no vana esperanza de alcanzar una gloriosísima



Don Pedro II de Aragon, *El Ceremonioso*. Copia exacta de un códice de la biblioteca del rey de Paris.

»victoria; que si otra cosa sucediere; ¿dónde con »mayor provecho ni mas honradamente podemos ar»riscar las vidas que mañana se han de acabar? ¿qué »cosa nos puede ser mas saludable, que con un bre»vísimo dolor ganar aquellas perpetuas sillas celes»tiales? que es lo que aquella santísima Cruz nos »promete, á quien tenemos por amparo y guia en »esta jornada, y lo que los obispos nos aseguran y »conceden. Ea, pues, soldados y amigos, alegres y »sin ningun recelo acometed y herid en vuestros »mortales enemigos.»

Dada la señal, luego empezaron los escuadrones á adelantarse y moverse hácia el enemigo. Corria entre los dos campos un rio que llaman el Salado, de quien esta memorable batalla y victoria tomó el nombre (que se llamó la del Salado) y dende á poco espacio entra en el mar. Los que primero le pasasen, eran los primeros á pelear. Envió el rey bárbaro dos mil ginetes para que estorbasen el paso. Entretanto él, arrogante y muy binchado con la esperanza de la victoria que ya tenia por suya, habló á sus escuadrones en esta manera: «Si mirais solamente á nuestra

»edad y á los grandes hechos que en Africa hemos »acabado, ninguna cosa nos faltaba ni para gozar »desta vida, ni para que de nosotros en los venideros »tiempos quedase un glorioso nombre y perpétua »fama, pues con vuestro esfuerzo, valerosos solda»dos, tenemos ya sujetas todas las provincias que »con nuestro imperio confinan. El amor de nuestra »nacion, y el deseo del aumento de nuestra sagrada »y paterna religion, y vuestros ruegos me hicieron »pasar en España. Cosa fea seria no cumplir en la »batalla lo que en tiempo de la paz me teneis prome»tido; y mal parecerá ser flojos en la pelea, y en sus »casas hacer grandes amenazas y blasones. Cuando »nuestros enemigos fueran otros tantos como nos, »estuviera yo en vuestro valor bien confiado: cuan»do el peligro fuera cierto, sin duda tuviera por me»jor quedar todos muertos en el campo, que mostrar »ninguna flaqueza: al presente teneis llana la victo»ria, nuestros enemigos son pocos, mal armados, »sin disciplina militar y con menos uso de la guerra; »lo que mas al presente se puede temer, es no sea »caso de menos valer venir á las manos con gente »semejante aquellos que han domado la poderosa »Africa, pues de cualquiera manera que á ellos les »avenga, les será mucha honra contrastar con nos»otros. Tened presentes aquellas insignes victorias »de Fez, de Tremecen, y del Algarve. Pelead con »aquel ánimo y con aquella confianza que es razon »tengan concebida en sus pechos los que estan acos»tumbrados á vencer. Acometed con gallardia, tened »firme en los peligros, menospreciad vuestros ene»migos, y aun la misma muerte.»

De parte de los cristianos guiaron al rio y llegaron los primeros don Juan de Lara y don Juan Manuel: estuvieron un rato parados, no se sabe si de miedo, si por otra ocasion; pero es cierto que se sospechó y derramó por todos los escuadrones que estaban conjurados, y que lo hacian de propósito. Los dos hermanos Lassos, Gonzalo y García, pasado un pequeño puente, fueron los primeros que comenzaron á pelear. Cargó muy mayor número de enemigos que ellos eran: estaban estos caballeros muy apretados, socorriólos Alvar Perez de Guzman, siguiéronles los demás. El rey de Portugal caminaba á la parte siniestra por la ladera de los cerros. El rey de Castilla con un poco de rodeo que hizo la vuelta de la marina, con grande ímpetu dió en los moros. Alzaron de ambas partes grandes alaridos, animábanse unos á otros á la batalla, peleábase por todas partes valerosamente. Detemiánse los escuadrones, y á pié quedo se matan, hieren y destrozan. Los capitanes hacen pasar los pendones y banderas á aquellas partes donde es la mayor priesa de la batalla, y donde ven que los suyos tienen mayor necesidad de ser acorridos.

Ciertas bandas de los nuestros se apartaron de la hueste por sendas que ellos sabian: dieron en los reales de los moros, y desbaratada la guarnicion que los guardaba, se los ganaron. Destruyeron y robaron cuanto en ellos hallaron. Visto esto por los moros que andaban en la batalla, y hasta entonces se defendian valientemente, comenzaron á desmayar y retraerse, y á poco rato volvieron las espaldas, y fueron puestos en huida. Fue grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y en el alcance doscientos mil moros, cautivaron una gran multitud de ellos; de los cristianos no murieron mas de veinte, cosa que con dificultad se puede creer, y que causa grande espanto. Los soldados de la armada fueron de poco provecho, porque todos los aragoneses sin faltar uno se estuvieron dentro de sus naves. No se hallaron los navarros en esta batalla, porque su rey don Philipe se hallaba embarazado en las guerras de Francia. Era gobernador de Navarra Reginaldo Poncio hombre de nacion francés.

Don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo nunca se quitó del lado del rey de Castilla, que siendo en la batalla casi desamparado de los suyos, se iba á meter con grande furia donde se veia el mayor golpe de los moros; mas el arzobispo le echó mano del brazo y le detuvo: dijole con una grande voz no pusiese en contingencia una victoria tan cierta con arriscar inconsideradamente su persona. Ganóse esta batalla el año 1340 de nuestra salvacion. Del dia varian los



Doña Leonor de Sicilia, tercera esposa de don Pedro IV.

historiadores, empero nosotros de certísimos memoriales tenemos averiguado que esta novilísima batalla se dió lunes treinta de octubre: como está señalado en el calendario de la iglesia de Toledo, do cada año por antigua constitucion con mucha solemnidad y alegria se celebra con sacrificios y hacimiento de gracias la memoria desta victoria.

CAPITULO VIII.

De lo restante desta guerra.

Los moros vencidos y desbaratados se recogieron á Algecira: donde por no confiarse de la fortificacion de aquella ciudad, con temor de ser asaltados de los nuestros, el rey de Granada se fue á Marbella y Albohacen á Gibraltar, y la misma noche se pasó en Africa por miedo que su hijo Abderrahaman, á quien dejara por gobernador del reino, no se alzase con él cuando supiese la pérdida de la batalla: que los moros no guardan mucho parentesco ni lealtad con padres, hijos ni mujeres: cásanse con muchas segun la posibilidad y hacienda que cada uno alcanza; y con la multitud dellas y de los hijos se mengua y divide el amor: y las unas y las otras se estiman y quieren poco. Asi Albohacen no sintió mucho le hobiesen cautivado en esta batalla á su principal mujer

Fátima hija del rey de Túnez, y otras tres de sus mujeres, y á Abohamar su hijo; otros dos hijos de Albohacen fueron muertos en la batalla. Los reales de los moros se hallaron llenos de todo género de riquezas así del rey como de particulares, costosos vestidos, preseas, y tanta cantidad de oro y plata que fue causa que en España abajase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercadurías. Nuestros reyes victoriosos se volvieron la misma noche á los reales: de los soldados los que ejecutaron el alcance, volvieron cansados de herir y matar, otros que tuvieron mas codicia que esfuerzo, tornaron cargados de despojos.

El dia siguiente se fueron á Tarifa repararon los muros que por muchas partes quedaron arruinados, basteciéronla, y pusieron en ella un buen presidio. El miedo que temian los moros era grande, y parece fuera acertado poner luego cerco sobre Algecira: pero desistieron de la conquista de aquella ciudad á causa que no venian apercibidos de mantenimientos y mochilla sino para pocos dias, de que se comenzaba á sentir falta. Por esto y porque ya entraba el invierno, les fue forzoso á los reyes volverse á Sevilla. Allí fueron recebidos con pompa triunfal: salióles á recebir toda la ciudad, niños y viejos, eclesiásticos y seglares, y todos estados de gente. Lamábanlos con alegres y amorosas voces augustos, libertadores de la patria, defensores de la fe, príncipes victoriosos. En toda España se hicieron grandes procesiones para dar gracias á Dios nuestro Señor por tan alta victoria como les diera, grandes fiestas y alegrias y luminarias por todo el reino.

El rey de Portugal de toda la presa de los moros tomó algunos jaeces y alfanges para que quedasen por memoria y señal de tan insigne victoria. Diéronsele algunos esclavos, y volvióse á su reino, ganada grande fama y renombre de defensor de los cristianos y de capitan valeroso. Acompañóle su yerno el rey de Castilla hasta Cazalla de la Sierra. De la presa de los moros envió á Aviñon al papa Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanges y adargas colgados de los arzones, y veinte y cuatro banderas de los moros, y el pendon real y el caballo con que el mismo rey don Alonso entró en la batalla, y otras cosas. Salieron un buen espacio los cardenales á recebir el embajador por nombre Juan Martinez de Leiva, que llevaba este mandado. El papa despues de dicha la misa (como es de costumbre) en accion de gracias á nuestro Señor, delante de muchos príncipes y de toda la córte predicó y dijo grandes cosas en honra y alabanza del rey don Alonso.

Despues desto hizo el rey de Castilla almirante del mar á un caballero ginovés llamado Gil Bocanegra, y le encomendó guardase el estrecho de Gibraltar, porque los moros no rebiciesen su armada y volviesen á entrar en España: esto por gratificar á los ginoveses lo que sirvieron en esta jornada: y tambien porque como era acabada la guerra no mandasen volver sus galeras, como lo hicieron los aragoneses y portugueses, bien que despues las volvieron á enviar en mayor número que de antes, á instancia y ruego del mismo rey de Castilla, que se recelaba y con él todos los hombres inteligentes y demás prudencia juzgaban que los moros no sosegarian, sino que rehecho que hobiesen su ejército á la primavera volverian á España y acometerian de nuevo su primera demanda.

CAPITULO IX.

Del principio de las alcabalas.

Lueñes de un miedo tan grande así el réy como los españoles por la victoria que ganaron á los moros cerca de Tarifa, creciôles el ánimo y deseo de desarraigar del todo las reliquias de una gente tan mala y perversa. Trataban de llegar dinero para la guerra, que se entendia seria larga. El oro y plata que se ganó de los moros, lo mas dello se despendió en hacer mercedes y premiar los soldados, y en pagarles el sueldo que se les debia: el reino se hallaba muy falto y gastado con los tributos y pechos ordinarios; solo los mercaderes eran los que restaban libres, ricos y holgados: todos los demás estados pobres y oprimidos con lo mucho que pechaban. En Ellerena y en Madrid concedió el reino un servicio estraordinario, de que se llegó una razonable suma de dinero, pero era muy pequeña ayuda para tan grandes gastos como tenia hechos y se recrecian de nuevo.

Sin embargo en el principio del año de nuestra salvacion de 1341 desde Córdoba, do se mandó juntar el ejército, se hizo entrada en el reino de Granada: alcanzaron una famosa victoria mas con industria y arte que poder y fuerzas: enviaron algunas naves cargadas de mantenimientos para desmentir al enemigo con dar muestra que se queria poner cerco sobre Málaga; ocupáronse los moros y embebeciéronse en bastecerla, y luego el rey de improviso cercó á Alcalá la Real, que se le entregó á partido en veinte y seis de agosto con que dejase salvos y libres á los de la villa. Causó esta pérdida grande dolor á los moros por ver como fueron engañados. Tomada esta villa, Priego, Rutes, Benamejir y otras villas y castillos de aquella comarca se rindieron al rey, unas dellas por su voluntad se entregaron, y otras fueron entradas por fuerza: sucedian á los vencedores todas las cosas prósperamente, y á los vencidos al contrario; así acontece en la guerra.

Volvióse el ejército á invernar y en lugares convenientes se dejaron presidios para que guardasen las fronteras. Tenia el rey puesto todo su cuidado y pensamiento en cercar á Algecira, y en allegar para ello dineros de cualquiera manera que pudiese. Aconsejáronle que impusiese un nuevo tributo sobre las mercadurías. Esta traza que entonces pareció fácil, despues el tiempo mostró que no carecia de graves inconvenientes: es tan corto el entendimiento humano, que muchas veces viene á ser dañoso aquello que primero se juzgó prudentemente que seria provechoso y saludable. Tomado este consejo, el rey se partió para Burgos ciudad principal: dejó la frontera encargada al maestre de Santiago. Tuvo la Pascua de Navidad en Valladolid en el principio del año de 1342 (1). Llamó el rey á Burgos muchos grandes y prelados, y en particular á don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo, y á don Juan de Lara, y don García obispo de Burgos para que terciasen y granjeasen las voluntades. Por la grande instancia que el rey y estos señores hicieran, los de Burgos concedieron al rey la veintena parte de lo que se vendiese, para que se gastase en la guerra de los moros: concedióse otrosí por tiempo limitado, tan solamente mientras durase el cerco de Algecira. A imitacion de Burgos concedieron lo mismo los de Leon y casi todas las demás ciudades del reino. El ardiente deseo que entonces todos tenian de acabar la guerra de los moros, los allanaba: ninguna cosa les parecia demasiada.

Adelante, perdido ya el miedo, el uso ha enseñado cuán oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales por granjear el favor del rey procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino, hace que sean muy válidas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho ó tributo

(1) Como entonces aun no se contaba en Castilla por las eras del César que empezaban el 1.º de enero, la Pascua de Navidad del año 1341, no podia ser al principio del año 1342. Fue en las córtes de Segovia celebradas en 1383, donde se mandó que dejada la manera de contar los años por las eras del César, en adelante se contasen desde el nacimiento del Señor.

Alcabala, nombre y ejemplo que se tomó de los moros. Alentaron al reino para que esto concediese, unas nuevas que á esta sazon vinieron que los nuestros habian vencido la armada de los moros. Estaban en Ceuta en la costa de Africa ochenta y tres galeras para renovar la guerra, y en el puerto de Bullon otras doce : á estas diez galeras nuestras que sobrevinieron á la primavera, antes que tuviesen tiempo de poderse juntar con las demás de su armada, las embistieron y destrozaron : despues toda la armada de los moros que aportó á la boca del rio Guadamecil, fue vencida en una muy reñida y memorable batalla. Tomaron y echaron á fondo veinte y cinco galeras de los enemigos, y mataron dos generales, el de Africa y el de Granada.

No se hallaron en esta batalla las galeras de Aragon; verdad es que al volver de Aragon do eran idas, vencieron junto á Estepona trece galeras que encontraron de los moros, cargados de bastimentos : rindieron cuatro de ellas y echaron dos al fondo; las demás se pusieron en huida, y se salvaron en la costa de Africa. No parecia sino que la tierra y el mar de acuerdo favorecian y ayudaban á la felicidad y fortaleza de los cristianos. Diéraseles mayor rota, si en Guadamecil fueran por mar y por tierra acometidos los moros : con determinacion de hacerlo así era ido el rey á muy largas jornadas á Sevilla, y despues á Jerez, en do le dieron la nueva de la victoria. Un caso que sucedió, forzó á los nuestros á dar la batalla : en la menguante del mar quedaron encalladas en unos bajíos tres naves de las nuestras; y como los moros las acometiesen, fue forzoso para defendellas trabar aquella batalla muy reñida y porfiada.

CAPITULO X.

Del cerco de Algecira.

Con tantas victorias como por mar y por tierra se ganaran, tenian esperanza que lo restante de la guerra se acabaria muy á gusto : nuestra armada estaba junto á Tarifa en el puerto de Xataréz. Allí fue el rey con el deseo grande que tenia de conquistar á Algecira, para por mar reconocer el sitio della y la calidad de su tierra. Parecióle que era una principal ciudad, y su campaña muy fértil, y los montes que la cercaban, hermosos y apacibles : veíanse muchos molinos, aldeas y casas de placer esparcidos por aquellos campos cuanto la vista podia alcanzar. Con esto, y con que de los cautivos se sabia que la ciudad no estaba bien bastecida de trigo, se encendió mucho mas el ánimo del rey en el deseo de ganarla, y quitar á los moros una guarida tan fuerte y segura como allí tenian; que ganada, todo lo demás juzgaba le seria fácil. Este ardor y deseo del rey le entibiaba al verse con pequeño ejército y pocos bastimentos; mas no obstante esto; con grande presteza juntó algunas compañías de los pueblos comarcanos y llamó de por sí á muchos grandes. Vino el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, don Bartolomé obispo de Cádiz, y los maestres de Calatrava y Alcántara con buena copia de caballeros.

Los concejos de Andalucía movidos con el deseo grande que tenian de esta conquista se hiciese, enviaron á su costa mas gente de aquella que por antigua costumbre tenian obligacion de enviar; y como quier que al que desea mucho una cosa, cualquiera pequeña tardanza se le hace muy larga, el rey para proveer bastimentos y municiones y lo demás necesario á esta guerra se partió á la ciudad de Sevilla. Habíanse juntado dos mil y quinientos caballos, y hasta cinco mil peones : con este ejército se puso el cerco á Algecira en tres del mes de agosto. La guarda del mar se encomendó á las armadas de Castilla y de Aragon, porque los portugueses despues de la batalla que se dió en el rio Guadamecil, se volvieron á Portugal sin que en ninguna manera pudiesen ser detenidos. Entendíase que los cercados confiados en la fortaleza de la ciudad, y en la mucha gente que en ella tenian, no se querian rendir, ni entregar la ciudad. Era la guarnicion ochocientos hombres de á caballo, y al pié de doce mil flecheros, bastante número no solo para defender la ciudad, sino tambien para dar batalla en campo abierto.

Hacian los moros muchas salidas, y con varios sucesos escaramuzaban con los nuestros : ganóseles la torre de Cartagena puesta cerca de la ciudad. El rey estuvo un dia en harto peligro de ser muerto con un puñal que para ello un cautivo arrebató á un soldado : hiriérale malamente, si de presto no se lo estorbaran los que se hallaron con él. Entendíase que el cerco iria muy á la larga : comenzaron á traer madera y fagina, y hacer fosos y trincheras, que servian mas de atemorizar los cercados que no de provecho alguno. Entretanto que en esto andaban, en el mes de setiembre con grandísimo pesar del rey la armada de Aragon se fue con achaque de la guerra de Mallorca para donde el rey de Aragon se apercebia; verdad es que despues á ruegos del rey de Castilla le envió diez galeras de socorro con el vice-almirante Mateo Mercero : desde algunos dias le socorrió de otras tantas con el capitan Jaime Escrivá ambos caballeros valencianos. Murió á esta sazon el maestre de Santiago de una larga enfermedad, varon en paz y en guerra muy señalado, y en este tiempo por la privanza que tenia con el rey muy estimado. Dióse esta dignidad en los mismos reales á don Fadrique hijo del rey, si bien por su poca edad aun no era suficiente para el gobierno de la religion.

En el mes de octubre sobrevinieron tan grandes lluvias que todo cuanto tenian en los reales destruyó y echó á perder. Comenzaron asimismo á sentir muchas descomodidades, en particular era grande la falta de dinero; que por estar el reino muy falto y gastado le fue forzoso al rey de pedirle prestado á los príncipes amigos, al papa Clemente VI que sucedió á Benedicto, á los reyes de Francia y de Portugal. Don Gil de Albornoz arzobispo de Toledo fue para esto con embajada á Francia : prestó aquel rey cincuenta mil escudos de oro, veinte mil se dieron luego de contado, los demás en polizas para que á ciertos plazos se pagasen en bancos de Génova : el papa Clemente VI al tanto otorgó cierta parte de las rentas eclesiásticas. Era esto pequeño subsidio para tan grandes empresas; pero la constancia grande del rey lo vencia todo.

Los cercados por entender que mientras el rey viviese no podian tener sosiego ni seguridad hicieron grandes promesas á cualquiera que le matase; decian que se haria un gran servicio á Mahoma en matar á un tan gran enemigo de los moros. No faltaban algunos que con semejante hazaña pensaban quedar famosos y ennoblecidos, sin temor del riesgo á que ponian sus vidas, que es lo que suele ser estorbo para que no se emprendan grandes hechos. Un moro tuerto de un ojo, que fue preso, confesó venia con intento de matar al rey, y que otros muchos quedaban hermanados para hacer lo mismo : así lo confesaron dende á pocos dias otros dos moros que fueron presos y puestos á cuestion de tormento; pero á los que Dios tiene debajo de su amparo, los libra de cualquier peligro y desman. Los reyes moros deseaban socorrer á los cercados : el rey de Marruecos estábase quedo en Ceuta por no estar asegurado de su hijo Abderrahman, al cual por este tiempo costó la vida el intentar novedades. El rey de Granada no se atrevia con solas sus fuerzas á dar la batalla á los nuestros : mas porque no pareciese que no hacia algo, envió algunas de sus gentes á que corriesen la tierra de Ecija, y él fué á Palma, pueblo que está edificado á la junta de los dos rios Genil y Guadalquivir, saqueó y quemó

esta villa. No osó dejar en ella guarnicion, ni detenerse mucho en aquella comarca, porque tenia aviso que las ciudades vecinas se apellidaban contra él. La otra gente fue desbaratada por Fernando de Aguilar, que salió á ellos y los quitó una grande presa que llevaban.

Era ya entrado el año de 1343, y en Algecira aun no se hacia cosa alguna que fuese de importancia, solamente se entendia en algunos pertrechos que Iñigo Lopez de Horozco por mandado del rey solicitaba. Hiciéronse fosos, trincheas, y en contorno de la ciudad se labraron unas torres ó castillos de madera, y trabucos y máquinas para batir los muros. Mas eran tantas las defensas, preparamentos y tiros que de antiguo tenia la ciudad, que con ellos todo el trabajo y diligencia de los nuestros era perdido y sin efecto, y las máquinas las hacian pedazos con piedras que de los muros arrojaban; especial, que el lugar no era á propósito para poder cómodamente arrimar las máquinas á la muralla, y ni los soldados podian tenerse en pié por la aspereza del lugar, ni menos sin gran peligro podian andar ni estar en los ingenios.

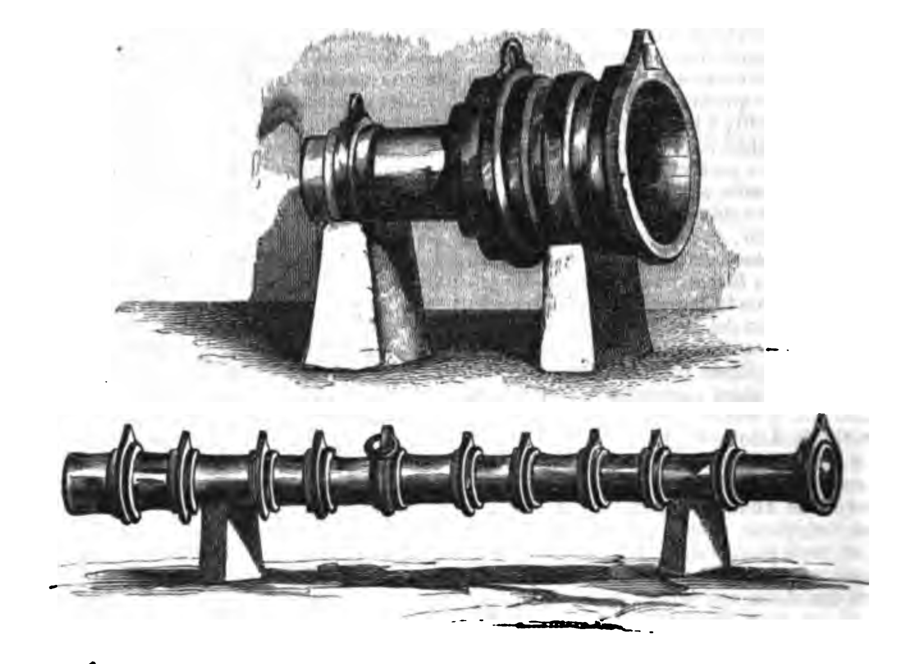
En el estrecho de Gibraltar hay dos senos en el tamaño desiguales, pero de una misma forma: Tarifa está puesta sobre el menor, y un poco apartada estaba Algecira, asentada sobre el mayor en un cerro de subida ágria y pedregosa; y dejado en medio un espacio, dividíase en dos partes, en la vieja y en la nueva: cada cual tenia sus muros enteros y barbacana, como si fueran dos pueblos: era esta ciudad en España la silla del imperio africano, nobilísima y hermosísima. La grande diligencia del rey y la guarda de los soldados hacia que no entraban á los cercados bastimentos, escepto algunos pocos que sin verlos cubiertos con la obscuridad de la noche, les metian en algunas barcas: muy pequeño refrigerio para los que ya padecian hambre y necesidad.

CAPITULO XI.

De la toma de Algecira.

Gastados muchos dias y trabajos en el cerco, no se hacia cosa de importancia. Los nuestros se hallaban dudosos y suspensos, pensaban de dia y de noche cual de dos cosas seria la mejor, si levantar el cerco porque era sin algun provecho el proseguirle y continuar, si esperar el fin de la guerra que en lo demás les era favorable. El rey se recelaba de perder algo de su honra y reputacion, principalmente que ya tenia consumido el dinero que le prestaron el papa y el rey de Francia (que el de Portugal ninguna cosa contribuyó) y tenia falta en bastimentos; y el número de los soldados cada dia era menor: los mas sagaces le aconsejaban que hiciese algun buen concierto con el enemigo. Siendo medianero, y llevando recaudos de una parte á otra Ruy Pavon, primero se trató de paz, y despues de que se hiciesen treguas; pero todos estos tratados salieron vanos por estar puesto el rey de Castilla en no hacer acuerdo ninguno con el rey de Granada, si primero no dejaba la amistad de Africa, la cual quitada, ¿qué le quedaba al que se sustentaba y entretenia mas con las fuerzas ajenas que con las suyas propias?

El rey de Granada, perdida ya la esperanza de concertarse con el rey, acercó sus reales al rio Guadiarro á cinco leguas de Algecira, con que antes daba á entender el miedo que tenia, que no que se pensase venia con ánimo de presentar la batalla. En el puerto de Ceuta tenian aprestada una gruesa armada, allegada de las fuerzas de toda la Africa, para luego que diese lugar el tiempo pasar en España. Venian estos de refresco y descansados: los cristianos se hallaban quebrantados con los contínuos trabajos y incomodidades. Las cosas de España que corrian gran riesgo, los santos patrones della las ampararon



Se sabe que en época muy anterior á la que señala Mariana en este capítulo, se hizo en España la aplicacion de la pólvora á la impulsion de gruesos proyectiles. En el Museo de artillería se enseñan entre otras piezas antiguas, las dos cuyos dibujos ofrecemos: la primera llamábanla *Cervatana* y se dice que sirvió á don Alonso VI de Castilla para el sitio que Madrid sufrió en el año 1084; la segunda llevaba el nombre de *Lombarda;* y por la forma de ambas se ve que conocian ya las relaciones entre la dimension y el alcance. Los proyectiles eran unas grandes piedras esféricas de las que existen algunas todavia en el Museo, ó bien una especie de metralla de piedras pequeñas tambien redondas.

y la perpetua felicidad y constancia grande con que el rey vencia todos los males y dificultades que ocurrian. Así en unos mismos dias le vino un buen número de gentes de socorro de Ingalaterra, de Francia y de Navarra, lugares muy apartados los unos de los otros: acudieron muchos señores y nobles á ayudarle. De Ingalaterra con licencia del rey Eduardo los condes de Arbid y de Soluzber: de Francia el conde de Fox con su hermano don Bernardo y otros que se les juntaron. El papa Clemente VI lemovicense, que el año antes fue electo en lugar de Benedicto, tenia concedida cruzada á los que se hallasen en esta santa guerra. El rey don Felipe de Navarra en el mes de julio, enviados delante muchos mantenimientos por mar, y dejando mandado le siguiese su ejército por tierra, vino con gran priesa por no dejarse de hallar en la batalla, que corria fama seria muy presto.

El rey como era razon recibió muy gran contento con la venida destos príncipes, y á los nuestros con la cierta esperanza de la victoria les creció el ánimo y el aliento para pelear. Vinieron antes don Juan Nuñez de Lara y don Juan Manuel, y cada dia concurrian nuevas compañías de todo el reino. Los moros como vieron tan reforzado el ejército del rey, rehusaban dar la batalla. Afrentábalos Albohacen por ello, enviábales á preguntar la causa de su miedo. Respondieron que en la batalla pasada esperimentaron harto á su costa cuán grande fuese el esfuerzo y constancia de los cristianos, y que ahora tenian mayores fuerzas por tener mayor número de soldados que entonces tenian: que de lejos no se podia dar consejo conveniente al tiempo y ocasiones que ocurrian, si tubiese por bien de pasar el estrecho, que ellos en ninguna cosa contradirian á su voluntad: que conservar su ejército en tiempo tan peligroso y aciago les era mucho mas honra que pelear temerariamente con el enemigo, mas poderoso y mas bien afortunado.

En el entretanto no dejaban los moros de pedir treguas con muchas embajadas. Quisieron los embajadores ver los reales: otorgó el rey con su deseo. Púsoles en admiracion el concierto y buena disposicion de los pabellones, los soldados repartidos por sus cuarteles, las calles de oficiales, las plazas como en una ciudad llenas de provision: parecíales todo tambien que confesaron que los nuestros les hacian grande ventaja en la disciplina militar y policía, y que ellos en su comparacion sabian poco de aquel menester. Por el tratado de las treguas no se dejaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros: de la ciudad hacian otro tanto, en especial tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora, que con grande estampido y no poco daño de los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que deste género de tiros de pólvora hallo hecha mencion en las historias.

En el mes de agosto en Cervera en el condado de Urjel nació un niño con dos cabezas y cuatro piernas. Creyeron aquellos hombres con supersticioso y vano pensamiento que el tal era prodigio que pronosticaba algun mal: por tanto para evitarlo con su muerte le enterraron vivo. Sus padres conforme á las leyes fueron castigados como parricidas por ejecutarse esta crueldad con su consentimiento. Esto mismo año murió el rey Roberto en Nápoles mas famoso por la aficion y estudio de las letras que señalado por el ejercicio de las armas. Deste rey fue aquel dicho: mas quiero las letras que el reino. Volvamos á las cosas de Algecira. Los soldados extranjeros, en quien los primeros ímpetus son muy fervorosos y con la tardanza se resfrian, se fueron de los reales luego que vino el otoño, los de Ingalaterra llamados de su rey (así quisieron se entendiese) y el conde de Fox, que dió asímismo para irse por escusa el poco sueldo que á sus soldados se daba. Esto se decia: yo sospecho que les hizo volver á su tierra llevar mal los calores que en tiempo del estío hace en el Andalucía, y el estar quebrantados con las enfermedades y trabajos de la guerra. Aprueba nuestra conjetura lo que despues sucedió, que el conde de Fox á la vuelta murió en Sevilla, y el rey Filipo de Navarra, habida licencia del rey, murió en Jerez. Sucedieron ambas muertes en el mes de setiembre: sus cuerpos fueron llevados á sus tierras.

Con la ida destos príncipes cobraron avilenteza los enemigos, y mudado parecer se determinaron de dar la batalla. Sesenta galeras de los moros que en el mes de octubre surgieron en Estepona, luego se pasaron á Gibraltar. Corria el rio Palmones entre los dos campos, y como dos y tres veces en diferentes dias llegasen á encontrarse en el rio, finalmente al pasarle se vino á la batalla, en que los moros mostraron no ser iguales con gran parte á los españoles ni en fuerzas, ni en esfuerzo, ni en disciplina militar: así fueron en poco tiempo vencidos y puestos en huida. En la ciudad se padecia estrema necesidad de mantenimientos á causa que nuestra armada en dos veces les tomó dos galeras cargadas de bastimentos. Entraron cinco barcas en el principio del año de 1344, y vueltos estos bajeles á Africa, dieron aviso que los cercados no se podian ya sustentar mas tiempo, ca estaban puestos en tan grande aprieto que les era fuerza perecer todos ó entregar la ciudad. Con esto los moros luego movieron prática y trataron de concertarse.

En veinte y seis de marzo se entregó la ciudad con estos partidos: que el rey de Granada, como feudatario del rey de Castilla, pechase las parias que cada año le solia dar antes que se rompiese la guerra: que todos los cercados quedasen libres, y pudiesen irse con sus haciendas á donde quisiesen: concertáronse otrosí treguas con los reyes moros por espacio y tiempo de diez años. Hechos los conciertos, muchos moros se pasaron á Africa. El rey de Castilla entró en la ciudad con una solemne procesion en veinte y siete de marzo, y el siguiente dia se bendijo la iglesia Mayor, y se le puso por nombre Santa María de la Palma, por ser domingo de Ramos ó de las Palmas, y se celebraron en él los divinos oficios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron á los soldados, que á porfía pasaban sus casas y menaje á la ciudad, y se querian allí avecindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos.

Puestas en órden las cosas de Algeciras, el rey se partió para Sevilla. Allí le vino embajada de Eduardo rey de Ingalaterra para pedir al rey don Alonso que su hijo legítimo don Pedro casase con su hija Juana. Don Alonso por entonces vino en ello, mas adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta á las veces con su palabra conforme á las cosas y á las comodidades se mudan. En la batalla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas del Albohacen: estas por tenerle grato se le enviaron sin rescate. No quiso el bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesía del rey, antes le envió luego desde Africa sus embajadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hincho á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegría por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de Africa quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrías: todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplian sus votos: no dejaban ningun género de alegría, ni de religiosa demostracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenian concebido dentro de sus pechos.

CAPITULO XII.

De la guerra de Mallorca.

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía, se revolvieron las armas de Aragon. Lo que resultó, fue que el rey de Mallorca quedó despojado de su reino paterno: grande desafuero del rey de Aragon don Pedro el Ceremonioso, que era el que tenia mas obligacion á le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de señorear le cegó y endureció su corazon para que los trabajos y desastres de un rey su pariente no le enterneciesen, ni considerase lo mal que parecia un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Mompeller es una noble y rica ciudad de la Galia Narbonense, que en otro tiempo solia estar sujeta á los obispos de Magalona, por cuya permision ó disimulacion tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios destos prelados. Recayó este señorío primero en los aragoneses, y despues en los reyes de Mallorca como y en la forma que arriba se mostró.

Desta manera poco á poco fue en diminucion la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece mas la fuerza y antojo de los reyes que no la razon y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fue vender (como vendieron mas de cincuenta años antes deste tiempo) este derecho por cierto precio y cantidad á los reyes de Francia. Con color desta compra los franceses no desistian de requerir á los reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenaje que estaban obligados como sus feudatarios, y que á los vecinos de Mompeller se les permitiese apelar para París. Rehusaban hacerlo los de Mallorca: decian que el derecho de los señoríos no pendia de unos pergaminos viejos, sino de la moderna costumbre usada y guardada, y que pues los reyes de Francia no tenian mas derecho que los obispos de Magalona, no debian, ni se les pudo dar mayor ni mejor accion de aquella que poseian los mismos prelados. Vínose á las armas, y por fuerza los franceses tomaron muchos pueblos de la jurisdicion y señorío de Mompeller, y pusieron en ellos sus presidios.

Apercebíase el rey de Mallorca para la guerra: pidió al rey de Aragon que aquello que poseia por gracia y como feudo de Aragon, con sus armas le fuese conservado y defendido. El rey de Aragon con una profunda astucia y sagacidad, y con una infinita ambicion contemporizaba con el rey de Francia, y parecia pretendia mas agradarle que favorecer á su deudo. Entendia y deseaba que por tener de suyo pocas fuerzas, desamparado de otras ayudas vendria á ser presa de sus vecinos. Con esto, aunque le instaba y pedia socorro, no le daba otra ayuda mas que buenas palabras. Tuvieron entre sí habla: respondió el Aragonés á la demanda del mallorquin que él haria lo que se le rogaba, en caso que el rey de Francia no quisiese fenecer este pleito por tela de juicio. Sobre este punto se enviaron de una á otra parte muchas embajadas, todas con fin de poner dilacion al negocio, no con ánimo de dar algun socorro al necesitado.

Para cubrir estas marañas con capa de justicia procuró de hacerle muchos cargos de graves culpas, y levantar muchos testimonios al miserable rey. Que no reconocia sujecion á los reyes de Aragon, y que aunque era llamado, no venia á las córtes: que en Perpiñan sin poderlo hacer, labraba moneda baja de ley, de cuño y peso no acostumbrado: sobre todo que en Barcelona, do vino debajo de la fe y confianza de vistas, se conjuró para matar al Aragonés; trato que descubrió la misma mujer del de Mallorca, como la que mucho cuidaba de la vida del rey su hermano: finalmente que trató con el rey de Francia, con los potentados de Italia y con el mismo rey de Marruecos de confederarse en daño de Aragon. Estos fueron los capítulos que le opusieron, no se sabe si verdaderos, si falsos: la fama fue que se los levantaron; á que hizo dar crédito la destruicion del desdichado rey, y pensar que muy á tuerto le despojaron de su estado. Estos fueron los principios de las desastrosas discordias que el papa y la reina de Nápoles doña Sancha parienta de ambos reyes procuraron atajar, sin que pudiesen concluir cosa alguna.

Los mallorquines (como suele acaecer en los señoríos pequeños) estaban muy cargados de nuevos pechos y tributos; y como quier que no esperasen ser relevados dellos, no les pesaba de mudar señor. Vino el negocio á rompimiento de guerra, y del cerco de Algecira fue llamado para esto el almirante del mar Pedro de Moncada, como arriba se dijo. Juntóse una poderosa armada, que entre grandes y pequeños tenia ciento y diez y seis bajeles: partió el Aragonés del cabo de Lobregat, desembarcó en Mallorca, donde los isleños tenian juntados trecientos hombres de á caballo, y quince mil de á pié, toda gente allegadiza, flaca y de poca defensa. Fue luego desbaratado el rey de Mallorca, y huyó á la ciudad de Poncia. De allí, perdida la esperanza de cualquier buen suceso, se pasó á tierra firme. Las voluntades de los isleños estaban inclinadas al Aragonés, y es ordinario que al vencedor todo se le sujeta y todos le ayudan. Recibido juramento y homenaje de fidelidad de los de las islas, y puesto por virey Arnaldo de Eril, el rey de Aragon se volvió con su armada á Barcelona. Los de Ruysellon y de Cerdaña, que están en los postreros linderos de España, y eran del rey de Mallorca, fueron molestados con guerra, y les tomaron algunos pueblos.

En esto sobrevino un cardenal, que el papa envió por legado á estos príncipes para ponerlos en paz. Con su llegada cesó por unos pocos dias la guerra, demás que entraba ya el invierno, y no trajeron las máquinas que eran menester para batir las murallas de los pueblos. No prestó la diligencia del legado, ni la autoridad del padre santo. Pasado el invierno, por abril del año de 1344 se renovó la guerra con mayor furia; talaron las mieses, quemáron los campos, las ciudades y villas unas por fuerza y otras de grado fueron tomadas. Algunos de los amigos del rey de Mallorca le persuadian que era mejor confiarse del rey de Aragon que no esperimentar sus fuerzas; otros para muestra de muy fieles y bravos con palabras libres y arrogantes decian que antes moririan que consintiesen que se pusiese en manos de su enemigo: muéstranse antes de la batalla muy esforzados los que á las veces cuando ven el peligro de cerca suelen ser los mas cobardes. El ánimo del rey vacilaba congojado con varios pensamientos, tenia empacho de que pareciese que alguno mas que él estimase la libertad; pero espantábale mucho y poníale grande miedo el verse con pocas fuerzas, ca no le quedaba ya otra cosa sino la villa de Perpiñan. ¿Qué podia hacer en aquel aprieto? Engañóle su esperanza, y las buenas palabras de los terceros: en aquella duda escogió el consejo mas seguro que honrado. Envió con don Pedro de Exerica á decir al rey que se pondria en sus manos, si le aseguraba primero su libertad y su vida.

Con esperanza pues que le dieron, ó él temerariamente se tomó de recobrar su reino por la clemencia y liberalidad del vencedor, acompañado de sus caballeros y de otros señores de Aragon, y con la seguridad que pedia, el mes de julio vino de Perpiñan á la ciudad de Elna, do el rey de Aragon tenia sus reales. Llegado delante del rey, incadas las rodillas le beso la mano, y le habló en esta manera: «Errado hé, rey »invencible, yo he errado; pero mi yerro no ha sido »de deslealtad ni de traicion. Lo que se peca por »ignorancia, la clemencia, virtud de reyes y tuya

»propia, lo debe perdonar á un rey humilde, pariente y amigo, y que mientras sus cosas le dieron lugar »acudió á vuestro servicio con grande aficion; y con »nuevos y mayores servicios de aquí adelante recompensará las faltas pasadas. No ha sido uno solo el »yerro que he hecho en este caso, yo lo confieso; »pero entonces es mas de loar la clemencia cuando »hay mayor razon de estar enojado. En lo demás yo »soy vuestro, de mí y de mi reino haced lo que fuere »vuestra merced y voluntad; espero que usareis con»migo benignamente, acordándoos de la poca esta»bilidad y constancia de las cosas humanas.»

A esto el rey de Aragon con rostro ledo y engañoso le acarició, escusóle su culpa, y le dijo que merecia ser perdonado por el arrepentimiento que mostraba. Los hechos fueron bien contrarios á las palabras. Poco despues en una junta de nobles que se hizo en Barcelona, le privó del título y honra real, y le señaló cierta renta para que se sustentase. Hallóse burlado el rey de Mallorca: sintió cuan pesada sea la caida de un reino: al fin cayó en la cuenta, entendió que las palabras blandas de don Pedro de Exerica le engañaron, y sus esperanzas. Así si bien se hallaba desnudo de todos amparos y defensas, trató de renovar la guerra, pasóse á Francia. Allí primero acudió al papa Clemente, y como en él hallase poco amparo, con grande sumision se entró por las puertas del rey de Francia, causa primera de aquella tempestad, y para los gastos de la guerra le vendió el señorío de Mompeller sobre que era el pleito, por cien mil escudos de oro.

El Francés y el papa le recibieron debajo de su proteccion y amparo, ayudáronle tarde y con tibieza en fin se hobieron en este caso como suelen los hombres en peligro ajeno. Volvió pues á renovar con gran furia la guerra en las islas y en los estados de Cerdania y de Ruysellon; pero no hizo otra cosa sino acarrearse la muerte. Cinco años adelante en una batalla que se dió en Mallorca, fue vencido y muerto por los aragoneses; este fin tuvieron sus desdichas. Su cuerpo por mandado del rey de Aragon depositaron en Valencia: sus hijos y los de su hermano don Fernando, que poco antes del tiempo de la guerra falleció, en pena del pecado y culpa (si así se puede llamar) ajena, pasaron su vida huidos, desamparados, presos, sin casa ni sosiego alguno: desgracia que á muchos pareció injustísima, que los hijos fuesen privados del derecho del reino por cualesquier delitos de sus padres. En el mismo año que se ganó Algecira, y que el rey de Mallorca fue despojado del reino, con temeroso y descomunal ruido tembló la tierra en Lisboa, ciudad que está en la ribera del mar Océano; y con mucho espanto de las gentes temblaron los edificios y se cayó el cimborio de la iglesia mayor, principio y presagio segun se entendió de otros mayores males. Murió doña Costanza hija de don Juan Manuel, y mujer del infante don Pedro de Portugal el año siguiente de 1345. Sintieron ella y el marido menos su muerte porque él trataba amores con doña Inés de Castro dama muy apuesta que servia á la infanta, y la trataba casi con igual estado que á su mujer. Lo que fue peor y sacrílego, que sacó la misma de pila al infante don Luis hijo de don Pedro que murió niño, y por el tanto entró en deudo con su padre. Quedaron dos hijos de doña Costanza don Fernando y doña María.

CAPITULO XIII.

De las revueltas que hobo en el reino de Aragon.

Concluida la guerra de los moros con la felicidad que se podia desear, el rey de Castilla libre deste cuidado pensó de castigar los agravios y desafueros que en el tempestuoso tiempo de la guerra era necesario hobiese cometido muchos de los jueces y grandes del reino. Junto con esto su mayor deseo era procurar que á ejemplo de los de Burgos y Leon asimismo los del Andalucía y reino de Toledo le concediesen las alcabalas de las mercadurías que se vendiesen. En lo demás las cosas estaban sosegadas, y todo el reino con una abundante paz florecia. En el reino de Aragon resultaron nuevas revueltas, de que primeramente fue la causa el inquieto y perverso ingenio del rey de Aragon, que pretendia ensanchar su reino con trabar unas guerras de otras. Quejábase que las fuerzas del reino quedaron enflaquecidas, y la magestad real disminuida con las dádivas y mercedes que sus antepasados indiscretamente hicieron.

Ensoberbecido otrosí con el próspero suceso que tuvo contra el rey de Mallorca, volvió su enojo contra su hermano carnal don Jaime, que le sintió estar inclinado á compadecerse y tener misericordia del rey desposeido. Además que á los que señorean, siempre les son sospechosos á aquellos que están inmediatos á la sucesion del estado. Decíase en el reino que por fuero y costumbre antigua de Aragon era don Jaime sucesor y heredero del reino: que debian ser escluidas de la herencia paterna doña Costanza, doña Juana y doña María hijas del rey, habidas en la reina su mujer. Por esta razon hecho vicario y procurador del reino, habia ganado las voluntades y amor de los nobles y del pueblo con su buen término, y trato llano y virtuoso sin fraude ni algun mal engaño. Llamóle el rey un dia, mandóle dejar el oficio de procurador.

Desta manera arrebatadamente y sin consejo se hacian todas las demás cosas, mayormente que por este tiempo, que corria el año de nuestra salvacion de 1346, murió la reina de Aragon, mujer de santísimas costumbres, y por el mismo caso desemejable de su marido: falleció cinco dias despues que parió un niño que vivió tan solamente un dia, con que el reino tuvo un breve contento, destemplado en mucho pesar. Sepultóse el cuerpo desta señora en Valencia en la iglesia de San Vicente, si bien ella se mandó enterrar en Poblete, entierro antiguo de aquellos reyes. Para que el rey tuviese hijo varon con que se evitasen muchas revueltas en el reino, luego se trató de volver á casarle: para este fin enviaron embajadores al rey de Portugal á pedirle á su hija doña Leonor.

Deseaba su hermano don Fernando casarse con aquella infanta, confiado en el favor de su tio el rey de Castilla, y por estar él en la flor de su juvenil edad. Venció como era forzoso en esta competencia el rey de Aragon. Ayudó para ello primeramente don Juan Manuel, que por ser enemigo de doña Leonor de Guzman, y por el mismo caso tambien del rey de Castilla, toda su voluntad tenia puesta en la del rey de Aragon y en agradarle. Así procuró y concluyó de casar á su hijo don Fernando con doña Juana prima hermana del rey de Aragon, y hija de don Ramon Berenguel: con que quedaba emparentado con tres casas reales en parentesco muy estrecho, y por esto era el mas poderoso de los grandes del reino.

Los nobles de Aragon y de Valencia juntamente con el pueblo se comenzaron á alborotar: conjuráronse todos de guardar su libertad, mirar por sus fueros, y si menester fuese, defenderlos con las armas. Tomaron por ocasion de este alboroto la fuerza que á don Jaime conde de Urgel se hizo para que desistiese y se apartase del derecho de la sucesion, y procuracion del reino, y que se hacian leyes y publicaban edictos en nombre de doña Costanza hija del rey de Aragon, como si ella hobiera de ser la sucesora y heredera del reino. Señalaron y nombraron por conservadores de la libertad á Jimeno de Urrea, Pedro Coronel, Blasco de Alagon y á don Lope de

Luna, que era el mas principal de los nombrados por tener el señorío de Segorve, y estar casado con doña Violante tia del rey. Hicieron cabeza de todos, como era necesario, á don Jaime conde de Urgel; y llamaron de Castilla (donde residian con su madre por no confiarse del rey de Aragon) á sus hermanos don Fernando y don Juan con muchas cartas y embajadas que les enviaron, con que ellos se determinaron de ir á Aragon: llevaron consigo quinientos hombres de á caballo, que les dió para su guarda su tio el rey de Castilla.

El rey de Aragon no ignoraba que las fuerzas del pueblo alborotadas son furiosas en los principios, mas que despues con el tiempo y la dilacion se amansan y enflaquecen. Procuró hacer córtes en Zaragoza, en que para aplacar el pueblo, mas que por hacer el deber con sincera voluntad, restituyó á su hermano don Jaime la procuracion del reino, y dado por ninguno lo que primero tenia decretado, fue declarado por heredero y sucesor del reino. Con esto se volvieron á pacificar y sosegar las cosas; pero con la muerte que luego sucedió á don Jaime, se añubló la luz que comenzaba á resplandecer. El rey de Aragon por dar priesa á sus bodas se fué á Barcelona, ca tenia mandado llevasen allí su esposa los que la traian de las últimas partes de Portugal. En aquella ciudad de Barcelona luego que allí llegó, falleció el ya dicho conde de Urgel de enfermedad en fin del año de 1347; fue fama que le ayudaron con yerbas que le dieron, y que le vino este mal por la sospecha que dél se podia tener de que se queria alzar con el reino. Celebraron las bodas sin ninguna señalada solemnidad por estar todo el reino triste con la muerte y luto de don Jaime, y por la tempestad de revueltas que temian se les armaba. Enterróse su cuerpo en la misma ciudad en el monasterio de San Francisco.

Los hermanos don Fernando y don Juan, que acabadas las córtes se tornaron á Castilla, comunicado el negocio en Madrid con su madre y con el rey su tio, se hicieron cabezas de los pueblos amotinados; ayudóles el rey de Castilla con ochocientos caballos. Con tanto don Fernando se fue á Valencia, y don Juan á Zaragoza. Su madre en Cuenca y en Requena, en que lo demás del tiempo residia, esperaba en que pararian estas alteraciones con grande cuidado de la salud de sus hijos. Enviáronse los reyes sus embajadores: de Castilla Fernan Perez Portocarrero para hacer las amistades entre los hermanos: de Aragon vino por embajador Muñoz Lopez de Tauste á quejarse de agravios, y á rogar que no se les diese ningun favor ni ayuda á los rebeldes. Otorgósele que el capitan Alvar García de Albornoz hiciese en Castilla seiscientos hombres de á caballo á sueldo del rey de Aragon; el cual rey no sin nota y menoscabo de la magestad real casi como quien pide perdon se fue á Valencia poco menos que á ponerse en manos de los conjurados: así se vió en términos de que le perdiesen el respeto y le maltratasen.

Los del rey y los del pueblo, como gente desavenida, los unos no se fiaban de los otros, antes se miraban á la cara, notábanse las palabras y semblantes del rostro, y con afrentas y malas palabras que se decian, parece buscaban ocasion de revolverse y venir á las manos. Llegó el pueblo á alborotarse y á tomar las armas, y con ellas en las manos entraron con furioso ímpetu y violencia en el palacio real con grande miedo de los cortesanos y de la gente de palacio. Llegó la cosa á términos que el rey de necesidad hobo de subir en un caballo, y aventurarse á ponerse en medio de la gente alborotada para que con sus palabras y presencia se apaciguase. Concedióse al infante don Fernando que durante la vida del rey fuese procurador del reino, y despues de la muerte le sucediese en él; y que las hijas quedasen escluidas de la sucesion. Eran estos conciertos sacados por fuerza; y por esta razon se entendia que no serian firmes, ni durarian mucho.

Ido el rey don Lope de Luna que ya se pasara á su servicio, no dejó las armas, antes á los conjurados les era un importuno y molesto enemigo, disimulándolo primero el rey, y despues mandándoselo. Tenia sus gentes y reales en Daroca y su tierra. Don Fernando por impedir los intentos de don Lope partió de Zaragoza con quince mil hombres parte de á caballo y parte de á pié. Sentó su real cerca de Epila á la ribera del rio Jalon: no pudo tomar el pueblo porque era fuerte, quemó los campos y las mieses, que las querian ya segar: sobrevinieron en esto los del rey, pelearon á banderas tendidas: los conjurados por ser gente popular, y mas para hallarse en alborotos y sediciones que para pelear en batalla reñida, fueron vencidos y desbaratados.

Murieron en la batalla don Jimeno de Urrea y otros hombres principales, y su capitan don Fernando fue preso con una herida en la cara; mas el capitan Alvar Garcia de Albornoz, á quien le dieron en guarda, le soltó y dejó ir libre á Castilla. Podíase temer cualquiera cosa de la severidad del rey su hermano, que debió ser la ocasion de soltalle. No se sabe si se hizo esto sin que lo supiese don Lope de Luna, ó si lo disimuló mudado de parecer y trocado de voluntad, como ordinariamente suele acontecer en las guerras civiles. Bien se mostró quedar el rey satisfecho dél, pues en premio de lo bien que en aquella guerra le sirvió, para honrarle le dió título de conde de Luna, cosa nueva y poco usada en Aragon. Despues desta victoria todo en Aragon quedó llano al rey; y asentada la paz en Zaragoza, totalmente se deshizo la union y liga de los conjurados de suerte que no se oyó mas su nombre. La sucesion del reino se confirmó á don Fernando: amplióse la autoridad del justicia de Aragon, con cuyo oficio por ley antigua del reino se prevenia que el rey no pudiese quitarles su libertad.

Esto pasaba en Aragon el año de 1348 de nuestra salvacion. Este año una gravísima peste maltrató primero las provincias Orientales, y dellas se derramó y se pegó á las demás regiones, como á Italia, Sicilia, Cerdeña y Mallorca, y despues á todos los reinos y ciudades de España. Eran tantos los que morian, que se halló por cuenta en Zaragoza (1) que en el mes de octubre morian cada dia cien personas: como era una infeccion del aire, el curar los enfermos y tocarlos estendia mas la enfermedad por pegarse el mal á muchos; por donde los heridos ó se quedaban sin que hobiese quien los quisiese remediar, ó si los intentaban curar, daba luego la misma dolencia á los que se llegaban cerca del enfermo, y á los que le curaban. El ver tantos enfermos y muertes habia ya endurecido de manera los corazones de los hombres que no lloraban los muertos, y se dejaban los cuerpos por enterrar tendidos en las calles.

Desta peste y de su fiereza escribió largamente en sus epístolas Francisco Petrarchá hombre deste tiempo señalado en letras, mayormente en la poesía en lengua toscana. Era grandísima lástima ver lo que pasaba en todos los pueblos y ciudades de España. La nueva reina de Aragon doña Leonor sin dejar hijos murió por este tiempo en Exerica, donde se retiró el rey por miedo de la peste: su cuerpo sepultaron en el mismo lugar sin pompa ni aparato real. Con su muerte quedó el rey libre para poderse casar tercera vez mas dichosamente que las pasadas, por los hijos que deste matrimonio tuvo. No se sosegaban los conjurados. Hizo el rey á los alterados de Valencia en general guerra, y en particular justicia de mu-

(1) Zurita no habla de contagio en Aragon, sino en Valencia; y por esta razon el rey que á la sazon se hallaba en esta ciudad, se fue al reino de Aragon.

chos despues de habida la victoria: con el rigor y grandeza del castigo pretendia espantar á los demás, y que tomasen escarmiento y supiesen que no se debe temerariamente irritar la cólera é indignacion de los reyes.

CAPITULO XIV.

Que se apaciguaron las discordias entre los caballeros de Calatrava.

Los caballeros de Castilla de la órden de Calatrava, y los de Aragon de la misma órden tenian entre sí grandes diferencias y scimas; en lugar de uno eligieron y tenian dos maestres, uno en Calatrava, otro en Alcañices. La cosa pasó desta manera. Don Garci Lopez, maestre desta religion mas de veinte años antes deste en que vamos, fue acusado de gravísimos delitos y de traicion: oponianle que siendo el rey menor de edad, robó el reino, y hizo muy poco caso de su religion y órden, de que en ellos se siguieron innumerables daños y desórdenes. Por estas y otras cosas le citaron para que pareciese delante del rey don Alonso de Castilla, y respondiese á lo que se le imputaba: no quiso parecer, antes se fué á Aragon ó por miedo de ser castigado como merecia, y le acusaba su conciencia, ó lo que es mas de creer, con temor de las cautelas y potencias de sus enemigos, ca los que le causaban, eran los mas poderosos y mas ilustres de su órden. Esta fue la principal causa y principio de las diferencias y contiendas que tanto despues duraron.

Con el favor del rey de Aragon don Garci Lopez residia en Alcañices pueblo de la órden, y allí conservaba su autoridad. Ejercitaba el oficio de maestre, no obstante que á instancia del rey de Castilla fuera condenado en rebeldía y privado del maestrazgo. Eligieron en su lugar á don Juan Nuñez de Prado, de quien era fama y se decia que era hijo no legítimo de doña Blanca tia del rey de Portugal, y abadesa del monasterio de las Huelgas de Burgos. Los abades de la órden del Cistel, que por instituto antiguo tenian poder de visitar esta religion, aprobaron y confirmaron la eleccion del nuevo maestre. Los freiles y caballeros aragoneses no se quisieron rendir ni obedecerle, antes muerto que fue don Garci Lopez, sustituyeron en su lugar á don Alonso Perez de Toro, cuya eleccion de su voluntad, ó porque para ello fue inducido y engañado, confirmó Arnaldo abad de Morimonte en la Francia, á quien de oficio competia hacer semejante ratificacion. Intentóse muchas veces de concordar estos caballeros, que ambas partes veian serles muy dañosa su division. Sobre esta razon los reyes se enviaron diversas embajadas que no tuvieron hasta este tiempo efecto alguno, cuando por muerte de don Alonso Perez eligieron los de Alcañices á don Juan Rodriguez. Antes que esta postrera eleccion se confirmase, á instancia de los reyes de Castilla y de Aragon en Zaragoza, do á la sazon se hacian córtes, se juntaron ambos maestres y muchos caballeros de ambas naciones.

Litigada la causa, el rey de Aragon como juez árbitro que era, cerrado el proceso, por lo que dél resultaba senteció conforme á las pretensiones y méritos de Castilla. Hízose otrosi constitucion que de allí adelante fuese habida por verdadera y canónica eleccion de maestre la que hiciesen aquellos caballeros en Calatrava: á don Juan Rodriguez se le quitó el oficio y el título de maestre, y en recompensa se le dió la encomienda mayor de Alcañices con jurisdiccion sobre todos los freyles y caballeros de Aragon; y aun se proveyó que el maestre no pudiese proveer cosa alguna tocante al comendador mayor y los caballeros aragoneses mientras durase la vida de los presentes, si no fuese con consejo de los abades de Poblete y de Veruela. Prevenian con esto que por envidia y emulacion no se les hiciese algun agravio. En esta forma se concordaron los caballeros de Calatrava y las divisiones que entre sí tenian, se acabaron en veinte y cinco del mes de agosto. Los juicios de los hombres son varios: muchos fueron de parecer y murmuraban que en estas cosas no se procedió conforme al punto y rigor de derecho, sino por respeto y á voluntad del rey de Castilla.

En este mismo tiempo don Luis conde de Claramonte hijo de don Alonso de la Cerda, á quien llamaban el desheredado, ponia en órden una armada en la ribera de Cataluña con licencia y ayuda del rey de Aragon, y por concesion del papa que dos años antes le adjudicara las islas de Canaria, llamadas por los antiguos Fortunadas. Dióle aquella conquista el sumo pontífice con título de rey, y que como tal hizo un solemne paseo en Aviñon. Púsole por condicion que aquellas gentes bárbaras hiciese predicar la fe de Cristo. Será bien, pues esta ocasion se ofrece, decir algo del sitio, de la naturaleza y del número de estas islas, y en qué tiempo se hayan incorporado en la corona de los reyes de Castilla. Al salir de la boca del estrecho de Gibraltar en el mar Atlántico á la mano izquierda caen estas islas. Son siete en número, estendidas en hilera de Levante á Poniente, Leste, Oeste, veinte y siete grados apartadas de la línea equinocial.

La mayor destas islas llámase la Gran Canaria, della las demás tomaron este nombre de Canarias. El suelo de la tierra es fértil para pasto y labor, hay en ellas tan grande multitud de conejos, que se han multiplicado de los que de tierra firme se llevaron, que destruyen las viñas y los panes de suerte que ya les pesa de haberlos llevado. En la isla que llaman del Hierro, no hay otra agua de la tierra, sino la que se destila y ragala de las hojas de un árbol, que es un admirable secreto y variedad de la naturaleza. Es cierto que don Luis, á quien por esta navegacion que quiso hacer, llamaron el infante Fortuna, nunca pasó á estas islas: si bien tuvo la conquista dellas, y la armada aprestada para irlas á conquistar, las guerras de Francia se lo estorbaron y la batalla que Philipe rey de Francia perdió por estos tiempos junto á Cresiaco. Como cincuenta años adelante los vizcainos y andaluces, repartida entre sí la costa, armaron una flota para pasar á estas islas con intento de hacer á los isleños guerra á fuego y á sangre, mas por codicia de robarlos que por allanar la tierra. Una grande presa que trujeron de la isla de Lanzarote, puso gana á los reyes de conquistarlas, sino que despues ocupados en otras cosas se olvidaron desta empresa.

Pasados algunos años, Juan Bentacurto de nacion francés volvió á hacer este viaje con licencia que le dió el rey de Castilla don Enrique Tercero deste nombre, con condicion que conquistadas quedasen debajo de la proteccion y homenaje de los reyes de Castilla. Ganó y conquistó las cinco islas menores: no pudo ganar las otras dos por la muchedumbre y valentia de los isleños que se lo defendió. Envióse á estas islas un obispo llamado Mecul: el obispo y Menaute heredero de Bentacurto, no se llevaron bien, antes tenian muchas contiendas, de tal guisa que estuvieron á punto de hacerse guerra. El Francés solo miraba por su interés: el obispo no podia sufrir que los pobres isleños fuesen maltratados y robados sin temor de Dios, ni vergüenza de los hombres.

El rey de Castilla avisado deste desórden envió allá á Pedro Barba que se apoderó destas islas. Este despues por cierto precio las vendió á un hombre principal llamado Peraza, y deste vinieron á poder de un tal Herrera yerno suyo, el cual se intituló rey de Canaria, mas como quier que no pudiese conquistar la Gran Canaria ni á Tenerife, vendió las cuatro destas islas al rey don Fernando el Católico, y él se quedó con la una llamada Gomera, de quien se in-

tituló conde. El rey don Fernando, que entre los reyes de España fue el mas feliz, valeroso sin par, envió diversas veces sus flotas á estas islas, y al fin las conquistó todas, y las incorporó en la corona real de Castilla. Volvamos á lo que se ha quedado atrás. En el año de 1349 doña Leonor hermana mayor de don Luis rey de Sicilia, nieto que fue de Federico, y en su menor edad sucedió al rey don Pedro su padre, casó con voluntad de su madre y en vida del rey su hermano con el rey de Aragon. Llevada á la ciudad de Valencia, se celebraron las bodas con gran regocijo y fiestas de todo el reino.

CAPITULO XV.

De la muerte del rey don Alonso de Castilla.

Levantáronse en este tiempo grandes revoluciones en Africa causadas por Abohanen, que conforme á la condicion de los moros, y por codicia de reinar, atropellado el derecho paternal, y no escarmentado con la muerte de su hermano, se rebeló contra su padre Albohacen, y se alzó en Africa con el reino de Fez, y en España se apoderó de Gibraltar y de Ronda, y de todas las demás tierras que á los reyes de Africa en España quedaban, y puso en ellas sus guarniciones de soldados. Hacia cargo á su padre que por su descuido y cobardía con grande menoscabo y mengua del nombre africano sucedieran las pérdidas y desastres pasados: decia que si á él quisiesen llevar por guia y capitan, vengaria las injurias recebidas y tomaria enmienda de aquellos daños. Con estas persuasiones el vulgo, amigo de novedades, se le arrimaba por el vicio general de la naturaleza de los hombres; y mas por la liviandad y ligereza particular de los africanos en quien mas que en otras gentes reina esta inconstancia, esperaban que las cosas presentes serian mas á propósito y de mayor comodidad que las pasadas.

Estas revueltas de los moros parecia á los nuestros que les daban la ocasion en las manos para hacer su hecho, si no estuviera de por medio el juramento con que se obligaron de tener treguas por diez años. Sin embargo los mas prudentes juzgaban que por ser ya otro el rey, diferente de aquel con quien asentaron las treguas, quedaban libres de la jura. El deseo de renovar la guerra y de conquistar á Gibraltar los acuciaba, cuya fortaleza les era un duro freno para que sus intentos no los pudiesen poner en ejecucion. El cuidado de proveerse de dineros tenia al rey congojado, bien que no perdia la esperanza que el reino le ayudaria de buena gana, por estar descansado con la paz de que ya cinco años gozaba. El vehemente deseo que todos tenian de desarraigar de España á sus enemigos, velo con que muchas veces se mueve y engaña el pueblo, los animaba á servir de buena gana y ayudar estos intentos. Publicáronse córtes para la villa de Alcalá de Henares: llamaron á ellas muchas ciudades del reino que no solian ser llamadar. Las del Andalucía, y de la Carpetania, hoy reino de Toledo, por la mayor parte solian ser libres de las cargas de la guerra como quier que hacian frontera á los moros y de necesidad grandes gastos para defenderles la tierra. Al presente en esta ocasion (con color de honrarlos) se dejaron llevar: pretendian con grande fuerza que á imitacion de los de Castilla y de Leon, como repartida entre todos la carga, pechasen alcabala de todas las cosas que se vendiesen.

Entre las ciudades que se juntaron en estas córtes, los procuradores de la ciudad de Toledo alegaban que debian tener el primer lugar y voto. Los de Burgos, si bien la causa era dudosa, como estaban en posesion resistian valientemente y pretendian ser en ella amparados. Alegaban en favor de Toledo la grandeza de la ciudad, su antigüedad, su nobleza: la santidad de su famosísima iglesia, la magestad y autoridad de su arzobispo, que tiene primacia sobre todos los prelados de España, los hechos valerosos de sus antepasados: demás que en tiempo de los godos era la cabeza del reino y silla de los reyes, y modernamente se le diera título de imperial. Decian ansí mismo parecia cosa injustísima y fuera de razon que hobiese de reconocer mayoría á ninguna ciudad aquella á quien Dios y los hombres aventajaron y la misma naturaleza, que la puso en el corazon de España en un lugar eminentísimo, en que se dividen y reparten las aguas: que si no le daban la autoridad y lugar que se le debia, no pareceria á todos sino que la llamaron á las córtes para hacer burla della, y desautorizalla: si la razon que Burgos alegaba tenia fuerza, la misma militaba por las demás ciudades del reino; y que á aquella cuenta no le quedaba á Toledo sino el postrer lugar, y aun á merced, si se le quisiesen dejar: que tocaba á todos y era comun la causa de Toledo: así la deshonra que á ella se hiciese, manchaba y desautorizaba á toda España.

Los de Burgos se defendian con la preeminencia que tenian en Castilla, en que poseian el primer lugar de tiempo muy antiguo. Decian que contra esta posesion no era de importancia alegar actos ya olvidados y desusados, y que si la competencia se llevaba por via de honra, ¿de donde se dió principio para restaurar la fe, y avivar las esperanzas de echar á los moros de España? por esto con mucha razon era Burgos la silla y domicilio de los primeros reyes de Castilla: no era justo quitalles en la paz aquel lugar que ellos en la guerra ganaron con mucha sangre que sus antepasados derramaron; demás que sin suficiente causa no se le podian derogar los privilegios que los reyes pasados le concedieron. Los grandes en esta competencia andaban divididos, segun que tenian parentesco y amistades en alguna de las dos ciudades. Nombradamente favorecia á Toledo don Juan Manuel, y á Burgos don Juan Nuñez de Lara; los unos no querian conceder ventaja á los otros.

Despues que se hobo bien debatido esta causa, se acordó y tomó por medio que Burgos tuviese el primer asiento y el primer voto, y que á los procuradores de Toledo se les diese un lugar apartado de los demás enfrente del rey, y que Toledo fuese nombrado primero por el rey desta manera: YO HABLO POR TOLEDO, Y HARÁ LO QUE LE MANDE: HABLE BURGOS. Con esta industria, y esta moderacion se apaciguó por entonces esta contienda; traza que hasta nuestros tiempos continuadamente se ha usado y guardado: así acaece muchas veces que los debates populares se remedian con tan fáciles medios como lo son sus causas. Diez y ocho ciudades y villas son las que suelen tener voto en las córtes: Burgos, Soria, Segovia, Avila y Valladolid: estas en Castilla la Vieja. Del reino de Leon es la primera la ciudad de Leon, despues Salamanca, Zamora y Toro. De Castilla la Nueva, Toledo, Cuenca, Guadalajara, Madrid. Del Andalucía y de los Contestanos Sevilla, Granada, Córdoba, Murcia, Jaen. Entre todas estas ciudades Burgos, Leon, Granada, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y Toledo por ser cabeceras de reinos tienen señalados sus asientos y sus lugares para votar conforme á la órden que están referidas: las demás ciudades se sientan y hablan sin tener lugares señalados, sino como vienen á las juntas y córtes. En las córtes de Alcalá consta que se hallaron muchas mas villas y ciudades, porque el rey para ganar las voluntades de todo el reino, quiso esta honra repartirla entre muchos, y tenerlos gratos con este honroso regalo.

Pidióse en estas córtes el alcabala. Al principio no se quiso conceder: las personas de mas prudencia adevinaban los inconvenientes que despues se podian seguir: mas al cabo fue vencida la constancia de los que la contradecian, principalmente que se allanó Toledo si bien al principio se estrañaba de conceder

nuevos tributos. El deseo que tenia que se renovase la guerra, y la mengua del tesoro del rey para poder la sustentar la hizo consentir con las demás ciudades. Concluido esto, de comun acuerdo de todos con increible alegría se decretó la guerra contra los moros, y para ella en todo el reino se hizo mucha gente, y se proveyeron de armas, lanzas, caballos, bastimentos, dineros y todo lo al necesario. Juntado el ejército fueron al Andalucía, asentaron sus reales sobre Gibraltar; cercáronla con grandes fosos y trincheas y muchas máquinas que levantaron. La villa se hallaba bien apercibida para todo lo que le pudiese acaecer, tenia hechas nuevas defensas y fortificaciones, muy altas murallas con sus torres, saeteras, traviesas, troneras á la manera que entonces usaban muchos y buenos soldados de guarnicion; que á la fama del cerco vinieron muchos moros de Africa.

Puesto el cerco, se quemaron y derribaron muchas casas de placer, y se talaron y destruyeron muy deleitosas huertas y arboledas que estaban en el contorno de la ciudad, por ver si los moros mudaban parecer, y se rendian por escusar el daño que recebian en sus haciendas y heredades. Batieron los muros con las máquinas militares. Los moros se defendian con grande esfuerzo con piedras, fuego y armas que arrojaban sobre los contrarios. Todavía les dieron tal priesa que los moros comenzaron poco á poco á desmayar, y á perder la esperanza de poder sufrir el cerco ni defender el pueblo: no esperaban ser socorridos por las alteraciones que todavía continuaban en Africa. Los que mas desfallecian eran los ciudadanos, con temor que si el pueblo se tomase por fuerza, por ventura no les querrian dar ningun partido ni perdonallos; mas los soldados que tenian en su defensa, no tenian tanto cuidado de lo que podria despues suceder. Gastábase el tiempo, y el cerco se alargaba.

En esto ciertos embajadores que el rey de Castilla antes enviara al rey de Aragon para rogalle que le ayudase en esta guerra, y hiciese paces con él, vinieron á los reales, y en su compañía Bernardo de Cabrera, que en aquellos tiempos era tenido por varon sabio y grave: por esta causa el rey de Aragon le sacó de su casa, en que con deseo de descansar se retirara, para la administracion de los negocios públicos. Así por su consejo principalmente gobernaba el reino, por donde de necesidad de muchos era envidiado. Con su venida, que fue en veinte y nueve de agosto, se hizo paz y alianza entre los reyes con estas capitulaciones: que la reina doña Leonor y sus hijos hobiesen pacífica y enteramente todo aquello que el rey su marido y padre les mandó por su testamento: el rey de Castilla, cumplido esto; no les daria ningun favor ni ayuda para que levantasen nuevas revueltas en Aragon. Hecha la paz, envió el rey de Aragon cuatrocientos ballesteros con diez galeras, cuyo capitan era Raimundo Villano.

Doña Juana reina de Navarra, que despues de la muerte de su marido se quedó en Francia y vivió por espacio de cinco años, murió en la villa de Conflans puesta á la junta de los rios Oyse y Secuana, en seis de octubre: enterráronla en el monasterio de San Dionisio junto al sepulcro de su padre el rey Luis Hutin. Fue esta señora de santísimas costumbres y dichosa en tener muchos hijos. Dejó por sucesor del reino á Carlos su hijo de edad de diez y siete años. Quedáronle otros dos menores, don Philipe y don Luis, el que hobo despues en dote el estado y señorío de Durazo: tuvo otrosí estas hijas, las infantas Juana, María, Blanca y doña Inés, que con el tiempo casaron con grandes príncipes: la mayor con el señor de Ruan, la segunda con el rey de Aragon, y con la tercera en el postrer matrimonio se casó Philipo de Valoes rey de Francia: la menor de todas fue casada con el conde de Fox. En esta sazon era virey de Navarra un caballero francés llamado mossen Juan de Conflens.

Volvamos al cerco de Gibraltar. Los nuestros estaban con esperanza de entrar el pueblo, sino que las grandes fortificaciones y reparos que habían hecho los de dentro, la fortaleza de los muros les impedía que no le tomasen. Los moros de Granada daban muchos rebatos en los reales, y paraban celadas á los nuestros, y cautivaban á los que se desmandaban del ejército. Salian muchas veces los soldados de la ciudad á pelear, y hacíanse muchas escaramuzas y zalagardas. El cerco le tenian en este estado, cuando una grande peste y mortandad que dió en el real de los fieles desbarató todos sus deseños: morian cada dia muchos, y faltaban; con esto la alegria que antes solían tener en los reales, todá se convirtió en tristeza y lloro, y descontento: tan grande es la inconstancia de las cosas. Don Juan de Lara y don Hernando Manuel, que por muerte de su padre era señor de Villena, eran de parecer y instaban que se levantase el cerco y se fuesen, ca decian no ser la voluntad de Dios que se tomase aquella villa, y que por ser en mal tiempo del año, el perseverar en el cerco seria yerro perniciosísimo y mortal, especialmente que al cabo la necesidad los forzaria á que se fuesen: que era locura estarse allí con la muerte al ojo sin ninguna esperanza de hacer cosa de provecho.

Movíanle algo estas razones al rey, mas con el deseo que tenia de salir con la demanda y ganar la villa que en su tiempo se perdiera, y con la esperanza que tenia concebida, y el ánimo grande por los buenos sucesos pasados, se animaba y proseguia el cerco. Decia que los valerosos y de grande corazon peleaban contra la fortuna y alcanzaban lo que pretendian, y los cobardes en el miedo perdian las buenas esperanzas: que pues la muerte no se escusa, ¿dónde mejor podia acabar que en este trance, y pretension un hombre criado desde niño en la guerra? ¿y en qué empresa mejor podia hallar la muerte á un cristiano, que cuando procuraba ampliar y defender nuestra santa fe y católica religion? Esta constancia ó pertinacia del rey fue mala, dañosa y desastrada. Alcanzóle la mala contagion: dióle una landre de que murió en 26 de marzo del año de 1350, el primero en que por constitucion del papa Clemente se ganó el jubileo de cincuenta en cincuenta años, que de antes se mandó ganar de ciento en ciento.

Fue asimismo señalado este año por la muerte de Philipe rey de Francia. Sucedióle su hijo Juan, rey de sublime y generoso corazon, sin doblez ni alguna viciosa disimulacion: tales eran sus virtudes, los grandes infortunios que á él y á su reino acontecieron le hicieron de los mas memorables. Este fin tuvo don Alonso rey de Castilla, Undécimo deste nombre, muy fuera de sazon y antes de tiempo á los treinta y ocho años de su edad: si alcanzara mas larga vida, desarraigara de España las reliquias que en ella quedaban de los moros. Pudiérase igualar con las mas señalados príncipes del mundo así en la grandeza de sus hazañas como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillara las demás virtudes, y las escureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La aficion que tenia á la justicia y su celo, á las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el renombre que tuvo de Justiciero. Por la muerte del rey su gente se alzó á la hora del cerco. Llevaron su cuerpo á Sevilla, y allí le enterraron en la capilla real. En tiempo del rey don Enrique su hijo le trasladaron á Córdoba, segun que él mismo lo dejó mandado en su testamento.

Los moros dado que los tenia él cercados, reverenciaban y alababan la virtud del muerto en tanto grado que decian no quedar en el mundo otro semejante en valor, y las demás virtudes que pertenecen

á un gran príncipe; y como quier que tenian á gran dicha verse libres del aprieto en que los tenia puestos, no acometieron á los que se partian, ni les quisieron hacer algun estorbo ni enojo. En este cerco no se halló el arzobispo don Gil Albornoz, por ventura por estar ausente de España; por lo menos se halla que al fin deste año á diez y ocho de diciembre le crió cardenal el papa Clemente, que tenia bien conocidas sus partes desde el tiempo que fue á Francia á solicitar el subsidio ya dicho. Lorenzo de Padilla dice que esta fue la causa de renunciar el arzobispado por ser á la verdad incompatibles entonces aquellas dos dignidades; y que en su lugar fue puesto don Gonzalo Cuarto, deudo suyo, de la casa, apellido y nombre de los Carrillos. Otros quieren que el sucesor de don Gil se llamó don Gonzalo de Aguilar, obispo



Don Pedro I de Castilla.

que fue primero de Cuenca á la verdad como quier que se llamase, su pontificado fue breve, ca gobernó la iglesia de Toledo como tres años y no mas. fue prelado de prendas y de valor.

CAPITULO XVI.

Cómo mataron á doña Leonor de Guzman.

Siguiéronse en Castilla bravos torbellinos, furiosas tempestades, varios acaecimientos, crueles y sangrientas guerras, engaños, traiciones, destierros, muertes sin número y sin cuento, muchos grandes señores violentamente muertos, muchas guerras civiles, ningun cuidado de las cosas sagradas ni profanas: todos estos desórdenes, si por culpa del nuevo rey, si de los grandes, no se averigua. La comun opinion carga al rey tanto que el vulgo le dió nombre de Cruel. Buenos autores gran parte destos desórdenes la atribuyen á la destemplanza de los grandes, que en todas las cosas buenas y malas sin respeto de lo justo seguian su apetito, codicia y ambicion tan desenfrenada, que obligó al rey á no dejar sus escesos sin castigo.

La piedad y mansedumbre de los príncipes no solamente depende de su condicion y costumbres, sino asimismo de las de los súbditos. Con sufrir y complacer á los que mandan, á las veces ellos se moderan y se hacen tolerables; verdad es que la virtud si es desdichada, suele ser tenida por viciosa. A los reyes al tanto conviene usar á sus tiempos de clemencia con los culpados, y les es necesario disimular y conformase con el tiempo para no ponerse en necesidad de esperimentar con su daño cuán grandes sean las fuerzas de la muchedumbre irritada, como le avino al rey don Pedro. ¿De qué aprovecha querer sanar de repente lo que en largo tiempo enfermó? ¿ablandar lo que está con la vejez endurecido, sin ninguna esperanza de provecho y con peligro cierto del daño? Las cosas pasadas (dirá alguno) mejor se pueden reprehender, que emendar ni corregir; es así, pero tambien las reprehensiones de los males pasados deben servir de avisos á los que despues de nos vendrán para que sepan regir y gobernar su vida.

Mas antes que se venga á contar cosas tan grandes será necesario decir primero en qué estado se hallaba la república, qué condiciones, qué costumbres, qué restaba en el reino sano y entero, qué enfermo y desconcertado. Luego que murió el rey don Alonso, su hijo don Pedro, habido en su legítima mujer, como era razon fue en los mismos reales apellidado por rey, si bien no tenia mas de quince años y siete meses, y estaba ausente en Sevilla do se quedó con su madre. Su edad no era á propósito para cuidados tan graves: su natural mostraba capacidad de cualquier grandeza. Era blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta magestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado: veianse en él finalmente muestras de grandes virtudes, de osadía y consejo, su cuerpo no se rendia con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad podia ser vencido. Gustaba principalmente de la cetrería, caza de aves, y en las cosas de justicia era entero.

Entre estas virtudes se veian no menores vicios, que entonces asomaban, y con la edad fueron mayores: tener en poco y menospreciar las gentes, decir palabras afrentosas, oir soberbiamente, dar audiencia con dificultad no solamente á los estraños, sino á los mismos de su casa. Estos vicios se mostraban en su tierna edad: con el tiempo se les juntaron la avaricia, la disolucion en la lujuria, y la aspereza de condicion y costumbres. Estas faltas y defectos que tenia de su mala inclinacion natural, se le aumentaron por ser mal doctrinado de don Juan Alonso de Alburquerque, á quien su padre cuando pequeño se le dió por ayo para que le impusiese y enseñase buenas costumbres. Hace sospechar esto la grande privanza que con él tuvo despues que fue rey, tanto que en todas las cosas era el que tenia mayor autoridad, no sin envidia y murmuracion de los demás nobles, que decian pretendia acrecentar su hacienda con el daño público y comun que es la mas dañosa pestilencia que hallarse puede.

Tenia el nuevo rey estos hermanos, hijos de doña Leonor de Guzman: don Enrique conde de Trasta-

mara, don Fadrique maestre de Santiago, don Fernando señor de Ledesma, y don Tello señor de Aguilar. Demás destos tenia otros hermanos, doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Philipe de Castro, don Sancho, don Juan y don Pedro, porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aun pequeños. Sus hermanos no se confiaban de la voluntad del rey, ca temian se acordaria de los enojos pasados, en especial que la reina doña María era la que mandaba al hijo, y la que atizaba todos estos disgustos. Doña Leonor de Guzman, que se veia caida de un tan grande estado y poder (nunca la mala felicidad es duradera) haciala temer su mala conciencia, y recelábase de la reina viuda. Partió de los reales con el acompañamiento del cuerpo del rey difunto; mas en el camino mudada de voluntad se fue á meter en Medina Sidonia, pueblo suyo y muy fuerte. Allí estuvo mucho tiempo dudosa, y en deliberacion si aseguraria su vida con la fortaleza de aquel lugar, si confiaria sus cosas y su persona de la fidelidad y nobleza del nuevo rey.

Comunicado este negocio con sus parientes y amigos, le pareció que podria mas acerca del nuevo rey la memoria y reverencia de su padre difunto y el respeto de sus hermanos, que las quejas de su madre; por esto no se puso en defensa, en especial que era fuerza hacer de la necesidad virtud á causa que Alonso de Alburquerque amenazaba, si otra cosa intentaba, que usaria de violencia y armas. Tomado este acuerdo, ella se fue á Sevilla, sus hijos



Por su autencidad presentamos estos trajes de la época tomados de las estátuas yacentes que hemos visto en el convento de Pedralbes á una legua de Barcelona.

don Enrique y don Fadrique, y los hermanos Ponces y don Pedro señor de Marchena, don Hernando maestre de Alcántara todos grandes personajes, y Alonso de Guzman y otros parientes y allegados, unos se fueron á Algecira, otros á otras fortalezas y castillos para no dar lugar á que sus enemigos les pudiesen hacer ningun agravio, y poder ellos defenderse con las armas y vengar las demasías que les hiciesen.

El atrevido ánimo del rey, la saña é indignacion mujeril de su madre no se rindieron al temor, antes aun no eran bien acabadas las obsequias del rey, cuando ya doña Leonor de Guzman estaba presa en Sevilla: la ira de Dios, que al que una vez coge debajo, le destruye, permitia que las cosas se pusiesen en tan peligroso estado. Su hijo don Enrique echado de Algecira, como debajo de seguro se fuese al rey, comunicado el negocio con su madre, dió priesa á casarse con doña Juana hermana de don Fernando Manuel señor de Villena, que antes se la tenian prometida. Concluyó de presente estas bodas para tener nuevos reparos contra la potencia del rey y crueldad de la reina. Sucedió que el rey enfermó en Sevilla de una gravísima dolencia, de que estuvo desahuciado de los médicos: llegábase el fin del reino apenas comenzado. Concebíanse ya nuevas esperanzas, y como en semejantes ocasiones suele acaecer, el vulgo y los grandes nombraban muchos sucesores, unos á don Fernando marqués de Tortosa, otros á don Juan de Lara ó á don Fernando Manuel, que eran los mas ilustres de España, y todos de la sangre real de Castilla: de don Enrique conde de Trastamara y de sus hermanos aun no se hacia mencion alguna.

Desde á pocos dias el rey mejoró de su enfermedad, con que cesaron estas pláticas de la sucesion, de las cuales ningun otro fruto se sacó mas de que el rey supiese las voluntades del pueblo y de los nobles de que resultaron nuevas quejas y mortales odios, ca por la mayor parte son odiosos á los príncipes aquellos que están mas cercanos para les suceder. Enojado pues desto don Juan de Lara, y no pudiendo sufrir que don Alonso de Alburquerque gobernase el reino á su voluntad, se partió de Sevilla, y se fue á Castilla la Vieja con ánimo de levantar la tierra; lo que podia él bien hacer por tener en aquella provincia grande señorío. Andaban ya estos enojos

para venir en rompimiento cuando los atajó la muerte que brevemente sobrevino en Burgos á don Juan de Lara en veinte y ocho de noviembre: su cuerpo sepultaron en la misma ciudad en el monasterio del señor San Pablo de la órden de los predicadores: dejó de dos años á su hijo don Nuño de Lara. Murió casi juntamente con él su cuñado don Fernando Manuel, y quedó dél una hija llamada doña Blanca.

Dió mucho contento la muerte destos señores á don Alonso de Alburquerque, que deseaba acrecentar su poder con los infortunios de los otros, y quitados de por medio sus émulos, pensaba á sus solas reinar, y en nombre del rey gozarse él del reino sin ningun otro cuidado. Sabidas por el rey estas muertes partió de Sevilla por estar cierto que se podria con la presteza apoderar de sus estados. No fue este camino sin sangre, antes en muchos lugares dejó rastros y demostraciones de una condicion áspera y cruel. Vino su hermano don Fadrique á la villa de Ellerena, do el rey habia llegado: recibióle con buen semblante, mas por lo que sucedió despues, se echó de ver que tenía otro en su pecho, y que su rostro y palabras eran dobladas y engañosas. Mandó en el mismo tiempo á Alonso de Olmedo que matase á su madre doña Leonor de Guzman en Talavera, villa del reino de Toledo donde la tenian presa; que fue un mal anuncio del nuevo reinado, cuyos principios eran tan desbaratados. En un delito ¿cuántos y cuán graves pecados se encierran? ¿Que le valió el favor pasado? ¿de qué provecho le fue un rey tan amigo? ¿de qué tanta muchedumbre de hijos? todo lo desbarató la condicion fiera y atroz del nuevo rey, bien que por su poca edad, toda la culpa y odio desta cruel maldad cargó sobre la reina su madre, que se quiso vengar del largo enojo y pesar del amancebamiento del rey con la muerte de su combleza. Dende este tiempo porque esta villa era del señorío de la reina, se llamó vulgarmente Talavera de la Reina.

En Burgos dentro del palacio real, sin que le pudiesen defender los que le acompañaban, ca los prendieron, por mandado del rey fue preso y muerto Garci Lasso de la Vega: el mayor cargo y delito gravísimo era la aficion que tenia á don Juan de Lara. Era Garci Lasso adelantado de Castilla, sucedióle en este cargo Garci Manrique. Consultóse como el rey habria en su poder al niño don Nuño de Lara señor de Vizcaya. Previnolo doña Mencía, una principal señora que le tenia en guarda; que le escapó de la ira y avaricia del rey, ca huyó con él á Vizcaya con esperanza de poder resistirle con la fidelidad de los vizcainos. La resolucion del rey era tan grande que fué en su seguimiento, y estuvo muy cerca de cogerlos; y como quier que en fin no los pudiese alcanzar, se determinó de apoderarse con las armas de todo su señorío, que fue mas fácil por la muerte del niño que avino dentro de pocos dias, y con apoderarse de doña Juana y doña Isabel sus hermanas: con esto incorporó en la corona real á Vizcaya, Lerma, Lara y otras villas y castillos.

Esto pasaba en el año de nuestra salvacion de 1351, cuando en Aragon todo era fiestas, regocijos y parabienes por el nacimiento del infante don Juan, con que fenecieron todas las contiendas que resultaran sobre aquella sucesion, que mucho tiempo trabajaron aquel reino. Encargó el rey de Aragon la crianza de su hijo y le dió por ayo á Bernardo de Cabrera varon de conocida virtud y prudencia. Dió otrosí luego el rey al infante el estado de Girona con título de duque. De aquí tuvo origen lo que despues quedó por costumbre, que al hijo mayor de los reyes de Aragon se le diese este título y este estado á imitacion de los reyes de Francia, á quien pocos años antes Humberto Delfin vendió por cierto precio su delfinado debajo de condicion que los hijos mayores de los reyes de Francia le poseyesen con título de delfines, y trujesen las armas de aquel estado. Y él con raro ejemplo de santidad, tomado el hábito de los predicadores, trocó el señorío temporal por el estado monástico, y la vida del príncipe por otra mejor y mas bienaventurada.

Los reyes de Castilla y de Aragon en un mismo tiempo procuraban cada cual aliarse con el rey Carlos de Navarra, que el año antes se coronó en la ciudad de Pamplona: pensaban que el que primero se confederase con él, y le tuviese de su parte, esforzaba y aventajaba su partido. Los que mejor sentian de las cosas, tenian por cierto que amenazaban de muy cerca grandes tempestades y revoluciones de guerra, y que era acertado prevenirse; en particular don Fernando marqués de Tortosa buscaba ayudas, y hacia muchos apercebimientos de guerra para acometer la frontera de Aragon. Parecióle al Navarro de entretener los dos reyes con buenas esperanzas y muestras de amistad con entrambos, dado que por ruego del rey de Castilla vino á Burgos con su hermano don Philipe á verse con él. Entre estos reyes mozos hobo contienda de gala, liberalidad y cortesía. La conformidad de la edad y semejanza de condiciones los hizo muy amigos. A la verdad á este rey Carlos unos le llamaron el Malo, y otros le dieron renombre de Cruel. La ocasion, que en el principio de su reinado castigó con mas rigor del que era justo, un alboroto popular que se levantó en su reino. Como fueron los principios, tales los medios y los remates: los escesos de los príncipes castiga la libertad de la lengua, de que no pueden ellos enseñorearse como de los cuerpos.

Gastados algunos dias en Burgos en fiestas, juegos y banquetes, que era lo que pedia la edad de los reyes, el de Castilla se fue á Valladolid para tener córtes en aquella villa, y el rey Carlos se volvió á Pamplona. De allí dado que hobo órden en las cosas, con deseo de tornarse á Francia su natural y patria, se fue primero á Momblanco pueblo de Aragon por hacer placer al rey de Aragon en verle, ca deseaba mucho que se hablasen: platicáronse asimismo dos matrimonios, uno del rey Carlos con la hermana del rey de Sicilia, otro de doña Blanca, viuda de Philipo rey de Francia, y hermana del mismo Carlos, con el rey de Castilla: escusóse él de entrambos; decia ser costumbre de Francia que no se casasen segunda vez las reinas viudas aunque quedasen mozas, y que él aun no tenia años y edad para tomar mujer: Esto era lo público: de secreto pretendia y esperaba casar con Juana hija del rey de Francia, partido que venia mejor á las cosas de Navarra por la grandeza del señorío, no inferior al de un rey, que de su herencia paterna este príncipe tenia en el reino de Francia.

CAPITULO XVII.

Del casamiento del rey don Pedro.

En las córtes de Valladolid (1) se trataron entre otras cosas de menor importancia dos graves y de mucho momento. En Castilla la Vieja algunos pueblos tenian costumbre de tiempo inmemorial de á su voluntad mudar los señores que quisiesen: unos dellos podian elegir señor entre toda la gente al que les pareciese les venia mas á cuento, otros pueblos le escogian de un particular y señalado linaje: los unos y los otros por esta razon se decian behetrías, que parece behetría quiere decir buena compañía y hermandad, de HETÆRIA, que en griego quiere decir compañía, y es como decir gobierno popular con igualdad y como entre hermanos; por donde las cosas en ellos andaban muy revueltas y confusas, de que

(1) En estas córtes se hicieron al rey cincuenta y cinco peticiones, además de veinte y ocho que dirigieron los nobles, y veinte y una los eclesiásticos.

se tomaba una disoluta licencia para que se cometiesen grandes maldades.

Alonso de Alburquerque procuró con todas sus fuerzas que el rey diese á estos pueblos ciertos señores, y les quitase la libertad de poderlos ellos nombrar: cosa que él deseaba ó por el bien público, ó por su particular interés que como era de los grandes el mas favorecido del rey, tenia esperanza que le haría merced de la mayor parte de aquellos pueblos. Contradecian esto Juan de Sandoval y otros ricos hombres y principales que en aquella tierra tenian su naturaleza, y otros respetos é intereses particulares. Decian que era gran sinrazon quitar á estos pueblos la libertad que de sus antepados tenian heredada: en fin estos intentos no tuvieron efecto. Tratóse luego de casar al rey: don Vasco obispo de Palencia canciller mayor del rey, y don Alonso de Alburquerque persuadieron á su madre la reina que le quisiese casar en Francia, y que esto fuese luego; que á los mancebos ninguna cosa les para mayor peligro que los propios gustos y deleites de que están rodeados, demás que tambien importaba mucho que el rey se casase porque tuviese hijos que le sucediesen en el reino.

Para este efecto don Juan de Roelas obispo de Burgor, y Alvar García de Albornoz caballero de Cuenca se partieron por embajadores á Francia para que de seis hijas que tenia Pedro duque de Borbon, poderoso y novilísimo principe de la sangre real de Francia, pidiesen una de ellas, la que les parecia que era la mas á propósito y mas digna de ser mujer del rey. Vino en ello el duque su padre, mostróles las hijas escogieron á doña Blanca, con quien luego por poderes del rey se hicieron los desposorios. Parecia esta señora dichosa por las raras dotes del alma y cuerpo con que el cielo y naturaleza á porfía la enriquecieron y adornaron, pero fue desdichada con este matrimonio, que era lo que se esperaba seria el colmo de su felicidad: así la fortuna ó alguna cosa oculta se burla de las humanas esperanzas, y hace juego de nos y de todo aquello que estimamos.

Don Enrique conde de Trastamara, de las Asturias, donde se huyó despues de las muertes de su madre y de Garci Lasso, se pasó á Portugal desconfiado de la voluntad del rey, y por no ser tan poderoso que le pudiese resistir. El rey de Portugal movido de la lástima de don Enrique, y con miedo del peligro que corria el rey don Pedro por el odio y enojo que el reino con él tenia, parecíale que le tocaba á él mirar por su persona pues era su nieto hijo de su hija: rogóle se viesen en Ciudad-Rodrigo; en aquellas vistas alcanzó dél que restituyese y perdonase á don Enrique. En tanta confusion y diversidad de voluntades y tantos enojos no era posible que hobiese quietud, ni las cosas podian estar sosegadas.

En el principio del año de 1352 se empezaron á mover discordias civiles en el Andalucía y en las Asturias, y en tierra de Murcia. Don Alonso Fernandez Coronel, muy rico y de grande autoridad entre los ricos hombres del Andalucía poseia á Aguilar por merced del rey; sobre el cual pueblo tuvo antes mucho tiempo pleito con Bernardo de Cabrera, recelábase del rey porque cuando estuvo enfermo en Sevilla, se dejó decir que le debia suceder en el reino don Juan de Lara, cosa de que el rey tomó con él grande enojo. Confiado pues este caballero en la fortaleza de su villa de Aguilar fortificó y basteció las otras villas y castillos de su estado, y procuró de aliarse con muchos grandes. Hizo gente de guerra, y pidió á algunos príncipes de fuera del reino que le ayudasen en particular para este efecto envió á tierra de moros á su yerno don Juan de la Cerda hijo de don Luis: no le quiso favorecer el rey de Granada por las treguas que tenia con el rey de Castilla; tampoco en Africa halló amparo alguno, antes se dice que le ayudó y sirvió á Abohanen en una memorable batalla en que fueron quebrantadas las fuerzas de su padre Albohacen. De allí se volvió á Portugal, do anduvo huido y desbaratado, puesta la esperanza de recobrar su patria en sola la clemencia y misericordia ajena. Su mujer doña María Coronel por no poder sufrir la ausencia del marido quiso mas perder la vida (1) que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos: así fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizon ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada: mujer digna de mejor siglo, y digna de loa no por el hecho, sino por el deseo invencible de castidad.

En el entretanto el rey de Castilla acudió á los movimientos y alteracion del Andalucía. Tomó muchas villas á don Alonso Coronel. Trataba y daba órden de cercar la villa de Aguilar, cuando juntamente tuvo aviso que don Enrique confiado en la fortaleza de Gijon levantaba bandera en las Asturias y se apercebia de armas, y que su hermano don Tello dende Montagudo en la raya de Aragon hacia muchos robos en sus tierras. El rey dejada la Andalucía, se partió á las Asturias, porque los movimientos de aquella provincia eran mas peligrosos. Llegado el rey, luego se rindieron los que tenian la fortaleza de Gijon á partido que el rey los perdonase á ellos y á don Enrique que andaba escondido en las montañas comarcanas.

En esta jornada quedó prendado el rey de la hermosura grande y apostura de doña María de Padilla, doncella que se criaba en la casa de don Alonso de Alburquerque. Comenzó esta comunicacion y favores en la villa de Sahagun olvidado de su esposa, y loco con estos nuevos amores, de donde resultó la total destruicion del rey y del reino: fue el medianero é intercesor destos deshonestos y desdichados conciertos Juan de Hinestrosa tio de la dama. Estos perversos hombres conquistaban la tierna edad y voluntad del rey con un pésimo género de servicio, que era proponerle todas las maneras de torpes entretenimientos, y ayudarle á conseguir sus deleites deshonestos sin ningun respeto de lo honesto, ni miedo de los hombres: en gravísimo perjuicio de la república granjeaban el favor y privanza del rey. En el palacio todo era deshonestidad, fuera dél todo crueldad, á la cual todos los demás vicios del rey reconocian y daban la ventaja.

Revolvió el rey con las armas contra Montagudo, y le tomó con otros pueblos á él cercanos, ca don Tello los habia desamparado y huídose á Aragon. Los reyes de Castilla y de Aragon convidados con la cercanía de los lugares, acordaron de tratar de concordarse entre sí: no se vieron, pero enviáronse sus embajadas, y al fin se juntaron en tierra de Tarazona don Alonso de Alburquerque y Bernardo de Cabrera: allí concluyeron las paces segun que á ellos mejor les pareció. Concertóse que los reyes tuviesen los mismos por amigos y enemigos, que perdonasen á trueco el uno á don Tello y el otro á don Fernando de Aragon.

Concluidas estas cosas, tornó el rey á la Andalucía, y cercó la villa de Aguilar: los cercados con grande lealtad sufrieron cuatro meses el cerco hasta el mes de febrero del año de 1353 en que se tomó la villa por fuerza. Oía misa don Alonso Coronel cuando le dijeron que se entraba la villa: no dejó por tanto de oirla hasta que fue la sagrada hostia consumida: estaba cierto de su muerte, y sin ninguna esperanza de ser perdonado. Prendiéronle dentro de una torre en que se entró para defenderse. Fue castigado con las penas que se dan por las leyes á aquellos que han ofendido á la magestad real: lo mismo avino

(1) Aun vivia en 1374, pues en él fundó el convento de Santa Inés de Sevilla.

á cinco compañeros suyos hombres principales, que con él hallaron. La villa mandó el rey desmantelar: así derribados los muros, dió perdon al pueblo (1). En el mismo mes de febrero á los veinte y cinco falleció don Gonzalo de Aguilar arzobispo de Toledo dicen en Sigüenza, y que allí yace sepultado. Las revueltas de Castilla que ya comenzaban, por ventura tenian al arzobispo don Gonzalo fuera de su iglesia donde murió. Sucedióle sin duda don Vasco, ó Blas (que el mismo es) que fue dean de Toledo, y á la sazon era obispo de Palencia y canciller del rey; su padre Fernan Gomez camarero del rey don Fernando el Emplazado, y hermano de don Gutierre el Segundo, prelado de Toledo.

Partióse el rey de Aguilar para Córdoba en sazon que doña María de Padilla le parió á su hija doña Beatriz. De allí se vino al reino de Toledo. En Torrijos que es una villa que está cinco leguas de Toledo, en un torneo que se hizo en las alegrías por las habidas victorias y nacimiento de la hija, fue herido del rey en una mano, de que estuvo en grande peligro de la vida á causa que con ningunos beneficios ni diligencia los cirujanos le podian restañar la sangre. A esta villa vino don Juan Alonso de Alburquerque de una embajada en que fue al rey de Portugal, y por su consejo se vino con él don Juan de la Cerda, á quien el rey recibió en su gracia con palabras amorosas, mas no se pudo alcanzar dél que le quisiese restituir los pueblos que tomó á su suegro; que ya comenzaba á señorear en él no la razon y equidad, sino el rigor, y la fuerza, el antojo y petito. Daba por escusa que de la mayor parte tenia hecha merced á su hija, como si ya la recien nacida tuviera necesidad de dote para casarse, y de estado con que sustentarse.

Por este mismo tiempo doña Blanca de Borbon llegó á Valladolid acompañada del vizconde de Narvona y del maestre de Santiago don Fadrique que le salió á recebir: don Alonso de Alburquerque queria que se hiciesen luego las bodas. Era á la sazon el que lo mandaba todo con autoridad y señorío tan grande que á las veces decia al rey palabras pesadas. Pesábale, y con razon temia que los deudos de doña María de Padilla viniesen á ser los mas íntimos y privados del rey: por esto le queria casar; mas como se hallaba enlazado en los amores de doña María, no podia sufrir que le necesitasen á obedecer, especialmente que con los años se hacia mas fiero é indomable, ni ya don Alonso de Alburquerque podia tanto con él, y privaba menos: los ministros y consejeros muy privados suelen ser pesados á sus señores, mayormente si ellos se adelantan en la privanza, ó los señores se mudan de voluntad. De aquí tuvo principio su caida con menor sentimiento y lástima del pueblo, en cuanto todos creian que él fuera el principio por la mala crianza del rey, de todos los desórdenes pasados.

Celebráronse todavía las bodas en tres de junio con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serian desgraciadas: así lo sospechaba la gente. Fueron los padrinos don Alonso de Alburquerque y la reina de Aragon doña Leonor; halláronse presentes en la fiesta don Enrique y don Tello hermanos del rey don Fernando y don Juan infantes de Aragon, don Juan Nuñez maestre de Calatrava, don Juan de la Cerda y otros ricos hombres. Por estos mismos dias en Francia se celebraron otras bodas mas dichosas que las nuestras, por los muchos hijos que dellas procedieron, y el grande amor que hobo entre don Carlos rey de Navarra y su esposa madama Juana hija mayor del rey de Francia. Deste matrimonio tuvieron tres hijos, que fueron Carlos, Philipe y Pedro; don Philipe murió en sus primeros años: otras tres hijas María, Blanca y Juana; Blanca falleció de edad de trece años, sus hermanas casaron con grandes príncipes. De otra señora le nació antes desto al rey Carlos otro hijo llamado Leon, de quien descienden en Navarra los marqueses de Cortes. De don Pedro hijo legítimo del mismo rey se precian venir por línea femenina los marqueses de Falces, casa asimismo principal de Navarra.

CAPITULO XVIII.

Que el rey de Castilla dejó á la reina doña Blanca.

Aun no eran bien acabadas las fiestas de las bódas, cuando ya al rey de Castilla daba en rostro la novia, y no la podia ver por estar embebecido y loco con los amores de doña María de Padilla no mas hermosa que la reina; y de linaje, aunque noble, humilde, si se compara con la escelencia real. Dende á dos dias el rey aderezó su partida para el castillo de Montalvan, que es una fortaleza sentada á las riberas del rio Tajo, donde dejó á su amiga que antes era, ya combleza. La reina su madre, y su tia la reina doña Leonor avisadas de lo que el rey queria hacer, le hablaron en secreto y con muchas lágrimas le rogaron y conjuraron por Dios y por sus santos que no fuese á despeñarse, y á perder y destruir temerariamente su persona, fama, reino y todas sus cosas: que mirase lo que se diria en el mundo, que seria causa de que Francia le hiciese guerra, porque no sufriria tan grande agravio y mengua; además que daria ocasion para que los suyos se resolviesen, pues los estados se sustentan mas que con otra cosa, con la buena fama y opinion: y que contra aquellos que no están bien con Dios, y los deja de su mano, se conjuran y hacen á una los hombres y todos los males é infortunios del mundo: que tuviese lástima y le moviesen las lágrimas de su esposa, y no trocase su amor por una torpe deshonestidad, no viniese desta maldad á caer en su total destruicion.

No se movió el rey por cosa que le dijesen, antes negó tener tal intento; pero luego hizo traer de secreto los caballos y se fue sin hablar á nadie. Don Enrique y don Tello, y los infantes de Aragon fueron tras él: que muchos de los grandes daban en acomodarse con el tiempo y en lisonjear y saborear el gusto del rey, un pésimo género de servicio. Solo uno, que era don Gil de Albornoz cardenal y antes arzobispo de Toledo, como el que era en todo muy señalado, no dejaba de amonestarle lo que convenia, y de palabra y por cartas le reprehendia: ocasion y principio de serle pesado y odioso; cuanto las causas de aborrecerle eran mas injustas, tanto era el odio mayor. Antes deste tiempo con color que tenia en su tierra ciertos negocios tocantes á su casa, alcanzada licencia se retiró á Cuenca. De allí pasó á Francia do los papas residian, ca tenia por mejor vivir desterrado que traer la vida al tablero por estar el rey enojado, en especial que tres años antes, como ya se dijo, fuera criado cardenal por Clemente VI. Sucedió á Clemente Inocencio el año pasado, el cual con este prelado consultaba todos los negocios.

El rey y doña María de Padilla desde Montalvan se fueron á Toledo. En Valladolid se consultó de hacerle volver por fuerza: no se le encubrió este trato al rey. Indignóse grandemente contra don Juan Alonso de Alburquerque que fue el que movió esta plática, en tanto grado que para aplacarle le fue necesario darle en rehenes un hijo suyo llamado Gil: en fin con grandísimos ruegos de los grandes se alcanzó que quisiese volver á Valladolid á ver la reina, pero no estuvo con ella sino solo dos dias: tan desasosegado le traia y tan loco el amor deshonesto. Fue fama que le enhechizaron con una cinta, sobre la cual un judío hizo tales conjuros que le parecia al rey que era una grande culebra. Algunos tuvieron sospecha temeraria y desvergonzada que el rey no sin causa se apartó tan

(1) Le mudó el nombre en castigo, mandando que en adelante se llamase Monte Real.

repentinamente de su mujer doña Blanca sino porque halló cierta traicion de su hermano don Fadrique padre de don Enrique á quien en Sevilla no parió, sino crió una judía llamada doña Paloma; tronco de quien desciende la casa y familia de los Enriquez inserta en la casa real de Castilla cosas que no me parecen virisimiles, antes creo que despues que un deshonesto amor se apodera del corazon y entrañas de un hombre aficionado no hay que buscar otros hechizos, ni causas para que parezca que un hombre está loco y fuera de juicio.

De Valladolid se fue el rey á Olmedo, villa de aquella comarca, y por su mandado vino allí de Toledo doña María de Padilla, sin que mas el rey tuviese memoria ni lástima de la reina su mujer. Don Alonso de Alburquerque algunos dias se recogió en ciertas villas fuertes de su estado: despues por miedo que el rey no le hiciese fuerza, se pasó á Portugal. Parecióle que no se podia nada fiar de la fe y palabra de quien tenia en poco la santidad del matrimonio y la religion del sacramento. Don Fadrique maestre de Santiago habia estado mal con el rey desde que hizo matar á su madre: ahora vuelto á su amistad se vino á Cuellar, do entonces la córte estaba. Con su hermano don Tello se casó en Segovia doña Juana hija mayor de don Juan de Lara, llevó en dote el señorío de Vizcaya; favorecieron á este casamiento los deudos de doña María de Padilla con intento de hacerse amigos y tener obligados los hermanos del rey, que ya estaban mal con don Alonso de Alburquerque.

La reina doña Blanca residia en Medina del Campo en compañía de la reina su suegra: pasaba la vida mas de viuda que de casada, con algunos honestos entretenimientos: de allí por mandado del rey fue llevada á Arévalo con órden que no la dejasen hablar con su suegra, ni con ninguno de los grandes. Pusieron por guardas de la que no pretendia huir, á don Pedro Gudiel obispo de Segovia, y á Tello Palomeque caballero de Toledo. Mudó el rey los oficios de su casa, y hizo su camarero á don Diego García de Padilla, hermano de su amiga, dió la copa á Alvaro de Albornoz, y la escudilla á Pero Gonzalez de Mendoza, fundador de la casa de Mendoza (digo de la grandeza que hoy tiene) que entonces en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, poseía un pueblo deste nombre, de que se tomó este apellido de Mendoza: fue hijo deste caballero Diego de Mendoza, que el tiempo adelante llegó á ser almirante.

Estas mudanzas de oficios se hicieron en odio de don Alonso de Alburquerque que en la casa real tenia obligados á muchos. Lo mismo se hizo en Sevilla donde el rey se fue, venido el otoño; que quitó en el Andalucía muchos oficios que el de Alburquerque á muchos grandes y ricos hombres proveyó el tiempo de su privanza. Asíse truecan y mudan las cosas deste mundo: no hay cosa mas incierta, mudable y sin firmeza que la privanza con los reyes especialmente si es granjeada con malos medios. Habiase el rey entregado de todo punto para que le gobernasen, á doña María de Padilla y á sus parientes: ellos eran los que mandaban en paz y en guerra, por cuyo consejo y voluntad el rey y reino se regian. Los grandes y los mismos hermanos del rey, conformándose con el tiempo, caminaban tras los que seguian el viento próspero de su buena fortuna, y á porfía cada uno pretendia con presentes servicios y lisonjas tener granjeada la voluntad de doña María de Padilla, con que se veia el reino lleno de una avenida de torpes y feas bajezas. En el invierno con las grandes y continuas lluvias salieron de madre los rios, especial en Sevilla la creciente fue tal, que por miedo no la asolase calafetearon fuertemente las puertas de la ciudad.

En el principio del año siguiente de 1354 como quier que don Juan Nuñez de Prado maestre de Calatrava en dias pasados se hobiese huido á Aragon por miedo que no le atropellasen, llamado del rey con cartas blandas y amorosas se vino á Sevilla de Almagro, pueblo principal de su maestrazgo. Allí por mandado del rey le prendió don Juan de la Cerda, que ya estaba favorecido y aventajado con nuevos cargos. El mayor delito que el maestre tenia cometido, era ser amigo de don Juan Alonso de Alburquerque, y ser parte en el consejo que se tomó de suplicar al rey volviese con la reina doña Blanca luego que la dejó. No paró en esto la saña, antes hizo que á la hora eligiesen en su lugar por maestre á don Diego de Padilla sin guardar el órden y ceremonias que se acostumbraban en semejantes elecciones, sino arrebatada y confusamente sin consulta alguna, y al maestre don Juan Nuñez súbitamente le hicieron morir en la fortaleza de Maqueda en que le tenian preso. Dió el rey á entender que le pesaba de que le hobiesen muerto: no se sabe si de corazon, si fingidamente por evitar la infamia y odio en que podia incurrir con una maldad tan atroz, y descargarse de un hecho tan feo con echar la culpa á otros. Pero como quier que no se hizo ninguna pesquisa ni castigo, todo el reino se persuadió ser verdad lo que sospechaban, que le mataron con voluntad y órden del rey.

Despues desto se hizo guerra en la tierra de don Juan Alonso de Alburquerque, que tenia muchas villas y castillos muy fuertes y bien bastecidos. Cercaron la villa de Medellin que está en la antigua Lusitania: desconfiado el alcaide de podella defender, dió aviso á don Alonso del estado en que se hallaba, y con su licencia la entregó. Asimismo se puso cerco á la villa de Alburquerque, plaza fuerte y que la tenian bien apercebida: así no la pudieron entrar. Levantóse el cerco, y quedaron por fronteros en la ciudad de Badajoz don Enrique y don Fadrique para que los soldados de Alburquerque no hiciesen salidas y robasen la tierra: esta traza dió ocasion á muchas novedades que despues sucedieron.

Fuése el rey á Cáceres: desde allí envió sus embajadores al rey don Alonso de Portugal, que en aquella sazon en la ciudad de Ebora celebraba con grandes regocijos las bodas de su nieta doña María con don Fernando infante de Aragon. Los embajadores, habida audiencia, pidieron al rey les mandase entregar á don Juan Alonso de Alburquerque para que diese cuenta de las rentas reales de Castilla que tuvo muchos años á su cargo; que sin esto no debia ni podia ser amparado en Portugal. Como don Juan Alonso estaba ya irritado con tan continuos trabajos, no sufrió su generoso corazon este ultraje. Respondió con grande brio á esta demanda de los embajadores: que él siempre gobernó el reino y administró la hacienda del rey su señor leal y fielmente: que estaba aparejado para defender esta verdad en campo por su persona: que retaba como á fementido á cualquiera que lo contrario dijese: cuanto á lo que decian de las cuentas, dijo estaba presto para darlas con pago, como se las tomasen en Portugal. Pareció que se justificaba bastantemente: con esto los embajadores fueron despedidos sin llevar otro mejor despacho.

A los hermanos del rey pesaba mucho que las cosas del reino anduviese revueltas, y estuviesen espuestas para ser presa de cada cual. Pensaron poner en ello algun remedio: la comodidad del lugar los convidaba: acordaron de confederarse con don Juan Alonso de Alburquerque que cerca se hallaba. Enviáronle su embajada, y mediante ella concertaron de verse entre Badajoz y Yelves. Allí trataron de sus haciendas, y consultaron de ir á la mano al rey en sus desatinos y temerarios intentos. Arrimáronseles otros grandes. Las fuerzas no eran iguales á empresa tan grande: solicitaron al infante don Pedro hijo del rey de Portugal para que se aliase con ellos, con es-

peranzas que le dieron de le hacer rey de Castilla así por el derecho de guerra como el de parentesco, como nieto que era del rey don Sancho hijo de doña Beatriz su hija. Dejóse de intentar esto á causa que el rey de Portugal luego que supo estas trazas, estuvo mal en ello y lo estorbó. Esta nueva tela se urdia en la frontera de Portugal.

El rey de Castilla con su acostumbrado descuido y desalmamiento echó el sello á sus escesos con una nueva maldad tan manifiesta y calificada que cuando las demás se pudieran algo disimular y encubrir, á esta no se le pudo dar ningun color ni escusa: doña Juana de Castro viuda mujer que fue de don Diego de Haro, á quien ninguna en hermosura en aquel tiempo se igualaba, pasaba el trabajo de su viudez con singular loa de honestidad. El rey que no sabia refrenar sus apetitos y códicias, puso los ojos en ella. Sabia cierto que por via de amores no cumpliria su deseo; procurólo con color de matrimonio. Fingió para esto que era soltero: alegó que no estaba casado con su mujer doña Blanca: presentó de todo indicios y testigos, que en fin al rey no le podian faltar. Nombró por jueces sobre el caso á don Sancho obispo de Avila y á don Juan obispo de Salamanca. Ellos por sentencia que pronunciaron en favor del rey, le dieron por libre del primer matrimonio. No se atrevieron á contradecir á un príncipe furioso: venció el miedo del peligro al derecho y manifiesta justicia: ¡Oh hombres nacidos no ya para obispos sino para ser esclavos! Así pasaban los negocios por los desdichados hados de la infeliz Castilla.

Dado que se hobo la sentencia en Cuellar, do el rey era ido, se hicieron con grandísima priesa las bodas. El alcanzar lo que pretendia, al tanto que en las primeras, le causó fastidio. Detúvose muy poco tiempo con la novia: algunos dicen que no mas de una noche. El color fue que los grandes se aliaban contra el rey, y que convenia atajarles los pasos antes que con la dilacion se hiciesen mas poderosos. Doña Juana de Castro se retrujo en Dueñas: allí cubria su injuria y afrenta con el vano título de reina. Destas bodas nació un hijo que se llamó don Juan para consuelo de su madre; juego que fue adelante de la fortuna.

A los principios de las guerras civiles que se tramaban en Castrojeriz villa de Castilla la Vieja, casó doña Isabel hija segunda de don Juan Nuñez de Lara con don Juan infante de Aragon. Llevó en dote el señorío de Vizcaya que el rey quitó á don Tello su hermano, á quien pertenecia de derecho por estar casado con la hermana mayor. La causa del enojo fue estar aliado con los demás grandes. No era cosa justa castigar la culpa del marido con despojar á la inocente mujer de su estado patrimonial, si en el reinado de don Pedro valiera la razon y justicia, y se hiciera alguna diferencia entre tuerto ó derecho. En el mismo pueblo doña María de Padilla parió á doña Costanza su hija, que adelante casó en Inglaterra con el duque de Alencastre.

Con los señores aliados se confederaban cada dia otros grandes; en especial don Fernando de Castro, hermano de doña Juana de Castro, por vengar con las armas la injuria que el rey hizo á su hermana, se confederó con ellos. Lo mismo hicieron los ciudadanos de Toledo por estar mal con la locura y desatino del rey, y tener lástima de la reina doña Blanca. Las ciudades de Córdoba, y Jaen, Cuenca y Talavera siguieron la autoridad y ejemplo de Toledo: despues se les juntaron los hermanos infantes de Aragon. Favorecian las reinas doña Leonor y doña María este partido por parecerles que la enfermedad y locura del rey no se podia sanar con medicinas mas blandas. Desta suerte se abrian las zanjas y se echaban los fundamentos de unas crueles guerras civiles que mucho aflijieron á España, y por largo tiempo continuaron; y el cielo abria el camino para que el conde don Enrique viniese á reinar.

CAPITULO XIX.

De la guerra de Cerdeña.

Paréceme será bien apartar un poco el pensamiento de los males de Castilla, y recrear al lector con una nueva narracion; que no va fuera de nuestro intento contar las cosas que en otras provincias de España acontecieron. El rey de Granada Juzeph Bulhagix despues que reinó por espacio de veinte y un años, le mataron este año sus vasallos. El autor principal desta traicion que fue Mahomad, á quien por la vejez llamaron Lago, tio que era de Juzeph, hermano de su padre y hijo de Farrachén señor de Málaga, se apoderó del reino, y le tuvo toda su vida con grandes trabajos y muchas desgracias que le sucedieron, como sea así que nunca sale bien el señorío adquirido con parricidio y maldad. El imperio de los moros á grande priesa se iba á acabar por estar los señores dél divididos en bandos, y mudar reyes á cada paso.

Este mismo año el rey de Aragon en Huesca, ciudad antigua en los pueblos ilergetes, fundó una universidad, y la dotó de suficientes rentas para sustentar á los profesores que enseñasen en ella las ciencias. Hacíase esto en tiempo que todo Aragon estaba alborotado, y los pueblos llenos de ruido de armas, y aparejos de guerra que se hacian para pasar con el rey á Cerdeña. Tuvieron un tiempo los pisanos usurpada esta isla: despues por concesion del papa Bonifacio Octavo los echaron della por fuerza de armas los aragoneses. Duró entonces la guerra muchos años, en que hobo varios trances: el remate fue á los aragoneses favorable. Erales muy dificultoso sustentar aquella isla por estar en el mar Mediterráneo lejos de la costa de España, y tener de una parte á Africa y de otra á Génova, tan cerca que solamente está en medio dellas la isla de Córcega como escala, de la cual divide á Cerdeña un angosto estrecho de mar. Los isleños deseosos de novedades, con las esperanzas que concebian temerarias, no les agradaba lo que era mas sano y seguro..

Poseian en aquella isla los Orias, linaje nobilísimo de Génova, algunos pueblos. Estos confiados en las voluntades y aficion de la gente de la tierra se pusieron en querer echar de la isla á los aragoneses con ayuda que para ello les hizo la señoría de Génova. Quejábanse los Ories que sin ser oidos y sin causa bastante les tomaron los aragoneses á Sacer y Caller, dos fuertes ciudades y cabeceras, que solian ser suyas, y están asentadas en los postreros cabos de la isla. Rompida la guerra ganaron la ciudad de Alguer, y pusieron cerco sobre Sacer: no la pudieron entrar porque los ciudadanos fueron fidelísimos á los aragoneses, y la defendieron valientemente hasta tanto que el rey de Aragon les envió en socorro su armada, con que algun tiempo se entretuvo con varia fortuna la guerra.

Los venecianos, que siempre fueron émulos y enemigos de los ginoveses, enviaron sus embajadores al rey de Aragon para pedille se aliase con ellos, y juntadas sus fuerzas mejor castigasen la soberbia y orgullo con que los ginoveses andaban. Hechas sus alianzas, las armadas de Aragon y de venecianos tres años antes deste en el estrecho de Gallipoli junto á la ciudad de Pera, que en aquel tiempo era de ginoveses, pelearon con gran porfia con las galeras de Génova, no obstante que el mar andaba muy alto, y levantaba grandes olas: fueron vencidos los ginoveses, y les tomaron veinte y tres galeras; otras muchas con la fuerza de la tempestad dieron en tierra al través. Murió en la batalla Ponce de Santapau general de la armada de Aragon, y se perdieron doce galeras de las suyas: Esta victoria no fue de mucha utilidad,

ni aun por entonces estuvo muy cierto cual de las dos partes fuese la vencedora, antes cada cual dellas se atribuia la victoria.

Los papas Clemente é Inocencio por ver cuan grandes daños se seguian á la cristiandad destas discordias procuraron de apaciguar los aragoneses y venecianos con los ginoveses : rogáronles instantemente hiciesen paces, á lo menos asentasen algunas buenas treguas : enviáronles para este efecto muchas veces sus legados que nunca los pudieron concordar. Estaban tan enconados los corazones que parecia no se podrian sosegar á menos de la total destruicion de una de las partes : á la de los ginoveses en Cerdeña á esta sazon se allegó Mariano juez de Arborea, príncipe antiguo de Cerdeña, rico y poderoso por los muchos vasallos y allegados que tenia. Este caballero con la esperanza de la presa y ganancia se juntara con Mateo Doria cabeza de bando de los ginoveses con la mayor parte de los isleños que le seguian. Con esto en brevísimo tiempo se apoderaron de las ciudades, villas y castillos de toda la isla, escepto de Sacer y Caller, que siempre fueron leales á los aragoneses y se tuvieron por ellos. Llegó el negocio á riesgo de perderlo todo. No tenian fuerzas que bastasen á resistir al enemigo poderoso y bravo en el mar con la armada de Génova, y por ser las voluntades de los isleños tan inciertas é inconstantes.

Sabidas estas cosas en Aragon, se juntó una grande y poderosa armada de cien velas, entre las cuales se contaban cincuenta y cinco galeras. Iban en esta flota mil hombres de armas, quinientos caballos ligeros, y al pie de doce mil infantes, toda gente muy lucida, y de valor para acometer cualquier grande empresa. Hicieron otrosí mochila para muchos dias y matalotage, como se requeria. Vinieron á servir al rey de Aragon muy buenos soldados y caballeros de Alemaña, Inglaterra y Navarra. Todos los nobles del reino se quisieron hallar en esta famosa jornada, señaladamente don Pedro de Exerica, Rugier Lauria, don Lope de Luna, Oto de Moncada y Bernardo de Cabrera, que iba por general del mar, y por cuyo consejo todas las cosas se gobernaban. Juntóse esta armada en el puerto de Rosas : de allí mediado el mes de Junio alzaron anclas y se hicieron á la vela. Dejó el rey por gobernador del reino á su tio don Pedro. Tuvieron razonable tiempo, con que á cabo de ocho dias descubrieron á Cerdeña : surgieron á tres millas de Arguel y echaron la gente en tierra. Marchó luego el ejército la via de la ciudad, y tras ellos con su armada por la mar Bernardo de Cabrera.

El rey mostró este dia su valor y buen ánimo, ca iba delante los escuadrones para escoger los lugares en que se asentasen los reales. Hallábase en los peligros, y con su ejemplo animaba á los demás para que en las ocasiones se hobiesen esforzadamente : príncipe que si no fuera ambicioso, y no tuviera tan demasiada codicia de señorear, por lo demás pudiera igualarse con cualquiera de los antiguos y famosos capitanes. Descubriéronse en el mar hasta cuarenta galeras de los ginoveses, mas para hacer ostentacion con su ligereza que fuertes y bien guarnecidas para dar batalla. El señor de Arborea con dos mil hombres de á caballo y quince mil de á pié asentó su real á vista de los aragoneses : no osaron dar la batalla porque era gente allegadiza, sin uso ni disciplina militar, no acostumbrados á obedecer y guardar las ordenanzas, y que ni en vencer ganaban honra, ni se afrentaban por quedar vencidos.

Batieron los aragoneses los muros de dia y de noche con máquinas y tiros y otros ingenios militares. Como el tiempo era muy áspero y la tierra mal sana comenzaron á enfermar muchos en el ejército de Aragon : el mismo rey adoleció; por esto de necesidad se hobo de tratar de acuerdo con el enemigo. Concluyóse la paz con feas condiciones para el rey de Aragon : estas fueron : Que el juez de Arborea y Mateo Doria fuesen perdonados, y se quedasen con los vasallos y pueblos que tenian : demás desto dió el rey al juez de Arborea muchas leguas en Gallura, que es una parte de aquella isla. Desta manera como contra lo que temian por sus deméritos, quedasen los enemigos premiados, para adelante se hicieron mas fieros y desleales. Entregóse la ciudad de Alguer al rey : á los vecinos se dió licencia para que fuesen á vivir donde les pareciese, y en su lugar se avecindaron en ella muchos de los soldados viejos catalanes.

La reina, que en compañía de su marido se halló presente á todo, hacia instancia por la partida. Por esa causa y por la muerte de Oto de Moncada, y de don Philipe de Castro y de otros nobles se apresuraron estos conciertos y se concluyeron en el mes de noviembre. Detúvose el rey en Cerdeña otros siete meses, en que se pusieron en órden las cosas, y se acabaron de allanar los isleños con castigar algunos culpados : el juez de Arborea y Mateo Doria que volvian á intentar ciertas novedades, se sosegaron de nuevo. Asentado el gobierno de la isla, y puesto por virey en ella Olfo Prochita, volvió la armada en salvamento á Barcelona. El ruido y aparato desta empresa fue mayor que el provecho (1) ni reputacion que se sacó della; pero muchos grandes príncipes no pudieron á las veces dejar de conformarse con el tiempo, ni de obedecer á la necesidad, que es la mas fuerte arma que se halla.

CAPITULO XX.

De los alborotos y revueltas de Castilla.

Despues que el rey de Castilla combatió las villas y castillos de don Juan Alonso de Alburquerque, y le tomó la mayor parte dellos, como quisiese ir á cercar á su hermano don Fadrique que se hacia fuerte en el castillo de Segura, ya que se queria partir para aquella jornada, envió dende Toledo á Juan Fernandez de Hinestrosa á Castilla la Vieja para que trujese presa á la reina doña Blanca, y la pusiese á buen recaudo en el alcázar de Toledo. El color, que era causa de la guerra y de las revoluciones del reino. Fue este mandato riguroso en demasía, y cosa inhumana no dejar á una inocente moza sosegar con sus trabajos. Traida á Toledo, antes de apearse fue á rezar á la iglesia Mayor con achaque de cumplir con su devocion : no quiso dende salir por pensar defender su vida con la santidad de aquel sagrado templo, como si un loco y temerario mozo tuviera respeto á ningun lugar santo y religioso.

El rey avisado de lo que pasaba, se alborotó y enojó mucho. Dejó el camino que llevaba, vínose á la villa de Ocaña. Hizo que en lugar de su hermano don Fadrique fuese allí elegido por maestre de Santiago don Juan de Padilla señor de Villagera, no obstante que era casado; lo que jamás se hiciera : el antojo del rey pudo mas que las antiguas costumbres y santas leyes. Deste principio se continuó adelante que los maestres fuesen casados, y se quebraron las antiguas constituciones por amor de doña María de Padilla, cuyo hermano era el nuevo maestre. Crecian en el entretanto las fuerzas de los grandes. Vino de Sevilla don Juan de la Cerda para juntarse con ellos. Todos los buenos entraban en esta demanda. Cualquier hombre bien intencionado y de valor deseaba favorecer los intentos destos caballeros aliados.

(1) La marina de Aragon se hizo temible á todas las naciones marítimas del Mediterráneo : en el combate que dió á 27 de agosto de 1353, perdieron los genoveses treinta y tres galeras, y tuvieron ocho mil hombres muertos y tres mil doscientos prisioneros.

Demás de su natural crueldad embravecia al rey la mala voluntad que veia en los grandes, y la rebelion de Toledo por ocasion de amparar la reina, sobre todo que no podia ejecutar su saña por no hallarse con bastantes fuerzas para ello. Acudió á Castilla la Vieja para juntar gente y lo demás necesario para la guerra. Con esta determinacion se fue á Tordesillas, do estaba su madre la reina. Los de Toledo llamaron al maestre don Fadrique para valerse dél: vino luego en su ayuda con setecientos de á caballo. Los demás grandes al tanto acudieron de diversas partes, y alojados en derredor de Tordesillas tenian al rey como cercado, con intento de cuando no pudiesen por ruegos, forzarle á que viniese en lo que tan justamente le suplicaban. Esto era que saliese del mal estado en que andaba con la amistad de doña María de Padilla, y la enviase fuera del reino: que quitase de su lado y del gobierno á los parientes de la dicha doña María; con esto que todos le obedecerian y se pasarian á su servicio. Llevó esta embajada la reina de Aragon doña Leonor. Valióle para que no recibiese daño el derecho de las gentes, ser mujer, y la autoridad de reina, y el parentesco que con el rey tenia; volvió empero sin alcanzar cosa alguna.

Con esto los grandes perdieron la esperanza de que de su voluntad haria cosa de las que le pedian; y como la reina y el rey su hijo se saliesen de Tordesillas, dieron la vuelta para Valladolid y intentaron de entrar aquella villa, mas no pudieron salir con ello. Fueron sobre Medina del Campo, y la ganaron sin sangre. Acudió á esta villa el maestre don Fadrique: en ella murió á la sazon Juan Alonso de Alburquerque con yerbas que le dió en un jarabe un médico romano que le curaba, llamado Paulo, inducido con grandes promesas á que lo hiciese, por sus contrarios, y en gracia del rey. Este fin tuvo un caballero como él era, entre los de aquella era señalado. Alcanzó en Castilla grande señorío, puesto que era natural de Portugal, hijo de don Alonso de Alburquerque, y nieto del rey don Dionis. De parte de la madre no era tan ilustre, pero ella tambien era noble. Privó primero mucho con el rey como el que fue su ayo: despues fue dél aborrecido, y acabó sus dias en su desgracia con tan buena opinion y fama acerca de las gentes, cuanto la tuvo no tal en el tiempo que con él estuvo en gracia. Su cuerpo (segun que él mismo lo mandó en su testamento) los señores, como lo tenian jurado, le trajeron embalsamado consigo sin darle sepultura hasta tanto que aquella demanda se concluyese.

Enviaron los nobles de nuevo su embajada al rey con ciertos caballeros principales para ver si (como se decia) le hallaban con el tiempo mas aplacado y puesto en razon. Lo que resultó desta embajada, fue que concertaron para cierto dia y hora que señalaron, se viese el rey con estos señores en una aldea cerca de la ciudad de Toro, lugar á propósito y sin sospecha. El dia que tenian aplazado, vinieron á hablarse con cada cincuenta hombres de á caballo con armas iguales. Llegados en distancia que se pudieron hablar, se recibieron bien con el término y mesura que á cada uno se debia; y los grandes aliados conforme y segun se usa en Castilla besaron al rey la mano. Hecho esto, Gutierre de Toledo por su mandado brevemente les dijo: que era cosa pesada, y que el rey sentia mucho, ver apartados de su servicio tantos caballeros tan ilustres y de cuenta como ellos eran, y que le quisiesen quitar la libertad de poder ordenar las cosas á su albedrío: cosa que los hombres, mayormente los reyes, mas precian y estiman, querer bien y hacer merced á los que tienen por mas leales; empero que él les perdonaba la culpa en que por ignorancia cayeran, á tal que despidiesen la gente de guerra, deshiciesen el campo que tenian, y en todo lo al se sujetasen: en lo que le suplicaban tocante á la reina doña Blanca, que haria lo que ellos pedian; sino era que tomaban este color para intentar otras cosas mayores.

Los grandes habido su consejo sobre lo que el rey les propuso, cometieron á Fernando de Ayala que respondiese en nombre de todos. El, habida licencia, dijo: «Suplicamos á vuestra alteza, poderoso Señor, »que nos perdoneis el venir fuera de nuestra costum»bre armados á vuestra presencia: no nos atreviéra»mos si no fuera con vuestra licencia, y no la pidié»ramos, si no nos compeliera el justo miedo que »tenemos de las asechanzas y zalagardas de muchos »que nos quieren mal, de quienes no hay inocencia, »ni lealtad que esté segura. Por lo demás todos so»mos vuestros: de nos como de criados y vasallos »podeis señor hacer lo que fuere el vuestro servicio »y merced. La suerte de los reyes es de tal condicion »que no pueden hacer cosa buena ni mala que esté »secreta, y que el pueblo no la juzgue y sepa. Díce»se, y nos pesa mucho dello, que la reina doña Blan»ca nuestra señora, á quien en nuestra presencia »recebistes por legítima mujer, y como á tal le »besamos la mano, se teme mucho de doña María de »Padilla que la quiere destruir. Sentimos otrosí en el »alma que haya quien con lisonjas os traiga engaña»do. Esto no puede dejar de dar mucha pena á los »que deseamos vuestro servicio. Sin embargo tene»mos esperanza que se pondrá presto remedio en »ello, mayormente cuando con mas edad y mas libre »de aficion echeis de ver y conozcais la verdad que »decimos, y el engaño de hasta aquí. Cuanto es mas »dificultoso hacer buenos á los otros que á sí mismo »tanto es cosa mas digna de ser alabada el procurar »con grandísimo cuidado de no admitir en el palacio, »ni dar lugar á que priven ni tengan mano sino los »que fueren mas virtuosos y aprobados. Muchos »príncipes famosos vieron deslustrado su nombre con »la mala opinion de su casa. ¿Qué mujer hay en el »reino mas noble ni mas santa que la reina? ¿cuán »sin vanidades ni escesos en el trato de su persona? »¿qué costumbres? ¿cuán suave y agradable condi»cion la suya? pues en apostura y hermosura ¿cuál »hay que se le pueda igualar? Cuando tal señora fue»ra estraña, cuando nosotros calláramos, era justo »que vos la consoláredes y enjugáredes sus continuas »y dolorosas lágrimas, y procurar (si fuese necesa»rio) con vuestras gentes y armas restituilla en su »antigua dignidad, honra y estado. Mirad, señor, »no os dejéis engañar de algunos desordenados gus»tos, no cieguen de manera el entendimiento que se »caiga en algun yerro por donde todos seamos forza»dos á llorar, y quedemos perpétuamente afrentados.»

Esto fue lo que estos caballeros dijeron al rey. No se pudo concluir caso tan grave en aquel poco tiempo que allí podian estar juntos: acordaron que señalasen cuatro caballeros de cada parte para que tratasen de algunos buenos medios de paz. Con esto se acabaron las vistas, y se despidieron. En la ejecucion puso tanta dilacion el rey que se entendió nunca haria cosa buena, en especial que dejadas las cosas en este estado, se partió de Toro para do tenia su amiga. La reina su madre, que de dias atrás era del mismo parecer que estos señores, visto este nuevo desórden, los hizo ir á Toro do ella estaba, y les entregó la ciudad.

Atemorizaron al rey estas nuevas: recelábase no se levantase todo el reino contra él. Por prevenir y atajar los daños volvió á Toro, y en su compañía Juan Fernandez de Hinestrosa, y Samuel Leví, un judío á quien queria mucho, y era su tesorero mayor. Recibióle la reina su madre con muestras grandes de amor: él le dijo que venia á ponerse en su poder y hacer lo que ella gustase. Quitáronle luego las personas que con él venian, y puestos en prision mudaron los principales oficios de la casa real. A don

Fadrique hicieron camarero mayor, canciller mayor al infante don Fernando de Aragon, á don Juan de la Cerda alférez mayor, mayordomo á don Fernando de Castro, que casó entonces con doña Juana hermana del rey, y hija de doña Leonor de Guzman, dado que este matrimonio no fue válido, y se apartó adelante por ser los dos primos segundos.

Con esta demostracion de autoridad y acompañalle de tales personas se pretendia que estuviese á manera de preso, sin dalle lugar que pudiese hablar con todos los que quisiese. Esto hecho, teniendo por acabada su demanda, llevaron á enterrar el cuerpo de don Juan Alonso de Alburquerque al monasterio de la Espina, que es de la órden del Cistel en Castilla la Vieja. Quedara para siempre manchada la lealtad y buen nombre de los castellanos por forzar y quitar la libertad á su natural rey y señor, si el bien comun del reino, y estar él tan mal quisto y disfamado no los escusara. Permitíanle que saliese á caza: con esta ocasion y con grandes promesas que hizo á algunos de los grandes, y los grajeó, se huyó á Segovia, en su compañía Samuel Levi, que debajo de fianzas andaba ya suelto, y don Tello, á quien el rey mostraba amor, y aquel dia le tocaba la guarda de su persona: amistad que duró pocos dias.

De aquí resultaron otros nuevos y mayores alborotos. Los infantes de Aragon y su madre la reina doña Leonor se fueron á la villa de Roa, que el rey se la dió á su tia los mismos dias que estuvo en Toro detenido. Don Juan de la Cerda se partió á Segovia para estar con el rey; don Fadrique á Talavera donde dejara sus gentes, don Fernando de Castro se volvió á Galicia con su mujer que llevó en su compañía, don Tello á Vizcaya; don Enrique, y la reina madre se quedaron en Toro para defender la ciudad. Estas cosas acaecieron en el fin del año. En el principio del siguiente que se contó 1355, se hicieron córtes en Burgos, en que se hallaron los infantes de Aragon. El rey se quejó al reino del atrevimiento é insolencia de los grandes: pidió que le ayudasen para juntar un ejército con que los castigar, que no solamente cometieron delito contra él, sino en su persona: tenian eso mismo ofendido y agraviado á todo el reino; que era justo se vengase la injuria hecha á todos con las armas de todos: concedióle el reino un servicio estraordinario de dinero para pagar parte de la gente de guerra.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla el rey de Navarra mató en Francia al condestable don Juan de la Cerda hijo menor del infante don Alonso el Desheredado. Parecióle al rey de Francia este hecho muy atroz: sintió mucho que hobiesen malamente y con asechanzas muerto un tal personaje que era muy valeroso y su condestable, y á quien él queria mucho y le trataba familiarmente desde su niñez. La ocasion de su muerte fue que el rey le hizo merced del condado de Angulema, al cual el rey de Navarra decia tener derecho. Pretendia otrosí el rey de Francia los condados de Campaña y de Bria: alegaba para esto que fueron de su padre. No quiso el rey dárselos: por esto se enojó grandemente y quebró su ira con el condestable. Envió una noche secretamente unos caballeros suyos, que escalaron la fortaleza llamada de Aigle ó del Aguila en Normandía, en que se hallaba el condestable descuidado en su lecho: allí le mataron en ocho dias del mes de enero. Frossarte historiador francés concuerda en el dia, mas quita dos años de nuestra cuenta.

Publicada esta muerte, el rey de Francia no salió en público, ni se dejó hablar por espacio de cuatro rias. Hízose pesquiza, y fue citado el rey de Navarra: pidió en rehenes para su seguridad á Luis hijo del rey; pareció demasías lo que pedia, pero en fin vinieron en ello: con tanto fue á París á responder por sí en juicio. Alegaba que le pretendia el condestable matar: no se probaba este descargo bastantemente; mandóle el rey prender, y por ruegos é importunaciones de su mujer y de su hermana viuda le perdonó, si bien se entendia por su condicion feroz no permaneceria en la fe y lealtad mucho tiempo, como en breve se esperimentó. Pidió el rey de Francia al reino que le sirviesen con dineros para hacer guerra á los ingleses: contradíjolo el Navarro: injuria que sintió grandemente aquel rey como era razon, y la guardó y quedó bien arraigada en su ofendido pecho para vomitarla á su tiempo.

Díjose arriba como don Pedro infante de Portugal tenia de muchos dias atrás amistad y trato con doña Inés de Castro: con esta misma el año pasado se casó clandestinamente con mengua de la magestad real: para quitar esta mancha y reducir y sanar á su hijo la hizo matar el rey en la ciudad de Coimbra. Era cosa injusta castigar la deshonestidad y culpa del hijo con la muerte de la amiga, en especial que le pariera cuatro hijos, es á saber don Alonso, que murió niño, don Juan y don Dionis y doña Beatriz. Luis rey de Sicilia falleció por el mes de julio en la ciudad de Catania: sucedióle su hermano don Fadrique, Simple de nombre, y en la edad, costumbres y entendimiento. El reinado de estos dos reyes hermanos fue trabajado de tempestades, guerras extranjeras y civiles: camino que se abrió al rey de Aragon para volverse á hacer señor de aquella isla. Pero dejemos este cuento por ahora, y volvamos á lo que se nos queda atrás.

CAPITULO XXI.

De muchas muertes que se hicieron en Castilla.

Despedidas las córtes de Burgos, el rey se fue á Medina del Campo. Allí por su mandado fueron muertos dos caballeros de los mas principales, el uno Pero Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla, el otro Sancho Ruiz de Rojas; mandó otrosí prender algunos otros. A Juan Fernandez de Hinestrosa soltaron los de Toro debajo de pleitesía de volver á la prision, sino aplacase y desenojase al rey, mas no cumplió su promesa. Don Enrique y don Fadrique, juntadas sus gentes en Talavera, se fueron á encastillar en la ciudad de Toledo para prevenir los intentos del rey. Pasado el rio, quisieron entrar por el puente de San Martin; mas como les resistiesen la entrada algunos caballeros de la ciudad, dieron vuelta por encima de los montes de que casi toda alrededor está cercada, y llegados á la otra parte de la ciudad, entraron por el puente que llaman de Alcántara. Hizose gran matanza en los judíos, y les robaron las tiendas de mercería que tenian en el Alcana: fueron mas de mil judíos los que mataron, lo cual no se hizo sin nota y murmuracion de muchos á quien tan grande desconcierto parecia muy mal.

Avisado el rey del peligro en que la ciudad estaba, vino á grande priesa antes que se pudiesen fortificar los contrarios en una plaza de suyo tan fuerte. Con su llegada los hermanos fueron forzados á desampararla con presteza: cosa que les valió no menos que las vidas. El rey vengó su enojo en los ciudadanos, mató algunos caballeros, y del pueblo mandó matar veinte y dos. Entre estos condenados era un platero viejo de ochenta años: un hijo que tenia de diez y ocho, se ofreció de su voluntad á que le matasen á él en cambio de su padre. El rey en lugar de perdonalle, que al parecer de todos lo merecia muy bien por su rara y escelente piedad, le otorgó el trueco y fue muerto: horrendo espectáculo para el pueblo, y misericordia mezclada con tanta crueldad. Los nombres de padre y hijo no se saben por descuido de los historiadores, el caso es muy cierto. Hizo otrosí el rey prender al obispo de Sigüenza don Pedro Gomez Barroso, varon insigne entre los de aquel tiempo y gran

jurista: la causa, que favorecia á sus ciudadanos y á la reina doña Blanca, que envió el rey presa á la fortaleza de Sigüenza.

Asentadas las cosas de Toledo, restaba reducir á su servicio las demás ciudades. Los de Cuenca por estar mas conformes entre sí cerraron las puertas al rey: no se atrevió á usar de violencia por ser aquella ciudad muy fuerte. Criábase entonces en ella don Sancho, hermano del rey, y aunque se libró deste peligro presente, pocos dias despues Alvar García de Albornoz, hermano del cardenal don Gil de Albornoz, que le tenia en guarda, le escapó y llevó á Aragon. Púsose cerco á la ciudad de Toro, en que estaba la reina madre, don Enrique y don Fadrique, don Per Estevanez Carpintero que se llamaba maestre de Calatrava, y todas las fuerzas de los caballeros de la liga. Durante el cerco que fue largo asaz, en Tordesillas doña María de Padilla parió una hija que fue la tercera, y se llamó doña Isabel. Don Juan de Padilla su hermano maestre de Santiago fue muerto en un rencuentro que tuvo entre Tarancon y Uclés: causóle la muerte la honra y estado en que el rey le puso; venciéronle don Gonzalo Mejía comendador mayor de Castilla y Gomez Carrillo, que favorecian y tenian la parte de don Fadrique. El rey con la edad hecho mas prudente no quiso que se proveyese el maestrazgo por dejar la puerta abierta para que su hermano se redujese á su servicio.



Moneda de don Pedro I de Castilla.

El papa Inocencio por estos dias envió al cardenal de Boloña para que pusiese en paz al rey y á estos grandes. Las cosas estaban tan enconadas que no pudo efectuar nada, solamente alcanzó que soltasen de la prision al obispo don Pedro Gomez Barroso. Don Enrique de Toro se huyó á Galicia, y escapó del peligro que le amenazaba y corria: aunque era mozo tenia sagacidad y cordura, de que dió bastantes muestras en todas las guerras en que anduvo. Don Fadrique, habida seguridad, salió de la ciudad y se fue al rey. Finalmente en cinco de enero del año de 1356 un cierto ciudadano dió al rey entrada por una puerta que él guardaba. Apoderado de la ciudad hizo matar á don Per Estevanez Carpintero y Rui Gonzalez de Castañeda y otros caballeros principales: matáronlos en presencia de la reina madre, que se cayó en el suelo desmayada de espanto y horror de un espectáculo tan terrible. Vuelta en su acuerdo, con muchas voces maldijo á su hijo el rey, y desde á pocos dias (1) con su licencia se fue á Portugal, donde no miró mas por la honestidad que antes. Ninguna cosa se encubre en lugares tan altos: como tratase amores con don Martin Tello, caballero portugués, fue muerta con yerbas por mandado del rey de Portugal su hermano. Algunos afirman que la hizo matar su padre el rey don Alonso el Cuarto, ca por fidedignos testimonios pretenden probar vivió hasta el año de mil y trescientos y sesenta y uno: otros mas acertados dicen que el dicho rey murió el año de cincuenta y siete.

(1) Segun la *Crónica* aun se hallaba en la ciudad de Toro en 10 de enero del año 1357.

El rey de Castilla se fue á Tordesillas, y allí hizo un torneo en señal de regocijo por las cosas que acabara. El lugar y el dia mas prometian placer y contento que miedo; no obstante esto, el rey otro dia de mañana hizo matar á dos escuderos de la guarda de don Fadrique. Cuando él lo supo, tuvo grande temor no hiciese otro tanto con él, mas esta vez no pusieron en él las manos. Este año tembló en muchas partes la tierra con grande daño de las ciudades marítimas: cayeron las manzanas de hierro que estaban en lo alto de la torre de Sevilla, y en Lisboa derribó este terremoto la capilla mayor que pocos dias antes se acabara de labrar por mandado del rey don Alonso. Algunos pronosticaban por estas señales grandes males que sucederian en España: pronósticos que salieron vanos, pues el reinado del rey de Castilla y él en sus maldades continuaron por muchos años adelante; el pueblo por lo menos hizo muchas procesiones y plegarias para aplacar la ira de Dios.

Tomada la ciudad de Toro, el conde don Enrique por caminos secretos y escondidos se huyó á Vizcaya, do su hermano don Tello con la gente y aspereza de la tierra conservaba lo que quedaba de su parcialidad, ca venció en dos batallas ciertos capitanes que tenian la voz del rey. Desde allí don Enrique se fue en un navío á la Rochella, ciudad de Jantoigne en Francia, para estará la mira y esperar en qué pararian los humores que removidos andaban. A esta sazon el rey de Navarra en un convite á que le convidó en Ruan Carlos el Delfin y duque de Normandía fue preso por el rey de Francia que de repente sobrevino, y le compelió á que desde la prision respondiese á ciertos cargos que se le hacian: el principal era de traicion, porque favorecia á los ingleses contra lo que era obligado como príncipe por muchas vias y títulos sujeto á la corona de Francia. Desta manera se veian en aquel reino divididas las aficiones de los españoles que en él residian; don Enrique tiraba gajes del rey de Francia, don Philipe hermano del rey de Navarra llamaba los ingleses á Normandía, y se juntó con ellos. Lo mismo hizo el conde de Fox enojado por la injuria y agravio hecho al rey su cuñado. Así en un mismo tiempo en España y en Francia se temian mucha novedades y nuevas y temerosas guerras.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

CAPITULO I.

Del principio de la guerra de Aragon.

Una guerra entre dos reinos y reyes vecinos y aliados, y aun de muchas maneras trabados con deudo, el de Castilla y el de Aragon, contará el libro diez y siete: guerra cruel, implacable y sangrienta, que fue perjudicial y acarreó la muerte á muchos señalados varones, y últimamente al mismo que la movió y le dió principio, con que se abrió el camino, y se dió lugar á un nuevo linaje y descendencia de reyes; y con él una nueva luz alumbró al mundo, y la deseada paz se mostró dichosamente á la tierra. Póneme horror y miedo la memoria de tan graves males como padecimos. Entorpécese la pluma, y no se atreve ni acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron. Embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos. Dése este perdon y licencia á esta narracion, concédasele que sin pesadumbre se lea: dése á los que temerariamente perecieron, y no menos á los que como locos y sándios se arrojaron á tomar las armas y con ellas satisfacerse. Ira de Dios fueron

estos desconciertos, y un furor que se derramó por las tierras

Las causas de las guerras, mirada cada una por sí, fueron pequeñas, mas de todas juntas como de arroyos pequeños se hizo un rio caudal, y una grande avenida y creciente de saña y de enojos. Cada cual de los dos reyes era de ardiente corazon y que no sufria demasías, en las condiciones y aspereza semejables, bien que el de Castilla por la edad, que era menor y mas ferviente, se aventajaba en esto, y en rigor, severidad y fiereza. Querellábase el Aragonés que sus hermanos tuviesen en Castilla guarida, y hallasen en ella ayuda para alborotalle su reino. Sentia asimismo que don Fernando su hermano con color de asegurar al de Castilla que le seria leal, en hecho de verdad por darle á él molestia hobiese puesto guarnicion de castellanos en las sus fortalezas de Alicante y de Orihuela. Por el contrario el rey de Castilla se quejaba que las galeras de Aragon á la boca de Guadalquivir tomaron ciertas naves que en tiempo de necesidad venian cargadas de trigo, de que resultó mayor hambre y carestía. Quejábase otrosí que los foragidos de Castilla eran recebidos y amparados en Aragon: que los caballeros aragoneses de Calatrava y de Santiago no querian obedecer á sus maestres que eran de Castilla; en todo lo cual pretendia era agraviado, y decia queria tomar de todo emienda con las armas.

A estos cargos y causas de romper la guerra se allegó otra nueva, y fue en esta manera. El rey de Castilla apaciguado que hobo las alteraciones de Castilla la Vieja, y dada órden en las demás cosas, entrado ya el verano partió á la Andalucía para acabar de sosegar á Sevilla y los demás pueblos de aquella comarca. En Sevilla, fatigado con los cuidados y negocios, para tomar un poco de alivio determinó irse á las Almadrabas en que se pescan los atunes, que es una vistosa pesca y muy gruesa granjería. Hizo aprestar una galera, y en ella se fue desde Sevilla á Sanlúcar de Barrameda. Sucedió estar surgidas en aquel puerto dos naves gruesas. Acaso diez galeras de Aragon que iban en favor de Francia contra los ingleses sus capitales enemigos, salidas del estrecho de Gibraltar, costeaban aquellas riberas del mar Océano. El capitan de las galeras que se llamaba Francisco Perellos, por codicia de la presa acometió y tomó aquellas dos naves delante los ojos del mismo rey. Pareció este un desacato insufrible. Encarecíanle los cortesanos en grande manera, como gente que deseaba se encendiese alguna guerra con que pensaban acrecentar sus haciendas, y ser mas estimados y honrados que en tiempo de paz, cuando por no ser tan necesarios los estimaban en menos: tal es la condicion de soldados y palaciegos.

Fue Gutierre de Toledo á reñir esta pendencia, y agraviarse del atrevimiento y demasía; mas el capitan aragonés, como quier que era hombre determinado y feroz, sin hacer caso de las amenazas y fieros dió por final respuesta: que aquellas mercadurías eran de ginoveses, y que por derecho de la guerra las podia tomar por estar con ellos á la sazon rompida en la isla de Cerdeña por grande deslealtad de Mateo Doria ginovés de nacion. Vista esta respuesta tan resoluta, el rey de Castilla envió al rey de Aragon una embajada con Gil Velazquez de Segovia uno de sus alcaldes. Mandóle representase las quejas arriba referidas. Que mandase restituir los navíos que sus galeras tomaron á tuerto: demás que le entregase al capitan dellas para castigalle conforme á su temeridad y locura.

Aprestaba á la sazon el de Aragon en Barcelona una armada para pasar en Cerdeña contra los rebeldes de aquella isla. Fuéle por esta causa enojosa la demanda de Castilla; respondió empero con blandura y humildad: que él contentaria al rey de Castilla, satisfaria los agravios que le proponia, y echaria de Aragon los castellanos foragidos; asimismo, que vuelto el capitan, le castigaria segun su culpa mereciese: en lo que tocaba á los caballeros de Santiago y de Calatrava, dijo no pertenecia á su jurisdiccion aquel pleito por ser personas religiosas, y á él seria mal contado, si en sus cosas se empachaba: que se podria tratar con el sumo pontífice como causa y negocio eclesiástico, y lo que se determinase él mismo lo tendria por bueno y pasaria por ello. No se satisfizo nada Gil Velazquez con esta respuesta, antes de parte de su rey le desafió y denunció la guerra. Replicó el rey de Aragon: no me parece que esta es bastante causa para romper la guerra entre dos reyes amigos y confederados; mas yo lo dejo al juicio de Dios, que no permitirá pase sin castigo y emienda cualquier insolencia: yo no comenzaré la guerra, pero con la ayuda divina, si me la dieren, ni la rehusaré ni la temo.

Destos principios se vino á las manos. Residian en Sevilla muchos mercaderes catalanes: todos en un punto fueron presos y confiscados sus bienes. Hicieron en ambos reinos levas de gentes y los demás apercibimientos: acudieron asimismo á procurar socorros de príncipes extranjeros; en particular don Luis hermano del rey de Navarra, que luego que en Francia prendieron al rey su hermano, se volvió á España para proveer á lo de acá, requerido por entrambas partes que se juntase con ellos, no quiso declararse por la una parte ni por la otra, sino como sagaz entretenellos con buenas esperanzas y estar á la mira, dado que de secreto mas se inclinaba al de Aragon como á mas amigo y deudo. Hízose por un mismo tiempo entrada por tres partes en el reino de Valencia. Don Hernando de Aragon pretendia levantar los de aquel reino, por la parte que en él tenia, y por la memoria de las revoluciones pasadas, cosa en que mas confiaba que en las armas; mas no halló la entrada que él pensaba, ca estaban escarmentados por causa de los males y castigos pasados. Desta manera se entretenia la guerra, y continuaba en los postreros del mes de agosto con daño notable de los campos y aldeas de aquella frontera.

En estos mismos dias se dió en Francia la famosa batalla de Potiers, memorable por la matanza que de franceses se hizo muy grande por mucho menor número de ingleses: con que las fuerzas de aquel poderoso reino quedaron de todo punto quebrantadas. El mismo rey de Francia fue preso y Philipe el menor de sus hijos: murieron en el campo Pedro duque de Borbon padre de la reina doña Blanca, Gualter condestable de Francia, Roberto señor de Durazo y pariente del cardenal de Perigueux, que enviado por legado del papa Inocencio para concertar aquellas gentes y asentar las paces, se halló en aquella batalla, sin otros muchos personajes de cuenta que allí perecieron. Sucedió aquella desgraciada batalla á diez y nueve dias del mes de setiembre deste año de 1356. Desta jornada resultaron dos cosas notables, y á propósito de nuestra historia. La una, que por órden de algunos vasallos suyos el rey de Navarra se soltó de la prision en que le tenian, y hallada entrada en París, se hizo capitan de muchos sediciosos, y alborotó el pueblo para que no acudiesen al Delfin que pretendia buscar socorros y allegar dineros para libertar al rey su padre, no sin grande ofension de aquella gente.

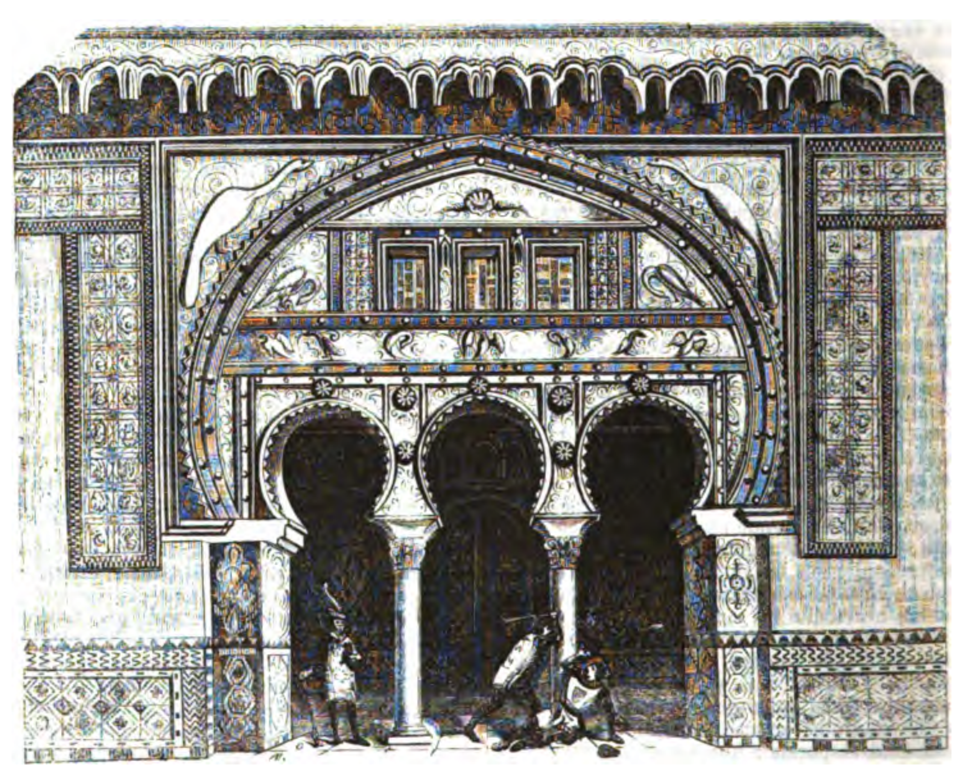
Con esta ocasion el Navarro en una junta que se tuvo en París, se querelló públicamente del agravio y afrenta pasada. Dijo que su derecho que tenia á la corona de Francia era mejor que el de los que la pretendian por las armas, por ser como era nieto del rey Luis Hutin, hijo de su hija, como el Inglés fuese hijo de madama Isabel hermana del mismo. No hay duda sino que el Navarro tramaba una nueva tela de

discordias, si sus fuerzas fueran iguales á su voluntad y ánimo: en fin hizo tanto que le fueron restituidos sus bienes, y á los pueblos y estado que heredó de su padre, le añadieron el señorío de Mascon y de Bigorra; no pudo empero alcanzar por mas que andaban revueltas las cosas, que le entregasen á Bria, Campaña y Borgoña, estados á que pretendia tener derecho.

Sucedió asimismo que don Enrique conde de Trastamara despues desta batalla, en que se halló y salió salvo, se vino al rey de Aragon convidado con grandes promesas que le hizo. Esta fue la primera puerta que se le abrió, y el primer escalon para venir despues á ser rey de Castilla; este el principio de su prosperidad. La suma de las capitulaciones de los dos fue: que don Enrique se desnaturalizase de Castilla, y hiciese pleito homenaje de ser perpétuamente vasallo y amigo del rey de Aragon: que fuesen suyas todas las ciudades y villas, escepto Albarracin, que tuvo el infante don Fernando de Aragon: que el rey le diese sueldo para seiscientos hombres de á caballo y otros tantos infantes que anduviesen debajo de su pendon y bandera.

Entrado el año de nuestra salvacion de 1357, con varios sucesos se hacia la guerra en las fronteras de Castilla y Aragon. Tomaron los aragoneses á Alicante y los castellanos á Embite y á Bordalua. Los principales capitanes del rey de Aragon eran el conde de Trastamara don Enrique, don Pedro de Exerica y el conde don Lope Fernandez de Luna; por el rey de Castilla don Fadrique maestre de Santiago, los dos hermanos infantes de Aragon, y don Juan de la Cerda. Servian sus capitanes con mayor fidelidad al rey de Aragon que los suyos al de Castilla: los unos constantes y firmes, y estotros dudosos y como á la mira de lo que resultaria destas guerras; especialmente que en general aborrecian las maldades y aspereza de condicion de su rey. Así al cabo el de Aragon con su buena industria y maña, de que hallo que en esta guerra se valió mas que de sus fuerzas, los vino á traer todos á su servicio y á tenerlos de su parte.

Don Juan de la Cerda y Alvar Perez de Guzman fueron los primeros que se apartaron del servicio del rey de Castilla; que todavía tenian presente la muerte de su suegro don Alonso Coronel señor de Aguilar á quien el rey hizo matar, y ellos eran casados con doña María y doña Aldonza sus hijas. Tenian otros



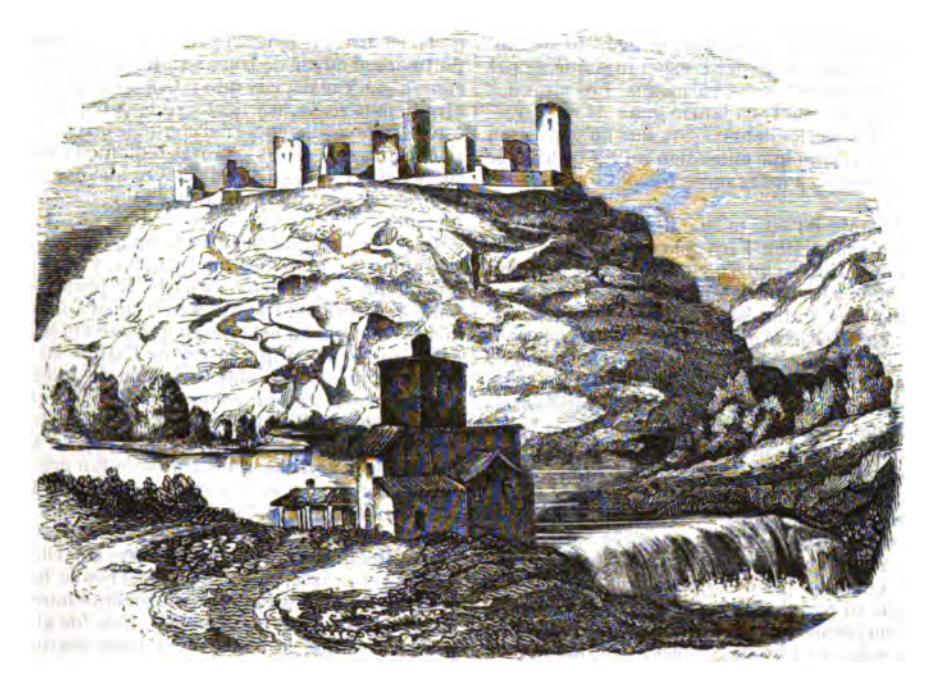
Salon de Embajadores en el Alcázar de Sevilla en donde fue asesinado don Fadrique.

miedo que el rey que con una desenfrenada lujuria habia puesto los ojos en doña Aldonza, se la queria tomar á su marido Alvar Perez: así por ventura fueron dos las causas que compelieron á estos caballeros á apartarse del servicio de su rey, y á que de Seron de donde hacian la guerra en la raya de Aragon, se pasasen á la Andalucía, en que tenian muchos parientes y amigos y grande estado. Pretendian con su autoridad y presencia levantar y alborotar aquella provincia, como lo comenzaron á poner por obra; puesto que era grande confianza y osadía, mas aina temeridad, atreverse á mover guerra civil en el medio y corazon de un reino tan poderoso.

A esta sazon el rey de Castilla con todo su ejército tenia sitiado un castillo de Aragon junto á la raya de Castilla, que se dice Tebal, ó Sisamon como otros dicen. Allí tuvo nueva como estos caballeros, desamparado Seron, se iban al Andalucía: fue luego en pos dellos. Siguiólos algun tanto, mas no los pudo alcanzar, que se fueron como si huyeran por la posta. Volvióse á encender la guerra con mayor furia que de primero. Tomó el rey de Castilla algunos pueblos de poca importancia: con el mismo ímpetu fue sobre Tarazona, ciudad principal, que está cerca de Navarra; ganóla y entróla por la fuerza en nueve de marzo. Los ciudadanos perdida la parte alta de la

ciudad que era la mas fuerte della, se dieron á partido, salvas las vidas y hacienda: así los dejaron ir libremente á Tudela. Díjose que esta ciudad la perdieron los aragoneses por culpa del alcaide Miguel de Gurrea, que la pudiera sustentar mucho mas tiempo, si tuviera mayor corazon y mas sufrimiento; así por entender que no podria descargarse y satisfacer bastantemente á su rey, se pasó con su casa y familia al reino de Navarra. Pobló el rey la ciudad de soldados castellanos, y avecindólos en ella; repartiólos sus casas, campos y heredades.

El rey de Aragon despues que perdió esta ciudad, no se tenia por seguro dentro de los mismos muros de Zaragoza. Por esta causa con mayor ánsia y cuidado que de antes, procuró nuevos socorros y ayudas de extranjeros; mayormente que en esta sazon don Juan de la Cerda en el Andalucía fue muerto y desbaratado por el concejo de Sevilla (1), de cuyas gentes fueron capitanes en aquella batalla Juan Ponce de Leon señor de Marchena, y el almirante Gil Bocanegra. Vino de Francia en servicio del rey de Aragon el conde de Fox, y en su compañía muchos caballeros, soldados de fama. El señor de Labrit su contrario vino al tanto con un buen número de lanzas á ayudar al rey don Pedro de Castilla. El papa Inocencio envió á España á Guillen cardenal de Boloña por su legado para que pudiese paz entre estos dos reinos. Hizo muchas idas y venidas de los unos á los otros con grandísimo trabajo suyo: en fin concertó treguas por un año y tres meses mientras que algunos grandes trataban medios de paz, para lo cual fue nombrado por parte del rey de Aragon Bernardo de Cabrera, y por el de Castilla Juan Fernandez de Hinestrosa. En el entretanto los pueblos que ambas partes ganaran, se pusieron en fieldad y como en tercería en poder del cardenal legado, que puso pena de excomunion contra el primero que quebrantase las treguas.



Restos del castillo de Alcalá de Guadayra.

Concluyéronse estas pláticas en diez y ocho dias del mes de mayo. En este mes murió en Lisboa don Alonso el Cuarto, rey de Portugal, de edad de setenta y siete años, y seis meses: reinó por espacio de treinta y un años, cinco meses y veinte dias: fue enterrado su cuerpo en la misma ciudad junto al altar de la iglesia Mayor, do sepultaron su mujer doña Beatriz. Sucedióle en el reino su hijo don Pedro por sobrenombre el Cruel. Un mes antes le habia nacido un hijo de doña Teresa Gallega, á quien tenia por amiga, despues que su padre hizo matar á doña Inés de Castro. Era doña Teresa mujer muy apuesta, por lo demás ninguna otra gracia tenia porque mereciese ser querida. Llamaron á su hijo don Juan, á quien los cielos tenian determinado de entregar el reino de su padre y abuelos, como se dirá adelante en su debido lugar. Volvamos á las cosas de Aragon y Castilla.

Hechas las treguas, los aragoneses entregaron al cardenal legado los pueblos y fortalezas que tenian de Castilla: hiciéronlo de mejor gana por ser pocas las que ellos ganaron. El rey de Castilla si bien consintió en todas las demás capitulaciones, nunca se pudo acabar con él que quisiese sacar de Tarazona los soldados castellanos que nuevamente hizo avecindar en ella. Mientras estas cosas se concluian, fuese á la ciudad de Sevilla para apaciguar las revueltas del Andalucía, y juntar una buena armada con que hacer guerra en los pueblos marítimos de Aragon luego que espirase el tiempo de las treguas; la paz ni la esperaba, ni aun la deseaba. En Sevilla dióse tanto á los amores de doña Aldonza Coronel que en su respeto no hacia ya caso de doña María de Padilla: ¡cuán poco duran las privanzas y favores! ¡cuán ciega é indómita bestia es un hombre sujeto á sus pasiones! ningunas dificultades ni trabajos eran bastantes para

(1) Le hizo prisionero, y el rey luego que lo supo le mandó matar.

poder apartar al rey don Pedro de sus deleites y torpezas.

Cansado pues y mohino el legado de sus cautelas y marañas le descomulgó y puso en toda Castilla entredicho; todavía pareció que el legado en esto procedió con mas priesa y cólera de la que en tan grave caso se requería: por esta causa el papa le envió á llamar, y le hizo salir de España. Todas eran trazas y mañas del rey de Aragon por hacer mas odioso al de Castilla, y que le tuviesen por un mal hombre, sacrílego y descomulgado, ca pretendia con esta infamia y mala opinion que los de su reino le desamparasen: maña en que ponia mas confianza que en su valor y fuerzas. Sucedióle al rey de Castilla otro nuevo disgusto. Tenia en su poder á doña Juana mujer de su hermano don Enrique. Pedro Carrillo un caballero criado suyo tuvo manera para la sacar de Castilla y la llevó á Aragon y la entregó á su marido. Con esto se acabó de perder la esperanza que de paz podia quedar entre los dos hermanos. Los otros dos don Fadrique y don Tello tenian gana de rebelarse. ninguna otra cosa los detenia para que no se pasasen al de Aragon, sino que entendian no les podria dar igual recompensa á los grandes estados que dejaban en Castilla.

Esta tardanza en este mismo tiempo fue dañosa y mortal á muchos. Don Fernando de Aragon estaba en esta coyuntura en guarnicion de la villa de Jumilla, que él en aquella frontera ganara á los aragoneses: tenia sus tratos secretos don Bernardo de Cabrera: en fin se pasó al rey de Aragon porque se le concedió la procuracion del reino y la restitucion de su estado; que en tiempo tan apretado y de tanta necesidad nada parecia demasiado. La rebelion de don Enrique y de don Fernando, como dió la vida á los aragoneses, así causó la muerte á los hermanos de ambos, como adelante se verá. En Cerdeña en estos dias las cosas se mejoraban con la muerte de Mateo Doria que sucedió á buen tiempo, y el rey de Aragon se concertó con sus sucesores. Mariano el juez de Arborea no se acababa de sosegar, puesto que con tan gran pérdida como la de Oria poco se adelantaba su partido. La mayor parte de Sicilia en este mismo tiempo tenian ocupadas las guarniciones y soldados del rey Luis de Nápoles: Palermo y Mecina dos principales ciudades de aquella isla eran suyas. Don Fadrique llamado el Simple, que dos años antes sucedió en aquel reino á su hermano el rey don Luis, era de poca edad, de corto ingenio y menos fuerzas y poder. El título de rey conservaba en sola la ciudad de Catania con cortas esperanzas á causa que volvia á revivir la parcialidad francesa, y tenia por vecinos á los reyes de Nápoles, y los isleños le eran desleales.

Con esto en tanto grado perdió el ánimo y esperanza de poder defenderse y sustentar su reino, que hizo donacion de Sicilia, Atenas y Neopatria á su hermana doña Leonor mujer del rey de Aragon. Desta donacion envió al rey marido della escrituras públicas y autenticos instrumentos para convidarle y animarle á que le enviase sus gentes y armada con que defender á Sicilia. El rey de Aragon quisiera acudir á su cuñado, mas tenia tanto que hacer en su casa con una tan pesada y peligrosa guerra, y llena de grandes dificultades, que no pudo ayudar como quisiera á las cosas de Sicilia, que llegaron á término de estar de todo punto perdidas. El esfuerzo y lealtad de don Artal de Alagon conde de Mistreta y maestre justicier de Sicilia, que hizo rostro á los enemigos y los venció en una batalla en que mató muchos dellos, y hizo justicia de algunos del reino culpados, las entretuvo. La deslealtad de otros fue vencida con algunas mercedes que les hicieron; que en fin dádivas todo lo acaban y ablandan.

CAPITULO V.

De las muertes de algunos señores de Castilla.

El ardiente deseo de vengarse llevaba al despeñadero á los reyes de Castilla y de Aragon sin cuidar de lo bueno y justo, y sin que echasen de ver lo que en el mundo se podria decir dellos; en que se empeñaron de suerte que no tuvieron empacho de llamar los moros en sù ayuda. El rey moro de Granada envió golpe de gente de á caballo en favor del rey de Castilla con quien meses antes se aviniera. El de Aragon llamó de Africa al rey de Marruecos para oponerle á su enemigo, balanzar las fuerzas y estar con él á la iguala: acuerdo infame y traza vergonzosa á la Religion Cristiana. Quejóse gravemente dello por sus cartas el padre santo Inocencio, y entre otras razones les escribió que se maravillaba mucho que el deseo de hacerse daño llegase á tanto estremo que no tuviesen miedo de traer á su tierra una peste tan contagiosa y mala, con que y con menor ocasion en otro tiempo se asoló y destruyó toda España. Fuera este cuidado y diligencia del pontífice buena y á buen tiempo; mas las orejas los reyes tenian con un esceso de pasion y enojo de tal manera tapadas, que no oyeron sus paternales, santas y saludables amonestaciones.

Los grandes que seguian la opinion de Castilla, fueron por los aragoneses solicitados, y aun persuadidos á que se pasasen á su parte. El primero el infante don Fernando de Aragon: la misma naturaleza inclinaba á que en este riesgo quisiese antes favorecer á su hermano que al rey de Castilla su primo. Tuvo sus hablas secretas en la villa de Jumilla que ganara en esta guerra, como se tocó ya, y finalmente por la buena diligencia y persuasiones de Bernardo de Cabrera se pasó á su hermano el rey de Aragon. No pudieron estar secretos tratos de tan grande importancia: así en el principio del año de 1358 el maestre de Santiago don Fadrique tomó por fuerza de armas á Jumilla y la sacó del poder de los aragoneses. Hecho esto, vínose el maestre á Sevilla; y entrado en el alcázar, por mandado del rey su hermano delante de sus ojos fue cruelísimamente muerto por unos ballesteros de maza del rey. Este fue el premio y mercedes que le hizo por el buen servicio que le acababa de hacer, bien es verdad que se sabe de cierto no andaba muy sosegado, y que trataba de pasarse á Aragon: sospecho que este trato debió de venir á noticia del rey, y que por esta causa se le aceleró la muerte.

Luego que fue muerto don Fadrique, se partió el rey á grande priesa á Vizcaya: las manos que ya tenia tintas en la fraternal sangre, queria en aquella provincia volverlas á ensangrentar con otro semejante ejemplo de severidad. Sospechólo su hermano don Tello, y huyóse á Francia en un navío, y de allí se fue á Aragon para vengar con las armas su injuria y la muerte del hermano. No faltó otro desdichado en quien en su lugar el cruel rey ejecutase su saña. Ido don Tello, el infante don Juan de Aragon, á quien se debia el señorío de Vizcaya por ser casado con doña Isabel hija de don Juan Nuñez de Lara, y tambien el rey á la partida de Sevilla se le prometió, le suplicó fuese servido de dársele, pues con la huida de don Tello quedaba sin dueño y desamparado.

El rey ó porque le apretó mucho con esta demanda, ó por saber que era de acuerdo con los demás grandes que se eran pasados á Aragon, en Bilbao, do á la sazon estaban, le hizo matar á sus maceros; y aun escribe un autor que él mismo le acabó de un golpe de jabalina que le dió con su propia mano: abominable crueldad. Su cuerpo le hizo echar de una ventana abajo, y caido en la plaza, dijo á muchos vizcainos que le miraban: Veis ahí á vuestro señor, y al que demandaba el estado de Vizcaya. Mandó-

despues llevar á Burgos, mas ni le dió sepultura, ni se le hicieron las debidas honras ni obsequias, antes por mandado del rey lo echaron en lo profundo del rio, que nunca mas pareció: con esto echó el sello y acabó de suplir lo que á un caso tan atroz faltaba de crueldad, que era vengarse en el cuerpo de su primo hermano tan malamente muerto. Con la misma furia á la reina doña Leonor su tia madre del infante, y su infelicísima mujer doña Isabel las hizo prender en Roa, y llevarlas dende presas al castillo de Castrojeriz.

Prosiguióse por todo el reino una grande carnicería; y de diversas partes le trujeron á Burgos seis cabezas de caballeros principales, que fueron para él un espectáculo tan grato y apacible cuanto era horrendo y miserable á los hombres buenos que le miraban. Tenia tambien determinado de matar otros muchos en Valladolid, si no se lo estorbara la entrada que repentinamente hicieron en Castilla don Enrique y el infante don Fernando: don Enrique destruia y asolaba la tierra de Campos, de Soria y Almazan: don Fernando hacia cruel guerra en el reino de Murcia. A entrambos incitaba el justo sentimiento de la muerte de sus hermanos, y el grave dolor que su memoria les causaba, los encendia en cólera y deseo de vengarlos y satisfacerse con las armas.

El rey de Castilla con miedo de la entrada que estos caballeros hicieron en su reino, se fue al Burgo de Osma para proveer lo necesario á esta guerra. De allí en el principio del mes de julio envió un ballestero de maza al rey de Aragon á quejarse porque le habia rompido malamente la tregua, y faltando á su verdad, hacia que sus gentes le entrasen en su tierra estando él descuidado y desapercebido con la seguridad de su palabra. A esto respondió el rey de Aragon que él era forzado á tomar las armas por el desafuero que él le hacia en no cumplir las condiciones de las treguas, demás que con la toma de la villa de Jumilla él primero las quebrara: que cualquiera dellos fuese el culpado, era cosa muy inhumana é injusta que pagase sus disgustos la sangre inocente de tantas gentes: que seria mejor que estas diferencias se acabasen por combate de veinte con veinte ó cincuenta con cincuenta, ó de ciento con ciento. (1).

En esta forma el rey de Aragon desafió al de Castilla con grandes amenazas y palabras de mucha confianza. Su enemigo como quier que era mas poderoso, y de grande corazon, ningun caso hizo de sus fieros y desafio. Envió á don Gutierre Gomez de Toledo, á quien pocos dias antes dió el priorato de San Juan, a que pusiese cobro en las cosas del reino de Murcia: á otros despachó á diversas partes, segun que le pareció convenia á la buena administracion de la guerra. El se partió á gran priesa á Sevilla: tenia allí puesta en órden una armada de doce galeras con las cuales se juntaron otras seis que vinieron de Génova. Con esta flota se determinó correr toda la costa del reino de Valencia, acometer y dar un tiento á las villas y ciudades marítimas. Fueron sobre Guardamar villa del infante don Fernando, que ganaron por fuerza de armas. No se tomó el castillo, porque sobrevino súbitamente una borrasca tan furiosa que dieron las galeras al través en tierra, y las hizo pedazos, solamente esparon dos que por buena suerte se acertaron á hallar en alta mar.

Con tan grande y no pensado infortunio el fiero y soberbio corazon del rey no desmayó ni se quebrantó, antes quemó el pueblo y las galeras destrozadas, y levantó el ejército, se fue por tierra á Murcia. Dende á pocos dias que llegó á aquella ciudad, envió á Sevilla á Martin Yañez privado suyo con órden que hiciese labrar otra nueva armada; y él juntado que tuvo de todas partes su ejército, se partió para Almazan do tenia muchos hombres de armas. Entró por aquella parte en las tierras de su enemigo: ganóle algunas villas y castillos así de los que tenian los aragoneses en Castilla, como otros del reino de Aragon, y principalmente se hizo cruel guerra en el estado de don Tello. En fin del otoño se volvió el rey á Sevilla con intento de en pasando el invierno juntar una grande flota y hacer la guerra por el mar, ca le parecia que se haria desta manera mayor daño al enemigo: para este efecto su tio el rey de Portugal le envió diez galeras y tres el de Granada.

Este año fue señalado por el nacimiento de doña Leonor hija del rey don Pedro de Aragon, y de don Juan hijo de don Enrique, los cuales tenia Dios determinado que se ayuntasen en matrimonio y heredasen los reinos de Castilla. Nació doña Leonor en veinte dias del mes de febrero, y don Juan asimismo en veinte del mes de agosto. En este mismo año en las córtes de Valencia se estableció que los años no se contasen como solian por la era de César, sino por el nacimiento de Cristo. En el principio del año siguiente de 1359 el rey de Aragon puso cercó sobre Medinaceli, pueblo puesto en los confines de los antiguos celtíberos, carpetanos y arevacos, que en tiempo antiguo fue una grande ciudad, mas en este solo era una mediana villa; empero fuerte por su sitio natural y por tener dentro buena guarnicion de gente que la defendió valerosamente, tanto que fue forzado el Aragonés á volverse á Zaragoza sin empecerles, ni dejar hecha cosa que fuese de mucha consideracion ni momento. Estaba el rey de Castilla para ir á socorrer á Medinaceli cuando tuvo aviso que era llegado á Almazan el cardenal Guido de Boloña, legado del papa Inocencio. Dióle el rey audiencia en esta villa: el legado de parte del papa le dijo que sentia tanto el padre santo hobiese guerra entre él y el rey de Aragon, y le tenia puesto en tan gran cuidado, que si no fuera por su mucha edad y por otros gravísimos negocios de la Iglesia que se lo estorbaron, él mismo en persona viniera á poner paz entre ellos y hacerlos amigos. Que los reyes de Castilla siempre fueron columna de la Iglesia, amparo y defensa no solamente de España, sino de toda la cristiandad; pero que visto como al presente, olvidado de todo punto de la guerra de los moros, se ocupaba en hacerla á un príncipe cristiano, vecino y pariente suyo, no podia dejar de recebir grandísima pena y dolor: que cuando saliese con la victoria, antes ganaria odio y infamia que honra ni provecho alguno: que á ambos con paternal amor les rogaba, y de parte de Dios les amonestaba que tantas gentes, tesoros y armas los emplease contra los enemigos de nuestra santa fe; si así lo hiciesen, su divina magestad les daria en las manos muy honradas y señaladas victorias como las alcanzaron sus antepasados, esclarecidos reyes.

Respondió á esto el rey que se recelaba de pláticas de paz por causa que el rey de Aragon le engañó ya una vez con color della y muestra de querer amistad: así que estaba determinado y con entera resolucion de no venir en concierto ni acuerdo alguno, si no fuese que ante todas cosas echase de su reino los castellanos forajidos, y restituyese á la corona de Castilla las ciudades de Orihuela y Alicante, y otros pueblos de aquella comarca, que en el tiempo de las tutorias de su abuelo el rey don Fernando los aragoneses contra razon y justicia usurparon: demás que por los gastos hechos en esta guerra el rey de Aragon le contase quinientos mil florines. El legado oido lo que decia el rey, fue á verse con el de Aragon: llevaba alguna esperanza de poderlos concertar, pues se comenzaba á hablar en condiciones.

(1) Los embajadores presentaron este duelo ante el papa Inocencio en la forma siguiente: «Si el rey don Pedro de Castilla osa firmar que no, es traidor: el rey de Aragon mi amo se lo probará combatiendo dos á dos.»

El rey de Aragon oida la demanda, se escusaba y acusaba al enemigo como es ordinario. Decia: que el de Castilla fue el primero que sin justa causa movió la guerra: que no era cosa razonable ni se podia sufrir le pidiese, y él diese lo que heredó de sus padres y abuelos; ni tampoco á él le seria bien contado si menoscabase ó enajenase parte alguna de sus reinos: que este pleito en otro tiempo se litigó ante jueces árbitros, y oidas las partes pronunciaron sentencia en favor de Aragon; sin embargo, para mayor satisfaccion y dar á todo el mundo á entender su justicia, él dejaria esta causa de nuevo en las manos del padre santo. Gastábase el tiempo en demandas y respuestas sin concluirse nada. Era lástima grande ver como estas dos nobles naciones corrian furiosamente á su perdicion, sin que nadie los pudiese reparar ni poner en paz, ni fuese siquiera parte para hacelles sobreseer la guerra con algunas treguas. Si hablaban en ellas, el rey de Castilla se escusaba con las grandes espensas y gastos hechos en juntar una gruesa armada que tenia á la cola, y aprestada para acometer las tierras marítimas de Aragon.

CAPITULO III.

Que la armada de Castilla hizo guerra en la costa de Aragon.

Dejadas pues las pláticas de paz, volvió á encruelecerse la guerra, renováronse las muertes y crecieron los odios. El rey de Castilla estando en Almazan, procedió contra el infante don Fernando y contra los dos hermanos don Enrique y don Tello, y aunque ausentes, por sentencia que pronunció contra ellos, los declaró por rebeldes y enemigos de la patria. Con esto se acabó de perder la poca esperanza que les restaba de que se podrian concordar, mayormente que el rey hizo matar en la prision á la reina doña Leonor (1): hecho sin duda cruel y detestable, puesto que fuera muy culpada y mereciera muchas muertes: tanto mayor inhumanidad y fiereza lavar la culpa de los hijos con la sangre de su madre, sin tener respeto á que era mujer, reina y tia suya. Doña Juana y doña Isabel de Lara hermanas y señoras de Vizcaya le fueron compañeras en este último trabajo: doña Juana fue llevada á Sevilla donde pocos dias despues la hizo morir; á doña Isabel la mandó llevar con la reina doña Blanca, que en el mismo tiempo la hizo pasar del castillo de Sigüenza en que la tenia presa, á Jerez de la Frontera, que fue dilatar la muerte de ambas por pocos dias. La culpa de sus maridos don Tello y don Juan de Aragon descargó sobre las que en nada le erraron: así iban los temporales.

Estaba el corazon del rey tan duro y obstinado que ningun motivo por tierno y miserable que fuese, era poderoso para hacerle enternecer ó ablandar: parecia que le cegaba la divina justicia para que no huyese el cuchillo de su ira, que tenia ya levantado para descargalle sobre su cruel cabeza: con todo eso no dejaba de importunar con ruegos y plegarias á los santos patrones del reino que Dios tenia ya para otro guardado. Hacia estos votos al tiempo que se queria embarcar en la armada que tenia aprestada en Sevilla, en que se contaban cuarenta y una galeras, y ochenta naves tambien bastecidas y municionadas, y con tanta caballería y gente de guerra, que era para poderse con ella intentar cualquier grande empresa: defendieron esta vez el reino de Aragon y le libraron los ángeles de su guarda, y la concordia grande que hobo entre los aragoneses. Fueron adelante siete galeras á las islas de Mallorca y Menorca: descubrieron en el camino una gran carraca de venecianos, y la tomaron no con otro mejor derecho sino porque se puso en defensa. Llevada á Cartagena, para que del todo este agravio no tuviese escusa ni descargo, el codicioso y hambriento rey le tomó muchas y muy ricas mercadurías de que venia cargada: el resto de la armada fue sobre Guardamar, y ganó la villa y castillo por combate. Desampararon los aragoneses á Alicante por no se sentir con las fuerzas y municiones que eran menester para poder defender aquella plaza.

Iban en esta flota con el rey el almirante don Gil Bocanegra, el maestre de Calatrava y Diego Gonzalez hijo del maestre de Alcántara don Gonzalo Martinez, y otros muchos grandes y señores de todo el reino. Don Gutierre de Toledo prior de San Juan quedó para con buen número de caballeros y soldados guardar estos pueblos que se ganaron; con lo demás de la armada se fue el rey á Tortosa. Salió el cardenal legado de aquella ciudad, y se vió con él en su galera á la boca del rio Ebro: dióle un tiento para el negocio de la paz, que fue tan sin fruto como las veces pasadas. De allí se fue la vuelta de Barcelona: surgió en aquella plaza en diez y nueve dias del mes de mayo. Halló en ella doce galeras de Aragon, acometió por dos veces á tomallas: no lo pudo hacer, ni dañallas mucho por estar muy llegadas á la tierra, con que los ciudadanos con grande gallardía las defendieron.

Burlado pues de su intento partió con la flota para las islas que por allí caen: aportó á la de Ibiza: un lugar que tiene del mismo nombre, aunque fue reciamente combatido con tiros y máquinas de guerra, por estar en un sitio muy fuerte no pudo ser tomado. En el entretanto el rey de Aragon juntó con mucha presteza una armada de cuarenta galeras de los puertos mas cercanos á Barcelona: pasó con ella á Mallorca con deliberacion de pelear con la armada de Castilla. En esta isla se quedó el dicho rey por grandes importunaciones de sus caballeros que le suplicaron no quisiese arriscar su persona, y con ella el bien y salud del reino, ni ponello todo al riesgo y trance de una batalla. Movido con sus ruegos envió á Bernardo de Cabrera su almirante y al vizconde de Cardona con órden que peleasen con la flota del enemigo, que con estas nuevas, levantado de sobre Ibiza, era ido á Calpe con la misma resolucion de pelear. La armada de Aragon se entró en la boca del rio que desagua en el mar junto á Denia, pienso es el rio Jucar, que corre por aquella comarca.

Ambas flotas daban muestra de tener gran deseo de la batalla, el recelo no era menor; así quedó por todos el venir á las manos: con esto se fue en humo todo aquel ruido y asonadas de guerra tan bravas. El Aragonés se recogió á Barcelona en veinte y nueve dias de agosto: el rey de Castilla dende Cartagena envió su armada á Sevilla, y él se partió por tierra á Tordesillas por ver á doña María de Padilla que en aquella villa parió un hijo por nombre don Alonso. El contento que el rey tuvo por su nacimiento muy grande, le duró muy poco, y se le volvió en pesar con su temprana muerte. A don Garci Alvarez de Toledo, que ya era maestre de Santiago despues de la muerte de don Fadrique, le encargó el rey la crianza deste niño y le hizo su ayo.

En las faldas del monte Cauno, que hoy se llama las sierras de Moncayo, se estienden los campos de Araviana, bien nombrados y famosos en España por la lastimosa muerte que en tiempos antiguos sucedió en ellos de los siete novilísimos hermanos llamados los infantes de Lara. En estos campos don Enrique y su hermano don Tello con setecientos aragoneses de á caballo que llevaban, se encontraron con los ca-

(1) Don Pedro IV de Aragon dice que ningun vasallo de Castilla quiso ejecutar órden tan cruel, y fue necesario que el rey encomendara á unos moros su ejecucion.

pitanes de la frontera de Castilla : venidos á las manos, pelearon muy esforzadamente : fueron los de Castilla vencidos y desbaratados : quedaron tendidos en el campo al pié de trecientos hombres de armas, y muertos y presos muchos y muy nobles caballeros. Entre los otros fue muerto su capitan Juan Fernandez de Hinestrosa, y don Fernando de Castro se escapó á uña de caballo : dióse esta batalla en el mes de setiembre. El pesar y enojo que el rey de Castilla recibió por este desman, fue tal que como fuera de sí y furioso por vengar su ira, y hartar su corazon, mandó matar á dos hermanos suyos que tenia presos en Carmona, á don Juan que era de diez y ocho años, y á don Pedro que no tenia mas de catorce, sin que le moviese á piedad la buena memoria de su padre el rey don Alonso, ni á misericordia la inocencia y tierna edad de dos inculpables hermanos suyos : ningun afecto blando podia mellar aquel acerado pecho.

Asombró esta crueldad á todo el reino : hízose el rey mas aborrecible que antes : refrescóse la memoria de tantas muertes de grandes y señores principales, como sin utilidad ninguna pública, ni particular injuria suya, ejécutó en pocos años un solo hombre, ó por mejor decir una carniceria cruel y fiera bestia, tan bárbara y desatinada, que no tuvo miedo de en un solo hecho quebrantar todas las leyes de humanidad piedad, religion y naturaleza. Temblaban de miedo muchos ilustres varones, nadie se tenia por seguro, no habia conciencia tan sin mancha ni reprehension, que no temiese cualquier castigo de lo que ni por pensamiento le pasaba. Visto pues el grande peligro en que tenian sus vidas en Castilla, muchos prudentes y nobles caballeros se determinaron de asegurarlas en el reino de Aragon, escarmentados en tanto número de cabezas de hombres señalados.

No faltó en estos dias otra ocasion en que el rey mostrase la dureza de su injusto pecho. Tuvo aviso que doce galeras venecianas habian de pasar forzosamente el estrecho de Gibraltar, envió veinte galeras para que las aguardasen y prendiesen en el estrecho. Quiso su suerte que al tiempo que pasaban, se levantase una recia tempestad : no fueron vistas de las galeras de Castilla, y así se libraron del peligro y daño que les tenia aparejado. Parecia que deseaba tener nueva ocasion de hacer guerra á los venecianos no con mas justa causa de que queria con otra nueva maldad irritar aquella señoría, á quien poco antes tenia agraviada con la toma de la carraca de sus mercaderes.

Grande porfía y trabajo puso el cardenal legado para que se volviese á tratar de paz, como se hizo en el principio del año de 1360. Enviáronse de ambas partes sus embajadores con podéres cumplidos para poderla efectuar con cualesquier capitulaciones : estuvieron cerca de concordarse. Blandeaba el de Castilla á causa que en la batalla de Araviana faltaron muchos caballeros castellanos, otros cada dia se pasaban al rey de Aragon : entre los demás fueron Diego Perez Sarmiento adelantado mayor de Castilla, y Pedro de Velasco no menos noble y rico que el adelantado. Andaban las pláticas de la paz, pero ni en Tudela ni en Saduna, donde poco despues se volvieron á juntar los comisarios para tratar de las paces, no se concluyó ni hizo nada : los aragoneses con los buenos sucesos se hallaban mas animados, el rey de Castilla con las pérdidas y desastres aun no perdia del todo su primera fiereza, no obstante que por faltarle tantos amparos y amigos andaba dudoso sin saber á qué parte se arrimar : vacilaba entre los pensamientos de paz y de la guerra, no sabia de quién fiarse: así cada dia mudaba los capitanes y otros oficiales. En este miserable estado se hallaba este rey, bien merecido por su sangrienta y terrible condicion.

CAPITULO IV.

De la muerte de la reina doña Blanca.

De tal manera andaban los tratos de la paz, que en el interin no se alzaba la mano de la guerra, antes hacian nuevas compañías de soldados, buscaban dineros, pedian socorros extranjeros, y en todo lo al se ponia gran diligencia, especialmente de parte del rey de Aragon ; que el de Castilla principalmente cuidaba y se ocupaba en vengarse y hacer castigos en sus nobles. Con este pensamiento partió de Sevilla para Leon por prender á Pero Nuñez de Guzman adelantado mayor de Leon. No salió con su intento á causa que el adelantado fue avisado por un escudero suyo de la venida del rey, y se huyó á Portugal. Despues desto un dia que Per Alvarez Osorio comia en Leon con don Diego García de Padilla maestre de Calatrava de quien era convidado, por órden del rey le mataron allí en la mesa dos ballesteros de maza suyos, sin que el maestre supiese cosa alguna deste hecho. Pasó de Leon á Burgos : allí con semejante crueldad hizo matar al arcediano Diego Arias Maldonado, sin tener respeto á su dignidad y sagrados órdenes : causáronle la muerte unas cartas que recibió del conde don Enrique. A otros muchos á quien él queria matar, dió la vida la repentina entrada que los aragoneses hicieron en Castilla. Debajo la conducta de los hermanos don Enrique y don Tello y del conde de Osona entraron con gran furia por la Rioja, y ganaron la villa de Haro y la ciudad de Nájara, donde dieron la muerte á muchos judíos por hacer pesar al rey que los favorecia mucho por amor de Simuel Leví, su tosorero mayor: hízose otrosí gran matanza en los pueblos comarcanos y gran estrago en los campos y heredades : con este ímpetu llegaron los pendones de Aragon hasta el lugar de Pancorvo. La ciudad de Tarazona volvió en estos dias á poder de los aragoneses por entrega que hizo della al alcaide y capitan á quien el rey de Castilla la tenia encomendada, que se llamaba Gonzalo Gonzalez de Lucio : pienso que la entregó por algun miedo que tuvo de su rey, ó con esperanza de mejorar su hacienda (1).

El rey de Castilla juntado su ejército fue en busca de sus enemigos que tenian sus estancias en Nájara: asentó sus reales junto á Azofra, pueblo pequeño y de poca cuenta. En este lugar un clérigo de misa y de buena vida (así fue fama) vino de la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, y dijo al rey que corria grande peligro que su hermano don Enrique le matase, porque Dios estaba con él muy airado : que esto se lo mandó decir el bienaventurado Santo Domingo de la Calzada, que le apareció en sueños en una soberana figura y representacion mas que humana. Costóle la vida su embajada, ca el rey le hizo quemar públicamente en los reales, muchos dudaron si con razon, ó sin ella. Levantó el rey su ejército de Azofra, y mandó marchar para Nájara : llegado junto á la ciudad, salieron á él los enemigos; tuvieron un bravo rencuentro en que fueron desbaratados los de Aragon, y con mucho daño y pérdida los compelieron á volver las espaldas y huirse á la ciudad. Pudieran ser tomados á manos dentro della, si no fuera por el poco seso y menos cordura del rey, que no quiso creer los saludables consejos de los que eran de parecer los cercasen : parecióle que bastaba haberlos forzado á que huyesen, y se encerrasen dentro de los muros de la ciudad. Dende á dos ó tres dias los aragoneses desampararon á Nájara y Haro, y metió el rey en ellas buenas guarniciones de soldados.

Puesto buen recado en aquella frontera, se volvió á Sevilla : trató y hizo con el rey de Portugal en esta sazon que se entregasen el uno al otro los caballeros

(1) En recompensa de este servicio, recibió cuarenta mil florines, y casó con doña Violante, doncella de Urrea.

que andaban huidos en sus reinos: asiento en que quebrantaron su palabra y fe pública, alteraron la costumbre de los príncipes, y violaron el derecho de las gentes, que fue causa de otras nuevas muertes. Mató el rey de Portugal á un Pero Cuello, y á otro cierto escribano llamado Alvaro, porque se le acordaba que estos por mandado de su padre dieron la muerte á su amiga doña Inés de Castro. Tuvo mejor dicha Diego Lopez Pacheco, que era uno de los que la ejecutaron, que fue avisado y tuvo lugar de huirse á don Enrique; el cual despues por los buenos servicios que le hizo, le dió un buen estado en Castilla, y fue en ella fundador y cabeza de la casa de los Pachecos, rica y noble entre los grandes de España. Otros caballeros entregaron al rey de Castilla, que luego los hizo matar en Sevilla: uno dellos fue el adelantado de Leon Pero Nuñez de Guzman, otro Gomez Carrillo, que le cortaron la cabeza en una galera, en que por órden del rey iba desde Sevilla á Algecira con recados fingidos y cartas para que le recibiesen por alcaide y capitan de aquella ciudad. Queria el rey mal á este caballero y se recelaba dél porque un año antes le habia tomado á su hermano Garci Lasso Carrillo su mujer doña Mari Gonzalez de Hinestrosa, por lo cual se fué á Aragon el marido á servir á don Enrique: la mala conciencia hace á los hombres sospechosos, y por el miedo crueles y sanguinarios (1).



Sello de don Pedro I de Castilla.

Asimismo en la villa de Alfaron hizo descabezar en la prision á un caballero que era su repostero mayor, por nombre Gutierre Fernandez de Toledo cuya muerte fue muy llorada en todo el reino porque era un muy buen caballero y de loables costumbres. El rey por evitar el odio que le podia causar la muerte no merecida de un caballero tan bien quisto, fingió algunas causas porque le mandó matar, la principal que se inclinaba al partido de don Enrique; mas á la verdad su culpa fue decirle con ánimo libre y fiel las cosas que le cumplian; ca semejante libertad no puede dejar de ser peligrosísima con los malos príncipes, lo mas seguro es adularlos. La lisonja aun con los buenos reyes se puede usar sin peligro: esto hace que en los palacios de los príncipes crezca en tan gran número este perverso linaje de gente aduladora, y que de ninguna cosa hay mayor mengua que de hombres que con lealtad y sano pecho digan la verdad y adviertan de lo que importa.

Sabida la muerte de Gutierre de Toledo por sus sobrinos Gutierre Gomez de Toledo prior de San Juan, y Diego Gomez su hermano, hobieron mucho miedo y enojo, y se fueron á Aragon. Al arzobispo de Toledo don Vasco compelió el rey á que á la hora saliese desterrado del reino: diósele tanta priesa que no le concedieron tiempo para tomar otro vestido, ni llegar á su cámara á sacar un breviario, sino que súbitamente como le halló el mensajero oyendo misa, fue forzado á dejar á Toledo y partirse su camino, no por otro delito mas de haber (como era razon) sentido mucho la muerte de su hermano Gutierre Fernandez: fuese este prelado á Coimbra, donde en un monasterio de los predicadores acabó santamente su vida é injusto destierro: despues pasados algunos años se trasladó su cuerpo á la iglesia Mayor de Toledo. Muchos á este arzobispo le llamaron don Blas, que me pareció advertir porque la variedad del nombre, como otras veces suele, no cause algun engaño. Ordenó su testamento en Coimbra luego el año siguiente á veinte de enero, en que dice que quiere ser sepultado delante del altar de nuestra señora del Coro de la iglesia de Toledo junto á la sepultura de don Gonzalo obispo albanense y cardenal, y así se hizo.

De aquí se saca que el cardenal don Gonzalo solamente estuvo depositado en Roma, como lo reza su lucillo de Santa María la Mayor en la letra que de suso queda puesta. Parece renunció don Vasco el arzobispado luego que le desterraron, pues se halla que aquel mismo año entró en su lugar don Gomez Manrique hijo de Pedro Manrique señor de Amusco y de Avia, y hermano de Garci Fernandez Manrique adelantado de Castilla, cepa y tronco de los duques de Nájara y de otras casas de Castilla de aquel apellido de Manrique. Fue don Gomez Manrique obispo de Palencia, y al presente lo era de Santiago: sucedióle luego en aquella iglesia de Santiago don Suero Gomez de Toledo sobrino de don Vasco, que debió ser manera de permuta y recompensa que se le hizo por la iglesia de Toledo que dejaba.

Mientras estas cosas pasaban en Castilla, el rey de Aragon envió cuatro galeras muy bien armadas de soldados y municiones, y bastecidas de todo lo demás en socorro del rey de Tremecen con quien estaba aliado. Encontraron con ellas cinco galeras de Castilla, que las rindieron y llevaron á Sevilla: allí los mas de los soldados aragoneses por mandado del rey don Pedro fueron muertos en compañía de su capitan Mateo Mercero, sin tener memoria ni hacer caso de los buenos servicios que este caballero hizo antes en el cerco de la ciudad de Algecira (2). Era tesorero mayor del rey Simuel Leví, que administraba á su albedrío las rentas y patrimonio real, con que juntó las grandes riquezas, y alcanzó la mucha privanza y favor que al presente le acarrearon su perdicion. Hicié-

(1) El P. Mariana juzga á don Pedro como su siglo y como los escritores contemporáneos interesados en el descrédito de un rey que no alcanzó el triunfo sobre su competidor. La crítica de nuestros tiempos, mas ilustrada y justa, tal vez por la distancia, ni mira en don Pedro un mónstruo sediento de sangre y violaciones, ni un tirano furioso digno de la execracion de la posteridad. Sin duda aquel hombre de carácter férreo tuvo grandes vicios y defectos, cometió crímenes; pero no fueron obra esclusiva de su condicion natural y de su política: hoy todos reconocen que fue cruel como su siglo y que no era tan feroz el hombre que tres veces perdonó á un usurpador. Su pensamiento, su fin era destruir el poder anárquico de la grandeza que hacia del rey un juguete de sus caprichos y usurpaciones: su tendencia fue fortalecer el principio monárquico y, á pesar de su muerte, lo consiguió en gran parte. Este importante reinado necesita un libro especial, y nosotros recomendamos á los que quieren ilustrarse sobre esta época tan mal juzgada por el autor, las obras de Marimee y Monteto recientemente publicadas.

(2) Fue tratado él y todos los soldados con la mayor crueldad; por lo que el papa Urbano V escribió al rey de Castilla exhortándole á que mandase moderar tan bárbaros procedimientos.

ronle diversos cargos, de que resultó echalle en la cárcel, y ponelle á cuestion de tormento, tan bravo que por no le poder sufrir rindió el alma. Apoderóse el rey de todos sus bienes; que en tiempo de mal príncipe el derecho del fisco nunca suele ser malo. Llegaban al pié de cuatrocientos mil ducados, otros dicen mas, sin los muebles y joyas, paños de oro y seda : cosa maravillosa, que un judío juntase tantas riquezas, y que no pudo ser sin grave daño del reino.

Al fin de este año Mahomad Lago rey de Granada fue echado del reino por una conjuracion que contra él hicieron sus vasallos. Levantaron por rey á un Arraez pariente suyo, por nombre Mahomad Aben Alhamar, á quien por el color de la barba y cabellos llamaban vulgarmente al rey Bermejo : decian que de derecho le venia á este el reino, por decender de la sangre real de los primeros reyes de Granada. De aquí sucedieron nuevas guerras : el rey de Castilla era amigo y aliado del rey desposeido, el cual se huyera á Ronda, que era entonces del rey de Marruecos. Sintió el de Castilla el trabajo de su amigo Mahomad, y propuso de favorecerle. Por el contrario el nuevo rey buscaba por todas partes socorros y ayudas de que valerse, y estaba muy inclinado á la parte del de Aragon, lo cual le vino á costar la vida, principalmente ayudó á su perdicion el llamar de África al rey Abohanen para que viniese á hacer guerra en España.

En el fin de este año asimismo doña Costanza hija del rey de Aragon fue desde Barcelona enviada á Sicilia para que casase con el rey don Fadrique, á quien su padre la tenia otorgada. Era capitan de la armada en que la llevaron, Olfo Prochits gobernador de la isla de Cerdeña por el rey de Aragon. Celebráronse las bodas en la ciudad de Catania á once dias del mes de abril del año siguiente de 1361, desde el cual tiempo las cosas de aquellas islas comenzaron á ponerse en mejor estado. Los enemigos neapolitanos parte dellos fueron vencidos, y parte echados del reino: deste matrimonio nació doña María, que fue despues reina de Aragon y llevó en dote el reino de Sicilia. Finalmente en Castilla se hicieron paces por la buena diligencia del cardenal legado, no con ánimo sincero, ni se entendia que serian durables. Los capítulos dellas : que se restituyesen los unos á los otros los pueblos que se tomaron durante la guerra : que los forajidos de Castilla fuesen echados de Aragon, á tal que el rey de Castilla los perdonase.

En la villa de Deza, do el rey de Castilla tenia sus reales, se publicaron estas paces á voz de pregonero en diez y ocho del mes de mayo. Ayudó mucho á que esta concordia se asentase, el miedo grande de la guerra que el rey de Granada entonces hacia á Castilla. Para mayor firmeza desta paz acordaron que de ambas partes se diesen rehenes, que estuviesen en fieldad en poder del rey Carlos de Navarra, que en aquella sazon se hallaba en Francia de partida para España con mucho contento y regocijo que tenia, por un hijo que le naciera de la reina su mujer, que se llamó Carlos. Gobernaba en el entretanto el reino de Navarra su hermano el infante don Luis. Hecha la paz, el rey de Aragon se partió de Calatayud para Zaragoza, el de Castilla á Sevilla, don Enrique y sus hermanos acordaron conformarse con el tiempo, y retirarse á Francia, escalon y camino para hacerse pujantes, y para hacer temblar á Aragon y Castilla, y renovarse la guerra con mayor furia y obstinacion que antes.

Los trabajos y desdichas de la reina doña Blanca movian á compasion á muchos de los grandes de Castilla, y los obligaban á que tratasen de juntar sus fuerzas y armas para amparalla. No se le pudieron encubrir al rey estos pensamientos : cobró por esto mayor odio á la reina, como si fuera ella la causa de tan grandes guerras y debates. Parecióle que quitada de por medio, quedaria libre él deste cuidado. Hízola morir con yerbas que por su mandado le dió un médico en Medina Sidonia en la estrecha prision en que la tenia, tanto que no se le permitia que nadie la visitase ni hablase : abominable locura, inhumano, atroz y fiero hecho, matar á su propia mujer, moza de veinte y cinco años, agraciada, honestísima, inocentísima, prudente, santa, de loables costumbres y de la real sangre de la poderosa casa de Francia.

No hay memoria entre los hombres de mujer en España á quien con tanta razon se le deba tener lástima como á esta pobre, desastrada y miserable reina. De muchas tenemos noticia que fueron muertas y repudiadas de sus maridos, pero por alguna culpa ó descuido suyo, á lo menos que en algun tiempo tuvieron algun contento y descanso, con cuya memoria pudiesen tomar algun alivio en sus trabajos. En la reina doña Blanca nunca se vió cosa porque mereciese ser sino muy estimada y querida; sin embargo no amaneció para ella un dia alegre, todos para ella fueron tristes y aciagos. El primero de sus bodas fue como si la enterraran : luego la encerraron, luego la desecharon, luego la enviaron, no gozó sino de calamidades, pesares y miserias. Quitáronle sus damas y criados, privaba su émula : ¿Quién en tales trances la podia favorecer? Todo socorro y alivio humano estaba muy lejos. «Mas á tí rey atroz, ó por »decir mejor bestia inhumana y fiera, la ira é in»dignacion de Dios te espera, tu cruel cabeza con »esta inocente sangre queda señalada para la vengan»za. De esas tus rabiosas entrañas se hará á aquel »justo y contra tí severo Dios un agradable y suave »sacrificio. La alma inculpable y limpia de tu esposa, »mas dichosa en ser vengada que con tu matrimonio, »de dia y de noche te asombrará y perseguirá de tal »guisa, que ni la vergüenza de lo torpe y sucio, ni »el miedo del peligro, ni la razon y cordura, de tu »locura y desatino te aparten ni enfrenen para que »fuera de seso no aumentes las ocasiones de tu muer»te, hasta tanto que con tu vida pagues las que á »tantos buenos inocentes tienes quitadas.»

Es fama, y autores fidedignos lo dicen, que andando el rey á caza junto á Medina Sidonia, le salió al camino un pastor con traje y rostro temeroso, erizado el cabello, y la barba revuelta y encrespada, y le amenazó de muerte, sino tenia misericordia de la reina doña Blanca y hacia vida con ella. Añaden, que los que envió el rey con gran diligencia para averiguar si le enviara la reina, la hallaron hincada de rodillas que hacia sus castas y devotas oraciones, y tan encerrada y guardada de los porteros que se perdió toda la sospecha que se podia tener de que ella le hobiese hablado. Conformóse mucho mas la opinion que comunmente se tenia de que fue enviado por Dios, con que despues que soltaron al pastor de la prision en que le echaron, nunca jamás pareció ni se supo qué se hiciese dél. Doña Isabel de Lara hija de don Juan de Lara fue al tanto muerta con yerbas que le dieron en la prision en que en Jerez la tenian. Un historiador, que fue y se llama el despensero mayor de la reina doña Leonor de Castilla, en unos comentarios que escribió de las cosas de su tiempo que pasaron los años adelante, dice que la muerte de doña Blanca sucedió en Ureña, villa de Castilla la Vieja cerca de la ciudad de Toro : creo que se engañó (1).

CAPITULO V.

De la muerte del rey Bermejo en Granada.

DESTA manera con la sangre de inocentes los campos y las ciudades, villas y castillos, y los rios y el

(1) Su muerte sucedió en el castillo de Jerez de la Frontera, donde se conservaba su sepulcro.

mar estaban llenos y manchados : por donde quiera que se fuese se hallaban rastros y señales de fiereza y crueldad. Que tan grande fuese el terror de los del reino, no hay necesidad de decirlo : todos temian no les sucediese á ellos otro tanto, cada uno dudaba de su vida, ninguno la tenia segura. Esta comun tristeza en alguna manera se alivió con la muerte de doña María de Padilla; dió fin á sus dias en Sevilla entrado el mes de julio : si no se hubiera manchado con la deshonesta amistad que tuvo con el rey, mujer por lo demás digna de ser reina por las grandes partes de que Dios así en el alma como en el cuerpo la dotó. El cuerpo de la reina doña Blanca fue depositado algunos años adelante en el sagrario de la iglesia Mayor de Tudela por los caballeros franceses que vinieron en ayuda del conde don Enrique, ca tenian intento de llevalla despues á enterrar en Francia en los sepulcros de sus antepasados. El entierro y obsequias de doña María se hicieron en todas las ciudades y villas del reino con aquella magestad, lutos, pompa y aparato como si fuera la legítima y verdadera reina de Castilla. Llevaron su cuerpo á enterrar á Castilla la Vieja al monasterio de Santa María de Estudillo, que ella á sus espensas edificara.

En la ciudad de Toledo en el monasterio de las monjas de Santo Domingo el Real, que es de la órden de los predicadores, hay tres sepulcros, el uno es de doña Teresa, dama que fue de la reina madre del rey don Pedro, de la cual debajo de palabra de casamiento hobo una hija que se llamó doña María, que fue muchos años priora deste monasterio, y está enterrada en el segundo sepulcro : en el tercero están enterrados don Sancho y don Diego, hijos asimismo del rey don Pedro, habidos en una doña Isabel, de quien no se tiene noticia cuya hija fuese ni de qué calidad y linaje. A la verdad no habia mujer alguna tan casta, ni tan fortalecida con defensas de honestidad y limpieza y todo género de virtudes, que tuviese seguridad de no caer en las manos de un rey mozo, loco, deshonesto y atrevido. No podian estar tan en vela los maridos, padres, y parientes, que bastasen á poderle escapar la que él de veras una vez codiciaba : todo lo sobrepujaba y vencia su temeridad y desvergüenza grande.

Por este tiempo el rey de Portugal declaró pública y solemnemente en Lisboa que los hijos que arriba dijimos hobo en doña Inés de Castro, eran legítimos y de legítimo matrimonio, y como tales eran capaces para poder heredar el reino. Presentó por testigos del matrimonio clandestino que con ella contrajo, á don Gil obispo de la Guardia, y á Esteban Lovato su guarda-ropa mayor: con solemnes juramentos el rey y los testigos confirmaron ser así verdad como lo decian. Estuvieron presentes á esta declaracion los nobles del reino, y entre ellos don Juan Alfonso Tello conde de Barcelos, á quien el año antes diera aquel título en la misma ciudad de Lisboa con grande fiesta y rogocijo de todo el pueblo. Estos títulos se usaban muy poco en España, y en Portugal hasta entonces nunca jamás; en nuestros tiempos son innumerables los condes, marqueses y duques que hay : vicio y corrupcion de nuestra humana condicion, es desechar y menospreciar las cosas antiguas, y llenos de admiracion irnos embelesados tras las nuevas.

En el entretanto la guerra de Granada con grande ahinco y enojo de ambas partes se proseguia. Juntáronse en Castilla muchas compañías de todo el reino, y entraron por las tierras de los moros haciéndoles grandes daños. Cercaron la ciudad de Antequera, á quien los antiguos llamaron Syngilia : no la pudieron tomar por ser plaza muy fuerte, y tener dentro buena guarnicion de valientes moros que se la defendieron : talaron la vega de Granada, y sin hacer cosa señalada se volvieron á Castilla. Pocos dias despues entraron en el adelantamiento de Cazorla seiscientos moros de á caballo y hasta dos mil peones, que hicieron una buena presa de cautivos y ganados. Sabido esto por los caballeros de la ciudad de Jaen y de los pueblos de su comarca, se apellidaron contra ellos, y les quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos y prision de otros, los demás se pusieron en huida. Estos fueron los principios de la guerra de los moros.

Mayor tempestad de guerra se temia de la parte de Francia; daño que deseaba remediar el cardenal legado, que aquel estío se quedó en Pamplona por ser pueblo fresco, sano y de buen cielo, y á propósito para lo que él con grande solicitud pretendia. Esto era que el rey de Castilla perdonase los forajidos que andaban en Francia, y revocase la sentencia que contra ellos diera en Almazan declarándolos por rebeldes y enemigos de la patria : decia que el rey era obligado á hacer esto por ser uno de los capítulos y condiciones con que se concluyeron las paces de Aragon.

El fiero y duro corazon del rey no se ablandaba con tan justos y razonables ruegos; antes parecia que forjaba en su pecho mucha mayor guerra contra Aragon de la que antes hiciera. Por esto el cardenal legado á ruego é instancia del rey de Aragon por el derecho y poder que le dieron, y facultad que tenia, dió por ninguna la sentencia que en Almazan se pronunció contra don Enrique y sus consortes. Enojóse mucho el rey de Castilla por esta declaracion, y crecióle con ella el deseo que tenia de vengarse. Propuso de ejecutar su ira y saña, concluido que hobiesen la guerra de los moros, que todavía andaba muy encendida con varios sucesos que acontecian.

En particular en diez y ocho de febrero del siguiente año de 1362 junto á Acci, que ahora es la ciudad de Guadix, tuvieron los moros de Granada una buena victoria de los castellanos. El caso pasó desta manera. Don Diego Garcia de Padilla maestre de Calatrava, y Enrique Enriquez adelantado de la frontera de Jaen y otros caballeros entraron en las tierras de los moros con mil caballos y dos mil infantes con intento de combatir á Guadix; mas sin que los cristianos lo supiesen habia ya entrado en aquella ciudad para defendella gran número de soldados que de la comarca y de Granada vinieron á socorrella. Los nuestros sin recelo enviaron algunas compañías á que talasen y robasen los campos que llaman de Val de Albana. Los moros visto que estaban divididos, salieron con grande ímpetu de la ciudad, y dieron en los que quedaran, y trabaron con ellos una brava y reñida pelea que duró todo el dia. Todos pugnaban por vencer : al fin como quier que fuese muy mayor el número de los moros, no obstante que los cristianos se defendieron valerosamente, los desbarataron y mataron muchos, á otros cautivaron, prendieron al maestre y lleváronle á Granada al rey Bermejo, que sin ningun rescate le envió luego al rey don Pedro, ca deseaba con este regalo desenojarle. El rey pensando que de miedo le hacia aquella cortesía, se ensoverbeció mas, y juntado que hobo sus gentes, para reparar la honra perdida y vengar la injuria de los suyos entró en el reino de Granada, y con grande furia destruyó los campos, quemó las aldeas, ganó algunas villas, y se volvió con rica presa á Sevilla.

A este mal suceso para el rey de Granada se le allegó otro peor, y fue que muchos caballeros del reino de los que antes seguian su parcialidad y tenian su voz, le comenzaron á dejar y favorecer á su émulo Mahomad Lago, no obstante que estaba despojado y andaba huido. Como el rey Bermejo sintió las voluntades inclinadas á su enemigo, temió perder el reino. Consultó el negocio con los de quien mas se fiaba : en fin con seguro que alcanzó del rey de Castilla, se determinó de ir á Sevilla y ponerse en sus manos. Autor deste mal acertado y desdichado consejo fue Edriz, un

caballero grande amigo del rey y su compañero en los peligros, y que tenia mucha autoridad entre los moros, y era muy estimado y de gran nombre por la mucha prudencia que con la larga esperiencia de los negocios alcanzaba. Vino el moro á Sevilla con cuatrocientos hombres de á caballo, y docientos de á pié que le acompañaban. Trujeron grandísimas riquezas de paños preciosos, oro, piedras, perlas, aljofar y otras joyas y cosas de gran valor. Ponia el moro la esperanza de su amparo contra el rey ofendido en lo que fue causa de toda su perdicion. Recibióle el rey con grande honra en el alcázar de Sevilla.

Llegado á su presencia, despues de hecha una gran mesura, uno de sus caballeros habló desta manera: «El rey de Granada que está presente, poderoso señor, por saber muy bien que sus antepasados fueron siempre aliados, tributarios y vasallos de la casa »de Castilla, se viene á poner debajo del amparo de »vuestra real alteza, cierto de que se procederá con »él con aquella mansedumbre, equidad y moderacion »cual los reyes de Granada la solian hallar en vues»tros antecesores, que si acaso recibian algun deser»vicio dellos (que no es de maravillar segun son va»rias y mudables las cosas de los hombres) con »mandarles pagar párias y algunos dineros en que »eran penados, los volvian á recebir en su gracia y »amistad. Si entre ellos asimismo y en su casa nacian »algunas diferencias y debates, todo se componia y »apaciguaba por el arbitrio y parecer de los reyes de »Castilla. Estamos alegres que lo mismo nos haya »acontecido de acudir á la vuestra merced: tenemos »grande confianza que nos será gran reparo el venir »con esta humildad á echarnos á vuestros pies. Maho»mad Lago fue justamente echado del reino por su »mucha soberbia con que trataba los pueblos, y por »su mucha avaricia con que les quitaba lo suyo: á »nos de comun consentimiento pusieron en su lugar »y coronaron por descender derechamente de la real »y antigua alcuña y sangre de Granada, y ser legí»timos herederos del reino, de que á tuerto y con gran »tiranía nos tenia despojados. Hacemos ventaja en »poder y fuerzas á nuestro competidor, solamente á »vos reconocemos y tenemos, con cuya felicidad y »grandeza no nos pretendemos comparar. Tenemos »cierta esperanza que pues la justicia claramente está »de nuestra parte, no dejaremos de hallar amparo en »la sombra de un justo príncipe, y que los ruegos de »un rey hallarán benigna cabida en la piedad de »vuestra real clemencia, mayormente que el seguro »que se nos mandó dar, nos animó mucho y hizo »ciertos que nuestra venida seria á nos dichosa y á »vos grata. Parécenos que tenemos suficientísimo »amparo en nuestra inocencia y justicia. Deseamos »se entienda que vuestra prudencia la prueba, y vues»tra poderosa é invencible mano la ampara.»

A esto el rey de Castilla con engañoso y risueño rostro y blandas palabras respondió que holgaba con su venida, que tuviese buena esperanza de que todo se haria bien, y puestos los ojos en el rey, le dijo: «Este dia ni á vos ni á los vuestros os acarreará al»gun daño. Entre nos hay todas las obligaciones de »amistad, fuera de que no acostumbramos á traer »guerra con la fortuna y desgracia de los hombres, »sino con la soberbia y presuncion de los atrevidos y »rebeldes.» Dicho esto, el maestre de Santiago don García de Toledo llevó al rey moro á que cenase con él. Al tiempo que cenaban, le echaron mano y le prendieron, sea por mudarse repentinamente la voluntad, sea por quitarse la máscara aquel desleal y cruél príncipe. No paró aquí la desventura: dentro de pocos dias el desdichado rey adornado de sus vestiduras reales, que eran de escarlata, y subido en un asno con treinta y siete caballeros de los suyos que tambien llevaban á ejecutar, le sacaron á un campo donde justician los malhechores, que está cerca de la ciudad y se dice de Tablada. Allí mataron al mal aconsejado rey y á los treinta y siete caballeros suyos.

Corrió fama que les causó la muerte las grandes riquezas que trujeron, y que el avariento ánimo del rey se acodició á ellas. Refieren otrosí algunos autores de aquel tiempo que el mismo tirano y cruel rey le mató de un bote de lanza: hecho feo, abominable, oficio de verdugo, y crueldad que parece mas grave y terrible que la misma muerte. No consideró el rey don Pedro cuán aborrecible y odioso se hacia y lo que dél hablarian las gentes no solo entonces, sino mucho mas en los siglos venideros. Al tiempo que le hirió escriben que dijo estas palabras: «Tomad el »pago de las paces que por tu causa tan sin razon »hice con el rey de Aragon.» Y que el moro le respondió: «Poca honra ganas rey don Pedro en matar »un rey rendido y que vino á tí debajo de tu seguro »y palabra.» Envió el rey de Castilla el cuerpo del rey Bermejo á su competidor Mahomad Lago, que á la hora recobrado el reino, envió libres al rey don Pedro todos los cristianos que cautivaron los moros en la batalla de Guadix.

CAPITULO VI.

Renuévase la guerra de Aragon.

Concluida la guerra de los moros, y dado órden en las cosas del Andalucía, se volvió con mayor coraje á la guerra de Aragon, aunque con disimulacion fingia el de Castilla que los apercebimientos que se hacian, eran para defenderse de la guerra que se temia de Francia, cuyo autor y cabeza principal se decia ser el conde don Enrique. Trató de aliarse con el rey de Ingalaterra; que no esperaba hallaria buena acogida en el rey de Francia, por entender no estaria olvidado de la muerte de su sobrina la reina doña Blanca, cuya venganza era de creer querria hacer con las armas. Quiso asimismo el rey de Castilla ayudarse del rey de Navarra, y para tratar dello se vieron en la ciudad de Soria: allí secretamente se conformaron contra el rey de Aragon. No tenia el Navarro causa ninguna justa de romper con el Aragonés: para hacer la guerra con algun color fingió y publicó que estaba agraviado dél, porque siendo su cuñado y teniendo hecha con él alianza, no le favoreció cuando le tuvo preso el rey de Francia: que por esto no queria mas su amistad, antes pretendia con las armas tomar emienda deste agravio.

Con esta resolucion juntó de su reino las mas gentes que pudo, y cercó en Aragon la villa de Sos, que tomó al cabo de muchos dias que la tuvo cercada. El rey de Castilla al tanto juntó un grueso ejército de diez mil caballos y treinta mil infantes, con que entró poderosamente en el reino de Aragon con intento de poner cerco sobre Calatayud. Rindió en el camino la fortaleza y pueblo de Hariza, y tomó á Ateca, Cetina y Alhama. Pasó adelante, y en el mes de junio asentó sus reales sobre Calatayud, que es una ciudad fuerte de la Celtiberia. Tenia dentro de guarnicion mucha gente valerosa, y muy leal al rey de Aragon. El mismo sabido el aprieto en que podian estar los cercados, les envió desde Perpiñan y Barcelona donde aquellos dias se hallaba, al conde de Osona hijo de Bernardo de Cabrera, para que él y don Pedro de Luna y su hermano don Artal y otros caballeros procurasen entrar en la ciudad, y animasen á los cercados y los entretuviesen mientras se les enviaba algun socorro. Encamináronse segun les era mandado, mas como llegasen una noche al lugar de Miedes que está junto á Calatayud, fue avisado dello el rey don Pedro: cargó de sobresalto sobre ellos, tomó el lugar á partido, y á estos señores los llevó presos á sus reales.

Hallábase el rey de Aragon muy desapercebido; las paces tan recien hechas le hicieron descuidar.

Visto pues que á deshora venia sobre él una guerra tan peligrosa, envió luego á pedir su ayuda á Francia, y á rogar á don Enrique y á don Tello le viniesen á favorecer. Estos socorros se tardaban, la ciudad como no se pudiese mas defender por ser muy combatida, y faltar á los cercados municiones y bastimentos, con licencia de su rey se rindieron al rey don Pedro en veinte y nueve dias de agosto, salvas sus personas y haciendas, y con condicion que los vecinos quedasen libres y pacíficos en sus casas como lo estaban cuando eran de Aragon. Tomada esta ciudad, dejó en ella el rey con buena gente de guerra por guarnicion al maestre de Santiago, y él se volvió á Sevilla. En esta ciudad antes que fuese sobre Calatayud, tuvo córtes, en que públicamente afirmó que doña María de Padilla era su legítima mujer por haberse casado con ella clandestinamente mucho antes que viniese á España la reina doña Blanca; que por esta razon nunca fuera verdadero el matrimonio que con la reina se hizo: que tuviera secreto este misterio hasta entonces por recelo de las parcialidades de los grandes; mas que al presente por cumplir con su conciencia; y por amor de los hijos que en ella tenia lo declaraba. Mandó pues que a doña María de allí adelante la llamasen reina, y que su cuerpo fuese enterrado en los enterramientos de los reyes. No faltó aun entre los prelados quien predicase en favor de aquel matrimonio: adulacion perjudicial. Despues desto falleció en diez y siete de octubre su hijo don Alonso á quien pensaba dejar por heredero del reino.

El rey mismo acosado de la memoria destas muertes, y por los peligros en que andaba, en diez y ocho de noviembre otorgó su testamento (1). En él mandaba que enterrasen su cuerpo con el hábito de San Francisco, y fuese puesto en una capilla que labraba en Sevilla, en medio de doña María de Padilla y de su hijo don Alonso: como hombre pio y religioso pretendia con aquella ceremonia aplacar á la divina magestad. Deste testamento, que hoy parece autorizado y original, se colige que no dejó de tener algun temor de Dios y cualque memoria y sentimiento de las cosas de la otra vida, no obstante que aquel su natural le arrebatase muchas veces, y ayudado con la costumbre le hiciese desbaratar. En este testamento sucesivamente llama á la herencia del reino las hijas de doña María de Padilla, y despues dellas á don Juan, el hijo que tuvo en doña Juana de Castro, como quier que no fuese compatible que todos pudiesen ser herederos legítimos del reino. De donde bien al acierto se infiere que la declaracion del casamiento con doña María no fue otra cosa sino una ficcion y una maltrazada maraña, como de hombre que (mal pecado) no tenia cuenta con la razon y justicia, sino que se dejaba vencer de su antojo y desordenado apetito, y queria hacer por fuerza lo que era su gusto y voluntad.

Presentó el rey en aquellas córtes por testigos de su casamiento unos hombres por cierto sin tacha ni sospecha, mayores de toda escepcion, á don Diego García de Padilla maestre de Calatrava y á Juan Fernandez de Hinestrosa: el primero hermano, y el segundo tio de la doña María, y á un Juan Alfonso de Mayorga, y á otro Juan Perez clérigo, que con grandes juramentos atestiguaban por el matrimonio. ¿Quién no diera crédito á testimonios tan calificados en una causa en que no iba mas de la sucesion y herencia de los reinos de Leon y de Castilla? Mandaba en una cláusula del testamento ya dicho que ninguna de sus hijas so pena de su maldicion, y de la privacion de la herencia del reino, se casase con el infante don Fernando de Aragon, ni con don Enrique ni con don Tello sus hermanos, si no que su hija mayor doña Beatriz casase con don Fernando príncipe de Portugal, y llevase en dote los reinos de Castilla; señaló y nombró por gobernador y tutor á don Garci Alvarez de Toledo maestre de Santiago: encargaba otrosí, y mandaba que á don Diego de Padilla maestre de Calatrava, y á don Suero Martinez maestre de Alcántara los mantuviesen y conservasen en sus honras, oficios y dignidades.

Ordenadas las cosas de su casa, y asentado el estado del reino, en el corazon del invierno y principio del año de 1363 se reparó y rehizo la guerra con grande priesa y calor: tan codicioso estaba el rey de Castilla de vengarse del Aragonés. Alistó nuevas compañías de soldados por todo el reino, envió á pedir ayudas fuera dél, y en particular se confederó con el rey de Ingalaterra y con su hijo el príncipe de Gales. El primer ñublado desta guerra descargó sobre Maluenda, Aranda y Borgia, que con otros pueblos de menor importancia sin tardanza fueron tomados: puso otrosí cerco á la ciudad de Tarazona. Por otra parte el rey de Navarra entró en Aragon por cerca de Exea y Tiermás, estragó, asoló y robó los campos y labranzas de aquella comarca: puso gran miedo en todos aquellos pueblos y cuita con los grandes daños que les hizo, en especial se señaló la crueldad de los soldados castellanos que llevaba.

Vinieron á servir en esta guerra al rey de Castilla don Luis hermano del rey de Navarra acompañado de gente muy escogida y lucida, y don Gil Fernandez de Carvallo maestre de Santiago en Portugal con trecientos caballos, y otros señores de Francia. El rey de Aragon envió á rogar al rey moro de Granada que diese guerra en el Andalucía: no lo quiso hacer el moro por guardar fielmente la amistad que tenia puesta con el rey don Pedro, y mostrarse agradecido de la buena obra que dél acababa de recebir. Solicitó eso mismo el Aragonés los moros de Africa á que pasasen en su ayuda, sin tener ningun cuidado de su honra y fama: escusábase con que el rey de Castilla tenia en su ejército á Farax Reduan capitan de seiscientos ginetes, que por mandado de Mahomad Lago rey de Granada le servian. Esperaban cada dia en Aragon á don Enrique que venia en su socorro acompañado de tres mil lanzas francesas; sin embargo las fuerzas del rey de Aragon no se igualaban en gran parte con las de Castilla: así se le rindieron Tarazona y Teruel, y por otra parte Segorbe y Exerica, y gran número de villas y castillos de menor cuenta. No tenian fuerzas que bastasen á resistir la fuerza y poder de los castellanos, que entraron victoriosos, y llegaron con sus banderas á lo mas interior del reino. Cercaron á Monviedro, y le forzaron á que se diese á partido: en veinte de julio llegaron á dar vista á Valencia y se pusieron sobre ella. Causó esto gran miedo á todo Aragon, y se tuvieron de todo punto por perdidos.

Estaba á este tiempo muy falto de gente el ejército de Castilla, por las muchas guarniciones y presidios que dejaron en tantos pueblos como á la sazon se conquistaron: dió la vida al rey de Aragon don Enrique que en esta coyuntura llegó á España, y con su venida se reforzó tanto el ejército que pudo hacer rostro á su enemigo; mas él por no aventurar todas sus victorias y lo que tenia ganado, en el trance de una batalla, levantó su real de sobre Valencia, y retiróse á Monviedro, como á plaza fuerte, para desde allí proseguir la guerra. El Aragonés visto que no podia forzar al enemigo á que diese la batalla, tornóse á Burriana, que es un lugar fuerte que está cerca de allí en los edetanos. Dos mil ginetes que envió el rey de Castilla en su seguimiento para que le estorbasen el camino, no hicieron cosa de momento.

Mientras esto pasaba en España, el rey de Francia, Juan, en Londres dos meses antes desto falleció,

(1) Zurita dudó de su legitimidad y con efecto el original que se conserva está raspado y viciado en varias partes.

donde era ido á rescatar los rehenes que allá dejó cuando le soltaron de la prision. Trajeron su cuerpo á la ciudad de París, que llevaron en hombros los oidores del parlamento para le enterrar en el monasterio de San Dionisio. Su hijo Carlos Quinto deste nombre, conforme á las costumbres y uso antiguo de Francia fue ungido y recebido por rey en la ciudad de Rems. El nuevo rey Carlos queria mal al de Navarra, teníale guardado el enojo por los desabrimientos que de antes entre ellos pasaron. Para vengarse, luego que tomó la posesion del reino, despachó contra él un famoso y valiente capitan suyo natural de la menor Bretaña, llamado Beltran Claquin, que despues hizo cosas muy señaladas en las guerras de Castilla. Este caudillo en las tierras que el rey de Navarra tenia en Francia, hizo cruel guerra, y con un ardid de que usó, le tomó en Normandía la villa de Mante, y otros capitanes ganaron la villa y castillo de Meulan y á Longavilla, y el mismo Beltran venció y desbarató en una batalla á don Philipe hermano del rey de Navarra, que murió por estos dias.

Por su muerte el Navarro se inclinó á tratar de hacer paces entre los reyes de España; demás que le pesaba del peligro y malos sucesos del rey de Aragon, que en fin era su pariente, y fueron antes amigos y aliados; por el contrario le era odiosa la prosperidad del rey de Castilla, y sus hechos y modos de proceder eran muy cansados y desagradables. De consentimiento pues de los reyes don Luis hermano del rey de Navarra juntamente con el abad de Fiscan, que era nuncio apostólico, fueron á hablar al rey de Castilla, con quien hallaron al conde de Denia y Bernardo de Cabrera que eran venidos con embajada del rey de Aragon para echar á un cabo y concluir sus diferencias. Con la intercesion destos señores parece que el fiero corazon del rey comenzó á ablandarse; especialmente con el trato que movieron de dos casamientos, el uno del rey de Castilla con doña Juana hija del rey de Aragon, el otro del infante don Juan duque de Girona con doña Beatriz hija mayor del rey don Pedro.

Esto pasaba en lo público: de secreto se procuraba la destruicion de don Enrique conde de Trastamara y del infante don Fernando de Aragon como de los principales autores de las discordias de los dos reinos. El rey de Castilla pretendia esto muy ahincadamenté, el de Aragon todavía estrañaba este trato: parecíale hecho atroz y feísimo matar á estos caballeros, sin nueva culpa ni ocasion, que estaban debajo de su seguro y palabra: no queria comprar la paz con el precio de la sangre de aquellos que dél hacian confianza. Todavía ora fuese por esta causa de complacer al de Castilla, ora por otra, el infante don Fernando por mandado del rey su hermano fue muerto en esta sazon en Castellon, un pueblo que está cèrca de Burriana. Los antiguos odios estaban ya maduros, demás que trataba entonces de pasarse en Francia con una buena compañía de soldados castellanos que seguian su bando y amistad. Huíase su mujer á Portugal; fue detenida primero y presa en el camino, despues enviada al rey su padre. Con la muerte del infante don Fernando quedó el conde don Enrique libre y desembarazado de un grandísimo émulo y competidor para la pretension del reino de Castilla.

Poco faltó que no se le añublase aquel contento: otro dia despues de la muerte de don Fernando sin saberlo él corrió gran riesgo su vida. Los reyes de Aragon y Navarra tenian concertado que juntamente con don Enrique se viesen en el castillo de Uncastel que era de Aragon en la raya de Navarra, y que allí le matasen. Recelóse el conde, puesto que no sabia nada destos tratos, de entrar en aquella fortaleza: para aseguralle la pusieron en poder de Juan Ramirez de Arellano, que para esto nombraron por alcaide de aquella fortaleza, y era natural de Navarra. Quién dice que esta habla de los reyes fue en Sos á la raya de Navarra. Hizo confianza don Enrique de aquel caballero, que debia ser buen cristiano, y entró debajo de su seguro: no le valió este recato menos que la vida, á causa que los reyes nunca pudieron acabar con el alcaide que permitiese se le hiciese ningun daño. Decia que el conde don Enrique era su amigo, y fió su vida de la palabra y seguridad que le dió: que por cosa de las del mundo él no mancharia su linaje con infamia de semejante traicion; ni consentiria alevosamente la muerte de un tan gran príncipe. Cosa verdaderamente de milagro, que en un tiempo en que los corazones de los hombres se mostraban con tantas muertes encruelecidos y fieros, hobiese quien hiciese diferencia entre lealtad y traicion: grandísima maravilla, que un hombre extranjero tuviese tan grande constancia que se opusiese á la voluntad y determinacion de dos reyes, y mas que era camarero del Aragonés; la verdad es que Dios, á quien los hombres no pueden engañar ni impedir sus decretos, tenia ya determinado de dar al conde el reino de su hermano, y quitarle al que con tantas cualidades le tenia desmerecido. Por este tiempo en el mes de agosto en Catania de Sicilia dió fin á sus dias la reina de Sicilia doña Costanza. Dejó una hija llamada doña María, heredera que fue adelante del reino de su padre, y por ella su marido don Martin hijo de otro don Martin duque de Momblanc, y últimamente rey de Aragon.

CAPITULO VII.

Que don Enrique fue alzado por rey de Castilla.

Resfriado el calor con que se trazaban las paces y perdida gran parte de la esperanza que de concluillas se tenia, el rey de Aragon se fué á Cataluña á procurar nuevos socorros para defenderse, el rey de Castilla á Sevilla con tanta codicia de renovar la guerra que en el fin del año entró por Murcia en el reino de Valencia, y unas por combate y otras á partido ganó las villas de Alicante, Muela, Callosa, Denia, Gandía y Oliva. Pasó tan adelante que en el mes de diciembre puso cerco á la ciudad de Valencia cabecera de aquel reino. Esto causó en toda la provincia un miedo grandísimo; en especial al rey á quien tenia esta guerra puesto en gran cuidado, que á la sazon tuvo las pascuas de Navidad en la ciudad de Lérida. Poco despues se vió con el de Navarra en la fortaleza de Sos en veinte y tres dias del mes de febrero año de nuestra salvacion de 1364. Hallóse presente el conde don Enrique, reconciliado con los reyes, ó lo que yo tengo por mas cierto, porque no sabia el peligro en que estuvo en las vistas pasadas. Hízose liga entre ellos, y amistades no mas duraderas que otras veces: presto se desavernan y serán enemigos. Pensaban si venciesen, repartirse entre sí á Castilla, como presa y despojo de la victoria.

Don Enrique tenia concebida esperanza de apoderarse de las riquezas y reino de su hermano, y el haberse escapado de tantos peligros le parecia á él que era dello cierto presagio y prenda, como si hobiera ganado una grandísima victoria: finalmente su juego se entablaba bien, y mejor que el de sus contrarios. En el repartimiento de Castilla daban al rey de Navarra á Vizcaya y á Castilla la Vieja: el reino de Murcia y de Toledo tomaba para sí el rey de Aragon; que es cosa muy fácil ser liberal de hacienda ajena. Solo á Bernardo de Cabrera no contentaban estos pretensos: parecíale que con ellos no se granjearia mas de irritar y echarse á cuestas las fuerzas y armas de Castilla; mas poderosas que las de Aragon, como los sucesos de las guerras pasadas bastantemente lo mostraban.

Tratóse entre estos príncipes de matar al dicho Bernardo de Cabrera: plática que no estuvo tan secreta que primero que lo pudiesen efectuar no viniese á su noticia, y de Almudevar donde esto se ordenaba, se huyese á Navarra: siguiéronle por mandado de don Enrique algunos capitanes de á caballo de los suyos, alcanzáronle en Carcastillo, y preso, le tuvieron en buena guarda hasta que despues en ciertos conciertos fue entregado al rey de Aragon, que estaba muy ansiado por el cerco de la ciudad de Valencia sin saber en lo que pararia. Con este cuidado juntó todo su ejército para irla á descercar con ánimo de dar la batalla al enemigo. Partió de Burriana con su campo, y llegado á vista de los enemigos, les presentó la batalla: escusóla el rey de Castilla: no se sabe por qué no se atrevió á venir á las manos con los aragoneses. Ellos visto que los castellanos se estaban quedos dentro de sus reales, con grande honra suya y afrenta de los enemigos en veinte y ocho de abril se entraron como victoriosos en la ciudad de Valencia.

La armada de Castilla que era muy poderosa, de veinte y cuatro galeras y de cuarenta y seis navíos, dado que hobo un tiento á los pueblos de aquella costa, aportó a Monviedro. Allí se supo de las espías que el vizconde de Cardona tenia en el rio de Cullera



Beltran Claquin.

diez y siete galeras aragonesas. Él rey de Castilla tenia gran deseo de tomarlas, y parecíale que le seria cosa fácil por estar en parte que no se le podrian escapar: sacó su armada y con gran presteza cercó la boca del rio. Cargó repentinamente el tiempo, y sobrevino una furiosa tempestad que le forzó volverse á su puerto, por no ponerse á riesgo de correr fortuna, ó de dar al través en aquella ribera. Vióse el rey este dia en grandísimo peligro de perderse: así luego que saltó en tierra, fué en romería á la casa de Nuestra Señora Santa María del Puch á dar gracias á Nuestro Señor de haberle librado de las hondas del mar, y de las manos de sus enemigos que de la ribera esperaban por momentos cuando alguna grupada se le entregaria. Dícese que hizo esta romería á pié, descalzo, en camisa y con una soga á la garganta; que de su natural no era tan sin piedad ni tan indevoto, si no hiciera las cosas tan sin órden y sin justicia.

Con esto se volvieron los reyes, el de Aragon á Barcelona, y á Murcia el de Castilla, y de allí á Sevilla, en lo mas recio de las calores del estío, en el tiempo que en veinte y seis de julio en la ciudad de Zaragoza fue justiciado públicamente Bernardo Cabrera por sentencia que dió contra él el mismo rey de Aragon y la ejecutó su hijo el infante don Juan, confiscaron las villas de Cabrera y Osona y otros muchos pueblos de su señorío: fiad en servicios y en privanzas. Caso es este que si atentamente se considera, se echará de ver que el rey de Aragon cometió un delito feo y atroz, muy semejante á parricidio, en hacer matar el discípulo á su ayo, de quien fuera

santísimamente doctrinado, mayormente que era inocente, y á todo el mundo eran manifestados los grandes servicios que tenia hechos á la casa real de Aragon: causóle la muerte la incorrupta libertad, con que decia su parecer. Es así que los príncipes huelgan con la disimulacion y lisonja: demás que los reyes cometen muchas veces grandes yerros que á veces redundan en odio de sus privados; esto fue lo que acarreó la muerte á este escelente varon, sin tener otra mayor culpa: conspiraron contra él para llegarle á este trance la reina, el rey de Navarra, don Enrique y el conde de Ribagorza.

Despues desto se volvió con nueva cólera á echar mano á las armas. El rey de Castilla tomó á Ayora en el reino de Valencia: don Gutierre de Toledo, que por muerte de don Suero era maestre de Calatrava, iba por mandado de su rey á bastecer á Monviedro: acometiéronle en el camino golpe de aragoneses, y en un bravo rencuentro que tuvieron, le desbarataron y fue muerto en la pelea con otros muchos de los suyos. Por su muerte dieron el maestrazgo á don Martin Lopez de Córdova repostero mayor del rey. Esta pérdida renovó y dobló la afrenta al rey de Castilla, que á la sazon molestaba mucho las comarcas de Alicante y Orihuela, y tenia harta esperanza de ganar esta ciudad. El Aragonés con toda su hueste, confiado y cierto que cada dia se reforzaria su ejército con gentes que le acudirian del reino, llegó á poner su campo á vista del enemigo; y como tambien allí representase la batalla al rey de Castilla, y él por no fiarse de los suyos la rehusase, socorrió á Orihuela con gente y bastimentos: con que se volvió á Aragon.

Esto pasaba en el fin deste año. En el principio del siguiente de 1365 de nuestra salvacion el rey de Aragon cercó á Monviedro, y le apretó de suerte que forzó á los castellanos á que se le entregasen á partido; por el contrario el rey de Castilla con un largo cerco ganó tambien la ciudad de Orihuela. En siete dias del mes de junio deste mismo año murió en Orihuela, la cual el rey don Pedro tenia cercada, Alonso de Guzman despues que hizo grandes servicios á don Enrique, cuya parcialidad seguia: murió en la flor de su mocedad, era hombre de grande va-



Don Enrique de su sello.

lor, de agudo ingenio, de maduro y alto consejo. Sucedióle en el señorío de Sanlúcar, y en lo demás de su estado Juan de Guzman su hermano. Don Gomez de Porras, prior de San Juan sea con miedo que tuvo del rey don Pedro por rendir como rindió á Monviedro, sea por hacer amistad á don Enrique, se pasó á la parte de Aragon con seiscientos caballos que en aquella ciudad tenia de guarnicion.

Deste principio, aunque pequeño, se comenzaron á enflaquecer, ó por mejor decir ir muy de caida las fuerzas del rey de Castilla: que así muchas veces acontece que de pequeñas ocasiones (en la guerra mayormente) sucedan desmanes muy grandes. Allegóse tambien á esto que como quier que á la sazon hobiese paces entre Francia é Ingalaterra, vinieron muchos soldados de Francia en ayuda de Aragon; que como vivian de lo que ganaban en la guerra, les era forzoso hecha la paz sustentarse de las haciendas que robaban á los miserables pueblos. Estos mismos ladrones que andaban por Francia vagamundos y desmandados, tuvieron cercado al mismo papa Urbano, y le forzaron á comprar con mucha suma de dineros su libertad y la de su sacro palacio. La voz era que les daba trecientos mil florines por modo de salario y debajo de nombre de sueldo: capa con que cubrieron la afrenta del papa y aquel sacrilegio. Habíales dado el rey de Francia otra tanta cantidad por echar de su tierra una tan cruel pestilencia como esta. El sumo pontífice librado desde peligro, pensó pasar su silla á Italia, dado que por entonces aquel propósito no duró mucho: sentia el castigo de Dios, y temíale mayor de cada dia por haber sus antecesores desamparado su sagrada casa. Muerto pues el cardenal don Gil de Albornoz, quiso visitar, y así lo hizo, el patrimonio de la Iglesia que le dejó ganado, y poner en paz y justicia á sus súbditos.

Vino pues (como deciamos) á España desta gente

de Francia una grande avenida de soldados alemanes, ingleses, bretones y navarros, y de otras naciones por codicia de la ganancia y robo. Llamólos el conde don Enrique, á quien querian bien desde el tiempo que estuvo en las guerras de Francia. Señalábanse entre ellos muchos caballeros y señores de cuenta, muy valientes soldados y valerosos capitanes: los mas principales eran Beltran Claquin breton, y Hugo Carbolayo inglés. La cabeza y caudillo desta gente Juan de Borbon, que queria venir á vengar la muerte de su hermana doña Blanca, no se sabe por qué causa se quedó en Francia; cierto es que no vino á España: toda esta gente entre los de á caballo y de á pié llegaban como á doce mil hombres de guerra; Frosarte historiador francés de aquella era dice que venian en aquel ejército treinta mil soldados. El primero dia de enero del año 1366 llegaron á Barcelona las primeras banderas deste campo, las demás desde á pocos dias. El rey de Aragon hizo á todos muy buena acogida, y convidó á un gran banquete á los mas principales capitanes. Dióles de contado una gran cantidad de florines, y prometióles otra paga mucho mayor para adelante; á Beltran Claquin dió el estado de Borgia con título de conde, porque con mayor gana le sirviese en esta guerra.

Estos apercebimientos tan grandes despertaron al rey de Castilla que estaba en Sevilla, aunque no era de suyo nada lerdo ni descuidado. Partióse á Burgos, y en córtes que allí tuvo, pidió al reino ayuda para esta guerra: todo era sin provecho lo que intentaba, por tener enojado á Dios, y las voluntades de los hombres no le eran favorables. Monsieur de Labrit era venido de Francia en su ayuda: aconsejábale que procurase con mucho dinero hacer que los extranjeros se pasasen á él, y desamparasen á su hermano don Enrique; ofrecia su industria para acabarlo con ellos, porque conocia su condicion, que no era mal aparejada para cosas semejantes, además que tenia entre ellos muchos parientes y amigos que le ayudarian en esto: ciega Dios los ojos del alma á aquellos á quien es servido de castigar; no aciertan en cosa: así estuvieron cerradas las orejas del rey don Pedro que no oyeron un consejo tan saludable; como era hombre tan fiero no hacia caso del peligro que le corria.

Entretanto en la ciudad de Zaragoza, do estaban los soldados estranjeros, se vieron el rey de Aragon y el conde don Enrique: en estas vistas en cinco del mes de marzo confirmaron de nuevo la alianza que primero tenian hecha, y se declaró la parte del reino de Castilla que habia de dar al Aragon don Enrique, caso que se apoderase de aquel reino; para mayor amistad y firmeza de lo capitulado, se concertó que la infanta doña Leonor hija del rey de Aragon casase con don Juan hijo del conde don Enrique. Acabadas las vistas, el rey se quedó en Zaragoza para esperar el fin que tendrian cosas tan grandes: el conde don Enrique ya que tuvo junto todo el ejército, entró poderosamente en el reino de Castilla por Alfaro. Estaba allí por capitan Iñigo Lopez de Orozco: no se quisieron detener en combatir esta villa que era fuerte, por no gastar en ello el tiempo que les era menester para cosas mayores. Sabian muy bien que en las guerras civiles ninguna cosa tanto aprovecha como la presteza: toda tardanza es muy dañosa y empece.

Dejado Alfaro, marchó el ejército con buena órden derecho á Calahorra, ciudad que baña el rio Ebro, y es de las mas principales de aquella comarca. Luego que llegó el conde don Enrique, le abrieron las puertas don Fernando obispo de aquella ciudad, y Fernan Sanchez de Tovar que la tenia por el rey de Castilla. Entró el conde en ella lunes diez y seis dias del mes de marzo: no se sabe si la entregaron por no estar tan bien fortificada y bastecida que se pudiese poner en defensa, ó porque los ciudadanos estuviesen mal con el rey don Pedro. Aquí en Calahorra se hizo consejo para determinar cómo se procederia en esta guerra; los pareceres eran diferentes y contrarios: unos decian que era bien ir luego á Burgos como á cabeza de Castilla, otros fueron de parecer que el conde don Enrique tomase título de rey (1) para que, perdida del todo la esperanza de reconciliarse con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra, y para meter á todos en la culpa y empeñarlos. Beltran Claquin como quier que eran varon de grande pecho y ánimo, y por la grande esperiencia que tenia en las cosas de la guerra, el hombre de mas autoridad que venia en el ejército, dicen que habló desta manera: «Cualquiera que hobiere de dar »parecer y consejo en cosas de grande importancia, »está obligado á considerar dos cosas principales: »la una cuál sea lo mas útil y cumplidero al bien »comun, la otra si hay fuerzas bastantes para con»seguir el fin que se pretende. Como es cosa inhu»mana y perjudicial anteponer sus intereses parti»culares al bien público y pro comun, así intentar »aquello con que no podemos salir, y á lo que no »allegan nuestras fuerzas, no es otra cosa sino »una temeridad y locura. Ninguna cosa señor te fal»ta para que no puedas alcanzar el reino de Cas»tilla: todo está bien pertrechado; por tanto mi »voto y parecer es que lo pretendas, ca será uti»lísimo á todos, á tí muy honroso, y á nos de gran»dísima gloria, si con nuestras fuerzas y debajo de »tu pendon, y siguiéndote como á cabeza y capi»tan, echáremos del mundo un tirano y un terrible »monstruo que en figura humada está en la tier»ra para consumir y acabar las vidas de los hom»bres. Restituirás á tu patria y al nobilísimo reino »de tu padre la libertad que con su muerte perdió, »y darásle lugar á que respire de tan innumerables »trabajos y cuitas como desde entonces hasta el dia »de hoy han padecido. ¿Por ventura no ves como »las casas, campos y pueblos están cubiertos de la »miserable sangre de la nobleza y gente de Casti»lla? ¿no miras tus parientes y hermanos cruelmen»te muertos? ¿que ni aun á las mujeres ni niños no »se ha perdonado: no tienes lastima de tu patria? »¿no sientes sus males, y te compadeces y avergüen»zas de su miserable estado? ¿tantos destierros, con»fiscaciones de bienes, perdimientos de estados, ro»bos, muertes? ¿tan grandes avenidas y tempestades »de trabajos quién aunque tuviese el corazon de ace»ro, las podria mirar con ojos que no se deshiciesen »en lágrimas? No lo has de haber con aquellos anti»guos y buenos reyes de Castilla los Fernandos y »Alonsos aquellos que confiados mas en el amor »que le tenian sus vasallos que en las armas, alcan»zaron de los moros tan señaladas y gloriosas victo»rias. Ofrécesete un enemigo, que en ser aborreci»do puede competir con el tirano que mas mal quisto »haya sido en el mundo, desamado de los estraños, »insufrible y molestísimo á los suyos: una carga tan »pesada que cuando no hubiera quien la derribara, »ella misma se viniera por sí al suelo. Falto y des»guarnecido de gente; y si tiene algunos soldados, »estarán como su príncipe corrompidos y estragados »con los vicios, y que vendrán á la batalla ciegos, »flacos y rendidos. Tú tienes un valeroso ejército, en »que se halla toda la flor de Francia, Ingalaterra,

(1) Al principio rehusó tomar el título de rey; pero lo tenia ya estipulado con los reyes de Aragon y de Francia y hasta el papa Urbano V le llamara á Aviñon para reconocerle rey de Castilla, escomulgando y privando del reino á don Pedro.

»Alemania y Aragon, lo mejor del propio reino de »Castilla, todos soldados viejos muy ejercitados, y »que se han hallado en grandes jornadas: tienes »muchos reyes amigos, y sobre todo tu ventura y fe»licidad y grande benevolencia, con que de todo este »ejército eres amado. Deséate toda Castilla, los bue»nos del reino te esperan, y te quieren favorecer y »servir, no habrá ninguno que sabido que te han »alzado por rey, no se venga á nuestros reales. A »otros pudiera en algun tiempo ser provechoso el »nombre de rey, mas á tí en este trance es necesa»rio del todo para sustentar la autoridad que es me»nester para que te respeten, y para descubrir las »aficiones y voluntades de los hombres. Si como yo lo »espero, el cielo nos ayuda, á tí se te apareja una »gloria grande, nos quedaremos contentos con la »parte de la merced y honra que nos quisieres hacer; »si sucediere al revés (lo que de pensarlo tiemblo) no »puede avenirte peor de lo que al presente padeces. »Todos corremos el mismo riesgo que tú: por tanto »nuestro consejo se debe tener por mas fiel y seguro, »pues es igual para todos el peligro. No ha lugar ni »conviene entretenerse cuando la tardanza es peor »que el arrojarse. Ea pues ten buen ánimo, ensan»cha y engrandece el corazon, y toma á la hora aquel »nombre, para el cual te tiene Dios guardado de tan»tos peligros. Ayúdate con presteza, y haz de tu »enemigo lo que él pretende hacer de tí: acábale »desta vez: ó si fuere menester, muere valerosa»mente en la demanda; que la fortuna favorece y »teme á los fuertes y esforzados, derriba á los pusi»lánimes y cobardes.»

Despues que Beltran acabó su plática, todos los demás caudillos del ejército rodearon á don Enrique, y le animaron á que se llamase rey: trujéronle á la memoria pronósticos en esta razon; aseguráronle que Dios y los hombres le favorecian. Con esto despliegan los pendones, y con mucho regocijo por las calles públicas de la ciudad dicen á voces: Castilla, Castilla por el rey don Enrique. El nuevo rey segun el estado y méritos de cada uno hizo muchas mercedes: á unos dió ciudades, y á otros villas, castillos, lugares, oficios y gobiernos: holgaba de parecer liberal, y era fácil serlo de hacienda ajena. Cada uno pensaba que cuanto pidiese, tanto se hallaria; que todo le seria concedido: á Beltran Claquin dió á Trastamara, y á Hugo Carbolayo á Carrion, al uno y al otro con título de condes: á los hermanos del nuevo rey, á don Tello restituyó el estado de Vizcaya, á don Sancho dió el de Alburquerque: el maestrazgo de Santiago se dió á don Gonzalo Mejía; y á don Pedro Muñiz, que tambien él era muy querido dé don Enrique, dieron el maestrazgo de Calatrava: á don Alonso de Aragon conde de Denia y Rivagorza, que era tio hermano del padre del rey de Aragon, le hizo merced de Villena con título de marqués, y con todo el señorío que fue de don Juan Manuel; á otros dió villas y castillos con que los contentó de presente, y los heredó en el reino para adelante.

CAPITULO VIII.

Que el rey don Pedro fue echado de España.

Con los dos reyes que se intitulaban de Castilla, el reino andababa alborotado. El rey don Pedro por su mucha crueldad tenia poca parte en las voluntades de sus pueblos, todos deseosos de poder rebelar y vengar la sangre de sus parientes: ninguna cosa los tenia, sino el miedo que si les fuese contraria la fortuna, serian sin misericordia castigados. Los dos reyes con grande porfía y ahinco comenzaron la contienda sobre el reino: cada cual tenia por sí grandes ayudas y valedores. De parte de don Enrique estaba el ejército extranjero, el odio de su competidor, y el ser los hombres naturalmente aficionados á cosas nuevas. A don Pedro ayudaba que casi antes fue rey que hobiese nacido, que era hijo de rey y decendia de otros muchos reyes, y que él solo quedaba por heredero legítimo de todos ellos: en ambos el nombre y magestad real era respetado y venerable. Punzaba á don Pedro la ofensa que se le hacia: á don Enrique le encendia en cólera y animaba á la venganza la sangre que de su madre y hermanos, amigos y parientes derramaron, y los grandes trabajos que el reino padecia; finalmente mayor cuidado tenia de sustentar el nuevo nombre de rey que su propia vida.

Con esta resolucion don Enrique y los suyos se determinaron ir luego á Burgos: en el camino pasaron cerca de Logroño, mas no quisieron llegar á él porque entendieron que los ciudadanos no harian nada de su voluntad, y que si les cercaban, seria cosa muy larga: Navarrete y Briviesca se dieron luego. Mientras esto así pasaba, don Pedro se hallaba en Burgos con pocos amigos, ca muchos dellos él mismo los hizo matar; suspenso y dudoso de lo que haria, no se atrevia á fiarse de nadie, ni tomar resolucion si se iria, si esperaria á su enemigo. Resolvióse finalmente en ir con grande presteza á Sevilla, porque tenia en aquella ciudad sus hijos y tesoros, y temia perderlo todo. No se atrevió arriscarse, por saber cuán pocos eran los que le querian bien. Los de Burgos todavía le ofrecieron su ayuda: él se lo agradeció, y dijo que entonces no se queria valer de su buen ofrecimiento y lealtad, antes les alzó el homenaje que le tenian hecho, para que si se viesen en aprieto, pudiesen entregarse á don Enrique sin incurrir infamia ni caso de traicion. Cególe Dios para que no aceptase el favor que le hacian, mayormente que como toda su perdicion le viniese por su crueldad, acrecentó de nuevo el odio que le tenian, con que al tiempo que se queria partir, hizo matar á Juan Fernandez de Tovar no por otra culpa sino porque su hermano acogió en Calahorra á don Enrique.

Esto hecho, se partió de Burgos en veinte y ocho dias del mes de marzo: desde el camino mandó á los capitanes y alcaides de las villas y castillos que tomara en Aragon, les pegasen fuego, y desamparados, sacasen luego las guarniciones, y que lo mas presto que pudiesen, se fuesen para él á Toledo. Desta suerte en un instante perdió lo que con gran costa y trabajo en muchos años tenia ganado: uno destos pueblos fue la ciudad de Calatayud; la libertad que cobró en el postrero dia de marzo, hasta hoy lo celebra con fiesta solemne y procesion en que van fuera de la ciudad á Santa María de la Peña á cumplir el voto que entonces hicieron en memoria de la merced recebida. Llegó el rey don Pedro á Toledo: allí se detuvo algunos dias en asegurar aquella ciudad y dejalla á buen recaudo; mandó quedar en ella por general á don Garci Alvarez de Toledo maestre de Santiago.

Partido el rey don Pedro de Burgos, los de la ciudad enviaron por sus cartas á llamar á don Enrique. Diéronle título de conde, pero ofreciánle la corona de rey, si la fuese á tomar en su ciudad, pues por su antigüedad y nobleza se le debia que en ella y no en otra diese principio á su reinado: aceptó su oferta, y luego se partió para aquella ciudad, en que le recibieron con grandes aclamaciones y regocijos; en el monasterio de las Huelgas fue coronado y recebido por rey de Castilla. Con el ejemplo de Burgos las mas ciudades y fortalezas del reino de su propia voluntad en espacio de veinte y cinco dias despues de su coronacion le vinieron á dar la obediencia. Con esto no quedó nada inferior á su contrario ni en fuerzas, ni en vasallos: los grandes y los pueblos todos á porfía deseaban con apresurarse ganar la gracia del nuevo rey.

Asentadas las cosas de Castilla y Leon, se fue don Enrique á Toledo: allí sin ninguna dificultad, antes con mucho regocijo le abrieron las puertas. Renunció el maestre de Santiago don Garci Alvarez de Toledo: dióle el rey don Enrique en recompensa del maestrazgo y de que se pasó á su servicio, lo de Oropesa y de Valdecorneja; con que don Gonzalo Mejía quedó sin contradiccion por maestre de Santiago. Por muerte de don Garci Alvarez lo de Oropesa quedó á su hijo Fernan Dálvarez de Toledo, que en su mujer doña Elvira de Ayala tuvo á Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa, y á Diego Lopez de Avala cabeza de los Ayalas de Talavera señores de Cebolla. Lo de Valdecorneja quedó á otro Fernan Dálvarez de Toledo hermano ó sobrino del maestre, y dél vienen los duques de Alva: llámanse Valdecorneja el Barrio, Dávila, Piedrahita, Horcajada y Almiron.

Apoderado don Enrique de tan principal ciudad como Toledo, todo lo demás del reino quedó llano, de manera que don Pedro no se atrevió mas á estar en el reino, antes perdida del todo la esperanza, se determinó de ponerse en salvo en una galera, en que embarcó sus hijos y tesoros, con que se fue á Portugal. Al que Dios comenzaba á desamparar, parecia que le faltaba el consejo y tambien el favor de los hombres: el rey de Portugal no le quiso tener en su reino, antes le envió á decir que no cabian dos reyes en una provincia; don Fernando hijo del rey de Portugal estaba inclinado á don Enrique: favorecíale y enviábanse muchos recados el uno al otro, y estaba mal con el rey don Pedro. Verdad es que en Portugal no se le hizo ningun desaguisado por no violar el derecho de las gentes, antes se le dió paso seguro para Galicia, para do se encaminaba con intento de juntar en aquellos pueblos alguna flota en que pasarse á Bayona de Francia: llegado á Compostella, hizo matar á don Suarez arzobispo de Santiago, y al dean de aquella iglesia que se decia Perálvarez, ambos naturales de Toledo (1): no amansaban tantos peligros el cruel ánimo del rey, y él mismo sin necesidad aumentaba las causas de su destruicion. Ordenó su partida á Francia: parecióle que le era muy peligroso ir por tierra, así allegó de aquella costa una armada de veinte y dos navíos y algunos otros bajeles menores. Embarcóse en ella con don Juan su hijo y otras dos hijas, que doña Beatriz la mayor era muerta, aunque Polidoro escribe que falleció en Bayona de Francia. Con buen viento llegaron á Bayona en la Guiena, que á la sazon se tenia por los ingleses: llevó consigo una buena parte de sus tesoros; verdad es que la mayor cantidad dellos, que enviaba en una galera con su tesorero Martinez Yañez (2) se la tomaron los ciudadanos de Sevilla con deseo de hacer algun notable servicio á don Enrique, al cual todo se le allanaba. Córdoba se le habia entregado, y por horas le esperaban en Sevilla. Desta manera entendió don Pedro por su mal que las cosas humanas no permanecen siempre en un ser, y que muchas veces muy grandes príncipes por mas dichosos y mas poderosos que fuesen, aunque estuviesen rodeados de grandes ejércitos, fueron destruidos por ser mal quistos del pueblo, y llevaron el pago que sus obras merecian.

El nuevo rey don Enrique despues de llegado á Sevilla asentó paces con los reyes de Portugal y de Granada. Hecho esto, del ejército de los extranjeros, escogió mil y quinientas lanzas, y por sus capitanes Beltran Claquin y don Bernal hijo del conde de Fox señor de Bearne: con tanto como si todo lo al quedara llano, despidió los demás soldados. De Aragon le enviaron á su mujer y á su nuera la infanta doña Leonor, en cuya compañia vinieron don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza y otros señores principales. Era necesario asentar el gobierno del reino, y poner buen recaudo en las rentas reales, proveer de dineros, porque el tesoro real le halló muy consumido con la guerra pasada: no se ponia duda sino que de Francia bajaria otra tempestad de guerra, y que don Pedro por ser de corazon tan ardiente no sosegaria hasta que dejase juntamente el reino y la vida. Por tanto se hicieron en Burgos córtes generales de todo el reino, y en ellas el infante don Juan hijo de don Enrique fue jurado por sucesor y heredero del reino para despues de los dias de su padre. En estas córtes asimismo se concedió la décima parte de las cosas que se vendiesen, sin limitar al tiempo desta concesion: la gana de que se administrase bien la guerra, y el aborrecimiento que tenian á don Pedro, les hizo en parte que no advirtiesen por entonces cuán grave carga habia de ser este tributo en los tiempos venideros; la ciega codicia de venganza, y el dolor y peligro presente fácilmente turba y desbarata la corta providencia de los entendimientos de los hombres.

Hizo don Enrique merced á la ciudad de Burgos de la villa de Miranda de Ebro por los servicios que le hicieron en su coronacion, y en recompensa de la villa de Briviesca que era de Burgos y le diera á Pedro Fernandez de Velasco su camarero mayor; y porque la villa de Miranda era de la iglesia de Burgos, le dió en pago sesenta mil maravedís de juro cada un año situados en los diezmos del mar, para que se gastasen en las distribuciones ordinarias á las horas nocturnas y diurnas, y se repartiesen entre los prebendados que asistiesen á los divinos oficios en la dicha iglesia Mayor, que antes desto no tenian estas distribuciones. Era á la sazon obispo de Burgos don Domingo único deste nombre cuya eleccion fue memorable: por muerte de su antecesor don Fernando los votos del cabildo se dividieron sin poderse concordar en dos bandos: conviniéronse en que aquel fuese de comun consentimiento de todos electo por obispo, á quien nombrase el canónigo Domingo, como árbitro que le hacian desta eleccion ca le tenian por hombre santo, y de buena conciencia. El aceptado que hobo la accion que le daban sin hacer caso de ninguno de los competidores, dijo por sí aquella sentencia que despues se mudó en refran: «Obispo por obispo séaselo Domingo.» Holgaron todos los canónigos que se hobiese nombrado, y recibiéronle por su prelado: diéronle las insignias episcopales, é hiciéronle consagrar.

En estos dias el arzobispo don Lope de Luna vino otra vez á Castilla enviado por el rey de Aragon con embajada á don Enrique para pedille cumpliese con él lo que tenia capitulado, y acusalle los juramentos que le tenia hechos y las pleitesías, en particular queria le pagase mucha suma de moneda que le prestara. El rey don Enrique le respondió que él confesaba la deuda, y ser así todo lo que el rey decia; todavía que aun no estaban sosegadas las cosas del reino, y que si no era con grande riesgo de alguna gran revuelta y escándalo, no podia tan presto enajenar de la corona real tantas villas y ciudades como le prometió: que pasado este peligro; él estaba presto para cumplir lo asentado: que le tenia en lugar de padre, y le debia el ser, vida y reino que poseia, y todo lo al. Esto decia por entretener al rey de Aragon; por lo demás muy resuelto de no enajenar ninguna parte de lo que antiguamente era reino de Castilla. Desta manera suelen los príncipes mirar mas por lo que les es útil y provechoso que tener cuenta con el deber y promesas que tengan hechas y juradas.

(1) Acerca de este hecho la crónica y la tradicion están muy descordes y confusas. La crónica abreviada dice: que el rey gritaba que no le matasen.

(2) Llevaba 36 quintales de oro y muchas joyas, y el rey don Pedro se llevó á Bayona treinta y seis mil doblas en moneda de oro.

CAPITULO IX.

De las guerras de Navarra.

Estas cosas pasaban en Castilla: entre los navarros y franceses con varia fortuna se proseguia en Francia la guerra que tres años antes deste se comenzara, aunque con mayor daño del rey de Navarra por estar ausente y ocupado en negocios de su reino: tomáronle algunas villas y ciudades, cercáronle y combatieron otras. Los reyes de Francia y de Aragon hicieron liga en la ciudad de Tolosa, que es en la Galia Narbonense, por sus procuradores que cada uno dellos para este efecto envió: el principal en asentar los capítulos desta liga fue Luis duque de Anjou hermano del rey de Francia. Quedaron de acuerdo que el rey de Aragon hiciese guerra al de Navarra dentro de su reino, y que el rey de Francia le ayudase con quinientas lanzas pagadas á su costa; todo sin tener ningun respeto al estrecho parentesco que con él tenian, porque entrambos reyes eran sus cuñados por estar el de Navarra casado con hermana del rey de Francia, y el de Aragon tenia asimismo por mujer una hermana del mismo Navarro. Aquellos príncipes que tenian obligacion á defendelle cuando otros le movieran guerra, esos se conjuraban contra él: ¡oh fiera codicia de reinar! El mal modo de proceder del rey Carlos de Navarra y su aspereza le hacian odioso á los reyes sus vecinos, y era la causa que tuviese muchos enemigos.

Entendida esta liga por el Navarro, él se estuvo quedo en España para hacer resistencia al rey de Aragon, mayormente que ya por su mandado Luis Coronel desde Tarazona hacia guerra en Navarra, robaba y destruia toda aquella frontera: á la reina su mujer envió á Francia, dado que preñada, para que procurase aplacar al rey su hermano, y buscase algun remedio para salir del aprieto en que se hallaban; esta ida no fue de provecho alguno, á causa que el rey de Francia pensaba y pretendia quedarse desta vez con toda la tierra que el de Navarra tenia en su reino. Estando pues la reina en su villa de Evreux en Normandía, en el postrero dia del mes de marzo parió al infante don Pedro su segundo hijo, conde que fue de Moretano ó Mortaigne en Normandía, y con él en el medio del estío se volvió á Navarra. Por no hallar buena acogida en el rey de Francia, de necesidad el Navarro hobo de buscar de quien favorecerse: parecióle el mejor medio de todos aliarse y juntar sus fuerzas con el rey don Pedro que andaba desterrado, y le rogaba hiciese liga con él; y como los hombres cuando se ven en algun grande aprieto son muy liberales, para traelle á su amistad le hacia una muy larga promesa de pueblos en Castilla, ca le ofrecia toda la tierra de Guipúzcoa, Calahorra, Logroño, Navarrete, Salvatierra y Vitoria: parecen hoy dia (si no son fingidas) las escrituras que hicieron deste concierto en este año en la ciudad de Lisboa, cuando el rey don Pedro desde Sevilla se retiró á Portugal.

Al presente el rey don Pedro desde Bayona procuraba socorros para poder volver á cobrar el reino de Castilla; en particular solicitaba á Eduardo príncipe de Gales, que por su padre el rey de Ingalaterra gobernaba el ducado de Guiena, para que le ayudase con sus gentes. Viéronse en Cabreron, que es un pueblo cerca de la canal de Bayona: hallóse en aquellas vistas don Carlos rey de Navarra: convidólos á comer el príncipe, sentáronse con este órden en la mesa: don Pedro á la mano derecha y luego junto á él el príncipe, y á la mano izquierda se sentó solo de por sí el rey de Navarra. Confederáronse allí estos tres príncipes, y confirmaron con solemne juramento los conciertos que hicieron, que fueron estos: que el rey don Pedro fuese restituido en su reino, y que al príncipe Eduardo se le diese en recompensa de su trabajo el señorío de Vizcaya: que el rey de Navarra hobiese á Logroño y que don Pedro dejase en Guiena sus hijas para seguridad y prenda de que cumpliria lo capitulado, y pagaria (alcanzada la victoria) el dinero que se le prestaba para el sueldo de la gente de guerra.

Sabida esta liga por el rey de Aragon, receloso del daño que della le podia venir, para hallarse con mayores fuerzas y poder mejor resistir á sus enemigos renovó con el rey de Francia la confederacion y amistades que con él tenia hechas. El rey de Navarra estaba con gran cuidado y miedo no descargasen estos nublados sobre su reino, como el que caia en medio de dos enemigos tan poderosos como eran los reyes de Francia y Aragon. Por otra parte temia á los ingleses: juzgaba que para pasar en Castilla ó les habia de dar el camino por sus tierras, ó se le abririan con las armas. Hallábase muy congojado: aquejado con este pensamiento no sabia qué consejo se tomase. La peor resolucion que él pudo tomar, fue quedarse neutral, porque desta manera á ninguno obligaba, y á todos dejó querellosos; todavía despues que lo hobo bien ponderado, tomó por mejor partido concertarse con el rey don Enrique, hora lo hiciese con disimulacion y engaño, hora que hobiese mudado su voluntad y quisiese salir fuera de la liga hecha con don Pedro y el príncipe de Gales. Como quiera que esto fuese, él tuvo sus hablas con el rey don Enrique en Santacruz de Campezo, que es una villa en la frontera de Navarra: halláronse presentes don Gomez Manrique arzobispo de Toledo, que fuera elegido en lugar de don Vasco, don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena, don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza, y Beltran Claquin. La confederacion que estos príncipes hicieron, fue que el rey de Navarra no diese paso á los ingleses: que en la guerra que esperaban, ayudase con su persona y con todo su ejército al rey don Enrique, y que para seguridad diese ciertas villas y castillos en rehenes de que cumpliria estos conciertos; por el contrario que don Enrique le diese á él á Logroño, la misma ciudad que poco antes don Pedro le prometió.

En estos dias don Luis hermano del rey de Navarra se casó con Juana duquesa de Durazo en la Macedonia, hija mayor de Carlos de quien heredó este estado, y á quien algunos años despues el papa Urbano VI dió la embestidura del reino de Nápoles. Y porque comunmente se yerra en la decendencia destos príncipes, me pareció ponerla en este lugar; Carlos Segundo rey de Nápoles tuvo por hijo á Juan duque de Durazo: hijos de Juan fueron Carlos y Luis: Carlos fue padre de Juana y Margarita; de Luis el otro hijo de Juan nacieron Carlos que vino á ser rey de Nápoles, y Juana la que dijimos casó con el infante don Luis hermano del rey de Navarra.

Las vistas del rey de Navarra y de don Enrique, que se hicieron en Campezo, fueron en el principio del año de 1367, en el cual (quien dice el año siguiente) en diez y ocho de enero murió en Estremoz villa de Portugal el rey don Pedro. Vivió por espacio de cuarenta y seis años, nueve meses y veinte y un dias, reinó nueve años y otros tantos meses, y veinte y ocho dias. Enterráronle en el monasterio de Alcobaza junto á doña Inés de Castro: hízosele un real y solemnísimo enterramiento con grande aparato y pompa. Entre otras cosas dejó buena renta para seis capellanes que allí dijesen cada dia misa por su ánima y por las de sus antepasados: fue aventajado en ser justiciero: lloráronle mucho sus vasallos, y sintieron su muerte como si con él en la misma sepultura se hobiera enterrado la pública alegría y bien de todo el reino. Tenia mandado que sus despenseros no comprasen ninguna cosa fiada, sino todo de contado y por justo precio. Hizo muy santas leyes contra la avaricia de los jueces y abogados, para que con su

codicia y largas no fuesen los pleitos inmortales. Fue severísimo contra los malhechores, especialmente era rigurosísimo contra los adúlteros: llegó á que por haber cometido este delito el obispo de Portu, con sus propias manos le maltrató muy reciamente: así se decia vulgarmente que traia consigo un azote para castigar á los que cogiese en algun delito. Tenia costumbre de distribuir cada año muchos marcos de plata, parte labrada y parte acuñada, entre los suyos, segun la calidad y méritos de cada uno. Refiérese dél aquella sentencia: «Que no era digno de nombre de »rey el que cada dia no hiciese bien y merced á al»guna persona.» Hizo el puente y villa de Limia en Portugal: dejó por heredero de su reino á su hijo don Fernando, cuyo reinado no fue tal y tan feliz como el del padre. Con los embajadores que el rey de Aragon envió á su padre, asentó él paces en cuatro dias del mes de marzo deste año en los palacios de Alcanhaaes, que son cerca de Santarén. Tuvo amores deshonestos con doña Leonor de Meneses mujer de Lorenzo Vazquez de Acuña á quien se la quitó. El marido por tanto anduvo mucho tiempo huido en Castilla, y se dice dél que traia en la gorra unos cuernos de plata como por divisa y blason, para muestra de la deshonestidad del rey y de su afrenta, mengua y agravio.

CAPITULO X.

Que don Enrique fue vencido junto á Nájara.

TODA Castilla y Francia ardian llenas de ruido y asonadas de guerra: hacíanse muchas compañías de hombres, de armas, ginetes é infantería; todo era proveerse de caballos, armas y dineros: las partes ambas igualmente temian el suceso, y esperaban la victoria. Don Enrique en Burgos, do era ido, se apercebia de lo necesario para salir al camino á su enemigo, que sabia con un grande y poderoso campo era pasado los Pirineos por las estrechas sendas y montañas cerradas de Roncesvalles. Llegó á Pamplona sin que el rey Carlos de Navarra le hobiese hecho ningun estorbo á la pasada, ca estaba á la sazon detenido en Borgia. Prendióle andando á caza cerca de allí un caballero breton llamado Olivier de Mani, que la tenia en guarda por Beltran Claquin su primo. Entrambos los reyes sospecharon que era trato doble, concierto con este capitan que le prendiese, para tener color de no favorecer á ninguno dellos, y despues escusa aparente con el que venciese. A los príncipes ningun trato que contra ellos se haga, aunque sea con mucha cautela, se les puede encubrir; antes muchas veces les dicen mas de lo que hay, y eso lo malician y echan á la peor parte.

Don Enrique partió de Burgos con un lucido y grueso ejército de mucha infantería y cuatro mil y quinientos hombres de á caballo, en que iba toda la nobleza de Castilla y la gente que de Francia y Aragon era venida en su ayuda. Llegó con su campo al encinar de Bañares: llamó á consejo los mas principales del ejército, y consultó con ellos lo tocante á esta guerra. Los embajadores de Francia, que eran enviados á solo este efecto, y Beltran Claquin procuraron persuadir que se debia en todas maneras escusar de venir á las manos con el enemigo y no darle la batalla, sino que fortificasen los pueblos y fortalezas del reino, tomasen los puertos, alzasen las vituallas, y le entretuviesen y gastasen; que la misma tardanza le echaria de España por ser esta provincia de tal calidad que no puede sufrir mucho tiempo un ejército y sustentarle. Que se considerase el poco provecho que se sacaria cuando se alcanzase la victoria, y lo mucho que se aventuraba de perder lo ganado, que era no menos que los reinos de Castilla y Leon, y las vidas de todos. Que en el ejército de don Pedro venia la flor de la caballería de Ingalaterra, gente muy esforzada y acostumbrada á vencer, á quien los españoles no se igualaban ni en la destreza en pelear, ni en la valentía y fuerzas de los cuerpos. Finalmente que se acordasen que no es menos oficio del sabio y prudente capitan saber vencer al enemigo con industria y maña que con fuerza y valentía.

Esto dijeron los embajadores de Francia de parte de su rey, y Beltran Claquin de la suya. Otros que tenian menos esperiencia y menor conocimiento del valor de los ingleses, y eran mas fervorosos y esforzados que considerados y sufridos, instaron grandemente en que luego se diese la batalla. Decian que las cosas de la guerra dependian mucho de la reputacion, y que se perderia si se rehusase la batalla, por entenderse que tenian miedo del enemigo y serian tenidos por cobardes y de ningun valor. Que si el ánimo no faltaba, sobraban las fuerzas y ciencia militar para desbaratar y vencer dos tantos ingleses que fuesen. Sobre todo que á tan justa demanda Dios no faltaria, y con su favor esperaban se alcanzaria una gloriosa victoria. Aprobó don Enrique este parecer: mandó marchar su campo la via de Alava para hacer rostro á algunas bandas de caballos ligeros del enemigo que se habian adelantado y robaban aquella tierra. Llegó con su ejército junto á Saldrian, y á vista del de su enemigo asentó su campo en un lugar fuerte (porque le guardaban las espaldas unas sierras que allí están) con que podia pelear con ventaja, si no le forzaban á desamparar aquel sitio.

Considerado esto, los ingleses levantaron sus reales y tiraron la via de Logroño, ciudad que tenia la voz de don Pedro, con intento de traer á don Enrique á la batalla, ó entrar en medio del reino por donde tenian esperanza que todas las cosas podrian acabar á su gusto. Entendido por don Enrique, que estaba en Navarrete, el fin del enemigo, volvió atrás camino de Nájara, que es una ciudad que se piensa ser la antigua Tritio Metallo en los Autrigones; y de que sea ella, no es pequeño indicio que dos millas de allí está una aldea que retiene el mismo nombre de Tritio. Esta ciudad alcanza muy lindo cielo y unos campos muy fértiles, y por muchas cosas es un noble pueblo, y con el suceso desta batalla se hizo mas famoso. Escribiéronse estos príncipes: cada cual daba á entender al otro la justicia que tenia de su parte, y que no era él la causa de esta guerra; antes la hacia forzado y contra su voluntad, y tenia mucho deseo y gana de que se concordasen, y no se viniese al riesgo y trance de la batalla por la lástima que significaban tener á la mucha gente inocente que en ella pereceria. Mas como quier que no se concordasen en el punto principal de la posesion del reino, perdida la esperanza de ningun concierto, ordenaron sus haces en guisa de pelear. Don Enrique puso á la mano derecha la gente de Francia, y con ella á su hermano don Sancho con la mayor parte de la nobleza de Castilla: á su hermano don Tello y al conde de Denia mandó que rigiesen el lado izquierdo: él con su hijo el conde don Alonso se quedó en el cuerpo de la batalla.

Los enemigos que serian diez mil hombres de á caballo y otros tantos infantes, repartieron, desta manera sus escuadrones. La avanguardia llevaban el duque de Alencastre, y Hugo Carbolayo que se era pasado á los ingleses: el conde de Armeñac y monsieur de Labrit iban por capitanes en el segundo escuadron, en el postrero quedaron el rey don Pedro y el príncipe de Gales y don Jaime hijo del rey de Mallorca, el cual despues que se soltó de la prision en que le tenia el rey de Aragon, casara con Juana reina de Nápoles. Halláronse en esta batalla trecientos hombres de á caballo navarros, que con su capitan Martin Enrique los envió el rey Carlos de Navarra en favor del rey don Pedro. Corria un rio en medio de los dos campos: pasóle don Enrique, y en un llano

que está de la otra parte, ordenó sus haces. En este campo se vinieron á encontrar los ejércitos con grandísima furia y ruido de las voces, de los combates, del quebrar de las lanzas y el disparar de las ballestas. El escuadron de la mano derecha que regia Beltran Claquin, sufrió valerosamente el ímpetu de los enemigos, y parecia que llevaba lo mejor; empero en el otro lado quitó don Tello á los suyos la victoria de las manos: con mas miedo que vergüenza volvió en un punto las espaldas, sin acometer á los enemigos ni entrar en la batalla. Como él y los suyos huyeron, dejaron descubiertos y sin defensa los costados de Beltran y de don Sancho, por donde pudieron fácilmente ser rodeados de los enemigos, y apretándolos reciamente por ambas partes, los vencieron y desbarataron.

Hízose gran matanza, y fueron presos muchos grandes y ricos hombres, entre ellos los capitanes mas principales del ejército. Don Enrique con mucho esfuerzo y valor procuró detener su escuadron que comenzaba á criar y retirarse: por dos veces metió su caballo en la mayor priesa de la batalla con grandísimo peligro de su persona; mas como quier que no pudiese detener á los suyos por la gran muchedumbre de enemigos que cargó sobre ellos y los desbarató (mal pecado) perdida del todo la esperanza de la victoria, se salió de la batalla y se acogió á Nájara: de allí por el camino de Soria se fue á Aragon acompañado de Juan de Luna y Fernan Sanchez de Tovar y Alfonso Perez de Guzman, y algunos otros caballeros de los suyos. A la entrada de aquel reino le salió á ver y consolar don Pedro de Luna, que despues en tiempo del gran scisma fue el papa Benedicto. No paró el rey don Enrique hasta que por los puertos de Jaca entró en el reino de Francia, sin detenerse en Aragon por no se fiar de aquel rey, si bien era su consuegro. Hallábase en gran cuita, poca esperanza de reparo: por semejantes rodeos lleva Dios á los varones escelentes por estos altos y bajos hasta ponerlos de su mano en la cumbre de la buena andanza que les está aparejada. Los demás de su ejército se huyeron por las villas y pueblos de aquella comarca, todos esparcidos sin quedar pendon enhiesto, ni compañía entera, ni escuadra que no fuese desbaratada.

Despues de la batalla hizo matar el rey don Pedro á Iñigo Lopez de Orozco, á Gomez Carrillo de Quintana, á Sancho Sanchez de Moscoso comendador de Santiago, y á Garci Jofre Tenorio hijo del almirante Alfonso Jofre, que todos fueron presos en la pelea: otros muchos dejó de matar por no los haber á las manos, que por ningun precio se los quisieron entregar los ingleses cuyos prisioneros eran; demás que el príncipe de Gales le reprendió con palabras casi afrentosas porque despues de alcanzada la victoria continuaba los vicios que le quitaban el reino. Uno de los presos fue don Pedro Tenorio adelante arzobispo de Toledo. Llevó en esta batalla el pendon de don Enrique Pero Lopez de Ayala, aquel caballero que escribió la historia del rey don Pedro, y fue uno de los presos. Por esta razon algunos no dan tanto crédito á su historia, como de hombre parcial: dicen que por odio que tenia al rey don Pedro encareció y fingió algunas cosas; á la verdad fue uno de aquellos contra quien en Alfaro él pronunció sentencia en que los dió por rebeldes y enemigos de la patria.

Dióse esta batalla sábado tres de abril deste año de 1367. Don Tello llevó á Burgos las tristes nuevas deste desgraciado suceso. La reina doña Juana mujer de don Enrique sabida la rota tuvo gran miedo de venir á manos de don Pedro: así ella y sus hijos con gran priesa se fueron de Burgos á la ciudad de Zaragoza. En esta sazon en Burgos se hallaban don Gomez Manrique arzobispo de Toledo, y don Lope Fernandez de Luna arzobispo de Zaragoza, que se quedaron con la reina. Estos la acompañaron en este viaje de Aragon: llegada allí, no halló en el rey tan buena acogida como pensaba; que es cosa comun y como natural en los hombres desamparar al caido, y hacer aplauso y dar favor al vencedor. Olvidado pues el rey de Aragon (1) ya de las amistades y confederaciones que tenia hechas con don Enrique, tenia propósito de moverse al son de la fortuna, y llegarse á la parte de los que prevalecian. A esta causa era ya venido en Aragon por embajador Hugo Carbolayo inglés: y porque no podian tan presto y fácilmente concluirse paces se hicieron treguas por algunos meses.

Despues de la victoria el rey don Pedro con todo su ejército se fué á Búrgos, prendió en aquella ciudad á Juan Cordollaco pariente del conde de Armeñac y arzobispo de Braga, que era de la parcialidad del rey don Enrique. Hízole el rey llevar al castillo de Alcalá de Guadayra y meterle en un silo, en que estuvo hasta la muerte del mismo don Pedro, cuando mudadas las cosas fue restituido en su libertad y obispado. El rey don Pedro sin embargo se hallaba muy congojado en trazar cómo podria juntar tanto dinero como á los ingleses de los sueldos debia y él recibió prestado del príncipe de Gales: no sabia asimismo como podria cumplir con él lo que le tenia prometido de darle el señorío de Vizcaya, porque ni los vizcainos que es gente libre y feroz, sufririan señor estraño, ni el tesoro y rentas reales, consumidos con tan escesivos gastos como con estas revoluciones se hicieron, no alcanzaban con gran parte á pagar la mitad de lo que se debia. Por esta causa con ocasion de ir á juntar este dinero se fue don Pedro muy apriesa á Toledo, de allí á Córdoba.

En esta ciudad en una noche hizo matar diez y seis hombres principales: cargábales fueron los primeros que en ella dieron entrada al rey don Enrique. En Sevilla mandó asimismo matar á Micer Gil Bocanegra y á don Juan hijo de Pero Ponce de Leon señor de Marchena, y á doña Urraca de Osorio madre de Juan Alfonso de Guzman, y á otras personas. A doña Urraca hizo quemar viva, fiereza suya, y ejecucion en que sucedió un caso notable. En la laguna propia en que hoy está plantada una grande alameda, armaron la hoguera. Una doncella de aquella señora por nombre Isabel Dávalos natural de Ubeda luego que se emprendió el fuego, se metió en él para tenella las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama: hazaña memorable, señalada lealtad, con que grandemente se acrecentó el odio y aborrecimiento que de atrás al rey tenian. Con los infortunios, destierro y trabajo que habia padecido, parece era razon hobiera ya corregido los vicios que de antes parecian tener escusa con la mocedad, licencia y libertad, si su natural no fuera tan malo. Por el contrario la afabilidad y buena condicion del rey don Enrique causaba que todos tenian lástima de sus desastres, y le amaban mas que antes: con esto se volvió á la plática de envialle á llamar y restituille en los reinos de Castilla. El rey de Navarra de Borgia, do le tenian arrestado, se vino despues de dada la batalla á Tudela, á Mosen Olivier que le hizo compañía en aquella villa, le hizo prender, y no le quiso soltar de la prision hasta que le entregó á su hijo el infante don Pedro, que quedó en Borgia para seguridad que se cumpliria lo que los dos capitularon.

Este mismo año que se dió la batalla de Nájara, falleció en Viterbo ciudad de Italia, el cardenal don Gil de Albornoz en veinte y cuatro dias del mes de agosto fiesta de San Bartolomé. Fue este prelado escelente varon, de gran valor y prudencia no menos en el gobierno que en las cosas de la guerra, muy

(1) No fue olvido sino que supo que el duque de Alencaster, hermano del príncipe de Gales, venia con su ejército vencedor á entrarse en el reino de Aragon.

querido de tres papas que alcanzó, Clemente, Inocencio y Urbano Quinto que á esta sazon gobernaba la iglesia Romana. Hizo guerra en Italia á los tiranos que tenian usurpadas muchas ciudades y tierras de la Iglesia, y con dichosas armas las restituyó al patrimonio y estado de San Pedro; con que abrió el camino á sus sucesores para que pasasen la silla apóstólica á la antigua ciudad de Roma, que no tardó mucho tiempo en cumplirse. Depositaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Asís: despues sosegadas las cosas de España con la muerte del rey don Pedro (por haberlo él así mandado en su testamento) le trasladaron á la ciudad de Toledo: está enterrado en la iglesia Mayor en la capilla de San Ildefonso. Concedió el romano pontífice indulgencias á los que le tragesen en hombros; y fue tanta la devocion de los pueblos, que por do quier que pasaba, salian á bandas á los caminos por ganar los perdones; y de esta manera le trajeron hasta Toledo.

CAPITULO XI.

Del maestre de San Bernardo.

El maestre de San Bernardo (dignidad cuyo nombre y noticia apenas ha llegado á nuestros tiempos) se halló en la batalla de Nájara con otros muchos en favor de don Enrique, donde fue preso y muerto por mandado del rey don Pedro, y le confiscaron muchos pueblos que poseia en las behetrías. No cuenta esto ninguno de los historiadores, sino solamente el despensero mayor de la reina doña Leonor, de quien arriba hicimos mencion. Verdad es que no escribe el nombre del maestre, ni qué principio ó autoridad tuviese esta dignidad, cosa en aquel tiempo muy sabida, al presente de todo punto olvidada: el tiempo todo lo gasta. Solo consta que este maestre era hombre de religion y eclesiástico, porque el rey don Pedro fue descomulgado por la muerte que le dió. Lo que yo sospecho es que cuando el rey don Pedro por consejo de Juan Alfonso de Alburquerque (como de suso se dijo) quiso incorporar las behetrías en la corona real, ó lo que es mas cierto, darlas á algunos señores particulares que las pretendian con mas codicia de estados que de hacer lo que era razon y justicia; entonces de su voluntad y con facultad del papa con color de religion se debieron de sujetar á la órden de San Bernardo á imitacion de los caballeros de Calatrava y Alcántara, y eligieron una cabeza con título que le dieron de maestre de San Bernardo para que como las demás religiones militares hiciesen guerra á los moros.

Este color y diligencia, aunque fue á propósito para que aquellos pueblos se mantuviesen en la libertad en que por tantos siglos inviolablemente se mantuvieron; dió empero ocasion para que el rey se indignase contra ellos: por esta causa creo yo que el dicho maestre se llegó á la parte de don Enrique: esto pudo ser, mas no es mas que conjetura y pensamiento. Lo que se sigue es cierto, que el sumo pontífice Urbano Quinto por esta muerte y porque tenia fuera de sus iglesias á los obispos de Calahorra y de Lugo, envió un arcediano con órden que le notificase como estaba descomulgado, y por tal le publicase. Este arcediano como quier que temiese la crueldad de don Pedro y el poco respeto que tenia á la Iglesia, usó con él de cautela y de maña; esto fue que se vino por el rio en una galeota muy ligera á Sevilla, y se puso á la ribera del campo de Tablada cerca de la ciudad: aguardó á que el rey pasase por aquella parte: sucedióle como lo deseaba: preguntóle si queria saber nuevas de Levante, que le diria cosas maravillosas y jamás oidas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el rey cerca para oirle, y él intimó entonces las bulas del papa: esto hecho, luego con grandísima velocidad se fue el rio abajo á vela y remo: ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del Océano volvian á bajar, así pudo mas ligeramente escaparse.

El rey enojóse mucho con la burla, y como fuera de sí, desnuda la espada, y arrimadas las espuelas al caballo se lanzó en el rio: tiró una gran cuchillada al arcediano, que por no le poder alcanzar dió en la galeota, sin desistir de seguille hasta tanto que el caballo no podia nadar de cansado: corriera gran peligro de ahogarse, si no le acorrieran prestamente con un barco en que le recogieron muy encolerizado. Decia á grandes voces que él quitaria la obediencia al papa que tan violenta y suciamente regia la Iglesia: procuraria otrosí que hiciesen lo mismo los reyes de Aragon y de Navarra; además que aquella injuria él la vengaria muy bien con las armas y con hacer guerra á sus tierras. Esto dijo con los ojos encarnizados y hechos áscuas, y con la voz múy fiera, alta y descompuesta: las afrentas, amenazas y desacatos que dijo contra el papa, mas le desdoraron á él que agraviaron al padre santo. Mandó luego apercebir una armada y hacer grandes llamamientos de gentes de guerra.

El papa vista la furiosa condicion del rey don Pedro, se determinó de aplacalle de la mejor manera que pudiese: para hacello con mayor autoridad le envió un legado que fue un sobrino suyo cardenal de San Pedro, que le absolvió de la escomunion, y hizo las amistades entre él y su tio, con estas condiciones: Que consumido el oficio y nombre de maestre de San Bernardo, todos aquellos pueblos de allí adelante tuviesen su antiguo nombre de behetrías y fuesen del patrimonio real, á tal empero que no pudiesen ser entonces ni en algun tiempo dados, ni vendidos, ni enajenados: guardóseles este respeto y preeminencia por ser bienes de religion y eclesiásticos. Demás desto que la tercera parte de las décimas que llevaba á la sazon el papa de los beneficios, fuese del rey para ayuda á la guerra de los moros. Que el papa otrosí sin consentimiento de los reyes de Castilla no pudiese en sus reinos dar obispados ni maestrazgos, ni el priorato de San Juan ni otros mayores beneficios. Esto se le concedió teniendo consideracion al sosiego comun y al bien general de la paz, puesto que era contra la costumbre y uso antiguo. Es cosa notable y maravillosa que por contemplacion ni respeto de ningun príncipe quisiese el papa perder en España tanto de su derecho y autoridad: en tanto se tuvo en aquella era el sanar la locura de un rey, que primero con sus trabajos y ahora con la victoria andaba desatinado.

CAPITULO XII.

Que don Enrique volvió á España.

Llegado don Enrique á Francia, no perdió el ánimo sabiendo cuán varias y mudables sean las cosas de los hombres, y que los valientes y esforzados hacen rostro á las adversidades, y vencen todas las dificultades en que la fortuna los pone; los cobardes desmayan y se rinden á los trabajos y desastres. El conde de Fox, á cuya casa primero aportó, le recibió muy bien y hospedó amigablemente, aunque con recelo no le hiciesen guerra los ingleses porque le favorecia. De allí fue á Villanueva, que es cerca de Aviñon, para hablar á Luis duque de Anjou y hermano del rey de Francia, en quien halló mejor acogimiento del que él podia esperar: socorrióle con dineros, y dióle consejos tan buenos que fueron parte para que sus cosas tuviesen el próspero suceso que poco despues se vió. Envió por inducimiento y aviso del duque con su embajada á pedir al rey de Francia

su ayuda y favor para volver á Castilla. Fue oido benignamente, y determinóse el rey de favorecelle: á la verdad la mucha prósperidad y buenos sucesos de los ingleses le tenian con mucho miedo y cuidado; tenia asimismo en la memoria los agravios que don Pedro le habia hecho, y la enemiga que tenia con él. Respondióle pues con mucho amor, y propuso de le ayudár con gente y dineros: dióle el castillo de Perapertusa en los confines de Ruysellon, en que tuviese á su mujer y hijos, ca desconfiados del rey de Aragon se retiraron á Francia: mandóle otrosí dar el condado de Seseno en que pudiese vivir en el entretanto que volvia á cobrar el reino de Castilla, de donde cada dia se venian á él muchos caballeros que fueron presos en la batalla de Nájara, y estaban ya rescatados, y librados de la crueldad del rey don Pedro; que los ingleses los escaparon de sus manos.

De los primeros que se pasaron y acudieron en Francia á don Enrique, fue don Bernal hijo del conde de Fox, señor de Bearne, á quien el rey don Enrique despues de acabada la guerra en remuneracion de este servicio le dió á Medinaceli con título de conde. Fue casado este príncipe con doña Isabel de la Cerda hija de don Luis y nieta de don Alonso de la Cerda el Desheredado; de quien los duques de Medinaceli (sin haber quiebra en la línea) se precian descender. Hallóse tambien con don Enrique el conde de Osona hijo de Bernardo de Cabrera, el cual despues que estuvo preso en Castilla, sirvió en la guerra á don Pedro por el gran sentimiento que tenia de la muerte de su padre: finalmente puesto en su entera libertad se pasó á don Enrique con propósito de servillo y seguir su fortuna hasta la muerte. Demás desto le avino bien á don Enrique en que el príncipe de Gales se volvió en estos dias á Guiena, enojado y mal satisfecho de don Pedro porque ni le entregó el señorío de Vizcaya que le prometió, ni le pagó los empréstitos que le hiciera, ni á muchos de los suyos el sueldo que les debia.

Demás desto en Castilla le comenzaba á ayudar la fortuna, ca muchos grandes y caballeros habian tomado su voz y hacian guerra á don Pedro, en particular se tenian por él las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, y las ciudades de Segovia, Avila, Palencia, Salamanca y la villa de Valladolid y otros muchos pueblos del reino de Toledo: cada dia se reforzaba mas su bando y parcialidad, su enemigo mismo le ayudaba con hacerse por momentos mas odioso con su mal modo de proceder y desvariados castigos que hacia en los suyos. Juntado pues don Enrique su ejército, entró en Aragon por las asperezas de los Pirineos llamadas Valdeandorra: pasó por aquel reino con tanta presteza que primero estuvo dentro de Castilla, que pudiese el rey de Aragon atajarle el paso, si bien puso para estorbársele toda la diligencia que pudo.

Llegado don Enrique á la ribera del rio Ebro, preguntó si estaba ya en tierra de Castilla: como les respondiesen que sí, se apeó de su caballo, y hincado de rodillas hizo una cruz en la arena y besándola dijo estas formales palabras: «Yo juro á esta significanza »de cruz que nunca en mi vida por necesidad que »me venga, salga de Castilla; antes que espere ahí la »muerte, ó estaré á la ventura que me viniere.» Fue importante esta ceremonia para asegurar los corazones de los que le seguian é inflamarlos en la aficion que le tenian. Vuelto á subir en su caballo, fue con todo su campo á Calahorra, que por aquella parte es la primera ciudad de Castilla: entró en ella el dia del arcángel San Miguel con mucho contento y regocijo de los ciudadanos y de muchos del reino que luego de todas partes le acudieron, ca andaban unos desterrados, y otros huidos de miedo de la crueldad del rey su hermano.

De Calahorra se partió á Burgos: allí fue recebido con una muy solemne procesion por el obispo, clerecia y ciudadanos de aquella ciudad. Halló en el castillo preso á don Felipe de Castro un grande del reino de Aragon casado con su hermana doña Juana, que le prendieron en la batalla de Nájara: mandóle luego soltar, y hízole donacion de la villa de Paredes de Nava y de Medina de Rioseco y de Tordehumos. Por el contrario prendió en el mismo castillo á don Jaime rey de Nápoles y hijo del rey de Mallorca, que se quedara en Burgos despues que se halló en la batalla por la parte del rey don Pedro, y ahora cuando vió que recebian á don Enrique se retiró al castillo para defenderse en él con el alcaide Alfonso Fernandez. Con el ejemplo de la real ciudad de Burgos otras muchas ciudades tomaron la voz de don Enrique, quitado el miedo que tenian: el cual no suele ser buen maestro para hacer á los hombres constantes en el deber y en hacer lo que es razon. Sosegadas las cosas en Burgos, pasó con su campo sobre la ciudad de Leon, que á cabo de algunos dias se le rindió á partido el postrero dia de abril del año de 1368.

En la imperial ciudad de Toledo unos querian á don Enrique, la mayor parte sustentaba la opinion de don Pedro, escarmentados del riguroso castigo que hizo allí los meses pasados, y de miedo de la gente de guerra que tenia allí de guarnicion, que eran muchos ballesteros, y seiscientos hombres de armas cuyo capitan era Fernando Alvarez de Toledo alguacil mayor de la misma ciudad. Tenia don Enrique en su ejército mil hombres de armas: con estos y con la infanteria que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo, y tenerla cercada. Tenia por cierto que apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demás le seria fácil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende á la parte del Setentrion á las aldas de la ciudad: puso muchas compañías en los montes que están de la otra parte del rio Tajo: este gran rio como con un compás rodea las tres cuartas partes de la ciudad, corre por la parte del Levante, y revuelve hácia Mediodia y Poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales á los otros, y se favoreciese en tiempo de necesidad, mandó fabricar un puente de madera que fue despues muy provechoso. Los toledanos sufrian constantemente el cerco, puesto que harto inclinados á don Enrique; mas no osaban admitille en la ciudad por miedo no lo pagasen los rehenes que consigo se llevara don Pedro, que eran los mas nobles de Toledo.

La ciudad de Córdoba en este tiempo, quitada la obediencia á don Pedro, seguia la parte de don Enrique con tanto pesar y enojo de su contrario que no dudó de pedir al rey de Granada le enviase su ayuda para irla á cercar. Envióle Mahomad gran número de moros ginetes, con que y su ejército puso en gran estrecho la ciudad, y la apretó de manera que un dia estuvo á punto de ser entrada, ca los moros á escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los cordobeses, considerado el peligro y cuán sin misericordia serian tratados si fuesen vencidos, y pelearon aquel dia con gran desesperacion, y rebatieron tan valerosamente los moros que mal de su grado los forzaron á salir de la ciudad: á muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos dellos hasta bien lejos. Señalóronse mucho este dia en valor las mujeres cordobesas, ca visto que era entrada la ciudad por los moros, no se escondieron, ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerzo salieron por las calles y á los lugares en que sus maridos y hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron á la pelea; con esto los cordobeses tomaron tanto brio y coraje que pudieron recobrar la ciudad que ya se perdia, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos.

Desesperados los reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco: don Pedro se fue á Sevilla á proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacia mas de espacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba: el rey de Granada sin que don Pedro le fuese á la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaen y Ubeda que á imitacion de Córdoba seguian el bando de don Enrique; taló otrosí lo mas de los campos del Andalucía con que llevaron los moros á Granada gran muchedumbre de cautivos, tanto que fue fama que en sola la villa de Utrera fueron mas de once mil almas las que cautivaron. Con esto toda la Andalucía se veia estar llena de llantos y miseria: por una parte los apretaban las armas de los moros, por otra la crueldad y fiereza de don Pedro.

CAPITULO XIII.

Que el rey don Pedro fue muerto.

El rey don Pedro desamparado de los que le podian ayudar, y sospechoso de los demás, lo que solo restaba, se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos, y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla: sabia muy bien que los reinos se sustentan y conservan mas con la fama y reputacion que con las fuerzas y armas. Teníale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo: estaba aquejado, y pensaba cómo mejor podria conservar su reputacion: esto le confirmaba mas en su propósito de ir en busca de su enemigo y dalle la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla: decíanle que se destruia, y se iba derecho á despeñar; que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército, y esperar las gentes que cada dia vendrian de sus amigos y de los pueblos que tenian su voz. Esto que le aconsejaban, era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegaran la grandeza de sus maldades, y la divina justicia ya determinada de muy presto castigallas.

Estando en este aprieto sucedióle otro desastre, y fue que Victoria, Salvatierra y Logroño que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del rey de Navarra, y por falta de socorro por estar don Pedro tan lejos, se entregaron al Navarro. Ayudó á esto don Tello, el cual si estaba mal con don Pedro, no era amigo de su hermano don Enrique, y así se entretenia en Vizcaya sin querer ayudar á ninguno de los dos. Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuviese (como dijimos) dividida en aficiones, algunos de los que favorecian á don Enrique, intentaron de apoderalle de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los Abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron dalle entrada en la ciudad por el puente de San Martin, sobre lo cual los de un bando y del otro vinieron á las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el rey don Pedro, dióse muy mayor priesa á irla á socorrer, por no hallarla perdida cuando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus tesoros, y con sus hijos don Sancho y don Diego llevallos á Carmona, que es una fuerte y rica villa del Andalucía y está cerca de Sevilla.

Hecho esto, juntó arrebatadamente su ejército, y aprestó su partida para el reino de Toledo. Llevaba en su campo tres mil hombres de á caballo; pero la mitad dellos (mal pecado) eran moros, y de quien no se tenia entera confianza, ni se esperaba que pelearian con aquel brio y gallardia que fuera necesario. Dícese que al tiempo de su partida consultó á un moro sabio de Granada llamado Benagatin, con quien tenia mucha familiaridad; y que el moro le anunció su muerte por una profecía de Merlin hombre inglés que vivió antes de este tiempo como cuatrocientos años: La profecia contenia estas palabras: «En las partes de Occidente, entre los montes y el mar, nacerá una ave negra, comedora y robadora, y tal que »todos los panales del mundo querrá recoger en sí, »todo el oro del mundo querrá poner en su estómago, »y despues gormarlo há, y tornará atrás. Y no perecerá luego por esta dolencia, caérsele han las péñolas, y sacarle han las plumas al sol, y andará de »puerta en puerta, y ninguno la querrá acoger, y »encerrarse há en la selva, y allí morirá dos veces, »una al mundo y otra á Dios, y de esta manera acabará.» Esta fue la profecía, fuese verdadera ó ficcion de un hombre vanísimo que le quisiese burlar: como quiera que fuese, ella se cumplió dentro de muy pocos dias.

El rey don Pedro con la hueste que hemos dicho, bajó del Andalucía á Montiel, que es una villa en la Mancha y en los oretanos antiguos, cercada de muralla, con su pretil, torres y barbacana, puesta en un sitio fuerte y fortalecida con un buen castillo. Sabida por don Enrique la venida de don Pedro, dejó a don Gomez Manrique arzobispo de Toledo para que prosiguiese el cerco de aquella ciudad, y él con dos mil y cuatrocientos hombres de á caballo, por no esperar el paso de la infantería, partió con gran priesa en busca de don Pedro. Al pasar por la villa de Orgaz, que está cinco leguas de Toledo, se juntó con él Beltran Claquin con seiscientos caballos extranjeros que traia de Francia: importantísimo socorro y á buen tiempo, porque eran soldados viejos, y muy ejercitados y diestros en pelear. Llegaron al tanto allí don Gonzalo Mejía maestre de Santiago y don Pedro Muñiz maestre de Calatrava, y otros señores principales que venian con deseo de emplear sus personas en la defensa y libertad de su patria.

Partió don Enrique con esta caballería: caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos antes que tuviesen nuevas ciertas que eran partidos de Toledo. Ellos cuando vieron que tenian tan cerca á don Enrique, tuvieron gran miedo, y pensaron no hobiese alguna traicion y trato para dejarlos en sus manos: á esta causa no se fiaban los unos de los otros, recelábanse tambien de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha priesa y turbacion hicieron recoger los mas de los soldados que tenian alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos dellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor y menos gana con que servian. Al salir del sol formaron sus escuadrones de ambas partes, y animaron sus soldados á la batalla. Don Enrique habló á los suyos en esta sustancia: «Este dia, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honra »y reino, ó nos lo ha de quitar. No nos puede suceder mal porque de cualquiera manera que nos avenga »seremos bien librados: con la muerte saldremos »de tan inmensos é intolerables afanes como padecemos; con la victoria daremos principio á la libertad y descanso que tanto tiempo ha deseamos. No »podemos entretenernos ya mas, si no matamos á »nuestro enemigo: él nos ha de hacer perecer de tal »género de muerte, que la tenemos por dichosa y »dulce si fuere ordinaria, y no con crueles y bárbaros tormentos. La naturaleza nos hizo gracia de la »vida con un necesario tributo que es la muerte: esta »no se puede escusar, empero los tormentos, las des»honras, afrentas é injurias evitáralas vuestro es»fuerzo y valor. Hoy alcanzareis una gloriosa victoria, »ó quedareis como honrados y valerosos tendidos en »el campo. No vean tal mis ojos, no permita vuestra »bondad, Señor, que perezcan tan virtuosos y leales »caballeros. ¿Mas qué muerte tan desastrada y mise»rable nos puede venir que sea peor que la vida acosada que traemos? No tenemos guerra con enemigo »que nos concederá partidos razonables, ni aun una »tolerable servidumbre cuando queramos ponernos »en sus manos: ya sabeis su increible crueldad, y »teneis bien á vuestra costa esperimentado cuán

»poca seguridad hay en su fe y palabra. No tiene me»jor fiesta ni mas alegre que la que solemniza con »sangre y muertes, con ver destrozar los hombres »delante de sus ojos. Por ventura habémoslo con al»gun malvado y perverso tirano, y no con una inhu»mana y feroz bestia, que parece ha sido agarrocha»da en la leonera para que de allí con mayor braveza »salga á hacer nuevas muertes y destrozos? Confio »en Dios y en su apóstol Santiago que ha caido en la »red que nos tenia tendida, y que está encerrado don»de pagará la cruel carnicería que en nos tiene he»cha: mirad, mis soldados, no se os vaya: detenedla, »no la dejeis huir, no quede lanza, ni espada que »no pruebe en ella sus aceros. Socorred por Dios á »nuestra miserable patria, que la tiene desierta y »asolada: vengad la sangre que ha derramado de »vuestros padres, hijos, amigos y parientes. Confiad »en nuestro Señor, cuyos sagrados ministros sacrí»legamente ha muerto, que os favorecerá para que »castigueis tan enormes maldades, y le hagais un »agradable sacrificio de la cabeza de un tal mónstruo »horrible, y fiero tirano.»

Acabada la plática, luego con gran brio y alegría arremetieron á los enemigos: hirieron en ellos con tan gran denuedo que sin poder sufrir este primer ímpetu en un momento se desbarataron. Los primeros huyeron los moros, los castellanos resistieron algun tanto; mas como se viesen perdidos y desamparados, se recogieron con el rey don Pedro en el castillo de Montiel. Murieron muchos de los moros en la batalla, muchos mas fueron los que perecieron en el alcance; de los cristianos no murió sino solo un caballero. Ganóse esta victoria un miércoles catorce dias de marzo del año de 1369. Don Enrique visto como don Pedro se encerró en la villa, á la hora le hizo cercar de una horma, pared de piedra seca, con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados á padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenian, les dañó de industria (á lo que parece) algun soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco.

Don Pedro entendido el peligro en que estaba, pensó como podria huirse del castillo mas á su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara: decíase Men Rodriguez de Sanabria: por medio deste hizo á Beltran Claquin una gran promesa de villas y castillos y de docientas mil doblas castellanas, á tal que dejado á don Enrique le favoreciese y le pusiese en salvo. Estrañó esto Beltran: decia que si tal consintiese, incurria en perpetua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodriguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien mas se fiaba, le aconsejaron que contase á don Enrique todo lo que en este caso pasaba: tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas lo persuadió á que con trato doble hiciese venir á don Pedro á su posada, y le prometiese haria lo que deseaba: concertaron la noche: salió don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban: entró en la estancia de Beltran Claquin con mas miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenia, dicen se le aumentó un letrero que leyó poco antes, escrito en la pared de la torre del homenaje del castillo de Montiel, que contenia estas palabras: «esta es la torre de la estrella.» ca ciertos astrólogos le pronosticáran que moriria en una torre deste nombre. Ya sabemos cuan grande vanidad sea la destos adevinos, y como despues de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejas.

Lo que se refiere que le pasó con un judío médico, es cosa mas de notar. Fue así que por la figura de su nacimiento le habia dicho que alcanzaria nuevos reinos, y que seria muy dichoso. Despues cuando estuvo en lo mas áspero de sus trabajos, díjole: Cuán mal acertastes en vuestros pronósticos. Respondió el astrólogo: Aunque mas yelo caiga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar. Dió por estas palabras á entender que la voluntad y acciones de los hombres son mas poderosas que las inclinaciones de las estrellas.

Entrado pues don Pedro en la tienda de don Beltran, díjole que ya era tiempo que se fuesen: en esto entró don Enrique armado; como vió á don Pedro su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado: la grandeza del hecho le tenia alterado y suspenso, ó no le conocia por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes, entre miedo y esperanza vacilaban. Un caballero francés dijo á don Enrique señalando con la mano á don Pedro: Mirad que ese es vuestro enemigo. Don Pedro con aquella natural ferocidad que tenia, respondió dos veces: Yo soy, yo soy. Entonces don Enrique sacó su daga, y dióle una herida con ella en el rostro: vinieron luego á los brazos, cayeron ambos en el suelo: dicen que don Enrique debajo, y que con ayuda de Beltran, que les dió vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas con que le acabó de matar: cosa que pone grima: un rey, hijo y nieto de reyes revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo: estraña hazaña! A la verdad cuya vida fue tan dañosa para España, su muerte le fue saludable: y en ella se echa bien de ver que no hay ejércitos, poder, reinos, ni riquezas que basten á tener seguro á un hombre que vive mal é insolentemente. Fue este un estraño ejemplo para que en los siglos venideros tuviesen que considerar, se admirasen y temiesen; y supiesen tambien que las maldades de los príncipes las castiga Dios no solamente con el odio y mala voluntad con que mientras viven son aborrecidos, ni solo con la muerte, sino con la memoria de las historias, en que son eternamente afrentados y aborrecidos por todos aquellos que las leen; y sus almas sin descanso serán para siempre atormentadas. Frossarte historiador francés deste tiempo dice que don Enrique al entrar de aquel aposento dijo: donde está el hideputa judío, que se llama rey de Castilla? y que don Pedro respondió: Tú eres el hideputa, que yo hijo soy del rey don Alonso. Murió don Pedro en veinte y tres dias del mes de marzo en la flor de su edad de treinta y cuatro años y siete meses: reinó diez y nueve años menos tres dias. Fue llevado su cuerpo sin ninguna pompa funeral á la villa de Alcocer, do le depositaron en la iglesia de Santiago. Despues en tiempo del rey don Juan el Segundo le trasladaron por su mandado al monasterio de Santo Domingo el real de Madrid de la órden de los predicadores. Prendieron despues de muerto el rey don Pedro á don Fernando de Castro, Diego Gonzalez de Oviedo hijo del maestre de Alcántara, y Men Rodriguez de Sanabria, que salieron con él de la villa para tenelle compañía. Estos tiempos tan calamitosos y revueltos no dejaron de tener algunos hombres señalados en virtud y letras: uno destos fue don Martin Martinez de Calahorra canónigo de Toledo, y arcediano de Calatrava dignidad de la santa iglesia de Toledo, que está enterrado en la capilla de los reyes viejos de aquella iglesia con un letrero en su sepulcro, que dice como por honra de la santidad y grandeza de la iglesia de Toledo, no quiso aceptar el obispado de Calahorra para el cual fue elegido en concordia de todos los votos del cabildo de aquella iglesia.

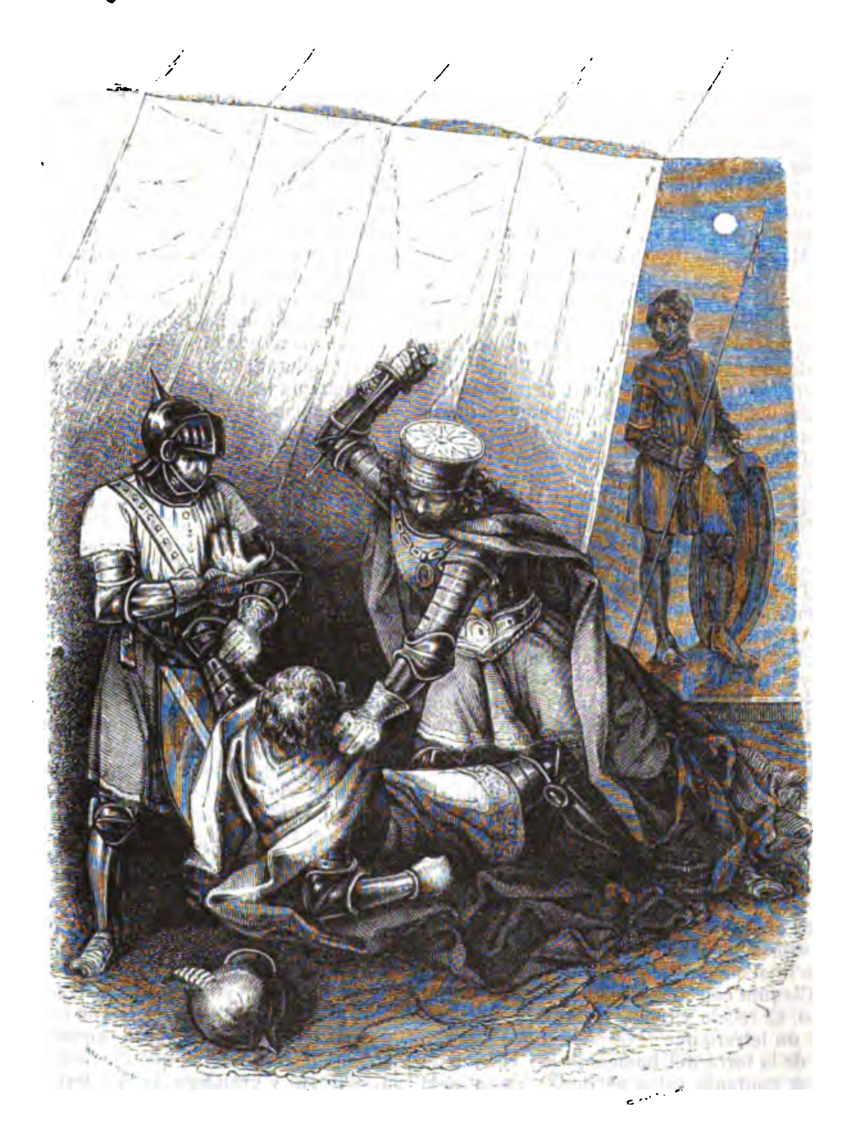
CAPITULO XIV.

Que don Enrique se apoderó de Castilla.

Con la muerte del rey don Pedro enriquecieron unos y empobrecieron otros: tal es la usanza de la

guerra, y mas de la civil: todas las cosas en un momento se trocaron en favor del vencedor; dióse á la hora Montiel. Llegada la nueva de lo sucedido á Toledo, tuvieron gran temor los vecinos de aquella ciudad. Padecian á la sazon necesidad de bastimentos: acordaron de hacer sus pleitesías con los de don Enrique que los tenia cercados; entregáronles la ciudad y todos se pusieron en la merced del nuevo rey, pues con la muerte de don Pedro se entendia quedaban libres del homenaje y fidelidad que le prometieran. Entre los príncipes extranjeros se levantó una nueva contienda sobre quien tenia mejor derecho á los reinos de Castilla. Convenian todos en que don Enrique no tenia accion á ellos por el efecto de su nacimiento: demás desto cada uno pensaba quedarse en estas revueltas con lo que mas pudiese apañar; que desta suerte se suelen adquirir nuevos reinos y aumentarse los antiguos.

El rey de Navarrá, segun poco ha dijimos, se apoderara de muchos y buenos pueblos de Castilla: al rey de Aragon por traicion de los alcaides se le entregaron Molina, Cañete y Requena; el rey de Portugal pretendia toda la herencia y sucesion, y se intitulaba rey de Castilla y de Leon por ser sin contradiccion alguna bisnieto del rey don Sancho, nieto de doña Beatriz su hija: teníanse ya por él Ciudad-Rodrigo, Alcántara y la ciudad de Tuy en Galicia. El rey de Granada tramaba nuevas esperanzas receloso por la constante amistad que guardó á don Pedro. La mayor tempestad de guerra que se temia, era de Ingalaterra y Guiena, á causa que Juan duque de Alencastre hermano del príncipe de Gales se casara con doña Constanza hija del rey don Pedro, y el conde Cantabrigense hermano tambien del mismo príncipe tenia por mujer á doña Isabel hija menor del mismo, habidas ambas en doña María de Padilla. Desta suerte



Muerte del rey don Pedro.

dentro del nobilísimo reino de Castilla se temian discordias civiles, y de fuera le amenazaban grandes movimientos y asonadas nuevas de guerras.

El remedio que estos temores tenian, era con presteza ganar las voluntades de las ciudades y grandes del reino. Como don Enrique fuese sagaz, y entendiese que era esto lo que le cumplia, luego que puso cobro en Montiel, se partió sin detenerse á

Sevilla, do fue recebido con gran triunfo y alegría. Todas las ciudades y villas del Andalucía vinieron luego á dalle la obediencia, escepto la villa de Carmona, en que don Pedro dejó sus hijos y tesoros y por guarda al capitan Martin Lopez de Córdova maestre que se llamaba de Calatrava; que todavía hacia las partes de don Pedro aunque muerto. En los dias que el rey don Enrique estuvo en Sevilla, por no tener á un tiempo guerra con tantos enemigos pidió treguas al rey moro de Granada, no sin diminucion y nota de la magestad real; mas la necesidad que tenia de asegurar y confirmar el nuevo reinado, le compelió á que disimulase con lo que era autoridad y pundonor.

No se concluyó desta vez nada con el moro: por esto puesto buen cobro en las fronteras, y asentadas las cosas de Andalucía; el nuevo rey volvió á Toledo por tener aviso que de Burgos eran allí llegados la reina su mujer, y el infante su hijo. En esta ciudad se buscó traza de allegar dineros para pagar el sueldo que se debia á los soldados estraños, y lo que se prometió á Beltran Claquin en Montiel por el buen servicio que hizo en ayudar á matar al enemigo. Juntóse lo que mas se pudo, del tesoro del rey, y de los cogedores de las rentas reales. Todo era muy poco para hartar la codicia de los soldados y capitanes estraños, que decian públicamente y se alababan tuvieron el reino en su mano, y se le dieron á don



Copia de la estatua sepulcral del rey don Pedro que hay en el convento de Santo Domingo el Real de Madrid.

Enrique; palabras al rey afrentosas, y para el reino soberbias: la dulzura del reinar hacia que todo se llevase fácilmente. Para proveer en esta necesidad hizo el rey labrar dos géneros de moneda (1), baja de ley y mala, llamada cruzados la una, y la otra reales: traza con que de presente se sacó grande interés, y con que salieron del aprieto en que estaban; pero para lo de adelante muy perniciosa y mala, porque á esta causa los precios de las cosas subieron á cantidades muy escesivas (2). Desta manera casi siempre las trazas que se buscan para sacar dineros del pueblo, puesto que en los principios parezcan acertadas, al cabo vienen á ser dañosas, y con ellas quedan las provincias destruidas y pobres.

Todas estas dificultades vencian la afabilidad, blandura y suave condicion de don Enrique, sus buenas y loables costumbres; que por escelencia le llamaban el Caballero: ayudábanle otrosí á que le tuviesen respeto y aficion la magestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenia grande autoridad y gravedad en su persona. Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y aficion que por ellas el pueblo le tenia, las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacia. Por donde entre los reyes de Castilla él solo tuvo por renombre el de las Mercedes: honroso título, con que le pagaron lo que merecia la liberalidad y franqueza que con muchos usaba. A la verdad fuéle necesario hacerlo desta manera para asegurar mas el nuevo reino, y gratificar con estados y riquezas á los que le ayudaron á ga-

(1) Fueron tres especies de moneda: reales, cruzados y coronas, y se hizo principalmente para pagar al duque M. Beltran.

(2) Entre las 68 leyes que hicieron las córtes que el rey celebró en Toro el dia 1.º de setiembre de 1369 algunas fijaron los precios de ciertos artículos sobre que especulaba la avaricia.

narle, y tuvieron su parte en los peligros: ocasion de que en Castilla muchos nuevos mayorazgos resultaron estados y señoríos.




Moneda de don Enrique II.

Avivábanse en este tiempo las nuevas de la guerra que hacian en las fronteras los reyes de Portugal y de Aragon: proveyó á esto prestamente con un buen ejército que envió á la frontera de Aragon, cuyos capitanes Pero Gonzalez de Mendoza, Alvar García de Albornoz cobraron á Requena, echados della los soldados aragoneses. El por su persona fue á Galicia, en que tenia nuevas que andaban los portugueses esparcidos y desmandados, y con gran descuido; y que por ir cargados de lo que robaban en aquella tierra, podrian fácilmente ser desbaratados: cercó en el camino á Zamora, y sin esperar á ganarla entró en Portugal por aquella parte que está entre los rios Duero y Miño, que es una tierra fértil y abundosa: destruyó y corrió los campos de toda aquella comarca, quemó y robó muchas villas y aldeas, ganó las ciudades de Braga y Berganza. Desta manera puesto grande espanto en los portugueses, y vengadas las demasías y osadía que tuvieron de entrar en su reino, se volvió para Castilla: hallóse con el rey don Enrique en esta guerra su hermano el conde don Sancho, ya rescatado por mucho precio de la prision en que estuvo en poder de los ingleses despues que le prendieron en la batalla de Nájara.

El rey de Portugal no se atrevió á pelear con don Enrique, aunque antes le enviara á desafiar, por no estar tan poderoso como él, ni se le igualaba en la ciencia militar, ni en la esperiencia y uso de las cosas de la guerra. Valió á los portugueses la nueva que don Enrique tuvo de los daños y robos que el rey de Granada hacia en el Andalucía, junto con la pérdida de la ciudad de Algecira que el moro tomó y la echó por el suelo de manera tal que jamás se volvió á reedificar: debiéralo de hacer en venganza de las muchas vidas de moros que aquella ciudad costara. Demás desto el rey tenia necesidad de volver á Castilla para proveer todavía de dineros con que pagar los soldados estraños, y despachar á Beltran, que en esta sazon era solicitado del rey de Aragon para que pasase en Cerdeña á castigar la gran deslealtad del juez de Arborea Mariano, que de nuevo andaba alzado en aquella isla, y tenia ganados muchos pueblos, y se entendia aspiraba á hacerse señor de toda ella.

Habia enviado el rey de Aragon contra él á don Pedro de Luna señor de Almonacir, el cual sin embargo que tenia parentesco de afinidad con Mariano, por estar casado con doña Elfa parienta suya, le apretó reciamente en los principios, y puso brevemente en tanto estrecho que por no se atrever á esperar en el campo, aunque tenia mayor ejército que el Aragonés se encerró dentro los muros de la ciudad de Oristan. Túvole don Pedro cercado muchos dias; y como quier que por tener en poco al enemigo, en sus reales faltase la guarda y vigilancia que pide la buena disciplina militar, el juez que estaba siempre alerta y esperaba la ocasion para hacer un notable hecho, salió repentinamente con su gente, y dió tan de rebato sobre sus enemigos, y con tan grande presteza que primero vieron ganados sus reales, presos y muertos sus compañeros, que supiesen que era lo que venia sobre ellos. Finalmente fue desbaratado todo el ejército, y muerto el general don Pedro de Luna, y con él su hermano don Filipe.

Pasados algunos dias, Brancaleon Doria, que en estas revoluciones seguia la parcialidad del señor de Arborea, quier por algun desabrimiento que con él tuvo, quier con esperanza de mayor remuneracion se reconcilió con el rey: con que alcanzó no solamente perdon de los delitos que tenia cometidos, sino tambien favores y mercedes. Poco tiempo despues el juez de Arborea forzó á la ciudad de Sacer, que es la mas principal de Cerdeña, á que se le rindiese: con que se perdió tanto como fue de provecho reducirse al servicio del rey de Aragon un señor tan poderoso é importante como era Brancaleon. Estuvo entonces esta isla á pique de perderse: para entretenerla lo mejor que ser pudiese mientras el rey iba á socorrella, envió allá por capitan general á don Berenguel Carroz conde de Quirra: fuera desto con grandes promesas solicitó á Beltran Claquin quisiese pasar en Cerdeña y tomar á su cargo aquella guerra. Era muy honroso para él que los príncipes de aquel tiempo le hacian señor de la paz y de la guerra, y que tenia en su mano el dar y quitar reinos.

Estaba para conceder con los ruegos del rey de Aragon, cuando otra guerra mas importante que en aquella coyuntura se levantó en Francia, se lo estorbó, y llevó á su tierra. Los pueblos del ducado de Guiena se hallaban muy fastidiados y querellosos del gobierno de los ingleses, que les echaron un intolerable pecho que se cobraba de cada una de las familias; esto para restaurar los escesivos gastos que el rey Eduardo hiciera en la entrada de su hijo el príncipe de Gales en España cuando restituyó en su reino de Castilla á don Pedro. Llevaron muy mal esta carga los guieneses, y lamentaban la opresion y servidumbre: mas les faltaba cabeza que los favoreciese y acaudillase, que no gana de rebelarse. No tenian otro príncipe mas á propósito á quien se entregar, que el rey de Francia: avisáronle de su determinacion, y suplicáronle tuviese lástima de aquel noble estado que en otro tiempo fue de su corona, y al presente le tenian tiranizado y en su poder sus capitales enemigos.

Pareció al Francés que era esta buena ocasion para pagarse de lo que los ingleses hicieron en la batalla de Potiers. Por esto holgó con la embajada, y los animó y confirmó en su propósito: prometióles de encargarse de su defensa; que les exhortaba no dudasen de echar de su tierra los presidios de los ingleses, que él los socorreria con un buen ejército. Animáronse con esto los guieneses, los primeros que arbolaron banderas y tomaron cajas por Francia, fueron los de Cahors. El rey visto que ya estaba rompida la guerra, y que para empresa de tan gran riesgo é importancia le faltaba un prudente y esperimentado capitan de quien se pudiese fiar, juzgó que Beltran Claquin era el mejor de los que podia escoger, y el que con mas amor y lealtad le serviria. Con este acuerdo le envió á llamar á España: juntamente rogó al rey de Navarra se fuese á ayudar en esta guerra. Determinóse el Navarro de pasar á Francia, dado que á la sazon tenia en Aragon á Juan Cruzate dean de Tudela para que tratase de confederalla con aquel rey. Dejó en Navarra por gobernadora del reino á la reina doña Juana su mujer; y partido

de España, se quedó en Chireburg, una villa fuerte de su estado que está en Normandía. No se atrevió á fiarse del rey de Francia por las antiguas contiendas que entre sí tuvieran: demás desto como hombre astuto queria desde allí estarse á la mira sin arriscarse en nada (propio de gente doblada) y visto en qué paraban estos movimientos, despues inclinarse á aquella parte de que con menos costa y peligro pudiese sacar mayor ganancia é interés.

Procuraba el rey de Francia amansar y sosegar la feroz é inquieta condicion del Navarro, por saber que muchas veces de pequeñas ocasiones suelen resultar irreparables daños y mudanzas notables de reinos: envióle con este fin una amigable embajada con ciertos caballeros principales de su córte. Poco se hacia por medio de los embajadores: acordaron de hablarse en Vernon, que es una villa asentada en la ribera del rio Seina ó Secuana en los confines de los estados de ambos reyes. Concertaron en aquellas vistas que el rey de Navarra dejase al de Francia las villas de Mante y Meulench, y el condado de Longavilla, que eran los pueblos sobre que tenian diferencia; y que el rey de Francia diese en recompensa al Navarro la baronía y señorío de Mompeller; empero estas vistas y conciertos se hicieron mas adelante de donde ahora llega nuestra historia, que fue en el año de mil y trecientos y setenta y cinco. Volvamos á lo que se queda atrás, y lo que pasaba en Castilla.

CAPITULO XV.

Cómo murió don Tello.

Muy alegre se hallaba don Enrique con la victoria que alcanzó de su enemigo: su fama se estendia y volaba por toda Europa, como del que fundara en España un nuevo y poderoso reino, bien que por estar rodeado de tantos enemigos no dejaba de ser molestado de varios y enojosos pensamientos. Representábasele que muchas veces un pequeño yerro suele estragar y ser ocasion que se pierdan poderosos estados. Todos los buenos en Castilla le querian bien y se agradaban de su señorio: no era posible tenellos á todos contentos, forzosamente los que tenian recebidas algunas mercedes de don Pedro, ó por su muerte perdieron sus comodidades é intereses, defendian las partes del muerto, y les pesaba del buen suceso de don Enrique. Los portugueses tenian en este tiempo en Ciudad-Rodrigo una buena guarnicion de hombres y armas: dende hacian grandes daños en las tierras de Castilla, corrian los campos, robaban y quemaban las aldeas, con que los labradores, como mas sugetos á semejantes daños, eran malamente molestados.

Para remedio de estos males y reducir á su servicio esta ciudad, que es de las mas principales de aquella comarca, el rey con toda su hueste la cercó en el principio del año de 1370. Pensaba hallarla desapercebida, y hacer que por fuerza ó de grado se la entregasen: hallóse en todo engañado, la ciudad bien prevenida, y se la defendieron valerosamente los portugueses, por donde el cerco duró mas tiempo de lo que el rey tenia imaginado: la aspereza de aquel invierno fue grande, no pudo por ende el ejército estar mas en campaña, y fue forzoso levantar el cerco é irse á Medina del Campo á esperar el buen tiempo. Tuvo córtes en aquella villa. Lo principal que de ellas resultó, fue un gran socorro y servicio de dineros que los procuradores de las ciudades le hicieron para que acabase de allanar el reino, por ser ya consumido lo que montaron los intereses que se sacaron de las monedas de cruzados y reales (que el año pasado se acuñaron y arrendaron) gastados en pagar sueldos y premiar capitanes, y en satisfacer su demasiada codicia.

Debíansele á Beltran Claquin ciendo y veinte mil doblas que le prometió don Enrique porque le entregase en Montiel al rey don Pedro, que para en aquella era fue una grandísima cantía. Dióle en precio de las setenta mil á don Jaime hijo del rey de Mallorca y rey de Nápoles, que era el rescate que la reina su mujer señora riquísima tenia prometido: lo demás se le dió en oro de contado, y ultra de sus pagas le hizo el rey merced de la ciudad de Soria, y de las villas de Almazan, Atienza, Montagudo, Molina y Seron. Con estas riquezas y grande estado que por su valor adquirió, ganada ultra desto una fama y gloria inmortal, se volvió á nuevas esperanzas que se le representaban en Francia. Maurello Fienno que era condestable de Francia, hizo dejacion del cargo; con que el rey le proveyó á don Beltran: él con su valor reprimió los brios de los ingleses que abrasaban todo aquel reino, y alcanzó dellos grandes victorias, unas con esfuerzo y otras con industria y arte, con que restituyó á su gente la honra y gloria militar perdida de tantos años atrás.

En el mes de julio deste año se concordaron en Tortosa los aragoneses y navarros, y se aliaron: la voz era favorecerse los unos á los otros contra sus enemigos; en realidad de verdad no era otra cosa sino juntar sus fuerzas para hacer guerra á don Enrique. Fueron entonces restituidas por la reina de Navarra al rey de Aragon las villas de Salvatierra y la Real, que antiguamente eran de aquel reino: hicieron este acuerdo con los aragoneses don Bernardo Folcaut obispo de Pamplona, y Juan Cruzate dean de Tudela, á quien el rey Carlos de Navarra al tiempo de su partida dejó por consejeros y coadjutores de la reina para la gobernacion del reino. En Castilla consultaba el rey á cuál parte seria mejor acudir primero: resolvióse en enviar á Galicia á Pedro Manrique adelantado de Castilla, y á Pedro Ruiz Sarmiento adelantado de Galicia, que llevaron algunas compañías de hombres de armas y otras de infanteria para defender aquella comarca de los portugueses, que se apoderaran de las ciudades de Compostella, Tuy, y del puerto de la Coruña: envió asimismo á mandar á su hermano don Tello que él por su parte fuese á la defensa de aquella provincia.

Despachados estos socorros para Galicia, y despedidas las córtes, partióse luego á Sevilla con la fuerza de su ejército. A la verdad en el Andalucía era la mayor necesidad que se tenia de su persona, por la guerra que en ella hacian los moros, y estar todavía Carmona rebelada, y la armada de Portugal que por aquella costa hacia mucho daño y tenia tomada la boca del rio Guadalquivir. Fueron en esta coyuntura muy á propósito las treguas que los maestres de Santiago y Calatrava asentaron con el rey de Granada: recibió gran contento el rey don Enrique con esta nueva, porque si en un mismo tiempo fuera acometido de tantos enemigos, parece que no tuviera bastantes fuerzas para podellos resistir á todos, dividido su ejército en tantas partes. Traian los portugueses en su armada diez y seis galeras y veinte y cuatro naves: mandó el rey en Sevilla echar veinte galeras al agua, que no se pudieron poner todas en órden de navegar por falta de remos y jarcias, que los tenian dentro de Carmona por órden del rey don Pedro que las mandó allí guardar para quitar la navegacion á Sevilla, si se intentase rebelar. Por esto hizo venir de la costa de Vizcaya otra armada de navíos y galeras, con que los castellanos quedaron tanto mas poderosos en el mar, que los portugueses no osaron esperar la batalla; antes perdidas tres galeras y dos navíos que les tomaron los contrarios, se volvieron desbaratados á Portugal.

A este tiempo se hallaba menoscabada la flota portuguesa á causa que algunas de las galeras eran idas á Barcelona á llevar á don Martin obispo de Ebora, y á don Juan obispo de Silves, y á fray Martin abad de

monasterio de Alcobaza, y á don Juan Alonso Tello conde de Barcelos, que iban por embajadores para hacer alianza con el rey de Aragon. Mediante la diligencia destos prelados y del conde se confederaron estos reyes contra don Enrique, en esta forma: que el reino de Murcia y la ciudad de Cuenca, y todas las villas y castillos de aquella comarca fuesen para el rey de Aragon, lo demás de Castilla quedase por el rey de Portugal, como señor y rey que ya se intitulaba de Castilla: item que para mayor firmeza desta avenencia tomase el rey de Portugal por mujer á la infanta doña Leonor hija del rey de Aragon con cien mil florines de dote: conciertos que no tuvieron efecto por causa que el rey de Portugal se embebeció en otros amores, y aun se casó de secreto con doña Leonor Tellez de Meneses hija de Alonso Tello hermano del conde de Barcelos; asimismo el rey de Aragon aflojó en lo tocante á la guerra de Castilla por el peligro en que tenia su isla de Cerdeña, que le traia en gran cuidado.

Por estos dias en quince del mes de octubre murió en Galicia don Tello señor de Vizcaya: fue hombre de buenas costumbres y en todas sus cosas igual; padeció muchos trabajos, y al cabo vino á estar desavenido con el rey su hermano. Dijose entonces á la sorda que un médico de don Enrique, llamado maestre romano, le dió yerbas con que le mató: mentira que se creyó vulgarmente, como suele acontecer; lo cierto fue que murió de su enfermedad. Dió el rey al infante don Juan su hijo el señorio de Vizcaya y de Lara, que era de su tio don Tello (1): estados que desde entonces hasta hoy han quedado incorporados en la corona real de Castilla. Enterraron el cuerpo de don Tello en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Palencia: el entierro y obsequias se le hicieron con grande pompa y magestad.

CAPITULO XVI.

De las bodas del rey de Portugal.

De grande importancia fueron las treguas que tan á tiempo se hicieron con el rey de Granada, y no de menor momento echar de la costa de Castilla la armada de los portugueses. Lo que restaba, era concluir el cerco de Carmona, que no solo importaba el ganarla por hacerse señor de una tan buena villa, sino tambien era de mucha consideracion, por lo que tocaba á todo el estado de la guerra quitar aquella guarida á todos los de la parcialidad de don Pedro, que necesariamente eran muchos, y los mas soldados viejos y muy ejercitados en las armas. Determinóse pues el rey don Enrique de echar á una parte al cuidado en que le tenia puesto esta villa: venida la primavera del año 1371, llegó con todo su ejército sobre Carmona y la sitió. Fue este cerco largo y dificultoso, y pasaron entre los cercados y los del rey algunos hechos notables en las continuas escaramuzas y rebatos que tenian: los de la villa peleaban con grande ánimo y valor, y muchas veces á la iguala con los que la tenian cercada: tan confiados, y con tan poco temor de sus enemigos, que de dia ni de noche no cerraban las puertas, ni jamás rehusaban la escaramuza, si los del rey la querian; antes los tenian siempre alerta con sus continuas salidas.

Sucedió que un dia se descuidaron las centinelas por ser el hilo de mediodia: los soldados recogidos en sus tiendas por el escesivo calor que hacia: advirtiéronlo desde la muralla los cercados, salieron de improviso de la villa, arremetieron furiosamente, ganaron en un punto las trincheas, y con la misma presteza sin detenerse corrieron derechos á la tienda del rey para con su muerte fenecer la guerra. Dios y el apóstol Santiago libraron en este dia al rey y al reino; que estuvo muy cerca de suceder un gran desastre si algunos caballeros visto el peligro no le acorrieran prestamente, y acudieran á entretener aquella furia é ímpetu de los enemigos hasta tanto que llegaron mas gente, con cuya ayuda despues de pelear gran rato con ellos dentro de los reales, los forzaron á que se retirasen á la villa tan mal parados, que no se fueron alabando de su osadía.

El rey visto que no podia ganar por fuerza esta villa, mandóla escalar una noche con gran silencio: subieron cuarenta hombres de armas y ganaron una torre, pero como lo sintiesen los centinelas y escuchas, tocaron al arma: alborotáronse los de la villa primero por pensar que del todo era entrada; mas vueltos sobre sí, y cobrado esfuerzo, rebatieron los que subieran en la muralla: con el grande peso y priesa de los que bajaban, se quebraron las escalas, con que quedaron dentro de la villa presos los mas de los que estaban en la torre; venido el capitan Martin Lopez be Córdova, que aquella noche no se halló en la villa, sin ninguna misericordia los hizo matar: el rey recibió desto grande enojo, y despues de tomada la villa vengó sus muertes con la de aquel que los mandara matar. Apretóse pues mas de alli adelante el cerco: no los dejaban entrar bastimentos. El capitan Martin Lopez de Córdova, forzado de la hambre y necesidad se dió finalmente á partido; sin embargo, no obstante la seguridad qua el maestre de Santiago le dió (á quien se rindió) le mandó el rey justiciar en Sevilla, sin respeto del seguro y palabra, á trueco de vengar el enojo y pesar que le hizo en matalle sus soldados. Vinieron á poder del rey los tesoros y hijos inocentes de don Pedro para que pagasen con perpétua prision los grandes desafueros de su padre.

Concluida esta guerra, el rey den Enrique hizo que los huesos de su padre el rey don Alonso, como él le dejara mandado en su testamento, fuesen trasladados á Córdoba á la capilla real que está detrás del altar mayor de la iglesia catedral, do se ven dos túmulos, el uno del rey don Alonso y el otro de su padre el rey don Fernando, que tambien está en ella sepultado: aunque son humildes y de madera, no de mala escultura para lo que el arte alcanzaba en aquella era. A la sazon que el rey don Enrique estaba sobre Carmona, tuvo nuevas como Pero Fernandez de Velasco le ganó la ciudad de Zamora y la redujo á su servicio, echados della los portugueses, y que sus adelantados Pero Manrique y Pero Ruiz Sarmiento tenian sosegada la provincia de Galicia, ca vencieron en una batalla á don Fernando de Castro, que era el principal autor de las revueltas de aquella comarca, y el que mas se señalaba en favor de los portugueses; y así perdida la batalla, se fue con ellos á Portugal.

En un cuerpo muelle y afeminado con los vicios no puede residir ánimo valeroso ni esforzado, ni se puede en los tales hallar la fortaleza que es necesario para sufrir las adversidades. Quebrantóse mucho el corazon del rey don Fernando de Portugal con los malos sucesos que hemos referido tuvo en la guerra con don Enrique: así oyó de buena gana los tratos de paz en que de parte del rey de Castilla le habló Alfonso Perez de Guzman alguacil mayor de Sevilla, por cuya buena industria en primero de marzo se concluyeron las paces en Alcautin villa de Portugal con estas condiciones: que el rey de Castilla le restituyese los pueblos que durante la guerra le ganara: que la infanta doña Leonor hija del rey de Castilla casase con el de Portugal: el dote fuese Ciudad-Rodrigo y Valencia de Alcántara en Estremadura, y Monreal en Galicia. Tuvo el Portugués gran ocasion de ensanchar su reino; mas todo lo pervirtieron los

(1) La crónica dice que «ambos señoríos pertenecian por herencia á la reina doña Juana madre del infante don Juan I, heredero.»

encendidos amores que tenia con doña Leonor de Meneses (como de suso se dijo) que pasaban muy adelante y estaban muy arraigados por tener ya en ella una hija que se llamaba doña Beatriz. Esto le hizo mudar intento, y no efectuar el casamiento con doña Leonor infanta de Castilla. Envió á su padre una embajada para disculparse de su mudanza, y para que le entregasen las villas y ciudades que él tenia de Castilla, en señal que queria ser su amigo.

Aceptó don Enrique el partido y escusas de aquel rey. En el entretanto él se casó públicamente con doña Leonor de Meneses: fueron padrinos don Alfonso Tello conde de Barcelos y su hermana doña María, tios de la novia hermanos de su padre: casamiento infeliz, y causa de grandes males y guerras que por su ocasion resultaron entre Portugal y Castilla. Antes que este matrimonio se efectuase, como entendiesen los ciudadanos de Lisboa lo que el rey queria hacer, pesóles mucho dello, y tomadas las armas fueron con gran tropel y alboroto al palacio del rey. Daban voces, y decian que si pasase adelante semejante casamiento, seria en gran menoscabo y desautoridad de la magestad del reino de Portugal: que con él se ensuciaba y escurecia la esclarecida sangre de los reyes. Mas el ostinado ánimo del rey no quiso oir las justas querellas de los suyos, ni temió el peligro en que se metia; antes se salió escondidamente de Lisboa, y en la ciudad de Portu públicamente celebró sus bodas, mudado el nombre que doña Leonor tenia de amiga, en el de reina. Dióle un gran señorío de pueblos para que los poseyese por suyos, y mandó á los señores y caballeros que se hallaron presentes, le besasen la mano como á su reina y señora. Hiciéronlo todos hasta los mismos hermanos del rey, escepto don Donis, el cual claramente dijo no lo queria hacer; de que el rey se encolerizó de suerte que puesta mano á un puñal, arremetió á él para herille: libróle por entonces Dios: anduvo por el reino escondido hasta que se pasó al servicio y amistad del rey de Castilla.

Desde entonces la nueva reina comenzó á mandar al rey y al reino, que no parecia sino que le tenia dados hechizos y quitádole su entendimiento: ella era la gobernadora por cuya voluntad todas las cosas se hacian. Los caballeros de la casa de los Vazquez de Acuña se fueron desterrados del reino por miedo della, que estaba mal con ellos por la memoria de su primer casamiento, y porque ellos fueron los autores del alboroto de Lisboa. Por el contrario los parientes y allegados de doña Leonor fueron muy favorecidos del rey, y les dió nuevos estados y dignidades: á don Juan Tello primo hermano de la reina, hijo del conde de Barcelos, dió el condado de Viana: á don Lope Diaz de Sosa su sobrino, hijo de su hermana doña María Tellez de Meneses, el maestrazgo de la caballería de Christus; á otros muchos sus deudos hizo otras mercedes muy grandes.

El mas privado del rey y de la reina era don Juan Fernandez de Andeiro, gallego de nacion, que en las guerras pasadas de la Coruña, de do era natural, vino á servir al rey, y por esta causa le hizo conde de Oren. Con este caballero tenia la reina mucha familiaridad; y estaba muchas veces con él en secreto y sin testigos, de que comunmente se vino á tener sospecha que era deshonesta su amistad; y públicamente se decia que los hijos que paria la reina, no eran del rey, sino deste caballero. No se supo si esto era como se decia; que muchas veces el vulgo con sus malicias escurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas, en especial cuando se atraviesan causas de envidia y odio.

En el fin deste año el rey don Enrique tuvo córtes en Toro, en que por estar ya restituidos los pueblos que el rey de Portugal tenia en Castilla (que fue una de las cosas con que él se hizo á los suyos mas odioso) se decretó que á la primavera se enviase ejército á la frontera de Navarra para cobrar las ciudades y villas que las revoluciones pasadas los navarros usurparon en Castilla. Al arzobispo de Toledo don Gomez Manrique por sus muchos servicios dió el rey la villa de Talavera, y en trueque á la reina cuya era aquella villa, la ciudad de Alcaráz que era del arzobispo, el cual adquirió tambien á su dignidad la villa de Yepes. Ordenóse en estas córtes que los judíos y moros que habitaban en el reino mezclados con los cristianos, que era una muchedumbre grandísima, trujesen cierta señal con que pudiesen ser conocidos: mandóse tambien bajar el valor de las monedas de cruzados y reales, que dijimos se acuñaron para del aprovechamiento é interés que se sacase dellas pagar los soldados estraños; no pareció que era bien por entonces consumillas por estar muy gastado el tesoro y hacienda real.

En estas mismas córtes quisiera el rey que se repartieran entre los señores los otros pueblos de las behetrías que no fueron de la caballería de San Bernardo. Decia el rey que esta licencia que tenian aquellos pueblos de mudar señores, era de mucho inconveniente y causa de grandes escándalos y revueltas. Suplicáronle algunos grandes fuese servido de no hacer novedad en este caso por algunas razones que le representaron: á la verdad lo que principalmente les movia, no era el pro comun, sino su particular interés; así se quedaron en el estado que antes. Despedidas las córtes, el rey don Enrique envió su ejército á Navarra como en ellas se acordara. Hízose la guerra algunos dias en aquel reino. Despues se convino con la reina gobernadora que aquellos pueblos sobre que era la diferencia, se pusiesen en secreto y fieldad del sumo pontífice Gregorio XI (1), lemosin de nacion, que fue en el principio deste año elegido por papa en lugar de su antecesor Urbano V. Este papa Gregorio ilustró asaz su nombre con la restitucion que hizo de la silla apostólica á su antiguo asiento de la ciudad de Roma. Entre los cardenales que crió, el primero fue don Pero Gomez Barroso (2) arzobispo de Sevilla, que falleció el cuarto año adelante en la ciudad de Aviñon. Era este prelado natural de Toledo, y los años pasados tuvo el obispado de Sigüenza. Dió asimismo el capelo á don Pedro de Luna, aragonés hombre de negocios, y que con sus muchas letras colmaba la nobleza de su linaje. Púsóse en los conciertos que el legado del papa, cuya venida de cada dia se esperaba, fuese juez de todas las diferencias y pleitos que tenian Castilla y Navarra.

Tomó estos pueblos en fieldad un caballero navarro que se decia Juan Ramirez de Arellano, muy obligado á don Enrique por la merced que le hizo del señorío de los Cameros en remuneracion del gran servicio con que le obligó; cuando no le quiso entregar á los reyes de Aragon y de Navarra en las vistas de Uncastel ó de Sos. Hizo este caballero juramento y pleito homenaje de tener estos pueblos en nombre de su santidad, y de entregallos á aquel en cuyo favor se pronunciase la sentencia. Desta manera cesó por entonces la guerra entre Navarra y Castilla; sin embargo poco despues el rey don Enrique fue á Burgos, y envió su ejército á la frontera de Navarra, y contra lo capitulado se apoderó de Salvatierra y de Santacruz de Campezo. Hecho que algunos escusaron, y decian que lo pudo hacer porque como estas villas de su voluntad se dieron al de Navarra, así él las podiá ahora recibir que de su voluntad tomaban su voz, y se querian reducir á su servicio y obediencia. Logroño y Victoria ni por fuerza ni de grado quisie-

(1) Fue elegido el 30 de setiembre de 1370, no 71.
(2) Se llamaba don Pedro Gomez de Albornoz.

ron por entonces mudar opinion, sino permanecer y tenerse por el rey de Navarra.

CAPITULO XVII.

De otras confederaciones que se hicieron entre los reyes.

Mayor era el miedo de la guerra que amenazaba de la parte del rey de Aragon, enemigo poderoso, y que se tenia por ofendido. A muchas ocasiones que se ofrecian para estar mal enojado, se allegó otra de nuevo, esto es la libertad que se dió al infante de Mallorca don Jaime rey de Nápoles contra lo que el Aragonés deseaba, y tenia rogado por medio del arzobispo de Zaragoza que no le diese libertad por ningun tratado que sobre ello le moviesen. Recelábase, y aun tenia por cierto que pretenderia con las armas recobrar á Mallorca como estado que fue de su padre. Por esta causa se trataron de aliar el Aragonés y el duque Juan de Alencastre para quitar el reino á don Enrique: intentos que se resfriaron por una muy reñida guerra que á esta sazon se encendió entre los franceses é ingleses (1). Al rey de Aragon tenia eso mismo con cuidado la guerra de Cerdeña; además que se temia del infante de Mallorca no viniese con las fuerzas de Francia, do se hacian muchas compañías de gente de guerra, á conquistar el estado de Ruysellon: fama que corria hasta decirse cada dia que llegaba.

El papa Gregorio XI deseoso de poner paz entre estos príncipes, envió á Aragon al cardenal de Cominge para que los concordase: venido, concertó se ratificase el compromiso que tenian hecho, y se pusieron graves penas contra el que quebrantase las treguas que para este efecto se concertaron en cuatro dias del mes de enero del año de 1372. Todavía el rey don Enrique por recelo que el papa no favoreciese en la sentencia mas al rey de Aragon que á él, entretuvo la conclusion mucho tiempo con dilaciones que buscaba y procurar otros medios para la concordia. En estos dias el mismo rey de Castilla se puso sobre la ciudad de Tuy y la tomó, que la tenian por el rey de Portugal Men Rodriguez de Sanabria y otros forajidos de Castilla. Envió otrosí en ayuda del rey de Francia, para mostrarse grato de la que dél tenia recebida, doce galeras con su almirante Micer Ambrosio Bocanegra, capitan famoso y de ilustre sangre.

El almirante juntado que se hobo con la armada de Francia, desbarató y venció la flota de los ingleses junto á Rochela: tomóles todos sus bajeles que eran treinta y seis navíos, prendió al conde de Peñabroch general de los ingleses y á otros muchos señores y caballeros, y les tomó una grandísima cantidad de oro que llevaban para los gastos de la guerra que querian hacer en Francia. Lo cual todo juntamente con el general y los prisioneros, que eran setenta caballeros de espuelas doradas y de timbre, envió á Burgos al rey don Enrique en señal de su victoria, que fue de las mas señaladas que en aquel tiempo hobo en el mar Océano. Deste Ambrosio Bocanegra primer almirante de Castilla decienden como de cepa los condes de Palma. La Rochela que es una ciudad muy fuerte de Francia en Jantogne, entonces se tenia por los ingleses, con esta victoria se entregó al rey de Francia, á causa que los ciudadanos, perdida la flota de los ingleses, tomaron las armas y echaron fuera la guarnicion que tenian dentro de la ciudad: derrivaron asimismo un castillo que les labraron los ingleses, y levantaron banderas por Francia (2)

Tenia el rey de Aragon tres hijos en su mujer la reina doña Leonor hija del rey de Sicilia: estos eran el infante don Juan heredero del reino, y don Martin y doña Costanza, la que arriba dijimos casó con don Fadrique rey de Sicilia. En el mes de junio deste año se celebraron las bodas del infante don Martin con la condesa doña María de Luna, única heredera del conde don Lope de Luna. Llevó en dote los estados de Luna y de Segorve, y el rey padre dél le dió mas las baronía de Exerica con título de condado, y poco despues le hizo condestable del reino. El infante don Juan desposó con doña Marta hermana del conde de Armeñaque con dote de ciento y cincuenta mil francos: deste matrimonio nació la infanta doña Juana que casó adelante con Mateo conde de Fox. En veinte y dos dias del mes de agosto á don Bernardino de Cabrera, nieto de don Bernardo de Cabrera hijo de su hijo el conde de Osona que por este tiempo falleció, le restituyó el rey el estado que era de su abuelo, escepto la ciudad de Vique con una legua en contorno. Túvose lástima á una nobilísima casa como esta, y al rey y la reina remordia la conciencia de la injusta muerte de tan gran Señor y buen caballero como fue don Bernardo.

Entre Castilla y Portugal se volvió á encender la guerra con mayor cólera y peligro que antes, por ocasion que los portugueses tomaron ciertas naves vizcainas que iban cargadas de hierro y acero, y de otras mercadurías de las que lleva aquella provincia. No se sabe qué fuese la causa porque los portugueses rompiesen la guerra. A los forajidos de Castilla que eran muchos, por ventura pesaba de la paz, y temian de ser en algun concierto entregados á su señor como se hiciera en tiempo del rey don Pedro. Hallábase á la sazon el rey don Enrique en Zamora: dende envió su embajador á Portugal á qué pidiese la restitucion de los navíos, emienda y satisfaccion de los daños, con órden de denunciarles la guerra, sino lo quisiesen hacer. Destos principios se vino á las armas. Don Alonso hijo bastardo del rey de Castilla fue despachado para que diese guerra á Portugal por la parte de Galicia, y cercase á Viena: al almirante Bocanegra se dió órden que armase doce galeras en Sevilla, y fuese con ellas á correr la costa de Portugal.

Tenia don Enrique buena ocasion para hacer alguna cosa notable por estar el rey don Fernando mal avenido con los de su reino. Por no perder esta oportunidad dejó en Zamora el carruaje que le podia embarazar, y entró en Portugal poderosamente destruyendo los campos, robando los ganados, y quemando los lugares y aldeas que topaba. Tomó las villas de Almaida, Panel, Cillorico y Linares. Esto fue en los postreros dias deste año. En esto tuvo cartas del cardenal Guido de Boloña, que era llegado á Castilla por legado del papa Gregorio á poner paz entre él y el rey de Portugal. Envióle don Enrique á rogar le esperase en Guadalajara, do quedó la reina. Replicóle el cardenal que no era justo estarse él quedo sin hacer diligencia en aquello para que el papa le mandaba, que era estorbar la guerra que tan trabada veia: con esto se dió priesa á caminar hasta que llegó á Ciudad Rodrigo con intento de hablar á ambos los reyes.

En el entretanto Portugal se abrasaba en guerra, y era miserablemente destruido, ca en principio del año de 1373 el rey don Enrique tomó por fuerza de armas y forzó la ciudad de Viseo, que se entiende es la que antiguamente se llamaba Vico Acuario: de allí dió vista la ciudad de Coimbra; no le pareció detenerse en cercalla, antes se determinó de ir en busca de su enemigo, que tenia nueva alojaba con

(1) Los reyes de Castilla y Aragon convinieron en dejar la decision de su querella al arbitrio del sumo pontífice y sacro colegio.

(2) El combate naval se dió el 23 de junio de 1371, y la Rochela no se entregó hasta el 15 de agosto de 1372. Rendida esta plaza, el rey de Castilla envió una gruesa armada contra los ingleses al mando de Ruy Diaz de Rojas, cuyas tropas derrotaron á los ingleses haciendo prisionero á su caudillo.

su ejército en Santarén. Quisiera mucho venir con él á las manos y darle la batalla; pero aunque llegó cerca del pueblo, no osó el Portugués salir de los muros por no tener suficiente ejército para poder hacer jornada, ni tampoco se fiaba de la voluntad de sus soldados. Sabia que tenia á muchos descontentos; en particular su hermano don Donis se era pasado á Castilla por medio de Diego Lopez Pacheco caballero portugués; al cual en remuneracion de haber hecho lo mismo le hizo el rey merced de Bejar. Este persuadió al infante don Donis, que vió andaba congojado y desabrido, hiciese lo que él, y con esto se vengase de los agravios que de su hermano tenia recebidos.

Visto pues que el rey de Portugal esquivaba la batalla, el de Castilla pasó á Lisboa. Luego que llegó, se apoderó de los arrabales de la ciudad, que entonces no estaban cercados: en que los soldados pusieron fuego á muy ricos edificios: la parte alta de la ciudad que llamaban la villa, era fuerte y bien cercada, y tenia dentro gente valerosa que la defendió esforzadamente que fue causa que don Enrique no la pudo ganar, pero quemó muchos navíos que surgian en el puerto, otros tomó el armada de Castilla que por mandado del rey era allí venida: fueron muchos los cautivos que prendieron, y grande el despojo que se hobo. En este medio tiempo el cardenal legado no reposaba, hablaba muchas veces al un rey y al otro, sin escusar ningun trabajo ni el riesgo en que ponia su salud con tantos caminos como hacia. Tanta diligencia puso, que en veinte y ocho dias del mes de marzo los reyes y el legado se hablaron en el rio Tajo en una barca junto á Santarén, y se concertaron debajo de las condiciones siguientes: que el rey de Portugal dentro de cierto término que señalaron, echase de su reino los forajidos de Castilla, que serian como quinientos caballeros: que los pueblos tomados por ambas las partes en aquella guerra se restituyesen: que doña Beatriz hermana del rey de Portugal casase con don Sancho hermano del rey de Castilla y conde de Alburquerque; y doña Isabel hija natural del mismo rey de Portugal casase con don Alonso conde de Gijon hijo bastardo del rey don Enrique. Estas fueron las condiciones con que se hicieron las paces: el rey don Fernando dió ciertos rehenes para seguridad que cumpliria lo capitulado.

Celebráronse luego en Santarén las bodas de don Sancho y doña Beatriz: doña Isabel se puso en poder del rey don Enrique; que á causa de su edad de solos ocho años no podia efectuarse el matrimonio. Compuestas en esta forma las diferencias que estos príncipes tenian, hechos amigos se partieron de Santarén: el rey don Enrique volvió toda la fuerza de la guerra contra Navarra, y con su ejército fué á la ciudad de Santo Domingo de la Calzada para entrar por aquella parte. Intervino tambien el legado apostólico entre estos reyes, y por su medio se concordaron. El rey de Navarra restituyó al de Castilla las ciudades de Logroño y Victoria: demás desto se concertaron desposorios entre doña Leonor hija de don Enrique y don Carlos hijo del rey de Navarra, y que se diesen al Navarro ciento y veinte mil escudos de oro pagados á ciertos plazos por razon de la dote, y en recompensa de lo que tenia gastado en la fortificacion y reparos de los dichos pueblos que entregó al de Castilla. Viéronse los reyes en Briones, villa que está á los mojones de los dos reinos: allí se hicieron los desposorios de dos infantes don Carlos y doña Leonor, y por prenda y mayor firmeza destas paces el rey de Navarra envió á Castilla al infante don Pedro que era el menor de sus hijos, para que se criase en ella.

Cuando el rey de Navarra volvió de Francia en España, halló que don Bernardo obispo de Pamplona y Cruzate dean de Tudela, los que arriba dijimos dejó por coadjutores de la reina para lo tocante al gobierno, no habian administrado las cosas como era razon y eran obligados: indignóse mucho contra ellos, tanto que de miedo se ausentaron fuera del reino: el dean fue por asechanzas muerto en el camino, sospechóse que por mandado del rey: el obispo fue mas dichoso, que tuvo lugar de huirse en Aviñon; de allí pasó á Roma con el papa Gregorio, y murió en Italia sin volver mas á España. Tales fines suelen tener los que no corresponden á la confianza que dellos hacen los príncipes, aunque tambien es verdad que muchas veces en los reinos se peca á costa y riesgo de los que gobiernan, sin culpa ninguna suya; esto especialmente acontece cuando los reyes son fieros é implacables, como se refiere lo era el rey Carlos de Navarra.

CAPITULO XVIII.

De las paces que se hicieron con el rey de Aragon.

Despedidas las vistas de Briones, y asentada la esperanza de la paz de España, el rey de Castilla se fue al reino de Toledo, y el de Navarra se tornó á su reino: dende envió á la reina su mujer á Francia para que aplacase y satisfaciese aquel rey, que estaba malamente airado contra él por entender hobiese persuadido á ciertos hombres que le diesen yerbas, los cuales fueron presos, y convencidos del delito pagaron con las cabezas. El Navarro partida su mujer, fue en persona á la villa de Madrid para tratar con el rey don Enrique que dejase la parte de Francia, y favoreciese á los ingleses: que si pagaba lo que el rey don Pedro debia al príncipe de Gales del sueldo que él y sus soldados ganaron cuando vinieron á Castilla ha restituille en el reino, el rey de Inglaterra y sus hijos el príncipe y el duque de Alencastre se apartarian de la demanda del reino de Castilla, y de los demás derechos que contra él pretendian. Respondió el de Castilla que en ninguna manera desampararia al rey de Francia ni dejaria su amistad, ca tenia muy en la memoria el grande amparo que halló en él cuando salió huido de Castilla, todavía si ellos hiciesen paces con Francia, que de muy buen gana entraria á la parte, y satisfaria con dineros á los ingleses cuanto señalasen los jueces que para arbitrarlo se podrian nombrar de conformidad. Con tanto el Navarro sin alcanzar lo que pretendia, se volvió á Pamplona, don Enrique partió para el Andalucía.

Siguióse otra pretension y demanda de una buena parte de Castilla. La condesa doña María hija de don Fernando de la Cerda y de doña Juana hermana de don Juan de Lara el Tuerto, en Francia casara con el conde de Alanzon nobilísimo señor de la sangre real de Francia, de quien tenia muchos hijos: envió un embajador á pedir al rey le mandase entregar los estados de Vizcaya y Lara, que por ser hija de doña Juana de Lara y ser muertos todos los que la precedian en derecho, le pertenecian. Venido el rey del Andalucía á Burgos, se trató en aquella ciudad este negocio, que tuvo muy apretados al rey y á su consejo: por una parte parecia que esta señora pedia razon en que se le admitiese su demanda y se le hiciese justicia; por otra era cosa dura, y de que podian resultar grandes daños, enajenar dos estados de los mas grandes y mas ricos de Castilla, y ponerlos en poder de franceses.

Despues de muchas consultas y acuerdos respondió el rey con artificio á la condesa holgaria volviesen estos estados á su casa, á tal que le enviase para dárselos dos hijos que se quedasen á vivir en su córte: que Vizcaya y Lara eran tan grandes señoríos, que era forzoso á los reyes de valerse muchas veces del servicio de los señores que los poseian, y por esta causa no podian dejar de residir dentro del reino. Con esta apariencia de buen despacho, y de venir en lo

justo, fue despedido el embajador; mas bien se entendió que no le daban nada, por ser cosa cierta que ninguno de cinco hijos que tenia la condesa, aceptaria la oferta del rey, como ninguno lo aceptó. Los tres poseian en su tierra tres grandes condados, de Alanzon, Percha y Estampas, y no se quisieron desnaturalizar de su patria, en que eran ricos y poderosos: los otros dos eran prelados, y no podian heredar estados seculares.

Por el mes de octubre deste año Baltasar Espinula ginovés vino á Aragon con embajada de los ingleses para confederarse con aquel rey contra el de Castilla; prometíanle en caso que se ganase aquel reino, las ciudades de Murcia, Cuenca, Soria, y todas las villas adyacentes á ellas. El de Aragon, oida esta demanda, como era sagaz y de grande ingenio no hizo caso destas ofertas por tener en mas la amistad del rey don Enrique, que en aquella sazon era tenido por famoso capitan, muy poderoso por lo mucho que sus vasallos le querian, y le caia muy cerca de sus estados: además que era mucho de temer tomar por enemigo al que tenia tanta noticia de las cosas de Aragon; y en aquel reino muchos aficionados que ganara el tiempo que anduvo en él huido; y aun en Aragon se tenia entendido que Dios con particular providencia le puso de su mano en aquel reino, y le quitó á su contrario. Muchos asimismo se amedrentaban por señales que se vieron en el cielo, en especial un gran temblor de tierra que por el mes de febrero sucedió en el condado de Ribagorza, con que se hundieron muchos pueblos. Los superticiosos interpretaban que por aquella parte amenazaba algun gran desastre al reino. Dióse á esto mas crédito porque en los confines de Ruysellon se vian ya juntas muchas compañias de hombres de armas franceses, que tenia asoldadas el infante de Mallorca para hacer guerra en aquel estado. En fin los pretensos de los ingleses salieron vanos, y por medio de don Luis duque de Anjou se comenzó á tratar con mucho calor la paz entre Aragon y Castilla.

Vino el duque á Carcasona con deseo de efectuar estas amistades, por miedo que tenia, si las discordias se continuaban, no se apoderasen de España los ingleses capitales enemigos de Francia. Enviáronse á Aragon embajadores sobre este hecho: pedia don Enrique que la infanta doña Leonor hija del rey de Aragon, que estaba prometida á su hijo el infante don Juan, le fuese entregada. No rehusaba el Aragonés de hacer cosa tan justa, si don Enrique le entregase aquellas ciudades que le tenia prometidas. Escusaba él de darlas: alegaba que no tenia obligacion á cumplir aquella promesa, pues no solo no le ayudó cuando andaba huido y desterrado, antes hizo liga contra él con su cruel enemigo. Finalmente se concordaron de dejar sus diferencias en mano del legado el cardenal Guido de Boloña, que fue al presente mas dichoso que antes en hacer las paces entre los españoles.

En el tiempo que estas cosas se trataban en Aragon, en quince de octubre el papa Gregorio XI confirmó la regla de los monges, que comunmente en España se llaman frailes de San Gerónimo, cuyo instituto es aventajarse á las demás religiones en guardar con gran paciencia una estrecha y loable clausura, y ocuparse los dias y las noches con suavísimo canto y dulce melodía en perpétuas alabanzas de Dios: ha crecido mucho en España esta religion y poseen muchas y muy ricas casas de magníficos y suntuosísimos edificios. El hábito destos religiosos es las túnicas y lo interior de lana blanca, las capas de paño buriel. Dieron principio á esta santa religion ciertos ermitaños italianos, que encendidos con el deseo de servir á nuestro Señor hicieron su habitacion en un lugar apartado cerca de la ciudad de Toledo, en que al presente está el monasterio de aquella órden llamado de la Sisla, del nombre de una aldea que allí estaba antiguamente. Creció la opinion de su santidad; con que tomaron su modo de vivir y se le juntaron algunos hombres principales, que fueron Fernando Yañez, capellan mayor de los reyes viejos y canónigo de la santa iglesia de Toledo, y don Alonso Pecha obispo de Jaen que renunció su obispado, y su hermano Pedro Fernandez Pecha camarero que fuera del rey don Pedro. El primer monasterio que se fundó debajo destas constituciones y regla, fue junto á la ciudad de Guadalajara, encima de un pueblo que se llama Lupiana, en una ermita que les dió este mismo año el arzobispo don Gomez Manrique. Despues por la magnificencia de los reyes y otros señores de Castilla se han edificado otras muchas casas. Los años adelante salió tambien desta religion la de los Isidorianos, ó Isidros.

En el mes de diciembre, como quier que no se concertasen las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon, se hicieron treguas hasta el dia de Pentecostés Pascua de Espíritu Santo: asentaron estas treguas los procuradores destos reyes, que fueron por el de Aragon don Juan conde de Ampurias su primo hermano y yerno, ca estaba casado con doña Juana hija del rey, y por el de Castilla Juan Ramirez de Arellano señor de los Cameros. En el año de 1374 Juan duque de Alencastre con un grueso ejército pasó al puerto de Cales llamado Iccio por los antiguos, que está en los Morinos, provincia de la Gallia Bélgica. Juntóse con él Juan de Monforte duque de Bretaña que andaba en deservicio del rey de Francia, y favorecia á los ingleses por estar casado con una hermana del de Alencastre. Entraron estos príncipes con sus gentes en el Artoes y Vermandoes: hicieron gran estrago en los campos, villas y aldeas que topaban, y hartos ya de los robos y muertes con que dejaron asoladas aquellas provincias, enderezaron su camino al ducado de Guiena; y pasado el rio Ligeris, llamado hoy Loire, llegaron á Burdeos con pensamiento de entrar en España y conquistar el reino de Castilla (1). Enviaron sus embajadores á los reyes de Aragon y de Navarra para que les asistiesen y ayudasen, mas el Aragonés y el Navarro eran prudentes y sagaces; no quisieron por una esperanza incierta de interés ponerse en un peligro cierto de ser destruidos, sino como muchos hombres suelen hacer, les pareció seria mejor estarse á la mira, y tomar el partido conforme las cosas se encaminasen.

El rey don Enrique avisado de la tempestad que sobre él venia, estaba con gran cuidado. Acudió á Burgos para resistir y juntar sus gentes de todas las partes del reino, y hacer de nuevo otras muchas compañías. Llamó particularmente á los soldados viejos, cuyo valor tenia esperimentado en las guerras pasadas. Acudieron al tanto todos los grandes con gran deseo de servir y acompañar á su rey. Los mismos que en las revueltas pasadas le fueron contrarios, en esta ocasion le querian recompensar, y con su diligencia y alegría dar ciertas muestras del amor y lealtad con que le servian, de suerte que los que de antes andaban divisos en bandos y parcialidades, visto el riesgo que corrian de ser señoreados por estraños, se juntaron en una conformidad para defender su patria y su libertad, verdad es que en diez y nueve de marzo sucedió en aquella ciudad un gran desastre que causó en todos gran pesar y tristeza, esto es que el conde de Alburquerque don Sancho hermano del rey por apaciguar una revuelta que se levantó entre sus soldados y los de Pero Gonzalez de Mendoza sobre las posadas, sin ser conocido, por ser la refriega de noche, fue herido en el rostro con una lanza por un hombre de armas, de que desde á un rato murió. Alborotóse el rey como era razon por la muerte tan

(1) Ya desde 1372 el duque de Alencaster y su mujer se intitulaban reyes de Leon, de Toledo y Galicia.

desgraciada de su hermano, pero no hizo demostracion por suceder acaso y por ignorancia (1). La condesa doña Beatriz mujer del muerto quedó preñada, y parió á doña Leonor que casó con el infante don Fernando adelante rey de Aragon.

Despues que el rey don Enrique tuvo junto su ejército, partió de Burgos, y cerca de la villa de Bañares hizo alarde: halló que tenia mil y docientos caballos y cinco mil infantes, todos gente escogida, y que con su valor suplian el pequeño número y estaban prestos para acudir á la parte que fuese menester. Amenazaba esta hueste principalmente así á los de Aragon porque ya espiraban las treguas, como á los ingleses de Francia, de quienes se tenian nuevas sordas que no pasaban ya en España, porque su ejército se hallaba muy menoscabado y menguado, á causa que Philipo duque de Borgoña, y un famoso capitan llamado Juan de Viena, que era almirante de Francia, vinieron en pos dellos, y por todo el camino les hicieron grandes daños, que de treinta mil combatientes que eran, casi no llegaban á seis mil cuando entraron en Burdeos. Ofreciase buena ocasion de hacer alguna cosa notable, y echar á los ingleses de toda Francia: parecia que ya la fortuna y buena dicha de la guerra los desamparaba, y favorecia á los franceses. Luis duque de Anjou escribió al rey don Enrique que juntasen sus fuerzas y cercasen á Bayona, ciudad de los antiguos Tarbellos. Decia que esto importaba mucho para ganar reputacion, si diesen á entender que eran poderosos no solamente para defenderse de sus enemigos, sino tambien para irles á hacer guerra dentro de su casa.

Con esto animado el rey don Enrique pasó á Bayona, y la cercó en los postreros del mes de junio; mas como sobreviniesen muchas aguas, que impedian las labores que se hacian para combatir la ciudad, y faltasen bastimentos, que por ser muy estéril la provincia de Vizcaya de que se proveian, bastecia mal el ejército, cansados todos con estas descomodidades, levantaron el cerco y se volvieron á Castilla: asimismo el duque de Anjou no pudo venir, como tenia prometido, por estar ocupado en el cerco de Montalvan. Sirvió muy bien en esta jornada al rey don Enrique Beltran de Guevara señor de la villa de Oñate y de la casa de Guevara; y á la venida de Bayona en remuneracion de sus servicios le hizo merced del valle de Leñiz con su acostumbrada largueza en hacer dádivas: cosa que puso en necesidad á los reyes sus decendientes de reformallas.

En el mes de agosto el infante de Mallorca entró por el condado de Ruysellon con un grande y poderoso ejército, con el cual las fuerzas de los aragoneses no se pudieran igualar, si se hubiera de hacer jornada y dar la batalla. Prevaleció en este aprieto la buena dicha de Aragon, que en esta entrada no hizo el infante cosa notable mas de desbaratar algunas banderas de enemigos con muy poco provecho suyo, llevar alguna presa de hombres y de ganados. Los que en esta entrada del infante padecieron mayores daños, fueron los del condado de Urgel. Por otra parte el señor de Bearne y Jofre Recco Breton, que tenian muchos pueblos y vasallos en Castilla, sea por órden del rey don Enrique, ó de su propio motivo, hicieron entrada en los campos de Borgia, y molestaron con guerra toda su tierra combatiendo algunas villas, destruyendo y abrasando las aldeas, labranzas, rozas y heredades de aquella comarca.

En estos dias el rey de Aragon envió á Ingalaterra á Frances de Perellos vizconde de Roda á pedir ayuda al duque de Alencastre, y á convidalle se confederase con él; y como este embajador con recio temporal corriese fortuna y aportase á la costa de Granada, fue preso por mandado del rey moro, y encarcelados los mercaderes catalanes en venganza de que Pedro Bernal, capitan de unas galeras de Aragon, pocos dias antes tomara una nave del rey de Granada que enviaba á Túnez con ciertos recados suyos: pretendia el moro otrosí en prender estos aragoneses hacer placer al rey de Castilla, cuyos enemigos eran. Con tantos desastres y malos sucesos, que podian hacer los de Aragon? de quién valerse? qué ayudas podian buscar? El rey don Enrique pretendia sanar al rey de Aragon, y no destruir al que con su ayuda fue parte para que él llegase á la cumbre de alteza en que al presente se veia: con este fin envió otra vez á Barcelona por embajadores á Juan Ramirez de Arellano y al obispo de Salamanca para que hiciesen paz con él.

En tres de noviembre deste año en el castillo de Evreux en Normandía murió doña Juana reina de Navarra, por cuyas lágrimas muchas veces su hermano el rey de Francia perdonó grandes ofensas que su marido le tenia hechas. Al presente en esta ida que hizo á Francia, como quier que hallase cerradas las orejas del hermano, recibió tan grande pena que della le sobrevino una dolencia que la acabó (2). Su cuerpo sepultaron en el monasterio de San Dionisio entre los reyes sus antepasados: hiciéronle las obsequias con real pompa y aparato. Su marido dió nuevas ocasiones para que con mucha razon el pueblo le aborreciese, porque persiguió con muertes, destierros y confiscaciones de bienes á los parientes y allegados de aquellos que en las revueltas y calamidades de aquel tiempo siguieran el partido de sus enemigos. Si estos castigos él los hiciera en las personas de los que le ofendieron, pudiérale escusar el dolor de la ofensa y el deseo de la venganza; mas pagaban los inocentes por los culpados.

Sobre los trabajos que hemos referido que padecia el reino de Aragon con las guerras, le vino otro muy mayor de una gran hambre que en este año padeció toda aquella provincia; mas algun tanto se remedió con trigo que se trujo de Africa. Fuéles por otra parte provechosa esta hambre porque compelidos de ella se fueron del reino sus enemigos. En Castilla asimismo, do pasaron los franceses á buscar mantenimientos, luego en principio del año de 1375 murió de enfermedad su capitan el infante de Mallorca don Jaime rey de Nápoles: enterraron su cuerpo en la ciudad de Soria en el monasterio de San Francisco. Acompañó en esta guerra al infante, su hermana doña Isabel, que estaba casada con el marqués de Monferrat, animada de la esperanza que tenia de vengar las injurias que el rey su padre recibió del rey de Aragon. Esta señora, muerto su hermano, se hizo cabeza, y debajo de su conducta se volvió el ejército de los franceses á sus casas.

En aquella tierra renunció ella y cedió los derechos paternos que tenia contra la casa de Aragon en Luis duque de Anjou, hermano del rey de Francia; de que se recrecieron nuevos pleitos y debates en sazon que las paces entre los reyes de Castilla y de Aragon se concluyeron por intervencion y diligencia de la reina de Castilla doña Juana, que para este efecto fue á la villa de Almazan: por parte del rey de Aragon se hallaron allí el arzobispo de Zaragoza y Ramon Aleman de Cervellon. En doce dias del mes de abril se concluyeron y firmaron las paces con estas condiciones; que la infanta doña Leonor, que antes estaba otorgada al infante don Juan, le fuese entregada para que se celebrase el matrimonio: en dote le señalaron docientos mil florines, que al rey don Enrique dió prestados

(1) A pesar de que el conde don Sancho hermano del rey no habia sido conocido por los amotinados, el rey, mandó hacer averiguaciones sobre los delincuentes, y por ellas ocho fueron condenados á muerte como traidores, y sus bienes confiscados.

(2) Murió el 3 de noviembre de 1773 y no el 72.

el rey de Aragon en los principios de las guerras civiles: que Molina se restituyese al de Castilla; que á ciertos plazos contaria al de Aragon ciento y ochenta mil florines por los gastos de la guerra. La nueva desta concordia, que se entendia seria por muchos tiempos, se festejó en ambos reinos con parabienes por la paz, y grandes banquetes que se hicieron, juegos, fiestas y alegrías por la esperanza que tenian, que despues de tantas tempestades y guerras se seguiria en toda España la quietud y sosiego por tanto tiempo deseado, y la luz clara se les mostraria despues de una escuridad tan larga y tan espesas tinieblas.

CAPITULO XIX.

Algunos casamientos de príncipes.

Fue este año dichoso no solamente para España, sino tambien para todo el mundo y toda la cristiandad á causa que Gregorio XI pontífice Máximo, honra de los papas, dejado Aviñon, donde estuvo la silla apostólica por espacio de setenta años, la restituyó al sagrado asiento y casa de sus antecesores, y se fue á residir lo que le restaba de vida á la santa ciudad de Roma: varon verdaderamente grande y digno de loa inmortal. Las grandes revoluciones de Italia no sufrian la ausencia de los papas. La vírgen santísima Catharina de Sena, de quien hay doce cartas escritas á Gregorio, fue la que principalmente le movió á tomar este saludable consejo contra lo que sentian algunos cardenales. Decíale con un celo santo y elocuencia del cielo que en cosa tan claramente conveniente, y que á él solo tocaba, no tomase acuerdo con nadie, sino que usase de su propio arbitrio y parecer. Beltran Claquin por haber ganado grandes honras en Francia, y acrecentado su estado con el condado de Longavilla, vendió en esta sazon al rey don Enrique la ciudad de Soria, y las villas de Atienza y Almazan y los demás pueblos que le diera en Castilla, por precio de docientas y sesenta mil doblas, que para aquel tiempo fue una suma asaz grande: la mayor parte le pagó en veinte y seis prisioneros nobilísimos de los que prendió la armada de Castilla en la batalla de la Rochela; por el dinero restante le dió en rehenes á un hijo de don Juan Ramirez de Arellano, llamado como su padre, por estar el tesoro del rey tan gastado que no se pudo contar de presente.

Para celebrar las bodas de los infantes de Castilla y de Navarra se escogió la ciudad de Soria por estar en los confines de ambos reinos; y por hallarse en lugar tan acomodado para ello quiso el rey don Enrique hacer juntamente las bodas de ambos hijos como lo tenia concertado. A la infanta doña Leonor trujeron de Aragon á Soria Lope de Luna arzobispo de Zaragoza y el embajador Cervellon con gran acompañamiento de señores y caballeros de aquel reino. Vino otrosí á esta ciudad á celebrar su matrimonio el infante don Carlos hijo del rey de Navarra. Hízose el casamiento de doña Leonor hija de don Enrique en veinte y siete dias del mes de mayo. Túvose respeto en dar el primer lugar al infante de Navarra por ser huesped. En diez y nueve dias del mes de junio se veló el de Castilla don Juan con su esposa doña Leonor. Todo estaba lleno de juegos, fiestas y regocijos no solo en Soria, sino en todo lo demás de España, por la esperanza que los hombres tenian concebida de una larga paz y estable felicidad. En estos dias vinieron nuevas que don Fernando de Castro hermano de doña Juana de Castro, el que dijimos que el año pasado se fue á Portugal, murió en Ingalaterra. Tenia esperanzas de volver á Castilla, y ser restituido por las armas en su patria. Súpose otrosí que Fernando de Tovar, capitan entre los de aquel tiempo de la fama, con la armada de Castilla hizo grandes daños en la costa de Ingalaterra destruyendo, robando, quemando y asolando muchos pueblos y campos, rozas y labrauzas de aquella isla.

De Soria concluidas las fiestas se pasó el rey don Enrique á Burgos: príncipe esclarecido en las demás naciones, y en su reino bien quisto. Tenia intento por el favor que halló en Francia, de acudirla con todas sus fuerzas contra los ingleses, y pagalles el bien que della recibió, á la sazon que don Alonso su hijo conde de Gijon con ligereza juvenil, mudado de voluntad acerca del casamiento con doña Isabel hija del rey de Portugal, por no efectuarle se fue á Francia y á la Rochela por mar; mas el rey su padre le hizo venir desde á pocos dias. En los postreros dias deste año falleció don Gomez Manrique arzobispo de Toledo. Juntáronse en su cabildo los canónigos de aquella iglesia para elegir sucesor: no se concordaron, antes divididos los votos, los unos eligieron á don Pedro Fernandez Cabeza de Vaca, dean de la misma iglesia, los otros nombraron á don Juan García Manrique sobrino del difunto, que era hijo de su hermano el adelantado Garci Fernandez Manrique, y de arcediano de Talavera le pasaran primero á ser obispo de Orense y despues de Sigüenza: favorecia á este el rey con grandes veras, porque era afin y allegado de don Juan Ramirez de Arellano.

El arzobispo difunto avisó á su muerte que no eligiesen en su lugar al dicho su sobrino porque era inquieto, sino al dean: acudieron al papa Gregorio para que determinase estas diferencias; él no teniendo por canónica ninguna de las dos elecciones, dió el arzobispado á don Pedro Tenorio, y de la iglesia de Coimbra cuyo obispo era, le pasó á la de Toledo: varon de muchas prendas, letras y erudicion. En Italia y Francia anduvo peregrinando y desterrado: estudió en Tolosa y Aviñon y Perosa: en el estudio de Bolonia tuvo por maestro á Baldo famoso jurista, y él mismo leyó derechos en Roma. Fue hombre de grande prudencia por el uso y esperiencia que tenia de muchos negocios, de grande pecho y valor, aventajado entre los hombres mas señalados de aquel tiempo. Fue arcediano de Toro en la iglesia de Zamora, su padre Juan Tenorio comendador de Estepa y trece de la órden de Santiago: su madre doña Juana está enterrada en la colegial de Talavera: sus hermanos Juan Tenorio y Meleudo Rodriguez anduvieron con él desterrados en tiempo del rey don Pedro: su hermana doña María Tenorio casó con Fernan Gomez de Silva; cuyo hijo Alonso Tenorio fue adelantado por su tio de Cazorla.

Murieron por estos dias algunos varones principales de Navarra, en particular don Rodrigo Urriz, señor rico y de grande autoridad, fue por mandado de su rey preso y degollado en la ciudad de Pamplona en los últimos dias de marzo del año de 1376. Causáronle la muerte unos tratos mal encubiertos que traia con el rey de Castilla: era fama se queria pasar á él, y entregalle los castillos de Tudela y Caparroso; yo sospecho que sin razon y falsamente se creyó esto, porque no es verosímil quisiese turbar aquel caballero tan presto la paz que se acababa de asentar. Don Bernardo Folcaut obispo de Pamplona murió en siete de julio en Italia en la ciudad de Anagnia donde vivia desterrado de su iglesia: la libertad, gravedad y autoridad deste prelado le hicieron odioso á su rey, ó por haberse mal gobernado, como arriba queda apuntado. Fue elegido en su lugar don Martin Calva doctísimo en ambos derechos pontificio y cesáreo, y tenido por tan eminente que muchos le igualaban á Baldo tan famoso letrado y escelente en aquella facultad. (1) Don Fadrique rey de Sicilia falleció (2) en Mecina á veinte y siete dias del mes de julio: dejó por

(1) Se llamaba Martin de Lopez Zalva.

(2) Los historiadores de Aragon ponen esta muerte en el año 1377.

heredera del reino y de los ducados de Athenas y de Neopatria á su hija doña María, de que resultaron nuevas esperanzas, y á muchos príncipes se les dió materia de diferencias y debates sobre la pretension del casamiento desta infanta, y codicia del reino de Sicilia. Amenazaban otrosí nuevas pretensiones y revoluciones en particular á los aragoneses se les presentó buena ocasion de dilatar y ensanchar sus estados.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

CAPITULO I.

Del scisma que hobo en la Iglesia.

Gozaba por estos tiempos España de paz y quietud á causa del parentesco y afinidad con que los reyes (aunque diferentes en leyes, lenguas, costumbres y pretensiones) estaban entre sí en muchas maneras y con diversos casamientos trabados; demás



Doña Juana, mujer de don Enrique II.

que se hallaban cansados con las guerras de antes, tan pesadas y tan largas. Parecia que la paz asentada duraria por mucho tiempo. Con los moros por ser diferentes en la secta y creencia no podia intervenir matrimonio, ni asentar con ellos amistad que fuese firme y durable; pero tenian concertadas treguas. Al duque de Alencastre de cada dia se le regalaban mas sus esperanzas y pensamiento que tuvo de apoderarse de Castilla, así por la universal concordia de los príncipes de España, como porque en Francia de nuevo se emprendió una muy reñida guerra, con que trocada la fortuna y mudada en contrario, los ingleses hasta allí vencedores comenzaban á caer de su prosperidad.

La fama y nombradía del rey don Enrique volaba por todo el mundo, por haber conquistado un reino tan poderoso como es el de Castilla. Tenia en su mano la paz y la guerra como el á quien todos los demás acudian. Concluidas pues y sosegadas las guerras, volvió su pensamiento á sentar las cosas de la paz y del gobierno, castigar insultos, que con la ocasion de la guerra tomaran mucha licencia. Procuraba restituir las buenas y ancianas costumbres de los pasados, fortalecer las villas y ciudades, aumentar el bien comun y mirar por él con todas sus fuerzas. Solo Aragon en esta sazon no estaba sin algun trabajo y nuevas sospechas de guerra, porque como arriba hemos dicho, Luis duque de Anjou, á quien don Jaime príncipe mallorquin traspasó su derecho del reino de Mallorca, tomó esta empresa por suya y la quiso llevar adelante. Juntó córtes el rey en Monzon, donde se trató de la defensa desta guerra. Hiciéronse para juntar dinero nuevas imposiciones, mas solamente sobre los judíos y moros que en aquel reino vivian, por contradecir los señores y pueblos que sobre la otra gente se echasen pechos ni derramas de nuevo; bien que decian estaban prestos, segun costumbre de sus antepasados, á voluntad del rey de tomar á su costa las armas por la defensa y libertad de su patria.

Hiciéronse levas, alistóse y juntóse mucha gente, y aparejáronse todas las demás cosas necesarias para acudir á aquella guerra peligrosa, y la mas grave que por aquel tiempo hobo. Hay fama que se armaron cuarenta galeras en las marinas de Francia, y se juntaron cuatro mil hombres de armas, y hechas las paces con los ingleses, como se entendia las asentarian por la grande instancia que sobre ello hacia el sumo pontífice, temian mucho en Aragon no viniesen y revolviesen en su daño todas las fuerzas de Francia. Llegóse á esto un nuevo temor de guerra por cierta ocasion ligera y no de mucho peso, como quier que á veces de pequeñas centellas, si con tiempo no se acorre, se suelen emprender grandes fuegos. La cosa pasó así. Habia el obispo de Sigüenza don Juan García Manrique ido á seguir su pretension sobre el arzobispado de Toledo por dificultades que sus contrarios sobre su eleccion ponian, delante del sumo pontífice: iba en su compañía don Juan Ramirez de Arellano. A la vuelta en Barcelona delante del rey de Aragon el vizconde de la Rota (1) mozo brioso le desafió y le llamó de traidor, porque sin embargo de tantas mercedes como habia del rey de Aragon recebido poco antes, movió á don Jaime el Mallorquin á que viniese sobre Aragon.

El rey daba muestras de favorecer el partido de vizconde por estar muy sentido de don Juan, no por alguna culpa, sino por la mucha cabida que tenia con el rey de Castilla, y porque usaba mucho de su buen consejo. Acceptóse el riepto: señalóse el plazo para de allí á noventa dias. El rey don Enrique tomó este agravio y negocio de su privado por suyo: tratóse por terceros de alzar aquel desafío y desbaratalle; mas por estar el rey de Aragon por el vizconde no se efectuó. Avisó el rey de Castilla desque supo el caso, que era contento combatiesen; mas que para seguridad del campo acordaba enviar tres mil caballos. Era esto en buenas palabras denunciar la guerra á Aragon: por tanto aquel rey desistió de su intento, que fue acuerdo no menos prudente que saludable y á todos cumplidero.

En Brujas, mercado muy famoso de los estados de Flandes, se juntaron con seguridad bastante para tratar de paces entre Francia é Ingalaterra el duque de Anjou y el de Borgoña con los duques de Alencastre y el de Yorch ingleses de nacion: acudieron así-

(1) El año 1356 mandaba la escuadra que apresó los navios genoveses á presencia del rey don Pedro, y no seria por lo tanto en el de 76 mozo brioso.

mismo aquella junta por el rey de Castilla Pedro Fernandez de Velasco su camarero mayor, y don Alonso Barrassa obispo de Salamanca. Su intento era que con los demás le comprendiesen en aquella confederacion y alianza que pensaban asentar: no se pudo concluir cosa alguna, si bien se procuró con todo cuidado. Ni en aquella junta, ni en la que despues el año de 1377 se tuvo en Boloña la de Francia, ciudad asentada sobre el mar no lejos de Brujas y de los estados de Flandes, no se pudo efectuar lo que tanto se deseaba. La nueva que á deshora llegó de la muerte del rey de Ingalaterra Eduardo Sesto (1), que



Don Enrique II.

avino á los diez de julio, desbarató todas estas pláticas y las esperanzas que comunmente tenian. Falleció asimismo poco antes que su padre, su hijo mayor que se llamó tambien Eduardo príncipe de Gales; por donde quedó por heredero del reino Ricardo nieto deste rey, é hijo del principe como su abuelo lo dejó dispuesto en su testamento que se cumplió enteramente, si bien el niño quedaba en edad de once años, y tenia tios que pudieran hacer alguna contradiccion, pero no quisieron; que fue un ejemplo notable de modestia y de nobleza, en especial en tiempos tan estragados y revueltos.

Despedida que fue aquella junta, el duque de Borgoña con grande acompañamiento y repuesto vino á España, por voto que tenia hecho de visitar en Galicia personalmente el cuerpo del glorioso apóstol Santiago. Cumplido su voto y su devocion, antes que diese la vuelta para sus estados, se vió en Segovia con el rey don Enrique: fue tratado con todo género de regalo y cortesía como era razon y justo con tal huésped se hiciese. Lo demás del estío pasó el rey en Leon, el invierno tuvo en Sevilla (2). Todo el aparato

(1) Los franceses é ingleses le llaman Eduardo III.

(2) En noviembre celebró córtes en Burgos el rey don Enrique, en las cuales entre otras cosas se determinó que no

de guerra que en Francia se hacia, revolvió en daño del rey de Navarra y de sus tierras, de quien los franceses estaban gravemente sentidos por las cosas que el tiempo pasado en su perjuicio hiciera. Hallábanse á la sazon en Normandía los infantes de Navarra don Pedro y doña María, que en el viaje de Francia acompañaron á la reina su madre, para con su tierna edad mover á compasion al rey de Francia su tio para que templase la saña que contra su padre tenia.

Con el mismo intento pasó otrosí á Francia don Carlos hijo mayor de aquellos reyes, si bien nuevamente desposado con la infanta de Castilla doña Leonor que dejó en casa de su padre, y su suegro no aprobaba esta jornada que hizo. Dióle el padre por acompañado á Balduino, famoso capitan, que tenia á su cargo muchas fortalezas y plazas de Normandía y á Jaques de la Rua su muy privado, y que por el mismo caso tenia mucha mano en el gobierno. A este dió órden en puridad que se viese con el Inglés, y le significase como él estaba presto de tomar las armas contra Francia, si viniese en dalle como en feudo el ducado de Guiena. Poco secreto se guarda en las cosas de los reyes. Tuvo el Francés aviso de todas estas tramas, y trazas: echó mano del dicho Rua, púsole á cuestion de tormento, y como confesase lo que se le preguntaba, le condenaron á muerte que se ejecutó en París. A Balduino mandaron entregarse las fortalezas que en Normandía se tenian por su rey, y para ello declarase las contraseñas y cifra con que los alcaides entendiesen era aquella su voluntad y determinacion.

Al infante don Carlos primer heredero de Navarra mandaron no saliese fuera de aquella córte: á sus hermanos don Pedro y doña María pusieron presos y arrestaron en Bretol. Las tierras que en francia dejaron al Navarro sus antepasados, muchas y muy



Sello de D. Pedro IV, el Ceremonioso.

buenas, lo de Evreux y las demás ciudades, fuerzas y plazas en un punto se las quitaron, parte por fuerza y otras por concierto. Con este revés tal y tan grave, cual en aquel tiempo ninguno mayor, quedaron castigadas las demasías y pretensiones de aquel rey. Los caudillos en aquella guerra y empresa fueron demás de Beltran Claquin los duques de Borbon y de Borgoña. Solos dos pueblos no se sabe por qué causa quedaron en Francia por el Navarro: demás destos Chêrebourg, que tenia en su poder el Inglés empeñado por cierta cuantía de dinero que le prestó los años pasados, y para seguridad de la amistad que entre sí tenian asentada.

El Francés no contento con esta satisfaccion no dejaba de solicitar al rey don Enrique para que por su parte hiciese entrada en Navarra, que por ir tan decaida sus cosas no podria aquel rey hacelle contraste. Nunca los príncipes dejan pasar ocasiones semejantes, y el de Castilla se conocia muy obligado al de Francia; pero era necesario buscar algun buen color para romper con el que era su deudo, amigo y aliado. Ofrecióse una ocasion acaso, que le pareció bastante. Quejábase el Navarro que el dinero que concertaron de contalle en la confederacion y asiento que tomara con Castilla, y debian pagalle todo en oro, parte le

se proveyeran en ningun extranjero las dignidades y prebendas eclesiásticas, porque estando fuera no podian cumplir con el ministerio, y hacian salir el oro y la plata: asimismo se prohibió la saca de ganados.

dieron en plata, moneda baja de ley, y que llevaba liga demasiada. Acuñaban la moneda por estos tiempos muy baja, que era la causa de concertar en los contratos la suerte en que se debian hacer las pagas. Para satisfacerse deste agravio sobornaba á Pedro Manrique adelantado de Castilla, y gobernador que era de Logroño, le entregase aquella plaza, con grandes ofertas que le hacia si venia en lo que le importunaba. El adelantado como caballero leal avisó á su rey de lo que pasaba.

La respuesta fue que le cebase con buenas esperanzas, y con color de querelle entregar aquella ciudad le metiese en el lazo, y le echase mano. Hízolo así: vino el Navarro acompañado de cuatrocientos de a caballo, de los cuales envió parte al pueblo para apoderarse dél, que por recelarse de algun trato doble él no se aseguró de entrar. Acertólo: los que envió, luego que estuvieron dentro, fueron presos y despojados, excepto algunos pocos que con ánimo varonil se pusieron en defensa y pudieron escapar. Entre los demás se señaló de muy valiente Martin Enriquez alferez real, que con la espada desnuda se defendió de gran número del pueblo que cargaren sobre él, y por salvar á si y el estandarte (como lo hizo) se arrojó de la puente en el rio Ebro que por debajo pasa.

Destos principios se vino á rompimiento y á las puñadas. El rey don Enrique nombró por general de aquella guerra á su hijo el infante don Juan, que rompió por las tierras de Navarra, taló los campos, hizo presas de hombres y de ganados, tomó á la Guardia y á Viana, quemó á Larraga y Artajona. El odio con que peleaban, era implacable; á ninguna cosa perdonaban, en que el fuego y la espada se pudiesen emplear. Mucho padecian los navarros, pues en un mismo tiempo eran forzados á sustentar la guerra contra dos reyes muy poderosos, sin ser bastantes para contrastar al uno solo, á su grandeza y poder. Esto pasaba el año que se contó de Cristo de 1378, alegre para Castilla, para las demás naciones de la cristiandad aciago. Hallábase el rey de Castilla en Burgos, presto para acudir á las cosas de la guerra, y alegre por las buenas nuevas que le venian de Navarra. Junto con esto celebraba en aquella sazon y ciudad las bodas de sus hijos. Don Alonso conde de Gijon su hijo bastardo estaba concertado con doña Isabel hija otrosí fuera de matrimonio del rey de Portugal: era el conde mozo liviano y mal inclinado; huyóse con color de no quererse casar, hízole su padre volver del camino, y finalmente se efectuó el matrimonio.

Concertó asimismo otras dos hijas bastardas que tenia, con los dos hijos de don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena: la mayor por nombre doña Juana casó luego con don Pedro el hijo menor, cuyos hijos fueron el famoso don Enrique de Villena y don Alonso. Doña Leonor la menor quedó desposada con don Alonso á la sazon ausente, y en poder de ingleses por prenda del rescate que su padre concertó cuando á él mismo le prendieron en la batalla de Nájara: bodas que por entonces se dilataron por esta causa, y despues nunca se efectuaron. Concertáronse otrosí desposorios de doña Beatriz hija legítima del Portugués con don Fadrique hijo bastardo del rey de Castilla. En Roma falleció el papa Gregorio XI á los veinte y siete de marzo. Hechas las honras al difunto como es de costumbre, se juntaron en cónclave los cardenales para nombrar sucesor. Acudieron los senadores y la nobleza romana para suplicalles no desamparasen á Roma, ni se volviesen á Francia, que pues la iglesia era Roma, nombrasen pontífice de aquella ciudad: las menguas y revueltas pasadas los moviesen á compasion de la que era cabeza de la cristiandad, orígen y albergo de toda santidad. Juntaban con los ruegos amenazas: que el pueblo estaba tan alterado, que con razon se podria temer no se descomidiese y resultase algun grave escándalo.

Hallábanse en el cónclave cuatro cardenales italianos, y trece franceses; los intentos, trazas y voluntades de todo punto diferentes y contrarias. La vocería y estruendo del pueblo los atemorizaba y aun enfrenaba, que con las armas en la mano decia á gritos: Por Dios crucificado dadnos pontífice romano á lo menos italiano. Con esto á los nueve de abril salió por papa Bartolomé Butillo Neapolitano, arzobispo de Bari: en el pontificado se llamó Urbano VI. Entre el ruido y regocijo del pueblo algunos cardenales se retiraron al castillo de San Angel, otros se salieron fuera de la ciudad, los mas se fueron á sus casas. Quejábanse de la fuerza y ponian dolencia en la eleccion; pero todos de comun consentimiento sea por estar mudados de voluntad, sea por conformarse con el tiempo, se hallaron á la coronacion del nuevo papa, que se hizo á los diez y ocho de abril, que fue el principal fundamento en que estribó la defensa de Urbano en el scisma gravísimo que luego resultó; porque si fueron forzados, ¿qué les movió á volver á Roma y hallarse á la coronacion? y si de voluntad eligieron, ¿qué desvarío retratar con daño comun y tan grave lo que una vez aprobaron? Alegaban que los caminos estaban tomados, y todos los pasos con guardas de soldados: color y capa que tomaron; como á la verdad no pudiesen llevar la severidad del nuevo pontífice, mayor por ventura que podian llevar tiempos tan estragados.

Urbano tambien se pudiera templar algun tanto de suerte que la gente no se alterara, acomodarse á lo presente, y desear lo mejor para adelante. Luego al principio de su pontificado quitó el gobierno de la Campania á Honorato Cayetano conde de Fundi: ocasion cual deseaban los cardenales mal contentos para intentar novedades y alterar la paz de la Iglesia, que con achaque de los grandes calores y el cielo de Roma mal sano se salieron de Roma, y por diversos caminos se juntaron en Fundi. En esta ciudad á los diez y nueve de setiembre nombraron por papa á Roberto cardenal de Ginebra con nombre de Clemente VII, que fue dar principio al scisma, y á los debates entre los dos pontífices, y á las descomuniones y censuras que el uno contra el otro fulminaron. El papa Urbano para suplir el colegio y consistorio en un dia crió veinte y nueve cardenales de diversas naciones, varones todos señalados. Clemente se partió luego para Aviñon con harta duda de la cristiandad sobre cual fuese el verdadero papa. Los italianos, los alemanes y los ingleses seguian al papa Urbano: los franceses y los escoceses á Clemente; los españoles al principio estuvieron neutrales y á la mira, si bien de la una y de la otra parte les hacian gran instancia con embajadas para que se declarasen.

CAPITULO II.

De la muerte del rey don Enrique.

En el mismo tiempo que la república cristiana se comenzaba á turbar con el scisma de dos pontífices que se continuó por largos años, los portugueses, gozaban de una larga y grande paz, cuanto á lo demás las cosas de aquel reino no se podian hallar en peor estado. La reina apoderada del rey mas de lo que fuera razon. La fama de su honestidad no tal, ni tan buena. Decian tenia puestos los ojos y la aficion en don Juan Fernandez de Andeiro conde de Uren. A sus parientes y aliados solamente se daban los cargos y gobiernos; la demás nobleza por el mismo caso estaba descontenta y perseguida; ó de callada, ó al descubierto. Amenazaba alguna gran tempestad, por cuyo miedo el infante don Donís hermano de aquel rey se retiró á Castilla, como queda dicho de suso.

Poco despues hizo lo mismo el infante don Juan su hermano. A don Juan hermano de los mismos, aunque bastardo, y maestre de Avis, pusieron en prision y le amenazaron de muerte: él como prudente acordó disimular y acomodarse al tiempo, y con algunos servicios y muestras de dolor aplacar el ánimo irritado de la reina. En Lisboa cabeza de aquel reino se fortaleció con muros la parte mas baja de aquella ciudad, que remata con el mar. Hizo esto el rey don Fernando así por el daño que por allí se recibió los años pasados, como para pertrecharse y apercebirse para todo lo que pudiese suceder.

Los dos pontífices no se descuidaban en solicitar por sus legados á los reyes de España para que se declarasen. El de Aragon todavía se quiso estar neutral, bien que sentido en particular del pontífice Urbano que trataba de desposeelle de Cerdeña y de Sicilia: todavía no dió lugar que en su reino se leyesen los edictos que Clemente contra él fulminaba. Solo proveyó que las rentas eclesiásticas y aprovechamientos que pertenecen al papa, se pusiesen en tercería en poder de un depositario, que las tuviese de manifiesto, hasta tanto que la Iglesia determinase á quién se debia acudir con ellas. Los legados de Urbano enviados al rey don Enrique, le hallaron en Córdoba, do era ido para proveer á las cosas del Andalucía. Pedian en nombre del que los enviaba, que le tuviese por verdadero pontífice, y declarase á su competidor por falso, elegido contra los cánones y derecho. Oyólos benignamente, pero antes de resolverse en negocio tan grave acordó juntar en Toledo las personas (1) mas señaladas del reino para determinar lo que se debia responder. Hallábase en aquella ciudad el infante don Juan su hijo de vuelta de la guerra, y con intento de pasar el invierno en aquellas partes. Acudieron embajadores del rey de Francia, que vinieron á hacer las partes de Clemente. Hízose la junta, los obispos, los ricos hombres y letrados que en ella se hallaron, habido su acuerdo, finalmente respondieron no tocaba á ellos el juicio y determinacion de aquella controversia, mas que estaban prestos de seguir lo que la Iglesia en el caso determinase, y en el entretanto las rentas y proventos pertenecientes al papa estarian guardados para el que ella juzgase era verdadero papa. Con esta respuesta se volvieron los embajadores el año de 1379.

Don Enrique se fue de allí á Burgos, donde estando apercibiendo las cosas necesarias para la guerra de Navarra, le vinieron embajadores de parte de aquel rey, hombres muy principales, con muy cumplidos poderes para hacer conciertos de paz, que se asentó finalmente con estas condiciones: que saliesen de Navarra todos los soldados ingleses: que para mayor seguridad veinte fuerzas, y entre ellas fuesen las tres Estella, Tudela y Viana, por diez años tuviesen guarnicion de castellanos: que el rey de Castilla para ayuda de los gastos hechos en aquella guerra prestase al de Navarra hasta en cantidad de veinte mil ducados luego que se firmasen las paces. Concluido el concierto, los dos reyes se vieron en Santo Domingo de la Calzada. Llevaron gran repuesto, y á porfia pretendia cada cual aventajarse en todo género de grandeza, cortesía y comedimiento.

El rey de Granada por el mismo caso se recelaba no revolviesen las fuerzas de los cristianos en daño suyo. Acusábale su conciencia con lo que hizo en tiempo del rey don Pedro en su ayuda: no se persuadia estuviese el rey don Enrique olvidado, ni que le faltase voluntad de tomar de todo enmienda. Las fuerzas no eran bastantes, si se venia á rompimiento y á las puñadas. Acordó valerse de arte y de maña. Persuadió á un moro que con muestra de huir de Granada se pasase á Castilla, y procurase darla muerte al rey. El moro era sagaz como la pretension lo pedia: procuró ganar la gracia del rey ya con servicios á propósito, ya con ricas joyas y preseas que le presentaban. Entre los demás presentes le dió unos borceguíes á la morisca muy vistosos y primos; pero inficionados de veneno mortal. Así lo atestiguan autores muy graves: conseja á que dió crédito la dolencia que desde que se los calzó, le sobrevino, que en diez dias le acabó en la misma ciudad de Santo Domingo; su muerte fue domingo á los veinte y nueve del mes de mayo. Bien es verdad que autores mas atentados y graves testifican falleció de mal de gota. Vivió cuarenta y seis años y cinco meses; reinó despues que se llamó rey en Calahorra trece años y dos meses. Varon de los mas señalados, y príncipe en la prosperidad y adversidad constante contra los encuentros de la fortuna, de agudo consejo y presta ejecucion, y que el mundo le puede llamar bienaventurado por la venganza que tomó de las muertes de su madre y de sus hermanos con la sangre del matador, y con quitalle de la cabeza la corona. Ejemplo finalmente con que se muestra que la falta del nacimiento no empece á la virtud y al valor, y que si enfrenara sus apetitos deshonestos en que fue suelto, pudiera competir con los reyes antiguos mas señalados. La franqueza demasiada de que algunos le tachan, disculpa asaz la revuelta de los tiempos, y la codicia de los nobles, que no se dejaban granjear sino á precios grandes y escesivas mercedes; además que estaba puesto en razon hiciese parte de los premios de la victoria á los que se la ayudaron á ganar y se hallaron á los peligros y trabajos. Todavía en su testamento corrigió en gran parte esta liberalidad con escluir de la herencia de aquellos estados que dió, á los deudos transversales, y admitir solamente á los decendientes hijos y nietos: traza con que gran parte de los pueblos que por esta causa se enajenaron, y de las donaciones Enriqueñas, han vuelto á la corona real.

Hallóse á su muerte don Juan Manrique obispo de Sigüenza: con él comunicó sus cosas, y nombradamente con él envió á don Juan su hijo los avisos siguientes: que en el scisma que corria, no se inclinase fácilmente á ninguna de las partes: trajese siempre ante sus ojos el santo temor de Dios y el amparo de su Iglesia: conservase con todas las fuerzas y con toda buena correspondencia la amistad de Francia, de donde les vino en sus cuitas el remedio: pusiese en libertad todos los cautivos cristianos: procurase buenos ministros y criados, que son el todo para gobernar bien; advirtióle empero, que de tres raleas y suertes de gentes que se hallaban en el reino, los que siguieron su parcialidad, los que al rey don Pedro, y los que se mantuvieron neutrales; á los primeros conservase las mercedes que él les hizo, mas que de tal suerte se fiase dellos, que se recelase de su deslealtad y inconstancia: á los segundos podria cometer cualesquier oficios y cargos, como á personas constantes, y que procurarian recompensar con sus buenos servicios las ofensas pasadas, y hacer con toda lealtad y cuidado lo que les encomendase: á los terceros mantuviese en justicia, mas no les encargase cuidado alguno, ni gobierno del reino, como á personas que mirarian mas por sus particulares, que por el pro comun.

Llevaron su cuerpo de aquella ciudad en que falleció, á la de Burgos: acompañóle su hijo don Juan ya rey. Depositáronle en el sagrario de la iglesia Mayor en la capilla de Santa Catalina; las honras le hicieron con real aparato y toda muestra de magestad. De allí le pasaron á Valladolid, y al fin del mismo año á una capilla que se labró á costa del rey en To-

(1) Hubo tres juntas para determinar un negocio de tanta importancia, una en Toledo, otra en las córtes de Illescas, y otra en Burgos, resolviéndose en todas ellas unánimemente estar al juicio de todos los cristianos que fallasen cual era el verdadero papa.

ledo en aquella parte de la iglesia Mayor que estaba junto á la torre principal, en que por tradicion de padres á hijos se tiene por cierto que puso los piés la Sagrada Vírgen cuando bajó del cielo para honrar á su siervo Ildefonso. Esta capilla en tiempo del emperador don Carlos se pasó á otra parte, donde al presente están enterrados los cuerpos deste rey, de su hijo y nieto que le sucedieron, y de las reinas sus mujeres en seis sepulcros de obra curiosa y prima, cada uno con su letrero. Asisten en esta capilla, y en ella celebran los oficios treinta y seis capellanes, con muy buenas rentas, que para sustentarse les señalaron y tienen. Mandóseles sepultar con el hábito de Santo Domingo por el amor y devocion que él tenia á la memoria de aquel santo su pariente; de cuyo órden tenian otrosí costumbre los reyes de tomar confesor.

Murió tambien por aquel tiempo el rey moro, á quien sucedió Mahomad, llamado por sobrenombre el de Guadix por la curiosidad que tuvo de hermosear y engrandecer aquella ciudad. Este por haber tenido el reino con quietud y sin alteraciones civiles puede ser tenido por mas aventajado y dichoso que todos sus antepasados. El rey de Aragon aunque viejo y anciano se tornó nuevamente á casar: tomó por mujer á Sibyla Fortia, que era una dama viuda de gran hermosura, por la cual la prefirió al casamiento con que le convidaban de Juana reina de Nápoles. Tuvo dos hijos deste casamiento que murieron en su tierna edad, y una hija llamada Isabel que adelante casó con el conde de Urgel.

CAPITULO III.

De cómo comenzó á reinar el rey don Juan.

El rey don Juan, concluido el enterramiento y honras de su padre, recibió en Burgos en las Huelgas la corona del reino en edad que era de veinte y un años y tres meses. Juntamente con él se coronó su mujer la reina doña Leonor. Armó caballeros á cien mancebos la flor de la caballeria, con las ceremonias que se acostumbraban en aquel tiempo. Demás desto á aquella nobilísima ciudad; por los gastos que en tal solemnidad le fue necesario hacer, y en premio de su bien probada lealtad, le hizo donacion de la villa de Pancorvo. Teníanse córtes en aquella ciudad, en que se establecieron muchas cosas (1): una, que el clérigo de menores órdenes casado pechase; pero que si fuese soltero, como trajese abierta la corona y hábito clerical, gozase del privilegio de la iglesia. Fueron grandes las alegrías y fiestas que se hicieron por todo el reino por la coronacion del nuevo rey, tanto con mayor aficion y voluntad cuanto mas confiaban que el hijo saldria semejable á su padre en todo género de virtud y caballería, porque era de noble condicion, dócil ingenio, apacibles costumbres, y un alma compuesta y inclinada á todas obras de piedad; no de precipitado ó arrebatado juicio, sino inclinado á oir el ajeno: era bajo de cuerpo, pero en su aspecto representaba magestad.

Luego que tomó el cuidado del reino, lo primero en que puso mano, fue en señalarse por amigo de los franceses, y así hizo poner luego á punto una armada, y enviarla contra Juan de Monforte duque de Bretaña, á quien por el favor que daba á los ingleses, aquel rey y su consejo le dieron por enemigo de la corona de Francia, y con público pregon adjudicaron sus bienes y estado al fisco real. Corrió la armada toda la costa de Bretaña, y en ella ganó una fuerza que llaman Gayo. El rey pasó en Burgos lo restante del estío. Esta pública alegría dos cosas que acontecieron, la una la aguó algo, y la otra la aumentó. La primera fue que un judío llamado Joseph Pico, muy principal entre los suyos y muy rico, fue muerto por engaño y envidia de su misma gente. Era este recogedor general de las alcabalas reales y tesorero, por donde vino á tener gran cabida y autoridad con todos. Algunos de su nacion, judíos hombres principoles (no se sabe por qué) le tenian mala voluntad, y con este odio dieron traza de matalle. Para esto por engaño sin entender el rey lo que hacia, ganaron una provision real en que mandaba fuese luego muerto, cogieron de presto al verdugo real ó inducido con el mismo engaño, ó sobornado con dineros, lo cual se puede sospechar, pues tan de rebato usó de su oficio. Acudieron á la casa de Joseph que estaba bien seguro de tal caso, en que de improviso le acabaron. Conocido el engaño, se hizo justicia de los culpados, y se le quitó á esta nacion la potestad que tenia y el tribunal para juzgar los negocios y pleitos de los suyos: desórden con que habian hasta allí disimulado los reyes por la necesidad y apretura de las rentas reales, y ser los judios gente que tambien saben los caminos de allegar dinero.

Materia de contento estraordinario fue el hijo que nació al rey en Burgos á los cuatro de octubre, sucesor que fue y heredero de sus estados: su nombre don Enrique por memoria de su abuelo, y para que remedase su valor y virtudes. En fin deste año y principio del siguiente, que se contó de 1380, las lluvias fueron grandes y contínuas en demasía: salieron con las avenidas de madre los rios, rebalsaron los campos y las labradas y sembrados, en particular el rio Ebro cerca de Zaragoza rompió los reparos y tomó otro camino, de guisa que para hacelle volver á su curso se gastó mucho trabajo y dinero. De Burgos pasó el rey á Toledo, ciudad en que de nuevo hizo las honras de su padre, y puso su cuerpo como queda dicho en su sepulcro de asiento. Partió para el Andalucía con intento de acudir á la ayuda de Francia contra los ingleses. Armó en Sevilla veinte galeras, con que el almirante Fernan Sanchez de Tovar que iba por general costeadas las riberas de España y de Francia, no paró hasta llegar á Ingalaterra, y por el rio Támesis arriba dar vista á la ciudad de Lóndres cabeza de aquel reino, con gran mengua y cuita de aquella gente y ciudadanos, que veian la armada enemiga á sus puertas, talados sus campos, quemadas sus alquerías y casas de campo sin poderlo remediar.

La discordia entre los pontífices andaba mas viva que nunca: castigo de los muchos pecados del pueblo y de las cabezas. El mayor daño y que hacia mas incurable la dolencia, que cada cual de las partes tenia sus valedores, personas en letras y santidad eminentes hasta señalarse con milagros. ¿Qué podia con esto hacer el pueblo? ¿qué partido debia seguir? Ardia el pontífice Urbano en un vivo deseo de tomar emienda de la reina de Nápoles causadora principal de aquel scisma, ca si no fuera con su sombra, no acometieran los cardenales á ejecutar lo que hicieron. Para atender á esto con mayores fuerzas y mas de propósito hizo paces con florentines y perusinos, y otros pueblos que no le querian reconocer homenaje y andaban alborotados. Convidó á Carlos duque de Durazo á pasar en Italia con intencion que le dió y promesa de hacelle rey de Nápoles. Este Carlos estaba casado con Margarita su prima hermana, hija que fue de su tio Carlos duque de Durazo: marido y mujer eran bisnietos de Carlos Segundo rey de Nápoles, como queda deducido de suso. Aceptó las ofertas del pontífice, ayudóle con gente y dinero Ludovico rey de Hungría por el odio que tenia contra la reina, por la muerte que dió á su marido Andreasso hermano del Húngaro. Demás desto la soltura desta reina en materia de honestidad era muy conocida. La

(1) Se confirmaron los privilegios y franquezas que los reyes sus antecesores habian establecido con las ciudades principales de su reino.

y nueve dias. Era pequeño de cuerpo, no muy sano, su ánimo muy vivo, amigo de honra y de representar en todas sus cosas grandeza y magestad, tanto que le llamaron el rey don Pedro el Ceremonioso. Mantuvo guerra á grandes príncipes sin socorro de estraños solo con su valor y buena maña : en llevar las pérdidas y reveses daba clara muestra de su grande ánimo y valor. Estimó las letras y los letrados; aficionóse mas particularmente á la astrología y á la alquimia, que enseña la una á adivinar lo venidero, la otra mudar por arte los metales, si las debemos llamar ciencias y artes, y no mas aina embustes de hombres ociosos y vanos. Sepultáronle en Barcelona de presente : de allí le trasladaron á Poblete, segun que lo dejó mandado en su testamento.

Al rey de Nápoles acarreó la muerte el deseo de ensanchar y acrecentar su estado. Los principales de Hungría por muerte de Luis su rey le convidaron con aquella corona como al deudo mas cercano del difunto: acudió á su llamado. La reina viuda le hospedó en Buda magníficamente ; las caricias fueron falsas, porque en un banquete que le tenia aparejado, le hizo alevosamente matar : tanto pudo en la madre el dolor de verse privada de su marido, y á su hija María escluida de la herencia de su padre. De su mujer Margarita, cuya hermana Juana casó con el infante de Navarra don Luis, segun que de suso queda apuntado, dejó dos hijos, á Ladislao y á Juana reyes de Nápoles uno en pos de otro, de que resultaron en Italia guerras y males : el hijo era de poca edad, la hija mujer, y de poca traza.

El de Navarra de dias atrás estaba doliente de lepra ; corrió la fama que murió abrasado: usaba por consejo de médicos de baños y fomentaciones de piedra zufre : cayó acaso una centella en los lienzos con que le envolvian : emprendióse fuego, con que en un punto se quemaron las cortinas del lecho y todo lo al. Dióse comunmente crédito á lo que se decia en esta parte, por su vida poco concertada, que fue cruel, avaro, y suelto en demasía en los apetitos de su sensualidad. Su hija menor por nombre doña Juana ya el setiembre pasado era ida por mar á verse con su esposo Juan de Monforte duque de Bretaña. Tuvo esta señora noble generacion, cuatro hijos, sus nombres Juan, Artus, Guillelmo, Ricardo, y tres hijas. Sucedió en la corona de Navarra el hijo del difunto, que se llamó asimismo don Carlos, casado con hermana del rey de Castilla y amigo suyo muy grande. Con la nueva de la muerte de su padre de Castilla se partió á la hora para Navarra, y hechas las exequias al difunto, y tomada la corona, hizo que en las córtes del reino declarasen al papa Clemente por verdadero pontífice, que hasta entonces á ejemplo de Aragon se estaban neutrales sin arrimarse á ninguna de las partes.

Los maliciosos, como es ordinario en todas las cosas nuevas, y el vulgo que no perdona nada ni á nadie, sospechaban y aun decian que en esta declaracion se tuvo mas cuenta con la voluntad de los reyes de Francia y de Castilla que con la equidad y razon. El rey de Castilla asimismo en gracia del nuevo rey, y por obligalle mas, quitó las guarniciones que tenia de castellanos en algunas fortalezas y plazas de Navarra en virtud de los acuerdos pasados, y para que la gracia fuese mas colmada, le hizo suelta de gran cantía de moneda que su padre le debia : obras de verdadera amistad. Con que alentado el nuevo rey volvió su ánimo á recobrar de los reyes de Ingalaterra y de Francia muchas plazas que en Normandía y en otras partes quitaron á tuerto á su padre. Acordó enviar al uno y al otro embajadas sobre el caso. Podíase esperar cualquier buen suceso por ser ellos tales que á porfía se pretendian señalar en todo género de cortesía y humanidad : contienda entre príncipes la mas honrosa y real. Además que la nobleza del nuevo rey, su liberalidad, su muy suave condicion, junto con las demás partes en que á ninguno reconocia ventaja prendaban los corazones de todo el mundo: en que se mostraba bien diferente de su padre. El sobrenombre que le dieron de Noble, es desto prueba bastante. En doña Leonor su mujer tuvo las infantas Juana, María, Blanca, Beatriz, Isabel. Los infantes Carlos y Luis fallecieron de pequeña edad. Don Jofre, habido fuera de matrimonio, adelante fue mariscal, y marqués de Córtes, primera cepa de aquella casa. Otra hija por nombre doña Juana casó con Iñigo de Zúñiga caballero de alto linaje.

En Aragon el infante don Juan se coronó asimismo despues de la muerte de su padre : fue príncipe benigno de su condicion y manso, si no le atizaban con algun desacato. No se halló al entierro ni á las honras de su padre, por estar á la sazon doliente en la su ciudad de Girona de una enfermedad que le llegó muy al cabo. Por lo mismo no pudo atender al gobierno del reino, que estaba asaz alborotado por la prision que hicieron en las personas de la reina viuda doña Sibyla, y de Bernardo de Forcia su hermano y de otros hombres principales que todos por miedo del nuevo rey se pretendian ausentar. A la reina cargaban de ciertos bebedizos, que atestiguaba dió al rey su marido un judío : testigo poco calificado para caso y persona tan grave. Pusieron á cuestion de tormento á los que tenian por culpados, y como á convencidos los justiciaron. A la reina y á su hermano condenaron otrosí á tortura, mas no se ejecutó tan grande inhumanidád : solo la despojaron de su estado, que le tenia grande, y para sustentar la vida le señalaron cierta cantia de moneda cada un año.

Luego que el nuevo rey se coronó y entró en el gobierno, la primera cosa que trató, fue del scisma de los pontífices : así lo dejó su padre en su testamento mandado so pena de su maldicion, si en esto no le obedeciese. Hobo su acuerdo con los prelados y caballeros que juntos se hallaban en Barcelona: los pareceres fueron diferentes, y la cuestion muy reñida ; finalmente se concertaron en declararse por el papa Clemente, como lo hicieron á los cuatro de febrero (1) con aplauso general de todos. Con esto casi toda España quedaba por él, en que su partido y obediencia se mejoró grandemente. Para todo fue gran parte la mucha autoridad y diligencia de don Pedro de Luna cardenal de Aragon y legado de Clemente en España, que para salir con su intento no dejó piedra que no moviese. Don Juan conde de Ampurias era vuelto á Barcelona : asegurábale la estrecha amistad que tuvo con aquel rey en vida de su padre, la fortuna que corrió por su causa. Suelen los reyes poner en olvido grandes servicios por pequeños disgustos, y recompesar la deuda, en especial si es muy grande, con suma ingratitud. Echáronle mano y pusiéronle en prision : el cargo que le hacian, y lo que le achacaban, era que intentó valerse contra Aragon para recobrar su estado de las fuerzas de Francia : grave culpa, si ellos mismos á acometella no le forzaran.

Los alborotos de Cerdeña ponian en mayor cuidado : consultaron en qué forma los podrian sosegar; ofrecíase buena ocasion por estar los sardos cansados de guerras tan largas, y que deseaban y suplicaban al rey pusiese fin á tantos trabajos. Acordó el rey de enviar por gobernador de aquella isla á don Jimen Perez de Arenos su camarero. Llegado se concertó con doña Leonor Arborea en su nombre y de su hijo Mariano que tenia de su marido Brancaleon Doria, en esta forma : que el juzgado de Arborea les queda-

(1) El reino de Aragon se declaró por dicho papa el 24 de febrero.

se para siempre por juro de heredad : para los demás pueblos á que pretendian derecho, se nombrasen jueces á contento de las partes, con seguridad que estarian por lo sentenciado : los pueblos y fortalezas de que durante la guerra se apoderaron por fuerza, y en que tenian guarniciones, los restituyesen al patrimonio real y á su señorío. Firmaron las partes estas capitulaciones, con que por entonces se dejaron las armas, y se puso fin á una guerra tan pesada.

CAPITULO XII.

De la paz que se hizo con los ingleses.

Las pláticas de la paz entre Castilla y Ingalaterra iban adelante, y sin embargo se continuaba la guerra con la misma porfía que antes. Seiscientos ingleses á caballo y otros tantos flecheros (que los demás de peste y de mal pasar eran muertos) se pusieron sobre Benavente. Los portugueses eran dos mil de á caballo y seis mil de á pié. El gobernador que dentro estaba, por nombre Álvaro Osorio, defendió muy bien aquella villa, y aun en cierta escaramuza que trabó, mató gente de los contrarios. El rey de Castilla avisado por la pérdida pasada no se queria arriscar, antes por todas las vias posibles escusaba de venir á batalla. El cerco con esto se continuaba, en que algunos pueblos de aquella comarca vinieron á poder de los enemigos. El provecho no era tanto cuanto el daño que hacia la peste en los estraños, y la hambre que padecian á causa que los naturales parte alzaron, parte quemaron las vituallas, vista la tempestad que se armaba. Por esto pasados dos meses en el cerco sin hacer efecto de mucha consideracion, juntos portugueses é ingleses por la parte de Ciudad-Rodrigo se retiraron á Portugal.

Los soldados aflojaban enfadados con la tardanza, y cansados con los males : olian otrosí que entre los príncipes se trataba de hacer paces, que les era ocasion muy grande para descuidar. Los mas deseaban dar vuelta á su tierra como es cosa natural, en especial cuando el fruto no responde á las esperanzas. Apretábase el tratado de la paz; que estas ocasiones: todas las facilitaban mas. Así el rey de Castilla por tener el negocio por acabado, despidió los socorros que le venian de Francia, y todavía si bien llegaron tarde, y fueron de poco provecho, les hizo enteramente sus pagas, parte en dinero de contado, que se recogió del reino con mucho trabajo, parte en cédulas de cambio. Despachó otrosi sus embajadores al Inglés con poderes bastantes para concluir. Hallábase el duque en Troncoso, villa de Portugal. Allí recibió cortésmente los embajadores, y les dió apacible respuesta. A la verdad á todos venia bien el concierto : á los soldados dar fin á aquella guerra desgraciada para volverse á sus casas, al duque porque por medio de aquel casamiento que se trataba, hacia á su hija reina de Castilla, que era el paradero del debate y todo lo que podia desear. Asentaron pues lo primero que aquel matrimonio se efectuase : señalaron á la novia por dote á Soria, Atienza, Almazan y Molina : á la duquesa su madre dieron en el reino de Toledo á Guadalajara, y en Castilla á Medina del Campo y Olmedo : al duque quedaron de contar á ciertos plazos seiscientos mil florines por una vez; y por toda la vida suya y de la duquesa doña Costanza cuarenta mil florines cada un año. Esta es la suma de las capitulaciones y del asiento que tomaron.

Sintiólo el rey de Portugal, á par de muerte, ca no se tenia por seguro si no quitaba la corona á su competidor : bufaba de coraje y de pesar. Por el contrario el de Alencastre se tenia por agraviado dél, y se quejaba que antes de venir la dispensacion hubiese consumado el matrimonio con su hija. Por esto, y para con mas libertad concluir y proceder á la ejecucion de lo concertado, de la ciudad de Portu se partió por mar para Bayona la de Francia mal enojado con su yerno. A la hora los pueblos de Galicia que se tenian por los ingleses, con aquella partida tan arrebatada volvieron al señorío de su rey. Los caballeros otrosi que se arrimaron á ellos, alcanzado perdon de su falta, se redujeron, prestos de obedecer en lo que les fuese mandado. Sesegaron con esto los ánimos del reino : los miedos de unos, las esperanzas de otros se allanaron, trazas mal encaminadas sin cuento, finalmente una avenida de grandes males.

Hallábase el rey de Castilla para acudir á las ocurrencias de la guerra lo mas ordinario en Salamanca y Toro. Despachó de nuevo embajadores á Bayona para concluir últimamente, firmar y jurar las escrituras del concierto. La mayor dificultad era la del dinero para hacer pagado al de Alencastre y cumplir con él. La suma era grande, y el reino se hallaba muy gastado con los gastos de guerra tan larga y desgraciada, y con las derramas que forzosamente se hicieron. Para acudir á esto se juntaron cortes en Briviesca por principio del año de 1388. Mostrose el rey humano para granjear á sus vasallos y para que le acudiesen en aquel aprieto. Otorgó con ellos en todo lo que le suplicaron, en particular que la audiencia ó cancillería se mudase : los seis meses del verano residiese en Castilla, los otros seis meses en el reino de Toledo, que no se yo si finalmente se pudo ejecutar. Acordaron para llegar el dinero de repartir la cantidad por haciendas (1) : imposicion grave, de que no eximian á los hidalgos, ni aun á los eclesiásticos : no parecia contra razon que al peligro comun todos sin escepcion ayudasen. Los señores y gente mas granada llevaban esto muy mal, ca temian deste principio no les atropellasen sus franquezas y libertades ; que aprietos y necesidades nunca faltan, y la presente siempre parece la mayor : al fin se dejó este camino que era de tanta ofension, y se siguieron otras trazas mas suaves y blandas.

Despedidas las córtes, se vieron los reyes de Castilla y Navarra primero en Calahorra, y despues en Navarrete : trataron de sus haciendas y renovaron su amistad. Acompañó á su marido la reina doña Leonor, y con su beneplácito se quedó en Castila para probar si con los aires naturales (remedio muy eficaz) podia mejorar de una dolencia larga, y que mucho la aquejaba. A la verdad ella estaba descontenta, y buscaba color para apartar aquel matrimonio, segun que se vió adelante. Partido el rey de Navarra, y firmados los conciertos, el rey de Castilla señaló la ciudad de Palencia (por ser de campaña abundante, y porque en Burgos y toda aquella comarca todavía picaba la peste) para tener cortes y celebrar los desposorios de su hijo. Trajeron á la doncella caballeros y señores que envió el rey hasta la raya del reino para acompañarla. Celebráronse los desposorios con real magnificencia. Las edades eran desiguales (2) : don Enrique de diez años, su esposa doña Catalina de diez y nueve : cosa de ordinario sujeta á inconvenientes y daños. Los hijos herederos de los reyes de Ingalaterra se llaman príncipes de Gales. A imitacion desto quiso el rey que sus hijos se llamasen príncipes de las Asturias, demás que les adjudicó el señorío de Baeza y de Andujar : costumbre que se continuó adelante, que los hijos herederos de Castilla se intitulen príncipes de las Asturias; y así los llamará la historia.

En las córtes lo principal que se trató, fue de juntar el dinero para las pagas del duque de Alencastre

(1) Se establecieron leyes muy importantes las cuales en gran parte se hallan insertas en la nueva *Recopilacion*.

(1) El príncipe tenia 10 años, y la princesa 14.

Dióse traza que se repartiese un empréstito entre las familias que antes eran pecheras, sin tocar á los hidalgos, doncellas, viudas y personas eclesiásticas. En recompensa otorgó el rey muchas cosas, en particular que á los que sirvieron en la guerra de Portugal, como queda dicho arriba, los mantuviesen en sus hidalguías. Administrábanse los cambios en nombre del rey; suplicóle el reino que para recoger el dinero que pedia, lo encomendase á las ciudades. Hecho el asiento y las paces, la duquesa doña Costanza hija del rey don Pedro, dejado el apellido de reina, con licencia del rey, y para verse con él, por el mes de agosto pasó por Vizcaya y vino á Medina del Campo. Allí fue muy bien recebida y festejada, como la razon lo pedia. Para mas honralla demás de lo concertado le dió el rey por su vida la ciudad de Huete: dádiva grande y real, mas pequeña recompensa del reino que á su parecer le quitaban. Presentáronse asimismo (aunque en ausencia) magníficamente el rey y el duque, en particular el duque envió al rey una corona de oro de obra muy prima con palabras muy corteses; que pues le cedia el reino, se sirviese tambien de aquella corona que para su cabeza labrara.

Partiéronse despues desto la duquesa para Guadalajara, cuya posesion tomó por principio del año de 1389: el rey se quedó en Madrid. Allí vinieron nuevos embajadores de parte del duque de Alencastre para rogalle se viesen á la raya de Guiena y de Vizcaya. No era razon tan al principio de la amistad negalle lo que pedia. Vino en ello, y con este intento partió para allá. En el camino adoleció en Burgos, con que se pasó el tiempo de las vistas y á él la voluntad de tenellas. Todavía llegó hasta Victoria, de donde despidió á la duquesa doña Costanza para que se volviese á su marido. En su compañía para mas honralla envió á Pero Lopez de Ayala y al obispo de Osma y á su confesor fray Hernando de Illescas de la órden de San Francisco con órden de escusalle con el duque de la habla por su poca salud, y por los montes que caian en el camino cubiertos de nieve y ásperos. La puridad era que el rey temia verse con el duque por tener entendido le pretendia apartar de la amistad de Francia: temia descompadrar con el duque si no concedia con él; por otra parte se le hacia muy cuesta arriba romper con Francia, de quien él y su padre tenian todo su ser: los beneficios eran tales y tan frescos, que no se dejaban olvidar. No le engañaba su pensamiento, antes el duque perdida la esperanza de verse con el rey, comunicó sobre este punto con los embajadores. La respuesta fue que no traian de su rey comision de asentar cosa alguna de nuevo: que le darian cuenta para que hiciese lo que bien le estuviese. Con tanto se volvieron á Victoria, sin querer aun venir en que los ingleses pudiesen (como las demás naciones) visitar la iglesia del apóstol Santiago. Esto pareciera grande estrañeza, si no temieran por lo que antes pasara, no alterasen la tierra con su venida ellos y sus aficionados, que siempre quedan de revueltas semejantes, por la memoria del rey don Pedro, y por el tiempo que los ingleses poseyeron aquella comarca.

Por este tiempo á los trece de marzo en Zaragoza al abrir las zanjas de cierta parte que pretendian levantar en el templo de Santa Engracia, muy famoso y de mucha devocion en aquella ciudad, acaso hallaron debajo de tierra dos lucillos muy antiguos con sus letras, el uno de Santa Engracia, el otro de San Lupercio. Alegróse mucho la ciudad con tan precioso tesoro, y haber descubierto los santos cuerpos de los patrones, prenda muy segura del amparo que por su intercesion esperaban del cielo alcanzar. Hiciéronse fiestas y procesiones con toda solemnidad para honrar los santos, y en ellos y por ellos á Dios, autor y fuente de toda santidad.

CAPITULO XIII.

La muerte del rey don Juan.

Las vistas del rey de Castilla y duque de Alencastre se dejaron: juntamente en Francia se asentaron treguas entre franceses é ingleses por término de tres años. Pretendian estas naciones cansadas de las guerras que tenian entre sí, con mejor acuerdo despues de tan largos tiempos de consuno volver sus fuerzas á la guerra sagrada contra los infieles. Juntáronse pues, y desde Génova pasaron en Berbería: surgieron á la ribera de Aphrodisio, ciudad que vulgarmente se llamó Africa: pusiéronla cerco y batiéronla: el fruto y suceso no fue conforme al aparato que hicieron, ni á las esperanzas que llevaban. España no acababa de sosegar: en la confederacion que se hizo con los ingleses, se puso una cláusula, como es ordinario, que en aquellas paces y conciertos entrasen los aliados de cualquiera de las partes. Juntáronse córtes de Castilla en Segovia: acordaron entre otras cosas se despachasen embajadores á Portugal para saber de aquel rey lo que en esto pensába hacer.

La prosperidad si es grande saca de seso aun á los muy sabios, y los hace olvidar de la instabilidad que las cosas tienen: estaba resuelto de continuar la guerra, y romper de nuevo por las fronteras de Galicia. Solo por la mucha diligencia de fray Hernando de Illescas uno de los embajadores, persona en aquella era grave y de traza, se pudo alcanzar que se asentasen treguas por espacio de seis meses. Falleció á esta sazon en Roma á los quince de octubre el papa Urbano Sesto. En su lugar dentro de pocos dias los cardenales de aquella obediencia eligieron al cardenal Pedro Tomacello natural de Nápoles: llamóse Bonifacio Nono. El Portugués luego que espiró el tiempo de las treguas, con sus gentes se puso sobre Tuy ciudad de Galicia puesta sobre el mar á los confines de Portugal. Apretaba el cerco, y talaba y robaba la comarca sin perdonar á cosa alguna. El rey de Castilla hostigado por las pérdidas pasadas no queria venir á las manos, ni aventurarse en el trance de una batalla con gente que las victorias pasadas la hacian orgullosa y brava. Acordó empero enviar con golpe de gente á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo, y á Martin Yañez maestre de Alcántara, ambos portugueses para meter socorro á los cercados: llegaron tarde en sazon que hallaron la ciudad perdida y en poder del enemigo; todavía su ida no fue en vano, ca movieron tratos de concierto, y finalmente por su medio se asentaron treguas de seis años con restitucion de la ciudad de Tuy, y de otros pueblos que durante la guerra de la una y de la otra parte se tomaron.

El año que se contó de nuestra salvacion de 1390, fue muy notable para Castilla por las córtes que en él se juntaron de aquel reino en la ciudad de Guadalajara, las muchas cosas y muy importantes que en ellas se ventilaron y removieron. Lo primero el rey acometió á renunciar el reino en el príncipe su hijo: decia que hecho esto, los portugueses vendrian fácilmente en recebir por sus reyes á él y á la reina doña Beatriz su mujer. Sueñan los hombres lo que desean: reservaba para sí las tercias de las iglesias que le concediera el papa Clemente á imitacion de su competidor Urbano, que hizo lo mismo con el Inglés: cada cual con semejantes gracias pugnaba de granjear las voluntades de los príncipes de su obediencia. Reservábase otrosí á Sevilla, Córdoba, Jaen, Murcia y Vizcaya. No vinieron en esto los grandes ni las córtes. Decian que se introducia un ejemplo muy perjudicial, que era dejar el gobierno el que tenia edad y prudencia bastante, y cargar el peso á un niño, incapaz de cuidados: que de los portugueses no se debia esperar harian virtud de grado, si su daño no

los forzaba: que los tiempos se mudan, y si una vez ganaron; otra perderian, pues la guerra lo llevaba así.

En segundo lugar se trató de los que faltaron á su rey, y se arrimaron durante la guerra al partido de Portugal: acordaron se diese perdon general; confiaban que los revoltosos con sus buenos servicios recompensarian la pasada deslealtad, además que la culpa tocaba á muchos. Solo quedó esceptuado desta gracia el conde de Gijon, y en las prisiónes que antes le tenian. Su culpa era muy calificada, y de muchas recaidas; el rey mal enojado, y aun si el ejemplo del rey don Pedro no le enfrenara, que se perdió por semejantes rigores, se entiende acabara con él, que perro muerto no ladra. Demás desto se acordó que el reino sirviese al rey con una suma bastante para el sustento y paga de la gente ordinaria de guerra, porque acabadas las guerras se derramaban por los pueblos, comian á discrecion, robaban y rescataban á los pobres labradores: estado miserable.

Para que esto se ejecutase mejor, reformaron el número de los soldados en guisa que restasen cuatro mil hombres de armas, mil y quinientos ginetes, mil arqueros con la gente necesaria para su servicio. Que esta gente estuviese presta para la defensa del reino, y se sustentasen de su sueldo, sin vagar ni salir de sus guarniciones ni de las ciudades que les señalasen. Desta manera se puso remedio á la soltura de los soldados; y para aliviar los gastos bajaron el sueldo, que recompensaron con privilegios y libertades que les dieron. Quitaron la licencia á los naturales de ganar sueldo de ningun príncipe estraño: ley saludable, y que los reyes adelante con todo rigor ejecutaron. Acostumbraban los papas á proveer en los beneficios y prebendas de España á hombres extranjeros, de que resultaban dos inconvenientes notables; que se faltaba al servicio de las iglesias, y al culto divino por la ausencia de los prebendados, y que los naturales menospreciasen el estudio de las letras cuyos premios no esperaban: queja muy ordinaria por estos tiempos y que diversas veces se propuso en las córtes, y se trató del remedio. Acordaron se suplicase al papa Clemente proveyese en una cosa tan puesta en razon y que todo el reino deseaba.

Los señores asimismo de Castilla, infanzones é hijosdalgo, con las revueltas de los tiempos estaban apoderados de las iglesias con voz de patronazgo: quitaban y ponian en los beneficios á su voluntad clérigos mercenarios, á quien señalaban una pequeña cota de la renta de los diezmos, y ellos se llevaban los demás. Los obispos de Burgos y Calahorra por tocalles mas este daño intentaron de remedialle con la autoridad de las córtes y el brazo real. El rey venia bien en ello; pero vista la resistencia que los interesados hacian, no se atrevió á romper ni desabrir de nuevo á los señores, que poco antes llevaron muy mal otro decreto que hizo, en que á todos los vasallos de señorío dió libertad para hacer recurso por vía de apelacion á los tribunales y á los jueces reales; además que se valian de la inmemorial en esta parte, de los servicios de sus antepasados, de las bulas ganadas de los pontífices antes del concilio Lateranense, en que se estableció que ningun seglar pudiese gozar de los diezmos eclesiásticos, ni desfrutar de las iglesias, aunque fuese con licencia del sumo pontífice: decreto notable.

Las mercedes del rey don Enrique fueron muchas, y grandes en demasía. Advertido del daño las cercenó en su testamento en cierta forma, segun que de suso queda declarado. Los señores propusieron en estas córtes que aquella cláusula se revocase, por razones que para ello alegaban. El rey á esta demanda respondió que holgaba, y queria que las mercedes de su padre saliesen ciertas: buenas palabras; otro tenia en el corazon, y las obras lo mostraron. A un mismo tiempo llégaron á aquella ciudad embajadores de los reyes de Navarra y de Granada. Ramiro de Arellano y Martin de Ayvar pidieron en nombre del Navarro que pues la reina doña Leonor su señora se quedó en Castilla para convalecer con los aires naturales, ya que tenia salud á Dios gracias, volviese á hacer vida con su marido, que no era razon en aquella edad en que podian tener sucesion, estar apartados; en especial que era necesario coronarse, ceremonia y solemnidad que por la ausencia de la reina se dilatara hasta entonces. Al rey pareció justa esta demanda. Habló con su hermana en esta razon: que el rey su marido pedia justicia; por ende que sin dilacion aprestase la partida. Escusóse la reina con el odio que decia le tenia aquella gente: que no podia asegurar la vida entre los que intentaron el tiempo pasado matalla con yerbas por medio de un médico judío.

Al rey pareció cosa fuerte y recia forzar la voluntad de su hermana; vino empero á instancia de los embajadores en que pues no tenian hijo varon, la infanta doña Juana que era la mayor de las hijas, y su madre la dejara en Roa, la restituyese á su padre. Con esto el de Navarra despedido de recobrar su mujer por entonces acordó coronarse en la iglesia Mayor de Pamplona. La ceremonia se hizo á los trece de febrero con toda representacion de magestad. Ungiéronle á fuer de Navarra: levantáronle en hombros en un pavés, y todos los circunstantes en alta voz le saludaron por rey. Hizo la ceremonia Pedro Martinez de Salva obispo de aquella ciudad. Halláronse presentes el cardenal don Pedro de Luna legado por el papa Clemente y otros caballeros principales. De parte del rey moro vino á Castilla por embajador el gobernador de Málaga. Pretendia que antes que espirase el tiempo de las treguas puestas entre Castilla y Granada, se prorogasen. Negoció bien, porque presentó largamente caballos, jaeces, paños de mucho precio, y otros adobos semejantes. Lo que hobo particular en estas treguas, fue que las firmaron los reyes y sus hijos herederos de sus estados.

Don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo á sus espensas edificaba sobre el rio Tajo una hermosa puente, que hasta hoy dia se llama la Puente del Arzobispo. Junto á la obra estaban unas pocas casas, por mejor decir chozas, á manera de alquería. Agradóse el rey de la obra, que era muy importante, y de la disposicion apacible, de la tierra cuando pasó á Sevilla para hacer guerra á Portugal. Con esta ocasion hizo el arzobispo instancia que diese franqueza á todos los que viniesen allí á poblar. Otorgó el rey con su demanda, y quiso que el pueblo se llamase Villafranca, y que gozase de la misma franca Alcolea, en cuyo territorio se edificaba la puente. Espidióse el privilegio (que está en los archivos de la iglesia de Toledo) en Guadalajara á los catorce de marzo. A su hijo menor el infante don Fernando demás del estado de Lara que ya tenia, adjudicó de nuevo la villa de Peñafiel con título de duque. Pusiéronle en señal del nuevo estado en la cabeza una corona rasa sin flores á diferencia de la real, si bien en esta era, no solo los duques, pero los marqueses y condes graban en sus escudos, y ponen por timbre ó cimera coronas que se rematan en sus flores como la de los reyes. El escudo de armas que le señalaron, fue mezclado de las de Castilla y de Aragon, á propósito que se diferenciasen de las del príncipe, y porque traía su decendencia de aquellas dos casas.

Las córtes de Guadalajara, que fueron tan célebres (1) por las muchas cosas que en ellas se trataron, se despidieron entrado bien el verano. Por el mes de

(1) Hicieron leyes para corregir los diferentes abusos introducidos en la administracion de la justicia, y prohibiendo severamente los ayuntamientos y ligas, aunque se hicieran por el bien público.

medio que fue de ningun momento, antes perjudicial, de ir ni bien de paz, ni bien de guerra : esto es que fuese el rey delante de paz, y tras dél fuese el ejército para allanar los rebeldes y mal intencionados.

El obispo de la Guardia, que es en la raya de Portugal, estaba en servicio de la reina. Dióselo el rey su padre para que con él comunicase todos sus secretos. Este prelado se ofreció de dar llana al rey su ciudad. Antes de acometer esta jornada era necesario atajar en Castilla los siniestros intentos de algunos. A don Juan hermano legítimo del rey difunto de Portugal, que se habia pasado á Castilla por miedo de la reina como está dicho, puso el rey en el alcázar de Toledo como en prision, no por otro crimen, sino porque su nobleza y derecho que podia pretender á aquel reino, hacian que dél se recatasen. Al conde de Gijon le pusieron en prisiones en el castillo de Montalvan no lejos de Toledo, porque despues de perdonado tantas veces se carteaba con los portugueses, y trataba de rebelarse ; confiscáronle otrosí todos sus bienes y estado. Encoméndose su guarda á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo, por cuyo órden estuvo mucho tiempo preso en el castillo de Almonacir tres leguas de Toledo.

Asentadas todas estas cosas, el rey y la reina se fueron á Plasencia, y de allí con priesa pasaron á Portugal. Los sacerdotes de la Guardia como lo prometió el obispo los salieron á recibir con cruces y capas de iglesia, en altas voces dándoles el parabien del nuevo reino, y rogando á Dios le gozasen por largos años. El alcaide de la fortaleza hizo resistencia, por no estar determinado en lo que debia hacer, hasta ver el suceso de aquellas alteraciones, y que partido tomarian los demás. Antes de la venida del rey, Lisboa le juró por rey á persuasion de don Enrique Manuel conde de Sintra, tio que era del rey don Fernando difunto. Vino tambien en ello doña Leonor la reina viuda, por entender que para reprimir las voluntades y intentos así de los grandes, como del pueblo, era menester mayor fuerza que la suya.

Deste principio comenzó el pueblo á alterarse y dividirse en bandos, de que resultaron muertes de muchos. El primero que mataron, fue el conde de Andeiro, á quien en el mismo palacio real dió de puñaladas el maestre de Avis: la demasiada cabida que con la reina tenia, de que muchos sentian mal, le empeció y acarreó su perdicion. Nunca paran en poco los alborotos : el vulgo deste principio pasó tan adelante que sin ningun término ni respeto dieron al tanto la muerte á don Martin obispo de Lisboa en la misma torre de la iglesia Mayor, donde se recogió para escapar de aquel furor : no dudaron de poner sus sacrílegas manos en aquel varon consagrado, no por otra culpa sino porque nació en Castilla, y parecia que no sentia bien de los alborotos que se movian en Portugal, y que favorecia las partes del rey don Juan : entre gente furiosa el seso suele dañar, y entre los alevosos la lealtad. La reina doña Leonor por recelo no le hiciesen algun desacato con voluntad del maestre de Avis se salió de la ciudad de Lisboa y se fué á Santaren.

En tan confusa tempestad y revueltas tan grandes ningun lugar se daba al consejo ni á la mesura : todo lo regia la saña y la locura, de que el pueblo estaba tomado como de vino, y como bestia en zelo. El maestre de Avis tenia partes aventajadas : era agraciado, bien apuesto, cortesano, comedido, liberal, y por el mismo caso bien quisto generalmente; finalmente sus calidades tales que suplian la falta de no ser legítimo. Por el contrario el rey don Juan bien que manso y apacible, si no le alteraba alguna injuria ; en el hablar, que es con lo que se granjean las voluntades, y por esto lo hizo tan fácil la naturaleza, era corto en demasía: por esta causa aunque con su presencia luego que llegó á Portugal se ganaron







Moneda de don Juan I de Castilla.

algunos, los mas se estrañaron, como gente que es la portuguesa de su natural apacible y cortés, cumplida y acostumbrada á ser tratados con afabilidad de sus reyes.

De la Guardia al principio del año de 1384 pasó el rey á Santaren por visitar á la reina su suegra, y á su instancia, y para tomar con ella acuerdo de lo que se debia hacer, y como se podrian encaminar aquellas pretensiones. Acompañábanle quinientos de á caballo, bastante número para entrar de paz, mas para sosegar los alborotados muy pequeño. El condestable don Alonso de Aragon, el arzobispo de Toledo y Pero Gonzalez de Mendoza, nombrados por gobernadores del reino de Toledo en ausencia del rey, no se descuidaban en hacer gente por todas partes, y encaminar á Portugal nuevas compañías de soldados. La mayor dificultad para la espedicion de todo era la falta del dinero. Con las guerras y gastos pasados el patrimonio real estaba consumido, y todo el reino cansado de imposiciones. Acordaron aprovecharse en aquel aprieto de las ofrendas muy ricas y preseas del famoso templo de Guadalupe, santuario muy devoto. Tomaron hasta en cantidad de cuatro mil marcos de plata : ayuda mas de mala sonada que grande, y principio del cual el pueblo pronosticaba que la empresa seria desgraciada, y que la Virgen tomaria emienda de los que despojaban su templo, de aquel desacato y osadia.

Don Carlos infante de Navarra por no faltar al deudo y amistad que tenia con el rey de Castilla, y no mostrarse ingrato á los beneficios que dél tenia recebidos, se aprestaba para acudille con buen golpe de

su gente. El de Aragon por su edad y aquejalle otros cuidados y guerras á que le convenia acudir, acordó estarse á la mira, en especial que comunmente los príncipes llevan mal que ninguno de sus vecinos se acreciente mucho, antes pretenden siempre balanzar las potencias. En Portugal se hicieron grandes consultas. Acordaron finalmente que la reina doña Leonor renunciase en el rey su yerno la gobernacion de aquel reino. Lo que pareció seria medio para allanarlo todo, fue causa de mayor alboroto. La nobleza y el pueblo aborrecian á par de muerte sujetarse con esto á Castilla por el odio que entre sí estas dos naciones tienen. Lamentábanse de la reina, acusábanle el juramanto que les tenia hecho, y la disposicion y testamento del rey su marido, en que dejó prevenido lo que se debia hacer en esto.

El sentimiento era general, bien que algunos de los principales como tenian que perder, no quisieran se resolvieran la feria, y se mostraban de parte del rey don Juan. Estos eran don Enrique Manuel conde de Sintra, Juan Tejada, que fuera canciller mayor de aquel reino, don Pedro Pereyra, prior de San Juan de Portugal, por otro nombre de Ocrato, que adelante en Castilla fue maestre de Calatrava, y con él dos hermanos suyos Diego y Fernando, sin otros algunos de los mas granados. Demás destos muchos pueblos seguian esta voz, en especial la comarca toda entre Duero y Miño, por la buena diligencia de Lope de Leira, que aunque nacido en Galicia, tenia el gobierno de aquella tierra. Alonso Pimentel entregó á Berganza, en cuya tenencia estaba: lo mismo hicieron Juan Potocarrero y Alonso de Silva de otras fuerzas que á su cargo tenian.

CAPITULO VIII.

Del cerco de Lisboa.

Las pretensiones del rey de Castilla en la manera dicha procedian en Portugal hasta aquí sin daño notable. Tenian esperanza que todo el reino de conformidad haria lo que pedia la razon y el tiempo que tiene gran fuerza; pues constaba que si bien todos se conformaban en un parecer, no eran bastantes para hacer rostro al poder de Castilla, tanto menos estando divididos en bandas y desconformes, camino para mas presto perderse: esperanza que muy presto se fue en flor, y finalmente prevaleció la parte contraria, y los descontentos pasaron siempre adelante; en que se mostró claramente de cuanto mayor eficacia es el valor que las fuerzas, la maña que todo lo al. Los portugueses llevaban mal ser gobernados por estraños, y mucho mas por los castellanos, por la competencia que entre sí tienen, como acontece entre los reinos comarcanos. Estrañaban mucho que les quebrantasen las capitulaciones con que últimamente asentaron la paz. Querellábanse que el infante don Juan, en quien tenian puestos los ojos para remedio de sus daños, le tuviesen arrestado en Toledo sin alguna culpa suya, solo porque no les acudiese: decian que por tener poca razon y justicia se valian de la violencia y engaño.

Lo que solo les restaba, todos comunmente volvieron los ojos y pensamiento al maestre de Avis que era persona sagaz y de negocios, y que con su buena manera y afabilidad sabia granjear las voluntades y prendallas. Conoció él la ocacion que la presentaba la gran aficion del pueblo: ofrecióse á ponerse á cualquier riesgo y trabajo por el bien comun y pro de la patria. Todavía los alborotados por entonces no pasaron mas adelante de nombrar por su gobernador al infante don Juan, que como queda dicho le tenian preso en Toledo. Para mas alterar la gente sacaron en los estandartes su retrato aherrojado y puesto en cadenas: el cuidado de acaudillar la gente se encargó al maestre de Avis. Decian que doña Leonor no era reina, ni su matrimonio con el rey era válido por ser vivo su marido, á quien el rey la quitó por su hermosura sin otras ventajas de linaje y de valor, solo para que fuese un tizon con que todo el reino se abrasase: que por el mismo caso su hija doña Beatriz como bastarda era incapaz de la sucesion y de la corona: que si la juraron, fue por condescender con la voluntad del rey su padre, á que no se podia contrastar: finalmente que su testamento cuanto á este punto, no se debia guardar.

Todo esto pasaba en la ciudad de Lisboa que estaba ya declarada contra Castilla: arrimáronsele muchos señores y fidalgos, unos al descubierto, otros de callada: el que mas se señalaba, era Nuño Alvarez Pereyra hijo del Prior de Ocrato Alvar Gonzalez Pereyra y nieto de don Gonzalo Pereyra arzobispo de Braga, si bien sus hermanos seguian el partido de Castilla. Era este caballero mozo brioso, de grande ingenio, acertado consejo, y muy diestro y osado en las armas; fundador adelante despues que alcanzaron la victoria, de la casa de Berganza la mas poderosa de Portugal. Importa mucho la reputacion en la guerra: acordaron los levantados que el Nuño Pereyra con golpe de gente corriese las tierras de Castilla; hízose así: acudió gente del rey don Juan por su órden: vinieron á las manos cerca de Badajoz, en que los castellanos quedaron vencidos, muerto el maestre de Alcántara don Diego Gomez Barroso: huyeron don Juan de Guzman conde de Niebla y el almirante Tovar; el daño fue grande, pero muy mayor la mengua y el pronóstico de los males que deste principio se continuaron.

Don Gonzalo hermano de la reina viuda estaba en Coimbra con guarnicion de soldados. Acordó el rey don Juan ir allá acompañado de las reinas madre é hija, confiado que le abririan luego las puertas: salió vana esta esperanza, ca el gobernador quiso mas volver por su nacion que tener respeto al deudo. Desta burla quedó el rey muy sentido, tanto mas que don Pedro su primo conde de Trastamara, é hijo del maestre don Fadrique se retiró dél y se acogió á aquella ciudad. Sospechóse que en esta huida tuvo parte la reina doña Leonor, y que el conde se comunicó con ella, que cansada de su yerno se inclinaba á las cosas de Portugal. Por esto acordó envialla á Castilla con noble acompañamiento para que estuviese en Tordesillas: destierro y prision honrada en que murió adelante, y castigo del cielo en lo mismo que hizo padecer á los infantes sus cuñados, y á otros. Yace sepultada en Valladolid en el cláustro de la Merced.

Hecho esto, se trató en consejo de capitanes sobre poner sitio á Lisboa, ciudad la mas rica de Portugal, por ser la cabeza de aquel reino, y de presente haberse recogido á ella lo mejor y mas granado con sus haberes y preseas. Los pareceres no se conformaban. Algunos decian seria mas acertado dividir el ejército que era grande en número de soldados, en muchas partes, acometer y allanar las demás fuerzas y plazas de menos importancia: que allanado lo demás, Lisboa seria forzada á rendirse; donde no, la podrian con mayor fuerza cercar y combatir. Pero prevaleció el consejo de los que sentian se debia en primer lugar acudir á aquella ciudad como á cabeza del reino y raiz de toda la guerra, que ganada, no hallarian resistencia en lo restante del reino. Acudieron pues al cerco. De camino talaron los campos, quemaron las aldeas, prendieron hombres y ganados, con que gran número de pueblos se rindieron y entregaron. Llegados á la ciudad, asentaron sus reales y los berrearon en aquella parte do al presente está edificado el monasterio de los Santos. Para mas apretar el cerco por tierra y por mar armaron en Sevilla trece galeras y doce naves, sin otros bajeles de menor consideracion.

Entró esta armada por la boca del rio Tajo, y echó anclas enfrente de la ciudad con intento de estorbar que no entrase por aquella parte alguna provision ni socorro á los cercados. La muchedumbre del pueblo era grande por ser aquella ciudad de suyo muy populosa, y por los muchos que se recogieran á ella de todas partes; por donde muy presto se comenzó á sentir la falta de las vituallas y mantenimientos, que suelen encarecerse por la necesidad presente, y mucho mas por el miedo que cada uno tiene no le falte para adelante. Los portugueses para acudir á esta necesidad salieron con diez y seis galeras y ocho naves que tenian aprestadas en la ciudad de Portu. Ayudóles el viento que les refrescó, y la creciente del mar muy favorable, con que por medio de los enemigos, aunque con pérdida de tres naos, se pusieron en parte que proveyeron bastantemente la falta que de bastimentos padecian los cercados; principio con que las cosas de todo punto se trocaron, mayormente que el otoño fue muy enfermo, y muchos adolecieron de los que alojaban en los reales, por la destemplanza del cielo, y no estar los de Castilla acostumbrados á aquellos aires.

Por esta causa pareció al rey don Juan mover tratos de paz: tuvieron habla sobre el caso Pero Fernandez de Velasco por la una parte, y por la otra el maestre de Avis que acaudillaba los alborotados. Dijéronse muchas razones, los daños que podian resultar de la guerra, los bienes que se podian esperar de la concordia. El maestre con el gusto que tenia de mandar de presente, y la esperanza que se le representaba de cerca de ser rey, respondió finalmente á la demanda que no vendria en ningun asiento de paz, si á él mismo, no le dejasen por gobernador del reino hasta tanto que doña Beatriz tuviese hijo de edad bastante para poderse encargar de aquel gobierno. Que esto pedia el pueblo y pretendian los fidalgos; que si no otorgaban con ellos, él no podia faltar á las obligaciones que tenia á los suyos y á su patria. Las dolencias iban adelante, y á manera de peste de cada dia morian no solo soldados ordinarios, sino tambien grandes personajes, como don Pedro Fernandez maestre de Santiago, y el que le sucedió luego en aquella dignidad por nombre Ruy Gonzalez Mejía, el almirante Fernan Sanchez de Tovar, Pero Fernandez de Velasco, y los dos mariscales Pero Sarmiento y Fernan Alvarez de Toledo. Item Juan Martinez de Rojas: dias hobo que fallecieron docientos mas y menos, con que el número de los soldados menguaba y el ánimo mucho mas. Por esto los mas principales blandeaban, y aborrecian aquella guerra por ser entre parientes y contra cristianos. Quisieran que de cualquiera manera se tomara asiento y se concertaran las partes: finalmente los trabajos eran tan grandes y la cuita por esta causa tal que fue forzoso levantar el cerco con mengua y pérdida muy grande, y volver atrás.

Nombró el rey por mariscal á Diego Sarmiento luego que falleció su hermano: encargóle la guarda de Santarén con buen número de soldados: otros capitanes repartió por otras partes, ca pensaba rehacerse de fuerzas, y muy en breve volver á la guerra. Hecho esto, la armada por mar y los demás por tierra en compañía del rey se encaminaron para Sevilla. Pudieran recebir daño notable á la partida (que las piedras se levantan contra el que huye) si los portugueses salieran en su seguimiento: que pocos bien gobernados pudieran maltratar y deshacer los que iban tan trabajados; mas ellos se hallaban no menos gastados y afligidos que los contrarios, y tenian por merced de Dios verse libres de aquel peligro y de aquel cerco, y aun como dicen, al enemigo que huye, puente de plata. Hicieron procesiones así en Lisboa como en lo restante del reino con toda solemnidad en accion de gracias por merced tan señalada.

Por este mismo tiempo el rey de Aragon no hacia buen rostro á sus dos hijos de la primera mujer los infantes don Juan y don Martin. Decíase comunmente que la reina cómo madrastra con sus malas mañas era causa deste daño. Verdad es que el infante don Juan habia dado causa bastante de aquel desgusto por casarse como se casó contra la voluntad de su padre arrebatadamente y de secreto con madama Violante hija de Juan duque de Berri, sin hacer caso de la reina de Sicilia, cuyo casamiento para todos estaba muy mas á cuento (1). Quebró el enojó en don Juan conde de Ampurias y yerno y primo de aquel rey. Su culpa fue que los recogió en su estado para que allí se casasen; por lo cual luego que el hijo se redujo, y se puso en las manos de su padre y él le perdonó aquella liviandad, revolvió contra el conde, y le quitó la mayor parte del estado, que le tenia asaz grande en lo postrero de España. No le pudo haber á las manos, que se huyó á Aviñon en una galera resuelto de tentar nuevas, esperanzas, y con las fuerzas que pudiese juntar suyas y de sus amigos recobrar aquel condado.

CAPITULO IX.

De la famosa batalla de Aljubarrota.

Corria el año de 1385 cuando el conde de Ampurias avino aquella desgracia. Al principio del cual el rey de Castilla con el deseo en que ardia de rehacer la quiebra pasada, levantaba gente por todas partes y armaba en el mar. Juntó un grueso campo por tierra y una armada de doce galeras y veinte naves para enseñorearse del mar y asegurar la tierra. Todo procedia despacio á causa de una dolencia que le sobrevino, de que llegó á punto de muerte; luego empero que convaleció, y pudo atender á las cosas de la guerra, dió mucha priesa para que todo lo necesario se aprestase. Vino á la sazon una nueva que en cierto encuentro que los portugueses tuvieron con la guarnicion de Santarén, quedaron presos el maestre de Avis y el prior de San Juan, alegría falsa, y que muy en breve se trocó en dolor y pena, porque se supo de cierto que los portugueses en la ciudad de Coimbra habian alzado los estandartes reales por el maestre de Avis, que era meter las mayores prendas y empeñarse del todo por no volver atrás.

El caso pasó en esta guisa. Juntáronse en aquella ciudad las cabezas de los alzados para acordar lo que se debia hacer en aquella guerra. Concordaban todos en que para hacer rostro á los intentos de Castilla les era necesario tener cabeza, algun valeroso capitan que acaudillase el pueblo, ca muchedumdre sin órden es como cuerpo sin alma. Añadian que para mayor autoridad de mandar y vedar, y para que todos se sujetasen, y aun para que él mismo se animase mas, y con mayor brio entrase en la demanda, era forzoso dalle nombre de rey. Alegaban que la república da la potestad real, y por el mismo caso, cuando le cumpliere, la puede quitar y nombrar nuevo rey: muchos y muy claros ejemplos, tomados de la memoria de los tiempos en confirmacion desto, el derecho que la naturaleza y Dios da á todos de procurar la libertad y esquivar la servidumbre: sobre todo que si los contrarios confiaban en su derecho y razon, ¿por qué causa á tuerto fueron los primeros á tomar las armas? que á ninguno es defendido valerse de la fuerza contra los que le hacen agravio: no faltaban letrados que todo esto lo fun-

(1) Estuvo tres veces casado: primero con doña Juana hija de Felipe de Valois rey de Francia, despues con doña Marta ó Mata hermana del conde Juan de Armeñac, y últimamente con doña Violante hija de Roberto duque de Bar, que es la que aquí copiamos de su sello. Este don Juan es quien se dió el título de *duque de Gerona* que llevaron despues los primogénitos de los reyes de Aragon.

daban en derecho con muchas alegaciones de leyes divinas y humanas.

La grandeza del negocio y la dificultad espantaba: por donde algunos eran de parecer no quitasen en el reino á doña Beatriz, pues seria cosa inhumana privalla de la herencia de su padre, temeridad irritar, las fuerzas de Castilla, locura confiar de sí demasiado y no medirse con la razon. Que los enemigos antes de venir á las manos y de ensangrentarse saldrian á cualquier partido: las haciendas (1), las vidas y la libertad quedaria en mano del vencedor. Por conconclusion que era prudencia acordarse de los temporales que corrian, y medirse con las fuerzas, desear lo mejor, y con paciencia acomodarse al estado presente. No faltaban en la junta votos en favor del infante don Juan, bien que en Toledo arrestado. Decian se debia tratar de su libertad, alegaban el comun acuerdo pasado: ¿qué otra cosa significaban aquellos estandartes? ¿qué cosa se ofrecia de nuevo para mudar lo acordado una vez? pero este parecer comunmente desagradaba: á qué propósito hacer rey al que ni los podia gobernar, ni acudilles en aquel peligro, no ser ayuda, sino solo causa de guerra? Con tanto mayor voluntad acudieron los votos al maestre de Avis que presente estaba, y de cuyo valor y maña todos mucho se pagaban.



D. Juan I. de Aragon, el Cazador. (retrato coetáneo).

En San Francisco de Coimbra, do se tenia aquella junta, le alzaron por rey á los cinco de abril con aplauso general de todos los que presentes se hallaron. Los mismos que sentian diversamente, eran los primeros á besalle la mano y hacelle todo homenaje para mostrarse leales, y que aprobaban su eleccion. Publicaban que las estrellas del cielo y las profecías favorecian aquella eleccion, en particular que un infante de ocho meses al principio destas revueltas en Ebora se levantó de la cuna, y por tres veces en alta voz dijo: don Juan rey de Portugal. Lo cual interpretaban en derecho de su deudo del maestre de Avis: que así suelen los hombres favorecer sus aficiones, y por decir mejor, soñar lo que desean. Los portugueses como tan empeñados en aquel negocio que no podia ser mas, desde aquel dia en adelante tomaron las armas con mayor brio y tanto mayor esperanza de salir con su intento cuanto menos les quedaba de ser perdonados, y aun muchos se movian por el deseo natural que todos los hombres tienen de cosas nuevas y enfado de lo presente. La comarca de Portugal, que está entre Duero y Miño, muy en breve se declaró por el nuevo rey, unos se le allegaban por fuerza, los mas de su voluntad.

Enturbióse esta alegría con la armada de Castilla que del Andalucía y de Vizcaya aportó á las marinas de Portugal, y se presentó delante la ciudad de Lisboa; con que los castellanos quedaron señores de la mar, y corrian aquellas riberas y los campos comarcanos sin contradiccion: cosa que mucho enfrenó la alegría y los brios de los portugueses. Hallábase el rey de Castilla en Córdoba: dende al principio del estío envió la reina su mujer á Avila, pues no podia ser de provecho por tenelle la gente perdido todo respeto, y para que no embarazase. A la misma sazon, y á los primeros de julio, buen golpe de gente debajo la conducta de don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo y por órden del rey por la parte de Ciudad-Rodrigo hizo entrada, y rompió por la comarca de Viseo con gran daño de los naturales, talas, robos, deshonestidades que cometian los soldados sin perdonar á doncellas ni casadas. Verdad es que á la vuelta cargó sobre ellos gente de Portugal, que los desbarataron y quitaron toda la presa con muerte de muchos dellos.

De pequeños principios se suelen trocar las cosas en la guerra y aun los ánimos: fue así que los portugueses con este buen suceso se animaron mucho para hacer rostro en todas partes. En diversos lugares á un mismo tiempo tenian encuentros, en que ya vencian los unos, ya los otros; pero de cualquier manera todo redundaba en daño de los naturales, y principalmente de la gente del campo: los unos y los otros comian á discrecion; que era un miserable estado y avenida de males. Juntóse el ejército de Castilla en Ciudad-Rodrigo ya que el estío estaba adelante: solo faltaba el infante don Carlos hijo del rey de Navarra, que se decia allegaria muy en breve acompañado de mucha y muy buena gente. Consultaron en qué manera se haria la guerra. Los pareceres eran diferentes como siempre acontece en cosas grandes. Los mas cuerdos querian se escusase la batalla: que seria acertado dar lugar á que el furor de los rebeldes se amansase, y tiempo para que volviesen sobre sí. Decian que los buenos intentos y la razon se fortifica con la tardanza, y por el contrario, los malos se enflaquecen. Que para domar á Portugal y sujetalle seria muy á propósito dalles una larga guerra, talalles los campos, quemalles las mieses, y repartir por todas partes guarniciones de soldados. Añadian que no debian mucho confiar en sus fuerzas por ser los capitanes que al presente tenian, gente moza, poco pláticos, y de poca esperiencia, por la muerte de los que faltaron en el cerco de Lisboa, que era la flor de la milicia, además de la falta de dinero para hacer las pagas, y de la poca salud que el rey de ordinario tenia, que en ninguna manera debia entrar en tierra de enemigos, ni hallarse á los peligros y trances dudosos de la guerra, pues de su vida

(1) Antes de estar en pacífica posesion de Portugal confiscó los bienes de los levantados.

salud dependian las esperanzas de todos, el bien público y particular.

Esto decian ellos, cuyo parecer el tiempo y suceso de las cosas mostró era muy acertado; pero prevaleció el voto de los que como mozos tenian mas caliente la sangre, por ser de mas reputacion; personas que con muchas palabras engrandecian las fuerzas de Castilla y abatian las de los contrarios como de canalla y gente allegadiza, y que tenia mas nombre de ejército que fuerzas bastantes. Que convenia apresurarse porque con el tiempo no cobrasen fuerzas, y se arraigasen en guisa que la llaga se hiciese incurable. Sobre todo que seria inhumanidad desamparar los que en Portugal seguian su voz, las plazas que se tenian por ellos, y las guarniciones de soldados que las guardaban. A este parecer se arrimó el rey, si bien el contrario era mas prudente y mas acertado. En muchas cosas se cegaron los de Castilla en esta demanda: permision de Dios para castigar por esta manera los pecados y la soberbia de aquella gente. Debieran por lo menos esperar los socorros que de Navarra les venian con su caudillo el infante don Carlos.

Tomada esta resolucion, partieron de Ciudad-Rodrigo, y en aquella parte de Portugal que se llama Vera, se pusieron sobre Cillorico y le rindieron. Pasaron adelante, quemaron los arrabales de Coimbra, y intentaron de tomar á Leyria que se tenia por la reina de Portugal doña Leonor. Durante el cerco de Cillorico, el rey con el cuidado en que le ponia su poca salud, los trabajos y peligros de la guerra, otorgó su testamento á los veinte y uno de julio. En él mandó que los señoríos de Vizcaya y de Molina herencia de su madre quedasen para siempre vinculados y fuesen de los hijos mayores de los reyes de Castilla. Nombró seis personajes por tutores de su hijo y heredero don Enrique, doce gobernadores del reino durante su menoridad. De la reina su suegra, y de los infantes de Portugal don Juan y don Donís, de los hijos del rey don Pedro, y del hijo de don Fernando de Castro, que tenia en Castilla presos, mandó se hiciese lo que fuese justicia. Si los pretendia perdonar, si castigallos, la brevedad de su vida no dió lugar á que se averiguase. Otras muchas cosas dejó dispuestas en aquel testamento, que por hacelle arrebatadamente fueron adelante ocasion de alborotos y diferencias asaz.

Los portugueses con su campo eran llegados á Tomar, resueltos de arriscarse y probar ventura. Los castellanos asimismo pasaron adelante en su busca. Diéronse vista como á la mitad del camino, en que los unos y los otros hicieron sus estancias y se fortificaron, los portugueses en lugar estrecho que tenia un buen llano, y á los lados sendas barrancas bien hondas que aseguraban los costados: los de á caballo eran en número dos mil y docientos, los peones diez mil: los castellanos como quier que tenian mucha mas gente, asentaron á legua y media de un gran llano descubierto por todas partes. Su confianza era de suerte que sin dilacion la misma vigilia de la Asuncion se adelantaron puestas en órden sus haces para presentar al enemigo la batalla. El rey de Castilla iba en el cuerpo de la batalla, los costados quedaron á cargo de algunos de los grandes que le acompañaban, los cuales al tiempo del menester y de las puñadas no fueron de provecho por la disposicion del lugar. Don Gonzalo Nuñez de Guzman maestre de Alcántara quedó de respeto con golpe de gente, y órden que por ciertos senderos tomase á los enemigos por las espaldas. Pretendian que ninguno pudiese escapar de muerto ó de preso: grande confianza, y desprecio del enemigo demasiado y perjudicial.

Los portugueses se estuvieron en su puesto para pelear con ventaja; y por la estrechura, de toda su gente formaron dos escuadrones: en la avanguardia iba por caudillo Nuño Alvarez Pereyra ya condestable de Portugal, nombrado por su rey en los mismos reales para obligalle mas á hacer el deber: del otro escuadron se encargó el mismo rey. Adelantáronse de ambas partes con muestra de querer cerrar; repararon empero los portugueses á tiro de piedra por no salir al raso. Entonces el nuevo condestable pidió habla á los contrarios con muestra de mover tratos de paz. Sospechóse tenia otro en el corazon, que era entretener y causar para aprovecharse mejor de los enemigos, porque si bien se enviaron personas principales para oirlo y comunicar con él ningun efecto se hizo mas de gastar el tiempo en demandas y respuestas.



Doña Violante, mujer de D. Juan I de Aragon.

En este medio entre los capitanes y personajes de Castilla se consultaba si darian la batalla, si la dejarian para otro dia. Los mas avisados y recatados no querian acometer al enemigo en lugar tan desaventajado, sino salir á campo raso y igual. Los mas mozos con el orgullo que les daba la edad y la poca esperiencia, no reparaban en dificultad alguna, todo lo tenian por llano, y aun pensaban que como con redes tenian cercados á los enemigos para que ninguno se salvase. Será bien no pasar en silencio el razonamiento muy cuerdo que hizo Juan de Ria natural de Borgoña, el cual como embajador que era del rey de Francia, viejo de setenta anos, de grande prudencia y autoridad seguia los reales y el campo de Castilla. Preguntado pues su parecer, habló en esta sustancia: «Al huésped y extranjero, cual yo soy, mejor le »está oir el parecer ajeno que hablar; mas por ser »mandado diré lo que siento en este caso: holgaria »agradar y acertar; donde no, pido el perdon debido »á la aficion y amor que yo tengo á la nacion caste-

»llana, y tambien á esta edad, que suele estar libre »de altivez y sospecha de liviandad; que por haberla »gastado en todas las guerras de Francia, me ha en»señado por esperiencia que ningun yerro hay tan »grave en la guerra como el que se comete en orde»nar el ejército para la batalla. Porque saber elegir »el tiempo y el lugar, disponer la gente por órden y »concierto, y fortificalla con competente socorro es »oficio de grandes capitanes. Mas victorias han ga»nado el ardid y maña que no las fuerzas. Nuestros »enemigos, aunque menos en número, y de ningun »valor como algunos antes de mí con muchas pala»bras han querido dar á entender, están bien pertre»chados y se aventajan en el puesto: por la misma »razon los cuernos de nuestro ejército serán de nin»gun provecho, ya es tarde y poco queda del dia. Los »soldados están cansados del camino, de estar tanto »tiempo en pié, del peso de las armas, sin comer ni »beber por estar los reales tan lejos. Por todo esto »mi parecer es que no acometamos, sino que nos es»temos quedos: si los enemigos nos acometieren, pe»learemos en campo abierto; si no se atrevieren, ve»nida la noche, los nuestros se repararán de comida, »los contrarios, muchos de necesidad desampararán »el campo por venir de rebato, sin mochilla y sustento »mas de para el presente dia. De noche no tendrán »empacho de huir, de dia temerán ser notados de »cobardes. Yo aparejado estoy de no ser el postrero »en el peligro, cualquier parecer que se tome; pero »sino se pone freno á la osadía (Dios quiera que me »engañe mi pensamiento) témome que ha de ser »cierto nuestro llanto y perdicion, y la afrenta tal »que para siempre no se borrará.»

Al rey parecíale bien este consejo; mas algunos señores mozos, orgullosos, sin sufrir dilacion, antes de tocar al arma acometieron á los enemigos, y los embistieron con gran coraje y denuedo. Acudieron los demás por no los desamparar en el peligro. La batalla se trabó muy reñida, como en la que tanto iba. A los castellanos encendia el dolor y la injuria de habelles quitado el reino: á los portugueses hacia fuertes el deseo de la libertad, y tener por mas pesado que la muerte estar sujetos al rey de Castilla y á sus gobernadores. Los unos peleaban por quedar señores, los otros por no ser esclavos. Volaron primero los dardos y jaras, tras estos vinieron á las espadas: derramábase mucha sangre; peleaban los de á caballo mezclados con los de á pié sin que se mostrase nadie cobarde ni temeroso; defendian todos con esfuerzo el lugar que una vez tomaron. con resolucion de matar ó morir. El rey de Castilla por su poca salud en una silla en que le llevaban en hombros á vista de todos, animaba á los suyos. El primer batallon de los enemigos comenzó á mostrar flaqueza y ciaba: queria ponerse en huida, cuando visto el peligro, el de Portugal hizo adelantar el suyo diciendo á grandes voces entre los escuadrones.) «Aquí está el rey: á do »vais soldados? qué causa hay de temer? Por demás »es huir, pues los enemigos os tienen tomadas las »espaldas: esperanza de vida no la hay sino en la es»pada y valor. Estais olvidados que peleais por el bien »de vuestra patria? por la libertad, por vuestros hijos »y mujeres? Vuestros enemigos solo el nombre traen »de Castilla, no el valor, que este perdióse el año »pasado con la peste. No podreis resistir á los prime»ros ímpetus de los bisoños, que traen no armas, no »fuerzas, sino despojos que dejaros? Poned delante »los ojos el llanto, la afrenta y calamidades que de »necesidad vendrán sobre los vencidos, y mirad que »no parezca me habeis querido dar la corona de rey »para afrentarme, para burla, y para escarnio.»

Volvieron sobre sí los soldados animados con tales razones, acudieron á sus banderas y á ponerse en órden, con que dentro de poco espacio se trocó la suerte de la batalla. Los capitanes de Castilla fueron muertos á vista de su propio rey sin volver atrás, la demás gente como la que quedaba sin capitanes y sin gobierno, murieron en gran número. El rey por no venir á manos de sus enemigos subió de presto en un caballo, y salióse de la batalla: tras él los demás se pusieron en huida: fue grande la matanza, ca llegaron á diez mil los muertos, y entre ellos los que en valor y nobleza mas se señalaban. Don Pedro de Aragon hijo del condestable, don Juan hijo de don Tello, don Fernando hijo de don Sancho; ambos primos hermanos del rey: Diego Manrique adelantado de Castilla, el mariscal Carrillo, Juan de Tovar almirante del mar, que en lugar de su padre poco antes le habia dádo aquel cargo; y dos hermanos de Nuño Pereyra maestre de Calatrava y don Diego, que siguieron el partido y bando de Castilla: ultra destos Juan de Ria el embajador del rey de Francia, indigno por cierto de tal desastre, y que causó grande lástima: hoy de sus decendientes y apellido en Borgoña viven muchos y muy nobles y ricos personajes. Muchos se salvaron ayudados de la escuridad de la noche, que sobrevino y cerró poco despues de la pelea. Destos unos se recogieron al escuadron del maestre de Alcántara, que sin embargo de la rota tuvo fuerte por un buen espacio. Otros se encaminaron á don Carlos hijo del rey de Navarra, que entrara en son de guerra por otra parte de Portugal, por no poderse hallar, ni allegar antes que se diese la batalla: los mas de la manera que pudieron, sin armas y sin órden se huyeron á Castilla. No costó á los portugueses poca sangre la victoria: no falta quien escriba faltaron dos mil de los suyos.

El rey de Castilla, sacadas fuerzas de flaqueza, sin tener cuenta con su poca salud: por la fuerza del miedo caminó toda la noche sin parar hasta Santarén, que dista por espacio de once leguas. De allí el dia siguiente en una barca por el rio Tajo se encaminó á su armada que tenia sobre Lisboa, y en ella alzadas las velas se partió sin dilacion. Llegó á Sevilla cubierto de luto y de tristeza (1): traje que continuó algunos años. Recibióle aquella ciudad con lágrimas mezcladas en contento; que si bien se dolian de aquel revés tan grande, holgaban de ver á su rey libre de aquel peligro. Esta fue aquella memorable batalla en que los portugueses triunfaron de las fuerzas de Castilla, que llamaron de Aljubarrota porque se dió cerca de aquella aldea, pequeña en vecindad, pero muy celebrada y conocida por esta causa. Los portugueses cada un año celebraban con fiesta particular la memoria deste dia con mucha razon: el predicador desde el púlpito encarecia la afrenta y la cobardía de los castellanos; por el contrario el valor y las proezas de su nacion con palabras á las veces no muy decentes á aquel lugar: acudia el pueblo con grande risa y aplauso, regocijo y fiesta mas para teatro y plaza que para iglesia: exceso en que todavía merecen perdon por la libertad de la patria que ganaron, y conservaron con aquella victoria.

Los de Castilla se escusan comunmente, y dicen que la causa de aquel desman no fue el esfuerzo de los contrarios, no su valentía, sino el cansancio y hambre de los suyos por comenzar tan tarde la pelea: otros pretenden fue castigo de Dios (contra el cual no hay fuerzas bastantes) que tomó de los que despojaron el santuario muy devoto de Guadalupe: quieren decir que aquella sagrada Vírgen volvió por esta manera por su casa. Despues desta victoria todo Portugal se allanó al vencedor. Santarén y Berganza, y otros muchos pueblos y fuerzas cual por armas cual de grado se rindieron; con que el nuevo rey entabló su juego de guisa que el reino que adquirió con poco derecho, le dejó firme y estable á sus sucesores: tanto puede y

(1) Vistió luto cerca de año y medio, y mandó que hiciesen lo mismo sus vasallos.

vale una buena cabeza, y en el aprieto una buena determinacion. Estuvo á esta sazon muy doliente el rey de Aragon en Figueras. Su edad, que estaba adelante, y los trabajos continuos le tenian quebrantado. Despues convaleció se mostró torcido con su hijo el infante don Juan. El pueblo cargaba á la reina, que tenia gran parte en estos desabrimientos, hasta persuadirse tenia hechizado y fuera de sí á su marido.

El hijo mal contento se salió de la córte: llamó en su favor y del conde de Ampurias despojado gente de Francia, que fue nueva ofensa. El rey por esto le quitó la procuracion y gobernacion del reino que solian tener los hijos herederos de aquellos reyes. En Aragon, segun que de suso queda dicho, de tiempo antiguo tienen un magistrado y juez que llaman el justicia de Aragon, para defensa de sus libertades y fueros, y para enfrenar el poder y desaguisados que hacen los reyes, á la manera que en Roma los tribunos del pueblo defendian y amparaban los particulares de cualquier demasía y insolencia. Hizo pues el infante recurso al justicia para que le desagraviase de las injurias y injusticias que le hacian el rey al descubierto, y de callada la reina. El justicia le amparó como á despojado violentamente en la posesion de aquel oficio y preeminencia hasta el conocimiento de la causa: debate que tuvo principio el año presente, y se concluyó el siguiente. Volvamos á tratar lo que sucedió en Castilla y en Portugal despues de aquella memorable y famosa jornada.

CAPITULO X.

Que los portugueses hicieron entrada en Castilla.

Nueva causa de temor y de cuidado, sobre las pérdidas pasadas y el sentimiento muy grande, sobrevino al rey de Castilla y á los suyos; muestra de las alteraciones á que están sujetas todas las cosas debajo del cielo, y argumento de que las adversidades no paran en poco, de un mal se tropieza en otro sin poderse reparar. Los portugueses como hombres denodados que son, resueltos de ejecutar la victoria y seguir su buena ventura, acordaron lo primero de enviar una solemne embajada á Ingalaterra para hacer liga con el duque de Alencastre, pretensor antiguo de la corona de Castilla por via de su mujer. Que las fuerzas de Castilla con dos pérdidas muy grandes y juntas, quedaban quebrantadas, los ánimos, otro que tal, muy flacos, y muy caidos: que si juntaba sus fuerzas con las de Portugal, podia tener por muy segura la victoria, y por concluida su pretension. Entretanto que andaban estas tramas y se sazonaban, por no estar ociosos, y no dar lugar á los contrarios de rehacerse y alentarse, acordaron otrosí de continuar la guerra; el nuevo rey de Portugal para sujetar lo que restaba, correr por todo el reino las reliquias y restante de los castellanos, como lo hizo muy cumplidamente. Su condestable Nuño Pereyra con buen número de gente rompió por las tierras del Andalucía haciendo correrías mal y daño, presas por todas partes.

Salieron al encuentro Pero Muñiz maestre de Santiago, y Gonzalo Nuñez de Guzman que ya era maestre de Calatrava, y el conde de Niebla, y con lo que quedaba de la pérdida pasada, encerraron á los enemigos que traian menos gente y los cercaron como con redes cerca de un lugar llamado Valverde. Ellos visto su peligro, comenzaron á temer y pedir partido; tambien la fortuna aquí les favoreció por un caso no pensado, que al principio de la refriega mataron el caballo al maestre de Santiago y despues á él mismo. Por tanto atemorizados los demás rehusaron la pelea como cosa desgraciada, y los portugueses se volvieron sin daño á su tierra, alegres y ricos con la presa que llevaban. Al condestable Nuño Pereyra por sus buenos servicios le dió el nuevo rey el condado de Barcelos. En lugar de Pero Muñiz hizo el rey de Castilla maestre de Santiago á Garci Fernandez de Villagarcía.

Restaba la guerra que amenazaba de parte de los ingleses, que ponia al rey de Castilla en mayor cuidado de cómo se defenderia. Vínose de Sevilla á Valladolid para hacer córtes. El deseo de venganza y reputacion suele calmar en semejantes aprietos: acudió don Carlos hijo del rey de Navarra, príncipe valeroso, y agradecido para con su cuñado. Acordaron que se hiciesen de nuevo levas de gente en mayor número que hasta allí, que se armasen los vasallos conforme á la posibilidad de cada cual: que se hiciesen rogativas para aplacar á Dios en lugar del luto que traia el rey y le templó á suplicacion de las córtes: que dentro y fuera del reino procurasen ayudas, y tambien dinero, de que padecian gran falta. Para esto juzgaban que en Francia tendrian muy cierto el favor y amparo. Despacharon embajadores, personas muy nobles sobre esta razon.

Llegados al principio del año de 1386, en París delante del rey y sus grandes con palabras lastimosas declararon el trabajo de su patria: que demás de los daños pasados, tales y tan grandes, de Ingalaterra se les armaba de nuevo otra tempestad, á la cual si á los principios no se atajaba, á manera de fuego que de una casa salta en otras, primero abrasada toda España, pasaria dende á Francia: que les pesaba mucho de estar reducidos á tal término que fuesen compelidos á serles tantas veces cargosos sin merecerlo sus servicios, que confesaban ser ningunos, ó cortos por no dar lugar á ello los tiempos: que tenian en la memoria que don Enrique su señor adquirió aquel reino con las fuerzas de Francia: la merced hecha al padre era justo continualla en su hijo, y pensar que desta guerra no dependia sola la reputacion y autoridad, sino la libertad, la vida, y todo su estado, de que sin duda, si fuesen vencidos, serian despojados.

Los grandes de Francia que presentes se hallaron, con su acostumbrada nobleza todos muy de corazon y voluntad consultados respondieron que se debia dar el socorro que aquel rey su aliado y amigo pedia; en particular acordaron que fuesen de dos mil caballos, y por capitan dellos Luis de Borbon tio del rey de Francia de parte de madre, y cien mil florines para las primeras pagas. Añadieron que si este socorro no bastase para la presente necesidad, prometian que el mismo rey en persona acudiria con todas las fuerzas y poderes de Francia, y tomaria á su cargo la querella. El pontífice Clemente eso mismo desde Avinon escribió al rey don Juan una carta en que le consolaba con razones y ejemplos tomados de los libros sagrados y de historias antiguas. Don Pedro conde de Trastamara, primo hermano del rey, que se pasara en tiempo de la guerra de Portugal del ejército real á Coimbra, y de allí á Francia, volvió á esta sazon á España ya perdonado. Poca ayuda era toda esta por estar ya las fuerzas apuradas: la tardanza de los ingleses dió entonces la vida; con que la llaga se iba sanando. El rey de Portugal se armó de nuevo, y puso cerco sobre Coria: no la pudo ganar á causa que le entró gente de socorro; solo volvió á su reino cargado de despojos.

En Segovia se tornaron á juntar córtes de Castilla á propósito de dar órden en las derramas (1) que convenian hacerse para recoger dinero. En estas córtes publicó el rey un escrito en forma de ley, en que pretende animar y unir sus vasallos para tomar las armas en su defensa, y deshacer la preten-

(1) Tambien se ordenó castigo contra los que hiciesen correr malas nuevas, y hablasen sin respeto de las personas reales, permitiendo á las justicias abrir las cartas para averiguar los autores sedíciosos.

sion del duque de Alencastre. Entre otras razones que alega una es la violencia de que usó el rey don Sancho el Bravo contra sus sobrinos los hijos del infante don Fernando: el deudo que el mismo tenia con su mujer, en que en su vida nunca fue dispensado: la ilegitimidad de las hijas del rey don Pedro, como habidas en su combleza durante el matrimonio de la reina doña Blanca: por el contrario funda su derecho en el consentimiento del pueblo, que dió la corona á su padre, y en la sucesion de los Cerdas despojados á tuerto. La verdad era que la reina su madre fue nieta de don Fernando de la Cerda hijo menor del infante don Fernando, y nieto del rey don Alonso el Sabio, y por muerte de otros deudos quedó sola por heredera de sus estados y acciones. No debió de hacer cuenta de don Alonso de la Cerda hijo mayor del dicho infante, ni de su sucesion por la renunciacion que él mismo los años pasados hizo de sus derechos y acciones.

Aceptó el de Alencastre el partido que de Portugal le ofrecian, resuelto de aprovecharse de la ocasion que el tiempo le presentaba: intentó pasar por Aragon, y el de Castilla desque lo supo, de impedillo; sobre lo cual de entrambas partes se enviaron embajadores á aquel rey. Despedido pues de tener aquel paso, en una armada pasó de Ingalaterra á España. Aportó á la Coruña á los veinte y seis de julio. Entró en el puerto en que halló y tomó seis galeras de Castilla: el pueblo no le pudo forzar á causa que el gobernador que allí estaba, por nombre Fernan Perez de Andrada natural de Galicia le defendió con mucho valor y lealtad. Eran los ingleses mil y quinientos caballos, y otros tantos arqueros (ca los ingleses son muy diestros en flechar) poca gente, pero que pudiera hacer grande efecto si luego se juntaran con la de Portugal. Los dias que en aquel cerco de la Coruña se entretuvieron fueron de gran momento para los contrarios, si bien ganaron algunos pueblos en Galicia: la misma ciudad de Santiago, cabeza de aquel estado y reino, se les rindió; si por temor no la forzasen, si por deseo de novedades, no se puede averiguar. Lo mismo hicieron algunas personas principales de aquella tierra, que se arrimaron á los ingleses. Tenian por cierta la mudanza del príncipe y del estado, y para mejorar su partido acordaron adelantarse y ganar por la mano: traza que á unos sube y á otros abaja.

El de Alencastre á ruegos del Portugués pasó finalmente á Portugal. Echó anclas á la boca del rio Duero. Tuvieron los dos habla en aquella ciudad de Portu, en que trataron á la larga de todas sus haciendas. Venian en compañía del duque su mujer doña Costanza y su hija doña Catalina, y otras dos hijas de su primer matrimonio, Philipa y Isabel. Acordaron para hacer la guerra contra Castilla de juntar en uno las fuerzas: que ganada la victoria, de que no dudaban, el reino de Castilla quedase por el Inglés qua ya se intitulaba rey; para el Portugués en recompensa de su trabajo señalaron ciertas ciudades y villas: mostrábanse liberales de lo ajeno, y antes de la caza repartian los despojos de la res. Para mayor seguridad y firmeza de la alianza concertaron que doña Philipa casase con el nuevo rey de Portugal á tal que el pontífice Urbano dispensase en el voto de castidad, con que aquel príncipe se ligara como maestre de Avis á fuer de los caballeros de Calatrava. Grande torbellino venia sobre Castilla, en gran riesgo se hallaba: los santos sus patrones le ampararon; que fuerzas humanas ni consejo en aquella coyuntura no bastaran.

Hallábase el rey de Castilla en Zamora ocupado en apercebirse para la defensa, acudia á todas partes con gente que le venia de Francia y de Castilla: publicó un edicto en que daba las franquezas de hidalgos á los que á sus espensas con armas y caballo sirviesen en aquella guerra por espacio de dos meses: notable aprieto. A don Juan García Manrique arzobispo de Santiago despachó con buen número de soldados para que fortaleciesen á Leon, ca cuidaban que el primer golpe de los enemigos seria contra aquella ciudad por estar cerca de lo que los ingleses dejaron ganado. Todo sucedió mejor que pensaban. El aire de aquella comarca no muy sano, y la destemplanza del tiempo sujeto á enfermedades, fue ocasion que la tierra probase á los estraños, de guisa que de dolencias se consumió la tercera parte de los ingleses. Además que como salian sin órden y desbandados á buscar mantenimientos y forrage, los villanos y naturales cargaban sobre ellos y los destrozaban; que fue otra segunda peste no menos brava que las dolencias.

Así se pasó aquel estío sin que se hiciese cosa alguna señalada, mas de que entre los príncipes anduvieron embajadas. El Inglés con un rey de armas envió á desafiar al rey de Castilla, y requerille le desembarazase la tierra, y le dejase la corona que por toda razon le tocaba. El de Castilla despachó personas principales, uno era Juan Serrano prior de Guadalupe (ya aquella santa casa era de Gerónimos) para que en Orense do el duque estaba, le diesen á entender las razones en que su derecho estrivaba. Hicieron ellos lo que les fue ordenado. La suma era que doña Costanza su mujer era tercera nieta del rey don Sancho, que se alzó á tuerto con el reino contra su padre don Alonso el Sabio; por lo cual le echó su maldicion como á hijo rebelde, y le privó del reino, que restituyó á los Cerdas, cuya era la sucesion derechamente, y de quien decendia el rey su señor. Otras muchas razones pasaron. No se trató de doña María de Padilla, ni de su casamiento, creo por huir la nota de bastardía que á entrambas las partes tocaba. Repiquetes de broquel para en público: que de secreto el prior de parte de su rey movió otro partido mas aventajado al duque, de casar su hija y de doña Constanza con el infante don Enrique que por este camino se juntaban en uno los derechos de las partes: atajo para sin dificultad alcanzar todo lo que pretendian, que era dejar á su hija por reina de Castilla. No desagradó al Inglés esta traza, que venia tan bien y tan á cuento á todos, si bien la respuesta en público fue que á menos de restituille, el reino, no dejaria las armas, ni daria oido á ningun género de concierto: aun no estaban las cosas sazonadas.

CAPITULO XI.

Como fallecieron tres reyes.

En este estado se hallaban las cosas de Castilla, para caidas y tantos reveses tolerable. El ver que se entretenian, y los males no les atropellaban en un punto, de presente los consolaba, y la esperanza para adelante de mejorar su partido hacia que el enemigo ya no les causase tanto espanto. A esta sazon en lugares asaz diferentes y distantes casi á un mismo tiempo sucedieron tres muertes de reyes todos príncipes de fama. En Hungría dieron la muerte á Carlos rey de Nápoles á los cuatro de junio con una partesana que le abrió la cabeza. El primer dia de enero luego siguiente, principio del año 1387, falleció en Pamplona don Carlos rey de Navarra, Segundo deste nombre, bien es verdad que algunos señalan el año pasado; mas porque concuerdan en el dia, y señalan nombradamente que fue martes, será forzoso no los creamos. Su cuerpo sepultaron en la iglesia Mayor de aquella ciudad.

Cuatro dias despues pasó otrosí desta vida en Barcelona el rey de Aragon don Pedro, Cuarto deste nombre: su edad de setenta y cinco años; dellos reinó por espacio de cincuenta y un años menos diez

grandeza y la fama de los príncipes corren á las parejas: así sus virtudes como sus vicios estan á la vista de todos, y cuanto es mayor y mas alto el lugar tanto debe ser menor la libertad, por el ejemplo, que si es malo, cunde y empece mucho.

No se le encubrieron á la reina los intentos del pontífice y sus trazas. Sabia muy bien el aborrecimiento que comunmente le tenian, ocasionado de la torpeza de su vida. Recelábase por el mismo caso que no tendria fuerzas bastantes para contrastar á tan poderosos enemigos. No tenia sucesion, si bien se casó cuatro veces: la primera con Andreasso, al cual ella misma dió la muerte: la segunda con Ludovico príncipe de Taranto, deudos el uno y el otro muy cercanos suyos: la tercera con don Jaime infante de Mallorca, y últimamente tenia por marido á Othon duque de Branzvique. Comunicóse con el otro pontífice Clemente, y habido con él su acuerdo, determinó para desbaratar aquella tempestad y torbellino que contra ella se armaba, valerse de las fuerzas de Francia. Para esto prohijó á Luis duque de Anjou príncipe muy poderoso. Dióle título de duque de Calabria, que era el que tenian los herederos de aquel reino de Nápoles. Hízose el auto de la adopcion con la solemnidad necesaria en el castillo de aquella ciudad llamado del Ovo, á los veinte y nueve de junio. Principios de grandes alteraciones y guerras que adelante resultaron, en que entró tambien á la parte España finalmente, y el primer título que tuvieron aquellos duques de Anjou para pretender con tanta porfía y por tanto tiempo el reino de Nápoles: traza enderezada para defenderse la reina, y juntamente afirmar el partido del papa Clemente, que á la una y al otro prestó poco.

Falleció por este tiempo á trece de julio el valeroso caudillo Beltran Claquin: tomóle la muerte en los reales, y en el cerco que tenia puesto sobre Castronuevo pueblo de Bretaña. Su linaje ilustre, sus hazañas esclarecidas; su padre se llamó Reginaldo Claquin, señor de Bronio cerca de Rennes, ciudad muy conocida en el ducado de Bretaña. El oficio de condestable, que es muy preeminente en Francia, y vacó por su muerte, se dió poco adelante á Oliverio Clisson. Murió asimismo á los diez y seis de setiembre. Carlos rey de Francia en el bosque de Vincenas que mandó en su testamento sepultasen el cuerpo de Claquin junto al suyo en San Dionisio, sepultura de aquellos reyes junto á París: honra muy debida á lo mucho que sirvió en su vida, y á su valor. Sucedió en aquella corona Carlos hijo del difunto, Sesto deste nombre.

Al rey de Portugal aquejaba el cuidado de lo que seria de aquel reino despues de su muerte. La edad estaba adelante, no tenia hijo varon, ni esperaba tenelle. Doña Beatriz habida en la reina, de la cual adelante se puso en duda si era legítima, en vida del rey don Enrique quedó desposada con su hijo bastardo don Fadrique duque de Benavente. No quiso el Portugués despues de muerto el rey don Enrique pasar por estos desposorios, antes despachó sus embajadores al nuevo rey de Castilla que volvia del Andalucía para pedille para su hija al infante don Enrique, si bien era niño de pocos meses nacido: acuerdo poco acertado, sujeto á grandes inconvenientes, por la edad de los novios tan diferente y desigual. Todavía el rey don Juan no desechó aquel partido por la comodidad que se presentaba de haber el reino de Portugal por aquel camino y juntalle con Castilla. Tratóse de las condiciones, y finalmente en Soria donde se juntaron las córtes de Castilla (1), se concertaron en los desposorios que al cabo no surtieron efecto. Prendieron por mandado del rey al adelantado Pedro Manrique: cargábanle ciertas pláticas y tratos que decian tenia con don Alonso de Aragon conde de Denia en perjuicio del reino. La verdad es que murió en la prision sin dejar hijos. Sucedióle en aquel cargo y en sus estados su hermano Diego Manrique, merced que tenia bien merecida por su valor y los servicios que hiciera en la guerra de Navarra.

Era el rey de Francia de poca edad: tenia en su lugar el gobierno de aquel reino Luis duque de Anjou por aventajarse á los otros señores de Francia y por el deudo que alcanzaba con aquella casa real. Recelábase el rey de Aragon no quisiese con aquella ocasion volver á la pretension del reino de Mallorca por el derecho que de suso queda tratado. Pero á él otro cuidado le aquejaba mas, que era amparar la reina de Nápoles, y de camino asegurar para su casa la sucesion de aquel reino: acudió sin embargo el rey don Juan de Castilla, despachó embajadores á Francia para tratar de conciertos. Dió oidos el de Anjou á estas pláticas por quedar desembarazado para la empresa de Italia. Asentaron que vendiese á dinero el derecho que con dinero comprara, en que el rey don Juan puso de su casa buena cantía en gracia de su suegro, y por el deseo que tenia no se alterase el sosiego de que en España gozaban.

Despachó otrosí embajadores al soldan de Egipto que de su parte le hiciesen instancia para que pusiese en libertad á Leon rey de Armenia que tenia cautivo y se le murieran en la prision mujer y hija. Condescendió el bárbaro con aquellos ruegos tan puestos en razon. Soltó al preso, que envió con cartas que le dió soberbias y hinchadas en lo que de sí decia, honoríficas para el rey don Juan, cuyo poder y valor encarecia, y le pedia su amistad. Vino aquel rey despojado tres años adelante primero á Francia, dende á Castilla. Es muy propio de grandes reyes levantar los caidos, y mas los que se vieron en prosperidad y grandeza. Recibióle el rey y hospedóle con toda cortesía y regalo; y para consuelo de su destierro y pasar la vida le consignó las villas de Madrid y Andujar con rentas necesarias y bastantes para el sustento de su casa. No paró mucho en España, antes dió la vuelta á Francia con intento de pasar á Ingalaterra para concertar aquellos reyes, y persuadilles que dejadas entre sí las armas, las volviesen con tanto mayor prez y gloria contra los enemigos de Cristo los infieles de Asia. En esta demanda sin efectuar cosa alguna le tomó la muerte, y le atajó sus trazas como suele. En la iglesia de los monges colestinos de París en la capilla mayor se ve el dia de hoy un arco cabado en la pared, con un lucillo de mármol de obra prima con su letra que declara yace en él Leon rey de Armenia.

CAPITULO IV.

Que Castilla dió la obediencia al papa Clemente.

Estaba el mundo alterado con el scisma de los romanos pontífices, y los príncipes cristianos cansados de oir los legados de las dos partes. Los escrúpulos de conciencia, que cuando se les da entrada, se suelen apoderar de los corazones, crecian de cada dia mas. El rey determinó de hacer córtes en Castilla para resolver este punto en Medina del Campo. Grandes fueron las diligencias que en ellas los legados de ambas partes hicieron, por entender que lo que allí se determinase, abrazaria toda España. No se conformaban los pareceres, unos aprobaban la eleccion de Roma, otros la de Fundi: los mas prudentes juzgaban que como si hobiera sede vacante, se estuviesen á la mira; y que esta causa se debia dejar entera al juicio del concilio general. Entre estos dares y tomares parió la reina á los veinte y ocho de

(1) Se establecieron leyes escelentes, que la mayor parte se hallan recopiladas; y el doctor Montalvo las introdujo en su *Ordenamiento*.

noviembre un hijo que llamaron don Fernando, que en nobleza de corazon y prosperidad de todas sus empresas escedió á los príncipes de su tiempo, y llegó á ser rey de Aragon por sus partes muy aventajadas.

Vinieron tambien á estas córtes gran número de monges benitos: quejábanse que algunos señores á título de ser patrones de sus ricos y grandes conventos les hacian en Castilla la Vieja grandes desafueros, ca les tomaban sus pueblos y imponian á los vasallos nuevos pechos, avocaban á sí las causas criminales y civiles, y todas las demás cosas hacian á su parecer y albedrío contra toda órden de derecho, y contra las costumbres antiguas. Señaláronse jueces sobre el caso, varones de mucha prudencia, que pronunciaron contra la avaricia y insolencia de los señores, y decretaron que á ninguno le fuese lícito tocar á las posesiones y rentas de los conventos, y que solo el rey tuviese la proteccion dellos; la cual se guardó por el tiempo de su reinado.

Entre los cardenales que siguieron las partes de Clemente, fue uno don Pedro de Luna hechura del pontífice Gregorio, de muy noble alcuña entre los aragoneses, de vivo y grande ingenio, y muy letrado en derechos. Por esta causa Clemente le envió por su legado á España al principio del año de 1381 por ver si con su buena maña y letra podia atraer nuestra nacion á su parcialidad y devocion. En Aragon salió en vacío su trabajo por no querer resolverse en tan grande duda el rey y sus grandes: con el rey de Castilla tuvo mayor cabida. Juntáronse en la córte los varones mas señalados del reino, y gastados muchos dias para la resolucion deste negocio, finalmente en Salamanca, para do trasladaron la junta, á veinte de mayo dieron por nula la eleccion de Urbano, y aprobaron la de Clemente, que residia en Aviñon, como legal y hecha sin fuerza; en que parece atendieron á que residia cerca de España, y á la amistad del rey de Francia mas que á la equidad de las leyes.

Muchos tuvieron por mal pronóstico y por indicio de que la sentencia fue torcida, la muerte que vino á esta sazon á la reina doña Juana madre del rey, santísima señora, y tan limosnera que la llamaban madre de pobres: en su viudez trajo hábito de monja, con que tambien se enterró. Hízose el enterramiento en Toledo junto á don Enrique su marido con célebre aparato mas por las lágrimas y sentimiento del pueblo que por otra alguna cosa. Clemente trabajaba de traer á España á su devocion, como está dicho; y al mismo tiempo en Italia se mostraban grandes asonadas de guerra. Don Carlos duque de Durazo vino de Hungría á Italia al llamado del pontífice Urbano: diéronle los florentines gran suma de dinero porque no entrase de guerra por la Toscana. En Roma le dió el pontífice título de senador de aquella ciudad, y la corona del reino de Nápoles. Allí desde que llegó, le sucedieron las cosas mejor de lo que él pensaba, que todas las ciudades y pueblos abiertas las puertas le recibian, hasta la misma nobilísima y gran ciudad de Nápoles.

La reina por la poca confianza que hacia así de su ejército como de la lealtad de los ciudadanos, se hizo fuerte por algun tiempo en Castelnovo. Othon su marido fue preso en una batalla que se arriscó á dar á los contrarios: con que la reina, perdida toda confianza de poderse tener, se rindió al vencedor. Pusiéronla en prisiones, y poco despues la colgaron de un lazo en aquella misma parte en que ella hizo dar garrote á su marido Andreasso. Muerta la reina, dieron libertad á Othon para que se fuese á su tierra: con esta victoria la parte de Urbano ganó mucha reputacion. Parecia que Dios amparaba sus cosas, y menguaba las de su competidor. Habia entrado en Italia el duque de Anjou con un grueso campo; falleció empero de enfermedad en la Pulla, provincia del reino de Nápoles: con su muerte se regalaron y fueron en flor sus esperanzas y trazas.

Don Luis infante de Navarra tenia deudo con Cárlos el nuevo conquistador de aquel reino, ca estaban casados con dos hermanas, como se tocó de suso. No pudo hallarse en esta empresa, ni ayudarle por estar ocupado en la guerra que en Ática hacia con esperanza de salir con el ducado de Atenas y Neopatria, por el antiguo derecho que á él tenian los reyes de Nápoles; mas los principales de aquella provincia, por traer su descendencia de Cataluña se inclinaban mas á los aragoneses, y no cesaban de llamar ya por cartas, ya por embajadores al rey de Aragon para que fuese ó enviase á tomar la posesion de aquel estado y provincia, como finalmente lo hizo.

CAPITULO V.

De la guerra de Portugal.

Una nueva tempestad y muy brava se armó en España entre Portugal y Castilla, que puso las cosas asaz en grande aprieto, y al rey don Juan en condicion de perder el reino. Ligáronse los portugueses y ingleses juntaron contra Castilla sus fuerzas y armas. Pensaban aprovecharse de aquel rey por su edad que no era mucha, y no faltaban descontentos, reliquias y remanentes de las revueltas pasadas. Los ingleses pretendian derecho y accion á la corona por estar casado el duque de Alencastre con la hija mayor del rey don Pedro: el de Portugal llevaba mal que le hobiesen ganado por la mano, y cortado las pretensiones que tenia á aquel reino de Castilla, á su parecer no mal fundadas, además que al rey don Juan tenia por descomulgado por sujetarse, como seguia al papa Clemente, ca en Portugal no reconocian sino á Urbano.

Aprovechóse de esta ocasion don Alonso conde de Gijon para alborotarse conforme á su condicion, y alborotar el reino. Su hermano el rey don Juan porque de pequeños principios, si con tiempo no se atajan, suelen resultar muy graves daños, acudió á la hora á Oviedo cabeza de las Asturias para sosegar aquel mozo mal aconsejado. Junto con esto mandó hacer gente por tierra, y armar por el mar para por entrambas partes dar guerra á Portugal, y desbaratar sus intentos, por lo menos ganar reputacion. Los bullicios del conde fácilmente se apaciguaron, y él se allanó á obedecer: si de corazon, si con doblez, por lo de adelante se entenderá. Hacíase la masa de la gente en Simancas. Acudió el rey desde que supo que estaba todo á punto: marchó con su campo la vuelta de Portugal; púsose sobre Almoyda, villa que está á la raya, no lejos de Badajoz. El sitio y las murallas eran fuertes, y los de dentro se defendian con valor, que fue causa de ir el cerco muy á la larga. Por otra parte diez y seis galeras de Castilla se encontraron con veinte y tres de Portugal. Dióse la batalla naval, que fue muy memorable. Vencieron los castellanos: tomaron las veinte galeras contrarias, y en ellas gran número de portugueses con el mismo general don Alfonso Tellez conde de Barcelos.

Fuera esta victoria asaz importante por quedar los de Castilla señores de la mar, y los enemigos amedrentados, si el general castellano que era el almirante Fernan Sanchez de Tovar, la ejecutara á fuer de buen guerrero; pero él contento con lo hecho, dió la vuelta á Sevilla: con que los portugueses tuvieron lugar de rehacerse, y la armada inglesa tiempo de aportar á Lisboa, que fue el daño doblado. Todavía el rey don Juan animado con tan buen principio, y confiado que serian semejables los remates, acordó emplazar la batalla á los contrarios. Escribióles con un rey de armas un cartel desta sustancia: que sabia era venido á Portugal Emundo conde de Cantabrigia en lugar de su hermano el duque de Alencastre,

acompañado de gente lucida y brava: que si confiaban en la justicia de su querella y en el valor de sus soldados, se aprestasen á la batalla, la cual les presentaria luego que se apoderase de Almoyda, y para combatillos les saldria al encuentro espacio de dos jornadas, confiado en Dios que volveria por la justicia y por su causa.

Deseaban los ingleses venir á las manos como gente briosa y denodada; entreteníalos empero la falta de caballos, que ni los traian en la armada, ni los podian tan en breve juntar en Portugal. La respuesta fue prender al rey de armas contra toda razon y derecho. Cerraba en esta sazon el invierno, tiempo poco á propósito para estar en campaña. Retiróse sin hacer otro efecto el rey de Castilla, resuelto de volver á la guerra con mas gente y mayor aparato luego que el tiempo diese lugar, y abriese la primavera del año de 1382. Tornó el conde de Gijon mozo liviano á alborotarse, retiróse á Berganza para estar mas seguro y con mas libertad: desampaáronle los suyos que llevó consigo. Esto y la diligencia de don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena, que se puso de por medio, fueron parte para que se redujese á obediencia, y el rey su hermano segunda vez le perdonase. Al tercero por este servicio y por otros nombró por su condestable, cosa nueva para Castilla, entre las otras naciones y reinos muy usada: crió otrosí dos mariscales, que eran como los legados antiguos y los modernos maestres de campo, sujetos al condestable: estos fueron Fernan Alvarez de Toledo, y Pero Ruiz Sarmiento. Pretendia el rey como prudente con estas honras animar á los suyos, y juntamente hermosear la república, y autorizalla con cargos semejantes y preeminencias.

Pasóse en esto el invierno: la masa de la gente se hizo segunda vez en Simancas. La fertilidad de la tierra y su abundancia era á propósito para sustentar el ejército y proveerse de vituallas: luego que todo estuvo en órden, el rey con toda priesa se enderezó la vuelta de Badajoz por tener aviso que los enemigos pretendian romper por aquella parte, y que eran llegados á Yelves distante de aquella ciudad tres leguas solamente. Traia el rey de Portugal tres mil caballos, y buen número de infantes: los ingleses otrosí eran tres mil de á caballo, y otros tantos flecheros. En el campo de Castilla los hombres de armas llegaban á cinco mil y quinientos caballos ligeros, el número de la gente de á pié era muy mayor, todos muy diestros, ejercitados en las guerras pasadas, acostumbrados á vencer, y sobre todo con gran talante de venir á las manos y á las puñadas, y con las armas humillar el orgullo de los contrarios que emprendian mayores cosas que sus fuerzas alcanzaban.

Todavía el rey de Castilla por ser manso de condicion, y por no aventurar lo que tenia ganado, en el trance de una batalla, acordó de requerir á los enemigos de paz. Para ello envió á don Alvaro de Castro para avisar seria mas espediente tomar algun asiento en aquellas diferencias, que poner á riesgo la sangre y la vida de sus buenos soldados, que la victoria seria de poco provecho para el que venciese, y al vencido acarrearia mucho daño: finalmente que las prendas de amistad y parentesco eran tales que debian antes del rompimiento atajar los males que amenazaban, y acordarse cuáles y cuán tristes podrian ser los rematos, si una vez se ensangrentaban. Por esto juzgaba, y era así, que á cualquiera de las dos partes vendria mas á cuento componer aquel debate por bien que por las armas. Los ingleses daban de buena gana oidas á estas pláticas por estar pesantes de haber emprendido aquella guerra tan dificultosa y tan lejos de su tierra, si bien demás del reino de Castilla que pretendian, les ofrecian el de Portugal en dote de la infanta doña Beatriz, que pospuestos los demás conciertos daba su padre intencion de casalla con Duarte hijo de Emundo conde de Cantabrigia.

Tratóse pues de concierto, en que intervinieron personas principales de las dos naciones, por cuya industria se conformaron en las capitulaciones siguientes: que doña Beatriz de nuevo desposase con el infante don Fernando hijo menor del rey de Castilla; pretendian por este camino que el reino de Portugal no se juntase con Castilla, como fuera necesario, si casara con el hijo mayor: que los prisioneros y las galeras que se tomaron en la batalla naval, se volviesen al de Portugal: demás desto que el rey de Castilla proveyese de armada y de flota, en que los ingleses se volviesen á su tierra. Pudieran parecer pesadas estas capitulaciones al rey de Castilla que se hallaba muy poderoso y pujante, mas ordinariamente es acertado prevenir los sucesos de la guerra, que pudieran ser muy perjudiciales para España; y no hay alguno tan amigo de pelear que no huelgue mas de alcanzar lo que pretende con paz, que por medio de las armas. Por todo esto el de Castilla se inclinó á la paz y aceptar aquellos partidos; y aun entregó al de Portugal en rehenes personas muy principales para seguridad que se cumpliria enteramente lo concertado: con que por entonces se impidió la batalla, y juntamente se dió fin á aquella guerra que amenazaba grandes males.

CAPITULO VI.

De la muerte del rey de Portugal.

El contento que resultó destas paces, se destempló muy en breve por causa de algunas muertes que se siguieron de grandes personajes: tal es nuestra fragilidad. El rey don Juan se fué al reino de Toledo, y estaba enfermo en Madrid, cuando murió en Cuellar villa de Castilla la Vieja su mujer la reina doña Leonor de parto de una hija que vivió pocos dias. El sentimiento y llanto del rey y de todo el reino fue estraordinario por ser ella un espejo de castidad y santidad. Sepultaron su cuerpo en Toledo en la capilla de los reyes. Esta muerte dió ocasion al rey de Portugal de tomar nuevo acuerdo, y alterar el primer capítulo de los conciertos pasados. El rey de Castilla aunque tenia dos hijos, quedaba viudo y en la flor de su edad. Envióle embajadores para ofrecerle por mujer á doña Beatriz su hija. Parecióle que con este vínculo se daria mejor asiento á la nueva amistad, y á la sucesion del reino de Portugal: que era cosa larga esperar que el infante don Fernando fuese de edad para casarse; y que en el entretanto podian intervenir cosas que impidiesen el casamiento, y desbaratasen todas las trazas: concertáronse pues fácilmente. Entre las demás capitulaciones fue una que por muerte del rey don Fernando gobernase á Portugal la reina viuda hasta tanto que la infanta tuviese hijo de edad competente. Señalóse para las bodas la ciudad de Yelves, en que poco antes se dió asiento en la paz.

Esto pasaba en España al remate del año. En el mismo tiempo en el Atica tenian sus rencuentros de armas los navarros y aragoneses sobre el principado de Atenas y de Neopatria. Philipe Dalmao vizconde de Rocaberti general de la armada aragonesa allanó aquel estado al rey, ca mató y echó fuera de aquellas tierras toda la gente de guarnicion de los navarros, y dejó en ella con suficiente presidio á Roman de Villanueva que quedó por gobernador: con que él pudo dar la vuelta. En Sicilia andaban tambien las cosas alteradas, porque Artal de Alagon conde de Mistreta por la mucha autoridad y poder que en aquella isla alcanzaba, queria á su voluntad casar á la reina, y poner de su mano á quien él quisiese en el reino. A este fin llamó de Lombardía á Juan Galeazo, que aun no era duque de Milan; pero él no pudo ha-

cer este viaje, ni acudir con presteza, porque las galeras de Aragon los años pasados en el puerto de Pisa le habian tomado su armada. Los señores de Sicilia llevaban muy mal que don Artal quisiese mandar tanto, y que solo él pudiese mas que todos los demás juntos.

Don Guillen Ramon de Moncada (comunicado su intento con el rey de Aragon) de secreto entró en Catania, y apoderándose de la reina, la llevó á Augusta, que era una de las fuerzas de su estado, fuerte por su sitio que está sobre la mar, por sus murallas, y por la grande guarnicion que en ella puso de catalanes que el rey le envió con el capitan Roger de Moncada. Don Artal visto que con esto le burlaban sus trazas, acudió con furor y rabia: púsose sobre Augusta, y combatíala por tierra y por mar. Avino muy á propósito que Dalmao á la vuelta de Grecia aportó á Sicilia. Supo lo que pasaba, y con su armada forzó al enemigo á alzar el cerco: con tanto puso á la reina en sus galeras, tocó á Cerdeña, y finalmente llegó con ella á salvamento á las riberas de España. La reina casó adelante en Aragon: con que á cabo de años los reinos de Sicilia y Aragon se volvieron á juntar con ñudo muy mas fuerte y mas duradero que antes.

Don Carlos hijo mayor del rey de Navarra todavía le tenian arrestado en Francia: intercedió el rey de Castilla para que el Francés le pusiese en libertad, el cual otorgó con ruegos tan justos; con esto aquel príncipe junto con el deudo (ca eran cuñados) quedó tan obligado y reconocido que por toda la vida con muy buen talante acudió á las cosas de Castilla. Llegó á Pamplona por principio del año que se contó de Cristo 1383. Regocijaron su venida todos los de aquel reino como era razon. El rey su padre eso mismo con la edad se mostraba mas acuerdo, y emendaba con buenas obras las culpas de la vida pasada. En Pamplona y en otros lugares quedan memorias desta mudanza de vida, con que procuraba aplacar á Dios, y acerca de los hombres borrar la infamia y mala voz que corria de sus cosas por todas partes. Cargábanle por lo menos que trató de dar yerbas al rey de Francia su cuñado, á los duques de Borgoña y de Berri, y al conde de Fox; si con verdad, ó levantado (lo que mas creo) no se puede averiguar: lo cierto es que aquellos rumores le hicieron grandemente y en todas partes odioso.

Las bodas del rey de Castilla con la infanta de Portugal se celebraron en el lugar señalado: el concurso de las dos naciones fue grande, las fiestas y regocijos al tanto, si bien el rey de Portugal no se pudo hallar por causa de estar á la sazon doliente. El conde de Gijon don Alonso conforme á sus mañas volvia á revolver la feria en las Asturias, mozo mal inclinado y bullicioso: envió el rey alguna gente que allanasen aquellos alborotos; y él dió la vuelta para Segovia á tener córtes á sus vasallos. Los bullicios de las Asturias fácilmente se sosegaron, y el conde se redujo al deber. En las córtes ninguna cosa se estableció (1) que se sepa, de mayor momento, salvo que á imitacion de los valencianos, que en esto ganaron por la mano á los demás pueblos de España, se hizo una ley en que se ordenó trocasen la manera de contar los años que antes usaban por las eras de César, en los años del nacimiento de Cristo como hasta hoy se guarda.

Celebrábanse estas córtes cuando en Lisboa falleció el rey don Fernando de Portugal de una larga dolencia que al fin le acabó en veinte de octubre. Vivió cuarenta y tres años, diez meses y diez y ocho dias: reinó diez y seis años, nueve meses y diez dias. Púdose contar entre los buenos príncipes por su condicion muy suave, su mansedumbre y elocuencia, sino se ponen los ojos en la infamia de su casa. En el gobierno se señaló mas que en las armas por la larga paz de que gozó en su reinado. Su cuerpo enterraron en Santaren en el monasterio de los franciscos junto al sepulcro de su madre la reina doña Costanza. Cerdeña no acababa de sosegar. Hugo Arborea hijo de Mariano llevaba adelante las pretensiones de su padre, y continuaba en la codicia y trazas de hacerse rey: mal incurable. Era de condicion intratable y fiera: por esto su misma gente se hermanó contra él, y le dieron la muerte, ejecutando en él los tormentos y crueldades de que él mismo contra otros usara; que fue justo juicio de Dios.

Con su muerte se pensó tendrian fin aquellas revueltas: por esto Brancaleon Doria, que en las guerras pasadas sirviera muy bien al rey, acudió á Aragon para dar traza á sosegar la isla. Echáronle empero mano á causa que su mujer Leonor Arborea, dueña de pecho varonil, pretendia con las armas vengar la muerte de su hermano y recobrar el estado de su padre: sujetaba otrosí por toda aquella isla fortalezas y plazas, ya por fuerza, ya de voluntad. Llevaron á su marido Brancaleon con la guardia necesaria para sosegar á su mujer, y hacella que viniese en lo que era razon: no pudo alcanzar cosa alguna della, si bien usó de toda la diligencia que pudo: así él estuvo mucho tiempo arrestado en la ciudad de Caller sin poder salir della; y el partido de Aragon iba de caida por estar el rey embarazado con otros cuidados que mas le aquejaban, y no acudir con presteza á las necesidades de aquella guerra como fuera conveniente.

CAPITULO VII.

Que el rey de Castilla entró en Portugal.

Con la muerte del rey don Fernando de Portugal se recrecieron nuevas y muy sangrientas guerras entre Portugal y Castilla. La gente plebeya y aun la principal por el odio que á Castilla tenia (como suele acontecer entre reinos comarcanos) no podia llevar que rey estraño los mandase. El deseo de libertad los encendia, bien que con poco concierto pretendian que de su nacion fuese alguno nombrado por rey: los hombres, las mujeres, los niños en secreto y en públicos corrillos de ninguna otra cosa trataban. Los señores tuvieron junta en Lisboa sin se acabar de resolver en un negocio tan grave. El miedo hacia por el rey don Juan de Castilla, el antojo los volvia contra él: dos malos consejeros y perjudiciales. Algunos principales de secreto por cartas le convidaban con la posesion de aquel reino con intento de granjear la gracia del nuevo príncipe mas que por deseo del pro comun. Entre estos fue uno don Juan, el maestre de Avis de suso nombrado, todo con artificio y maña por no tener aun granjeadas para sí las voluntades del pueblo. Las trazas de los que andaban de mala, y los deseños que con la presteza se debieran cortar, con la tardanza se hicieron fuertes y prevalecieron.

Gastábase el tiempo en Castilla en consultas y debates: así se les salió la buena ocasion de entre las manos para nunca mas volver. Los pareceres eran diferentes como suele acontecer: unos sentian que se debia esperar hasta tanto que por comun acuerdo de los principales y del pueblo el rey fuese llamado á recebir la corona; alegaban que al no se podia hacer á pena de ser perjuros, pues en los asientos próximos de la paz juraron que dejarian la gobernacion del reino á la reina viuda hasta tanto que doña Beatriz tuviese algun hijo en edad que pudiese gobernar á Portugal. Los de mas sano consejo y mas avisados decian que en tanta alteracion del reino las armas eran las que habian de allanar, que de voluntad no harian cortesía los portugueses. Tomóse un acuerdo

(1) Muy al contrario determinaron cosas de mucha importancia, segun la copia de un estracto del cuaderno de estas córtes que recogió el padre Burriel.

junio se acabaron de asentar las treguas con Portugal por término de seis años. Crecian los portugueses cada dia en fuerzas y reputacion no sin gran recelo de los de Castilla. Manteníanse en la obediencia de los papas de Roma, en que muy recio tenian. Así Bonifacio Nono, que como se dijo al fin del año pasado fue puesto en lugar de Urbano, erigió la ciudad de Lisboa en metropolitana arzobispal. Señalóle por sufragáneo solo al obispo de Coimbra; mas en nuestros tiempos el papa Paulo Tercio le añadió el obispado de Portalegre, que él mismo erigió de nuevo en aquel reino. La ciudad de Segovia está puesta en los montes con que parten término Castilla la Vieja y la Nueva. Su mucha vecindad por la mayor parte se sustenta del trato de la lana y artificio de ropa muy fina que en ella se labra. El invierno es rigoroso como de montaña, el estío templado por causa de las muchas nieves con que los montes que la rodean están cubiertos todo el año. Acordó el rey por esta razon de Guadalajara irse á aquella ciudad para pasar en ella los calores; y de camino queria ver el monasterio del Paular, que á su costa en Rascafria no lejos de aquella ciudad se levantaba, el mas rico, vistoso y devoto que los cartujos tienen en España.

Consignó asimismo á los monges benitos en Valladolid el alcázar viejo para que le devolviesen y mudasen en un monasterio de su órden, en que en nuestro tiempo reside el general de los Benitos, y en él juntan sus capítulos generales. Demás desto los años pasados el devotísimo templo de Guadalupe, en que el rey don Alonso su abuelo puso sacerdotes seglares, entregó á la órden de San Gerónimo: acuerdo muy acertado. Estas tres insignes memorias hay en España de la piedad deste rey, demás de algunas leyes que estableció muy religiosas; en particular con acuerdo de las córtes de Briviesca tres años antes deste mandó que no sacasen las cruces en los recibimientos de los reyes, ni figurasen la cruz en tapices ó otras partes que se pisasen.

Pasado el estío, envió al príncipe y princesa á Talavera para que en aquel pueblo tuviesen el invierno por la templanza del aire y la campaña asaz apacible: él se encaminó á Alcalá con intento de pasar al Andalucía para reprimir los insultos y males que por la revuelta de los tiempos mas allí que en otras partes se desmandaban. Las leyes tenian poca fuerza, y menos los jueces para las ejecutar: el favor, el dinero y la fuerza prevalecian contra la razon y verdad. Llegaron á Alcalá cincuenta soldados ginetes que llamaban farfanes, cristianos de profesion, pero que tiraban sueldo del rey de Marruecos, y así venian muy ejercitados en la manera de la milicia africana, como es ordinario que á los soldados se pegan las costumbres de los lugares en que mucho tiempo residen. Señálanse los de Africa en la destreza de volver y revolver los caballos con toda gentileza, en saltar en ellos, en correllos, en apearse y jugar de las lanzas. Quiso el rey un domingo despues de misa que fue á los nueve de octubre, ver lo que hacian aquellos soldados. Salió al campo por la puerta de Burgos, que está junto á palacio, acompañado de sus grandes y cortesanos. Iba en un caballo muy hermoso y lozano. Antojósele de correr una carrera: arrimóle las espuelas, corrió por un barbecho y labrada, tropezó el caballo en los sulcos por su desigualdad, y cayó con tanta furia que quebrantó al rey que no era muy recio ni muy sano, de guisa que á la hora rindió el alma: caso lastimoso y desastre no pensado.

No hay bienandanza que dure, ni alegría que presto no se mude en contrario. ¿Qué le prestó su poder, sus haberes? sus cortesanos ¿qué le prestaron para que en la flor de su edad, que no pasaba de treinta y tres años, no le arrebatase la muerte desgraciada y fuera de sazon? Reinó once años, tres meses y veinte dias. A propósito de despertar á los nobles y cortesanos con el cebo de la honra á emprender grandes hazañas y señalarse en valor á imitacion del rey don Alonso su abuelo, inventó en lo postrero de sus dias en Segovia, y publicó dia de Santiago cierta compañía y hermandad que trajese por divisa de un collar de oro una paloma colgada á manera de pinjante. Ordenó sus leyes, con que los que entrasen en esta caballeía se gobernasen, todas enderezadas á despertar el valor de sus vasallos. La muerte tan temprana le atajó para que esta su traza y otras no pasasen adelante.

CAPITULO XIV.

De las cosas de Aragon.

Esto pasaba en Castilla: en Aragon el nuevo rey don Juan Primero de aquel nombre, procedia asaz diferentemente de su padre. El padre era de ingénio despierto, belicoso, amigo de aumentar su estado; en hacer guerra y asentar paz tenia mas atencion al útil que á la reputacion y fama: el rey don Juan era de un natural afable y manso, si ya no le trocaba algun notable desacato; mas inclinado al sosiego que á las armas. Ejercitábase en la cetrería y montería, y era aficionado á la música y á la poesía, todo con atencion á representar grandeza y magestad: tan escesivo el gasto, que las rentas reales no bastaban para acudir á estos deportes y solaces: dejó otros deleites poco disfrazados y cubiertos.

La reina otro que tal, como cortada á la traza de su marido, aunque dentro de los límites de mujer honesta usaba de entretenimientos semejantes. Así en la casa real todo era saráos, juegos y fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban mas en cantar y tañer y danzar, que á su edad y á mujeres convenia. Ningun instrumento ni ocasion faltaba en aquel palacio de una vida regalada y muelle. Dábanse muy aventajados premios á los poetas, que conforme á las costumbres que corrian, componian y trovaban en lenguaje lemosin, y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovas; lo cual era en tanto grado, que despachó una embajada al rey de Francia en que le pedia le buscase con cuidado, y enviase algunos de aquellos poetas los mas señalados. La semejanza de las costumbres y la fama que destas cosas corria, convidó al emperador Wenceslao, príncipe muy conocido por su descuido y flojedad, para que por sus embajadores le pidiese su amistad, y su hija por mujer: negocio que por entonces se dilató, y no se efectuó adelante.

Los nobles de Aragon indignados por los desórdenes de su rey, su poca atencion al gobierno y los escándalos que dello resultaban, al mismo tiempo que el rey tenia córtes en Monzon, se juntaron en Calasand para comunicarse, y acordar en qué guisa se podria acudir al remedio. Las cabezas principales de la junta eran don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena, don Jaime su hermano obispo de Tortosa (1), don Bernardo de Cabrera, sin otros ricos hombres y varones de mucha cuenta. Pareció poner por escrito las quejas y enviallas á las córtes: las cabezas principales, que con los regalos y deleites sin tasa la disciplina militar se estregaba, y la gente se afeminaba: que las costumbres antiguas se alteraban de todas maneras por el regalo en las comidas y los gastos en los vestidos que no era razon al albedrío de una mujer se trastornase todo el reino, y pudiese ella sola mas que las leyes y la nobleza, no sin nota de los mismos rey y reina que tal desórden sufrian en su misma casa. Esto decian por una dama por nombre Carroza de Vilaragur, que con su privanza estaba muy apoderada de la reina, y ella del rey: mengua de que resultaba gran parte de los des-

(1) Arzobispo de Valencia consta por los documentos que se hallan en el archivo de aquella iglesia metropolitana.

órdenes y de las quejas y odio. Anduvieron demandas y respuestas hasta apuntar que se valdrian de las armas y fuerza, si por bien no se acudia al remedio de aquellos daños.

Pudiérase destos principios encender alguna guerra y revuelta, si no lo atajara la apacible condicion del rey. Otorgó con lo que aquellos señores le suplicaban; cercenó las demasías y soltura de la casa real; ordenó premáticas, en que se puso tasa y límite á los gastos de la gente; en particular despidió de palacio aquella privada de la reina, con órden que no se entremetiese en el gobierno del reino, ni de la casa real. Con esto calmaron los desgustos que amenazaban mayores daños, en sazon que de Francia se mostraban nuevos temores y asonadas de guerra. Bernardo de Armeñac con golpe de bretones rompió por los confines de Cataluña : mayor fue el ruido que el daño. Siguióle por ende poco despues su hermano el conde de Armeñac con mas gente. Tomich historiador catalan atestigua que llegaron á diez y ocho mil caballos; mentira que muestra fue el número grande. La causa de hacer guerra era la codicia de robar. Pusieron fuego en algunos lugares y granjas, hicieron presas de gente y de ganados; en lo de Ampurias y de Girona cargó lo mas recio de la tempestad.

Acudió gente de todo el reino, tuvieron diversos encuentros : en uno desbarató Bernardo de Cabrera ocho banderas de franceses junto á Navarra. En otro Ramon Bages caudillo señalado cerca de otro pueblo llamado Cabañas deshizo otro buen golpe de enemigos con prision de Mastin su capitan. Con estas victorias se alentaron los aragoneses y desmayaron los bretones : así lo lleva la guerra. El mismo rey, de Girona donde se estaba á la mira, salió en campaña resuelto de acometer á los enemigos, que de diversas partes se juntaban y se rehacian de fuerzas. Tienen los franceses los primeros acometimientos muy bravos, pero aflojan con la tardanza : así avino en este caso, que los franceses cansados de guerra tan larga, y en que les iba tan mal acordaron dar la vuelta sin esperar al rey, ni venir con él á las manos. Salieron por la parte de Rosellon : en que de camino hicieron todo mal y daño. Era asimismo forzoso al conde de Armeñac acudir á la defensa de su estado contra Marigoto natural de Alvernia, que á persuasion del rey de Aragon y á su costa le comenzaba á hacer guerra.

A la misma sazon que esto pasaba en Cataluña, á la primavera en Aviñon se concertó casamiento entre Luis hijo de otro Luis duque de Anjou, que se intitulaba rey de Jerusalén y de Sicilia (y que murió en la conquista de Nápoles) y doña Violante hija del rey de Aragon. No pudo el padre del infante hallarse á los conciertos por causa de la guerra sobredicha, que le tenia puesta en cuidado. Hizo las capitulaciones el papa Clemente á contento de las partes que se hallaron allí, el novio en persona, y el de Aragon por sus embajadores; en Barcelona se concluyó, do vino el desposado con grande acompañamiento. Lo que se pretendia principalmente, y lo que capitularon en este casamiento, fue que el rey de Aragon ayudase á su yerno para cobrar lo de Nápoles. En Perpiñan otrosí el rey dió su consentimiento para que se hiciesen los desposorios entre María reina de Sicilia y don Martin señor de Exerica, sobrino del rey, hijo de don Martin su hermano duque de Momblanc. Vino tambien el papa en ellos; que por ser aquel reino feudo de la Iglesia se requeria su beneplácito.

En Cerdeña se volvió á las revueltas pasadas á causa que Brancaleon Doria sin tener cuenta con el asiento tomado, y olvidado del perdon que le dieron, por principio del año 1391 acudió á las armas con voz de libertar la gente que tenian oprimida : color con que granjeó á los ginoveses, y muchos de los isleños se le arrimaron deseosos de novedades, y cansados del gobierno de Aragon. Hizo tanto que se apoderó de Sacer, la ciudad mas principal de aquella isla, y de otros pueblos y castillos. Para atajar estos daños mandó el rey hacer gente de nuevo; y por un edicto que hizo pregonar en Zaragoza, ordenó á todos los que estuviesen heredados en aquella isla, acudiesen á la defensa con las armas. En este mismo año el papa Clemente dió el capelo á don Martin de Salva obispo de Pamplona, prelado en aquellos tiempos señalado en virtud, y grave, que fue el primer cardenal que aquella iglesia tuvo.

CAPITULO XV.

De los principios de don Enrique rey de Castilla.

Cuando el rey don Juan de Castilla cayó con el caballo, como queda dicho, hallóse á su lado el arzobispo don Pedro Tenorio, persona de consejo acertado y presto. Mandó que á la hora se armase una tienda en el mismo lugar de la caida : puso gente de guarda, hombres de confianza y callados, hacia fomentar y cubrir de ropa el cuerpo del rey, y en su nombre ordenaba se hiciesen rogativas y plegarias en todas las partes por su salud, por demás por estar ya difunto y sin alma, todo á propósito de entretener la gente y con mensajeros que despachó á las ciudades, prevenir que no resultasen revueltas, por los humores y pasiones que todavía (aunque de secreto) duraban entre los nobles, eclesiásticos, y gente popular. A veces publicaban que el rey se hallaba mejor y siempre fingian recados de su parte; pero como el semblante del rostro no decia con las palabras, y muchas veces los de palacio se apartasen á hablar y comunicar entre si, no pudo por mucho tiempo encubrirse el engaño, la primera que acudió al triste espectáculo, fue la reina doña Beatriz, despojada antes del reino de su padre, y al presente del marido, sin hijos algunos con cuya compañía aliviase sus trabajos, su viudez y su soledad. El sentimiento bien se puede entender sin que la pluma le declare.

El príncipe don Enrique, alterado con la muerte de su padre partió de Talavera, pero reparó en Madrid acompañado de su hermano el infante don Fernando Allí el arzobispo que todo lo meneaba, dió órden que los estandartes reales se levantasen por el nuevo rey, y que le pregonasen por tal, y le publicasen primero en una junta de grandes, despues por las plazas y calles de aquella villa : alegría destemplada con cuita y pena por haber perdido un buen rey, y el que le sucedia, demás de su poca edad, tener el cuerpo muy flaco, por donde vulgarmente le llamaron el rey don Enrique el Doliente, y fue deste nombre el Tercero. Acudieron á porfía los señores de todo el reino á hacelle sus homenajes, besalle la mano, ofrecer á su servicio personas y estados. Muchos (como es ordinario) con la mudanza del príncipe y del gobierno se prometian grandes esperanzas; que tal es el mundo, unos suben, otros bajan, y mas en ocasiones semejantes.

Halláronse presentes á la sazon don Fadrique duque de Benevente; don Pedro conde de Trastamara, los maestres de las órdenes, don Lorenzo de Figueroa, de Santiago, don Gonzalo Nuñez de Guzman, de Calatrava, don Martin Yañez de la Barbuda, de Alcántara, don Juan Manrique arzobispo de Santiago, canciller mayor de Castilla. Don Alonso de Aragon marqués de Villena se hallaba en Aragon, do se fue el tiempo pasado, mal enojado con el rey difunto por agravios que alegaba. Ofrecióse volver á Castilla, y hacer el reconocimiento debido á tal que le restituyesen en el oficio de condestable que tenia antes. Vinieron en lo que pedia, el rey y la reina, conformándose en esto con lo que hizo su padre que le dió aquella preeminencia; sin embargo él no vino por impedimentos que le detuvieron en Aragon.

Concluida la solemnidad susodicha, acudieron á

Toledo para sepultar el rey segun que él lo dejó dispuesto, en la su capilla real. Hiciéronles las honras y enterramiento con toda representacion de tristeza y de magestad; juntáronse tras esto córtes en Madrid de los prelados, nobleza y procuradores de las ciudades. Pretendian dar órden en el gobierno por la edad del rey, que no pasaba de once años y pocos dias mas. Andaba en la córte doña Leonor hija única de don Sancho conde de Alburquerque : el dote y sus haberes y rentas eran de guisa que el pueblo la llamaba la rica hembra. Muchos ponian los ojos en este casamiento : entre los demás se adelantaba su primo hermano el duque de Benavente : engañóse su esperanza : ganósela, y fuéle antepuesto el infante don Fernando. Desposáronlos, mas con condicion que en el matrimonio no se pasase adelante hasta tanto que el rey tuviese catorce años. El intento era que si muriese antes de aquella edad, el infante con el reino sucediese en la carga de casar con la reina doña Catalina, segun que en los asientos que se tomaron con el duque de Alencastre, quedó todo esto cautelado. Juró los desposorios la novia por ser de diez y seis años : el infante don Fernando por lo dicho y por su poca edad no juró.

Al tiempo que en las córtes se trataba de asentar el gobierno del reino, durante la minoridad del nuevo rey, por dicho de Pero Lopez de Ayala, de quien traen su descendencia los condes de Fuensalida, se supo que el rey don Juan los años pasados otorgó su testamento. Acordaron que antes de pasar adelante se hiciese diligencia. Revolvieron los papeles reales y sus escritorios, en que finalmente hallaron un testamento que ordenó en Portugal al mismo tiempo que estaba sobre Cillorico, segun que de suso queda declarado. Leyóse el testamento, que causó varios sentimientos en los que presentes se hallaron. Ofendíales sobre todo la cláusula en que nombraba por tutores del príncipe hasta que tuviese quince años, á don Alonso de Aragon condestable, á los arzobispos de Toledo y de Santiago, al maestre de Calatrava, á don Juan Alonso de Guzman conde de Niebla, á Pedro de Mendoza mayordomo mayor de la casa real, y con ellos á seis ciudadanos de Burgos, Toledo, Leon, Sevilla, Córdoba, Murcia, uno de cada cual destas ciudades sacado por voto de sus cabildos.

Como no se podian nombrar todos, los que dejó de mentar, se sentian ellos ó sus aliados. Altercóse mucho sobre el caso. Algunos pocos querian que la voluntad del testador se cumpliese: los mas juzgaban se debia dar aquel testamento por ninguno y de ningun valor, para lo cual alegaban razones y testigos que comprobaban habian descontentado al mismo lo que con aquella priesa sin mucha consideracion dispuso. Este parecer prevaleció, si bien el ar obispo de Toledo no vino en que el testamento se quemase, por causa de ciertas mandas que él hacia á la su iglesia de Toledo, que pretendia eran válidas, puesto que las demás cláusulas no lo fuesen. Tomado este acuerdo, salieron nombrados por gobernadores del reino el duque de Benavente, el marqués de Villena, el conde de Trastamara, señores todos de alto linaje muy poderosos. Arrimáronles los arzobispos de Toledo y de Santiago, los maestres de Santiago y de Calatrava. De los diez y seis procuradores de córtes decretaron que los ocho por turno, de tres en tres meses, se juntasen con los demás gobernadores con igual voto y autoridad. Ló que la mayor parte de la junta decretase, eso quedase por asentado y verdadero.

No contentó al arzobispo de Toledo esta traza: en público alegaba que la muchedumbre seria ocasion de revueltas, de secreto le punzaba la poca mano que entre tantos le quedaba en el gobierno. Pretendia se acudiese á la ley del rey don Alonso el Sabio, en que ordena que en tiempo de la minoridad del rey los gobernadores sean uno, tres, cinco, ó siete. Este era su parecer, mas vencido de las importunidades de los grandes, mezcladas á veces con amenazas vino en lo decretado. Mandaron que en adelante no corriese cierto género de moneda, sino en cierta forma, que se llamaba *Agnus Dei*, y era como blancas, y por las




Moneda llamada *Agnus Dei*.

necesidades de los tiempos se acuñara de baja ley. Don Alonso conde de Gijon tenia preso en el castillo de Almonacir el arzobispo de Toledo por órden del rey : temia él las revueltas de los tiempos, hizo instancia que le descargasen de aquel cuidado; pasáronle á Monterrey, y encomendaron al maestre de Santiago le guardase hasta tanto que con maduro consejo se decidiese su causa.

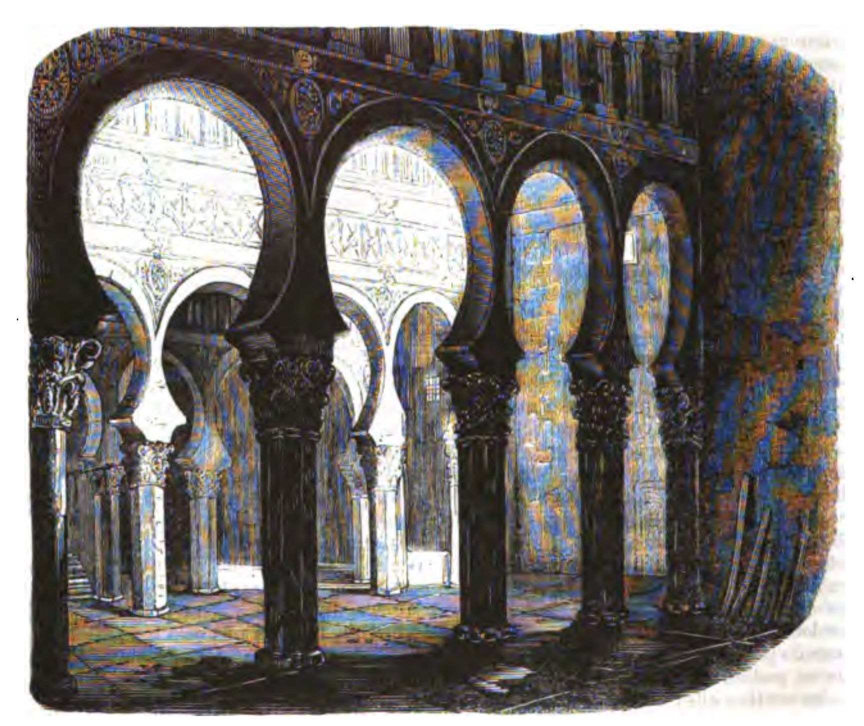
En Sevilla y en Córdoba el pueblo se alborotó contra los judíos de guisa que con las armas sin poder los jueces irles á la mano dieron sobre ellos, saquearon sus casas y sus aljamas, y los hicieron todos los desaguisados que se pueden pensar de una canalla alborotada y sin freno (1). Apellidábalos con sus sermones sediciosos que hacia por las plazas, y atizaba su furor Fernan Martinez arcediano de Ecija. Deste principio cundió el daño despues por otras partes de España : en Toledo, Logroño, Valencia, Barcelona á los cinco de agosto del año adelante, como si hobieran aplazado aquel dia, les robaron sus haciendas y saquearon las casas, tan grande era el odio y la rabia. Muchos de aquella nacion se valieron de la máscara de cristianos contra aquella tempestad, que se bautizaron fingidamente : forzaba el miedo á lo que la voluntad rehusaba; pero esto avino despues.

Acostumbraban á juntarse en cierta iglesia de Madrid los procuradores del reino y los otros brazos. Entraron en la junta con armas el duque de Benavente y el conde de Trastamara, acompañados de gente que dejaron en guarda de aquel templo y como cercado. Esta demasía sintió el arzobispo de Toledo de suerte que el dia siguiente se salió de la córte la via de Alcalá, y dende fue á Talavera. Solicitaba por sus cartas desde estos lugares á los pueblos y caballeros á tomar las armas y librar el reino de los que con color de gobierno le tiranizaban. Dió noticia de lo que pasaba al papa Clemente, á los reyes de Aragon y de Francia : que la violencia de unos pocos tenia oprimida la libertad de Castilla : que en las córtes del reino no se daba lugar á la razon, antes prevalecia la soltura de la lengua y las demasías : las banderas campeaban en palacio, y en la córte no se veia sino gente armada : la junta del reino no osaba chistar ni decir lo que sentian, antes por el miedo se dejaban llevar del antojo de los que todo lo querian mandar y revolver, hombres voluntarios y bulliciosos : que la postrimera voluntad del rey don Juan, que debieran tener por sacrosanta, era menospreciada : con la cual si no se querian conformar, por haber hecho aquel su testamento de priesa y ánimo alterado (velo

(1) El mas notable de los monumentos que en España se conservan de los Judios, es la iglesia conocida en Toledo con el nombre de Santa Maria la Blanca.

con que cubrian su pasion) qué podian alegar para no obedecer á las leyes que sobre el caso dejó establecidas un príncipe tan sábio como el rey don Alonso? si le querian tachar de falta de juicio, ó gastado con sus trabajos y años? concluia con que no creyesen era público consentimiento lo que salia decretado por las negociaciones y violencia de los que mas podian: pedia acudiesen con brevedad al remedio de tantos males, y á la flaca edad del rey, de que algunos se burlaban y hacian escarnio, y en todo pretendian sus particulares intereses sin tener cuenta con el pro y daño comun: que esto les suplicaba por todo lo que hay de santo en el cielo la mayor y mas sana parte del reino.

El de Benavente poco adelante por desgustos que resultaron, y nunca suelen faltar, á ejemplo del arzobispo se salió de la córte y se fue á la su villa de Benavente sin despedirse del rey. Comunicóse con el arzobispo de Toledo: pusieron su alianza, y por tercero se les allegó el marqués de Villena, si bien ausente de Castilla. Los que restaban con el gobierno, despacharon á todos sus cartas y mensajes, en que les requerian que pues era forzoso juntar córtes generales del reino, no faltasen de hallarse presentes. Ellos se escusaron con diversas causas que alegaban para no venir. De parte del papa Clemente vino por su nuncio fray Domingo de la órden de los predicadores, obispo de San Ponce, con dos cartas que traia



Sinagoga judáica, hoy Sta. María la Blanca.

enderezadas la una al rey, la otra á los gobernadores. La suma de ambas era declarar el sentimiento que su santidad tenia por la muerte desgraciada del rey don Juan, príncipe poderoso y de aventajadas partes: que aquella desgracia era bastante muestra de cuan inconstante sea la bienandanza de los hombres, y cuan quebradiza su prosperidad: sin embargo los amouestaba á llevar con buen ánimo pérdida tan grande, y con su prudencia y conformidad atender al gobierno del reino y soldar aquella quiebra; lo cual harian con facilidad, si pospuestas las aficiones y pasiones particulares, pusiesen los ojos en Dios y en el bien comun de todos: cosa que á todos estaria bien, y como padre se lo encargaba, y de parte de Dios se lo mandaba.

Trató el nuncio conforme al órden que traia, de concertar aquellas diferencias que comenzaban entre los grandes: habló ya á los unos, ya á los otros, pero no pudo acabar cosa alguna; la llaga estaba muy fresca para sanalla tan presto. Vinieron en la misma razon embajadores de Francia y de Aragon: lo que sacaron fue que se renovaron las alianzas antiguas entre aquellas coronas, y de nuevo se juraron las paces. Los embajadores de Navarra que acudieron asimismo, demás de los oficios generales del pésame por la muerte del padre, y del parabien del nuevo reino, traian particular órden de hacer instancia sobre la vuelta de la reina doña Leonor á Navarra para hacer vida con su marido, y ofrecer todo buen tratamiento y respeto como era razon y debido. Alegaban para salir con su intento las razones de suso tocadas. La reina á esta demanda dió las mismas escusas que antes; era dificultoso que el rey acabase con su tia, mayormente en aquella edad, lo que su mismo hierno no pudo alcanzar.

En este medio el arzobispo de Toledo juntaba su gente con voz de libertar el reino, que unos pocos mal intencionados tenian tiranizado. La gente se persuadia queria con este color apoderarse del gobierno, conforme á la inclinacion natural del vulgo, que es no perdonar á nadie, publicar las sospechas por verdad, echar las cosas á la peor parte, demás que comunmente le teniau por ambicioso, y por mas amigo de mandar que pedia su estado y la persona que representaba. Acometieron segunda y tercera vez á mover tratos de conciertos entre los grandes de Castilla: el suceso fue el que antes; ninguna cosa se pudo efectuar por estar tan alteradas las voluntades y tan encontradas. Los procuradores del reino que asistian al gobierno, se recelaron de alguna violencia. Pare-

cióles no estaban seguros en Madrid por no ser fuerte aquella villa: acordaron de irse á Segovia en compañía del rey.

El conde de Trastamara, uno de los gobernadores, pretendia ser condestable de Castilla. Para salir con su intento alegaba que el rey don Juan antes de su muerte le dió intencion de hacelle aquella gracia: testigos no podian faltar, ni favores, ni valedores. A los mas prudentes parecia que no era aquel tiempo tan turbio á propósito para descomponer á nadie, y menos al marqués de Villena, si le despojaban de aquella dignidad. Dióse traza de contentar al de Trastamara con setenta mil maravedís por año que le señalaron de las rentas reales, y eran los mismos gajes que tiraba el condestable por aquel oficio (1), con promesa para adelante que si el marqués de Villena no viniese en hacer la razon y apartarse de los alborotados, en tal caso se le haria la merced que pedia, como se hizo poco despues.

Arrimáronse al arzobispo de Toledo demás de los



Coleccion de trajes de diferentes clases en esta época, entresacada de varios códices: los aficionados á estas investigaciones sabrán apreciar su mérito que consiste principalmente en su autenticidad y variedad.

ya nombrados el maestre de Alcántara y Diego de Mendoza tronco de los duques del Infantado, señores hoy dia muy poderosos en rentas y aliados. Juntaron mil y quinientos caballos, y tres mil y quinientos de á pié. Con esta gente acudieron á Valladolid, do el rey era ido: hicieron sus estancias á la ribera del rio Pisuerga que baña aquel pueblo y sus campos, y poco adelante deja sus aguas y nombre en el rio Duero. La reina doña Leonor de Navarra de Arévalo en que residia, acudió para sosegar aquellos bullicios y atajar el peligro que todos corrian si se venia á las manos, y el daño que seria igual por cualquiera de las partes que la victoria quedase. Puso tanta diligencia que aunque á costa de gran trabajo é importunacion, alcanzó que las partes se hablasen, y tratasen entre sí de tomar algun asiento, y de concertarse. Juntáronse de acuerdo de todos en la villa de Perales en dia señalado personas nombradas por la una y por la otra parte: acudió asimismo la misma reina, hembra de pecho y de valor, y el nuncio del papa Clemente para terciar en los conciertos.

El principal debate era sobre el testamento del rey don Juan, si se debia guardar ó no. El arzobispo de Santiago con cautela preguntó en la junta al de Toledo si queria que en todo y por todo se estuviese por aquel testamento, y lo que en él dejó ordenado el rey don Juan. Detúvose el de Toledo en responder. Temia alguna zalagarda; y en particular que pretendian por aquel camino escluir y desabrir al duque de Benavente, que no quedó en el testamento nombrado entre los gobernadores del reino. Finalmente respondió con cautela que le placía se guardase, á tal que al número de los gobernadores allí señalados se añadiesen otros tres grandes, es á saber, el de Benavente, el de Trastamara y el maestre de Santiago, gran personaje por sus gruesas rentas y muchos vasallos; que esto era conveniente y cumplidero para el sosiego comun, que tales señores tuviesen parte y mano en el gobierno. Vinieron en esto los contrarios mal su grado: no podian al hacer por no irritar contra sí tales personajes. Acordaron que para mayor firmeza de aquel concierto y asiento que tomaban, se juntasen córtes generales del reino en la ciudad de Burgos, para que con su autoridad todo quedase mas firme. En el entretanto se dieron entre sí rehenes, hijos de hombres principales: es á saber el hijo de Juan Hurtado de Mendoza mayordomo mayor de la casa real, de quien descienden los condes de Montagudo, marqueses de Almazan; el hijo de Pero Lopez de Ayala, el hijo de D. Diego Lopez de Zúñiga, el hijo de Juan Alonso de la Cerda mayordomo del infante don Fernando. Con esta traza por entonces se sosegaron aquellos bullicios de que se temian mayores daños.

(1) La *Crónica* dice que tenia setenta mil maravedís al año.

CAPITULO XVI.

Que se mudaron las condiciones deste concierto.

Con esta nueva traza que dieron, quedó muy válido el partido del arzobispo de Toledo, tanto que se sospechaba tendria él solo mayor mano en el gobierno que todos los demás que le hacian contraste, lo uno por ser de suyo muy poderoso y rico, que tenia mucho que dar; lo otro por los tres señores tan principales que se le juntaban, como granjeados por su negociacion. Así lo entendian el arzobispo de Santiago y sus consortes: por este recelo buscaban algun medio para desbaratar aquel poder tan grande. Comunicaron entre sí lo que se debia hacer en aquel caso. Acordaron de procurar con todas sus fuerzas de poner en libertad al conde de Gijon para contraponelle á los contrarios y á la parte del de Toledo: decian que la prision tan larga era bastante castigo de las culpas pasadas, cualesquier que ellas fuesen. Parecia muy puesta en razon esta demanda, y así con facilidad se salió con ella. Sacáronle de la prision, y lleváronle á besar la mano al rey, que le mandó restituir su estado. La revuelta de los tiempos le dió la libertad que á otros quitara: ansí van las cosas, unos pierden y otros ganan en semejantes revoluciones.

Juntáronse las córtes en Burgos, segun que lo tenian concertado. Comenzóse á tratar del concierto puesto entre las partes. El arzobispo de Santiago, como lo tenian trazado, dijo que no vendria en ello, si no admitian al conde de Gijon por cuarto gobernador junto con los tres grandes que antes señalaron, pues en nobleza y estado á ninguno reconocia ventaja. Mucho sintió el arzobispo de Toledo verse cogido con sus mismas mañas. Altercaron mucho sobre el caso. Los procuradores de las ciudades divididos no se conformaban en este punto como los que estaban negociados por cada cual de las partes. Temíase alguna revuelta no menor que las pasadas. Para atajar inconvenientes acordaron de nombrar jueces árbitros que determinasen lo que se debia hacer. Señalaron para esto á don Gonzalo, obispo de Segovia y Alvar Martinez, muy eminentes letrados en el derecho civil y eclesiástico. No se conformaron, ni fueron de un parecer por estar tocados de los humores que corrian, y ser cada uno de su bando.

Continuáronse los debates, y duraron hásta el principio del año que se contaba 1392, en que finalmente á cabo de muchos dias y trabajos otorgaron con el dicho arzobispo de Santiago que todos los cuatro grandes de suso mentados tuviesen parte en el gobierno junto con los demás: dieron asimismo traza que entre todos se repartiese la cobranza de las rentas reales; pero lo demás del gobierno que cada seis meses por turno gobernasen los cinco de diez que eran, y los demás por aquel tiempo vacasen. Parecióles que con esta traza se acudia á todo, y se evitaba la confusion que de tantas cabezas y gobernadores podia resultar. Tomado este asiento, parecia que toda aquella tempestad calmaria, y se conseguiria el deseado sosiego. Regaláronse estas esperanzas por un caso no pensado. Dos criados del duque de Benavente dieron la muerte á Diego de Rojas volviendo de caza, que era de la familia y casa del conde de Gijon. Entendióse que aquellos homicianos llevaban para lo que hicieron, órden y mandato de su amo.

Desta sospecha, quier verdadera, quier falsa, resultó grande odio en general contra el duque. Representábaseles lo que se podia esperar en el gobierno y poder del que á los principios tales muestras daba de su fiereza y de su mal natural. Alteróse pues la traza primera, y por órden de las córtes acordaron que el testamento del rey se guardase, mas que en tanto que el marqués de Villena y conde de Niebla llamados por sendas cartas del rey no viniesen, el arzobispo de Toledo tuviese sus veces, y entrase en las juntas con tres votos. Todo se enderezaba á contentalle para que no resolviese la feria. El duque de Benavente y conde de Gijon en recompensa del gobierno que les quitaban, les señalaron sendos cuentos de maravedís cada un año durante su vida. Concedieron otrosí al arzobispo de Toledo que él solo cobrase la mitad de las rentas reales: de que por su mano se hiciese pagado de los gastos que hizo en levantar la gente en pro comun del reino; que así lo decia, y aun queria que los demás otorgasen con él.

El tiempo de las treguas asentadas con Portugal espiraba, y era mala sazon para volver á la guerra, el rey mozo, las fuerzas muy flacas. Acordaron los gobernadores se despachasen embajadores que procurasen se alargase el tiempo, que fueron las cabezas Juan Serrano de Prior de Guadalupe primero obispo de Segovia é ya de Sigüenza, y Diego de Córdova mariscal de Castilla, de quien descienden los condes de Cabra. El conde de Niebla Juan Alonso de Guzman, para asistir al gobierno partió de su casa. Con su ida se levantó en Sevilla una grande revuelta. Diego Hurtado de Mendoza con la cabida que tenia con el nuevo rey, pretendió que le nombrasen por almirante del mar. No se podia esto hacer sin descomponer á Alvar Perez de Guzman que tenia de atrás aquel cargo. El conde de Niebla quier de su voluntad, quier negociado, quiso mas granjear un nuevo amigo que podia mucho en la córte, que mirar por la razon y por su deudo Alvaro de Guzman. Esta fue la ocasion del alboroto, porque el descompuesto se juntó con Pero Ponce señor de Marchena, y ambos se apoderaron de Sevilla con daño de los amigos y deudos del conde de Niebla, ca los echaron todos de aquella ciudad: escándalos que por algun tiempo se continuaron.

A la sazon el rey se hallaba en Segovia, ciudad fuerte por su sitio, y para con sus reyes muy leal. Allí volvieron los embajadores que se enviaron á Portugal. El despacho fue que el rey de Portugal no daba oidos á aquella demanda de alargar el tiempo de las treguas, antes queria volver á las armas, confiado de mas de las victorias pasadas en la poca edad del rey de Castilla, y mas en las discordias de sus grandes; ocasion cual la pudiera desear para mejorar sus haciendas. El de Benavente otrosí por la mala cara con que en la córte le miraban, y la mala voz que de sus cosas corria, junto con la privacion del gobierno, mal contento se retiró á su casa y estado; y aun se sonrugia que se comunicaba con el de Portugal, y aun traia inteligencias de casar con doña Beatriz hija bastarda de aquel rey con gran suma de dineros que en dote le señalaban.

Daba cuidado este negocio por ser el duque persona de tantas prendas, señor de tantos vasallos, y que tenia su estado á la raya de Portugal. Avisado de lo que se decia, se escusó con el agravio que le hicieron en quitalle el casamiento que tuvo por hecho de doña Leonor condesa de Alburquerque: y aun se dijo que esta fue la ocasion de la muerte que hizo dar á Diego de Rojas, que no terció bien en aquella su pretension; todavía ofrecia, si mudado acuerdo se la daban, trocaria por aquel casamiento el de Portugal. Tiene la necesidad grandes fuerzas: acordaron los gobernadores por el aprieto en que todo estaba, de venir en lo que pedia. Señalaron á Arévalo villa de Castilla, para que las bodas se celebrasen: cosa maravillosa, luego que otorgaron con su deseo, se volvió atrás; sea porque á las veces lo que mucho apetecemos, alcanzado nos enfada, ó lo que yo mas creo, temia debajo de muestras de querelle contentar alguna zalagarda.

Apretóse con esto el negocio de Portugal. El arzobispo de Toledo por atajar el daño que de esto podia resultar, fue á toda priesa á verse con el duque. Con-

taba en su autoridad y en las prendas de amistad que habia de por medio. Ofrecióle, si mudaba partido, de casalle con hija del marqués de Villena, y en dote tanta cantidad como en Portugal le prometian. Muchas razones pasaron: la conclusion fue que el duque no salió á cosa alguna: escusóse que el gran poder de sus enemigos le tenia en necesidad de valerse del amparo de estraños. El arzobispo visto que sus amonestaciones no prestaban, dió la vuelta por Zamora para prevenir que Nuño Martinez de Villayzan alcaide del alcázar, y que tenia en su poder la torre de San Salvador, no pudiese entregar aquella fuerza al duque de Benavente como vehementemente se sospechaba, y sobre ello la ciudad estaba alborotada y en armas. Llegado el arzobispo lo compuso todo: diéronse rehenes de ambas partes, y en particular el alcaide para mayor seguridad entregó aquella torre fuerte á quien el arzobispo señaló para que la guardase.

Eran entrados los calores del estío, cuando vino nueva cierta que los embajadores que fueron de nuevo á Portugal, y se juntaron con el prior de San Juan, que vino de parte de su rey á Sabugal á la raya de los dos reinos, por mucha instancia que hicieron no pudieron alcanzar que las treguas se prorogasen. Ardian los portugueses en un vivo deseo de volver á las manos y no dejar aquella ocasion de ensanchar su reino y mejorar su partido. El primero que salió en campaña fue el duque de Benavente, que acompañado de quinientos de á caballo, y gran número de infantes, hizo sus estancias cerca de Pedrosa, no lejos de la ciudad de Toro. Grande era el aprieto en que Castilla se hallaba: los grandes discordes, la guerra que de fuera amenazaba. En Granada otrosí se alborotaron los moros en muy mala sazon. Falleció por principio deste año Mahomad, que siempre se preció de hacer amistad á los cristianos. Sucedióle su hijo Juzeph otro que tal, en tanto grado que en vida de su padre á muchos cristianos dió libertad sin rescate. Està amistad con los nuestros le acarreó mal y daño. Tenia cuatro hijos, Juzeph, Mahomad, Hali, Hamet. Mahomad era mozo brioso, amigo de honra y de mandar: no tenia esperanza por ser hijo segundo de salir con lo que deseaba, que era hacerse rey, si no se valia de malicia y de maña. Para negociar la gente y levantalla comenzó de secreto á achacar á su padre y cargalle de que era moro solo de nombre, en la aficion y en las obras cristiano. Por este modo muchos se le arrimaron, unos por el odio que tenian á su rey, otros por deseo de novedades.

Destos principios crecieron las pasiones de tal suerte que estuvo la ciudad en gran riesgo de ensangrentarse, y tomar los unos contra los otros las armas. Hallóse presente á esta sazon un embajador del rey de Marruecos, moro principal, y de reputacion por el lugar que tenia, y su prudencia muy aventajada. Púsose de por medio y procuró de sosegar los bullicios y pasiones que comenzaban. Avisóles del riesgo que todos corrian, si el fuego de la discordia civil se emprendia y avivaba entre ellos, de ser presa de sus enemigos, que estaban alerta y á la mira para aprovecharse de ocasiones semejantes. En una junta en que se hallaban las principales cabezas de las dos parcialidades, les habló en esta sustancia: «Los accidentes y reveses de los tiempos pasados os deben »enseñar y avisar cuanto mejor os estará la concor»dia, que es madre de seguridad y buena andanza, »que la contumacia, mala de ordinario y perjudicial. »No el valor de los enemigos, sino vuestras disensio»nes han sido causa de las pérdidas pasadas, mu»chas y muy graves. ¿Qué podremos al presente espe»rar, si como locos y sándios de nuevo os alborotais? »Toda razon pide que el hijo obedezca á su padre, »sea cual vos le quisiéredes pintar. Hacelle guerra, »que otra cosa será sino confundir la naturaleza, y »trocar lo alto con lo bajo? ¿por qué causa no juntareis »antes vuestras fuerzas para correr las tierras de cris»tianos? ¿Cuál es la causa que dejais pasar la buena »ocasion que de mejorar vuestras cosas os presenta »la edad del rey de Castilla: las discordias de sus gran»des, además del miedo y cuidado, en que los tiene »puestos la guerra de Portugal?»

Con estas pocas razones se apaciguaron los rebeldes, y el mismo Mahomad prometió de ponerse en las manos de su padre. Acordaron tras esto de hacer una entrada en el reino de Murcia, como lo hicieron por la parte de Lorca, en que talaron los campos é hicieron grandes presas de hombres y de ganados. Eran en número de setecientos caballos, y tres mil peones. Siguiólos el adelantado de Murcia Alonso Fajardo, y si bien no llevaba mas de ciento y cincuenta caballos, les dió tal carga y á tal tiempo que los desbarató, degolló muchos dellos, finalmente les quitó la presa que llevaban: gran pérdida y mengua de aquella gente, con que España quedó libre de un gran miedo que por aquella parte le amenazaba, lo cual fue en tanto grado que el rey de Aragon á quien este peligro menos tocaba, por acudir á él deshizo una armada que tenia en Barcelona aprestada para sosegar los movimientos y alborotos que de nuevo andaban en Cerdeña á causa que Brancaleon Doria sin respeto de los negocios pasados con las armas se apoderaba de diversos pueblos y ciudades.

Verdad es que los moros castigados con aquella rota, y temerosos de la tempestad que se les armaba por la parte de Aragon, con mas seguro consejo acordaron pedir treguas al rey de Castilla; que fácilmente les concedieron por no embarazarse juntamente en la guerra de Portugal y en la de los moros. Hallábase el Portugués muy ufano por verse arraigado en aquel reino sin contradicion, por las fuerzas y riquezas que tenia, y mas en particular por la noble generacion que le nacia de doña Philipa su mujer, que en cuatro años casi continuados parió cuatro hijos: primero á don Alonso que falleció en su tierna edad, despues á don Duarte, que sucedió en el reino de su padre; y en este mismo año á nueve de setiembre nació en Lisboa don Pedro, que fue adelante duque de Coimbra, y dende á diez y seis meses don Enrique duque de Viseo y maestre de Christus, y que fue muy aficionado á la astrología; de la cual ayudado y de la grandeza de su corazon se atrevió el primero de todos á costear con sus armadas las muy largas marinas de Africa, en que pasó tan adelante que dejó abierta la puerta á los que le sucedieron, para proseguir aquel intento hasta descubrir los postreros términos de Levante de que á la nacion portuguesa resultó grande honra, y no menor interés, como se notará en sus lugares. Los postreros hijos deste rey se llamaron don Juan, y el menor de todos don Fernando.

En este mismo año á Carlos VI rey de Francia se le alteró el juicio por un caso no pensado. Fue así que cierta noche en París al volver de palacio el condestable de Francia Oliverio Clisson cierto caballero le acometió, y le dió tantas heridas que le dejó por muerto. Huyó luego el matador por nombre Pedro Craon: recogióse á la tierra y amparo del duque de Bretaña. El rey se encendió de tal suerte en ira y saña por aquel atrevimiento, que determinó ir en persona para tomar emienda del matador por lo que cometió, y del duque porque requerido de su parte le entregase, no queria venir en ello; bien que se escusaba que no tuvo parte ni arte en aquel delito y caso tan atroz. Púsose el rey en camino, y llegó á la ciudad de Mayne. Salió de allí al hilo de medio dia en los mayores calores del año: tal era el deseo que llevaba y la priesa. No anduvo media legua cuando de repente puso mano á la espada furioso y fuera de sí: mató á dos, é hirió á otros algunos, finalmente de cansado se desmayó y cayó del caballo. Volviéronle á la ciudad, y

con remedios que lo hicieron tornó en su juicio; pero no de manera que sanase del todo, ca á tiempos se alteraba.

Deste accidente, y de la incapacidad que quedó al rey por esta causa, resultaron grandes inconvenientes en Francia, por pretender muchos señores deudos del mismo rey, y de los mas poderosos de aquel reino, apoderarse del gobierno, quién con buenas, quién con malas mañas. Juan Juvenal obispo de Beauvais refiere que ninguna cosa le daba mas pena, cuando el juicio se le remontaba, que oir mentar el nombre de Inglaterra é ingleses, y que abominaba de las cruces rojas, divisa y como blason de aquella nacion: creo porque á los locos, y á los que sueñan, se les representan con mayor vehemencia las cosas y las personas que en sanidad y despiertos mas amaban ó aborrecian.

CAPITULO XVII.

De las treguas que se asentaron entre Castilla y Portugal.

La porfia y los desgustos de don Fadrique duque de Benavente ponia en cuidado á los de Castilla, en especial á los que asistian al gobierno. Deseaban aplacalle y ganalle, mas hallaban cerrados los caminos. El arzobispo de Toledo, como deseoso del bien comun, sin escusar algun trabajo se resolvió de ponerse segunda vez en camino para verse con el duque. Confiaba que le doblegaria con su autoridad, y con ofrecelle nuevos y aventajados partidos. Vióse con él por principio del año del Señor de 1393. Persuadióle se fuese despacio en lo del casamiento de Portugal: que esperase en lo que paraban las treguas, de que con mucho calor se trataba. No pudo acabar que desiciese el campo, ni que se fuese á la córte: escusábase con los muchos enemigos que tenia en la córte, personajes principales y poderosos. Que no se podria asegurar hasta tanto que el rey saliese de tutela, y no se gobernase al antojo de los que tenian el gobierno, además que no estaria bien á persona de sus prendas andar en la córte como particular, sin poder, sin autoridad, sin acompañamiento.

Partió con tanto el arzobispo en sazon que la ciudad de Zamora segunda vez corrió peligro de venir en poder del duque de Benavente por inteligencias que con él traia el alcaide Villayzan de entregalle aquel castillo. Alborotóse la ciudad sobre el caso. Acudiéron los arzobispos de Toledo y de Santiago, y el maestre de Calatrava, que atajaron el peligro y lo sosegaron todo. Dió el de Benavente con su gente vista á aquella ciudad, confiado que sus inteligencias y las promesas del alcaide saldrian ciertas; mas como se hallase burlado, revolvió sobre Mayorga villa del infante don Fernando, de cuyo castillo se apoderó por entrega del alcaide Juan Alonso de la Cerda que le tenia en su poder. Suelen á las veces los hombres faltar al deber por satisfacerse de sus particulares desgustos. Juan Alonso se tenia por agraviado del rey don Juan á causa que por su testamento le privó del oficio de mayordomo que tenia en la casa del infante, que fue la ocasion de aquel desórden. El alcaide Villayzan otrosí estaba sentido que no le diesen el oficio de alguacil mayor que tuvo su padre en Zamora. Dieron traza, para asegurar aquella ciudad con alguna muestra de blandura, que con retencion de los gajes que antes tiraba Villayzan, entregase el castillo á Gonzalo de Sanabria vecino de Ledesma, hijo de aquel Men Rodriguez de Sanabria que acompañó al rey don Pedro cuando salió de Montiel, y muerto el rey quedó preso.

Pasó el rey don Enrique con esto su córte á Zamora, como á ciudad que cae cerca de Portugal, para desde allí tratar con mas calor y mayor comodidad de las treguas, en sazon que las fuerzas del duque de Benavente por el mismo caso se enflaquecian de cada dia mas, y muchos se le pasaban á la parte del rey: querian ganar por la mano antes que los de Castilla y de Portugal concertasen sus diferencias, sobre que andaban demandas y respuestas; el remate fue acordarse con las condiciones siguientes: que Sabugal y Miranda se entregasen á los portugueses, cuyas los tiempos pasados fueron: el rey de Castilla no ayudase en la pretension que tenian de la corona de Portugal, ni á la reina doña Beatriz, ni á los infantes sus tios don Juan y Donís arrestados en Castilla: lo mismo hiciese el de Portugal sobre la misma querella con cualquier que pretendiese pertenecelle el reino de Castilla; á trueco por ambas partes se diese libertad á los prisioneros. Para seguridad de todo esto concertaron diesen al de Portugal en rehenes doce hijos de los señores de Castilla: mudóse esta condicion en que fuesen cada dos hijos de ciudadanos de seis ciudades, Sevilla, Córdoba, Toledo, Burgos, Leon y Zamora. Con tanto se pregonaron las treguas por término de quince años mediado el mes de mayo en Lisboa y en Burgos, do á la sazon los dos reyes se hallaban, con grande contento de ambas naciones. Estas capitulaciones parecian muy aventajadas para Portugal, menguadas y afrentosas para Castilla; pero es gran prudencia acomodarse con los tiempos, que en Castilla corrian muy turbios y desgraciados; y llevar en paciencia la falta de reputacion y desautoridad cuando es necesario, es muy propio de grandes corazones.

CAPITULO XVIII.

De la prision del arzobispo de Toledo.

La alegria que todos comunmente en Castilla recibieron por el asiento que se tomó con Portugal, vencidas tantas dificultades y á cabo de tantas largas, se destempló en gran manera con la prision que hicieron en la persona del arzobispo de Toledo. Parecia que unos males se encadenaban de otros, y que el fin de una revuelta era principio y víspera de otro daño. Hacia el arzobispo las partes del duque de Benavente por la amistad y prendas que habia entre los dos. Deseaba otrosí que á Juan de Velasco camarero del rey, amigo y aliado de los dos, volviesen la parte de los gajes que por el testamento del rey don Juan le acortaron. No pudo salir con su intento por muchas diligencias que hizo: acordó como despechado ausentarse de la córte. Recelábanse los demás gobernadores que esta su salida y enojo no fuese ocasion de nuevos alborotos, por su grande estado y ánimo resoluto que llevaba mal cualquiera demasia, y aun queria que todo pasase por su mano. Comunicáronse entre sí y con el rey: salió resuelto de la consulta que le prendiesen, como lo hicieron dentro de palacio, juntamente con su amigo Juan de Velasco. Era este caballero asaz poderoso en vasallos, y que poco antes con su mujer en dote adquirió la villa de Villalpando. Su padre se llamó Pedro Hernandez de Velasco, de quien arriba se dijo que murió con otros muchos en el cerco de Lisboa, y el uno y el otro fueron troncos del muy noble linaje en que la dignidad de condestable de Castilla se ha continuado por muchos años sin interrupcion alguna hasta el dia de hoy. Prendieron asimismo á don Pedro de Castilla obispo de Osma y á Juan abad de Fusselas, muy aliados del arzobispo y participantes en el caso.

Pareció esceso notable perder el respeto á tales personajes y eclesiásticos, si bien se cubrian de la capa del bien público, que suele ser ocasion de se hacer semejantes demasías. Pusieron entredicho en la ciudad de Zamora, do se hizo la prision, en Palencia y en Salamanca. Quedaban por el mismo caso

descomulgados así el rey como todos los señores que tuvieron parte en aquellas prisiones, si bien no duraron mucho, ca en breve les soltaron á condicion que diesen seguridad. El arzobispo dió en rehenes cuatro deudos suyos, y puso en tercería las sus villas de Talavera y Alcalá; mas sin embargo se ausentó sentido del agravio: Juan de Velasco entregó el castillo de Soria, cuya tenencia tenia á su cargo. Acudieron asimismo al papa por absolucion de las censuras, que cometió á su nuncio Domingo, obispo primero de San Ponce, y á la sazon de Albi en Francia; sobre lo cual le enderezó un brebe, que hoy dia se halla entre las escrituras de la iglesia Mayor de Toledo: su tenor es el siguiente: «Lleno está de »amargura mi corazon despues que poco ha he sabi»do la prision y detencion de las personas de nues»tros venerables hermanos Pedro arzobispo de To»ledo, y Pedro obispo de Osma, y Juan abad de »Fusselas, que se hizo en la iglesia de Palencia »por algunos tutores de don Enrique ilustre rey de »Castilla y Leon, así eclesiásticos, como seglares, y »otros del su consejo y vasallos, y por mandamiento »y consentimiento del mismo rey. Es nuestro dolor »y nuestra tristeza tan grande que no admite ningun »consuelo, porque estando la Iglesia Santa de Dios »en estos lastimosísimos tiempos tan afligida, y por »muchas vias desconsolada, y miserablemente di»vidida con la discordia del scisma, sobre sus tantas »heridas se haya añadido una tan grande por el so»bredicho rey, su particular hijo y principal defen»sor. Mas porque por parte del rey se nos ha dado »noticia que en la dicha prision y detencion, que se »hizo por ciertas causas justas y razonables que »concernian al buen estado, seguridad, paz, quie»tud y provecho del mismo rey y su reino y vasallos, »tenido primero maduro acuerdo por los de su con»sejo y sus grandes, no ha intervenido otro algun »grave ó enorme esceso acerca de las personas de »los dichos presos, y que luego los mismos dende á »poco tiempo fueron puestos en libertad, de que ple»nariamente gozan: Nos teniendo consideracion á »la tierna edad del rey, y que verisímilmente la di»cha prision y detencion no se hizo tanto por su »acuerdo como por los de su consejo, queremos por »estas causas habernos con él blandamente en esta »parte; y inclinado por sus ruegos cometemos á vos »nuestro hermano y mandamos que si el mismo rey »con humildad lo pidiere, por vuestra autoridad le »absolvais en la forma acostumbrada de la sentencia »de descomunion, que por las razones dichas en »cualquier manera haya incurrido por derecho ó »sentencia de juez; y conforme á su culpa le impon»gais saludable penitencia, con todo lo demás que »conforme á derecho se debe observar, templando el »rigor de derecho con mansedumbre segun que con»forme á justas y razonables causas vuestra discre»cion juzgare se debe hacer. Queremos otrosí que »por la misma autoridad le relajeis las demás penas »en que por las causas ya dichas hobiere en cual»quier manera incurrido. Dado en Aviñon á veinte y »nueve de mayo en el año décimo-quinto de nuestro »pontificado.»

Recebido este despacho, el rey puestas las rodillas en tierra en el sagrario de Santa Catalina en la iglesia Mayor de Burgos con toda muestra de humildad pidió la absolucion. Juró en la forma acostumbrada obedeceria en adelante á las leyes eclesiásticas, y satisfaria al arzobispo de Toledo con volvelle sus plazas: tras esto fue absuelto de las censuras dia viernes á los cuatro de julio. Halláronse presentes á todo don Pedro de Castilla obispo de Osma, Juan obispo de Calahorra y Lope obispo de Mondoñedo, y Diego Hurtado de Mendoza, que sin embargo de los escándalos de Sevilla ya era almirante del mar. Alzóse otrosí el entredicho; á esta alegría se allegó para que fuese mas colmada, la reduccion del duque de Benavente, que á persuasion del arzobispo de Santiago que lo mandaba todo, y por su buena traza vino en deshacer su campo, abrazar la paz y ponerse en las manos de su rey. En recompensa del dote que le ofrecian en Portugal, concertaron de contalle sesenta mil florines, y que tuviese libertad de casar en cualquier reino y nacion, como no fuese en aquel: demás desto de las rentas reales le señalaron de acostamiento cierta suma de maravedís en los libros del rey.

Asentado esto, sin pedir alguna seguridad de su persona para mas obligar á sus émulos, vino á Toro. Recibióle el rey allí con muestras de amor y benignidad, y luego que se encargó del gobierno y le quitó á los que le tenian, le trató con el respeto que su nobleza y estado pedian. Desta manera se sosegó el reino, y apaciguadas las alteraciones que tenian á todos puestos en cuidado, una nueva y clara luz se comenzó á mostrar despues de tantos nublados. Grande reputacion ganó el arzobispo de Santiago, todos á porfía alababan su buena maña y valor: duróle poco tiempo esta gloria á causa que en breve el rey salió de la tutela y se encargó del gobierno: el arzobispo de Toledo su contendor otrosí volvió á su antigua gracia y autoridad, con que no poco se menguó el poder y grandeza del de Santiago. El pueblo con la soltura de lengua que suele, pronosticaba esta mudanza debajo de cierta alegoría, disfrazados los nombres destos prelados y trocados en otros, como se dirá en otro lugar. Al rey de Navarra volvieron los ingleses á Chereburg, plaza que tenian en Normandía en empeño de cierto dinero que le prestaron los años pasados. Encomendó la tenencia á Martin de Lacarra, y su defensa, por estar rodeada de pueblos de franceses y gente de guerra derramada por aquella comarca. Las bodas de la reina de Sicilia y don Martin de Aragon finalmente se efectuaron con licencia del rey de Aragon tio del novio, y del papa Clemente, segun que de suso se apuntó.

Los barones de Sicila con deseo de cosas nuevas, ó por desagradalles aquel casamiento, continuaban con mas calor en sus alborotos, y en apoderarse por las armas de pueblos y castillos y gran parte de la Isla. No tenian esperanza de sosegallos y ganallos por buenos medios; acordaron de pasar en una armada que aprestaron para sujetar los alboratados aquellos reyes, y en su compañía su padre don Martin duque de Monblanc. En la guerra que fue dudosa y variable, intervinieron diversos trances: el principio fue próspero para los aragoneses; el remate, que prevalecieron los parciales hasta encerrar á los reyes en el castillo de Catania, y apretallos con un cerco que tuvieron sobre ellos. Don Bernardo de Cabrera, persona en aquella era de las mas señaladas en todo, acompañó á los reyes en aquella demanda; mas era vuelto á Aragon por estar nombrado por general de una armada que el rey don Juan de Aragon tenia aprestada para allanar á los sardos. Este caballero sabido lo que en Sicilia pasaba, de su voluntad, ó con el beneplácito de su rey se resolvió de acudir al peligro. Juntó buen número de gente, catalanes, gascones, valones: para llegar dinero para las pagas empeñó los pueblos que de sus padres y abuelos heredara. Hízose á la vela, aportó á Sicilia ya que las cosas estaban sin esperanza: dióse tal maña, que en breve se trocó la fortuna de la guerra, ca en diversos encuentros desbarató á los contrarios, con que toda la isla se sosegó (1), y volvió mal su grado de muchos al señorío y obediencia de Aragon, en que

(1) No tanto que no volviesen los coligados á tomar las armas contra sus reyes; viéndose los de Aragon en la precision de enviarles grandes socorros para sacarles de sus apuros.

hasta el dia de hoy ha continuado, y por lo que se puede conjeturar, durará por largos años sin mudanza.

LIBRO DECIMONONO.

CAPITULO I.

Como el rey don Enrique se encargó del gobierno.

Reposaba algun tanto Castilla á cabo de tormentas tan bravas de alteraciones como padeció en tiempo pasado: parecia que calmaba el viento de las discordias y de las pasiones, ocasionadas en gran parte por ser muchos y poco conformes los que gobernaban. Para atajar estos inconvenientes y daños el rey se determinó de salir de tutela y encargarse él mismo del gobierno, si bien le faltaban dos meses para cumplir catorce años, edad legal, y señalada para esto por su padre en su testamento. Mas daba tales muestras de su buen natural, que prometian, si la vida no le faltase, seria un gran príncipe, aventajado en prudencia y justicia con todo lo al, demás que los señores y cortesanos le atizaban y daban priesa. La porfía de todos era igual, los intentos diferentes: unos con acomodarse con los deseos de aquella tierna edad pretendian granjear su gracia para adelantar sus particulares, los de sus deudos y aliados; otros cansados del gobierno presente cuidaban que lo venidero seria mas aventajado y mejor: pensamiento que las mas veces engaña.

Por conclusion el rey se conformó con el consejo que le daban. A los primeros de agosto juntó los grandes y prelados en las Huelgas, monasterio cerca de Burgos, en que los reyes de Castilla acostumbraban á coronarse. Habló á los que presentes se hallaron, conforme á lo que el tiempo demandaba. Que él tomaba la gobernacion del reino: rogaba á Dios y á sus santos fuese para su servicio, bien, prosperidad y contento de todos. A los que presentes estaban, encargaba ayudasen con sus buenos consejos aquella su tierna edad, y con su prudencia la encaminasen. Pero desde aquel dia absolvia á los gobernadores de aquel cargo, y mandaba que las provisiones y cartas reales en adelante se robrasen con su sello. Acudieron todos con aplauso y muestras grandes de alegría así el pueblo como los ricos hombres y señores que asistian á aquel auto, el nuncio del papa, el duque de Benavente, el maestre de Calatrava y otros muchos.

El arzobispo de Santiago como quier que ejercitado en todo género de negocios, y los demás le reconocian por sus aventajadas partes, tomó la mano, y habló al rey en esta forma: «No con menos piedad »y alegría hablaré agora, que poco antes en aquel »sagrado altar dije misa por vuestra salud y vida: »confio que con el mismo ánimo vos me oireis. Este »es el tercer año despues que por el testamento de »vuestro padre fuimos puestos por vuestros tutores »y gobernadores del reino. Cuánto hayamos en esto »aprovechado, quédese á juicio de otros. Esto con »verdad os podemos certificar que ningun trabajo ni »peligro de nuestras vidas hemos escusado por esta »causa, por el bien y pro comun destos vuestros rei»nos. Hablar de nuestras alabanzas es cosa penosa y »ocasion de envidia; no puedo empero dejar de avi»sar como hasta ahora siempre hemos conservado la »paz, y el reino ha estado en sosiego, que es de es»timar asaz en tanta variedad de pareceres y volun»tades. En nuestro gobierno ni sangre, ni muerte »de alguno no se ha visto: cosa que se debe atribuir »á milagro, y á vuestra buena dicha y felicidad, que »plegue á Dios sea así y se continúe en lo restante »de vuestro reinado. Con los moros, enemigos per»pétuos de la cristiandad, habiéndose rebelado para »eximirse de vuestro imperio, hicimos nueva confe»deracion. Aplacamos con treguas los ánimos fero»ces de los portugueses. Honramos como convenia, »y granjeamos con todas buenas obras y correspon»dencia á los franceses, ingleses y aragoneses. Dirá »alguno que los pueblos están irritados y gastados »con nuestras imposiciones. ¿Cómo puede ser esto, »pues para aliviallos redujimos el alcabala á la mitad »menos de lo que antes pagaban, es á saber á razon »de uno por veinte? todo á propósito de acudir á las »necesidades del pueblo, atajar sus quejas y disgus»tos. Así muchos que se habian desterrado de sus »tierras, y desamparado sus haciendas por la violen»cia y crueldad de los alcabaleros, se hallan al pre»sente en sus casas. Dirá otro que los tesoros y ren»tas reales están consumidas y acabadas. No lo pode»mos negar; pero de otra suerte como se pagaran »las deudas y las obligaciones que quedaban, y se »apaciguaran las alteraciones de la nobleza y del »pueblo, si no fuera con hacelles mercedes y acre»centalles sus gajes? que si pareciere demasiado, »quién quita que no lo podais todo reformar como »pareciere mas espediente asentadas las cosas de »vuestro reino. Ningun pueblo hasta la menor aldea »hallareis enajenada: todo está tan entero como »antes; de suerte que ninguna cosa falta para vues»tra felicidad, y para nuestra alegría, sino lo que »hoy se hace, que concluida tan larga navegacion, »llegados al puerto despues de tantos peligros y á »salvamento, caladas las velas y echadas las anclas, »muy de gana descansemos en vuestra prudencia y »benignidad, seguros y ciertos que si en tanta di»versidad de cosas algo se hobiere errado, sin que sea »menester intercesor ni tercero, vos mismo lo per»donareis. Esto tambien aumentará vuestra gloria, »que hayais tenido por tutores personas que con las »mismas virtudes de templanza, prudencia y dili»gencia con que han hecho guerra á los vicios, y »llevado al cabo cosas tan grandes, podrán de aquí »adelante sufrir la vida particular, su recogimiento »y sosiego.»

A estas razones respondió el rey en pocas palabras: «De vuestros servicios, de vuestra lealtad y »prudencia todo el mundo da bastante testimonio. »Yo mientras viviere no me olvidaré de lo mucho »que os debo, antes estoy resuelto que como hasta »aquí por vuestro consejo he gobernado mi persona, »así en lo de adelante ayudarme de vuestros avisos y »prudencia en todo lo que concierne al gobierno de »mi reino.»

Concluido este auto, se trataron otros negocios. Muchos extranjeros pretendian las prebendas eclesiásticas destos reinos tanto con mayor codicia y maña cuanto las rentas son mas gruesas. En las provisiones que dellas se hacian por el pontifice, no se tenia cuenta ó poca con los méritos, ciencia y bondad de los proveidos. Muchas veces y en diversos tiempos se trató en las córtes de remediar este grave daño, y de suplicar al padre santo no permitiese se continuase mas el desórden. Ultimamente en las córtes de Guadalajara, como se dijo de suso, se propuso y apretó con mayor cuidado este negocio de los extranjeros. Parecia cosa muy fea y cruel que desfrutasen las iglesias gente que ni ellos ni sus antepasados las ayudaron en cosa alguna, ni las podrian ayudar. Continuaban sin embargo las provisiones de la manera que antes, ca los papas no llevaban bien que les atasen las manos. Los gobernadores del reino, visto esto, proveyeron los años pasados que se embargasen los frutos que poseian los estraños.

Por esta causa á instancia del nuncio se trató en las córtes que para la coronacion del rey se juntaron, muy de propósito este punto. Hobo consultas diferentes, muchas demandas y respuestas sobre el caso. La resolucion finalmente fue que los estraños no pedian razon en lo que pretendian, y que lo pro-

veido se llevase adelante. Pero como quier que muchos cortesanos pretendiesen tener parte en los despojos, y alcanzar del papa aquellas y semejantes gracias, hicieron tal y tanta instancia para que no se ejecutase aquel decreto, que al fin por entonces fue forzoso disimular: la edad del rey era deleznable, y las negociaciones grandes en demasía. Todavía para resolver con mas acuerdo este punto de las extranjerías y otros negocios graves que instaban, acordaron se aplazasen de nuevo córtes generales, del reino para la villa de Madrid. Entretanto que las córtes se juntaban, á instancia de los vizcainos, que mucho lo deseaban, el nuevo rey fue en persona a tomar la posesion del señorío de Vizcaya. Juntáronse los principales de aquel estado: otorgóles que á ejemplo de Castilla, donde todavía se continuaba esta antigua y dañada costumbre, pudiesen decidir y concluir sus pleitos, que eran asaz, por las armas y desafio.

Lo que hizo á este año muy señalado fue la navegacion que de nuevo á cabo de largo tiempo se tornó á hacer á las Canarias. Armaron los vizcainos, en que hicieron grande gasto, costearon con sus naves las marinas de España: alargáronse despues al mar, descubrieron las Canarias, reconociéronlas todas, informáronse de sus nombres, de sus riquezas y frescura. Surgieron en Lanzarote y saltaron en tierra: vinieron á las manos con los isleños, prendieron al rey, á la reina, y ciento y setenta de sus vasallos. Con tanto dieron la vuelta á España, cargados los bajeles, demás de los cautivos, de pieles de cabras y alguna cera, de que aquellas islas tienen abundancia, para muestra de los trajes, de los frutos y fertilidad de la tierra, y del útil que se podria sacar, si continuasen las navegaciones, á propósito de sujetar aquellas islas á la corona de Castilla, como finalmente se hizo.

CAPITULO II.

De las córtes de Madrid.

En este medio conforme al órden que se dió, acudieron á Madrid, y se juntaron los tres brazos, gran número de obispos, grandes y los procuradores de las ciudades. El rey asimismo, asentadas las cosas de Vizcaya, y pasados los calores del estío en la ciudad de Segovia por su mucha templanza, llegó á Madrid por el mes de noviembre. En la primera junta habló á los congregados en pocas razones esta sustancia. Despues de loar á su padre y declarar el estado en que el reino se hallaba, dijo tenia muchos ejemplos y muy buenos de sus antepasados para gobernar bien sus estados. Que en su menor edad si bien el reino se mantuvo en paz con los estraños, pero llegó á punto de perderse por las discordias y alteraciones de los naturales. Lo que por razon de los tiempos se estragó, era razon concertallo con su autoridad y por el consejo de los que presentes se hallaban. En la traza de su gobierno se pretendia apartar de los caminos y inconvenientes en que sus buenos vasallos tropezaron, en especial pondria todo cuidado en que ni la ambicion hallase entrada, ni el dinero qué comprar. Sobre todo deseaba poner en su punto las leyes y dar toda autoridad á los tribunales, que la libertad de los tiempos les quitaran. Las rentas reales estaban consumidas y acabadas: para remedio de este daño se podria tomar uno de dos caminos, imponer nuevos tributos en los pueblos, ó revocar las donaciones que sus tutores hicieron con buen ánimo y forzados de la necesidad, mas en gran perjuicio de su patrimonio real; en todo empero pretendia usar de blandura y clemencia, á que su edad y su condicion mas le inclinaban que á rigor ni á severidad.

El razonamiento del rey y sus concertadas razones agradaron asaz á los que presentes se hallaron; si bien se dejaba entender que por su boca hablaban sus privados y cortesanos, los que en su nombre y por su mano lo gobernaban todo á su voluntad no sin grave ofension de los demás, como es ordinario que unos se mueven por envidia, otros por el menoscabo de la autoridad real. Los que mas cabida tenian y alcanzaban con el rey, eran tres: Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo de la casa real, Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor, y Ruy Lopez Dávalos su camarero mayor. Tenian entre sí conformidad, entre privados cosa semejante á milagro. Su mayor cuidado enfrenar la edad deleznable del rey, mirar por el gobierno comun, y en particular amparar á los pequeños contra las demasías de los grandes. Preguntados los procuradores en qué manera se podria acudir al reparo de las rentes reales, dieron por respuesta que el pueblo estaba tan cargado de imposiciones, y tan gastado por causa de las revueltas pasadas, que no podrian llevar se mentase de cargalles con nuevos tributos. Todavía les parecia que de las ventas y mercadurías se podria acudir al rey á razon de uno por veinte. Que seria todavía mas fácil y hacedero reformar el gran número de compañías de soldados que por sus particulares los señores sustentaban y entretenian á costa del comun; por lo menos les abajasen las pagas y sueldo conforme al que se daba en tiempo de los reyes pasados: lo mismo de las pensiones que los señores cobraban.

Este medio pareció el mas acertado y mas fácil, demás que se reformaron y borraron de los libros del rey las pensiones y acostamientos que en tiempo de la menor edad del rey ó se concedieron de nuevo, ó en gran parte se acrecentaron. Ofendiéronse muchos con esta determinacion, que estaban mal acostumbrados al dinero del rey; pero era la querella de secreto, que en lo público todos aprobaban el decreto. Hecho esto, se celebraron las bodas del rey con su esposa la reina doña Catalina por haber llegado á edad de poderse casar legalmente: lo mismo se hizo en el casamiento del infante don Fernando con doña Leonor condesa de Alburquerque su esposa, concertado de antes, y no efectuado por las razones que arriba se tocaron. Las alegrías como se puede entender fueron muy grandes: con que las córtes de Madrid se concluyeron y dispidieron.

El rey al principio del año de 1394 por causa de la peste que comenzaba é picar en Madrid, se partió para Illescas, villa de buena comarca y de aires saludables, puesta entre Toledo y Madrid á la mitad del camino. Convidado el arzobispo de Toledo con la ocasion del lugar, que era suyo, fué á hacer reverencia al rey que le recibió muy bien, y á él fue fácil volver á la autoridad y cabida que antes tenia, por su buena gracia y maña en granjear la gracia de los príncipes y de los cortesanos. El arzobispo de Santiago su gran contendor llevó muy mal esta venida y privanza, en tanto grado que con ocasion fingida (á lo que se decia) de su poca salud se salió de la córte, y se fué á Hamusco, villa suya en Castilla la Vieja, mal enojado contra el rey y contra el de Toledo, y aun resuelto de satisfacerse, si ocasion para ello se le presentase.

Fueron estos dos prelados de aquella era los mas señalados del reino, dotados de prendas y partes aventajadas, ingénio, sagacidad, diligencia, bien que las trazas eran bien diferentes. Parece por la ocasion que el lugar nos presenta, será bien declarar en breve sus condiciones y naturales. La nobleza, la edad, la elocuencia, la grandeza de ánimo eran casi iguales: los caminos por donde se enderezaba eran diferentes. El de Santiago usaba de caricias, astucia y liberalidad: el de Toledo se valia de su entereza en que no tenia par y de otras buenas mañas. El primero hacia placer y granjeaba la voluntad de los grandes: el otro se señalaba en grave-

dad y mesura, y severidad. El uno daba, el otro tenia mas que dar: aquel amparaba á los culpados y los defendia, el de Toledo queria que los ruines fuesen castigados. El uno era solícito, vigilante, favorecia á sus amigos, y á nadie negaba lo que estuviese en su mano: el otro ponia todo cuidado en la templanza, reformacion y todo género de virtudes. Al uno punzaba el dolor por la iglesia de Toledo que los años pasados le quitaron á tuerto y contra razon, como él se persuadia: al de Toledo acreditaba habella alcanzado sin pretension ni trabajo. Era respetado y temido de sus contrarios por su valor; y si bien diversas veces le armaron lazos, y cayó en sus manos, siempre se libró dellas, y con los rayos de sus luz deshizo las tinieblas de muchas celadas que sus émulos le paraban.

CAPITULO III.

De la muerte del maestre de Alcántara.

Sentian mucho los grandes y caballeros les reformasen los gajes y acostamientos que cada un año tiraban de las rentas reales, de que resultaron en Castilla la Vieja alteraciones y revueltas en esta manera. El duque de Benavente se salió de Madrid mal enojado: apoderábase de las rentas reales y eclesiásticas en todas las partes que podia. La pequeña edad del rey y los tiempos daban ocasion á estas demasías y desórdenes. Despacharon al mariscal Garci Gonzalez de Herrera que le reportase y pusiese en razon, y juntamente le avisase era mal término usurpar por su autoridad lo que se debia alcanzar con buenos medios y servicios. Llevó asimismo órden de verse con la reina de Navarra, y los condes de Gigon y Trastamara, que se mostraban sentidos por la misma causa, y tramaban de juntar sus fuerzas y alborotar la tierra.

La respuesta del de Benavente al recaudo que le dieron, fue que no podia llevar ni era razon que el rey se gobernase por ciertos hombres que poco antes se levantaron del polvo de la tierra, y que ellos solos tuviesen el palo y el mando. Que esta fue la causa de su salida de la córte, do no pensaba volver si no ponian en su poder para su seguridad como en rehenes, los hijos de aquellos tres personajes mas poderosos de palacio. La respuesta de los otros señores descontentos fue semejable. Diego Lopez de Zúñiga por órden del rey fue asimismo á verse con el arzobispo de Santiago, y amonestalle que pospuesto todo lo al, se viniese á la córte, ca se entendia traia sus inteligencias con los alborotados. Respondió al mensaje que la enemiga que tenia con el de Toledo, que era antigua y muy notoria, no le daba lugar á hacer presencia en la córte mientras su contrario en ella estuviese.

Supo el rey de Navarra lo que en Castilla pasaba, los desgustos y pasiones. Parecióle buena ocasion para recobrar su mujer. Despachó sus embajadores sobre el caso, que hallaron al rey de Castilla en Alcalá de Henares do era ya ido. Hicieron sus diligencias conforme al órden que traian, mas sin embargo que el rey estaba torcido con la reina por inclinarse ella y favorecer á los señores desgustados, todavía tuvieron mas fuerza las escusas que daba, las mismas que antes diera, y el respeto que á su persona por ser reina y tia del rey se debia. Propusieron que á lo menos les entregase dos hijas que tenia en su compañía, para llevallas á su padre. No vino el rey tampoco en esto, antes dió por respuesta que en tanto que el matrimonio estaba apartado, era justo y puesto en razon que el padre y la madre repartiesen entre sí los hijos para con su presencia llevar mejor la viudez y soledad.

Concluido con esta embajada vinieron de Portugal nuevos embajadores, que en nombre de su rey con palabras determinadas pidieron firmasen ciertos grandes las capitulaciones de las treguas y asiento que tomaron, que no lo habian querido hacer. Estos eran el marqués de Villena y el conde de Gijon: el de Villena alegaba que pues no le dieron parte en los conciertos que hicieron, no era justo ni necesario que él los firmase; el de Gijon antes de firmar pretendia que el de Portugal le entregase los pueblos que con su mujer le señalaron en dote: el uno tomaba la firma por torcedor, y el otro por punto de honra; caminos que suelen desbaratar grandes negocios. Volviéronse los embajadores sin alcanzar cosa alguna, no sin recelo que las cosas llegasen á rompimiento.

Nueva ocasion que por cierto accidente resultó, de mayor cuidado, hizo que no se reparase tanto en el desgusto de Portugal. Don Martin Yañez de la Barbuda que fue en Portugal do nació Clavero de Avis, los años pasados en tiempo del rey don Juan se desterró de su patria, y dejó el lugar que tenia, por seguir las partes de Castilla en las guerras que andaban sobre aquella corona de Portugal debia estar desgustado con su maestre, ó pretendia aventajarse en rentas y autoridad; que de su ingénio no sé si se puede y debe creer se moviese por la justicia de la querella: finalmente ayudó al rey de Castilla, y se halló en aquella memorable jornada de Aljubarrota. En premio de sus servicios y recompensa de lo que dejó en su natural, se dió órden como le hiciesen maestre de Alcántara, con que se acrecentó en autoridad y renta. Era de ingénio precipitado, voluntario y resoluto. Avino que un ermitaño por nombre Juan Sago, tenido por hombre santo á causa de la vida retirada que por mucho tiempo hizo en el yermo, le puso en la cabeza que tenia revelacion alcanzaria grandes victorias contra moros, singular renombre y muy poderoso estado, si desafiase aquella gente en comprobacion de la verdad de la religion católica.

Dejóse el maestre persuadir fácilmente por frisar con su humor aquel dislate. Envió personas á Granada que retasen aquel rey á hacer campo con él, con órden que si este riepto no se recibiese, ofreciesen que entrasen en la liza veinte, treinta, ó cien cristianos, y que el número de los moros fuese en cualquier destos casos doblado, que por la parte que la victoria quedase, aquella religion y creencia se tuviese por la acertada: temeridad y desatino notable. Los moros fueron mas cuerdos: maltrataron y ultrajaron á los embajadores, sin hacer dellos algun caso. El maestre mas indignado por esto, y confiado en la revelacion del ermitaño y la justicia de su querella, se determinó con las armas romper por la frontera de moros. Ninguna cosa tiene mas fuerza para alborotar el vulgo que la máscara de la religion: reseña á que los mas acuden como fuera de sí, sin reparar en inconvenientes. A la fama pues de la empresa que el maestre tomaba, le acudió mucha gente, no de otra guisa que si tuvieran en las manos la victoria. Pasaron alarde demás de trecientos de á caballo hasta cinco mil peones de toda broza, los mas aventureros, mal armados, sin ejercicio de guerra, finalmente mas canalla que soldados de cuenta.

Desque el rey supo lo que pasaba, procuró apartalle de aquel intento. Asimismo los hermanos Alonso y Diego Fernandez de Córdova señores de Aguilar, caballeros de mucha cuenta, y á que marchaba con su gente, le salieron al camino para con sus buenas razones y autoridad divertille de aquel dislate. «¿Do »vais (dicen) maestre á despeñaros? ¿por qué llevais »esta gente al matadero? Vuestros pecados os cie»gan, estos pobrecillos nos lastiman, que pretendeis »entregarlos á sus enemigos carniceros. Volved por »Dios en vos mismo, desistid dese vuestro intento »tan errado, enfrenad con la razon el ímpetu dema»siado de vuestro corazon, que si no tomais nuestro

»consejo, ni dais orejas á nuestros ruegos, el daño »será muy cierto y el llanto, junto con la mengua de »toda la nacion y reino.»

No se doblegó con estas razones su pecho, no mas que si fuera de piedra: saca por su divina permision la ira divina á los hombres de seso, cuando no quiere que se emboten los aceros. Rompieron pues por tierra de moros un domingo veinte y seis de abril. Pusiéronse sobre la torre de Egea, puesta en la misma frontera, para combatilla, cuando de sobresalto se mostró el rey moro acompañado de cinco mil de á caballo y de ciento y veinte mil de á pié: grande número, pero que se hace probable por causa que el moro so graves penas mandó que todos los de edad á propósito se alistasen. Los cristianos con la vista de morisma tan grande á la hora desmayaron. En los de á pié no hobo resistencia por ser gente allegadiza, y porque los moros los apartaron de sus caballos. Hirieron en ellos á toda su voluntad, los mas quedaron tendidos en el campo: algunos se salvaron que con tiempo se encomendaron á los piés. Los de á caballo hicieron el deber, ca arremolinados entre sí, por una pieza pelearon con valor, y tuvieron en peso la batalla. Sobre todos se señaló el maestre en aquel aprieto de valeroso y esforzado, y hizo grandes pruebas de su persona; mas finalmente como quier que los enemigos eran tantos, cayó muerto, y con él los demás sin que ninguno mostrase cobardia ni volviese las espaldas: pequeño alivio de un revés y de una afrenta tan grande, con que la Dominica *in Albis*, que quiere decir blanca, y era aquel dia, se trocó en negra y aciaga.

El cuerpo del maestre con licencia de los moros llevaron á Alcántara, y le sepultaron en la iglesia Mayor de Santa María en un lucillo, y en él una letra que él mismo se mandó poner:

AQUI YACE AQUEL EN CUYO CORAZON NUNCA PAVOR TUVO ENTRADA.

Cierto caballero refirió este letrero al emperador Carlos V, que dicen respondió: Nunca ese fidalgo debió apagar alguna candela con sus dedos. Era clavero de Calatrava Fernan Rodriguez de Villalobos, hombre de valor y anciano. Juntáronse los caballeros, acudió el rey con su favor, y nombráronle en lugar del muerto, si bien no era hijo legítimo de su padre, para que fuese maestre de Alcántara, eleccion que mucho sintieron y murmuraron los de aquella órden; pero prevaleció la voluntad del rey y los muchos servicios y valor del electo. Los moros aunque agraviados de aquella entrada del maestre por habelles quebrantado las treguas, todavia antes de romper la guerra despacharon al rey don Enrique un embajador que le halló en San Martin de Valdeiglesias: allí propuso sus quejas; la respuesta fue que la culpa de aquel caso solo la tenia el maestre, que su muerte y la de los suyos era bastante emienda: con lo cual los moros se sosegaron.

CAPITULO IV.

De nuevos alborotos que se levantaron en Castilla.

Los grandes que en Castilla la Vieja andaban descontentos, hacian de nuevo mayores juntas de gentes y de soldados. La voz era para acudir al llamado del rey, que decian se apercebia en Toledo, do estaba, para acudir á la guerra que de parte de Granada por la causa dicha de suso amenazaba; mas otro tenian en el corazon, que era llevar adelante sus desgustos y pasiones. Avino á la misma sazon que el rey de Castilla volvió á Illescas bien acompañado de gente, de grandes y ricos hombres. El maestre de Calatrava hizo tanto con el marqués de Villena, que le trajo consigo á aquella villa para reconcilialle con el rey: muchos nobles para honralle desde Aragon le hicieron compañía. Recibióle el rey con muchas muestras de amor y de contento; que es muy propio de los reyes contemporizar y ganar con caricias y benignidad las voluntades. El marqués hizo instancia que le restituyesen la dignidad de condestable que tenia por merced del rey don Juan, y los tutores á tuerto la dieron al conde de Trastamara. Hobo el rey su acuerdo sobre la demanda: respondió era contento de otorgar con lo que pedia, á tal empero que le acompañase á Castilla la Vieja, do era forzoso pasar para poner en razon los que andaban alborotados. Escusóse que no venia aprestado para aquella jornada: con tanto dió vuelta á Aragon, con algun sentimiento del rey que quisiera tener á su lado un tal varon.

Los bullicios de Castilla continuaban, y por el mismo caso los agravios que se hacian á la gente menuda y desvalida; pero visto que el rey se aprestaba de gente, los grandes, que no tenian fuerzas para resistir á la potencia real, tomaron mejor acuerdo. Dieronles seguridad, y así vinieron á la córte primero el arzobispo de Santiago, y tras él el duque de Benavente. Alegaron en escusa suya el mucho poder de sus enemigos y sus agravios, que los pusieron en necesidad para su defensa de acompañarse de gente: ofrecieron de recompensar las culpas con mayores servicios y lealtad: Perdonólos el rey de buena gana; y aun para mas prendar al de Benavente le señaló de las sus rentas reales quinientos mil maravedís de acostamiento en cada un año, y la villa de Valencia en Estremadura en recompensa del dote que le daban en Portugal, á condicion empero que se llegase á cuentas de las rentas reales que por su órden se cobraron los años pasados.

La esperanza de sosiego que todas comunmente concibieron con esto, se aumentó con la reduccion de don Pedro conde de Trastamara, que don Alonso Enriquez su hermano le aconsejó y persuadió que dejase aquellas porfías y bullicios que de ordinario paran en mal. Diéronle de acostamiento otra tanta cantía de maravedí; y para igualalle en todo con el de Benavente le restituyeron la villa de Paredes, que Alonso conde de Gijon contra razon y derecho le tenia usurpada por fuerza. Trataba el rey de sujetar con las armas al conde de Gijon, que solo restaba de los grandes alborotados, y no tenian esperanza que se dejaria vencer por buenos medios y blandos (tan bullicioso era y tan arrestado de su natural) cuando vinieron por embajadores de don Carlos rey de Navarra el obispo de Huesca, que era francés de nacion, y Martin de Ayvar para intentar lo que tantas veces acometieron en vano, que la reina doña Leonor volviese á hacer vida con su marido. Lo que la razon no alcanzó, hizo cierto accidente que se efectuase.

La reina estaba muy sentida que la hubiesen acortado gran parte de la pension que tiraba de las rentas reales, por la cual causa se salió de las córtes de Madrid en que se tomó este acuerdo, mal enojada. Comunicábase con los grandes que andaban alborotados por la misma razon, y aun se entendia entraba á la parte de los bullicios. El rey de Castilla estaba por esto con ella torcido, que fue la ocasion de despachar de nuevo esta embajada. Avino que el conde de Trastamara, sabido lo que se tramaba contra la reina acerca de su partida, al improviso se salió de la córte y se fue para la reina que moraba en Roa, para asistilla que no se le hiciese fuerza ni agravio. Puso al rey en cuidado esta partida tan arrebatada no fuese principio de nuevas alteraciones. Sospechóse que el de Trastamara se comunicó en lo que hizo y pretendia, con el duque de Benavente. Llamóle á la córte, y llegado, le echaron mano y pusieron á buen recado: que fue un sábado veinte y cinco de julio

Hecho esto, porque la reina y el conde no tuviesen lugar de afirmarse, con la gente que pudo y que tenia aprestada para ir contra el conde de Gijon, á grandes jornadas partió el rey la vuelta de Roa. No pudo haber á las manos al conde, que con tiempo se huyó á Galicia. La reina visto el riesgo que corria, para aplacar la saña del rey, sin ponerse en defensa con sus hijas todas cubiertas de luto le salió á recebir á las puertas de la villa. Dió sus descargos, que no tuvo parte alguna en la partida del conde, pero que venido á su casa no era razon dejar de hospedar á su hermano, mayormente que publicaba venia á consolalla en su tristeza y trabajos. Mostró el rey satisfacerse con sus descargos de tal guisa que se apoderó de la villa, si bien dejó á la reina las rentas para que con ellas se sustentase, y á ella mandó que le acompañase á Valladolid, do la mandó poner guardas para que no se pudiese ausentar ni huir.

En el entretanto don Alonso conde de Gijon se fortalecia de armas, soldados y vituallas en la su villa de Gijon. Para atajalle los pasos acudió el rey con toda presteza á las Asturias: apoderóse de la ciudad de Oviedo, que se tenia por el conde (1) Dende partió para Gijon, y puso sobre ella sus estancias. El sitio es tan fuerte por su naturaleza que por fuerza no la podian tomar. Detenerse en el cerco muchos dias érales muy pesado por ser los mayores frios del año, que en aquella tierra son mayores por ser muy septentrional, demás de muchas enfermedades que picaban en el campo y en los reales; todavía no fue la jornada en balde, porque durante el cerco el conde de Trastamara se redujo á mejor partido, y con perdon que le dieron, vino á los dichos reales. Con el conde cercado asimismo, visto que no le podian forzar, se tomó asiento á condicion que fuera de aquella villa de Gijon, en todos los demás pueblos de su estado se pusiesen guarniciones de soldados por el rey: ultra desto que el conde en persona pareciese en Francia para descargarse delante de aquel rey, como juez árbitro que nombraban de comun acuerdo, del aleve que se le imputaba; y que la sentencia que se diese, se cumpliese enteramente. Para seguridad del cumplimiento y de todo lo concertado el conde puso en poder del rey de Castilla á su hijo don Enrique: con que por el presente se dejaron las armas, y el reino se libró del cuidado en que por esta causa estaba.

CAPITULO V.

De la eleccion del papa Benedicto Decimotercio.

Esto pasaba en Castilla en sazon que en Aviñon falleció el papa Clemente á los diez y seis de setiembre. Los príncipes y potentados, los de cerca y los de lejos, por sus embajadores requirieron á los cardenales de aquella obediencia se fuesen despacio en la eleccion del sucesor: que su principal cuidado fuese de buscar alguna traza como el scisma se quitase, y con esto se pusiese fin á tantos males. A los cardenales no pareció dilatar el cónclave y la eleccion. Solo para mostrar algun deseo de condescender con la voluntad de los príncipes de comun acuerdo ordenaron que cada cual de los cardenales por espresas palabras jurase, en caso que le eligiesen por papa, renunciaria el pontificado cada y cuando que hiciese lo mismo por su parte el pontífice de Roma: camino que les pareció el mejor que se podia dar para apaciguar y unir toda la cristiandad. Creo será bien poner en este lugar la forma del juramento que hicieron los cardenales: «Nos los cardenales de la »santa iglesia Romana congregados en cónclave para »la eleccion futura, todos juntos y cada cual por sí »adelante el altar donde es costumbre de celebrar la »misa conventual, por el mayor servicio de Dios y »unidad de su iglesia, y salud de todas las ánimas »de sus fieles prometemos y juramos, tocando cor»poralmente los santos Evangelios de Dios, que sin »algun dolo ó fraude ó engaño trabajaremos y pro»curaremos con toda fidelidad y cuidado por cuanto »á lo que nos toca, ó adelante puede tocar, la union »de la Iglesia, y poner fin cuanto en nos fuere al »scisma que agora con íntimo dolor de nuestros co»razones hay en la Iglesia. Item que daremos para »este auxilio, consejo y favor al pastor nuestro y de »la grey del Señor, que ha de ser y por tiempo será »señor nuestro, y vicario de Jesucristo, y que no »daremos consejo ó favor directa ó indirectamente, »en público ó en secreto, para impedir las cosas »arriba dichas. Mas, que cada uno de nos cuanto le »fuere posible, aunque sea elegido para la silla del »apostolado, hasta hacer cesion inclusivamente de »la dignidad del papado, guardará y procurará todas »estas cosas y cada una dellas, y todas las demás ar»riba dichas; junto con esto todas las vias útiles y »cumplideras al bien de la Iglesia y á la dicha union »con sana y sincera voluntad, sin fraude, escusa ó »dilacion alguna, si así pareciere convenir al bien »de la Iglesia y á la sobredicha union á los señores »cardenales que al presente son ó por tiempo serán »en lugar de los presentes, ó á la mayor parte dellos.»

Hecho este juramento en la manera que queda dicho, se juntaron los cardenales, en número veinte y uno, para hacer la eleccion. Salió con todos los votos sin que alguno le faltase, el cardenal de Aragon don Pedro de Luna. Su nobleza era muy conocida, su doctrina muy aventajada en los derechos civil y canónico, demás de las muchas legacías en que mucho trabajó, su buena gracia, maña y destreza con que se granjean mucho las voluntades. En su asuncion se llamó Benedicto Decimotercio. Despues que se vió papa, comenzó á tratar de pasar la silla á Italia, sin acordarse del juramento hecho ni de dar órden en renunciar el pontificado. Alteróse mucho la nacion francesa por la una y por la otra causa. Tuvieron su acuerdo en París en una junta de señores y prelados. Parecióles que para reportar el nuevo pontífice, que sabian era persona de altos pensamientos y gran corazon, como lo declaró bien el tiempo adelante, era necesario envialle grandes personajes que le representasen lo que aquel reino y toda la Iglesia deseaba.

Señalaron por embajadores los duques de Borgoña y de Orliens y de Bourges, los cuales luego que llegaron á Aviñon, habida audiencia, le requirieron con la paz, y protestaron la restituyese al mundo, y que se acordase de las calamidades que por causa de aquella division padecia la cristiandad: acusábanle el juramento que hizo, y mas en particular le pedian juntase concilio general en que los prelados de comun acuerdo determinasen lo que se debia hacer. Respondió el papa que de ninguna suerte desampararia la iglesia de Dios vivo, y la nave de San Pedro cuyo gobernalle le habian encargado. No se contentaron aquellos príncipes desta respuesta, ni cesaban de hacer instancia; mas visto que nada aprovechaba dieron la vuelta mal enojados así ellos como su rey y toda aquella nacion. Procuraba el pontífice con destreza aplacar aquella indignacion, para lo cual concedió al rey de Francia por término de un año la décima de los frutos eclesiásticos de aquel reino.

Esto pasaba por el mes de mayo del año del Señor de 1395 años, en que se comenzó á destemplar poco á poco el contento del nuevo pontífice, y trocarse su prosperidad en miserias y trabajos. El gobernador de Aviñon con gente de Francia por órden de aquel rey le puso cerco dentro de su palacio muy apretado. Publicóse otrosí un edicto en que se mandaba que

(1) Oviedo se levantó contra el conde y habiéndose acercado el rey, se le entregó y prestó obediencia.

ningun hombre de Francia acudiese á Benedicto en los negocios eclesiásticos. Sobre todo los cardenales mismos de su obediencia le desampararon, escepto solo el de Pamplona, que permaneció hasta la muerte en su compañía. Finalmente por todas estas causas se vió tan apretado, que le fue forzoso salirse de Aviñon en hábito disfrazado, y pasarse á Cataluña para poderse asegurar: pero esto aconteció algunos años adelante (1) Las negociaciones entre los príncipes sobre el caso andaban muy vivas, y las embajadas que los unos á los otros se enviaban. El rey de Francia procuraba apartar de la obediencia de aquel papa á los reyes, al de Navarra, al de Aragon y al de Castilla. Haciaseles cosa muy grave á estas naciones apartarse de lo que con tanto acuerdo abrazaron, en particular el de Castilla despachó á don Juan obispo de Cuenca, persona prudente y de trazas, para que reconciliase al rey de Francia con el papa, ca entendian la causa de aquella alteracion y mudanza eran desgustos particulares: poco prestó esta diligencia.

En Aragon por la parte de Ruysellon entró gran número de soldados franceses para robar y talar la tierra. La reina doña Violante, como la que por el descuido de su marido ponia en todo la mano, despachó al rey de Francia y á sus tios los duques, el de Borgoña y el de Berri, y al duque de Orliens un embajador, por nombre Guillen de Copones, para querellarse de aquellos desórdenes: diligencia con que se atajó aquella tempestad, y los franceses dieron la vuelta en sazon que el rey don Juan de Aragon murió de un accidente que le sobrevino de repente. Salió á caza en el monte de Foxa, cerca del castillo de Mongriu y de Urriols en lo postrero de Cataluña. Levantó una loba de grandeza descomunal: quier fuese que se le antojó por tener lesa la imaginacion quier verdadero animal, aquella vista le causó tal espanto que á deshora desmayó y se le arrancó el alma, que fue á los diez y nueve de mayo dia miércoles. Príncipe á la verdad mas señalado en flojedad y ociosidad que en alguna otra virtud.

Su cuerpo fue sepultado en Poblete, sepultura ordinaria de aquellos reyes. No dejó hijo varon, solamente dos hijas de dos matrimonios, doña Juana y doña Violante. La primera dejó casada con Mateo conde de Fox, la segunda concertada con Luis duque de Anjou, segun que de suso queda apuntado. Nombró en su testamento por heredero de aquella corona á su hermano don Martin duque de Momblanc, lo que con gran voluntad aprobó el reino por no caer en poder de estraños, si admitian las hembras á la sucesion. Hallábase don Martin ausente, ocupado en allanar á sus hijos la isla de Sicilia y componer aquellas alteraciones. Doña María su mujer, persona de pecho varonil, hizo sus veces, ca se llamó luego reina; y en una junta de señores que se tuvo en Barcelona, mandó se pusiesen guardas á la reina doña Violante que decia quedar preñada, para no dar lugar á algun embuste y engaño: la misma reina viuda dentro de pocos dias se desengañó de lo que por ventura pensaba.

Pretendia el conde de Fox que le pertenecia aquella corona por el derecho de su mujer, como de hija mayor del rey difunto. Contra el testamento que hizo su suegro, se valia del de el rey don Pedro su padre, que llamó á la sucesion las hijas: de la costumbre tan recebida y guardada de todo tiempo, que las hembras heredasen el reino (2), la cual ni se debia, ni se podia alterar, mayormente en su perjuicio. Estas razones se alegaban por parte del conde de Fox y de su mujer, si no concluyentes, á lo menos aparentes asaz. Sin embargo las córtes del reino que se juntaron en Zaragoza por el mes de julio, adjudicaron el reino de comun acuerdo de todos á don Martin que ausente se hallaba, las insignias, nombre y potestad real. Platicaron otrosí de los apercibimientos que se debian hacer para la guerra que de Francia por el mismo caso amenazaba.

(1) Antes de este viaje el papa Benedicto vino á Aragon.

(2) No habia tal costumbre en Aragon pues si doña Petronila lo heredó, fue por un consentimiento espreso de la nacion.

CAPITULO VI.

Cómo la reina doña Leonor volvió á Navarra.

El reino de Aragon andaba alterado por las sospechas y recelos de guerra que los aquejaban. En las ciudades y villas no se oia sino estruendo de armas, caballos, municiones, vituallas. Castilla sosegaba por haberse los demás grandes allanado, y el de Gijon ausentado y partido para Francia conforme á lo que con él asentaron. La reina de Navarra asimismo mal su grado fue forzada á volver con su marido, negocio por tantas veces tratado. Para aseguralla hizo el rey su marido juramento de tratalla como á reina é hija de reyes. Para honralla y consolalla el mismo rey de Castilla su sobrino la acompañó hasta la villa de Alfaro, que es en la raya de Navarra. En la ciudad de Tudela la recibió el rey su marido magníficamente con toda muestra de alegría y de amor. Hiciéronse por esta vuelta procesiones en accion de gracias por todas partes, fiestas y regocijos de todas maneras. Juan Hurtado de Mendoza mayordomo de la casa real tenia gran cabida con el rey de Castilla: por esto y en recompensa de sus servicios le hizo poco antes donacion de la villa de Agreda, y en el territorio de Soria de los lugares Ciria y Borovia. El pueblo llevaba mal esto por la envidia que como es ordinario se levanta contra los que mucho privan, y suélese llevar mal que ninguno se levante demasiado. Los vecinos de Agreda no querian sujetarse, ni ser de señor ninguno particular, con tanta determinacion que amenazaban defenderian con las armas (si necesario fuese) su libertad. Tenian por cosa pesada que aquel lugar de realengo se hiciese de señorío: gobierno que al principio suele ser blando, y adelante muy pesado y grave, de que cada dia se mostraban ejemplos muy claros. Demás que por estar á los confines de Navarra y Aragon corrian peligro de ser acometidos los primeros, sin que los pudiesen defender las fuerzas de ningun señor particular. Querellábanse otrosí que no les pagaban bien los servicios suyos y de sus antepasados, y la lealtad que siempre con sus reyes guardaron.

Partióse el rey de Castilla para allá con intencion y fiucia que con su presencia se apaciguarian aquellos desgustos. Poco faltó que no le cerrasen las puertas, si no intervinieran personas prudentes que les avisaron con cuanto peligro se usa de fuerza para alcanzar de los reyes lo que con modestia y razon se debe y puede hacer: consejo muy saludable, porque el rey, oidas sus razones, con facilidad se dejó persuadir que aquella villa se quedase en su corona, con recompensa que hizo á Juan de Mendoza en las villas de Almazan y Santisteban de Gormaz que á trueco le dieron: con que se sosegó aquella alteracion. El rey don Enrique para seguir al conde de Gijon envió sus embajadores á Francia, que comparecieron en París al plazo señalado. El conde no compareció sea por no poder mas, sea por maña; verdad es que al tiempo que los embajadores se aprestaban para dar la vuelta, tuvieron aviso que el conde era llegado á la Rochela, ciudad y puerto en tierra de Santonge puesto entre la Guiena y la Bretaña. Por esta causa se detuvieron. Pusiéronle demanda delante del rey de Francia: alegaron las partes de su derecho, y sustanciado el proceso y cerrado, se vino á sentencia, en que el conde fue dado por aleve, y mandado se pusiese en manos de su rey y se allanase: si así lo

cumpliese, podia tener esperanza del perdon y de recobrar su estado, en que aquel rey ofrecia interpondria su autoridad y ruegos: si perseverase en su rebeldía, le avisaban que de Francia no esperase ningun socorro, ni lugar seguro en aquel reino.

En esta sustancia se despacharon cartas para el duque de Bretaña y otros señores movientes de aquella corona y á los gobernadores, en que les avisaban no ayudasen al conde para volver á España con dineros, armas, soldados, ni naves. Por otra parte el rey de Castilla, avisado de la sentencia, pedia que le entregasen la villa de Gijon conforme á las condiciones que asentaron: la condesa que dentro estaba, no venia en ello, sea por ser mujer varonil, ó por los consejeros que tenia á su lado. Acudió el rey á esto, porque con la dilacion no se pertrechase: púsose sobre aquella villa cerco, que no duró mucho á causa que los cercados, perdida toda esperanza de socorro, en breve se rindieron. El rey hizo abatir los muros de la villa y las casas para que adelante no se pudiese rebelar. A la condesa entregaron á su hijo don Enrique que estaba en poder del rey, á tal que desembarazase la tierra, y se fuese fuera del reino con su marido, que á la sazon se hallaba en tierra de Santonge con poca ó ninguna esperanza de recobrar su estado.

Hecho esto, el rey dió la vuelta á Madrid, resuelto de visitar en persona el Andalucía, que lo deseaba y los negocios lo pedian, y por diversas causas lo dilatara hasta entonces. Pasó á Talavera con este intento: allí por el mes de noviembre le llegaron embajadores del rey de Granada para pedir que el tiempo de las treguas que ya espiraba, ó era del todo pasado, se alargase de nuevo. Recelábanse los moros que apaciguadas las pasiones del reino y de los grandes, no revolviesen las fuerzas de Castilla en daño de Granada para tomar emienda de los daños que ellos hicieron en su menor edad por aquellas fronteras. No los despacharon luego: solo les dieron órden que



Sello de don Martin de Aragon.

fuesen á Sevilla en compañía del rey, al cual recibió aquella ciudad con grandes fiestas y regocijos, como es ordinario. En ella hizo prender al arcediano de Ecija por amotinador de la gente, y atizador principal de los graves daños que los dias pasados se hicieron en aquella ciudad y en otras partes á los judíos. Esta prision y el castigo que le dieron, fue escarmiento para otros, y aviso de no levantar el pueblo con color de piedad.

Por todas estas causas una nueva y clara luz parecia amanecer en Castilla despues de tantos torbellinos y tempestades, y una grande seguridad de que nadie se atreveria á hacer desaguisados á los miserables y flacos. Las treguas asimismo se renovaron con los moros, que mucho lo deseaban: con que quedaba todo sosegado sin miedo ni recelo de alguna guerra ni alboroto. Mucho importó para todo la prudencia y buena maña del rey don Enrique, que aunque mozo, de cada dia descubria mas prendas de su buen natural en valor y todo género de virtudes. Verdad es que las esperanzas que deste príncipe se tenian muy grandes, en breve se regalaron y deshicieron como humo por causa de su poca salud, mal que le duró toda la vida. Grande lástima y daño muy grave: con la indisposicion traia el rostro amarillo y desfigurado, las fuerzas del cuerpo flacas, las del juicio á veces no tan bastantes para peso tan grande, tantos y tan diversos cuidados. Finalmente los años adelante no continuó en las buenas muestras que antes daba, y que las gentes se prometian de su

buen natural. Fue esto en tanto grado que apenas se puede relatar cosa alguna de las que hizo los años siguientes. Algunos atribuyen esta dificultad á la falta que hay de memorias de aquel tiempo, y mengua de las corónicas de Castilla: es así, pero justamente se puede entender que la continua indisposicion del rey, y la grande paz de que por beneficio del cielo gozaron en aquel tiempo, fueron ocasion de que pocas cosas sucediesen dignas de memoria y de cuenta.

El duque de Benavente estaba preso en Monterey por cuenta y á cargo del maestre de Santiago: pasáronle adelante dende á la villa de Almodovar. El arzobispo de Santiago, prelado aunque pequeño de cuerpo, de gran corazon, y que no sabia disimular, se mostraba desto agraviado, pues el duque fiado de su palabra deshizo su gente, y se vino á la córte para ponerse en las manos del rey. Demás desto tenia por peligroso para la conciencia obedecer á los papas de Aviñon, que cuidaba ser falsos, y verdaderos los que residian en Roma. Este color tomó y esta ocasion para dejar á Castilla y pasarse á Portugal. Allí le criaron primero obispo de Coimbra, y despues arzobispo de Braga en recompensa de la prelacía muy principal que dejaba en Castilla de Santiago, en que por su ausencia entró don Lope de Mendoza.

Era en la misma sazon obispo de Palencia don Juan de Castro, personaje mas conocido por la lealtad que siempre guardó con el rey don Pedro y sus descendientes, que por otra prenda alguna. Anduvo fuera de España en servicio de doña Costanza hija del rey don Pedro, por cuya instancia y á contemplacion de su marido el duque de Alencastre le hicieron obispo de Aquis en la Guiena. Despues al tiempo que se hicieron las paces entre Castilla é Ingalaterra, volvió entre otros del destierro para ser obispo de Jaen y finalmente de Palencia. Refieren que este prelado escribió la corónica del rey don Pedro con mas acierto y verdad que la que anda comunmente llena de engaños y mentiras por el que quiso lavar su deslealtad con infamar al caido, y bailar al son que los tiempos y la fortuna le hacian. Añaden que aquella historia se perdió y no parece, mas por diligencia de los interesados que por la injuria del tiempo, ó por otro demérito suyo: tal es la fama que corre; así lo atestiguan graves autores. Nos en los hechos y vida del rey don Pedro seguimos la opinion comun, que es la sola voz de la fama, y de ordinario va mas conforme á la verdad; y es averiguado que no menos ciega el amor que el odio los ojos del entendimiento para que no vean la luz, ni refieran con sinceridad y sin pasion la verdad.

En Aragon no andaba la gente sosegada: la mudanza de los príncipes, en especial si el derecho del sucesor no es muy claro suele ser ocasion de alteraciones. Prendieron á don Juan conde de Ampurias: achacábanle se inclinaba á la parte del conde de Fox, quier por tener su derecho por mas fundado y su demanda mas justa, quier por satisfacerse del agravio que pretendia le hicieron los años pasados. Amenazaba guerra de parte de Francia: juntaron córtes del reino en San Francisco de Zaragoza muy generales y llenas á dos de octubre; acordaron se hiciese gente por todas partes para la defensa, y por general señalaron á don Pedro conde de Urgel. Ninguna diligencia era demasiada, porque el conde de Fox con un grueso campo, pasadas las cumbres de los Pirineos, corria la comarca que baña con su corriente el rio Segre, y los pueblos llamados antiguamente ilergetes. Robaba, saqueaba, quemaba, y finalmente á los postreros de noviembre se puso sobre la ciudad de Barbastro con cuatro mil caballos y gran número de infantería. En aquellos reales se hicieron él y su mujer alzar y pregonar por reyes de Aragon con las ceremonias que en tal caso se acostumbran. Tembló la tierra en Valencia mediado el mes de diciembre, con que muchos edificios cayeron por tierra, otros quedaron desplomados; que era maravilla y lástima. El pueblo como agorero que es, pensaban eran señales del cielo y pronósticos de los daños que temian (1). Desbaratóse este nublado muy en breve á causa que el de Fox alzado el cerco fue forzado á dar la vuelta por la parte de Navarra á su tierra con tal priesa que mas parecia huida que retirada, de que daba muestra el fardaje que en diversas partes dejaba. La falta de vituallas le puso en necesidad de volver atrás, por ser la tierra no muy abundante, y tener los naturales alzados los mantenimientos y la ropa en lugares fuertes: demás que el conde de Urgel en todos lugares y ocasiones le hacía siempre algun daño con encuentros y alarmas que le daba.

La retirada de los enemigos y el sosiego de Aragon y Cataluña fue por principio del año del Señor de 1396 en sazon que el nuevo rey don Martin, alegre con las nuevas que de Aragon le vinieron, y allanados los alborotos de Sicilia, acordó de dar la vuelta á España en una buena armada que de naves y galeras aprestó en Mecina. Aportó de camino á Cerdeña, en que apaciguó asimismo en gran parte las alteraciones de aquella isla. Parecia que el cielo favorecia sus intentos y que todo se le allanaba. En la costa de la Provenza por el rio Rhódano arriba llegó hasta la ciudad de Aviñon para verse con el papa Benedicto y hacelle el homenaje debido. El le presentó la rosa de oro con que suelen los pontífices honrar á los grandes príncipes, y le dió la investidura de Cerdeña y de Córcega con título de rey y como á feudatario de la Iglesia, con las ceremonias y juramentos acostumbrados.

Despedido del papa, finalmente con su armada surgió en la playa de Barcelona. Allí hizo su entrada en aquella ciudad á manera de triunfo por las victorias que ganara, y tantos reinos como en breve se le juntaron, y en una pública junta de los mas principales tomó la posesion de aquel reino por el derecho que á él tenia, y por el que le daba el testamento de su hermano el rey don Juan. Al conde de Fox, y á su mujer porque tomaron nombre de reyes, y por la entrada que hicieron por fuerza en aquel reino, los hizo publicar por traidores y enemigos de la patria: si á tuerto, si con razon, ¿quién le podrá averiguar? pero destas cosas se tornará á tratar en otro lugar al presente volvamos á lo que se nos queda rezagado.

CAPITULO VII.

Que de nuevo se encendió la guerra en Portugal.

El estado de las cosas de España en esta sazon era tolerable. El imperio oriental de los griegos padecia mucho, y amenazaba alguna gran ruina por las discordias que en tan mala coyuntura se levantaron entre aquellos príncipes, y la perpétua felicidad de los otomanos emperadores de los turcos. La parcialidad de los griegos mas flaca como es ordinario sin tener respeto al bien comun buscó socorros de fuera y lo que fue peor, llamó en su ayuda á Amurates gran emperador de aquella gente. No le pareció al Turco dejar pasar la ocasion que aquellas discordias le presentaban, de apoderarse de todo. Pasó con gran gente el estrecho del Hellesponto, y cerca dél se apoderó de primera entrada de Gallipoli y Adrianópoli, dos ciudades famosas y principales. Aspiraba á hacer lo mismo de lo restante de aquel imperio, y aun sus gentes se derramaron por diversas partes. El daño que hizo fue grande, y mayor el espanto, no solo en lo de Grecia, sino en las naciones comarcanas, en especial en Hungría cuyo rey era Sigismundo, mas conocido y famoso por la paz que los años siguientes

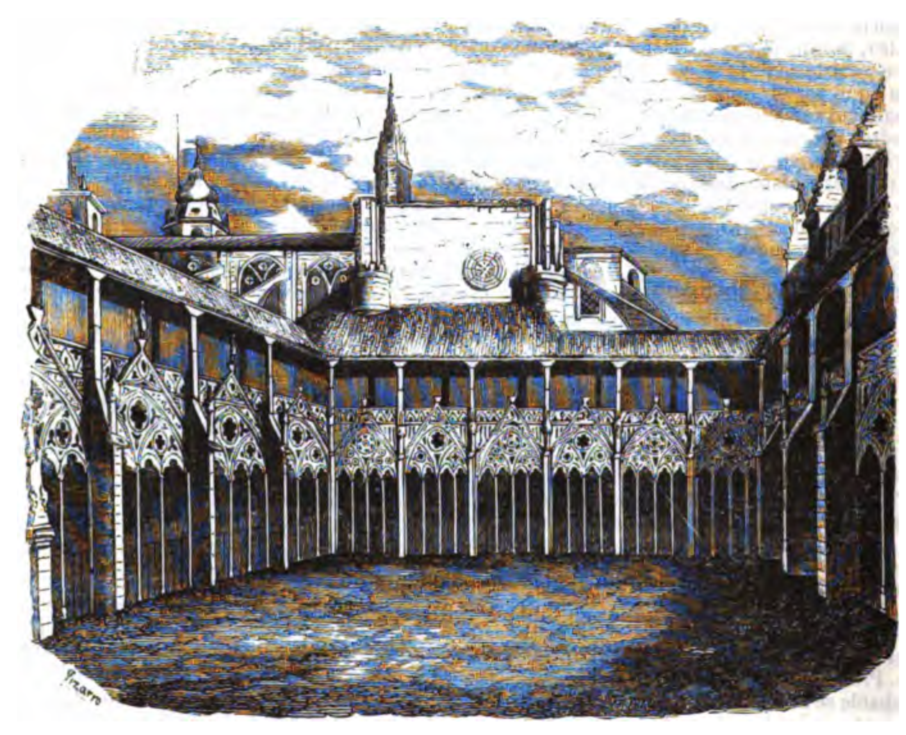
(1) Tambien hubo una peste cruel desde enero hasta julio que casi dejó despoblada la ciudad.

puso en la Iglesia, quitado el scisma, que venturoso en las armas.

En este aprieto despachó sus embajadores á Carlos VI rey de Francia para avisalle del peligro que corria toda la cristiandad, si prestamente todos no acudian á apagar aquel fuego antes que cobrasen mas fuerzas, y el imperio de aquella gente bárbara y fiera con el tiempo se arraigase en Europa. Oyeron los franceses por su nobleza y valor esta embajada de buena gana. Aprestaron buen golpe de gente á caballo, y por caudillo Juan hijo del duque de Borgoña, y Philipe condestable de Francia, Enrique de Borbon, con otras personas de cuenta. Llegados á Hungría, consultaron con el rey Sigismundo en la ciudad de Buda sobre la manera en que se debia hacer la guerra. Acordaron convenia presentar la batalla al enemigo lo mas presto que pudiesen, antes que se resfriase el calor que los franceses traian de pelear. Hicieron algunas cabalgadas no de mucha cuenta, y quitaron de poder de los enemigos algunos de los pueblos de poco nombre, pero que les dió avilenteza para aventurar el resto y menospreciar al enemigo: cosa de ordinario muy perjudicial en la guerra.

Marcharon con su gente hasta las confines de Thracia, y hasta dar vista al enemigo cerca de la ciudad de Nicópoli. Ordenaron sus haces con resolucion de pelear: lo mismo hicieron los contrarios; dióse la señal por ambas partes de acometer. Los franceses con el orgullo que llevaban se adelantaron sin dar lugar á que los húngaros saliesen de sus reales y les hiciesen compañía: cerraron antes de tiempo, que fue ocasion de perder aquella memorable jornada; muchos quedaron muertos en el campo, otros cautivaron y entre los demás á Juan hijo del duque de Borgoña, á quien su padre adelante rescató por gran dinero: el rey Sigismundo escapó á uña de caballo. Sucedió este grave daño y revés la misma fiesta de San Miguel veinte y nueve de setiembre, con que el resto de la cristiandad quedó atemorizado no solo por el estrago presente, sino mucho mas por los males que para adelante amenazaban. En unas partes se oian llantos por la pérdida de los suyos, en otras hacian procesiones y rogativas para aplacar á Dios y su saña.

En Granada falleció el rey Juzeph: rugíase que por engaño del rey de Fez, que con muestra de amistad le envió entre otros muy ricos presentes una marlota



Claustros de la catedral de Pamplona.

inficionada de ponzoña, tal y tan eficaz que luego que la vistió convidado de su hermosura, se hirió de tal suerte que dentro de treinta dias espiró atormentado de gravísimos dolores; las mismas carnes se le caian á pedazos; cosa maravillosa, si verdadera. Muerto Juzeph, se apoderó por fuerza del reino su hijo menor por nombre Mahomad, y por sobrenombre Balva. Quedó escluido y privado el hijo mayor llamado como el padre Juzeph: venció su mejor derecho la maña que su hermano tuvo en granjear las voluntades del pueblo, y sus buenas partes de ingenio vivo y valor, en que no tenia par. Solo le ponia en cuidado el rey de Castilla no emprendiese con sus fuerzas de restituir á su hermano en el reino de su padre. Para prevenirse partió para Toledo, resuelto de conquistar con dones y con su buena maña aquel rey y á sus cortesanos salióle bien la jornada, que renovado el concierto puesto con su padre, de nuevo se tornaron á sentar las treguas.

Teníanse á la sazon córtes en Toledo, en que se publicó una premática sobre las prebendas eclesiásticas, que no las pudiese poseer ningun extranjero, escepto algunos pocos con quien pareció en particular dispensar, y en general con toda la nacion portuguesa, ca la pretendian conquistar y su aficion con semejantes caricias. Publicó otrosí el rey este año una ley en que mandó que ninguno pudiese tener mula de silla que no mantuviese caballo de casta,

con algunas modificaciones que se pusieron, todo á propósito que en el reino se criase número de caballos. En Sevilla un jueves cinco de octubre falleció Juan de Guzman conde de Niebla. Sucedióle Enrique de Guzman su hijo, que fue padre de otro Juan de Guzman, por merced de los reyes primer duque los años adelante de aquella nobilísima casa. Los caballeros de Calatrava trocaron la muceta de que antes usaban con su capilla de color negra, en la cruz roja de que hoy usan, por bula del papa Benedicto ganada á instancia y suplicacion de su maestre don Gonzalo de Guzman.

Los portugueses por aprovecharse de la ocasion que la poca salud del rey don Enrique les presentaba, trataban de volver á las armas. Era necesario buscar algun color para acometer aquella novedad. Parecióles bastante que algunos grandes de Castilla no afirmaron en tiempo las treguas que se asentaron. Juntaron sus huestes, con que de primera entrada se apoderaron de Badajoz, ciudad puesta á la raya de Portugal, en que prendieron al gobernador, que era el mariscal Garci Gonzalez de Herrera. Destos principios de rompimiento se continuó la guerra por espacio de tres años con el mismo teson y porfia que la pasada. Para hacer resistencia mandó el de Castilla juntar y alistar sus gentes, y por general á don Ruy Lopez Dávalos, que poco antes hiciera su condestable, sea por muerte del conde de Trastamara, ó por despojalle de aquella dignidad: lo del mar como negocio no menos importante encargó al almirante Diego Hurtado de Mendoza.

Sucedió por el mes de mayo del año siguiente de 1397 que cinco galeras castellanas se encontraron con siete portuguesas, que volvian de Génova cargadas de armas y otras municiones. Embistiéronlas con tal denuedo que las desbarataron: las cuatro tomaron, una echaron á fondo, las otras dos se escaparon. Pareció gran crueldad que despues de la victoria echaron á la mar cuatrocientas personas, si ya no juzgaron que con semejante rigor se debia enfrenar el orgullo de aquella nacion. El almirante otrosí con su armada costeó las marinas de Portugal, saqueó y quemó pueblos, taló los campos, y robó toda la tierra, sin que le pudiesen ir á la mano. Muchos nobles y fidalgos de Portugal, unos por tener la guerra por injusta y aciaga, otros por estar cansados del gobierno de su rey se pasaron á Castilla: personas de valor, de que dieron muestra en todas las ocasiones que se presentaron. Los de mas cuenta fueron Martin, Gil y Lope de Acuña, todos tres hermanos: Juan y Lope Pacheco hermanos asimismo. A estos caballeros heredaron magníficamente los reyes de Castilla en premio de sus servicios, y recompensa de la naturaleza y lo demás que en su tierra dejaron: zanjas y cimientos sobre que adelante se levantaron en Castilla muy principales casas y estados de estos apellidos y de otros.

Continuábase la guerra, en que los portugueses se apoderaron de Tuy, ciudad de Galicia puesta á la raya de Portugal: demás desto por otra parte en la Estremadura pusieron sitio sobre la villa de Alcántara, bien conocida por ser asiento de la caballería de aquel nombre: acorrió á los cercados en tiempo el nuevo condestable de Castilla, con que no solo desbarató el cerco é hizo retirar á los enemigos, pero rompió por las fronteras de Portugal, corrió y robó la tierra, y aun se apoderó de algunos pueblos de poca cuenta, y enfrenó el orgullo y osadia de los contrarios. Por otra parte el maestre de Alcántara y Diego Hurtado de Mendoza, el almirante, y con ellos Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor de Castilla se pusieron sobre Miranda de Duero: acudió asimismo con su gente el condestable, con que de tal guisa apretaron el cerco que los de dentro fueron forzados á rendirse. Así por la una y por la otra parte resultaban pérdidas y ganancias: con que los portugueses algun tanto se templaron, y todos comunmente entraron en esperanza se podria con buenas condiciones asentar paz entre aquellas dos naciones, que era lo que mejor les venia.

CAPITULO VIII.

Cómo se renovaron las treguas entre Castilla y Portugal.

Al principio desta guerra dos frailes franciscos cuyos nombres no se saben (1), solo se dice que encendidos en deseo de estender la Religion Cristiana, y de enseñar á los moros descaminados y errados el camino de la verdad, se atrevieron á predicalles en público en Granada con gran concurso del pueblo, que se maravillaba de aquella novedad. Mandáronles dejasen aquella porfia; y como no quisiesen obedecer, si bien los maltrataron de palabras y obras, los alfaquies para atajar el escándalo de consuno se fueron al rey, y se querellaron del desacato que con aquella libertad se hacia á su religion. Salió decretado que les echasen mano, é hiciesen dellos justicia como de amotinadores del pueblo. Fue fácil prender á los que no huian, y convencer á los que no se descargaban: cortáronles las cabezas, y arrastraron sus cuerpos con todo género de denuestos y ultrages que les dijeron é hicieron. Los cristianos despues de muertos los tienen y honran como á mártires.

En Aviñon el papa Benedicto desamparado de sus cardenales como se tocó arriba, y por tener enojado y por enemigo al rey de Francia, y él mismo estar cercado dentro de su sacro palacio, se hallaba con poca esperanza de poder resistir á torbellinos tan grandes y mantenerse en el pontificado. Solo le alentaba contra el odio comun, que los reyes de España casi todos tenian recio por él, sin embargo que el rey de Francia traia gran negociacion por medio de sus embajadores para apartallos de aquella obediencia. Decian que ningun otro camino se descubria para la union de la Iglesia, tan deseada y tan importante, sino que Benedicto renunciase simplemente, como él mismo lo tenia prometido y jurado cuando le sacarón por papa. Hízose junta general de obispos y otras personas graves en ciencia y prudencia. Asistieron de parte del rey de Aragon Vidal de Blanes un caballero de su casa, y otro gran jurista por nombre Ramon de Francia. No se alteró nada en esta junta, si bien el rey deseaba venir en lo que el de Francia le pedia: solo acordaron se procurase que con efecto los dos papas revocasen las censuras que el uno contra el otro tenian fulminadas, y de comun consentimiento con toda brevedad señalasen lugar en que los dos se comunicasen sobre los medios que se podrian tomar para unir la Iglesia y asentar una verdadera paz.

En Pamplona la principal parte de la iglesia catedral estaba por tierra, que se cayó siete años antes deste en que vamos. Deseaban reparalla, pero espantábales la mucha costa, para que no eran bastantes ni los proventos de la iglesia, ni las limosnas particulares (2). El rey don Cárlos, visto esto, con gran liberalidad señaló para la fábrica la cuadragésima parte de sus rentas reales por término de doce años, de que hay pública escritura, su data en San Juan de Pie de Puerto, á las vertientes de los Pirineos de la parte de Francia, deste año á veinte y cinco de mayo. Desea-

(1) Fueron Fr. Pedro de Dueñas, y Fr. Juan Lorente, de Zelina en Aragon.

(2) De la obra hecha en esta época, solo presentamos la vista de los cláustros por ser la parte de mas mérito que en la nueva catedral de Pamplona se encuentra. La fachada que hoy tiene, á fines del siglo pasado se construyó en sustitucion de la que al través de setecientos años estaba deteriorada.

ba este rey en gran manera recobrar el estado que sus antepasados poseyeron en Francia, que era el condado de Evreux y gran parte de Normandía. Trató desto por medio de sus embajadores con el rey de Francia, y como quier que en ausencia no se efectuase cosa alguna, acordó en persona pasar á la córte de aquel rey, que aun no estaba del todo sano de su enfermedad, antes á tiempos se le alteraba la cabeza de suerte que mal podia atender al gobierno. Por esto el Navarro sin acabar cosa alguna de las que pretendia, cansado y gastado dió la vuelta para su reino por el mes de setiembre del año 1398. Llegado, dió órden que todos los estados jurasen por heredero de aquella corona un hijo que el año pasado le nació de su mujer, y le llamaron asimismo don Carlos. La ceremonia y solemnidad se hizo en Pamplona á los veinte y siete de noviembre: la alegria duró poco á causa de la muerte del infante que le sobrevino en breve.

Los portugueses, hostigados con los reveses pasados, tomaron mejor acuerdo de mover pláticas de paz. Despacharon embajadores en esta razon: respondió el rey don Enrique que ni él rompió la guerra, ni pondria impedimento á la paz á tal que las condiciones fuesen honestas y tolerables. Dieron y tomaron sobre el caso: era dificultoso asentar paces perpétuas, acordaron de confirmar las treguas pasadas. Recelábanse los de Castilla de los de Aragon que querian tomar las armas; que causas de disgustos entre reyes comarcanos nunca faltan, ni razones con que cada cual abona su querella. El marqués de Villena ponia en cuidado, que andaba desabrido, y ni queria venir á la córte de Castilla como le requerian, y tenia un grande estado á la raya de Valencia, y aun se podia sospechar atizaba en Aragon el fuego de los disgustos. Allegóse otra nueva ocasion para hacelle guerra y atropellarle. Esto fue que dos hijos del marqués, don Alonso y don Pedro, casaron los años pasados con dos tias del rey de Castilla, que llevaron en dote cada treinta mil ducados. Todo este dinero se contó de presente para pagar el rescate del marqués á los ingleses, que le prendieron en la batalla de Nájara como queda dicho en otros lugares, y para librar á don Alonso, que le entregó su padre en rehenes hasta tanto que el rescate suyo se pagase.

Don Pedro murió en la batalla de Aljubarrota, padre que fue del famoso don Enrique de Villena, de quien se tuvo por cierto que por el deseo que tenia de saber, no dudó de aprender el arte condenada de nigromancia. Algunos libros que andan suyos, dan muestra de su agudeza y erudicion, si bien el estilo es afectado con mezcla de las lenguas latina y castellana usada en aquella era, en esta muy desgraciada. Don Alonso no vino en efectuar su casamiento: escusábase con la fama que corria del poco recato y honestidad de su esposa. Pretendia el rey don Enrique, como sobrino y valedor de aquellas señoras, que pues la una quedó viuda y el casamiento de la otra no se efectuaba, que por lo menos les debian restituir sus dotes. Hacíanse sordos á esta demanda el marqués y su hijo, y alegaban sus causas para no hacello, que á semejantes personajes nunca faltan. Esto tomó por ocasion el rey don Enrique para quitarse de cuidado, y ejecutar lo que por todas vias le venia á cuento y lo deseaba, que fue con las armas apoderarse de aquel grande estado de Villena, que se hizo con facilidad, solo quedaron por el marqués Villena y Almansa, que tenia bien pertrechadas y con buena guarnicion de soldados aragoneses.

Contemporáneo de don Enrique de Villena, y que le semejaba en los estudios y erudicion, fue don Pablo de Cartagena, del cual por ser persona tan señalada será justo hacer memoria en este lugar. Su nacion y profesion fue de judío desde sus primeros años, el mas rico y principal entre aquella gente, dado á la leccion de los libros sagrados y á las otras ciencias. Con deseo de saber revolvia las obras de Santo Tomas de Aquino, que escribió en materia de teologia: con esta leccion se convenció de la ventaja que hace la verdad cristiana á las fábulas y á las invenciones judáicas; finalmente se bautizó, y como era tan sabio, en defensa de la religion que tomaba, escribió libros admirables. En premio de sus letras, y para mover á los demás judíos que le imitasen, le honraron mucho. Primero le hicieron arcediano de Treviño, despues obispo de Cartagena, y finalmente de Burgos su natural y patria: premios todos debidos á su virtud y doctrina, y al ejemplo que dió. Adelante fue canciller mayor de Castilla, oficio de grande preeminencia; y aun le encargaron la enseñanza del rey don Juan el Segundo: confianza que de pocos de aquella nacion se podia hacer, segun que el mismo don Pablo lo atestiguaba, que no se debia encomendar algun cargo público á aquella gente por ser de ingenios doblados, compuestos de mentiras y engaños, que ni valen para la guerra, ni son de provecho para la paz: esto quién lo entiende de los obstinados en su ley, quién de los que dellos proceden, aunque convertidos y cristianos.

Tuvo cuatro hijos y una hija de su mujer, con quien casó antes de ser cristiano. El mayor por nombre Gonzalo por sus buenas partes subió primero al obispado de Plasencia y despues al de Sigüenza. El segundo Alonso, que fue dean de Segovia y de Santiago, y mas adelante sucedió á su padre en la iglesia de Burgos. Anda una obra suya impresa de no mal estilo, en que como en compendio abrevió los hechos de los reyes de España, que él mismo intituló Anacephaleosis, que es lo mismo que recapitulacion: otra que intituló *Defensorium fidei*: otra de mano por nombre *Defensorium Catholicæ unitatis* en defensa de los nuevamente convertidos, y contra los estatutos que en aquel tiempo comenzaban. Los dos hijos menores se llamaron Pedro y Alvaro. Este Alvaro piensan que fue el que escribió la Corónica de don Juan el Segundo rey de Castilla, asaz larga, de traza y estilo agradable; no toda sino una buena parte. La verdad es que Alvar García de Santa María el coronista no fue el hijo de Paulo Burgense, sino su hermano.

En lo demás desta crónica otros pusieron la mano, y en especial Hernan Perez de Guzman señor de Batres la llevó al cabo; cuya decendencia pareció poner en este lugar. Su abuelo fue Pero Suarez de Toledo, camarero mayor del rey don Pedro: su padre Pero Suarez de Guzman notario mayor del Andalucía. Casó Hernan Perez con doña Marquesa de Avellaneda de la casa de Miranda. Desta señora y de otra segunda mujer dejó muchos hijos. El mayor y heredero de su casa Pedro de Guzman casó con doña Maria de Ribera hija del señor de Malpica. Deste matrimonio quedó doña Sancha de Guzman heredera de aquella casa. El rey don Fernando, por ser su deuda de parte de madre, la casó con Garci Lasso de la Vega de la casa de Feria. Fue comendador mayor de Leon, embajador en Roma, y dél se hace mencion diversas veces en esta historia. Compró la villa de Cuerva, do yacen él y su mujer, y heredó la villa de los Arcos. Dejó muchos hijos, el mayor don Pero Lasso de la Vega, el segundo Garcilasso, insigne poeta castellano, de cuya muerte desgraciada se trata en otro lugar. Don Pedro casó con doña María de Mendoza de la casa del Infantado, su hijo Garci Lasso de la Vega caballero muy conocido: su nieto don Pero Lasso de la Vega primer conde de los Arcos, en quien por via de su madre doña Aldonza Niño se han juntado otras dos casas, la de Dávalos, y la de los Niños condes de Añover. Volviendo á Hernan Perez de Guzman fue del consejo del rey, muy dado á los estudios: demás de la corónica escribió de los Claros varones de aquel tiempo y otros libros.

CAPITULO IX.

De las cosas de Aragon.

Con las discordias de los dos papas, y la poca esperanza que daban de conformarse, y unir á la Iglesia, las provincias se lastimaban. Añadióse á estos daños el de la peste que comenzó el año pasado á picar y todo se continuaba con mortandad de mucha gente por toda la costa que corre desde Barcelona hasta Aviñon: salieron otrosí de madre por causa de las muchas aguas los rios, en particular los de Ebro y Orba con sus acogidas hicieron grande estrago en hombres, ganados, sembrados y edificios. El rey de Aragon luego que el tiempo y las lluvias dieron lugar, de Barcelona se partió para Zaragoza con intento de tener allí córtes á los de su reino, que se abrieron á los veinte y nueve de abril en la iglesia de San Salvador. El rey desde su sitial hizo á los congregados un razonamiento muy concertado y á propósito de lo que las cosas demandaban desta sustancia: «No »con hierro ni con gruesos ejércitos, parientes y »amigos, se conservan los reinos, la lealtad y cons»tancia de los naturales los tienen en pié y los ade»lantan: de lo cual si faltasen ejemplos de fuera, »dentro de nuestra casa los tenemos, muchos y muy »claros; ca nuestro reino por este camino de peque»ños principios y muy estrecha jurisdiccion ha llega»do á la grandeza que hoy tiene, y ganado la reputa»cion y nombradía que está derramada por todas las »tierras. De los montes Pirineos, en que nuestros »mayores ampararon su libertad confiados mas en »aquellas fraguras que en sus brazos, bajamos y es»tendimos los términos de nuestro señorío no solo »por España, sino que sujetamos valerosamente á »nuestro cetro muchas islas del mar Mediterráneo. Los »trofeos y los blasones de vuestra gloria, y de las vic»torias ganadas, quedan levantados en Cerdeña, en »Sicilia y por toda Italia: tal y tan grande es la fuer»za de la concordia y de la lealtad. Los reyes don »Sancho y don Pedro padre y hijo no con gran núme»ro de soldados, sino con fortaleza y valor, ganado »que hobieron á Huesca, de los montes en que esta»ban como escondidos, bajaron á lo llano sin parar »hasta tanto que el rey don Alonso se apoderó desta »ciudad en que estamos, con que fortificó su reino, »y abrió camino á sus decendientes para pasar ade»lante y quitar á los moros toda la tierra. No me quie»ro detener en antiguallas: nos con quinientos caba»llos aragoneses desbaratamos gran número de gente »siciliana, y allanamos toda aquella isla, todo por »vuestra lealtad y fortaleza, que si vence, ejecuta la »victoria con grande ánimo; si es vencida, se rehace »de fuerzas, y no se deja oprimir ni caer. Por los »cuales servicios pido á Dios os dé el merecido galar»don, pues conforme á nuestra voluntad y á vuestro »valor no alcanzamos fuerzas bastantes; bien que »jamás pondremos en olvido la deuda, antes procu»raremos que nadie nos tache de ingratos. Lo que »toca al auto presente, bien sabeis que os he juntado »en este lugar para hacer los homenajes acostumbra»dos á nos y á nuestro hijo, que os pedimos encare»cidamente hagais con la aficion que debeis á nues»tra voluntad.»

Hízose todo lo que el rey pedia en conformidad de todos los brazos que allí se hallaron congregados. La alegría pública y regocijos que se hicieron por esta causa, enturbiaron algo las sospechas que se mostraran de nueva guerra por la parte de Francia. El bastardo de Tardas, pasados los montes Pirineos, se apoderó de Termas, que es un pueblo de Aragon á la raya de Navarra: cosa que puso en cuidado á todo el reino de Aragon no se emprendiese algun gran fuego de aquellos pequeños principios. Acudió al peligro Gil Ruiz de Liborri, gobernador de Aragon, acompañado de golpe de gente y de algunos ricos hombres. No esperaron los franceses que llegasen, antes desamparada la plaza, se retiraron á Francia con poca honra suya y del conde de Fox que los enviara. Sicilia asimismo padeció algunas alteraciones, aunque pequeñas; que los humores no estaban del todo asentados. Alguna esperanza de bonanza se mostró con un hijo que nació á aquellos reyes de Sicilia á los diez y siete de noviembre, por nombre don Pedro, heredero que fuera de los reinos de sus padres y abuelos, si la muerte no le arrebatara en breve muy fuera de sazon junto con la reina su madre, como se dirá en su lugar, con que la alegría comun se trocó en luto y en llanto: vanas todas nuestras trazas y deleznables contentos.

Poco adelante el rey y la reina de Aragon en Zaragoza por el mes de abril del año 1399, ungidos como era de costumbre, se coronaron y recibieron las insignias reales de mano de don Fernando de Heredia prelado de aquella ciudad. A don Alonso de Aragon marqués de Villena se concedió pusiese en su escudo las armas reales, y le dieron el ducado de Gandía: alguna recompensa de lo mucho que en Castilla le quitaran. A la misma sazon el papa Benedicto se hallaba muy aquejado, desamparado de sus cardenales, cercado de los enemigos (1). Despachóle el rey de Aragon dos personas de cuenta, el uno Cervellon Zacuamo, gran jurista, el otro fray Martin, de la órden de San Francisco, hombre de letras y erudicion. Estos conforme al órden que llevaban, comunicaron con el papa sobre los medios que se podian tomar para apagar el scisma y unir la Iglesia. La respuesta fue que pondria aquel negocio en las manos de los príncipes de su obediencia, en especial de los reyes el de Francia y Aragon. Ninguna llaneza habia, antes les advirtió mirasen con cuidado que con son de paz no atropellasen la justicia que muy clara por su parte estaba; por lo demás que ninguna cosa mas deseaba que poner fin á aquellos debates.

Con esta respuesta los embajadores de Aragon por mandado de su rey se partieron de Aviñon para dar de todo razon al rey de Francia. Túvose junta en París de aquella nacion sobre el caso. Acordaron enviar personas al papa que le requiriesen y protestasen en suma diese sin mas dilaciones órden en asentar la paz y quitar el scisma: para esto se hallase presente en el concilio que pensaban juntar, y se pusiese á sí y á sus cosas en manos de los obispos; que para su seguridad el rey de Francia empeñaba su palabra real, y proveeria de gente para que nadie le hiciese desaguisado. Andaban estas pláticas muy calientes cuando en Castilla sobrevino la muerte á don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo á los veinte y dos de noviembre fin deste año, si bien la letra de su sepultura, que está en Toledo en propia capilla de la iglesia Mayor, dice á diez y ocho de mayo, el mismo dia de Pascua de Espíritu-Santo. Fue persona de valor, consejo acertado, presta ejecucion, bueno para el gobierno y para las armas. Su patria Tavira en Portugal: quién dice que Talavera villa del reino de Toledo, por razones que para ello alegan; si concluyentes ó no, no lo quiero averiguar.

En su mocedad estudió derechos: ausentóse de Castilla juntamente con sus hermanos por los recios temporales que corrian en el reinado de don Pedro. Vuelto á España fue primero obispo de Coimbra: de allí le trasladó sin ninguna pretension suya el pontífice romano, por la noticia que de su persona y de sus partes tenia, á Toledo, segun que de suso se dijo. Las gruesas rentas de su dignidad gastó en gran parte en levantar diversos edificios en todo el reino con magnificencia real y mayor que de particular. A la

(1) Salió de Cataluña una escuadra en socorro del pontífice: pero aunque subió por el Ródano, no pudo salir de la isla Ballabriga.

verdad en su casa era concertado, en sú persona templado; lo que se ahorraba por este camino, empleaba en socorrer necesidades y en adornar la república: virtud propia de grandes personajes. En Toledo reedificó la puente de San Martin que abatieron las guerras civiles entre los reyes don Pedro y don Enrique. En un recuesto y peñol á vista de la ciudad levantó un castillo cerca del sitio antiguo del monasterio muy famoso de San Servando. El claustro pegado con la iglesia catedral es obra suya, y en ella una capilla en que está su túmulo, y el de Vicente de Balboa obispo do Plasencia su muy privado y familiar. Dotó en aquella capilla y fundó diez y seis capellanías á propósito que todos los dias se hiciesen allí sufrágios por su ánimo y las de sus antepasados. En Alcalá la Real, frontera del reino de Granada, levantó una torre á manera de atalaya para que por el farol que todas las noches en ella se encendia, los cautivos que escapaban de tierras de moros, se pudiesen encaminar á la de cristianos; en Talavera fabricó un monasterio de obra magnífica pegado con la iglesia Mayor y con advocacion de Santa Catharina. Su intento al principio fue viviesen en él los canónigos de aquella iglesia para que hiciesen vida reglar; mas visto que los seglares y clérigos lo contradecian, le entregó á los monges gerónimos para que le poblasen, con gruesas rentas que les señaló para su sustento: dejó la puente del Arzobispo, que como queda dicho de suso fue asimismo fundacion suya.

Casó á su hermana doña María con Fernan Gomez de Silva, como se tocó en otro lugar. De este matrimonio nació Alonso Tenorio, al cual el tio hizo adelantado de Cazorla: casó con doña Isabel de Meneses, y en ella tuvo á don Pedro obispo que fue primero de Tuy, y despues de Badajoz: yace en Toledo en la iglesia de San Pedro Mártir: tuvo otrosí á Juan de Silva que fue embajador en el concilio de Basilea, y adelante conde de Cifuentes por merced del rey en remuneracion de sus buenos servicios. Despues de la muerte de don Pedro Tenorio parece por memorias que el cabildo nombró á don Gutierre de Toledo arcediano de Guadalajara: el rey ofreció el arzobispado á Hernando Yañez fraile gerónimo, y canónigo que fue de Toledo, mas no aceptó. El papa Benedicto por algunas dificultades no debió aprobar estas elecciones, ni el rey la que acometió él á hacer de don Pedro de Luna sobrino suyo administrador que era del obispado de Tortosa. Por estas diferencias don Juan de Illescas obispo de Sigüenza, vicario del arzobispado sede vacante, continuó en su gobierno aun algunos años despues de la eleccion hecha por el papa, que finalmente prevaleció como se verá adelante.

CAPITULO X.

Del año del jubileo.

Mucho se menguó el alegría y devocion del año que se contó de 1400, en que conforme á la costumbre recebida se concedió jubileo plenísimo á todos los que visitasen la ciudad y santuario de Roma, por la discordia y diferencias que todavía continuaban entre los que se llamaban papas; si bien los príncipes cristianos procuraban con todo cuidado sosegallas, y parece lo traian en buenos términos. Con este intento y por domeñar el corazon fiero del papa Benedicto, á persuasion de don Pedro Hernandez de Frias cardenal de España, el reino de Castilla habido su acuerdo le quitó públicamente la obediencia. El pueblo y gente menuda, conforme á su costumbre de echar las cosas á la peor parte, sospechaba y aun decia que en esta determinacion no se tuvo tanta cuenta con la justicia como de gratificar al rey de Francia que mucho lo pretendia: así esta determinacion no fue durable, porque el rey de Aragon se puso de por medio, y á su instancia finalmente se revocó el decreto á cabo de tres años, y volvieron las cosas al mismo estado de antes, segun que se relatará adelante.

Sobrevino una grande peste, que de la Gallia Narbonense y Languedoc, y de Cataluña en que comenzó á picar, se derramó y cundió por todas las demás partes de España. La mortandad fue tal que forzó al rey de Castilla á publicar una ley, en que dió licencia á las viudas para casarse dentro del año despues de la muerte del marido contra lo que disponia el derecho comun y otras leyes del reino. Hizo esta ley primero en Cantalapiedra, despues en Valladolid y últimamente en Segovia, si bien residia de ordinario y se entretenia en Sevilla, convidado de la templanza de aquel aire, frescura, fertilidad y recreacion de toda aquella comarca, y aun forzado de su poca salud que la traia muy quebrada. Avino por el mes de julio que en la torre de la iglesia Mayor asentaban el primer reloj, y subian una grande campana; que no son mas antiguos que esto los relojes desta suerte. Acudió el rey á la fiesta, la córte, los nobles, y gran concurso del pueblo. Levantóse de repente tal tempestad y torbellino que pereció mucha gente con un rayo que despidieron las nubes. El pueblo (como suele) decia era castigo de los males presentes y pronóstico de otros mayores. Hiciéronse procesiones y rogativas para aplacar á Dios y á sus santos.

Por el contrario junto á la villa de Nieva, cinco leguas de la ciudad de Segovia, se halló una imágen de Nuestra Señora de mucha devocion. Moviéronse (como suelen) los pueblos comarcanos á visitalla. El concurso y devocion era tal que la reina doña Catalina mandó á su costa edificar un templo en que la pusiesen, y un monasterio de dominicos pegado á él, que cuidasen de la imágen y de los peregrinos: con que muchos convidados de la devocion y del sitio se pasaron á vivir y poblar aquel lugar, de suerte que en nuestro tiempo es una villa de buena cantidad de vecinos.

Doña Violante hija de don Juan rey de Aragon quedó en vida de su padre concertada con Luis duque de Anjou, como queda dicho. Habíanse dilatado las bodas por su edad que era poca, y por diferencias que nunca faltan. Concertaron este año su dote en ciento y sesenta mil florines á condicion que con juramento, y por escritura pública, renunciase cualquier derecho que al reino de Aragon pretendiese. Hecho esto, desde Barcelona con noble acompañamiento la llevaron á Francia para verse con su esposo. Falleció por este mismo tiempo Juan de Monfort duque de Bretaña: dejó en doña Juana su mujer, hermana de don Carlos rey de Navarra cuatro hijos, cuyos nombres son Juan, Ricardo, Artus, Guillen; mas sin embargo la duquesa viuda casó segunda vez con Enrique duque de Alencastre, el cual poco antes vencido y preso su competidor y primo el rey Ricardo, se apoderó del reino de Inglaterra, y estaba asimismo viudo de su primer matrimonio, de que le quedaron tambien muchos hijos. El año siguiente de 1401 por el mes de marzo juntó el de Castilla córtes del reino en Tordesillas, en que se establecieron premáticas buenas, las mas á propósito de enfrenar la codicia y demasías de los arrendadores y otros ministros de justicia.

En Sicilia á los veinte y seis de mayo falleció en Catania ciudad de cielo saludable y alegre, la reina propietaria doña María. Entendióse que la pena que recibió por la muerte de su hijo, que en edad de siete años murió poco antes desgraciadamente, le ocasionó la dolencia que la privó de la vida. Sepultaron á la madre y al hijo en aquella misma ciudad. Sin embargo el reino quedó por don Martin su marido, como deudo mas cercano por derecho de la sangre por su abuela la reina doña Leonor, que fue tia de la difunta, y con beneplácito de su padre el rey de Ara-

gon, á quien tocaba la sucesion por estar en grado mas cercano. Acudieron muchos principales luego á casalle quién con su hija, quién con su hermana. Aventajábase en hermosura doña Blanca hija tercera del rey de Navarra; y aventajóse en ventura, porque en lo de adelante vino á heredar el reino de su padre, y de presente en aquel casamiento se la ganó á los demás pretendientes. Juntáronse los dos reyes de Aragon y de Navarra á la raya de sus reinos entre Mallen y Córtes para capitular y concluir como en efecto lo hicieron. Entregó el padre la novia al suegro de su mano, que en una armada la envió desde Valencia á Sicilia, y en su compañía y por general de la flota don Bernardo de Cabrera. Pero así los desposorios como la partida fueron el año adelante de 1402; en el cual al rey de Castilla nació de la reina una hija en Segovia á catorce de noviembre, gran gozo de sus padres y de todo el reino. Llamóse doña María, y casó adelante con su primo hermano don Alonso rey que fue de Aragon y de Nápoles: matrimonio de que no quedó sucesion por ser esta señora mañera.

CAPITULO XI.

Del gran Tamorlan Scitha de nacion.

Despues de la jornada de Nicópolis, tan aciaga para los franceses y para los húngaros como queda dicho, los turcos entraron en gran esperanza de apoderarse de todo el imperio de Levante, en que pasaron tan adelante que el gran turco Bayacete se puso con todo su campo sobre Constantinopla, silla de aquel imperio y almacen de sus riquezas: gran espanto para los de cerca, y no menor cuidado para los que caian lejos. Engañosa es la confianza de los hombres, vana y deleznable su prosperidad. Levantóse otra mayor tempestad y torbellino al improviso, que desbarató estos intentos, sosegó los miedos de los unos, y abatió el orgullo y soberbia de sus contrarios. Tamorlan natural de Scythia, hombre de gran cuerpo y corazon, de gentil denuedo y apariencia, y que para cualquier afrenta le escogieran entre mil, allegador de gente baja, y amotinador, con estas mañas de soldado particular y bajo suelo llegó á ser gran emperador, caudillo de un número grande y descomunal de gentes que le seguian (1). Apenas se puede creer lo que refieren como verdadero autores muchos y graves, que juntó un ejército de cuarenta mil caballos, y seiscientos mil infantes.

Con esta gente rompió por las provincias de Levante: á fuer de un muy arrebatado raudal asolaba y destruia todas las tierras por do pasaba, sin remedio. Los parthos los primeros se rindieron á su valor y le hicieron homenaje: lo de la Suria y lo de Egipto maltrató con muertes, robos y talas. Tenia por costumbre cada y cuando que se ponia sobre algun pueblo, enarbolar el primer dia estandartes blancos en señal de clemencia si le abrian las puertas sin dilacion, y se le rendian y sujetaban: el dia siguiente enarbolaba estandartes rojos, que amenazaban á los cercados muertes y sangre: las banderas del dia tercero eran negras, que denunciaban sin remedio asolaria de todo punto los moradores y la ciudad. El espanto era tan grande que todos se le rendian á porfía, ca su fiero corazon ni admitia escusas, ni se dejaba por ruegos ni por intercesion de nadie doblegar.

Sucedió que los de Beryto no se rindieron hasta el segundo dia. Conocido su yerro, para aplacalle enviaron delante las doncellas y niños con ramos en las manos y vestidos de blanco. No se movió á compasion el bárbaro, dado que llegados á su presencia se postraron en tierra, y con voz lastimosa pedian misericordia: antes mandó á la gente de á caballo que los atropellasen á todos y hollasen. Un ginovés que seguia aquellos reales y campo, movido de aquella bestial fiereza le avisó en lengua scythica, como el que bien la sabia, se acordase de la humanidad y que era hombre mortal. El bárbaro con rostro torcido y semblante airado. ¿Piensas (dice) que yo soy hombre? no soy sino azote de Dios y peste del género humano. A mucho tuvo el ginovés de escapar con la vida; tan sañudo se mostró. Corria lo de Asia la Menor gran peligro: por esto el gran turco alzado el cerco que tenia sobre Constantinopla, con todas sus fuerzas y gentes volvió en busca del enemigo feroz y bravo. En aquella parte del monte Tauro llamado Stella, muy conocida por la batalla que antiguamente allí se dieron Pompeyo y Mithridates, se acercaron los dos campos: ordenaron sus haces: dióse la batalla, que fue muy reñida y dudosa. Pelearon de ambas partes con gran coraje, los unos como vencedores del mundo, los otros por vencer. Finalmente la victoria y el campo quedó por los scythas: los muertos llegaron á docientos mil, muchos los prisioneros, y entre ellos el mismo emperador Bayacete, espanto poco antes de tantas naciones. Llevóle por la Asia cerrado en una jaula de hierro, y atado con cadenas de oro como en triunfo, y para ostentacion de la victoria. Comia solo lo que el vencedor de su mesa le echaba como á perro, y con una increible arrogancia todas las veces que subia á caballo, ponia los piés sobre sus espaldas, trabajo y afrenta que le duró por todo lo restante de la vida: gran burla y escarnio de su grandeza: así ruedan y se truecan las cosas debajo del cielo: género de infelicidad tanto mas mal de llevar cuanto el paciente se vió poco antes mas encumbrado.

El rey don Enrique de Castilla, sin embargo de su poca salud, no se descuidaba ni del gobierno de sus vasallos, ni de acudir á las cosas y ocurrencias de fuera. Enviaba sus embajadores á los príncipes, á los de cerca y á los de lejos para informarse de todo y trabar amistad en diversas partes. En especial á las partes de Levante envió á Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos para saber de las fuerzas, costumbres y intentos de aquellas naciones apartadas. Estos dos embajadores acaso ó de propósito se hallaron en aquella famosa batalla que se dió entre turcos y scithas: el Tamorlan, ganada la victoria, los trató con muestras de benignidad y cortesía. Al dar la vuelta para España quiso los acompañase un su embajador que envió para trabar amistad con el rey de Castilla: hizo él su embajada conforme al órden que traia. Volvieron con él Alonso Paez, Ruy Gonzalez y Gomez de Salazar, tres hidalgos que despachó el rey para que fuesen á saludar aquel príncipe: viaje largo y muy dificultoso, de que los mismos compusieron un libro, que hoy dia anda impreso con nombre de Itenerario, en que relatan por menudo los particulares de su embajada, y muchas otras cosas asaz maravillosas, si verdaderas.

La grandeza y gloria grande del Tamorlan pasó presto como un rayo. Vuelto á su tierra, de los despojos y presas de la guerra fundó la ciudad de Mercanti, y la adornó grandiosamente de todo lo bueno y hermoso que robó en toda la Asia. A su muerte le sucedieron dos hijos, ni de las prendas ni de la ventura de su padre: grande cosa fuera, si las virtudes y el valor se heredaran. Sobre el partir de la herencia resultaron muy grandes diferencias entre los dos: finalmente el imperio que se ganó con mucho esfuerzo y con gran trabajo, se menoscabó por descuido y flojedad.

Fue este año desgraciado para los portugueses y

(1) Era descendiente de Gengi-Kan, emperador de los tártaros, conquistó una gran parte de la Asia y no fue tan barbaro y cruel como supone Mariana.

los navarros á causa que fallecieron en él los herederos de aquellos reinos: don Alonso hijo mayor del rey de Portugal en edad de doce años, sepultáronle en la iglesia Mayor de Braga: pérdida, que aunque causó muy grande sentimiento, fácilmente los de aquella nacion se conhortaron por quedar otros muchos hermanos, los infantes Duarte, Pedro, Enrique, Juan, Fernando, y dos hermanas doña Blanca y doña Isabel. En Pamplona murieron los infantes Luis de seis meses, y Cárlos de cinco años, que juntos los sepultaron en la iglesia Mayor en el sepulcro del rey don Philipe su tercer abuelo. El dolor grande de los navarros fue sin consuelo por no quedar hijo varon y recaer forzosamente la corona en hembra, cosa de ordinario que los vasallos mucho aborrecen.

El invierno, fin deste año y principio del siguiente de 1403, se continuaron las lluvias por muchos dias, con que los rios por toda España se hincharon grandísimamente de guisa que salieron de madre, y hicieron muy graves daños; en particular Guadalquivir subió con su grande creciente sobre los adarves de Sevilla, y el agua llegó hasta la iglesia de San Miguel, y la puerta que llaman de las Atarazanas: cosa de grandísimo espanto y peligro no menor. La buena diligencia del que á la sazon regia aquella ciudad por nombre Alonso Perez, ayudó mucho para reparar el daño, ca de dia ni de noche no descuidaba en hacer todos los reparos que podia, calafetear las puertas, y reparar de los muros las partes mas flacas, sin cesar hasta tanto que aquella tempestad amansó.

La santa iglesia de Toledo despues de la muerte de don Pedro Tenorio se estaba vacante: la discordia entre los papas era ocasion deste y semejantes daños que resultaban en el reino, porque de tal suerte quitó á Castilla la obediencia á Benedicto, que no la dió á su competidor: miserable estado, cual se puede pensar, cuando en el gobierno falta la cabeza y el gobernalle. Considerados estos inconvenientes, se juntaron córtes del reino en Valladolid para acordar sobre este punto lo que se debia hacer. Acudió el de Aragon por medio de sus embajadores en favor de Benedicto, como se dijo de suso; el cual á los doce de marzo se salió en hábito disfrazado por el Rhódano abajo de Aviñon en que le tuvieron los cardenales como preso por espacio de dos años.

La grande diligencia del rey de Aragon en su favor fue tal y de tal suerte que finalmente á los veinte y ocho de abril le volvieron á reconocer dentro en Castilla con ceremonia y auto muy solemne: estaban presentes el rey y los grandes, ricos hombres y prelados. Lo mismo se hizo dentro en Francia á los veinte y seis de mayo: acuerdo que debió ser arrebatado, pues no duró mucho tiempo. Todavía el papa Benedicto en virtud deste reconocimiento y homenaje, y con beneplácito del rey proveyó la iglesia de Toledo, como lo deseaba dos años atrás, á los veinte del mes de julio en la persona de don Pedro de Luna su sobrino, hijo de su hermano Juan Martinez de Luna señor de Illueca y Gotor. (1). Hermanos de don Pedro fueron Alvaro de Luna padre del condestable don Alvaro, Rodrigo de Luna prior de San Juan, Juan Martinez de Luna. Destos el primero fue copero, y el tercero camarero del rey don Enrique el Tercero de Castilla que les hizo mercedes, en especial á Alvaro de Luna dió á Cañete, Jubera y Cornago. Verdad es que don Pedro se entretuvo algun tiempo en Aragon por negocios y dificultades que se ofrecen de ordinario.

Hallábase el papa Benedicto en Sellon, pueblo de la Provenza, retirado por causa de la peste que picaba por aquellas partes todavía. Allí falleció el cardenal de Pamplona Martin de Salva: proveyó el papa aquella iglesia en la persona de Miguel de Salva sobrino del difunto, y poco despues le dió el capelo así por sus méritos, que fue insigne jurista, como á contemplacion de su tio, que siempre estuvo con él y le acompañó en todos sus trabajos en el mismo tiempo que los demás cardenales de su obediencia le desampararon y se le mostraron contrarios. Falleció otrosí en su estado Mateo conde de Fox, pretensor del reino de Aragon: intento que de todo punto cesó por no dejar sucesion, y porque su mujer doña Juana se concertó con el rey su tio por medio de Jaime Escrivá. Señaláronle tres mil florines en cada un año para sus alimentos: pequeña recompensa de un reino que al parecer de muchos sin razon le quitaron, mas es forzoso á las veces rendirse á la necesidad, que de ordinario tiene mayores fuerzas que la justicia y la razon. Tomado este asiento, dejó á Francia, y se volvió á su tierra para pasar en ella su viudez y vida.

CAPITULO XII.

Que nació un hijo al rey de Castilla.

GOZABA España de una muy grande paz y sosiego (2) á causa que las alteraciones de dentro calmaban, y los enemigos de fuera no se movian ni inquietaban por hallarse todos cansados con las guerras y diferencias pasadas que mucho duraron. Solo el rey de Navarra se hallaba desgustado por verse despojado de los grandes estados que tenia en Francia, de Evreux, de Campaña y de Bria. Y dado que sobre este punto andaban embajadas y se hacia muy grande instancia, todavía no se alcanzaba cosa alguna; y aun él mismo por dos veces fue á Francia sobre lo mismo, pero en balde. La pretension era muy importante, y claro el agravio que le hacian; acordó pues tercera vez de probar ventura por si pudiese alcanzar de su primo el rey de Francia y de sus grandes con presentes y caricias lo que la razon y la honestidad no habia podido alcanzar.

Encomendó el gobierno del reino á su mujer: con esta resolucion se partió para Francia, y llegado á aquella córte, trató su negocio con todas las veras y por todos los caminos que le parecieron á propósito para salir con la demanda: gastáronse muchas demandas y respuestas; finalmente se tomó por postrera resolucion que el de Navarra se apartase de aquella pretension, y sacase de Chirebourg que todavía se tenia por él, los soldados que allí tenia de su guarnicion, y que en recompensa le diesen á Nemurs ciudad de la Gallia Céltica con título de duque: trueque á la verdad muy desigual, y muy baja recompensa de estados tan principales y grandes como renunciaba. Verdad es que le añadieron en las condiciones del concierto una pension de doce mil francos en cada

(1) No fue con beneplácito del rey, pues por una cédula dada en Segovia á 18 de febrero de 1404, el rey mandó que no se diese título de arzobispo de Toledo ni de electo á don Pedro de Luna, sobrino del papa, ni se le acudiese con diezmos, rentas, frutos, ni cualesquiera otros proventos, si no es que se depositase todo á fin de que sirviese para apagar el scisma, y restablecer la paz en la Iglesia universal: que no se confiriesen las dignidades y beneficios eclesiásticos sino en los naturales del reino y no á los extranjeros, siéndolo don Pedro de Luna, pues era aragonés y de poca edad, *en perjuicio y menosprecio mio*, dice el rey, *y abajamiento de mis naturales*. Y por otra cédula espedida en Tordesillas en 15 de marzo con acuerdo y parecer de los diputados de las córtes, de los duques, condes, ricos hombres, de su consejo, prelados, cabildos, universidades y clerecía de sus reinos, se mandó que proveyesen las piezas eclesiásticas por aquellos á quienes perteneciese, con el fin de acelerar cuanto antes la union de la Iglesia haciendo cesar el scisma.

(2) Por este tiempo instituyó el infante don Fernando en Medina del Campo el dia de la Asuncion la órden militar de la Jarra en honor de la Madre de Dios, y armó caballeros á sus hijos y varios nobles de su mesnada en la iglesia de la misma villa.

un año además de una gran suma de dinero que para acallarle de presente le contaron. Pasó todo esto en París á nueve de junio del año que se contaba de 1404. Dícese que de aquel dinero labró este rey don Carlos en Olite y en Tafalla villas de Navarra, distantes entre sí por espacio de una legua, sendos palacios de real magnificencia, muy hermosos, y de habitacion muy cómoda, ca era este príncipe muy entendido no solo en las cosas de la paz y de la guerra, sino asimismo en las que sirven para curiosidad y entretenimiento. Decian otrosí que si la muerte no atajara sus trazas, pretendia juntar aquellos dos pueblos con un pórtico ó portal continuado y tirado desde el uno hasta el otro.

Los reyes de Castilla y de Granada á porfía se presentaban entre sí ricos y hermosos dones, que parecia cada cual se pretendia adelantar en todo género de cortesía. A los moros venia bien aquella amistad por sus pocas fuerzas y su estado, que no era grande: al rey de Castilla por su continua indisposicion le era forzoso atender mas á conservarse que á quitar á otros lo suyo. En particular el rey moro envió al de Castilla un presente muy rico de oro y de plata, piedras preciosas y adobos de vestidos muy hermosos, y para que la cortesía pareciese mayor, lo envió todo con una de sus mujeres; que los moros segun su posibilidad cada cual acostumbra á tener muchas, en especial los reyes: que es la causa de estimallas de ordinario en poco por repartirse la aficion entre tantas. Las obras finalmente eran tales y las muestras de amor que bastaran á ligallos y hermanallos por mucho tiempo, si pegara bien la amistad y fuese durable entre los que se diferencian en la creencia y religion: así poco adelante se rompió la guerra entre estos dos reyes, como se verá en su lugar.

En Roma falleció el papa Bonifacio Nono á primero de octubre. Juntáronse sus cardenales en cónclave, y con toda priesa nombraron por sucesor del difunto al cardenal Cosmato Meliorato natural de Sulmona, ciudad del Abruzo en el reino de Nápoles á los diez y siete del mismo mes. Llamóse Inocencio Séptimo: su pontificado fue breve, de solos dos años y veinte dias. Acometieron de nuevo con esta ocasion los príncipes á concertar los papas y unir la iglesia. Usaron de las diligencias posibles, pero todo su trabajo fue en vano. Alegaban las partes que no hallaban lugar seguro en que juntarse. Todo era color y hacer dél juego maña para entretener la gente y engañar en grave perjuicio de toda la Iglesia. En especial el papa Benedicto, como mas artero y duro, por ningun camino se doblegaba, si bien desamparado de la mayor parte de sus amigos y valedores andaba de una parte á otra sin hallar lugar que le contentase, ni persona alguna de quien fiarse: tan sospechosos le eran los de su casa como los estraños.

Bien es verdad que muchas personas señaladas por su doctrina y santa vida defendian su partido y le seguian; entre otros fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia su patria, y de su órden de Santo Domingo por el buen olor que de sí daba, y el gran fruto que hizo en todas las partes en que predicó la palabra de Dios, que fueron muchas, como trompeta del Espíritu Santo y gran ministro del Evangelio. Averiguóse que las naciones estrañas le entendian, si bien predicaba en su lengua vulgar, los italianos, los franceses, los castellanos: gracia singular, y despues de los apóstoles á él solo concedida. Los milagros que obraba y con que acreditaba su doctrina, eran muy ordinarios: daba vista á los ciegos, sanaba cojos, mancos, enfermos, y aun resucitaba los muertos. Todo lo hace mas creible lo que se dice de la innumerable muchedumbre de gente que por su medio salió de las profundas tinieblas de vicios y de ignorancia en que estaban. De los viciosos que convirtió, no diré nada; en sola España por su predicacion se bautizaron ocho mil moros y treinta y cinco mil judíos: cosa maravillosa; en particular en el obispado de Palencia se hicieron cristianos casi todos los judios: que por ser hacendados, y en favor del bautismo quedar libres de diezmos y otros pechos y derramas, las rentas del obispo don Sancho de Rojas que á la sazon lo era de aquella ciudad, se adelgazaron de suerte que le fue necesario hacer recurso al rey, y ganar un privilegio real que hoy se muestra, en que le conceda para recompensa de aquel daño cierta cantia de maravedís de las rentas reales.

La alegría que por esta causa resultaba en todo el reino, se aumentó con el parto de la reina que en Toro en el monasterio de San Francisco, viernes á los seis de marzo del año de 1405, parió un infante que se llamó del nombre de su abuelo, el príncipe don Juan: el gozo de todos fue tanto mayor cuanto mas desconfiados estaban por la dilacion, y la poca salud del rey. Hiciéronse fiestas y regocijos por todas las partes. Los príncipes estraños enviaron sus embajadas para congratularse por el nacimiento del infante. La reina otrosí alcanzó del rey con esta ocasion de su parto que perdonase é hiciese merced á don Pedro de Castilla su primo niño de poca edad. Don Juan su padre hijo del rey don Pedro falleció poco antes deste tiempo en la prision en que le tenian en el castillo de Soria.

De su mujer doña Elvira, hija del mismo alcaide Beltran Eril, dejó dos hijos, don Pedro y doña Costanza: la hija vino á las manos del rey, y por su órden hizo profesion en Santo Domingo el real monasterio de Madrid. Don Pedro se huyó; que le pretendian poner en prision. La culpa del padre y de los hijos no era otra sino tener el uno por padre y los otros por abuelo aquel príncipe desgraciado; que muchas cosas hacen los reyes para su seguridad, que parecen exhorbitantes. Compadecióse la reina de aquel mozo: mandóle poner tras de las cortinas de la cama. Venida la ocasion que el rey entró á visitalla, le suplicó por el perdon: otorgó el rey con su demanda; que no era justo en aquella sazon negalle cosa alguna. Sacáronle á la hora vestido de clérigo para que le besase la mano: dióSela con amoroso semblante, y para que se sustentase en los estudios, le proveyó del arcedianato de Alarcon. Adelante le promovieron al obispado de Osma, y finalmente al de Palencia. Suplió la nobleza sus faltas; en particular tuvo poca cuenta con la honestidad. De dos mujeres la una Isabel, de nacion inglesa, y la otra María Bernarda dejo muchos hijos; cuatro varones, don Alonso, don Luis, don Sancho y don Pedro, y otras tantas hembras, doña Aldonza, doña Isabel, doña Catalina, doña Costanza. Destos y principalmente de don Alonso que tuvo siete hijos de legítimo matrimonio, desciende la casa y linaje de Castilla, asaz estendida y grande, aunque no de mucha renta ni estado. En Guadalajara falleció don Diego Hurtado de Mendoza almirante del mar. Sucediéronle en sus estados y tierras Iñigo Lopez de Mendoza su hijo, que adelante fue el primer marqués de Santillana, en el oficio de almirante don Alonso Enriquez hermano menor de don Pedro conde de Trastamara, ambos nietos de don Fadrique maestre de Santiago.

CAPITULO XIII.

De la guerrra que se hizo contra moros.

El reino de Aragon por este tiempo andaba alborotado, y mas Zaragoza, por causa de los bandos y parcialidades, cuyas cabezas eran, de la una Martin Lopez de Lanuza, de la otra Pedro Cerdan, hombres poderosos en rentas y vasallos. En Valencia asimismo prevalecian otros dos bandos, el de los Soleres, y el de los Centellas. Trababan á cada paso pasion entre sí y riñas: matábanse y robábanse las hacien-

das sin que la justicia les pudiese ir á la mano. Juntó el rey córtes en Maella villa de Aragon á propósito de asentar el gobierno, y apaciguar las alteraciones que ponian á todos en cuidado. En aquellas córtes se establecieron leyes muy buenas, unas para acudir á los inconvenientes presentes, otras que se guardasen, siempre enderezadas todas al bien y pro comun. Ordenóse demás desto que el rey don Martin de Sicilia lo mas presto que fuese posible, viniese á España para que se acostumbrase á guardar los fueros de Aragon y no quisiese adelante atropellar sus libertades, y gobernar aquel reino á fuer de los demás á su albedrío y voluntad.

Sabida él esta determinacion, la voluntad del rey su padre y de todo el reino, aprestado que hobo una armada, se hizo á la vela en Trapana ciudad de Sicilia: de camino saltó en tierra en Niza ciudad del Piamonte para visitar y hacer homenaje al papa Benedicto que á la sazon se hallaba en aquellas partes con voz de querer dar corte con su competidor en aquellas diferencias y debates tan reñidos. Hallóse presente acaso ó de propósito á la habla Luis duque de Aujou, que se llama rey de Nápoles, y por el derecho de su mujer pretendia el reino de Aragon; mas por medio del pontífice se concertaron y apaciguaron. Despedida esta habla se tornó á embarcar el rey de Sicilia, y á los tres de abril finalmente surgió en la playa de Barcelona. Por su venida hicieron fiestas por todo el reino, que pensaban serian por largo tiempo, mas engañóles su esperanza, porque con color que los de aquella isla no sosegaban del todo y que de nuevo don Bernardo de Cabrera con ocasion de su ausencia se tomaba mas autoridad y mano en el gobierno de lo que era razon, dejando las cosas medio compuestas en Aragon, á los seis de agosto en la misma armada en que vino, se embarcó en Barcelona y pasó en Sicilia.

Con su llegada mandó luego á don Bernardo de Cabrera salir de palacio, y poco despues de toda la isla, con órden de presentarse delante de su padre el rey de Aragon para descargarse de las culpas que le achacaban. Hizo él lo que le fue mandado, y partió para España en sazon que por el principio del mes de noviembre llegaron á Barcelona cuatro estátuas de plata vaciadas, y sinceladas, y sembradas de pedrería que envió el papa Benedicto para que pusiesen en ella las reliquias que en Zaragoza tenian de los santos mártires Valerio, Vincencio, Laurencio, Engracia, para sacallas con esta pompa en las procesiones mas solemnes y generales. En Castilla se continuaba la conversion de los judíos, y aun para domenar á los obstinados y duros se ordenó de nuevo entre otras cosas que los judíos no pudiesen dar á logro, cosa entre ellos muy usada; y que para ser conocidos trajesen sobre el hombro derecho por señal un redondo de paño rojo como tres dedos de ancho. Lo mismo tres años adelante se ordenó de los moros, que trajesen otro redondo algo mayor de paño azul en forma de luna menguada; y lo que es mas, veinte y cinco años antes deste en que vamos, estableció el rey don Juan el Primero en las córtes que se hicieron en Soria, que las mancebas de los clérigos se distinguiesen de las mujeres honestas por un prendero de paño bermejo, tan ancho como los tres dedos, que les mandó traer sobre el tocado para que fuesen conocidas: leyes muy buenas, pèro que no sé yo si en algun tiempo se guardaron.

Lo que toca á los judíos, el tiempo presente se pidió por el reino en las córtes que los meses pasados para jurar al príncipe don Juan recien nacido se juntaron en Valladolid, y el rey lo otorgó por una ley que publicó en esta razon en la villa de Madrid á los veinte y un dias del mes de diciembre; ca habia pasado á aquellas partes para proveer á la guerra de Granada que entonces pensaba hacer de propósito, á causa que aquel rey sin embargo de los conciertos y amistad hechos, se apoderó por fuerza de la villa de Ayamonte, puesta á la boca del rio Guadiana por la parte que desagua en el mar y la quitó á Alvaro de Guzman, cuya era; demás que no queria pagar el tributo, y las parias que conforme á los conciertos pasados debia pagar en todo un año. Todavía antes de venir á rompimiento intentó el rey de Castilla si le podia poner en razon con una embajada que le envió para ver si podria con aquello requerille de paz, y que no diese lugar á aquellas novedades y demasías.

El Moro orgulloso por lo hecho, y por pensar que aquella embajada procedia de algun temor y flaqueza, no solo no quiso hacer emienda de lo pasado, antes por principio del año 1406 envió un grade golpe de gente para que rompiesen por la parte del territorio de Baeza, como lo hicieron con muy grave daño de todo aquella comarca. Saliéronles al encuentro Pedro Manrique frontero en aquella parte, Diego de Benavides y Martin Sanchez de Rojas con toda la demás gente que pudieron en aquel aprieto apellidar. Alcanzaron á los enemigos, que era muy grande cabalgada: llegaban muy cerca de la villa de Quesada. Pelearon con igual esfuerzo sin reconocer ventaja ninguna hasta que cerró la noche y la escuridad tan grande los despartió. Los cristianos juntos y cerrados rompieron por medio de los enemigos para procurar mejorarse de lugar en un peñol que cerca cae, que fue señal de flaqueza: demás que en la pelea perdieran mucha gente, y entre ellos personas de mucha cuenta, y en particular Martin Sanchez de Rojas, y Alonso Dávalos, el mariscal Juan de Herrera y Garci Alvarez Osorio, en que si bien vendieron caramente sus vidas, quedaron tendidos en el campo. Esta batalla llaman la de los Collejares.

El rey don Enrique sin embargo de su poca salud no se descuidaba en velar y mirar por todo. En Madrid do estaba, convocó córtes para la ciudad de Toledo: queria con acuerdo del reino proveer de todo lo necesario para aquella guerra, que cuidaban seria muy larga. El de Navarra concluidas ya las cosas en Francia de la manera que de suso queda dicho, al dar la vuelta pasó por Narbona, dende atravesó á Cataluña, y en Lérida por el mes de marzo se vió con el de Aragon, que le festejó en aquella ciudad y en Zaragoza magníficamente, como lo pedia la razon. Llegó finalmente á Pamplona, y en aquella ciudad celebró el casamiento que de tiempo atrás tenia concertado, de su hija doña Beatriz, menor que doña Blanca, con Jaques de Borbon conde de la Marca, personas en quien la nobleza, gentil disposicion y destreza en las armas corrian á las parejas. Hiciéronse las bodas á los catorce de setiembre, en el cual mes junto al castillo de Monaco en la costa de Génova falleció de peste Miguel de Salva cardenal de Pamplona, que andaba en compañía del papa Benedicto: infeccion de que por aquella comarca pereció mucha gente. Sepultaron su cuerpo en el monasterio de San Francisco de Niza: sucedióle en el obispado de Pamplona que vacó por su muerte Lancelote de Navarra, en sazon que cansada Francia de las largas del papa Benedicto en renunciar como le pedian, y unir la Iglesia, de nuevo le tornaron á negar la obediencia y apartarse de su devocion.

CAPITULO XIV.

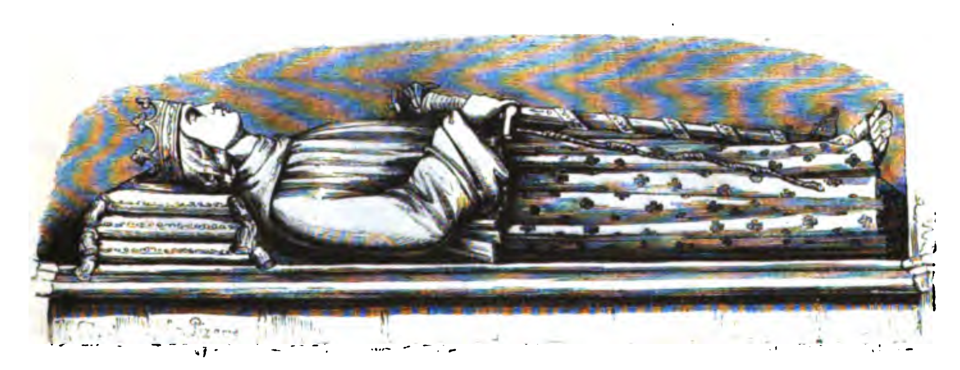
De la muerte del rey don Enrique.

Teníanse córtes de Castilla en Toledo, que fueron muy señaladas por el concurso grande que de todos los estados acudieron, por la importancia de los negocios que en ellas se trataron, y mucho mas por la muerte que en aquella sazon y ciudad sobrevino al rey. Halláronse en ellas don Juan obispo de Sigüenza

en su nombre, y como gobernador sede vacante del arzobispado de Toledo, que el electo don Pedro de Luna aun no era venido á aquella iglesia; don Sancho de Rojas obispo de Palencia, don Pablo obispo de Cartagena, don Fadrique conde de Trastamara, don Enrique de Villena maestre de Calatrava dos años habia por muerte de Gonzalo Nuñez de Guzman, don Ruy Lopez Dávalos condestable, Juan de Velasco, Diego Lopez de Zúñiga, y otros señores y ricos hombres. Luego al principio destas córtes se le agravó al rey la dolencia de guisa que no pudo asistir. Presidió en su lugar su hermano el infante don Fernando: las necesidades apretaban, y la falta de dinero para hacer la guerra á los moros y enfrenar su osadía. Tratóse ante todas cosas que el reino sirviese con alguna buena suma, tal que pudiesen asoldar catorce mil de á caballo, cincuenta mil peones, armar treinta galeras y cincuenta naves: aprestar y llevar seis tiros gruesos, que nuestros coronistas llaman lombardas, creo de Lombardía de do vinieron primero á España, ó porque allí se inventaron, cien tiros menores con los demás pertrechos y municiones y almacen; que todo esto y no menos cuidaban seria necesario para de una vez acabar con la morisma de España, como todos deseaban.

Los procuradores del reino llevaban mal que se recogiese del pueblo tan gran suma de dinero como era menester para juntar tantas fuerzas, por estar todos muy gastados con las imposiciones pasadas; mayormente que los obispos no venian en que alguna parte de aquel servicio se echase sobre los eclesiásticos. Hobo demandas y respuestas y dilaciones, como es ordinario; finalmente acordaron que de presente sirviesen para aquella guerra con un millon de oro, gran suma para aquellos tiempos, en especial que se puso por condicion, si no fuese bastante aquella cantidad, que se pudiesen hacer nuevas derramas sin consulta ni determinacion de córtes: tan grande era el deseo que todos tenian de ver acabada aquella guerra. El sueldo que en aquella sazon se daba á un hombre de á caballo, era por cada dia veinte maravedís, y al peon la mitad. La buena diligencia del infante don Fernando y su buena traza hizo que se allanasen todas las dificultades. Llegó en esto nueva que en Roma falleció el papa Inocencio á los seis de noviembre, y que los cardenales á gran priesa pusieron en su lugar al cardenal Angelo Corario ciudadano de Venecia á los treinta del mismo mes, que se llamó en el pontificado Gregorio Duodécimo. Asimismo en el mayor calor de las córtes falleció el rey don Enrique en la misma ciudad de Toledo á veinte y cinco de diciembre, principio del año del señor de 1407. Tenia veinte y siete años de edad: dellos reinó los diez y seis, dos meses y veinte y un dias. Dejó en la reina su mujer al príncipe don Juan, y á las infantas doña María y doña Catalina que le naciera poco antes. Sepultáronle con el hábito de San Francisco en la su capilla real de Toledo. El sentimiento de los vasallos fue grande, y las lágrimas muy verdaderas. Veíanse privados de un príncipe de valor en lo mejor de su edad, y el reino, como nave sin piloto y sin gobernalle, espuesto á las olas y tempestades que en semejantes tiempos se suelen levantar. Fue este príncipe apacible de condicion, afable y liberal, de rostro bien proporcionado y agraciado, mayormente antes que la dolencia le desfigurase, bien hablado y elocuente, y que en todas las cosas que hacia y decia, se sabia aprovechar de la maña y del artificio. Despachaba sus embajadores á los príncipes cristianos y moros, á los de cerca y á los de lejos, con intento de informarse de sus cosas, y de todo recoger prudencia para el buen gobierno de su reino y de su casa, y para saber en todo representar magestad, á que era muy inclinado.

Del valor de su ánimo y de su prudencia dió bastante testimonio un famoso hecho suyo, y una resolucion notable. Al principio que se encargó del gobierno, gustaba de residir en Burgos. Entreteníase en la caza de codornices, á que era mas dado que á otro género de montería ó volatería: Avino que cierto dia volvió del campo cansado algo tarde. No le tenian cosa alguna aprestada para su yantar. Preguntada la causa, respondió el despensero que no solo le faltaba el dinero, mas aun el crédito para mercar lo necesario. Maravillóse el rey desta respuesta; disimuló empero con mandalle por entonces que sobre un gaban suyo mercase un poco de carnero con que y las co-



Estátua yacente del sepulcro de D. Enrique III, *el Doliente*.

dornices que él traia, le aderezasen la comida. Sirvióle el mismo despensero á la mesa, quitada la capa en lugar de los pajes. En tanto que comia, se movieron diversas pláticas. Una fue decir que muy de otra manera se trataban los grandes, y mucho mas se regalaban. Era así que el arzobispo de Toledo, el duque de Benavente, el conde de Trastamara, don Enrique de Villena, el conde de Medinaceli, Juan de Velasco, Alonso de Guzman, y otros señores y ricos hombres deste jaez se juntaban de ordinario en convites que se hacian unos á otros como en turno. Avino que aquel mismo dia todos estaban convidados para cenar con el arzobispo, que hacia tabla á los demás.

Llegada la noche, el rey disfrazado se fue á ver lo que pasaba, los platos muchos en número, y muy regalados los vinos, la abundancia en todo. Notó cada cosa con atencion, y las pláticas mas en particular que sobre mesa tuvieron, en que por no recelarse de nadie cada uno relató las rentas que tenia de su casa, y las pensiones que de las rentas reales llevaba. Aumentóse con esto la indignacion del rey que los escuchaba, determinó tomar emienda de aquellos desórdenes: para esto el dia siguiente luego por la mañana hizo corriese la voz por la córte de que estaba muy do-

liente y queria otorgar su testamento. Acudieron á la hora todos estos señores al castillo en que el rey posaba. Tenia dada órden que como viniesen los grandes, hiciesen salir fuera los criados y sus acompañamientos. Hízose todo así como lo tenia ordenado. Esperaron los grandes en una sala por gran espacio todos juntos.

A medio dia entró el rey armado y desnuda la espada. Todos quedaron atóuitos sin saber lo que queria decir aquella representacion, ni en qué pararia el disfraz. Levantáronse en pié, el rey se asentó en su silla y sitial con talante (á lo que parecia) sañudo. Volvióse al arzobispo: preguntóle cuantos son los reyes que habeis conocido en Castilla? la misma pregunta hizo por su órden á cada cual de los otros. Unos respondieron: yo conocí tres, yo cuatro, el que mas dijo cinco. Como puede ser esto (replicó el rey) pues yo de la edad que soy, he conocido no menos que veinte reyes? Maravillados todos de lo que decia, añadió: Vosotros todos, vosotros sois los reyes en grave daño del reino: mengua y afrenta nuestra; pero yo haré que el reinado no dure mucho, ni pase adelante



D. Juan II.

la burla que de nos haceis. Junto con esto en alta voz llama los ministros de justicia con los instrumentos que en tal caso se requieren, y seiscientos soldados que de secreto tenia apercebidos. Quedaron atónitos los presentes: el de Toledo como persona de gran corazon, puestos los hinojos en tierra y con lágrimas pidió perdon al rey de lo en que errado le habia: lo mismo por su ejemplo hicieron los demás: ofrecen la emienda, sus personas y haciendas como su voluntad fuese y su merced.

El rey desque los tuvo muy amedrentados y humildes, de tal manera les perdonó las vidas que no los quiso soltar antes que le rindiesen y entregasen los castillos que tenian á su cargo, y contasen todo el alcance que les hicieron de las rentas reales que cobraron en otro tiempo. Dos meses que se gastaron en asentar y concluir estas cosas, los tuvo en el castillo detenidos. Notable hecho, con que ganó tal reputacion que en ningun tiempo los grandes estuvieron mas rendidos y mansos: el temor les duró por mas tiempo, como suele, que las causas de temer. De severidad semejante usó en Sevilla en las revueltas que

traian el conde de Niebla y Pero Ponce: y aun el castigo fue mayor, que hizo justiciar mil hombres que halló en el caso mas culpados. Benefició las rentas reales por su industria y la del infante su hermano de suerte que grandes sumas se recogian cada un año en sus tesoros, que hacia guardar en el alcázar de Madrid; al cual para mayor seguridad arrimó las torres, que hoy tienen antiguas, pero de buena estofa. Suyo es aquel dicho. «Mas temo las maldiciones del pueblo que las armas de los enemigos.» Asi llegó y dejó grandes tesoros sin pesadumbre; y sin gemido de sus vasallos, solo con tener cuenta y cuidado con sus rentas, y escusar los gastos sin propósito: virtud de las mas importantes de un buen príncipe.

CAPITULO XV.

Que alzaron por rey de Castilla á don Juan el Segundo.

Hecho el enterramiento y las exequias del rey don Enrique con la magnificencia que era razon, y con toda representacion de magestad y tristeza, los grandes se comunicaron para nombrar sucesor, y hacer las ceremonias y homenajes que en tal caso se acostumbran. No eran conformes los pareceres, ni todos hablaban de una misma manera. A muchos parecia cosa dura y peligrosa esperar que un infante de veinte y dos meses tuviese edad competente para encargarse del gobierno. Acordábanse de la minoridad de los reyes pasados, y de los males que por esta causa se padecieron por todo aquel tiempo. Leyóse en público el testamento del rey difunto, en que disponia y dejaba mandado que la reina su mujer y el infante don Fernando su hermano se encargasen del gobierno del reino y de la tutela del príncipe. A Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco encomendó la crianza y guarda del niño, la enseñanza á don Pablo obispo de Cartagena para que en las letras fuese su maestro, como era ya su canciller mayor hasta tanto que el príncipe fuese de edad de catorce años. Ordenó otrosi que los tres atendiesen solo al cuidado que se les encomendaba, y no se empachasen en el gobierno del reino.

Algunos pretendian que todas estas cosas se debian alterar: alegaban que el testamento se hizo un dia antes de la muerte del rey cuando no estaba muy entero, antes tenia alterada la cabeza y el sentido:



Trajes civiles y militares de esta época segun un retablo gótico de la iglesia de San Pedro de Tarrasa, en Cataluña.

que no era razon por ningun respeto dejar el reino espuesto á las tempestades que forzosamente por estas causas se levantarian. Desto se hablaba en secreto, desto en público, en las plazas y corrillos. Verdad es que ninguno se adelantaba á declarar la traza que se debia tener para evitar aquellos inconvenientes: todos estaban á la mira, ninguno se queria aventurar á ser el primero. Todos ponian mala voz en el testamento y lo dispuesto en él; pero cada cual asimismo temia de ponerse á riesgo de perderse, si se declaraba mucho. Ofreciaseles que el infante don Fernando los podria sacar de la congoja en que se hallaban y de la cuita, si se quisiese encargar del reino, mas recelábanse que no vendria en esto por ser de su natural templado, manso y de gran modestia: virtudes que cada cual les daba el nombre que le parecia, quién de miedo, quién de flojedad, quién de corazon estrecho, finalmente de los vicios que mas á ellas se semejan. La ausencia de la reina, y ser mujer y extranjera, daba ocasion á estas pláticas. Entreteníase á la sazon en Segovia con sus hijos, cubierta de luto y de tristeza así por la muerte de su marido, como por el recelo que tenia en qué pararian aquellas cosas que se removian en Toledo.

Los grandes, comunicado el negocio entre sí, al fin determinaron dar un tiento al infante don Fernando. Tomó la mano don Ruy Lopez Dávalos por la autoridad que tenia de condestable, y por estar mas declarado que ninguno de los otros. Pasaron en secreto muchas razones primero, despues en presencia de otros de su opinion le hizo para animalle, que se mostraba muy tibio, un razonamiento muy pensado desta sustancia: «Nos, Señor, os convidamos con »la corona de vuestros padres y abuelos: resolucion »cumplidera para el reino, honrosa para vos, salu»dable para todos. Para que la oferta salga cierta, nin»guna otra cosa falta sino vuestro consentimiento: »ninguno será tan osado que haga contradiccion á lo »que tales personajes acordaron. No hay en nuestras »palabras engaño ni lisonja. Subir á la cumbre del »mando y del señorio por malos caminos es cosa fea; »mas desamparar el reino, que de su voluntad se os »ofrece, y se recoge al amparo de vuestra sombra en »el peligro, mirad no parezca flojedad y cobardia. La

»naturaleza de la potestad real y su orígen enseñan »bastantemente que el cetro se puede quitar á uno y »dar á otro conforme á las necesidades que ocurren. »Al principio del mundo vivian los hombres derra»mados por los campos á manera de fieras, no se jun»taban en ciudades ni en pueblos; solamente cada »cual de las familias reconocia y acataba al que entre »todos se aventajaba en la edad y en la prudencia. »El riesgo que todos corrian de ser oprimidos de los »mas poderosos, y las contiendas que resultaban con »los estraños, y aun entre los mismos parientes, fue»ron ocasion que se juntasen unos con otros, y para »mayor seguridad se sujetasen y tomasen por cabeza »al que entendian con su valor y prudencia los podria »amparar y defender de cualquier agravio y demasia. »Este fue el orígen que tuvieron los pueblos; este el »principio de la magestad real, la cual por entonces »no se alcanzaba por negociaciones ni sobornos; la »templanza, la virtud y la inocencia prevalecian. Asi»mismo no pasaba por herencia de padres á hijos: por »voluntad de todos y de entre todos se escogia el que »debia suceder al que moria. El demasiado poder de »los reyes hizo que heredasen las coronas los hijos, »á veces de pequeña edad, de malas y dañadas cos»tumbres. Qué cosa puede ser mas perjudicial que »entregar á ciegas y sin prudencia al hijo, sea al que »fuere, los tesoros, las armas, las provincias? y lo »que se debia á la virtud y méritos de la vida, dallo al »que ninguna muestra ha dado de tener bastantes »prendas? No quiero alargarme mas en esto, ni va»lerme de ejemplos antiguos para prueba de lo que »digo. Todavia es averiguado que por la muerte del »rey don Enrique el Primero sucedió en esta corona, »no doña Blanca su hermana mayor que casara en »Francia, sino doña Berenguela: acuerdo muy acer»tado, como lo mostró la santidad y perpetua felicidad »de don Fernando su hijo. El hijo menor del rey don »Alonso el Sabio la ganó á los hijos de su hermano »mayor el infante don Fernando, porque con sus bue»nas partes daba muestras de príncipe valeroso. ¿Pa»ra qué son cosas antiguas? Vuestro abuelo el rey don »Enrique quitó el reino á su hermano, y privó á las hijas »de la herencia de su padre: que si no se pudo hacer, se»rá forzoso confesar que los reyes pasados no tuvieron »justo título. Los años pasados en Portugal el maes»tre de Avis se apoderó de aquel reino, si con razon, »si tiránicamente, no es deste lugar apurallo: lo que »se sabe es que hasta hoy le ha conservado y mante»nídose en él contra todo el poder de Castilla. De »menos tiempo acá dos hijas del rey don Juan de Ara»gon perdieron la corona de su padre, que se dió á don »Martin hermano del difunto, si bien se hallaba au»sente y ocupado en allanar á Sicilia; que siempre se »tuvo por justo mudase la comunidad y el pueblo con»forme á la necesidad que ocurriese, lo que ella mis»ma estableció, por el bien comun de todos. Si con»vidáramos con el mando á alguna persona estraña, »sin nobleza, sin partes, pudiérase reprehender nues»tro acuerdo. ¿Quién tendrá por mal que queramos »por rey un príncipe de la alcuña real de Castilla, y »que en vida de su hermano tenia en su mano el go»bierno? Mirad pues no se atribuya antes á mal no »hacer caso ni responder á la voluntad que grandes »y pequeños os muestran, y por escusar el trabajo y »la carga desamparar á la patria comun, que de verdad »tendidas las manos se mete debajo las alas y se aco»ge al abrigo de vuestro amparo en el aprieto en que »se halla. Esto es finalmente lo que todos suplicamos; »que encargaros useis en el gobierno destos reinos »de la templanza á vos acostumbrada y debida, no »será necesario.»

Despues destas razones los demás grandes que presentes estaban, se adelantaron cada cual por su parte para suplicalle acceptase. No faltó quien alegase profecías y revelaciones, y pronósticos del cielo en favor de aquella demanda. A todo esto el infante con rostro mesurado y ledo replicó y dijo no era de tanta codicia ser rey que se hobiese de menospreciar la infamia que resultaria contra él de ambicioso é inhumano pues despojaba un niño inocente, y menospreciaba la reina viuda y sola, á cuya defensa toda buena razon le obligaba, demás de las alteraciones y guerras que forzosamente que en el reino sobre el caso se levantarian. Que les agradecia aquella voluntad, y el crédito que mostraban tener de su persona; pero que en ninguna cosa les podia mejor recompensar aquella deuda que en dalles por su rey y señor al hijo de su hermano, su sobrino, por cuyo respeto y por el pro comun de la patria él no se queria escusar de ponerse á cualquier riesgo y fatiga, y encargarse del gobierno segun que el rey su hermano lo dejó dispuesto; solo en ninguna manera se podria persuadir de tomar aquel camino agrio y áspero que le mostraban. Concluido esto, poco despues juntó los señores y prelados en la capilla de don Pedro Tenorio, que está en el claustro de la iglesia Mayor. El condestable don Ruy Lopez por si acaso habia mudado el parecer, le preguntó allí en público á quien queria alzasen por rey. El con semblante demudado respondió en voz alta: ¿A quien sino al hijo de mi hermano? Con esto levantaron los estandartes como es de costumbre por el rey don Juan el Segundo, y los reyes de armas le pregonaron por rey primero en aquella junta, y consiguientemente por las calles y plazas de la ciudad.

Gran crédito ganó de modestia y templanza el infante don Fernando en menospreciar lo que otros por el fuego y por el hierro pretenden. Los mismos que insistieron aceptase el reino, no acababan de engrandecer su lealtad: camino por donde se enderezó á alcanzar otros muy grandes reinos que el cielo por sus virtudes le tenia reservados. Fue la gloria de aquel hecho tanto mas de estimar que su hermano al fin de su vida andaba con él torcido; y no se le mostraba favorable por reportes de gentes que suelen inficionar los príncipes para derribar á los que ellos quieren, y ganar gracias con hallar en otros tachas: demás que naturalmente son sospechosos y odiosos á los que mandan, los que están mas cerca para sucederles en sus estados. Verdad es que poco antes de su muerte vencido de la bondad del infante trocó aquel odio en buena voluntad; y aun vino en que su hija la infanta doña María que podia suceder en el reino, casase con don Alonso hijo mayor del infante: acuerdo muy saludable para los dos hermanos en particular, y en comun para todo el reino.

CAPITULO XVI.

De la guerra de Granada.

Esto pasaba en Castilla á tiempo que en Aragon sucedió la muerte de la reina doña María, que falleció en Villarreal pueblo cerca de Valencia á los veinte y nueve de diciembre con gran sentimiento del rey de Aragon su marido y de toda aquella gente por sus prendas muy aventajadas. Sepultaron su cuerpo con el acompañamiento y honras convenientes en Poblete, sepultura de aquellos reyes. De cuatro hijos que parió, los tres se le murieron en su tierna edad, don Diego, don Juan y doña Margarita: quedó solo don Martin á la sazon rey de Sicilia y que se hallaba embarazado en el gobierno de aquella isla con poco cuidado de su vida y salud por ser mozo, y los muchos peligros á que hacia siempre rostro por ser de gran corazon; de que poco adelante á él sobrevino la muerte, y con ella á los suyos muy grandes adversidades.

El infante don Fernando compuestas las cosas en Toledo, y hechas las exequias de su hermano, á primero de enero se partió para Segovia con intento de verse con la reina que allí estaba, y con su acuerdo dar órden y traza en todo lo que pertenecia al buen

gobierno del reino. Para que todo se hiciese con mas autoridad y con mas acierto dió órden que en aquella ciudad se juntasen (como se juntaron) córtes generales del reino, á que acudieron los prelados y señores, y procuradores de las ciudades. Tratáronse diversas cosas en estas córtes; en particular la crianza del nuevo rey se encargó á la reina por instancia que sobre ello hizo, mudado en esta parte el testamento del rey don Enrique. En recompensa del cargo que les quitaban, dieron á Juan de Velasco y á Diego Lopez de Zúñiga cada seis mil florines, pequeño precio y satisfaccion: mas érales forzoso conformarse con el tiempo, y no seguro contradecir á la voluntad de la reina y del infante que tenian en su mano el gobierno.

Tratóse otrosí de la guerra que pensaban hacer á Granada, tanto con mayor voluntad de todos, que por el mes de febrero los cristianos entraron en tierra de moros por la parte de Murcia. Pusiéronse sobre Vera; mas no la pudieron forzar porque vinieron sin escalas, y sin los demás ingenios á propósito de batir las murallas, y por la nueva que les vino de un buen número de moros que venian en socorro de los cercados: Alzado pues el cerco, fueron en su busca, y cerca de Jujena pelearon con ellos con tal denuedo que los vencieron y desbarataron. La matanza no fue grande por tener los vencidos la acogida cerca. Todavía tomaron y saquearon aquel pueblo, efecto de mas reputacion que provecho, por quedar el castillo en poder de moros. Los caudillos principales desta empresa fueron el mariscal Fernando de Herrera, Juan Fajardo, Eernando de Calvillo con otros nobles caballeros. Sonó mucho esta victoria, tanto que los que se hallaban en las córtes, alentados con tan buen principio, que les parecia pronóstico de lo demás de aquella guerra, otorgaron de voluntad toda la cantía de maravedís que para los gastos y el sueldo les pidieron por parte de la reina y del infante.

Nombraron por general como era razon al mismo infante don Fernando, entre el cual y la reina comenzaron cosquillas y sospechas No faltaban hombres malos, de que siempre hay copia asaz en las casas reales, que atizaban el fuego: decian que algun dia don Fernando daria en que entender á la reina y sus hijos. Muchos cargaban á una mujer por nombre Leonor Lopez, que terciaba mal entre los dos, y tenia mas cabida con la reina de lo que sufria la magestad de la casa real, y el buen gobierno del reino. Los disgustos iban adelante: dieron traza que se dividiese el gobierno, de guisa que la reina se encargó de lo de Castilla la Vieja don Fernando de la Nueva con algunos pueblos de la Vieja. Tomado este acuerdo, el infante envió su mujer y hijos á Medina del Campo, y él se partió de Segovia para Villareal con intento de esperar allí las gentes que por todas partes se alistaban para aquella guerra, las municiones y vituallas.

En este medio los capitanes que estaban por las fronteras, no cesaban de hacer cabalgadas en tierra de los moros, talar los campos, robar los ganados, cautivar gente, saquear los pueblos: á veces tambien volvian con las manos en la cabeza, que tal es la condicion de la guerra. Un cierto moro, de secreto aficionado á nuestra religion, se pasó á tierra de cristianos, y llevado á la presencia del maestre de Santiago don Lorenzo Suarez de Figueroa que se ocupaba en aquella guerra, y estaba en Ecija por frontero, le habló en esta manera: «Bien entiendo cuan aborrecido »es de todos el nombre de forajido; sin embargo me »aventuré á seguir vuestro partido, movido del cielo: »toque poderoso, contra el cual ninguna resistencia »basta. No pido que aprobeis mi venida y mi resolu»cion, ni la condeneis tampoco, sino que esteis á la »mira de los efectos que viéredes. Lo primero os ruego »que me hagais bautizar, que el tiempo muy en bre»ve dará clara muestra de mi buen celo y lealtad, á »las obras me remito.»

Bautizáronle como el moro lo pedia. Tras esto les dió aviso que Pruna, plaza de los moros de importancia, se podria entrar por la parte y con el órden que él mismo mostraria. Las prendas que metiera, eran tales que se aseguraron de su palabra que no era trato doble. Acompañóle con gente el comendador mayor de Santiago: cumplió el moro su promesa, que al momento entraron aquel pueblo en cuatro dias del mes de junio, y quitaron aquel nido, de do salian de ordinario moros á correr las tierras de cristianos, hacer mal y daño continuamente. Pasó el infante á Córdova; y entró en Sevilla á los veinte y dos de junio: probóle la tierra y los calores, de que cayó en el lecho enfermo en sazon mal á propósito, y en que llegó á aquella ciudad el conde de la Marca yerno del de Navarra, y por sí de lo mas noble de Francia, de gentil presencia entre mil, muy cortés, con que aficionaba la gente: traia en su compañía ochenta de á caballo, y venia con deseo de ayudar en aquella guerra sagrada, que se temia saldria larga y dificultosa,

Los moros en este medio no dormian: lo primero acometieron á tomar á Lucena pueblo grande, y como quier que no les saliese bien aquella empresa, revolvieron sobre Baeza gran morisma, ca dicen llegaban á siete mil de á caballo y cien mil de á pié, número que apenas se puede creer, y que por lo menos puso en gran cuidado á todo el reino. Todavía no pudieron forzar la ciudad que se la defendieron los de dentro (aunque con dificultad) muy bien; solo tomaron y quemaron los arrabales. Apellidáronse los cristianos por toda aquella comarca, los de cerca y los de lejos, porque no se perdiese aquella plaza tan importante. Supieron los moros lo que pasaba, y por no aventurarse á perder la jornada, alzado el cerco, dieron la vuelta cargados de despojos y de los cautivos que por aquella tierra robaron. Por el contrario el almirante don Alonso Enriquez cerca de Cádiz ganó de los moros una victoria naval, asaz importante. Los reyes de Túnez y de Tremecén tenian armadas veinte y tres galeras para correr las costas de Andalucía á contemplacion de su amigo y confederado el rey de Granada. Dióles vista el almirante, y si bien no llevaba pasadas de trece galeras en su armada, no dudó de embestirlas; lo cual hizo con tal denuedo y destreza que las venció. Tomó las ocho, la demás parte echó á fondo, y otras se huyeron,

En este medio convaleció de su dolencia el infante don Fernando, y alegre con esta buena nueva salió de Sevilla á los siete de setiembre. No llevaba resolucion por qué parte entraria en tierra de moros: hizo consulta de capitanes y de otros personajes; salió acordado que rompiese por tierra de Ronda, y se pusiese con todo el campo sobre Zahara, villa principal de aquella comarca. Hízose así: comenzaron á batirla con tres cañones gruesos de dia y de noche; el daño que hacian, era muy poco por no ser muy diestros los de aquel tiempo en jugar y asestar la artillería. El cerco iba á la larga, y fuera la empresa muy dificultosa, si los de dentro por falta que padecian, y por miedo de mayores daños si se detenian, no se rindieran á partido que libres sus personas y hacienda, dejasen al vencedor las armas y provision. Al tanto otros pueblos pequeños se dieron por aquellas partes. Septenil villa bien fuerte por sus adarves, y por la gente que tenia de guarnicion, por esta causa no se quiso rendir: cercáronla, y combatiéronla con todos los ingenios y fuerzas que llevaban, en sazon que Pedro de Zúñiga por otra parte recobró de los moros á Ayamonte segun que el infante don Fernando se lo encargara.

El rey moro por estas pérdidas, y por no echar el resto en el trance de una batalla, la escusaba cuanto podia; solo ayudaba las fuerzas con maña, y procuraba divertir las del enemigo. Juntó á toda diligencia sus gentes, que dicen eran ochenta mil de á pié y seis

mil de á caballo, los mas canalla sin valor ni honra. Con este campo se puso sobre Jaen; pero no salió con su intento, porque acudieron con toda brevedad los nuestros, y le forzaron á retirarse con poca reputacion. Solo hizo daño en los campos, de que se satisficieron los contrarios con correrle toda la tierra hasta la ciudad de Málaga. Repartíanse otrosí diversas bandas de soldados, y se derramaban por todas partes sin dejar respirar ni reposar á los moros. Para que todo sucediese bien, y el contento fuese colmado, solo faltó que no pudieron forzar ni rendir á Septenil: El otoño iba adelante, y las lluvias comenzaban, que suelen ser ordinarias por aquel tiempo. Por esta causa el infante á los veinte y cinco de octubre, alzado aquel cerco, dió la vuelta á Sevilla, y tornó á poner en su lugar la espada, con que el rey don Fernando el Santo ganó antiguamente aquella ciudad, y en ella la guardan con cuidado y reverencia; y á las veces los capitanes para sus empresas, como por buen agüero, la solian dende tomar prestada.

Hecho esto, repartió la gente para que invernase en Sevilla, Córdova y otros pueblos, y él pasó al reino de Toledo con intento de apercebirse de todo lo necesario y recoger mas gente para continuar aquella guerra. A esta sazon falleció en Calahorra Pero Lopez de Ayala canciller mayor de Castilla, caballero señalado por su nobleza, por las muchas cosas que por él pasaron, y por la cronica que dejó escrita del rey don Pedro, y don Enrique el Segundo, y don Juan el Primero; si bien algunos sospechan que con pasion encareció mucho los vicios de don Pedro, y subió de punto las virtudes de su competidor en perjuicio de la verdad: enterraron su cuerpo en el monasterio de Quijana. Francia asimismo andaba revuelta por la muerte que Juan duque de Borgoña hizo dar en París á Luis duque de Orliens volviendo muy de noche de palacio. El homiciano que ejecutó esta maldad, se llamaba Otonvilla. La causa de la enemistad no se averigua del todo: sospecharon comunmente que por estar el rey á tiempos falto de juicio el matador pretendia apoderarse del gobierno de Francia, y para salir con esto acordó de quitarse delante al que solo le podia contrastar por ser hermano del rey.

Luego que se descubrió al autor de aquella maldad, el de Borgoña se retiró á sus tierras para apercebirse, si alguno pretendiesen vengar aquella muerte. La duquesa Valentina mujer del muerto puso acusacion contra el matador, y hacia instancia sobre el caso. Los jueces vencidos de sus lágrimas y de la razon citaron al de Borgoña para que compareciese en persona á descargarse de lo que le achacaban. No dudó él de obedecer y presentarse, confiado en sus riquezas y en los muchos valedores que tenia en la córte de Francia. Formábase el proceso en el parlamento, y por los púlpitos Juan Petit doctor teólogo de París, franciscano, y predicador de fama en aquella era, no cesaba en sus predicaciones de abonar aquel hecho como hombre lisonjero y interesal. Cargaba al de Orliens que pretendia hacerse rey de Francia: que el que atajó estos intentos tiránicos, no solo era libre de pena, sino digno de mercedes muy grandes. No mostraron los jueces mas entereza, antes llegados á sentencia, dieron por libre al de Borgoña con gran sentimiento de los hijos del muerto y de su mujer; de que resultaron guerras muy largas, con que se abrasaron y consumieron las riquezas y grandeza de Francia. La cuestion, si un particular puede por su autoridad matar al tirano, se ventiló mucho entre los teólogos de aquel tiempo; y aun en el concilio de Constancia que se juntó poco adelante, los padres sacaron un decreto, en que contra lo que Juan Petit enseñaba, y contra lo que el de Borgoña hizo, determinaron no ser lícito el particular matar al tirano. Era Luis duque do Orliens hermano del rey de Francia, y el duque de Borgoña su primo hermano.

CAPITULO XVII.

Que se hicieron treguas con los Moros.

Las fiestas de Navidad tuvo el infante don Fernando en Toledo principio del año de 1408, en que hizo el cabo de año de su hermano el rey don Enrique. El rey niño y la reina su madre residian en Guadalajara por el buen temple de aquella ciudad y cielo saludable de que goza. Acordaron se juntasen allí córtes, á propósito de apercebir lo necesario para continuar la guerra que tenian comenzada, con mayores fuerzas y gente. Los prelados y señores y ciudades que concurrieron al tiempo aplazado, venian bien en lo que se pedia: la mayor dificultad consistia en hallar forma y traza como se juntase el dinero para los gastos. Los pueblos no daban oidos á nuevas imposiciones y derramas, cansados y consumidos con las contribuciones pasadas y recelosos no se continuase en tiempo de paz el servicio que por la necesidad de la guerra se otorgase; mas por la mucha instancia que hizo el infante y otros señores concedieron cantidad de ciento y cincuenta mil ducados, con gravámen de tener libros de gasto y recibo para que constase se empleaban solo en los gastos de la guerra, y no en otros al albedrío de los que gobernaban.

Teníanse las córtes en tiempo que el rey de Granada á los diez y ocho dias del mes de febrero se puso sobre la villa de Alcaudete acompañado de siete mil caballos y ciento y veinte mil peones, número descomunal. Corrió gran peligro de perderse la plaza, y toda la Andalucía se alteró con este miedo por tener pocas fuerzas, los socorros lejos, y el tiempo del año riguroso para salir en campaña. Acude nuestro Señor cuando falta la prudencia: defendiéronse muy bien los cercados con que se abatió el orgullo de los moros. Junto con esto los nuestros por tres partes diferentes hicieron entradas en las tierras enemigas para divertir las fuerzas de los moros, y con las talas, quemas y robos que fueron grandes, tomar enmienda de los daños que hicieran en las fronteras de cristianos. Quebrantados los moros con tantos males y pérdidas, acordaron despachar sus embajadores para pedir treguas. No venia en otorgarlas el infante, antes se queria aprovechar de la ocasion que la flaqueza de los enemigos le presentaba. La reina era (como mujer) enemiga de guerra, que en fin hizo se concediesen las treguas por término de ocho meses. Los pueblos pretendian, pues la guerra cesaba, escusarse del servicio que otorgaron. El infante no quiso venir en ello, ca decia era necesario estar proveido de dinero para volver á la guerra el año siguiente, todavía se hizo suelta á los pueblos de la cuarta parte de aquella suma.

Vino entre los demás á estas córtes finalmente don Pedro de Luna sobrino del papa Benedicto, y por su órden arzobispo de Toledo, como se dijo de suso. Traia de Aragon en su compañia á Alvaro de Luna su sobrino, mozo de diez y ocho años. Su padre Alvaro de Luna señor de Cañete y Jubera, le hobo fuera de matrimonio en María de Cañete, mujer poco menos que de seguida; por lo menos tan suelta y entregada á sus apetitos que tuvo cuatro hijos bastardos cada cual de su padre: al ya nombrado y á don Juan de Cerezuela del gobernador de Cañete: á Martin de un pastor por nombre Juan, y el cuarto tambien Martin de un labrador de Cañete: los dos postreros por respeto de su hermano tuvieron adelante el sobrenombre de Luna. De tan bajos principios se levantó la grandeza deste mozo, que en un tiempo pudo competir con los muy grandes príncipes, de que al fin le despeñó, su desgracia. En el bautismo le llamaron Pedro: agradóse dél el papa Benedicto, de su presencia, de su viveza y apostura, y quiso que en la confirmacion le mudasen el nombre de pila en el de Alvaro por respeto de su padre. Venido á Castilla, le hicieron de la

cámara del rey: con lo cual, y su buena gracia y diligencia en servir poco á poco le ganó la voluntad, y aun se hizo señor della.

En el alcázar de Granada á los once de mayo falleció el rey Mahomad, con que la gente se aseguraba que las paces serian mas ciertas. La ocasion de su muerte refieren fue una camisa inficionada que se vistió por engaño. Sacaron de Salobreña, donde le tenia preso, á Juzeph su hermano para que le sucediese en el reino: asi ruedan y se truecan las cosas de los hombres, hoy cautivo y mañana rey. Apresuráronse los moros en esto y usaron de todo secreto porque no se recreciese algun impedimento, mayormente de parte de los cristianos, que desbaratase sus intentos. Luego que Juzeph se vió rey, despachó sus embajadores con ricos presentes para el de Castilla de caballos, jaeces, alfanges, telas preciosas, pasas, higos y almendras sustento el mas ordinario y regalado de aquella gente. Diéronles en retorno otros dones de valía, pero no otorgaron con lo que pretendian principalmente, que era se alargase el tiempo de las treguas.

CAPITULO XVIII.

Que el papa Benedicto vino à España.

El papa Benedicto por este tiempo se hallaba aquejado de diversos cuidados: las provincias cansadas de scisma tan largo, sus amigos y devotos desabridos de sus trazas; sus mañas en que no tenia par, descubiertas y entendidas. No sabia qué camino podia tomar para conservarse, que era su intento principal. Cuando se salió de Aviñon, fué á parar en Marsella, ciudad fuerte y puesta á la lengua del agua: su vivienda en San Victor, monasterio muy célebre en aquella ciudad. Dende acometió al papa Gregorio su contendor con partido de paz, que decia deseó siempre y de presente la deseaba: que seria bien se juntasen en un lugar para tomar acuerdo sobre sus haciendas, que por medio de terceros era cosa muy larga. Para señalar lugar á contento de las partes vinieron embajadores de Gregorio á Marsella. Diéron y tomaron, y finalmente acordaron fuese la vista en Saona ciudad del ginovés: sacóse por condicion que hasta tanto que los papas se hablasen, ni el uno ni el otro criase algun cardenal.

Asentado esto, Benedicto sin dilacion se embarcó para pasar allá. Pretendia por esta diligencia que todos entendiesen deseaba la paz. El papa Gregorio replicó que no tenia por seguro aquel lugar por estar á la obediencia de su contrario. Solo fué á Luca, ciudad puesta en lo postrero de Toscana; y el papa Benedicto al principio deste año se adelantó y pasó á Portovenere para mas de cerca capitular y concentarse. Todo era mañas y traspasos para entretener y engañar, y aun el papa Gregorio contra lo que tenian concertado, de una vez hizo tres cardenales, con que los demás cardenales suyos se alborotaron y de comun acuerdo se pasaron á Pisa. El papa Benedicto, por aprovecharse de aquella ocasion, envió allá cuatro cardenales de su obediencia y tres arzobispos, que se detuvieron algun tiempo en Liorna entre tanto que los florentines, cuya era Pisa, les enviaban seguridad. Juntáronse finalmente con los cardenales de Pisa. A lo que la junta se enderezaba, era convocar concilio general, como lo hicieron. Sonrugíase quedaban traza de prender á los papas en especial á Benedicto.

Esta fama quier verdadera, quier falsa, dió ocasion á Benedicto de desamparar á Italia, donde demás de la sospecha ya dicha pretendia que su contrario estaba muy arraigado y poderoso, en particular se recelaba del rey Ladislao de Nápoles, que tenia muy de su parte como al que nombrara por vicario del imperio y senador de Roma, cargos á la sazon muy principales. Antes de su partida para mejor entretener la gente convocó concilio general para Perpiñan, villa en la raya de Cataluña, y con tanto se hizo á la vela. Aportó á Colibre á dos de julio, dende por la ciudad de Elna pasó á la dicha villa de Perpiñan para dar calor en lo del concilio, y esperar que los prelados se juntasen. Acudió á visitar al papa entre otros el rey de Navarra, que llevaba intento de pasar en Francia, y acometer las nuevas esperanzas que de recobrar alguna parte de sus antiguos estados le daban las alteraciones de aquel reino. Pero esta su ida á París no fue de mas efecto que las pasadas: así finalmente dió la vuelta á su reino sin alcanzar cosa alguna de las que pretendia.

Juntáronse en Perpiñan ciento y veinte obispos, casi todos de Francia y de España. Abrióse el concilio á primero de noviembre: la principal cosa que trataren, fue buscar medios para concertar los papas y unir la Iglesia. Los pareceres eran diferentes, y aun los fines á que cada cual se encaminaba, por donde los mas de los obispos, perdida la esperanza de hacer cosa de momento, de secreto se salieron de Perpiñan y se volvieron á sus tierras. Quedáron solo diez y ocho obispos, que dieron de consuno un memorial al papa en que le suplicaron atendiese con cuidado á quitar el scisma, aunque fuese necesario tomar el camino de la renunciacion, pues era mas justo conformarse con el deseo de toda la Iglesia que dejarse engañar de las lisonjas de particulares: que la Iglesia con lágrimas en los ojos, las rodillas por el suelo, y tendidas las manos le rogaba lo que era muy puesto en razon, antepusiese el bien público á cualquier otro respeto; que ninguno otro camino se mostraba para la cura de dolencia tan larga. Poca esperanza tenian que viniese en lo que pedian, el que como á puerto seguro se habia retirado á España. Todavía para mostrar voluntad á la concordia envió á Pisa siete personas principales con voz de querer concierto; mas á la verdad otro tenia en el corazon, ca pretendia le sirviesen de escuchas, y le avisasen de todo lo que allí pasaba.

Hallábanse en aquella ciudad juntos demás de un gran número de obispos veinte y tres cardenales; los seis de la obediencia de Benedicto, que eran la mayor parte de su colegio. Entre estos asistió don Pedro Fernandez de Frias cardenal de España, criado por Clemente papa de Aviñon. Publicaron sus edictos, en que citaban á los dos papas para que en presencia del concilio alegasen de su derecho; mas visto que no comparecian, y que se gastaba mucho tiempo en demandas y respuestas, de comun acuerdo á los veinte y seis de junio del año 1409 sacaron por pontífice á Pedro Philargo natural de Candia, de la órden de los menores, presbítero cardenal y arzobispo de Milan. Llamóse en el pontificado Alejandro Quinto: duróle el mando muy poco, que no llegó á año entero. Resultó desta eleccion, de que se esperaba el remedio, otro nuevo y mayor daño, esto es que la llaga mas se encancerase por añadir á los dos papas otro tercero, que cada cual pretendia ser el legítimo y los otros intrusos: tanta vez tiene la sazon en todo, y la buena traza. Así la cristiandad en lugar de dos bandos quedó dividida en tres con otras tantas cabezas y papas, como suele acontecer que se vuelve al revés y daña lo que parecia prudentemente acordado: tan cortas son nuestras trazas.

CAPITULO XIX.

De la muerte del rey don Martin de Sicilia.

Con mejor órden gobernaba el infante don Fernando el reino de Castilla, bien que no se descuidaba en adelantar su casa y estado por los caminos que podia, sin dejar ocasion alguna: no faltaba quien por esta misma razon la tomase de ponelle mal con la reina como mujer y de su natural sospecha. No hay cosa mas deleznable que la gracia de los reyes, ni mas frá-

gir que su privanza. Decian que el gran poder del infante don Fernando podria parar perjuicio á la casa real: que con el poder, cuando mucho crece, pocas veces se acompaña la lealtad. Los que mas atizaban el fuego, eran Diego Lopez de Zúñiga y Juan de Velasco por la mucha cavidad que todavía tenia en la casa real don Fadrique conde de Trastamara, hijo de don Pedro el que fue condestable de Castilla, daba consejo á don Fernando que les echase mano. Poco secreto se guarda en los palacios: avisados de lo que se meneaba, se pusieron ellos con tiempo en salvo. Quedó la reina desque lo supo, mas lastimada y recelosa que antes: decia que aquella befa á ella misma se hiciera para despojalla de su consejo, y del amparo que pensaba en ellos tener. Ultra de las demás prendas de que la naturaleza y el cielo dotaron á don Fernando con mano liberal, en que ningun príncipe en aquella era se le aventajaba, tenia muy noble generacion en su mujer: cinco hijos varones, don Alonso, don Juan, don Enrique, don Sancho, y don Pedro, que llamaron adelante los infantes de Aragon, y dos hijas, doña María y doña Leonor.

Falleció por aquellos dias Fernan Rodriguez de Villalobos maestre de Alcántara: por su muerte hobo aquel maestrazgo el infante don Fernando en cabeza de su hijo don Sancho con dispensacion que dió en la edad el papa Benedicto. Lo mismo se hizo con don Enrique el tercer hijo dende á pocos meses para hacelle maestre de Santiago por muerte de Lorenzo Suarez de Figueroa. No faltaron sentimientos y disgustos de personas que llevaban mal que el infante, no contento con el gobierno del reino, se apoderase en nombre de sus hijos de todo lo que vacaba. En esta misma sazon el conde de Lucemburg y el duque de Austria enviaron á ofrecer socorros de gente para continuar la guerra de Granada. Lo mismo hizo Carlos duque de Orliens que prometia enviar en ayuda mil caballos franceses, y juntamente pedia por mujer á la reina doña Beatriz pretensora del reino de Portugal, y viuda del rey de Castilla don Juan el Primero.

No se le otorgó la una, ni aceptaron la otra destas dos demandas, porque la reina ni queria casar segunda vez, ni con color de matrimonio desterrarse de España; y el tiempo de las treguas con los moros le habian alargado por otros cinco meses por la mucha instancia que sobre ello hizo Juzeph el nuevo rey de Granada, si bien poco despues acometieron los moros á tomar la villa de Priego, con que dieron bastante ocasion para que sin embargo del concierto se rompiese con ellos. Pero el rey de Granada se envió á descargar que aquel esceso no se hizo con su voluntad, y todavía ofrecia de hacer emienda conforme á lo que determinasen, y hallasen se debia hacer, jueces nombrados por las partes. Hallóse este año entre Salamanca y Ciudad-Rodrigo una imágen devota de nuestra Señora, que llaman de la Peña de Francia, muy conocida por un monasterio de dominicos que para mayor veneracion se levantó en aquel lugar, y por el gran concurso de gentes que acude en romería de todas partes.

El mismo año fue muy aciago y triste para los aragoneses por la muerte de don Martin rey de Sicilia, hijo único y heredero del rey de Aragon, que falleció en Caller de Cerdeña á los veinte y cinco de julio en la flor de su edad y de las muchas esperanzas que prometia su buen natural. Mandóle su padre pasar en aquella isla para allanar á Brancaleon Doria y Aymerico vizconde de Narbona, que por estar casados con dos hijas de Mariano, juez de Arborea pretendian apoderarse por derechos que para ello alegaban, de toda aquella isla. Andaban muy pujantes á causa que las fuerzas de los aragoneses eran flacas, y los naturales los acudian con mayor voluntad que á los estraños. La venida del rey hizo que se trocasen las cosas. Juntaron sus gentes cada cual de las partes: llegaron á vista unos de otros cerca de un pueblo llamado San Luri. Ordenaron sus haces, y dióse la batalla, en que los sardos quedaron desbaratados y preso Brancaleon su caudillo.

La muerte que sobrevino al rey en aquella coyuntura, hizo que no pudiese ejecutar la victoria, ni concluir aquella guerra, si bien por algun tiempo el mariscal Pedro de Torrellas, muy privado deste príncipe, y otros caballeros con la gente que les quedó, se entretuvieron y sustentaron el partido de Aragon. Sepultaron el cuerpo del difunto en la iglesia catedral de Caller. En su mujer doña Blanca tuvo un hijo que falleció los dias pasados. De dos mujeres solteras naturales de Sicilia dejó dos hijos, á don Fadrique, cuya madre se llamó Teresa, y en Agathusa á doña Violante, que casó adelante con el conde de Niebla. Corrió fama que la ocasion de su muerte fue desmandarse; antes de estar bien convalecido de cierta dolencia, en la aficion de una moza natural de aquella isla de cerdeña. Ordenó su testamento, en que nombró á su padre por heredero del reino de Sicilia, y á su mujer la reina doña Blanca encargó continuase en el gobierno que le dejó encomendado á su partida, señalándole personas principales de cuyo consejo se ayudase.

Mucho sintió todo el reino de Aragon la falta deste príncipe. Muchos debates se levantaron sobre la sucesion de aquellos reinos. El rey su padre como á quien mas tocaba el daño, ¿cuántas lágrimas derramó? ¿qué estremos y demostraciones de dolor no hizo? cada cual lo juzgue por sí mismo. Reportóse empero lo mas que pudo, y hechas las honras de su hijo, volvió su cuidado á sentar y asegurar las cosas de su reino. Sus privados le aconsejaban se casase pues estaba en edad de tener hijos, con que se aseguraria la sucesion, y se atajarian las tempestades que de otra suerte les amenazaban. Parecióle al rey buen consejo este: casó con doña Margarita de Prades, dama muy apuesta y de la alcuña real de Aragon. Celebráronse las bodas en Barcelona á los diez y siete de setiembre. No pasaba el rey de cincuenta y un años; pero tenia la salud muy quebrada, y era grueso en demasía: las medicinas con que procuró habilitarse para tener sucesion, le corrompieron lo interior y aceleraron la muerte.

Luis duque de Anjou avisado de lo que pasaba, fue el primero que volvió á las esperanzas antiguas de suceder en aquella corona. Despachó al obispo de Conserans para suplicar al rey declarase por sucesor de aquel reino á Luis su hijo y de doña Violante, que por ser su sobrina hija del rey don Juan, era la que le tocaba en mas estrecho grado de parentesco, mayormente que su hermana mayor la infanta doña Juana era ya muerta, que falleció en Valencia dos años antes deste. Pedia otrosí que diese licencia para que la madre viniese á Aragon para criar á su hijo conforme á las costumbres de la tierra. Túvose á mal pronóstico que durante la fiesta de las bodas que el rey celebraba, le pidiesen nombrase sucesor. Los del reino tenian por mas fundado el derecho del conde de Urgel. Favorecian lo que deseaban, y lo que comunmente apetecen todos, que era no tener rey estraño, sino de su misma nacion. La descendencia del conde se tomaba del rey don Alonso el Cuarto su bisabuelo, cuyo hijo don Jaime fue padre de don Pedro y abuelo del conde. Demás que estaba casado con hermana del rey don Martin, la cual su padre el rey don Pedro hobo en la reina doña Sibyla: semejantes pretensiones y esperanzas tenia, bien que de mas lejos, don Alonso de Aragon conde de Denia y marqués de Villena, que por importunacion de los suyos, aunque muy viejo, entró en esta demanda como el que continuaba su descendencia de don Jaime el Segundo rey de Aragon.

CAPITULO XX.

De una disputa que se hizo sobre el derecho de la sucesion en la corona de Aragon.

Dió el rey de Aragon audiencia al obispo francés, y entoróse bien de todo lo que pedia, y de las razones en que fundaba el derecho y la pretension del duque. Concluido aquel auto, y despedida la gente, luego que se retiró á su aposento, los que le acompañaban, continuaron la plática, y de lance en lance trabaron en presencia del rey una disputa formada, que me pareció poner aquí por sumarse en ella los fundamentos de todo este pleito. Guillen de Moncada fue el primero á hablar en esta forma: «Será, señor, »servido Dios de daros sucesion, consuelo para la »vida; y heredero para la muerte. Pero si acaso fuese »otra su voluntad, lo cual no permita su clemencia, »¿quién se podrá anteponer á Luis hijo del duque de »Anjou? ¿quién correr con él á las parejas, pues es »nieto de vuestro hermano, nacido de su hija? No »dudaré decir lo que siento. Cada cual en su negocio »propio tiene menos prudencia que en el ajeno: im»pide el miedo, la codicia, el amor, y escurece el »entendimiento. Pero si á vos no tuviéramos, ¿por »ventura no diéramos la corona á la hija del rey vues»tro hermano? Que si vos (lo que Dios no permita) »faltáredes sin hijos, ¿quién quita que no se repon»ga la misma y se restituya en su antiguo derecho? »Si le empece para la sucesion ser mujer, ya susti»tuye en su lugar y derecho á su hijo, aragonés de »nacion por parte de madre, y legítimo por ende »heredero del reino.»

Acabada esta razon, los mas de los que presentes estaban, la mostraban aprobar con gestos y con meneos. Replicó Bernardo Centellas: «Muy diferente »es mi parecer: yo entiendo que el derecho del con»de de Urgel va mas fundado. Don Pedro su padre »es cierto que tiene por abuelo el mismo que vos, en »quien pasara la corona, muerto el rey don Alonso »el Cuarto, si vuestro padre el rey don Pedro no fue»ra de mas edad que don Jaime su hermano, abuelo »del conde. Que si aquel ramo faltase con sus pim»pollos, ¿por qué no volverá la sustancia del tronco, »y se continuará en el otro ramo menor? La hembra »¿cómo puede dar al hijo el derecho que nunca tuvo? »como quier que sea averiguado ser las hembras in»capaces desta corona. Que si admitimos á las hem»bras á la sucesion, en esto tambien se aventaja el »conde, pues tiene por mujer á vuestra hermana »doña Isabel, hija del rey don Pedro y de doña Siby»la, deuda mas cercana vuestra que la hija de vues»tro hermano; si que la hermana en grado mas estre»cho está que la sobrina.»

Movieron asimismo estas razones á los circunstantes, cuando Bernardo Villalico acudió con su parecer, que era asaz diferente y estraño: «No puedo »(dice) negar sino que se hán tocado muy aguda»mente los derechos del duque, y del conde ya »nombrados, si don Alonso marqués de Villena y »conde de Gandía no se les aventajara; el cual tiene »por padre á don Pedro, hijo que fue del rey don »Jaime el Segundo. De suerte que vuestro bisabuelo »es abuelo del marqués y vuestro abuelo el rey don »Alonso el Cuarto tio del mismo, como al contrario »el bisabuelo del conde de Urgel, que es el mismo »rey don Alonso, es vuestro abuelo. Así el marqués »y su hermano el condre de Prades, abuelo de vues»tra mujer la reina doña Margarita, tienen con vos »el mismo deudo que vos con el conde de Urgel. Que »si el deudo es igual, deben ser antepuestos los que »le mas cerca traen su decencia de aquellos re»yes, de donde como de su fuente se toma el dere»cho de la corona y de la sucesion. No hay para que »traer en consecuencia la mujer del conde de Urgel, »ni ponernos en necesidad de declarar mas en parti»cular quien fue su madre doña Sibyla antes que »fuese reina.»

Oyeron todos con atencion lo que dijo Villalico, si bien poco aprobaron sus razones. Parecíales fuera de propósito valerse de derechos tan antiguos para hacer rey á persona de tanta edad: de suerte que mas faltaba voluntad á los que oian, que probabilidad á las razones que alegó. Tomó el rey la mano, y habló en esta manera: «Con claridad habeis alegado »lo que hace por los tres ya nombrados, y aun pu»diérades añadir otras cosas en favor de cualquiera »de las partes. Pero hay otro cuarto, que si mi pen»samiento no me engaña, tiene su derecho mas fun»dado. Este es el infante don Fernando tio del rey »de Castilla, y hijo de doña Leonor mi hermana de »padre y de madre, en que se aventaja á la condesa »de Urgel. Vuestras particulares aficiones sin duda »os cegaron para que no echásedes de ver lo que ha»ce por esta parte. El marqués de Villena y el conde »de Urgel de mas lejos nos tócan en deudo. Lo mis»mo puedo decir del hijo del duque de Anjou: en »mas estrecho grado está el hijo de mi hermana, que »el nieto de mi hermano; por donde es forzoso que »se anteponga á los demás pretensores. Para que »mejor lo entendais, os propondré un ejemplo. Así »como el reguero del agua, y el acequia, cuando la »quitan de una parte y la echan por otra, deja las »primeras eras á que iba encaminada, sin riego, y »no las torna á bañar hasta dejar regados todos los »tablares á que de nuevo encaminaron el agua, así »debeis entender que los hijos y descendientes del »que una vez es privado de la corona, quedan per»pétuamente escluidos para no volver á ella, si no es »falta del que le sucedió y de todos sus deudos, los »que con él están de mas cerca trabados en paren»tesco; que por estar el reino en poder del postrer »poseedor, quien le tocare de mas cerca en deudo, »ese tendrá mejor derecho para sucedelle, que todos »los demás que quier que aleguen en su defensa. »Conforme á esto yerran los que para tomar la su»cesion ponen los ojos en los primeros reyes don »Jaime, don Alonso, don Juan, dejándome á mí que »al presente poseo la corona, y cuyo pariente mas »cercano es doña Leonor mi hermana y despues della »su hijo el infante don Fernando, cuyo derecho en »igualdad fuera razon apoyar y defender, pues mas »que todos los otros pretensores, se adelanta en »prendas y partes para ser rey. Mienten á las veces »á cada cual sus esperanzas, y de buena gana favo»recemos lo que deseamos; pero no hay duda sino »que las muestras que hasta aquí ha dado de virtud »y valor son muy aventajadas. Este es nuestro pare»cer, ojalá se reciba tan bien como es cumplidero »para vos en particular los que presentes estais, y »para todo el reino en comun. Las hembras no deben »entrar en esta cuenta, pues todo el debate consiste »entre varones, en quien no se debe considerar por »qué parte nos tocan en parentesco, sino en qué »grado.»

Este razonamiento del rey como se divulgase primero por Barcelona, en cuyo arrabal se trabó toda la disputa, y despues por toda la cristiandad volase esta fama, acreditó en gran manera la pretension de don Fernando, y aun fue gran parte para que se la ganase á sus competidores. Destas cosas se hablaba públicamente en los corrillos, y á veces en palacio en presencia del rey, de que mostraba gustar, si bien de secreto se inclinaba mas á su nieto don Fadrique que ya era conde de Luna, y para dejalle la corona pretendia legitimalle por su autoridad y con dispensacion del papa Benedicto; que si esto no le saliese, claramente anteponia á don Fernando su sobrino á todos los demás, á quien sus virtudes y proezas, y haber menospreciado el reino de Castilla hacian merecedor de nuevos reinos y estados. Toda-

via el rey por la mucha instancia que sobre ello hizo el conde de Urgel, le nombró por procurador y gobernador de aquel reino; oficio que se daba á los sucesores de la corona, y resolucion que pudiera perjudicar á los otros pretensores, si él mismo de secreto no diera órden á los Urreas y á los Heredias, dos casas las mas principales de Zaragoza, que no le dejasen entrar en aquella ciudad, ni ejercer la procuracion general, sin embargo de las provisiones que en esta razon llevaba: trato doble, de que mucho se sintió el conde de Urgel, y de que resultaron grandes daños.

CAPITULO XXI.

De la muerte de don Martin rey de Aragon.

El tiempo de las treguas asentadas con los moros era pasado, y sus demasías convidaban, y aun ponian en necesidad de volver á la guerra y á las armas, en especial que tomaron la villa de Zahara, y talaban de ordinario los campos comarcanos, y hacian muchas cabalgadas. Para reprimir estos insultos, y tomar enmienda de los daños, el infante don Fernando, hechos los apercibimientos necesarios de soldados y armas, de dinero y de vituallas por el mes de febrero del año que se contaba 1410, se encaminó con su campo la vuelta de Córdoba en sazon pue los moros, por no poder forzar el castillo, desampararon la villa de Zahara, y los nuestros á toda prisa repararon los adarves y pusieron aquella plaza en defensa. La gente de don Fernando eran diez mil peones y tres mil y quinientos caballos, la flor de la milicia de Castilla, soldados lucidos y bravos. Acompañábanle don Sancho de Rojas obispo de Palencia, Alvaro de Guzman, Juan de Mendoza, Juan de Velasco, don Ruy Lopez Dávalos, otros señores y ricos hombres. Con este campo se puso el infante sobre la ciudad de Antequera á los veinte y siete de abril con resolucion de no partir mano de la empresa hasta apoderarse de aquella plaza.

El rey moro envió para socorrer á los cercados cinco mil caballos y ochenta mil infantes, gran número, si las fuerzas fueran iguales. Dieron vista á la ciudad, y fortificaron sus estancias muy cerca de los contrarios: ordenaron sus haces para presentar la batalla, que se dió á los seis de mayo; en ella quedaron los moros desbaratados con pérdida de quince mil, que perecieron en la pelea y en el alcance; con el mismo ímpetu les entraron y saquearon los reales: victoria en aquel tiempo tanto mas señalada, que de los cristianos no faltaron mas de ciento veinte. Dió don Fernando gracias á Dios por aquella merced: despachó correos á todas partes con las buenas nuevas. Para apretar mas el cerco hizo tirar un foso de anchura y hondura suficiente en torno de los adarves, y en el borde de fuera levantar una trinchea de tapias con sus torreones á trechos, todo á propósito de impedir las salidas de los moros, y hacer que no les entrase provision ni socorro. Fue muy acertado aprovecharse deste ingenio por estar el campo falto de gente á causa que diversas compañías se derramaban por su órden para robar y talar aquellos campos, como lo hicieron muy cumplidamente, sin reparar hasta dar vista á la ciudad de Málaga.

Los daños eran grandes y mayor el espanto. Mandó el rey moro que todos los que fuesen de edad, se alistasen y tomasen las armas: diligencia con que juntó gran número de gente, si bien estaba resuelto de no arriscarse segunda vez, y solo se mostraba para poner miedo por los lugares cercanos, mas seguros por su fragura ó la espesura de árboles. Los cercados padecian necesidad, y lo que sobre todo les aquejaba era la poca esperanza que tenian de ser socorridos. Rendirse les era á par de muerte, entretenerse no podian: ¿qué debian hacer los miserables? avino que trescientos de á caballo de la guarnicion de Jaen entraron con poco órden y recato en tierra de moros; que todos fueron sobresaltados y muertos. Este suceso de poca consideracion animó á los cercados para pensar podria haber alguna mudanza, y suceder algun desman á los que los cercaban.

Al tiempo que esto pasaba en Antequera, falleció en Boloña de Lombardía Alejandro, el nuevo y tercero pontífice, á tres de mayo. Sepultaron su cuerpo en San Francisco de aquella ciudad. Juntáronse los cardenales que le seguian, y á diez y siete del mismo mes sacaron por papa á Baltasar Cosa diácono cardenal, natural de Nápoles, y que á la sazon era legado de aquella ciudad de Boloña. Llamóse Juan XXIII. Era hombre atrevido, sagaz, diligente, acostumbrado á valerse ya de buenos medios, ya de no tales, como las pesas caycsen y segun los negocios lo demandasen. Dichoso en el pontificado de su predecesor, en que tuvo mucha mano; en el suyo desgraciado, pues al fin le derribaron y despojaron de la tiara. Siguióse la muerte del rey don Martin de Aragon que falleció de modorra postrero de aquel mes en Valdoncellas, monasterio de monjas pegado á los muros de la ciudad de Barcelona. Su cuerpo sepultaron en Poblete con enterramiento y honras moderadas, por estar la gente afligida con la pérdida presente y lo que para adelante los amenazaba (1).

Teníanse á la sazon Córtes en Barcelona de aquel principado: no sin sospechas de alteraciones y desasosiegos: acordaron que de todos los brazos se nombrasen personas principales que visitasen al rey en aquella dolencia, y le suplicasen que para escusar reyertas dejase nombrado sucesor. Hízose así: llevó la habla con beneplácito de los acompañados Ferrer cabeza de los jurados ó conselleres de aquella ciudad. Preguntóle si era su voluntad que sucediese en aquella corona el que á ella tuviese mejor derecho: abajó la cabeza en señal de consentir con la demanda. A otras preguntas que le hicieron, no le pudieron sacar palabra ni respuesta. Con su muerte se acabó la sucesion por línea de varon de los condes de Barcelona que se continuó primero en Cataluña y despues en Aragon por espacio de seiscientos años. Añublóse la buena andanza de Aragon y su prosperidad muy grande: despertáronse otrosí las esperanzas de muchos personajes para pretender la corona en aquella como vacante de aquel reino. En semejantes ocasiones suele ser la presteza muy importante, y la diligencia (como dicen) madre de la buena ventura: el infante don Fernando, á quien Dios tenia reservada aquella grandeza, le tenia á la sazon ocupado la guerra de los moros: hizo un público auto, en que aceptó la sucesion y el reino que nadie ofrecia; juntamente despachó sus embajadores (2) á Fernan Gutierrez de Vega su repostero mayor, y al doctor Juan Gonzalez de Acevedo, personas inteligentes y de maña, para que en Aragon hiciesen sus partes; que él mismo no quiso alzar la mano del cerco por la esperanza que tenia de salir en breve con la empresa, y se aumentó por cierta refriega que parte de su gente trabó cerca de Archidona con los moros, y la venció. De cuyo suceso, y de la ocasion será bien decir alguna cosa, tomado de la historia elegante que Laurencio Valla escribió de los hechos y vida deste infante don Fernando, que fue poco adelante rey de Aragon.

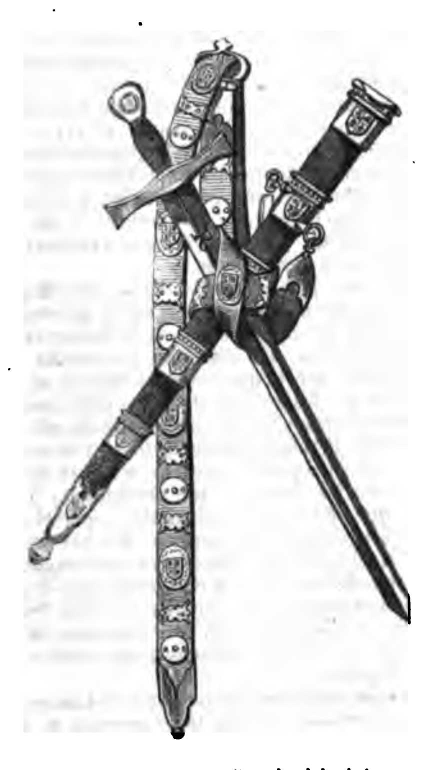
(1) Segun la inscripcion de su sepulcro fue enterrado en la catedral de Barcelona y 50 años despues trasladado á Poblete.

(2) El infante don Fernando de Castilla, que pretendia tener derecho al reino, hizo la misma solicitud á todas las provincias y consta que la ciudad de Valencia le respondió reconoceria por rey al que la nacion declarase perteneóerle la corona segun derecho.

CAPITULO XXII.

De la Peña de los Enamorados.

Apoderábanse los cristianos de diversos pueblos por aquella comarca, como de Goza, Sebar, Alzana, Mara, de unos por fuerza y de otros que por miedo se rendian. Temian los moros no fuese lo mismo de Archidona, villa principal distante de Antequera por espacio de dos leguas. Con este cuidado metieron dentro buen golpe de soldados para que la defendiese con la provision y municiones que pudieron juntar. Hecho esto, y animados con este buen principio, corrian los campos comarcanos, hacian alzar las vituallas para que los que estaban sobre Antequera padeciesen necesidad y mengua. Tenian mas gente de á caballo que los nuestros, que era la causa de llevar adelante sus intentos. Supieron que todos los dias salian de los reales los jumentos y caballos, que los llevaban á pacer con poca guarda al rio Corza que por allí pasa. Con este aviso acordaron dar sobre ellos de rebato y aprovecharse de aquella ocasion.



Estoque de don Fernando, llamado *el de Antequera*.

Una centinela desde un peñol que llaman la Peña de los Enamorados, avisó con ahumadas del peligro que corria la escolta, los mochileros y los forrageros, si no les acorrian con presteza. Los cristianos, tomadas las armas salieron de los reales y cargaron sobre los moros con tal denuedo, que les forzaron á retirarse hácia Archidona. No se pudieron recoger tan presto por estar muy trabada la escaramuza y refriega, en que á vista de la misma villa quedaron desbaratados los contrarios con muerte de hasta dos mil dellos, y otros muchos que quedaron presos. Fue este encuentro tanto mas importante; que de los fieles solos dos faltaron y pocos salieron heridos. El lugar y la ocasion desta victoria pide se dé razon del apellido que aquella peña tiene, puesta entre Archidona y Antequera, y por qué causa se llamó la Peña de los Enamorados.

Un mozo cristiano estaba cautivo en Granada. Sus partes y diligencia eran tales, su buen término y cortesía, que su amo hacia mucha confianza dél dentro y fuera de su casa. Una hija suya al tanto se la aficionó y puso en él los ojos. Pero como quier que ella fuese casadera y él mozo esclavo, no podian pasar adelante como deseaban, ca el amor mal se puede encubrir; y temian si el padre della y amo dél lo sabia, pagarian con las cabezas. Acordaron de huir á tierra de cristianos: resolucion que al mozo venia mejor, por volver á los suyos, que á ella por desterrarse de su patria; si ya no la movia el deseo de hacerse cristiana, lo que yo no creo. Tomaron su camino con todo secreto hasta llegar al peñasco ya dicho, en que la moza cansada se puso á reposar. En esto vieron asomar á su padre con gente de á caballo, que venia en su seguimiento. ¿Qué podian hacer, ó á qué parte volverse? ¿qué consejo tomar? ¡mentirosas esperanzas de los hombres y miserables sus intentos! Acudieron á lo que solo les quedaba de encumbrar aquel peñol trepando por aquellos riscos, que era reparo asaz flaco. El padre con un semblante sañudo los mandó bajar: amenazábales sino obedecian, de ejecutar en ellos una muerte muy cruel. Los que acompañaban al padre, los amonestaban lo mismo, pues solo les restaba aquella esperanza de alcanzar perdon de la misericordia de su padre con hacer lo que les mandaba, y echársele á los piés No quisieron venir en esto. Los moros puestos á pié acometieron á subir al peñasco; pero el mozo les defendió la subida con galgas, piedras y palos, y todo lo demás que le venia á la mano, y le servia de armas en aquella desesperacion. El padre visto esto, hizo venir de un pueblo allí cerca ballesteros para que de lejos los flechasen. Ellos vista su perdicion, acordaron con su muerte librarse de los denuestos y tormentos mayores que temian. Las palabras que en este trance se dijeron, no hay para que relatallas. Finalmente abrazados entre sí fuertemente se echaron del peñol abajo por aquella parte en que los miraba su cruel y sañudo padre. Desta manera espiraron antes de llegar á lo bajo con lástima de los presentes, y aun con lágrimas de algunos que se movian con aquel triste espectáculo de aquellos mozos desgraciados; y á pesar del padre, como estaban los enterraron en aquel mismo lugar: constancia que se empleara mejor en otra hazaña, y les fuera bien contada la muerte, si la padecieran por la virtud y en defensa de la verdadera religion, y no por satisfacer á sus apetitos desenfrenados.

Volvamos al cerco de Antequera, en que despues de la refriega de Archidona no cesaban con la artillería de batir las murallas y aportillarlas por diversas partes: los de dentro de noche rehacian con toda diligencia lo que de dia les derribaban, por donde con mucho trabajo se adelantaba poco. Advirtió don Fernando que lo alto de cierta torre le faltaba por estar echado por tierra; parecióle hacer por aquella parte el último esfuerzo, y que arrimadas las escalas los soldados escalasen la muralla. Hízose así, aunque con dificultad y peligro por causa del gran esfuerzo con que los de dentro defendian la subida y la entrada de su ciudad. Finalmente los nuestros subieron, y forzaron á los moros que se recogiesen al castillo con esperanza de entretenerse en él, ó rendille con partidos aventajados.

El dia siguiente se levantó contienda entre los soldados sobre quién fue el primero á subir las murallas. Muchos salieron á la demanda, que fue asaz porfiada por los valedores que acudian á cada cual de las partes, deudos, amigos ó naturales de la misma tierra. Temian no resultase algun motin por aquella causa. Los jueces que señalaron sobre el caso, oidas las partes y examinados los testigos, pronunciaron que Gutierre de Torres, Sancho Gonzalez, Serva,

Chirino y Baeza fueron los primeros á acometer la subida; pero que se adelantó, y se la ganó á los demás Juan Vizcaino, que perdió la vida en la misma torre, y tras él Juan de San Vicente que llevó el prez á todos los otros. El infante los alabó á todos, y los premió liberalmente con razon, pues tomada aquella ciudad, los enemigos no solo perdieron una plaza tan principal, sino se quebrantaron las esperanzas de aquella gente.

Ganóse Antequera á los diez y seis de setiembre. Los que se recogieron al castillo, dende á ocho dias le rindieron á partido de salir libres con sus personas y haciendas, que se les guardó enteramente, y juntos se pasaron á Archidona. Los vencedores hicieron procesion para dar gracias á Dios por merced tan señalada; la mezquita del castillo se consagró en iglesia para celebrar en ella los oficios divinos. Quedó nombrado por alcaide del castillo y gobernador de aquella ciudad Rodrigo de Narvaez, que hizo sus homenajes al rey de Castilla. Tomáronse algunos pueblos y otros castillos por aquella comarca, talaron los campos de los moros muy á la larga: con tanto casi pasado el otoño dieron la vuelta á la ciudad de Sevilla, que los recibió con grandes muestras de alegría y contentamiento universal.

LIBRO VIGESIMO.

CAPITULO I.

Del estado de las provincias.

Temporales ásperos, enmarañados y revueltos, guerras, discordias y muertes, hásta la misma paz arrebolada con sangre afligian no solo á España sino las demás provincias y naciones que anchamente se extendia el nombre y el señorío de los cristianos. Ninguna vergüenza ni miedo, maestro aunque no de virtud duradera, pero necesario para enfrenar á la gente; las ciudades y pueblos y campos asolados con el fuego y furor de las armas, profanadas las armas, menospreciado el culto de Dios, discordias civiles por todas partes, y como un naufragio comun y miserable de todo el Cristianismo: avenida de males y daños, si causados de alguna maligna concurrencia de estrellas, no lo sabria decir, por lo menos señal cierta de la saña del cielo y de los castigos que los pecados merecian.

A Italia traia alborotada el scisma continuado por tantos años, y la ambicion desapoderada de tres pontífices, pretensores todos de la silla y cátedra de San Pedro. El descuido y flojedad de los emperadores de Alemaña, que debian (por el lugar que tenian) principalmente atajar estos daños: por una parte las armas de Ladislao rey de Nápoles en favor del pontífice GregorioDuodécimo la trabajaban, por otra les hacia rostro Luis duque de Anjou á persuasion de los pontífices de Aviñon, de los de su valía y obediencia. En la Lombardía en particular Galeazo Vicecomite duque de Milán se aprovechaba para ensanchar grandemente su estado de la ocasion que aquellas revueltas le presentaban. Apoderóse antes desto de Boloña, ciudad rica y abastada: aspiraba á hacer lo mismo de las otras ciudades libres de Lombardía. Por la muerte del emperador Alberto (1), que falleció primero de junio, la vacante del imperio en Alemaña daba como es ordinario ocasion de revueltas, además de la flojedad de Wenceslao antes emperador que fue y á la sazon rey de Bohemia, con que los decretos antiguos y sagradas ceremonias en aquel reino alteraban en gran parte gente novelera, y sus cabezas y caudillos principales Juan Hus y Gerónimo de Praga (2). Recelábanse no cundiese el daño y á guisa de peste se pegase en las otras provincias.

(1) Se llamaba Roberto y murió el 21 de mayo de 1410.

El imperio de Levante gozaba de algun sosiego despues que el gran Tamorlan con su famosa entrada sujetó muchas naciones; y abatió algun tanto el orgullo de los turcos; mas todavía ponian en cuidado despues qae soldaba aquella quiebra, y pasado al estrecho de Thracia (3), se entendia pretendia apoderarse de Europa, por lo menos conquistar aquel imperio de Grecia. Emanuel Paleólogo emperador griego, antevista la tempestad y el torbellino que venia á descargar sobre su casa, para apercebirse de lo necesario pasó por mar á Venecia, y dende por tierra á Francia á solicitar algun socorro contra el enemigo comun. Poco prestó esta diligencia y viaje: fuera de buenas palabras no pudo alcanzar otra ayuda, á causa que la misma Francia ardia en discordias y revoluciones despues de la muerte que dió Juan duque de Borgoña á Luis duque de Orliens á tuerto (4). Grandes revueltas, intentos y pretensiones contrarias, asonadas de guerra por todas partes, miserable avenida de males, y tiempos alterados en tanto grado que el pueblo de París, dividido en parcialidades, unos contra otros trababan pasion, con que la ciudad muchas veces se ensangrentaba. Los mismos carniceros, ralea de gente por el oficio que usa, desapiadada y cruel, entraban á la parte con las armas en favor del borgoñon. El rey si bien en su dolencia y alteracion tenia algunos lucidos intérvalos, no era bastante para atajar tantos males, ocasion mas aina del daño que remedio. Los ingleses a cabo de tanto tiempo por aprovecharse desta ocasion andaban sueltos por Francia con mayor porfía y esperanza que tuvieron jamás.

En Aragon por la muerte del rey don Martin los naturales, por no conformarse en un parecer sobre la sucesion de aquel reino, se hallaban alterados asaz y divididos. La discordia amenazaba alguna guerra civil, puesto que con todo cuidado se trataba de asentar por las leyes y en juicio aquel debate. Los pretensores eran príncipes muy señalados en nobleza y en poder. El punto principal de la diferencia era acordar si en aquella sucesion se habia de tener cuenta con las personas que pretendian, ó con el tronco que cada cual representaba, y por el cual le venia el derecho de la sucesion. Muchas juntas se tuvieron sobre el caso, que al principio ninguna cosa prestaron. Estas revueltas eran causa que el partido aragonés empeorase en Cerdeña, si bien Pedro de Torrellas le sustentaba con poca esperanza de prevalecer por ser sus fuerzas flacas y no acudille socorros de España.

En Sicilia asimismo don Bernardo de Cabrera hacia grandes demasías, hasta tener cercada la misma reina viuda dentro del castillo de Siracusa sin ningun respeto de la magestad real. El rey de Navarra avisado del peligro que corria su hija, á la vuelta del viaje que hizo á Francia, pasó por Barcelona, do llegó á los veinte y nueve de diciembre, entrante el año de 1411, para tratar en aquella ciudad como lo procuró, que la reina su hija diese la vuelta, que pues no tenia hijo alguno no era razon gobernase aquel reino de Sicilia con su riesgo y en provecho de otros. En Castilla por la minoridad del rey gobernaban aquel reino la reina doña Catalina su madre, y el infante don Fernando su tio, divididas entre si las ciudades y partidos que debian acudir á cada cual: traza poco acertada, y que pudiera acarrear graves

(2) Por no quererse retractar fueron condenados al fuego por los padres del concilio de Constanza, y quemados en la misma ciudad: el primero en 6 de julio de 1415, el segundo el 30 de marzo de 1416.

(3) Es el canal de Constantinopla.

(4) Fue asesinado.

daños, en especial que no faltaban, como es ordinario, personas mal intencionadas, que torcian las palabras y hechos de don Fernando para ponelle mal con la reina. La prudencia del infante y su mucha paciencia fue causa que todo procediese bien, sin tropiezo y sin inconveniente. Debíanle todos en comun lo que cada cual á sus padres, y concluida tan á gusto la guerra contra moros, quedó con mas renombre y fama. Asentó con aquella gente treguas en Sevilla por término de diez y siete meses: con tanto, ordenadas las demás cosas del Andalucía, dió vuelta para Castilla.

En esto resultaron nuevas sospechas de revueltas, á causa que don Fadrique duque de Benavente escapó de la prision, en que le tenian dos años atrás en el castillo de Monreal, muerto que hobo á Juan Aponte alcaide de aquella fuerza. Puso este caso en gran cuidado al infante, que temia por ser persona poderosa y de sangre real no fuese parte para turbar la paz. Mandó con presteza atajar los caminos, tomar los puertos á la raya de Portugal y por aquellas partes. No prestó esta diligencia, porque el duque ó acaso, ó confiado en la amistad que tenia con su cuñado el rey de Navarra, acudió á valerse dél. Engañóle su esperanza, ca don Fernando envió sus embajadores á requerir se le entregasen, en que vino aquel rey; y puesto el duque en el castillo de Almodovar tierra de Córdoba, en aquella prision feneció sus dias.

Solo Portugal florecia con los bienes de una larga paz, y el nuevo rey con obras muy señaladas recompensaba la falta de su nacimiento. Levantó un monasterio de dominicos en Aljubarrota, que se llama de la batalla, para memoria de la que allí venció contra los castellanos. A la ribera de Tajo fundó y pobló la villa de Almerin, en Sintra un palacio real, sin otros edificios, muchos y magníficos, que á sus espensas levantó en diversas partes. Señalóse en el celo grande de la justicia, con que enfrenó las demasías, y tuvo trabados los mayores con los menores. Llegó en esto á tanto que á Fernan Alfonso de Santaren teniente de camarero mayor hizo sacar de la iglesia, y quemar porque se atrevió á doña Beatriz de Castro dama de la reina, que despidió asimismo de palacio en pena de su liviandad. Hállabanse tan pujantes los portugueses que se determinaron á emprender nuevas conquistas y pasar en Africa, principio y escalon para subir á grande alteza. Este era el estado en que se hallaban las provincias. El scisma de la Iglesia tenia sobre todo puesta en cuidado la gente en qué pararia aquella division, qué remate tendria, y qué salida: puesto que en España con mayor calor se altercaba sobre la sucesion en la corona de Aragon, y cuál de los pretensores mas partes y mejor derecho tenia.

CAPITULO II.

Que en Aragon nombraron nueve jueces.

Los catalanes, aragoneses y valencianos, naciones y provincias que se comprenden debajo de la corona de Aragon, se juntaban cada cual de por sí para acordar lo que se debia hacer en el punto de la sucesion de aquel reino, y cual de los pretensores les vendria mas á cuento. Los pareceres no se conformaban como es ordinario, y mucho menos las voluntades. Cada cual de los pretendientes tenia sus valedores y sus aliados, que pretendian sobre todo echar cargo y obligarse al nuevo rey con intento de encaminar sus particulares, sin cuidar mucho de lo que en comun era mas cumplidero. Los catalanes por la mayor parte acudian al conde de Urgel, en que se señalaban sobre todos los Cardonas y los Moncadas, casas de las mas principales; y aun entre los aragoneses los de Alagon y los de Luna se les arrimaban: en que pasaron tan adelante que Antonio de Luna por salir con su intento dió la muerte á don García de Heredia arzobispo de Zaragoza, con una celada que le paró cerca de Almunia, no por otra causa sino por ser el que mas que todos se mostraba contra el conde de Urgel y abatia su pretension. Pareció este caso muy atroz, como lo era. Declararon al que le cometió, por sacrílego y descomulgado, y aun fue ocasion que el partido del conde de Urgel empeorase: muchos por aquel delito tan enorme se recelaban de tomar por rey aquel cuyo principio tales muestras daba.

Los nobles de Aragon asimismo acudieron á las armas, unos para vengar la muerte del arzobispo, otros para amparar el culpado. Era necesario abreviar por esta causa y por nuevos temores que cada dia se representaban: asonadas de guerra por la parte de Francia, y de Castilla compañías de soldados, que se mostraban á la raya para usar de fuerza, si de grado no les daban el reino. Las tres provincias entre sí se comunicaron sobre el caso por medio de sus embajadores que en esta razon despacharon. Gastáronse muchos dias en demandas y respuestas: finalmente se convinieron de comun acuerdo en esta traza. Que se nombrasen nueve jueces por todos, tres de cada cual de las naciones: estos se juntasen en Caspe castillo de Aragon para oir las partes, y lo que cada cual en su favor alegase. Hecho esto, y cerrado el proceso, procediesen á sentencia. Lo que determinasen por lo menos los seis dellos, con tal empero que de cada cual de las naciones concurriese un voto, aquello fuese valedero y firme.

Tomado este acuerdo, los de Aragon nombraron por su parte á don Domingo obispo de Huesca, y á Francisco de Aranda, y á Berenguel de Bardax. Los catalanes señalaron á Sagariga arzobispo de Tarragona, y á Guillen de Valseca y á Bernardo Gualbe. Por Valencia entraron en este número fray Vicente Ferrer de la órden de Santo Domingo, varon señalado en santidad y púlpito, y su hermano fray Bonifacio Ferrer Cartujano, y por tercero Pedro Beltran: resolucion maravillosa y nunca oida, que pretendiesen por juicio de pocos hombres, y no de los mas poderosos, dar y quitar un reino tan importante. Los jueces luego que aceptaron el nombramiento, se juntaron, y despacharon sus edictos con que citaron los pretensores con apercibimiento, si no comparecian en juicio, de tenellos por escluidos de aquella demanda (1). Vinieron algunos, otros enviaron sus procuradores. Por el infante don Fernando comparecieron Diego Lopez de Zúñiga señor de Bejar, el obispo de Palencia don Sancho de Rojas, que en premio deste y semejantes viajes dicen adquirió á su iglesia el condado de Pernia, que hoy poseen sus sucesores los obispos de Palencia.

Las partes del conde de Urgel hacia don Jimeno, de fraile franciscano á la sazon obispo de Malta, y que alcanzaba gran cabida con aquel príncipe. A estos todos hicieron jurar pasarian y tendrian por bueno lo que los jueces sentenciasen. Luis duque de Anjou no quiso comparecer, sea por no fiarse en su derecho, sea por estar resuelto de valerse de sus manos: todavía recusó cuatro de los jueces como sospechosos y parciales. De don Fadrique conde de Luna no se hizo mencion alguna: su edad era pequeña, los valedores ningunos, además de su nacimiento, que por ser bastardo habido fuera de matrimonio no les parecia con aquella mengua amancillar la nobleza y lustre de los reyes de Aragon. Don Alonso de Aragon duque de Gandía, y muerto él en lo mas recio deste debate, su hijo don Alonso, y su hermano don Juan conde de Prades, que le sucedieron en la pretension,

(1) La *Crónica* de don Juan II, y Zurita no hablan de esta citacion.

fácilmente los escluyeron por tocar á los reyes postreros de Aragon en grado de parentesco mas apartado que los demás competidores. Restaban el conde de Urgel y el infante don Fernando, que por diversos caminos pretendian vencer en aquel pleito y en aquella reyerta tan importante.

Por parte del conde de Urgel se alegaba que las hembras, conforme á la costumbre recebida de sus mayores y guardada, debian ser escluidas de aquella corona y de aquella pretension. Que se membrasen de los alborotos que resultaron en tiempo del rey don Pedro no por otra causa sino por pretender dejar en su lugar por heredera á su hija doña Costanza. Despues de la muerte del rey don Juan, escluyeron (como incapaces) dos hijas suyas, las infantas doña Juana y doña Violante. Que no era razon por contemplacion de nadie alterar lo que tenian tan asentado, ni moverse por ejemplos de cosas olvidadas y desusadas; sino mas aina abrazar la costumbre mas nueva y fresca. Escluidas las hembras, no seria justo admitir á sus hijos, pues no les pudieron traspasar mayor derecho que el que ellas mismas alcanzaran, si fueran vivas. Finalmente que don Martin rey de Aragon nombró al fin de sus dias por gobernador del reino y por su condestable al conde de Urgel: muy cierta señal de su voluntad, y de su parecer que al conde, y no á otro alguno, tocaba la sucesion despues de su muerte. Estas eran las razones en que aquel príncipe fundaba su derecho.

Los procuradores del infante don Fernando conforme á la instruccion é informacion que llevaban de don Vicente Arias obispo de Plasencia, tenido en aquella era por jurista señalado y de fama en España, sin hacer mencion del derecho que por via de hembra competia al infante (1), como flaco, tomaron diferente camino, es á saber que el reino se hereda por el derecho que llaman de sangre: así en caso que falte la línea recta de ascendientes y descendientes, y que se hayan de llamar á la corona los parientes transversales, entre los tales, puesto que estén en el mismo grado de consanguinidad, se debe tener consideracion al sexo de cada cual y á la edad para efecto que el varon preceda á la hembra, y al mas mozo el de mas edad, sin mirar el tronco y la cepa de donde procede. Que esto era conforme al derecho comun, y observado en el particular de Aragon. Por este camino don Alonso nieto del rey don Ramiro heredó aquella corona, y el testamento del mismo en cuanto llamó á las hijas á la sucesion, de grandes juristas fue tenido por inválido y de ningun valor. A la verdad ¿qué razon sufre que para heredar el reino, en que se requieren partes tan aventajadas, no se anteponga á los demás el que supuesto que viene de la alcuña y sangre real, y ninguno en grado mas cercano, en todas buenas calidades y partes se adelanta á los que ó son menos parientes del rey muerto, ó menos á propósito, solo porque descienden por línea de varon? Todavía porque esta dificultad, puesto que ventilada muchas veces, forzosamente segun las ocurrencias se tornará á disputar; el lugar pide que en general tratemos brevemente del derecho de la sucesion entre los deudos transversales, y en qué manera se funda.

CAPITULO III.

Del derecho para suceder en el reino.

Grave disputa es esta, enmarañada, escabrosa, de muchas entradas y salidas: pleito, en que si bien muchos ingenios han empleado su tiempo en llevalle al cabo, ninguno del todo ha salido con ello, ni ha podido apear su dificultad. Tocarémos en breve los puntos principales, y los niervos desta cuestion tan reñida, lo demás quedará para los juristas. No hay duda sino que el gobierno de uno, que llamamos monarquía, se aventaja á las demás maneras de principados y señoríos. Va mas conforme á las leyes de naturaleza, que tiene un primer movedor del cielo. y un supremo gobernador del mundo, no muchos: traza que abrazaron los primeros y mas antiguos hombres, gente mas atinada en sus determinaciones, como los que caian mas cerca del primer principio, y mejor orígen del mundo; y por el mismo caso tenian cierto resabio de divinidad, y entendian con mas claridad la verdad y lo que pedia la naturaleza. Las otras formas de gobierno el tiempo las introdujo y las inventó, y la malicia de los hombres. De que procedieron aquellas palabras y sentencia vulgar. «No es bueno que haya muchos gobiernos, solo uno «sea el rey.»

Al principio del mundo, cuando todos vivian en libertad y sin reconocer homenaje á alguna cabeza, para valerse mejor, defenderse y tomar emienda de los muchos desaguisados que unos á otros se hacian, los pueblos y gentes por sus votos, para que los acaudillasen, pusieron en la cumbre y en el gobierno aquellos que por su edad, prudencia y otras prendas se aventajaban á todos los demás. Dudóse adelante si seria mas á propósito y mas cumplidero á los pueblos, muerto el príncipe que eligieron, dalle

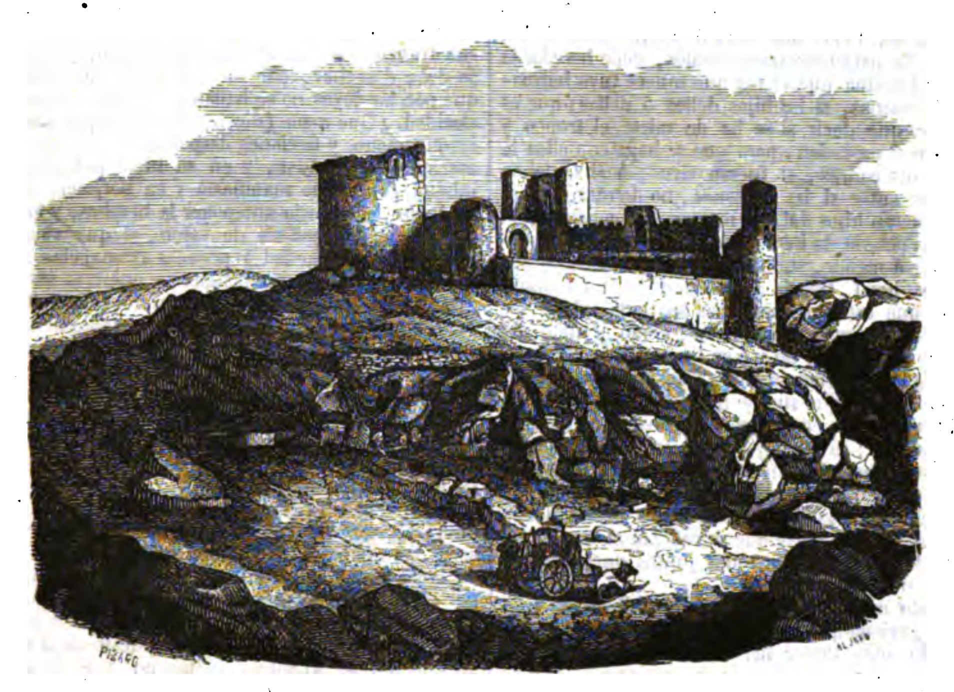


En la capilla de Santiago, de la catedral de Toledo, existe un sepulcro en el que se dice está enterrado don Alvaro de Luna, padre del Gran Maestre. Es una de las mejores estatuas que contiene la catedral y el traje muy curioso.

(1) Como hijo de don Juan I de Castilla y doña Leonor hija de don Pedro IV de Aragon.

por sucesores á sus hijos y deudos, ó tornar de nuevo á escoger de toda la muchedumbre el que debia mandar á todos. Guardóse esto postrero por largo tiempo, que las mas naciones se mantuvieron en no permitir que se heredasen los reinos. Recelábanse que el poder del rey, que ellos dieron para bien comun, con la continuacion del mando y seguridad de la sucesion de hijos á padres no se estragase y mudase en tiranía: sabian muy bien que á las veces los hijos por los deleites, de que hay gran copia en las casas reales, y por el demasiado regalo se truecan y no salen semejables á sus antepasados.

En España por lo menos se mantuvieron en esta costumbre por todo el tiempo que los godos en ella reinaron, que no permitian se heredase la corona. Mudadas las cosas con el tiempo, que tiene en todo gran vez, se alteraron con las demás leyes esta, y se comenzó á suceder en el reino por herencia como se hace en las mas provincias de Europa. El poder de los príncipes comenzó á ser grande, y los pueblos á adulallos y rendirse de todo punto á su voluntad; y aunque la esperiencia enseñaba lo contrario, todavía confiaban lo que deseaban y era razon, que los hijos de los príncipes por la nobleza de su sangre y criarse en la casa real, escuela de toda virtud, semejarian á sus mayores. Engañóles su pensamiento y su



Restos del castillo de S. Servando.

esperanza á las veces, que por este camino hombres de costumbres y vida dañada y perjudicial se apoderaron de la república. Verdad es que este inconveniente y peligro se recompensaba con otras muchas comodidades y bienes, cuales son los siguientes: Que la reverencia y respeto, fuente de la salud y de vida, es mayor para con los que descienden de padres y abuelos reyes, que el que se tiene á los que de repente se levantan de estado particular. Que los hombres mas se gobiernan por la opinion que por la verdad, y no puede el príncipe tener la fuerza y autoridad conveniente, si los vasallos no le estiman, ni le tienen el respeto debido. Además que es cosa muy natural á los hombres sobrellevar antes y sufrir al príncipe que heredó el estado, aunque no sea muy bueno, que al que por votos del pueblo alcanzó la corona y el mando, dado que tenga partes mas aventajadas. Lo que mucho importa, que por esta manera se continúa un mismo género de gobierno, y se perpetúa en cierta forma, como tambien la república es perpétua. Y el que sabe que ha de dejar á sus hijos el poder y el gobierno, con mas cuidado mira por el bien comun que el que posee el señorío por tiempo limitado solamente. Finalmente no es posible por otro camino escusar las tempestades y alteraciones que resultan forzosamente en tiempo de las vacantes, y las enemistades y bandos que sobre semejantes elecciones se suelen forjar, sino es que por via de herencia esté muy asentado á quien toca la sucesion cuando el príncipe muere.

Por todas estas razones se escusa y se abona la herencia en los reinos tan recebida casi en todas las naciones. Solamente pareció á los pueblos cautelarse con ciertas leyes que se guardasen en este caso de la sucesion, sin que los príncipes las pudiesen alterar, pues les daban el mando y la corona debajo de las tales condiciones. Estas leyes unas se pusieron por escrito, otras se conservan por costumbre inmemorial y inviolable. Sobre la inteligencia de las leyes escritas suelen de ordinario levantarse cuestiones y dudas: las costumbres alterarse, segun que ruedan las cosas y los tiempos, su variedad y mudanza: de que resulta toda la dificultad desta disputa y cuestion, que demás de ser de suyo intrincada, la diversidad de opiniones entre los juristas la han enmarañado y revuelto mucho mas. Todavía de lo que escriben, escogeremos lo que parece mas encaminado y razonable. Muy recebido está por las leyes y por la costumbre que los hijos hereden la corona, y que los varones se antepongan á las hembras, y entre los varones los que tienen mas edad. La dificultad consiste primero, si en vida del padre falleció su hijo

mayor que dejó asimismo sucesion, quién debe suceder, si el nieto por el derecho de su padre, que era el hijo mayor del que reinaba, si el tio por tocalle su padre en grado mas cercano; de que hay ejemplos muy notables por la una y por la otra parte en España y fuera della: ca ya los tios han sido antepuestos á los nietos, y al contrario á los nietos se ha adjudicado la sucesion y la corona de su abuelo, cuando viene á muerte, sin tener cuenta con sus tios: acuerdo que á los mas parece conforme á toda razon y á las leyes, que los que nacieron y se criaron con esperanza de suceder en el reino, no los despojen dél por ningun respeto: ni sobre la falta que les hace el padre, se les añada esta nueva desgracia de quitalles la herencia y el derecho de su padre.

Lo segundo sobre que hay mas diferentes opiniones, y por tanto tiene mayor dificultad, á falta de hijos por ser todos muertos, ó porque no los hobo, cual de los parientes transversales, debe heredar la corona: imagina que el rey que muere tuvo hermanos y hermanas, si los hijos dellos ó dellas; que es lo mismo que decir si se ha de mirar el tronco y cepa de que proceden, para que se haga con ellos lo que con sus padres, si fueran vivos, ó si se deben comparar entre sí las personas, no de otra manera que si fueran hijos del que muere, sin considerar si proceden por via de hembra ó de varon, si de hermano mayor ó menor, supuesto que el grado de parentesco sea igual. Demás desto se duda si en algun caso el que está en grado mas apartado, debe ser antepuesto al deudo mas cercano, como el nieto del hermano mayor á su tio y á su tia, cuando todos suceden de lado y como deudos transversales. En los demás bienes en que sucede por via de herencia, no hay duda sino que en diversos casos se guarda ya lo uno ya lo otro; ca por ley comun en la Auténtica de la herencia que proviene ab-intestato, se halla que al abuelo deben suceder los nietos, que dejó alguno de los hijos del que muere, si los tales nietos tienen otros tios, de tal suerte que se refieran al tronco, y no hereden mayor parte todos juntos que heredara su padre si fuera vivo.

Al tanto cuando un hermano que fallece sin testamento, aviene que tiene otro hermano vivo, y sobrinos de otro tercer hermano difunto, los tales sobrinos tendrán parte en la herencia junto con el tio pero considerados en su tronco y contados todos por un heredero como lo fuera su padre, si viviera. Pero si no suceden los sobrinos junto con su tio al abuelo, ni á otro tio de la manera que queda dicho, sino que ó el abuelo no deja mas que nietos de diversos hijos, ó el tio sobrinos de diversos hermanos, ó sea que no se hallan parientes tan cercanos, sino mas apartados; será necesario, para repartir la herencia entre los que se hallan en igual grado, que se considere no el tronco, sino las personas, como si fueran hijos del que hereda. Pongamos ejemplo: suceden al abuelo cinco nietos, dos de un hijo, y tres de otro: no se harán dos partes de la herencia, sino cinco iguales para que cada cual de los cinco nietos haya la suya. Item heredan al tio que murió sin testamento, cuatro sobrinos, los tres de un hermano, y el uno de otro: no se repartirá la herencia por mitad, como si los padres fueran vivos sino en cuatro partes á cada sobrino la suya. Esto en las herencias particulares.

En el reino, cuando los parientes transversales de lado heredan la corona á falta de descendientes, qué órden se haya de tener hay gran dificultad y diversidad de pareceres entre los juristas. Los mas doctos y en mayor número juzgan que en este caso segundo se debe tener cuenta con las personas, y no con el tronco. Los argumentos de que se valen para decir esto, son muchos y las alegaciones. Las principales cabezas son las siguientes: Que el reino se hereda por derecho de sangre, que es lo mismo que decir que por costumbre, por ley, ó por voluntad de algun particular: la tal herencia está vinculada á cierta familia, y no se hereda por juicio y voluntad del que últimamente la posee, como otros bienes que se adquieren por derecho de herencia y disposicion del testador. Por esta causa pretenden que como el grado del parentesco sea igual, el mas escelente de aquel linaje debe suceder en el reino. Este es el primer argumento.

En segundo lugar alegan que la opinion contraria, que juzga se deben los pretensores considerar en el tronco abre camino á las hembras y á los niños, personas inhábiles al gobierno, para que hereden la corona: daño de gran consideracion, y que se debe atajar con todo cuidado. Alegan demás desto que la representacion de que se valen los contrarios, que es lo mismo que mirar las personas no en si sino en sus troncos, es una ficcion del derecho, y como tal se debe desechar, por lo menos no estendella á lo que por las leyes no se hallaba establecido con toda claridad. ¿Qué razon (dicen) sufre que por nuestras imaginaciones y ficciones despojemos el reino de un escelente gobernador, y en su lugar pongamos un inhábil con riesgo manifiesto y en perjuicio comun de todos, cual seria anteponer la hembra, y el niño que descienden por vía de varon, al que viene de hembra, y tiene edad y prendas aventajadas? Por ventura será razon antepongamos nuestras sutilezas y argumentos al bien y pro comun del reino? Replicará alguno que en los mayorazgos y estados de menor cuantía se guarda la representacion entre los herederos transversales. Respondo que no todos vienen en esto; y dado que se conceda, por estar asi establecido en las leyes de la provincia, no se sigue que se haya de hacer lo mismo en el reino; que tiene muchas cosas particulares en que se diferencia de todas las demás herencias y estados.

Por conclusion recogiendo en breve toda esta disputa, decimos que con tal condicion que los pretensores sean habidos de legítimo matrimonio; y estén en igual grado de parentesco, el que por ser varon, por su edad y otras prendas de valor y virtud se aventajare á todos los demás que en la pretension fueren considerables, el tal debe ser antepuesto en la sucesion del reino. Añadimos asimismo que en caso de diferencia, y que haya contrarias opiniones sobre el derecho de los que pretenden, la república podrá seguir libremente la que juzgare le viene mas á cuento conforme al tiempo que corriere y al estado de las cosas, á tal empero que no intervenga algun engaño ni fuerza. Libertad de que han procedido ejemplos diferentes y contrarios; que la representacion á veces ha tenido lugar, y á veces la han desechado. Que si las leyes particulares de la provincia disponen el caso de otra manera, ó por la costumbre está recebido y puesto en plática lo contrario, somos de parecer que aquello se siga y se guarde (1).

Nuestra disputa y nuestra resolucion procedia, y se funda en los principios del derecho natural y del derecho comun solamente. Todo lo cual de ordinario poco presta, por acostumbrar los hombres comunmente á llevar los títulos de reinar en las puntas de las lanzas y en las armas: el que mas puede, ese sale con la joya, y se la gana á sus competidores, sin tener cuenta con las leyes, que callan entre el ruido de las armas, de los atambores y trompetas; y no hay quien si se puede hacer rey por sus manos, aventure su negocio en el parecer y albedrío de juristas. Por todo esto se debe estimar en mas, y tenello por cosa

(1) Los abogados del infante don Fernando desecharon el derecho de las hembras á la sucesion del reino de Aragon, y dieron por nulo el llamamiento que habia hecho de ellas el rey don Alonso.

semejante á milagro, que los de Aragon en su vacante y eleccion hayan llevado al cabo este pleito y sus juntas sin sangre; ni otro tropiezo, segun que se entenderá por la narracion siguiente (1).

CAPITULO IV.

Que el infante don Fernando fue nombrado por rey de Aragon.

Luego que el negocio de la sucesion estuvo bien sazonado, y oidas las partes y sus alegaciones, se concluyó y cerró el proceso, los jueces confirieron entre sí lo que debian sentenciar. Tuvieron los votos secretos, y la gente toda suspensa con el deseo que tenian de saber en qué pararia aquel debate. Para los autos necesarios delante la iglesia de aquel pueblo hicieron levantar un tablado muy ancho para que cupiesen todos, y tan altos que de todas partes se podia ver lo que hacian: celebró la misa el obispo de Huesca, como se acostumbra en actos semejantes. Hecho esto, salieron los jueces de la iglesia, que se asentaron en lo mas alto del tablado, y en otra parte los embajadores de los príncipes y los procuradores de los que pretendian. Hallóse presente el pontífice Benedicto, que tuvo en todo gran parte (2).

A fray Vicente Ferrer por su santidad, y grande ejercicio que tenia en predicar, encargaron el cuidado de razonar al pueblo y publicar la sentencia. Tomó por tema de su razonamiento aquellas palabras de la Escritura: «Gocémonos, y regocijémonos, y »démosle gloria porque vinieron las bodas del cordero. Despues de la tempestad y de los torbellinos pasados abonanza el tiempo, y se sosiegan las olas »bravas del mar, con que nuestra nave, bien que »desamparada de piloto, finalmente caladas las velas »llega al puerto deseado. Del templo no de otra manera que de la presencia del gran Dios, ni con menor devocion que poco antes delante los altares se »han hecho plegarias por la salud comun, venimos á »hacer este razonamiento. Confiamos que con la »misma piedad y devocion vos tambien oireis nuestras palabras. Pues se trata de la eleccion del rey, »¿de qué cosa se pudiera mas á propósito hablar que »de su dignidad, y de su magestad, si el tiempo diere lugar á materia tan larga y que tiene tantos cabos? Los reyes sin duda están puestos en la tierra »por Dios para que tengan sus veces, y como vicarios »suyos le semejen en todo. Debe pues el rey en todo »género de virtud allegarse lo mas cerca que pudiere »imitar la bondad divina. Todo lo que en los demás »se halla lo mas hermoso y honesto, es razon que él »solo en sí lo guarde y lo cumpla. Que de tal suerte »se aventaje á sus vasallos, que no le miren como »hombre mortal, sino como avenido del cielo para »bien de todo su reino. No ponga los ojos en sus »gustos ni en su bien particular, sino dias y noches »se ocupe en mirar por la salud de la república, y »cuidar del pro comun. Muy ancho campo se nos »abria para alargarnos en este razonamiento; pero »pues el rey está ausente, no será necesario particularizar esto mas. Solo servirá para que los que estais »presentes tengais por cierto que en la resolucion »que se ha tomado, se tuvo muy particular cuenta »con esto, que en el nuevo rey concurran las partes »de virtud, prudencia, valor y piedad que se podian »desear. Lo que viene mas á propósito, es exhortaros »á la obediencia que le debeis prestar, y á conformaros con la voluntad de los jueces, que os puedo »asegurar es la de Dios, sin la cual todo el trabajo »que se ha tomado, seria en vano, y de poco momento la autoridad del que rige y manda, si los vasallos »no se le humillasen. Pospuestas pues las aficiones »particulares, poned las mientes en Dios y en el »bien comun: persuadidos que aquel será mejor »príncipe, que con tanta conformidad de pareceres y »votos (cierta señal de la voluntad divina) os fuere »dado. Regocijaos y alegraos, festejad este dia con »toda muestra de contento. Entended que debeis al »santísimo pontífice, que presente está para honrar »y autorizar este auto, y á los jueces muy prudentes »por cuya diligencia y buena maña se ha llevado al »cabo sin tropiezo un negocio el mas grave que se »puede pensar, cuanto cada cual de vos á sus mismos »padres, que os dieron el ser y os engendraron.»

Concluidas estas razones y otras en esta sustancia, todos estaban alerta esperando con gran suspension y atencion el remate deste auto, y el nombramiento del rey. El mismo en alta voz pronunció la sentencia dada por los jueces, que llevaba por escrito. Cuando llegó al nombre de don Fernando, así él mismo como todos los demás que presentes se hallaron, apenas por la alegría se podian reprimir, ni por el ruido oir unos á otros. El aplauso y vocería fue cual se puede pensar. Aclamaban para el nuevo rey vida, victoria y toda buena andanza. Mirábanse unos á otros, maravillados como si fuera una representacion de sueño. Los mas no acababan de dar crédito á sus orejas: preguntaban á los que cerca les caian, quién fuese el nombrado. Apenas se entendian unos á otros: que el gozo cuando es grande, impide los sentidos que no puedan atender, ni hacer sus oficios. Los músicos, que prestos tenian, á la hora cantaron con toda solemnidad, como se acostumbra, en accion de gracias el himno *Te-Deum laudamus*.

Hízose este auto tan señalado postrero del mes de junio, el cual concluido; despacharon embajadores para avisar al infante don Fernando y acucialle la venida. Hallábase él á la sazon en Cuenca, cuidadoso del remate en que pararian estos negocios. Acudieron de todas partes embajadores de príncipes para dalle el parabien del nuevo reino y alegrarse con él, quién de corazon, quién por acomodarse con el tiempo. En particular hizo esto Sigismundo nuevo emperador de Alemaña, electo por el mes de mayo próximo pasado, príncipe mas dichoso en los negocios de la paz que en las armas, que en breve ganó gran renombre por el sosiego que por su medio alcanzó la Iglesia, quitado el scisma de los pontífices, que por tanto tiempo y en muchas maneras la tenia trabajada. Don Fernando luego que dió asiento en las cosas de su casa partió para Zaragoza: en aquella ciudad por voluntad de todos los estados le alzaron por rey, y le proclamaron por tal á los tres dias del mes de setiembre. Hiciéronle los homenajes acostumbrados juntamente con su hijo mayor el infante don Alonso, que juraron por sucesor despues de la vida de su padre, con título que le dieron á imitacion de Castilla de príncipe de Girona, como quier que antes desto los hijos mayores de los reyes de Aragon se intitulasen duques de aquella misma ciudad.

Concurrieron á la solemnidad, de los pretensores del reino, don Fadrique conde de Luna, y don Alonso de Aragon el mas mozo, duque de Gandía: el conde de Urgel para no venir alegó que estaba doliente, como á la verdad pretendiese con las armas apoderarse de aquel reino, que él decia le quitaron á sinrazon. Sus fuerzas eran pequeñas y las de su parcialidad: acordaba valerse de las de fuera, y para esto confederarse con el duque de Clarencia, señor poderoso en Inglaterra, y hijo de aquel rey. Estas tramas ponian en cuidado al nuevo rey, por considerar que de una pequeña centella, si no se ataja, se emprende á las veces un gran fuego; sin embargo, concluidas las fiestas, acordó en primer lugar de acu-

(1) En las juntas preparatorias hubo varios debates y se derramó bastante sangre.

(2) Ningun escritor fidedigno refiere esta asistencia: lo que se tiene por cierto, es que tuvo un grande influjo para determinar los jueces á favor del infante don Fernando.

dir á las islas de Cerdeña y Sicilia que corrian riesgo de perderse. Los ginoveses, si bien aspiran al señorio de Cerdeña, movidos de la fama que corria del nuevo rey, le despacharon por sus embajadores á Bautista Cigala y Pedro Perseo para dalle el parabien por cuyo medio se concertaron entre aquellas naciones treguas por espacio de cinco años.

En Silicia tenian preso á don Bernardo de Cabrera sus contrarios, que le tomaron de sobresalto en Palermo, y le pusieron en el castillo de la Mota, cerca de Tavormina. La prision era mas estrecha que sufria la autoridad de su persona y sus servicios pasados; pero que se le empleó bien aquel trabajo por el pensamiento desvariado en que entró antes desto de casar con la reina viuda, sin acordarse de la modestia, mesura, y de su edad, que la tenia adelante. Sancho Ruis de Liborri, almirante del mar en Sicilia fue el principal en hacelle contraste y ponelle en este estado. Ordenó el nuevo rey le soltasen de la prision á condicion de salir luego de Sicilia, y lo mas presto que pudiese, comparecer delante del mismo para hacer sus descargos sobre lo que le achacaban. Hízose así aunque con dificultad: con que aquella isla á cabo de mucho tiempo y despues de tantas contiendas quedó pacífica. Cerdeña asimismo se sosegó, por asiento que se tomó con Guillermo vizconde de Narbona, que entregase al rey la ciudad de Sacer de que estaba apoderado, y otros sus estados heredados en aquel reino á trueco de otros pueblos y dinéros que le prometieron en España. En este estado se hallaban las cosas de Aragon.

En Francia Archimbaudo conde de Fox falleció por este tiempo: dejó cinco hijos, Juan, que le sucedió en aquel estado, el segundo Gaston, el tercero Archimbaudo, el cuarto Pedro, que siguió la iglesia y fue cardenal de Fox, el postrero Mateo conde de Cominges. Juan el mayor casó con la infanta doña Juana hija del rey de Navarra; y esta muerta sin sucesion, casó segunda vez con María hija de Cárlos de Labrit, en quien tuvo dos hijos, Gaston el mayor, y el menor Pedro vizconde de Lotrec, tronco de la casa que tuvo aquel apellido en Francia, ilustre por su sangre, y por muchos personajes de fama que della salieron y continuaron casi hasta nuestra edad, claros asaz por su valor y hazañas.

CAPITULO V.

Que el conde de Urgel fue preso.

El sosiego que las cosas de Aragon tenian de fuera, no fue parte para que el conde de Urgel desistiese de su dañada intencion. En Castilla las treguas que se pusieron con los moros, á su instancia por el mes de abril pasado se alargaron por término de otros diez y siete meses. Por esto el dinero con que sirvieron los pueblos de Castila para hacer la guerra á los moros, hasta en cantidad de cien mil ducados, con mucha voluntad de todo el reino se entregó al nuevo rey don Fernando para ayuda á sus gastos, demás de buen golpe de gente á pié y á caballo, que le hicieron compañía: todo muy á propósito para allanar el nuevo reino, y enfrenar los mal intencionados, que do quiéra nunca faltan. Lo que hacia mas al caso, era su buena condicion, y muy cortés y agradable, con que conquistaba las voluntades de todos, si bien los aragoneses llevaban mal que usase para su guarda de soldados estraños, y que en el reino que ellos de su voluntad le dieron, pretendiese mantenerse por aquel camino. Querellábanse que por el mismo caso se ponia mala voz en la lealtad de los naturales, y en la fe que siempre guardaron con sus reyes despues que aquel reino se fundó; sin embargo el rey con aquella gente y la que pudo llegar de Aragon, partió en busca del conde de Urgel con resolucion de allanalle ó castigalle. Tenia él pocas fuerzas para contrastar: valióse de maña, que fue enviar sus embajadores a Lérida, de el rey era llegado, para prestalle los debidos homenajes; y así los hicieron en nombre de su señor á los veinte y ocho de octubre: todo encaminado solamente á que el nuevo rey descuidase y deshiciese su campo, y mas en particular para que enviase á sus casas los soldados de Castilla, como se hizo, que despidió la mayor parte dellos. Juntáronse á vistas el rey y el pontífice Benedicto en Tortosa. Lo que resultó demás de otras pláticas fue que el pontífice dió la imbestidura de las islas de Sicilia y de Cerdeña y Córcega al nuevo rey, como se acostumbra, por ser, feudos de la Iglesia, como las tuvieron los reyes de Aragon sus antepasados.

Despedidas estas vistas, al fin de este año, y principio del siguiente 1413 se juntaron córtes de los catalanes en Barcelona. Todos deseaban sosegar al conde de Urgel para que no alterase la paz de aquellos estados, con el cual intento le otorgaron todo lo que sus procuradores pidieron, en particular que el infante don Enrique casase con la hija y heredera del conde. No se aplacaba con estas caricias su ánimo; antes al mismo tiempo traia inteligencias con Francia y con Inglaterra para valerse de sus fuerzas. El rey avisado desto, y porque de pequeños principios no se incurriese (como suele acontecer) en mayores inconvenientes, mandó alistar la mas gente que pudo en aquellos estados. De Castilla asimismo vinieron cuatrocientos caballos que le enviaba la reina doña Catalina, bien que tardaron, y al fin se volvieron del camino. Ofreciósele el rey de Navarra, mas no quiso aceptar su ayuda por recelarse se ofenderian los naturales, si se valia de tantas gentes estrañas. Todavía Jofre conde Cortes; hijo de aquel rey fuera de matrimonio, le acudió acompañado de número de caballos, gente lucida.

Con estas diligencias se juntó buen campo, con que rompió por las tierras del conde de Urgel sin reparar hasta ponerse sobre la ciudad de Balaguer cabecera de aquel estado, en que el conde por su fortaleza pretendia afirmarse y estaba dentro. El cerco fue largo y dificultoso, durante el cual las demás plazas de aquel estado se rindieron al rey. En esta sazon le vinieron embajadores de dos reyes, el de Francia y el de Nápoles. El francés le avisaba que por la insolencia del duque de Borgoña, y estar alborotado el pueblo de París, sus cosas se hallaban en estremo peligro, él y su hijo y otros señores como cautivos y presos: pedíale le acorriese en aquel trance; que el respeto de la humanidad le moviese, y de la amistad de tiempos atrás trabada entre aquellas dos casas y reinos. El rey Ladislao pretendia que juntasen sus fuerzas contra el duque de Anjou su competidor en aquel reino de Nápoles, pues si salia con aquella pretension, era cierto que revolveria con tanto mayores fuerzas sobre Aragon cuya corona asimismo pretendia. Al francés respondió el rey don Fernando que sentia mucho el afan y aprieto en que así él como aquel su noble reino se hallaban: que tendria cuidado de que lo deseaba por cuanto sus fuerzas alcanzasen, y el tiempo le diese lugar. Al rey Ladislao dió por respuesta que estimaba en mucho la amistad que le ofrecia; pero que entre él y el duque de Anjou intervenian grandes prendas de parentesco y amistad, en que nunca hobo quiebra, no obstante la competencia en la pretension de aquel reino: finalmente le aseguraba que de mejor gana terciaria para concertallos que arrimarse á ninguna de las partes contra el otro.

Despidiéronse con tanto los embajadores. El cerco se apretaba de cada dia mas, y los ciudadanos padecian falta, y aun deseaban concertarse. La condesa doña Isabel visto esto, y por prevenir mayores inconvenientes, con licencia de su marido y beneplácito del rey, salió á verse con él, y intentar si por algun

camino le pudiese aplazar. Usó de las diligencias posibles, mas no pudo del rey su sobrino alcanzar para el conde mas de seguridad de la vida, si venia á ponerse en sus manos. El aprieto era grande: así fue forzoso acomodarse. Salió el conde de la ciudad á postrero de octubre, y con aquella seguridad se fue á los reales. Llegado á la presencia del rey, y hecha la mesura acostumbrada, los hinojos en tierra y con palabras muy humildes le suplicó por el perdon del yerro que como mozo confesaba haber cometido, que ofrecia en adelante recompensar con todo género de servicios y lealtad. La respuesta del rey fue que si bien tenia merecida la muerte por sus desórdenes, se la perdonaba, y le hacia gracia de la vida. De la libertad y del estado no hizo mencion alguna; solo mandó le llevasen á Lérida, y en aquella ciudad le pusiesen á buen recaudo.

Hecho esto, lo primero se entregó aquella ciudad, y se dió órden en las demás cosas de aquel estado: consiguientemente se formó proceso contra el conde, en que le acusaron de aleve y haber ofendido á la magestad. Oidos los descargos y sustanciado el proceso, finalmente se vino á sentencia, en que le confiscaron su estado y todos sus bienes, y á su persona condenaron á cárcel perpétua. Tenia todavía gentes aficionadadas en aquella corona: para evitar inconvenientes le enviaron á Castilla, donde por largo tiempo estuvo preso primero en el castillo de Ureña, adelante en la villa de Mora; finalmente acabó sus dias sin dalle jamás libertad en el castillo de Játiva, ciudad puesta en el reino de Valencia. Príncipe desgraciado no mas en la pretension del reino que por un destierro tan largo, junto con la privacion de la libertad y estado grande que le quitaron. Entre los mas declarados por el conde uno era don Antonio de Luna, que se hacia fuerte en el castillo de Loharri; mas visto lo que pasaba, acordó desampararle y desembarazar la tierra junto con su estado propio, que vino eso mismo en poder del rey. Desta manera se concluyeron y se sosegaron aquellas alteraciones del conde mas fácilmente que se pensaba y temia.

CAPITULO VI.

Que se convocó el concilio Constanciense.

Al mismo tiempo que lo susodicho pasaba en Aragon, de todo el orbe cristiano hacian recurso los príncipes por medio de sus embajadores al emperador Sigismundo para dar órden con su autoridad y buena maña de sosegar las alteraciones de la Iglesia causadas del scisma continuado por tantos años. Habido con él y entre sí su acuerdo, requirieron á los que se llamaban pontífices, viniesen con llaneza en que se juntase concilio general de los prelados; en cuyas manos renunciasen el pontificado, y pasasen por lo que allí se determinase. A la verdad hasta este tiempo la muestra que dieron de querer venir en esto, no fue mas que una máscara para entretener y engañar, como quier que las intenciones fuesen muy diferentes. Los papas Juan y Gregorio se mostraban mas blandos á esta demanda, y parece daban oidos á lo que comunmente se deseaba; el ánimo de Benedicto estaba muy duro y obstinado sin inclinarse á ningun medio de paz.

Encargaron al rey de Aragon le pusiese en razon: él y el rey de Francia para este efecto le despacharon sus embajadores, personas de cuenta, en sazon que el de Aragon, concluida la guerra de Urgel, y fundada la paz pública de su reino, se encaminó á Zaragoza, y entró en aquella ciudad á manera de triunfante: juntamente se coronó por rey á los once de febrero año del señor 1414, solemnidad dilatada hasta entonces por diversas ocurrencias, y ceremonia que hizo el arzobispo de Tarragona como cabeza y el principal de los prelados de aquel reino. Púsole en la cabeza la corona que la reina doña Catalina su cuñada le envió presentada: pieza muy rica y vistosa, y en que el primor y el arte corria á las parejas con la materia, que era de oro y pedrería de gran valor. Halláronse presentes diversos embajadores de príncipes estraños, los prelados y grandes de aquel reino, en particular don Bernardo de Cabrera, conde de Osona y de Medina, que ya estaba en gracia del nuevo rey y don Enrique de Villena, notable personaje así bien por sus estudios en que fue aventajado, como por las desgracias que por él pasaron, y á la sazon se hallaba despojado de su patrimonio y del maestrazgo de Calatrava.

Fue así que por muerte de don Gonzalo de Guzman, y con el favor del rey don Enrique el Tercero el dicho don Enrique de Villena pretendió y alcanzó aquella dignidad. Alegaban muchos de aquellos caballeros que era casado, y por tanto conforme á sus leyes no podia ser maestre. Determinóse (tal era la ambicion de su corazon) de dar repudio á su mujer doña María de Albornoz, si bien su dote era muy rico, por ser señora de Alcocer, Salmeron y Valdolivas con los demás pueblos del infantado. Para hacer este divorcio confesó que naturalmente era impotente (1). Para que sus propios estados no recayesen en aquella órden por el mismo caso que aceptaba el maestrazgo, cautelóse con renunciar al mismo rey las villas de Tinéo y Cangas junto con el derecho que pretendia al marquesado de Villena. Olieron los comendadores de aquella órden (como era fácil) que todo era invencion y engaño, Juntáronse de nuevo, y considerado el negocio, depuesto don Enrique como elegido contra derecho, nombraron en su lugar á don Luis de Guzman. Resultaron desta eleccion diferencias que se continuaron por espacio de seis años. Los caballeros de aquella órden no se conformaban todos; antes andaban divididos, unos aprobaban la primera eleccion, otros la segunda. La conclusion fue que por órden del pontífice Benedicto los monges del Cistel, oidas las partes pronunciaron sentencia contra don Enrique, y en favor de su competidor y contrario. Por esta manera el que se preciaba de muchas letras y erudicion, pareció saber poco en lo que á él mismo tocaba; y vuelto el matrimonio, pasó lo restante de la vida en pobreza y necesidad á causa que le quitaron el maestrazgo, y no le volvieron los estados que tenia de su padre.

Concluidas las fiestas de Zaragoza, que se hicieron muy grandes, volvió el nuevo rey su pensamiento á las cosas de la Iglesia, conforme á lo que aquellos príncipes deseaban. Comunicóse con el pontífice Benedicto: acordaron de verse y hablarse en Morella, villa puesta en el reino de Valencia á los confines de Cataluña y Aragon. Acudieron el dia aplazado, que fue á diez y ocho de julio. Señalóse el rey en honrar al pontífice con todo género de cortesía: lo primero llevó de diestro el palafren en que iba debajo de un palio, hasta la iglesia del pueblo; de allí hasta la posada le llevó la falda. Luego el dia siguiente en un convite que le tenia aprestado, él mismo sirvió á la mesa, y el infante don Enrique de paje de copa. Para que la solemnidad fuese mayor trocó la bajilla de peltre, de que usaba el pontífice para muestra de tristeza por causa del scisma, en aparador de oro y plata: todo enderezado no solo á acatar la magestad pontificia, sino á ablandar á aquel duro pecho, y granjealle para que hiciese la razon. Juntáronse diversas veces para tratar del negocio principal. El papa no venia en lo de la renunciacion, y mucho menos sus cortesanos, que decian el daño sería cierto, y el cumplimiento de lo que le prometiesen quedaria en mano y á cortesía del que saliese con el pontificado, sin po-

(1) Esta impotencia seria de parte de su mujer, pues don Enrique habia tenido fuera de matrimonio dos hijas.

derse bastantemente cautelar. En cincuenta dias que se gastaron en estas demandas y respuestas, no se pudo concluir cosa alguna.

De Italia á la misma sazon llegaron nuevas de la muerte de Ladislao rey de Nápoles, que le dieron con yerbas segun que corria la fama, en el mismo curso sin duda de su mayor prosperidad, y en el tiempo que parecia se podia enseñorear de toda Italia. No dejó sucesion: por donde entró en aquella corona su hermana por nombre Juana, viuda de Guillen duque de Austria, con quien casó los años pasados, y á la sazon tenia pasados treinta años de edad: hembra ni mas honesta, ni mas recatada en lo de adelante que la otra reina de Nápoles de aquel mismo nombre, de quien se trató en su lugar. Muchos príncipes con el cebo de dote tan grande entraron en pensamiento de casarse con ella, en particular por medio de embajadores que de Aragon sobre el caso se despacharon, se concertó casase con él infante don Juan hijo segundo del rey don Fernando, y así como á cosa hecha pasó por mar á Sicilia; sin embargo este casamiento no se efectuó; antes aquella señora por razones que para ello tuvo, casó con Jaques de Borbon francés de nacion y conde de la Marcha, mozo muy apuesto y de gentil parecer. Rugíase que otro jóven, por nombre Pandolfo Alopo, tenia mas cabida con la reina de lo que la magestad real y la honestidad de mujer pedia, de que el vulgo, que no sabe perdonar á nadie, sentia mal, y los demás nobles se tenian por agraviados.

Perdida la esperanza de reducir al pontífice Benedicto, los príncipes todavía acordaron celebrar el concilio general. Señalaron para ello de comun acuerdo á Constancia ciudad de Alemaña por quererlo así el emperador, ca era de su señorío. Comenzaron á concurrir en primer lugar los obispos de Italia y de Francia: el pontífice Gregorio envió sus embajadores con poder (si menester fuese) de renunciar en su nombre el pontificado: Juan el otro competidor acordó hallarse en persona en el concilio, confiado en la amistad que tenia con el César, y no menos en su buena maña. El rey don Fernando no cesaba por su parte de amonestar á Benedicto que se allanase á ejemplo de sus competidores. Despues de muchas pláticas sobre el caso se convinieron los dos de hacer instancia con el emperador para que se viesen los tres en algun lugar á propósito. Para abreviar le despacharon por embajador á Juan Ijar, persona en aquel tiempo muy conocida por sus partes aventajadas de letras y de prudencia, en qué ninguno se la ganaba: diéronle por acompañados otras personas principales. Pasábase adelante en la convocacion del concilio. La reina de Castilla en particular envió á Constancia por sus embajadores á don Diego de Anaya obispo á la sazon de Cuenca, y á Martin de Córdova alcaide de los donceles.

Concurrieron de todas las naciones gran número de prelados, que llegaron á trecientos, todos con deseo de poner paz en la Iglesia, y escusar los daños que del scisma procedian. Abrióse el concilio á los cinco del mes de noviembre en tiempo que en Aragon gran número de judíos renunciaron su ley y se bautizaron á persuasion de San Vicente Ferrer, que tuvo con los principales dellos y en sus aljamas muchas disputas en materia de religion con acuerdo del pontífice Benedicto que dió mucho calor á esta conversion: creó con intento de servir á Dios, y tambien de acreditarse. Pareció espediente para adelantar la conversion apretar á los obstinados con leyes muy pesadas que contra aquella nacion promulgaron. Hállase hoy dia una bula del pontífice Benedicto en esta razon, su data en Valencia á los once de mayo del año veinte y uno de su pontificado. Los principales cabezas son las siguientes: los libros de Talmud se prohiben. Los denuestos que los judíos dijeron contra nuestra religion, se castiguen. No puedan ser jueces, ni otro cargo alguno tengán en la república. No puedan edificar de nuevo alguna sinagoga, ni tener mas de una en cada ciudad. Ningun judío sea médico, boticario ó corredor. No puedan servirse de algun cristiano. Anden todos señalados de una señal roja ó amarilla, los varones en el pecho y las hembras en la frente. No pueden ejercer las usuras, aunque sea con capa y color de venta. Los que se bautizaren, sin embargo puedan heredar los bienes de sus deudos. En cada un año por tres veces se junten á sermon que se les haga de los principales artículos de nuestra santa fe. El tanto de este edicto se envió á todas las partes de España, y uno dellos se guarda entre los papeles de la iglesia Mayor de Toledo.

En Constancia la noche de navidad principio del año que se contaba de 1415, se hallaron presentes á los maitines el pontífice Juan y el emperador. Pusiéronles dos sillas juntas, la del pontífice algo mas alta, en otros lugares se asentaron la emperatriz y los prelados. Pasada la festividad, comenzaron á entrar en materia. Parecia á todos que el mas seguro camino, y mas corto para apaciguar la iglesia, seria que los tres pontífices de su voluntad renunciasen. Comunicaron esto con el pontífice Juan que presente se hallaba, y al fin aunque con dificultad le hicieron venir en ello. Dijo misa de pontifical á los cuatro de marzo, y acabada, prometió públicamente con grande alegría y aplauso de los circunstantes que haria la renunciacion tan deseada de todos. Invencion y engaño por lo que se vió; que dende á pocos dias de noche se hurtó y huyó de aquella ciudad con intento de renovar los debates pasados. Enviaron personas en pos dél, que le prendieron; y vuelto á Constancia, mal su grado fue forzado á hacer la renunciacion postrero dia del mes de mayo, y para atajalle los pasos de todo punto dieron cuidado al conde Palatino que le tuviese debajo de buena guarda, mas huyó tres años adelante. Finalmente, para sosegalle, por concierto le fue vuelto el capelo, con que pasados algunos años falleció en Florencia cabeza de la Toscana. Sepultaron su cuerpo en aquella ciudad en el bautisterio de San Juan, enfrente de la iglesia Mayor. Sus tesoros que allegó muy grandes en el tiempo de su pontificado, quedaron en poder de Cosme de Médicis ciudadano principal de aquella señoría: escalon por donde él mismo subió á gran poder, y los de su casa adelante se enseñorearon de aquella república: tal es la comun opinion del vulgo.

La alegría que los prelados recibieron por le deposicion del pontífice Juan, se dobló con la renunciacion que cinco dias adelante Carlos Malatesta procurador del pontífice Gregorio, conforme á los poderes que traia muy amplios, hizo en su nombre. Restaba solo Benedicto, cuya obstinacion ponia en cuidado á los padres, si antes que renunciase nombraban otro pontífice, no recayese en los inconvenientes pasados. Acudieron al medio que les ofrecieron de España, que el César Sigismundo én algun lugar á propósito se viese con el rey de Aragon y con el dicho papa Benedicto, ca no tenian de todo punto perdida la esperanza; antes cuidaban se dejaria persuadir, y seguiria el comun acuerdo de todas las naciones y el ejemplo de sus competidores. Para estas vistas señalaron á Niza, ciudad puesta en las marinas de Génova, y en esta razon despacharon para los dos el rey y el papa sus embajadores, personas de cuenta y de autoridad.

CAPITULO VII.

Que los tres príncipes se vieron en Perpiñan.

Al mismo tiempo que estas cosas pasaban en Constancia, el rey de Aragon en Valencia festejaba con todo género de demostracion el casamiento del príncipe don Alonso su hijo con la infanta doña María her-

mana del rey don Juan de Castilla. Para mas autorizar la fiesta se halló presente el pontífice Benedicto. Concurrió toda la nobleza y señores de aquel reino: grandes invenciones, trajes y libreas. Acompañó á la infanta desde Castilla con otras personas de cuenta don Sancho de Rojas, que á la misma sazon de obispo que era de Palencia, trasladaron al arzobispado de Toledo por muerte de don Pedro de Luna que finó en Toledo á los diez y ocho de setiembre, y le enterraron en la capilla de San Andrés de aquella su iglesia junto á don Jimeno de Luna su pariente: al presente yace en propio lucillo que le pusieron en la capilla de Santiago. La promocion de don Sancho se hizo por intercesion y á instancia del rey de Aragon; y él mismo por su persona y aventajadas prendas era digno de aquel lugar, y por los muchos servicios que á los reyes hizo en tiempo de paz y de guerra. Su padre Juan Martinez de Rojas señor de Monzon y Cabra, que falleció en el cerco de Lisboa en tiempo del rey don Juan el Primero, su madre doña María de Leyva. Hermanos Martin Sanchez de Rojas, y Dia Sanchez de Rojas, y doña Inés de Rojas, la cual casó con Fernan Gutierrez de Sandoval.

Nació deste casamiento Diego Gomez de Sandoval conde de Castro Jeriz, adelantado mayor de Castilla y canciller mayor del sello de la puridad. Fue gran privado de don Juan rey de Navarra, cuyo partido y de los infantes sus hermanos siguió en las alteraciones que anduvieron los años adelante, que fue ocasion de perder lo que tenia en Castilla, grandes estados, y de adquirir la villa de Denia por merced que le hizo della el mismo rey don Juan de Navarra. El arzobispo don Sancho le hizo donacion de la villa de Cea que compró de su dinero; pero con tal condicion que tomase el apellido de Rojas, homenaje que despues le alzó. Casó segunda vez la dicha doña Inés con el mariscal Fernan García de Herrera, que tuvo en ella muchos hijos: cepa y tronco de los condes de Salvatierra, que adquirieron asimismo la villa de Empudia por donacion del mismo don Sancho de Rojas.

Las bodas del príncipe don Alonso se celebraron á los doce del mes de junio. Dejó á la infanta su padre en dote el marquesado de Villena, mas dél la despojaron, y la dieron, á trueque docientos mil ducados (1), por llevar mal los de Castilla que los reyes de Aragon quedasen con aquel estado puesto á la raya de ambos reinos en parte que se podian fácilmente hacer entradas en Castilla. El rey de Portugal desde el año pasado aprestaba una muy gruesa armada. Los príncipes comarcanos, con los zelos que suelen tener de ordinario, sospechaban no se enderezase á su daño; al de Aragon en especial le aquejaba este cuidado por rugirse queria tomar debajo de su amparo al conde de Urgel, y por este camino alteralle el nuevo reino de Aragon. Engañóles su pensamiento porque el intento del portugués era asaz diferente, esto es de pasar en Africa á conquistar nuevas tierras. Animále su buena dicha, con que ganó, y con poco derecho se afirmó en aquel su reino, y poníanle en necesidad de buscar nuevos estados los muchos hijos que tenia, para dejallos bien heredados, por ser Portugal muy estrecho. En la reina su mujer tenia los infantes don Duarte, don Pedro, don Enrique, don Juan, don Fernando y doña Isabel; fuera destos á don Alonso hijo bastardo, que fue conde de Barcelos.

Armó treinta naves gruesas, veinte y siete galeras, treinta galeotas, sin otros bageles que todos llegaban hasta en número de ciento y veinte velas. Partió el rey con esta armada la vuelta de Africa, sin embargo que á la misma sazon pasó desta vida la reina doña Philipa, que hizo sepultar en el nuevo monasterio de la batalla de Aljubarrota. De primera llegada se apoderó por fuerza á los veinte y dos de agosto de Ceuta, ciudad puesta sobre el estrecho de Gibraltar. El primero á escalar la muralla fue un soldado por nombre Corterreal, otro que se decia Alberguería, se adelantó al entrar por la puerta: al uno y al otro remuneró el rey y honró como era debido y razon; lo mismo se hizo con los demás, conforme á cada uno era. Los moros unos pasaron á cuchillo, otros se salvaron por los piés, y algunos quedaron por esclavos. Deste buen principio entraron los portugueses en esperanza de sujetar las muy anchas tierras de Africa. Mudaron otrosí este mismo año la manera de contar los tiempos por la era de César, como se acostumbraba, en la del nacimiento de Cristo por acomodarse á lo que las otras naciones usaban, y en conformidad de lo que poco antes deste tiempo, como queda dicho, se estableció en los reinos de Aragon y Castilla (2).

El cuidado de sosegar la Iglesia todavia se llevaba adelante, y los padres del concilio continuaban en sus juntas. No pudo el rey don Fernando ir á Niza por cierta dolencia contínua que mucho le fatigaba: acordaron que el César llegase hasta Perpiñan, villa puesta en lo postrero de España y en el condado de Ruysellon (3): príncipe de renombre inmortal por el celo que siempre mostró de ayudar á la Iglesia sin perdonar á diligencia ni afan. El pontífice Benedicto y el rey don Fernando, como los que se hallaban mas cerca, acudieron los primeros. El emperador llegó á los diez y nueve de setiembre acompañado de cuatrocientos hombres de armas á caballo y armados, asaz grande representacion de magestad. El vestido de su persona ordinario, y la vajilla de su mesa estaño, señal de luto y tristeza por la afliccion de la Iglesia. Concurrieron al mismo lugar embajadores de los reyes de Francia, Castilla y Navarra. Todo el mundo estaba á la mira de lo que resultaria de aquella habla. El miedo y la esperanza corrian á las parejas. No podia el rey por su indisposicion asistir á pláticas tan graves. Todavía desde su lecho rogaba y amonestaba á Benedicto restituyese la paz á la Iglesia, y se acordase del homenaje que en esta razon hizo los tiempos pasados: el concilio de los obispos se celebraba; no era razon engañase las esperanzas de toda la cristiandad: acudiese al concilio, y hiciese la renunciacion que todos deseaban, conforme al ejemplo de sus competidores: ¿cuánto podía quedar de vida al que por sus muchos años se hallaba en lo postrero de su edad?

Pudiera Benedicto con mucha honra doblegarse y ponerse en las manos de tan grandes príncipes y de toda la Iglesia, si el apetito de mandar se gobernara por razon, afecto desapoderado, y mas en los viejos; mas él estaba resuelto de no venir en ningun partido de su voluntad, solo pretendia entretener y alargar con diferentes cautelas y mañas. Apretábanle los dos príncipes para que se resolviese, y acabase. Un dia hizo un razonamiento muy largo en que declaró los fundamentos de su derecho: Que si en algun tiempo se dudó cual era el verdadero papa, la renunciacion de sus dos competidores ponia fin en aquel pleito, pues quitados ellos de por medio, él solo quedaba por rector universal de la Iglesia: que no era justo desamparase el gobernalle que tenia en su mano, de la nave de San Pedro: cuanto tenia la edad mas adelante, tanto mas se debia recelar de no ofender á Dios y á los santos por falta de valor, y de amancillar su nombre con una mengua perpétua. Siete horas enteras continuó en esta plática sin dar alguna señal de can-

(1) Segun la crónica docientas mil doblas de oro mayor é castellanas.

(2) Esta mudanza se empleó en la corona de Aragon por decreto del rey don Pedro IV dado en Perpiñan el 16 de diciembre de 1350.

(3) Este condado fue agregado á la corona de Aragon por el rey don Pedro IV el 29 de marzo de 1344 hasta que en 1462 don Juan II lo empeñó á Luis XI de Francia. En 1495 Carlos VIII de esta nacion lo restituyó al rey católico; y en 1695 se cedió á la Francia por el tratado de los Pirineos.

sancio, si bien tenia setenta y siete años de edad, y los presentes de cansados unos en pos de otros se le salian de la sala. Alegaba sobre todo que si él no era el verdadero pontífice, por lo menos la eleccion del que se habia de nombrar, pertenecia á solo él como al que restaba de todos los cardenales que fueron elegidos antes del scisma, por pontífice cierto sin alguna duda y tacha.

Gastábase mucho tiempo en estas alteraciones sin que se mostrase esperanza de hacer algun efecto. El emperador cansado con la dilacion se partió de Perpiñan. Amenazaba á Benedicto usarian contra él de fuerza, pues no queria doblegar su voluntad. Todavía se entretuvo en Narvona por si con la diligencia del rey don Fernando que se ofrecia á hacella, se ablandase aquel obstinado corazon. Todo prestó poco, antes con toda priesa Benedicto se robó y se partió para Peñíscola, con cuya fortaleza, que está sobre un peñon casi por todas partes rodeada del mar, cuidaba afirmarse y defender su partido. Llegóse al último plazo y remedio, que fue quitalle en Aragon la obediencia, como se hizo por un edicto que se publicó á los seis de enero del año que se contó 1416, en que se vedaba acudir á él en negocios, y lo mismo tenelle por verdadero papa.

El principal en este acuerdo y resolucion fue fray Vecente Ferrer, que el tiempo pasado se le mostró muy aficionado y parcial. La larga costumbre puede mucho: así en los ánimos de algunos todavía quedaba algun escrúpulo, y se les hacia de mal apartarse de lo en que por tantos años continuaron. El pueblo fácilmente se acomodó á la voluntad del rey, como el que poca diferencia hace entre lo verdadero y lo falso. Desabrióse Benedico por esta causa: decia que el que le debia mas, ese era el primero á hacelle contraste; que esperaba en Dios que el reino que él mismo le dió, se le quitaria como á ingrato: amenazas vanas, y sin para ejecutallas. Al mismo tiempo que con mayor calor se trataban estos pleitos, falleció doña Leonor reina de Navarra en Pamplona á los cinco de marzo. Yace en la iglesia Mayor, de aquella ciudad en un sepulcro de alabastro con su letra que esto declara.

CAPITULO VIII.

De la muerte del rey don Fernando.

La indisposicion del rey don Fernando continuaba: tenia gran deseo de volver á Castilla por probar si con los aires naturales (remedio á las veces muy eficaz) mejoraba: á los dolientes, en especial con las bascas de la muerte, se les suelen antojar sus esperanzas. Demás que pretendia mirar por el bien de Castilla como cosa que por el deudo y el cargo que tenia de gobernador, mucho le tocaba; en particular deseaba que aquel reino alzase la obediencia á Benedicto á ejemplo de Aragon, y que de todo punto le desamparase. Con este propósito de Perpiñan dió la vuelta á Barcelona: desde aquella ciudad, pasados los frios de invierno, al principio del verano se puso en camino para Castilla. Con el movimiento se le agravó la dolencia; que en cuerpos enfermos y flacos cualquiera ocasion los altera. Reparó en Igualada seis leguas de Barcelona. Allí le desafuciaron los médicos, y recebidos los sacramentos como buen cristiano, pasó desta vida jueves á los dos de abril. Príncipe dotado de escelentes partes de cuerpo y alma, presencia muy agradable, y que no tenia menos autoridad que gracia, de grande ingenio y destreza en granjear las voluntades y aficionarse la gente no solo despues que fue rey, sino en el reino de otro, cosa mas dificultosa. No faltó quien le tachase de algunas cosas, en especial que en su habla y acciones era tardo, que desamparó á Benedicto, y se aprovechó de las rentas reales de Castilla; que era pródigo de lo suyo, y codicioso de lo ajeno para suplir lo que derramaba: á los grandes personajes sigue la envidia y nadie vive sin tacha.

Reinó por espacio de tres años, nueve meses y veinte y ocho dias. Su cuerpo yace en Poblete en un sepulcro humilde y muy ordinario. En su testamento que otorgó los meses pasados en Perpiñan, heredó á sus hijos en esta forma: á don Juan en el estado de Lara junto con Medina del Campo, y la villa de Momblanc con título de duque, que le mandó en Cataluña: ítem otros muchos pueblos. A don Enrique dejó á Alburquerque, á don Sancho á Montalvan. Por heredero del reino nombró al príncipe don Alonso su hijo mayor: caso que todos los hermanos faltasen sin dejar sucesion, llamó á la corona los hijos y nietos de las infantas doña Maria y doña Leonor sus hijas, si bien á ellas mismas dejó escluidas de la sucesion; cláusula digna de memoria, mas que yo otra vez se estableció en aquel reino lo mismo, segun que en otro lugar queda declarado. La muerte del rey don Fernando fue ocasion que Castilla por algun tiempo se mantuviese en la devocion de Benedicto. Tenia en ella muchos obligados con beneficios y gracias, en especial los arzobispos, el de Toledo y el de Sevilla, don Sancho de Rojas y don Alonso de Ejea se mostraban muy declarados en su favor.

CAPITULO IX.

De la eleccion del papa Martino Quinto.

En Castilla resultaron nuevas alteraciones y bullicios, principios de mayores males, y muestra de cuánto importaba para el sosiego de España la prudencia y el valor del rey don Fernando. La reina doña Catalina luego que como es de costumbre hizo las honras del rey su cuñado en Valladolid, ella sola se apoderó de todo el gobierno del reino (1). La crianza del rey encomendó al arzobispo de Toledo junto con Juan de Velasco y Diego Lopez de Zúñiga justicia mayor (2). Quejábanse muchos que en el repartimiento de oficios y cargos no les cupo parte, sobre todos se señalaban en esto el almirante don Alonso Enriquez y el condestable don Ruy Lopez Dávalos, desgustos que amenazaban mayores revueltas y daños. Con mejor acuerdo por principio del año que se contaba 1417, asentaron treguas con el rey de Granada por término de dos años en que le sacaron por condicion diese en cada un año libertad á cien cautivos cristianos.

Los prelados que continuaban en el concilio de Constancia, acudian á las todas partes, y cuidaban de lo que concernia al buen estado de la iglesia y á su pacificacion. Para sosegar las revueltas de Bohemia y reducir á los herejes procuraron muy de veras que sus cabezas y caudillos Gerónimo de Praga y Juan Hus viniesen á aquella ciudad con salvo conducto que el emperador les dió para su seguridad. El mal de la herejía es casi incurable, mayormente cuando está muy arraigado. Huyeron los dos de Constancia, prendiéronlos en el camino personas que para ello enviaron, y traidos á la ciudad, los quemaron públicamente: castigo por ellos bien merecido, pero en que muchos dudaron si fuera mas espediente que se les guardara la seguridad que les dieron, si bien constaba cometieron en la ciudad y por el camino delitos porque no se les debia guardar.

Castigados los herejes, y condenadas sus herejías, volvieron su pensamiento á componer las revueltas de la Iglesia. A Benedicto, que de los tres pontífices todavía continuaba en su contumacia, le descomul-

(1) Así lo habia dejado dispuesto el rey en su testamento.

(2) Al principio el rey quedó en poder de doña Catalina, dándoles á estos dos caballeros doce mil florines para contentarles; pero luego que murió el de Aragon, tio y contutor del rey, le tomaron y tuvieron en su poder hasta la edad pupilar.

garon á los veinte y seis de julio; y le despojaron del pontificado y derecho que podia tener á las llaves de San Pedro. Publicada esta sentencia, dieron órden en nombrar de conformidad un nuevo papa. Hallábanse presentes veinte y dos cardenales de las tres obediencias de los papas depuestos. Juntaron con ellos otros treinta electores, parte obispos parte personas principales. Encerráronse los unos y los otros en cónclave. Vinieron todos sin faltar uno de conformidad en nombrar por pontífice al cardenal Othon columna natural de Roma. Hízose la eleccion á los once de noviembre. Llamóse en el pontificado Martin Quinto. El contento que resultó desta eleccion así en la ciudad de Roma, como en las demás naciones por cuanto se extendia la cristiandad, fue cual se puede pensar. Parecíales que despues de muy espesas tinieblas les amanecia una mañana muy clara, y una luz muy alegre se mostraba á las tierras, ca todos, olvidadas las aficiones pasadas, se conformaron y prestaron obediencia al nuevo pontífice. Solamente el rey de Escocia y el conde de Armeñaque tuvieron recio por algun tiempo con Benedicto, y algunos pocos cardenales que le acompañaron cuando se salió de Perpiñan; pero tambien le dejaron poco adelante.

Disolvióse con tanto el concilio; bien que para adelante dejaron aquellos padres decretado que dende á cinco años se juntase concilio general la primera vez, la segunda desde á otros siete años, el tercero se celebrase diez años despues del segundo, y así se guardase perpetuamente que cada diez años se juntase concilio general. Despachó el nuevo pontífice dos monges del Cistel para avisar á Benedicto se conformase con la voluntad de todos los prelados, y á sus cardenales procurasen le desamparasen. En Benedicto no pudieron hacer mella por su condicion: los cuatro cardenales que tenia, con promesa que les hicieron de conservallos en aquel grado de cardenales, y hacelles nuevas gracias; todos españoles, le dejaron luego, y se fueron al nuevo y verdadero papa, que hallaron en Florencia. El mas principal era don Alonso Carrillo cardenal de San Eustaquio y obispo de Sigüenza, deudo del otro cardenal don Gil de Albornoz, y tio de don Alonso Carrillo que adelante fue arzobispo de Toledo.

Este mismo año fue muy desgraciado para Francia; para Castilla alegre por la navegacion que por voluntad de la reina de Castilla, y licencia que dió el rey don Enrique antes de su muerte, se tornó de nuevo á hacer á las islas Canarias: camino para sujetallas, como á la verdad se apoderó de las cinco Juan Betancurt de nacion francés, caudillo desta empresa. Sucedióle Menaute su deudo. El papa Martino proveyó por obispo de aquellas isla á un fraile por nombre Mendo. Resultaron entre los dos diferencias: acudió Pedro Barba con tres naves por órden del rey. Este compró á dinero las islas de Menaute, y las vendió á Pedro de Peraza ciudadano principal de Sevilla, cuyos descendientes las poseyeron hasta los tiempos del rey don Fernando el Católico; que las acabó de sujetar finalmente, como queda de suso declarado, y las incorporó en la corona de Castilla. Esto es lo que toca á España.

Las desgracias de Francia se encaminaron desta manera: Enrique Quinto deste nombre, rey de Ingalaterra, pidió á Carlos sesto rey de Francia le diese por mujer á su hija madama Catharina. No vino en ello el francés, de que el inglés se tuvo por agraviado. Para vengar esta afrenta pasó en una armada muy gruesa á Normandía: ganó una grande victoria de los franceses, en que prendió á los duques de Orliens y de Borbon. Púsose otrosí sobre Ruan cabeza de Normandía, que al fin ganó, aunque con trabajo y tiempo. No parecen en esto las desgracias, antes la reina Isabel de Francia se partió de su marido, y con su hija Catharina se retiró á Turon. Desde allí llamó al duque de Borgoña en su favor, que acudió luego con gente por no perder la ocasion que se le presentaba, de satisfacerse de los desgustos pasados. Apoderóse no solo de la reina y de su hijo sino del mismo rey y de la ciudad de París. Restaba Carlos el Delfin; heredero de aquella corona, el cual con gentes que pudo juntar reparaba aquellos daños y hacia rostro á los ingleses y borgoñones. Para divertir al duque de Borgoña procuró verse con él. Señalaron de acuerdo para la habla una puente del rio Secuana, en aquella parte en que el rio Icuana (1) desagua en él. Para mayor seguridad atajaron la puente con unas verjas de madera: solo dejaron un postigo por do se podia pasar, pero bien cerrado y asegurado. Concertaron otrosí que acompañasen á los príncipes cada diez hombres armados. Acudieron al tiemplo aplazado. El Delfin saludó al duque con rostro ledo y alegre semblante, y convidóle á pasar do él estaba. Aseguróse el duque del buen talante con que le habló: abierto el postigo, pasó como se le rogaba. Trabóse cierta pasion y riña entre los soldados, si acaso, si de propósito no se averigua. Resultó que el borgoñon quedó muerto, cuya vida si fue perjudicial para Francia, no menos lo fue su muerte á causa que el duque Philipe por satisfacerse de la muerte de su padre entregó al inglés los rey y reina de Francia con su hija Catharina y la ciudad de París: de que procedieron males sin cuento y sin término, enemigas, quemas, muertes y robos. Pero estas cosas avinieron algun tiempo adelante, y por ser extrañas no nos incumben, ni queremos particularizallas mas.

CAPITULO X.

Otros casamientos de príncipes.

La reina doña Leonor de Aragon despues de la muerte del rey su marido se retiró á Castilla, y en Medina del Campo con la compañía de sus hijos, que le quedaron muchos, y otros honestos entretenimientos pasaba su viudez y soledad. Comenzóse á mover plática que su hija la infanta doña María casase con el rey de Castilla. Extrañaba la reina doña Catalina su madre este casamiento. Escusábase con la poca edad del rey, como quier que á la verdad de secreto se inclinase mas á casalle en Portugal con la infanta doña Leonor, que demás de ser su sobrina parecia así á ella como á los mas de los cortesanos seria á propósito para atar aquellos dos reinos con un vínculo muy fuerte de perpétua concordia. Creemos fácilmente lo que deseamos. Desbarató la muerte estos intentos, que sobrevino de repente á la reina doña Catalina en Valladolid jueves á los dos de junio del año 1418. Su edad de cincuenta años, el cuerpo grande y grueso, en la bebida algo larga conforme á la costumbre de su nacion, la condicion sencilla y liberal: virtudes de que se aprovechaban para sus particulares y para maisinar á otros y desdorallos los que le andaban al lado, que los mas eran gente baja. Estos eran sus consejeros y sus ministros: grave daño y mas en príncipes tan grandes. Sepultáronla en la capilla real de Toledo en propio lucillo, en que fundó quince capellanías, y las añadió á la de antes para que se hiciesen sufragios ordinarios por las ánimas suya y del rey su marido.

Con la muerte de la reina se trocaron y alteraron las cosas en gran manera. El rey sin embargo de su poca edad salió de las tinieblas en que su madre le tuvo muy retirado, y comenzó en parte por sí mismo á gobernar el reino, ayudado del consejo de algunos personajes que le asistian. Entre los demás se señalaba el arzobispo de Toledo, que por ser de gran corazon, muy codicioso de honra y entremetido, se apoderó del gobierno, de suerte que en nombre del

(1) Hoy los rios Sena y Yone.

rey lo pretendia todo trastornar á su albedrío. Acudieron de Francia dos embajadores para solicitar les socorriesen en aquel aprieto en que aquel reino se hallaba. La respuesta fue escusarse con la poca edad del rey y las alteraciones, que unas comenzaban y otras se temian. Volvióse á la plática de casar al rey: el de Toledo reconocia todo lo que era y valia de los reyes de Aragon: así hizo instancia, y finalmente concluyó que el casamiento de Aragon se antepusiese al de Portugal. Celebráronse los desposorios entre el rey don Juan y la infanta doña María con grandes fiestas en Medina del Campo á los veinte y uno de octubre.

Entre las capitulaciones matrimoniales que asentaron, una fue que la infanta doña Catalina hermana menor del rey don Juan casase con uno de los infantes de Aragon. No señalaron por entonces algunos dellos á causa que don Juan, el mayor de los hermanos por casar, andaba en balanzas sin resolverse en qué parte casaria. Primero estuvo concertado con doña Isabel hija del rey de Navarra: desistió deste casamiento, cebado de la esperanza que se le mostró de casar con Juana reina de Nápoles, engañosa y vana como de suso se tocó, y la infanta casó con el conde de Armeñaque. Entretúvose por algun tiempo el infante don Juan en el gobierno de Sicilia en lugar de la reina doña Blanca, que su padre el rey de Navarra procuró diese la vuelta por ser la mayor de sus hermanas y heredera de su corona. Muchos príncipes pretendieron casar con ella movidos de sus prendas, y mas del gran dote que esperaba: el rey su padre finalmente antepuso á los demás competidores al ya dicho infante don Juan por sus buenas partes, y por la esperanza que se tenia de juntar lo de Navarra y lo de Aragon, por no tener sucesion el rey don Alonso su hermano.

El dote de presente fueron cuatrocientos y veinte mil florines. Púsose por condicion que caso que doña Blanca muriese, puesto que no dejase hijos, su marido despues de sus suegros por todo el tiempo de su vida se intitulase, y fuese rey de Navarra. Hiciéronse los desposorios en Olite por poderes: el procurador de parte del infante, que hizo sus veces, Diego Gomez de Sandoval sobrino del arzobispo de Toledo, adelantado de Castilla y mayordomo mayor del infante, su muy privado, y que por esta causa adelante alcanzó gran poder y estado, y aun finalmente los vientos favorables se le trocaron en contrarios y corrió fortuna, como se notará en otro lugar. Cuando se celebraron los desposorios de Navarra, corria el año de nuestra salvacion de 1419: en el mismo el gran predicador y varon apostólico fray Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia su patria y de la órden de los predicadores, pasó desta vida mortal á la eterna en Vanes ciudad de la Bretaña á los cinco de abril. Sus grandes virtudes, y los milagros, muchos y maravillosos, que obró en vida y despues de muerto, le pusieron poco adelante en el número de los santos. Su cuerpo sepultaron en la iglesia Mayor de aquella misma ciudad. Volvamos á lo que del rey don Juan de Castilla se queda atrás.

CAPITULO XI.

De las alteraciones de Castilla.

Los reinos de Castilla se comenzaron á alterar no de otra guisa que una nave sin gobernalle y sin piloto azotada con la tormenta de las hinchadas y furiosas olas del mar. Los grandes traian entre sí diferencias y pasiones. El rey por su poca edad y no mucha capacidad no tenia autoridad para enfrenallos. Al arzobispo de Toledo que ponia la mano en todo, muchos le envidiaban, y llevaban mal pudiese mas un clérigo que toda la nobleza. Acudieron al rey diéronle por consejo tomase la entera y libre administracion del reino; que la edad de catorce años que tenia, era bastante para ello y legal. Con este acuerdo se juntaron córtes en Madrid, en que se hallaron grandes y muchos personajes de gran calidad. A los siete de marzo ya que los tenian juntos en el alcázar de aquella villa, el arzobispo de Toledo con un razonamiento muy pensado declaró la voluntad que el rey tenia de salir de tutorías y encargarse del gobierno. Respondió y otorgó en nombre de los congregados y del reino el almirante don Alonso Enriquez. Siguióse el aplauso de los demás que presentes se hallaron á este auto y solemnidad.

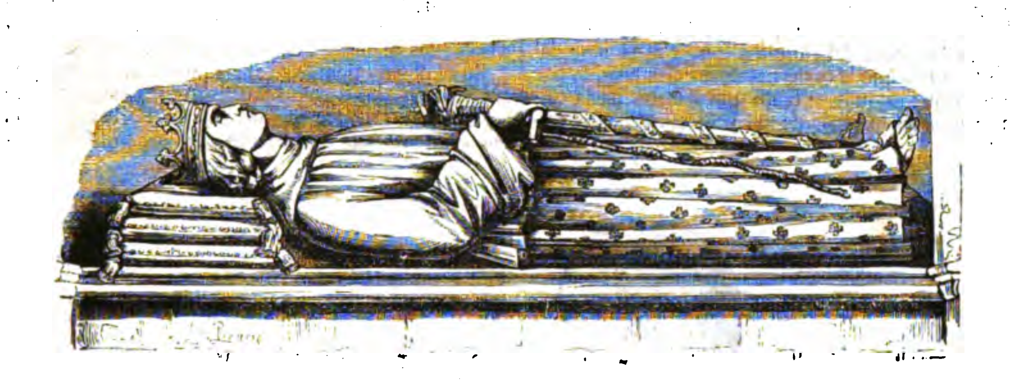
La poca edad del rey tenia necesidad de reparo. Recibió en su consejo, y mantuvo á todos los que en tiempo de su padre y sus tutorías tuvieron aquel lugar. Para despachar las cosas de gracia señaló al arzobispo de Toledo, al almirante, al condestable, y con ellos á Pero Manrique adelantado de Leon, y Juan Hurtado de Mendoza su mayordomo mayor, y que Gutierre Gomez de Toledo arcediano de Guadalajara ordenase y refrendase las cédulas reales. Agravióse desto el arzobispo de Toledo, que pretendia la pertenecia aquel oficio como á canciller mayor que era de Castilla. Andaban en aquella córte entre otras personas de cuanta los infantes de Aragon don Juan y don Enrique maestre de Santiago: el arzobispo de Toledo para tener mas mano y afirmarse contra sus émulos procuró conquistallos con todo género de caricias y buena correspondencia: todo se enderezaba á continuar en el gobierno, de que era muy codicioso, y de que estaba asaz apoderado. De Madrid fué el rey con su córte á Segovia, ciudad puesta entre montes y á propósito para pasar los calores del verano. Levantóse de repente un alboroto de los del pueblo contra la gente del rey y sus cortesanos: estuvieron á pique de venir á las puñadas, y la misma ciudad de ensangrentarse.

Los infantes ya dichos de Aragon poco se conformaban entre sí: mando y privanza no sufren compañía. Andaban como en zelos cada cual con intento de apoderarse de la persona del rey y del gobierno cosa que les parecia fácil por su poca edad, y no querian dar parte á nadie, ni aun á su mismo hermano. Resultaron con esto sospechas, dividiéronse los grandes y caballeros en dos bandos: á don Enrique favorecian el condestable don Ruy Lopez Dávalos, y Pedro Manrique; al infante don Juan asistian don Fadrique conde de Trastamara y el de Toledo. La edad del rey era flaca, y se mudaba fácilmente, sus enojos repentinos, las caricias que hacia, fuera de tiempo: cosas que la una y la otra á cualquier príncipe están mal, por donde mas era menospreciado que temido. El cuerpo conforme á la edad que tenia, era grande y blanco, pero de poca fuerza; el rostro no muy agraciado, la condicion mansa y tratable. Deleitábase en la caza y en justas y torneos, era aficionado á los estudios y letras, y hallábase de buena gana en los razonamientos en que se trataba de cosas e uditas. Hacia él mismo metros, y trovaba no muy mal en lengua castellana.

Estas virtudes que comenzaron á mostrarse desde niño, con la edad llegaron á madurarse y hacerse mayores; todas empero las estragaba el descuido y poca cuenta que tenia de las cosas y del gobierno. Oia de mala gana y de priesa: sin oir, como podia resolverse en negocios tan árduos como se ofrecian? en suma no tenia mucha capacidad, ni era bastante para los cuidados del gobierno. Esto dió á sus cortesanos entrada para adquirir gran poder, en especial á Alvaro de Luna, que comenzaba ya á tener con él mas familiaridad y privanza que los demás. Por temer esto la reina su madre le despidió de palacio (1) los años pasados, y le hizo que volviese á Aragon, en

(1) El rey le hizo volver pronto á su compañía.

que acertó sin duda; pero gobernóse imprudentemente en tener al rey, como le tuvo hasta su muerte, encerrado en Valladolid en unas casas junto al monasterio de San Pablo por espacio de mas de seis años sin dejalle salir, ni dar licencia que ninguno le visitase fuera de los criados de palacio; en lo cual ella pretendia que no se apoderasen dél los grandes, y resultase alguna ocasion de novedades en el reino: miserable crianza de rey, sujeta á graves daños, que el gobernador de todos no ande en público, ni le vean sus vasallos, tanto que aun á los grandes que le visitaban, no conocia: qué quitasen al príncipe la libertad de ver, hablar y ser visto, y como metido en una jaula le embraveciesen y estragasen su buena y mansa condicion, cosa indigna. Como pollo en caponera me pongas tú á engordar al que nació para el sudor, y para el polvo? En la sombra y entre mujeres se crie á manera de doncella aquel, cuyo cuerpo debe estar endurecido con el trabajo y comida templada para resistir las enfermedades, y sufrir igualmente en la guerra el frio y los calores? Con los regalos quieres quebrantar el ánimo, que de dia y de noche ha de estar de como en atalaya mirando todas las partes de la república? ciertamente esta crianza muelle y regalada acarreará gran daño á los vasallos: la mayor edad será semejable á la niñez y mocedad



flaca y deleznable, dada á deshonestidad, y á los demás deleites, como se ve en gran parte en este príncipe. Porque muerta la reina, como si saliera de las tinieblas, y casi del vientre de su madre de nuevo á la luz, perpétuamente anduvo á tienta paredes: con la grandeza de los negocios se cansaba y ofuscaba. Por esto se sujetó siempre al mando y albedrío de sus palaciegos y cortesanos: cosa de gran perjuicio, y de que resultaron continuas alteraciones y graves.

Dirá alguno: reprehender estos vicios es cosa fácil, quién los podrá enmendar? quién se atreverá á afirmar lo que es muy verdadero, que á las mujeres conviene el arreo y el regalo, á los príncipes el trabajo desde su primera edad? Quién digo se atreverá á decir esto delante de aquellos que ponen la felicidad del señorío, y la miden con el regalo, lujuria y deleites, y tienen por el principal fruto de la vida servir al vientre y á las otras partes mas torpes del cuerpo? Demás desto, quién persuadirá esta verdad á los que tienen por género de muy agradable servicio conformarse con los deseos de los príncipes y con sus inclinaciones para por allí medrar? Dejemos pues estas cosas, y volvamos á nuestro cuento.

En el principio del año siguiente, que se contó de 1420, pasó el rey á Tordesillas, villa de Castilla la Vieja. Don Enrique maestre de Santiago ó por pretender casarse con la infanta doña Catalina, ó con intento de sujetar sus contrarios, acompañado de los suyos entró en aquel lugar, prendió á Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo de la casa real, y á otros del palacio: con tanto se apoderó del mismo rey á doce del mes de junio (1), y le quitó la libertad de ir á parte ninguna, ó determinar algun negocio: gran vergüenza, y grave afrenta del reino, que el rey estuviese cercado, preso y encerrado por sus vasallos. Movidos desta indignidad los demás grandes de la provincia, acudieron á las armas, por su caudillo el infante don Juan de Aragon, que celebrado que hobo sus bodas en Pamplona, concluidas las fiestas, y gastados en ellas no mas de cuatro dias, se partió para Castilla movido de la fama de lo que sucediera, y por las cartas de muchos que le llamaban.

En Avila se celebraron las bodas del rey de Castilla con pequeño aparato y pocos regocijos por estar ausente gran parte de los grandes y el rey detenido á manera de preso. D. Enrique para su seguridad y para fortificarse tenia en aquella ciudad tres mil de á caballo: D. Juan su hermano se entretenia en Olmedo con igual número de caballos, que tenia alojados por los lugares comarcanos: concurrian á él de toda la provincia; los menores, medianos y mayores trataban de vengar la injuria del rey y mengua del reino. Procuróse que los infantes hermanos se viesen: no se dió lugar á esto, ni permitieron que el infante don Juan se pudiese ver con el rey. El infante don Enrique magüer que á la sazon apoderado de todo, cuidadoso de lo de adelante procuró se tuviesen córtes en aquella ciudad. Nadie tenia libertad para tratar los negocios por estar la ciudad llena de soldados, y el lugar en que se juntaban, cercado de hombres armados. Con esto don Enrique por córtes (2) fue dado por libre de toda culpa de lo que hasta allí se le podia imputar: nadie se atrevió á contradecillo ni hablar, en tanto grado que como por galardon y pago de aquella hazaña con voluntad del rey se alcanzó del pontífice Martino Quinto que el maestrazgo de Santiago con todas sus rentas y estado quedase por juro de heredad á los descendientes de don Enrique, que fuera una nueva plaga de España y un gravísimo daño, si el rey no revocara aquel decreto llegado á mayor edad.

Lo que solo restaba, la infanta doña Catalina era la que principalmente hacia resistencia á los intentos de don Enrique: decia claramente no queria por marido el que con armas y fieros pretendia alcanzar lo que debiera con servicios, agrado y buena

(1) La crónica de don Alvaro de Luna dice: 14 de julio.

(2) Se celebraron en Avila.

voluntad; todavía vencida su flaqueza ó inconstancia, aquellas bodas se celebraron con grandes regocijos en Talavera villa principal cerca de Toledo, do el rey se pasó desde Avila. Dieron en dote el señorío de Villena con nombre de duque: á Alvaro de Luna, el principal entre los palaciegos, por lo que en esto trabajó, le fue hecha donacion de Santistevan de Gormáz; principio y escalon para subir al gran poder que tuvo, y alcanzar tantas riquezas como juntó adelante. Por este tiempo cada dia en Cataluña bramaba la tierra, y temblaba toda desde Tortosa hasta Perpiñan. Junto á Girona estaba un pueblo llamado Amer, en que se abrieron dos bocas de fuego que abrasaba los que se llegaban á dos tiros de piedra: de otra boca junto á las de fuego salia agua negra, y á media legua se mezclaba con un rio (que debia ser Sameroca) con que aquel pueblo se destruyó, y los peces del rio murieron. Era el olor del agua tan malo que las aves batian las alas cuando por allí pasaban: estendíase tanto que llegaba hasta Girona con estar apartada de allí y distante cuatro leguas.

En Salamanca por el mismo tiempo se edificaba el colegio de San Bartolomé á costa de don Diego de Anaya, que en el mismo tiempo del concilio Constanciense fue de Cuenca trasladado al arzobispado de Sevilla. Dióle grandes rentas con que buen número de colegiales se pudiesen sustentar, á la manera del colegio de Boloña que el cardenal don Gil de Albornoz dejó allí fundado para que en él estudiasen mozos españoles. Vióle don Diego de Anaya á su pasada por Italia: determinóse de hacer otro tanto: ejemplo de liberalidad que imitaron personas principales en toda España, ca edificaron los años adelante colegios semejantes, de donde como de castillos roqueros ha salido gran número de varones excelentes en todo género de letras. En aquella misma ciudad y universidad se fundaron con el tiempo otros tres que se llaman mayores: en Valladolid el cuarto, el quinto en Alcalá, los menores apenas se pueden contar.

En el mismo tiempo se abria puerta á los aragoneses y portugueses para adquirir nuevos estados. Fue así que don Enrique hijo del rey de Portugal por el conocimiento que tenia de las estrellas (profesion en



D. Alonso V de Aragon, de una medalla de su época.

que gastó gran parte de su vida) sospechó que en la anchura del mar Océano se podria abrir camino para descubrir nuevas islas y gentes no conocidas. Acometió con diversas flotas que envió para este efecto, si podria hacer algo que fuese de provecho. Por este modo entre Lisboa y las islas de Canaria casi en medio de aquel espacio, este año hallaron una isla aunque pequeña pero que goza de muy buen cielo y tierra fértil, como lo mostraban los bosques espesos que en ella hallaron á propósito para cortar muy buena madera, de donde se llamó la isla de la Madera. Deste principio costeando las riberas de Africa, poco á poco parte este infante, y mas los reyes adelante, llegaron con esfuerzo invencible hasta lo postrero de Levante, corrieron las marinas de la Asia, de la India y la China con gran gloria del nombre portugués y provecho no menor.

Tenia cercada dentro de Nápoles á la reina doña Juana Luis duque de Anjou. La causa de hacelle guerra era la enemiga que de antiguo tenia con aquellos reyes, y las deshonestidades poco recatadas de la misma reina, á las cuales como quier que el condе de Jaques su marido no pudiese poner el remedio ni las pudiese sin gran mengua suya disimular, vuelto á Francia, algun tiempo despues renunciada la vida de Señor se hizo fraile de San Francisco. El que principalmente ayudaba al duque de Anjou, era Mucio Esforcia capitan de gran nombre en aquella sazon, esto por envidia que tenia á Bracio de Monton otro capitan á quien la reina daba mas favor: las cosas y fuerzas de la reina se hallaban en gran peligro y casi acabadas cuando don Alonso rey de Aragon, Quinto deste nombre, muy esclarecido por la excelencia de sus virtudes, y por haber frescamente domado y sosegado á Cerdeña, fue llamado y convidado á dar socorro á los cercados, con esperanza que le daban de que sucederia en el reino de Nápoles por adopcion que la reina, por no tener hijo ninguno, le ofrecia hacer de su persona y prohijalle. No dejó pasar la ocasion que sin procuralla se le ofrecia, de ensanchar su reino: así con una armada que envió desde Cerdeña, hizo alzar el cerco de Nápoles. El premio deste trabajo y desta ayuda fue que en una junta de señores que se tuvo en aquella ciudad, se otorgó y pu-

blicó la escritura de la adopcion á diez y seis de setiembre, y el pontífice romano algun tiempo despues asimismo la tuvo por buena.

No trató del derecho que tuvieron para hacer esto, por ser la disputa mas fácil que necesaria. Sin duda deste principio largas y perjudiciales guerras nacieron entre franceses y españoles, trabadas unas de otras hasta nuestra edad. El mismo rey don Alonso sujetado que hobo á Cerdeña, y desamparado á Córcega (1) para que los ginoveses se apoderasen della, se apresuró para pasar en Sicilia. Llegó á Palermo en breve : el deseo y esperanza que tenia de asegurarse en la sucesion del nuevo reino, le aguijonaba; el cuidado era tanto mas encendido, que cierto matemático cinco años antes desto le dijo, consideradas las estrellas, ó por arte mas oculta : «El cielo, »rey don Alonso, te pronostica grandes cosas y ma»ravillosas. Los hados te llaman al señorío de Nápo»les, que será breve al principio : no te espantes, no »pierdas el ánimo. Dásete cierta silla, grandes habe»res, muchos hombres. Vuelto que seas al reino, »serán tan grandes las riquezas que hasta á tus caza»dores y monteros darás grandes estados. Confiado »en Dios pasa adelante á lo que tu fortuna y tu des»tino te llama, seguro que todo te sucederá próspe»ramente y conforme á tu voluntad y deseo.»

CAPITULO XII.

Como fue preso don Enrique infante de Aragon.

No pararon en poco las alteraciones y graves desmanes de Castilla, la flojedad del rey era la causa, y sobre esto habelle quitado la libertad, de que resultaron discòrdias civiles y prisiones de grandes personajes, y miedos de mayores males que desto se siguieron. Estaba la córte en Talavera como poco antes queda dicho : el rey mostraba no hacer caso ni cuidar de su injuria, antes se deleitaba y entretenia en cazar. Con esta color salió del lugar á veinte y nueve de noviembre y se fue á Montalvan, que es un castillo puesto, y asentado en un ribazo de tierra casi en medio de Talavera y Toledo á la ribera del rio Tajo, de campos fértiles y abundantes. Persuadióle que huyese y hízole compañía Alvaro de Luna, que ya por este tiempo estaba apoderado del rey : otro género de prision no menos menguada y perjudicial. Llevó mal esto el infante don Enrique : recelábase de lo que habia hecho, y por la mala conciencia temia lo que merecia. Por esta causa con nuevo atrevimiento, juntadas arrebatadamente sus gentes, puso cerco á Montalvan, bien que no le combatió por tener en esto solo respeto al rey que dentro se hallaba. Concurrian los grandes para vengar este nuevo desacato : estos eran el arzobispo de Toledo, el infante don Juan, el almirante don Alonso Enriquez; pero corria igual peligro, y se sospechaba de cualquiera parte que venciese, no se quisiese apoderar de todo. En el entretanto comenzó á sentirse falta de mantenimiento en el castillo, tanto que se sustentaban de los jumentos y caballos, y otros manjares sucios y profanos. Al fin por mandado del rey, aunque cercado, y por miedo de los que á su defensa acudieron, á los diez de diciembre se alzó el cerco : don Enrique se fue á Ocaña, villa de su jurisdiccion y maestrazgo, con intento de defenderse con las armas si se le hiciesen guerra, y en ocasion volver á sus mañas.

El rey, ido don Enrique, dió la vuelta á Talavera: en el camino le salieron al encuentro los infantes de Aragon don Juan y don Pedro su hermano; saludáronse entre sí, reprehendieron el atrevimiento de don Enrique, comieron con el rey en el castillo de Villalva que está cerca de Montalvan, hobo de la una parte y de la otra muchas caricias y cumplimientos, todos engañosos y dobles. Mandóles el rey que volviesen atrás, porque tambien esto le aconsejó Alvaro de Luna, que pretendia solo apoderarse de todo, y subir á la cumbre, para con mayor ímpetu despeñarse. Mudóse con esto el estado de las cosas, y trocóse la fortuna de las parcialidades. El rey se fue á Talavera para celebrar en aquella villa las fiestas de navidad al principio del año 1421. De allí se fue á Castilla la Vieja, do tenia mayores fuerzas, y mas llanas las voluntades de los naturales. Don Enrique de Aragon tenia en dote el estado de Villena, como poco antes queda dicho, con gran pesar y desgusto de los naturales, que decian no era duradero lo que por fuerza se alcanzaba, ni justo contra las leyes y privilegios de los reyes pasados enajenar aquel estado, que poco antes rescataron á dineros porque no viniese en poder del rey de Aragon. ¿Qué otra cosa era entregar tan principal estado en la raya del reino á don Enrique sino poner á peligro la salud pública, y abrir puerta á los aragoneses para hacerse señores de Castilla?

De la alteracion de las palabras se procedió y vino á las armas: Don Enrique como era de su natural arrojado, y persona á quien contentaban mas los consejos atrevidos que los templados, con soldados que envió, se apoderó y guarneció todos aquellos lugares y estado, sacado solo Alarcon que se defendió por la fortaleza del sitio. Mandóle el rey en esta sazon dejar las armas y despedir los soldados : no obedeció; por esto y por mandado del rey y con sus fuerzas le fue quitado aquel estado. Revocóse demás desto lo que



Mossen Borra, bufon y caballero de la córte de D. Alonso V. segun la estátua de su sepulcro existente en los claustros de la catedral de Barcelona.

(1) Pertenecia á la corona de Aragon; mas desde este abandono, ya no la volvieron á recobrar sus reyes.

tenían concertado del maestrazgo de Santiago, es á saber que los descendientes de don Enrique le heredasen. A estos principios se siguió gran peso y balumba de cosas, porque don Enrique movido del sentimiento de aquella injuria partió de Ocaña resuelto de ir en busca del rey. Llevaba consigo para su guarda y seguridad mil y quinientos de á caballo. Llegó á Guadarrama, pasó los puertos, sin reparar hasta donde el rey se entretenía en Arévalo. Corria peligro no se viniese á batalla y á las manos.

La reina doña Leonor, cuidadosa de la salud de su hijo don Enrique, hablaba ya á los unos ya á los otros, y procuraba sosegar aquella tempestad que amenazaba mucho mal: lo mismo hizo don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago. Persuadieron á don Enrique despidiese sus gentes. Decian ser cosa de mala sonada y mal ejemplo querer por armas y por fuerza alcanzar lo que podia por las leyes y justicia: ¿qué podia esperar con tener empuñadas las armas? como antes con fieros semejantes cometiese crímen contra la magestad; que si las dejaba, todo se haria á su voluntad. Avisáronle que á pocos sucedió bien irritar la paciencia de los reyes, que tiene los ímpetus, aunque tardíos, pero vehementes y bravos. Desta manera se dejaron por entonces las armas. Doña Blanca hija del rey de Navarra á veinte y nueve de mayo parió en Arévalo un hijo de su marido, que del nombre de su abuelo materno se llamó don Cárlos. Sacóle de pila el rey de Castilla, y por su acompañado Alvaro de Luna, al cual quiso el rey hacer esta honra: ninguna destas cosas por entonces parecia demasiada por ir en aumento su privanza.

Las córtes del reino se convocaron primero para Toledo, y despues para Madrid: con esta determinacion el rey y la reina partieron para Castilla la Nueva. Llegaron á Toledo á veinte y tres de octubre. Don Enrique de Aragon, el condestable don Ruy Lopez Dávalos, el adelantado Pedro Manrique llamados á estas córtes se escusaban por las enemistades que con ellos tenian algunas personas principales. Entretanto que esto pasaba en Castilla, don Alonso rey de Aragon y Luis duque de Anjou contendian grandemente sobre el reino de Nápoles: don Alonso se estaba dentro de la ciudad de Nápoles; Aversa que cae allí cerca, se tenia por los franceses; de una parte y de otra se hacian correrías y cabalgadas. Cerra, un pueblo cuatro millas de la ciudad de Nápoles, fue cercada por las gentes de Aragon; y aunque se defendió largamente por el sitio del lugar y valor de la guarnicion, en fin se rindió á don Alonso. Don Pedro infante de Aragon, movido así por las cartas del rey su hermano como de su voluntad, con licencia del rey de Castilla se partió para aquella guerra de Nápoles al principio del año 1422.

En Madrid se hacian y continuaban las córtes generales. Hallóse presente don Juan infante de Aragon y otros señores en gran número. El arzobispo de Toledo por estar doliente no se pudo hallar presente. Don Enrique y sus consortes porque el rey les queria hacer fuerza si no venian á las córtes, trataron entre sí el negocio, y resolvieron que don Enrique y Garci Fernandez Manrique, adelante conde de Castañeda, obedeciesen; mas el condestable y Pedro Manrique se quedasen en lugares seguros para todo lo que pudiese suceder. A trece de junio don Enrique y Garci Fernandez entraron en Madrid. Recibiéronlos bien y aposentáronlos amorosamente: el dia siguiente como llamados por el rey fuesen al alcázar á besalle la mano, los prendieron. A don Enrique enviaron en prision al castillo de Mora: dióse á Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa cuidado de guardalle, y al conde de Urgel, que desde los años pasados tenian preso en aquel castillo, pasaron á Madrid.

En las córtes pusieron acusacion á estos señores de haber ofendido á la magestad, y tratado con los moros de hacer traicion á su príncipe y á su patria. Catorce cartas del condestable escritas al rey Juzeph se presentaron y leyeron en este propósito. Pareció ser esto una maldad atroz: así los bienes de don Enrique y Garci Manrique por sentencia de los jueces que señalaron, fueron confiscados, lo mismo se determinó y sentenció de Pedro Manrique, que avisado de lo que pasaba, era ido á Tarazona. Ordenóse otro tanto de los bienes del condestable, el cual perdida la esperanza de ser perdonado, en compañía de doña Catalina, mujer de don Enrique, primero se recogió á Segura, pueblo asentado en lugares muy ásperos y de dificultosa subida hacia el reino de Murcia, despues se fue á tierra de Valencia. Dejó en Castilla grandes estados que tenia, es á saber á Arcos, Arjona, Osorno, Ribadeo, Candeleda, Arenas y otros pueblos en gran número: con que la casa Dávalos de grandes riquezas y estado que tenia, comenzó á ir de caida y arruinarse. Levantáronse otrosí á nuevos estados diferentes casas y linajes de nobles y ilustres personajes, como los Fajardos, los Enriquez, los Sandovales, los Pimenteles y los Zúñigas, no de otra guisa que de los pertrechos y materiales de alguna gran fábrica, cuando la abaten, se levantan nuevos edificios. Rugióse por entonces que aquellas cartas del condestable eran falsas, y aun se averiguó adelante que Juan García su secretario las falseó, por su misma confesion que hizo puesto á cuestion de tormento. Disimulóse empero por ser interesados el rey y los que con aquellos despojos se enriquecieron, si bien justiciaron conforme á las leyes al falsario.

A don Alvaro de Luna con esta ocasion dió el rey título de conde de Santisteban de Gormaz, y le nombró por su condestable. A don Gonzalo Mejía comendador de Segura se encargó que en lugar de don Enrique maestre de Santiago tuviese sus veces, y la administracion de aquel maestrazgo con libre poder de hacer y deshacer. Concluidas en un tiempo cosas tan grandes, el rey se fue á Alcalá; á la misma sazon parió la reina en Illescas una hija á cinco de octubre que se llamó doña Catalina, cosa que causó grande alegría á toda la provincia no solo por el nacimiento de la infanta, sino por entender que la reina no era mañera, y por la esperanza que concibieron que otro dia pariria hijo varon. Esta alegría se escureció algun tanto con la muerte del arzobispo de Toledo que en breve se siguió. Falleció de una larga enfermedad en Alcalá de Henares á veinte y cuatro de octubre: su sepultura de mármol y de obra prima se ve en la capilla de San Pedro, parroquia de la iglesia Mayor de Toledo: capilla que hizo él mismo edificar á su costa. En su lugar por votos del cabildo fue puesto don Juan Martinez de Contreras dean que á la sazon era de Toledo, natural de Riaza, y que fue vicario general de su predecesor. El cabildo se inclinaba al maestrescuela Juan Alvarez de Toledo hermano de Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa: interpúsose el rey, que cargó con su intercesion en favor del dean. Así salió electo, y luego se partió para Roma con intento de alcanzar confirmacion de su eleccion del papa Martino Quinto: tal era la costumbre de aquel tiempo: en ida y vuelta gastó casi dos años.

CAPITULO XIII.

Como falleció el rey moro de Granada.

En Toledo para donde acabadas las córtes se partió en breve el rey de Castilla, con su ida se mudó la forma del gobierno, por estar antes revuelta y sujeta á diferencias y bandos (1). Tenian costumbre de ele-

(1) Los procuradores que se hallaron presentes juraron por sucesora y heredera del reino á la infanta doña Catalina en caso de no haber varon.

gir para dos años seis fieles, tres del pueblo y otros tantos de la nobleza. Estos con los dos alcaldes que gobernaban y tenian cargo de la justicia, y con el alguacil mayor representaban cierta manera de senado y regimiento y gobernaban las cosas y haciendas de la ciudad: podian entrar en las juntas que hacian, y en el regimiento de los nobles todos los que quisiesen hallarse presentes, con voto en los negocios que se ventilaban; desórden muy grande por ser los regidores parte inciertos parte temporales. Dióse órden en lo uno y en lo otro por mandado del rey, y decretóse que conforme á lo que el rey don Alonso su tercer abuelo estableció en Burgos, se nombrasen diez y seis regidores de la nobleza y del pueblo por partes iguales, los cuales fueron perpétuos por toda su vida, y lo que la mayor parte destos determinase, esto se siguiese y fuese valedero. Cuando alguno falleciese, sucediese otro por nombramiento del rey: camino por donde se dió en otro inconveniente, que los regimientos comenzaron á venderse en grave daño de la república: así muchas veces se vuelve en contrario lo que de buenos principios y con buenos intentos se encamina.

Con mayor ocasion algun tanto despues se corrigió la forma del gobierno en Pamplona, que estaba dividida en tres gobernadores ó alcaldes, que á otras tantas partes de la ciudad hacian justicia, conviene á saber uno al arrabal, otro á la ciudad, el tercero á cierto barrio, que se llama Navarrería: cosa que causaba muchas veces alteraciones en materia de jurisdiccion, como se puede creer por ser tantos los gobiernos. El rey don Carlos de Navarra ordenó que hobiese uno solo para hacer justicia, y con él diez jurados, que tratasen del bien público y de lo que á la ciudad toda era mas cumplidero; demás desto que todos los ciudadanos se redujesen á un cuerpo y un juzgado.

A Juan conde de Fox de su mujer le nació un hijo, llamado don Gaston, que con la edad por maravillosa mudanza de las cosas vino á ser rey de Navarra los años siguientes por muerte del príncipe don Carlos hijo de don Juan infante de Aragon y de doña Blanca su mujer, que debia suceder adelante en el reino de su abuelo, y su padre de presente le envió juntamente con su madre para que ella estuviese en compañía del rey su padre, y el niño se criase en su casa. Luego que el niño llegó, fue nombrado por príncipe de Viana con otras muchas villas que le señalaron, en particular á Corella y á Peralta: cosa nueva en Navarra, pero tomada de las naciones comarcanas, y á su imitacion; lo cual se estableció por ley perpétua, que aquel estado se diese á los hijos mayores de los reyes. Promulgóse esta ley á veinte de enero año del señor de 1423. Cinco meses despues á instancia del abuelo todos los estados del reino juraron al dicho príncipe por heredero de aquel reino en Olite, do el rey por su edad pesada en lo postrero de su vida solia morar ordinariamente convidado de la frescura y apacibilidad de aquella comarca, y de la hermosura y magnificencia de un palacio que allí él mismo edificó con todas las comodidades á propósito para pasar la vida.

Con el rey de Castilla aun desde su mocedad y minoridad tenia muchas veces el rey de Portugal tratado por sus embajadores que hiciesen confederacion y paces; que á la una y á la otra nacion tenian cansados los largos debates y guerras pasadas, y era justo que se pusiese fin y término á los males. Determinóse solamente que se condescendiese en parte con la voluntad del portugués, y se hiciesen treguas por espacio de veinte y nueve años. Añadióse que este tiempo pasado, no pudiesen los unos tomar las armas contra los otros, si no fuese que denunciasen primero la guerra año y medio antes de venir á rompimiento. Estas treguas se pregonaron en Avila, por estar allí á la sazon el rey de Castilla, con gran regocijo y fiesta de toda la gente. Hiciéronse procesiones á todos los templos por tan gran merced, juegos, convites y todos géneros de fiestas y alegrías. En una justa que en la córte se hizo, Fernando de Castro embajador del rey de Portugal salió por mantenedor en un caballo del mismo rey de Castilla con sobrevistas entre todos señaladas y vistosas. Rehusaban los demás de encontrarse con él; mas Rodrigo de Mendoza hijo de Juan Hurtado de Mendoza del primer encuentro le arrancó del caballo con gran peligro que le corrió la vida. El rey le acarició mucho y consoló, y luego que sanó de la caida, con muchos dones que le dieron, le despachó alegre á su tierra.

Entre los reyes de Castilla y de Aragon se volvieron á enviar embajadas. Juan Hurtado de Mendoza señor de Almazan, enviado para esto, en Nápoles declaró las causas de la prision de don Enrique, y pidió en nombre de su rey le fuesen entregados doña Catalina su mujer, y el condestable don Ruiz Lopez Dávalos y los demás forajidos de Castilla. Sobre lo uno y lo otro envió el rey de Aragon nuevos embajadores al de Castilla, el principal de la embajada Dalmacio arzobispo de Tarragona alegó para no venir en lo que el rey queria, los fueros de Aragon, conforme á los cuales no podian dejar de amparar todos los que se acogiesen á sus tierras, fuera que decia vinieron con salvoconducto que no se puede quebrantar conforme al derecho de las gentes. Demás desto declaró y dió nueva del estado en que quedaban las cosas de Nápoles, como entre la reina y el rey resultaban muchas sospechas, con que las ciudades y pueblos estaban divididos en parcialidades: que la fortuna de los aragoneses de la grande prosperidad en que antes se hallaba, comenzaba á empeorarse, y corrian peligro no se viniese á las manos. Quejábase la reina que don Alonso en el gobierno tomaba mayor mano y autoridad: que no se media conforme al poder que le concediera: que daba y quitaba gobiernos, mudaba guarniciones, y mandaba que los soldados le hiciesen á él los homenajes: que lo trocaba todo á su albedrío, alteraba y revolvia las leyes, fueros y costumbres de aquel reino.

Estas cosas reprehendia ella en don Alonso su prohijado, como mujer de suyo vária y mudable, y enfadada del que prohijó: la que se mostró liberal en el tiempo que se vió apretada, libre del miedo se mostraba ingrata y desconocida, vicio muy natural á los hombres. El rey don Alonso temia la poca firmeza de la reina, y no podia sufrir sus solturas mal disimuladas y cubiertas: trataba de envialla lejos á Cataluña, y con este intento mandó aprestar en España una armada. No se le encubrió esto á la reina por ser de suyo sospechosa, y aun porque en las discordias domésticas, y mas entre príncipes, no puede haber cosa secreta ni puridad. Desde aquel tiempo la amistad entre las dos naciones comenzó á aflojar y ir de caida. Querellábanse entrambas las partes que los contrarios no trataban llaneza, antes les paraban celadas y se valian de embustes, en que no se engañaban. El rey se tenia en Castelnovo, la reina en la puerta Capuana, lugar fuerte á manera de alcázar. Deste principio, y por esta ocasion resultaron en Nápoles dos bandos, de aragoneses, y andegavenses ó angevinos, nombres odiosos en aquel reino, y que desde este tiempo continuaron hasta nuestra edad y la de nuestros padres.

Pasaron adelante los desgustos y las trazas. Fingió el rey que estaba enfermo: vínole á visitar el Senescal Juan Caraciolo, el que tenia mas cabida con la reina, y mas autoridad que la honestidad sufria; por esto fue preso en aquella visita: junto con esto sin dilacion acudieron los de Aragon á la puerta Capuana. Los de la reina cerraron las puertas, y alzaron el puente levadizo: con tanto don Alonso se retiró

ca no sin riesgo suyo le tiraban saetas y dardos desde lo alto. Destos principios se vino á las manos, en las mismas calles y plazas peleaban; el partido al principio de los aragoneses se mejoraba, apoderáronse de la ciudad, y en gran parte saqueadas y quemadas muchas casas, pusieron cerco al alcázar en que la reina moraba; mas aunque con toda porfía le combatieron, se mantuvo por la fortaleza del lugar y lealtad de la guarnicion. Acudió á la reina Esforcia, llamado de allí cerca donde tenia sus reales: tambien á don Alonso vino desde Sicilia don Bernardo de Cabrera, y desde Cataluña una armada de veinte y dos galeras, y ocho naves gruesas. Esta armada llegada que fué á Nápoles á diez de junio, reizo las fuerzas de los aragoneses que comenzaban á desfallecer y ir de caida. Cobraron ánimo con aquel socorro, y de nuevo tornaron á pelear dentro de la ciudad, en que nuevas muertes y nuevos sacos sucedieron. La reina se fue á Aversa, y en su compañía Esforcia con guarnicion de soldados, y cinco mil ciudadanos que se ofrecieron á la defensa. Trocáronse los cautivos de ambas partes, y con esto Caraciolo fue puesto en libertad.

Vínose á lo postrero, que la reina revocó en Nola á veinte y uno de junio la adopcion de don Alonso como de persona ingrata y desconocida. En su lugar prohijó y nombró por su heredero á Ludovico duque de Anjou ó Andegavense, tercero deste nombre, hijo del segundo, llamóle para esto desde Roma, y le nombró por duque de Calabria: estado y apellido que se acostumbraba dar á los herederos del reino. Dieron este consejo á la reina Esforcia y Caraciolo que lo podian todo. Con pequeñas ocasiones se hacen grandes mudanzas en cualquier parte de la república, y muy mayores en guerras civiles, que se gobiernan por la opinion de los hombres, y por la fama mas que por las fuerzas. Por esto la fortuna de la parte aragonesa desde este tiempo se trocó y mudó grandemente. Don Alonso llamó á Braccio de Monton desde los pueblos llamados vestinos, parte de lo que hoy es el Abruzo, do tenia cercada el Águila ciudad principal, y esto con intento de contraponelle á Esforcia. Pero él se escusó sea por no tener esperanza de la victoria, ó por la que tenia de apoderarse de aquella ciudad que tenia cercada, y con ella de toda aquella comarca. Por esta causa á don Alonso fue forzoso resolverse en pasar por mar en España para apresurar los negocios, y recoger nuevas ayudas para la guerra; dado que la voz era diferente, de librar de la prision á don Enrique su hermano. Dejó en su lugar á don Pedro el otro hermano para que tuviese cuidado de las cosas de la paz y de la guerra, y todos los obedeciesen. Quedaron en su compañía Jacobo Caldora y otros capitanes de la una y de la otra nacion. En particular puso en el gobierno de Gaeta á Antonio de Luna hijo de Antonio de Luna conde de Calatabelota.

En el mismo tiempo el rey de Castilla visitaba las tierras de Plasencia, Talavera y Madrid, y le nació de su mujer otra hija á diez de setiembre, que se llamó doña Leonor. El rey moro Juzhep falleció en Granada el año de los árabes ochocientos y veinte y seis. Sucedióle Mahomad su hijo por sobrenombre el Izquierdo, que fue adelante muy conocido y señalado á causa que le quitaron por tres veces el reino y otras tantas le recobró, y por sus contínuas desgracias mas que por otra cosa que hiciese. Mantúvose al principio en la amistad del rey de Castilla, y juntamente hizo muchos servicios á Muley rey de Tunez, con que se le obligó. Por esta forma se apercebia el moro con sagacidad de ayudas contra los enemigos de fuera, para que si de alguna de las dos partes le diesen guerra, tuviese acogida y amparo en los otros. Pero el ayuda muy segura, que consiste en la benevolencia de los naturales, no procuró ganalla, ó no supo: siniestro como en el nombre y en el cuerpo (que le llamaron por esto Mahomad el Izquierdo) así bien en el consejo poco acertado y la fortuna, que le fue siniestra y enemiga asaz.

CAPITULO XIV.

Como don Enrique de Aragon fue puesto en libertad.

Don Pedro de Luna, el que en tiempo del scisma se llamó Benedicto Trece, en Peñíscola por todo lo restante de la vida, confiado en la fortaleza de aquel lugar, continuó á llamarse pontífice: falleció en el mismo pueblo á veinte y tres de mayo el mismo dia de la pentecoste pascua del Espíritu Santo de edad muy grande, que llegaba á noventa años; parece como milagro en tan grande variedad de cosas, y tan grandes torbellinos como por él pasaron, poder tanto tiempo vivir. Su cuerpo fue depositado en la iglesia de aquel castillo. Luis Panzan, ciudadano de Sevilla, y cortesano de don Alonso Carrillo cardenal de San Eustaquio, dice por cosa cierta en un propio comentario que hizo y dejó escrito de algunas cosas deste tiempo, que Benedicto fue muerto con yerbas que le dió en ciertas suplicaciones, que comia de buena gana por postre, un fraile llamado Tomás, que tenia con él grande familiaridad y cabida, y que convencido por su confesion del delito, fue muerto y tirado á cuatro caballos. Dice mas que el cardenal Pisano, enviado á Aragon para prender á Benedicto, dió este consejo; y que ejecutada la muerte, de Tortosa do se quedó á la mira de lo que sucedia, se huyó por miedo de don Rodrigo y don Alvaro que pretendian vengar la muerte indigna de su tio Benedicto con dalla al legado, si él apresuradamente no se partiera de España, concluido lo que deseaba, aunque no sosegado del todo el scisma, porque por eleccion de dos cardenales que quedaban, fue puesto en lugar del difunto un Gil Muñoz canónigo de Barcelona.

Vil era y de ninguna estima lo que paraba en tal muladar, y el mismo estuvo dudoso y esquivaba recebir la honra que le ofrecian contra el consentimiento de todo el orbe, hasta tanto que don Alonso rey de Aragon le animó y hizo aceptase el pontificado con nombre de Clemente Octavo. Pretendia el rey en esto dar pesadumbre al pontífice Martino Quinto, que via inclinado á los angevinos, y era contrario á las cosas de Aragon, tanto que á Ludovico duque de Anjou los dias pasados nombró por rey de Nápoles como á feudatario de la iglesia Romana, y se sabia de nuevo aprobó la revocacion que la reina Juana hizo de la adopcion de don Alonso, y juntadas sus fuerzas con sus enemigos contra él. Un concilio de obispos que se comenzaba á tener en Pavia en virtud del decreto del concilio Constanciense, por causa de la peste que andaba muy brava, se trasladó á Sena ciudad principal de Toscana: acudieron á él los obispos y embajadores de todas partes. Envió los suyos asimismo el rey don Alonso con órden y instruccion que con diligencia defendiesen la causa de Benedicto, y se querellasen de habelle injustamente quitado el pontificado.

Atemorizó este negocio al papa Martino, y entibióle en la aficion que mostraba muy grande á los angevinos, tanto que despidió el concilio apresuradamente, y le dilató para otro tiempo, con que los obispos y embajadores se partieron. Recelábase que si nacia de nuevo el scisma, no se enredase el mundo con nuevas dificultades y torbellinos. Hallóse en este concilio don Juan de Contreras con nombre de Primado; y así tuvo el primer lugar entre los arzobispos por mandado del pontífice Martino, como se muestra por dos bulas suyas, cuyo traslado ponemos aquí: hallólas acaso un amigo entre los papeles de la iglesia Mayor de Toledo; la una dice así: «Como los patriarcas y primados sean una misma cosa y solo difieran »en el nombre, tenemos por justo y debido que go»cen tambien de las mismas preeminencias. De aquí

que nos, de consejo de [illegible] nuestros cardenales de la santa iglesia Romana, para quitar cualquiera duda ó dificultad que sobre esto ha nacido ó nacerá, por autoridad apostólica y tenor de las presentes, declaramos que el venerable hermano nuestro Juan arzobispo de Toledo, que es primado de las Españas, y sus sucesores arzobispos de Toledo en nuestra capilla, concilios generales, sesiones, consistorios y otros cualquier lugares así públicos como particulares, deben preceder á cualesquier notarios de la sede apostólica y otros arzobispos que no son primados, aunque sean mas antiguos en la edad y en la promocion, á la manera que los venerables hermanos nuestros patriarcas hasta aquí los han precedido y los preceden, queriendo, y por la misma autoridad ordenando que el dicho Juan arzobispo y sus sucesores, y todos los demás primados de aquí adelante para siempre jamás á la manera de los patriarcas suso dichos sean preferidos y antepuestos en los susodichos lugares, capilla, concilios, sesiones, consistorios y lugares semejantes á los notarios y otros arzobispos que no son primados, no obstante la edad y ordenacion mas antigua de los tales arzobispos no primados, no obstando todas las demás cosas contrarias, cualesquier que sean.»

Este es el traslado de la primera bula, el tenor de la otra bula ó breve es el que se sigue: «Aunque los venerables hermanos nuestros arzobispos y prelados que se hallan en el concilio general, estén »obligados á mirar diligentemente, cuidar, velar y »trabajar por el estado próspero de la Iglesia univer»sal y nuestro, y por la conservacion de la libertad »eclesiástica; tú empero que tenemos y confesamos »ser primado de las Españas y por tanto (como ya lo »enseñó la esperiencia en nuestra córte) eres ante»puesto á los amados hijos nuestros, nuestros nota»rios y de la sede apostólica, los cuales son antepues»tos á los demás prelados, como tambien has de ser »preferido en el concilio y sus sesiones, y otros lu»gares públicos: por tanto debes con mas fervor »animarte, y con mas vigilancia mirar por todo lo »que pertenece al estado de la iglesia católica, y »nuestro, cuanto por la tal primacía eres sublimado »con mas escelente título de dignidad. Por lo cual »requerimos y exhortamos á tu fraternidad, que no »dudamos ser ferviente en la fe y circunspecto, que »en las cosas del dicho concilio, procures se proceda »bien; que pues eres primado de las Españas, así »como prudentemente lo haces conforme á la sabi»duría que Dios te ha dado, mires todas aquellas co»sas en el dicho concilio, aconsejes y proveas las que »te parecerán necesarias ó provechosas para el feliz »estado de la iglesia Romana, y nuestra honra y de »la Sede Apostólica, y todo lo que conocieres perte»necer á la gloria de Dios, y paz de los fieles de Cris»to. Dada en Roma en San Pedro en las nonas de »enero, de nuestro pontificado año séptimo.» Pero estas cosas sucedieron algo adelante deste tiempo en que vamos.

Al presente el rey don Alonso en ejecucion de la resolucion que tenia de pasar á España, se embarcó en una armada de diez y ocho galeras y doce naves. Hízose á la vela desde Nápoles mediado el mes de octubre. El tiempo era recio y la sazon mala, y así con borrascas que se levantaron, los bajeles se derrotaron, corrieron y dividieron por diversos lugares. Calmó el viento, con que se juntaron y siguieron su derrota; llegaron á Marsella, ciudad principal en las marinas de la Provenza, célebre por el puerto que tiene muy bueno, y á la sazon sujeta al señorío de los angevinos. Metiéronse en el puerto, rompidas las cadenas con que se cierra; ganado el puerto, acometieron á la ciudad: fue la pelea muy recia por mar y tierra, que duró hasta muy tarde. Venida la noche, Folch conde de Cardona, que venia por general de las [illegible] era de parecer no se pasase adelante por ser la ciudad, estar dentro [illegible] noticia de las calles, de propósito de armallos celada; aunque [illegible] á proviesen de par en par, decia que no se debia entrar sino con luz y viendo lo que hacian; al contrario Juan de Corbera porfiaba debian apretar á los que estaban medrosos, y no dalles espacio para que se rehiciesen de fuerzas y cobrasen ánimo. Deste parecer fue el rey: tornóse á comenzar la pelea, y con gran ímpetu entraron en la ciudad. Fue grande el atrevimiento y desórden de los soldados á causa de la escuridad de la noche, grande la libertad de robar y otras maldades. Mostró el rey ser de ánimo religioso en lo que ordenó, que á las mujeres que se recogieron á las iglesias, no se les hiciese agravio alguno: las mismas cosas que llevaron, mandó pregonar no se las quitasen, y así se guardó. Dejaron la ciudad, y embarcaron en las naves toda la presa, con que se partieron al fin del año. Entre otras cosas los huesos de San Luis obispo de Tolosa, hijo de Carlos Segundo rey de Nápoles, fueron llevados á España y á Valencia, donde el rey aportó y dió fondo con su armada, acabada la navegacion. No quiso detenerse en otras ciudades por abreviar, y desde mas cerca tratar de la libertad de don Enrique su hermano.

Avisado el rey de Castilla de su venida, le envió sus embajadores al principio del año 1424 que le diesen el parabien de la venida y de las victorias que ganara, demás desto le pidiesen de nuevo le entregasen los desterrados y forajidos para que estuviesen á juicio de los que los cargaban. Estos embajadores tuvieron audiencia en Valencia á los tres de abril en tiempo que las cosas de Aragon en Nápoles se empeoraban grandemente, y de todo punto se hallaban sin esperanza de mejoría, dado que Esforcia, capitan de tanto nombre por hacer levantar el cerco del Aguila, que la tenia cercada Braccio, se ahogó á cinco de enero al pasar del rio Aterno, que con las lluvias del invierno iba hinchado. (1) Fue de poco momento esta muerte, porque Francisco Esforcia, que ya era de buena edad, suplió bastantemente las partes y falta de su padre (2): acudiéronles sin esto fuerzas y socorros de fuera.

El pontífice romano Martino, y Philipe duque de Milan por industria del mismo pontífice se concertaron con los angevinos. El duque hizo aprestar una gruesa armada en Génova, y la envió en favor de la reina debajo de la conducta del capitan Guidon Taurello. Esta armada y gentes de tierra que acudieron, cargaron sobre Gaeta. Pudiérase entretener por su fortaleza, mas brevemente se rindió á partido que dejasen ir libre como lo hicieron la guarnicion de aragoneses. Ganada Gaeta, pasaron sobre Nápoles. Jacobo Caldora que tenia el cuidado de guardar aquella ciudad, se concertó con los enemigos, que le prometieron el sueldo que los aragoneses le debian, y no le pagaban: tomado el asiento, sin dificultad les abrió las puertas. El color que tomó para lo que hizo, era que el infante don Pedro le pretendiera matar, como á la verdad fuese hombre de poca fidelidad, de ánimo inconstante y deseoso de cosas nuevas. A doce de abril se perdió la ciudad de Nápoles, y todavía los de Aragon conservaron en ella dos castillos, es á saber Castelnovo, y otro que se llama del Ovo, pequeño y estrecho, pero fuerte en demasía por estar sobre un peñon cercado todo de mar.

Ganada la ciudad de Nápoles, las demás cosas eran fáciles al vencedor: las ciudades y pueblos á porfía se le rendian. Llevaba mal el de Aragon y sentia mucho que por la prision que hiciera el rey de Castilla

(1) Hoy se llama Pescara, que desagua en el Adriático.
(2) Era bastardo, nacido de una barragana.

en la persona de su hermano, á él puso en necesidad de hacer ausencia, y se hobiese venganza, pero tan grande. Procuró todo antes de comenzar y romper la guerra. Con este intento el arzobispo de Tarragona Dalmao de Mur que despachó por su embajador, en Ocaña en presencia de los grandes y del rey de Castilla propuso su embajada. Decia era justo al cabo de tanto tiempo se moviese á soltar al infante, si no por ser tan justificada la demanda, á lo menos por el deudo que con él tenia, y por los ruegos de sus hermanos. Si algun delito habia cometido, bastantemente quedaba castigado con prision tan larga. Que el rey su señor quedaba determinado no apartarse de aquella demanda hasta tanto que fuese libertado su hermano. Vuestra alteza, rey y señor, debeis considerar que por condescender con los deseos particulares de los vuestros no pongais en nuevos peligros la una y la otra nacion, si vinieren á las manos.

En el palacio real de Castilla y en su córte andaban muchos de mala: sus aficiones, avaricia y miedos particulares los enconaban: recelábanse que si don Enrique fuese puesto en libertad, podrian ellos ser castigados por el consejo que dieron que fuese preso. Temian otrosí no les quitasen los bienes de los desterrados, de cuya posesion gozaban, y aun por el mismo caso tenian aversas sus voluntades para que no se hiciese el deber. A los intentos destos ayudaban otros, en especial Alvaro de Luna, soberbio por la demasiada privanza y poder con que se hallaba y que tenia por bastante ganancia y provecho gozar de lo presente sin estender la vista mas adelante. Estos fueron ocasion que no se efectuase nada desta vez, ni aun se pudo alcanzar que los reyes se juntasen para tratar entre sí de medios. Despedidos los embajadores de Aragon, el rey de Castilla se fue á Burgos en el mismo tiempo que su hija doña Catalina murió en Madrigal pueblo de Castilla la Vieja á diez del mes de agosto: enterráronla en las Huelgas. Esta tristeza en breve se mudó en nueva y muy grande alegría por causa que en Valladolid nació de la reina el príncipe don Enrique á cinco de enero principio del año que se contó de aquel siglo decimoquinto 1425. Sacáronle de pila por órden de su padre el almirante don Alonso Enriquez, don Alvaro de Luna, Diego Gomez de Sandoval adelantado de Castilla junto con sus mujeres. Por el mes de abril todos los estados del reino le juraron por príncipe y heredero despues de los dias del rey su padre en sus estados.

En Zaragoza el rey de Aragon se apercebia con todo cuidado para la guerra: por todas partes se oia ruido de soldados, caballos y armas. Tratóse en Valladolid de apercebirse para la defensa. Hízose consulta, en que hobo diferentes pareceres: algunos querian que luego se comenzase, hombres que eran habladores antes del peligro, cobardes en la guerra y al tiempo del menester; otros mas recatados sentian que con todo cuidado se debia divertir aquella tempestad, y escusarse de venir á las manos. El rey se hallaba dudoso, y no entendia bastantemente ni se enteraba de lo que convenia hacer. Don Carlos rey de Navarra, cuidadoso de lo que podria resultar desta contienda en que se ponia á riesgo la salud pública, envió con embajada al rey de Castilla á Pedro Peralta su mayordomo y á Garci Falces su secretario, en que ofrecia su industria y trabajo para sosegar aquella contienda. Estaba esta prática para concluirse por gran diligencia de los embajadores, mas estorbáronlo ciertas cartas que vinieron del rey de Aragon, en que mandaba el infante don Juan su hermano se fuese para él, que queria tratar con él cosas de grande importancia. Partióse para Aragon contra su voluntad, como lo daba á entender. Pidió [illegible] para ello licencia del rey de Castilla: él demás de la licencia le dió comision para que de su parte tratase con su hermano de conciertos.

Estaban los reales del rey de Aragon en Tarazona á punto para romper por tierras de Castilla si no le otorgaban lo que pretendia, con tan grande deseo de vengarse y satisfacerse que parecia en comparacion desto no hacer caso de las cosas de Nápoles, si bien tenia aviso que sucediera otro nuevo desastre; y fue que Braccio capitan que era de grande nombre en aquella sazon, quedó vencido y muerto junto al Aguila que tenia sitiada, en una batalla que se dió á veinte y cinco de mayo (1). La demasiada confianza y menosprecio de los enemigos le acarreó la perdicion. Era general del ejército del papa que acudia á la reina, Jacobo Caldora: con él dos sobrinos del cardenal Carrillo por nombre Juan y Sancho Carrillo aquel dia se señalaron entre los demás de buenos, y fueron gran parte para que se ganase la victoria, como mozos que eran de grandes esperanzas. Los mismos demás desto en prosecucion de la victoria con gentes del papa que llevaban, y les dieron, en breve se apoderaron de la marca de Ancona, de que Braccio antes se apoderara. El cuerpo de Braccio muerto y llevado á Roma, como de descomulgado, fue sepultado delante la puerta de San Lorenzo en lugar profano; mas en tiempo de Eugenio Cuarto pontífice romano le trasladó á Perosa, y puso en un sepulcro muy primo Nicolao Fortebrachio, que tomó aquella ciudad de Roma, y procuró se hiciese esta honra á la memoria de su tio, hermano de su madre.

En Florencia ciudad de la Toscana falleció don Pedro Fernandez de Frias cardenal de España por mayo: su cuerpo vuelto á España está sepultado en la iglesia catedral de Burgos á las espaldas del altar mayor. Era de bajo linaje y hombre pobre; mas su buena presencia, industria y destreza, y la privanza que alcanzó con los reyes don Enrique y don Juan, le levantaron á grandes honras. Fue obispo de Osma y de Cuenca: la estatura mediana, la vida torpe por su avaricia y deshonestidad. Sucedió que en Burgos tuvo ciertas palabras con el obispo de Segovia don Juan de Tordesillas, al cual el mismo dia un criado del cardenal dió de palos. La infamia de delito tan atroz hizo aborrecible á su amo, aunque no tuvo parte ni lo supo, como lo confesó despues el mismo que cometió aquel caso. Sin embargo á instancia de caballeros, que se quejaban y decian que la soberbia de aquel hombre sin mesura, olvidado de su suerte antigua, se debia castigar, fue forzado el dicho cardenal á ir á Italia. Apoderóse el rey de todo su dinero que tenia juntado en gran cantidad, que fue la principal causa de apresurar su partida y destierro. Desta manera perecen mal, y hacen perecer los tesoros allegados por mal camino: los varones sagrados ningun mas cierto reparo tienen que en la piedad y buena opinion. Si en el destierro en que pasó lo demás de la vida, mudó las costumbres, no se sabe; lo cierto es que fue á la sazon gobernador de la Marca de Ancona por el papa, y que en Castilla fundó el monasterio de Espeja de la órden de San Gerónimo, religion que iba por este tiempo en aumento muy grande en España.

Don Juan infante de Aragon fue recebido benigna y magníficamente en Tarazona por el rey su hermano. Entretanto que por medio del dicho don Juan se trataba de las condiciones, y se esperaban mas amplos poderes del rey de Castilla y de los grandes para pronunciar sentencia en aquellos debates y de todo punto concluir doblado el camino entraron los dos hermanos sin hacer daño en tierra de Navarra, y asentaron sus reales cerca de Milagro, pasados ya los calores del estío. Venidos los poderes de Castilla como

(1) Otros dicen que á 11 de junio.

se pedian, se volvió á tratar de componer las diferencias entre los reyes. Consultóse mucho y largamente sobre el negocio: últimamente en una junta que cerca de la torre de Arciel á los tres de setiembre se tuvo de personas de todos los tres reinos y naciones, se pronunció sentencia la cual contenia: Que sin dilacion el infante don Enrique fuese puesto en libertad, y todas sus honras y estados le fuesen vueltos con todas las rentas corridas que tenian depositadas: lo mismo se sentenció en favor de Pedro Manrique, que andaba desterrado. Esta sentencia pareció grave al rey de Castilla y á los suyos; mas era cosa muy natural que el infante don Juan favoreciese y se inclinase á sus hermanos, en especial que ninguna esperanza quedaba de concierto si no daban al preso ante todas cosas la libertad, que fue lo que hizo amainar al rey de Castilla y á los grandes.

En el mismo tiempo don Carlos rey de Navarra llamado el Noble finó en Olite. Su muerte fue de un accidente y desmayo que le sobrevino de repente sin remedio, un sábado á ocho de setiembre el mismo dia que se celebra el nacimiento de nuestra Señora. Su cuerpo sepultaron en la iglesia Mayor de Pamplona: las honras se le hicieron con aparato real. Hallóse á su muerte doña Blanca su hija, que parió poco antes una hija de su mismo nombre y tuvo adelante poca ventura. Ella luego que falleció su padre, envió á su marido en señal de la sucesion el estandarte real, con que en los reales donde se hallaba, le pregonaron por rey de Navarra. Pareció á algunos demasiada aquella priesa, que decian fuera justo que ante todas cosas en Pamplona jurara los privilegios del reino y sus libertades; pero los reyes son desta manera, sus voluntades tienen por leyes y derecho, disimulan los grandes, el pueblo sin cuidado de al, y sin hacer diferencia entre lo verdadero y lo aparente hace aplauso y á porfía adula á los que mandan, y si alguna vez se ofende, no pasa de ordinario la ofension de las palabras. La nueva de la libertad que á la hora se dió á don Enrique, en dia y medio llegó á noticia de sus hermanos con ahumadas que tenian concertado se hiciesen en las torres y atalayas, de que hay en Castilla gran número. Con esto las gentes de Aragon y soldados dieron vuelta á Tarazona, y luego por el mes de noviembre los despidieron y se deshizo el campo. El infante don Juan pasó hasta Agreda para recebir á su hermano que venia de la prision, y llevarle al rey de Aragon. Ningun dia amaneció mas alegre que aquel para los tres hermanos: regocijábanse no mas por la libertad de don Enrique que por dejar vencidos con el temor y miedo á los de Castilla, que es un género de victoria muy de estimar.

Falleció por el mismo tiempo en Valencia á veinte y nueve de noviembre don Alonso el mas mozo duque de Gandía sin sucesion. Su estado de Ribagorza se dió al infante don Juan ya rey de Navarra. Este fue el premio de su trabajo, además que le estaba antes prometido. Don Enrique de Guzman conde de Niebla despues de grandes diferencias y debates se apartó de doña Violante su mujer, hija que era de don Martin rey de Sicilia, con gran sentimiento de su hermano don Fadrique conde de Luna. Doliase y sentia grandemente que su hermana sin tener respeto á que era de sangre real, y sin alguna culpa suya, solo por los locos amores de su marido, mozo desbaratado, fuese de aquella suerte maltratada: de que resultó grave enemiga y larga entre aquellas dos casas. Don Fadrique atraia á su voluntad, y procuraba ganar á todos los señores de Castilla que podia, con deseo y intento de afirmarse, y satisfacerse de su cuñado.

CAPITULO XV.

Que don Alvaro de Luna fue echado de la córte.

Con la libertad de don Enrique las cosas de Castilla empeoraron, si antes estaban trabajadas. El reino se hallaba dividido hasta aquí en tres parcialidades y bandos, es á saber el de don Alvaro de Luna, el de don Juan, y el don Enrique infantes de Aragon. A estos como á cabezas seguian los demás señores conforme á las esperanzas varias que tenia cada uno, ó por la memoria de los beneficios recebidos de alguna de las partes. En lo de adelante, concertados los infantes entre sí y reconciliados, de tres bandos resultaron dos menos perjudiciales al reino. La mayor parte de los señores se conjuró contra don Alvaro. Llevaban mal que en la casa real con pocos de su valía, y esos hombres bajos y que los tenia obligados, estuviese apoderado de todo, y gobernase á los demás con soberbia y arrogancia. Menudeaban las querellas y cargos; quejábanse que sin méritos suyos en las armas, y sin tener otras prendas y virtudes, solo por maña y por saberse acomodar al tiempo hobiese subido á tal grado de privanza y de poder, que solo él reinase en nombre de otro. Miraban con malos ojos aquella felicidad de este hombre, y deseaban se templase aquella su prosperidad con la memoria de sus trabajos y oscuros principios; mas él asegurado por el favor de su príncipe, con quien desde su pequeña edad tenia gran familiaridad, y sin cuidado de lo de adelante á todos los demás en comparacion suya menospreciaba confiado demasiadamente en el presente poder, en tanto grado que se sonrugia, y grandes personajes lo afirmaban, que se atrevió á requerir de amores á la reina: si con verdad ó falsamente ni aun entonces se averiguó; creemos que por la envidia que le tenian, le levantaron muchos falsos testimonios y se creyeron dél muchas maldades. . . .

La semilla desta conspiracion se sembró en gran parte en Tarazona cuando se juntaron, como está dicho, los tres hermanos infantes de Aragon. El año luego siguiente, que se contó de 1426, vino á sazonarse la trama; en cuyo principio el rey de Castilla celebró las fiestas de Navidad en Segovia, y don Juan nuevo rey de Navarra las tuvo en Medina del Campo con su madre, y aun poco antes se viera con el rey de Castilla en la villa de Roa. Don Enrique era ido á Ocaña por estarle mandado que no entrase en la córte, ni se entremetiese en el gobierno. El rey de Aragon se entretenia en Valencia en sazon que doña Costanza, hija del condestable Ruy Lopez Dávalos, se desposó con Luis Massa, jóven muy noble y rico, con dote que el rey le dió en gran parte. Tal fue la grandeza de ánimo deste príncipe, que no solo ayudó á la pobreza de su padre, viejo y huido, y derribado solo por la malquerencia de sus contrarios, sino que al tanto á su hijo llamado don Iñigo Dávalos, y á su nieto que tenia de don Beltran su hijo, llamado don Iñigo de Guevara, dió grandes estados despues que se apoderó del todo de Nápoles. La reina de Aragon viuda con su hija doña Leonor fué á Valencia á instancia del rey de Aragon su hijo, mas en breve dió la vuelta á Medina del Campo. No queria que con su larga ausencia recibiese pesadumbre el rey de Castilla, con cuya licencia el conde de Urgel de Castrotaraf, donde le pasaran del castillo de Madrid, fue llevado en esta sazon al reino de Valencia, por entender era mas á propósito para las cosas de Aragon por las alteraciones que á Castilla amenazaban. Pusiéronle en el castillo de Játiva, en que dió fin á sus dias y prision larga.

En la ciudad de Toro se tuvieron córtes de Castilla en que se trató de reformar los gastos de la casa real, atento que las riquezas y rentas reales, aunque muy grandes, no bastaban: para esto la guarda en que se contaban mil de á caballo, fue reducida á ciento, y por capitan della don Alvaro, que fue ocasion con el nuevo cargo á él de mayor poder, á los otros de que la envidia que le tenian, se aumentase. Fueron señaladas estas córtes por la muerte que á la sazon sucedió de dos personas principales: el uno fue Juan de

Mendoza, en cuyo lugar don Rodrigo su hijo fue hecho mayordomo de la casa real; don Juan su hijo menor quedó por prestamero de Vizcaya. Adoleció otrosí gravemente don Alonso Enriquez, que finó tres años adelante en Guadalupe: esclarecido por ser de la alcuña real, y por sus virtudes; su oficio que tenia de almirante del mar, dió el rey á don Fadrique su hijo.

Los grandes de Castilla comunicaron entre sí sus sentimientos por cartas y mensajeros para que la plática fuese mas secreta: estos fueron los maestres de las órdenes, el de Calatrava don Luis de Guzman, y el de Alcántara don Juan de Sotomayor, Pedro de Velasco camarero mayor, el rey de Navarra, don Enrique su hermano y otros. Hicieron entresí confederacion jurada con todas las fuerzas posibles, que tendrian los mismos por amigos y por enemigos, y que salva la autoridad real, procurarian que la republica no recibiese algun daño, que traian alterada los malos consejos y gobierno de algunos. Esta confederacion se hizo al principio del mes de noviembre en la ermita de Orcilla tierra de Medina del Campo: los intentos mas eran de vengarse que de aprovechar. El que anduvo en todo ello, fue el adelantado Pedro Manrique, de quien por las memorias de aquel tiempo se entiende fue hombre de ingenio inquieto y bullicioso.

El rey de Castilla de Toro se fue á Zamora al principio del año 1427. Don Enrique infante de Aragon, alcanzada primero, y despues negada licencia de entrar en la córte, sin embargo movió de Ocaña para Castilla la Vieja con hermoso acompañamiento, y con las armas apercebido para lo que sucediese: el rey era vuelto á Simancas, los infantes de Aragon y los grandes conjurados se estuvieron en Valladolid. Los otros señores de Castilla por tener diferentes voluntades hacian sus juntas, cada cual de los bandos á parte. Pocos que amaban mas el sosiego que el bien comun, se estuvieron neutrales, y á la mira de lo que resultaria de las contiendas ajenas, sin entrar ellos á la parte. El rey por estar divididos los suyos poca autoridad tenia, especial que demás de su flojedad natural parecia estar enhechizado y sin entendimiento. Presentaron los conjurados una peticion que contenia las faltas de la casa real y los escesos de don Alvaro de Luna; que era razon buscar algun camino para poner remedio á los daños públicos. Consultado el negocio, fueron nombrados jueces sobre el caso, casi todos de los conjurados, es á saber el almirante, el maestre de Calatrava, Pedro Manrique, Hernando de Robles, que aunque era hombre bajo, era muy adinerado, y tenia oficio de tesorero general. A estos se dió poder para conocer de los escesos y capítulos que se ponian á don Alvaro, y en caso de discordia se nombró por quinto juez el abad de San Benito; lo que la mayor parte determinase, aquello puntualmente se siguiese.

Trataron entre sí el negocio: pronunciaron sentencia; lo primero que el rey, dejado don Alvaro, pasase á Cigales, á los hermanos infantes de Aragon diese lugar para que le pudiesen visitar: añadieron otrosí que don Alvaro saliese de la córte desterrado por espacio de año y medio. ¿Grande afrenta y infamia diré del rey ó del reino ó de aquella era? quitar al príncipe lo que en el principado es la cosa mas principal que es no ser forzado en cosa alguna: que los vasallos mandasen, y el rey obedeciese; pero tal era la miseria de aquellos tiempos. Conforme á lo decretado el rey fue á Cigales: los conjurados llegaron á besalle la mano, entre ellos el infante don Enrique, puesta la rodilla, por algun espacio derramó lágrimas en señal de arrepentimiento de lo hecho: en tanto grado el fingir y disimular es fácil á los hombres. Don Alvaro se fue á Ayllon lugar suyo, acompañado de grande nobleza, que le siguieron para honralle y en ocasion ampararle. Entre los demás Juan Garci Alvarez de Toledo señor de Oropesa, y Juan de Mendoza señor de Almazan, por estar ambos obligados á don Alvaro, del cual tiraban acostamiento cada un año.

Siguióse contienda entre los grandes, que con diferentes mañas pretendian alcanzar la familiaridad del rey, con quien podia tanto la privanza que así y á sus cosas se entregaba al parecer del que le sabia ganar. Hernan Alonso de Robles se anteponia á los demás en autoridad; y como antes fuese en privanza del rey el mas cercano á don Alvaro, á la sazon quitado el competidor se hizo mas poderoso y fuerte, tanto que con achaque de estar él malo muchas veces el rey y los grandes venian á su casa á hacer consejo: cosa que á un hombre oscuro y bajo, cual él era, acarreaba mucha envidia; como quier que muchas veces el favor demasiado de los príncipes se convierte en contrario, si no se pone templanza. Estaba el rey ofendido contra él porque apresuradamente pronunció sentencia de destierro contra don Alvaro, al cual estaba obligado en muchas maneras. Como entendieron esta ofension y desgusto, y que le podrian atropellar aquellos que con diligencia buscaban ocasion para hacello, procuraron que el rey de Navarra le acusase delante del rey de Castilla de muchos delitos. Cargóle que era hombre revoltoso, y que comunicaba con forasteros y con los grandes cosas en deservicio del rey: que muchas veces hablaba palabras osadas y contra la magestad real. Consultado el negocio, se proveyó que le echasen mano y le guardasen en Segovia; hízose así, y finalmente murió en la cárcel en Uceda (1) donde le pasaron: ejemplo no pequeño, y aviso de que no hay cosa mas incierta que el favor de palacio, que con ligera ocasion se desliza y muda en contrario.

El rey de Granada (2) este año por conjuracion de sus ciudadanos fue echado del reino y de la patria; pasó á Africa desterrado y miserable á pedir socorro al rey de Tunez. Mahomad llamado el Chico luego que fue puesto en su lugar y se encargó del reino, comenzó á perseguir la parcialidad contraria de los que eran aficionados al rey pasado: condenábalos en muertes, destierros y confiscacion de bienes, que pródigamente daba á otros. En particular Juzeph uno de los abencerrajes, linaje muy noble entre los moros, y que á la sazon tenia el gobierno de la ciudad, perdida la esperanza de prevalecer, se fue á Murcia para ponerse en seguro, y mover las armas de Castilla contra el nuevo rey para derriballe antes que se afirmase en el reino. Por el mismo tiempo sucedieron en Castilla dos cosas memorables: la primera que el rey por medio de don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca que envió á Roma, pidió al santo padre le perpetuase las tercias, y aun parece salió con ello porque en adelante los reyes comenzaron á hacer dellas mercedes como de cosa propia para siempre jamás; la otra que la órden de San Gerónimo se dividió en dos partes, como arriba se apuntó. Fue así que fray Lope de Olmedo por la amistad que alcanzaba con el pontífice Martino Quinto trabada en París (3) al tiempo de los estudios, en que tuvieron una misma habitacion y morada, con su autoridad fue autor desta division. Fundó cerca de Sevilla un monasterio con nombre de San Isidro, que fue cabeza de la nueva reformacion. Deste convento todos los que se llegaron á esta manera de vida, se llamaron isidros. Duró esta division hasta tanto que en nuestra edad se han tornado á unir y sujetar á la órden antigua de gerónimos, de donde salieron, por

(1) El 5 de agosto de 1430.
(2) Mahomad Aben-Azar el Izquierdo, que fue destronado tres veces.
(3) En Perosa.

diligencia de don Philipe Segundo rey de España. Volvamos con nuestro cuento á las alteraciones de Castilla.

CAPITULO XVI.

Como don Alvaro de Luna volvió á palacio.

Parecer y tema de los stoicos, secta de filósofos por lo demás muy severa y muy grave, fue que por eterna constitucion y trabazon de causas secretas (que llaman hado) cada cual de los hombres pasa su carrera y vida, y que nuestro albedrío no es parte para huir lo que por destino, ley invariable del cielo, está determinado. Dirás que necia y vanamente sintieron esto, ¿quién lo niega? ¿quién no lo vé? ¿por ventura puede haber mayor locura que quitar al hombre lo que le hace hombre, que es ser señor de sus consejos y de su vida? Pero necesario es confesar hobo alguna causa secreta que de tal suerte trabó entre sí al rey de Castilla y á don Alvaro de Luna, así aficionó sus corazones y ató sus voluntades que apenas se podian apartar, dado que por aquella razon estuviese encendido un grande odio contra ambos, bien que mayor contra don Alvaro, tanto que en esto sobrepujaba los seyanos, patrobios, asiaticos, libertos que fueron de los emperadores romanos, y sus nombres muy aborrecidos antiguamente. ¿Cuál fue la causa que ni el rey se moviese por la infamia que resultaba de aquella familiaridad, ni don Alvaro echase de ver su perdicion donde á grandes jornadas se apresuraba? Es así sin duda que las cosas templadas duran, las violentas presto se acaban; y cuanto el humano favor mas se ensalza, tanto los hombres deben mas humillarse y temer los varios sucesos y desastres con la memoria continua de la humana inconstancia y fragilidad. Sin duda tienen algun poder las estrellas, y es de algun momento el nacimiento de cada uno: de allí resultan muchas veces las aficiones de los príncipes y sus aversiones, ó quita el entendimiento el cuchillo de la divina venganza, cuando no quiere que sus filos se emboten como sucedió en el presente negocio.

Ningun dia amaneció alegre para el rey, nunca le vieron sino con rostro torcido y ánimo desgraciado despues que le quitaron á don Alvaro: dél hablaba entre dia y dél pensaba de noche, y ordinariamente traia delante su entendimiento y se le representaba la imágen del que ausente tenia. Los que andaban en la casa del rey y le acompañaban, entendiendo que era treta forzosa que don Alvaro fuese en breve restituido, y sospechando que tenia mayor cabida en lo de adelante, como quien dejaba sobrepujados y puestos debajo de sus piés á sus enemigos y a la fortuna, con mayor diligencia procuraban su amistad: el mismo rey de Navarra por envidia que tenia á don Enrique su hermano, de quien no llevaba bien tuviese mayor privanza con el rey de Castilla y el primer lugar en autoridad, comenzó á favorecer á don Alvaro y tratar que volviese á la córte. Ofrecióse buena ocasion para esto por la muerte de don Ruy Lopez Dávalos: á seis de enero año de 1428 falleció en Valencia, do á la sazon se hallaba el rey de Aragon. Fue este caballero mas dichoso en sucesion que en la privanza de palacio. De tres mujeres que tuvo, engendró siete hijos y dos hijas: de quien en Italia proceden los condes de Potencia y de Bovino, los marqueses del Vasto y de Pescara, y muchas otras familias y casas en España. Su cuerpo depositaron en Valencia, de allí le trasladaron los años adelante á Toledo y enterraron en el monasterio de San Agustin. Tenia costumbre de dar oidos y crédito á los pronósticos de los astrólogos, por ser (como otros muchos) aficionado á aquella vanidad; mas no pudo pronosticar ni conocer su caida: cuando murió aun no tenia del todo perdida la esperanza de recobrar sus honras antiguas y su estado.

Don Enrique de Aragon comenzó á poner en esto gran diligencia; pero por su desgracia y por desampararle sus amigos no tuvo efecto, como ordinariamente á los miserables todos les faltan. Solo Alvar Nuñez de Herrera natural de Córdova guardó grande y perpetua lealtad con don Ruy Lopez: fue mayordomo suyo en el tiempo de su prosperidad, y despues puesto en prision como consorte en el delito que le achacaban. Libre que se vió de la prision, no reposó antes de convencer á Juan García, inventor de aquella mentira, de haber levantado falso testimonio, y hacerle ejecutar como á falsario y traidor. Para ayudar tambien á la pobreza de su señor vendió los bienes que dél recibiera en cantidad, y juntó ocho mil florines de oro, los cuales metidos en los maderos de un telar para que el negocio fuese mas secreto, cargados en un jumento, y su hijo á pié en hábito disfrazado, se los envió á donde estaba: lealtad señalada y escelente, digna de ser celebrada con mayor elocuencia y abundancia de palabras.

Con la muerte del competidor el poder de don Alvaro de Luna se arraigó mas. El rey de Castilla se entretenia en Segovia, ocupado en procurar deshacer las confederaciones y ligas que los grandes tenian hechas entre sí. Publicó una provision, en que mandaba que se alzasen los homenajes con que entre sí se obligaran; otorgó otrosí un perdon general y perpetuo de los delitos pasados y desacatos; demás desto á la infanta doña Catalina mujer de don Enrique en trueco de Villena dió las ciudades de Trujillo y Alcaráz, fuera de algunos otros lugares de menor cuantía en el reino de Toledo cerca de Guadalajara: añadióle asimismo docientos mil florines, que fue dote muy grande y verdaderamente real. A instancia del mismo don Enrique de Aragon don Ruy Lopez Dávalos fue dado por libre de lo que le acusaban; pero lo que fuera razon, se hiciese sus honras y bienes no fueron restituidos á sus hijos: asi lo quiso el rey, así convenia á los que se veian ricos y grandes con sus despojos.

Concluidas estas cosas, el rey de Castilla se fue á Turuegano: allí vino don Alvaro á su llamado con muy grande y lucido acompañamiento, como quien ganara de sus contrarios un nobilísimo triunfo, alegre y soberbio. Crecia de cada dia en privanza, y tenia mayor autoridad en todas las cosas; solo en particular podia mas que los demás grandes y toda la nobleza. Doña Leonor, hermana del rey de Aragon, estaba concertada con don Duarte príncipe de Portugal, heredero futuro del reino, y que era de edad de treinta y seis años: los desposorios se celebraron, presente el rey de Aragon, en tierra de Darora en una aldea llamada Ojos Negros. Hallóse presente don Pedro prelado de Lisboa como embajador de Portugal, hijo que era de don Alonso conde de Gijon. El dote de la doncella fueron doscientos mil florines. Señaláronle por camarera mayor á doña Costanza de Tovar viuda del condestable don Ruy Lopez Dávalos. De Valencia partió esta señora por tierras de Castilla. En Valladolid el rey de Castilla y sus hermanos la festejaron mucho: hiciéronse algunos dias justas y torneos. Desde allí con grandes dones y joyas que le dieron, pasó á Portugal á verse con su esposo: las bodas se hicieron con tanto mayores regocijos del pueblo cuanto se dilataron por mas tiempo, que casi tenian perdida la esperanza que el infante don Duarte se hobiese de casar por haberlo hasta aquella edad dilatado.

Sucedió por el mismo tiempo que don Pedro hermano de don Duarte despues de una larga peregrinacion, en que visitó al emperador Sigismundo y al mesmo Tamorlan scytha (el vulgo dice que anduvo las siete partidas del mundo) volvió en España. Llegó á Valencia por el mes de junio; por el de setiembre se casó con doña Isabel hija mayor del conde de Urgel,

que tenian preso. Deste matrimonio nacieron doña Isabel que vino á ser reina de Portugal, doña Philipa que fue monja, don Pedro condestable de Portugal, don Diego cardedal y obispo de Lisboa que falleció en Florencia de Toscana, don Juan rey de Chipre, y doña Beatriz mujer que fue de Adolfo duque de Cleves. Don Pedro hechas las bodas partió de Valencia y visitó al rey de Castilla en Aranda, últimamente llegó á Portugal; salianle al encuentro los pueblos enteros; mirábanle como si fuera venido del cielo y mas que hombre, pues habia peregrinado por provincias tan estrañas: maravillábanse demasiadamente como hombres que eran de groseros y rudos ingenios.

El rey de Castilla, asentadas las cosas de Castilla la Vieja, y puesto en libertad á Garci Fernandez Manrique, de quien dijimos fué preso con don Enrique de Aragon, y restituidole en sus antiguos estados, dió la vuelta al reino de Toledo al fin deste año, y despues que algun tiempo se detuvo en Alcalá, pasó á Illescas. Llegó allí á la sazon Juzeph abencerraje, huido de Granada, sobre negocios del rey moro despojado. Fue recebido y tratado benignamente por el rey: envióle con Alonso de Lorca que desde Murcia le hizo compañía, al rey de Túnez con cartas en que le exhortaba y pedia tuviese compasion de aquel rey desterrado, y le restituyese en el reino con sus fuerzas y gente: que haciendo ellos el deber, no dejaria de ayudallos con dineros, armas, soldados y provisiones. El de Túnez movido por esta embajada, tornó á enviar al rey Mahomad en España con una armada y trescientos de á caballo; y como desembarcasen en Vera, causó grande mudanza y alteracion en los corazones de los que por ser hombres de ingenio mudable se tornaban á aficionar al gobierno antiguo, y aborrecer al nuevo señorío y mando del nuevo rey. Las ciudades y lugares de aquel reino á porfía se lo entregaban: la misma ciudad de Granada vino en su poder al principio del año de 1429. El tirano se retiró al castillo del Alhambra, en que en breve fue preso y muerto; y con tanto dejó con ayuda del cielo y grande aplauso de toda la provincia el cetro de que injustamente y á tuerto se apoderára, al rey legítimo que procedia de padres y abuelos reyes. Esto en España.

Las cosas de Francia no podian hallarse en peor estado que el que tenian, apoderados los ingleses, perpétuos enemigos de Francia, de París y de otra muy grande parte de aquella provincia. Carlos Séptimo de este nombre, rey de Francia, en aquella apretura y peligro envió á pedir socorro con grande sumision así á los otros príncipes como al rey de Aragon. Matías Rejaque, enviado por esta causa de Francia, llegó á Barcelona por el mes de abril. Hallábase el rey de Aragon embarazado con dos guerras, en especial la de Nápoles le aquejaba, de donde casi perdida la esperanza don Pedro su hermano en una armada habia venido á España: en su lugar y en el gobierno quedó Dalmacio Sarsera para que entretuviese lo que quedaba en pié. Demás desto pensaba el dicho rey hacer guerra á Castilla, y para ella se apercebia á la sazon con grande cuidado. Por esta causa la embajada de Francia no fue de efecto alguno; mas las cosas de aquel reino sin fuerzas, sin ayuda, sin gobierno, fueron por favor del cielo ayudadas, y se mejoraron con esta ocasion.

Ya siete meses los ingleses tenian sitiada á Orliens ciudad nobilísima, puesta sobre el rio Loire. Los cercados padecian falta de todo lo necesario, y apenas con los muros se defendian del enemigo. Una doncella llamada Juana, de no mas de diez y ocho años, salvó aquella ciudad. Era natural de San Remí, aldea en la comarca de los Leucos, parte de lo que al presente llamamos Lorena. Su padre se llamó Jaques Durcio y su madre Isabel. Desde su primera edad se ejercitó en pastorear las ovejas de su padre. Esta doncella vino á los reales de los franceses, díjoles que por divina revelacion era enviada para librar á Orliens de aquel peligro y á Francia del señorío de los ingleses. Hiciéronle muchas preguntas, y como de todas saliese bien, quedaron persuadidos el rey y sus capitanes que decia verdad. Luego con gentes que le dieron, por medio de los enemigos metió dentro de Orliens socorro y vituallas. Los de dentro con esperanza de poderse defender cobraron ánimo, y con diversas salidas y rebates al fin hicieron tanto que el cerco se alzó á veinte y siete de mayo.

Recobraron fuera desto los lugares en contorno y sacáronlos de poder de los contrarios; tuvieron solamente diversas escaramuzas sin que se llegase á batalla. Pretendian con la costumbre de vencer en aquellos encuentros y rebates, que los franceses cobrasen ánimo y se alentasen del miedo que tenian cobrado. El rey de Francia otrosí por medio de sus enemigos pasó á Rems por consejo de aquella doncella á coronarse y ungirse, lo que hasta entonces no se habia hecho: con esto á los suyos se hizo mas venerable, á los enemigos espantoso. Recobradas muchas ciudades, acometieron los franceses á París: no la pudieron entrar, antes á la puerta de San Honoré la doncella ó poncella de Francia fué herida. Pasaron con la guerra á otra parte. Tenian los ingleses cercada la ciudad de Compieñe: la doncella animada por las cosas pasadas con un escuadron apretado y cogido de los suyos se metió en la ciudad. De allí hizo una salida y dió una arma á los ingleses en que por secretos juicios de Dios fue presa por los enemigos y llevada á Ruan. Acusáronla de hechicera, y por ello fue quemada. El principal acusador y atizador fue Pedro Chauchonio obispo de Beauvais, sin que tuviese alguno de su parte que osase abrir la boca en su defensa, dado que muchos se persuadian, y hoy lo sienten así, que aquella doncella fue condenada injustamente: honra perpétua de Francia, famosa en todos los siglos y noble, como lo pronunciaron los jueces á quien cometió los años adelante esta causa el pontífice Calixto: proceso y sentencia que hasta hoy se guardan y están en los archivos de la iglesia Mayor de París. Una estátua suya de metal se ve en medio de la puerta de Orliens, puesta en memoria del beneficio que della recibieron; pero esto pasó algun tiempo adelante.

En Tarragona ciudad en Cataluña los obispos de la provincia Tarraconense se juntaron, llamados á concilio por don Pedro cardenal de Fox, legado que á la sazon era del pontífice Martino Quinto. Lo que en aquel concilio se decretó, no se sabe (1); solo lo que era de mayor importancia y mas se pretendia, el canónigo Gil Muñoz renunció las insignias y nombre de pontífice, los cardenales que consigo tenia, fueron depuestos, y quitáronles la dignidad y nombre que sin propósito usurpaban, lo uno y lo otro por órden del rey de Aragon en gracia del pontífice Martino, al cual como antes tuvo enfrenado con el miedo, así bien ahora le pretendia ganar y traelle á su partido con este servicio tan señalado. Peñíscola, que fue de la órden de San Juan de tiempo antiguo, quedó en lo de adelante por el rey: á Gil Muñoz para alguna manera de recompensa hicieron obispo de Mallorca. Alonso de Borgia fue otrosí nombrado por obispo de Valencia en premio del trabajo que tomó en reducir á buen seso al dicho Gil y á sus consortes, principio y escalon para subir á las mas altas dignidades que hay. Sucedió todo esto en Tortosa por el mes de agosto: desta manera se puso fin al scisma mas reñido y de mas tiempo que jamás la Iglesia padeció. En accion de gracias por beneficio tan señalado se hicie-

(1) Sus actas se hallan hoy en la *Coleccion general de Concilios*, y en las de Cardenal Aguirre.

ron procesiones por todas partes, y grandes plegarias para aplacar á los santos y suplicalles con gozo envuelto en lágrimas conservasen lo comenzado y diesen perpetuidad á mercedes tan señaladas. Esto en Aragon y en Francia. Razon será que volvamos á las cosas de Castilla que se han quedado atrás y á declarar las causas de una nueva guerra que se emprendió muy brava entre los reyes de España.

LIBRO VIGESIMOPRIMO.

CAPITULO PRIMERO.

De la guerra de Aragon.

En sosiego estuvo España los años pasados á causa de hallarse cansada de las muchas guerras que mucho la trabajaron y porque los reyes estaban emparentados entre sí, y trabados en muchas maneras con deudo y afinidad: con los moros de Granada tenian treguas, ó guerras y encuentros de poca consideracion y importancia, dado que no faltaba á los nuestros deseo de desarraigar y deshacer del todo aquella nacion malvada, para lo cual se ofrècia buena ocasion por estar á la sazon los moros divididos entre sí en parcialidades y bandos, y por el consiguiente alborotados y á punto de perderse; pero desbarató estos intentos una nueva guerra que por este tiempo se empredió entre los tres reyes de España, el de Aragon y el de Navarra de una parte, y de otra el de Castilla, de mayor ruido y porfía que de notable y señalado remate. Lo que aquí pretendemos, es poner por escrito las causas y motivo desta guerra, el fin y suceso que tuvo, los juegos de la fortuna variable, y la caida con que don Alvaro de Luna de la cumbre de prosperidad en que estaba, comenzó la segunda vez á despeñarse sin saberse reparar, que fue justo castigo de Dios por ser el principal atizador y causa de todos estos males y discordias; porque pretendiendo él conservarse por cualquier camino en el poder y grandeza que con buenas ó malas mañas alcanzara, luego que volvió á la córte y fue restituido en su primer lugar y privanza, persuadió al rey que á los grandes, que debiera antes granjear con servicios y cortesía los hiciese salir de su casa real y de su córte, y los mandase retirar á sus casas y estados: consejo muy errado y perjudicial, principalmente al que le daba.

Pedro Fernandez de Velasco y Pedro de Zúñiga, y don Rodrigo Alonso Pimentel conde de Benavente junto con los maestres de Calatrava y Alcántara, sabida la voluntad del rey, sin dilacion se partieron para sus casas. Quedaban los infantes de Aragon señores de mayor autoridad que pudiesen fácilmente echallos y despedillos contra su voluntad, mas fue tan grande la temeridad de don Alvaro que se determinó tambien á embestir y chocar con ellos. Primeramente acometió al de Navarra, de quien no solo el pueblo, sino las personas principales decian en público y en secreto que era justo se fuese á su reino: que cuidaba de las cosas ajenas, y se descuidaba de las propias, en lo cual la culpa era doblada, y era igualmente digno de ser por lo uno y por lo otro reprehendido. Estas murmuraciones y dichos daban gusto á don Alvaro de Luna, y no menos al rey de Castilla, porque conforme á la costumbre y inclinacion de los príncipes llevaba mal que en su reino hobiese ninguno que en honra y título se le igualase, y á quien debiese tener respeto. Fuéle intimado por personas que para esto le enviaron, lo que el rey de Castilla pretendia.

La reina doña Blanca su mujer al tanto, como la que barruntaba la borrasca que se levantaba, y con el cuidado que el amor que á su marido tenia, le causaba, envió á Pedro de Peralta por su embajador para que de su parte solicitase la partida, que así lo pedian todos los estados del reino de Navarra, y que esto seria saludable y á propósito así para sus particulares intentos, como para el bien comun de sus vasallos. Llevaba mal el navarro los embustes y mañas de don Alvaro de Luna: todavía visto que era forzoso sujetarse á la necesidad, habló con el rey en Valladolid, do á la sazon se hacian las córtes de Castilla. Renovóse la confederacion en esta habla, puesta entre los tres reyes el de Navarra, el de Aragon y de Castilla. Pusiéronse por escrito las capitulaciones, que por el presente confirmaron con sus juramentos y firmas los dos reyes. Al de Aragon, que ausente estaba, para que hiciese lo mismo, enviaron un tanto de lo capitulado y de las condiciones por medio del doctor Diego Franco, hombre prudente, y docto en derechos, demás desto del consejo real.

Asentadas las cosas en esta forma, el rey de Navarra se partió á su reino: el de Aragon despues de muchas dilaciones de que usó antes de responder á lo que Diego Franco le proponia y representaba, últimamente en Barcelona dió por respuesta que aquellas condiciones no le contentaban, que le parecia se debian reformar algunas dellas. Junto con esto, pareciéndole aquel embajador persona á propósito para sus intentos, envió con él un recaudo secreto á don Alvaro, en que le avisaba que Pedro Manrique era el que atizaba todas aquellas disensiones, y ponia discordia entre los infantes sus hermanos: que era hombre de dos, y aun de muchas caras, y á cada paso mudaba de color como mejor le venia, por ser de su condicion variable y amigo de novedades; por tanto si deseaba mirar por sí, por el bien y pro comun, y por el rey, debia echalle de la córte y no permitir tuviese mano alguna en el gobierno.

Desta ofension del rey de Aragon contra Pedro Manrique no se sabe bien la causa (1), salvo que por el mismo tiempo fue puesto en prision el arzobispo de Zaragoza llamado don Alonso Argüello, en que murió. Del género de la muerte que le dieron, hobo diversos rumores: unos decian que en la prision le dieron garrote, otros que le echaron en el rio: lo mismo se ejecutó en algunos ciudadanos de Zaragoza. Achacábanles tratos secretos con don Alvaro de Luna: la verdad erâ que el demasiado celo que mostraban de que se mantuviesen las paces asentadas antes con Castilla, les acarreó la muerte, y mas la libertad del hablar, ca decian era justo forzar al rey á guardar lo concertado, y no quebrantar las paces, para que la república no lastase (2) si se hacia lo contrario. Por la muerte del arzobispo fue puesto en su lugar don Francisco Clemente obispo que á la sazon era de Barcelona. Junto con esto tenian entre sí los reyes hermanos tratos secretos en razon de vengar por las armas los agravios que don Alvaro de Luna les hacia, y juntar sus fuerzas para destruille.

Llamó el rey de Aragon al infante don Enrique su hermano al principio del mes de abril año del Señor de 1429. Tuvieron los dos hermanos vistas en la ciudad de Teruel (3): entendióse (por lo que se vió adelante) que concertaron de levantar gente y mover guerra á Castilla. El navarro no se halló en esta junta por estar ocupado en diversos negocios de su reino, y en coronarse por rey, que hasta entonces se dilatara. Hízose la ceremonia en Pamplona á quince de mayo en esta manera: el rey y la reina vestidos de sus paños reales, sus coronas en la cabeza á la manera que los godos usaban, fueron levantados en sendos paveses, y puestos sobre los hombros de los grandes. Alzaron por ellos los estandartes, y

(1) Era segun Zurita, que por sus artificios habia procurado que el condestable de Castilla volviera á la córte.
(2) Que no pagase.
(3) Segun Zurita en Chelva.

fueron en esta forma por un faraute pregonados por reyes. Luego despues desto se hicieron de secreto levas de gentes en los dos reinos: la voz era para ayudar á las cosas de Francia, la verdad, que estaban resueltos de tomar las armas contra Castilla.

No se le encubrió esto al rey de Castilla: enviáronse de la una á la otra parte embajadas sobre el caso; no aprovechó nada. Los dos reyes movieron con sus gentes y llegaron hasta Hariza, villa situada á la raya de Aragon, y de los antiguos llamada Arci, en los pueblos dichos arevacos: iban determinados de meterse por aquella parte y entrar por fuerza en las tierras de Castilla. Con este intento don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro metió gente de guarnicion en Peñafiel, y el infante de Aragon don Pedro, avisado desto, de Medina del Campo donde estaba, acudió al mismo lugar. El rey de Castilla para resistir á estos intentos hacia en todo su reino grandes levantamientos de gentes: mandó en particular á los grandes que le acudiesen, y nombradamente llamó al infante de Aragon don Enrique, y á don Fadrique de Castro duque de Arjona, nieto que era de don Fadrique maestre que fue de Santiago y hermano del rey don Pedro. Hizo otrosí que á todos los estados de nuevo se tomase juramento que en aquella guerra servirian con todas sus fuerzas y lealmente, y que darian aviso si algunos tratasen de otra cosa y pretendiesen lo contrario, con pleito homenaje y voto que hacian si faltasen en lo que prometian, de ir á Jerusalém á piés descalzos, y que no



D. Alvaro de Luna.

pedirian en algun tiempo relajacion del dicho juramento.

En Palencia á los primeros de mayo se hizo esta diligencia. Juraron, el primero don Alvaro de Luna, y consiguientemente don Juan de Contreras arzobispo de Toledo, don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, don Fadrique almirante del mar, don Luis de la Cerda conde de Medinaceli, los maestres de Calatrava y Alcántara, don Gutierre de Toledo obispo que fue adelante de Palencia, don Pedro de Zúñiga, Pedro Manrique, don Rodrigo Alonso Pimentel, Sarmiento, y con los demás Juan de Tovar señor de Berlanga con otros muchos señores que acompañaran al rey, todos á porfía quien seria el primero para hacer muestra de su lealtad y obediencia; dentre los cuales luego se nombraron cuatro capitanes que guardasen las fronteras. Estos fueron el mismo don Alvaro, el almirante, Pedro Manrique y Pedro Fernandez de Velasco su yerno. Diéronles dos mil de á caballo, que eran mas nombre de ejército que iguales fuerzas á las de Aragon. A Diego Lopez de Zúñiga encargaron fuese en seguimiento de los demás á pequeña distancia y de respeto con un nuevo escuadron de caballos. El mismo rey con la mayor parte de sus gentes tomó cuidado de ir contra la villa de Peñafiel y sujetalla. Asentó sus reales cerca de las murallas, y á voz de pregonero mandó avisar á los moradores que se rindiesen, con apercibimiento que si se ponian en resistencia y usaban de dilaciones, serian dados por traidores. Obedecieron los moradores, con que don Pedro de Aragon y con él el conde de Castro don Diego Gomez de Sandoval se recogieron á la fortaleza. Dióse á los moradores perdon de haber cerrado las puertas y no se rendir luego: no pareció por entonces combatir el castillo por no gastar mucho tiempo en el cerco.

Los reyes de Aragon y de Navarra entraron en las tierras de Castilla, y rompieron por la parte de Cogolludo, villa asentada en los confines de la antigua Carpetania y de los pueblos que llamaban arevacos. Asentaron sus reales en lugar llano y descubierto. Los capitanes de Castilla en un collado legua y media distante. Eran los aragoneses y navarros en número de dos mil y quinientos caballos, mil infantes todos

bien armados, soldados viejos y pláticos en muchas guerras. En los reales de Castilla se contaban mil y setecientos caballos, cuatrocientos infantes. Los reyes deseosos de pelear luego el dia siguiente un viernes primero de julio movieron ordenadas sus haces. Amonestaron con pocas palabras, conforme al tiempo, á cada cual de las escuadras y compañías que hiciesen el deber: que por culpa de pocos andaba el reino de Castilla revuelto, quebrantadas las leyes, profanadas las cosas sagradas: ellos á quien mas que á nadie tocaba acudir al remedio y procuralle, desterrados, despojados de sus bienes, de sus hijos, mujeres y amigos, hasta el derecho comun de contratacion les quitaban: que ni aun les consentian hablar al rey de Castilla para amonestalle lo que á él le convenia, y dar de si razon, por lo cual eran forzados á tomar las armas y valerse dellas: que del suceso de aquella batalla dependia la paz pública la salud y dignidad de la una nacion y de la otra: por tanto, dada la señal, estuviesen á punto y aparejados para acometer á los contrarios, que aunque fueran mas, no tendrian dificultad en desbaratallos por venir desarmados y ser gente poco ejercitada, y al contrario ellos tan usados en las armas y en pelear: «tanto mas que »en número y en esfuerzo les haceis ventaja. Ni »tienen reales los enemigos, ni están fortificados: el »cielo nos ofrece ocasion de grande gloria, el cual á »nos es favorable, á los contrarios ha quitado el en»tendimiento para que nada acierten. Animaos pues, »y en este dia echad el sello á todas las victorias pa»sadas, á los trabajos y honra ganada.»

Adelantáronse al son de los pífaros y atambores: llegaron á vista de los enemigos, cuando don Alvaro de Luna, considerado el peligro, mandó rodear con los carros el lugar en que alojaban, determinado de no pelear sino con ventaja y buena ocasion, ó forzado. El infante don Enrique por una parte y por la otra el adelantado Pedro Manrique tuvieron habla: dijéronse denuestos y quemazones sin que otro efecto se siguiese. Acudieron los unos y los otros á las armas, trabáronse algunas escaramuzas. El cardenal de Fox legado del papa en Aragon, que andaba entre las unas haces y las otras, amonestaba hora á estos, hora aquellos que sosegasen: en fin les persuadió que pues era ya tarde, dejasen para el dia siguiente la batalla. La dilacion de aquella noche puso remedio á los males. La reina de Aragon hembra de ánimo varonil llegado que hobo adonde las gentes alojaban, hizo armar su tienda en medio de los dos campos y por su industria con buenos partidos se hicieron las paces, y luego que los capitanes de Castilla las hobieron jurado, se dejaron las armas. Y si bien las gentes de Castilla se quedaron en el mismo lugar, los reyes de Aragon y Navarra sin hacer mal ni daño volvieron atrás.



D. Juan II en traje de batalla.

El infante don Enrique los dias pasados estuvo á punto (por tratado que tenia) de tomar con engaño y apoderarse de la ciudad de Toledo, y por no haber salido con este deseño poco antes de la refriega se fuera á juntar con sus hermanos: al presente, confiado en las capitulaciones de la paz, por Sigüenza pasó á Uclés, resuelto, si no le guardaban lo asentado, de mover nuevos alborotos con ayuda de los de su valía. Sin embargo el rey de Castilla con la fuerza de sus gentes y ejército apresuraba su camino: llevaba mas de diez mil de á caballo y cincuenta mil

infantes, todos número. Fuéronse para él la reina de Aragon su hermana y el cardenal de Fox: avisáronle de los conciertos y amonestáronle dejase las armas. El encendido en deseo de satisfacerse, y feroz por la esperanza que llevaba de la victoria, respondió que las capitulaciones no eran válidas por ser hechas sin su mandado, que era justo castigar la insolencia de los dos reyes.

Tenia sus estancias cerca de Belamazan, pueblo situado á la ribera de Duero. Llegó allí don Fadrique, duque de Arjona y conde de Trastamara. Llegado que hobo á la presencia del rey fue preso; lleváronle al castillo de Peñafiel, que en este comedio era venido en poder del rey, donde falleció el año siguiente: notable lástima así por su edad como por ser de sangre real, como tambien por venir sin esperar salvo conducto, creo confiado y asegurado de su buena conciencia con'ra el crímen de traicion que le cargaban, es á saber de sentir con los infantes de Aragon. La discordia civil es madre de sospechas, y contrària muchas veces á la inocencia. Los buenos suelen en tal ocasion ser tenidos por mas sospechosos que los malos, en especial si aman el sosiego. La sepultura deste príncipe se ve cerca de Carrion en tierra de Campos en un monasterio que se llama Benevivere, con su lucillo y letrero que le hizo poner Pero Ruyz Sarmiento su sobrino hijo de su hermana, y primer conde que fue de Salinas. Entró el rey de Castilla luego por las tierras de Aragon con grande espanto de aquella tierra. Los labradores con sus ganados y ropilla se recogian á lugares fuertes: los soldados ponian fuego á las aldeas que quedaban yermas, y talaban los campos. Llegaron con los reales hasta Hariza, villa fuerte por estar sentada en un alto: recogiéronse los moradores al castillo, y con esto saquearon el pueblo y en gran parte le quemaron. En el mismo tiempo como estaba acordado hacian tambien entradas por las tierras de Navarra gentes de Castilla debajo la conducta de Pedro Velasco general de aquellas fronteras. Tomaron por fuerza á San Vicente villa de Navarra, y le pusieron fuego á causa que por quedar el castillo por los navarros no se podia conservar.

Por otra parte el obispo de Calahorra y Diego de Zúñiga su sobrino se apoderaron de la villa de la Guardia y de su castillo. Fuera desto el conde de Benavente don Rodrigo Alonso Pimentel, como le era mandado, con parte del ejército no cesaba de apoderarse de los pueblos y castillos que el infante de Aragon don Enrique poseia en Castilla: él desamparada la villa de Ocaña, que era cámara de su maestrazgo, se fué á Segura, castillo asentado á la raya de Portugal y á la ribera del rio Guadiana. Allí dejó la infanta su mujer, y él se volvió á Trujillo por ver si ya que le tomaron los demás pueblos de su estado, pudiese entretenerse y hacer algun daño por aquella comarca en las tierras del rey. Acudióle luego su hermano el infante don Pedro, que por miedo de aquella tempestad se retiró á aquellos lugares, mozo de gran corazon, y muy diestro en las armas por el uso que de ellas alcanzó en las guerras de Nápoles.

CAPITULO II.

Del fin desta guerra.

Mucho se adelantaron las cosas de Castilla quier para ganar reputacion y mantenerse en su honra, quier para vengar y castigar el atrevimiento de los aragoneses y navarros, pues por tantas partes y en tantas maneras los apretaron. Poner sitio al castillo de Hariza era cosa larga, y poco lo que en tomalle se interesaba, que fue la causa porque el rey de Castilla dió la vuelta con sus gentes y soldados á Medinaceli, mas alegres por la victoria que ricos con la presa. Con esto y con poner diversas guarniciones en aquellas fronteras deshizo el campo y dió licencia á los soldados para irse á invernar y volverse á sus casas. El mismo rey al fin del otoño se partió para Medina del Campo á tener córtes de su reino, que para allí tenia aplazadas. Con su partida los enemigos recobraron ánimo. El navarro se era ido á defender su reino: el de Aragon juntadas sus gentes se metió por las tierras de Castilla por la parte y comarca de la ciudad de Soria, por donde antiguamente se tendian los pueblos llamados celtíberos. Apoderóse de la villa de Deza, ganó los castillos de Ciria y Borovia; y con ellos á Bozmediano: el castillo se le entregó el alcaide por dineros. Fue grande la presa de ganados y trigo, tomaron muchos prisioneros: con esto las gentes y soldados sin recebir algun daño se volvieron á Calatayud de do salieron.

A la raya de Portugal por la parte que corre Guadiana y baña las tierras de Estremadura, los infantes de Aragon con mayor libertad y ganancia hacian sus cabalgadas y presas de ganados, de que hay en aquellas comarcas gran muchedumbre por la abundancia de los pastos; los cuales enviaban á Portugal no obstante que el conde de Benavente quien esto tenia encomendado, les hacia resistencia, pero no era bastante para estorballos. Por esta causa don Alvaro de Luna acudió en persona á reparar aquel daño, y para el mismo efecto á su llamado Pero Ponce señor de Marchena, que era un caballero muy poderoso y rico en el Andalucía. Enviaron sus reyes de armas á pedir la presa, emienda y restitucion de los daños; y ninguna cosa alcanzaron fuera de buenas palabras, porque el rey de Portugal de secreto les hacia espaldas, y holgaba de los trabajos y alteraciones de Castilla por serle muy á propósito para afirmarse él mas y arraigarse en aquel su reino de que se apoderara.

Sucedió á la misma sazon que los infantes de Aragon por no hallarse con fuerzas iguales á don Alvaro de Luna, quemados los arrabales de Trujillo, fortificaron aquella plaza que se tenia por ellos, y en la fortaleza pusieron buena guarnicion de soldados; demás de esto por sí mesmo de sobresalto se apoderaron de Alburquerque, villa fuerte y de importancia á la raya de Portugal: por todo esto las voluntades de sus contrarios quedaron mas irritadas. Pareció grave daño, especial la pérdida de Alburquerque, porque se temia que los portugueses se fortificasen en aquel pueblo, puesto que entre Portugal y Castilla habia treguas, mas no estaban de todo punto concertadas las paces, y menos las voluntades conformes. Determinó el rey acudir á aquel daño convidado por don Alvaro, y esto para que con mayor autoridad y fuerza se hiciese todo, y la honra de la victoria que esperaban, y de concluir aquella empresa quedase por el mesmo rey. Sucedió al revés de lo que cuidaban, porque si bien tomaron la villa y fortaleza de Trujillo y á Montanges, no hobo órden de apoderarse de Alburquerque: así con dejar allí por capitanes y fronteros al maestre de Alcántara y don Juan hijo de Pero Ponce, el rey y don Alvaro dieron la vuelta, y se partieron para Medina del Campo.

En la toma de Trujillo sucedió una cosa memorable. Estaba el condestable don Alvaro dentro de la villa: la fortaleza se tenia por el infante don Enrique. Tratóse con el alcaide que la rindiese; impedíalo un bachiller Garci Sanchez de Quincoces, que tenia gran parte en la guarda. Procuró don Alvaro haber habla con él, y aunque con dificultad, al fin alcanzó que por un postigo á la parte del campo que tiene una cuesta ágria, viniese á ella solo con un mozo de espuelas, que con la mula se quedó tambien á la mitad de la cuesta. Salió el bachiller; mas como ni por promesas, ni amenazas se dejase vencer, abrazóse el condestable con él, y ambos fueron rodando la

cuesta abajo de suerte que antes que de la fortaleza pudiese ser socorrido, le puso en lugar seguro entre cien hombres de armas que allí cerca tenia puestos en celada, con lo cual sin dilacion se rindió la fortaleza.

Por este mismo tiempo recibieron los de Castilla una nueva rota en los campos de Arabiana, que están á las haldas de Moncayo, harto conocidos y desgraciados de tiempo antiguo por la muerte desgraciada y desleal ejecutada en las personas de los siete infantes de Lara. Ruy Diaz de Mendoza por sobrenombre el Calvo, aunque ciudadano de Sevilla, era capitan de cuatrocientos caballos de Navarra. Este venció en un encuentro á Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita por arriscarse con menor número de gente á pelear con los contrarios: pocos fueron los muertos porque el capitan, como vió los suyos desbaratados, se recogió con algunos á un ribazo en que se hizo fuerte. Los mas se pusieron en huida y se salvaron á causa que los contrarios no tenian noticia de la tierra, y por la escuridad de la noche que cerró.

Haciánse las córtes de Castilla en Medina del Campo por principio del año 1430, y por el mismo tiempo las de los catalanes en Tortosa, presentes los dos reyes cada cual en su parte. Era grande la falta de dinero para los gustos de la guerra, que pretendian seria muy larga; y era grande la dificultad que se ofrecia para allegallo. Las rentas de Aragon eran pequeñas, las riquezas de Castilla consumidas con los gastos y poco órden del rey y de su casa, como quier que la templanza del príncipe sirva en lugar de muy gruesas rentas bastantes para el tiempo de la guerra y de la paz. En ambas partes se trató de la poca lealtad que algunos grandes guardaban á sus reyes. Deseaba el de Aragon sosegar á don Fadrique conde de Luna, ca se entendia inclinaba á seguir el partido de Castilla, movido del dolor y sentimiento que causaba en él habelle quitado el reino (1), demás que no faltaba gente liviana que despertaba su ánimo inconstante, y le ponia grandes esperanzas de vengarse y alcanzar mayores riquezas, si se arrimaba á Castilla. No pudo salir el de Aragon con lo que pretendia en esta parte, ni le pudo haber á las manos, pero confiscóle todo su estado, que le tenia muy grande.

Lo mismo hizo el rey de Castilla con los infantes de Aragon, y aun pasó mas adelante, que ó por ser de su condicion pródigo, ó con intento que aquellos señores no les quedase esperanza de reconciliarse con él y ser restituidos en sus bienes, los pueblos que les quitó, los repartió entre otros caballeros principales. El maestrazgo de Santiago se dió en administracion á don Alvaro de Luna, á Pedro Fernandez de Velasco en propiedad la villa de Haro, Ledesma á Pedro de Zúñiga (al uno y al otro con título de condes) á Pedro Manrique dió á Paredes, al conde de Benavente hizo merced de la villa de Mayorga, Medinilla fue dada á Pero Ponce. A Iñigo Lopez de Mendoza cupieron del repartimiento y del botin algunos lugares cerca de Guadalajara, que eran de la infanta doña Catalina: á don Gutierre Gomez de Toledo, obispo que fue adelante de Palencia, Alva de Tormes en tierra de Salamanca: á otros caballeros diferentes dió otros pueblos y lugares en gran número.

Por este modo de la caida destos infantes como de un grande edificio se fundaron en Castilla nuevas casas y estados, que permanecen y se conservan hasta el dia de hoy, dado que algunos han hecho mudanza por diversas causas de apellidos y linajes. A don Fadrique conde de Luna, que huido de Aragon, por el mismo tiempo llegó á Medina del Campo, despues de habelle honrado y festejado mucho dieron primero las villas de Cuellar y Villalon, despues tambien Arjona y otras rentas, con que pudiese sustentar su casa y estado. Doña Leonor reina de Aragon fue llamada á Tordesillas, y allí puesta en el monasterio de Santa Clara. Quitáronle asimismo tres castillos suyos que tenia con guarnicion, que ella entregó como le era mandado, todo á propósito que no pudiese ayudar á sus hijos ni con hacienda, ni de otra manera alguna; pero poco despues se revocó todo esto en Burgos. Despues del rigor suele seguirse la benignidad y compasion, demás que parecia cosa fea que la madre inocente pagase los deméritos de sus hijos. Fue puesta en libertad, y fuéronle restituidos sus castillos con condicion y promesa que hizo de no acudir á sus hijos en aquella guerra.

Ayudó mucho para tomar esta resolucion una embajada que vino sobre estas diferencias de Portugal, dado que lo que sobre todo con ella se pretendia, era que entre los reyes de Castilla y de Aragon se hiciesen treguas hasta tanto que jueces señalados por ambas partes tratasen entre sí, y asentasen las condiciones de la paz. No tuvo esto efecto por no estar aun sazonadas las cosas. En Peñíscola este año el domingo de Ramos, que fue á los nueve de abril, y el jueves adelante salió del sepulcro del papa Benedicto tan grande y tan suave olor, que se hinchó del todo el castillo: así lo testifican algunos autores, como yo pienso, mas por aficion que con verdad. Esta fama por lo menos fue ocasion que Juan de Luna su sobrino le hiciese trasladar á Illueca, villa suya puesta entre Tarazona y Calatayud. La licencia para hacello alcanzó debajo de condicion que ni le hiciesen honras, ni fuese enterrado en lugar sagrado en pena de su contumacia, y de haber por ella muerto descomulgado.

Aprestábase el rey de Castilla para la guerra, y con gran cuidado juntaba una hueste muy grande, como el que estaba determinado de hacer de nuevo con mayor fuerza y pujanza otra entrada en Aragon. Junto con esto tenia mandado á don Fadrique Enriquez almirante del mar que con su armada que tenia á punto, trabajase las riberas y mares de Aragon con todo género de daños. Hecho esto, movió con sus gentes y llegó á Osma. El rey de Aragon en Tarazona se aparejaba para la guerra, el de Navarra en Tudela: ambos con mayor porfía y diligencia que recaudo, á causa que aquellas dos naciones aborrecian aquella guerra como mala y desgraciada. Fueron sobre el caso enviados embajadores de Aragon, que llegaron á Osma á catorce dias de junio. Dióseles luego audiencia: don Domingo obispo de Lérida, que era el principal y cabeza en aquella embajada, habida licencia de hablar, con un largo razonamiento que hizo, relató cuan grandes beneficios tenian los aragoneses recebidos de los reyes de Castilla. Que la memoria dellos seria perpétua, sin embargo que tomaron las armas no por voluntad sino forzados de los engaños de algunos señores, que se aprovechaban de la facilidad y nobleza de su rey para echar sus deudos de la córte, sin dar lugar aun de hablalle como los que estaban con la privanza hinchados y acostumbrados á malas mañas. Que de buena gana las dejarian, si con reputacion lo pudiesen hacer, y que los partidos fuesen honrosos y tolerables. Ninguno ignoraba cuán grande seria el estrago y desventura de todos si se viniese á las manos de poder á poder. Las espadas que una vez se tiñen en sangre de parientes, con dificultad y tarde se limpian: no de otra manera que si los muertos y sus cenizas anduviesen por las familias y casas pegando fuego y furia á los vivos, todos se embravecen, sin tener fin ni término la locura y los males.

Punzados por el razonamiento del obispo don Alvaro y el conde de Benavente respondieron por sí y por los demás: llegaron á malas palabras, y parece buscaban ocasion de pasar adelante. Ramon Perellos,

(1) El de Sicilia, del cual su abuelo le habia hecho donacion inter vivos.

uno de los embajadores, con loco atrevimiento se ofreció á hacer campo y probar con las armas á cualquiera que quisiese salir á la causa, que tenian la razon de su parte; grande resolucion y brava; pero por estar el rey presente no se pasó á mas que palabras. Con esto se acabó aquella junta: despues los embajadores de Aragon hablaron de uno en uno á los grandes de Castilla y hicieron con sus amonestaciones tanto que se inclinaron á la paz. Estaban los reales de Castilla á la puente de Garay, sitio en que se entiende estuvo asentada la antigua Numancia, mas por las medidas y sitio de los lugares, que porque haya algun rastro cierto desta antigüedad. Pasó el rey con su campo á Majano. Allí por gran diligencia que los dichos embajadores hicieron asentaron treguas por parte de Castilla don Alvaro de Luna y don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, que nombraron para tratar de las capitulaciones con los embajadores de los dos reyes. Concertaron finalmente que durasen las treguas por espacio de cinco años con estas condiciones: dejadas por ambas partes las armas, se abriese la contratacion como antes; los infantes de Aragon restituyesen á Alburquerque dentro de treinta dias, y que no pudiesen entrar en Castilla en todo el tiempo de las treguas, ni tampoco el rey de Castilla les quitase los pueblos que por ellos se tenian; últimamente que don Fadrique conde de Luna, y don Jofre marqués de Córtes hijo de don Carlos rey de Navarra, que andaban forajidos en Castilla, no fuesen maltratados por los reyes de Aragon y Navarra. Para las demás diferencias se nombrasen catorce jueces, siete de cada parte: y que hasta concluir estuviesen y residiesen en Turazona y Agreda, pueblos á la raya de Aragon.

Luego que estas condiciones fueron aprobadas por los reyes, se pregonaron las treguas en los reales la misma fiesta del apóstol Santiago: lo mismo se hizo en las ciudades y lugares de los tres reinos con grande alegria de todos, que se regocijaban no solo por el bien presente, sino mucho mas por la esperanza que cobraron de asentar una paz muy larga. Despacháronse correos á todas partes que llevasen nuevas tan alegres, y en particular al rey de Portugal, el cual con su embajada y grande instancia que hizo muchas veces, procurára se compusiesen estos debates de los reyes; y en aquella sazon se mostraba alegre por los desposorios que festejaba de doña Isabel su hija con Philipe duque de Borgoña viudo de su segunda mujer. Deste matrimonio nació Carlos llamado el Atrevido, duque que fue adelante de Borgoña, conocido no mas por la grandeza de sus hechos y valor, que por el triste y desgraciado fin que tuvo. El rey de Aragon despachó una armada á Portugal para llamar á sus hermanos. Pretendia él que dejando á Alburquerque, le acompañasen, y empleasllos en la guerra de Italia, que le tenia en mucho cuidado; y de dia y de noche no pensaba sino en volver á ella; aunque la idea de los infantes no se efectuó luego. Las gentes de Castilla fueron desde Osma despedidas con órden que á la primavera no faltasen de acudir á sus banderas para dar principio á la guerra de los moros de Granada. Hecho esto, el rey pasó lo demás del estío en Madrigal villa muy conocida, do á la sazon la reina se hallaba.

CAPITULO III.

De la guerra de Granada.

El fin de la guerra de Aragon fue principio de otras dos guerras: de la que á los moros se hizo, y de la de Nápoles como quier que nunca los reyes sosiegan, en especial cuando su imperio está muy estendido; antes unas diferencias se traban de otras y se mueven de nuevo cada dia, además de la ambicion, mal desapoderado y cruel, y que no tiene límite alguno: el que mas tiene, mas desea, y de mas cosas está menguado: miserable y torpe condicion de la naturaleza de los mortales, si bien á don Juan rey de Castilla pueden escusar el deseo que tenia de ensanchar el nombre cristiano, y estirpar la nacion de los moros, por lo menos en España. El rey Mahomad llamado el Izquierdo, restituido que fue en el reino (como antes desto queda dicho) rehusaba sin embargo de pagar el tributo y parias que así él como sus antepasados tenian costumbre de pagar; que fue la causa por que cuando se hacian los aparejos para la guerra de Aragon, si bien pidió treguas, ni del todo se las negaron, ni claramente se las concedieron y otorgaron. Tomóse solamente por espediente de enviar por embajador á Granada á Alonso de Lorca para entretener aquel rey bárbaro, y dar tiempo al tiempo hasta que el juego estuviese bien entablado.

Al presente como nuevos embajadores para esto enviados hiciesen de nuevo instancia por las treguas, respondió el rey que no se tomaría ningun asiento si no fuese que ante todas cosas pagasen el tributo que tenian antes concertado. Fue junto con esto Alonso de Lorca enviado por embajador al rey de Túnez con ricos presentes para dar razon a aquel rey de la deslealtad y contumacia del rey de Granada, que ni se movia por el peligro, ni correspondia al amor que le mostraran. Con esto obró tanto que persuadió á aquel rey no enviase al de Granada para aquella guerra socorros desde Africa. Esto fue tanto mas fácil que aquellos bárbaros ponen de ordinario la amistad y lealtad en venta, y mas les mueve su pro particular que el respeto de la religion y honestidad. Por ventura hacen esto solos los bárbaros, y no los mas de los príncipes que tienen el nombre y se precian de la profesion de cristianos?

Tuviéronse córtes en Salamanca, en que con gran voluntad de todos los estados se otorgó al rey ayuda de dinero para aquella guerra en mayor cantidad que les pedian, porque era contra los enemigos de cristianos. Por el fin deste año se hicieron diversas entradas en tierras de moros, en particular don Gonzalo obispo de Jaen y Diego de Rivera, adelantado que era del Andalucia, con ochocientos caballos y tres mil de á pié entraron hasta llegar á la vega de Granada. Repartieron la gente desta manera: pusieron dos celadas en lugares á propósito: ochenta de á caballo llegaron á dar vista á la ciudad con intento de sacar los moros á la pelea, y metellos en las zalagardas, y enredallos. Salieron ellos, pero con recato al principio porque temian lo que era, que habia engaño: los que tenian en la primera celada (como les fuera mandado) á los primeros golpes volvieron las espaldas. Asegurados con esto los moros, como si no hobiera mas que temer, sin órden y sin concierto siguen á rienda suelta el alcance: llegaron con esto donde estaba la fuerza de los contrarios, que era la segunda celada. No pensaban los moros cosa semejante, ni hallar resistencia: así ellos se atemorizaron, y á los nuestros creció el ánimo; hirieron en los enemigos, mataron doscientos, prendieron ciento, los demás como pláticos de la tierra se salvaron por aquellas fraguras, á las cuales los caballos de los moros estaban acostumbrados, y á los cristianos fueron causa por su aspereza y no estar usados de detenerse.

Por otra parte Fernan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja, á cuyo cargo quedó la guarnicion de Ecija, entró por los campos y tierra de Ronda: no le sucedió tan prósperamente, porque acudiendo los naturales, con igual daño suyo del que hizo en los contrarios, fue forzado á retirarse. Poco despues Rodrigo Perea adelantado de Cazorla entró por otra parte: acudieron al improviso los enemigos, y fue la carga que dieron tan grande, que con pérdida de casi todos los suyos apenas el adelantado se pudo salvar á uña de caballo; verdad es que García de Herrera

que era mariscal, escaló de noche y ganó de los moros por fuerza el lugar de Jimena, que fue alguna recompensa de aquellos daños. Desta manera variaban las cosas prósperas y adversas; fuera de que el tiempo no era á propósito, antes por las continuas aguas hallaban los caminos empantanados, los rios iban crecidos; en particular en Navarra el rio Aragon salió de madre, y derribó gran parte de la villa de Sangüesa con gran pérdida y notable daño de los moradores de aquel lugar.

El rey llamó por sus cartas á don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, y al maestre de Alcántara don Juan de Sotomayor. No obedecieron, sea por miedo de sus enemigos, sea estimulados de su mala conciencia. Era cierto seguian la voz de los infantes de Aragon, y aun despues de hechas las treguas, perseveraban en lo mismo. A la sazon que se apercebian para esta guerra, falleció la primera mujer de don Alvaro de Luna doña Elvira de Portocarrero. Por su muerte casó segunda vez con doña Juana hija del conde de Benavente: los regocijos de las bodas se celebraron en Palencia, no fueron grandes á causa que á la misma sazon falleció doña Juana de Mendoza abuela de la desposada, y mujer que fue del almirante don Enrique; los padrinos de la boda fueron el rey y la reina. Ninguna cosa por entonces parecia demasiada por ir en aumento y con viento próspero la privanza y autoridad de don Alvaro. Sucedian estas cosas al principio del año 1431. El papa Martino Quinto, ya mas amigo (á lo que mostraba) del aragonés, al tiempo mismo que ó por odio de los franceses, ó con una profunda disimulacion tenia llamado á Italia al dicho rey don Alonso, falleció en mala sazon en Roma de apoplegia á veinte del mes de febrero: otros buenos autores señalan el año siguiente, que hace maravillar haya variedad en cosa tan fresca y tan notable. En lugar del papa Martino fue puesto el cardenal Gabriel Condelmario, veneciano de nacion, con nombre que tomó de Eugenio Cuarto: fue su eleccion á tres dias de marzo. Ayudóle en gran manera para subir á aquel grado el cardenal Jordan Ursino: por esto comenzó á favorecer mucho á los ursinos, bando muy poderoso en Roma, y á perseguir por el mismo caso á los coloneses sus contrarios; y á su ejemplo Juana reina de Nápoles muger mudable é inconstante, despojó á Antonio Colona de la ciudad de Salerno. Por respeto del nuevo pontífice le quitó lo que el pontífice pasado le hizo dar, ó por ventura hubo algun demérito suyo, de que resultaron nuevas alteraciones y diferentes esperanzas en otros de ser acrecentados.

El rey de Castilla, determinado de ir en persona á la guerra de los moros, nombró para el gobierno de Castilla en su ausencia á Pedro Manrique. Hecho esto, de Medina del Campo pasó á Toledo, en cuyo templo por devocion pasó toda una noche armado y en vela, costumbre de los que se armaban caballeros. Venida la mañana, hizo bendecir las banderas; y pasadas las fiestas (que se le hicieron grandes) hechos sus votos y plegarias, partió para la guerra. Está en medio del camino puesta Ciudad-Real: allí como el rey se detuviese por algunos dias, á los veinte y cuatro de abril dos horas despues de medio dia tembló la tierra de tal manera que algunos edificios quedaron maltratados, y algunas almenas del castillo cayeron en tierra; el mismo rey fue forzado por el miedo y por el peligro salir al raso y al descubierto: fue grande el espanto que en todos causó, y mayor por estar el rey presente y correr peligro su persona; mas el daño fue pequeño, y ningun hombre pereció. En Aragon, Cataluña y en Ruysellon fue mayor el estrago por esta misma causa y á la misma sazon, tanto que algunos lugares quedaron destruidos, y algunos maltratados por los temblores de la tierra.

En Granada otrosí poco adelante, y en los reales de Castilla que cerca estaban y á punto de pelear y entrar en la batalla que se dieron, como se dirá poco adelante, tembló la tierra, pronóstico que cada uno podia pensar amenazaba á su parte ó á la contraria, ó á entrambas, y que dió bien que pensar y temer no menos á los moros que á los cristianos. Asimismo por toda España fueron grandes los temores y anuncios que hubo por esta causa; que el pueblo inconstante y supersticioso suele alterarse por cosas semejantes y pronosticar grandes males. Por este mismo tiempo en Barcelona falleció la reina doña Violante de mucha edad: fue casada con el rey don Juan el Primero, y era abuela materna de Ludovico duque de Anjou, con quien traian guerra los aragoneses por el reino de Nápoles.

Llegó el rey de Castilla por el mes de mayo á la ciudad de Córdova: desde allí envió á don Alvaro de Luna adelante con buen número de gente, taló la campaña de Illora; y llegó haciendo estrago hasta la misma vega de Granada, llanura que es de grande frescura y no de menor fertilidad. Puso fuego en los ojos de los mismos ciudadanos á sus huertas, sus cortijos y almadeas sin perdonar á una hermosa casa de campo que por allí tenia el rey moro; pero no fueron parte estos daños; ni aun las cartas de desafío que les envió don Alvaro, para que saliesen á pelear. No se supo la causa: puédese conjeturar que por estar la ciudad suspensa con el miedo que tenia de mayores males, ó no estar los ciudadanos asegurados unos de otros. Entretanto que esto pasaba, se consultaba en Córdova sobre la forma que se tenia en hacer la guerra. Los pareceres fueron diferentes: unos decian que talasen los campos, y no se detuviesen en poner sitio sobre algun particular pueblo: otros que seria mas á propósito cercar alguna ciudad fuerte para ganar mayor reputacion, y con su toma sacar mayor provecho de tantos trabajos y tan grandes gastos. Prevaleció el parecer mas honroso y de mas autoridad, y conforme á él se acordó fuesen sobre Granada, y peleasen con los moros de poder á poder, que era lo que un moro por nombre Gilayro grandemente les aconsejaba; el cual en su tierna edad como hobiese sido preso por los moros y renegado nuestra fé, dado que no de corazon, en esta ocasion se vino á Córdova á los nuestros, y les daba este consejo. Prometia que luego que los fieles se presentasen á vista de la ciudad de Granada Juzhep Benalmao nieto que era de Mahomad el rey Bermejo que fue muerto en Sevilla, se pasaria con buen número de gente á sus reales.

Tomada esta resolucion; la reina que hasta allí acompañara al rey, se partió para Carmona: el ejército marchó adelante. Por el mes de octubre se detuvo el rey cerca de Alvendin algunos dias hasta tanto que todas las compañías se juntasen. Llegáronse hasta ochenta mil hombres, y entre ellos muchos que por su linaje y hazañas eran personas de gran cuenta. Dióse cuidado de asentar los reales y de maestres de campo al adelantado Diego de Ribera y á Juan de Guzman, cargo que antes solia ser (conforme á las costumbres de España) de los mariscales, á quien pertenecia señalar y repartir las estancias. Marcharon desde en buen órden, y el segundo dia llegaron á tierra de moros: entraron formados sus escuadrones y en ordenanza, no de otra manera que si tuvieran los enemigos delante. Don Alvaro de Luna llevaba el cargo de la abanguardia, en que iban dos mil y quinientos hombres de armas: el rey iba en el cuerpo de la batalla con la fuerza del ejército, acompañado de muchos grandes; el postrero escuadron hacian los cortesanos, y gran número de eclesiásticos, entre ellos don Juan de Cerezuela obispo de Osma, y don Gutierre de Toledo obispo de Palencia: á los costados marchaban con parte de la gente don Enrique conde de Niebla, Pero Fernandez de Velasco, Diego Lopez de Zúñiga, el conde de Benavente y el obispo de Jaen: delante de todos los escuadrones iban los dos maes-

tres de campo con mil y quinientos caballos ligeros. Estos dieron principio á la batalla, que fue á veinte y nueve del mes de junio en esta guisa. Los moros salieron de la ciudad de Granada con grandes alaridos; los fieles fueron los primeros á pasar á un ribazo que caia en medio: con esto se trabó la pelea. Era grande la muchedumbre de los bárbaros, y en lugar de los heridos y cansados venian de ordinario nuevas compañías de refresco de la ciudad que cerca tenian: lo mismo hacian los nuestros, que adelantaban sus compañías; y todos meneaban las manos. Adelantóse Pedro de Velasco cuya carga no sufrieron los moros: retiráronse poco á poco, cogidos y en ordenanza á la ciudad, de manera que aquel dia ninguno de los enemigos volvió las espaldas. Retirados que fueron los moros, los reales del rey se asentaron á la halda del monte de Elvira, fortificados de foso y trincheas. Los moros eran cinco mil de á caballo, y como doscientos mil infantes, todos número, parte alojada en la ciudad y parte en sus reales, que tenian cerca de las murallas á causa que dentro de la ciudad no cabia tanta muchedumbre.

El domingo adelante ordenaron los moros sus haces en guisa de pelear. Allanaba el maestre de Calatrava con los gastadores el campo, que á causa de los valladares y acequias estaba desigual y embarazado. Acometiéronle los moros, y cargaron sobre él y sus gastadores que hacian las esplanadas. Visto el peligro en que estaba, acudieron don Enrique conde de Niebla y Diego de Zúñiga, que mas cerca se hallaban, desde los reales á socorrelle: la pelea se encendia, y el calor del sol por ser á medio dia era muy grande. El rey enojado porque no pensaba pelear aquel dia, y turbado por la locura y atrevimiento de los suyos, envió á don Alvaro de Luna para que hiciese retirar á los soldados y dejar la pelea. La escaramuza estaba tan adelante, y los moros tan mezclados por todas partes, que á los cristianos, sino volvian las espaldas, no era posible obedecer. Lo cual como supiese el rey hizo con presteza poner en ordenanza su gente. Hablóles brevemente en esta sustancia: «Como »aquellos mismos eran los que poco antes les pagaban »parias, los mismos capitanes y corazones. Que el rey »no salia á la batalla, por no fiarse de las voluntades »de los ciudadanos, cuya mayor parte favorecia á »Benalmao, que se ha acogido á nuestro amparo, y »pasado á nuestros reales. Acometed pues con brio »y gallardia á los enemigos que teneis delante, flacos »y desarmados. No os espante la muchedumbre, que »ella misma los embarazará en la pelea. Con qué cara »volverá cualquiera de vos á su casa, si no fuere con »la victoria ganada? A los que temerieron los arago»neses, los navarros, los franceses, ¿podrá por ven»tura espantar esta canalla y tropel de bárbaros, mal »juntada y sin órden? afuera tan gran mal, no permi»ta Dios ni sus santos cosa tan fea. Este dia echará »el sello á todos los trabajos y victorias ganadas, ó »(lo que tiemblo en pensallo) acarreará á nuestro »nombre y nacion vergüenza, afrenta y perpétua in»famia.»

Dicho esto, mandó tocar las trompetas en señal de pelear. Acometieron á los moros, que los recibieron con mucho ánimo: fue el alarido grande de ambas partes, estuvieron algun espacio las haces mezcladas sin reconocerse ventaja. La manera de la pelea era brava, dudosa, fea, miserable: unos huian, otros los seguian, todo andaba mezclado, armas, caballos y hombres; no habia lugar de tomar consejo, ni atender á lo que les mandaban. Andaba el rey mismo entre los primeros como testigo del esfuerzo de cada cual, y para animallos á todos. Su presencia los avivó tanto que, vueltos á ponerse en ordenanza, les parecia que entonces comenzaban á pelear. Con este esfuerzo los enemigos, vueltas las espaldas, á toda furia se recogieron parte á la ciudad, por el conocimiento que tenian de los lugares, y confiados en su aspereza, se retiraron por aquellos montes cercanos, sin que los nuestros cesasen de herir en ellos y matar hasta tanto que sobrevino y cerró la noche. El número de los muertos no se puede saber al justo, entendióse que seria como de diez mil. Los reales de los moros que tenian asentados entre las viñas y los olivares, ganó y entró don Juan de Cerezuela. Los demás eclesiásticos con cruces y ornamentos, y mucha muestra de alegria salieron á recebir al rey que acabada la pelea, volvia á sus reales. Daban todos gracias á Dios por merced y victoria tan señalada. Detuviéronse en los mismos lugares por espacio de diez dias.

Los moros dado que ni aun á las viñas se atrevian á salir, pero ninguna mencion hicieron de concertarse y hacer confederacion, sea por confiar demasiado en sus fuerzas, sea por tener perdida la esperanza de ser perdonados. Por ventura tambien un estraordinario pasmo tenia embarazados los entendimientos del pueblo y de los principales para que no atendiesen á lo que les estaba bien. Dióse el gasto á los campos sin que alguno fuese á la mano. Hecho esto, el rey de Castilla con su gente dió la vuelta. Quedó el cargo de la frontera al maestre de Calatrava y al adelantado Diego de Rivera, y con ellos Benalmalo con título y nombre de rey para efecto (si se ofreciese ocasion) de apoderarse con el ayuda de su parcialidad del reino de Granada. Este fue el suceso desta empresa tan memorable, y de la batalla muy nombrada, que vulgarmente se llamó de la Higuera, por una apuesta, y plantada en el mismo lugar en que pelearon. Pocos de los fieles fueron muertos ni en la batalla ni en toda la guerra, y ninguna persona notable y de cuenta: con que el alegria de todo el reino fue mas pura y mas colmada.

CAPITULO IV.

De las paces que se hicieron entre los reyes de Castilla y de Portugal.

Estaba desde los años pasados retirado don Nuño Alvarez Pereyra condestable que era de Portugal, conde de Barcelos y de Oren, no solo de la guerra, sino de las cosas del gobierno, y por su mucha edad se recogió en el monasterio de los carmelitas que á costa de los despojos de la guerra edificó en Lisboa. Recelábase de la inconstancia de las cosas, temia que la larga vida no le fuese ocasion (como á muchos) de tropezar y caer; junto con esto pretendia con mucho cuidado alcanzar perdon de los pecados de su vida pasada y aplacar á Dios con limosnas que hacia á los pobres, y templos que edificaba en honra de los santos, como hoy en Portugal se ven no pocos fundados por él, y entre ellos uno en Aljubarrota de San Jorge, y otro de Santa María en Villaviciosa: muestras claras de su piedad, y trofeos señalados de las victorias que ganó de los enemigos. En estas buenas obras se ocupaba cuando le sobrevino la muerte en edad de setenta y un años, y cuarenta y seis años despues que fue hecho condestable. Su fama y autoridad y memoria durará siempre en España: su cuerpo enterraron en el mismo monasterio en que estaba retirado. Hallóse el rey mismo á su enterramiento muy solemne; á que concurrieron toda suerte de gentes. Esta prenda y muestra de amor dió el rey á los merecimientos del difunto, al cual debia lo que era. Tuvo una sola hija por nombre doña Beatriz, que casó con don Alonso duque de Berganza, hijo bastardo del mismo rey de Portugal. Entre los nietos que deste matrimonio le nacieron, antes de su muerte dividió todo su estado.

El rey de Portugal avisado por la muerte de su amigo que era de la misma edad, que su fin no podia estar lejos, lo que una y otra vez tenia intentado, se

determinó con mayor fuerza y con una nueva embajada de tratar y concluir con el rey de Castilla que se hiciesen las paces. Partióse el rey don Juan arrebatadamente del reino de Granada, con que parecia á muchos que se perdió muy buena coyuntura de adelantar las cosas. Vulgarmente se murmuraba que don Alvaro fue sobornado para hacer esto con cantidad de oro que de Granada le enviaron en un presente que le hicieron de higos pasados: creíase esto fácilmente á causa que ninguna cosa, ni grande ni pequeña, se hacia sino por su parecer: demás que el pueblo ordinariamente se inclina á creer lo peor. Llegaron á Córdova á veinte de julio: partidos de allí, en Toledo cumplieron sus promesas y dieron gracias á Dios por la victoria que les otorgara. De Toledo muy presto pasados los puertos se fueron á Medina del Campo para donde tenian convocadas córtes generales del reino, que en ninguna cosa fueron mas señaladas que en mudar como se mudaron las treguas que tenian con Portugal en paces perpétuas. La confederacion se hizo con honrosas capitulaciones para las dos naciones, y á treinta de octubre se pregonaron en las córtes de Castilla y en Lisboa. Para este efecto de Castilla fue por embajador el doctor Diego Franco.

Por otra parte á la misma sazon el conde de Castro fue condenado de crimen contra la magestad real. Confiscaron otrosí los pueblos del maestre de Alcántara, y pusieron guarniciones en ellos en nombre del rey. Prendieron al tanto á Pedro Fernandez de Velasco conde de Haro, á Fernan Alvarez de Toledo, y al obispo de Palencia su tio don Gutierre de Toledo. Cargábanlos de estar hermanados con los infantes de Aragon, y que con deseo de novedades trataban de dar la muerte á don Alvaro. Estas sentencias y prisiones fueron causa de alterarse mucho los ánimos, por tener entendido los grandes que contra el poder de don Alvaro y sus engaños ninguna seguridad era bastante, y que les era fuerza acudir á las armas; en particular Iñigo Lopez de Mendoza se determinó (para lo que podia suceder) de fortificar la su villa de Hita con soldados y armas.

Tratóse en las córtes de juntar dinero (como se hizo) para el gasto de la guerra contra los moros, que parecia estar en buenos términos á causa que el adelantado y el maestre de Calatrava ganaron á la sazon muchos pueblos de moros, Ronda, Cambil, Hlora, Archidona, Setenil, sin otros de menos cuenta. La misma ciudad de Loja rindieron, que era muy fuerte: pusieron cerco á la fortaleza, do parte de la gente se fortificara, en cuyo favor vino de Granada Juzeph abencerraje; pero fue vencido en batalla, y muerto por los nuestros que acudieron á estorballe el paso. La lealtad y constancia le fue perjudicial, y querer continuar en servir al rey Mahomad su señor sin embargo que los naturales en gran parte por el odio que tenian al gobierno presente, se inclinaban á dar el reino á Benalmao. Por esto el rey Mahomad el Izquierdo, visto que no tenia fuerzas iguales á sus contrarios así por ser ellos muchos, como porque los nuestros con diversas mañas los atizaban y animaban contra él, dejada la ciudad de Granada en que prevalecia aquella parcialidad, se resolvió de irse á Málaga y allí esperar mejores temporales.

Con su partida Benalmao fue recibido en la ciudad el primer dia del año de 1432, que se contara de los moros ochocientos y treinta y cinco años, el mes llamado el primero; en el cual mes al infante de Portugal don Duarte nació de su mujer doña Leonor un hijo que se llamó don Alonso, y fue adelante muy conocido por muchas desgracias que le acontecieron. Los ciudadanos de Granada á porfía se adelantaban á servir al nuevo rey, la mayor parte con voluntades llanas, otros acomodándose al tiempo, y por el mismo caso con mayor diligencia y rostro mas alegre, que en gran manera sirve á representaciones y ficciones semejantes. El mismo rey hizo juramento que estaria á devocion de Castilla, y sin engaño pagaria cada año de tributo cierta suma de dineros, segun que lo tenian concertado, de lo cual se hicieron escrituras públicas.

Las cosas estaban desta manera asentadas, cuando la fortuna, ó fuerza mas alta poderosa en todas las cosas humanas, y mas en dar y quitar principados, las desbarató en breve con la muerte que sobrevino á Benalmao. Era ya de mucha edad, y así falleció el sesto mes de su reinado á veinte y cuatro de junio en el mes que los moros llaman lavel. Con esto Mahomad el Izquierdo de Málaga, do se entretenia con poca esperanza de mejorar sus cosas, sabida la muerte de su contrario, fue de nuevo llamado al reino, y recebido en la ciudad no con menor muestra de aficion que el odio con que antes le echaron: tanto puede muchas veces un poco de tiempo para trocar las cosas y los corazones: muchos despues de desterrado y ido se movian á tenelle compasion. Vuelto al reino, en lugar del Abencerraje nombró por gobernador de Granada á un hombre poderoso llamado Andilbar. Puso treguas con el rey de Castilla, que le fueron (bien que por breve tiempo) otorgadas.

A la raya de Portugal los infantes de Aragon no cesaban de alborotar la tierra. Los tesoros del rey consumidos con gastos tan continuos no bastaban para acudir á tantas partes. Esta fue la causa de asentar con los moros aquellas treguas. Demás desto en parte pareció condescender con los ruegos del rey de Túnez, el cual con una embajada que envió á Castilla, trabajaba de ayudar aquel rey por ser su amigo y aliado. Para reducir al maestre de Alcántara, y apartalle de los aragoneses, fue por órden del rey don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca, por si con la autoridad de prelado y el deudo que tenian los dos, pudiese detener al que se despeñaba en su perdicion, y reducille á mejor partido. Toda esta diligencia fue de ningun efecto: no se pudo con él acabar cosa alguna, si bien no mucho despues entendiendo que el maestre estaba arrepentido, se dió cuidado al doctor Franco de aplacalle y atraelle á lo que era razon. El como hombre de ingenio mudable y deseoso de novedades, al cual desagradaba lo que era seguro, y tenia puesta su esperanza en mostrarse temerario, de repente como alterado el juicio entregó el castillo de Alcántara al infante de Aragon don Pedro, y al dicho Franco puso en poder de don Enrique su hermano: exceso tan señalado, que cerró del todo la puerta para volver en gracia del rey: la gente eso mismo comenzó á aborrelle como á hombre aleve, y que con engaño quebrantara el derecho de las gentes en maltratar al que para su remedio le buscaba.

Al almirante don Fadrique y al adelantado Pedro Manrique con buen número de soldados dieron cargo de cercar á Alburquerque, y de hacer la guerra á los hermanos infantes de Aragon. Gutierre de Sotomayor comendador mayor de Alcántara prendió de noche en la cama al infante don Pedro primer dia de julio, no se sabe si con parecer del maestre su tio que temia no le maltratasen los aragoneses, si porque él mismo aborrecia el parecer del tio en seguir el partido de los aragoneses, y pretendia con tan señalado servicio ganar la voluntad del rey: la suma es que por premio de lo que hizo, fue puesto en el lugar de su tio. A instancia del rey los comendadores de Alcántara se juntaron á capítulo: allí don Juan de Sotomayor fue acusado de muchos escesos, y absuelto de la dignidad, hecho esto, eligieron para aquel maestrazgo á don Gutierre su sobrino. El paradero de cada uno suele ser conforme al partido que toma, y el remate semejable á sus pasos y méritos. Los señores de Castilla que tenian presos, fueron puestos en libertad sea por no probárseles lo que les achacaban, sea que

por muchas veces es forzoso que los grandes príncipes disimulen, especial cuando el delito ha cundido mucho.

CAPITULO V.

De la guerra de Nápoles.

Con la vuelta que dió á España don Alonso rey de Aragon (como arriba queda mostrado) hubo en Nápoles gran mudanza de las cosas y mayor de los corazones. Muy gran parte de aquel reino estaba en poder y señorío de los enemigos: los mas de los señores favorecian á los angevinos: pocos, y estos de secreto, seguian el partido de Aragon, cuyas fuerzas como apenas fuesen bastantes para una guerra, en un mismo tiempo se dividieron en muchas; y sin mirar que tenian tan grande guerra dentro de su casa y entre las manos, buscaron guerras estrañas. Fue así que los fregosos, una muy poderosa parcialidad entre los ciudadanos de Génova echados que fueron de su pátria y despojados del principado que en ella tenian, por Philipo duque de Milan acudieron con humildad á buscar socorros estraños. Llamaron en su ayuda á don Pedro infante de Aragon, que á la sazon en Nápoles con pequeñas esperanzas sustentaba el partido del rey su hermano. Fue él de buena gana con su armada por la esperanza que le dieron de hacelle señor de aquella ciudad; á lo menos pretendia con aquel socorro que daba á los fregosos, vengar las injurias que en la guerra pasada les hizo el duque de Milan. No fue vana esta empresa, ca juntadas sus fuerzas con los fregosos y con los fliscos, quitó al duque de Milan muchos pueblos y castillos por todas aquellas marinas de Génova. Despertóse por toda la provincia un miedo de mayor guerra: los naturales entraron con aquella ayuda en esperanza de librarse del señorío del duque por el deseo que tenian de novedades.

El duque de Milán cuidadoso que si perdia á Génova, podia correr peligro lo demás de su estado, se determinó de hacer paces con los aragoneses. Para esto por sus embajadores que envió á España, prometió al rey sin saberlo los ginoveses que le entregaria la ciudad de Bonifacio cabeza de Córcega, sobre la cual isla por tanto tiempo los aragoneses tenian diferencia con los de Génova. Pareció no se debia desechar la amistad que el duque ofrecia con partido tan aventajado: por esto el rey de Aragon envió á Itália sus embajadores con poder de tratar y concluir las paces. No se pudo entregar Bonifacio por la resistencia que hizo el senado de Génova, pero dieron en su lugar los castillos y plazas de Portovenere y Lerici.

Tomada esta resolucion, el infante don Pedro llamado desde Sicilia donde se habia vuelto, puso guarnicion en aquellos castillos, y dejando seis galeras al sueldo del duque Philipo para guarda de aquellas marinas, se partió con la demás armada (1). En conclusion talado que hobo y saqueado una isla de Africa llamada Gercina, hoy Charcana, y del número de los cautivos por tener grandes fuerzas suplido los remeros que faltaban, compuestas las cosas en Sicilia y en Nápoles como sufria el estado presente de las cosas, se hizo á la vela para España (como arriba queda dicho) en socorro de sus hermanos, y para ayudallos en la guerra que hacian contra Castilla, ni con gran esperanza, ni con ninguna de poderse en algun tiempo recobrar el reino de Nápoles: las fuerzas de la parcialidad contraria le hacian dudar por ser mayores que las de Aragon: poníale esperanza la condicion de aquella nacion, acostumbrada muchas veces á ganar mas facilmente estados de fuera con las armas que sabellos conservar, como de ordinario á los grandes príncipes antes les falta industria para mantener en paz los pueblos y vasallos que para vencer con las armas á los enemigos. Representábasele que las costumbres de las dos naciones francesa y neapolitana eran diferentes, los deseños contrarios: por donde en breve se alborotarian, y entraria la discordia entre ellos, que es lo postrero de los males.

De la reina, y de los cortesanos, como de la cabeza, la corrupcion y males se derramaban en los demás miembros de la república. Juzgaba por ende que en breve pereceria aquel estado forzosamente, y se despeñaría en su perdicion, aunque ninguno le contrastase. No fue vana esta consideracion, porque el de Anjou fue enviado por la reina á Calabria con órden que desde allí cuidase solo de la guerra, sin embarazarse en alguna otra parte del gobierno ni poner en él mano. El que dió este consejo, fue Caracciolo Senescal de Nápoles: pretendia, alejado su competidor, reinar él solo en nombre ajeno: cosa que le acarreó odio, y al reino mucho mal. Deste principio como quier que se aumentasen los odios, pasó el negocio tan adelante que el aragonés fue por Caracciolo llamado al reino. Prometíale que todo le sería fácil por haberse envejecido y enflaquecido con el tiempo el poder de los franceses: que él y los de su valía se conservarian en su fé, y seguirian su partido. No se sabe si prometia esto de corazon, ó por ser hombre de ingenio recatado y sagaz queria tener aquel arrimo y ayuda para todo lo que pudiese suceder.

Con mas llaneza Antonio Ursino príncipe de Taranto seguia la amistad del rey, hombre noble, diligente, parcial, deseoso de poder y de riquezas, y por esto con mas cuidado solicitaba la vuelta del rey de Aragon. Avisaba que ya los tenia cansados la liviandad francesa (como él hablaba) y su arrogancia: que la aficion de los aragoneses y su bando estaba en pié: de los otros muchos de secreto le favorecian: que luego que llegase, toda la nobleza y aun el pueblo por odio de la torpeza y soltura de la reina se juntaria con él, y todavía si se detenia, no dejarian de buscar otras ayudas de fuera.

Despertó el aragonés con estas letras y fama; pero ni se fiaba mucho de aquellas promesas magníficas, ni tampoco menospreciaba lo que le ofrecian. Tenia por cosa grave y peligrosa, sino fuese con voluntad de la reina, contrastar de nuevo con las armas sobre el reino de Nápoles. Sin embargo, dejados sus hermanos en España, él apercibida una armada en que se contaban veinte y seis galeras y nueve naves gruesas, se determinó acometer las marinas de Africa, por parecelle esto á propósito para ganar reputacion, y entretener de mas cerca en Italia la aficion de su parcialidad. Hízose con este intento á la vela desde la ribera de Valencia, y despues de tocar á Cerdeña llegó á Sicilia.

Tenian los franceses cercado en Calabria un castillo muy fuerte llamado Trupia (2). Apretábanle de tal manera que los de dentro concertaron de rendirse, si dentro de veinte dias no les viniese socorro. Deseaba el rey de Aragon acudir desde Sicilia, do fue avisado de lo que pasaba. No pudo llegar á tiempo por las tempestades que se levantaron, que fue la causa de rendirse el castillo al mismo tiempo que él llegaba. En Mecina se juntaron con la armada aragonesa otros setenta bajeles, y todos juntos fueron la vuelta de los Gelves, una isla en la ribera de Africa, que se entiende por los antiguos fue llamada Lotophagite ó Meninge. Está cercana á la sirte menor, y llena de muchos y peligrosos bajíos, que se mudan con la tempestad del mar por pasarse el cieno y la arena de una parte á otra, apartada de tierra firme de cuatro millas, llena de moradores, y de mucha

(1) Lo que Mariana cuenta aquí sucedió desde 1425 hasta 1427.

(2) Tropea en la baja Calabria.

frescura. Por la parte de poniente se junta mas con la tierra por una puente que tiene para pasar á ella, de una milla de largo.

Era dificultosa la empresa y el acometer la isla por su fortaleza y los muchos moros que guardaban la ribera; porque Bofferriz rey de Tunez, avisado del intento del rey don Alonso, acudio sin dilacion á la defensa. Tomaron los de Aragon la puente luego que llegaron, dieron otrosí la batalla á aquel rey bárbaro, fueron vencidos los moros y forzados á retirarse dentro de sus reales. Entraron en ellos los aragoneses, y por algun espacio se peleó cerca de la tienda del rey con muerte de los mas valientes moros. El mismo Bofferriz perdida la esperanza escapó á uña de caballo, los demás se pusieron al tanto en huida. La matanza no fue muy grande, ni los despojos que se ganaron, dado que les tomaron veinte tiros: con todo esto no se pudieron apoderar de la isla. Detuviéronse de propósito los isleños con engaño mucho tiempo en asentar las condiciones; con que mostraban quererse rendir. Por esto la armada (como ellos lo pretendian) fue forzada por falta de vituallas de volverse á Mecina. Allí se trató de la manera que se podria tener para recobrar á Nápoles.

Ofrecíase nueva ocasion, y fue que Juan Caracciolo por conjuracion de sus enemigos, que engañosamente le dijeron que la reina le llamaba, al ir á palacio fue muerto á diez y ocho de agosto. La principal movedora deste trato fue Cobella Rufa mujer de Antonio Marsario duque de Sessa, que tenia el primer lugar de privanza y autoridad con la reina y aborrecia á Caracciolo con un odio mortal. Todo era abrir camino para que recobrase aquel reino el rey don Alonso que no faltaba á la ocasion, antes solicitaba para que le acudiesen, á los señores de Nápoles. Envió una embajada á la reina, y él se pasó á la isla de Ischia, que antiguamente llamaron Enaria, para de mas cerca entender lo que pasaba. Decia la reina estar arrepentida del concierto que tenia hecho con el de Anjou, que deseaba en ocasion volver á sus primeros intentos, como se pudiese hacer sin venir á las armas.

En tratar y asentar las condiciones se pasó lo demás del estío. Llevaron tan adelante estas prácticas, que la reina revocada la adopcion con que prohijó á Ludovico duque de Anjou, renovó la que hiciera antes en la persona de don Alonso rey de Aragon: decia que la primera confederacion era de mayor fuerza que el asiento que en contrario della tomara con los franceses. Dió sus provisiones desto en secreto, y solo firmadas de su mano, para que el negocio no se devulgase, todo por consejo y amonestacion de Cobella, por cuyos consejos la reina en todo se gobernaba, como mujer sujeta al parecer ajeno, y lo que era peor, al presente de otra mujer, en tanto grado que ella sola gobernaba todas las cosas así de la paz como de la guerra: afrenta vergonzosa y mengua de todos. Pero la ciudad inclinada á sus deleites (por la gran abundancia que dellos tiene) y los entretenimientos y pasatiempos de todas maneras, á trueco de sus comodidades ningun cuidado tenia de lo que era honesto, en especial el pueblo que ordinariamente suele tener poco cuidado de cosas semejantes, y mas en aquel tiempo en que comunmente prevalecia en los hombres este descuido.

Entretanto que esto pasaba en Nápoles, los infantes de Aragon se hallaban en riesgo, el uno preso, y á don Enrique tenian los de Castilla cercado dentro de Alburquerque. Teníanse sospechas de mayor guerra, por no haber guardado la fe de lo que que ló concertado: desórden de que los embajadores de Castilla se quejaron como les fue mandado en presencia del rey de Navarra por ser hermano de los infantes, y que quedaba por lugar-teniente del rey de Aragon para gobernar aquel reino. Concertaron finalmente que entregando á Alburquerque, y todos los demás pueblos y castillos de que estaban apoderados los dos hermanos infantes, saliesen de toda Castilla. Tomado que se hobo este asiento, con intervencion y por industria del rey de Portugal los dos hermanos, y la infanta doña Catalina mujer de don Enrique, y el maestre que era antes de Alcántara, y con ellos el obispo de Coria se embarcaron en Lisboa, y desde allí fueron á Valencia con intento de acometer nuevas esperanzas y pretensiones en España, donde esto no les saliese á su propósito, por lo menos pasar en Italia, que era lo que el rey su hermano ahincadamente les exhortaba, por el deseo que tenia de recobrar por las armas el reino de Nápoles, como el que tenia por muy cierto que la reina solo le entretenia con buenas palabras, y que con el corazon se inclinaba á su competidor y contrario; que la disension doméstica no sufre que alguna cosa esté encubierta, todos los intentos así buenos como malos echa en la plaza.

Don Fadrique conde de Luna con diversas inteligencias que tenia, y diversos tratos, pretendia entregar en poder del rey de Castilla á Tarazona y Calatayud, pueblos asentados á la raya de Aragon. Queria que este fuese el fruto de su huida, como hombre desapoderado que era, de ingenio mudable, atrevido y temerario. Daba ocasion para salir con esto la contienda que muy fuera de tiempo en aquella comarca se levantó sobre el primado de Toledo con esta ocasion. Don Juan de Contreras arzobispo de Toledo, con otros seis nombrados por el rey de Castilla como juez árbitro para componer las contiendas y diferencias con el aragonés, primero en Agreda, despues en Tarazona donde los jueces residian, llevaba delante la cruz ó guion, divisa de su dignidad. El obispo de Tarazona se quejaba, y alegaba ser esto contra la costumbre de sus antepasados y contra lo que estaba en Aragon establecido; en especial se agraviaba Dalmao arzobispo de Zaragoza, cuyo sufragáneo es el de Tarazona. Decian que se hacia perjuicio á la iglesia de Tarragona y á su autoridad, y que pues otras veces reprimieron los de Toledo, no era razon que con aquel nuevo egemplo se quebrantasen sus costumbres y derechos antiguos. El de Toledo se defendia con los privilegios y bulas antiguas de los sumos pontífices; sin embargo se entretenia en Agreda, y no entraba en Aragon por recelo que de la contienda de las palabras no se viniese y pasase á las manos. Este debate tan fuera de sazon era causa que no se atendia al negocio comun de la paz, y por la contienda particular se dejaba lo mas importante y que tocaba á todos. Por donde se tenia y corria peligro que pasado que fuese el tiempo de las treguas, de nuevo volverian á las armas: por este recelo los unos y los otros se apercebian para la guerra, dado que tenian gran falta de dinero, y mas los de Aragon por estar gastados con guerras de tantos años.

CAPITULO VI.

Del concilio de Basilea.

Los ánimos de los españoles suspensos con las sospechas de una nueva guerra nuevas señales que se vieron en el cielo los pusieron mayor espanto. En especial en Ciudad-Rodrigo, do á la sazon se hallaba el rey de Castilla por causa de acudir á la guerra que se hacia contra los infantes de Aragon, se vió una grande llama que discurrió por buen espacio, y se remató en un trueno descomunal que mas de treinta millas de allí le oyeron muchos. Al principio del año 1433 en Navarra y Aragon nevó cuarenta dias continuos con grande estrago de ganados y de aves que perecieron; las mismas fieras forzadas de la hambre concurrian á los pueblos para matar ó ser muertas. De Ciudad-Rodrigo se fue el rey á Madrid á tener

córtes: acudió tanta gente, que la villa con ser bien grande como quier que no fuese bastante para tantos gran parte de la gente alojaba por las aldeas de allí cerca. Tratóse en las córtes de la guerra de Granadá, y por haber espirado el tiempo de las treguas Fernan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja fue enviado para dar principio á la guerra, y ganó algunos castillos de moros. Por lo demás este año hobo sosiego en España.




Moneda de D. Alonso V de Aragon.

Los grandes en Madrid á porfia hacian gastos y sacaban galas y libreas, ejercitábanse en hacer justas y torneos, todo á propósito de hacer muestra de grandeza y de la magestad del reino, y para regocijar al pueblo, de quien tenian mas cuidado que de apercebirse para la guerra. En Lisboa hobo este año peste, en que murieron gran número de gente; el mismo rey don Juan falleció á catorce de agosto. Era ya de grande edad, vivió setenta y seis años, cuatro meses y tres dias, reinó cuarenta y ocho años, cuatro meses y nueve dias. Fue muy esclarecido y de gran nombre por dejar fundada para sus descendientes la posesion de aquel reino en tiempos tan revueltos y de tan grande alteracion. Sucedióle su hijo don Duarte, que sin tardanza en una grande junta de fidalgos fue alzado por rey de Portugal. Era de edad de cuarenta y un años y nueve meses y catorce dias. Fuera de las otras prosperidades tuvo este rey muchos hijos habidos de un matrimonio: el mayor se llamó don Alonso, que entre los portugueses fue el primero que tuvo nombre de príncipe, el segundo don Fernando, que nació este mismo año, doña Fhilipa que murió niña, doña Leonor, doña Catalina y doña Juana, que adelante casaron con diversos príncipes.

El mismo dia que coronaron al nuevo rey, dicen que un cierto médico judío llamado Gudiala le amonestó se hiciese la ceremonia y solemnidad despues de medio dia, porque si se apresuraba, las estrellas amenazaban algun revés y desastre; y que con todo eso pasó adelante en coronarse por la mañana segun lo tenian ordenado, por menospreciar semejantes agüeros como sin propósito y desvariados. Tomado que hobo el cuidado del reino, y sosegada la peste de Lisboa, lo primero que hizo, fue las honras y exéquias de su padre con aparato muy solemne: el cuerpo con pompa y acompañamiento el mayor que hasta entonces se vió, llevaron á Aljubarrota, y enterraron en el monasterio de la batalla, que él mismo (como de suso queda dicho) fundó en memoria de la victoria que ganó de los castellanos. Acompañaron el cuerpo el mismo rey y sus hermanos, los grandes, personas eclesiásticas en gran número, todos cubiertos de luto y con muy verdaderas lágrimas. Conforme á este principio y reverencia que tuvo este rey á su padre, fueron los medios y remate de su reinado. Esto en España.

Habia Martino pontífice romano convocado el postrer año de su pontificado los obispos para tener concilio en la ciudad de Basilea en razon de reformar las costumbres de la gente que se apartaban mucho de la antigua santidad, y para reducir los bohemos á la fé que andaban con herejías alterados. Fué desde Roma por legado para abrir el concilio y presidir en él el cardenal Julian Cesarino, persona en aquella sazon muy señalada. Eugenio sucesor de Martino procuraba trasladar los obispos á Italia por parecelle que estando mas cerca, tendrian menos ocasion de hacer algunas novedades que se sospechaban: oponíase á esto el emperador Sigismundo por favorecer mas á Alemania que á Italia; los demás príncipes fueron por la una y por la otra parte solicitados, en particular el de Aragon con el deseo que tenia de apoderarse del reino de Nápoles, acordó llegarse al parecer de Sigismundo de quien tenia mas esperanza que le ayudaria. Por esta causa mandó que de Aragon fuesen por sus embajadores á Basilea don Alonso de Borgía obispo de Valencia, y otros dos en su compañía, el uno teólogo, y el otro de la nobleza: lo mismo por su ejemplo hicieron los demás reyes de España, el de Portugal envió á don Diego conde de Oren por su embajador, y en su compañía los obispos y otras personas eclesiásticas.

Al principio del año 1434 falleció en Basilea el cardenal don Alonso de Carrillo, varon de gran crédito por su doctrina y prudencia, amparo y protector de nuestra nacion. Sucedióle en el obispado de Sigüenza que tenia don Alonso Carrillo el mas mozo, que era su sobrino hijo de su hermana: era protonotario y andaba en córte romana, y aun á la sazon se halló á la muerte de su tio; por estos grados llegó finalmente á ser arzobispo de Toledo. La falta del cardenal fue ocasion que el rey de Castilla pusiese mas diligencia en enviar sus embajadores al concilio, que fueron don Alvaro de Isorna obispo de Cuenca, y Juan de Silva señor de Cifuentes y alferez del rey, y Alonso de Cartagena hijo del obispo Pablo Burgense, persona que ni en la erudicion ni en las demás virtudes reconocia á su padre ventaja: á la sazon era dean de Santiago y de Segovia, y adelante por promocion que de su padre se hizo en patriarca de Aquileya, fue él en su lugar nombrado por obispo de Burgos; premio debido á los méritos de su padre y á sus propias virtudes, y en particular porque defendió en Basilea con valor delante de los prelados y el concilio la dignidad de Castilla contra los embajadores ingleses que pretendian ser preferidos y tener mejor asiento que Castilla. Hizo una informacion sobre el caso, y púsola por escrito, la cual presentada que fue á los prelados, quebrantó y abajó el orgullo de los ingleses.

Deste dicen que como en cierto tiempo fuese á Roma, dijo el pontífice Eugenio: si don Alonso viniere, ¿con qué cara nosotros nos asentaremos en la silla de San Pedro? cosa semejante á milagro, que hobiese en España quien sobrepujase con la virtud la infamia y odio de aquel linaje y nacion: á la verdad honraban en él mas sus méritos y aventajadas partes que la nobleza de sus antepasados. En lo que tocaba al rey de Aragon y sus intentos, el emperador Sigismundo no le correspondió como él esperaba, antes luego que se coronó en Roma el año pasado, como si con la corona del imperio se hobiera de repente trocado, procuró y hizo liga con los venecianos, florentines, y con Philipe duque de Milán para con las fuerzas de todos lanzar á los aragoneses de to la Italia: asiento en que el emperador quiso mas condescender con los ruegos del pontífice que porque tuviese dello entera voluntad; pero sucedió muy al revés, y todos aquellos intentos y prácticas fueron en vano, segun que se entenderá por lo que diremos adelante.

CAPITULO VII.

Que Ludovico duque de Anjou falleció.

A los demás desórdenes y escesos, muchos y grandes, que don Fadrique conde de Luna continuaba acometer despues que se pasó á Castilla, añadió en esta sazon uno muy feo con que echó el sello y acabó de despeñarse. Era mozo atrevido y desasosegado:

en Aragon dejó un estado principal; los pueblos que en Castilla le dieron, tenia vendidos á dinero, Arjona al condestable don Alvaro de Luna, y Villalon al conde de Benavente. Era pródigo de lo suyo, y codicioso de lo ajeno, condicion de gente desbaratada. Así por entender que no le quedaba esperanza alguna de remediar su pobreza si no fuese con hacer algun gran desaguisado, se determinó de saquear la muy rica ciudad de Sevilla, apoderarse de las atarazanas y del arrabal llamado Triana, desde donde pensaba echarse sobre los bienes y haciendas de los ciudadanos. En especial estaba mal enojado con el conde de Niebla su cuñado que en aquella ciudad tenia gran autoridad, y dél pretendia estar agraviado y tomar venganza.

Cosa tan grande no se podia ejecutar sin compañeros. Juntó consigo otros, á los cuales aguijoneaba semejante pobreza, y sus malas costumbres los ponian en necesidad de despeñarse, por tener gastados sus patrimonios muy grandes en comidas, juegos y deshonestidades sin quedalles cosa alguna: en particular dos regidores de Sevilla fueron participantes de aquel intento malvado, de cuyos nombres no hay para qué hacer memoria en este lugar. Este deseño no podia entre tantos estar secreto. Así don Fadrique fue preso en Medina del Campo, donde el rey fue al principio deste año. De allí le llevaron primero á Ureña, despues á un castillo que está cerca de Olmedo: su prision y cárcel se acabaron con la vida, con tanto menor compasion de todos, que el nombre de fugitivo le hacia aborrecible á los suyos y sospechoso á los de Castilla, como ordinariamente lo son todos los que en semejantes pasos andan. Sus cómplices y compañeros pagaron con las cabezas. La condesa de Niebla doña Violante su hermana, que quiso interceder por él, sin dalle lugar que pudiese hablar al rey, fue enviada á Cuellar con espreso mandato que no saliese de allí sin tener órden, y esto por la sospecha que resultaba de que el conde confiado en la ayuda y riquezas de su hermana intentó aquella maldad.

Este fue el fin que tuvieron las esperanzas y intentos de don Fadrique, conforme á sus obras y á su inconstancia. En el cabildo de la iglesia Mayor de Córdova se muestra su sepulcro, aunque de madera, de obra prima, con el nombre del duque de Arjona, el cual (como se tiene vulgarmente) le mandó hacer su madre que se fué tras él á Castilla. Algunos entienden que Arjona es la que antiguamente se llamó Aurigi, otros porfian que se llamó municipio Urgavonense, y lo comprueban por el letrero de una piedra que se lee en la iglesia de San Martin de aquel pueblo, que fue antiguamente basa de una estátua del emperador Adriano, y dice así:

IMP. CÆSARI DIVI TRAIANI PARTHICI FILIO, DIVI NERVÆ, NEPOTI, TRAIANO, HADRIANO, AUGUSTO, PONTIFICE MAXIMO, TRIB. POT. XIIII. CONS. III. P. P. MUNICIPIUM ALBENSE URGAVONENSE DD.

Quiere decir: al emperador César hijo de Trajano Parthico, nieto de Nerva, Adriano Augusto, pontífice Máximo, tribuno la vez décimacuarta, cónsul la tercera vez, padre de la patria el municipio Albense Urgavonense la dedicaron. No espantó la desgracia y castigo de don Fadrique á los infantes de Aragon para que no siguiesen aquel mal camino, antes echados que fueron de Castilla y despojados de sus estados que eran muy grandes, trataban de nuevo de revolver el reino con diferentes tratos que traian. Quejábase el rey de Castilla que quebrantaban las condiciones de la confederacion y asiento que se tomó con ellos poco antes: que si deseaban durasen las treguas era forzoso hacer salir á los infantes de toda España. El rey de Navarra, oido lo que en este propósito le decian los embajadores de Castilla, persuadió á sus hermanos se embarcasen para Italia, con intento de seguillos él mismo en breve. Decíales que ganado el reino de Nápoles, de que se mostraba alguna esperanza, no faltaria ocasion para recobrar los estados que en Castilla les quitaron, pues todo lo demás seria fácil á los vencedores de Italia: llegaron por mar á Sicilia.

El rey don Alonso su hermano estaba allí á la mira, esperando ocasion de apoderarse del reino de Nápoles, y para este efecto pretendia ganar las voluntades de los señores de aquel reino, y de poner amistad con los demás príncipes de Italia, sobre todos con el pontífice Eugenio, de quien tenia esperiencia le era muy contrario y deseaba desbaratar sus intentos. Ofreciase buena ocasion para salir con esto por la larga indisposicion de la reina, y por la diferencia que los grandes de aquel reino tenian entre sí: item por una desgracia que sucedió al pontífice, alborotóse tanto el pueblo de Roma, que á él fue forzado huirse de aquella ciudad. La venida á Roma de Antonio Colona príncipe de Salerno hizo que el pueblo fácilmente tomase las armas, y se alborotase contra el papa. La causa deste odio era que perseguia á los señores de la casa Colona, y que por culpa suya aquellos dias la gente de Philipe duque de Milan debajo la conducta de Francisco Esforcia talaron y saquearon la campaña de Roma. Huyó el pontífice por el Tibre en una barca; y si bien para mayor disimulacion iba vestido de fraile Francisco, desde la una ribera y desde la otra le tiraron piedras y dardos: grande atrevimiento pero tanto puede la indignacion del pueblo y su ira cuando está irritado. En las galeras que halló apercibidas en Ostia, pasó á Toscana.

Esta afrenta del pontífice como se divulgase por todas las provincias, causó diferentes movimientos en los ánimos de los príncipes conforme á la aficion y pretensiones de cada cual. Algunos le juzgaban por digno de aquella desgracia por tener irritados sin propósito los suyos, los de cerca y los de lejos: los mas se ofendian que se opusiese á los intentos santísimos de los padres de Basilea, y decian que por su mala conciencia temia no le fuesen contrarios. La ofension era tan grande, que estaban aparejados á tomar las armas sobre el caso. El rey de Aragon supo esta desgracia en Palermo á los nueve de julio: dolióse como era justo de la afrenta del nombre cristiano y magestad pontifical; pero de tal manera se dolia que se alegraba se ofreciese ocasion de mostrar la piedad de su ánimo y de ganar al pontífice. Envióle sus embajadores que le diesen el pésame, y le ofreciesen su ayuda para castigar sus enemigos y sosegar el pueblo.

Alegróse el pontífice con esta embajada, mas no aceptó lo que le ofrecia, porque sosegada aquella tempestad dentro del quinto mes, los alborotos de Roma cesaron, y los ciudadanos, reducidos á lo que era razon, se sujetaron á la voluntad del pontífice, y recibieron en el capitolio guarnicion de soldados; con que fueron absueltos de las censuras en que por injuriar al pontífice incurrieran. En España falleció en Alcalá de Henares á diez y seis de setiembre don Juan de Contreras arzobispo de Toledo: su cuerpo sepultaron en la iglesia Mayor de Toledo en la capilla de San Ildefonso con enterramiento muy solemne, y las honras muy señaladas. Juntáronse los canónigos á nombrar sucesor; y divididos los votos, unos querian al arcediano de Toledo Vasco Ramirez de Guzman, otros al dean Ruy García de Villaquiran. Esta division dió lugar á que el rey entrase de por medio, y á instancia suya fue nombrado por arzobispo de Toledo don Juan de Cerezuela hermano de parte de madre del condestable don Alvaro, y que de obispo de Osma poco antes pasara á ser arzobispo de Sevilla. A este mismo tiempo que el rey estaba en Madrid, falleció en aquella villa don Enrique de Villena, el cual hasta

lo postrero de su vejez sufrió con paciencia y con el entretenimiento que tenia en sus estudios, la injuria de la fortuna y verse privado de sus dignidades y estados. Fue dado á las letras en tanto grado que se dice aprendió arte mágica: sus libros por mandado del rey fueron entregados para que los examinase á Lope de Barrientos fraile de Santo Domingo, maestro que era del príncipe don Enrique. El hizo quemar parte dellos, de que muchos le cargaban, ca juzgaban se debian aquellos libros que tanto costaron, conservar sin peligro y sin daño para que se aprovechasen dellos los hombres eruditos. Respondió él por escrito en su defensa escusándose con la voluntad y órden que tenia del rey, á que él no podia faltar.

Los señores de Nápoles por el aborrecimiento que tenian al estado presente de aquel reino, y por estar cansados del gobierno de mujer y sus desórdenes, se inclinaban á favorecer al rey de Aragon. El con grandes promesas que hizo á Nicolao Picinino, un gran capitan en aquella sazon en Italia, pariente de Braccio que fue otro gran caudillo, le atrajo para que siguiese su partido. En Palermo otrosí hizo confederacion con el príncipe de Taranto y con sus parientes y aliados, que por ser maltratados del duque de Anjou, y de Jacobo Caldora y de sus gentes, acudieron á pedir socorro al rey de Aragon. El concierto fue seguirian el partido de Aragon á tal que les enviase tanta gente de socorro cuanta fuese necesaria para defenderse en la guerra que á la sazon le hacian, es á saber dos mil caballos y mil infantes al sueldo del



D. Alvaro de Luna en traje de batalla.

rey de Aragon: número que aunque parecia bastante no lo era comparado con las fuerzas de los contrarios: así en breve el príncipe de Taranto fue despojado de su estado que era muy grande, de manera que apenas le quedaron pocos castillos y pueblos por ser muy fuertes por su asiento ó por sus murallas.

Casi estaba esta guerra concluida: y dejadas las armas, esperaban gozar de larga paz, cuando en Cosencia ciudad de Calabria el duque de Anjou quebrantado con los grandes trabajos de la guerra, y por ser aquel cielo mal sano cayó enfermo: dolencia y mal que mediado el mes de noviembre le acabó en la flor de su edad y en medio de su prosperidad, y que estaba para apoderarse del reino, y apenas acabadas las alegrías de las bodas y casamiento que hizo con Margarita hija de Amedeo primer duque de Saboya: estos son los juegos de la que llaman fortuna, esta la suerte de los mortales, desta manera nos trocamos nos y nuestras cosas. El cielo á la verdad abria el camino á su contrario para apoderarse de aquel reino, y Dios lo disponia, al cual ninguna cosa es dificultosa; en especial que la misma reina pasó en Nápoles desta vida á dos de febrero, principio del año 1435. Acarreóle la muerte una larga dolencia, á que ayudó mucho la pesadumbre que recibió muy grande por la muerte del duque su hijo, en tanto grado que se quejaba de sí misma, y se reprehendia de que á tan grandes y tan contínuos servicios del duque, no hobiese correspondido en el amor, antes como cruel y desagradecida acarreó la muerte con sus desvíos á aquel príncipe tan bueno. El cuerpo de la reina sepultaron en el templo de la Anunciada con pequeña solemnidad y arrebatadamente.

Con la muerte del duque de Anjou y de la reina las cosas de aquel reino se trocaron, el partido de Aragon se mejoró, y el de Francia comenzó á desfallecer, dado que el pueblo de Nápoles, sin que se hiciese llamamiento de señores y sin órden, declararon por

rey en lugar del duque difunto á Renato su hermano, conforme á lo que la reina dejó en su testamento mandado; ¿mas qué ayuda les podia dar, estando preso y sin libertad? Casó los años pasados con Isabel hija de Carlos duque de Lorena; muerto su suegro, por no dejar hijo varon se apoderó de aquel estado. Hízole contradiccion Antonio conde de Vandemont, hermano que era del difunto: venidos que fueron á las manos Renato fue preso y entregado en poder del duque de Borgoña, con quien el dicho Antonio tenia hecha liga y alianza. Cuanto haya sido el dolor y pena que por el un desastre y por el otro recibió la reina doña Violante madre de los dos duques de Anjou, no hay para qué encarecello en este lugar, pues por sí mismo se entiende. Las cosas sin duda grandemente por estos tiempos fueron contrarias á aquella familia y casa, y el cielo no les favoreció nada, quier por estar enojado contra los franceses, ó por mostrarse á los aragoneses favorable: la verdad es que como las demás cosas, así bien la prosperidad tiene su período y rueda con que anda vagueando y variando por diversas naciones y casas, sin detenerse en ninguna parte por largo tiempo.

En Nápoles fueron por el pueblo elegidos y nombrados por gobernadores Otin Caracciolo, Jorge Alemani y Baltasar Rata, que eran los mas señalados entre los que seguian la parte de Francia, y tenian grande mano y maña para mover á la muchedumbre y atraelle á su voluntad. Fallecieron el tanto en España grandes personajes, uno fue don Rodrigo de Velasco obispo de Palencia. Matóle su mismo cocinero por nombre Juan: desastre miserable. Este perdido el seso como trajese en la mano una porra, y los de casa le preguntasen qué era lo que pretendia hacer, respondia él que matar al Bispe: los criados por no entender lo que queria decir, ca era extranjero, se burlaban; risa que presto mudaron en lágrimas. Estando el obispo descuidado, le hirió en la cabeza, y achacó con aquella porra, de suerte que murió del golpe: de tan delgado hilo está colgada la vida y la salud de los hombres. Sucedióle don Gutierre de Toledo arcediano de Guadalajara.

CAPITULO VIII.

De la guerra de los Moros.

Fue este invierno muy áspero en España por las muchas aguas, atolladeros y pantanos. Los caminos tan rompidos que apenas se podia caminar de una parte á otra: con las crecientes muchas casas y edificios se derribaron; en Valladolid y Medina del Campo fue mayor el estrago. En cuarenta dias no hobo moliendas á causa de las muchas aguas, tanto que la gente se sustentaba con trigo cocido por la falta de pan. El rio Guadalquivir en Sevilla llegó con su creciente hasta lo mas alto de los adarves, menos sola-



mente dos codos: los moradores parte se embarcaron por miedo de ser anegados, otros de dia y de noche andaban velando, y calafeteando los muros y las puertas para que el agua no entrase. A los veinte y ocho de octubre comenzaron estas tempestades y torbellinos, y continuaron sin cesar hasta los veinte y cinco de marzo que se sosegaron. Fue grande la carestia y falta de vituallas, y el cuidado de proveerse cada uno de lo necesario. Con todo esto no aflojaban en el que tenian de la guerra contra los moros, en que á las veces sucedia prósperamente y á las veces al contrario: en particular el adelantado Diego de Rivera como estuviese sobre Alora y la batiese, fue muerto con una saeta que del muro le tiraron:

en otra parte en un rebate mataron los moros á Juan Fajardo hijo del adelantado de Murcia Alonso Fajardo. Sucedió á Diego de Rivera en el oficio su hijo Perafan, que era de solos quince años; mas el rey quiso con esto gratificar en el hijo los servicios de su padre muy grandes, mayormente que el mozo daba muestra de muy buen natural.

La congoja que por estos desastres concibieron los de Castilla alivió en gran parte una buena nueva que vino, y fue que Rodrigo Manrique hijo del adelantado Pero Manrique tomó por fuerza y á escala vista á Huescar, que es una villa muy fuerte en la parte en que antiguamente se tendian y moraban los pueblos llamados Bastetanos: demás desto que un grueso escuadron de moros que venia á socorrella, fue rompido y desbaratado por el adelantado de Cazorla y el señor de Valdecorneja que le salieron al encuentro: con la huida de los moros el castillo de aquella villa que quedaba por ganar, se rindió; la alegría, empero, de esta victoria, en breve se desvaneció por otro revés y daño que recibieron los fieles, no menor que el que sucediera á los enemigos. Don Gutierre de Sotomayor maestre de Alcántara entró en tierra de moros con ochocientos caballos y cuatrocientos infantes para combatir á Archidona. Descubriéronlos las atalayas, avisaron con ahumadas, como suelen: juntáronse los comarcanos y apellidáronse hasta número de quinientos armados con saetas y con hondas, con que en algunos pasos angostos y fragosos mataron gran número de los que seguian al maestre, de suerte que apenas él con algunos pocos se pudo salvar. La venida de los bárbaros tan improvisa atemorizó á los del maestre, y con el miedo del peligro un tal pasmo cayó sobre todos que quedaron sin fuerza y sin ánimo.

Avisado con este peligro y daño Fernan Alvarez, señor de Valdecorneja, alzó el cerco que tenia sobre Huelma, aunque la tenia á punto de rendilla, por entender que gran número de moros con la avilenteza que ganaran, venia á socorrella: no menos esfuerzo algunas veces es menester para retirarse que para acometer los peligros, porque aunque es de mayor ánimo y gloria vencer al enemigo, de mas prudencia y seso suele ser conservarse á sí y á los suyos para sazon mas á propósito, segun que aconteció entonces, que luego se rehizo de fuerzas, y junto con el obispo de Jaen dió la tala á los campos de Guadix con mil y quinientos caballos y seis mil de á pié, quemó las mieses que estaban para segarse, y hizo otros grandes daños á los naturales. Acudieron de Granada mayor número de gente de á caballo, y como cuarenta mil hombres de á pié: con esta morisma no dudó de pelear, resolucion cuyo suceso (por donde comunmente calificamos los acometimientos arriscados) mostró no haber sido temeraria. La victoria quedó por los cristianos con muerte de cuatrocientos moros, y huida de los demás: para escapar les ayudó la noche que sobrevino. Señalóse aquel dia de buen caballero el adelantado Perea, porque como le hubiesen muerto el caballo, y herido á él en una pierna, á pié con grande ánimo resistió á los enemigos que por todas partes le cercaban, y los hizo retirar: el menosprecio de la muerte le hacia mas valiente y le animaba: todavia la victoria no fue sin sangre de cristianos, muchos quedaron heridos y algunos murieron.

En el reino de Murcia, no muy lejos de Huescar, hay dos pueblos poco distantes entre sí, el uno se llama Velez el Rojo y el otro Velez el Blanco. Sobre estos pueblos puso cerco el adelantado Fajardo, y los apretó de manera que los moradores fueron forzados á rendirse á partido. Sacaron por condicion que se gobernasen por la mesmas leyes que antes, y que no les impusiesen mayores tributos que acostumbraban pagar. En tres años continuados sucedieron todas estas cosas en tierra de moros, que las juntamos aquí porque no se confundiese la memoria si se relatasen en muchas partes.

El año (de que tratábamos) fue muy señalado, por las paces que en él despues de tantas guerras se hicieron entre los franceses y borgoñones. Parecia que los odios que entre sí tenian, con la mucha sangre derramada de ambas partes amansaban. Carlos rey de Francia hablaba amigablemente y con mucho respeto del Borgoñon, muestra de estar arrepentido de lamuerte del duque Juan de Borgoña hecha á lo que decia contra su voluntad. Allegóse la autoridad y diligencia de tres cardenales que desde Roma vinieron por legados sobre el caso á las tres partes, Francia, Flandes y Ingalaterra. Por la gran instancia que hicieron, alcanzaron que los tres príncipes interesados enviasen sus embajadores, cada cual por su parte á la ciudad de Arrás. Juntos que fueron, se comenzó á tratar de las capitulaciones de la paz. Partiéronse de la junta los ingleses por la enemistad antigua y competencia que tenian sobre el reino de Francia. El Borgoñon se mostró mas inclinado á remediar los males tan graves y tan continuados. Concertáronse que en memoria de la muerte que se dió al duque Juan de Borgoña, el rey de Francia para honralle en el mismo lugar en que se cometió el caso, edificase un templo á su costa con cierto número de canónigos que tuviesen cuidado de asistir al oficio divino. Las ciudades de Macon y de Auxerre quedaron para siempre por el de Borgoña : otros pueblos a la ribera del rio Soma le fueron dados en prendas hasta tanto que le contasen cuatrocientos mil escudos, en que por aquella muerte penaban al Frances.

Ninguna cosa parecia demasiada á aquel rey, por el deseo que tenia de reconciliarse con el Borgoñon, y apartalle de la amistad de los ingleses, ca estaba, cierto que con esta nueva confederacion las fuerzas de Francia, á la sazon muy acabadas, en breve volverian en sí, como á la verdad sucedió. En particular los de París despertados con la nueva desta alianza tomaron las armas contra los ingleses, y aquella ciudad real volvió al antiguo señorío de Francia. Juntamente las demás cosas comenzaron á mejorarse, que hasta entonces se hallaban en muy mal estado. Nuestras historias afirman que para concertar estas paces de Arrás fue mucha parte doña Isabel, hermana del rey de Portugal, que estaba casada con el duque Philipo de Borgoña. Dicen otrosí que tuvo habla con el rey de Francia para tratar de las condiciones de la paz: si esto fue así, ó si se dice en gracia de Portugal, no lo sabria averiguar.

En España las reinas de Aragon y de Navarra en sazon que los reyes sus maridos tenian con cerco apretada la ciudad de Gaeta, como se dirá luego, alcanzaron del rey de Castilla (el cual desde Madrid iba á Buitrago á instancia de Iñigo Lopez de Mendoza que pretendia allí festejalle) que el tiempo de las treguas se alargase hasta primero de noviembre. Tuvo en esto gran parte Juan de Luna, señor de Illueca, que fue enviado por embajador sobre el caso y lo persuadió á don Alvaro de Luna, pariente suyo, que era el que lo podia todo, y sobre toda su prosperidad se hallaba á la sazon alegre por un hijo que su mujer parió en Madrid, que llamaron don Juan. Fue grande la alegría por esta causa del rey los grandes asimismo cuanto mas fingidamente, tanto con mayores muestras de amor procuraban ganar su gracia.

CAPITULO IX.

Cómo el rey de Aragon y sus hermanos fueron presos

Con las muertes del senecál Juan Caracciolo, y de Ludovico duque de Anjou y de la reina doña Juana, parecia que al rey de Aragon se le allanaba del todo el camino para apoderarse del reino de Nápoles

por estar sin cabeza, sin fuerzas, sin conformidad de los naturales, y sin ayudas de fuera, y como dado en presa á quien quiera que le quisiese echar la mano. Muchos de los señores sea por entender lo que se imaginaba era forzoso, sea por el odio que tenian al gobierno del pueblo que en ninguna cosa sabe templarse, comunicado entre sí el negocio, se apoderaron de Capua con su castillo: ciudad muy á propósito para hacer la guerra. Desde allí por medio de Raynaldo de Aquino, que enviaron sobre el caso á Sicilia, ofrecieron sus fuerzas y todo lo que podian al rey de Aragon, con tal que se apresurase, y no los entretuviese con esperanzas, pues era forzoso usar de presteza antes que la parcialidad contraria se apercibiese de fuerzas.

Hallábanse con el rey de Aragon tres hermanos suyos, todos de edad muy á propósito y de naturales escelentes. Don Pedro quedó en Sicilia para recoger y juntar toda la demás armada: el rey con el de Navarra y don Enrique solamente con siete galeras del puerto de Mecina se hizo á la vela. Tomó primero la isla de Ponza, despues la de Ischia, y finalmente llegó á Sessa, do gran número de señores eran idos desde Capua á esperar su venida; el mas principal de todos era Antonio Marsano duque de Sessa. Tratóse en aquella ciudad de la manera cómo debian hacer la guerra: acordaron de comun parecer en primer lugar poner cerco sobre la ciudad de Gaeta. A siete de mayo se juntaron sobre ella la armada de Aragon y la gente de tierra que seguian á los señores neapolitanos, con que la sitiaron por mar y por tierra. Vino eso mesmo con sus gentes el príncipe de Taranto. El rey de Aragon se apoderó del monte de Orlando que está sobre la ciudad, con que tenia gran esperanza de tomalla por hallarse á la sazon los cercados no menos faltos de vituallas que llenos de miedo. Inclinábanse ellos á entregarse; mas los ginoveses que eran en gran número, á causa de sus mercadurías y tratos de que aquella nacion saca grandes intereses, se resolvieron con gran determinacion de defender la ciudad.

Tomaron por su cabeza á Francisco Espinula hombre principal, y que en gran manera atizaba á los demás: con este acuerdo hicieron salir de la ciudad toda la gente flaca, á los cuales el de Aragon recibió muy bien. Hízoles dar de comer y enviólos salvos á los lugares comarcanos: humanidad con que ganó grandemente las voluntades asi de los cercados como de toda aquella provincia y nacion. Avisado el Senado de Génova del aprieto en que los suyos estaban, y porque así lo mandaba Philipo duque de Milan, acordaron enviar de socorro una armada guarnecida de gente y bastecida de trigo y de municiones. Señalaron por general de la armada á Blas Assareto, hombre á quien la destreza en las armas, y conocimiento de las cosas del mar, de lugar muy bajo, y de muy pobre que era en su mocedad, levantó á aquel cargo: llevaba doce naves gruesas, dos galeras y una galeota.

El rey de Aragon, avisado de la venida desta armada de Génova, le salió al encuentro con catorce naves gruesas y once galeras. Embarcáronse con él y por su ejemplo casi todos los señores con cierta esperanza que llevaban de la victoria. Los aragoneses llegaron á la isla de Ponza, la armada de los enemigos surgió á la ribera de Terracina. Avisaron los ginoveses con un rey de armas que enviaron al rey de Aragon, que su venida no era para pelear, sino para dar socorro á sus ciudadanos y proveellos de vituallas; que si esto les otorgaba y les daba lugar para hacello, no seria necesario venir á las manos. Fue grande la risa de los aragoneses, oida esta embajada, y no pocos los denuestos que sobre el caso dijeron. Con esto tomaron las armas y ordenaron los unos y los otros sus bajeles. Antes de comenzar la pelea tres naves de los ginoveses apartadas de las demás se hicieron al mar, con órden que se alargasen, y cuando la batalla estuviese travada acometiesen á los contrarios por las espaldas. Los aragoneses por pensar que huian, sin ningun órden acometieron á las demás naves enemigas no de otra suerte que si la presa y la victoria tuvieran en las manos; solamente temian no se les escapasen por la ligereza.

El rey de Aragon con su nave embistió la capitana contraria. El general ginovés con gran presteza dió vuelta con su nave, y con la misma cargó por popa la real con saetas, dardos y piedras en gran número, que por su gran peso y por el lastre estaba trastornada. Con el mismo denuedo se acometieron entre sí las demás naves y se abordaron: trabadas con garfios peleaban no de otra manera que si estuvieran en tierra. Sobrepujaban en número de gente y naves los aragoneses, pero su muchedumbre los embarazaba, y muchos por estar mareados mas eran estorbo que de provecho; los ginoveses por estar acostumbrados al mar así marineros como soldados en destreza y pelear se aventajaban. Las galeras no hicieron efecto alguno por estar las naves entre sí trabadas, y ser de muy mas alto borde. La pelea se continuaba hasta muy tarde, cuando las tres naves de los ginoveses, que al principio parecia que huian, dando la vuelta acometieron de través las reales, causa de ganar la victoria. Entraron los enemigos y saltaron en la real: amonestaban á los que en ella peleaban, se rindiesen. Era cosa miserable ver lo que pasaba, la vocería y alaridos de los que mataban, y de los que morian: ninguna cosa se hacia con órden ni concierto, todo procedia acaso.

La nave del rey con los golpes del mar hacia agua: avisado del peligro en que estaba, dijo que se rendia á Philipo duque de Milan, bien que ausente. En la mesma nave prendieron al príncipe de Taranto y al duque de Sessa; en otras doce naves que vinieron en poder de los enemigos, otro gran número de cautivos, entre ellos el rey de Navarra, al cual al principio de la pelea libró de la muerte Rodrigo Rebolledo, que tenia á su lado. Fue preso asimismo don Enrique de Aragon: de don Pedro no concuerdan los autores, unos dicen que se halló en la batalla, y que escapó con tres galeras cubierto de la escuridad de la noche; otros que con la demás armada que traia de Sicilia, llegó á la isla de Ischia al mismo tiempo que se dió la batalla. Fueron demás de los dichos presos Ramon Boil virey que era de Nápoles, don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro con dos hijos suyos Fernando y Diego, don Juan de Sotomayor, Iñigo Dávalos hijo del condestable don Ruy Lopez Dávalos, junto con un nieto del mismo, hijo de Beltran su hijo, que se decia Iñigo de Guevara, y desde España acompañaron á los reyes para esta guerra de Nápoles.

Despues de la victoria, que fue tan señalada y memorable, los de Gaeta con una salida que hicieron, ganaron los reales de los aragoneses, y saquearon el bagaje, que era muy rico por estar allí las recámaras de príncipes tan grandes: las compañías que quedaron allí de guarnicion, y los soldados parte fueron presos de los enemigos, otros huyeron por los despoblados y por sendas desusadas. ¿Quién no pensara que con esto el partido de Aragon y sus cosas quedaban acabadas, perdida aquella jornada y la victoria que parecia tenian entre las manos? entendimientos ciegos de los hombres, consejos impróvidos, y varias mudanzas y truecos de las cosas! Todo fue muy al contrario, que este revés sirvió á los vencidos de escalon para recobrar mas fácilmente este reino, y perder la libertad les fue ocasion de mayor gloria: ¿quién tal creyera? ¿quién lo pensara? Desta manera los pensamientos de los hombres muchas

veces se mudan en contrario, gobernados y encaminados no por la loca fortuna, sino por mas alto y mas secreto consejo. Dia viernes á cinco de agosto se dió esta batalla cerca de la isla de Ponza, que fue de las mas señaladas del mundo.

CAPITULO X.

Cómo el rey de Aragon y sus hermanos fueron puestos en libertad.

Dada que fue la batalla, los vencedores dieron la vuelta á Génova: allí quedó la mayor parte de los cautivos que se tomaron, como por premio del trabajo y del gasto. Los reyes y muchos de los nobles presos que llegaban á trecientos, llevaron á Milan: el mismo general ginovés con ellos hizo su entrada á manera de triunfo nobilísimo, y cual de mucho tiempo atrás no se vió en parte alguna. Toda Italia estaba suspensa y á la mira cómo usaria aquel duque de aquella nobilísima victoria; y sus fuerzas que antes eran temidas de los de cerca, comenzaroná poner espanto á los que caian mas lejos. Temian quisiese aquel príncipe de condicion orgulloso acometer á hacerse señor de toda Italia con la codicia que tenia de mandar, y por estar ejercitado en guerras contínuas. El mismo se hallaba muy dudoso de lo que en aquel caso se debia hacer, y qué resolucion seria bien tomar; revolvia en su pensamiento muchas trazas: si forzaria á los reyes que tenia en su poder á recibir algunas condiciones pesadas: si haria que se rescatasen á dinero, cosa que de presente trajera provecho y contento; pero era de temer que no vengasen adelante aquella injuria con sus armas y las de sus amigos, y despues de vencidos (como tenian de costumbre) volviesen á las armas y á la guerra con mayor brío. Pensaba si los recibiria y trataria con mucha honra, y con ponellos en libertad sin rescate haria le quedasen mas obligados: honroso acuerdo fuera este, y que pondria admiracion á todo el mundo. Consideraba por otra parte que no era consejo prudente por ganar renombre y fama perder tan buena ocasion de ensanchar su señorío y aventajarse, y jugar á resto abierto por esperanza que pocas veces sale cierta y verdadera, en especial que los hombres tienen costumbre, cuando los beneficios son tan grandes que no los pueden pagar, recompensallos con alguna grave injuria y ingratitud señalada. En fin prevaleció el deseo de loa y de fama: trató á aquellos príncipes en su casa con mucha honra y regalo como si fueran sus compañeros y amigos. Hecho esto se resolvió de soltallos y enviallos cargados de muy grandes presentes.

Con esta resolucion dió muy grata audiencia al rey de Aragon, que un dia en su presencia trató muy á la larga, y probó con muchos ejemplos que los franceses de su natural eran desapoderados sin poner término al deseo de ensanchar su señorío: que muchas veces trataran de derribar y deshacer á los duques de Milan, y no tenian mudados los corazones: si se acostumbrasen á las riberas de Italia, luego que se apoderasen del reino de Nápoles, fácilmente se concertarian con los ginoveses que les eran amigos y vecinos, sin reparar ni desistir de intentar nuevas empresas basta tanto que se viesen apoderados de toda Italia: que su padre Juan Galeazo y sus antepasados nunca se aseguraron de los intentos de franceses. Estas cosas se trataban en el castillo de Milan, y estas pláticas andaban cuando madama Isabel por mandado de su marido Renato duque de Anjou, que como queda dicho estaba preso, pasó por mar primero á Génova, despues á Gaeta, y últimamente con su llegada á Nápoles, que fue á los diez y ocho de octubre, reforzó grandemente y animó á los que seguian su partido. Ayudóla con gentes que le envió el papa Eugenio, y ella por sí ganaba las voluntades del pueblo por su gran nobleza, escelente ingenio, condicion y trato muy apacible.

España cuidadosa y triste por el trabajo de los reyes revolvia varias práticas de guerra y de paz. Juntáronse córtes de Aragon en Zaragoza (1), en que á peticion de la reina se trató de apercebir una armada para conservar las islas de Cerdeña y de Sicilia que sospechaban serian acometidas por los vencedores; que ya nadie se acordaba ni tenia esperanza del reino de Nápoles. En Soria á los confines de Aragon y de Castilla hobo habla entre el rey de Castilla y la reina de Aragon su hermana. Allí se concluyó que las treguas asentadas entre los dos reinos durasen y se prolongasen por otros cinco meses. Parecia cosa injusta aprovecharse del desastre ajeno; y los ánimos de los grandes de Castilla por la desgracia de aquellos reyes se movian á compasion. Partiéronse de Soria: en el camino se supo que la reina doña Leonor madre de los dos reyes falleció en Medina del Campo mediado el mes de diciembre: la fuerza del dolor que recibió por el desastre de sus hijos, súbitamente le arrancó el alma; la muerte repentina hizo se creyese era esta la causa. Fue una señora muy principal y madre de príncipes tan grandes. Hiciéronle honras en muchos lugares, y en especial el rey don Juan se las hizo en Alcalá de Henares y la reina su mujer en Madrigal. Fue sepultada en San Juan de las Dueñas, en un monasterio de monjas que ella levantó á su costa fuera de aquella villa, en que pasaba su vida con mucha santidad.

En Milan últimamente se hizo confederacion y avenencia entre aquel duque y los príncipes sus prisioneros, cuyas capitulaciones eran: Que sin esceptuar á ninguno tuviesen los mismos por amigos y por enemigos: el duque para recobrar el reino de Nápoles prometió de ayudar con sus fuerzas y gentes: lo mismo hizo el rey de Aragon, que prometió toda su ayuda para hacer la guerra á los enemigos del duque de Milan. En gran cuidado puso este asiento así á los italianos como á las demás naciones. El rey de Navarra fue enviado en España con poderes muy bastantes para gobernar el reino de Aragon. Era necesario allegar dinero, hacer nuevas levas de soldados, y apercebir una gruesa armada. El príncipe de Taranto y el duque de Sessa fueron á Nápoles para animar y esforzar á los de su parcialidad, y para que avisasen al infante don Pedro en nombre del rey su hermano que les acudiese con la armada que tenia aprestada en Sicilia. Ejecutóse con gran presteza lo que el rey mandaba: llegada que fue la armada de Sicilia á la isla de Ischia, se apoderó de la ciudad de Gaeta por entrega que della hizo Lanciloto (2) su gobernador, natural que era de Nápoles, á veinte y cinco de diciembre dia de Navidad, y principio del año 1436.

Pocos dias despues el rey de Aragon, puesto en libertad por el duque como está dicho, llegó á Portovenere, el cual castillo y el de Lerice entre tan grandes tempestades, dado que están en las marinas de Génova, se conservaron en la fe del rey de Aragon, y se tenian por él mas por miedo de la guarnicion aragonesa que tenian, que por voluntad de los naturales. Algunos dicen que del desastre y libertad del rey de Aragon se dieron diversas señales y se vieron milagros: cada cual les dará el crédito por sí mismo que la cosa merece; á mí no me pareció pasar en silencio cosas tan públicas y tan recebidas comunmente. El mismo dia que se dió la batalla cerca de la isla de Ponza, en la puente que en Zaragoza se edificaba sobre Ebro de obra muy prima y

(1) Las convocó en Zaragoza el dia 15 de octubre para celebrarlas en Monzon en 15 de noviembre.

(2) Este caballero murió de muerte natural y despues se entregó la guarnicion.

muy ancha, como á medio dia sin bastante ocasion para ello se cayó el arco principal, y con su caida mató cinco hombres.

Dirá alguno que las cosas casuales suele el vulgo muchas veces, cuando son pasadas, publicallas por milagros y sacar dellas misterios: sea así, ¿pero qué diremos de lo que se sigue? Nueve leguas mas abajo de Zaragoza á la ribera del mismo rio Ebro está un pueblo llamado Vililla, edificado de una colonia de los romanos que en los pueblos ilergetes se llamaba Celsa. En este tiempo y en el de nuestros abuelos por ninguna cosa es el dicho pueblo mas conocido que por una campana que allí hay, la cual aquellos hombres están persuadidos que diversas veces por sí misma con una manera estraordinaria se toca, sin que ninguno la mueva, para anunciar cosas grandes que han de venir, buenas, ó malas. Yo no trato de la verdad que esto tiene, ni lo tomo á mi cargo. Consta por lo menos que autores graves lo refieren, y citan testigos de vista de aquel milagro. Dicen pues que aquella campana un dia antes que los reyes fuesen presos, se tañó por sí misma, y otra vez á treinta de octubre, y la tercera á cinco del mes de enero próximo siguiente, dia en que hecha la alianza en Milan, el rey de Aragon fue puesto en libertad. Muchas plegarias se hicieron, y muchas misas se dijeron para aplacar la ira de Dios que por estas señales entendian les amenazaba: congoja y cuidado de que se libraron los naturales con la buena nueva que vino de la libertad dada á sus príncipes; y la tristeza que recibieran por aquel grave desman, y el miedo de algun nuevo mal que sospechaban se daba á entender por aquellas señales, se trocó en pública alegría de toda aquella nacion, y aun de lo demás de España.

CAPITULO XI.

De las paces que se hicieron entre los reyes de Castilla y de Aragon.

De las paces que se hicieron en Milan, resultó una nueva y pesada guerra: los ginoveses tomaron las armas, y públicamente se revolvieron contra el duque de Milan. Tenian aquellos ciudadanos por cosa pesada que el fruto de la victoria ganada con su peligro y esfuerzo otros se lo quitasen, y que Philipo duque de Milan se llevase las gracias de las paces hechas con los reyes, y de ponellos en libertad con presentes que les dió: liberalidad con que quedaban cargados del odio que por fuerza las tendrian los aragoneses y catalanes, naciones con las cuales antiguamente tuvieron grande enemiga. Querellábanse demás desto que el amparo de los duques de Milan, á que forzados acudieron el tiempo pasado, le mudasen en señorío y en una dura servidumbre. Alterados con esta indignacion, hecha liga en puridad con el pontífice Eugenio y con Renato duque de Anjou, tomaron las armas. Gobernaba aquella ciudad en nombre del duque Philipo Paccino Alciato, que fue muerto en aquella revuelta y alboroto del pueblo: á otros que estaban por el duque, pusieron las espadas á los pechos, y algunos quedaron heridos, algunos muertos; mirábanles las palabras, los meneos que hacian y visajes, por ver si daban alguna muestra de aborrecer lo que de presente se hacia, y favorecerá los de Milan. Con esto (lo que acontece en los alborotos del pueblo) en breve á lo que acudió la mayor parte, se allegaron todos los demás; si algunos sentian lo contrario, en lo público aprobaban y adulaban los intentos de los alborotados.

El principal movedor deste motin fue Francisco Espinula, que ganó nombre de valiente por la defensa de Gaeta que hizo poco antes, de que cobrara gran soberbia: sobre todo se movia por ser enemigo de los Fliscos y de los Fregosos, linajes que se arrimaban á los aragoneses. Muchos pueblos por aquella comarca á ejemplo de Génova y por su autoridad, despertados con la dulzura y esperanza que se prometian de la libertad, se levantaron, y echaron de sí la guarnicion que tenian por el duque de Milan. Detuvieron los españoles que tenian cautivos, por los cuales y para librallos el rey de Aragon les hobo de pagar setenta mil escudos. Con los sicilianos se hobieron mas mansamente por causa de la antigua amistad, buen acogimiento y contratacion que con aquella isla tenian, así los soltaron sin rescate; solo tres hijos de Juan de Veintemilla quedaron por largo tiempo en Génova: no se sabe si por aborrecimiento que les tuviesen, si por pretender dellos alguna grande cantidad.

El rey de Aragon á instancia del duque Philipo procuraba sosegar las alteraciones de Génova con la armada que don Pedro su hermano le envió desde Gaeta, pero desistió de la empresa por parecelle cosa larga esperar hasta tanto que sosegase aquella gente tan alborotada: para la priesa que él tenia de acudir á las cosas y reino de Nápoles, cualquiera tardanza le era muy pesada: sabia muy bien que en las guerras civiles un dia y una hora, si no se acude con tiempo, suele causar grandes mudanzas y ser causa que grandes ocasiones se desbaraten; ninguna cosa es mas saludable que la presteza. Con esta resolucion de Portovenere envió á don Enrique su hermano á España. Hizole merced del estado de Ampurias, y mandóle que ayudase en la guerra, si el rey de Castilla se la hiciese por aquella parte, de que se recelaban á causa que el tiempo de las treguas espiraba. El mismo rey con la armada se hizo á la vela, y llegó á Gaeta á dos de febrero: en este medio don Pedro su hermano se apoderaba de Terracina con gran sentimiento del pontífice Eugenio, cuya era aquella ciudad, por pensar que los aragoneses eran tan arrogantes que no contentos con el reino de Nápoles pretendian apoderarse de toda Italia sin tener respeto á la magestad sacrosanta, ni moverse por algun escrúpulo por ser feroces, ralea de hombres fiera y mala, como él decia.

Con la venida del rey los señores neapolitanos y los soldados acudieron á Gaeta. Nombró por general del ejército á Francisco Picinino (en que tuvo consideracion á hacer placer al duque Philipo, acerca del cual Nicolao padre de Francisco tenia en todas las cosas el principal lugar de autoridad y mando) en aquella sazon capitan muy señalado, de grande ejercicio en las armas, y que se podia comparar con los caudillos antiguos. Ardia Italia en ruidos y asonadas de guerra: unas ciudades suspensas con las sospechas que tenian de una nueva guerra; otras hacian ligas y confederaciones entre sí para echar los aragoneses de Italia. En particular los venecianos, florentines, ginoveses á persuasion y con ayuda del pontífice Eugenio quién por odio de nuestra nacion quién por amor de la francesa se ligaban para este efecto, y juntaban sus fuerzas.

En España por el mismo tiempo se hacia la guerra á los moros. Entre los demás reyes estaban para concluirse las paces por la gran instancia y diligencia que en ello puso el rey de Navarra. Su intento era volver las fuerzas de aquella nacion contra Italia sin cuidar de las cosas de España. Dos castillos llamados el uno Galea y el otro Castilleja se rindieron en tierra de moros á Rodrigo Manrique, que andaba con gente por aquellas partes. El alegria que resultó desta buena nueva, en breve se mudó en mayor cuita por el desastre muy triste del conde de Niebla don Enrique de Guzman, el cual por hacer muestras de su esfuerzo y ganar la gracia de su rey tenia puesto cerco sobre Gibraltar, pueblo asentado sobre el estrecho. Allí como despues de cierta escaramuza se recogiese á su armada, se ahogó con otros cuarenta compañeros por dar lado y hundirse el batel á causa de los mu-

chos que acudieron, y estar el mar con la ordinaria creciente alterado. Don Juan de Guzman con el dolor que recibió del desastre de su padre, y desconfiado de salir con la empresa, alzado sin tardar el cerco, se retiró á Sevilla. Este caballero fue el primer duque de Medina Sidonia por merced que poco adelante le hiyo el rey don Juan deste título. Quiso ablandar aquel dolor, y gratificar aquel servicio y voluntad con esta honra hecha á la familia nobilísima, y de las mas poderosas de España, de los Guzmanes.

Hallábase el rey en Toledo do era vuelto despues que visitó á Alcalá y á Madrid. La córte se ocupaba en juegos y regocijos con poco ó ningun cuidado de la guerra. En aquella ciudad á dos de setiembre se concluyeron las paces entre Castilla, Aragon y Navarra: ocasion y materia para todos de gran alegria (1). Entendieron en hacer el asiento don Alonso de Borgia obispo de Valencia, y don Juan de Luna y otras personas principales que vinieron de Aragon; y con ellos el arzobispo de Toledo, el maestre de Calatrava y don Rodrigo conde de Benavente, que despues de muchas porfías se acordaron en estas condiciones: doña Blanca hija mayor del rey de Navarra case con don Enrique príncipe de Castilla: en dote á la doncella se den Medina del Campo, Olmedo, Roa y el estado de Villena: si deste matrimonio no quedare sucesion, estos pueblos vuelvan al señorío de Castilla, y en tal caso se dé cierta cantidad de dineros (en que se concertaron) al rey de Navarra en recompensa de aquellos lugares: á don Enrique de Aragon se den cada un año cinco mil florines y á su mujer tres mil: los pueblos y castillos que de una y otra parte se tomaron durante la guerra á la raya de aquellos reinos, se vuelvan á los señores antiguos: á los que de una y otra parte se pasaron, sea otorgado perdon, fuera del conde de Castro y el maestre de Alcántara; demás destos sacó el de Navarra por su parte á Jofre marqués de Córtes por ser hombre inquieto, deseoso de novedades, y que por ser de sangre real pretendia apoderarse del reino.

Con estas capitulaciones las treguas se mudaron en paces, y concertaron de hacer liga contra todas las naciones y príncipes. Solamente el rey de Castilla sacó al de Portugal y al Francés. Y de parte de los aragoneses esceptuaron al duque de Milan y Gaston conde de Fox, cuyo padre llamado Juan falleció poco antes desto y él heredó aquel estado en edad de quince años, y era yerno del rey de Navarra concertado con doña Leonor su hija menor. Divulgado este concierto, en todas partes se hicieron procesiones, alegrías y regocijos: gozábanse que quitado el miedo de la guerra cesaban los males, y parecia que en España las cosas irian grandemente en mejoría. El conde de Castro en breve alcanzó perdon, y volvió á Castilla, y hostigado con destierro tan largo en lo de adelante se mostró mas recatado que antes.

Lo que aquí se dice y en otras partes del conde de Castro se sacó de las corónicas destos reinos: los de su casa muestran cédulas reales en aprobacion del conde, y en que le prometen recompensa jurada por lo que en estas revueltas le quitaron: muchas alegaciones y procesos que se causaron en defensa de su lealtad, en que holgáramos se procediera á sentencia para que todos nos conformáramos. Lo que se puede decir con verdad, es que fue un gran caballero, y en todas sus obras de los mas señalados de aquel tiempo. La nota á mi ver es de poca consideracion por correr la misma fortuna muchas de las mejores casas de Castilla, como del almirante, conde de Benavente y conde de Alba, con otro gran número de nobleza que entraron á la parte, sin que por ello hayan perdido punto de su reputacion, y en el conde fue mas escusable lo que hizo, por la obligacion que le corria de seguir y acompañar á los hijos dél con quien se crió desde su niñez, que fue el infante don Fernando que despues fue rey de Aragon, demás que los temporales corrieron tan turbios y ásperos que apenas se puede deslindar de qué parte de las dos estuviese la razon y la justicia, y es ordinario que en tiempos semejantes los mejores padezcan mas: razones todas de momento para no reparar en este punto ni hacer desto mucho caso.

(1) Segun la *Crónica* fue á 22 de setiembre.

En el entretanto el rey de Aragon no dejaba de atraer y ganar los corazones de los neapolitanos, y ayudar con industria sus fuerzas. Juntósele Baltasar Rata conde de Caserta, que era uno de los gobernadores nombrados por el pueblo: lo mesmo Ramon Ursino conde de Nola. Para ganalle y obligalle le prometieron por mujer á doña Leonor, doncella de sangre real, y hija del conde de Urgel que poco antes desto falleció en Játiva. Con tanto el rey, de la ciudad de Capua en que se hacia la masa de la gente, salió en campaña con intento en ocasion de combatir á los enemigos, y apoderarse (como en breve se apoderó) del valle de San Severino, de la ciudad de Salerno, y de las marinas de Amalfi. Puso guarniciones en todos estos lugares, con que las fuerzas de Aragon se afirmaron, y enflaquecieron las de los angevinos. quedaba entre otras la ciudad de Nápoles cabeza del reino. Tenian no pequeña esperanza de ganalla por estar los ánimos muy inclinados al Aragonés, y por ser grandes las fuerzas de su parcialidad. Lo que sobre todo les ponia buen corazon y animaba, eran los dos castillos que en aquella ciudad en medio de tan grandes tempestades todavía se tenian por Aragon: cosa que parecia milagro, y era como buen agüero para la guerra que restaba.

CAPITULO XII.

Que los portugueses fueron maltratados en Africa.

Fue este invierno áspero por las heladas grandes y por las muchas nieves que cayeron en España: nadie se acordaba de frios tan recios; en particular estando el rey en Guadalajara siete leñadores que salieron por leña á los montes comarcanos, perecieron y se quedaron helados por la gran fuerza del frio el mismo dia de año nuevo de 1437. Sobre las nieves cayeron heladas, y sobre lo uno y lo otro corrieron cierzos, con que mucha gente pereció. Queria el rey en tan recio tiempo pasar á Castilla la Vieja, y por estar los puertos muy cubiertos de nieve fue necesario enviar delante trescientos peones, que abrieron el camino, y apartaron la nieve á la una y á la otra parte con montones que hacian á manera de balladar de la altura de un hombre á caballo. Con esta diligencia se pasaron los montes con que parten término las dos Castillas, la Nueva y la Vieja; y el rey acudió á cosas que le forzaron á ponerse en aquel trabajo.

De Roa por el mes de marzo pasó á Csm ı, desde allí envió al príncipe don Enrique su hijo á Alfaro villa principal á la raya de Navarra. Fueron en su compañía los mas de los grandes, entre todos el que mas se señalaba era don Alvaro de Luna, que poco antes sacó á la reina por pura importunidad el castillo de Montalvan, y le juntó con Escalona que ya poseia cerca de Toledo, sin acordarse que cuanto crecia en poder, tanta era la envidia mayor, contra la cual ningunas fuerzas bastan á contrastar. Dos dias despues que el príncipe llegó á Alfaro, vino al mismo lugar la reina de Navarra acompañada de sus hijos, y de mucha gente de los suyos, en especial del obispo de Pamplona y de Pedro Peralta mayordomo mayor de la casa real, y de otros señores. Hiciéronse con grande solemnidad los desposorios del príncipe y de doña Blanca en edad que tenian de cada doce años. Desposólos el obispo de Osma don Pedro de Castilla, persona muy noble, y de sangre real. Gastáronse en

regocijos cuatro dias, los cuales pasados, la reina de Navarra y la desposada su hija se volvieron á su tierra.

El rey de Castilla y su hijo el príncipe don Enrique fueron á Medina del Campo. En aquella villa por consejo de don Alvaro de Luna y del conde de Benavente fue preso el adelantado Pedro Manrique por mandado del rey, y enviado al castillo de Fuentidueña para que allí le guardasen. Sucedió esta prision por el mes de agosto, que fue un nuevo principio de alborotarse el reino, de que grandes males resultaron. Las causas que hobo para hacer aquella prision, no se saben; lo que el tiempo y por el suceso de las cosas se entendió, fue que con otros señores tenian comunicado en qué forma podrian derribar á don Alvaro de Luna, cosa que en aquella sazon se tenia por crímen contra la magestad, y aleve.

Fue este año memorable y desgraciado á los portugueses por el estrago muy grande que en ellos hicieron los moros en Africa. Ardian los cinco hermanos del rey de Portugal en deseo de ganar nombre y ensanchar su señorío: ¿en España cómo podian por ser aquel reino tan pequeño, y tener hechas poco antes paces con los comarcanos? Cuidaron seria mas honrosa empresa la de Africa como contra gente enemiga de cristianos. Deteníalos la falta de dinero para la paga y socorro de los soldados. Para remedio desta dificultad por medio del conde de Oren embajador de Portugal en la córte romana alcanzaron del pontífice Eugenio indulgencia para todos aquellos que tomasen la señal de la cruz por divisa y se alistasen para aquella jornada. Fue grande la muchedumbre y canalla de gente que sabido esto acudió á tomar las armas. Don Fernando maestre de Avis, como el mas ferviente que era de sus hermanos, se ofreció para ser general en aquella empresa. Tratóse de la manera que se debia hacer la guerra, en una junta del reino que para esto tuvieron.

Don Juan maestre de Santiago en Portugal, uno de los hermanos, era de ingenio mas sosegado, y mas prudente: como tal fue de parecer (el cual puso por escrito) que no debian acometer á Africa si no fuese con todas las fuerzas del reino, por ser aquella provincia poderosa en armas, gente y caballos. Decia que muchas veces con gran daño fuera acometida, y al presente seria su perdicion, si no se median con sus fuerzas, y si no sabian enfrenar aquel orgullo, ó celo desapoderado. «Ojalá yo salga mentiroso; pero »si no sosegais esta gana de pelear, y la gobernais »con la razon, los campos de Africa quedarán cu»biertos con nuestra sangre. ¿En esta gente y solda»dos confiais? Antes de la pelea se muestran bravos, »y venidos á las manos, en el peligro y trance cobar»des; pues no tienen uso de las armas, ni fortaleza, »ni vigor en sus corazones, solo número y no mas. »¿Por ventura menospreciais á los moros? temo que »este menosprecio ha de acarrear algun gran mal. »Mirad que irritais una gente muy determinada, sin »número y sin cuento, y que por su ley, por sus ca»sas, por sus hijos, y mujeres pelearan con mayor »ánimo. Direis que vais confiados en el ayuda de »Dios: eso seria, si las vidas y costumbres fueran á »propósito para aplacalle mejores de los que vemos »en esta gente, y si con madureza y con prudencia »se tomaren las armas; que los santos no favorecen »los locos atrevimientos y sándios, antes será por »demás cansallos con plegarias y rogativas no lim»pias. Alguna esperiencia que tengo de las cosas, y »el amor ferviente de la patria y de la salud comun »me hacen hablar así, y temer no cueste á todos muy »caro esta resolucion que teneis en vuestros ánimos »concebida.»

Aprobaban este parecer todas las personas mas recatadas, en especial los infantes don Pedro y don Alonso; solo don Enrique era el que fomentaba los intentos de don Fernando: tenia grande autoridad, por ser el que era, y por sus riquezas y estudios de letras con que acreditaba todo lo demás. Sucedió lo que es ordinario, que los mas y su parecer, aunque peor, prevaleció contra lo que sentia la mejor parte: de suerte que por comun acuerdo se resolvieron en pasar adelante. Apercibieron una armada, y en ella embarcaron hasta seis mil soldados: sonaba la fama que el número de la gente era doblado, es á saber doce mil combatientes, que fue otro nuevo daño. A doce de agosto se hicieron á la vela, y dentro de quince dias llegaron á Africa. En Ceuta donde surgieron, hicieron consulta en qué manera se haria la guerra. Tomaron resolucion de cercar á Tánger, ciudad de romanos antiguamente muy noble, á la sazon pequeña. Está puesta al estrecho en frente de Tarifa: al derredor tiene grandes arenales, por donde el campo no se puede sembrar y es estéril, fuera de algunos bajos y valles que hay, que por regarse con las aguas de cierta fuente que cerca tienen, son de gran frescura y fertilidad.

Los cercados, puesto que por espacio de treinta y siete dias fueron combatidos gallardamente, nunca perdieron el ánimo, antes por la esperanza que tenian de ser presto socorridos, se animaban á defender la ciudad. Acudieron á socorrella los reyes de Fez y de Marruecos y otros señores africanos con seiscientos mil hombres que traian de á pié, y setenta mil de á caballo, maravilloso número, si verdadero: la fama y el ruido suele ser mas que la verdad. ¿A tanta gente cómo podian resistir los portugueses? Pelearon al principio fuertemente, despues cercados por todas partes de muchedumbre tan grande, se hicieron fuertes en sus reales, pero tristes, fijados los ojos en tierra ni respondian, ni preguntaban, antes todo el tiempo que podian, se estaban dentro de las tiendas: la misma luz y trato por la afliccion les era pesada. Trataron de huir; ¿pero á dónde, ó por qué parte, estando todo el campo cubierto de sus contrarios? mayormente que las piedras se levantan contra el que huye. Forzados de necesidad enviaron mensajeros de paz. Los bárbaros respondieron que se despidiesen de ningun concierto, si no fuese que, entregada Ceuta, saliesen de toda Africa. Era cosa muy pesada lo que pedian, y que no estaba en su mano prometello: todavía por el deseo que tenian de salvarse, otorgaron, y por rehenes el general don Fernando y otras personas principales: los demás rotos, sucios y maltratados se fueron primero á Ceuta, y de allí pasaron á Portugal al cabo del año.

Tratóse en Ebora en una junta de señores del asiento que tomaron, y del cumplimiento dél. De comun acuerdo salió decretado que aquellas condiciones, como otorgadas sin voluntad del rey, eran en sí ningunas, y que no se debian cumplir: que la fe dada y la jura se cumplia bastantemente con dejalles los rehenes que en Africa quedaran, para que con sus cabezas pagasen lo que necia y locamente asentaron. Por ventura si con la misma soberbia los necesitaran los bárbaros á prometer que entregarian todo Portugal, era de cumplir la tal promesa, y sufrir que de nuevo los moros pusiesen el pié y el yugo de su imperio y señorío en España? ¿Que si prometieran otras muchas cosas muy indignas, cómo pudiera ser, estuvieran por ventura obligados los portugueses á pasar por ellas? El cautiverio pues de don Fernando fue perpétuo, padeció menguas y prisiones muy graves. Su sepulcro se muestra en la ciudad de Fez puesto en un lugar alto como trofeo que levantaron de nuestra nacion y por memoria de la victoria que ganaron: así el que fue principal en la culpa, acaso, ó por la voluntad de Dios fue mas gravemente que los demás castigado.

CAPITULO XIII.

Cómo el infante don Pedro fue muerto en el cerco de Nápoles.

En España revolvian sospechas de nuevos alborotos por estar gran parte de los grandes aversos de su rey por la prision injusta (como ellos decian) que se hizo en la persona de Pedro Manrique. Asimismo se veian por todas partes entre las personas eclesiásticas grandes contiendas y debates, á causa que el pontífice Eugenio, por tener desde el principio de su pontificado por sospechoso el concilio de Basilea, procuraba disolvelle; que era un camino inventado á propósito para hacer burla y enflaquecer las fuerzas de los concilios, que enfrenaban y ponian algun espanto á los pontífices romanos; pero desistió deste intento por entonces por cartas que en esta razon le vinieron muy graves del emperador Sigismundo, y del cardenal Cesarino su legado. Los padres de Basilea tomando mas autoridad y mano de lo que por ventura fuera justo, y irritados por lo que el papa intentara le hicieron intimar que si no venia en persona al concilio, pronunciarian contra él lo que se acostumbra contra los que desamparan su oficio, y no cumplen con lo que son obligados y con el deber en caso semejante. No quiso obedecer: amenazaban de deponelle y quitalle la autoridad pontifical que tenia.

Este era el intento de los obispos: los príncipes cristianos no se conformaban en un parecer, algunos resistian á aquel intento como arrojado y temerario, por la memoria que tenian de las llagas que en el scisma pasado recibió la Iglesia cristiana, que apenas se habian encorado y sanado; en particular hizo resistencia el emperador Sigismundo, dado que no era nada amigo del pontífice. Poco prestó su autoridad á causa que en el mismo tiempo que estas pláticas se comenzaron, pasó desta vida á nueve de diciembre, mas señalado por la paz de la Iglesia que fundó, y por habella ahora defendido, que por los muchos años que imperó. Sucedió en su lugar su yerno Alberto duque de Austria; que ya era rey de romanos. Coronóse primer dia de enero principio del año 1438, en tiempo que en un lugar que tenia don Alvaro de Luna en Castilla la Vieja llamado Maderuelo, cayeron piedras tan grandes como almohadas pequeñas, que no hacian daño por ser la materia liviana.

Para averiguar el caso y informarse de todo enviaron á Juan de Agreda adalid del rey, que trajo á Roa do halló al rey de Castilla, algunas de aquellas piedras. Dudábase si era buen agüero ó malo, pero ni aun del suceso de la guerra de los moros se entendió bastantemente que era lo que aquellas piedras pronosticaban, ca por una parte Huelma (pueblo que los antiguos llamaron Onova (1), dado que estaba fortificado con número de soldados y con murallas bien fuertes, fue ganada de los moros por la buena industria y esfuerzo de Iñigo Lopez de Mendoza señor de Hita, de cuyo cuidado estaba la frontera de Jaen: por otra parte el alegría no duró mucho á causa que Rodrigo Perea adelantado de Cazorla en una entrada que hizo en tierra de moros, fue muerto por mucho mayor número de enemigos que cargó sobre él, y de mil y cuatrocientos soldados que llevaba, solos veinte escaparon por los piés. Tampoco los moros ganaron la victoria sin sangre, que el mismo capitan que era de los Bencerrajes, y gobernador de Granada, pereció en el encuentro con otros muchos, que fue algun alivio del desastre.

El rey de Aragon por estar agraviado y sentido del pontífice Eugenio parecia ayudar los intentos de los de Basilea, en especial que demás de los desaguisados pasados al presente Juan Vitelesco patriarca de Alejandría con gente del pontífice y por su órden hizo entrada por las fronteras del reino de Nápoles, y con su venida se alteraron y trocaron mucho los ánimos de los naturales, tanto que el príncipe de Taranto y el conde de Casertá se pasaron á la parte del papa, como personas que eran poco constantes en la fe, de ingenio mudable y vario. Al contrario Antonio Colona se reconcilió con el rey de Aragon con esperanza que se le dió de recobrar el principado de Salerno que antes le quitaran. El patriarca fue en breve desbaratado por los de Aragon, y forzado á salirse del reino de Nápoles, si bien venia armado de censuras y con valientes soldados. Los otros señores se redujeron al deber en el mismo tiempo que Renato duque de Anjou, rescatado de la prision en que le tenian, con su armada llegó á Nápoles á diez y nueve de mayo. Su venida fue de poco momento por no traer dinero alguno para los gastos de la guerra, solo los ánimos de muchos se despertaron á la esperanza y deseo de novedades.

En muchas partes se emprendió la llama de la guerra. La mayor fuerza della andaba en las tierras del Abruzo: Jacobo Caldora, capitan muy experimentado, sustentaba en aquella comarca el partido de Renato: él mismo desque supo su venida, le acudió luego en persona, magüer que no muy confiado de la victoria á causa que el partido de Aragon de cada dia mas se adelantaba, y muchos pueblos y castillos por aquella comarca venian en poder de los aragoneses. Renato para ganar reputacion y entretener acordó desafiar al enemigo á hacer campo, y en señal del riepto le envió una manopla, si de corazon no se sabe. Lo que consta es que el Aragonés aceptó, y todo aquel acometimiento se fue en humo, por las diferencias que resultaron, como era forzoso, sobre el dia y el lugar y otras circunstancias del combate.

En Burges el rey de Francia en una junta que hizo de todos los estados de su reino, aprobó los decretos de Basilea por una ley que vulgarmente se llama Pragmática Sanction, por la cual mandó se sentenciasen los pleitos. Dió gran pesadumbre al papa Eugenio aquella ley, porque con ella parecia se quitaba casi toda la autoridad al sumo pontificado en Francia sea en conferir los beneficios, sea en sentenciar los pleitos. Así con mayor resolucion se determinó de disolver el concilio de Basilea, de do procedian tales efectos, demás de otros nuevos miedos que se mostraban. Hizo pues un nuevo edicto, en que pronunció trasladaba el concilio á Ferrara ciudad de la Italia. El legado Cesarino, sabida la voluntad del pontífice, y con él de siete cardenales que eran, los cinco se pasaron á Ferrara: los otros dos se quedaron en Basilea.

La causa que se alegaba para mudar el lugar, era la venida del emperador Juan Paleólogo, y del patriarca de Constantinopla, que pasaron á Italia con intento de unir las iglesias de Oriente, con las de Occidente, y hacer la paz que todos tanto deseaban. Llegados que fueron á Ferrara, les hicieron mucha honra. Sobrevino peste, que forzó de nuevo á pasar el concilio á Florencia cabeza de Toscana. En aquella ciudad con trabajo de muchos dias se disputaron las controversias que entre los latinos y los griegos hay, con mayor ruido y esperanza de presente que provecho para adelante. Los padres de Basilea al principio pretendieron y trataron que los griegos fuesen allá: no salieron con ello. Por esto y por la disolucion del concilio mas irritados contra el pontífice Eugenio que amedrentados, nombraron por presidente en lugar de Cesarino á Ludovico cardenal arelatense. Demás desto trataban de cosas á la república y á la Iglesia perjudiciales y malas. Amenazaban que quitarian á Eugenio el pontificado, y él depuesto, nombrarian otro papa en su lugar.

En Italia á la sazon que Renato duque de Anjou se ocupaba en combatir los castillos que en el Abruzo

(1) Véase el apéndice.

se tenian por sus enemigos, el rey de Aragon animado con la prosperidad de sus cosas se determinó marchar la vuelta de Nápoles, ciudad que era cabeza de la guerra y del reino, y por seguir la gente moza á Renato se hallaba sin bastante guarnicion, ni aun tenia vituallas para muchos dias. En el campo aragonés pasaron alarde hasta quince mil hombres, y en la armada se contaban cuatro galeras, siete naves gruesas, y otro mayor número de bajeles pequeños á propósito que por la mar no entrasen en la ciudad bastimentos. Con este aparejo cercaron por mar y por tierra á veinte y dos de setiembre aquella ciudad, que es de las mas señaladas que tiene Italia, en número de ciudadanos y arreo, magestad de edificios, y en todo lo al. Hallábanse presentes con el rey y en su ejército y campo Mateo Aquaviva, duque de Atri, el conde de Nola, Juan Veintemilla, Pedro Cardona.

Luego que hobieron barreado y fortificado los reales, comenzaron á aparejar escalas y otros ingenios para la batería. Repartiéronse los escuadrones por lugares á propósito para apretar los cercados. Estaban ya para dar el asalto, cuando la fortuna, que tiene por costumbre de jugar y burlarse en las cosas humanas, y mezclar las cosas adversas con las prósperas, trastornó todos los intentos del rey de Aragon con un muy triste desastre. Fue así que el infante don Pedro de Aragon á veinte y tres de octubre, por la mañana salido de los reales, se adelantó un poco para atalayar la ciudad. En esto dispararon una pelota de un tiro de artillería desde la iglesia de nuestra Señora de los Carmelitas, con que le hirieron y mataron (1). Tres veces saltó la bala, y con el cuarto salto que dió, le quebró la cabeza: el cuerpo muerto fue llevado á la Madalena. Acudió á la triste nueva el rey don Alonso su hermano, y besado el pecho del difunto: «Diferente alegría (dice) esperaba de tí, ó »hermano, eterna honra de nuestra patria y partícipe »de nuestra gloria. Dios haya tu alma.» Junto con esto con sollozos y lágrimas á los que presentes se hallaren. «Este dia (dijo) soldados, hemos perdido la flor »de la caballería y de toda la gala: ¡con cuánto dolor »digo estas palabras!» Murió en lo mas florido de su mocedad, en edad de veinte y siete años, sin casarse. Hallóse en muchas guerras, y en ellas ganó prez y honra de valeroso: depositáronle en el castillo del Ovo.

Los soldados vulgarmente y tambien la muchedumbre del pueblo tuvo por mal agüero la muerte de don Pedro en especial que con las muchas aguas no se podia batir la ciudad, ni dar el asalto: por esto alzado el cerco, se retiraron á Cápua. El marqués de Girachi Juan Veintemilla en este medio enviado al encuentro contra Renato, que acudia con gentes para socorrer á los cercados, se encontró con él en el valle de Gardano. Prendió con su llegada al improviso algunos de los enemigos, con que los demás fueron forzados á doblar el camino, y por otra parte pasar á tierra de Nola. Esto hecho, el Veintemilla con su escuadron en ordenanza se volvió al cerco de Nápoles. El rey don Alonso con intento que tenia de volver á la guerra luego que el tiempo diese lugar y se abriese, se determinó de llamar desde España los otros dos sus hermanos.

El deseo que tenia de ganar el reino de Nápoles, era tal que mostraba no hacer caso de los reinos que su padre le dejó, si bien comenzaban á ser trabajados por un buen número de gente francesa, que por estar acostumbrada á robar, debajo de la conducta de Alejandro Borbon hijo bastardo de Juan duque de Borbon rompió por aquellas partes. Llevaban otrosí por capitan á Rodrigo Villandrando, persona que aunque era español y natural de Valladolid, sirvió muy bien al rey de Francia en las guerras contra los ingleses, y de soldado particular llegó á ser capitan, y alguna vez tuvo debajo de su regimiento diez mil hombres. Era robusto de cuerpo, muy colérico. Estaba aquella gente acostumbrada debajo de aquellos capitanes á vivir de rapiña, talar y saquear pueblos y campos como los que tenian el robo por sueldo, y la codicia por gobernalle: hicieron entrada por el condado de Ruysellon. Fue grande el cuidado en que pusieron á los naturales, á la reina de Aragon y al rey de Navarra. Mas fue el miedo que el daño: en breve aquella tempestad se sosegó á causa que los franceses por la aspereza del tiempo dieron la vuelta hácia otra parte, y se retiraron sin hacer en aquel estado algun daño notable.

(1) Sucedió segun Zurita el dia 17.

Aciago año y desgraciado fue este para Portugal así bien por la pérdida tan grande que hicieron en Africa, como por la peste que se derramó casi por todo aquel reino con muerte de gran número de gente. El mismo rey don Duarte en el convento de Tomar en que por miedo se retiró, de una fiebre que le sobrevino, finó á los nueve de setiembre martes. Así lo hallo en las corónicas; mas por cuanto añaden que hobo aquel dia un grande eclipse del sol, es forzoso digamos que finó viernes á los diez y nueve de aquel mes en que fue la conjuncion, y por consiguiente el eclipse. Príncipe que en su reinado no hizo cosas muy notables á causa del poco tiempo que le duró, ca reinó solos cinco años y treinta y siete dias. Fue aficionado á las letras. Dejó escrito un libro de la forma cómo se debe gobernar un reino. Ordenó que el hijo mayor de aquellos reyes en adelante se llamase príncipe, como se hacia en Castilla. Sus hijos fueron don Alonso el mayor, que le sucedió en el reino, bien que no pasaba de seis años: don Fernando duque de Viseo, maestre de Christus y de Santiago, y condestable de Portugal, cuyos hijos fueron doña Leonor reina de Portugal, y doña Isabel duquesa de Berganza; y fuera de otros hijos que tuvo muchos, don Diego á quien dió la muerte el rey don Juan su cuñado, y don Manuel, que llegó finalmente á ser rey de Portugal.

Fue asimismo hija del rey don Duarte la emperatriz doña Leonor mujer de Federico Tercero, y madre de Maximiliano: doña Catalina, que estuvo concertada con diversos príncipes y con ninguno casó; finalmente doña Juana mujer de don Enrique el Cuarto rey de Castilla. El gobierno del reino por la poca edad del nuevo rey quedó encomendado á la reina doña Leonor su madre: así lo dejó dispuesto el rey difunto en su testamento, cláusula de que resultaron grandes debates por estrañar los naturales ser gobernados de mujer, en especial extranjera. Bien es verdad que algunos tenian por ella, obligados por algunas mercedes recebidas antes, ó movidos de algun particular interés. Corrian peligro de venir á las manos y ensangrentarse: finalmente prevalecieron los que eran mas número y mas fuertes. Juntáronse para tomar acuerdo sobre el caso. Salió nombrado por gobernador el infante don Pedro duque de Coimbra, y tio del nuevo rey. El sentimiento de la reina por esta causa fue cual se puede pensar. Despachó sus cartas y embajadores para querellarse del agravio á sus hermanos, y tambien al rey de Castilla su cuñado y primo, diligencias que poco prestaron.

CAPITULO XIV.

De las alteraciones de Castilla.

Por el mes de agosto pasado huyó el adelantado Pedro Manrique, su mujer y dos hijas que con él estaban, del castillo de Fuentidueña en que le tenian preso: descolgóse con cuerdas que echaron por una ventana; fueron participantes y le ayudaron algunos criados del alcaide Gomez Carrillo, de que resultaron nuevas alteraciones. El almirante don Fadrique y don

Pedro de Zúñiga conde de Ledesma se aliaron con el adelantado, y se concertaron para abatir á don Alvaro de Luna. Juntáronse con ellos para el mismo efecto Juan Ramirez de Arellano señor de los Cameros, y Pedro de Mendoza señor de Almazan, y don Luis de la Cerda conde de Medinaceli: allegáronseles poco despues el de Benavente, Juan de Tovar señor de Berlanga, y los dos hermanos Pedro y Suero Quiñones; fuera destos el obispo de Osma don Pedro de Castilla, que en aquella revuelta de los tiempos estaba apoderado de muchos castillos, cosa que era de grande importancia para llevar adelante estos intentos. No era fácil ejecutar lo que pretendian, por la gran privanza, poder y autoridad de don Alvaro. Juntaron en Medina de Ruyseco caballos, armas, soldados y todo lo al que era á propósito para la guerra.

El rey de Castilla para prevenir estos intentos y práticas con presteza desde Madrigal por el mes de febrero, principio del año 1439, se partió para Roa. Iban en su compañía el príncipe don Enrique su hijo, el mismo don Alvaro, los condes de Haro y de Castro, el maestre de Calatrava, los prelados, el de Toledo y el de Palencia: demás destos fray Lope de Barrientos, que poco antes subió á ser obispo de Segovia en premio de las primeras letras que enseñó al príncipe don Enrique. Enviaron los conjurados sus cartas al rey con mucha muestra de humildad: contenian en suma que ellos estaban aparejados para hacer lo que les fuese mandado como vasallos leales, hijos de tales y tan nobles padres, con tal que él mismo ó su hijo el príncipe los mandasen: que no sufrian que el reino fuese gobernado á voluntad de ningun particular, ni que cualquiera que fuese, estuviese apoderado del rey, cosa que ni las leyes de la provincia lo permitian, ni ellos debian disimular afrenta y mengua tan grande. Si por ventura era justo que ni la autoridad de los magistrados, ni la nobleza, ni las leyes se pudiesen defender de un hombre solo, ni enfrenalle? Que si en esto se pusiese remedio, y se diese traza, á la hora dejarian las armas que forzados por su defensa tomaran.

A esta carta no dió el rey alguna respuesta: á la sazon habia llegado Rodrigo de Villandrando de Francia con cuatro mil caballos que traia para servir al rey, con promesa que le darian en premio de su trabajo el condado de Ribadeo. El de Navarra y su hermano el infante don Enrique determinados de ayudarse de la ocasion que las revueltas de Castilla les presentaban, y con deseo de recobrar los estados que los años pasados les quitaran, con quinientos de á caballo se metieron por las tierras de Castilla. No se sabia al principio lo que pretendian: por esto en un mismo tiempo los convidaron á seguir su partido por una parte el rey, y por otra los conjurados. Ellos tomado su acuerdo, se resolvieron que el de Navarra fuese á Cuellar, do se hallaba el rey de Castilla, y don Enrique á Peñafiel, pueblo que fue suyo antes. Era su intento estar á la mira, y aguardar como se disponian aquellas alteraciones, y en qué paraban, y seguir el partido que pareciese mejor y mas á propósito para recobrar sus estados.

Entretanto que esto pasaba, Iñigo de Zúñiga hermano del conde de Ledesma con quinientos de á caballo que traia, se apoderó de Valladolid, villa grande y rica de muchas vituallas. Luego que esto vino á noticia de los conjurados, acudieron allí gran número dellos. El rey de Castilla alterado con esta nueva, y por miedo que aquella rebelion de los suyos no fuese causa de algun grande inconveniente y daño, pasó á Olmedo para desde cerca sosegar aquellas alteraciones, sobre todo para traer á su servicio al infante don Enrique. Con este intento en diversas partes hobo hablas del rey y del infante, primero en Renedo, despues en Tudela, y últimamente en Tordesillas: pláticas todas por demás, porque el infante despues que hobo entretenido la una y la otra parte, al fin se llegó á aquellos señores conjurados; entendióse que con acuerdo del rey de Navarra, que pretendia para todo lo que pudiese suceder en aquella revuelta dejar entrada y tenella para reconciliarse con la una y con la otra parte. Además que muchos de los señores que seguian al rey, y poseian los pueblos que quitaron á los infantes, con diferentes mañas entretenian el efectuarse las paces, por tener entendido que no podrian cuajar, si no se restituian en primer lugar aquellos pueblos.

Andaba la gente congojada y sospensa con sospechas de nueva guerra. Personas religiosas y muy graves, por su santa vida ó por sus letras y erudicion venerables, se pusieron de por medio. Hablaron con aquellos señores, y representáronles el peligro que todos corrian si inquietaban el reino con aquellas diferencias fuera de tiempo; aunque fiasen de sus fuerzas, que no era cordura trocar lo cierto con lo dudoso, y aventurallo: el comenzar la guerra era cosa muy fácil, el remate sin duda seria perjudicial, por lo menos á una de las partes: por tanto que mirasen por sí y por el reino, y con su porfia sin propósito no echasen á perder las casas que tan floridas estaban: que todavía se podrian hacer las paces y amistades, pues aun no se habian ensangrentado entre sí; mas si las espadas se teñian una vez en sangre de hermanos y deudos, con dificultad se podrian limpiar ni venir á ningun buen medio.

La instancia que hicieron fue tal, que los príncipes acordaron de juntarse en Castro Nuño con los del rey para tratar allí de las condiciones y medios de paz. Por el mismo tiempo vino aviso de Italia que Castelnovo en Nápoles sin embargo de la guarnicion que tenia de aragoneses, y que el rey de Aragon con todo cuidado procuró dalle socorro, apretado con un largo cerco por falta de vituallas se entregó á los enemigos á veinte y cuatro de agosto; todavía que aquel daño bastantemente recompensó el de Aragon con recobrar como recobró la ciudad de Salerno y ganar otros muchos lugares y plazas. Entre los grandes de Castilla y el rey se hizo confederacion en Castro Nuño con estas condiciones: don Alvaro de Luna se ausente de la córte por espacio de seis meses, sin que pueda escribir ninguna carta al rey: á los hermanos rey de Navarra y el infante les vuelvan sus estados y lugares y dignidades, por lo menos cada año tanta renta cuanto los jueces árbitros determinaren: las compañías de soldados y las gentes y campos se derramen: los conjurados quiten las guarniciones de los castillos, y pueblos que tomaron; ninguno sea castigado por haber seguido antes el partido de Aragon y al presente á los conjurados. Con esto al infante de Aragon don Enrique fue restituido el maestrazgo de Santiago, al de Navarra la villa de Cuellar; á don Alvaro de Luna en recompensa della dieron a Sepúlveda.

El rey de Castilla, hecho esto, se fue á la ciudad de Toro: allí le vino nueva que la infanta doña Catalina mujer del infante de Aragon don Enrique falleció de parto en Zaragoza á diez y nueve de octubre sin dejar sucesion alguna. Fueron á dar el pésame al infante de parte del rey de Castilla el obispo de Segovia y don Juan de Luna prior de San Juan. Don Alvaro de Luna en cumplimiento de lo concertado se partió á los veinte y nueve de octubre á Sepúlveda con mayor sentimiento de lo que fuera razon, tanto que con ser persona de tanto valor, ni podia enfrenar la saña ni templar la lengua; solo le entretenia la esperanza que presto se mudarian las cosas y se trocarian. Hiciéronle compañía á su partida Juan de Silva alférez mayor del rey, Pedro de Acuña y Gomez Carrillo con otros caballeros nobles que se fueron con él, quién por haber recebido dél mercedes, quién por esperanza que sus cosas se mejorarian. Esto en España

En el concilio Basilense últimamente condenaron al papa Eugenio, y en su lugar nombraron y adoraron á Amadeo á cinco de noviembre con nombre de Felix Quinto. Por espacio de cuarenta años fue primero conde de Saboya y despues duque, últimamente renunciado el estado y los regalos de su córte, vivia retirado en una soledad con deseo ardiente de vida mas perfecta, acompañado de otros seis viejos que llevó consigo, escogidos de entre sus nobles caballeros. Sucedió muy á cuenta del papa Eugenio que los príncipes cristianos hicieron muy poco caso de aquella nueva eleccion, hasta el mismo Philipo duque de Milan, bien que era yerno de Amadeo, y enemigo de venecianos y del papa Eugenio, no se movió á honrar, acatar y dar la obediencia al nuevo pontífice: lo mismo el rey de Aragon, no obstante que se tenía por ofendido del mismo papa Eugenio, á causa que favorecia con todas sus fuerzas á Renato su enemigo. Todos creo yo se entretenian por la fresca memoria del scisma pasado y de los graves daños que dél resultaron; además que la autoridad de los padres de Basilea iba de caida, y sus decretos que al principio fueron estimados, ya tenian poca fuerza, dado que no se partieron del concilio hasta el año cuarenta y siete desta centuria y siglo, en el cual tiempo amedrentados por las armas de Ludovico delphin de Francia que acudió á desbaratallos, y forzados del mandato del emperador Federico que sucedió á Alberto, despedido arrebatadamente el concilio, volvieron á sus tierras. El mismo Félix, nuevo pontífice, poco despues con mejor seso dejadas las insignias de pontífice, fue por el papa Nicolao sucesor de Eugenio hecho cardenal y legado de Saboya. Este fin, aunque no en un mismo tiempo, tuvieron las diferencias de Castilla y las revueltas de la Iglesia: principio de otras nuevas reyertas, como se declarará en el capítulo siguiente.

CAPITULO XV.

De otras nuevas alteraciones que hobo en Castilla.

Parecia estar sosegada Castilla y las guerras civiles no de otra suerte que si todo el reino con el destierro de don Alvaro de Luna quedara libre y descargado de malos humores, cuando repentinamente y contra lo que todos pensaban, se despertaron nuevos alborotos. La causa fue la ambicion, enfermedad incurable, que cunde mucho y con nada se contenta: siempre pretende pasar adelante sin hacer diferencia entre lo que es lícito, y lo que no lo es. El rey era de entendimiento poco capaz, y no bastante para los cuidados del gobierno, sino era ayudado de consejo y prudencia de otro. Por entender los grandes esto, con varias y diversas mañas y por diferentes caminos cada cual pretendia para sí el primer lugar acerca dél en privanza y autoridad: sobre todo se señalaba el almirante don Fadrique, hombre de ingenio sagaz, vario, atrevido, al cual don Alvaro pretendió con todo cuidado dejar en su lugar, y para esto hizo, todo buen oficio con el rey antes de su partida. Los infantes de Aragon llevaban mal ver burlados sus intentos, y que el fruto de su industria en echar á don Alvaro se le llevase el que menos que nadie quisieran; poca lealtad hay entre los que siguen la córte y acompañan á los reyes.

Sucedió que sobre repartir en Toro los aposentos riñeron los criados y allegados de la una parte y de la otra, y parecia que de las palabras pretendian llegar á las manos y á las puñadas. El rey tenia poca traza para reprimir á los grandes: así por consejo de los que á don Alvaro favorecian, se salió de Medina del Campo, y con muestra que queria ir a caza, arrebatadamente se fué á meter en Salamanca, ciudad grande y bien conocida, por principio del año 1440. Fueron en pos dél los infantes de Aragon, los condes de Benavente, de Ledesma, de Haro, de Castañeda y de Valencia demás destos Iñigo Lopez de Mendoza. Todos salieron de Madrigal acompañados de seiscientos de á caballo con intento si les hacian resistencia, de usar de fuerza y de violencia, que era todo un miserable y vergonzoso estado del reino.

Apenas se hobo el rey de Castilla recogido en Salamanca (1) cuando avisado como venian los grandes, á toda priesa partió para Bonilla, pueblo fuerte en aquellas comarcas así por la lealtad de los moradores, como por sus buenas murallas. Desde allí envió el rey embajadores á los infantes de Aragon: ellos con seguridad que les dieron fueron primero á Salamanca, y poco despues á Avila, do eran idos los grandes conjurados con intento de apoderarse de aquella ciudad. El principal que andaba de por medio entre los unos y los otros, fue don Gutierre de Toledo arzobispo á la sazon de Sevilla, que en aquel tiempo se señaló tanto como el que mas en la lealtad y constancia que guardó para con el rey; escalon para subir á mayor dignidad. De poco momento fue aquella diligencia. Solamente los grandes, con la buena ocasion de hombre tan principal, y tan á propósito, escribieron al rey una carta aunque comedida, pero llena de consejos muy graves sacados de la filosofía moral y política. Lo principal á que se enderezaba, era cargar á don Alvaro de Luna: decian estar acostumbrado á tiranizar el reino, apoderarse de los bienes públicos y particulares, corromper los jueces, sin tener respeto ni reverencia alguna ni á los hombres, ni á Dios.

El rey no ignoraba que parte destas cosas eran verdaderas, parte levantadas por el odio que le tenian; pero como si con bebedizos tuviera el juicio perdido, se hacia sordo á los que le amonestaban lo que le convenía. No dió repuesta á la carta. Los grandes enviaron de nuevo por sus embajadores á los condes de Haro y de Benavente: ellos hicieron tanto que el rey vino en que se tuviesen córtes del reino en Valladolid. Querian se tratase en ellas entre el rey y los grandes de todo el estado de la república; y en lo que hobiese diferencias, acordaron se estuviese por lo que los dichos condes como jueces arbitros determinasen. Sucedió que ni se restituyeron las ciudades de que los señores antes desto se apoderaran, y de nuevo se apoderaron de otras, cuyos nombres son estos: Leon, Segovia, Zamora, Salamanca, Valladolid, Avila, Burgos, Plasencia, Guadalajara; fuera desto poco antes se enseñoreó el infante don Enrique de Toledo por entrega que della le hizo Pero Lopez de Ayala, que por el rey era alcaide del alcázar y gobernador de la ciudad, y como tal tenia en ella el primer lugar en poder y autoridad.

En las córtes de Valladolid que se comenzaron por el mes de abril, lo primero que se trató, fue dar seguridad á don Alvaro de Luna y hacello volver á la córte. Estaba este deseo fijado en el pecho del rey, á cuya voluntad era cosa no menos peligrosa hacer resistencia, que torpe condescender con ella: tuvo mas fuerzas el miedo que el deber, y así por consentimiento de todos los estados se escribieron cartas en aquella sustancia. Cada cual procuraba adelantarse en ganar la gracia de don Alvaro, y pocos cuidaban de la razon; la vuelta de don Alvaro sin embargo no se efectuó luego. Despues desto las ciudades levantadas volvieron á poder del rey, en particular Toledo. Tratóse que se hiciese justicia á todos y dar traza para que los jueces tuviesen fuerza y autoridad. A la verdad era tan grande la libertad y soltura de aquellos tiempos, que ninguna seguridad tenia la inocencia; la fuerza y robos prevalecian por la flaqueza de los magistrados. Toda esta diligencia fue por demás, antes resultaron nuevas dificultades á causa que el príncipe de Castilla don Enrique se alteró contra su

(1) Segun la *Crónica* no fue recogido en esta ciudad.

padre y apartó de su obediencia. Tenia mala voluntad á don Alvaro, y pesábale que volviese á palacio: sospecho que por la fuerza de alguna maligna constelacion sucedió por estos tiempos que los privados de los príncipes tuviesen la principal autoridad y mando en todas las cosas, de que dan bastante muestra estos dos príncipes padre y hijo, ca por la flaqueza de su entendimiento, y no mucha prudencia, se dejaron siempre gobernar por sus criados. Juan Pacheco hijo de Alonso Giron señor de Belmonte se crió desde sus primeros años con el príncipe don Enrique, y por la semejanza de las costumbres, ó por la sagacidad de su ingenio acerca dél alcanzó gran privanza y cabida. Parecia que con derribar á don Alvaro de Luna que le asentó con el príncipe, pretendia (como lo hizo) alcanzar el mas alto lugar en poder y riquezas. Este fue el pago que dió al que debia lo que era: poca lealtad se usa en las córtes, y menos agradecimiento. Las sospechas que nacieron entre el rey y su hijo en esta sazon, llegaron á que el príncipe don Enrique un dia se salió de palacio: decia que no volveria, si no se despedian ciertos consejeros del rey, de quien él se tenia por ofendido; verdad es que ya muy noche á instancia del rey de Navarra su suegro volvió á palacio y á su padre.

Para mas sosegalle dieron órden de celebrar sus bodas con mayor presteza que pensaban. A doña Blanca su esposa trajo la reina su madre á la raya de Navarra, donde don Alonso de Cartagena obispo de Burgos, el conde de Haro y el señor de Hita, que enviaron para este efecto, la acompañaron hasta Valladolid. Allí á veinte y cinco de setiembre se celebraron las bodas con grandes fiestas. En una justa ó torneo fue mantenedor Rodrigo de Mendoza mayor-



Don Iñigo Lopez de Mendoza.

domo de la casa real: regocijo muy pesado; murieron en él algunos nobles á causa que pelearon con lanzas de hierros acerados á punta de diamante, como se hace en la guerra. Sacaron todos los señores ricas libreas y trajes á porfía, hicieron grandes convites y saraos, ca á la sazon los nobles no menos se daban á estas cosas que á las de la guerra y á las armas. Aguó la fiesta que la nueva casada se quedó doncella, cosa que al principio estuvo escreto: despues como por la fama se divulgase, destempló grandemente la alegría pública de toda la gente.

Por el mismo tiempo en Francia se trató de hacer las paces entre los ingleses y franceses. Púsose de por medio el duque de Borgoña, que encomendó este cuidado á doña Isabel su mujer persona de sangre real, tia del rey de Portugal, conforme á la costumbre recebida entre los franceses que por medio de las mujeres se concluyan negocios muy graves. A la raya de Flandes fué doña Isabel, y vinieron los embajadores ingleses, comenzóse á tratar de las paces, empresa de gran dificultad, y que no se podia acabar en breve. Dióse libertad, á Cárlos duque de Orliens: vinieron en ello el rey de Ingalaterra, en cuyo poder estaba, y el duque de Borgoña, tambien interesado á causa de la muerte de su padre, que los años pasados se cometió en Paris. Para concluir esta querella el Borgoñon por su rescate pagó al Inglés cuatrocientos mil ducados, y se puso por condicion que entre los borgoneses y los de Orliens hobiese perpetuo olvido de los disgustos pasados, y que por estar aquel príncipe cautivo sin mujer para mas seguridad casase con Margarita hija del duque de Cleves, y de hermana del duque de Borgoña. Desta manera veinte y cinco años despues que el duque de Orliens en las guerras pasadas fue preso cerca de un pueblo llamado Blangio, volvió á su patria y á su estado, y en la

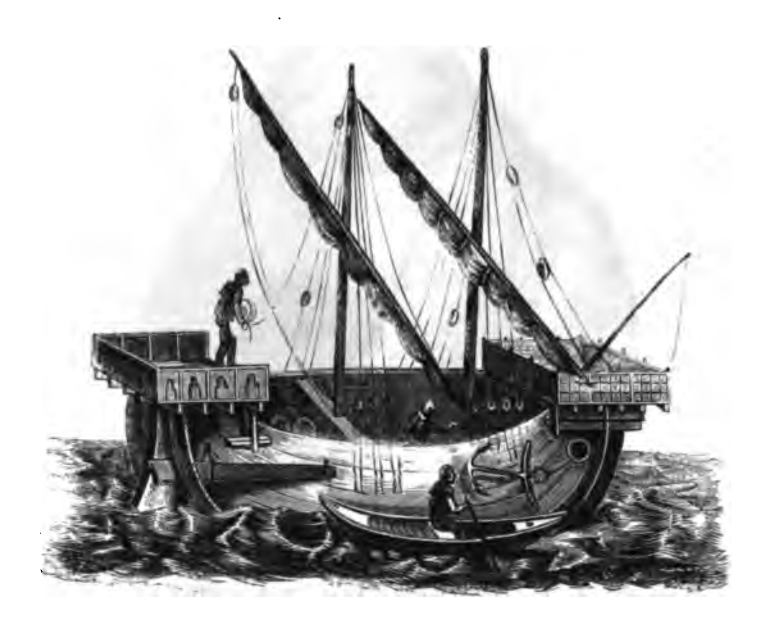
de adelante guardó lo que puso con sus contrarios con mucha lealtad: el casamiento asimismo que concertaron como prendas de la amistad, se efectuó.

CAPITULO XVI.

Cómo el rey de Castilla fue preso.

En el mismo tiempo que se hacian los regocijos por las bodas del príncipe don Enrique con doña Blanca, falleció el adelantado Pedro Manrique, persona de pequeño cuerpo, de gran ánimo, astuto, atrevido, pero buen cristiano, y de gran industria en cualquier negocio que tomaba en las manos. Sucedió en el adelantamiento y estado su hijo Diego Manrique, que fue tambien conde de Treviño. Don Alvaro dado que ausente, y residia de ordinario en Escalona, todavía por sus consejos gobernaba el reino, cosa que llevaban mal los alterados, y mas que todos el príncipe don Enrique, tanto que al fin deste año dejado su padre se partió para Segovia, mostrándose aficionado al partido de los infantes de Aragon. Ayudaba para esto Juan Pacheco como su mayor privado que era y soplaba el fuego de su ánimo apasionado. La ciudad de Toledo tornó otra vez á poder de don Enrique de Aragon, ca Pero Lopez de Ayala le dió en ella entrada contra el órden espreso que tenia del rey: añadieron á esto los de Toledo un nuevo desacato, que prendieron los mensajeros que el rey enviaba á quejarse de su poca lealtad.

Alterado pues el rey, como era razon, á grandes jornadas se partió para allanarla: iba acompañado de pocos, asegurado que no perderian respeto á su magestad real; pero como quier que no le diesen entrada en la ciudad, reparó en el hospital de San Lázaro, que está en el mismo camino real por donde se va á Madrid. Salió don Enrique de Aragon fuera de la puerta de la ciudad acompañado de docientos de á caballo: los del rey en aquel peligro bien que tenian alguna esperanza de prevalecer, el miedo era mayor, por ser en pequeño número para hacer rostro á gente armada: con todo esto tomaron las armas, y fortificáronse como de repente pudieron con trincheas



Nave de esta época.

y con reparos. Fuera muy grande la desventura aquel dia, si el infante don Enrique por no hacerse mas odioso si hacia algun desacato á la magestad real, sin llegar á las manos no se volviera á meter en la ciudad. Esto fue dia de la Circuncision, entrante el año 1441. Mostróse muy valeroso en defender al rey, y fortificar el hospital en que estaba, el capitan Rodrigo de Villandrando; en premio y para memoria de lo que hizo aquel dia, le fue dado un privilegio plomado, en que se concedió para siempre á los condes de Rivadeo que todos los primeros dias del año comiesen á la mesa del rey, y les diesen el vestido que vistiesen aquel dia.

El rey partió para Torrijos: dejó para guarda de aquel lugar á Pelayo de Ribera señor de Malpica con ciento de á caballo: desde allí pasó á Avila; acudió don Alvaro á la misma ciudad para tratar sobre la guerra que tenian entre las manos. Con su venida se irritaron y desabrieron mas las voluntades de los príncipes conjurados; la mayor parte dellos alojaba en Arévalo: hasta la misma reina de Castilla daba orejas á las cosas que se decian contra el rey por estar mas inclinada y tener mas amor á su hijo y á sus hermanos. Fueron de parte del rey á aquel lugar los obispos de Burgos y de Avila para ver si se podria hallar algun camino de concordar aquellas diferencias. Hizo poco fruto aquella embajada. Diego de Valera, un hidalgo que andaba en servicio del príncipe don Enrique, escribió al rey una carta desta sustancia: «La »debida lealtad de súbdito no me consiente callar, »como quiera que bien conozco no ser pequeña osa»dia hacer esto. Cuantos trabajos haya padecido el »reino por la discordia de los grandes, no hay para »que relatallo; seria cosa pesada y por demás tocar »con la pluma las menguas de nuestra nacion y nues»tras llagas. Las cosas pasadas fácilmente se pueden »reprehender y tachar, lo que hace al caso es poner »en ellas algun remedio para adelante. Tratar de las »causas y movedores destos males, ¿qué presta? sea »de quien se fuere la culpa, pues estais puesto por »Dios por gobernador del género humano, debeis »principalmente imitar la clemencia divina y su be»nignidad en perdonar las ofensas de vuestros vasa»llos: entonces la clemencia merece mayor loa cuan»do la causa del enojo es mas justificada. Llamamos »á vuestra alteza padre de la patria: nombre que debe »servir de aviso, y traeros á la memoria el amor de »padre, que es presto para perdonar y tardío para

»castigar. Dirá alguno: ¿cómo se podrán disimular »sin castigo desacatos tan grandes? Por ventura ¿no »será mejor forzar por mal aquellos que no se deja»ron vencer por buenas obras? Verdad es esto, toda»vía cuando en lo que se hace, hay buena voluntad, »no deseo de ofender, el yerro no se debe llamar in»juria. En ninguna cosa se conoce mas la grandeza de »ánimo (virtud propia de los grandes príncipes) que »en perdonar las injurias de los hombres; y es justo »huir los trances varios y dudosos de la guerra, y an»teponer la paz cierta á la victoria dudosa, la cual si »bien estuviese muy cierta, la desgracia de cual»quiera de las partes que sea vencida, redundará en vuestro daño; que por vuestros debeis contar señor »los desastres de vuestros vasallos. Ruego á Dios »que dé perpetuidad á las mercedes que nos ha he»cho, conserve y aumente la prosperidad de nuestra »nacion, incline sus orejas á nuestras plegarias, y las »vuestras á los que os amonestan cosas saludables. »El sea de vos muy servido, y vos de los vuestros »amado y temido.»

Leida esta carta delante del rey y despues en consejo, diversamente fue recebida conforme al humor de cada cual. Todos los demás callaban, solo el arzobispo don Gutierre de Toledo con soberbia y arrogancia. Dénos (dice) Valera ayuda, que consejo no nos falta. Fue este Valera persona de gran ingenio, dado á las letras, diestro en las armas, demas de otras



Alonso Tostado.

gracias de que ninguna persona (conforme á su poca hacienda) fue mas dotado. En dos embajadas en que fue enviado á Alemania, se señaló mucho: compuso una breve historia de las cosas de España, que de su nombre se llama la historia Valeriana: bien que hay otra Valeriana de un arcipreste de Murcia cual se cita en estos papeles.

El príncipe don Enrique llamado por su padre fue á Avila para tratar de algun acuerdo de paz: en estas vistas no se hizo nada. El príncipe vuelto á Segovia, suplicó á las dos reinas su madre y su suegra (la cual á la sazon se hallaba en Castilla) se llegasen á Santa María de Nieva para ver si por medio suyo se pudiesen sosegar aquellas parcialidades. En aquella villa falleció la reina de Navarra doña Blanca primer dia de abril: sepultáronla en el muy devoto y muy afamado templo de aquella villa: así se tiene comunmente y grandes autores lo dicen, dado que ningun rastro hoy se halla de su sepultura, ni allí ni en Santa María de Uxue, donde mandó en su testamento que la llevasen; que hace maravillar haberse perdido la memoria de cosa tan fresca. Los frailes de Santo Domingo de aquel monasterio de Nieva afirman que los huesos fueron de allí trasladados, mas no declaran cuándo ni á qué lugar.

Sucedió en el reino don Carlos príncipe de Viana su hijo como heredero de su madre: no se llamó rey sea por contemplacion de su padre, sea por conformarse con la voluntad de su madre, que así lo tenian antes concertado. Este príncipe don Carlos fue dado á los estudios y á las letras, en que se ejercitó no para vivir en ocio, sino para que ayudado de los consejos y avisos de la sabiduría, se hiciese mas idóneo para gobernar. Andan algunas obras suyas, como son las Ethicas de Aristóteles que tradujo en lengua castellana, una breve historia de los reyes de Navarra, demás destos elegantes versos, trovas y composiciones, que él mismo solia cantar á la vihuela, mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre mas manso: era de edad de veinte y un años cuando su madre finó. Con la muerte desta señora cesaron las práticas de la paz, y la reina de Castilla se volvió á Arévalo do antes se tenia.

La llama de la guerra se emprendió en muchos lugares. Los principales capitanes y cabezas de los alterados eran don Enrique de Aragon, y el almirante del mar y el conde de Benavente. Hacíase la guerra en particular en las comarcas de Toledo: don Alvaro de Luna desde Escalona con sus fuerzas y las de su hermano el arzobispo de Toledo defendia su partido con gran esfuerzo: los sucesos eran diferentes, cuándo prósperos, cuándo desgraciados. Iñigo Lopez de Mendoza cerca de Alcalá, villa de que se apoderara, y se le habia quitado al arzobispo de Toledo, en una zalagarda que le paró Juan Carrillo adelantado de Cazorla, se vió en gran peligro de ser muerto, tanto que degollados los que con él iban, él mismo, herido escapó con algunos pocos. Por el mismo tiem

po junto á un lugar llamado Gresmonda un escuadron de los mal contentos fue desbaratado por la gente de don Alvaro. Pereció en la refriega Lorenzo Dávalos, nieto del condestable don Ruy Lopez Dávalos, cuyo desastre desgraciado cantó el poeta cordobés Juan de Mena con versos llorosos y elegantes; persona en este tiempo de mucha erudicion, y muy famoso por sus poesías y rimas que compuso en lengua vulgar: el metro es grosero como de aquella era, el ingenio elegante, apacible y acomodado á las orejas y gusto de aquella edad. Su sepulcro se ve hoy en Tordelaguna villa del reino de Toledo: su memoria dura y durará en España.

Por el mismo tiempo el rey de Navarra pasó con buen número de gente á Castilla la Nueva en ayuda de los desabridos á causa que los enemigos eran mas fuertes, y llevaban lo mejor: los unos y los otros derramados por los campos y pueblos hacian robos, estragos, fuerza á las doncellas y á las casadas: estado miserable. En Castilla la Vieja el rey se apoderó de Medina del Campo y de Arévalo, villas que quitó al rey de Navarra, cuyas eran. En aquella comarca en una aldea llamada Nabarro tuvo el rey habla con la reina viuda doña Leonor, que venia de Portugal. Tuvieron diversas pláticas secretas: no se pudo concluir nada en lo que tocaba á la paz con los alterados, por estar el rey muy ofendido de tantos desacatos como le hacian cada dia; solo resultó que para componer las diferencias de Portugal se enviaron embajadores que amonestasen y requiriesen á don Pedro duque de Coimbra hiciese lo que era razon. Lo mismo hizo el rey don Alonso de Aragon, que despachó sobre el caso una embajada desde Italia hasta Portugal. Todas estas diligencias salieron en vano á causa que don Pedro gustaba de la dulzura del mandar, y los portugueses persistian en no querer recebir ni sufrir gobierno extranjero. Las guerras que el uno y el otro príncipe tenian entre las manos, no daban lugar á valerse de las armas y de la fuerza. Visto esto, la reina doña Leonor perdido el marido, apartada de sus hijos, despojada del gobierno, hasta el fin de la vida se quedó en Castilla.

Los infantes de Aragon movidos del peligro que corrian, del reino de Toledo se fueron apriesa á Castilla la Vieja para volver por lo que les tocaba: Arévalo por la aficion que los moradores les tenian, sin tardanza les abrió las puertas, pasaron á Medina del Campo do el rey estaba, pusieron sobre ellas sus estancias, hiciéronse algunas escaramuzas ligeras, mas sin que sucediese alguna cosa memorable. No duró mucho el cerco á causa que algunos de la villa dieron de noche entrada en ella á los conjurados, con que la tomaron sin sangre. El rey de Castilla, sabido el peligro, tenia puesta gente de á caballo en las plazas y á las bocas de las calles. Los del pueblo estábanse quedos en sus casas, sin querer acudir á las armas por miedo del peligro, ó por el aborrecimiento de aquella guerra civil. Don Alvaro de Luna y su hermano el arzobispo, y con ellos el maestre de Alcántara por la puerta contraria sin ser conocidos, bien que pasaron por medio de los escuadrones de los contrarios, se salieron disfrazados: el rey les avisó corrian peligro sus vidas, si con diligencia no se ausentaban, por estar contra ellos los alterados mal enojados.

Llegaron los conjurados á besar la mano al rey así como le hallaron armado, y con muestra de humildad y comedimiento poco agradable le acompañaron hasta palacio. Entonces los vencidos y los vencedores se saludaron, y abrazaron entre sí, alegría mezclada con tristeza: maldecian todos aquella guerra, en que ninguna cosa se interesaba, y las muertes y lloros eran ciertos por cualquiera parte que la victoria quedase. Acudieron las reinas y el príncipe don Enrique con la nueva deste caso, y despues de largas y secretas pláticas que con el rey tuvieron, mudaron en odio de don Alvaro los oficiales y criados de la casa real. Juntamente hicieron salir de la villa á don Gutierre Gomez de Toledo arzobispo de Sevilla, y á don Fernando de Toledo conde de Alba, y á don Lope de Barrientos obispo de Segovia. La mayor culpa que todos tenian, era la lealtad que con el rey guardaron, dado que les achacaban que tenian amistad con don Alvaro, y que podian ser impedimento para sosegar aquellas alteraciones.

Tratóse de hacer conciertos, sin que nadie contrastase: el rey estaba detenido como en prision y en poder de sus contrarios. Nombráronse jueces árbitros con poderes muy bastantes: estos fueron la reina de Castilla y su hijo el príncipe don Enrique, el almirante don Fadrique y el conde de Alba, que por respeto le hicieron volver á la córte. En la sentencia que pronunciaron, condenaron á don Alvaro que por espacio de seis años no saliese de los lugares de su estado que le señalasen; en especial le mandaron no escribiese al rey si no fuesen mostradas primero las copias de las cartas á la reina y al príncipe don Enrique: demás de esto que no hiciese nuevas ligas, ni tuviese soldados á sus gajes; finalmente que para cumplimiento de todo esto diese en rehenes y por prenda á su hijo don Juan, y pusiese en tercería nueve castillos suyos dentro de treinta dias.

Sabidas estas cosas por don Alvaro, fue grande su sentimiento, tanto que no podia reprimir las lágrimas, ni se sabia medir en las palabras ni templarse: lo cual unos echaban á ambicion, otros lo escusaban: decian que por su nobleza y gran corazon no podia sufrir afrenta tan grande. Sin embargo deste su sentimiento y caida, no dejaba de pensar nuevas trazas para tornar á levantarse; mas al caido pocos guardan lealtad, y todas las puertas le tenian cerradas, en especial que los alterados se fortalecian con nuevos parentescos y matrimonios. Concertaron á doña Juana hija del almirante don Fadrique con el rey de Navarra: con don Enrique su hermano á doña Beatriz hermana del conde de Benavente. El que movió y concluyó estos desposorios, fue don Diego Gomez de Sandoval conde de Castro, que en aquella sazon andaba en la córte del príncipe don Enrique y le acompañaba, persona de grandes inteligencias y trazas; y en este particular pretendia que unidos entre sí estos príncipes, y asegurados unos de otros, con mayor cuidado tratasen como lo hicieron, y procurasen la caida del condestable don Alvaro de Luna.

CAPITULO XVII.

Que el rey de Aragon se apoderó de Nápoles.

Concluida la guerra civil, parece comenzaba en España algun sosiego; por todas partes hacian fiestas y se regocijaba el pueblo; al contrario Italia se abrasaba con la guerra de Nápoles. Las fuerzas de Renato con la tardanza y dilacion se enflaquecian: su mujer y hijos eran idos á Marsella, muestra de tener muy poca esperanza de salir con aquella empresa; así lo entendia el vulgo, que á nadie perdona, y suele siempre echar las cosas á la peor parte. Es de gran momento la opinion y fama en la guerra: así desde aquel tiempo hobo gran mudanza en los ánimos, mayormente por la falta que les hizo Jacobo Caldora, en quien estaba el amparo muy grande de aquella parcialidad, ca era grande la esperiencia que tenia de la guerra y ejercicio de las armas. Su muerte fue de repente. Queria saquear el lugar de Circello que es de la jurisdicion del papa, cuando cayó sin sentido en tierra, y llevado á su alojamiento, en breve rindió el alma; los demás de su linaje, que era muy poderoso y grande, se pasaron por su muerte á la parte aragonesa que cada dia se mejoraba. Ganaron la ciudad de Aversa, rindieron la de Calabria, desbarataron la

gente de Francisco Esforcia cerca de Troya, ciudad de la Pulla: todos efectos de importancia. Sin embargo el pontífice Eugenio hizo luego liga con los venecianos y florentines y ginoveses con intento de echar los aragoneses de toda Italia.

Con este acuerdo el cardenal de Trento con diez mil soldados se metió por las tierras de Nápoles: hizo poco efecto toda aquella gente como levantada apriesa, y que tenia diversas costumbres, voluntades y deseos, antes por el mismo tiempo la gente aragonesa marchó la vuelta de Nápoles: dentro de la ciudad se estuvo Renato con pretension que tenia de defendella, visto que perdida aquella ciudad, se arriscaba todo lo demás. No salió á dar la batalla, creo por no asegurarse de la constancia de los naturales, ó desconfiado de sus fuerzas si se viniese á las manos. Los de Génova trajeron algunas pocas vituallas á los cercados, y algun socorro de soldados: pequeño alivio por la gran muchedumbre que se hallaba en la ciudad, que fue causa de encarecerse los mantenimientos, y que el moyo de trigo costase mucho dinero. Hobo personas que en junta pública con el atrevimiento que la hambre les daba, persuadieron á Renato que de cualquiera manera se concertase con los contrarios.

El cerco iba adelante, y juntamente crecia la falta de lo necesario: por esto uno por nombre Anello con otro su hermano de profesion albañires, huidos de la ciudad, dieron aviso se podria tomar sin gran peligro, si les gratificasen su trabajo y industria. La entrada era por un acueducto ó caños debajo de tierra, por donde para comodidad de la ciudad el agua de una fuente que cerca caia, se encaminaba á los pozos. Pretendian meter gente secretamente por estos caños. Escogieron doscientos soldados, hombres valientes, con órden que todos obedeciesen á los dos hermanos. La subida era dificil, la entrada y paso estrecho, los mas se quedaron atrás, espantados del peligro, ó por ser pesados de cuerpo, solos cuarenta pasaron adelante. Arrancaban piedras con palancas y picos do impedian el paso, y á los que temian por ser el camino tan estraordinario, animaban los dos hermanos con palabras y con ejemplo, y algunas veces les ayudaban á subir con dalles la mano. La porfia y esfuerzo fue tal, que llegaron al pozo de una casa particular: una mujercilla (cuya era la casa) visto los soldados, dió luego gritos, con que se descubriera la celada, si prestamente no le taparan la boca.

Gastóse tiempo en la entrada, era salido el sol, y ninguna cosa avisaban, ni daban muestra de ser entrados, no se sabe si por miedo ó por descuido. Sospechaban que todos eran degollados, y todavía las compañías que tenian apercebidas, acometieron á escalar la muralla: aflojaba la pelea por no sentirse en la ciudad ruido alguno. Los cuarenta soldados, movidos y animados por la vocería de los que peleaban, ó forzados de la necesidad y darse por perdidos si los sentian, se apoderaron de una torre, del adarve que cerca caia, y no tenia guarda, llamada Sophia. Acudió el rey de Aragon para socorrellos: acudió al tanto Renato al peligro. Fuera fácil recobrar la torre, y lanzar della á los aragoneses, mas los de fuera acudieron muy de priesa y pusieron temor á los contrarios: lo que á los de dentro causó espanto, á los aragoneses que estaban en la torre, hizo cobrar ánimo. Dióse el asalto por muchas partes, finalmente quebrantadas algunas puertas entraron los de Aragon en la ciudad.

Renato sin saber á qué parte debia acudir (bien que se mostró no solo prudente capitan, sino valiente soldado, tanto que por su mano mató muchos de los contrarios) perdida al fin la esperanza de prevalecer, se recogió al castillo: algunas casas fueron saqueadas, pero no mataron á nadie. Luego que entró el rey, se puso tambien fin al saco: desta manera los aragoneses se apoderaron de Nápoles dia sábado á dos de junio año del Señor de 1442. Los soldados fueron por el rey en público alabados y premiados magníficamente conforme á como cada uno se señalara: don Jimeno de Urrea, don Ramon Boyl y don Pedro de Cardona, que eran los principales capitanes en el ejército; fue tambien premiado Pedro Martinez capitan de los soldados que entraron por los caños. Con los dos hermanos albañires se cumplió lo prometido bastantemente, promesas y paga mayores que llevaba su estado: con la cual fiucia tuvieron ánimo para acometer aquella hazaña. Notaban los hombres curiosos que casi por la misma forma ganó aquella ciudad de los godos el capitan Belisario.

Renato por no quedalle alguna esperanza de repararse, perdida aquella noble ciudad, poco despues se concertó con el contrario que le dejase ir libre á él y á los suyos, y entregaria lo que le quedaba. Tomado este asiento, partió para Florencia á verse con el papa Eugenio, desde allí pasó á Francia: su partida allanó todo lo demás. El Abruzo y la Pulla con todos los demás pueblos que hasta entonces rehusaron el señorío de Aragon, y se tenian por Francia, pretendian recompensar las culpas pasadas con mayores servicios, y se daban priesa á rendirse, ca no querian con la tardanza irritar la saña del vencedor. Por este órden quedó apaciguada Italia en gran parte.

España dado que se hallaba cansada de males tan largos, y que entre los príncipes se habian concertado las paces, aun no sosegaba de todo punto: los caballeros antes desavenidos entre sí, al presente menos se enfrenaban por el poco caso que hacian de los que gobernaban. Seria cosa larga relatallo todo por menudo. Las principales diferencias y alteraciones fueron estas: estaba don Luis de Guzman maestre de Calatrava enfermo y sin esperanza de salud: dos caballeros de aquella órden, los mas principales entre los demás, con ambicion fuera de tiempo pretendian aquella dignidad; estos eran Juan Ramirez de Guzman comendador mayor de aquella órden, y el clavero Fernando de Padilla. Este tenia ganadas y negociadas las voluntades de los comendadores: don Juan por entender que ninguna esperanza le quedaba de alcanzar aquella dignidad, si no se arriscaba con atrevimiento y temeridad, se determinó con mano armada apoderarse de los pueblos de aquella órden de Calatrava. El clavero sabido este intento, fue á verse con él acompañado de cuatrocientos de á caballo: vinieron á las manos en el campo de Barajas: quedó el comendador mayor vencido y preso, y juntamente Ramiro y Fernando sus hermanos, y Juan su hijo: murieron otros muchos caballeros, y entre ellos cuatro sobrinos del mismo comendador mayor.

En premio desta victoria que ganó de su contrario, fue dado á Padilla lo que pretendia, que sucediese en lugar del maestre, honra de que gozó poco tiempo. La ocasion fue que el rey hacia resistencia á aquella eleccion, y pretendia á aquella dignidad para don Alonso hijo bastardo del rey de Navarra. Pasóse tan adelante en esta pretension, que vinieron á las manos. Puso don Alonso cerco con su gente sobre Calatrava: el nuevo maestre fue herido con una piedra que uno de los suyos inadvertidamente queria tirar á los contrarios. Con su muerte quedó su competidor don Alonso por maestre. Por otra parte los vizcainos, gente valiente y indómita, se alteraron por dos causas: tenian entre sí hechas ciertas hermandades confirmadas por el rey; estas acometieron á los castillos de los nobles, y sus haciendas. Entre los demás Pedro de Ayala Merino mayor de Guipúzcoa, como le tuviese cercado en una su villa llamada Salvatierra, fue librado por el conde de Haro su primo, que usó en esto de una señalada grandeza de ánimo: esto fue, que leida la carta en

que le pedia socorro y avisaba del peligro, en el campo do acaso se la dieron, mandó armar una tienda con juramento que hizo de no entrar debajo de tejado hasta tanto que Pedro de Ayala fuese libre de aquella afrenta.

Esta era la primera ocasion de las alteraciones de Vizcaya; la segunda, que se levantó cierta herejía de los fratricellos deshonesta y mala, y se despertó de nuevo en Durango. Hízose inquisicion de los que hallaron inficionados con aquel error: muchos fueron puestos á cuestion de tormento y los mas quemados vivos. Era el capitan de todos un fraile de San Francisco por nombre fray Alonso Mela: este por miedo del castigo se huyó á Granada con muchas mozuelas que llevó consigo, que pasaron la vida torpemente entre los bárbaros: él mismo no se sabe por qué causa, pero fue acañavereado por los moros, muerte conforme á la vida y secta que siguió. Este tuvo un hermano que se llamó Juan Mela, que á la sazon era obispo de Zamora su patria y natural, y adelante fue cardenal. En Portugal por fin del mes de octubre falleció don Juan tio del rey de Portugal en Alcázar de Sal, en edad de cuarenta y tres años. Era condestable en aquel reino, y juntamente maestre de Santiago: de doña Isabel su mujer, hija de don Alonso su hermano duque de Berganza, dejó un hijo llamado don Diego, que sucedió en los cargos y honras de su padre: tres hijas doña Isabel, doña Beatriz y doña Philipa, y dellas adelante procedieron príncipes muy grandes.

CAPITULO XVIII.

De los varones señalados que hobo en España.

La residencia de Don Alvaro despues que se vió desgraduado, era en Escalona: la esperanza de recobrar la autoridad que le quitaron, ni del todo la tenia perdida, ni tampoco era grande; no le faltaba ingenio y diligencia, mas desbarataba sus trazas la fortuna, ó fuerza mas alta. Su hermano el arzobispo de Toledo falleció en Talavera á cuatro de febrero: gran desgracia, faltalle de repente ayuda tan grande. Quedábale don Rodrigo de Luna, á quién por ser hijo de un primo suyo en el tiempo adelante, vuelto á su prosperidad, hizo proveer el arzobispado de Santiago en lugar de don Alvaro de Isorna, como en otra parte se dirá, magüer que no tenia edad bastante para dignidad tan grande; mas poco le podia prestar en aquel tabajo, en especial que era mozo de mal natural y de costumbres estragadas.

Por otra parte los grandes y caballeros por entender que aquella revuelta de tiempos era á propósito para quedarse con todo lo que apañasen, cada cual se apoderaba de lo que podia. Pedro Juarez hijo de Fernan Alvarez de Toledo señor de Oropesa por muerte del arzobispo se apoderó de Talavera: llegó su osadia á que apenas dió entrada en ella al mismo rey de Castilla que acudió á aquella villa para atajar aquellos bullicios. El cuerpo del arzobispo fue enterrado en la capilla de la iglesia Mayor de Toledo, que á su costa don Alvaro edificó muy suntuosa. Sobre nombrar sucesor no se concertaban los votos. Pretendian don Lope de Mendoza arzobispo de Santiago, y don Pedro de Castilla obispo de Palencia: dos competidores tenian mayor negocio y favor que los demás, el uno era don Garcia Osorio obispo de Oviedo, dábale la mano su tio el almirante; el otro don Gutierre de Toledo arzobispo de Sevilla, al cual favorecian los infantes de Aragon, que comenzaban á tener en todo gran mano. Con esta ayuda don Gutierre sobrepujó á su contrario, y salió con el arzobispado de Toledo. Era persona de gran ánimo, de estatura mediana, de buen rostro, blanco y rubio, dotado de letras, de ánimo sencillo y sin doblez, algo mas severo en el gobierno que podian llevar las costumbres de aquella era, que fue causa que algunos le aborreciesen: poco tiempo tuvo el arzobispado de Toledo, y como solos tres años. Su padre Fernan Alvarez de Toledo señor de Valdecorneja y mariscal de Castilla, su madre doña María de Ayala, su hermano Garci Alvarez de Toledo. Nombró por adelantado de Cazorla á su sobrino, hijo de su hermano don Fernando Alvarez de Toledo conde de Alba. Don García competidor de don Gutierre fue hecho arzobispo de Sevilla, don Diego obispo de Orense pasó al obispado de Oviedo; en conclusion la iglesia de Orense dieron en encomienda á Juan de Torquemada, de fraile Dominico cardenal de San Sisto, persona de mucha erudicion, como se entiende por los muchos libros que sacó á luz, digno de inmortal alabanza por la defensa que puso por escrito en tiempos tan estragados y revueltos de la magestad de la iglesia Romana.

Contemporáneo de Turrecremata, aunque de menor edad, fue Alonso Tostado natural de la villa de Madrigal, persona esclarecida por lo mucho que dejó escrito, y por el conocimiento de la antigüedad, y su varia erudicion que parecia milagro. Faltóle el estilo elegante, alguna mengua para que no se compare con cualquiera de los padres antiguos. Los años adelante fue obispo de Avila; y mas mozo en Sena de Toscana, do á la sazon estaba el papa Eugenio, propuso gran número de conclusiones tomadas de lo mas secreto de la teología para defendellas públicamente á la manera escolástica. Entre ellas le calificaron algunas como de mala sonada, y sobre ello espidió una bula el pontífice Eugenio. Atizaba el negocio el cardenal Turrecrementa, que escribió contra él en el mismo propósito cierto opúsculo. Respondió á todo el Tostado en un libro que llamó el Defensorio: obra docta, si bien á la misma autoridad de los pontífices no perdona por el deseo que tenia de defender su partido. Las proposiciones que le calificaron, fueron estas: la primera, Cristo Nuestro Señor fue muerto al principio del año treinta y tres de su edad, y no á veinte y cinco de marzo (como ordinariamente sienten los antiguos) sino á tres de abril: la segunda, puesto que á ningun pecado se niega el perdon por grave que sea, todavía de la pena y de la culpa Dios no absuelve, y mucho menos los sacerdotes por el poder de las llaves: palabra que él esplicaba con cierta sutilidad: nueva y estravagante manera de hablar, que á los indoctos alteraba, y á los sabios no agradaba. Falleció á tres de setiembre año mil y cuatrocientos y cincuenta y cinco.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

LIBRO DÉCIMOSESTO.

LIBRO DECIMOSÉTIMO.

LIBRO DECIMO-OCTAVO.

LIBRO DECIMONONO.

LIBRO VIGESIMO.

LIBRO VIGESIMOPRIMO.

The Estate of Miss K Pond
26.5.87
[DONATION]





